
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.
1890-1º.
E. Rosales
SEVERINI

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

REVISTA DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES

FUNDADA

POR EL EXCMO. SR. D. ABELARDO DE CARLOS.

AÑO XXXIV.

INDICE DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XLIX.

(PRIMER SEMESTRE DE 1890.)

BELLAS ARTES.

Cuadros, esculturas, monumentos, etc.

RETRATOS.

ACTUALIDADES, ALEGORÍAS,

VISTAS, TIPOS, ETC.

REVISTA EXTRANJERA ILUSTRADA.

ÍNDICE DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIV. MADRID, 8 DE ENERO DE 1890. NÚM. I.

MUSEO NACIONAL DE PINTURAS.



«RETRATO DE UN PERSONAJE DESCONOCIDO.»

CUADRO DEL CÉLEBRE VAN DYCK, NÚM. 1.329 DEL CATÁLOGO. — (Fotografía de Laurent.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El año 1890 ha empezado mal: á las cuatro y media de la madrugada del día 2 perdieron los aficionados á la música su tenor favorito, Julián Gayarre, que murió de una pneumonía, en la fuerza de su edad y en el apogeo de su fama. El carruaje fúnebre que le condujo desde la casa en que murió, plaza de Oriente, núm. 6, á la estación del Mediodía, iba cubierto de coronas, tributo de la amistad y el entusiasmo: aumentaron aquéllas en el tránsito, al pasar ante el Real, la Escuela de Música y Declamación, el Casino de Madrid y los teatros de la Comedia y Español; resonaron ante su cadáver marchas fúnebres, y aquella sublime melodía del último acto de *La Favorita*, que tardará en ser cantada por ninguna voz humana como Gayarre la cantaba. Grandes éxitos alcanzó en su vida, pero ninguno como el que obtuvo Gayarre el día de su entierro: nevaba; Madrid, aterrado por la epidemia, había suspendido la circulación de las calles, y, venciendo su miedo y su aprensión, desafió la nieve y el peligro, y la multitud se agolpó en toda la carrera en torno de su féretro, tan apiñada y compacta, que rara vez se ha visto demostración de duelo tan verdadera y numerosa. Hasta se oyeron vivas á Gayarre, que, si materialmente eran absurdos, eran en realidad una protesta contra la muerte y una consagración de la vida de la fama.

Duro es decirlo; pero Gayarre ha muerto en la ocasión más oportuna para su gloria, en la plenitud de su voz, en la posesión completa de su arte, disputado por los principales teatros líricos del mundo, imponiendo á las empresas los contratos más enormes, aclamado todas las noches por un público delirante, incensado por la prensa, rico, joven, sentido y adulado. Podría decirse, si no temiéramos ofender el sentimiento público, que nunca murió en las tablas tan poética y teatralmente como en su lecho mortuorio. Todos los grandes tenores quisieran morir así, si no les costara la vida esa última ovación. Mágico y poderoso encanto el de la voz del tenor en la vida moderna. Cuando Gayarre era un pastorcillo del Roncal, ¡quién le hubiera dicho que tenía en su garganta un talismán como aquellos que concedían las hadas á sus ahijados en los cuentos! El talismán que da, á quien le posee, triunfos, coronas, aplausos, consideración, popularidad, amores y riquezas.

La garganta de los grandes tenores es un instrumento que pertenece al público: la de Gayarre era la voz de España en la escena lírica del mundo. Y ¿cómo nos representaba? Una gran autoridad, otro gran tenor, Stagno, ha llamado á Gayarre el rey de los tenores.

Aquel instrumento músico tan maravilloso se ha roto de repente: ya no resonarán en el Real, ni en las bóvedas de ningún templo, ni en los salones de los palacios, aquellos cantos de incomparable dulzura, que si no habían de ser eternos, nadie los creía tan efímeros: ya no queda de ellos nada, nada, sino un vago recuerdo. Eran de la naturaleza de la llama, y un soplo los apagó. Conservemos lo único que de él puede quedar: su nombre y su memoria; un juego de pelota y un hospital que instituyó en su pueblo el gran tenor navarro, y el mausoleo que guarda sus cenizas en el cementerio del Roncal.

Ha habido quien juzgaba excesiva la ovación fúnebre tributada á un tenor, comparando su importancia con la de grandes compositores, de quien sólo era un intérprete, y que no obtuvieron esos funerales públicos. El que tal dice no se fija en que la posteridad puede remediar y remedia con su admiración perpetua la tibieza de los contemporáneos; pero si éstos no dan testimonio con sus aplausos del genio del cantante, ¿qué recuerdo dejarán? El tenor que muere ó queda afónico, necesita ese certificado. Mozart, Beethoven, Bellini, Wagner y los genios musicales de todas las escuelas, quedarán siempre en contacto con los hombres. El tenor muere. El compositor sigue viviendo mientras hagan sentir sus creaciones.

Si Gayarre hubiera dejado en el fonógrafo alguna de sus romanzas..... Pero ¿quién sabe si la Naturaleza tiene fonógrafos mejores, que recogiendo esos sonidos, los devolverá algún día á los oídos humanos, si hay quien sepa recogerlos en las bóvedas de los templos, el artesonado de los salones, el techo de los teatros ó en las ondulaciones de la atmósfera? ¿No creemos en la resurrección de la carne? ¿Por qué no ha de ser posible la resurrección de los sonidos que está ya físicamente demostrada?

Al embalsamar el cuerpo de Gayarre, la ciencia extrajo la laringe del gran tenor, para estudiarla y depositarla en el Museo; pero la laringe no es sino una pieza del instrumento que produce la voz humana. Allí están las cuerdas que vibraban y el tubo que conducía el aire, pero faltan los fuelles de los pulmones, la cámara de la boca, y los demás órganos y músculos que completaban aquel complejo y maravilloso mecanismo. Sin embargo, no debemos desconfiar de que el estudio pueda hallar en aquel órgano algunas enseñanzas.

Más extraño nos parece que sus profesores de canto, los directores de la Zarzuela, en donde fué corista, no comprendieran el valor de aquella laringe, ni la explotase algún empresario experto, en los días tristes en que Gayarre estudiaba el canto. ¿Cómo no vió la especulación un manantial de oro en aquel caño de voz? No nos lo explicamos.

Hemos hablado del oro. También por él oímos algunos descontentos, que murmuraban al ver el imponente cortejo del gran artista.

—Cantaba bien—decían;—cantaba como un ángel; pero se hacía pagar como un avaro: bien lo hizo, pero buenos sueldos se le dieron. Deja más de doce millones. ¿Sabéis lo que son doce millones? Noventa y tres arrobas, diez y ocho libras y doce onzas de oro. Suponiendo que Gayarre pesase cinco arrobas, ha exigido al público por dejarse oir diez y ocho veces su peso en oro. ¿A qué viene ese tributo? ¿A qué llorar al hombre que sólo cantaba por un alto interés?

—Eso no—respondía otro economista;—critiquemos á la Patti, aunque nacida en Madrid, extranjera realmente; pero nunca á Gayarre, ni á ningún artista de esos que recorren el mundo recaudando riquezas para traerlas á España. Si cada español hiciera lo mismo y trajera á nuestro país diez y ocho veces su peso en oro, absorberíamos la riqueza de todas las naciones, pues reuniríamos los catorce millones de habitantes, á tres millones de pesetas, esta cantidad:

42.000.000.000.000 de pesetas.

No hemos sido amigos del célebre tenor; sólo le hablamos tres veces: una en un aguaducho del Prado, donde estaba con Marcos Zapata; otra en casa de Zozaya, cuando leyó *El Duque de Alba*, y otra en la casa donde ha muerto, á donde nos llevó un amigo de Gayarre que deseaba que le oyéramos, para referirlos, ciertos detalles de su vida. Decimos esto, porque en estos días han reproducido los periódicos, en parte, un artículo que publicamos en *El Liberal* del 4 de Diciembre de 1885, titulado *Episodios de la vida de Gayarre:* y debemos advertir que aquellos episodios son verdaderamente históricos, ó tal como nos los refirió Gayarre, y que tomamos, lápiz en mano, en presencia de su amigo; sólo pusimos de nuestra parte los elogios y la sintaxis. Allí están sus primeras revelaciones de la música, cuando abandonó la tienda de telas para seguir una banda militar, que oía por primera vez en su vida; su entrada en el Orfeón de Pamplona, cuando trabajaba en la herrería de Pinaqui; el descubrimiento de su mérito por el organista de la catedral, D. Conrado García; el examen que hizo de él D. Hilarión Eslava; su viaje á Madrid y su entrada en el Conservatorio, y en fin, su primera salida al teatro como tenor de zarzuela con nombre fingido, y el desastroso final de aquel negocio. Puede considerarse aquel artículo como una autobiografía del tenor. ¡Lástima que no hubiera continuado aquella narración, refiriendo las vicisitudes de sus estudios y trabajos en Italia, y luego la serie de sus triunfos! Los que le han tratado íntimamente podrían y deberían reconstituir con el recuerdo de sus conversaciones aquella historia pintoresca.

Nosotros no le volvimos á ver ni á hablar desde aquel día. Sin embargo, su muerte inesperada nos ha afectado y llenado de tristeza. No basta que se descubran otras hermosas voces de tenor, tan difíciles de hallar como la suya: los tenores mejoran con los años, y cuando llegan á la perfección del arte, entonces..... les falta la voz. Son violinistas que aprenden á tocar en un stradivarius, y cuando son ya maestros, sólo tienen para hacerse oir un violín de juguete. Gayarre ha muerto cuando era ya maestro y su garganta una flauta deliciosa. ¡Qué tristeza! El ruiseñor navarro ha enmudecido para siempre.

***

¡Qué contraste! Bien hacían algunos en decir que Gayarre había muerto oportunamente. También ha muerto ayer, pero pobre y olvidado, el gran barítono Ronconi, que fué en su tiempo uno de los príncipes de la ópera. Veneciano de nacimiento, español por adopción, había sido rico, había establecido una academia de música en Granada y tenido una corte de amigos en su prosperidad. Su hermosa voz, su escuela, la expresión de su rostro y su talento como actor, le dieron la reputación de uno de los primeros artistas líricos de Europa: defendióse en la decadencia de su voz á fuerza de arte y de talento; su generosidad le dejó pobre; á sus triunfos escénicos sucedieron los reveses, y si una generación le adoró, otra le hizo abandonar la escena. El Conservatorio de Música y Declamación le acogió entre sus profesores, y ha terminado su vida enseñando lo que ya no podía ejecutar. El aura popular es pasajera. Los que vean esta tarde salir de la calle del Reloj un cortejo fúnebre modesto, preguntarán tal vez:

—¿A quién llevan á enterrar?

—A un gran cantante que murió hace muchos años. En ese ataúd va el esqueleto de Ronconi.

***

La epidemia continúa su curso y ha invadido toda Europa, toda España, parte del Asia, Africa y América. En Madrid ha dado por resultado triplicar la mortalidad, que se consideraba ya excesiva. No consignaremos las víctimas de más consideración y categoría que ha causado, á pesar de haber entre ellas personas tan importantes como los Duques de Abrantes y Valencia, porque sería interminable y demasiado triste nuestra crónica. Más consolador nos parece hacer constar la actitud generosa y caritativa del vecindario, de la prensa y las autoridades, para acudir en socorro de las gentes menesterosas y de los enfermos privados de recursos. *El Imparcial*, *El Liberal*, *La Epoca*, *El Globo*, *El Motín* y otros periódicos que omitiremos por no tener los datos á la vista, han abierto suscriciones distribuyendo su importe entre los más necesitados: se han abierto hospitales y se preparan é improvisan otros: S. M. ha encargado se faciliten alimentos á las lavanderas y sus hijos y á cuantos pobres se puedan socorrer: funcionan, multiplicándose, las dependencias de las casas de Socorro; el Marqués de Santa Ana ha dado mayor extensión á sus benéficos asilos de la hospitalidad nocturna, y el director de *El Resumen*, Sr. Suárez de Figueroa, se estrena, como concejal, aplicando su vigorosa actividad con cívico entusiasmo á aquella buena obra. El gobernador, Sr. Aguilera, el alcalde, Sr. Mellado, todos trabajan y luchan á porfía con la enfermedad y procuran aliviar los males que produce. Es justo y honroso declararlo para memoria de conducta tan laudable.

Entretanto, la sequía parece haber cesado: empezó el cambio atmosférico con una nevada y continuaron la humedad algunas lluvias, que han hecho decrecer ó han coincidido por lo menos, con el decrecimiento de la mortalidad. El espíritu público se repone; los que aun vivimos nos consideramos muy fuertes y casi invulnerables, ó por lo menos, resignados como los musulmanes á sufrir lo que está escrito. Las gentes se separan algo de las chimeneas y braseros, y se atreven á respirar el aire libre. Sin embargo, se envuelven en calientes tapabocas muchachos, obreros y personas que no suelen usarlos. Al principio, todos nos burlábamos del *dengue*, ó lo que sea. Hoy hablamos de él con respeto, como de todo el que pega y hace daño.

***

Esta crónica tiene que ser, contra nuestra voluntad, un panteón.

El telégrafo anuncia también el fallecimiento de una de las tres emperatrices de Alemania: la primera, la fundadora, la que fué esposa de Guillermo I, la abuela del actual Emperador.

La emperatriz Augusta falleció ayer tarde á los setenta y ocho años de edad; hacía sesenta que contrajo su matrimonio con el que fué después primer emperador de Alemania, unión que duró cincuenta y nueve años. Sólo ha sobrevivido á su esposo veintidós meses. La viudez, la pérdida de su hijo y los achaques de una enfermedad crónica, habían extenuado la naturaleza de aquella señora que intervino indirecta y familiarmente en tantos hechos famosos de la historia y en la transformación de las fuerzas políticas de Europa. Su memoria era, por consiguiente, un archivo de recuerdos interesantes que nadie sabrá jamás. Su delicadísima salud sólo necesitaba para extinguirse del todo una ligera causa, y ha bastado para concluir con su existencia un soplo de ese aire malsano que ha caído sobre Europa.

***

Cerramos la crónica dejando al Ministerio español en plena crisis. Encargado el Sr. Sagasta por S. M. de formar un nuevo ministerio por dimisión del anterior, no ha podido realizarlo. Remitimos, por lo tanto, este asunto importante á la crónica inmediata.

Entretanto, sólo diremos que el Sr. Sagasta ha sorteado con habilidad tiempos difíciles y prestado servicios de consideración á la Monarquía.

***

—¡Despierta, mujer, despierta! ¿Qué estabas soñando?

—¡Ah! ¡era sueño!..... Estaba soñando que era bruja y me quemaban.

—¿Y te quejabas, con este frío, de estar en una hoguera?

—No; sino que como éramos tan pobres, faltaba leña y sólo me tostaban por un lado.

EL PADRE (*leyendo*).—«Ayer se enterraron 170 cadáveres y 8 fetos.»

EL NIÑO.—Papá, ¿qué es un feto?

EL PADRE.—Es una persona que viene del otro mundo al nuestro y se vuelve sin entrar.

—¡Ya llueve! ¡ya llueve!—dicen los madrileños con placer.—¡Estamos salvados!

—¿Salvados? ¡Quién sabe! Acaso nos echan agua de socorro.

D. Blas, atemorizado por el frío, no se aparta de la chimenea: tostado por la lumbre, cada día está más moreno: su criada le sirve allí la comida.

—¡Muchacha! este asado está frío.

—No, señor; es que al lado del fuego parece frío todo.

—Vuelve el asado al fuego y ponme á mí en la fuente. El pollo está crudo y yo estoy asado.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Retrato de un personaje desconocido, cuadro del célebre Van Dyck. — *Una princesa de Chipre*, cuadro de Sichel. — *Orillas del Sena*, cuadro de don Juan Espina y Capo.

Entre los cuadros del gran pintor Van Dyck que se guardan en nuestro rico Museo del Prado, está el que reproducimos, de fotografía de Laurent, en la plana primera del presente número: en el *Catálogo*, sección de *Escuelas germánicas*, tiene el título de *Retrato de un personaje desconocido*, y el núm. 1.329.

Representa á un caballero de mediados del siglo XVII, de varonil belleza y arrogante apostura, con larga melena y bigote negro, ojos vivos y facciones distinguidas; viste casaca de seda negra acuchillada, con fino cuello de encaje blanco, y aparece medio envuelto en ancha capa, también de seda negra, que lleva terciada bajo el brazo izquierdo: es figura de medio cuerpo y tamaño natural, y el cuadro mide 1,19 metros de alto por 1,44 de ancho.

Perteneció á la colección de magistrales obras pictóricas formada en el palacio de San Ildefonso por la reina D.ª Isabel Farnesio, y sabido es que muchos cuadros flamencos y holandeses de dicha colección, los que no proceden de los que ya poseían los reyes de la casa de Austria, fueron adquiridos en Roma por la augusta é ilustrada esposa de Felipe V, en 1735, por mediación del pintor veneciano Pittoni y recomendación del famoso abate Juvara.

En la pág. 12 reproducimos un cuadro del pintor bávaro N. Sichel: titúlase *Una princesa de Chipre*, y representa hermosa dama de tipo asiático, más que helénico, vestida con primoroso traje que corresponde á la tercera centuria antes de la era cristiana, ó sea cuando estalló en Salamina la potente conspiración de que fueron víctimas Enagoras y su hijo.

Los Imperios de Asiria, de Egipto y de Persia dominaron alternativamente sobre Chipre, y en muchas localidades de ellos, como en otras de Italia y aun de Iberia, se establecieron colonias griegas é introdujeron el arte, los trajes y los usos y costumbres de la raza jónica.

Orillas del Sena se titula el cuadro de D. Juan Espina y Capo que publicamos en el grabado de la pág. 21: es un bello paisaje del natural, en cuyo primer término se desliza el ancho río á través de pequeñas islas, y en lontananza se destacan entre la clara bruma de la mañana las torres y casas de una ciudad.

***

LLEGADA DEL AÑO NUEVO.

La ingeniosa composición alegórica que reproducimos en el grabado de la pág. 4 es original del discreto artista Riudavets.

El Tiempo está sentado en las raíces de añoso roble y al pie del busto de Jano, este dios mitológico de dos caras que mira á la vez al pasado y al porvenir, empuñando la guadaña en su mano derecha, y sosteniendo en la izquierda un reloj de arena, que ha de señalar, cuando caiga el último grano, la muerte del año 1889 y el advenimiento de 1890; éste surge de un lago, y se destaca en el sombrío fondo de lo futuro, y aquél es arrastrado al abismo de lo pasado por la corriente de los siglos; las ilusiones giran en vertiginosa danza entre los dos años, alrededor de una hoguera, en cuyas llamas se consumen los ensueños, las aspiraciones, las esperanzas, las alegrías del año que se va para siempre.....

Observemos que el año 89 maneja furibundo una tranca, sin duda porque se ha despedido de nosotros dejándonos el *trancazo*.....

***

LOS CATEDRÁTICOS DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Ilmos. Sres. D. Francisco Sánchez de Castro y D. Vicente de la Fuente y Bueno.

Víctimas de la insidiosa enfermedad reinante, bajo la cual se ocultaba traidora pulmonía, han fallecido en esta corte dos ilustres catedráticos de la Universidad Central, cuyos retratos damos en la pág. 5: el de Literatura general y española, D. Francisco Sánchez de Castro, y el de Historia de la Iglesia, D. Vicente de la Fuente y Bueno.

Hijo de cristiana y honrada familia, el Sr. Sánchez de Castro nació en Fuentes de Béjar (Salamanca), en 1848, y siguió su carrera en la Universidad salmantina, terminándola en la Central hasta recibir el título de Doctor; perteneció á la ilustrada Redacción de *El Pensamiento Español*, y en circunstancias difíciles reemplazó al director del periódico, Sr. Navarro Villoslada; fué colaborador asiduo de varias publicaciones católicas, dándose á conocer como inspirado poeta lírico, y contribuyó poderosamente á la fundación de la academia católica *La Armonía*, y más tarde, á la fundación, organización y propaganda de la *Juventud Católica*, de cuya Junta directiva formó parte más de diez años; en 1875 dió á la escena dos dramas en tres actos y en verso, *La Mayor Venganza* y su obra maestra *Hermenegildo*, que le valieron dos brillantísimos triunfos, y en 1878 dió también al teatro su última obra representada, *Theudis*, que mereció grandes elogios de críticos eminentes.

Como poeta lírico publicó numerosas composiciones, gallarda muestra de su numen: su *Cántico al Hombre*, leído en el teatro Español por el malogrado Rafael Calvo, y sus odas *A los Mártires*, *A la Inmaculada Concepción* y *Al Concilio Vaticano*, son hermosas poesías que enriquecen al Parnaso español.

Ganó por oposición la cátedra de Literatura general y española, de la Universidad de Salamanca, y obtuvo en concurso la de Literatura y Bibliografía jurídicas de España, habiéndosele encomendado luego la de Literatura general y española en la Universidad Central, que últimamente desempeñaba, estimado de sus jefes y compañeros y amado por sus discípulos.

Había aceptado la presidencia de un tribunal de oposiciones á maestras de Instrucción primaria, animado del deseo de contribuir eficazmente al nombramiento de personal ortodoxo y perito, y ejerciendo funciones de ese cargo fué acometido por la enfermedad que le ha llevado al sepulcro, en la temprana edad de cuarenta y un años, y después de recibir con piadoso fervor los Santos Sacramentos, el 19 de Diciembre próximo pasado.

D. Francisco Sánchez de Castro, que era hermano del ilustrísimo Sr. D. Vicente Santiago, actual obispo de Santander, publicó una obra muy notable sobre Literatura y Bibliografía jurídicas de España, y el tomo primero de otra sobre Literatura general y española, y ha dejado escritos, aunque inéditos, el tomo segundo de esta última y un drama titulado *La Locura de un rey*, que habría afirmado su ya bien sentada reputación de autor dramático.

D. Vicente de la Fuente y Bueno era uno de los hombres más doctos de España; sabio canonista, historiador concienzudo, crítico profundísimo, consumado humanista, deja publicadas numerosas obras en castellano y en latín.

Citaremos algunas: Las *Lecciones de Disciplina eclesiástica*, los *Procedimientos eclesiásticos* (en colaboración), la *Vida de Santa Teresa de Jesús*, la *Historia de las sociedades secretas en España*, la *Historia de las Universidades y establecimientos de enseñanza de España*, que consta de cuatro tomos, y cuando la muerte le ha sorprendido daba la última mano á una *Historia del culto de la Virgen en España;* además de esto, que significa una ilustración vastísima y una constancia maravillosa en el trabajo, sus notables adiciones y notas á varios tomos de la obra *España*, y sus eruditísimos escritos de investigaciones históricas publicados en revistas y boletines de algunos cuerpos docentes.

Pertenecía á la Academia de Jurisprudencia y Legislación desde 1843, y era individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas; fué decano de la Facultad de Derecho por espacio de muchos años, y también ejerció dignamente el alto cargo de rector de la Universidad Central; profesor universitario de los más antiguos de España, había sido maestro de dos generaciones, y sus virtudes, su caridad inagotable, su honradez, su afabilidad, le hacían ser querido filialmente de todos sus discípulos y de todos los que dejaban de serlo.

Falleció en esta corte el 25 de Diciembre último.

Descansen en paz las almas de los dos sabios y virtuosos catedráticos del primer claustro docente de la nación.

***

JULIÁN GAYARRE.

Su retrato. — La fundición de Pinaqui, donde trabajó en sus primeros años. — Su entierro.

Consagrados en el presente número á la memoria del célebre tenor Julián Gayarre el artículo necrológico que verán nuestros lectores en la pág. 6, y la mayor parte de la *Crónica general*, cúmplenos describir en esta sección del periódico el acto imponente de trasladar el cadáver del malogrado artista lírico á la estación del Mediodía, para conducirle al panteón de la iglesia del Roncal, el 3 del corriente.

Innumerable muchedumbre llenaba la plaza de Oriente, los alrededores de la Escuela Nacional de Música y Declamación y del teatro Real, la plaza de Isabel II y las calles todas de la carrera previamente anunciada, no obstante la glacial temperatura y la recrudescencia de la enfermedad reinante, desde las primeras horas de la tarde; era una manifestación de duelo en la que estaban representadas todas las clases sociales.

Momentos después de las tres, el féretro que guardaba los restos mortales del tenor insigne fué levantado de la capilla ardiente y conducido en hombros de amigos íntimos del finado hasta la carroza fúnebre, que, tirada por ocho caballos empenachados y servida por lacayos y palafreneros, esperaba ante la puerta de la casa mortuoria; los testeros de la carroza estaban cubiertos de numerosas coronas, y las cintas eran llevadas por los Sres. Arrieta, Sanchiz, Marcos Zapata, Millán, Carmena, Zapatero, Labán, Marín, Marconi, Ferrer y un hijo del Conde de Michelena; presidían el duelo los sobrinos de Gayarre, el maestro Barbieri, el canónigo Sr. Echevarría y su inseparable amigo Elorrio; precedía el clero de la parroquia de Santiago con cruz alzada, cantando responsos, y seguían el *Orfeón Matritense* con un estandarte, y luego el carro fúnebre, á cuyos lados iban empleados de la Escuela de Música y Declamación y del teatro Real.

La comitiva se puso en marcha á las tres y veinte minutos, siguiendo por la calle de Pavía, plaza de la Encarnación y calle de la Biblioteca, á pasar por delante de aquella Escuela donde estudió Gayarre, y los profesores y las alumnas arrojaron en aquel momento infinidad de coronas y flores, mientras el maestro Arrieta, su director, colocó sobre el féretro una preciosa corona de laurel y botones de oro, en que se leía esta dedicatoria: «A su amado discípulo, los profesores de la Escuela de Música y Declamación.»

Continuó la fúnebre comitiva hasta el teatro Real, que aparecía con negras colgaduras, y en cuya escena conquistó Gayarre brillantísimos lauros, y el acto fué solemne y conmovedor: al llegar la cruz parroquial cerca del vestíbulo del regio coliseo, por la calle de Felipe III, la orquesta del teatro, situada en el mismo vestíbulo, ejecutó la grandiosa marcha fúnebre de Chopín, y en seguida, parando unos momentos la carroza para que los dependientes del coliseo colocaran en el féretro nuevas coronas que estaban depositadas en el *foyer*, las masas orquestales y corales ejecutaron el coro del acto cuarto de *Favorita*, hasta el preludio de la romanza *Spirto gentil*, esa romanza que era el triunfo más espléndido de Gayarre, por la dulzura, suavidad y sentimiento inimitables con que la cantaba el gran tenor español, y cuyas notas arrancaron entonces lágrimas á las personas que la oían.

Prosiguió la comitiva, á través de apretada muchedumbre, por las calles y plazas de Vergara, Isabel II, Arenal, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, Príncipe y Prado, hasta la estación del Mediodía: frente al teatro Español, una comisión compuesta de los primeros actores Sres. Calvo, Jiménez, Fernández y Romea, depositó en el féretro una lindísima corona con el lema: «Los artistas del teatro Español á Julián Gayarre»; dos representantes del teatro de Novedades prendieron del carro fúnebre otra corona con las frases siguientes: «A Julián Gayarre los artistas de Novedades»; otra comisión del teatro de la Zarzuela, en la que figuraban los Sres. Mesejo (padre é hijo), Cerbón y Lahoz, colocó otra corona que decía: «La empresa y artistas de la Zarzuela á Gayarre»; y el teatro de Lara dejó otra corona por mano de los Sres. Máiquez, Ruiz de Arana y Tamayo, con esta inscripción: «Empresa y artistas del teatro de Lara á la memoria de Julián Gayarre».

Cuando llegó la carroza á la estación del Mediodía, el féretro fué transportado en hombros hasta el vagón correspondiente, en cuyo interior se depositaron las coronas, más de trescientas, que habían dedicado á la memoria de Gayarre sus compañeros, sus amigos y sus admiradores.

Ya descansa en el panteón del Roncal el cadáver del gran artista. ¡Dios haya acogido su alma!

Tres grabados publicamos en el presente número, conmemorando el triste acontecimiento de la muerte de Julián Gayarre: en la pág. 8, el retrato del insigne artista en traje de *El Pescador de perlas*, última ópera que cantó, hecho sobre fotografía directa de la *Sociedad Artístico-Fotográfica* de Madrid (Príncipe, 22); en la pág. 5, una vista de la fundición de Pinaqui (Pamplona), donde trabajó Gayarre antes de dedicarse al arte lírico, y que hoy es propiedad del Sr. Conde de la Rosa, habiendo sido grabada sobre dibujo del natural, que debemos á la atención de D. Ricardo Ojeda (que ha cedido el importe de su trabajo á la suscrición abierta en *El Imparcial* para los pobres de Madrid); en la pág. 9, los tres principales episodios del entierro, según dibujo del natural, por Comba: el carro fúnebre al pasar por la Escuela Nacional de Música y Declamación; la orquesta y los coros del teatro Real ejecutando en el vestíbulo, ante el féretro, el coro del acto cuarto de *Favorita;* el aspecto que en aquel momento presentaba la plaza de Oriente.

***

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA.

Exterior de la catedral de Salamanca.

La sede salmantina, que por espacio de tres siglos, desde la irrupción de los moros, siguió como titular en la corte ó en el campamento de los reyes de Asturias y de León, fué instalada en Salamanca por los restauradores de la egregia ciudad, Raimundo y Urraca, y se colocó la primera piedra de la basílica de Santa María en una de las tres alturas de la población.

Ignórase el nombre del alarife que trazó los planos, y se ignora también el año en que se dió principio á las obras de fábrica: sólo consta que en 1152 trabajaban en ellas, por la Semana Santa, treinta y un obreros, á quien el emperador Alfonso VII declaró exentos de todo pecho ó tributo.

Tal fué el principio de la *catedral vieja*, donde se celebró por vez primera en 1160 el sacrificio de la misa, reinando en León el vencedor de los almohades Fernando II, y en Castilla el niño Alfonso VIII, futuro vencedor en las Navas de Tolosa.

La *catedral nueva* fué debida á la iniciativa de los Reyes Católicos, que en 1491 solicitaron gracias pontificias para dar más digna sucesora á la iglesia antigua; en Noviembre de 1509 y en Enero de 1510 se dirigieron apremiantes órdenes á los arquitectos Antón Égas, de la catedral de Toledo, y Alfonso Rodríguez, de la de Sevilla, para que formasen la traza del nuevo templo; en junta de arquitectos, celebrada el 3 de Septiembre de 1512, fué aceptado el proyecto de Egas, y tres días después, á propuesta del obispo salmanticense D. Francisco Bobadilla (hijo de los Marqueses de Moya, leales amigos de Isabel *la Católica*), quedó nombrado maestro principal de las obras, no el autor del proyecto, sino el arquitecto Juan Gil de Hontañón, *por su experiencia, suficiencia y peritud*, inspeccionando sucesivamente los trabajos cuantos eminentes arquitectos y constructores residían entonces en España, como los maestros Martín de Palencia, Francisco de Colonia, Juan de Badajoz, Enrique de Egas, Juan de Rasinas, Vasco de la Zarza, Alfonso de Covarrubias, Felipe de Vigarni (*el Borgoñón*), etc.; y el 25 de Marzo de 1560 se celebró la primera misa en el altar mayor de la nueva catedral, reinando en España D. Felipe II, siendo pontífice romano Pío IV y ocupando la sede episcopal salmanticense D. Francisco Manrique de Lara.

En el grabado de la pág. 13, hecho sobre fotografía directa del Sr. Laurent, damos una vista del exterior del templo, tomada desde el Seminario, de manera que se destaca en primer término la *catedral vieja* y aparece en su grandioso conjunto la *catedral nueva*.

Ese magnífico edificio (dice un antiguo adagio: *Sancta Ovetensis, dives Toletana, pulchra Leonina, fortis Salmantina*) ha sido descrito en numerosas obras: remitimos á nuestros lectores á las de Cuadrado, Falcón y Villar y Macías.

A propósito de la monumental Salamanca: decíamos en el número XXXV del año 1889, con ocasión de publicar un grabado que representa el *Claustro del Colegio de Santa María de la Vega*, que sería «lástima grande la demolición (según se nos dice) de esos venerandos y artísticos restos»; y así se nos dijo, en efecto, por persona que nos merecía completo crédito.

Mas el ilustrado propietario del colegio de Santa María de la Vega, D. Vicente Rodríguez de Santa María, suscritor de este periódico, se ha dignado manifestarnos, en atenta carta, que, lejos de pensar en la demolición de aquella interesante galería románica, ha empleado respetable suma en restaurarla, procurando la conservación de un edificio por tantos conceptos memorable en la historia salmantina; y nos complacemos en declararlo así, enviándole sinceros plácemes por su proceder generoso y patriótico.

***

EL HOSPITAL DEL PALACIO DE BELLAS ARTES.

Á mediados de Diciembre último, y ante la inminencia de la epidemia que, propagándose rápidamente por la Europa central, amenazaba á Madrid, el celoso gobernador civil, Sr. Aguilera, procediendo con la actividad que todos le reconocen y aplauden, solicitó del Sr. Ministro de Fomento la cesión del Palacio destinado á Exposiciones de Bellas Artes, para instalar en sus amplios salones un hospital provisional donde albergar y prestar asistencia médica á los numerosos enfermos que llamaban en vano á las puertas de otros hospitales, cuyas salas estaban totalmente ocupadas.

El Sr. Ministro de Fomento accedió inmediatamente á la demanda, y en aquel vastísimo edificio, donde hemos admirado magníficos cuadros y esculturas de nuestros primeros artistas, instalóse, en menos de quince días, con el poderoso auxilio de la Diputación, del Ayuntamiento y aun del vecindario, un excelente hospital provisional en dos grandes salas, una de 100 camas, para hombres, en el ala meridional del palacio, y otra de 90 camas, para mujeres, en el salón de la rotonda.

Cada tres camas están separadas de las restantes por un biombo, y por el centro, en toda la longitud de las salas, hay buenas estufas, donativo del Casino de Madrid: las salas se hallan entarimadas, y la buena disposición de las puertas construídas hace que la temperatura sea por todo extremo agradable, pasando á veces de 18 grados; la cristalería ha sido recompuesta, y para evitar que por ella penetre el aire exterior y perjudique á los enfermos, está cubierta de papel blanco que deja libre entrada á la luz; las camas son de hierro, iguales, remitidas por la Diputación provincial, y los demás enseres de ellas han sido facilitados por diferentes personas caritativas; en las mismas salas y en sitios á propósito hay pabellones con destino á los empleados, hermanas de la Caridad, capellán, botica, etc., etc., y en el piso inferior están las cocinas, despensas y leñeras; la asistencia médica está á cargo del cuerpo facultativo de Beneficencia provincial, asistido por hermanas de la Caridad, y es visitador de la nueva casa benéfica el diputado provincial Sr. Gálvez Holguín, habiendo sido encargado de planear y dirigir las obras de instalación el arquitecto del Ministerio de Fomento D. Miguel Aguado.

El día 30, á las dos y media de la tarde, se verificó la inauguración, asistiendo al acto el Sr. Ministro de la Gobernación, en nombre del Gobierno de S. M., el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, el gobernador civil Sr. Aguilera, el Presidente de la Diputación, los diputados provinciales Sres. España, García Gordo, Yáñez, Cortina, Gálvez Holguín y Pulido, el médico decano de la Beneficencia provincial, Sr. Castelo, con los médicos encargados de la asistencia de los enfermos, Sres. Orozco, Azúa, Torre Munilla, Vilches, Bravo y Elizagaray, y doce hermanas de la Caridad, y varios representantes de la prensa periódica.

El Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, asistido del señor cura párroco de San José, bendijo la capilla y salas, y dió gracias á las autoridades, y muy especialmente al Sr. Aguilera, por su incansable celo en la organización de tan benéfico asilo, debido á su iniciativa, y el Sr. Ministro de la Gobernación expuso á las Hermanas de San Vicente de Paúl que S. M. la Reina Regente no había podido asistir á tan solemne ceremonia por encontrarse ligeramente indispuesta.

Tres días después de esta inauguración, todas las camas estaban ocupadas por enfermos, y se disponía lo necesario para abrir otra sala con más de 100 camas.

Nuestro grabado de la pág. 16 (dibujo del natural, por Comba) representa, en la parte superior, el acto de la bendición episcopal del nuevo establecimiento, en la parte central la sala de hombres, y en la parte inferior la sala de mujeres.

Un aplauso muy entusiasta merecen todas las autoridades y personas caritativas que han intervenido, con noble emulación, en instalar el hospital provisional del Palacio de las Artes y de la Industria.

***



LA LLEGADA DEL AÑO NUEVO.

COMPOSICIÓN ALEGÓRICA, POR RIUDAVETS.



ILMO. SR. DR. D. FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO,
CATEDRÁTICO DE LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL.
Nació en Fuentes de Béjar (Salamanca), en 1847; † en Madrid, el 19 de Diciembre.



ILMO. SR. DR. D. VICENTE DE LA FUENTE Y BUENO,
CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE LA IGLESIA EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL.
Nació en 1822; † en Madrid, el 25 de Diciembre.



PAMPLONA.—FUNDICIÓN DE PINAQUI, DONDE TRABAJÓ JULIÁN GAYARRE, ANTES DE DEDICARSE AL ARTE LÍRICO.
(Dibujo del natural, por D. Ricardo de Ojeda.)

LA LLEGADA DE LOS REYES MAGOS.

Duerme en su cuna el ángel inocente, soñando con las ricas dádivas de los Santos Reyes, porque su madre le dijo al acostarla, después de rezar la oración de la noche y de imprimir un beso en sus blancas mejillas: «¿Has visto una estrella, la más resplandeciente de todas, en el alto cielo? Pues ella es la que alumbra el camino de los Santos Reyes, y les guía hasta el portalito de Belén: caminan en nubes de nácar y oro, pasan por delante de los balcones y regalan juguetes á los niños buenos y obedientes. ¿Oyes, hija mía? ¡Sólo á los niños buenos y obedientes!»

Y la niña ve en sueños la numerosa comitiva de los Santos Reyes (que este año se han adelantado mucho á su siglo, porque usan cabellera de longobardos, visten mantos de armiño y les preceden esbeltos pajes de la época de Carlos V), y contempla en su fantasía los preciosos juguetes que la regalan, dejándolos en el balcón y al pie de la chimenea, en bandejas y en zapatos: una gentil muñeca y un polichinela, tambores y panderetas, un conejito blanco y un estuche de costura.....

Tal es la composición alegórica que publicamos en el grabado de la pág. 17, original de Manuel Alcázar.

***

LA REVOLUCIÓN DEL BRASIL.

Retratos de los Ministros del Interior, de Justicia y de Marina. El Palacio Imperial en Río Janeiro, ocupado militarmente por los insurrectos.

Continuando la publicación de retratos de los individuos que constituyen el primer Ministerio republicano del Brasil (véase el núm. XLVI de 1889), damos en la pág. 20 los de los señores Ministros del Interior, de Marina y de Justicia.

D. Arístides da Silveira Lobo, ministro del Interior, abogado y periodista, director de un diario democrático, había sido muy solicitado por el Gobierno imperial, y permaneció fiel hasta el día del triunfo á sus ideales republicanos.

D. Eduardo Vandenkolk, holandés de origen, ministro de Marina, era jefe de división del arsenal de Río-Grande, y para desempeñar el cargo de ministro ha sido ascendido, después de la revolución, al empleo de contraalmirante.

El Dr. D. Manuel Ferraz de Campos Salles, ministro de Justicia, abogado muy distinguido, era diputado republicano por la provincia de San Pablo.

En la misma pág. 20 publicamos un grabado que representa el exterior del Palacio Imperial de Río Janeiro, ocupado militarmente por los insurrectos en la madrugada del 16 de Noviembre último.

El movimiento republicano estalló, como ya hemos dicho, en la madrugada del 15, y el Gobierno provisional, presidido por el general Fonseca, ocupóse inmediatamente en organizar el nuevo régimen político; el Emperador, que residía entonces en Petrópolis, llegó á la capital, con su familia, á las tres de la tarde, y pensó en hacer un llamamiento al país, nombrando nuevo Ministerio; durante la noche los jefes republicanos ordenaron el cerco del Palacio Imperial, ocupando militarmente las salidas y calles adyacentes, y hacia las tres de la madrugada del 16 el Emperador prisionero recibía á la diputación del Gobierno provisional que llevaba el encargo de notificarle su destronamiento.

***

EL MARQUÉS DE CAUX,

primer marido de Adelina Patti.

En la pág. 24 damos el retrato de M. Roger de Cahuzac, marqués de Caux, que ha muerto en París, en Diciembre último, á la edad de sesenta y cuatro años, después de una existencia no poco romancesca.

En los primeros tiempos del segundo Imperio ejercía el cargo de secretario de la Embajada francesa en Florencia, y Napoleón III, que le conoció cuando la guerra de Italia, le agregó á la alta servidumbre de las Tullerías, en calidad de caballerizo; allí reveló sus notables dotes de hombre de mundo y de aristócrata, que le valieron el honor de ser distinguido especialmente por la emperatriz Eugenia, quien le confió la dirección de los bailes particulares que se daban en el Palacio imperial; en 1869, cuando la madrileña *diva* Adelina Patti triunfaba en París, enamoróse de la célebre cantante, casóse con ella, hizo dimisión de su empleo en la corte, y siguió á su mujer, por espacio de algunos años, á los teatros extranjeros donde era contratada.

Pero súbitamente acaeció la separación de Adelina Patti y del Marqués de Caux, suceso que produjo tanta sorpresa como había causado el de su matrimonio, y motivos que entonces publicaron los periódicos de una parte y de otra, aumentaron inmensamente el escándalo.

Adelina Patti, separada de hecho de su marido, hizo declarar el divorcio en su favor hacia 1886, y entonces se casó con el tenor Nicolini.

El Marqués de Caux fijó su residencia en París, y era uno de los miembros más conspicuos del *Jockey-Club;* pero no parece cierto que fuera grande de España de primera clase, ni que estuviera condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica, según han afirmado periódicos parisienses, pues su nombre no figura en ninguna de esas dos clases en la *Guía Oficial de España.*

***

NUESTROS SUPLEMENTOS EN COLORES.

Completan las ilustraciones del presente número (que consta de veinticuatro páginas, ocho más que las de costumbre) tres láminas en colores, por el nuevo procedimiento de cromotipografía, que tienen la hermosa apariencia de artísticas acuarelas, ejecutadas con delicadeza de tonos y correcto dibujo.

Aurora, por A. Piot, es una linda niña de ojos azules y dorados cabellos, que empieza á soñar y sonreir con las primeras ilusiones: es la aurora de la vida de la mujer.

Entre dos fuegos y entre dos aguas, copia de una acuarela de Cortazzo, es una graciosa composición humorística: un galante petimetre está asediado por las miradas ardientes de dos damiselas que su amor se disputan, mientras la lluvia desgaja sobre su enorme paraguas rojo, y sus pies se hunden en los charcos de las calles.

El vestíbulo de honor en el palacio de Bellas Artes, de la Exposición Universal de París, es una magnífica lámina que reproduce en amplia y fidelísima perspectiva la sala más importante del concurso artístico: bajo la cúpula del Palacio aparecía instalada maravillosa exposición de obras maestras del arte francés, desde 1789 á 1878; las de escultura ocupaban el piso bajo, y las de pintura, grabado y dibujo, el piso principal; su éxito fué uno de los más brillantes del gran certamen, porque impresionaba vivamente al público aquella soberbia manifestación del arte, verdadera síntesis de su historia en un período de cien años.

Deseamos que esta preciosa lámina, complemento de la Crónica ilustrada de la Exposición, que ha ocupado numerosas páginas de nuestro tomo de 1889, sea del agrado de nuestros suscritores, así de los que han visitado el maravilloso certamen del *Champ de Mars,* como de los que no pudieron asistir. Para los primeros, será un recuerdo grato; para los segundos, un documento digno de conservarse.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

GAYARRE.

LA España musical está de duelo; el arte ha perdido uno de sus más preclaros hijos, cuyo nombre pronunciábase con asombro y admiración en toda Europa. A los vítores y aclamaciones con que era saludado por las multitudes arrebatadas de entusiasmo, ha sucedido un lúgubre silencio en rededor de su cadáver, interrumpido sólo por las preces que la Iglesia elevaba por la salvación de un alma, y el triste gemido de los deudos, amigos y admiradores de Julián Gayarre; y hasta el cielo mismo, encapotado y triste en el momento en que los restos del insigne artista abandonaban por siempre esta tierra donde tan querido era, para ser sepultados en el humilde cementerio del Roncal, parecía contribuir al cuadro de dolor de un pueblo entero, que, oprimido el corazón y anublado el semblante, agrupábase en derredor del féretro para dar un eterno adiós á aquel que había sido su encanto y delicia, al hombre con cuyos triunfos se envanecía como de cosa propia.

¡Adiós, excelente amigo! ¡Addio il bel canto!, ha escrito Barbieri al pie de su firma, en la casa de Gayarre; y en esas palabras, eco fiel del pensamiento del hombre y del artista, ha resumido el esclarecido maestro, con admirable al par que elocuente laconismo, el juicio más acabado del hombre cuya pérdida llora España.

Gayarre, en efecto, al decir de los que cultivaban su trato, era firme, sincero y leal en sus amistades. Ni los triunfos que por doquier obtuvo, ni la gloria que le rodeó entibiaron nunca sus afectos, nacidos los más de ellos cuando la fortuna le era adversa y en tiempos en que no podía soñar la envidiable altura que no largo tiempo después había de alcanzar. Amante de su familia, uno de sus primeros cuidados fué asegurar á sus padres una tranquila y sosegada vejez, libre de los cuidados y azares de que antes estaba rodeada su existencia; cuidar de la suerte y del porvenir de no pocos con los cuales hallábase ligado por los vínculos de la sangre; é hijo fiel de las montañas de Navarra, el que en sus juveniles años fué humilde pastorcillo del poético valle del Roncal, tendió su mano compasiva á aquellos de sus paisanos desheredados de la fortuna como él un tiempo lo fuera, y en su pueblo abrió escuelas donde los niños recibiesen cristiana y sólida enseñanza, y erigió un hospital donde la senectud hallara amparo y abrigo, alivio á sus dolencias, y mano caritativa que cerrara sus ojos enturbiados por la muerte.

Como artista, Barbieri lo ha indicado con sobria frase, Gayarre era un digno representante de la escuela del *bel canto*, cuyas tradiciones han ido perdiéndose y no se ve ya quien las siga; escuela que no se adquiere sino por el estudio, se engrandece por una labor continua, se mantiene sólo merced al calor del alma, á una constante perseverancia y á un constante deseo de perfeccionamiento, y cuya base más firme es una aptitud ó don especial, que á la larga es poderosa palanca para atraerse y conquistar el favor y la estima de los amantes del arte y del público todo.

Y si á estas cualidades, hijas del talento artístico y del estudio, se unía, cual en nuestro eminente tenor, una voz, verdadero don del cielo, pura, fresca, de timbre argentino, que así se mostraba vibrante y vigorosa, como llena de ternura y encanto, formando luminoso contraste la oposición de sombras y de luz, en que la opaca y dulce claridad de las notas de cabeza hacía resaltar más las naturales de pecho, ¿qué de extraño tiene que arrebatase á las muchedumbres, y que á quien tales dones poseía se le mirara como digno sucesor de la tradición y de las glorias de Rubini, de Mario y de Tamberlick, verdaderos astros del arte lírico italiano?

Porque Gayarre, á sus grandes condiciones naturales, reunía una pronunciación neta y clarísima, una manera de frasear elegante, y ya seducía al oyente por la gracia de su canto, ya le conmovía por la ternura y la pasión que tan á maravilla sabía expresar, ya, en fin, le arrastraba por el calor y el fuego que sabía imprimir á lo que decía, siendo el consorcio feliz de todas esas cualidades, como de Nourrit dijo en sus tiempos un célebre compositor, una interpretación comunicativa y simpática, y una especie de dicción armoniosa, que daba á cada palabra y á cada nota su valor é importancia relativas. Así se explica cómo podía exhalar *i suoi dolci lamenti*, en *Los Puritanos*, en *La Favorita* y en *El Pescador de perlas*, produciendo en el auditorio, por no sé qué secretos resortes, una emoción y encanto indefinibles; decir de magistral manera (sobre todo este año, en el que, á mi ver, estaba en el apogeo de sus dotes artísticas), con verdad y naturalidad incomparables, la romanza de *Mefistófeles;* mostrar con noble apostura y caballeresca manera de decir, ya el carácter patriótico y enérgico de Vasco de Gama en *La Africana*, ya el enamorado caballero del San Graal en el *Lohengrin*, al punto de que, según cuentan, Wagner, al oirle en Londres, le dijera: «Sois el Lohengrín que yo he soñado»; y, por último, conmover hondamente al auditorio, cantando el majestuoso canto llano del *Parce mihi*, *Domine* en los funerales del malogrado rey Alfonso XII, de tan severa y clásica manera que no es posible olvidarlo á cuantos asistimos á tan triste ceremonia.

De diversos modos, aunque conviniendo en el fondo, se han contado estos días los comienzos de la carrera artística de Gayarre. Por mi parte he de referirlos también, con tanto más motivo, cuanto que una circunstancia especial puede dar á mi relato alguna autoridad. Hace ya años, y cuando el gran maestro Eslava hallábase postrado en su casa, víctima de la lenta enfermedad que no mucho después le condujo al sepulcro, ocurrióseme un día, y á propósito de los triunfos que Gayarre alcanzaba, preguntarle cómo, cuándo y de qué manera conoció á éste, y qué había de verdad en las noticias que de ello tenía yo. Mi querido y bondadoso maestro accedió á ello, y he aquí lo que me contó y apunté allí mismo en un papel, que por acaso he conservado, entre otros, en mis carteras dedicadas á noticias y curiosidades musicales.

Érase el verano de 1865. Eslava había ido á Pamplona con objeto de descansar allí y en el inmediato pueblo de Burlada, donde había nacido, de la vida de continua labor artística á que se hallaba consagrado. Una vez llegado á la capital de Navarra, le hablaron de un orfeón que habían formado varios obreros de la fundición de Pinachi, situada en las afueras de la ciudad y en un sitio que antes había sido Molino de la Magdalena, y aun le pidieron que compusiera un coro para que aquéllos lo cantasen. Eslava accedió gustosamente á ello, y una vez escrita la pieza musical se propuso ensayarla por sí mismo. Fué con tal objeto á la fundición, y no bien comenzó el ensayo, llamóle de tal manera la atención uno de los obreros, cuya voz se destacaba entre las de todos los demás, que una vez terminado aquél le invitó para que al siguiente día fuera á casa del almacenista de música D. Conrado García, donde quería oirle más á sus anchas.

Presentóse, con efecto, el mozo á la hora y en el sitio que le habían dicho, vestido, me decía Eslava, con la blusa del obrero y la tradicional boina en la cabeza, y á muy poco comenzó el examen, notando desde luego el gran maestro en aquel joven (y aquí transcribo sus mismas palabras, que copié en el papel que queda dicho) una organización finísima, un despejo admirable, una voz fácil, extensa y de claro timbre, pero defectuosa, nasal y chillona en las notas agudas, todo lo cual era de fácil remedio con un bien entendido y perseverante estudio. Una vez hechas todas las pruebas que á Eslava sugirieron su saber y buen deseo, propuso al joven Gayarre que abandonara el oficio, en el que ganaba el módico salario de diez reales diarios, liase la poca ropa que tenía y se viniera á Madrid á estudiar á conciencia el canto y perfeccionarse en el solfeo, cuyos rudimentos le había enseñado el maestro Maya; y en cuanto á los conflictos económicos que forzosa é inevitablemente hubieran de sobrevenir, el bolsillo del maestro, cuya generosidad era proverbial, estaba pronto á hacer frente á ellos, como así fué, hasta que pudiera encontrársele algo estable y decoroso con que poder vivir.

Gayarre no se hizo de rogar, y ya en Madrid, su Mecenas y maestro, ayudado por su discípulo don Antonio Cordero, tenor de la Real Capilla, le dió lecciones de canto y solfeo, hasta ponerle en disposición de aspirar y ganar una de las pensiones que, con buen acuerdo, daba entonces el Conservatorio de Música para los alumnos que sobresaliesen por sus felices disposiciones y aplicación, pero cuya bolsa estuviese en constante compás de espera. Ya en el Conservatorio, recibió con gran aprovechamiento las lecciones de los maestros Hijosa y Puig, saliendo, al cabo de cinco años, tan excelente solfista como buen cantante.

La Revolución de Septiembre le había quitado la pensión; la posición de corista no le sonreía, y decidió marchar á Italia en busca de fortuna. Para ello dió un beneficio en Pamplona, patrocinado por el ya nombrado D. Conrado García, que solícito por la suerte del joven, había estado al tanto de sus adelantos; y con la cantidad que recaudó y los auxilios que le prestára la Diputación de Navarra, marchó á Milán, donde se hizo oir de varios maestros, los cuales, en especial Samperti, le aconsejaron que desde luego se lanzase á la carrera teatral.

Así lo hizo Gayarre, pero contratándose, obligado por la dura ley de la necesidad, á *censale*, especie de esclavitud á que obligan los maestros italianos á la mayoría de los cantantes, dándose á conocer en *I Lombardi* y *L'Elisire a'amore* en el teatro Varesse, y recogiendo tanta cosecha de laureles, como poca de moneda, por la razón dicha. Libre, al cabo de

algún tiempo, de la dura traba á que estaba sujeto, corrió la mayor parte de los teatros de Italia, alcanzando gran fama en la *Scala* de Milán con los *Puritanos*, la cual consolidó en San Petersburgo, en Londres y en Viena.

Hasta aquí el relato de Eslava. De entonces acá, la fortuna sonrió cada vez más con sus favores á Gayarre, al cual colmaron de elogios maestros como Gounod y Duprez; su pecho llenóse de distinciones honoríficas, y cientos de coronas cayeron á sus pies, como tributo á su valer artístico. De sus campañas en el teatro Real, á donde le traía más que nada el amor de su patria y el deseo de tener al lado suyo á su padre, cuya típica figura de hombre honrado y bueno recordarán muchos de mis lectores haber visto allí, presenciando gozoso las legítimas ovaciones de que era objeto Gayarre, no hay para qué hablar; tan en la memoria de todos están. En cuanto á las demás, baste decir que el nombre del inolvidable tenor así ha sido ensalzado en su patria como en Francia é Italia, y en Inglaterra como en Alemania y Rusia.

No ha muchos días, el 8 de Diciembre último, cantaba Gayarre en el Teatro Real *El Pescador de perlas*. Al llegar un momento de la romanza, aquel, que según me ha dicho un respetable maestro, gran amigo suyo, había sentido momentos antes un dolor agudísimo, pero fugaz, en el corazón, sintió que las fuerzas le flaqueaban y no podía seguir. «No puedo cantar», dijo, y desapareció de la escena presa de un accidente nervioso. Repuesto de él, merced á los solícitos cuidados que se le prodigaron, quiso cantar de nuevo la romanza en el acto tercero; así lo hizo, pero al llegar la nota en que antes se había rozado, no pudo alcanzarla tampoco, y entonces, mostrando bien á las claras la angustia y el dolor que oprimían su alma, «¡Esto se acabó!», exclamó, y sus ojos se inundaron de copioso llanto.

Aquella romanza fué el canto del cisne del célebre cantante. Pocos días después caía enfermo, y ni la atenta solicitud de los médicos, ni los cuidados de su familia que acudió solícita á asistir al que miraba como padre, ni el desvelo de cariñosos amigos que constantemente rodearon su lecho, bastaron para atajar los estragos de la enfermedad que á la postre cortó el hilo de su existencia, privando al arte de un nombre ilustre, y á la patria de un hombre honrado.

El mundo ha rendido tributo al artista colmándole de alabanzas, derramando lágrimas sobre su yerto cadáver y cubriendo de flores su tumba. ¡Que el Dios de piedad y misericordia haya acogido en su seno el alma del cristiano!

J. M. Esperanza y Sola.

BLANCO Y NEGRO.

(NOVELA CORTA.)

I.

Habían llegado D. Pablo y Teresa, su sobrina, al más grave extremo de la pobreza. Ya no tenían cosa que empeñar, ni luz con que alumbrarse, y pronto no podrían costear siquiera la única frugal comida que hacían diariamente desde seis meses antes. Don Pablo, un caballero muy honrado, había desempeñado muchos años un empleo en la Dirección de Penales; pero, achacoso y con poca vista, lo perdió por un refinamiento de crueldad del Director, que, por complacer á un diputadillo de tres al cuarto, propuso la cesantía del antiguo y benemérito empleado para dar el puesto al novio de una doncella de aquel ínfimo padre de la patria. Y quitó el empleo al viejo cuando sólo le faltaba un año para completar el tiempo de servicios exigido para la jubilación.

En vano suplicó D. Pablo que le permitiesen cumplir el tiempo preciso para que le quedase un pedazo de pan. El Director y el Ministro no le hicieron caso; ¿qué les importaba que un empleado útil y honrado se muriese de hambre?.....

Mientras tuvo su empleo, D. Pablo vivió tranquilo en un cuartito muy lindo, aunque demasiado alto, en una de las casas de la opulenta Marquesa de la Espina, viuda de un poderoso banquero á quien, por haber prestado dinero al Gobierno cuando la guerra carlista, le dieron un título de Castilla, además de haberle proporcionado un negocio enorme en aquellas operaciones, que, por lo angustioso y perentorio de la necesidad, se hacían sin regatear el precio. Y era feliz el viejo recordando los buenos tiempos de su juventud, en que fué rico y buen mozo, y gozó largamente los placeres que ofrece el mundo á los que tienen dinero y buen humor.

Había recogido la huérfana de un hermano suyo muerto también en la pobreza, y lo mismo que si fuera su hija la amaba, porque la muchacha era dulce, tierna y cariñosa, y le cuidaba con singular esmero, de suerte que, como él decía, no había rey ni príncipe que estuviera mejor servido. Y casi le afligía más la situación de su sobrina que la suya propia, porque él poco había de vivir, y tenía bastante filosofía para ver sin espanto la ingrata faz de la miseria; pero ¿qué sería de la pobre niña?..... Ella le consolaba asegurándole que con su trabajo podría holgadamente suplir la falta de la paga mensual, pero no le podía engañar. Demasiado sabía él que Teresa no ganaría el duro diario indispensable para la subsistencia de los dos.

Teresa buscaba trabajo en las tiendas de confección de ropa blanca, y algo le dió que hacer un comerciante compadecido de su desgracia, porque para interesarle y obtener la protección que con lágrimas pedía, le refirió en qué duro trance se veían su tío y ella. Pero no llegaba á ganar seis reales por día, trabajando mucho. Una noche que fué á entregar la obra, el comerciante le dijo que sabía de una buenísima proporción para ella. Una señora rica le había expuesto su deseo de recibir en su casa una señorita de compañía, á quien ofrecería un regular sueldo y todas las comodidades apetecibles, pues que su única obligación sería acompañarla en coche, leerle *La Correspondencia* y el folletín. Era más de lo que podía desear una joven que se hallaba en la miseria, sin más protector que un triste anciano de quien nada podía esperar; pero aquella posición tan ventajosa que se le ofrecía no era posible que la aceptara; no cometería jamás la mala acción de abandonar á quien podía considerar padre cariñosísimo. Preferiría acompañarle pidiendo limosna, ó la pediría ella sola para él, porque su desventurado tío se moriría de vergüenza si tuviera que mendigar.

II.

Dentro de dos días vendría el administrador de la casa donde vivían, en el último piso de la de la Marquesa de la Espina, y era absolutamente imposible satisfacer el recibo de doce duros. El mes corriente lo había pagado con el importe de la fianza que estaba en poder del administrador, prometiendo á éste que si no podía reponer la fianza dejaría el cuarto, porque D. Pablo mejor quería vivir en la calle que atrasarse en el pago del alquiler.

Era, pues, llegado el momento de irse á la calle.

El día 28, después de cenar una rica sopa de ajo que Teresa había confeccionado primorosamente, D. Pablo dijo á su sobrina:

—Querida mía, he de hablar contigo muy seriamente, y has de prometerme que me obedecerás. Tú estás haciendo por mí sacrificios superiores á tus fuerzas, y al fin serán estériles, porque llegará, ha llegado ya, momento en que no haya remedio en lo humano para nosotros. Dentro de dos días no tendremos casa.

—¡Por Dios, va usted á afligirme!..... Dios no nos abandonará.

—Hija mía, tienes razón, Dios no nos abandonará, porque, aunque nos veamos en esta extrema penuria, nos dará ánimo y fortaleza para sufrir y para elegir el camino único abierto ante nosotros. Hemos de separarnos, Teresa.

—¡Jamás! Yo no le dejo á usted; me moriría de pena.

—Me dejarás y no te morirás. No es una separación absoluta, no, porque nos veremos frecuentemente.

—¿Qué piensa usted?

—La misma excelente persona que te ha propuesto una colocación decorosa y conveniente al lado de una señora buena y rica, que acaso pueda hacer tu felicidad, si, como tengo por seguro, te haces querer de ella, ha venido aquí á repetirme lo que tú le habías contestado. Que no puedes abandonarme, que me quieres como á un padre, que he sido muy bueno contigo, que prefieres la miseria y la muerte á mi lado, que pedirás para mí limosna de puerta en puerta..... Todo eso es muy noble y muy hermoso, y demuestra el cariño que me profesas y la bondad de tu corazón; pero en la vida, lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna, hay que ser prácticos, hay que acomodarse á la realidad y prescindir de fantasías muy bellas que á nada conducen. Yo he prometido que aceptarás esa honrosa colocación.....

—¿Y usted?

—No te preocupes de mí. Yo viviré bien alimentado, tendré casa y abrigo, y no creas que estaré solo, no; estaré muy acompañado, y muchos días iré á verte, si la señora en cuya casa vas á entrar lo permite, ó tú vendrás á verme.....

—¡Oh, tío! ya comprendo; usted quiere ir á un establecimiento de beneficencia. No lo permitiré.

—¿Qué has de hacer tú, hija mía, para impedirlo?..... No llores, prenda de mi alma, no llores, y considera con serenidad la situación en que nos hallamos. Toma ejemplo de mí, que, si tú no te afliges, si no me partes el corazón con tus lágrimas y tus lamentos, contento, tranquilo iré á vivir sin cuidado, sin la angustia del presente y la incertidumbre del porvenir, sin esperar la visita del casero y sin la pena, que es para mí la más grande y abrumadora de las pesadumbres, de ver que sufres, y marchitas y consumes tu juventud florida en este medio de miseria en que vivimos. Y, en fin, hijita mía, tengamos, como tú misma dices, confianza en Dios. ¿Quién sabe si todavía tendremos medios de volver á reunirnos y podremos vivir anchamente?..... Yo, en otro tiempo, hace mucho ya, tuve dinero en abundancia y fuí muy generoso con muchos amigos, les presté sumas de importancia, y ahí tengo un fajo de cartas, que pueden considerarse recibos, cuyo pago no he exigido mientras he podido mantenerme, aunque con la más estrecha economía. Ahora ya es otra cosa: ahora, cuando ya esté instalado en *mi casa*, esa casa sin casero, me voy á dedicar á suplicar á aquellos amigos de otro tiempo, que quizás están en la altura, y todos en mejor situación que yo, les voy á suplicar, te digo, que me paguen, si no todo, algo, y no dejarán de atender mi ruego, recordando la buena voluntad con que les serví, con mucho gusto mío. Ya verás, ya verás cómo todavía, niña mía de mis ojos, vivimos holgadamente, porque además quiero que sepas que no pierdo la esperanza de que me repongan en mi empleo, siquiera por los poquísimos días que me faltan para poder pedir y obtener mi jubilación, una jubilación de cinco mil realazos al año..... ¡Eh! ¿qué tal?..... Tontona, no te permito que te eches á perder esos ojos que Dios te ha dado tan bonitos..... no has de llorar más, ó me enfado..... Déjame hacer á mí, que tengo experiencia de mundo, y sé lo que te conviene y me conviene.

Todas estas razones no convencían á la atribulada Teresa, que no podía persuadirse de que un hombre tan bueno como su tío, incapaz de hacer daño á nadie, hubiera de recibir por premio de su bondad un castigo tan duro como el de ir á confundirse con los pobres abandonados en un asilo..... «Dios no puede abandonarle, pensaba, es imposible que le abandone.....» Y al mismo tiempo que sollozaba, la pobre niña discurría que ella debía ir á ver al casero, para pedirle que no apurara al viejo por el pago del alquiler, y también iría á ver á la señora que le proponía la ventajosa colocación en su casa, y le rogaría por Dios que la permitiese llevar consigo á su tío, un hombre muy de bien, que sabía escribir gallardamente y de cuentas, y no comía tanto como un pajarito..... La triste escena habría continuado mucho tiempo, sin convencer el tío á la sobrina ni la sobrina al tío, si no la hubiera interrumpido la visita de un caballero que, preguntando por el viejo á Teresa, que salió á abrir, entró en la salita donde estaba D. Pablo.

Era el administrador de la finca, un señor de aspecto vulgar, que dijo al inquilino:

—Perdone usted, he venido á disponer unas chapuzas que hay que hacer en las guardillas, y aprovecho la ocasión para preguntar á usted si es verdad, como me ha dicho el portero, que va usted á dejar el cuarto.

—Sí, señor; el último día de este mes pienso dejarlo.

—Lo siento, porque es usted un buen inquilino; en los tres años no se ha retrasado usted un día siquiera en el pago.

—Por eso me mudo, porque ahora tendría que retrasarme.

—Pues, amigo, si el retraso no ha de ser mucho, yo le esperaré los días que necesite para reunir el importe del alquiler, y la dueña de la casa, la señora Marquesa, nada sabrá, porque yo supliré el descubierto de usted. Cuando tengo en estos cuartos baratos un inquilino como usted, siento mucho perderle, porque sabe Dios quién vendrá después. A lo mejor alquila usted un cuartito de éstos, creyendo que el inquilino es buena persona, y se encuentra usted un día con que su mujer no era su mujer, y que él le ha pegado un tiro y luego se ha degollado, ó que viene un matrimonio mal avenido y riñe y escandaliza, ó que lo alquila una señora, al parecer, y es una grandísima tía con muchos entrantes y salientes..... En fin, que es una gran tranquilidad para mí saber que tengo buenos inquilinos.....

—Pues, amigo mío, yo le agradezco sobremanera las deferencias con que me favorece, pero de esta vez pierde usted este buen inquilino. Yo no puedo pagar casa ni este mes, ni el que viene, ni el otro, ni el otro. Tenía un empleo y me lo han quitado. Y antes que entramparme con usted, me mudo, me mudo á otra casa más grande.

—Pero donde quiera que vaya usted habrá de pagar casa.

—Ese es el error de usted; voy á una casa donde no se paga, á un asilo de beneficencia. Mañana venderé estos pocos y desvencijados muebles que para nada necesito, y pasado mañana le dejaré á usted el cuarto desocupado: yo seré el último mueble que salga de la casa. ¿No es una ganga mudarse sin gastar en la mudanza y sin tener que pagar al casero?.....

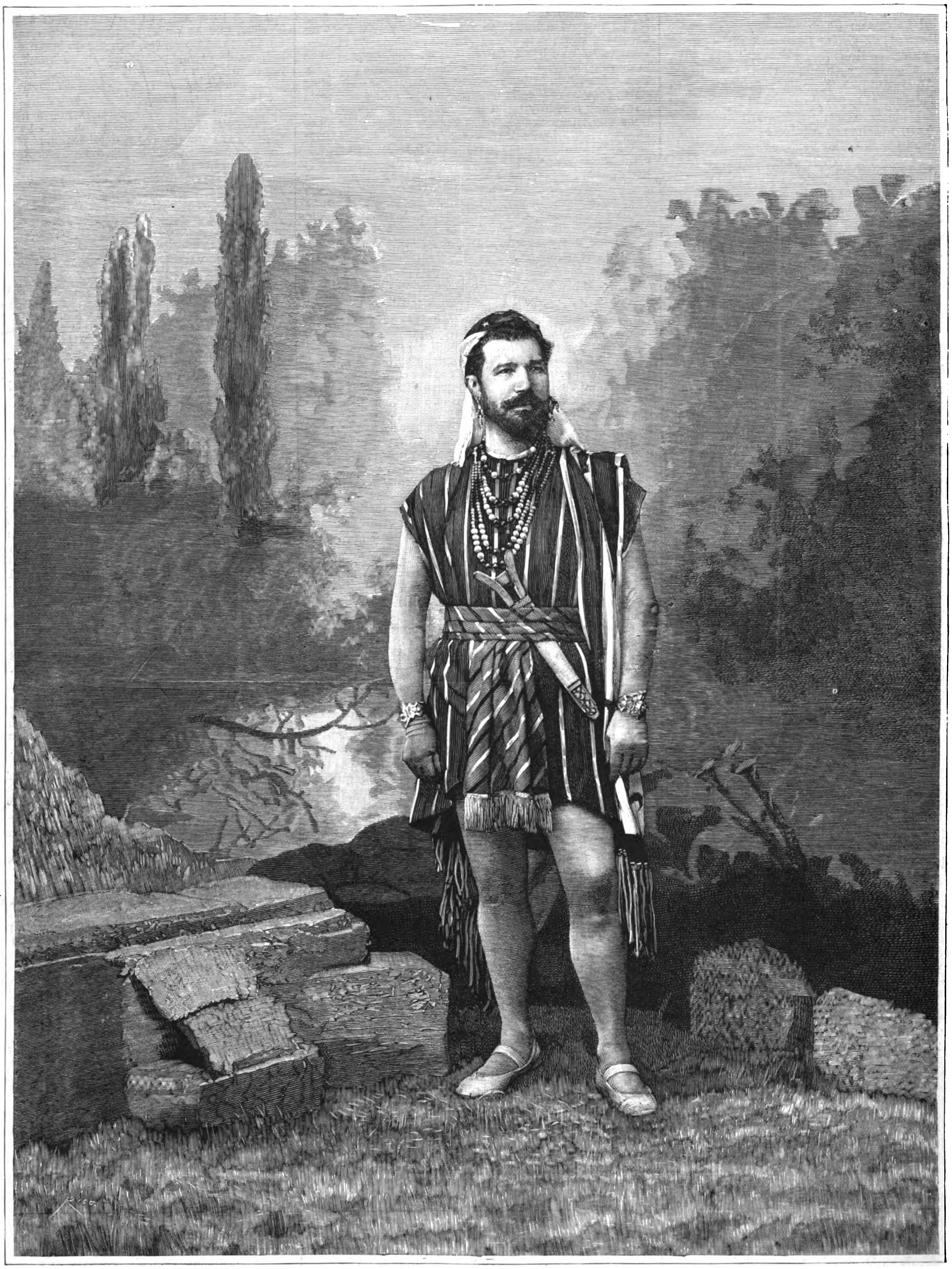
—¿Y con esa calma dice usted que se va á un asilo de beneficencia?.....

—Sí, señor, con esta calma: y si no fuera porque me llega al corazón la pena de una sobrina que tengo, que es un ángel del cielo, crea usted que estaría muy contento y muy satisfecho. No he hecho nunca daño á nadie; he dispensado muchos favores; he visto el mundo y le conozco bien; he gozado los favores de la fortuna; he vivido en la abundancia, en la medianía y en la pobreza, y ahora..... ahora no me queda otro recurso, si he de sostener el tiempo que Dios quiera este cuerpo fatigado y sin fuerzas para la lucha por la existencia, que pedir un lecho y un pedazo de pan en un establecimiento de beneficencia, donde el hombre honrado y que tiene la conciencia tranquila, debe entrar con la mirada serena y alta la frente.....

—Estoy admirado de oir á usted—dijo el administrador;—y si fuera mía la casa, no salía usted de ella, porque yo no le cobraría jamás el alquiler.

—Yo no aceptaría esa limosna. Precisamente por no pedir nada, porque nadie me dé nada, he tomado esta resolución. Un asilo es la casa del pobre; allí el pobre está con perfecto derecho, como el rico en su palacio. El pobre no puede ir á disputar al rico su propiedad, y el rico tampoco va á disputar al pobre su sitio en el asilo de la caridad. Tengo vivos deseos de estar en *mi casa*, rodeado de otros pobres, más pobres que yo si no están resignados y conformes con su suerte, asistido por las Hermanas de la Caridad, de quienes de seguro me haré querer..... y en fin, amigo mío, no se empeñe usted en protegerme, porque ya no necesito que se me proteja, sino que se me deje realizar mi ilusión, mi bello ideal, vivir los días que me quedan de viaje por este valle de lágrimas, sin apuros, sin preocupaciones, sin la obsesión del casero, ni de la tienda de comestibles, ni del carbonero, ni de ninguna otra necesidad, y compadeciendo sinceramente á los que se afanan por crearse necesidades y se matan por satisfacer precisamente aquellas de que se puede prescindir.

—Admiro á usted, y por mi vida que dudo haya en

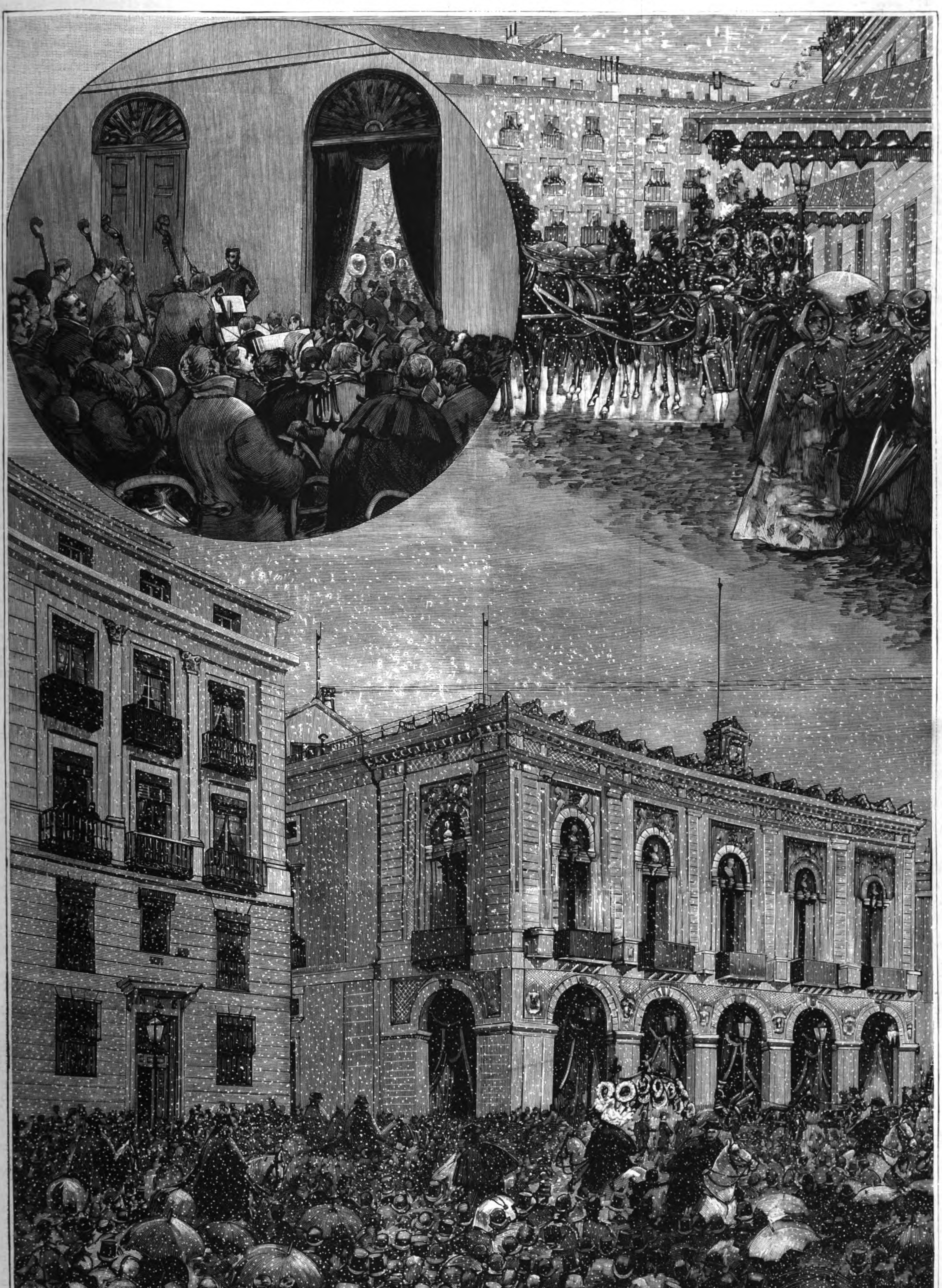


JULIÁN GAYARRE,

EN TRAJE DE «EL PESCADOR DE PERLAS», ÚLTIMA ÓPERA QUE CANTÓ.

(Fotografía directa de la *Sociedad Artístico-Fotográfica*.)

EL ENTIERRO DE JULIÁN GAYARRE.

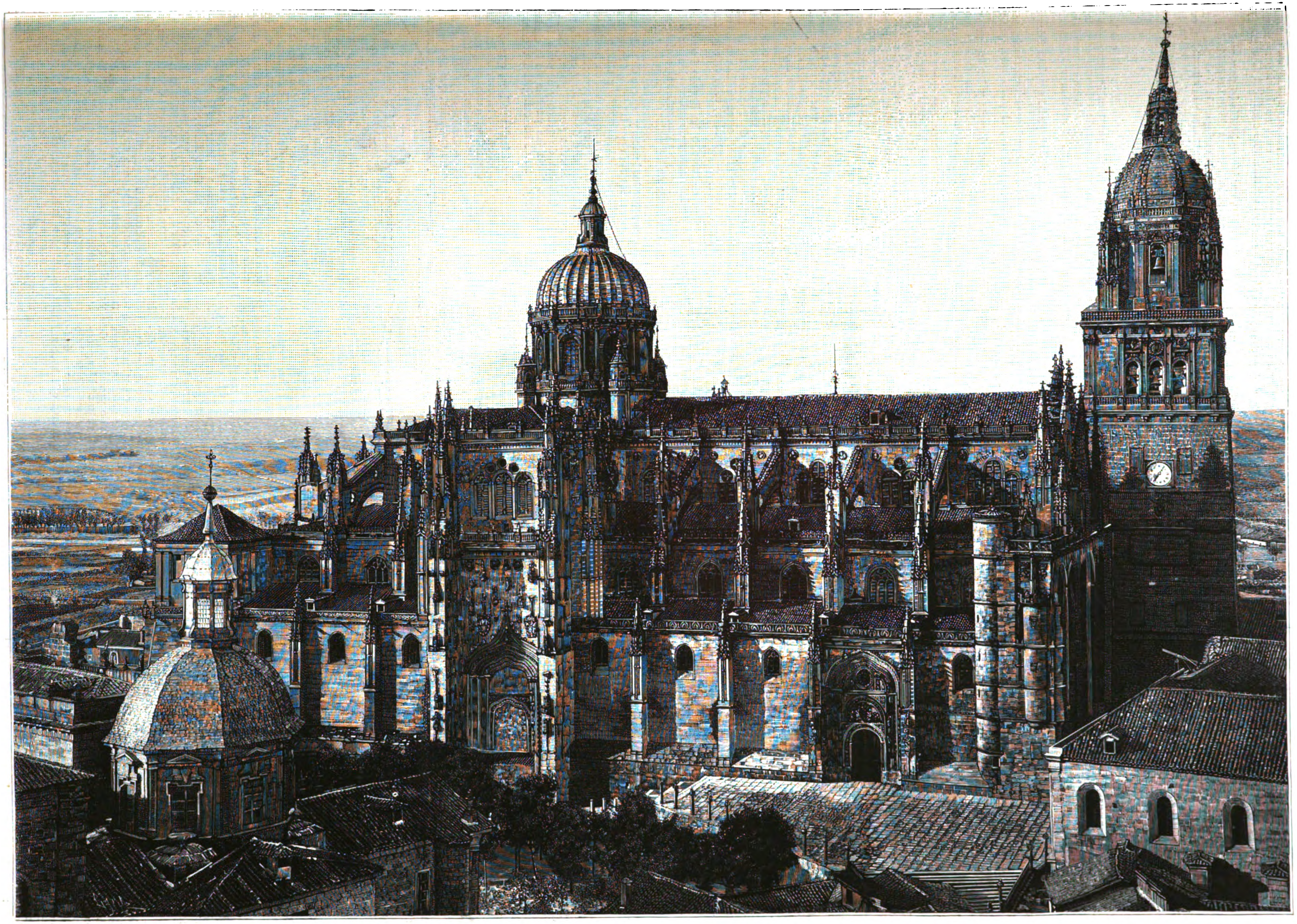


LA ORQUESTA Y LOS COROS DEL TEATRO REAL EJECUTANDO EN EL VESTÍBULO EL CORO DEL ACTO CUARTO DE LA «FAVORITA», AL PASAR EL FÉRETRO POR DELANTE DEL REGIO COLISEO. — ANTE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA Y DECLAMACIÓN. — EN LA PLAZA DE ORIENTE.

(Apuntes del natural, por Comba.)



«UNA PRINCESA DE CHIPRE.»
CUADRO DE N. SICHEL.



SALAMANCA.—LA CATEDRAL, VISTA DESDE EL SEMINARIO.

(De fotografía de Laurent.)

En verdad, este Imperio del *Moghreb* es un poco sombrío, y no es raro que de vez en cuando rueden sobre su suelo algunas cabezas: forzoso me es reconocerlo. Sin embargo, yo, por mi parte, sólo he encontrado gentes hospitalarias, quizá un poco impenetrables, pero risueñas y corteses, aun entre las muchedumbres. Y siempre que á mi vez he tratado de decir cosas amables, me han dado las gracias por medio de ese hechicero gesto árabe que consiste en llevarse una mano al corazón, y en inclinarse con una sonrisa que pone al descubierto blanquísimos dientes.

Por lo que hace á S. M. el Sultán, me ha parecido muy bien en lo de tener buena figura; en no querer Parlamento, ni prensa, ni caminos de hierro; en montar soberbios caballos, y en haberme regalado un largo fusil guarnecido de plata, y un gran sable damasquinado de oro. Admiro su altivo y tranquilo desdén por las agitaciones contemporáneas: como él, soy de parecer que la fe de los antiguos días, la que hizo y hace todavía los mártires y los profetas, es buena de conservar y dulcifica la hora de la muerte. ¿A qué tomarse tanto trabajo para cambiarlo todo, para comprender y abrazar tantas cosas nuevas, puesto que es preciso morir, puesto que forzosamente un día hemos de agonizar en alguna parte, al sol ó á la sombra, á una hora que sólo Dios conoce? Antes bien, guardemos la tradición de nuestros padres, que parece prolongarnos un poco á nosotros mismos, ligándonos más íntimamente á los hombres del pasado y á los hombres del porvenir. Vivamos en un vago ensueño de eternidad, sin preocuparnos del mañana terrestre, y dejemos que los viejos muros se cuarteen al sol del estío, que las hierbas crezcan sobre nuestros techos, que los animales se pudran en el mismo sitio donde cayeron muertos. Dejémoslo todo, y gocemos únicamente al paso de las cosas que no engañan: de las mujeres bellas, de los hermosos caballos, de los jardines frondosos y de los aromas de las flores....

....

Síganme no más en mi viaje aquellos que á veces se hayan sentido estremecer á las primeras notas gemidas por las flautas moriscas, acompañadas de tambores. Esos son como yo; esos son semejantes míos, hermanos míos en el espíritu: que esos monten conmigo en mi caballo alazán, ancho de pecho, abundoso de crines. Yo los conduciré á través de llanuras salvajes tapizadas de flores, á través de desiertos de lirios y de asfodelas, al fondo de ese viejo país inmovilizado bajo el sol de fuego, á ver conmigo las grandes ciudades muertas, arrulladas por un eterno murmullo de plegarias.

En cuanto á los demás, se aburrirían leyéndome: no me comprenderían. Les parecería que cantaba cosas monótonas y confusas, más bien soñadas que sentidas.

PIERRE LOTI.

A M. J. PATENÔTRE,

MINISTRO DE FRANCIA EN MARRUECOS,

Homenaje de afectuoso reconocimiento.

I.

26 de Marzo 89.

Desde las costas del Sur de España, desde Algeciras como desde Gibraltar, se apercibe allá abajo, sobre la otra orilla del mar, Tánger la blanca.

Bien cerca está de nuestra Europa esa primera ciudad marroquí, colocada como centinela avanzada sobre la punta más norte de Africa: los vapores os conducen á ella en tres ó cuatro horas, y un gran número de turistas la visitan en el invierno. Así es que ha perdido mucho carácter, y el Sultán ha tomado el partido de abandonársela á los visitantes extranjeros, apartando de ella sus miradas como de una ciudad infiel.

Vista desde el mar, casi parece sonriente, con las *villas* de recreo que la circundan, edificadas á la europea en el centro de jardines. Un poco extraña resulta sin embargo todavía, y más musulmana de aspecto que nuestras ciudades de Argelia, con sus muros de nívea blancura, su alta *Kasbah* aspillerada, y sus minaretes enchapados de antiguos azulejos.

Curioso es ver cómo la impresión de la llegada es aquí más viva que en ninguno de los demás puertos africanos del Mediterráneo. A pesar de los turistas que desembarcan conmigo; á pesar de las muestras de tiendas francesas que se divisan acá y allá, en las puertas de hoteles y bazares, al poner el pie sobre el muelle de Tánger, bañado por el hermoso sol del Mediodía, experimento la sensación de un retroceso súbito á los tiempos pasados. ¡Cuán lejos se siente uno de España, donde estaba esta mañana misma; cuán lejos del camino de hierro, del vapor rápido y confortable, de la época en que creía vivir!..... Hay aquí algo como un sudario blanco que cae, apagando todos los rumores de fuera, deteniendo todas las modernas agitaciones de la vida: el viejo sudario de Islam, que sin duda va á hacerse más tupido en torno nuestro dentro de algunos días, cuando nos hayamos internado más adelante en este país sombrío, pero perceptible desde su dintel para nuestras imaginaciones europeas.

***

Dos guardias al servicio del Ministro de Francia, *Selem* y *Kaddur*, semejantes á figuras bíblicas en sus largas vestiduras de lana, nos esperan en el desembarcadero para conducirnos al edificio que ocupa la Legación.

Los dos nos preceden gravemente, apartando de nuestro camino, con sus palos, los innumerables asnos que reemplazan á los carros y camiones, aquí perfectamente desconocidos. Por una especie de vía estrecha, subimos á la ciudad entre filas de muros aspillerados, que se superponen en gradería los unos encima de los otros, tristes y blancos como nieves estacionarias. Los transeuntes que nos encontramos al paso, blancos también como los muros, arrastran sus babuchas por el polvo, con una majestad indolente, bastando verles andar, para comprender que las prisas y las actividades de nuestro siglo son cosa desconocida para ellos.

Cierto es que en la gran calle que ahora atravesamos se ven algunas tiendas españolas, algunos anuncios franceses ó ingleses, y que á la muchedumbre vestida de jaiques y albornoces se mezclan algunos caballeros con terno de cuadros y sombrero-casco de viaje, y cierto número de lindas *misses* viajeras, con las mejillas tostadas por el sol; pero, sea lo que quiera, Tánger es todavía muy árabe, aun en sus barrios animados por el comercio.

Más lejos, en las inmediaciones de la Legación de Francia, donde se me ha ofrecido generosa hospitalidad, comienza el dédalo de las callejuelas estrechas, amortajadas en la cal blanca, intacto como hace siglos.

II.

En la tarde de este mismo día de nuestra llegada, al ponerse el sol, me dirijo hacia nuestro campamento de camino, que está en preparación, allá abajo, fuera de las murallas, sobre una solitaria altura que domina á Tánger.

Aquello es una aldea nómada, organizada y habitada ya por los moros de nuestra escolta: alrededor nuestros caballos, nuestros camellos, nuestras mulas de carga, trabados con cuerdas, pacen una hierba rasa, muy odorífera. Diríase una tribu cualquiera, un aduar: el conjunto exhala un fuerte olor á beduino, y de la tienda de los camelleros salen cantos tristes, entonados por voces de falsete, y sonidos débiles de guitarra.

El Sultán es quien ha enviado todo aquello á nuestro Ministro; material de campamento, personal y ganado. Contemplo largo rato estas gentes y estas cosas, con las cuales es fuerza habituarse á vivir, y que pronto deben internarse con nosotros en el país desconocido.

La noche que se avecina, el viento frío que se levanta al crepúsculo, acentúan, como sucede siempre, la impresión de melancólica nostalgia de la patria ausente que Marruecos produjo en mí desde el primer momento. El cielo del poniente es de una limpidez profunda, con tonos de amarillo pálido extremadamente fríos: Tánger, que surge en lontananza á mis pies, semeja en este momento un desprendimiento de cubos de piedra sobre una pendiente de montaña; sus blancuras, al obscurecerse, tiran al azulado vago: más allá, se extiende el mar de un azul sombrío, y más allá aún, en silueta de un gris de pizarra, se dibuja la España, vecino con el cual, este país intima lo menos posible. Y esta extremidad de *nuestro* mundo, que he abandonado hace solamente unas cuantas horas, vista de aquí, me hace de pronto el efecto de haberse alejado, de haber retrocedido espantosamente.

***

Regreso á Tánger por la plaza del Gran Mercado, que está un poco más alta que la ciudad. Es casi de noche. En el suelo, sobre una extensión de cien metros cuadrados, hay una capa de cosas obscuras que rebullen débilmente; camellos arrodillados, que se aprestan á dormir, revueltos con beduinos y fardos de mercancías; caravanas que han salido tal vez de los confines del desierto, para venir, por senderos peligrosos no trazados, hasta aquí, donde concluye la vieja Africa; hasta aquí, enfrente de la extremidad de Europa, en el dintel de nuestra civilización moderna. De aquella masa confusa, salen ruidos roncos de voces humanas y gruñidos de animales. Ante una pequeña hoguera de amarillenta llama, en el centro de un círculo de gentes en cuclillas, un negro, con pretensiones de brujo, canta suavemente, acompañándose con su tambor. El viento de la noche, más fresco á cada momento, transporta acres exhalaciones. El cielo se cubre de estrellas en una limpidez profunda. Y he aquí que una dulzaina árabe empieza á gemir, dominando todos los demás ruidos con su voz agria y chillona. ¡Oh, ya había yo olvidado aquel sonido que hacía tantos años no había herido mis oídos!..... Ahora me produce una vivísima impresión en Africa; una de esas impresiones de los días de llegada, como no vuelven á experimentarse cuando la facultad de comparar se ha embotado al contacto de las cosas nuevas.

La dulzaina continúa, con una especie de exaltación creciente, su monótono sonsonete que desgarra: detengo mis pasos para oirla mejor; diríase que eso que entona, es el himno al pasado..... Y por un instante, siento un placer extraño al pensar que no estoy todavía sino en el umbral, por todo el mundo profanado, de este Imperio del Moghreb donde penetraré bien pronto: que Fez, objetivo de nuestro viaje, está lejos, bajo el sol devorador, en el fondo de este país cerrado é inmóvil, donde la vida es ahora la misma que hace mil años.

III.

3 de Abril.

Ocho días de espera, de preparativos, de retardos.

Durante esta semana, pasada en Tánger, hemos hecho numerosas excursiones para examinar tiendas, escoger y probar caballos y mulas. Han sido en buen número las veces que hemos subido á la altura que ocupa nuestro campamento, el cual se ha ido aumentando poco á poco con considerable cantidad de objetos y de gentes.

Por fin, nuestra partida se ha fijado para mañana.

Desde ayer, los alrededores de la Legación de Francia, parecen un lugar de emigración ó de pillaje. Las callejuelas tortuosas y blancas que la circundan, están obstruidas por centenares de cajas y de bultos, todo ello cubierto con tapices marroquíes de rayas multicolores, y atado con cuerdas de mimbres.

IV.

4 Abril.

Para estar al cuidado de nuestros innumerables bagajes, los criados se han quedado á dormir en la calle, liados en sus albornoces, con la cabeza escondida bajo sus capuchones, parecidos á montones informes de lana gris.

Al despuntar el alba, todo aquello empieza á despertar y á agitarse.

Al principio, tímidos llamamientos, pasos inciertos de gentes que duermen todavía; al poco rato, gritos y disputas.

Verdad es, que con las durezas y las aspiraciones entrecortadas de la lengua árabe, un diálogo entre hombres del pueblo, os parece siempre un cambio recíproco de injurias.

Y aquel gran rumor compacto, que crece á cada momento, cubre los rumores habituales de la mañana; cantos de gallos, relinchos de caballos y de mulas, gruñidos de camellos en las cercanas hospederías.

Antes de levantarse el sol, el ruido ha adquirido proporciones infernales. Si no estuviera yo acostumbrado á estos alborotos de Africa, creería, en mi somnolencia, que se traba un combate bajo mis ventanas; pero un combate salvaje, en que dos bandos opuestos se degüellan y se devoran; mas como mis oídos están habituados, me digo sencillamente: «Es que traen nuestro ganado, y nuestros muleteros empiezan á equiparlo.»

Verdaderamente, no es cosa cómoda eso de tener que aparejar y cargar un ciento de mulas testarudas y de camellos estúpidos, en callejuelas que no tienen dos metros de ancho. Los animales, que apenas tienen sitio donde revolverse, relinchan de impaciencia; algunas cajas, demasiado voluminosas, se enganchan en los resquicios y las grietas de las paredes; todo esto produce tropiezos, colisiones y voces.

Hacia las ocho, el tumulto ha llegado á su colmo. Desde lo alto de las azoteas de la Legación, se divisa un confuso tumulto de gentes y animales alborotando en competencia. Además de los mulos de carga, hay los de los árabes de escolta, enjaezados de mil colores, con especies de sillones sobre los lomos, y tapices de paño rojo, azul ó amarillo, que les caen por la grupa, á manera de trajes. Varios jinetes de atezado rostro y blanco albornoz están ya á caballo, con el largo fusil en bandolera.

Y todo este tren de viaje, que debe precedernos bajo la conducta y responsabilidad de un *Kaid* enviado por el Sultán, se pone en marcha poco á poco, penosa é individualmente: á fuerza de gritos y de palos, la ola humana va corriendo hacia las puertas de la ciudad, concluyendo por dejar libres las callejuelas vecinas á nuestra morada.

Llega, entonces, la vez á los mendigos, que son numerosos en Tánger: los locos, los idiotas, los lisiados, los individuos sin ojos, que ostentan unos agujeros sanguinolentos á guisa de pupilas, asedian la Legación para despedirnos. Siguiendo la costumbre establecida, el Ministro les arroja puñados de monedas, que nos valdrán numerosas plegarias por que la fortuna proteja á nuestra caravana.

***

Debemos ponernos en camino á la una de la tarde. El punto de reunión es la plaza del Gran Mercado, la misma en que, la noche de mi llegada, asistí á una inolvidable audición de dulzaina. Ya he explicado la situación de esta vasta explanada, donde hay sin cesar una masa compacta de camellos arrodillados, y una muchedumbre de moros encapuchonados, también de un color rojizo de tierra. Todo lo que llega del interior, como todo lo que al interior va, se agrupa y se mezcla en la tal plaza, llena todo el día de redobles de tambor, de gemidos de flautas, que tañen, ora los hechiceros que predicen el destino, ora los juglares que comen estopas encendidas, ora los domadores de serpientes.

La formación de nuestra caravana viene á aumentar hoy el movimiento y la agitación en este lugar público. Al mediodía, empiezan á llegar los jinetes de nuestra escolta de honor, nuestros *Kaids*, acaudillados por el portaestandarte del Sultán, que durante todo el viaje, ha de marchar á la cabeza de nuestra columna.

Es día de gran mercado: centenares de camellos, pelados y asquerosos, están arrodillados sobre el polvo, alargando á derecha é izquierda su largo pescuezo calvo, que tiene ondulaciones de oruga, mientras que la masa de campesinos y de pobres, con albornoces grises y sayales de lana obscura, se agita confusamente entre aquellos montones de bestias acostadas. Todo esto forma un inmenso barullo de un mismo tono, neutro, que hace resplandecer todavía más, en la magnífica luz de las lontananzas, la blancura brillante de la ciudad, erizada de minaretes verdes, y el azul intenso del Mediterráneo. Y también vibra más vivamente sobre este fondo monótono el colorido oriental de los jinetes de nuestra escolta, engalanados con sus caftanes rosa, amarillos ó anaranjados, así como sus monturas ostentan sillas forradas de paño rojo.

La misión de que formo parte, se compone de quince personas, entre las cuales nos contamos siete oficiales.

nuestros uniformes agregan también algo de diversidad y de reflejos dorados á aquel animado cuadro de la partida. Cinco soldados de un regimiento de cazadores de Africa, con capas azules, vienen también en nuestra comitiva. La colonia europea, por su parte, ha tenido la dignación de honrarnos montando á caballo para acompañarnos hasta cierta distancia de la ciudad: vense ministros residentes extranjeros, secretarios y agregados de embajada, pintores, y una porción de gentes, que son simplemente personas amables. He aquí también al Pachá de Tánger, anciano de barba blanca, vestido todo de blanco, y caballero en una mula del mismo color, ensillada de rojo, que cuatro servidores guían de las riendas. El Pachá viene á conducirnos hasta los límites de su jurisdicción.

La columna debe hacer el efecto de una mascarada.

Volvamos el rostro para enviar un último adiós á Tánger la blanca, cuyas azoteas avanzan á lo lejos hacia el mar bajo nuestros pies: digamos adiós, sobre todo, á esas montañas azuladas que se dibujan todavía del otro lado del Estrecho, y que son la Andalucía; la punta extrema de Europa, pronta á desaparecer. Es la una; la hora prefijada para ponerse en marcha. El estandarte de seda roja del Sultán, que debe guiarnos hasta Fez, se despliega delante de nosotros, coronado por su bola de metal dorado: á falta de música de botasillas, tenemos los tamboriles y las flautas de los juglares del mercado. Nuestra columna se pone en movimiento, alegremente, en medio de un gran desorden.

En las afueras de Tánger abundan las *villas* construídas á la europea, los hoteles cuyos balcones y miradores están ocupados por hermosas turistas, que nos miran desfilar cobijadas bajo sus sombrillas. Pudiera uno creerse que estaba en la Argelia francesa, contemplando alguna parada ó alguna fiesta militar, si el malísimo estado de los caminos y la ausencia completa de carruajes, no diese á las afueras de Tánger algo de inusitado y de singular.....

***

En torno nuestro, todo va cambiando súbitamente de aspecto. Al cabo de cuatrocientos ó quinientos metros, la especie de avenida plantada de aloes, por la cual hemos salido, se pierde por completo en la campiña abandonada; se borra, deja de existir. Nada de caminos: en Marruecos no los hay nunca; en ninguna parte. Estrechísimos senderos, trazados á la larga por el frecuente paso de las caravanas, y el derecho de atravesar á vado, cuando se puede, los ríos que se presentan al paso: esto es todo lo que encuentra el viajero.

¡Y cómo están los tales senderos! El suelo, reblandecido por las lluvias del invierno, cede bajo los cascos de nuestras cabalgaduras, que se hunden en un fango negruzco.

Los amigos y conocidos que salieron á despedirnos, nos van abandonando unos después de otros, después de los consabidos apretones de manos y de expresarnos sus votos por nuestro feliz viaje. Tánger también ha desaparecido, detrás de colinas desiertas. Henos ya solos, siguiendo el estandarte rojo del Sultán, y solos tendremos que estar por espacio de doce días, en este gran país silencioso, salvaje, todo inundado de luz.....

V.

4 de Abril, ocho de la noche.

Escribo á la luz de un farol, bajo mi tienda, en un sitio cualquiera donde hemos acampado para pasar la noche. Me encuentro muy tranquilo en medio de este profundo silencio, después de las agitaciones del día, y descanso deliciosamente en mi cama de campaña. Complaceme el tener conciencia de que me rodean grandes extensiones obscuras, donde no hay caminos, ni casas, ni abrigos, ni habitantes.

La lluvia azota los lienzos tirantes que componen mi techo y mis paredes, y oigo gemir el viento. El tiempo, que era muy bueno cuando nos pusimos en camino, se ha echado á perder al aproximarse la noche.

Esta primera etapa ha sido corta; apenas veinte kilómetros. Antes de caer la tarde, ya hemos divisado á lo lejos nuestra pequeña aldea nómada que nos aguardaba, risueña y hospitalaria, tan blanca en medio de la solitaria verdura. El personal y el material de nuestro campamento había salido de Tánger por la mañana, seis horas antes que nosotros, y mucho antes de nuestra llegada, todo estaba listo. Los pabellones de Francia y de Marruecos flotaban sobre las dos tiendas más importantes del campamento, el uno enfrente del otro, amigablemente.

El *Kaid*, responsable de las tiendas, tiene la misión de hacer levantar el campo todas las mañanas y de volverlo á establecer todas las noches, en sitios siempre elegidos de antemano, cerca de ríos ó de manantiales, y, en cuanto sea posible, sobre terrenos secos, tapizados de una hierba corta.

***

Mi cama, muy ligera, está colocada sobre mis dos neceseres de viaje, que la alejan suficientemente del suelo, de los grillos y de las hormigas. Me acuesto envuelto en una manta marroquí, con rayas anaranjadas y verdes, que me abriga á maravilla, mientras que el viento fresco de la noche, saturado de un saludable perfume de heno y de flores, orea el interior de la tienda. La techumbre de ésta afecta la forma de un inmenso paraguas blanco, cuyas varillas estuviesen forradas de azul. Es el mismo modelo uniforme de todas las tiendas destinadas á jefes ó personas de categoría. En la que yo ocupo, habría cómodamente espacio para otras cuatro ó cinco camas; pero la munificencia del Sultán nos ha dado á cada uno de nosotros una tienda para nuestro uso particular.

A guisa de alfombra, tengo la fina y florida hierba; un bello tapiz violeta, suavemente odorífero, en medio del cual tres ó cuatro flores amarillas resplandecen como pequeñas rosáceas de oro.

Mis compañeros de viaje y los árabes de nuestra escolta se preparan, sin duda, á hacer como yo: acostarse y dormir. Ningún ruido humano turba ya el profundo silencio del campamento.

Y, en tanto que disfruto de esta calma, de este silencio, de estas vivificantes y puras emanaciones, he aquí que, en una Revista semanal traída por casualidad en mi equipaje, tropiezo con un artículo de Huysmans celebrando sus gratas emociones en *sleeping-car:* el humo negro, la promiscuidad y los olores de los dormitorios, demasiado estrechos; sobre todo, los encantos del viajero que ocupa la cama encima de la suya, que es un señor de cincuenta años, adiposo, fofo y asmático, con dijes de reloj colgando sobre el vientre, lente en los ojos, y puro en la boca..... Confieso que el pensar que está tan lejos de mí el compañero de viaje de Huysmans, aumenta el bienestar que experimento. Y cuenta que es un retrato, trazado de mano maestra, del señorón contemporáneo, en su importancia de viajero de tren de lujo. Seré franco del todo: en mi regocijo de pensar que esa clase de personaje no circula todavía en Marruecos, siento un primer movimiento de gratitud hacia el Sultán de Fez, por no consentir *sleepings* en su Imperio, y por atenerse á los senderos salvajes por donde se pasa á caballo, hendiendo el viento.....

***

A media noche, me despierta el golpear del granizo sobre el techo de las tiendas, y una gran ráfaga sacude los lienzos de la que me sirve de habitación. Luego, oigo confusamente voces rudas que se aproximan: un farol da la vuelta en torno de mi tienda, dibujando por transparencia, sobre sus paños, los arabescos negros que decoran el exterior. Son las gentes de guardia, que se ocupan, bajo la dirección del *Kaid*, de asegurar los piquetes para que el viento no se lleve nuestros frágiles abrigos.

Parece ser que cuando el Sultán viaja y duerme bajo su gran tienda, para cuyo transporte no se necesitan menos de sesenta mulas, si en medio de la noche sobreviene una tormenta como ésta, no hunden los piquetes en el suelo á fuerza de golpes de mazo, como hacen ahora, porque el ruido turbaría el sueño del Soberano, ó el no menos respetable de las bellas damas de su harén. El procedimiento para asegurar la estabilidad de la tienda, consiste en despertar á todo un regimiento de las tropas que escoltan la imperial comitiva, el cual regimiento se sienta á la redonda en torno del palacio de lona, y así permanece hasta la llegada del día, tirando con sus numerosos brazos de las cuerdas, para mantenerlo firme.

Así me lo contaba hoy cierto sujeto que ha vivido largo tiempo al lado de S. M. Sherifiana, mientras nuestros caballos trotaban el uno al lado del otro: la tormenta de esta noche me trae la anécdota á la memoria. Por fin vuelvo á recobrar mi interrumpido sueño, atravesado por vagas imágenes de esa corte de Fez, donde habitan, detrás de los muros y bajo tupidos velos, tantas bellas misteriosas.....

***

Hacia las dos de la madrugada, nueva alerta nocturna; voces y respingos de caballerías asustadas; galopemartilleando el suelo; gritos de árabes..... Nuestros animales se han desatado, se acometen unos á otros, atemorizados por no sé qué de invisible; presa de un pánico general..... ¡Con tal que esas bestias enloquecidas no vengan á enredarse los pies en las cuerdas de mi tienda y á derribarla!

¡Loado sea Alá! Sus carreras toman otra dirección, se alejan en lo negro de la noche.....

A poco, siento que traen sujetos á los fugitivos; la calma y el silencio renacen. Con ellos viene el sueño.....

(Continuará.)

FE.

Todo, Señor, pregona tu existencia;
Todo tu gloria canta;
Y, si todo enmudece, la conciencia
Tu imagen agiganta.

Su fe te rinde el hombre, en quien despiertas
Ya esperanzas, ya angustias:
Su olor te dan las rosas entreabiertas
Y las violetas mustias.

Tu alabanza modula con su arrullo
La tórtola en la olmeda,
Y una oración te eleva en su murmullo
La trémula arboleda.

Nadie, Señor, tu enojo desafía
Ni tu ira desconoce;
Y, al quererte burlar, la hipocresía
Tu imperio reconoce.

El malo, como el bueno, al invocarte
Se somete á tu yugo;
Y aspiran á ponerte de su parte
Ya el mártir, ya el verdugo.

Á Tí claman, Señor, la plebe opresa
Y el déspota vencido:
Tu auxilio imploran el león sin presa
Y el ruiseñor sin nido.

Todos á tu poder se supeditan,
Y, besando tu huella,
Todos, Señor, tu amparo solicitan
Con razón ó sin ella.

Y, si airado nos vuelves el semblante
Con ceño furibundo,
Trepida como un seno palpitante
La redondez del mundo.

Sólo el sabio á dudar de Tí se atreve:
Él, con saña ferina,
Ciego escupe á la fuente donde bebe
Y al sol que le ilumina.

No estudia el libro que á Moisés pasmado
Tu almo labio dictaba,
Ni el otro donde Newton admirado
Tu nombre descifraba.

Haciendo escarnio de la fe sencilla,
No sabe—¡oh vil recelo!—
Ni doblar en la tierra la rodilla
Ni alzar la vista al cielo.

Si halla claras tus huellas inmortales,
Receloso se aleja.
Ve la miel rebosando en los panales,
¡Y aun duda de la abeja!

FEDERICO BALART.

LA ARISTOCRACIA DE LA INTELIGENCIA.

Tristísima era la situación del español de talento en los primeros días de la Edad Media. Lo material dominaba á lo ideal; las armas se imponían á las letras: caos de mezquinos intereses, en que, según costumbre goda, el que no poseía un pedazo de terruño era un ente miserable, peor que un siervo, sin que le bastara llevar un sol en la frente, porque había de vivir entre sombras; sin que le bastara sentirse imagen de Dios, porque había de morir entre cadenas.

Por exceso de orgullo, cuando no por temor á la competencia, los q ie habían escalado las alturas, los aristócratas de la sangre, cerraban el paso á los que vagaban por la planicie. En lugar de poner la antorcha sobre el candelero, según la frase evangélica, la metían debajo del celemín, seguros por instinto de que la dicha del verdugo prospera con la ignorancia de la víctima.

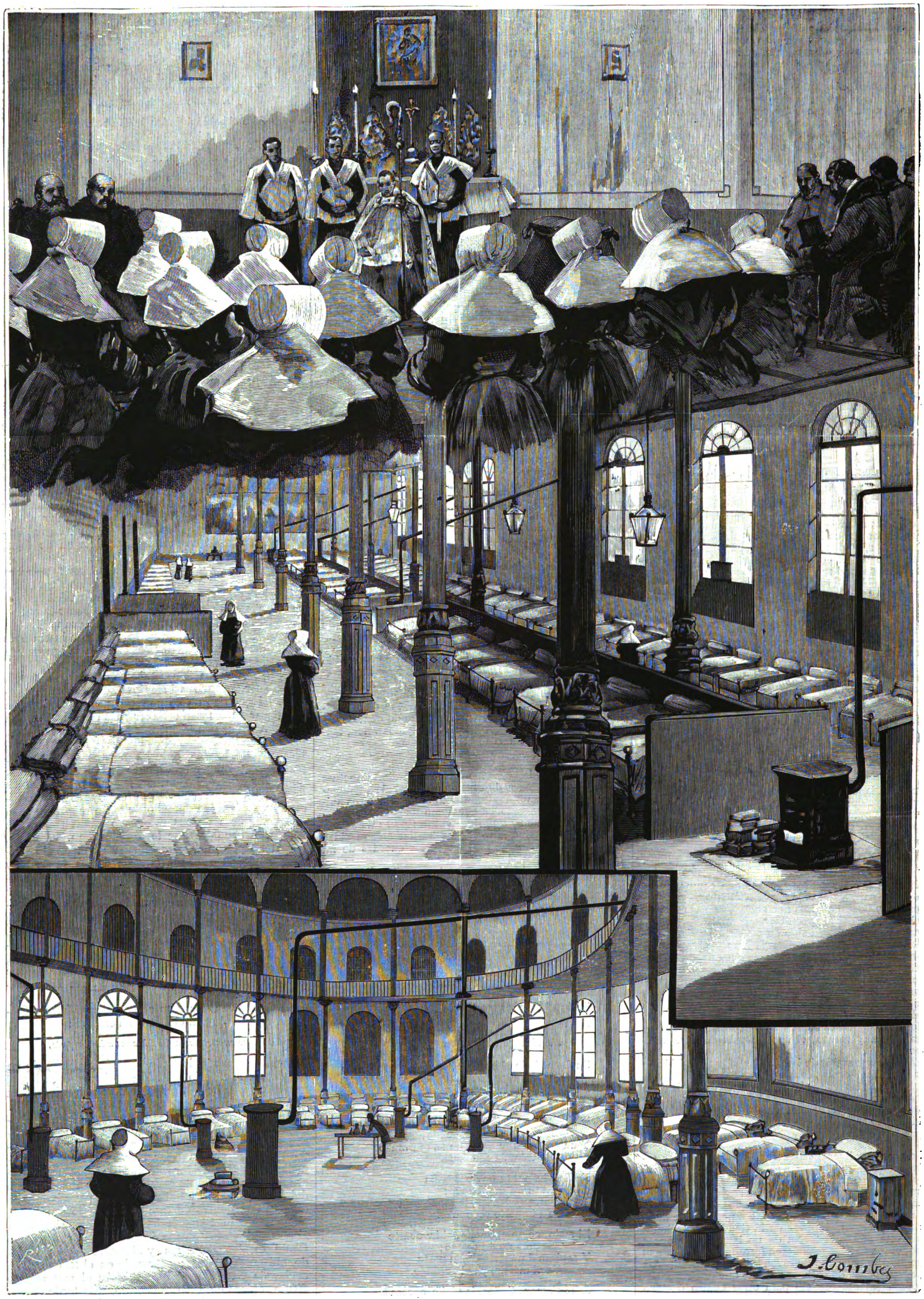
El pobre que nacía con talento y valor, se atrevía á combatir, aunque casi siempre pereciera en el combate. El que nacía sólo con talento, se contentaba con llorar su desgracia. Saber más que el señor era un crimen que con frecuencia se pagaba en la horca. El hijo había de ser lo que el padre. Mientras los nobles, anteponiendo á todo los méritos de la cuna, no podían ver el encumbramiento de la llamada «gente de menor guisa», los pecheros, que no tenían otro presente ni otro porvenir que la abyección y la miséria, consideraban á modo de satánica profanación que cualquiera de sus colegas ó afines tratara de romper los moldes que le aprisionaban. El genio, torcedor de las medianías hallábase condenado á luchar contra la solapada envidia de los de arriba y contra la zafia humildad de los de abajo. ¿Qué extraño que, traicionado por unos y abandonado de otros, rodara lacrimoso y cruento, después de iluminar la historia, en las insignes personificaciones de aquellos dos mártires de la aristocracia intelectual, de aquel sabio, égida de sabios, que se llama Bernardo de Cabrera, favorito de Pedro IV de Aragón, y de aquel trovador, égida de trovadores, que se llama Alvaro de Luna, favorito de Juan II de Castilla?

En la obscura noche en que gemían artistas y filósofos, repitiendo con el esclavo Terencio:

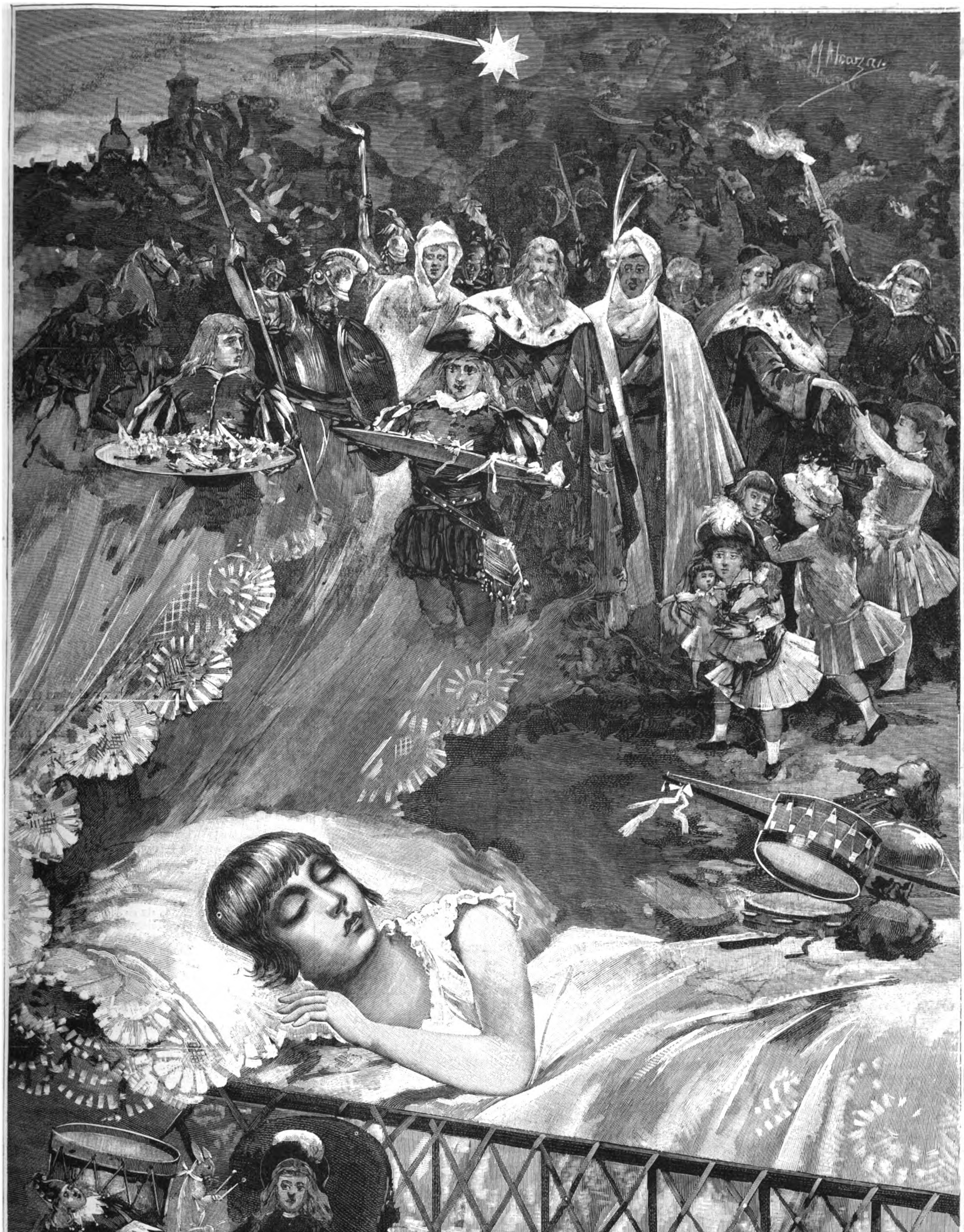
Homo sum et humani nihil a me alienum puto,

apareció ocupando la Sede pontificia el hijo de un carpintero, Gregorio VII. Y semejante elevación al más alto lugar de la tierra fué estrella luminosísima que alegró á los tristes y redimió á los oprimidos.

Nadie como los sacerdotes y reyes de España, luchando contra las tosquedades de la época, secundaron aquel llamamiento. Nuestro Clero, que había extendido en el siglo VII por Europa el saber enciclopédico con San Isidoro de Sevilla; y probado en el VIII hasta qué punto rayaba su mística con motivo del adopcionismo de Félix de Urgel; y ofrecido en el IX, no ya dentro de casa, en el suelo muzárabe, á San Eulogio, Spera-in-Deo y Sansón, sino fuera al poeta Teodulfo, obispo de Orleans, al escriturario Claudio, obispo de Turín, y al controversista Galindo, obispo de Troyes; y formado en el X, en las escuelas de Cataluña, donde brillaba el matemático Attón, obispo de Vich, á Bonfilo, más tarde obispo de Gerona, á Lupito, más tarde obispo de Barcelona, y á Gerberto, más tarde Pontífice romano; erigió en el XI á Toledo, con el arzobispo D. Raimundo,



MADRID. —HOSPITAL INSTALADO EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES, CON MOTIVO DE LA EPIDEMIA REINANTE.
BENDICIÓN DEL ESTABLECIMIENTO POR EL SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, EL 30 DE DICIEMBRE ÚLTIMO.—SALA DE HOMBRES.—SALA DE MUJERES.
(Dibujo del natural, por Comba.)



«LA NOCHE DE LOS REYES MAGOS.»
DIBUJO ALEGÓRICO, POR MANUEL ALCÁZAR.

en santuario de los conocimientos orientales y occidentales, y trabajó (cuando vió al comenzar y acabar el siglo XII que aparecían respectivamente en Italia y Francia las Universidades de Bolonia y París, émulas de la antigua de Oxford en Inglaterra) por que al mediar el siglo XIII surgiese la de Salamanca, completando los cuatro estudios generales del mundo. Á su vez, nuestra Monarquía, con gran sentido político, estrechó su alianza con el Sacerdocio, y protegió resueltamente á trovadores, juristas y diplomáticos, de cuyo influjo tanto esperaba. San Fernando tiende á exaltar á los humildes, traduciendo al romance el *Fuero Juzgo* para vulgarizar el conocimiento de la ley; fundando la Universidad de Salamanca para facilitar el estudio de la ciencia; aumentando las rentas de los municipios para que lo que tribute de menos el estado llano lo gaste en educarse é instruirse, y creando los Adelantados, especie de modernos Capitanes generales, que en tiempo de guerra mandarían las fuerzas señoriales y concejiles, y en tiempo de paz decidirían los recursos de alzada contra las sentencias de las autoridades inferiores, económicas, gubernativas ó judiciales. Un paso más, y Alfonso X aumentaría los recursos y privilegios del famoso Gimnasio de la ciudad del Tormes; y en la del Tajo reuniría un Congreso de astrónomos que, bajo su presidencia, formará las *Tablas Alfonsinas;* y en la del Guadalquivir reuniría otro Congreso de jurisconsultos que formará las *Partidas*, eximiendo en ellas de la restaurada prueba del tormento, igual que al noble, «al maestro de las leyes ó de otro saber..... por la honrra de la sciencia» (1). Desde aquí nuestros plebeyos comenzarían á salir de la obscuridad en que yacían, obedeciendo lo digno de obediencia y rechazando lo indigno, lo vicioso. No se limitarían ya á querer lo que el señor quisiera. Serían algo más que entes sensibles, para quienes sólo existía el dolor. Y en el despertar de sus entendimientos vislumbrarían la ruina de sus tiranos.

Á medida que al calor de esta llama se desarrolle la industria y se extienda el comercio, soñará el trovador y meditará el sabio, comprendiendo todos la fuerza de la idea, idea que si ayer convirtió al siervo en colono, hoy convertirá al colono en propietario, emancipando su cuerpo del terruño y elevando su alma á las etéreas regiones de la Belleza, de la Verdad y de la Justicia. Ayer el menestral y el labriego habíanse contentado con llevar á sus estómagos un pedazo de pan y un sorbo de agua, sin cuidarse de la cultura de sus cerebros. ¿Qué importa una biblioteca llena de libros si el hogar yace exhausto de sus más precisas vituallas? Sin leer, seríamos un pueblo de ignorantes, vecinos al ergástulo; sin comer, seríamos un pueblo de enfermos, vecinos á la sepultura. Pero desde ahora, satisfecha la bestia, asomaría el ángel, ángel que á los ecos del laúd y á las voces de la cátedra se remontaría al cielo, en alas de su fe, después de llenar los aires con las armonías de sus cánticos.

Así la aristocracia de la inteligencia fué imponiéndose á todas, y sus hijos, alentados por la mujer, que por instinto ama lo grandioso, acabaron por dominar en academias, parlamentos, chozas y palacios. Recordóse que Trajano, Adriano y Teodosio, astros de Andalucía, protegieron á los hombres de mérito. Recordóse que los Doctores del Cristianismo, «hermanos de la sabiduría y amigos de la prudencia» (2), habían cuidado de iluminar las cumbres para que de allí descendiera la luz á los valles, erigiéndose en maestros de príncipes, como Agustín lo fué de Edelberto de Inglaterra, y Alcuino de Carlomagno de Francia, y Gerberto de Ottón I de Alemania, cuando no se erigían directamente en apóstoles de naciones, como Anscario lo fué de Suecia, y Constantino de Polonia, y Metodio de Bulgaria. Y nuestros reyes, en su doble concepto de españoles y católicos, trataron, aguijoneados por los trovadores, de imitar tan dignos ejemplos.

Ya en el siglo XI Alfonso VI apadrina en el bautismo al judío converso Moisés Safard, novelista imitado por los extranjeros; y en el XII Fernando I distingue con sus mercedes al maestro Raimundo, natural de Monforte de Lemus, que empezó á reedificar la catedral de Lugo; y en el XIII D. Jaime *el Conquistador* nombra profesor de idiomas del Gimnasio de Murcia al filósofo moro Mahomed-ben-Ahmad, hijo de aquella ciudad; y en el XIV Alfonso XI se complace en escribir al madrileño padre de la Merced, Jerónimo del Monte, catedrático de la Universidad de Montpeller; y en el XV lo mismo Juan II, que Enrique IV, que Isabel y Fernando, elevan á los más altos puestos de la Monarquía á los más egregios individuos de la Jurisprudencia, «gente media entre los grandes y los pequeños, sin ofensa de los unos ni de los otros», como los define Mendoza en sus *Guerras de Granada;* llegando, entre otros, á formar parte del Consejo Real Cota, Montalvo y Palacios Rubios, mientras obtienen honrosas distinciones el escultor talaverano Millán, y el pintor guadalajareño Rincón, y el músico catalán Francisco Tovar, y el dramaturgo salmantino Juan de la Encina.

Muy digna ocupación debe ser la de la inteligencia, en todas y cada una de sus manifestaciones, cuando hasta los reyes se enorgullecieron de practicarla ó protegerla. Era la nobleza de las noblezas; don que otorga Dios, no los hombres, y que se conquistaba por merecimientos personalísimos, independientes de los caprichos de la fortuna, de las mercedes del nacimiento ó de los favores de la guerra. Y como los nobles cultivaban las ciencias ó las artes por distracción, y los plebeyos por necesidad, por redimirse con tan excelso ejercicio de sus calamidades presentes, resultó que los que más brillaron en aquellos certámenes del pensamiento fueron el pueblo mismo, autor del *Poema del Cid*, y un hijo del pueblo, Juan Segura, autor del *Poema de Alejandro*.

La modestia de nuestra secular vida de campaña fuése trocando, á medida que se consolidaba la Reconquista, en cierto bienestar material que se tildó por austeros místicos de lujo escandaloso. Pero ¿quién no ve en ello laudable protección á las artes mecánicas y liberales, y aun á las mismas ciencias físicas? ¿Quién no celebra la rumbosa diligencia con que Juan I de Aragón trajo á su corte músicos de Francia y Alemania, mientras pedía á los chantres del Papa de Aviñón, Clemente VII, motetes para su capilla y notas para danzas y cantos populares? ¿Quién no admira el afanoso empeño con que Vilanovas y Rupescisas, al buscar en el fondo de sus retortas y á través de sus alambiques, ya un elixir contra la muerte, ya oro, mucho oro, para la vida, fueron trocando la magia en ciencia, la alquimia en química? Confundidos en común aspiración reyes y súbditos, el castellano D. Juan II y el aragonés D. Alfonso V convirtieron sus alcázares en verdaderas academias, donde hablaban y escribían desde Raimundo Lulio á Ausias March, desde San Vicente Ferrer á Enrique de Villena, escalando así dignamente los pecheros más humildes las jerarquías más encumbradas, y hasta llegando á ser alguno de ellos compañero de duques y hasta consejero de pontífices. Ensalcemos cual se merece esta democrática labor de los pensadores de los siglos XIV y XV, que en noble emulación con los franceses é italianos que nos alcanzaban, y en incesante roce con los sabios de Constantinopla que, huyendo de la tiranía de Mahomet II, se nos venían, prepararon aquel otro siglo que ofreció, como soles de nuestro genio incomparable, en la lírica á Garcilaso, en la dramática á Lope, en la novela á Cervantes, en música á Salinas, en pintura á Juanes, en arquitectura á Herrera, en escultura á Berruguete, en teología á Melchor Cano, en filosofía á Vives, en medicina á Servet, en historia á Mariana, en política á Antonio Pérez, en náutica á Elcano, en armas á Gonzalo de Córdoba, y en todo género de elevados estudios y preclaras virtudes á Santa Teresa de Jesús, maravilla de la Naturaleza.

Nuestros literatos, que habían llegado al finalizar el siglo XIV hasta dramatizar las liviandades palatinas, como lo prueba la representación en el mismo Real Palacio de Valencia (1394) de la tragedia *L'home enamorat y la fembra satisfeta*, continuaron zahiriendo los vicios aristocráticos, desde el alambicamiento de las palabras á la rancidez de los pergaminos. Y nadie en semejantes burlas como el insigne autor de la *Celestina*. Recordando sin duda el precepto del *Fuero Juzgo*, «todo lo que saliere de la ley que lo entiendan luego todos los que lo oyeren» (3), advierte Sempronio á Calixto (acto VIII): «No es habla conveniente la que pocos entienden.» Y más adelante exclama Areusa (acto IX): «Procure de ser cada uno bueno por sí, y no vaya á buscar en la nobleza de sus pasados la virtud.» Ya el Tasso podría formular en sus *Noches:* «Una misma diadema corona á reyes y á poetas, y aun éstos inmortalizan á aquéllos.» Ya Quevedo podría interrogar en su *Hora de todos:* «¿Quién duda que falta el plomo para balas después que se gasta en moldes fundiendo letras?»

Cumplíase en bien de filósofos y artistas el «A cada uno según sus obras» de Jesucristo (4). El *quid divinum*, que había impulsado el corazón de los trovadores, la mente de los jurisconsultos y el brazo de los menestrales, manifestábase abiertamente en la completa disolución del feudalismo. La idea se imponía al hecho; la razón á la fuerza. Movida por febril anhelo de santa reforma, la pluma se alzaría sobre la espada con objeto de que del polvo de los castillos brotaran leyes más justas cuanto más evangélicas.

La aristocracia de la inteligencia eclipsaba á la de la sangre. Por algo, previendo esta victoria, el emperador Carlos V alzó del suelo el pincel que se le cayera á Ticiano, advirtiendo al observar la extrañeza con que le miraban algunos de su corte:

«—Grandes como vosotros los hago yo todos los días. Grandes como éste los hace Dios de tarde en tarde.»

ABDÓN DE PAZ.

(1) Partida VII, tít. XXX, ley 2.
(2) Proverbios, VII, 4.
(3) *Fuero Juzgo*, lib. I, tít. I, ley 6.
(4) San Mateo, XVI, 27.

DOLORA.

EL SEPULTURERO.

La nieve sobre las fosas
Extiende su helado manto:
Dos personas, silenciosas,
Abatidas y llorosas,
Entran en el camposanto.

Me entregan orden del cura,
Para que pueda enterrar
(De limosna) á la criatura
Que, en miserable envoltura,
Me acaban de presentar.

El padre al hijo querido
Lleva exánime en los brazos;
¡Parece que está dormido!
Mas la parca ha destruído
Aquellos amantes lazos.

La madre al niño reclama:
No quiere que me lo lleve:
Loca lo besa, lo llama.....
¡Con el llanto que derrama
Agujerea la nieve!

....

Cuando ya se han alejado,
Cavo, deposito, cierro,
Y digo al niño que entierro:
«¡Ay!..... ¡de buena te has librado!»

EMILIO MORA.

Totana, Diciembre 1889.

LAS PRIMERAS NIEVES.

ESTÁBAMOS para entregar el alma al Criador.

Pero han venido las nieves.

Nos hemos salvado.

Los literatos pobres, faltos de papel, ya tienen donde escribir sus impresiones.

En la blanca nieve.

«Páginas en blanco», según las denominaba Víctor Hugo.

La verdad es que para vivir como hemos vivido hasta aquí, vale más morirse solo.

¡Qué angustia!

¡Qué pánico!

Me explico que se interese cada cual por sus enfermos y aun por los amigos que se sienten con *eso*.

Pero no hablar de otro asunto, me parece un abuso.

Hay periódicos que parece que están subvencionados por el *The Funeral* ó por el *The Times*.

¡Qué lujo de papeletas de defunción!

¡Qué alarde de conocimientos sepulcrales!

Noticias de muertos y de mortecinos.

«Ayer guardaron cama don Fulano, don Zutano.....»

«Han hecho cama los señores X, N, Q.....»

«Los teatros van á cerrar sus puertas.»

No lo crean ustedes.

No asiste el público á ciertos teatros por no avergonzarse.

Porque no van á ver obras literarias, sino desahogos de muchachos indocumentados.

Ni artistas cómicos, ni dramáticos, ni líricos.

Sino ciudadanos que apenas escriben sin falsilla, que desconocen los rudimentos gramaticales y que se echan á *las tablas* como pudieron echarse *al ruedo*.

Hay miedo; sí, señores, hay miedo.

Pero vean ustedes cómo no falta público para el teatro Real.

Si mañana, en lugar de obras del repertorio italiano, cantaran *soleares*, y sustituyeran á la Kupfer y á Marconi la *Churrona* y *Breva*, es posible que dejaran de asistir algunas personas.

No digo que la *grippe*, ó *influenza*, ó *dengue*, ó como se llame á *eso*, no influya en los negocios de la vida.

Pero suponer que un cuadro puede ser mejor ó peor por *mor* de la *grippe*, me parece una sandez.

Se habla de clausura de teatros, de cafés, de Cortes.

Pero las tabernas no se resienten.

La *hige life* del peleón continúa protegiendo á los comerciantes é industriales con gotas.

Observen ustedes que contra los eminentes *curdas* no hay epidemia posible.

Así, decía un colega (no de los *curdas*, nuestro):

«Se observa que el *trancazo* no ataca á los desabrigados.»

Es una ventaja para los pobres.

Pero es un ataque directo á los sastres.

Convencidos de que no conviene vestirse, andaremos al natural todos los vecinos de Madrid.

El año nuevo entra con buen pie.

Año de nieves, año de bienes.

De modo que el 1890, á pesar de su ancianidad, ha de ser buen año.

Así lo creen todos los hombres eminentes, desde Noherlesoom hasta..... nuestros días.

Se cree que no será sola la nieve.

Se espera á los osos que han de sobrevenir.

Bendito sea el año 90 si nos hace olvidar el 89.

Porque ha sido un año de los más *indecentes*, hablando mal.....

EDUARDO DE PALACIO.

ENRIQUE STANLEY.

III.

Udjidji es el nombre de una comarca bañada por las aguas del lago Tanganika, á donde llegó la expedición de Stanley á fines de Mayo de 1876.

Algunos árabes allí establecidos dedicábanse al comercio de esclavos y de los productos del país. Como he indicado en el capítulo anterior, no media la moneda en las transacciones, haciéndose éstas por el cambio de productos. Sin embargo, para pago de los objetos de corto valor, los naturales de esta región aceptan como moneda el *sofi*, pedazo de porcelana que afecta la forma de un fragmento de tubo de pipa de las vulgarmente llamadas de *espuma de mar*. El principal artículo extranjero para traficar en el interior de África es el percal de color rojo, azul ó blanco, según los gustos peculiares de cada tribu. Una libra de marfil costaba en el Udjidji, en la época citada, 40 metros de percal; una cabra, 8; un carnero, 6; un buey 40, y sesenta libras de sorgo, 4.

Variaba el precio de los esclavos según la edad, el sexo y las condiciones físicas de los mismos. Por ejemplo: el valor de una muchacha de trece á diez y ocho años, oscilaba entre 310 y 780 metros de percal; el de una mujer de diez y ocho á treinta, entre 310 y 500; el de la de más edad, entre 40 y 150; el de un joven de quince á diez y ocho años, entre 60 y 200, y el de un hombre de diez y ocho á cincuenta, entre 40 y 190.

El espectáculo que presentaban aquellos mercados de carne humana movía á lástima, é inspiraba indignación: los infelices esclavos, sin ley ni autoridad que mitigasen su suerte, eran vendidos al mejor postor, el cual arrancaba á veces á los hijos de sus madres ó á éstas de aquéllos, sin que un sentimiento de piedad ó de generosa compasión influyese en el trato ó se sobrepusiese á la razón brutal de la conveniencia.

Halló Stanley en el Udjidji á varios árabes que conocía desde su anterior viaje en busca de Livingstone, á quien encontró en dicho paraje. Reanudó con ellos las relaciones de amistad, y obtuvo, aunque no graciosamente, su apoyo y ayuda para explorar el Tanganika.

La particularidad del lago consistía en que no se encontraba el desagüe; pero Stanley dedujo de sus observaciones que cuando el nivel del mismo subiese un metro, lo cual era de esperar en breve término, siendo la evaporación menor que el ingreso de las aguas, éstas desbordarían por el cauce pantanoso del Lukuga para verter después en el Lualaba.

El explorador americano hizo un viaje de circunnavegación por el Tanganika, empleando cincuenta y un días. Al regresar al Udjidji, donde dejara el grueso de su expedición, la viruela diezmaba la colonia. Propúsose alejarse en el acto de aquella comarca, pero acometido de violenta fiebre, tuvo que diferir la marcha para el 25 de Agosto. En dicho día reunió los 132 hombres á que habían dejado reducida su columna las enfermedades y las deserciones, y pasando á la orilla occidental del lago, emprendió la marcha hacia el Noroeste, con objeto de reconocer el curso de un río caudaloso, al cual los naturales designaban en el valle superior con el nombre Lualaba, y que Stanley bautizó con el de Livingstone (1) por haber revelado su existencia este célebre misionero.

Los ribereños del indicado río, belicosos, perversos y crueles, tenían fama de entregarse á la antropofagia y de rechazar obstinadamente todo trato con los extranjeros; pero el periodista americano, resuelto á marchar adelante, dando oídos á la prudencia al ver cundir el pánico en sus mermadas filas, decidió solicitar el auxilio de Hamed Ben Mahomed, alias Tippo-Tip, rico mercader árabe, á la sazón establecido en Muana-Mammba, que disponía de 300 hombres de guerra.

Aceptó en principio Tippo-Tip la proposición de Stanley, de acompañarle durante sesenta etapas con una fuerte escolta, por la suma de 5.000 pesos; pero antes de cerrar el contrato, llamó el último al marinero Francisco Pocock, y quiso conocer su dictamen.

—¿Qué debemos hacer?—le preguntó.—Decidme vuestra opinión. Reflexionad: se trata de un asunto de vida ó muerte. ¿Debemos seguir hacia al Norte, ó retroceder al Sur, reconociendo el lago Bemmba y toda la comarca de la cuenca del Zambeza? ¿Qué noble campo de exploración no ofrece este gran río (el Lualaba) que Livingstone ha visto el primero y que tuvo que abandonar sin descorrer el velo del misterio? Imaginad, por ejemplo, que después de comprar ó construir canoas, descendemos hasta su desembocadura y que nos conduce al Nilo, á un gran lago del Norte, al Congo ó al Océano. ¡Cuán beneficioso no sería para el Africa este descubrimiento!

—A cara ó cruz—contestó Francisco.

—Sea; tomad esta moneda.

—Bueno, pues cara por el Norte y cruz por el Sur.

Y arrojó la moneda.

—¿Qué ha salido?

—Cruz.

—Pues otra vez.

—Cruz también.

Y seis veces seguidas cruz.

Entonces propuso Stanley el juego de las pajitas: la corta por el Sur, y la larga por el Norte.

Y salió la menor.

—¡A despecho de la suerte—exclamó Stanley—sigamos nuestro destino y descendamos el río!

—Señor, contad conmigo.

Al día siguiente quedó firmado el convenio con Tippo-Tip, y el 24 de Octubre la expedición, escoltada por éste, llegaba á Nyanngué, sobre el río Lualaba, la colonia más occidental que los árabes tenían establecida en el continente africano para el comercio de esclavos y marfil.

A partir de aquel punto comenzaba una región desconocida, y tanto, que el mismo Stanley ignoraba si el río caudaloso que tenía delante pertenecía á la cuenca del Mediterráneo ó á la del Atlántico, como habrá deducido el lector por el diálogo que acabo de reproducir.

Aquel río, que los indígenas llamaban Lualaba allí, más abajo Lohua, y con otras denominaciones después, era el que los portugueses bautizaron con la de Zaire ó Zaira al descubrir su desembocadura en el Océano Atlántico en 1484, y que los franceses han generalizado con la de Congo, dando á esta gran arteria fluvial el nombre de una región por ella bañada.

***

Voy á resumir ahora las dramáticas aventuras de nuestro viajero al seguir el curso del caudaloso río.

A falta de barcas suficientes para la columna y los auxiliares de Tippo-Tip, que ascienden á 250 hombres libres y á un centenar de esclavos de ambos sexos, emprenden todos la marcha el 6 de Noviembre á través de la horrible selva de Mitammba, casi en las tinieblas y sin más guía que la brújula: tan altos, espesos y frondosos son los árboles, que roban la claridad del día; teniendo que abrirse camino con el hacha ó el machete en medio del intrincado laberinto de plantas parásitas que trepan, se enlazan y enmarañan entre los troncos de árboles seculares á manera de gruesos calabrotes invadiéndolo todo; yendo por terrenos cenagosos donde jamás penetraron los rayos del sol y en los cuales el detritus acumulado en el espacio de centenares de siglos á una temperatura cálida adquiere poder prolífico extraordinario; recibiendo la incesante lluvia de enormes gotas de rocío que se desprenden de las hojas de aquel océano de verdura, hasta el punto de que los mojados vestidos pesan como carga de plomo; aspirando el sofocante vapor de agua que se desprende de la tierra y que se cierne á manera de nube gris sobre los expedicionarios; y por fin, arrostrando el hambre devoradora, la fiebre, la terrible fiebre que producen las emanaciones deletéreas y el aire impregnado de principios orgánicos, y fatigas y penalidades sin límite durante mortales jornadas que á su término parecen larguísimas y consultado el pedómetro resultan sólo de ocho ó diez kilómetros.

Murmuran los árabes de la escolta; la codicia les contiene, pero los sufrimientos crecen y la indignación estalla. Tippo-Tip se presenta á Stanley y le anuncia el propósito de rescindir el contrato y retirarse con su gente. «Lo que pretendéis de nosotros, dice, es superior á las fuerzas humanas.»

Median nuevas negociaciones que duran dos horas, y al fin se acuerda que la expedición pasará á la orilla izquierda, que parece menos cubierta de árboles, y que Tippo-Tip la acompañará veinte jornadas más mediante la suma de 2.500 pesos.

El 19 de Noviembre, á los 66 kilómetros de Nyanngué, armada la *Lady Alicia*, explora Stanley la margen opuesta, y á pesar de la actitud hostil de los caníbales que la pueblan, traslada á ella la caravana. Mientras aquél desciende el río en la lancha, sigue la marcha á pie el resto del convoy, diezmado por la viruela, la disentería y las calenturas del país. Seis piraguas abandonadas caen en poder de los expedicionarios, los cuales establecen en ellas las ambulancias. No pasa día sin que tengan que arrojar al agua algunos muertos. Después de varios combates con los naturales, el 27 de Diciembre Tippo-Tip abandona con los suyos al escritor neoyorkino, quien embarca su gente en la *Lady Alicia* y en veintidós canoas cogidas al enemigo, y la escuadrilla, siguiendo la corriente del río, boga hacia regiones completamente desconocidas.

Pero aquí comienzan las verdaderas dificultades.

***

Si el lector echa una ojeada á un mapa moderno del África Central, observará que desde el grado 8 de latitud Sur en que aparece el Lualaba ó Congo, toma el río la dirección del Norte hacia el Ecuador, bajo el cual tuerce al Noroeste, y describiendo un gran arco desciende al Mediodía y luego al Sudoeste, para desembocar en el Atlántico á los 6 grados de latitud Sur.

La circunstancia de seguir esta gran arteria fluvial la marcha constante hacia el Norte en considerable espacio, hizo creer á Stanley, al explorar el valle superior del río, que éste era tributario del Nilo. También Livingstone, á quien, como he dicho, se debe el descubrimiento del Lualaba, incurrió en esta falsa idea.

Al llegar al Ecuador el intrépido viajero encontró una serie de siete cataratas en un trayecto de 27 kilómetros, á las cuales bautizó con su nombre (Stanley-Falls).

Referir los combates que la expedición tuvo que sostener con los caníbales de ambas riberas, venciendo unas veces á tiros la resistencia que le oponían en mitad del río con enjambres de canoas, y desembarcando otras para perseguir al enemigo en sus aldeas, sin obtener de buen grado ni á viva fuerza el necesario sustento; reseñar los trabajos para conducir las embarcaciones por tierra en los puntos donde las cataratas ó la impetuosidad de la corriente hacían imposible la navegación, y enumerar los peligros que un día y otro día afrontaba Stanley con el valor desesperado del que tiene cortada la retirada y sólo fía la salvación en el arrojo temerario, no es obra que pueda contenerse en los estrechos límites de un artículo, ni empresa para mi pluma, incapaz de trasladar fielmente al papel las proezas de aquel periodista perdido en medio de una naturaleza salvaje y de hombres más rústicos y fieros que la misma naturaleza, sin más ayuda que otro blanco y un puñado de negros, víctimas del temor imaginario, de la superstición que se apodera de los espíritus apocados y del miedo á lo sobrenatural que engendra el pánico á cada paso, como si el terror ilusorio fuese más poderoso que el inspirado por la misma realidad. Basta decir que al llegar la columna el 1.º de Febrero á la confluencia del Aruwimi (2) había librado 27 combates, y que allí vióse obligada á sostener otro con 54 canoas, entre las cuales había una tripulada por 80 remeros y muchos hombres de guerra.

«El último de estos 28 combates, exclama Stanley, que acabábamos de sostener con los locos furiosos de aquella tierra salvaje nos había inspirado el temor á todo lo que se asemejaba al hombre.» Luego prosigue: «Nuestras fuerzas estaban agotadas. Entre nosotros no había treinta que no hubiesen recibido alguna herida.»

El Aruwimi, que, como veremos más adelante, fué teatro de las más extraordinarias aventuras del escritor neoyorkino en su última expedición africana, es un río que desde la alta meseta que sirve de divisoria á las aguas del Mediterráneo de las del Atlántico se dirige, tomando la dirección de Occidente, al Congo, desembocando en éste á un grado de latitud Norte y á 630 kilómetros de Nyanngué.

***

La expedición siguió descendiendo el río en las canoas, hasta que el 16 de Marzo encontró tres cataratas, llamadas por los naturales *Padre*, *Madre* é *Hijo*, á las cuales Stanley puso el nombre de Livingstone.

Refiere aquél que la denominada *Padre* se asemeja á un brazo de mar de cuatro millas de largo por media de ancho, sacudida por el huracán; tal es la fuerza de la caudalosa corriente. El ruido que produce parece al de un tren expreso al pasar por un túnel.

Para salvarla, abrióse una trocha á través de espesos matorrales, haciéndose pasar por ella las embarcaciones, operación que exigió tres días de trabajo incesante.

En otra catarata perecieron el 27 de Marzo seis hombres que tuvieron la imprudencia de aventurar sus canoas en medio de la corriente.

El 1.º de Abril, la escuadrilla, que se componía al principio de 23 embarcaciones, quedaba reducida á 13.

El día 23, después de peligrosa navegación por *rápidos* (declives prolongados, por los cuales corre el agua con gran velocidad), encontró la expedición las cataratas de Innkissi. En este paraje, las márgenes del río se presentan muy quebradas y cubiertas de espesa arboleda. Stanley no tuvo más remedio que abrir un camino á través de la selva, subir por él las embarcaciones, y bajarlas luego río abajo de los imponentes saltos de agua. Cinco días fueron necesarios para arrastrar las canoas hasta la cima de una colina que tenía 1.200 pies de altura, y seis para bajarlas por una trocha de 4 kilómetros de larga.

Durante este tiempo, para sustituir las canoas perdidas, Stanley mandó construir una con el tronco de un soberbio árbol, capaz para cincuenta tripulantes, la cual fué botada al agua el 22 de Mayo.

Al siguiente día continuaron la marcha los expedicionarios, siguiendo siempre el curso del río. Parte iban á pie por la orilla, y el resto en las embarcaciones, pues los obstáculos que ofrecía aún la navegación impedían que aquéllas llevasen excesiva carga.

El 3 de Junio fué el más triste para Stanley desde su salida del lago Victoria. Francisco Pocock, su único compañero blanco, murió despeñado de lo alto de la catarata Mohua, al zozobrar la canoa en que iba enfermo y despeado.

El 5 estalló un motín entre los negros de la caravana, los cuales, según decían, preferían caer esclavos de los ribereños á seguir al jefe que les conducía á una muerte cierta. Logró Stanley restablecer la disciplina, pero un acceso de fiebre, y nuevas cataratas que se presentaron más abajo de la de Mohua, le obligaron á acampar en la orilla durante muchos días.

Intentó el 20 hacer pasar las embarcaciones por las cataratas y los *rápidos* que de nuevo se presentaban, pero se sublevó la gente, y sólo á fuerza de energía logró que aquélla prosiguiese el trabajo.

Quiso el 23 transportar por tierra las embarcaciones, pero al ser izada una de ellas á la parte superior de un ribazo, rompiéronse las amarras que la sujetaban y se estrelló contra las rocas, matando á un cabo.

Tras penosísimo trabajo, y gracias al auxilio de doscientos ribereños, con quienes hizo paces, consiguió al fin poner á flote la escuadrilla en sitio seguro, pasadas las cataratas.

Refiere, para dar una idea de estas contrariedades,

(1) Este nombre no ha prevalecido.

(2) Los franceses escriben Arouhouimi; pero en un notabilísimo atlas inglés que me remite mi querido amigo el distinguido ingeniero electricista míster Roberto Kaye Gray, individuo de la Sociedad Geográfica de Londres, leo *Aruwimi*, y adopto esta palabra.

LA REVOLUCION DEL BRASIL.



D. ARÍSTIDES DA SILVEIRA LOBO,
MINISTRO DEL INTERIOR.



D. EDUARDO VANDENKOLK,
MINISTRO DE MARINA.



Dr. D. MANUEL CAMPOS SALLES,
MINISTRO DE JUSTICIA.



RIO JANEIRO.—EL PALACIO IMPERIAL OCUPADO MILITARMENTE POR LOS INSURRECTOS, EN LA NOCHE DEL 16 DE NOVIEMBRE.
(De fotografías.)



ORILLAS DEL SENA.

CUADRO DE D. JUAN ESPINA Y CAPO.

que empleó treinta días en recorrer 4 kilómetros, resultando cuatro hombres ahogados.

Siguió luego navegando, hasta llegar el 31 de Julio cerca de la catarata de Issanghila. Como había otras tres, y supo por los indígenas que se hallaba á cinco jornadas del establecimiento portugués de Embomma, decidió entonces abandonar la escuadrilla y emprender la marcha por tierra.

El 4 de Agosto llegaron los expedicionarios á la aldea de Nsannda, extenuados de fatiga, enfermos y muertos de hambre. Los indígenas rehusaban con desprecio el percal, los abalorios y el alambre en cambio de víveres, diciendo que querían aguardiente, del cual carecían aquéllos. Entonces Stanley escribió una carta en inglés,

VIAJES DE STANLEY AL INTERIOR DE ÁFRICA.



HAMED BEN MAHOMED, ALIAS TIPPO-TIP,

MERCADER ÁRABE QUE AUXILIÓ Á STANLEY.

francés y español, dirigida á *cualquier caballero* residente en Embomma, implorando como cristiano su auxilio. No se hizo éste esperar, porque la factoría inglesa de Embomma ó Bomma despachó en el acto un convoy con abundantes víveres, que la expedición recibió el 6.

Describe Stanley la alegría que le produjo la vista del Jerez, del Champagne, del azúcar, de las conservas, pero sobre todo del pan de trigo, que no había probado durante los interminables meses de su fatigosa odisea.

¡El pan! ¡Su presencia bastaba para henchir de gozo el corazón y de lágrimas los ojos! ¡El pan, inapreciable don que las piadosas entrañas de la tierra ofrecen al hombre; único bien terrenal que pide al Padre común el cristiano, como resumen y compendio de todas sus necesidades; supremo bien que nuestras madres nos enseñan á reverenciar desde la cuna; bendito fruto del suelo, santificado por el más sublime de los misterios! (1).

***

El 9 de Agosto, á los 999 días de su salida de Zanzíbar, el audaz explorador llegaba á Bomma. Allí le esperaban cinco blancos con los brazos abiertos. El 11 embarcóse en un vaporcito para Kabinda, de cuyo punto salió una semana después con dirección á San Pablo de Loanda. En este puerto, un buque de guerra inglés tomó á su bordo la expedición, y dando la vuelta al Cabo de Buena Esperanza, la condujo á Zanzíbar, á donde arribó el 26 de Noviembre.

La duración del viaje á través del África fué de 999 días; la distancia recorrida, 11.517 kilómetros; el número de muertos, 173, y el de los zanzibirianos restituídos á su patria, 108. Recordará el lector que á la salida de Zanzíbar la expedición se componía de 360 personas.

Stanley salió del puerto de Zanzíbar con rumbo á Europa á mediados de Diciembre, siendo objeto de tierna y conmovedora despedida por parte de los sobrevivientes de la columna.

Al darles aquél el último adiós, olvidó los motines, las deserciones, los robos domésticos y los sinsabores de su dramática peregrinación, y no conservó más que sentimientos de cariño por aquellos infelices negros, á quienes dedica estas palabras al terminar la historia de sus extraordinarias aventuras:

«Si la expedición se ha visto coronada por el éxito; si se han resuelto los tres grandes problemas geográficos del Continente misterioso, débese al auxilio de sus brazos vigorosos y de sus corazones leales. ¡Alabado sea Dios!»

NILO MARÍA FABRA.

(1) Hablando un día con Enrique Stanley, le pregunté si en sus viajes por el interior de África echaba de menos el pan de trigo.

«Tanto, me contestó, que jamás sentí placer mayor que cuando, después de prolongada y forzosa abstinencia de este alimento, al cual la costumbre nos hace mirar con indiferencia, me lo pusieron delante. ¡Los manjares más exquisitos y apetitosos nada son comparables con un pedazo de pan, si se ha carecido de él durante mucho tiempo! En medio de las soledades de África me ocurrió alguna vez hallar entre los restos de mis provisiones una botella de Champagne. Pues bien: yo hubiera dado entonces todo el Champagne del mundo por un panecillo tierno de harina de trigo.»

(N. del A.)

ADVERTENCIAS.

El Administrador de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA ruega encarecidamente á los señores Suscritores cuyo abono terminó en fin de Diciembre del año anterior, y tengan el propósito de seguir honrándonos con su adhesión en el que empieza, se sirvan tener en cuenta lo fácil que les será evitar retrasos en el servicio con sólo tomarse la molestia de pasar á esta Administración el oportuno aviso para que les sea renovado su abono.

Es muy conveniente, para evitar errores, acompañar á las órdenes de renovación una de las fajas, impresas ó manuscritas, con que actualmente se recibe el periódico.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscriciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas*; 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscriciones á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA y á LA MODA ELEGANTE, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de inrermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

El depósito de las tapas, especialmente fabricadas por D. G. Siquier, de Barcelona, para encuadernar tomos de año ó semestre de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, continúa establecido, por cuenta del mismo, en la Administración de este periódico, *calle de Alcalá*, 23, Madrid.

Precio de cada juego de tapas para tomo de año ó de semestre, pesetas 7,50.

Los Señores Suscritores de provincias que deseen adquirirlas para encuadernar sus tomos, se servirán hacerlas recoger en esta Administración por persona de su confianza, atendido á que no pueden remitirse por el correo.

ANUNCIOS.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Resultados provisionales del «Censo de la población de España, según el empadronamiento hecho en la Península é Islas adyacentes el 31 de Diciembre de 1887, por la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico. Contiene los *Estados* y *Resúmenes* correspondientes á un trabajo estadístico tan útil y oportuno, y además un excelente *Indice alfabético por Ayuntamientos*. Es una obra que hace honor al Instituto Geográfico y al digno director general de este centro, Sr. Marqués de Mulhacén. Elegante volumen de 608 páginas en folio, con buena encuadernación en tela. Madrid, 1889.

La España Moderna, Revista Ibero-Americana. Hemos recibido el número correspondiente al 31 de Diciembre, con el cual termina el primer año de su publicación, y los trabajos contenidos en este tomo van suscritos por los señores de los Ríos, Sbarbi, Letamendi, Urrecha, Castro, *Clarín*, Valera, Barrantes, Mélida, Lázaro y otros distinguidos escritores.

La España Moderna ha de publicarse en lo sucesivo el 15 de cada mes. Se suscribe en la Administración (Serrano, 68), Madrid.

Código civil español, comentado por D. Modesto Falcón, catedrático de Derecho civil en la Universidad de Barcelona, y con un estudio crítico del mismo por el excelentísimo Sr. D. Vicente Romero Girón. Hemos recibido el tomo IV de esta obra, corregido con arreglo al texto de la nueva edición oficial mandada publicar por Real decreto de 24 de Junio de 1889. Comprende el libro cuarto del Código, desarrollándose, por lo tanto, en él todo lo referente á las obligaciones y contratos en Derecho civil. Está adicionada dicha obra con un *Apéndice*, en el cual se consignan las correcciones que en el Código se han hecho, explicándolas y determinando el alcance de las mismas, y completada con un trabajo crítico del Sr. Romero Girón. Consta de 477 páginas, y se vende al precio de 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias. Góngora, editores (San Bernardo, 50).

Diario de gastos domésticos, nueva edición aumentada con un utilísimo apéndice que lleva por título *La Felicidad del hogar doméstico*, lecciones, consejos y reglas de conducta para conseguirla. Este libro, destinado á sentar los gastos de casa, se halla dispuesto bajo un plan tan acertado, que con muy poca escritura permite llevar con suma claridad, y ordenadamente clasificados, todos los desembolsos que una familia exige. La favorable acogida que ha merecido en años anteriores, y sigue mereciendo, de las señoras y amas de gobierno, demuestra las ventajas que reporta su uso, y que responde á las necesidades de una buena ama de casa. Este diario puede comenzarse en cualquier día del año, y durar de uno á dos años. Forma un volumen en 4.º, de buen papel, esmeradamente impreso y encuadernado en tela, y se vende en Bilbao, á 4 pesetas, en la librería de D. A. Emperaile (Cruz, 5), á quien se dirigirán los pedidos.

Homenaje de «La Nación» al Sr. D. Miguel *A. Caro*. Un folleto de 126 páginas en 4.º menor, que contiene artículos y estudios críticos, referentes á tan insigne literato colombiano, de los Sres. Zuleta, Caicedo, Alarcón, Holguín, Cané, Madrid, Menéndez y Pelayo, Acosta, Gutiérrez, Cuervo, Núñez, Molino, Rubio y otros distinguidos escritores españoles y americanos. Bogotá, imprenta de *La Nación*.



EL MARQUÉS DE CAUX,
PRIMER MARIDO DE ADELINA PATTI.
† en París, en Diciembre último.

Revista Apícola, primera y única publicación española dedicada al desarrollo y propagación de la apicultura movilista fundada y dirigida por D. Francisco F. Andreu. He aquí el sumario del núm. 24, correspondiente al 30 de Diciembre: A nuestros suscritores; 1888-1889-1890; Dudas de la Ciencia; Alfalfa ó *melilotus*; 1889-1892; Envío de abejas vivas; La rica miel; Correspondencia; Miscelánea.—Es muy curioso el artículo *Rica miel*, escrito por un agricultor de Nueva York. Suscríbese en Mahón (Isabel II, 58).

Manual del Empleado, consultor indispensable del oficinista, por Enrique Martín y Guix, oficial de administración civil. Esta obra, de reconocida utilidad para los oficiales de quinta clase de administración y aspirantes á las carreras civiles del Estado, contiene: Instrucciones generales que deben seguir los oficinistas; legislación del empleado, así de la Península como de Ultramar; legislación de clases pasivas; derechos y deberes de los funcionarios públicos; delitos y penas; procedimiento administrativo; leyes electoral, provincial, municipal, de imprenta, de asociaciones, de reuniones, etc.; contribuciones é impuestos; sello y timbre del Estado; honores, tratamientos y condecoraciones; servicios de Correos y Telégrafos; curso completo de redacción y corrección de estilo; léxico del oficinista; división general de España y sus colonias; contabilidad; corrección de pruebas de imprenta; tablas de reducción y equivalencias de monedas y medidas; signos, cifras y abreviaturas; fórmulas varias, etc., etc. Véndese, á 3 pesetas, en las principales librerías de Madrid y provincias.

Artículos sobre la necesidad de organizar un *servicio nacional estadístico, concienzudo y robusto*, en la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico, publicado en diferentes revistas por D. Abdón Senén Galbán y Auria, licenciado en Ciencias, ex profesor oficial del Instituto de segunda enseñanza de Soria, oficial del Cuerpo de Estadística, y jefe de trabajos estadísticos de la provincia de Logroño. Un folleto de 30 páginas en 4.º menor, que se hallará en las principales librerías y en Logroño, establecimiento de los Sres. Merino y Compañía (Mayor, 30).

¡Bravía! por André Theuriet; versión castellana de don H. Giner de los Ríos. (*El Cosmos Editorial*, Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid.) *¡Bravía!* es una novela que encaja perfectamente en lo que puede denominarse el *modernismo* literario; un caso más de histerismo en la mujer, en la cual ni la educación ni el medio ambiente lograron vencer á la tradición y á la herencia; una acción sencillísima, en la cual se advierten, desde las primeras páginas, las fases sucesivas por que van á pasar temperamentos animados por la pasión, subyugados por ella y de ella esclavos. Esta obra se halla de venta en *El Cosmos Editorial* (Arco de Santa María, 4, bajo), al precio de 2 pesetas y 50 céntimos en rústica, y 3 pesetas encuadernada en tela.

V.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 id.	26 id.	14 id.

AÑO XXXIV.—NÚM. II.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Enero de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.



S. M. D. ALFONSO XIII,

REY DE ESPAÑA.

(De la última fotografía hecha por D. Fernando Debas.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

La enfermedad del niño rey Alfonso XIII, que, cuando escribimos nuestra Crónica del número anterior, no parecía hacer presentir la gravedad que había de adquirir poco después, produjo por primera consecuencia suspender las conferencias en que la Reina Regente consultaba á los altos dignatarios políticos su opinión acerca de la crisis ministerial, y la continuación en el poder del Gobierno dimisionario, el aplazamiento de las sesiones de Cortes, y la suspensión de la vida política mientras estaba en peligro inminente la existencia del pequeño Monarca. Las fibras de los sentimientos delicados impresionáronse ante la aflicción de una madre luchando entre dos graves deberes, y obligada á resolver serena y fríamente la crisis más grave de su regencia, y velar junto á una cuna rodeada de médicos que todo lo temían, aunque algunos no desesperasen de la salvación del Reyecito. Era espectáculo tierno y serio á la vez: tierno, por los sentimientos que inspira á toda persona de buen corazón una madre que se priva del descanso, y vela día y noche, espiando el semblante de los médicos á cada fenómeno de postración ó reacción de un niño enfermo; que se anima cuando el niño sonríe y se incorpora, y que suspira al verle reclinar sobre la almohada la fatigada cabecita y cerrar los ojos y caer aletargado. Era espectáculo serio, porque en la monarquía hereditaria, cada alteración de las líneas en que deben recaer los derechos transforma el porvenir. La desgracia que se temía no alteraba en nada momentáneamente el organismo del poder Real: la corona hubiera pasado insensible y suavemente de un niño de corta edad á una niña pequeña bajo la misma regencia y tutela de su madre, sin variar materialmente nada por el pronto; pero de la existencia de Alfonso XIII dependía toda la representación masculina de la dinastía reinante, salvada por caso extraordinario después de la muerte prematura de D. Alfonso XII. Hasta la fantasía, fijándose en esta circunstancia novelesca del nacimiento del Rey, se entristecía de que el prestigio pudiera terminar tan prosaicamente como las esperanzas y las ilusiones que se sueñan.

Las manifestaciones de adhesión y de simpatía hacia la Reina y su hijo han sido grandes. Hasta los enemigos de la representación Real han estado circunspectos, y algunos han dado pruebas de caballerosa galantería. Los jefes de los partidos aprovecharon la única sesión de las Cortes para asociarse al dolor de la Reina, y el pueblo, como las clases acomodadas, han llenado de firmas las listas de Palacio, leyendo con tristeza los partes en que no se ocultaba la gravedad de la dolencia, siguiendo todos los detalles y accidentes de ésta, y sintiendo, como sentimos nosotros, verdadera satisfacción por la mejoría cada vez más caracterizada, que al cerrar nuestra crónica hace concebir halagüeñas esperanzas.

***

En cuanto á la crisis que se produjo al terminar nuestra última crónica, se halla, como hemos dicho, aplazada. El Sr. Sagasta, no pudiendo vencer las dificultades que le ofrecían las desavenencias de algunos grupos, tuvo que resignar el encargo de formar Ministerio. Es el actual, por consiguiente, un Gobierno interino y anómalo que ocupa el poder por enfermedad, y al mismo tiempo el único que podía ocuparle. Existe verdadera divergencia entre la mayoría del país y los políticos en juego: mientras éstos creían indispensable la crisis, é impuesta por necesidades parlamentarias, el país no se explica las razones que la hicieron necesaria, y la atribuye á ambiciones personales, que no hacen buen efecto en las circunstancias críticas y difíciles que hoy estamos sorteando. Recordamos haber dicho á raíz del atropello parlamentario de que fué víctima el Sr. Martos, que la fecha de aquel suceso deplorable sería fecunda en consecuencias, y lo que está ocurriendo no sucedería si aquello no se hubiera verificado. Se impone ante el buen sentido, como conveniencia inmediata, la disolución de grupos inútiles, y la reconciliación de elementos casi homogéneos que hoy hacen vida separada. Porque no hay crédito político que resista á esta pregunta que hace ese todo el mundo á quien hay que satisfacer en estos tiempos:

«¿Por qué riñen y se reconcilian esos señores? ¿Por qué trastornan el país con sus enemistades?»

***

No está en la realidad el *Times* al estimar que Europa apenas ha de fijar su atención en el conflicto anglo-lusitano. Todo lo contrario: la conducta violenta y desconsiderada del Gobierno inglés, y su *ultimátum* al de Portugal dándole el término de doce horas para decidirse á evacuar las tierras objeto del litigio, esa conducta ha escandalizado á Europa entera. Muchas veces ha abusado Inglaterra de su fuerza naval, pero jamás han tenido sus atropellos tanta resonancia, ni hecho tan mal efecto. La publicidad enorme que da el periodismo á las noticias importantes, hace que estos abusos de fuerza sean más odiosos, por lo mismo que son más divulgados y conocidos.

La conducta del gobierno inglés, lo que *The Standard* llama destreza y triunfo del Marqués de Salisbury, no ha parecido á todo el mundo sino despreocupación y abuso inmoderado, no simple abuso de la fuerza. Cortar de pronto la discusión diplomática sin leer la respuesta del Gobierno portugués por miedo de sus razonamientos; no admitir arbitraje ni más derecho que los acorazados, podrá dar idea de la gran fuerza de Inglaterra, pero tiene que alarmar á todas las naciones que confiaban sus derechos, no al cañón, sino al pudor y la conciencia internacionales. Ante esa acción, todos los países desarmados deben tocar á generala, fortificar sus costas y poner vigías en las torres, como cuando el litoral cristiano temía á cada instante ver asomar por el horizonte las galeotas de los turcos. Lisboa debe sentir hoy que la muerte del Marqués de Santa Cruz hiciera fracasar la expedición naval destinada á la conquista de Inglaterra, para destruir lo que Felipe II llamaba el nido de piratas. La alarma de los demás países debe estar justificada; pues si así se conduce el Gobierno inglés con los portugueses, de que era protector tradicional, ¿qué pueden esperar los demás pueblos? Está concluyendo el siglo XIX, y el derecho internacional vigente puede definirse en esta fórmula: construir acorazados y lanzarlos en corso sobre las posesiones de los pueblos que tienen menos artillería. Bueno es consignarlo y tenerlo muy presente.

Las manifestaciones contra Inglaterra que se han verificado en Lisboa, Oporto y algunas otras ciudades portuguesas, podrán ser tachadas de incorrectas, como todo acaloramiento popular; pero, como resultado de una humillación á un pueblo digno y de una provocación injusta y abusiva, no deben achacarse á los habitantes de Lisboa y Oporto, sino al provocador: un tropel de amotinados derribó el escudo en el Consulado inglés, pero el instigador verdadero ha sido el Marqués de Salisbury. Este hombre de Estado ha sacrificado á un pueblo amigo por la codicia de una compañía mercantil, é indispuesto á su país con una nación civilizada para captarse la benevolencia de los makololos, que llevan por traje la bandera inglesa en la punta de una lanza. Es verdad que los portugueses tienen ropa, y las tribus africanas no; y como Portugal ha dado ya su jugo, hoy parecen mejores parroquianos para un pueblo mercantil las tribus desnudas de África, que pagarán muy bien el algodón de las fábricas inglesas, los fusiles de desecho, y aprenderán á cultivar el opio por cuenta de las compañías civilizadoras.

El Ministerio portugués ha caído en un vigoroso empuje de la opinión, y el reinado de D. Carlos I se inaugura con un conflicto difícil. Y lo peor de todo es que los partidos tratan de explotar en estos momentos las desventuras de la patria, que necesita de todos. Este es el punto negro de la cuestión en Portugal. Ni la Monarquía ni la República pueden sacar fuerzas de donde no las hay para contrarrestar la imposición que se les hace á mansalva y sobre seguro. ¿Qué recurso les queda? La protesta ante el mundo civilizado, que no les negará sus simpatías. Pero ¿deben acudir al extremo que muchos pretenden, y resistir la imposición para que los ingleses tengan un pretexto de bombardear á Lisboa, desde la cual, como sabe todo el mundo y recuerdan hoy todos los periódicos, salieron los navegantes que exploraron las costas de África y descubrieron la India y tantos países que se les han arrebatado por la fuerza? Los ingleses no tendrían inconveniente en bombardear la misma historia si les reportara alguna utilidad. Por lo tanto, basta para quedar con honra hacer lo que se puede: no tiene medios Portugal de oponer una escuadra á la inglesa; si la tuviera, no hubiera sido acometido en estos momentos, no por falta de valor de los ingleses, que nadie ha de negárselo, sino porque los nuevos elementos de combate sólo inspiran confianza donde no pueden oponérseles otros equivalentes. No tiene obligación Portugal de hacer una heroicidad inútil para quedar honrosamente. No triunfa de él Inglaterra: el triunfo supone un combate equitativo.

La guerra mercantil que han iniciado algunos comerciantes portugueses, es más á propósito para el género de la acometida. Los portugueses no arruinarán el comercio británico, pero sí podrían causarle mayores pérdidas que ventajas les reporte su despojo. Y en ese caso, el negocio se saldaría en pérdida para Inglaterra.

La idea que han concebido los estudiantes portugueses de dirigir representaciones á todas las universidades extranjeras para que les ayuden á protestar de una injusticia ante el mundo culto, es digna de aplauso. Cuando escuadras formidables cruzan los mares imponiendo á todos las leyes del más fuerte, importa al mundo moral, para que no extinga en el corazón y en el cerebro de los hombres el sentimiento y la noción de la justicia, que la juventud de todas las naciones levante su generosa voz en son de protesta nada más contra las demasías del poderoso, y en favor de los derechos atropellados.

Inglaterra con su *ultimátum* se ha quitado la razón: no ha querido discutir con Portugal. Y pues el artículo 12 del acta general de la conferencia de Berlín, que establece el arbitraje para resolver estas cuestiones de límites, ha sido roto, ó las potencias signatarias piden todas razón á Inglaterra, ó ese pacto es nulo y sin valor.

***

La temperatura ha mejorado en Madrid, y con ella el estado sanitario: las defunciones han descendido á menos de la mitad de las que hubo en el período álgido de la enfermedad, si bien distan aún del tipo normal á que deberán pronto reducirse. No nos hemos determinado á seguir dando noticias necrológicas, porque contristan el ánimo y son ocasionadas á omisiones importantes.

La vida social empieza á reanudarse: los teatros se animan lentamente, y la aprensión de las gentes disminuye. Hemos tenido días de sol espléndido, y de nieblas húmedas y frías, y los madrileños empiezan á asomar las cabezas, como las ranas asustadas por un ruido extraordinario vuelven á aparecer cuando se restablece el silencio.

Dentro de poco nadie se acordará del *trancazo*, sino los que hayan perdido seres queridos. Entre ellos debemos compadecer á una familia á quien nos unen lazos de amistad. El Sr. D. Alejandro Moreno ha perdido tres hijos en pocos días. ¿Quién ha de hallar palabras que sirvan de consuelo á los desdichados padres?

***

Un bolero muy viejo se presenta á un empresario para que le contrate de limosna.

—No puedo dar más sueldos.

—Bailaré de balde.

—¿Y con qué vivirán usted y su familia?

—Con las patatas que me tiren cuando bailo.

—Niño, ¿qué tomas del suelo?

—Es que me he encontrado una herradura.

—Tírala, que si te ven recogerla creerán que no te calzo.

Inglaterra se abre un nuevo mercado en las comarcas africanas, y se prepara á explotarlas. Lord Salisbury reune á varios industriales, y les invita á satisfacer con productos ingleses las necesidades de los nuevos amigos de Inglaterra en los territorios que trata de anexionarse.

—Descuidad —dicen los negociantes;— hemos previsto todo, y están preparados los cargamentos. Mañana saldrán para África, cobijados por la bandera británica, un millón de taparrabos.

—¿Pero en qué fundan los ingleses su derecho?

—En que los makololos llevaban banderas encarnadas en algunas picas.

—¿De veras? Mujer, quítate el refajo, no resulte que todo lo envuelto en tela colorada sea territorio inglés.

—¿Cómo bloquearía usted á Inglaterra para conquistarla?

—A una plaza, para que se entregue, se la cortan los víveres y el agua. Inglaterra sucumbiría al instante si la cortáramos el té.

—¿Qué es un alemán?

—Es un anfibio que viviría lo mismo en el aire que en la cerveza.

Los sabios discuten con interés el hallazgo hecho en las canteras de Perpiñán de un mono fósil.

Los restos de aquel europeo venerable se hallaron en terreno mioceno.

¿Tendrá descendientes el mono?

Y si los tiene, ¿saltarán por las ramas de los árboles, ó alternarán con las gentes é influirán en los negocios?

¿Serán amigos nuestros?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

LA ENFERMEDAD DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII.

Tenemos la grata satisfacción de dar comienzo á esta parte del periódico expresando que S. M. el rey D. Alfonso XIII (q. D. g.) «no ha sufrido la menor interrupción (desde hace dos días) en el progresivo alivio de su dolencia», según leemos en el parte oficial expuesto al público hoy mismo 15 de Enero, en el salón de la Mayordomía mayor del Real palacio.

Ya se ha reservado al Santísimo Sacramento, que estuvo de manifiesto en la Real capilla desde la noche del 9; ya se ha suprimido la misa de rogativa que se celebraba á las dos de la madrugada en el oratorio particular de S. M. la Reina Regente; ya la Real familia se entrega al descanso, y los Ministros han retirado el turno de guardia que establecieron en Palacio después de la agravación del Rey: el regio alcázar vuelve á tener su normalidad ordinaria, aunque vela todavía, pero ya con el júbilo que imprime al espíritu una firme esperanza, S. M. la Reina Regente, al lado de la cuna donde yace enfermo su augusto hijo.

Pero ¡qué horas de ansiedad y de angustia las de la noche del 9! Había sufrido el augusto enfermito una agravación considerable; los hombres de ciencia empezaban á inclinar la cabeza, abatidos por la ineficacia de sus esfuerzos; los creyentes ponían toda su esperanza en Dios; el pueblo madrileño, grandes de España y modestos industriales, dignatarios palatinos y humildes obreros, gentes, en fin, de todas las clases de la sociedad, deploraban con profunda amargura el estado tristísimo del pobre niño que luchaba con la muerte y de la pobre madre que lloraba ante su postrado hijo.

Un rayo de esperanza, de tenue luz en medio de las tinieblas, surgió de la consulta facultativa celebrada en el Real alcázar á las tres de la madrugada: el Rey estaba sometido á la influencia total del recargo, y su postración era tan grande, que llegó á temerse una catástrofe; los médicos de la Facultad de la Real cámara celebraron consulta (asistiendo al acto el Sr. Presidente

del Consejo de Ministros) con los eminentes profesores señores Marqués de Bustos, San Martín y Rivera; todos opinaron, según parece, que el caso era muy grave, pero no desesperado, y alguno de ellos citó un ejemplo de salvación en caso igual, que fué, como hemos dicho, la luz de la esperanza.

La Real capilla no se cerró en toda la noche, estando expuesto el Santísimo Sacramento, y allí acudían, á orar por la salvación del Rey niño, los que tenían puesta su esperanza en la Providencia divina; la piadosa reina Isabel pidió permiso al señor Nuncio de Su Santidad para que se celebrase una misa, en el oratorio particular de la Reina Regente, á las dos de la mañana, hora del recargo periódico que sufría el Rey, y el representante de León XIII, después de telegrafiar á Roma, concedió el permiso pedido; en la saleta y antecámara se llenaban numerosas listas con firmas de los personajes notables en la aristocracia, en la política y en la milicia; á la antesala de la Mayordomía mayor de Palacio afluía innumerable muchedumbre de todas las clases sociales, que leía con ansiedad el último parte de los médicos, y llenaba también de firmas numerosos pliegos, calculándose que en el día 10 concurrieron allí, con tal objeto, más de 24.000 personas; en la madrugada de dicho 10, la concurrencia era inmensa en la plaza de Oriente, así como en las calles inmediatas, y los grupos se apiñaban ante la puerta del Príncipe y frente á los balcones de la morada de la Reina Regente, procurando averiguar noticias entre las personas que bajaban del Real alcázar.

El pueblo de Madrid ha seguido con viva ansiedad las diversas fases de la dolencia del Rey niño, y ha compartido el dolor de la madre angustiadísima, que estaba consagrada por completo al cuidado amoroso de su hijo, sin descansar un momento, ni rendirse á la fatiga, en las muchas horas que transcurrían con períodos de animación y abatimiento en el augusto enfermo, no sabiéndose si confiar ó desesperar, hasta que se inició franco alivio en la tarde del 13.

Y la misma ansiedad ha dominado en las provincias, donde eran esperados con verdadero anhelo los telegramas referentes á la enfermedad del Monarca.

¡Dios proteja al Rey niño, y conceda á su noble y fervorosa madre el inefable consuelo, el lauro sin par de estrecharle pronto en sus brazos completamente restablecido!

En la plana primera damos el retrato de S. M. el rey D. Alfonso XIII, quien nació en el Real palacio de Madrid el 17 de Mayo de 1886, cinco meses y veintitrés días después del prematuro fallecimiento de su augusto padre, el inolvidable rey don Alfonso XII.

Dicho retrato ha sido hecho sobre fotografía directa, últimamente obtenida por el notable artista fotógrafo de esta corte D. Fernando Debas (Alcalá, 31).

El grabado de la pág. 32 representa dos diversas escenas, ya indicadas en la anterior reseña: el público firmando en los pliegos de la Mayordomía mayor, y el aspecto que ofrecían los alrededores del Real palacio en la noche del 9, en los momentos de ansiedad producida por las graves noticias que circulaban acerca del estado del Rey.

Nuestro grabado de la pág. 33 representa el acto religioso de celebrarse la primera misa por la salud del Rey, á las dos de la madrugada del 10, en el oratorio particular de S. M. la Reina.

A la misma hora, y todo el tiempo que duró el incruento Sacrificio, la Reina y madre desolada imploró la protección del cielo sobre su idolatrado hijo, orando fervorosamente al pie de la camita del enfermo.

Asistieron al acto S. M. la reina Isabel, SS. AA. la infanta D.ª Isabel, madrina del Monarca, y el archiduque Eugenio, hermano de la Reina Regente; el mayordomo mayor de S. M., Duque de Medina Sidonia; el intendente de la Real Casa, D. Luis Moreno y Gil de Borja; el secretario particular de la Reina, señor Conde de Morphy; los Sres. Marqueses de Nájera y de Sotomayor; los Sres. Condes de las Quemadas y de Fuente-Salces; los Sres. Zabala, Aguirre, Catalá, Seris, Loigorry, y los Monteros que prestaban servicio.

En el mismo oratorio, y á igual temprana hora, se han celebrado misas los cuatro días siguientes, asistiendo á todas ellas la Real familia.

El grabado de la pág. 36 representa cuatro asuntos diversos, aunque todos referentes á la enfermedad del Rey: la lectura de los partes facultativos en la Real cámara, ante los personajes, altos dignatarios y miembros del Cuerpo diplomático allí reunidos; el vestíbulo del Real palacio, por la puerta del Príncipe, en las altas horas de la madrugada, en los días de la mayor agravación del enfermo; la galería principal que sirve de paso para la Real capilla, constantemente frecuentada por gentes de todas las clases sociales que se dirigían á orar por la salud del Rey; el público leyendo los partes colocados en el cuadro *La Batalla de Otumba* en la Mayordomía mayor.

Sabido es que en la tarde del 10, cuando la sala estaba llena de gente que aguardaba el último parte, el jefe de aquella dependencia palatina dispuso que dicho parte fuese copiado en grandes caracteres y fijado sobre aquel cuadro, para que el público pudiese leerle desde lejos sin esperar turno, y los periodistas transcribirle fácilmente sin errores.

Todos los grabados referentes á la enfermedad de S. M. han sido hechos sobre dibujos del natural ejecutados por nuestro distinguido colaborador artístico Sr. Comba; y no terminaremos estas líneas sin dar sinceras gracias, una vez más, por las facilidades que el popular dibujante ha encontrado en el Real palacio, ahora como tantas otras veces, para dar á conocer á nuestros suscritores tan interesantes escenas con la mayor copia de detalles.

***

PROCLAMACIÓN DE D. CARLOS I DE PORTUGAL, EN LISBOA.

El 28 de Diciembre próximo pasado se verificaron en Lisboa las ceremonias de la proclamación de S. M. el rey D. Carlos I, hijo primogénito y sucesor del malogrado monarca D. Luis I de Portugal.

Ante el palacio de Belem formóse la regia comitiva, en la cual figuraban ocho carrozas de gala; SS. MM. D. Carlos y doña Amelia ocuparon la riquísima de concha y oro, tirada por ocho soberbios caballos empenachados y llevados del diestro por palafreneros de las Reales caballerizas; precedíalos un coche que conducía la corona Real, y otro carruaje con el infante D. Alfonso; cerraba la marcha una brillante escolta formada por los generales residentes en Lisboa y los ayudantes de los Reyes, siguiendo la comitiva por las calles Junqueira, Calvario, Boa Vista, Duque de Terceira, San Bento y otras, hasta el palacio de la Cámara, donde aguardaban los ministros, los pares y los diputados, comisiones de los altos Cuerpos del Estado y de la capital, y los individuos del Cuerpo diplomático.

En el salón de sesiones estaban agrupados los pares á la derecha del trono, y los diputados á la izquierda; el Presidente recibió al rey D. Carlos en las gradas del trono, y S. M. ocupó éste; la alta servidumbre se distribuyó á ambos lados, y el infante D. Alfonso, en un extremo del estrado con la espada levantada, como condestable mayor del reino, y el alférez mayor, en el lado izquierdo, empuñando el Real estandarte.

Colocados todos en sus respectivos puestos, según la etiqueta portuguesa (que es aún más exigente que la española), fueron presentados al nuevo Rey el cetro y el libro de los Santos Evangelios, y D. Carlos I juró, con voz clara y firme, defender y mantener la religión católica apostólica romana y la integridad nacional, guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes del reino y procurar el bien general de la nación, pronunciando en seguida un breve discurso, en confirmación de las solemnes promesas que acababa de hacer, al cual dió respuesta el Sr. Presidente de la Cámara de los Pares, leyendo un discurso que, según los periódicos lisbonenses, tuvo el defecto de ser *longo de mais*.

Aclamado el Rey por el mismo Sr. Presidente, con la fórmula usual, SS. MM. se dirigieron á la iglesia de Santo Domingo para asistir al *Te Deum*, que entonó el Emmo. Sr. Cardenal Patriarca de Lisboa, y en seguida pasaron á la Cámara Municipal, donde se efectuó la entrega al Rey proclamado de las llaves de la ciudad.

Esta antigua ceremonia, que en la proclamación de los reyes D. Pedro V y D. Luis I se hizo en la plaza del Comercio, en pabellón de madera y lona construído al efecto y en presencia de muchedumbre innumerable, verificóse el 28 de Diciembre último en la sala Noble de los *Paços do Concelho*, ó sea palacio municipal, magnífico edificio construído en 1866, siendo presidente del Municipio lisbonense el Sr. Marqués de Santa Engracia, en el solar del palacio viejo del Senado, que fué destruído por un incendio en la noche del 19 de Noviembre de 1863.

El presidente del Municipio, Sr. Pinto Bastos, presentó al Rey las llaves de la ciudad, en señal de acatamiento; el Monarca, recibiéndolas en su mano derecha, dirigióle breve discurso para expresar su confianza en la lealtad del pueblo lisbonense, y devolvióselas en seguida; entonces el Presidente levantó el pendón municipal, y anunció al pueblo desde el balcón principal del palacio la proclamación del rey D. Carlos I, el cual fué vitoreado y aclamado por la muchedumbre que se agrupaba en la plaza del Municipio.

Las solemnes ceremonias terminaron á las tres de la tarde, retirándose los Monarcas al Real palacio de Belem.

La reina Amelia vestía elegantísimo traje blanco y oro, manto Real azul y oro, diadema y collar de brillantes; el rey D. Carlos llevaba uniforme de generalísimo del ejército portugués, con suntuoso manto Real.

El día siguiente se efectuó la revista militar, en el Terreiro do Paço, formando 7.000 soldados; el Rey, que vestía uniforme de generalísimo y montaba arrogante caballo, situóse después en la *Avenida da Liberdade*, frente á las tribunas de la Reina, la corte y el Cuerpo diplomático, y á su lado figuraba S. A. I. y R. el archiduque Eugenio (hermano de nuestra augusta Reina Regente), representante de S. M. I. y R. Francisco José, emperador de Austria y rey de Hungría, en los festejos de la proclamación; el desfile duró más de dos horas, llamando extraordinariamente la atención general el cuerpo de marinos de la Real Armada, que fué recibido por la muchedumbre con entusiastas bravos y aplausos.

Por la noche se celebró en el palacio de Belem un espléndido banquete de 200 cubiertos, y hubo de suspenderse la anunciada representación de gala en el teatro de San Carlos por el repentino fallecimiento de S. M. I. la Emperatriz del Brasil, ocurrido, como nuestros lectores saben, el día 28, en el Grand Hotel de Oporto.

Repetiremos, para terminar esta sucinta reseña, el voto que expresa el periódico lisbonense *O Occidente*: «¡Que el reinado de D. Carlos I sea muy próspero y brillante! He ahí lo que sinceramente deseamos.»

Nuestros grabados de la pág. 28 (hechos sobre fotografías del Sr. Bobone, remitidas por D. Francisco Pons Junior) se refieren á las ceremonias de la proclamación: el primero representa la llegada de la regia al palacio Municipal (*os Paços do Concelho*), donde el Presidente del Ayuntamiento presentó al Rey proclamado las llaves de la ciudad; el segundo es una vista panorámica de la Avenida da Liberdade, en el acto de desfilar las tropas ante el Rey, en la revista del 29.

El grabado de la pág. 29 (dibujo de Comba, según otra fotografía del Sr. Bobone, también remitida por D. Francisco Pons Junior) representa el interior del Palacio de la Cámara en el momento de la jura del Manarca sobre los Santos Evangelios, en la ceremonia principal de la poclamación.

***

EL CONFLICTO ANGLO-PORTUGUÉS.

El mayor Serpa Pinto. — Cañonero portugués en la desembocadura de Zambese.

Hace muchos años que las posesiones portuguesas del Africa oriental son motivo de conflictos con Inglaterra, cuyas pretensiones sobre partes importantes de ellas se renuevan cuando conviene al gabinete de Saint-James; y precisamente los límites portugueses en Africa están definidos con perfecta exactitud desde muy remota fecha: teniendo á la vista un mapa, es fácil demarcarlos con dos tortuosas líneas, desde la frontera de Zanzíbar hasta más arriba de Loanda, y desde Lorenzo Marqués hasta el punto denominado O Vampo, sobre el país de los hotentotes, de manera que todos los territorios comprendidos entre ambas líneas (y entre ellos el lago Nyassa ó Nhiasa y la comarca de los Makololos) corresponden á las antiguas posesiones de Portugal, descubiertas y exploradas en diversas épocas, á contar desde el siglo XVI, por el mismo Portugal.

Pero Inglaterra, que hace ocho años quiso apoderarse, de un modo ó de otro, de Lorenzo Marqués, cuya ancha bahía, próxima al Transwaal, la conviene por muchos conceptos, no ha querido reconocer esos límites en la zona oriental (la del lago Nyassa), como si tuviese derechos adquiridos antes que Portugal, cuando es notorio que los ingleses no han descubierto allí un palmo de tierra, y todo lo que poseen es debido á la violencia, ó bien á concesiones más ó menos voluntarias de los mismos portugueses.

Inútilmente sus misioneros protestantes, singularmente escoceses, han recorrido el país de un punto á otro, para catequizar los infelices pueblos con himnos evangélicos y obtener vasallos para la corona de Inglaterra (*por medio de látigos de siete correas y de cepos de hierro*, según afirma un periódico de Lisboa), porque si alguna que otra amedrentada tribu de negros accedía á sus pretensiones, en breve manifestaba arrepentimiento y prefería la soberanía de Portugal, cuya bandera conocen y respetan hace siglos, sin que jamás haya ocurrido ninguna cuestión de gravedad entre los indígenas y los portugueses.

Pero la falta de prestigio en las regiones africanas es lo que irrita á los ingleses, todavía no convencidos de que con látigos de siete correas y con cepos de hierro no se inspira afecto, sino odio, á los pueblos indígenas; y entonces Inglaterra apeló á su recurso supremo, á la fuerza, sin hacer maldito caso de los derechos seculares que Portugal tiene sobre aquella parte de Africa, y cuando aun no estaba suficientemente explicada la antigua reclamación británica sobre el establecimiento del distrito del Zumbo (país que está dentro de los límites portugueses), surge nuevo y gravísimo conflicto porque el mayor Serpa Pinto, infatigable explorador del Africa desde 1879, que se encontraba en aquel país, á principios de Diciembre último, con encargo de estudiar una vía férrea que ponga en comunicación los territorios del lago Nyassa con la capital de la posesión portuguesa, Mozambique, acomete á los makololos, que pretendían oponerse á su paso, les derrota y les toma dos banderas inglesas que en sus manos tenían.

Es de advertir que esas banderas fueron llevadas á los makololos (tribus que habitan en territorio portugués) por *un agente inglés* de la Compañía de los Lagos, el cual, para poder transitar sin agresiones por la comarca de los makololos, *pidió protección á las autoridades portuguesas de Mozambique, y éstas se la otorgaron.*

Y de todo esto resulta que el valeroso y enérgico mayor del ejército portugués, Sr. Serpa Pinto, ha sabido defender briosamente la soberanía de Portugal contra los makololos, quizá insubordinados por instigación de agentes británicos, y desplegar actividad extraordinaria para reunir fuerzas y aprestos de combate y someter á la tribu insurrecta, consiguiendo pacificar toda aquella región, dejar libre el paso para la comarca de los grandes lagos, y aun prestar servicios á los mismos ingleses, según documentos que conserva en su poder y que presentará al Gobierno lusitano tan pronto como regrese á la Península.

Y resulta igualmente que la prensa inglesa, instigada por los agentes de las grandes compañías comerciales (accionista principal de una de ellas es un yerno de la reina Victoria) dedicadas á la explotación, más que exploración del Africa oriental, ha dado á este conflicto mayor importancia que en las primeras fases tenía, aunque la verdad y la justicia saldrán triunfantes, en último resultado.

En la pág. 37 damos el retrato del mayor Serpa Pinto, el célebre explorador, hombre de unos treinta y ocho años, de espíritu enérgico, de constitución vigorosa, ilustrado, valiente, infatigable y eminente patriota.

En 1878 atravesó por el Africa meridional de Oeste á Este, ó sea desde Benguela á Mozambique, siguiendo, por lo tanto, dirección inversa á la que siguieron Camerón y Stanley, y bajó por la comarca de los makololos y cuenca del Zambese, pasando grandes sufrimientos y arrostrando muchos peligros, según se puede leer en la conferencia que dió ante la Sociedad Geográfica de París el 21 de Julio de 1879; siempre ha dado brillantes pruebas de amor patrio y de ánimo resuelto en sus empresas para asegurar la dominación portuguesa en aquella parte de Africa, y disfruta de tanta popularidad en todo el reino lusitano, y especialmente en Lisboa, que no hace mucho tiempo ha sido elegido diputado por acumulación, con gran número de votos sobre los exigidos por la ley; «si ahora es insultado por Inglaterra (dice Pinheiro Chagas en *El Correo de la Mañana*) porque ha llevado la bandera de la civilización á Nyassa, él en cambio puede demostrar que Portugal sabe mantener sus derechos de civilizar el interior del Africa, triunfando allí donde los ingleses han sufrido repetidas derrotas, y no recibiendo por ello los insultos de los esclavos, sino los insultos de esclavistas disfrazados de civilizadores.»

Serpa Pinto está hoy enfermo de gravedad en Mozambique, después de haber intentado una gloriosa y férrea conquista que parecía destinada á arrojar el esfinge africano en los brazos de la civilización europea.

¡Dios proteja su vida, más necesaria hoy que antes á la patria lusitana, después de la inesperada solución que el Gobierno portugués, oído el Consejo Real, ha dado al conflicto, accediendo á la evacuación de los territorios de makololos y katungas!

También damos en la misma pág. 37 una vista del cañonero portugués de estación en la desembocadura del Zambese y bahía de Delagoa, el cual tomó parte, desde el río Shiré, en el combate entre las tropas de Serpa Pinto y los indígenas makololos.

Con razón se ha dicho que Inglaterra, la Cartago moderna, tiene por norma de conducta la fe púnica de la antigua metrópoli africana; pero Inglaterra, abusando de su poderío, conculcando derechos, hollando la justicia, debe pensar en que tal vez se realice algún día el famoso sistema de Napoleón I: el bloqueo continental. Así parece que han empezado á iniciarle los comerciantes é industriales portugueses, rompiendo toda clase de relaciones con los de Inglaterra.

***

LA REVOLUCIÓN DEL BRASIL.

El ministro Dr. Ribeiro y el senador Sr. Silveira Martins.

Completamos en este número los retratos de los individuos que forman el primer Ministerio de la República del Brasil, publicando en la pág. 40 el del Dr. D. Demetrio Núñez Ribeiro, ministro de Agricultura, Comercio y Obras públicas, un ilustrado ingeniero civil que ejercía, cuando estalló el movimiento republicano, el cargo de director de la Escuela Normal de Porto-Alegre, y era redactor en jefe de *La Federación*, periódico democrático de Río Grande.

También damos en la misma pág. 40 el retrato del senador Sr. Da Silveira Martins, el hombre más popular de la provincia de Río Grande, y uno de los últimos consejeros del emperador D. Pedro II.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

REVISTA MUSICAL (1).

En los comienzos del artículo anterior dije, y confirmo ahora, que de la nueva asociación de *música di camera*, que actúa en el Salón Romero, es espíritu vivificante el notable artista Sr. Tragó. Astro de primera magnitud en las esferas del piano, y cuyos fulgores alcanzan y se reflejan en los jóvenes discípulos de Monasterio, Fernández Arbós, Urrutia y Gálvez, y en el violoncelista Rubio, que en torno suyo se han agrupado, aun la crítica más exigente y descontentadiza se vería forzada á reconocer que en el presente año ha hecho mayor alarde aún, si cabe, del maravilloso mecanismo que posee, y mostrado adelanto en la manera de sentir y expresar la música clásica.

Hablando Lenz de la Sonata en *do* menor de Beethoven (op. 111), que Tragó ha interpretado en una de las primeras sesiones, y mal humorado con ella, decía en su conocido libro: «Quisiera encontrar un pianista en estado de tocar de modo conveniente y aceptable las ocho páginas que en ella hay en tresillos y fusas, de á 27 cada parte de compás, y que dan en junto 1.944 notas.» Pues bien, de haber vivido Lenz en los tiempos que corren, y conocido á nuestro artista, su curiosidad incrédula hubiera quedado satisfecha, oyendo todo ese diluvio de notas con claridad admirable, y viendo cómo el talento y la maestría del intérprete revelaban y ponían de manifiesto todo el pensamiento del gran com-

(1) El presente artículo tuvo que ser retirado del número anterior, para dar cabida a la necrología del malogrado tenor Julián Gayarre.

(N. de la R.)



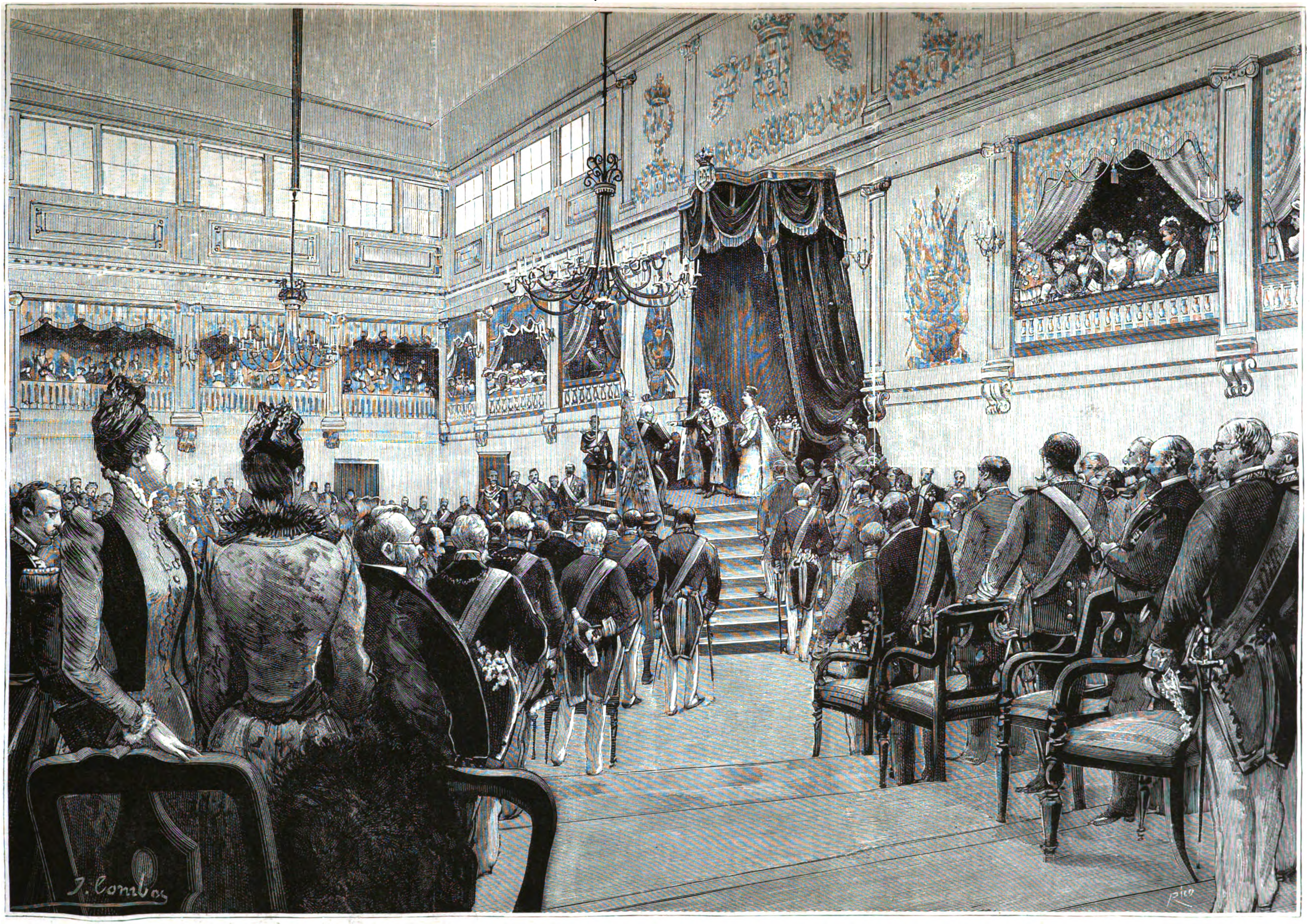
LISBOA.—LLEGADA DE LA REGIA COMITIVA AL PALACIO MUNICIPAL («OS PAÇOS DO CONCELHO»), PARA LA CEREMONIA DE ENTREGAR AL REY LAS LLAVES DE LA CIUDAD, EL 28 DE DICIEMBRE.



LISBOA.—PERSPECTIVA DE LA «AVENIDA DA LIBERDADE», DURANTE EL DESFILE DE LAS TROPAS, EN LA REVISTA DEL 29 DE DICIEMBRE.

(De fotografías de A. Bobone, remitidas por D. Francisco Pons Junior.)

LA PROCLAMACIÓN DEL REY D. CARLOS I DE PORTUGAL.



LISBOA.—JURA DE S. M. SOBRE LOS EVANGELIOS, EN EL PALACIO DE LA CÁMARA, EL 28 DE DICIEMBRE ÚLTIMO.

(Dibujo de Comba, según fotografía del Sr. Bobone, remitida por D. F. Pons Junior.)

positor, sin que fueran obstáculo para ello las extrañas combinaciones rítmicas ni las grandes dificultades mecánicas que encierra; así como hubiera saboreado el resto de la Sonata, con el cual, hasta el mismo Lenz, poco conforme con el tercer estilo de Beethoven, no sólo no riñó batalla, sino reconoció que allí todo era grande, bello, correcto, apareciéndose aquel genio del arte «resucitado, y con toda la gloria de sus pasados días».

Y lo que de la dicha Sonata acabo de manifestar, puede y debe decirse de la interpretación de las demás obras hecha por Tragó, sobre todo las del género clásico moderno, en las cuales, paréceme á mí al menos, se encuentra más en su verdadero terreno, ha estudiado más á fondo, y no reconoce igual entre nosotros para expresar y poner de relieve todas sus bellezas.

Como la sombra sigue al cuerpo, así los jóvenes artistas antes nombrados marchan á honesta distancia de la *vielle Garde* de la *Sociedad de Cuartetos*, guardando sus tradiciones; y nada más natural que así, y en bien suyo y del arte, sucediera.

Discípulo, y de los más predilectos, Fernández Arbós, de Monasterio, al punto de velar éste por largo tiempo después con paternal solicitud por sus adelantos y porvenir artístico, dicho se está que allí hasta donde le fuese dable, había de ser fiel trasunto de su maestro, entender á la manera de éste la música clásica, y mostrar el saludable fruto de sus enseñanzas, así como el que no en balde, en sus viajes por el extranjero, había tenido ocasión de oir á los principales artistas que gozan hoy de más fama en la interpretación de la dicha música. Así ha sido, dando á conocer que posee un arco vigoroso; excelente mecanismo, con el cual salva, y bien, todas las dificultades; conocimiento de la música que interpreta, y un estilo correcto. Y si algún Aristarco, de esos difíciles de contentar, pudiese reprocharle, que en la expresión y colorido de las frases musicales no hay toda aquella pasión y sentimiento que ni la ciencia da, ni el talento infunde, y sólo el propio corazón dicta; así como el que su afinación no sea, en ocasiones, tan correcta y pura como de desear fuera, bien cabe no parar mientes en ello, teniendo en cuenta las demás excelentes y no comunes cualidades artísticas que le adornan y hacen de él uno de nuestros primeros violinistas.

Conocidos ya en los pasados años, y en la *Sociedad de Cuartetos*, los Sres. Urrutia y Gálvez, no hay para qué decir cuán valiosa ha sido su cooperación en las sesiones de que voy á hablar, en las que también ha tomado parte el Sr. Rubio, artista que después de haber alcanzado, creo, en nuestra Escuela Nacional de Música el primer premio de violoncelo, ha continuado en el extranjero los estudios que en España hizo bajo la dirección del Sr. Mirecki.

En dichas sesiones ha habido también música para todos los gustos, y han abundado las novedades, entendiéndose por tales, ya obras de los clásicos, ya de modernos autores, que no habían sido hasta ahora interpretadas ante el público madrileño, siendo algunas de las últimas desconocidas aun para los más aficionados al género clásico en nuestra tierra. Bien quisiera hablar menudamente de ellas, pero ni esto es dable á quien, por punto general, las ha oído una vez tan sólo, ni aun en el difícil caso de poder hacerlo, las condiciones de este escrito lo permitirían; conténtense, pues, mis lectores con que ligeramente se las relate, consignando á vuela pluma mis impresiones, no sin hacer, aun para esto, dadas la importancia de la mayor parte de las obras y el respeto que el nombre de sus autores merece, cuantas reservas mentales el caso exija.

El Sr. Tragó y sus compañeros tuvieron el buen acuerdo de comenzar sus artísticas sesiones dedicando la primera (y por cierto una de las más interesantes y perfectas bajo el punto de vista de la interpretación) al gran Beethoven. Hablando Eugenio de Sauzay de este gran maestro, en su curioso libro sobre el *Cuarteto*, dice que, como otros genios, escribió en sus obras la historia de su vida, siendo las maneras en que aquéllas se dividen los tres cantos de un poema humano: á la mañana, las *Serenatas* y el *Septuor*; al mediodía, la bella al par que vigorosa música en que se ostenta el genio en toda su plenitud; y á la tarde, las composiciones tristes y sombrías; la obra del porvenir. Á estas diferentes fases pertenecen las obras oídas en la sesión que acabo de indicar. Del Quinteto en *do* (op. 29), escrito en el primer estilo, y en cuyo último tiempo se ven esbozos de la tempestad de la *Sinfonía pastoral*, que seguramente Rossini no echó en saco roto en su *Tempesta* del *Barbero de Sevilla*, ya apunté mis impresiones en el anterior artículo, y no hay para qué repetir lo dicho. Por lo que hace al Cuarteto en *fa* (op. 95), cabe indicar que, escrito á fines de lo que se considera como segunda época de Beethoven, bien pudiera considerársele incluído en la tercera, ya por la obscuridad de que adolece, ya también por su forma, pues si bien en la materialidad de la escritura se guardan los cuatro tiempos sacramentales, no así en la interpretación, toda vez que el tercero *attaca súbito*, según rezan los papeles, y no haciendo la pausa que nuestros jóvenes artistas (que bien se vió habían estudiado la obra con *amore*) se permitieron, contra la expresa voluntad del autor. Por último, de la Sonata en *do* menor (op. 111), apuntado queda lo más saliente, y sólo cabe añadir que bien revela en uno de sus tiempos la agitación del espíritu que la dictó, y escribía, no mucho después, en su cuaderno de memorias: *Miser et pauper sum*; triste y dolorosa confesión en un hombre que, al par de sufrimientos morales que le angustiaban, veíase oprimido por la estrechez de recursos, sin hallar consuelo ni en su mismo arte, de cuyos más puros goces veíase privado por la completa pérdida del oído.

Algo de la obscuridad que se nota en el Cuarteto de que acabo de hablar existe en el Trío en *si bemol* (op. 70) del mismo autor, que formó parte del programa de la sesión segunda; obra, al propio tiempo, llena de delicadezas y dificultades, y que hizo contraste con el Cuarteto en *mi bemol* (op. 13), uno de los seis que el divino Mozart dedicó á Haydn, y en el cual, por más que la inspiración no se ostente en todo él por igual, está impregnado de tierna melancolía, y la idea melódica es siempre original y dramática.

La sesión á que me refiero terminó con un hermoso Cuarteto en *mi bemol*, de Mendelssohn (op. 44, núm. 3), de cuyo autor, decía Lenz, que siempre que su pensamiento no era hebraico, respirábase en sus obras la felicidad de la vida doméstica.

Discutióse, y no poco, entre la gente aficionada el programa de la sesión tercera, con tanto más motivo, cuanto que, excepción hecha del Sr. Tragó, que estuvo admirable en la *Berceuse*, la Balada en *sol* menor y un Nocturno de Chopín, los demás artistas no estuvieron tan afortunados como en los anteriores días. Dejando á cada cual sus gustos, declarando, por mi parte, que no encontré atinada la variante de modernizar la forma y conjunto de las piezas musicales que habían de tocarse, por más que las más de ellas estuviesen dentro del género que con exclusión de todo otro debe ser objeto de tales sesiones; y pasando por alto un Andante del Concierto en *re* mayor, de Molique, y unas Danzas húngaras, de Brahms-Piatti, para violoncelo, y aun el Andante del Concierto en *re* menor, de Sphor, y una *Ciaccona* y una Fuga, de Bach, para violín solo, piezas musicales no del todo simpáticas á buena parte del auditorio, fijóse éste en el Cuarteto en *do* mayor, de Haydn (op. 54, núm. 2) y en el Cuarteto en *la*, de Brahms. En el primero pudo admirarse, como dice uno de los más entusiastas admiradores de aquel patriarca de la música, la sencillez en la forma y en los medios, la elevación del alma hasta lo sublime, la unidad en la más amplia variedad, y todo el inmenso horizonte del genio encerrado dentro de las formas más concisas; así como en la obra de Brahms fueron de notar la originalidad y grandeza no buscadas que tiene, y la huella afortunada de la tradición de los grandes maestros del arte.

En la cuarta sesión no se registró, como novedad, más que un Trío, en *fa* mayor, de Saint-Saëns (op. 18), de forma clásica y no exento de originalidad; y en la quinta se oyeron por primera vez un Trío, en *re* menor (op. 63), de Schumann, y un Quinteto, en *re* mayor (op. 9), de Gersheim, discípulo de Brahms. En aquél la fantasía de su autor no se muestra lo nebulosa que en otras obras; todo es en él comprensible, y el primer tiempo, sobre todo, es una página verdaderamente magistral é inspirada. En la composición de Gersheim, verdadera antítesis de la anterior, la originalidad es algún tanto relativa; el interés seguramente no acrece conforme la obra avanza, pues lo mejor es, á mi ver, el *allegro* con que empieza; y su mérito no iguala al de otras obras modernas oídas en las *Sesiones de música di camera*.

Tales han sido, hasta el momento en que escribo estos renglones, los trabajos de la juventud artística que celebra aquéllas, y por los que merece sinceros plácemes. Decir que en las dichas sesiones se ha llegado siempre al *summum* de la perfección, como del espíritu de algunos juicios críticos que he leído ha podido colegirse, ni es exacto, á mi juicio, ni los mismos artistas lo habrán creído seguramente; negar que la interpretación de las obras ha sido acertada la mayor parte de las veces, irreprochable y perfecta en ocasiones, haciéndose en éstas sus intérpretes dignos de todo elogio y de entusiasta y legítimo aplauso, fuera notoria injusticia, la cual sería tanto mayor, cuanto que, á más de lo dicho, han mostrado aquéllos haber hecho un severo y concienzudo estudio de cuanto en los programas ha figurado; han dado á conocer buen número de obras nuevas; y en su desempeño se ha hecho sentir una noble emulación, que no puede menos de redundar en bien del arte y de la música clásica, uno de los primarios y más interesantes objetos de esta clase de asociaciones musicales.

Y dicho esto, no quiero ni debo dejar la pluma sin dedicar algunas líneas, no tantas, sin embargo, como quisiera y el caso merece, á una verdadera solemnidad musical, que al paso que ha sido elocuente testimonio hacia la memoria de un hombre, por muchos títulos ilustre, ha revelado á no pocos la existencia de un notable compositor español.

«Al caer la tarde es casi seguro hallar diariamente en la capilla de Nuestra Señora del Pilar á dos sacerdotes con la vista fija en el angélico simulacro; uno, el más joven, en tierra la rodilla, murmura fervorosas preces, mientras el otro, inmóvil como una estatua, se halla entregado á los suavísimos deliquios de la oración mental; éste es D. Domingo Olleta, aquél su sobrino Cerdá, su cariñoso intérprete, brazo tierno y solícito que la Providencia ha puesto al lado del gran maestro, á fin de hacer más llevadera su desgracia.»

Con estas palabras, fiel pintura de un cuadro conmovedor, termina el Sr. Olivares y Biec un sentido y bien escrito artículo biográfico de su entrañable amigo y paisano el maestro D. Domingo Olleta, cuyo nombre, desconocido antes, ó punto menos, aun para muchos de los que pasan por inteligentes en el arte, pronúnciase hoy con respeto y se ensalza como es debido, desde que en los días pasados se oyeron, dirigidos por él, su *Oficio de difuntos* y su *Misa de Requiem* (1), en los funerales que por el alma de su celoso y egregio Presidente, el Marqués de Santa Cruz, celebró la Santa Hermandad del Refugio de Madrid.

Nada más conmovedor, en efecto, que ver aquel anciano de setenta años, en cuyos ojos brilla con inextinguible llama el fuego de la inspiración, avivada por una fe intensa y ardiente, soportando con la santa alegría del mártir la hemiplejia que desde el año 1861 le tiene privado del habla, paralizado todo el lado derecho de su cuerpo, y olvidado del manejo de la pluma, conservando sólo la comprensión de las obras musicales como en los tiempos en que la enfermedad no había hecho presa de él; y nada más grato que oir su música, en que se siente palpitar un corazón profundamente cristiano, compenetrado de las sagradas palabras de los libros santos, y la aspiración á un mundo de dichas inefables y de eterna recompensa, al que, como él, sufre las penalidades de este valle de lágrimas, sin que su alma se anuble y entristezca.

Estudiando Eslava la música española de fines del pasado siglo y primera mitad del presente, distinguió tres estilos: el que consistía en el uso de los recursos del arte antiguo, sin desechar los del moderno, bien que usados éstos parcamente; aquel otro que llamó moderno llano, formado por procedimientos sencillos respecto de la melodía y armonía, y en el cual ya la orquesta tenía un interés más principal y directo; y el que denominó mixto, que, participando de los dos antes dichos, tenía, por tanto, que ser, y era, más rico y variado.

A este último pertenecen, á mi juicio, las obras antes indicadas del maestro Olleta, el cual bien muestra que es de la raza de los Eslava, Ledesma y Doyagüe, que en nuestros tiempos han sabido conservar gloriosamente la tradición de la buena música religiosa en nuestra patria.

Así se ve que al lado del canto llano eclesiástico, que en el *Invitatorio* aparece como tema (y es nota característica de las composiciones españolas), armonizado de sabia manera, y con una valentía, elegancia y novedad que admiran, y son más de extrañar en la época en que se escribió; y al lado, también, de una *fuga*, rigorosamente clásica, como la que en la *Misa* se oye, hay páginas enteras, en una y otra obra, de sabor modernísimo, verdaderamente dramáticas, en las que abundan melodías bellas y originales, que realzando el sentido, ya tierno y suplicante, ya terrible y conmovedor, del texto litúrgico, conmueven el ánimo de los fieles y les inducen al recogimiento y á la plegaria; y se oigan efectos de instrumentación llenos de verdadera novedad, que si siempre hubieran merecido alabanza, ésta sube de punto al considerar que quien los ideó nunca había traspasado los muros de la invencible Zaragoza, donde vió la luz primera.

Tales son las cualidades salientes de ambas obras, respecto de las cuales, la impresión fugaz que produce el oirlas una vez tan sólo, hace imposible el hablar á conciencia detenidamente de ellas, mostrar las bellezas que encierran, y detallar éstas como era debido. Pero aun así, es lo cierto que su bondad resalta desde luego, y que no se requiere gran práctica para reconocer que, tanto el *Oficio de Difuntos* como la *Misa de Requiem*, revelan de modo claro una fecunda, poderosa y santa inspiración, un talento profundo, y una gran suma de saber.

El maestro Olleta, colmado de alabanzas y de plácemes, ha vuelto á su magisterio de Capilla de la Seo y del Pilar en Zaragoza; sus paisanos volverán á gozar allí de las suavísimas armonías de su música; pero ésta (y es de temer que á la fama de ella suceda lo propio) no pasará de las riberas del Ebro, gracias á la incuria con que, por punto general, se mira esta manifestación del arte en las solemnidades religiosas que se celebran en la gran mayoría de los templos madrileños. En el *Congreso católico nacional*, que en Madrid se celebró el pasado año, hízose patente la necesidad de desterrar con mano fuerte de las iglesias la abigarrada y exótica música que, por lo común, se oye en ellas, y hasta se señalaron los medios conducentes á tan laudable como santo fin. Uno de ellos, y no el de menor importancia, fué la adopción de aquellas obras que reunieran las necesarias condiciones artísticas y litúrgicas, y fueran apropiadas á la Casa del Señor. Esas condiciones, seguro es, por las muestras que se han oído, que las reunen en alto grado las de Olleta; pues bien, ya verán los amantes de la buena música el trabajo que cuesta el aclimatarlas en la villa y corte, si es que se consigue, y cuantos loables esfuerzos se hicieren para ello no resultan estériles y baldíos, con mengua nuestra y del arte músico español, del cual es hoy el maestro aragonés una de sus más grandes y legítimas glorias.

J. M. Esperanza y Sola.

ENRIQUE STANLEY.

IV.

GRANDE fué la resonancia que tuvieron en Europa los descubrimientos del célebre viajero americano resumidos en el anterior artículo.

En una época como la presente, en la cual el espíritu utilitario predomina con fuerza tan poderosa, y el exceso de la producción manufacturera exige la apertura de mercados, no podía menos de despertar en las grandes potencias europeas sentimientos de codicia la declaración de Stanley de que sólo el valle inferior del Congo, cuyo curso navegable mide 2.100 kilómetros, era capaz de consumir anualmente telas de algodón por valor de 400 millones de pesetas, y que el comercio en igual período de tiempo ascendería á 650 millones (2).

Mas antes de que aquella vasta y feraz región, á pesar

(1) Según nota que tengo á la vista, la *Misa* fué compuesta en 1846, y se estrenó en los funerales que por el profundo filósofo Balmes se celebraron en Zaragoza en 1848; el *Responso* lleva la fecha de 1845; la *Lección* 1.ª, la de 1848, y la 2.ª, la de 1847. El *Invitatorio* lo escribió Olleta en 1855.

(2) Puede consultarse el artículo del mismo autor publicado en el número del 8 de Noviembre de 1884 de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

de los derechos que invocaba en vano el vecino reino, cayese en poder de una nación europea, constituyóse bajo los auspicios del Rey de los belgas la *Sociedad Internacional Africana* para aprovechar los descubrimientos realizados por Stanley, la cual dió origen á la creación del Estado libre del Congo, sometido á la soberanía del indicado Monarca, confirmada por la Conferencia internacional de Berlín de 1884 y 1885.

Debióse este resultado, más que á las filantrópicas aspiraciones de las potencias de exterminar el comercio de esclavos, al espíritu de rivalidad que entre ellas reinaba.

Obtuvo Stanley el nombramiento de gobernador del Estado, completó sus descubrimientos, contribuyó á la fundación de factorías; y aunque el éxito comercial no correspondía á las esperanzas concebidas, porque la obra civilizadora será forzosamente laboriosa y lenta en países que han vivido en perpetua barbarie, al poco tiempo surcaba el caudaloso Congo una escuadrilla de buques de vapor construídos según las necesidades y las condiciones especiales de aquella importante arteria fluvial.

Mientras el insigne explorador, con la actividad febril que le distingue, trataba por todos los medios de dar impulso al naciente Estado, comenzó á circular por Europa y América el nombre de Emín-Bajá, gobernador por el Jedive de Egipto de la provincia de Lado ó Wadelai, bañada por el Nilo Blanco, en el Mediodía del Sudán.

Nació Emín, cuyo verdadero nombre es Eduardo Schnitzer, en la Silesia prusiana, habiendo recibido sólida instrucción en Breslau y en la Universidad de Berlín, donde tomó el título de Doctor en Medicina. Amigo de novedades, un tanto excéntrico, soñador, misántropo, y poseído en alto grado del espíritu de aventuras, encontrando estrechos los límites de su patria, y sintiendo cierta aversión por las costumbres europeas, marchó á Turquía, y en 1864 púsose al servicio de la Puerta, desempeñando algunas comisiones en el Asia Menor. Refiérense algunas anécdotas, que, de ser ciertas, empañarían su buena fama; pero no quiero hacerme eco de acusaciones malévolas, hijas acaso de un sentimiento de venganza personal, mayormente reprochables cuando el que era blanco de ellas no podía defender y vindicar su honra. Abandonó al Imperio otomano en 1876 y dirigióse á Egipto. El ilustre general Gordon, á la sazón gobernador del Sudán, le nombró médico suyo, y en 1878, careciendo de buenos oficiales para restablecer la disciplina en el desmoralizado ejército del Jedive, le confirió un mando importante, que desempeñó el doctor con notable acierto, revelando condiciones militares poco comunes.

Regía Emín-Bajá la provincia de Wadelai, el más meridional de los dominios egipcios, cuando los rebeldes madhistas señoreáronse del resto del Sudán, poniendo á aquél en grave y comprometido estado. Las fuerzas á sus órdenes eran escasas y débiles para emprender la retirada por el Norte á través de inmensa región dominada por el enemigo. Por el Sur no podía tampoco franquearse una salida en busca de la costa frontera á Zanzíbar, porque las hordas salvajes del Unioro negábanse obstinadamente á permitir el paso de extranjeros por su territorio y mantenían antigua guerra con los egipcios. Para colmo de contrariedades, había fallecido el poderoso emperador de Uganda Mteza, de quien hablé en el artículo segundo, sucediéndole su hijo Mwanga, joven cruel y sanguinario, enemigo de los europeos. Además, el país estaba sumido en los horrores de la anarquía.

Hallábase, pues, Emín completamente bloqueado y sin esperanza de salvación desde la toma de Jartum por los insurrectos sudaneses y la retirada del ejército inglés que acudiera en auxilio de la plaza. Un viajero ruso, que á costa de penalidades infinitas logró vencer la inmensa barrera que separaba al Gobernador del alto Nilo del mundo civilizado, comunicó á Europa nuevas de aquél, anunciando que su situación era tan aflictiva como urgente y apremiante el socorro.

No mostraba intenciones de prestarlo el Gobierno de la Gran Bretaña, porque en aquel país, de suyo humanitario y caritativo, donde tan grandes y nobles acciones realiza la iniciativa individual, parece que existe el decidido propósito en las regiones oficiales de prescindir de la política de sentimiento y aun de mirarla con hipócrita y afectado menosprecio, como impropia de los grandes estadistas é incompatible con la suprema razón de Estado.

No faltaron, sin embargo, en Inglaterra generosos corazones que tomaron la causa de Emín-Bajá con un interés, una perseverancia y un desprendimiento, que les hace acreedores á la general gratitud y admiración.

En primer lugar, el rico escocés Sr. Guillermo Mackinnon, secundado por el coronel Sir F. de Winton, organizó suscriciones, que encabezó con una fuerte suma, las cuales ascendieron á 20.000 libras esterlinas (500.000 pesetas próximamente). La Real Sociedad Geográfica de Londres, que veía ocasión propicia de enriquecer la ciencia con importantes descubrimientos en las todavía misteriosas regiones del alto Aruwimi y del lago Muta Nzighé, contribuyó con 1.000 libras (25.000 pesetas). El gobierno egipcio facilitó un subsidio de 10.000 (250.000 pesetas).

En Diciembre de 1886 quedó constituída la Junta llamada del socorro á Emín-Bey, formando parte en ella el indicado Sr. Mackinnon, y los Sres. Enrique Stanley, Sir Lewis Pelly, Kinnaird, coronel Grant, Waller y coronel Winton, secretario.

La dirección de la columna expedicionaria fué confiada á Stanley, quien llegó á Bruselas el 16 de Enero de 1887 para despedirse del Rey de los belgas. Este, como soberano del Estado libre del Congo, puso á disposición de la Junta la escuadrilla fluvial.

El activo explorador llegaba el 21 á Londres y el 28 al Cairo, de donde salía el 6 de Febrero con dirección á Zanzíbar. Allí estaba ya preparado el contingente de la expedición, y el 23 del mismo mes se hacían todos á la vela á bordo del vapor *Madura* con rumbo al Congo, dando la vuelta por el Cabo de Buena Esperanza.

Componíase aquélla, además de Stanley, de los europeos mayor Bertelot, capitán Nelson, teniente Stairs, Dr. Parke, Dr. Bonny, y de los Sres. Jephson, Jameson, Ward y Rose Troup, de 61 sudaneses, 13 somalis, tres intérpretes y 620 zanzibirianos, sin contar al famoso Tippo-Tip y sus 407 hombres.

La misión de Tippo-Tip consistía en establecer un campamento en la orilla derecha del Congo, cerca de las Cataratas de Stanley y de la confluencia del Aruwimi para servir de base de operaciones á la columna, mientras ésta remontase el último río.

Hamed Ben Mahomed, alias Tippo-Tip, era el rico mercader de esclavos árabe de quien hablé en el artículo anterior. No sólo se prestaba á cooperar á la empresa de Stanley con toda su gente, sino que se convertía en funcionario del Estado del Congo para velar por la seguridad del mismo en la región ecuatorial.

***

Llega la expedición el 18 de Marzo á la desembocadura del Congo (1), y el 19 comienza á remontar el valle del río, unas veces embarcada, y otras á á pie para salvar las cataratas y los *rápidos*.

Toda la columna dispone de excelentes fusiles modernos. Lleva además una ametralladora que puede disparar 600 proyectiles por segundo. Abundan las municiones de guerra; pero no tanto las de boca. Confíase, no obstante, que llegarán á tiempo varios convoyes que se organizan á retaguardia.

Al mes de marcha comienzan los recelos de que falten víveres. Los ribereños siembran, teniendo sólo en cuenta las necesidades locales, y carecen de provisiones para tanta gente.

El 18 de Junio, á los tres meses de fatigas y penalidades, sobre todo en los trayectos donde las cataratas y la impetuosidad de la corriente obligan á marchar á pie por la orilla montañosa y cubierta de espesísima arboleda, llega la expedición á la confluencia del Aruwimi. Quedan todavía más de mil kilómetros de camino por regiones desconocidas, desde aquel punto al lago Alberto, en cuyas orillas se encuentra Emín-Bajá.

Aumenta la carestía á causa del retraso de los convoyes. Sin embargo, Stanley resuelve seguir adelante remontando el Aruwimi. A los pocos días, el 27 de Junio, observa que aquél ya no es navegable. Están en un punto que los naturales llaman Yambugo. Decide establecer allí un campamento atrincherado con 280 hombres, á las órdenes del mayor Berttelot, previniendo á éste que en cuanto reciba las municiones de boca que espera, siga su mismo camino escoltando el convoy.

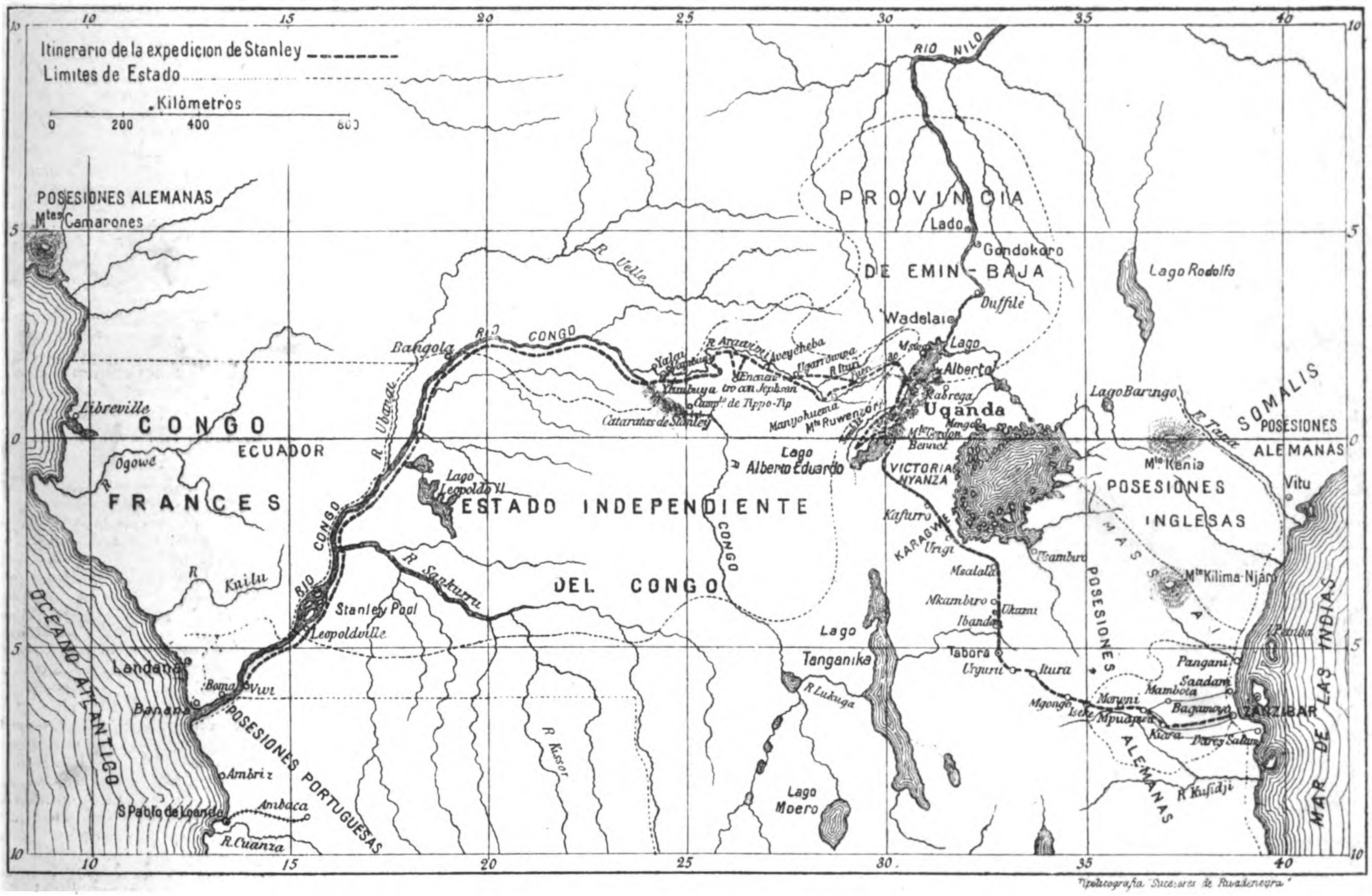
El 28 de Junio nuestro viajero prosigue la marcha á pie. No quedan á sus órdenes inmediatas más que 389 hombres. Con ellos penetra en una región salvaje poblada de tribus que huyen incendiando sus miserables aduares, antes de consentir que caigan en poder de los extranjeros; y en el espacio de ocho días atraviesa un horrible desierto, mientras las calenturas malignas, la disentería y las privaciones diezman las filas.

***

Una inmensa selva, tan grande como España, Portu-

(1) Véase el mapa.

MAPA DEL ÁFRICA ECUATORIAL.



ITINERARIO SEGUIDO POR ENRIQUE STANLEY EN SU ÚLTIMO VIAJE (1887, 1888 Y 1889) EN BUSCA DE EMÍN-BAJÁ.

LA ENFERMEDAD DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII.





EL PÚBLICO, FIRMANDO EN LAS LISTAS DE LA MAYORDOMÍA MAYOR DEL REAL PALACIO.
EXTERIOR DEL PALACIO EN LOS MOMENTOS DE ANSIEDAD PRODUCIDA POR LAS GRAVES NOTICIAS ACERCA DEL ESTADO DEL AUGUSTO ENFERMO, EN LA NOCHE DEL 9 DEL CORRIENTE. — (Del natural, por Comba.)



REAL PALACIO DE MADRID.—PRIMERA MISA DE ROGATIVA CELEBRADA Á LAS DOS DE LA MADRUGADA, EN EL ORATORIO PARTICULAR DE S. M. LA REINA REGENTE, EL 10 DEL ACTUAL.—(Dibujo de Comba.)

gal y Francia reunidas, se presenta luego. Corre el Aruwimi en medio de ella, pero las riberas, pantanosas en algunos sitios, quebradas en otros y por todas partes invadidas por exuberante vegetación, entre la cual descuellan gigantescos árboles seculares de sesenta metros de altura, obligan á la expedición á separarse á veces del río, y casi siempre á franquearse el paso abriendo una trocha á través del confuso é intrincado laberinto de aquella región tropical, donde la naturaleza derrama á manos llenas infinitas semillas que doquiera tienden á germinar, á crecer y á desarrollarse, disputándose las entrañas de la madre tierra. Arraiga el árbol, cuyo alto, frondoso y espléndido ramaje roba los rayos del sol, en las espesas y húmedas capas de detritus, restos de plantas que en el trascurso de los siglos se han sobrepuesto, surgiendo la vida del seno de la muerte; el parásito yérguese al pie del tronco corpulento, y haciendo presa del coloso con los débiles filamentos de sus zarcillos, por él trepa y se enrosca; y ensanchando el tallo, ya verde, ya leñoso, se encarama hasta la cima, confundiendo sus hojas con las del ser que le nutre y le sustenta á costa de la propia savia; defiéndese el arbusto con sus aceradas espinas del ajeno contacto, la humilde hierba se apodera de los intersticios que dejan libre los señores del bosque, y el musgo al suave y blando calor del ambiente saturado de vapor acuoso, cubre de eterna verdura las peladas rocas, los rugosos troncos y las abrúptas peñas.

Stanley, hablando en sus interesantísimas *Cartas* de la selva, la describe de esta suerte:

«Figuraos árboles en todos los períodos de crecimiento y de senectud, viejos, podridos, desarraigados, inclinados, amenazando ruina, caídos otros; insectos de todas clases murmurando ó zumbando á vuestros oídos; monos y chipancés sobre vuestras cabezas; rumores extraños de pájaros y cuadrúpedos; crujidos en el matorral producido por la impetuosa marcha de una manada de elefantes; hombres enanos armados de flechas envenenadas, acurrucados detrás de un montón de raíces ó en otro lugar obscuro; indígenas de piel parda, fuertes, sólidos, llevando azagayas de puntas muy agudas, puestos de pie, con la lanza en ristre, inmóviles como los árboles. Y la lluvia cayendo en gruesas gotas; una atmósfera impura con sus presentes pavorosos de fiebre y disentería: todo el día en penumbra lívida y la noche en obscuridad absoluta.....»

***

Por todas partes rebosando la vida, menos en los infelices extranjeros que tienen la audacia de penetrar en aquella mansión misteriosa.

A medida que avanzan á la tenue claridad crepuscular que reina siempre bajo aquella tupida bóveda de follaje, menguan los medios del necesario sustento, acreciéntase el temor y desfallece el ánimo. El aire, emponzoñado con las emanaciones pestilentes del suelo, roba la vida á muchos y la salud á todos.

Jephson, que manda la retaguardia, se extravía, y Stanley, tras grandes zozobras, logra encontrarlo el día 15 de Agosto (1). Una partida de bandoleros árabes ataca á los flanqueadores, haciendo prisioneros á 26 hombres y dejando desnudos á los restantes. Cunde el pánico y el desaliento; pero el valeroso periodista infunde confianza á todos con la energía de su carácter y el ejemplo de su fortaleza.

El 18 de Octubre establece un destacamento más allá de la confluencia del Ituri, y deja á los enfermos que no pueden acompañarle. Hace el recuento de la gente y faltan 55 hombres.

El 12 de Noviembre no quedan más que 173 útiles de los 389 que salieron de Yambugo.

Los enanos *Vambuttis*, cuya existencia revelada por Herodoto (2), se confirma al cabo de veintitres siglos, no dan tregua ni descanso á la expedición, hostilizándola con sus flechas envenenadas. Caen algunos prisioneros, se prestan á servir de guías, y, con aviesa intención, conducen á la columna por sendas extraviadas. Advierten los expedicionarios el engaño, y someten á sus autores al tormento; pero ni aun así logran arrancar la verdad. Pasados los primeros impulsos de la ira, resuelven prescindir de los guías y no fiar más que en la brújula, y gracias á ella, el 1.º de Diciembre consiguen salir de la selva mortal y ver la luz del sol, después de ciento sesenta días de vagar en la sombra.

Tomada la altura, deduce Stanley que todavía le faltan 126 kilómetros para llegar á la orilla del Alberto, donde se halla Emín-Bajá.

El 12, por la mañana, al trasponer aquél un monte, cuya altitud es de 1.550 metros, ve por vez primera el lago; pero antes de marchar adelante, decide socorrer á los enfermos que dejara á retaguardia, custodiados por pequeños destacamentos. Manda construir el fuerte de Bodo (3) y retrocede en busca de los rezagados.

Salva algunos á costa de nuevas miserias y desdichas; y volviendo sobre sus pasos, encuentra á Emín-Bajá, en la margen occidental del lago Alberto, el 29 de Abril de 1888.

El Gobernador de Wadelai, con gran sorpresa del heroico viajero, se niega á seguirle. ¿Por qué? ¿Acaso por un exagerado sentimiento de pundonor? ¿La morbosa influencia del clima ha perturbado sus facultades mentales, como insinúan algunos? No. Dice que quiere salvarse con todos sus subordinados, y que carece de medios de transporte para 8.000 personas, incluso mujeres y niños; pero esta razón no convence á Stanley.

***

Pasan días y días, y el último, impaciente por la tardanza del mayor Berttelot, que, como recordarán los lectores, quedó en Yambugo con orden de seguir á su jefe en cuanto recibiera los convoyes de víveres, decide dejar á Jephson en compañía de Emín, y salir en busca de la columna de retaguardia.

Abandona en Mayo el Alberto, dirígese al fuerte Bodo, que guarnece con un destacamento, y él, con el resto de la gente disponible, se interna otra vez en la tenebrosa selva, donde le aguardan las enfermedades, el hambre y la guerra de los feroces pigmeos, que defienden con heroica obstinación el secreto de sus guaridas.

En fin, el intrépido explorador encuentra el 18 de Agosto las fuerzas de Berttelot, cerca del mismo sitio donde las dejara. ¿Pero en qué estado? Berttelot, que carecía de tacto y habilidad para hacerse obedecer, y poco escrupuloso en la observancia del noveno mandamiento, fué asesinado por varios de sus subordinados: las tres cuartas partes de los restantes habían muerto ó desertado. Sabe Stanley por boca del inglés Bonny lo ocurrido, y, sin arredrarse con tanta desventura, reorganiza la columna y vuelve el 1.º de Septiembre á tomar la dirección del lago Alberto á través de la insalubre y espantosa región forestal de las márgenes del Aruwimi y del Ituri. Cree evitar algún tanto las penalidades del anterior itinerario remontando la orilla izquierda del último de dichos ríos, y sin embargo las encuentra en todas partes; y, para colmo de infortunios, la viruela se propaga entre los expedicionarios, sembrando la muerte y el espanto, mientras los enanos los acechan, acosan y persiguen con mayor tenacidad, si cabe, que en el primer viaje. El 20 de Diciembre consigue la columa refugiarse en el fuerte Bodo.

Pasados algunos días, adquiere Stanley noticias de Emín-Bajá. Durante la ausencia de aquél, se sublevaron las tropas de éste, haciéndole prisionero, así como á Jephson.

Negocia su rescate el escritor americano, y obtiene la libertad de ambos y la de muchos oficiales y soldados que quieren seguir la suerte de su general, pero con la condición de que abandonarán los lagos y se retirarán hacia la costa.

***

Emín decide entonces alejarse de la provincia que gobernó durante once años, y emprenden todos la marcha el 10 de Abril de 1889.

La caravana se compone de 1.500 personas, incluso 350 cargadores indígenas.

El 12 del mismo mes llega á Mazambuí, donde Stanley cae enfermo, viéndose al borde del sepulcro; pero su naturaleza robusta triunfa del mal al cabo de atroces sufrimientos y de penosas jornadas, durante las cuales es conducido en una camilla por dos negros.

El 8 de Mayo toma la expedición el camino del Sur. El país se presenta muy quebrado. Los habitantes del Unioro persiguen á aquélla, no pasando día sin combate.

Remonta después la orilla izquierda del río Semliki, tributario del lago Alberto. Por fin se vá á descorrer el velo que encubría esta importante región hidrográfica, donde se hallan las fuentes occidentales del Nilo.

El Semliki tiene cerca de su desembocadura de 75 á 90 metros de ancho y 3 de profundidad. Es el desagüe del lago Muta-Nzighé, al cual Stanley bautiza con el nombre de *Alberto Eduardo*.

La caravana vadea el río, y emprende la marcha por la margen derecha, pasando por las faldas de los montes Ruwenzori (nombre que significa rey de las nubes). A este sistema orográfico pertenecen las célebres Montañas de la Luna. A pesar de las nieblas casi continuas, que no permiten hacer observaciones, los oficiales de la columna calculan que las cumbres del Ruwenzori, coronadas de nieve perpetua, tienen una altitud de 5.500 á 5.700 metros.

Hace la columna diez y nueve jornadas, siguiendo la vertiente de los montes Ruwenzori, hasta llegar al ángulo sudoeste de la cordillera, y á los tres días se halla en Katina, situada junto á un brazo del lago Alberto Eduardo.

Resulta éste muy inferior en superficie (como verán mis lectores por el mapa que publica La Ilustración Española y Americana en otro sitio) á lo que suponían los geógrafos (4); se forma con las aguas de numerosos riachuelos, arroyos y torrentes, constituyendo el gran depósito occidental del Nilo Blanco, más lejano de este río, como el Victoria Nyannza, es el Oriental, aunque de mucha mayor importancia.

Los expedicionarios bordean luego el Alberto Eduardo por su parte occidental, y luego tuercen hacia el Sur, dejando á la espalda las elevadas cimas de la montaña que en 1876 bautizó Stanley con el nombre de *Gordon Bennet*, en honra de su amigo y bienhechor el propietario del *Heraldo* de Nueva York; y después de recorrer la margen oriental del lago, toman en línea recta la dirección de la extremidad sudoeste del Victoria Nyanza, pasando por el Karagwé ó Karagué, sin acercarse al territorio de la Uganda, presa de lucha civil cruenta y despiadada. Las fiebres malignas y la viruela producen numerosas bajas, registrándose algunos días 150 casos de epidemia.

Durante esta azarosa marcha estudia Stanley la topografía del país, y observa que el Victoria tiene mayor superficie de lo que él mismo supuso en el viaje precedente, y de lo que calculaba Specke, su ilustre descubridor. Comprueba que la costa sudoeste del lago alcanza hasta los 2º,48' de latitud Sur, no distando más que 500 kilómetros del Tanganika.

Según las noticias que nos comunica, tiene aquella importante superficie lacustre 26.900 millas cuadradas (1.900 más que las fijadas por Specke).

Recorre la caravana parte de la cuenca meridional del Victoria, y vese obligada á afrontar los diarios ataques de los indígenas, á quienes los árabes han imbuído la falsa creencia de que los egipcios se entregan á la antropofagia.

Trata Stanley de disuadirlos de semejante acusación, de hacer paces con ellos y de obtener auxilios de víveres; pero su larga experiencia y el conocimiento de la lengua del país resultan de todo punto vanos. Sublévase la gente, no pudiendo resistir tanta privación, tanta miseria y tanta fatiga, y hay que apelar á castigos ejemplares y á otras medidas de rigor para restablecer el orden y la disciplina.

Cae otra vez enfermo el insigne salvador de Emín-Bajá, pero la intrepidez de su corazón y la entereza de su alma no se abaten ni rinden á la debilidad del cuerpo.

La columna, cuyo efectivo queda reducido á la cuarta parte, después de pasar por Msalala, Mkambuno Ukumi, Tabora, Urguru Itura y Mgongo, llega á Mpuapua, aldea enclavada en las posesiones alemanas, y allí es socorrida por las fuerzas de la guarnición.

El 4 de Diciembre de 1889 entran los expedicionarios en Bagamoyo, puerto del mar de las Indias, situado enfrente de Zanzíbar, donde Emín-Bajá, al asomarse á un balcón de un segundo piso cae á la calle, desgracia atribuída á la miopía, que le obliga á guardar el lecho durante muchos días.

El día 6 del mismo mes se embarca Stanley para Zanzíbar, el 30 sale de este puerto con dirección á Europa, donde le aguardan las ovaciones del mundo civilizado, y el 12 de Enero de 1890 llega á Suez.

***

El célebre explorador, al resumir sus descubrimientos prodigiosos, invoca á la Divina Providencia, reiterando el testimonio de su fe inquebrantable.

«El vulgo, dice, lo atribuye todo al acaso; los que no creen en nada hablan de la suerte; pero algún día para toda alma convencida habrá en los cielos y en la tierra muchas más cosas inexplicables que lo que sueña la filosofía moderna.»

Dedica algunos párrafos á la cuenca superior del Nilo, y se expresa así:

«Había supuesto siempre que en la región central, situada entre los lagos ecuatoriales, se encontraban cosas dignas de ser vistas y exploradas, pero no estaba preparado para cosecha tan abundante.»

Luego añade:

«Una de mis mayores satisfacciones consiste en los innumerables descubrimientos geográficos que hemos realizado.

»Conocemos ahora el río Aruwimi desde su origen hasta su desembocadura en el Congo. (La extensión del Aruwimi resulta de 1.300 kilómetros.)

»Hemos explorado en gran parte los montes Ruwenzori, cordillera cubierta de nieves perpetuas.

»Hemos disipado las últimas dudas acerca de las Montañas de la Luna, de que hablan los antiguos. Están situadas al Sudeste de la cordillera de Ruwenzori. En las faldas de estos Alpes africanos hemos hallado inmensas praderas.

»El sistema hidrográfico que une el lago Alberto Eduardo con el Alberto, ha sido descubierto y estudiado detalladamente.

»Bajo el ardiente Ecuador nos hemos mantenido con moras silvestres, y apagado la sed en manantiales de agua de nieve.»

***

La duración del viaje desde la desembocadura del Congo á Bagamoyo fué de mil doce días, durante los cuales no pasaron veinte sin combate ó algún suceso dramático; y la distancia recorrida en las marchas, incluyendo todos los movimientos, de 7.000 kilómetros.

De los 707 hombres que formaban la expedición á la salida de Zanzíbar, y de los restos de las tropas de Emín-Bajá, sólo 284 llegaron sanos y salvos á dicha isla.

La elocuencia de estas cifras dice más que cuanto pudiera expresar mi pluma en alabanza del esforzado y heroico periodista, cuyas trágicas y fecundas odiseas en el Continente africano pasarán á la posteridad como las más grandiosas conquistas alcanzadas por la ciencia geográfica durante el siglo XIX (5).

Nilo María Fabra.

---

(1) En el mapa que acompaña este número está señalado con la frase *Encuentro con Jephson* el punto donde este oficial se incorporó con su jefe.

(2) He aquí cómo se se expresa Herodoto hablando de esta extraña raza que puebla actualmente un territorio bañado por el Ituri, cerca de la desembocadura de este río en el Aruwimi:

«Emprendieron, pues, sus viajes los mancebos (alude á unos nasamones que, remontando el Nilo, penetraron en el Africa Central) provistos de víveres y agua: pasaron la tierra poblada, atravesaron después la región de las fieras, y dirigiendo su rumbo hacia Occidente por el desierto, y cruzando unos días vastos arenales, descubrieron árboles por fin en una llanura, y, aproximándose, empezaron á echar mano de su fruta. Mientras estaban gustando de ella, no sé qué hombrecillos, menores que los que vemos nosotros de mediana estatura, se fueron llegando á los nasamones, y asiéndoles de las manos, por más que no se entendían en su idioma mutuamente, los condujeron por dilatados pantanos, y al fin de ellos hallaron una ciudad, cuyos habitantes, negros de color, eran todos del tamaño de los conductores, en la cual vieron un gran río que la atravesaba de Poniente á Levante.»

(3) Véase el mapa.

(4) En muchos mapas recientemente publicados por la prensa, no aparece el lago en sus verdaderas dimensiones. Nosotros hemos tenido á la vista una carta especial inglesa, que ha salido á luz este mismo año.

(5) He aquí por orden cronológico los nombres de los exploradores que han logrado atravesar el Continente africano:

Livingstone (1854 y 1856), de San Pablo de Loanda á Quilimane.

Silva Porto (misma época), de Benguela al Cabo Delgado.

Camerón (1873, 1874 y 1875), de Bagamoyo á Catombela.

Enrique Stanley (1874, 1875 y 1876), de Bagamoyo hasta la desembocadura del Congo.

Serpa Pinto (1877, 1878 y 1879), de Benguela á Durban.

Mateucci (1880 y 1881), de Suakin á la desembocadura del Níger.

Wissmann (1881 y 1882), de San Pablo de Loanda á Sadani.

Arnot (1881, 1882, 1883 y 1884), de Durban á Benguela.

Capello é Ivens (1884 y 1885), de Mossamedis á Quilimane.

Lenz (1884 y 1885), de Boma á Bagamoyo.

Gleeruf (1885 y 1886), ídem á íd.

Wissmann (1886 y 1887), de Boma á Qailimane.

Enrique Stanley (1887, 1888 y 1889), de la desembocadura del Congo á Bagamoyo.

Trivier (1888 y 1889), de Loango á Mozambique

El viaje de Mateucci es el único que se verificó del Norte al Ecuador, pues todos los restantes se realizaron de Oriente á Occidente, ó viceversa.

Hasta ahora nadie ha llevado á cabo la travesía de Norte á Sur, ó sea desde Alejandría de Egipto al Cabo de Buena Esperanza, ó en sentido contrario, trayecto que requeriría cinco ó seis años de marchas á pie, el cual la insurrección del Sudán hace en estos momentos completamente imposible para cualquier europeo.

BLANCO Y NEGRO.

(NOVELA CORTA.)

(Continuación.)

III.

Profundamente conmovido salió de la habitación del singular inquilino el administrador, y bajó seguidamente, sin detenerse con el maestro de obras, que le esperaba, al piso principal, donde vivía la Marquesa de la Espina, dueña de la finca. La señora no recibía, como que se hallaba en aquel momento en el tocador, consagrada al embellecimiento de su persona; pero tanto insistió el administrador encareciendo la importancia del asunto que le obligaba á molestarla, que al fin obtuvo el codiciado permiso, y conducido por una linda camarera penetró en el salón Amarillo, donde, detrás de un precioso *paravent* chinesco y ante una magnífica luna de colosales dimensiones, la doncella predilecta terminaba el tocado de la Marquesa.

—¿Qué hay, González?—le preguntó.—¿Se hunde la casa, tenemos fuego ó qué sucede?

—Señora—respondió el administrador todo confuso—perdóneme usted que la moleste, pero se trata de un caso..... de un caso extraordinario y urgente. Yo he querido hacer una obra de caridad y no la he podido hacer, porque se trata de una persona....., vamos, señora, una persona como no hay otra....., y vengo, porque esa persona me interesa mucho, y hay que hacer por esa persona.....

—Hombre, se está usted haciendo un lío, González..... Serénese usted, siéntese y espere un momento, que ahora mismo saldré de mi escondite y me dirá usted lo que le pasa.

Unos minutos después apareció la Marquesa, envuelta en riquísima bata de terciopelo azul.

—Vamos, señor González—dijo—cuénteme usted eso tan interesante.

González, más sereno, refirió prolijamente, por no saberlo hacer con brevedad, su entrevista con el inquilino de arriba, procurando con su relato interesar á la Marquesa en favor del cesante.

—Señora—añadió—ese hombre ejemplar no quiere hacerme el favor de aceptar mi proposición de no cobrarle el alquiler; pero si le digo que la dueña de la casa le cede el cuarto gratuitamente, acaso no se atreviera á rehusar este beneficio. ¿Me autoriza usted, señora, á que tome su nombre para esta buena obra?

—Señor González—contestó la Marquesa—ya sabe usted que no intervengo para nada en la administración de mis fincas, confiada en la honradez de usted, y que usted sólo se entiende con los inquilinos. Para hacer esa buena obra no era preciso venir á consultarme; pero ya que ha venido usted y tanto le interesa ese viejo, que bien pudiera ser un loco y darnos el día menos pensado el disgusto de saber que se ha tirado al patio desde la ventana, haga usted cuanto quiera en su favor, no le cobre el alquiler, pero, bien entendido, sin pagarlo usted. Soy demasiado rica para que pueda afectarme la pérdida de unos duros cada mes. Y en cuanto al empleo que, dice usted, le han quitado á ese pobre hombre, déjeme usted una nota, y se la enviaré al Ministro recomendándole que le reponga. Y entonces ya podrá volver á pagar el cuarto, y usted estará contento.

—Con la venia de la señora, le pondré la nota ahora mismo.

—Sí, sí, ahí tiene usted papel sobre el velador.

Y el administrador, tomando una cuartilla del precioso papel inglés blasonado que usaba la Marquesa, escribió el nombre del inquilino D. Pablo Blanco y Negro con expresión del empleo que había desempeñado, y presentó la nota á la gran señora.

Esta cogió el papel, y leyendo el nombre enrojeció súbitamente, y exclamó: «¡Jesús! ¡Pablo!», pronunciando estas dos palabras con una entonación tan singular que el administrador no pudo menos de asombrarse.

—¿Dice usted—preguntó—que ese hombre se llama Pablo Blanco y Negro?

—Sí, señora, un hombre de bien, un modelo de virtud.

—¿De virtud?..... Mucho ha variado.

—¿La señora le conoce?.....

—No....., es decir, no sé..... ¿Y cuánto tiempo hace que ese hombre vive en mi casa?

—Tres años, señora; un inquilino ejemplar. El primer día del mes entregaba á la portera, envueltos en un papel, los doce duros del alquiler. Si todos los que pagan renta á la señora Marquesa lo hicieran con la puntualidad que D. Pablo, el cargo de administrador, que indignamente desempeño, sería el oficio más descansado de todos los conocidos.

—¿Y dice usted que tiene una sobrina en su compañía?

—Sí, señora, una jovencita muy bella, tan bella como honesta y juiciosa, que la triste llora desesperada no pudiendo disuadir á su tío de la idea de acogerse en un asilo de beneficencia. Si usted conociera á esos dos seres infelices, usted que tiene tan noble y generoso corazón.....

—Bueno, bueno; ya estoy enterada, y haré lo que pueda..... Adiós, González, y no se preocupe usted más de D. Pablo Blanco y Negro.

Aun hubiera querido insistir el administrador, tan interesado como estaba en favor del inquilino, pero no se atrevió. La señora le despedía, y temió ser importuno. Aunque el hombre no era muy perspicaz, algo extraño notaba en la actitud de la Marquesa, en quien, á no dudar, había producido una impresión, que él no sabía cómo definir, el nombre de D. Pablo Blanco y Negro.

—Pues si la señora no tiene qué mandarme.....—dijo un poco turbado.

—Nada, nada; adiós, González, hasta otro día.

Y salió González devanándose los sesos discurriendo por qué habría exclamado la señora: «¡Jesús! ¡Pablo!» de aquella manera tan extraña, y por qué le habría dicho después con un dejo de ironía: «No se preocupe usted más de la suerte de D. Pablo Blanco y Negro.»

IV.

La Marquesa había despedido á González porque deseaba estar sola y que nadie la distrajera de los pensamientos que súbitamente habían invadido su cerebro, un mundo de recuerdos.....

—¡Pablo!—exclamó, contemplando el nombre escrito por el administrador.—¡Pablo aquí, en un cuarto piso de esta casa de mi propiedad, pagando doce duros de alquiler!..... ¡Y hace tres años!..... ¡Tres años viviendo Pablo y yo en la misma casa y sin encontrarnos!..... Pero no era posible, yo entro y salgo por otra puerta, y subo y bajo por otra escalera, y no puedo encontrar nunca al paso á mis inquilinos. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Le creía muerto y vive!..... ¡Y está en la miseria! ¡y quiere irse á un asilo!..... ¡Qué horror!..... ¡Pablo en un asilo!..... ¿Pero sabrá él que soy yo la propietaria de la casa en que vive, su casera? No, no lo sabe..... ¿Se habrá olvidado de mí? ¿No recordará siquiera mi nombre?..... ¿No le habrá dicho nadie que la Marquesa de la Espina es Angela?..... ¿Y cómo ha caído Pablo en esa miseria, en ese abandono de sí mismo, en esa estóica resignación que le hace recluirse voluntariamente en un establecimiento de beneficencia, donde tendrá por compañeros hombres de la clase más humilde, desgraciados sin educación, miserables mendigos?..... ¡Oh! yo no lo consentiré. ¡No faltaba más!..... ¿Pero me habrá olvidado?..... ¡Cuántos años hace, cuántos!..... ¿Veinte?..... No, más, más, veinticinco..... ¿Qué veinticinco?..... ¡Treinta, treinta años!..... No, no son treinta; son cuarenta..... ¡Qué horror!..... Yo tenía entonces diez y ocho..... Eso es, ¡diez y ocho!..... ¡Qué vieja soy, Dios mío! ¡cincuenta y ocho años ya! ¡más de medio siglo!..... ¡Vivir medio siglo..... y pico, y haber sido feliz tan pocos días! Pablo ¿qué creerá de mí? ¡Oh! ¡yo quiero ver á Pablo! Es el único recuerdo grato de mi vida. ¡Jesús! quisiera pensar con calma y no puedo..... ¿Qué haré? Si le llamo ¿vendrá?..... ¿No sería mejor subir yo misma?..... ¿Me reconocería?..... Han pasado tantos años, que no me guardará rencor..... ¡Ay! preferiría su odio á su olvido. Yo siempre, siempre me he acordado de él. ¿Cómo estará después de tanto tiempo?..... El tendría entonces dos ó tres años más que yo..... Tendrá ahora sesenta. No es demasiada edad para hombre..... y sin embargo, dice González que Pablo es un viejo..... Habrá sufrido mucho..... Dios sabe qué vida habrá traido el pobre..... ¡Tan guapo como era, tan elegante, tan afable y servicial..... y tan atrevido!..... ¡Ah! ¡la nota que me ha dejado González! Lo primero que he de hacer es devolverle el destino que le han quitado; sí, esto es lo primero..... Así no dejará el cuarto, ni pensará más en acogerse á un asilo..... Y luego veremos.

La Marquesa se puso en pie, tocó el timbre, y un momento después entró en el gabinete la doncella.

—Julia—le dijo—diga usted á Juan que mande poner la berlina inmediatamente, y venga usted luego á vestirme. Voy á salir.

Media hora no habría transcurrido, y ya estaba la Marquesa en el despacho del Ministro de la Gobernación, que, aunque se hallaba muy ocupado cuando le anunciaron su visita, no quiso hacer esperar á dama tan principal.

—Amigo mío—le dijo—usted ya sabe que no soy pedigüeña ni intrigante, y, por consiguiente, que no abuso de la amistad; pero hoy, por excepción, tengo que exponerle una exigencia, esta es la palabra, en la confianza de que usted me va á complacer.

—Si puedo, señora mía.....

—Puede usted; un Ministro lo puede todo en su departamento. Lo mismo que ha podido usted cometer una gran injusticia privando de su destino á un buen empleado, podrá hacer una obra meritoria reparando el mal que hizo.

—¿Tiene usted mucho interés, amable Marquesa, en que haga esa buena acción?

—Muchísimo interés, Sr. Ministro, y no me iré sin la palabra de usted de enviarme hoy mismo la credencial. Mi recomendado es el sujeto cuyo nombre verá usted en este papel, y prevengo á usted que no ha de saber que yo he intervenido en su reposición. A usted sólo ha de agradecer esta justicia.

—Pero, Marquesa, por Dios, déme usted tiempo, unos días para encontrar una combinación.....

—Esa combinación la encuentra en cuanto quiera, y es usted demasiado galante conmigo para pretender entretener á mi recomendado como á un pretendiente desvalido. Hoy mismo deseo la credencial, y la tendré ó reñiremos. Dígame usted que la tendré.

—Usted lo ha dicho, y á un caballero no le es lícito desmentir á una dama.

Tendió la mano la Marquesa á su amigo, y éste la acompañó hasta la puerta del despacho, despidiéndola con frases galantes.

Dos horas después recibía la opulenta propietaria, con una esquelita del Ministro, la credencial solicitada, dentro de un sobre abierto, con el nombre del agraciado y el sello del Ministerio.

La Marquesa leyó la credencial, la volvió á poner dentro del sobre, cerró éste, y, llamando á un criado, le entregó el pliego y le dijo:

—Suba usted esto al cuarto donde habita D. Pablo Blanco, y entréguelo, sin decir nada, á quien abra la puerta.

Hízolo así el criado, poniendo en las propias manos del cesante filósofo el nombramiento, y bajando de prisa para evitar preguntas á que le estaba prohibido contestar.

D. Pablo abrió el pliego, leyó serio y grave el nombramiento, y llamando á Teresa, le dijo:

—Aun hay justicia en el mundo. Ya no nos separaremos, hijita mía. Me devuelven mi destino. Enjuga tus lágrimas y tranquilízate.

Teresa echó los brazos al cuello de su tío, y le besó con amor infinito.

La pobre muchacha necesitó largo espacio para reponerse de la terrible angustia en que la había puesto la firme resolución de su tío de encerrarse en un asilo de caridad y llevarla á ella á una casa extraña.

Ahora lloraba de alegría, y con acentos de infinita ternura exclamaba:

—Yo hubiera muerto, yo hubiera muerto de pena.

D. Pablo se dispuso á salir.

—Hemos llegado—dijo—á tiempos en que un acto de justicia ha de agradecerse como si fuera una merced. Voy á dar las gracias al Ministro. Pero ¿cómo iré?..... se preguntó. No tengo más galas que esta levitilla y este pantalón..... en fin, no tengo más que lo puesto..... Lo demás todo empeñado, todo en poder de los industriales que anuncian en letras gordas:—«*¡Se da dinero!*»—Verdaderamente, continuó D. Pablo, esta credencial casi, casi agrava más nuestra situación, y si no la agrava precisamente, la complica por lo menos. Yo había dado ya solución definitiva y ventajosa al problema de mi vida á partir desde hoy. Ya no tenía que ocuparme en nada ni preocuparme, por consiguiente, de maldita la cosa. Y ahora, con esta credencial en la mano, vuelvo á verme otra vez abrumado de necesidades, de las mismas de que había conseguido librarme para siempre y de alguna más. Y en treinta días que han de transcurrir antes de que venga á mis manos la suma de 208 pesetas y 33 céntimos de mi haber, voy á pasar la pena negra, sin ropa, sin dinero, sin otro recurso que el de entrampiarme con el casero, con la tienda, con el sastre, con medio mundo. Es decir, que me veo en la precisión de acudir á todos aquellos extremos que abomino y que hubiera evitado honradamente acogiéndome en el asilo de la caridad. Sería mejor que ahora mismo fuera á presentarme al Ministro y le dijera: «Excmo. Señor, muchas gracias por el acto de justicia de reintegrarme en mi empleo, pero ya es tarde, Sr. Excmo., ya no me sirve este papel, si V. E. no me procura el medio, imposible de vivir treinta días sin comer.»

—¡Dios mío!—pensaba Teresa;—mi tío está loco, está loco.—Tío, le dijo, ¿no va usted al ministerio?.....

—Sí, hija mía, sí.

—Cuidado, tío, no haga usted una locura. Piense usted en mí.

—Sí, hijita, por tí, por tí solamente habré de renunciar á mi reposo, á mi bienestar, á las delicias de la existencia que había soñado.

Y poniéndose el deslucido sombrero y abotonándose la levitilla militarmente, después de guardar en el bolsillo la credencial, dió un beso á Teresa, y salió murmurando:

—¡Cómo ha de ser!.....

Bajó despacio los ciento y tantos escalones, y en el portal, delante de la portería, vió un bulto que le pareció una gran señora por el tamaño; y cortés, como siempre lo había sido, llevó la mano al sombrero y saludó.

La señora, mirándole atentamente, murmuró:

—¡Jesús!..... ¿este hombre es Pablo?.....

CARLOS FRONTAURA.

(Continuará.)



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

VI.

5 de Abril.

Al ser de día, la corneta de nuestros cazadores de á caballo toca la diana. ¡Vivo á levantarse, á vestirse, á calzarse las polainas!

Ya los árabes han invadido mi alojamiento para desarmarlo. En cinco minutos la faena queda terminada; con ayuda del viento, la débil casa de lona se hincha, flota un instante con un ruido de vela de barco, y cae aplastada sobre la mojada hierba. Doy la última mano á mi *toilette* y me calzo las espuelas al aire libre.

Las florecitas que esta noche pasada han dormido bajo mi techo, van á recobrar su libertad, el riego de los aguaceros, y la soledad en que hasta ahora habían

LA ENFERMEDAD DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII.



REAL PALACIO DE MADRID. — LECTURA DE LOS PARTES FACULTATIVOS EN LA CÁMARA REAL. — LA PUERTA DEL PRÍNCIPE EN LAS ALTAS HORAS DE LA MADRUGADA. — LOS QUE VAN Á LA REAL CAPILLA, PARA ORAR POR LA SALUD DEL AUGUSTO ENFERMO. — EL PÚBLICO LEYENDO LOS PARTES EN EL CUADRO «LA BATALLA DE OTUMBA», EN LA SALA DE LA MAYORDOMÍA MAYOR. — (Del natural, por Comba.)

vívido. Y toda nuestra aldea nómada se desmonta, se pliega, se ata, apretada con multitud de cuerdas; luego se carga encima de mulas que cocean, de camellos que gruñen..... El campo está levantado. ¡En camino!

***

Al emprender la etapa, los caballos brincan, relinchan, se defienden ó juguetean.

Nuestra caminata de este segundo día, se empieza á través de montañas uniformemente cubiertas de monte bajo, de lentiscos y de asfodelas. Cuanto á grandes árboles, en Marruecos no se ven casi nunca: siempre estas extensas líneas tranquilas de los paisajes vírgenes, no interrumpidos por sendero, habitación ni cerca alguna. Un país inculto, poco menos que dejado en el estado primitivo, pero que debe ser maravillosamente fértil. Alguno que otro campo de trigo; alguno también de avena, á los que nadie ha cuidado de dar la forma cuadrada ú oblonga que está en uso en las tierras europeas, y que tienen el aspecto de simples praderas de un verde tierno. ¡Qué reposo para la vista, después de haberla saciado tanto tiempo en la contemplación de la campiña francesa, parecida á un tablero de damas, toda ella dividida y recortada! Es un alivio, una especie de bienestar el que se experimenta en estos países en que el terreno no es de nadie y nada cuesta: en ellos parece como que los horizontes se ensanchan desmesuradamente, que el campo visual se agranda, que las extensiones no tienen límite.

Y siempre, á unos cincuenta metros delante de nosotros, dibujándose sobre las tranquilas lontananzas verdes que sin cesar se desarrollan, divisamos nuestro pelotón de vanguardia, que nos sirve á la vez de guía: tres jinetes de frente; el de en medio, un viejo negro de majestuoso porte, con caftán de paño color de rosa, albornoz y turbante de fina tela blanca, lleva enhiesto el estandarte del Sultán; los que van á los lados, negros también, blanden largos fusiles, cuyos cañones pulimentados brillan sobre la uniformidad azulada de los fondos, de las montañas y de las llanuras.

***

Hacia las diez, bajo el cielo siempre gris, en la campiña siempre verde y salvaje, apercibimos á lo lejos una línea inmóvil de gentes á caballo, que parecen aguardar nuestra llegada. Es que vamos á pisar otro territorio, y todos los hombres válidos de la tribu que habita éste en que entraremos ahora, han tomado las armas para recibirnos honrosamente, llevando su *kaid* á la cabeza. Siguiendo el uso establecido en Marruecos cuando las embajadas extranjeras viajan á través del país, los que han salido de Tánger con nosotros se volverán á su ciudad, dejándonos confiados al cuidado y custodia de la otra tribu.

¡Oh, qué extraños jinetes, vistos desde lejos á pie quieto! Sobre sus caballos pequeños y flacos, encaramados en aquellas sillas á modo de sillones, diríase que eran viejas envueltas en sus velos blancos, ó monigotes de cartón con la cara negra, ó antiquísimas momias. En las manos se les ven unos palos muy largos y delgados, recubiertos de reluciente cobre: son, sin duda, sus espingardas. Llevan la cabeza envuelta en muselinas, y el faldón de sus *burnús*, extendido sobre la grupa de sus caballos, les cuelga como si éstos llevaran puestos unos chales.

Continuamos aproximándonos á ellos, y bruscamente, á una señal de su jefe, toda la banda se dispersa como un enjambre de abejas, galopando, haciendo corvetas, con un chocar de hierro contra hierro, arrojando gritos estridentes. Los caballos, estimulados por la espuela, se encabritan, saltan, corren como gacelas espantadas, dando las crines al viento, y botes sobre las rocas. Y, á un mismo tiempo, los monigotes blancos toman vida, conviértense en magníficos jinetes, en hombres ágiles y esbeltos, de rostro varonil y hermoso, enhiestos sobre sus grandes estribos plateados. Todos los *burnús* blancos en que hace un momento parecían empaquetados, flotan ahora con una gracia exquisita, dejando al descubierto vistosos trajes de paño rojo, anaranjado ó verde, y sillas forradas de seda rosa, amarilla ó azul, con bordados de oro. Los brazos desnudos de los jinetes, duros y bronceados, salen de las anchas mangas levantadas hasta los hombros, blandiendo en el aire en aquella vertiginosa carrera los largos fusiles, para ellos ligeros como cañas.....

Es una *fantasía* de bienvenida, hecha en honor nuestro. Apenas terminada, el *kaid* que la había ordenado y conducido se adelanta hacia nuestro Ministro, tendiéndole la mano. Nos despedimos de nuestros compañeros de ayer, que se alejan, y continuamos el camino escoltados por nuestros nuevos huéspedes.

VII.

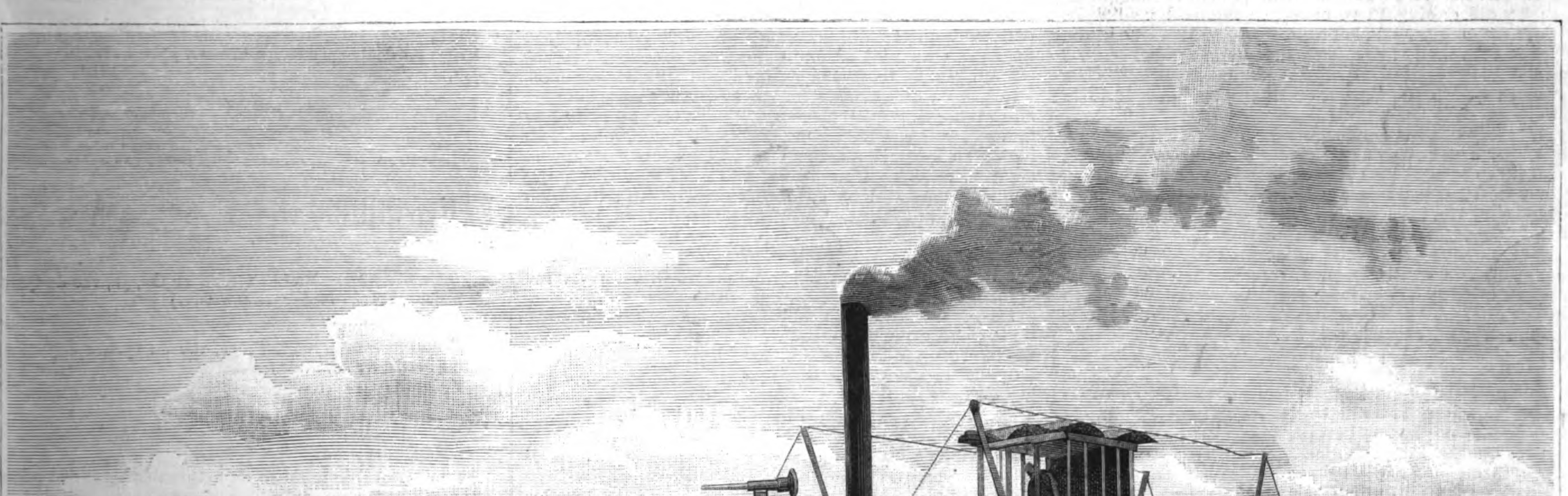
Recuerdo que durante toda la tarde de este mismo día, hemos atravesado inmensas, interminables mesetas de arena cubiertas de helechos, como nuestras landas del Sur de Fran-

EL CONFLICTO ANGLO-PORTUGUÉS.



EL MAYOR SERPA PINTO,

AUTOR DEL ACTO DE REPRESIÓN CONTRA LOS MAKOLOLOS.



CAÑONERO PORTUGUÉS, DE ESTACIÓN EN LA DESEMBOCADURA DEL ZAMBESE, Á LAS ÓRDENES DEL MAYOR SERPA PINTO.

cia. Estas llanadas eran de un verde tierno y fresco de principios de Abril; un rayo atenuado de sol las iluminaba obstinadamente en el punto preciso en que nosotros nos hallábamos, como si la luz nos hubiera seguido, mientras que en torno, los grandes horizontes de montañas, sobre los que pesaban sombrías nubes, se confundían con el cielo en obscuridades plomizas y siniestras. Cortinas de bruma tamizaban una luz color de plata dorada, prestando inesperado aspecto á aquellas campiñas africanas, de ordinario bañadas en una luz violenta.

El rozamiento del paso de nuestras gentes, los cascos de las caballerías rompiendo los tallos, desarrollaban fuertemente el olor de los helechos, que me recordaba las hermosas mañanas de Junio en mi país, y la llegada al mercado de las cestas de cerezas. Debo deciros que en Saintonge las cerezas nunca viajan sin ir envueltas en esa clase de follaje; he aquí por qué en el archivo de mis recuerdos, esos dos aromas son inseparables uno del otro.

A los lados de la columna, pero en sentido inverso de nuestra marcha, cada cinco minutos pasa un grupo de jinetes árabes, rápidos como el viento. Óyese apenas el galope de sus monturas, amortiguado por el espeso tapiz de arena y plantas; al hender el aire no producen otro ruido que un ligero choque metálico: creyérase escuchar el vuelo de una gran bandada de pájaros que pasaban rozándonos rápidamente con sus alas. En el momento mismo en que cruzaban á nuestro lado, arrojaban un grito ronco y disparaban sus largos fusiles, cubriéndonos de humo.

A cada instante, ya al lado derecho, ya al izquierdo de nuestra cabalgata, pasaba y repasaba aquella especie de visión guerrera, que huía terriblemente de prisa.

Fué necesario que el sol comenzara á declinar, para que cesaran aquellas carreras y aquellos tiros, que los árabes llaman *fantasías*. En torno nuestro, el tono verdoso del paisaje adquiría matices más bellos, y la vegetación ibase presentando más rica: veíanse agrupaciones de olivos, y las palmeras enanas eran tan altas y tan añosas, que parecían verdaderos árboles. Algunas aldeas comenzaban á divisarse aquí y allá sobre las colinas: paredes de tierra apisonada y techos de cáñamo gris, todo ello cercado y medio oculto por vallados de enormes cactus de un verde azulado. Al acercarnos, empezaban á salir de aquellos cercados erizados de púas unas mujeres envueltas en harapientos trajes de lana obscura, gritando en honor nuestro: *¡Yú, yú! ¡Yú, yú!* con voces estridentes y chillonas, como los pájaros martinetes en las noches estivales. A poco, dejamos atrás esta región habitada, y después de haber vadeado dos ó tres arroyos, apercibimos en una pradera que formaba fresca hondonada, el campamento donde habíamos de pasar la noche. Nuestros caballos relincharon de placer al reconocerlo.

***

Siempre igual, nuestra pequeña ciudad nómada; siempre dispuesta de la misma manera, como si la transportaran de un sitio á otro sobre ruedas, en una sola pieza. Así es, que, en cuanto echamos pie á tierra, cada uno de nosotros se va derecho á su tienda sin vacilación alguna, y allí encuentra su cama, su equipaje y su tapiz, en el mismo lugar y de la propia conformidad que el día anterior. La verdad es que viajamos con todo el *comfort* nómada; sin tener que ocuparnos en nada, ni otra cosa en qué pensar que en gozar del aire libre, del cambio de paisaje y del espacio.

Nuestras quince tiendas forman un círculo perfecto, dejando en el centro una especie de plazoleta interior, cuya hierba pacen los caballos. Todas ellas son iguales, con escasas diferencias, y decoradas con los mismos arabescos, tradicionales en tierra de morería. Alrededor de ellas y formando un segundo círculo envolvente, están las de los camelleros, muleteros y guardias: sólo que éstas son más pequeñas, más puntiagudas, de un gris uniforme, y colocadas con menos simetría. Es como un pequeño barrio beduino, donde se dejan oir extrañas músicas durante las veladas.

***

La aparición de la *muna*, es el acontecimiento más importante de cada fin de etapa. Llega generalmente la susodicha *muna* hacia el crepúsculo, en largo cortejo, y es acto continuo depositada sobre la hierba, delante de la tienda de nuestro Ministro. Perdonadme si empleo esa palabra árabe, que no tiene equivalente en mi idioma: la *muna* viene á ser el diezmo, la gabela que nuestra calidad de embajadores extranjeros nos da derecho á cobrar, en víveres, de las tribus por cuyos territorios atravesamos. Sin la tal *muna*, reclamada con larga anticipación, y traída algunas veces de muy lejos, correríamos riesgo de perecer de hambre en este país, sin posadas, sin mercados, casi sin aldeas, casi deshabitado.....

La *muna* de esta noche, es de una abundancia regia. A las últimas claridades del día, vemos adelantarse al centro de nuestro campamento francés una hilera de hombres de grave aspecto, envueltos en trajes blancos, á cuya cabeza camina lentamente, con dignidad, un *Kaid* de noble porte. Al verles acercarse, nuestro Ministro toma asiento en el umbral de su tienda, para recibirlos, tal como la etiqueta oriental lo prescribe. Llevan los primeros grandes ánforas de barro, llenas de manteca de ovejas; traen otros jarras de leche, cestas de huevos, jaulones de mimbre, llenos de gallinas vivas, cuatro mulas cargadas de pan, de limones y de naranjas, y, finalmente, doce carneros, á los que hay que hacer penetrar en nuestro recinto á la fuerza, tirándoles de los cuernos, pues parecen presentir el trágico fin que les aguarda.

Hay víveres bastantes para alimentar á diez caravanas como la nuestra; pero rehusarlos sería faltar á todas las conveniencias. Por otra parte, los árabes de nuestra comitiva, con sus apetitos de hombres primitivos, aguardan esta *muna* para repartírsela: harán con ella una cena salvaje, que durará toda la noche; venderán lo que no puedan absorber, y todavía quedarán por el suelo desperdicios para los perros errantes y los chacales. Es el uso establecido desde hace siglos: en el campo de un embajador en Marruecos, debe celebrarse un festín continuo.

***

No bien nuestro Ministro ha dado las gracias á los donantes, por medio de un simple movimiento de cabeza, como conviene á un personaje de gran categoría, dase principio á la comilona. Repártense nuestras gentes la manteca, los huevos y el pan, de cuyos comestibles llenan albornoces, capuchones, espuertas de esparto, y hasta albardas. Detrás de las tiendas, que sirven de cocinas, hay un rincón de feo aspecto, que parece como que viaja y se transporta con nosotros cada día, al cual son conducidos los carneros, no sin viva defensa por su parte. Allí son degollados á la caída del crepúsculo, casi á obscuras, en unión de docenas de gallinas, á las que dejan retorcerse largo tiempo sobre la hierba, con el pescuezo á medio cortar, para que se desangren mejor. Luego, por todas partes empiezan á encenderse hogueras, á cuyo resplandor se iluminan bruscamente grupos de camellos ó de mulas, antes perdidos en la obscuridad, ó bien de árabes, á los que los largos albornoces blancos prestan aspecto de fantasmas. Diríase un campamento de bohemios en orgía.

El tiempo sigue cubierto y casi frío: estamos ahora en una región de praderas y de marismas. Y, durante los preparativos de cena, las ranas nos obsequian con su música nocturna, siempre la misma, que es común á todos los países y ha debido serlo también á todas las edades del mundo.

***

Hacia las ocho, cuando los europeos terminábamos nuestra comida en la gran tienda que nos sirve de refectorio, un servidor entra á advertir al Ministro de que acaban de inmolar en honor suyo una ternerita, allá afuera, á la puerta misma de su tienda-habitación. Nuestra curiosidad por saber el significado de tal sacrificio, y quién lo llevaba á cabo, nos hace salir á contemplar el episodio, á la temblorosa luz de unas linternas.

Resulta que es uso y costumbre marroquí el inmolar animales á los pies de los grandes personajes transeuntes, cuando se tiene una merced que solicitar de ellos. Es de regla que el estertor de la víctima se prolongue largo tiempo, y que su sangre se vaya extendiendo lentamente sobre la tierra. Si el prócer ó magnate en cuyo honor se hace el sacrificio está dispuesto á acoger la súplica, autoriza á sus servidores para apoderarse del animal degollado: en caso contrario, sigue su camino sin volver la cabeza, y la ofrenda desdeñada, es abandonada á los cuervos. Parece ser que en los viajes del Sultán, la ruta seguida por S. M. queda marcada á través de los campos por un gran número de cadáveres de animales.

La pobre ternerita, viva todavía, está tendida delante de la puerta que da entrada á la tienda de nuestro Ministro, respirando ruidosamente: la luz de las linternas alumbra el charco de sangre que, escapándose de la herida garganta, se va ensanchando sobre la hierba. Y tres mujeres, en actitud suplicante enlazan con sus brazos el mástil que sostiene la bandera francesa.

Pertenecen estas mujeres á la vecina tribu. Aprovechándose de los momentos en que nuestros guardas sólo se ocupaban en satisfacer su glotonería, y á favor de las sombras de la noche, han logrado penetrar, sin ser vistas, en nuestro campamento: después, cuando han querido expulsarlas, se han asido fuertemente del asta bandera, como quien se cree inexpugnable bajo tal protección, y nadie ha osado emplear la fuerza para hacérsela soltar. Han traído consigo cuatro ó cinco chiquillos, que se agarran á los vestidos de sus madres. La obscuridad y los velos que les ocultan el semblante, no permite hacerse cargo de si son jóvenes y bonitas, ó feas y viejas: por otra parte, sus túnicas flotantes, abrochadas sobre los hombros por medio de unas anchas placas de plata, disimulan las líneas todas de sus cuerpos.

Acércase el intérprete, seguido de nuevos servidores portadores de linternas, que proyectan una luz algo más viva sobre el grupo de formas blancas que rodea al animal degollado que espira tendido en el suelo.

Venimos á sacar en claro que las tres mujeres son las esposas de un *kaid* de la región; que, por motivos que no me es dado apreciar, este *kaid* está encerrado, dos años hace, en las prisiones de Tánger, y que su prisión se llevó á cabo á instancias precisamente de la Legación francesa. He aquí por qué vienen á interceder con el nuevo Ministro, para que éste, en celebración de su llegada, pida al Sultán de Fez la libertad del prisionero.

Es posible que las culpas de éste sean grandes; no me corresponde juzgarlo; pero lo cierto es, que sus mujeres son conmovedoras. A mi modo de ver, la opinión íntima de nuestro Ministro coincide en esto último con la mía, y aunque á nada quiere obligarse formalmente con las demandantes, tengo para mí que la causa está en vías de ser ganada.

(Continuará.)

ADVERTENCIA.

El considerable número de originales literarios adquiridos por esta Dirección, y el escaso espacio que dejan disponibles las secciones fijas que tiene establecidas LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, la obligan á suplicar á las muchas personas que anuncian el envío de nuevos escritos se abstengan de hacerlo, á fin de evitarse inútiles molestias, y á la Dirección la contrariedad de tener que archivarlos por un tiempo indeterminado.

No se devuelven originales, ni se responde de los que, á pesar de la presente *Advertencia*, se remitan á la Redacción.

LA REVOLUCIÓN DEL BRASIL.



SR. DA SILVEIRA MARTINS,
UNO DE LOS ÚLTIMOS CONSEJEROS DEL EMPERADOR.



DR. D. DEMETRIO NÚÑEZ RIBEIRO,
MINISTRO DE AGRICULTURA, COMERCIO Y OBRAS PÚBLICAS.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIV MADRID, 22 DE ENERO DE 1890. NÚM. III.

BELLAS ARTES.



PRIMERA FRASE DE AMOR.
CUADRO DE D. LUIS JIMÉNEZ, EXPUESTO EN EL «SALON» DE PARÍS DE 1889.
(De fotografía.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El 18 del corriente á las tres de la tarde falleció en Turín D. Amadeo de Saboya, hermano del Rey de Italia, y rey que fué de España durante veintiséis meses. Si los revolucionarios de Septiembre al derribar en España la monarquía hubieran proclamado la República, forma de gobierno completamente natural cuando el monarca de derecho es vencido y expulsado, acaso hubieran consolidado su obra. Pero nacida de una sublevación militar, y dirigida por generales, fué revolución democrática en el nombre y aristocrática en realidad; que es un error confundir la nobleza con la aristocracia. Aquélla, privada de sus derechos y reducida á la condición de los particulares, pobre y diseminada, ni ejercía funciones públicas, ni influía casi nada en los asuntos del Estado. En cambio, los capitanes generales de ejército, los ex ministros, los grandes oradores y banqueros, constituían la verdadera aristocracia militante, que disponía del ejército, de la banca, de la prensa y de los comicios; es decir, que era dueña de todas las fortalezas de la lucha moderna; la que brillaba, la que tenía fuerza efectiva, prestigio entre la muchedumbre y todas las utilidades del poder y la influencia; la que había podido, en fin, derribar un trono. Esa aristocracia que venció al Poder Real con los buques de la marina Real y con las armas de los Reales ejércitos, experimentó la necesidad de sustituir el rey depuesto con otro rey, y fracasada la candidatura de Hohenzollern, la del Duque de Génova, y las pretensiones del Duque de Montpensier, pensó en uno de los pocos príncipes católicos entonces disponibles, y eligió al Duque de Aosta, hijo segundo de Víctor Manuel, por rey de España. Y para suavizar ante la muchedumbre aquel tributo rendido á la realeza, y por tener la Constitución de 1869 sentido muy liberal, intitulóse monarquía democrática á la de D. Amadeo de Saboya.

Era éste un príncipe de veintiséis años de edad, estimado en su país por haber dado pruebas de valor en la batalla de Custozza y por sus condiciones personales. En España era un desconocido, y sólo sonaba su apellido en los oídos españoles como un recuerdo lejano de los servicios que habían prestado sus antepasados á los Reyes de la casa de Austria. Un republicano, el Sr. Castelar, había apostrofado cruelmente desde la tribuna del Congreso á los Duques de Saboya, y sus palabras vehementes y terribles fueron aplaudidas frenéticamente en los bancos y las tribunas del Congreso. Aquellos aplausos demostraban que el vicio original de la monarquía democrática era carecer de popularidad el Monarca popular. Bien que, gastados en el poder los que hicieron la revolución; disgustados los republicanos con la solución monárquica; robustecido el carlismo, y llenos de cólera los pretendientes desairados, no quedaban al nuevo Monarca otros partidarios que las huestes ministeriales, divididas y en gran pugna: en aquella disposición los ánimos, marchó á Italia para ofrecer la corona de España á D. Amadeo una comisión de las Cortes presidida por D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Entró en Madrid el Monarca un día doblemente triste: en el Ministerio de la Guerra estaba de cuerpo presente el infortunado general Prim, á quien rindió el tributo de gratitud de su visita: el tiempo era crudo y caía una gran nevada que había alfombrado de blanco la carrera. Aun nos parece verle sobre el caballo, saludando con majestad á los espectadores: era un saludo acompasado y de ceremonia teatral: el rostro moreno, la barba negra y rizada, el cuerpo esbelto y varonil, y su gallardía de jinete, impresionaron favorablemente al público. A la ovación preparada se unieron otras voces, y fué recibido con decoro, pero sin estruendo. Así empezó aquel reinado breve: para caldear á un pueblo frío, hacían falta grandes cualidades y habilidad para conseguirlo aprovechando las ocasiones.

Han dicho algunos periódicos que derribó á D. Amadeo la hostilidad de la nobleza madrileña: no nos explicamos qué falta hacía esa nobleza á una monarquía democrática, ni cómo habían de presumirse, los que la trajeron, llenar los salones de Palacio con nobles alfonsinos y carlistas: para llegar á esa transacción, necesita el monarca antecedentes, relaciones, algo que permita la aproximación sin indignidad á los que han de hacer la corte. Que ese algo existió después en la restauración, quedó probado llenándose los salones de Palacio de personajes que habían combatido con furor á la monarquía derribada. Lo que minó el trono democrático fué su inutilidad y su impopularidad. No una, mil veces, hemos oído, en los corrillos que forman las vecinas en las calles apartadas, bailoteos que terminaban con estribillos burlescos, demostrando que el pueblo no tomaba en serio la nueva institución. Lo que concluyó con el trono fué la guerra que le hicieron los mismos que le alzaron, pues día hubo en Madrid en que, á no ser llamado al poder el partido radical, hubiera hecho barricadas en la calle. ¿Podría mantenerse un reinado exótico, en tales condiciones, si le faltaba su apoyo natural?

D. Amadeo de Saboya no hizo daño ni hizo bien: fué un paréntesis de la historia; no conocía el país ni los hombres con quienes debía entenderse; ni demostró malas cualidades para que debamos pedirle cuentas, ni tales prendas que le hayamos de echar de menos. Era modesto en sus costumbres, y le veíamos frecuentar los sitios públicos; pero no conocemos mejora alguna, ni iniciativa propia suya, ni ha dejado más rastro que las monedas acuñadas con su busto. Cuando reinaba había en España, como en tiempo de D. Enrique *el Doliente*, muchos reyes que reinaban más que él. Díjose que iba á montar á caballo para combatir á los carlistas, y no llegó á montar. Su buena esposa D.ª María Victoria dejó, á lo menos para memoria, algunas fundaciones benéficas que aun subsisten.

Debemos advertir, lealmente, que no fuimos partidarios suyos, y que le combatimos en la medida de nuestras fuerzas, para que el lector imparcial descarte de nuestro juicio lo que pueda tener de apasionado: creemos, sin embargo, ser hoy tan independientes y neutrales, que hasta placer sentiríamos en poder formar de aquel Rey un juicio más alto, para rendir ese tributo á su memoria. Sólo diremos que no tenía la ambición de reinar, toda vez que tan fácilmente dejó el trono, cuando se convenció de que no podían entenderse, para facilitar la consolidación de su autoridad, los que le habían elevado á ella. Pero esa falta de ambición, que hace honor á su modestia, no reveló en él las condiciones varoniles de las naturalezas superiores, nacidas para vencer dificultades en las altas jerarquías. Cuando renunció la corona había más peligro que placer en conservarla, y al fin y al cabo, con todos sus defectos y rivalidades, al retirarse, dejaba comprometidos y desautorizados á los que le habían traído y proclamado, y los hería, al tiempo de marcharse, con su voto de censura por la cuestión de los artilleros.

Así debieron entenderlo, cuando le negaron sus saludos de despedida. Don Amadeo de Saboya salió de Madrid sin comitiva, sin demostraciones de afecto y sentimiento, y fué tal la soledad y el abandono en que le dejaron los suyos, que estando su esposa convaleciente de un parto, no pudo obtener una taza de caldo que en su debilidad necesitaba. Deplorable es el hecho, pero alguna atenuación debe tener la conducta de sus partidarios: no le despidieron, porque consideraban su abandono de la corona, no como un desprendimiento, sino como una hostilidad ó deserción. Los que hoy, pasados diez y seis años, evocan aquel reinado, no recuerdan bien que en vez de ser una solución, fué un redoble de guerra civil y un ensayo que costó mucha sangre y muchas ruinas.

Pero si D. Amadeo de Saboya, como español y como rey, no tiene derecho á grandes alabanzas, como italiano y como príncipe ha sido un personaje simpático y noble, como era su trato y su apariencia. No había nacido para figurar en primer término, sino para hacer un papel digno en la corte de su hermano el rey Humberto, de quien era leal é íntimo consejero; un príncipe modesto y estimado; un hombre honrado, de esos á quienes en su lecho de muerte no les rodea jamás la indiferencia, sino ojos que lloran y gargantas que sollozan. Con pena supimos que se hallaba en la agonía; con verdadera tristeza leímos la noticia de su muerte.

***

La crisis ministerial de España, después de muchas vicisitudes, seguidas con minuciosidad por los periódicos diarios, se ha resuelto, quedando otra vez al frente del Gobierno el Sr. Sagasta, que conserva á su lado tres ministros del anterior Gabinete: los Sres. Marqués de la Vega de Armijo, Capdepón y Becerra, y ha puesto al frente del Ministerio de Gracia y Justicia al Sr. Puigcerver; de Fomento, al Sr. Duque de Veragua, descendiente de Colón; de Hacienda, al Sr. Eguilior; de Guerra, al general Bermúdez Reina, y de Marina, al almirante Romero. El nuevo Ministerio ha perdido al Conde de Xiquena, recto ministro de Fomento; al general Chinchilla; á D. Venancio González, y á los Sres. Rodríguez Arias y Canalejas. Los que no nos mezclamos en las cábalas del personalismo, ni apenas distinguimos los matices que diferencian unos grupos de otros, no hemos comprendido ni las probabilidades que tuvo el presidente de la Cámara, Sr. Alonso Martínez, de formar un Gobierno que se llamaba de conciliación, ni el fracaso de sus gestiones. Vuelto al poder el Sr. Sagasta, nos parece natural que así haya sucedido, limitándonos á tomar nota del hecho, que más pertenece á la política palpitante que á la crónica de carácter general.

***

La actitud del pueblo portugués, pasada la natural exaltación que le produjo la conducta del Gobierno de Inglaterra, está siendo la de un país altivo que estima su dignidad y quiere divorciarse por completo de la nación que le ofendió. Portugal sigue la conducta que creíamos debía adoptar y manifestamos en una de nuestras crónicas anteriores.

Nosotros, que hemos lamentado muy de veras la desconsideración del Gobierno inglés, no hemos podido leer sin emoción las deferencias de que España ha sido objeto en las manifestaciones populares de Lisboa. Si Portugal, influído por sugestiones extrañas, y cuya intención ha quedado bien desembozada, no hubiera abrigado recelos infundados respecto de nosotros, hace tiempo que la aproximación de ambos países hubiera producido á uno y otro ventajas morales y materiales. España no quiere de Portugal nada que éste no acepte con entera voluntad, porque la Naturaleza nos ha ligado el pecho como á los hermanos siameses, y no hay dolor en el cuerpo del uno que no se sufra también en el cuerpo de su hermano.

***

El descubrimiento de la momia de Cleopatra y las gestiones que se hacen para su transporte á Londres, donde será desligado el cuerpo de la famosa reina de Egipto; el estudio hecho por el Dr. Cortezo de la laringe de Gayarre y que será revelado al público en un libro, del cual ha anticipado con gran lucidez y claridad el Sr. Rodríguez Carracido las principales conclusiones, siendo la más curiosa para nosotros los profanos la existencia de una protuberancia no morbosa en las cuerdas vocales, á la cual se debía la pasmosa facilidad con que el gran tenor cambiaba de registro; las prevenciones que se abrigan contra el alumbrado eléctrico, en vista de las numerosas víctimas que han causado en los Estados Unidos las poderosas corrientes que pasan por los hilos; la cremación de mil cadáveres por orden del Ayuntamiento de Nueva York, sin duda para destruir con el fuego los microbios de enfermedades infecciosas, y el temporal que ha ocasionado en estos últimos días tantas desgracias en las costas de Inglaterra, harían esta revista interminable, si las dedicáramos el espacio que merecen. Tenemos que limitarnos á hacer un índice de todos esos asuntos interesantes ó curiosos, que sirven para caracterizar las diferentes preocupaciones de la ciencia contemporánea en sus últimas investigaciones, y los hechos que más nos impresionan en la lectura de la prensa.

***

Indudablemente los niños de ahora tienen muchas ventajas que no disfrutamos en nuestra niñez: escuelas del sistema de Frœbel, donde aprenden divirtiéndose; juguetes que servirían de recreo á personas mayores; libros preciosos, como los de la Biblioteca de los laboriosos editores Ocaña y Compañía, y periódicos ilustrados. Decimos esto examinando el número primero de *La Edad dichosa*, revista ilustrada para niños y niñas, que dirige nuestro querido amigo y colaborador D. Carlos Frontaura. Cuentos, historia, lecciones morales en formas amenísimas, con retratos y grabados interesantes y acertijos, todo de aspecto risueño y agradable. Es un verdadero periódico de juguete, que escriben el director, María del Pilar Sinués, Martínez de Velasco y Sánchez de Castilla, insertando además fábulas de Hartzenbusch, cuentos de Andersen y de otros célebres maestros.

La importancia que se da hoy al recreo de los niños justifica el título del periódico; la infancia es hoy edad dichosa; no lo era tanto en los tiempos del coco, del *amado Teótimo*, la perinola, el dominguillo, el dómine, los azotes y palmetas. Dan ganas de volver á nacer, pues ya sólo falta que mientras aprenden á andar, pongan alitas á los niños para que jueguen con los pájaros.

***

—¿Te has colocado ya?—dice el tendero á una cocinera.

—Ayer estuve á pretender en una casa, pero no quise quedarme.

—¿Son roñosos?

—Lo sospecho. La señora estaba tan pálida, que me dijo: «Yo no sirvo en una casa donde la señora economiza los colores.»

Cuando el gigante egipcio entró en la fonda de la calle de la Victoria, el fondista no pudo menos de decir al intérprete:

—Supongo que el huésped dormirá de pie ó tendido en el pasillo, porque no tenemos camas de ese largo.....

—No, señor: coloque usted seis colchones seguidos y ahí se acostará.

—Está bien: no faltarán colchones; pero en cuanto á sábanas, no tenemos toldos ni velas de fragata. En fin, veré si se encuentran en algún comercio sábanas continuas.

—¿Cuánto le llevará usted por la comida?

—Nada más que lo justo: como si se hospedara en mi casa un batallón.

Al gigante acompaña un enano.

—En cuanto á este señor—añadió el fondista—tengo habitaciones á precio reducido. ¡Niña!

—¡Papá!

—Aloja á este caballero en tu casa de muñecas.

Dos aprensivos consultan la estadística mortuoria:

—¿Cuántos murieron ayer?

—Sesenta y dos.

—¿De veras? Estamos salvados; es la cifra normal.

—Sí; ya sólo mueren aquellos á quienes les llega su hora.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Primera frase de amor, cuadro de Luis Jiménez. *Un prestidigitador japonés*, cuadro de A. Lonza.

Nuestro primer grabado de este número es reproducción (sobre fotografía directa) de un bello *quadretto* de Luis Jiménez, laureado autor de *La Visita al hospital:* fué presentado en el *Salon* de París del año último, y figuraba en el *Catálogo* del concurso con el título *Premier mot d'amour*.

Así le ha descrito y juzgado el concienzudo Armando Gouzien, en su *Crónica de la Exposición de Bellas Artes de París*:

«.....el amor tiene parte en él, amor ingenuo y casto, amor de pollo que arrastra el ala en torno de su pollita. Es un guapo mozo cuya ancha mano toca tímidamente la de una moza de labranza, apoyada en el brocal de un pozo. *Primera frase de amor*, dice el catálogo. El cuadro la traduce fielmente por medio del encogimiento del joven que se atreve á pronunciarla y por el embarazo de la joven que la escucha. Y sin embargo, nadie los oye, como no sea una bandada de ánades que se balancea junto á ellos; pero él se arriesga por primera vez, y ella guarda silencio para saborear mejor aquella declaración que la turba al par que la deleita. La escena es conmovedora é interesante. La ejecución es magistral en todas sus partes, desde el grupo principal hasta el personaje secundario, que se halla en su término conveniente, en lo alto de una escalera, y que se dirige hacia la puerta con el cubo de agua que acaba de sacar del pozo.»

Debe ser considerado ese cuadro, á juicio nuestro, como feliz augurio de aquel otro del mismo ilustre autor, que mereció la más alta recompensa del Jurado internacional de Bellas Artes de la Exposición de París: el Sr. Jiménez, pintor de las elegancias de antaño, de damas empolvadas y magnates de casacón de raso y oro, prefiriendo escenas sencillas y humildes tipos de la vida moderna, como en su *Campesina picarda* (premiado en un *Salon* anterior con medalla de tercera clase), permanece en ambos cuadros fiel al *modernismo* que vigoriza su talento y le proporciona triunfos brillantes.

Al pintor A. Lonza es debido el cuadro *Un Prestidigitador japonés* que damos en el grabado de la pág. 49; cuadro de feliz composición, sentida con verdadero gusto de artista y exornada con propiedad y elegancia.

El prestidigitador japonés aparece en medio de un salón suntuoso, ejecutando con su abanico el entretenido juego de las mariposas, que finge extraer de un ancho jarrón de porcelana, y le rodean damas y caballeros, de la época de Carlos IV, sentados unos, otros de pie, y todos en actitud de curiosidad é interés.

El fondo es magnífico: destácanse allí columnas y pilastras de pórfido, escudos y panoplias, colgaduras de raso y terciopelo con pesados flecos de oro, ricas arañas y cornucopias, estatuas de alabastro, plantas y flores tropicales.

Un Prestidigitador japonés es cuadro que reune á composición feliz un lujo de accesorios característicos que la completan.

***

MADRID:

Las cocinas económicas para los pobres, costeadas por S. M. la Reina Regente.

S. M. la Reina, que desde el principio de la epidemia reinante ha dado relevantes pruebas de caridad inagotable, acudiendo solícita al amparo de los pobres desvalidos, repartiendo en limosnas durante el mes de Diciembre último la cantidad de 60.000 pesetas, contribuyendo á la instalación del hospital provisional en el palacio de Bellas Artes, poniendo á disposición del Gobernador civil todo lo que fuese preciso para sus fines benéficos, y atendiendo, en una palabra, á cuantas necesidades llegaba á conocer, aun en los tristes momentos en que su augusto hijo estaba próximo al sepulcro, dispuso que, por su cuenta, se instalasen también cocinas económicas en el Asilo de niños de lavanderas y en el Real Colegio de Santa Isabel de esta corte.

Véase nuestro grabado de la pág. 44, hecho sobre dibujo del natural, del Sr. Comba: representa tres diversos episodios referentes á la distribución de socorros á los pobres en esos dos benéficos establecimientos.

Las religiosas Agustinas de la Asunción, que tan brillantemente cumplen la delicada misión de su instituto en dicho Real Colegio, donde han recibido cristiana enseñanza las señoras más distinguidas de la buena sociedad madrileña, interpretan de modo admirable los caritativos propósitos de nuestra bondadosa Reina, y, llenas de un interés y de un celo digno del mayor elogio, han hecho llegar los donativos de S. M., no sólo á los infelices que se presentan á las puertas del Colegio, sino á los que ellas mismas, como nuncios venturosos, han procurado buscar en la población, haciendo llegar el consuelo á míseras estancias en nombre de la Regia bienhechora.

Sor Celestina, la infatigable superiora del Colegio, en cuyo semblante se reflejan la paz, la bondad y la inteligencia, ha sido un verdadero ángel de amor para los desgraciados, á quien entregaba con delicadeza exquisita los socorros, compuestos de nutritivas raciones, repartidas en forma de bonos, hasta el número de 300 cada día (y también ropas de abrigo), y al mismo tiempo les alentaba con frases consoladoras, llenas de verdadera unción evangélica.

El Asilo de niños de lavanderas se halla á cargo de las Hijas de la Caridad, siendo sor Rita la verdadera directora, y en él se han repartido 500 raciones diarias, compuestas de pan, garbanzos, carne, chorizo y tocino, y distribuyéndose además ropas de abrigo.

En días tan tristes para el desvalido como los que están pasando sobre la capital de España desde mediados de Diciembre último, la caridad cristiana de S. M. la Reina Regente es áncora de salvación para el menesteroso y objeto de emulación nobilísima para las clases acomodadas.

***

S. M. I. Y R. MARÍA LUISA AUGUSTA,

viuda del emperador Guillermo I de Alemania.

La muerte de la emperatriz Augusta, viuda de S. M. I. y R. Guillermo I de Alemania, ha producido, aunque esperada hacía algun tiempo, impresión dolorosa en todos los Estados de la Confederación germánica, donde se la veneraba por sus virtudes y se tenía presente su antiguo y constante anhelo: «Quiero que las gentes digan después de mi muerte que fuí una mujer de bien.»

María Luisa Augusta Catalina (cuyo retrato damos en la página 45), hija del difunto Carlos Federico, gran duque de Sajonia Weimar, y de María Pawlowna, hija de Pablo I, emperador de Rusia, nació en Weimar el 30 de Septiembre de 1811, y contrajo matrimonio, en 11 de Junio de 1829, con el príncipe Guillermo de Hohenzollern, que había de ser, andando el tiempo, rey de Prusia, por muerte de su hermano Federico Guillermo IV, en 2 de Enero de 1861, y emperador de Alemania, proclamado en Versalles el 18 de Enero de 1871.

De este matrimonio nacieron dos hijos: el que fué emperador de Alemania y rey de Prusia, Federico III, sucesor de su augusto padre en 10 de Marzo de 1888 y muerto en el Real palacio de Potsdam tres meses después, el 15 de Junio del mismo año, y S. A. R. Luisa María Isabel, que nació en 3 de Diciembre de 1838 y casó con su S. A. Federico Guillermo Luis, gran duque de Baden, el 20 de Septiembre de 1856.

La princesa Augusta fué de maravillosa hermosura, gran talento, noble corazón y caritativos sentimientos; educóse en Weimar, entonces capital intelectual de Alemania, y adquirió el amor á las letras y á las artes que ha sentido hasta sus postreros días; conoció y trató al célebre Goethe, que á la sazón era ministro de Estado del Gran Duque reinante, y también á los más esclarecidos ingenios de aquella época en Alemania, entre ellos los literatos Wieland y Hummel y el pintor Meyer.

Dícese que fué clemente con los franceses vencidos en la guerra de 1870, y periódicos parisienses han escrito que «ningún francés debía pensar en ella sin respetuosa simpatía», por haber prestado grandes servicios á los heridos, sin distinción de nacionalidad ni de creencias religiosas, como presidenta que fué de la Cruz Roja en toda la campaña franco-alemana.

Su cadáver, expuesto dos días en capilla ardiente en el palacio mortuorio, fué trasladado con solemne pompa al panteón imperial de Charlottenburgo, donde reposan los mortales restos del que fué en vida Guillermo I, esposo de la emperatriz Augusta.

***

VENECIA:

Restauración artística del Palacio Ducal.

Desde el siglo IX en que fué edificado el primer Palacio Ducal de Venecia, poco después de haber trasladado el *dux* Agnello Partecipacio la sede del Gobierno desde Malaccoco á Rialto, son innumerables las vicisitudes que ha sufrido aquel monumento, que vincula en su inmensa mole toda la gloriosa historia del pueblo veneciano: un incendio le destruyó á mediados del siglo XI, y fué reconstruído por Pedro Orséolo I; otra vez le destruyeron las llamas en 1105, y le reedificó Ordelafo Faliero en 1116, inaugurándole para hospedar allí al emperador Enrique V de Alemania; tercera vez le devastó el fuego á mediados del siglo XIII, quedando arruinada gran parte del edificio, y sabido es que Filippo Candelario, considerado como reedificador del palacio *dei Dogi* en la centuria inmediata, pereció en una horca por haber tomado parte en la conjuración que costó la vida á Marino Faliero en 1354; dos siglos después, en 1574 y 1577, otros incendios se cebaron cruelmente en el palacio, destruyendo las llamas varios salones y techos, y devorando preciosos documentos de Estado y magníficas obras de arte, entre ellas cinco cuadros de los Bellini, dos de Ticiano Vecellio, uno del Tintoreto y otros de Carpaccio, de Paolo, del Vivarini y de Guariento de Padua, y aunque fué reconstruído luego por el arquitecto Angelo Da Ponte, las dos fachadas que forman el ángulo noroeste quedaron con un desnivel muy marcado que, con el transcurso de cuatro siglos, amenazaba al edificio.

En 1873, la Comisión gubernativa nombrada para informar acerca del Palacio Ducal, encontró en éste: diferencias de nivel; variedad de estilo y de construcción, por causa de las restauraciones hechas en diversas épocas; decorado incompleto, y capiteles y bases de columnas destrozados; irregularidad muy notable en los puntos de enlace y apoyo, etc.; y en 1875, visto ese informe, asignóse por ley del reino la cantidad de 570.000 *liras* (pesetas) para la restauración inmediata y perfecta de las fachadas occidental y meridional del palacio, confiándose la dirección de las obras al arquitecto Malvezzi, que pronto fué sustituído por el arquitecto é ingeniero Aníbal Forcellini.

A éste se debe la restauración actual del famoso palacio *dei Dogi*, de cuya fachada occidental damos una vista en el segundo grabado de la pág. 45: las obras comenzaron en el ángulo sudoeste, y continuaron en el ángulo opuesto de la fachada occidental, próximo á la *Porta della Carta;* se renovaron casi todas las columnas de las dos galerías, colocando los antiguos fustes con nuevos capiteles y bases, y la misma fachada, que tiene la longitud total de 75 metros, con 18 arcos, fué descubierta en 1884; los trabajos prosiguieron en la fachada meridional, frente al Muelle, que mide 71,50 metros de longitud, con 17 arcos, y después de cinco años de diversas obras murales y decorativas, también ha sido descubierta, á mediados de Noviembre último, ostentando la magnificencia de sus líneas llenas de majestad y de gracia.

Otras restauraciones decorativas se han ejecutado: la de las *loggie* de las fachadas del *Cortile* ó patio de honor; la de la *Porta della Carta*, renovando el arquitrabe de piedra de Istria; la del león simbólico que soporta la estatua arrodillada del *dux* Francisco Foscari, etc.

El importe total de las obras no ha excedido de 800.000 *liras*, ó sea una cuarta parte más de la cantidad asignada por el Gobierno para las de fábrica.

***

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA.

Puerta del Obispo, en la catedral de Palencia.

La primera piedra de la catedral nueva de Palencia se puso el 1.º de Junio de 1321, verificándose con solemne pompa la inauguración de las obras por el legado pontificio Guillermo de Bayona, cardenal-obispo de Sabina, y el prelado de la diócesis, llamado Juan, asistidos de siete obispos y varios abades mitrados que entonces residían en la ciudad para la celebración de Cortes del Reino, según convocatoria oportunamente anunciada, y que se frustró, por cierto, pues impidió su cumplimiento la muerte de la insigne reina D.ª María de Molina, abuela y tutora del rey D. Alfonso XI, quien tenía entonces la edad de nueve años.

La catedral de Palencia carece de fachada, y su mejor y más copioso ornato se despliega en las portadas del crucero, una situada al Norte y otra al Mediodía: esta última, denominada *Puerta del Obispo*, es la que reproducimos en el grabado de la página 48, según dibujo de Antonio Hebert.

Osténtase orlada de follajes su magnífica ojiva, con tres series de imágenes bajo labrados doseletes, que describen las aristas de los arcos, interpoladas con guirnaldas de piedra; los costados del ingreso aparecen bajo la custodia de estatuas de los apóstoles, presididos en el pilar del centro por la de la Virgen; en el testero y en el muro superior hay caprichosos relieves y esculturas, dispuestas á modo de tablero, y en la cúspide del arco exterior resalta la efigie de San Antolín, patrono de la ciudad.

Construyóse esta bella portada á fines del siglo XV y primeros años del XVI, á juzgar por los escudos de armas que decoran su friso, pertenecientes al obispo D. Diego Hurtado de Mendoza, que ocupó la sede palentina desde 1472 á 1485, en que fué promovido á la de Sevilla, y al obispo D. Juan Rodríguez de Fonseca, que sucedió en la misma sede palentina al célebre Fray Diego de Deza, en 1505, y fué trasladado á la de Burgos en 1514.

***

IMPRESIONES DE VIAJE Á SIERRA MORENA.

La Carolina, Las Navas de Tolosa y La Aliseda.

Nuestros lectores saben que, pocos días ha, una pequeña partida más ó menos política se propuso hacer saltar el puente situado entre las estaciones de Santa Elena y Venta de Cárdenas, kilómetro 272 de la línea férrea de Madrid á Córdoba; y si el tren correo ascendente núm. 21 no se precipitó en la cortadura hecha, fué debido á la precaución con que todos los trenes recorren esa parte de la peligrosa vía que cruza á través de Sierra Morena.

La partida desapareció inmediatamente, perseguida por la Guardia civil de Vilches, Despeñaperros, La Carolina, Las Navas y otros puntos, habiendo sido capturado uno de los autores de la cortadura; pero este suceso nos presenta ocasión oportuna para dar un paseo de actualidad por aquellos sitios en compañía del discreto dibujante D. José Riudavets, y también del simpático *Doctor Fausto*, nuestro querido amigo D. Manuel de Tolosa Latour.

El insigne D. Pablo de Olavide fundó en 1768, reinando Carlos III, las *Nuevas poblaciones de Sierra Morena*, que así se denominaron hasta hace medio siglo las 85 aldeas y caseríos cuya capital era La Carolina.

Las Navas de Tolosa, vulgarmente *El Hospitalillo*, es un antiguo pueblo de aquella serranía, situado alrededor de una loma, cerca de la llanura donde el rey Alfonso VIII de Castilla, aliado con los Reyes de Aragón y de Navarra, D. Pedro II *el Católico* y D. Sancho VII *el Fuerte*, derrotó al ejército almohade que acaudillaba Mohamed-ben-Yacud, el 16 de Julio de 1212.

Consignados estos breves datos históricos, describiremos el grabado de la pág. 52 por el orden numérico de las viñetas.

Núm. 1.—Despeñaperros, nombre famoso en los fastos de nuestras contiendas civiles, y más famoso todavía en los del antiguo bandolerismo. Saliendo de Alcázar de San Juan en el tren correo, se pasa por aquel sitio al amanecer; terreno muy quebrado, con escuetos peñascos y desfiladeros imponentes, en el cual los túneles abiertos en la roca se suceden constantemente; se llega á la estación de Vilches á las seis de la mañana, y allí esperan los carruajes que van á La Carolina, cruzando por Sierra Morena entre enormes cerros y hondos barrancos, todos cubiertos de encinas y jarales, de lentiscos y robles.

A veces se encuentra una mina en explotación, y desde la parte alta del camino, mirando en lontananza hacia la izquierda, se distingue un grupo de chimeneas que arrojan penachos de humo: allí está Linares, «el país de la plata», como se dice en el país.

Subiendo más por la abrupta sierra, el panorama cambia y es más animado; empiezan los terrenos cultivados, olivares y viñas, grandes plantíos de legumbres y heredades de cereales que rodean á La Carolina.

Núm. 2.—Entrada de La Carolina. Esta población conserva todo el carácter de la época de Carlos III: excelente iglesia, calles anchas y rectas, casas de uno ó dos pisos, blancas y muy limpias, una hermosa plaza con arboleda y buena verja de hierro.

Continuando el viajero por la carretera de Andalucía, pronto llega á las Navas de Tolosa.

Núms. 3, 4 *y* 5.—La población, la cruz y el castillo. Este se encuentra situado en un cerro, á la izquierda de la carretera, y todavía conserva en regular estado sus muros y torreones; la población consta de un centenar de casas de buena estructura, dominadas por la iglesia parroquial de la Concepción; la cruz, emblema conmemorativo de la gloriosa batalla de las Navas, está en la plaza de la iglesia, y es de piedra, con remates de hierro. En el pedestal, de la época de Felipe IV, se lee esta inscripción: *El triunfo—de la Santa Cruz—en—memoria de—la batalla—que se dió—en este sitio—de las Navas—de Tolosa—el año de—*1212.

El Sr. Riudavets nos comunica este dato:

«Las gentes del campo todavía encuentran en aquellos parajes, teatro de la batalla, fragmentos de armas y arneses de guerra, que van coleccionando cuidadosamente varios aficionados de La Carolina y de las Navas.»

¿Por qué el Gobierno español no adquiere esas armas, previo concienzudo informe, para conservarlas en un museo?

Núms. 6, 7 *y* 8.—La Aliseda. Al salir de las Navas, dejando la carretera de Andalucía, se encuentra á la izquierda un camino vecinal que se dirige al pueblo denominado La Aliseda; el terreno montuoso, los cerros cubiertos de jarales y lentiscos, las alturas y las cañadas, indican al viajero que pasa otra vez por la abrupta sierra; desciéndese luego por suave pendiente hasta el valle de La Aliseda, así llamado de antiguo por los bosques de alisos que en él hubo, y el cual presenta una perspectiva deliciosa; por el fondo corre un riachuelo, que tan pronto es impetuoso torrente, despeñándose en cascadas por rocas y colinas, como ancho y sosegado lago que retrata en sus aguas cristalinas el ramaje de las orillas; abundan allí las plantas aromáticas y las flores, nogales y castaños, olmos y helechos en los sitios sombríos y húmedos, formando preciosa arboleda á orillas del río.

Ese valle de La Aliseda guarda dos ricos manantiales: el de la Salud, de aguas bicarbonatadas-alcalinas-ferruginosas, que compiten con las de Marmolejo; y el de San José, de aguas nitrogenadas-ferruginosas, que hacen competencia á las célebres de Panticosa.

Hay varios edificios cómodos y de buenas condiciones higiénicas para albergue de los enfermos que van á tomar las aguas en la temporada oficial, y se trata de construir un camino vecinal que, partiendo de la estación de Santa Elena, termine en La Aliseda, en cuyo trayecto sólo se tardará hora y media.

Núm. 9.—Ruinas de Venta Quemada. A un kilómetro escaso del establecimiento balneario de La Aliseda existen esas ruinas, único resto de Venta Quemada, tan célebre en la historia del bandolerismo.

Hoy los que se dirigen á las aguas de La Aliseda en busca de la salud, no tienen que confesarse y hacer testamento antes de pasar por ese sitio, como lo hacían nuestros abuelos: la ley del progreso impera, y el bandolerismo es sólo un triste recuerdo.

***

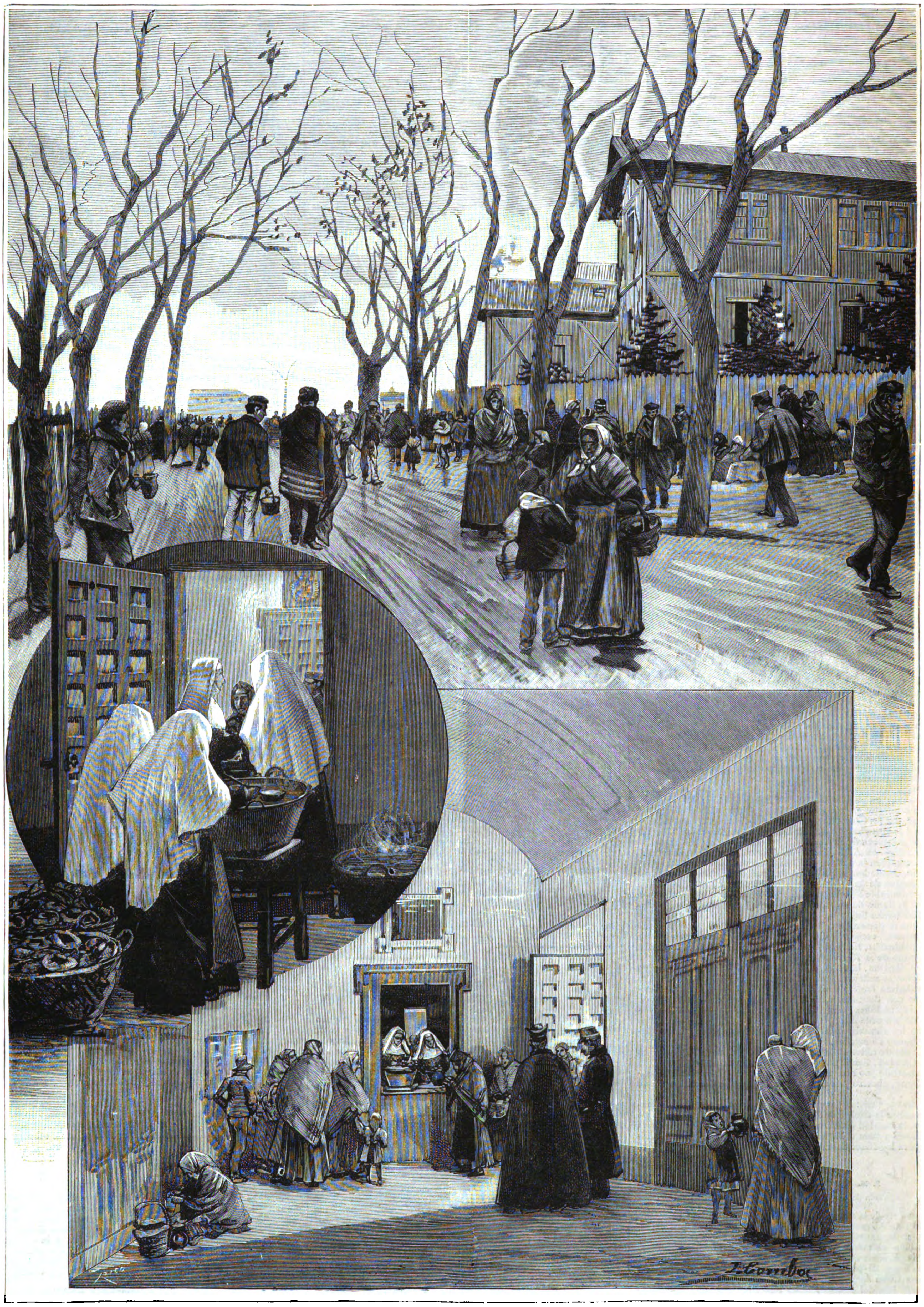
TOLEDO:

El nuevo Seminario Conciliar Central.

El decreto del Concilio de Trento sobre la institución de Seminarios en las diócesis católicas, para educar jóvenes levitas destinados á continuar el gran ministerio apostólico, no había sido observado en la Primada de España, la augusta Toledo, sin duda porque, atentos los arzobispos toledanos á la erección, conservación y perfeccionamiento de la insigne Universidad de Alcalá y de otras circunvecinas, «creyeron más prudente no dividir las fuerzas para que no sufrieran eclipse aquellos centros luminosos» de enseñanza.

Mas cuando la Universidad Complutense cambió en absoluto su modo de ser, ya se hizo indispensable la creación de un Seminario Conciliar en la imperial Toledo, que fuese central, verdaderamente primario entre todos los de España: así lo reconoció el ilustre arzobispo D. Pedro de Inguanzo y Rivero, comenzando en 1831 las obras del edificio, que pronto fueron interrumpidas por los acontecimientos políticos amontonados con vertiginosa rapidez sobre nuestra desgraciada patria.

MADRID.—LAS COCINAS ECONOMICAS COSTEADAS POR S. M. LA REINA REGENTE.



ALREDEDORES DEL «ASILO DE NIÑOS DE LAVANDERAS», EN LA HORA DE LA REPARTICIÓN DE LAS RACIONES.
LA SUPERIORA Y MONJAS DEL REAL COLEGIO DE SANTA ISABEL, DISTRIBUYENDO LA COMIDA Á LOS POBRES.—ASPECTO DEL VESTÍBULO DE LA IGLESIA, DURANTE LA DISTRIBUCIÓN.—(Del natural, por Comba.)

En la elegante oración latina *De ortu et progressu Seminariorum Hispanorum*, escrita por el profesor de Teología Moral del Seminario toledano y leída en la solemne inauguración del establecimiento, se consignan interesantes datos relativos á la terminación del edificio: el honor y la gloria de este acontecimiento se deben al eminentísimo Sr. Cardenal Payá y Rico, actual dignísimo arzobispo de Toledo, que «desde el día en que fué elevado á la sede arzobispal Primada de las Españas, juzgando con suma prudencia que la instrucción científica y la piedad de los futuros ministros del Señor importaban en alto grado á la Religión y á la sociedad», no perdonó sacrificios ni cuantiosos dispendios para llevar á cumplido término la obra comenzada por su antecesor el cardenal Inguanzo.

Al reanudarse los trabajos, pocos años hace, sólo existían las paredes exteriores, pues el maderamen de pisos y cubiertas había desaparecido después de la revolución de 1868; cuando ya estaba el edificio casi terminado, habiéndose puesto viguetas de hierro para los pisos y armaduras de madera para las cubiertas, un violento incendio destruyó éstas, en una de las alas, y merced á los muros cortafuegos y al trabajo de los bomberos, hábilmente dirigidos, las llamas no invadieron la escalera ni los pisos inferiores; colocáronse armaduras de hierro en sustitución de las de madera destruídas por el incendio, y las obras se continuaron activamente y sin nueva suspensión, hasta que el establecimiento pudo ser inaugurado el 29 de Septiembre próximo pasado, bajo la presidencia de su egregio fundador el cardenal Payá y Rico.

En la pág. 53 damos un grabado que representa vistas y detalles del nuevo Seminario Conciliar Central Toledano, según dibujo del natural por nuestro antiguo colaborador artístico don Nemesio Lagarde: la fachada principal, severa, propia de un edificio destinado á la enseñanza de jóvenes levitas que han de ser ministros de Jesucristo; el patio, ancho y bien dispuesto, con galería baja y dos altas, cerradas; la espaciosa capilla, de modesto decorado; el refectorio, la enfermería, una celda de seminarista.

Con júbilo ha podido decir el cardenal Payá y Rico, al pronunciar su breve discurso inaugural: «La mano de Dios se ha visto claramente aquí, pues por medios inesperados han ido apareciendo los recursos con que se ha levantado el magnífico edificio que inauguramos.»

***

BANDERA ADOPTADA POR EL GOBIERNO
de la República del Brasil.

Damos en la pág. 56 un grabado que representa el pabellón de la República confederada del Brasil, según modelo aprobado por el Gobierno brasileño.

Sobre fondo verde hay un rombo amarillo que contiene una esfera celeste azul, en cuya banda ecuatorial, blanca, se lee esta divisa: *Ordem e Progresso*, y la constelación de estrellas que caracteriza á los Estados del Brasil resalta en blanco sobre el fondo azul de la misma esfera.

¡Quiera el cielo que ese nuevo estandarte sea feliz augurio de paz y de progreso para la noble nación brasileña!

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.



S. M. I. Y R. MARÍA LUISA AUGUSTA,
VIUDA DEL EMPERADOR GUILLERMO I DE ALEMANIA.
Nació en Weimar, en 1811; † en Berlín, el 7 del actual.

REVISTA MUSICAL.

Cuéntase que asistiendo Mozart, en París, á la primera representación del *Alceste*, y al ver la frialdad con que la hermosa ópera de Gluck era recibida, se arrojó en brazos del gran maestro, exclamando: «¡Almas de bronce! ¿Qué será necesario para conmover á esta gente? — Tranquilízate, joven, le contestó aquél. No han de pasar treinta años sin que la posteridad me haga completa justicia.»

No tardó, ciertamente, ese tiempo en cumplirse la predicción del autor del *Orfeo*. Aparte de que ya su nombre gozaba de gran fama en Viena por el tiempo en que acaeció el suceso que acabo de relatar, la lucha terrible y enconada que desde luego se entabló en Francia entre los partidarios de aquella música y la de Paccini, mostró á Gluck desde luego que había muchos que reconocían su gran valer; y la victoria que á la postre obtuvo sobre su competidor, que el tiempo no ha hecho más que confirmar, admirando y elogiando las obras del compositor alemán y sepultando en el olvido las de su rival, realizaron por completo la profecía que, con la convicción del hombre que tiene entera fe en su causa, hizo aquél al divino Mozart.

Sobrado conocida es la biografía de Gluck, para que vaya ahora á relatarla menudamente. Hijo de un guardabosque del Príncipe Lobkowitz, y mostrando extraordinaria aptitud desde sus primeros años para el divino arte de la música, bien joven aún le tomó bajo su protección el Príncipe de Melzi, que de ordinario residía en Milán, merced á lo cual hizo allí sus estudios de composición, empapándose en el gusto italiano, en el cual escribió gran número de óperas, muy al gusto de la época, pero alguna de las cuales, fuera de aquel am-



VENECIA. — GALERÍAS DEL PALACIO DUCAL RECIENTEMENTE RESTAURADAS POR EL ARQUITECTO FORCELLINI.

biente artístico, no muy depurado ciertamente, y oída por Handel, en Inglaterra, no vaciló éste en calificar de manera harto dura y mortificante para su autor.

Sea que su inmenso genio buscara nuevos y mejores caminos para mostrarse en toda su grandeza; sea, como alguien ha pretendido, que vislumbrara éstos en las óperas de Rameau, que oyó en París; sea, en fin, según otros han supuesto, que al querer apropiar ya en Viena, y de vuelta de sus viajes, á un *libretto* de circunstancias trozos de música de óperas suyas, de antes aplaudidos, encontrara que, escritos para otras situaciones dramáticas y para otros personajes, al ser trasplantados perdían por completo su carácter y no poco de su valor artístico, y esto le hiciese pensar en las condiciones que debiera reunir el género lírico-dramático, es lo cierto que al fin, y después de largas meditaciones, cambió de rumbo, desechó cuanto de convencional y puramente artificioso veía en la escuela italiana, cuyas huellas había seguido hasta entonces, y miró como el bello ideal del arte la declamación lírica.

Elocuente y sustancioso resumen de sus nuevas y trascendentales teorías fueron, ya su notable epístola dedicatoria del *Alceste* al Gran Duque de Toscana (debida, según se dice, á la pluma del abate Coltellini, á la sazón en Viena); ya la dedicatoria también del *Paris y Elena*; ya, en fin, alguna de sus cartas particulares, cuya colección, no muy numerosa por cierto, ha visto la luz en nuestros días. En la imposibilidad de darlas á conocer íntegras, baste consignar que Gluck condensa, puede decirse, sus opiniones en la materia en el siguiente párrafo del primero de los escritos citados, y en otro de su carta á J. B. Suard. En el primero de ellos dice textualmente: «Lo que yo he hecho ha sido tratar de reducir la música á su verdadera misión, la de secundar la poesía, para dar más fuerza á la expresión de los sentimientos y al interés de las situaciones, sin interrumpir la acción ni enfriar ésta con adornos superfluos; yo he creído que la música debía añadir á la poesía lo que á un dibujo correcto y bien compuesto añaden la viveza de los colores, la armoniosa combinación de luces y sombras, que sirven para animar y dar más vida á las figuras, pero sin alterar un punto sus contornos.» Y en el segundo, completando lo dicho, asienta que «cuando consideró que la música no es solamente el arte de entretener el oído, sino uno de los grandes medios de conmover el corazón y de excitar los afectos, tomó un nuevo método, se ocupó de la escena, buscó la grande y conmovedora expresión, y quiso, sobre todo, que las diversas partes de una obra guardasen relación y estuvieran ligadas entre sí.»

Fruto de las nuevas doctrinas de Gluck fueron las grandes creaciones de su ingenio, que comenzaron en *Ifigenia en Aulide*, y entre las cuales, y como una de las de más valer, figura el *Orfeo*, cantado no ha muchos días en el regio coliseo, y no oído en la coronada villa desde Enero de 1799 en el teatro de los Caños del Peral, á beneficio de una cantante cuyo nombre, según el curioso colector Sr. Carmena, era el de Prosperi-Crespi.

Estrenóse el *Orfeo* el 5 de Octubre de 1762, en el teatro Imperial, de Viena, tras largos ensayos, en los cuales, dice un biógrafo de Gluck, usó y abusó éste de la longanimidad de cantantes é instrumentistas. Escrupuloso hasta el extremo, deseoso de que todo alcanzara el mayor grado de perfección posible, y violento é irascible en sus reprensiones y en la manera de tratar á los artistas á quienes confiaba la interpretación de sus obras, el *Orfeo* estuvo á punto de naufragar, aun antes de que el público le oyera, si la bondadosa intervención del Emperador no hubiese calmado á los que tan maltratados se veían por aquél.

La obra, cantada por el famoso soprano Guadagni, para quien se escribió, que hacía de Orfeo, Mariana Bianchi y Lucía Clavaran, causó impresión profunda, y al oirla por segunda vez, trocóse aquélla en admiración y entusiasmo, proclamando todos á Gluck como un novador afortunado, que abría más anchos y también más extensos horizontes al arte lírico-dramático, llegando á decirse por Wieland, gran defensor de aquel maestro, que siguiendo éste una de las más bellas máximas de Pitágoras, *había preferido las Musas á las Sirenas*, sustituyendo á los vanos y falsos adornos esa noble y preciosa sencillez que, en las artes como en las letras, ha sido siempre el carácter de lo verdadero, de lo grande y de lo bello.

Más aún que Gluck, deseaban sus admiradores, y entre ellos la infortunada María Antonieta, entonces Delfina de Francia, que aquél se diese á conocer en Francia. Para ello, el Conde Durazzo creyó sería conveniente enviar alguna de sus óperas desde luego, para que la examinaran y estudiaran los amantes del arte, y al efecto remitió á París la partitura de *Orfeo*, para que allí se grabase, bajo la dirección de Philidor. La malignidad cuenta que éste cobró sus derechos, apropiándose una de las mejores arias de la obra, la cual convirtió con ligeras variantes en una romanza de su ópera *Le Sorcier*; y de lo que no queda duda alguna es que el éxito de la publicación no correspondió á las esperanzas concebidas.

Al fin Gluck marchó á París. Tan hábil diplomático y conocedor del mundo, como gran artista, no escaseó medio para captarse las simpatías de la nobleza y de los más distinguidos literatos, y al fin, cuando ya creyó el terreno bien preparado, para lo cual le había servido, y no poco, el éxito que allí había tenido su *Ifigenia in Aulide*, comenzó á preparar la interpretación del *Orfeo*, cuya partitura había enmendado, corregido y ampliado, según menudamente lo refiere Berlioz en un interesante y concienzudo artículo, que el curioso lector puede ver en el libro que lleva por título: *A travers chants*.

No estará demás el decir que el libreto de *Orfeo*, era obra del Conde Calzabigi, y fuera por la trama en extremo sencilla del argumento, fuese porque Metastasio no mirara á aquél, de algún tiempo antes y con sobra de razón, con muy buenos ojos, es lo cierto que, según cuenta el jesuita Arteaga, el poeta cesáreo le había juzgado harto desdeñosamente, diciendo, entre otras cosas, que en el libro se hacía aparecer tres de los cuatro Novísimos que reza el Catecismo, pues salvo el Juicio, había la muerte de Euridice, el infierno y la gloria de los Campos Elíseos. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la traducción de él se confió al poeta Molique; que los ensayos, tan difíciles y tan repetidos como los de Viena, en los cuales Gluck, merced á lo extraño de su carácter, dice Mad^lle. de Genlis, daba por sí solo un verdadero espectáculo, con sus salidas de tono, sus ademanes bruscos, su originalidad verdaderamente tudesca, y hasta por el traje que se ponía y el gorro de dormir que se encasquetaba, corrieron á cargo del maestro, auxiliado del compositor Berton; y que de la dirección del baile se encargó el famoso Vestris.

Al cabo *Orphée et Eurydice* se cantó el 2 de Agosto de 1744, siendo sus intérpretes el tenor Legrós, la gran cantante Sofía Arnould y Rosalía Levasseur, causando también allí la ópera grande entusiasmo y elevando á las nubes el nombre de su autor. El canto de las ninfas, dice un periódico contemporáneo del suceso, el aria de Orfeo en los infiernos, y el dúo de aquél y Euridice arrancaron lágrimas, así como admiración profunda el cuadro de la dicha y bienandanza de los Campos Elíseos; y no es de extrañar que al oir aquella hermosa y dramática música, Rousseau dijera de Gluck que «el canto salía á éste por todos los poros»; que Mlle. Lespinasse escribiese: «la impresión que he recibido en la música de *Orfeo* ha sido tan profunda, tan sensible, tan desgarradora y tan absorbente, que me es imposible escribir lo que yo siento; he experimentado la turbación y la dicha de la pasión..... Esta música, estos acentos añaden encanto al dolor, y me siento atraída y perseguida por aquellos desgarradores ayes: *J'ai perdu mon Eurydice!*, y que el abate Arnauld declarara que Gluck había encontrado la expresión de dolor de la antigüedad.

Por lo demás, el estreno de *Orfeo* en París enardeció la guerra que ya había estallado entre los partidarios de la melodía italiana, cuya bandera llevaba Piccini, y de que eran los más ardientes adalides Marmontel, La Harpe, Guinguené y d'Alembert, y los que ante todo preferían la expresión y la verdad dramáticas de que hacía alarde Gluck, y entre los que se contaban hombres como el mordaz abate Arnauld, ya citado, el diplomático Rollet, y Suard; guerra en la que, en ambos campos, se hizo gala de talento y de fina y las más veces enconada sátira, y que constituye una curiosísima fase en la historia del arte lírico-dramático en el pasado siglo.

El *Orfeo*, por largo tiempo olvidado, renació, puede decirse, hace algunos años, y como, según la bella frase de J. Janin que cita Berlioz, *Nous ne reprenons les chefs d'œuvre, ce sont les chefs d'œuvre qui nous reprennent*, ha tomado por derecho propio posesión de todo centro donde se cultiva la buena música y se tiene verdadero amor al arte, siendo objeto de admiración tan grande y tan unánime como en el pasado siglo.

Gluck, que al decir de Guy de Charnacé, encontró en Homero y en Virgilio el manantial fecundo de los sentimientos heroicos de que hace gala, y los cuales supo revestir de la más noble sencillez, y que en la antigüedad también encontró aquel color y aquellos acentos sombríos y terribles del *Orfeo*, que alguien ha comparado á los del mismo Virgilio, Esquilo y Sófocles, escribió en su partitura páginas que tarde ó nunca envejecerán; tal es la magia de su lenguaje, tan irresistible como comprensible á la par, en que, como el pintor Ingres dijo, había desdeñado aquél todas las coqueterías del oficio, que nada dicen al alma. Y si en el primer acto resplandecen las bellezas al mostrar el dolor de Orfeo ante la tumba de Euridice, en el segundo, una de las más portentosas creaciones del humano ingenio, como lo califica un biógrafo del gran maestro, es de admirar la gradación que se observa en la muchedumbre infernal desde el momento en que acoge con furia á Orfeo, hasta verse seducida por los encantos de su lira y sus conmovedoras y suplicantes palabras; y al tercero bastaría para darle imperecedera fama la incomparable aria *Che farò senza Euridice*, expresión sublime del dolor que embarga á Orfeo.

Su interpretación en el teatro Real, sin ser un portento, ni mucho menos, ha sido bastante aceptable. Dadas las condiciones artísticas de la Srta. Sthal, ha mostrado bastante acierto en el difícil y cansado papel de Orfeo, haciéndose aplaudir en la renombrada aria que acabo de mencionar, secundándola con buen deseo tanto la Sra. Morelli (Euridice), como la Srta. Massanet, que, según creo, ha pisado, con esta ocasión, por primera vez aquella escena. Los coros y la orquesta han interpretado con *amore* la ópera, haciéndose merecedores de cumplido elogio, que sólo á medias puede alcanzar á los pintores por las decoraciones que han presentado, nuevas unas, y remozadas las otras; y en cuanto á la indumentaria, ha dejado bastante que desear, tanto por lo sobradamente convencional de algunos trajes, el de Orfeo inclusive, como por la excesiva ligereza de otros. Compréndese bien que en el infierno, por el calor que allí reine, y en los Campos Elíseos, por la dulce y apacible temperatura que se goce, ande la gente ligera de ropa; pero de eso á representar tan á lo vivo nuestras bailarinas el papel de *ninfas ventiladas*, como decía el personaje de una de nuestras zarzuelas, hay no escasa diferencia, que en nombre del decoro no se debiera consentir, ó mal consentido, tratar de remediarlo.

En 1859 resucitó Carvalho la partitura de Gluck en el teatro lírico de París; de entonces acá ha corrido toda el mundo músico; á nosotros no ha llegado sino al cabo de la friolera de treinta y un años. Aun así, regocijémonos pensando que nunca es tarde si la dicha es buena.

J. M. ESPERANZA Y SOLA.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

VII.

6 de Abril.

HACIA las cinco ó las seis de la mañana, antes que el toque de diana sonara en nuestro campo, me he asomado á la puerta de mi tienda para conocer el sitio donde nos hallamos. Esta primera aparición matinal del país que nos rodea, me impresiona de un modo inesperado.

Un cielo uniformemente obscuro sobre todo el vasto paisaje verde que diviso; grandes llanuras de lirios, de palmeras enanas, de asfodelas; á trechos, alfombras de margaritas blancas, tan apretadas unas contra otras, que diríanse placas de nieve: todo esto, húmedo de lluvia ó de rocío. En los últimos términos del cuadro, este verde intenso se ensombrece bajo las pesadas nubes, tomando un tono gris que se mezcla poco á poco hacia el horizonte, por planos degradados, con el negro de las montañas y del cielo. Una aurora siniestra, en un lugar cualquiera, perdido en medio de un extenso país primitivo.

Varias mulas, ya ensilladas por algunos servidores matinales, se ven allá abajo en apiñado grupo, enhiestas sobre sus patas, pero dormidas todavía: sus altas sillas de espaldar, forradas de paño rojo, forman otras tantas notas brillantes de color sobre estos fondos de tintas neutras; sobre estos últimos términos de un gris violáceo de tinta. En su inmovilidad, parecen haber sido dispuestas en espectativa de algún desfile de comedia de magia sin público. Nuestros guardias van despertándose; salen uno á uno de sus tiendas, estirando sus largos brazos morenos, siempre con ese falso aspecto de viejas altas y delgadas, que les presta su extraña vestidura.

¡Cómo! ¿Aun están ahí las mujeres del *kaid* prisionero? En efecto; á pesar de los aguaceros que han caído, han pasado la noche acurrucadas delante de la tienda del Ministro. ¿Qué digo las de anoche? Son más numerosas que las de anoche: ahora las hay jóvenes y viejas, de todas cataduras, pertenecientes todas ellas, á lo que colijo, á la familia del cautivo de Tánger. También hay una porción de beduinos pequeños, que duermen transidos de frío sobre las rodillas de sus madres. Cerca de ellas, en el sitio donde inmolaron la ternera, se extiende una espaciosa mancha de sangre, que la lluvia no ha podido borrar.

Al aproximarme al grupo que forman las mujeres, una anciana, cuya piel ostenta extraños dibujos, y que me dice ser la madre del *kaid* prisionero, se agarra al faldón de mi capote de viaje y lo cubre de besos. La verdad, me siento enternecido, y desde aquel momento me prometo para mis adentros interceder en su favor, cuando crea llegada la ocasión oportuna.....

¡Cuán triste, cuán misterioso parece este sitio, con un tiempo tan sombrío! ¡Qué blancas parecen nuestras tiendas!

IX.

Partimos al galope, aguijoneados por el viento frío de la mañana, todos mezclados en confuso tropel de aspecto abigarrado, aunque no exento de pintoresca apariencia. No sé qué diantre de idea les ha dado hoy á los tres moros negros que nos sirven de guías, de hacer correr con tanta velocidad el estandarte del Sultán; pero en verdad, que ni á nosotros ni á nuestras cabalgaduras nos pesa este insuitado aceleramiento, que nos proporciona alguna distracción en la monotonía del viaje.

Las mulas de carga, que también habían echado á correr, presas del vértigo general, no tardan en quedarse atrás, y una docena de ellas, portadoras precisamente de nuestras cantinas particulares, tropiezan y ruedan por el suelo. ¡Qué gritos, qué rugidos de los árabes! Los muleteros se precipitan con sus flotantes albornoces; se amontonan como una nube de aves de rapiña en torno de cada bestia caída por el suelo, para levantarla, volverla á cargar y darla de palos.

Estas escenas las distinguimos vagamente, sin interrumpir nuestra carrera, por lo que bien pronto las perdemos de vista. Por otra parte, aquello no nos concierne

ni nos inquieta: el *kaid* responsable de los bagajes sabe que tiene la obligación de que éstos lleguen cada día con exactitud al campamento, y él se arreglará como pueda para no caer en falta.

Sigamos, pues, corriendo, sin que nos arredre el viento ni la lluvia que empieza á rayar el aire: ahora, todos somos árabes que ejecutamos una *fantasía*.

***

Al detenerse nuestro galope, la lluvia desciende á torrentes de un cielo negruzco, y el viento gime fustigando nuestros oídos. Ocupamos ahora unas mesetas con ligeros montículos de arena, mezquinamente tapizadas de helechos: á lo lejos, las dunas de esta llanura ondulada se prolongan indefinidamente. Es una arena de un amarillo dorado, muy fina, sobre la cual no producen ruido alguno los cascos de nuestros caballos. A los helechos, que es la vegetación que domina, se mezclan algunas lavandas, y unas flores blancas, parecidas á anchas eglantinas: todas estas plantas, abundantemente regadas por la lluvia, son de una frescura deliciosa, y exhalan suaves olores, al ser holladas por los pies de nuestras cabalgaduras.

Después, y durante dos horas, atravesamos una comarca más triste aún, pedregosa, resquebrajada, atormentada: sucédense unos á otros infinidad de vallecitos, todos análogos, sin vestigio humano. Cielo cada vez más negro; viento que muge en las malezas; lluvia que azota con fuerza. Diríase una Bretaña de otros tiempos, antes de los campanarios y de los exvotos; una Bretaña prehistórica, vista en primavera.

Los tres negros que van á vanguardia, se han encasquetado sus puntiagudos capuchones, y abrigado con los amplios paños de sus *burnús* las grupas de sus caballejos escuálidos: vistos así de espaldas, se asemejan á babuinos de forma cónica (1), muy anchos de base, y terminados en punta aguda. Y el estandarte rojo, que estaba nuevecito y flamante cuando salimos de Tánger, pende ahora sobre su asta, convertido en un harapo mojado.

***

Pronto vamos á cambiar de tribu, y á entrar en el territorio de El-Araich, como lo indica la presencia, en la cresta de una colina todavía distante, de un centenar de jinetes que nos aguardan. A través de la densa cortina formada por la lluvia, se les distingue en tropa casi fantástica, erizada de largos fusiles delgados. Todos ellos están vestidos de blanco, con el capuchón calado hasta los ojos, y en completa quietud. Es rara cosa el verá aquellas gentes inmóviles como momias, cuando se les conoce y se sabe que dentro de un momento se les verá asaltados como por un vértigo de velocidad, y que, en su carrera desatentada, el viento hará flotar desordenadamente en torno de ellos mil cosas descabelladas; *burnús*, turbantes desenrollados, crines y largas colas.

***

Ya más próximos á los jinetes moros, el *kaid* que viene á su frente se adelanta para estrechar la mano de nuestro Ministro. Tiene una figura de profeta, de una belleza regular, dulce y mística. Viste un caftán de paño rosa, con *burnús* azul y blanco, y su caballo es tordo, enjaezado de seda verde con bordados de oro. Por contra, su lugarteniente, que le acompaña, tiene una cara cruel, con unas narices encorvadas de ave de rapiña, y monta un caballo de feo pelo amarillento, ensillado de azul. El individuo en cuestión trae un caftán de paño color capuchina, con *burnús* color pizarra. Y es de tal suerte la luz que hay en este país, que, aun con un tiempo triste y lluvioso como el que hace, esta fea combinación de tonos da una nota brillante, que ningún traje alcanzaría jamás bajo nuestro cielo de Europa.

A pesar del aguacero, no podemos sustraernos á la consabida *fantasía* de bienvenida. ¿Qué queréis? es la costumbre. Todos á un tiempo, los jinetes arrojan sus capuchones y espolean sus monturas, que se lanzan dando furiosos saltos.

Las tres cuartas partes de los tiros no salen, á causa de que la lluvia ha mojado el cebo de las cazoletas, según viene á explicarnos el *kaid*, como si no lo supiéramos. Empero, esto no impide que el espectáculo sea hermoso, tal vez más de lo que lo sería bajo la serenidad de un cielo azul: jinetes vertiginosos, lluvia fustigante y nubes negras, todo parece arrastrado por el viento en el mismo torbellino.

En esta nueva escolta, que nos acompañará hasta mañana, hay bajo el cendal de los turbantes, algunos pares de ojos de expresión salvaje.

***

La columna hace un alto de dos horas para almorzar en una colina donde —¡cosa extraordinaria!— hay una aldea. Gracias á estos altos de mediodía, es como nuestras tiendas y cantinas alcanzan diariamente antes que nosotros el término de la etapa, lo que nos permite encontrar siempre á nuestra llegada el campamento instalado.

Nuestros criados arman á toda prisa sobre la colina la gran tienda que nos sirve de comedor, la cual, á diferencia de las demás, viaja siempre á nuestro paso, un poco á retaguardia, sin que sus conductores nos pierdan de vista. Como hace bastante frío, se ocupan luego de encender una enorme hoguera de hojas de palmera enana, que exhalan al quemarse un fuerte olor balsámico, produciendo un humo de incendio.

(1) *Babuinos*: familia de monos que tienen la cola muy corta.—(N. del T.)

La aldea se compone de chozas de cáñamo gris, escondidas detrás de compactas hileras de grandes aloes ó de azulados cactus. Cercana á las chozas, hay una palmera de dátiles, esbelta y frágil sobre su delgado tronco, la primera que hemos visto de su especie desde el comienzo de nuestra expedición. Vese también la tumba de un santón, muy venerada en la comarca: encima de ella flota una bandera blanca, á fin de indicar á los viajeros de las caravanas lo conveniente que es que se detengan al paso, para depositar allí algunas monedas en concepto de piadosa ofrenda. En Marruecos se encuentran muchas de estas sepulturas sagradas, hasta en los sitios más solitarios é inhabitados, y en las cuales los escasos viandantes depositan sus dones, que son generalmente respetados por los merodeadores.

***

En tanto que almorzábamos con los restos de la *muna* de ayer, se ha serenado el tiempo: con la rapidez peculiar al clima del África, el cielo, súbitamente barrido de nubes, ha recobrado su admirable transparencia azul; la luz ha reaparecido, espléndida de intensidad.

En este país sin árboles, la vista alcanza á largas distancia: como casi nunca hay casas, ni aldeas, ni nada que venga á interrumpir esta inmensa monotonía verde ó pardusca, el órgano visual se acostumbra á desmenuzar las grandes líneas de los horizontes, y á descubrir de una ojeada, como sucede en el mar, la menor cosa que tenga algo de anormal, todo lo que sea una indicación de movimiento y de vida, á grados tales de lejanía, que en nuestros países europeos ni aun permitirían la visión. Cuando sobre el flanco de alguna colina desierta, que se distingue azul en fuerza de estar lejos, aparecen unos puntos blancos, si los puntos están inmóviles, nos decimos unos á otros: «Son piedras»; si se mueven, sabemos que son carneros. Una reunión de puntos rojos, indica un rebaño de bueyes. Y, en fin, una larga línea gris, que va avanzando con una lentitud ondulante, nos denuncia en seguida la lejana presencia de una caravana, de la que podríamos dibujar á voluntad los numerosos camellos que marchan fila, unos detrás de otros, balanceando el largo cuello con un cabeceo de sueño.

Un objeto extraordinario, que nos sigue desde Tánger, y que también nos hemos habituado á buscar con la vista, ya delante, ya detrás de la cabalgata, es la canoa eléctrica, de seis metros de largo, que llevamos como regalo de nuestro Gobierno á Su Majestad el Sultán: la tal canoa va encerrada en una caja de madera gris, que le presta el aspecto de un enorme trozo de granito, y va avanzando penosamente á través de llanuras, hondonadas y montañas, llevada á hombros por cuarenta árabes. Todos los que han visitado museos arqueológicos, han visto en los bajos relieves egipcios idénticos desfiles de cosas enormes, llevadas, como ésta, por hileras de hombres vestidos de blanco, con las piernas desnudas.

***

Acampamos esta tarde en un sitio llamado Tlata-Raissana, donde se celebra mensualmente, á lo que nos dicen, un gran mercado de animales y de esclavos; pero tócale hoy estar desierto. Está al borde de un gran arroyo, en el centro de montañas tapizadas de helechos tan uniformemente, que parecen forradas de una misma alfombra afelpada, de un verde admirable. Como siempre, abundan las flores en torno de nuestras tiendas, pero no nuestras flores de Francia, sino de otras especies desconocidas en nuestras campiñas y en nuestros jardines, todas de penetrante perfume, y algo extrañamente matizadas. Todo lo que resta de tarde se pasa enla ejecución de *fantasías* alrededor del campamento, y hasta la puesta del sol no se oye más que galopar de caballos, estampidos de espingardas, y alaridos de moros.....

***

He aquí que hacia las siete, la *muna* hace su entrada en el campo con su majestad habitual; pero resulta insuficiente: nada más que ocho carneros, y el resto de los comestibles sigue la misma exigua proporción. Tal mezquindad es inaceptable para una embajada: es preciso rehusar, á fin de mantener la dignidad de nuestro pabellón, y esta negativa nuestra á aceptar la *muna* constituye un incidente diplomático, que hasta sería grave para el *kaid* de la región, si el asunto llegara al conocimiento del Sultán.

El *kaid*, aquel *kaid* de que hablé antes, de noble aspecto y vistoso traje color de rosa, finge consternación y sorpresa, con gestos y ademanes deliciosos de ver: hace como que se encara airado con sus subalternos, los cuales á su vez riñen á otras gentes insignificantes de su comitiva, quienes, por último, la emprenden desaforadamente á palos con unos pobres pastores, que seguramente no tendrían la culpa de la ridícula escasez de los víveres.

Por supuesto, que aquello era una comedia urdida entre todos ellos, con objeto de ponernos á prueba, para conocer nuestro grado de longanimidad. Tanto es así, que por si había reclamaciones enérgicas por parte nuestra, tenían escondido, en una hondonada cercana un complemento de *muna* que fueron á buscar corriendo, para satisfacer nuestras legítimas exigencias. Los *kaids* de mayor y menor cuantía, ansiosos de conocer la decisión del Ministro, aguardan reunidos en silencio á que este hable. El Ministro acepta los comestibles, que esta vez son abundantes, con lo que el incidente queda terminado.

(Continuará.)

FRAY LUIS DE LEÓN (2).

SU INFLUENCIA EN LOS ADELANTOS DEL LENGUAJE CASTELLANO.

I.

El carácter especial que ofrecen las obras místicas españolas parece haber sido iniciado por aquel insigne mallorquín de ingenio fecundo y portentoso, que borró los desórdenes de su juventud con una vida consagrada á las virtudes y á la propagación de la fe cristiana. Raimundo Lulio, el autor del *Cántico del Amigo y el Amado*, imprimió, en efecto, á sus obras ese carácter que después se determina aún más en los escritores de este género de los siglos XVI y XVII. No es de extrañar el señalado triunfo, en la época en que se alcanzó, de estos celosos campeones de la santa doctrina. Arraigado profundamente el sentimiento religioso en la sociedad española de entonces, porque era transmitido y conservado desde anteriores tiempos, recibía ésta las obras que fortalecían su fe y levantaban su espíritu, profundas en su pensamiento y bellas en su forma, con vivo interés y el aplauso que merecían. Tan brillantes manifestaciones de la ciencia cristiana, de la erudición y el buen gusto, eran producidas por aquellos varones á quienes su sagrado ministerio hacía por derecho propio los llamados á señalar autorizadamente las sendas de la virtud y á combatir los errores de los mal encaminados. La cátedra del Espíritu Santo y el libro eran los medios elocuentes y poderosos para conseguir fines tan altísimos; y ya la divina palabra había brotado de los labios de un Domingo de Guzmán, un Vicente Ferrer, un Juan de Avila y un Granada, consiguiendo cautivar los espíritus atraídos por su belleza y enardecidos en la fe, la caridad y todas las virtudes cristianas.

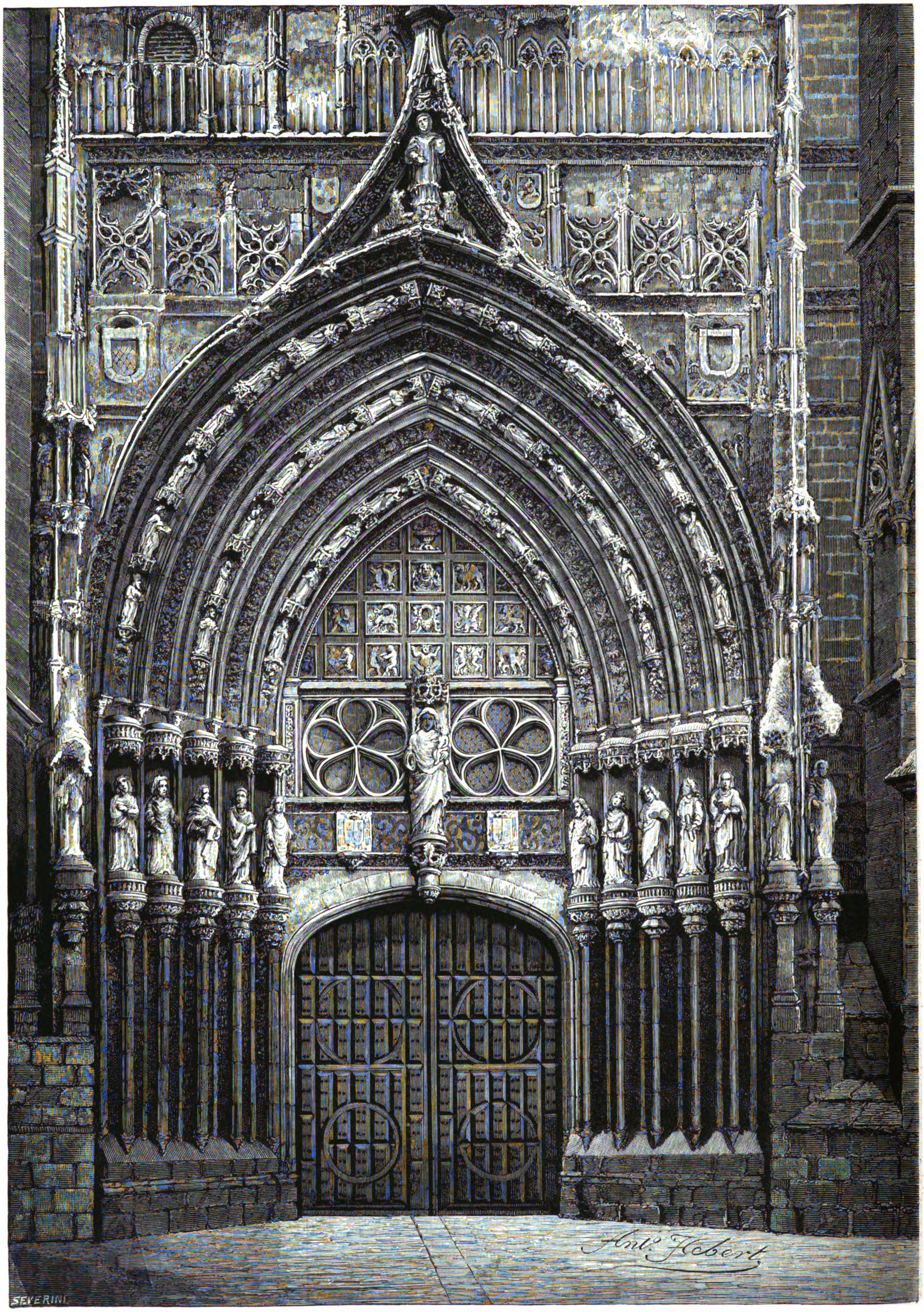
Si desde el púlpito se conseguían estas glorias para la causa de Dios y estos adelantos para la perfección del lenguaje, no eran menores los que se alcanzaban en la centuria más afortunada para nuestras letras, por medio del libro impreso, que corría de mano en mano y llegaba á extraños países, donde se traducía y admiraba. Los grandes teólogos y filósofos de entonces parecían despertar simultáneamente á una voz mágica, á una evocación sublime, á la vez que los poetas y escritores de todo género, para dar en nuestra nación una de sus más brillantes coronas á la inteligencia humana. La mística española llegó, pues, á su apogeo, y con el esmero del arte y la elocuencia del corazón, santos insignes, prelados sapientísimos y fervientes y modestos religiosos difundían su saber y su piedad en admirables escritos.

El habla castellana, antes del glorioso período en que hemos de fijar nuestra atención, presentaba en cierto modo la rudeza de su tiempo. No corría fácil y armoniosa y con expresión clara y precisa, y mucho menos con la elegancia á que se prestaba. No había un estilo característico y espontáneo que determinase un autor, dándole fisonomía propia. De repente, como si se hubieran reunido todos los esfuerzos para conseguir este fin, el lenguaje se transforma, adquiere naturalidad y gracia, dulzura y grandeza; el estilo se engalana con formas espléndidas, la dicción es correcta y más pura, y las imágenes se ofrecen con mayor viveza de expresión. Al mismo tiempo la poesía emula estas loables aspiraciones y se hace más armoniosa, levantando su vuelo á regiones no frecuentadas hasta entonces, donde encuentra más luz y mayor inspiración. La fantasía del poeta tiene nuevos espacios en que desplegar sus alas, y conservando éste su espíritu nacional y siempre su espíritu cristiano, se da á conocer como el clarísimo ingenio capaz de producir aquellas sonoras vibraciones de la lira de un Dante.

El misticismo se revela en las obras en prosa de nuestros escritores con los encantos de la poesía, que sólo existe en el cristianismo con toda su pureza, diferenciándose de la que es ascética ó sagrada, la cual existía en España desde los tiempos en que Aurelio Prudencio, inspirado por el numen cristiano latino, era expresivo cantor de la heroicidad y sufrimientos de los mártires de la fe. La poesía mística toma un carácter especial en el siglo á que nos referimos, haciendo sus más afortunados intérpretes á Juan de la Cruz, Teresa y Luis de León, á quienes siguieron Malón de Chaide y otros cantores poseídos de intensísimo amor á la divinidad. Avivábase el fuego en que el alma de estos justos se consumía, y que brotaba de sus labios convertido en himno de amor apasionado en el retiro de las celdas, porque allí, alejada aquélla de las turbulencias del mundo, era donde, desprendida de todo lazo que á la tierra pudiera unirle, conseguía elevarse hasta su eterna patria, tan suspirada. Aun á principios del siglo XVIII aparece una Sor Gregoria de Santa Teresa, de la misma religión que la Doctora de Avila, imitando á esta Santa en sus divinas aspiraciones y en la poética expresión de sus sentimientos. Puede también considerarse cultivador del misticismo en la poesía al autor de *La Vida es sueño*, cuyo numen sagrado produjo el drama simbólico, el auto sacramental esencialmente español, que al ensalzar el augusto misterio de la Eucaristía, cantaba el amor que une á las almas con el Verbo divino que las redimió de la culpa.

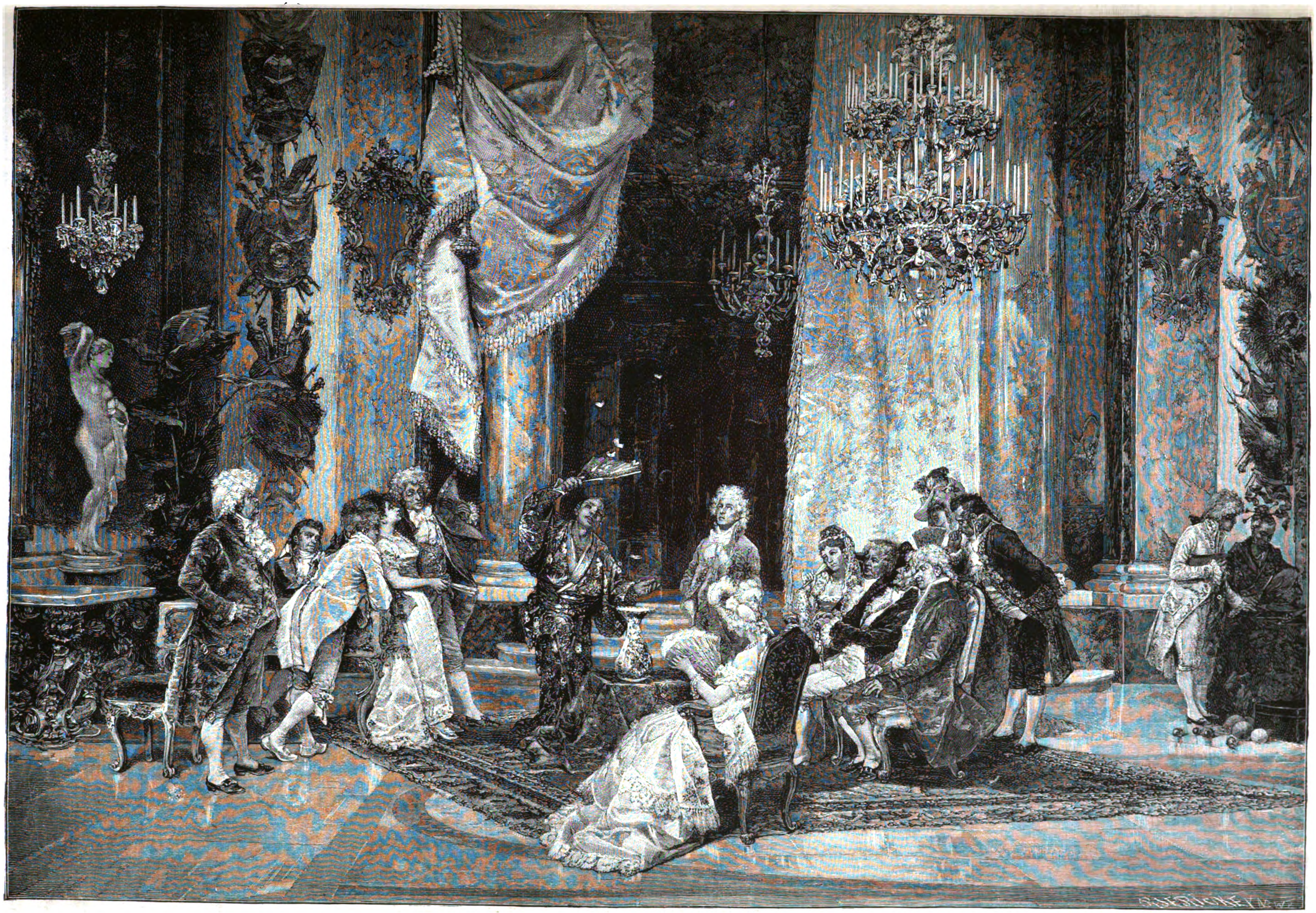
¡Qué brillantez adquiere la palabra humana cuando sabe interpretar las eternas verdades que provienen de Dios! ¡De qué mayor excelsitud y belleza se reviste la

(2) Capítulo de la obra inédita titulada *Influencia de los Agustinos en la literatura española*, premiada en el certamen celebrado con motivo del centenario de San Agustín, en el Real monasterio del Escorial.



PALENCIA.—PUERTA DEL OBISPO, EN LA CATEDRAL.

(Dibujo de D. Antonio Hebert.)



UN PRESTIDIGITADOR JAPONES.

CUADRO DE A. LONZA.

poesía cristiana, enaltecedora de todo principio moral, alzándose á las alturas sin lindes, á aquella magnificencia de los cielos, donde reside Él que todo es ciencia, todo luz, todo hermosura, y donde todo es grande y todo es infinito! ¡Con qué buen acierto nuestros ingenios más preclaros buscaron sus inspiraciones en aquella poesía hebrea que puso en manos de David el arpa á que este rey penitente arrancó los sentidísimos ecos del dolor por sus extravíos, los suspiros del arrepentimiento y las alabanzas al Ser Inmensísimo que en todas partes se halla! A espíritus tan privilegiados, tan conocedores de la verdadera belleza como Luis de León, Malón de Chaide y otros poetas sacros, no podían menos de atraer y seducir aquellos sublimes acentos é impulsarles á sus felices versiones á nuestro idioma de cánticos tan inmortales.

Estos torrentes de armoniosos sonidos, que producían tanto la poesía como la prosa de las obras cristianas, expresan, singularmente en la época que recordamos, los pensamientos del alma consagrada á la enseñanza del bien, á revelar los misterios de una religión sacrosanta, la hermosura de la virtud, la inmensidad de Dios, su omnipotencia, su justicia y su misericordia, con fe española verdaderamente; y como tales fines y anhelos son los más nobles y altísimos que el hombre puede concebir, no era mucho se reflejasen en las páginas de sus libros con la luz de los cielos. Con ellos á la vez honraron la lengua castellana.

Sorprende, á la verdad, cómo influyó el siglo XVI en los adelantos y perfección del lenguaje en todos los géneros literarios, desde el grave y severo de los libros ascéticos ó que tratan serios asuntos, hasta el sencillo de festivo carácter y más popular. Adquiriéronse entonces flexibilidad, soltura, belleza de estilo, tonos dulces, enérgicos y familiares, tanto en la descripción como en la alegoría y el diálogo, inspirados por el buen gusto, y tomó nuevas formas el poema, la acción dramática y cuantas manifestaciones ofrece nuestra literatura. Esta perfección fué debida á la influencia que ejercieron los que podemos llamar afortunados restauradores del lenguaje castellano.

Entre éstos se halla el sapientísimo religioso agustino á quien se concede tal nombre porque suyo fué tan poderoso influjo. Nos referimos al insigne maestro Fray Luis de León, gloria de su Orden y del suelo en que tuvo su cuna. No fué él solo quien, perteneciendo á la misma, coadyuvó á este fin y alcanzó los lauros que se deben al saber y las virtudes. Hemos, pues, de apreciar la iniciativa y eficacísima participación que tuvieron en los progresos de las letras patrias aquel varón eminente y los que, vistiendo el hábito de su Orden, al cumplir su misión sagrada difundiendo la doctrina de Cristo, se esmeraron en expresar sus pensamientos con la elegancia, riqueza y elevación á que tanto se presta el hermoso idioma castellano.

II.

Gloria es, en efecto, de la religión agustina contar entre sus escritores ascéticos, cultivadores algunos de la poesía religiosa, no á uno solo de los que contribuyeron á los adelantos del lenguaje con su elocuencia, su pura dicción y su esmero en enriquecerlo, por la elevación de los asuntos en que se inspiraban y por la inteligencia que á Dios plugo concederles. Tan cierto es que los pensamientos concentrados en el amor divino y encaminados á procurar la perfección moral del hombre, son los que más elevan el espíritu é inspiran al genio sus destellos más puros.

Entre todos los que han cultivado en España la literatura sagrada, el que mayor influencia ha ejercido en tales adelantos, el que siempre ocupará el primer puesto entre todos, es el sabio maestro Fray Luis Ponce de León (1), ornamento de la religión á que da nombre aquel sublime Doctor africano, prodigio á su vez de elocuencia divina.

Todos los que han estudiado las obras de tan insigne Maestro se hallan acordes en concederle la gloriosa iniciativa en la difícil empresa de levantar el idioma castellano de su decaimiento, y por lo tanto la influencia poderosísima que ejerció en los adelantos de la literatura castellana, á tanta altura elevada en su siglo. Al fin piadoso, al objeto tan alto que se proponía el virtuoso escritor al propagar la buena doctrina en sus obras, uníase siempre también el digno y patriótico de enaltecer el idioma y de contribuir á la gloria de las letras de su nación, «abriendo un camino no usado á los que escriben esta lengua», según sus mismas palabras.

Puede asegurarse que por primera vez se ofreció la prosa castellana, manejada por pluma tan hábil, con toda la elocuencia de que es susceptible; con esa exuberante riqueza de expresión, así como con toda la elevación y majestad á que se acomoda. El lenguaje del doctísimo Maestro es, en efecto, majestuoso y elevado, puro en su dicción, apropiado en sus pensamientos, animado y revestido con frecuencia con los espléndidos atavíos que le prestan la frase sublime y nobilísima, la expresión enérgica, la imagen llena de animación, más bien que el concepto expresado con dulzura, porque su palabra obedecía á los valientes rasgos y al vigor de su inteligencia.

Se ha querido establecer un parangón entre el mérito del también admirable escritor sagrado Fray Luis de Granada y el de León. Del paralelo de estos dos insignes varones sólo había de resultar que ambos son dignos de todo aplauso y de la gloria que se les tributa. Así es que no han podido menos de estar indecisos los pareceres de aquellos que han pretendido comparar y aquilatar las cualidades de cada uno. Además nunca podía ser exacta esta comparación, dados los asuntos tratados por uno y otro y hasta el número de sus escritos. De tal cotejo ha resultado conceder á Fray Luis de León, que sus pensamientos son menos vulgares, sus imágenes de mayor nobleza; que es menor su dulzura, pero mayor su originalidad, con respecto al fecundo autor de la *Guía de pecadores*. Este inspirado religioso poseía el arte de dar un tono más variado, un colorido más dulce, más pintoresco y armonioso á los conceptos que brotaban de su pluma; atraía, por tanto, más fácilmente de este modo, pero no imponía al lector como el agustino de su mismo nombre, con la energía de su frase rotunda y concisa. «La meditación de los libros de ambos, decía el abate Marchena, y su continua lectura, son acaso el estudio más provechoso para los que quieren escribir dignamente el idioma castellano.»

Por nuestra parte sólo podemos decir que hallamos igual la elevación que uno y otro manifiestan, siquiera el fuego de la expresión sea más acentuado en el religioso agustino, aunque el de Granada aventaje á éste en sentimiento, y que la lengua castellana es deudora siempre á tan ilustres escritores sagrados de haberla pulido, revistiéndola de grandeza. Si el primero procuró para la misma esa majestad y vigor que la hacen tan digna y noble, el segundo le dió la elegancia y armonía en que no ha tenido competidor alguno. Pero no se puede negar á Fray Luis de León su constante propósito de perfeccionar nuestro lenguaje, objeto de sus preferencias, y que consiguió sin duda alguna esta aspiración, siendo él mismo ejemplo de tal triunfo para enseñanza de los demás. El erudito D. Nicolás Antonio, resumiendo las cualidades que le adornaban, le conceptúa de este modo: «Fué, dice, muy versado en las humanidades de la antigua Grecia y Roma. Supo unir la propiedad del lenguaje castellano con la escogida composición de las palabras y estructura de la oración, de tal manera, que entre los principales restauradores del lenguaje español disputa la palma al más entendido y elocuente.» Aun más expresivo es el parecer de don Francisco de Quevedo, juez tan competente y experimentado en el manejo del lenguaje. «No tienen en nuestra España, así se expresa, en los grandes y famosos de aquel tiempo, comparación las obras de Fray Luis de León, en la pureza de la lengua, ni en la majestad de dicción, ni en la facilidad de los números, ni en la claridad. Sus obras, añade aún, son en nuestro idioma el singular ornamento y el mayor blasón del habla castellana.»

La gloriosa empresa de ennoblecer ésta fué sin duda acometida por primera vez con perseverancia y ánimo resuelto, como el mismo Fray Luis manifiesta en más de una ocasión, en su vehemento deseo de aprovechar todas las virtudes que atesora y que tan superior la hacen. Refiriéndose á las innovaciones que en nuestro lenguaje introdujo, así se expresa tan docto Maestro: «Si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben esta lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen á tratar de aquí en adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados; y para que le igualen en esta parte que le falta, con las lenguas mejores, á las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes.»

La singular atención que puso el sabio agustino en todo cuanto se refería á este anhelo, se revela en las siguientes indicaciones suyas, encaminadas al mismo fin. «El bien hablar, afirma, no es común, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice, como en la manera como se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que conviene, y mira el sonido de ellas, y aun cuenta á veces las letras y las pesa y las mide y las compone, para que, no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura.» Y para que se entienda que la palabra debe obedecer al pensamiento, dice en otro lugar: «El hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes de lo que el ánimo concibe en sí mismo.»

Así, pues, no es mucho que quien tan conocedor era de las virtudes del lenguaje castellano supiese revestirlo de esa energía, nobleza y sublimidad con que nos conmueve y cautiva, influyendo tan directamente en el adelanto de las letras. Honroso timbre es sin duda de la Religión agustiniana haber señalado varón tan ilustre á otros hermanos suyos en la misma, algunos de ellos afamados por su saber, de qué modo podían alcanzar sus mismos laureles. Con razón ha dicho un estimable crítico que Fray Luis de León divinizaba y enriquecía nuestra lengua. Pruébanlo todos sus escritos que hemos de recordar en este paraje.

III.

El amor que Dios profesa al ser que hizo á imagen suya; la omnipotencia y excelsitud del poder divino; las grandezas del nombre del Redentor de la humanidad, inspiraron á Luis de León su obra titulada *Los Nombres de Cristo*, en la que su fe, su elocuencia y su sabiduría resplandecen de una manera concisa, profunda y enérgica es un libro admirable en todos conceptos y superior á los demás debidos á un ingenio tan privilegiado. En ella demostró su constancia en perfeccionar el lenguaje, ofreciéndole con toda la nobleza y gallardía de que es susceptible.

Otra de las producciones de Fray Luis, *La Perfecta Casada* (2), más conocida por lo general que la anterior, es un tratado cuyo fin, como su título indica, altamente moral, no es necesario encarecer. ¿Cómo han de ser considerados los deberes de la que es esposa, aquellos que contrae para con Dios y con el que á ella ha ligado su existencia, para con sus hijos, su familia y sus sirvientes, y cuáles han de ser sus ocupaciones domésticas, por un talento tan clarísimo? Fundándose el célebre agustiniano en la doctrina del Evangelio, encontrando en los textos bíblicos copiosa fuente de imágenes, expone, en prosa clara y comprensible para todos, cuáles son aquellos; de qué manera es llamada á cumplir su misión la mujer á quien el matrimonio impone obligaciones sagradas, que, bien cumplidas, tanto la enaltecen. No hay sequedad alguna en el tono del que tan discretamente señala cuál es la perfección de la esposa; antes bien, consigue con el grato colorido que da á sus conceptos se acoja su enseñanza con interés y agrado. ¡Mágico poder el del pensamiento cuando así somete á su obediencia el lenguaje y con tal expresión lo reviste!

La Exposición del Libro de Job es otro de los libros del mismo autor elocuente, dedicado á la Madre Ana de Jesús, compañera y cronista de Santa Teresa. Los conocimientos teológicos que demuestra en él, la doctrina en que abunda, tienen por complemento su gran valor literario. ¡Con qué claridad y precisión comenta los pasajes dudosos del texto bíblico, y con qué vigoroso pincel retrata á los justos, así como á los perversos, haciendo patente la omnipotencia de la eterna justicia, la infinita clemencia del Inmenso y aquel tremendo día del último juicio! Un crítico de gran saber y prolijo en el examen (3), quizá el único que ha encontrado algunos descuidos en el lenguaje de Fray Luis y ha expresado sus reparos con la discreción que le era propia, no puede menos de considerar *La Exposición del Libro de Job* «como obra maestra y principal, que á su juicio es el mejor testimonio del saber y elocuencia de su autor, explaya mayor gallardía, vigor y fuego, el estilo de su valiente pluma, en las doctrinas y ejemplos morales y en las comparaciones, símiles, descripciones y hermosas imágenes, por la grandeza y terribilidad de sus representaciones y figuras.»

Disponíase nuestro autor á escribir la vida de la ilustre santa española Teresa de Jesús por encargo de la hermana de Felipe II, su admiradora, encargo que aceptó con sumo gusto, pero dejó sólo terminado el prefacio de aquélla, por sobrevenirle la muerte, que privó á nuestra patria de poseer una joya más de su ingenio.

Señalar las bellezas de la prosa de tan excelente hablista fuera interminable tarea. Preciso es recorrer las páginas de sus libros para apreciar debidamente sus cualidades. Difícil es, además, la elección de un trozo determinado de sus elocuentes disertaciones, plagadas de esas flores del pensamiento cuyo perfume jamás se extingue.

Después de la lectura de las obras de tan preclaro autor, se ve confirmada plenamente la apreciación que de ellas hace en general su biógrafo Mayans y Síscar. Hemos de reproducirla, siquiera coincida en mucha parte con lo ya antes expuesto. «Su estilo castellano, dice, es castizo, propio, juicioso y elegante, y ciertamente es el mejor de la lengua castellana, si se mira el agregado de todas sus bellezas juntas, con una exactitud de pensar muy digna de imitarse, porque no usa ni pensamientos falsos, ni argumentos débiles, ni semejanzas violentas, ni voces extranjeras. Solamente quisiera yo que algunas veces no fueran sus cláusulas tan largas. La lengua castellana le debe una singular prerrogativa, y es, haber sido el primero que procuró introducir en ella la armonía del número.»

IV.

Al considerar á Fray Luis de León como poeta, preciso es reconocer en él al que reune en sí la inspiración y la sabiduría, la corrección de estilo, la sobriedad y la elevación. Con estas cualidades es sin duda el primero también de todos los líricos de nuestro Parnaso. La rápida transición que da tanta energía al pensamiento, su acertadísima imitación de los ingenios de la antigüedad, acomodada por su inspiración cristiana á sus piadosos sentimientos y purificada en sus mitológicas reminiscencias, pero conservando no obstante aquellos clásicos primores que nunca envejecen, le conquistaron el sobrenombre de Horaciano. Algunas de sus poesías se hallan inspiradas en las del cantor latino. Recuérdanos á este genio de la antigüedad cuando busca y prefiere la hermosura y reposo del campo, alejado del bullicio y del mundo en aquel ameno lugar que tan poéticamente describe en su libro *Los Nombres de Cristo*. ¡Qué análogas impresiones le causan la paz de su retiro y el alejamiento del mundo á las que sentía Horacio en el suyo de Sabina!

La musa sagrada del maestro Luis de León toma de las del Alfeo y el Tíber aquellas galas con que se cubrían cuando se mostraban serias y honestas y discurrían con sano sentido, y sonríe el adolescente en la edad de los

(1) Fray Luis de León era natural de Belmonte del Tajo, y nació el año de 1527. Fueron sus padres D. Lope y D.ª Inés de Varela, personas de clase distinguida; tomó el hábito de San Agustín en 1543 en la ciudad salmantina, é hizo sus primeros estudios en su Universidad. Entre éstos se contaban los de las lenguas latina, griega y hebrea; siendo tal el concepto que se granjeó por la profundidad con que llegó á adquirirlos, y sobre todo los que forman al teólogo, que le fué fácil ganar en reñida competencia la cátedra de Santo Tomás en aquel famoso centro de enseñanza. Sabido es que nada más ocasionado á la envidia de los indoctos que el saber que resplandece en los hombres privilegiados, y que raro es se evite el que lo posee la intranquilidad que aquélla le proporciona. No se eximió de esta triste ley de la condición humana nuestro docto agustino, y fué denunciado al Santo Oficio por los poseídos de tan miserable pasión. Su delito fué haber traducido al castellano *El Cantar de los Cantares*, para lo que existía entonces prohibición absoluta. Ni aun nombrar queremos al que se designa como ruin delator del digno religioso. Después de haber permanecido cinco años en las prisiones del tribunal de la Inquisición, donde tan bien empleó este tiempo consagrándose á sus escritos, quedó absuelto de todo cargo y sin que en nada perdiese el concepto que de todos merecía por su saber y sus virtudes. Fué elegido Provincial de su Orden en 1591, pero no llegó á tomar posesión de esta dignidad por ocurrir su fallecimiento cuando contaba sesenta y dos años de edad y á muy poco de su elección.

(2) Las primeras ediciones de *Los Nombres de Cristo* y de *La Perfecta Casada* se hicieron en Salamanca el año 1583.

(3) Don Antonio Capmany y Monlau. *La Exposición del Libro de Job* fué empezada por los años 1576, y se terminó en 1591, é impresa por primera vez en 1779. Conservábase su original manuscrito en la biblioteca del convento de San Felipe el Real de Madrid.

sueños y de la exaltación del alma, cuando le eran familiares sus grandes poetas, para fundir en tiempos muy distantes de los suyos el espíritu clásico y la belleza de la forma con el ya cambiado por la luz del cristianismo, que tenía otras tendencias, otro fin moral, y era del gusto moderno. Un ser tan privilegiado como el joven agustino debió aspirar á saberlo todo, porque cuantos conocimientos adquiriese redundarían en bien de la ciencia de la verdad, de la doctrina santa que moraliza é instruye para mayor gloria de la divinidad y ventura de los humanos. Ningún refugio mejor para un alma, así concentrada en el amor divino, que la soledad de los claustros. En ellos trazó su pluma esas páginas de oro que son y serán, piadosa y literariamente consideradas, gloria eterna de su autor, cuyo recuerdo jamás ha de darse al olvido.

Si tan insigne maestro se muestra en sus escritos en prosa el filósofo cristiano y el varón de piedad suma, así como el sabio humanista y restaurador del lenguaje castellano, no aparece de otra suerte en sus hermosas composiciones poéticas, inspiradas la mayor parte en su primera juventud. Son éstas el reflejo fiel de la fe, la bondad de su alma, y sus sólidos estudios de la literatura antigua. Al imitar ó traducir los autores que tomaba por modelo, solía aventajarles, porque sus sentimientos eran más puros, más delicados á veces; porque estaban exentos de toda idea profana, aunque sus imágenes conservasen algún sabor mitológico; porque revestía á éstas de un santo espiritualismo que nada tenía de profano, y sobre todo, porque su alma se apartaba de la tierra para acercarse á los cielos. Si Horacio se deleita en los placeres materiales de la vida, al ser imitado por el vate español éste envuelve sus pensamientos en el aroma de la virtud, engrandeciéndolos ó dándoles un carácter más ideal y sublime. Refléjase en la armonía y dulzura de sus versos la apacible tranquilidad del apartado soto bañado por las aguas del Tormes ó la del huerto plantado por su mano, donde no se envidia la riqueza, donde no inquieta la vanidad ni perturba la ambición.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que me da el cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza y de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
....
El aire el huerto orea
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso rüido
Que del oro y del cetro pone olvido.

Aun es más de admirar el ingenio y elevación del monje poeta, á la vez que la fe que atesoraba, cuando en el descanso de sus graves ocupaciones se complacía en contemplar la Naturaleza, y desde su celda silenciosa en fijar sus ojos con dulce melancolía en el cielo, y prorrumpir en sentidas exclamaciones:

Morada de grandeza,
Templo de caridad y de hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació ¡qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, escura?

Así como Teresa de Jesús, se lamenta de las prisiones que en la cárcel del cuerpo tienen su espíritu privado de volar á las regiones celestiales, su eterna patria. Ciertamente que alguna vez se advierte el misticismo de aquella ilustre santa y poetisa, y el del también poeta y santo, Juan de la Cruz, en los rasgos poéticos del que es tenido, como lírico, por maestro de la escuela salmantina. No es posible, en nuestro concepto, asimilar el genio poético del religioso agustino con el del carmelita, por ser de distinto carácter. El misticismo, el arrobamiento que se revela en los versos del último nada tienen de común con los inspirados también por el amor divino de la oda *A la vida del cielo*. Juan de la Cruz, á semejanza de la insigne Doctora avilesa, con quien parece identificarse en sus aspiraciones, vuela con su espíritu, separado de la materia, á las eternas moradas donde tiene siempre fijo su pensamiento; se desprende completamente de la tierra donde es peregrino, porque anhelando llegar á aquella región de inefable ventura, parece anticipado huésped suyo. Luis de León, al expresar iguales deseos, ó al tratar otros sagrados asuntos, atiende á la vez al arte y sus exigencias, nunca olvidándose que es el restaurador del lenguaje castellano, tanto como prosista, como poeta. Mística también puede llamarse una de sus más bellas composiciones, que titula *A la vida religiosa*, la cual está llena de dulzura y sentimiento. Es la expresión del alma llena de fatiga, que supone va en busca de una fuente y oye una voz divina que le ofrece los peligros del mundo, en contraste con la existencia del claustro.

Cuando Fray Luis es poeta esencialmente religioso por el asunto que canta, produce aquel himno al Pastor Santo que deja este valle de obscuridad, elevándose en el Tabor *al inmortal seguro*, y celebra á María, la Virgen más pura que el sol, cuando él experimentaba los rigores de una prisión injusta, rogándole que quiebre sus cadenas. Todas las poesías de tan preclaro ingenio despiden un perfume santo y puro, y siempre se encuentran á la misma altura. «No es un poeta el que se oye, es un apóstol, y es imposible resistir á este concierto místico en que la inteligencia y el corazón se confunden en un mismo éxtasis.» Tal exclamación produce la excelsitud de nuestro docto agustino en los labios de un escritor extranjero, competente apreciador de nuestras letras (1).

(1) M. Puybusque, *Historia comparada de las literaturas española y francesa.*

«Dios eligió la poesía para sus loores», nos dice el mismo Fray Luis, al considerarla digna de cultivarse, contra la errada opinión de algunas gentes, y á la verdad que con dignísimo acento dirigió los suyos en sus canciones á la Divinidad. Cuando nuestro poeta se inspira en asuntos que se refieren al amor de la patria; cuando á este sentimiento va unido también el que en él vive ardoroso de la fe, un fuego divino le agita y enardece, y el tono que emplea siempre es digno y majestuoso. Así se advierte en su oda *Al Apóstol Santiago*, en que llevado de la vehemencia con que enaltece á este héroe de la causa de Cristo, es quizá algo incorrecto. Pero en cambio, ¡qué rasgos tan brillantes y atrevidos los suyos! Cuando al recuerdo de una inmensa desventura que hace época en nuestra historia imita la profecía de Nereo á Paris, que brotó de la inspiración horaciana, personificando á un caudaloso río, aventaja á su modelo, y halla aquellos acentos enérgicos, rápidos, impregnados de pesar y de amor patrio, que contrastan con la mayor parte de los que emplea en sus canciones, dulces, sencillas, reflejos de un alma serena que conduce su pensamiento al cielo, dominado del amor divino. No es de extrañar que se encuentre en sus poesías ese sabor de antigüedad helena y latina: un talento tan vastísimo como el suyo, tan conocedor de las letras sagradas y profanas, aceptó las bellezas en que abundan aquellas literaturas clásicas, pero imprimiendo un carácter original y propio á sus producciones. Esto explica que fuera tan gran poeta latino como castellano.

Las felicísimas traducciones de Fray Luis, tanto de poesías sagradas como profanas, sirvieron de modelo á otros ilustres ingenios de nuestra nación. La versión que hizo de los Salmos del Rey profeta, esos lamentos de un alma herida por los recuerdos de la culpa y deseosa de obtener la misericordia divina que implora con sus lágrimas; la de Salomón y Job, así como la de los cantos de Píndaro, Virgilio, Tibulo y de los de Petrarca, Bembo y otros, llenan cumplidamente el fin que se propuso. «En las cuales, dice, procuré cuanto pude imitar la sencillez de su fuente y un sabor de antigüedad que en sí tienen, lleno, á mi parecer, de dulzura y majestad.» Su triunfo fué mayor, porque imprimiéndoles un carácter propio y un estilo original, y siéndolo hasta en la variedad de los asuntos que trató poéticamente, se ofrecen encaminadas á un fin moral y elevado. Si traduce ó imita, siempre es superior al autor que elige para tal objeto.

Son de notar las palabras del mismo Fray Luis refiriéndose á sus traducciones en verso. «De lo que yo compuse, dice, juzgará cada uno á su voluntad. De lo que he traducido, el que quiera ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña á la suya, sin añadir ni quitar su sentencia y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjeras y advenedizas, sino nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante; mas helo procurado hacer, y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, pruebe de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo más; al cual yo me incliné por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera blanda para los que la saben tratar.»

Debió parecer á nuestro agustino que exigía alguna explicación á los que pudieran censurarle haber empleado su numen en la traducción de los poemas sagrados. «Y nadie debe tener por nuevo ó por ajenos de la Sagrada Escritura, así se expresa, los versos; porque antes le son muy propios, y tan antiguos, que desde el principio de la Iglesia hasta hoy los han usado muchos hombres grandes en las letras y santidad, que nombrara aquí si no temiese ser muy prolijo. Y pluguiera á Dios que reinase esta sola poesía en nuestros oídos, y que sólo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas, de noche, no sonaran otros cantares, y que en esto soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase con esto, y el oficial que trabaja se aliviase en su trabajo. Mas ha llegado la perdición del nombre de cristiano á tanta desvergüenza y soltura, que hacemos música de nuestros vicios, y no contentos ya con lo secreto dellos, cantamos con voces alegres nuestra confusión.»

No sólo en nuestra patria, en otros países y en todos tiempos se ha aclamado el ingenio de escritor tan admirable, consagrado á la vida del claustro. Todos los historiadores de nuestra literatura, así nacionales como extranjeros, han reconocido en él su influencia eficacísima en los adelantos del lenguaje castellano. Solamente como una prueba de esto mismo trasladamos el juicio que de él consigna Ticknor, y que resume la apreciación de sus cualidades. «El conjunto de sus poesías, son sus palabras, puede colocarse sin reparo á la cabeza de la poesía lírica española. Están escritos con una pureza clásica, con un vigor y exactitud desconocidos antes en la poesía española, y al que pocas veces ha llegado después..... Para comprender bien el genio y el espíritu de Fray Luis de León es preciso estudiar bien, no sólo sus composiciones líricas, sino también sus escritos en prosa, pues si sus odas y cantos religiosos, bellísimos por su severidad y buen gusto, le dan un puesto más elevado que ocupa Klostock y Filicaja, también en prosa mística, y no menos cristiana y pura, le eleva entre los graves maestros de la literatura española.»

Los contemporáneos de tan eminentísimo varón y cuantos después le han traído á la memoria, todos unánimemente han pregonado sus excelencias. Cervantes, el príncipe de nuestros ingenios, se muestra en su *Canto de Calíope* gran admirador suyo, y le aclama su modelo. Lope de Vega no es menos expresivo al recordar la grandeza de su sabiduría en *El Laurel de Apolo*. Complácenos repetir sus palabras.

¡Qué bien conociste
El amor soberano,
Agustino León, Fray Luis divino!
¡Oh dulce analogía de Augustino!
¡Con qué verdad nos diste
Al Rey profeta en verso castellano,
Que con tanta elegancia traduciste!
¡Cuánto le debiste
(Como en tus mismas obras encareces)
A la envidia cruel, por quien mereces
Laureles inmortales!
Tu prosa y verso iguales
Conservarán la gloria de tu nombre,
La dulce pluma de tu heroica mano,
De tu persecución la causa injusta.
Tú fuiste gloria de Augustino augusto,
Tú el honor de la lengua castellana
Que deseaste introducir escrita
Viendo que á la romana tanto imita,
Que pudo competir con la romana,
Si en esta edad vivieras,
Fuerte *León* en su defensa fueras.

Tal fué, en efecto, el ilustre Maestro agustiniano. Pertenece á ese número de varones insignes cuya memoria jamás puede borrarse. Gloria es de su patria; lo es de todos los que admiran el genio donde quiera que irradíe sus resplandores, y muy singularmente de la Orden monástica que tiene la suerte de contarle entre sus hijos más inspirados por el fuego del amor divino y más ricos de ciencia y de virtudes.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

EL ESCORIAL.

(A CARLOS BENITEZ, MARQUÉS DE ALEX.)

Una mole de piedra, donde el viento,
Ya brama con furor, ya espira lacio;
Un altar de oro, y pórfido y topacio,
En un templo desnudo de ornamento;
Una tumba de reyes por cimiento,
Y una cruz por corona en el espacio;
Y un convento más grande que un palacio,
Y un palacio más pobre que un convento:
Tal eres, Escorial.—Perderse viste,
Sin mellarte, los siglos que pasaron,
Y aun tu poder incólume subsiste;
Aun te elevas, donde ellos te dejaron,
Grande, fuerte, modesto, grave y triste,
Como el pueblo y el rey que te fundaron.

FEDERICO BALART.

LA ÚLTIMA JURA DE UN PRÍNCIPE EN ZARAGOZA.

GRANDE y sincero regocijo henchía los leales corazones de los vasallos del Rey de España y sus Indias, por el año de 1629, al saber que la Providencia prometía el nacimiento de un vástago que afirmase el poderoso trono de Felipe IV.

Corría ya el año octavo de su reinado, y hacía diez que los lazos de Himeneo habían unido á *Belisa* y *Fileno* (2), como los poetas llamaban á los augustos esposos Isabel de Borbón y Felipe de Austria, sin que un príncipe hubiese sido fruto de bendición, y el trono de Carlos V se veía en la contingencia de quedar vaco y sin sucesor directo.

Así que apenas la Fama, con sus millones de lenguas, esparció por los ámbitos de la monarquía la fausta nueva, alborozáronse los pechos todos, previendo venturas sin cuento para el cetro de Felipe.

Presto el más fecundo de los poetas pulsó la lira, y expresando sus deseos cantó:

Apercibe, Lucina, al más dichoso
Parto que tuvo España en esperanza,
Tu cuidado mayor, pues tan glorioso
Suceso la Fortuna diestra alcanza:
Y tú, Mantua feliz, al venturoso
Infante, con segura confianza,
Telas del sol y lienzos de la luna,
Mantillas de almas y de estrellas cuna (3).

Mozo era D. Felipe, pues sólo contaba veinticuatro años, apuesta y de buen talle su persona, como nos lo representa el pincel de Velázquez, y según le describe el insigne Quevedo en un romance escrito precisamente en aquel mismo año:

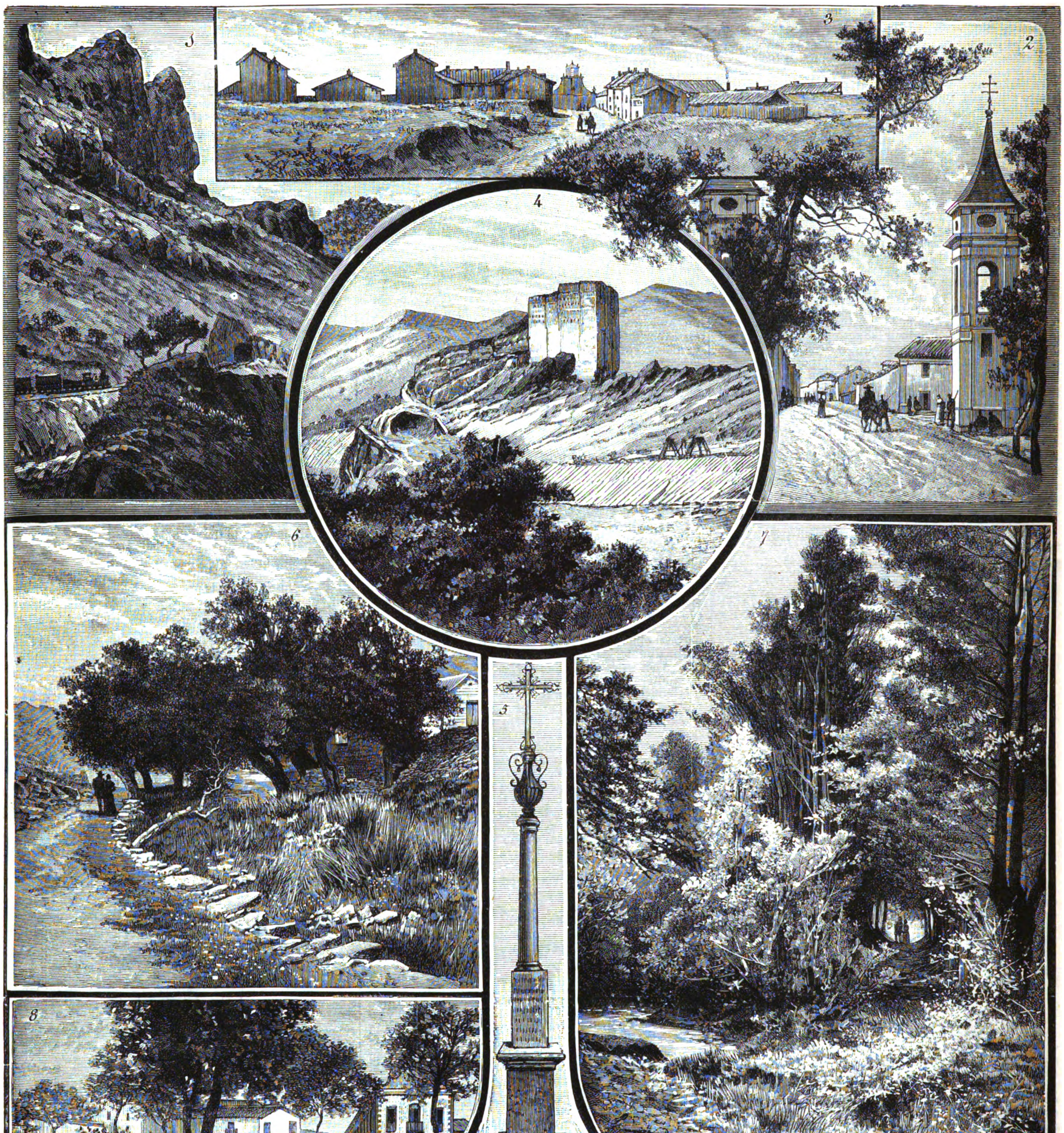
(2) El famoso Luis Quiñones de Benavente dijo en su entremés de *Las Dueñas*, escrito para una fiesta en el Buen Retiro:

—Todo el mundo se admire viendo
Que el estanque se ha vuelto cielo.
—¿Qué deidad en él asiste?
—La de *Belisa* y *Fileno*.
—¿Qué ángeles la acompañan?
—Baltasar es ángel bello.

En un soneto que Góngora dedicó á Felipe IV, ausente de la reina D.ª Isabel, decía:

Claro arroyuelo de la nieve fría
Bajaba mudamente desatado,
Y del silencio que guardaba el prado,
Con labio de claveles se reía:
Con sus floridos márgenes partía,
Si no su amor, *Fileno* su cuidado:
No ha visto á su *Belisa* y ha dorado
El sol casi los términos del día, etc.

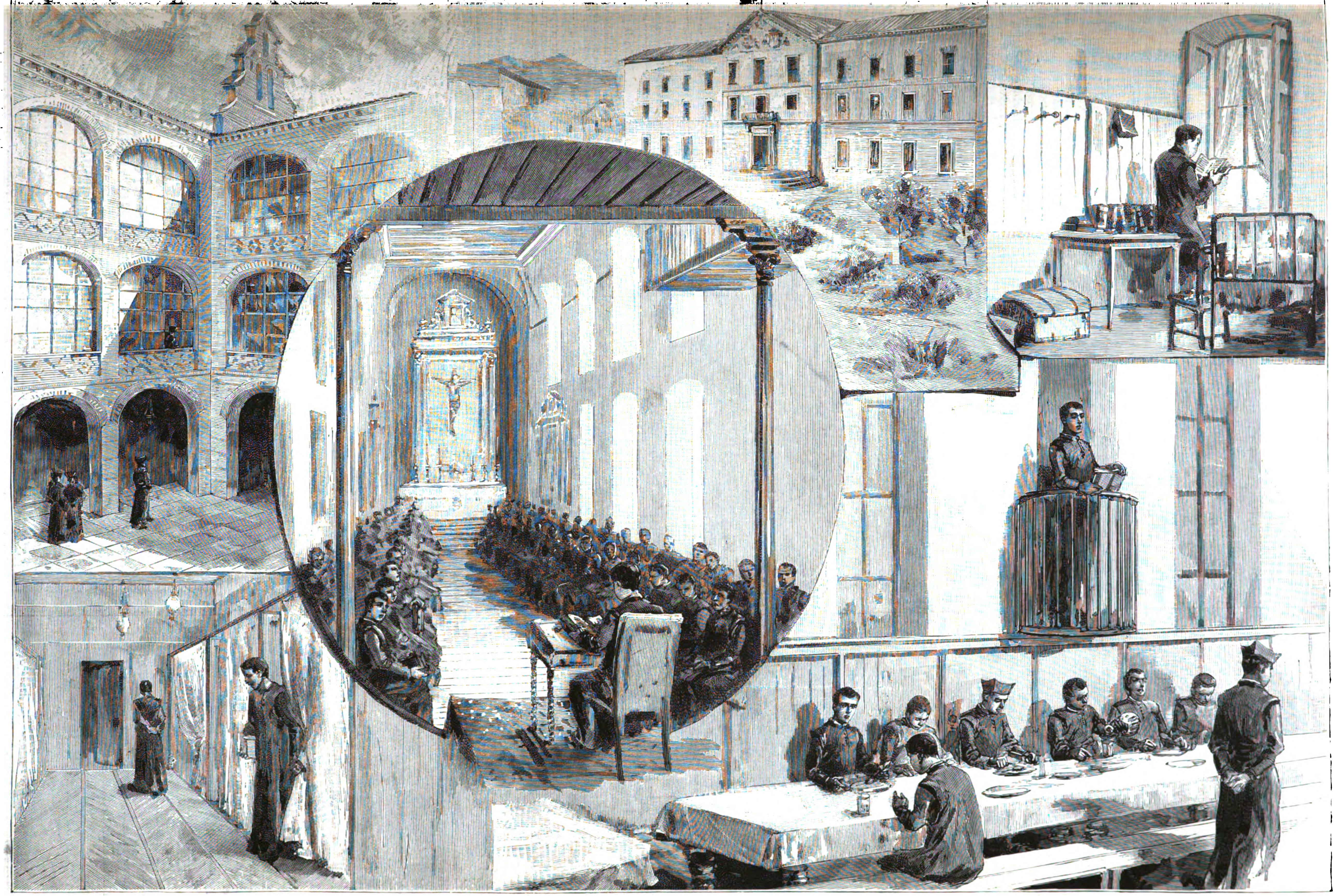
(3) Lope de Vega, *La Mañana de San Juan de Madrid.*



LA CAROLINA, LAS NAVAS DE TOLOSA Y LA ALISEDA.

1. Paso de Despeñaperros.—2. La Carolina: entrada á la población.—3. Las Navas.—4. Castillo de las Navas.—5. Cruz en la plaza de la iglesia (Las Navas). 6. Camino de la fuente de San José, en La Aliseda.—7. Alameda del río, en La Aliseda.—8. Establecimientos de La Aliseda.—9. Venta Quemada, en La Aliseda.

(Apuntes del natural por Riudavets.)



TOLEDO.—EL NUEVO SEMINARIO CONCILIAR CENTRAL, INAUGURADO EN EL PRESENTE CURSO ACADÉMICO.

Fachada principal del edificio.—El patio.—Interior de la capilla durante los ejercicios espirituales de los seminaristas.—Una celda.—El refectorio.—Dormitorios.—(Dibujo del natural, por D. Nemesio Lagarde.)

Iba el Rey, nuestro señor,
En su talle y en su cara,
Repitiendo hasta el *Hermoso*
Los Felipes de su casta (1).

El más exquisito cuidado rodeaba á la reina doña Isabel, y si el Rey y sus hermanos concurrían á los juegos de cañas y fiestas de toros, ella se quedaba en palacio, á fin de que no se malograsen las esperanzas de todos (2).

Votos unánimes hacían los vasallos de tan dilatada monarquía para que un varón continuase los triunfos de sus abuelos, y no menores, como puede suponerse, eran en este punto las ansias de los Reyes.

Pensóse y debatióse de antemano qué nombre cuadraría mejor al descendiente de tantos monarcas, que habían ilustrado los de Fernando, Alfonso, Carlos y Felipe, éste en especial, que parecía vinculado en la estirpe de Austria, y ello no obstante prefirióse uno extraño y sólo usado por reyes de los tiempos bíblicos; el nombre de Baltasar.

La razón de haber escogido un nombre sin precedentes, para el caso de que naciese un príncipe, fué la siguiente:

Había sido camarera mayor de la reina la Duquesa de Gandía, señora muy devota de los santos Reyes Magos, y en ocasión en que la Soberana departía con ella de la falta de sucesión al trono castellano, la piadosa Duquesa le hizo saber que ella estuvo también largos años privada de la dicha de ser madre, y que habiendo hecho voto á los referidos santos de poner á sus hijos, si se los concedían, sus venerandos nombres, fué oído su ruego, y á la sazón contaba no menos que tres hijos, otros tantos que eran los reyes, y que como ellos se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar.

Causaron impresión en la Reina las palabras de la de Gandía, hizo en lo íntimo de su corazón un voto semejante y ¡oh prodigio! presto sintió en sus entrañas latir el fruto de su amor.

No era este caso nuevo entre las reinas españolas, y algo semejante acaeció cuando la de Aragón, doña María de Mompeller, dió á luz á D. Jaime *el Conquistador*.

Como entonces entre los doce apóstoles, echóse ahora suerte entre los Magos, saliendo Baltasar por patrono del regio vástago (3).

Llegado el día 17 de Octubre de 1629, víspera del evangelista San Lucas, la Reina dió á luz un varón, colmándose los deseos de todos (4).

Grandes fueron la solemnidad y aparato con que se procedió al bautismo. Había éste de celebrarse en la parroquia de San Juan, que lo era entonces de palacio, por carecer el alcázar de capilla á propósito.

Estaba aquella iglesia próxima á la morada regia, en lo que hoy es plaza de Oriente, y á fin de dar comodidad al acto, construyóse un pasadizo ó galería de madera, á la que se salía por un balcón, que estaba sobre la entrada principal, bajándose por varias gradas, yendo á terminar en la puerta del templo, todo cubierto de ricas alfombras y tapices.

Dispúsose que bautizara al recién nacido el Inquisidor general D. Antonio Zapata, cardenal de la santa Iglesia romana, y fueron sus padrinos sus tíos carnales D.ª María y D. Carlos, hermanos de Felipe IV.

La Infanta, que estuvo para casarse con el Príncipe de Gales, que fué el infortunado Carlos I, se hallaba á la sazón desposada con el rey de Hungría, Fernando, que después fué emperador de Alemania, tercero de su nombre, y debía partir á fin de año para su reino.

Ya los poetas, celebrando su matrimonio, se plañían lisonjeros de su próxima ausencia, encareciendo á la par la belleza de la Infanta, que era rubia y de ojos azules. Quevedo la llamó

. . . .
Sol, que se lleva Alemania,
Para que prueben su vista
Los pájaros que la guardan,

aludiendo á las águilas que soportan el escudo de aquella nación, y á cuyas aves atribuía la conseja el privilegio de poder mirar de frente al sol sin deslumbrarse.

Lope iba más lejos diciendo:

La luz que lleva el sol para hacer oro
En los montes antárticos, si á ellos
Parte de España, por mayor tesoro,
La toma de sus rizos y cabellos:

---

(1) Quevedo, romance en que se pinta una fiesta de toros y cañas.

(2) El mismo romance dice:

La Reina, nuestra señora,
Hizo al día mucha falta.
. . . .
. . . .
Abultada de promesas
De un Príncipe, quedó en casa,
Por quien ha de dar albricias
Belén y la Casa Santa, etc.

(3) Biblioteca Nacional, m. s. H. 9.

(4) El mismo manuscrito y el H. 10.

Cuantos la ven respetan el decoro
De la hermosura de sus ojos bellos,
Que dos cielos de amor, en dos zafiros,
Más merecen respetos que suspiros (5).

El infante D. Carlos, que murió muy joven, picaba en poeta, como su coronado hermano, y se conservan suyos versos de no escasa valía. Por él seguramente agregó el recién nacido el nombre de Carlos al de Baltasar.

Llevóle en brazos, en silla de manos cerrada de cristales, D.ª Inés de Zúñiga, esposa del valido Conde de Olivares, camarera mayor de la Reina, nombrada además aya del Príncipe, dándole como adjunta á la Condesa de Salvatierra D.ª Leonor de Luna.

Educósele con esmero, tanto que de nueve años, estando en Madrid como huésped regio Francisco de Este, duque de Módena, demostró en su presencia los conocimientos que ya había adquirido en latín, griego, francés, italiano, geografía y cosmografía.

Asimismo, en aquel siglo de caballeros, en que en tanto se apreciaba la valentía, no podía menos de ejercitarse en las armas y equitación, siendo su maestro de las primeras el Marqués de la Conquista, que pasaba por destrísimo en el manejo de todas ellas, y respecto á la segunda, aleccionóle un famoso profesor napolitano, llamado Reinaldo de Miraval.

Velázquez nos ha dejado también en un retrato, sin duda algo fantástico, la efigie del regio niño cabalgando arrogante en un corcel brioso.

Tuvo su padre empeño en que las Cortes de Castilla le jurasen presto en Madrid Príncipe sucesor, efectuándose el acto con gran ostentación en San Jerónimo, un domingo de la Transfiguración, á 7 de Marzo de 1632, cuando sólo contaba dos años, cuatro meses y diez y nueve días.

No extractaré aquí la descripción que se mandó hacer de la ceremonia al poeta dramático D. Antonio Hurtado de Mendoza, clérigo y comendador de Zurita, conocido por el sobrenombre que le daban de *el Discreto de Palacio*, pues impresa entonces, en gran parte ha sido ya reproducida (6).

No sacaré á luz tampoco la que se contiene en otros documentos de la Biblioteca Nacional, como lo es el códice manuscrito H-10, en que se describen las galas y joyas que ostentaba la corte, y muy en especial la Reina, que lucía, entre otras ricas joyas, la valiosísima perla que por su oriente, forma y peso, que la hacían singular entre todas las conocidas, era llamada la *Peregrina* (7).

Haré, sí, reseña, aunque breve, de la jura que se celebró en Zaragoza, proclamando á D. Baltasar Carlos príncipe heredero (8).

Desde el tiempo de D. Pedro IV *el Ceremonioso* de Aragón, era el título de Príncipe de Gerona el que llevaban en aquel antiguo reino los primogénitos, equivalente al de Asturias en Castilla, y como un recuerdo histórico de aquella gloriosa monarquía debiera reivindicarse, llamando Príncipe de Asturias y de Gerona al heredero de la corona de España.

Confirióle aquel monarca á su hijo el infante don Juan, que fué después rey primero de aquel nombre, conocido en la historia por *el Amador de la gentileza*.

La rebelión de Cataluña y guerra empeñada con los franceses obligaba á Felipe IV á verificar expediciones cada año al teatro de la lucha, donde pasaba largos meses cada vez (9).

La primera que con este objeto estuvo en Zaragoza fué en 1626, saliendo de Madrid el 7 de Enero, hospedándose en aquella ciudad en el palacio del Arzobispo, que se hallaba en el mismo sitio que ocupa el hoy existente, y con tal ocasión juró los fueros aragoneses en la iglesia catedral de La Seo.

Grandes regocijos hubo con este motivo, celebrándose varios de ellos detrás del palacio, pero en la orilla opuesta del Ebro, en el paseo entonces llamado el *Arenal*. Hoy no guardan los zaragozanos memoria de aquel paseo, que era el principal de la ciudad, situado en la margen izquierda del río, entre el puente de Piedra, alguno de cuyos arcos ó *arcadas* estaba entonces derruido, y el de Tablas.

De él se conserva una representación exacta, con sus tapadas, caballeros, clérigos, limeras y demás concurrentes, en un excelente cuadro de Juan Bautista del Mazo, discípulo y yerno de Velázquez, existente en el Real Museo de Madrid (10).

---

(5) *La Mañana de San Juan*.

(6) Quevedo hizo en octavas reales la descripción de la fiesta.

(7) La famosa perla *Peregrina* fué pescada en 1515 en el Darien, perteneció á algunos particulares, yendo al fin á poder de la emperatriz D.ª Isabel, esposa de Carlos V. Pesaba cincuenta y cinco quilates febles, y ya en tiempo de Carlos II la tasó el platero Manuel Mayus en 445.210 reales vellón. Adornábanse con ella los reyes en las grandes solemnidades como la descrita. Joya tan valiosa y admirada quedó destruída, con otras muchas muy ricas, en el incendio que hubo en el Palacio Real el año 1734.

(8) La minuciosa descripción que tengo por inédita, se halla en el códice manuscrito C. c. 87 de la Biblioteca Nacional.

(9) Biblioteca Nacional, m. s. G. 100.

(10) Las figuras del cuadro se atribuyen al mismo Velázquez; una de primer término se cree representa al cronista zaragozano D. Juan Francisco Andrés de Uztarroz. Está pintado el lienzo hallándose en la ciudad el Rey, cuya carroza se ve penetrar por la puerta del Angel.

Pero dejando para otra ocasión el referir algunos pormenores de los diversos viajes que hizo D. Felipe con motivo de la guerra, narraré aquí la jura de don Baltasar Carlos como príncipe heredero.

La reina D.ª Isabel de Borbón, su madre, había fallecido en Madrid el día 6 de Octubre de 1644, precisamente hallándose el Rey en Zaragoza, y esto debió ser parte para que Felipe IV quisiese apresurar la jura de su único hijo legítimo en los diversos reinos sometidos á su cetro, supuesto que en Castilla ya lo estaba, como apuntado queda.

Además, por entonces no había pensado Felipe IV contraer segundas nupcias, y menos con su sobrina carnal D.ª Mariana de Austria, como después se verá.

Determinóse emprender la *jornada de Aragón*, como se decía, para el día 11 de Marzo de 1645 (11), y en los anteriores, el Rey y D. Baltasar, que ya había cumplido quince años, se prepararon visitando los templos dedicados á la Madre del Redentor, de quien D. Felipe era muy devoto (12), y aquel día mismo, que era un sábado, fueron en secreto al templo de Atocha, pasando desde el Buen Retiro.

Allí comulgaron ambos, regresando á comer al alcázar, y después visitaron la cercana parroquia de Santiago, dirigiéndose nuevamente, pero ya en público, á la salve de Atocha, desde cuyo templo emprendieron ambos la jornada, con lucido y numeroso séquito, yendo á pernoctar á Alcalá.

JULIO MONREAL.

(Concluirá.)

---

(11) El códice manuscrito de la Biblioteca Nacional, T. 192, dice: «Salió Su Majestad desta corte para la jornada de Aragón y Cataluña un sábado 17 de Marzo de 1645, etc.»

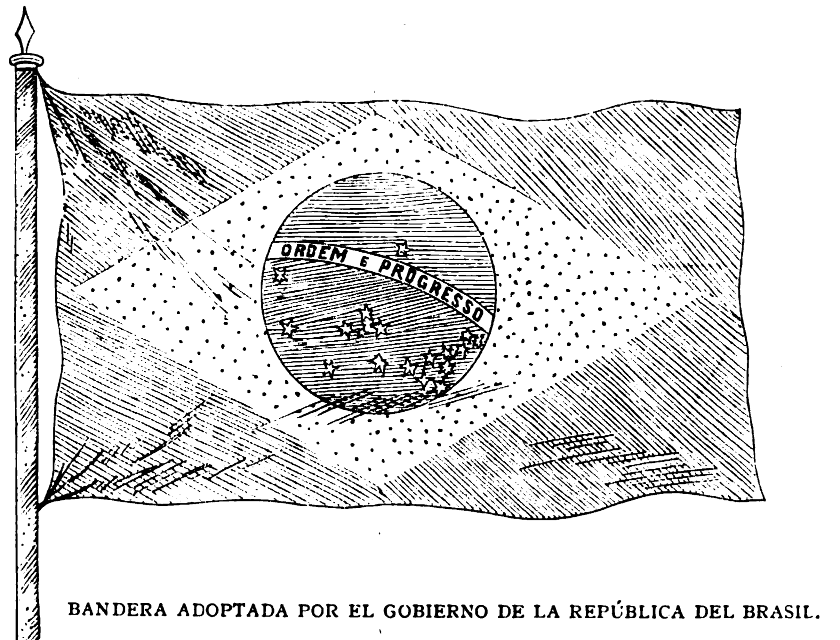
(12) Felipe IV formó grande empeño en la declaración de la festividad de la Inmaculada Concepción, y según el citado códice T. 192, tres días después, precisamente, de la salida del Rey, llegó á Madrid correo de Roma, trayendo entre otros despachos uno en que, á ruego de S. M., había declarado Su Santidad por fiesta universal de toda la cristiandad, que debía guardarse, la de la limpia Concepción, derogando el breve de su antecesor en cuanto en este punto había hecho.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Nociones de Estética y Teoría de las *Bellas Artes*, por el Dr. D. Luis Rodríguez Miguel, catedrático de la Universidad de Salamanca, académico correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando. Consta de dos partes: en la primera, *Nociones de Estética*, se trata de lo Bello, de su esencia, elementos, diferencias, caracteres y modificaciones subjetivas, así como de ideas afines y contrapuestas á lo Bello; en la segunda, *Teoría de las Bellas Artes*, el autor se ocupa, con recto criterio y sana erudición, en el Arte, el Gusto, la Crítica, las Bellas Artes en general y en particular, incluyendo en el examen la Música y la Poesía. Es un libro interesante, que consta de XIII-230 páginas en 8.º, y se vende, á 4 pesetas, en la librería de los señores Cuesta, Madrid (Carretas, 9).

Diccionario de Medicina y Cirugía, Far- *macia, Veterinaria y Ciencias auxiliares*, por E. Littré, miembro del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas; versión española por los doctores D. J. Aguilar Lara y D. M. Carreras Sanchís, precedida de un prólogo del Dr. D. Amalio Jimeno Cabañas, catedrático de Terapéutica. (Con unos 600 grabados intercalados en el texto.) Hemos recibido los cuadernos 26.º y 27.º, con los que termina el tomo I, en la palabra *Gyrus*. Cada cuaderno consta de 40 páginas en 4.º mayor, á dos columnas, y su precio es una peseta en toda España. Suscríbese en Valencia, librería de don Pascual Aguilar (Caballeros, 1), y en Madrid, en casa de D. M. Carreras Sanchís (Cervantes, 22, bajo).



BANDERA ADOPTADA POR EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA DEL BRASIL.

(Según el modelo oficial.)

La España Editorial.—Las obras últimamente publicadas por esta acreditada Empresa son las siguientes: *Historia de la pintura inglesa*, por M. Ernest Chesneau, antiguo inspector de Bellas Artes, traducida al castellano é ilustrada con grabados; *En el mar*, por Guy de Maupassant, traducción castellana de D. Leopoldo García-Ramón, dibujos de Riou y grabados de Guillaume; *El Galán de la Gobernadora*, por Andrés Theuriet, versión castellana de D. José de Siles. Diríjanse los pedidos á las oficinas de *La España Editorial*, Madrid (Tutor, 21).

Historia de los godos, desde los tiempos primitivos hasta el fin de la dominación goda en España, por Enrique Bradley; versión española con ampliaciones y notas por D. Juan Ortega Rubio, catedrático de Historia en la Universidad de Valladolid, etc. Es el tomo V de la Historia de las naciones que publica en esta corte *El Progreso Editorial*, y está bellamente ilustrado, como los anteriores. Véndese en las principales librerías, y en las oficinas de la Casa editorial, Madrid (Reina, 35).

V.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid..............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias...........	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero...........	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. IV.

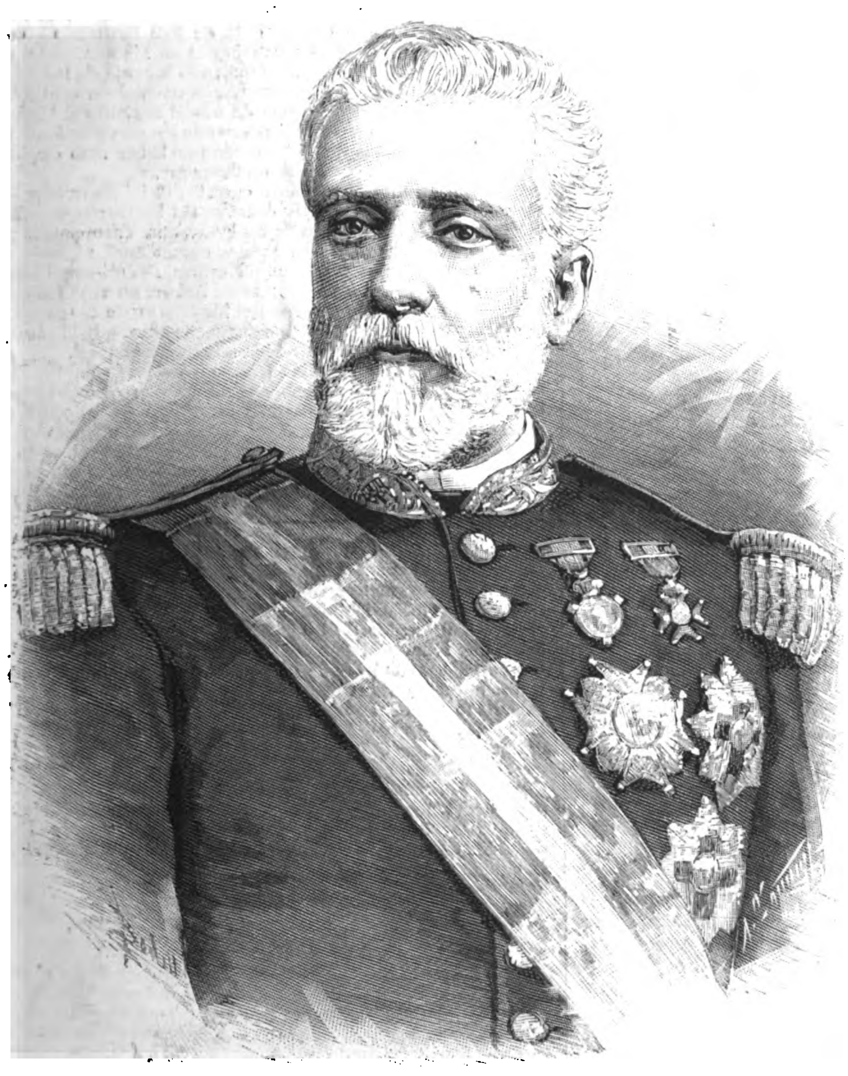
ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Enero de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas..	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia........................	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

SUMARIO.

NUEVOS MINISTROS.



EXCMO. SR. D. EDUARDO BERMÚDEZ-REINA,

TENIENTE GENERAL, MINISTRO DE LA GUERRA.



EXCMO. SR. D. JUAN ROMERO Y MORENO,

CONTRAALMIRANTE DE LA ARMADA, MINISTRO DE MARINA.

CRÓNICA GENERAL.

¡Pobre Mariano Fernández! Cuatro días antes de su muerte hacía reir al público representando el protagonista de *La Pata de cabra*, la madre de las comedias de magia del repertorio moderno. Todas las amarguras de una vida larga no habían secado el manantial de la alegría que brotó incesantemente de sus labios y su gesto. Enfermo ya del catarro que le llevó al sepulcro, saltó de la cama, vistió su traje de colores y cantó una copla burlándose de su enfermedad: no sabía que estaba riéndose de la muerte que le esperaba á la puerta del teatro: esto sucedía en la tarde del domingo, y el jueves 23 recibía la Extremaunción, mientras el público llamaba á escena á D. Ricardo Blanco Asenjo, al estrenarse en el Español *La Verja cerrada*.

No era actor cómico á la francesa, sino un verdadero gracioso á la española, como reconocen cuantos han escrito su necrología. Su gracia era plebeya, pero espontánea, fresca y sin artificios; de facciones regulares y cuerpo bien proporcionado, no hacía reir por ningún defecto físico de esos que dan al actor apariencia ridícula, sino por la expresión de su gesto y la gracia en el decir. Ha muerto á los setenta y cinco años cumplidos: representó por espacio de cincuenta, con entusiasmo creciente, sin decaer y sin cansancio. Era un joven actor septuagenario. En su último delirio recitó trozos de su papel de D. Simplicio Bobadilla, y sin duda las lágrimas que se vertían en torno de su lecho le parecieron sonrisas, y los sollozos carcajadas; es decir, el ruido popular que le acompañó en el teatro durante más de medio siglo.

Un notable escritor, D. Federico Urrecha, refiere que habló con Mariano Fernández en la tarde del domingo.

—El público no viene á ver *La Pata de cabra*—dijo;—viene á verme á mí.

Y se dió orgulloso con la mano en aquel pecho ya cogido por la pulmonía.

—No haga usted valentías—le dije con el cariñoso respeto que me inspiraba.

—No, hoy no estoy bien—me contestó;—pero el jueves, lo que es el jueves estaré otra vez como un roble.

Había nacido en la calle del Barco el 9 de Abril de 1814, y en 1834 ingresó en la compañía de García Luna en el teatro del Príncipe, hoy el Español. Ha muerto en la calle de la Cruz, núm. 14.

Recuerda un periódico, y con razón, que no sólo era un gracioso inimitable, sino que creó también papeles serios muy notables, como el Perik de Naclara en *Venganza catalana*. Las primeras obras en que trabajó ante el público fueron *La Mojigata* y *Un Paseo á Bedlam*, y la última que estrenó, el sainete de Burgos, *El Mundo comedia es, ó el baile de Luis Alonso*.

Hijo de un sastre, lo recordó algunas veces en sus coplas; sus padres quisieron hacerle pintor, pero su tío era conserje del derribado teatro de la Cruz, y esta circunstancia le permitió, con las asistencias á las representaciones, darse cuenta de su verdadera vocación. Fué, con D. Julián Romea, uno de los primeros alumnos del Conservatorio.

En el teatro casero de la Duquesa de Hijar dirigió hace diez y seis años el sainete *La Casa de Tócame-Roque*, trabajando en él con una compañía de ilustres aficionados; fué el primer empresario que contrató como primer actor á Rafael Calvo, según recuerda *El Español;* perdió, y á fuerza de trabajo recobró dos ó tres veces su caudal; casó dos veces, una ya viejo, y tuvo la desgracia de que se le muriesen dos hijos, á quienes había dado carrera; estuvo casi siempre contratado en Madrid, aunque hizo excursiones veraniegas, y poseía una casita en Pozuelo, en la cual pasaba muchas temporadas en los meses de calor. Finalmente, estaba dispuesto á formar parte de la compañía que el gran actor D. Antonio Vico trataba de organizar para recorrer algunos de los principales teatros de España.

Estas son las noticias más salientes que encontramos en la prensa acerca del popular actor, á quien todos los periódicos han rendido un tributo casi familiar: tan querido era del público; tan sentida ha sido su pérdida. Con él ha desaparecido uno de los elementos del regocijo popular. Y no sólo ha sido su muerte considerada como una pérdida para el teatro por lo que valía personalmente, sino por lo que representaba en la escena nacional su conocimiento del teatro antiguo y su inteligencia para desempeñar el eterno tipo del gracioso tradicional.

Es demasiado hermoso y grande nuestro teatro nacional para que no lamentemos todo aquello que contribuya á su olvido y postración. Si hay quien no le siente ni le entiende, y quien quisiera que todos pensásemos como se visten ciertas gentes, con arreglo al último figurín francés, la generalidad de los españoles queremos para la inteligencia todo género de libertades poéticas, sin maestritos que dicten fórmulas para la producción literaria, ni más limitaciones que el respeto al público y á la universal concepción de la belleza. La muerte de un actor que sienta el teatro antiguo, es una pérdida para todos los autores que deseen continuar la gloriosa tradición, aliada con los gustos de la moderna sociedad.

***

No hemos visto que la prensa se haya dado por enterada, sino excepcionalmente y para criticarle, de un anuncio que publica *La Gaceta*, emanado del Ayuntamiento, invitando á los directores de periódicos y al vecindario para exponer los pensamientos que juzguen útiles al propósito de abaratar en Madrid los precios de los artículos de primera necesidad, y especialmente del pan y de la carne. El intento es loable y difícil. En París se hizo en tiempo del Imperio un gran estudio para limitar las ganancias de los carniceros á un tanto por ciento razonable después de cubiertos los gastos de la industria: era restablecer la tasa en condiciones equitativas, y tuvo que abandonarse. En Madrid se ha pensado algunas veces en facilitar la entrada del pan elaborado fuera, y de la carne sacrificada en otros mataderos; pero siempre se ha estrellado la reforma por trabas y dificultades que han ocasionado á los introductores de esos artículos la destrucción de sus mercancías, precisándolos á abandonar con pérdida su especulación, sin embargo de ser buena en teoría. ¿Por qué, si la carne muerta, aun pagando derechos de matadero y de consumos, puede venderse en Madrid á precio menor que los corrientes, no se vende? ¿Por qué, si al Ayuntamiento sólo le interesa no perder los derechos indicados, no procura, haciéndolos pagar, que vengan, con la garantía de certificaciones de origen, carnes aceptables de otros mataderos?

Pero hay un hecho que está indicando, con la lógica de lo ya ensayado felizmente, la manera de hacer la vida más barata. Funcionan en Madrid, con buen éxito, algunas sociedades cooperativas de consumos: los asociados se procuran los artículos de primera necesidad á precios mucho más bajos que los de las tiendas. Si se dan facilidades para esa manera de proveerse, claro es que las ventajas del sistema darán fuerza y extensión á las agrupaciones de consumidores, y esa competencia tan natural ha de influir en el mercado. La iniciativa de una sociedad en grande escala debería partir del vecindario, pero también puede iniciarla el mismo Ayuntamiento, que, si lograra constituirla en buenas condiciones, es decir, formar una asociación que en un día determinado pudiera surtir la plaza de pan y carne, estableciendo tablas reguladoras de los precios, por fuerza influiría en arrojar sin violencia de estas transacciones todos los intermediarios que encarecen la vida interponiéndose entre el agricultor y el ganadero, y los consumidores.

Creemos que conviene fijarse en este asunto, y que cada cual debe ayudar al Ayuntamiento exponiendo con franqueza sus ideas.

Escritas las líneas anteriores, leemos en *La Época* que se ha constituido una asociación para tomar en arriendo el servicio del matadero y combatir el monopolio de la venta de la carne. Los nombres respetables que figuran en la lista de suscrición abierta en la Asociación General de Ganaderos, y las cantidades ya aportadas, nos hacen esperar mucho de tan importante sociedad. ¿No podría hacerse un servicio igual, con una asociación que tuviese por objeto abaratar el pan, el vino, el aceite y los combustibles? El abuso es ya tan cruel, que no hay otro remedio sino que los vecinos de Madrid defiendan de este modo su estómago y su bolsillo, porque no creemos que haya ninguna capital en que se saquee de tal modo al vecindario. Se puede decir que en Madrid la propiedad no existe: tan mermada está por los picotazos que dan en ella las aves de rapiña.

***

Se ha hablado tanto en este siglo, que al público que llenaba en otro tiempo las tribunas, ávido de emociones políticas, ha sucedido un público de curiosos, que asiste á una tertulia de confianza, en donde hablan en voz alta los hombres más en boga. Así se ha podido satisfacer en estos días oyendo explicar en el Congreso la causa de no haberse hecho la conciliación que se procuraba entre los diversos grupos liberales, explicación de la cual resulta que si antes de la aclaración estaban obscuros los hechos, después de explicados quedan todavía más obscuros.

Por las discusiones del Congreso hemos sabido con satisfacción el acto de cortesía realizado por el Sr. Castelar, con motivo de la enfermedad del Rey niño. Hace un año, la Reina Regente tuvo la atención de dar el pésame al gran orador republicano, que acababa de perder á su hermana: el Sr. Castelar ha felicitado á la Reina por la salvación de su hijo: aquel pésame y esta felicitación son dos actos de consideración particular que honran á quienes los hicieron y que revelan alteza de sentimientos.

***

El triunfo de la Srta. Pacini cantando la *Somnambula* ha sido una de las emociones de estos días: la Srta. Pacini ha tenido la fortuna de hacer olvidar con su talento y su juventud hasta la famosa causa del asesinato del escribano Gouffé, que es hoy el asunto europeo por excelencia. Tiene razón un periódico al hacer notar que aquel proceso puede dividirse en capítulos y formar una novela interesante. Falta el epílogo todavía, que no podrá escribirse mientras Eyraud el asesino se pasee libremente por América. ¿Continuará en los Estados Unidos? ¿Se habrá refugiado en alguna de las repúblicas del Sur? ¿Leerá estas líneas? Y si las lee, ¿sonreirá creyéndose completamente seguro? ¿O temblará temiendo ser descubierto por eso que llamaba Edgardo Poé el corazón revelador?

***

Como la epidemia ha dejado convalecientes á la mitad de los vecinos de Madrid, creemos hacerles un favor anunciando que se han abierto las cámaras de temperatura en el establecimiento de Aguas sulfhídricas y sulfurosas artificiales que dirige el doctor D. José Olavide, en la calle de Olózaga, núm. 1. Los enfermos pueden tomar, preparados por estufas húmedas y secas, baños y duchas sulfurosas de vapor, aromáticos, hidrargíricos, etc., además de los servicios hidroterápicos é inhalaciones de que hablamos en la inauguración de aquel establecimiento salutífero, donde hay también camas de sudación y de descanso y cuantas comodidades y servicios se encuentran en los balnearios á la moda.

Como es un establecimiento útil en esta época de enfermedades, y puede devolver la salud á alguno de nuestros lectores, llamamos su atención con el mayor desinterés, porque no tenemos parte en el negocio.

***

Hablábase de la cuestión de subsistencias y la necesidad de abaratar la vida en esta capital.

—Sólo conozco un medio, pero es infalible—decía un cesante.

—¿No comer?

—Ese tiene un inconveniente: que no se puede prolongar. El mío es vivir á costa ajena.

—¿Conque dices que ese hombre tan respetado no es respetable?

—Ha engañado á todo el mundo.

—Menos á tí.

—A mí también. Yo le he formado causa dentro de mi conciencia, le he enviado á presidio y se me ha escapado siempre.

—No me explico de qué manera viaja ese gigantón—decía un joven contemplando al egipcio que se exhibe en la calle de Alcalá.

—Pues es muy fácil: cuando le remiten al extranjero, sus dueños le desarman.

La señora sacude á su marido, que da, durmiendo, desaforados gritos, y le dice:

—Despierta, Juan, despierta.

—¿Qué es eso?

—Que tienes pesadilla.

—No, mujer: me has cortado un sueño delicioso: no te lo perdonaré jamás.

—¡Pero, hombre, si dabas unos gritos lastimosos!

—Estaba cantando un aria en el teatro Real.

—¿Y cantabas aquello? Pues te he evitado una silba.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. EDUARDO BERMÚDEZ REINA,

ministro de la Guerra.

El nombramiento del Excmo. Sr. D. Eduardo Bermúdez Reina para el alto cargo de ministro de la Guerra, ha sido recibido con satisfacción y plácemes en los círculos militares; el Sr. Bermúdez Reina (véase su retrato en la plana primera) está considerado en el ejército español como soldado valeroso, general experimentado, hombre de vasta instrucción, y registra en su hoja militar más de cuarenta años de buenos servicios.

Nació en Sevilla, el 9 de Noviembre de 1831, é ingresó en el ejército en clase de cadete de artillería en 1844, y por su extraordinaria aplicación y claro talento fué en seguida apreciadísimo por sus profesores y nombrado *subbrigadier*, distinción que entonces se otorgaba á los alumnos más sobresalientes; concluyó sus estudios, y fué ascendido á teniente de artillería en 1850; en Julio de 1856 se encontró en los sucesos de Sevilla, acompañando al Capitán general en la columna de operaciones formada para ir á Málaga y otros puntos pronunciados; concurrió á las batallas más importantes de la campaña de Africa, siendo recompensado con la cruz de San Fernando y con el empleo de comandante de caballería; en Madrid, en los sucesos del 22 de Junio de 1866, defendiendo la causa de la disciplina y el orden, ganó el empleo de teniente coronel de caballería, y en 1868 fué destinado en clase de oficial segundo al Ministerio de la Guerra, donde continuó prestando sus servicios hasta 1871, en que hizo renuncia de dicho cargo por haber sido elegido diputado á Cortes en el distrito de Carmona.

Habiendo estallado la guerra carlista, el Sr. Bermúdez Reina fué destinado, en 1872, á las órdenes del Sr. Duque de la Torre, general en jefe del ejército de las Provincias Vascongadas y Navarra, y concurrió á las pricipales operaciones militares efectuadas entonces en Guipúzcoa y Navarra, siendo luego nombrado gobernador militar de la plaza de Bilbao; en 1873 fué elegido oficial de la clase de primeros del Ministerio de la Guerra, y al día siguiente de hacerse cargo de aquel destino, quedó encargado del despacho de los asuntos de la secretaría general.

«Las circunstancias graves (dice un biógrafo del Sr. Bermúdez Reina) por que entonces atravesaba el país con motivo de la guerra carlista é insurrección cantonal de Cartagena, reclamaban con imperiosa urgencia la necesidad de allegar elementos con que combatirlas; entre éstos fueron la reorganización de la disuelta arma de artillería, el llamamiento de 100.000 hombres, adquisición de vestuario, armamento, equipo, etc.; y el entonces coronel Bermúdez, con una inteligente iniciativa y actividad incansable, inspirado en su patriotismo, no sólo secundaba al Ministro, sino que organizaba los cuadros y resolvía con extraordinario acierto cuantas dificultades se presentaban.»

Por tan relevantes servicios fué nombrado, en propiedad, secretario general del Ministerio de la Guerra; en Julio de 1873 ascendió al empleo de brigadier, y luego desempeñó el cargo de jefe de Estado Mayor del ejército de Cataluña; en Noviembre de 1881 recibió la faja de mariscal de campo, y hace pocos meses obtuvo la de teniente general de ejército.

Ha sido también comandante general de división en Castilla la Nueva, subsecretario del Ministerio de la Guerra, ministro del Supremo de Guerra y Marina, presidente de la Junta especial de Infantería en la consultiva de Guerra, fiscal militar del Consejo Supremo de Guerra, segundo cabo de la Capitanía general de Valencia, y jefe de la primera dirección del Ministerio de la Guerra, y ha representado en el Congreso de los Diputados á los distritos de Carmona, como ya hemos dicho, y Sevilla, su ciudad natal.

***

EXCMO. SR. D. JUAN ROMERO Y MORENO,

ministro de Marina.

El distinguido general de la Armada que hoy ocupa el primer puesto en la administración de este importante ramo del Estado, ofrece el notable ejemplo contemporáneo de cómo un hombre consagrado exclusivamente al desempeño de los deberes de su profesión, y apartado por completo de la política, puede ser llamado á ocupar los más altos puestos por sus propios merecimientos, por su inteligencia y laboriosidad.

El contraalmirante Sr. Romero y Moreno, desde Octubre de 1842 en que obtuvo su nombramiento de guardia marina, después de brillantes exámenes en el Ferrol, pueblo de su naturaleza, hasta el día, cuenta cuarenta y siete años de servicios, en-

tre ellos más de veintiséis embarcado, cuyo historial hace resaltar en todos los actos de su vida militar y marinera las dos condiciones en que podrían condensarse todas las que exige la ordenanza al buen militar: disciplina y dotes de mando; ó sea: saber obedecer, y hacerse obedecer.

Quizás ningún Ministro de Marina se haya encargado de su departamento, en lo que va de este siglo, en circunstancias más difíciles y complicadas que las actuales; pero muy pocos serán los que duden, entre las diferentes clases de la Armada, de que el general Romero reuna las condiciones necesarias para resolver las dificultades en el personal y las complicaciones del material con el vigor y acierto que unas y otras exigen; porque bajo una apariencia flexible y condescendiente, muestra en todos sus actos extraordinaria energía de carácter y gran profundidad de convicciones.

Registra en su larga carrera varios episodios que justifican aquella creencia, y siempre se ve en ellos al hombre sereno en el peligro, que se crece ante las dificultades y se arroja á su encuentro; y entre esos episodios merece citarse uno que hemos oido referir á testigos oculares, y que ocurrió en la guerra de Africa, durante la cual el general Romero sirvió el cargo de segundo comandante de la fragata *Blanca*. Al concluirse el bombardeo de los fuertes de Larache, y en un momento en que el comandante de la fragata había bajado á revistar las baterías, quedó con el mando de cubierta el entonces teniente de navío D. Juan Romero, quien apercibiéndose de que al navío *Isabel II* le habían faltado los remolques que tenía dados al vapor del mismo nombre, y derivaba rápidamente hacia la costa, aproximándose á los fuertes, hizo avanzar la fragata *Blanca* hasta colocarse entre la popa del navío y la costa, evitando con este acto de arrojo, de su propia iniciativa y responsabilidad, una catástrofe muy posible en las circunstancias que concurrían en el caso.

No tan sólo fué aprobada la audaz maniobra por el comandante de la fragata, sino que lo fué igualmente por el general de la escuadra Sr. Conde de Bustillo, quien lo señaló así á todos los demás buques, mereciendo posteriormente grandes elogios de la prensa, que refirió las operaciones contra los fuertes de la costa de Africa.

El general Romero, si es acaso un poco nervioso en la expresión de sus pensamientos, posee una dicción fácil y flexible, discute con el acento del que busca la verdad sin pretender monopolizarla, y ofrece el raro caso de un hombre, ya en la edad madura, que si bien respeta la tradición y las teorías abstractas, es ardiente partidario de las ideas modernas y de los hechos concretos.

Muchas son las personas que tienen la confianza de que la administración, larga ó corta, del general Romero, ha de dar resultados beneficiosos al país en general, y á la marina en particular, y que en su paso por el alto puesto á que S. M. la Reina Regente se ha dignado llamarle, conquistará nuevos y brillantes laureles.

***

LISBOA:

El monumento de Camoens cubierto con gasa de luto, con motivo del conflicto anglo-portugués.

En números anteriores hemos expuesto con alguna amplitud las diversas fases del conflicto anglo-portugués, y nuestros lectores saben que Portugal ha cedido ante la fuerza, reservándose el derecho de apelación á las potencias signatarias del Tratado de Berlín, violado por la soberbia Inglaterra; pero la humillación inevitable sufrida por el Gobierno lusitano dió origen á graves manifestaciones populares de protesta en Lisboa, Oporto, Coimbra y otras ciudades portuguesas.

A una de esas manifestaciones se refiere nuestro primer grabado de la pág. 60, hecho sobre fotografía directa que nos ha remitido nuestro celoso corresponsal en Lisboa, D. Francisco Pons Junior: representa el monumento de Camoens en la tarde del 14 del corriente, cuando los manifestantes velaron con gasas negras las estatuas de portugueses ilustres que decoran el pedestal, «para que no se ruborizasen (escribe *O Commercio*) de las humillaciones de la patria.»

***

SANTIAGO DE CHILE:

Conducción del cadáver del Excmo. Sr D. Enrique Vallés, ministro plenipotenciario de España, á la estación central del camino de hierro de Valparaíso.

El 21 de Noviembre próximo pasado murió en Santiago de Chile el Excmo. Sr. D. Enrique Vallés y Soler de Aragón, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de España en la República de Chile; y el Gobierno de la nación, el Cuerpo diplomático, la alta sociedad de Santiago y de Valparaíso, y singularmente la numerosa colonia española de esas dos poblaciones, han dado notables muestras del profundo sentimiento de pena que les causaba la prematura muerte del diplomático español, tributando á sus restos pública y solemne manifestación de duelo.

Era el Sr. Vallés sucesor directo de la antigua y noble familia solariega de Vallés de Manso-Suan, en Santa María de Bellver, provincia de Barcelona, y fueron sus padres D. Salvador Vallés y Batlle de Manso-Suan, y D.a Francisca Paula Soler de Aragón y de Aragonés; hizo los principales estudios, base de su esmerada ilustración, en la Universidad de Barcelona primero, y más tarde en la de Madrid, y en esta última obtuvo, después de brillastes pruebas, el título de licenciado en Ciencias, Derecho civil y canónico; desde la edad de diez y ocho años ingresó en la carrera diplomática de España, prestando buenos servicios, sucesivamente, en las embajadas de España en Roma, Constantinopla y Washington, después en la de Londres y en la de Berlín, en las cuales fué primer secretario; en 1880, habiéndose ya firmado el tratado de paz de España con el Perú, fué el Sr. Vallés acreditado en esta nación con el carácter de encargado de Negocios, y negoció y firmó en la capital de la nación peruana el tratado de paz de Chile; en 1884 fué acreditado ministro residente de su patria en Santiago, y cuatro años más tarde, en 1888, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, ascenso á que el Sr. Vallés se hizo merecedor por sus importantísimos servicios, y que el Gobierno y la nación chilena, justos apreciadores de las prendas que le adornaban, aplaudieron sinceramente.

Entre las muchas condecoraciones honoríficas con que fué agraciado el Sr. Vallés y Soler de Aragón, tanto de parte del Gobierno de su patria como de extranjeras naciones, enumeraremos las principales: gran cruz del Mérito Naval, la cruz de segunda clase de la Corona de Prusia, el título de caballero del Santo Sepulcro de Jerusalén, gran cruz de la gran Orden de Isabel la Católica, comendador de la de Alberto de Sajonia, del León de Zaebringe, del gran ducado de Baden, con la corona de encina del Halcon Blanco de Sajonia Weimar, cruz de segunda clase del Aguila Roja de Prusia, de tercera clase del Metjidié de Turquía y caballero de la Real Orden de Carlos III.

El día 25, á las ocho de la mañana, se verificó la conducción del cadáver, desde el palacio de la Legación de España (calle de la Moneda) á la Estación central de Ferrocarriles, para trasladarle á Valparaíso, y darle cristiana sepultura en el mausoleo de la Sociedad Española de Beneficencia.

La comitiva fúnebre se puso en marcha por este orden:

Batidores de cazadores á caballo; carro mortuorio de gran gala, escoltado por la guardia de honor; carro con coronas; carruajes del Gobierno, de la Legación, del Cuerpo Diplomático, de las comisiones de las Sociedades españolas, de toda la comitiva oficial, de particulares, etc.; regimiento de artillería número 2; batallones Buin 1.º de línea y Arica 4.º de línea; regimiento de cazadores á caballo; bandas de música que tocaban marchas fúnebres.

Llegada la comitiva á la catedral, se depositó el féretro en suntuoso catafalco, colocado en la nave central, y las tropas quedaron formadas en la plaza de Armas; el templo estaba magnificamente adornado é iluminado con profusión, ofreciendo imponente golpe de vista; presidió la fúnebre ceremonia el ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Castellón, teniendo á su derecha al decano del Cuerpo Diplomático Sr. Uriburu, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República Argentina, y á su izquierda al Sr. D. Manuel Chinchilla, secretario de la Legación de España y actual encargado de negocios; ocupaban los asientos de honor los Sres. Ministro de Estado, Cuerpo Diplomático, altos funcionarios, senadores, diputados, generales y jefes del ejército, intendente, comisiones de las Sociedades españolas de Beneficencia y Filantrópica de Santiago, comisión de la Sociedad de Beneficencia y Círculo Español de Valparaíso, la colonia española en masa, etc., etc., y una concurrencia numerosísima llenaba todas las naves de la catedral.

Ofició la misa el Vicario general del Arzobispado, y un conjunto de voces con acompañamiento de órgano ejecutó admirables composiciones durante la ceremonia, sobresaliendo el *Dies iræ*.

Terminadas las honras, la comitiva prosiguió la marcha hasta la Estación Central, donde el Sr. Castellón, ministro de Relaciones Exteriores, pronunció un sentido discurso para enaltecer la memoria del que fué ministro plenipotenciario de España en Chile, D. Enrique Vallés, honradísimo ciudadano, distinguido caballero y leal servidor de su patria.

Acto continuo partió el tren para Valparaíso, y el cadáver del Sr. Vallés fué sepultado, en la tarde del 26, en el nicho núm. 31 del citado mausoleo, siendo lacrada y sellada la lápida con las armas Reales de España, en presencia de D. Manuel de Chinchilla, encargado de Negocios; D. Ramón Fernández de la Reguera, cónsul de España en Valparaíso; el Sr. Rioja, vicecónsul de la misma nación, y los presidentes de las Sociedades de Beneficencia Española de la misma ciudad y de Santiago.

Nuestro segundo grabado de la pág. 60, hecho sobre fotografía directa (que debemos á la fina atención de D. Aristarco R. Menica, director de *El Noticiero Español*, de Santiago de Chile), representa á la fúnebre comitiva al salir de la catedral, en la plaza de Armas.

Descanse en paz el Sr. Vallés y Soler de Aragón.

***

TURÍN: EL CADÁVER DEL PRÍNCIPE AMADEO DE SABOYA

en el lecho mortuorio

El Duque de Aosta ha fallecido en el palacio de la Cisterna, propiedad que fué de su primera esposa la princesa María Victoria Dal Pozzo della Cisterna, y situado entre las calles María Victoria y Carlos Alberto, en Turín; y á pesar de la exquisita vigilancia que allí reinaba, por disposiciones dignas de respeto, ha logrado penetrar en la Cámara mortuoria la mirada de un fotógrafo, como auxiliar del ilustre pintor Grosso, encargado de hacer dos retratos del príncipe Amadeo yacente, uno para el Rey de Italia y otro para la desconsolada viuda, princesa Leticia Bonaparte.

Nuestro primer grabado de la pág. 61 (hecho sobre fotografía directa que hemos recibido de nuestro activo corresponsal en Turín) representa el cadáver del Príncipe en el lecho mortuorio: la estancia es angosta y está decorada con retratos de familia; en medio aparece el lecho (que es el de bodas), de fondo blanco recamado de oro, y colgado de damasco gris perla; viste el cadáver uniforme, de gala, de general, y tiene sobre el pecho numerosas condecoraciones; rodéanle espléndidas coronas y ramos de flores frescas, que eran renovadas cada hora.

La misma cámara mortuoria fué transformada en capilla ardiente, colocándose diez y seis candelabros alrededor del féretro, y velaron el cadáver los ayudantes del Príncipe y los oficiales del regimiento de caballería de la guarnición de Turín.

En la *Crónica de Europa*, del Sr. Conde de Coello, que publicamos en la pág. 60, encontrarán nuestros lectores amplia reseña de la enfermedad, temprana muerte y solemnes funerales del malogrado príncipe Amadeo de Saboya

¡Dios le haya acogido en su seno!

***

BÉLGICA:

El palacio Real de Laeken, después del incendio.

Nuestros lectores han tenido ocasión de conocer, por los periódicos diarios, la reseña detallada del incendio que ha transformado en montón de ruinas y cenizas una residencia Real, célebre por los tesoros artísticos que contenía.

El rey de los belgas, Leopoldo II, mientras daba audiencia pública en su palacio de Bruselas, el 1.º del corriente, al Cuerpo diplomático y á las diputaciones de los altos Cuerpos del Estado, recibió un telegrama que lacónicamente le anunciaba el incendio del palacio Real de Laeken; y el Monarca, aunque esta dolorosa noticia le impresionó vivamente, prosiguió recibiendo el homenaje de las autoridades civiles y militares, y contestando á todas con su tradicional benevolencia.

La Reina abandonó la recepción oficial, y dirigióse en el acto á Laeken, donde había dejado, en la mañana del mismo día, á su hija menor, la princesa Clementina, en compañía de su aya la señorita Drancourt; pero la joven Princesa se había salvado, huyendo precipitadamente del palacio en llamas.

No fué tan afortunada el aya, quien, después de dejar en salvo á la augusta niña, intentó subir á sus habitaciones para librar del fuego algunas alhajas que ella tenía en grande estima, y sucumbiendo á la asfixia, cayó en la escalera para no levantarse más: tres días más tarde fué encontrado el cadáver carbonizado de la desgraciada señorita Draucourt, única víctima del incendio.

Este comenzó por los caloríferos, y en menos de una hora se extendió, por el ala derecha, á todo el edificio, el cual presenta hoy día la triste apariencia que señala nuestro segundo grabado de la pág. 61: todo el interior destruído, las columnas y las estatuas rotas, los balcones y ventanas carbonizados; pero se ha logrado salvar (aunque se dijo lo contrario en los primeros telegramas) muchas obras de arte, cuadros, esculturas, mosaicos, tapicerías, etc., y singularmente los papeles personales del Rey.

Dícese que el comandante Shaw, jefe de los bomberos de Londres, cuando visitó el palacio hace pocos meses, y observó la profusión de madera que formaban los entramados, techos, cubiertas y postes del edificio, anunció que éste «ardería como una caja de cerillas»; y la catástrofe del día 1.º del actual ha confirmado la siniestra predicción de aquel *especialista de incendios*, como se le llama en Londres.

El palacio de Laeken fué construído en 1782, á expensas del príncipe gobernador de los Países Bajos austriacos, Alberto de Sajonia-Teschen; en 1792, el general Dumouriez, que allí moró después de la batalla de Jemmapes, envió á París gran parte de las riquezas artísticas en él reunidas; puesto á la venta, como propiedad austriaca, después del tratado de Luneville, adquirióle el prefecto de Dyle, por orden del emperador Napoleón I, quien habitó en Laeken varias veces, y se dice que allí redactó su plan de la invasión de Rusia; también residieron en Laeken, aunque pocos días, la emperatriz Josefina, en 1811, y la emperatriz María Luisa, en 1814; posteriormente fué propiedad del rey de los Países Bajos, y el Gobierno de Bélgica le compró á Guillermo de Orange en 1839.

El rey Leopoldo II ha dado orden para reconstruir el incendiado palacio.

***

BELLAS ARTES.

Mañana de niebla, dibujo original de Sidney Cowell. *La Puérpera*, cuadro de D. Salvador Sánchez Barbudo. *Fin del árbol de Navidad*, cuadro de O. Pilk. *En el vestíbulo del teatro Real*, por D. Manuel Domínguez.

El dibujo de Sidney Cowell que publicamos en el grabado de la pág. 64 representa una escena característica de Londres en los tristes días del invierno: niebla opaca de color ceniciento, húmeda y fría como polvo de hielo, se extiende sobre las calles de la gran ciudad; los carruajes marchan lentamente, prevenidos sus conductores por las voces ásperas de los *policemen*; las gentes de á pie cruzan de una acera á otra con precaución meditada; á veces hay que encender el gas en pleno día, para que los faroles y reverberos, que aparecen envueltos en gasa obscura, sirvan de faro y guía á los transeuntes.

En la pág. 65 damos á conocer un nuevo cuadro del distinguido artista D. Salvador Sánchez Barbudo, autor de *Hamlet* y *Salón de esgrima*: titúlase *La Puérpera*, y ha sido reproducido en madera, según fotografía, por el reputado grabador italiano F. Cantagalli.

La nueva madre, sentada en ancho sillón y sobre mullidos y blancos almohadones, recibe la visita de enhorabuena de sus parientes y amigos; cerca de ella aparece la cuna, envuelta en finos encajes, donde duerme el recién nacido, á quien contemplan dos lindas muchachas; enfrente se encuentra el anciano obispo de la diócesis, rodeado de sus familiares, y en el sofá están otras personas que con ellos mantienen conversación animada.

El fondo es de gran riqueza de ornamentación: alfombras y tapices, espejos y cornucopias, colosales macetas y jarrones de porcelana, todo artístico y elegante.

Ya han pasado los días de Navidad y Reyes, y se han extinguido los alegres ecos del villancico y la ronca vibración del tamboril y la pandereta; ya los niños han recibido los dulces y juguetes que estaban colgados en las ramas del árbol de Nöel, con lazos de colores y entre brillantes lucecitas.

¡Fin del árbol de Nöel! Toma el abuelo la frondosa rama de pino, córtala en pedazos, arroja la hojarasca á la chimenea y al hogar, y hace del tronco más grueso algunos sencillos objetos que conmemoren la fiesta de familia; y sus dos nietezuelos contemplan, no sin pena, cómo desaparece aquel árbol simbólico, que fué para ellos y sus amiguitos emblema de alegría y dicha.

El artista alemán Pilk ha consignado este episodio familiar en el lindo cuadrito que publicamos en el segundo grabado de la pág. 68.

Manuel Domínguez, el distinguido artista que fué presidente de la Sección de Bellas Artes de España en la Exposición de París, es autor del interesante dibujo que reproducimos en el grabado de la pág. 69.

En el vestíbulo del Real es una escena de costumbres madrileñas que se repite en el regio coliseo, ante la puerta de ingreso al elegante *foyer*, todas las noches de espectáculo.

Bien se conoce en esa linda composición, *naturalista* de buen género, el magistral lápiz del autor de *La Muerte de Séneca*.

***

EXCMO. SR. D. FERNANDO CALDERÓN COLLANTES,

primer marqués de Reinosa.

En la pág. 68 damos el retrato del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Fernando Calderón Collantes, primer marqués de Reinosa, que falleció en Madrid, cerca de los setenta y nueve años de edad, el 9 del corriente.

Nació en Reinosa (Santander), el 21 de Febrero de 1811, descendiente de antigua y esclarecida familia montañesa, y era el pariente más próximo del gran poeta dramático D. Pedro Calderón de la Barca, según se acreditó hace pocos años con motivo del Centenario del inmortal autor de *La Vida es sueño*; dió principio á sus estudios en su villa natal, prosiguiéndolos, hasta graduarse de doctor en leyes, en la Universidad de Santiago, todos con brillantez y aprovechamiento; siguió la carrera judicial, empezando por servir una modesta plaza de promotor fiscal, para llegar, tras luengos años de servicios y merecimientos, á la elevadísima de presidente del Tribunal Supremo de Justicia, pasando por todas las categorías y grados de dicha carrera, en la cual dejó bien sentada reputación de magistrado hábil é integérrimo, trabajador é instruído.

Mezclado en la política desde 1844, en que fué elegido por vez primera diputado á Cortes, obtuvo la representación de sus electores en todas las legislaturas, hasta 1862, conquistando fama de orador intencionado y elocuente, y de político formal y de buena fe, cualidades las dos últimas que sobresalían también en su vida privada.

El Sr. Calderón Collantes fué senador vitalicio desde 1865 hasta 1868, diputado á Cortes en las Constituyentes de 1869 á 1872, senador electivo de 1871 á 1873, miembro de la Asamblea de 1873, senador elegido por numerosos sufragios en 1876, y senador vitalicio, por último, nombrado por la Corona en 1877, cargo que aun ejercía, juntamente con el de académico de Ciencias Morales y Políticas, por haberse retirado de todo trabajo más activo desde su jubilación de presidente del Tribunal Supremo, pues aunque su robusta naturaleza y su excelente estado de salud le hubieran permitido combatir con ventaja en todos los palenques, su mucha edad y los constantes ruegos de sus hijas le retraían de la vida activa de la política.

Fué ministro de Gracia y Justicia en 1865 con el general O'Donnell, y otra vez ministro del mismo departamento y luego de Estado, desde la Restauración hasta 1879, año en que pasó á la presidencia del Tribunal Supremo, habiendo autorizado como notario mayor del reino (cargo inherente, según es sabido, á los ministros de Gracia y Justicia) el matrimonio de D. Alfonso XII con D.a María de las Mercedes de Orleans; fué también consejero y presidente de sección en el Consejo de Estado, y en 1878 se le hizo merced de título de Castilla, con la denominación de Marqués de Reinosa.

Como vocal del Consejo del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid dejó gratísimos recuerdos, y como individuo y presidente de sección de la Comisión general de Codificación trabajó mucho y durante largos años, ejecutando además innume-

rables trabajos académicos, forenses, legislativos, etc., velados casi todos por el anónimo de su gran modestia, de la cual pudiéramos citar más de un rasgo, no acostumbrado en estos tiempos y en tan altas posiciones.

Conservador convencido, y hombre de los que más eminentes servicios han prestado á su partido, estaba alejado de la política activa desde la muerte de D. Alfonso XII, según terminantemente declaró en ocasión solemne, pero sin que su alejamiento significara desvío de hombres que fueron sus compañeros, ni de ideas que constituían el credo de toda su vida, sino amor á la paz y disgusto de discordias, dañosas á la patria y á la monarquía, sus ideales, con la religión y la familia.

Católico sin ostentación; caritativo, sin que su mano izquierda supiera casi nunca lo que daba con la derecha; bondadoso en extremo, modesto hasta la exageración, atento en el trato social, afable con sus inferiores, y, sobre todo, amante de su familia, era D. Fernando Calderón Collantes uno de los pocos representes que aun quedan de la generación de ilustres varones que tan alto ejemplo y enseñanza tan noble han legado á los que hoy vivimos.

Era caballero del Toisón de Oro, y poseía el collar y la gran cruz de Carlos III, y estaba además condecorado con las grandes cruces de Cristo de Portugal, Leopoldo de Austria, Estrella polar de Suecia, Águila Blanca de Rusia, Legión de Honor de Cambodja, Salvador de Grecia, Nischam Iftijar de Túnez, Sol Naciente del Japón, etc., etc.

¡Descanse en paz!

***

RETRATO DEL CÉLEBRE BARÍTONO JORGE RONCONI, profesor de la Escuela Nacional de Música y Declamación. — (Véase el artículo correspondiente, pág. 62.)

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

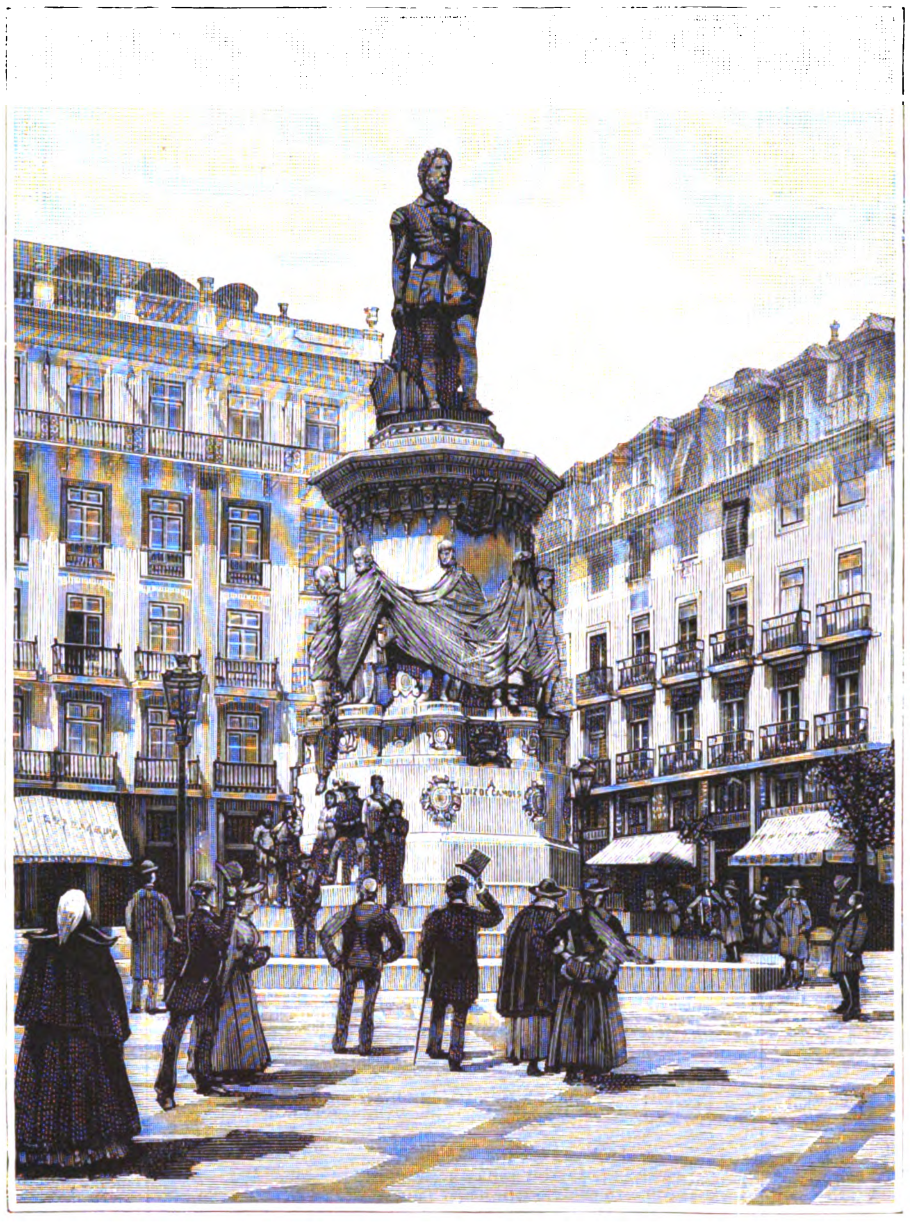
CRÓNICA DE EUROPA.

SUMARIO.

La emperatriz Augusta. — Enfermedad, muerte y funerales del Duque de Aosta. — La Superga. — Recuerdos. — Inglaterra y Portugal. — Calma en Francia. — Muerte de lord Napier, duque de Magdala. — La Encíclica de León XIII.

Tenía razón sobrada la emperatriz Augusta al pensar que el mes de Enero era fatal para las familias soberanas. Felizmente que hemos sentido una excepción gratísima en nuestra España, donde Dios, apiadado de los dolores de una Reina augusta y de los votos de la nación, ha salvado al joven Príncipe á quien, con más razón aún de cuando lo hice en el Senado, podría llamar el Rey del milagro. Pero en Enero murieron Guillermo IV y la célebre reina Luisa; se suicidó por modo tan desastroso el Archiduque de Austria-Hungría, cuyo aniversario luctuoso se ha celebrado en Meyerling, y sucumbió, con la misma rapidez del mal terrible que ha llevado á la tumba al Duque de Aosta, su augusto padre el rey Víctor Manuel, como en Inglaterra el pacificador de la India y vencedor de Theodoro de Abisinia.

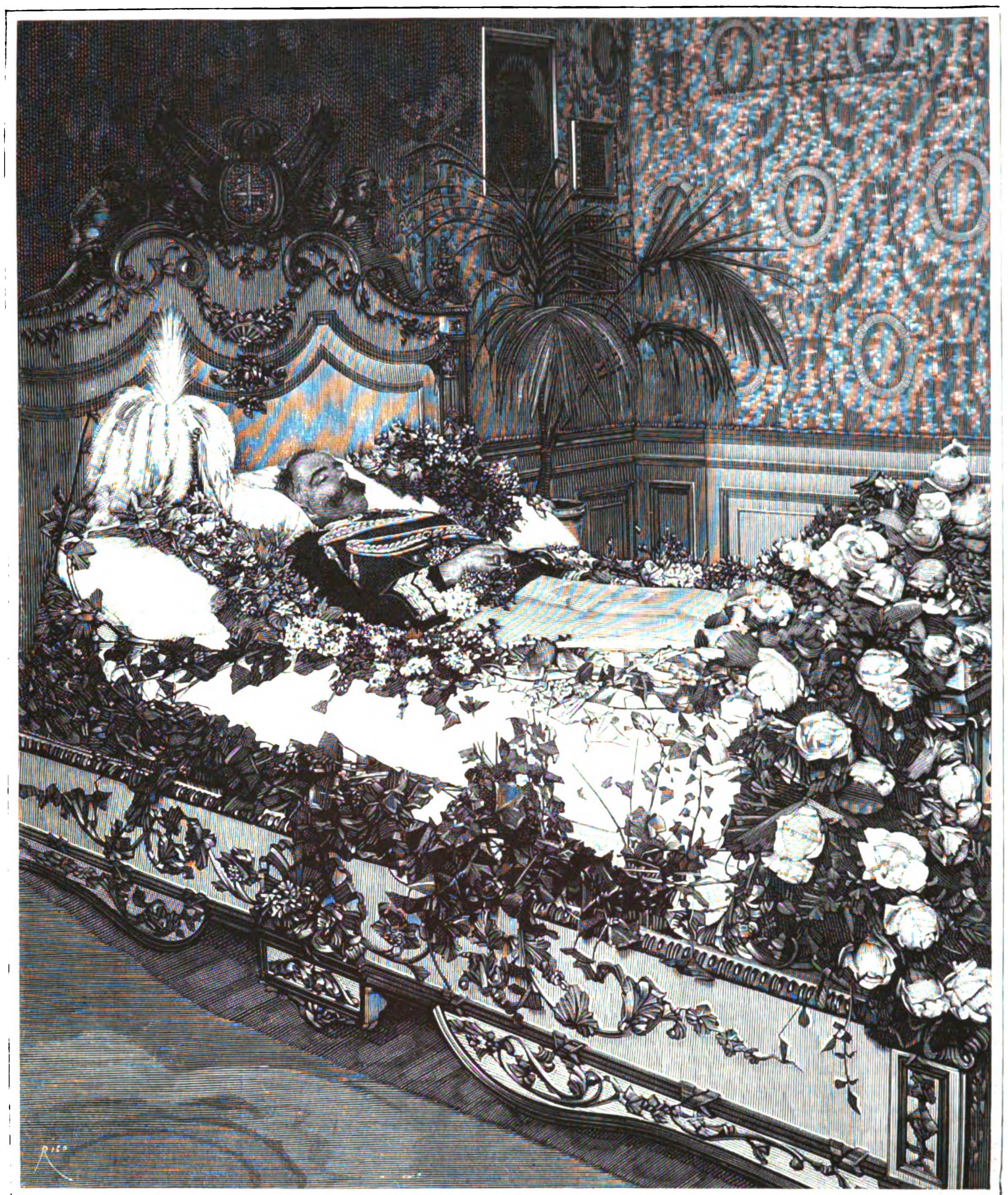
No hace todavía dos años que los centenares de miles de viajeros que acudieron á Berlín para asistir á las fiestas espléndidas y, sobre todo, patrióticas del jubileo de Guillermo I, veían doquiera aquel cuadro pintoresco de cuatro generaciones de emperadores, vivientes ó futuros, que, publicado por LA ILUSTRACIÓN, también constituían como el orgullo de cada una de las familias del Imperio alemán. De aquel árbol soberano, el tronco y una de sus más frondosas ramas han desaparecido ante el vendaval de la vida en el espacio de un año, y la emperatriz Augusta ha ido á unir su alma en región más serena, y sus restos mortales en el panteón donde reposa la gran reina Luisa de Prusia, con los de su excelso esposo, el fundador del Imperio germánico, y con los de su hijo el emperador Federico III, y su amado nieto el Príncipe de Baden. No es á fines de Enero tiempo á propósito ya para referir lo que ha sido la muerte piadosa de una soberana que, en medio de la nación más militar del mundo, del pueblo más apegado á sus creencias evangélicas y más apasionado en su lucha secular contra la Francia por la posesión del Rhin, fué enemiga de las guerras, por más que, patriota, una vez iniciadas, celebrase las victorias de Sadowa y Sedán; que sintió piedad cristiana ante los verdaderos ejércitos de prisioneros franceses que inun-



LISBOA. — EL MONUMENTO DE CAMOENS CUBIERTO CON GASA DE LUTO, CON MOTIVO DEL CONFLICTO ANGLO-PORTUGUÉS.

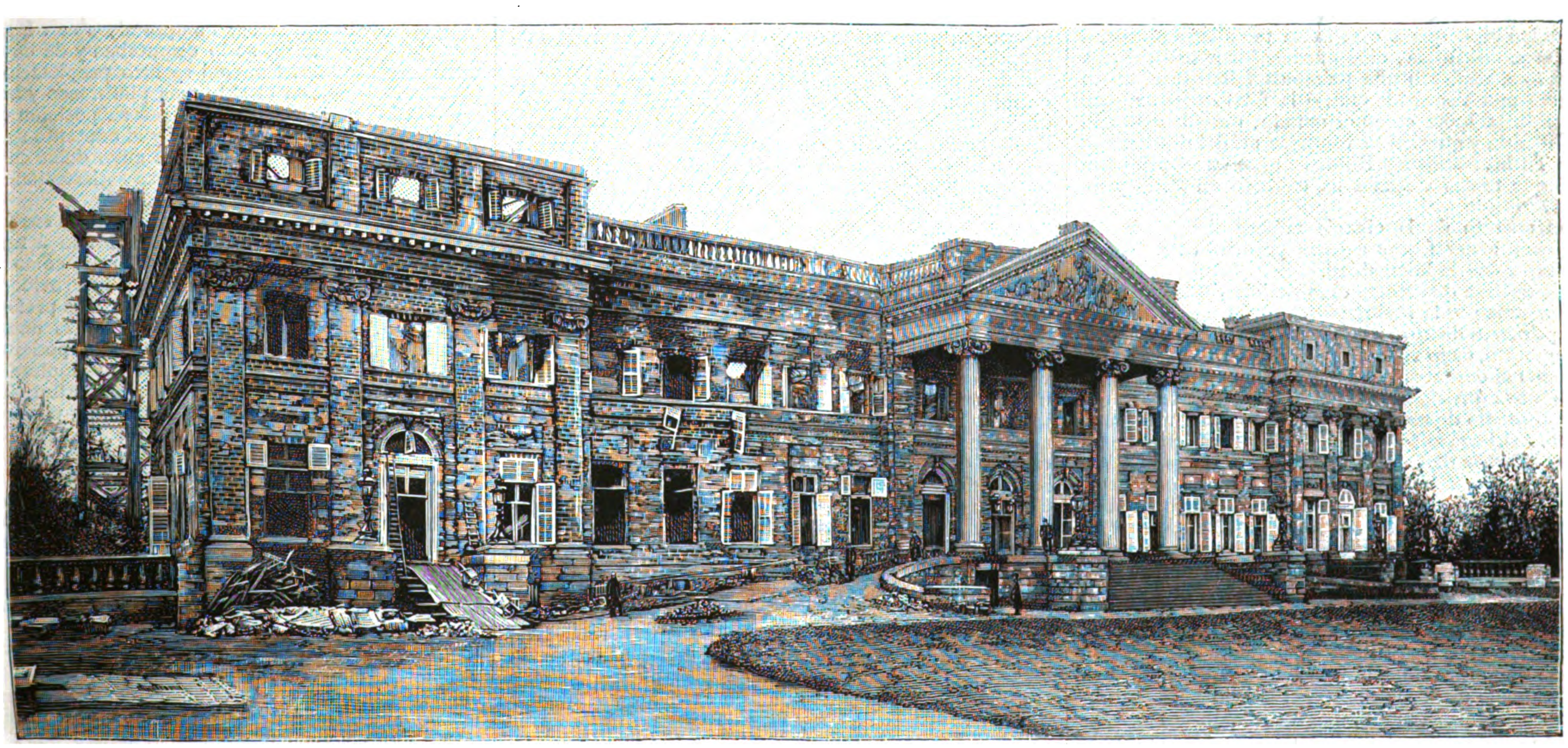


SANTIAGO DE CHILE. — CONDUCCIÓN DEL CADÁVER DEL EXCMO. SR. D. ENRIQUE VALLÉS, MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE ESPAÑA, Á LA ESTACIÓN DEL CAMINO DE HIERRO, PARA SER TRASLADADO Á VALPARAÍSO. — (De fotografía remitida por D. Aristarco R. Menica, de Santiago.)



TURÍN.—EL CADÁVER DEL PRÍNCIPE AMADEO DE SABOYA, DUQUE DE AOSTA, EN EL LECHO MORTUORIO.

(De fotografía directa, remitida por nuestro corresponsal en Turín.)



PALACIO REAL DE LAEKEN (BÉLGIGA).—FACHADA PRINCIPAL DEL EDIFICIO, DESPUÉS DEL INCENDIO DE 1.º DEL CORRIENTE.

(De fotografía.)

daron la Alemania, y que, siguiendo ella, Reina y Emperatriz protestante, correspondencia elevada con el célebre Obispo de Orleans, gloria de la Iglesia francesa, como en su juventud la había mantenido con Goethe, en la modesta corte de su padre, la Atenas entonces de Alemania, luchó contra la prepotencia del Príncipe de Bismarck, hasta conseguir del gran Canciller, y, sobre todo, de su esposo el emperador Guillermo, que devolviese la paz religiosa á los católicos de Alemania. Como su vida fué su fin, extinguiéndose aquélla entre los brazos de su nieto el joven César de Alemania, su hija adorada Luisa, el feld-mariscal Moltke, que no obstante sus ochenta y nueve años, no quiso apartarse de la estancia donde sufría la viuda augusta de su Emperador, y del pastor Koegel, que mezcló en sus preces máximas verdaderamente cristianas de la moribunda, con las sublimes del Evangelio y los cantares de la Biblia. Debió ser imponente espectáculo el de la avenida de los Tilos y el de las plazas monumentales de la capital del Imperio, cuando, de noche, con negros crespones cubiertos los candelabros que arrojan corrientes de luz eléctrica, se dirigió el féretro, conducido por doce oficiales del regimiento de que era coronela honoraria la Emperatriz, desde su morada á la capilla del Palacio Imperial, en medio de un pueblo conmovido; y más suntuoso todavía el entierro al día siguiente, realizado hasta el panteón de Charlottenburg, marchando el triste Emperador, rodeado de reyes y príncipes, á pie tras el cadáver de la excelsa abuela, al que servían de escolta el regimiento de corazas negras y aquel otro á quien el gran Federico II dió su célebre casco en forma de mitras y tiaras.

Otras dos emperatrices, apresuradamente llegada Victoria Federico desde Roma; la hija princesa Luisa de Baden, y las nietas Margarita y Victoria, habían colocado, antes de que el fúnebre cortejo llamase á las puertas del templo-panteón donde ya reposaban Guillermo I y Federico III, la multitud de coronas, asombrosas algunas, que la Reina de Inglaterra, los Emperadores de Austria, el Regente de Baviera, el Czar de Rusia, los Monarcas de Italia, los Príncipes de Alemania y su nieta Sofía, duquesa de Esparta, habían enviado para ornar su sepulcro. Todavía habrán de tener lugar las últimas solemnes exequias por la que, como hemos dicho, fué esposa y madre de cuatro generaciones de emperadores; exequias á las cuales concurrirán los primeros príncipes herederos de Europa.

***

El Duque de Aosta estaba designado ya para desempeñar la representación de los Soberanos de Italia, junto con el Duque de Edimburgo y el gran archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría, bien ajenos cuantos hace pocas semanas lo veíamos gallardo y rejuvenecido por un enlace de amor, que por cuarta vez lo había hecho padre de un hijo, huérfano hoy de tres meses, ocupando la derecha del rey Humberto en la apertura del Parlamento itálico—descrita en mis últimas crónicas—que en vez de ir, como tantas otras veces, á Berlín en fiestas ó en duelos, un Hohenzollern, el príncipe Federico, vendría algunos días después á acompañar en cambio sus restos mortales al Panteón de la Superga.

Me sería imposible, encontrándome frente á esta catástrofe que como un rayo ha herido á Turín, á Roma y á Italia, ahogar recuerdos que se agolpan á mi mente anciana. Hace seis lustros, y con ocasión de bellísima fiesta infantil dada por el rey Víctor Manuel á los hijos del gran duque Constantino de Rusia, entre los cuales Olga es hoy reina de Grecia, se reunían en el palacio de Turín Clotilde, Humberto, María Pía y Amadeo de Saboya, príncipes niños que habían invitado á los hijos é hijas infantiles del Cuerpo diplomático, para hacer así más animada la soirée ofrecida á los grandes Duques moscovitas. ¿Quién me habría dicho aquella noche que hubiera de sobrevivir, dejando aparte la muerte infausta de mi único hijo, que á esta fiesta tan alegre asistía, á la del Duque de Aosta, niño encantador entonces? ¿Lo ha llevado al sepulcro una pulmonía fulminante, como aconteció con Víctor Manuel, ó la fatal *influenza*, que hoy desola la Italia como el mundo, enlazándose á la fiebre miliaria y queriendo vengarse así del desdén con que en Turín, Nápoles y Roma se miró en un principio un mal que tantas víctimas ha causado en París y en Madrid?

Es el secreto de la ciencia médica siempre insuficiente para hacer frente á estas grandes calamidades que pesan sobre la humanidad.

Puede decirse que Roma tuvo noticia de la enfermedad gravísima por la rápida marcha á Turín de algunos de los primeros doctores, seguidos inmediatamente del rey Humberto, cuyo viaje á través de la Liguria y de los Apeninos fué desgarrador, temiendo siempre hallar en Pisa, Génova ó Alejandría un telegrama que le arrabatase el consuelo de abrazar siquiera á su hermano moribundo. Así, llega anheloso á la estación turinesa, donde viendo al Duque de Génova, hermano de la reina Margarita, y al preguntarle cómo está su Amadeo, le responde, llorando, estas solas frases: «Te espera.» Los médicos habían, en efecto, sostenido artificialmente la vida del enfermo, quien, á la voz del Rey, que lo llamaba, reconociéndolo y abriendo sus ojos, después de largos síncopes, le dice: «Ve, Humberto: me he dejado atormentar el cuerpo con inyecciones de éter y morfina, y los pulmones con inhalaciones de oxígeno, para conservarme vivo hasta tu llegada, queriendo tener el consuelo de morir en tus brazos.»

Conteniendo mal sus sollozos, el Rey lo besa y abraza, y estrechando su mano, intenta infundirle esperanzas que él mismo había dejado de alimentar. «No, le respondió Amadeo: todo ha concluído, y dentro de pocas horas entregaré mi alma á Dios.» El confesor Caracciolo, llamado por las santas princesas Clotilde y Leticia, deseándolo también el enfermo, como habían recibido los consuelos del párroco de San Felipe y del cardenal Alimonda, que los casaba quince meses hace, bautizando también en el otoño al joven príncipe Humberto, viendo al Rey oprimido por dolorosa angustia, le dice: «Majestad, no se desaliente, pues Dios conforta siempre á quien en él confía.» En aquellos momentos, esposa, hermana é hijos, creyendo inminente un peligro, que venía repitiéndose desde la noche, se arrodillaron en derredor del lecho, al oir con qué amor los recomendaba á su augusto hermano. Sofocado éste por el llanto, apenas logra balbucear estas frases: «¡Pero estate tranquilo! ¡Yo pensaré en todo, sabes bien cuánto te amo, que eres la persona más querida que tengo en el mundo, mi adorado hermano, mi buen Amadeo!» Y rompió en lágrimas abundantísimas, mientras Leticia, Clotilde, Manuel, Filiberto y Victoria, besando las manos del moribundo, lo llamaban con los más tiernos y dulces nombres.

El Duque de Aosta, con admirable fuerza de ánimo, les pidió que se alzasen, pues su hora suprema no había sonado aún. Y volviéndose al primogénito, que ya es Duque de Aosta y tutor de sus hermanos menores, habiéndolo pedido así Amadeo á Humberto, le dijo: «Escucha, Manuel; cuando vuelva nuestro pobre Luis (éste se hallaba en el Brasil, de donde, en vez de seguir al Río de la Plata, acaba de embarcarse para Italia), lo besarás en nombre de su padre, y le dirás que lo tuve en el corazón hasta el último momento de mi vida. ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre Luis de mi alma!» A la princesa Leticia, como antes al Rey, les indica dónde está su testamento, las cartas íntimas, los recuerdos de su primera esposa Victoria y los que guardaba de su hermana, otra desventurada también, María Pía, reina de Portugal. «Cuando haya muerto, descuelga el crucifijo que Victoria trajo de España, que ves sobre la cabecera de mi lecho, y colócalo entre mis manos.» Y estrechando la del sacerdote, le pide también que ore por él cuando hubiese dejado la tierra de los vivos.

Imposible era refrenar el dolor irresistible, siendo el más sereno de todos el enfermo, que repetía las oraciones hasta el instante en que murió tras plácida agonía. El cardenal Alimonda, arzobispo de Turín, que al sacramentarlo le había dado su bendición y leído la víspera de la muerte telegramas confortantes y amorosos del Padre común de los fieles, recibidos por Amadeo con emoción profundísima, le administró la Extremaunción, celebrando después en la capilla ardiente, y en la misma mañana del entierro, misa solemne, oída por el Rey y la Reina y por los Príncipes y Princesas de la Casa de Saboya, así como por los príncipes Víctor y Luis Napoleón.

En las últimas horas ocurrió en las estancias del Palacio de la Cisterna una escena en extremo conmovedora, referida por la prensa vaticana, y que en vano ha querido poner en duda algún diario ateo de Roma. Humberto I había querido que respirase algunos instantes fuera de aquella atmósfera el sacerdote Caracciolo, rogándole sacara á la vez de la estancia á la esposa y á la hermana Clotilde. Él á su vez necesitó también cobrar algunas fuerzas, enjugar su llanto para no faltar en el momento supremo. Habían llegado las sombras de la noche, cuando en sala poco iluminada se encuentran Monarca y confesor. Humberto estrecha fervorosamente sus manos, pronunciando conmovido palabras de gran gratitud. El sacerdote, que no reconoció en el primer momento al Soberano, declarando no haber hecho sino su deber cristiano, preguntó á quién tenía el honor de contestar; y entonces el Rey de Italia, sin poder contener su emoción, le dice estas palabras elocuentísimas: «Soy su hermano, que agradece lo que por el enfermo ha hecho, con toda su alma.»

***

Italia está admirada de la conducta de su Monarca, á quien Turín al abandonar la ciudad de sus padres, y Roma al verlo volver en unión de la adolorida reina Margarita, quiso hacer ovación conmovedora dentro de la tristeza de los momentos presentes.

Así, el primero á confortar al Duque de Aosta vivo, cuando todo hubo concluído, haciéndose superior á su dolor, Humberto lleva la esposa y la hermana al Palacio Real, regresando inmediatamente al de la Cisterna, donde habían quedado velando el cadáver con los sacerdotes los hijos y los Duques de Génova. Y como el Rey encontrase en su paso al Síndico de Turín y al Ministro de la Guerra, les dice, cual momentos después telegrafía á la reina Margarita y al Presidente del Consejo, que ha perdido el más válido sostén del trono, su consejero más fiel y adicto, aquel para quien su corazón no tenía secretos, y que al morir, cumplidos sus deberes de cristiano, consagró las últimas palabras á la patria y al ejército, exclamando sentir pena por dejar tan pronto la vida, pues no le había sido dado prestar á Italia servicios iguales á su amor. El Rey es quien conforta á la joven esposa, presa de continuos síncopes, á los hijos amorosos, á la hermana Clotilde, esa víctima santa de eternos dolores; quien telegrafía al Duque de los Abruzos, diciéndole que si ha perdido un padre adorado, tiene en él otro; y á María Pía, consolándola y exigiéndole renuncie, delicadísima como está su salud, y necesitando su hijo Carlos de Braganza de ayuda en los momentos difíciles que la nación lusitana atraviesa, al viaje, ya por ella decidido, á Turín, donde desde ayer se encuentra con sus tíos el Duque de Oporto. Opúsose también, pero en esto su veto fué inútil, á que la reina Margarita fuera á la capital del Piamonte, donde en compañía de su hijo el Príncipe de Nápoles, y renunciando éste á la espléndida hospitalidad que en Stambul y Atenas le tenían preparada Sultán y Rey de Grecia, quiso llevar consuelos á sus hermanas Leticia y Clotilde, y besar, aunque muerto, al Duque de Aosta. En estos momentos supremos ocurrió un suceso que en un principio se creyó podría tener consecuencias en los destinos del partido imperialista francés. El príncipe Víctor Napoleón, que no había asistido á las bodas de su hermana, por la lucha con su padre Jerónimo Bonaparte, creyendo que si la ausencia en las alegrías era permitida, no podía abandonar sin verla á su hermana viuda, cuyo enlace ha durado quince meses, quedándole un niño huérfano á los tres, solicitó del Rey de Italia el permiso para trasladarse desde Bruselas á Turín. Humberto I pudo obtener el consentimiento del padre, que con su otro hijo Luis Napoleón acababan de llegar de la inmediata Suiza. Dudo, empero, que la reconciliación hecha á los ojos del público se haya realizado dentro de los corazones. Víctor Napoleón, después de algún día al lado de su madre y hermana en Moncalieri, partió ya para Bélgica, como su padre regresó antes á su castillo, junto al lago Leman. Jerónimo Bonaparte, anciano, abatido, y en quien esta nueva desgracia de su familia ha producido inmensa impresión, parece desinteresarse cada vez más de toda política activa en Francia. Su deseo es poder terminar las memorias que tiene casi ultimadas, y que serán importantísimas, sobre los períodos del tercer Imperio, referentes á la guerra de Italia, á la expedición de Méjico y á la lucha entre Francia y Prusia. Con el hijo ha estado inflexible.

Atento á todo el Rey, en presencia de la esposa y de los hijos y de los Presidentes del Senado y del Consejo, que, como refrendatarios de la Corona, han extendido las actas de fallecimiento y de tumulación, abrió el testamento del Duque de Aosta. En él prohibía el embalsamamiento de su cadáver; vedaba todo funeral suntuoso y solemne, prescribiendo un entierro militar, en el cual su féretro, envuelto en la bandera nacional, que tiene en su centro la cruz de Saboya, se encaminase á la Superga sobre la cureña de un cañón; rechazando á la vez toda exposición pública de su cuerpo, por creer, decía el Príncipe, que esto sólo conduce á espectáculos é irreverencias.

CONDE DE COELLO.

(Concluirá.)

JORGE RONCONI Y LA CUERDA GRANADINA.

RECUERDOS ÍNTIMOS.

PLUMAS mejor cortadas que la mía, y entendimientos más avezados á penetrar y comprender los misterios y las bellezas del divino arte de la música, han rendido ya tributo al genio que tuve la dicha de conocer en el apogeo de su gloria, y al que, con lágrimas en los ojos, he visto morir hace poco en la miseria y el olvido.

No voy, pues, á tratar del artista eminente, con el cual desaparece el último anillo de aquella cadena de cantantes insignes que se llamaron Mario, Lablache, Tamburini, la Persiani, la Alboni y Tamberlick; astros todos de primera magnitud, con cuyo eclipse coincide el de una escuela que no diré fuera mejor ó peor, pero sí completamente distinta de la actual, en que se atiende más al efectismo que á la verosimilitud, procurando deleitar antes que conmover. Mi objeto es ocuparme de Ronconi como hombre, y evocar á la vez que su recuerdo el de otros hombres y otros tiempos, que, á medida que se van borrando de mi vista, parece que se detallan y se esculpen con más fijeza en mi corazón.

Fué por los años de 1850 cuando Ronconi llegó á Granada, con el deseo y el propósito de establecer en esta capital sus cuarteles de invierno, y buscar en ella descanso y alivio á disgustos y contrariedades domésticas, ya que no á fatigas artísticas y dolencias imaginarias. Dueño de una buena fortuna, halagado por el cariño, y en disposición todavía de dedicar algunas temporadas á cumplir sus compromisos con Inglaterra y Rusia, cuyos teatros se lo disputaban y de cuyos públicos era el ídolo, Ronconi se hizo propietario de un precioso carmen en el sitio más pintoresco y accidentado de la Alhambra, llamado por su posición carmen de Buenavista; y la tranquilidad y el contento se encargaron de presidir aquel hogar, á cuyo dulce calor volvieron á renacer para él las gratas satisfacciones de la familia, que apenas había conocido.

Pero esto no bastaba: en medio de todas sus felicidades y grandezas, Ronconi, acostumbrado á tratar de igual á igual á los reyes, se consideraba como un rey destronado; carecía de una corte, y la Providencia, el destino, la casualidad, aquello que ustedes prefieran, se la deparó, tal como no la soñara el más antojadizo; como, de seguro, la desearían bastantes poderosos de la tierra. No fué rey de un Estado, ni siquiera de una comarca; fué simplemente rey de una tribu; fué, por derecho propio, por aclamación unánime, por entusiasmo y afinidad mutuos y espontáneos, presidente de la *Cuerda granadina.*

Varias veces, y con motivos varios, habrán ustedes oído hablar de esta *Cuerda;* y, sin embargo, cualquiera que pretendiese averiguar su origen y su historia, no hallaría sobre el particular más que algunos datos incompletos. Mientras esa historia se escribe, que bien lo merece, aunque sólo sea para hacernos olvidar otras historias, creo llegado el momento de satisfacer la curiosidad de más de cuatro diciendo algo de lo mucho que pudiera decirse y se dirá algún día de la *Cuerda.*

Hace cuarenta años, Granada conservaba aún, lo mismo en los trajes que en las costumbres, el carácter típico que en vano busca hoy el viajero que recorre nuestras provincias. No había reja sin enamorado, ni fiesta sin manzanilla, ni señorito sin navaja. Se llevaba hasta en el frac, en un bolsillito estrecho y hondo disimulado bajo la solapa izquierda, lo cual he visto reproducido más tarde en Montevideo, donde el cuchillo y el

revólver son acompañamiento indispensable de la persona. Surgía un matón al doblar cada esquina, y los nombres de Almendrica, el Vidriero, Lenteja y tantos otros, eran pronunciados con terror por las gentes sensatas, y con respeto por el vulgo. Exceptuando las reuniones de etiqueta, se iba á todas partes de capa y calañés, y, ¡Dios me lo perdone!, recuerdo haberme presentado con este disfraz al Sr. Arzobispo de la diócesis, una vez que me llamó para pedirme que rectificara *El Granadino* ciertas noticias que había dado referentes á la sustracción de varias alhajas de la Catedral.

¿Cómo en el seno de una sociedad constituída de esta manera, en medio de los halagos que la vida de crápula y de materialismo ofrece á la juventud, pudo formarse aquel núcleo de muchachos alegres, sí, pero soñadores, que prefirieran el salón del Liceo á la bodega del montañés, las discusiones de la Academia de Ciencias á la crónica escandalosa del Casino, y llegaran á atraer todos los elementos activos, inteligentes y discretos del país, cambiando en breve plazo su modo de ser y convirtiendo aquella ciudad, que vegetaba á la sombra de sus ruinas, en un emporio de animación, de cultura y de renacimiento? Enigma es éste que podría aclararse á fuerza de profundizar en él; yo me contento con señalarle, persuadido de que, más que otra cosa, fué la espontaneidad de los pocos años, y el *polen* poético que por aproximación se comunicó de unos á otros, lo que más parte tuvo en el milagro. Yo no conocía apenas á Fernández y Jiménez, cuando representamos juntos *Pascual y Carranza;* nuestro cariño, que nació en la escena del teatro, no perdió nada de su intensidad al pasar á la escena del mundo. Lo mismo debió suceder á los demás. En el engranaje de la simpatía, cada rueda funciona aisladamente, pero todas se ayudan, se necesitan y se completan.

Había yo llegado á Granada por entonces, y mis aficiones literarias, alimentadas en Madrid por Florentino Sanz, los Asquerinos, García Gutiérrez y otras notabilidades, de las cuales me juzgaba discípulo y resulté amigo, hicieron que inmediatamente después de la Alhambra y Generalife visitara las librerías. Tropecé en la de Zamora con Fernández González, y una simple presentación cimentó nuestras fraternales relaciones. Iban allí también Salvador de Salvador, tan elegante y atildado en su persona como en sus escritos, y á quien han matado hace poco la ingratitud de la suerte y acaso alguna más; José Jiménez Serrano, cuyas frecuentes escapatorias desde Jaén, donde residía, aumentaban el caudal de su erudición sin disminuir el de su gracejo; Antonio Gómez Matute, á quien Dios había hecho poeta y la necesidad escribano; fantasía poderosa de autor dramático para la que eran estrecho molde los bastidores, y muchos otros ya desaparecidos del mundo y que irán apareciendo en estos apuntes. Hasta en la oficina de mi padre, y entre la prosa de los cargaremes y las cartas de pago, encontré estímulos para seguir mi vocación, en la fácil y chispeante vena de Moreno González, y en el amor al estudio de que ya daba muestras Manuel Góngora, explorador afortunado después de las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*.

Juntos á todas horas en tertulias, espectáculos y paseos; colaborando en los mismos periódicos; cultivando idénticas aficiones; éste la pintura ó la música; aquél la ciencia ó la poesía, no tardamos en sentirnos unidos por estrecho y fuertísimo lazo, que tal vez no hubiera tenido nombre á no habérsele ocurrido á una dama tan ilustre como hermosa exclamar cierta noche en que penetrábamos ocho ó diez formados en hilera por el callejón de butacas del teatro para asistir al estreno de la obra de un camarada: —«¡Ahí va la *Cuerda!*»—Aquella frase fué la partida de bautismo de nuestra asociación.

Ya en adelante no hubo acontecimiento en Granada, no hubo trabajo, no hubo diversión en que la *Cuerda* no desempeñara el papel principal, mezclando lo agradable á lo útil, y sacrificando más de una vez á la utilidad el agrado. Poetas en el Liceo, oradores en la Academia, caudillos en los motines, sepultureros en el cólera, y siempre unidos, animosos y alegres, constituímos una falange, cuya importancia pueden atestiguar los restos que se conservan en pie. Cayeron, es verdad, los más valerosos campeones: no vibran ya en el viento las estrofas de Fernández González, ni la elocuencia arrebatadora de Moreno Nieto, ni el estro apasionado de Salvador; no deleitan el oído las notas ni los cantos de Ramón Entrala, Antonio Cruz y el archivero Esteban; no se animan los lienzos bajo los pinceles de Sorokín, Vázquez Sidonia y Pepe Bande; no hace ya figuras de barro Antonio Marín, ni ponches Pablo Nottbeck, ni conquistas Pérez Cossío, ni ditirambos Pepe Luque: sepulturas cada vez más compactas y numerosas nos devuelven el eco de nuestras carcajadas, pero conservan su memoria las floridas riberas del Genil ó las heladas orillas del Newa; sus altos pensamientos y sus peregrinos chistes se escuchan aún con admiración ó regocijo, y los genios de la Alhambra, al recorrer en sus nocturnas excursiones los aposentos vacíos y los jardines abandonados, se preguntarán sin duda, suspirando más de una vez: «¿Qué habrá sido de aquellos locos?»

Por unanimidad, como hemos dicho, fué elegido Ronconi presidente de la *Cuerda*, aplicándosele *ipso facto*, y según era de rigor, el significativo mote de *Ropones*, no sólo teniendo en cuenta la asonancia, sino porque tal apodo llevaba un *cantaor* popular, ya retirado por haberse bebido la voz, y á quien en sus frecuentes borracheras hacían coro los granujas de la calle. Esto de los motes era de lo más característico de la *Cuerda*. Los había simbólicos y gráficos: Casielles, que fabricaba pianos, se llamó el maestro *Tecla;* Pablo Jiménez debía el distintivo de *Velones* á los dos colosales de bronce con mecheros en forma de cabeza de león, ornamento preciado de su botica; llamábase *Londón* á Juan Riaño por sus frecuentes viajes á Inglaterra; *Agosto* al ingenioso ruso Dutel, en vez de Julio; *Ocasión* á Gaspar Méndez por la magnificencia de su calva, y ser así como la pintan; *Malipieri* á Rodríguez Murciano por haber cantado en no sé qué ópera la parte de este personaje; *Barcas* á Eduardo García Guerra, aludiendo á los enormes zapatos que usaba, y á sus pies más grandes aún que sus zapatos; y *Alcofre* á Pedro Alarcón, *Majoma* á Contreras, *Abate* á Pepe Soler y *Quebraor* á Manuel Fuentes por similitud de palabras, afición á ciertos estudios, particularidades de carácter ó mala sombra para el manejo de cosas quebradizas.

Los tres centros principales de reunión de la *Cuerda* eran el carmen de Ronconi; la fonda de San Francisco en la Alhambra, que llegó á habitar sólo nuestro vice presidente Pablo el Ruso, á consecuencia de unas fiestas Reales que duraron cinco ó seis días con sus noches, y en que nos vengamos en los ingleses de la derrota de Trafalgar, y el saloncito bajo de la calle de Recogidas, donde Mariano Vázquez (el maestro *Puerta*) nos inició en los misterios de la música clásica, convertida más de una vez en profana, merced á los atrevidos arreglos y ridículas parodias, de las cuales formamos un escogido, variado y ameno repertorio.

Durante esta época de la *Cuerda*, cuantos príncipes, artistas y viajeros ilustres pasaron por Granada fueron nuestros huéspedes, mereciendo no pocos los honores de ser recibidos en la asociación con ceremonias en que lo grandioso se mezclaba á lo burlesco. De algunas de tales fiestas se publicaron relaciones en libros y periódicos, y yo mismo tengo idea de haber descrito en un artículo la que ofrecimos al príncipe Adalberto de Baviera, quien, con la emoción más profunda, nos aseguró al despedirse que aquella noche había sido la más agradable de su vida.

Desgracias de familia en unos, noble anhelo de prosperar y distinguirse en otros, pusieron fin á esta campaña de alegría y de fraternidad, reduciéndose la *Cuerda* á fragmentos, y viniendo el mayor á parar en Madrid, donde no tardó en constituirse por agregaciones sucesivas otro grupo, cuya historia forma parte integrante de la historia literaria y artística contemporánea, en la que viven esculpidos los nombres de Ayala, Trueba, Bonnat, Luis Eguílaz, Pravia, Fernando Osorio, Pepe Selgas, Cecilio Pizarro, Gasset, Carlos Rubio, Cruzada Villaamil, Ricardo Ribera, y muchos más, cuyos sepulcros adornan los linderos de nuestra vía Appia.

Muy pocos quedamos ya actores ó testigos de las escenas de orgía y de ayuno pasadas en aquel risueño sotabanco de la plaza del Progreso, esquina al Mesón de Paredes, en que tuvieron comienzo más de un idilio, y desenlace más de un drama; hasta la pobre y santa mujer que, con apariencia de ama de llaves, nos asistió como hermana de la caridad, y de cuya vejez hemos sido amparo y consuelo, duerme en la humilde fosa del cementerio del Este, á la que Pepe Castro Serrano y yo la hemos acompañado pocos días hace.

¿Qué fué mientras tanto de Ronconi? Siguió siendo para todos sus compañeros de la *Cuerda* un amigo leal, y para algunos un protector generoso. Volvía á Granada el tiempo que le dejaban libre sus contratos en el extranjero; nos visitaba de cuando en cuando, ó le visitábamos nosotros de paso para sus excursiones, y siempre bueno y caritativo, ya obtenía la cruz de Beneficencia por la creación en el cólera de una enfermería con cuarenta camas costeada por él, ya fundaba una Escuela de canto, que sostenía á sus expensas, y en la que, desgraciadamente, los disgustos excedieron á los resultados.

El robo y la quiebra del Monte de Piedad de Granada, donde tenía depositada una fuerte suma, y más tarde la boda en América de su hija Antonieta con un italiano, hombre de negocios y emprendedor, que no tardó en comprometer sus intereses, fueron los primeros escalones de la pendiente que estaba destinado á recorrer en sus últimos años el artista inimitable.

Vino á Madrid entonces, y los consejos de su íntimo amigo D. José Salamanca, y el apoyo de Alarcón y demás compañeros de la *Cuerda*, lograron resolverle á quedarse aquí, alcanzándole una plaza de profesor en el Conservatorio, cuyo modesto sueldo acrecían las lecciones particulares que daba en su domicilio. Todavía en esta situación demostró su generosidad con un arranque que debía ser el postrero.

Como único resto de su fortuna guardaba Ronconi veinte mil duros, ahorrados en la isla de Cuba: un día recibe de Italia una carta que le anunciaba la muerte de su hermano Sebastián, artista eminente también, y á quien amaba con delirio: su viuda y sus hijas acudían á él para que remediara su miseria. La respuesta fueron diez y seis mil duros: cuatro mil para la viuda, y otros cuatro mil para cada una de las hijas. Al dar cuenta á su mujer de lo que había hecho, exclamó:

—Nosotros somos ya muy viejos, y no tenemos necesidades; con la cátedra y las lecciones nos bastará para vivir.

Pero detrás de esto llegaron nuevos infortunios y quebrantos domésticos; siete años de enfermedad y postración le redujeron al triste estado del paralítico, y aunque su cabeza se conservaba firme y no dejaba de dar lección á los alumnos de su clase, los particulares desertaron, los apuros crecieron...... y la Sociedad de Escritores y Artistas, pagando con magnánima usura antiguas afecciones y desinteresados servicios, ha costeado el entierro de Jorge Ronconi, del genio insigne, de quien pudo, con razón, decir el inmortal autor del *Barbero de Sevilla* y *Guillermo Tell*, en un precioso autógrafo que conservo, y al pie de dos retratos que le representan en su infancia y en su decrepitud:

—*Natura il fece, poi ruppe la stampa.*

MANUEL DEL PALACIO.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

X.

Domingo 7 de Abril.

Habiendo franqueado, siempre bajo un cielo pesado y negruzco, las primeras montañas alfombradas de helechos de que antes he hablado, venimos á desembocar á unas soledades infinitas, cubiertas de blancas flores silvestres. Alguna que otra roja amapola, alguna que otra mata de lirios, interrumpen, con la alegre nota de sus hermosas tintas frescas, las monótonas blancuras de aquel inmenso parterre. De vez en cuando, cruza el aire una cigüeña: también vemos cuervos y águilas.

La lluvia no cesa. Hoy nuestros ojos exploran inútilmente el horizonte para divisar un grupo de trabajadores del campo, una caravana, una fila de asnos: todo está desierto.

Digo mal: hemos visto una camella, sola con su pequeña cría al borde del sendero, que parece contemplar con interés el desfile de nuestra comitiva. El camellito recién nacido (que por tal le tengo) tiene un pescuezo tan delgado y una cabeza tan pequeña, que desde lejos se le tomaría por un avestruz de cuatro patas. Casi resulta gracioso con su aire medroso y asombrado.

El agua cae á torrentes. Los tres figurones negros que marchan á vanguardia, encapuchonados hoy hasta más abajo de los ojos, tienen más que nunca el aspecto de monos babuinos puntiagudos. El estandarte de seda, que el moro del centro sostiene siempre enhiesto como un cirio, no es ya más que un trapo desteñido, deshilachado por el viento. Y la canoa destinada al Sultán avanza con pena suma en su desfile de bajo relieve egipcio, llevada á hombros de aquellos cuarenta desdichados, cuyos pies se hunden á cada paso en la tierra fangosa.

Al cabo de dos horas de camino á través de la extensa pradera alfombrada de blanco, apercibimos algo así como una grieta muy larga que serpentea en la llanura; una cosa que debe ser un río profundamente encauzado entre altos ribazos.

Es, en efecto, el *Oued M'cazen*, que tiene la reputación de ser dificilísimo de vadear, y sobre cuyos escarpados bordes vemos un agolpamiento de gentes que nos parece de mal augurio: muchísimas mulas cargadas, gran porción de camellos, de jinetes y de peatones, todos evidentemente detenidos en aquel sitio, porque el río no está vadeable..... Entonces, ¿cómo nos vamos á arreglar?

El río, considerablemente aumentado por las abundantes lluvias, lleva una corriente rápida y agitada, que se desliza con ruido entre dos altos y escarpadas murallas verticales, de una tierra arcillosa, que las aguas han reblandecido, haciéndola resbaladiza y de peligroso acceso.

Con las ideas que tenemos los europeos en materia de viajes, nos parece que hay imposibilidad material en que gentes, animales, bagajes y tiendas pasen al lado opuesto sin el auxilio de un puente.

¿Puente dije? Nuestros *kaïds* son de opinión de que el puente no es indispensable, ni mucho menos, y se va á intentar la operación de vadear el río, empezando por lo que pudiera llamarse la «gente menuda».

En el presente caso, ésta la constituyen los criados de más ínfima categoría, cargadores, etc., que, en un abrir y cerrar de ojos, se despojan de sus *burnús* y demás ropas, y se entran en el agua, alborotada y fría, sondando la profundidad, que resulta ser de unos dos metros. El vado es, pues, juzgado como cosa posible, con una poca de buena voluntad.

Ensayemos ahora con algunas mulas de las que van menos cargadas.

A fuerza de golpes, estos animales entran también en el agua y nadan hacia el centro, aturdiéndose un momento al sentir el ímpetu de la corriente, hasta que por fin arriban á la orilla opuesta, con su carga completa, bien que toda chorreando agua cenagosa.

Pero nosotros mismos ¿cómo pasaremos, siendo así que nuestra dignidad de embajadores de una gran nación no nos permite despojarnos de nuestros vestidos? ¿Y nuestras camas y colchones? ¿Y nuestros vistosos uniformes dorados que tenemos que ponernos para la presentación al Sultán?

Pero, he aquí que, sobre lo alto de la opuesta orilla, un grupo de jinetes que llegan á la carrera, nos hacen señas y procuran hacerse entender dando grandes voces.



MAÑANA DE NIEBLA.

DIBUJO ORIGINAL DE SIDNEY COWELL.



LA PUÉRPERA.

CUADRO DE D. SALVADOR SÁNCHEZ BARBUDO.

¡Estamos salvados! Es un tal Chaúch, de Czar-el-Kebir, población no lejana de allí, quien, noticioso de nuestra llegada, ha tenido la feliz inspiración de acudir en nuestro socorro trayéndonos una almadía, especie de balsa formada de cañas, que puede flotar sobre las aguas. Haremos la travesía, de dos en dos, sobre esta improvisada embarcación, que será remolcada por medio de una cuerda, y después pasarán del mismo modo nuestras cantinas y equipajes más preciosos.

En cuanto al resto de la expedición, así hombres como animales, pasarán á nado ó como puedan, pero de prisa y sin pararse en pelillos. Los *kaids* gritan, se agitan, corren de un lado á otro, interpelándose con esas aspiraciones roncas que suenan en los oídos europeos como imprecaciones de furor: «*¡Ah, kaid Kaddur! ¡Ah, kaid Rhad! ¡Ah, kaid Abdel Haman!*» Y reparten palos á derecha é izquierda sobre los tímidos y los vacilantes que titubean en meterse en agua fría.

Sin duda de mala gana, pero con resignación, los bizarros jinetes árabes se despojan de sus vestiduras, luego desensillan sus caballos, y montan en ellos á horcajadas, apretándolos entre sus nerviosas piernas, como entre unas tenazas de bronce. En la cabeza llevan un monumental paquete conteniendo sus caftanes y sus *burnús*, y encima del tal paquete, otra pirámide formada por la alta silla morisca y los demás arneses del caballo, lo que les obliga á llevar los brazos levantados, á guisa de asas de ánfora griega, para sostener el equilibrio de aquella torre.

Vense entonces avanzar resueltamente hacia el río todas aquellas andamiadas multicolores, de aspecto incomprensible á primera vista, teniendo cada uno por base un caballo flaco, de cuyos costados cuelgan dos piernas desnudas. Todos estos hombres, cargados como queda dicho, é imposibilitados de servirse de sus manos, lanzan sus cabalgaduras sobre el ribazo resbaloso y cortado á pico, guiándolas por la sola presión de las piernas. Los caballos relinchan de miedo; resbalan como si patinaran ó descendieran en el carrito de una montaña rusa, los unos, erguidos todavía sobre sus patas; los otros, sentados sobre el cuarto trasero, y todos cubiertos de fango pegajoso, van á caer en el *Oued*, levantando grandes salpicaduras de agua; luego nadan en plena corriente, y ya sobre la opuesta orilla, suben y se encaraman como cabras.

No faltan caballos y jinetes que bajan rodando de cabeza, ni mulas cargadas que se hunden en el fango negruzco y fétido de la orilla, y á las cuales hay que levantar á fuerza de gritos y de palos, lastimosamente heridas, las tristes, por las cinchas y las albardas. En cuanto á las tiendas de campaña que la mayor parte de ellas conducían, de blancas que eran antes, se han tornado de un color indefinible.

Nuestra caravana ofrece en este momento el aspecto de una tribu derrotada, que huye de sus perseguidores.

Una gran piara de bueyes que atraviesa el río á nado, en sentido inverso á nosotros, viene á complicar todavía más la situación: bueyes obstinados, que hubieran preferido quedarse en la otra orilla, y con los cuales tienen que reñir dentro del agua una batalla los árabes que los conducen.

Antes que haya acabado de pasar nuestra tropa de hombres y cuadrúpedos, las escarpadas pendientes de tierra gredosa que sirven de márgenes al río, han adquirido el brillo y pulimento de lunas de espejo, en fuerza de tantos resbalones sucesivos. De modo que ahora todo cae rodando sin poderse detener: hombres, animales, bagajes, sillas encarnadas, paquetes envueltos en mantas de colores chillones; una escena, en fin, como las que debían verse cuando la invasión de los ejércitos del profeta; un gran cuadro del Africa antigua, admirable de color y de vida, en medio de llanuras desiertas, bajo un cielo negro. . . . .

. . . .

Por fin, la cosa ha quedado hecha, á fuerza de innumerables porrazos y gritos. Todos, con nuestros bagajes completos, nos hallamos sanos y salvos sobre la opuesta orilla del *Oued* sin que nadie se haya ahogado ni nada se haya perdido. En cambio, cantinas y colchones están chorreando agua y cubiertos de fango; nuestras mulas, desolladas y sin alientos; nosotros, hechos una sopa.

Seguimos la marcha, á través del inacabable desierto de asfodelas y de lirios, durante una hora más, sin cesar de recibir la lluvia sobre nuestros asendereados cuerpos. El personal de la columna se ha aumentado con las gentes de Czar-el-Kebir que salieron á nuestro encuentro, guiados por Chaouch, como antes he dicho: son una docena de árabes á caballo, y otros tantos judíos de luengas melenas y grandes pendientes de oro en las orejas, que van montados en asnos, cada uno de los cuales sirve de cabalgadura á dos judíos. Y aquí debo hacer constar que Czar-el-Kebir, la población adonde llegaremos esta tarde, es la única que existe entre Tánger y Fez, y que Chaouch, un gallardo moro con *burnús* color amaranto, es el agente consular de Francia. Si se me pregunta para qué necesita Francia tener un agente consular en Czar-el Kebir, diré que «porque tenemos allí protegidos franceses», como los tenemos también en Tánger, en Tetuán, y en la mayor parte de las poblaciones musulmanas de la Turquía, de la Siria ó del Egipto. Los «protegidos» son individuos á los cuales no se puede tocar, sin el asentimiento de las respectivas legaciones: en Marruecos, casi todos los protegidos franceses son israelitas, jamás he sabido por qué.

Decía, que continuábamos caminando siempre por la llanura alfombrada de flores blancas. Innumerables golondrinas, rasando la tierra con sus alas, pasan entre las piernas de nuestros caballos.

De trecho en trecho, solemos encontrar rebaños de carneros. El pastor ó la pastora es un montoncito de lana gris, acurrucado entre las hierbas, y terminado en capuchón puntiagudo. A nuestro paso, el que parece montón de lana se yergue para disfrutar del asombroso espectáculo de nuestra caravana en marcha, y entonces, bajo la lana gris hecha jirones, se dibuja un cuerpo juvenil, esbelto en su desnudez: la fisonomía es casi siempre fina y atractiva, con dientes muy blancos, y grandes ojos muy negros.

Hacia la tarde, entramos en una región cultivada, que recuerda las llanuras de la Beauce, pero desmesuradamente agrandadas, sin casas ni cercas; campos de trigo y de cebada que parecen no tener fin; una tierra negra y lustrosa, que debe ser maravillosamente fértil. ¡Qué granero de abundancia podría llegar á ser este Marruecos!

Pronto divisamos una elevación del terreno, y sobre ella, una cosa inesperada; una cosa que ya nos habíamos deshabituado de ver: una grande aglomeración de personas humanas. Es la población de Czar-el-Kebir, que ha salido en masa á recibirnos. Hay en ella gentes á pie y á caballo, capuchón calado todos ellos, formando hileras de siluetas puntiagudas. Oyese ya de lejos el redoble de los tambores y el gemido de las dulzainas.

No bien llegamos á un tiro de fusil de nuestros nuevos huéspedes, empiezan los consabidos disparos y carreras desenfrenadas en señal de regocijo y bienvenida, en tanto que las músicas, en *crescendo* furioso, nos envían sus notas más discordantes. Y en un momento dado, toda esta muchedumbre, practicando un movimiento envolvente, nos rodea, penetra en nuestras filas, nos desordena, promoviendo una confusión indescriptible. Los jinetes trotan, los peatones corren, huyendo de ser atropellados por los primeros. Revueltos con la multitud, vienen también porción de chiquillos montados en pollinos pequeños, las más veces dos ó tres en cada uno de éstos, en las más cómicas actitudes. Vense también viejos con muletas; lisiados que corren, á pesar de estarlo; idiotas, mendigos, y santos iluminados por Aláh, que cantan las alabanzas del Profeta. Los tamborileros, que van á pie, aporrean sus parches frenéticamente, asustando á nuestras caballerías. Y los tañedores de dulzaina, que van caballeros en mulas, y que llevan los carrillos inflados como vejigas de gaita escocesa, y los ojos fuera de sus órbitas á fuerza de soplar, hacen sonar sus instrumentos, sin cesar de estimular á sus bestias á talonazos en los ijares. Uno de estos tipos, pequeño, obeso, con una cabeza voluminosa y un vientre prominente, y que va encaramado en un asno pequeño, da en seguirme obstinadamente, aturdiéndome los oídos con su música chillona. Porción de energúmenos exclaman á voz en grito: «¡Uúúú! ¡Que Alá haga victorioso á nuestro sultán Muley Hassan! ¡Uúúú!»

Nuestros caballos, muy excitados, muy inquietos con toda aquella algarabía, bailan en compás, al ritmo marcado por los tamboriles, y así nos encaminamos hacia Czar-el-Kebir, ensordecidos por tantas músicas extrañas, en una especie de embriaguez de ruido.

***

La población va destacándose poco á poco, muy velada, al principio, por la lluvia. Czar-el-Kebir ocupa el centro de una llanura, fértil como la tierra prometida, y está rodeada por bosques de olivos y de naranjos de un verde magnífico. No tiene la blancura de las ciudades árabes; por el contrario, es de un tono terroso, y sus quince ó veinte minaretes, que son de un pardo sombrío, parecen de lejos campanarios de cualquiera de nuestras ciudades del Norte: creeríase, dado este cielo brumoso y estas praderas inundadas, avistar una población flamenca. Gracias á que algunas palmeras que se balancean gallardamente sobre su esbelto tronco, dan la impresión del África.

Empero, á medida que nos acercamos, esta impresión se afirma definitivamente así que empiezan á distinguirse en las viejas murallas medio derruidas las elegantes ojivas de las puertas, con sus marcos de arabescos.

A doscientos metros de estas murallas, sobre la vertiente de una colina, hay un cementerio abandonado, cuyas antiquísimas tumbas están cubiertas de líquenes de un color amarillo de oro. Allí se encuentra ya, en vías de instalación, nuestro modesto campo. Tiendas, colchones, bagajes, yacen todavía sobre la hierba, calados por la persistente lluvia. Es una cosa lastimosa de ver, como el menaje de unos saltimbanquis en invierno.

***

Además de la *muna* en animales vivos, pan, huevos, etc., á que tenemos derecho, esta tarde se ha tenido con nosotros la galantería de traernos diversos platos ya guisados, y en disposición de ser inmediatamente servidos en nuestra mesa. Con este motivo, hace la primera aparición en nuestro campo cierto utensilio, con el cual, según se nos dice, haremos frecuente conocimiento en los banquetes de Fez: tal es una enorme caja redonda, cubierta por una tapa, ó mejor dicho, por una techumbre, de forma cónica muy aguda, hecha de esparto pintorroteado. En toda comida de aparato, los manjares deben presentarse dentro de la caja en cuestión, y cubiertos con la consabida techumbre, la cual caja ha de ser precisamente traída sobre la cabeza de los servidores. Ya casi de noche, llegan hasta nosotros una decena de graves personajes cargados con estos extraordinarios chismes, que depositan sobre la hierba, ante la tienda del Ministro, sin pronunciar una palabra.

Debajo de los tales techos de esparto, hay unas vasijas de barro cocido y vidriado, llenas de alimentos en pirámide: alcuzcuz azucarado; alcuzcuz salado, coronado por un edificio de gallinas asadas; un carnero asado; una pila de unos pastelitos muy aromatizados, que se llaman en Marruecos «cascos de gacela»; en fin, una porción de guisos variados.

Y de todos ellos probamos bajo nuestra tienda-comedor; la mesa desaparece bajo los monstruosos platos: diríase una cena dada por el comilón Pantagruel. Aun sobra abundante cena para que nuestras gentes tengan festín todo lo que queda de noche: es inimaginable lo que estos árabes, tan sóbrios en circunstancias normales, son capaces de engullir cuando el destino los designa para escoltar á una embajada extranjera.

(Continuará.)

BLANCO Y NEGRO [1].

(NOVELA CORTA.)

(Continuación.)

V.

La Marquesa hizo llamar á su administrador, que, siempre diligente, no tardó en presentarse.

—González—le dijo—le necesito á usted; necesito que usted me ayude y aguce el ingenio para ayudarme en la obra que voy á emprender.

—Señora, en cuanto á ingenio no ha sido conmigo muy pródiga la Divina Providencia, pero voluntad y decisión para servir á usted, me sobran. Usted me dirá lo que he de hacer.

—El protegido de usted, el pobre de arriba, ya tiene su empleo.

—¿Es posible?—exclamó con asombro el administrador.

—Yo soy así. En cuanto se marchó usted esta mañana, fuí á ver al Ministro, y conseguí lo que usted deseaba.

—¡Ah, señora! el pobre D. Pedro bendecirá á usted.....

—Se librará usted muy bien de hablarle de mí. El empleo se le ha devuelto el Ministro sin intervención de otra persona, ¿entiende usted?..... Si cometiera usted una indiscreción, le retiraría en el acto mi confianza.

—Descuide usted, señora.

—Bien. Le he visto, González, le he visto.

—¿Al Ministro?

—No, hombre, al vecino de arriba. ¡Jesús! ¡qué estropeado está!.....

—¿Cómo ha de estar, señora, un hombre sin dinero?.....

—Me ha interesado, y quiero hacerle feliz; tengo ese capricho. Deseo conocer la vida de ese hombre, cómo ha venido á la situación en que se halla; porque, no hay duda, él es una persona distinguida, él ha estado en buena posición..... yo no lo sé, pero me lo figuro; vamos, me parece que en otro tiempo no habrá necesitado el mezquino sueldo de su empleo para vivir holgadamente. Es preciso que usted, con mucho tacto, discretamente, me lo averigüe todo.....

—Señora, me ocurre una idea.

—Veamos.

—Podría usted encargar á la sobrina de su inquilino alguna labor, y por ella sí que sabría usted todo cuanto quisiera.

—¿Qué edad tiene esa niña?.....

—Unos diez y seis años.

—Sí que la quiero ver. Ha tenido usted una buena idea.

—¡Cuánto me alegro! Mi mujer dice siempre que no tengo ninguna.

—Usted se encarga de traerme esa muchacha. ¿Será discreta?.....

—Ella parece muy juiciosa y humilde.

—Bien. Pues cuanto antes mejor. No le ocurra á usted decir mi nombre. Basta con que diga usted que una señora de la vecindad necesita persona que haga algunas labores, y que usted se ha acordado de ella.

—Así lo diré.

—Y absténgase usted de hablar del empleo. Usted no sabe nada.

—Él me lo dirá.

—Eso es lo que usted me dirá, lo que él le diga.

Subió González la misma tarde al cuarto de D. Pablo. Ya estaba de vuelta el viejo.

—¿Otra vez usted aquí?..... Entre, entre—díjole don Pablo gozoso—que no parece sino que la visita de usted ha sido de buen agüero para nosotros. Sepa usted que me han devuelto el empleo. El Ministro, aunque algo tarde, pensó que había hecho uno de tantos disparates como hacen los ministros, aunque están obligados á no hacer ninguno, y espontáneamente, sin que nadie me recomiende—¿quién había de acordarse de mí?—me ha reintegrado en el disfrute de mi empleo. Así me lo ha dicho el jefe del personal, porque al Ministro no le pude ver. Y ahora mismo hablaba con Teresita de usted, y le decía que era preciso avisarle, para hacerle saber que ya no me mudo por ahora, y entregarle los doce duros de alquiler correspondientes al mes próximo. Aquí los tengo.

—Pero ¿qué necesidad tiene usted de entregarme ese dinero? No debe usted nada, me pagará el mes cuando termine.

—Eso le he dicho yo—dijo Teresa;—que es usted muy bueno, y le haría de buena gana el favor de cobrar el mes vencido.

—No, no, señor; todavía tengo crédito con cierto prestamista, á quien hoy he visitado y enseñado mi credencial, y el hombre, como siempre he cumplido bien con él, me ha adelantado veintidós duros; doce para usted, y el resto para comer hasta el día 31 del mes en que se venera en todas las oficinas á Santa Nómina. Otra vez

(1) Véanse los números I y II.

tengo posición social, y otra vez empiezan mis apuros y mis trabajos. ¡Cuando digo yo que habría sido más cómodo para mí realizar el propósito de retirarme del mundo y de sus pompas y vanidades!

—Señor D. Pablo, por María Santísima, no vuelva usted á acordarse de semejante proyecto. La señora le protege á usted.....

—¿Qué? ¿qué dice usted?

El bueno de González recordó en aquel punto que la Marquesa le había prohibido hablar de ella, y se habría dado de bofetones en castigo de su mala memoria.

—Digo que la Señora, la Santísima Virgen, le protege á usted visiblemente. Yo soy muy devoto de María Inmaculada, y todo lo bueno que me pasa, ó les sobreviene á las personas que estimo, á la inagotable bondad de la excelsa Señora lo atribuyo.

—Hace usted muy bien—repuso D. Pablo, y aplaudo su devoción.—Yo también la venero y amo como fiel cristiano que soy. Pero de otras señoras, de señoras de este bajo mundo, no me hable usted, porque al bello sexo que nos acompaña en la peregrinación de este valle de lágrimas, no le amo y mucho menos le venero.

—¡Hombre!

—Lo que usted oye. Cada uno tiene sus manías ó sus motivos para pensar así ó de otra manera. ¿A usted, señor administrador, le ha ido bien con las señoras?

—Le diré á usted; con la mía regularmente nada más. Tiene un defecto.....

—¿Uno no más?

—Un genio muy fuerte; pero por lo demás, honrada esposa y buena madre, eso sí.

—En ese caso no tiene usted motivo de queja.

—No, realmente, motivo de queja no tengo, pero tengo grandes dolores de cabeza por lo mucho que me sermonea y reprende mi mujer; porque, amigo D. Pablo, en el mundo hay mujeres muy buenas que no se las puede sufrir. Pero hablemos de otra cosa.

—Hablemos de lo que usted quiera.

—Tengo entendido que esta señorita sabe hacer primorosas labores.

—Labores, sí, señor—se apresuró á decir Teresa—pero primorosas, ninguna.

—Diga usted que sí—interrumpió D. Pablo;—cose con la mayor destreza y borda primorosamente. A mí me duele que trabaje porque no le pagan esos comerciantes sin conciencia lo que vale su trabajo.

—Pues precisamente—dijo González satisfecho de haber traído la conversación al punto preciso para cumplir el encargo de la Marquesa—me han dado la comisión de encontrar una joven que sepa coser bien en blanco y bordar, y si esta señorita quisiera.....

—¡Oh! sí, señor; yo quiero trabajar.....

—Ahora que ya tengo mi destino otra vez—observó el viejo—no es preciso que trabajes tú. Demasiado tendrás que hacer en la casa, repasarme y zurcirme la ropa, mientras no pueda hacérmela nueva, cuidar de la comida, mientras las circunstancias no nos permitan traer aquí una fiera de criada.....

—No importa, tío; con orden y buena voluntad hay tiempo sobrado para todo. Me entretiene mucho bordar y coser, y no será malo que gane algo para vestirme. Usted, tío, no lo ha de hacer todo con su paga.

—Bueno, bueno, trabaja si quieres, no te lo impido.

—Bien, pues mañana—dijo el administrador—vendré á buscar á esta señorita, y la presentaré á la señora que ha de confiarle esas labores.

—Perfectamente. Y llévese usted ese dinero—añadió D. Pablo—y mañana ó cuando usted quiera me trae el recibo ó lo deja en la portería.

—No se preocupe usted de eso. Cuando traiga el recibo me pagará usted. Podía morirme esta noche, ¿y cómo acreditaba usted que me había pagado?.....

—Bien, no insisto.

—Sobre que nos veremos mañana y muchos días, porque yo quiero ser amigo de usted, y vendré á hacerle compañía algunos ratos.

—Yo seré el favorecido.

—Es usted una persona que merece todas mis simpatías.

—Gracias, señor administrador.

—No me llame usted así, llámeme González; y mándeme cuanto quiera, y tráteme con toda confianza. No puede usted figurarse lo contento que estoy porque la señora..... de mi devoción.....

Otra vez se le iba á escapar el secreto que tanto le había encarecido la Marquesa.

—Hay que tener confianza—continuó—en la Santísima Virgen, que nunca desampara á los buenos. Esta mañana parecía que no había para ustedes remedio en lo humano, y esta noche todo está arreglado. Hace pocas horas todo tinieblas, y ahora ya ve usted luz.....

—Eso es lo que nos falta, luz. Y Teresa tendrá que bajar á comprar algo con que alumbrarnos—observó jovialmente el viejo.

González salió contento de la segunda entrevista con el vecino, persuadido de que fácilmente lograría inspirarle suficiente confianza y saber de su vida y milagros bastante con que satisfacer la curiosidad de la Marquesa.

VI.

Era D. Pablo un funcionario puntual en el cumplimiento de su deber, y dando las diez en el reloj del Ministerio de la Gobernación ya estaba el hombre en su puesto, lo que nunca le valió otro galardón que las bromitas de sus compañeros de oficina, quienes le tenían en opinión de tonto, y así estaba él de medrado, mientras otros que el día que iban no entraban en la oficina antes de las dos de la tarde y ni siquiera se sentaban, obtenían ascensos, comisiones, sobresueldos y gratificaciones, ventajas que nunca había él disfrutado.

Así, continuando en la costumbre interrumpida por la cesantía, el día siguiente al de su reposición, á las diez menos cuarto, salió de casa D. Pablo, y fuése al Ministerio, y se sentó delante de la mesa, y esperó pacientemente que llegara el jefe del negociado, que no pareció hasta la tarde.

Poco después de salir D. Pablo de su casa, llegó González á cumplir lo ofrecido á Teresa. Esta no había podido vestirse con mayor esmero porque no tenía más que un solo vestido, pero se había peinado cuidadosamente, y con su traje negro de lanilla deslucido, pero limpio, su pañuelito blanco al cuello, y su carita de virgen, parecía Teresa la más encantadora representación de la inocencia.

—Vamos—dijo González—la señora espera. Va usted á conocer á una señora que es la mejor que existe en este mundo. Y para gobierno de usted, apreciable joven, le diré que esta ilustre señora á quien va usted á ver ahora me ha preguntado que si es usted discreta. Con que no le digo á usted más; es preciso ser discreta, pero muy discreta.

—Bueno, señor; yo procuraré agradar á esa señora en lo que me mande trabajar, porque de trabajar, de labores, de coser y bordar creo que hablamos ayer.

—Sí, sí; eso es.

Bajaron la escalera, y se detuvieron en el piso primero.

—Entraremos por aquí—dijo González.—Esta es la puerta de servicio.

Llamó y abrieron.

González entró por la galería adelante, una galería muy alegre, llena de vistosísimas flores y de pájaros vocingleros, diciendo á Teresa:

—Espere usted aquí un momento.

Teresa veía con arrobamiento las preciosas jaulas doradas en que saltaban gozosos los alados huéspedes de vivos colores, y aspiraba con delicia el perfume que embalsamaba el ambiente.

—¡Qué bonito es todo esto!—pensaba—¡qué bien se vivirá aquí!

González no tardó en volver.

—Sígame usted—le dijo;—la señora espera.

La gentil Teresa iba de puntillas, como si temiera que con el peso de su delicado cuerpo y con sus diminutos pies fuera á echar á perder aquellas blandas alfombras de rico terciopelo, y cada vez era más grande su asombro atravesando las diversas habitaciones, todas llenas de verdaderas maravillas, nunca por ella vistas ni siquiera soñadas. ¡Con qué gusto se habría detenido para contemplar á su sabor los artísticos muebles, los hermosos cuadros, las magníficas estatuas!..... Pero González no se detenía, como si todo aquello le fuera indiferente, y ella no podía hacer otra cosa que seguirle.

Por fin se detuvo González ante una puerta forrada de riquísimo terciopelo color de oro viejo, y abriéndola, dijo á Teresa:

—Entre usted, señorita; aquí está la señora.

—Adelante, niña—dijo ésta afablemente.

La puerta se cerró quedando fuera González, y Teresa se halló ante la espléndida Marquesa, que la miraba con curiosidad, valiéndose de uno de esos anteojos que creo se llaman *impertinentes*, y no está mal puesto el nombre.

CARLOS FRONTAURA.

(Continuará.)

INAUGURACION DEL MONUMENTO

DEL GRAN LÍRICO ALEMÁN WALTER VON DER VOGELWEIDE.

Los amantes de lo bello están de enhorabuena, pues aun hoy se rinde culto á la poesía, y los alemanes nos enorgullecemos con tener un monumento del entusiasmo y de la constancia germanas cerca de las saludables montañas de Meran, ese paraíso del Sur, en la postrera ciudad alemana que se encuentra hacia el Mediodía, en prueba de que en Bozen, donde el peregrino á Italia ve por la primera vez la exuberancia de la naturaleza meridional y donde cada piedra podría contarnos algo de emperadores y de cruzados, se escucha todavía la lengua alemana.

Por fin tiene su estatua el trovador caballeresco que pertenece al pueblo alemán como uno de sus ingenios más nobles, cuyos cantos parece que han llevado del suelo popular donde brotaban el fresco sabor de sus raíces á la flor delicada de su arte, y que debió el desarrollo de su genio al Austria, á la corte de Musas de los Babenbergos, aquellos príncipes que encarnaron las más altas aspiraciones espirituales dentro del suelo germánico.

Walter Von der Vogelweide, el cantor del *Tandaradei*, acaba de alcanzar un triunfo que no ha obtenido ningún bardo de la Edad Media: el que fué el Príncipe de los ingenios en el primer período de nuestra literatura, así como Gœthe lo fué en la segunda Edad de oro de nuestra poesía, ha resucitado en el mármol blanco de su patria, ha surgido de la tumba adornado con galas más ricas que las que jamás le hayan ofrecido los príncipes de su tiempo. Después de transcurridos más de siete siglos desde el nacimiento de *Walter*, el mejor y el mayor de los líricos alemanes, el genuino bardo alemán que celebraba en cantos inmortales la fe germánica, la verdad, la virtud y el amor de nobles mujeres; el heraldo de su pueblo; el propagandista de los gloriosos Hohenstaufen de su época, Federico Barbarroja y Enrique VI; el agitador político que, lleno de idealismo, unía la misión de su vida á los destinos del Imperio; la flor de la Caballería, la estrella del *minnegesang*, el maestro del ritmo sonoro, la gloria de los trovadores y un ciudadano de la gran República intelectual; uno de los vates más eminentes de todos los pueblos y de los tiempos todos; el poeta que dejó un piadoso legado á sus camaradas aladas, las inocentes avecillas, proporcionándoles el pasto cotidiano, granos y agua, en los cuatro huecos de su piedra sepulcral, que se encuentra en el jardín de San Lorenzo, cerca de la puerta de la nueva catedral de Wurzburgo, acaban de erigirle un soberbio monumento á la sombra del Schlern, el rey gigante, delante de la iglesia gótica de Bozen, en la plaza de San Juan, rodeada de una corona verde de altos montes y circundada de casas hospitalarias.

No hay cosa más curiosa que la historia de aquella estatua. El monumento á *Walter*, el contemporáneo del Dante, brotó de un deseo del corazón de honrar al genio del poeta en el lugar de su nacimiento. Sólo una modesta y tímida hipótesis, relativa á un cortijo de nombre *Vogelweide* (que quiere decir *pasto de los pájaros*), bastaba para crearlo, dando corporalidad á la figura del poeta más original de la Edad Media, y ofreciendo á sus admiradores un lugar en que pudiesen dedicarle un recuerdo. Por el arte prodigioso del estatuario tirolés Enrique Natter, residente en Viena, ha recibido *Walter Von der Vogelweide* carta de naturaleza en el Tirol, donde nació el bardo como por un milagro seiscientos sesenta años después de su muerte. Vamos á explicar aquel enigma. Hace veinticinco años, el catedrático de la historia austriaca en la Universidad de Viena, Alberto Jäger, encontró en el registro de apeos de las tierras del Conde Meinhardo de Tirol, que murió en 1295, un cortijo denominado *Vogelweide* y situado cerca de Sterzing. Participó su descubrimiento á su célebre colega el germanista Francisco Pfeifer, que lo aprobó, diciendo: «Ya tenemos la patria de *Walter Von der Vogelweide*: éste nació en 1168 cerca de Sterzing (Tirol)». Pero Juan Haller, párroco de la aldea de Layen (distante una jornada de Bozen hacia el Norte), sabía por su coadjutor Antonio Spiess que en su parroquia, en el valle del Eisack, entre las estaciones Waidbruck y Klausen, existe otro *Vogelweiderhof* rodeado de todos los genios encantadores de la Naturaleza, y más á propósito para ser cuna del vate, respondiendo á lo que él mismo, respecto á su patria, dice en sus cantos, y teniendo antiguas tradiciones de nobleza. Con el mismo júbilo con que *Walter* exclamaba: «¡Tengo un feudo, tengo un feudo!» exclamó Haller: «Hemos descubierto la cuna de nuestro *Walter Von der Vogelweide*.» No le faltaba sino hallar también la piedra en que se sentaba el bardo escribiendo su poesía filosófica: *Ich saz uf eime steine*, ó el tilo bajo el cual tenía una cita con una hermosa campesina.

Hoy la hipótesis de Haller se ha convertido en un monumento de mármol, y el párroco de entonces en el Obispo sufragáneo de Salzburgo. El padre franciscano Anzoletti, que parece haber tenido como una visión lejana y luminosa del espectáculo á que estamos asistiendo, se puso con el celo de su Orden al servicio de la idea de Haller, llamando tirolés á *Walter Von der Vogelweide*. Lo mismo hizo el inspirado poeta Ignacio Zingerle, catedrático de la Universidad de Innsbruck, después de haber salido para Layen y conocido el *Vogelweiderhof*. Reuniéronse en éste, en Octubre de 1874, cuando en el valle del Eisack el dorado racimo se ofrecía preñado de divino jugo, muchos sabios y poetas acompañados de músicos campesinos, colocándose una lápida conmemorativa en aquella casa humilde. Pronunciaron discursos el docto Zingerle y el canónigo de Munich Juan Schrott, y durante los años siguientes celebráronse tertulias en honor del viejo bardo y nuevo hijo de Tirol en Klausen, en el albergue del Sr. Cantioler, siendo el cuartel general de los huéspedes el jardín bautizado con el nombre *Walter*, que se encuentra á las orillas del Eisack, cerca del claustro de Säben y del castillo del mismo nombre, la morada del *minnesänger* Leutholdo de Säben, y cerca del castillo de Gufidaun, donde se estableció el Sr. Zingerle ejercitando una hospitalidad feudal.

En la casa campesina de Layen apareció también aquel poeta vagante, que nos recuerda los de la Edad Media, el malogrado Leuthold, recitando su *canción de lansquenetes* y fragmentos de su *Pentesilea*. Pintaron en el albergue del Sr. Cantioler los retratos de los alemanes eminentes *Walter*, Uhland, Simrock, Adolfo Pichler, Fallmerayer y Steub, siendo retratado también Gœthe, que había pasado por Klausen en su viaje á Italia.

Mientras los tertulios del jardín de *Walter* se complacían en chistes, diciendo á una baronesa que había llegado de lejos en busca del famoso tilo de *Walter*, bajo el cual éste mantenía su dulce plática con una campesina, en tanto un pájaro cantaba su *Tandaradei*, que aquel árbol había de ser trasportado para no ofender el pudor de las jóvenes, Zingerle se hizo el alma del comité para erigir una estatua al poeta simpático y popular si los hubo. *Walter* fué el héroe del día, siendo celebrado hasta un punto que seguramente no pudieron vislumbrar los más entusiastas de sus admiradores. Se fundó en Innsbruck, la de las muchas torres, una sociedad de estudiantes, llamándose *Walteria*, en obsequio del bardo; el Sr. Wackernell, que en el día es catedrático al lado de Zingerle, escribió una obra acerca de *Walter en Austria*, y se constituyó en Tirol un cuarteto de los mejores cantantes que se llamaban *Vogelweider*. Encargaron la estatua al escultor Enrique Natter, que concibió sus primeras obras contemplando en Munich los Nibelungos y el mundo de los dioses germánicos. Contribuyó con 500 marcos á los gastos del monumento el emperador Federico III, que había pasado en Bozen uno de los últimos inviernos de su vida.

Ya se nos presenta el poeta de la Edad Media cristiana y romancesca en mármol de Laas, la Carrara de Tirol, en la plaza de San Juan en Bozen, pero no estando sentado como en el manuscrito de Manesse, sino de pie, teniendo, así como Uhland lo había imaginado

el atributo de su arte, el violín, en la mano, mientras de la cadera izquierda pende la espada, y teniendo su rostro, que el escultor había de representar según su fantasía, faltando un retrato auténtico del bardo, la expresión de religiosidad de la Edad Media, del vigor alemán y del entusiasmo de poeta. La estatua tiene por pedestal una fuente, guardando el monumento dos leones del Imperio, en tanto cisnes descuellan sobre la fuente y en un relieve de ramaje anidan pájaros. Bajo la columna fascicular y el plinto está grabada en la piedra una avecilla, recordándonos la de que habla el poeta en su canto del *Tandaradei*, cuando todo inspiraba á su corazón contento, iluminando el sol la risueña estación de los amores.

Ya es realidad brillante lo que al principio no parecía sino un castillo fabricado en el aire: Bozen puede presentar á su *Walter* á la faz del mundo como la joya de más precio. Ante aquel monumento, que ha de ser un baluarte de la índole germana en el emporio del Tirol meridional, el Norte y el Sur de Alemania se dan la mano.

Las fiestas de *Walter* empezaron en Bozen el 14 de Septiembre de 1889 con un concierto que ofrecía algunos rasgos de la vida del poeta sacados de sus cantos, siendo el compositor José Pembauer, y el autor del libreto, Ignacio Zingerle. El 15 se inaguró con toda solemnidad el monumento, celebrando misa en la parroquia próxima á éste el admirador más entusiasta de *Walter*, el P. Anzoletti.

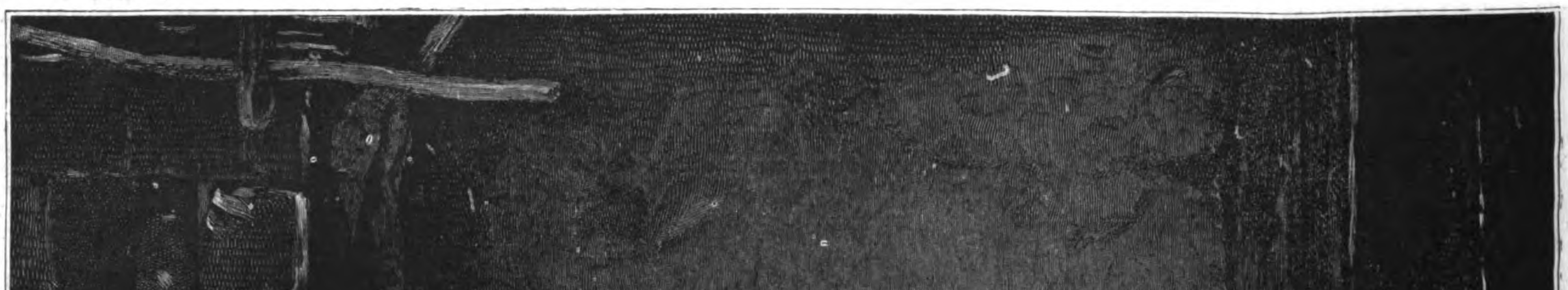
Una procesión cívica, rica en estandartes y precedida de un heraldo montado á caballo y del Comité, salió para la plaza de San Juan, que estaba brillantemente engalanada con altos mástiles, en los que había escudos y banderas ostentando los colores alemanes, tiroleses y bávaros, iluminados por los rayos del sol más esplendoroso. A la derecha del monumento había una tribuna en que se vieron muchísimas señoras elegantes, en tanto á los lados de la plaza había tiendas para beber adornadas con los nombres gloriosos de Leutholdo de Säben, de Wolfran de Eschenbach y de Osualdo de Wolkenstein. El presidente del Comité saludó al archiduque Enrique y á su esposa, siendo aquél el representante del protector del Comité, el archiduque Renicro. En cuanto los Archiduques hubieron tomado asiento, una banda militar tocaba la obertura de *Oberón* y cayó la cubierta del monumento de mármol, blanco como el lirio, siendo saludada la obra de Natter, que á todos les apareció como una revelación, con *hurrahs* atronadores. Después el catedrático de la Universidad de Berlín, el ilustre germanista Carlos Weinhold, se acercó á las gradas del monumento, pronunciando un elocuente discurso que concluyó con las siguientes palabras: «Hombres del Tirol, haced votos para que estos montes y estos valles sean eternamente alemanes. Y ustedes, mujeres y vírgenes, asociaos á este voto sagrado. Y tú, señor *Walter*, recibe con aquel voto tu consagración espiritual. ¡Ojalá que seas un símbolo de esta ciudad, y el agua de la vida brote de esta fuente para bendición del país!»

Un actor del teatro Imperial de Viena, Jorge Reimers, recitó los bellísimos versos del poeta tirolés Juan de Vintler, concluyendo con este saludo á *Walter*: «Seas bien venido, figura noble y brillante; te miran alegres las montañas donde estabas cuando joven; te contemplan llenos de júbilo todos los países alemanes en que resonaba tu canto á la par dulce y atrevido. De aquí en adelante cada día ha de besarte lleno de alegría, y al sonar la campana de la tarde se gozan las estrellas en derramar sus rayos sobre tu frente.»

Después la Sociedad de cantantes



EXCMO. SR. D. FERNANDO CALDERÓN COLLANTES,
PRIMER MARQUÉS DE REINOSA.
Nació en Reinosa (Santander), en 1811; † en Madrid, el 9 del actual.



EL FIN DEL ÁRBOL DE NAVIDAD.
CUADRO DE O. PILK.



EN EL VESTÍBULO DEL REAL.
POR D. MANUEL DOMÍNGUEZ.

tiroleses entonó un himno compuesto por Pembauer; el presidente del Comité hizo entrega al alcalde de Bozen del monumento, y, al día siguiente, los alcaldes de Bozen y Wurzburgo depositaron coronas, figurando entre las numerosas ofrendas de respeto también las de Viena, de Innsbruck, de Klausen, de Meran, de Brixen, de Gràz, de Lindau y de otras ciudades.

Cuando por primera vez se ofrecía *Walter* á los asombrados ojos en su quietud sublime, bandadas de palomas volaban en torno del monumento, como si quisiesen tributar homenajes al cantor de los pájaros, y ante la estatua que tiene el encanto de estos versos walterianos: «Escuchaba murmurar una fuente.....» exclamaba una hermosa niña tirolesa en su éxtasis: «Si *Walter* no ocupase un puesto tan alto, quisiera darle un beso. *¡Tandaradei!*» Lo hubiese merecido el cantor privilegiado de las mujeres, que dijo: «Dejemos las flores para ver sólo la mujer querida.»

En el banquete con que se celebró la inauguración del monumento con frecuentes libaciones, había brindis por Austria y Alemania; por el protector del Comité de *Walter;* por la prensa que se había asociado á aquella empresa meritoria si las hubo; por Natter, que une el vigor del espíritu alemán al calor del sentimiento del hombre meridional; por el gran pintor Defregger, que había llegado de su finca para asistir á las fiestas, y por las señoras alemanas, cuyo amor había celebrado *Walter* en sus versos elocuentes. Mencionaremos también los del señor del *Schillerhof* de Meran, el cantor tierno y religioso de *Amaranth*, el inspirado poeta y genuino caballero Oscar de Redwitz que, manejando gallardamente el idioma y acreditando poseer originalidad, donaire y delicadeza, es querido de todos y continúa presidiendo desde hace años, durante el verano, una tabla redonda de poetas simpáticos en la excelente fonda del pintoresco pueblo de Gossensass (Tirol), donde tuve el gusto de saludar el verano último también al autor dramático Ibsen, el rival de Echegaray en la escena alemana.

Por la tarde la plaza de San Juan estaba iluminada, celebrándose una verdadera fiesta popular, un concierto por bandas de música y cantantes, distinguiéndose los Vogelweider, mientras las estrellas, obedeciendo al encargo del poeta, derramaban sus rayos sobre el monumento de *Walter*. Al día siguiente salieron muchos huéspedes de Bozen para el *Vogelweiderhof*, para ver aquella casa humilde que parece que existe ya hace más de ocho siglos á la sombra de un castaño secular. Muestran una cámara sombría, diciendo que allí nació *Walter*. Por encima del techado, cubierto con chillas, anidan pájaros, interpretando con sus cantos la significación de la casa y del trovador, el amigo de las aves. Cerca de la casa que desde el 3 de Octubre de 1874 ostenta en una tabla de mármol estos versos de Hugo de Trimberg:

Her Walter Von der Vogelweide
Swer des vergaez, der tât mir leide
(Quien olvidase á Walter von der Vogelweide
Merecería mi compasión),

corre una fuente. Y hay un jardín alegre y frondoso, donde dicen que jugó de niño *Walter*, y que tiene la vista más poética sobre el castillo de Osualdo de Wolkenstein, de nombre Troostburg, y vense el grandioso Schlern y una parte de los dolomitas del valle de Gröden.

Brillante estela dejarán en la imaginación de todos los días de *Walter*, y quien los ha presenciado prorrumpirá conmigo en un himno al Austria y al Tirol.

Austria feliz, te saludo: en tí resonó por la primera vez la lira de *Walter*, en la corte alegre de Viena, donde el hijo modesto de las montañas se presentó en 1189, á saber, en el mismo año en que Federico Barbarroja, la encarnación de un emperador nacional, apareció en la residencia de los Babenbergos antes de dirigirse á la Tierra Santa, y en los castillos de tus duques Leopoldo y Federico pasó los años más felices de su vida, no perdiendo nunca la herencia de su patria, el sentimiento profundo de la Naturaleza. Tu castillo de Mödling, que hoy no tiene sino escombros, mirando desde la cumbre hacia el valle florido de Brühl, aquel prado verde en que en Mayo trinan los pájaros, se regocijan los niños, alegres como unas castañuelas, y lucen sus prendas apuestas y garridas mozas; tu castillo de Mödling, digo, lo ha visto también *Walter*, comparando quizá el Brühl con el encanto de su valle patrio. En tus Alpes todos los maestros del *minnegesang* han dejado huellas luminosas; á las orillas de tu Danubio caudaloso se busca la cuna del autor de los Nibelungos; en tu pequeño pueblo Oftering (Austria alta) se busca la del legendario Ofterdingen, mientras Salzburgo nos recuerda Tannhauser, lo mismo que el castillo de Starkemberg, situado cerca de Wiener Neustadt, en el valle de Piesting, la residencia de los Babenbergos, donde hicieron su entrada Tannhauser, Pfeffel, Neidhardt, *Walter Von der Vogelweide* y Ulrico de Lichtenstein.

Y á tí te amo también, Tirol, que nos recuerdas en tus lugares las figuras brillantes del romanticismo de la Edad Media. Tu río Eisack ha conservado el esplendor de los tiempos pasados. En las paredes de tu castillo de Runkelstein representan las pinturas la época de Godofredo de Strasburgo, los héroes de los Amelungos, las figuras del mito de Artus; en el Runkelstein nació en 1394 la Crónica universal de Sendlinger, y en el mismo castillo vivió el autor del famoso poema didáctico *Las Flores de la virtud*, Juan Vintler. Meciste la cuna del *Minnesänger* Leutholdo de Säben, cuyo castillo estaba cerca de Klausen; la del canoro Rubín, que floreció á mediados del siglo XIII, viéndose todavía su castillo próximo á Meran, y la cuna del último *Minnesänger* Osualdo Wolkenstein. Los contemporáneos de Rubín fueron el *Minnesänger* Enrique Burggrave de Lienz, el bardo Havart y Walter de Metz. El mejor cantor tirolés del siglo presente fué Herman de Gilm, que nos conmueve como el melancólico Lenau, nos entusiasma como el valiente Freiligrath y nos cautiva en sus cantos á la Naturaleza como Rückert.

Tiroleses son también los inspirados poetas Adolfo Pichler, Ignacio Zingerle y Juan de Vintler, heredero de un nombre glorioso de la Edad Media, Baltasar Hunold y Juan Senn, y tirolesa es la poetisa Angélica de Hörmann. La naturaleza de tus montañas se refleja en los cantos, ora idílicos, ora grandiosos, de tus vates, siendo tus poetas rocas en que florecen rosas de Alpes. Es el Oberammergau de Tirol tu Brixlegg, donde los aldeanos representan la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y donde en 1889 una sencilla criada desempeñaba el papel incomparable de la Virgen, cuya Muerte, Resurrección y Asunción, Elche, aquella villa circundada de hermosos bosques de palmeras reproduciendo las cercanías de Damasco ó Jaffa, continúa representando el 14 y 15 de Agosto como en el siglo XIII. Al asistir al espectáculo sublime de Brixlegg, recordaba que el mismo *Walter Von der Vogelweide*, que había visto brillar el cetro germánico, vió también llena de esplendores místicos la cruz del Gólgota.

Te amo, Tirol, por la piedad de tus hijos, en cuyas casas no falta el testimonio de su devoción, el llamado *Herrgottswinkel* (que quiere decir el *rincón del cuarto donde se ve el Crucificado*). Tu águila la han enrojecido los rayos del sol, el vino de fuego y la sangre de enemigos. Tienes rocas que detienen las tempestades, héroes que te amparan, tiradores que con sus armas y sus cantos despiertan el eco de tus montañas, y ventisqueros que te encierran cual espinas.

¡Qué gigantes son tus montañas, cuán frescos tus prados, cuán poderosos tus ríos! Tienes vinos capaces de encender la sangre á un ermitaño, y niñas que, cual la cigarra, se pasan la vida cantando, y que son floridas como los días de Mayo. Eres el blanco gigante diamante en el anillo que une á Alemania y á Italia. Tus héroes Hofer y Haspinger despertaron el reloj de Europa cuando los otros dormían. Tu Defregger, cuyas pinturas representan, ora los idilios de la vida tirolesa, ora el heroísmo de Andrés Hofer, es un maestro del arte en que en el día brillan en España el aragonés Pradilla, Antonio Gisbert, Moreno Carbonero, Benlliure y tantos otros. Tus cumbres de Rosengarten y de Jochgrimm, cerca de Bozen, resuenan en el mundo legendario de la antigua poesía germánica. Y á los que dicen: «*Walter Von der Vogelweide* es hijo de Tirol, lo mismo que Andrés Hofer, y ha de ser un batallador del espíritu germano, el patrono de Tirol, en tanto las ondas del Eisack descienden del Brenner», contestaremos: «¡Ojalá que sea verdad tanta belleza!»

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 4 de Octubre de 1889.

ADVERTENCIA.

El considerable número de originales literarios adquiridos por esta Dirección, y el escaso espacio que dejan disponibles las secciones fijas que tiene establecidas LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, la obligan á suplicar á las muchas personas que anuncian el envío de nuevos escritos se abstengan de hacerlo, á fin de evitarse inútiles molestias, y á la Dirección la contrariedad de tener que archivarlos por un tiempo indeterminado.

No se devuelven originales, ni se responde de los que, á pesar de la presente *Advertencia*, se remitan á la Redacción.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Los Hijos del mar, pequeño poema, por don J. Díaz Macías. Consta de dos cantos, en verso endecasílabo asonantado y en décimas, y forma un opúsculo de 22 páginas en 8.º menor. Badajoz, librería de los Sres. Uceda, hermanos.

Nueva Geografía Universal: **La Tierra** *y los hombres*, por Eliseo Reclus, obra ilustrada con 3.000 mapas intercalados en el texto ó estampados aparte, y con más de 1.200 grabados en madera; traducción española bajo la dirección del Excmo. Sr. D. Francisco Coello, coronel retirado de Ingenieros, académico de la Historia, presidente de las Sociedades de Geografía de España, etc. Esta obra ha adquirido en poco tiempo fama universal, como lo demuestra el hecho de estar apareciendo las traducciones rusa, inglesa é italiana, á la vez que la española: el estilo brillante de Reclus, el encanto y la animación dramática de sus relatos y descripciones, la vida que el autor ha sabido comunicar á los cuadros, combinando por manera originalísima los conocimientos geográficos más recientes con la pintura de tipos, costumbres, trajes, armas, etc., hacen que la Geografía pierda en este libro la tradicional aridez de exposición que caracterizaba á esta clase de publicaciones, y sea grata la enseñanza que sus páginas contienen. Publícase por cuadernos de 32 páginas en 4.º menor, al precio de una peseta cada uno, y van repartidos 134, que contienen la descripción de *Europa Mediterránea Central, Africa del Nordeste* y *Asia Oriental*, con su correspondiente ilustración de vistas locales, tipos, mapas, planos, etc., en negro y en colores. Suscríbese en las principales librerías, y en las oficinas de *El Progreso Editorial* (Reina, 35).

Los Biógrafos de Cervantes en el si-*glo* XIX, apuntes críticos, por D. Luis Vidart, correspondiente de la Real Academia de la Historia. Eruditísimo trabajo literario, histórico y crítico, referente á los últimos biógrafos del autor del *Quijote*, Sres. Navarrete, Aribau (don Buenaventura Carlos), Quintana, Morán (D. Jerónimo), Máinez y Díaz de Benjumea. Opúsculo interesantísimo que leerán con deleite los aficionados á estudios de ese género. Véndese, á 4 reales, en la Administración, á cargo de D. Juan Fernández, Madrid (Fuentes, 9, principal).

Almanaque de las Islas Baleares correspondiente al año 1890. Contiene composiciones en prosa y en verso de distinguidos literatos, interesantes documentos históricos y crónicas local, nacional y extranjera. Regalo á los señores Suscritores de *El Diario de Palma*.—También hemos recibido el *Almanaque de «El Eco de Andalucía»* y el *Almanaque Bastinos*.



EL CÉLEBRE BARÍTONO RONCONI,

PROFESOR DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA Y DECLAMACIÓN.

Nació en Venecia, en 1812: † en Madrid, el 7 del actual.

Cuentecitos sin importancia, por D. Silverio Lanza. (Segunda edición.) Si no tienen importancia los *Cuentecitos* de Silverio Lanza, tienen muchísima intención: léanse, para convencerse de ello, los titulados *La Evolución de la materia, La Galatea, La Fe, La Muerte de la verdad* y otros de la colección. Véndese este libro á dos pesetas, y los pedidos se dirigirán, no á *Silverio Lanza*, sino á D. Juan Bautista Amorós, en Getafe (Olivares, 18).

Cuentos del día de Reyes, por Carlos Dickens. Contiene: *La Guinea de la coja, El Vendedor ambulante, El Paraguas del señor Thompson, Aventuras de un comisionista* y *La Señora caritativa*. Precio: 2 reales. Valencia, librería de D. Pascual Aguilar, editor (Caballeros, 1).—El mismo editor ha publicado la *tercera edición* del primer volumen de su *Biblioteca Selecta*, intitulada: *Viaje al rededor de mi cuarto*, del célebre J. de Maestre, y se vende, como el anterior, á 2 reales cada ejemplar, en las principales librerías.

Nuevo método de lavado y planchado, y dar brillo á la ropa blanca, por D.ª Francisca Domínguez de Busto, planchadora. Un librito que contiene, además varias curiosidades propias del tocador y de utilidad para el bello sexo, una colección de recetas para hacer aguas olorosas, pomadas, pastillas y específicos para quitar manchas, tintas para marcar la ropa, etc., y un tratado del cultivo del rosal. Tercera edición, aumentada. Precio: 2 reales. Diríjanse los pedidos á la librería de D. Pascual Aguilar, Valencia (Caballeros, 1).

Por Francia y por Alemania (crónicas de la Exposición), por D.ª Emilia Pardo Bazán. Este libro es continuación, digámoslo así, del titulado *Al pie de la Torre Eiffel*, de la misma insigne escritora. Consta de diecinueve *Cartas* escritas con la galanura característica de las producciones literarias de su distinguida autora, y termina con un *Epílogo* muy curioso. Un tomo de 260 páginas, que se vende, á 1,50 pesetas, en las oficinas de *La España Editorial* (Tutor, 21).

Nota presentada al *Congreso Médico* de Barcelona, 1888, por el Dr. E. Bertrán Rubio, acerca del tema XVIII de la sección de Medicina: «¿Qué papel deben desempeñar las corrientes eléctricas (galvánicas y farádicas) en la terapéutica de los procesos morbosos medulares, así en los de foco como en los de sistema?» Opúsculo de 24 páginas en 4.º menor, que aparece impreso en Barcelona, establecimiento de D. J. Balmas Planas (calle del Correo Viejo, 5).

V.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



AÑO XXXIV — MADRID, 8 DE FEBRERO DE 1890. — NÚM. V.

SUMARIO.



Excmo. Sr. D. CRISTÓBAL COLÓN DE LA CERDA,

DUQUE DE VERAGUA, MINISTRO DE FOMENTO.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Crónica mortuoria puede llamarse hasta ahora la nuestra en el año actual. Empezó con un gran tenor y un gran barítono, luego un rey, después un gracioso, y en la presente, se da el caso de haber muerto en Madrid, en poco más de veinticuatro horas, cuatro grandes de España, que llevaban los títulos de Toreno, Puñonrostro, Nájera y Moctezuma. Representantes todos ellos de casas ilustres, el Conde de Toreno, por su edad y por hallarse en el ejercicio activo de la vida política, ha producido en el público, con su prematura muerte, la más honda sensación. Hijo del gran tribuno é historiador de la guerra de la Independencia; orador también, aunque pecaba de dar siempre excesiva solemnidad á los asuntos, y Presidente que había sido del Congreso, y Ministro, Gobernador y Presidente del Ayuntamiento de esta capital, estaba llamado todavía á ocupar las más altas posiciones, por ser uno de los hombres más adictos al Sr. Cánovas del Castillo, y uno de los personajes más caracterizados y en juego dentro del partido conservador.

Al estallar la revolución de 1868, figuraba entre la juventud del partido moderado; contóse entre los vencidos, y fué uno de los que trabajaron desde entonces por la restauración, ya influyendo en la prensa, en los círculos y en la organización de su partido, cuando eran en España muy escasos los que defendían aquella causa y tenían que manifestar con mucha prudencia sus ideas. Fué también uno de los que intervinieron eficazmente en la fundación del partido liberal-conservador, fundiendo los restos más activos del partido moderado con la parte de la unión liberal que dirigía el Sr. Cánovas. Hallóle la restauración en lugar visible y preferente, y recompensó sus servicios utilizando su lealtad y sus talentos.

No era el Conde de Toreno un estadista de esos que brillan en primera línea por condiciones personales eminentes. Y sin embargo, tenía un talento claro y dotes de mando, de instrucción general y de palabra para desempeñar con decoro y autoridad las más altas posiciones oficiales, en las cuales hizo siempre un papel respetable. Espíritu recto y justo, político honrado, y convencido de la justicia de su causa, no desconocía por pasión los derechos del adversario, sino que los amparaba cortésmente. Bajo y lleno de cuerpo, y de rostro encendido y cabello rubio, tenía de la raza germánica la apariencia y la firme serenidad de sus convicciones.

Ni un solo grupo del Congreso dejó de hacer justicia á las cualidades de aquel cumplido caballero cuando se notificó á la Cámara la noticia de su muerte. Desde el Presidente hasta el novel diputado D. Miguel Moya, que acababa de jurar su cargo, todas las fracciones de la Cámara rindieron un tributo espontáneo, sentido y rara vez tan unánime á la memoria de D. Francisco de Borja Queipo de Llano y Gayoso, conde de Toreno. Era un visto bueno que daba la nación, en el término de una carrera política clara, honrada y correcta.

***

El fallecimiento repentino de S. A. R. don Antonio de Orleans, duque de Montpensier, ocurrido en las cercanías de Sanlúcar de Barrameda el 4 del corriente, nos impone la delicada obligación de hacer un juicio biográfico de aquel alto personaje, honor que declinaríamos con gusto, á ser posible, por temor de que la pluma no corresponda á nuestra intención, de ser á la vez respetuosos y severos. Que sólo así entendemos se puede servir al público y á la verdad, sin faltar á las conveniencias, ni herir el sentimiento de los que le lloran, ni golpear sobre la tumba recién cerrada en el panteón de los Infantes.

Don Antonio de Orleans, hijo de Luis Felipe y marido de la infanta de España D.ª María Luisa Fernanda, hermana única de D.ª Isabel II, se había distinguido como militar en su juventud, siendo herido en Africa; y desde el destronamiento de su padre el Rey de los franceses, ocurrido en 1848, residió casi siempre en Sevilla, Sanlúcar y Madrid, dedicado á la administración de sus bienes, que prosperaron mucho bajo su inteligente dirección. Su vida, durante los veinte años que mediaron desde la citada fecha á la del 68, fué correctísima y modesta: alejado de los asuntos públicos, dedicado á su familia y aficionado á las faenas agrícolas y á las artes, gozaba la reputación de príncipe ilustrado, económico, cortés, sencillo y, sin carecer de energía, exento de ambición. Y no faltaban personas serias que, satisfechas de su capacidad y buenas prendas, se lastimaban de que no hubiera sido rey de España, como esposo de D.ª Isabel II, según había deseado Luis Felipe y no pudo efectuarse por el veto de Inglaterra. Don Antonio de Orleans tenía, pues, en España, no un partido militante, como Felipe Igualdad en el reinado de Luis XVI, ni Luis Felipe en los de Luis XVIII y Carlos X, sino una reputación personal que le era favorable.

Repentinamente y sin preparación, el Duque de Montpensier intervino en los asuntos públicos, aconsejando á la Reina en una carta célebre que modificase su política en sentido liberal. El príncipe extranjero se mezclaba personalmente en nuestros asuntos interiores, y en favor de los que conspiraban contra el Gobierno. ¿Fué un consejo desinteresado y familiar, disculpable aunque ilegal é incorrecto? A falta de pruebas contrarias, debemos aceptar la versión más favorable á D. Antonio de Orleans. El Duque de Montpensier fué desterrado á Lisboa, y desde entonces los que preparaban la revolución de Septiembre tuvieron fondos. Triunfante ésta, apareció por primera vez en España el Duque de Montpensier como pretendiente á la Corona.

No hemos de recordar la lucha de candidaturas en aquella época en que estuvo el trono vacante, ni los esfuerzos del Duque para que el trono de que había sido privada su familia volviera á ésta, por vía de restitución en su persona. Y resultó en aquel nuevo período que el Duque de Montpensier, que antes de la revolución tenía popularidad y carecía de partido, tuvo partido y perdió su popularidad. ¿Intentó recobrarla al enviar sus padrinos al infante D. Enrique, hermano del rey D. Francisco, con motivo de un impreso en que aquél le injuriaba? Una mañana los madrileños nos levantábamos conmovidos con la noticia de que el Duque de Montpensier había muerto de un pistoletazo, en desafío, al infante D. Enrique. Las gentes acudieron á la casa mortuoria, situada en la plazuela de Santa Catalina de los Donados, donde el infante estaba rodeado de una guardia masónica con estoques, que hacía los honores al difunto. El entierro fué una manifestación antimontpensierista, y la candidatura fracasó por completo.

Sería inútil omitir hechos de tanto bulto, que recuerdan todos los periódicos, están frescos en la memoria de todos y consigna la prensa de entonces, hasta en grabados, como puede verse hojeando *La Ilustración de Madrid*. La lucha por el trono vacante, las polémicas, intrigas, manejos y vicisitudes de aquel período pintoresco é interesante, darán animación á la historia de la revolución cuando se escriba por completo y con imparcialidad. El Duque de Montpensier figurará, y no en segundo término; la crónica hallará un arsenal de datos en los artículos laudatorios de los periódicos que defendían su candidatura, en los violentos artículos de los que la combatían en serio y en broma, con caricaturas y canciones.

El Duque de Montpensier volvió á la vida privada. El tiempo apaciguó las luchas y borró distancias que parecían infranqueables. La razón hizo oir sus consejos y se sobrepuso á la pasión. Mediaron intereses de Estado, brotaron sentimientos, que sirvieron para soldar lazos rotos con violencia; diez años después de hecha la revolución, D.ª Mercedes de Orleans daba su mano á su primo el rey D. Alfonso, y la muerte deshacía poco después aquella unión; más tarde, volvía á reanudarse la alianza de familia con el casamiento de la infanta doña Eulalia y D. Antonio de Orleans, hijo de los Duques de Montpensier.

Desventuras posteriores, la muerte de tres hijos, la vejez y sus desencantos habían devuelto á la figura del Duque de Montpensier la representación pacífica de sus primeros tiempos. Ha muerto á los sesenta y seis años de edad, entre las gentes de quienes era más estimado, y olvidado de aquellas á quienes más había favorecido. Su muerte hace meditar: paseaba en su carruaje y distinguió unas perdices en el campo; hizo detener el coche y tomó la carabina: gran tirador, todas las probabilidades estaban en contra de la vida de las perdices: bajó del coche el Infante, y quedó muerto, mientras los pájaros volaban. ¿Aprovechará la leyenda algún día este episodio? ¿Dirá que aquellas aves, sabiendo que debía morir en aquel sitio y viendo que el coche pasaba de largo, le invitaron con su cuerpo á detenerse para que cumpliera su destino?

***

Para que nuestra crónica sea exclusivamente mortuoria, el telégrafo anuncia la muerte del gobernador general de Cuba, teniente general de ejército D. Manuel Salamanca y Negrete, ocurrida en la Habana, en la noche del 6, á consecuencia de una afección biliosa, y cuando se ocupaba en realizar en aquella administración un extenso programa de reformas.

Tenía cincuenta y siete años de edad, y había nacido en Burgos; era hijo del Conde de Campo Alange, y de aquella célebre Condesa que acribilló á su generación con epigramas dignos de Quevedo: ni aun su hijo se libró de los dardos satíricos de aquella lengua aristocrática.

El general Salamanca tenía como militar una historia muy nutrida de servicios, y habiéndose siempre señalado como hombre de guerra, activo, arrojado é inteligente, supo demostrar que poseía el raro dualismo de ser á la vez hombre de guerra y de bufete, si bien esta última cualidad la convertía en arma de combate. Lo que le distinguió entre los generales, dándole una personalidad saliente y casi teatral, fué la tenacidad y perseverancia con que acometía en el Parlamento á los Ministros de la Guerra á quienes hacía oposición. El general Salamanca era un guerrillero parlamentario incansable, molesto y pegajoso, que en lugar de abatirse por los reveses, volvía á la carga con mayor brío y decisión. Y era tan natural en su organismo aquella acometividad, que no se encontraban seguros de ella sus mismos amigos. Acaso influía en su conducta el haber hecho estudios muy extensos y tener un archivo extraordinario de datos acerca de las cuestiones palpitantes de la milicia, que le ponían en disonancia con muchas ideas admitidas y corrientes.

Su actitud en el conflicto de las Carolinas, es decir, la devolución de la condecoración prusiana que había recibido del Príncipe Imperial, si fué censurada por unos, le valió en aquellos momentos gran popularidad. Entre sus muchos proyectos, tuvo el de mejorar la situación de los militares por medio de una sociedad cooperativa, para proporcionarles económicamente los artículos principales de la vida. Una ligereza, aprovechada por un periódico de oposición, dejó sin efecto su nombramiento de gobernador superior de Cuba, que hubo de volver á extenderse. El general Salamanca podía prestar servicios en aquel cargo importante: el general Salamanca ocioso era una pesadilla parlamentaria.

Ha muerto en plena actividad, lleno de proyectos y esperanzas. Sus mismos enemigos lamentan su muerte prematura y reconocen sus excelentes cualidades.

***

—Dicen que has robado.
—Es una calumnia.
—¿Y qué vas á hacer para defenderte?
—Nada; la calumnia no mancha.
—No; quita el pedazo.

El enfermo presenta el pulso á su médico y le pregunta con timidez:
—¿Cree usted que estoy grave?
—¿Es usted título de Castilla?—pregunta á su vez el médico.
—No, señor.
—Entonces no hay cuidado: en estos días sólo sucumben las gentes principales.

Gabriela Bompard, la coautora ó cómplice del asesinato de Gouffé, se ha puesto de moda en París.

Esperemos en las primeras láminas de los periódicos de modas esto ó algo parecido:

«Ultima elegancia: trajes escotados que pueden servir para el baile y para la guillotina.»

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. CRISTÓBAL COLÓN DE LA CERDA,

duque de Veragua, ministro de Fomento.

En la plana primera damos el retrato del nuevo Ministro de Fomento, Excmo. Sr. D. Cristóbal Colón de la Cerda, duque de Veragua, descendiente directo del insigne descubridor de América.

Nació en Madrid, en 1837, y no ha figurado en política hasta después de la revolución de 1868; afilióse al partido radical, y fué diputado por el distrito de Arévalo en las legislaturas de 1871 y 1873; en el año siguiente ejerció el cargo de concejal del Ayuntamiento de Madrid, y hecha la restauración de la monarquía legítima, tuvo en el Congreso la representación de Puerto Rico, y se adhirió al partido liberal que reconocía por jefe al Sr. Sagasta, á cuyo lado permanece.

Es senador por derecho propio, y era en la actualidad vicepresidente del Senado, presidente del Consejo superior de Agricultura, delegado regio del Instituto agrícola de Alfonso XII, vocal de la comisión permanente de la Asociación general de Ganadería, y vicepresidente del Consejo de Administración del Monte de Piedad y Caja de Ahorros.

El Duque de Veragua es también Marqués de Jamaica, con grandeza de primera clase, títulos concedidos por el emperador Carlos V, en 1537, á los descendientes de Colón, y conserva además los honoríficos de Almirante del mar Océano y Adelantado mayor de las Indias, con derecho al uso de uniforme.

Heredó todos esos títulos en 1870, y es gentilhombre de cámara, grande de España, con ejercicio y servidumbre, desde el 24 de Julio de 1882, habiendo sido condecorado con gran cruz de Carlos III en 21 de Julio de 1887.

***

EXCMO. SR. CONDE DE TORENO,

diputado, ex ministro y ex presidente del Congreso.

Profundísima impresión ha causado en esta corte el fallecimiento del Sr. Conde de Toreno: sabíase que el distinguido prócer estaba enfermo, aquejado de una afección reumática; pero se recordaba que en la tarde del 16 de Enero había acudido al llamamiento de S. M. la Reina Regente, quien deseó consultarle sobre la crisis ministerial, como ex presidente de la Cámara de los Diputados, y que pocos días antes había tomado activa parte en los debates parlamentarios y en los municipales.

D. Francisco de Borja Queipo de Llano y Gayoso (cuyo retrato damos en la pág. 76) nació en Madrid en 1840, y era hijo de D. José María, famoso ministro de la reina gobernadora D.ª María Cristina, y autor de la *Historia de la guerra de la Independencia*, y de D.ª María del Pilar Gayoso de los Cobos y Téllez de Girón, ambos de antigua y calificada nobleza; cursó filosofía en el Instituto del Noviciado, y derecho en la Universidad Central, adquiriendo además profundos conocimientos en las ciencias morales y políticas; en 1847 sucedió á su padre en el título de Conde de Toreno, creado en 1659 por el rey don Felipe IV, con grandeza de primera clase desde 1838.

Al cumplir la edad de veinticuatro años, empezó á tomar parte en las luchas de la política, ingresando en el antiguo partido moderado y siendo elegido diputado á Cortes en 1864; perteneció desde entonces al Congreso en todas las legislaturas, como representante de Asturias (Oviedo, Avilés, Cangas de Tineo), demostrando brillantemente en las discusiones parlamentarias su claro talento, su instrucción, su carácter leal y enérgico y su inquebrantable adhesión al trono de la reina doña Isabel II; durante el período revolucionario fué también diputado en las legislaturas de 1871 y 1873, y defendió con ardimiento y generosa constancia la bandera de la monarquía legítima, no sólo en el Parlamento, sino en la prensa periódica, fundando el diario *El Tiempo*, «órgano batallador (escribe un cronista) de los principios y procedimientos conservadores y de la monarquía de D. Alfonso XII, á quien proclamó constantemente, sin reserva alguna, como única esperanza de la patria.»

Hecha la restauración, el Ministerio-Regencia le confirió el cargo de alcalde-presidente del Ayuntamiento de Madrid; en 1875 fué nombrado ministro de Fomento, bajo la presidencia del Sr. Cánovas del Castillo, y se distinguió por las buenas reformas que llevó á cabo en aquel departamento ministerial, y singularmente por su protección á los museos, bibliotecas y academias, y por su iniciativa para la publicación de obras magníficas, verdaderamente monumentales, como las *Cartas de Indias*; en 1879 desempeñó la cartera de Estado, y en 1880 fué elevado á la presidencia del Congreso de los Diputados; en 1884 aceptó el cargo de gobernador civil de Madrid, y al abrirse las Cortes en Mayo de dicho año, volvió á ser elegido por los Sres. Diputados para ocupar de nuevo el sitial de la Presidencia del Congreso.

En la actualidad era diputado á Cortes por Cangas de Tineo, presidente de la Sociedad geográfica de Madrid, individuo de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, vocal del Consejo superior de Agricultura, y de la diputación permanente de la grandeza de España.

Era gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre, desde el 16 de Julio de 1858, y caballero profeso del hábito de Santiago, y estaba condecorado con gran cruz de Carlos III desde el 17 de Marzo de 1884.

Respetando las últimas disposiciones del cristiano Conde de Toreno, su cadáver, con hábito de Santiago, fué encerrado en modesto ataúd de madera, cubierto con la muceta de la Sacramental de San Isidro, sobre la que estaba colocado el birrete santiaguista, y conducido al cementerio en coche fúnebre de tercera clase, sin coronas ni otros mundanos adornos; pero su entierro fué imponente manifestación de duelo, en la cual figuraban todas las clases sociales, sin distinción de partidos políticos, desde el Gobierno, las Cortes, y la Grandeza de España, hasta los obreros más humildes y los numerosos desgraciados á quien liberalmente socorría el caritativo Conde.

La comitiva fúnebre se organizó del siguiente modo: un piquete de Guardia civil á caballo; bomberos del Ayuntamiento y guardias municipales; clero de San Marcos con cruz alzada, presidido por el virtuoso párroco, que recogió el último aliento del finado; porteros del Ayuntamiento; asilados en San Bernardino y Santa Isabel y porteros del Congreso, todos con hachas encendidas; el carro fúnebre con el féretro, y detrás un ayudante del Conde de Mayorga, llevando una corona de lilas, rosas de té y violetas, con anchas cintas de los colores nacionales, tributo de consideración rendido por S. M. la Reina Regente al ilustre finado; el duelo general, presidido por el Sr. Presidente del Congreso de los Diputados, el Sr. Presidente del Consejo de Ministros y varios Grandes de España; un carruaje lleno de vistosas coronas; el duelo político, en el cual formaban los hombres más importantes del partido conservador, bajo la presidencia del Sr. Cánovas del Castillo; guardias municipales libres de servicio y obreros y dependientes del Ayuntamiento, en número considerable; tres carruajes de la casa y familia del difunto, la carroza y seis coches del Congreso y más de doscientos, casi todos blasonados, de particulares.

La comitiva se dirigió por las calles de San Bernardino, San Leonardo, Leganitos, San Marcial y Bailén, al camino del cementerio de San Isidro; el carro fúnebre se detuvo frente á la iglesia de San Marcos (parroquia del finado) y ante la puerta del Príncipe del Real Palacio, para que el clero rezase las preces de rúbrica; S. M. la Reina Regente, detrás de los cristales del balcón de su despacho, y profundamente emocionada, vió pasar el féretro del que fué en vida leal servidor de su patria y de sus Reyes.

Al llegar la comitiva á la Cuesta de la Vega, se verificó la religiosa escena que representa nuestro segundo grabado de la pág. 76, según dibujo del natural, por Comba: todos los concurrentes se descubrieron; el clero entonó los últimos responsos y se retiró á la parroquia; el carro fúnebre siguió después por el solitario camino del cementerio de San Isidro, en cuyo patio de Santa María de la Cabeza recibió cristiana sepultura el cadáver del que fué Conde de Toreno.

Dios haya acogido en su gracia el alma del ilustre Conde.

***

EL «CÍRCULO DE BELLAS ARTES», DE MADRID.

La inauguración pública del nuevo domicilio de la sociedad *El Círculo de Bellas Artes*, de esta capital (Libertad, 16), se ha verificado, en la noche del 6 del corriente, con una interesante *Exposición de Blanco y Negro*: allí no hay colores que fascinen la mirada del observador, sino dibujos, grabados y aguas fuertes presentadas por maestros y discípulos, por ilustres veteranos del arte y jóvenes principiantes que, con fe y esperanza, aspiran á imitarlos.

Pero no crean nuestros lectores que hoy hemos de ocuparnos en el examen de las obras expuestas: para proceder metódicamente, lo primero es presentarles en la casa de la Sociedad, contando con la caballerosa galantería de su digno presidente, nuestro director artístico D. Bernardo Rico, y de todos los socios, y servirles de guía para visitar los salones y las clases.

Ayuda nos presta en esa visita agradable el dibujo de Manuel Alcázar que publicamos en el grabado de la pág. 77: ahí está el vestíbulo, severamente decorado con frisos y azulejos, entre los cuales se destaca el escudo nobiliario de la Sociedad, una hermosa cabeza de Minerva con el lema *Círculo de Bellas Artes*; ahí está el salón de lectura y biblioteca, también artísticamente decorado, y en cuya mesa central aparecen los principales periódicos y revistas de España y del extranjero; ahí están la clase de día, para señoritas, y la clase general, de noche, que dirige el maestro Plasencia, las cuales son frecuentadas por numerosos jóvenes.

Y hecha la presentación y la visita, parándonos por espacio de breves momentos en las salas de conversación y de honesto recreo, enviemos nuestros plácemos al *Círculo de Bellas Artes*, y despidámonos de esa Sociedad hasta los números próximos en que empezaremos á ocuparnos en el examen de la *Exposición de Blanco y Negro*.

***

BELLAS ARTES.

El primer desengaño, cuadro de D. Francisco Díaz Carreño.— *¡Al baile!*, dibujo original de Manuel Alcázar.

Es el tipo de la Rosina del *Barbero*, y quizá mejor el de doña Inés, de *La Peregrinación de Childe-Harold*: vestida de blanco raso y encajes de negros madroños, y recogida su opulenta cabellera bajo airosa mantilla y con alta peineta, tiene en la mano una esquela de cortas líneas y eleva al cielo su mirada con expresión de amargura infinita. ¡La pobre niña ha recibido en esa carta su primer desengaño de amor!

Tal es el cuadro del Sr. Díaz Carreño que reproducimos en el grabado de la pág. 80.

Nuestros lectores conocen de antigua fecha las obras pictóricas de ese distinguido artista sevillano, premiado con diversas medallas en Exposiciones nacionales y extranjeras: recordamos que en el concurso de 1884 presentó un cuadro titulado *¿A mí qué?*, delicioso tipo de maja del siglo XVIII, y en el de 1887 otro no menos interesante, denominado *Vendedora*.

¡Al baile! se titula el dibujo original de Manuel Alcázar que damos en el grabado de la pág. 81.

Es noche de Carnaval, y triunfa la careta: en la tienda de un alquilador de trajes de máscara, la gente alegre se viste con abigarrados disfraces; las mujeres dan preferencia á los más *llamativos* (palabra técnica), ó á severos dominós y capuchones, y los hombres prefieren la ancha blusa de Pierrot ó la ajustada casaca y el sombrero de medio queso; á la puerta de la tienda un impaciente, ya disfrazado, exclama con voz aguardentosa: *¡Al baile! ¡al baile!*

***

MISS ELENA E. A. GINGOLD,

novelista y poetisa inglesa.

Pocos meses hace que llegó á nuestras manos un elegante libro, así titulado: *«A Cycle of Verse», by Hélène E. A. Gingold, Author of «Steyneville», Denysse»*, etc.: era una colección de poesías inglesas, dedicada «á la memoria de lord Byron, auel luminar de la literatura británica», y leyendo el índice, observamos que algunas composiciones tenían por título un nombre español, como *Angela* y *Benita*; pertenecía á la segunda edición (porque la primera fué agotada en breves días), y figuraban al final de la obra, según práctica editorial en el extranjero, los diversos juicios críticos del libro publicados por numerosos periódicos de Inglaterra, Francia, Italia, Grecia y por nuestro distinguido colega *La Época*, de Madrid.

Uno de esos juicios es debido al afamado crítico sir Edwin Arnold, en *The Daily Telegraph*, y termina de este modo: «Parece que miss Hélène Gingold aspira á los veinte años, cual otro Alejandro, á conquistar nuevos mundos para la poesía.»

Miss Elena Gingold, cuyo retrato publicamos en la pág. 84, nació en Londres el 17 de Marzo de 1867, y tiene, por consiguiente, la edad de veintitrés años, aun no cumplidos; sus padres, ricos negociantes de la City, la dieron esmerada educación, en consonancia con sus aptitudes, pudiendo sin escrúpulos dedicarla, á los doce años, al estudio de los autores clásicos de Inglaterra, Grecia y Francia; á los diez y siete años, miss Elena publicó su primera novela, intitulada *Steyneville*, y la crítica, al ocuparse en ella, teniendo en cuenta la temprana edad de la autora, y tolerando ciertas audacias prosódicas que censuraron los puristas, incluyó el nombre de miss Gingold en la lista de los buenos novelistas ingleses, llegando á decir un periódico (que no brilla por su indulgencia), al dar cuenta de la aparición de *Steyneville*: «Es simplemente maravilloso que una niña haya escrito novela tan notable.»

A esta obra siguió *Denysse*, novela más pensada y mejor concebida que la primera, pero no menos moral ni más ingenua, y al éxito extraordinario que obtuvo debió su joven autora que editores importantes de ambos continentes solicitaran su colaboración en revistas de arte, ciencias y literatura; y los trabajos de esta naturaleza que miss Gingold ha dado á la estampa durante dos años son muestra evidente, á más de su inspiración y su talento, de su pasmosa laboriosidad.

Cuando el público y los editores esperaban una tercera novela que consolidase el título de distinguida novelista que tan fácilmente había conquistado, miss Gingold sorprendió á unos y otros revelándose poetisa de gran vuelo con la publicación de su libro *A Cycle of Verse*, obra muy severamente analizada por la crítica, y en la cual su autora sigue las huellas de lord Byron; las dos primeras ediciones fueron agotadas en pocos meses, y la tercera, recientemente publicada, está ya en vías de tener igual afortunada suerte que las anteriores.

Si el tiempo no malogra la esperanza que han hecho concebir las críticas severas y las entusiastas alabanzas dedicadas á las obras de miss Gingold, la dormida poesía inglesa deberá su resurrección al purísimo aliento de una niña, dotada por Dios de los bellos encantos de la mujer y de la audaz concepción de un inspiradísimo vate.

***

CATEDRAL DE TARRAGONA:

Detalles de la capilla de la Encarnación, vulgarmente llamada *de los Sastres*.

La catedral de Tarragona ocupa el sitio del Arce ó Capitolio romano, construído en lo más encumbrado de la antigua capital tarraconense, «y todavía (dicen los autores del libro *Cataluña*), el que recorra la muralla que va del palacio arzobispal á la puerta de San Antonio, verá tres torres que pertenecieron á su primitivo recinto», y dentro del recinto del Arce estuvo el templo de Augusto, á juzgar por fragmentos de la fábrica, que aun subsisten, especialmente en la pared meridional de los claustros de la basílica, donde hay incrustados trozos de friso con ornatos propios del culto pagano, los cuales hasta hace pocos años fueron considerados como el ara de Augusto, erigida en su mismo templo.

En esa catedral de Tarragona, al extremo de la nave lateral izquierda y al lado del altar mayor, está la capilla de Nuestra Señora de la Encarnación, vulgarmente llamada *de los Sastres*: es una verdadera joya del arte ojival, labrada con primorosa delicadeza, y pertenece al siglo XIV; y sin duda estaba ya concluída en 1388, porque en dicho año fué sepultado allí el arzobispo D. Pedro Clasqueri, que había muerto en Francia en 1380.

El retablo de esta capilla es de la misma época, y consta de un gran cuadro de piedra, de grandes dimensiones, con marco de madera dorada; en el centro del cuadro hay una estatua, en alto relieve, que representa á la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, cobijada por un dosel gótico que termina en pináculo de bella crestería, todo de piedra; el fondo del altar está dividido en cuatro zonas horizontales, y cada una de ellas aparece subdividida en seis recuadros ó compartimientos, que reproducen, en muy pronunciado relieve, pasajes de la vida de la Virgen y de su Hijo, desde la Anunciación hasta la Crucifixión, coronados por sencillo doselete ojival, de muy buen efecto.

En nuestro segundo grabado de la pág. 84 (hecho sobre fotografía directa que ha tenido la bondad de remitirnos D. Ginés Torres, distinguido artista fotógrafo en aquella capital) se reproducen tres de esos recuadros y otros interesantes detalles de la capilla.

Pocas líneas dedican á ésta los autores de la obra *Cataluña* (*Recuerdos y bellezas de España*), Sres. Piferrer y Pí y Margall. «Empiezan las labores (dicen) en la mitad de las paredes, desde donde siguen hasta la clave de la bóveda, formando una de las más vistosas combinaciones de su especie. Sobre una fila de unos como nichos, trabajados primorosamente, levántanse airosísimas ventanas sembradas de un hermoso dibujo calado; y aun la bóveda, que corona el todo, da cierta gracia á lo demás con la ligereza y esbeltez de sus arcos, que, cual flexibles ramos, reúnense anudados por la clave como un pabellón.»

***

OBSERVATORIO DE MARINA DE SAN FERNANDO: PREPARATIVOS HECHOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL MAPA CELESTE.—*Pabellón construído para las operaciones astrofotográficas; Nueva Ecuatorial instalada bajo la cúpula movible del pabellón*.—(Véase el artículo correspondiente, pág. 84.)

***

MARIANO FERNÁNDEZ,

popular actor cómico.

Para completar la semblanza de Mariano Fernández y Fernández, escrita por nuestro compañero y querido amigo Fernández Bremón en la *Crónica general* del número precedente, faltaba el retrato del popularísimo actor cómico, único sucesor y fiel representante de la escuela artística de sus célebres maestros, Guzmán y García Luna, y le publicamos hoy en la pág. 88.

Sólo añadiremos un dato: el cadáver de Mariano Fernández, conducido con solemne pompa fúnebre, en la tarde del 24 de Enero último, desde la casa mortuoria al cementerio de San Lorenzo, ha sido inhumado, en cumplimiento de cláusula testamentaria, «lo más cerca posible del mausoleo que guarda los restos mortales de Matilde Díez y Julián Romea.»

Descanse en paz.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

CRÓNICA DE EUROPA.

SUMARIO.

La emperatriz Augusta. Enfermedad, muerte y funerales del Duque de Aosta. La Superga. Recuerdos.— Inglaterra y Portugal.— Calma en Francia — Muerte de lord Napier, duque de Magdala. — La Encíclica de León XIII.

(Conclusión.)

ERA difícil al Rey, aun queriéndolo vivamente, respetar en todo esta voluntad suprema, y responder á la vez á la ardentísima simpatía por su hermano mostrada, primero por todo Turín, después por las cortes extranjeras y la misma República francesa, y últimamente por Roma é Italia toda, donde á las ovaciones del Senado, de la Cámara y Municipio romano en el Capitolio, se habían unido las de todas las Corporaciones populares de Italia y sus colonias itálicas en el exterior. Así, ya que no es permitido al emperador Guillermo asistir á su entierro, envía con la diputación del regimiento de húsares alemanes, del que el Duque de Aosta era coronel honorario, al príncipe Federico Hohenzollern, á pretexto de ser gobernador de Cassel, donde aquel Cuerpo tenía guarnición; Gustavo de Suecia invoca su estrecha amistad desde la infancia con el Príncipe para seguir su cortejo; y Francia, agradecidísima al regio entierro que Roma ha hecho á su embajador Mariani, y á las delicadas atenciones del Rey y de la Reina mandando coronas para su féretro en momentos para ellos tan supremos, alega el derecho de que, estando por los Alpes á las puertas de Turín, la represente en un funeral militar el general O'Neil, que manda el Cuerpo de ejército de las fronteras alpinas. Si los embajadores no pueden ir á Turín, á excepción del de Portugal, que lo es de familia y portador de coronas con las más conmovedoras leyendas dictadas por los reyes lusitanos, Duque de Oporto y la hermana María Pía, piden, obteniéndolo, que los agregados militares á las embajadas respectivas, que tantos otoños y veranos han seguido á Amadeo en las maniobras militares de Italia, lo acompañen una vez más, muerto, hasta el Panteón de la Superga.

Senado, Cámara, Municipio romano, que en los Palacios del Parlamento y en el Capitolio han hecho, como dijimos, conmemoraciones solemnes al Príncipe, como los Ayuntamientos de las grandes ciudades de Italia, no irán en Cuerpo; pero nadie les puede impedir asistan como particulares. En cuanto al sacerdocio, no hubo nunca cuestión, pues el cristiano Duque de Aosta y las religiosísimas princesas Leticia y Clotilde de Saboya, no sólo han querido que preceda al cadáver, sino que en los largos días de la cámara ardiente en el Palacio de la Cisterna, las misas por su alma no han cesado; y en sus magníficas estancias se han visto constantemente prelados, canónigos, religiosos y hermanas de la Caridad. También tenían puesto natural en el cortejo los numerosos institutos de beneficencia, de niñas huérfanas, de jóvenes y desvalidos que desde los días de Victoria sostenía la caridad de los Duques de Aosta. En cuanto al ejército, el carácter militar del funeral era un título para cuantos vestían el uniforme de la marina, de la caballería, de los regimientos alpinos y de las brigadas de Saboya y Aosta, donde el Príncipe fué compañero de su arma. Así es que en el asombroso entierro se han visto cien generales, entre ellos los que mandan los doce Cuerpos de ejército de Italia; multitud de almirantes y capitanes de navío y fragata; todos los coroneles de los regimientos de caballería, de cuya arma era inspector, y hasta mil oficiales de la reserva y de la milicia itálica.

Entre los quince mil militares y ciudadanos que componían el fúnebre acompañamiento, caminaba el Rey detrás del féretro, lleno de coronas y guirnaldas, que con las colocadas en otras siete carrozas, excedían de ochocientas, habiéndolas mandado casi todos los soberanos de Europa, y siendo magníficas las de Guillermo y Victoria de Inglaterra. Caminaba Humberto, decimos, abismado en su dolor, pálido y profundamente abatido. Algunos pasos detrás, la falange de los príncipes de la Casa de Saboya, dando el puesto de honor á los de Alemania y Suecia, al general de la República francesa y los altos dignatarios del Estado. La plaza de San Carlos, una de las más bellas de Europa, y donde españoles y piamonteses contemplan con igual goce la estatua de Manuel Filiberto, el vencedor de San Quintín, la avenida del Po, y, sobre todo, el inmenso foro que da frente al río, guarnecido todo este trayecto por un cuerpo de ejército, y apiñándose en él trescientas mil personas venidas del Piamonte y de toda Italia, mientras Turín tenía sus tiendas cerradas y las fachadas de sus bellos edificios empavesadas con negros crespones y banderas enlutadas, ofrece un cuadro indescriptible.

Pasado el vasto puente, que adornan doscientos estandartes, aparece el templo de la Gran Madre de Dios, imitación del Panteón de Agripa, pero que presenta perspectiva más bella, colocado sobre altísima escalinata. Á la puerta, el Prelado y la Iglesia para recibir el cadáver; á los lados, los batallones alpinos tan pintorescos; en la gradería, centenares de oficiales y generales; en el fondo, la incomparable colina de Turín, y allá, en la cumbre, la Superga, Escorial del Piamonte, en cuyas primeras pendientes se despliegan numerosos escuadrones de caballería, que escoltarán después el féretro ducal.

Involuntariamente, mi alma, retrocediendo á seis lustros, se representaba el día de la fiesta del Estatuto de 1859 celebrada en aquel mismo templo de la *Madre di Dio* todos los años, como conmemoración, en los albores del verano, del día en que Carlos Alberto, concediendo la libertad constitucional al reino de Cerdeña, inició la época de la independencia y unidad itálica. Junto á la Guardia nacional de Turín venían á caballo y

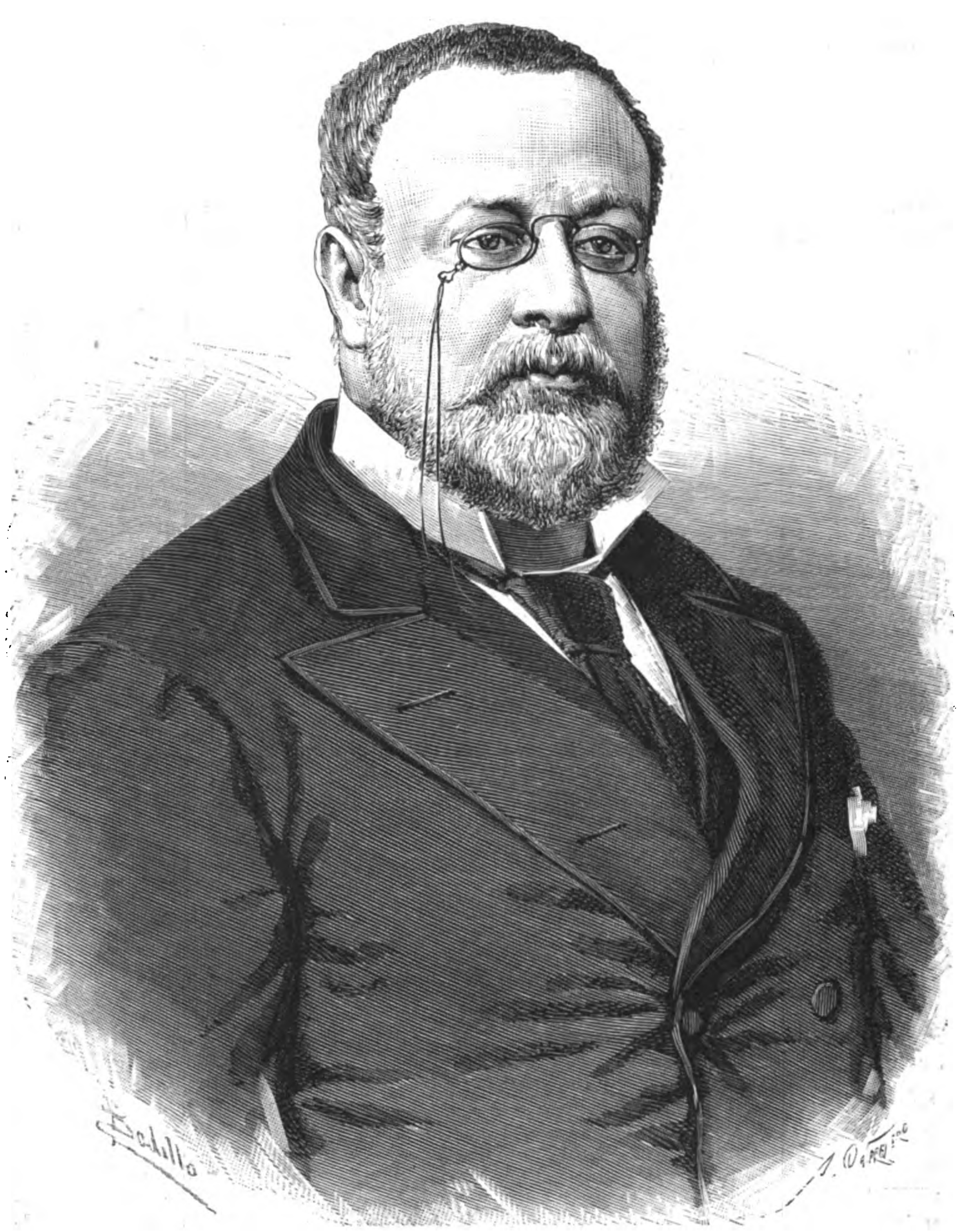
luciendo sus uniformes, dos jóvenes oficiales: Humberto y Amadeo, niños entonces. De toda aquella falange de príncipes, Víctor Manuel reposa en el Panteón de Agripa; en la Superga está el Duque de Génova y el Príncipe de Carignan, y ahora el Duque de Aosta va á tener compañía en el lugar del último reposo á su esposa Victoria, reina que fué un día de España, y á Carlos Alberto, muerto después de Novara en Oporto de Portugal. ¿Quién habría dicho á la princesa Leticia en el verano de 1888, cuando aquella hermosa playa sobre el Po era teatro de una especie de torneo legendario para celebrar las bodas de los Duques de Aosta, que antes de dos años, revestida de negras gasas, y apoyada en el brazo de la reina Margarita de Saboya, subiría la colonia de la Superga para dar el último adiós al joven príncipe Amadeo?

***

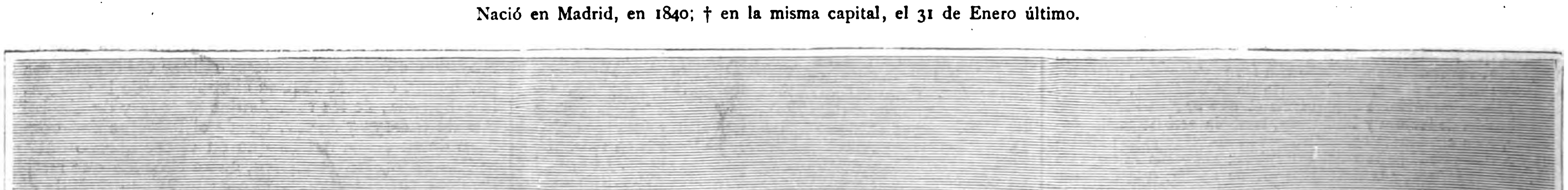
Cantadas las preces y retirándose en el puente sobre el Po la inmensa mayoría del cortejo, la parte que queda de él, en carrozas y á caballo, sube la encrespada montaña de la Superga, que va á enlazarse con los Alpes. En el templo esperan ya el cadáver Reina y Princesas, y en medio de las oraciones del triste rito, tiene lugar la tumulación de Amadeo, entre el sitio que ocupa Victoria, duquesa de Aosta, y su madre la reina María Adelaida. Puede adivinarse cuál sería la emoción suprema de todos los miembros de la Casa de Saboya cuando Humberto I, que antes en la cámara fúnebre se había empeñado en ser él, con la sola ayuda de los hijos, quien vistiera el cadáver de su querido hermano, repartió los anillos que llevaba en su mano entre la esposa, Manuel y Víctor, y guardando para sí las medallas militares ganadas por el joven Duque de Aosta en las batallas, colocó su propio retrato sobre el corazón del que fué Amadeo I de España. En la Superga fueron las coronas las que recordaron el entrañable afecto de los que deja en el mundo. La de Humberto y Margarita primero; las de sus hermanas María Pía y Clotilde; las de la viuda y de los hijos, por último, en las que sólo se leían estas sencillas palabras: «Tu Leticia.» — «Tus hijos Manuel, Víctor, Luis, Humberto, para siempre unidos. Ruega por nosotros.»

La prensa itálica ha referido sinnúmero de anécdotas, muchas ya conocidas en España, referentes á Amadeo de Saboya. Así en Custozza, donde joven general de brigada cayó herido, no obstante el peligro que sus ayudantes le señalaban de que los austriacos iban á hacerle prisionero, no consiente le alejen del campo mientras en su propio furgón no se hayan colocado primero los soldados heridos en derredor suyo. Es sabido que ya en 1869 el Duque de Aosta, antes de la renuncia de D. Fernando de Portugal y del Príncipe Hohenzollern, no había admitido la oferta de la corona de España. Un año después, caído el Imperio, proclamada la República francesa, existiendo ésta ó próximo á existir de hecho en España, amenazando á Portugal, donde reinaba una hija de Víctor Manuel, ocupada Roma por los ejércitos itálicos, y en su inmensa gravedad la palpitante cuestión del poder temporal, el Rey de Italia, creyendo que así evitaba peligros republicanos á la Europa latina y que España podría facilitar un arreglo con la Santa Sede, aceptando el trono proclamado por las Cortes, insistió para que lo hiciera su hijo segundogénito. El joven Duque, adivinando que su sacrificio sería estéril, y contento de su posición en Italia, hizo observaciones y expresó el deseo de seguir la carrera militar en su patria. Entonces Víctor Manuel, sofocando su afecto paterno, habló en tono de Rey que no admite objeciones. «Si Vuestra Majestad lo manda — respondió sencillamente Amadeo — estoy pronto á obedecer»; y saludando militarmente al Rey, salió del palacio Pitti de Florencia.

Cuando murió Pío IX, con quien el príncipe Amadeo había mantenido excelentes relaciones, sobre todo

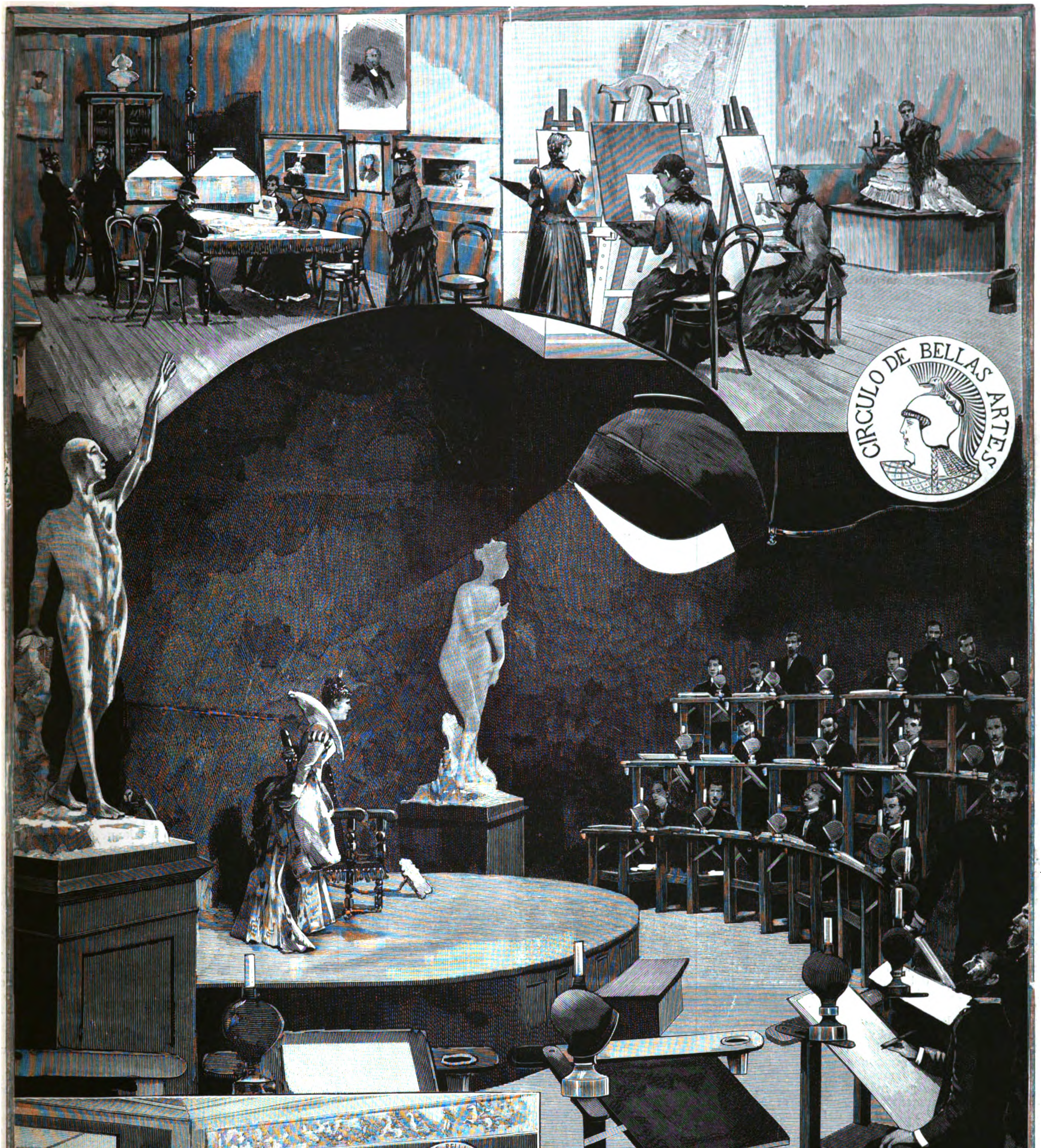


EXCMO. SR. CONDE DE TORENO,
DIPUTADO, EX MINISTRO, EX PRESIDENTE DEL CONGRESO.
Nació en Madrid, en 1840; † en la misma capital, el 31 de Enero último.



MADRID. — ENTIERRO DEL EXCMO. SR. CONDE DE TORENO: EL ÚLTIMO RESPONSO EN LA CUESTA DE LA VEGA.
(Dibujo del natural, por Comba.)

MADRID.—«EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES».



SALÓN DE LECTURA Y BIBLIOTECA.—CLASE DE DÍA, PARA SEÑORITAS.—CLASE GENERAL, DE NOCHE.—EL VESTÍBULO.

(Dibujo del natural, por Manuel Alcázar.)

después de la muerte de su esposa Victoria, no ocultando, como la princesa Clotilde, sus votos en pro de una reconciliación entre Vaticano y Quirinal, pidió al rey Humberto, que por muerte de su padre acababa de subir al trono, le permitiese mandar las tropas que ocuparon la plaza de San Pedro, cuando León XIII, electo papa, debía presentarse, según su deseo y su propósito, á dar, desde la logia de la basílica, la bendición á Roma y al mundo. Desgraciadamente, alarmas infundadas de peligros soñados que encareció el embajador francés que en 1878 representaba cerca de la Santa Sede la República, impidieron un acontecimiento fausto, reduciendo la bendición apostólica á los muros de San Pedro. Quien estas líneas escribe, y que en todas sus entrevistas con el Duque de Aosta ha debido al Príncipe acogida cordialísima, franca y leal como su carácter, á pesar de saber perfectamente aquél que *La Época* le había sido contraria, aunque respetuosamente, durante su reinado, pudo apreciar en aquel día el profundo dolor del Duque de Aosta.

De las fases de su monarquía, de su popularidad merecida en Italia, sólo queda el recuerdo de ésta, que simbolizará un monumento nacional en Turín, y un sepulcro más en la Superga, el cual templo, sabido es, nació como nuestro Escorial, de un voto religioso del rey de Cerdeña Víctor Amadeo, al ver amenazada su ciudad de Turín por la ocupación francesa en 1706. Víctor Amadeo y Eugenio de Saboya parecían desesperados del éxito de la campaña, cuando divisando desde las alturas las posiciones de la próxima batalla, contemplaron á varios soldados que imploraban el auxilio de la Virgen ante una pobre cabaña dedicada á la *Madonna* de las Gracias. Víctor Amadeo, inspirado por la fe, se arrodilla también, y ofrece á Dios y á la Virgen consagrarle en aquel sitio magnífico templo, si concede á sus tropas la victoria contra un ejército doble en número. Un cuarto de siglo después se enterraba en el panteón de la nueva basílica su fundador, al cual siguieron Manuel I, Víctor Amadeo III, Víctor Manuel I y Carlos Alberto, el último de los monarcas sardos, sepultados en 1849 después que volvieron de Oporto los restos mortales del heroico príncipe vencido en Novara. En la Superga están también ocho reinas de la casa de Saboya, última de ellas María Adelaida, fallecida á los treinta y dos años, y madre del Duque de Aosta, que, como hemos dicho, va á dormir al lado de su esposa primera y de la que le dió el ser, mientras la infeliz y joven Leticia tendrá compañía á su madre Clotilde, en el solitario castillo de Moncalieri, no obstante todos los esfuerzos hechos por la reina Margarita para traérsela consigo al Quirinal.

***

A las aflicciones de esta familia Real vinieron á unirse en la primera quincena de Enero las alarmas por el conflicto anglo-lusitano, y las consecuencias en la salud quebrantada de María Pía y en la estabilidad del trono de los jóvenes reyes de Portugal, estando tan enlazadas las casas de Saboya y de Braganza. Fuera pretensión vana en mí, escribiendo desde Roma, decir sobre la cuestión de Portugal nada nuevo á lectores de la prensa madrileña. Pero La Ilustración tiene vastísimo auditorio en América, y algo debo consignar como explicación de lo que de otra suerte sería inconcebible: el *ultimátum* de lord Salisbury, ya censurado por Gladstone, no muy del agrado, según parece, del Príncipe de Gales y de la misma reina Victoria, aunque, como soberana constitucional, haya debido aceptar acuerdos que, según sus ministros, exigía la dignidad nacional, y que han sublevado la conciencia moral de la Europa. Carlos I de Braganza no ha tenido la fortuna que tuvo el desventurado Alfonso XII, secundado por verdaderos hombres de Estado, la de tocar en el corazón de la Reina-Emperatriz del Reino Unido, como, protegida España por su derecho, logró hacer oir la voz de éste en el espíritu elevado de Guillermo I y en la sabiduría del Príncipe de Bismarck, coronando León XIII el éxito, glorioso para la humanidad y la civilización, de la cuestión de las islas Carolinas. Los verdaderos hombres de Estado de Europa se preguntan, sin poder responderse, cómo un gobierno monárquico, antiguo amigo y aliado de Portugal, por miserables territorios de esa Africa donde hay inmensas regiones que esperan junto al misionero católico la palabra del pastor evangélico, ha podido poner en peligro la monarquía lusitana en principios de un nuevo reinado, y añadir una aflicción más á la inmensa de la dinastía de Braganza después de la catástrofe del Brasil y de las muertes casi simultáneas del infante D. Augusto, del rey D. Luis y de María Teresa de Braganza y Borbón.

Los diplomáticos que han estudiado atentamente todas las negociaciones seguidas con ocasión de la disputa originada en los lagos ecuatoriales del Africa, aun condenando siempre la prepotente conducta de la Gran Bretaña, encuentran que en la política seguida por el Gabinete Luciano de Castro, ó impuesta por el fogoso patriota el mayor Serpa Pinto al ministro de Negocios Extranjeros Gómez Barros, faltó la prudencia que la misma defensa de su derecho secular imponía al Gobierno de Lisboa. Afírmase que éste, animado por el apoyo moral de la Alemania, tal vez esperanzado en pactos secretos que lo ligaban al potente Imperio, con indudables ventajas para éste, no tuvo bastante en cuenta las susceptibilidades y los títulos de posesión, más reciente, pero efectiva, alegados por la Inglaterra en Africa. A lo cual, uniéndose el fundado recelo de que, con arreglo al artículo 12 del convenio de Berlín, Portugal iba á acudir á la mediación de las potencias, hizo precipitase su exigencia insólita apoyada por tres escuadras en las aguas del Tajo, en las costas de Cabo Verde y en los mares de Zanzíbar.

El mundo se ha explicado, y aun ha aplaudido, la excitación patriótica de la nación lusitana; y que, mientras capitalistas, comerciantes, duques, como el ilustre de Palmela, marinos y oficiales, abren suscriciones más ó menos eficaces para dotar de buques de guerra á la nación que en otros siglos llevó sus naves á los hemisferios más remotos, rompiendo toda clase de tratos mercantiles con sus antiguos aliados, que de protectores se han convertido en opresores de la noble nación portuguesa, los estudiantes de Lisboa y diputaciones de las Universidades de Oporto y de Coimbra cubrieran con negros crespones, en el monumento de Camoens, las figuras de Vasco de Gama, del cantor de *Las Lusiadas* y de los ilustres navegantes que abrieron al mundo con el Cabo de Buena Esperanza las tierras ignotas del Africa.

Pero hay que decir á nuestros hermanos portugueses que así como León XIII, en su reciente y admirable encíclica, no quiere se confunda la causa de la religión con ninguna otra contienda de partido, es preciso que Portugal no confunda tampoco la de su independencia, que reune las simpatías de Europa y del mundo, con la de la revolución cosmopolita. Ciertos gritos sediciosos, unidos en Lisboa á los mueras contra Inglatera, y la glorificación hecha en los *meetings* de París por los comunistas Amílcar Cipriani y otros, buscando en la República latina y en la unión ibérica la fuerza de resistir á la potencia de la Gran Bretaña, pudieran, sin disminuir las exigencias de ésta, arrebatarle las simpatías de los gobiernos conservadores de Europa, y añadir á las desventuras exteriores, todavía remediables si Inglaterra escucha con la voz del mundo civilizado sus propios intereses, desgracias iguales á las que en 1873 contemplaron las aguas de Cartagena.

Con placer consignamos que así como las últimas impresiones de Londres, alejando todo temor de demostraciones navales contra Mozambique y Cabo Verde, parecen inclinarse á soluciones conciliadoras, á las que no sería ajena Europa; en Lisboa tiene lugar una verdadera reacción monárquica, habiendo recibido la reina Amelia una grande ovación cuando, casi enferma todavía, y atacado de la *influenza* el rey Carlos I, va, acompañada de sus damas, á visitar las moradas de los enfermos y desvalidos, á quienes, además de abundosos recursos, deja como auxilio hasta las mismas joyas que ornaban á la joven Soberana de Portugal. Al cual ha dado noble ejemplo de patriotismo también el antiguo pretendiente D. Miguel de Braganza, ofreciendo desinteresadamente su espada á la patria común. Proceder que me recuerda involuntariamente el nobilísimo de la gran mayoría de los personajes carlistas, que, como D.ª Blanca de Borbón desde Nápoles, los Marqueses de Cerralbo en la nuestra Embajada Pontificia de Roma, el Duque de Madrid y la infanta Margarita desde Frosdhorf, Venecia ó Lucca, han hecho llegar sentimientos que los enaltecen con motivo de la tremenda crisis por que ha pasado una augusta é inocente vida, como el modelo de las reinas y de las madres en el Palacio de España.

También el Conde de París, en vez de volver desde las aguas del Tajo y del Guadalquivir á las costas de Inglaterra, donde tiene casa y familia, emprende viaje lejano á esa América donde joven combatió en la lucha de los Estados Unidos, para evitar la situación difícil que le crearían sus relaciones con la reina Victoria, siendo padre de la Soberana de Portugal.

Imposible prolongar esta crónica, habiendo de dejar para la próxima el estudio de la situación bastante normal de la Francia, el análisis de las últimas encíclicas de León XIII y pastorales de todo el episcopado itálico, juntamente con la reseña de las próximas beatificaciones de San Pedro.

Conde de Coello.

Roma, 25 de Enero de 1890.

BLANCO Y NEGRO.

(NOVELA CORTA.)

(Continuación.)

Clavó la tímida niña los ojos en los grandes ramos de la magnífica alfombra, mientras la Marquesa, con el auxilio del *impertinente*, la contemplaba con vivísimo interés. Del minucioso examen nada desfavorable podía resultar para la gentil Teresa, porque, en verdad, era la suya una belleza tan pura, tan fresca, tan virginal, que sólo sentimientos de amor y ternura podía inspirar. Bien se echaba de ver que era aquella angelical figura la de una mujercita pobre; pero ¡qué delicadeza, qué decoro y qué singular encanto en su pobreza! ¡qué serenidad y qué candor en su frente sin nubes! ¡qué actitud tan humilde, sin encogimiento ni torpeza! ¡qué atractivo tan poderoso el de su inocencia y su juventud!.....

La Marquesa cogió de la mano á la niña, y atrayéndola suavemente, la hizo sentarse en una sillita dorada, muy cerca de la que ella ocupó.

—Quiero que seamos amigas—le dijo;—me han hablado de usted con mucho elogio, y desde ahora puede contar con mi cariño, con mi protección.

Levantó los ojos Teresa, y miró con expresión de gratitud infinita á la gran señora.

—Tenga usted en mí completa confianza. Necesito que usted me diga muchas cosas que me interesa mucho saber. Para esto es preciso, repito, que seamos muy amigas, ¿verdad?.....

—Sí, señora—contestó candorosamente la sobrina de D. Pablo.

—¿Conque usted vive con D. Pablo, el vecino de arriba?

—Sí, señora; es mi tío, y es muy bueno, muy bueno.....

—Sí, sí, ya tengo noticia..... Pues ha de saber usted..... has de saber, porque me permitiré tutearte..... tú eres una niña y yo soy casi..... y sin casi, una vieja.

—¡Oh! sí, señora, si me tutea usted, me dará más confianza.....

—Pues bien, has de saber que tu tío me interesa tanto como tú, niña mía, y algún día sabrás por qué. Ahora es preciso que me prometas, á cambio de mi cariño, contarme todo lo que sepas de la vida de tu tío, y secundarme en todo cuanto yo haga para hacerle dichoso en lo posible, para proporcionarle todas las comodidades de que tan necesitado está..... El, según tengo entendido, es sumamente delicado y pundonoroso.....

—Sí, señora; sí, señora.

—Y no quiere admitir favor de nadie.

—No, señora, de nadie. ¡Si viera usted qué pena tan grande he tenido estos días! ¡Quería irse á un asilo de caridad!..... ¡vaya! y se hubiera ido como lo decía si no le hubiesen devuelto su empleo..... ¡Ay! señora, este ha sido un milagro de la Santísima Virgen, como dice ese señor tan amable, el casero, que me ha traído aquí diciéndome que usted, señora, iba á darme trabajo.

—Sí, hijita, sí; me bordarás unos pañuelos, harás lo que tú quieras. Y esto te servirá de pretexto para venir á verme todos los días, sin que tu tío sospeche que de otra cosa que de tu trabajo se trata. Vamos á ver, ¿tú has conocido rico á tu tío?.....

—¡Ay! no, señora. Nunca le he conocido más riqueza que su empleo, hasta que se lo quitaron para dárselo á otro. ¡Qué picardía! ¿verdad, señora?..... Antes, mucho antes de nacer yo, creo que fué rico mi tío, cuando era joven; á él mismo se lo he oído muchas veces..... y cuando era rico también era generoso, porque, según él dice, tiraba el dinero, y nunca negaba lo que le pidieran, y así se quedó pobre.

—No lo extraño. A quien da todo lo que le piden en este país de pedigüeños, no le puede suceder otra cosa.

—Me da una lástima, señora, mi pobre tío..... Está desnudito. Todo lo tenemos empeñado. Hoy ha ido á la oficina sin más abrigo que una camisa que yo le tenía muy reservada, un chalequillo de lana, y la levita..... Muertecito de frío, señora..... Con estos hielos, yo no sé cómo no se ha muerto ya.

Y las lágrimas brillaron en los ojos de la encantadora niña.

—Pues todo lo que tengas empeñado vas á rescatarlo, hija mía. ¿Tienes tú los resguardos?

—Sí, señora, en el cajón de la mesilla están entre otros papeles. Pero no es tan fácil eso, señora..... Mire usted, yo he echado la cuenta, y lo menos que hay que dar para sacar las cosas empeñadas..... no baja de cuarenta duros. Es mucho, señora, es mucho.

—Bájame luego las papeletas, y todo lo tendrás hoy mismo en casa.

—Pero ¿y mi tío? ¿qué le digo á mi tío?.....

—Le dices que la señora que te va á dar trabajo todo el año, te ha adelantado dinero para descontarlo luego poco á poco del importe de tu trabajo.

—¡Ay, señora! si le digo que he pedido dinero se enfadará mucho, y querrá que lo devuelva.

—No le dices que lo has pedido, sino que te lo han dado para que, de esta suerte, habiendo recibido un adelanto, no puedas comprometerte á trabajar para otra casa. Esa explicación la aceptará sin escrúpulo alguno.

—Sí, señora, eso sí.

—¿Cómo estáis de muebles, de esterado, de comodidad en la casa?

—¡Ay, señora de mi alma! el piso pelado; y en cuanto á muebles, dos sillas nos quedan, la mesilla, un cofre, la cama de mi tío, que es un catre que sólo se tiene en pie porque el pobre tío no pesa nada, y un armarito con los pocos libros que no le han querido comprar los libreros de viejo.

—¿Y tú no tienes cama?

—Sí, señora, tengo mi colchón y mi manta..... un poco rota, pero, vamos, es una manta.

—¡Pobrecita! Eso se remediará también. Ese señor que te ha traído, el casero, como tú le llamas, se encargará de amueblar vuestra casa sin que tu tío pueda negarse á recibir este beneficio. Es preciso que nos valgamos de todos los medios para que tu tío disfrute el mayor bienestar posible. Él está resignado con su desgracia, pero ni tú ni yo podemos consentir que sea desgraciado.

—Señora, yo no comprendo.....—exclamó Teresa llena de asombro.

—¿No comprendes por qué digo todo esto?..... ¡Pobre niña! Misterios son estos del corazón que prometo descubrirte algún día. De tí, de tu prudencia, de tu obediencia á mis deseos, de seguir tú fielmente mis instrucciones, depende que tu tío, conforme con la pobreza, empeñado en ser infeliz, vuelva á disfrutar el bienestar que perdió, y recobre la posición que le corresponde en la sociedad. Yo he conocido á tu tío en otro tiempo, mucho antes de nacer tú, y era un hombre distinguidísimo, de interesante figura, de carácter noble y generoso, un cumplido caballero, y nunca pude imaginar volver á encontrarle en el estado en que le vi ayer.....

—¿Le vió usted ayer?

—Sí, hija mía, en el portal de esta casa. ¡Jesús! ¡qué impresión recibí tan penosa! ¡Y qué felicidad tan grande será para mí conseguir el cambio radical á que me propongo llevarle sin que él lo pueda evitar! Quedamos, pues, en que tú me ayudarás.

—Sí, señora; ¿qué no haré yo en bien de mi tío?

—¿Serás callada y discreta?

—Lo juro, señora.

—Bueno, pues desde ahora empezamos nuestra campaña.



«¡AL BAILE!»

DIBUJO ORIGINAL DE MANUEL ALCÁZAR.

después de la muerte de su esposa Victoria, no ocultando, como la princesa Clotilde, sus votos en pro de una reconciliación entre Vaticano y Quirinal, pidió al rey Humberto, que por muerte de su padre acababa de subir al trono, le permitiese mandar las tropas que ocuparon la plaza de San Pedro, cuando León XIII, electo papa, debía presentarse, según su deseo y su propósito, á dar, desde la logia de la basílica, la bendición á Roma y al mundo. Desgraciadamente, alarmas infundadas de peligros soñados que encareció el embajador francés que en 1878 representaba cerca de la Santa Sede la República, impidieron un acontecimiento fausto, reduciendo la bendición apostólica á los muros de San Pedro. Quien estas líneas escribe, y que en todas sus entrevistas con el Duque de Aosta ha debido al Príncipe acogida cordialísima, franca y leal como su carácter, á pesar de saber perfectamente aquél que *La Época* le había sido contraria, aunque respetuosamente, durante su reinado, pudo apreciar en aquel día el profundo dolor del Duque de Aosta.

De las fases de su monarquía, de su popularidad merecida en Italia, sólo queda el recuerdo de ésta, que simbolizará un monumento nacional en Turín, y un sepulcro más en la Superga, el cual templo, sabido es, nació como nuestro Escorial, de un voto religioso del rey de Cerdeña Víctor Amadeo, al ver amenazada su ciudad de Turín por la ocupación francesa en 1706. Víctor Amadeo y Eugenio de Saboya parecían desesperados del éxito de la campaña, cuando divisando desde las alturas las posiciones de la próxima batalla, contemplaron á varios soldados que imploraban el auxilio de la Virgen ante una pobre cabaña dedicada á la *Madonna* de las Gracias. Víctor Amadeo, inspirado por la fe, se arrodilla también, y ofrece á Dios y á la Virgen consagrarle en aquel sitio magnífico templo, si concede á sus tropas la victoria contra un ejército doble en número. Un cuarto de siglo después se enterraba en el panteón de la nueva basílica su fundador, al cual siguieron Manuel I, Víctor Amadeo III, Víctor Manuel I y Carlos Alberto, el último de los monarcas sardos, sepultados en 1849 después que volvieron de Oporto los restos mortales del heroico príncipe vencido en Novara. En la Superga están también ocho reinas de la casa de Saboya, última de ellas María Adelaida, fallecida á los treinta y dos años, y madre del Duque de Aosta, que, como hemos dicho, va á dormir al lado de su esposa primera y de la que le dió el ser, mientras la infeliz y joven Leticia tendrá compañía á su madre Clotilde, en el solitario castillo de Moncalieri, no obstante todos los esfuerzos hechos por la reina Margarita para traérsela consigo al Quirinal.

***

A las aflicciones de esta familia Real vinieron á unirse en la primera quincena de Enero las alarmas por el conflicto anglo-lusitano, y las consecuencias en la salud quebrantada de María Pía y en la estabilidad del trono de los jóvenes reyes de Portugal, estando tan enlazadas las casas de Saboya y de Braganza. Fuera pretensión vana en mí, escribiendo desde Roma, decir sobre la cuestión de Portugal nada nuevo á lectores de la prensa madrileña. Pero La Ilustración tiene vastísimo auditorio en América, y algo debo consignar como explicación de lo que de otra suerte sería inconcebible: el *ultimátum* de lord Salisbury, ya censurado por Gladstone, no muy del agrado, según parece, del Príncipe de Gales y de la misma reina Victoria, aunque, como soberana constitucional, haya debido aceptar acuerdos que, según sus ministros, exigía la dignidad nacional, y que han sublevado la conciencia moral de la Europa. Carlos I de Braganza no ha tenido la fortuna que tuvo el desventurado Alfonso XII, secundado por verdaderos hombres de Estado, la de tocar en el corazón de la Reina-Emperatriz del Reino Unido, como, protegida España por su derecho, logró hacer oir la voz de éste en el espíritu elevado de Guillermo I y en la sabiduría del Príncipe de Bismarck, coronando León XIII el éxito, glorioso para la humanidad y la civilización, de la cuestión de las islas Carolinas. Los verdaderos hombres de Estado de Europa se preguntan, sin poder responderse, cómo un gobierno monárquico, antiguo amigo y aliado de Portugal, por miserables territorios de esa Africa donde hay inmensas regiones que esperan junto al misionero católico la palabra del pastor evangélico, ha podido poner en peligro la monarquía lusitana en principios de un nuevo reinado, y añadir una aflicción más á la inmensa de la dinastía de Braganza después de la catástrofe del Brasil y de las muertes casi simultáneas del infante D. Augusto, del rey D. Luis y de María Teresa de Braganza y Borbón.

Los diplomáticos que han estudiado atentamente todas las negociaciones seguidas con ocasión de la disputa originada en los lagos ecuatoriales del Africa, aun condenando siempre la prepotente conducta de la Gran Bretaña, encuentran que en la política seguida por el Gabinete Luciano de Castro, ó impuesta por el fogoso patriota el mayor Serpa Pinto al ministro de Negocios Extranjeros Gómez Barros, faltó la prudencia que la misma defensa de su derecho secular imponía al Gobierno de Lisboa. Afírmase que éste, animado por el apoyo moral de la Alemania, tal vez esperanzado en pactos secretos que lo ligaban al potente Imperio, con indudables ventajas para éste, no tuvo bastante en cuenta las susceptibilidades y los títulos de posesión, más reciente, pero efectiva, alegados por la Inglaterra en Africa. A lo cual, uniéndose el fundado recelo de que, con arreglo al artículo 12 del convenio de Berlín, Portugal iba á acudir á la mediación de las potencias, hizo precipitase su exigencia insólita apoyada por tres escuadras en las aguas del Tajo, en las costas de Cabo Verde y en los mares de Zanzíbar.

El mundo se ha explicado, y aun ha aplaudido, la excitación patriótica de la nación lusitana; y que, mientras capitalistas, comerciantes, duques, como el ilustre de Palmela, marinos y oficiales, abren suscriciones más ó menos eficaces para dotar de buques de guerra á la nación que en otros siglos llevó sus naves á los hemisferios más remotos, rompiendo toda clase de tratos mercantiles con sus antiguos aliados, que de protectores se han convertido en opresores de la noble nación portuguesa, los estudiantes de Lisboa y diputaciones de las Universidades de Oporto y de Coimbra cubrieran con negros crespones, en el monumento de Camoens, las figuras de Vasco de Gama, del cantor de *Las Lusiadas* y de los ilustres navegantes que abrieron al mundo con el Cabo de Buena Esperanza las tierras ignotas del Africa.

Pero hay que decir á nuestros hermanos portugueses que así como León XIII, en su reciente y admirable encíclica, no quiere se confunda la causa de la religión con ninguna otra contienda de partido, es preciso que Portugal no confunda tampoco la de su independencia, que reune las simpatías de Europa y del mundo, con la de la revolución cosmopolita. Ciertos gritos sediciosos, unidos en Lisboa á los mueras contra Inglaterra, y la glorificación hecha en los *meetings* de París por los comunistas Amílcar Cipriani y otros, buscando en la República latina y en la unión ibérica la fuerza de resistir á la potencia de la Gran Bretaña, pudieran, sin disminuir las exigencias de ésta, arrebatarle las simpatías de los gobiernos conservadores de Europa, y añadir á las desventuras exteriores, todavía remediables si Inglaterra escucha con la voz del mundo civilizado sus propios intereses, desgracias iguales á las que en 1873 contemplaron las aguas de Cartagena.

Con placer consignamos que así como las últimas impresiones de Londres, alejando todo temor de demostraciones navales contra Mozambique y Cabo Verde, parecen inclinarse á soluciones conciliadoras, á las que no sería ajena Europa; en Lisboa tiene lugar una verdadera reacción monárquica, habiendo recibido la reina Amelia una grande ovación cuando, casi enferma todavía, y atacado de la *influenza* el rey Carlos I, va, acompañada de sus damas, á visitar las moradas de los enfermos y desvalidos, á quienes, además de abundosos recursos, deja como auxilio hasta las mismas joyas que ornaban á la joven Soberana de Portugal. Al cual ha dado noble ejemplo de patriotismo también el antiguo pretendiente D. Miguel de Braganza, ofreciendo desinteresadamente su espada á la patria común. Proceder que me recuerda involuntariamente el nobilísimo de la gran mayoría de los personajes carlistas, que, como D.ª Blanca de Borbón desde Nápoles, los Marqueses de Cerralbo en la nuestra Embajada Pontificia de Roma, el Duque de Madrid y la infanta Margarita desde Frosdhorf, Venecia ó Lucca, han hecho llegar sentimientos que los enaltecen con motivo de la tremenda crisis por que ha pasado una augusta é inocente vida, como el modelo de las reinas y de las madres en el Palacio de España.

También el Conde de París, en vez de volver desde las aguas del Tajo y del Guadalquivir á las costas de Inglaterra, donde tiene casa y familia, emprende viaje lejano á esa América donde joven combatió en la lucha de los Estados Unidos, para evitar la situación difícil que le crearían sus relaciones con la reina Victoria, siendo padre de la Soberana de Portugal.

Imposible prolongar esta crónica, habiendo de dejar para la próxima el estudio de la situación bastante normal de la Francia, el análisis de las últimas encíclicas de León XIII y pastorales de todo el episcopado itálico, juntamente con la reseña de las próximas beatificaciones de San Pedro.

Conde de Coello.

Roma, 25 de Enero de 1890.

BLANCO Y NEGRO.

(NOVELA CORTA.)

(Continuación.)

Lavó la tímida niña los ojos en los grandes ramos de la magnífica alfombra, mientras la Marquesa, con el auxilio del *impertinente*, la contemplaba con vivísimo interés. Del minucioso examen nada desfavorable podía resultar para la gentil Teresa, porque, en verdad, era la suya una belleza tan pura, tan fresca, tan virginal, que sólo sentimientos de amor y ternura podía inspirar. Bien se echaba de ver que era aquella angelical figura la de una mujercita pobre; pero ¡qué delicadeza, qué decoro y qué singular encanto en su pobreza! ¡qué serenidad y qué candor en su frente sin nubes! ¡qué actitud tan humilde, sin encogimiento ni torpeza! ¡qué atractivo tan poderoso el de su inocencia y su juventud!.....

La Marquesa cogió de la mano á la niña, y atrayéndola suavemente, la hizo sentarse en una sillita dorada, muy cerca de la que ella ocupó.

—Quiero que seamos amigas—le dijo;—me han hablado de usted con mucho elogio, y desde ahora puede contar con mi cariño, con mi protección.

Levantó los ojos Teresa, y miró con expresión de gratitud infinita á la gran señora.

—Tenga usted en mí completa confianza. Necesito que usted me diga muchas cosas que me interesa mucho saber. Para esto es preciso, repito, que seamos muy amigas, ¿verdad?.....

—Sí, señora—contestó candorosamente la sobrina de D. Pablo.

—¿Conque usted vive con D. Pablo, el vecino de arriba?

—Sí, señora; es mi tío, y es muy bueno, muy bueno.....

—Sí, sí, ya tengo noticia..... Pues ha de saber usted..... has de saber, porque me permitiré tutearte..... tú eres una niña y yo soy casi..... y sin casi, una vieja.

—¡Oh! sí, señora, si me tutea usted, me dará más confianza.....

—Pues bien, has de saber que tu tío me interesa tanto como tú, niña mía, y algún día sabrás por qué. Ahora es preciso que me prometas, á cambio de mi cariño, contarme todo lo que sepas de la vida de tu tío, y secundarme en todo cuanto yo haga para hacerle dichoso en lo posible, para proporcionarle todas las comodidades de que tan necesitado está..... El, según tengo entendido, es sumamente delicado y pundonoroso.....

—Sí, señora; sí, señora.

—Y no quiere admitir favor de nadie.

—No, señora, de nadie. ¡Si viera usted qué pena tan grande he tenido estos días! ¡Quería irse á un asilo de caridad!..... ¡vaya! y se hubiera ido como lo decía si no le hubiesen devuelto su empleo..... ¡Ay! señora, este ha sido un milagro de la Santísima Virgen, como dice ese señor tan amable, el casero, que me ha traído aquí diciéndome que usted, señora, iba á darme trabajo.

—Sí, hijita, sí; me bordarás unos pañuelos, harás lo que tú quieras. Y esto te servirá de pretexto para venir á verme todos los días, sin que tu tío sospeche que de otra cosa que de tu trabajo se trata. Vamos á ver, ¿tú has conocido rico á tu tío?.....

—¡Ay! no, señora. Nunca le he conocido más riqueza que su empleo, hasta que se lo quitaron para dárselo á otro. ¡Qué picardía! ¿verdad, señora?..... Antes, mucho antes de nacer yo, creo que fué rico mi tío, cuando era joven; á él mismo se lo he oído muchas veces..... y cuando era rico también era generoso, porque, según él dice, tiraba el dinero, y nunca negaba lo que le pidieran, y así se quedó pobre.

—No lo extraño. A quien da todo lo que le piden en este país de pedigüeños, no le puede suceder otra cosa.

—Me da una lástima, señora, mi pobre tío..... Está desnudito. Todo lo tenemos empeñado. Hoy ha ido á la oficina sin más abrigo que una camisa que yo le tenía muy reservada, un chalequillo de lana, y la levita..... Muertecito de frío, señora..... Con estos hielos, yo no sé cómo no se ha muerto ya.

Y las lágrimas brillaron en los ojos de la encantadora niña.

—Pues todo lo que tengas empeñado vas á rescatarlo, hija mía. ¿Tienes tú los resguardos?

—Sí, señora, en el cajón de la mesilla están entre otros papeles. Pero no es tan fácil eso, señora..... Mire usted, yo he echado la cuenta, y lo menos que hay que dar para sacar las cosas empeñadas..... no baja de cuarenta duros. Es mucho, señora, es mucho.

—Bájame luego las papeletas, y todo lo tendrás hoy mismo en casa.

—Pero ¿y mi tío? ¿qué le digo á mi tío?.....

—Le dices que la señora que te va á dar trabajo todo el año, te ha adelantado dinero para descontarlo luego poco á poco del importe de tu trabajo.

—¡Ay, señora! si le digo que he pedido dinero se enfadará mucho, y querrá que lo devuelva.

—No le dices que lo has pedido, sino que te lo han dado para que, de esta suerte, habiendo recibido un adelanto, no puedas comprometerte á trabajar para otra casa. Esa explicación la aceptará sin escrúpulo alguno.

—Sí, señora, eso sí.

—¿Cómo estáis de muebles, de esterado, de comodidad en la casa?

—¡Ay, señora de mi alma! el piso pelado; y en cuanto á muebles, dos sillas nos quedan, la mesilla, un cofre, la cama de mi tío, que es un catre que sólo se tiene en pie porque el pobre tío no pesa nada, y un armarito con los pocos libros que no le han querido comprar los libreros de viejo.

—¿Y tú no tienes cama?

—Sí, señora, tengo mi colchón y mi manta..... un poco rota, pero, vamos, es una manta.

—¡Pobrecita! Eso se remediará también. Ese señor que te ha traído, el casero, como tú le llamas, se encargará de amueblar vuestra casa sin que tu tío pueda negarse á recibir este beneficio. Es preciso que nos valgamos de todos los medios para que tu tío disfrute el mayor bienestar posible. Él está resignado con su desgracia, pero ni tú ni yo podemos consentir que sea desgraciado.

—Señora, yo no comprendo.....—exclamó Teresa llena de asombro.

—¿No comprendes por qué digo todo esto?..... ¡Pobre niña! Misterios son estos del corazón que prometo descubrirte algún día. De tí, de tu prudencia, de tu obediencia á mis deseos, de seguir tú fielmente mis instrucciones, depende que tu tío, conforme con la pobreza, empeñado en ser infeliz, vuelva á disfrutar el bienestar que perdió, y recobre la posición que le corresponde en la sociedad. Yo he conocido á tu tío en otro tiempo, mucho antes de nacer tú, y era un hombre distinguidísimo, de interesante figura, de carácter noble y generoso, un cumplido caballero, y nunca pude imaginar volver á encontrarle en el estado en que le vi ayer.....

—¿Le vió usted ayer?

—Sí, hija mía, en el portal de esta casa. ¡Jesús! ¡qué impresión recibí tan penosa! ¡Y qué felicidad tan grande será para mí conseguir el cambio radical á que me propongo llevarle sin que él lo pueda evitar! Quedamos, pues, en que tú me ayudarás.

—Sí, señora; ¿qué no haré yo en bien de mi tío?

—¿Serás callada y discreta?

—Lo juro, señora.

—Bueno, pues desde ahora empezamos nuestra campaña.



«¡AL BAILE!»

DIBUJO ORIGINAL DE MANUEL ALCÁZAR.

muros están revestidos de azulejos formando mosaicos. Por de pronto, se nos rocía con agua de rosas lanzada á chorros en pleno rostro, por medio de unos frascos de plata, de largo y delgado cuello: los pebeteros arden en honor nuestro, quemando pedacitos de una madera preciosa de la India, que producen un humo odorífero muy denso: en seguida nos ofrecen pastelillos servidos en grandes fuentes, y té en tazas microscópicas, como en China; un té que se confecciona en maquinillas de plata, y que está muy azucarado, muy aromatizado con menta, anís y canela. Contra la creencia general, en Marruecos se toma café muy pocas veces; té siempre y en todas partes. Los ingleses son los que importan el té, así como las maquinillas para prepararlo y las tazas doradas para beberlo. Buques ingleses desembarcan en los puertos abiertos al comercio considerables cantidades de estas mercancías, y las caravanas las transportan hasta el fondo del Imperio del Moghreb.

La recepción del *sherif*, hijo del bufón de corte, es la que me parece la más lucida, así como me gusta más su antigua casa, inmensa y destartalada, deslumbrante de blancura de cal y de matices de azulejos. Su misma persona tiene algo de extraño que atrae: su fisonomía, extremadamente fina y suave, tiene constantemente una expresión mística. A cada frase amable que se le dirige, cruza las manos sobre el pecho, en una actitud de santo de los pintores primitivos, é inclina la cabeza con una sonrisa de jovencita. He experimentado una complacencia en pasearme con el *sherif* por la azotea de su casa, que es espaciosa como una plaza pública, y en la que el sol y las lluvias han ido formando depresiones y canales. Tiene un pretil almenado, con saeteras para poder mirar á lo lejos sin ser visto. Es el punto más elevado de la ciudad, desde donde se domina todo.

Por más que sea cosa contraria á las costumbres, díceme que en aquella azotea pasa la mayor parte de su vida, especialmente las tardes y las noches de verano. Siendo todavía un niño, fué expulsado de Fez por razones políticas, y no espera lograr jamás la gracia de dejar su residencia de Czar-el-Kebir, que el Sultán le ha señalado como lugar de destierro. Invierte sus largos ocios en estudiar las ciencias y la filosofía, tales, sin duda, como se estudiaban en la Edad Media, con ayuda de antiguos manuscritos árabes en extremo preciosos, en los que la adivinación y la alquimia ocupan lugar amplio y preferente.

Tres somos las personas que paseamos melancólicamente en torno de la elevada azotea: el *sherif*, vestido todo de blanco; Chaouch, envuelto en largo *caftán* violeta, y yo, que me siento cortado porque soy una mancha en este cuadro sin época, que sin mi presencia, pudiera muy bien estar fechado en el año mil ó mil doscientos. Medito en los abismos de tranquilidad y de misticismo que deben separar las concepciones de este *sherif*, de las de un caballero aclimatado en los bulevares de París, y me esfuerzo en representarme lo que pueden ser su vida privada entre cuatro muros, sus ensueños y sus esperanzas; envidio las tardes de verano de que me habla, pasadas en contemplar desde lo alto las demás azoteas de la ciudad muerta, en oir cantar las oraciones, en sondear con la vista las salvajes lontananzas de la llanura y las montañas que la circundan, en mirar desfilar las caravanas por aquellos senderos por donde nunca han pasado las ruedas de ningún carruaje.....

***

De regreso en nuestro campo, mojados por la llovizna y salpicados hasta los hombros por el agua sucia y fétida de los charcos que hay en las callejuelas, encontramos los alrededores de nuestra aldea nómada aun más invadidos que el día anterior por la pillería de Czar-el-Kebir. Es un nublado de brujos, de mendigos sin piernas, que se han arrastrado hasta allí con la esperanza de recoger algunos ochavos. Una porción de viejas, medio desnudas, andan á cuatro pies por debajo de nuestras caballerías, escarbando la tierra con las uñas, para recoger los granos que quedan de la avena y la cebada del pienso.

XII.

Martes, 9 Abril.

Copiosa lluvia y fuerte viento toda la noche. Ya no hay nada seco debajo de nuestras tiendas.

Una vez más, suena la diana bajo un cielo negro y lluvioso. No obstante, montamos á caballo, para ver de pasar á todo trance el río, y continuar nuestro penoso viaje.

Esta vez, tenemos que atravesar la ciudad con toda nuestra escolta en pleno; camellos, mulas y bagajes. Vuelta á entrar por las mismas antiguas puertas festoneadas, á enfilar las mismas callejuelas que parecen ratoneras, á salpicarnos con el fango cenagoso de las mismas apestosas cloacas.

En la puerta de salida, al otro lado de la ciudad, una vieja, que cree no ser comprendida por ninguno de nosotros, finge ser una mendiga que recita plegarias por nuestro venturoso viaje, y á la vez que tiende la mano para recibir la limosna, nos lanza imprecaciones en un tono de salmodia: «¡Dios maldiga vuestra religión! ¡Maldita, maldita, maldita!»

Hacemos un largo rodeo en la región de los huertos y los jardines, para abordar el río por un punto más cómodo, donde ya nos espera la vieja barcaza recompuesta. ¡Oh, qué maravillosos jardines! Bosquecillos de naranjos que embalsaman el ambiente; palmeras, grandes cactus arborescentes de azulado follaje; geranios rojos, granados, olivos, higueras; todo de un verde admirablemente primaveral, un verde nuevo de Abril. Y en el lujo exuberante de esta vegetación, las plantas de Europa se mezclan á las de Africa; entre los aloes, hay altas borrajas profusamente floridas; acantos gigantescos, cicutas é hinojos cuya altura pasa de la cabeza de nuestros caballos, y los paredones y empalizadas están cubiertos de *convúlvulus* y hierba-doncella.

Volviendo la cabeza, todavía se perciben por cima de los árboles las altas torres grises de las mezquitas que se alejan: en esta especie de arboleda encantada, esas torres que se yerguen como para mirar, bastan para conservar en el ánimo del viajero la impresión siempre sombría del Islam. Y los senderos que atravesamos continúan siendo cloacas inmundas, de las que nada hay en nuestros países que pueda dar idea; nuestros caballos se hunden hasta las rodillas en el cieno grasiento: á veces, tropiezan en la osamenta de un buey ó de un perro, y á cada paso que dan, los salpicones de fango nos ponen perdidos de pies á cabeza.

Numerosas avecillas, posadas en las ramas, nos obsequian con sus gorjeos, en tanto que las cigüeñas vienen á posarse sobre una pata en las cimas de los árboles para vernos pasar. Y de distancia en distancia, dando acceso á los cercados, se abren antiguas puertecillas ojivales, rodeadas de ornamentos que afectan formas de festones ó estalactitas, preciosas todavía en su última caducidad, bajo su mortaja de cal blanca, con sus coronas de guirnaldas de rosas trepadoras y de geranios rojos. Los naranjos lo dominan todo con sus enormes ramilletes de azahares, que impregnan materialmente el aire de su olor suavísimo.....

***

El río Leucoutz lleva la misma corriente que ayer, y aun diríase que más impetuosa: pero la barcaza está ya reparada, y vamos á pasar en ella unos después de otros, como hicimos cuando se trató del *Oued' M' cazen*, dejando que la mayor parte de nuestras gentes, y todas las caballerías, lo pasen á nado.

Detrás de nosotros ha salido de la ciudad una muchedumbre, entre la que descuellan los judíos, que son gentes exentas de preocupaciones. Bien pronto, todas las elevaciones del terreno se coronan de cabezas humanas, y los chiquillos se encaraman en los árboles, para ver mejor.

Vuelve á empezar entonces la gran escena ya anteriormente descrita en estas páginas: un clamor, vacilante al principio, se eleva de nuestra escolta, para crecer rápidamente y convertirse en clamor general, frenético.

Para cargar la barcaza, que va á tener que hacer un número incalculable de viajes de una orilla á otra, los *kaids* consideran naturales é indispensables las acostumbradas reyertas, sazonadas con una lluvia de palos. Y, por fin, cuando el cargamento se completa, cuando la barca se halla atestada de personas y de objetos, y el *kaid*, á fuerza de furiosas increpaciones, logra que empiecen á tirar de ella, todos los árabes que van dentro, no pudiendo resistir la necesidad de alborotar, entonan en coro no sé qué diablos de improvisación, que viene á ser algo así como un grito de triunfo, para expresar su alegría.

Los caballos se defienden; se comprende que no les hace maldita la gracia el lanzarse á la corriente rápida y fría. Los camellos agitan también su largo cuello, gritan y gimen. Las mulas sobre todo, que son testarudas por naturaleza, se resisten de la manera más absoluta: así, hay veces en que ocho ó diez árabes juntos se coligan contra una mula obstinada, que empina las orejas, relincha y cocea, con la piel toda desollada por la albarda, y goteando sangre por las mataduras. Un diluvio de palos concluye por vencer su obstinación.

***

Ya sobre la orilla opuesta, con cien moros de rey por escolta, sable al costado y espingarda á la espalda, vuélvese á formar nuestra larga columna, en un lujurioso campo de cebada, que forma aterciopelado tapiz bajo los cascos de nuestras cabalgaduras. Pero en Marruecos, el pisotear los sembrados no tiene importancia: por mucho que se pisotee, siempre queda de sobra. El trigo vale á tres pesetas el quintal, y nadie se preocupa de él: si cuando llega la recolección, supieran siquiera almacenar las cosechas, no se conocería el hambre en el país, y las pobres viejas no tendrían necesidad de venir, como ayer, á recoger los granos de cebada que no han querido las mulas.

El sol, que ha reaparecido, es abrasador: á la lluvia de hace poco, han sucedido sin transición un cielo azul y un calor sofocante. Y Czar-el-Kebir va quedando detrás de nosotros, con sus bosquecillos de naranjos, sus jardines deliciosos, sus cloacas de cieno, sus hedores y sus gratos perfumes.

Hacia el mediodía, plantamos nuestra tienda para el almuerzo en un lugar delicioso, enteramente embalsamado: un fresco valle, en el que por todas partes brotan fuentes de entre las piedras cubiertas de musgo, formando pequeños arroyos claros que serpentean á través de los myosotis, los berros y las anémonas acuáticas. El cielo es ahora de un hermoso azul límpido, como en los más espléndidos días de Junio. Siguen los árboles brillando por su ausencia; no se ven más que tapices de flores. Pero se ha abusado de tal manera de esta expresión hablando de praderas ordinarias, que el decir «tapices de flores» no tiene ya la fuerza que haría falta para dar idea de las anchurosas zonas de malvas-rosas; de las vetas de una blancura de nieve, formadas por millones de margaritas; de las rayas de un magnífico amarillo, que son regueros de botones de oro: jamás, en ningún parterre, en ninguna canastilla artificial de jardín inglés, he visto tal lujo de flores, tal apretado agrupamiento de las mismas especies, produciendo en su conjunto unos colores tan vivos. Los artífices árabes han debido inspirarse de estas espléndidas praderas, para crear esos vistosos tapices de lana que se fabrican en Rabat y en Mogador.

(Continuará.)

LA ÚLTIMA JURA DE UN PRÍNCIPE EN ZARAGOZA [1].

(Conclusión.)

Largos meses permanecieron en la capital del reino aragonés, del que entonces estaba en trance y riesgo de desmembrarse Cataluña, codiciada por el Rey de Francia.

Pocos días después de la llegada de los regios huéspedes, donó D. Baltasar Carlos una cantidad de su propio bolsillo para terminar el verjado de plata que cerraba la capilla de la Virgen del Pilar, diferente, como es sabido, del suntuoso templete que hoy guarda tan reverenciada imagen (2).

Llegó un miércoles, 11 de Octubre de aquel año de 1645, designado para la jura. Preparóse suntuosamente, como cuando se celebraba la proposición de Cortes, el salón del palacio de la Diputación del Reino, situado entre el del Arzobispo y la renombrada puerta de *La Puente*, llamada también del *Angel* por su proximidad á la pequeña iglesia en que se veneraba el de la Guarda, en que solía oir misa el Justicia antes de despachar en su tribunal, en la Diputación establecido.

Habían sido previamente convocados los *cuatro brazos* de que las Cortes aragonesas constaban, á saber: brazo de *nobles*, brazo de *caballeros hijosdalgo*, brazo de *universidades*, ó sea de las ciudades y villas que tenían derecho á ser representadas por un diputado, y brazo *eclesiástico* (3).

Grandes galas y cadenas lucían los más, así como los cortesanos que habían acompañado al Rey, y la ciudad entera presentaba el aspecto de fiesta y regocijo.

La ceremonia debía efectuarse en las primeras horas de la tarde, y á este fin S. M. y A. comieron á las once y media, hora no muy desusada si se tiene en cuenta que todos, magnates y plebeyos, comían entonces á las doce.

A la una y media salieron de palacio, en un coche forrado de terciopelo verde, vestidos ambos de terciopelo negro, D. Baltasar con cadena y cintillo de rubíes, ostentando uno y otro la insignia del Toisón.

Delante, y abriendo paso por entre la apiñada multitud con las astas de sus *agujas* ó alabardas, iban las famosas guardias *Española* y *Tudesca*.

Seguía la casa del Monarca, compuesta de numerosos pajes, caballerizos, gentileshombres de boca, acroyes y costilleres (4).

Llegaban después los hujieres de la corte, que á la sazón lo eran, como aragoneses, D. Alonso de Liñán y Heredia, señor de Cetina, y D. Dionisio de Guara, del hábito de Santiago: uno y otro llevaban las insignias del cargo, que eran las bengalas, ó sea unos bastoncillos de unas tres cuartas de largo.

Iban luego los regentes de Aragón, los maceros y reyes de armas de S. M., sus mayordomos y los grandes.

Por ausencia del Conde de Sástago, D. Lupercio de Alagón, que era asimismo capitán de la guardia Española (5), desempeñaba aquel día el cargo de

(1) Véase el núm. III.

(2) El citado códice H. 10. También otro hijo, aunque natural, de Felipe IV, el famoso debelador de Barcelona D. Juan de Austria, segundo de este nombre, demostró singular devoción á la Virgen del Pilar, y durante su vireinato de Aragón estimuló y protegió no poco, dando gruesas sumas, la erección del templo que hoy existe, tal como lo proyectó el arquitecto Francisco de Herrera. A la muerte de aquel Príncipe se enterró su corazón en la cripta de la capilla de la venerada imagen, diferente, como es sabido, de la actual, cuya traza se debió al regenerador de nuestra arquitectura D. Ventura Rodríguez, y fué terminada en 1754.

(3) La víspera de la jura, y también en el mismo día, hízose pregón con trompetas y atabales y mucho acompañamiento de gente por los sitios acostumbrados de la ciudad, y fué de este tenor: «Oid, que os hacemos saber de parte de la Sacra, Católica y Real Majestad del Rey Nuestro Señor, como por su mandado el Justicia de Aragón ha estatuído y asignado á todos los aragoneses llamados á las presentes Cortes y á los demás del reino, el presente día de hoy, que se cuenta á 11 del mes de Octubre, á la una hora después del mediodía, para jurar al primogénito príncipe D. Baltasar Carlos, Nuestro Señor, hijo de Su Majestad, por príncipe primogénito de Aragón..... comparezcáis todos á prestar dicho juramento á la sala Real de la Diputación, á la una después de mediodía, y porque ignorancia alegar no se pueda, se manda hacer el presente pregón.»

(4) Los *acroyes* y *costilleres* eran empleados palaciegos de clase inferior, equivalentes á los gentileshombres de casa y boca; procedían de la etiqueta de la casa de Borgoña, de que descendían los reyes de España, por el matrimonio de Maximiliano I de Alemania con María de Borgoña, hija de Carlos *el Temerario;* por ella conservaron el título nominal de Duques de Borgoña.

(5) Este Conde de Sástago fué grande amigo del insigne Quevedo, quien, precisamente con motivo de la expedición que aquel magnate hizo acompañando al Rey como capitán de la *Guarda Española* en otro viaje á estos reinos, le escribió un donoso romance desde Madrid, refiriéndole picarescamente lo que pasaba en la corte durante la ausencia del Conde, quien se conoce que cursaba la vida alegre de la coronada villa. Principia la composición con estos versos:

Al que de la *Guarda* es,
Si no *Angel*, capitán,
Al Conde de los dolores,
Pues lleva tanto puñal, etc.

Alude á las agujas ó alabardas de que iba armada la Guardia. El Conde picaba también en poeta, pues Quevedo dice festiva-

camarlengo el hijo primogénito del Duque de Villahermosa, que se llamaba D. Manuel de Borja y Aragón, quien llevaba delante de las personas Reales el estoque desenvainado y en alto.

Finalmente, cerraba el acompañamiento, como siempre, detrás del coche regio, la guardia de Archeros Borgoñones, formada en semicírculo, armada de sus cuchillas, lo que en otra ocasión hizo decir á Quevedo, por boca de una tosca labradora de Alcovendas, describiendo un paseo análogo de Felipe III:

> Una *rueda de cuchillos*
> Iba tras Su Indulugencia,
> Que Él y Santa Catalina
> Diz que andan en esta rueda.

Por cierto que por la fama que de aficionados al mosto los tales borgoñones tenían, los llamó también Quevedo *vendimias vivas*.

Subió el acompañamiento hasta el salón, pero como en el acto nada más tenían participación los brazos del reino, quedáronse á la puerta los grandes castellanos, penetrando únicamente los diputados de Aragón.

Habíase alzado en el salón un solio de tres gradas, cubiertas de ricos paños, guarnecido todo por un dosel, bajo el cual había dos sillas de terciopelo carmesí con almohadas de lo mismo á los pies, la de S. M. á la derecha, y la de D. Baltasar Carlos á la izquierda.

En la primer grada estaban dos maceros á cada lado y los cuatro reyes de armas, é inmediatos los ya citados hujieres Liñán y Guara.

A la derecha del solio se colocaron, descubierta la cabeza (1), los regentes de la Cancillería del Real Consejo de Aragón, que lo eran el doctor D. Matías de Bayetola y Cabanillas y D. Vicencio de Artigas, y con ellos el protonotario D. Pedro de Villanueva, en cuya ilustre familia estaba como vinculado aquel alto cargo (2).

Pusiéronse á la izquierda D. Agustín de Villanueva y Díez, que desempeñaba á la sazón la magistratura, ya puramente nominal, de Justicia de Aragón, y pertenecía asimismo al Real Consejo; el doctor D. Miguel Merlo, también regente de la Cancillería, D. Jerónimo Torrero y Fernández de Heredia (3), Diego Canales, Juan Crisóstomo de Egea, Juan Bautista Alegre, Juan Arróniz de Panzano, D. Juan Francisco Romeo, D. Pedro Cavero, don Diego Serra, abogado del Real erario, y Manuel Palomar, notario y escribano de la Real Audiencia.

Delante del Príncipe colocaron un reclinatorio, y en él unos Evangelios para el juramento, y entonces el hujier D. Alonso de Liñán dijo en alta voz, y haciendo sus correspondientes pausas: «Su Majestad manda que os sentéis: Su Majestad manda que os cubráis: Su Majestad manda que oigáis.»

Ejecutado así, y hechas diversas reverencias, subió á la grada más alta del solio el Arzobispo de Zaragoza, que lo era D. Fray Juan Cebrián, hijo del Conde de Fonclara, acompañando al metropolitano el prelado de Huesca D. Esteban de Esmir, y el de Albarracín D. Martín de Funes, como aquél, miembros de preclaras familias aragonesas y diputados por el brazo eclesiástico.

El Arzobispo entregó al Monarca una cédula, bajando luego á su puesto de diputado, y aquél la dió al protonotario Villanueva, quien la leyó en alta voz, y decía así: «Los cuatro brazos deste reino, puestos en Cortes, habiendo entendido la propuesta de Vuestra Majestad, de que se haga juramento de fidelidad al Príncipe nuestro señor, ofrecen hacerlo y están prontos á ello.»

A continuación, el protonotario leyó también la fórmula del juramento, que decía:

«Los cuatro brazos de la Corte general deste Reino de Aragón, que están presentes, puestos en Cortes, habido acuerdo entre ellos y precedido maduro examen y deliberación, prometen y juran por sí y sus sucesores sobre la cruz y los santos cuatro Evange-

mente que con sus sonetos hará temblar á su paisano y tocayo Lupercio Leonardo de Argensola.

(1) *Capite nudato*, como dice el códice C. c. 87 citado.

(2) En tiempo del Conde-Duque desempeñó este cargo don Jerónimo de Villanueva, grande amigo de aquel magnate, y era patrono el prócer aragonés del convento de la Concepción Benita de Madrid, vulgarmente conocido por San Plácido, cuya abadesa, D.ª Teresa de la Cerda, que obtuvo este cargo siendo muy moza, fué procesada por la Inquisición de Toledo, siendo obligada á abjurar *de levi*, por la herejía de los *Iluminados* ó *Garciistas*, en que ella y varias religiosas incurrieron, inducidas por su confesor fray Francisco García. Don Jerónimo fué también procesado, y estuvo preso en Sigüenza á consecuencia de aquel ruidosísimo suceso. La abadesa permaneció más de nueve años en las cárceles secretas de la Inquisición de Toledo, según el memorial que dirigió al Consejo de la Suprema pidiendo que se volviese á ver su proceso.

(3) Todavía subsiste la casa solariega de los Torrero, que hoy posee y habita uno de sus descendientes actuales, el señor D. Mariano Ximénez de Embún. Es una de las pocas que en Zaragoza van quedando en pie, construída á fines del siglo XV ó principios del XVI. Así lo revelan en ésta sus artísticos artesonados y sus ventanales del patio, de estilo ojival y no del Renacimiento como muestran otras. Esta existía ya, y fué amayorazgada en 1516, según antiguos documentos de familia. Se halla señalada con el núm. 7 de la calle desde hace pocos años denominada de San Voto, y antes del Correo Viejo.

lios, que tienen y tendrán al Serenísimo Señor Príncipe D. Baltasar Carlos, hijo legítimo y natural de Su Majestad el rey D. Felipe IV nuestro señor, por príncipe y primogénito durante la vida natural del rey D. Felipe nuestro señor, su padre, y para después de los largos y felices días de Su Majestad el rey nuestro señor, por rey, y en rey suyo natural, obedeciéndolo y acatándolo de allí adelante como á su señor natural y como á heredero y legítimo sucesor destos reinos, mientras Su Majestad el rey su padre viva y después de su larga y felice vida, como á rey y por rey suyo natural, guardándole siempre fidelidad y vasallaje, que los fieles y leales súbditos y vasallos deben y son tenidos de guardar á su rey y señor natural.»

Leída la fórmula, fueron pasando por la parte izquierda del salón, primero el brazo eclesiástico, á continuación el de nobles, tras éste el de caballeros hidalgos, y por fin el de universidades (4).

Cada diputado llegaba donde estaba Su Alteza, y arrodillado y puesta la mano sobre los Evangelios, decía: «Yo así lo juro», besando después la mano al Rey y al Príncipe.

Duró la ceremonia hasta las cuatro de la tarde, levantándose acta por el mencionado notario Palomar, que lo era de las Cortes, firmando como testigos D. Fernando de Borja, gentilhombre de S. M., sumiller de Corps del Príncipe y comendador mayor de Montesa, y D. Gonzalo Dávila, conde de Puñonrostro, gentilhombre de la cámara del infante-cardenal D. Fernando, del hábito de Alcántara, y otros muchos magnates.

Después regresaron á Palacio con la misma solemnidad que habían ido á la Diputación.

D. Baltasar Carlos fué el último príncipe jurado en persona en el reino de Aragón.

Aun permanecieron en Zaragoza las Reales personas algún tiempo después de la jura, pues no llegaron á Madrid hasta el día 11 de Diciembre, donde los recibió en el Buen Retiro la infanta D.ª María Teresa, hija también de Felipe IV (5).

Ocho años tenía á la sazón la egregia niña, á quien estaba destinado ser un día esposa de su primo carnal Luis XIV de Francia, que compartió con su suegro la adulación de sus cortesanos, al compararle con los astros del firmamento.

Rey *Sol* le llamaron aquéllos, así como al de Austria, por ser el cuarto de su nombre, le apellidaron, jugando del vocablo, *Cuarto Planeta* (6).

Pero los días del príncipe Baltasar Carlos estaban contados: las esperanzas que en él, como único hijo varón, cifraban el Rey y la nación toda, iban á verse en breve frustradas.

Jurado Príncipe de Castilla, Aragón y Valencia (7), resolvió el Rey que lo fuese también en Navarra, mientras reducía á los rebeldes catalanes, y á tal efecto emprendieron de nuevo la acostumbrada jornada, después de no prolijos meses de descanso en Madrid.

El sábado 13 de Abril de 1646 salieron otra vez, pero dirigiéndose por Navarra, «á consolar á aquellos vasallos» (8).

Allí fué también jurado, y adoleció de unas tercia-

(4) Los procuradores que por el brazo de universidades concurrieron á la jura fueron: por Zaragoza, su jurado en Cap (cargo equivalente al de alcalde primero) D. Martín de Pomar y Cerdán, señor de la baronía de Salillas, juntamente con Pedro Luis de Zaporta, Pedro Sánchez del Castellar, notario de número, y D. Juan Felipe Gazo, doctor en Derecho, síndicos de la ciudad; por Huesca, Vicencio Nicolás de Salinas Azpelicueta y Segismundo Serós; por Tarazona, Francisco Coscolín y Miguel de Añón; por Jaca, Francisco Bonet; por Calatayud, D. Diego de Vera y Abarca y el doctor Baltasar Gómez de Cádiz; por Daroca, D. Pedro Alagón de las Cuevas y D. Pedro Antonio Ponz; por Teruel, D. Julián Martínez de Marcilla y la Mata y Juan Agustín Escuder; por Borja, José de la Justicia; por Alcañiz, Bartolomé de Ciércoles; por la Comunidad de Calatayud, Martín de Sisamón y Miguel Marco; por la de Daroca, Cosme Díez; por la de Teruel, Domingo Navarro y Bernardo Cebrián; por la villa de Montalván, Juan de Bonías; por Fraga, Hipólito de Aisa; por Bolea, Diego de Grassa; por Alquízar, Pedro Miranda; por Loharre, Juan Rodrigo; por Murillo de Gállego, Juan Bonet, y por Castejón de Monegros, Bartolomé Forniés.

Por el brazo elesiástico fueron, como procuradores natos, el Arzobispo de Zaragoza, los Obispos de Huesca, Albarracín, Barbastro y Tarazona, el Gran Castellán de Amposta (jefe de la orden de Caballeros de San Juan en lengua de Aragón) y los abades de los célebres monasterios de Veruela, Piedra, Aula-Dei, Rueda, Santa Fe y San Juan de la Peña, el Prior de Santa María la Mayor del Pilar, el de Santa Cristina y el canónigo procurador del cabildo.

(5) Biblioteca Nacional, m. s. T. 192.

(6) Calderón, entre otros, apellidó así en varias de sus comedias á Felipe IV. En *Mañanas de Abril y Mayo* llama al celebrado *Parque* de Madrid:

> ....rica alfombra
> Del más supremo edificio,
> Dosel del *Cuarto Planeta*,
> Con privilegios de quinto.
> (Jor. I, esc. XVIII.)

En *Casa con dos puertas*, hablando de Aranjuez, dice que es

> ....sagrada esfera
> Do el Cuarto Felipe cifra
> La luz del *cuarto planeta*.

(7) Biblioteca Nacional, m. s. T. 192 y H. 10.

(8) Así dice el referido m. s. T. 192.

nas en Pamplona, al segundo día de haber llegado, durándole la enfermedad hasta el 2 de Mayo.

Era el Príncipe aficionado á jugar á la pelota, y estando ya en Zaragoza se entretuvo un día en aquel ejercicio, acalorándose con exceso, de lo que le sobrevino una fuerte constipación (9).

Habiéndose roto la pala con que D. Baltasar jugaba, trajéronle otras, forradas de pergamino, siendo éste, á pesar de la persona á quien se destinaban aquéllas, de poco primor, procedente de libros viejos de coro.

Y aconteció, por extraña casualidad, que la pala que escogió el Príncipe estaba guarnecida con una hoja en que se veían escritos los *Kiries* de la misa de difuntos.

Uno de los cortesanos, teniéndolo á mal agüero, retiró la pala; mas tomando otra D. Baltasar, se vió que en el pergamino decía: «*Requiem æternam dona eis, Domine*», á pesar de lo cual el Príncipe, que era poco agorero, usó sin alterarse la segunda pala.

Pero aquel día, que se contaba un viernes 5 de Octubre, habiendo asistido por la tarde á la vigilia del oficio de difuntos, por el aniversario de su madre la reina D.ª Isabel, que se cumplía el día siguiente 6, sintióse quebrantado, tanto que ya no pudo salir en público.

La última vez que lo verificó fué el día 4, festividad de San Francisco de Asís, habiendo asistido con su padre al convento que los religiosos de la Orden Tercera tenían en Zaragoza, próximo á la entonces renombrada y hoy desaparecida *Cruz del Coso* (10), humilladero que recordaba el sacrificio de los innumerables mártires de aquella ciudad.

Fuerte delirio le acometió desde luego, y en sus accesos repetía el versículo de David: *Laudate Dominum omnes gentes*.

El domingo 6 le sangraron dos veces, y otra el lunes, aplicándole el doloroso tratamiento de las ventosas sajadas, por habérsele presentado las viruelas, además del tabardillo encubierto que padecía.

El martes se le recogieron interiormente aquéllas, así que los médicos juzgaron irremediable su fin, recomendando al Rey que no bajase á verle, por el daño que podía ocasionarle; pero el atribulado padre no atendió el consejo, exclamando: «Más daño me hará no ver á mi hijo.»

Falleció éste al siguiente día 9, entre el desconsuelo de todos, que recordaban la afabilidad de su carácter (11).

Cuando en Madrid se supo la enfermedad, acudían las gentes á rogar por su salud ante la imagen de la Virgen de Atocha, que precisamente en aquellos días había sido trasladada procesionalmente á la hoy derruida iglesia de Santo Tomás, por el buen suceso de las armas españolas contra los franceses en Cataluña.

Entró de vuelta el Rey en Madrid el 10 de Noviembre.

He dicho antes que por entonces no pensaba Felipe IV poner término á su reciente viudez, y menos enlazarse con su joven sobrina D.ª Mariana de Austria; y tanto era así, que estaba concertado el matrimonio de ésta con el malogrado D. Baltasar Carlos, y tan próximo se hallaba el suceso, que el Príncipe fué enterrado con el vestido mismo que se había mandado hacer para sus capitulaciones.

La muerte inopinada de su único hijo varón determinó á Felipe IV á contraer segundas nupcias, reemplazando á D. Baltasar Carlos en la posesión de la joven Princesa, que acababa de cumplir doce años, teniendo cuarenta y uno D. Felipe.

Así fué que aun no cumplido un año, el 3 de Agosto siguiente, se publicó el casamiento, y el 8 de Noviembre se efectuó, si bien por poderes, desposándose con la Princesa, en nombre del Rey de España, el que lo era de Hungría y Bohemia.

Otra vez se repetía en la dinastía de Austria que

(9) El mismo códice.

(10) De la *Cruz del Coso* dijo el autor de *Estebanillo González* (cap. XII) que era «otras Gradas de San Felipe», comparándolas con el famoso *Mentidero* de Madrid, por el concurso que allí se juntaba cada día de soldados y gente desocupada. Hasta nuestro tiempo ha seguido siendo el sitio inmediato al que ocupó la Cruz del Coso el más frecuentado de la que fué «corte y cabeza del reino de Aragón», como la llama dicho escritor.

(11) Como se ve, no es exacto que el Príncipe falleciese de catorce años, según afirmó un erudito literato en unos apuntes biográficos de Felipe IV publicados en una conocida biblioteca. Faltábanle ocho días para cumplir diez y siete. Los manuscritos citados no parece tampoco que autoricen la versión de que murió por excesos superiores á su edad, pues sus dolencias fueron viruelas y congestión cerebral. La sátira política pudo asirse de rumores, más ó menos verídicos, relativos á travesuras infantiles, y escribir aquellas décimas que principian:

> Príncipe, mil mentecatos
> Murmuran, sin Dios ni ley,
> De vos, que habéis de ser rey,
> Y os andáis capando gatos, etc.

También la maledicencia puso en duda la parternidad de Felipe IV respecto de D. Juan de Austria, en aquellas otras décimas:

> Un fraile y una corona,
> Un duque y un cartelista
> Anduvieron en la lista
> De bella Calderona, etc.

el padre tomase por mujer la prometida de su hijo, si bien en esta ocasión después de la muerte del Príncipe.

Aquellas lúgubres bodas presagiaban el fin de la Casa de los Hapsburgo: de ellas fué fruto el desventurado Carlos II, cuyo semblante parecía una mueca degenerada del varonil rostro del gran Carlos de Gante, como degenerado fué su apocado espíritu del de aquel gran político y animoso conquistador cuyo nombre llevaba.

JULIO MONREAL.

PREPARATIVOS HECHOS EN ESPAÑA

PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL MAPA CELESTE.

En virtud de los acuerdos tomados por el Congreso Científico Internacional celebrado en París hace poco, para proceder á la construcción de una *Carta Celeste*, el Observatorio de San Fernando (Cádiz) se ha provisto de los instrumentos necesarios á fin de cooperar á los trabajos internacionales de dicha Carta, cuyos gastos han sido sufragados por el Gobierno español, en virtud de una Real orden expedida el 6 de Junio de 1887.

Los Observatorios que en 1887 habían ofrecido su concurso para la ejecución de la Carta, eran los de Greenwich, Oxford, Cabo de Buena Esperanza, Sidney y Melbourne; los de París, Tolosa, Burdeos y Argel; y los de Helsingfors, Postdam, San Fernando, Tacubaya, Río Janeiro, Santiago de Chile y La Plata.

Los Observatorios ingleses tienen en construcción los instrumentos, y el señor Grubb, á quien está dicha construcción encomendada, espera poder obtener objetivos fotográficos que realicen las condiciones exigidas por el Congreso Científico Internacional. Los Observatorios franceses y el de San Fernando han recibido sus ecuatoriales, y ya las tienen montadas: las destinadas á Santiago de Chile, Río Janeiro y La Plata habrán llegado ya á su destino. Postdam está casi listo, y Helsingforts y Tacubaya habrán recibido en estos días los instrumenmentos que necesitaban. Por esta razón es casi seguro que á principios del año presente de 1890 puedan empezar el trabajo fotográfico de la parte de Carta celeste que le corresponde á cada uno de los referidos Observatorios.

Se anunció también á la Comisión del Congreso, que los Observatorios de Catania, Viena y Méjico (Chapultepec) esperaban obtener en breve los créditos necesarios para la construcción de sus ecuatoriales fotográficas. Del mismo modo Su Santidad el papa León XIII, tan amante de las glorias científicas modernas, ha dado las instrucciones convenientes al P. Denza para ordenar la construcción de una ecuatorial fotográfica que, para los trabajos del Mapa Celeste, ha de establecerse en un Observatorio que va á fundar en el Vaticano, á sus expensas. También se está construyendo en Manila, bajo la dirección del P. Faura, otro Observatorio astronómico con el mismo objeto que los anteriores.

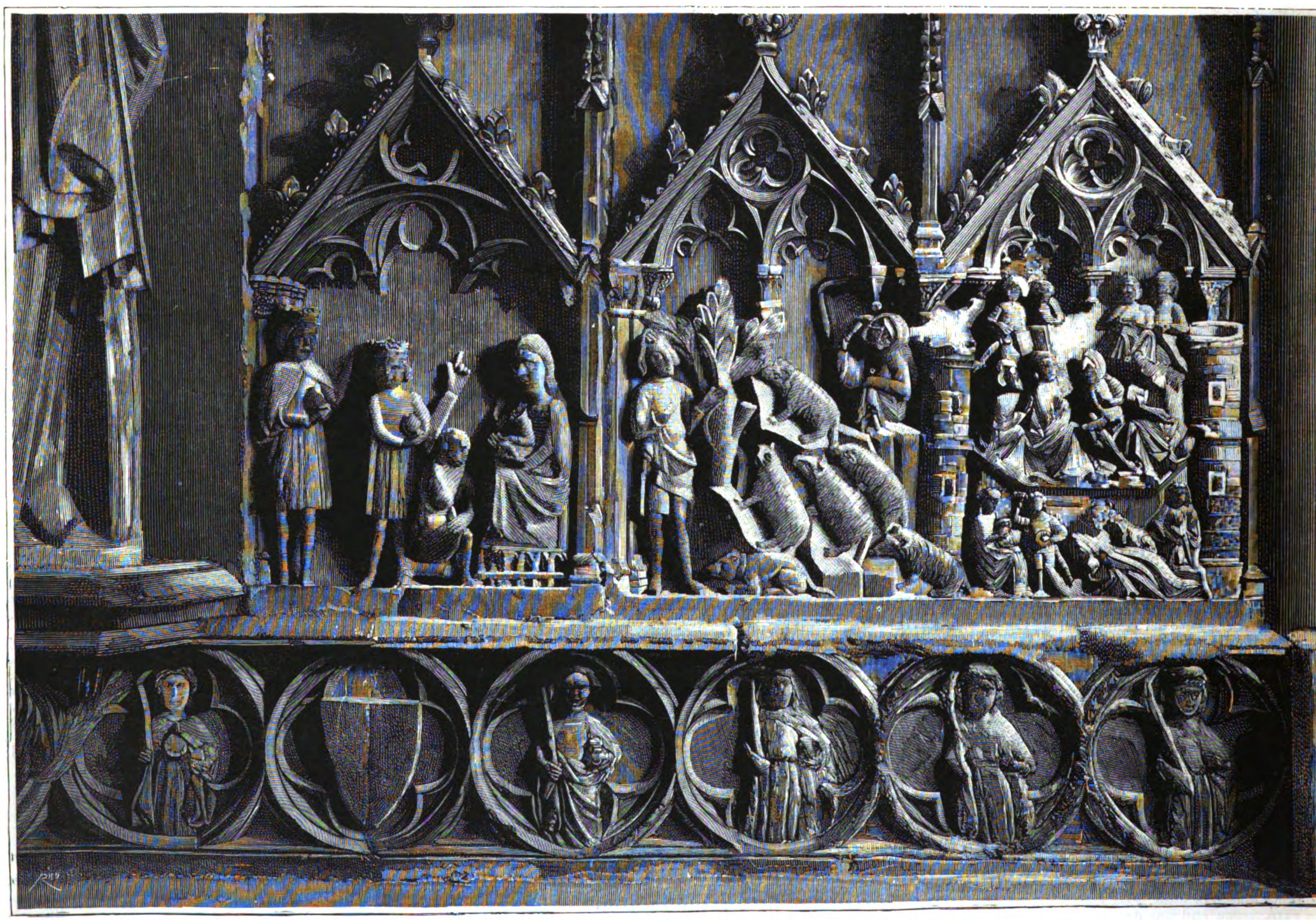
Es tal el entusiasmo que con este motivo existe en todos los círculos científicos del mundo, que lo mismo los Gobiernos que los particulares rivalizan en estos momentos en celo é interés por el adelanto de la ciencia.

Los Sres. Paul y Prosper Henry, que á su poderosa iniciativa se debe la realización de estos trabajos, han proporcionado los medios con los instrumentos y aparatos ideados y construídos por ellos mismos, para que en pocos años se termine, con el concurso de varios Observatorios convenientemente distribuídos en la superficie del globo, la Carta completa de la bóveda celeste, que comprenderá, no sólo las seis mil estrellas perceptibles á la simple vista, sino también los millones de esos astros, hasta las más pequeñas magnitudes, únicamente visibles con el auxilio de poderosos telescopios. Con este Mapa Astrofotográfico se legará á los siglos venideros el estado del cielo tal como se halla á fines del siglo XIX, con una exactitud maravillosa.

Los astrónomos más eminentes de Europa están conformes en reconocer

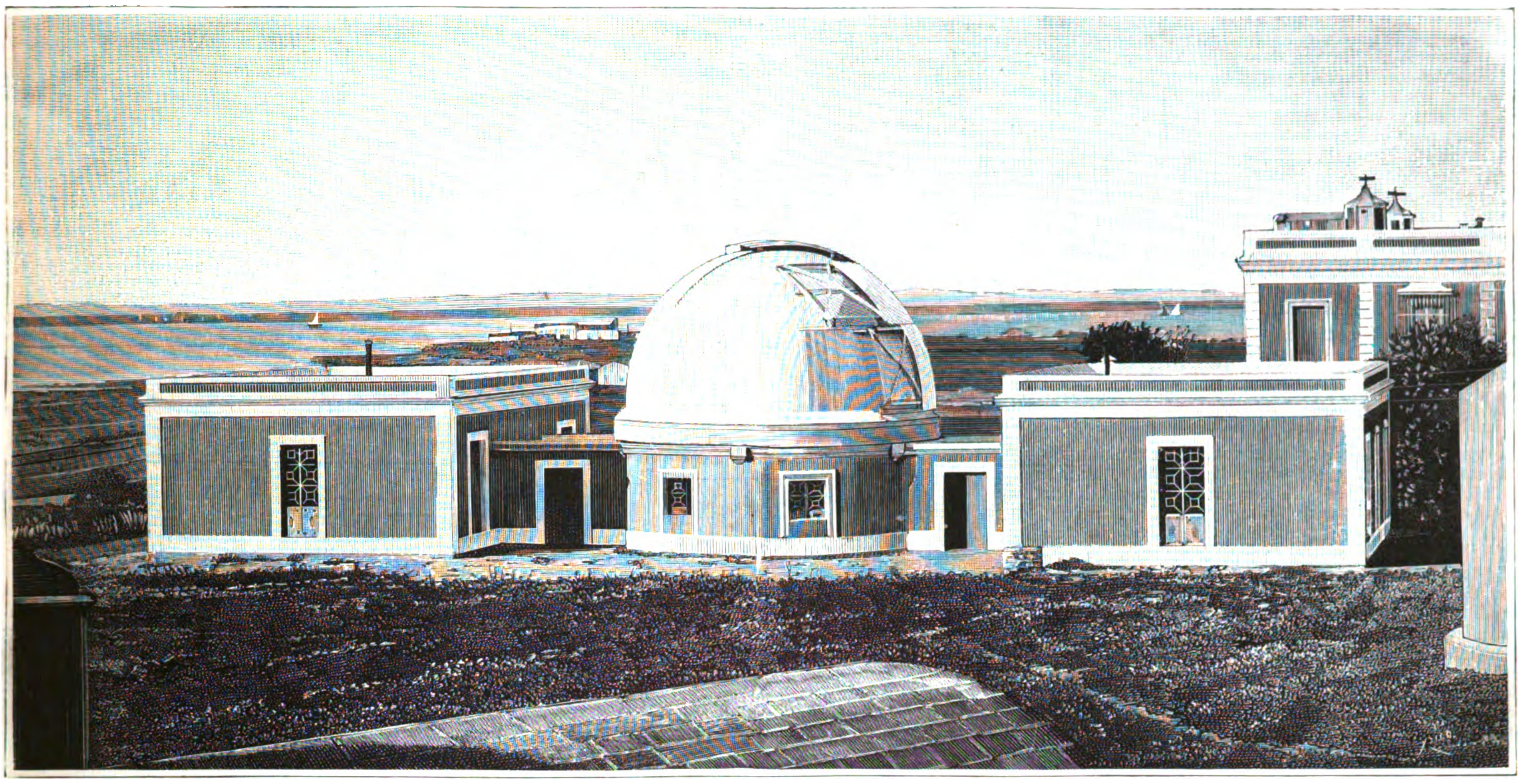


MISS ELENA E. A GINGOLD,
NOVELISTA Y POETISA INGLESA.

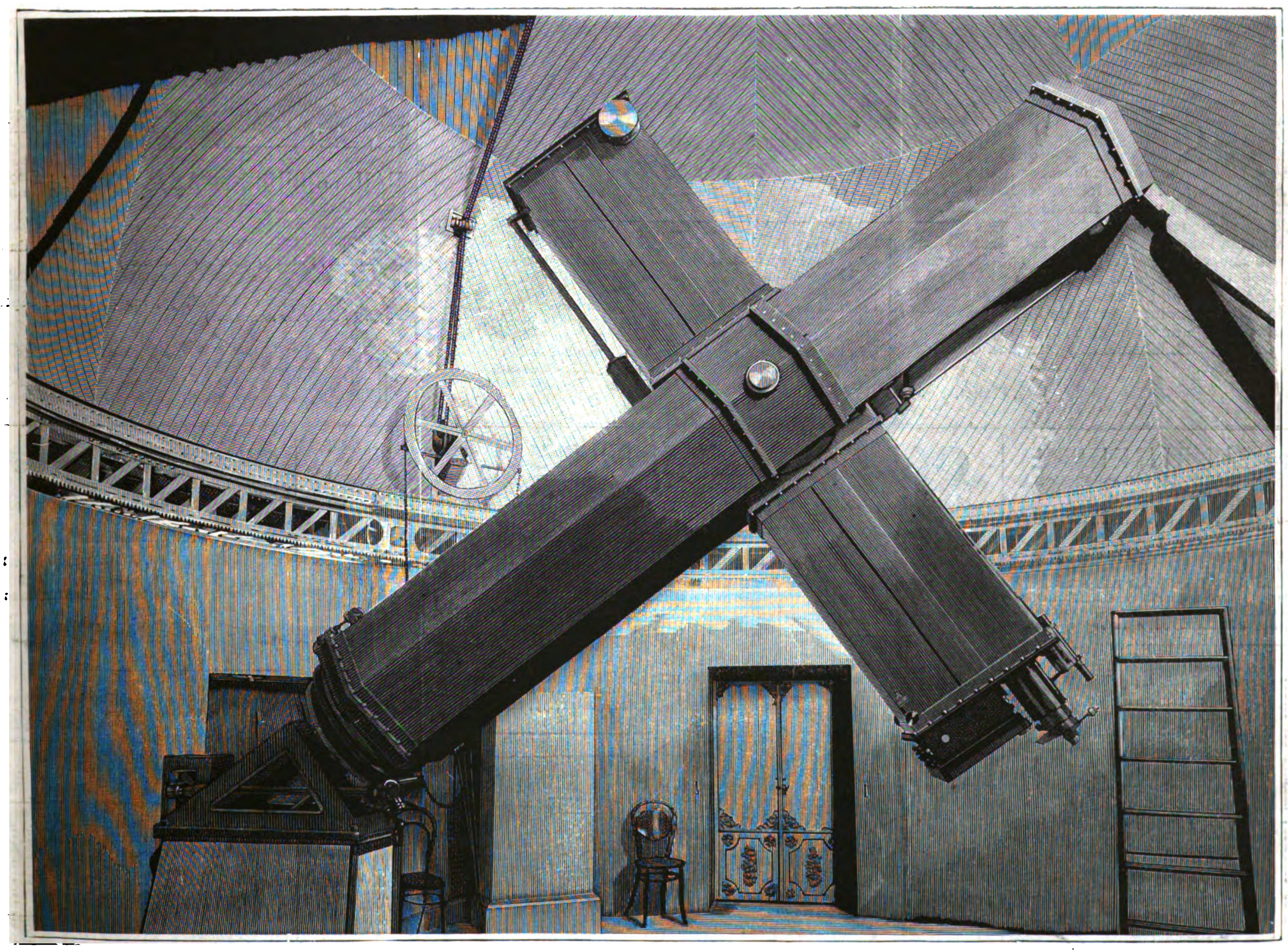


CATEDRAL DE TARRAGONA.—DETALLES DE LA CAPILLA DE LA ENCARNACIÓN, VULGARMENTE LLAMADA «DE LOS SASTRES».
(De fotografía directa, por D. Ginés Torres.)

LA CONSTRUCCIÓN DEL MAPA CELESTE.



PABELLÓN CONSTRUÍDO PARA LAS OPERACIONES ASTROFOTOGRÁFICAS.



NUEVA ECUATORIAL PARA OBTENER FOTOGRAFÍAS ESTELARES, INSTALADA BAJO LA CÚPULA MOVIBLE DEL PABELLÓN.

OBSERVATORIO DE MARINA DE SAN FERNANDO.—PREPARATIVOS HECHOS PARA COOPERAR Á LOS TRABAJOS INTERNACIONALES DEL MAPA DEL CIELO.

que este trabajo representa una transformación completa en la astronomía, la cual va á entrar en una nueva era de progreso.

Para emprender en debida forma el levantamiento de la carta Celeste, el Observatorio de San Fernando, ateniéndose á los acuerdos tomados por el Congreso Internacional, mandó construir, autorizado por el Gobierno, los instrumentos necesarios, descollando entre ellos una magnífica ecuatorial hecha por el hábil artista de París M. Gautier, y los objetivos por los Sres. Henry. En su forma general, es semejante á la que ha servido á estos astrónomos para obtener las excelentes fotografías que han demostrado la posibilidad de emplear los procedimientos fotográficos en la construcción de una Carta del cielo que comprenda las estrellas hasta la décimacuarta magnitud, trabajo enorme que necesitaría de por sí largo tiempo sin el auxilio de la fotografía.

En la pág. 85 damos un grabado que representa la vista externa que ofrece el nuevo anteojo, tal como está montado á estas horas sobre sus pilares. Para la conveniente instalación del instrumento se ha construído un pabellón capaz de contenerlo y con los departamentos necesarios para los laboratorios en que han de hacerse las manipulaciones fotográficas, que exige la obtención de las placas negativas y positivas, y de sus reproducciones y ampliaciones, así como las mediciones y demás trabajos anejos.

El nuevo edificio, del cual acompañamos también un grabado, en la misma pág. 85, se halla instalado al SO. del edificio principal del Observatorio y en un lugar desde el cual se descubre por completo toda la región del cielo que ha de ser objeto en breve de los estudios astrofotográficos que han de dar un nuevo aspecto á la ciencia astronómica. Este departamento se compone de un cuerpo central ó domo, bajo cuya cúpula se halla colocada la ecuatorial, y de dos laterales unidos á él por dos pasadizos que dan acceso al interior: las alas laterales contienen los laboratorios y el local que exige la práctica de las demás operaciones.

El pabellón fotográfico mide 31m,50 de frente, por sus caras N. ó S., y 11m,50 por las de E. y O.: el diámetro interior del domo es de 7m,50. Está construído de mampostería, siendo sus muros de 0m,50 de espesor, y de piedra labrada las cornisas en que están aseguradas las placas de hierro, sobre las cuales descansan los rails de la cúpula: la viguería y portaje son de hierro.

Los pilares en que van asegurados los soportes del eje polar del instrumento, son de piedra labrada, y sus cimientos se hallan sobre trozos de la roca calcárea que forma parte del subsuelo del cerro del Observatorio. Por esta razón, además de resistir los 2.000 kilogramos de peso del instrumento, dan casi la certidumbre de una fijeza poco menos que absoluta de los puntos de apoyo del eje polar.

La cúpula de hierro, construída por la casa *Cail* bajo la dirección de M. Gautier, con quien se contrató el instrumento, no obstante su peso de 12.000 kilogramos, se mueve con facilidad. Interiormente tiene un revestimiento de madera que deja entre él y el forro exterior de hierro una capa de aire de unos 25 centímetros de espesor según el radio, lo que impide que se recaliente el interior del domo durante los fuertes calores.

La construcción de la ecuatorial, de la cúpula, del aparato de mediciones y los gastos de instalación, han ascendido á 83.000 pesetas.

La instalación fotográfica española está dentro de las condiciones aceptadas por el Congreso internacional, y á la altura de las mejores de su clase en Europa. El Observatorio de San Fernando será uno de los primeros que emprendan los trabajos de fotografía estelar, y dada la bondad de nuestro clima, creemos que dichos trabajos marchen ordenadamente y terminen dentro de un plazo razonable.

J. G. MONTI.

EL HOMBRE-BULTO.

Después de los viajes á París en velocípedo, en *fiacre*, en carromato y en carretilla tirada por canes, acaba de realizarse el viaje en clase de mercancía; como si dijéramos: *l'homme-colis*.

El polaco Hermann Zeitung, residente en Viena é inventor de un *conformateur* para señoras, que no obtuvo éxito, anhelaba probar fortuna en la capital de Francia; y careciendo de recursos para hacer el viaje como cualquier mortal, en el asiento de un tren, construyó á su medida (1m, 42 de altura) una caja de madera, pintó en la tapa longitudinal una botella, como suelen hacer los embaladores para indicar la colocación vertical de un fardo, y escribió debajo, en alemán, estas palabras: «No poner lo de arriba abajo.—Cuidado con la humedad.—H. Z.—París.»

Y hecho esto, previno á un mozo de cuerda que fuera á buscar la caja dentro de una hora, metióse en ella, se cerró, y se hizo transportar á la estación del ferrocarril, muelle de mercancías.

Hermann Zeitung fué conducido así, como si fuera una caja de comercio, hasta París: pegaba su boca, para respirar, á las junturas de las tablas, en la frontera alemana los aduaneros le colocaron cabeza abajo, despreciando las indicaciones de la botella y de la inscripción; el frío le heló los pies, hasta el extremo de que al descalzarse, su pellejo se quedó adherido á los calcetines.....

La caja, ó sea *l'homme-colis*, llegó á París después de cincuenta y dos horas de viaje, y se le dejó un buen rato en el muelle de mercancías; mas entonces el viajero se decidió á quitar una tabla, y apareció súbitamente ante la mirada atónita de los empleados.



Desde allí fué conducido al Depósito de la Prefectura de Policía, y un periodista le libertó de la prisión, pagando el porte de la caja, de Viena á París; mas la Compañía de los Caminos de Hierro (en todos los países son iguales) reclamó entonces la diferencia que existe entre el precio del transporte y el de un billete de tercera, la cual fué abonada por otro periodista.

Hermann Zeitung ha sido escriturado por el director de los Folies-Bergère, y afirma que cuando tenga dinero dará buena propina á los empleados de la estación que le sacaron de la caja, «porque aquel momento fué el único agradable de su viaje.»

X.

CERTAMEN CIENTÍFICO-LITERARIO.

Por iniciativa de la *Sociedad Colombina Onubense* se ha de verificar en Huelva, el día 2 de Agosto próximo, un certamen científico y literario, y los temas elegidos son los siguientes:

1.º Una oda á la Unión Ibero-Americana.—Premio de S. M. la reina D.ª Isabel II: una magnífica figura de bronce, representando á Cristóbal Colón.

2.º Estudio etnográfico de América hasta la época de su descubrimiento por Colón.—Premio de S. M. el rey D. Alfonso XIII: un precioso Fauno de bronce.

3.º Juicio crítico sobre la intervención que tuvo en el descubrimiento del Nuevo Mundo el guardián de la Rábida, conocido por fray Juan Pérez de Marchena, y noticias biográficas acerca de este célebre personaje.—Premio de S. A. R. el serenísimo Sr. Infante Duque de Montpensier: un precioso alfiler de corbata, de brillantes y turquesa.

4.º Juicio crítico acerca de la participación que tuvieron en el descubrimiento del nuevo Continente los hermanos Pinzón, condiciones bajo las cuales tomaron parte en la expedición y causas que motivaron la separación de Martín Alonso.—Premio de S. M. la Reina Regente: dos magníficos platos de la Moncloa.

5.º Proyecto para la celebración del cuarto centenario de la salida de Colón para el descubrimiento del Nuevo Mundo, el día 3 de Agosto de 1492.—Premio del Excmo. Ayuntamiento de esta capital: una preciosa escribanía de plata y dorada.

Las composiciones deberán ser presentadas ó remitidas al Secretario de la *Sociedad Colombina* antes del día 1.º de Julio inmediato.

Firman el programa, como presidente, el almirante de la Armada D. Luis H. Pinzón, y como secretario, D. L. Hernández Quintero.



Bálsamo de FERNOLINE

Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo, y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos; de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos; hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores en el extranjero para curar los dolores que notan muchos enfermos en **el cuello, pecho y espalda**, pues, gracias á la **volatilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel se absorbe en cantidad variable, según la superficie de aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA
VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA—BARCELONA
SUCURSAL EN MADRID: Claudio Coello, 26, segundo.

NINON DE LENCLOS

Refíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoista no quiso revelar a ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de Las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** (*Maison Leconte*), 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto a sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la direccion de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depositos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Aguirre y Molino, perfumeria Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumeria Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumeria Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Vicente Ferrer y en casa de José Lafont, 22, calle del Call.

EVITAD LAS FALSIFICACIONES del *Anti-Bolbos*, único que destruye las pecas y el paño de la nariz, la frente y la barba, sin frotación y comprimiendo los poros del cutis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.

ARISTOCRATIZAD VUESTRAS MANOS con la *Pâte des Prélats*, inventada por el fraile Dom. del Giorno para el papa León X.—Esta Pasta maravillosa blanquea, suaviza y da tersura á la epidermis, y tiene además el privilegio de prevenir ó destruir las grietas, los sabañones y sus cicatrices, etc.—Propiedad exclusiva de la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, en casa de los Sres. José Lafont, 22, calle del Call.

PECTORAL de CEREZA del Dr. AYER

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA



Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desórdenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilación suele ser fatal. Los **RESFRIADOS Y LA TOS**, si no se cuidan, pueden degenerar en **LARINGITIS, ASMA, BRONQUITIS, PULMONIA Ó TISIS**. Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el PECTORAL de CEREZA del Dr. AYER. Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor.—De venta en casa de Melchor García, Capellanes, 1, duplicado; Hijos de Ulzurrum, y en todas las farmacias y droguerías.—Agentes generales para España: Vilanova Hermanos y Compañía, Barcelona.—Sucursal en Madrid, Claudio Coello, 26, segundo.

Depositarios en España: **VICENTE FERRER Y C.ª, BARCELONA.**

ACEITE MORENO-CLARO DE HÍGADO DE BACALAO DEL Dr. DE JONGH

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA,
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA,
COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III. DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.
La sola especie que contenga todos los principios curativos.
Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.
Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.
DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL
contra la **TÍSIS**, las **ENFERMEDADES** del **PECHO** y de la **GARGANTA**, la **DEBILIDAD GENERAL**, el **DESFALLECIMIENTO** de los **NIÑOS**, la **RAQUÍTIS**, y todos los **AFECTOS ESCROFULOSOS**.

Se vende **SOLAMENTE** en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del Dr. DE JONGH y la firma de ANSAR, HARFORD & Co.—*Cuidado con las imitaciones.*

Unicos Consignatorios, ANSAR, HARFORD & Co., 210, High Holborn, Londres.
Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

PILDORAS DE BLANCARD

CON
Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — *Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.* — PARIS 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores frios, etc.*), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruacion nula ó difícil*), la **Tísis**, ...

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40
DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES



VELOCÍPEDOS TRIUMPH

LIGEROS
DURABLES
GARANTIZADOS
S. BETTMAN & C.º
Golden Lane LONDRES
Fábrica: Aston BIRMINGHAM

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TES
37 recompensas industriales
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

1890 MUNICH
EXPOSICIÓN ANUAL
DE BELLAS ARTES

EN EL PALACIO DE CRISTAL
Desde el 1.º de Julio hasta el 15 de Octubre
Plazo de adhesión, hasta el 1.º de Mayo
Plazo de envío, del 1.º al 20 de Mayo

LA SOCIEDAD DE ARTISTAS DE MUNICH.

T. JONES

23, Boul^d des Capucines, 23
PARIS
Fabricante
de Perfumeria Inglesa
EXTRA-FINA

Especialidades de T. JONES

Fluide Iatif
Sin igual para suavizar el cutis.
La Juvenile
Polvos de arroz sin ninguna mezcla química.
Lily Wash
Para embellecer el cutis y blanquear la garganta y los hombros.
Iatif Cream
Superior á todos los Cold Cream conocidos.
Agua de Tocador Jones
Tónica y refrigerante.
Elixir y Pasta Samohti
Dentífrica, antiséptica, blanquea los dientes, impide la carie y el tártaro.

Extractos compuestos:
IMPERIAL RUSSE, ESS-BOUQUET, VICTORIA, CAPRICE, CHYPRE, BUQUET, PARADIS, Heliotropo, etc.
SOMETHING NEW, NEW MOWN HAY, STEPHANOTIS, OPOPONAX, VIOLETS, AIDA, W. ROSE, JUBILEE, etc.

Estos productos se encuentran en todas las buenas Perfumerias de España y América.

JAQUECAS—NEURALGIAS

La PAULINIA-FOURNIER, á la dosis de un paquete ó de dos sellos, cura instantáneamente la jaqueca ó neuralgia, la más violenta.

VINO OSSIAN HENRY, SIMPLE Ó FERRUGINOSO

EL MAS EFICAZ REPARADOR, EL MEJOR DE LOS FERRUGINOSOS
Instituto de Francia: PREMIO MONTYON
EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS

ENFERMEDADES DE LA BOCA
PASTILLAS NIELK

EFICACES CONTRA LAS
ANGINAS, CRUP, RONQUERA, FETIDEZ DEL ALIENTO É INFLAMACIONES DE LA GARGANTA

Las PASTILLAS NIELK calman la irritación producida por el excesivo uso del tabaco, y son indispensables á las personas que hacen sufrir á su garganta un trabajo fatigoso, especialmente los oradores y cantantes. — Para evitar imitaciones y falsificaciones exíjase en las cajas el sello de la *Sociedad Farmacéutica Española G. Formiguera y C.ª, Barcelona*, impreso en tinta roja. - Al por menor, en las principales farmacias.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

E. COUDRAY

MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Al pie de la torre de los Lujanes, contestación á las cartas de D.ª Emilia Pardo Bazán, tituladas *Al pie de la Torre Eiffel*, por *Un Militar*. Este *militar*, cuyo nombre ignoramos, es un correcto hablista, un crítico verdaderamente concienzudo y un satírico de muy fina pluma. Lean este opúsculo las personas que hayan leído el libro *Al pie de la Torre Eiffel*, de la Sra. Pardo Bazán. Véndese, á 50 céntimos de peseta, en las principales librerías de Madrid y las provincias.

Jesus Infante Nazareth, per Mossen Jacinto Verdaguer. Poema religioso del popular autor de *La Atlántida* y de *Canigó*. Véndese, á una peseta, en la librería de los Sres. Bastinos, Barcelona (Pelayo, 52).

Baturrillo de paremiologia ó tratado de frases célebres, apotegmas proverbiales y refranes, con aplicación á las ciencias, y en especial á la Agricultura, coleccionados por D. Benito Ventué y Peralta. Libro de 207 páginas en 4.º menor, impreso en Granada, tipografía de D. Calixto Alvarez Lozano.

Glosario de voces ibéricas y latinas *usadas entre los mozárabes*, precedido de un estudio sobre el *Dialecto hispano-mozárabe*, por D. Francisco Javier Simonet. Obra premiada en público certamen de la Real Academia Española, y publicada á sus expensas. Magnífica obra de estudio y consulta, que pone en alto relieve los profundos conocimientos de su doctísimo autor, antiguo y distinguido colaborador de este periódico. El estudio sobre el dialecto hispano-mozárabe consta de CCXXXVI páginas, y el *Glosario*, con *Adiciones y correcciones*, de 628, formando en junto un lujoso volumen de 864, en folio. Véndese en las principales librerías de Madrid.

El Crimen de Garches, por M. Quatrelles; versión castellana por D. Angel del Palacio. Otra linda novela de la interesante colección que publica la casa editorial *Ocaña y Compañía*, de esta corte. Es un drama conmovedor y á la vez profundo estudio de costumbres, que empieza en los risueños jardines de Saint-Cloud y acaba en la báscula de la guillotina; y está escrito con seductora galanura, y nutrido de interesantes diálogos que parecen reproducción del natural. Recomendamos esta novela á los aficionados. Un elegante volumen en 8.º mayor, que se vende, á 3 pesetas, en las principales librerías. Diríjanse los pedidos á la mencionada casa editorial *Ocaña y Compañía*, Madrid (Caballero de Gracia, 19 y 21). — *Habana*, Viuda de Villa. — *Veracruz*, Rafael Rodríguez y Jiménez. — *México*, J. Buxó y Compañía, y Herreros y Benavides.

La España moderna, revista literaria publicada bajo la dirección de D. J. Lázaro. El primer número de este año contiene los interesantes artículos que se mencionan en el siguiente sumario: *Un Destripador de antaño*, novela dramática por la señora Pardo Bazán; *El Año militar*, 1889, por el general Arteche; *El Año musical*, 1889, por el Conde de Morphy; *La Medicina en* 1889, por Letamendi; un artículo acerca de la inutilidad de la poesía y de la metafísica, por D. Juan Valera; otro muy curioso del Dr. Thebussem, de D. Vicente Barrantes y de *Clarín*, y un estudio sobre el renacimiento de las letras catalanas, escrito por D. Juan Valera, que dará mucho que hablar á los escritores regionalistas. Suscríbese en las principales librerías y en la Administración, Madrid (Serrano, 68).

La Tierra de María Santísima, perspectivas y costumbres andaluzas descritas por don Benito Mas y Prat, é ilustradas con cuadros y viñetas por D. J. García y Ramos. Continúase con regularidad la publicación de esta interesante obra, por cuadernos de diez y seis páginas, habiéndose publicado el 25.º, con profusión de preciosos intercalados, cabeceras y finales grabados al zinc, y magníficas fototipias. Toda la obra constará de sesenta y cinco cuadernos, al precio de una peseta cada uno, y se repartirán gratis á los señores suscritores los que excedieren de ese número. Suscríbese en las principales librerías de Madrid, Sevilla y Barcelona. Repetidas veces hemos recomendado esta obra, debida á la pluma y al lápiz de dos distinguidos colaboradores de este periódico.

Tratado de las enfermedades de los niños: enfermedades generales, reumatismo agudo, raquitismo, escrofulosis, tuberculosis, anemia, clorosis, diátesis hemorrágica, diabetes sacarina, diabetes insípida (polidipsia, poliuria, hidruria), leucemia, enfermedad de Hodgkin, pseudoleucemia, carbunco, rabia humana, envenenamientos, etc., escrita por los doctores Rehn, de Francfort; Frankel, de Berlín; Forster, de Dresde; Kulz, de Marburgo; Birch-Hirschfeld, de Dresde; Nicolai, de Greussen; Emminghaus, de Wurzburgo, y Binz, de Bonn, bajo la dirección del Dr. C. Gerhardt. Traducción española por varios profesores, bajo la dirección del Dr. D. Baldomero González Alvarez, médico director de la Inclusa. Hemos recibido el cuaderno 8.º y último de esta obra, la cual se vende, á 8 pesetas, en la librería de los señores Robles y Compañía, Madrid (Magdalena, 13). — V.



MARIANO FERNÁNDEZ,

POPULAR ACTOR CÓMICO.

Nació en Madrid, en 1814; † en la misma capital, el 23 de Enero último.







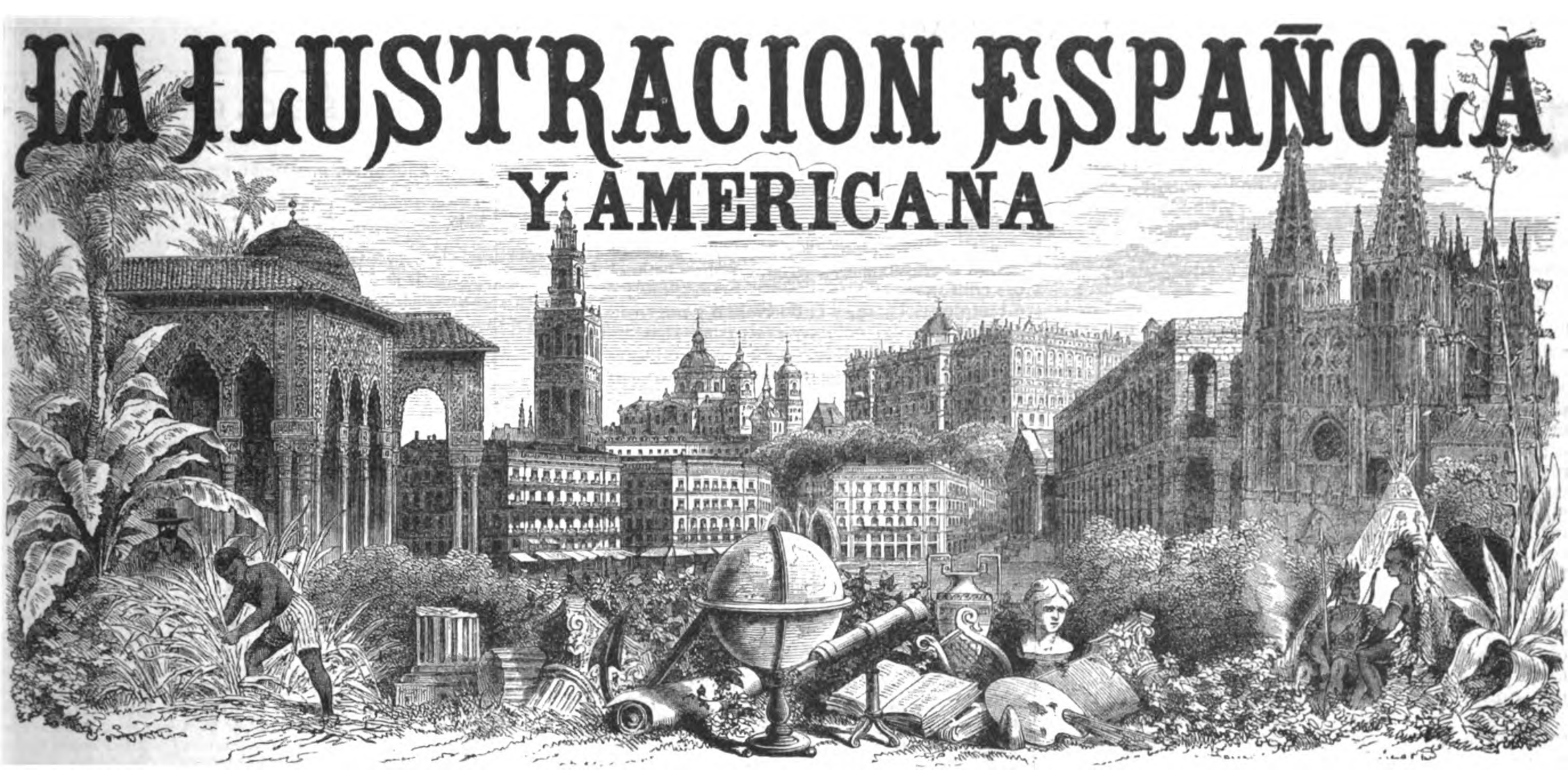








MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero..........	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. VI.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Febrero de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas..	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia..........	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

No se puede negar á los Orleans actividad extraordinaria y el arte de aprovechar todas las ocasiones para crearse partidarios y promover en torno suyo movimientos de simpatía popular. Y como la insistencia es una energía, y en política todas las energías se imponen y ejercen influencia á fuerza de insistir, rara vez deja de estar en juego esa familia. Esta vez ha tocado el turno de la notoriedad á Luis Felipe de Orleans, duque de Orleans, primogénito del Conde de París, y el heredero de los derechos de la rama francesa de Borbón en opinión de los que juzgan prescritos los derechos de D. Carlos de Borbón á la corona de Francia. Dicho joven, en ausencia de su padre que viajaba hacia la isla de Cuba, abandona su residencia de Inglaterra, donde cumplía la ley que destierra de su país á los pretendientes á la corona de Francia y sus primogénitos; se presenta en París alegando el patriótico deseo de ser alistado en el ejército francés, y consigue ser entregado á un tribunal que le condena, en cumplimiento de la ley de destierro, á dos años de cárcel.

Este acto ha sido considerado de maneras muy diversas, según las inclinaciones políticas de cada parcialidad. Para unos, ha sido un jovenil arranque de patriotismo, un rasgo de valor, un deseo de cumplir la obligación de reclutamiento y vestir el uniforme francés á conciencia del castigo, y un ansia de arrostrar peligros, para atestiguar con su resignación respeto á las leyes y á la magistratura del país. Hecho personal, espontáneo y desinteresado y gentil calaverada de muchacho. Personajes de la nobleza, damas de alta cuna y de las clases inferiores, han sentido palpitar su corazón ante aquel atrevimiento; se han llevado coronas á la estatua de Enrique IV; ha sido vitoreado el Duque de Orleans, y los periódicos han elogiado su serenidad, corrección y prudencia ante el tribunal, comentando y repitiendo sus frases los periódicos.

Los partidos hostiles á las pretensiones orleanistas han juzgado con dureza la acción del Duque de Orleans. Para ellos, todo ha sido una comedia ensayada: el viaje del Conde de París, el primer acto para facilitar el desarrollo de la acción, sin fuga ni desobediencia; se ha recordado que ese Duque de Orleans había vestido antes el uniforme inglés, faltando á las leyes de su patria; han ridiculizado su



EXCMO. SR. D. MANUEL DE EGUILIOR Y LLAGUNO,

MINISTRO DE HACIENDA.

afán por comer el rancho del soldado, mientras le servían en la prisión manjares suculentos; le han dicho que ha podido presentarse modestamente en un consulado francés si hubiera tenido un escrúpulo legal de sus deberes en el alistamiento, duda que no podía existir con una ley de proscripción tan terminante, y que la pretensión de ser soldado no era sino una excusa para adquirir popularidad, dar ánimo y calor á su partido, hacer contraste con Boulanger, que huyó de ser juzgado, y afirmar sus pretensiones ambiciosas.

Todo eso se ha dicho por una y otra parte. Por la nuestra, si hemos de hablar sinceramente, debemos confesar que, á nuestro juicio, el Duque de Orleans, primer interesado después del Conde de París en acrecentar el partido orleanista, y joven de entendimiento, según ha demostrado ante el tribunal, sabía perfectamente que iba á realizar, no un acto personal, sino político. En este concepto, sin negarle patriotismo, creemos que debió contener algo la expresión de su deseo de sufrir las privaciones militares, que por su situación y por su alcurnia nunca había de sufrir. Hay en su acción atrevimiento político, pero hay también algo que resulta teatral y que en tiempos como los presentes, tan analíticos é incrédulos, se repara con facilidad.

No nos atreveremos á hacer ningún pronóstico respecto de los resultados de la presentación del Duque de Orleans en la vida pública. Desde luego ha pasado de la obscuridad de la familia á la notoriedad europea, y esto es en política un gran paso, y en pueblos como el francés, sin celebridad nada se logra. Si creemos que la actual República no será para él ruda carcelera, á menos que sobrevengan cambios y acontecimientos imprevistos.

Si fuéramos monárquicos franceses, hubiéramos preferido al joven Duque de Orleans preso y juzgado en Francia por visitar á su novia, mejor que por su afán de probar el rancho del soldado.

Por lo demás, en política como en todo, el resultado es el que decide si acierta ó se equivoca el que ejecuta un acto público, y no se pide verdad, sino verosimilitud, que es muy distinto.

⁂

Tienen razón los monárquicos al reirse de los alborotos diarios que se promueven en las sesiones que celebra actualmente en Madrid la Asamblea republicana que trata de hacer la coalición entre los que defienden aquella forma de gobierno. Tienen razón los republicanos al defender á los suyos, alegando que esos alborotos son naturales en todo cuerpo deliberante, como puede observarse leyendo los extractos de sesiones de todos los Congresos políticos del mundo.

Tienen razón los monárquicos al burlarse de las peleas y dicterios que se promueven en la citada Asamblea con el objeto fraternal de conciliarse. Tienen razón los republicanos al recordar la lucha reciente á que dió ocasión, entre las diferentes fracciones del Congreso, otro proyecto de conciliación.

La palabra conciliación es muy hermosa; pero tiene el inconveniente práctico de ser una de las que más se prestan á que los correligionarios se tiren unos á otros los trastos á la cabeza.

La gran cuestión que se ha ventilado en estos días ha sido la de si debían considerarse como individuos de la Comisión de acuerdos los actuales diputados á Cortes republicanos. Nuestro amigo particular el doctor Esquerdo, á quien habían llamado paloma candorosa por defender la coalición, se opone á que entren en la Comisión los diputados á Cortes, por creerlos gavilanes. El Sr. Salmerón, á quien no se puede negar que tiene un pico de oro, defendió á los supuestos gavilanes. Un delegado de la autoridad asiste á las sesiones.

—¿Usted es de los gavilanes ó de las palomas?—le dijo un concurrente.

—Ni lo uno ni lo otro. Yo soy la autoridad, y vengo á ver si algún pájaro se desmanda, para meterle en una jaula.

⁂

En Portugal no han producido buen efecto ni las frases lacónicas del discurso de la Corona, ni las discusiones que ha producido en Inglaterra. Las manifestaciones populares han ido en aumento, mezclándose algo en ellas la pasión de los partidos ó aprovechándolas el Gobierno para reprimir á los exaltados. En Inglaterra no ha faltado quien censure y tache de brutal el *ultimátum* dirigido por el Gobierno inglés á una nación digna y de fuerza y recursos inferiores.

Pero si entre el Gobierno portugués y los que desean desahogar públicamente su justa irritación hay oposición de criterios, abogando los unos por excitar los ánimos y el Gobierno por calmarlos, en el fondo todos deben caminar á un mismo fin: unos quieren colérica y arrebatadamente satisfacer su patriotismo, y los otros proceden con más prudencia; pero sería triste que la cólera de los unos y la frialdad de los otros se emplease, no en defender sus intereses, sino en aumentar las divisiones de su patria. Esto es lo que nos parece incuestionable.

⁂

La Exposición de blanco y negro en el Círculo de Bellas Artes, de que en otra sección se ocupa mi compañero Martínez de Velasco, ha merecido de toda la prensa de Madrid elogios que deben enorgullecer á los artistas que en ella toman parte. La Exposición fué nocturna en los primeros días, y continúa siéndolo; pero ha habido necesidad, á ruego de familias distinguidas, y con buen éxito, de abrir la Exposición desde las seis hasta las ocho para que pueda ser visitada por los que comen tarde ó luego asisten al teatro; la segunda visita se puede hacer desde las nueve de la noche hasta las once. Una suscritora nos consulta si las conveniencias sociales permiten asistir á la Exposición á los que se hallan de luto. Nuestra contestación es afirmativa: una Exposición no es diversión, sino estudio; y cuando más un recreo ó distracción sencillos del espíritu. Si los que están de luto no pudieran entrar en un salón donde se exhiben cuadros, tampoco podrían hojear un álbum ni abrir un libro con láminas. La sociedad no tiene exigencias tan extremadas, y nuestra interesante suscritora abriga escrúpulos excesivos, en el mero hecho de hacer esa consulta; los museos y las exposiciones son capillas ó templos del arte, y la de blanco y negro ni aun tiene el llamativo del color, y casi, casi, rigorosamente hablando, es una Exposición de medio luto.

No nos ocuparemos de ella aquí, por estar encomendado su examen á persona competente. Además, la circunstancia de pertenecer á la comisión organizadora del Certamen, que preside el Sr. Lhardy, y haber trabajado asiduamente día y noche en su instalación, nos impide hacer comentarios que pudieran creerse interesados. Sólo diremos que es la primera Exposición de blanco y negro que se verifica en Madrid, y que ha de influir, á nuestro juicio, favorablemente en que la atención pública dé valor é importancia al arte, difícil en su misma sencillez, que sabe dar color sin color y expresar la belleza sin más recursos que la línea y el claroobscuro.

⁂

Además de las hijas del aire, que vuelan como palomas dentro de una habitación, y que merecían otra suerte mejor que la de vivir en esa jaula; además del gigante y el enano y de las ascensiones en globo que se verifican los días festivos, Madrid ha recibido en estos días, para recreo y solaz de los curiosos, dos colecciones de fieras. Perdónennos los seres racionales si les incluímos en el mismo párrafo que á los ex habitantes de la selva. Sólo puede existir entre unos y otros asociación de ideas, por haber llegado á Madrid en una misma época y disputarse la atención pública como notabilidades de rango y categoría diferentes. Del mismo modo llaman á las gentes en una feria, con bombo y platillos, rótulos y muestras y todo género de anuncios, el gimnasta y el fenómeno; el vendedor ambulante y el fondista.

Hace pocos días no había en Madrid más fieras que los escasos huéspedes de la Casa del Retiro, ya tan familiares para muchachos y niñeras, como el gato de la vecindad. Hoy se anuncian dos colecciones famosas y distintas que, á decir verdad, no hemos podido ver, por impedírnoslo el trancazo, que nos detiene en casa algunos días hace. Pero en el reposo forzado del catarro, nuestras meditaciones no han podido resolver este problema:

—¿Por qué estábamos tan escasos de fieras y hoy tan visitados? ¿Es que se han dado una cita en Madrid osos, panteras, tigres, jirafas y elefantes?

⁂

Entran dos paletos en una botica, y dice el de más edad al dependiente:

—¿Es aquí donde se despachan coplas nuevas que no hayan sido cantadas? Se quieren para una boda.

—Esto es una botica, buen hombre.

—¡Vaya, y qué noticia! Pues eso bien se entiende por el olor y por los frascos.

—Entonces ¿cómo viene usted aquí á pedirnos versos?

—Pues ¿no son cosa de botica?

—¿Está usted en su juicio?

—Chico, vámonos—dice al comprador su compañero—¿no sabes que en Madrid se estilan otras cosas?

—Vámonos; pero en el pueblo el que quiere versos en la botica los encarga; como que sólo el boticario sabe hacerlos.

—Cállate, hombre: es que en estas boticas grandes no dan nada sin receta.

Un muchacho quiere ver al gigante, pero sólo tiene cinco céntimos.

—¿Me deja usted entrar? Sólo tengo cinco céntimos, y doy, por verle, toda mi fortuna.

—No puede ser.

—Me taparé un ojo.

—¿Ver un gigante de su tamaño por cinco céntimos? Imposible.

—Bueno: tome usted la moneda y dígale que me enseñe sólo un pie.

Entra en el despacho de un ministro un antiguo condiscípulo á pedirle una colocación.

—Cuéntate por colocado—le dice el ministro despidiéndole con cariño.

—Supongo que esto será verdad: tengo derecho á que seas franco conmigo.

—Y voy á serlo, chico: sólo á tí te diré, con toda reserva, que mientras soy ministro nunca hablo de veras.

La señora hace sonar el timbre y se presenta un criado.

SEÑORA.—¿Ha almorzado la perrita?

CRIADO.—Voy á servirla los bizcochos.

SEÑORA.—¿La han lavado ya?

CRIADO.—Están templando el agua.

SEÑORA.—¡Ah! tiene en el hociquito mucha lana y está fea. Avise usted para que vengan á cortarla esos pelitos.

CRIADO (*inclinándose profundamente*).—¿En qué peluquería?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. MANUEL DE EGUILIOR Y LLAGUNO,

ministro de Hacienda.

D. Manuel de Eguilior y Llaguno (cuyo retrato damos al frente de este número), vicepresidente primero del Congreso que ha sido hasta ahora, es natural del pueblo de Limpias en la provincia de Santander, donde nació en 1842. Su padre, inteligente abogado del país, en el que disfrutaba de gran prestigio y extensos negocios, no abandonó nunca la montaña, pero quiso que su hijo se desarrollase en mayores esferas, para lo cual lo mandó primero á Córdoba á estudiar Humanidades, y después á Madrid á continuar la carrera de Derecho. Abogado ya, ingresó Eguilior en la Administración pública con modestos destinos, en que iba demostrando sus condiciones de capacidad y su pericia en asuntos económicos, hasta que un célebre ministro, el Sr. D. Juan Francisco Camacho, que conocía su valer, le nombró coasesor del Ministerio de Hacienda en 1881, cargo que hubo de renunciar al ser elegido diputado por el distrito de Laredo.

Apartado temporalmente de los puestos públicos, otras circunstancias particulares y de fortuna ofrecieron al Sr. Eguilior campo en que ejercer su aptitud administrativa, y el Banco de España recuerda con gran estimación los servicios prestados por él en su Consejo durante un largo período.

Al ocupar el poder el ilustre hombre político D. José de Posada Herrera en 1883, eligió á D. Manuel Eguilior para la subsecretaría de Ultramar, que éste desempeñó con su probada competencia mientras su jefe y amigo se hallaba en el Gobierno; pues nunca ha acostumbrado á prolongar su estancia en las regiones oficiales más allá del límite en que podía ser útil á sus patrocinadores. Vuelto al Ministerio de Hacienda en 1885 el señor Camacho, buscó á Eguilior para que le auxiliase como subsecretario en las reformas que durante aquella época dieron tan extensa fama al renombrado hacendista. Desde entonces, atento sólo á su condición de diputado, reelegido constantemente aun en situaciones políticas que no eran suyas, consagróse con gran lucidez al estudio de los presupuestos, en cuya Comisión general desempeñaba la presidencia cuando S. M. se ha servido elevarle á los consejos de la Corona.

Algunos de nuestros colegas han dicho que el actual Ministro de Hacienda no es orador, aun cuando reconocen que habla claro y sabe lo que dice. ¡Ojalá por mucho tiempo en España hubiese ministros que supieran lo que dicen y hablasen claro, aunque no fueran oradores! El Sr. Eguilior no ha obtenido, ciertamente, hasta ahora lo que se llaman triunfos parlamentarios; pero en el Parlamento es donde se ha revelado como hombre de buenos estudios, como hombre de disposiciones administrativas, y, después de esto, como hombre de bien.

⁂

S. A. R. DON ANTONIO MARÍA FELIPE DE ORLEANS,

duque de Montpensier.

En la tarde del 4 del actual falleció súbitamente, en Sanlúcar de Barrameda, S. A. R. el Sr. Duque de Montpensier, infante de España, esposo de S. A. R. la infanta D.ª María Luisa Fernanda de Borbón.

En la pág. 92 publicamos su retrato, hecho sobre fotografía directa recientemente ejecutada por el distinguido fotógrafo de la Real Casa D. Fernando Debas.

Prescindiendo de los sucesos políticos en que el Sr. Duque de Montpensier intervino más ó menos directamente (ya mencionados en la *Crónica general* del número anterior), apuntaremos aquí, en breves líneas, los principales datos biográficos relativos al augusto difunto.

El príncipe Antonio María Felipe Luis de Orleans, quinto hijo de Luis Felipe I, rey de los franceses, y de la virtuosa reina Amelia, nació en Neuilly, cerca de París, el 31 de Julio de 1824, habiendo fallecido, por consiguiente, á la edad de sesenta y cinco años y seis meses; hizo sus estudios en el colegio de Enrique IV, de París, é ingresó en clase de teniente en el tercer regimiento de artillería francesa; marchó á la guerra de Argelia, y concurrió á la expedición contra Biskara, en 1844, y á la campaña del Zibau, ascendiendo por méritos de guerra al empleo de jefe de escuadrón; regresó á Francia, y poco después volvió á Argelia á pelear contra las kabilas insurrectas, verificando luego un largo viaje por los países de Oriente; en 1845 era general de brigada y jefe del parque de artillería de Vincennes.

Un año después, el 10 de Octubre de 1846, se efectuaron las regias bodas españolas: S. M. la reina D.ª Isabel II casó con su primo hermano D. Francisco de Asís de Borbón, y S. A. R. la infanta D.ª María Luisa Fernanda, hermana de la Reina, con el Sr. Duque de Montpensier; este matrimonio fijó su residencia en París, y dos años más tarde, cuando la revolución de Febrero derribó el trono de Luis Felipe, vino á España y se estableció en Sevilla; el Duque de Montpensier, que había sido nombrado caballero del Toisón de Oro en el mismo día de su casamiento con la Infanta, recibió sucesivamente, cual señaladas muestras del Real aprecio, los más altos honores y preeminencias: los diplomas de collar y gran cruz de la orden de Carlos III, dignidad de comendador mayor de Aragón en la orden de Calatrava, caballero de las Reales Maestranzas de Ronda, Sevilla y Granada, capitán general del ejército español, y, por último, en 10 de Octubre de 1859, se le confirió la alta dignidad de Infante de España, que luego fué también otorgada á sus hijos.

Al Sr. Duque de Montpensier se debe la restauración y embellecimiento del palacio de San Telmo, de Sevilla, que eligió para su residencia; la del célebre convento de Santa María de la Rábida, donde procuró que se conservara incólume la celda del P. Marchena; la de la casa de Castilleja de la Cuesta en que murió el glorioso Hernán Cortés, y otras notables obras de carácter nacional y verdaderamente patriótico.

De los siete hijos que el Sr. Duque de Montpensier tuvo en su matrimonio con la infanta D.ª María Luisa Fernanda, sólo viven dos: S. A. R. D.ª María Isabel Francisca de Asís, que nació en 21 de Septiembre de 1848, y está casada con el Sr. Conde de París, y S. A. R. D. Antonio María, nacido el 23 de Febrero de 1866 y casado con S. A. R. D.ª María Eulalia en 6 de Marzo de 1886; hijas fueron del mismo matrimonio la inolvidable reina D.ª María de las Mercedes, primera esposa de S. M. D. Alfonso XII, y las infantas D.ª Amalia y D.ª Cristina, cuyos restos mortales reposan en el panteón de San Lorenzo del Escorial.

Ultimamente no residían los Sres. Duques de Montpensier en el palacio de San Telmo, sino en el magnífico de Sanlúcar de Barrameda, situado en la parte alta de aquella linda ciudad andaluza; y allí, en el gabinete de despacho, transformado en capilla ardiente, fué expuesto el cadáver hasta su traslación á Madrid.

Este fúnebre acto se verificó en la tarde del 7 con solemne pompa.

A la llegada del tren de Andalucía, el féretro fué depositado en el salón regio de la estación, donde estaba dispuesto severo

túmulo; una compañía de infantería, con bandera y música, tributó los debidos honores, y un capellán del Real Palacio rezó algunos responsos por el eterno descanso del finado; acto continuo fué trasladado el féretro al coche-estufa, colocándose encima del modesto ataúd (negro con galones dorados) el bastón de mando y la espada de capitán general.

Las tropas de la guarnición cubrían la carrera, y la multitud se agrupaba en calles y balcones, poniéndose en marcha la fúnebre comitiva, á las doce, por el orden siguiente:

Un piquete de la Guardia civil; una batería de artillería; dos caballos con las sillas enlutadas; el personal de caballerizas y los celadores de Palacio con hachas encendidas; el clero de la Real capilla con cruz alzada, á la que daban guardia dos alabarderos; batidores de la escolta Real; el coche-estufa tirado por seis hermosos caballos; en la parte posterior del coche figuraba una hermosa corona de flores naturales, dedicada por S. M. la Reina y SS. AA. las Infantas; llevaban las cintas dos mayordomos de la Real casa y dos Monteros de Espinosa; detrás iba la música del regimiento de Canarias, é inmediatamente la presidencia del duelo, compuesta del Duque de Medina Sidonia, como jefe superior de Palacio, los Ministros de la Guerra y de Gracia y Justicia, el jefe de la casa Montpensier, el de la casa de la reina Isabel y el representante de los Condes de París; marchaban después dos coches de respeto de la Real casa, y cerraba la comitiva una sección de caballería.

En el duelo iban numerosos personajes: el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, y los Ministros de Ultramar, Estado, Hacienda y Marina; los presidentes de los Cuerpos Colegisladores, Marqués de la Habana y Alonso Martínez; comisiones de la Orden de Calatrava y del Vicariato Castrense; generales Jovellar, Ochando, Salgado, O'Ryan, Ocampo, Moreno Villar; gobernador civil de Madrid, etc., y al llegar la comitiva á la puerta de Atocha se incorporó el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, á quien se cedió puesto en la presidencia del duelo.

El paso de la fúnebre comitiva, en el largo trayecto recorrido desde la estación del Mediodía á la del Norte, fué presenciado por innumerable muchedumbre.

En esta última Estación, al lado del muelle de Mensajerías, se colocó el coche-estufa en un vagón enlutado, rezóse un responso, y las tropas desfilaron por delante del féretro; el tren se formó con el coche-estufa, un coche-salón para la presidencia del duelo y cuatro coches de primera clase para el acompañamiento y la servidumbre, y partió de la estación á las dos y cuarto de la tarde; una compañía de infantería con bandera y música tributó en Madrid los últimos honores al que fué en vida Infante de España y Duque de Montpensier, D. Antonio María Felipe Luis de Orleans.

En la misma tarde se verificó el entierro en el Real Monasterio del Escorial, siendo sepultado el cadáver en el Panteón de Infantes, entre las tumbas donde reposan las infantas D.ª Amalia y D.ª Cristina.

¡Dios le conceda eterno descanso!

En nuestro grabado de la pág. 93 (apuntes del natural, por Comba) figuran secciones de la fúnebre comitiva, en distintos puntos de vista: el coche-estufa de la Real Casa, con el féretro; los capellanes de honor que seguían á la cruz alzada de la Real Capilla; la sección de artillería y dos caballos de respeto, llevados del diestro por palafreneros de las Reales Caballerizas; el acto de colocar el coche-estufa en la plataforma de un furgón, en la Estación del Norte, para ser conducido al Escorial.

***

EL CARNAVAL.

Un Baile de niños en Carnaval: la salida, dibujo de Méndez Bringas.
En el Paseo del Prado: dibujo de Manuel Picolo.

Dos grabados publicamos en el presente número referentes á las fiestas populares del Carnaval.

El de las págs. 96 y 97 (dibujo original de Méndez Bringas) representa un baile de niños en Carnaval, en el momento de la salida: ha concluído la bulliciosa alegría del sarao, aunque todavía resuenen los últimos acordes de la orquesta y fulguren los postreros destellos de las luces, y los infantiles bailarines salen del coliseo, custodiados por sus padres y madres, llevando en el rostro la expresión del mayor desconsuelo; un granadero llora amargamente, y una linda Marquesita de Pompadour le contempla con apenado semblante; un húsar camina meditabundo, llevando del brazo á una hermosa Isabel de Inglaterra; un rubio pajecillo anima con franca sonrisa á sus gentiles compañeros, y un *bebé* sale dormido, tal vez enfermo, en brazos del lacayo de la casa.....

El grabado de la pág. 100 (dibujo original de Manuel Picolo) es una vista del paseo del Prado, de esta corte, en las tardes de Carnaval: máscaras con vulgares disfraces, asaltando los coches y obsequiando á las damas, y también á los caballeros, con insulsas *bromas*.

***

PARÍS: EL CÉLEBRE PROCESO GOUFFÉ.

La casa del crimen.

La universal resonancia del proceso que se instruye en París con motivo del asesinato del *huissier* M. Gouffé, cuyo cadáver encontraron dos gendarmes, hace algunos meses, en un barranco del bosque de Millery, cerca de Lyon, nos mueve á quebrantar hoy la voluntaria reserva que constantemente hemos guardado acerca de los anales del crimen, por dramáticos que fueran.

En la pág. 99 damos cuatro grabados que representan (según fotografías) la casa donde se cometió el asesinato, y el despacho particular del M. Gouffé, la víctima.

Dicha casa del crimen, señalada con el núm. 3, radica en la calle Tronçon-Ducoudray, en pleno barrio de la Magdalena, aunque en sitio relativamente solitario; es un gran inmueble de cinco pisos, y la habitación alquilada por Eyraud para cometer el crimen corresponde al cuarto bajo y tiene al exterior, izquierda de la puerta de entrada, dos antepechos con persianas de dos hojas.

En la antesala, modestamente decorada, aparece el canapé, sobre cuyo asiento *el hombre rubio* arrojó á Gabriela Bompard (según la primera declaración de ésta), mientras Eyraud estrangulaba á Gouffé; ó bien donde (según otra versión de la misma Gabriela) el *huissier* acababa de sentarse, invitado por la joven, cuando el asesino, oculto detrás de la cortina cercana, le arrojó al cuello el lazo corredizo que tenía preparado.

La pieza inmediata es un gabinete con alcoba y lecho: allí fué arrastrado el cadáver de Gouffé, cosido en un saco de recia lona y encerrado en el cofre, acostándose después Gabriela en el lecho y durmiendo tranquilamente.

El gabinete de estudio ó despacho de M. Gouffé está situado en la casa núm. 148 de la calle Montmartre: allí se dirigió Eyraud cometido el asesinato, y con las llaves de la víctima, para llevar á cabo el robo de los importantes valores que, según se suponía, guardaba el desgraciado funcionario público.

Gabriela Bompard es una linda joven de veintidós años, no cumplidos, pues nació en Lille el 14 de Agosto de 1868.

Eyraud, el asesino, nació en 1843, y es hombre de elevada estatura (metros 1,82), y complexión recia, y está dotado de manos fenomenales, largas y anchas, recias, huesudas.

Gouffé, la víctima, tenía la edad, poco más ó menos, de su asesino, y era también alto y fuerte: dedicábase, aparte su profesión pública, á operaciones de préstamo entre cierta clase social, y sin duda con ocasión de alguna de ellas conoció al miserable que, andando el tiempo, había de asesinarle.

El hombre rubio citado por Gabriela en su primera declaración aun no ha sido identificado, pero existen graves sospechas, y también indicios vehementes, contra Remy Launee.

***

EL «CÍRCULO DE BELLAS ARTES» DE MADRID.

La *Exposición de Blanco y Negro.*

Inauguróse en la noche del 5 del corriente para los representantes de la prensa periódica, y en la del 6 para el público en general, y es objeto diariamente de detenida visita para las personas que aman las Bellas Artes.

El salón (véase nuestro grabado de la pág. 101, hecho sobre dibujo del natural por Manuel Alcázar) está dispuesto con perfecto conocimiento del concurso, para que éste produzca el debido efecto en el ánimo del observador: los dibujos y aguafuertes aparecen colocados á conveniente altura, y bajo plena luz de numerosos mecheros de gas, aumentada por reflectores; de manera que los detalles más delicados del perfil y del claro-obscuro obtienen singular realce y se destacan maravillosamente.

Mencionaremos en abreviado índice las principales obras allí expuestas, originales todas de socios del Círculo, ya maestros que han conquistado un nombre ilustre en los fastos del arte español contemporáneo, ya jóvenes discípulos suyos que aspiran á imitarlos, con noble emulación, fe y entusiasmo.

La galantería nos obliga á citar en primer término los trabajos presentados por distinguidas alumnas de las clases del Círculo: Fernanda Francés, nombre que ya conocen nuestros antiguos suscritores, tiene allí un bellísimo dibujo titulado *Mis gatitos;* las Srtas. Alejandre y Arteaga, dos buenos retratos; una *Figura de mujer*, la Srta. Blanco, y dos lindos paisajes asturianos, muy característico el denominado *En la Pomareda*, la señorita Poncela.

Continuemos ahora la enumeración por orden alfabético, según el *Catálogo:* Alarcón presenta los dibujos *Pronto viene* y *Pastora* (carbón), interesante el primero; Manuel Alcázar, nuestro colaborador artístico, una marina; Jiménez Aranda, seis magníficos dibujos que merecen espontáneo aplauso de todas las personas que los contemplan; Araujo, el laureado autor de *Una mala compra*, dos limpias aguafuertes que reproducen cuadros de Velázquez; un Socio del Círculo rinde homenaje de afectuoso recuerdo á Valeriano Bécquer, exhibiendo un dibujo de este malogrado artista; la preciosa *Marina* de Tomás Campuzano cautiva la atención del observador, así como la de José Gartner, el discreto pintor malagueño; del insigne Casado del Alisal hay un hermoso estudio titulado *Camin dei fiori*, hecho para el álbum *Andalucía;* de Espina y Capo, dos buenas aguafuertes y un lindo paisaje al carbón; Enrique Estevan tiene dos bellos dibujos, y el maestro Alejandro Ferrant cuatro estudios de los Evangelistas por él pintados para la capilla del palacio del Sr. Marqués de Linares, y otros dos estudios de cuadros denominados *Un Cocinero*, y *Sorprendida*.

Pablo Gonzalvo, el distinguido y laureado autor de los bellísimos *interiores* de catedrales, que hemos admirado en varias Exposiciones nacionales, presenta una vista del *Palacio de Monterrey* (Salamanca) y un hermosísimo *Salón del Renacimiento*, dos láminas que formarán parte de la la importante obra de *Perspectiva* que acaba de terminar su autor, catedrático de la misma asignatura en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado.

Las personas que se dedican al cultivo de las Bellas Artes conocen la importancia y transcendental significación que tiene el conocimiento de la Perspectiva, que es la *ciencia de las formas aparentes*, en la que todo está sujeto á ineludibles leyes; y ¿cómo no ha de ser necesario poseerlas exactamente, poseer los medios infalibles que determinan para dibujar en superficie plana la forma de los cuerpos según los vemos en la realidad del natural?

Y he aquí por qué nos fijamos singularmente en esas dos láminas de Pablo Gonzalvo, que son páginas interesantísimas de su obra *Perspectiva*, lecciones á la vez teóricas y prácticas, modelos gráficos y representación fidelísima, en la realidad, de aquellas inmutables leyes, las cuales han de servir de provechosa enseñanza á los alumnos que las estudien.

Dibujos importantísimos presentan Germán Hernández, Jadraque, Lemus, Lhardy, Mejía, Moreno Carbonero, Peña, Perea (Alfredo y Daniel), Plasencia, Pradilla, Sampietro, Martín Rico, Picolo, Unceta, Mateo Silvela, Uria, Yus, y otros distinguidos pintores.

En resumen: la *Exposición de Blanco y Negro* del Círculo de Bellas Artes consta de 125 *números*, y es digna de ser visitada por las personas cultas y de buen gusto.

Está abierta todas las noches, de seis á ocho y de nueve á once.

***

«MISS» NELLIE BLY,

viajera que ha dado la vuelta del mundo en 72 días y 6 horas.

¿Quién no conoce la célebre novela de Julio Verne, intitulada *La vuelta al mundo en ochenta días?* Pues Phileas Fogg, personaje inventado por el novelista insigne para aquel viaje fabuloso, ha sido vencido en la realidad, en la práctica, por dos señoritas norteamericanas: *Miss* Nellie Bly, representante del *New York World* (no del *New York Herald*, como han dicho algunos periódicos), y *Miss* Elisabeth Bisland, que representaba á *The Cosmopolitan Magazine*, también periódico de Nueva York.

Las dos jóvenes hicieron la apuesta de efectuar en 75 días ese viaje alrededor del mundo, una de Oriente á Occidente y otra de Occidente á Oriente: la primera, *Miss* Nellie Bly, salió de Nueva York el 14 de Noviembre de 1889, y regresó á la misma ciudad, por el ferrocarril del Pacífico, en la madrugada del 25 de Enero de 1890, haciendo el viaje en 72 días y 6 horas; la segunda, *Miss* Elisabeth Bisland, que también salió de Nueva York el 14 de Noviembre, no pudo llegar al Havre en tiempo oportuno para tomar pasaje en el vapor trasatlántico (aunque pagó 10.000 francos, por aviso telegráfico, para que la salida del buque se retrasara seis horas), y regresó al punto de partida tres ó cuatro días después que su rival.

En la pág. 104 damos el retrato de *Miss* Nellie Bly, vencedora en tan singular torneo, la cual ha sido objeto de entusiastas ovaciones, al regresar de su rápido viaje, en Yokohama, San Francisco y otras ciudades.

Las dos *globe-troters*, como las llaman en Nueva York, son ya populares en los Estados de la América del Norte.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

DESDE MADRID AL CIELO.

Hoy no es una verdad este antiguo aforismo de los habitantes de las provincias que una vez en su vida venían á la corte. Ahora no se piensa en ir desde Madrid al cielo, sino á la costa cantábrica, á Francia, á Alemania y á poblaciones ó casas de campo en la península, que distan mucho de ser el cielo de los cristianos, ni aun el Edén inventado por Mahoma.

Era en otros tiempos esa frase expresión del embeleso que en los lugareños, y mucho más en las lugareñas, por bien acomodadas y linajudas que fuesen, producía la vista de las muy encorsetadas y arrogantes damas, de los fastuosos uniformes, de los soberbios caballos, las carrozas, los teatros con decoraciones para ellos sorprendentes, los lujosos regimientos, las músicas, lo reservado del Retiro, y sobre todo la vista y contemplación de los reyes, con sus guardias de Corps y la pompa y suntuosidad de un día de besamanos.

Madrid entonces era, comparado con el de nuestros días, sobre poco más ó menos lo que hoy es Alcobendas comparado con la actual coronada villa: ¡qué serían las principales ciudades de España, cuando de aquel Madrid no se podía buenamente salir, según creencia vulgar, sino para ir al cielo, pues en la tierra no había nada igual, y mucho menos que se pudiera tener por mejor!

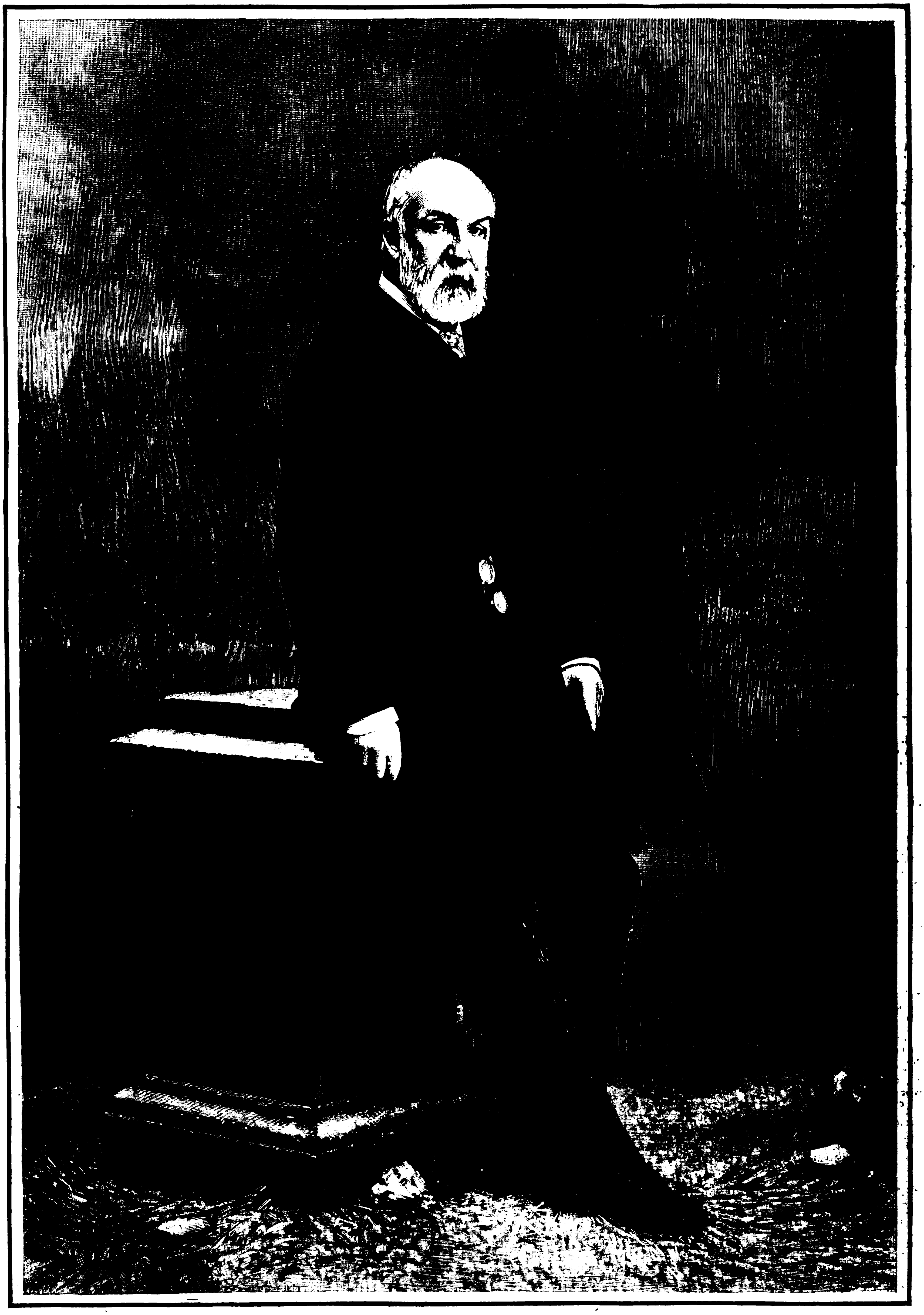
Creo, sin embargo, que esa frase, aunque apropiada por los momentáneamente felices, por los deslumbrados ante los resplandores y magnificencias de Madrid, no era invención de ningún venturoso ni expresaba la beatitud de quien veía como en un cosmorama la esplendidez y galas de la metrópoli española. Encuentro más verosímil y casi cierto que tenía muy distinto origen y más filosófica y exacta significación; que la habría pronunciado por vez primera quien hubiese visto cuanto se podía ver, menos los asomos y perfiles de la felicidad.

«Desde Madrid al cielo», diría con profundo convencimiento é inefable gozo, y tenía razón, porque al cielo es adonde se va al salir del purgatorio. Y Madrid lo es, de hondas amarguras, de padecimientos indecibles, caja de Pandora donde se encierran todos los males, pero en cuyo fondo queda la esperanza. Es el cielo, aunque con nubes, para los felices por bien heredados; el infierno para los que desesperan, y el purgatorio para los buenos en desgracia. Se conocen y describen los tipos, desde las clases más elevadas hasta las que en otros tiempos se llamaban las más humildes y hoy son las más soberbias, en lo que tienen de público, en la calle, en los espectáculos, en las relaciones sociales, hasta en la familia: no se conoce y menos se describe al individuo desposeído de todo, sin esperanza para nada, sin familia, aislado, sin hogar y sin amigos, que vino en busca de mejor suerte y ha caído al fondo del infortunio.

Son pocos los que madrugan y menos los que observan: quien al amanecer pase por los sitios donde el día anterior hubo concurrencia, con especialidad de señoras, por los paseos, por las inmediaciones de los teatros, por las calles de gran tránsito, podrá ver un enjambre de famélicos, envueltos en harapientos gabanes, con hongos raídos y abollados, recorriendo rápidamente aquellos sitios, con la vista en el suelo, mirando ávidamente, sobre todo al pavimento de arena, moviendo con velocidad eléctrica la cabeza y los ojos á uno y otro lado, escudriñando las líneas de las sillas en los paseos, el espacio inmediato á los despachos de billetes en los teatros, á las puertas de salida, para ver si encuentran alguna pulsera medio enterrada en la arena, algún alfiler de oro, una peseta desprendida al pagar el billete en el despacho del teatro, alguna moneda de cinco céntimos que cayera ante el cobrador de las sillas, un abanico, una petaca, cuanto pueda perderse en la obscuridad de la noche y confusiones de la multitud, y valer dinero al que lo encuentra.

Algo recogen, y de ello es prueba que al otro día, y en los siguientes, continúa la busca: se los ve bajarse, tocar con la mano el suelo, guardar en el bolsillo del gabán algo que ocultan cuidadosamente desde el suelo hasta la boca del bolsillo, y continuar precipitadamente, siempre con su mirada de zahorí, á cuya investigación nada se escapa, ni aun siquiera en el subsuelo. Antes de que asome el sol, desaparecen esos murciélagos de la aurora, y es inútil buscar sus tipos en las calles á la luz del día. En la época de las lluvias, cuando no hay concurrencia en los paseos, ¿qué recogen esos infelices? Al levantarse de su jergón, el que le tenga, y salir de su guardilla trastera, ¿qué pensamientos cruzarán por aquellos cerebros debilitados por la necesidad y sin idea de recursos para aquel día? ¿Es para ellos Madrid antesala del cielo?

Y esos desventurados no son los únicos que á ve-



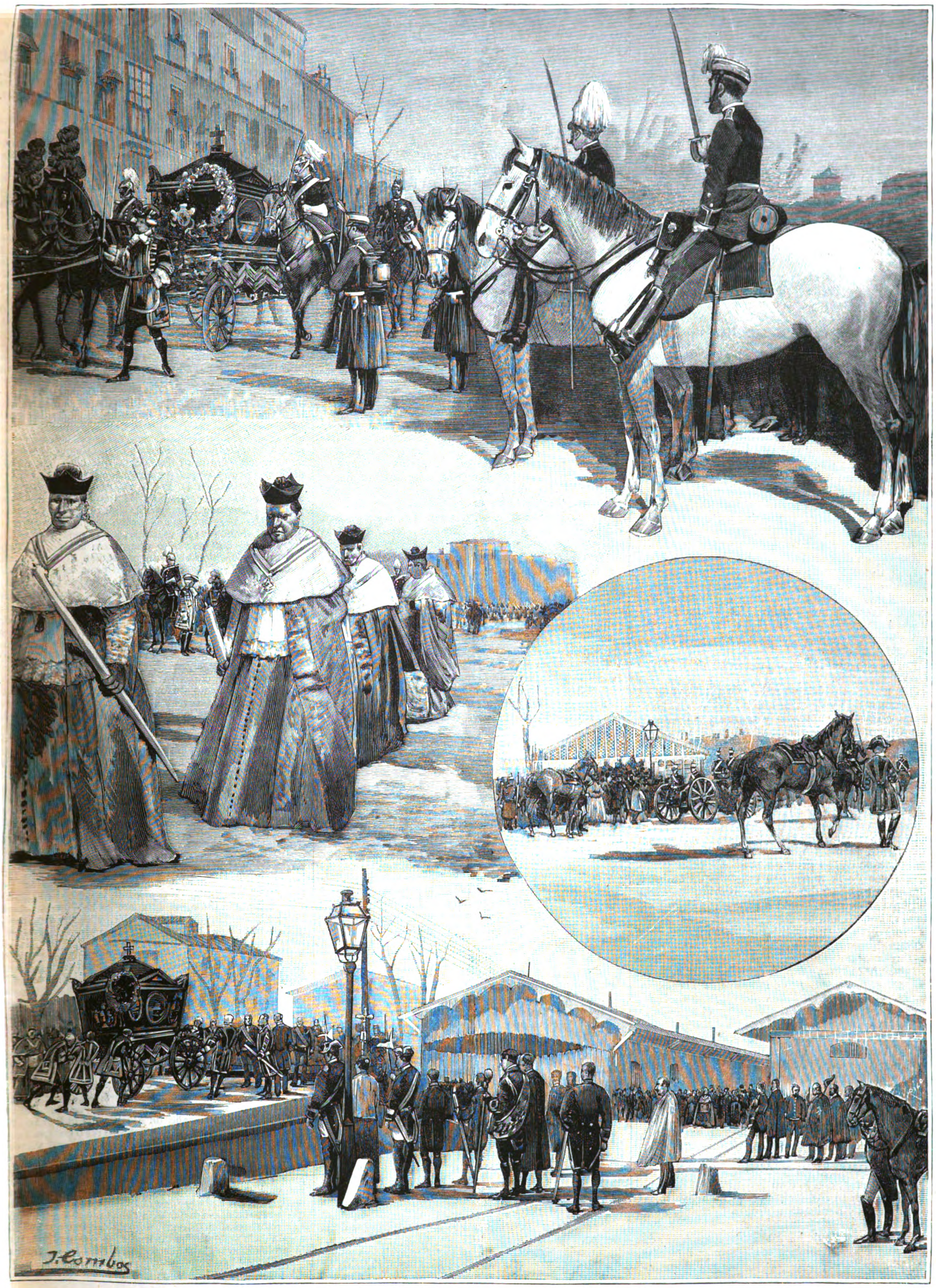
S. A. R. Don ANTONIO MARÍA FELIPE LUIS DE ORLEANS,

DUQUE DE MONTPENSIER, INFANTE DE ESPAÑA.

Nació en Neuilly (París), el 31 de Julio de 1824; † en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), el 4 del actual.

(De fotografía de Fernando Debas.)

MADRID.—EL ENTIERRO DE S. A. R. EL Sr. DUQUE DE MONTPENSIER.



LA ESTUFA REAL, CON EL FÉRETRO.—LOS CAPELLANES DE HONOR.—SECCIÓN DE ARTILLERÍA Y CABALLOS DE RESPETO.
ESTACIÓN DEL NORTE: COLOCACIÓN DEL COCHE-ESTUFA EN UN FURGÓN, PARA TRANSPORTAR EL FÉRETRO AL MONASTERIO DEL ESCORIAL, EL 7 DEL CORRIENTE.
(Apuntes del natural, por Comba.)

ces tienen que vivir como los camaleones, alimentándose del aire: hay otros, muchos, quizás algunos miles, que se levantan de su pobre lecho sin saber si habrán de comer en aquel día; que salen de su miserable vivienda confusos y desalentados, con la única esperanza de encontrar en un café á algún antiguo amigo que los invite á tomar una taza, con lo cual quedan refrigerados para veinticuatro horas. Habrán tenido quien les haya prestado un duro, más tarde una peseta, y al fin nada; porque la miseria, revelada en el traje y en los barbados filetes de la camisa, tiene algo parecido á la atmósfera colérica, que ahuyenta á los que se hallan bien con la vida y con su dinero; y la caridad se ve cohibida por la sospecha de que la situación del necesitado no sea hija de inmerecida desgracia, sino de la desarreglada conducta de un vicioso; que el pobre lo sea por perdulario, y el socorro que pide, ejercicio de lo que se llama el *sable*.

Hay en no pocos casos grande injusticia al abrigar semejante sospecha y fundar en ella la negativa al auxilio; mas sean pocos ó muchos sobre quienes se hace recaer, es lo cierto que hay un considerable número de infortunados que soportan con heroica firmeza las penalidades y torturas de su contraria suerte; que padecen horriblemente en el aislamiento y obscuridad en que se encuentran, sin comunicar á nadie, por resistencia de la dignidad y amor propio, la angustia que los ahoga, la amargura que ha inundado su alma.

Y todo en medio del espectáculo de la felicidad; de lujosos carruajes, que cruzan á centenares conduciendo á los venturosos, tal vez á muchos hastiados ya de goces, á no pocos que en la exuberancia de sus riquezas envidian á los famélicos, á quienes su mala suerte ha conservado la salud y aumentado el vigor del estómago, dándoles poderosas fuerzas digestivas, mientras ellos se ven corroídos por la dispepsia y padeciendo el suplicio de Tántalo en medio de su abundancia; viendo provocativos escaparates henchidos de jamones en dulce, pavos y capones trufados, fiambres apetitosos y variados excitantes de repostería; contemplando las fondas y restaurants, los cafés y hasta los figones llenos de alegres comensales, que sacian su apetito y aun su gula, bien ajenos de pensar que á través de los cristales de puertas y ventanas los miran ojos, más que codiciosos, entristecidos, y que allí hay estómagos donde no ha entrado elemento alguno que restaure las fuerzas de un organismo desfallecido.

¡Qué historias podría yo referir de algunos que ya han desaparecido y de otros que tal vez viven, pasadas las angustias supremas y azarosos períodos de sus primeros años! He conocido á quien vivió una semana con una peseta en ochavos: júzguese de lo suculento de su alimentación. Sé de otro, de noble familia y provisto de un título profesional, que después de mil penalidades, de hambres y desfallecimientos, empeñada ya su anteúltima camisa, consumida la peseta que por ella le habían dado, se vistió su único y raído traje para que le sirviera de mortaja, tendiéndose en su pobre cama y esperando lánguido y soñoliento la muerte, que no tardaría en llegar como término de tan prolongada agonía física y moral. En vez de la muerte se presentó un amigo á proponerle trabajar: dió un salto, recobró instantáneamente su energía, siguió á su amigo, llegó á un taller, se endosó una blusa que le prestaron sus nuevos compañeros y emprendió un trabajo manual, para él desacostumbrado, pero que acometió y siguió con pasmosa firmeza.

Si hablasen la casa núm. 6 de la antigua calle de Peregrinos, hoy núm. 15 de la nueva de Tetuán, y la núm. 3 de la de Alcalá, que desapareció en la reforma de la Puerta del Sol, y también el legendario café de Lorencini, ahora nuevo de las Columnas, podrían referir dolorosísimas historias de penalidades, de angustias de corazón y ardimientos de cabeza; todos en personas bien nacidas y abrumadas por una suerte implacablemente cruel. En los dos primeros establecimientos se servían comidas por dos reales, suficientes para restablecer el vigor de estómagos alcanzados; los parroquianos no eran asiduos: llegaban, devoraban su ración y ya no volvían en tres, cuatro ó más días: era que no podían completar los dos reales para el pago, y entonces iban al café de Lorencini, al asilo de los desesperados, á tomar café por ocho cuartos, con lo cual les sufragaba para dos días lo que habían de invertir en uno, á costa de sus fuerzas vitales y poniendo á prueba la rigidez de su organismo.

Y la mayor parte de los que así vivían, ó de análoga manera viven, eran y son personas honradas, injustamente perseguidas por la suerte y de una fe heroica en la realización de su esperanza.

Había y hay desgracias merecidas, rigores justísimos de la fortuna con quien abusaba y abusa de sus dones. He conocido persona que, después de haber pasado por dolorosas privaciones y vivido en la miseria, se encontró con la inesperada dicha de un matrimonio, al cual, onza sobre onza, aportó su mujer cincuenta mil duros. Banquetes á lo gran señor, espectáculos, viajes con ostentación de príncipe, dieron bien pronto al traste con el caudal de la mujer, y después de varias vicisitudes, aquel matrimonio, que pudo y debió ser venturoso, acabó por no tener ni casa ni alimento, dormir en los asientos y bajo los árboles del Prado, y morir, el marido auxiliado por la caridad, y la mujer, distinguida señora, en una cama del Hospital general.

He conocido también á persona de poco ilustre cuna, y todo menos abundante en fincas, que publicaba su irritación por vivir en un país como España, donde no podía ganar más que una onza de oro diaria, y esto para vivir á la ventura y hecho un verdadero Adán. Una señora, no de alto linaje, mostraba su asombro porque, según decían, algunas personas de su sexo podían vivir con ocho duros diarios; y lo decía en tiempos en que había regulares pupilajes á dos pesetas, y miles de mujeres, muchas de dignidad de señoras, que vivían sin quejarse con la mitad, ó sea con una peseta.

No hay, sin embargo, que tratar de los bohemios, altos ó bajos: bien merecido tienen cuanto pueda ocurrirles, y ningún derecho les asiste á la conmiseración por los infortunios que á ellos deben su causa. Se burlan con igual insolencia de la fortuna y de la desgracia: cuando han derrochado sus bienes propios en inmundas orgías y escandalosa disipación de vida, acuden á los ajenos, sin reparar en los medios de conseguirlos: se ríen de todo sentimiento y escrúpulo de moralidad, y establecen muy escasa diferencia entre una reunión de hombres honrados y otra de compañeros de cárcel ó presidio.

Esos no dicen, ni honradamente pueden decir, «Desde Madrid al cielo»: gloria de los justos ó mansión de réprobos, este es su puesto, y de aquí no pueden salir sino para parte peor. Tampoco pueden decirlo con razón los que han convertido á Madrid en cielo, que se apresuran á gozar, temerosos quizás de no encontrar otro, porque no hay dos.

Lo pueden decir únicamente los desventurados, los mártires de la injusticia social, que soportan los rigores de su infausta suerte con tranquila y firme resignación; los que padecen hambre, intensa amargura, humillaciones sin cuento, profundísima aflicción de espíritu; que en medio de sus dolores conservan su honradez, cuyo prescindimiento sería el principio de su fortuna y la esperanza de días mejores en la presente ó en la futura vida. Los que viven con el horizonte sin luz, con el corazón sin consuelo, siempre contrariados en sus más legítimas aspiraciones, sin cama, sin familia, ó sin pan que dar á sus hijos; los ignorados por la caridad cristiana, que prefieren la muerte en una guardilla á hacer de la mendicidad elemento de su existencia; esos, que pueden contarse por muchos miles, son los que han de decir con verdad, esperando salir de su purgatorio: «Desde Madrid al cielo.»

Una indicación en su abono, y para consuelo de los hombres de bien: en esos infortunados no hace una sola víctima el suicidio.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

BLANCO Y NEGRO.

(NOVELA CORTA.)

(Continuación.)

Don Pablo, convencido de que era una tan discreta como oportuna devolución la que se le hacía, no tuvo escrúpulo en utilizar dinero que consideraba legítimamente suyo. Y lo primero que hizo fué devolver al prestamista los veintidós duros que le había adelantado, y vestirse de pies á cabeza en una buena sastrería de la calle de la Cruz, porque, así como no teniendo dinero le parecía que debía resignarse á ir muerto de frío por esas calles, contando ya con lo suficiente para adecentarse y abrigarse al propio tiempo, no podía prescindir de presentarse como era propio de persona de sus circunstancias. Y realmente, vestido de nuevo D. Pablo, observábase en él notable mudanza, como si un poder superior al del sastre, el zapatero y el sombrerero le hubiese quitado algunos años de encima. Y era que el hombre tenía lo que se llama buen aire, natural desembarazo, y algo le quedaba de la bizarra apostura que en su juventud le distinguía, cualidad que recordaba perfectamente la señora Marquesa de la Espina.

Teresa había recobrado su juvenil alegría; ya consideraba llegado el término de aquella dolorosa crisis en que con espanto sentía cómo se le iba el juicio á su pobre tío. La señora de abajo, como llamaba á la Marquesa, el casero, como llamaba á González, y ella, formaban una verdadera conjura, cuyos fines no podían ser más dignos y meritorios: hacer feliz al viejo. Ella, inocente entre las inocentes, no atribuía otros móviles á la generosidad de la señora de abajo que el hermoso sentimiento de la caridad y del amor al prójimo, y aquella frase pronunciada por la Marquesa, *misterios del corazón*, no significaba otra cosa para ella que amor y caridad, porque Teresa nada sabía de misterios del corazón; como que en los sentimientos del suyo de virgen, todo ternura y expansión, no había misterio. *Misterios del corazón*, dijo la gran señora; mejor hubiera dicho: *Misterios de la conciencia*.

Teresa era feliz, felicísima. Observaba cómo su tío mejoraba de aspecto, cuidaba de su persona, y parecía como que ponía empeño en erguirse, marchando derecho cuando el peso de los años y de los trabajos pasados le inclinaban hacia la tierra, y, loca de gozo, sorprendía en él gestos y actitudes de presunción y de la más pueril de las vanidades, así como deseos de simular menos edad. Cuidadosamente afeitado, cortado el pelo, que antes era enmarañado bosque nevado, pulcramente vestido y calzado, más que empleado modestísimo, parecía un senador del reino; y el Director de Penales, su jefe, que á la sazón lo era un individuo insignificante, á quien se hubiera tomado sin dificultad por inspector de policía urbana, sentía sus celillos y no estaba muy conforme con tener bajo sus órdenes persona de más distinguido porte que él.

También contribuía mucho al buen aspecto del viejo la excelente alimentación, porque Teresa, encargada de la dirección de la casa, le trataba á cuerpo de rey; y así, D. Pablo, que acostumbrado á comer lo más barato, y esto escaso, había casi perdido la noción de lo bueno y lo sabroso, volvía, con gran satisfacción de su sobrina, á recobrar el gusto, que en otro tiempo lo tuvo refinado y exquisito, y saboreaba con delicia los manjares que, en notable variedad, hallaba en su mesa. Pero le maravillaba sobre todo la habilidad de su sobrina para confeccionar ciertos platos delicados, por más que ella, cuando le encarecía el viejo estos prodigios culinarios, bajase los ojos ruborosa y contestase que con buena voluntad y un libro de cocina que tenía no había nada en sus guisos que pudiera asombrarle. Y de otra cosa se maravillaba D. Pablo: de que con el poco dinero que él le entregaba para las atenciones de la casa, pudiera ella adquirir manjares siempre caros. Y á esto contestaba Teresita que el orden y el arreglo eran el principal elemento que utilizaba, y que ya las cosas que antes no se obtenían sino por precio subido, habían abaratado considerablemente y estaban al alcance de todas las fortunas. Don Pablo se lo creía todo, porque jamás hubiera podido imaginar que aquellos labios purpurinos de su angelical sobrina había de mancharlos la mentira.

Teresa mentía, pero no podía menos. La señora de abajo la había obligado, y como era por el bien de su tío, por quien ella estaba dispuesta á todos los sacrificios imaginables, mentía sin remordimiento de conciencia. Las *terrines de foie gras* venidas de *Toulouse*, el jamón de York, el pavo trufado, los capones de Mans, todo lo más selecto de los escaparates de Prats y Pecastaing, con que Teresa vigorizaba y regeneraba á su tío, que se chupaba los dedos de gusto, procedía de la señora de abajo; y ella y Teresa, cuando ésta contaba el resultado que alimentación de tal suerte superior producía en lo material y lo moral del sujeto sometido á tan rigoroso tratamiento, comentaban el extraordinario suceso, y regocijábanse como dos chiquillas que hubieran llevado á feliz término una empresa de ingenio y travesura. Y cada día se estrechaban más los lazos dulcísimos de la amistad entre la pobre niña inocente que nada conocía del mundo, y la opulenta y corrida gran señora que había atravesado ya, mal de su grado, las fronteras de la vejez.

El cambio que se operaba en el viejo, en su fisonomía, en su apostura, era, como digo, tan notable, que el mismo interesado se desconocía cuando al pasar por delante de las tiendas de espejos de la calle de la Montera se veía tan diferente de como se había visto poco tiempo antes. Se veía y se gustaba, y así iba ya desvaneciéndose en su cerebro aquella tenaz idea de abandonar el mundo, y no le parecía la vida carga tan pesada. Y además de los mimos de su sobrina angelical y de las comodidades que le proporcionó González, siguiendo fielmente la niña y el administrador las instrucciones de la Marquesa, disfrutaba otro placer de que hacía mucho tiempo se había visto privado, el de la amistad, el de la amistad con el casero, que es un placer de que gozan muy pocos inquilinos. González todos los días le hacía su visita, y muchos le acompañaba mientras comía, y le daba un magnífico habano, que lo menos habría costado ocho ó diez reales y que D. Pablo saboreaba de sobremesa con delicia. Y cuando hacía buen día, González iba á buscar á D. Pablo á la oficina, á la hora de salida, que el celoso empleado no se permitía salir antes, y juntos daban un paseo, entreteniéndose en ver las nuevas edificaciones en la calle de Alcalá y en el Retiro, llegando hasta el paseo de los coches. Tres ó cuatro veces vió D. Pablo que al pasar una ligera y elegante victoria tirada por dos soberbias yeguas, González saludaba quitándose el sombrero. Don Pablo, aunque por haber mejorado notablemente su estado general había experimentado también alivio en el órgano de la visión, no distinguía, sin embargo, con bastante claridad á la dama que ocupaba el carruaje. Veía el bulto, que era de más que regulares dimensiones, pero no los rasgos de la fisonomía de la señora. Una tarde dijo á González, que nada le había dicho las anteriores cuando pasaba el carruaje y saludaba á la dama:

—Veo, amigo González, que tiene usted buenos conocimientos.

—Esa señora es la señora—dijo indiferente el administrador.

—¿Qué señora?.....

—La dueña de la casa donde vivimos.

—¡Ah! la Marquesa..... ¿no es Marquesa?.....

—Sí, señor, Marquesa viuda, una santa, una mujer ejemplar, modelo de todas las virtudes, y muy guapa. Yo la venero, y si me mandara tirarme desde el tejado á la calle, lo haría sin vacilar.

—Sí lo creo. Usted es un hombre agradecido.

—Quisiera que la conociera usted. No puede usted imaginarse señora más llana y amable que la Marquesa. Su caridad es inagotable, y hacer bien, su ocupación constante.

—Buena señora. ¿No tiene hijos?.....

—No, señor.

—¡Qué lástima! Una mujer tan buena merecía ser enteramente dichosa, y para serlo le falta ser madre.

—Es verdad.

—¿Es muy rica?

—¡Oh! muy rica, muy rica, no, señor. Diez ó doce millones de reales.

—Vamos, no es poco para una mujer sola.

—Y sus pobres. Socorre á mucha gente.

—Ese es el gran placer de los ricos.

—Allí viene otra vez el coche—dijo González.

Y al pasar el carruaje, no solamente saludó el administrador, sino que también D. Pablo se quitó el sombrero y saludó á la Marquesa con una profunda reverencia.

—¡Hombre!—dijo luego á González—aunque no tengo el honor de conocer á esa señora, saludo á la virtud como buen cristiano, y como inquilino agradecido, á la propietaria que me ha rebajado cuatro duros el precio mensual del alquiler.

VIII.

González fué dos días después á hacer su visita de costumbre á D. Pablo, que siempre le recibía con visible contento, y le dijo:

—Amigo D. Pablo, hoy traigo una pretensión.

—¿Pretensiones á mí, querido González?..... ¿Y qué podré conceder á usted, pobre de mí!.....

—Me explicaré. Ha de saber usted que el empresario del Teatro Real, inquilino de una de las casas que administro, se ha hecho muy amigo mío.

—No lo extraño; usted es persona que merece la simpatía de toda persona bien nacida.

—Gracias. Y hace mucho tiempo que viene ofreciéndome billetes para las funciones de la ópera. Yo, hasta ahora, agradeciendo el favor, lo he rehusado, porque sólo no me gusta ir al teatro, y mi mujer, que hubiera podido acompañarme, como la pobre no está acostumbrada, abomina la ópera, porque no entiende lo que cantan, y prefiere las comedias de magia y las zarzuelas que hacen reir. El empresario insiste en que acepte los billetes que me ofrece, y hoy los he admitido, prometiéndole asistir á la representación con un amigo. Este amigo es usted.

—¿Yo?.....

—Sí, señor, usted, que no me negará el favor de acompañarme. Esta noche nos vamos al Teatro Real como dos personajes. Cantan la *Sonámbula*.

—¡Ah! ¡la *Sonámbula!* ¡Deliciosa música! ¡Incomparable Bellini!.....

—¿Le gusta á usted esa ópera?.....

—¡Oh! no hay deleite superior al que experimenta quien tiene corazón y sentimiento artístico oyendo esa hermosa música..... Ya hará sus veinticinco años que no la oigo, pero no la olvido.

—¿Es decir, que iremos?.....

—No, amigo mío, no quiero gustar nuevamente ese placer tan grato al alma; no quiero crearme otra necesidad, yo, que ya había llegado á prescindir sin pena de todas las necesidades, de todos los placeres, de todos los gustos.....

—Tío—interrumpió Teresita—vaya usted, acompañe usted al señor González..... No se prive usted de lo que usted mismo dice que es un placer grato á su alma. Yo se lo ruego á usted.

—Y yo también—añadió González;—y en verdad que si me hace usted un desaire, no me enojaré, porque le estimo á usted demasiado, pero me causará un gran pesar.

—Y á mí también—dijo con adorable candor la muchacha.—Vamos, tío, voy á sacarle á usted una camisa bien planchada, y el chaleco bueno, y la corbata negra.

Y tanto insistieron González y Teresa, tantas caricias le hizo ésta, y aquél con tales instancias le obligó, que al fin cedió en su resistencia, y convino en ir á oir la *Sonámbula*.

—Y no tenga usted miedo al frío, porque iremos y volveremos en coche.

—¿En coche?..... Eso sí que no lo permito; usted no ha de gastar ni un cuarto.

—No, señor; si el coche me cuesta lo mismo que los billetes.

—¡Hombre!

—Utilizo la berlina de abono de un primo mío, médico, que el pobre, por su delicada salud, no puede salir de casa por la noche, y me la cede. Con que á las ocho y media vendré á buscar á usted, y vamos á darnos tono en el teatro Real oyendo la música que no ha podido usted olvidar en veinticinco años.

—¡Oh! ¡qué música! Usted, amigo González, está visto, hace de mí lo que quiere, y yo, que creía tener un carácter firme, una voluntad entera.....

—Vamos, ¿va usted á desbarrar otra vez como antes?..... Pues yo no lo quiero oir, y me voy. A las ocho y media estaré aquí; es decir, minutos antes, para que lleguemos á punto de levantar el telón.

Y bajaba González la escalera pensando:

—Pero, señor, lo que me hace mentir esta bendita señora Marquesa. ¿Y por qué será todo esto?.....

Cuando volvió á la hora convenida, ya estaba don Pablo vestido con la ropita nueva, y aunque ésta era de ropería, llevándola él parecía acabada de salir de las propias manos de Caracuel.

Cuando D. Pablo acompañado de su amigo entró en la espléndida sala del teatro Real, sintió así como un desvanecimiento, y se asió al brazo de González.

—Perdone usted—le dijo;—creí caerme.

—¿Se siente usted mal?

—No, no, un ligero vahido. En el momento de poner el pie en esta sala, que no tiene igual en el mundo, han invadido mi debilitado cerebro tantas ideas, tantos recuerdos..... Y ya no tengo yo la cabeza para soportar peso tan grave como el que he sentido en el preciso instante de entrar aquí.

El acomodador, para quien eran completamente desconocidos los dos caballeros, llegóse á ellos, les pidió los billetes y les indicó el sitio que debían ocupar, las butacas 1 y 3 de la fila 8.ª, es decir, en la parte central de la sala, en el mejor sitio para ver y ser vistos.

El teatro estaba completamente lleno. Debutaba una jovencita que tenía en la garganta un nido de ruiseñores, al decir de los que la habían oído en Italia, y había gran curiosidad por verla y oirla y vivísimo deseo de que triunfara. Don Pablo, desde que la incomparable orquesta marcó los primeros compases, pareció completamente absorbido por aquella deliciosa música, y nada distrajo su atención. Fija la vista en la escena, gozaba el placer más puro y más intenso que puede gozar el ser humano, y tal era su inmovilidad, que González, no tan sensible á la harmonía que producían los instrumentos de la orquesta y las voces de los cantores, le dió con el codo, suponiéndole dormido, ó temiendo acaso más grave accidente.

Don Pablo se limitó á decirle:

—Déjeme usted, hombre, que estoy en la gloria.

Y la Marquesa de la Espina, desde su palco, no cesaba de mirar, con auxilio de los gemelos, al viejo.

CARLOS FRONTAURA.

(Continuará.)



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

Sobre las colinas, en donde la tierra está más seca, se halla la región de las lavandas; pero de unas lavandas tan apretadas, tan uniformemente floridas, con exclusión de toda otra planta, que el suelo aparece todo él de color de violeta: diríase que estaba alfombrado con esa tela á la moda que se llama *peluche*, de tintas suavemente atenuadas, lo que forma singular contraste con el franco esplendor de las praderas. Cuando se pisa sobre las lavandas, se desprende de los tallos hollados un aroma sano y fuerte, que impregna los vestidos y embalsama el aire. Y millares de mariposas, de escarabajos, de moscas, de pequeños seres alados, circulan por todas partes, embriagándose de buen olor y de luz pura..... Ni en nuestros países europeos, ni en los tropicales, constantemente enervados por el calor, hay nada que iguale al esplendor de esta primavera.

***

Salimos, sobre las dos de la tarde, del territorio de El-Araich, para entrar en el de los Sefiann. Como siempre, al tocar los límites de la nueva tribu, doscientos ó trescientos jinetes nos aguardan, en correcta formación, espingarda al brazo. Así que se les divisa distintamente, los moros que nos escoltan desde Czar-el-Kebir lanzan sus caballos al galope, y van á formarse en línea, dando frente á los otros: nuestro desfile tiene lugar por entre las dos extensas hileras de jinetes, y á medida que pasamos, se opera detrás de nosotros un movimiento á derecha é izquierda, por virtud del cual, ambas filas se cierran, se mezclan y nos siguen.

El sitio en que se verifica esta junción, está florido como el más maravilloso de los jardines; nuestros caballos se hunden hasta el pretal en las flores, de las que podríamos coger brazadas, sin necesidad de echar pie á tierra. Toda la llanura es una floresta, sin vestigio humano, rodeada en el horizonte por un cinturón de montañas salvajes.

De nuevo aparece el cielo velado, pero de una ligera gasa; es como un tejido de nubecillas redonditas, color gris-tórtola, que flotan en el éter á gran altura. Después de aquellas nubes pesadas y sombrías que en las precedentes jornadas derramaban sobre nosotros sus implacables aguaceros, resulta delicioso el pasearse bajo esta tranquila bóveda, que tamiza una luz suavísima y deja en el horizonte profundas limpideces.

Las *fantasías* no cesan en todo el camino, que dura todavía un par de horas.

Primero, todos los jinetes se lanzan al galope, hasta muy lejos de nosotros, de aspecto siempre extraño así vistos de espaldas con sus capuchones puntiagudos, y uniformemente blancos bajo sus albornoces que flotan al aire; de pronto, una depresión del terreno, ó la abundancia y desmesurada altura de las hierbas y las flores, oculta á nuestra vista sus caballos, y ya entonces no se explica uno bien aquellas gentes de largos velos, corriendo con velocidad de fantasmas: luego, aquel cielo discreto de primavera, la blancura de las vestimentas en medio de tantas flores, despiertan en el ánimo no sé qué sentimiento de procesión religiosa, de fiesta de jovencitas, de «mes de María».....

Bruscamente, todos á un tiempo se vuelven hacia nosotros, y entonces aparecen los rostros bronceados de los hombres y las cabezas hirsutas de los caballos, y todos los colores brillantes de los trajes y de los arreos.

A una ronca voz de mando dada por los jefes, emprenden la carrera hacia nosotros á todo escape de sus corceles, por pequeños grupos de frente. Y pasan de cada lado de nuestra columna, corriendo como el viento, agitando en el aire sus largas espingardas, en tanto que cada jinete lanza su grito de guerra y dispara su arma, que arroja luego por lo alto, atrapándola en el aire con una sola mano.

Apenas tenemos tiempo de mirar pasar un grupo, cuando detrás viene otro, y luego otro, como en los desfiles interminables de los teatros, siempre con los mismos gritos roncos y el mismo rumor de las asfodelas que se inclinan y se tronchan, como bajo el soplo de una violenta ráfaga.

***

Estos Sefiann, por su número y su gallardía, son los jinetes más notables que hemos encontrado desde nuestra partida de Tánger.

Acamparemos esta noche cerca del domicilio de su jefe el kaid Ben-Auda, cuya casita blanca, rodeada de un jardín de naranjos, se distingue allá abajo, en medio del desierto de flores.

La *muna* del kaid Ben-Auda, verdaderamente espléndida, es depositada á los pies del Ministro por un cortejo de graves beduinos vestidos de blanco: compónese de veinte carneros, innumerables gallinas, porción de ánforas llenas de mil cosas, un pilón de azúcar para cada uno de nosotros, y haces de leña para encender nuestras hogueras. Este último obsequio, en un país desprovisto de árboles, merece el calificativo de regio.

Pero, como si todo esto no fuese bastante para cumplir con los deberes de la hospitalidad, he aquí que hacia las ocho de la noche—noche clara y deliciosa—vemos llegar como otros cincuenta beduinos, con los consabidos trajes blancos, trayendo sobre la cabeza esos raros chismes de esparto de que ya os he hablado, parecidos á cúpulas de torreones, los cuales contienen platos de alcuzcuz, preparado de diferentes maneras. En el momento en que ya iba á recogerme en mi tienda, con la cabeza pesada de sueño, percibo como á través de un velo fantástico este último cuadro de la jornada de hoy: los enormes platos de alcuzcuz, formando sobre la hierba un círculo perfecto, cuyo centro ocupamos nosotros: más alla, en un segundo círculo, los beduinos alineados como para bailar en rueda, en torno nuestro, pero conservando siempre su inmovilidad grave bajo sus largas vestiduras blancas: más allá todavía, nuestras tiendas, que forman un tercer círculo; y más lejos, rodeándolo todo, el horizonte vago y azulado. Y en medio del firmamento, la luna, rodeada de un inmenso halo blanco, que parece el reflejo de todos aquellos círculos terrestres.....

Me duermo arrullado por el canto de nuestros centinelas nocturnos, que tienen orden de ejercer esta noche una vigilancia más cuidadosa que de costumbre. A sus voces, que turban el silencio de la pradera, responden otras voces sordas de chacales, las primeras que oimos desde que estamos en territorio de Marruecos; ¡oh, casi nada! unos pequeños gritos apagados, como si solamente quisieran decirnos: «Aquí estamos»; pero es un ruido misteriosamente triste, que hace helarse la médula de los huesos al sólo aviso de la presencia de aquellos animales.

***

Bajo la tienda se duerme con un sueño particular, muy absoluto, pero que no es pesado; que es muy reparador, pero que siempre va acompañado de visiones que atraviesan la imaginación. Diré, más bien, que son recuerdos furtivos de sensaciones físicas; ensueños incompletos, como deben tenerlos los animales. Cree uno oir el eco sordo de un grupo de jinetes árabes que pasara corriendo á su lado, rozándolo con sus albornoces, ó bien se tiene la impresión de que va uno mismo en un caballo á escape; se experimenta la ilusión de la velocidad, la sensación ó el recuerdo de algún bote que ha dado el caballo durante la caminata del día, ó pone uno bruscamente el brazo rígido, con el gesto instintivo de tirar de las riendas. Durante esos recuerdos confusos de vida animal, el aire puro del exterior orea nuestras cabezas, y las noches de sueño, empezadas muy temprano, concluyen en cuanto apunta el día.

XIII.

Miércoles, 10 de Abril.

De pronto, me despiertan unos gritos, unos clamores espantosos, que resuenan muy cerca de mi cama; gritos que parecen salir de alguna monstruosa garganta, sofocada de furor. Los rayos del sol levante permiten que se dibuje á guisa de sombra chinesca, sobre el lienzo de



UN BAILE DE NIÑOS EN

DIBUJO ORIGINAL



CARNAVAL: LA SALIDA.

E MÉNDEZ BRINGAS.

las paredes de mi tienda, la silueta del animal que arroja aquellos gritos estridentes y desagradables: es la sombra de un pescuezo muy largo, en cuya extremidad hay una cabeza pequeña y deprimida; un camello, en fin, que está asustado, ó al cual le pasa algo.

Me quedo observando, no sin inquietud, los movimientos de aquella fea silueta. Al maldito camello se le han enredado las patas en las cuerdas de la tienda, y he aquí que cada vez grita más fuerte y hace esfuerzos más desesperados por desasirse, imprimiendo rudas sacudidas al frágil edificio de lienzo, que amenaza desplomarse sobre mi cabeza. Por fin, oigo al camellero que acude haciendo «*¡Ts, ts, ts!*» Este es el argumento que se emplea con los camellos para calmarlos, y al cual ceden generalmente.

«*¡Ts, ts, ts!*» El animal, libre ya de sus trabas, y convencido por el razonamiento, se queda pacífico, y el camellero se aleja: mi tienda recobra la inmovilidad, lo que me permite volver á conciliar el sueño por algunos minutos.

A poco, las notas alegres y claras de la trompeta, anuncian que es llegada la hora de abandonar el lecho. Hecha nuestra *toilette* y tomado nuestro frugal desayuno de café, con pan moreno y manteca mezclada con pelos rojos de la vaca, montamos á caballo, y henos aquí otra vez en camino.

La ruta que ahora seguimos está alfombrada de *volubilis* azules, mezclados con rojas anémonas. Vienen luego unas llanuras arenosas, de aspecto sahariano, donde la vegetación es escasa y raquítica. Por último, nos aproximamos á un lugar llamado Saguedla, donde todos los miércoles tiene lugar un mercado más importante y frecuentado que el de Tlata-Raissana que atravesamos anteayer.

En efecto, allá abajo, en medio de este país sin aldeas, sin caseríos y sin árboles, aparecen dos ó tres pequeñas colinas cubiertas de una capa de cosas grises, que de lejos parecen montones de piedras, pero que ondulan y de las cuales sale un murmullo: acercándonos más, vemos que es una muchedumbre numerosísima y compacta (tal vez diez mil personas), uniformemente vestidas de largos albornoces grises y capuchón á la espalda; una masa absolutamente apretada, compuesta de gentes nómadas, para quienes es indiferente estar allí ó en cualquiera otra parte; una multitud de esas que en los desiertos de Judea ó de Arabia seguían á los profetas.....

Al apercibirse de nuestra aproximación, un movimiento inusitado recorre aquel montón de cuerpos humanos, del que se eleva un rumor general de curiosidad: todos los rostros se vuelven hacia nosotros. Luego, cediendo á un impulso irresistible, el montón se pone en movimiento, corre, se despliega, se precipita sobre nuestra cabalgata y la rodea en apretada masa.

Ya no podemos avanzar sino con trabajo: nuestros árabes de escolta se esfuerzan en apartar á palos y latigazos á toda aquella plebe, que se abre á nuestro paso dando alaridos.

Henos ya en el mercado.

A los pies de aquellas gentes, que apenas nos dejan pasar, hay una capa de camellos arrodillados y asnos dormidos, que conservan su actitud, sin molestarse. Vense por allí toda especie de cosas estrafalarias extendidas por el suelo sobre montones de esteras, y una porción de tiendecitas, muy bajas, en las cuales se venden hierbas aromáticas, azafrán, malvavisco, colores para teñir las lanas de los carneros y las uñas de las señoras; una carnicería siniestra y hedionda, en la que se ve larga hilera de unas á manera de horcas pequeñas, de donde cuelgan animales desollados, despojos de todas las clases y formas, fétidos y negros; pulmones y entrañas. También se vende ganado vivo, caballos, bueyes..... ¡y esclavos! en pública subasta. Oyense por todos lados las campanillas de los vendedores de agua, que llevan su mercancía en un odre peludo, y que ofrecen de beber á todo el mundo en un único vaso, por un ochavo. Una porción de viejas, casi desnudas, pasean, en el extremo de largos palos, esos trapos blancos, que en Marruecos son la muestra y la divisa de la mendicidad callejera.

Los *kaids*, responsables de nuestras cabezas, nos recomiendan que marchemos en grupo compacto, sin separarnos unos de otros ni siquiera el largo de un cuerpo de caballo. Sin duda sus razones tendrán para ello; pero en honor á la verdad, la curiosidad de que somos objeto no parece revestir carácter de malquerencia. Es más; una vez apaciguado el primer tumulto, algunas mujeres entonan en honor nuestro la consabida aclamación *¡yu, yu, yu!* lo cual basta para que sus estridentes gritos se propaguen, como un reguero de pólvora, hasta los más lejanos límites del mercado.

¡Yu, yu, yu! A medida que nos vamos alejando, el eco de las aclamaciones, agudo y persistente, va llegando más debilitado á nuestros oídos, como ese chirrido que producen las cigarras en sus horas de gran exaltación bajo el sol de Julio.

. . . .

El paisaje se hace cada vez más insignificante. Las altas montañas, en medio de las cuales habíamos circulado los primeros días, se alejan detrás de nosotros, y los horizontes que se extienden á nuestra vista se tornan más monótonos.

A todo esto prosiguen las vistosas *fantasías* que pasan como una tempestad por los flancos de nuestra columna, con acompañamiento de gritos salvajes y de descargas, albornoces y crines flotantes. Ya no hacemos caso de ellas, más que para guarecernos al sentirlas venir. Sin embargo, la verdad es que cada vez son más asombrosas; ahora, hasta tienen mucho del espectáculo que vemos en los circos ecuestres de Europa, pues contamos en nuestra comitiva moros que van de pie sobre la silla, á todo correr del caballo, y otros que van con la cabeza sobre la silla y los pies en alto, como los más hábiles clowns. Otro ejercicio muy notable consiste en salir corriendo á galope tendido dos jinetes, en dirección contraria, y al cruzarse encuentran medio de cambiar sus espingardas y darse un beso, sin detener lo más mínimo su carrera. Un viejo *kaid* de barba gris nos muestra con orgullo un pelotón de doce bizarros jinetes, todos hijos suyos: quiere que el Ministro y todos nosotros sepamos que Dios le ha concedido una larga posteridad.

***

Un río, que atravesamos á vado, forma el límite del territorio de los Sefiann.

Entramos ahora en el de los Beni-Malek, cuyo *kaid* nos espera sobre la otra orilla, con doscientos jinetes. Este *kaid* se llama Abassi, viejo de fisonomía en extremo inteligente y ladina, y que es uno de los favoritos del Sultán: su hija se casó en Fez con el Gran Visir, celebrando unas bodas espléndidas. Sus *munas* son famosas en todo el Imperio.

Al mediodía hacemos alto para almorzar en la aldea del *kaid*, que se parece á todas las aldeas marroquíes. Las chozas son de tierra seca; están cubiertas de cañas y rodeadas por vallados erizados de plantas espinosas. Las cigüeñas han establecido sus nidos en todos los techos, y los saltamontes pululan por todas partes.

Después de haber almorzado bajo nuestra tienda, atestada de enormes pirámides de alcuzcuz, somos invitados por el *kaid* á tomar el té en su casa.

La casa de Abassi es la única del pueblo que está hecha de mampostería. Rodéanla, como si fuese una ciudadela, una serie de pequeños baluartes muy viejos, construidos de ladrillos y cubiertos de no sé qué composición amarillenta; unos formidables vallados de cactus contribuyen eficazmente á hacerla casi inaccesible.

Las puertas de la morada se abren sobre un jardín interior, poblado de naranjos cubiertos de flores, que embalsaman el ambiente por delicioso modo. Y sin embargo, el jardín resulta fúnebre, invadido por las hierbas incultas, con el abandono que todo revela en su aspecto, y sobre todo, encerrado entre aquellas cuatro paredes, allí, donde tanto abunda el espacio: tiene á la vez algo del patio de una prisión, y del nido de un ave de rapiña.

Somos recibidos por el *kaid* en el aposento que da á este jardín triste, y que nada de notable ofrece á nuestras miradas: cal blanca sobre las paredes, y cojines y tapices por el suelo. El pavimento es de mosaico, con un agujero profundo en el centro para echar allí las escurriduras de las tazas de té, y el agua caliente que queda en las maquinillas. En la pared del fondo hay unas estrechas saeteras, por donde las mujeres encerradas nos miran refrescar.

***

Las dos de la tarde serían cuando volvimos á montar á caballo para continuar la etapa hasta el *Sebú*, que es uno de los ríos más considerables de Marruecos, y aun del Africa occidental, y el cual debemos atravesar esta tarde.

Poco nos habíamos alejado del pueblecillo, cuando nos encontramos con un grupo de hombres que arrastran por los cuernos á un buey pequeño. En el momento de pasar el Ministro, brilla el relámpago de un sable desenvainado, y de dos golpes hábilmente dirigidos, quedan cortados los jarretes del pobre animal, que se desploma en un mar de sangre, mirándonos con ojos afligidos de angustia..... ¡Cuán poco trabajo debe costarles á gentes así el hacer volar una cabeza!

Efectuado el sacrificio, los suplicantes presentan al Ministro su petición escrita: se trata de una larga y ya añeja historia, donde figuran rivalidades de familia, asesinatos misteriosos y cosas imposibles de poner en claro. Un laberinto más que agregar al montón de negocios complicados que habrá que ventilar en Fez con el Gran Visir.

***

El Sebú no se apercibe hasta que se está muy cerca de él. Es un río ancho, como el Sena en Ruán, que arrastra sus aguas cenagosas en un lecho muy profundo, entre muros de tierra gris.

Nuestro material de campamento, que ha seguido caminando durante el alto del mediodía, está ya instalado sobre la orilla opuesta. Atravesamos el río en dos barcas, que tienen que hacer muchísimos viajes de una orilla á otra, hasta terminar la operación. Los alrededores están obstruídos por varias caravanas, detenidas allí desde horas antes, para que pasaran primero nuestras tiendas y bagajes: esto presta accidentalmente gran movimiento y vida á aquel sitio, que en circunstancias normales, es tranquilo y silencioso.

(Continuará.)

HUMILDAD.

Pensamiento que al cielo
 Subes y subes,
Mira bien no te pierdas
 Entre las nubes.

Plega, plega las alas,
 Amaina el vuelo,
Pensamiento que altivo
 Subes al cielo.

No te arrebate loca
 La humana ciencia.
Los consejos atiende
 De la prudencia.

Escucha á los que, en alas
 De su ardimiento,
Cruzaron las regiones
 Del vago viento,

Y verás que encontraron
 (¡Triste enseñanza!)
Fallidas las promesas
 De su esperanza.

***

Del éter en la triste
 Región inerte,
Acechando á la vida
 Vela la muerte.

Conforme de la tierra
 Se va elevando
El hombre, de la vida
 Se va apartando.

En los altos espacios
 (¡Raro portento!)
Falta luz á sus ojos,
 Aire á su aliento;

Sudor de sangre baña
 Su torva frente;
Vértigos tenebrosos
 Cruzan su mente;

Sus miembros relajados
 Embarga el frío:
¡Todo es calma, silencio,
 Sombra, vacío!

***

Tal es también la suerte
 Del hombre vano
Que penetrar intenta
 Lo sobrehumano:

Cuando á inquirir misterios
 De Dios se lanza,
Cuanto más alto vuela
 Menos alcanza,

Y cuanto más invoca
 Su estéril ciencia,
Más confunde su orgullo
 La Omnipotencia.

***

Plega, plega las alas,
 Amaina el vuelo,
Pensamiento que altivo
 Subes al cielo.

Mejor á Dios te elevas
 Cuando te humillas:
¡Nunca es más grande el hombre
 Que de rodillas!

FEDERICO BALART.

CANTO Y CANTARES.

De la enramada próxima
En los fondosos tilos,
Alejado del mundo,
Un pardo ruiseñor tiene su nido.

Despierta con la aurora
El libre pajarillo,
Y, al verse de sí dueño,
De gratitud entona á Dios un himno.

Y aunque son los gorjeos
Que salen de su pico
Cuanto pueden ser dulces
De enamorada virgen los suspiros,

Jamás el vulgo errante
Detiene su camino
Para escucharle; canta
Y su voz va á perderse en lo infinito.

. . . .

Pobre cantor obscuro,
En humilde retiro
Alejado del mundo,
Vivo dueño y señor de mi albedrío.

De una modesta lira,
Que es mi mejor amigo,
Combinando las notas,
Doy al viento cantares de continuo.

Acaso, acaso nadie
Presta á mi voz oído;
Mas, como el avecilla,
Canto porque cantar es mi destino.

ANTONIO OSETE.

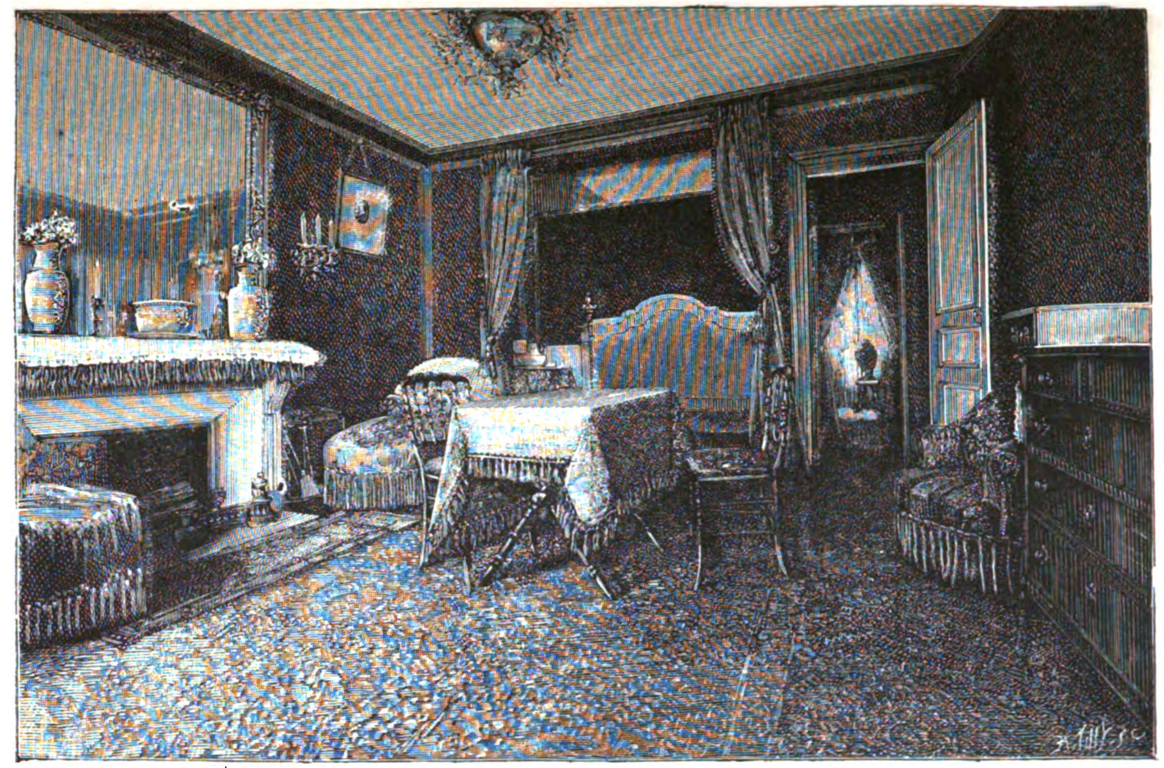
Á LA MUY DISTINGUIDA SRTA. D.ª AMPARO GONZÁLEZ CASTRO-VERDE.

Si tus ojos hermosos son azules
Como el cielo es hermoso y es azul,
Y tienen como el cielo transparencia,
Y tienen como el cielo mucha luz,
Y dejan entrever un alma hermosa,
—Más hermosa que el cielo y que su azul—
¡Cómo no he de gozar cuando me miro
En esos ojos con que miras tú!

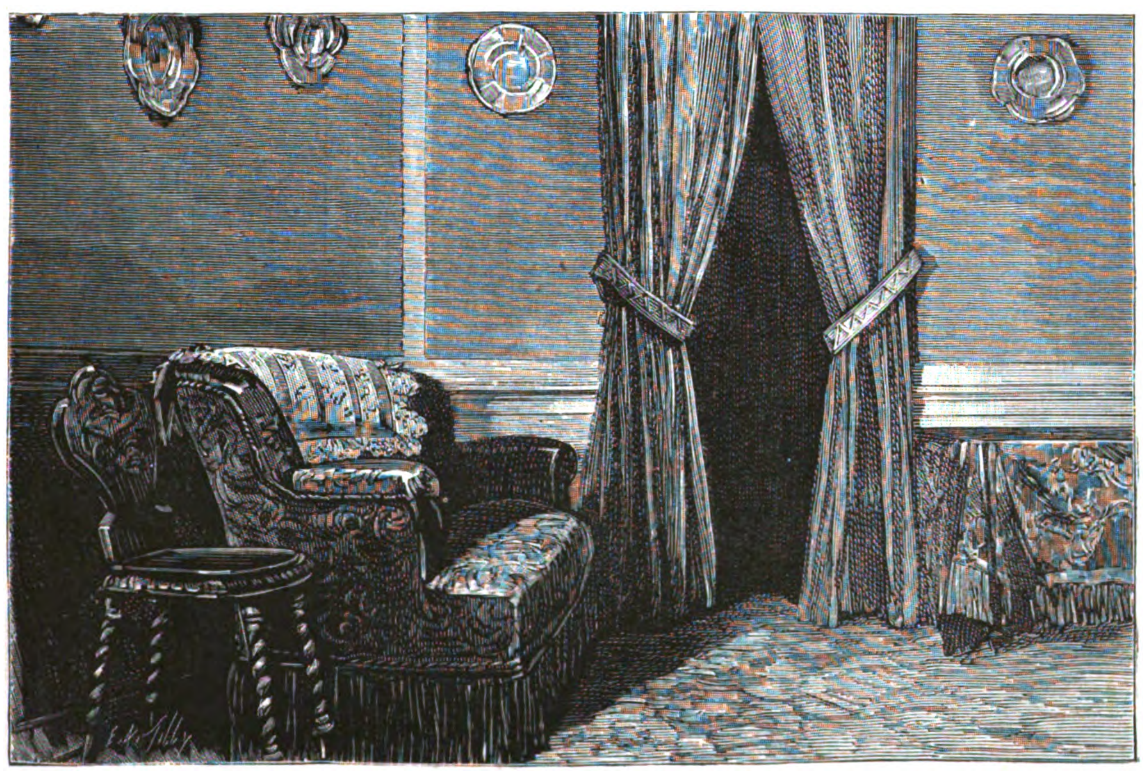
P. DE TORRE-ISUNZA.



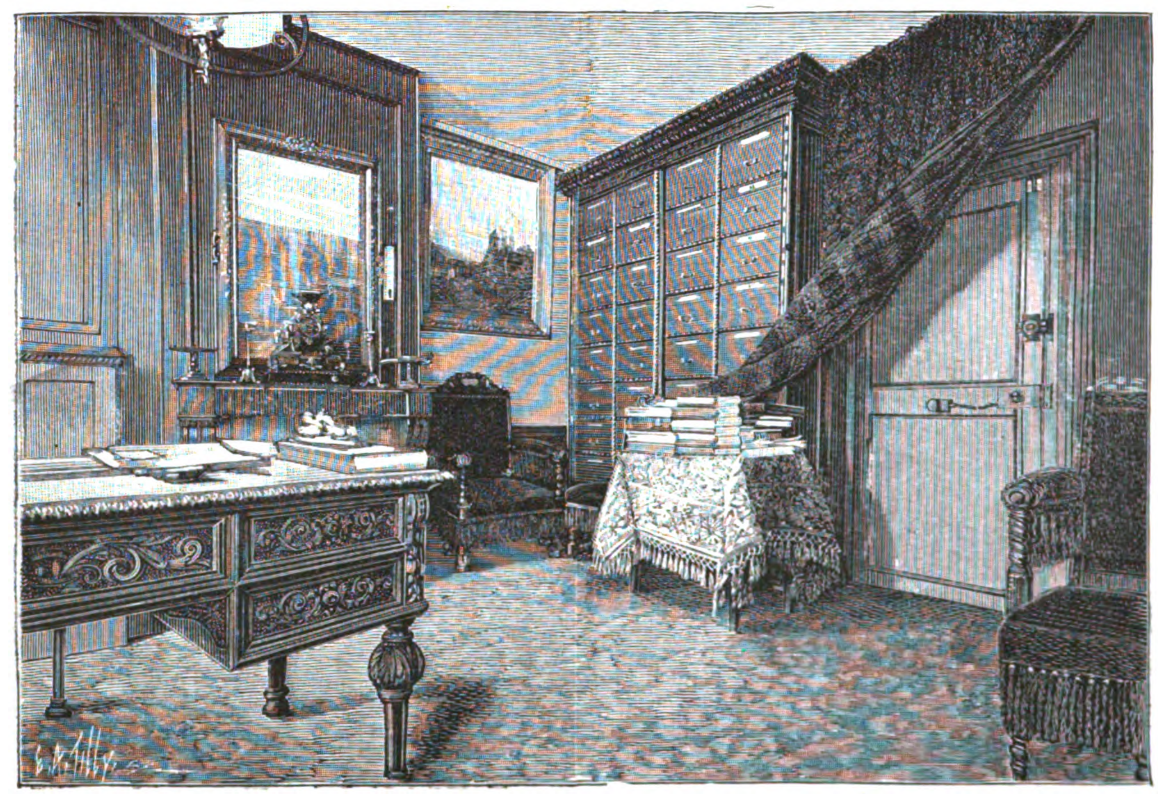
EXTERIOR DEL CUARTO BAJO DE LA CASA DEL CRIMEN (CALLE DE TRONSON-DUCOUDRAY, NÚM. 3).



GABINETE Y DORMITORIO DONDE EL CADÁVER DE LA VÍCTIMA FUÉ ENCERRADO EN EL COFRE.



ANTESALA DE LA HABITACIÓN DE GABRIELA BOMPARD, SITIO DEL ASESINATO.



DESPACHO DE M. GOUFFÉ EN SU CASA DE LA CALLE MONTMARTRE, NÚM. 148.

PARIS.—EL CÉLEBRE PROCESO GOUFFÉ-EYRAUD.

EL CARNAVAL EN MADRID.



EN EL PASEO DEL PRADO.

DIBUJO ORIGINAL DE MANUEL PICOLO.



MADRID.—«EXPOSICIÓN DE BLANCO Y NEGRO» INAUGURADA EN EL «CÍRCULO DE BELLAS ARTES», EL 6 DEL CORRIENTE.

(Dibujo del natural, por Manuel Alcázar.)

LA VI MORIR.

¡La contemplé morir! ¡Cuán bella estaba!
En su lecho de muerte parecía
Un ángel que á los cielos se elevaba
Y del mundo, al partir, se despedía;

De sus rubios cabellos el tesoro
Su faz acariciaban dulcemente,
Corona sin rival de hilos de oro
Ciñendo la blancura de su frente;

Recordando del mundo los agravios,
Débil suspiro levantó su pecho,
Y brotó una plegaria de sus labios,
Y humedeció con lágrimas su lecho.

Su madre, temblorosa, la miraba
En mar de llanto y de pesar sumida,
Pues con aquella flor se marchitaba
El calor y el perfume de su vida.

¡Pobre madre, que aumenta sus dolores
Mirando de la vida en los altares
Cómo muere el amor de sus amores
Legándole el pesar de los pesares!

....

La enferma suspiró, sonó un gemido,
Una sonrisa abrió sus labios rojos,
Del joven corazón cesó el latido,
Tendió sus manos y cerró sus ojos.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

CORO DE HOMBRES.

La clase de coristas puede dividirse en dos ramas ó en dos grados, como quiera entenderse.

Coristas de ópera italiana y coristas de zarzuela.

Los primeros son los que continúan su carrera hasta italianos.

Los segundos son los que se quedan en españoles.

Aquéllos están mejor retribuídos que éstos.

Los que cuentan con un buen repertorio de óperas, pueden considerar asegurado su porvenir, aunque no la voz.

Se pierde con más facilidad que la inocencia, según testimonio de una tiple á quien no quedaba en buen uso la voz.

Los coristas varones no pueden ser comparados con las señoritas del coro, particularmente en la zarzuela, y aun más particularmente en la zarzuela de ahora.

Porque ellos necesitan fondo, y ellas tienen suficiente con la forma.

Ellos sin voz no pueden encontrar quien los contrate.

El maestro los rechaza.

Ellas se presentan al maestro, y si lo merecen por sus prendas, *entran* en la compañía.

El maestro las prueba, y si resulta alguna con voz, eso se encuentran los autores que escriben música.

El coro de hombres cobra más que el coro de mujeres.

Se explica; porque ellos carecen de otros recursos y emolumentos.

Las abonadas no se fijan en los señores del coro, como los abonados en las señoras también del coro.

Ni hay empresario aún, en buena hora sea dicho, que sacrifique unos cuantos miles de duros por amor á un individuo del coro.

Los hay, por cariño puro y sin manchas á jóvenes tiples ó contraltos colectivas.

Como en las obras que vemos hoy nunca faltan indios, guerreros fantásticos, cafres, y otros caprichos poético-musicales, el reparto de los coristas, con arreglo á las necesidades de la obra, es curioso.

El maestro ó el director de escena escogen el personal.

—Vamos á ver: hacen falta diez ó doce salvajes: uno, dos..... usted es salvaje, y usted, y usted.

Y así sucesivamente, hasta que saca los diez ó doce de las filas artísticas.

—Usted y usted y usted..... fieras; y ustedes dos, ingleses.

Distribuídos los cargos ó las *razas* entre el coro, á su tiempo les reparten los vestidos *ad hoc*.

A unos las mallas y taparrabos; á otros las pieles.

—Aquí está uno humillado—me decía un bajo cooperativo, esto es, un corista con voz de bajo, según sospechaba el maestro.

—¿Por qué?—le pregunté.

—¿Y usted pregunta eso? Aquí no somos personalidades, sino voces.

—¿Voces en *desierto*?

—Un tenor, un barítono, un bajo..... Yo me tengo la culpa, por haber optado por esta carrera infame y vergonzosa.

—¡Hombre!

—¡Aquí encerrados desde las once de la mañana hasta las cinco ó las seis de la tarde! ¡Y vuelva usted á las ocho menos cuarto, para retirarse á descansar á la una y media, cuando no hay ensayo general de obra nueva después de la función! ¡Y vístase usted de mamarracho, y baile usted si se lo mandan, y cobre usted doce reales, y..... gracias!

—Ya ve usted, todas las *carreras* tienen sus tropiezos—le dije.

—Pero como la artística ninguna. Por fin, si uno fuera tiple, vamos, primera tiple, podría vivir.

—¿Y no tendría usted medio para hacerse tiple?

—¿Le parece á usted que eso es voluntario? La voz aparece cuando menos se espera, y se modifica y se va como vino.

—¡Qué teoría tan rara!

—Ya ve usted, Gayarre no pensaba en tener voz hasta que se la descubrieron.

—Es verdad.

—Yo empecé con voz de tenor casi absoluto.

—¿Los hay constitucionales, eh?

—Después bajé á barítono, y por último he descendido á bajo cantante y parlante.

—¿De modo que las voces pueden rebajarse como el aguardiente?

—¿Si no fuera por eso me vería yo aquí? En el teatro no hay consideraciones más que para las partes.

—¡Ya, ya!

—El cuerpo de coros es un cuerpo muerto: parece que es el cuerpo del delito.

—Tiene usted razón.

—Todos nos vestimos en un mismo cuarto, apiñados, sin espacio, sin aire respirable: cada cual tiene su estómago, igual que las personas que no pertenecen al coro.

—Es verdad—afirmé.

—Y cada cual—prosiguió el artista—tiene sus aromas particulares, que molestan al olfato de los demás. Luego las envidias. El teatro es un semillero de envidias. El primer bajo, que gana ó que cobra diez duros diarios y tiene un beneficio libre, no me puede ver, por envidia de mi voz. Verdad es que las suyas no son notas, son ruidos repugnantes. Parece que canta dentro del submarino.

El miembro de la corporación coral se desahogó de penas á su gusto.

Me separé de él convencido de que el coro de hombres ó los hombres del coro, mejor dicho, constituyen la clase de desheredados vocales.

Un amigo mío que tiene un chico seminarista me dijo, después de oir aquella conversación, que «en vista del estado de los cantantes modestos, no quería que su hijo cantara misa».

EDUARDO DE PALACIO.

EVITAD LAS FALSIFICACIONES del *Anti-Bolbos*, único que destruye las pecas y el paño de la nariz, la frente y la barba, sin frotación y comprimiendo los poros del cutis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.

ARISTOCRATIZAD VUESTRAS MANOS con la *Pâte des Prélats*, inventada por el fraile Dom. del Giorno para el papa León X.—Esta Pasta maravillosa blanquea, suaviza y da tersura á la epidermis, y tiene además el privilegio de prevenir ó destruir las grietas, los sabañones y sus cicatrices, etc.—Propiedad exclusiva de la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, en casa de los Sres. José Lafont, 22, calle del Call.

ENFERMEDADES DE LA BOCA

PASTILLAS NIELK

EFICACES CONTRA LAS

ANGINAS, CRUP, RONQUERA, FETIDEZ DEL ALIENTO É INFLAMACIONES DE LA GARGANTA

Las PASTILLAS NIELK calman la irritación producida por el excesivo uso del tabaco, y son indispensables á las personas que hacen sufrir á su garganta un trabajo fatigoso, especialmente los oradores y cantantes. — Para evitar imitaciones y falsificaciones exíjase en las cajas el sello de la *Sociedad Farmacéutica Española G. Formiguera y C.ª, Barcelona*, impreso en tinta roja.—Al por menor, en las principales farmacias.



Bálsamo de FERNOLINE

Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo, y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos; de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos; hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores en el extranjero para curar los dolores que notan muchos enfermos en **el cuello, pecho y espalda,** pues, gracias á la **volatilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel se absorbe en cantidad variable, según la superficie de aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA

VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA—BARCELONA

SUCURSAL EN MADRID: Claudio Coello, 26, segundo.

Dentífricos de Rigaud y C.ía

PERFUMISTAS EN PARIS



La generalidad de los polvos dentífricos rayan el esmalte de la dentadura y la sociedad elegante parisiense no emplea hoy más que los dos productos siguientes:

1º La **CREMA DENTIFRICA de RIGAUD** que, humedecida por el agua, forma un mucílago untuoso muy agradable, limpia los dientes con la suavidad de un lienzo flexible dándoles la blancura del marfil, y los preserva del sarro y de la cáries.

2º La **DENTORINA RIGAUD**, elixir que se emplea al mismo tiempo que la **Crema** y perfumando deliciosamente la boca, refresca el aliento, disipa la irritación de las paredes bucales en los fumadores, activa la circulacion sanguínea en las encías y les da el color sonrosado natural á la salud, previniendo la caries. Es un calmante excelente en los dolores de muelas más violentos.

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y C.ía.

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.

E. HAYN, BERLIN, N. 24.

INSTITUTO DE FRANCIA: PREMIO MONTYON

VINO DE QUINA OSSIAN HENRY

SIMPLE Ó FERRUGINOSO.

El más eficaz reparador.—El mejor de los Ferruginosos. Gusto agradable. Cura la **Clorosis**, la **Anemia**, las **Flores blancas**, las constituciones débiles, etc.

PAULINIA-FOURNIER — **Infalible** — contra **JAQUECAS y NEURALGIAS**

EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS.

GOTA Y REUMATISMOS

CURACION cierta por el LICOR Y LAS PILDORAS DEL Dr Laville

Estos Medicamentos son los únicos Antigotosos *analizados y aprobados* **por el Dr OSSIAN HENRY**
Jefe de manipulaciones químicas de la Academia de Medicina de Paris.

El **LICOR** *se toma durante los ataques, para curarlos.*
Las **PILDORAS** *se toman durante el estado crónico para impedir nuevos ataques y alcanzar la curacion completa.*

Para evitar toda falsificacion, exíjase el Sello del Gobierno Frances y la firma

Laville, D. M. de la Facultad de Paris

Venta por mayor: COMAR, Farmac., 28, calle Saint-Claude, en PARIS.
DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

PÁTE AGNEL ✻ AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.

En la Perfumería Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra.

y en los seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías

PILDORAS DE BLANCARD

CON

Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — PARIS 1855

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores frios*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis**, ...

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK

VERITABLES GRAINS *de Santé* du docteur FRANCK

Aperitivos, Estomacales, Purgantes Depurativos

Contra la **Falta de Apetito** el **Estreñimiento**, la **Jacqueca** los **Vahidos, Congestiones**, etc.

Dosis ordinaria: 1 á 3 granos

Noticia en cada caja

Exigir los *Verdaderos* en *CAJAS AZULES* con rótulo de **4 colores** y el *Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.*

Paris, farmacia Leroy y principales F.ías

EAU DE LYS DE LOHSE



hace desaparecer las erupciones de la piel, quita las pecas, refresca y suaviza el cútis, aumenta la flexibilidad y la pureza del cútis, conserva á la cara la belleza juvenil.

Su empleo constante asegura la eterna juventud de la mujer.

Exíjase en las etiquetas mi razon social:

GUSTAV LOHSE, BERLIN

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración; á 6 fr. cada frasco E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, rue du 4 Septembre, París.

FERNET-BRANCA

DE LOS SRES. BRANCA HERMANOS, DE MILANO

Los únicos que tienen el verdadero y auténtico método de fabricación.

Premiados con Medallas de oro en las principales Exposiciones Universales y privilegiados por el Gobierno.

El **FERNET-BRANCA** es el más higiénico de los licores conocidos.

Veinticinco años de completo éxito, obtenido en Europa, América y Oriente.

Es recomendado por las celebridades medicales, y empleado en muchos hospitales.

El FERNET-BRANCA no debe ser confundido con otros muchos Fernet que se venden desde poco tiempo, y que son falsificaciones dañosas é imperfectas. El **FERNET-BRANCA** apaga la sed, facilita la digestión, estimula el apetito, cura las calenturas intermitentes, dolencias de cabeza, vértigo, enfermedades del hígado, **esplin**, mareo y náuseas en general. Es **Vermífugo, Anticolérico.**

SUS EFECTOS SON GARANTIZADOS POR ATESTACIONES DE MÉDICOS

Unica arrendataria para América del Sur:

Casa CARLO F.co HOFER et C.o de Génova

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1889

Depositarios en España: VICENTE FERRER Y C.ª, BARCELONA.

ACEITE MORENO-CLARO DE HÍGADO DE BACALAO DEL Dr. DE JONGH

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA,
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA,
COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III. DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.

La sola especie que contenga todos los principios curativos.

Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.
Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.

DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL

contra la **TÍSIS**, las **ENFERMEDADES** del **PECHO** y de la **GARGANTA**, la **DEBILIDAD GENERAL**, el **DESFALLECIMIENTO** de los **NIÑOS**, la **RAQUÍTIS**, y todos los **AFECTOS ESCROFULOSOS.**

Se vende **SOLAMENTE** en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del **Dr. DE JONGH** y la firma de **ANSAR, HARFORD & Co.**—*Cuidado con las imitaciones.*

Unicos Consignatorios, ANSAR, HARFORD & Co., 210, High Holborn, Londres.

Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

En Casa de todos los Perfumistas y Peluqueros de Francia y del Estranjero

La VELOUTINE

Polvo de Arroz especial

PREPARADO AL BISMUTO

Por **CH.les FAY**, Perfumista

PARIS, 9, rue de la Paix, 9, PARIS

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Esfuerzos del ingenio literario, por D. León María Carbonero y Sol y Merás, *Teófilo Pallanzio* entre los Arcades de Roma, abogado del ilustre Colegio de Madrid, académico profesor de la de Jurisprudencia y Legislación, premiado con diploma de mérito en la primera Exposición Artístico-literaria de Madrid, camarero secreto de capa y espada de Su Santidad el papa León XIII, caballero comendador de la orden del Santo Sepulcro, de las de San Silvestre y Espuela de Oro, quirite romano, etc. Curiosísimo libro que consta de veinte capítulos, en los que aparecen numerosísimas composiciones que bien merecen el nombre *Esfuerzos del ingenio literario*, como son: enigmas, logogrifos y charadas; monogramas, anagramas y cronogramas; acrósticos, pentacrósticos, laberintos; composiciones concordantes, resonantes (ecos), bilingües, disparatadas y macarrónicas; jeroglíficos, *rebus*, *calembourgs*, divisas, etc.; y todo ello formando un verdadero estudio, eruditísimo, variado, propio para deleite del ánimo con provechoso ejercicio de la inteligencia. Un volumen de XV-463 páginas en 4.º, que se vende, á 5 pesetas en Madrid y provincias, franco de porte, y á 7 pesetas en Ultramar y extranjero, en las principales librerías. Los pedidos se dirigirán al Sr. Administrador de *La Cruz*, Madrid (Reina, 4).

Lecciones de Patología interna (*enfermedades nerviosas*), por el profesor C. Liebermeister; versión española del doctor M. Carreras Sanchís. Esta obra se vende al precio de 6 pesetas en Madrid y 7 en provincias. Los pedidos se dirigirán á D. Gabriel Pedraza (Huertas, 58). También se halla de venta en casa del traductor (Ruiz, 18, tercero), y en las principales librerías.

El Diario de Tristán, por Andrés Theuriet; versión castellana de D. Antolín San Pedro. Acaso de todas las obras que Andrés Theuriet ha publicado, es *El Diario de Tristán* la que con más agrado y mayores muestras de simpatía ha recibido la opinión: en ella se muestra el autor escritor humorista, festivo, pensador profundo y observador perspicaz, pintor de costumbres, gracioso, conmovedor, y siempre poeta y patriota. Forma el volumen 142 de la Biblioteca de *El Cosmos Editorial*, y se vende en todas las librerías, á 2,50 pesetas en rústica, y á 3 pesetas encuadernado en tela.



«MISS» NELLIE BLY,
QUE ACABA DE HACER EL VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO EN SETENTA Y DOS DÍAS Y SEIS HORAS.

La Edad Dichosa, revista ilustrada de instrucción y recreo para niños y niñas, dirigida por don Carlos Frontaura, con la colaboración de escritores y artistas distinguidos. Hemos recibido los tres primeros números de esta excelente publicación, que honra á la acreditada Casa editorial *Ocaña y Compañía*: nutridas sus elegantes páginas de lectura amenísima, instructiva y profundamente religiosa y moral, é ilustradas con magníficos grabados, hechos sobre dibujos originales de distinguidos artistas españoles y extranjeros, no vacilamos en afirmar que es la primera publicación de su clase, en España, y el mejor auxiliar de los padres y de los maestros para la educación é instrucción de los niños; y estamos seguros de que no pasará mucho tiempo sin que *La Edad Dichosa* obtenga un éxito notabilísimo entre las familias españolas y americanas. La dirección de la revista ha sido confiada al popular escritor D. Carlos Frontaura, nombre que dará completa confianza á los padres, y la colaboración literaria, en prosa y verso, á reputados literatos. Publícase tres veces al mes, en lujosos cuadernos, y sólo cuesta cada trimestre en Madrid *cinco pesetas*. Suscríbese en las principales librerías, y en la Casa editorial mencionada, Madrid (Caballero de Gracia, 19 y 21).—*Habana*, Viuda de Villa. —*Veracruz*, Rafael Rodríguez Jiménez.—*México*, J. Buxó y Compañía.—*Manila*, Ramírez y C.ª—*Montevideo*, A. Barreiro y Ramos.

Crónica del primer «Congreso Católico Nacional Español.» Discursos pronunciados en las sesiones públicas de dicha Asamblea, celebradas en la iglesia de San Jerónimo de Madrid, en Abril y Mayo de 1889. (Tomo primero.) Comienza en la carta de Su Santidad León XIII aprobando la celebración del Congreso, y contiene los *Discursos* pronunciados hasta el día 3 de Mayo, y entre ellos los de los Sres. Almaráz Santos, Sánchez de Castro, Marqués de Vadillo, Ortí y Lara, Pidal y Mon, Menéndez y Pelayo, Vilanova y Piera, Barbieri, Vogel, etc. Un volumen de 643 páginas en 4.º, que se vende, á 7,50 pesetas, en las librerías católicas de Madrid y de las provincias.—V.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIV.—NÚM. VII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Febrero de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero	50 íd.	26 íd.	14 íd.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

CÍRCULO DE BELLAS ARTES.—EXPOSICIÓN DE BLANCO Y NEGRO.



RETRATO DE LA SEÑORITA DOÑA T. A.

DIBUJADO POR SU HERMANA LA SRTA. D.ª MERCEDES ARTEAGA.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

La actitud del Emperador de Alemania, favorable á las pretensiones de los obreros, es, no sólo el hecho más culminante de la política de actualidad, sino uno de los más dignos de fijar la atención del estadista.

El triunfo de las candidaturas bulangeristas en las elecciones del Sena es uno de los fenómenos más curiosos que puedan ofrecerse al que sigue con atención las fluctuaciones de la opinión pública en Francia.

La muerte del Conde de Andrassy, antiguo ministro de Estado del Imperio austro-húngaro, un acontecimiento de más interés para la historia pasada que para la política del día.

Las tendencias del Emperador de Alemania, que juzgan peligrosas algunos de sus consejeros, nos parecen bien inspiradas y prudentes. No somos de aquellos que tienen estereotipado en su caletre el lugar común que aplican á todo lo antiguo, y que titulan romper los moldes viejos: suelen, los que eso dicen, hacer como aquel personaje de Alfonso Karr, que desechaba el frac negro porque estaba algo averiado, y se ponía el frac azul, que era anterior al otro, para volver á vestir el negro cuando el azul iba empeorando. Dicho esto, no se achacará á manía nuestra destructora la buena impresión que nos produce la política imperial. Si los liberales de hace medio siglo morían defendiendo la Constitución del 37, dentro de otro medio siglo ninguno se explicará que nadie haya muerto por defender ese librito, como hoy no nos explicamos que perezca ningún individuo por defender el Código penal. Los hombres del presente, al tratarse de revoluciones ó reformas, ó las rechazan, ó las miran con indiferencia ó ahondan más, no por las etéreas regiones del derecho, sino en el terreno de los hechos. Nosotros, que preferiríamos volar como los pájaros, á hundirnos en el fango como las ranas, no podemos menos de confesar que, á nuestro juicio, empieza á imponerse, como síntesis de las aspiraciones modernas, un ideal común que no excederá en grandeza al de la contabilidad por que se rigen las necesidades materiales de un cuerpo de ejército, pero que tiene ciertas bases de equidad y de justicia que conviene atender para quitar al monstruo del socialismo las garras y los dientes. Y le llamamos monstruo, no porque no sea menos monstruoso otro cualquier sistema social, sino porque su triunfo habría de ser sangriento, y no lo merece un simple cambio de postura de la doliente humanidad. Si los políticos viejos tienen la ilustración de la experiencia, los políticos jóvenes tienen presentimientos admirables; y así como aquellos sienten más vivamente llegar hasta su espíritu las emociones del ayer, los otros tienen los sentidos más despiertos para aspirar las emanaciones y las ráfagas del porvenir. Esto le sucede al joven Emperador de Alemania. Presiente que la manía colectiva del siglo que se acerca será la de convertir el mundo en un taller donde trabajen los demás. Ya hoy hasta los más holgazanes se llaman hijos del trabajo, aunque en toda su vida no hayan tenido más trabajo que mascar. Trabajadores se llaman los que no encuentran trabajo, y el capital, trabajo acumulado. Acaso no pasará todo de buenas palabras y de símbolos. El Emperador de Alemania para ser ídolo de su tiempo no necesitaría más que variar uno de sus atributos: dar á su cetro la forma de un martillo. Y todos los años, en una ceremonia que podía llamarse la fiesta del trabajo, dar un martillazo en público, sirviéndole de yunque la cabeza más impopular del Imperio.

Si el sufragio universal es la voz del pueblo, el departamento del Sena, centro de la cultura francesa, es bulangerista. Si ese departamento no es partidario de Boulanger, el sufragio universal no significa nada. Pero si es partidario del emigrado de Jersey, la mayor representación del departamento del Sena, centro de la moda, no ha estado á la moda en estas elecciones.

El Conde de Andrassy ha necesitado morirse para figurar de nuevo en primer término: doce años fuera de la vida oficial, son para un hombre de Estado el olvido en estos tiempos. Había sido una de las figuras más notables del Imperio: en su juventud, como revolucionario húngaro; en su edad madura, como experto diplomático; en todas épocas, como hombre á la moda y *gentleman* perfecto. Usamos esa palabra en inglés, porque sólo en inglés significa lo que era el ex ministro de Estado, á quien se atribuye en primer término la alianza de los imperios de Austria-Hungría y Alemania, y la ruptura de ambos con Rusia para sustituirla con Italia. Sólo por este concepto y por la fama de sus talentos políticos, el Conde de Andrassy se hizo renombre europeo.

Murió tres veces: dos en efigie y una de muerte natural. La primera vez leyó en Londres la noticia de haber sido ahorcado en efigie por revolucionario; la segunda supo en Viena que le habían vuelto á ahorcar en su patria por antirrevolucionario. El público devora con ansia los detalles de las ejecuciones. ¡Con qué interés leería en una confortable y segura habitación el Conde de Andrassy la descripción de las suyas! Y después de ahorcado, ¡con qué satisfacción se pondría en su cuello la corbata de batista!

***

La presentación del Sr. D. Francisco Silvela en el Círculo de la Juventud Conservadora, y el discurso pronunciado en aquel acto por dicho orador y el jefe del partido Sr. Cánovas del Castillo; la terminación de las tareas de la Asamblea republicana, después de algunas sesiones muy acaloradas, y la interpelación hecha en el Congreso por el diputado D. Miguel Moya, á propósito de la estación naval, ó dique, ó lo que fuera, que proyectaron construir los ingleses en Gibraltar, es lo más interesante en política interior ocurrido en los últimos días.

El discurso del Sr. Moya, si como acto parlamentario le colocamos entre los sucesos interiores, tenía importancia internacional como protesta contra la invasora política británica, y voz de alerta en previsión de nuevas intrusiones. La declaración del Sr. Ministro de Estado de que el tratado de Utrech, que es la fuente de derecho respecto de la posesión de Gibraltar, está de hecho modificado en la práctica, nos induce á establecer la siguiente conclusión, en vista de cómo cumplen los ingleses sus tratados:

España, ni ninguna otra nación que no tenga una fuerza positiva de gran potencia, no deben en manera alguna, si son llamadas á Congresos internacionales, suscribir ningún compromiso, porque esos pactos no obligan á los fuertes, y merman, hoy con un objeto, mañana con otro, parte de la soberanía de las naciones pequeñas. No hay contrato posible donde una de las partes queda comprometida al cumplimiento en aquello que la perjudica, y la otra es insolvente por carencia de buena voluntad.

Respecto de Gibraltar, España es quien debe poner un dique á las usurpaciones y al contrabando.

***

Raras veces ha cruzado por Madrid entierro más acompañado y seguido de carruajes que el de D. José Abascal, penúltimo presidente del Ayuntamiento de Madrid, secretario del Senado, y gran cruz de casi todas las órdenes españolas. Había sido en su juventud un exaltado progresista, de esos que defendían las barricadas en los días de pelea, y al siguiente ó pertenecían á la Junta revolucionaria vencedora ó tenían que emigrar al extranjero. Comandante de la milicia, concejal, diputado y senador, pertenecía al número de los hombres activos y populares que llevaban tras sí á los electores, unas veces á las urnas, otras al combate. Amigo leal del Sr. Sagasta, éste correspondió á su adhesión con puestos honoríficos y de confianza. No era persona de gran cultura literaria, pero se hacía entender cuando decía claridades, mientras que á menudo suele suceder que no sea expresivo lo correcto: el Sr. Abascal aplicó la voz *infundios* á ciertos embrollos administrativos muy corrientes.

Ha muerto en la desgracia, en una de esas oscilaciones que produce en Madrid la gestión municipal: había hecho mejoras en la población; había hecho grandes servicios personales á su partido en los días de desgracias, y muchísimos favores á toda clase de personas. Acaso su hotel no estuvo muy concurrido en los últimos días de su vida, pero se le ha enterrado con toda pompa. Descanse en paz el ex alcalde de Madrid.

También ha muerto el día 14, en Medina Sidonia, el venerable anciano D. José Pardo Figueroa y Manso de Andrade, regidor perpetuo de la ciudad de Cádiz y persona muy considerada.

Cuando el Dr. Tebussem recibió en Madrid tantas pruebas de simpatía, se le arrasaban en lágrimas los ojos pensando en la emoción que experimentaría su padre al saber las atenciones que se guardaban á su hijo. Aquel padre era D. José Pardo y Figueroa.

Morir pasados los noventa años entre familia tan cariñosa, es quedarse dormido sonriendo.

En Pinto ha fallecido el poeta D. Enrique Segovia Rocaberti, versificador ameno y culto, autor de algunas piezas dramáticas é ingenioso redactor de *El País*. Ha muerto joven, de una enfermedad del pecho, dejando en algunos tomos de poesías pruebas de su talento, que hacen lamentar las producciones que se pierden con su muerte prematura.

Por último, ha pasado también á mejor vida el pintor D. Francisco Jover Casanova, natural de Muro, en la provincia de Alicante.

Según refiere Ossorio y Bernard en su *Galería Biográfica de Artistas Españoles del siglo* XIX, presentó en la Exposición de 1862 un cuadro de *Colón conducido á España por el capitán Villejo*; en la del 64, *Últimos momentos de Felipe II*, y desde entonces en casi todas las que se celebraron, ya oficiales, ya privadas, obteniendo premios de consideración. Deja sin concluir un cuadro de carácter oficial, que habiendo sido encargado al señor Casado, ni aun llegó á proyectarle.

Era el Sr. Jover hombre de gran actividad, y había formado entre los artistas una especie de fracción. Deja una vacante en el profesorado del *Conservatorio de Artes*. Son suyos algunos de los lienzos que hay en San Francisco.

***

La mayor parte de los periódicos vuelven á insistir en el tema inagotable de los extravíos de cartas, valores é impresos, confiados al ramo de Correos; y como la cosa continúa siendo intolerable, y las pérdidas que se sufren de gran consideración, unimos nuestra voz á la de la prensa para que se vea de poner remedios eficaces. Desde luego, hay uno para disminuir las pérdidas en la remisión de valores pequeños, que es rebajar el precio de los certificados, fijándolos en veinticinco céntimos. Expurgar el personal de todo empleado sospechoso, y asegurar la posición de la gran mayoría honrada, haciendo de su profesión una carrera.

De nada sirve que los caminos reales y de hierro estén libres de malhechores si otros más hipócritas asaltan las vías reservadas de la correspondencia pública y privada, por donde circula la riqueza nacional. Los empleados de Correos deben ser la Guardia civil de esos caminos de confianza.

***

D. Cosme está muy afligido: hace un mes que debía haber llegado la fragata en que venía su esposa, confiada al cuidado del capitán del buque, persona respetable y gran amigo suyo.

Un día corre á la playa D. Cosme al saber que acababan de arribar algunos náufragos en una balsa. Lleno de emoción distingue á su amigo el capitán, que se arroja en sus brazos sollozando.

—¿Y mi mujer?

—La salvé la vida en el naufragio colocándola en mi balsa: cuando escasearon los víveres la dí casi toda mi ración..... hasta el punto de quedar extenuado.....

—Gracias, gracias.

—No me pregunte usted más: yo quería entregársela á usted sana y salva; pero no lo pude remediar, me la he comido.

Perico sale de caza: como es tan económico y la diversión algo cara, pregunto á su mujer, y ésta me da algunos detalles.

—Gasta menos que nadie.

—¿Pues qué hace?

—Para ahorrarse la pólvora, tira los perdigones con la mano.

—¿Y cómo lleva escopeta?

—¿Y por qué la había de dejar en casa? El gasto de la escopeta ya está hecho.

Marido y mujer disputan sobre quién tiene peor genio, y convienen en interrogar á la doncella. Ésta resiste á decidir la cuestión, hasta que apremiada por los dos, dice ruborizándose:

—Pues bien: tiene peor genio el señorito.

Cuando el matrimonio queda solo, dicen á la vez los esposos:

—¿Lo has oído? Tú tienes peor carácter.

—¿Pues no dijo la doncella que tú?—pregunta con asombro la señora.

—Si tal—replica el señor;—y cuando la pobre muchacha se atrevió á decidir en contra mía, demostró que la inspiras más temor: luego tú tienes peor genio.

Ponche que hemos proyectado para entonar el estómago en los tiempos de epidemia:

La raja de limón acostumbrada.
Azúcar á capricho.
Un poco de canela.
Esencia de azahar.
Polvos de azufre.
Agua escasa y mucho ron.
Una ó dos guindillas.

No lo hemos probado todavía: si alguien lo toma, le rogamos que nos avise el efecto de ese líquido. Nosotros hacemos estas mezclas; pero no las probamos hasta ensayarlas bien en un amigo.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Retrato de la Srta. D.ª T. A., dibujo de su hermana la Srta. D.ª Mercedes Arteaga.—*Después del baile*, cuadro de Luciano Doucet.

En el número anterior hemos indicado que la distinguida señorita D.ª Mercedes Arteaga presenta un hermoso dibujo en la *Exposición de Blanco y Negro* que el Círculo de Bellas Artes inauguró en esta corte el 6 del corriente; y ese dibujo al lápiz (núm. 11 del *Catálogo*) es un retrato de su bellísima hermana la Srta. D.ª Teresa.

Véanle nuestros lectores en la plana primera, reproducido por medio del grabado: hay en él expresión candorosa y á la vez animada, sorprendida por la joven artista en concienzuda observación del natural; líneas y contornos trazados con mano segura, que revelan profundo estudio; feliz disposición de luz y sombra para producir brillantes efectos de claroobscuro.

La Srta. Arteaga es hija de los Excmos. Sres. Marqueses de Valmediano, Duques del Infantado, y si circula por sus venas la sangre de ilustres antepasados, tiene en su corazón el ferviente amor al arte que poseían las patricias romanas y florentinas del glorioso período del Renacimiento. ¡Ojalá tenga muchas imitadoras!

Es aventajadísima discípula de D. Alfredo Perea.

El grabado que damos en la pág. 113, es reproducción del cuadro *Después del baile*, original del pintor francés Luciano Doucet.

Compréndese el asunto: una bella mundana, rendida de cansancio al salir del baile, llega á su *boudoir*, se reclina en ancho

sillón cerca de la chimenea y cede lentamente á la dulce influencia del sueño; y si todavía resuenan en sus oídos los ritmos arrebatadores del vals, sus párpados se cierran, sus labios se juntan, sus manos caen desfallecidas entre los vaporosos tules y gasas del vestido.

Luciano Doucet es autor de excelentes retratos de mujeres hermosas, entre otros, el de Mme. Galli-Marié, en el traje de *Carmen*.

***

EL ARRESTO DEL DUQUE DE ORLEANS.

Retrato de S. A. el Duque.—Celda ocupada por el Duque en la Conserjería.

El Sr. Duque de Orleans, primer hijo varón de SS. AA. RR. los Condes de París, saliendo de Lausana (Suiza) en la noche del 6 del corriente, llegó á la estación de Lyon, en París, en la mañana del 7, infringiendo la ley de 22 de Junio de 1886, que prohibe la entrada en Francia y sus colonias á los descendientes directos, en línea masculina, de familias que hayan reinado en aquella nación.

Pocas horas después, acompañado del joven Duque de Luynes-Chevreuse, presentóse en la oficina de reclutamiento correspondiente á la *mairie* del 7.º distrito, y en seguida en el Ministerio de la Guerra, dirección de Infantería, solicitando ser inscrito en la lista de quintos del departamento del Sena é incorporado al ejército, para cumplir, como todo francés, sus tres años de servicio militar, y habiéndose opuesto á su reclamación las prohibiciones determinadas por aquella ley, retiróse al palacio del Duque de Luynes.

La prefectura de policía, enterada del suceso, dictó orden de prisión contra el Duque de Orleans, y encargó de cumplimentarla á M. Clement, comisario de las delegaciones judiciales; éste se presentó en el palacio de Luynes, calle de Varenne, á las seis de la tarde, en el momento en que el Príncipe se disponía á salir, y comunicándole la orden, en presencia de los Duques de Luynes y de Uzés y del Marqués de Beauvoir, le invitó á que le acompañara á la Prefectura; el Duque de Orleans, sin oponer resistencia, siguió al Comisario de policía hasta el despacho del prefecto M. Lozé, quien, después de breve interrogatorio, mandó conducirle á la cárcel de la Conserjería.

Nuestros lectores saben que el príncipe Luis Felipe Roberto de Orleans, duque de Orleans (cuyo retrato publicamos en la pág. 108) es hijo de SS. AA. RR. los Condes de París, Luis Felipe Alberto de Orleans y María Isabel de Orleans y de Borbón, infanta de España, y nació en Twickenham, en 6 de Febrero de 1869, habiendo llegado, por lo tanto, á la mayoría de edad, según las leyes francesas, el mismo día en que salió de Lausana para la capital de Francia.

La celda que ocupa en la Conserjería (de la cual damos una vista en el segundo grabado de la misma pág. 108) está situada en el primer piso de la torre en que fué encerrado (en otra celda del piso bajo) el príncipe Jerónimo Napoleón, en 1883: es una vasta sala de forma octógona, con bóveda ojival rebajada, y recibe luz por dos ventanas altas, abiertas en los muros laterales; una mesa de tocador hay entre ellas, y al lado derecho está la chimenea; á la entrada, hacia la izquierda, aparece un modesto lecho de caoba, y en el centro figura una gran mesa de pino, con flores, periódicos y diversos papeles.

Nuestro grabado representa al Duque de Orleans en su prisión, de pie delante de la mesa, y leyendo en *Le Fígaro* la noticia de su arresto.

El miércoles 12 del actual compareció el joven Príncipe ante el tribunal correspondiente, formado por los magistrados MM. Tardif, Moleux y Pignard-Dudezert, y contestó con lentitud al cortés interrogatorio que le dirigió el presidente.

«¿De qué se le puede acusar?—dijo en su defensa el abogado M. Rousse.—¿Quizá de haber ejecutado un acto político? ¡No! Ha querido sencillamente servir á su patria como soldado, y si el tribunal se halla en el caso de condenarle, es seguro que le absolverán doscientos mil conscriptos de su clase.»

Y luego, apoyando una mano en el hombro derecho de su joven cliente, y dirigiéndose al tribunal con enérgico acento, M. Rousse exclamó: «¡Ojalá tenga Francia, en el día del peligro, muchos conscriptos como éste!»

Pero el tribunal, después de breve deliberación, condenó al Príncipe á dos años de cárcel, mínimum de pena marcada por la ley.

Concluiremos consignando que, según los últimos telegramas, el Duque de Orleans será indultado, tal vez hoy, por M. Carnot, y conducido hasta la frontera que él mismo designe, suponiéndose que el Príncipe señalará la de España, para reunirse con su augusta madre en el palacio de Villamanrique.

***

PALACIO DE SAN TELMO, EN SEVILLA.

El despacho y el gran salón de las Columnas.

Dos grabados publicamos en este número que reproducen (según fotografías de Laurent) magníficas estancias del palacio de San Telmo, de Sevilla, propiedad y residencia que ha sido, por espacio de largos años, de SS. AA. RR. los Sres. Duques de Montpensier.

El de la pág. 109 representa el despacho del Sr. Duque, y sus muros, que pudieran llamarse *archivo de familia*, contienen preciosos objetos de recuerdos íntimos: retratos, cuadros históricos, panoplias, esculturas, muebles riquísimos, y una selecta librería; el de la pág. 112 ofrece la soberbia perspectiva del gran salón de las Columnas, alhajado con suntuosidad verdaderamente regia y bien depurado gusto artístico.

***

RETRATO DE D. GABRIEL ALEJANDRO REAL DE AZÚA, DISTINGUIDO POETA AMERICANO.—(Véase el artículo necrológico, página 118.)

***

REAL MONASTERIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

El Panteón de los Infantes.

Nuestro segundo grabado de la pág. 116 es una vista parcial del grandioso *Panteón de los Infantes*, del Real monasterio de San Lorenzo del Escorial, tomada por nuestro colaborador artístico Sr. Comba frente al mausoleo que guarda el cadáver de S. A. R. el Sr. Duque de Montpensier, entre los sepulcros de las malogradas infantas D.ª Amalia y D.ª Cristina, hijas de aquel Príncipe.

En el *Panteón de los Infantes* yacen las reinas que no dieron sucesor á la corona de España, y los infantes, príncipes y princesas unidos al Soberano por lazos de inmediato parentesco, y contiene más de sesenta enterramientos, algunos muy notables: allí descansan los restos mortales de las reinas Isabel de Valois y María de Portugal, esposas de Felipe II; Leonor de Francia y María de Hungría; María Luisa de Orleans y María Ana de Neubourg, esposas de Carlos II; María Antonia de Nápoles, María Isabel de Portugal y María Amalia de Sajonia, esposas de Fernando VII; el príncipe D. Carlos de Austria; el célebre D. Juan de Austria, vencedor en Lepanto, que deseó con encarecimiento ser sepultado allí *en pago de sus servicios*, y cuyo cadáver, traído desde Namur, entró en su postrer morada el 21 de Mayo de 1579; el infante D. Carlos y el infante-cardenal don Fernando, hermanos de Felipe IV; el Duque de Vendôme, hijo natural de Luis XIV de Francia; el rey de Etruria D. Luis de Borbón; los infantes D. Gabriel y D. Antonio Pascual, hijos de Carlos III, etc.

En las capillas laterales del Panteón se han colocado recientemente los sepulcros de algunas personas Reales, entre otros, el de S. M. la Reina D.ª María de las Mercedes, primera esposa de D. Alfonso XII, y los ya mencionados de SS. AA. RR. las infantas D.ª Amalia y D.ª Cristina de Orleans y de Borbón y el del Sr. Duque de Montpensier.

***

SEVILLA:

Talleres de la fundición de cañones de los Sres. Portilla, White y Compañía.

El gran establecimiento de fundición de los Sres. Portilla, White y Compañía, de Sevilla, se ha ocupado desde su creación, en 1857, en construcciones mecánicas de toda clase y forma para la industria y la agricultura, y muy especialmente en la de máquinas y calderas para buques de vapor, así del Estado como de los principales armadores de la nación.

Ya en 1862 suministró á la marina de guerra las máquinas de las goletas *Wad-Ras, Andaluza, Guaaiana* y otras, de baja presión, sistema que entonces estaba en uso; más tarde, y sucesivamente, ha construído calderas para diversos buques, entre ellos *Doña María de Molina, Isabel la Católica* y *Concepción*, y máquinas del sistema *Compound* para los cañoneros *Pelícano, Salamandra, Cocodrilo, Paz, Eulalia, Magallanes, Isabel II* y *Ulloa*, y trabaja actualmente en la de triple expansión que se destina al *Audaz*, cañonero en construcción en el arsenal de la Carraca; durante el período transcurrido desde su fundación, el magnífico establecimiento ha experimentado diferentes ampliaciones y aumento de talleres, contándose entre éstos uno de laminación, en el cual se transforma el hierro en planchas, barras, ángulos, etc., según las necesidades de la industria, y ha sido dotado de la maquinaria y herramienta que exigen las más colosales y á la vez delicadas construcciones, siendo uno de los dos establecimientos españoles que son admitidos, hasta el presente, por el Ministerio de Marina á presentar proposiciones en concursos para máquinas de crucero de primera clase, aun de fuerza de 16.000 caballos.

Añadiremos que de los talleres de los Sres. Portilla, White y Compañía han salido las potentes máquinas de vapor y bombas para elevación de las aguas potables que abastecen á Cádiz.

Abierto concurso por el Ministerio de Marina para la fabricación de cañones, con sus correspondientes montajes, en España, y hecho llamamiento á la industria nacional, y también á la extranjera, mas con la precisa obligación de construirlos en el país, la casa de los Sres. Portilla, White y Compañía presentó proposición, en 4 de Octubre de 1886, para llevar á cabo la construcción de 85 cañones y 92 montajes, con sujeción al correspondiente pliego de condiciones, y siendo considerada como más beneficiosa á los intereses del Estado, le fué adjudicado el concurso en 18 de Marzo de 1887: esto motivó el nuevo ensanche del establecimiento, y la combinación de su importancia industrial con otra sociedad, la cual ha suministrado los materiales necesarios para dicha construcción.

Nuestros grabados de la pág. 117 (hechos sobre fotografías directas) representan el taller de cañones, el taller de montajes y el campo de tiro donde se verifican las pruebas: esos talleres, aunque de reciente creación, están dotados de abundante y poderosa maquinaria para construir cañones y sus correspondientes montajes, de los mayores calibres usados en nuestra marina de guerra, y de ellos ha salido el excelente armamento de los cruceros *Don Juan de Austria* y *Conde del Venadito*, estando ya dispuestas otras piezas de artillería de diverso calibre, cuyas pruebas se verifican por la Comisión inspectora en el campo de tiro, y con buen resultado.

La construcción de cañones y montajes se hace bajo la vigilancia de una Comisión permanente de Artillería de la Armada, y bajo la dirección técnica del ilustrado jefe del mismo Cuerpo, D. Joaquín Rodríguez Alonso.

Haremos notar la importante circunstancia de que, sin que desmerezcan la calidad de los materiales ni la mano de obra, puesto que la inspección facultativa es permanente, se han obtenido ya á precio más inferior que los adquiridos antes por el Estado, y se ha logrado que todo el personal de los talleres, así el técnico como el obrero, sea español.

El complemento de los talleres mencionados es el campo de tiro para las pruebas: está situado en Alcalá de Guadaira, próximo á la vía de Sevilla á Carmona, y enlazado con ella por medio de un ramal de camino de hierro, y tiene abierta una trinchera en la que hay varios túneles rellenos de arena para el alojamiento de los proyectiles disparados, y en la que es posible tirar desde 30 grados de elevación hasta 10 de depresión.

La superficie que ocupan los talleres de maquinaria y de artillería es de 1.500 metros cuadrados, y el número de operarios que allí tienen ocupación diaria pasa de 950.

Actualmente se fabrican en el establecimiento, además de los cañones y montajes pedidos para la Marina de Guerra, otros mnchos para la Compañía Transatlántica Española, obligada por el nuevo contrato al armamento de sus vapores-correos.

Hoy cuenta España, merced á la protección del Ministerio de Marina, con talleres de verdadera importancia para máquinas y para artillería, que producen á precios iguales, y veces inferiores, que los del extranjero.

***

EXCMO. SR. DR. D. ANTONIO RAMÍREZ FONTECHA,

rector de la Universidad Central de la República de Honduras.

Elegido para ocupar el alto puesto de primer magistrado de la República de Honduras el general D. Luis Bográn, hombre ilustradísimo y sincero patriota, animado de ferviente deseo por la instrucción pública, que es la base más firme del progreso, llamó á su lado al Dr. D. Antonio A. Ramírez y Fernández Fontecha, y le confirió los cargos de rector de la Universidad Central y presidente del Consejo Supremo de Instrucción pública de la nación, para que, con el distinguido literato hondureño y ministro D. Rafael Alvarado, llevase á cabo la reforma completa de la enseñanza; confiándole además la difícil misión de contratar en Europa un profesorado inteligente y laborioso para los establecimientos públicos de Honduras, así como la adquisición de libros de texto y de escogido material de enseñanza.

Hoy, cumplida ya satisfactoriamente esa misión por el doctor Ramírez Fontecha, navegan hacia la República de Honduras varios ilustrados españoles, hombres de ciencia, ingenieros, maestros superiores, etc., nombrados para desempeñar importantes cátedras en los primeros establecimientos de enseñanza, y entre los cuales recordamos el Dr. D. Manuel Montorio, que explicará Química en la Universidad Central de Tegucigalpa, y el distinguido escultor y autor dramático D. Tomás Mur, profesor de la misma Universidad, que ejercerá también el cargo de corresponsal artístico de este periódico en la nación hondureña.

Damos en la pág. 120 el retrato del Sr. Ramírez Fontecha, á quien felicitamos con sinceros plácemes por el buen éxito que ha obtenido, hasta ahora, en su noble empresa.

El Sr. Fontecha nació en Cádiz, el 20 de Enero de 1855, y en la misma ciudad hizo sus estudios de segunda enseñanza y de Facultad, coronando su brillante carrera universitaria con dos borlas de doctor; desempeñó la cátedra de Química inorgánica en la Facultad libre de dicha capital, y en 1878 tomó activa parte en las tareas del Congreso Médico reunido en Madrid, siendo elegido vocal de la comisión permanente del mismo; en 1881 pasó á Honduras para dirigir el Colegio Nacional de segunda enseñanza de la capital, captándose la amistad del Presidente de la República, á quien prestó sus servicios facultativos como médico particular, y en los cambios políticos ocurridos en 1883, aunque vivió alejado del Gobierno, sostuvo relaciones amistosas con su jefe, general D. Enrique Gutiérrez, y con los personajes y elementos más valiosos de la República.

Ocupóse luego el Sr. Ramírez Fontecha en asuntos de alta política, en la dirección de Obras públicas, en otros importantes ramos de la administración; en 1887, siendo propietario y director de *La Nación*, periódico de gran circulación en Centro-América y el primero en Honduras, sostuvo una campaña política larga y brillante, con motivo de las elecciones presidenciales, en la que se ganó el respeto de sus mismos adversarios; elevado á la presidencia el general Bogran, ya hemos dicho que el Sr. Ramírez Fontecha fué nombrado rector de la Universidad Central, presidente del Consejo Supremo de Instrucción pública y presidente además de la Academia Nacional, habiendo tenido también la representación oficial del Gobierno de Honduras en 1889, cerca del Gobierno de la República francesa.

En Centro-América, y singularmente en la nación hondureña, el nombre del Sr. Ramírez Fontecha está unido con todas las empresas oficiales que representan un progreso ó se dirigen á un fin de utilidad práctica para el pueblo: la Universidad Central, la Escuela de Artes y Oficios, los mercados de Tegucigalpa, el teatro Nacional, son hermosos testimonios de la administración honrada y progresista del general Bogran, y á todos ellos quedará ligado el nombre de nuestro compatriota Sr. Ramírez Fontecha.

En España también ha servido á la República de Honduras, no sólo dándola á conocer con exactitad y eligiendo para el profesorado de aquel país hombres ilustradísimos, sino contribuyendo por modo principal á que obtenga relaciones tan valiosas como las de las Reales Academias Española y de Jurisprudencia y Legislación.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

CRÓNICA DE EUROPA.

SUMARIO.

Continuación de los lutos europeos.—El chalet de Meyerling.—El castillo de Moncalieri.—Sanlúcar de Barrameda.—Recuerdos del Duque de Montpensier.—El Duque de Orleans en París.—El *Ballo in Maschera* en acción en el palacio de Sofía.—La cuestión de Creta.—El problema social en Alemania y en Europa.—Futura conferencia de Berlín.—Muerte del Cardenal Pecci.

ACCIDENTADÍSIMA la quincena que se extiende del 30 de Enero, fecha de mi última crónica, hasta la semana actual, y predominando siempre en ella la nota triste, que empieza con la celebración del primer aniversario del suicidio del archiduque Rodolfo, para tener fin con el fallecimiento del hermano mayor de León XIII. No tengo que repetir lo que la prensa europea ha dicho del dolor inmenso que se leía en el semblante de Francisco José cuando la familia Imperial de Austria asistió al servicio fúnebre en la iglesia-panteón de los Capuchinos de Viena. La tierna huérfana archiduquesa Isabel fué la encargada por su madre de colocar coronas de blancas rosas sobre el sepulcro de Rodolfo, cerca del cual, como ante el de su hermano Maximiliano de Méjico, quiso orar largo tiempo, solo con su dolor, el Emperador de Austria-Hungría, que había cubierto de flores y guirnaldas el modesto Escorial austriaco. Y no bastándole tal manifestación de duelo, el venerable Emperador, como la Emperatriz Isabel, que para caminar tenía que apoyarse en el brazo de su esposo y de su hija la archiduquesa Valeria, á quien la tragedia de Meyerling priva durante un año de ser la esposa de su actual prometido, quisieron trasladarse también desde la iglesia de los Capuchinos á la capilla gótica en que se ha convertido la estancia donde tuvo lugar el trágico drama, y en la que monjas carmelitas, algunas de ellas pertenecientes á la nobleza del Imperio, cantaron el oficio de difuntos por el alma del archiduque Rodolfo, notándose que al *Sanctus*, Francisco José, oprimido de congoja el corazón, rompió en abundoso llanto. La prensa fantasista francesa, deseosa de encontrar emociones en todo, y empeñada en no admitir la versión indudable de un doble suicidio, producido por una pasión que el destino había contrariado, no contenta con inventar el asesinato del heredero Imperial por un guardabosque celoso, motivo que, según los diarios de París, explicaría que junto al monasterio de religiosas de Meyerling se haya instalado un asilo para servidores inválidos de las posesiones imperiales, ha imaginado una novela de mayor efecto y sensación. El emperador Francisco José en su juventud había conocido á la Baronesa de Vetzera, que, nacida en Atenas, parecía una estatua de Fidias, y cuyas relaciones con el Monarca habían dado vida á la joven baronesa María, que llevaba, sin embargo, el nombre de su padre adoptivo, siendo el origen de su nacimiento un secreto para todo el mundo, á excepción de la madre y del Emperador. Ignorándolo Rodolfo, enamoróse perdidamente de la bella María, apelando así al Pontífice como al Emperador para ver de romper sus lazos con la princesa Estefanía. En una de las conferencias más íntimas entre hijo y padre, éste para arrancarle con toda esperanza la pasión de su alma, le hizo, siguiendo siempre la fábula de la prensa parisiense, la revelación del terrible secreto.

De aquí que, cuando amante y amada se convencieron de que siendo hermanos jamás podían realizar su sueño de amor, consumasen en cambio su doble suicidio. No dando á esta narración valor alguno, diremos que varios de los jóvenes amigos del Archiduque, des-

pués de orar por su alma en el santuario de Meyerling, siguiendo el bosque que tantas veces atravesaron Rodolfo y María, fueron al no lejano monasterio de Benedictinos, en cuyo modestísimo panteón, sencillo como toda aquella casa de campo que con la iglesia habitan los religiosos, se veía cubierta de blancas rosas la tumba de la casi infantil Baronesa de Vetzera.

***

Ya están en el solitario castillo de Moncalieri, junto al Po, la última Duquesa de Aosta, Leticia, con su madre Clotilde de Saboya, para quienes el destino ha sido bien cruel. Pues mientras la primera ha quedado viuda á los pocos meses de su enlace, puede decirse que moralmente lo es Clotilde desde que la razón de Estado la sacrificó á la alianza, hoy despedazada, entre la Francia y la Italia. Con el dolor también de que vea á su hijo primogénito en plena discordia con el padre, sin que se hayan realizado aquellas esperanzas de que me hice eco en la Crónica anterior sobre una reconciliación entre Víctor Napoleón y Jerónimo Bonaparte ante la tumba del Duque de Aosta. El Parlamento itálico habrá votado, á la hora en que esta revista se publique, el que la esposa é hijos del príncipe Amadeo sigan disfrutando la dotación á éste concedida á su vuelta de España; y su primogénito Manuel Filiberto, pasadas las primeras semanas de luto, vendrá á habitar el palacio Pitti de Florencia, como Leticia ocupará el palacio Real de Turín. Habíase dicho que el nuevo Duque de Aosta residiría, como su padre, en la capital del Piamonte, y tal había sido la esperanza dada por el Rey á la ciudad que fué su cuna y corte un día de Italia. Los *reporters* fantasistas del otro lado de los Alpes han inventado también su leyenda, que aplican á esta separación de residencias entre la joven viuda y el hijo político. Jóvenes ambos de la misma edad, viéndose frecuentemente en Moncalieri y en Turín, había surgido tres años hace un sentimiento natural, aunque no revelado por los labios, en los corazones de los dos primos hermanos. Motivo por el cual no tuvo éxito alguna negociación

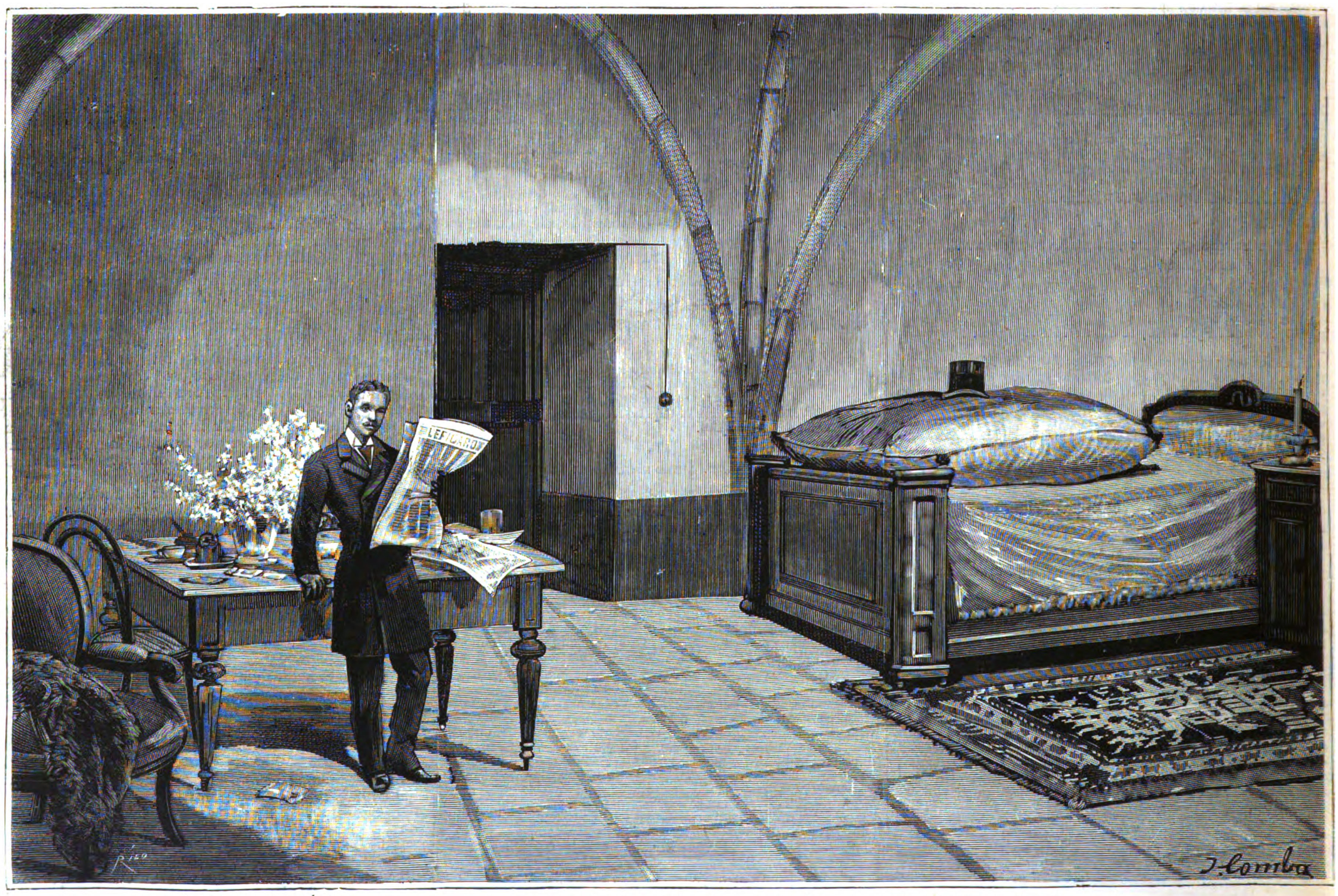


S. A. R. LUIS FELIPE ROBERTO DE ORLEANS,
DUQUE DE ORLEANS.

para otro enlace de Manuel Filiberto. Pero el Duque de Aosta, con el trato cambió su afecto de tío por el de amante, y Leticia, que lo quería con afección tranquila, no osó resistir á un voto que estaba en el corazón de Clotilde su madre y en los deseos del mismo Rey de Italia. Sería una situación parecida á la que Schiller trazó entre Isabel de Valois, Felipe II y el príncipe Carlos, con estas diferencias: que el Duque de Aosta era el más dulce de los príncipes y el más amante de los padres; que ni en Moncalieri ni en la corte de Turín se ha representado ninguno de los terribles dramas del Escorial; que Leticia, una vez esposa de Amadeo, lo ha amado con entrañable cariño, y que si hay una tumba abierta en la Superga, no ha sido la del hijo inconsolable; sino la del padre bondadoso. El nuevo Duque de Aosta no tardará además largo tiempo en consumar un enlace, proyectado ya, con la princesa Elvira de Baviera, realizándose entonces la regia promesa de habitar en Turín el palacio de la Cisterna.

***

Si sólo escribiese para España, cuando sé que LA ILUSTRACIÓN cuenta vastísimo público en América, me abstendría de ir á la zaga de toda la prensa española, ocupándome, aunque rápidamente, de esa otra catástrofe de que ha sido teatro el bello soto inmediato al palacio de Sanlúcar de Barrameda y á las risueñas márgenes del Guadalquivir, en este invierno funesto, donde los sitios que más se asemejan al paraíso se convierten en escenas de luto y desolación. Hay en ese Príncipe que marchando á alegre cacería cae muerto, no por las balas que desafió en la Argelia, sino por un derrame seroso; en esa especie de cabaña que sirviéndole de primera cámara funeraria, se empeñan en visitar sus nietos y su esposa, que alegres creen correr al encuentro del cazador, amante abuelo y cariñoso esposo, para encontrarse con un cadáver; y hasta en la escena del palco regio del teatro Real, cuando la infanta Isabel se empeña en saber la primera lo que el teléfono de Palacio no quería revelar á nuestra familia Real, gozosa aquella



PARÍS.—EL DUQUE DE ORLEANS EN SU PRISIÓN DE LA CONSERJERÍA.

PALACIO DE SAN TELMO (SEVILLA).



EL DESPACHO QUE FUÉ DE S. A. R. EL DUQUE DE MONTPENSIER.

(De fotografía de Laurent.)

noche de haber visto salvado al tierno Alfonso XIII, y de poder salir del luctuoso alcázar, algo que se prestaría á un drama de los más conmovedores, poniendo término á la vida accidentadísima del príncipe Antonio de Orleans, duque de Montpensier. Porque todo en su existencia ha sido un continuado constraste, semejándose á esas luchas que las leyendas establecen entre el hada fatal y el hada benéfica de un príncipe. En el reparto de carreras que Luis Felipe hace entre sus hijos, dando á los Duques de Orleans, de Nemours y de Aumale el Estado Mayor, la Caballería y la Infantería, como al Príncipe de Joinville la marina, toca al joven y gallardo Montpensier la Artillería. Al frente de su batería, pelea y es herido en los campos argelinos, recibiendo la faja de general como antes ó después la rica herencia de su tía, la princesa Adelaida, y la mano de la infantil heredera del Trono de España. Dirigiendo *El Heraldo* en aquella crisis suprema, larga y accidentada de los enlaces regios; depositario de una parte de los secretos de mi amigo el ministro Alejandro Mon, y en estrechas relaciones con D. Javier Istúriz, pude seguir aquella serie de luchas entre la Francia y la Inglaterra, donde sucediéndose la candidatura del rey Francisco de Asís á la de un príncipe de Coburgo, por despecho en la reina Cristina de que Luis Felipe no se decidiera á dar por esposo á la Reina de España el Duque de Aumale, acabó todo por destinarse la infanta Luisa Fernanda al Duque de Montpensier. Solución que, no teniendo las ventajas de la deseada por María Cristina, tuvo todas las contrariedades de una lucha con la Gran Bretaña, y no fué ajena á la catástrofe de 1848 en París. Luis Felipe, que renuncia para sus hijos los tronos de Bélgica y de Grecia, demostró la sabiduría de un Néstor; al parodiar en sus últimos años la obra de Luis XIV, se olvidó de las mismas fatales consecuencias que para el gran Monarca de la Francia tuvo en sus últimos años la idea del pacto de familia y de la supresión de los Pirineos. Todavía me parece estar viendo á los gallardos mancebos Duques de Aumale y de Montpensier entrando á caballo en Madrid durante hermosa otoñada, y presidir, con reinas y princesas, la fiesta que los caballeros en plaza daban en su honor, y el magnífico sarao regio en el palacio que fué de los Osunas y Benaventes, ofrecido á la Corte de España por el embajador Conde de Bresau, el fiel ejecutor de las voluntades de Luis Felipe y de Guizot, como fué la víctima primera de las bodas españolas.

Algunos meses después la joven Duquesa de Montpensier huye casi sola en las calles de París de las oleadas revolucionarias que han invadido las Tullerías, mientras el Duque de Montpensier, que aconseja á Luis Felipe abdique en su nieto, el niño Conde de París, bajo la regencia de la Duquesa de Orleans, solución que llega tarde, tiene que acompañar á su anciano padre á su ostracismo en Inglaterra, para hacer allí compañía al titulado Enrique V y al que días después será Napoleón III.

Han pasado cuatro lustros, y la revolución española, precedida del destierro de los Infantes á Portugal, abre para otro descendiente de Felipe Igualdad, en Aranjuez y Madrid, las mismas perspectivas que las jornadas de Julio abrieron para su padre en Versalles y en París. Pero estaba escrito que al acercarse á las gradas del trono, así en 1846 como en 1868, el Duque de Montpensier no pudiera realizar el sueño de su vida, y que llegando el turno al hada maléfica, sin quererlo, dejase muerto á su pariente el infante D. Enrique, y que cada vez más alejado de una corona que circula ofrecida por Europa á Fernando de Braganza, al Duque de Génova, al de la Victoria, al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, siendo causa de la ruina de su Francia querida, y al Duque de Aosta, que acabó por aceptarla, tuviera que sufrir un segundo ostracismo en las islas Canarias. Pero de nuevo, y durante el lustro sucesivo, vuelve á imperar en su existencia la estrella feliz, y la reconciliación entre dos hermanas que nunca habían dejado de amarse y que en el fondo de sus corazones deploraban una lucha fratricida, prepara la restauración de Alfonso XII y el enlace del que es ya rey de España con su prima Mercedes de Orleans. Permítaseme en esta reseña á vuela pluma un recuerdo de tiempos pasados. Cúpome la suerte en París de ser tal vez el primero en preparar en la prensa la reconciliación de la reina Isabel con el Duque de Montpensier, aun á costa de que mis esfuerzos en *La Epoca* para este fin, fuesen desautorizados ante la pasión no apagada de los partidos. Como en el palacio de Castilla, y en una fiesta de Pascua, á presencia de los dos jóvenes Príncipes, casi niños, brindé por las futuras bodas de Alfonso XII y Mercedes de Orleans. Fué aquél el gran período de las fortunas del Duque de Montpensier, pues mientras veía colocada la corona de España sobre la sienes de su hija, aquella inolvidable Mercedes que, como rosa de primavera, vivió lo que las flores de Mayo, y la Duquesa de Galliera, como antes la princesa Adelaida, le donaba riquísimo patrimonio en esa misma Italia, donde entraba en posesión de pingüe ducado, el rey Víctor Manuel, meses antes de morir, me llamaba á su palacio para expresarme el deseo de enlazar un príncipe de la Casa de Saboya con la otra hija de los Duques de Montpensier, la simpática Cristina de Orleans. Y he aquí que de nuevo interviene el destino fatal, y Cristina sigue en la tumba á su hermana la reina Mercedes; los Condes de París tienen que abandonar el suelo de la Francia, y sólo el aire puro de los Alpes salva al único varón que quedaba á los infelices padres, los cuales han perdido cinco de sus siete hijos, de una muerte que se temió inminente. Al fin parecía que á fuerza de desventuras y de años se había conjurado un tanto el fatal horóscopo que antes de morir exhaló el infante D. Enrique. Una nieta de Antonio María de Orleans era reina de Portugal; sus esfuerzos habían logrado reconciliar á su hijo político, el Conde de París, con el Duque de Aumale, censor de la loca alianza bulangerista; y la dilatada, cuanto virtuosa familia de Orleans se había dado cita ya en el otoño de 1890 para celebrar las faustas nupcias del heredero de quien, según sus partidarios, será Felipe VII de Francia, y su prima Margarita, hija de los Duques de Chartres. En tales momentos, y mientras el Conde de París y el Duque de Chartres navegaban para nuestra isla de Cuba y la América española, y la Infanta de España, Condesa de París, se complacía visitando en Sevilla la casa de Hernán Cortés, y en San Carlos de la Rábida el monasterio que albergó á Cristóbal Colón, edificios ambos restaurados por el Duque de Montpensier, acontece que éste tiene que recibir en sus brazos el cuerpo inanimado de su padre, mientras el Príncipe, su hijo, abandona el Circo de Madrid, donde le sorprende la fatal nueva telegráfica, para acompañar su féretro desde el palacio de Sanlúcar de Barrameda hasta el panteón de Infantes del Escorial, cuya restauración por Alfonso XII debióse en gran parte á los deseos del Duque de Montpensier. Allí, y después de exequias regias, acompañando el cadáver así los altos servidores del tierno Alfonso XIII como los pocos diputados que han sobrevivido de los que lo votaron para rey de España, trono para el que fué preferido Amadeo I, que le ha precedido en la tumba, duerme, junto á los sepulcros de Mercedes, de Cristina y de Alfonso, el sueño eterno. María Cristina ha colocado sobre ellos corona inmortal.

***

Para que todo sea dramático en esta quincena de lutos casi regios, cuando la Condesa de París está orando todavía en la capilla fúnebre del palacio de San Telmo ante el féretro de su padre, he aquí que el telégrafo lleva á ella y á la Europa la no menos sorprendente nueva de que Luis Felipe Roberto, duque de Orleans, acababa de ser preso en París, revistiendo el suceso los caracteres casi de una novela fantástica. El joven Príncipe, de quien decíamos en Crónica anterior que sólo había desistido del deseo de servir en el ejército de Rusia, donde le esperaba el grado de Mayor, ante la circunstancia de haberse alistado ya en la Guardia Imperial moscovita el príncipe Luis Napoleón, y cuyo legendario viaje á las Indias hemos contado en estas revistas, cumplió el 6 de Febrero los veintiún años, ó sea la mayor edad, según las leyes de Francia. Sin consultar el proyecto con nadie, ni aun con el mismo coronel su preceptor militar, á quien ama entrañablemente, ni con el padre, viajero en el Atlántico, que probablemente le habría disuadido de su idea, ni con la madre, lejana en Andalucía, y de quien ignoraba el duelo que en aquellos momentos la oprimía, llama á Lausana, en el precioso lago Leman suizo, á su compañero de infancia y de colegio el Duque de Luynes, cuyas espléndidas bodas con la linda Duquesa de Uzès relataba no ha mucho la prensa parisiense, para que sea el compañero de su viaje en la aventurera excursión á Francia. Cuando, ya un tanto disfrazado el Príncipe, han tomado los dos jóvenes, sin otra compañía ni equipaje, el tren de Ginebra para París, le revela, sin que el Duque de Luynes pueda disuadirlo de un acto no consultado con el Conde de París, que va á Francia para alistarse como soldado; deber que la ley impone á todos los jóvenes franceses apenas cumplidos sus veintiún años. Y dicho y hecho: llegan ignotos á la capital de la República y al bello palacio ducal de la rue Saint Dominique, junto á la Embajada española, y no lejos de la morada de los Duques de Chartres, cuyas Princesas, con los Duques de Nemours y Aumale y el Embajador español, están asistiendo en aquellos momentos al servicio fúnebre por el Duque de Montpensier, abuelo del joven Príncipe.

Pero éste, subordinando todo afecto de familia al pensamiento que abriga su alma, sin oir á ningún jefe orleanista importante, y siempre acompañado del Duque de Luynes, nuevo Pilades de este Orestes, corre á la oficina de alistamiento y á la alcaldía de su distrito, donde ni el veterano sargento ni el oficial municipal encuentran su nombre entre los jóvenes que deben ser alistados; pasando de allí al Ministerio de la Guerra, al lado del hotel Luynes. En él, y ante la ausencia de Freycinet, un distinguido coronel, recordándole el texto de la ley de 1886 que extraña del suelo francés á los jefes de las dinastías que han reinado en Francia y á sus herederos, al propio tiempo que les prohibe servir en el ejército y armada francesa, le hace presente las graves consecuencias de su entrada en Francia. Todo es inútil. Luis Felipe, de vuelta á su morada, escribe al Ministro de la Guerra pidiendo con urgencia una solución á su demanda, pues ni quiere, prolongando su presencia en París, dar pretexto á ningún género de manifestaciones políticas, á las cuales es extraño su acto patriótico, ni cree que el texto de la ley de 1886, impidiéndole todo grado en el ejército francés, puede privarle del honor de servir como simple soldado á la Francia.

***

Entretanto, conocida la nueva en París, se ha reunido el Consejo de Ministros, bajo la presidencia de Carnot; y dominando, por respeto á una ley votada en el Cuerpo legislativo, la idea de aplicarla, al sistema de conducir nuevamente á la frontera al joven Príncipe, apenas salido horas antes de la menor edad; el prefecto Lozé y el comisario de policía Clemens, presentándose en el hotel Luynes, preguntan á los dos jóvenes duques cuál es el de Orleans. Desde el palacio, en el *faubourg Saint Germain*, y en un carruaje del Jockey Club, pues toda esta escena reviste los caracteres de la *Fronda*, van á la Prefectura, y desde allí á la prisión de la *Conciergérie*, donde el Duque de Orleans ocupa en la torre del reloj la misma estancia privilegiada que habitó Jerónimo Napoleón. Al día siguiente, llevado ante el Tribunal correccional, donde ya le asisten el senador Boyer, representante de los intereses del orleanismo, el secretario del Conde de París y el joven abogado Buffet, hijo del célebre ministro, reiteró ante los magistrados, muy deferentes con él, sus protestas de que, ajeno á todo plan político, por lo cual con nadie había consultado su acción, venía á reclamar sencillamente su derecho y su deber de servir á la patria, pues que ninguna ley de excepción podía anular la obligación que todo ciudadano tenía hacia la Francia. Los magistrados, sin discutir la ley, y debiendo sólo aplicarla, concedieron al Príncipe el plazo de tres días, no pedido por él, sino aconsejado por sus amigos, para elegir defensor, que lo es el académico Rousse, auxiliado de Cresson, el cual, como decano del Colegio de Abogados, se puso noblemente á disposición del Príncipe.

De regreso de la *Conciergérie*, no sin que la noticia ya esparcida en París causara gran emoción en el pueblo, como en el Cuerpo Legislativo y en el Senado, telegrafió á su madre en Andalucía, y recibió las visitas de las contadas personas que tuvieron para ello autorización del Prefecto ó del Gobierno.

Entre ellos, los Duques de Nemours, de Aumale y de Chartres, de vuelta de las exequias de Dreus por su abuelo celebradas. El senador Bocher, el Duque de Luynes, la Duquesa de Chartres y, la más grata para su corazón, de su prima y prometida la princesa Margarita de Orleans. Los jóvenes novios abrazáronse cariñosamente en presencia de la madre, mientras la princesa Margarita, llenos sus ojos de lágrimas y estrechando sus manos entre las suyas, le decía estas frases: «Gracias, Luis, gracias. Has obrado noblemente.» Las palabras de Margarita revelan el sentimiento de la inmensa mayoría de los parisienses. Los hombres serios, y, naturalmente, los ardientes partidarios de la República, pueden calificar de aventura ó calaverada juvenil el acto del Príncipe, sabiendo bien que el sobresalto que iba á causar á sus padres y los peligros que corre, no podían dar resultado inmediato alguno. Pero la imaginación popular, tan viva en Francia, encuentra algo de gallardo, de fuera de lo común y vulgar, y de valentía en la acción de un príncipe que abandona los placeres de la juventud en Suiza, las alegrías que le esperan con la elegida de su corazón en Inglaterra, y la libertad de viajar por todo el mundo, cuya vuelta ha dado ya, prefiriendo ir á ocupar una fortaleza ó una prisión, con tal que sea dentro de su amada Francia.

Con razón la princesa Margarita, elogiando, naturalmente, la conducta de su amado, le decía ser digna de ROBERT LE FORT, cuyo nombre glorioso llevó el Duque de Chartres cuando, simple voluntario, peleó valerosamente en la guerra desesperada contra los alemanes en 1870. Los que tratan á fondo al joven Duque de Orleans, dicen estar dotado de un carácter serio y justo. Ya de niño, cuando el coronel Parceval, su profesor, le contaba el juicio y muerte de Luis XVI, teniendo que contestar á sus insistentes preguntas, le manifestara que el Duque de Orleans, llamado Felipe Igualdad, había votado aquella inicua sentencia, rompió en llanto, añadiendo habría deseado ignorarlo toda su vida. No hay en esta aventura, propia de un joven de sentimientos elevados, nada que revele la ambición, como en Víctor Napoleón, de usurpar la posición de su padre, resultando completamente falsas todas las versiones de una abdicación del Conde de París, y de ser su hijo portador de un manifiesto á la Francia. Puede acontecer únicamente que á los oídos del Duque hayan llegado ecos de las ideas que muchos jóvenes orleanistas abrigan de que, en vez de alianzas electorales funestas con el general Boulanger, el Conde de París habría debido mostrar en alguna circunstancia de su vida iniciativas más enérgicas, y que, sin ir hasta la guerra civil, por fortuna desconocida en la Francia moderna, era posible hacer algo más, no siguiendo la actitud pasiva del Duque de Aumale y del Príncipe de Joinville en 1848, y la de Enrique V durante toda su vida, aunque conservando éste la incolumidad de los principios que representaba, prefiriendo al trono, morir envuelto en los pliegues de la bandera blanca.

Una zíngara de Hungría predijo en Frosdhorf que no reinarían ni el Conde de Chambord ni el Conde de París, pero sí el Duque de Orleans. Acaso su escapatoria desde el lago Leman á las orillas del Sena pueda ser el primer pedestal de esta restauración. Desde luego su popularidad ha acabado de eclipsar la estrella pálida del desterrado de Jersey.

Por el momento, Luis Felipe de Orleans, en su sentida carta al Presidente de la República, protesta de que al presentarse en Francia, y no obstante el luto que lo llamaba al lado de su madre, el solo pensamiento que le ha guiado fué el de prestar su servicio como soldado, bajo la bandera tricolor, sentimiento que todo buen francés debe á la patria. Confiando en el fallo de la conciencia de Carnot, «si os honráis, con razón, de contar (le dice) entre vuestros antepasados un gran nombre patriótico, no os sorprenderá invoque la memoria de tantos príncipes, mis abuelos, muertos por la Francia sobre los campos de batalla, y que, descendiente de Enrique IV, pida ser simple soldado de ella en sus días de desventura.»

A la hora en que escribo estas líneas, la magistratura francesa habrá pronunciado su fallo (1), que será además conocido mañana de mis lectores en tan palpitante proceso.

Para mí no es dudoso que, aunque con sentimiento, tendrá que aplicar la ley, si bien en su grado mínimo, de dos años de prisión. Los defensores, jurisconsultos notabilísimos, creen encontrar una defensa legítima en que la ley de 1889, imponiendo el servicio militar á todo francés, cosa que el Duque de Orleans no ha dejado de ser, y anulando todas las leyes excepcionales anteriores,

(1) Véase el artículito correspondiente en la sección *Nuestros grabados*.—(N. de la R.)

desvirtuaba la de 1886. Pero difícilmente podrían probar que anulaba por completo también la que veda la entrada en el territorio de la República á los príncipes proscritos. De esperar es, sin embargo, que pronunciada la sentencia, el descendiente del gran Carnot acabe por amnistiar al joven Príncipe. Díjose ser ésta una gracia acordada, y que su envío á Suiza ó á España, al lado de su madre, seguiría inmediatamente á su fallo condenatorio. Pero al dar el ministro Constans la promesa al Duque de Luynes de que permitiría acompañar á su amigo en la ida como le acompañó en la venida, le añadió que pasaría algún tiempo. Ha influído en el aplazamiento de la gracia el debate provocado en el Cuerpo Legislativo por el orleanista Cazenove de Pradines, pidiendo la abrogación de la ley de ostracismo de 1886, propuesta desechada por 328 votos contra 171, después de declarar el Gobierno que esta abrogación inmediata sería impolítica, tan reciente aún la verdadera conspiración contra la República, de una parte de los orleanistas con los partidarios del general Boulanger.

***

El espacio me falta para reseñar lo que en mi sumario llamo reproducción del *Ballo in Maschera* en acción, con la tragedia de que ahora debía ser teatro verdadero el palacio de Sofía. Una conspiración tramada por el Mayor búlgaro Panitza, con la ayuda de otros oficiales y cierta complicidad de diplomáticos rusos en la península de los Balkanes, se dijo haber estado á punto de costar la vida en un baile al príncipe Fernando de Coburgo.

Para completar cierta analogía con el drama lírico de Verdi, también aquí la esposa de Panitza representa el papel de haber adormecido con sus gracias, hasta el punto de convertirle en cómplice, al Prefecto de Sofía.

Noticias anteriores, empero, aseguran que los conjurados no se proponían asesinar al joven soberano de Bulgaria, sino simplemente ponerlo en la frontera, como hicieron los partidarios de la Rusia con Alejandro de Battenberg. Habrían asesinado, sí, á Stambulof y al Ministro de la Guerra. También se desmiente que Fernannando de Coburgo se haya decidido á abdicar su corona de príncipe soberano, tan difícil de llevar; pero mucho recelamos que de continuar la política que, un tanto adormecida, vuelve á iniciar el Czar, tal sea el desenlace inevitable, y que coincidiendo con la primavera una nueva insurrección de Creta, y surgiendo las consecuencias del pacto entre el Montenegro y la Servia, se abra en Mayo la cuestión de Oriente.

Termino esta crónica como la empecé—prescindiendo de los notables rescriptos del Emperador de Alemania sobre la cuestión social y obrera, que merece ser tratada detenidamente cuando esté próxima la reunión de la Conferencia internacional por Guillermo II convocada—con la noticia del fallecimiento del Cardenal Pecci, hermano mayor de León XIII, y que á los ochenta y tres años, con piadosísimo fervor religioso, dió su alma al Creador en este célebre palacio de los príncipes Barberinis.

Grande fué la emoción dolorosa del Santo Padre cuando, á pesar de esperada, le llegó la fatal noticia, tanto más sentida, cuanto que la funesta situación creada entre el Vaticano y el Quirinal impidió que cerrase sus ojos al hermano amado, contentándose con enviarle su bendición fraternal y apostólica.

El Cardenal Pecci era un gran teólogo, entusiasta de la filosofía de Santo Tomás, y tan modesto, que se hizo violencia para aceptar la púrpura cardenalicia, pedida por el Sacro Colegio para el hermano del Pontífice. León XIII le alzará bello mausoleo en su iglesia titular de Santa Agueda, en la antigua Suburra, contemporáneamente al sepulcro propio, que el Papa, á sus expensas, va á erigirse en San Juan de Letrán. Sobre urna de pórfido, apoyándose en las estatuas de la Religión y de la Justicia, descansa la figura del actual Pontífice. Apresurémonos á decir que su florida salud, da la esperanza de que reine los años del Pontificado de San Pedro.

Conde de Coello.

Roma, 12 de Febrero de 1890.

REVISTA MUSICAL.

Los anales del arte tienen que registrar nuevas y dolorosas pérdidas. Á la muerte del patriarca de nuestros músicos, el respetable Saldoni, y á la del célebre Gayarre, hase sucedido la del gran artista Ronconi, á quien por muchos motivos debemos considerar, y él por tal se tenía, como compatriota nuestro, y la de un maestro tan inteligente como erudito y amante de nuestras glorias musicales, cual era D. Antonio Aguado.

Sabedor el viejo Ronconi de la muerte del tenor español, escribió trabajosamente una tarjeta al maestro Arrieta, en que decía: «¡Julián Gayarre, compañero del alma, nos veremos pronto! Tú mueres en el apogeo de tus facultades; yo en la pobreza y en el olvido»; palabras estas que encerraban una verdad tristísima, y expresión aquéllas de un presentimiento cuya realización no se hizo tardar.

El sentido y bien escrito artículo que ha publicado La Ilustración Española y Americana, debido á la gallarda pluma del Sr. D. Manuel del Palacio, y dedicado al artista de que hablo, excusaba seguramente estas mal pergeñadas líneas, consagradas á evocar su memoria, y hubiera sido causa más que bastante para haberlas omitido, si el temor de que pudiera considerárseme cómplice, al menos, de la glacial indiferencia con que la generación actual ha visto su muerte, no me decidiera á trazarlas, bosquejando, siquiera sea en pocos renglones, la vida artística de Ronconi.

Hijo de un célebre tenor, que á los consejos paternales añadió las enseñanzas del maestro, debutó en el teatro de Pavía, allá por los años de 1830, alcanzando desde luego grande éxito, que afirmó más y más después en Roma, donde luego se hizo oir. Desde entonces, la vida artística de Ronconi fué una serie continuada de triunfos artísticos, ganados no sólo en toda la Italia, sino en Viena, San Petersburgo, Londres, París y Madrid.

Poseedor en alto grado del verdadero arte del *bel canto*, al punto de domeñar su potente voz, á veces ingrata, hasta hacerla armoniosa y vibrante, según el caso y la situación dramática exigían; actor consumado, y conocedor como pocos de todos los recursos escénicos, por nadie fué superado en sus tiempos en la manera magistral como interpretaba, ya trágicos papeles en *Maria di Rohan* y *Nabuco* (escritas para él por Donizetti y Verdi), *Lucrezia Borgia*, *Lucia di Lammermoor* y *Rigoletto*, ya el del charlatán Doctor Dulcamara en el *Elisire d'amore*, ó ya el del desenvuelto y travieso Fígaro del *Barbiere di Siviglia*, dando á este último un colorido tan propio y genuinamente español, que no parecía el Príncipe de los barítonos, como entonces se le llamaba, nacido en Milán, sino en el corazón de la tierra «donde la sal se cría», educado en Triana y graduado *in utroque* en el propio Perchel de Málaga.

Reveses de la fortuna le hicieron abandonar el carmen granadino á donde se había retirado á descansar de una larga y gloriosa carrera artística, y le trajeron viejo y pobre á Madrid. Sus amigos y los amantes del arte que recordaban las campañas afortunadas que libró, sobre todo en el antiguo teatro del Circo, á donde el banquero Salamanca trajo los artistas de ópera italiana más renombrados en su tiempo, trataron de salvarle, en lo que posible era, de las amarguras de la miseria en que se veía envuelto, y consiguieron se le nombrara maestro de canto de nuestra Escuela Nacional de Música y Declamación, cargo que ha conservado hasta su muerte. Víctima de una parálisis que hace años le atormentaba, el hombre á quien por largo tiempo acarició la fortuna ha muerto en tal escasez de recursos, que la Sociedad de Escritores y Artistas ha tenido que costear los gastos de su sepelio.

La gloria de los cantantes es tan grande como fugaz, y su recuerdo no pasa de aquellos que los oyeron. Pero para que mis lectores puedan formarse una idea de lo que el artista de que hablo era, les repetiré lo que con gráfica frase me decía no ha muchos días un reputado maestro: «Ronconi era bajo de estatura, no muy agraciado y de voz poderosa, pero desigual y á veces desafinada; aparecía en la escena, y resultaba buen mozo, de varonil presencia, y su canto arrebataba al auditorio, dominándole por completo.» ¡Tan grande es el poder de la inteligencia y del arte!

D. Antonio Aguado era uno de esos hombres en quien la modestia y el mérito se aunaban; cuya vida fué una labor constante, y cuyos placeres se hallaban condensados en el hogar doméstico, en el estudio de los grandes genios del arte al cual se había dedicado, y en el solícito afán de rebuscar datos y monumentos referentes á las glorias de la música española.

Alumno del Conservatorio á raíz de la creación de este centro artístico, donde recibió las lecciones de Saldoni y de Albeniz, y maestro luego allí donde fué discípulo, Aguado, como compositor, escribió gran número de obras religiosas, algunas de ellas de verdadero valer; como didáctico, colaboró con acierto en método de piano conocido con el nombre de *Unión artístico-musical;* y como amante del arte, no fué de los que menos coadyuvaron á la publicación de la *Lira sacro-hispana*, hermosa y selecta colección de las mejores obras de nuestros antiguos y modernos maestros, y uno de los muchos títulos que honran la memoria del insigne Eslava, que la inició y dirigió con tanto esmero como gran conocimiento de maestros clásicos españoles. Y si tal era el artista, no era de menos valía el hombre: de honradez sin tacha, de trato afable y cariñoso, sincero y leal en sus afectos, y solícito en el cumplimiento de sus deberes, Aguado ha sido uno de esos hombres cuyo vacío no es fácil de llenar, y cuya pérdida era natural que causase el verdadero duelo en que ha dejado á cuantos se honraban con su amistad y trato.

En la penosa y lánguida existencia que arrastra el teatro Real, debida, más que á otra cosa, al desacierto, mayor aún este año que los anteriores, que ha presidido á la elección de cantantes, y á la consiguiente notoria é indiscutible medianía de los más de ellos, la única novedad que debe mencionarse es la aparición (que en lo rápida, sólo ha podido compararse á la que gastan los criados de la *Soirée de Cachupín* para ofrecer dulces y helados á los convidados de éste) de la señorita Pacini, que, según parece, comenzó su carrera artística el año pasado en el teatro de San Carlos, de Lisboa, y á la cual nuestro público ha hecho una favorable acogida.

La voz de la señorita Pacini no es de gran volumen, pero en cambio tiene un timbre muy agradable, es de bastante extensión, fácilmente emitida, y de afinación correcta. Posee, además, la dicha joven, gran agilidad en la garganta, ataca valientemente y con fortuna las notas altas, y muestra en todo estar bien y sólidamente educada en el arte del *bel canto*, y ser digna discípula de un maestro tan acreditado como con justicia lo es en el vecino reino Napoleón Vellani Albini. Sólo hubiera sido de desear que en la manera de decir algunas frases hubiera mostrado algo más pasión y sentimiento; pero esto, aparte del natural temor que siempre embarga á quien da los primeros pasos en su carrera artística, hubiera sido al presente punto menos que pedir peras al olmo, dadas las condiciones en que la señorita Pacini ha cantado aquí la *Sonámbula*, única ópera en que se le ha oído. La fuerza de las circunstancias ha hecho, sin duda, que la inexperta joven, contrariando los sanos consejos que en más de una ocasión le habrá dado su padre el barítono Pacini, se haya visto obligada á juntarse con malas compañías, artísticamente hablando, se entiende; que por tales para el caso deben tenerse las que ha tenido en la interpretación de la inspirada y poética obra de Bellini; y esto supuesto, difícil era que mostrara pasión alguna, y que de expresar sentimiento, fuera otro que el que le causara el duro trance en que se veía puesta. Así es que su talento y sus buenas cualidades artísticas sólo han podido brillar cuando cantaba sola, y que cuando esto no ha pasado, se la viera contagiada de la frialdad glacial de las incoloras medianías que la rodeaban, y hasta de la orquesta misma, convertida, en el caso de que hablo, en aquel guitarrón tan censurado por Wagner en uno de sus más discutidos escritos.

La *Sociedad de Cuartetos* ha terminado, con las dos últimas sesiones celebradas en los pasados días, su campaña de este año, tan brillante y gloriosa como la que más, de las muchas que cuenta ya en su larga y honrosa historia. Decir que en ellas los inteligentes intérpretes de las obras clásicas, y sobre todo su director el insigne Monasterio, fueron dignos de entusiastas aplausos y merecidos encomios, sería consignar una gran verdad, pero que no cogería de nuevo á mis lectores, cuya mayoría conoce por sí propia, ó por fidedignos testimonios al menos, el valor de tales artistas; por ello me limitaré tan sólo á hacer mención de dos de las obras que en las dichas sesiones se han oído; la una, por ser la vez primera que figuraba en los programas; la otra, porque años ha que no se oía en las dichas sesiones.

Sabido es que Gœthe fué quien más inspiró con sus obras á Schubert. La belleza de la forma, dice un biógrafo de éste; lo rico y vario del fondo; la pureza y la elegancia del lenguaje de aquel gran poeta, no podían menos de atraer y encantar al hombre cuyos oídos estaban familiarizados desde la infancia con todas las seducciones de la melodía; y esto supuesto, no es de extrañar que las poesías del semidiós de Weimar fueran el manantial fecundo al cual acudiera el fecundo compositor para inspirarse, y que á ellas las añadiera nuevos encantos con la sentida y apasionada música que escribiera. Amor y pasión bien puros por cierto, pues que Gœthe, del cual es conocida la glacial indiferencia que mostró por Beethoven y la escasa benevolencia que con Weber tuvo, ni siquiera contestó al envío que Schubert le hizo de sus mejores *lied*, y sólo cuando el inspirado autor de *Le Roi des Aulnes* había muerto, al oir cantar esta romanza á la Schrœder Devrient, fué cuando, enmendando su inexcusable olvido, dijo á ésta: «Había oído una vez esta balada, pero nada me había dicho. Interpretada como lo habéis hecho, es un cuadro lleno de animación y de vida.»

Entre esos *lied* estaba el titulado *Die Forelle* (la trucha), cuya melodía intercaló Schubert en su quinteto en *la* para piano, violín, viola, violoncelo y contrabajo (op. 114), que escribió en 1819; época fecunda, en que brotaron de la inspirada y fecunda pluma del maestro gran número de obras. En dicho quinteto nótase, como en no pocas otras producciones del mismo autor, un desarrollo tal vez excesivo, que daña á la forma del mismo; pero, en cambio, como observa un crítico de allende el Pirineo, resalta en todo él un pensamiento noble y profundo, una manera de decir adornada de mil galas de lenguaje, y una inagotable fantasía, que se hace más patente en las hermosas variaciones (que valieron no pocos y merecidos aplausos al Sr. Monasterio y al pianista Sr. Vallejos) de la melodía que da nombre á la obra.

El cuarteto (op. 74) llamado de las Arpas, una de las obras más originales y poéticas de Beethoven, en sus dos primeros tiempos sobre todo, fué escrito en 1810, y cuando aquel inmenso genio decía por el mismo tiempo á su amigo Wegeler: «Yo sería el más feliz de los hombres si el demonio no hubiera fijado su domicilio en mis oídos», aludiendo á su sordera, que ya entonces comenzaba á tener proporciones alarmantes; pero en el *Presto* y *Allegretto con variazioni* que termina, el lujo de escolasticismo y la intrincada labor armónica y de contrapunto de que hace alarde Beethoven, hacen que no produzcan tanto efecto como los trozos musicales que los preceden, con perdón sea dicho de los que han creído ver allí un «himno incomparable del amor», y sin que sea esto negar todo su interés é importancia.

Debido á esto, sin duda, algunos, los menos, de los que al Salón Romero acuden á saborear las bellezas de la música clásica, no unieron sus aplausos, ó si lo hicieron fué con reservas mentales, á los que la gran mayoría de los concurrentes tributó á los intérpretes de la obra. Entre ellos debe contarse el crítico de uno de nuestros diarios, cuando, al hacer la reseña de la sesión, estampa que la interpretación del dicho cuarteto había sido algo borrosa, falta de claro-obscuro, y desprovista de aquella delicadeza de matices que exigen las obras del gran Beethoven, esto aparte de haberse hecho un corte, no justificado á su parecer.

Hallábase una vez el invicto Carlos V inspeccionando las obras del alcázar que fabricaba en la ciudad de Boabdil, cuando oyó á un soldado de sus tercios, que por allí andaba con otros compañeros suyos, poner defectos á la obra, y que señalando con el dedo el medio punto de un arco, les decía que aquel *ángulo* era defectuoso. Dirigióse entonces el César al locuaz soldado, que como los otros mílites no habían reparado quién tenían tan de cerca, y con severo ademán le preguntó: «¿Sabes tú lo que es ángulo?» «Señor, le respondió aquél algo azorado, ángulo es hablar uno de lo que no entiende.»

J. M. Esperanza y Sola.



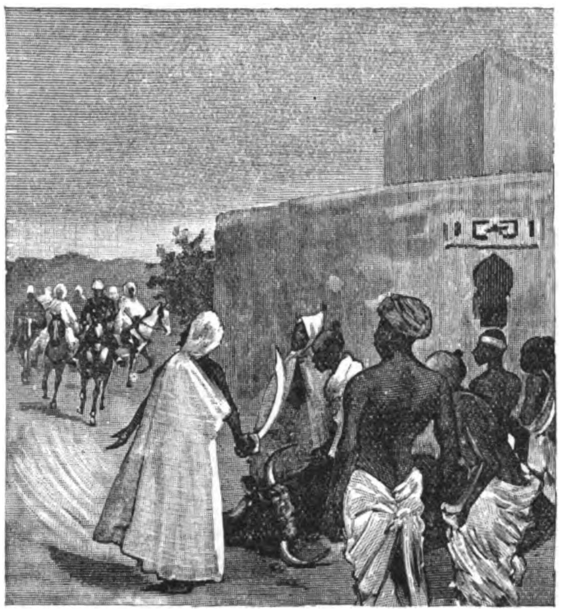
SEVILLA.—VISTA INTERIOR DEL SALÓN DE LAS COLUMNAS EN EL PALACIO DE SAN TELMO.

(De fotografía de Laurent.)



DESPUÉS DEL BAILE.

CUADRO DE LUCIANO DOUCET.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

Este gran río Sebú establece como una demarcación perfectamente señalada entre lo que pudiéramos llamar el Marruecos de acá, es decir del lado de Europa, y el Marruecos del lado de allá. Una vez que se le ha franqueado, se tiene la impresión de haberse uno separado todavía más del mundo contemporáneo; de haber penetrado más en el corazón de este sombrío Imperio..... Pisamos aún el territorio de los Beni-Malek, pero nos hallamos muy inmediatos al de los Beni-Hassem, que son una tribu peligrosa por lo dada al pillaje: básteme decir que es un adagio, conocido de todo viajero marroquí, que desde el momento en que se ha atravesado el Sebú, hay que mostrarse tan vigilante como desconfiado.

Sobre la orilla opuesta, la naturaleza del suelo y de las plantas cambia completamente: en vez de arenas y de asfodelas, hollamos ahora, con gran sorpresa nuestra, una tierra negra y untuosa al tacto como la de las llanuras normandas, cubierta de una espesa capa de colzas, caléndulas y malvas; se hunde uno hasta las rodillas en aquella vegetación que crece compacta y exuberante.

Es la hora de la puesta del sol. La luz es clara y fría. Diríase casi un paisaje marino: tan rectas son las líneas ininterrumpidas de los horizontes. Un mar tranquilo no presenta una superficie tan lisa como esta llanura salvaje, que no tendrá menos de sesenta kilómetros de profundidad. De un lado solamente, dominando este desierto de hierba, una cadena de montañas, muy lejana, dibuja como un pequeño festón de un azul crudo y glacial. Las lontananzas son totalmente amarillas, á causa de los millones de florecillas de bello tono dorado que las cubren, mientras el cielo, infinitamente vacío, sin una nube, es de un amarillo verdoso muy pálido.

Y el viento fresco de la tarde se levanta sobre aquella estepa de malvas y de caléndulas, haciéndonos tiritar de frío después del ardor solar del día; trayéndonos una melancolía de invierno á aquel lugar solitario, en todo el cual buscaríamos en vano un hogar que nos sirviera de abrigo.

Es el campamento más desagradable que hemos ocupado desde que emprendimos nuestra ruta. Bajo nuestras tiendas, tantas caléndulas y tan asombrosa cantidad de malvas forman una masa alta y apretada, que estorba é inquieta; es como si se acostara uno en medio de una de esas cosas que afectan la forma de grandes cestas llenas de flores, laboriosamente levantadas por los jardineros en los parques públicos y privados. En vano trata uno de domar el incómodo y rígido tapiz de hierbajos; parece como que cede bajo el furioso pisoteo, exhalando un olor acre, pero no tardan en erguirse de nuevo obstinadamente, de modo que nada de lo que se coloca en el suelo, puede conservar su equilibrio. En cambio, de aquella increíble acumulación de tallos y de hojas se desprende una humedad excesiva, sin hablar de una infinidad de bichos que allí tienen sus pequeñas guaridas, y que se pasean sobre nuestros cuerpos toda la noche.

XIV.

Jueves, 11 Abril.

Ha caído abundante rocío esta noche pasada: en mi tienda todo está chorreando.

Hasta la llegada del día, los encargados de la custodia del campamento han estado cantando para no ser sorprendidos por el sueño. Al despuntar el alba, su canto ha sido sustituído por el de las codornices, llamándose unas á otras entre las hierbas.

A las seis de la mañana se levanta el campo, y á las siete montamos á caballo.

Los Beni-Malek, en número de doscientos, siguen todavía escoltándonos.

El aire parece más pesado sobre esta margen sud del río, y el país ofrece un aspecto cada vez más inhospitalario.

Sobre las eternas amarilleces de las colzas y de las caléndulas se extiende un cielo sombrío, atormentado, salvo algunas desgarraduras de un azul muy fuerte.

Vienen después kilómetros y kilómetros de tierra donde no hay más que flores de manzanilla, de cuyo olor de botica quedan impregnados nuestros caballos para todo el día.

Al cabo de dos horas de camino, encontramos á los jinetes de la tribu de Beni-Hassem, que nos aguardan.

Su mismo aspecto disipa toda duda acerca de su condición: no pueden ser más que unos bandoleros.

Pero bandoleros magníficos: entre todo lo que llevamos visto, no hay fisonomías bronceadas más notables, ni actitudes más esculturales, ni brazos más musculosos, ni caballos más bonitos. Estos moros Beni-Hassem gastan, por excepción, unas mechas de cabellos largos que se escapan de sus turbantes por encima de las orejas, contribuyendo á prestar un aspecto poco tranquilizador á sus rostros.

El jefe de la tribu se adelanta sonriente para estrechar la mano de nuestro Ministro. Afírmale que en su territorio gozaremos de una seguridad completa, y que desde el momento en que somos sus huéspedes, responde de nuestras cabezas con la suya propia. Por lo demás (agrega el *kaid*), vale más estar confiado á su tutela que acampar en las cercanías de su tribu; este es un axioma bien conocido en todo Marruecos.

Por supuesto, que el tal *kaid* es un tipo notable de viejo bandido. Su barba, sus cabellos, sus cejas, de un blanco de nieve, destácanse en una nota muy clara sobre amarillo de momia del resto de su fisonomía, lo cual no quita para que su perfil aguileño sea de una suprema distinción. Monta un caballo blanco, cubierto con un tapiz de seda flor de melocotón, con brida y arneses de seda rosa, alta silla forrada de terciopelo del mismo color, y grandes estribos nielados de oro. Va vestido de blanco, como un santo, envuelto en níveas muselinas. Cuando extiende el brazo para dar apretones de manos, su gesto pone al descubierto una doble manga elegantísima; primero, la de su camisa de gasa de seda blanca, y luego la de su traje interior, de un delicioso verde obscuro. Creeríase ver salir del albornoz del viejo salteador de caminos, los dedos afilados y las mangas de encaje de una anciana marquesa del pasado siglo.

El *kaid*, como una habilidad de *mise en scène*, había hecho quedarse atrás á sus más bizarros y mejor ataviados jinetes, para darnos el espectáculo de verlos surgir, rápidos como el huracán, del fondo de la llanura, y lanzarse hacia nosotros á todo correr de sus cabalgaduras, arrojando feroces alaridos, admirables, vistos así de frente, envueltos en el humo de sus descargas. Hay en aquella vertiginosa carrera turbantes que se desenrollan y se caen de la cabeza de sus dueños, arneses que se rompen, espingardas que revientan. Y la tierra se desmenuza al golpear de los cascos de sus caballos, viéndose saltar por el aire partículas negras, que parecen granos de metralla.....

¡A cuántos viajeros habrán tenido que despojar para permitirse tanto despilfarro! Todas las bridas y arneses son de seda, de un color que juega perfectamente bien con el del pelo del caballo y el traje del jinete; azul, rosa, verde-agua, salmón, amaranto ó junquillo. Todos los estribos están nielados de oro. Todos los caballos ostentan en el pecho unas especies de lambrequines muy largos, de terciopelo, magníficamente bordados de oro, y sujetos por anchos broches de plata cincelada, muchos de ellos realzados con pedrería. El lujo de estos Beni-Hassem eclipsa por completo todo lo que habíamos visto en los alrededores de Tánger.

El almuerzo con que nos regaló el viejo *kaid* es también salvaje, como su territorio y como su tribu. La mesa es el suelo alfombrado de flores amarillas; las viandas, alcuzcuz negro y carneros asados, enteros, servidos en grandes fuentes de madera. Y mientras que sin otro cubierto que los dedos, arrancamos pedazos de carne á aquellos asados monstruosos, nuevos suplicantes vienen á degollar delante del Ministro un gran carnero, y á recomendarle no sé qué asunto.

***

Cambiamos de tribu á las cuatro de la tarde, no habiendo tenido necesidad de atravesar más que una pequeña parte del territorio de los Beni-Hassem. Entramos ahora en el habitado por los Cherarbas, que son gentes pacíficas, enteramente sometidas á la autoridad del Sultán; pero nuestra seguridad entre ellos será incierta, á causa de sus peligrosos vecinos, que han dejado ya de ser responsables de nosotros.

Hacia las seis acampamos en un sitio donde se bifurcan los caminos de Fez y de Mequinez, cerca de la venerable tumba de Sidi-Gueddar, que fué un gran santo marroquí.

Este sepulcro, como todos los *marabuts* de Argelia y todas las *kubas* de Marruecos, es una pequeñita construcción cuadrada, coronada por una cúpula redonda. Todo él está cuarteado por la acción de la intemperie, y extremadamente decrépito. A un lado flota la bandera blanca suspendida al extremo de un palo, para indicar á las caravanas que es acción meritoria depositar allí sus ofrendas; una estera, mantenida por pesados guijarros, hace el papel de los cepillos de nuestras iglesias, y las monedas dejadas en ella por los transeuntes piadosos quedan confiadas á la custodia de los pájaros del cielo, hasta que los sacerdotes vienen á recogerlas.

Se nos invita, empleando para ello corteses formas, á no acercarnos demasiado á la sepultura de Sidi-Gueddar; es tan santa, que el contacto de unos perros cristianos como nosotros, sería un sacrilegio.

***

Las montañas que esta mañana apenas dibujaban pequeños festones azules, allí á lo último de nuestro horizonte, no distan ya de nosotros más que ocho ó diez kilómetros, y mañana debemos franquearlas. Esta tarde nos encontramos en una región de alfalfas, floridas con ese exceso peculiar á las plantas marroquíes. En nuestros alrededores divisamos algunas pobres aldeas: á la hora del crepúsculo se oye el ladrido de los perros, como en nuestras campiñas, y los pastorcillos encapuchonados conducen al establo sus piaras de ovejas y de cabras. Todas estas cosas toman un aspecto de pastoril inocencia y de tranquilizadora seguridad. Además, el camino de Fez pasa muy cerca de nuestro campo; tan cerca, que las cuerdas de nuestras tiendas lo atraviesan á trechos, y las caravanas, que caminan hasta cerrar la noche, se ven obligadas á dar un rodeo, para evitar que se enreden en ellas los pies de sus camellos. Este camino está tan trillado por el constante paso de caravanas, y la llanura que atraviesa es tan perfectamente plana, que parece una verdadera carretera de Europa, fácil de andar, y tentadora para dar por ella un paseo. Es preciso haber vivido algún tiempo en Marruecos, donde la marcha del caminante es siempre penosa ó imposible, para comprender la seducción de un verdadero camino, y el deseo que nos acomete de emprender un buen paseo á pie, en una hermosa tarde.....

Pero hay que guardarse de hacerlo, y esta tarde, más que nunca. Hay la orden más estricta de no alejarse del campamento. No solamente tenemos por vecinos á los Beni-Hassem, sino que nos hallamos á una hora de distancia de las montañas habitadas por los terribles Zemurs, fanáticos intransigentes, bandidos, cortadores de cabezas, y en abierta rebelión, años hace, contra el Gobierno de Fez. El mismo Sultán, cuando viaja con su campo de 30.000 hombres, evita el territorio de los Zemurs.

Al asomar los primeros rayos de la luna, después de la llegada grave y ritual de la *muna*, se doblan los centinelas en torno del campo, con las armas cargadas, y con la severa consigna de no dejar aproximar á nadie, y de cantar y tocar el tambor toda la noche, para no dejarse vencer por el sueño.

El *kaid* responsable de nosotros parece nervioso, inquieto, y no quiere acostarse.

XV.

Viernes, 12 de Abril.

La noche ha trascurrido sin novedad. Por la mañana, como complemento de *muna*, nos traen leche muy buena y excelente manteca.

Hoy hacemos diez leguas de etapa. Apenas emprendemos la marcha, cuando empieza á fustigarnos una lluvia fina y fría. Encontramos innumerables rebaños de carneros. Bajo este cielo brumoso, parecería que nos hallábamos en una espléndida Normandía, si no fuera por las chozas puntiagudas de las aldeas y los albornoces de los pastores. Continúan en honor nuestro las *fantasías*, pero menos vistosas que las de Beni-Hassem: se comprende que estos honrados Cherarbas son mucho menos guerreros y mucho menos ricos. Y después, lo cierto es que como todo llega á cansar cuando se repite sin intermisión, á la larga se convierte en una fatiga esto de verse obligado á guarecerse á cada instante, cegados los ojos por la lluvia, para no ser atropellados por estos jinetes que de todos lados se lanzan sobre nosotros como el viento, nos disparan tiros junto á los oídos, y nos espantan los caballos.

Dejando á nuestra derecha el peligroso país de los Zemurs, penetramos por fin en la región montañosa, que habremos de franquear en lo que queda del día. La ascensión es penosa, por una serie de gargantas estrechas, bajo la lluvia torrencial. En las pendientes, á veces muy inclinadas, nuestros caballos marchan con trabajo por una tierra húmeda y pegajosa, que se adhiere á sus cascos, formándoles como una especie de zapatos enormes: cada paso es un resbalón; las mulas cargadas caen á cada momento y ruedan con tiendas, colchones y bagajes en charcas fangosas ó en improvisados torrentes, que surgen de todas partes, bajo aquel diluvio que cae de las nubes.

El *kaid* de los Cherarbas y su escolta nos han dejado en el límite de su territorio, sin que el jefe del en que vamos á entrar haya salido á nuestro encuentro, cosa que nunca había sucedido hasta ahora. Henos aquí, por la primera vez, abandonados á nosotros mismos.

Nuestra columna camina á la desbandada en lamentable desorden. ¿Qué hacer? ¿Dónde detenernos? ¿Buscar un refugio contra la lluvia? ¿Dónde encontrar un abrigo cualquiera en este país sin casas, sin árboles, donde no hay ni una choza siquiera donde quisieran recibirnos?

Así las cosas, nos encontramos con una columna, tan numerosa como la nuestra, de la que forman parte gran número de camellos conduciendo porción de mujeres cubiertas con velos, y muchos bagajes. Es la comitiva del *kaid* de una provincia lejana, que regresa de Fez, de visitar al Sultán. Sus apuros no le ceden á los nuestros, gracias á la incesante lluvia y á la tierra pegajosa donde se hunden ó resbalan hombres y caballerías.

He aquí, en fin, al jefe de la tribu, que viene á nuestro encuentro, acompañado de su tropa. Todo se le vuelve presentarnos sus excusas por la tardanza con que llega: dice que ha estado ocupado en la persecución de tres ladrones Zemurs, muy temidos en el país, pero que ha conseguido capturarlos y que los tiene amarrados en lugar seguro, de donde serán conducidos á Fez, para sufrir el *suplicio de la sal*, como la ley dispone.

(Continuará.)

HOJAS SUELTAS.

¡La mujer!..... Ciertamente que no existe
Ni ser más noble ni virtud más grande.
Es toda amor, es toda sacrificio,
Ya sea esposa, amiga, amante ó madre.
Así debiera el hombre, de rodillas,
Así debiera á la mujer hablarle:
«Ayer eras un ángel todavía:
Hoy sólo eres mujer. Para ser mía
Tu corazón, tu honor, tu fe me diste,
Y, á un tiempo, todo, todo lo perdiste,
Tus lares, y tus dioses, y tu altar;
Pero en cielo de amor tú convertiste
El rincón de mi hogar.
»Violada en tu pudor inmaculado,
Tu alma y tu sangre con tu cuerpo has dado
Al que rasgó tu blanca vestidura
De virgen y vestal,
Al que pura te halló y te dejó impura,
Quizá cruel, aunque feliz mortal.
»A tí debo mi hogar; á tí, la calma
Tras la tormenta; á tí, la paz del alma;
A tí, mis hijos; y si en loco anhelo
Surcar deseo el firmamento azul,
Las alas que me encumbran hasta el cielo
Tú me las diste, tú.
»¡Oh mujer santa, devolverte espero
Lo que hiciste por mí! Pagarte quiero;
Quiero dejar mi deuda solventada.
¿Qué te puedo yo dar?..... ¿La vida?..... Es nada,
Es poco para tí..... ¿Cómo pagarte
Los grandes sacrificios de tu amor?
¿Qué puedo darte yo?..... ¿Qué puedo darte?.....
¡Ah! Ya lo sé. Yo te daré el dolor.

En un cuerpo que perece
Arde viva una pasión.
¿Por qué, si el hombre envejece,
No envejece el corazón?

Acuerdaté que me juraste amores
Junto á la palma que gallarda crece
De tu balcón al pie.
¡Acuerdaté!
Acuerdaté que me dijiste entonces:
«¡Me doy á tí! Ya tuya soy en vida,
Y en muerte lo seré.»
¡Acuerdaté!
Si un día, muerto yo, tu amor fallece,
Y en otros brazos ¡infeliz! olvidas
Tu juramento y fe,
¡Acuerdaté!
Acuerdaté que de mi tumba entonces
Tú me verás salir, y tu palabra
A reclamar iré.
¡Acuerdaté!

¡Qué más! ¿Qué más? Cruzamos las distancias,
No en brazos, sino en alas de un volcán;
El pensamiento va de un mundo al otro
Por unos hilos que hemos hecho hablar;
En torbellino cósmico el espíritu
Se arroja á recorrer la inmensidad;
El inviolado seno de los mares
Baja á explorar el náutila procaz,
Y osados Prometeos de la ciencia
Sus rayos roban á la luz solar.
Hoy llama á sí todas las fuerzas vivas
La suma excelsitud del Inmortal;
Y todos los que adoran en lo Bello,
Y todos los que buscan la Verdad,
Se citan y se juntan en el templo
A donde en santa romería van
A comulgar, unidas como hermanas,
Las religiones todas del Ideal.
Poetas, hoy son otros los destinos;
Existen otros dioses que invocar;
Ya no son horizontes los que vemos,
Que hay nuevos horizontes más allá.
Los moldes hoy son otros. Hoy es fuerza,
Hoy es fuerza pensar..... y hacer pensar.

VÍCTOR BALAGUER.
De la Academia Española.

FRAGMENTO [1].

La campiña está dormida,
Y parece el arroyuelo
Una franja desprendida
De la bóveda del cielo.
Las estrellas con derroche
Vierten su luz en cascadas,
Y las sombras de la noche
Son por ellas coronadas.
Ya la luna rutilante
Por los cielos ha extendido
Su blancura, resultante
De un azul descolorido.....
¡La noche, la noche empieza
A envolver la creación!
¡La madre Naturaleza
Nos convida á la oración!
¡Toda flor parece mustia,
Todo horizonte vacío!
¡Las olas gimen de angustia
Y los pájaros de frío!
Y con misterioso acento
Expresa nuestras congojas
Poniendo su mano el viento
En las teclas de las hojas.....
¡Cuánto misterio profundo!
¡Cuántas escenas sombrías!.....
¡Ahora sí que tiene el mundo
Oraciones y armonías!
¡Y en sus oraciones bellas
Es la noche su santuario,
Dios oficia, y las estrellas
Son cuentas de su rosario!

RICARDO CATARINEU.

(1) Del poema *Tres noches*.

BLANCO Y NEGRO.

(NOVELA CORTA.)

(Continuación.)

GONZÁLEZ le dijo dos ó tres veces:

—Allí está mi señora la Marquesa.

Pero á D. Pablo no le interesaba nada más que la ópera, de tal suerte, que cuando iba á terminar la representación, hubiera querido que empezara de nuevo. Fué el encanto de los encantos para él, y en los entreactos no distrajo un instante el pensamiento de aquella deliciosa música, que aun sonaba dulcemente en sus oídos en medio del rumor de las conversaciones en los palcos y en las butacas, y del ruido que en lo alto producía la multitud que llenaba el paraíso.

Concluyó la representación, triunfando brillantemente la joven cantante venida de Italia, y González ayudó á D. Pablo á ponerse el gabán y la bufanda, y ambos salieron al *foyer*, donde se encontraron en medio de la parte más distinguida y selecta del público. Las mujeres más hermosas y más famosas de Madrid rodeaban al viejo, y éste, en medio de ellas, aspiraba el perfume embriagador de la belleza y de la juventud. Rozábanle el rostro los encajes que envolvían la gentil cabeza de la casada del día anterior, que aun conservaba en sus cabellos el aroma de la corona de azahar; sentía en su brazo el blando roce del espléndido pecho de la gran señora de glorioso y antiguo linaje, y le deslumbraban, relampagueando, los ojos picarescos de la *demi-mondaine*, que sonreía á sus admiradores, satisfecha de codearse allí con las mujeres ilustres y honradas, ella, que había pasado la infancia en el arroyo, y al arroyo había arrojado la vergüenza, como flor marchita que ha perdido color y fragancia. Era mucha la gente, y el ancho *foyer* no tanto que todos pudieran moverse desahogadamente. Llovía á mares, y los que no tenían coche propio no salían, haciendo así más difícil la salida de los venturosos á quienes estaban esperando los lacayos en el vestíbulo del coliseo. Pero era, ciertamente, muy agradable estar allí, aunque en pie los más y en tanta apretura, en medio del ambiente tibio y perfumado; aprovechábase el tiempo á maravilla conversando; y los amantes que podían deslizar una terneza en oídos que la esperaban con ansia y la recibían con gozo, y los políticos que cambiaban rápidamente trascendentales impresiones del momento, y las damas que oían frases galantes, y los maridos que sin temor á la mujer propia, suspicaz y recelosa, podían mirar á la ajena á su placer, hallábanse muy satisfechos de que la lluvia torrencial les impidiera salir.

Al fin vino del exterior la noticia de que la lluvia había cesado: los que más cerca estaban de las puertas salieron, y empezó á ensancharse la gente, y fueron avanzando los coches, oyéndose abrir y cerrar de golpe las portezuelas; González y D. Pablo se dirigieron hacia la salida, y llegaron á la puerta al mismo tiempo que una dama que cubría sus hombros con una riquísima salida de teatro blanca.

—Adiós, González—dijo la señora al administrador, que apresuradamente se quitó el sombrero.

—Señora Marquesa.....—murmuró González.

Un lacayo abrió la portezuela de una elegante berlina, y se descubrió.

—Adiós, González—repitió la dama; y luego, ya dentro del carruaje:—¡Adiós, D. Pablo!—dijo.

El lacayo saltó rápidamente al pescante, y rodó la berlina.

—¡Hombre!—dijo González al viejo—la señora le ha saludado á usted.

—¿A mí?.....

—Sí, señor, ha dicho: «Adiós, D. Pablo.....» y usted no ha correspondido á su saludo.

—En verdad que no he oído nada. ¿Cómo había de pensar que me saludara tan afectuosamente esa señora?..... Supongo que será la propietaria de mi casa, es decir, de la suya.....

—Sí, señor; ¿no la ha conocido usted?..... Pues en la Castellana la ha visto y la ha saludado usted anteayer.

—Es verdad.....

—Y como usted la saludó, y yo le dije la otra mañana quién es usted, y ahora nos ha visto aquí juntos, ha querido, sin duda, corresponder á la cortesía de usted de la otra tarde. Es muy amable.

—Pues dígala usted que soy un bolonio y que me dispense. Estoy tan aturdido esta noche, he experimentado sensaciones tan profundas y tan agradables, que no es extraño que ni vea ni entienda. De veras que siento no haber sido esta noche atento y cortés, como la otra tarde en la Castellana.

—Vamos, que ya está aquí nuestro coche.

Y González y D. Pablo volvieron á casa, donde Teresa recibió con las más expresivas demostraciones de júbilo á su tío, y González se despidió.

—Que diga usted á la casera que me perdone—le dijo D. Pablo.

—Bueno, bueno, no se preocupe usted, que yo sabré dejarle en buen lugar. Ahora á dormir bien, y hasta mañana.

—¿De qué le ha de perdonar á usted?—preguntó Teresa á su tío con inocente curiosidad.

—Calla, hijita, que he cometido esta noche una torpeza garrafal. Parece que la casera me ha saludado al salir del teatro Real, y yo no la he contestado.

—¡Ay, cuánto me alegro!—exclamó Teresa.

—Oye, ¿de qué te alegras? ¿De que no la haya contestado?

—No, señor, de que ella le haya saludado á usted. Es tan buena.....

—Tú, ¿qué sabes?..... ¿la conoces acaso?

—¿Yo?..... No, no, señor; pero lo dice todo el mundo.

—Sí, sí será buena..... Hay muchas criaturas buenas en el mundo; tú, González, la casera..... Esta noche, después de haber gozado el supremo placer de saborear la hermosa música del tierno y dulce Bellini de gloriosa memoria, parece como que se ablandan las durezas de mi corazón y se suavizan las amarguras de mi alma..... Si vieras, siento un consuelo.....

—¡Cuánto me alegro! ¡cuánto me alegro!—exclamó Teresa.

—He pasado una noche deliciosa, y me he acordado mucho de tí. La *sonámbula*, se parece mucho á tí.

—¿La sonámbula?.....

—Sí, la inocente y cándida niña..... Pero te contaré el argumento de la ópera..... aunque mejor será que una noche te lleve al teatro Real á oir *Sonámbula*..... Verás, nos iremos arriba, al Paraíso.....

—Yo no sé.....

—Es verdad, tú no has estado allí nunca. Pues el Paraíso es la localidad más alta..... y más barata del teatro..... En mi juventud iba yo muchas veces, aunque tenía siempre asiento en las localidades principales, pero me gustaba subir á aquellas alturas, no precisamente para oir la ópera, sino para.....

—¿Para qué?.....

—Para nada, hija mía..... para pasar el tiempo—replicó D. Pablo.

Y calló luego.

—¿No se acuesta usted esta noche?.....—le preguntó Teresa.

—Sí, hijita, para que tú descanses, pero tengo por seguro que no voy á dormir.

—Vamos, se conoce que esa *sonámbula* le ha interesado á usted mucho. Si yo fuera como ella, ¡qué suerte para mí! ¡si yo supiera cantar!..... Ya tengo deseos de que me lleve usted, como dice, al Paraíso. Va usted á hacer que tenga celos de la *sonámbula*.

—No, niña mía; has de saber que yo en el mundo no quiero á nadie más que á tí.

Y poniendo sus labios sobre la pura frente de la niña, la besó con más ternura que nunca, y la dijo:

—Buenas noches, hija mía, duerme y descansa, que los ángeles velan tu sueño.

IX.

Ardía la Marquesa en deseos de ver de cerca á don Pablo, de hablar con él y conocer su historia desde la remota fecha en que le había perdido de vista. Temía la buena señora que D. Pablo la odiara cordialmente, y quería, para su tranquilidad, teniendo una explicación con él, conseguir que el resentimiento y el odio se trocaran en indulgencia y perdón. No era creíble que don Pablo la hubiera olvidado; esta posibilidad no la quería admitir la buena señora, persuadida como estaba de que cuarenta años antes había estado loco por ella..... Y creía más, porque creía firmemente que ella había sido su primer amor, su único amor acaso. De que no la había olvidado tenía una prueba evidente. Por la linda Teresita sabía que no quería pronunciar ni oir siquiera el nombre de Angela. Angela era ella. Esto, con ser para ella penoso y mortificante, no lo era tanto como el olvido. Otro temor la preocupaba: que no la reconociera, porque ella misma no se reconocía. Tal cambio había operado el tiempo en su persona.

Tenía la Marquesa varios retratos suyos de diversas épocas, y entre unos y otros había notable diferencia. El retrato de jovencita de veinte años, delgada, ojerosa, pálida, de mirada melancólica, porque á los veinte años Angela ya padecía tristezas y quebrantos, no se parecía absolutamente al retrato de Angela, señora de treinta años, de rostro animado, sonriente, de mirada clara y serena, como de mujer que se halla en la plenitud de la vida y de la salud, satisfecha de su estado y de su hermosura; ni al retrato de Angela á los cuarenta, señora gruesa, de facciones todavía regulares, pero con tendencia visible al abultamiento, de mirada picaresca, de sonrisa evidentemente estudiada para dar al rostro un aire de juventud, cuando la juventud se había marchado ya sin despedirse; y, en fin, en la señora representada en el último retrato, hecho á los cincuenta años, ya no había ni remotamente punto de semejanza con los tres anteriores. Era un gran retrato al óleo, obra de un famoso artista preferido de las damas, y sobre todo de las damas de cierta edad, por lo mucho que las favorecía embelleciéndolas discretísimamente. Allí estaba la Marquesa con su traje de gran cola, sus hombros desnudos, sus joyas magníficas, un prodigio de pintura, su cabeza erguida, su mirada afectuosa, mucho más gruesa

que antes, pero esbelta y majestuosa.....

Con razón suponía la Marquesa que D. Pablo no la reconocería. Ella tampoco hubiera reconocido en su viejo inquilino al Pablo que la enamoró en su juventud. Y sin embargo, la acción del tiempo no había producido en él cambio tan completo como en ella, y luego que se compuso y adecentó, y recobró las fuerzas perdidas en los duros tiempos de escasez y abandono, vió la Marquesa que en D. Pablo viejo había quedado algo del aire y la apostura del Pablo joven gallardo y seductor.

Pensando todo esto, la Marquesa discurría cómo hacer llegar hasta ella al viejo, único modo de entenderse con él. González le había llevado otra noche al teatro Real, y quiso que en el primer entreacto subiera con él á saludar á la señora en su palco, pero D. Pablo se negó resueltamente.

—Aunque yo—le dijo González—he disculpado á usted de la falta de atención que cometió la primera noche que vinimos aquí, no contestando al saludo de la Marquesa, usted debiera disculparse personalmente. La señora tendrá mucho gusto en que usted la visite, me lo ha dicho, porque por mí conoce las bellas cualidades que le adornan, y además está usted en la obligación de darle gracias por el trabajo que da y paga dignamente á Teresita.....

—Es verdad, y lo agradezco mucho, mucho; ¿pero sé yo siquiera si sabría ahora hablar con una dama, y con una dama tan principal como la Marquesa?..... En otro tiempo no habría tenido reparo, no pecaba yo seguramente de torpe y encogido; pero ahora..... que me perdone la buena señora, ya que es tan amable. Mire usted, hace muchos años que no hago visitas, singularmente á señoras, y á marquesas creo que no he visitado á ninguna en mi vida—añadió jovialmente.

—Hombre, no sea usted simplón, y perdone la franqueza. Suba usted conmigo, sea complaciente, y no incurra en tan grave desatención.

—Vamos—dijo D. Pablo—usted me quiere hacer quebrantar todos mis propósitos y faltar á todas mis promesas.....

—¿Promesas á quién?

—¿A quién? A mí mismo. Me he prometido hace mucho tiempo no tratar con mujeres, no hablarlas, no oirlas, no quererlas, vivir en el mundo como si ellas no existieran, y ahora he de suscribir al antojo de usted de que vaya á hacer reverencias á esa señora Marquesa y á decirle cuatro frases de lisonja y adulación, frases que ya he olvidado, porque me había propuesto no volver á usarlas jamás.

—Amigo D. Pablo, usted es el hombre más simpático y el más antipático del mundo..... ¿Qué demonios le han hecho á usted las mujeres?..... ¿Por qué es esta manía de no querer verlas, ni oirlas, ni hablarlas?..... Una como la que lleva mi nombre había usted de tener en casa, y aunque no quisiera verla, oirla, ni hablarla, no lo podría conseguir.

—¡Vaya! voy á dar usted, Sr. González, la prueba más patente de mi amistad acompañándole al palco de esa señora.

—Gracias, ahora sí que es usted buena persona—repuso González.—Va á empezar el acto; en cuanto termine iremos. Estoy seguro de que en hablando dos veces con la Marquesa quedará usted prendado de ella.

En efecto, cuando terminó el segundo acto, González y D. Pablo salieron de las butacas y se dirigieron al palco entresuelo de proscenio que tenía abonado la opulenta dama.

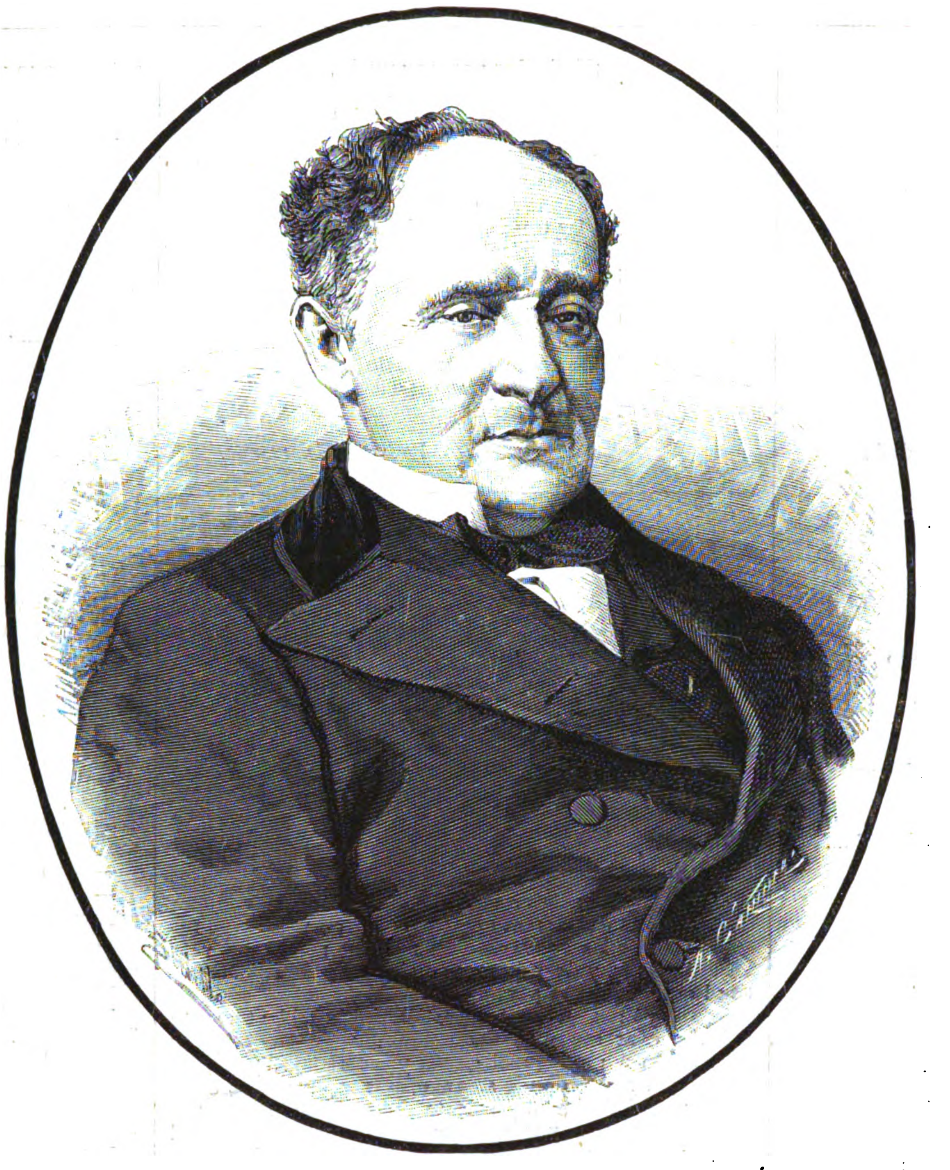
—La señora Marquesa—dijo el dependiente encargado de aquella sección de palcos—acaba de marcharse.

—¡Por vida de!.....—exclamó González.

—¡Me alegro!—murmuró D. Pablo.

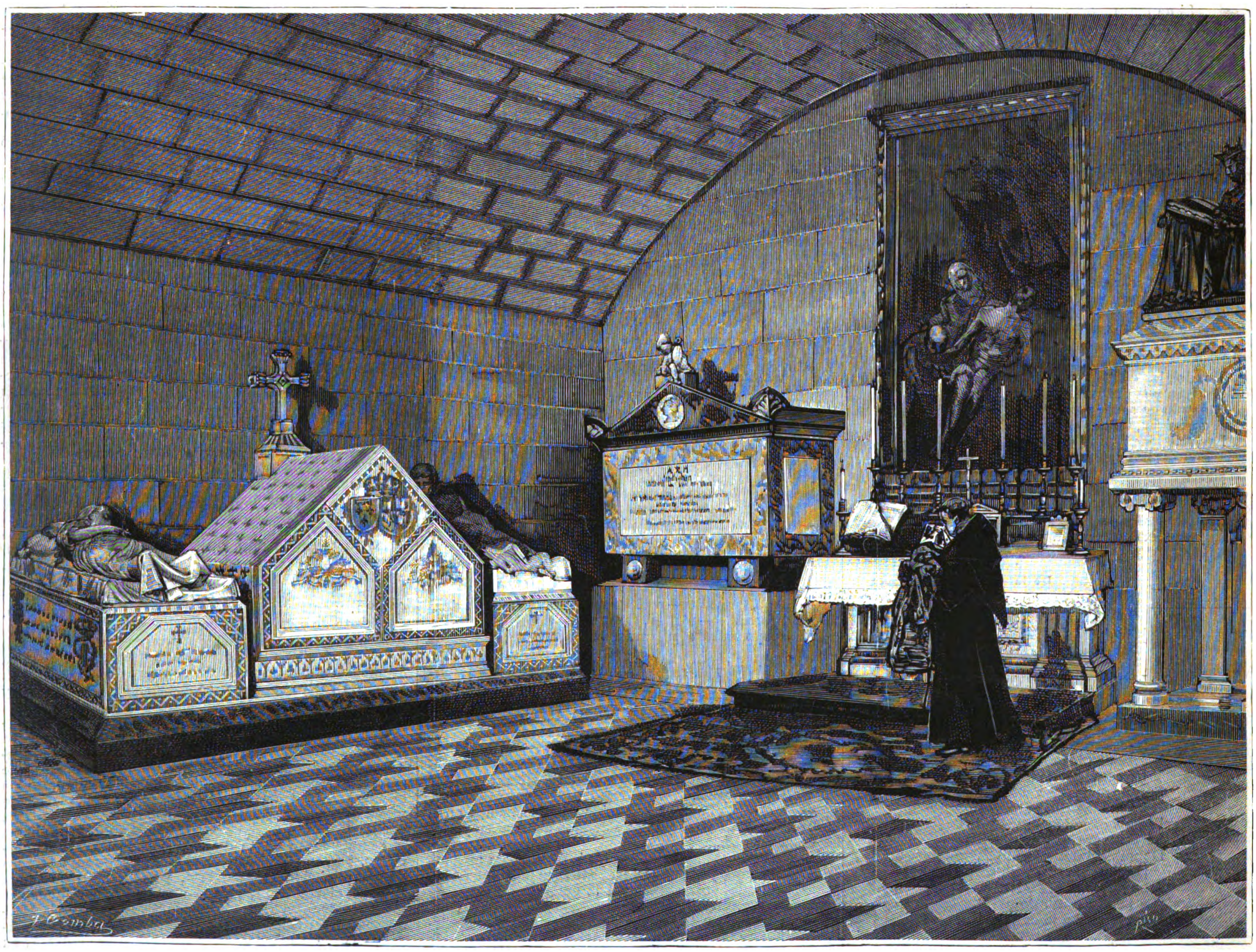
CARLOS FRONTAURA.

(Continuará.)



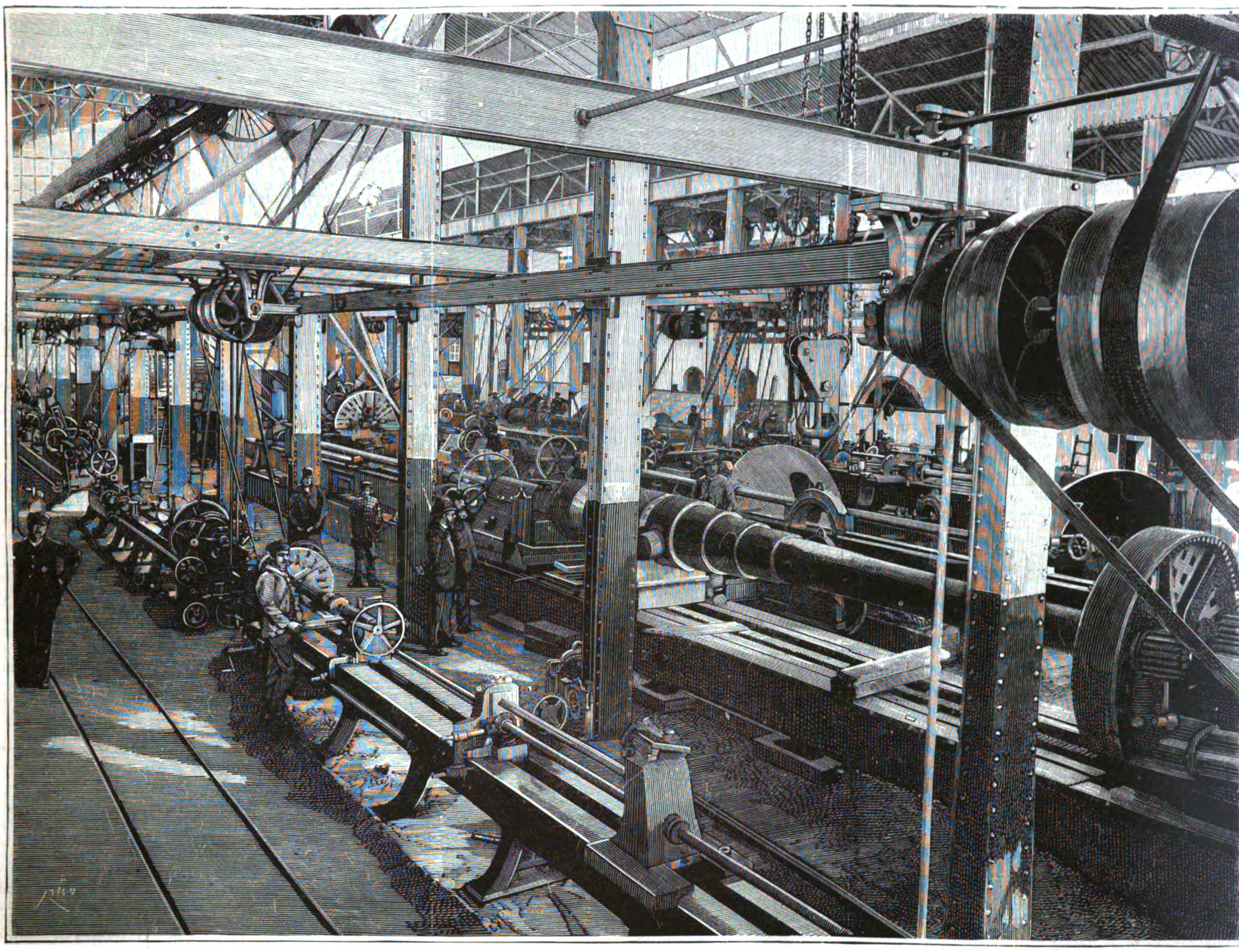
D. GABRIEL ALEJANDRO REAL DE AZÚA,

DISTINGUIDO POETA AMERICANO; † EN SANTIAGO DE CHILE.

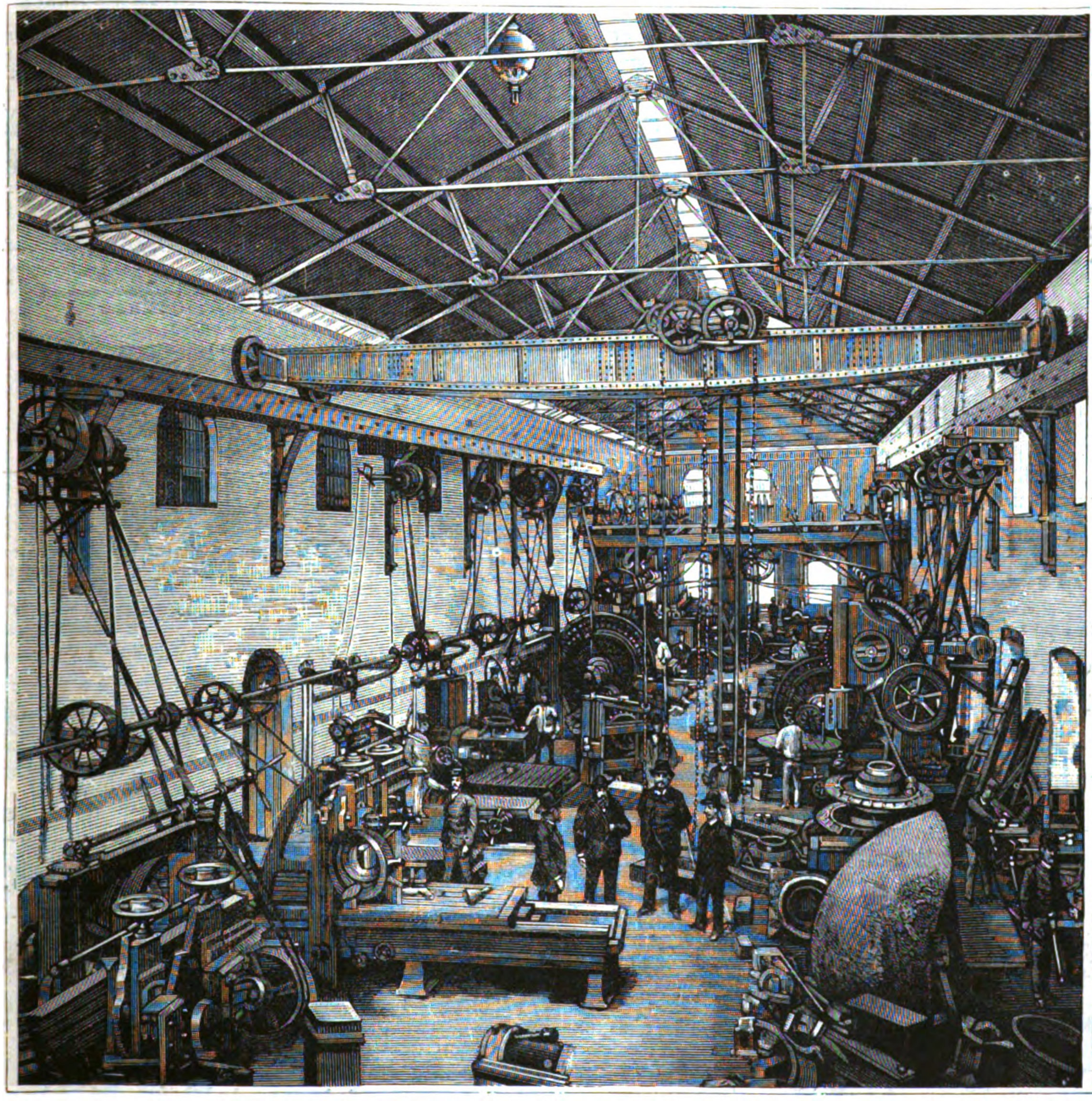


MONASTERIO DEL ESCORIAL.—EL PANTEÓN DE INFANTES, DONDE HA SIDO SEPULTADO EL CADÁVER DE S. A. R. EL DUQUE DE MONTPENSIER

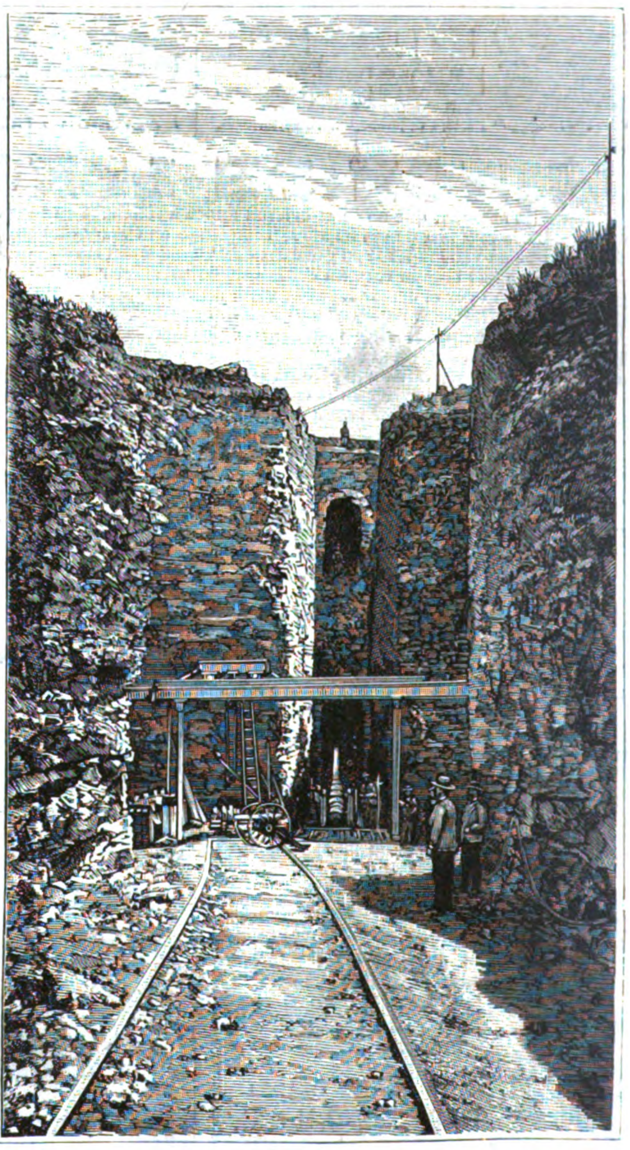
(Dibujo de Comba.)



EL TALLER DE CAÑONES.



EL TALLER DE MONTAJES.



EL CAMPO DE TIRO.

SEVILLA.—TALLERES DE LA FUNDICIÓN DE CAÑONES DE LOS SRES. PORTILLA, WHITE Y COMPAÑÍA.—(De fotografías directas.)

EL SR. D. GABRIEL ALEJANDRO REAL DE AZÚA.

(POETA AMERICANO.)

PUBLICAMOS en el presente número de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA el retrato de uno de los escritores del nuevo continente, cuyas obras descuellan por el carácter de novedad que revisten en la materia y la composición.

Hijo de un noble español oriundo de las Provincias Vascongadas, nació el Sr. D. Gabriel Alejandro Real de Azúa en Buenos Aires, el año 1803.

Su padre, Alférez Real y miembro del Cabildo de esa ciudad, deduciendo de los acontecimientos que se desenvolvían en Europa y América, que el dominio de España vacilaba en el Río de la Plata, renunció su cargo, atravesó la Pampa y la Cordillera, y se estableció en Chile, donde corrió la adolescencia de su hijo, cuya precocidad sobresalió al punto de empezar sus estudios, revelando el propósito de medir lo mismo el campo de la ciencia, que la esfera del arte literario, impulsado en sus abstracciones filosóficas y en sus elevaciones poéticas por una fe acendradísima.

Desde la infancia hasta la ancianidad, lógica inflexible determinó los actos de la vida del Sr. Real de Azúa, en la cual la crítica no encuentra el menor desfallecimiento, pudiendo decirse que lo que el tiempo no pudo conseguir de su entendimiento, tampoco lo obtuvo la muerte de su fama póstuma, porque, extinto, persiste la obra que le cupo en lote realizar, sin el menor menoscabo del carácter sano y enérgico que él le infundiera.

El biógrafo chileno que ha trazado el diseño de la fisonomía moral de este escritor, destinado á encabezar la edición de sus obras, que en estos momentos preparan la Sra. D.ª Manuela Real de Azúa y su esposo el Sr. D. José Nicolás de la Cerda, emparentado con la familia reinante en España, como debida ofrenda á la memoria amada del padre y del poeta, refiere menudamente los detalles de su primera estadía en Chile, de su vuelta á la patria, de su destierro voluntario, de su carrera literaria, de sus viajes á Europa, de sus relaciones con encumbrados personajes de España, Francia é Italia, de su ingreso en varias academias científicas y literarias del viejo mundo, de la publicación de sus versos, comedias, fábulas y pensamientos morales, de su regreso al valle del Mapocho, de su matrimonio, de la educación de su hija, de su cultura social, de su amor constante al arte de la palabra castellana, de sus padecimientos crónicos, de su última enfermedad, de su cristiana agonía y de sus funerales, en que brillaron, más que las lámparas, los homenajes de la amistad, hasta después que sus cenizas quedaron encerradas en artístico monumento labrado en preciosos mármoles.

Servirán de complemento á esa apreciable biografía, sencilla como la existencia del Sr. Real de Azúa, los testimonios honrosos que la Academia Española y los escritores nacionales y extranjeros que le conocieron, tributaron en vida al poeta americano. Para que el monumento moral, á la vez que material, que sus hijos van á consagrarle no carezca de coronación digna de tan elevado propósito, ellos, que se han aconsejado, durante su estadía en Madrid, de muchos y renombrados literatos, críticos y poetas, desean agregar á los que ya poseen del Sr. D. Andrés Bello y otros, juicios imparciales de algunos escritores españoles, principalmente referentes á las fábulas, que pasan de doscientas, y le valieron el calificativo de «Esopo americano», que le enorgullecía.

Tanto los conciudadanos del poeta bonaerense, como los deudos suyos esparcidos en los pueblos sudamericanos, recibirán regocijados la noticia de la aparición de esos libros, que, á no dudarlo, traspasando los límites de la patria, despertarán la curiosidad de los escritores que se expresan, fuera de su recinto, en lengua castellana, y hasta el interés de los lectores, al parecer indiferentes, pero que en realidad no lo son, pues admiradores del arte en abstracto acogen con cariño todo lo que es fruto del cultivo intelectual, de los hombres notorios ó de las razas nobles y adelantadas.

Cuantos tuvieron la dicha de conocer en Chile al Sr. Real de Azúa, encontraron en el americano que había departido en lengua latina con Su Santidad Gregorio XVI, y en varias de las vivas, corrientes en Europa, con el Cardenal políglota Mezzofanti, el hombre habituado al trato de los grandes, en todo orden de dignidades y carreras, pues él no se contrajo únicamente á discurrir con los príncipes de la Iglesia. Bajo la dirección de don Vicente Salvá, dió á la estampa, en París, varias de sus obras, contribuyendo mucho la amistad de este conocido literato á robustecer su autoridad de escritor castizo, á cada paso invocada en las controversias chilenas sobre la manera de emplear ó acentuar los vocablos dudosos ó poco usados de nuestra rica lengua.

Frecuentada la casa del Sr. Real de Azúa por lo más encumbrado y lo más modesto de la familia chilena, por los extranjeros de viso que hospedaba la ciudad de Santiago, por entidades del clero, de la política y de la milicia, tanto de las repúblicas hermanas del Pacífico, como de las del Oriente de los Andes, mucha práctica de los hombres y de las costumbres debió tener quien nunca desatendió á cuantos, grandes ó pequeños, le buscaron, trataron y solicitaron, ya para consultarle sobre negocios que él había manejado con acierto, ya para pedirle consejo en trances apurados, ya para acudir á alguna necesidad del culto divino, ya para llevar á buen fin alguna obra caritativa.

Reproduciendo, como en espejo fiel, la gravedad de la conciencia en el decoro de la persona, risueño el rostro, bondadosa la mirada, jovial el acento, persuasiva la palabra, cortés, cumplido, el ilustre americano era uno de los últimos ejemplares, sin tacha ni reproche, de aquella raza tan blanda en la paz, con damas y con niños, tan dura en la guerra, con hombres y adversarios, que constituye el esplendor del pasado caballeresco de España.

Como los que el Apocalipsis llama «bienaventurados», durmióse él en el seno de la misericordia divina, legando á sus paisanos y amigos saludables ejemplos de piedad y de sabiduría cristianas, bien diversos, ciertamente, de los que se fundan en la vanidad pasajera de la riqueza y de los honores mundanos. De la observación minuciosa de la vida del Sr. Real Azúa se desprende que los seres que él amó con entrañas de padre, pueden, sin escrúpulo, esculpir en su sepulcro el arpa y el cayado de los pastores bíblicos, ligados con el blanco lino que ceñía la frente pura de los Patriarcas de Israel.

S. ESTRADA.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Creemos oportuno recomendar á nuestras lectoras objetos que nos parecen de primera necesidad, porque ejercen una acción de las más importantes sobre la belleza y aun sobre nuestra salud.

Un dentífrico tal como el *Alcoholato de Cochlearia*, preparado por Guerlain, conserva á la dentadura su brillo y su solidez, y el *Agua lustral* añade brillo á la cabellera y la hace más opulenta.

El *Jabón Sapoceti*, al blanco de ballena, limpia el cutis, le desembaraza de todas las grietas y granulaciones que le asaltan.

No hay mujer elegante que no se perfume con el *Heliotropo blanco* de Guerlain (15, *rue de la Paix*, en París), y la sobresaliente marca de elegancia que imprime ese perfume desafía toda competencia.

He ahí productos preciosísimos, entre otros recomendables por muchos conceptos, que son creaciones de M. GUERLAIN, y que todas las mujeres formales y que se estiman han adoptado.

ADVERTENCIA.

El considerable número de originales literarios adquiridos por esta Dirección, y el escaso espacio que dejan disponibles las secciones fijas que tiene establecidas LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, la obligan á suplicar á las muchas personas que anuncian el envío de nuevos escritos se abstengan de hacerlo, á fin de evitarse inútiles molestias, y á la Dirección la contrariedad de tener que archivarlos por un tiempo indeterminado.

No se devuelven originales, ni se responde de los que, á pesar de la presente *Advertencia*, se remitan á la Redacción.

PÍLDORAS DE BLANCARD

CON

Yoduro de Hierro Inalterable

NEW-YORK — PARIS

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.

1853 — 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro,** estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores frios,* etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis,** [illegible]

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard,** exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

Depositarios en España: VICENTE FERRER Y C.ª, BARCELONA.

ACEITE MORENO-CLARO DE HÍGADO DE BACALAO DEL Dr. DE JONGH

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA, CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA, COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III, DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.

La sola especie que contenga todos los principios curativos.

Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos. Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes. DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL contra la TÍSIS, las ENFERMEDADES del PECHO y de la GARGANTA, la DEBILIDAD GENERAL, el DESFALLECIMIENTO de los NIÑOS, la RAQUÍTIS, y todos los AFECTOS ESCROFULOSOS.

Se vende SOLAMENTE en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del Dr. DE JONGH y la firma de ANSAR, HARFORD & Co.—*Cuidado con las imitaciones.*

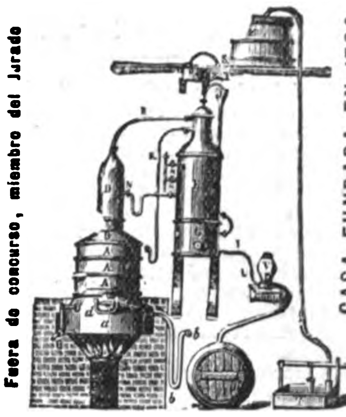
Unicos Consignatorios, ANSAR HARFORD & Co., 210, High Holborn, Londres.

Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

EGROT

INGENIERO CONSTRUCTOR EN PARIS
23, rue Mathis, 23
EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1889
Fuera de concurso, miembro del Jurado

CASA FUNDADA EN 1780
CINCO DIPLOMAS DE HONOR



Fabrica especial de **alambiques** para licores, perfumes y productos químicos.

Nuevo aparato de destilación continua de **Egrot** para destilar aguardientes, espíritus de vino, ron, aguardiente de arroz; ofrece las ventajas de instalación y marcha fácil, á la par que es relativamente menos voluminoso, de lo que resulta un embalaje y transporte menos costoso.

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TES

37 recompensas industriales

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

FERNET-BRANCA

DE LOS SRES. BRANCA HERMANOS, DE MILANO

Los únicos que tienen el verdadero y auténtico método de fabricación.

Premiados con Medallas de oro en las principales Exposiciones Universales y privilegiados por el Gobierno.

El **FERNET-BRANCA** es el más higiénico de los licores conocidos. **Veinticinco años de completo éxito, obtenido en Europa, América y Oriente.**

Es recomendado por las celebridades medicales, y empleado en muchos hospitales.

El FERNET-BRANCA no debe ser confundido con otros muchos Fernet que se venden desde poco tiempo, y que son falsificaciones dañosas é imperfectas. El **FERNET-BRANCA** apaga la sed, facilita la digestión, estimula el apetito, cura las calenturas intermitentes, dolencias de cabeza, vértigo, enfermedades del hígado, **esplín,** mareo y náuseas en general. Es **Vermífugo, Anticolérico.**

SUS EFECTOS SON GARANTIZADOS POR ATESTACIONES DE MÉDICOS

Unica arrendataria para América del Sur:

Casa CARLO F.co HOFER et C.o de Génova

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1889

T. JONES

23, Boul^d des Capucines, 23

PARIS

Fabricante de *Perfumeria Inglesa* EXTRA-FINA

Especialidades de

T. JONES

Fluide Iatif
Sin igual para suavizar el cutis.

La Juvenile
Polvos de arroz sin ninguna mezcla química.

Lily Wash
Para embellecer el cutis y blanquear la garganta y los hombros.

Iatif Cream
Superior á todos los Cold Cream conocidos.

Agua de Tocador Jones
Tónica y refrigerante.

Elixir y Pasta Samohti
Dentífrica, antiséptica, blanquea los dientes, impide la caries y el tártaro.

T. JONES
23, Boul^d des Capucines, 23
PARIS
Fabricante de *Perfumeria Inglesa* EXTRA-FINA

Extractos compuestos: IMPERIAL RUSSE — ESS-BOUQUET — VICTORIA — CAPRICE — CHYPRE — MUGUET — PARADIS — W Héliotrope — etc.

Extractos compuestos: SOMETHING NEW — NEW MOWN HAY — STEPHANOTIS — OPOPONAX — VIOLETS — AIDA — W. ROSE — JUBILEE — etc.

Estos productos se encuentran en todas las buenas Perfumerias de España y América.

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DE JENSEN



AGRADA Á LOS NIÑOS

El **Aceite de Hígado de Bacalao de Jensen** es el Aceite mejor que se conoce para recobrar la salud perdida; y se prepara en la mayor fábrica de Aceite de Hígado de Bacalao del mundo; siendo, bajo todo punto de vista, preferible á los otros aceites ó á las mezclas que lo contienen, tanto en Inglaterra, como en los otros países; y es muchísimo más superior que todas las otras clases por su pureza y la facilidad con que se digiere. Como es dulce, agrada mucho á los niños.

Cura la **TISIS,** los **RESFRIADOS,** la **TOS,** la **DEBILIDAD GENERAL Y un sinnúmero de enfermedades.**

El precio es muy moderado.

Lo venden las farmacias y droguerías.

POR MAYOR: VICENTE FERRER Y COMPAÑÍA.—BARCELONA.

DESAYUNO DE SEÑORAS

Para reemplazar el chocolate, cuya digestion es a veces dificultosa, y el café con leche, cuyos efectos debilitantes son tan *nocivos* á la salud de las señoras, muchos médicos recomiendan el **Racahout de Delangrenier,** alimento muy agradable y sumamente nutritivo, que recetan ya á los niños, á las personas de edad ó anémicas y en uno palabra, á todos los que necesitan fortificantes.

DEPÓSITOS en la **Rue Vivienne, 53, PARIS.**

Y EN LAS FARMACIAS DEL MUNDO ENTERO.

ENFERMEDADES DE LA BOCA

PASTILLAS NIELK

EFICACES CONTRA LAS

ANGINAS, GRUP, RONQUERA, FETIDEZ DEL ALIENTO É INFLAMACIONES DE LA GARGANTA

Las PASTILLAS NIELK calman la irritación producida por el excesivo uso del tabaco, y son indispensables á las personas que hacen sufrir á su garganta un trabajo fatigoso, especialmente los oradores y cantantes. — Para evitar imitaciones y falsificaciones exíjase en las cajas el sello de la *Sociedad Farmacéutica Española G. Formiguera y C.ª, Barcelona,* impreso en tinta roja. — Al por menor, en las principales farmacias.

PIANOS

FOCKÉ FILS AÎNÉ

Rue Morand, 9, París

EXPOSICIÓN UNIVERSAL

PARIS, 1889

MEDALLA DE ORO

PÍLDORAS PURGANTES del Dr. AYER

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA

La Mejor MEDICINA de Familia.



El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos del vientre, así como también la ictericia, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producen la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en casa de Melchor García, Capellanes, 1 duplicado; Hijos de Ulzurrum, y en todas las farmacias y droguerías.—Agentes generales para España: Vilanova Hermanos y Compañía, Barcelona.—Sucursal en Madrid, Claudio Coello, 26, segundo.

COMP^IA LIEBIG

VERD^RO EXTRACTO de CARNE LIEBIG

Las mas altas distinciones en todas las Grandes Exposiciones Internacionales desde 1867.

FUERA DE CONCURSO DESDE 1885

Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos. Exigir la firma del inventor Baron LIEBIG de tinta azul en la etiqueta. Se vende en las principales Droguerias, Farmacias y Casas de Comestibles de España.

JAQUECAS—NEURALGIAS

La **PAULLINIA-FOURNIER,** á la dosis de un paquete ó de dos sellos, cura instantaneamente la jaqueca ó neuralgia, la mas violenta.

VINO OSSIAN HENRY, SIMPLE Ó FERRUGINOSO

EL MAS EFICAZ REPARADOR, EL MEJOR DE LOS FERRUGINOSOS

Instituto de Francia: PREMIO MONTYON

EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS

TISIS BRONQUITIS CRÓNICAS, TOSES PERTINACES, CATARROS. Curación por la **EMULSION MARCHAIS.**—MADRID, Melchor García.—BUENOS-AYRES, Demarchi h^os.—MONTEVIDEO, Las Cases.—MEJICO, Van De Wingaert.

PIESSE Y LUBIN

Fabricantes de Perfumería de todas cuantas flores exhalan fragancia

AROMAS DULCES

LIGN-ALOE. OPOPONAX
AMOR ENTRE LAS ROSAS
FRANGIPANNI
Y MIL OTRAS

Se vende en todas partes por los Perfumistas y Drogueros

2 New Bond Street Londres

AVISO AL PÚBLICO.—Escorpíese de las falsificaciones! Nuestros productos van firmados

Piesse & Lubin

TRADE MARK.—MUSK DEER

PERFUMERÍA LA CORONA.



Los delicados y superiores productos de esta renombrada fabrica son muy recomendados por las personas de buen gusto.

Crab Apple Blossoms.

(FLOR DE MANZANA SILVESTRE.)

El primero de los aromas *fashionables* de la estación es el *Flor de manzana silvestre (Crab Apple Blossoms),* un delicado perfume de la más alta calidad y exquisita fragancia.

CROWN PERFUMERY CO.,
177, NEW BOND STREET,
LONDON, ENG.

Se vende en todas las perfumerías.

CERTAMEN CIENTÍFICO.

La Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de esta corte, abre concurso público para adjudicar tres premios á los autores de las Memorias que desempeñen satisfactoriamente, á juicio de la misma Corporación, los temas siguientes:

1.º Catálogo ordenado de todas las curvas de cualquier clase que han recibido nombre especial, acompañado de una idea sucinta de la forma, ecuaciones y propiedades generales de cada una, añadiendo la noticia de los libros ó autores que primeramente las han dado á conocer.

2.º Historia crítica de los estudios realizados en España sobre la Electricidad y sus aplicaciones á la Telegrafía.

3.º Característica y estudio comparativo de las diversas zonas y regiones de la vegetación espontánea en España, relacionándolas, en lo posible, con las del cultivo agrario.

Los premios serán de tres clases: *premio* propiamente dicho, *accésit* y *mención honorífica*.

El premio consistirá en un diploma especial, en que conste su adjudicación; una medalla de oro, de 60 gramos de peso, exornada con el sello y lema de la Academia, que en sesión pública entregará el señor Presidente de la Corporación á quien le hubiese merecido; retribución pecuniaria, al autor premiado, de 1.500 pesetas; impresión, por cuenta de la Academia, en la colección de sus *Memorias*, de la que hubiere sido laureada; y entrega, cuando esto se verifique, de 100 ejemplares al autor.

El *accésit* consistirá en diploma y medalla iguales á los del premio, y en la impresión de la *Memoria*, y entrega de los mismos 100 ejemplares al autor.

La *mención honorífica* se hará en un diploma especial, análogo á los de *premio* y *accésit*.

Las Memorias, escritas en castellano ó latín, se entregarán en la Secretaría de la Academia, y en la forma de costumbre, hasta el día 31 de Diciembre de 1891, en el cual quedará cerrado el concurso.

Autoriza este programa el Secretario de dicha Real Academia, D. Miguel Merino. — V.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

«Nilfahrt», von E. V. Gonzenbach. Interesante, instructivo y lujoso libro, en cuyas páginas su ilustrado autor consigna impresiones del largo viaje que efectuó por Egipto, desde Noviembre de 1887, á fines de Abril de 1888: es un magnífico panorama del país del Nilo, que comienza en Alejandría y El Cairo y termina en el Sudán, en Wadi-Halfa, en la cuarta catarata del sagrado río africano; todo aparace en ellas perfectamente expuesto y estudiado, la historia, los tipos, las costumbres, las colosales ruínas antiguas, las poblaciones modernas; y para que la ilusión del lector sea completa, ilustran las descripciones literarias más de 200 grabados en el texto y 40 bellísimas láminas fotograbadas (á dos tintas), hermosa ilustración hecha directamente del natural por el artista italiano Rafael Mainella. Forma elegantísimo volumen de XII-212 páginas en folio, artísticamente encuadernado en tela, y se vende, á 20 marcos (25 pesetas), en la Casa editorial *Deutsche-Verlags-Anstalt* (Stuttgart, Leipzig, Berlín y Viena), á quien se dirigirán los pedidos.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por Ernesto Littré, miembro del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas; versión española por los doctores D. J. Aguilar Lara y D. M. Carreras Sanchís, precedida de un prólogo del Dr. D. Amalio Jimeno Cabañas, catedrático de Terapéutica. (Con unos 600 grabados intercalados en el texto.) Hemos recibido el cuaderno 28.º, que termina en la palabra *Hidrolaturo*. Cada cuaderno consta de 40 páginas en 4.º mayor, á dos columnas, y su precio es una peseta en toda España. Suscríbese en Valencia, librería de D. Pascual Aguilar (Caballeros, 1), y en Madrid, en casa de D. M. Carreras Sanchís (Cervantes, 22, bajo).

Las Amarguras de Jovellanos, bosquejo biográfico, por D. Julio Somoza de Montsoriu, natural del Principado de Asturias. Aunque el ilustrado autor de esta obra la titula modestamente *bosquejo biográfico*, esta detallada y extensa biografía del insigne Jovellanos, escrita con singular esmero, sencillez y buen gusto, é ilustrada con treinta preciosos documentos que recogerá y guardará la historia patria. Un aplauso muy sincero merece por su excelente estudio el Sr. Somoza de Montsoriu, quien prepara una *Bibliografía Jovellanista* y una colección de *Escritos inéditos de Jovellanos*. Forma un volumen de 433 páginas en 4.º, y se vende, á 7,50 pesetas, en las principales librerías, y en Gijón (Oviedo), imprenta de D. Anastasio Blanco (Moros, 5).

Manual de Técnica Fisiológica General (guía para los trabajos prácticos de Fisiología), por D. Enrique Pérez Zúñiga, ayudante, por oposición, en la Facultad de Medicina de Madrid, ex alumno interno, por oposición, etc. (Con grabados intercalados en el texto.) Curiosa obrita de 140 páginas en 8.º, que se vende, á 2,50 pesetas, en las buenas librerías y en casa del autor. Madrid (Huertas, 61).

V.



EXCMO. SR. DR. D. ANTONIO A. RAMÍREZ FONTECHA,
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE LA REPÚBLICA DE HONDURAS.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Impresores de la Real Casa.

que las cuenta con pomposa exageración las hablillas de vecindad; sentada en el brocal del pilón aparece una aldeana pensativa, quizá el blanco de tales hablillas, y detrás, en pequeña altura, hay otro grupo de muchachas que forman tertulia aparte; más allá se descubren algunos trabajadores del campo, que avanzan por espesos maizales, rastra y guadaña al hombro; al fondo se observa un muro ruinoso con fresco tapiz de hiedra, enmarañados espinos que sirven de tapias, *horreos* de alta galería que se apoyan en recios pilares ó *pegollos*.

Figuró esta obra en la Exposición celebrada por el Círculo de Bellas Artes, en el Palacio de Cristal del Parque de Madrid, en Mayo de 1889, y ha sido adquirida para Buenos Aires.

***

EXCMO. SR. D. JOSÉ ABASCAL Y CARREDANO,

ex alcalde presidente del Ayuntamiento de Madrid.

La penosa dolencia que sufría el Sr. Abascal hace largo tiempo, combatida en vano con los mejores recursos de la ciencia, tuvo funesto desenlace en la mañana del 19 del actual: á las nueve falleció el popular ex alcalde presidente del Ayuntamiento de Madrid.

D. José Abascal y Carredano (cuyo retrato damos en la página 124, hecho sobre fotografía recientemente sacada por el distinguido fotógrafo D. Fernando Debas), nació en Pontones (Santander), en 1829, y estudió Humanidades y Filosofía en el célebre colegio de Masarnau, de esta corte, y después Medicina en el Colegio de San Carlos, donde fué compañero de González Encinas, Creus, Suender y otros, después médicos notables; y al mismo tiempo su hermano D. Bernardo seguía la carrera de Artillería en el Colegio de Segovia, del cual pasó al ejército para morir prematuramente, con la categoría de brigadier, por consecuencia de los motines de Málaga, combatiendo á las órdenes del general Caballero de Rodas, en Enero de 1869.

Su padre no murió en la emigración, como se ha dicho: era contratista de las obras para el actual Congreso de los Diputados, y en ellas adquirió la grave enfermedad que le produjo la muerte, en su pueblo natal, el 19 de Julio de 1848; entonces su hijo D. José, abandonando la carrera de médico, se puso al frente del acreditado taller de cantería que hubo fundado su padre en Madrid, y en el cual se labraba piedra, como es sabido, para las principales obras públicas y de particulares de aquella época, y en 1853 contrajo matrimonio con la señora D.ª Isidora Rodríguez, hija y rica heredera de un industrial que fué la especialidad de esta corte en el ramo de fontanería hasta la construcción del Canal de Isabel II.

Afiliado al partido progresista, y unido por estrecha amistad con los hombres que le dirigían, Olózaga, Calvo Asensio, Carlos Rubio, Sagasta, etc., el Sr. Abascal «era el capitalista (dice un su biógrafo) en aquella generación de hombres entusiastas, y su bolsillo estuvo siempre abierto para atender á las grandes multas que se imponían á los periódicos liberales, para sufragar los gastos que ocasionaba la organización de los *comités*, para todo lo que representaba un esfuerzo ó un sacrificio.»

Perteneció en 1865 á la asociación de *Amigos de los pobres*, socorriendo generosamente á los atacados por la epidemia; después de la jornada del 22 de Junio de 1866 procuró salvar á muchas personas comprometidas en aquélla, y luego, en París y Bruselas, fué el amparo de los emigrados españoles; formó parte de la Junta revolucionaria de Madrid en 1868, y del primer Ayuntamiento de la revolución; alguna vez declinó la honra de ser ministro bajo la presidencia de su amigo Sagasta, así como renunció al título de Castilla que se le ofreciera, y sólo aceptó la alcaldía de Madrid, para continuar la obra de reformas emprendida por D. Nicolás María Rivero.

El Sr. Abascal ha tenido, en el desempeño de tan difícil cargo, muchos y sinceros amigos y también numerosos adversarios y aun detractores; y no es tiempo ni ocasión de juzgarle ahora.

Ha sido diputado á Cortes en varias legislaturas, y ha muerto siendo senador vitalicio; estaba condecorado con grandes cruces de Carlos III, de Isabel la Católica y de la Orden civil de Beneficencia, así como con otras extranjeras, entre ellas la de gran oficial de la Legión de Honor; había sido oficial de la Milicia Nacional, y pertenecía á la Sociedad filantrópica de Veteranos de la misma Milicia.

Según se nos dice por persona á quien debemos entero crédito, si es absurdo afirmar, con algún periódico, que el Sr. Abascal ha muerto pobre, relativamente, es más absurdo todavía decir, con otros, que ha dejado cuarenta millones: la regular fortuna que le legó su padre, acrecentada con el dote de su esposa, constituye (según sus allegados), poco más ó menos, el caudal que deja á su viuda, su heredera universal; y seguramente el ex alcalde de Madrid habría reunido una gran fortuna (porque, activo y trabajador, nunca abandonó sus negocios de obras públicas) sin la esplendidez inagotable que siempre tuvo en favor de sus correligionarios políticos.

Descanse en paz.

***

BERLÍN: EL EMPERADOR GUILLERMO II

explicando sus ideas sobre la cuestión obrera en el palacio del Príncipe de Bismarck.

Los rescriptos del joven Emperador de Alemania sobre las cuestiones sociales, y el anuncio de la conferencia internacional que ha de celebrarse próximamente en Berlín, dan verdadero interés á nuestro segundo grabado de la pág. 124, que representa á S. M. I. y R. Guillermo II explanando sus ideas sobre aquellas cuestiones, y con relación á la clase obrera, en casa del Príncipe de Bismarck.

Este suceso, rigorosamente histórico, se efectuó en la noche del 4 del actual: celebrábase en el palacio del Canciller un banquete parlamentario, al que estaban invitados solamente los miembros de la Dieta prusiana, hallándose presentes los diputados del centro, los nacionales liberales, los conservadores liberales y los conservadores alemanes.

Después de la comida se formaron grupos en los diversos salones del palacio, y uno de aquéllos, presidido por el Emperador, se componía de los personajes retratados en nuestro grabado: Dr. Miguel, von Stumm, von Kardoff, von Huene, y el conde Herbert von Bismarck.

Diremos que H. von Stumm, uno de los primeros propietarios de minas en el país, es hermano del Embajador de Alemania acreditado en la corte de España.

Ante esos personajes el joven Emperador explanó por vez primera sus ideas sobre la cuestión obrera y las colonias alemanas, publicándose en los días siguientes los famosos rescriptos.

La comida, que comenzó á las seis de la tarde, se prolongó, por efecto de tan interesante y verdaderamente nueva conferencia imperial, hasta las once de la noche, hora en que Guillermo II se retiró á su palacio.

***

FALLECIMIENTO DEL CARDENAL PECCI.

Conducción del cadáver al cementerio de Campo Verano.—Las exequias en la iglesia de los Santos Apóstoles.

El día 8 del actual murió en Roma el Emmo. Sr. Cardenal Pecci, en el palacio Barberini, donde habitaba.

José Pecci, hermano mayor de Su Santidad León XIII, nació en Carpineto el 13 de Diciembre de 1807, y tenía, por consiguiente, la edad de ochenta y dos años bien cumplidos, ó sean dos años y cerca de tres meses más que el Padre Santo, quien nació en la misma población el 2 de Marzo de 1810.

En su juventud perteneció á la Compañía de Jesús, dedicándose á la enseñanza; luego fué nombrado profesor de la Universidad de Roma, y cuando su hermano pasó á la Sede episcopal de Perugia, otorgóle una cátedra de Teología en el Seminario Conciliar, la cual desempeñó por espacio de veinte años; elegido Papa el cardenal Pecci, León XIII, nombróle vicebibliotecario del Vaticano, y le confirió, á propuesta unánime del Sacro Colegio, el capelo cardenalicio, creándole Cardenal diácono del título de Santa Agata *dei Goti*, en la Suburra, el 10 de Mayo de 1879.

Hace unos dos años, el cardenal Pecci volvió á ingresar en la Compañía de Jesús; defendió siempre con profunda sabiduría la doctrina *tomista*, y contribuyó en gran modo á la publicación de las obras completas del Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino; era Protector de la congregación de la Madre de Dios, de París, y de las Ursulinas de Roma y Milán; considerábanle, aun los acérrimos enemigos de la Santa Sede, como uno de los prelados más doctos, humildes y caritativos de la Iglesia Católica, y el Papa le consultaba en todas las doctrinas teológicas y filosóficas que ha expuesto en sus admirables encíclicas.

Sus funerales se han celebrado modestamente, según regla general de los padres de la Compañía de Jesús: el cadáver permaneció dos días en capilla ardiente, en el palacio Barberini, siendo visitado por el alto clero, el Cuerpo diplomático y la aristocracia romana; y en la tarde del 10 fué conducido al cementerio de Campo Verano, y depositado en la cripta funeraria perteneciente á los jesuitas.

Las exequias se celebraron el día 13, en la iglesia de los Santos Apóstoles: ofició monseñor Satolli, presidente de la Academia eclesiástica de Roma, y entonó el último responso su eminencia Mónaco de La Valetta; asistieron los miembros del Sacro Colegio, los diplomáticos acreditados cerca de la Santa Sede, los prelados y dignatarios del Vaticano, numerosa representación de la antigua nobleza romana y gran muchedumbre de todas las clases de la sociedad, incluso los pobres á quien socorría con mano pródiga el anciano prelado.

¡Dios le haya recibido en su seno!

Nuestro grabado de la pág. 125 (dibujo del natural, de Hermenegildo Estevan) representa el acto de conducir el féretro desde el palacio Barberini al cementerio de Campo Verano, y el interior de la iglesia de los Santos Apóstoles en el momento de dar la absolución, terminadas las exequias, el prelado oficiante.

***

TURÍN: LA NUEVA GALERÍA «VITTORIO EMANUELE».

Las viejas ciudades de Italia se transforman en bellísimas poblaciones modernas, sin destruir sus monumentos históricos y arquitectónicos: Roma da la señal, abriendo su *Via Nazionale*; Venecia, Milán y Florencia restauran sus grandiosas basílicas y sus palacios; Nápoles se dispone á inaugurar, en Mayo próximo, su galería *Umberto I*, entre las calles de Toledo, San Carlos, Santa Brígida y Municipio, en la que habrá lujosos comercios, salas de espectáculos, cafés-cantantes, oficinas bancarias, círculos públicos, etc.

Turín abrió al público, á fines de Diciembre último, su magnífica galería *Vittorio Emanuele*, que es la tercera construída en pocos años en aquella insigne capital del antiguo reino de Cerdeña.

La *Galleria Vittorio Emanuele*, llamada también *Nazionale* (véase nuestro grabado de la pág. 128), está situada entre las calles de Roma, Arcivescovado y Venti Septembre (antigua de la Providenza), y ha sido construída por los ricos propietarios Sres. Calleri y Mossotto, según el proyecto del ingeniero Camillo Riccio; ocupa toda la longitud de la sección primera, aislada, de la calle Arcivescovado, y mide 100 metros de largo por 12 de ancho y 20 de altura; la superficie cubierta con armadura de hierro y cristal, es de 4.100 metros, y en la intersección de los brazos secundarios se levanta una gallarda cúpula á 24 metros del pavimento; su desembocadura principal, en la calle de Roma, es grandiosa, «aunque la ornamentación (estilo mixto de francés y ecléctico) aparece pesada, algo confusa», y de la cornisa del entresuelo surgen elegantes *lampadari* de bronce dorado, para luz eléctrica y mecheros de gas; el total coste de la galería, incluyendo las indemnizaciones pagadas por expropiación de dos edificios, se ha elevado á la cantidad de dos millones de *liras* (pesetas).

¡Ni más ni menos son esas aristocráticas galerías de Roma, Nápoles y Turín, que los ruines pasajes de Matheu y de Murga, ó que el ruinoso, destartalado y sucio de la calle de la Princesa, de esta corte!

***

LAS PALMAS DE LA GRAN CANARIA: VISTA DE LA BAHÍA; DIQUE DEL PUERTO DE REFUGIO DE «LA LUZ»; DETALLE DEL MISMO; BARRIO DE REYNETE, CON LA CATEDRAL.—(Véase el artículo correspondiente, pág. 139.)

***

DON PEDRO DE NOVO Y COLSON,

teniente de navío, aplaudido autor dramático.

En la pág. 137 damos el retrato del teniente de navío don Pedro de Novo y Colson, que con su precioso drama *La Bofetada*, representado últimamente con extraordinario y merecido éxito en el teatro Español, de esta corte, se ha colocado en la primera fila de los autores dramáticos contemporáneos.

Y para acompañar al retrato, podemos ofrecer á nuestros lectores datos biográficos de indudable exactitud, debidos en gran parte á la amabilidad de antiguos compañeros del retratado.

Nació el Sr. Novo y Colson en Cádiz, el 26 de Octubre de 1846, y á los diez y seis años ingresó por oposición en el Colegio Naval Militar; once meses después comenzó á navegar en clase de guardia marina, y por espacio de catorce ó quince años hizo continuos viajes en diversos buques, distinguiéndose en las campañas de Cuba y en las guerras civiles contra cantonales y carlistas.

En Cuba mandó un cañonero que fué destinado al *Río Cauto* (departamento Oriental), donde permaneció un año, y allí demostró el Sr. Novo su extraordinaria entereza: el mortífero clima de la localidad le arrebató, en menos de dos meses, la tripulación completa del buque, excepto un hombre, y las dos tripulaciones nombradas sucesivamente perecieron todas; esto causó horror en el Apostadero de la Habana, y como el servicio en el Cauto era muy importante, para evitar el tránsito de los insurrectos, el Sr Novo escribió al contraalmirante Sr. Chicarro (que después fué suegro suyo): «Envíeme usted una tripulación de negros y manilos»; así se hizo con acierto, porque sólo murió la mitad de la nueva tripulación, y entretanto, Novo fué atacado también de la terrible fiebre; mas como le aconsejaran sus marineros que saliera del Río para buscar en Manzanillo médico y botica, les respondió: «¿Acaso es mi carne mejor que la vuestra? Yo soy un enfermo más»; y apenas convaleciente, y en ocasión de tener con averías la máquina de su buque, efectuó una expedición, incorporado al batallón Cazadores de Antequera, en la cual recorrió 40 leguas en seis días, ganando el empleo de capitán de ejército.

Al ascender á teniente de navío en 28 de Julio de 1876, fué nombrado por oposición profesor de Esgrima y Gimnasia de la Escuela Naval, cargo que desempeñó durante cuatro años, y después vino á Madrid para dedicarse exclusivamente á tareas literarias.

Cuando era aún guardia marina escribió la novela *Paseo científico por el Océano*, que obtuvo mucha aceptación; su oda (premiada) á *Sebastián de Elcano*, le acreditó de inspirado poeta; después dió á luz la *Última teoría sobre la Atlántida*, y luego la *Historia de las exploraciones articas*, obra por la que le escribió el ilustre Nordenskiold, descubridor del paso del NE., diciéndolo «que era la más completa que se había publicado»; invitado á tomar parte en el IV Congreso de Americanistas por su presidente el Sr. Conde de Toreno, escribió *Los Viajes apócrifos de Fúcar y Maldonado*, que fué uno de los temas del programa; á esta obra siguió la *Historia de la guerra de España en el Pacífico*, que obtuvo el aplauso unánime de españoles, peruanos y chilenos, por lo exacta é imparcial. Sus obras dramáticas son: *La Manta del caballo, Vasco Núñez de Balboa, Corazón de hombre, Un Archimillonario* y *La Bofetada*, estrenadas con éxito en los teatros Español, Apolo y Princesa de esta corte; y añadiremos que la comedia *Un Archimillonario* ha obtenido también excelente acogida en Italia. Además, el Sr. Novo y Colson ha comprobado su vigorosa iniciativa en altas empresas literarias, como la publicación de *Joyas del teatro Español del siglo* XIX; en su propaganda á beneficio de la *Sociedad Española de Salvamento de Náufragos*, de la que es secretario, y en la defensa entusiasta que ha hecho del submarino *Peral*, asistiendo á todas las pruebas de este buque hasta que el Gobierno le retiró la autorización que le había otorgado.

Consignamos estos datos y nuestro elogio, porque no abundan los hombres de quien pueda decirse con más razón: «Es un carácter y una inteligencia.»

***

SALAMANCA:

Fachada posterior de las Escuelas Menores.

En el año 1415 se comenzó á construir de nueva planta el edificio llamado *Escuelas Mayores*, en Salamanca, que fué terminado en 1433, bajo la dirección del alarife Alonso Rodríguez Carpintero; y así lo decía una leyenda que existió en el pórtico de la capilla, y que, copiada por el cronista Pedro Chacón, era del tenor siguiente:

«.....Año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesuchristo de mil e quatrocientos e treinta e tres (se acabaron las obras) e comenzaron en el año de mil e quatrocientos e quince, e fízolas edificar Antonio Ruiz de Segovia, doctor en decretos e maestre escuela en la iglesia de Salamanca, chanciller por autoridad apostólica de la Universidad del estudio de dicha ciudad. Edificáronse á expensas de la dicha Universidad de la dicha ciudad por Alonso Rodríguez Carpintero, maestro de la obra, siendo administrador Juan Fernández de Ramaga, chantre de Badajoz, e regentes de las cátedras de las ciencias que se leen en las dichas escuelas Diego González, doctor en leyes, e el dicho maestre escuela e Juan González e Pedro Martínez e Juan Rodríguez, doctores en decretos, e J.... Ferran Rodríguez e Arias Maldonado, doctores en leyes, e fray Alvaro e fray Lope e Juan González de Segovia, maestros en teología, e Juan Fernández e Gómez García, doctores en medicina, e otros leyentes.....»

Mas esta obra fué reformada en el reinado de los Reyes Católicos, y concluída, según la opinión más corriente, en el de Felipe II (año 1573), al mismo tiempo que también se concluía la de Escuelas Menores.

Mas la portada principal de estas Escuelas Menores, sita en un rincón de la plazuela de igual nombre, es ya, no construcción ojival, sino magnífica obra plateresca: «la bocelada curva de sus dos arcos (dice el Sr. Quadrado en *Recuerdos y Bellezas de España*) reposa graciosamente sobre una columna aislada; tres escudos imperiales encima de la puerta dentro de nichos, separados por pilastritas acreditan el dictado de *Real* universidad, así como el de *Pontificia* una tiara y las cabezas de San Pedro y San Pablo, que resaltan entre los adornos del friso; follajes, grecas, figuritas, melladones, todo es diminuto y primoroso, terminando en una orla de encaje, en la cual parece que transigieron entre sí los dos estilos», el ojival y el del Renacimiento.

Más allá del atrio, en cuya arcada interior se lee un enfático lema (*omnium scientiarum princeps, Salmantica docet*), aparecen las galerías de un patio cuadrilongo, cuya balaustrada superior pertenece indudablemente al siglo XVII, mientras en su fachada trasera, construída indudablemente en la época de los Reyes Católicos, domina el estilo ojival.

De esta fachada posterior damos una vista parcial en el segundo grabado de la pág. 137, hecho sobre fotografía de Laurent.

En la plazuela de las Escuelas se levanta majestuosa estatua de bronce, que representa al inmortal Fr. Luis de León en el acto de pronunciar sus famosas palabras de perdón y olvido: *Dicebamus heri.....*; estatua costeada por suscrición nacional, modelada en Roma, fundida en Marsella, colocada sobre modesto pedestal en aquel sitio de honor, frente á la Universidad, é inaugurada con solemne ceremonia el 25 de Abril de 1869.

***

LA TRACCIÓN ELÉCTRICA.—(Véase el artículo correspondiente, pág. 134.)

***

ALEGORÍA DEL MES DE FEBRERO.

El grabado de la pág. 141 es una alegoría del mes de Febrero, según dibujo original del Sr. Ruidavets.

Febrerillo el loco, con sus días veintiocho, que dice una locución popular, está representado allí con el lujo de detalles que suele desplegar Ruidavets en sus ingeniosas composiciones: el nombre del mes en el arco iris, indicando lo variable del tiempo; á la derecha, los atributos del Carnaval y de la Cuaresma, y á la izquierda, una pareja de enmascarados que aguantan recio chaparrón bajo un paraguas japonés; en el centro una escena de montería, la caza del jabalí en las montañas de Asturias ó de Santander; abajo, el signo zodiacal del mes, *Piscis*, nadando en copioso remolino de aguas, y un grupo de las primeras flores de la estación, violetas y jacintos, mensajeros de la dulce primavera.

***

EXCMO. SR. D. ANTONIO DE SERPA PIMENTEL,

presidente del Consejo de Ministros de Portugal.

El presidente del nuevo Ministerio responsable del rey D. Carlos I de Portugal es el jefe del partido *regenerador*, Excmo. señor D. Antonio de Serpa Pimentel, cuyo retrato damos en la pág. 144.

Es hijo del célebre Serpa Machado, presidente de las Cortes Constituyentes de 1821, y no ha desmentido la noble herencia que le dejó su padre: doctor en Ciencias en 1845 y catedrático de Matemáticas en la Escuela politécnica de Lisboa en 1851, fué diputado á Cortes en 1856 y ministro de Obras públicas en el gabinete presidido por el Duque de Terceira, en Marzo de 1859; más tarde ocupó el alto puesto de Consejero del Tribunal de Cuentas del reino, y segunda vez fué ministro, bajo la presidencia del Sr. Fonte Pereira de Mello, en Octubre de 1872, encargándose de la cartera de Hacienda; ministro era también en 1883, y entonces de Estado, con el mismo presidente, cuando SS. MM. los Reyes de Portugal visitaron en Madrid á SS. MM. los reyes don Alfonso XII y D.ª María Cristina.

Ha sido periodista, redactor de los diarios *O Pharol*, *O Paiz*, *O Portuguez* y *A Opiniâo*, y excelente poeta, autor del drama *Casamento e despecho*, imitación del *Dalile* de Feuillet, y de una *Colección de poesías* muy notables.

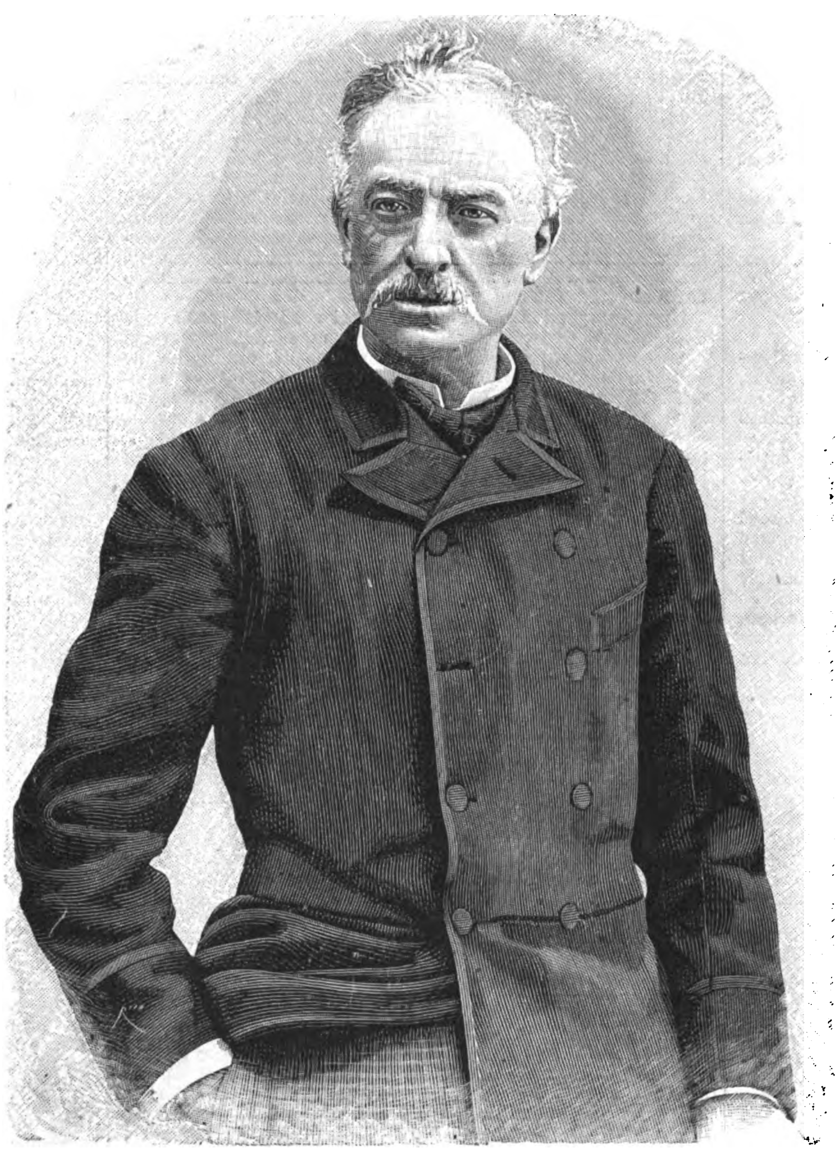
Después del fallecimiento del Sr. Fonte Pereira, se considera al Sr. Serpa Pimentel como jefe del partido de los *regeneradores*, ó sea partido conservador.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LOS TEATROS.

Situación por que han pasado los de Madrid en estos últimos meses.—Pérdidas lamentables.—Noticia de piezas estrenadas en los teatros de función por hora.—Una poetisa dramática.—Sumario juicio de las obras nuevas originales representadas en el ESPAÑOL *y en la* COMEDIA.

Desde que hará dos meses y medio escribí mi anterior artículo, felicitándome de haber desterrado las molestas indisposiciones que por aquel tiempo me habían impedido ver y apreciar algunas obras estrenadas en nuestros teatros, los de Madrid han sido víctimas de circunstancias muy aciagas. La epidemia que ha invadido la mayor parte de Europa, sin perdonar poblaciones de Africa y América, y que al pronto se mostró con cierta benignidad, tardó poco en desatar entre nosotros su furia, con uno ú otro carácter, y en causar estragos aterradores. Innumerables son las familias de esta corte que lloran la pérdida de seres queridos; y como los rigores del mal se han

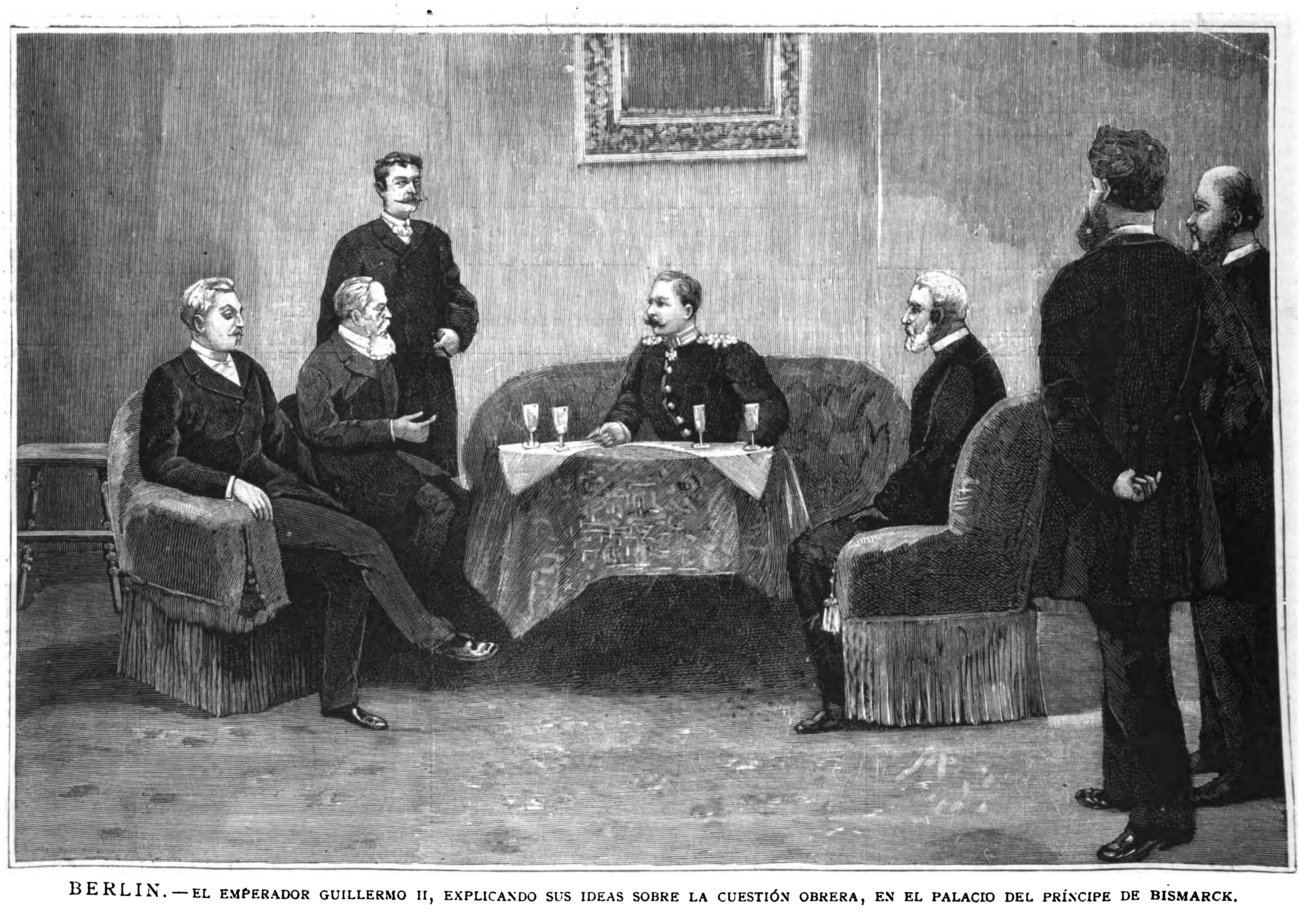


EXCMO. SR. D. JOSÉ ABASCAL Y CARREDANO,
EX ALCALDE PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID.
Nació en Pontones (Santander), en 1829; † en Madrid, el 19 del actual.
(De fotografía de D. Fernando Debas.)

cebado aquí en personas notables por su jerarquía ó por su mérito, el pánico ha sido terrible y ha retraído á muchos de asistir á las representaciones teatrales.

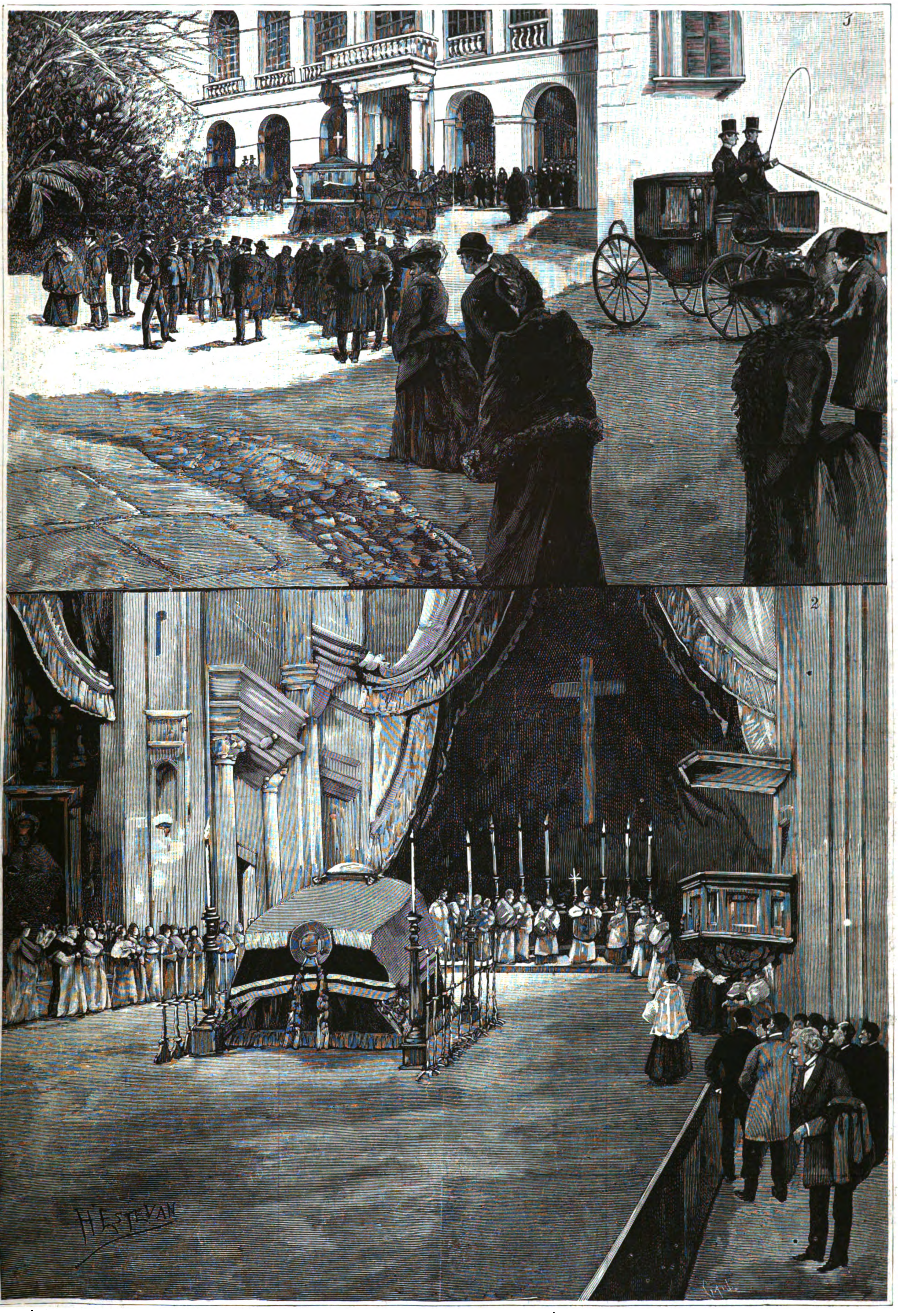
Este alejamiento del público en la temporada de Navidad, que es siempre la de mayor concurrencia á tales representaciones y en la que cifran su salvación ó sus ganancias empresas y compañías, ha sido para unas y otras un verdadero desastre. Sin el heroico ejemplo dado por los directores de la Comedia, del Español y de la Zarzuela, que se opusieron briosamente á la clausura de sus coliseos, prefiriendo arrostrar el inconveniente de grandes pérdidas pecuniarias á consentir que la suspensión de las funciones aumentase el terror que embargaba el ánimo contristado de la generalidad, todos los teatros de Madrid habrían cerrado sus puertas. En tan deshecha borrasca han sucumbido varios de ellos; y aunque pasada ya la tempestad comienzan á renacer, el luto, que obliga á muchas gentes á prescindir de diversiones, hace que aquéllos no puedan ya reponerse de los quebrantos que han sufrido.

A consecuencia de la especie de fatalidad que persigue á la escena española, y que hubo de acrecentarse por tan aflictivas circunstancias, el insigne actor Antonio Vico, sobre cuyos hombros pesaba principalmente el sostenimiento del Teatro Español, se consideró sin fuerzas para mantenerlo. Fatigado, descorazonado, falto de los recursos necesarios para salvar las dificultades de una situación embarazosa, alejado de las tablas por efecto de peligrosa caída, publicó en *El Imparcial* del 28 de diciembre una carta llena de amargura, lamentando tener que separarse de sus compañeros, despidiéndose del público y del teatro de sus glorias. No es de este momento apreciar las razones que indujeron al famoso actor á tomar resolución semejante, máxime cuando parece que al fin cede un tanto en su pesimismo, si es cierto (como lo dicen estos días varios periódicos) que se



BERLIN.—EL EMPERADOR GUILLERMO II, EXPLICANDO SUS IDEAS SOBRE LA CUESTIÓN OBRERA, EN EL PALACIO DEL PRÍNCIPE DE BISMARCK.

ROMA.—FALLECIMIENTO DEL CARDENAL PECCI, HERMANO DE SU SANTIDAD.



CONDUCCIÓN DEL CADÁVER DESDE LA CASA MORTUORIA, PALACIO BARBERINI, AL CEMENTERIO DE CAMPO VERANO.
EXEQUIAS EN LA IGLESIA DE LOS SANTOS APÓSTOLES, EL 13 DEL ACTUAL.
(Dibujo del natural, por D. Hermenegildo Estevan.)

propone dar en breve algunas representaciones en el teatro de la Princesa, donde anuncian que estrenará un drama de Echegaray y la refundición que hace Zorrilla de la primera parte de *El Zapatero y el Rey*. Proponíame yo entonces apuntar algunas observaciones sobre la carta de Vico, y aplaudir el valeroso entusiasmo de los actores del Español que bajo la dirección de Ricardo Calvo y Donato Jiménez decidieron seguir reunidos en sociedad para rendir culto á la buena dramática. Aquel propósito fracasó, de igual suerte que mi deseo de tener al corriente de las novedades teatrales á los asiduos lectores de este periódico. El último día del año me acometió una grave enfermedad de la que aun estoy convaleciendo, y que todavía no me deja salir de casa por la noche.

En ese angustioso período han desaparecido del número de los vivientes el gran tenor Julián Gayarre, sin rival en la escena lírica del mundo, y el celebérrimo Ronconi, español de corazón. En él ha fallecido también el septuagenario actor Mariano Fernández, que conservó siempre en el alma el fuego de la juventud, y que era ejemplo vivo de una tradición artística ya casi perdida por completo. A todos ha tributado Madrid homenaje cariñoso, dando en ello muestras de cultura que le honran y favorecen.

Injusto fuera desconocer lo mucho que en el tiempo á que me refiero se han esforzado los teatros de esta corte por llamar la atención del público, procurando apartarla de lo que tanto y con tanta razón la preocupaba tristemente. El proceder de las empresas teatrales ha sido en esta ocasión tanto más meritorio y plausible, cuanto más persuadidas debían estar de no conseguir de sus sacrificios resultado lisonjero. Estrenadas en circunstancias menos adversas, habrían producido grandes ganancias, ya por una causa, ya por otra, piezas como el melodrama lírico en dos actos titulado *La Virgen del Mar*, representado en Apolo al finalizar diciembre, ó como *El diamante rosa*, zarzuela de espectáculo engalanada con diez soberbias decoraciones, y puesta en escena en el coliseo de la calle de Jovellanos. Como no he podido ver estas obras, ni las demás de su especie representadas en dichos teatros y en los de *Lara* y *Martín*, pretendería en vano apreciarlas. En el mismo caso me encuentro respecto de producciones como *La sopa de almendra*, *Creced y multiplicaos* y *Cardedeu, confitero*, ejecutadas en el Teatro de la Comedia. Refiriéndose á esta última, se ha expresado algún periódico en términos que me han llamado la atención por lo destemplados y sañudos. Mas si de ellas no, puedo dar á los lectores idea de las obras más importantes estrenadas desde principios de año en el *Español* y en la *Comedia*, porque, aunque no las he visto representar, he tenido el gusto de leerlas.

Son éstas, siguiendo el orden cronológico, *Justos por pecadores*, drama en tres actos y en verso, original de D. Cándido Ruiz Martínez; *La verja cerrada*, también en verso y en tres actos, original de D. Ricardo Blanco Asenjo; *Las personas decentes*, comedia en tres actos y en prosa, original de D. Enrique Gaspar; *El sentido común*, drama en tres actos y en verso, original de D. Rafael Torromé, y *La bofetada*, drama en tres actos y en prosa, original de D. Pedro Novo y Colson.

Pero antes de discurrir sobre estas obras, sintiendo en el alma no poder efectuarlo con el detenimiento que merecen, voy á decir algo acerca de otro poema escénico digno á todas luces de estimación. Trátase del drama en tres actos y en verso rotulado *Morir dos veces*, original de la señora D.ª Pastora Echegaray de González é impreso en Madrid en lo que va del presente año. El ser esta producción la primera de una dama, y el no abundar entre nosotros las que cultivan ese género literario, explica y justifica sobradamente que le dé la preferencia.

Aunque impreso recientemente, el drama de doña Pastora Echegaray se escribió hace ya algún tiempo. La discreta poetisa concurrió con él al certamen abierto en Barcelona en 1882 por la Sociedad *Julián Romea* para honrar la memoria del célebre actor, y en aquella noble competencia literaria, en la que se presentó disfrazada con el seudónimo de Jorge Lacosta, obtuvo el diploma de *socio de mérito*. Al dar ahora á luz aquella composición la ha dedicado á su ilustre hermano D. José, porque le parece justo que «quien la apadrinó al venir á este mundo de penas, y en tantas otras ocasiones», lo haga «al nacer á la vida del pensamiento». Con recomendable modestia pide la señora de González en esa dedicatoria mucha indulgencia y tolerancia, por la osadía de lanzarse con tan débiles fuerzas en empresa tan difícil. Pero quien fije su atención en el drama *Morir dos veces*, verá claro que las fuerzas de la autora no son tan débiles como ella supone.

¿A cuál de los géneros teatrales que desde el segundo tercio de este siglo han prevalecido en la escena, con más ó menos duración, pertenece el drama original de D.ª Pastora Echegaray? Hermana de dos poetas que han conquistado alto renombre, la señora de González deja ver en el fondo de la producción de que se trata el espíritu romántico del famoso autor de *Ó locura ó santidad*, y en el estilo y en la versificación la fluidez y la naturalidad que caracterizan el diálogo de las comedias de su hermano D. Miguel. Hay, pues, en *Morir dos veces* algo de la rica fantasía que constituye el principal distintivo de D. José Echegaray, unido á la sensibilidad y delicadeza afectivas propias de un alma de mujer.

El pensamiento de la obra en cuestión se funda en dos pasiones de carácter universal (el amor y la envidia) cuya sorda lucha forma el tejido de la fábula. Desenvuélvese la acción en Roma por los años de 1519, y no hay en ella nada que repugne á la moral ni que propenda á enaltecer ó disculpar los afectos ilícitos que suelen ahora servir de principal elemento á las creaciones dramáticas. El vigor con que traza los caracteres; la energía, un tanto exagerada, con que los desarrolla, y el fuego con que anima la pintura de las pasiones, arguyen en D.ª Pastora Echegaray facultades poéticas nada comunes.

Críticos habrá, de los que se tienen por únicos representantes del progreso artístico, de aquellos que blasonan de defender toda clase de libertades, y que, á pesar de ello, tratan de tiranizar la inspiración sometiéndola exclusivamente á una sola norma, para quienes el tinte novelesco de *Morir dos veces*, y el referirse á sucesos y costumbres de tiempos pasados, parecerá poco en armonía con lo que á su juicio deben hoy ser las obras representables. No soy yo de los que tal piensan. A mi modo de ver, todos los géneros dramáticos son aceptables en todas épocas cuando tienen por cimiento primordial hechos verosímiles, cuando les da ser la expresión de sentimientos naturales y de caracteres verdaderos. Querer subordinar el drama á la mera reproducción de lo que estamos viendo á cada paso; suponer que no deben considerarse asuntos dignos de la escena sino los que pintan al desnudo debilidades propias de la sociedad en que vivimos, es tener muy pobre idea de la inmensa variedad de formas que pueden revestir las creaciones del arte inspirándose en la fecunda conjunción de lo real y de lo ideal. Porque ha procurado tenerlo en cuenta y ha esmaltado su obra de muy bellos rasgos, versificándola con gallarda espontaneidad y soltura, debemos felicitarnos de la aparición de una poetisa que posee notables dotes de autor dramático, y que viene á proporcionar nuevo esplendor al ya ilustre nombre de Echegaray.

Rendido este homenaje de justa consideración á la distinguida autora de *Morir dos veces*, vengamos al examen de las obras originales estrenadas en el Español y en la Comedia.

El martes 14 de enero se puso en escena por primera vez en el más antiguo de ambos coliseos el drama de D. Cándido Ruiz Martínez titulado *Justos por pecadores*. Esta obra, con la cual se ha dado á conocer su joven autor como poeta escénico, bastaría para autorizarnos á añadir un nombre más al catálogo de ingenios capaces de honrar la dramática española. Mi parecer es tanto más imparcial en este punto, cuanto no soy yo de los que juzgan que el género á que pertenece el drama de Ruiz Martínez debe anteponerse á todos por ser viva expresión de costumbres y pasiones contemporáneas, ni encuentro plausible que se tenga el adulterio por principal elemento de interés en las peripecias y conflictos del poema representable.

Enamorado del carácter especial de la novísima dramaturgia francesa; considerando el naturalismo ó realismo desde el mismo punto de mira en que lo aprecian los ingenios transpirenaicos dominadores del gusto, el Sr. Ruiz Martínez muestra en *Justos por pecadores*, deliberada ó indeliberadamente, que se ha dejado influir más de lo que conviniera á su gloria por el ambiente deletéreo de la odiosa literatura que aún prevalece en muchas partes. Los inconvenientes y defectos que una crítica inflexible encontrará en la primera producción escénica del brioso poeta andaluz son, pues, imputables, más aún que á las peculiares condiciones del poeta mismo, á la privativas de la escuela literaria á que ha rendido tributo. Bien que los maestros de esa escuela hagan alarde de reproducir fielmente la realidad, de presentar en sus obras un reflejo exacto de lo que pasa en el mundo, de ser genuinos intérpretes de la verdad humana (como si en la naturaleza no hubiese más que vicios y crímenes ó éstos ejercieran dominio en la sociedad y en las costumbres), cumple advertir que los principales corifeos de la dramática que se dice realista, de igual modo que sus secuaces y discípulos, apenas ven en la realidad sino aquellos acontecimientos que por fortuna son todavía excepcionales. Y no es eso lo peor, dado que el drama debe buscar alimento en generalidades y no en excepciones; sino que al preferir casos posibles, aunque raros, los ingenios que más presumen de realistas suelen sacarlos de quicio, exagerando pasiones y caracteres y falseando por sistema esa misma realidad excepcional.

Algo de esto se echa de ver en el drama de don Cándido Ruiz Martínez. Sin embargo, sus facultades son tales y es su intuición tan poderosa, que apenas se conciben en autor primerizo la destreza y el arte con que el joven poeta sevillano domina y salva los escollos inherentes á la escabrosa índole del asunto que ha elegido. Pintar la desaforada pasión de una mujer casada que hace traición á su marido con el novio á quien idolatra su hija, y que se vale de la ciega confianza de aquél y del influjo que en él ejerce para perder con invenciones calumniosas al noble hijastro que descubre su crimen, era empeño arrojado y peligroso. Siendo el amor maternal el más puro y santo de los amores; no habiendo figura humana más digna de respeto y cariño que la de aquella que nos ha llevado en sus entrañas, á la que somos desde la cuna deudores de toda clase de desvelos, que se halla dispuesta á sacrificarse por nosotros en los trances más terribles, será siempre muy arriesgado presentar en las tablas la rara excepción de una madre (mejor diré de un monstruo) que antepone al deber conyugal y al amor materno las sugestiones de loca pasión ó de liviano apetito. El Sr. Ruiz Martínez ha conseguido hasta cierto punto vencer tan terrible dificultad, combinando una fábula llena de vigorosas situaciones dramáticas, en la que se sobrepone el interés que inspiran los buenos á la repugnancia y el horror que suscitan los malos, y que está por lo común bien escrita y fácilmente versificada. Bueno sería, no obstante, que un poeta de las felicísimas disposiciones del Sr. Ruiz Martínez siguiese rumbo distinto en sus obras venideras, y que no buscara en ellas el efecto de los contrastes por medio de figuras como la *Carmen* de *Justos por pecadores*.

Según el voto unánime de la prensa periódica, Ricardo Calvo ha dado un paso muy notable en la ejecución de este drama, y se ha elevado á mucha altura desempeñando con extraordinario acierto el interesante papel de *Emilio*. El público aplaudió mucho al autor de la obra y á sus intérpretes.

También ha sido recibida con grande aplauso la leyenda dramática de D. Ricardo Blanco Asenjo que lleva el título de *La verja cerrada*, y que se estrenó en el Teatro Español la noche del jueves 23 de enero. El argumento de esta leyenda, cuya acción acaece en Burgos y se refiere al siglo XIV, es sumamente sencillo, pero no carece de interés. Obra esencialmente romántica, la de D. Ricardo Blanco Asenjo ha obtenido elogios de casi todos los críticos; mas no por el carácter que la distingue, sino por la poesía que la avalora. Los mismos que con mayor entusiasmo encarecen las facultades poéticas del autor se duelen, ya de que haya rendido tributo á *la monomanía romántica*, ya de que su leyenda *no se halle en las corrientes del gusto moderno*. Pero al convenir en que ese bien escrito poema no merecía ser preterido, al consignar que el público prorrumpió en aplausos estrepitosos al final de cada escena, al confesar que esos aplausos fueron justos, se contradicen en cierto modo y dejan ver que producciones cimentadas en el idealismo romántico, en el espíritu novelesco, misterioso y un sí es no es fantástico de ese género teatral, hay aún la suficiente virtud para conmover y arrebatar á los espectadores.

Alguien ha observado con harta razón, para encarecer la importancia del triunfo conseguido por Blanco Asenjo, que ese triunfo debe considerarse tanto mayor, cuanto más influyen en los estrenos las fuerzas de los que juzgan que *está mandado recoger* el género á que corresponde la leyenda. Como yo no pertenezco al número de tales exclusivistas; como no me cansaré de repetir que todas las formas poéticas son susceptibles de cautivar el ánimo del auditorio cuando no están reñidas con la verdad y la belleza, encuentro natural y legítima la victoria que Blanco Asenjo ha conseguido con su primera producción dramática. A encerrarse en el estrecho círculo en que los fanáticos naturalistas de ahora pretenden aherrojar la inspiración, Shakespeare no habría escrito el *Hamlet* y el *Julio César*, ni Calderón *El Tetrarca* y *La vida es sueño*.

MANUEL CAÑETE.

(Se concluirá.)

BLANCO Y NEGRO.

(NOVELA CORTA.)

(Continuación.)

El día siguiente era festivo, y cumpleaños de Teresa. Don Pablo no tenía oficina, y Teresa había puesto empeño en que el bueno de González les acompañase á comer.

—Como tengo—dijo á su tío—ahorrado casi todo el dinero con que la señora de abajo me ha pagado los bordados que me encargó, quiero dar á ustedes un banquete, pero un banquete en toda regla. Tendrán ustedes su botellita de Burdeos y otra de Champagne, para brindar á mi salud, un *vol-au-vent* de casa de Lhardy, y otras golosinas.

D. Pablo, que ya se había acostumbrado á lo bueno, y sobre que no quería desairar á su sobrina, se complacía mucho en convidar á González, á quien cada vez cobraba más firme y sincero afecto, se mostró enteramente conforme con el programa de Teresa, programa que adicionó después el propio González, como se verá.

A mediodía presentóse el administrador, y después de aceptar el convite, dijo á D. Pablo, por mandato de la Marquesa, que ésta había sentido mucho no hallarse en el palco del Real cuando subieron á saludarla, pero que con mucho gusto recibiría á su inquilino en su casa aquella misma noche, que, como todos los domingos, no asistía al teatro.

—No tiene usted más remedio—añadió González—que bajar esta noche á casa de la señora, que le espera á las nueve menos cuarto, y ya ha dado orden de no recibir á ninguna otra persona.

—Pero, hombre—observó D. Pablo—es ponerme en un compromiso..... Además, hoy, cumpleaños de Teresa, la voy á dejar sola.....

—Ya lo tengo yo todo arreglado—repuso González;—Teresa esta noche va con mi mujer y conmigo al teatro Real. La señora Marquesa me cede su palco, y mientras usted le hace su visita, nosotros oiremos *La Sonámbula*, que hoy se repite. Mi mujer, por acompañar á esta señorita, hace el sacrificio de ir á oir cantar en francés, como ella dice, porque para ella no hay más idioma extranjero que el francés, y Teresa disfrutará por primera vez en su vida el placer, que no ha experimentado jamás, de oir los dulces acentos de la inocente *Amina* y de su tierno prometido.

—¡Ay! sí, sí; ¡qué gusto!—exclamó con adorable ingenuidad la gentil Teresa, como si el plan de González fuera para ella una novedad.

Y cuando estaban en esta conversación, presentóse una doncella de la Marquesa, que de parte de su señora entregó á Teresa una caja.

—¿Qué es eso?—preguntó D. Pablo á su sobrina.

—Este—contestó Teresa—es el regalo que hace días me anunció la señora de abajo. Me quiere mucho..... La otra tarde, habiéndome preguntado mi edad, le dije cuando era mi cumpleaños, y al momento hizo llamar á su modista y le encargó un vestido para mí. Yo quise excusarme de aceptar este obsequio, pero fué en vano; no hubo medio de hacerla desistir de su idea; que diga el señor González si es fácil negar algo á señora tan buena, que cuando hace un beneficio, un acto de generosidad, se expresa de tal manera, con tanta dulzura y humildad suplica á la persona á quien favorece, que no parece sino que ella es la que ha de recibir el bien. «Si no aceptas—me dijo—ese regalo insignificante, cuyo coste tiene menos importancia para mí que para ti un céntimo que dieras á un niño, me darás dos grandes pesares, uno por rechazar mi obsequio, y otro porque ya no te volveré á ver en mi vida, aunque te quiero mucho.» ¿Qué había de hacer, tío?..... ¿Cómo se contesta á tanta generosidad, á tanta ternura?..... La señora me demuestra un cariño tan verdadero, tan delicado, que yo no puedo menos de amarla y venerarla.....

—Haces bien, hija mía—dijo D. Pablo;—esa señora merece que la ames, y su regalo debes aceptarlo.....

—Y voy á decir á usted toda la verdad; la dije que usted se enojaría mucho si aceptaba su regalo, porque usted tiene, perdone usted que se lo dijera, un carácter tan austero, tan independiente, que ni aunque se hallara en la mayor necesidad querría recibir favor de nadie.

—¿Eso le dijiste?

—Sí, señor; y me contestó:—«No se trata de tu tío, sino de tí, y aunque él tenga ese carácter que le atribuyes, no será tan extravagante que no se alegre de que haya quien te quiera tan tierna y desinteresadamente como yo te quiero. Suponiendo que tu tío se ha de enojar conmigo porque yo te haya ofrecido un testimonio de mi cariño, y contigo porque lo recibas, ofendes á tu tío.»

—Tiene razón esa señora, mucha razón, y sería preciso que yo la hubiera perdido para ofenderme de lo que sólo satisfacción y gozo debe producirme. Ahora sí que ya no puedo eludir la obligación de manifestar á esa señora cuánto la agradezco el bien que te hace, el amor que te profesa. Señor González—añadió—aceptado en todas sus partes el plan que usted me ha propuesto. Esta señorita irá á la ópera con ustedes, y yo á ponerme á los pies de la Marquesa. Yo no quería más trato con el mundo, pero este es un caso excepcional.

La comida fué muy animada. Don Pablo bebió Burdeos y Champagne, pero con moderación. Hacía tanto tiempo que no probaba vinos, que hubiera sido peligroso el exceso. Quien bebió con menos discreción fué González, y era porque estaba loco de alegría habiendo llevado á feliz término, así lo creía, la misión que le confiara la Marquesa cerca de aquel original inquilino. El hombre había seguido ciegamente las instrucciones de la señora, logrando, perfectamente secundado por Teresita, modificar por tal modo el carácter de D. Pablo que se ufanaba de haber hecho persona razonable á quien parecía padecer antes todos los síntomas de la monomanía más arraigada é incurable.

Ahora, casi libre ya de la obsesión que le había producido el singular encargo de la Marquesa, quedábale á González la punzante curiosidad de saber por qué á la buena señora le interesaba tan profundamente el viejo. No le habría extrañado, y fácilmente se habría explicado González este interés si D. Pablo tuviera treinta años menos y fuese tan arrogante mozo como lo fué, á no dudar, cuando tuvo esa edad, porque ya sabía el administrador que hay muchas mujeres de los años y la condición de la Marquesa, que dan en la gracia de enamoradizas en ocasión que ya nadie se puede enamorar de ellas. Y algo de esto temió él siempre que le aconteciera á la señora, notando cómo se componía y aderezaba con la evidente intención de parecer menos veterana, cómo procuraba dar á sus cabellos color de juventud, cómo se oprimía el talle con el vano deseo de recobrar la esbeltez perdida, y cómo, en fin, sus mejillas presentaban una brillantez y una tersura de marfil que no podía ser natural, sino producto de alguna diabólica invención de esos traviesos franceses ó americanos que, según había oído, se dedicaban á estucar y esmaltar las caras viejas. Y este era el único flaco que hallaba González en su señora, que, por lo demás, no la había en el mundo más buena, espléndida y generosa; pero con aquel empeño en parecer guapa y joven, bien podría suceder que la engañara algún buscavidas de esos que abundan en la alta sociedad, y la fingiera amor para casarse con la fortuna de la novia, y viniera él cualquier día á perder la administración porque la Marquesa no pudiera negársela á un nuevo marido, que sería el tercero. Y no sólo temía perder su productiva administración; temía que, si la Marquesa daba con un perdido sin conciencia, que los hay con toda la apariencia de cumplidísimos caballeros, perdiera ella también todo cuanto tenía, y viniera á verse en la situación triste y vergonzosa en que se han visto muchas viudas ricas que no supieron resistir la tentación de volver á tener marido. Y hay que hacer á González la justicia de que este era el temor que le preocupaba más, porque, al fin, el perjuicio que él pudiera sufrir lo sabría reparar con su trabajo y su probidad dedicándose á otros asuntos, pero el mal que le resultara á la Marquesa de su falta de cordura, eso sí que no tendría remedio en lo humano.

Por esto, aunque le intrigaba en gran manera saber por qué la Marquesa demostraba por el anciano D. Pablo un interés tan singular, holgábase de que su amigo, y no otro de los muchos que aquélla tenía, fuera objeto de la preocupación y de las atenciones de la buena señora, porque suponía á D. Pablo incapaz de abusar de la amistad. Cuanto más entretenida estuviera en su generoso empeño de proporcionar al viejo comodidades, honestos placeres y tranquilo bienestar, tanto más también se alejaría de la ilustre dama el peligro de otras amistades en que pudiera encontrar el principio de su propia ruina..... y de la de su administrador.—«¡Ojalá!—pensaba González—que mi amada y respetada señora no tuviera más amistades íntimas que la de este viejo, que, con echárselas de corrido y desengañado, es candoroso y sencillo como una criatura, y la de esta angelical Teresa, que tan buena le parece, que, la señora misma me lo ha dicho, habría sido completamente venturosa si hubiera tenido una hija como Teresa.»

Llegó la hora del teatro. González fué á su habitación, que no sé si he dicho que la tenía en la misma casa de la Marquesa, á buscar á su mujer para venir luego los dos á reunirse con la jovencita. Ésta apareció primorosamente ataviada luciendo el regalo de la espléndida señora, un precioso vestido de crespón de la India, color rosa pálido, que le sentaba á maravilla, y ella, como si hubiera siempre usado tales galas, lo llevaba con gentil desembarazo.

Su tío no pudo contener una exclamación de asombro.

—Estás hermosísima—dijo—y no habrá en el teatro quien te iguale en belleza y en elegancia.

González y su mujer encarecieron también el donaire y gallardía de Teresa, y lleváronsela, gozosos de acompañarla y de sorprender en ella la impresión que habría de recibir al contemplar el nunca visto espectáculo de la brillante sala y la anchurosa escena del teatro Real.

En aquel punto Teresa se consideraba ya completamente feliz. Su tío no la angustiaba como cuando quería irse á un asilo de Caridad; aquella señora tan buena del cuarto principal la amaba con maternal ternura, y por primera vez de su vida iba á ocupar un asiento en el magnífico *landeau* de la Marquesa—no recordaba haber montado en coche jamás—y luego á oir la ponderada música de la *Sonámbula*, que, según decía su tío, era el placer más puro que podía gozarse en este mundo.

—¡Qué dichoso día de cumpleaños!—pensaba la niña angelical.

Después que oyó D. Pablo rodar el carruaje por el ancho portal, se dispuso á cumplir el deber de manifestar á la Marquesa la gratitud de su alma por los favores que dispensaba á Teresa. Ya no vacilaba D. Pablo; en sus prevenciones contra las mujeres había ya una excepción: la noble señora que le había rebajado el precio de la habitación, con lo que demostraba sentimientos que nunca había hallado en ningún casero, y que tan generosamente tomaba bajo su protección al único ser por quien él se interesaba en el mundo, á la inocente niña que tanto le amaba.

X.

Á las nueve menos cuarto en punto D. Pablo, pulcramente vestido, penetraba en casa de la Marquesa, conduciéndole una doncella al *boudoir* de la señora, que estaba poco iluminado por la media luz de una artística lámpara.

La Marquesa entraba por otra puertecita al mismo tiempo que D. Pablo por la principal, abierta en la amplia habitación que precedía al lindo gabinetito. Encontráronse frente á frente.

La Marquesa tendió la mano á D. Pablo, que hacía una profunda reverencia, y le dijo:

—Tengo muchísimo gusto en que honre usted esta casa, así como he sentido mucho también no hallarme anoche en mi palco cuando usted y González quisieron saludarme.

—Señora, el honrado y favorecido más que merezco soy yo, y me considero muy afortunado en poder expresar á usted el profundo sentimiento de gratitud por los favores que me dispensa. Ya habrá dicho á usted el señor González, mi excelente amigo González.....

—¡Jesús! ¿de qué favores habla usted?..... Pero siéntese usted..... y deje el sombrero. Esta noche no recibo á nadie más que á usted, y confío que no le será violento acompañarme.

—¡Oh! señora, dichoso yo, que obtengo de persona como usted, tan benévola, tan favorable acogida. Quisiera tener talento bastante para hacer á usted agradable la velada, pero no es posible ni que lo intente siquiera. Estoy completamente alejado de toda sociedad, no hablo con nadie más que lo preciso en asuntos del servicio con los funcionarios de mi oficina, y con quien únicamente tengo alguna expansión es con el señor de González.....

—Sí, sí, ya he visto á usted con él en paseo. Es muy buen hombre. El me habla mucho de usted, y con tanto elogio que, lo confieso, tenía ya vivo deseo de conocer á usted personalmente. En esta sociedad, en este medio en que, por mi condición, he de vivir, se encuentran muchos amigos, muy buenos amigos, eso sí, personas muy distinguidas, muy corteses, que todavía le dicen á una mujer como yo cosas muy agradables, y la divierten y la entretienen y se afanan por complacerla. Conversación de modas, de teatros, de fiestas públicas y privadas, chismes y enredos dela política, algo de murmuración y crónica escandalosa, historias y novelas de la vida cortesana, sainetes y dramas que se representan por los cómicos del gran mundo, que son mejores cómicos que los de oficio..... Esto es lo que constituye el pasto diario en salones y tertulias, y yo estoy saturada ya de todo eso. Así que, créame, señor D. Pablo, después de haberme hablado mucho el bueno de González, elogiándome el talento y la instrucción de usted, y contándome algunos de los rasgos de su carácter, he sentido verdadero deseo de esta visita.....

Don Pablo estaba encantado. Las palabras de la Marquesa le parecían música tan deliciosa como la de la *Sonámbula*.

—Además, otra persona que hace poco tiempo conozco, pero á quien amo tiernamente y á quien quisiera tener siempre junto á mí, una jovencita encantadora, la criatura más pura é inocente que he encontrado en el mundo, me ha interesado mucho hablándome de usted.

—¡Ah! mi Teresa.

—Sí, Teresa, mi linda bordadora, un ángel del cielo, que guarda en su corazón tesoros de ternura para usted. ¡Pobre niña! ninguna como ella merece la felicidad.

—Usted, señora, usted la merece más que nadie en el mundo por su bondad y por su generosidad—exclamó D. Pablo—y perdóneme que la interrumpa en este momento para expresar aunque torpemente el sentimiento de gratitud que rebosa en mi corazón por el bien que hace á mi sobrina, á la pobre huérfana.....

—Que usted ha querido abandonar—añadió la Marquesa, en tono de cariñosa reconvención.

—¡Ah! señora, discúlpeme la angustia de mi situación. ¿Ella le ha contado á usted?.....

—No, ella no; González. Y también me ha dicho González otra cosa que me cuesta mucho creer.

—¿Qué, señora mía?.....

—Que usted no ama á las mujeres.

—Señora, estimo y venero profundamente á la mujer que atesora los sentimientos que en usted admiro..... y en otro tiempo he amado mucho, he sentido vibrar en mi corazón las violencias de la pasión, y la mujer ha sido el objeto de mi adoración, de mi idolatría. Pero ese tiempo, señora, está ya muy lejos.....

—¡Ay! ¡muy lejos!—exclamó la Marquesa con un dejo de amargura.

—Sí, muy lejos—repitió D. Pablo.

—Sí, sí, ya sé que usted, en su juventud, estuvo locamente enamorado.....

—Mucho, señora—contestó D. Pablo, un poco sorprendido.

—Y luego, lo que sucede siempre, los que más aventuras de amor han tenido y más conquistas y más triunfos han logrado, suelen ser los que desdeñan más también á las pobres mujeres. Si han sufrido un desengaño no lo perdonan. ¿No digo bien?.....

—Señora, yo no desdeño á las mujeres, y sólo conservo un mal recuerdo.

—¡Ah! ¡uno solo!

—Sí, señora.

—¿Y no ha perdonado usted á la que le dió el desengaño?.....

—No—respondió D. Pablo con firmeza.

—¿Tan grave fué su culpa?.....—preguntó la Marquesa, con cierta emoción y con voz acariciadora.

—Muy grave, señora.

—¿Y no ha vuelto usted á ver á la que tuvo la desgracia de incurrir en su enojo?.....—preguntó la señora, con la misma voz insinuante y suave.

—¡Jamás!.....

—¿La quería usted mucho?.....

—¡Oh! mucho; por ella habría cometido un crimen, por ella habría perdido la vida, la honra.....

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó la Marquesa, acercándose á D. Pablo y cogiéndole la mano.

—Señora.....—murmuró el viejo, asombrado.

—¿Cree usted—continuó la gran señora—que aquella mujer no le amaba?.....

—No me amaba, no tenía corazón, era una mujer indigna, una fiera.

—¡Yo una fiera!..... Pablo, ¿qué dices?.....

—¿Usted, señora?..... No entiendo.....

—¡Pablo! ¿no me reconoces?

—¡No!

—¿Es posible?..... Yo soy, yo soy la que llamas fiera.....

—¿Tú?..... ¿Usted?..... ¿Tú eres Angela?.....

—Sí, Angela, que no ha amado á nadie como te amó á ti.....

Don Pablo arrancó violentamente su mano de la de la Marquesa y se puso en pie tembloroso, lívido.....

EL ORNATO PÚBLICO EN EL EXTRANJERO.



TURÍN.—LA NUEVA GALERÍA «VITTORIO EMANUELE», INAUGURADA EN DICIEMBRE ÚLTIMO.

(Longitud, 100 metros; ancho, 12; altura, 20.)

de quedarse en un momento sin propiedad por un enfriamiento ú otro accidente análogo.

Después de los tranvías y ferrocarriles eléctricos vinieron los coches para los caminos ordinarios, persiguiendo siempre el fin de suprimir la tracción animal en todas sus manifestaciones.

El problema ha sido hasta cierto punto resuelto por Mr. Harvey D. Dibble, de Rapidy City (territorio de Dakota), que ha construido una línea completa de esta clase de vehículos, como se representa en la figura 6.ª de nuestro grabado. El coche puede ser de la forma de cualquiera de los que hoy se usan en la tracción de sangre. Bajo los asientos va colocado el motor, que recibe la corriente de una estación central, á semejanza de lo que hemos visto para los tranvías Sprague ó Thompson-Houston. El conductor va sentado en el pescante, y sólo tiene que cuidar de una rueda delantera que da dirección al vehículo, apartándolo á uno ú otro lado cuando hay algún obstáculo en el camino.

Este sistema ofrecerá siempre el inconveniente de exigir una línea especial, limitándose, por tanto, los servicios que con él se obtienen. Los vehículos Dibble no podrán marchar más que por líneas preparadas *ad hoc*.

Este inconveniente se salva con los ómnibus de Ward, que con bastante buen éxito se ensayan en la capital de Inglaterra.

Este inventor coloca 60 acumuladores en el fondo de su carruaje, para accionar un motor Crompton, de armadura de anillo. El conductor varía á voluntad la corriente que pasa por las bobinas, y, por consiguiente, da al vehículo la velocidad que se desea. El peso total de éste es de 2,7 toneladas, poco más ó menos el doble de un ómnibus ordinario. En las experiencias practicadas en las calles de Londres ha alcanzado este vehículo una velocidad máxima de 10 kilómetros por hora.

Existe también prestando buenos servicios el coche Philipart-Raffard, que difiere de éste en detalles esenciales. Pero el que parece haber resuelto el problema de la tracción sobre pavimentos ordinarios en las poblaciones es el triciclo de Mr. Slattery, que representamos en la figura 7.ª

El motor de este pequeño vehículo tiene fuerza de 38 kilográmetros, ó sea medio caballo de vapor; y la batería, compuesta de 13 acumuladores, tiene una capacidad de 100 amperes. El autor llama á su triciclo el *caballo eléctrico*, y se propone construir otros modelos que imiten en su forma la del noble cuadrúpedo. Este *caballo*, en calles bien losadas ó bien arrecifadas, sin grandes rampas, no consume más de 8 céntimos por hora.

La facilidad con que se maneja este precioso vehículo y la prontitud con que lo encuentra siempre listo el jinete, así como sus condiciones económicas, harán que el *caballo eléctrico* de Slattery se generalice pronto, viniendo á prestar inmensos servicios en las poblaciones.

Hasta aquí, en resumen, cuanto existe en tracción eléctrica sobre la superficie terrestre. No hablamos del sistema semiaereo del Dr. Hachenberg, de Austin (Tejas), porque todavía no ha pasado de la categoría de ensueño. Sin embargo, como suelen realizarse los ensueños de los yankees, bueno es que sepa el lector que se trata de hacer marchar un velocípedo por hilos semejantes á los del telégrafo, asegurando el inventor que ninguna locomotora igualará en velocidad al nuevo vehículo. Los mismos motores de que hemos hablado, aplicados á la navegación, producen análogos resultados á los que hemos visto anteriormente. En los lagos de América, en el Támesis y otros ríos de Europa, navegan buques, hasta ahora de pequeñas dimensiones, accionados por la electricidad, de los que no damos algún grabado por no ofrecer novedad su aspecto. En todos estos barcos se ha conseguido evitar los graves riesgos del vapor que tantas catástrofes ha producido, y con un gasto no mucho mayor que el que ocasiona aquel flúido, se consigue gran seguridad en las maniobras y esmerada limpieza en los buques.

Cuanto á la navegación submarina, nuestros lectores conocen los trabajos de nuestros ilustres compatriotas D. Isaac Peral y D. Isidoro Cabanyes, y los de otros que con más ó menos acierto persiguen el mismo transcendentalísimo problema, auxiliándose siempre del maravilloso flúido.

Acerca de estos vehículos subacuáticos, poco ó nada podríamos decir, por más que en todos ellos representa la electricidad un papel importantísimo; y al reproducir figuras que representaran su aspecto exterior, no ofreceríamos cosa alguna nueva á los lectores. Por esta razón omitiremos grabados inútiles, y cerramos este rapidísimo examen del estado actual de la tracción eléctrica con cuatro palabras sobre el submarino de Point-du-Jour, que ofrece alguna particularidad digna de mencionarse, al menos desde el punto de vista de sus generadores eléctricos.

Este barco, que se representa en la figura 8.ª, tiene sólo 4,50 metros de eslora y 1,60 en su mayor altura. Su tripulación se compone de dos hombres. Su hélice se mueve en todos sentidos, á fin de maniobrar en el que exijan las circunstancias. La energía eléctrica la proporcionan tres pilas de bisulfato de mercurio, variedad del tipo Marie-Davy, sistema Schanschieff, de las que los apologistas aseguran que ofrecen una constancia y una intensidad y tensión verdaderamente notables.

El barco *Parisien* no es ofensivo, sino defensivo, asegurando su autor que con él podrán cortarse los cables de los torpedos que se disparen contra los buques de gran porte, evitando su explosión.

El tiempo dirá lo que haya de exageración en los encomios que de él hacen los periódicos profesionales franceses. Por ahora juzgamos más sencillo creerlo que averiguarlo; pero no tenemos gran fe en la eficacia de las baterías primarias para este género de aplicaciones.

Como se ve, la electricidad, aunque presta ya servicios muy importantes en su aplicación á los transportes, está todavía lejos de competir ventajosamente con el vapor, por las dificultades que ofrecen los generadores. Sin embargo, son tantas y tan brillantes las inteligencias que se dedican á obviar estos inconvenientes, y tantos y tan maravillosos los triunfos con que nos sorprenden cada día los sabios electricistas, que no sería mucho prometerse el confiar que el día menos pensado se dé por reducido á una cuarta parte el peso del acumulador, manteniéndose su capacidad.

Y entonces ya estarán prácticamente resueltos el problema de la tracción y los infinitos que nacen de las variadísimas aplicaciones industriales del maravilloso agente.

RAFAEL CARRILLO Y MARTOS.

¡TRES AÑOS!

Pasa un día y otro día,
Pasa un mes tras otro mes:
Tanto tiempo va pasando,
Que ya contarlo no sé.

Filtración que gota á gota
Sobre un risco da en caer,
Grano á grano lo deshace
Y horadado al fin lo ve.

Pensamientos de mi mente,
Gotas sois de amarga hiel:
¿De qué roca tengo el alma
Que aun entera dura en pie?

Tres años llevo, tres años
De penar y padecer:
¡Lo que en ellos he sufrido,
Dios lo sabe y yo lo sé!

Dulce esposa de mi alma,
Sin tu amor, que fué mi bien,
Triste y árida es mi vida
Como copa de ciprés.

De llorar mi desventura,
Ciego al fin me quedaré:
¿Para qué quiero los ojos
Si tu rostro no han de ver?

FEDERICO BALART.

LA GOLONDRINA.

FANTASÍA.

Bajo el alero del hogar suspende
La golondrina el nido;
No la ahuyentes jamás de tu morada
Si te demanda asilo.

Como tú por el mundo, la avecilla
Errante va y sin tino,
Buscando á su través por tierra y aire
El pan para sus hijos.

¡Sabe Dios si al lanzar á los espacios
Sus armoniosos trinos,
Sacudiendo graciosa su plumaje
Te canta un tierno himno!

¡Sabe Dios si mañana á extraño suelo
Te arrebata el destino,
Tras sufrir las tristezas de la ausencia,
Habrás de hacer lo mismo!

Los mares arrostró la pobrecilla
Cruzando sus abismos,
Y en tu casa al posar, halló la calma
Tras mil y mil peligros.

¡Puede ser que la muerte de tus padres
Plañera ya en su nido!
¡Puede ser que en la cuna te arrullase!
¿Quién sabe sus instintos.....?

Cuando el alba comienza á ser visible,
Durante los estíos,
Como un punto de luz, en las praderas
Sin fin del infinito,

Ella, dejando la querida prole,
Con armonioso ritmo,
Que tiene siempre para el alma notas
Y acentos tan sentidos,

Nos hace recordar del bello Oriente
Los cármenes floridos,
La hermosura sin par de las sultanas,
Sus dulces incentivos;

El pebete de aromas que perfuman
Un mágico recinto,
Las baladas de amor al son del *canum*,
Sus citas y amoríos;

El eunuco atezado que dispone
El baño alabastrino,
Las tribus fieras que el desierto cruzan
Sin suelo ni hogar fijo;

Los alegres oasis en que apaga
Su sed el peregrino,
Devorado por cruel, intensa fiebre
Que le finge espejismos;

El alto minarete que á los rayos
De un sol de fuego líquido
Deslumbra cual cascada de diamantes
Sobre el azul tranquilo;

Y los bosques gallardos de palmeras
Que encantan los sentidos,
Y el dulce despertar de alegre sueño
En lecho peregrino.

Después, batiendo las obscuras alas,
Se lanza en raudos giros
Á surcar el ambiente luminoso,
Dejándote dormido.....

Bajo el alero del hogar suspende
La golondrina el nido;
No la ahuyentes jamás de tu morada,
Si te demanda asilo.

M. THOUS.

Á LA AVANZADA EDAD.....

OÍA con frecuencia en mis primeros años cierta frase, que tenía por expresión de una gran verdad, porque lo era de un general y honrado convencimiento.

«¡Pobrecito! —oía decir— ¡y ha muerto joven! ¡no tenía setenta años!»

¡Qué cosas se decían entonces, y qué enormidades se leen ahora! Oía yo en las provincias del Norte, y leo en el centro de España lo que se escribe y copia en todas partes.

Hace veintinueve siglos, David, mal impresionado con sus achaques, y quizás no viendo á su lado organizaciones vigorosas, formulaba como axioma el resultado de su observación sobre la estadística mortuoria.

«La vida del hombre es de setenta años: en los más fuertes de ochenta: lo demás, trabajo y dolor.»

Se sustrajo al trabajo y al dolor, muriendo en la primera de aquellas edades: á los setenta años.

A pesar de su terrible sentencia acerca de la longevidad humana, pudo tener presentes entre otros casos dos muy notables, por la alta significación de las personas. Cuatro siglos y medio antes, y sin que otro diluvio ó grande cataclismo en el globo hubiera venido á alterar notablemente las condiciones de existencia, ni se hubiese adoptado otro sistema de alimentación, que, á juzgar por las famosas ollas de Egipto bien repletas de carne, no era para debilitar robustos organismos, habían muerto Moisés y su hermano Aarón, á los ciento veinte y ciento veintitrés años respectivamente. Y no habían muerto caducos, sino todavía fuertes y en situación de resistir las injurias del tiempo.

Cuando Moisés salió conduciendo al pueblo de Israel, que por lo indócil y levantisco había de poner á rudas pruebas su doble energía física y moral, contaba más de ochenta años, y por lo menos ciento cuando Miguel Angel le representaba en su famosa estatua sedente.

Véase la efigie del gran legislador, y se comprenderá el concepto que el inmortal estatuario había formado de su vigor físico. Con aquellos fornidos brazos, de músculos poderosos, aparece como muy capaz de romper y aplastar de un puñetazo el cráneo, el esternón y las costillas del más resistente hebreo ó del más robusto entre los «robustos de Moab».

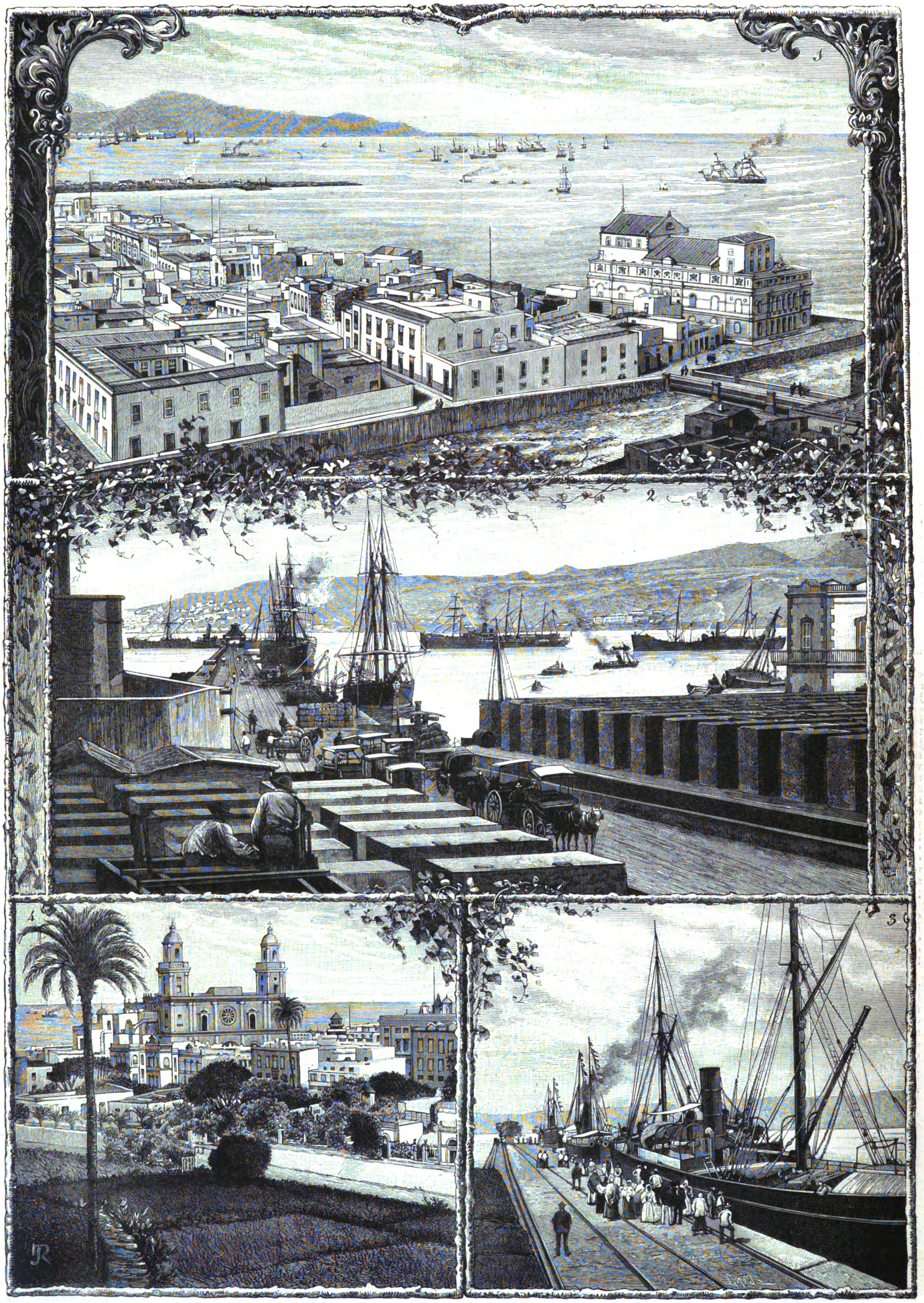
Había traspasado con exceso el límite que David establecía para la vida de un hombre fuerte.

Diez y seis siglos y medio después del Rey profeta, San Isidoro, menos pesimista ó más caritativo y consolador para la humanidad, fijaba otras edades que daban respiro y abrían anchos horizontes á la vida de sus semejantes. Alargaba el período de la juventud hasta los cincuenta años; la edad madura ó viril hasta los setenta; la ancianidad, pero tranquila y sin dolor, hasta los noventa; y de aquí adelante, la caducidad ó decrepitud.

Hay que agradecer al glorioso Prelado de Sevilla esa rectificación de períodos para la vida humana, que no era resultado de su buen deseo, sino de su convencimiento y observación acerca de lo que debía de ser la vida para los bien constituídos y no devorados por el virus de una existencia licenciosa.

Antes, mucho antes de San Isidoro, cerca de seis siglos y medio, decía Ovidio cuando acababa de cumplir cincuenta años, que se hallaba ya oprimido por la parte peor de su vida: *parte premor vitæ deteriore meæ*. Pero Ovidio era quejumbrón, y además tenía grande interés en aparecer muy infortunado para ver si ablandaba á los que le habían recluído en la poco agradable región del Ponto. También dice que los diez lustros habían transcurrido sin mancha alguna, *omni sine labe peractis*, en lo cual no todos estaban conformes.

A diferencia del poeta de Sulmona, que tan agobiado se mostraba con su edad, un personaje célebre por varios conceptos, y muy especialmente por



1. VISTA GENERAL DE LA BAHÍA DE LAS PALMAS. — 2. DIQUE EXTERIOR DEL PUERTO DE REFUGIO DE «LA LUZ», EN CONSTRUCCIÓN.
3. DETALLE DEL MISMO. — 4. PARTE DEL BARRIO DE REYNETE, CON LA CATEDRAL. — (De fotografías remitidas por el Sr. Ojeda.)

sus originalidades y agudezas, decía con amable desdén cuando ya los había cumplido, que cualquiera tenía cincuenta años; por lo cual, entre sus amigos y en los altos círculos, se llamaba al medio siglo *la edad de cualquiera*.

Ahora, como decía Bartolo el de *El Médico á palos*, «ya lo hemos arreglado de otra manera». Se ha fijado un límite á la vida, que buenamente no puede pasar de los sesenta años. Desde la más alta representación de la autoridad social hasta la prensa periódica, que se dice ser eco de la opinión pública, se advierte absoluta uniformidad para fijar aquel límite á la existencia del hombre sobre la tierra. La alta autoridad social permite á sus servidores civiles que á los sesenta años se declaren oficialmente muertos, y si no lo hacen, á los sesenta y cinco los declara por su propia iniciativa momias ambulantes. Para los militares tiene fijada su escala, cuyo promedio es la primera edad de la civil.

Por lo que hace á la prensa periódica, es inexorable: no anuncia el fallecimiento de un sexagenario sin la previa indicación de *la avanzada edad* en que ha sido con él justiciera la muerte. «*A la avanzada edad* de sesenta años ha fallecido esta tarde el conocido comerciante......» «Ayer falleció, después de largos padecimientos, y á la muy avanzada edad de setenta y cinco años, el rico banquero.....» «Nos escriben de Puente del Arzobispo que hace tres días murió el general..... que había alcanzado la avanzadísima edad de ochenta y siete años, y todavía se conservaba fuerte y vigoroso.» «En Cartagena ha sucumbido al rigor de unas calenturas malignas Cipriano Cifuentes, á la increíble edad de noventa y ocho años: había asistido al combate de Trafalgar, siendo grumete en el navío *San Juan*



D. PEDRO DE NOVO Y COLSON,
TENIENTE DE NAVÍO, APLAUDIDO AUTOR DRAMÁTICO.

Nepomuceno, del mando del inmortal C-rruca; conservó hasta el último día el pl- uso de sus facultades intelectuales, y agilidad y soltura que eran la admirac- y el encanto de los hombres de mar. estos ejemplares ofrecerá pocos la gene- ción presente: son como el del antiguo gaterio del Paraguay.»

Tales ó parecidos anuncios se leen to- los días en los periódicos: al dar cuenta fallecimiento de una persona conocida, si- pre se emplea la frase *á la avanzada ed-* si había cumplido los sesenta años. Es de- que el finado había traspuesto la línea demarcación para la vida; que había av- zado más allá de lo que buenamente se biera consentir. En esa frase va implíc- mente formulada una protesta contra prolongación de la existencia en el mu- de los vivos, y una vanagloria por la lon- nimidad de los que toleran semejantes e- sos en los que se habían anticipado á na-

Es tan íntimo y profundo el conve- miento que muestra la prensa periódica que no es lícito, ó por lo menos que es co- el orden natural la vida después de los sesenta años; hay tal candor al expres- que bien se puede perdonar ese apare- ensañamiento con que procede, en gr- de la buena fe que revela. No hay para decir adónde llega: bastará citar un he-

Durante la última epidemia, que ta- víctimas hizo en Madrid, el día en qu- número de defunciones produjo grande a- ma y casi terror en la población, un pe- dico formal, dando cuenta, en la sec- dedicada al asunto, de las invasiones y llecimientos, decía muy seriamente:

«Para tranquilidad del vecindario he- de consignar que una gran parte de- atacados y fallecidos pasaba de los ses- años.»



SALAMANCA.—FACHADA POSTERIOR DE LAS «ESCUELAS MENORES».
(De fotografía de Laurent.)

Refrescaba el alma este anuncio: el vecindario podía quedar tranquilo, y casi, casi era un bien la epidemia: sólo caían, ó eran en mayor número, los sesentones: quedaba la sociedad lozana y florida, con sus risueñas esperanzas y con la probabilidad, cercana á la certidumbre, de que no había de sucumbir á los rigores del *trancazo* y sus consecuencias. Poco importaba que los de sesenta fallecidos fueran el sostén de familias, desde aquel momento reducidas á una situación precaria y angustiosa: esto pertenecía al orden privado, y lo que se trataba de tranquilizar era la muchedumbre de los vecinos de Madrid.

Allá, en la Oceanía, en tiempos no remotos, pues era ya casi á mediados del presente siglo, había una isla poblada de salvajes, donde se celebraba una fiesta no menos horrible que original. Cuando un padre llegaba á lo que aquí se diría *avanzada edad*, y allí, por falta de partidas de bautismo y de registros municipales no se podía comprobar sino por el color ó pérdida del cabello, curvatura del cuerpo, dificultad en los movimientos y otros análogos signos exteriores, se reunía toda la familia directa y colateral, hijos, sobrinos, consanguíneos y afines, y los amigos de todas las familias; colocaban en el suelo una viga, una especie de palo de cucaña; ponían en lo alto, en la punta, al padre, y empezaban á zarandear con toda su fuerza, distinguiéndose los hijos en aquel ejercicio, que todos celebraban con grandes aplausos y carcajadas. Si el viejo tenía suficiente vigor muscular para resistir sin caer hasta que se cansaran sus hijos, se le hacía gracia de la vida hasta la primera ocasión: si llegaba á caer, le asaban y se le comían.

He ahí la consecuencia de haber llegado á una edad avanzada, aun entre salvajes.

Es evidente que aquí no sucederá lo mismo, porque á ello se oponen los sentimieutos, las ideas y la costumbre, porque de algo ha de servir ser un pueblo civilizado: el procedimiento es inadmisible, pero en el fondo no deja de haber alguna semejanza: se desea eliminar á la senectud, y si no se la pone á prueba de vaivenes en la punta de un madero, se la acusa de extralimitación de facultades y de abuso de la paciencia social. ¿Con qué derecho ocupa un puesto que ambiciona otro, y prolonga la herencia de los hijos ó el desahogo de los sobrinos?

Cierto es que hay algunos sexagenarios, y aun mayores de setenta años, á quienes se califica de *respetables*, y parece como que se lleva la mano al sombrero al pronunciar sus nombres. Es un eufemismo que se emplea para hacerles comprender que están demás en un mundo no muy avenido con tales respetos, y también una discreta lisonja para el caso, no improbable, de que vuelvan á ejercer alta influencia ocupando importantes puestos; porque los *respetables* se distinguen por su tenacidad, y no ceden á intimaciones más ó menos embozadas: para ellos no hay otro punto de retirada que el designado por el célebre defensor de Gerona: el cementerio.

Toda precaución es poca en tan crítico estado del individuo ante la sociedad: son muchos los que viven prevenidos para una lamentable contingencia: se procura suprimir todo signo exterior que indique haberse avanzado en la edad. Se ven muy pocas cabezas blancas: la química ha venido en auxilio de los alarmados, y con sus cosméticos y sus regeneradores del cabello desorienta al maligno observador: hace veces de un documento de seguridad perfectamente falsificado. ¿Quién puede afirmar que es de edad avanzada el hombre que ostenta un cabello y unas patillas de color castaño obscuro, con un lustre que envidiaría la más apuesta doncella de diez y siete años, mucho más si camina arrogante, preciado de su persona y muy satisfecho de su rejuvenecimiento por el arte?

Esa precaución para retrasar á los ojos profanos el avance en la edad es altamente plausible: una cabeza blanca es hoy lo que hace cien años era una cabeza de aristócrata, condenada á la cuerda del farol público ó á la guillotina: donde hay *edad avanzada* no se puede encanecer sin peligro: en estos tiempos se tolera todo, menos la longevidad.

Las señoras también recuren á la química, no sólo para el cabello, sino para la cara, sus aproximaciones y los brazos; mas no lo hacen como los hombres: éstos tratan de ocultar la vejez, pero sin ulteriores propósitos: las señoras, para agradar, reteniendo su edad florida y sus gracias como elementos de conquista: el primero es sistema defensivo; el segundo, agresivo y de invasión.

Hasta lo presente, la señora, por serlo, obtiene atención y respeto: no se menciona su edad, y mucho menos se la califica de *avanzada:* si se trata de la madre de un amigo que tiene ya nietos, se dice que ha fallecido la *anciana* madre del diputado, senador, ó lo que sea, siempre *nuestro amigo:* es hasta donde se ha llegado en lo concerniente á edad en el bello sexo. En las crónicas de salones hay profusión de calificativos: los más deplorables son los de *amable*, *virtuosa* y aun *elegante:* se emplean cuando no se pueden ponderar las gracias, la belleza, y sobre todo la juventud de las nombradas.

Esa conducta públicamente pudorosa y altamente plausible con el bello sexo, tiene una excepción también pública é indefectible: cuando la señora se convierte en suegra. La guerra contra las madres que llamamos *políticas* es implacable, sañuda, sin piedad. ¡Qué anécdotas, cuentos é invenciones se leen en los periódicos! ¡Y pensar que todo sale de los yernos! Es de advertir que rara vez se moteja y pone en solfa á los suegros, lo cual honra á las nueras, más cautas ó dignas que los consortes, dados á zaherir á sus segundas madres. Unicamente se saca al suegro á la picota cuando es rico y avaro: no hay entonces que decir de dónde sale y adónde va el tiro.

Ese suegro tiene siempre *edad avanzada*.

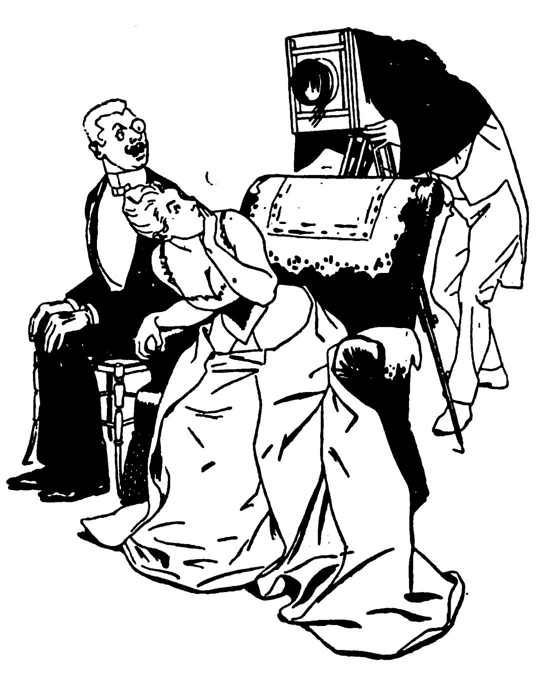
JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

LA MANÍA FOTOGRÁFICA.

CONVENID conmigo en que la fotografía es actualmente el arte más de moda entre las clases que dirigen la caduca sociedad de nuestros tiempos; la pintura al pastel manifiesta sus bocetos detrás de aquélla, y la pintura al óleo quedará relegada en breve á los infelices artistas que sólo tienen su genio, sus pinceles y su paleta para ganar la vida.

Pongamos por ejemplo á París.

No hay en la capital de Francia un salón distinguido, *avouable*, donde no encontréis algún jovenzuelo que, sin decir oste ni moste, os hace retratos instantá-



neos á boca de jarro, y es punto menos que imposible concurrir á *matinée* ó *soirée* entre amigos de confianza, sin exponerse á que súbitamente la señora de la casa os diga con el acento de Lucrecia Borgia:

—¡Caballeros, todos ustedes han sido fotografiados!

La resistencia sería inútil, y por mucha que sea vuestra aversión á veros reproducido en efigie fotográfica por tales procedimientos, que suelen ser de franqueza impertinente, lo mejor es dejar hacer, *laisser faire*, como decían los políticos de antaño, y con la sonrisa en los labios, por supuesto, porque el menor gesto de desagrado redundaría en perjuicio de la misma víctima.

Los progresos de la fotografía de *amateur* han sido tan rápidos, que no transcurrirá mucho tiempo sin que el *panfotografismo* cuente con numerosas aplicaciones; y aun desde luego se pueden señalar algunas.

Citemos, en primer lugar, el Revólver fotográfico,



cuya ingeniosa combinación es debida, según cuentan, á Pablo Nadar: es un aparato de efecto instantáneo, y su nombre indica la forma; basta con oprimir el gatillo, apuntando á una persona, para obtener en el acto un retrato-tarjeta.

Creemos inútil indicar los servicios que tal arma de precisión está llamada á prestar á los duelistas, hoy precisamente cuando el duelo, salvo dolorosas excepciones, tiende cada vez más á revestirse de carácter bonachón y pacífico; y bien pronto, sin duda, leeremos en los periódicos noticieros algún proceso verbal por este singular estilo:

«Por diferencias surgidas entre el Sr. X... y el Sr. Z..., estos dos conocidos *sportsmen* se han batido en los jardines del Retiro. El arma preferida era el Revólver fotográfico. Se han cambiado, sin consecuencias desagradables, dos retratos-tarjetas.»

Y claro es que los adversarios, en lugar de estrecharse las manos, después del lance, en señal de reconciliación, cambiarán respectivamente sus fotografías, y todo terminará en paz y sin gracia por dedicatorias afectuosas, que refrendarán con muchísimo placer los testigos.

El éxito del revólver alentará, con seguridad, á los armeros, para obtener cuanto antes la creación de una escopeta fotográfica, que pondrá el *sport* cinegético al in-



verosímil alcance de los individuos que pertenezcan (y es cuanto se puede decir) á las sociedades protectoras de animales.....

¡Naturalmente! El retrato del animal en la prueba fotográfica demostrará que la línea de tiro llegaba á su objeto, era una recta perfectísima, y el amor propio, fundamento del placer de la caza, resultará satisfecho sin efusión de sangre.

¿Qué decir de los cachazudos pescadores de caña? Pues sencillamente reemplazarán el cebo en el anzuelo por un diminuto objetivo instantáneo, que funcionará en el acto por medio del *tirón* del pez, ó de la trucha.



Y los retratos así obtenidos poseerán la ventaja de conservar su frescura más tiempo que el pescado, aun en los días cálidos del verano.

¿No creéis que el aparato instantáneo ha de tener preciosas aplicaciones en los usos y costumbres de la sociedad moderna?

Pues creedlo, y vaya un ejemplo.

Estáis en vuestro despacho, trabajando á más y mejor, y el ayuda de cámara os interrumpe, diciendo que desea hablaros una señora desconocida.



—¿Es joven y linda? preguntaríais, si tal pregunta no os pusiera, en cierto modo, á merced del doméstico, quien, por otra parte, no tiene quizá vuestra misma opinión acerca de la belleza de las mujeres.

Solución de ese problema: entregáis al ayuda de cámara un aparatito instantáneo, con orden terminante de asestar discretamente el objetivo á las personas que llamen á la puerta de vuestro domicilio y pregunten por vosotros.

Y por cierto que semejante innovación sería más oportuna que el antiguo ventanillo, con razón denominado *judas;* y añadiremos que también con éste se puede combinar exactamente.

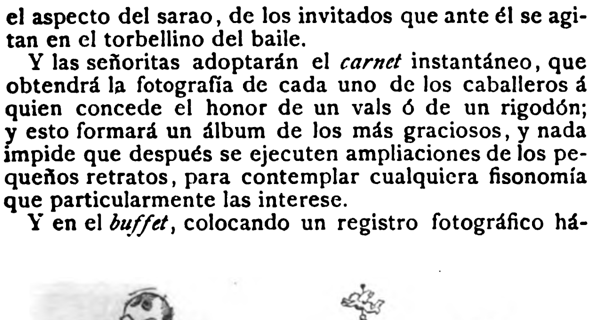
¡Ah! ¿Y el piano fotográfico?..... *Hará furor* en los salones, ofreciendo cada cinco minutos una negativa con



el aspecto del sarao, de los invitados que ante él se agitan en el torbellino del baile.

Y las señoritas adoptarán el *carnet* instantáneo, que obtendrá la fotografía de cada uno de los caballeros á quien concede el honor de un vals ó de un rigodón; y esto formará un álbum de los más graciosos, y nada impide que después se ejecuten ampliaciones de los pequeños retratos, para contemplar cualquiera fisonomía que particularmente las interese.

Y en el *buffet*, colocando un registro fotográfico há-



bilmente disimulado, en la base ó en el fuste de un *croque-en-bouche*, de un ramillete, se hará constar si los invitados abusan del derecho de beber á discreción, y siempre es grato para la señora de la casa, y también para el señor, saber á qué atenerse acerca de esa cuestión de orden.

¿Tenéis el compromiso de hacer un obsequio? Pues seguramente entre los artículos de París destinados á regalos en esos días, hallaréis el fotocronómetro, una joya de relojería que se puede llevar en el puño del paraguas ó en el medallón de un brazalete, y basta con mirar la hora en la reducida esfera para ser instantáneamente fotografiado.

Pero nada como los aparatos de salón para retratar á las gentes de sociedad con las que tenemos frecuente cambio de buenas relaciones.

¿Sabéis cuál es el perfeccionamiento que estudian para ellos los especialistas? Corregir discretamente los defectos que presenten las facciones del modelo: oprimiendo con la más delicada suavidad un botón imperceptible, se obtendrá, por ejemplo, que aparezca lus-



trosa cabellera en la cabeza de un calvo, y expresión de juventud y alegría en el rostro avinagrado de un vejestorio.

¡Los hombres célebres tendrán singular privilegio! Uno de aquellos especialistas ha inventado cierto ingenioso aparato, con la idea caritativa de abreviar sus angustias en el asunto de los autógrafos: fotografía al hombre célebre y á la vez escribe al pie de la tarjeta una lisonjera dedicatoria. ¿Queréis más gollerías?

Un famoso tapicero y mueblista acaba de inventar un sillón fotográfico: se sienta uno en él, y queda hecha la reproducción parcial de la *vera efigie* del sentado.....

Recomendamos particularmente ese sillón fotógrafo á los señores dipuados y senadores, á los académicos, á los individuos de la magistratura *sentada*.

Pero declaramos antes que tiene un inconveniente: no se puede conciliar con el uso indispensable del..... (lo diremos en francés, para que nadie nos comprenda) del *rond-de-cuir*.....



¿Y el *clac* fotográfico? Saca el retrato de toda persona á quien se saluda, y en regresando á casa el portador de tan útil prenda, colecciona en su álbum las pruebas, para saber los nombres de las gentes conocidas que encontró en su paseo por calles y plazas.



¡Auxiliar poderoso de los que tienen muchas relaciones y poca memoria!

Pero ya veréis cómo no pára en eso la manía fotográfica, el *panfotografismo*: el mejor día habremos de saber que se ha constituído una sociedad anónima para explotar, en paseos y plazuelas, una serie de básculas automáticas, también de aparato instantáneo.

Os pondréis encima de la plataforma, echaréis 50 céntimos en el consabido cepillo, y recibiréis en el acto un retrato miniado por..... cualquier artista.

¡Ah! Y se garantizará el parecido.

X***.

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA.

EL PUERTO DE REFUGIO DE LA LUZ.

Los grabados que en la pág. 136 tenemos el gusto de ofrecer á nuestros abonados, reproducidos de fotografías remitidas por el reputado fotógrafo D. Luis Ojeda, no pueden dar idea de la belleza de la ciudad de Las Palmas, porque se concretan especialmente á su *puerto de refugio*, llamado de La Luz, tan conocido hoy de armadores y marinos, y que dista del centro de la población próximamente unos cinco kilómetros.

Las Palmas es la más importante y populosa de las ciudades del Archipiélago canario, residencia de la Audiencia territorial y del Obispado, con Delegación gubernativa, Gobierno militar, Administración subalterna de primera clase y Comandancia de marina de segunda. Vista desde la bahía, presenta la población un aspecto sumamente pintoresco, que recuerda por sus azoteas, sus miradores y sus palmeras á los pueblos orientales, y por lo apiñado y blanco de su caserío, alzándose en anfiteatro desde la misma orilla del mar, á nuestras ciudades andaluzas del litoral, singularmente á Cádiz.

Si se penetra en la ciudad, obsérvase desde luego que allí administra bien el Municipio la hacienda del pueblo. Las calles son rectas casi siempre y con buenos pavimentos; las plazas amplias, con jardines, fuentes y algu no que otro monumento; los edificios, tanto públicos como particulares, revelan que ha presidido el buen gusto en su construcción; y finalmente, todos los servicios están dotados en cuanto lo consienten los recursos, consumiéndose el 16 por 100 del presupuesto municipal en instrucción pública. El Ayuntamiento llega allí al 30 de Junio con todas sus atenciones cubiertas y sin haber necesitado acudir al crédito, dato que es digno de citarse, ya que casi á diario se leen aquí cosas muy curiosas respecto á la administración municipal.

La población de Las Palmas, según el último censo, se aproxima á 21.000 almas; pero es casi seguro, teniendo en cuenta las deficiencias de estas operaciones, que no bajará de 25 á 26.000.

Á la ciudad divídela en dos partes, denominadas Triana y Vegueta, el riachuelo Guiniguada, que aparece en el grabado núm. 1; y ambas se comunican por dos puentes, de sillería el uno y de hierro el otro. En el mismo grabado se ve la parte baja de Triana, y en primer término destácase el Gran Teatro, hermoso edificio proyectado por el arquitecto D. Francisco Jareño y construído por suscrición popular; el muelle, que se descubre después, es el antiguo de Las Palmas, que tiene unos 370 metros de prolongación; el dique exterior del *puerto de refugio* se distingue por una simple línea en último término, arrancando de las montañas de la pequeña península «La Isleta» y en la proximidad del lazareto de observación, que figura á su derecha.

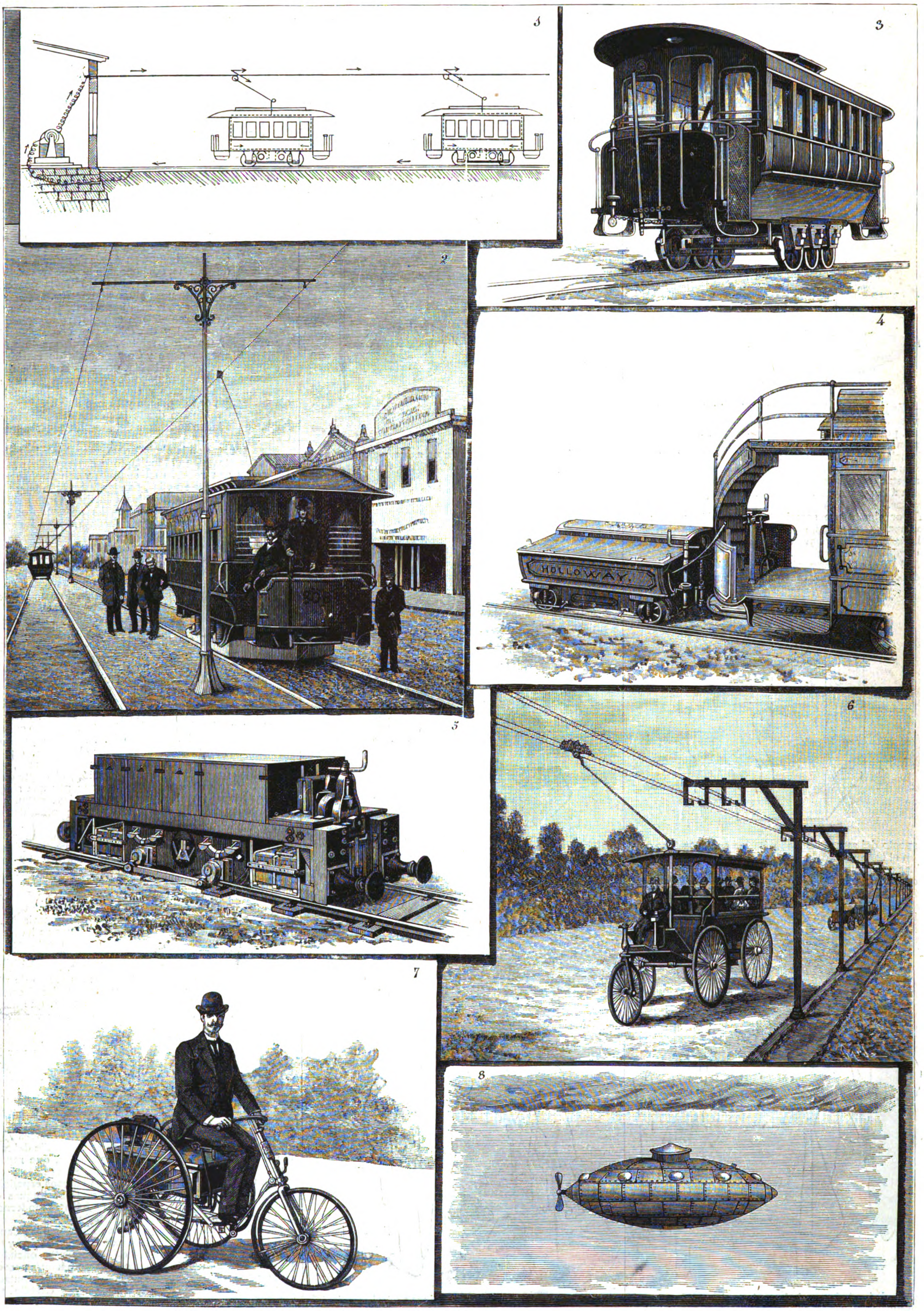
En el grabado que lleva el núm. 4 se descubre un trozo de Vegueta, donde se alzan, entre casas particulares, la hermosa Catedral, el Ayuntamiento y el Palacio Episcopal, visto por la fachada posterior que cae á los jardines.

Merced á las obras del *puerto de refugio* en La Luz, inauguradas á mediados del año 1883, y al cable telegráfico, que ha venido á unir la isla de Gran-Canaria con la Península, la vida mercantil de Las Palmas se ha transformado por completo, recibiendo desde entonces un impulso extraordinario, que ha redundado en perjuicio de las islas de Madera y de Cabo Verde. Bastará á demostrar tal aserto el siguiente dato: En el año de 1881 arribaron á aquel puerto 1.125 buques de todas clases, de los cuales 224 eran de vapor; en el de 1889, que acaba de espirar, 2.035, de los que 1.180 son de vapor. La venta de carbón mineral, que seguramente no pasó de 1.000 toneladas en el primero de estos años, ascendió en el último á 166.341 toneladas, suministradas por los tres grandes depósitos existentes de los Sres. Miller y Cº, Blandy Brothers y Cº, y Gran Canary Coaling Company.

El grabado núm. 2 da cabal idea de la prolongación que en la actualidad alcanza el dique exterior del *puerto de refugio*, superior ya á 600 metros desde su arranque. En él se ve atracado el crucero de guerra francés *Iphigenie;* y en el grabado núm. 3, que es un detalle del mismo dique exterior, el vapor inglés *Balbus*, que reparó en aquel sitio una gran avería en su obra muerta y colocó un nuevo timón de hierro, y los correos españoles *León y Castillo* y *Viera y Clavijo*, preciosos buques de acero, con luz eléctrica y todos los adelantos modernos, de la propiedad de la Compañía Interinsular.

La construcción de un puerto de refugio en las Canarias era una necesidad sentida por la navegación, y así se hacía constar en multitud de documentos oficiales; pero así y todo, quizá esta grande obra no habría pasado de la categoría de proyecto sin la influencia del diputado por Gran-Canaria D. Fernando de León y Castillo, secundado eficazmente por su hermano D. Juan, ingeniero jefe de la provincia, que en pocos meses hizo el estudio y formuló el proyecto, que ha llamado con justicia la atención de las personas conocedoras de estas materias.

TRACCION ELÉCTRICA.



1. Diagrama de una línea de tranvía eléctrico, sistema Thomson-Houston.—2. Estación de tranvía eléctrico, sistema Sprague.—3. Tranvía de Brooklyn con acumuladores Detroit.—4. Tranvía eléctrico con ténder, de Sandwell.—5. Locomotora eléctrica, sistema Immisch.—6. Coche eléctrico para caminos ordinarios. 7. Triciclo eléctrico de Slattery.—8. Sumbarino defensivo de Point-du-Jour.



ALEGORÍA DEL MES DE FEBRERO.

DIBUJO ORIGINAL DE D. JOSÉ RIUDAVETS.

La obra más importante del proyecto, que por sí constituye el *puerto de refugio*, es el dique exterior, representado en los grabados núms. 1, 2 y 3. Partiendo, como se ve, de la costa Sur de la Isleta, con tres alineaciones distintas, alcanzará, una vez terminado, una longitud de 1.200 metros por 7 de anchura, y una rasante sobre el nivel medio de las mareas de 2,60 metros, encontrándose á lo largo de él calados que oscilan entre 6,5 y 15 metros. En la actualidad existen construídos más de 600 metros.

Con objeto de mejorar las condiciones de abrigo, dividir el espacio resguardado de antepuerto y puerto, y facilitar las operaciones de carga y descarga, proyectó también el ingeniero Sr. León y Castillo el denominado *muelle transversal*, que arrancando de la costa Oeste de la rada con rumbo E. ¼ NE. deja entre su cabeza y el dique de abrigo mencionado un intervalo de 200 metros para la boca, por la que comunican el antepuerto y puerto. Este muelle presenta dos alineaciones, con 719 metros de longitud, 20 de anchura y sondas variables á su largo, que oscilan entre 0 y 12 metros. Próximamente existirán construídos unos 200 metros.

La superficie abrigada del puerto será en su día de 116,20 hectáreas, de las cuales corresponderán 48,5 al antepuerto, 60,5 al puerto, y 1,5 al muelle transversal. La longitud total de muelles será de 1.601 metros.

El sistema de ejecución ideado para el dique exterior es el mismo de los diques de Dover, Folkstone y Kurraché, y consiste en la adopción de bloques artificiales de hormigón hidráulico de 3 metros de longitud, 2,50 de anchura y 1,60 de espesor, concertados en hiladas inclinadas á 60º sobre el horizonte, los cuales se van colocando con una grúa de gran potencia llamada «Titán», que representa los grabados núms. 2 y 3 al extremo del dique hoy construído, la cual es capaz de elevar 30 toneladas de peso.

En la construcción del muelle transversal se emplean asimismo los bloques artificiales concertados, de 12 metros cúbicos, como en el dique exterior, pero dispuestos en hiladas horizontales, formando dos muros al exterior con cadenas cada 20 metros, los que serán revestidos de sillería.

Estas obras, descritas muy á la ligera, se complementarán más tarde con un muelle de ribera, al cual limitan varias dársenas que también ha proyectado el ingeniero.

La importante casa de Londres Swanston y Cº, contratista de las obras, ha dado á éstas desde su comienzo grande impulso, disponiendo los trabajos con tal orden y acierto, y empleando aparatos tan novísimos, que, seguramente, sus instalaciones están á la altura de las de los puertos mejor construídos.

En ese puerto de la Luz, que hace diez años todo era quietud y silencio, se ha operado una completa transformación con las obras emprendidas. Apenas había entonces en aquellas playas una docena de casas, chozas de pescadores, una iglesia y un vetusto castillo. Hoy se edifica por todas partes, y tal es el incremento, que quizá no transcurran muchos años sin que el caserío de la Luz se una al de las Palmas, por uno y otro lado de la carretera que les une; y en aquellas aguas, no surcadas sino por algún que otro buque de vela, se ven ahora con frecuencia 15 ó 20 vapores, á más de numerosas embarcaciones de vela, y cruzando en todas direcciones una multitud de lanchas de vapor, llevando á remolque grandes barcazas cargadas de carbón mineral.

El porvenir de Las Palmas y de la isla de Gran Canaria es muy risueño. A las obras de puertos y de carreteras hay que añadir la belleza del suelo, que presenta por doquiera paisajes admirables, y sobre todo su delicioso clima, sin rival en el mundo, que proporciona al país cuantiosos recursos por las muchas personas que invernan allí.

J. DE QUINTANA Y LEÓN.

ADVERTENCIA.

El considerable número de originales literarios adquiridos por esta Dirección, y el escaso espacio que dejan disponibles las secciones fijas que tiene establecidas LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, la obligan á suplicar á las muchas personas que anuncian el envío de nuevos escritos se abstengan de hacerlo, á fin de evitarse inútiles molestias, y á la Dirección la contrariedad de tener que archivarlos por un tiempo indeterminado.

No se devuelven originales, ni se responde de los que, á pesar de la presente *Advertencia*, se remitan á la Redacción.

OBRAS POÉTICAS DE D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO

ALCALÁ, 23, MADRID

	ptas.
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	— 1
La Niña de Gómez-Arias	— 1
Alegría (Canto I)	— 1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	— 1
A Orillas del mar	— 1
La Venganza	— 1
Fernando de Laredo	— 1
El Último beso	— 1
El Capitán García	— 1
Mis Amores	— 1
La Velada	— 1
El Año campestre	— 1
OBRAS POÉTICAS (DOS VOLÚMENES):	
Tomo I, *Poesías líricas y leyendas*	— 8
Tomo II, *Poemas*	— 8

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá*, 23, *Madrid.*

SEÑORAS. Seréis un prodigio de belleza y de blancura, usando en vuestras *toilettes* el agua ó bien la crema y polvos cutáneos de **LA FLOR DEL ALMENDRO.** Agua, 5 ptas.—Crema, 7,50 pesetas.—Cajita de polvos, 3 ptas. —De venta en Madrid, *Perfumería Inglesa*, Carrera de S. Jerónimo, 3, y en todas las más importantes.

ZARZAPARRILLA DEL Dr. AYER

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA



Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades secretas y todas las afecciones de la piel, por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor.—De venta en casa de Melchor García, Capellanes, 1 duplicado; Hijos de Uzurrum, y en todas las farmacias y droguerías. —Agentes generales para España: Vilanova Hermanos y C.a, Barcelona. — Sucursal en Madrid, Claudio Coello, 26, segundo.

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

PIANOS

FOCKÉ FILS AÎNÉ

Rue Morand, 9, París

EXPOSICIÓN UNIVERSAL

PARÍS, 1889

MEDALLA DE ORO



el Aceite de HÍGADO de BACALAO de Hogg

Recetado hace 40 años

EN EL MUNDO ENTERO

contra las **enfermedades del Pecho, Tos, Niños Raquíticos, Humores, Erupciones del cutis, Personas débiles, Pérdidas blancas, etc.** El **ACEITE de BACALAO de HOGG** es el más abundante en materia de ***bases activas.***

Se vende solamente en frascos triangulares.

PARIS, **HOGG**

2, Rue de Castiglione, 2

Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

ACEITE MORENO-CLARO DE HÍGADO DE BACALAO DEL Dr. DE JONGH

Depositarios en España: VICENTE FERRER Y C.a, BARCELONA.

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA, CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA, COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III, DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.

La sola especie que contenga todos los principios curativos.

Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.

Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.

DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL

contra la **TÍSIS**, las **ENFERMEDADES del PECHO** y de la **GARGANTA**, la **DEBILIDAD GENERAL**, el **DESFALLECIMIENTO** de los **NIÑOS**, la **RAQUÍTIS**, y todos los **AFECTOS ESCROFULOSOS.**

Se vende **SOLAMENTE** en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del Dr. DE JONGH y la firma de ANSAR, HARFORD & Co.—*Cuidado con las imitaciones.*

Unicos Consignatorios, ANSAR, HARFORD & Co., 210, High Holborn, Londres.

Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

PÍLDORAS DE BLANCARD

CON

Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK — *Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.* — PARIS

1853 — 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores frios*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis**, ...

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

FERNET-BRANCA

DE LOS SRES. BRANCA HERMANOS, DE MILANO

Los únicos que tienen el verdadero y auténtico método de fabricación.

Premiados con Medallas de oro en las principales Exposiciones Universales y privilegiados por el Gobierno.

El **FERNET-BRANCA** es el más higiénico de los licores conocidos.

Veinticinco años de completo éxito, obtenido en Europa, América y Oriente.

Es recomendado por las celebridades medicales, y empleado en muchos hospitales.

El FERNET-BRANCA no debe ser confundido con otros muchos Fernet que se venden desde poco tiempo, y que son falsificaciones dañosas é imperfectas. El **FERNET-BRANCA** apaga la sed, facilita la digestión, estimula el apetito, cura las calenturas intermitentes, dolencias de cabeza, vértigo, enfermedades del hígado, **esplín**, mareo y náuseas en general. Es **Vermífugo, Anticolérico.**

SUS EFECTOS SON GARANTIZADOS POR ATESTACIONES DE MÉDICOS

Unica arrendataria para América del Sur:

Casa CARLO F.co HOFER et C.o de Génova

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1889

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración; á 6 fr. cada frasco E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, rue du 4 Septembre, París.

HARINA LACTEADA H. NESTLÉ,

INVENTOR Y FABRICANTE

Vevey (Suiza)

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

32 PREMIOS DE LOS CUALES

12 Diplomas de Honor

Y

14 Medallas de Oro



20 AÑOS DE EXITO

NUMEROSOS CERTIFICADOS

DE LAS

primeras autoridades medicinales

DE AMBOS MUNDOS

(Marca de garantía.)

ALIMENTO COMPLETO PARA LOS NIÑOS DE CORTA EDAD

Suple la insuficiencia de la leche materna, facilita el destete y es de digestión fácil y entera. Se usa muy ventajosamente en los **adultos**, así como alimento en las personas de **estómago delicado.**

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERÍAS

Para evitar las numerosas falsificaciones, exigir en cada lata la firma del inventor HENRI NESTLÉ.—VEVEY (SUIZA)

La casa **Nestlé** ha obtenido en la Exposición de París de 1889 las más altas recompensas, *un gran premio y una medalla de oro.*

Para pedidos dirigirse al **Sr. D. Rafael Romero**, de Jerez de la Frontera, único agente en toda España.

HEINRICH KLEYER—VELOCIPEDOS "ÁGUILA"

LA MÁS VASTA É IMPORTANTE FÁBRICA DEL CONTINENTE

Francfort sobre el Mein



Velocípedos de dos y tres ruedas. Velocípedos de seguridad, simples y con dos asientos para cada edad. Velocípedos de tres ruedas para transportar mercancías de todo género. Piezas de reemplazo y accesorias. Se buscan agentes activos y se ofrecen catálogos ilustrados contra remesa de timbre postal.

INSTITUTO DE FRANCIA: PREMIO MONTYON

VINO DE QUINA OSSIAN HENRY

SIMPLE Ó FERRUGINOSO.

El más eficaz reparador.—El mejor de los Ferruginosos. Gusto agradable. Cura la **Clorosis**, la **Anemia**, las **Flores blancas**, las constituciones débiles, etc.

PAULINIA-FOURNIER — Infalible — contra JAQUECAS y NEURALGIAS

EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS.



Bálsamo de FERNOLINE

Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo, y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos; de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos; hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores en el extranjero para curar los dolores que notan muchos enfermos en **el cuello, pecho y espalda**, pues, gracias á la **volatibilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel se absorbe en cantidad variable, según la superficie de aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA

VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA—BARCELONA

SUCURSAL EN MADRID: Claudio Coello, 26, segundo.



EAU DE LYS DE LOHSE

hace desaparecer las erupciones de la piel, quita las pecas, refresca y suaviza el cútis, aumenta la flexibilidad y la pureza del cútis, conserva á la cara la belleza juvenil.

Su empleo constante asegura la eterna juventud de la mujer.

Exíjase en las etiquetas mi razon social:

GUSTAV LOHSE, BERLIN

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

El Abogado popular, consultas prácticas de derecho público, civil común y foral, mercantil, penal y administrativo; reglas para la aplicación de las leyes á la mayor parte de los actos de la vida humana, y modos de defenderse personalmente ante los tribunales, con los formularios y aranceles correspondientes á todos los casos, y una lámina explicativa de la sucesión intestada, por D. Pedro Huguet Campañá. Libro de mucha utilidad inmediata y práctica para las clases propietarias y productoras singularmente, y para el público en general. Contiene 74 *Consultas* bien contestadas, una larga serie de *Formularios* y numerosos *Apéndices* que completan el texto. Forma un volumen de 815 páginas en 8.º mayor, y se vende, á 8 pesetas, en la Administración, á cargo de D. Manuel Soler, á quien se dirigirán los pedidos, Barcelona (Trafalgar, 55).

Rosas y espinas, poesías de D. Antonio de la Cuesta y Sainz. Contiene numerosas composiciones poéticas, algunas muy aceptables. Un tomo de 205 páginas, con el retrato de su joven autor. Precio: 3 pesetas. Valladolid, 1889.

La Naturaleza, revista semanal ilustrada de Ciencias y sus aplicaciones, dirigida por don Ricardo Becerro de Bengoa y redactada por D. Eduardo Mier y Miura y D. Jacobo García Rouré, con la colaboración de muy distinguidos ingenieros, catedráticos, agricultores, marinos, médicos, farmacéuticos, arquitectos y mecánicos, conocidos en España por sus trabajos científicos. Suscríbese en la Administración, librería de los Sres. Fuentes y Capdeville, Madrid (plaza de Santa Ana, 9), y en las principales de esta corte y de las provincias.

La Verja cerrada, leyenda dramática en tres actos y en verso, original de D. Ricardo Blanco Asenjo, estrenada con extraordinario éxito en el teatro Español, la noche del 23 de Enero de 1890. Impresa esta obra dramática, se vende en las principales librerías y en la *Administración Lírico-dramática*, Madrid (Cedaceros, 4, segundo izquierda).

Decapitada, por F. de Boisgobey; versión castellana de *Olegario Slipembak*. Interesante novela perteneciente á la colección que publica la *La España Editorial*, en Madrid (Tutor, 21). Precio: 3 pesetas.

Caligrafía correcta, por D. Filomeno Haro y Pérez, profesor que ha sido de esta clase en la Academia de la *Asociación de Profesores Mercantiles*. Album de gran utilidad, en cuyas bien escritas páginas se consignan los elementos más indispensables para saber formar la letra con perfección y elegancia, fundamento y propiedad, cuales son: reglas de utensilios, de posición, de trazos y de ortografía, que es lo que constituye la verdadera escritura; es útil, no sólo para la enseñanza en las escuelas, pues en ellas se aprende también Gramática y Ortografía, sino para las academias donde sólo enseñan á formar la letra, para los dependientes del comercio, para escribientes de todos los ramos, para secretarios de ayuntamientos y juzgados municipales, y para los Estados americanos donde se habla el idioma español. *Declarado de texto* por Real orden de 25 de Septiembre de 1889. Véndese, á 2 pesetas, en la librería de los Sres. Hernando, Madrid (Arenal, 11).



EXCMO. SR. D. ANTONIO DE SERPA PIMENTEL,

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DEL REY DE PORTUGAL.

Cleopatra, por Enrique Greville; versión castellana, por D. José de Siles. Novela interesante publicada por *La España Editorial*. Precio: 2 pesetas. Diríjanse los pedidos á las oficinas de la Empresa, Madrid (Tutor, 21).

Versiones alemanas, ó colección de trozos literarios, científicos, comerciales, etc., para la traducción directa é inversa, con un copioso *Vocabulario fraseológico*, ordenados por don F. G. Ayuso, doctor en Filosofía y Letras, y catedrático numerario de alemán en el Instituto de San Isidro. Libro muy útil á los alumnos de institutos y colegios, como auxiliar importante para dominar las dificultades de la traducción, directa é inversa. Un volumen de 260 páginas en 4.º, que se vende, á 5 pesetas, en las principales librerías y en la Administración de la *Enciclopedia Católica*, Madrid (Tudescos, 9).—A la misma Administración se dirigirán los pedidos de la *Gramática francesa*, método teórico-práctico, con un catecismo gramatical y sintaxis en francés para ejercicios de conversación y clave de temas, por D. F. G. Ayuso, profesor de la Universidad Central. (Tercera edición, corregida y aumentada.) Precio: 4,50 pesetas.

La Reforma ortográfica. Réplica á un artículo contra la fonografía, publicado en la *Revue des Deux Mondes* por M. Bréal, profesor del Colegio de Francia y miembro del Instituto, por D. Tomás Escriche y Mieg, catedrático del Instituto de Bilbao. Folleto de 30 páginas en 4.º menor, á dos columnas, que se vende, á módico precio, en el establecimiento de don M. Echevarría, Bilbao (Jardines, 10, bajo).

Tratado de Taquigrafía, por D. Baltasar Noria, premiado en esta corte por la Junta de Comercio de Cataluña, director del suprimido Instituto de segunda enseñanza de Tortosa, etc. Folleto que contiene en once lecciones las principales reglas taquigráficas. Tortosa, librería de D. Ramón Prades (Rosa, 11). — V.









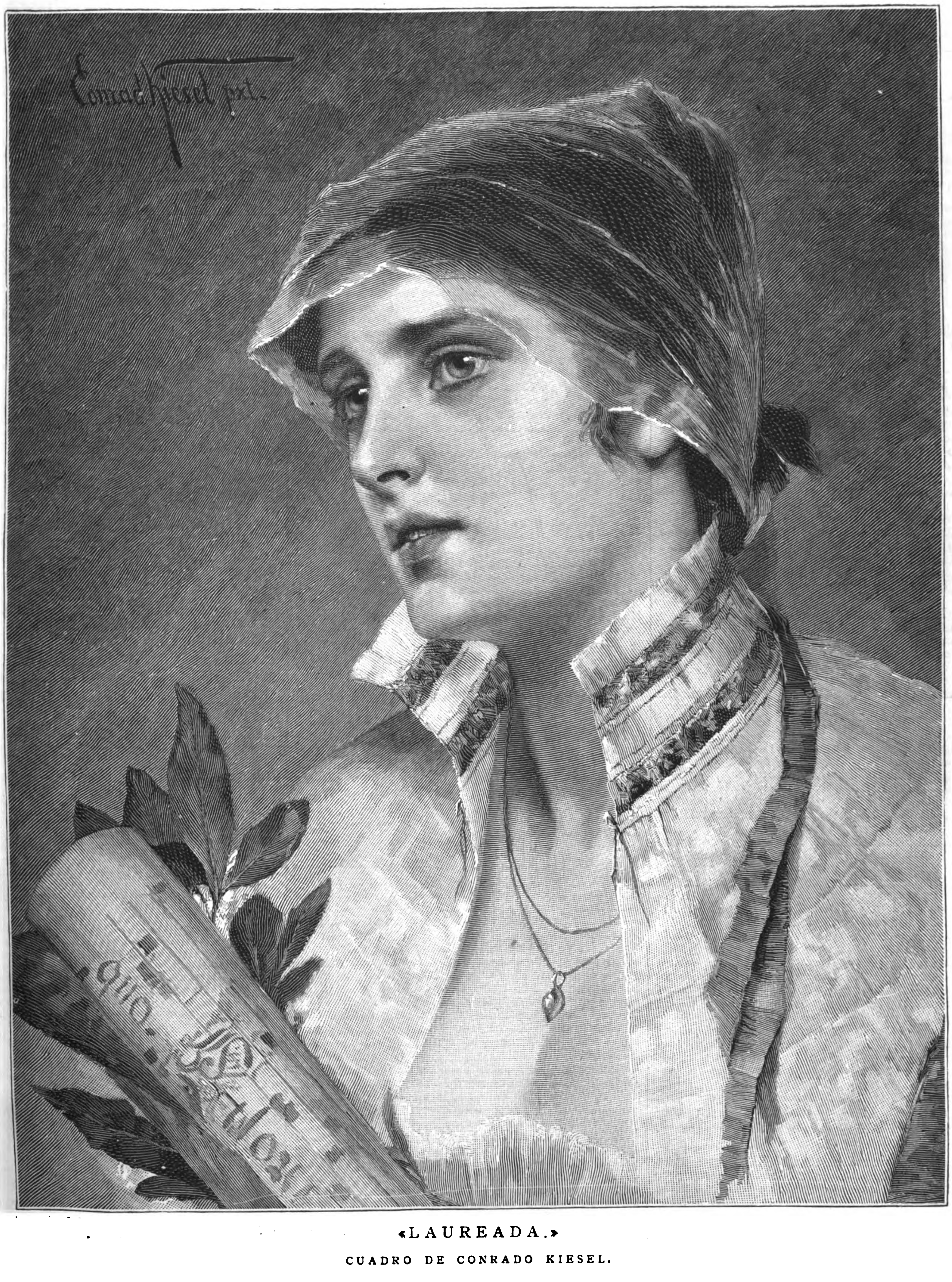


MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIV — MADRID, 8 DE MARZO DE 1890. — NUM. IX.

BELLAS ARTES.



«LAUREADA.»

CUADRO DE CONRADO KIESEL.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

La suspensión del diputado M. Labouchere ha producido en Inglaterra gran agitación. Aquel miembro del Parlamento británico acusó al jefe del Gobierno de haber facilitado la fuga de algunos personajes aristocráticos, á los que se achacaban delitos vergonzosos: desmentido por lord Salisbury, el diputado declaró que no le inspiraba fe ninguna la palabra del Ministro, y no queriendo retirar aquella frase, la mayoría pidió el nombre del orador, lo que equivale en la Cámara inglesa á privarle de la representación impersonal á que da derecho la elección popular por un distrito.

Dos cuestiones graves ha suscitado aquel acto: la acusación, mal desvanecida por el Gobierno, que hizo Mr. Labouchere, y que descorre de nuevo el velo de la corrupción de aquella sociedad tan escrupulosa en apariencia y tan inmoral en sus costumbres privadas, y la independencia del diputado, coartada en el mero hecho de tener que someterse á una interesada afirmación ministerial. La situación del Gobierno inglés, sin ser realmente peligrosa, resulta algo molesta y desairada.

Más peligros ofrece acaso la del Gobierno francés por haber aceptado la invitación para la conferencia de Berlín, por lo que afecta al patriotismo francés, el que el Gobierno de París se haya prestado á discutir los temas con que Alemania trata de conjurar los peligros interiores con que le amenaza el socialismo.

Entre los sucesos recientes que llaman la atención del curioso, merece citarse la aparición de un nuevo libro de M. Drumont, que continúa acometiendo con vigor á los judíos. A las persecuciones que vienen sufriendo desde los tiempos más remotos, hay que añadir ésta, que puede titularse la persecución de M. Drumont. Entre los personajes á quienes el escritor francés supone comprometidos en la causa del pueblo de Israel, figura Boulanger.

Los judíos, por su parte, achacan los ataques del elemento antisemita á la envidia que causan sus méritos y prosperidad, diciendo que ellos no son culpables de contar proporcionalmente mayor número de hombres notables que la generalidad de los franceses.

No deja de ser orgullosa la respuesta de los que celebran su fiesta el sábado, es decir, el mismo día que las brujas.

***

El peligro del Gobierno francés ha sido conjurado por la habilidad del Ministro de Negocios Extranjeros, en su respuesta á la interpelación del Sr. Laur: de la contestación del Ministro se desprende que Francia sólo accede á la conferencia de Berlín por haber aceptado la de Suiza, de que aquélla es una simple reproducción, y lo hace con reservas.

El telégrafo transmite el siguiente párrafo, que nos concierne, del intencionado discurso de M. Laur: «Dos potencias nos indican el camino que debíamos seguir: Rusia y España. Esta última, á pesar de tener intereses mineros de primer orden, no fué invitada á la conferencia. ¿Por qué? Para impedir á la hermana latina que nos queda que formase mayoría con nosotros.»

No nos quejamos del olvido: la conducta reciente de Inglaterra nos indica de un modo claro la utilidad de estos pactos, que cumple luego únicamente el que no tiene bastante artillería. ¿A qué hemos de entrar en ese negocio de minas para que otros exploten el filón? El socialismo en España es además menos peligroso que en otros países, porque aquí tenemos un refrán que resuelve la cuestión social. «Lo que hay en España es de los españoles», dice el adagio, y en efecto, así sucede: el que tiene algo recibe sablazos, y el que no tiene los da. Con esto, el cocido nacional, que iguala los estómagos, el tifus en los espectáculos, las recomendaciones, los tributos exorbitantes que absorben la riqueza para volver á repartirla, y la infinidad de destinos para ocupar á los que no tienen trabajo, no hay cuestión social.

***

Añadamos otro nombre ilustre en la lista ya aterradora este año de los muertos. A las seis de la tarde de ayer falleció D. Claudio Moyano Samaniego, que merece el título de el último moderado por ser el último que mantuvo en el Parlamento la bandera y tradición de aquel partido.

Había nacido en Bocdo de Toro, provincia de Zamora, en 1809. Estudió las humanidades y el derecho en las Universidades de Salamanca y Valladolid; fué alcalde de esta última población y capitán de la milicia, y luego rector de su Universidad. El año 1850 desempeñó el rectorado de la Central, y fué ministro de Fomento tres veces, en 1853, 1857 y 1864. Representó, casi consecutivamente, su distrito natal, desde el año 1843, y era senador vitalicio desde hace tres años.

D. Claudio Moyano empezó su reputación parlamentaria en 1851, acusando de inmoralidad al Ministerio Bravo Murillo, y dos años después formaba parte de ministerio presidido por el general Lersundi, con el cual estuvo muy pronto en disidencia, por ser hombre intransigente en sus ideas y poco apto para la uniformidad de la disciplina. Su obra más importante fué la reforma de la enseñanza, en 1857.

Ha muerto representándose á sí mismo y formando un partido unipersonal, que tenía por dogma moralidad, unidad católica y Constitución de 1845. Más que elemento activo de la política, era un crítico de los gobiernos. En la época de su mayor actividad é influencia, los que pertenecían á su fracción se quejaban de su puritanismo, lleno de exigencias, que le impedían la entrada en el Gobierno, como si la oposición fuese su temperamento natural. Era un carácter firme y austero, á quien absorbía la política y que se resistía á ser servido por ella. Llevaba, al morir, veinticinco años seguidos haciendo la oposición á todos los gobiernos. ¿Qué más? Dinástico ferviente como pocos, fué sin embargo el único que se atrevió á pronunciar un discurso contra el primer matrimonio de D. Alfonso, y á aquella valiente y solitaria protesta respondieron, si no murmullos perceptibles, ecos y palpitaciones ocultas en muchos corazones afectos al Monarca, no por la persona elegida, á quien el Sr. Moyano hizo justicia y separó delicada y personalmente de su crítica, sino invocando impedimentos morales y razones de alta dignidad.

Severo y majestuoso en su aislamiento, aparecía colocado, á manera de dios Término, en el linde que separa el sistema constitucional del absoluto, y sin embargo había empuñado en su juventud el sable del miliciano y había combatido en las filas más avanzadas del partido moderado, contra el golpe de Estado que Bravo Murillo proyectaba, imitando á Napoleón III, y que no le permitieron realizar aquellos generales que lo mismo amotinaban una guarnición que un congreso, y á los cuales el célebre hacendista quería subir la faja desde la cintura á la garganta.

No era que D. Claudio Moyano hubiese retrocedido; más estable que el terreno político en que se asentaba, éste se había deslizado por debajo de sus pies, dejándole atrás, cuando en realidad no había retrocedido un solo paso.

La Restauración no tuvo en cuenta su lealtad y sus servicios, como si comprendieran sus gobiernos que le bastaba la satisfacción íntima de ver realizado el hecho que había deseado: la política paga con más gusto la evolución del adversario que los servicios del amigo seguro. Y los poderes se precian más de las cortesías que se hacen ante el estrado, que de las fatigas del centinela que defiende el edificio.

Sin embargo, la consecuencia del antiguo moderado había concluído por captarle cierta popularidad que no hubiera conseguido en las alturas de los consejos. Si no ejercía autoridad, tenía autoridad propia ante el público. Hasta la caricatura, exagerando las pronunciadas y originales líneas de su rostro, había hecho familiares para todos sus facciones. El Congreso Pedagógico, nombrándole presidente, le dió una muestra de gratitud y deferencia reconociéndole como uno de los pocos bienhechores del maestro.

Luchando vigorosamente con la edad, le hemos visto hasta hace poco pasear recto y erguido, como andador que ha sido infatigable; su bigote recortado, y rostro obscuro le distinguían de los demás, dándole la apariencia de hombre de otros tiempos. En su vida privada era de trato afectuoso y ameno, y su casa de Fuentelapeña, modelo de hospitalidad, no sólo para los correligionarios, sino para sus mismos adversarios políticos.

La muerte, al herir á D. Claudio Moyano, si no derrumba nada grande, derriba en la patria algo firme y sólido digno de respeto.

***

A las necrologías de nuestras crónicas anteriores tenemos que añadir la del académico de la Española de la Lengua, D. Luis Fernández-Guerra y Orbe, antiguo funcionario público y persona notable por su ilustración y sus diversas aptitudes. Era abogado, hombre de administración, dibujante, erudito, arqueólogo, poeta, autor dramático y correctísimo prosista. Estudió las humanidades bajo la dirección de D. Alberto Lista, y fué discípulo de D. José Madrazo en la Academia de San Fernando: empezó á escribir en el periódico la *Alhambra*, que se publicó de 1839 al 43: su primer comedia se estrenó el año 1848, y demostró la variedad de su talento cultivando con éxito casi todos los géneros literarios. En la *Biblioteca de Autores españoles* coleccionó las obras de Moreto, ilustrándolas con un prólogo excelente, lleno de erudición y noticias nuevas é interesantes; é ingresó en la Academia el 13 de Abril de 1873, á donde le condujo su obra de más empeño, la biografía laureada del gran poeta *Don Juan Ruiz de Alarcón*, libro ya agotado y que basta por sí solo para fundamento de su fama.

La obra maestra de D. Luis Fernández-Guerra no es sólo un libro que revela vastísima lectura y prolijas y felices investigaciones; ni la ordenada y más copiosa colección biográfica del ilustre poeta mejicano; ni la crítica concienzuda del teatro de Alarcón: todo eso es, y además es un libro amenísimo é interesante, en que se resucita y hace vivir con color y movimiento una de las épocas más gloriosas de nuestra historia literaria, con tal verdad y relieve, que hace la ilusión de la misma realidad. En sus páginas se asiste á los estudios de Méjico y Salamanca y las escenas curiosas de la vida escolástica: evocada por el autor, surge allí la ciudad de Sevilla, con sus fiestas, academias, su casa de Contratación y las costumbres de aquel tiempo; Madrid en el siglo XVII, con sus poetas y sucesos más notables de aquella época; se asiste á las representaciones dramáticas en el alcázar, á los vejámenes y academias, y se ven pasar Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo, en formas humanas, con sus pasiones y buenas y malas cualidades, sin que el autor incurra nunca en la vulgaridad de repetir lo ya sabido, sino iluminando con nueva luz cada personaje. La habilidad de D. Luis Fernández-Guerra en aquel libro monumental consiste en dar tal claridad á los sucesos en que Alarcón se vió mezclado en las épocas obscuras de su vida, que por la descripción de lo que le rodeó se viene en conocimiento hasta de las ideas y sentimientos que iluminaron su mente é hicieron palpitar su corazón.

Era D. Luis Fernández-Guerra hombre modesto y exento de toda petulancia. Su figura era simpática y venerable al mismo tiempo. Sus ideas y aficiones le inclinaban al culto del pasado, aunque no tanto como á su hermano, el sabio académico, de reputación europea, D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.

Otros dos personajes notables han fallecido en estos días: los Sres. Marqueses de Monistrol y de Mudela.

***

Un corresponsal francés asegura que los ladrones chinos son los más hábiles del mundo, por lo cual rara vez son descubiertos ó presos. En prueba de su destreza, cuenta el siguiente caso ocurrido en Cantón:

«Celebraba su audiencia pública un tribunal, cuando un obrero, con una escalera en el hombro, entró en la sala, descolgó el reloj, colocado en la pared sobre la cabeza del juez, y volvió á salir tranquilamente.

»Era un ladrón.»

***

Un hombre muy corto de vista se quedó ciego, y fué á darle el pésame un amigo suyo.

—Compadezco de veras tu desgracia.

—Pues no hay de qué: te aseguro que apenas lo he notado: veo casi lo mismo que antes, y no tengo que gastar dinero en anteojos.

Se batió á pistola un hambriento, y le dieron un balazo en el estómago.

El médico, al reconocer la herida, meneó tristemente la cabeza.

—No es posible extraer la bala—dijo.

—Por eso no se preocupe usted—respondió el herido—como haya caído en el estómago, la digiero.

—Muchacha, ¿quién ha llamado?

—El criado de D. Pedro Novo y Colson.

—Dile que entre.

—Si no le he querido abrir.

—¿Por qué, muchacha?

—Porque me dijo que venía de parte de su amo á darle á usted *La Bofetada*.

—Llámale por el balcón, que esa bofetada la recibo con muchísimo placer.

—¿No observas qué á compás ladra ese perro?

—Habrá sido perro de poeta, y ladra en verso.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Laureada, cuadro de Conrado Kiesel.—*Una Araña*, dibujo original de don Cecilio Pla.—*En el camino de la escuela*, cuadro de Minet.—*La Heroína coruñesa Mayor Fernández Pita*, escultura de D. José González Jiménez.

Nuestro grabado de la plana primera es reproducción de un cuadro de Conrado Kiesel: *Laureada* representa uno de los hermosísimos tipos de mujeres que se complace en retratar aquel ilustre pintor alemán, autor de composiciones tan bellas como *Lectora impresionable*, *Antes del debut*, *Margarita arrepentida* y otras que figuran en las páginas de este periódico.

La heroína es la cantante laureada en actitud de recibir con modestia encantadora el homenaje de su auditorio, y, según se nos dice, es acabado retrato de una aplaudida poetisa berlinesa.

Una Araña se titula el único dibujo que presenta el conocido artista Sr. Pla en la Exposición de Blanco y Negro organizada por el Círculo de Bellas Artes, y le reproducimos (de fotografía de Laurent) en el grabado de la pág. 152.

Araña es, según el autor de la composición, esa hermosa, esbelta y elegante muchacha, que se reclina con estudiada negligencia en el marco de una puerta; su rostro, que tiene, quizá por singular contraste, expresión de candidez pudorosa, está medio velado con la transparente gasa del sombrero; aparece en medio de fantástica red, tejida en el aire por sus miradas provocadoras, y en actitud de acechar á los incautos insectos que por delante pasen.....

El dibujo es bellísimo y está bien acabado. Ha sido adquirido por D. Joaquín Carbonell.

El aspecto del paisaje es tranquilo, dulce, anunciando que ya ha llegado la gentil primavera; el camino torcido y pedregoso cruza por campos de espigas verdes; á lo lejos se descubren las casas de la cercana aldea, agrupadas alrededor del campanario de la iglesia, como dóciles ovejas en torno del pastor que las apacienta.

Y dos lindas niñas que se dirigen á la escuela, seducidas por el encanto de la Naturaleza, siéntanse en el borde del camino y á la sombra de un viejo manzano, y dejando á un lado los libros, se entretienen alegremente en hacer ramilletes de amapolas y chirivías.

Tal es el cuadro del pintor francés E. L. Minet, titulado *En el camino de la escuela*, que damos á conocer en el grabado de la pág. 153.

El distinguido profesor numerario de la Escuela de Bellas Artes de la Coruña, D. José González Jiménez, es autor del interesante grupo escultórico que representamos, según fotografía directa, en nuestro primer grabado de la pág. 157.

El asunto de la composición es un glorioso episodio de la historia coruñesa; refiérelo con fidelidad y elegancia el distinguido escritor D. Andrés Martínez Salazar, en su libro *El Cerco de la Coruña en 1589 y Mayor Fernández Pita* (tomo XVII de la *Biblioteca Gallega*), y le ilustra y justifica plenamente con el texto de las mercedes y privilegios concedidos por los reyes D. Felipe II y D. Felipe III á dicha heroina Mayor Fernández Pita, «en consideración á que cuando los ingleses sitiaron á la ciudad y se le dió el asalto, *peleó entre los soldados, con su espada, pica y morrión*, haciendo traer de su casa ropa y bastimentos para el reparo de las baterías y refresco de los soldados que estaban en ellas, y que *en esta ocasión le mataron á su marido*, quedando pobre con dos hijas, y que después acá, siempre que ha habido nueva de los enemigos, se sabe que ha acudido deseando mostrar en ella su buen ánimo».

El grupo del Sr. González Jimenez, inspirado en esa brillante página histórica, y singularmente, para la ejecución, en las frases subrayadas, es obra muy notable, y así la describe nuestro ilustrado colega *El Telegrama*, de la Coruña:

«Está modelado en arcilla plástica, y se compone de dos figuras: la que representa á Mayor Pita, en pie y como impulsada por un movimiento espontáneo y rápido; su pierna derecha avanza hasta posar la punta del pie en una piedra del desmantelado muro, siendo la izquierda el punto de acción del plantado de la figura y como el eje de su movimiento; el cuerpo de la heroina está inclinado fieramente hacia atrás, y en las enérgicas líneas de su rostro se ve retratado el coraje, enardecido por la reciente herida de su esposo; en la mano diestra empuña la pica, dispuesta á herir al primer enemigo que se acerque á la derruida muralla, y con el brazo izquierdo sostiene á su infelimarido, el bravo Gregorio de Rocamonde, cuyo cuerpo, mortalmente herido, se desliza al costado de la heroina.»

El Sr. González Jiménez es muy conocido en el mundo del arte: ha sido pensionado en Roma, durante muchos años, por el Gobierno, el infante D. Sebastián y el general Ezpeleta; es académico de número, de mérito y honorario de varias distinguidas corporaciones artísticas, y correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando; ha ganado medallas de primera clase en varias Exposiciones extranjeras, y de tercera y segunda clase en las Exposiciones nacionales de 1862 y 1866, en esta última por su preciosa obra *Últimos momentos de Numancia* (tres figuras y cuatro bajos relieves) que existe en el Ateneo de Madrid, por donación del laureado autor.

¡Ojalá que ese boceto del Sr. González Jiménez, esculpido en mármol ó fundido en bronce, sea colocado en magnífico monumento en la gran plaza de Mayor Pita, en la Coruña!

***

HABANA: FALLECIMIENTO DEL GENERAL SR. SALAMANCA.

La Capilla ardiente. — Conducción del cadáver al cementerio.

A las nueve menos cuarto de la noche del 6 de Febrero próximo pasado falleció en la Habana el Excmo. Sr. D. Manuel Salamanca y Negrete, gobernador superior, capitán general de la isla de Cuba, después de recibir los auxilios espirituales y rodeando su lecho las autoridades de la capital y los amigos y ayudantes del ilustre enfermo.

El día anterior se había dirigido comunicación oficial á la Junta de Autoridades acerca del estado gravísimo del señor Capitán general, y en virtud de lo que determina el artículo 11 del Real decreto de 9 de Junio de 1878, le reemplazó interinamente en su alto cargo el segundo cabo D. Felipe Fernández Cavada, general de división.

La muerte prematura del general Salamanca produjo honda pena en la Habana (como la ha producido en Madrid y en Burgos, su ciudad natal), y así lo demostraron las espontáneas manifestaciones públicas hechas por todas las clases de la sociedad habanera, desde el momento en que se divulgó la triste noticia: los teatros, en aquella hora atestados de gente, fueron inmediatamente abandonados, y el Parque Central, concurridísimo á la sazón, por ser noche de retreta, quedó también desierto en pocos minutos.

«El cadáver (dice un periódico de la Habana) ha estado expuesto al público, por espacio de tres días, en la capilla ardiente, establecida en el Salón Blanco de Palacio: á los pies del lecho se hallaban diseminadas numerosas coronas fúnebres, y entre ellas destacábanse las muy notables de la Guardia Civil, general Cavada, Círculo Militar, Sociedad Castellana, Africanos de la Habana, gobierno general, presidio, cuerpo de Ingenieros, sargentos de infantería, sección de escribientes y ordenanzas, y la de la Sra. D.ª María Regla de Sañudo, hija de los que vilmente fueron asesinados hace más de un año, y que contenía la siguiente expresiva dedicatoria: «Al general Salamanca. —Garantía al triunfo de la justicia, en mi desgracia.—Bajo tu noble protección, la luz.—En tu ausencia..... mis preces y oraciones.»

»El número de coronas extendidas por el suelo aumentaba sin cesar: el Casino Español de la Habana y el de Color llevaron simultáneamente las suyas; sobre las alfombras, al pie de la capilla ardiente, se extendían las de la Cámara de Comercio, brigada de cazadores, Instituto de voluntarios, el arma de Caballería, director y redactores de *El Eco Militar*, movilizados de Camajuani, Diputación Provincial, Cuerpo de Orden Público, Penitenciaría militar, y otras muchas, pasando de ciento las depositadas, algunas de gran valor.

»A las ocho y media de la mañana del 9 salió de Palacio la comitiva fúnebre siendo conducido en hombros el féretro hasta el coche imperial por los ayudantes de campo del general; detrás de los niños de la Beneficencia iban las huérfanas del Colegio de la Asociación domiciliaria, clero parroquial, alumnos del seminario, congregación del Sacramento, sociedad castellana, bomberos del comercio, cabildo catedral, y á continuación el carro mortuorio llamado de *Francia* por ser igual á los que usan las familias Reales de esta nación: iba tirado por cuatro parejas de caballos; en el pescante un cochero y un paje; detrás, en la sopanda, otro paje, y la primera pareja de caballos guiados por un postillón.

»Detrás del carro fúnebre seguían el general Cavada, General de marina, y Obispo de la diócesis, la Secretaría del Gobierno, General, Ayuntamiento de la Habana, Banco Español de la isla, sociedad de Amigos del País, Cuerpo universitario, colegio de abogados, partido de Unión Constitucional, Cámara de comercio, Cuerpo diplomático, Instituto de segunda enseñanza y otras corporaciones científicas é industriales; marchaban detrás de estas corporaciones la compañía de guías del Capitán General, con escuadra, banda y música; la batería de montaña del ejército, los caballos enlutados del Capitán General, el Coronel sargento mayor y otros jefes á caballo con espada desnuda; cerraban la marcha tropas del ejército y batallones de Voluntarios, y las calles, las azoteas y los balcones aparecían atestados de gente.»

Llegada la comitiva al cementerio, fué tomado en hombros el ataúd y conducido á la capilla; allí se cantó un solemne responso, entonado por el Obispo diocesano, y terminada la ceremonia religiosa, volvió el sarcófago en hombros al panteón de D. Ramón Herrera, donde fué depositado en la bóveda central.

A las doce y media de la mañana recibió cristiana sepultura el cadáver del que fué gobernador superior de la isla de Cuba, Excmo. Sr. D. Manuel Salamanca y Negrete.

¡Descanse en paz!

En la pág. 148 damos dos grabados relativos á tan lamentable acontecimiento, hechos con sujeción á fotografías que nos ha remitido D. Victoriano Otero, nuestro celoso representante en la Habana, á quien damos las gracias: el primero representa la capilla ardiente, en el Salón Blanco del palacio; el segundo es una vista de la comitiva fúnebre, en el acto de la conducción del cadáver al cementerio.

***

D. RICARDO BELLVER,

escultor, académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando.

En la pág. 149 damos el retrato del escultor D. Ricardo Bellver, cuya solemne recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, como individuo de número, se ha efectuado hace pocas semanas.

El Sr. Bellver es antiguo conocido de los constantes suscritores de este periódico, porque puede decirse con verdad que hemos seguido paso á paso la brillante carrera artística del nuevo académico.

Figuran en nuestras páginas sus principales obras escultóricas: el hermoso busto del *Gran Capitán* Gonzalo de Córdoba, inspirado en un retrato auténtico del héroe; el precioso bajo relieve *Entierro de Santa Inés*, envío del Sr. Bellver como pensionado en Roma; el popular *Ángel caído*, principal ornamento del paseo de carruajes del Retiro; la estatua *Juan Sebastián de Elcano*; el sepulcro del Cardenal Lastra, en la catedral de Sevilla; el grandioso relieve *La Asunción de la Virgen*, ya colocado en el tímpano de la puerta principal de la misma basílica hispanense.

Producciones artísticas del Sr. Bellver son también algunas estatuas de la iglesia de San Francisco el Grande y la imagen polícroma de la Virgen del Rosario que se venera en la parroquia de San Andrés, de esta corte.

***

ABRAHAM RECIBIENDO LOS ÁNGELES Á SU MESA.

Cuadro vendido en el Pecq (París) y atribuído á Rembrandt.

La historia del famoso cuadro *Abraham recibiendo los ángeles á su mesa*, vendido recientemente en el Pecq, y atribuído á Rembrandt, ha circulado por la prensa periódica de todo el mundo culto.

Una anciana, que vivía en completo aislamiento, por su mala salud, falleció en Le Pecq, pintoresca población inmediata á Saint-Germain-en-Laye (Sena), dejando por heredera universal á su única hija, mayor de edad, pero recluida hace tiempo en un manicomio; procedió, según las leyes, liquidación judicial y venta pública, dirigidas por un notario, á quien asesoraba, para los objetos de arte, un perito juramentado (*expert*) muy conocido en París; imprimióse un catálogo de las pinturas en venta, y en él se indicaba una con estas palabras: *Jesús y los peregrinos de Emaús* (Escuela de Rembrandt), que adquirió en 4.000 francos un industrial de la localidad, por cuenta de M. Bourgeois, de París, tratante en cuadros, y la cual, sin la presencia de un pintor que, entusiasmado con la obra, tomó activa parte en la subasta, quizás habría sido adjudicada por algunos centenares de francos.

El cuadro es el que reproducimos en nuestro segundo grabado de la pág. 149, hecho sobre fotografía, y á primera vista se comprende la extraordinaria ligereza del *expert*, que ve un Cristo en el anciano de luenga barba blanca, y peregrinos en las figuras de los ángeles sentados á la mesa; y además el lienzo está firmado en el ángulo superior de la izquierda, en gruesos caracteres, que dicen así: *Rembrandt f.* 1.656.

Desde luego esto último importaría poco, porque sabido es lo que valen, por lo general, las firmas en los cuadros, en esta época de groseras mixtificaciones artísticas; pero en el caso presente, esa firma vale mucho, porque la obra es verdaderamente magistral: ningún discípulo de Rembrandt se elevó á tanta altura, y el asunto de la composición es el mismo episodio bíblico que trató el maestro en otro cuadro que hoy posee el museo L'Ermitage, de San Petersburgo, y así titulado: *Abraham recibiendo los ángeles á su mesa*.

El cuadro que tan barato ha comprado M. Bourgeois (quien ahora rehusa cederle, según se dice, por *doscientos mil francos*) merece ser clasificado entre las obras capitales del arte pictórico: la figura de Abraham es admirable, resplandeciente de luz, de perfecta *fattura*, y si las de los ángeles no tienen igual importancia, en cambio los accesorios, los platos, la vasija de tierra barnizada, el cuarto de carnero, la fuente que contiene los panes ácimos, toda esa naturaleza muerta revela el genio y el pincel de un maestro.

Y si este no fué Rembrandt, ¿quién pudo serlo? Probablemente no se sabrá nunca, y así los primeros pintores y críticos profesionales aparecen divididos en dos campos: unos, y entre ellos Gérôme y Bonnat, niegan en absoluto que el cuadro sea del gran maestro de la escuela holandesa; otros, presididos por los concienzudos y eruditos críticos Robert-Fleury y Paul Mantz, se colocan en el campo de enfrente, y lo afirman sin vacilar. ¿A quién creer?

Lo indudable es que la heredera de la anciana señora de Le Pecq ha perdido lo mejor de su herencia, habiendo sido despojada de ella *legalmente* por la autoridad de un perito juramentado.

***

RETRATO DE S. E. EL CONDE ANDRASSY, EMINENTE ESTADISTA HÚNGARO.—(Véase la *Crónica Europea*, por el Excmo. señor Conde de Coello, pág. 155.)

***

EL NUEVO ACORAZADO BRITÁNICO «TRAFALGAR».

El día 22 de Febrero último quedó incorporado á la armada británica el poderoso acorazado *Trafalgar*, fondeando en las inmediaciones del faro de Warner.

El *Trafalgar* (véase nuestro segundo grabado de la pág. 156) ha sido construido en el astillero de Portsmouth, con sujeción á planos de los ingenieros Barnes y Morgan, del Departamento de Construcción del Almirantazgo, y fué botado al agua en 1887; es un magnífico buque de acero, que mide 345 pies (ingleses) de longitud, 73 de anchura y 27 y 6 pulgadas de calado medio; su desplazamiento está representado por 11.940 toneladas, y sus potentes máquinas desarrollan fuerza de 12.000 caballos indicados; que le imprimen un andar de 16,50 nudos; su coraza tiene, en los costados del buque, un espesor de 16 á 20 pulgadas, en los castillos, de 14 á 18, y en las torres, de 18; su armamento consiste en cuatro enormes cañones rayados (en las torres) de 67 toneladas, ocho de cinco pulgadas de calibre, diez y ocho de tiro rápido, cuatro morteros y seis tubos lanza torpedos; sus carboneras admiten hasta 1.200 toneladas, ó sea el carbón suficiente para navegar á vapor, sin nuevo repuesto, nada menos que 6.500 millas.

El coste de este magnífico buque, sin incluir el armamento ó los accesorios, se ha elevado á 863.000 libras esterlinas, ó sean más de veintiún millones y medio de pesetas.

***

FRANCIA:

El establecimiento penal de Clairvaux, donde extingue su condena el Duque de Orleans.

El Duque de Orleans no ha sido indultado, como en un principio hicieron presentir telegramas de París: habiendo transcurrido el plazo que la ley determina para la apelación, sin duda porque «el Príncipe no quería (dice un periódico parisiense) que esta apelación se interpretase como una instancia de gracia», la sentencia fué declarada firme y definitiva el 23 de Febrero último, y en la noche del 24 al 25 se efectuó la traslación del Duque desde la Conserjería de París á la Casa central penitenciaria de Clairvaux.

Dicha casa penitenciaria está situada en la línea férrea de Belfort, segunda estación más allá de Bar-sur-Aube (kilómetro 234), é instalada en el emplazamiento de la célebre abadía cisterciense que fundó San Bernardo; presenta un conjunto considerable de grandes construcciones, habitadas por una población penal de 2.500 á 3.000 personas, hombres y mujeres, con la separación debida; hacia el fondo se encuentran los edificios destinados á los detenidos; á la izquierda, la enfermería, donde fueron encerrados Emilio Gautier, el Príncipe Kropotkine, Julio Roche, Duc-Quercy y otros; en la parte central, el departamento del *greffe*, ó sea el del jefe superior de la casa, á la cual sirve de ingreso un alto pórtico, y hasta donde es permitido entrar al público, después de haber franqueado el rastrillo.

Las habitaciones destinadas al inspector de prisiones del Estado han sido dispuestas para el Duque de Orleans: tienen vistas al patio principal, y su mobiliario, aunque modesto, es suficiente y cómodo.

En el grabado de la pág. 160 damos una vista general del establecimiento, y en el segundo de la pág. 157 reproducimos el patio principal, donde está la prisión del Duque.

Añadiremos que en la parte exterior, en una altura inmediata al edificio, se levanta la estatua de San Bernardo (véase el mencionado grabado de la pág. 160), dominando el inmenso conjunto de la antigua abadía, hoy transformada en presidio.

Los detenidos por delitos comunes se ocupan allí en numerosas industrias, como tejidos de lienzo y de lana, curtido de pieles, construcción de calzado, labores en hueso y nácar, etc., según las aptitudes de cada uno.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LOS TEATROS.

Situación por que han pasado los de Madrid en estos últimos meses.—Perdidas lamentables.—Noticia de piezas estrenadas en los teatros de función por hora.—Una poetisa dramática.—Sumario juicio de las obras nuevas originales representadas en el ESPAÑOL *y en la* COMEDIA.

(Conclusión.)

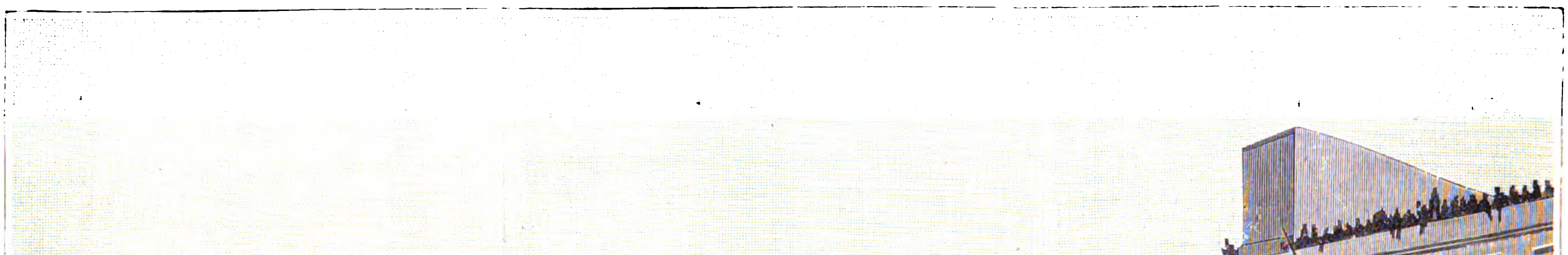
La gran resonancia que tuvo el estreno de *Las personas decentes*, obra de D. Enrique Gaspar representada por primera vez en el teatro de la Comedia la noche del 31 de enero, avivó en mí el deseo de conocerla, tanto más, cuanto mayor es la estimación que desde hace tiempo me inspira el claro talento del autor. Para tener por de pronto alguna idea del nuevo cuadro de costumbres que ha llevado á las tablas quien antes de ahora ha logrado en ellas legítimos triunfos, recurrí al dictamen de los periódicos que dan noticias del éxito al día siguiente de la primera representación, apreciando cada cual desde su punto de vista las condiciones y el mérito de las piezas estrenadas. La opinión de la prensa, á juzgar por cuanto dicen los diarios que yo he leído, ha estado unánime en celebrar el ingenio del poeta y los aciertos y perfecciones de su aplaudida producción. Sin embargo, no todos están contestes en el modo de calificar el carácter distintivo del poema; pues mientras unos aseguran que *Las personas decentes* es una comedia *de tesis*, otros (la mayor parte) ven sólo en ella una acerada *sátira* donde se toman de la realidad y se fustigan vicios sociales, poniendo de bulto con aspereza la especie de convencionalismo que permite ostentar el título de personas decentes á muchas que no lo son. En lo que todos concuerdan es en que la obra de Gaspar sale de la esfera de lo común y se halla en *las corrientes del gusto moderno*. Por esto, sin duda, ha dicho uno de nuestros jóvenes críticos más distinguidos, que si en vez de estrenarse dicha obra sabiendo todo el mundo de quién era, se hubiese días antes echado á correr la voz de que era de Dumas, hijo, muchas gentes se habrían admirado aún más.

Dados los vientos que corren, la índole de *Las personas decentes* debía más que otra alguna satisfacer á la crítica actual, para quien el poema dramático ha de concretarse á la mera reproducción de lo que ella denomina *realidad viviente*. Ya he dicho en párrafos anteriores lo que opino acerca de esto. Pero como el asunto me parece de grandísima trascendencia en la esfera literaria; como el constante clamoreo de los apóstoles de esa doctrina propende á restringir los horizontes de la inspiración artística, y no puede menos de influir, dígase lo que se quiera, en el ánimo y el gusto de la generalidad, no será ocioso añadir una observación á las apuntadas. Si el poeta hubiera de atenerse exclusivamente á reproducir lo que pasa ante sus ojos, rebajándose al nivel de simple máquina fotográfica; si hubiese de descartar de la realidad, como cosa inútil, el idealismo poético en-

HABANA.—FALLECIMIENTO DEL GENERAL SR. SALAMANCA.



LA CAPILLA ARDIENTE EN EL SALÓN BLANCO DEL PALACIO.



CONDUCCIÓN DEL CADÁVER AL CEMENTERIO, EN LA MAÑANA DEL 9 DE FEBRERO PRÓXIMO PASADO.

(De fotografías remitidas por D. Victoriano Otero.)

gendrado por la elevación del pensamiento y por la exaltación de la fantasía (no menos real y más bello que los accidentes de la materia y la sordidez de los instintos brutales), difícilmente realizaría creaciones de carácter universal dignas de vivir con vida propia en la estimación de las generaciones futuras. Mucho valen las comedias de costumbres de Calderón; mas si el egregio dramaturgo sólo hubiera compuesto piezas semejantes á *Casa con dos puertas* ó á *La dama duende* (á pesar de las bellezas que atesoran), ¿habría conseguido en el concepto de las naciones cultas el lugar preeminente que le han conquistado poemas como *El Alcalde de Zalamea*, *La Devoción de la Cruz* y *El mágico prodigioso?*

Procurando determinar las condiciones peculiares del esclarecido autor de *Las personas decentes*, el agudo crítico D. Jacinto Octavio Picón se expresa de esta manera: «El exceso de ingenio le hace parecer, y aun ser, extravagante; le sobra inventiva para escribir dramas ó enmarañar enredos, y alguna vez se hace obscuro; por el horror que tiene todo verdadero artista á lo vulgar, cae en lo artificioso; concibe con facilidad admirable los rasgos que modelan los caracteres, y por la profusión con que los idea y amontona le acontece dejar recargada alguna figura; su razonar es sereno é imperturbable, y en ocasiones adolece de frialdad; es naturalmente gracioso, y por forzar la burla toca en las lindes de lo grotesco; es cáustico, y resulta mordaz; conoce á fondo el lenguaje, y por temor de adocenarse evita las frases sencillas, á riesgo de ser ampuloso; en una palabra, están en él tan desarrolladas las condiciones características de su personalidad literaria, que aun rebajándole, si fuera posible, algunas de ellas, aun mermándole lo que le sobre de originalidad, gracia y travesura, todavía tendríamos en él un autor notabilísimo.» Por punto general estoy conforme con cuanto se expresa en estas líneas. Don Enrique Gaspar, de igual modo que sus maestros é inspiradores los dramáticos franceses, suele observar la realidad con ojos de aumento, y se paga de la ingeniosa convención que deslumbra á los espectadores, tanto ó más que de la verdad humana. Ejemplo es de ello la comedia que acaba de dar al público, en la cual se ve mezclado lo verdadero y lo real con lo amañado y artificioso. Esa comedia, sin embargo, puede hombrearse dignamente con las celebradas producciones de los más famosos corifeos de la dramaturgia transpirenaica.

No diré yo que *Las personas decentes* sea una comedia *de tesis*. El autor no se ha propuesto resolver problema alguno, y por lo tanto no convierte sus personajes en meros entes de razón subordinados de una manera ineludible á la demostración de determinado pensamiento. Hay en ella, no obstante, algo de lo que solemos ver en poemas de esa especie. El protagonista de la obra, el austero *Ramón*, en quien se apoya la estructura de la fábula, parece destinado á simbolizar el buen sentido que no acierta á explicarse por qué se considera como decentes á personas sin delicadeza, cuando no á bribones y criminales. Atendida la índole de esa figura y el



D. RICARDO BELLVER,

ESCULTOR, INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.



«ABRAHAM RECIBIENDO LOS ÁNGELES Á SU MESA.»

CUADRO VENDIDO RECIENTEMENTE EN EL PECQ (PARÍS), Y ATRIBUIDO Á REMBRANDT.

papel que está llamada á representar en la combinación del argumento, habría convenido que el autor no enturbiase la pureza con que trata de presentarla á nuestra vista haciéndole incurrir en una falta parecida á las que poco antes había censurado por su boca. Tal vez haya creído conveniente hacerlo así para darle más color de humanidad y borrarle el carácter de personificación simbólica, supuesto que en el mundo no hay hombre perfecto. Pero á mi modo de ver resulta ilógico, en personaje de tal rectitud y de sentimientos tan elevados, que al final del acto primero se crea obligado moralmente á casarse con una joven de condición humilde, deshonrada á los ojos de la sociedad por una imprudencia que él le ha inducido á cometer requiriéndola de amores, y en las primeras escenas del acto segundo, no sólo tenga por *rapto de locura*, que *no quiere ni debe cumplir*, la solemne promesa de matrimonio que le hizo espontáneamente, sino desacredite á la desventurada diciendo, en son de disculpa de su repentino cambio, que *la mitad del pueblo tenía amores con ella*. Aunque el mal ejemplo es muy contagioso, presumo que ni el mal ejemplo disculpa esa innoble aseveración, tratándose de un carácter tan entero y de un alma tan bien templada.

Salvo este personaje, que después de todo no intenta discutir en qué consiste el ser decente ni se propone resolver la cuestión en ningún sentido, limitándose á ver con extrañeza y con asombro que figuren en semejante categoría gentes que él juzga indignas ó despreciables, no hay en la obra de Gaspar nada que tenga parentesco con las comedias *de tesis*. Más bien es, y en eso aciertan los que lo han dicho, sátira de costumbres y de tipos que abundan mucho por desgracia. Acaso el humor satírico, elemento primordial del poema, habría producido mayor efecto, aun siendo mucho el que ha causado, si no hubiese buscado el poeta en las debilidades á que un egoísmo sin pudor arrastra á los interlocutores que satiriza, la principal y casi exclusiva fuente del interés de la acción. Conociendo como conoce Gaspar el teatro francés contemporáneo, donde hay comedias satíricas del mérito de *Les Effrontés* y de *Les faux bonshommes* (descendencia honrosa del *Turcaret* de Lesage), es de sentir que nuestro esclarecido autor, á diferencia de lo que han hecho los de aquellas obras, no haya mezclado con la vivaz representación del insaciable afán de medro que nada repara ni escrupuliza, pasiones menos impuras y más risueñas. La que se profesan Ramón y Julia, único punto luminoso de un mar de cieno, ocupa en *Las personas decentes* lugar secundario y carece de virtud para dar variedad y amenidad al clarobscuro.

Los demás personajes forman un ramillete de figuras que se tienen ó son tenidas por decentes, y en el cual las menos odiosas carecen de condiciones que las hagan estimables. Esas figuras, de varia índole y naturaleza, pecan con frecuencia de exageradas; mas por lo común son verdaderas en el fondo, circunstancia que constituye su principal atractivo. Para disimular del mejor modo posible la monotonía de tener constantemente en acción personas decentes que distan de serlo, y la exageración de haberlas reunido en un solo grupo, como si no hubiera en la sociedad más gente que tales bribones, se vale el autor de chistes y agudezas que esmaltan á cada paso el diálogo y que consiguen salvar ese escollo con peregrina habilidad. Ni es menor la que deja ver en la armazón del poema, en la distribución de sus partes y en la bien graduada disposición de las situaciones cómicas ó dramáticas. Verdad es que Gaspar es uno de los raros ingenios españoles capaces de competir con el célebre Sardou en el conocimiento y dominio del mecanismo teatral.

Al mérito de *Las personas decentes* se han unido en esta ocasión, concurriendo á su legítimo triunfo, una ejecución perfecta, la buena voluntad del público y la benevolencia de los periódicos. Reciba por ello mi parabién el aplaudido poeta.

Para no experimentar descalabro con una producción de argumento tan espinoso como el de *El sentido común*, drama de D. Rafael Torromé estrenado en el Teatro Español la noche del jueves 6 de febrero, era necesario poseer el talento que distingue al joven autor de *La fiebre del día*, sus excelentes facultades dramáticas y su buen gusto literario. Mas por lo mismo que son de tanto precio esas dotes que lo avaloran, es doblemente sensible que haya consagrado su inspiración á un asunto lleno de escollos inevitables. El hombre que deshonra á una pobre muchacha muy enamorada de él, y que la abandona sin piedad, hastiado de su cariñosa abnegación, para enlazarse en matrimonio con otra joven que le ofrece las comodidades inherentes á grandes riquezas, no se me figura el más apto para volver al redil de sus primitivos amores cuando llega á saber accidentalmente que le ha dado un hijo la mujer abandonada. Pero aun sintiendo renacer en su pecho la antigua pasión, aun despertándose á deshora en su alma el amor de padre, no tiene derecho para revolverse contra la sociedad ni para atropellar las leyes establecidas, abandonando á la legítima esposa por hacer vida con la amante y con el hijo natural. El sentido común no exige, ¿qué digo exigir?, ni siquiera puede disculpar que, arrastrados por pasiones más ó menos firmes ó variables, rompamos lazos sagrados á medida del capricho; que antepongamos á la familia legítima, formada voluntariamente al amparo y por virtud de la ley, la familia ilegítima creada por nuestras faltas.

Sosteniendo en su obra lo contrario de lo que aquí afirmo, ha incurrido Torromé en deplorable equivocación y levantado un edificio que flaquea por el cimiento. Cuánto deploro que se haya dejado alucinar por tan falsa idea, que haya malogrado en parte el fruto de su vigorosa y lozana inspiración, no necesito decirlo. El autor de *La fiebre del día* es, á mi modo de entender, uno de los jóvenes de quienes hoy puede esperar más la dramática española. Dotado de talento y de sensibilidad nada comunes, conocedor de los afectos del alma, diestro en el manejo del idioma, espontáneo, castizo y fluido versificador, puede sacar gran partido de sus facultades y alcanzar envidiables triunfos escénicos en sus creaciones dramáticas, si atiende, más que á plantear y resolver problemas en sentido repugnante á los sentimientos y creencias de la generalidad del público á quien se dirige, á seguir las huellas de los grandes maestros pintando caracteres y pasiones de interés universal. Trazar poemas representables cuyo principal objeto sea, ó parezca ser, el de hacer propaganda en favor de las nocivas doctrinas de determinadas sectas, equivale á viciar la índole de la verdadera poesía condenándolos desde la cuna á la efímera existencia de todo aquello que se funda en intereses transitorios. Torromé debe abandonar ese mal camino, porque tiene condiciones y recursos para brillar con luz propia en esfera más elevada.

El mayor éxito alcanzado este año con obras nuevas en el Teatro Español es, sin duda (según el dictamen de cuantos han tenido el gusto de presenciarlo), el que la noche del sábado 15 de febrero obtuvo en su estreno *La bofetada*, drama en tres actos y en prosa original de D. Pedro de Novo y Colson. Desde que este ilustre marino, tan notable en su honrosa carrera como en el campo literario, dió á conocer en *La manta del caballo* el primer fruto de su inspiración dramática, comprendimos que el autor de esa producción, donde todavía hizo prodigios la poderosa intuición artística del anciano actor Valero, era hombre de entendimiento, de sólido juicio, de ideas propias, incapaz de rendir tributo á ningún sistema exclusivista, enemigo de adherirse al fanático *servum pecus* de las diversas escuelas. Tanto en su notable drama histórico en verso titulado *Vasco Núñez de Balboa*, lleno de poética grandeza, como en la hermosa y originalísima comedia rotulada *Un archimillonario*, que fué muy aplaudida en Madrid, y que lo ha sido aún más en varias poblaciones de Italia representada por la compañía del gran Novelli, ha dado ejemplo de sus dotes relevantes, demostrando que no se necesita recurrir á miserias ofensivas á la moral, ni á bastardas ó inicuas debilidades materialistas, para interesar y conmover á los espectadores. Como sus obras precedentes, *La bofetada* sale del carril trillado comunmente en la actualidad, prescinde del amanerado patrón á que ahora suelen ajustarse casi todos los que entre nosotros cultivan el novísimo naturalismo. *La bofetada*, sin embargo, es una obra cuya acción acaece en España y en nuestros días, que no adultera el carácter ni las costumbres de nuestra gente, que busca la originalidad y el efecto escénico por caminos amplios poniendo en lucha sentimientos naturales y verdaderos de los que siempre suscitan gran interés y causan viva emoción.

Las dimensiones de este artículo no me permiten ya, desgraciadamente, hacer del nuevo drama de Novo el detenido análisis que su mérito reclama. Me limitaré, por tanto, á decir que el esclarecido marino ha puesto el sello con esta obra á su bien ganada reputación de inteligente autor dramático, y que el entusiasmo con que el público la ha recibido ha sido justo á todas luces. Mucho siento no haber podido ver representar *La bofetada*, porque todo el mundo dice que la han interpretado con esmero, y se hace lenguas de la inspiración y el brío con que Ricardo Calvo ha puesto en relieve el dificilísimo papel de *Alberto*.

MANUEL CAÑETE.

BLANCO Y NEGRO.

(NOVELA CORTA.)

(Continuación.)

Salió D. Pablo, y como si alguien le fuera á los alcances, bajó de prisa la escalera y echó á andar por la acera adelante tan azorado, que no parecía sino que acababa de hacer algo malo. Y no era, realmente, bueno lo que había hecho, pues á fe no merecía la bondadosa Marquesa de la Espina ser tratada tan descortésmente por su inquilino.

Y sin embargo, la Marquesa, que había quedado anonadada ante la actitud del viejo, no se sentía ofendida. Si no hubiera sido porque habría dado un extraño espectáculo á sus criados, hubiérale seguido, pidiéndole perdón, porque la pobre no atribuía otro origen á la fiereza de D. Pablo que la violencia de una pasión tan fuerte que cuarenta años de ausencia no habían podido amortiguar.

Encerróse en su gabinete, y en pie, enfrente de una magnífica luna de Bélgica, que la copiaba toda entera, empezó á hablar dirigiéndose á la gran señora que tenía enfrente.

—¡Angela! ¡Angela!—exclamó—¡qué feliz hubieras sido con este hombre..... el único que tenía derecho á ser tu dueño, el único que lo fué..... sí, que lo fué de hecho, aunque no de derecho!..... Con él hubieras sido venturosa cuarenta años, ó poco menos..... ¡Qué error el tuyo, Angela! ¡Oh! él tiene razón, me ha llamado fiera, tiene razón. No, no era mentira la pasión que me juraba aquellos días de nuestra ventura. Todavía la siente viva en su alma. ¡Cómo he reconocido en él al apuesto y atrevido galán de aquellos días, cuando ahora le he oído decir:—«¡Por ella hubiera cometido un crimen, por ella habría perdido la vida, la honra!.....» Sí, lo creo, lo creo. ¡Qué diferencia entre aquel mancebo apasionado, enérgico y vigoroso, y mis dos maridos, Dios los haya perdonado! El uno era un carcamal á los cuarenta años, cuando me casé con él; había vivido largo tiempo en París, entre cómicas y grisetas, y su familia y la mía le hicieron casar conmigo para que sentara la cabeza y no le acabaran de comer la tercera fortuna que había heredado, después de haber perdido las otras dos en París. Bien sentada la tenía ya el pobre, de quien fuí los años que vivió, más que esposa, enfermera. ¿Y el segundo? ¡Ave María Purísima! ¡qué hombre! ¡qué modales! ¡qué lenguaje! ¡qué grosería la suya! Un hombre gordo, pero muy gordo, que me contagió, porque entonces empecé á engordar de una manera escandalosa,..... No sabía aquel hombre más que comer y hacer dinero..... El pobre que caía en sus garras ya no se veía libre de él hasta que soltaba el último ochavo..... Y ¡qué suerte! iba á la Bolsa, y á poco volvía dando resoplidos y con la cartera llena de billetes. Pues ¡y lo que le alegraba la guerra!..... Mientras los hombres se mataban en los campos y las madres se quedaban sin hijos, él se llenaba de dinero..... ¡Válgame Dios! ¡qué dos maridos!..... Mis amigas eran felices, aunque pobres..... Tenían maridos galantes, bien educados, solícitos, enamorados, tenían hijos..... niñas preciosas con sus caritas virginales y sus cabellos de oro, niños adorables, inteligentes, monísimos..... Y yo sola, sola con aquel hombre tan enorme, todo carnaza y grasa, que cuando reía, bramaba, y para hacerme una caricia me daba un empujón, y aun me parecía más temible cariñoso que enojado. ¿Cómo no había de acordarme de Pablo?..... ¡Ni un solo día, en tantos años, he dejado de pensar en Pablo, en el amor vehementísimo de Pablo, en su seductora é irresistible osadía!..... Yo debí tener resolución y valor para decir á mi padre: «No puedo casarme más que con Pablo. El corazón y la conciencia me mandan imperiosamente que me case con Pablo y no engañe á otro hombre.» ¡Oh! si yo hubiera tenido madre, le habría hecho mi confesión general, ya lo creo; pero mi padre, aquel magistrado tan severo conmigo, y aquella terrible madrastra tan preciada de su virtud y tan intolerante, me daban miedo..... y luego, que oía hablar de Pablo en muy desfavorables términos..... «Es un perdido—decían—un jugador, un manirroto; á su lado no hay nadie pobre, y por consiguiente, él será el que se quede pobre..... Es un tronera, un libertino; en su casa no puede haber una doncella que no sea como un coco, porque á las que hubo regularcitas á todas las ha perdido.» Mi madrastra fué la que dijo una noche que Pablo, nuestro vecino del piso principal, había tenido un desafío por una mujer..... ¡Una mujer que no era yo!..... ¡Oh! no tengo duda, fué una mentira, una horrible calumnia de aquella madrastra..... El día siguiente le escribí, despidiéndome de él, devolviéndole el pelo y las cartas, y anunciándole mi firme resolución de casarme con otro, y por la noche salí con mi madrastra para París, y á los quince días me había casado con aquel podrido, Dios le tenga en la gloria..... ¡Oh! tiene razón Pablo para llamarme fiera y abominarme..... No me perdona, no, haberle privado de la felicidad..... pero no piensa que yo tampoco he sido feliz, que yo estoy bien castigada, que fuí sentenciada á cadena perpetua por mi delito, y que he sufrido mi condena..... Es demasiado cruel, pero le admiro en su crueldad, admiro al hombre superior bien diferente de los otros que he conocido, hombrecillos ruines, sin carácter, sin energía, sin vergüenza..... Mientras estuve casada, como siempre pensaba en Pablo, mi único recuerdo de ventura fugaz, díjeme alguna vez: «¡Ay! si me encontrara á Pablo, y Pablo me perdonara y me quisiera, Dios me perdone, me parece que no sabría resistirle, creo que sería yo una de tantas..... una heroína de drama de Echegaray.» Juzgábale yo, ofendiéndole, menos firme, menos digno y enérgico. Le dí un desengaño, y me aborrece, y ni los años, ni la ausencia, ni sus propias desventuras, han logrado arrancar de su corazón la imagen de la mujer amada, ni de su memoria el recuerdo de la aleve traición..... ¡Ah! es preciso que yo obtenga su perdón; yo no quiero, no puedo vivir bajo la pesadumbre de su odio..... Es preciso que tengamos una explicación. Yo misma subiré á su casa, y tendrá que oirme..... Verdaderamente, esta noche no he debido precipitarme..... El no me había conocido, es claro, ¿cómo había de reconocer en una mujer de mis dimensiones á aquella jovencita delgada, rubia, lánguida, que llamaba de palabra y por escrito su Ofelia?..... No tuve calma, y todo se ha malogrado; pero yo lo enmendaré..... ¡Jesús! cuando me llamó fiera no

pude contenerme..... No sé cómo no me arrojé en sus brazos, diciéndole: «Sí, hijo, sí, llámame fiera, ahógame, pero escúchame.» ¡Ah! soy, aunque me pese, tan vieja que ya no sueño hace mucho tiempo delicias de amor, pero desde que supe que Pablo, el primer hombre á quien amé, el único, mejor dicho, vivía cerca de mí y se hallaba en tan mala situación, surgió en mi pensamiento la idea de hacerle mi compañero de la vejez..... Hubiéramos podido ser muy felices con las memorias del breve tiempo dichoso; habríamos pasado horas deliciosas recordando aquellas travesuras, aquellas escapatorias mías con nuestra confidente, nuestra cómplice, la doncella de mi madrastra, y sobre todo habría dado paz á mi conciencia casándome con el hombre que fué mi dueño..... Nos hubiéramos ido á mi casa de orillas del Guadalquivir, lejos de esta sociedad que me fatiga y me aburre..... y hubiésemos embellecido nuestra vejez con las venturas de la juventud.

Y así continuó discurriendo la Marquesa, y no durmió en toda la noche.

XI.

Caía pausadamente el ancho telón metálico, terminado el acto segundo de *La Sonámbula*, cuando el bueno de D. Pablo, que acababa de entrar en el teatro comprando una contraseña á un muchacho, decía al dependiente encargado de la sección de palcos donde tenía el suyo la Marquesa:

—Hágame usted el favor de decir á la señorita Teresa, que está en ese palco, acompañada de un señor y una señora, que su tío la espera.

—Algo le pasa á este señor—pensó el dependiente de la Empresa, sacando el llavín y abriendo la puerta del palco.

No salió Teresa; salió González, á quien aquél había transmitido las palabras de D. Pablo.

—¡Don Pablo!..... ¡Cuánto me alegro!—exclamó González.—Es una sorpresa muy agradable la que nos da usted. Entre usted, hombre; falta un acto.

—Señor González—dijo D. Pablo,—no vengo á ver la función; vengo á llevarme á Teresa.

—¿A Teresa?..... Bueno, cuando concluya la ópera nos iremos todos.

—No, señor González, Teresa y yo nos iremos ahora mismo.

—D. Pablo, ¿qué le pasa á usted?.....

—Señor González, lo que me pasa puede contárselo á usted la señora Marquesa.

—¡Virgen de las Angustias! ¿qué es esto?..... No comprendo.....

—Señor González, bien sirve usted á su señora, muy bien..... Si yo hubiera sabido.....

—¡Hombre! pase usted, y explíquese, mientras mi mujer y Teresa están entretenidas en ver al público. No se enterarán de nada.

—Ya lo he comprendido todo, señor González; ya sé quién es la gran señora que tenía tantos deseos de conocerme, la casera que me ha rebajado el precio del alquiler, la que paga espléndidamente á mi sobrina, la que le ha obligado á usted á hacerse mi amigo, á ganar mi confianza y mis simpatías; ya lo sé todo.

—¿Sí? pues dígamelo usted, porque yo no sé una palabra.

—Sí, señor González; ya sé de quién proceden las alfombras y los muebles primorosos que usted ha llevado á mi casa, disimulando el vergonzoso donativo con el convenio de pagar á usted tres duros cada mes..... Todo, todo lo sé, y me avergüenza mi credulidad y mi candor..... Verdad es que ¿cómo había de figurarme que aquella mujer?.....

González le oía con el mayor de los asombros.

—Señor González—continuó el viejo—yo no quiero penetrar en ese palco; hágame usted el favor de decir á Teresa que la espero, que no le consiento que oiga más ópera. Ella también, la pobre niña crédula y sencilla, ha sido cómplice de esa mujer y de usted.

—Señor mío, si la que llama usted *esa mujer* es la Marquesa de la Espina, prevengo á usted que ni á usted ni á nadie le tolero que en mi presencia pronuncie su nombre ó la aluda sin las consideraciones y respetos debidos á quien es una señora dignísima.

—Bueno, bueno—replicó D. Pablo—usted cumple su obligación, y con usted no quiero reñir, que es usted buena persona, y no le guardo rencor.

—¿Y por qué me guardaría usted rencor, hombre de Dios?..... Vamos, que el lance es chusco. Sosiéguese usted, y no desvaríe. Veamos en paz el fin de la ópera, y luego, mañana, me contará usted todo lo que quiera, me expondrá sus quejas, y nos entenderemos, si es que no ha perdido usted el juicio.

—¿Mañana?..... Mañana no nos veremos, ni nunca más. En fin, acabemos, señor González; diga usted á Teresa que la espero, ó la llamaré yo desde la puerta.

—¡No quiero, ea! Señor D. Pablo, yo no sé qué ha pasado esta noche entre la señora Marquesa y usted, pero lo que aseguro desde luego es que usted no tiene razón, que está usted ofuscado.

—¿Que no tengo razón?.....

—No, y mil veces no. Y hable usted bajo, que ya nos miran los caballeros que andan por aquí, y no quiero que demos un espectáculo.

D. Pablo tenía el rostro amoratado, y ya salían con dificultad de su boca las palabras.

—Sr. González, por última vez digo á usted que tenga la bondad de hacer salir á mi Teresa.

—¡Hombre! por María Santísima, tenga usted paciencia media hora, media hora nada más. Ya va á empezar el acto. Entre usted, y cuéntemelo todo. Yo no diré nada; yo soy amigo de usted, su verdadero amigo. Confíe usted en mi lealtad.

—¡Vive Dios!—exclamó ronco y demudado el viejo;—puesto que es preciso, entraré á sacar de ahí á Teresa.

—Pero no entre usted así, que la va á asustar, y está encantada la pobre; esta noche es feliz como no lo ha sido nunca.

Entró D. Pablo vacilante en el palco, á tiempo que se levantaba la cortina, y gritó:

—¡Teresa!.....

Y luego cayó sobre la alfombra.

—¡Jesús!—exclamó Teresa volviendo la cabeza y viendo en el suelo al pobre anciano.

—¡Ave María!—dijo la mujer de González;—¿qué le ha dado á ese hombre?.....

González salió á pedir socorro.

Subió mucha gente curiosa de ver lo que había ocurrido en el palco de la Marquesa; llegó el médico del teatro, y dijo que aquel individuo padecía una congestión cerebral muy grave.

CARLOS FRONTAURA.

(Concluirá.)



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

Después del alto de mediodía, atravesamos un valle cultivado, lleno de campos de cebada de un verde esmeralda, relucientes de sol, y esmaltados de rojas amapolas. Como en todo el día no hemos encontrado más que soledades, nuestros ojos buscan con curiosidad, cuál puede ser la habitación de las gentes que han sembrado y cultivado aquellos campos..... Al fin, descubrimos en un rincón su aldea, casi fantástica: figuraos que consiste en tres altas rocas negras, puntiagudas como flechas de catedrales góticas, y colocadas en fila, absolutamente inverosímiles en medio del verde aterciopelado de la pradera: cada una de estas rocas, está coronada por un nido de cigüeñas. Un muro de tierra apisonada las rodea por su base, abrazándolas á todas tres juntas, y sobre sus costados, encaramadas á distintas alturas, hay hasta una docena de casitas liliputienses. Parece que no hay nadie en esta singular aldea, confiada á la guarda de las tres cigüeñas, inmóviles en la cima de las tres rocas: en torno, nada más que el silencio y el sopor de un día estival.....

***

En fin, hacia las cuatro de la tarde, el vacío inmenso se abre una vez más ante nosotros: un nuevo océano de hierba terso y compacto, de bello tono verde salpicado de amarillo por los hinojos en flor: ¡la llanura de Fez! A lo lejos, el Gran Atlas le forma un imponente cinturón de cimas blancas, brillantes de nieve.

Hacemos todavía dos leguas de camino en esta llanura, y de pronto, surgiendo de detrás de un paño de montañas, que desaparece como el bastidor de una decoración teatral, se va presentando lentamente á nuestra vista el panorama de la Ciudad Santa.....

Primero, no es más que una línea blanca, de la blancura de la nieve del Atlas, que incesantes espejismos desfiguran y agitan como una cosa sin consistencia: son, según se nos dice, los largos acueductos blanqueados con cal, que conducen el agua á los jardines del Sultán. Después, empezamos á descubrir grandes bastiones grises, dominados por torres grises también. Y es para nosotros una sorpresa el divisar á Fez de un tono tan sombrío en medio de una llanura tan verde, cuando nos la habíamos imaginado tan blanca, en medio de un arenal. Cierto es que Fez nos ofrece un aspecto asombrosamente triste, pero vista de tan lejos y rodeada de aquellas frescas culturas, nos cuesta trabajo creer que sea aquélla la impenetrable Ciudad Santa, y experimentamos como una decepción en nuestras ilusiones.....

Sin embargo, poco á poco nos vamos sintiendo impresionados por la calma de los alrededores: se va teniendo la conciencia de que un sueño extraño pesa sobre esta ciudad tan alta y tan grande, en la que no hay ni una estación de camino de hierro, ni un carruaje, ni un camino que merezca el nombre de tal; nada más que senderos entre la hierba, abiertos por el lento paso de las silenciosas caravanas.

Acampamos, por la última vez en este viaje, en un sitio llamado *Ansala-Faradji*, á media hora de distancia de los grandes bastiones almenados.

Mañana entraremos pomposamente en la ciudad; todas las músicas, las tropas, la población en masa, incluso las mujeres, han recibido orden de salir á nuestro encuentro.

XIX.

Lunes, 15 Abril.

Una vez más, nos despertamos bajo un cielo pesado y negro, que hace presentir torrentes de agua suspendidos sobre nuestras cabezas.

Este último movimiento matinal de nuestro campo es más agitado que de costumbre. La entrada ceremoniosa que hemos de hacer en Fez, reclama preparativos extraordinarios, tales como sacar de nuestras maletas los uniformes de gala, y hacer limpiar cuidadosamente nuestras armas y los arneses de nuestros caballos, á fin de presentarnos decorosamente.

El orden de marcha, elaborado anoche bajo la tienda del Ministro, nos es comunicado mientras almorzamos: consiste principalmente en no ir, como hasta aquí, á la desbandada y con arreglo á nuestro capricho personal, sino correctamente alineados por cuatro en fondo, como si se tratara de una parada militar.

***

Conformándonos á los deseos que se nos han transmitido en nombre del Sultán, montamos á caballo á las diez en punto de la mañana, á fin de no perturbar ciertos oficios religiosos llegando demasiado pronto, y de no interrumpir tampoco el recogimiento de la gran oración del mediodía presentándonos demasiado tarde.

Para llegar á las puertas de Fez, nos bastarán tres cuartos de hora, yendo al paso de nuestras cabalgaduras.

Al cabo de diez minutos de camino, la vista puede ya abrazar la ciudad en toda su extensión. Es grande y solemne detrás de sus altas murallas negruzcas, cuya elevación supera á la de las torres de sus viejas mezquitas.

Encima de la ciudad, un desgarramiento del velo de nubes sombrías permite ver las nieves del Atlas, á las cuales el cielo tormentoso presta tintas cambiantes, ya cobrizas, ya lívidas. Delante de los muros, doscientas ó trescientas tiendas de campaña agrupadas, forman un montón de cosas blancas. Y en toda la extensión de la llanura, sobre todos los verdes campos de cebada, se agitan millares y millares de pequeños puntos grises, que son evidentemente cabezas encapuchonadas; multitudes humanas salidas de sus tugurios para vernos llegar.

Las tiendas blancas que están fuera de la ciudad, son el campo de los *tholbas* (estudiantes), que celebran en este momento su gran fiesta anual. Pero la palabra *estudiante* se adapta mal para designar á estos jóvenes graves y sobrios: cuando vuelva á hablar de ellos conservaré la de *tholba*, que no tiene traducción exacta en nuestros idiomas europeos. Sabido es que en Fez radica la más célebre de las Universidades musulmanas; que dos ó tres mil discípulos, venidos de todos los puntos del Africa del Norte, asisten á las clases de la gran mezquita de Karaouin, uno de los santuarios más venerados del Islam. Hoy es día de vacaciones para los *tholbas*, quienes indudablemente figuran en considerable proporción entre la abigarrada muchedumbre que nos espera.

Nunca vi cielo más atormentado, ni más inverosímilmente negro, ni iluminado por reflejos de luz más tristes. El llano sobre el cual se extiende esta bóveda opresora está como amurallado por elevadas montañas, cuyas cimas se pierden entre las tinieblas del cielo. Y allá, en el confín del horizonte, la vieja y extraña ciudad, que es el objeto y límite de nuestro viaje, recorta su silueta accidentada, justamente debajo de la fantástica desgarradura de las nubes por la cual el Atlas enseña sus deslumbrantes nieves.

Nuestra comitiva va llegando á los primeros grupos de la muchedumbre. Se nos mira sin admiración, y á medida que vamos desfilando, las gentes se van agregando á la cola del cortejo. Pero las fisonomías permanecen indiferentes, indescifrables: imposible descubrir en ellas una expresión de simpatía ó de odio. Los bocas están mudas; hoy reina ese silencio somnoliento que pesa sobre este pueblo, sobre estas ciudades, sobre este país entero, siempre que no hay una embriaguez momentánea de movimiento y de ruido.

He aquí ahora la cabeza de una doble hilera de jinetes, cuyas filas se prolongan hasta perderse de vista y que llegan sin duda hasta las puertas de la ciudad, cubriendo la carrera en honor nuestro. Son unos jinetes magníficos, en traje de gala, cuyos colores están sabiamente combinados con el de los arneses de los caballos: sobre sillas verdes, caftanes rosa; sobre sillas amarillas, caftanes violeta; sobre sillas anaranjadas, caftanes azules. Y las transparentes muselinas de lana que los envuelven en sus elegantes pliegues, atenúan estos matices vivos, los armonizan en una uniforme palidez de velos, hacen de los jinetes personajes casi blancos, cuyas vistosas vestiduras no se entrevén sino por momentos.

La doble hilera de moros á caballo forma una especie de imponente avenida de unos treinta metros de anchura, por cuyo centro transitamos nosotros solos, separados de la muchedumbre, que va engrosando de derecha á izquierda, detrás de los jinetes, siguiéndonos á nuestro paso, como si algún imán poderoso les atra-



UNA ARAÑA.

DIBUJO ORIGINAL DE D. CECILIO PLA.



EN EL CAMINO DE LA ESCUELA.

CUADRO DE MINET.

jese. Lo mismo que cuando hicimos nuestra entrada en Czar-el-Kebir, la turba se compone de gentes á pie y á caballo: los hay que vienen tres ó cuatro encaramados en una mula; algunos padres se han traído á sus chicos, que van colgados unos del albornoz paterno, montados otros á la grupa, ó en el pescuezo de la cabalgadura. La tierra, trabajada y blanda, amortigua el ruido de muchos millares de pisadas, y las bocas continúan mudas en tanto que los ojos nos contemplan. Es esta una variedad muy extraña del silencio, llena de pasos callados, de rozamientos de albornoces, de respiraciones innumerables. De vez en cuando, un aguacero que dura algunos segundos se desploma sobre nuestras cabezas como un riego rápido y furtivo; luego se detiene, arrastrado por alguna ráfaga. El diluvio que amenaza desde por la mañana no se decide á caer, y la bóveda del cielo sigue negruzca como antes.

Allá abajo, las murallas de Fez van destacándose más y más en el cielo, y toman un aspecto formidable que recuerda á Stambul ó Damieta.

Entre estos millares de albornoces grises, rotos y sucios, entre estos millares de fisonomías obstinadamente fijas en nosotros, que nos siguen por detrás de la fila de caballería, observo un hombre de barba blanca, montado en una mula flaca, que es una figura hermosa entre las más hermosas, dotado de una distinción suprema, con dos grandes ojos que echan llamas. Es un hermano del Sultán, que anda por allí, mezclado con las gentes del pueblo, envuelto en un albornoz raído. En Marruecos, esto es una cosa que todo el mundo encuentra muy natural: los sultanes, á causa del gran número de esposas de sus padres, tienen todos una cantidad considerable de hermanos y de hermanas, á quienes no siempre les es posible regalar riquezas ó constituirles siquiera una decente fortuna: por otra parte, para muchos de los descendientes del Profeta, el gran ensueño religioso basta para llenar la existencia, y se conforman de buena voluntad á vivir pobres, desdeñosos del bienestar material sobre la tierra.

***

La hilera de jinetes blancos va á cesar, para ser reemplazada por otra hilera enteramente roja, de un rojo vivo que resalta sobre el gris monótono de la muchedumbre: diríase un largo reguero de sangre, que se prolonga hasta las puertas de la ciudad, cuya ojiva monumental empieza á distinguirse, recortándose en las altas murallas. Es la infantería del Sultán, que un ex coronel inglés, actualmente al servicio de Marruecos, ha equipado recientemente á la moda de los cipayos de la India. Estos pobres diablos, reclutados sabe Dios cómo, son negros en su mayor parte, y están ridículos con el equipo inventado por el inglés. Sus piernas desnudas salen como unos palos negros de los pliegues escarlata de sus pantalones á lo zuavo: mirados de cerca, dan la impresión de un regimiento de monos. Pero en su conjunto, no hacen mal, aunque no sea más que porque añaden una nueva extrañeza á la enorme *mise en scène* de nuestra solemne entrada en Fez.

Por el centro de la anchurosa avenida humana abierta á nuestro paso, vienen ahora á nuestro encuentro, al galope de sus caballos, unos personajes magníficos, que se van agregando á nuestra comitiva. El colorido oriental de sus vestiduras está, como de costumbre, atenuado bajo los largos velos de un blanco crema, que caen en pliegues de gracia y majestad inimitables. De estos personajes, los principales son: el viceintroductor de embajadores, todo vestido de verde, y montando caballo negro encaparazonado de seda color de oro; el viejo *kaid* Belail, bufón de la corte, con traje rosa pálido; su ancha fisonomía de negro, siniestramente picaresca, está coronada por un turbante en forma de pirámide, imitando la hechura de los techos del Kremlim; á éstos siguen otros dignatarios, ministros y visires, cuyos nombres y circunstancias no me es posible recordar. Todos ellos llevan largos sables dorados, cuyo puño está hecho de cuerno de rinoceronte, suspendidos de cordones de seda, de una admirable variedad de matices.

Vamos á pasar ahora por delante de una banda de música, que forma con la infantería escarlata, banda extremadamente rara por su atavío y aspecto. Los individuos que la componen son negros, con largos trajes que llegan hasta el suelo, lo que les da una facha de viejas con peinador: los colores de estos trajes talares son extravagantes, no atenuados por velo alguno, y formando entre sí el contraste más chillón; al lado de un traje púrpura, un traje azul; junto á un traje anaranjado, uno violeta, y después otro verde. Sobre el fondo neutro de la muchedumbre, y entre los vistosos jinetes de los velos de muselina, estos músicos forman el grupo abigarrado y disonante que he visto en los distintos países del mundo que he visitado.

Todos tienen en las manos instrumentos de cobre pulimentado, de un tamaño desusado por lo gigantesco. Tan luego como los primeros jinetes de nuestra comitiva llegan al sitio ocupado por la banda, empiezan á soplar en sus desmesuradas trompetas, en sus trombones y serpentones monstruosos, con lo que se produce súbitamente una cacofonía salvaje, que casi pone espanto en el ánimo. ¡Demonio de músicos! Durante un minuto, cada cual hace esfuerzos por reprimir la risa.... Pero no; la extraña orquesta roza los límites de lo grotesco sin traspasarlos, y la música es de tal manera triste, el cielo tan negro, la decoración tan grandiosa, el sitio tan original, que todos permanecemos recogidos y graves.....

El sonar de la música es, por lo demás, la señal de un inmenso clamor que se eleva de todos lados; el encanto del silencio queda roto; los acordes de otras bandas de música responden á la primera, y las dulzainas y tamboriles acompañan el gran tumulto de voces que gritan: «*¡Uúu! ¡Que Alá dé la victoria á nuestro sultán Sidi Muley-Hassan! ¡Uúu!*»

Parece como que un furor de algazara y de ruido ha acometido de pronto á aquella multitud encapuchonada, que corre en apiñada masa detrás de nosotros.

Pero, no menos súbitamente, las músicas callan; la turba cesa de gritar, y vuelve á rodearnos el silencio de antes, sólo turbado por el sordo rumor de millares de pasos, amortiguados por la tierra blanda.

Vemos ahora, á derecha é izquierda, porción de banderas y estandartes, que flotan por encima de las cabezas de los soldados: las hay que pertenecen á regimientos, y otras muchas que sirven de insignia á diversos gremios y corporaciones. Son de seda de todos colores, y ostentan emblemas extraños: muchas de ellas están marcadas con los dos triángulos enlazados que forman el sello de Salomón.

Sobre el borde de la avenida humana nos espera á caballo un magnífico y colosal personaje, rodeado de otros jinetes que le dan guardia de honor. Es el *kaid* Mechuar, introductor de embajadores. Aquí hay un minuto de vacilación, casi de ansiedad: el *kaid* permanece inmóvil, con la intención visible de que el Ministro francés sea quien dé el primer paso hacia él; pero el Ministro, celoso de la dignidad de la embajada, finge que no ha visto siquiera al elevado funcionario, y se prepara á pasar por delante de él, orgulloso sobre su caballo blanco, sin volver siquiera la cabeza. El *kaid* entonces se resuelve á ceder; espolea su cabalgadura, y viene hacia nosotros; cámbiase un apretón de manos, y terminado así el incidente á satisfacción nuestra, proseguimos nuestro camino hacia las puertas de la ciudad.

(Continuará.)

RECUERDO.

¡En mis brazos murió! Boca con boca,
Bebí anhelante su postrer aliento,
Que, aumentando por grados mi tormento,
Desde entonces el alma me sofoca.
Yo mismo la vestí. Mudo cual roca,
Sin lanzar un gemido ni un lamento,
Cumpliéndole un sagrado juramento,
Negro manto le puse y blanca toca.
Hoy, cuando la amargura me enloquece,
Una dulce visión de aspecto santo
Con hábito monjil se me aparece.
Compasiva me mira; y cuando el llanto
Mis párpados cansados humedece,
Las lágrimas me enjuga con su manto.

FEDERICO BALART.

LECTURA Y ESCRITURA.

La lengua castellana tiene varias ventajas sobre las otras lenguas.»

¡Cuántas veces he oído este *aforismo!*

Es como quien dice:

«Los españoles, ó, por lo menos, los que hablamos casi en castellano, somos los que usamos el idioma modelo, el verdadero idioma personal.

»Las lenguas extranjeras no son de persona.»

Vulgarmente se cree, no que hablen diversos idiomas en diversos países, sino que, después de tantos siglos y de tantas generaciones, no han podido romper á hablar claro.

Así gritan algunos ciudadanos de los nuestros, cuando hablan á extranjeros.

Para ver si consiguen vencer la torpeza de los extraños.

Como hablan por teléfono varias personas.

Á gritos.

Hay casos en que no son necesarios los hilos, según vocean los que los usan.

Bastaría con que aproximaran la boca á la pared.

Una de las ventajas de la lengua española, ó de la lengua castellana, al decir de las gentes de esta tierra, es que pronunciamos las palabras según están escritas.

Esta teoría es anterior á *Gedeón*, pero es del mismo género filosófico y filológico.

Porque, precisamente, lo mismo se observa en todos los idiomas.

Hay excepciones.

Por ejemplo, los tartamudos, que repican varias sílabas, alterando el idioma.

Otro ejemplo:

Los que usan lengua con sordina, y por «erre» dicen «egue», y los que ponen en lugar de «ese» una «zeta» de riego, porque escupen en la cara de la persona con quien hablan.

Parece que los extranjeros embellecen las palabras con letras inútiles, para dificultar la ilustración de las masas.

En las estadísticas referentes á la cultura de los pueblos, debería consignarse la división siguiente:

«Personas que saben leer..... tantas.

»Personas que leen casi, ó que leen y no pronuncian, como el pollino del *Tío Chaquetón*..... tantas.

»Personas que no tienen el gusto de saludar siquiera á una letra..... las que sean.»

No es tan fácil y llana la lectura como parece de pronto.

En letras impresas, por las erratas, y en manuscrito, por las fantasías ortográficas de quien escribe, por el carácter de letra que emplea y por la ejecución caligráfica.

Sujeto hay que adorna con rasgos inverosímiles y dificultosos las letras, y dibuja emes que parecen ancas de ranas, ges como narices de perfil, y bes como calabazas de tamaño natural.

Leer una línea de esos individuos rasgueados, es tarea imposible para un lector de conciencia limpia y escrupulosa.

Algunos señores se tuercen cuando escriben, si no usan falsilla ó papel de bala forzada ó rayado.

Hay quien escribe formando una espiral.

Otros lo hacen inclinando de tal manera las letras, que parecen «las tropas tendidas en la carrera», como suele decirse.

De los que apenas señalan la primera, ó, cuando más, la segunda letra de cada palabra que terminan en rabo de lagartija, no hay para qué hablar.

Escriben para sí, y algunos para nadie, puesto que ni ellos mismos pueden entender lo que han escrito.

Respecto de las letras de lujo que emplean varios dibujantes y tal cual pintor de muestras y portadas, no necesito decir á ustedes que no hay probabilidad de entender esos caracteres gótico-bárbaros y greco-antediluvianos.

Y constituyen la expresión del gusto delicadísimo y corriente.

Todos hemos recibido cartas ilegibles.

Se debe contestar en iguales caracteres.

Entonces pregunta el autor de la que hemos recibido:

«¿Qué quiere usted decir, hombre?»

Y cabe responder preguntándole:

«¿Y usted?»

Porque en esto ocurre lo mismo que en todo.

Los más intolerantes con la mala letra del prójimo son los que escriben en caracteres entre árabes é indochinos.

Las consecuencias de estos abusos de escritura son funestas, á las veces.

Personas delicadas de lectura tropiezan con palabras dificultosas, y allí encallan si no las saca á flote algún alma caritativa.

Como ocurrió al soldado á quien su padre escribía desde el pueblo:

«Darás al Tío dos ú tre sablazos.....»

Y en cuanto el muchacho tropezó con el hermano de su padre, le puso negro á sablazos.

Hay quien lee lo contrario que ve escrito.

Esto se observa aun en personas obligadas á tener entendimiento.

Alguna vez habrán ustedes oído decir:

—¡Qué hermoso libro ha publicado Fulano!

—Bueno, ¿eh?

—Admirable: es libro para todo.

—¿Un manual del perfecto sabio, ó un libro para envolver en sus hojas diversas especias?

Adquieren ustedes el libro, supongo que de buena manera.

Le devoran en secreto, y.....

Forman juicio desfavorable del estado del individuo que les recomendó la lectura.

Otras veces nos indican un drama recién venido al mundo.

—Es un disparate: no le vea usted.

Efectivamente, es una obra notable.

—¡Bueno le ponen á usted los periódicos!—anticipan al autor, ó á cualquier otro hombre público que aun no ha visto en los papeles las opiniones que merece.

—Menos declarar á usted complicado en eso de Gouffé, todo «se lo llaman».

Es todo lo contrario, precisamente.

Pero si nos dice algún amigo:

—¡Qué bombo te dan en tal periódico!

No se debe leer, por si acaso.

¿Y en asuntos extranjeros?

¿Y en nombres propios?

Conozco á un diplomático que llama al Chiré, *Chipén*, y cree que el Cairo es el mote de algún matador de toros jubilado.

Excusado es decir lo que el hombre lee y lo que pronuncia.

Está muy descuidado en algunas clases ilustradas eso de la lectura y la escritura.

Y aun los maestros en dichas ramas del saber vivir humano.

EDUARDO DE PALACIO.

POESÍAS

DEL EXCMO. SR. D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

Cuando en el Ateneo se discute la estéril cuestión de si debe ó no desaparecer la forma poética, cuestión que parece suscitada más como ameno devaneo intelectual que como asunto digno de la estética verdadera, sale á luz, cual tácita defensa de la forma poética, el tomo de las elegantes poesías del Sr. Duque de Rivas, que es en verdad uno de los que más avaloran la acreditada *Colección de Autores Castellanos*.

El actual Duque de Rivas, digno heredero de las nobles prendas intelectuales de su ilustre padre, el autor de *Don Alvaro* y de los *Romances históricos*, recibió, como él, del cielo la hermosa llama de la poética inspiración. Pero esta inspiración, cuando es sincera é instintiva, sigue tan diversos caminos como son diversas las facultades estéticas del hombre. El Duque de Rivas (D. Angel) se distingue por el estro caudaloso (principalmente objetivo y *externo*) que le hace admirable y popular intérprete de las grandezas, de los he-

roicos ímpetus, de las tendencias morales, y hasta de las preocupaciones de su nación y de su raza. Es el alma del pueblo infundida en la suya, y esto es lo que ha granjeado y granjeará siempre á su nombre el popular aplauso. La poesía del Duque de Rivas (D. Enrique) es de índole muy diferente. Los vuelos de su fantasía profunda y delicada nacen menos de las impresiones externas que de las emociones íntimas y personales de su alma. Es el Duque de aquellos hombres que no saben vivir sin que nobles y quiméricos ensueños eleven su espíritu sobre las realidades de la vida. Esto resalta visiblemente en su poesía, esencialmente espiritualista y subjetiva. No deja por eso de amar la verdad; pero no la busca, como tantos sectarios de la escuela naturalista, en lo rastrero y en lo feo. Cierto melancólico idealismo que instintivamente aplica á todos los asuntos, es su originalidad nativa. Se echa de ver desde luego que no imita á nadie, y que no sigue sendas trilladas. El sello peculiar de sus versos, á vueltas del sentimiento poético que resplandece en ellos, consiste en la elegante sobriedad del estilo, en el lenguaje sencillo y noble, y en la armoniosa versificación, tan limpia y acendrada que no creemos que en estas poesías se halle un solo verso deslucido por una falsa sinalefa ó por una acentuación viciosa é incorrecta. Algunas composiciones, como *A un árbol*, *Dos ángeles*, *Contemplación nocturna*, *El Beso*, *El Canto de la sirena*, y otras, pueden con razón ser consideradas como joyas del parnaso castellano.

Pero la poesía del Duque de Rivas (D. Enrique), á pesar de sus bellos pensamientos, de sus primores métricos y de su rítmica eufonía, no es ni será nunca popular. Esta es condición de toda poesía, como la de Leopardi, nacida de una *subjetividad* concentrada, que lleva el sello de la emoción individual en mucho mayor grado que el de las impresiones generales y comunes de la humanidad ó de la patria. Esta poesía, literariamente aristocrática, no cae en las vulgaridades que admite sin dificultad la escuela naturalista, y sus cultivadores, pudiendo escoger entre la verdad puramente real y tangible y la verdad de más alta ley creada por la fantasía, otorgan la preferencia á lo que es esencialmente bello é ideal. La imitación de la Naturaleza no es su reproducción servil: hay que saber con qué leyes y con qué fuerzas se levanta la Naturaleza hasta la región de la poesía.

Probablemente el Duque de Rivas, como todos los poetas idealistas, está conforme con aquellas ingeniosas palabras del escritor alemán Juan Pablo Richter en su famosa *Poética*:

«Ni la materia de la Naturaleza ni su forma pueden servir al poeta en su estado de *crudeza*. La imitación de la Naturaleza supone un principio más elevado. La Naturaleza aparece diferente á cada persona, y sólo hay que determinar á quién se presenta más bella. La diferencia de lo prosaico y lo poético estriba en esta pregunta: ¿Cuál es el alma que vivifica á la Naturaleza? ¿Es un mercader de esclavos, ó un Homero?»

X.

CRÓNICA DE EUROPA.

REVISTA DE ESPECTÁCULOS.

(Conclusión.)

Con las elecciones germánicas ha compartido la atención de Europa en la última quincena la muerte del Conde Julio Andrassy, debida, como la de Federico III, á la terrible enfermedad del cáncer. Aunque el Gran Canciller del Imperio austro-húngaro se había retirado hace más de un lustro de la dirección de la política, conservaba intacta su influencia en la Hungría, y la confianza del Emperador. Bien lo han demostrado los honores insignes y casi imperiales al magnate magyar hechos; las coronas depositadas por la emperatriz Isabel ante el féretro; la presencia del Emperador presidiendo el duelo y las exequias, mientras el Primado de Hungría, Cardenal Simor, oficiaba en la catedral de Budapest; los panegíricos pronunciados desde la tribuna de las Dietas de Austria y Hungría por el conde Kalnoky y el ministro Tisza; el concurso inmenso de pueblo que durante tres días fué á orar ante su cadáver en el Palacio de la Academia de Pesth, y el monumento ya decretado, al que se asociará la nación, y que alzándose en la capital del reino húngaro, será recuerdo de la gratitud de sus compatriotas. Si Francisco Deak inició la autonomía de la Hungría, al propio tiempo que su unión con el Austria, bajo la doble corona del Emperador-Rey, su amigo, su lugarteniente y su sucesor fué quien consolidó, con la paz del Imperio, la renovación de su influencia en Europa, después de las grandes catástrofes que la revolución de 1848 y las guerras de Italia y de Prusia hicieron caer sobre la monarquía de los Habsburgos. Con razón, al depositar la emperatriz Isabel las flores con que hemos dicho adornó su féretro, exclamó que ella como el Emperador habían perdido su amigo más fiel. Y sin embargo, en los primeros años de su vida nadie le habría pronosticado misión semejante. Ardiente liberal, ó mejor dicho, revolucionario en su juventud, el conde Julio Andrassy siguió á Kossuth, que hoy envejece en Turín, en su lucha contra la prepotencia del Austria; y, como él, peleó contra Rusia cuando las legiones cosacas fueron á ahogar la revolución de Hungría. Sentenciado á muerte y ajusticiado en efigie, vivió desterrado en Francia y en Inglaterra, hasta que en 1857 la elevada política de Francisco José, secundada por el conde de Beust y el ministro húngaro Deak, devolvieron una patria á los desterrados húngaros, la autonomía á la monarquía de San Esteban, la paz y la libertad al Imperio. En tres años el joven Andrassy recorrió toda la senda de los honores, y al coronarse rey de Hungría Francisco José, había heredado de su protector Deak la presidencia del Consejo húngaro y el cargo de ministro de la defensa de la patria.

Con ambos caracteres influyó poderosamente para que, contra las opiniones del conde de Beust, los viajes del archiduque Alberto á París y los pactos que desde Sadowa ligaban á los emperadores Francisco José y Napoleón III, no se decidiese el Austria, como no se decidió la Italia de Víctor Manuel y del barón Ricasoli, á hacer la guerra á Prusia, en unión de la Francia napoleónica. Pocos años después, el conde Andrassy había sucedido al de Beust en la dirección de la política general de Austria-Hungría como canciller del Imperio. Fué durante su administración cuando se intimaron las relaciones entre el Austria y la Alemania, como la amistad entre los dos Cancilleres, sucediendo á las inteligencias que la catástrofe del Imperio napoleónico, las victorias de Metz y de Sedán y el establecimiento de la República francesa habían hecho imposible continuar entre Viena y París. Después vino la triple alianza de la Europa central, iniciada con el viaje de los Reyes de Italia á Viena, como consecuencia de la conquista de Túnez, y las frecuentes entrevistas de los dos Emperadores y de los Grandes Cancilleres de las potencias germánicas. Aquella Austria que tanto había guerreado con Italia por conservar su reino del Lombardo Véneto, la preponderancia que ejercía con los archiduques reinantes de Toscana, Modena y Parma, en las legaciones pontificias y en el Reino de Nápoles; aquel Imperio apostólico, que heredero del de nuestro Carlos V había presidido la confederación del Rhin, teniendo por aliados el Hannover, la Baviera, la Sajonia y el Wurtemberg, supo olvidar los tristes recuerdos de Solferino y Sadowa para dar su mano de aliada á la imperial Prusia y á la Italia, dominando desde el Capitolio de Roma hasta el Lido de Venecia, volviendo la espalda á sus dominios del Lombardo Véneto y á su preponderancia en la Dieta de Francfort, fijó sus ojos en los nuevos horizontes que el Príncipe de Bismarck la señalaba en Oriente, influyendo en el Congreso de Berlín para limitar las conquistas de la Rusia, que vencedora de la Turquía en la guerra de 1877 apenas veía ya obstáculos para su entrada en Constantinopla, dándole el tratado de San Stefano la dominación directa ó la influencia preponderante en la Bulgaria, la Servia, la Rumania, la Macedonia, la Grecia y en la asiática Armenia. En cambio, y merced á la alianza austro-germánica, sin disparar un tiro, ni gastar un florín, el Imperio, merced á la inteligencia que se estableció en el Congreso de Berlín entre Andrassy, Disraeli y Bismarck, ocupa hoy con un mandato de la Europa, que se transformará en definitivo, la Bosnia y la Herzegovina, y ejerce una influencia preponderante en la Bulgaria, disputando en Servia y en Rumania la misma de los czares que habían dado su independencia á estas naciones, que algunas, como Montenegro, hablan su propia lengua, son su propia sangre y que todas tienen su misma religión.

***

Mis lectores tienen algún derecho á que no les hable siempre de política, y más después de esta larga temporada de lutos y catástrofes. Pero si no me ocupo más de teatros y de fiestas, que tan distinguidos cronistas cuentan en La Ilustración, es porque á la distancia en que me encuentro, aun aquellas que entran en mi esfera del extranjero han de llegar forzosamente tarde á Madrid, sin que la magnificencia y novedad que en otros tiempos revestía el Carnaval romano pudiera atenuar los inconvenientes de la distancia.

Todo aquello pasó como un sueño, habiendo renunciado la Ciudad Eterna en favor de Niza á esa herencia que las generaciones se fueron transmitiendo desde las Saturnales en los Foros, á las Carnestolendas del Circo Agonal y de la Vía, hoy Corso. Al finalizar la Edad Media, y durante el Pontificado de Pablo II, este Papa veneciano quiso trasladar á la antigua capital del mundo las fiestas carnavalescas, tan brillantes y célebres, de la Reina del Adriático. Para lo cual, no teniendo ni un Canal grande ni un Lido, hizo un lago del Foro Agonal, y para sustituir la plaza de San Marcos, con su palacio legendario, edificó el de Venecia al pie del Capitolio, hoy centro de Roma. Desde él partían aquellas carreras de los hebreos del Ghetto, contra los que pesaba esa especie de anatema que en vano intentan reproducir contra los israelitas de nuestros días los predicadores de la guerra semítica de París, Bucarest y Berlín. Carreras á las cuales sustituyeron bajo el Pontificado de Clemente IX, un Respigliosi, las de los caballos númidas de la antigua Cartago, hoy Túnez, mediante la entrega por el Ghetto, como rescate, de los palios ó estandartes dados cual galardón á los triunfadores en las carreras de los *barberi*. Y del palacio-fortaleza de Venecia, como del de los Príncipes Borgheses, salieron en el último siglo y á principios del actual aquellos legendarios cortejos de Carnaval, simbolizando los artistas de la Academia Médicis la peregrinación del Sultán á la Meca y un sacrificio en China, y sobre todo el inolvidable cuadro de las Divinidades del Olimpo, que representaban, entre otras, aquella Princesa Borghese cuyas formas esculturales inmortalizó Canova, las Princesas Torlonia, Chigi y Giustiniani, con las Duquesas Litta y Braschi. Y cuando se piensa que aquellas Junos, Venus, Dianas, Palas, Floras y Cupidos, formando corona á Júpiter, que simbolizaba el Duque Litta, sobre su malla de color carne, que dibujaba su belleza, y los mantos de riquísimo tisú, que cubrían sólo parte de su cuerpo, llevaban joyas de inmenso valor, puede el pensamiento imaginar qué triunfo y ovación les haría Roma, extendida por el Corso, desde el Foro Trajano á los antiguos Jardines de Sallustio, hoy paseo del Pincio, y qué apuros, mayores que los de París, pasaría el Duque Litta para conceder el premio de la belleza á su Olimpo incomparable.

En este año, muerto el Carnaval en Roma, sobre cuyos restos cayeron también grandes lutos Reales; profundamente herido en Venecia por la *influenza*, y en Florencia por esa otra enfermedad acaso más terrible que aquélla, la gran crisis financiera, sólo el *Carnavaline* de Milán, hoy concluído, pues responde á nuestro *Domingo de Piñata*, ha mostrado señales de vida, presentando un Corso animadísimo y carros ideados por verdaderos artistas, que representaban la *rueda de la fortuna* y las escenas más pintorescas de los *Maestros Cantores* de Wagner.

He dicho que Niza había heredado de Roma las antiguas Saturnales, adaptadas á los gustos de nuestra época, y las fiestas de 1890 prueban era digna de tal herencia. Verdad es que teatro más bello que el que presenta la Cornisa, desde Cannes hasta San Remo, no hay posibilidad de encontrarse ni aun idearlo en Europa. Una temperatura en Febrero que es la de Mayo en Madrid, palmas, naranjos, flores las más variadas, que nada envidian ni á los vergeles de Valencia ni á las estufas más ricas de Inglaterra y Harlem, hoteles incomparables, un mar que casi siempre se asemeja á los lagos de Suiza, y todo esto alimentado por una concurrencia de soberanos y de príncipes venidos de todas las partes del mundo, junto á boyardos moscovitas, lores de Inglaterra y Rotschilds ó Makays de París, Londres, Viena y Nueva York, crean elementos que ni Roma misma pudo reunir en sus épocas más brillantes, cuando sus Príncipes se ponían al frente del Carnaval romano, como hoy el de Galles y el de Sajonia-Coburgo-Gotha se colocan á la cabeza de los comités de Cannes y de Niza. Describir las fiestas que durante una semana entera han encantado á los miles y miles de extranjeros acudidos á ese balcón sobre el Mediterráneo, que se llama la Cornisa, fuera empresa inútil para los que no las han presenciado, aparte ser misión dificilísima. Desde que la figura gigantesca del Carnaval, viniendo de Cannes entró en Niza, para ocupar su palacio consistente en magnífico pabellón, hasta que con todos los honores fué despedido el martes de Carnaval, pues más feliz que su colega de Roma no es quemado en la plaza del Popolo, con peligro de que aventadas sus cenizas hace tres años, no vuelva á renacer como el cisne, no ha habido día en que Niza no haya presenciado encantadora batalla de flores, desde carrozas, que ocupadas por las más lindas damas, vistiendo simbólicos trajes, no semejasen ya barcas, ya cestos, ya ramilletes de las formas más deliciosas. Y á estas luchas, donde competían en hermosura, como en colores, las bellas de Albión, de París, del Niágara ó de Hungría con las rosas de Niza, sucedieron grandes kermeses, no desmereciendo de la inolvidable que á favor del desastre de Amberes dió París en su Palacio de la Industria. Las luchas de dulces, las iluminaciones fantásticas, los bailes de máscaras en los casinos y jardines, rivalizan con las representaciones de los teatros, donde la deliciosa *Mireille*, de Gounod, sucede en la escena á la *Vida por el Czar*, de Glinka, y al *Lohengrin*, de Wagner.

Un recuerdo amargaba, especialmente á los españoles, cuando escuchaban el *racconto* de Montesalvo ó el canto del Cisne: el de Gayarre, que debiendo en la estación del Carnaval cantar en San Carlos de Nápoles, había ofrecido dar una representación de la joya de Wagner en el precioso coliseo de Montecarlo.

Pero el grande éxito del Carnaval de Niza ha consistido, en el de 1890, en sus cortejos humorísticos é históricos. En la primera categoría los cuadros del *Petit-Faust*, de la *Marmotte*, haciendo danzar á los saboyanos de las pieles rojas, imitando á Buffalo Bill, la gran atracción hoy de Roma, y de las transformaciones del Carnaval, fueron deliciosísimos. Y grandiosa apareció la cabalgata histórica, dividida en seis grandes grupos, constituídos por más de una docena de carros ó carrozas triunfales, 300 jinetes, 1.500 figurantes á pie y diversas músicas.

La mitología abre el cortejo, y las Venus, las Ledas, las Dianas y Danaes, representadas por lindas actrices de las escenas de Francia, hubieran podido rivalizar con las Princesas romanas cuyo recuerdo he evocado en esta Crónica.

El Egipto, la India y la Mongolia iban después con sus reyes Faraones, sus árabes y sus moradores de la Lybia y de la Etiopía, sus Brhamas y guerreros mongoles, cerrando dignamente la decoración egipcia Cleopatra, simbolizada por una cantatriz de la Grande Opera. Pasó en seguida toda la historia de Roma, con Julio César, Vespasiano y Trajano, sus cónsules, sus tribunos y gladiadores. Otro grupo, el más magnífico, evoca los anales todos de las Galias y de la Francia; empezando por Verzingetorix, el jefe de los feroces galos; por Clovis, su primer rey cristiano y Carlomagno. Catalina de Médicis abre, como Messalina la de Roma, la serie de Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV y Luis XV, con los cardenales Richelieu y Mazzarino, revistiendo la púrpura; con Colbert y Juan Bark, mosqueteros dragones de Villars, guardias francesas y cortesanos de Trianón y Versalles. Omitiendo el triste período de Luis XVI y de María Antonieta, la última parte de la historia de Francia representa la primera república, con sus magníficos granaderos, entre los cuales descuella La Tour d'Auvergne; y vienen después á caballo, acogidos por aplausos inmensos, Napoleón Bonaparte, Hoche, Klever, Ney, Carnot, Massena, Angereau y el joven simpático y desgraciado Marceau.

Y como no es posible que hoy se organice fiesta alguna en Francia, sin que, como en la *Oda Triunfal* del Palacio de la Industria, figure una representación de la Rusia, ó en sus teatros alternen con *Juana de Arco* y *Salammbó* las óperas *Dimitry* y la *Vida por el Czar*, ó el drama eslavo *Los Danichef*, también en el cortejo his-

tórico de Niza tendremos un grupo especial consagrado á la Moscovia.

Como en la ópera de Glinka, donde se pronuncia un frenético entusiasmo cuando Miguel Romanof, escapando á la muerte por el heroísmo de los jóvenes que dan su vida por el Czar, coronándose en la catedral del Kremlin, magnífica escena de Moscou, veremos en las comparsas nizardas á Rurik, el fundador del Imperio ruso, á Aivan el Terrible, casi ídolo de los eslavos, y cuyos ministros y boyardos conducen de la brida los caballos de su carro, teniendo esto por un honor tan grande como aquellos cortesanos de Luis XIV, que ponían la camisa al Rey, terminando la escena moscovita con Pedro el Grande rodeado de los cosacos del Don.

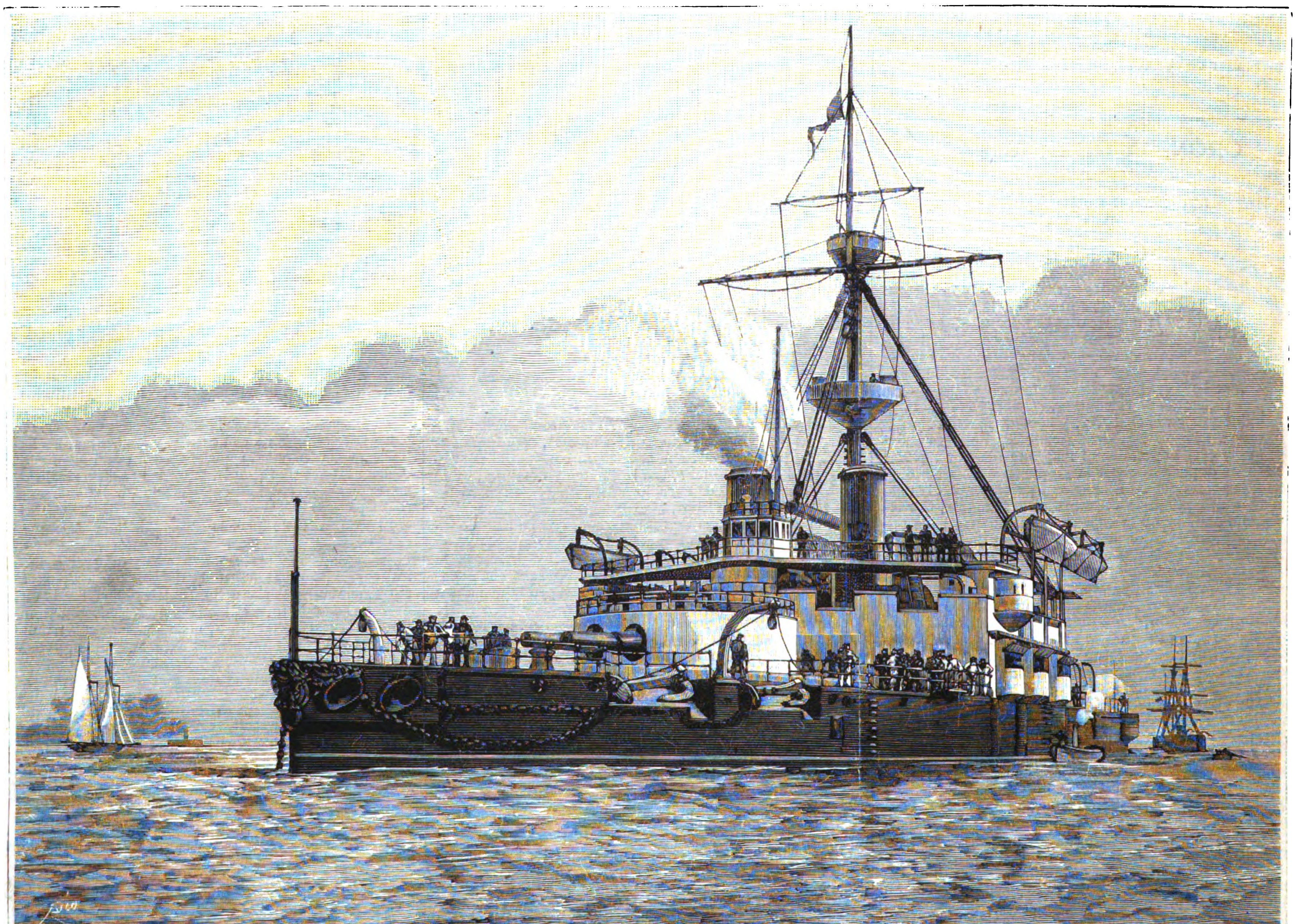
Cannes se había propuesto rivalizar con Niza, su émula, favorecida por la circunstancia de verse habitada por toda la familia de Orleans, excepto la Condesa de París, que con la princesa Elena, su hija, debían providencialmente encontrarse en momentos supremos al lado de nuestra infeliz Duquesa de Montpensier; por una colonia de soberanos de Suecia y otras naciones, por el emperador D. Pedro de Braganza, por muchas grandes Duquesas y Duques de Rusia, y por los Príncipes de Gales, que hasta 1890 le habían preferido, como las grandes familias de Francia, los Luynes, los Rochefoucauld, los Montemar y los Uzes, á la agitación del paseo de los Ingleses ó de los jardines de Montecarlo. Desgraciadamente, en los mismos días del Carnaval, D. Pedro de Braganza, ya afligido por el luto de la Emperatriz del Brasil, ha empezado á perder la lucidez de su espíritu, como había perdido el trono; y la aventura del joven Duque de Orleans, que á la hora en que escribo no se sabe si terminará en la frontera de España, libre el hijo de abrazar á su madre, ó en la fortaleza de Blaye, que ya guardó á la Duquesa de Berry, cayó sobre esa pléyade de princesas y de príncipes, en quienes la muerte del Duque de Montpensier ha convertido en negros crespones las alegrías del Carnaval nizardo; porque la muerte del esposo de nuestra Infanta y la prisión de Luis Felipe Roberto de Orleans ponen en luto ó en emoción á las familias reinantes de España, Portugal, Dinamarca, Bulgaria, Austria y otras muchas.



S. E. EL CONDE ANDRASSY,
EMINENTE ESTADISTA HÚNGARO.
Nació en Zemplin (Hungría), en 1823; † en Volosca, el 17 de Febrero último.

El acontecimiento teatral de la quincena ha sido la ópera *Salammbo* del compositor francés Ernesto Reyer, libreto de Locle, que á su vez lo tomó del bello libro de Flaubert. Así como Niza parece haber heredado las glorias del Carnaval de Roma, Bruselas, ya de antiguo llamada el pequeño París, rivaliza con la capital de la República en ser la ciudad cosmopolita por excelencia, como su teatro de la Moneda, donde se han cantado en un lustro *La Herodiade*, de Massenet; *Las Valkiries*, de Wagner; el *Sigurd*, de Reyes; *La Vida por el Czar*, de Glinka, y el *Fausto*, de Gounod, disputa la preeminencia á la Grande Opera de París, á quien no ha sido dado poner en escena ni el *Lohengrín* wagneriano.

En la primera decena de Febrero, todo el París que no estaba en Niza, y los *dilettanti* y maestros de Europa, se habían dado cita en el parque belga, en el bosque de la Cambre, para asistir á la primera representación de *Salammbo*. Digamos que el triunfo de Reyer ha sido incuestionable, y que el personaje legendario de Salammbo, como la figura fantástica de Brunekilde, ambas simbolizadas por la gran cantatriz Rosa Carón, irá de hoy más á ocupar un puesto distinguido en esa galería de Margarita del *Fausto*, de Valentina de *Los Hugonotes*, de Elvira de *Los Puritanos*, de Elssa del *Lohengrín*, de Desdémona en el *Otelo*, y de Aida en la partición de Verdi, con la que *Salammbo* tiene más de una semejanza. No porque el inspirado compositor francés haya imitado á Wagner ni á Meyerbeer, á Gounod ó Verdi, pudiendo notarse sólo en su obra alguna reminiscencia de Gluck, su maestro favorito; sino porque la partición que ha aclamado Bruselas está á la altura de la mayor parte de estas obras del genio. El argumento de *Salammbo* está tomado de los anales legendarios de Cartago, cuando



MODERNAS CONSTRUCCIONES NAVALES.—EL NUEVO ACORAZADO «TRAFALGAR», INCORPORADO Á LA ARMADA BRITÁNICA EL 22 DE FEBRERO ÚLTIMO.
(Desplazamiento: 11.940 toneladas.)

Amílcar, vencedor de los romanos en Sicilia, vuelve á la ciudad cuyas ruinas poseen hoy los franceses en Túnez, para ofrecer en los altares del dios Molok y de Tanit ó la Luna, la diosa Paladium de Cartago, las primicias de sus victorias.

Magníficos coros de veteranos cartagineses, de guerreros númidas y de mercenarios soldados de la Lybia, celebran la victoria en medio de una bacanal. Matho, el caudillo de las hordas de la Lybia, y Naaw, el rey de los númidas, han licenciado á los mercenarios, que reclaman sin embargo lo que se les debe de su soldada, y que seducidos por el esclavo griego Spendius, piden se les entreguen las copas de oro, esmaltadas de piedras preciosas, que se guardan en el palacio de Cartago. Al mismo tiempo en éste, y mientras llega Amílcar, que aun no ha dejado las naves cartaginesas, sacerdotes y sacerdotisas, á cuya cabeza va Salammbo, la hija de Amílcar, y la que guarda el velo sagrado de Tanit, lábaro y paladium á un tiempo de Cartago, entonan solemnes cánticos á la Luna. El incendio de los árboles de los jardines de Megara que han inflamado los soldados mercenarios, ya acaudillados por Matho, apagan sus cánticos de alegría; pero sin atemorizarse por la sedición, Salammbo, más bella que nunca, se presenta en aquella cena de Sardanápalo, infundiendo repentino y apasionado amor, así en el corazón del rey númida, como en el del valiente caudillo de la Lybia. Al amanecer, las tropas veteranas, conducidas por Amílcar, han sofocado la insurrección de los mercenarios; y al aparecer la Luna en los horizontes, el templo de Tanit resuena de cánticos religiosos á la Diosa. Aunque derrotado Matho, la astucia del griego Spendius le ha introducido secretamente en el templo de Tanit, donde intenta apoderarse del velo sagrado y manto misterioso de la Diosa, ambos caídos del cielo, sabiendo que con ellos van unidos los destinos de Cartago. Lógralo por sorpresa, apareciendo cubierto de aquellas reliquias como un semidiós á los ojos de Salammbo. Cuando tan gran sacrilegio ha sido conocido, mientras Amílcar y el Consejo de los ancianos deliberan al pie de la estatua de Molock, el gran sacerdote del templo exhorta á Salammbo para que, aprovechándose, como Judith en la historia de Holofernes, de la pasión que ha sabido inspirar al bárbaro Matho, pasión que ignora ha entrado ya en su corazón también, se dirija á su campamento para arrancarle el velo sagrado de la Diosa, que custodiaba como su sacerdotisa. Toda esta escena, como una romanza deliciosa que desde la terraza del palacio canta la hija de Amílcar, envidiando su vuelo á las palomas que se dirigen al campamento, es de grande belleza lírica y de inspiración sublime; como dramático, el encuentro y el dúo, bajo la tienda, de Salammbo y Matho, que, seducido por la amada, deja escapar, en un momento de pasión, de sus manos, el lábaro sagrado, cediendo al amor de la hija de Amílcar. Pero Naaw, el rey de los númidas, sintiendo el terrible aguijón de los celos, ha puesto fuego al campamento de los soldados mercenarios; y abandonando la causa de Matho con sus jinetes númidas en medio de la pelea, decide la victoria por Cartago y Amílcar.

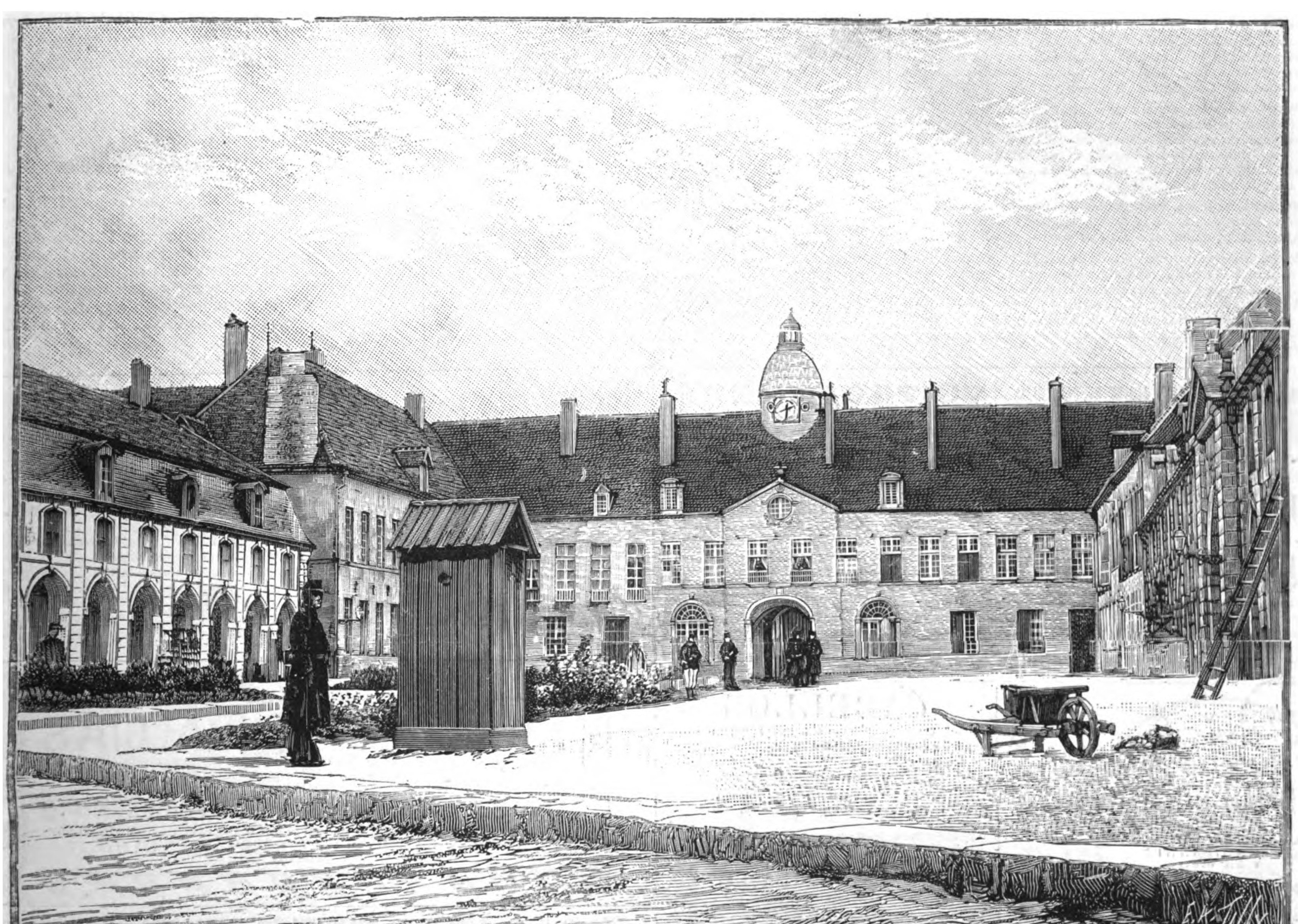
En el último acto hemos vuelto al templo de Tanit, donde van á celebrarse las bodas de Salammbo con el Rey númida, habiéndole ofrecido Amílcar su mano como recompensa de su apoyo en el combate. Y como hay que desagraviar á la Diosa, Matho es conducido al templo, encadenado, para inmolarlo á Tanit. Una mirada y un canto admirable de dolor de éste á Salammbo, no tanto por su sacrificio, cuanto por verla próxima á caer en los brazos de Naaw, despierta en la hermosa sacerdotisa toda la pasión intensa que había sabido inspirarle el caudillo de la Lybia; y como sacerdotes y pueblo exigen que ella sea la que clave el cuchillo sagrado en el corazón de Matho, cual Norma en el de Polión, arrancándolo al sacerdote, lo profundiza en su propio seno, al tiempo mismo que Matho, que ha visto la acción de su amada, se atraviesa su cuerpo con la espada arrancada á uno de sus guardias. Todo el final, escénico y musicalmente, es de un efecto colosal.

París, que sin duda quiere reconquistar



LA HEROÍNA CORUÑESA MAYOR FERNÁNDEZ PITA.

Escultura, por D. José González Jiménez.



LA PRISIÓN DEL DUQUE DE ORLEANS.—PATIO DE LA CASA PENITENCIARIA DE CLAIRVAUX, DONDE EL PRÍNCIPE EXTINGUE SU CONDENA.

sus laureles teatrales, prepara ahora un drama-misterio, letra de Edmundo Haraneur, música de Faure, que con el título de *La Pasión*, va á representar Sarah Bernhardt, pasando del papel de Juana de Arco al de la Virgen María, madre del Salvador. Lástima que no haya esperado algunos meses para estudiar este verano, en que, como decenalmente, toca representar á los campesinos de Ober-Ammergan del Tirol bávaro su gran drama legendario la Pasión de Jesucristo, y pedir á los moradores religiosos de aquellas montañas la inspiración magnífica que admiraba hace diez años, y que, de concederme Dios la vida, espero poder transmitir este estío á los lectores de LA ILUSTRACIÓN.

CONDE DE COELLO.

Roma, 24 Febrero 1890.

CERTAMEN LITERARIO.

La Junta Directiva de la Asociación de San Jorge Mártir, de Alcoy ha dispuesto, en conmemoración del 16.º Centenario de la muerte del Santo Mártir, la celebración de un *Certamen literario* el 26 de Abril del corriente año, adjudicándose en él los premios siguientes:

1.º Rosa natural, al mejor soneto *Á Alcoy en sus tradicionales fiestas á San Jorge.*—2.º Un objeto de arte, á la mejor *Poesía de asunto y metro libres.*—3.º Pluma de plata, al autor del mejor *Novenario de San Jorge Mártir.*—4.º Escribanía de plata, á la mejor *Memoria crítica que dilucide el año en que padeció martirio San Jorge.*—5.º Dos candelabros de bronce, á la *Composición en verso de metro libre á la armonía entre el capital y el trabajo.*—6.º Un objeto de arte, al autor del *Soneto que mejor cante las excelencias del trabajo.*—7.º Una imagen de San Jorge, de plata, á la mejor *Historia religiosa de Alcoy.*—8.º Flor de lis, de oro, á la mejor producción ó memoria escrita en prosa sobre los *Principios morales, políticos y sociales que deben servir de base al ejercicio de la libertad.*—9.º Escribanía de plata con accesorios del mismo metal, al mejor trabajo literario en prosa sobre la *Influencia que la música ha ejercido en la civilización de los pueblos.*—10.º Bastón de concha con puño de oro, á la mejor *Poesía dedicada á Alcoy.*—11.º Doce cubiertos de plata, al mejor *Proyecto de Sociedad cooperativa de producción y consumo.*—12.º Escribanía de níquel, al mejor *Romance narrando el martirio de San Jorge.*—13.º Un ejemplar lujosamente encuadernado de la obra *El Telescopio moderno,*, á la mejor composición en prosa sobre el *Origen de la vida en nuestro planeta.*—14.º Un ejemplar lujosamente encuadernado de la obra *Diccionario de galicismos*, por D. Rafael María Baralt, á la mejor Memoria en prosa sobre la *Influencia de la literatura francesa en la española desde el advenimiento de Felipe V hasta nuestros días. Escritores castellanos que más se han sustraído á aquella influencia y pueden estimarse como castizos. Citas comprobantes.*

Las composiciones se dirigirán á la Secretaría de la Asociación hasta el 16 de Abril inclusive, en la forma de costumbre.—V.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Zarzamoras y **La Sortija del negro,** por D.ª Carmen Beceiro de Pato. Las primeras son lindas poesías, y merecen singular mención las tituladas *Á Santa Teresa*, *La Golondrina*, *Nostalgia* y otras; la segunda es una agradable novelita. Un volumen de 198 páginas en 8.º—Barcelona, 1890.

El Mundo rural (primera serie), por D. José Ogea. Colección de siete bellísimos cuentos, mejor dicho, cuadros al natural de costumbres de Galicia. Pertenece á la *Biblioteca Gallega* que publica en La Coruña el inteligente editor don Andrés Martínez. Precio: 2 pesetas para los suscritores, y 3 para los que no lo son.

Del natural, esbozos contemporáneos, por D. Federico Gamboa. Seis hermosos cuadros de costumbres hispano-americanas. Guatemala, oficinas de *La Unión* (8.ª calle Poniente, 6).

La Sierra Nevada, por Luis de Rute. Homenaje á la honrada memoria del malogrado ingeniero, escritor y diputado á Cortes D. Luis de Rute, nuestro inolvidable amigo. Contiene las *Conferencias* dadas por el Sr. Rute, en el Círculo Artístico de Granada, en los días 12 y 19 de Enero de 1889; su *Diario de una excursión á Sierra Nevada*, en 1888, y un magnífico álbum titulado *À une chère memoire* (Luis de Rute), formado con artículos necrológicos de periódicos españoles y extranjeros, y cartas de pésame remitidas á la señora viuda D.ª María Leticia Bonaparte Wyse. Firman estas sentidas cartas: César Cantú, Mistral, Castelar, Arène, Honghton, *Jacqueline*, Mancini, Dalloz (Sra. Viuda de), Guillermo y Napoleón Bonaparte-Wyse, Parmentier y otros, y las escritoras españolas Sras. D.ª Patrocinio de Biedma y D.ª Emilia Pardo Bazán. París, 1890.

El Señor de Calcena, novela original de D. Valentín Gómez. Nueva producción literaria (cuya lectura recomendamos) del aplaudido autor de *La Dama del Rey* y de *La Caza de una orquídea*. Véndese, á 2,50 pesetas, en las principales librerías, y los pedidos se dirigirán al autor, Madrid (calle del Biombo, 6, segundo).

Poetas religiosos inéditos del siglo XVI, sacados á luz con noticias y aclaraciones, por el Dr. D. Marcelo Macías y García, presbítero, catedrático numerario de Retórica y Poética. Contiene: *Prólogo*, eruditísimo y bien escrito, por el Sr. Macías; *Instrumento espiritual, Romances* y *Villancicos*, de D. Cristóbal Cabrera; *Poesías inéditas*, de D. Juan de Aramburu; el poema *Lágrimas del Apóstol San Pedro*, de Jerónimo de los Cobos, y el poema *Batalla de la Muerte*, de Pedro de Sayago. Un volumen de XV-187 páginas en 8.º, que se vende, á 3 pesetas, en las principales librerías.

Mitología popular ó mitos religiosos del gentilismo griego y romano; brevísimo compendio escrito por D. Manuel Rodríguez Navas. Es el volumen octavo de la *Biblioteca útil*, y se vende, á 25 céntimos de peseta, en la librería de D. Eugenio Sobrino, editor, Madrid (Caños, 6).

Recopilación de los trabajos, gestiones, proposiciones, informes y demás actos verificados por el Excmo. Sr. D. Camilo Laorga como concejal de Real orden en el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, desde el 19 de Agosto de 1889, en que tomó posesión del cargo, hasta el 13 de Febrero de 1890, publicada por la Asociación de Propietarios, Comerciantes é Industriales del barrio de las Peñuelas. Folleto de 79 páginas en 4.º menor. Madrid, 1890.

Extranjeros ilustres: Jorge Sand, por E. Zola. Un estudio acerca de la famosa novelista, escrito por el autor de *Nana*. Véndese, á una peseta, en las principales librerías, y en la Administración de *La España Moderna*, Madrid (Serrano, 68).

Don Aniceto el tendero, novela, por D. Ramón Meza. Obrita premiada en certamen público, celebrado por el Liceo de Santa Clara, en 1889. Un volumen de 186 páginas en 8.º, que se vende en Madrid, librería de D. Antonio San Martín (Puerta del Sol, 6, y Carretas, 39), y en *La Propaganda literaria* de la Habana (Zulueta, 28).

Romanos de corte y villa, por D. Francisco Gras y Elías; con un prólogo de D. Federico Soler y Hubert, é ilustraciones de los Sres. Diéguez, Gómez Soler y Vázquez. Un tomito de 167 páginas en 8.º, que se vende, á 2,50 pesetas, en las principales librerías. Los pedidos se dirigirán á la *Librería Española* del Sr. López, editor, Barcelona (Rambla del Centro, 20).

La Enfermedad del cafeto en el departamento de Amatitlán (Guatemala), estudio hecho por encargo del señor general de división D. Manuel Lisandro Barillas, presidente constitucional de la República de Guatemala, por D. Adolfo Vendrell, ingeniero agrónomo del Instituto agronómico oficial de Bélgica, catedrático de la Escuela Politécnica, miembro de la Real Sociedad Linneana de Bruselas, de la Asociación de Agricultores de España, etc., etc. Interés ofrece este excelente estudio á nuestros agricultores de Puerto Rico. Guatemala, establecimiento de *La Unión* (Octava calle Poniente, núm. 6).

La Edad Dichosa, revista ilustrada de instrucción y recreo, para niños y niñas, bajo la dirección de D. Carlos Frontaura. Tenemos á la vista el número 6, correspondiente al día de la fecha, y merece singular descripción: en la parte literaria tiene una preciosa poesía del inolvidable Antonio de Trueba, á propósito para recitarla los niños; *La Crónica*, escrita por el Sr. Director; un ameno *Cuento*, del popular narrador Grimm; *El Pájaro libre*, también cuento, de Eduardo Thuillier; *Laurita*, artículo de gran moralidad, por Antonio María; curiosos y entretenidos *Ejercicios intelectuales*, como logogrifos, charadas, anagramas, fuga de vocales, etc. La sección artística es bellísima: un buen retrato de Trueba; seis interesantes dibujos de Riudavets, hermosas ilustraciones del cuento *La Niña de María*; once grabados más, intercalados en el texto de los otros artículos, y una *lámina al cromo* (regalo á los suscritores), que contiene dos lindas figuras, con sus trajes aparte, las cuales, recortadas y vestidas, formarán graciosas muñecas. *La Edad Dichosa* es el mejor regalo que padres y madres pueden hacer á sus hijos, cual premio de aplicación y aliciente de noble estímulo. Suscríbese en las buenas librerías, y en la Administración de la casa editorial *Ocaña y Compañía*, Madrid (Caballero de Gracia, 19 y 21).

V.

ADVERTENCIA.

El considerable número de originales literarios adquiridos por esta Dirección, y el escaso espacio que dejan disponibles las secciones fijas que tiene establecidas LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, la obligan á suplicar á las muchas personas que anuncian el envío de nuevos escritos se abstengan de hacerlo, á fin de evitarse inútiles molestias, y á la Dirección la contrariedad de tener que archivarlos por un tiempo indeterminado.

No se devuelven originales, ni se responde de los que, á pesar de la presente *Advertencia*, se remitan á la Redacción.

FERNET-BRANCA

DE LOS SRES. BRANCA HERMANOS, DE MILANO

Los únicos que tienen el verdadero y auténtico método de fabricación.
Premiados con Medallas de oro en las principales Exposiciones Universales y privilegiados por el Gobierno.
El **FERNET-BRANCA** es el más higiénico de los licores conocidos.
Veinticinco años de completo éxito, obtenido en Europa, América y Oriente.
Es recomendado por las celebridades medicales, y empleado en muchos hospitales.
El FERNET-BRANCA no debe ser confundido con otros muchos Fernet que se venden desde poco tiempo, y que son falsificaciones dañosas é imperfectas. El **FERNET-BRANCA** apaga la sed, facilita la digestión, estimula el apetito, cura las calenturas intermitentes, dolencias de cabeza, vértigo, enfermedades del hígado, **esplín**, mareo y náuseas en general. Es **Vermífugo, Anticolérico.**

SUS EFECTOS SON GARANTIZADOS POR ATESTACIONES DE MÉDICOS
Unica arrendataria para América del Sur:
Casa CARLO F.co HOFER et C.o de Génova
MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1889

La ETERNA BELLEZA de la PIEL obtenida para el empleo de la

PERFUMERIA ORIZA

de L. LEGRAND, Proveedor de la Corte de Rusia.

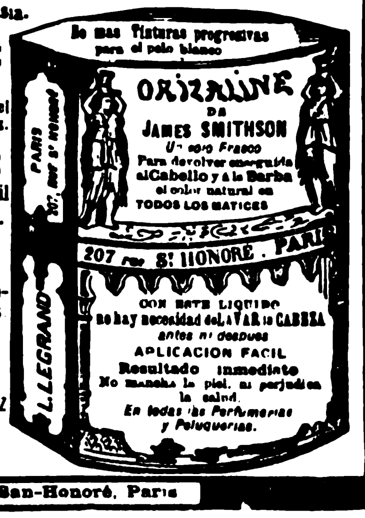


ORIZA-LACTÉ
LOCION EMULSIVA
Blanquea y refresca la piel
Quita las manchas de rojez.

ORIZA-VELOUTÉ
JABON según el D.r Reveil
Lo mas suave para la piel.

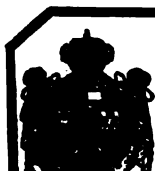
ESS.-ORIZA
Perfumes á todos los ramilletes de flores nuevos
Adoptados por la moda.

ORIZA-VELOUTÉ
POLVO de FLOR de ARROZ adherente á la piel.
Dando el Afelpado del melocoton



Y EN CASA DE TODOS LOS PERFUMISTAS Y PELUQUEROS

Deposito Principal · 207, calle San-Honoré, Paris



Kananga del Japon

RIGAUD y Cia, Perfumtas
Proveedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARIS

El Agua de Kananga es la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga Suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Aceite de Kananga Tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y cuya caida previene.

Jabon de Kananga El mas grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.

Loción vegetal de Kananga limpia la cabeza, abrillanta el cabello y evita su caída, tonificándolo.



Madrid : Romero Vicente.
Barcelona : Conde Puerto y Cia.

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO,** gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.
F. HAYN, BERLIN, N. 24.

Depositarios en España:

ACEITE MORENO-CLARO DE HÍGADO DE BACALAO DEL Dr. DE JONGH

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA,
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA,
COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III. DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.
La sola especie que contenga todos los principios curativos.
Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.
Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.
DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL
contra la TÍSIS, las ENFERMEDADES del PECHO y de la GARGANTA, la DEBILIDAD GENERAL, el DESFALLECIMIENTO de los NIÑOS, la RAQUÍTIS, y todos los AFECTOS ESCROFULOSOS.
Se vende SOLAMENTE en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del Dr. DE JONGH y la firma de ANSAR, HARFORD & Co.—*Cuidado con las imitaciones.*
Unicos Consignatorios, ANSAR, HARFORD & Co., 210, High Holborn, Londres.
Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

VICENTE FERRER Y C.a, BARCELONA.

PECTORAL de CEREZA del Dr. AYER

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA



El Pectoral del Dr. Ayer aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.

Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desórdenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilación suele ser fatal. Los **RESFRIADOS Y LA TOS,** si no se cuidan, pueden degenerar en **LARINGITIS, ASMA, BRONQUITIS, PULMONIA O TISIS.** Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el PECTORAL de CEREZA del Dr. AYER. Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor.—De venta en casa de Melchor García, Capellanes, 1, duplicado; Hijos de Ulzurrum, y en todas las farmacias y droguerías.—Agentes generales para España: Vilanova Hermanos y Compañía, Barcelona.—Sucursal en Madrid, Claudio Coello, 26, segundo.



Proveedores de SS. MM. el Rey y la Reina de España

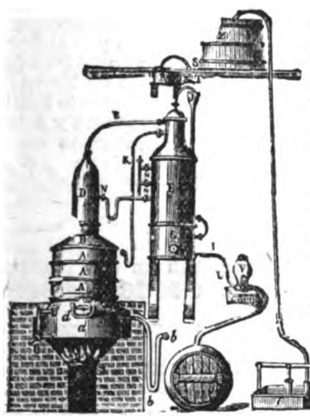
PERFUMERIA LAFERRIÈRE

Secreto de Juventud

PRODUCTOS HIGIÉNICOS para la conservacion de la belleza del rostro y del cuerpo	
AGUA	LAFERRIÈRE
POLVOS DE ARROZ	LAFERRIERE
CREMA	LAFERRIERE
JABON	LAFERRIERE
ACEITE Y ESENCIA	LAFERRIERE

Paris, faub. Poissonnière, 30, y en todas las perfumerias de España.
Medalla en la Exposición Universal de Paris de 1889.

EGROT INGENIERO CONSTRUCTOR EN PARIS
23, rue Mathis, 23
EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1889
Fuera de concurso, miembro del Jurado



CASA FUNDADA EN 1780
CINCO DIPLOMAS DE HONOR

Fábrica especial de **alambiques** para licores, perfumes y productos químicos.
Nuevo aparato de destilación continua de **Egrot** para destilar aguardientes, espíritus de vino, ron, aguardiente de arroz; ofrece las ventajas de instalación y marcha fácil, á la par que es relativamente menos voluminoso, de lo que resulta un embalaje y transporte menos costoso.

CONTRA

los **Catarros,** los **Resfriados,** la **Grippe, Bronquitis,** etc., el **Jarabe** y la **Pasta Pectoral de Nafé de Delangrenier** poseen una eficacia cierta y justificada por los Miembros de la Académia de Medicina de Francia. Sin *Opio, Morfina* ni *Codeina.* Se les da con éxito y seguridad á los Niños, atacados de **Tos simple** ó de **Coqueluche ó Tos ferina.**
EN PARIS, CALLE VIVIENNE, 53
Y EN TODAS LAS BOTICAS DEL MUNDO ENTERO.

PIANOS

FOCKÉ FILS AÎNÉ

Rue Morand, 9, Paris
EXPOSICIÓN UNIVERSAL
PARIS, 1889
MEDALLA DE ORO

T. JONES

23, Bould des Capucinos, 23
PARIS
Fabricante
de Perfumeria Inglesa
EXTRA-FINA

Extractos compuestos
IMPERIAL RUSSE
ESS-BOUQUET
VICTORIA
CAPRICE
CHYPRE
BUQUET
PARADIS
W. Héliotrope
etc.

Especialidades DE

T. JONES

Fluide Iatif
Sin igual para suavizar el cutis.
La Juvenile
Polvos de arroz sin ninguna mezcla química.
Lily Wash
Para embellecer el cutis y blanquear la garganta y los hombros.
Iatif Cream
Superior á todos los Cold Cream conocidos.
Agua de Tocador Jones
Tónica y refrigerante.
Elixir y Pasta Samohti
Dentífrica, antiseptica, llanquea los dientes, impide la carie y el tártaro.

T. JONES

23, Bould des Capucines, 23
PARIS
Fabricante
de Perfumeria Inglesa
EXTRA-FINA

Extractos compuestos
SOMETHING NEW
NEW MOWN HAY
STEPHANOTIS
OPOPONAX
VIOLETS
AIDA
W. ROSE
JUBILEE
etc.

Estos productos se encuentran en todas las buenas Perfumerias de España y América.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

Recomendados por la Real Academia de Medicina. **DE VIVAS PÉREZ** *Recetados por los médicos de España y Ultramar.*

Adoptados en los hospitales y la Marina, **PORQUE CURAN INMEDIATAMENTE, COMO NINGUN OTRO REMEDIO** empleado hasta el día, toda clase de vómitos y diarreas: de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros y úlceras del estómago, piroxis con eruptos fétidos. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público **tanto favor por sus buenos resultados,** como nuestros

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO,

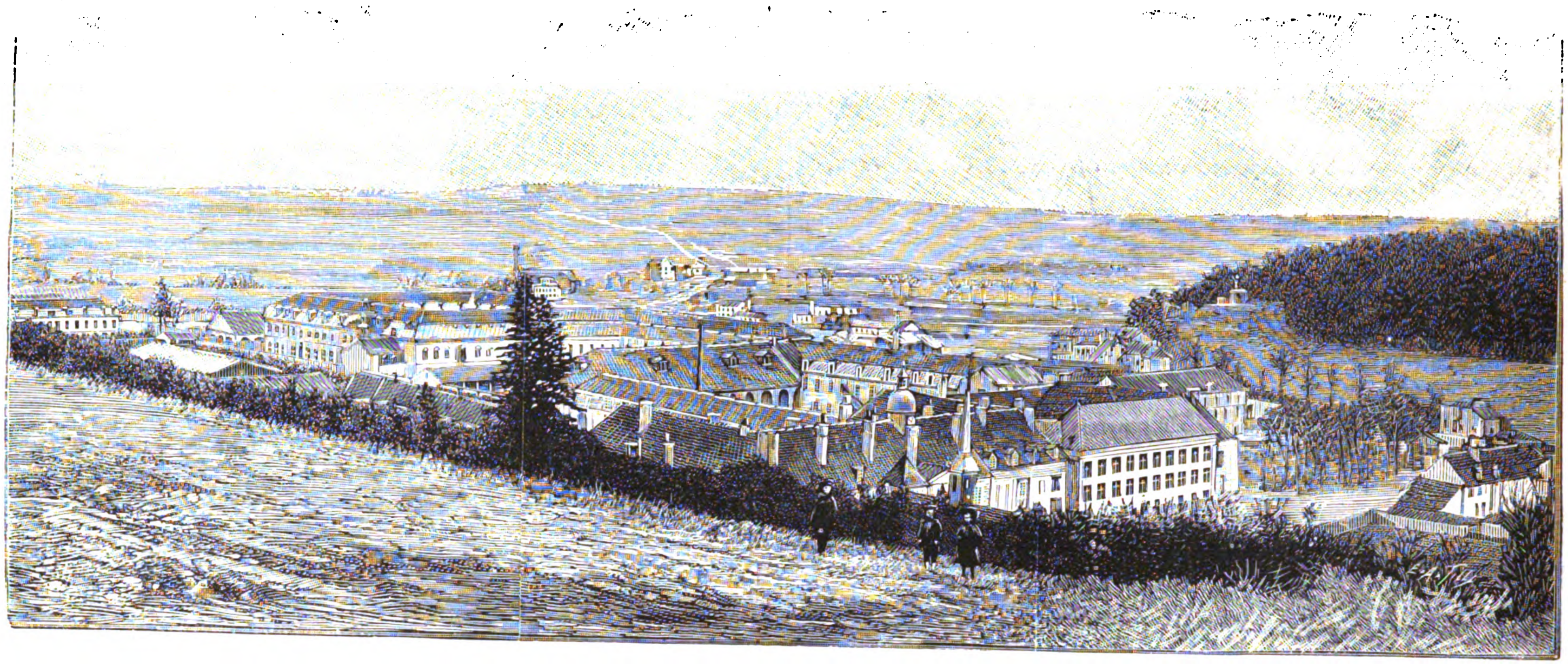
que se venden en todas las farmacias de España, Ultramar y América del Sur.
Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado. Exigid la firma y marca de garantía.
PRECIOS: En toda España la **Caja grande, 3,50 ptas.; pequeña, 2 ptas.**
Depósito general: Almería, FARMACIA VIVAS PÉREZ
desde donde se remiten á todas partes, mandando 75 céntimos más para certificado.
POR MAYOR: *Madrid:* M. García, Sociedad Ibero Universal y J. Hernández.—*Barcelona:* Sociedad Farmacéutica é Hijos de J. Vidal y Ribas y Alomar y Uriach.—*Habana:* Lobé y C.a, Farmacia y Droguería de José Sarrá —*Puerto Rico:* Fidel Guillermety —*Mayagüez:* Guillermo Mulet.—*Manila:* D. Pablo Schuster.—*Buenos Aires y Montevideo:* en todas las principales farmacias.



LEGÍTIMO CAMPANILLAS DE MAYO DE LOHSE

LOHSE'S MAIGLÖCKCHEN
EL MÁS FINO de los PERFUMES de su ÚNICO INVENTOR
Gustav Lohse, Berlin
Se vende en todas las buenas Perfumerias.

LA PRISIÓN DEL DUQUE DE ORLEANS.



VISTA GENERAL DEL ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CLAIRVAUX.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIV — MADRID, 15 DE MARZO DE 1890. — NUM. X.

CÍRCULO DE BELLAS ARTES.—EXPOSICIÓN DE BLANCO Y NEGRO.



«MARINA.»

DIBUJO ORIGINAL DE MANUEL ALCÁZAR.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Los cronistas de la ciencia nos han alarmado en estos días con los cálculos hechos por el Sr. Enrique Hall, inspector de las minas de Inglaterra, rectificando los errores que se habían cometido en la apreciación de la cantidad y duración del combustible hullero, que es el alma y vida de la industria. El ingeniero inglés, teniendo en cuenta que el aumento del consumo del carbón excede en mucho á lo que se había supuesto, y que la riqueza de las minas es inferior á lo que se había calculado, por el coste y dificultades de la explotación de una parte importante de los yacimientos, manifiesta la convicción de que el combustible se agotará en unos ciento sesenta años, á menos de hacerse descubrimientos inesperados.

No sabemos si el agotamiento del carbón de piedra en las demás regiones mineras conocidas ha de producir, en un término relativamente corto para la vida de las sociedades modernas, la paralización de las industrias, y en qué época se ha de suscitar el conflicto supremo que detenga el movimiento de los ferrocarriles y la navegación de vapor. Si nuestro egoísmo puede estar satisfecho de que la falta de combustible no ha de molestar á ninguno de los nacidos en nuestro tiempo, el sentimiento de humanidad resulta lastimado ante la idea de los desastres que estamos preparando á nuestros sucesores, al dejar constituida la sociedad sobre cimientos que han de faltar un día necesaria y fatalmente.

Pero basta para producir una amenaza grave para el mundo la idea de que la provisión de combustible de la Gran Bretaña sea relativamente tan efímera. Su política previsora no ha de esperar de ningún modo á que se aproxime el día del abandono de sus minas, sin procurarse en otras regiones la sustitución del mineral, cuya posesión ha de ser, con el tiempo, ocasión de las futuras guerras. Desde luego se presenta un problema, que deben estudiar y meditar los gobiernos de todos los países. La propiedad de las cuencas carboníferas, que son el elemento de primera necesidad de la industria, y que pueden ser en el porvenir las que decidan de la vida ó muerte de una nación, ¿puede consentirse que permanezca á merced de los particulares, ó de empresas que tengan derecho á enajenarlas á los extranjeros? ¿Conviene modificar la actual legislación, expropiando lo que puede algún día afectar á la vida del Estado, ó tomar otras precauciones, siempre indemnizando los perjuicios que se originen? Los particulares no tienen motivo ninguno para alarmarse por estas amenazas tan lejanas: no así los gobiernos, que así como sufren las consecuencias y aceptan los compromisos del pasado, tienen el deber social de preparar el porvenir.

***

Casi al mismo tiempo han sido derrotados en las Cámaras respectivas los Gobiernos de Francia é Inglaterra; pero sólo el Ministerio francés ha presentado su dimisión. La crisis de Francia puede titularse la crisis de las pasas, porque ha producido la derrota del ministerio Tirard en el Senado el temor de los cosecheros franceses de que entren en Francia á bajo precio las pasas de Turquía, á consecuencia de las negociaciones entabladas entre el Gobierno francés y el del Sultán. Los cosecheros de Francia han temido una competencia de vinos artificiales en su mercado que alterase el precio de los vinos naturales. Esta es, por lo menos, la versión más admitida en la prensa francesa, por más que á nosotros nos extrañe esa abundancia de vinos naturales en el país de los artificios, pues es sabido que el adelanto y la habilidad de los franceses les permite ser cosecheros sin necesidad de tener viñas. Lo que tal vez les haya escandalizado es la competencia con vinos que iban á tener jugo de uvas, siquiera fuesen secas.

***

La supresión de veinte Audiencias de lo criminal, que se trataba de impedir y no se ha conseguido, ha revuelto en estos días á la mayoría del Congreso español, y ha producido alguna que otra disgregación en los demás partidos, siendo la más notable la desautorización hecha por el Sr. Cánovas del Castillo de la conducta del Sr. Vizconde de Campo Grande, contrario á la supresión de las Audiencias, por recaer la censura en un conservador antiguo y benemérito, que por primera vez cometía un acto de indisciplina. Sin duda el Sr. Cánovas daba gran importancia al hecho, y la tenía en realidad para el jefe conservador, toda vez que, acusando al Sr. Sagasta de no hacer cuestión de gabinete la economía que se trataba de realizar en el presupuesto, claro es que, al sostener su teoría, no podía incurrir en la contradicción de dejar libre la cuestión á sus amigos.

Ello es que la supresión de las Audiencias produjo gran excitación en la Cámara; un pugilato oratorio entre los Sres. Cánovas y Sagasta; momentos de agitación tumultuosa, y una votación interesante por lo incierta. Fué un incidente económico que adquirió las proporciones de gran acontecimiento político y dejó á muchas gentes disgustadas.

***

Una niña muerta al nacer y nacida antes de tiempo, hija de la infanta D.ª Eulalia, ha sido entregada á la comunidad que guarda en el panteón del Escorial las cenizas de la familia Real de España.

La viuda del general Gándara, y D. José Antonio Albareda, hermano de nuestro embajador en Londres, han bajado al sepulcro en estos días, con verdadero sentimiento de cuantos los trataron.

Otra desgracia, no sabemos si natural ó violentamente producida, ha causado en Madrid penosa impresión: la muerte del Sr. Donderis, secretario de la Audiencia de Madrid, y persona muy estimada y muy simpática. Las dramáticas circunstancias de su fallecimiento, ocurrido ya por la penosa impresión que le produjo una responsabilidad en que había incurrido, ya por no querer sobrevivir á ella, han merecido de toda persona generosa triste y profunda compasión.

***

Murcia ha sufrido de nuevo los estragos de la inundación que periódicamente asuela sus tierras fértiles y hermosas: esta vez no ha sido el agua únicamente la actora material de los destrozos, aunque haya sido la causa; hasta los montes se han movido, desprendiendo rocas enormes y amenazando poblaciones, que se veían á la vez combatidas por dos peligros graves.

Triste situación: el agua subiendo de abajo; las piedras cayendo de las alturas. ¡Pobre Murcia!

***

El presidente del Ayuntamiento de Madrid, Sr. Mellado, ha convocado á la prensa de esta capital para discutir y acordar la manera de celebrar este año la clásica festividad de San Isidro, con novedades y alicientes que atraigan forasteros y compensen al comercio las pérdidas que ha experimentado en estas pascuas, con motivo de la epidemia.

No es fácil inventar diversiones públicas: cada cual se divierte á su manera, pero no sabe cómo entretener á los demás. Desde luego, la fiesta que se proyecta tiene una base: la romería secular en la pradera, que ha ido perdiendo gran parte de su animación y su alegría, por haberla abandonado las gentes de dinero y que dan tono á las fiestas. Sin perjuicio de los espectáculos y de cualquier otro pensamiento, creemos que podría intentarse, sobre la base de la concurrencia á las inmediaciones de la ermita, la construcción de tiendas por los casinos y familias acomodadas, para animar con bailes y tertulias al aire libre la ribera del Manzanares. En otros tiempos así sucedía, ya en la pradera del Corregidor, ya en la misma de San Isidro. Los periódicos podrían tener también sus tiendas, aisladas ó una colectiva, y lo mismo los cuerpos de la guarnición, las agrupaciones y los gremios. Con la circunstancia de que la salud pública nada perdería con unos días de campo para oxigenar al vecindario.

Podría hacerse alguna revista militar: sacar procesionalmente el cuerpo del patrón de Madrid, dando á esta fiesta religiosa una solemnidad oficial y un aparato digno de la corte, é idear cuantos festejos ocurran á la fantasía de la comisión encargada del proyecto.

***

Continúan estrenándose en París obras teatrales que se pueden llamar de malas costumbres. Una de las últimas se titula *M. Betsy*, es decir, un hombre que en vez de dar su apellido toma el de su mujer. Se trata de un hogar en que viven familiarmente y en serio una Eva y dos Adanes de un modo natural y como la cosa más corriente: al fin de la comedia, roto uno de los lazos, quedan solos el marido y la mujer, pero se aburren. El lector comprenderá lo que echan de menos, y la comedia termina sustituyendo con un nuevo pretendiente el individuo que faltaba para reconstituir el triunvirato.

El telón bajó en el último acto en medio de un silencio triste, á pesar de la excelente ejecución. Si para no pasar por autores inocentes se necesita escribir con cinismo y grosería; si la literatura consiste en ensuciar el pensamiento revolviendo indecencias, los dramas y las novelas del porvenir se escribirán en mancebías, y el arte del autor concluirá por ser un oficio degradante.

***

La Antropología, revista de esa ciencia, que ha empezado á publicarse en París, inserta la descripción que han hecho del cráneo de Carlota Corday los sabios antropólogos Sres. Topinard y Benediks.

«Es un cráneo hermoso, regular y armónico, que tiene toda la finura y las curvas un poco redondas, pero correctas, de los cráneos femeninos. Es pequeño, y su capacidad puede calcularse en un buen término medio. El ángulo facial es excelente.» Sólo le encuentran un defecto, que no saben si lo es ó constituye un atractivo: tiene la frente estrecha.

Carlota Corday resulta absuelta de su crimen por la ciencia. La verdad es que el asesinato de Marat es uno de esos actos que producen perplejidad al ser considerados. Se necesita toda la repugnancia que inspira el homicidio, para condenar el de aquel demagogo sanguinario. Hace falta transigir algo con la conciencia para aplaudir aquella acción. Pero si la ciencia nos asegura que el proyecto y la ejecución del homicidio se concibió y decidió en un cráneo bien equilibrado y armónico, el ánimo se inclina á absolver á Carlota Corday: esto es lo más científico.

Por cierto que aquella calavera había sido expuesta en la Sección antropológica de la Exposición Universal por el príncipe Rolando Bonaparte. Y nosotros preguntamos: ¿con qué derecho y en virtud de qué título posee el Príncipe francés el cráneo de la matadora de Marat? Es común entre los médicos y naturalistas la propiedad de esqueletos y calaveras, pero son anónimos; desde el momento en que los restos tienen un nombre conocido, son dueños de sí mismos y no pueden tener propietario, á menos de constar la cesión en el testamento de la persona á quien los huesos pertenecen.

Poseer momias y esqueletos humanos, es practicar la esclavitud de ultratumba. Y como no concedemos á los que nos sobrevivan el derecho de poseer nuestro cráneo, aunque si sucede no lo podremos evitar, negamos al príncipe Bonaparte la legitimidad de los derechos con que se ha apropiado el cráneo que los antropólogos le envidian. Figurémonos que alguno se lo roba; ¿tendrá derecho á reclamar como suya aquella calavera?

Esa posesión de huesos ajenos nos recuerda las escenas graciosas de una novela de Dickens, entre mister Venus, anatómico y comerciante en esqueletos, y el cojo Silas, que trataba de rescatar los huesos de la pierna que le habían amputado y el otro había adquirido. Mr. Venus, que se había quejado de la adquisición por la mala forma de la tibia, que no encajaba en ningún esqueleto regular, apenas se entera de que Silas quiere comprarla, pretende darle valor.

—¿No decía usted—exclama el cojo—que mi pierna es defectuosa y que hizo usted un mal negocio al comprarla?

—Es verdad—contesta Mr. Venus—pero puedo hacerla valer como monstruosidad.

***

—Si vas al pueblo, no te hospedes en casa del albéitar.

Pues ¿qué sucede?

—Es sonámbulo y todas las noches entra en el cuarto de los huéspedes.

—No importa; mi sueño es muy profundo.

—Peor; al que se descuida le pone una herradura.

—¡En qué te ocupas?

—Estoy escribiendo una novela, y para mayor exactitud, tomo los apuntes sobre el terreno.

—¿Será pesado?

—¡Ya lo creo! llevo tres días y he contado las hojas de un arbusto; mañana empiezo á describir un hormiguero, y estoy en el primer metro cuadrado del paisaje.

—¿Y qué sucede allí?

—Nada, absolutamente nada: mi novela es la descripción de un país deshabitado.

Un curioso se acerca á una pobre que pide limosna á la puerta de una iglesia.

—¿Cuántos años hace que pide usted en este sitio?

—Veinte, señor.

—Pues todo ese tiempo la he visto á usted con un niño en los brazos. ¿Tiene usted la bondad de decirme si es el mismo?

—¡A ese! ¡al ladrón!—grita un hombre asomado á la ventana.

Los transeuntes detienen al fugitivo, que protesta de su inocencia, diciendo á grandes voces:

—Soy un hombre honrado.

—Mientes, bribón—replica desde la ventana el denunciador.

—¿No soy tu amigo?

—Sí, lo eres, y valido de ese título, todos los días entras en mi casa y me robas dos horas de trabajo.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Marina, dibujo original de D. Manuel Alcázar.—*Los Dias del abuelo*, dibujo original de Juan Comba.—*Las Mariposas*, cuadro de la Srta. Angela Dubós.—*Los Guardacostas*, dibujo original de Manuel Picolo.

Nuestro colaborador artístico Manuel Alcázar ha presentado en la Exposición de Blanco y Negro el dibujo que reproducimos al frente de este número: titúlase *Marina* (núm. 3 del *Catalogo*), y es una composición intencionada y bien hecha ese hermoso busto de mujer, destacándose en blanquísimo fondo, al lado de la barca pescadora que se columpia en las cercanas aguas.

Los Días del abuelo se titula el dibujo original de nuestro amigo D. Juan Comba, que publicamos en la pág. 165.

El asunto es una escena de familia, muy simpático: un don José, cargado de años y de achaques, se encuentra sorprendido, en la mañana del día de su Santo Patrón, por la alegre algarabía de sus nietos, que van á felicitarle; lee sonriente la expresiva dedicatoria escrita al pie de un dibujo que le presenta una niña, la más formal y aventajada, mientras las otras aguardan impacientes con sus respectivos regalos: el Benjamín de la casa no quiere ser menos que sus hermanitas, y muestra con orgullo una plana de gruesos palotes.....

Este dibujo es un verdadero cuadro al blanco y negro.

¡Qué poético asunto el del cuadro de la señorita Angela Dubós! Revélase en esa composición el ingenio distinguido y el gusto delicado de una verdadera artista.

La preciosa muchacha que aparece sentada en un banco de piedra, en medio de frondoso parque, no es la fatídica Pandora abriendo la caja donde estaban aprisionados los males y las des-

dichas que afligen á la humanidad: es gentil representación de la Primavera, que da libertad á los alados mensajeros de la estación de las flores, de las auras tibias y perfumadas, del amor y la alegría.

Tal es el cuadro *Las Mariposas*, original de la señorita Angela Dubós, que reproducimos en el grabado de la pág. 168, delicadamente ejecutado por Carlos Baude.

Los Guardacostas (véase el grabado de la pág. 169) es un caprichoso dibujo que exhibe en la Exposición de Blanco y Negro (núm. 93 del *Catálogo*) el socio del Círculo de Bellas Artes don Manuel Picolo.

En viejo cañón de bronce, emplazado en baja costa, dos niños aldeanos, cansados de vagar por el campo y por la arenosa playa, buscan plácido reposo; y cautiva al observador el contraste que forma la representación de la fuerza en aquella máquina de guerra, con la debilidad infantil personificada en los humildes aldeanitos.

Esta obra del Sr. Picolo ha sido favorablemente juzgada por la prensa periódica de esta corte.

***

EXCMO. SR. D. CLAUDIO MOYANO Y SAMANIEGO,

senador vitalicio, ex ministro.

Nuestros lectores saben que en la tarde del 7 del actual murió en esta corte el Excmo. Sr. D. Claudio Moyano y Samaniego, respetabilísimo hombre público, último representante del antiguo partido moderado.

En la pág. 164 damos su retrato, y á continuación escribimos algunos datos biográficos que amplían los publicados en la *Crónica general* del número precedente.

El Sr. Moyano recibió el grado de doctor *in utroque jure*, como antiguamente se decía, en 1833, y dos años más tarde ganó una cátedra de Economía política en la Universidad de Valladolid; en 1841 fué alcalde constitucional de la misma ciudad, y en 1850, después de ser diputado á Cortes en varias legislaturas, recibió el nombramiento de rector de la Universidad Central; fué ministro de Fomento en 1853, bajo la presidencia del general Lersundi, y volvió á serlo en 1857 con el general Narváez, y en 1864 en el gabinete que presidió D. Lorenzo Arrazola, efectuando reformas de gran trascendencia en la enseñanza pública, entre ellas la que representa el plan de Instrucción de 9 de Septiembre del referido año 1857.

Defensor de los principios políticos del partido moderado, y singularmente de la unidad religiosa, volvió al Congreso de los Diputados en la primera legislatura del reinado de D. Alfonso XII, tomando activa parte en los debates parlamentarios, y fué senador por la Universidad de Madrid en 1881 y 1883, habiendo sido nombrado senador vitalicio en 1887.

Era fundador é individuo de número de la Real Academia de Ciencias morales y políticas, había sido presidente de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, y poseía la gran cruz de Carlos III desde Noviembre de 1864.

Ha fallecido á la avanzada edad de ochenta años, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad.

El cadáver del Sr. Moyano, expuesto dos días en capilla ardiente en el domicilio de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación (que no vaciló en tributar ese homenaje de respeto á su ilustre ex presidente), fué conducido con solemne pompa fúnebre á la estación del Norte, para trasladarle al panteón de familia en Fuente la Peña (Zamora), en la tarde del 9.

Ocho académicos trasladaron el féretro, á las cuatro, desde la capilla ardiente al coche fúnebre, del cual tiraban seis caballos negros y con gualdrapas de luto; porteros del Senado, Universidad y Academia, con velas encendidas, situáronse á los lados del mismo coche; elegantes coronas ofrecidas por las mencionadas Academias, comisión de maestros de instrucción primaria, redacción de un periódico del magisterio, familia del finado, etc., fueron colocadas sobre el féretro, cuya cabecera ostentaba la muceta y el birrete del doctor; el duelo era presidido, en representación de varias corporaciones, por los Sres. Marqueses de la Habana y de la Vega de Armijo, Silvela (D. Francisco) y Barzanallana (D. José); en él figuraban hombres distinguidos en el foro, en los cuerpos docentes y en el Parlamento, y á continuación seguían numerosos carruajes, detrás del de respeto del Senado.

En esta forma la fúnebre comitiva se dirigió á la estación del Norte, donde el féretro fué colocado en un vagón para transportarle á Fuente la Peña, en cuyo cementerio han sido inhumados los restos mortales del que fué en vida D. Claudio Moyano y Samaniego.

Descanse en paz el alma del distinguido hombre político que, por su lealtad, su honradez, su caridad y su ilustración, era venerado hasta por sus mismos adversarios.

Nuestro segundo grabado de la misma pág. 164 (dibujo del natural, por Comba) representa la traslación del féretro, en hombros de ocho académicos, al coche fúnebre.

***

D. EMILIO SERRANO,

autor de la ópera *Doña Juana la Loca*.

En la pág. 172 damos el retrato del aplaudido maestro compositor D. Emilio Serrano, autor de la ópera *Doña Juana la Loca*, estrenada con buen éxito en el teatro Real de esta corte la noche del 2 del corriente.

El Sr. Serrano es antiguo conocido de los *dilettanti* madrileños: pensionado en Roma, donde escribió hermosas composiciones musicales, y dejó gratos recuerdos como aventajado artista, regresó á Madrid hace algunos años con su primera ópera *Mitridates* (libreto del distinguido coronel de Estado Mayor don Mariano Capdepón), la cual fué representada con grandes aplausos en el mismo teatro Real.

En la actualidad se dispone á conquistar nuevos lauros artísticos, escribiendo otra ópera inspirada en el drama *La Peste de Otranto*, del Sr. Echegaray, y con arreglo á libreto del mismo popular dramaturgo.

***

RETRATO DE D. LUIS FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE, individuo de número de la Real Academia Española.—(Véanse los apuntes necrológicos en la pág. 171.)

***

EDIMBURGO (ESCOCIA):

El Puente del Forth, el mayor del mundo.

El día 5 del corriente se verificó la inauguración del puente sobre el Forth, situado al Noroeste de Edimburgo y no lejos de Queensferry, presidiendo la solemne ceremonia los Príncipes de Gales, y asistiendo, además del elemento oficial, en representación muy numerosa, notables ingenieros ingleses y franceses, entre éstos los señores Eiffel, Picard, Pereire y otros, acompañados de M. Guillain, director general de Puentes y Calzadas en el Ministerio de Obras Públicas de Francia.

Nuestros lectores tienen ya noticias de ese colosal puente, *el mayor del mundo*, porque le hemos descrito en este periódico (véase el núm. XLII de 1889); hoy damos en la pág. 172 una vista general del mismo, y podemos ampliar aquellas noticias con nuevos y curiosos datos, que publican los periódicos ingleses.

El puente del Forth está destinado á economizar dos horas en el recorrido de trenes de Escocia, haciendo que la vía férrea cruce en línea recta sobre aquel río, el cual es en su desembocadura un ancho brazo de mar, y así los ingleses practican una vez más su famoso proverbio *The time is money*, ó sea «el tiempo es dinero»; antes de los ferrocarriles, hacia 1818, el ingeniero Mr. Anderson propuso la construcción de un inmenso puente colgante (precisamente en el mismo sitio donde se ha hecho el actual), y otros ingenieros proyectaron un túnel; pero la idea de construir el puente no tomó verdadera forma práctica hasta que las administraciones de los caminos de hierro encomendaron el proyecto á los ingenieros Harrisson, Barlow, Fowler y Baquer; las primeras obras se comenzaron en 1883, y á mediados de 1888 estaba ya resuelto el problema de colocar los dos grandes arcos metálicos de 521,25 metros cada uno, los mayores que se ha tenido la audacia de construir hasta el presente.

Para formarse idea aproximada de esa inmensa obra, una de las maravillas del genio humano, téngase presente que cada uno de esos dos tramos metálicos, con sus enormes brazos equilibrados, es casi el equivalente á dos torres Eiffel colocadas en dirección horizontal y unidas por la cima; gigantescos arcos que constituyen la más sorprendente obra maestra de la construcción metálica.

Cada uno de los dos pilares ó apoyos centrales, de metros 709,70 de altura, está formado por cuatro gruesos tubos de acero, ó sean pilares también, que gravitan sobre un monolito de piedra dura de Aberdeen, y asemejanse á titanes sentados en el río y extendiendo sus brazos oblicuamente para sostener la atrevida construcción; el conjunto ofrece una solidez á toda prueba, porque la resistencia del viento, principal fuerza que se debe tener en cuenta en obras de ese género, ha sido calculada á razón de 273 kilogramos por metro cuadrado; la longitud total es de 2.400 metros, ó sean 1.600 la del puente propiamente dicho, y 800 la de los dos viaductos de acceso; los cimientos de los grandes pilares han absorbido 25.000 toneladas de piedra y de cal hidráulica, y las construcciones metálicas, 54.000 toneladas de hierro y acero; los remaches para la unión de trabazones pasan de ocho millones, habiéndose efectuado la operación del remache, así como las de elevar y montar las piezas metálicas, con máquinas especiales y magníficas grúas, movidas por fuerza hidráulica; el coste total de la obra ha excedido de 50 millones de pesetas.

La prueba oficial se verificó el 21 de Enero último: dos trenes de 50 vagones de mercancías, remolcados por dos poderosas locomotoras (peso total: 1.800 toneladas), pasaron á todo vapor á lo largo de las dos vías del puente, y el coloso no experimentó la más insignificante alteración bajo carga tan excesiva.

Y ahora, inaugurado ya el puente del Forth, los trenes pasan por él diariamente, con tanta velocidad como por tierra firme, y bajo sus arcos ciclópeos cruzan los buques más colosales, como el acorazado británico *Devastation* en el día de la ceremonia inaugural.

***

MADRID:

Establecimiento de aguas sulfhídricas y sulfurosas artificiales.

¿Tenemos necesidad de encomiar los indiscutibles resultados de las aguas llamadas sulfurosas, tan abundantes en la Naturaleza? Esto sería repetir hecho de todos conocido, lo mismo del médico que continuamente las prescribe, que del enfermo que constantemente las necesita, porque son constante recurso de la terapéutica hidrológica.

Y he aquí por qué no sólo es de utilidad, sino hasta indispensable, en poblaciones como la corte de España, el magnífico establecimiento denominado *Aguas sulfhídricas y sulfurosas artificiales*, instalado en Madrid (Olózaga, 1 duplicado), con privilegio por veinte años, bajo la dirección del ilustrado doctor en Medicina y Cirugía, D. José Olavide y Malo: en él se puede continuar un plan curativo á base de las aguas sulfurosas durante todo el año, cosa hasta ahora imposible á pesar de su necesidad, y por lo tanto, las personas que acostumbren á concurrir á Archena, Betelu, Elorrio, La Puda, etc., ó tengan que someterse al régimen de estos ú otros análogos manantiales, pueden empezar y seguir su tratamiento en el mismo, ó bien prolongarlo durante los meses de otoño, invierno y primavera, en que tanto molestan ciertas enfermedades, encomendando al agua mineral artificial la misión de acabar y asegurar el efecto de la natural empleada durante el verano; y sabido es que las aguas sulfurosas ejercen acción muy benéfica sobre diversas enfermedades, como los catarros bronquiales crónicos, ciertas manifestaciones cutáneas, el reumatismo, el *lupus*, la anemia, etc.

Describamos los grabados de la pág. 173, que reproducen cuatro salas del Establecimiento.

El primero, *Sala de bebidas sulfhídricas y sulfurosas*, es un lindo gabinete situado á la derecha del vestíbulo: por depósitos y cañerías de cristal se dirige el agua sulfurosa hacia las bocas de una elegantísima fuente, situada en el testero principal del gabinete y siempre en condiciones de poder ser servida á la temperatura ambiente ó á otra más elevada, sin que en momento alguno hasta el de su salida, esté en contacto con el aire atmosférico, y cuatro grifos señalados con los números romanos I, II, III, IV, arrojan respectivamente distintas clases de agua sulfurosa, dotada de gran riqueza química y constantemente invariable.

Las aguas sulfurosas *naturales* similares á las que arrojan esos caños son innumerables: las del I *(sulfhídricas)* corresponden á las de Albotea, Carratraca, Elorrio, Escoriaza, Gaviria, Ledesma, Santa Agueda, etc.; las del II *(sulfurado-sódicas)*, á las de Betelu, Caldas de Cuntis, Carballino, La Puda, Zuazo; las del III *(sulfurado-cálcicas)*, á las de Arechavaleta, Bañolas, Buyeres de Nava, Grávalos y Villaro; las del IV *(clorurado-sódicas-sulfurosas)*, á las de Alsasua, Aramayona, Archena, El Molar, Otálora, Salinetas de Novelda, Tiermas, Zaldivar y otras.

El servicio se hace por medio de copas graduadas, sin perjuicio de que los concurrentes al Establecimiento puedan llevar otros vasos particulares, y está organizado de manera que se pueda tomar las aguas sulfurosas mezcladas con leche, con horchata ó con jarabes.

La *Sala de inhalación y pulverización para señoras* está á la izquierda del vestíbulo, y contigua, aunque independiente, á la de caballeros: las dos son iguales, bellos salones decorados con elegancia, donde los concurrentes encuentran una instalación de aparatos pulverizadores de esbelta forma y superior construcción, destinados á aplicar el agua sulfurosa en estado de división ó tenuidad grandísima, sobre la laringe ó la faringe, la cara ó la cabeza, con facultad de poder variar así la fuerza de proyección como la magnitud de las partículas líquidas, merced á las distintas piezas supletorias de dichos instrumentos, verdaderos modelos entre los de su clase.

Sabido es que el campo de las pulverizaciones sulfurosas es muy extenso, por estar indicadas en numerosas enfermedades.

La *Estufa de vapor* es una cámara especial, con ambiente de alta temperatura, para producir una gran sudación de la piel con fines terapéuticos, indispensable en algunos casos, y está destinada á los enfermos que deseen continuar el mismo tratamiento que en Archena y en otros balnearios.

El «*Vaporarium*» *para inhalación difusa* es una instalación nueva y perfectamente presentada: un gabinete de cristales cerrado herméticamente; en la pared de la derecha hay una roca artificial, bien ejecutada, y en las otras paredes se apoyan divanes y sillones; de la roca surge una cascada, en forma de manantial, del que se desprende el gas sulfhídrico nitrogenado, dosificado y mezclado con vapor de agua, el cual aspiran los concurrentes, no sólo sin molestia, sino con perfecta comodidad.

Hay además otras salas de inhalación, gabinete neumático, baño general y de irrigación, salones para duchas generales, ascendentes y rectales, instalación electroterápica, etc., y el día 1.º del próximo Abril se inaugurará un lindo gabinete de duchas naturales y sulfurosas.

En resumen: el establecimiento *Aguas sulfhídricas y sulfurosas artificiales* revela un brillante progreso, y su propietario y director facultativo merecen los más cordiales plácemes.

***

EXCUSABARAJA, tal como está dibujada en el privilegio de armas de los Marqueses de Moya.—(Véase el artículo correspondiente, pág. 167.)

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

CRÓNICA VATICANA

SUMARIO.

El aniversario de la coronación de León XIII.—Discurso del Pontífice al Sacro Colegio.—Liquidación de las ofrendas hechas durante el Jubileo Sacerdotal.—Donativos del mundo católico, para la propagación de la fe.—Presupuesto de la Santa Sede.—Las Basílicas de Roma.—Dollinger y los *viejos católicos* de Baviera.—El centro católico del Reichstag.—Beatificaciones y canonizaciones próximas.—El centenar de San Gregorio Magno.

No siempre las luchas políticas ó internacionales han de ocupar las páginas de estas crónicas, ni las descripciones de espectáculos teatrales ó de brillantes fiestas europeas han de escatimar todo puesto á lo que, siendo católico, es universal, y afectando á los más elevados sentimientos del alma, debe interesar á todas las inteligencias elevadas y hablar á los corazones que sienten la fe cristiana. El Vaticano tiene también su puesto en LA ILUSTRACIÓN, que se dirige á lectores, en su inmensa mayoría católicos, de España y América, como lo concede á los palacios regios, á los parlamentos, á los comicios electorales y á los teatros.

Todavía recuerdo aquel día de Febrero de 1878 en que, sucediendo á los dos grandes lutos consecutivos de Italia, las muertes de Víctor Manuel y Pío IX, Roma supo á las tres de la tarde que el Cónclave había elegido Papa á León XIII. Diez días después, en San Pedro había un pueblo inmenso esperando la coronación del nuevo Pontífice, como el 18 de Febrero los romanos y las tropas itálicas, mandadas por el infeliz Duque de Aosta, habían esperado la bendición *urbi et orbi*, dada desde la Logia de la basílica vaticana.

Desde las magníficas festividades del Jubileo sacerdotal, pocas funciones religiosas tan bellas he visto en Roma como la celebrada el 3 de Marzo de este año, con ocasión del duodécimo aniversario de aquellos hechos que he traído á la memoria. Si bien este invierno la colonia católica no sea en Roma lo que en tiempos más felices para ella, en que excedía de 25.000 extranjeros, cifra cuadruplicada cuando el Jubileo sacerdotal, las invitaciones para asistir á la capilla Sixtina fueron codiciadísimas; y muchos miles de católicos que no pudieron hallar puesto en el recinto limitado del Santuario Vaticano, debieron contentarse con presenciar el paso del cortejo de Su Santidad por las magníficas galerías y salones del inmenso palacio apostólico. Al interés filial de contemplar al Santo Padre, después del fallecimiento de su amado hermano, para cerciorarse con sus propios ojos de la protección verdaderamente divina que el Señor le concede, confortándole en sus penas y en sus años avanzados; y al deseo, no menos natural, de asociarse con sus aclamaciones entusiastas y sus homenajes reverentes á la conmemoración de una fecha tan célebre como la elección y coronamiento del actual Pontífice, se unió el anuncio hecho por la prensa, de que ya en las *loggias* de Rafael, ó en la Sala Ducal de la princesa Matilde, se verían formadas, cual lo aparecieron, en cuatro filas, las falanges de Buffalo-Bill, la compañía americana, de fama universal, que en Roma, donde ha plantado sus tiendas y anfiteatro al pie del monte Mario, han dado un espectáculo pocas veces sobrepujado en emociones, reduciendo sus *cow-boys* y sus vaqueros de la California, en pocos minutos, á los más salvajes potros del Agro romano, hasta convertirlos en corceles fogosos, pero obedeciendo á sus jinetes con la misma facilidad que si se tratase de corderos un tanto montaraces.

Efectivamente, junto á las princesas y magnates veíanse este día en el Vaticano, con sus trajes pintorescos y originalísimos, los indios de las pieles rojas, los *cow-boys* de la California, los vaqueros de Méjico, las apuestas tiradoras de los Estados Unidos, llevando á su cabeza al coronel Cody, ó Buffalo-Bill.

Todo lo cual, con los alabarderos suizos, cuyo traje dibujó Rafael, con los Cardenales vestidos de púrpura y armiño, los Camarlengos y Monseñores con sus togas de ceremonia y los caballeros de capa y espada con sus vestiduras á lo Felipe II, constituía el más bello y variado cuadro.

Los componentes de la compañía Buffalo-Bill, en su mayoría católicos, yendo organizados al Vaticano, muy de mañana, al atravesar desde los Pradi di Castello las cercanías de la gran mole Adriana, entrando en la columnata de la plaza de San Pedro, recibieron del pueblo reunido en aquellos sitios, ovación igual á la que el Colegio Anglo-Americano de Roma les hizo en su Circo-hipódromo el día de su primera representación. Demos-

traciones éstas á las cuales otros institutos de religiosos y religiosas de América, sabiendo qué esfuerzos ha hecho Buffalo-Bill, en medio de sus campañas de todo género, para atraer al cristianismo á los hijos de las selvas y de las montañas, han unido ofrendas de rosarios y de cruces, de igual manera que el Santo Padre quiso unir á su bendición otras medallas con su efigie y recuerdos de la Exposición Vaticana.

Cuando los pieles rojas vieron aparecer á León XIII en la silla gestatoria, rodeado de aquellos *exentos* ú oficiales de la guardia suiza, verdaderos gigantes blandiendo en sus manos espadas colosales de la Edad Media, y de los *fabelis*, agitando los legendarios abanicos de pluma de avestruz, insignia de mando para los indios, como las de los caciques que nos pinta Fenimore Cooper, todos cayeron de rodillas, exhalando aquellos habitantes sacados por Buffalo-Bill de las selvas americanas, un grito verdaderamente salvaje, hurra de su entusiasmo hacia el que en América como en Europa, y en los bosques al igual que en el Vaticano, aparece ante los cristianos como Padre común de los fieles.

El Papa, con toda la bondad de este título de Padre y la dignidad del Pontífice, dió con efusión su bendición apostólica á los indianos de los Estados Unidos, á los *cow-boys* de California, á los vaqueros de Méjico, de igual suerte que al brillantísimo concurso que se agolpaba al paso de la silla gestatoria. No había visto escena tan característica desde que en el centenario de los santos que llevaron la voz del Evangelio á la Servia y á la Herzegovina, puestas bajo el protectorado de Austria-Hungría, vino á Roma hace años la gran romería de aquellas regiones de Oriente.

El Pontífice, entrando inmediatamente en esa capilla Sixtina que el Juicio final de Miguel Angel y los tapices dibujados por Rafael hicieron eternamente famosa, fué á ocupar el trono, y teniendo á su derecha al príncipe Orsini, asistente al Solio Pontificio, y á su izquierda un cardenal sentado en taburete, mientras los canónigos de San Pedro, que, como prelados que lo son todos, revisten trajes tan característicos, ocupaban la gradería del trono mismo.

Magnífico golpe de vista el del templo. En las tribunas el Gran Mastre de Malta, un retratro del Tiziano, vistiendo el traje de terciopelo negro, sobre el cual se destaca al pecho la cruz blanca de Jerusalén, mientras los bailíos y caballeros profesos de esta orden revestían el pintoresco traje del *Cinquecento*. Los embajadores eran numerosísimos en su tribuna especial, llamando la atención el de España, Duque de Baena, por su hábito de Calatrava, y la Embajadora de Austria-Hungría, que en el de esposa de un magyar húngaro, parecía orgullosa de llevar en brillantes la cruz concedida por el Santo Padre. El patriciado romano estaba *au complet*, viéndose, junto á sus esposos, las princesas Altieri, Rospigliosi, Borghese, Salviati y Aldabrandini; en el puesto especial de la familia del Pontífice, su sobrina, la Condesa española Pecci, que había dado albergue en su tribuna á la duquesa Leonore Torlonia, que á su vez lucía la reciente cruz de Malta, enviada por León XIII á la compañera del que hace un año no vaciló en sacrificar su alto cargo al frente del Capitolio de Roma, por cumplir los deberes de católico, cuando el Jubileo Sacerdotal del actual Pontífice. El cardenal Melchers ofició la misa, leyendo la Epístola un prelado de Austria, que me dijeron ser hijo de su embajador, Conde de Revertera, y que como nuestro compatriota monseñor Merry, prelado doméstico de Su Santidad, é hijo igualmente del Embajador de España en Viena, se cuentan entre los más jóvenes miembros del Episcopado y prelatura Pontificia.

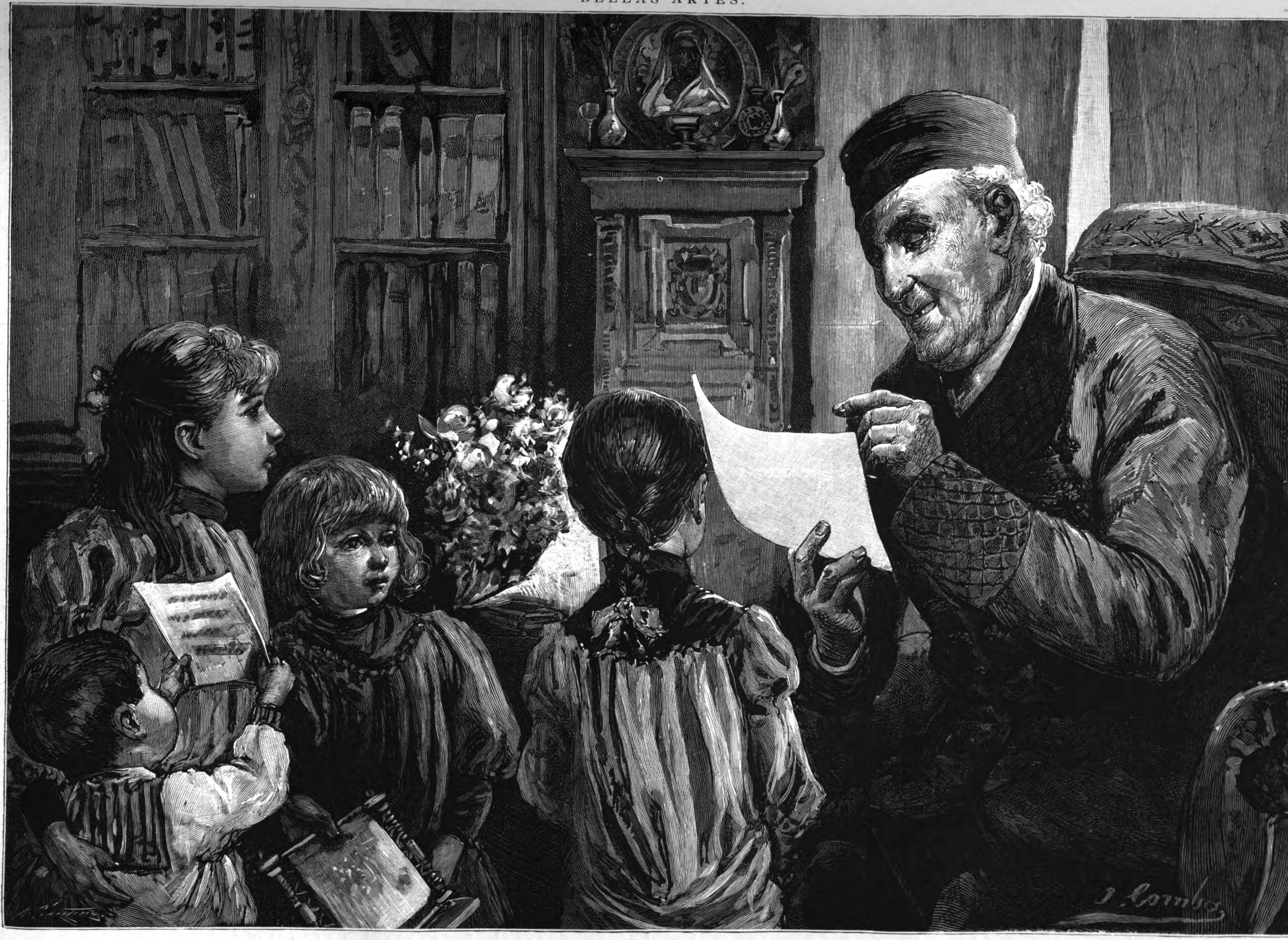
A la elevación de la hostia, el Papa, arrodillándose, ora profundamente, y cuando al *Agnus Dei* sigue el besar el símbolo de la paz en nuestras catedrales, abraza á los cardenales, que ascienden las gradas del trono y que, después de comunicarse el abrazo del Pontífice, lo dan al príncipe Orsini, asistente al Solio. Cuando el santo sacrificio va á terminar, León XIII reviste de nuevo



EXCMO. SR. D. CLAUDIO MOYANO Y SAMANIEGO,
SENADOR VITALICIO, EX MINISTRO, RECTOR QUE FUÉ DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL.
Nació en Boedo (Zamora), en 1809; † en Madrid, el 7 del corriente.



MADRID. — TRASLACIÓN DEL CADÁVER DEL EXCMO. SR. D. CLAUDIO MOYANO, DESDE LA CAPILLA ARDIENTE AL COCHE FÚNEBRE, POR OCHO ACADÉMICOS DE LA REAL DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN. — (Dibujo del natural, por Comba.)



«LOS DÍAS DEL ABUELO.»
DIBUJO ORIGINAL DE JUAN COMBA.

la tiara, y con voz sonora, notable á sus años, ha dado la bendición al distinguido concurso que llenaba la capilla Sixtina, y que cae de rodillas á sus plantas. Entre esta concurrencia estaba Buffalo-Bill y el Príncipe de Hanan, hijo de uno de los soberanos que la constitución del Imperio germánico privó de su trono, y en cuya reciente conversión al catolicismo cupo parte influyente á la reina Isabel de España.

***

Veinticuatro horas antes, había dado Su Santidad audiencia al Sacro Colegio, cuya voz llevó su decano, cardenal Monaco La Valletta, para augurar, en el aniversario de la coronación pontificia, larga vida al que en la tierra defiende con tan heroica constancia la religión de Jesucristo y cumple su altísimo ministerio apostólico por modo tan admirable y en tiempos tan difíciles para la Sede católica.

Aunque la prensa diaria haya anticipado la respuesta del Papa, es tan bella, que no resisto á consignar sus conceptos más elevados. Después de mostrarse profundamente reconocido al Sacro Colegio, dice que el doble aniversario invocado por el Decano de los Príncipes de la Iglesia, al recordar su grave edad y su apostolado al frente de la cátedra de San Pedro, encierra una enseñanza. «Nuestra vida, añade, que está en manos de Dios, la tenemos completamente consagrada hace tiempo al servicio de la Iglesia, y nuestro voto más ardiente es que cada día de existencia que nos quede contribuya á la exaltación de esta Iglesia misma, al crecimiento de la fe y á la salvación de las almas. Y dado que los presentes tiempos son de guerra cada vez más fiera, y los enemigos muchos, poderosos, y unidos doquiera en formidable liga contra la Iglesia de Cristo y el Pontificado, la gracia que imploramos, y que deseamos impetren del cielo las oraciones de nuestros hijos, es que no nos falte con la edad el vigor necesario para las grandes luchas y aquella fuerza que baste para los inmensos cuidados que lleva consigo el ministerio apostólico.

»Desde los principios de nuestro Pontificado, creímos ser especialísima misión nuestra mostrar al mundo los grandes tesoros de la doctrina católica, por muchos no bien conocida, de otros alterada, calumniada y combatida, porque estamos profundamente convencidos de que de tal doctrina, fielmente entendida y practicada, surgiría infaliblemente la más feliz y completa solución de los grandes problemas que agitan hoy la sociedad humana, como remedio eficaz de tantos males como la trabajan. Lo hemos demostrado, especialmente en lo que toca á la estabilidad y orden de la sociedad doméstica, á la constitución del Estado, á los peligros del socialismo y al bienestar de las clases obreras.

»Es sumamente deplorable que la razón humana, rechazando el someterse á Dios, de quien esencialmente depende, se rebele á la luz de la verdad divina, la impugne audazmente y llegue á oponer á la divinidad lo que orgullosa llama la conquista de los nuevos tiempos. La experiencia de nuestro siglo, prueba qué pueden esperar de esta soberbia la prosperidad de los pueblos, la tranquilidad de los Estados y la felicidad de las familias.»

El Pontífice declara ser «grande y funesta aberración creer que las enseñanzas católicas sean incompatibles con los progresos de la presente sociedad, cuando sólo lo son con los errores por la malicia y la ignorancia en tales progresos introducidos. La verdad y los principios reguladores de la armonía social pertenecen á todos los tiempos y poseen la virtud, siempre fresca y siempre nueva, de producir en toda época la vida y salvación de la humanidad. Desventurada la sociedad si en medio de las agitaciones de la soberbia y de la licencia humana no resplandeciese siempre sobre la tierra el sol de la verdad católica, para alumbrarla con su luz y confortarla con sus rayos fecundadores. El ministerio de la palabra, para llevar á todas partes la doctrina de Jesucristo, de que es depositaria la Iglesia, constituye gran parte de nuestro oficio apostólico, y á este deber, con la ayuda del cielo, no faltaremos nunca.

»No importa que muchos desprecien y escarnezcan esta palabra, que injuriándonos altamente vean en ella la rebelión contra las potestades terrestres, cuando es sólo debido homenaje á Dios; que la crean rebajamiento de la razón, cuando sólo simboliza la suma perfección de esta razón misma, y tomen por servidumbre lo que significa verdadera libertad digna del hombre. Es esto motivo más para esclarecer la verdad de las celestes enseñanzas, las cuales, si la sociedad ha de salvarse, pronto ó tarde acabarán por triunfar contra las extravagancias de la perversidad humana. Pluguiere al cielo, dice al terminar su alocución el Pontífice, que aquellos que tienen en sus manos los destinos de las naciones, en medio de este predominio de ideas las más subversivas, se consagren en interés de la sociedad á conseguir cese la guerra que en todas las esferas de la enseñanza, por la estampa atea, y merced á toda clase de medios, se mueve contra la doctrina católica. Y plegue al Señor también que se decidiesen á poner la Iglesia católica y á su Pastor Supremo en aquellas condiciones de libertad é independencia que le permitan ejercer la misión recibida de Dios para la salvación del mundo.»

Este notabilísimo discurso tuvo término con la bendición papal, dada no sólo al Sacro Colegio sino al Patriarca de Constantinopla, á los arzobispos y obispos de la cristiandad allí presentes, y á los institutos religiosos de Roma.

***

Terminadas las ofrendas á que dió motivo el Jubileo sacerdotal de León XIII y la Exposición Vaticana, se disolvió el Comité que se había organizado en Roma, presentando antes sus homenajes al Padre Santo y el resultado de las oblaciones de los fieles, ascendiendo á tres millones de liras. Hay que unir á esta cifra no menos de doce millones que han mandado los prelados y comités del resto del Universo católico. No es ésta la sola muestra de la piedad y generosidad de cuantos se interesan así por el esplendor de la Santa Sede, privada hoy de toda otra clase de recursos, como por los progresos de la fe católica en el mundo. Así para el óbolo de San Pedro como para la propaganda de la religión católica, se han recaudado durante el año de 1889 más de tres millones de francos. En ellos figura Austria por 400.000, España por 200.000, Francia por 320.000, Irlanda por 150.000, Inglaterra por 95.000, Bélgica por 155.000, Suiza por 55.000, la Polonia por 85.000, Africa por 95.000, Asia por 100.000, la Rumania por 100.000, Italia por 855.000, Portugal por 150.000, los Estados Unidos de América por 285.000, y las naciones que constituyen la América del Sur por 310.000.

En Australia, la Oceanía y Rusia, Suecia y Noruega, las oblaciones han excedido de otros 100.000 francos. No figuran en la nota oficial la Turquía, la Grecia y otras naciones de Oriente, donde imperan el Islam ó la religión griega; pero no por ello han dejado los católicos de Oriente, de los cuales son numerosísimos los armenios que, con diverso rito, permanecen, sin embargo, adheridos á la Santa Sede, de ofrecer su óbolo al Padre común de los fieles, al propio tiempo que presentan constantes ofrendas para el desenvolvimiento de la religión católica en Palestina, en el Líbano y en otras regiones orientales.

Aparte de estas ofrendas consagradas á la predicación del Evangelio en las regiones más ignotas del mundo para contribuir á la propagación de la fe, viéronse en la Exposición Vaticana donativos de muchas naciones católicas, y con especialidad la Bélgica, conteniendo objetos para facilitar y enaltecer la obra del misionero. Junto al bello altar de campaña, sencillísimo y de fácil conducción aun por los desiertos del Africa, estaba la maleta portátil á mano, conteniendo lo más indispensable para el sacerdote que ha de vivir años fuera de todo contacto con la Europa y el mundo cristiano, y en la cual no olvidó el piadoso donador aquellos objetos que más podían agradar al indio ó al africano, predisponiéndolo á oir la palabra evangélica del predicador apostólico.

El universo católico comprende, á juzgar por tan numerosas ofrendas, la necesidad que de ellas siente el Pontificado. Privado de todo poder temporal y de todo territorio, sin otro ingreso que los tres millones que al posesionarse de Roma votó al Pontífice el Parlamento itálico, dotación que ni Pío IX ni León XIII han creído podían con dignidad aceptar, y de la cual la primera anualidad la ha retirado ya de la Caja de Depósitos el Tesoro itálico por el derecho de prescripción, tiene el Vaticano que hacer frente á un conjunto de gastos que excede de siete millones de liras, según el presupuesto para el año de 1890, y en el cual existen partidas de 400.000 liras para los pobres, de más de un millón para institutos de enseñanza católica y escuelas cristianas, de 360.000 para iglesias y sacerdotes pobres, y de otras 300.000 para la conservación de las basílicas de Roma. Aun no bastando esta cifra, León XIII ha consagrado millones de las ofrendas á su persona enviadas, para embellecer más y más San Pedro, restaurar la basílica de los Santos Apóstoles, reedificar de planta la mitad de San Juan de Letrán, y ayudado ahora por el presupuesto de Cultos del Estado, completar la magnífica restauración de San Pablo, iniciada por León XII después de su grande incendio. Y ya que de esta basílica, que rivaliza con la de Santa Sofía de Constantinopla, hablo, diré que terminadas en el interior del templo sus naves legendarias, la galería en mosaico de los Pontífices, el ornamento de sus espléndidos altares, algunos de malaquita, y que fueron regalo del czar Nicolás de Rusia á Pío IX, como la gran fachada que prospecta al Tíber con su estupendo mosaico y columnas de mármol, que en nada ceden á las del panteón de Agripa, va á procederse á completar este pórtico, que lo constituirá un patio con columnas, á semejanza del que Miguel Angel puso en la Cartuja de las antiguas termas Diocleciánas, y que llevará sobre aquél la ventaja de presentar en sus nichos, como las paredes de este gran claustro, revestidas de mármol, las estatuas de los Apóstoles, constituyendo monumento imperecedero consagrado á la memoria y al culto del gran Apóstol de los Gentiles.

Como al lado de la elevación de ideas la gran cualidad de León XIII es el orden en todo, no contento con el arreglo por él introducido en la hacienda vaticana y con las economías hechas en todo lo que pudiera parecer gasto inútil, acaba de nombrar una comisión de tres Cardenales, que sea como el Tribunal de Cuentas destinado á investigar las del presupuesto Pontificio.

Su *desideratum* es completar la obra iniciada por su antecesor, para que la Santa Sede pueda vivir con recursos propios, reconstituyendo aquel patrimonio, que, como el territorial de San Pedro, fué dado al viento por la conquista y ocupación de Roma.

Y al propio tiempo, como Italia no es la Francia, donde una suscrición nacional católica produce veintidós millones de francos para que dentro de tres meses pueda inaugurarse la asombrosa basílica del Sagrado Corazón sobre esas mismas alturas de Montmartre donde van á cumplirse veinte años que perecieron por el fuego de la *Commune*, junto á generales y ciudadanos, párrocos y sacerdotes de las iglesias de París; el Pontífice, una vez nivelado el presupuesto vaticano, aspira á que el doble óbolo de San Pedro y de Propaganda Fide sirva á la reparación de templos, no sólo en Roma sino en el mundo, y al crecimiento de las misiones evangélicas en el universo.

***

En la Cámara de Señores de Baviera, el príncipe Luis, uno de sus miembros, y el Ministro de Negocios Extranjeros, declararon que de hoy más la secta llamada los *viejos católicos* no tendría un carácter oficial á los ojos del Estado, no respondiendo á ninguna necesidad religiosa ó social.

Así se ha extinguido antes de los dos meses de su muerte aquel grupo religioso que, probablemente en un movimiento más de soberbia que de inspiración religiosa, fundó el ilustre profesor de la Universidad de Munich, llamada la Atenas de Alemania, Ignacio von Dollinger, del que no he tenido ocasión de hablar antes en estas crónicas, no obstante haber fallecido el 10 de Enero en la capital de la Baviera, su patria, á la suprema edad de noventa y un años. Nacido en Bamberg, la ciudad que dió su título á la legendaria amada de Carlos V, en 1799, ya en 1826 era profesor de Derecho canónico é Historia de la Iglesia de la citada Universidad de Munich.

Como el Padre Jacinto en sus primeros años, y coincidiendo con el renacimiento de la vida católica en Alemania, Dollinger, maestro de miles de escolares, inspirados por su palabra en el sentimiento religioso, fué en su cátedra, como en sus obras, el impugnador más vivo de la reforma de Lutero, atrayéndose, como campeón de la Iglesia católica germánica, despiadada guerra por parte del protestantismo y de la masonería revolucionaria. Su fe ardiente al parecer y su admirable talento, le habían conquistado la veneración de los católicos. ¿Tuvo su alma alguna ambición no satisfecha? ¿Aspiró, apoyándose en su mérito ó en su popularidad, á un puesto en el Sacro Colegio, ó á llevar la representación de la Iglesia católica en Baviera y Alemania? Muchos, conociendo su carácter, creen que el olvido que el Vaticano hizo en el decenio de 1860 á 1870 del ilustre profesor de la Universidad bávara, y del primer escritor entonces de la Alemania católica, influyeron tanto en su cambio trascendentalísimo para el catolicismo alemán y las relaciones entre el gobierno de Munich y el Vaticano, como los sucesos que se desenvolvieron en esa época que se señala por el Concilio de Roma y la ocupación de la Ciudad Eterna. Es indudable que en Baviera, como en Hungría y otras naciones, contaba muchos adversarios la infalibilidad pontificia, principalmente bajo el punto de vista de que no aparecía á ciertos espíritus políticos ni necesaria ni oportuna. Dollinger se aprovechó de estas corrientes del sentimiento público en Alemania, y viéndose cerradas las puertas del Concilio y del Sacro Colegio, empezó su lucha con el Vaticano, que fué acentuándose hasta combatir, no ya la infalibilidad, sino el poder temporal del Papado y la misma autoridad suprema, su Pontífice, de quien se separó la nueva Iglesia de los *viejos católicos*. Sin querer confundirse con las escuelas de Lutero y de Calvino, pretendió que los llamados viejos católicos venían á resucitar la verdadera Iglesia cristiana de los primeros tiempos de los apóstoles.

Cediendo á Reienkens la dignidad episcopal de que querían revestirlo sus discípulos, en elección popular realizada cual en los primeros siglos del cristianismo, permaneció siendo el apóstol de la nueva doctrina, y ejerciendo inmensa influencia en Baviera, aunque no tanta en el resto de la Alemania, á pesar del apogeo que le dió la guerra por aquel tiempo declarada contra el catolicismo en el Imperio germánico.

Naturalmente, la influencia del Gran Canciller y la de los Gabinetes que en Baviera resistieron, durante el reinado del infortunado Luis I, las que calificaban de pretensiones excesivas del partido católico, le atrajeron mercedes, influencia y apoyo para su nueva Iglesia, que tuvo participación en los cuantiosos bienes de las comunidades religiosas por aquellos tiempos suprimidas y aun desterradas.

Fué la época del apogeo de los *viejos católicos*, que bien pronto, sin embargo, debían empezar á decaer, aunque no se eclipsasen tan rápidamente como la Iglesia libre fundada por el elocuente Padre Jacinto en Francia y en Suiza. Bien es verdad que Dollinger no ofreció á sus adversarios el espectáculo del gran predicador de la catedral de *Nôtre Dame*, arrojando su hábito de religioso por la vesta nupcial.

La elevación al trono pontificio de León XIII; la reconciliación que le siguió entre la Santa Sede y Alemania, y más tarde con la Suiza y Rusia, y sobre todo el cambio profundísimo operado en las disposiciones del emperador Guillermo I y del Príncipe de Bismarck con respecto á los católicos, fueron un golpe de muerte para el profesor de la Universidad de Munich y para el partido de los *viejos católicos*. Se ha dicho que en los últimos tiempos mediaban negociaciones íntimas para que el profesor Dollinger volviera al seno de la Iglesia, descándolo el Pontífice, que después de resueltas felizmente tantas cuestiones en Alemania, había añadido á los inmortales laureles alcanzados por ser el verdadero iniciador del Congreso antiesclavista de Bélgica, el árbitro que puso término feliz al conflicto de las islas Carolinas, y el autor de la reconciliación entre la Santa Sede y aquella parte de la Europa que de ella se mantenía separada diplomáticamente, el timbre de la desaparición absoluta de la secta de los *viejos católicos*. La apoplegía vino á sorprender al catedrático de Historia religiosa, tal vez en el momento supremo de la abjuración de sus errores. De todas suertes, su muerte y la decisión del Parlamento de Baviera que nos ha inspirado estos recuerdos retrospectivos, acabarán con una causa de perturbación en la Iglesia católica germánica.

El resultado final de las elecciones alemanas ha venido á confirmar plenamente los pronósticos que adelanté en mi anterior crónica europea. El centro católico, con 107 diputados, sale robustecido de la lucha, y, como mermadas las falanges de los nacionales liberales y aun algo las de los conservadores del Imperio, no hay otra fuerza gubernamental que la suya para oponerse al empuje de 35 socialistas, de una docena de demócratas, y de los progresistas que vuelven duplicado su número,

Dos altas puertas de cedro, de dos hojas, se abren sobre este patio interior, la una enfrente de la otra: conducen á unos departamentos simétricos, muy altos de techo, uno de los cuales me está destinado; el otro será ocupado mañana por mis criados, Selem y Mohamed.

Por lo demás, todas las casas marroquíes ofrecen esa misma disposición, esas mismas puertas de doble hoja, de cada lado de un patio á cielo abierto, que es por donde recibe la luz toda la morada. Estas puertas no se cierran sino después de la caída de la noche, pues al cerrarlas durante el día, se quedarían á obscuras las habitaciones, dada la casi total ausencia de ventanas á la calle: además, como son unas puertas macizas, inmensas, trabajosas de abrir y de cerrar, en cada una de sus hojas hay practicada una abertura, de forma ojival, especie de gatera humana, rodeada de gentiles arabescos. Y así se ve en todas las casas, lo mismo en la del Sultán, que en la del último de sus súbditos.

***

He atrancado las grandes puertas de mi habitación, valiéndome de una barra de hierro destinada á ese objeto. Después, he salido por una de las gateras festoneadas de que antes he hablado, con una linterna en la mano, para hacer mi ronda de exploración en una casa que me es todavía poco conocida. Principio por volver á bajar la escalera de caracol, á fin de atrancar prudentemente la puerta que comunica con la calle; paso luego á visitar los pisos superiores, y quedo asombrado de mis descubrimientos: más corredores pequeños: más habitaciones desvencijadas, de forma irregular, llenas de objetos rotos é inútiles, de tablas, de viejas sillas de montar, de albardas para mulas, de gallinas muertas y vivas.....

Es una situación bien rara para un europeo la de habitar así una casa particular en la sacrosanta ciudad de Fez. Un europeo, por punto general, no viene aquí como no sea formando parte de una misión ó de una embajada, en cuyo caso todos los individuos que la constituyen son alojados en un palacio designado por el Sultán, de donde no les es permitido salir sino escoltados por tropa. Aun admitiendo que un «nazareno» (como nos llaman los árabes) se aventurase á venir él solo hasta aquí, correría grave riesgo de morirse de hambre en la calle, porque ningún moro consentiría por ningún precio en alquilarle habitación alguna, ni en prepararle el menor alimento; pero, por fortuna, hay aquí una misión francesa permanente, compuesta de tres oficiales para la instrucción de las tropas, y de un médico militar, el doctor L....., de quien tendré ocasión de hablar en el curso de este relato. Estos señores, en unión del ex coronel inglés antes citado, y de un oficial italiano que dirige la fábrica de armas, componen toda la colonia europea de la ciudad. Amparados por la alta protección del Sultán, nadie les inquieta, y pueden, guardando algunas precauciones, transitar casi libremente por las calles.

Por orden imperial, los *kaids*, que ejercen el cargo de alcaldes de barrio, han obligado á los vecinos, á pesar de la resistencia de éstos, á que les alquilaran una casa á cada uno, lo cual ha dado origen á que, por virtud de no sé qué circunstancias, el doctor L..... se encuentre en este momento con dos casas, una de las cuales se ha dignado cederme: gracias á esta coincidencia, voy á vivir en Fez en condiciones de libertad muy excepcionales.

Y he aquí que, después de haberme encerrado y hecho fuerte en mi casa para pasar la noche, me encuentro solo en mi destartalada alcoba, lleno de frío, á pesar del tupido albornoz que me cubre, oyendo la lluvia que cae, el viento que sopla como en pleno invierno, y, de vez en cuando, el eco apagado de un canto religioso que llega hasta mí desde lejana mezquita..... ¡Cuán decrépita y triste mi inmensa alcoba, con sus paredes desnudas, hendidas de alto abajo, blanqueadas con cal de hace siglos, y ahora tapizadas con encajes grises de telas de araña!

El pavimento de azulejos formando mosaicos será tal vez la única cosa agradable á la vista que haya en mi alojamiento, cuando lo haya hecho lavar y despojarlo de la espesa capa de polvo que lo cubre.

Todo mi mobiliario se compone de un gran tapiz de Rabat, de antiguo dibujo; de un colchón de campaña, cubierto con una colcha de lana marroquí; de una mesita, y de un alto candelero de cobre. Mis vestiduras son ya árabes, de pies á cabeza. Pendientes de unos clavos, hay jaiques y caftanes que un judío ha venido á venderme esta tarde, y á favor de los cuales pienso emprender desde mañana mis excursiones, á pesar de la prohibición. No hay en torno mío nada que sea europeo, aparte de la pluma y del papel de que me sirvo.

Los *tholbas* pobres, que asisten á las clases de Karauin, deben tener un menaje de casa por estilo del mío.....

(Continuará.)

DON LUIS FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

La Real Academia Española acaba de perder á uno de sus más ilustres individuos de número, al autor del laureado y admirable libro *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, obra que al publicarse en el año 1871 alcanzó entusiastas alabanzas de la prensa de Madrid, de provincias y de varias capitales de Europa, é inaudito aplauso de la del Nuevo Mundo. La edición estaba agotada á los dos meses.

Tan esclarecido académico, D. Luis Fernández-Guerra, fué, como lo demuestra su libro, un portento de erudición y un maestro en manejar con pureza y galanura la hermosa lengua castellana. Un egregio académico, el Sr. Marqués de Valmar, le llama «hombre de altas y simpáticas prendas, noble corazón, afable trato, cultivada y clarísima inteligencia»; podría añadirse que de una modestia sin igual, por lo ingénita y verdadera.

D. Luis Fernández-Guerra, á más de los vastos y profundos conocimientos que tuvo en nuestra historia y literatura española, engrandeció su entendimiento con el estudio y práctica de las bellas artes, Pintura, Escultura y Música, llegando á sobresalir en la primera hasta el punto de figurar en las Exposiciones de los años de 1841 á 1850 algunos lienzos suyos, con general aprecio; y sin su nombre corrieron en ese tiempo muchas láminas excelentes, ilustrativas de importantes obras, dibujadas y grabadas por él.

En el año 1841 se incorporó en el Colegio de Abogados de esta corte, adscrito al bufete de un letrado de fama; pero su amor á las letras y artes, la sencillez y nobleza de su índole especial, le hicieron abandonar poco á poco el enmarañado laberinto de los negocios forenses, y dedicarse todo á sus estudios y gustos favoritos.

En Diciembre de 1845 entró á servir en la Administración del Estado, y desde entonces, las horas que le dejaba libre el cumplimiento de su deber, gozó en consagrarlas á las musas y al teatro. Dió á éste un razonable número de obras originales y muchas extranjeras adaptadas á nuestra escena, y bastantes de ellas corrieron sin nombre de autor, ó con el de algún amigo, porque su modestia, su posición y su carácter eran rémora para reconocer públicamente estos hijos de su entendimiento.

Con el mismo desinterés y en épocas de cesantía, escribió muchos artículos anónimos, de amena literatura y crítica literaria, mostrándose constantemente atento y considerado con los autores, indicándoles sus yerros y sus aciertos, sin descorazonar nunca al escritor.

Los directores más sabios de teatro le solicitaban de continuo, como consejero justo y generoso, prendas que reconocieron igualmente los mismos autores de las obras en que se consultaba á juez tan imparcial, desinteresado y entendido.

Era también inspirado y correcto poeta lírico, prefiriendo rendir culto á las musas del chiste y del gracejo.

Su amor á la Academia Española no tuvo límites: nadie le aventajó en el número y calidad de las cédulas redactadas para el nuevo *Diccionario*, ni en el acierto para reformar y mejorar las antiguas, cuidando de razonar siempre con gran solidez y gracia las enmiendas; y durante los cinco largos años que ha estado paralítico, se hacía conducir á las sesiones académicas, en las que ostentaba su mucho saber y la solidez de sus juicios.

Como empleado público fué un modelo acabado y perfecto de probidad, laboriosidad, honradez é inteligencia, y jamás el Consejo de Estado rechazó ninguno de los informes que como oficial del Ministerio de la Gobernación ó de Ultramar emitía el Sr. Fernández-Guerra.

Nació en Granada el 11 de Abril de 1818, y ha fallecido en esta corte el 4 de Marzo de 1890, un mes antes de cumplir los 72 años.

Sea lícito á su hijo político consagrar este recuerdo de amor y gratitud á quien le tuvo cariño de padre y le prestó ayuda y consejo en sus trabajos literarios.

LUIS VALDÉS.

PERSONAJES QUE NO HABLAN.

Así habrán leído ustedes en el reparto de algunas obras teatrales:

«Caballero 1.º, caballero 2.º, caballeros, perros, personas que no hablan, acompañamiento de ambos sexos.»

Para quien no conozca el teatro por dentro, hay sinnúmero de sorpresas entre bastidores.

Para quien le conoce, sinnúmero de tropiezos.

Las jóvenes inocentes que se crían en la escena, ó que consagran su candidez y sus gracias al arte, viven en continuo peligro.

Unas luchan, y vencen.

Otras luchan, por lo menos.

Algunas se atemorizan ante el enemigo y pierden las fuerzas.

—La ignorancia virginal se expone en el cuerpo de coros—me decía una chica ignorante, aunque tiple ya probada en dos años teatrales.

Según ella:

—Porque el diablo las carga—como se dice de las armas de fuego—y donde menos se piensa, salta la liebre.

Pero, al fin, ellas y aun ellos, partes y coros, ó partes solas, donde no hay coristas, como en los teatros *de verso*, denominación clasificadora en idioma teatral, pueden sacar la cabeza alguna vez.

Porque los ve y los oye y los aprecia el público, y los recompensa con su aplauso, y éste se cotiza en el teatro.

Las «personas que no hablan» son las víctimas del arte.

Los héroes anónimos, que no pueden lograr el aplauso de la concurrencia, porque nadie los conoce, ni los ve, ni tiene noticia siquiera de la existencia de tales sujetos.

¡El apuntador, el segundo apunte, el contador, el representante de la empresa, el avisador, el peluquero, el gasista y hoy el electricista, y el bombero de guardia!

Y aun algunos de éstos ven sus nombres en las listas de las compañías.

Pero el público no se entera de los servicios que prestan, ó no los estima en cuanto valen.

EL APUNTADOR.

Es el verdadero protagonista de la ópera, ó del drama, ó de la comedia; de la obra, en general, que cantan ó declaman los artistas en el escenario.

El empuja, moralmente hablando, á *Polión* para que abrace á *Adalgisa*, á *Romeo* para que abuse de la bondad de *Julieta*, á *Valentín* para que muera cantando, como un *monigote ó hugonote*, que para muchas personas son sinónimos.

Si él callara, ¿qué sería de *Orfeo*?

En lugar de entrar en el infierno en busca de su novia, tal vez se fuese á la gloria ó á cualquiera otra parte.

En los teatros, el apuntador ó primer apunte adquiere, en fuerza de tiempo y méritos, de constancia y moralidad á vista de galápago, respetabilidad y simpatías generales.

La dama primera le obsequia alguna vez con una caja de tabacos: quien dice dama, dice la tiple, ó lo que sea.

Estos casos son raros.

Generalmente le paga sus buenos servicios con una sonrisa.

El apuntador, no solamente contribuye al buen éxito de las obras, particularmente en los estrenos, sino que es el verdadero protagonista.

Que cierre el ejemplar y suspenda su tarea, y la representación se paraliza.

Presencié un principio de tragedia por esta causa, en un teatro de provincia de quinta clase.

Representaba una compañía de cómicos de rapiña un drama titulado por ellos *El Puñal paterno*.

Era *Guzmán el Bueno*, mudado el título para librarse del pago de derechos de propiedad.

En la escena culminante, cuando el protagonista arroja al campo del moro la faca para que desuellen al chico, el apuntador soltó el trapo á reir, porque *Guzmán* se estaba pelando sólo; vamos, que se le desprendía la barba postiza.

Y mientras reía, no apuntaba el hombre.

Guzmán, indignado, en lugar de arrojarle al moro la puntilla, se la disparó al apuntador.

El público protestó del silencio del guerrero padre y de la dirección del cuchillo, que en poco más cae en la sala.

Guzmán gritó irritado y ya barbilampiño:

—Tiro á descabellarle, por marrano.

El apuntador sacó la cabeza de la concha, y luego medio cuerpo, y luego salió todo entero, y corrió en dirección del alcalde de Tarifa para darle dos *morrás* cristianas en la fisonomía del rostro.

Mediaron los guerreros de acompañamiento, y después la autoridad, y así quedó el asunto, al menos por entonces.

El segundo apunte funciona también en secreto para el público.

Es el encargado de avisar á los artistas cuándo va á empezar cada acto, y de indicarles las salidas á escena, y lo que han de decir cuando salgan.

Aunque parezca que el primero y el segundo apunte pertenecen á la misma carrera, no es así.

El apuntador nace y el traspunte se hace.

EL CONTADOR.

Es el encargado de la administración por la empresa.

El que parlamenta con los revendedores; el que abre y cierra las puertas al abono, en sentido figurado; el que lleva los libros por partida doble y algunos por partida de cuartos ó por partida serrana.

Un «juego de libros» para conocimiento de la empresa, y otro juego de libros para que llegue á noticias de los autores la cantidad que les corresponde por derechos de representación.

Cantidad *abultada* por el contador, que sirviendo á la empresa, protege á la literatura.

Quien dice «abultada» dice «disminuída».

EL REPRESENTANTE DE LA EMPRESA.

Alguna vez figura en los carteles, y otras veces figura en los tribunales, ó en el Gobierno civil, en el despacho del gobernador de la provincia, para responder de nóminas y compromisos no satisfechos.

Se encarga de disponer lo necesario para la batalla cuando hay estreno y la empresa tiene interés en salvar la obra.

Ordena á la *claque* cuándo puede conducir al triunfo de actriz ó de autor determinado; si el autor es empresario, para éste nunca han de faltar palmas y tabacos.

Y si fuera costumbre, pedirían los señores de la *claque* que le dieran la oreja del autor.

El representante sirve igualmente para servicios especiales del empresario, siempre relacionados con el arte.

EL PELUQUERO.

En los carteles se halla consignado su nombre.

¿Pero es esta suficiente remuneración para un artista que sienta lo bello como el peluquero de teatro?

El hace rubias de las morenas, morenas de las rubias; marqueses de la época de Luis XIV á los chicos albañiles que forman en el acompañamiento de ambos sexos.

Y todo por un módico sueldo.

Y pone las primeras materias: pone hasta el pelo.

EL AVISADOR.

Con decir á ustedes que avisa, no solamente de las horas de ensayo, sino de los días de pago á los artistas, está dicho todo.

Alma grande que sirve á toda la compañía desinteresadamente, por el sueldo que le da la empresa.



D. EMILIO SERRANO,

AUTOR DE LA ÓPERA «DOÑA JUANA LA LOCA».



D. LUIS FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Nació en Granada, en 1818; † en Madrid, el 4 del actual.

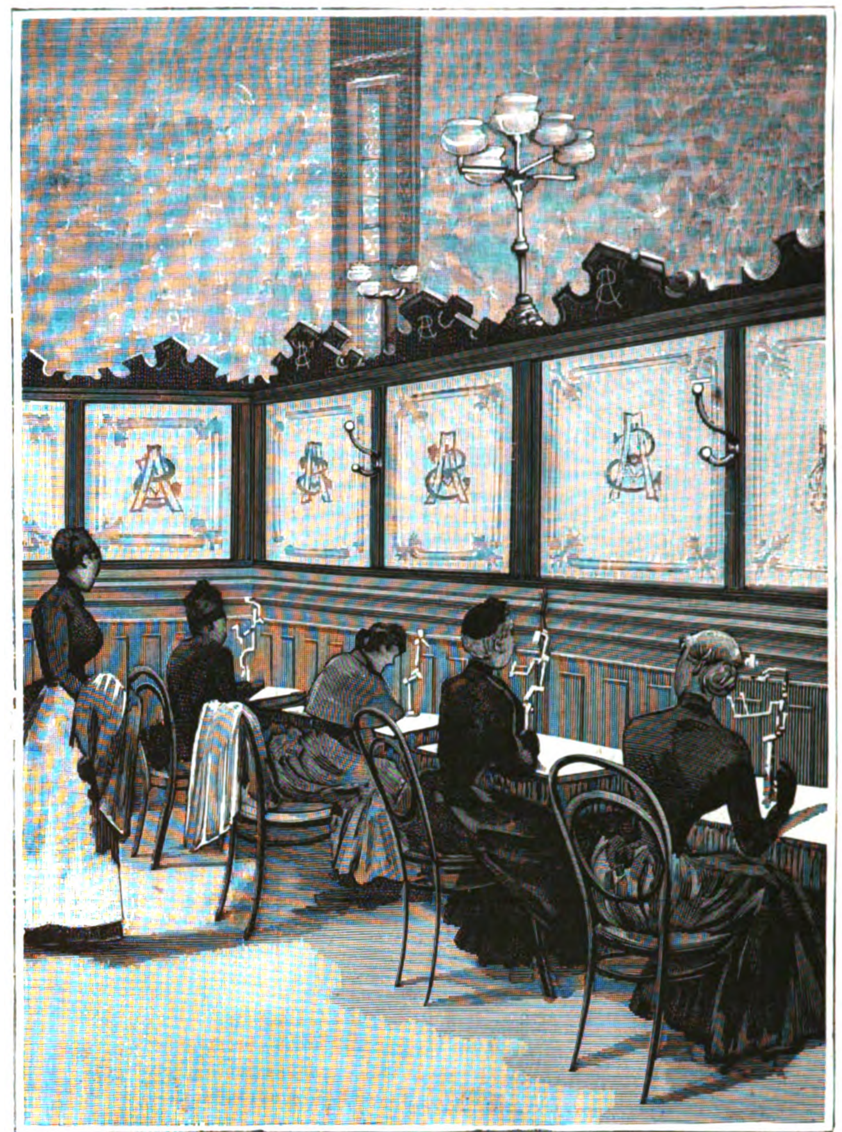


EDIMBURGO (ESCOCIA).—VISTA GENERAL DEL PUENTE SOBRE EL FORTH (EL MAYOR DEL MUNDO), INAUGURADO EL 4 DEL CORRIENTE.

AEROTERAPIA É HIDROTERAPIA.



SALA DE BEBIDAS SULFHÍDRICAS Y SULFUROSAS.



SALA DE INHALACIÓN Y PULVERIZACIÓN, DESTINADA Á SEÑORAS.



ESTUFA DE VAPOR.



«VAPORARIUM» PARA INHALACIÓN DIFUSA.

MADRID.—ESTABLECIMIENTO DE AGUAS SULFHÍDRICAS Y SULFUROSAS ARTIFICIALES, BAJO LA DIRECCIÓN DEL DOCTOR D. JOSÉ OLAVIDE.

(Dibujos del natural, por Comba.)

¿Y EL BOMBERO?

Este necesitaría un tomo para su elogio.

Con su capacete y su blusa de uniforme de gala espera la *declaración* de un incendio ó la de la tiple, para jugarse la vida.

De su actividad depende tal vez la vida de los concurrentes.

El bombero merece más consideración que el mismo galán de carácter.

¿Y el electricista?

Héroes anónimos, yo os saludo como á los *veritables* protagonistas en las obras.

Sin vosotros no habría teatro.

EDUARDO DE PALACIO.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Memoria y cuenta general del Monte de Piedad y *Caja de Ahorros de Madrid*, correspondientes al año 1889, adicionadas con algunas noticias sobre los demás Montes de Piedad y Cajas de Ahorros. (Establecimiento tipográfico *Sucesores de Rivadeneyra*, Paseo de San Vicente, núm. 20.) En el año citado se han hecho, en el Monte de Piedad, 178.313 operaciones de empeño en alhajas, ropas y efectos diversos, importando en junto 11.621.834 pesetas, y en el año anterior el número de empeños, si fué más nutrido, porque ascendió á 184.207, la cantidad prestada fué menor, porque importó 10.809.712 pesetas. Préstamos nuevos han sido 98.971, y los demás, en número de 79.342, fueron renovaciones, ascendiendo las cantidades respectivas á 8.972.857 y 4.648.977 pesetas.

En la Caja de Ahorros, en fin de dicho año, había 3.117 libretas de artesanos y jornaleros, y el movimiento de estos imponentes había consistido en 58.738 ingresos, habiéndose retirado 55.621.

Entre los demás imponentes figuraban 2.614 empleados, 836 militares, 198 abogados, 104 médicos, constando 6.487 individuos con la denominación de varias clases, entre las cuales les había también gente laboriosa y 11.580 mujeres, muchas de las cuales serían operarias de diversos talleres y establecimientos. Se contaban 4.411 menores varones y 3.995 hembras. Del Gobierno de provincia procedían 26 libretas, y las Cajas escolares daban 784; al todo, 39.268 imponentes, por un capital de 48.122.878 pesetas, incluídos los intereses.

Ilustra la *Memoria* un curioso *Cuadro gráfico*, en colores, donde se consignan los progresos del ahorro popular en Madrid, desde el año 1839; así como datos importantes acerca de instituciones análogas en algunas provincias españolas y en diversas capitales extranjeras. Un folleto de 120 páginas en 4.º—Madrid, 1890.

Papeles viejos, ó investigaciones literarias, por D. Manuel Ossorio y Bernard. El autor de *La República de las letras*, *Cuadros de género*, *Monólogo de un aprensivo*, *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*, y otros libros que han merecido aplauso, aumenta con sus *Papeles viejos* la lista de sus producciones literarias: el Sr. Ossorio ha encontrado en la historia del periodismo, en la de los autos sacramentales, en la muerte de Lope de Vega, en la vida de la imprenta y de la *Gaceta* que hoy se llama de Madrid, en un retrato de Tirso de Molina, en los vendedores de periódicos, en el renacimiento del arte de la pintura en España, y en otra gran porción de detalles y curiosidades artísticas y literarias, motivos suficientes para formar un tomo de entretenida lectura. Los antiguos suscritores de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA conocen ya algunos de los artículos publicados en ese libro, como *La Imprenta Real en el siglo XVIII*, *Misterios de bastidores en 1802*, *Muerte de Lope de Vega*, etc. Un tomo de 200 páginas en 8.º menor, que se vende, á 2 pesetas, dirigiendo los pedidos al autor, Madrid (Duque de Alba, 6 y 8, pral.).

El Oráculo de Apolo, con las respuestas en verso, por don Carlos G. Verdugo. Librito muy á propósito para entretenerse en las tertulias familiares, grata y honesta recreación durante las veladas de invierno, y escrito con tanta delicadeza y buen gusto, que no hay en él un equívoco indecoroso, ni una frase de doble sentido, como abundan en otros de parecida índole. Opúsculo de 200 páginas en 16.º, que se vende en las librerías de D. Antonio de San Martín, Madrid (Puerta del Sol, 6, y Carretas, 39).

Mundana, por Héctor Malot; versión castellana de *Olegario Slipembak*. Nueva novela perteneciente á la escogida biblioteca de *La España Editorial*. Véndese, á 2 pesetas, en las principales librerías, y los pedidos se dirigirán á la casa editorial, Madrid (Tutor, 21).

Asociación Benéfica del Distrito del Centro (*Madrid*): *Memoria* leída en la junta general celebrada el día 9 de Marzo de 1890 por el secretario de la asociación D. Manuel G. Araco. Según la *Cuenta general de gastos*, la benéfica asociación ha invertido, en 1889, la cantidad de 14.914 pesetas, en mantas, pañuelos de abrigo, sábanas, camisas, elásticas, jergones, etc., en socorros á los pobres del distrito.—Madrid, 1890.

V.

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO

ALCALÁ, 23, MADRID

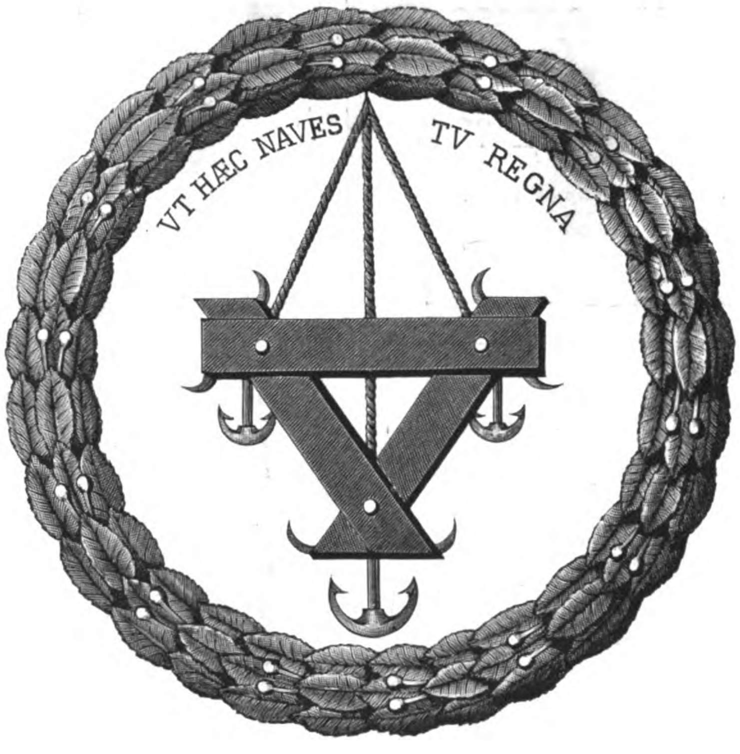
	ptas.
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A Orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1
OBRAS POÉTICAS (DOS VOLÚMENES):	
Tomo I, *Poesías líricas y leyendas*	8
Tomo II, *Poemas*	8

ADVERTENCIAS.

El considerable número de originales literarios adquiridos por esta Dirección, y el escaso espacio que dejan disponibles las secciones fijas que tiene establecidas LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, la obligan á suplicar nuevamente á las muchas personas que anuncian el envío de nuevos escritos se abstengan de hacerlo, á fin de evitarse inútiles molestias, y á la Dirección la contrariedad de tener que archivarlos por un tiempo indeterminado.

No se devuelven originales, ni se responde de los que, á pesar de la presente *Advertencia* se remitan á la Redacción.

Los frecuentes abusos qne vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscriciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas;* 2.º, que el público debe acoger con la mayo reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscriciones á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA y á LA MODA ELEGANTE, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de inrermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*



EXCUSABARAJA.
Tal como está dibujado en el privilegio de armas de los Marqueses de Moya.
(Véase, página 167.)

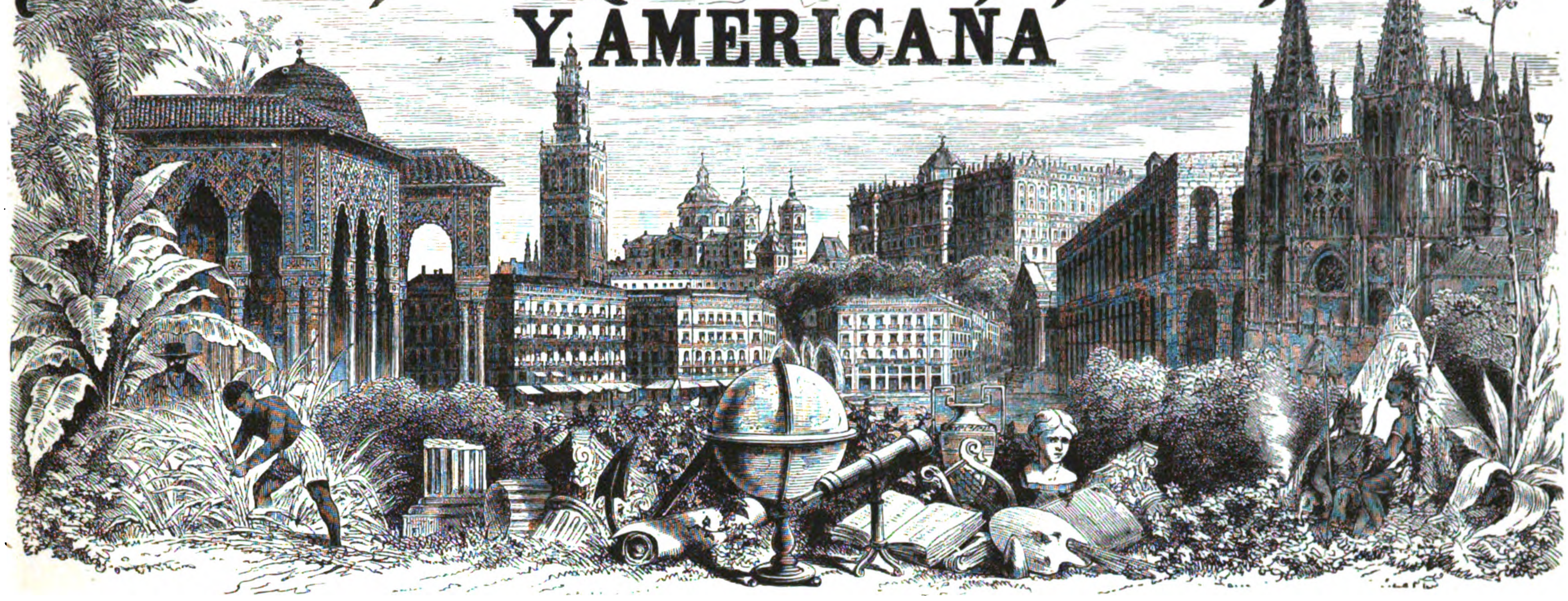
El depósito de las tapas, especialmente fabricadas por D. G. Siquier, de Barcelona, para encuadernar tomos de año ó semestre de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, continúa establecido, por cuenta del mismo, en la Administración de este periódico, *calle de Alcalá*, 23, Madrid.

Precio de cada juego de tapas para tomo de año ó de semestre, pesetas 7,50.

Los Señores Suscritores de provincias que deseen adquirirlas para encuadernar sus tomos, se servirán hacerlas recoger en esta Administración por persona de su confianza, atendido á que no pueden remitirse por el correo.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid..............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias...........	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero...........	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XI.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

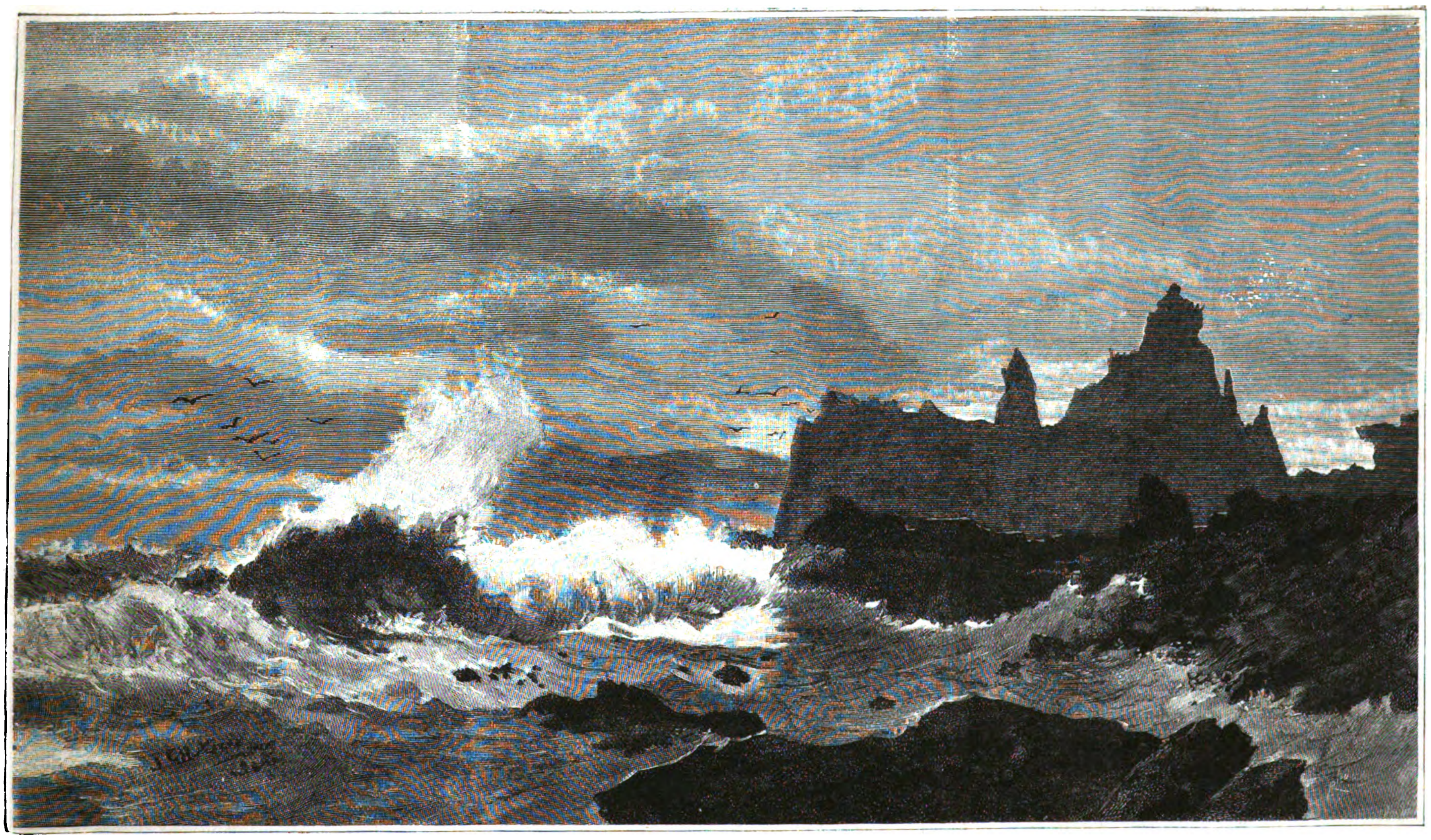
Madrid, 22 de Marzo de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas..	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia.....................	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

SUMARIO.

CÍRCULO DE BELLAS ARTES.—EXPOSICIÓN DE BLANCO Y NEGRO.



«MARINA»: ROCAS DE CORBIERE, EN JERSEY.

DIBUJO ORIGINAL DE D. JOSÉ GARTNER.

CRÓNICA GENERAL.

La crisis de M. Tistza y de M. Tirard, en Austria y Francia, son crisis parciales y de escasa significación en la política internacional; pero la dimisión y reemplazo del Príncipe de Bismarck tiene la importancia de una crisis europea, y discurren acerca de ese hecho trascendental todos los periódicos del mundo. «Es la caída de un gigante», escriben unos; «es un cambio de dinastía», observan otros; y todos están conformes en dar al hecho categoría excepcional. En efecto, si la retirada es real y no una estratagema—que en cuestiones de alta política siempre debe contarse con la posibilidad de que no sea cierto lo que parece más evidente;—si en efecto el leader de Europa ha dejado de ejercer su ministerio, puede decirse con exactitud que ahora y sólo ahora ha concluído el reinado del viejo emperador Guillermo y empieza el de su nieto. Cosa extraña: el que había tenido hace poco más de veinticinco años opinión y fama de gran perturbador diplomático, produce, al caer, el efecto de desprenderse del edificio político uno de los pilares en que descansa todo lo existente. Y es que perturbó para crear, y su obra, buena ó mala, vino á ser, y es al presente, una de las bases del organismo europeo; y su gran capacidad, con que se contaba para resolver problemas arduos, falta y deja un gran vacío en las esferas donde se dirigen los acontecimientos. Con frecuencia tenemos que ocuparnos de sucesos notables dentro de la semana, que sabemos se considerarán insignificantes cuando se lean á distancia: la retirada del Príncipe de Bismarck es un acontecimiento histórico.

La causa no está clara, á nuestro juicio, y la dejamos al estudio de plumas y entendimientos más expertos: la presentación y el discurso del Príncipe de Bismarck ante la conferencia de Berlín, demuestran, á nuestro entender, que el motivo de la crisis ha sido posterior á este acto, pues no se hubiera aguardado para aceptar su dimisión á momento tan solemne y en ocasión que le desautorizaba ante los representantes europeos, á menos de suponer ligereza, informalidad y poco tacto en la dirección de la política alemana. Comprendemos que se vacile mucho antes de aceptar la dimisión de un personaje como Bismarck; pero ya decididos á ello, no nos explicamos que se haga sin gran deferencia y en condiciones honoríficas, lo cual no resulta interrumpiendo sus funciones de un modo brusco en representación tan importante. Por eso creemos que la tirantez de relaciones en que se hallaba el político alemán debieron agravarse por algún hecho de índole desconocida.

¿Es que el emperador Guillermo II ha esperado este momento para dar ante toda Europa el primer martillazo, de que hablábamos hace días medio en broma, medio de veras, y ha elegido la cabeza del coloso? No ha podido hallar mejor yunque para que resuene el martillazo, que la frente más poderosa de Europa, la del hombre á quien todos hemos elevado en vida, moralmente, una estatua, llamándole el Canciller de hierro.

El general Caprivi, nombrado para sustituirle, ha sido ministro de Marina, aunque nunca perteneció sino al ejército terrestre. Indudablemente es hombre de aliento y energía, toda vez que se ha determinado á arrostrar las dificultades de una sucesión tan comprometida. Cualquier hombre puede sustituir á otro; pero reemplazar al Príncipe de Bismarck intimidaría á todo el que no tuviese seguridad en sus fuerzas ó soberbia presunción. Y eso que, á nuestro juicio, lo más difícil es suceder á los malos ministros, que dejan tras sí toda la administración desorganizada, no á los que la han organizado. Pero tiene el inconveniente de que necesitaría hacer milagros el nuevo canciller para que no recuerden las gentes rutinariamente al otro canciller, al legítimo é indiscutible, al Príncipe de Bismarck.

Algunos periódicos dan noticias biográficas del general Caprivi: nos parecen inútiles: aunque sean curiosas, ahora es cuando empieza la historia de dicho personaje. Hoy por hoy, toda la prensa repite que el emperador Guillermo II quiere ser su propio canciller; no se puede manifestar de un modo más claro é indirecto que el general Caprivi no tiene personalidad. Es juzgarle demasiado pronto. Pero ningún emperador puede ser canciller de sí propio, sino devorando antes algunos cancilleres.

***

La huelga enorme de los trabajadores de las minas de carbón en la región septentrional de Inglaterra ha sido conjurada en los momentos en que empezaba á producir en las industrias lo que algunos periódicos ingleses llaman hambre de carbón. La cifra de los huelguistas, que algunos periódicos elevaron á doscientos mil trabajadores, y que otros reducen á setenta y nueve mil, equivale, aun en su número inferior, á un gran ejército. Esas masas de hombres, tan disciplinadas, que á una simple orden de sus jefes obedecen ciegamente, suspendiendo el trabajo con que viven y sometiéndose á las mayores privaciones, constituyen el fenómeno más digno de estudio de nuestra época, en que el individualismo tiene tales raíces, que todo conspira contra la disciplina. Los huelguistas ingleses han conseguido un aumento de 10 por 100 en sus jornales: y como esto significa que le basta decir «quiero» á esa masa organizada para imponerse al capital, claro es que empieza á verificarse en la propiedad colectiva una transformación de hecho, pues en realidad va estando intervenida y codisfrutada por lo que hasta ahora no tenía voz, ni voto, ni derecho, sino la obligación de someterse á las condiciones en que se estimaba su cooperación. El fenómeno es importante, y se reduce á que al monstruo acéfalo del trabajo, que sólo tenía pies que andaban, manos que tejían y daban martillazos, cuerpo robusto que empujaba y entrañas que sufrían, por una evolución geológico-moral le ha nacido la cabeza. A su aspecto terrible, toda la sociedad se ha conmovido, y fijando su vista en el ídolo de oro, frío é impasible, todo cabeza y cálculo, parece como que le dice: «Completa tu organismo, ya que todo se transforma; en el medio social en que vives, no prosperarás si no tienes corazón.» Y en el conflicto que amenaza á todos, por el choque de las fuerzas contrarias, entre las cuales nos hallamos colocados sin movimiento, surge otra voz, la de la Iglesia, recordando á todos sus deberes por el interés común, como si se experimentase la necesidad moral de suspender las misiones al Africa salvaje, al Asia y la Oceanía, para evangelizar de nuevo al mundo civilizado.

La organización de los trabajadores ofrece sin embargo otros problemas á la consideración del hombre de Estado y del curioso. ¿Tiene carácter de permanencia, ó es un movimiento de agrupación momentáneo y producido por el oleaje de las ideas dominantes, y á manera de síntesis de los sentimientos más generalizados? ¿Conduce al desorden, ó es el principio de una gran armonía que empieza disciplinando lo indisciplinable, para concluir en una sociedad simétrica hasta adquirir la monotonía del tablero de ajedrez? Esa cabeza que ha brotado al monstruo ¿será postiza? ¿Se habrá colocado sobre sus hombros la de su mayor enemigo, que le obliga á obedecerle y tomar como pensamientos propios los ajenos? Yo no sé si esos trabajadores organizados mejorarán algo, materialmente, al disciplinarse; pero han perdido parte de su libertad, y sufrirán, pronto ó tarde, los abusos de ese poder oculto en cuyas manos han caído.

***

Una carta publicada en estos días en los periódicos, y escrita particularmente á un amigo, nos da la triste noticia de haber perdido á su excelente madre el poeta cordobés D. Antonio Fernández Grilo, nuestro buen amigo y colaborador. Dos días hace asistíamos en el templo de San Antonio de los Alemanes al funeral por el alma de D. Angel Cuesta, hermano de los respetables editores de ese apellido. Otro querido amigo, el reputado pintor D. Enrique Estevan, ha sufrido en estos días la pérdida de un precioso niño de dos años y medio. También ha fallecido en esta corte D.ª Teresa Lamadrid, hermana de D.ª Bárbara y D.ª Teodora, estrellas que fueron de la escena, y madre de D.ª Carlota Lamadrid, la esposa del Sr. Sánchez de León, actores importantes de la compañía que dirige el Sr. Mario.

Por último, nuestro antiguo é ilustre colaborador el Excmo. Sr. D. Mariano Zacarías Cazurro, ha perdido á su hijo D. Mariano, médico distinguido de la Beneficencia municipal.

La necrología de estos días tiene para nuestro corazón un triste carácter: el de recaer la desgracia en personas de nuestro particular afecto.

***

Una noticia interesante para los aficionados á la lectura. Don Luis Alfonso, el cronista elegante y el escritor fino y ameno, ha reanudado la publicación interrumpida hace tiempo de sus libros. El que tenemos á la vista es un tomito titulado *Cuentos raros*..... que no hemos podido leer, á pesar de nuestro gusto por esa clase de lecturas y por el talento del autor. Es como tener sed y la copa cerca y los brazos atados á la espalda. Felices los lectores que no tendrán la privación de satisfacer esa afición.

***

Un sabio dice haber averiguado la fecha del año en que ocurrió la erupción que sepultó bajo lavas y cenizas á Herculano y Pompeya. Sabido es que las excavaciones se hacen con muchísimo cuidado para sacar el molde de las personas, animales ú objetos ya deshechos que dejaron sus formas impresas en un hueco de la ceniza. Cuando los trabajadores hallan uno de esos huecos, se procede á echar en ellos una mezcla que se endurece y da el vaciado perfecto del cuerpo ó del objeto allí enterrado.

M. Geofroy escribe á la Academia de las Inscripciones, que se han sacado en Pompeya dos vaciados de personas y el de un arbusto, con todas sus ramas, sus hojas y sus frutos, completamente intactos. Examinado este último por un botánico, demostró que era un laurel, cuyas bayas no florecen hasta fin de otoño, lo cual permite asegurar que la erupción del Vesubio se verificó el 23 de Noviembre, y no el 23 de Agosto como se creía generalmente, aunque la fecha fué muy discutida por estar en desacuerdo los autores que trataron del suceso.

La verdad es que parece extraño no se hayan hallado algunos otros indicios de la estación en que ocurrió aquella catástrofe.

***

El suceso parlamentario más notable de estos días ha sido la entrada en el Congreso de un caballero que quiso jurar el cargo de diputado, y que ya estaba á punto de conseguirlo, cuando notaron que llevaba una bota de charol y una zapatilla de paño, y que su nombre no figuraba en la lista de los representantes del país. Antes había querido tomar posesión de la secretaría de la presidencia del Consejo de Ministros. Posteriormente se creyó secretario del Senado. ¡Qué gracia tendría todo eso, si no inspirase verdadera compasión! Aunque, á decir verdad, tan efímeras son las posiciones oficiales, que apenas hallamos diferencia entre disfrutarlas realmente y hacerse la ilusión de disfrutarlas.

No notamos, por ejemplo, en qué se distingue el presidente honorario de una corporación, y el maniático que se cree presidente de la misma; el millonario que no gasta su dinero, y el loco que se juzga millonario.

***

Dos ciudadanos organizan un banquete patriótico. Se trata de que puedan tomar parte en la fiesta muchos individuos, para dar gran idea de la popularidad de su partido.

—El precio del cubierto es muy importante—dice el primer organizador;—no debe llegar á dos pesetas.

—Me conformo, con una condición.

—Aceptada desde luego: aquí no hay disidencias.

—Mi condición es que no le llamemos banquete, sino rancho patriótico.

—La civilización se abre paso por el interior de Africa—dice un viajero.

—No diga usted eso—respondía otro;—todavía hay antropófagos.

—No lo niego; pero en mi última expedición tuvimos una escaramuza en la que murió un amigo mío: los salvajes se llevaron el cuerpo, y envié una comisión con regalos para rescatar el cadáver para que no le devorasen.

—¿Le devolvieron?

—Sí, señor.

—¿Intacto?

—Intacto no; estaba ya trufado.

Pensamiento de un borracho:

—Bebo y bebo y no lo puedo remediar: esto no lo comprenden las gentes sosas por naturaleza. Los que bebemos con exceso, es porque tenemos en el cuerpo mucha sal.

—Papá, ¿qué quiere decir pueblo culto?

—Hijo mío, llamamos pueblo culto, ó civilizado, aquel en que lo pasamos bien. Por lo tanto, si en el interior del Africa nos tratase perfectamente el jefe de una tribu, diríamos con entusiasmo: «¡Qué cultura tiene este salvaje!»

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Marina (Rocas de Corbière, en Jersey), dibujo de D. José Gartner.—*Noche toledana*, dibujo original de D. Domingo Muñoz.—*Llegada de los tesoros del Imperio alemán á Nuremberg, en 1424*, cuadro de Pablo Ritter.—*Cercanías de San Isidro del Campo*, dibujo de Graner.

Jersey, la antigua *Cæsarea*, no era una isla antes del siglo VIII: el brazo de mar que hoy la separa de Francia fué un ancho territorio poblado de bosques y aldehuelas normandas, desde Ouessant al cabo de la Hogue, y está demostrado por documentos fidedignos que en el año 708 se iba á pie hasta Coutances, por un camino que partía de Gorey, llegaba á las rocas de los Bœufs y pasaba sobre un puente de madera por encima de la ría de aquella ciudad; un cataclismo terrestre produjo, en el año 709, el hundimiento del terreno, y las aldeas, los bosques y el camino quedaron sepultados por las aguas del Canal de la Mancha, á una profundidad, por término medio, de siete brazas; en dos ocasiones, en bajas mareas de 9 de Enero de 1735 y de 3 de Marzo de 1812, el mar se retiró tan lejos de la costa normanda, que dejó al descubierto las ruinas de una aldea y grandes troncos y raíces de helechos y sauces, restos de las poblaciones y los bosques tragados diez siglos antes por el Océano.

Jersey es una isla por todo extremo pintoresca, y su accidentada costa, generalmente granítica, presenta colosales acantilados, de líneas tan extrañas que parecen fantásticas: véanse, en prueba de esto, las *Rocas de Corbière*, asunto de la marina que reproducimos en la plana primera, dibujo al blanco y negro, del natural, hecho por el pintor malagueño D. José Gartner, y expuesto en el concurso recientemente celebrado por el Círculo de Bellas Artes. (Núm. 49 del *Catálogo*.)

El Sr. Gartner retrata con maravillosa verdad aquella rida perspectiva: las rocas descarnadas, puntiagudas, sombrías, que surgen como amenazador espectro; las rompientes de las olas, que se deshacen en remolinos de espuma al chocar en el inmóvil peñasco, y se extienden luego mansamente hasta la pedregosa costa; un cielo obscuro, plomizo, pesado, el cielo de Normandía en las tardes de otoño, surcado por ráfagas de luz nacarada.

El joven Sr. Gartner, que tiene gran talento, observación concienzuda, mano segura y mucha laboriosidad, es con justicia reconocido como uno de nuestros primeros marinistas.

Noche toledana se titula el dibujo original de Domingo Muñoz, que publicamos en la pág. 181, y cuyo asunto parece ser episodio rufianesco de las *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes Saavadra.

A la puerta de un templo, quizá de un convento de monjas, y bajo el atrio sombrío, entablan sangrienta riña algunos soldados,

Hartos de vagancia y vino

(que dijo un poeta del siglo XVII); y mientras descargan fieramente cintarazos y mandobles, acude solícita la ronda de noche, una nube de corchetes con su alcalde de casa y corte, para emprender la difícil tarea de poner «paz entre ruines».

Larguísimos años estuvieron guardados en sótanos de ignoradas fortalezas los tesoros del antiguo imperio de Alemania, para librarlos de la rapacidad de diversas facciones que eran acaudilladas por los mismos electores; pero cuando subió al trono el Emperador Alberto II, el mismo que reinaba en Hungría y Bohemia con el nombre de Alberto V, la paz renació en las comarcas del Rhin, y la moderación y la justicia no fueron vanas palabras en los estados alemanes: entonces los mismos pueblos ofrecieron al monarca los escondidos tesoros, que fueron trasladados á Nuremberg con solemne pompa en el año 1424.

Pablo Ritter, el artista eminente que dedica su genio y su pincel habilísimo á enaltecer las glorias de su patria, conmemora (en el cuadro que reproducimos en nuestro grabado de las páginas 184 y 185) la fiesta nacional que se celebró en Nuremberg con motivo de la llegada de los tesoros del Imperio.

En ese cuadro magnífico aparece la insigne ciudad con su fisonomía característica, que la distingue singularmente de todas las del país: grandiosas iglesias ojivales y casas de elevada techumbre y pardos muros, que, ó son construcciones de la Edad Media, ó han sido hechas en nuestros días con sujeción á los hermosos modelos que legó á la ilustre patria de la emperatriz Cunegunda y de Alberto Durero aquella misma Edad Media.

Nuestro grabado es obra del buril de Brend'Amour.

En la página 189 publicamos un paisaje del artista Antonio Graner: es una vista de los alrededores de San Isidro del Campo, en esta corte.

Graner es antiguo conocido de nuestros lectores: sus paisajes *Cercanías de un pueblo de Castilla la Vieja* y *Arroyo del Batán, en el Escorial*, figuraron dignamente en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes de 1884 y 1887.

***

RETRATO DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA DE ESCRIVÁ DE ROMANÍ, marqués de Monistrol, conde de Sástago. — (Véanse los apuntes necrológicos en la pág. 187.)

***

CATEDRAL DE TARRAGONA:

Los capiteles del claustro.

En la pág. 180 damos un grabado que reproduce los capiteles románicos del claustro de la catedral tarraconense.

Ese claustro pertenece, juzgando por su arquitectura, á dos épocas diversas: á la más antigua corresponde el estilo románico, y es la obra del basamento general, con los arcos de medio punto; á la más moderna se refiere el estilo ojival de las bóvedas y arcos accesorios, los cuales pertenecen indudablemente al siglo XIII.

Ninguna noticia exacta se conserva acerca del período en que se dió principio á dicha obra, porque en 1811, en la toma y saqueo de la ciudad por el ejército francés, pereció en las llamas el archivo de la basílica, y quedó destruída para siempre la historia de la fundación del templo; mas hay indicios para creer, según dice *El Indicador Arqueológico*, que el primitivo edificio fué *alhama* de los moros, y que los vetustos muros que forman la caja del claustro son de la época romana, y pertenecieron al *Arce* ó Capitolio.

Nuestro grabado ha sido hecho sobre limpia fotografía directa, remitida á la Dirección de este periódico por el apreciable artista fotógrafo de Tarragona D. Ginés Torres.

***

MR. JOHN JACOB ASTOR,

millonario norteamericano.

El 22 de Febrero último ha fallecido en Nueva York uno de los más opulentos millonarios del mundo, el famoso Mr. John Jacob Astor, cuyo retrato damos en la pág. 188, reproduciendo un excelente cuadro de nuestro compatriota Raimundo de Madrazo.

La colosal fortuna de la familia Astor es prueba elocuentísima de lo que pueden hacer en pocos años, relativamente, el trabajo, la actividad y el ahorro, dirigidos por la inteligencia: el fundador era hijo de un carnicero de Waldorf, en Alemania, que emigró á Baltimore, en 1783, á la edad de veinte años, y el cual, siendo á la vez empleado en una casa de comercio, agente de una fábrica de pianos de Londres, traficante en cereales y director-propietario del primer almacén de música establecido en Nueva York, legó una herencia de veinte millones de *dollars* á sus dos hijos; el mayor de éstos murió prematuramente en un manicomio, y el menor, William Backhouse Astor, acrecentando con hábiles y dichosas especulaciones su gran riqueza, cuando murió en 1875 dejaba el enorme capital de *ciento cincuenta* millones de dollars á sus seis hijos, tres varones y tres hembras.

El mayor de aquellos varones, Mr. John Jacob Astor, era el que acaba de morir en Nueva York, á la edad de sesenta y ocho años, víctima de una angina de pecho consecutiva de la malhadada *influenza* que le acometió en Londres, en Octubre próximo pasado.

Recibió educación académica en el colegio de Columbia, distinguiéndose por su aplicación en toda la carrera científica y literaria; viajó por Europa varios años, perfeccionándose en los idiomas francés y alemán y frecuentando los primeros salones y círculos *fashionables* de París, Londres y Berlín; regresó á su país antes de la guerra separatista, y contrajo matrimonio con la hija de Mr. Thomas Gibbs, opulento propietario y agricultor de Carolina del Sud, y descendiente de nobilísima familia inglesa, erigiéndose desde entonces en *leader* de la sociedad elegante de Nueva York y empleando grandes sumas en obras de caridad.

Siguiendo el ejemplo de su padre y de su abuelo, tomó parte principal en el embellecimiento urbano de la gran metrópoli comercial de los Estados Unidos, haciendo construir el soberbio palacio *Astor House*, y los monumentales edificios denominados *Schermerhorn Building*, *Exchange Court Building* (en Broadway) *Guarantee and Indemnity Building*, *Oriol Building*, y otros, en diversos distritos de la ciudad, además de muchas casas de vecindad en las que reservaba numerosas habitaciones para familias pobres.

Su famosa biblioteca *(Astor Library)*, una de las principales de Nueva York, estaba siempre abierta para los buenos escolares, y él mismo la visitaba con frecuencia, como gran *amateur* de la literatura alemana y francesa, de las obras del genio, de los adelantamientos y progresos científicos é industriales; eran célebres sus cocinas para los pobres en la calle 36.ª, donde se distribuía sustanciosa menestra, gratuitamente, á las nueve de la mañana y á las tres de la tarde, presenciando él la distribución casi diariamente, «como ejercicio necesario (dice el *Harper's Weekly*) á su salud y satisfacción á sus sentimientos»; en sus relaciones sociales fué tan sencillo, que lo mismo alternaba con sus colegas en opulencia que con los hombres más humildes, y se puede afirmar que prestaba singular predilección á los representantes de la ciencia, la industria y las bellas artes.

El heredero universal de su inmensa fortuna es su único hijo Mr. William Waldorf Astor, que tiene cuarenta y dos años: miembro de la legislatura de Nueva York en dos períodos administrativos, candidato para el Congreso Nacional, ministro de Norte-América cerca de la corte de Italia durante la presidencia de Mr. Arthtur Chester, escritor inteligente y autor de una bella novela de costumbres romanas en nuestra época, es uno de los hombres más ricos del mundo; «aun él ignora la cifra total de su herencia (consigna el mencionado periódico neoyorkino), y sólo puede afirmarse que en propiedades territoriales asciende á *cien millones* de pesos fuertes.»

***

LORA DEL RÍO (SEVILLA):

Nave central de la fábrica de aceites denominada *San José*.

A poca distancia del camino de hierro de Madrid á Sevilla, en las fértiles estribaciones que circundan á Lora del Río, está enclavada la magnífica fábrica de aceites refinados *San José*, propiedad del inteligente agricultor D. José Gonzalo Prieto, uno de los hombres más acreedores á la estimación pública, por sus iniciativas y desvelos en pro de la decaída riqueza olivarera.

Nuestro segundo grabado de la pág. 188 revela el aspecto grandioso de la fábrica: su nave central mide más de 40 metros de largo por 15 de ancho, y en ella están instalados el motor, la solera con sus rulos, las prensas hidráulicas, la desmoronadora y otra porción de artefactos propios de las faenas de molienda.

La fábrica cuenta además con innumerables dependencias para el depósito de la aceituna, y con bodegas perfectamente situadas, y tiene los aparatos más modernos para el refino de los caldos extraídos en la primera presión.

San José es la fábrica que ha venido á producir una verdadera revolución en la industria aceitera, siendo sus beneficios de tanta consideración, que los agricultores andaluces ven un horizonte despejado para sus extensas propiedades olivareras: merced al desinterés y talento del Sr. Prieto, los aceites andaluces van adquiriendo en el extranjero un crédito envidiable, pues no sólo en la última Exposición de París merecieron un premio de los más codiciados, sino que además, los periódicos de mayor circulación (*Le Temps*, á la cabeza) declararon que los *blanquettes* de Lora del Río nada tienen que envidiar á los afamados de Niza y de Aix.

Cierto que para obtener resultados tan preciosos se necesita grande esmero, mayores dispendios y desusadas prácticas; pero no lo es menos que todo esto conduce á una era venturosa para nuestra capitalísima y decaída propiedad olivarera.

Primeramente, la fábrica *San José* cuida de coger la aceituna con mucha limpieza; después la transporta en cestos convenientemente preparados, á fin de que el fruto no se dañe, depositándolo en trojes situadas bajo amplia galería, bien aseada y ventilada; luego, en vagonetas que circulan por rails tendidos en toda la extensión del edificio, se lleva la aceituna á la tolva, valiéndose de procedimientos mecánicos.

Los talleres del refino y de la clarificación, obra que, como todo lo que se encierra en la vasta finca, es debida á la dirección del Sr. Prieto, son también, por sus excelentes resultados, timbres que deben enorgullecer al laborioso cosechero andaluz.

Este acaudalado propietario, D. José Gonzalo Prieto, no debe su renombre á la política ni á los azares de una vida inquieta: todo su crédito le ha conquistado prácticamente, consagrándose al progreso de la agricultura en general y á la esmeradísima extracción de aceites.

Nació en Sevilla hacia el año 1847, y la holgada posición de sus padres le permitió cursar la carrera de leyes, recibiendo el diploma y la borla de doctor cuando apenas era mozo, y obteniendo poco después la cátedra de Derecho mercantil y penal en la Universidad hispalense; ejerció la abogacía con verdadero mérito, y fué diputado provincial en dos ocasiones distintas, y aunque por sus dotes, fortuna y simpatías goza de gran influencia en la comarca de Lora del Río, vive alejado de las luchas de partido; observando, por la triste realidad, que la riqueza olivarera, nervio principal de la agricultura en Andalucía, sólo podría salir de su ruinoso estado con la buena elaboración de aceites, emprendió larga serie de trabajos, ensayos, viajes á Francia é Italia, etc., hasta que logró extraer productos exquisitos, que han merecido gran acogida y muchos elogios en Francia, Inglaterra y en los puertos de la América del Sur, merced á la exposición flotante organizada por el Sr. Conde de Vilana.

La inteligente atención del Sr. Prieto se ha fijado además en otras industrias complementarias, que refluyen en pro de la agricultura: bajo su iniciativa ha sido montada la maquinaria de la fábrica *San José*, y gracias á su labor incesante en talleres, dependencias y secciones de sus varias industrias, sólo se emplean materiales de producción nacional, utilizados y manejados por operarios españoles.

Así extrae primeramente los ricos aceites *blanquettes* y oro, los embotella y prepara con elegancia á fin de que su esencia y presentación compitan con los extranjeros; después saca las clases ordinarias, y por último, con los residuos ú orujos, obtiene aceites para la fabricación de jabón.

El impulso que el Sr. Prieto imprime á la producción aceitera en España es de entidad incontestable; sus desvelos han sido premiados en Barcelona, Sevilla, París, Buenos Aires y otros centros y colectividades importantes, y el Municipio de Lora del Río le ha nombrado hijo adoptivo de la población, significando cuánta es la simpatía y admiración que el nombre de Prieto despierta entre la honrada clase agricultora.

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, que gusta de rendir homenajes al trabajo, á la inteligencia y á la honradez, envía sus plácemes al Sr. Prieto, y le anima á proseguir en su patriótica empresa, favorable á una de nuestras primeras riquezas agrícolas.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

REVISTA MUSICAL.

La *Música está perdida*, escribía en sus tiempos Benedetto Marcello, el insigne compositor cuyas obras desmentían sus palabras, al presenciar, puede decirse, los comienzos de la música dramática, en los cuales creía ver la ruina y perdición de la misma. *¡La Música se pierde!*, dijo á su vez Rameau, cuando justamente comenzaba la ópera en su país; é igual ó parecida exclamación han lanzado en más modernos tiempos los que vieron destronado á Paissiello por Rossini, los que fueron testigos de la ruidosa evolución de la primera época de Verdi, los que se aterraron más tarde con las innovaciones meyerbeerianas, y, por último, los que han lanzado su excomunión á mata candelas á la novísima reforma de Wagner.

La historia, sin embargo, nos enseña cuán equivocados estaban unos y otros, mostrando los pasos de gigante que en el camino de su progreso y perfección ha dado el arte, desde los sencillos dramas de Scarlatti hasta los complicados poemas musicales del semidiós de Bayreuth, y desde las puras, y á veces inocentes, cantilenas de Pergolese y Paissiello hasta los grandiosos cuadros de conjunto, verdaderas maravillas del genio, realizadas por Rossini y Meyerbeer.

A pesar de esto, hay muchos, y entre ellos me cuento, que temen que en los presentes días el fatal augurio del autor del *Teatro alla Moda* y de Rameau pudiera realizarse si se persistiera en encauzar la música por el camino, que no Wagner, sino sus pseudo-imitadores, la empujan, creyéndose verdaderos revolucionarios del arte, y no siendo, en realidad, sino dóciles é inconscientes instrumentos, llamados, tal vez, á realizar la fatal ley á que están sujetas todas las cosas de esta mísera humanidad, de declinar, una vez llegadas al término, marcado por la Providencia, de su apogeo y perfección.

En esta, á mis ojos, desdichada empresa, llévanse la palma los compositores franceses, dándose el peregrino caso de que el país donde tan despiadada como injustamente se silbó y denigró el *Tankausser*, sea ahora aquel donde los músicos aparezcan como los más fervientes é inconscientes adeptos de su autor, llegando, en el paroxismo del entusiasmo que les domina, á no estudiar lo mucho bueno que las obras wagnerianas encierran, y á gustar exclusivamente de lo excéntrico y lo barroco, y tomándolo como arquetipo, traten de imitarlo, creando obras, como dice Oscar Comettant, «sin tonalidad, sin ritmo, sin melodía, llenas de jeroglíficos armónicos y de atrevidas y nunca justificadas disonancias, que si hacen la felicidad de los *Gogos* de la música, en cambio humillan de continuo los oídos».

A la verdad, no es todo virtud ni espíritu de escuela; pues si bien se mira, aun cuando entre los que por tales caminos andan los hay que no están faltos de inspiración y muestran al par bien á las claras que han pasado largas y fructuosas vigilias consagrados al estudio, el núcleo de los que forman esa legión pseudo-reformista se halla compuesto de los desasistidos de genio, que han visto en los procedimientos que con tanto ardor han abrazado el medio de encubrir con fórmulas y procedimientos extraños la pobreza de su numen, dar apariencias de independencia de genio á lo que sólo es licencia, y hacer pasar, en fin, por originalidad lo que, en suma, no es otra cosa que aquella álgebra musical de que habla un crítico de tanta autoridad como Florimo, ó un gongorismo tan intrincado y enojoso como el del más ferviente imitador de las *Soledades*.

Signos distintivos de la dicha escuela son el desprecio de la melodía, á la cual mira como cosa harto vulgar y propia del común de las gentes; y consiguientemente, el propósito preconcebido de matar en sus gérmenes toda idea melódica, sustituyéndola por una declamación musical compuesta de frases que, debidamente desarrolladas, tal vez podrían conmover y deleitar, pero que aisladas y escuetas, poco ó nada dicen ni significan; el excesivo lujo de modulaciones, y el abuso de acordes extraños, ó colocados fuera de propósito, con olvido, á veces premeditado, de las leyes de la armonía; y el encomendar casi exclusivamente á la orquesta la misión que más incumbe á los cantantes á los cuales, dicho sea de paso, tratan con no gran compasión, logrando por tal medio, ó atormentar al oyente con efectos de estridente sonoridad, ó rendirle de cansancio, hastiado por una constante monotonía.

Y no una, sino muchas veces, he protestado desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA contra esta secta de rapsodas de Wagner, que, á mis ojos, es la que causa más daño á las doctrinas de éste; y si ahora lo hago de nuevo, es no sólo por los males que causa al arte en la tierra donde más ramas ha echado, sino porque de tal modo va desarrollándose y haciendo propaganda, que, al modo de la *influenza*, no se circunscribe ya á la patria de los Massenet y de los Indy, sino que traspasa las fronteras, lo invade todo, y así alcanza á los que ven en ella su áncora de salvación, como á los que, marchando por otros caminos, crearían obras más dignas de su ingenio y saber, siendo contado el número de los que del todo escapan del contagio y mantienen enhiesta la bandera de los sanos y verdaderos principios del arte, no reñidos ciertamente con lo bueno, que no es poco, de las innovaciones y adelantos de que en nuestros más recientes días ha sido objeto.

A decir verdad, no puede contarse entre estos últimos el estimable compositor Sr. Serrano, si ha de juzgársele por su ópera *Mitrídates*, que oímos años ha, y menos aún por la música de *Doña Juana la Loca*, drama musical puesto en escena recientemente en el regio coliseo, y del cual, siquiera sea brevemente, he de comunicar mis impresiones á los lectores de LA ILUSTRACIÓN.

Ante todo, bueno será hacer constar, que si no es fácil hinchar un perro, como decía el loco del cuento de Cervantes, tampoco es cosa baladí escribir una ópera de los vuelos y dimensiones de la que hablo; y menos por un español, para quien suele ser, por lo común, empresa de gigante el conseguir que la oigan, y para el cual suele ser el único acicate que le estimule en su empresa el deseo de adquirir una gloria puramente especulativa, pues que el término más afortunado de sus afanes suele ser, por lo común, aplausos y coronas, pero no otra cosa, que si más prosaica, también es más práctica para vivir en este pícaro mundo que los laureles y las ovaciones, por mucho que abunden aquéllos y estrepitosas que éstas sean.

La ímproba labor sólo de componer un drama musical; la suma de esfuerzos de imaginación y de inteligencia que revela, y el conocimiento del arte que es de suponer en quien tal hace, bastan y sobran para que siempre merezca elogio quien á semejante tarea se dedica, y cuyas dificultades pueden subir de punto si los cimientos del edificio que fabrica son deleznables, ó por lo menos de solidez harto relativa.

Y esto último ha acontecido al Sr. Serrano. Parece imposible, y sin embargo es lo cierto, que un veterano del arte, cual es el ex cantante Sr. Palermi, á quien debe suponerse ducho en el oficio y conocedor del teatro, haya tenido la habilidad (que, ciertamente, se necesita) de convertir un drama hermoso, como es la *Locura de amor*, de nuestro insigne Tamayo, en un *libretto* en que no sobren las situaciones musicales, haya un entrar y salir de personajes que quite al músico toda ocasión de desplegar su talento, y la acción se precipite y embarulle de tal modo, que nada de lo que pasa interese, salvo en determinados momentos, al espectador.

No hay para qué reseñar el argumento, siendo de todos conocido; baste para mi propósito consignar que el compositor, constreñido, por un lado, á las exigencias del *libretto* y á lo rápido de muchas de sus escenas, y llevado, del otro, de los principios de la moderna escuela, á que se muestra inclinado, ha tenido, sin duda alguna, que poner trabas á su imaginación, y poner en tortura su talento para salir airoso en su empresa. Y prueba de ello es, que cuando el caso lo ha

permitido, y cuando, dando de lado las doctrinas á que seguramente tiende, ha recordado las enseñanzas de la escuela esencialmente melódica en que se educó, ha escrito páginas merecedoras por entero del aplauso con que han sido acogidas, y que claramente muestran que si su autor hubiera seguido siempre por los mismos senderos, el éxito de su obra hubiera sido aún mayor y más duradero del que ha alcanzado.

Entre ellas, y como las más salientes, pueden citarse el dúo de tenor y barítono, del primer acto; el *Ave María*, coro con que empieza el segundo, y el cuadro con que la ópera termina, el más pensado y el más dramático, musicalmente considerado, de toda la partitura; á los que pueden agregarse los finales de los actos segundo y tercero. En el resto de la obra, los partidarios de lo nuevo han podido gustar de más de trozo de sabor modernísimo, que los que no participamos de sus ideas no hemos podido menos de acoger con ciertas reservas, sintiendo que las aficiones del maestro Serrano le hicieran dejar sin el conveniente desarrollo ideas y frases melódicas, que de otro modo hubieran brillado y gustado más.

Ha pasado algún tiempo, y aquí, que vivimos al vapor, parecería tal vez algo añejo el que detallase una por una las piezas musicales de que se compone la partitura de *Doña Juana la Loca;* por eso me abstengo de hacerlo, y prefiero limitarme á expresar la impresión que en conjunto me ha producido, y que, tal vez, el estudio detenido de la partitura pudiera modificar algún tanto.

Y por lo que á este punto toca, bueno será advertir que, al exponer con lisura mi opinión, no sólo he obedecido á los principios artísticos que profeso, y que, por cierto, nada tienen de intransigentes, sino que mi objeto ha sido también dar una amistosa y leal señal de alerta al compositor Sr. Serrano, al cual sinceramente deseo recorra con gloria y provecho la espinosa carrera á que se ha dedicado, para que huya de los escollos en que han estado á pique de zozobrar otros compositores de valer, y en las obras que en lo sucesivo escriba, muestre menos fervor y entusiasmo hacia modelos de efímera fama, y vea de conseguir con sus partituras aquella unión de la verdad dramática, del sentimiento melódico y de la riqueza armónica de buena ley que tan á maravilla realizó Meyerbeer y cuya legítima gloria está muy lejos de palidecer aún.

Supuesto lo dicho, la justicia exige consignar que en la interpretación de la ópera de que voy hablando, todos los artistas, cada cual en la medida de su talento y de sus fuerzas, han mostrado el mejor deseo de que el compositor español fuera afortunado en su empresa. Tocan los elogios, en primer término, á la Sra. Arkel en la difícil interpretación, dramática y musicalmente considerada, de la protagonista del drama, y en la que reveló dotes envidiables como actriz y como cantante; en segundo, á la Sra. Stahl, que caracterizó bien la poco simpática figura de Aldara, y después á los Sres. Dufriche, Moretti y Tabuyo; y sería injusticia flagrante no anteponer á todos, aun faltando á las más rutinarias leyes de la galantería, al maestro Mancinelli, por el acierto magistral con que ha dirigido la ópera, en la que también le secundaron con buena voluntad tanto la orquesta como los coros.

Por lo que hace al servicio de la escena, ya podría apuntar algún dislate arquitectónico de marca mayor, y más de una licencia, á la verdad de no tanto calibre como aquél, en punto á indumentaria; pero considerando que predicar á la empresa del regio coliseo, entre otras muchas cosas, de verdad histórica en la representación de las obras musicales, es peor que predicar en desierto, dejo de hacerlo, y á cambio de elogios, que los fueros de la verdad me hacen omitir, no he de escasearlos á los pintores por su excelente decoración de la catedral de Burgos, harto más digna de aplauso que tantas otras por las cuales han salido á la escena á recibir los aplausos del público.

Tal es cuanto por ahora se me ofrece y parece, como dice la gente de toga, sobre la nueva ópera estrenada en el regio coliseo. Acogida favorablemente por el públi-



EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ DE ROMANÍ,
MARQUÉS DE MONISTROL, CONDE DE SÁSTAGO.
Nació en Barcelona, en 1826; † en la misma capital, el 6 del corriente.



CATEDRAL DE TARRAGONA.—DETALLES DEL CLAUSTRO.
(De fotografía del Sr. Torres.)



«NOCHE TOLEDANA.»

DIBUJO ORIGINAL DE DOMINGO MUÑOZ.

co, el Sr. Serrano ha visto compensados sus afanes y sus esfuerzos con los aplausos de que ha sido objeto. ¡Que el recuerdo de ellos le sirva de poderoso estímulo para continuar en la difícil carrera de compositor lírico-dramático, y crear nuevas obras que aumenten su reputación y fama!

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

BLANCO Y NEGRO [1].

(NOVELA CORTA.)

(Conclusión.)

HABIENDO declarado el médico del teatro que el enfermo no podía ser trasladado por el momento á su casa, el empresario, persona muy galante y compasiva, dispuso que se le pusiera una cama en un cuartito próximo á la sala de ensayo del benemérito cuerpo coreográfico. Y media hora después, ya estaba D. Pablo instalado en el lecho, asistido por el médico y la sin par Teresa, que no consintió en separarse de él.

Enérgica y acertadamente atacó el Galeno el mal, aunque desesperando de llegar á impedir el derrame; pero estaba de Dios que D. Pablo no había de sucumbir en aquel trance.

González, luego que dejó á D. Pablo en tan buenas manos como las de Teresa y las del médico, fuése á llevar á casa á su cara mitad, que se sentía mala á consecuencia del susto que le dió «aquel demonio de hombre, entrando en el *parco* y cayendo, sin avisar, cuan largo era».

—Milagro será—añadía la áspera esposa de González, al volver al domicilio conyugal—que no me cueste una enfermedad. ¡Ave María! El hombre no lo habrá podido remediar, digo yo; pero si se sentía malo, ¿para qué ha ido al teatro?..... Yo no sé, hijo, cómo te has hecho tan amigo de ese hombre..... A mí no me gusta ni pizca el individuo..... ni su sobrina, ó lo que sea, mayormente, tampoco..... ¡Jesús! parecía en el *parco* propiamente una figura de cera..... Mira tú si será pánfila y tonta la niña, que cuando cantaba aquella que sale dormida con la luz en la mano y en enaguas, observé á la tal Teresita, y le vi que miraba á la otra con los ojos muy abiertos, y le caían por las mejillas dos lágrimas..... Vamos, ¿será simple la muchacha?..... Tú no la veías, entretenido como estabas en mirar con los gemelos á aquellas dos cotorronas del *parco* de enfrente, tan escotadas que se les veía hasta el estómago. ¡Jesús! ¡qué señoronas las del día, con tan poca vergüenza, Dios me perdone, y qué hombres!.....

González no contestaba á su mujer, ni siquiera se enteraba de lo que decía. La actitud de D. Pablo, su empeño en llevarse á Teresa, sus frases de ira contra la señora Marquesa, y por fin el grave accidente que había sufrido al entrar airado en el palco, eran motivos de honda preocupación para el fiel administrador. «O don Pablo se ha vuelto loco esta noche—pensaba González—ó entre D. Pablo y mi señora hay algo misterioso y que debe de ser horrible. ¿Qué ha pasado esta noche en la entrevista que con tanto gozo esperaba la Marquesa, y en que con tanto gusto había consentido ese diablo de hombre?..... Ahora sólo falta que el viejo se muera, y entonces me quedo con la curiosidad de saber lo que aun no he logrado descubrir, y no voy á poder vivir tranquilo. Con esta preocupación, y con lo que me fríe la sangre esta mujer, de quien parece imposible que se enamorase un hombre de bien como yo me precio de ser, mi vida será un tormento insufrible..... Serán estas dos preocupaciones superiores á mis fuerzas.....»

De buena gana, cuando dejó á su mujer en casa, habría llamado en la de la Marquesa, para comunicar á ésta el extraño suceso; pero no se atrevió. Por las ventanas de la escalera, que daban al gran patio de la casa, no se veía luz, ni en las de las galerías de las habitaciones de la señora: todo estaba obscuro; sin duda la Marquesa y su servidumbre se habían recogido ya.

—A no ser—pensó—que á la señora le haya sobrevenido otro síncope como á D. Pablo, y mañana se la encuentren muerta los criados. Pero no, lo cierto y positivo es que D. Pablo está loco de remate, lo está hace mucho tiempo, y esta noche se le han aflojado ya del todo los pocos tornillos que no se le habían desencajado en la cabeza. En el mundo hay muchos sujetos así, á cuyos actos extraños é irregulares se da el nombre de genialidades, y no son otra cosa que síntomas y avisos de locura, solamente reconocida cuando el individuo hace una muy sonada. Temiéndome estoy que mi señora la Marquesa padece también este aflojamiento de tornillos cerebrales.....

Y discurriendo así, volvió al teatro Real con el deseo de saber si era vivo ó difunto su amigo. Velábanle el médico y dos empleados de la empresa, esperando el efecto de los medicamentos, y estábase en el lecho sin más señal de vida que la fatigosa respiración, que más parecía señal de próxima muerte. No había recobrado el conocimiento. En una butaca, la hermosísima Teresa, con su rico vestido blanco, regalo de la Marquesa, habíase quedado, sin poderlo evitar, dormida profundamente, y sin duda soñaba las más puras felicidades, porque en sus labios se dibujaba angelical sonrisa. Cuando entró González hízole seña el médico indicándole á la jovencita dormida.

—No la despertemos—le dijo.—Por suerte para ella y para el enfermo, se ha quedado dormida en esa butaca, donde la obligué á sentarse, porque, amigo, con sus extremos de cariño, con sus exclamaciones de dolor, no nos dejaba atender á la perentoria necesidad de aminorar en lo posible los efectos del ataque gravísimo que ha postrado á este hombre.

—¿Morirá?—preguntó González al médico.

—Acaso no, pero es hombre perdido.

—¿Perdido?.....

—Es segura la parálisis.

—¡Infeliz!

—Este hombre ha recibido, á no dudar, una impresión muy fuerte, muy violenta. Si vive, vivirá en un estado bien triste. Si él pudiera elegir entre la vida y la muerte, creo yo que elegiría el eterno descanso.

González pasó la noche cerca del enfermo, deseando vivamente la llegada del día, porque, sin duda, habría de saber por la Marquesa algún detalle por donde pudiera conocer, ó presumir siquiera, algo de lo que había pasado en la entrevista del viejo y la señora.

Ésta, que muy de mañana había enviado á buscar á González, por la mujer de éste supo que el tío de Teresa sufrió en el teatro Real un grave accidente, que probablemente le habría producido la muerte; que González no había parecido por su casa desde que se marchó á media noche, y por fin, que Teresita tampoco había vuelto. Saber esto la Marquesa, ponerse el amplio manto en que se envolvía cuando iba de mañana á hacer obras de caridad, y salir á la calle, fué cosa de un momento, y no empleó muchos en llegar al teatro Real, donde, preguntando al portero de la Contaduría, fué conducida á la habitación del enfermo, que continuaba postrado, pero más tranquilo que estuvo durante la noche. El médico no vió ya grave peligro en que fuera trasladado á su domicilio, y una hora después se efectuó la traslación en una camilla de la Casa de socorro, á la que seguían la Marquesa, apoyada en el brazo del médico, y Teresa, á quien daba el suyo González, y que con su traje blanco y sus ojos de angustia parecía así como una desposada contra su gusto.

No permitió la Marquesa que subieran á D. Pablo á la habitación alta; en su propia casa quiso que se le instalara, habiendo resuelto ser ella su enfermera. Y allí, en una linda estancia, la misma que ocupaba un sobrino de aquella señora cuando venía á Madrid, quedó perfectamente acomodado en un hermoso lecho con sus grandes colgaduras, sus colchones de seda y sus sábanas de finísima holanda.

—Agradezco á usted mucho—dijo la Marquesa al médico—los cuidados que ha prodigado esta noche al enfermo, y quiero que siga usted encargado de su asistencia, bien que desearía una consulta con el famoso doctor Marqués de la Ventosa, mi médico, y con algunos otros que usted y el doctor que acabo de nombrar puedan designar.

Asintió el médico, y aquella misma tarde examinaban y reconocían al enfermo cinco de los galenos de más nombre y de más precio.

Y sin embargo, D. Pablo no se murió.

XII.

Ahora son de necesidad algunas explicaciones para poner termino á esta narración.

Fué D. Pablo Blanco y Negro un terrible perseguidor de mujeres, y un biógrafo hubiera podido decir de él que comenzó á dar señales de su afición al bello sexo desde sus más tiernos años, con lo que tuvo siempre á su excelente madre en un estado penoso de alarma y de inquietud, porque temía que á su hijo habíanle de perder las mujeres. Pero él era quien las perdía, sin remordimiento de conciencia ni temor de Dios, y larga hubiera sido, si la hubiese conservado, la lista de sus víctimas de todas clases y categorías, desde la humilde alcarreña recién venida del pueblo con la modesta aspiración de figurar en el ramo de criadas de servir, hasta la aristocrática señorita á quien seducía con su diabólica habilidad para hacerse querer. Apuesto y gallardo, rico, inteligente, distinguido y osado hasta la temeridad en sus amorosa sempresas, no podía menos de alcanzar señalados triunfos. Fué verdaderamente extraordinario el número de sus conquistas. Como César, llegaba, veía y vencía.

Angela, la que luego había de ser Marquesa de la Espina, y era cuarenta años antes una seductora jovencita, vecina del temible conquistador, hija, como ya se ha dicho, de un magistrado casado en segundas nupcias con una señora muy corrida y que alardeaba de incorruptible é intransigente virtud, y así tenía embobado al marido, cuya gravedad semejaba á la del animal más pacífico y tanto peor tratado cuanto más útil es, enloqueció de amor por el bizarrísimo galán, porque sólo enloqueciendo pudo la muchacha hacer lo que hizo, aunque tanto temía al severo padre y á la implacable madrastra. Y no amó en el mundo más que á Pablo, y casada luego por sorpresa, por engaño, por arte de la madrastra, no amó al marido, y mientras éste arrastraba penosa vida por consecuencia de su borrascosa juventud, ella no pensaba sino en Pablo. Y después viuda, y casada otra vez porque no tuvo fortaleza suficiente para desdeñar al nuevo pretendiente, especie de becerro que se le presentaba repleto de oro acuñado, no olvidó jamás á Pablo, y este recuerdo constante le sirvió mucho para poder resistir á los cien galanes que la persiguieron, sin respeto á los maridos, porque comparándolos con el que fué su primero y único amor, no halló en ningún otro aquellas cualidades excepcionales que hacían de Pablo un hombre irresistible. Todos los días se preguntaba:—«¿Dónde estará Pablo? ¿Qué será de Pablo? ¿Encontraré á Pablo alguna vez?» Preguntó discretamente á personas que suponía le habrían conocido. Y nadie le daba indicios por donde pudiera conocer cuál había sido su suerte. Sabía que había derrochado su fortuna, que había viajado por la América española y por el extranjero, y después..... como si se hubiera muerto. La sociedad que Pablo frecuentaba en su juventud no había vuelto á verle, y le había olvidado. Habría muerto, y Angela lloró por él á sus solas, persuadida de que Pablo, mientras vivió, no pudo tampoco olvidarla. Y en esto se equivocaba grandemente la enamorada de Pablo, porque éste la había olvidado de la manera más absoluta. La encontró en su camino, la mintió amor con todas las apariencias de la más intensa y devoradora pasión, la engañó habilísimamente, y luego que triunfó en su empresa, empeñóse en otra, y en otra después, como el niño inconstante, consentido y caprichoso rompe los juguetes más bonitos, y sólo en esto y en reemplazarlos halla placer. ¡Cuarenta años la enamorada Angela suspirando por Pablo, que no se acordaba de ella..... que ni siquiera había conservado memoria de que aquella mujer pura y hermosa le había sacrificado su inocencia, se había expuesto por él acaso á una vida de infortunio, de vergüenza!.....

Angela, la Angela de quien conservaba D. Pablo amarga é indeleble memoria, era otra, era la mujer mala que había de vengar á todas las buenas con quienes fué ingrato el afortunado conquistador; la que él amó perdidamente, y por la que sufrió inacabables penas y lloró lágrimas de sangre. ¡Qué diferencia entre la tierna y amorosa Angela olvidada, y la otra Angela que le inspiró la más tirana y abrasadora de las pasiones! ¡Qué diferencia entre el amor desinteresado, todo abnegación y ternura de la candorosa y confiada hija del magistrado, y el capricho exigente y despótico de aquella Angela que, después de tantos años, despertaba en D. Pablo sentimientos de rencor!

Angela no era libre cuando Pablo la conoció. Un año antes habíase casado con un hombre que había enloquecido por ella, como enloqueció luego el que fué su amante. Era el esposo de Angela de carácter arrebatado, enérgico y valeroso, y profesaba las más exageradas ideas políticas, con lo que siempre estaba empeñado en proyectos de conspiración para derribar y sustituir á los gobernantes, oficio muy socorrido en nuestro país, y único mérito de no pocos de los que nos gobiernan. Para algunos, los menos listos, el oficio ése ha tenido á las veces sus peligros, y no es corta por desgracia la lista de los que en esas conspiraciones perdieron desastrosamente la vida. El marido de Angela fué sorprendido con otros tales en flagrante delito de conspiración contra lo existente, y por compasión augusta no fueron él y los demás pasados por las armas, como el Consejo de Guerra estimaba conveniente para escarmiento de los llamados *eternos enemigos del orden*. Fué deportado, y Angela quedó sola con su madre sordomuda, y con pocos recursos, porque el revolucionario era espléndido, y había empleado su capital, que tampoco era gran cosa, en los gastos de la fracasada intentona, creyendo que el triunfo sería fácil y luego podría reintegrarse con creces. Ejemplos había visto, y nada tenía de extraño, por consiguiente, que él hiciera también sus cuentas galanas.

Conoció Pablo á la dolorida Angela, y ya no hubo para él mujer que mereciera como ella ser adorada. Además del atractivo de su hermosura, que era en verdad soberana, hacíala interesante su infortunio. Su marido, un mala cabeza, deportado á perpetuidad, y ella, sola y pobre en Madrid, ú obligada á marchar allá, atravesando los mares, á un clima insalubre, donde una naturaleza delicada como la suya sucumbiría forzosamente. Lo probable era que ya no volviese á ver á su marido si no iba pronto á reunirse con él, porque con la rabia y la bilis que había llevado el hombre por haber fracasado en la empresa de que tantas ventajas se prometía, parecía casi seguro que allí entregase la piel, como había sucedido á no pocos que en época anterior habían sido enviados al mismo punto por un gobierno de los más liberales.

Hay que hacer constar que Pablo tuvo sus escrúpulos. Ofender á un marido que estaba imposibilitado de vengar la afrenta, aprovechando su forzosa indefinida ausencia, parecíale una cobarde felonía que no la disculpaba el amor; pero éste era más fuerte que todas las razones con que su decoro y su hidalguía querían atajar la pasión que le devoraba. Fué esclavo de aquella mujer, que tanto como hermosa de cuerpo era fea de alma. Desde que reemplazó en el mancillado hogar con el amante al esposo, que, por desgraciado, hubiera sido digno de respeto; desde que se apoderó de Pablo aquella mujer, comenzó para él una serie penosísima de pesares y vergüenzas, y en vano quería arrancar de su corazón el amor funesto que le encadenaba á la adúltera, que le hizo sentir con sus coqueterías desesperados celos y se burló de él desfachatadamente..... Y aquella era, sin embargo, la mujer que amaba, la que le dominaba en absoluto, por quien, como dijo á la Marquesa, hubiera perdido la vida, la honra. Habría querido aborrecerla y poder huir lejos de ella; pero aquel lazo impuro y criminal le sujetaba como un grillete, y no hallaba modo de romperlo.

Dos años hacía que Pablo era juguete de Angela, cuando en medio de las sombras de aquella situación vergonzosa surgió una luz de esperanza. Angela iba á ser madre. El fruto del adulterio no podía conservarlo la madre, que si no temió cometer el pecado, temía publicarlo; pero Pablo, lleno de ternura infinita para aquel ser desventurado que iba á nacer, le daría todo su amor, toda su protección. De la madre nada podía esperar la inocente criatura, porque Angela, castigo de la justicia del cielo, no recibía al hijo que se agitaba en

(1) Véase el núm. IX.

su seno con el inefable regocijo de las madres honradas, sino con el temor, el despecho y la vergüenza de las esposas adúlteras. Y la que no había amado al esposo ni al amante, tampoco amaba al hijo.

Un suceso inesperado vino á complicar más gravemente la situación. Por un fausto acontecimiento, el Gobierno propuso á S. M. un indulto para los sentenciados por delitos políticos; es decir, se abrieron las puertas de la patria á los llamados eternos enemigos del orden, entre los cuales uno de los más caracterizados era el esposo de Angela. Tembló la mujer infiel, no de rubor, sino de miedo vil, conociendo el carácter violento y cruel del que llegaría á su hogar precisamente cuando había de encontrar señales claras, evidentes, de su afrenta. Pero quiso Dios que llegara antes al mundo el fruto del delito, que á Madrid el marido ultrajado.

Nació la niña desventurada precisamente el mismo día que Pablo perdía á la madre amantísima que tanto había sufrido, temiendo que la afición desmedida á las aventuras amorosas comprometiera á su hijo; y mientras éste cumplía el deber de recoger las últimas palabras y el postrer suspiro de la que fué ejemplo de buenas madres, la esposa adúltera entregaba la criatura desprendida de sus entrañas á infame Celestina, que sigilosamente la llevaba al torno de la Casa de Maternidad. Así, aquella mujer con rostro de ángel y corazón de fiera, robó á Pablo el inocente ser por quien hubiera podido merecer perdón de sus grandes culpas, prefiriendo abandonarlo, para que no quedara rastro del adulterio. ¡Infame y cobarde!

Quince días después del nacimiento de la hija adulterina, llegaba á Madrid el indultado revolucionario con otros de su partido, y por la noche se le pudo ver en el balcón de su casa de la calle de San Marcos, acompañado de la encantadora esposa, oyendo la serenata con que le festejaban los correligionarios que se habían quedado por acá.

Pablo recibió en el corazón el golpe, y sintió la más aguda de las penas. Corrió á la Casa de Maternidad, dos días después, cuando supo la horrible acción de la madre criminal, y allí se enteró de que en la noche fatal habíanse recibido tres criaturas recién nacidas, niñas las tres, y dos habían vivido breves horas. Ninguna llevaba señal ni indicación por donde se pudiera reconocer su origen. Dios le castigaba á perpetua duda. ¿Sería su hija una de las que murieron, ó la que vivía?.....

El hermano de Pablo recogió aquella niña desventurada, que ya había sido bautizada en el asilo con el nombre de Angela de la Caridad. Pablo constituyó un dote para ella y huyó de Madrid, y, desesperado, loco, derrochando lo que le quedaba de fortuna, y sin hallar en parte alguna consuelo para su pena, sin poder olvidar jamás á la mujer que tanto había amado, viajó por Europa y América. Su hermano educó á la niña, y á los diez y ocho años la casó con un excelente joven, que prometía ser notabilísimo pintor.

Volvió Pablo á Madrid, y halló casada y venturosa á la que no sabía si era su hija, en el mismo honrado hogar donde la había dejado cuando niña. Pablo, empobrecido ya, obtuvo un modesto empleo, por mediación de su hermano, y durante tres años fué testigo de la felicidad de aquella joven esposa, que no tenía semejanza alguna con la Angela que él había amado. Pero el infortunio se apoderó de aquel hogar. Pobre, arruinado por quiebra del infiel depositario de su fortuna, murió el hermano de Pablo; y luego el pintor, el esposo de Caridad, cayó como herido del rayo cuando empezaba á ser conocido y estimado, y por último, seis meses después, la desconsolada viuda murió también á los dos días de haber dado á luz una niña, que la moribunda madre encomendó á D. Pablo, rogándole que la pusiera por nombre Angela Teresa, y la amase como hija...

....

CONCLUSIÓN.

La Marquesa de la Espina cuidó con la mayor solicitud al enfermo, con el auxilio de Angela Teresa; pero si logró conservarle la vida, porque Dios quiso, no así disipar las sombras en que para siempre ha quedado envuelto su cerebro.

D. Pablo está hace dos años paralítico, y en su antes expresiva é inteligente fisonomía aparece ahora la estúpida placidez de quien ni piensa ni padece. Cuando se le acerca la Marquesa, que le mima y le agasaja como á un niño, sonríe, y parece que se alegra. Y la Marquesa piensa: —*¡Cuánto me ha querido este hombre!*.....

Angela Teresa, la que D. Pablo llamó sobrina porque no sabía si podía llamarla nieta, acompaña constantemente á la Marquesa, que la quiere dotar espléndidamente y casar con el primogénito del Marqués de la Ceniza, uno de los grandes de España que conserva todas las fincas heredadas, y aumenta su capital notablemente, y pertenece al brillante grupo de accionistas del Banco que poseen más de quinientas.

Angela, aquella esposa infiel y madre indigna, murió hace dos años, la misma noche en que D. Pablo sufrió el ataque en el teatro Real, y los periódicos al dar la noticia de la muerte de la distinguida señora, emplearon buen golpe de frases de elogio á la austera virtud y á la inagotable caridad de la difunta.

González continúa administrando los bienes de la Marquesa, y sería completamente feliz, ya que está habituado á sufrir á su mujer, si hubiera podido satisfacer su curiosidad. Pero no se ha enterado de nada todavía, y probablemente no se enterará jamás.

CARLOS FRONTAURA.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

No puedo sustraerme á la necesidad de repasar en mi imaginación la rápida serie de circunstancias que me han traído, como por un hilo conductor tendido de antemano, hasta esta extraña casa. Primero, mi brusca é imprevista partida con destino á Marruecos. Luego, estos doce días de caminar á caballo, durante los cuales, algo de la Francia estaba conmigo todavía: mis alegres compañeros de viaje, con quienes me reunía bajo la tienda común á la hora de las comidas para hablar de cosas del presente siglo, hasta olvidar casi el sombrío país en que nos íbamos internando. Después, nuestra extravagante entrada en Fez esta misma mañana, al son de dulzainas y tamboriles; y un poco más tarde, mi súbita separación del resto de la embajada, mi llegada bajo el aguacero á este ruinoso alojamiento, y mi soledad absoluta de toda la tarde.

Siempre han sido mi distracción favorita y mi gran recurso contra la monotonía de vivir, estas transformaciones y estos cambios completos del medio ambiente habitual. Y esta noche trato de distraerme con mis trajes árabes; sobre todo, con el pensamiento de que habito en plena Ciudad Santa, en un casucho inaccesible..... Pero, la verdad, no lo consigo: la nota dominante en mi espíritu, á pesar mío, es una inmensa tristeza, con la cual no contaba; una pena por la ausencia del hogar patrio; un sentimiento casi pueril que me merma el encanto de las nuevas extrañezas: el sentimiento del sudario del Islam caído sobre mí, rodeándome con sus vetustos y pesados pliegues, sin dejar un resquicio levantado por donde poder respirar el aire libre de fuera, y mucho más fatigoso de llevar, que todo lo que yo pudiera haberme figurado.....

¿Hay que culpar tal vez á la fúnebre soledad de esta morada, á esas goteras que trasudan á través del techo produciendo un constante ruidito desolado, á esas voces que salmodian en lo alto de los minaretes de las mezquitas?..... El hecho positivo es que los primeros días de permanencia en Fez os ahoga eso de sentir en derredor el intrincado laberinto de las callejuelas estrechísimas; la presencia de todas estas gentes desdeñosas ú hostiles, que no os toleran en su ciudad sino porque se ven forzados á ello, y cuyo gusto sería veros morir abandonado por las calles como un perro; todas estas puertas que se cierran de noche para dejar los barrios incomunicados y fuera de los imponentes murallones que lo encierran todo, la obscuridad de las campiñas salvajes, más inhospitalarias todavía que la ciudad, que carecen de caminos para huir, y donde habitan tribus que cortan las cabezas.

XXI.

Martes, 16 de Abril.

La primer noche pasada en esta casa, ha sido bastante lúgubre: el viento, la lluvia y las monótonas plegarias de los *muezzines*, no han cesado en toda ella.

Hacia las dos de la madrugada, eran tales las sacudidas de las viejas puertas de mis escaleras y corredores, que me creí próximo á ser invadido por mala gente, y hube de levantarme provisto de mis armas y de una linterna, para hacer una ronda general. Pero no, no había nadie; eran las fuertes ráfagas de viento las que producían aquellas sacudidas, que hacían retemblar los mohosos herrajes.

No volví ya á despertarme, sino cuando la claridad del día vino á filtrarse por las hendiduras de las grandes puertas de cedro. Voy á mirar el cielo por la abertura cuadrada del techo del patio interior, y lo encuentro con el mismo aspecto triste é invernizo de la víspera, dejando caer la misma lluvia lenta y fina. Un viento frío, como el de los climas del Norte, me azota el rostro.

Y la vejez, la desolación, la decrepitud de mi casa me aparecen más extremadas todavía bajo esta luz, á la vez indecisa y clara, que desciende de lo alto con la lluvia.

No hay nada agradable á la vista y fresco de color, como no sean los azulejos que forman el pavimento.

⁂

....

La mañana se ha pasado en probarme trajes *de vestir*. Un tal Edriss, musulmán argelino emigrado en Marruecos, y que el doctor L... me ha facilitado en clase de guía y acompañante, me trae, para que haga mi elección, caftanes de paño rosa, aurora, capuchina ó azul obscuro: con ellos vienen fajas, turbantes, gruesos cordones de seda para suspender el puñal, ó para sujetar la limosnera, en la cual todo verdadero creyente debe llevar, suspendido al cuello, un pequeño comentario manuscrito de los santos libros; y en fin, largos velos de transparente lana blanca, que sirven para envolverse y atenuar los colores vivos de los vestidos.

El mismo Edriss me indica la difícil manera de envolverse elegantemente en los susodichos velos, que dan dos ó tres veces la vuelta al cuerpo, y á la disposición de los cuales está subordinada toda la *toilette*.

Aparte de todo capricho de vestirse de moro, es lo cierto que el traje del país se hace indispensable en Fez para circular en libertad y ver un poco de cerca las gentes y las cosas.

⁂

Á las tres de la tarde.

Oigo llamar á mi puerta. Como ya adivino quién puede ser, bajo á abrir, vestido con sencillez al estilo marroquí, con ropaje de lana blanca un tanto usado, como se les ve á todos los transeuntes. En la calle nos esperan tres mulas, con la cabeza mirando á la dirección en que debemos partir, pues la estrechez de la exigua calle haría imposible que se volvieran entre los dos paredones, que casi se tocan el uno con el otro. Un palafrenero tiene de la brida á una de las mulas, encaparazonada de paño rojo, sobre la cual me instalo: de los dos personajes arropados en largos albornoces, que montan las otras dos, el uno es Edriss, y el otro, en un todo parecido á un verdadero beduino, es el capitán H. de V..., uno de los miembros de la Embajada francesa, que tampoco quiere dedicar el día á *purificarse*.

Los tres nos ponemos en camino sin hablarnos, como si hubiésemos convenido de antemano el lugar y objeto de nuestra excursión. La fina lluvia sigue cayendo, en tanto, del cielo bajo y brumoso.

Caminamos largo tiempo, uno detrás de otro, bajo esta lluvia obstinada, que hace más lúgubre el laberinto de las míseras callejuelas obscuras. Las más de las veces hay agua ó fango líquido hasta las rodillas de nuestras bestias, que unas veces tropiezan en piedras invisibles, y otras hunden sus patas en agujeros, estando frecuentemente á pique de hacernos rodar por el suelo. A menudo nos vemos precisados á doblarnos en dos, para poder pasar por debajo de unas bóvedas tan bajitas, que sin esa precaución, nos romperíamos con ellas la cabeza. Y á cada instante, es preciso detenerse, guarecerse en el hueco de una puerta, ó desandar parte de lo andado, á fin de dejar paso á recuas de caballerías cargadas.

Atravesamos también los bazares cubiertos, en donde reina perpetuamente una especie de medio crepúsculo: ya atropellamos, ya somos atropellados; y, por supuesto, nuestros estribos no dejan nunca de rozar las viejas paredes.

Llegamos, por fin, al término de nuestra excursión, á una cosa como un gran patio de mal aspecto, viejo y caduco como lo es todo en Fez, y rodeado de pórticos macizos, que le hacen asemejarse al patio de una prisión: es el mercado de los esclavos, que á los cristianos les está vedado visitar.

Pero nuestra diligencia resulta inútil, porque nos encontramos el mercado vacío: sin duda no ha llegado ninguna mercancía humana del Sudán, pues según se nos dice, no será vendido esclavo alguno hasta dentro de dos ó tres días.

Continuamos, pues, nuestra ruta detrás de Edriss, que nos sirve de guía—siempre sin dirigirnos la palabra—siguiendo aquel enmarañado ovillo de callejuelas, que parecen estrecharse y ensombrecerse más, á medida que más se avanza.

Súbito, he aquí que llega hasta nosotros un gran murmullo de voces rezando y salmodiando al unísono, en un inmenso recogimiento. Al mismo tiempo, en el dédalo negro aparece una claridad blanca, que sale de una gran puerta ojival, ante la cual nuestro guía Edriss, que ha contenido el paso de su cabalgadura, se vuelve para mirarnos. Le interrogamos con un signo imperceptible: «¿Es aquí?» Edriss nos contesta afirmativamente con un guiño. Y pasamos con toda la lentitud posible, para ver mejor.

«Aquí», es Karaouin, la mezquita santa, la Meca de todo el Mogrehb, donde de diez siglos á esta parte se predica la guerra á los infieles, y de donde salen todos los años esos doctores feroces que se desparraman por todo Marruecos, como por la Argelia, Túnez y el Egipto, y van hasta el fondo del Sahara y del Sudán negro. Noche y día, sus bóvedas resuenan perpetuamente con ese mismo rumor confuso de cantos y de plegarias: la mezquita puede contener veinte mil personas, y es profunda como una ciudad. Las riquezas se amontonan en ella desde hace siglos, y en su recinto suceden cosas



«LA FIESTA DE LA LLEGADA DE LOS TESOROS DEL

CUADRO DE PABLO RITTER, G



IMPERIO DE ALEMANIA Á NUREMBERG, EN 1424.»

RABADO POR BREND'AMOUR.

absolutamente misteriosas. A través de la gran puerta ojival distinguimos en lotananzas indefinidas columnas y arcadas de una forma exquisita, labradas, esculpidas, festoneadas con ese arte maravilloso de los árabes. Millares de linternas y de farolillos descienden de las bóvedas, y todo es de una blancura de nieve, de la que irradia un resplandor hasta la penumbra de los largos corredores. Un pueblo de fieles está prosternado en tierra, sobre los pavimentos de mosaico de vivos colores, y el murmullo de los cantos religiosos se escapa de aquellas naves, continuo y monótono como el ruido del mar.....

No nos atrevemos siquiera á hablarnos, ni aun á mirar con demasiado detenimiento, por temor de hacernos traición á nosotros mismos; pero no podemos sustraernos al deseo de dar la vuelta en torno de la gran mezquita, que tiene unas veinte puertas, y de contemplarla en sus diferentes aspectos.

Para dar esta vuelta, hay que tomar por una especie de camino de ronda, hundiéndose en el fango, las inmundicias y las podredumbres. Exteriormente, no se ven más que altos muros negros, degradados, desvencijados, contra los cuales se apoyan las casas centenarias de alrededor.

Presa de un vago recogimiento, detenemos nuestra marcha cada vez que pasamos por una de las puertas: el santuario nos envía entonces por un instante su luz blanca y su rumor de plegarias. Es tan grande, que no llegamos á figurarnos bien cómo es el plano del conjunto: las arcadas son variadas hasta el infinito; unas esbeltas, airosas, recortadas en festones desconocidos, con ornamentos que afectan la forma de encajes y de estalactitas; otras que tienen hechura de tréboles de muchas hojas, de cintras prolongadas, de ojivas. Y en todos lados, prosternada sobre los mosaicos, la muchedumbre de los albornoces, murmurando sus eternas plegarias.....

Sin duda alguna, volveremos á ver otras veces la mezquita de Karaouin mientras permanezcamos en Fez; pero no creo que volvamos á experimentar una impresión más profunda que la que hemos recibido después de esta primera ojeada, echada furtivamente en un día de prohibición para los infieles.....

XXII.

Miércoles 17 Abril.

Hoy ha tenido lugar la ceremonia de nuestra presentación al Sultán, quien se ha servido dispensarnos el día de cuarentena que nos faltaba.

A las ocho y media de la mañana nos hemos reunido todos, vestidos de gran uniforme, en el patio árabe de la casa en que habita el Ministro francés y su séquito.

Llega el *kaid* introductor de embajadores—un mulato colosal con cuello de toro—que ostenta en la mano un enorme garrote de mal augurio. Parece ser que siempre se elige, para desempeñar tales funciones, á uno de los hombres más fornidos del Imperio. Cuatro personajes vestidos de blanco vienen acompañando al *kaid*, armados también con sendos garrotes, que manejan á manera de bastón de tambor mayor. La misión de estos individuos se reduce á apartar á la muchedumbre que se agolpa á nuestro paso.

Cuando llega el momento de montar á caballo, atravesamos el patio de naranjos, bajo la consabida llovizna de invierno que parece la inseparable compañera de nuestro viaje, y nos dirigimos hacia la puerta que da á la calle. Una vez en ella, nos traen, uno por uno, nuestros caballos, pues la estrechez de ésta no les permite volverse, ni pasar dos de frente.

El palacio del Sultán dista bastante del edificio que ocupa la embajada, y hay necesidad, para llegar á él, de volver á atravesar los mismos barrios por donde pasamos anteayer á nuestra llegada. Delante de nosotros van los funcionarios de los garrotes, que dejan caer éstos sobre los grupos que estorban la circulación, y vamos rodeados de los consabidos soldados colorados de infantería, que no se despegan del lado de nuestros caballos, y sus bayonetas, cuyas puntas llegan precisamente á la altura de nuestros ojos, son una amenaza permanente á cada brusco revolver de una callejuela, ó á cada agolpamiento de gentes y caballerías.

Lo mismo que el día de nuestra entrada, cruzamos hoy los terrenos baldíos que separan á Fez *el viejo* de Fez *el nuevo*, las rocas, los aloes, las grutas, las tumbas, las ruinas, los montones de animales podridos, sobre los cuales vuelan las aves de rapiña.

Llegamos, en fin, al primer recinto amurallado del palacio, y penetramos por una gran puerta ojival, que da acceso al patio llamado «de los Embajadores».

Este patio, mejor dicho, esta gran plaza cerrada, es de tal manera inmenso, que no conozco ciudad alguna en el mundo que posea uno de iguales dimensiones. Rodéanlo altas murallas coronadas de almenas puntiagudas y flanqueadas por pesados bastiones cuadrados como los de Stambul ó Damieta, pero con algo de más ruinoso y más siniestro. La hierba salvaje crece por todas partes, y en medio hay una charca poblada de ranas que cantan. El cielo está tormentoso y negro: nubes de pájaros se escapan de los almenados torreones, y hacen evoluciones en el aire.

La plaza es tan desmesuradamente espaciosa, que parece vacía á pesar de los miles de almas que en apretadas filas ocupan sus cuatro lados, al pie de los muros carcomidos. Son siempre los mismos personajes, ataviados de la misma manera: de un lado, una multitud blancuzca, con albornoces y capuchones; de otro, una multitud roja, que son las tropas regulares del Sultán, acompañadas de sus músicos con amplias vestiduras anaranjadas, verdes, violeta ó amarillas. La parte central, que es por donde nosotros avanzamos, está completamente limpia de gente. Y toda aquella muchedumbre apiñada parece liliputiense, vista á tan gran distancia, como amontonada bajo las altas murallas, imponentes en su decrepitud.

La plaza de que hablo, se comunica por uno de los bastiones de los ángulos con el recinto interior del palacio. Este bastión, menos degradado que los demás, y blanqueado con cal, tiene dos hermosas puertas ojivales, rodeadas de arabescos azul y rosa: por una de ellas es por donde el Sultán debe hacer su aparición.

Se nos ruega que echemos pie á tierra, porque nadie tiene derecho de permanecer á caballo delante del jefe de los creyentes. Henos aquí desmontados, pisando el fango y la hierba mojada.

En esto, se observa un movimiento entre las tropas: soldados rojos y músicos multicolores proceden á formarse en larga avenida, desde el centro de la plaza, donde estamos colocados nosotros, hasta el bastión por donde el Sultán debe penetrar. Todos nos quedamos mirando las puertas de los arabescos, aguardando la prestigiosa aparición.

La plaza es tan disforme, que todavía están las tales puertas á doscientos metros de nosotros. Grandes dignatarios, visires de luengas barbas blancas y rostros sombríos van viniendo hacia nosotros, todos á pie como nosotros mismos, marchando con lentitud en la blancura de sus velos y de sus flotantes albornoces. Estos personajes nos son casi todos ellos conocidos, por haberlos visto anteayer á nuestra llegada; sólo que entonces iban más orgullosos, montados en sus hermosos caballos. También viene con ellos el *kaid* Belail, el bufón negro de la corte, con su inverosímil turbante en forma de cúpula, avanzando solo, contoneándose y apoyado en un garrote imponente: yo no sé qué hay de siniestro y de grotesco á la vez en todo el aspecto de este excéntrico personaje, cuyo aire y ademanes revelan que tiene la conciencia del gran favor de que goza.

La lluvia sigue amenazadora: nubes de tempestad, impulsadas por un gran viento, corren por el cielo con las nubes que forman los innumerables pájaros, dejando ver á trechos un poco de ese azul intenso, único indicio por el momento, del país de luz en donde nos hallamos. Las murallas, las torres, erizadas de almenas puntiagudas, cobran un aspecto gigantesco; nos encierran por todos lados como en una ciudadela de dimensiones excesivas, fantásticas; el tiempo les ha dado un tono gris dorado muy extraordinario; están cuarteadas, roídas, vacilantes; producen sobre el espíritu la impresión de una antigüedad perdida en la noche. Dos ó tres cigüeñas, encaramadas en lo más alto, miran la muchedumbre que bulle á sus pies, y una mula, que se ha subido no sé cómo á una de las torres, contempla también el espectáculo.

Nuestra atención se concentra cada vez más sobre la puerta de los arabescos, por la cual vemos salir como unos cincuenta negritos esclavos, ataviados con traje rojo y unas cosas de muselina blanca, á manera de sobrepelliz, que les hace asemejarse á nuestros monacillos. Caminan con pesadez, y amontonados como una piara de carneros.

Vienen después seis magníficos caballos blancos, encaparazonados de seda, cada uno de los cuales es llevado de la brida por un caballerizo.

Luego se presenta una carroza dorada, estilo Luis XV, accesorio completamente imprevisto en esta *mise-en-scène*, y ridículo de toda ridiculez en medio de toda esta rudeza grandiosa. Por lo demás, la carroza de que me ocupo es el único vehículo que existe en Fez, y le fué regalada al Sultán por la reina Victoria.

Transcurren todavía algunos minutos de expectativa y de silencio. De pronto, un estremecimiento de religioso temor recorre las filas de los soldados. La música entona una tocata ensordecedora y lúgubre. Los cincuenta negritos echan á correr, como si les acometiera un vértigo, desplegándose en abanico como una bandada de abejas. Y allá abajo, en la penumbra de la ojiva, vemos dibujarse, sobre un espléndido caballo blanco que llevan de las riendas cuatro esclavos, una figura blanca, toda velada de muselina: por encima de su cabeza se eleva un quitasol rojo, de forma antigua, como debía ser el de la reina de Sabá, llevado por otro criado, y dos gigantes negros, vestido de azul el uno, y de rosa el otro, agitan unos plumeros á cada lado del jinete.

Y mientras la extraña figura, informe, pero majestuosa, se adelanta en dirección á nosotros, las músicas, exasperadas, dejan oir notas más estridentes: una cosa que parece un himno religioso, lento y desolado, que acompañan, fuera de compás, furiosos redobles de tambor. El caballo blanco brinca y se encabrita, costándoles gran trabajo á sus conductores sujetarlo. Y nuestros nervios reciben no sé qué impresión angustiosa al escuchar la lúgubre y desentonada música,

He ahí, en fin, parado á corta distancia de nosotros, á este último hijo auténtico de Mahoma, cruzado de sangre nubia. Su traje, de muselina de lana fina como una nube, es de una blancura inmaculada. Blanco es también su caballo; de oro los grandes estribos; la silla y el arnés son de seda, de un verde-agua muy pálido, ligeramente bordados de oro. Los esclavos que sujetan el caballo, como el que lleva el gran quitasol encarnado y los dos que agitan los mosquiteros, son negros hercúleos, que sonríen forzosamente. Y el conjunto de este ceremonial de otra edad se armoniza con la música tristona; encaja como no cabe mejor en el marco de las inmensas murallas que irguen en el aire sus almenas deterioradas.....

Este hombre, venido hasta nosotros con tanto aparato, es el último representante fiel de una religión y de una civilización en vísperas de morir. Es la personificación misma del secular Islam; pues sabido es que los musulmanes puros consideran al Sultán de Constantinopla como un usurpador casi sacrílego, y vuelven sus ojos y sus plegarias hacia el Mogrheb, donde reside el que para ellos es el verdadero sucesor del Profeta.

¿A qué enviarle una embajada á este hombre, que permanece, como su pueblo, inmovilizado en los viejos sueños humanos casi desaparecidos de la tierra? Él y nosotros somos absolutamente incapaces de entendernos: nos separa de él tanta distancia, como la que nos separaría de un califa de Córdoba ó de Bagdad resucitado después de mil años de sueño. ¿Qué le queremos y por qué le hemos hecho salir de su palacio impenetrable?

Su rostro moreno apergaminado, al que sirven de marco las blancas muselinas, tiene rasgos regulares y nobles; los ojos, cuyo blanco se ve aparecer debajo de la pupila, medio oculta por el párpado, son amortiguados, y tienen una expresión de melancolía excesiva, de supremo cansancio, de supino aburrimiento. Su aire es dulce y afable, y lo es realmente, según dicen los que le rodean. Hasta pretenden las gentes de Fez que es demasiado bondadoso, y que no hace volar bastantes cabezas por la santa causa del Islam. Pero debe ser, sin duda, una dulzura relativa, como lo que se entendía por dulzura entre nosotros en la Edad Media: una afabilidad que no se sensibiliza extraordinariamente ante la sangre vertida, cuando cree necesario verterla, ni ante una fila de cabezas humanas enganchadas á guisa de guirnalda encima de la bellas ojivas, á la entrada de su palacio. Ciertamente, no es cruel: no puede serlo con esa mirada suavemente triste; hace uso del derecho que le da su poder divino, castigando á veces duramente; pero se dice que gusta más de perdonar. Sacerdote y guerrero, es lo uno y lo otro con exceso: penetrado de su misión celeste, como pudiera estarlo un profeta, casto en medio de su serrallo, fiel á las más penosas observancias religiosas, y muy fanático por herencia, trata de copiar á Mahoma lo mejor que puede: todo eso se lee en sus ojos, en su correcta fisonomía y en su actitud, majestuosamente enhiesta. Es una personalidad aparte, que nuestra época no puede comprender ni juzgar; pero seguramente una personalidad que impone.....

Y al verse delante de nosotros, que somos gentes de otro mundo, que no podemos estar en su presencia sino algunos minutos, se le nota algo de asombro y de timidez, que comunica á su persona un encanto singular, completamente inesperado para nosotros.

***

Nuestro Ministro presenta al Sultán, en una bolsa de terciopelo bordada de oro, sus cartas credenciales, que no son recogidas por el Soberano, sino por uno de los esclavos de los plumeros. En seguida, se cambian los breves discursos de costumbre: primero habla el Ministro, y á continuación contesta el Sultán, afirmando su amistad hacia Francia, con una voz baja, fatigada, condescendiente, muy distinguida. Después tienen lugar nuestras presentaciones individuales, nuestros saludos, á los cuales el Sultán contesta con una cortés inclinación de cabeza, y se pone fin á la ceremonia: bastante se ha exhibido ya el jefe de los creyentes, para unos simples nazarenos como nosotros. Los esclavos negros hacen volver grupas al hermoso caballo blanco enjaezado de seda; la música, que había permanecido callada durante los discursos, reanuda su *crescendo* lúgubre; otra banda de dulzainas y tamboriles, pita y aporrea al mismo tiempo, con notas más estridentes todavía; el cañón empieza á tronar cerca de nosotros, espantando á los caballos; el del Sultán se encabrita y cocea, tratando de tirar al suelo á la blanca figura momificada, que permanece impasible: los otros seis caballos, conducidos de la brida por los palafreneros, se escapan dando furiosos saltos: el que tira del coche dorado, se empina sobre sus patas traseras, y los cincuenta chiquillos negros con sobrepelliz salen corriendo desordenadamente, cosa que forma parte de la etiqueta, en ocasiones como la presente.

Y al compás del *crescendo* exasperado de las músicas, al ruido ronco del cañón, el cortejo del Califa se aleja de nosotros rápidamente, como una aparición que huyera del exceso de movimiento y de ruido, para ir desapareciendo allá abajo, en la penumbra de la ojiva rodeada de arabescos azules y de color de rosa. Todavía acertamos á distinguir un último respingo del caballo blanco, que sigue en el empeño de desensillar á su impasible jinete; después todo desaparece, incluso el quitasol encarnado y los cincuenta negritos, que se precipitan á la entrada como una avalancha. En esto comienza á caer un aguacero, y henos aquí, corriendo sobre la hierba y los lodazales, en busca de nuestros caballos, en medio de la desbandada súbita de los soldados negros vestidos de rojo, que parecen una tropa de monos. Un desorden y un bullicio extraños suceden al recogimiento de hace poco en el gigantesco recinto de las murallas y de las torres decrépitas.....

(Continuará.)

LA VOZ DE LA SOMBRA.

Bosquejándose negra en las tinieblas,
Una sombra más tenue que las nieblas
Forma humana tomó;
Me asió por el cabello encanecido,
Y acercando sus labios á mi oído,
De esta suerte me habló:

***

«Tu mente en vano rechazarme espera:
Yo soy la inseparable compañera
Que, allá en tu soledad,
Á todas horas, invisible y muda,
Te turba el corazón; yo soy la Duda,
Madre de la Ansiedad.

»Dios, que verdad y error confunde á veces
Para humillar al hombre, de las heces
Del caos me formó;
Y, al desgarrar á la creación los velos,
La lobreguez que arrebató á los cielos
En mí la condensó.

»De varias suertes, por distinto modo,
Yo tu espíritu agito, y el de todo
Cuanto ha sido y será.
Inmenso es mi poder; mi ser, eterno:
Antes que mundo hubiera, yo al infierno
Dí pobladores ya.

»Cuando aun la muda eternidad sombría
Su curso por los astros no medía,
Yo en el empíreo entré,
Y á Luzbel despojando de sus galas,
En alas de murciélago las alas
Del ángel transformé.

***

»¡Ay del triste mortal en cuya frente,
Cautelosa, fatídica, inclemente,
Tejo mi tela vil!
Su esperanza, su fe, sus ilusiones,
Van cayendo una á una en las prisiones
De mi trama sutil.

»En vano receloso el hombre cuida
De someter á peso y á medida
La verdad que entrevió:
Yo dejo las verdades más obscuras
Cuando en las dos balanzas inseguras
Opongo un Sí y un No.

»Hinchada como leve montgolfiera,
La inteligencia vanidosa espera
Cruzar la inmensidad;
Yo, aspirando su viento con mis labios,
Vacío la inteligencia de los sabios
Que hinchó la Vanidad.

»Yo domino en Ayer como en Mañana.
Yo en las alturas de la mente humana
Soy el férreo espigón
Que, sin fijar el juicio, lo sujeta:
Como gira en su perno la veleta
Gira en mí la razón.

»Donde yo habito, la Verdad no cabe.
Por mí ya el hombre distinguir no sabe
La cara y el envés.
Yo soy la niebla que tu vidrio empaña,
Oh inteligencia: yo la vil zizaña
Que sofoca tu miés.

»Yo los filos emboto al pensamiento;
Las series interrumpo; con mi aliento
Hielo la inspiración;
Yo trunco al silogismo las escalas;
Yo corto á las hipótesis las alas,
Y el cauce á la inducción.

***

»Mi culto no conoce apostasía:
¿Dónde hay doctrina, dogma ni teoría
Que valga contra mí?
Parias me rinden Religión y Ciencia:
No existe corazón ni inteligencia
Que no me lleve en sí.

»Para llegar al cielo, los creyentes
Por mano de la Fe levantan puentes
Donde afirmar el pie:
Yo, que lamiendo sus pilares fluyo,
Sorda y artera y pertinaz destruyo
Los puentes de la Fe.

»Yo del pálido asceta macilento
Los éxtasis disipo con mi aliento;
Yo turbo su oración:
¡Oh Dios! cual brisa que deslustra el lago,
Yo de tu imagen el contorno vago
Borro en su corazón.

»No hay dogma que á mi análisis resista:
Yo al bonzo y al fakir turbo la vista,
Y al imán y al brahmín.
Como cae la piedra en el abismo,
Va en mi seno cayendo el fanatismo
Sin término ni fin.

»En vano contra mí las religiones
Indignadas levantan sus pendones:
Brahma y Buddha y Allah,
Bajo mi sombra, que lo invade todo,
Trémulos se hacen seña con el codo
Murmurando: ¡Ahí está!

***

»Al pisar mis linderos, nadie avanza.
Mi diestra, ya entumece la esperanza,
Ya quebranta la fe.
Yo al interior del alma el rostro asomo,
Y al hombre emprendedor pregunto: ¿Cómo?
Y al creyente: ¿Por qué?

»Yo el corazón convierto en dura roca.
Yo el ósculo de amor hielo en la boca
Del ardiente amador.
Yo marchito la tez de la doncella,
Y estampando en su frente mi honda huella,
Desvanezco su amor.

»Si á su paso me encuentra el heroísmo,
Presa de insuperable parasismo
No pasa más allá.
César por mí, perdida la entereza,
Se cubre con la toga la cabeza
Y al hierro el cuello da.

»¡Locos aquellos que vencerme esperan!
Debajo de mi planta, no prosperan
Constancia ni tesón.
Por mí ya es la virtud árbol sin fruto:
Por mí el pecho en Filippos se abre Bruto,
Y en Utica Catón.

»Yo sé arrancar la inmarcesible palma
De mano de los mártires. No hay alma
Cerrada para mí:
Cristo mismo en la suya me halló un día,
Cuando clamó doliente en la agonía:
¡LAMMA SABACHTHANÍ!

***

»Nada á mi vista perspicaz se esconde.
¡Ay del alcázar, ay del templo en donde
La mirada fijé!
Yo á toda institución mino el cimiento;
A mi paso, no queda monumento
Que firme dure en pie.

»¿Dónde hay pueblo que evite mi carcoma?
Nínive, y Menfis, y Cartago, y Roma
Sucumbieron por mí.
Para abrir á sus pies la obscura huesa,
Yo los repliegues de mi sombra espesa
Sobre ellas extendí.

»Como el Simun la arena del desierto,
Yo aforismos y máximas subvierto
Con mi eterno poder,
Y, alterando su forma al horizonte,
Hoy convierto en abismo ó torno en monte
Lo que fué llano ayer.

***

»Nadie me evita aunque su rumbo tuerza:
Yo soy la fuerza opuesta á toda fuerza,
Y á toda fuerza igual.
En guarismo, mi fórmula es un cero
Que circunvala el universo entero
Con círculo fatal.

»Yo á cuanto tiene espíritu doy guerra.
Yo arrebato sus flores á la tierra
Y al cielo su arrebol.
Yo enrojezco la estrella brilladora,
Yo amortiguo y apago de hora en hora
Las fáculas del sol.

»Dios forma y puebla en la extensión obscura
Los astros rutilantes que en la altura
Tachonan su dosel:
Yo obscurezco y amargo cuanto Él puebla,
Con una sola gota de tiniebla
Y otra gota de hiel.

»Bien y mal, lo celeste y lo terreno,
La verdad y el error, todo en mi seno
Se abisma por igual.
Yo soy la noche que en fundir se goza
Las sombras del palacio y de la choza
Con su sombra total.

»Yo materia y espíritu gobierno.
Grande, terrible, universal, eterno,
Constante es mi poder;
Y en el astro, en el átomo, en el hombre,
Por mi efecto tal vez cambio de nombre,
Mas no cambio de ser.

»Duda soy, si encadeno el pensamiento;
Soy Mal, si la conciencia desoriento;
Si turbo el corazón,
Soy Pavor; si las células deshago
Y el amor en los átomos apago,
Soy Muerte y Destrucción.

»La Muerte, sí, la Muerte pavorosa
Duda es también: la fuerza misteriosa
Que perturba el compás
Y el ritmo paraliza de la arteria,
Es la Duda estancando la materia,
¡Duda, Duda no más!

***

»Si Dios, pensando, el universo crea;
Si en Dios la idea es ser, y el ser idea,
E idénticos los dos,
Hasta en Dios muestro yo mi poderío:
¿Qué pueden ser el cáos y el vacío
Sino dudas de Dios?

***

»Yo doy de asolación continuo ejemplo.
Yo carcomo la cúpula del templo
Y el leño de la cruz.
Por mí ya el hombre ¡oh Dios! sin fe te nombra.
¡Más grande soy que Tú, yo que en mi sombra
Logro envolver tu luz!

»¡Y en sombra quedarás! A mi albedrío
Sujeto al fin, desde el zenit sombrío
Hasta el negro nadir,
Con mudo espanto, con terror profundo,
Por mí en tinieblas sumergido el mundo
Desde hoy ha de vivir!»

***

Dijo, y se disipó.—Tibia en oriente
Desplegaba la aurora sonriente
Su fúlgido arrebol;
Y, rasgado á la noche el manto obscuro,
Lento, tranquilo, impávido, seguro,
Se alzó radiando el sol.

Y entretanto, una voz que el alma oía,
Con acento dulcísimo decía:
«Mortales, esperad.
Deponed la zozobra y el recelo.
¡A toda Duda al fin desgarra el velo
Dios, eterna Verdad!»

FEDERICO BALART.

EL MARQUÉS DE MONISTROL, CONDE DE SÁSTAGO.

AUNQUE por nuestra respetuosa amistad, nunca interrumpida durante el largo transcurso de veintidós años, con el ilustre Marqués de Monistrol, conocíamos su vida, tan modesta como merecedora de alabanza, para escribir con exactitud las noticias biográficas del que tan profundo vacío ha dejado, así en los círculos aristocráticos como en los científicos, artísticos é industriales, y en los de caridad, aun á riesgo de parecer importunos á su hijo el Sr. Marqués de Aguilar, nos dirigimos á él, pidiéndole datos para el indicado objeto; y con una bondad que revela ser el hijo digno sucesor en todo de su buen padre, nos ha enviado desde Barcelona unas cuartillas escritas á vuela pluma, inspiradas en el más profundo sentimiento de amor filial, y redactadas con la triste espontaneidad del dolor. Aquellas cuartillas no podían ser sustituídas por ningunas otras, y después de leerlas, hubiéramos creído cometer una verdadera profanación aprovechándolas para el artículo biográfico que preparábamos.

Cuando un hijo escribe la vida de su padre, aunque sea á grandes rasgos, y omitiendo por delicada modestia alabanzas de que tan merecedor era el autor de sus días, y cuando lo hace tan bien como lo ha hecho el Marqués de Aguilar, sólo nos toca reproducir con religioso respeto aquellas frases consignadas en el papel entre suspiros de profundísima pena, y al resplandor de los blandones fúnebres que alumbraban el cadáver del que fué en vida modelo de caballeros y de padres de familia, y que desde el cielo, donde creemos le habrán llevado sus virtudes, bendecirá al hijo que tanto amaba y que tan dignamente honra la memoria del que le dió el ser.

Perdónenos el joven Marqués si tal vez abusamos de su confianza reproduciendo las notas biográficas con que nos honró, bien ajeno á que habían de ver la luz pública, y vea en ello el deseo de pagar el más digno tributo á la memoria del que lloramos perdido, y al amantísimo hijo que de tal modo siente y escribe.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

Madrid, 19 de Marzo de 1890.

D. José María Escrivá de Romaní, Dusay Taberner y Fivaller, nació en Barcelona el 26 de Junio de 1826: era hijo de D. Joaquín de Romaní, antes Escrivá y Taberner, barón de Beniparrell, en Valencia, y de D.ª María Francisca de Dusay y Fivaller, marquesa de Monistrol de Noya, en Cataluña.

Las vicisitudes políticas llevaron á su familia á emigrar á Francia, y por este motivo se educó en el extranjero, en el famoso colegio cosmopolita de los Padres Jesuítas, en Friburgo de Suiza, del que han salido los Lucien Brun, Pimadan, Clifford, Malou y otros hombres eminentes de Francia, Alemania, Inglaterra y otras naciones de Europa y América. Consecuencia de la clásica educación de aquel afamado centro de enseñanza, fué su profundo conocimiento de los estudios humanistas, especialmente el griego y el latín, del que ha dejado brillantes muestras en diversas poesías y lápidas, entre las que recordamos la funeraria de su padre, en el panteón de la familia, en Beniparrel, y la que hay en la fachada principal del pabellón conocido con el nombre de Palacio, en el Museo Arqueológico Nacional. Vuelto al seno de su familia, permaneció con ella en Montpellier y Tolosa de Francia, y luego en Barcelona, empezando á figurar en política el año 1854, ocupando un puesto en el municipio de su ciudad natal y llegando á ser primer teniente de alcalde, en 1856.

Trasladóse en 1857 á Madrid, donde contrajo matrimonio con D.ª María Antonia Fernández de Córdoba y Bernaldo de Quirós, condesa de Sástago, marquesa de Espinardo y de Peñalba, representante de la gran casa aragonesa de Alagón, primera en aquel reino, después de la Real y de Ribagorza.

Pronto obtuvo un rango distinguido en la corte como

gentilhombre, grande de España y caballero del collar y gran cruz de Carlos III, y su inquebrantable adhesión á la dinastía le hizo merecedor de señaladas distinciones, como la de acompañar á la reina María Pía de Portugal, en su viaje á Madrid, por lo que obtuvo la gran cruz de Villaviciosa, de dicho reino, y la de ser nombrado mayordomo mayor y jefe de la casa de la infanta D.ª María Isabel, durante su viaje á Viena en 1880. Hoy su esposa la Condesa de Sástago ocupa el elevado cargo de camarera mayor de S. M. la Reina Regente.

Nombrado en 1865 senador vitalicio, estuvo afiliado al partido moderado, y tomó activa parte en todas las cuestiones económicas, y especialmente de Cataluña, hasta la revolución de 1868. En este año estuvo indicado para desempeñar la cartera de Fomento en el Ministerio que, bajo la presidencia del Conde de Cheste, había de suceder al de Bravo Murillo para conjurar la amenazadora revolución.

Durante todo el período de ésta permaneció alejado de los cargos públicos, y se distinguió por su inquebrantable adhesión á la reina Isabel II, de la que recibió repetidas muestras de afecto en el período de la emigración. Asistió al acto en que abdicó aquella augusta señora, y fué llamado varias veces á París para la educación del Príncipe de Asturias y otros asuntos de interés para la familia Real.

Fundador del Círculo Alfonsino de Madrid con el inolvidable Conde de Toreno, fué de los pocos que nunca renegó de su amor á la dinastía, y trabajó con ahinco incansable para que ocupase el trono el rey D. Alfonso XII.

Verificada la restauración, fué el primero que salió á recibir al rey, fletando para ello un vapor en Barcelona, en donde presidió todas las juntas y comisiones que precedieron á su proclamación.

Afiliado desde el primer momento al partido conservador, bajo la jefatura del Sr. Cánovas del Castillo, vino al Senado en 1876 por la provincia de Gerona, y fué nuevamente nombrado vitalicio entre los primeros que aquella distinción obtuvieron.

Volvió á presidir durante seis años el Real Consejo de Sanidad que había presidido ya antes de 1868; era presidente de la primera sección del Consejo de Agricultura; y lo había sido de la Comisión Central de defensa de la filoxera y de otras varias juntas honoríficas y de interés para el país.

Rara vez tomó parte en las cuestiones políticas del alto Cuerpo Colegislador; pero en cambio fueron muchos sus discursos sobre cuestiones de interés material, y entre los más recientes recordamos su voto particular en el dictamen del tratado de comercio con Inglaterra, y los discursos contra la ley de primeras materias, que se publicó como folleto, y contra el tratado con Italia, que fué el último que pronunció.

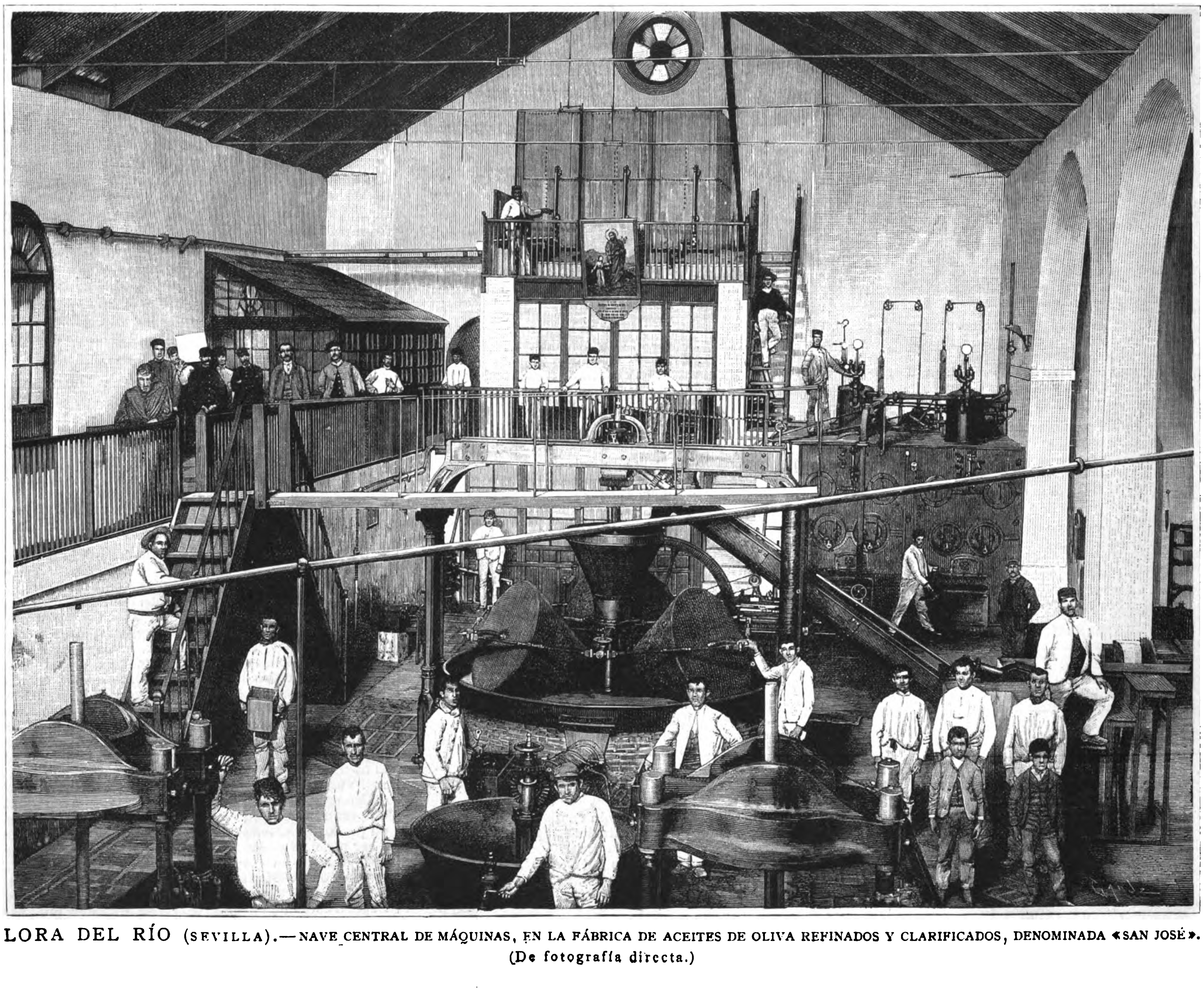
Su afición y su inteligencia en las Bellas Artes le abrieron las puertas de la Real Academia de San Fernando, en 1867, leyendo para su entrada un notable discurso sobre el arte ojival, y en sesiones inaugurales, y contestando á los de recepción de los Sres. Tubino y Rada y Delgado, otros varios no menos eruditos. Colaboró con varias y notables monografías en la publicación de los cuadros selectos de dicha Academia y en el Museo Español de Antigüedades, demostrando su competencia en Arqueología y en Bellas Artes, como igualmente su exquisito gusto artístico reuniendo una buena colección, que obtuvo medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona.

Siempre se distinguió por su amor y su interés particular para Cataluña, y los catalanes hallaron siempre en su casa de Madrid un asilo y un hogar; y como presidente de la Comisión permanente que tiene en Madrid el Instituto de San Isidro, la sociedad más antigua y más genuinamente catalana que existe en Cataluña, podía llamarse el verdadero y propio representante en la corte de todo lo referente á su país.

Su competencia en Agricultura tuvo an-



EL MILLONARIO NORTEAMERICANO MR JOHN ASTOR.
COPIA DE UN RETRATO EJECUTADO POR D. RAIMUNDO DE MADRAZO.
Nació en 1821; † en Nueva York, el 22 de Febrero último.



LORA DEL RÍO (SEVILLA).—NAVE CENTRAL DE MÁQUINAS, EN LA FÁBRICA DE ACEITES DE OLIVA REFINADOS Y CLARIFICADOS, DENOMINADA «SAN JOSÉ».
(De fotografía directa.)



«CERCANIAS DE SAN ISIDRO DEL CAMPO, EN MADRID.»

DIBUJO DEL NATURAL, POR A. GRANER.

cho campo para sobresalir en dos explotaciones agrícolas, á las que dedicó su inteligencia y su capital. La primera en el Mayayo, pequeño lugar cercano á la ciudad de Murcia, y la segunda en San Feliu de Llobregat, cuyo parque, titulado la Torre Blanca, fué muy encomiado por los que visitaron á Barcelona con motivo de la Exposición Universal, y especialmente por S. M. la Reina Regente y por las infantas D.ª Isabel y D.ª Paz, que la honraron con su visita, así como por el Sr. D. Antonio Cánovas, el Conde de Toreno, el Sr. Silvela y otros distinguidos prohombres políticos.

De su piedad y fervor religioso conservan digno recuerdo el monasterio de Montserrat y otros santuarios, y su cristiana muerte ha sido reflejo fiel de su vida.

Una cruel afección al corazón le puso ya en peligro hace tres años, y le ha perseguido hasta producirle un fin casi repentino en la mañana del 6 de Marzo del año actual.

Dios habrá acogido su alma como digno premio al uso que con su honradez y sus virtudes hizo de su vida, que es el mejor legado y el mejor ejemplo que pudo dejar á sus hijos.

EL MARQUÉS DE AGUILAR.

CERTAMEN CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO.

El Ateneo y Sociedad de Excursiones, de Sevilla, de acuerdo y bajo la protección del Excmo. Ayuntamiento de la misma capital, ha organizado un Certamen con arreglo al siguiente programa:

Primer tema. *Estado social y político de Sevilla durante el reinado de San Fernando.* Premio: Un objeto de arte, regalo de S. M. la Reina D.ª Isabel II.—2.º *Estudio crítico de las obras del pintor sevillano D. Diego Velázquez de Silva:* Un objeto de arte, regalo del Ateneo y Sociedad de Excursiones.—3.º *Biografía y estudio crítico de las obras del médico Nicolás Monardes:* Un objeto de arte, regalo del Ayuntamiento.—4.º *Poesía lírica*, con libertad de metro, asunto y número de versos: Un objeto de arte, regalo de la Diputación provincial.—5.º *Oda* (que no exceda de 200 versos) *en honor de D. Francisco de Rioja:* Un objeto de arte, regalo de D. José Lamarque de Novoa.—6.º *Comedia* ó *drama* en uno ó dos actos, y en prosa ó verso: Un objeto de arte, regalo del Excmo. Ayuntamiento.—7.º *Boceto al óleo.* Asunto tomado de la Historia ó tradiciones de Sevilla (dimensiones: 0,60 por 0,40 metros, mínimum): Un objeto de arte, regalo del Ayuntamiento.

Todas las obras han de ser inéditas, y se remitirán, en la forma de costumbre, y antes del 15 del próximo Abril, al secretario de la Comisión organizadora, D. Fernando de Checa, Sevilla (Teodosio, 12).

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Colección manual de preguntas y respuestas sobre *la teoría y tecnicismo de la perspectiva*, por D. Pablo Gonzalvo, comendador de la Real y distinguida orden de Carlos III, de la de María Victoria y de la orden de San Miguel de Baviera, y catedrático de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado. Un librito de gran utilidad para los alumnos de aquella Escuela, y en general para todas las personas que se dediquen al cultivo del bello arte del dibujo y la pintura. El nombre y la envidiable reputación artística del Sr. Gonzalvo, autor de la obra, nos revelan de todo elogio, y nos imponen la conveniencia de recomendarla con vivo empeño. Véndese, á 1,50 pesetas, en la Escuela de Bellas Artes, Madrid, Alcalá, 11).

Tratado elemental de Química, por L. Troort, miembro del Instituto, profesor de la Facultad de Ciencias de París. Nueva edición refundida y muy aumentada, traducida de la novena edición francesa, por D. Eduardo Cazorla, doctor en Ciencias, y adornada con 480 grabados. Excelente libro de texto para los estudiantes de Química en Universidades é Institutos, bien conocido hace largo tiempo en España y en las Repúblicas hispano-americanas por la notable traducción que de él hizo el Dr. Sánchez de Bustamante; pero esta nueva traducción del Sr. Cazorla difiere esencialmente de la anterior, por las numerosas adiciones hechas al texto, especialmente en el desarrollo de los principios de la Termoquímica, así como en su método y claridad. Un grueso volumen de 1082 páginas en 4.º, que se vende en París, librería del editor Ch. Bouret (23, rue Visconti).

Poesías religiosas, originales de D. Juan Félix Echepare. El autor las ha dedicado á la Sra. Marquesa de Comillas, y forman un folleto de 44 páginas en 8.º, las cuales contienen más de veinte sonetos, cantares, y composiciones diversas, algunas bastante apreciables. Véndese dicho folleto, á una peseta, en Madrid, librerías de los Sres. Fe (Carrera de San Jerónimo, 2), Escribano (Plaza del Angel, 12), etc.

Bajo el sol de Andalucía, colección de poesías por D. Felipe Tournelle, teniente coronel de caballería, precedidas de una carta-prólogo por D. Eugenio Sellés. Esta interesante obra contiene un poema á la Alhambra y una epístola á Zorrilla después de su coronación, y ofrece además gran número de composiciones serias, jocosas, guerreras, amorosas, filosóficas, etc., en todos los géneros y formas de la métrica española. Se halla en las principales librerías de España y Ultramar, y se puede adquirir también por petición directa al autor, teniente coronel del regimiento Caballería de Reserva, núm. 23, en Antequera. Precios: en la Península é islas adyacentes, 2,50 pesetas.

Reproducción del canario, tratado práctico sobre la cría de este pájaro, seguido del estudio de sus enfermedades y su método curativo, por D. Ramón de Fonseca. Oportunamente hemos recomendado (véase nuestro número del 22 de Agosto de 1889) este librito, como estudio muy curioso y concienzudo de las costumbres y necesidades de los canarios; ahora se publica la segunda edición del mismo, y estamos seguros de que tendrá tan buen éxito como la primera. Véndese, á 1,50 pesetas, en las librerías de esta corte, y en casa del autor, Madrid (Mendizábal, 64, principal, derecha).

V.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Una mujer elegante, digna y formal (*comme il faut*, según se dice en París) debe evitar el empleo de perfumes violentos, que dejan duradera huella y que todo el mundo conoce demasiado, así en los salones como en paseo y calle; pero no está prohibido que estime y use finos aromas delicados, discretos, esos aromas que exhalan y comunican las aguas de tocador, los jabones, los saquitos olorosos.

Por ejemplo: no es posible imaginar perfume más agradable para la persona, sino cuando se hace uso de los excelentes productos de la casa Guerlain (París, 15, rue de la Paix); para la cabeza, el *Agua lustral*, que no engrasa el cabello, sino que le da flexibilidad y le suaviza; como agua de Colonia, sabido es que el *Agua de Colonia rusa* ó el *Agua de Chipre* tienen exquisito aroma; para las manos, y también para el rostro, las damas elegantes usan diariamente el *Jabón Sapoceti*, al blanco de ballena, que libra al cutis de polvo, sudor, grasa, arrugas, y, en general, de todas manchas que produce la influencia del aire exterior.

¡EL PILIVORE!

En bailes, teatros, banquetes, en todas las circunstancias en que es de rigor un corpiño escotado, el *Pilivore* presta grandes servicios á las señoras que tienen en los brazos un vello muy acentuado.

Una sola aplicación de ese producto hace desaparecer toda señal de vello, y deja la piel suave, lisa, bien satinada, con blancura de nieve.

Dusser, inventor; 1, rue J. J. Rousseau, París.

Las píldoras Restauradoras Fermiguera producen maravillosos resultados en las dolencias crónicas del estómago y en todos los casos de anemia y debilidad general.

Las madres de familia que deseen inculcar á sus hijos desde temprana edad el amor á los buenos libros, que tan conveniente ha de serles en el porvenir, deben proporcionarles la *Biblioteca Ilustrada de los Niños* que publican los conocidos editores señores Ocaña y Compañía, Caballero de Gracia, 19 y 21, Madrid.—Títulos de los volúmenes publicados: *La Herencia de la tía.—Susanita.—Botón de Oro.—Corazones amantes.—La Piel del Diablo.—Historia de Germana.*—Precio de cada tomo, elegantemente encuadernado en tela, con plancha dorada, pesetas, 3,50. *Habana*, Viuda de Villa.—*Veracruz*, Rafael Rodríguez Jiménez.—*México*, J. Buxó y Compañía.—*Manila*, Ramírez y C.ª—*Montevideo*, A. Barreiro y Ramos.

Enfermedades de la garganta y de la laringe.—Gracias á sus propiedades anestésicas, *las Pastillas Houdé á la cocaína* procuran el mayor alivio; son soberanas para calmar y curar las *enfermedades de la garganta*, las *ronqueras*, las *extinciones de la voz*, las *laringitis*, las *anginas*, las *toses violentas*.—Contribuyen á hacer desaparecer las *comezones, pruritos, sensaciones de irritación*, y á tonificar las *cuerdas vocales*. Se recomiendan á los *oradores, cantantes, profesores*, y hacen la *voz más clara y sonora*.—París, A. HOUDÉ, 42, faubg. Saint Denis, y en todas las farmacias.

POLVOS OPHELIA adherentes invisibles, exquisito perfume. **Houbigant**, perfumista, *París*, Faubourg St Honoré, 19.

SAVON ROYAL DE THRIDACE | **VIOLET** Seul Inventeur 29, Bd des Italiens, PARIS | **SAVON VELOUTINE**

EAU D'HOUBIGANT muy apreciada para el tocador y para los baños. **Houbigant**, perfumista, *París*, 19, Faubourg St Honoré.

Perfumería exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (*Véanse los anuncios.*)

Perfumería Ninon, Vª LECONTE ET Cie, 31, rue du Quatre Septembre, París. (*Véanse los anuncios.*)

ANUNCIOS.

El mejor dentrifico, mas agradable y, sobre todo, mas Higienico:

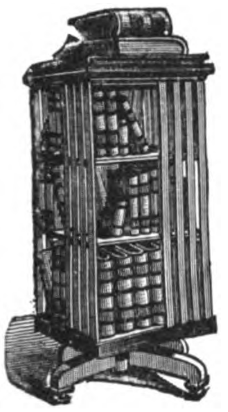
Agua de Philippe

empleada con la

Odontalina

PASTA DENTARIA, VERDADERO CARMIN DE LA BOCA

PARIS: Hermelin, 24, r. d'Enghien



Librerías GIRATORIAS

Privilegiadas S. G. D. G.

Guarda-libros — Caballetes Porta-diccionarios etc., etc.

SE REMITE EL CATÁLOGO, FRANCO

Em. TERQUEM 19, *rue Scribe*, 19 PARIS

Almidon MACK de doble Fuerza



Con esta nueva preparacion se plancha con sorprendente rapidez y facilidad, obteniendo un lustre y tesura extraordinaria. Unico Fabricante-Inventor H. Mack, Ulm s/D.

Se vende en todas las Droguerias y Almacenes de Ultramarinos.

Precio Pes 0.90 por caja de ½ Kilo
" " 0.45 " " " ¼ "

POMADA TANICA ROSADA

para devolver á los Cabellos blancos su color primitivo. FILLIOL, 63, r. Lafayette, París.

AGUA ARSENICAL, EMINENTEMENTE RECONSTITUYENTE

NIÑOS DEBILES, ENFERMEDADES de la PIEL y de los HUESO

LA BOURBOULE

REUMATISMO. — VIAS RESPIRATORIAS
DIABETES — FIEBRES INTERMITENTES

FERNET-BRANCA

DE LOS SRES. BRANCA HERMANOS, DE MILANO

Los únicos que tienen el verdadero y auténtico método de fabricación. **Premiados con Medallas de oro en las principales Exposiciones Universales y privilegiados por el Gobierno.** El **FERNET-BRANCA** es el más higiénico de los licores conocidos. **Veinticinco años de completo éxito, obtenido en Europa, América y Oriente.** Es recomendado por las celebridades medicales, y empleado en muchos hospitales. **El FERNET-BRANCA no debe ser confundido con otros muchos Fernet que se venden desde poco tiempo, y que son falsificaciones dañosas é imperfectas.** El **FERNET-BRANCA** apaga la sed, facilita la digestión, estimula el apetito, cura las calenturas intermitentes, dolencias de cabeza, vértigo, enfermedades del hígado, **esplin**, mareo y náuseas en general. Es **Vermífugo, Anti-colérico.**

SUS EFECTOS SON GARANTIZADOS POR ATESTACIONES DE MÉDICOS

Unica arrendataria para América del Sur:

Casa CARLO F.co HOFER et C.o de Génova

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1889

JAQUECAS-NEURALGIAS

La **PAULINIA-FOURNIER**, á la dosis de un paquete ó de dos sellos, cura instantáneamente la jaqueca o neuralgia, la mas violenta.

VINO OSSIAN HENRY, SIMPLE Ó FERRUGINOSO

EL MAS EFICAZ REPARADOR, EL MEJOR DE LOS FERRUGINOSOS
Instituto de Francia: PREMIO MONTYON
EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS

COMP.ia LIEBIG

Las mas altas distinciones en todas las Grandes Exposiciones Internacionales desde 1867.

FUERA DE CONCURSO DESDE 1885

VERD.ro EXTRACTO de CARNE LIEBIG

Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos.
Exigir la firma del inventor Baron LIEBIG de tinta azul en la etiqueta.
Se vende en las principales Droguerias, Farmacias y Casas de Comestibles de España.

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 25 años

Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS



VELOCÍPEDOS **TRIUMPH**

LIGEROS DURABLES GARANTIZADOS

S. BETTMAN & C.o

Golden Lane LONDRES
Fábrica: Aston BIRMINGHAM

ACEITE MORENO-CLARO DE HÍGADO DE BACALAO DEL D.R DE JONGH

Depositarios en España: VICENTE FERRER Y C.a, BARCELONA.

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA, CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA, COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III. DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.
La sola especie que contenga todos los principios curativos.
Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.
Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.
DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL
contra la TÍSIS, las ENFERMEDADES del PECHO y de la GARGANTA, la DEBILIDAD GENERAL, el DESFALLECIMIENTO de los NIÑOS, la RAQUÍTIS, y todos los AFECTOS ESCROFULOSOS.

Se vende SOLAMENTE en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del Dr. DE JONGH y la firma de ANSAR, HARFORD & Co.—*Cuidado con las imitaciones.*

Unicos Consignatorios, ANSAR, HARFORD & Co., 210, High Holborn, Londres.

Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

PILDORAS DE BLANCARD

CON Yoduro de Hierro Inalterable

NEW-YORK — *Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.* — PARIS
1853 — 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clorosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis**, ...
En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.
N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Union de Fabricantes.*

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

TISIS BRONQUITIS CRONICAS, TOSES PERTINACES, CATARROS. Curación por la **EMULSION MARCHAIS.**—MADRID, Melchor Garcia. BUENOS-AYRES, Demarchi hos.-MONTEVIDEO, LasCasas.-MEJICO, Van de Walle, etc.

PIANOS

FOCKÉ FILS AÎNÉ

Rue Morand, 9, Paris

EXPOSICIÓN UNIVERSAL PARIS, 1889

MEDALLA DE ORO

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración; á 6 fr. cada frasco E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, rue du 4 Septembre, París.

FALTA DE FUERZAS

ANEMIA — CLOROSIS

el HIERRO **BRAVAIS**

Reconstituye la sangre de las personas debilitadas

DESCONFÍESE DE LAS IMITACIONES

T. JONES

23, Boul.d des Capucines, 23
PARIS
Fabricante de *Perfumeria Inglesa* EXTRA-FINA

Extractos compuestos

IMPERIAL RUSSE
ESS-BOUQUET
VICTORIA
CAPRICE
CHYPRE
MUGUET
PARADIS
W. Héliotrope
etc.

T. JONES

23, Boul.d des Capucines, 23
PARIS
Fabricante de *Perfumeria Inglesa* EXTRA-FINA

Extractos compuestos

SOMETHING NEW
NEW MOWN HAY
STEPHANOTIS
OPOPONAX
VIOLETS
AIDA
W. ROSE
JUBILEE
etc.

Especialidades DE T. JONES

Fluide Iatif
Sin igual para suavizar el cutis.

La Juvenile
Polvos de arroz sin ninguna mezcla quimica.

Lily Wash
Para embellecer el cutis y blanquear la garganta y los hombros.

Iatif Cream
Superior á todos los Cold Cream conocidos.

Agua de Tocador Jones
Tónica y refrigerante.

Elixir y Pasta Samohti
Dentífrica, antiséptica, blanquea los dientes, impide la carie y el tártaro.

Estos productos se encuentran en todas las buenas Perfumerias de España y América.

ENFERMEDADES DE LA BOCA

PASTILLAS NIELK

EFICACES CONTRA LAS

ANGINAS, CRUP, RONQUERA, FETIDEZ DEL ALIENTO É INFLAMACIONES DE LA GARGANTA

Las PASTILLAS NIELK calman la irritación producida por el excesivo uso del tabaco, y son indispensables á las personas que hacen sufrir á su garganta un trabajo fatigoso, especialmente los oradores y cantantes. — Para evitar imitaciones y falsificaciones exíjase en las cajas el sello de la *Sociedad Farmacéutica Española G. Formiguera y C.a, Barcelona*, impreso en tinta roja. — Al por menor, en las principales farmacias.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Marzo de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

ARTE CRISTIANO.



«CRISTO, CAMINO DEL CALVARIO.»

CUADRO DEL CÉLEBRE LEONARDO DA VINCI.

(Propiedad de los Sres. Campagna, de Padua.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

¡VÁLGANOS Dios, Sr. D. Miguel Moya, y qué lío ha armado usted con el proyecto de la separación de mandos en Puerto Rico!

¡Válganos Él mismo, señor teniente general D. Luis Dabán, ya que el diablo le tentó á escribir la malhadada carta-circular á los generales, quejándose amargamente de los proyectos, informados, á su juicio, de un espíritu agresivo hacia el ejército; y á prestarse al interrogatorio, algo más peliagudo que la carta, publicado en *El Ejército Español!*

Huyendo de la política, no nos habíamos ocupado del proyecto de la separación de mandos, sometido á una información parlamentaria. La cuestión se ha desviado resueltamente, y se ha convertido en otra de carácter general, que no podemos omitir al hacer la crónica de los sucesos más notables que surgen ante nosotros.

El caso es el siguiente. El general D. Luis Dabán, el que inició el movimiento de Sagunto, y que es hoy senador del reino, hallándose, ó creyéndose para ello autorizado, por su carácter civil de senador, dirigió la carta-circular á todos los generales y brigadieres, hoy generales de división, á que hemos hecho referencia, pidiéndoles su opinión, para informarse de las aspiraciones de la clase é inspirarse en ellas al hablar en el Senado. Nosotros, los paisanos, no vemos inconveniente en que un senador consulte á los de su profesión y defienda con la palabra sus intereses; y si al hacerlo invoca los de la patria, hasta podremos aplaudirle; aunque creemos que cuando un personaje acepta el puesto de senador, no representa allí á ninguna clase, sino á todas, y puede servirse á todas en una sola. Lo que no aceptamos es que se promuevan, con pretexto de consulta, antagonismos irrespetuosos é ilegales.

Pero se trata del ejército, y éste se rige por leyes especiales, y tiene un organismo completo, y altos cuerpos consultivos, categorías y procedimientos suyos, y es el depositario de la fuerza. El acto del general Dabán ¿es allí tan inofensivo y natural como en otras clases, ó perturba el organismo militar y sienta precedentes peligrosos? Lo ignoramos. Que contesten los militares, poniendo la mano en el puño de la espada. Desde luego, el acto del general Dabán, según confesión propia, no lo ha verificado ejerciendo funciones y derechos de su categoría militar, sino funciones de senador. En ese caso ¿tendrán el mismo derecho de dirigirse á los generales, coroneles, etc., los demás diputados y senadores? A nuestro juicio, la doctrina sana y correcta es que el ejército, que representa la fuerza del país, sólo puede estar representado por el Gobierno, formando un organismo de que éste es la cabeza, organismo que se lesiona y padece cuando se le exigen funciones extrañas á su naturaleza: creemos además que esa doctrina es algo más: es la ley que obliga.

En cuanto al interrogatorio periodístico, diremos que sin duda ha debido haber en él equivocaciones de palabras y conceptos. ¿Cómo es posible que se ataque al elemento civil, es decir, al país, representado en todas sus formas legales, de que el ejército es uno de sus miembros? Eso nos parece tan absurdo como si la mano derecha de un individuo se complaciese en golpearle la cabeza. Y en prueba de ello, el general Dabán invoca para defenderse sus derechos civiles de senador, que tiene en gran estima; y no es posible creer que ataque lo civil en aquello que le parece perjudicial y se acoja á ello en lo favorable.

El general Dabán es un militar valiente y que nos es, personalmente, simpático. Cada profesión da al individuo rasgos é impulsos naturales á que resiste difícilmente, y, sin querer, el militar pelea hasta cuando escribe. Por lo tanto, descartamos con gusto de los escritos que se le atribuyen frases y conceptos exagerados, y quisiéramos que, á ser posible, todo concluyera bien, como en las novelas optimistas.

Pero, contra el deseo que en su carta manifestaba, se han apoderado del asunto los partidos, y unos tiran de la casaca al general Dabán para que ataque al Gobierno, y otros tiran de la casaca al Ministro de la Guerra para que sea duro, y todo el país está pendiente de la carta, como si no hubiera conflictos mayores á que atender.

El Ministro de la Guerra presentó al Senado una Real orden, en la que se imponen al general dos meses de arresto, pidiendo autorización al alto Cuerpo para que se cumpla aquella corrección. Tomada en consideración por la alta Cámara, no sin seria oposición de los elementos civiles, podrá achacarse al Gobierno alguna omisión de fórmula, pero, mirado el asunto sin pasión, en el fondo, en lo sustancial, la conducta del ministerio es respetuosa con el Senado, toda vez que somete á su voluntad la corrección militar que ha impuesto al general. ¿Cree el Senado que el Gobierno se ha excedido de sus atribuciones? El Senado ha de decidirlo. No vemos el menor ataque á la inmunidad parlamentaria en entender que un general ha incurrido en la pena de arresto, como militar, dictando una Real orden en ese sentido y sometiéndola al Senado para que decida la cuestión.

En realidad, no se trata, á nuestro juicio, de la inmunidad parlamentaria, ó estamos tan obcecados, sin interés y sin rencor ninguno, que no llegan á nuestro entendimiento las sutilezas de los que aparecen alarmados. Sólo creemos que pueda haber alguna duda en si se han guardado con el general, no con el senador, las formalidades que previene la Ordenanza para la imposición de un arresto, que, en último caso, no es siquiera ejecutivo mientras el Senado no dé su consentimiento. ¿Y esta leve omisión, tan de fórmula en este caso, merece agitar los ánimos y tomar las proporciones de conflicto político y tiranía insoportable? Apelamos á todos los militares que sin ruido y á una simple orden han sufrido arrestos con la resignación de la disciplina, sin la cual los ejércitos serían la confusión armada ó un congreso con fusiles, espadas y cañones.

Por nuestra parte, confesamos haber oído con tristeza, en boca de algún general, frases amenazadoras para el organismo político, que denuncian una perturbación de ideas deplorable. Y en cuanto á la representación de los partidos, asistimos á un fenómeno curioso, propio de las aleluyas del mundo al revés que nos entusiasman siendo niños.

***

Y en tanto que los políticos se ocupaban con tal interés de la dichosa carta y del arresto, á nadie se le ocurría preguntar si se conjuraba ó se extendía la huelga de trabajadores, comenzada en Manresa y propagada en la región fabril de Barcelona; y eso que en ella se trataba de la subsistencia de millares de familias, de la paralización ó curso de un elemento de riqueza nacional, y de todas las consecuencias que pueden acarrear estas crisis de la industria. Es decir, del problema obscuro que amenaza á todos los pueblos y alarma en estos instantes á todos los Gobiernos previsores. Una huelga es siempre un hecho ruinoso y lleno de dificultades y peligros, y aun más si no está aislada en una región minera, sino que se realiza en una de las principales poblaciones de España, donde se hallan enfrente los adelantos y el organismo libre de la vida moderna, con el ejército de las aspiraciones futuras, que evoluciona en silencio, y organizándose en la sombra, aparece luego compacto y dando ejemplo de unión y disciplina. Con la circunstancia de que la voz misteriosa que los guía viene acaso de fuera..... es decir, de un punto lejano en donde no duelan las heridas que pueda asestar en el corazón de un país.....

***

Miéntras la prensa alemana se complace en maltratar al canciller caído, éste ha sido objeto de una ovación popular al salir de palacio adonde fué para despedirse del emperador Guillermo.

Servir á su país durante una vida larga, engrandecerle y hacerle respetado, y como premio á esos servicios y tributo á una gran capacidad sólo obtener desprecio é ingratitud, no es cosa nueva entre los hombres, por más que sea odiosa.

Los que victorearon al coloso caído, protestando de la injusticia, volvieron por la honra de la humanidad y de su patria.

***

Vizcaya ha perdido un nuevo cronista, D. Joaquín Mazas, el sucesor de Trueba, notable y malogrado escritor y periodista.

La popular escritora D.ª Emilia Pardo de Bazán ha sufrido la irreparable desgracia de perder en la Coruña á su padre, el Sr. Conde de Pardo de Bazán.

Reciban las afligidas familias nuestro pésame.

***

El nombramieto del popular autor dramático D. Leopoldo Cano para secretario del Gobierno general de Puerto Rico, ha dado ocasión á una afectuosa muestra de simpatía, en un banquete que le han ofrecido los admiradores de su talento. Aunque no ha podido asistir á la despedida el que esto escribe, por razones de salud, se asocia de todo corazón á ese tributo cariñoso. El señor Cano es, además de un escritor ilustre, un hombre íntegro, que desempeñará honrosamente las funciones de su cargo; un militar pundonoroso y un buen español. Reciba nuestra afectuosa despedida.

***

Hermoso concierto es el organizado en el Centro del ejército y de la Armada, por los Sres. Sanchíz y Bonafós, á la memoria de Gayarre. La circunstancia de verificarse pocas horas después de escribir nosotros estas líneas, no nos permite hacer su descripción: compuesto de versos leídos por los Sres. Zorrilla, Echegaray, Palacio, Ferrari, Fernández Shau, Bonafós y otros poetas, y dirigida por el Sr. Arrieta la parte musical, promete ser un tributo digno y propio para la memoria del artista.

***

Al ejecutarse en Enguera una sentencia de muerte en garrote, la torpeza del verdugo, ó la mala construcción del aparato, prolongaron la agonía del reo, siendo necesario que el ejecutor diese tres veces la vuelta al manubrio, con espanto y horror de los que presenciaban el castigo. Un senador, el Sr. Romero Girón, dirigió una pregunta acerca de aquel hecho al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, el cual prometió que haría presente á los Presidentes de las Audiencias la necesidad de asegurarse de la pericia de los encargados de las ejecuciones capitales.

Cuestión terrible y complicada. Cuando vaca una plaza de verdugo, ¿quién puede establecer la competencia de los aspirantes que desean ocuparla? ¿Quién los examinará de verdugos, sino otros del oficio? ¿En qué forma harán las pruebas? ¿Dónde habrán practicado el arte de dar garrote? ¿Será necesario crear una escuela de agarrotar y hacer de ello una carrera y dar títulos á los más sobresalientes?

Lo sucedido en Enguera no es nuevo por desgracia, y ofrece duda por consiguiente la eficacia del instrumento que se adoptó como más propio para evitar á los reos sufrimientos repugnantes é inhumanos. La horca sería un retroceso. La guillotina tiene contra sí el derramamiento de la sangre. ¿Sustituirá al garrote la chispa eléctrica?

No queremos intervenir en este asunto horrible.

***

Don Bárbaro está cenando un pavo tristemente.

—Ya veo que usted no ayuna—le dice un amigo.

—¿Cómo que no, si estoy haciendo colación?

—¿Con un pavo entero?

—Sí, señor; en mi mesa, cuando como de veras, estas avecillas no son sino entremeses.

—¿Es verdad que los egipcios, al pedir dinero prestado, dejaban como prendas las momias de sus padres?

—Es verdad.

—Entonces me figuro los anuncios de aquel tiempo. «Se facilita dinero sobre ropas, alhajas y difuntos.»

Leían en una taberna los detalles de la ejecución de Enguera ante un verdugo jubilado, que exclamó por fin con desprecio:

—¿Dice usted que el verdugo apretó tres veces creyendo en cada una que había acabado?

—Así está escrito. ¿Como pudo suceder esa barbarie?

—Eso sucede porque está el arte perdido, y porque no hay artistas ya.

—¿Y tu marido?

—¿Dónde ha de estar? Metido en su biblioteca.

—Eso hacía de soltero.

—Si está más casado con sus libros que conmigo.

—Eso es un caso de bigamia literaria.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

ARTE CRISTIANO.

Cristo, camino del Calvario, cuadro de Leonardo da Vinci.

A la casualidad, que suele ser causa de grandes hechos, se debe el hallazgo del precioso cuadro *Cristo, camino del Calvario*, atribuído fundadamente al divino Leonardo da Vinci, y el cual reproducimos, de fotografía directa, en el grabado de la plana primera.

Un día de 1837, estando de caza el caballero Angelo Campagna, en las cercanías de Rovigo (Italia), hirió accidentalmente á su perro, y llevóle á una casa próxima, habitada por humildes campesinos, para rogar á éstos que dieran hospitalidad al can herido hasta el día siguiente, en que volvería á recogerle; y entretanto, como era aficionado á las Bellas Artes é inteligente en la pintura, fijó sus miradas en un cuadro sin marco que estaba clavado en la pared de la estancia donde hablaba con los campesinos.

Pareciéndole desde luego el cuadro una joya artística, preguntó á aquéllos si querían vendérselo, y le contestaron que por ningún concepto se privarían de una pintura, buena ó mala, que estaba en su casa hacía muchos años, transmitida de padres á hijos; mas al día siguiente, volviendo á la casa el Sr. Campagna para recoger su perro, ofreció una buena suma á los campesinos, y éstos, cediendo en su resistencia, le vendieron el cuadro.

Ese cuadro es original de Leonardo da Vinci, según declaró el Sr. Campagna en 1866, y según han declarado posteriormente, en certificación legalizada y después de muy atento examen, el célebre artista Vicente Gazzotto, el profesor Augusto Caimi y otras personas inteligentes y conocedoras de la obra pictórica del ilustre maestro florentino.

Abundan los testimonios en favor de esa misma opinión, y es muy explícito el del sabio arqueólogo y escritor Miguel Caffi, miembro de la Real Diputación de Historia patria y de las Academias de Bellas Artes de Turín y Milán, el cual dice así: «Habiendo yo observado con toda atención y empeño la pintura cuyas dimensiones son 0m,75 de ancho y 0m,77 de alto, y que representa en media figura á *Jesús llevando la cruz en el camino del Calvario*, juzgo que ésta es una obra distinguidísima de Leonardo da Vinci, conforme con el estilo del mismo autor en otras obras suyas que he visto y estudiado en Lombardía, mi patria, en Roma y en Toscana; y también por la analogía con el dibujo *a matita rossa* de la cabeza del Redentor, que se conserva en la insigne Pinacoteca de Brera, en Milán.»

A estos y otros testimonios hay que agregar el descubrimiento hecho en el mismo cuadro, en 1885, por el profesor Luis Cav. Borlinetto, catedrático de Ciencias físicas y naturales en Padua; descubrimiento que parece disipar todas las dudas acerca de la autenticidad del autor del cuadro: reproduciendo ésta sobre placa isocromática, en la tercera negativa pudo leer la firma del maestro, L. V., absolutamente ilegible á la simple vista; y de este magnífico triunfo de la fotografía han dado amplia noticia, oportunamente, revistas y periódicos tan importantes como *La Camera Oscura*, el *Moniteur de la Photografie*, la *Coltura*, el *Philadelphia Photographic*, la *Illustrirte Zeitung*, etc.

Pero ¿cómo ese cuadro se hallaba en poder de los pobres campesinos de Rovigo? ¿De dónde procedía? Sus actuales poseedores, los hermanos Alejandro y Fernando Campagna, queriendo depurar hasta el último análisis la verdad del caso, recordaron que en la *Histoire de Leonarde da Vinci*, escrita por M. Arsene Houssaye, se hace mención de cinco cuadros del maestro que desaparecieron del palacio de Fontainebleau, y se añade que cuatro de ellos se recuperaron, pero que «no hay noticia alguna del que representa á Cristo en medio cuerpo»; y encontrando cierta semejanza entre el Cristo que así menciona el historiador con el Cristo que ellos poseían, enviaron una fotografía de éste al conservador del palacio de Fontainebleau, M. Louis Carrière, quien les contestó en atenta carta, fecha 27 de Octubre de 1886,

manifestándoles que «hasta probarse lo contrario, están en su derecho pretendiendo que el Cristo señalado con las iniciales L. V. es el que pintó Leonardo da Vinci, porque hasta el presente no hay noticias fidedignas del otro, ni en Fontainebleau, ni en las galerías del Museo del Louvre, donde están las otras cuatro pinturas del maestro; y de igual manera que el de San Juan Bautista, del mismo Leonardo da Vinci, estuvo en poder de Jabach, quien le vendió á Luis XIV, así el Cristo ha podido pasar por iguales vicisitudes, y encontrarse hoy en posesión de los hermanos Campagna.»

Diremos además los autorizados juicios del laureado escultor Julio Monteverde, autor del famoso grupo *Jenner inoculando la vacuna*, y del elegante escritor Andrés Tessier, de Venecia: éste afirma resueltamente que ese Cristo sólo se puede atribuir al insigne maestro da Vinci, y aquél declara que «es una obra estupenda y de artista eminentísimo *(opera stupenda e di sommo Artista)*».

Concluiremos indicando que los hermanos Campagna, de Padua, poseedores de ese cuadro de valía inestimable, han conferido el encargo de encontrar un comprador al conocido agente M. Emile Hoffmann, de Berna (Brunneppof, 45). ¡Lástima que no pueda adquirirle el Gobierno español para el Museo Nacional de Pinturas, donde no hay un solo cuadro de Leonardo da Vinci, sino una copia de la famosa *Gioconda* ó Mona Lisa!

***

EL PRÍNCIPE DE BISMARCK

en su retiro de Friedrichsruhe.

La noticia que desde hace algunos meses circulaba, anunciando como próximo á efectuarse un suceso importantísimo, es ya un hecho cumplido: el coloso político á quien debe Alemania su presente grandeza, en parte muy principal; el hombre que ha tenido en su mano, por espacio de veintiocho años, la paz y la guerra de Europa; el que ha visto inclinarse ante su genio, y ambicionar su amistad, emperadores y reyes, presidentes de república y generales victoriosos; el Príncipe de Bismarck, en suma, no es ya ministro del emperador Guillermo II, ni gran canciller del Imperio alemán.

A nuevos tiempos, nuevos hombres, y quizá también nuevos planes y propósitos, y esto es lo que significa principalmente la caída de Bismarck.

¿Indicaremos las causas de esa caída? ¡Quién puede conocer las verdaderas! Ateniéndonos á los hechos, lo indudable es que el Príncipe de Bismarck presentó la dimisión de todos sus cargos oficiales en larga carta del 18 del corriente, y que el emperador Guillermo II le contestó el día 20, en dos cartas sucesivas, admitiéndosela plenamente, y confiriéndole el título de Duque de Lauenburg y la dignidad de «supremo general de caballería», con el grado de mariscal de campo; y estas dos cartas imperiales han sido publicadas por el *Monitor del Imperio* ó *Reichsanzeiger.*

Un telegrama anuncia que el Príncipe, después de la ovación que le tributó el pueblo en las calles de Berlín, ha salido para su retiro de Friedrichsruhe: allí moró también algunos meses, muerto ya el emperador Guillermo I, y siempre seguido de sus fieles perros, en la forma que le representa nuestro grabado de la página 196.

«Para el Príncipe de Bismarck (ha escrito un periódico extranjero) empieza en vida la inmortalidad: permaneciendo más tiempo en la cumbre del poder, ni hubiera añadido ya un nuevo laurel á su gloria, ni á la de su patria.»

***

EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE LAS RIVAS Y URTIAGA,

Marqués de Mudela.

Todavía no se han cumplido ocho años desde que hemos escrito en este periódico la reseña biográfica del Excmo. Sr. don Francisco de las Rivas y Ubieta, primer Marqués de Mudela, que murió en Madrid el 7 de Mayo de 1882, después de dar en su larga existencia notabilísimo ejemplo de amor al trabajo, firme cimiento de su alta posición social y origen de su cuantiosa fortuna; y hoy tenemos que bosquejar la de su hijo y heredero don Francisco de las Rivas y Urtiaga, segundo Marqués de Mudela, que falleció en esta corte, víctima de agudísima pulmonía, á las ocho de la mañana del 5 del corriente.

El Sr. Rivas y Urtiaga (cuyo retrato damos en la pág. 197), nació en Madrid en 1837, y siguió con aprovechamiento la carrera de Leyes en la Universidad Central hasta recibir el título de abogado y la borla de doctor en derecho civil y canónico; fué diputado á Cortes en varias legislaturas, desde 1863, por los distritos de Gergal (Almería), Quitanar de la Orden y Ciudad Real, habiendo pertenecido también á la alta Cámara, como senador por esta última provincia; estaba afiliado al partido conservador, y poseía la gran cruz de Isabel la Católica desde el 6 de Septiembre de 1875.

Pero el segundo Marqués de Mudela sólo dedicaba á la política, imitando á su padre, el tiempo que no embargaban su atención los negocios mercantiles é industriales; era uno de los más ricos productores de vinos en España, habiendo consagrado su talento y actividad al progreso de la industria vinícola en las provincias de Ciudad Real y Toledo, donde poseía inmensos viñedos y elaboraba exquisitos vinos, que son aceptados en los principales mercados del mundo; por su gran competencia en los asuntos que con dicha industria se relacionan, ejerció el cargo de presidente de la Asociación de Viticultores españoles, y fué elegido para presidir un grupo del Jurado internacional en la última Exposición de París, donde prestó señalados servicios á los expositores españoles; en su magnífica fábrica *San Francisco*, de fundición de hierro, situada á orillas del Nervión, en el sitio llamado *El Desierto* (Bilbao), dió también, juntamente con los Sres. Martínez Rivas, excelentes pruebas de su vigorosa iniciativa para grandes empresas.

Ha fallecido después de recibir los Santos Sacramentos, instituyendo por heredero universal á su sobrino el Sr. Conde de Valdelagrana.

Descanse en paz.

***

BELLAS ARTES.

Noemí y los suyos peregrinando al país del Moab, cuadro de A. Bida.—*Jesucristo y la mujer adúltera*, cuadro del maestro Rembrandt.—*La Comunión de las vírgenes en las Catacumbas*, cuadro de D. Mateo Silvela y Casado.—*Estrella matutina*, cuadro de D. Germán Hernández.

Refiérese en el Antiguo Testamento (libro de Ruth) que en los días de un Juez, cuando los Jueces gobernaban al pueblo de Israel, hubo mucha hambre en la tierra, y fué un hombre de Bethlehem de Judá á peregrinar á la región del Moab, con su mujer y dos hijos: él se llamaba Elimelech, su mujer Noemi y sus hijos Mahalón y Chelión. Andando el tiempo, murió Elimelech, casáronse sus hijos con Orpha y Ruth, mujeres moabitas, y después de diez años, muertos los hijos de Noemi, ésta y sus nueras salieron de la región del Moab, y se encaminaron á Bethlehem de Judá; y habiendo llegado por la siega de la cebada, un pariente de Elimelech, llamado Booz, á cuyas tierras fué á espigar Ruth, tomó por mujer á esta moabita, que había sido mujer de Mahalón, hijo de Elimelech, y del matrimonio nació un hijo nombrado Obed, el cual engendró á Isaí, y éste á David.

El cuadro de A. Bida que damos reproducido en el segundo grabado de la pág. 197 tiene por asunto el primer episodio de la escena bíblica: la hermosa Noemi, su marido Elimelech y sus hijos Mahalón y Chelión, saliendo de su pueblo natal, Bethlehem de Judá, por causa del hambre que reinaba en el país, peregrinan á la región del Moab.

Nuestro grabado está hecho sobre fotografía directa, y con la debida autorización, de Ad. Braun y Compañía, de Dornach y París.

Otra escena bíblica demasiado conocida.

«Esta mujer (decían á Jesús los escribas y fariseos) ha sido sorprendida en adulterio, y Moisés nos mandó en la ley apedrear á estas tales.»—«El que entre vosotros esté sin pecado (respondióles entonces Jesús) tire contra ella la piedra el primero.»—Ellos, cuando esto oyeron, salieron los unos en pos de los otros, y los ancianos los primeros.....—Y Jesús la dijo: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado?»—Dijo ella: «Ninguno, Señor.»—Y dijo Jesús: «Ni yo tampoco te condenaré. Vete, y no peques ya más.» (*San Juan*, VIII, 3 á 11.)

La Mujer adúltera, una de las principales obras de Rembrandt, es el cuadro que reproducimos en nuestro grabado de la pág. 200, según fotografía directa de los Sres. Braun y Compañía, de Dornach y París, á quien representa en Leipzig Hugo Grosser.

Acontece la escena en las gradas de un templo, resplandeciendo al fondo, en mágico clarobscuro, un altar salomónico, adornado de columnas y relieves de oro, y rodeado de sacerdotes que ofician; la mujer adúltera está prosternada á los pies de Jesús, en actitud que revela dolor y humildad; la fisonomía del Salvador retrata nobilísima expresión de serenidad y grandeza, contrastando con la maligna y grosera de los escribas y fariseos que acusan á la culpable; entre éstos vese á uno de baja estatura, que invoca las prescripciones de la ley de Moisés para que la mujer sea apedreada, y detrás de ella hay un soldado romano que la custodia, y sostiene en la mano izquierda la extremidad del manto con que la adúltera se cubre la cabeza.

Este admirable cuadro, según el crítico Smith, ha sido ejecutado con la más delicada *fattura*, y en él aparecen la luz y las sombras distribuídas con habilidad de gran artista.

Pintóle Rembrandt en 1644 (según la firma, con fecha, que tiene el lienzo) para el burgomaestre Juan Six, amigo y protector del maestro, y cuyos descendientes le poseyeron hasta 1734; pasó después, sucesivamente, á las colecciones Lafontaine, Cristie, y Angerstein, y fué adquirido en 1824 para la *National Gallery* de Londres, donde existe.

La escena de la mujer adúltera ha servido de asunto á gran número de obras artísticas: citaremos las de Tiziano Vecellio, Pablo Veronese, el Broncino, Julio Romano, los dos Carracci, Sebastián del Piombo, Lucas Giordano, etc.

En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887 figuró (núm. 771) el cuadro *La Comunión de las vírgenes en las Catacumbas*, original de D. Mateo Silvela y Casado.

«El asunto es simpático (dijo oportunamente en este periódico *Fernanflor*, en uno de sus artículos críticos de aquel certamen): lleva consigo el misterio y encantos de lo tradicional, y es una combinación ya experimentada de tonos, composición, dibujo y color agradables.»

En las Catacumbas, en época de persecución y martirio de cristianos, un sacerdote bendice á las vírgenes que están arrodilladas ante la Sagrada Mesa, para recibir la Comunión Eucarística.

Este hermoso cuadro (véase el grabado de la pág. 201), que mereció del Jurado una medalla de segunda clase, fué pintado por su distinguido autor en Roma, y trasladado al Vaticano para que le viese Su Santidad León XIII, quien se designó elogiarle y bendecirle.

El Sr. Silvela, discípulo de D. Casto Plasencia, ha expuesto al público, posteriormente, otras obras notables: el año pasado, en el Pabellón de Cristal del Parque de Madrid, un lindo cuadrito denominado *El Valdepeñas*, y últimamente, en la Exposición de Blanco y Negro del Círculo de Bellas Artes, un buen dibujo titulado *Moro en oración.*

Estrella matutina es el título del cuadro de D. Germán Hernández, que reproducimos en el grabado de la pág. 204: estrella matutina es la Virgen María que lleva en sus brazos al niño Jesús, nuncio divino de la redención del género humano.

Germán Hernández tiene un nombre esclarecido en la historia del arte español contemporáneo, y como pintor cristiano lega á la posteridad hermosos cuadros de asunto religioso y sus preciosas pinturas en la iglesia de San Francisco el Grande.

***

CATEDRAL DE BURGOS.

Un medallón del trasaltar mayor.

Hoy se llama *Trasaltar* ó *Trassagrario*, en la catedral de Burgos, el ábside que en el siglo XV se llamaba *Trascoro*, porque entonces el coro estaba en el sitio que ahora es prebisterio del altar mayor.

En 17 de Julio de 1498, «tomó asiento» el prior de Covarrubias D. Jerónimo Villegas, fabriquero de la iglesia, con el ya célebre escultor Felipe Vigarni, *el Borgoñón*, para «le dar á facer un arco de los del trascoro, en que ha de ser todo de imaginería de piedra de la hystoria de la salida de Jerusalen, en que se ha de dar por la obra é trabajo della doscientos ducados de buen oro é justo peso..... y el dicho Felipo se preferió de lo facer en perfeccion, de mucho mejor obra que se le mostró.»

Tal fué el primer «asiento» que hubo para construir los cinco preciosos medallones del trasaltar de la catedral de Burgos, en los cuales aparece historiada la pasión, muerte, enterramiento, resurrección y ascensión de Jesucristo: los tres del centro fueron labrados por el mismo Felipe Vigarni, y los dos de los costados, que representan la Oración del huerto y la Ascensión, ejecutólos en 1679 el escultor madrileño Pedro Alonso de los Ríos, por 19.500 reales, «y habiendo pedido mejoras (dice el Dr Martínez y Sanz, en su *Historia de la catedral de Burgos*) se le dieron 3.000 más.»

En nuestro grabado de la pág. 205 (dibujo de D. Antonio Hebert) reproducimos el último de los mencionados medallones.

Son de piedra blanca de las canteras de Bribiesca (no de estuco, según afirma erróneamente el autor de la *Guía general de Burgos*), y fueron costeados los tres centrales por el cabildo, con fondos de fábrica (no por el arzobispo Manso de Zúñiga, que ocupó la sede burgense en 1641-1655), y los dos laterales con el sobrante de 32.000 ducados que donó á la fábrica de la iglesia el arzobispo D. Enrique de Peralta (1667-1679), para construir las rejas y pedestales de los seis arcos de la capilla mayor.

Esos medallones, muy deteriorados, singularmente dos del centro, eran tenidos en tan grande estimación por el cabildo, que estaban cubiertos con cortinas, «y esto duraba aún en 1729».

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LOS TEATROS.

Fin de la temporada de invierno.—Nuevas pérdidas irreparables.—Obras estrenadas en los principales coliseos de esta corte desde que escribí mi anterior artículo: LA PRENSA DEL LAGAR, en la COMEDIA; EL CRÉDITO DEL VICIO, en el ESPAÑOL.—*Un aficionado artista.*

Los amantes de la escena española que no han perdido el sentimiento de lo bello, y que por lo tanto gustan de ver representar producciones de alguna importancia literaria, pueden ya despedirse de las de esa especie hasta la llegada del otoño. Con la semana de *Pasión* han puesto fin á la temporada de invierno los dos teatros de la calle del Príncipe, únicos donde todavía se rinde culto á la dramática formal. Estamos, pues, condenados á no gozar durante la primavera y el estío venideros más representaciones teatrales en nuestra lengua que las que suelen invadir los coliseos de función por hora, reñidas casi siempre con la inspiración artística, con las prescripciones del buen gusto, y lo que aun es más deplorable, con el sentido común.

Pero antes de hacer algunas observaciones acerca de *La prensa del lagar* y de *El crédito del vicio*, obras estrenadas últimamente en la Comedia y en el Español, permítaseme lamentar la reciente pérdida de un escritor insigne y de un actor ya obscurecido, y tributar á su memoria, siquiera sea en breves términos, el homenaje de consideración debido á sus relevantes circunstancias.

Del mérito que avaloraba á D. Luis Fernández-Guerra y Orbe, hijo del esclarecido poeta y profundo literato D. José y hermano del sabio polígrafo ilustrador de Quevedo, á quien deben tanto la Arqueología y la antigua Geografía de nuestro país, han podido formar idea los lectores de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, ya por las atinadas y exactas noticias debidas á D. Luis Valdés é insertas en el número perteneciente al día 15 del mes actual, ya por el bien meditado artículo que hace años le consagró en estas columnas el claro talento de D. Enrique de Zbikowski. Tanto en aquéllas como en éste se hace estricta justicia á las dotes intelectuales del ingenioso poeta, del castizo, correcto y elegantísimo escritor; del investigador sagaz, nunca cegado ni deslumbrado por apariencias engañosas; del literato de vasta erudición y juicio sólido; del bien encaminado artista; del hombre laborioso y honrado que á su ingénita afabilidad unía modestia nada común, y que se gozaba en poner á disposición de todos el tesoro de su ilustración y experiencia, sin vana pompa ni aparatosos alardes.

¡Qué triste es volver los ojos atrás y no encontrar ya en este mundo á los que nos inspiraban estimación ó nos guiaban con su ejemplo! ¡Qué triste sobrevivir á las personas queridas! Cada una de las que caen á nuestro lado, como espigas tronchadas por el vendaval, abre en el alma hondo surco de dolor; y á medida que adelantamos camino en los páramos de la vejez, el surco abierto no se llena ni se borra tan fácilmente como en la risueña juventud. Apenas contaba yo diez y ocho años cuando en la morisca ciudad cuya espléndida vega fertilizan Dauro y Genil contraje amistad, que nunca se ha desmentido, con los hermanos Fernández-Guerra y con su ilustre padre. En el medio siglo transcurrido desde aquella época, llena para mí de gratos recuerdos, he podido apreciar más cada vez las altas prendas y virtudes de amigos tan excelentes, y se ha ido acrisolando y fortaleciendo nuestro cariño fraternal. ¿Cómo no sentir profunda angustia, cómo no verter lágrimas de sangre por pérdida tan dolorosa? Todavía están vivos en mi mente los agudos chistes con que el peregrino ingenio de Luis Fernández-Guerra sazonaba nuestras reuniones, cuando en compañía de otro amigo del alma, del más grande de los dramáticos de nuestro siglo, del inmortal autor de *Virginia*, de *Lances de honor* y de *La bola de nieve*, escribíamos en verso para el teatro del Drama, que existió en la calle de las Urosas, el titulado *Un juramento*, ó cuando cinco años después (en 1852) componíamos para el teatro de Variedades la comedia en prosa rotulada *El peluquero de Su Alteza*, que se representó crecido número de noches, y en la que obtuvieron multitud de aplausos Teodora Lamadrid, Joaquín y Enrique Arjona, el gracioso Esteban del Río, digno sucesor de Cubas, y el entonces galán joven Manuel Ossorio, que ha fallecido ha poco en la Carolina.

No es mucho el tiempo que ha corrido entre la muerte del admirable biógrafo de *Moreto* y de *Don Juan Ruiz de Alarcón*, y la del artista dramático intérprete felicísimo de varios de sus poemas. Como el inolvidable actor y poeta Fernando Ossorio, arrebatado á la gloria teatral cuando más ardía en su pecho la llama de la inspiración artística, su hermano mayor fué durante largos años uno de los actores predilectos del público de esta corte. Sin ser de aventajada estatura, Manuel Ossorio poseía una



EL PRÍNCIPE DE BISMARCK,
EN SU RETIRO DE FRIEDRICHSRUHE.

figura bien proporcionada, esbelta, naturalmente elegante. Su voz, simpática y sonora, se prestaba con docilidad á todas las inflexiones del sentimiento, y el fuego de su expresión y la gallardía de sus modales se completaban con el atractivo de una dicción clara y correcta. Cúpole la honra de estrenar algunas obras de Tamayo, representando en ellas papeles de suma importancia; y tanto en el *Icilio* de *Virginia* como en el *Vivaldo* de *La Ricahembra* y en el *Miguel* de *Lances de honor*, dió á conocer la riqueza de sus facultades, mostrando igual acierto al interpretar la tragedia que el drama histórico y el de costumbres. Ningún otro actor propio ni extraño ha rayado tan alto como él en la representación del *Mauricio de Sajonia* de *Adriana Lecouvreur*, drama en que tampoco actriz ninguna, ni aun la famosísima Ristori, ha excedido á nuestra sin par Teodora.

Cuando empezaba á conquistar reputación de buen galán joven en los teatros madrileños hizo Manuel Ossorio un alarde que acrecentó mucho su fama y contribuyó poderosamente á sublimarlo. El hecho, actualmente desconocido de la generalidad, me parece curioso y no indigno de recordación. Sabido es que el egregio autor de *El hombre de mundo* era, no sólo uno de nuestros mejores poetas, sino también excelente actor y hombre que habría podido competir con el experto D. Juan Grimaldi en el arte de formar buenos artistas dramáticos. Íntimo amigo del célebre Julián Romea, por aquellos días empresario y director del Teatro del Príncipe, tradujo para él y para su esposa Matilde Díez una comedia de Scribe á que puso el título de *La farsa*. La obra era del género que entonces agradaba más al público, y tenía en su favor, para despertar la codicia de una empresa teatral, el estar vertida al castellano y arreglada á nuestra escena por quien gozaba fama muy bien adquirida de ser más hábil que otro ninguno en semejante labor. Circunstancias que no es del caso referir ocasionaron entre Romea y Ventura de la Vega disgustos que los tuvieron separados por algún tiempo; y habiendo resuelto aquél vengarse de su antiguo amigo no representándole *La farsa*, Vega recogió su traducción y dijo al empresario del Príncipe, deponiendo su mansedumbre habitual: «Si piensas que de ese modo me perjudicas, te equivocas mucho. *La farsa* se representará en Madrid muy pronto, y un joven principiante ha de hacer tan bien ó mejor que lo harías tú el papel de primer galán que yo te tenía destinado.» No fué Ventura mal profeta: la comedia de Scribe se ejecutó poco después en el Teatro de la Cruz, del que era empresario un artista del mérito de Lombía; y representando en ella el papel principal, diestramente aleccionado por Vega, obtuvo Manuel Ossorio un triunfo tan grande como merecido. Desde entonces figuró en primera línea entre nuestros buenos actores, sin que al ausentarse de Madrid á poco de haber fallecido el inimitable Joaquín Arjona, en cuya compañía brilló tanto, haya tenido en su género sucesor que le aventaje ni le iguale. La noticia del fallecimiento de Ossorio ha sorprendido amargamente á los que fuimos sus amigos.

Vengamos, pues, á los estrenos de la Comedia y del Español.

El primer día de este mes puso en escena la compañía que tan hábilmente dirige Mario la comedia en tres actos y en prosa titulada *La prensa del lagar*, traducida de la que Jorge Sand escribió en francés con el título de *Le Pressoir*. Recordando la burlesca frase en que el buen humor de mi donoso é inolvidable amigo Carlos Coello me participaba hace años el mal éxito de una de sus producciones, diré que la obra de la eminente



EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE LAS RIVAS Y URTIAGA,
MARQUÉS DE MUDELA.
Nació en Madrid, en 1837; † en la misma capital, el 5 del corriente.



«NOEMI Y LOS SUYOS PEREGRINANDO AL PAÍS DEL MOAB.»
CUADRO DE A. BIDA.

escritora francesa no ha logrado en Madrid (donde se representan con aplauso multitud de veces piezas groseras, desatinadas y absurdas) más que *una representación consecutiva*. De la falta de consideración con que ha sido recibida esa obra, de las causas que parte del público y de la prensa haya tenido para deprimirla, quizá den idea los párrafos que copio á continuación y que al día siguiente del estreno salieron á luz en un diario de esta corte.

«El Teatro de la Comedia (decía el periódico á que aludo) estaba anoche completamente lleno. Los socios de cierto Círculo, los contertulios de determinado café, los autorcillos de piezas por horas, de revistas insulsas y de engendros literarios, los del club del hígado, y todos, en fin, los que tenían algún agravio que vengar del eminente arreglador de la obra que se estrenaba, se habían dado cita en el coliseo de la calle del Príncipe, y al levantarse el telón no estaban en sus asientos con la imparcialidad que debe llevar al teatro el que va á ver una obra dramática, sino con la prevención y el cuidado del cazador, que espera en su puesto el momento de disparar á mansalva sobre lo primero que se le ponga á tiro.—Por esto era frecuente oir desde por la tarde: «¿Vas á silbar la comedia de esta noche?» Y la respuesta de: «¡Pues no faltaba más! ¡de estas ocasiones, pocas!» Y por eso se sabía de telón adentro y de telón afuera que la obra estaba irremisible y previamente condenada á la protesta, fuera ó no buena y estuviera ó no bien arreglada y bien escrita.»

Empezando por dar expresivas gracias al autor de los renglones que anteceden por la benevolencia con que me juzga, permítaseme sentir que la penosa enfermedad que aún me retenía en cama cuando la comedia se estrenó me impidiese enterarme á tiempo de la buena voluntad y generosos propósitos á que se hace en ellos referencia. De otro modo, habría rogado al bondadoso Emilio Mario que no representase la obra de Jorge Sand que he trasplantado á nuestra escena, para no hacerla de rechazo víctima expiatoria de los nobles sentimientos y el bien querer con que ciertas gentes me distinguen.

En vista de lo acaecido, ¿causará extrañeza que me considere obligado á exponer aquí algo en defensa de *Le Pressoir*, y que procure de pasada comprobar la exactitud de lo que han dicho algunos diarios con motivo de la representación de esa obra?

Como no me tengo por infalible, doy de barato desde luego que he cometido lastimosa equivocación al ofrecer al público madrileño una comedia de la índole y condiciones de *La prensa del lagar*. Más adelante indicaré en qué ha consistido mi equivocación y por qué he incurrido en ella. Entretanto, cumple advertir que no todos los sabios críticos que han hablado de la versión castellana de *Le Pressoir* están en lo que han dicho tan bien enterados como fuera de apetecer tratándose de apreciar obras extrañas. Lo demostrarán ejemplos irrecusables.

Alguien ha expuesto, con la seguridad del que sabe lo que se dice, que el poema representado por la compañía de Mario está escrito *con el argumento de una novela de Jorge Sand*. Esta equivocación es tal vez menos disculpable que la mía. Nadie que haya estudiado á fondo el teatro contemporáneo podrá desconocer que *La prensa del lagar* es mera traducción *algo abreviada* de la comedia *Le Pressoir* de aquella insigne escritora.

Ni ha faltado quien asegure que cuando esa comedia se estrenó en París en el año 1853 *tampoco obtuvo buen éxito*, ni quien sostenga *que no la aceptó* el Teatro Francés *ni el día de su primera representación*. Tales especies son de todo punto infundadas. Lo patentizará un testigo mayor de toda excepción. El célebre Gustavo Planche, perteneciente á la falange de grandes críticos en que figuraban hombres tan formales, de tan profundo talento y claro juicio como Nisard y Villemain, decía las siguientes palabras poco después del estreno de la susodicha producción: «El autor de *Claudie*, animado por los aplausos, prosigue su tarea de rehabilitar la sencillez en el teatro. Su última obra, *Le Pressoir*, no ha sido menos afortunada que *Le Mariage de Victorine* y *François le Champi*. Confiada á intérpretes muy hábiles perfectamente disciplinados, ha reunido gran número de sufragios.» Planche, no obstante, se muestra tan severo cual de costumbre en su juicio relativo á la comedia en cuestión, juicio que Sarcey ha plagiado á los treinta años de escrito en los principales argumentos del suyo. Teniendo en cuenta esa circunstancia, no estará demás añadir, para remachar el clavo, estas otras frases de aquel ilustre escritor: «¿Cómo, pues, se explica el éxito de *Le Pressoir*, contra el que yo no quiero hacer protestas? Por una razón muy sencilla: por el *encanto* y la *verdad* de los detalles. El público, á quien tienen fatigadísimo los exagerados sentimientos que han invadido la escena desde hace veinte años, se ha mostrado lleno de benevolencia con los *sentimientos verdaderos* que pone el autor en boca de sus personajes.»

La verdad de esos sentimientos á que Planche alude; la naturalidad de los interlocutores que intervienen en la fábula, por lo común bien delineados y sostenidos; la lucha de nobles pasiones en que estriba el argumento, aparte de los primores de estilo propios de escritora tan admirable, me indujeron hace algunos años á traducir *Le Pressoir*, figurándome que á pesar de la sencillez de la acción y de la lentitud con que se desenvuelve podría interesar á nuestro público, merced á los delicados rasgos y á las bellezas en que abunda. Posteriormente me confirmó en este dictamen el brillante éxito de la linda comedia titulada *El amigo Fritz*, obra del mismo género que la de Sand y tal vez de menos intensidad dramática. Sin embargo, estas razones no han sido las únicas que han debido cegarme y extraviarme. Visto lo visto, mi más garrafal equivocación ha tenido por fundamento la infantil candidez con que, no obstante mis muchos años, llegué á presumir que *La Prensa del lagar* sería juzgada imparcialmente; que no se estrellarían en ella, siquiera fuese por respeto al gran mérito y alto renombre de la autora, ni la saña de los resentidos con el traductor, ni el mal gusto de los que sólo aprecian en el teatro situaciones exageradas ó efectos de brocha gorda, ni la fanática rigidez de los seudo-naturalistas para quienes no hay más arte dramático digno de la civilización actual que el que se goza en reproducir cuanto en el mundo se distingue por su índole repulsiva ó degradante.

Un pensador, tan notable por la profundidad de sus observaciones como por la exactitud de la mayor parte de sus juicios, dice en una obra póstuma que ha causado en Francia gran sensación, y que se ha publicado hace pocos meses con el título de *L'Art au point de vue sociologique*, estas significativas palabras: «En literatura, de igual modo que en filosofía, no son verdaderos ni el realismo ni el idealismo tomados aisladamente. Cada cual de ellos expresa una faz de la vida humana, que en muchos hombres puede llegar á ser dominante, casi exclusiva, y que tiene también el derecho de animar más ó menos exclusivamente algunas obras artísticas.» En ese libro, signo indudable de la reacción que se está verificando del lado allá del Pirineo contra los errores y excesos del invasor naturalismo materialista, se explica lo que debe ser el realismo muy de otra manera que aquí lo entienden casi todos cuantos proclaman su imperio, y se asegura que el mal entendido que ahora prevalece hace absolutamente intolerables los talentos medianos. Porque dista mucho de ese realismo nocivo y demoledor, sin pagar tributo á las exageraciones idealistas de la escuela romántica, he creído que no cometía gran pecado en trasladar á nuestro idioma la comedia de Jorge Sand.

MANUEL CAÑETE.

(Concluirá.)

«EL SACRO CATINO» Ó CÁLIZ DE JESÚS.

(APUNTES ARQUEOLÓGICOS.)

Muy afortunado sería el que estas líneas escribe si pudiese patentizar el descubrimiento inapreciable del cáliz en que el Salvador del mundo ofreció á sus discípulos su preciosa sangre. Pero las noticias y las hipótesis vertidas hasta hoy por historiadores y arqueólogos, no permiten pronunciar un fallo definitivo, que, por otra parte, dado lo delicado de la cuestión, sólo podría pronunciarse después de un estudio escrupuloso, y que de derecho competiría á las eminencias de la Arqueología cristiana, las cuales hasta ahora nada han dicho respecto del particular. El que suscribe se propone un fin más modesto, cual es el de poner en antecedentes á los lectores de LA ILUSTRACIÓN acerca de dicho cáliz, en particular, y de la historia del cáliz, en general.

En la iglesia de San Lorenzo, en Génova, se ha expuesto por algún tiempo á la veneración pública, una vez al año, bajo prohibición de tocarle, cierto vaso denominado *Sacro Catino*, por suponerle el usado por Jesús en casa de Nicodemus, quien lo llevó consigo á Cesarea cuando huía de sus perseguidores. De esta ciudad tomaron el vaso á que nos referimos los genoveses en la primera cruzada, como botín de guerra, y le trajeron á su país. Es un vaso labrado de una sola esmeralda, de forma exagonal, de un pie de diámetro y cinco pulgadas de profundidad.

Catinus llamaban los romanos á una escudilla, cuenco ó plato hondo que empleaban para contener legumbres ó bien agua ú otro líquido en la mesa ó en las cocinas. Primeramente los hicieron de barro, y después de materias preciosas. El catino fué, indudablemente, una pieza de la vajilla primitiva; mas andando el tiempo hubo de apropiarse á los usos del culto pagano. Juvenal habla del *nigrum catinum* del rey Numa, que despierta en seguida el recuerdo de la alfarería etrusca de barro negro. Y es de advertir también que se fabricaron catinos de vidrio, según demuestra algún ejemplar que se ha descubierto.

No debemos pasar en silencio la tradición de que el cáliz de que se sirvió Jesucristo en la Cena fué el mismo de que se sirvió Abraham cuando dió hospitalidad á los tres ángeles que destruyeron las ciudades del valle de Pentápolis. Según el venerable Beda, este cáliz tenía la forma de un vaso, con dos asas y una cabida equivalente á nuestros dos litros. Esta descripción del vaso, aunque vaga, parece convenir más bien que al vaso antiguo llamado *calix*, al llamado *cantharus*. El cántaro era propiamente la copa usada por los romanos para beber, y tenía pie y dos asas, que, por lo común, se elevaban por encima de la línea del borde del recipiente, que era bastante profundo. En los museos abundan ejemplares de cántaros griegos, etruscos é italo-griegos, algunos de forma elegante. Nuestro Museo Arqueológico Nacional guarda dos cántaros de barro, de fabricación italo-griega, barnizados de negro, uno de la colección del Marqués de Salamanca, y otro de la del Sr. Asensi. El estudio de estos vasos nos ha hecho comprender que ninguno de los vasos fabricados por los antiguos ofrecían mayor comodidad para beber que el cántaro, cuyas dos asas elevadas servían para cogerle con ambas manos y acercar á los labios el contenido, sin temor de que se vertiera una gota. Era, pues, el cántaro la copa más usual en la mesa. Inferimos de aquí que pudo muy bien ser un cántaro el vaso en que Jesús ofreció á sus discípulos su sangre. Y es de advertir que algunos cálices, en los primeros tiempos de la Iglesia cristiana, tenían asas; pero estas asas, según observa algún escritor, servían para suspenderlos, pues eran cálices que no se usaban para el culto, sino para ofrendarlos.

Ya que del cáliz hemos hablado como vaso de la antigüedad clásica, convendrá decir que el *kylis* de los griegos y *calix* de los romanos venía á ser una copa, aunque no siempre tuvo la verdadera y típica forma de la copa. Los más elegantes y característicos son los *kylis* de barro, barnizados de negro con figuras rojas, fabricados por los siglos V y VI antes de J. C., con recipiente hemiesférico, á veces muy plano, con pie delgadísimo, á modo de tallo, recto y con dos asas contrapuestas exteriormente en sentido horizontal y graciosamente curvadas hacia arriba. Algunos pueden considerarse como copas muy abiertas, otros, por efecto de lo extendida que se ve la base del recipiente, se asemejan á platos con pie. En unos y otros predomina la anchura en el recipiente, sobre la profundidad, que es lo que distingue de éstos al cáliz cristiano. El cáliz pertenece á la familia de los vasos para beber, que comprende el *kymbion*, el *skyfos*, el *fiale*, el *kantaros*, el *cotylo* y el *karquesion*. En Alejandría se fabricaron cálices de vidrio, en los que, según Plinio, se imitaban las piedras preciosas de variados matices. Se cuenta que estando el emperador Adriano en Egipto, un sacerdote de este país le regaló tres cálices de colores variados, y el Emperador se los remitió á Severiano, encargándole no usase de ellos más que en días festivos. Este género de vasos eran muy estimados, tanto que Estrabón los califica de preciosos. Pero fueron objeto de imitaciones en vidrio, que se denominaban *cálices audaces* y valían poco, al contrario de otros de cristal coloreado, de ágata ó sardónica, trabajados á torno y cincelados, que se fabricaban en Sidón.

Del mismo género que los acabados de indicar fueron los primeros cálices cristianos. El más antiguo de los conocidos (aparte del *Sacro Catino*, cuya atribución parece más dudosa que su antigüedad) es el de San Juan, que se conserva en la basílica de Letrán, en Roma. Consiste en una especie de taza de jaspe amarillo, y es igual á uno de vidrio agallonado que hay en la iglesia de Maestricht, que se atribuye á un santo obispo de Tongres, muerto en 384. Los cálices de los primeros siglos de la Iglesia cristiana eran de madera ó de vidrio, adornados con pinturas, y por excepción, de oro ó de plata. De vidrio blanco, opalino y con relieves, es un cáliz que forma parte del tesoro de la Basílica de San Anastasio, en Roma, y que, según tradición, fué traído de Palestina por San Jerónimo en los primeros años del siglo V. El erudito P. Martigny, sin negar la antigüedad de este cáliz, que, según dice, tiene el pie de cobre, niega que San Jerónimo hubiese celebrado los misterios, pues lo rehusó por humildad. De vidrio azul es otro cáliz de la misma época, que figura en el tesoro de la catedral de Maguncia. Conviene advertir con respecto de los cálices de vidrio, que, como dice muy bien el P. Martigny, si se han de considerar como cálices la mayor parte de los vasos historiados que proceden de las catacumbas, hay que suponer con el P. Pechi que cada fiel tenía el suyo, donde el diácono le vertía la preciosa sangre de Cristo, de un gran cáliz de los llamados *ministeriales*, para que los fieles comulgasen bajo la especie del vino.

De lo hasta aquí expuesto puede deducirse que, tomando la palabra cáliz como genérica de vaso para beber y no como sinónima de copa solamente, designó en la antigüedad pagana un vaso á manera de cuenco ó taza, que se empleaba para beber en la mesa; que de uno de estos vasos se valió Jesús para consagrar el vino, y que por esto se aplicó el nombre cáliz al vaso sagrado empleado en los misterios de la Iglesia cristiana, pero que nada de esto se opone á que el vaso empleado por Jesús fuese cántaro ó catino. Todo lo indicado acerca de los primitivos cálices cristianos concuerda con la opinión del arqueólogo francés M. Gay, el cual dice que del estudio comparativo de los objetos y de las noticias que se hallan en los autores de los cinco primeros siglos de nuestra era, puede sacarse la conclusión de que, durante este período, el *cáliz*, para cuya confección se toleraban toda clase de materias, era un vaso sin pie y que no tenía forma especial; pero á partir del siglo VI se elevó sobre un pie más ó menos rico, y pasó su fabricación al exclusivo dominio de la orfebrería, empleándose en su confección metales preciosos. En el mismo criterio se inspiró el insigne arquitecto M. Viollet-le-Duc, pues entiende que el cáliz con asas de la primitiva Iglesia, que nosotros no hemos vacilado en comparar con el cántaro, fué sustituido por la copa, y que ya en el si-

glo xv se modificó afectando la de tulipán, que aun conserva.

Hemos hecho estas indicaciones sobre la historia del vaso sagrado que nos ocupa, para significar que aun con respecto de la Arqueología cristiana, la voz cáliz no ha sido privativa de una forma determinada de vaso, de una copa, cual es el cáliz moderno, y para demostrar que los cálices de los cinco primeros siglos consistían en cuencos ó escudillas, catinos propiamente dichos.

Los hechos y conclusiones apuntados convencen de que no hubo tradición respecto de la forma de dicho vaso sagrado, como tampoco la hubo respecto de su materia. Todo lo que puede suponerse es que se conservara en los primeros tiempos, y en este caso pudo ser un catino el vaso de Jesús y puede ser auténtica la tradición que acompaña al vaso de Génova. Pero aparte de que no existen indicaciones de la forma que tuviera el cáliz de Jesús, es muy raro y harto significativo que semejante tradición de forma no se conservara desde el siglo VI en adelante. Por consiguiente, no hay dificultad en admitir que el cáliz de Jesús fué un catino, ó un cántaro, ú otro vaso de análoga forma.

Sólo queda por explicar una dificultad que parece oponer á dicha suposición el mismo texto sagrado. Dicen los evangelistas que Jesús, al final de la cena, tomó el *cáliz* y se lo dió á beber á todos los discípulos. Para nosotros, hoy, esta frase suena porque tomó el vaso sagrado que se denomina cáliz; mas como hasta entonces no fué consagrado tal vaso, pudiera inferirse que éste no era otro sino un *calix*, cuya forma ya conocemos. Pero, á nuestro entender, no debe interpretarse tan á la letra en este punto el texto sagrado, sino en el sentido de que los evangelistas quisieron expresar con la voz cáliz, la idea de vaso para beber. Nos induce á creerlo el hecho de que los cálices griegos é italo-griegos, pintados, que no siempre deben considerarse como vasos para beber, hacía ya cerca de dos siglos que no se fabricaban, pues es sabido que la fabricación de vasos pintados recibió su golpe de gracia cuando el Senado romano prohibió la celebración de bacanales, único elemento casi que mantuvo las postreras manufacturas cerámicas italo-griegas, prohibición que se dictó en el año 568 de Roma (186 antes de J. C.). Por consiguiente, las formas de los vasos se hallaban ya desvirtuadas en su elegancia y su corrección clásicas, cuando Jesús vino al mundo; ya sólo imperaban formas degeneradas y vulgares, de lo cual son buenos ejemplos los vasos producidos en los comienzos de nuestra era, muchos de los cuales se han exhumado de las ruinas de Pompeya; y habiéndose modificado y confundido las formas, necesariamente habría confusión, vaguedad y aplicaciones impropias en los nombres que formaron la nomenclatura de los vasos. Circunscribiéndonos al vaso que nos ocupa, los *calix* italo-griegos de los últimos tiempos de la manufactura cerámica son simples escudillas hemiesféricas, sin otro pie que un ligero reborde y con dos asas, forma que se aproxima á la del catino; son vasos pequeños, sencillos, barnizados de negro, sin otra exornación que ligeras fajas rojas; en una palabra, vasos que no podían aplicarse á otro uso que á beber.

Contribuye á persuadirnos también otro hecho no menos elocuente, cual es la costumbre observada por los antiguos para beber en la mesa. Entre las pinturas que decoran los vasos griegos, suelen verse representaciones de comidas, y es de observar en ellas que los comensales tienen en la mano unos vasos que por lo común son *kilys* de igual forma que los ya descritos. El cáliz parece haber sido, por consiguiente, el vaso más usual de beber en la mesa y haberse usado su nombre, por consiguiente, como sinónimo de vaso de mesa. De ser así, aunque el texto sagrado no precisa la forma del vaso empleado por Jesús, se explica fácilmente que se haya perpetuado el nombre cáliz respecto de las distintas variedades empleadas como vasos sagrados en la Iglesia cristiana. De suerte que el cáliz de Jesús pudo muy bien ser un catino ó un cántaro.

Los antiguos bebían en momentos determinados de sus comidas, especialmente al final, y entonces en honor de algún dios ó á la salud del anfitrión, pasando la copa á la redonda por la derecha. Jesús, por consiguiente, siguió la costumbre de su tiempo cuando tomó el cáliz y le ofreció á sus discípulos, pero dió á este acto la distinta y alta significación que conocemos.

Las ideas apuntadas harán comprender que el vaso de Génova puede muy bien ser el *Sacro Catino*. Para reconocer su antigüedad sería menester un examen de su forma y de su trabajo, que no nos ha sido dable intentar ni siquiera por algún grabado ú otra suerte de reproducción que, si existe, desconocemos. Sólo queda en pie la hipótesis de su atribución, punto que no nos toca examinar.

Las múltiples representaciones de la cena en el momento de la consagración, nos ofrecen á Jesús teniendo en sus manos un cáliz de forma más ó menos moderna, pero siempre impropia, como podrá deducirse de lo expuesto. Alguna vez aparece con un cáliz que tiene dos asas, pero que dista de ser un cántaro romano. Por igual modo, á las trece figuras de la cena se las representa sentadas en sillas, con notoria impropiedad, pues los romanos es sabido que se recostaban en lechos para comer. El distinguido escultor Sr. Sanmartín estuvo muy feliz y concienzudo en su representación de la cena que se admiró en la última Exposión Nacional de Bellas Artes, pues puso á sus figuras recostadas en un lecho semicircular, como en efecto se acostumbraba en aquellos tiempos. Pero esto es una excepción que quizá no le gusta al público. Y es que el conocimiento positivo de la antigüedad no está todavía generalizado, con perjuicio de la exacta percepción de los hechos históricos al través de los tiempos.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

VOLVEMOS, en fin, á montar á caballo, para hacer nuestra visita, como es uso y costumbre, después de las recepciones oficiales, á los jardines del palacio imperial.

Franqueamos nuevos recintos amurallados y aspillerados, asombrosamente altos; otras viejas puertas ojivales forradas de hierro; otros patios cercados, en cuyo suelo hay hoyos y cloacas, todo extraordinariamente viejo, todo ruinoso, imponente siempre y siniestro. El más solemne de estos patios ó plazas interiores es un cuadro prolongado de unos trescientos metros, cercado por murallas almenadas, que tienen á lo menos cincuenta pies de altura. A los dos extremos se abren simétricamente grandes puertas enjalbegadas de cal blanca (como todas las demás que dan ingreso al palacio), y rodeadas siempre de arabescos azul y rosa, ó de mosaicos de azulejos. Cada puerta de éstas está flanqueada por cuatro enormes torres almenadas y que se escalonan en gradería; es decir, que las torres extremas suben mucho más alto que las del centro.

Ninguna pluma puede describir el aspecto huraño de este sitio, ni la triste monotonía de estas murallas tan altas, con sus almenas que se recortan sobre el cielo.

Pasamos en seguida por entre dos larguísimos paredones grises, no terminados todavía, especie de corredor que el Sultán ha hecho edificar con objeto de que sus mujeres puedan ir á los jardines sin ser vistas desde ninguna parte, ni aun desde las cercanas montañas. Allí oimos una especie de coro religioso, acompañado de cuando en cuando por un ruido parecido al que produciría un golpe sordo, dado sobre muchos tambores á la vez. Antojósenos que sería un funeral que se celebrara en alguna mezquita de por allí cerca, pero no; luego pudimos ver que era sencillamente la canturia con que acompañaban y distraían su trabajo unos albañiles que levantaban un muro de tierra apisonada.

Los golpes sordos que oíamos eran producidos por los pesados mazos de madera de que se sirven, al caer á compás sobre la tierra. En esto consiste todo su trabajo, que durará así hasta la noche.

Aquellos jornaleros nos miraban venir, y nosotros les miramos á ellos, divertidos y estupefactos á un mismo tiempo por su faena. Un momento dudamos si se estarían mofando de nosotros; pero nada de eso: estaban con toda la seriedad posible. Parece ser que cuando se trabaja á jornal por cuenta del Sultán, es costumbre emplear esa lentitud y solemnidad.

Franqueado ya la especie de camino cubierto en cuya construcción se ocupan los tales operarios, nos volvemos, perseguidos por su canturia monótona, para echarles una última ojeada de curiosidad, pensando que esta vez les veríamos de espaldas: pero ejecutando todos á la vez un cómico movimiento, ellos también se han vuelto de cara hacia nosotros con objeto de seguirnos con los ojos, y en esta nueva posición continúan trabajando con la misma cadencia, con la misma inverosímil lentitud.

Henos ya en los jardines del Sultán, de los que más bien podría decirse que son huertos de árboles frutales, bastante abandonados. Predominan en ellos los naranjos deliciosos en su tristeza y embalsamados con suavísimo aroma. Las avenidas están cubiertas por emparrados y enlosadas de mármol blanco, gastado por el tiempo y el uso. Los árboles, todos muy añosos, soportan á un mismo tiempo sus frutos dorados y sus albas flores. Al pie de ellos crecen las hierbas salvajes: el inmenso huerto ofrece á trechos el aspecto de una sabana virgen de América.

Vense por allí diseminados varios vetustos kioscos melancólicos, que sirven de descanso al Sultán cuando pasea con sus mujeres. Los arabescos que en otro tiempo los decoraran, desaparecen ahora, casi por completo, bajo la cal blanca.

De todo aquel conjunto se desprende algo como una melancolía de cementerio. ¡Cuántas hermosas mujeres claustradas habrán visto pasearse, marchitarse y morir de tedio, aquellos bosques de naranjos!

XXIII.

Jueves, 18 de Abril.

Una de las cosas que complican la existencia en esta misteriosa ciudad de Fez es el no poder salir solo á la calle, ni aun yendo en traje árabe: se expondría uno á cualquier tropiezo, y además, el salir solo es muy poco distinguido. El decoro exige que toda persona acomodada ó de cierta posición social vaya siempre precedida de uno ó dos criados, garrote en mano, que le vayan abriendo paso. Tampoco se puede salir á pie, tanto por no estar bien visto entre moros decentes, como por no meterse hasta las rodillas en las cloacas de fango, y por no hacerse aplastar por los jinetes contra las paredes de las estrechas callejuelas. Y como hay que contar con la suma indolencia de los criados marroquíes, os sucede que por no poder disponer siempre de una cabalgadura ensillada á la hora que habéis dispuesto, tenéis que estar la mitad del tiempo prisioneros en vuestra propia casa.

Todas las mañanas voy al palacio que ocupa la embajada, á almorzar con el Ministro y con los demás oficiales que la componen; pero me sería imposible comer con ellos á la noche, tanto por la exposición que ofrece transitar á esa hora por la calle, como porque se cierran las puertas que de día ponen en comunicación á unos barrios con otros. Pero tengo por vecino, junto á mi puerta casi, al doctor L..... (el amigo que me ha cedido la casa donde habito), vecindad que nos permite comer juntos. Llegada la hora de comer, me voy á pie á casa del doctor, abriendo mucho las piernas, de modo que mis babuchas toquen en ambas paredes de la callejuela, único modo de evitar el fétido y sucio arroyo de cieno que pasa por el centro. La puerta de la casa de mi amigo es tan baja y exigua como la de la mía, por lo que rarísima vez me escapo del consabido coscorrón al entrar. Terminada la comida, á eso de las ocho, regreso á mi domicilio precedido de los criados Mohammed y Selem, que me van alumbrando con sus linternas. Estos domésticos ocupan el departamento simétrico al mío, del otro lado del patio interior de que ya os he hablado. Ocultos á mis miradas por las grandes puertas de cedro, pasan la noche haciéndose té y cantándose canciones acompañadas por la guitarra. Cuando abro por la mañana las puertas de mi alcoba, ellos abren la suya; me dan los buenos días; se ponen sus jaiques, y se van de paseo. Jamás obtendré de ellos, ni por dinero ni por amenazas, que me sirvan un poco mejor. Por lo general, me dejan solo en casa, obligándome á bajar la escalera de caracol para abrir por mí mismo la puerta de la calle cuando oigo resonar sordamente los golpes del pesado aldabón.

Si relato todas estas pequeñas cosas que parecen insignificantes, es porque ellas dan la medida de las dificultades de la vida para un europeo extraviado en Fez, aun cuando, como yo, se encuentre en condiciones excepcionalmente confortables.

***

Hoy por la mañana, como ayer á mediodía, hemos hecho visitas oficiales á diferentes personajes importantes. La lluvia fina y fría, que se ha hecho nuestra compañera inseparable, persiste en seguirnos *favoreciendo* con su desagradable presencia.

En las casas de los visires y ministros que vamos recorriendo, se nos recibe en esos patios descubiertos que constituyen el mayor lujo de las casas de Fez; patios empedrados de mosaicos, ornados de arabescos, rodeados de arcos festoneados. En otras, la recepción tiene lugar en el fondo de uno de esos jardines deliciosamente tristes, que son más bien bosques de naranjos invadidos por las hierbas, con las mismas avenidas enlosadas de mármol blanco y las mismas parras que vimos en los del Sultán, é invariablemente entre los altos muros de prisión de Estado, destinados á hacer invisibles á las bellas habitantes del harén.

Hasta la semana próxima no darán principio las grandes comidas á que hemos de ser invitados: por ahora, los convites se limitan á colaciones; pero unas colaciones gigantescas, como eran en Europa las de la Edad Media. Ya sobre unas mesitas, ya en el suelo, vense preparados grandes fruteros de porcelana inglesa ó del Japón, llenos de pirámides de frutas, de nueces mondadas, de almendras, de pastelillos llamados «pies de gacela», de confites, de dátiles, de bombones al azafrán. Estas chucherías, que serían bastantes para saciar á doscientas personas, están cubiertas con velos de gasa de colores brillantes, entretejidos de oro. Para el agua (un agua detestable y fétida que hay que abstenerse de beber), hay unos garrafones azules ó rosa, pintorroteados y dorados. Los invitados toman asiento, cada cual según su capricho, en tapices, en cojines bordados, ó en sillas europeas pasadas de moda, estilo Imperio ó Luis XVI. El servicio está desempeñado por esclavos negros, ó por una especie de jenízaros armados de largos sables corvos, que llevan en la cabeza unos turbantes puntiagudos.

No se toma café ni se fuman cigarrillos, pues el Sultán



JESUCRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA.

CUADRO DEL MAESTRO REMBRANDT, EXISTENTE EN LA GALERÍA NACIONAL DE LONDRES.

De fotografía de Ad. Braun y Compañía, en Dornach y París. (Representante en Leipzig: Hugo Grosser.)



«LA COMUNIÓN DE LAS VÍRGENES EN LAS CATACUMBAS.»

CUADRO DE D. MATEO SILVELA Y CASADO, PREMIADO CON MEDALLA DE SEGUNDA CLASE EN LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN NACIONAL.

ha prohibido el uso de ellos, y en su edicto contra el tabaco ha llegado hasta á comparar la depravación del gusto de los fumadores con la de un hombre «que comiese carne de caballo muerto». En cambio se toma mucho té y se aspira el humo odorífero, un poco embriagador, de la madera preciosa de las Indias, que arde en pebeteros de plata. El té está mezclado con menta y toronjil, y excesivamente azucarado.

Es de buen tono en Marruecos tomar de seguido tres tazas de té, lo cual da origen á una cosa que se nos hace violenta á los europeos; y es, que á cada vuelta que da con las bandejas el criado que sirve, se cambian necesariamente entre los diferentes convidados las tazas en que se ha bebido la vez anterior, después de haber vuelto á verter en la tetera el poquillo de té que cada cual había dejado en el fondo de su taza. Dejo á la consideración de mis lectores la gracia que nos haría este uso marroquí.

Naturalmente, durante estas visitas y recepciones no vemos nunca á las mujeres, pero somos constantemente mirados por ellas. Cada vez que uno de nosotros se vuelve, está seguro de apercibir, en el fondo de algún calado ajimez, de alguna estrecha saetera disimulada entre los arabescos del muro, ó por encima de algún pretil de azotea, dos ojos muy hendidos y muy pintados que nos examinan curiosamente, y que se desvanecen, desaparecen en la sombra tan luego como se cruzan nuestras miradas.....

Estos personajes marroquíes que nos reciben, tienen todos ellos gran aspecto; andan y se mueven con nobleza, bajo los pliegues de sus ligeros velos blancos, con un no sé qué de indolencia distinguida, de tranquilidad exenta de toda preocupación. Sin embargo, se siente que valen menos que las gentes del pueblo, hurañas y bronceadas al aire libre. La posesión de las riquezas y la sed de adquirir otras nuevas, les han hecho desmerecer.

En las primeras visitas de cumplido exigidas por nuestra llegada, el Ministro no habla todavía de negocios serios, ni aborda los asuntos pendientes de arreglo entre las dos naciones: adivínase, no obstante, que las negociaciones serán largas y difíciles, sólo con ver el aire de suspicacia y de desconfianza y las sonrisas felinas de estos hombres velados de blanco, que no contestan á las preguntas más que con perífrasis amables, que nunca tienen prisa, y que jamás parecen sinceros.

***

El Gran Visir casa á su hijo, y desde ayer todo Fez resuena con el ruido de esta boda. Por las callejuelas sombrías, interminables cortejos van y vienen precedidos de tambores, de dulzainas y de disparos de espingardas. Esta mañana hemos encontrado uno, compuesto á lo menos de trescientas personas, que tiran con pólvora sola, en la obscuridad de los pequeños pasadizos abovedados, haciendo estremecer las viejas paredes. Los que iban delante, llevaban sobre la cabeza los regalos de boda: eran unos objetos voluminosos, envueltos en telas de seda brochadas de oro.

La casa del Gran Visir, á quien precisamente hemos visitado esta mañana, estaba magníficamente engalanada para la gran fiesta. En el patio, todo de mosaicos y de finos encajes de piedra, había colgados innumerables farolillos tocándose unos con otros, que casi ocultaban la bóveda anubarrada del cielo: las delicadas labores de las paredes habían sido recientemente retocadas con oro, azul, rosa y verde; y por todas partes, hasta la altura del primer piso, había colgaduras magníficas de terciopelo rojo, bordadas de oro, formando dibujos como los de las puertas de las mezquitas.

En las habitaciones que daban á este patio de honor había una profusión sorprendente de maravillosos tapices, de cojines ostentando brillantes colores, donde se mezclaban en extraños diseños los oros amarillos y los oros verdes. Sobre estas riquezas destacábase en su blancura la persona del Gran Visir, envuelto en sencillas muselinas. Es un personaje de fisonomía felina y movible, con barba gris.

El Ministro le manifestó sus deseos de ver, no á la novia, puesto que á ésta no puede verla todavía ni aun su mismo prometido; sino al novio y á los jóvenes de su comitiva.

El Visir asintió sonriendo á la petición, y nos condujo, atravesando un jardín, á la casa preparada para servir de habitación al nuevo matrimonio, casa nuevecita, construída en el invariable estilo de los monumentos árabes de Córdoba y Granada, y en la que todavía numerosos obreros trabajaban en labrar delicados arabescos.

Allí, reclinados sobre los divanes que amueblaban una gran sala, había una porción de moros jóvenes, entrenidos en tomar té y confituras, envueltos en la nube de humo de perfumados pebeteros. Aquellos son la juventud dorada de Fez, la nueva generación, los futuros *kaids* y los futuros visires, que tal vez están llamados en el curso de su vida á presenciar el derrumbamiento del viejo Moghreb. Todos son muy jóvenes; pero parecen gastados, pálidos, marchitos, como desplomados sobre sus cojines. El hijo del Gran Visir, vestido de verde, que es el color peculiar á los casados, está solo en un rincón, más aburrido y más displicente que todos sus compañeros.

XXIV.

Viernes, 19 de Abril (Viernes Santo).

En el espacio de algunas horas, como aquí sucede siempre, el cielo se ha despejado. En lugar de tantas nubes grises como pasaban y repasaban obscureciendo las ideas y las cosas, queda ahora un vacío inmenso, profundo, límpido, que esta tarde es de un azul irisado, con reflejos verdosos allá en el límite del horizonte: hay por doquiera gran resplandor, gran fiesta y gran magia de luz.

A las horas maravillosas que marcan el fin del día, subo á sentarme en mi azotea. La antigua ciudad, sombría y fanática, se baña en el oro de todo este sol: extendida á mis pies sobre una serie de valles y colinas, ha tomado un aspecto de inalterable y radiosa paz; algo de casi sonriente, de casi dulce y suave; tan cambiada está, que no la reconozco; hay como una irradiación rosada sobre la inmovilidad de sus ruinas. Y el aire es tan tibio, tan apacible, que da la ilusión de un eterno estío.

En torno mío, en los primeros términos del paisaje, se agrupan las altas azoteas de las vecinas casas. Entre éstas y la mía, hay un vacío; por más que se distinguen con extremada nitidez los menores detalles de los objetos, las más pequeñas grietas de los muros, están separadas de mí por una especie de neblina de oro, que envuelve sus bases en la vaguedad, prestándoles un aspecto vaporoso: diríase que están suspendidas en el aire. Y todos estos paseos se van cubriendo poco á poco de mujeres, que surgen una á una, en trajes de ídolos, llevando en las cabezas la *antus*, especie de mitra dorada, que recuerda el tocado de las damas en los últimos días de la Edad Media.

Más allá de estas azoteas cercanas (que pertenecen á las casas edificadas, como la mía, en la parte más elevada de Fez el viejo), y después de otra bruma luminosa, otras cosas más lejanas se dibujan al infinito, como al través de trasparencias de gasa. Primero se distingue el resto de Fez el viejo; un millar de azoteas de un gris violáceo, en las que las bellas paseantes aéreas parecen no ser más que puntos brillantes de color, diseminados al acaso sobre un monótono hundimiento de ruinas. Por cima de esta uniformidad de cubos de piedra, suben algunos esbeltos troncos de palmera, y también las viejas torres cuadradas de las mezquitas, con sus revestimientos de azulejos amarillos y verdes, ampliamente recocidas por largos siglos de sol, con sus pequeñitas cúpulas, á las que sirve de remate una bola dorada.

De Fez el nuevo, que está aún más lejos, no se ven más que los grandes paredones siniestros que encierran los palacios y los serrallos del Sultán. Y un cinturón de jardines verdes rodea la gran ciudad, cuyos viejos bastiones almenados aparecen como sumergidos en el fresco matiz del hermoso verde primaveral.

(Continuará.)

CRÓNICA EUROPEA.

SUMARIO.

Retirada del Príncipe de Bismarck. — La conferencia de Berlín. — Impresiones en Europa de la crisis de Alemania. — Nuevo Ministerio en Francia. — El Duque de Orleans y el Conde de París.

El acontecimiento de la semana, y que no puede ser indiferente para España, es la retirada ya definitiva del Príncipe de Bismarck, y su reemplazo en el cargo de gran canciller de Alemania por el general von Caprivi, antiguo ministro de la Marina, y que estaba al frente del cuerpo de ejército de Hannover. Director de la política prusiana y después germánica, durante más de un cuarto de siglo; árbitro desde la caída del Imperio napoleónico de los destinos de la Europa, el suceso reviste para ésta inmensa importancia, aparte la trascendencia que pueda tener en la política interior de la Alemania.

Era tan grande y fundada en hechos recientes la confianza de que, mientras su salud lo permitiese, el joven Emperador no se privaría de los servicios de quien, según Guillermo II, era su Mentor, su guía y el Néstor del Imperio germánico, que ayer, admitida ya la dimisión por el Soberano, y llamado su sucesor á Berlín, todavía no quería creerse en la realidad del acontecimiento, y se tenía por seguro que las disidencias entre el Monarca y su primer Ministro desaparecerían por efecto de las gestiones eficacísimas del gran duque Ernesto de Sajonia Coburgo y del propio Rey de Sajonia, que, como el Gran Duque de Weimar, habían ido á Berlín para impedir la retirada definitiva del Príncipe de Bismarck.

Todo un pasado de mutuas deferencias y de casi culto, profesado por el joven Príncipe hacia el Gran Canciller del Imperio, justificaban estas apreciaciones del sentimiento público. Los años de 1887 y 1888 han visto en efecto á Guillermo II, cuando sólo era Príncipe heredero, ir á San Remo cuando se dibujaban ya los primeros síntomas de muerte del anciano fundador del Imperio germánico, y los grandes doctores de Berlín, contra la opinión más ó menos interesada del médico inglés Mackenzie, profetizaban la inevitable muerte, por el cáncer, de Federico III, impulsado por el Príncipe de Bismarck para conseguir una abdicación de su propio padre. Y cuando Federico III, disputando su vida á una enfermedad mortal, ceñía la corona de los Césares, inaugurando una política de reformas liberales, al mismo joven Príncipe, sobre cuyas sienes iba á posarse bien pronto la corona de Carlomagno, no esperar siquiera el fallecimiento del autor de sus días para proclamar, en un brindis pronunciado en solemne fiesta militar, al Príncipe de Bismarck como el más digno de llevar la bandera del Imperio germánico que le legara al morir el gran Guillermo I. Más tarde, y cuando ya el esposo de la emperatriz Victoria ha muerto, atribúyense al pacto establecido entre el Gran Canciller y el joven Monarca los sinsabores sufridos por la Emperatriz viuda, el secuestro de las célebres publicaciones encomiando la obra de reforma social, de libertades políticas y de paz europea que simbolizó el corto reinado de Federico III; y hasta la fraldad entre el nieto Emperador y su abuela la Reina de la Gran Bretaña, que sólo desapareció seis meses después, cuando el viaje imperial á Londres.

En estos artículos, donde referí la espléndida epopeya del viaje de Guillermo II por las cortes de Occidente y de Oriente, y las bodas olímpicas de su hermana Sofía en Atenas, acaso recuerden haber visto mis benévolos lectores aquel telegrama dictado por el joven César alemán sobre las ruinas del Parthenón, en que no sabíamos qué ponderar más; si la admiración del augusto viajero por la Grecia, ó la expresión del profundo afecto del Soberano al Príncipe de Bismarck, á quien desde la tierra helénica mandaba á la patria germánica el primer eco de sus emociones profundas y de su afecto eterno é inalterable. Y sin embargo, algunos espíritus perspicaces notaron desde entonces, en el que parecía nuevo Telémaco, ciertos arranques de independencia ó de atrevida iniciativa propia, que debieron hacer reflexionar al anciano Mentor. Estos síntomas se acentuaron de una manera ya evidente cuando, dándose en el disuelto Reichstag la gran batalla sobre la ampliación de las leyes autoritarias que el Gran Canciller exigía contra los socialistas, se vió á una parte de los diputados llamados conservadores del Imperio, y á su frente al feld-mariscal Moltke, ó abstenerse ó votar contra estas medidas que el primer Ministro creía necesarias para contener el gran progreso de las ideas y de la agitación socialista en el Imperio. No era posible que personas tan íntimas de Guillermo II obrasen de tal suerte, á no saber que con su conducta, que aprobó también el general Waldersee, jefe supremo del ejército, hacían cosa grata al Monarca. Ya entonces el Príncipe de Bismarck, que sin duda adivinaba la gran mudanza realizada en las ideas y en las simpatías del Soberano, quiso dimitir todos sus cargos y no volver á la corte, siendo necesarios grandísimos esfuerzos por parte de su más fiel amigo Bennigsen, jefe del partido de los nacionales liberales y del vicepresidente del Consejo de Ministros, Boetticher, para que consintiese pasar algunos días en Berlín, y se ofreciera á retener algún tiempo, con la cancillería del Imperio, la dirección de la política exterior, si bien resuelto á abandonar la presidencia del Consejo de Ministros. Ya había dejado la cartera del Comercio, importantísima porque su titular debía iniciar las grandes reformas sociales que estaban en el pensamiento del joven Emperador, el cual quiso llevar á dicho ministerio á persona de toda su confianza, Berlepsch, nada grato al Gran Canciller.

Pero la disidencia se hizo evidente á todos, lo mismo en Alemania que en Europa, al aparecer los célebres rescriptos sobre reformas sociales que tanta sensación causaron en el mundo europeo, y que se supo ser obra exclusiva de la iniciativa imperial, hasta el extremo de no aparecer autorizados por la firma de ningún ministro, y de haber sido redactados por el antiguo maestro ó preceptor del joven soberano, el nuevo consejero de Estado Hinzpeter, persona tampoco nada grata al Gran Canciller, y que éste vió entrar con vivísimo disgusto en la asamblea y Consejo de Estado, donde á presencia de fuertes industriales de la Alemania, como Krupp, y de obreros, que á esta circunstancia reunían el carácter de diputados socialistas, se discutieron los grandes problemas sobre el trabajo, destinados á servir de programa á la Conferencia internacional de Berlín. A las discusiones no asistió ni una sola vez el Príncipe de Bismarck, y si puso su firma en las notas circulares á las potencias congregadas para la conferencia berlinesa, que él en su fuero interno desaprobaba, considerándola ineficaz, fué éste el último acto de deferencia al Emperador, de quien estaba resuelto á separarse.

Lo singular es, y ello prueba lo vivo del antagonismo entre el pupilo, convertido en soberano de grande iniciativa propia, y el director primer ministro, asombrado sin duda de esta rebelión imperial, que por respetos á la Europa no aplazasen Emperador ó Gran Canciller, pues no sé á quién deba tocar la iniciativa, el conflicto, hasta que con la próxima Pascua hubiesen terminado los trabajos del Congreso internacional germánico.

Pero no ha sido así, y ya ayer, aunque guardándose las formas, hasta el punto de salir juntos en carruaje Guillermo II y el Príncipe de Bismarck, aquél aceptó las dimisiones más ó menos insistentes de éste, dándole el sucesor que ya hemos nombrado al principio de esta carta.

Los cargos oficiales, que un día constituyeron la omnipotencia del Gran Canciller, representaban pesadumbre tan grande, aun descartada la cartera del Comercio, que esta pesadumbre habría abrumado á cualquier estadista del Imperio. Un día se habló para sucederle del Príncipe Hohenlohe, antiguo embajador germánico en París, y hoy sthatouder en Alsacia-Lorena, el cual, presentido por el Emperador en su última visita á Strasburgo, recusó honor tan alto, sea porque á su edad no se sienta con fuerza bastante para llevar tan pesada carga, sea que creyendo, como Europa, en la permanencia del Príncipe Bismarck hasta su muerte, no haya querido correr la suerte, aleccionado en lo que le sucedió, del Conde Arnim, otro embajador alemán en Roma y en Francia, que llamado á suceder al Gran Canciller cuando dió una de sus numerosas dimisiones, pagó con un proceso y el destierro de la patria la osadía de haber pensado en reemplazar al Príncipe de Bismarck. Muchos creen que la candidatura del general Waldersee, el sucesor de Moltke, y el que hasta ahora pasa por el más favorito del Emperador, no está abandonada, pero que se reserva, para que todo este drama ministerial no revista los aires de una traición ó de una ingratitud concertada desde hace muchos meses, dado que las prime-

ras disidencias entre Emperador y Canciller comenzaron á causa de este general Waldersee. Ahora la elección de su colega von Caprivi era cosa concertada desde hace una semana, habiendo venido para ello á Berlín el general en jefe del cuerpo de ejército de Hannover, sin que el diario oficial de la corte diese noticia, como lo hace con todos, de la visita del nuevo Canciller á Guillermo II. Atribúyense al sucesor del Príncipe de Bismarck tendencias pacíficas é ideas conciliadoras, si bien parece faltarle la palabra elocuente que en sus grandes arranques y en medio de sus excentricidades parlamentarias distinguía al Príncipe de Bismarck.

⁂

Pero, ya lo hemos dicho, la creencia general hoy en Europa, es que Guillermo II va á ser el verdadero Canciller del Imperio. Y esta idea es la que principalmente produce alarma, no sólo en la generalidad de la prensa de Francia, sino en los órganos más autorizados de la opinión pública, como *The Times* en Inglaterra. Fenómeno verdaderamente singular, y que no es uno de los menos extraños de nuestra época. Nadie ha hecho á la Francia el daño que el Príncipe de Bismarck, si bien sea mayor la imprevisión de Napoleón III y de sus ministros que la responsabilidad del primer ministro de los tres soberanos, bajo cuya autoridad imperial ha servido. Pues la política francesa pudo adivinar, á no tener cerrados los ojos á la evidencia, ser inmensa falta el abandono de la Dinamarca primero, seguido de la protección dada á Prusia en su guerra con el Austria, y cual antes lo había sido la constitución del reino de Italia, y, por último, la injustificada guerra de 1870 cuando la retirada de la candidatura de Hohenzollern al trono de España fué un triunfo inmenso para el Imperio napoleónico. Se sabía, además, que sin querer provocarla, el Príncipe de Bismarck y el feld-mariscal Moltke se habían preparado asombrosamente á la lucha, y que Guillermo I, como el heredero del trono y el ilustre príncipe Federico Carlos, estaban resueltos á sacrificar sus vidas á la patria germánica, en una guerra donde no podían ser aliados de la Francia tratándose de un supremo interés germánico, ni el Austria-Hungría, no obstante su alianza con las Tullerías, ni la Baviera, ni el Wurtemberg, ni el Hannover, ni Sajonia, á pesar del recelo con que miraban el engrandecimiento de la Prusia; ni hasta esta Italia de Víctor Manuel, en quien Sadowa, que la dió Venecia, y la esperanza de ocupar á Roma, que nunca habría dejado tocar el Imperio, la hizo olvidar á Magenta y Solferino.

Pues bien, hoy la República francesa es la que mira con más recelos la desaparición de la escena política del Príncipe de Bismarck, y acaso le asiste para ello completa razón; porque ¿quién puede profetizar que el porvenir de la política de un joven César, rebosando energías físicas como iniciativas morales y políticas, con la conciencia de su fuerza y la del poderoso Imperio que lo aclama, reconozca por meta la guerra europea ó la consolidación de esa paz que, después de sus triunfos y llegado al límite de la edad humana, se había convertido en el *desiderátum* así del anciano Guillermo I como del viejo canciller Príncipe de Bismarck? Junto á las alarmas del sentimiento instintivo de la Francia, nacen otras en Austria y en Italia, donde la situación política del Conde Kalnoky y del ministro Crispi, que recibía toda su fuerza de la protección señalada del Gran Canciller, ha de resentirse de la desaparición de la escena del Príncipe de Bismarck. Lo más grave sería que se resintiese tambien en su firmeza la alianza de las tres potencias centrales de Europa. La sospecha existente en París de que Guillermo II se incline á reanudar con el czar Alejandro III aquella buena amistad que su imperial abuelo le recomendó en el lecho de muerte, surge también en Viena, no obstante las seguridades dadas por el joven Monarca al notificar á Francisco José la pena con que se había visto obligado á admitir la dimisión insistente de su primer Ministro.

En cuanto á Italia, todo dependerá de los verdaderos sentimientos que respecto á León XIII y á la Santa Sede inspiren á Guillermo II. En la política del Príncipe de Bismarck existen dos fases completamente diversas con relación al Jefe del catolicismo. La primera mitad de su carrera gubernamental se pasa haciéndole la guerra, aun á costa de herir los nobles sentimientos conciliadores de la emperatriz Augusta, y de no ser muy grata esta lucha á Guillermo I. La decoración cambia al advenimiento de León XIII, y debiéndose á la política elevadísima de este Pontífice, el Gran Canciller inicia el período de las reparaciones religiosas; y en la esfera política, señala con el arbitraje de las islas Carolinas la más alta restauración del prestigio de la Santa Sede y de su influencia á los ojos del mundo. Recientemente ha referido la prensa la larga entrevista entre el Príncipe de Bismarck y Windhorst, el jefe del centro católico, que tan reforzado viene al nuevo Reichstag. No ha faltado algún periódico poco católico de Italia que, en el interés de su causa, sostenga que estas conferencias entre el diputado católico y el Canciller imperial han hecho daño al Príncipe en el espíritu de su Soberano; y con esta ocasión ha recordado lo expresivo de los brindis de Guillermo II á favor del reino de Italia, pronunciados en los banquetes del Quirinal cuando su visita á Roma; y el hecho de que su propio hermano el príncipe Enrique de Prusia, sin duda por encargo del Emperador, llegó á interrumpir la conferencia entre éste y el Pontífice, justamente cuando León XIII exponía con más lucidez la situación dificilísima del Pontificado ante el augusto visitador del Vaticano. De todo lo cual deduce que la retirada de Bismarck va á debilitar la situación de los católicos en Alemania, donde el joven Emperador, que más que envidiar la gloria de Federico II parece ambicionar en vez de guerras la idealidad de los grandes progresos morales y sociales de Federico III, para proteger á los humildes y á los afligidos, tenderá á constituir, con el apoyo de progresistas, socialistas y nacionales liberales, una mayoría de progreso en el Parlamento germánico.

Tales sueños nos parecen más adaptados á las esferas donde se rinde culto á las estatuas de Mazzini y de Garibaldi, que al ambiente de la Sala Blanca del palacio de Berlín, ó á la atmósfera que deben respirar los generales de los diez y ocho cuerpos de ejército de Alemania, que el telégrafo dice haber reunido Guillermo II en larga conferencia, después de la retirada del Príncipe de Bismarck.

Además en Roma es sabido haber sido el conde Herbert Bismarck quien en los palacios apostólicos impulsó al príncipe Enrique de Prusia á interrumpir la conferencia entre Papa y Emperador. Como no se ignora que con ocasión del actual Congreso de Berlín, donde la Santa Sede no podía tener una representación oficial, careciendo de Estados territoriales, y por lo mismo de fábricas y de obreros, fué Guillermo II quien se dirigió á León XIII pidiéndole el apoyo de su influencia inmensa en el mundo católico para ayudar la obra social y humanitaria por el César germánico emprendida, y añadiendo haber nombrado como delegado en la Conferencia al prelado de Breslau, monseñor Kopp, para que en este Congreso representase oficiosamente al ilustre Jefe de la Iglesia.

¿No ha sido además León XIII el verdadero iniciador de estas grandes reformas sociales, del reposo del obrero en el domingo, de la aspiración caritativa de que no se sacrifique la vida del pobre niño con un trabajo penosísimo y largo en los talleres, y de la idea moral de conciliar la labor de las mujeres en la fábrica, necesaria para su sustento, con la asistencia de los hijos, á fin de reconstruir el hogar de la familia cristiana? Además de que el centro católico en el Imperio alemán ha abogado siempre por estos progresos del socialismo cristiano, á lo cual sin duda es debido que cuando el partido socialista y el progresista germánico triplican y duplican el número de sus electores en la nación y el de sus representantes en el Reischstag, sean los candidatos católicos la única fracción entre las conservadoras que, en vez de ver disminuídas sus falanges, las ha acrecido en toda la Alemania protestante.

Pero reconocemos ser una incógnita, así la política exterior que imperará en Alemania después de la caída del Príncipe de Bismarck, como la dirección que tomarán los múltiples partidos que en el Parlamento germánico se agitan. Junto á las aspiraciones de grandes reformas sociales que resplandecían en los rescriptos imperiales, hice notar que en el reciente y famoso brindis pronunciado por Guillermo II al celebrarse el aniversario de la monarquía prusiana en las marcas de Brandenburgo, cuna del Imperio alemán, el Monarca, á la vez que hacía un llamamiento al apoyo de todos los patriotismos y de todas las inteligencias para ayudarle en sus proyectos de mejoras humanitarias, tuvo cuidado de añadir que aplastaría las resistencias desleales que encontrase en su camino. Falta que el porvenir nos diga, con la actitud de los partidos democráticos en la Asamblea y en la sociedad alemana, si en esta obra de progreso será más feliz que Napoleón III, ó si creciendo la oleada socialista, puede surgir el peligro de que se confirme el dicho del Príncipe de Bismarck, que acaso ha podido contribuir á su caída, de que él no sería nunca ni el Necker, ni el Emilio Olivier, de un Luis XVI ó de un Napoleón III.

⁂

Es tarde ya para que me extienda en referir los pormenores todos de la inauguración y trabajos sucesivos de la Conferencia obrera internacional, reunida en Berlín desde el 15 de Marzo. Abierta sin pompa cortesana, como correspondía á una asamblea que va á ocuparse de mejorar la suerte de los desgraciados y menesterosos, inició sus trabajos un bello discurso del nuevo ministro de Comercio Berlepsch, cuyas primeras frases fueron de simpático elogio á la Suiza, verdadera iniciadora de esta tentativa internacional y que ha tenido la modestia de ceder su gloria á la Alemania, como de encomio al Emperador, que piensa, con fundamento y elevación de idea, que la cuestión obrera se impone á la atención de todas las naciones civilizadas, desde el momento que la paz de las diferentes clases sociales aparece amenazada por efecto de una terrible concurrrencia industrial. Todos los Estados de Europa, pues la América, lejos de Berlín para poder acudir á esta asamblea, donde tampoco está representada la Rusia, no siente la inminencia de los peligros que amenazan á las naciones industriales europeas, se encuentran en una situación idéntica, por lo cual deben convenir, hasta donde sea dado, en acuerdos comunes que faciliten la solución de este gran ploblema social, reservando á los Parlamentos y á los Gobiernos respectivos aplicarlos en leyes inspiradas por un gran sentimiento humanitario.

El Congreso de Berlín, á cuyas sesiones no asisten los Embajadores, á pesar de que muchos de ellos están acreditados como plenipotenciarios de las diversas potencias en él representadas, en número de diez, habiendo sido España y Portugal las últimas naciones invitadas, deseando aprovechar el tiempo para finalizar los trabajos antes de Pascua, época en que debe reunirse el nuevo Reichstag, se ha dividido en tres comisiones, consagrada la una á estudiar la situación de las obreros en las minas, para ver si es posible evitar catástrofes tan terribles como la que en Cardiff, de Inglaterra, sepultaba no ha mucho á trescientos obreros; la segunda, que tendrá la misión menos difícil, ó sea de apartar los obstáculos que en alguna nación se presentan para la santificación del domingo con objeto de dar así descanso al operario; y la tercera, consagrada á fijar el método y las horas de trabajo de la mujer y del párvulo, pues respecto á los hombres ya adultos y que laboran en las fábricas y talleres, Inglaterra y Francia hicieron comprender al Gobierno alemán, antes de reunirse la Conferencia, ser necesario descartar esta cuestión del programa, no siendo posible uniformar el trabajo de los obreros, tan diverso según los climas, las aptitudes y las fuerzas que la Naturaleza ha dado á los diversos habitantes del universo. Las tres comisiones se hallan presididas por el Prelado de Breslau, por Julio Simón y por el consejero prusiano, competentísimo en materia de minería, Hanchecorne Mizerka, delegado de Austria-Hungría, y que con Julio Simón, aparecen como las primeras figuras civiles de la asamblea, ocuparon los puestos de honor en el banquete con que el Emperador obsequió á las representantes de las naciones.

En él fué objeto también de distinciones merecidas el jefe de los ingenieros belgas Harze, considerado el más competente de los representantes de la Conferencia en las difíciles cuestiones que está llamada, si no á resolver, á preparar. En esta misma recepción de la Sala Blanca, Emperador y Emperatriz conversaron extensamente con los Sres. Fernández de Castro, Boccardo y Ellena, como con los demás delegados de España é Italia, preguntando con gran interés la Emperatriz por la salud de la Reina Regente y de Alfonso XIII; el Emperador por la situación fabril de Barcelona y el sistema de trabajos en las minas metálicas de Ríotinto y de Vizcaya; á la par que el Soberano quiso inculcar en el espíritu de los representantes itálicos que la retirada del Príncipe de Bismarck, que dijo deberse á su insistencia y al cuidado que quiere consagrar á su salud en el último tercio de su vida, en nada modificaría la política europea, y menos los vínculos que unen á Italia y Alemania y á sus Soberanos, á quienes liga estrechísima amistad.

⁂

El desenlace de la crisis ministerial francesa, que predije hace semanas al retirarse Constans, que aunque herido por Tirard, dejó al partir, como los Phartos, flecha más aguda en el corazón del Gabinete, ha sido una de las más rápidas que registran los anales de esa República francesa, que desde la muerte de Thiers ha contado 24 ministerios con 19 ministros de la Guerra, siendo el de Freycinet ahora el tercero de su serie. Apresurémonos á añadir que, además de rápida, la solución de la 25.ª crisis ministerial de 1873 ha sido felicísima, dado lo difícil de un desenlace que agrade á muchos en el fraccionamiento de partidos que se disputan el predominio en el Cuerpo Legislativo, como en la República francesa.

Bajo la presidencia de Freycinet, á quien la insistencia lisonjera del presidente Carnot ha obligado á continuar, teniendo, contra su deseo de relativo descanso, el departamento de la Guerra, cosa rara en nación tan militar como la Francia, y que sólo explica el triste recuerdo dejado por los generales Thibaudin y Boulanger, han quedado en el Ministerio de Hacienda Rouvière, autor del plan financiero basándose sobre un empréstito de 700 millones, al propio tiempo que se rebaja el impuesto territorial y la desaparición de la ficticia diferencia entre presupuesto ordinario y extraordinario, que hace perfectamente en declarar permanente, sabiéndose ha de serlo ante el crecimiento de la Artillería en Alemania y de la flota en Italia. También conservan el almirante Bartey la Marina, Ives Guyot los Trabajos Públicos, mientras Fallieres, conservador y por renuncia de Brisson, pasa de la Instrucción Pública á Justicia y Cultos, siendo mejor garantía que su antecesor Thevenet, de buenas relaciones con la Santa Sede. De igual suerte Bourgeois, que sustituyó á Constans en el Interior, deja á éste su cartera, donde los republicanos creen necesaria su presencia, contentándose con la más modesta de la Agricultura, para ser garantía dada á los radicales y recompensa de la protección que le concede Floquet, presidente de la Cámara, el cual ha rehusado una vez más la presidencia del Consejo. No ha sido tan feliz Spuller, que vuelve á ocupar el asiento de diputado que heredó de su jefe Gambetta, no obstante palpitar todavía el recuerdo del gran triunfo parlamentario que obtuvo al discutir al Cuerpo legislativo la Conferencia de Berlín, y haber llevado con fortuna, durante un año de su ministerio, las relaciones y negociaciones con Inglaterra, Alemania, Italia, Rusia, China y el Vaticano. Pero no hay que pedir gratitud ni á repúblicas ni á soberanos. A Negocios Extranjeros va Ribot, uno de los jefes, con Julio Ferry y León Say, de los oportunistas ó conservadores de la República. Elección aplaudidísima en Francia por los espíritus templados, que ven en Ribot una garantía de que no prevalecerán en el nuevo Gobierno las tendencias radicales de Bourgeois y de Ives Guyot.

Por último, Julio Roche pasa de la presidencia de la Comisión de presupuestos del Cuerpo Legislativo, donde por primera vez han encontrado representación algunos diputados de la derecha monárquica de la Cámara, al ministerio de Comercio, importantísimo cuando las cuestiones comerciales son las primeras que preocupan á la Francia. Si el advenimiento del gabinete Freycinet parece feliz, su acogida por el Senado y Cuerpo Legislativo fué favorabilísimo. Desenvuelto por su jefe el programa, un tanto vago, en que al mismo tiempo que se afirma su fe republicana y democrática, se apela á la buena voluntad de todos para la consolidación de una república larga, abierta y tolerante, y se asocia al deseo expresado por el país, de ser dueño de sus tarifas comerciales, rompiendo desde 1.º de Enero 1892 los lazos comerciales que le ligaban á las potencias, y especialmente á la Alemania; el discurso ministerial declara querer mejorar la situación de las clases laboriosas, para lo cual cuenta con el apoyo y confianza de las Cámaras. Este programa tuvo la fortuna de ser aplaudido, no sólo por los centros y la izquierda, sino por algunos diputados

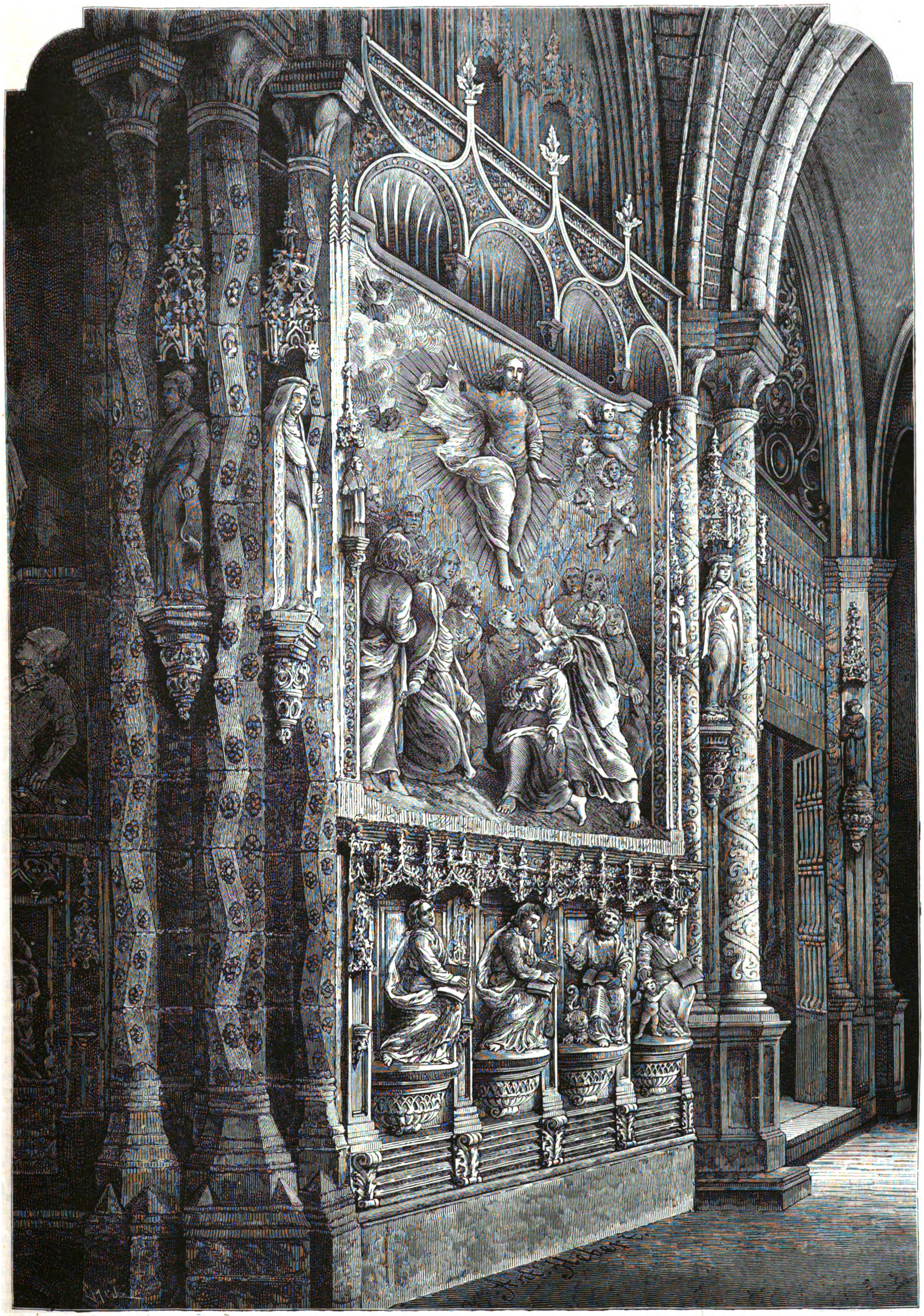
BELLAS ARTES.



ESTRELLA MATUTINA.

CUADRO DE D. GERMÁN HERNÁNDEZ.

CATEDRAL DE BURGOS.



LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.

MEDALLÓN DEL TRASALTAR MAYOR, ESCULTURA DE PEDRO ALONSO DE LOS RÍOS.

(Dibujo de Antonio Hebert.)

bulangeristas y por los más templados entre los monárquicos. La oposición de Lockroy, republicano radicalísimo, que dirigió á los ministros una catilinaria, á la par que combatió al Senado, iniciador de crisis ministeriales que no le competían; la exigencia de Deroulede, no satisfecha por el ministro de la Justicia, reclamando del Gabinete el compromiso de retirar la ley represiva de los excesos de la prensa, ya votada por los senadores, como las reservas en que se envolvió Clemenceau, jefe de la extrema izquierda, en medio de protestas benévolas, pero que no le sacaron de su abstención en el voto, no impidieron que la moción de confianza en el Gobierno fuese aprobada por trescientos diez y ocho sufragios contra setenta y ocho, después de haber desechado antes la Cámara, por gran mayoría también, la que pasaba sencillamente á la orden del día. Como la preponderancia de la mayoría se explica por el apoyo de los oportunistas y centro izquierdo, en cuyo nombre declaró León Say que sus amigos apoyarían el gabinete Freycinet, si fiel á su programa aplicaba las leyes con espíritu de conciliación y de tolerancia, y respondiendo al voto de la Francia no hería sus creencias religiosas, la escasez de la minoría se explica á su vez por la abstención de votar de casi toda la derecha, lo cual reconoce por causa la declaración hecha por Delafosse, de que los monárquicos templados no querían condenar al Gobierno antes de conocer sus actos.

Uno de los más importantes habrá de ser la solución que al fin dé al conflicto torpemente creado con la prisión del joven Duque de Orleans, cuya aventura caballeresca y francesa pudo hacer olvidar el Ministerio anterior, si apenas pronunciada su condena hubiere enviado, cediendo á la feliz inspiración de Carnot, al joven prisionero Luis Felipe Roberto á la frontera de España para abrazar á su madre, huérfana del Duque de Montpensier, ó á la Suiza, en vez de encerrarlo en la cárcel de Clairvaux.

CONDE DE COELLO.

ALUMBRADO ELÉCTRICO

ABOÏLARD

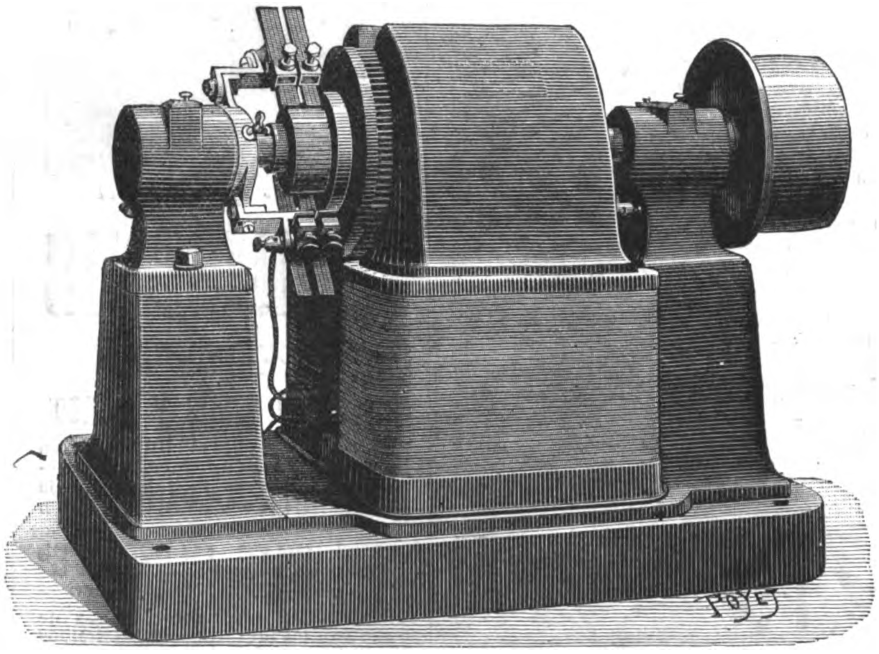
PARIS, 7, RUE BLEUE, 7, PARIS

PROVEEDOR
DE LAS
ESTACIONES CENTRALES
DE
MADRID — VALENCIA
MÁLAGA — ALMERÍA — CALATAYUD
RONDA — ALGECIRAS — ELCHE
ETC., ETC.

APARATOS GENERALES
PARA
ALUMBRADO ELÉCTRICO

ESTACIONES CENTRALES

PRESUPUESTOS
CON SUJECIÓN Á PLANO
Y PEDIDOS



ABOÏLARD

PARIS, 7, RUE BLEUE, 7, PARIS

Datos que se deben suministrar para la formación de presupuestos.

PARA ESTACIONES CENTRALES:

1.º Plano acotado de la población que se desea alumbrar.
2.º ¿Se dispone de fuerza motriz?
3.º Su naturaleza (de vapor ó hidráulica).
4.º ¿A cuánta distancia del centro de la población, ó de la primera lámpara que se debe instalar, se encuentra esa fuerza motriz?
5.º ¿Cuántos focos son necesarios en cada calle? Alumbrado público.—Para los particulares.

INSTALACIONES PRIVADAS:

1.º Plano acotado de los sitios que se quiere alumbrar.
2.º ¿Se dispone de fuerza motriz?
3.º Su naturaleza (de vapor ó hidráulica).
4.º Número de lámparas que se desea, y cuántas por piso y por pieza.
5.º Si se debe alumbrar un edificio de varios cuerpos, indíquese: La distancia entre ellos. — La distancia entre la fuerza motriz y cada uno de ellos.

SE REMITE EL CATALOGO, FRANCO, A QUIEN LO SOLICITE.

EMULSION de SCOTT



DE ACEITE PURO
DE
HIGADO DE BACALAO
CON HIPOFOSFITOS DE CAL Y DE SOSA.

TAN AGRADABLE AL PALADAR COMO LA LECHE.

El remedio mas racional, perfecto y eficaz para el alivio y la cura de la TISIS, ESCROFULA, BRONQUITIS, RESFRIADOS, TOSES CRÓNICAS, AFECCIONES de la GARGANTA y las ENFERMEDADES EXTENUANTES, tales como el RAQUITISMO y el MARASMO en los niños, la ANEMIA, la EMACIACION y el REUMATISMO en los adultos.

Es un maravilloso reconstituyente. No tiene rival para robustecer y fortalecer el organismo.

Los médicos en todos los paises del mundo la prescriben, á causa de lo agradable que es al paladar y de los brillantes resultados obtenidos con su uso. Tiene tres veces la eficacia del aceite de higado de bacalao simple.

De venta en todas las droguerias y farmacias.

TISIS BRONQUITIS CRONICAS, TOSES PERTINACES, CATARROS. Curación por la **EMULSION MARCHAIS.**—MADRID, Melchor García. BUENOS-AYRES, Demarchi h^os.-MONTEVIDEO, Las Cases.-MEXICO, Van Den Wingaert.

EAU DE LYS DE LOHSE



hace desaparecer las erupciones de la piel, quita las pecas, refresca y suaviza el cútis, aumenta la flexibilidad y la pureza del cútis, conserva á la cara la belleza juvenil.

Su empleo constante asegura la eterna juventud de la mujer.

Exíjase en las etiquetas mi razon social:

GUSTAV LOHSE, BERLIN

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS



el Aceite de HIGADO de BACALAO DE Hogg

Recetado hace 40 años

EN EL MUNDO ENTERO

contra las **enfermedades del Pecho, Tos, Niños Raquiticos, Humores, Erupciones del cutis, Personas débiles, Pérdidas blancas, etc.** El **ACEITE de BACALAO de HOGG** es el más abundante en materia de *bases activas.*

Se vende solamente en frascos triangulares.

PARIS, **HOGG**
2, Rue de Castiglione, 2
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

DIENTES BLANCOS
Higiene de la Boca



EL AGUA DE BOTOT

Conserva los Dientes, Fortalece las Encías, Refresca la Boca.

Exíjase siempre la Verdadera *Agua de Botot*

DEPÓSITO GENERAL: 17, Rue de la Paix, PARIS
ANTIGUAMENTE: 229, Rue Saint-Honoré.
DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

Pídase tambien el Vinagre de Tocador, marca Botot, *superior como primor y perfume.*



Bálsamo de FERNOLINE

Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo, y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos; de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos; hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores en el extranjero para curar los dolores que notan muchos enfermos en **el cuello, pecho y espalda,** pues, gracias á la **volatibilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel se absorbe en cantidad variable, según la superficie de aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA
VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA—BARCELONA
SUCURSAL EN MADRID: Claudio Coello, 26, segundo.

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el «non plus ultra» de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. *¡Gran novedad!* — **DUSSER,** inventor ***Rue J.-J.-Rousseau, n.º 1, Paris.*** (La América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* **MELCHOR GARCIA,** y en las Perfumerias **Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola,** etc.—*Barcelona:* **VICENTE FERRER,** depositario, y en las Perfumerias de **Lafont,** etc.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero..........	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XIII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Abril de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas..	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El día 6 de Abril de 1884 falleció el inolvidable D. Abelardo de Carlos y Almansa, fundador de La Ilustración Española y Americana. Su obra, cada vez más próspera, acredita la solidez de la inteligencia que la dió vida.

Los que mueren dejando tras sí elementos de actividad y de riqueza que les sobreviven, tienen derecho á la gratitud y á la consideración de los que continúan el trabajo que aquéllos empezaron. Sin ese derecho, y por tributo á sus cualidades personales, le consagraríamos un recuerdo afectuoso en el sexto como en los anteriores aniversarios de su fallecimiento, y pediríamos, como pedimos á los lectores de nuestro periódico, que encomienden á Dios el alma de D. Abelardo de Carlos.

***

Ni la Semana Santa ha separado á los que apoyan y combaten al general Dabán. Sin embargo, han tenido dos días de tregua, el Jueves y Viernes Santo, en que hasta descansan los cocheros; días de recogimiento, que sólo aprovecha en París la Sociedad de librepensadores, para dar sus banquetes de carne en protesta del pescado cuaresmal, seguidos de música y discursos para escandalizar ó molestar á los creyentes. Esas comidas están en completa decadencia, y resultan ridículas calaveradas, propias de un jovencillo recién salido del cascarón, que quiere pasar por atrevido y terrible ante su tía la monjita. Un librepensador verdadero respeta el modo de pensar de los demás, y no protesta de la disciplina á que otros se someten, en uso de su derecho, y ve tranquilamente, sin odios ni burlas, las prácticas de cada religión. Festejar la muerte de Jesucristo, que aun para los que no son cristianos es una figura histórica digna de consideración, supone pobreza de espíritu, indigna hasta de los descendientes de los sayones que le clavaran en la cruz.

En Madrid no ha alterado ningún hecho anómalo la tranquilidad de esos días solemnes y silenciosos, en que se suspende en parte la vida social. A nuestro juicio, la Semana Santa se celebra con más compostura que hace veinte años; el paseo del Viernes Santo ha decaído, y ya no es de buen tono; como no lo es hacer del templo lugar de cumplimientos sociales. El que cree, hace sus



EL GENERAL VON CAPRIVI,

NUEVO CANCILLER DEL IMPERIO DE ALEMANIA.

devociones con modestia, y el que no cree, respeta á los que tienen distintas convicciones.

Consignaba con tristeza hace poco un escritor francés volteriano, que la nueva generación francesa de las escuelas rechazaba el deísmo vago de fines del siglo último, prefiriéndole cualquiera religión positiva. La verdad es que si esa juventud sale verdaderamente educada, tiene que reformar mucho las ideas hoy predominantes: eso de que en la misma Francia un escritor tan popular como Daudet busque un nombre inglés, *struggle for lifer*, para significar al canalla que llama lucha por la vida al despojo de los demás en provecho propio, y se cree en la necesidad de protestar contra esa interpretación de la doctrina darwinista como cosa de estos tiempos, causa asombro, puesto que Robespierre ya protestaba de lo mismo en un discurso hace cerca de cien años.

Sara Bernhardt es la única que ha merecido fijar sobre sí la atención, siquiera tristemente, al empeñarse en recitar, ya que no la han permitido que lo representase, el papel de la Madre del Salvador en un Misterio, en forma dialogada, leído en público en un teatro de París. El resultado no correspondió á la soberbia de la célebre judía.

***

Los franceses han bloqueado la costa del Dahomey, y preparan fuerzas para castigar al soberano de aquella bárbara nación, donde cada vez que muere un rey se sacrifican centenares de víctimas humanas, como aquí se degüellan cerdos á principios de Noviembre. El bloqueo de un país salvaje que no tiene relaciones con ningún pueblo culto, nos parece, ó una precaución excesiva, ó un temor de que alguien trate de hacer negocio, facilitando armas y municiones á los dahomeyanos en contra de la civilización.

Si esto es cierto, debemos dar gracias á Dios de que los negociantes no tengan medios de entablar relaciones con las fieras, porque les venderían cañones y fusiles para que se defendiesen de los hombres.

***

Las manifestaciones de simpatía que ha hecho y continúa haciendo al Príncipe de Bismarck el pueblo de Alemania son tan elocuentes, que no pudiendo ser negadas por los periodistas que celebraron su caída, se explican por medio de un distingo, y es, que si bien los alemanes le dan esos testimonios de afecto por sus servicios, no por eso dejan de estar satisfechos de que se le haya jubilado. La multitud, con permiso de esos padres definidores, cuando aclama á un personaje no demuestra sino lo que se ve, es decir, que fué y continúa siendo un hombre popular, y esos vítores son una protesta contra su caída.

Los resultados de la Conferencia en favor de los obreros demuestran, por lo platónicos, que no pudo ser ésta la causa de la desgracia del Canciller. Tanto ruido para venir á establecer ideales tan vulgares como el del descanso dominical y la limitación del trabajo de los niños, ancianos y mujeres, limitaciones que, á ser llevadas á la práctica, pagarían los mismos beneficiados, no han podido ser combatidas por el Príncipe de Bismarck, que durante su administración demostró con soluciones positivas ir más adelante en los propósitos de desarmar al socialismo.

¿Qué sucede en Rusia? No lo sabemos. Es singular cómo se guarda el secreto de las cosas públicas en el Imperio que tiene mayor número de habitantes. El Emperador enfermo; materias explosivas cerca de su palacio; los estudiantes sublevados, y la autoridad á punto de cerrar las Universidades. Esto dicen todos los periódicos.

¿Qué sucede en Rusia? Lo de siempre.

La diplomacia turca ha caído ahora en que si hubiera firmado el convenio que Inglaterra le propuso en 1887, por el cual se limitaba á tres años la ocupación del Egipto por los ingleses, estaría ésta á punto de terminar, y en vista de ello ha manifestado el Gobierno del Sultán deseos de reanudar las negociaciones interrumpidas. Los ingleses no han contestado sino evasivamente; pero, respondan lo que quieran, demostrarán claramente una vez más lo que es tratar con Inglaterra.

***

Y continúa toda la vida política de España reconcentrada en la discusión promovida en el Senado por el arresto del general Dabán; es decir, por el suplicatorio del Gobierno para que ese arresto se efectúe. Por nuestra parte sólo vamos sacando en limpio las dificultades que hay en España para arrestar á un general, y las facilidades de que éstos arresten á sus subalternos.

Desde luego este asunto ha causado bastante impresión en la prensa europea, que no se explica el hecho anómalo de que lo menos se sobreponga á lo más, que una leve cuestión de forma escandalice tanto, y que el hecho gravísimo que ha producido el conflicto, resulte ahora insignificante. No aprobamos los epigramas que hace contra nuestros generales la prensa extranjera; pero hay que tener en cuenta, para explicarnoslos y atenuar la importancia del ataque, que en el exterior no se conoce el pormenor de estos sucesos, sino que se juzgan por el conjunto. Y es claro, recuerdan que se han disuelto Cortes militarmente, sin responsabilidad para nadie, y extrañan el escándalo que ha producido el que se pida licencia al Senado para arrestar á un senador, y que se hagan con este motivo siniestros y amenazadores vaticinios. No se explican que hace poco fuese atropellado un presidente del Congreso, sin consecuencias, y que los generales se enfaden tanto, no por el arresto, que muchos opinan pudo efectuarse, sino porque no le impuso el Capitán general del distrito, á quien correspondía, según ellos, y no á su jefe el Ministro de la Guerra, no obstante poder éste ordenar al otro, como superior, que impusiera ese castigo, y desprenderse claramente de lo sucedido, que el Capitán general y el Ministro estuvieron muy de acuerdo en lo que se ha hecho.

Nosotros vamos á decir con franqueza cuál ha sido el error del Gobierno: el de no haber procesado seriamente al general Dabán pidiendo autorización al Senado para hacerlo, y haberse limitado á una leve corrección. Suponemos que el Gobierno habrá tenido sus razones.

El general Martínez Campos ha tenido un momento de sinceridad en el Senado, exponiendo con franqueza la necesidad de la disciplina, el deseo de paz y reposo del país y la esterilidad de todo acto de fuerza cuando no está sancionado por el deseo general. En efecto, el ejército á quien se han entregado los parques y las plazas fuertes, puede en un momento dado sublevarse é imponerse á los poderes; pero si triunfa en medio de la indiferencia pública, se asusta de su obra: como que la fuerza de que dispone es momentánea y delegada, y la fuerza verdadera está en el país, que es la suma de todos los derechos, recursos y energías de la patria.

El ejército es una institución que tiene dos objetos: la defensa del país en el exterior, y del orden en el interior. Todo lo que sea apartarle de estos dos objetos para que fué creado, es hacerle daño. Un ejército político sería una milicia nacional, sin la ventaja de ser ésta gratuita y sin derechos.

Si por los precedentes vamos á guiarnos; si no hay absolución general de las faltas pasadas, renunciemos para siempre á la vida pacífica y ordenada que hacen los demás pueblos. El que sea impecable en los trastornos que hemos sufrido todos, que tire la primera piedra á los que necesitan gobernar.

***

Autores dramáticos, músicos, editores y empresarios, reunidos en el Círculo Literario y Artístico, han tomado el acuerdo de prohibir sus obras en España á los actores y empresarios que en sus excursiones por América no satisfagan los derechos de representación á los asociados por las obras que allí pongan en escena. La falta de tratados con aquellos países hace qne no exista en ellos propiedad literaria y artística para los productores españoles, que la disfrutan sin embargo en otras naciones. De esta anomalía resulta un perjuicio mutuo para los escritores y músicos americanos y españoles: éstos, por carecer de toda clase de derechos en América; aquéllos, porque, representándose en su país gratuitamente todo el repertorio español, no pueden competir en baratura con un teatro tan abundante y libre de derechos. Los intereses de unos y otros autores son comunes, por lo cual el acuerdo tomado por los que se reunieron en el Círculo, favorece á los músicos y escritores americanos.

Pero esto no es sino el primer paso de otra asociación aun más completa y eficaz. De la falta de tratados de propiedad literaria sólo se lucran hoy algunos industriales que establecen empresas teatrales y explotan las obras ajenas sin remunerar el trabajo intelectual, tan sagrado como cualquier otra propiedad. Si los escritores americanos, convencidos de la equidad, justicia y conveniencia del reconocimiento mutuo de esos derechos comunes, abogan porque se hagan los tratados, el esfuerzo de todos se impondrá á los gobiernos, y los que vivimos de nuestro trabajo ensancharemos la esfera de los recursos. Pesen los inconvenientes y las ventajas nuestros hermanos de América, y estamos seguros de que, si lo hacen, convendrán en la conveniencia mutua de que termine una explotación injusta y perjudicial para todos los que viven de las letras y la música.

Vea cada escritor americano qué le conviene más: si sufrir en su país la competencia gratuita de todos los escritores de las demás repúblicas latinas y de España, ó verla limitada por los derechos legítimos de cada autor, y en cambio disfrutar en España y toda América derechos de que hoy carece si tiene la suerte de escribir alguna obra popular.

***

ASPEREZA Y SUAVIDAD.

Al beber en el río un trago de agua, la culebra se encontró con la anguila que sacaba la cabeza para tomar un sorbo de aire.

—Perdona si te he tropezado—dijo la culebra;—creí que eras mi retrato, que veo en el agua cada vez que bebo. Pero ¿estás desnuda, criatura? Voy á traerte la camisa que deseché el año pasado. Es de un tejido áspero y fuerte.

—¿Y para qué la quiero?

—Para defender el cuerpo: hay que cuidarle mucho; sólo tenemos uno.

—Ya le cuido: hace un momento me vi agarrada por un hombre, y estoy libre.

—¿Le mordiste para que soltara?

—Yo no muerdo.

—¿Cómo luchas entonces por la libertad? ¿amenazando?

—Ni lucho ni amenazo. Me escurro entre los dedos que quieren oprimirme, y me defiende mi propia suavidad.

—Amiga, eso podrá ser en el agua; que aquí, en la tierra, hasta los mosquitos se sorben la sangre del desnudo, y hasta los guijarros se clavan en la carne á los suaves.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EL GENERAL VON CAPRIVI,

nuevo Canciller del Imperio de Alemania.

El mismo día en que el emperador Guillermo II de Alemania aceptó la dimisión del Príncipe de Bismarck, firmó un decreto confiriendo el cargo y la dignidad de Canciller del Imperio al general Jorge León von Caprivi y Montecuculli.

Es difícil señalar el origen de la familia de Caprivi, según afirman periódicos extranjeros de reconocida autoridad: hay genealogistas que le relacionan con el célebre Montecuculli, el adversario del mariscal de Turena, y cuentan entre los ascendientes del nuevo Canciller al general Caprara, vencedor de los turcos después del sitio de Viena, y al cardenal Caprara, que negoció el Concordato con el primer Cónsul en 1802, y hay otros que le hacen derivar de la noble familia de Copriva.

Sea esto lo que fuere (sin gran interés para el público en general), lo cierto es que S. E. Jorge León von Caprivi de Caprara y Montecuculli, actual Canciller del Imperio de Alemania, y cuyo retrato damos en la plana primera, nació en Berlín el 24 de Febrero de 1831, siendo su padre magistrado del Tribunal Supremo de Justicia.

Estudió en el colegio de Werder, é ingresó á la edad de diez y ocho años en el regimiento Francisco José, de granaderos de la Guardia, ganando el empleo de subteniente en 1850, después de pasar por la Escuela de Guerra, y el de teniente en 1859; dos años más tarde ascendió á capitán, y en 1866, cuando estalló la guerra contra Austria, antigua patria de su familia, era comandante agregado al Estado Mayor del comandante en jefe del primer ejército prusiano que operaba en Bohemia; en 1870, al romperse las hostilidades entre Francia y Alemania, tenía el empleo de teniente coronel y el cargo de jefe de Estado Mayor del cuerpo de ejército que mandaba el general Von Voigth-Rhetz.

Las crónicas militares de aquella época refieren que el teniente coronel Von Caprivi desempeñó un papel importante en la batalla de Rezonville, en la mañana del 16 de Agosto del mencionado año 1870, llevando hasta la 5.ª división de caballería alemana dos baterías montadas que sembraron el pánico y el desorden en los escuadrones de la división francesa del general Fortoul; indicando á los húsares de Brunswick la ocasión favorable de ejecutar contra la artillería francesa una rápida y brillante carga, en la que estuvo expuesto á caer prisionero de guerra el mariscal Bazaine, con todo su Estado Mayor; determinando, en fin, al general Von Voigth-Rhetz á operar el famoso movimiento del 10.º cuerpo de ejército, que cortó la marcha de los soldados franceses á Verdun y les obligó á encerrarse en Metz.

En 1874, siendo todavía teniente coronel, fué nombrado jefe de una sección en el Ministerio de la Guerra; en 1872, ascendido á coronel, volvió á ser agregado al Estado Mayor general, y se distinguió mucho por sus estudios y trabajos facultativos sobre el arma de artillería; en 1876 fué jefe de la comisión militar alemana en las grandes maniobras del ejército ruso, y en 1881 presenció, con igual cargo, las del ejército francés; en 1878, ya general de división, obtuvo el nombramiento de gobernador militar de Metz, y él mismo proyectó y trazó los planos de las nuevas fortificaciones de aquella insigne capital de Lorena; en 1882, cuando el general Storch dimitió la cartera de Marina, el emperador Guillermo I elevó al general Von Caprivi al rango de secretario de ministro, poniéndole al frente del Almirantazgo.

En este cambio de carrera y de atribuciones (que tenía precedentes, porque también el general Von Floch, otro ministro de Marina, procedía del arma de Infantería), Von Caprivi dió relevante prueba de capacidad administrativa, de facultades de asimilación extraordinariamente notables, y á él se deben los reglamentos y medidas adoptados para activar la movilización de la Armada alemana, así como el desenvolvimiento progresivo que ha tenido en pocos meses la flotilla de torpederos.

En 1888 el general Von Caprivi salió del Ministerio de Marina para encargarse del mando en jefe del 10.º cuerpo de ejército, que ocupa el antiguo reino de Hannover, y en dicho mando ha recibido el nombramiento de Canciller del Imperio.

***

ROMA:

La Semana Santa en la basílica de San Pedro.

Antiguamente las solemnidades de la Semana Santa se hacían en la basílica de San Pedro con esplendor extraordinario, del cual sólo queda un pálido reflejo; y la más grandiosa de todas era la del Jueves Santo: celebraba misa pontifical, en el altar de la Confesión de San Pedro, el cardenal-decano ó el cardenal-obispo más anciano, en presencia del Sumo Pontífice, que estaba sentado en la silla papal de plata maciza y relieves de flores de oro; un velo de fina y blanca seda cubría el altar y la cruz, y el palio era un riquísimo *arazzo* de tisú de oro, donado á la basílica por Clemente VIII; el Papa se dirigía luego á la Capilla Sixtina, con capa blanca y mitra de oro, y sentado en el trono, recibía el homenaje de obediencia que le tributaban los cardenales; procedíase en seguida á la bendición de las antorchas, y luego se verificaba la distribución de ellas á los cardenales, patriarcas, obispos, abades mitrados, protonotarios apostólicos y generales de las órdenes religiosas, mientras el coro entonaba lentamente el *Agnus Dei*; terminaban las ceremonias con la procesión general por la basílica, para conducir el Santísimo Sacramento al Santo Sepulcro ó Sagrario.

Estas solemnidades de la Semana Santa, aunque todos los años se repitan, dejan siempre en el alma del cristiano la impresión de los grandes recuerdos, de los augustos misterios que conmemoran.

De cómo se han celebrado este año en la basílica de San Pedro las solemnes funciones de la Semana Santa, ofrece á nuestros lectores fiel testimonio el grabado que publicamos en la página 212, hecho sobre apuntes del natural de nuestro colaborador artístico D. Hermenegildo Estevan: en él aparecen vistas de la procesión de las palmas en el Domingo de Ramos, del Santo Sepulcro ó Sagrario de la basílica en la tarde del Jueves Santo, de la conmovedora ceremonia de la absolución por el Cardenal-penitenciario del templo y del aspecto de la capilla del Coro y del atrio de la basílica, antes y después del *Miserere* del Viernes Santo.

***

REAL PALACIO DE MADRID:

La Comida de los pobres, el día de Jueves Santo.

La piadosa ceremonia de Jueves Santo, en la que S. M. la Reina Regente, después de los Oficios divinos y del lavatorio, y conmemorando actos de sublime humildad del Redentor del mundo, sirve la comida á doce mujeres y trece hombres pobres, se ha celebrado este año con solemnidad y grandeza en la magnífica Sala de Armas del Real Palacio de Madrid.

La augusta Señora vestía precioso traje de raso negro, adornado con terciopelo y encajes blancos, y bordado de perlas, y lucía riquísimo aderezo de brillantes; las damas de la corte estaban ataviadas con lujosas galas y rica pedrería; en la tribuna del Cuerpo diplomático ostentaban las señoras blanca mantilla española, y á todas las ceremonias concurrieron varios ministros y numerosos grandes de España.

Los hombres y las mujeres pobres tenían trajes nuevos; éstas mantilla y vestido, y aquéllos sombrero y capa, regalados todos por la Reina.

Los platos habían sido dispuestos en largas mesas, bajo la inmediata dirección de D. Pedro Ruesta, jefe de los Reales oficios de cocina, repostería, mesa y cava del Real Palacio; en el momento de servirse, los pobres fueron llevados de la mano por grandes de España y altos dignatarios, y sentáronse á la mesa de la comida; las damas de la corte entregaban los platos al Jefe superior del Real Palacio, Sr. Duque de Medina-Sidonia, y éste los depositaba en manos de S. M. la Reina; la augusta Señora iba cubriendo con ellos la mesa de los pobres, y luego los retiraba; devueltos á las damas, pasaban á los dependientes de la Real casa, que los ponían cuidadosamente en grandes cestos para entregarlos á los pobres después de la ceremonia.

Los platos servidos en la comida de los pobres fueron:

De *cocina:* salmón, mero, congrio con arroz, empanadas de sardinas, merluza frita, empanadas de anguila, bacalao frito, tortilla de escabeche, pajeles asados, salmonetes fritos, besugos en escabeche, ostras escabechadas y alcachofas rellenas; de *repostería:* tortas de hojaldre, arroz con leche, queso de bola, aceitunas, cidrados, limas, naranjas, limones, manzanas, higos, orejones, ciruelas, nueces, pasas, avellanas, anises y almendras.

Á cada pobre se dió además una libreta, una jarra con ocho litros de vino, una copa, un vaso, un salero y un cubierto, y cada cesto contenía 78 kilogramos de comestibles; siendo el número total de platos 390, con un peso de 2.052 kilos.

Nuestro grabado de la pág. 213, dibujo del natural por el señor Comba, se refiere á esa comida de los pobres en el Real Palacio, el día de Jueves Santo: en él se reproducen las mesas con el servicio, en la Sala de Armas; el acto de colocar los platos en los cestos, después de la ceremonia; tipos de los hombres pobres, con los trajes nuevos regalados por la Reina.

***

BELLAS ARTES.

De la sierra de Guadarrama, dibujo de Alcázar.—*El Interrogatorio*, cuadro de Lessi.—*Tren en marcha*, dibujo de Carretero.—*Pasatiempo*, cuadro de Epp.

Nuestro grabado de la pág. 216 reproduce un bello dibujo original de Manuel Alcázar: una linda serrana de las abruptas estribaciones del Guadarrama, acompañada de su hija, las dos ataviadas con sus mejores sayas y pañuelos, encamínanse á la corte para vender gallinas y «huevos frescos de corral», y descansan algunos momentos en un ribazo del tortuoso camino.

Es un tipo muy conocido en las plazas y mercados de Madrid, y muy bien dibujado por el Sr. Alcázar.

El pintor Tito Lessi es uno de los artistas italianos más distinguidos de París: sus cuadros *El Testamento*, *Camino de Brindisi*, *La Antecámara del Papa*, y especialmente el magnífico *Lever du Dauphin*, adquirido por el célebre M. Sedelmeyer, le han dado universal renombre.

Ultimamente el Sr. Lessi ha ejecutado *El Interrogatorio*, que damos á conocer en nuestro grabado de la pág. 217, y el asunto no es un drama de los fastos de la Inquisición, sino un episodio cotidiano del famoso tribunal de la fe: un pobre diablo que aparece medroso ante los padres dominicos, acusado tal vez de haber comido carne en día de vigilia.....

La escena está bien pensada, dispuesta con sobriedad, y si es notable la actitud del interrogado, más cautiva la expresión del dominico que interroga, completando el efecto la acertada disposición de característicos accesorios.

Nuestro amigo y colaborador artístico D. Arturo Carretero, cuyos delicadísimos grabados conocen de antiguo los lectores de este periódico, es autor del dibujo que publicamos en el segundo grabado de la pág. 220. un *Tren en marcha* á través de solitario paisaje.

Figuró este dibujo del Sr. Carretero en la *Exposición de Blanco y Negro* celebrada por el Círculo de Bellas Artes (núm. 27 del *Catálogo*), y parécenos que su estimable autor nos perdonará que le hagamos esta advertencia amistosa: que no sea el último.

Pasatiempo es el título del cuadro de Epp, que publicamos en el grabado de la pág. 224: una linda alsaciana que, dejando su labor, presenta un espejo al *Micifuz* de la casa, y sonríe al contemplar la cara fosca y oir los bufidos del animal cuando éste ve reproducida su imagen en la limpia luna.

***

EXCMO. SR. D. LUIS DABÁN Y RAMÍREZ DE ARELLANO,

teniente general, senador del Reino.

En la pág. 220 damos el retrato del Excmo. Sr. D. Luis Dabán y Ramírez de Arellano, cuya carta á los generales españoles (véase la *Crónica general* de este número y del precedente) está siendo objeto de porfiado y largo debate en la alta Cámara.

El Sr. Dabán, descendiente de ilustre familia, nació en Pamplona el 28 de Mayo de 1841, y siguió los estudios militares en el Colegio de Infantería de Toledo, saliendo con el empleo de alférez en 1859; incorporado al regimiento de San Fernando, concurrió á la guerra de Africa hasta la batalla de Wad-Ras, y ganó en la campaña una cruz de San Fernando; ascendió á teniente, por antigüedad, el 20 de Noviembre de 1860, y cuatro años después solicitó y obtuvo el pase al ejército de Cuba, embarcándose en seguida para Santo Domingo, y ganando el grado de capitán por su bizarro comportamiento en las acciones de Monte-Christi y Puerto-Plata; volvió á la Península en 1866, y asistió á la batalla de Alcolea á las inmediatas órdenes del brigadier Salazar, en el ejército del general Serrano, obteniendo el empleo de capitán y el grado de comandante; destinado otra vez al ejército de Cuba, en Enero de 1869, é incorporado al batallón cazadores de Simancas, tomó parte, por espacio de dos años, en numerosas acciones de guerra, como las de Abauco, Potrero de Voladora, Alturas de Ciego-Diego, Potrero del Cordobés, Paso-Lanzas de la Vega, y otras, siendo agraciado con el empleo de comandante y el grado de teniente coronel.

Regresó á la Península en 1871, y estando de guarnición en Pamplona, agregado al batallón de las Navas, cuando estalló la insurrección carlista de 1872, formó en la división del general Moriones, concurrió á la acción de Oroquieta y derrotó á la facción Carasa en Muniárriz, el 18 de Junio, hecho de armas que le valió el empleo de teniente coronel y el mando del mismo batallón de las Navas; destinado al Maestrazgo, persiguió y batió á la facción Cucala, en los primeros meses de 1873, siendo premiado con el empleo de coronel; mandando el regimiento de Sevilla marchó al ejército del Norte, y combatió en las acciones de Puente la Reina, Monte Jurra y Velabieta, en la de Somorrostro el 25 de Febrero de 1874, y en las memorables jornadas de 25, 26 y 27 de Marzo, llegando al frente de sus soldados hasta las trincheras de Murrieta y San Pedro Abanto.

Ascendido á brigadier por mérito de guerra, en 30 de Mayo de dicho año, á principio de Octubre se le confió el mando de la segunda brigada en la segunda división del ejército del Centro, con la expresa misión de perseguir al cabecilla Lozano, quien había invadido impunemente poblaciones tan importantes como Hellín, Cieza, Vélez-Rubio, Huéscar, Lorca y otras; el día 14 tomó el mando de su brigada, en Valencia, y dos después, en la noche del 16 al 17, sorprendió en Bogarra al cabecilla Lozano, y le derrotó completamente, haciéndole muchos muertos y heridos y más de 300 prisioneros.

Ningún español ignora que el brigadier Dabán, á las órdenes de los generales Jovellar y Martínez Campos, enarboló en Sagunto, el 28 de Diciembre del mismo año 1874, la bandera de la antigua Monarquía española, proclamando rey de España al príncipe D. Alfonso de Borbón y Borbón.

Los hechos posteriores en que ha figurado el general Dabán son muy conocidos: ascendido á mariscal de campo en 1875, y á teniente general en 1881, diputado á Cortes en varias legislaturas, y actualmente senador por Murcia, ha desempeñado importantes cargos militares, como la presidencia del Consejo de Gobierno y Administración del fondo de redención y enganches, la Dirección general de Infantería, la Capitanía general de Aragón y la de Puerto Rico, y otros.

Está condecorado con la gran cruz del Mérito Militar, por méritos de guerra, desde 1874, y con la gran cruz de Carlos III.

***

MADRID:

La agencia denominada *Continental Express.*

El 7 de Febrero próximo pasado se inauguró en esta corte (Carrera de San Jerónimo, 15) un establecimiento público de verdadera utilidad práctica: la agencia general de expresos para Europa y América, denominada *Continental Express.*

Esta agencia, de británico nombre y *spirit* esencialmente norteamericano, consta de cuatro secciones.

La primera, que es la más amplia, comprende la expedición de *paquetes postales*, por sistema rápido y económico, á casi todos los países del mundo culto; la *compra de efectos* en el extranjero, y la *venta*, en comisión, de vinos, aceites y otros artículos, así nacionales como extranjeros; el *servicio especial de comisiones y encargos* fuera de España, tales como la expedición de equipajes, muebles, etc., á precios económicos; el *cobro* de letras, pagarés, facturas en la mayoría de las plazas comerciales de Europa; la *suscrición* á periódicos y revistas extranjeras, y la *compra y venta* de obras literarias y artísticas, al precio de origen; la expedición de *paquetes* con declaración de valores.

La segunda sección abraza el servicio general de transportes, ya terrestres, en grande y pequeña velocidad, ya marítimos, en vapores rápidos y en buques de vela, según convenga, con la circunstancia especial de que la Agencia cuenta con corresponsales en todas las fronteras, para recepción y reexpedición de las mercancías, y para entregarlas á domicilio, y mantiene tarifas especiales para la importación de vinos, aguardientes, etc.

La tercera sección es utilísima: tiene por objeto la expedición de *billetes circulares* para viajes por diversos itinerarios, de *cartas de crédito* circulares, de *billetes* de fondas y hoteles, de *informes.*

Y la cuarta sección es una oficina de información comercial, bancaria é industrial, con clasificaciones que garanticen la autenticidad del informe en España y en el extranjero, extendiendo sus operaciones á la compra y venta de valores públicos.

Hay además en el *Continental Express*, como importantes anexos, una exposición permanente del *Círculo de Bellas Artes*, de esta capital, con venta directa de las obras expuestas por los mismos artistas al público; una agencia de mensajeros públicos, cuyo servicio, que sólo cuesta 30 céntimos por cada media hora, se garantiza con 15 pesetas; un escritorio público, donde, también por 30 céntimos, se facilita completo y elegante recado de escribir, y se envía la carta á su destino.

Tales son los servicios, consignados en breve resumen, que viene á prestar á la población de Madrid, mejor dicho, á Madrid y á todas las poblaciones de España y del extranjero que con Madrid se relacionen, la agencia *Continental Express.*

La oficina pública, ó sea la sala primera del establecimiento, está dispuesta con lujo y elegancia, según se puede observar en nuestro grabado de la pág. 221 (dibujo del natural, por Manuel Alcázar), que fielmente la representa: á la derecha de la puerta de entrada hay una magnífica galería de nogal, tallada y esculpida con primor artístico, que establece la separación debida entre el público y los empleados de las respectivas secciones, y nueve amplios *guichets*, de fino cristal esmerilado (en sustitución de la vulgar rejilla), y flanqueados por rasgadas ventanas entre columnitas y repisas corintias, indican al público, por medio de la inscripción correspondiente, la clase de servicio que en cada uno se presta; á la izquierda hay tres ó cuatro mesas de escritorio, sólidas, elegantes y muy cómodas, para uso de las personas que escriban cartas, redacten apuntaciones, tomen datos, etc.

Todo Madrid conoce los mensajeros públicos del *Continental Express*, muchachos inteligentes y bien educados, vestidos con lujoso uniforme azul y rojo *(petit bleu et rouge)*, que cumplen con prontitud y esmero el servicio de recados mejor y más económico que hasta ahora ha tenido esta capital; y en las salas de la agencia están á disposición del público que las visita, como diligentes auxiliares del telégrafo, del teléfono, del correo, etc.

Es fundador, propietario y director de tan útil establecimiento D. José García Castellote, quien obtendrá seguramente un éxito lisonjero en su empresa.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LOS TEATROS.

Fin de la temporada de invierno.—Nuevas pérdidas irreparables.—Obras estrenadas en los principales coliseos de esta corte desde que escribí mi anterior artículo.—LA PRENSA DEL LAGAR, en la COMEDIA; EL CRÉDITO DEL VICIO, en el ESPAÑOL.—*Un aficionado artista.*

(Conclusión.)

En esta inocente creencia mía debe haber también alguna equivocación, si se atiende á lo que han pensado y escrito acerca del particular casi todos los diarios madrileños.

Como fuera poco razonable que yo tuviese por mal hecha una traducción que no he vacilado en ofrecer á la consideración del público, y como además estamos siempre dispuestos, por modestos que seamos, á prestar fe á cuanto redunda en alabanza de nuestras obras, me inclino á presumir que no es completamente infundado el juicio de los periódicos favorable á la versión castellana de *Le Pressoir*. La mayor parte de los que me acriminan (y más de uno con cierta fruición) por haber tomado cariño al poema escénico de Jorge Sand hasta el punto de traducirlo y darlo al teatro, aseguran, ya que «se advierte en la prosa castiza y correcta del diálogo la maestría de la pluma que ha vertido la comedia á nuestra lengua» (*La Iberia*), ya que esa comedia está «correctamente traducida» (*La Publicidad*) ó «muy bien hablada» (*El Día*), ya que la traducción es «correcta y fiel» (*La Época*), ya, en fin, que «está hecha con muchísimo esmero, con gran corrección y con una pureza admirable» (*El Eco Nacional*). En el artículo que ha publicado en *La Patria* el ardiente admirador del moderno naturalismo D. Salvador Canals, á quien agradezco mucho la cortesía con que me honra, aunque no pueda convenir con él en gran parte de lo que expone, afirma que se halla «de acuerdo con todos al decir que la versión está hecha con una escrupulosa fidelidad digna de continuo ejemplo»; lo cual corrobora, aún más expresivamente, en las columnas de *El Resumen* el aplaudido autor dramático que se oculta bajo el seudónimo de *Don Hermógenes*. Por último, *La Correspondencia* y *El Diario Español* concuerdan en el parecer (ojalá no se equivocasen como yo) de que *la traducción es perfecta*. Considerando esta unanimidad de opiniones, ¿se comprendería que me remordiese la conciencia por haber provocado el éxito desfavorable de la obra de Jorge Sand estropeándola con una versión desmañada?

No se imagine, porque tal digo, que me ciegan sugestiones vanidosas, ni que me esponjo neciamente aceptando como expresión de sentimientos de justicia elogios que pudieran ser hijos de distinta causa. Indúceme á estimarlos fruto de razonado convencimiento el contraste que forman con los reproches que varios de sus autores me dirigen en otro sentido. ¿Me equivocaré también en esto? Sea lo que fuere, no haré á ninguno de cuantos han maltratado la comedia de la inmortal escritora cuya fama es universal desde que apareció en la arena literaria, y á quien ayer mismo uno de los mejores críticos militantes de París (el célebre Julio Lemaitre) apellidaba con caloroso entusiasmo verjel de imaginación florida, espejo de amor, lira que resuena al soplo de la naturaleza y del espíritu, el agravio de sospechar que al ensañarse con esta obra lo han hecho principalmente por el placer de dar en rostro á quien la ha vertido al castellano, ni el de presumir que si me otorgan dotes de castizo y correcto como escritor es para que sus juicios ostenten aires de imparcialidad, para que tengan mayor fuerza las agrias censuras que me disparan como crítico. Lo que no soy capaz de hacer, jamás lo atribuyo á nadie, y menos faltando á la sinceridad y al respeto que debemos al público los que tratamos de ilustrarlo, teniendo ó no teniendo medios para conseguirlo.

Con lo que en manera alguna puedo estar conforme, aunque parezca halagüeño para mi amor propio de traductor y de celoso cultivador del idioma patrio, es con el siguiente juicio de *La Correspondencia Militar*. Suponiéndome *empecatado* por haber traducido *Le Pressoir*, asegurando que *sólo á mí* se me pudiera haber ocurrido *remozar en la escena* mis *recuerdos del tiempo viejo*, escribe el susodicho periódico: «Lo poco bueno que la obra tiene (¡algo había de tener!) es la versión y el diálogo, que es castizo.» El ilustrado autor de estas palabras anda poco acertado en semejante afirmación. No, en *La prensa del lagar* no es lo único bueno (dado que en realidad lo fuesen) la versión y el diálogo castizo. Lo bueno está en el original de ese poema, del que mi versión es pálido aunque exacto reflejo. Lo verdaderamente bueno, lo que no dejará de serlo porque aquí haya parecido mal á ciertas personas, consiste en el generoso pensamiento de la comedia; en la integridad del carácter de sus personajes; en el discreto análisis de los sentimientos que los impulsan; en el fiel estudio de costumbres del pueblo bosquejadas con encantadora sencillez. Nada de esto es obra mía, sino de la insigne autora francesa. Por eso no tengo inconveniente ni reparo en celebrarlo sin rebozo.

Que la comedia tiene defectos: ¿quién lo duda? ¿Hay creación humana que no los tenga? Pero con todos sus defectos, acaso nacidos del horror á lo antinatural, á lo artificioso, á lo extravagante y á lo impuro, tiene más verdad y más belleza que otras muy aplaudidas en los teatros de Madrid y no menos encomiadas en nuestros periódicos.

Casi todos los de esta corte que han hablado de *La prensa del lagar* han dicho, cual si obedeciesen á una consigna, que la comedia «es sosa y no está en armonía con nuestros gustos»; que es «un sencillo idilio campestre sin las condiciones necesarias para entretener al público de hoy»; que «su corte y factura pasaron de moda»; que su argumento «es el colmo de la inocencia y de la trivialidad.» Para justificar semejante dictamen ha escrito alguno que «ni aquí se tiene idea de lo que son las costumbres de Normandía (ignorancia de que no es responsable la autora de *Le Pressoir*), ni cuadran á tiempos como estos de puro realismo, ó para decirlo de otro modo, de verdad estética, aquellas escenas del género simple, si embelesadoras entonces, hoy soporíferas en grado extremo.»

ROMA.—LA SEMANA SANTA EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO.



1. LA PROCESIÓN DE LAS PALMAS EN EL TEMPLO.—2. CEREMONIA DE LA ABSOLUCIÓN EN LOS DÍAS JUEVES Y VIERNES SANTOS, POR EL CARDENAL PENITENCIARIO DE LA BASÍLICA.—3. EL SANTO SEPULCRO.—4. EL «MISERERE» DE VIERNES SANTO, EN LA CAPILLA DEL CORO. 5. EL ATRIO DE LA BASÍLICA DESPUÉS DEL «MISERERE».—(Apuntes del natural, por Hermenegildo Estevan.)

REAL PALACIO DE MADRID.—LA COMIDA DE LOS POBRES, EL JUEVES SANTO.



LAS MESAS CON EL SERVICIO DE LA COMIDA, EN LA SALA DE ARMAS.—EL DIRECTOR DE LAS REALES COCINAS PRESENCIANDO LA COLOCACIÓN DE LOS PLATOS EN LOS CESTOS.—TIPOS DE LOS POBRES, CON LOS TRAJES REGALADOS POR S. M. LA REINA REGENTE.—(Del natural, por Comba.)

En efecto, haber imaginado una fábula escénica donde sólo se ve gente aldeana de corazón sano, y que tiene por primordial objeto desarrollar la lucha trabada en el alma de sus principales figuras entre el amor y la amistad y entre la gratitud y el amor; haber prescindido del edificante ejemplo que ofrece la pintura de la *bestia humana* retratada, ó mejor dicho, exagerada por el sistema habitual del flamante naturalismo, falso casi siempre y calumniador de la verdadera naturaleza; creer que nobles afectos, que sentimientos delicados podían interesar y causar deleite sin apelar siquiera al conmovedor espectáculo de un mal adulterio, ha sido en Jorge Sand, y más aún en su asendereado traductor, ñoñería y sandez impropias de estos tiempos de *puro realismo* y de *verdad estética*.

Como mis cortos alcances no han llegado á percibir con claridad el íntimo concepto de algunas apreciaciones de nuestros profundos críticos, ignoro de qué modo se han de entender esas condiciones que atribuyen al tiempo presente, y no acierto á explicarme cómo deban ser el *corte y factura* de los poemas dramáticos para estar concordes con la moda.

Aunque no soy de los que piensan que la inspiración del numen poético debe atemperarse á los caprichos de esa deidad que tan fácilmente cambia de gustos y de carácter, excuso ventilar aquí el asunto, porque necesitaría extenderme en largas consideraciones para efectuarlo según es debido. Esto deja entender que tengo de la libertad del arte más alta idea, y que no me parece plausible la desmedida presunción de aquellos que intentan esclavizarlo sometiéndolo á las prescripciones de sistemas exclusivos, por figurarse que de ese modo lo identifican mejor con el progreso actual y con el espíritu de la cultura moderna.

Triste concepto habríamos de formar de la sociedad presente si fuera exacto que no pueden menos de parecerle ñoñas ó ridículas pasiones semejantes á las que Jorge Sand pone en juego en la obra de que se trata. Bien que haya quien juzgue que es cosa pueril hablar en esta época de amores sin esperanza y de amantes de Teruel (como si no encontrase fervoroso eco siempre que se representa la obra de nuestro Hartzenbusch que los ha inmortalizado), todavía existen en España muchas personas de entendimiento y corazón que sienten y piensan de distinto modo. Al poner en solfa los idealismos, y sobre todo el de los aldeanos de *La prensa del lagar*, se exagera el valor é importancia artística de un *verismo* que rara vez es verdadero. Para defender á la ilustre autora de las tachas que le ponen porque retrata la naturaleza idealizándola, no necesito apelar á recursos propios que podrían creerse interesados. Me valdré de lo que han escrito compatriotas suyos considerados hoy en Francia como alta gloria de la presente generación. «El materialismo demasiado exclusivo en el arte (dice Guyau en el libro póstumo á que antes me he referido) puede ser signo de impotencia.—La obra de arte consiste menos en la reproducción minuciosa de la mezcla de imagenes que se ofrecen á nuestros ojos, que en la *perspectiva* introducida en esas imágenes.—Si el objeto y su representación fuesen idénticos, matemáticamente conformes, el arte no existiría.—El realismo pesimista á que muchos escritores rinden ahora culto, no es ni más verdadero en sí, ni más sincero en sus apóstoles que el seudo-idealismo de ciertos románticos.» De todo lo cual deduce que el arte debe escoger su sociedad (es decir, que debe apartarse de lo trivial y grosero) por interés común de la estética y de la ética.

Ni estará demás oir sobre el punto concreto relativo á la realidad humana de los aldeanos en cuestión, lo que dice un hombre de tanta sagacidad y tan ilustrado como Faguet, en sus *Etudes Littéraires sur le Dix-Neuvième Siècle*, libro coronado últimamente por la Academia francesa. Refiriéndose á las censuras fulminadas contra los *aldeanos poetas* de Jorge Sand, estampa que ha llegado el tiempo de rechazar *ese lugar común de la crítica;* y después de analizar y estimar como verdaderas en las gentes á que se alude las cualidades que les asigna la egregia escritora, observa que había en las condiciones peculiares de los aldeanos grandes fuentes de poesía abandonadas ó perdidas desde Teócrito, y que Jorge Sand ha vuelto á encontrarlas. «¿Dónde se ve que nos haya engañado?» exclama. E inmediatamente responde: «ella no ha embellecido más que la forma; el fondo es muy verdadero.»

Mucho pudiera añadir en este sentido á lo que acabo de exponer, pero no quiero fatigar más el ánimo de los lectores. Sólo haré á los que se burlan de acendradas amistades y de inocentes amores la pregunta que se dirige á sí mismo el ilustre pensador Pablo Bourget en su estudio psicológico de los dramas de Alejandro Dumas, hijo: «Si no podemos amar como ángeles, ¿estaremos condenados á amar como bestias?» Poco lisonjera sería semejante condenación para nuestra orgullosa humanidad.

No pondré fin á estas indicaciones sin dar gracias muy expresivas á la compañía del teatro de la Comedia y á su digno director por el celo con que han interpretado la obra de Jorge Sand. Sintiendo mucho no haber podido verlos, pero conociéndolos bien, estoy seguro de que habrán hecho en ella primores, tanto la interesante y simpática María Guerrero y la discreta Carlota Lamadrid, como el maestro Mario y artistas del mérito que distingue á Sánchez de León, á Balaguer, á García Ortega y á Montenegro.

El sábado 15 del pasado marzo se estrenó en el Teatro Español un drama en tres actos y en verso, original de D. Luis Calvo y Revilla, titulado *El crédito del vicio*. El autor de esa producción pertenece á una familia en la que es hereditario el amor del arte, y ha dado antes de ahora muestras repetidas de su aptitud para el cultivo de la poesía dramática. Hermano del inolvidable Rafael Calvo y del distinguido actor que ha desplegado tanta actividad y se ha crecido tanto en la dirección de aquel coliseo, consagróse desde muy niño al estudio de la literatura, encariñándose como su hermano Rafael con las joyas de nuestro antiguo teatro nacional. Siguiendo las huellas de Moreto y de Calderón é imitando el corte de las comedias de capa y espada, dió á conocer sus felices disposiciones haciendo representar en el referido coliseo el 23 de abril de 1872 una obra titulada *Amar á ciegas*, exenta de resabios gongóricos, y que por su índole pudiera atribuirse á cualquiera de nuestros célebres dramaturgos del siglo XVII. Interpretaron esa producción actrices como Elisa Boldún y Elisa Mendoza Tenorio (que han abandonado el teatro cuando estaban en la plenitud de sus facultades y de su gloria), y actores de la importancia de Rafael Calvo, de Emilio Mario, de Maza, de Pizarroso y de Alisedo. Una comedia tan bien imaginada, tan linda, de carácter tan español, y además ejecutada por tales intérpretes, no podía menos de proporcionar al joven poeta envidiable triunfo.

Años después (en 1882) dió al mismo teatro una *leyenda dramática* rotulada *El lazo eterno* (que se representó por primera vez la noche el 23 de noviembre), compuesta con no escaso arte, versificada con gran soltura, cuyo trágico final despierta en el alma viva emoción, y que tuvo también éxito muy ventajoso, perfectamente ensayada y dirigida por Rafael Calvo encargado del papel más importante y difícil.

Separándose de la imitación de nuestros ingenios de los siglos de oro y del carácter poético esencialmente romántico á que rinde homenaje en su leyenda dramática, el autor de *El crédito del vicio* ha colocado en nuestros días la acción de su nuevo poema escénico, volviendo los ojos al drama francés de costumbres contemporáneas que ahora predomina en casi todo el mundo, y no mostrándose indiferente á la influencia del teatro de Echegaray. En esa última producción de D. Luis Calvo hay, en efecto, algo que trae insensiblemente á la memoria el pensamiento generador de *El gran galeoto*. Como este aplaudido poema, el estrenado ha poco en el Teatro Español peca á veces de exagerado en su idea fundamental y en los móviles que determinan la manera de proceder de algunos de sus personajes. Tal es el defecto capital de una obra cuyo mecánico artificio arguye no escasa habilidad en quien lo ha trazado, y que ofrece á la consideración del espectador rasgos y situaciones dramáticas de buena ley.

De sentir es que persona del claro talento y de los bien encaminados estudios literarios de D. Luis Calvo haya preferido en ocasiones á la sincera expresión de la verdad humana, el procedimiento á que apelan hoy los que blasonan de intérpretes genuinos de la realidad, siendo así que muy raras veces dejan de viciarla ó desfigurarla buscando efectos deslumbradores en lo excepcional y extravagante, cuando no en lo falso. Sin embargo, el pensamiento en que estriba el desarrollo de la fábula es digno de estimación, sobre todo considerado desde el punto de vista de la moral.

Propónese el autor poner en relieve el amor de un hijo que consagra las fuerzas de su espíritu á reivindicar la honra de su madre y á conseguir que ocupe en el hogar paterno el puesto que le corresponde, del cual la habían arrojado hacía largos años celos injustos del esposo é inicuas sugestiones de la maledicencia. Tal idea es sin duda alguna interesante y bella; pero el dato que sirve de fundamento á esa acción dramática no se justifica bien en el carácter del marido de la víctima, ni en el extraordinario poder que se atribuye al vulgo de los maldicientes. Fuera de este lunar, que toca á la esencia de la obra y que empaña en cierto modo el brillo de su noble pensamiento, apenas hay en ella cosa que no merezca alabanza. La estructura del poema; la combinación de sus principales situaciones; la vigorosa energía de las escenas culminantes, entre las cuales merecen especial encomio la final del acto segundo y el diálogo en que Gonzalo procura recabar de su obcecado padre las razones que tuvo para imponer á la infeliz consorte tan atroz martirio; la gallardía de la versificación y lo castizo del lenguaje, son prendas que honran grandemente á D. Luis Calvo.

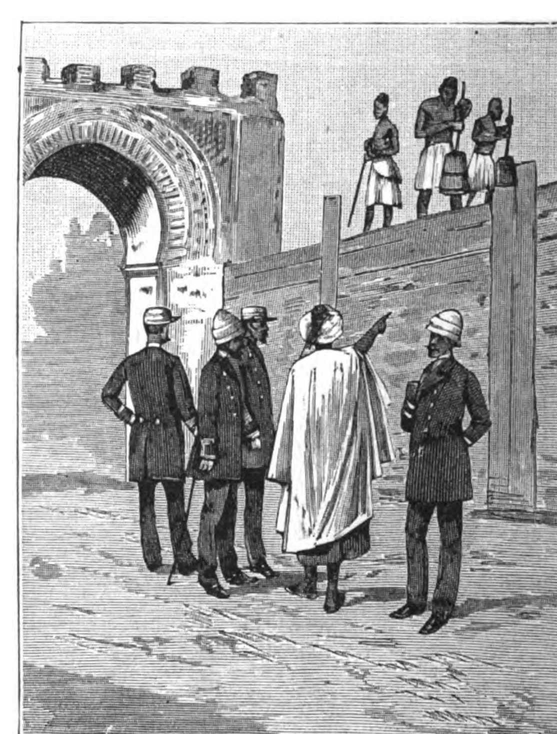
Bien quisiera reproducir aquí algunos rasgos de sentimiento de los muchos que hay en el drama. No pudiendo efectuarlo, por la demasiada extensión del presente artículo, me limitaré á citar como ejemplo el siguiente de la escena tercera del último acto. Separado de su esposa D. Pedro, porque calumniosamente le hicieron creer que lo deshonraba, sigue aferrado á sus dudas; y cuando Gonzalo, ansioso de justificar á la que le dió el ser, asegura que tiene una prueba de su inocencia, ambos discurren de esta suerte:

D. PEDRO. ¡Una prueba!
GONZALO. Y grande; que ella
Me asegura lo contrario.
D. PEDRO. ¡Y esa es la prueba!
GONZALO. Evidente.
D. PEDRO. Para un mancebo aturdido.
GONZALO. Usted la falta ha creído
Por lo que dice la gente;
Pues no le sorprenda, padre,
En esta ruda pelea,
Que yo lo contrario crea
Porque lo dice mi madre!

El drama, interpretado con mucho acierto, y muy en particular por el fraternal cariño de Ricardo Calvo, ha obtenido grandes aplausos, siendo llamados á las tablas repetidas veces el autor y los actores.

En la función celebrada en el teatro de la Comedia á beneficio de Emilio Mario, cada día más agasajado y más querido del público madrileño, ha tomado parte un caballero aficionado que, á juicio de la prensa y de las personas inteligentes que lo han visto representar, es un consumado artista. Mucho siento no haber podido asistir al triunfo conseguido por D. Luis García Ortega en el *Don Pedro* de *El Café* de Moratín; mas ya que no me ha sido posible aplaudirlo en el teatro, quiero tener la satisfacción de felicitar aquí cordialmente á persona tan distinguida.

MANUEL CAÑETE.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

A pesar de este vapor impalpable, que es de un tono irisado en los bajos fondos y de un rosa dorado en las cúspides, se distinguen las lontananzas, como si estas se hubieran todas aproximado, ó como si la vista hubiera adquirido esta tarde una penetración inusitada.

Allá abajo se destacan Karauin y Muley-Driss, las dos grandes mezquitas santas, cuyos solos nombres me producían, antes de mi llegada, el estremecimiento de las cosas en alto grado misteriosas. Domínanlas sus minaretes, sus techumbres cubiertas de azulejos de colores como las de la Alhambra: así contempladas en plena luz, en la tranquilidad de esta hermosa tarde, no parecen tener ya nada de inquietantes; pierden su carácter de temibles santuarios, lo mismo que toda esta extensa ciudad, en medio de su cinturón de frescos jardines, tan tranquila bajo la

suavidad de esta pura luz de oro rosada, cesa de dar la impresión de su realidad ruda y sombría y de cuanto encierra de misteriosamente inmutable: cuesta trabajo figurarse que aquello es en verdad el corazón amurallado del Islam; la Meca solitaria del Moghreb, sin caminos por donde comunicar con el resto del mundo.

Más allá todavía, más distante que los jardines y los bastiones, el gigantesco circo de las montañas se baña también en luz; pueden contarse los más pequeños vallecillos, los menores repliegues; se ve todo cuanto pasa, como con un anteojo de larga vista. Varias caravanas, infinitamente pequeñas en la lejanía, caminan hacia el Sudán ó hacia Europa. Del lado del Este, ó sea del lado donde caen en pleno los últimos rayos del sol, hay una región de cementerios y de ruinas; las primeras ondulaciones del terreno, vecinas á la ciudad, están cubiertas de trozos derruidos de murallas, de *Kubas* de santones, de pequeñas cúpulas funerarias, de innumerables tumbas; y como hoy es viernes (el domingo musulmán), día de piadosas visitas á los difuntos, los cementerios están llenos de gente, viéndose circular entre las piedras sepulcrales á los visitantes, cubiertos de jaiques grises, que parecen otras piedras que andan. Encima, las alturas son de un rosa ardiente, con pliegues de sombra absolutamente azules. Y más alto todavía y más lejos, el Gran Atlas, coronado por sus brillantes nieves, también rosa, pero de un rosa más transparente, más pálido, se dibuja como una silueta de cristal sobre el amarillo claro que empieza á invadir y á reemplazar el azul del cielo.

Del lado del poniente, una gran montaña muy próxima se yergue á guisa de biombo contra el sol, proyectando su sombra sobre una gran parte de la ciudad. Está estriada oblicuamente de alto abajo, é imita, con su aguda cresta, una enorme ola marina que súbitamente hubiese quedado petrificada.

Nubes de pájaros negros vuelan describiendo rápidos círculos sobre las azoteas, y grandes cigüeñas pasan también, en un aletear tranquilo, por el oro verde del cielo.

***

Es Viernes Santo: un día en el cual, en nuestro país de Francia, la primavera, todavía inestable, suele velarse de nubes grises. Pero esta ciudad de Fez no lleva, no reconoce siquiera este luto de los cristianos, y se baña voluptuosamente en el ambiente tibio y tranquilo, bajo un cielo iluminado de fiesta.

Además, en los países de Islam, el viernes es para el pueblo, como en los nuestros lo es el domingo, un día de reposo y de lucir galas. Así es que las mujeres desembocan á cada instante, más numerosas y más adornadas que de costumbre, por las portezuelas de unas especies de garitas en que rematan las escaleras que conducen á las azoteas, esmaltando con los colores brillantes de sus vestiduras, el gris decrépito de aquéllas.

Más bien que grises, puede decirse que las azoteas son incoloras, de un tinte neutro y muerto, indiferente, que cambia con el tiempo y el cielo. Blancas en su principio; reblanqueadas luego con cal hasta perder la primitiva forma bajo las capas de cal amontonadas unas sobre otras; recocidas al sol, calcinadas por los fuertes calores, agrietadas por las lluvias, han tomado un color negruzco indefinible. Son tristes estos paseos aéreos de mis bellas vecinas.

Discurren éstas en grupos por las azoteas, ó bien se sientan sobre los pretiles, con las piernas colgando del lado del patio ó de la calle. Otras se tienden perezosamente en el suelo, con los brazos cruzados por debajo de la nuca. Visitan á sus vecinas pasándose de una azotea á otra, con ayuda de escaleras de mano, ó de tablas con las que improvisan puentes. Las negras, esculturalmente formadas, ostentan en las orejas grandes anillas de plata; sus trajes son blancos ó rosa; llevan en la cabeza pañuelos de seda de colores, y sus voces risueñas suenan, como castañuelas, en regocijos grotescos de mono. Las moras blancas, sus dueñas, llevan túnicas de seda brochadas de oro, atenuadas bajo tules bordados; sus mangas, largas y anchas, dejan libres sus hermosos brazos desnudos, cargados de brazaletes; altas fajas, entretejidas de hilos de oro, sostienen las opulencias de sus pechos, y todas llevan en la cabeza unos adornos formados de una doble hilera de zequines de oro, de perlas ó de pedrería, que les cuelga sobre la frente. A guisa de sombrero llevan el *antus*, ó especie de mitra de que antes he hablado, en torno de la cual van arrolladas unas gasas de oro, cuyos cabos flotan por la espalda, mezclados á la masa de los cabellos, que llevan sueltos. Andan con la cabeza echada hacia atrás, los labios abiertos, enseñando la blanca dentadura, con un balanceo de caderas algo exagerado, y una lentitud voluptuosa. Sus ojos, ya de suyo muy grandes y muy negros, están aún más alargados por medios artificiales de tocador; muchas llevan el rostro pintado, no de carmín suave, sino de bermellón rabioso, como en persecución de una inverosimilitud salvaje, y algunas llevan en la frente y en los brazos dibujos azules, por el estilo de los que se hacen sobre la piel algunas tribus caribes.

Todo este lujo, que se vela uniformemente de blancogris cuando se trata de pasearse como misteriosas fantasmas en el dédalo de las callejuelas fangosas, se luce con orgullosa complacencia en la plena luz de las azoteas. Fez, que aparece tan triste y tan ennegrecido á quien lo recorre por sus vías públicas, despliega toda su vida femenina elegante por las tardes, en las alturas de sus casas. Señoras ó esclavas, sin distinción de castas, pasean, conversan y ríen juntas, á veces mutuamente enlazadas por la cintura, con una apariencia de completa igualdad.

Por lo demás, ningún velo oculta los rostros de las mujeres, tan cuidadosamente tapados cuando transitan por las calles ó por los caminos: por eso los hombres no deben nunca, en rigor, subir á las azoteas. Yo cometo ahora mismo una inconveniencia permaneciendo sentado en la mía; pero al fin soy extranjero, y puedo fingir que ignoro mi falta.....

Poco á poco el resplandor dorado va ensombreciéndose, apagándose: la especie de limpidez rosada que brillaba sobre la Ciudad Santa, se remonta hacia las capas más elevadas del aire: una penumbra violácea empieza á extenderse en las lontananzas y en los valles. Pronto va á sonar la hora de la quinta y última plegaria del día, la hora sagrada, la hora del Moghreb..... Y todas las cabezas de mujer se vuelven hacia la venerable mezquita de Muley-Driss, como en la expectativa de alguna señal piadosa.

Hay, para mí, una magia y un hechizo inexpresables, sólo en las consonancias de esta palabra: «Moghreb»..... Moghreb significa, á la vez, «el oeste, el poniente, y la hora en que se extingue el sol». También designa «el Imperio de Marruecos, que es el más occidental de todos los países del Islam; que es el punto de la tierra donde ha venido á morir, ensombreciéndose, la grande impulsión religiosa comunicada á los árabes por Mahoma». Sobre todo, expresa esta última plegaria que, de un extremo á otro del mundo musulmán, se eleva á la presente hora de la tarde; plegaria que parte de la Meca y repercute, en una devota prosternación general, á través de todo el Africa, á medida que el sol declina, para no detenerse sino enfrente del Océano, en esas extremas dunas saharianas, donde concluye el Africa misma.

***

A lo lejos, Fez está ya sumergido en la sombra de sus grandes montañas; la parte de la ciudad más próxima á mi observatorio se anega en el vapor violáceo que se ha elevado poco á poco, como una marea que sube. Unicamente las nieves que coronan las cimas del Atlas conservan todavía por unos momentos su resplandor rosado.

En este momento, precursor de la sombra total, una bandera blanca es izada en el minarete de Muley-Driss. Como una súbita respuesta, otras banderas blancas aparecen en los minaretes de las demás mezquitas.

—¡*Allah-Akbar*!..... ¡Dios es grande! Un inmenso clamor de fe ciega resuena por todo el ámbito de la ciudad.

—¡*Allah-Akbar*!..... ¡De rodillas, todos los creyentes! ¡De rodillas en las mezquitas, en las calles, en los umbrales de las puertas; de rodillas en los campos; es la hora santa del Moghreb!.....

—¡*Allah-Akbar*!..... Desde lo alto de los minaretes, los muezzines, ahuecando sus manos junto á la boca, á guisa de bocina, lanzan el largo gemido religioso á los cuatro puntos cardinales, con voces plañideras de falsete, como lobos que aullan.

....

Todo entra en la paz; el sol se ha puesto. Un vapor violeta, más obscuro, acentúa el vacío entre las azoteas, las cuales parecen separarse las unas de las otras; alejarse de mí, con sus grupos de mujeres, ahora inmóviles..... Un profundo silencio envuelve la ciudad después del fervoroso rumor de la plegaria.

***

El cielo se tachona de estrellas: ya no se distingue nada. Sola en la obscuridad, sobre una azotea que domina la mía, se dibuja la vaga silueta de una mujer, contemplando no sé qué, allá abajo, en el vacío.....

XXV.

Sábado, 20 de Abril.

Ha habido esta noche pasada alboroto en el campo que el Sultán está preparando bajo los muros de la ciudad, para su próxima expedición. Desde media noche hasta la una de la mañana, se han cruzado muchos tiros de espingarda, resultando una veintena de heridos y cuatro muertos, que hemos visto conducir en unas parihuelas. El origen de la batalla ha sido una mula, cuya propiedad se disputaban dos distintos escuadrones.

Continúan el tiempo espléndido y la orgía de luz. El cielo es de un azul de añil puro, y el calor va en aumento. A los hedores peculiares á la ciudad, se mezclan perfumes suaves, exhalaciones de flores de azahar venidas de los jardines.

Voy habituándome á mi casa, que ya no me parece siniestra. En la parte de ella que habito, he hecho fregar todos los mosaicos de azulejos y blanquear de nuevo todas las paredes. He descubierto más rincones con nuevas puertecillas que conducen á pasadizos, á nichos y á escondrijos, que serían excelentes para hacer desaparecer á cualquiera, en términos que no volviera á saberse más de él. Encuentro ahora muy natural que mi puerta de calle sea baja y exigua y que tenga herrajes del año 1.000, y ya no me asombro de ver mi callejuela tan estrecha y tan negra. Yo me acostumbro á mi barrio, y mis vecinos se van á su vez acostumbrando á mí, pues ni me miran siquiera al pasar. Menudeo mis ascensiones á la azotea, por más que esto sea incorrecto y molesto para las hermosas damas de la vecindad, y elijo de preferencia, para subir á ella, la hora santa del Moghreb, cuando las banderas blancas se izan sobre las mezquitas, y los muezzines aparecen en lo alto de los minaretes para cantar la plegaria en el instante en que las grandes montañas se ensombrecen en sus tintes violáceos y rosa de la tarde.

Sé ya quién es el vecino cuya casa se mete, por decirlo así, dentro de la mía: es un rico personaje, un *amin*, que viene á ser algo así como pagador general del ejército del Sultán. El machacar sordo y continuo que oigo en su casa todas las mañanas y todas las noches, y que en tanta curiosidad me tenía, es que trituran azúcar y canela para hacer bombones para sus niños, que son muy numerosos. Por las noches, á través de los tabiques, oigo las voces de las mujeres y de los chicos del *amin*, y me sirven de compañía en mi soledad.

Voy acostumbrándome á llevar mis largas vestiduras árabes, y á la manera elegante de manejar mis velos y plegar mis albornoces. Y con frecuencia me encamino á los alrededores de la mezquita de Karauin, cruzando el laberinto del bazar, que, en los días de sol, adquiere un aspecto muy diferente del que tenía la primera vez que lo vi.

***

Esta tarde, en compañía de mi amigo el capitán H. de V..., ambos vestidos de árabes, hemos penetrado en el mercado de los esclavos. No había nadie en la triste plazuela. Preguntamos si se harían operaciones, y se nos contestó «que no sabían, pero que de todos modos había que vender la negra que estaba en aquel rincón.»

En efecto, acurrucada al borde de uno de los nichos excavados en el espesor de los viejos muros, con la cabeza baja, envuelta en un velo gris, había una negra, en actitud de consternación extrema. Al aproximarnos á ella, hubo de creer que íbamos á comprarla, y pareció amilanarse más todavía. La hicimos que se levantara para verla bien, según es uso y costumbre hacer con la *mercancía* humana: era una muchacha de diez y seis á diez y ocho años, cuyos ojos, llenos de lágrimas, expresaban una desesperación resignada, pero sin límites. Retorcía su velo con las dos manos, y permanecía con la cabeza inclinada hacia el suelo..... ¡Oh, cuanta lástima nos dió de la pobre criatura, que se dejaba examinar dócilmente, aguardando que se decidiera su destino! Al lado de la negrita, y sentada en el mismo nicho, había una dama de cierta edad, con el velo cuidadosamente echado sobre el rostro, y que parecía pertenecer á una clase distinguida, á pesar de la sencillez de su traje: era la dueña de la esclava, y la que la había conducido al mercado para venderla. Preguntamos el precio, y nos dijo que pedía cien duros. En esto la dama empezó á llorar, y con acento que revelaba tanta tristeza como la que dominaba á la negra, nos explicó que había comprado á ésta muy pequeñita; que la había criado y educado, pero que ahora, habiendo enviudado y quedado con pocos recursos, se veía en la precisión de deshacerse de ella, por no poderla mantener.

Y ambas mujeres continuaron aguardando á los compradores, en la misma actitud tímida y humillada, tan desesperada la una como la otra. Hubiérase dicho una madre que tenía que vender á su hija.....

***

Ya he dicho que en Fez nadie sale por las noches, á menos de tener una necesidad absoluta de ello. Desde las ocho, una obscuridad profunda reina en las estrechísimas calles, cuyas paredes terminan en cono, con lo que se corre grave peligro de caerse en cloacas, en pozos y en sótanos olvidados, que aquí y acullá son como otras tantas trampas tendidas al transeunte nocturno.

No obstante, esta noche debemos ir á palacio todos los de la embajada, y se ha dado orden de abrir á nuestro paso las puertas que ponen en comunicación los distintos barrios de la ciudad.

Salimos en comitiva de la casa que da albergue al Ministro y á su séquito, á las ocho y media, caballeros en mulas asustadizas. Los inevitables soldados rojos, con bayoneta calada, nos escoltan y alumbran con grandes linternas.

Principiamos por atravesar en larga fila, unos detrás de otros, el barrio de los jardines, marchando tortuosamente en la obscuridad por entre las cercas de escasa altura, por cima de las cuales sobresalen las ramas de los naranjos, saturadas de suaves aromas. Luego, pasamos por el bazar cubierto, compuesto de callejones en ziszás, donde de vez en cuando brilla la mezquina luz de un farol, alumbrando á algún mercader soñoliento. Después, una gran calle negra, entre largos paredones ruinosos. Por el suelo hay árabes y perros durmiendo, expuestos á hacerse aplastar. Y luego, en fin, traspasamos las puertas de los primeros recintos amurallados del palacio, custodiadas por centinelas, sable en mano. A la luz de las linternas, pasamos por los inmensos patios que nos son ya conocidos, llenos ahora de soldados armados, que hacen guardia. Se siente que penetramos en un lugar que no tiene nada de hospitalario.....

Llegamos, por último, á la gran plaza de los Embajadores, cuyo aspecto ya he descrito cuando me ocupé de nuestra recepción por el Sultán. La obscuridad es en ella más transparente, porque es mayor el espacio, más profunda la perspectiva. Las ranas y las cigarras nos obsequian con un discordante concierto á voces solas. Allá abajo, en el fondo, lucen algunas linternas, hacia las cuales dirigimos nuestro rumbo, y que iluminan un grupo de graves personajes vestidos de blanco, que nos esperan: son los visires y los *kaids* de palacio.

Trátase de experimentar en su presencia ciertos regalos especiales que hemos traído, destinados á las mujeres del serrallo imperial: ramitos de flores eléctricas, estrellas y medias lunas eléctricas para que se las coloquen en los cabellos esas bellas invisibles. Se nos advierte sigilosamente que el Sultán en persona anda por allí, á merced de la obscuridad que nos rodea, para ver sin ser visto; que tal vez se hará presente, si la cosa logra interesarle, lo que nos coloca en una gran expectativa. Pero no; el Califa de los creyentes no juzga que el espectáculo vale la pena de ofrecerse de nuevo á nuestras miradas.

La preparación de las pilitas eléctricas resulta larga y laboriosa: diríase que se prestan de mala gana á la operación. Y todos aquellos juguetes científicos del siglo XIX, se encienden con trabajo, y brillan como luciérnagas, en la gran obscuridad secular que reina en torno.....

(Continuará.)



«DE LA SIERRA DEL GUADARRAMA.»
DIBUJO ORIGINAL DE MANUEL ALCÁZAR.

nitrógeno. Constantemente debe partirse de los compuestos binarios sencillos, del primer hidrocarburo saturado, base de las admirables síntesis realizadas por Berthelot. El carbono y el hidrógeno, combinados mediante la energía eléctrica, constituyen en realidad los primordiales orígenes de los colores de la hulla: todo el mecanismo químico se reduce luego á fijar oxígeno y nitrógeno, produciendo los álcalis artificiales de que es tipo la anilina, y luego, obteniendo derivados de muchas especies, se llega en larga serie de metamorfosis á bases como la rosanilina, el ácido rosólico, las fenilaminas y los ácidos nitrados de la naftalina, de los que son derivados inmediatos los colores tipo que de la hulla se aislan. Tal fué el camino seguido por los químicos en su afán de sintetizar las combinaciones más complicadas, y de la eficacia del procedimiento atestiguan la indigotina y la alizarina. Del acetileno partió Berthelot, y obtuvo la benzina, ésta y el formeno dieron su homólogo el tolueno; la metilanilina y el cloruro de benzoilo con el bromo producen la naftalina; la síntesis del fénol realízase con el cloruro de benzina, y la potasa y el fénol, calentados con clorhidrato de amoníaco, producen el clorhidrato de anilina, que de tal suerte, desde un hidrocarburo como el formeno ó el acetileno, es posible realizar la maravillosa síntesis de aquello que sirve de base á los colores artificiales. Púsolos la Naturaleza en el carbón, y la energía del calor, al desdoblarlo, produciendo en toda su hermosura y grandeza la inmensa serie de combinaciones posibles entre el agua, el ácido carbónico y el amoníaco, pone de manifiesto las maravillas de un trabajo magnífico, realizado en enorme lapso de tiempo por las fuerzas que sin cesar trabajan creando y transformando. Y la misma energía del calor ayuda al químico en su arte no menos maravilloso, poniendo al carbón y al hidrógeno en condiciones de combinarse: la mejor obra se ha realizado entonces, porque, formado un hidrocarburo, inaugúrase el creador trabajo de la síntesis, á cuya obra tanto ha contribuído el poderoso genio de Berthelot.

Ahora que los métodos y los resultados están conocidos, parece fácil cosa fabricar alizarina ó azul de índigo, y llegar á los últimos homólogos de la rosanilina, sin acordarse de lo largo del camino, primero hasta obtener el hidrocarburo fundamental, y luego poder transformarlo, cambiando en cada caso y á cada momento los modos de actuar y metamorfosear los cuerpos que la Química posee y emplea con tan maravillosos y magníficos resultados.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

ISIDORO MÁIQUEZ.

Para algunos aficionados al arte dramático, hablar de Máiquez y de Rita Luna es como hablar de asuntos del Imperio chino ó del Gran Turco, llamado éste así porque era un turco muy grande, según he leído en un cronicón.

Máiquez había nacido para actor dramático.

Su figura severa, su fisonomía expresiva, sus inclinaciones, la difícil facilidad de identificarse con los personajes que representaba; todo en él concurría para formar uno de esos artistas que dejan nombre imperecedero.

Isidoro Máiquez era, no un actor amanerado y rutinario, sino un genio artístico.

Durante el tiempo que permaneció en París, emigrado por causas políticas, Máiquez completó, por decirlo así, su educación artística.

En España no tenía modelos á quienes imitar.

En París vió al famoso Talma.

Era el tipo que Máiquez había soñado; al que mejor se adaptaban sus gustos y condiciones.

El actor español tomó del actor francés algunos gestos, algunas actitudes, su escuela en el decir, y, en una palabra, su arte de declamación.

Pero como el insigne artista español conocía las diferencias que existían entre las aficiones del público parisiense y las del público español, no se limitó á copiar servilmente al celebérrimo actor francés, que á esto nunca se limita el genio.

Corrigió, transportó, por decirlo así, á la escena española aquel arte que tanto admiraba á los franceses.

No era, respecto á su educación, Isidoro Máiquez un hombre vulgar, falto de instrucción y de modales, como tantos hay por desgracia en nuestros días.

El estudio de cuanto concernía al arte dramático era una de sus principales debilidades, si tal puede llamarse á tan nobles aspiraciones.

En su vida íntima era con sus iguales cortés, con los superiores arrogante, con los humildes benévolo.

En Rita Luna halló una compañera digna de él, y juntos levantaron el crédito de la escena española, no muy próspera «por aquel entonces».

La tragedia fué el género favorito de Máiquez y donde rayó á inmensa altura.

—Es tal mi temperamento—decía á Rubio, uno de los artistas de su compañía—que cuando calzo el coturno me olvido de quien soy, y me parece que los espectadores vienen vestidos de máscara, porque me creo en los tiempos de la tragedia que represento. Haciendo de rey, me haría dar tratamiento de majestad por los dependientes del teatro.

Un maestro zapatero, muy entusiasta por el arte y por Máiquez, el cual le había encargado que le hiciera unas botas, le decía enternecido por el orgullo de verse zapatero de Cámara:

—Yo también soy artista.

—¡Hola!

—Sí, señor; pero en sociedad.

—¡Ya! ¿somos compañeros?

—Estoy ensayando ahora *El Delincuente honrado*; yo.....

Máiquez le atajó, diciendo con mal humor:

— Sí, será usted el delincuente.

—Pues.....

—Yo he resuelto también hacer zapatos de afición.

—Eso, señor Máiquez—replicó el zapatero—es algo más difícil.

El eminente actor tuvo que luchar consigo mismo para no sacudir un puntapié al *delincuente* de obra prima.

En otra ocasión, tomó un criado á su servicio el eminente trágico, tan entusiasta por la declamación, que pasaba los ratos que le dejaba libres el servicio diciendo monólogos, y aun diálogos, con algún mueble de la casa, ambos convenientemente disfrazados.

Un día llegó sin hacer ruido Máiquez, después de haber llamado inútilmente al mozo y de buscarle por toda la casa.

Estaba éste encerrado en una habitación y enfrente de una percha para colgar capas.

El embozado en una sábana, con un bastón colgado de la cintura y un gorro griego con pluma arrancada en vivo de un plumero para la limpieza.

Ella (la percha) también estaba embozada en otra sábana.

«Interpretaban» una escena del *Rey valiente y justiciero*, cuando abrió la puerta y apareció «en escena» Isidoro Máiquez.

—¿Qué es esto?—preguntó disgustado.

Y el mozo, cayendo de rodillas á los pies de su amo, respondió:

El ricohombre de Alcalá,
A los pies del rey Don Pedro.

Máiquez no pudo reprimir la risa, y desde entonces dedicaba algunos ratos á examinar al chico y á instruirle.

Fué después un actor de la compañía del eminente artista.

Un actor, pero mediano.

Nunca pasó de representar papeles de una *carilla*, cuando más, por lo que se consideraba postergado.

Hallándose enfermo en Granada, donde murió, decía Máiquez al médico que le asistía:

— Doctor, voy á estrenar la última tragedia, y, por mi desgracia, es la primera vez que no sé el papel.

EDUARDO DE PALACIO.

DESALIENTO.

Al cabo de seis años de agonía
Todo me cansa ya, todo me hastía:
Hasta el llanto que un tiempo me alivió.
Lleno estoy de estupor y de pereza,
Como el que al alba su jornada empieza
Y el sueño en larga noche no probó.

En mi ánimo confuso y turbulento,
Siempre, de pensamiento en pensamiento,
Tu dulce imagen vaga sin cesar,
Como en noche callada, triste y sola,
Melancólica vaga, de ola en ola,
La imagen de la luna sobre el mar.

Yo sé que Dios con su hálito podría
En el fondo lëal del alma mía
Borrar tu imagen y extinguir mi amor.
Mas ¡ay! para mi espíritu abatido,
A las lóbregas sombras del olvido
Prefiero el triste rayo del dolor;

Que si es terrible el ronco mar violento,
Cuando agitadas á merced del viento
Las verdes olas reventando van,
Más me horroriza el agua que, estancada,
Por el árido cierzo congelada,
Resiste inalterable al huracán.

Sé que la saciedad la pena embota;
Sé que, abusando, hasta el dolor se agota;
Sé que nada es eterno: ¡ni el amor!
Por eso, conteniendo el triste lloro,
Conservo mi ansiedad como un tesoro
Y como un beneficio mi dolor.

La vida sobre mí terrible pesa;
Y, entretanto, en el fondo de la huesa,
Sordo tu cuerpo á mi gemido está;
Mas nada hay fijo en la inconstante suerte:
Si hoy nos separa sin piedad la muerte,
La muerte al fin á unirnos volverá.

FEDERICO BALART.

SONETOS.

I.

EL BECERRO DE ORO.

¡Fe! ¡Caridad! ¡Amor!..... Palabras vanas,
Nombres sin ser, vocablos sin sentido.....
Extrañas inflexiones del sonido
Que producen *las máquinas humanas.*
Y tú, santa Virtud, tú, que dimanas
Del mismo Dios que al hombre ha redimido,
¿Qué eres en nuestro siglo corrompido
Sino un estorbo, pues que el mal no allanas?
Sólo hay un dios potente y verdadero,
El mezquino interés, el vil dinero;
Y presa de delirio furibundo,
Sin conciencia, sin freno y sin decoro,
Como en los tiempos de Moisés, el mundo
Vuelve á postrarse ante el becerro de oro.

II.

Á UNO DE TANTOS.

Enjuga ya las lágrimas que un día
Te arrancó sin piedad el desencanto,
Cuando viste palpable la falsía
De la mujer á quien amabas tanto.
¡No más, no más lamentes tu quebranto,
Cual débil hembra en tu lugar haría;
Que si es virtud en la mujer el llanto,
Vergüenza es en el hombre y cobardía!
Ni exhales tanta queja lastimera
Cuando recuerdes las felices horas
Que te robó tan falsa compañera.
Mas si á pesar de mis consejos lloras,
¡Ocúltale tus lágrimas siquiera!.....
¡Que no sepa lo mucho que la adoras!

III.

EL BOSQUE.

En dulce calma y en verdor fecundo,
Obscuro el bosque y solitario crece,
Y dulce alivio su quietud ofrece
Del alma triste al padecer profundo.
Cuando del aura el soplo vagabundo
Ni agita el aire ni las hojas mece,
¡Es tan grande el silencio, que parece
Reinar allí desde que el mundo es mundo!
¡Y aquella paz tranquila y sosegada,
Aquel verde crepúsculo adormido,
Aquel recinto que el misterio llena,
Son como el mudo reino de la nada
Donde en eterno sueño sumergido
Olvida el corazón su eterna pena!

ATAULFO FRIERA.

LO QUE DURA.

(TRADUCCIÓN DE SULLY PRUDHOMME.)

Un presente ya triste y agotado
Podemos sólo contemplar tú y yo;
¡Qué pocas cosas restan del pasado!
¡Y si alguien queda aún, cuánto cambió!
Una mirada alegre y aniñada
No me es posible, sin envidia, ver;
Ya retratan la muerte en su mirada
Todos los que me vieron al nacer.
La dulce juventud corrió ligera,
Sin dejar un acento de ilusión;
Y aun existe una cosa duradera,
Aun te quiere mi viejo corazón.
Mi corazón ardiente, que se ensancha
Al recordar su antigua placidez;
Mi fe de niño, el corazón sin mancha
Que me entregó mi madre en la niñez.
¡Un corazón en donde nada queda,
De donde nada ya debe salir!.....
¡Yo te quiero con todo lo que pueda
En mi sér á la muerte resistir!
Y si venzo á la muerte, que ya espero;
Si la felicidad del hombre es tal
Que hay algo que no muere, ¡yo te quiero
Con todo lo que tenga de inmortal!

RICARDO CATARINEU.

Á UN AMIGO.

¿Suspiras porque ayer á Julia bella
Un ángel ser le plugo,
Y hoy, sin motivo, tornadiza estrella,
Es para tí un verdugo?

¿Te quejas de que Rosa á tus ardores
Prestara amante fuego,
Y afectase, entre locos amadores,
No conocerte luego?

¡Ay!..... En tu pecho incrustarán cien balas
Si no las entendieres:
Las mujeres no son buenas ni malas,
No son más que mujeres.

JUAN TOMÁS SALVANY.

LIBROS PRESENTADOS
Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Real Academia de Ciencias Morales *y Políticas: Discurso* leído en sesión pública de 26 de Enero de 1890 por el excelentímo Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde, con motivo del aniversario de la fundación del Cuerpo. Más que modesto *discurso*, este magnífico trabajo del docto académico señor Fernández Villaverde es obra de profundo estudio, de vastísima erudición y de bella forma literaria: desenvuélvese magistralmente en sus páginas el tema *Origen, vicisitudes y estado actual de la cuestión monetaria*, y el autor examina sucesivamente los asuntos y cuestiones que con ese tema se relacionan, tales como la prórroga tácita de la Unión latina, el *statu quo* monetario, el Congreso monetario de 1889, la información inglesa sobre la depresión, la Real Comisión británica del oro y la plata, la agitación bimetalista de Inglaterra, la contracción monetaria, la penuria del oro, la crisis económica, y otros muchos asuntos que sería prolijo enumerar en esta noticia bibliográfica, pero que deben ser objeto de consulta, por lo atinadamente que están expuestos y dilucidados, para las personas amantes de los estudios económicos. Sirven de ilustrado completo al trabajo del Sr. Fernández Villaverde, avalorándole en alto grado, quince *Estados* y *Resúmenes* de notable importancia. Un volumen de 133 páginas en 4.º mayor. Madrid, 1890.

El Bígamo (Demi-crimes), por Henry de Pène; versión castellana por C. de Torre-Muñoz. Esta novela es una de las mejores que ha producido la literatura contemporánea, y sin duda la mejor de las tres que escribió su malogrado autor: con un argumento sencillísimo, verdaderamente *realista*, porque es fiel retrato de costumbres, sin crímenes repugnantes, sin groseras inmoralidades, *El Bígamo* cautiva desde la primera página al lector, quien no puede menos de exclamar con satisfacción, después de leerle: *¡Buena novela!* Los tipos del banquero Delalonde, del agente de negocios Smallbones, de la frívola Luisa, de la angelical María, de la inocente Sara, del noble D'Altaroche, y otros, están dibujados de mano maestra, con *amore* y finísima delicadeza. Añádanse á esto diálogos naturales, de verdadero atractivo, y descripciones brillantes y poéticas. *El Bígamo* enriquece el catálogo de la Casa editorial *Ocaña y Compañía*, y forma un elegante volumen de cerca de 300 páginas en 8.º mayor, que se vende, á 3 pesetas, en las buenas librerías, y en la Administración, Madrid (Caballero de Gracia, 19 y 21).—*Habana*, Viuda de Villa.—*Veracruz*, Rafael Rodríguez Jiménez.—*México*, J. Buxó y Compañía.—*Manila*, Ramírez y Compañía.—*Montevideo*, A. Barreiro y Ramos.



EXCMO. SR. D. LUIS DABÁN Y RAMIREZ DE ARELLANO,
TENIENTE GENERAL, SENADOR DEL REINO.

Ropavejeros, anticuarios y coleccionistas, por *Un soldado viejo* natural de Borja. Este *soldado viejo* «fué muchos años en paz y en guerra capitán de blanquillos» (según cuenta en el capítulo XI de su libro), y sin duda por eso no tiene pelo de tonto, y en cambio toma el *ídem* á los anticuarios y coleccionistas de pega, que abundan tanto como la ignorancia y la vanidad; y se lo toma con incomparable gracejo, desenfado, erudición y «amor al arte». Recomendamos este librito al público ilustrado, en general, y á los *ropavejeros, anticuarios y coleccionistas*, en particular. Véndese, á 2,50 pesetas, en las librerías de Madrid y provincias, y los pedidos se dirigirán al editor, *D. R. Milagro* (Barquillo, 16, tercero derecha).

Gran oráculo del siglo XIX, por don Ricardo González Jelpi, oficial tercero de la Marina mercante. Librito que puede servir para agradable y honesto entretenimiento en tertulias familiares. Contiene 400 preguntas y las numerosas respuestas consiguientes. A cada ejemplar acompaña un juego de dados. Precio: 1,50 pesetas. Diríjanse los pedidos á D. Federico Domenech, editor, Valencia (Mar, 48, y Paseo de la Alameda).

La última peseta, novela original de don Francisco Carbonell, redactor que ha sido de *El Correo, La Tribuna* y otros periódicos. Forma un tomo de 228 páginas de amena é interesante lectura, donde se narran las peripecias de un joven que viene á la corte, en donde consume su juventud en luchas estériles. Pertenece á la 3.ª serie de la *Biblioteca Andaluza*, y se vende, á 1,50 pesetas, en las principales librerías.

Diccionario Valenciano-Castellano, de D. José Escrig y Martínez. Tercera edición, corregida y aumentada con un considerable caudal de voces, frases, locuciones, modismos, adagios y refranes de que las anteriores carecían, y precedida además de un nuevo prólogo, la biografía de su autor y un *Ensayo de Ortografía Lemosino-Valenciana*, por una sociedad de literatos bajo la dirección de D. Constantino Llombart, fundador de *Lo Rat Penat*, y de la *Academia Lemosino-Valenciana*. Obra dedicada á la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia. Hemos recibido el cuaderno 15.º Precio de cada cuaderno, una



«TREN EN MARCHA.»
DIBUJO DE D. ARTURO CARRETERO, PRESENTADO EN LA EXPOSICIÓN DE BLANCO Y NEGRO. (NÚM. 27 DEL CATÁLOGO.)



MADRID.—SALÓN PÚBLICO DE LA NUEVA AGENCIA UNIVERSAL, DENOMINADA «CONTINENTAL EXPRESS».

(Dibujo del natural, por Manuel Alcázar.)

peseta. Diríjanse los pedidos al editor, D. Pascual Aguilar, Valencia (Caballeros, 1).

Estudio y crítica de los procedimientos de investigación de las impurezas del alcohol, tesis para el grado de doctor en Farmacia, presentada y sostenida en la Universidad Central por D. Ricardo de la Puerta y Escolar. Estudio completísimo del asunto y de gran importancia para médicos, farmacéuticos, agricultores, comerciantes, etc. Ilústranle muy gráficos grabados. Folleto de 54 páginas en 4.º, que se vende, á 2 pesetas, en Madrid, librería de Moya (Carretas, 8) y en la portería de la Facultad de Farmacia.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por E. Littré, miembro del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas; versión española por los doctores D. J. Aguilar Lara y D. M. Carreras Sanchís, precedida de un prólogo del Dr. D. Amalio Jimeno Cabañas, catedrático de Terapéutica. (Con unos 600 grabados intercalados en el texto.) Hemos recibido el cuaderno 29.º, que termina en la palabra *Horcia.* Cada cuaderno consta de 40 páginas en 4.º mayor, á dos columnas, y su precio es una peseta en toda España. Suscríbese en Valencia, librería de D. Pascual Aguilar (Caballeros, 1), y en Madrid, en casa de D. M. Carreras Sanchís (Cervantes, 22, bajo).

Cultivo y beneficio del tabaco en España y en Ultramar, por D. Melitón Atienza y Sirvent. Se ha puesto á la venta este interesante folleto, que comprende la historia, cultivo y manufactura del tabaco, cigarro puro, cigarrillo, picadura, tabaco en polvo, rapé, andulio, breva, palito, fabricación del cigarro puro, del rapé y de la picadura en hebra, al cuadrado ó á la española, cigarrillos de papel, usos, aplicaciones é inconvenientes del abuso del tabaco y demás relativo á este asunto. La obra está ilustrada con 18 grabados, y se vende, á 2,50 pesetas, en la librería de los Sres. Hijos de Cueta, Madrid (Carretas, 9). A provincias se remite por el correo, enviando al editor una libranza de 3 pesetas.

V.

ADVERTENCIAS.

El considerable número de originales literarios adquiridos por esta Dirección, y el escaso espacio que dejan disponibles las secciones fijas que tiene establecidas LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, la obligan á suplicar nuevamente á las muchas personas que anuncian el envío de nuevos escritos se abstengan de hacerlo, á fin de evitarse inútiles molestias, y á la Dirección la contrariedad de tener que archivarlos por un tiempo indeterminado.

No se devuelven originales, ni se responde de los que, á pesar de la presente *Advertencia*, se remitan á la Redacción.

Los frecuentes abusos qne vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscriciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas*; 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscriciones á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA y á LA MODA ELEGANTE, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

El depósito de las tapas, especialmente fabricadas por D. G. Siquier, de Barcelona, para encuadernar tomos de año ó semestre de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, continúa establecido, por cuenta del mismo, en la Administración de este periódico, *calle de Alcalá*, 23, Madrid.

Precio de cada juego de tapas para tomo de año ó de semestre, pesetas 7,50.

Los Señores Suscritores de provincias que deseen adquirirlas para encuadernar sus tomos, se servirán hacerlas recoger en esta Administración por persona de su confianza, atendido á que no pueden remitirse por el correo.

BELLAS ARTES.



«PASATIEMPO.»

CUADRO DE R. EPP.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XIV.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Abril de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

BELLAS ARTES.



«DE LA CORTE DE CARLOS IV.»

DIBUJO ORIGINAL DE J. LLOVERA.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

La visita del Marqués de Cerralbo á sus correligionarios los carlistas de Valencia ha dado ocasión á un grave tumulto popular en aquella población. El hotel de Roma, en donde se hospedaba el viajero; el Círculo tradicionalista, ó sea el de los correligionarios del Marqués; el colegio de jesuitas, y los fielatos, fueron apedreados por las turbas, que produjeron en ellos graves desperfectos. La actitud del Gobernador interino, llevado en hombros por los amotinados, mientras caían á pedradas los vidrios del hotel, ha sido censurada duramente en el Congreso por el Sr. D. Francisco Silvela, que acusó al Gobierno de simpatizar con los motines.

A nuestro juicio, ni la autoridad es del todo inocente en el recibimiento que se hizo en Valencia al representante de D. Carlos, ni culpable de las consecuencias y carácter que tomó luego el motín. Desde que se supo en Valencia que los carlistas trataban de festejar á su jefe, surgió la idea en los liberales de protestar contra los aplausos con una silba, y no creemos que el acto fuese antipático á los ministeriales, sino que estas asonadas empiezan con silbidos y es difícil que no concluyan á balazos. Sea de ello lo que fuere, puesto que no se ha de averiguar oficialmente, confesamos que si no nos agradan las excursiones políticas para enardecer las pasiones, nos repugnan aún más los silbidos, las pedradas y los incendios. Aquello puede ser imprudente, pero es legal; esto otro es ilegal y salvaje. Y la prueba de lo insensato de la acción es que, ó se indemniza al dueño de la fonda de los destrozos que sufrió su propiedad, en cuyo caso pagará el Estado los daños, ó el inocente dueño del hotel es el que pagará los vidrios rotos, á menos que este industrial ponga esa partida en la cuenta del Marqués, el cual la rechazaría justamente, por no ser él quien hizo el gasto de vidrieras.

Si es cierto que los socios del Círculo tradicionalista hicieron fuego sobre los que asaltaban su propiedad, su resistencia pudo ser imprudente, pudo ser temeraria; pero al obrar en defensa de su persona y derechos, el Código penal los eximía de responsabilidad, por ser la agresión ilegítima, porque la fuerza sólo puede rechazarse con la fuerza, y porque el recibir y agasajar al jefe de un partido no es provocación suficiente para que se atropelle, apedree é incendie la casa del que ejecuta un acto lícito. Esto es lo que establece nuestra legislación, y á ella debemos atenernos. ¿Y qué diremos del asalto del colegio de jesuitas? Si los actos de fuerza de muchos contra unos pocos son siempre repulsivos, si aquéllos son alborotadores de la calle, y éstos inofensivos é ilustrados sacerdotes y maestros, y el vocerío injurioso, las amenazas y el atropello interrumpen los estudios y las meditaciones, viola la propiedad y la libertad de la conciencia, el espectáculo resulta doblemente criminal y lastimoso. El incendio de los libros y casillas de los fielatos dió al motín un carácter utilitario y mezquino, que hace presumir fué aprovechado por los defraudadores de los derechos de consumos.

En resumen, todo resulta censurable en aquel hecho. Pecaron de imprudentes los que aconsejaron al Marqués de Cerralbo presentarse con el aparato de personaje popular en una ciudad que le era hostil en su inmensa mayoría; pecaron los liberales de buena intención, que creyeron poder encauzar su protesta dentro de límites legales; fué imprevisora la autoridad gubernativa, que no tomó las precauciones necesarias para impedir los desmanes y delitos, y fueron criminales las turbas desbordadas al apedrear, incendiar y causar tantos destrozos.

Ahora bien: ¿son apasionados ó justos los cargos que se hacen al Gobierno por el motín de Valencia? ¿Qué es mejor, reprimir con dureza esos desbordamientos, ó contemporizar algo con las pasiones excitadas para evitar muertes y desarmar las iras populares? Como principio rigoroso, lo primero es lo legal: allí donde el derecho se atropella, está la fuerza pública para restablecerle; pero como sistema, nos parece preferible dejar cierta latitud á los encargados de vencer los conflictos, ya que nunca estos choques violentos se pueden humanamente resolver sin que padezcan los derechos sociales ó la humanidad. Tienen algo los pueblos amotinados de la irresponsabilidad del que ha perdido el juicio, y esos casos, por fortuna excepcionales, exigen en las autoridades una prudencia y un tino que sólo se pueden apreciar en el lugar y en el momento del peligro. Y, francamente, no creemos que se pueda desde Madrid establecer de un modo positivo el acierto ó error de la conducta de la autoridad de Valencia, una vez desbordado el populacho, fundándose en versiones incompletas: lo que se debate siempre en realidad en estos casos no es lo acaecido, sino la redacción de los documentos oficiales: una cuestión literaria.

Los periódicos afirman que la casa-colegio de los jesuitas estaba bajo el protectorado de Inglaterra, y el hotel de Roma bajo el pabellón de Italia: no sabemos que eso pueda efectuarse. Pero lo ocurrido justifica la razón que tienen los que rodean su casa de precauciones.

***

Por fin terminaron los debates del Senado concediéndose la autorización solicitada por el Gobierno para el arresto del general Dabán. Nadie se alegra, por lo que atañe á la persona, de la imposición de ese castigo; pero la generalidad de las personas á quienes hemos consultado están conformes, no siendo políticos interesados, en la necesidad del precedente que el Senado ha establecido. Es decir, que el Ministro de la Guerra puede arrestar disciplinariamente á un general, pero que para hacer efectivo el arresto tenga que pedir autorización á la Cámara, si es representante del país. Podrá haber vaguedad, omisión ó duda en la legislación militar vigente respecto de la forma precisa de aquella facultad discrecional; pero ésta encarna de tal modo en la naturaleza del ejército y en la índole de su disciplina, que se impone al buen sentido en virtud de su necesidad, y exige que si hay dudas cesen y se aclaren.

Los debates del Senado han tenido importancia, más que por el hecho en sí, por los principios que se discutían en el fondo. El principal era el respeto que deben todas las jerarquías del Estado á los Poderes. El accesorio, aunque también interesante, el alcance de la autoridad de los ministros de la Guerra respecto de los oficiales generales. En cuanto á la inmunidad parlamentaria, ha ocurrido el caso raro de que, mientras se suponía violada al pedir al Senado que decidiese la cuestión del arresto, los mismos que lo sostenían negaban á un senador la facultad de censurar á Carlos IV, que gozan en España todos los que escriben historia.

Por último, como hecho curioso, merece referirse la protesta de los señores senadores que prometieron poner gasa de luto en sus sombreros por el arresto del bizarro general. Una vez consignado el derecho, nos parecería político el levantamiento de aquella corrección.

***

Gran semana ha sido esta para los estudiantes de Madrid, que han recibido fraternal y alegremente á la numerosa estudiantina portuguesa que los ha visitado para establecer vínculos de afecto entre la juventud escolar de ambos países. Los vivas á Portugal y España han resonado constantemente en los banquetes, paseos, funciones teatrales, serenatas, *meetings* y conciertos, con que las Facultades y escuelas de Madrid han obsequiado á sus hermanos de Lisboa, Coimbra y Oporto. El día de la entrada en esta corte de los estudiantes portugueses el entusiasmo escolar, transmitido al vecindario, produjo una explosión de afecto hacia los simpáticos huéspedes, que reflejaban en sus rostros juveniles las aspiraciones generosas del porvenir.

La historia de España y Portugal es una misma en su origen: ambas naciones fueron una sola; sufrieron las mismas invasiones, y tienen comunidad de glorias y desdichas. Los grandes escritores portugueses manejaban, como los nuestros, el verso y la prosa castellanos. Sus navegantes y los navegantes españoles exploraron los mares y las costas que hoy dominan las naciones más tardías, á quienes enseñamos los caminos de la civilización y la fortuna. Si hemos reñido y peleado algunas veces, también pelearon entre sí muchas más León y Galicia, Castilla y León, Aragón y Castilla, y todos los trozos de España, unos con otros. Algo superior á las divisiones políticas que hacen y deshacen los hombres, la situación geográfica, obra eterna de Dios, nos impone la fraternidad y la alianza. Con las aguas de nuestros montes se fecundan las riberas portuguesas del Duero y del Tajo; los apellidos portugueses, con leves alteraciones ortográficas, son los nuestros mismos; tienen los lusitanos los mismos defectos y cualidades que nosotros. En más de dos siglos que vivimos separados, apenas ha habido motivos mutuos de agravios ni de quejas: en la guerra de la Independencia los soldados españoles y portugueses formaron ejércitos hermanos; y si en el siglo XVI Felipe II fué rey de Portugal, lo hizo por el derecho vigente entonces, por herencia; y eso hizo que parte de la historia de Portugal exista en nuestros archivos, y en los de la nación vecina parte también de nuestras crónicas, confundiéndose las unas con las otras. Y si España en aquellos tiempos se aprovechó de un derecho que creía legítimo, respetó después lealmente las capitulaciones que devolvieron su independencia á Portugal, como hoy respeta el derecho moderno de los pueblos. Todo lo que podía desunirnos cayó vencido por el tiempo; en cambio, la obra de la civilización hace que sus líneas telegráficas sean las nuestras y nuestros caminos de hierro el paso natural de los portugueses para comunicarse con los demás países europeos. Lo que nos dividía pasó; lo que nos une está empezando. Portugal por un lado sólo tiene el mar; es decir, escuadras inglesas, por el otro, brazos españoles que les brindan amistad.

Bien venida sea la juventud de las escuelas portuguesas, representación de la cultura que ha de esparcir la luz intelectual en la generación que nace ahora. Un generoso impulso, una clarividencia de lo que está por venir, os ha traído entre nosotros: tened fe y esperanza, y contad á vuestro regreso que en España sólo hallasteis simpatías hacia Portugal y respeto á sus derechos. Destruid preocupaciones viejas; sed el medio que trasmita el afecto de un pueblo á otro, y tened en cuenta que las naciones pueden ser unas y diversas, en virtud de los mutuos intereses y de los mismos sentimientos. Y vosotros, estudiantes españoles, al abrazar á vuestros hermanos de Portugal, habéis realizado un acto histórico, que puede ser en la vida nacional lo que el ingerto en la vida de las plantas. Estamos en época de evoluciones y transformaciones generosas: cumplid noblemente vuestro destino.

***

Los trabajos preparatorios para devolver á la fiesta de San Isidro su antigua fama, continúan activamente: el alcalde de Madrid, D. Andrés Mellado, que concibió la idea en beneficio de la población, persigue con energía la realización del pensamiento. La comisión de periodistas no descansa, y celebra sus reuniones en el Círculo de Bellas Artes. Como los festejos han de ser variados, y no todos los proyectos pueden realizarse en el corto plazo de que se dispone, no creemos conveniente dar idea del programa, pues no es aún definitivo. Pero sólo la iluminación eléctrica de las calles más hermosas del Retiro, en las noches de Mayo, ha de dar á las fiestas un carácter original. En la cabalgata á la italiana, que se organiza, vestirán trajes caprichosos artistas, escritores y personas muy conocidas. Todo hace presumir que la abundancia de forasteros ha de ser este año triple ó cuádruple que en los años anteriores, con provecho de todos los comerciantes é industriales. Y siendo el propósito de la autoridad municipal que estos festejos del patrón de Madrid tengan, de año en año, mayores alicientes y solemnidad, los regocijos que se preparan son el principio de la rehabilitación espléndida de la decaída romería de San Isidro el Labrador.

***

Un segundo Jurado, en conformidad con el anterior, ha declarado en Madrid exento de responsabilidad á un individuo acusado de haber muerto á su esposa. El hecho causó gran escándalo entre los togados, y la sentencia fué recibida con aplausos por el público. No hemos leído las preguntas que el Tribunal hizo al Jurado, y por consiguiente no sabemos cómo pudo lograrse la absolución; pero si materialmente no nos lo explicamos, moralmente sí. El Código castiga el parricidio con cadena perpetua ó muerte, y la conciencia establece en ciertos casos atenuaciones que pugnan con las cláusulas inflexibles de la ley. El togado no vacila, y condena, cumpliendo con su oficio, y obligado á razonar legalmente su sentencia; el Jurado duda, repugna el exceso del castigo, y como no necesita razonar ni puede suavizar el exceso del rigor, absuelve. Lo que citamos no es anómalo: constituye la verdadera diversidad entre el tribunal de hecho y el de derecho.

Un crimen célebre ha preocupado últimamente á los ingleses, por el hecho en sí, y más aún por el problema jurídico que envolvía la sentencia. Dos jóvenes habían asesinado á su padre; los criminales tenían respectivamente diez y nueve y diez y seis años; y como allí no existen las atenuantes de edad, el Jurado los condenó á ser ahorcados, pero elevó al Ministro una representación exponiendo, para que se conmutase la sentencia, la corta edad de los sentenciados. El Ministro creyó interpretar lógicamente los deseos del Jurado absolviendo al menor de los culpables, y mandando que se cumpliese la sentencia en el mayor, por no ser la edad en éste circunstancia extraordinaria, y serlo en el menor. La opinión se dividió, como era natural, aunque lo odioso y bárbaro del crimen no excitase ninguna simpatía en favor de los precoces criminales.

***

—Las casas asaltadas en Valencia ¿dice usted que estaban protegidas por pabellones extranjeros?

—No lo digo yo; lo dicen los periódicos; pero por lo visto, ni eso sirvió para librarlas.

—¿Qué harán en adelante para defender sus propiedades?

—Hacer casas blindadas y vestir trajes de amianto.

—¡Muchacho! Ponte encima de esos periódicos para que no se los lleve el aire.

—¿Y si llaman á la puerta?

—Que abra la criada: como todo lo haces mal, he encontrado el medio de utilizarte: me servirás de pisapapeles.

—Buenos cigarros fuma usted.

—Son de Vuelta Abajo.

—Le saldrán caros.

—Los que antes fumaba me costaban más.

—¿No eran de cinco céntimos?

—Es verdad; pero para encender cada cigarro gastaba una libra de bujías.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

De la corte de Carlos IV, dibujo original de J. Llovera.—*La Emperatriz de Rusia*, estatua modelada por M. Gautherin.—*A Bajamar*, dibujo original de T. Campuzano.—*Caza furtiva*, dibujo original de J. Sampietro.

En nuestro primer grabado publicamos un precioso dibujo original del estudioso artista D. José Llovera, y titulado *De la corte de Carlos IV*: una hermosa dama, tipo genuinamente madrileño, de rostro oval con deliciosos contornos, lánguidos ojos, boca sonriente, rizados bucles en las sienes y alto rodete en la cabeza, que reclama peina de concha y airosa mantilla blanca, y que viste ligera basquiña de rasgado escote y altísimo talle, falda ceñida y fino pañuelo de seda enredado al descuido en los desnudos brazos.

Nadie como el Sr. Llovera ha estudiado, en nuestros días, las costumbres y los tipos españoles de la época de Goya, y ese dibujo es digno de figurar al lado de otros del mismo autor que enriquecen las páginas de este periódico, entre los cuales recordamos *Aguardando la procesión*, *De vuelta del sarao*, *Una partida empeñada* y *Goya y su tiempo*.

Una de las esculturas más notables del *Salón* parisiense de 1889 era la estatua de la actual Emperatriz de Rusia, modelada por el distinguido artista M. Gautherin, la cual reproducimos (grabada por Carlos Baude, sobre fotografía directa) en la página 232.

La Soberana, sentada en el trono, aparece revestida del traje nacional ruso; su fisonomía revela serena dignidad, y su actitud majestuosa nobleza; es una obra escultórica perfectamente ejecutada, retrato del natural hecho en Copenhague en 1887.

S. M. I. María Feodorowna, hija del rey Cristián IX de Dinamarca y de la reina Luisa Guillermina, princesa de Hesse-Cassel, nació en Copenhague el 26 de Noviembre de 1847, y contrajo matrimonio en San Petersburgo con el *Cesarewitch* Alejandro Alejandrowitch, hoy Alejandro III, emperador de Rusia, el 9 de Noviembre (28 de Octubre) de 1866.

La emperatriz María Feodorowna no sólo es afectuosa esposa y madre inteligente y cariñosísima, sino que tiene entre el pueblo el prestigio de su elevada posición, y ha ganado las simpatías de todas las clases sociales por su bondad y su beneficencia.

La marina que publicamos en el grabado de la pág. 233 es reproducción de un dibujo original de Tomás Campuzano.

Representa una playa pedregosa y triste, por cuyas grietas y sinuosidades algunas pobres mujeres buscan mariscos; á lo lejos se distinguen las casas de una aldea, medio ocultas entre los árboles; el cielo es opaco, surcado por gruesas nubes.

Nuestros lectores no olvidarán que el Sr. Campuzano es autor de las preciosas marinas *En bahía* y *El Tajo*, que fueron premiadas por los Jurados de las Exposiciones Nacionales de 1881 y 1884.

Un dibujo de la Exposición de Blanco y Negro del Círculo de Bellas Artes reproducimos en el grabado de la pág. 236: titúlase *Caza furtiva* (núm. 105 del *Catálogo*), y es original de J. Sampietro.

Dos jóvenes escolares, que *hacen novillos* en el Retiro, arrojan los libros al suelo y pasan el tiempo de clase entretenidos en cazar pájaros con un tirador de goma.

Los tipos están bien presentados, por su expresión y su actitud, y el paisaje es concienzudo estudio de luz y sombra, de blanco y negro.

***

DE PARÍS Á MANTES (FRANCIA):

Emilio Zola viajando en el *ténder* de un tren.

Hace pocas semanas se ha publicado la novela de Emilio Zola titulada *La Bête humaine*, uno de los últimos volúmenes de la serie famosa de los Rougon-Macquard; y es interesante presentar en esta ocasión un retrato *documentado*, por decirlo así, del jefe de la escuela naturalista, por lo mismo que éste «es el más *documentario* de los novelistas franceses contemporáneos», y para que pueda servir más tarde á la historia anecdótica de la literatura.

Ya hemos referido en otra ocasión la manera de trabajar que caracteriza singularmente á Emilio Zola, para cumplir indefectiblemente su célebre divisa *Nulla dies sine linea:* antes de comenzar el primer capítulo de una obra, reune cuidadosamente las notas, los apuntes, las observaciones, los documentos que con verdadera constancia ha coleccionado, de los cuales procura extraer la fórmula de la verdad *realista* de la vida, que constituye el dogma principal de su doctrina literaria.

En *La Bête humaine* se trata de los caminos de hierro, de los numerosos empleados, así altos funcionarios como humildes obreros, que ganan la vida en las oficinas, en las estaciones, en las líneas, en los trenes de los caminos de hierro: para describir las sensaciones, los hábitos, las rudas fatigas y también la delicada misión del conductor de locomotora, quiso hacer un viaje á su lado y estudiarle de cerca en el pleno ejercicio de sus funciones, solicitando al efecto el correspondiente permiso del director de la Compañía del Oeste de Francia, M. Marín, quien se apresuró á acceder á los deseos del ilustre novelista, y éste, pocos días después, se instaló en la locomotora del tren *express* que parte de París, estación de Saint-Lazare, á las ocho de la mañana, para el puerto de Mantes, acompañándole M. Clérault, ingeniero en jefe de la tracción y del material.

El viaje se efectuó sin notables peripecias, y Zola pudo estudiar á su gusto el servicio de una locomotora en marcha, y experimentar las impresiones que debe de sentir un mecánico en sus primeros viajes, «el cual (ha dicho luego el mismo Zola), por la fuerza de la costumbre, por la observación incesante de la fuga aparente del terreno, llega á darse cuenta de la velocidad que imprime á su máquina, y se la da con tanta exactitud, con precisión tan absoluta, que esa misma delicadeza de mirada le dispensaría, en caso necesario, de consultar los instrumentos que le sirven de auxiliares para tal objeto.»

El grabado que damos en la pág. 228 representa á Emilio Zola en el puente metálico que une al ténder con la locomotora; detrás de él está el ingeniero M. Clérault; el fogonero se inclina hacia el depósito de carbón; el conductor mecánico, poniendo la mano izquierda sobre el volante de la máquina, se dispone á aumentar la velocidad de la *Lison*, que tal es el nombre humano, nombre de mujer, con que Emilio Zola ha bautizado á la locomotora de su *Bête humaine*.

Y á los que se extrañen de ver en nuestro grabado el retrato de Zola rejuvenecido, comparándole con anteriores retratos del mismo novelista (véase LA ILUSTRACIÓN de 1885, tomo II, página 31), sepan lo que refiere el periódico parisiense *Salon de la Mode* en su número del 22 de Marzo último:

« Un periodista italiano, llegado recientemente á París para celebrar un *interwiew* con el eminente novelista, á propósito de *La Bête humaine*, cumplimentó, al despedirse, á M. Zola por su buena salud y buen aspecto, diciéndole:

»—Os hallo rejuvenecido: en lugar del Zola grueso y algo pesado que yo conocía, veo un Zola esbelto y ágil como un joven.

»—Debo eso—contestó sonriendo el novelista—á una feliz casualidad. Encontré una noche en el teatro al pintor Raffaelli, y causándome gran trabajo pasar por entre las butacas, le dije: «¡Qué desgracia ser gordo!», y él me contestó: «Pues en vos consiste no serlo.» En un entreacto le busqué, y llamándole aparte, le pedí su secreto: «No bebáis nunca (me respondió): he ahí todo el secreto.....» Al día siguiente, en el almuerzo, acordéme de la receta, y dije á mi mujer: «¿Lo intentaré?», y ella contestóme que estaba loco, que perdería mi salud, que nunca lo permitiría..... Pero no obstante, lo intenté: puse la copa boca abajo, y no volví á beber agua ni vino; á los ocho días disminuyó mi peso en diez libras, y á los tres meses en cuarenta y cinco. ¡He ahí el secreto!»

***

EXCMO. SR. D. ENRIQUE DE AGUILERA Y GAMBOA,

marqués de Cerralbo.

En la *Crónica general* habrán leído nuestros suscritores el resumen de los tumultos de Valencia, y atinadas consideraciones del Sr. Fernández Bremón acerca de aquellos deplorables sucesos; aquí sólo nos corresponde presentarles, en la pág. 229, el retrato del Sr. Marqués de Cerralbo, y escribir á continuación breves apuntes biográficos de este personaje.

D. Enrique de Aguilera y Gamboa nació en Madrid el 8 de Julio de 1845, y sucedió á su padre, en 1875, en los títulos de Marqués de Cerralbo (con grandeza de España), de Almarza y de Campo Fuerte, Conde de Alcudia (con grandeza), de Foncalada y de Villalobos, y otros, como los de Flores Dávila, Alba de Seltes y Oliva de Gaitán, que ha cedido á sus hermanos; en las elecciones generales de 1871 fué elegido diputado á Cortes por Ledesma (Salamanca), y en la actualidad es senador por derecho propio (el único del partido carlista en la alta Cámara), y ha prestado el juramento que la ley prescribe para ejercer constitucionalmente el cargo; es hombre de clara inteligencia y mucha instrucción, escritor y poeta apreciable, y fué muy celebrado el discurso que pronunció hace algún tiempo con ocasión del centenario de la unidad católica en España.

La casa de Cerralbo, una de las más antiguas de Castilla, tuvo su origen en el célebre D. Diego López de Pacheco, tronco de las de Villena y Escalona.

***

LA CATÁSTROFE DE LOUISVILLE.

Vista general de las ruinas producidas por un ciclón.

Aunque los primeros telegramas recibidos de Nueva York acerca del violento ciclón que se desató sobre Louisville, Metrópolis, Jeffersonville y otras poblaciones de los Estados de Kentucky, Illinois, Indiana y Tennessee (Estados Unidos de Norte América), en la noche del 27 de Marzo próximo pasado, exageraron el número de las víctimas y la importancia de las ruinas ocasionadas, todavía resulta (según el periódico *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* del 5 del corriente) que aquel deplorable acontecimiedto fué una calamidad de las más espantosas.

El ciclón, que comenzó hacia el Sudoeste de Nebraska, llegó á Louisville poco después de las ocho de la noche, y sólo duró tres minutos, y en tan breve espacio de tiempo dejó hondas huellas de muerte, ruinas y desolación; pasó diagonalmente á través de las calles 18.ª, 10.ª, Broadway y Principal (una sección de más una milla cuadrada), y destruyó los edificios y arrasó almacenes, comercios, paseos y jardines; el establecimiento denominado *Falls City Hall*, comprendido en el centro del tornado, se desplomó instantáneamente, y sus ruinas produjeron numerosas desgracias personales: celebrábase allí una clase de baile, á la cual asistían 75 niñas, con sus madres y otras personas, quedando todas sepultadas bajo los escombros, de donde pocas fueron extraídas con vida y ninguna ilesa.

Calcúlase que perecieron en diversas partes de la ciudad de 250 á 300 personas (porque el número exacto se ignora); resultaron heridas y contusas, más ó menos gravemente, otras muchas; los edificios destruídos fueron 250; las pérdidas en la propiedad se calculaban en tres millones de *dollars*.

Nuestro segundo grabado de la pág. 229 (reproducción de un croquis del natural que publica el mencionado periódico), es una vista general de las ruinas producidas en la ciudad por el violentísimo ciclón.

Grandes fueron los estragos que ocasionó el terrible meteoro en Metrópolis (Illinois), donde se desplomaron más de 300 edificios, entre ellos una iglesia y dos escuelas, y ocurrieron muchas desgracias personales, y en Jeffersonville (Indiana), donde se arruinaron 150 casas.

***

LOS ESTUDIANTES PORTUGUESES EN MADRID.

El jueves 10 del actual, á las nueve y media de la mañana, llegó á esta capital, en el tren-correo del Norte, un numeroso grupo de estudiantes de las Universidades de Lisboa y Coimbra, con objeto de saludar á los estudiantes madrileños, en representación de los estudiantes españoles, estrechar lazos de amistad y poner las bases de una federación escolar ibérica.

Esperábanlos en la estación del Norte los estudiantes madrileños, con el distintivo de su respectiva Facultad, y los recibieron en el andén con entusiastas vivas á Portugal, que fueron contestados por los lusitanos con vivas á España, organizándose en seguida una manifestación imponente, en la que figuraban estandartes y banderas de Portugal, de España, de la Facultad de Medicina de Lisboa y de la Escuela de Música, á que pertenecía la estudiantina portuguesa, y dirigiéndose hacia la Universidad Central por el Paseo de San Vicente, plaza de San Marcial y calle de los Reyes.

La escalera de la Universidad, las aulas, los claustros, fueron invadidos por los estudiantes, que dieron estruendosos vivas, y en seguida, pasando todos bajo las banderas española y portuguesa, empezó el desfile hacia las calles de San Bernardo, Preciados y Puerta del Sol, quedando hospedados los portugueses en un hotel de la calle del Arenal, ante el cual los saludaron con nuevos y entusiastas vivas los estudiantes madrileños.

Algunos de los portugueses vestían manteo y sombrero de medio queso, parecidos á los del antiguo traje escolar de los estudiantes salmantinos y complutenses; y sin duda presentan este ejemplo los actuales escolares de la Universidad de Salamanca para solicitar del Sr. Ministro de Fomento que les permita el uso de dicho anticuado traje.

No hemos de reseñar los diversos festejos con que han sido obsequiados en esta corte los estudiantes lusitanos, porque esa reseña corresponde á los periódicos diarios, que cumplidamente la han hecho: funciones dramáticas en varios teatros; paseos en carruaje por el Retiro y la Castellana; visitas al Instituto Agrícola de Alfonso XII, al Colegio de San Carlos, á las Escuelas de Farmacia y Politécnica, al Museo Nacional de Pinturas, al Ateneo Hispano-Portugués, al Ateneo Antropológico, á la iglesia de San Francisco el Grande, al Manicomio del doctor Ezquerdo, á todos los sitios notables de Madrid; serenatas y banquetes; reunión general de escolares en el teatro Martín para formular las bases de una federación ibérica escolar, etc.

Indudablemente los honores de esos festejos pertenecen á la visita á la Escuela de Agricultura, y al concierto instrumental que los estudiantes portugueses dieron en el teatro del Príncipe Alfonso, en honor de los escolares españoles.

En la mañana del sábado 12, una comisión de alumnos de la Escuela de Ingenieros agrónomos acudió al hotel de Oriente con el fin de acompañar á los portugueses, y el entusiasmo que produjo la entrada de la estudiantina portuguesa en la Escuela de Agricultura de la Moncloa fué indescriptible, porque alumnos y peritos no se cansaban de dar vivas á Portugal y á los escolares lusitanos.

Admiraron nuestros jóvenes huéspedes los museos de máquinas, semillas, estación meteorológica y agronómica y la granja central, y los Sres. Souza y Chavarri, presidentes respectivamente de las comisiones escolares de Portugal y España, manifestaron en breves palabras «la conveniencia de que las estudiantinas de estas dos naciones estrechen sus lazos de afecto y amistad, para que de este modo la ciencia, en sus diversas manifestaciones, pueda engrandecerse, haciendo prosperar á dos pueblos hermanos, Portugal y España.»

En la noche del mismo sábado se verificó el concierto, ante numerosa y distinguida concurrencia: para los efectos musicales venían los escolares portugueses divididos en tres secciones, tituladas: *A Tuna*, *A Bohemia* y *O Grupo*, y estas secciones tocaban, separadas unas veces y otras unidas, guitarras, bandurrias, mandolinas, violines y flautas; el programa se componía, en su mayor parte, de obras portuguesas, y la interpretación fué muy buena, siendo aplaudidos todos los números, y algunos merecieron los honores de la repetición, como la *Marcha turca*, de Mozart, que ejecutó sola, con guitarras y mandolinas, la sección *O Grupo;* el estudiante Sr. Almeida, que toca admirablemente la mandolina, ejecutó, acompañado por otros cuatro compañeros, la composición *O Fado*, que fué también muy aplaudida; á la terminación de la segunda parte del concierto, un estudiante español regaló á los portugueses, en nombre de los estudiantes de la Universidad Compostelana, una preciosa corona, y el estudiante Sr. Souza, presidente de la comisión escolar portuguesa, pronunció un breve y sentido discurso de gracias, en nombre de los lusitanos, concluyendo la agradable fiesta con vítores á Portugal y á España, y á la juventud escolar de ambas naciones.

En nuestro grabado de la pág. 237 (apuntes del natural, por Comba) conmemoramos la visita de los portugueses á sus hermanos de Madrid: representa la manifestación de los madrileños ante el hotel donde se hospedaron los portugueses, tipos de los mismos estudiantes portugueses, y el aspecto del escenario del teatro del Príncipe Alfonso en la noche del concierto.

No habrá un español que no desee la estrecha unión de Portugal y España, pueblos que tienen comunidad de raza, de carácter, de sentimientos y hasta de aspiraciones; y ¡ojalá que el fraternal abrazo de los escolares portugueses y españoles represente un vínculo firmísimo de esa unión tan deseada!

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

REVISTA MUSICAL.

No es raro caso en la historia de la música dramática el que una obra, aun de las miradas como verdaderas joyas del arte, haya sido en sus comienzos recibida con glacial indiferencia, cuando no con estrepitosa silba, y su autor tratado con tan excesiva dureza como notoria injusticia. Ejemplo, y bien elocuente, de lo dicho son el *Alceste*, de Gluck, el *Barbero de Sevilla*, de Rossini, y la *Norma*, de Bellini, que tan grande é indiscutible gloria han dado después á los inmortales genios que las crearon.

Nada, por tanto, tiene de extraño que cosa parecida haya pasado con el *Tannhaüser* de Wagner, si bien los fueros de la verdad exigen decir que, al revés de lo acaecido con las obras antes dichas, alguna de las cuales en breve tiempo recabó para su autor todo el renombre que en justicia le correspondía, han sido necesarios no pocos años para que el maestro de Bayruth se viera compensado de las tribulaciones por que pasó al ver, primero, el desvío con que acogieron su dicha ópera los habitantes de Dresde, donde se oyó por vez primera; al presenciar después la tremenda silba con que la recibieron los parisienses, y al leer, en una y otra época, las mordaces críticas de que fué objeto por parte de la gran mayoría de los escritores musicales de allende y aquende el Rhin; hechos que, si bien se miran, tanto pueden probar que el apasionamiento y el espíritu de escuela no son los mejores factores para aquilatar el verdadero valor de una obra del humano ingenio, como la gran verdad que encierra aquel antiguo adagio español, «tiempos mudan costumbres», dado que son hoy harto diferentes los gustos en materia de música que los que se tenían en los tiempos en que lo dicho sucedió (sin que esto quiera decir cuáles fueran mejores ó peores), y distinto el modo con que en el mundo musical se aprecia, mirada en conjunto, la ópera wagneriana con que ha terminado su triste y desabrida campaña el teatro Real, en los pasados días.

Esta diferente manera de apreciar una misma obra supone, en efecto, un cambio, y no de escasa monta, en las ideas; y más que entrar en disquisiciones más ó menos técnicas que lo explicaran, encuentro preferible darle á conocer historiando la vida, digámoslo así, del *Tannhaüser*, desde sus dolorosos comienzos hasta que, por fin, se le vió ocupar el honroso puesto que le corresponde, y correr con gloria por los teatros de Europa.

Wagner, aparte de ciertas obras de escasa importancia que no hace al caso recordar, había escrito con anterioridad á la de que hablo el *Rienzi* y *El Buque fantasma*. Con la primera, calcada sobre patrón meyerbeeriano, había comenzado á hacerse célebre; pues por más que en él se viera cuán fielmente seguía las huellas de aquel coloso del arte lírico-dramático á quien tan injusta como ingratamente maltrató después en el desdichado folleto que lleva por título *El Judaísmo en música*, desde luego echóse de ver que en aquella voluminosa partitura había páginas verdaderamente inspiradas, que revelaban un genio creador, un talento vigoroso, gran suma de saber y no menor conocimiento de los secretos, aun los más recónditos, del difícil arte de la composición. Con *El Buque fantasma* los pareceres no anduvieron ya tan acordes, ni era posible que lo estuvieran. Bien que en su espíritu y tendencia revelara la música que para la leyenda noruega escribió Wagner toda la admiración que éste sentía por Weber, y en especial por el *Freyschütz*, la personalidad del que más tarde se llamó á sí propio el Lutero de la música comenzó á destacarse, y con ella la aplicación directa é inmediata de las doctrinas que constituían su credo en materia de óperas, que luego expuso en diferentes obras, las cuales, sabido es, causaron grande algarada



DE PARIS Á MANTES (FRANCIA).—EL NOVELISTA EMILIO ZOLA VIAJANDO EN EL TÉNDER DE UN TREN EXPRESS, PARA ESTUDIAR LAS COSTUMBRES DE LOS EMPLEADOS DE FERROCARRILES.

en el campo musical. De aquí que mientras hubo periódico, como la *Neue Zeitschrift für Musik*, que saludó con entusiasmo en la nueva ópera «el signo de esperanza que había de librar á los alemanes de su marcha vagabunda por los mares de la música extranjera, y hacerles encontrar la celestial patria alemana», frases rimbombantes con las cuales se hacía eco del pensamiento que animaba á la juventud romántica, la cual, por aquel entonces, veía en Wagner, cuando menos, el émulo de Berlioz, la generalidad de los artistas y de los críticos, sin dejar de reconocer el talento de aquél, no ocultaron, antes bien, sacaron á plaza todos los defectos de que la obra adolecía, llegando hasta á decir la *Gaceta de Viena* que «como escritor tal vez aquél habría conseguido su objeto, pero como músico lo dudaba muchísimo»; frase que venía á condensar la opinión que corría más acreditada acerca del valor real y positivo de *El Buque fantasma*, y que, sabida por Wagner, hizo á éste exclamar tristemente: «Los músicos conceden que yo tengo talento literario, y los poetas sólo admiten que mi talento sea musical.»

Pasaron algunos años, durante los cuales fué madurando en el cerebro de Wagner la idea de la composición del *Tannhaüser*. Dadas las luchas de su espíritu, no parece aventurado creer que, obedeciendo al principio que consignó en uno de sus escritos, de que «toda obra es en el artista que la crea el producto del estado particular en que se encuentra su alma á consecuencia del choque sufrido por un acontecimiento externo», si en el *Buque fantasma* había lanzado el grito de desesperación del hombre oprimido por el duro peso de la vida, en *El Tannhaüser* quisiera pintar la lucha entre el amor profano y sensual, y el puro y cristiano, y el triunfo, al cabo, de éste. Para ello, inspiróse en una leyenda de Tieck, que tiempos atrás había leído en París, y aprovechando un corto tiempo de descanso de las constantes y diarias ocupaciones de maestro de la capilla Real y del teatro de Dresde, escribió en los baños de Teplitz, en el verano de 1843, el poema de la obra que proyectaba, en el cual, bajo



EXCMO. SR. D. ENRIQUE DE AGUILERA Y GAMBOA,
MARQUÉS DE CERRALBO, SENADOR DEL REINO.

una nueva forma, y aunando épocas y hasta personajes diferentes, pintó de mano maestra la lucha entre el cielo y el infierno, que ya habían sido origen de otras dos obras tan admirables como el *Freyschütz* y *Roberto il Diavolo*, justificando de paso, con el perfume cristiano que al cabo y al fin dió á su obra, cuán verdad es que el temple de alma de cada hombre suele tener poca relación con las doctrinas que profesa.

La fama que con el *Rienzi* había adquirido Wagner, y las disputas á que diera ocasión *El Buque fantasma*, hicieron que la nueva ópera que se sabía estaba escribiendo fuera esperada con impaciencia, y que ésta subiese de punto cuando, una vez comenzados los ensayos, por un lado, se oían grandes elogios de muchos de los trozos que los artistas iban estudiando, y por otro, se sabían las amargas quejas de los cantantes por la mala manera como los trataba Wagner, comentándose las palabras de su fiel amiga y protectora la célebre Schrœder-Devrient: «Sois un hombre de genio, pero escribís de una manera tan extraña, que es punto menos que imposible el cantar lo que se lee en el papel.»

Por fin, el 19 de Octubre de 1845 se cantó el *Tannhaüser* en el teatro Real de Dresde, siendo sus principales intérpretes la ya citada Schrœder-Devrient, Juana Wagner, sobrina del autor, y el tenor Tichatschek, que hizo de protagonista del drama. El éxito de éste no fué, como he apuntado antes, favorable á su autor, de tal modo, que en la segunda y última representación de la ópera, más de la mitad del teatro estuvo vacío, y la crítica, entonces y después, se lanzó á banderas desplegadas á censurar á Wagner, no distinguiendo en sus juicios lo bueno de lo que no lo era, sino envolviéndolo todo en una tremenda excomunión.

La prensa de Dresde estuvo unánime en declarar insoportable la ópera y en negar que la música de ella tuviera ni melodía ni forma, distinguiéndose entre todos los periódicos el ya citado *Zeitschrift für Musik*, por el relato grotesco que hacía del argumento; el *Dresdener Abendzeitung*, al asentar con tono decisivo que «aquel que



CATÁSTROFE DE LOUISVILLE (KENTUCKY, NORTE-AMÉRICA). — VISTA GENERAL DE LAS RUINAS PRODUCIDAS EN LA CIUDAD POR EL CICLÓN DE 27 DE MARZO ÚLTIMO.

oyendo el *Tannhaüser* hubiera podido resistir al aburrimiento, podía en adelante considerarse invulnerable á sus golpes», y la *Gaceta de la Alemania del Norte* al exclamar: «Si es verdad que Wagner aspira á elevarse á alturas desconocidas, ¡que el cielo nos preserve de verle llegar á ellas!» No siendo los maestros los que menos parte tomaron en este coro de censuras, entre ellos Hauptmann, quien no vaciló en escribir á Spohr que la overtura era «atroz, increiblemente larga y fastidiosa»; y aun, andando el tiempo, el mismo Mendelsohn, de quien se cuenta que habiendo oído una vez, no recuerdo cuándo, el *Tannhaüser*, sólo le ocurrió decir á su autor que «le había gustado una entrada en forma de canon, en el *adagio* del final del segundo acto».

Wagner, á pesar de la amargura que en su corazón sintiera, dando una prueba de la viril energía de su carácter, no se desanimó, antes al contrario, se propuso con más ahinco, si cabe, seguir por el camino emprendido, y trabajar desde luego la composición del *Lohengrin*. Dejémosle en este punto, puesto que mi objeto no es ahora reseñar su vida artística, y consignemos que, poco á poco, la ópera punto menos que silbada, fué rehabilitándose á los ojos de los mismos alemanes, y que, andando el tiempo, al rumor de los aplausos de la generación romántica que seguía viendo en Wagner su Mesías, unióse el de varios maestros, que con menos pasión que los de Dresde, apreciaron lo bueno que en la ópera había, y aun excusaron algunos de sus defectos, notándose entre ellos Schumann y Spohr, no muy bien prevenido por cierto este último, á juzgar por los informes que se le habían dado y apuntados quedan.

Hay, en mi concepto, tal fondo de imparcialidad en los juicios de estos dos grandes compositores, que me parece oportuno traerlos á colocación en esta historia que vengo haciendo de las tribulaciones por que pasaron Wagner y su ópera. Schumann, que al oir ésta había apuntado en su cartera: «*Tannhaüser:* es imposible hablar de él en pocas palabras. Lo que está fuera de duda es que tiene el color de una obra de genio. Si Wagner tuviera tanta melodía como ingenio, sería el hombre más privilegiado de su tiempo», escribió poco después á Dorn: «Quisiera que oyeras el *Tannhaüser;* contiene trozos más profundos, más originales, en una palabra, cien veces mejores que las precedentes óperas, y al mismo tiempo, muchas frases musicalmente triviales. En suma, Wagner puede adquirir gran importancia en el teatro, y tiene el suficiente ánimo para ello.» Y por lo que á Spohr atañe, no vaciló en escribir á su vez á aquel mismo Hauptmann que tan mal había juzgado de la sinfonía, diciéndole que la ópera «contenía muchas ideas nuevas y bellas, al lado de no pocos pasajes enfadosos para el oído»; añadiéndole, en una segunda carta, que «las veces sucesivas que había oído la obra, le habían habituado á cosas que antes le hacían daño, y que lo que continuaba molestándole era la ausencia de ritmos definidos, y la falta frecuente de períodos debidamente redondeados».

Pero aun quedaba por pasar á Wagner una nueva y grande tribulación, que hizo en él honda mella, y de la que, por cierto, se vengó harto cruelmente después. Wagner, que conservaba bien tristes recuerdos de sus estancias en la populosa capital de Francia, quiso, sin embargo, obtener los sufragios de aquel público y la sanción del renombre que iba adquiriendo ya en su patria. Encaminóse allí, donde bien pronto se vió rodeado de muchas de las gentes que por entonces brillaban en la política, en las artes y en la literatura, y habían de serle auxiliares poderosos en la empresa que proyectaba; pero el fatal sino que otras veces le había amargado en aquel mismo lugar la existencia, continuó pesando sobre él, y mostrándose desde los primeros pasos que comenzó á dar para conseguir el logro de sus deseos.

«Una tarde—cuenta Gasperini—al llegar á casa de Wagner, sentí un estrépito inusitado. Entro, y me encuentro al maestro sentado al piano, y con la partición del *Tannhaüser* en el atril. A su lado estaba Carvalho, director del Teatro Lírico, que había oído en Baden la ópera, la había aplaudido, como todo el mundo, y había expresado á su autor el deseo de conocer la partición. En el momento en que yo abría la puerta Wagner estaba queriendo hacerle oir el formidable final del segundo acto; para ello cantaba, gritaba, se movía, tocaba el piano con los dedos, los puños y hasta el codo, rompía los pedales, y otro tanto hacía con las teclas, mientras que Carvalho, en medio de aquel caos, permanecía impasible, como el hombre de Horacio, esperando con gran calma que aquel aquelarre terminara. Una vez que sucedió esto, Carvalho balbuceó algunas palabras, de purísimo cumplimiento, y desapareció para no volver mas.»

Perdidas las esperanzas por este lado, Wagner ideó dar unos conciertos, cuyos programas se compusieran de composiciones suyas, análogos á los que había dado en Zurich; llamó en su ayuda á su amigo y discípulo Hans de Bulow, y ambos pusieron con ardor manos á la obra. Los tales conciertos fueron la señal de combate entre los partidarios de las ideas novísimas y los de la música predominante en aquel entonces, que eran los más, y también los más entendidos, y, por tanto, el peor medio que podía haber ideado para preparar los ánimos en pro de su ópera, cuya representación era el ideal que en aquellos momentos acariciaba más su mente.

Bueno es advertir además que Wagner había hecho ya, y no poco, para crearse encarnizados enemigos, más aún que por las novedades que encerraba su música, por lo aventurado y absoluto de las doctrinas que había predicado en sus libros, por el orgullo y sobrada estimación de sí mismo que en ellos transpiraba y por el desprecio inmerecido y falto de razón con que había tratado, no sólo á la música italiana, sin perdonar á su más glorioso representante, Rossini, sino hasta la de sus mismos compatriotas Mendelssohn y Meyerbeer.

Escritor hubo, como Paul Bernard, en el *Menestrel*, que comparó la sala donde los conciertos se celebraron á la Torre de Babel, ó á las sesiones de la Convención, dada la febril agitación que allí reinaba; el mismo periódico, sin dejar de reconocer que Wagner era un gran músico, declaró «que sus tendencias eran deplorables, y con cincuenta años de su música, toda la música en general estaría muerta, porque habrían matado la melodía que es su alma»; el *Mensajero de los Teatros* afirmaba que «Wagner hacía música sin melodía, sin ritmo y sin formas, y sólo con la armonía, siendo de lamentar no quisiera escribirla como todo el mundo, porque entonces ocuparía alto lugar en las esferas del arte»; otro crítico llegó á afirmar que «Wagner era el Marat de la música, y Berlioz el Robespierre»; y, por último, éste en un célebre artículo que publicó en el *Journal des Débats* dió el golpe de gracia al que antes había mirado como afortunado novador que seguía la ruta por él comenzada, proclamó las doctrinas que él creía salvadoras, protestó con finísima sátira de las que aquél sustentaba y ponía en práctica, y concluyó con estas palabras: «La música, sin duda alguna, no tiene por objeto exclusivo agradar el oído, pero mil veces menos tiene el de ser desagradable, torturarle y asesinarle.»

Predispuesta así la opinión, comenzaron por orden de Napoleón III los estudios del *Tannhaüser*, que ya por entonces definían los franceses diciendo: *L'opéra de M. Wagner tonne aux airs;* y para que todo contribuyera á un fin desastroso, el maestro consiguió en ellos indisponerse con todo el mundo, merced á las cualidades, algunas de ellas no envidiables ciertamente, de su carácter. Comenzó, en efecto, martirizando del modo que Sardou cuenta á Edmundo Roche, que se había encargado de la versión al francés del libro alemán, y consiguiendo que éste hiciera un trabajo menos que mediano; maltrató sin piedad á cantantes y orquesta, haciéndoles aprender trozos enteramente nuevos, cuando ya sabían los escritos en la partición, y obligándoles á asistir y trabajar en ciento cuarenta y seis ensayos; quiso dirigir por sí mismo en las tres primeras representaciones, tratando poco menos que de inepto á Dietsch, quien se negó en absoluto á entregar el bastón de mando, y por último, se negó en redondo á intercalar, como le pedía el director del teatro, un baile en el segundo acto, con lo cual se ganó la animosidad de las bailarinas, y lo que es peor, la enemiga de los miembros del *Jockey-Club*, amigos y patrocinadores de las discípulas de Terpsícore.

Y así las cosas, ante el Emperador y la Emperatriz y toda la corte, se dió la primera representación el 13 de Marzo de 1861, cantando los principales papeles la famosa Tedesco (Venus), María Sax (Elisa) y el tenor alemán Niemann contratado *ad hoc* y hecho venir de Hamburgo, en cuyo teatro actuaba. Ni la presencia de los personajes citados, ni los artículos encomiásticos que para prevenir la opinión habían escrito Baudelaire, Champfleuri, León Leroy y Gasperini, ni los partidarios de Wagner que abundaban en la sala, bastaron para evitar el tremendo fracaso, al cual contribuyeron de consuno los enemigos del maestro, los israelitas ó «comisionistas viajantes de música», como aquél los había apellidado, y los elegantes del *Jokey-Club* armados de pitos. Comenzóse por reir, y excepto determinados trozos en que se aplaudió frenéticamente, el resto fué sin piedad silbado.

Wagner, en la carta que escribió sobre el suceso, y figura en el tomo de sus *Recuerdos*, lo atribuyó todo á la falta de vigor y de entusiasmo en los intérpretes de su obra, y á la cábala de las bailarinas y sus protectores, inclinándose á lo propio A. Jullien, en el hermoso libro que ha dedicado al maestro de Bayreuth; pero el relato de un compatriota de éste, nada antiwagnerista y testigo fiel del suceso, como Lindau, no deja duda alguna de que el público, obedeciendo á sus gustos dominantes, aplaudió lo que con arreglo á ellos hubo de parecerle bueno, y negó sus votos, aunque de manera harto descortés, á lo que entendió que era malo, y sobre todo tenía visos, siquiera, de música del porvenir.

La crítica, á excepción de dos ó tres escritores, estuvo á igual altura de dureza que el público con Wagner; comentóse con regocijo el dicho atribuído á Rossini, quien preguntado sobre cuál era su opinión sobre el *Tannhaüser*, había contestado: «Llevaba ocho días ocupado en leer la partitura, sin haber entendido nada; pero hoy, habiéndola puesto del revés, he podido ver que allí había música»; y para que nada faltara, Berlioz, que había cedido á Ortigue el dar cuenta de la obra en el *Journal des Débats* para no ser él quien relatara lo sucedido, se desquitó en sus cartas, que no tardaron en ser del dominio público, diciendo: «El parisiense se ha mostrado ayer bajo un aspecto enteramente nuevo; se ha reído del mal estilo musical; se ha reído de las picardigüelas de una instrumentación bufa; se ha reído de las candideces de un oboe; ha comprendido, en fin, que hay un estilo en música. Por lo que hace á los horrores, los ha silbado espléndidamente.»

Basta de historias tristes. Wagner, en medio de su dolor, tuvo el consuelo de ver por aquellos días abiertas las puertas de su patria, cerradas para él durante algunos años; de ser festejado y aclamado al regresar á ella, y de que para él comenzase desde aquel entonces una vida de triunfos y de gloria, y entre las satisfacciones que le rodearon, la de ver aplaudida como una de sus mejores obras la de que vengo hablando, y que, como antes dije, después de correr por los principales teatros de Europa, ha venido por fin á oirse en el regio coliseo al cumplir con exceso la friolera de cincuenta y cinco años de existencia.

Conocido de la gran mayoría de mis lectores el argumento, no he de entretenerme en relatarlo; pero si de esto hago caso omiso en gracia de la brevedad, de que por cierto no voy dando grandes muestras en este artículo, no cabe seguir igual procedimiento respecto del juicio, siquiera sea somero, que la obra me merezca, y el cual tengo el deber de exponer á mis lectores.

En el *Tannhaüser*, á mi juicio, hay dos tendencias esencialmente distintas: aquella en que se respetan, mejorándolos, los moldes y los procedimientos de la verdadera ópera, tal como la entendieron Mozart, Rossini y Meyerbeer, y la en que Wagner, haciendo directa é inmediata aplicación de sus doctrinas, inicia claramente el camino que había de recorrer hasta la negación de la melodía, tal como la entendemos los simples mortales no iniciados en los arcanos de la filosofía musical de que aquel es patriarca, y cuyo *summum* puede decirse está encerrado en el *Parsifal*. Ahora bien, cuando Wagner, ese genio indómito, como con gran verdad lo retrata uno de sus admiradores, conocedor profundo de todos los secretos y de toda la historia del arte, escribe música á la manera que lo han hecho otros genios tan grandes y más que él, entonces brilla en su frente la llama de la inspiración, es grande, sublime á veces en sus creaciones, y maestro incomparable, digno de toda admiración y estudio; cuando obedeciendo á sus teorías marcha por el sendero de lo que él cree la verdadera ópera alemana, y preocupado de las combinaciones armónicas y efectos de orquesta, busca en ellas el medio de expresión desdeñando toda idea melódica, entonces su música resulta pesada, ininteligible á veces, é interminable. Así se ve en la ópera á que consagro este ya largo artículo. La magistral sinfonía, tanto más gustada cuanto más oída; el septuor con que el primer acto termina, verdadero modelo en su género; la hermosa marcha del segundo acto y el dramático final del mismo; el coro de peregrinos, página verdaderamente inspirada y magistral, y la romanza de Wolfram, son trozos musicales de sobresaliente mérito, que sólo un poderoso genio y un grandísimo talento han podido dictar; en cambio, y digan lo que quieran los partidarios en absoluto del wagnerismo, no pocos trozos musicales del cuadro de Venus, en el acto primero; el aria de Isabel, su dúo con Tannhaüser, la justa de los trovadores, en el segundo, y hasta el mismo largo relato de aquél contando su peregrinación á Roma (bien que como lo hemos oído no era fácil apreciar las bellezas que contiene), y el final de la ópera, hacen decaer el ánimo y pedir al cielo una paciencia verdaderamente germánica para no dar señales ostensibles de cansancio y fastidio.

La interpretación del *Tannhaüser* en el Real no ha correspondido ciertamente al mérito é importancia de la obra, ni podía ser otra cosa, dados los elementos con que para ello se contaba. Así, al paso que han merecido elogios la Sra. Gabbi, que ha revelado una vez más ser artista de corazón é inteligencia; los coros y la orquesta, por la precisión y *amore* con que, sobre todo esta última, ha desempeñado su difícil cometido, y el director Sr. Mancinelli por la acertada manera con que ha dirigido la ópera; de todos los demás artistas, un elocuente silencio créome puede mejor suplir á cuanto respecto de ellos pudiera decirse.

Lo que los franceses llaman *mise en scene*, y nosotros como monos de imitación repetimos, ha estado á la altura de la inteligencia que, en punto á indumentaria é historia en general, viene reconociéndose desde luengos años en aquel escenario. Sólo así se comprende que en las cacerías de los landgraves de Turingia, y á principios del siglo XIII, los caballos llevaran (como se vió la primera noche) sillas inglesas, como pudiera gastarlas en las carreras de caballos de Hayde Park el más refinado *sportsman;* y que el arquitecto que ideó la fábrica del palacio de los príncipes de Turingia fuera tan previsor, ó dotado de un don artístico tan profético, que hiciera el salón principal, modestísimamente decorado por cierto, de estilo del Renacimiento italiano, que floreció unos cuantos siglos después. Pero aparte de estos descuidos, y algún otro de indumentaria, de que no quiero acordarme, lo demás, y sin que quepa reprochar á la empresa el que se haya permitido lujos excesivos, no cabe ni censurarlo ni elogiarlo.

Con el *Tannhaüser* ha terminado su nada gloriosa campaña de este año el teatro Real. ¿Será mejor la del año que viene? *A i posteri l'ardua sentenza.*

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

TIPOS MADRILEÑOS.

COMPUESTA Y SIN NOVIO.

I.

HACE cosa de un mes encontré en la calle del Príncipe á mi antigua amiga la señora de Carraspera con su hija Soledad, una joven de más de veinticinco años, bastante agraciada y vistosa de lejos, un poquito abultada de facciones y de formas, y con algo de calor del hígado.

Detúveme á saludarlas, porque á Bibiana, que es la mujer de Carraspera, la profeso singular estimación, y la quise unas miajas en mis buenos tiempos, que los dos tonteamos un trimestre, hasta que me la quitó Carraspera, á quien tuve entonces intenciones de proponer un duelo, y después le he agradecido mucho la partida serrana que me jugó, siendo mi amigo, porque él mismo se ha mostrado alguna vez, en la expansión de la intimidad que existe entre nosotros, pesaroso y arrepentido de haberme soplado la novia. Si no me la hubiese quitado sería yo acaso ahora el arrepentido.

Carraspera fué en su juventud algo poeta, aunque poco, y lo mismo componía una elegía á la memoria de Godoy que unos villancicos para que los cantaran en Nochebuena las monjas Carboneras; pero desde que se

casó con Bibiana enmudeció el vate, porque ella, naturaleza vulgar y prosaica, le arrebató la inspiración, es decir, que en la frente del marido se apagó la llama del genio por efecto de las jaquecas que le dió la esposa ignorante, á quien los versos le parecían cosa baladí, y escribirlos ocupación que, pudiendo distraerle de la obligación de ganar dinero, debía ser en absoluto abandonada. Y así, Carraspera, que hubiera podido ser otro Zorrilla, se quedó siendo un simple empleado en Contribuciones, y continúa en este oficio, ascendiendo lentamente, y deplorando siempre haberse casado, que, según él dice con notoria exageración, fué lo mismo que si se hubiera cortado la cabeza. Pero como el tiempo todo lo modifica, el bueno de Carraspera está cada día más resignado á un mal que no tiene cura, y sólo se acuerda de que se desvió del camino del Parnaso cuando llega algún acontecimiento de gran resonancia, y otros vates cantan que se las pelan, y él se pone á ver si le sale algo bueno, y en vano se devana los sesos sin conseguir dar forma poética á su entusiasmo; pero no deja la pluma después de haber borroneado algunos pliegos sin exclamar con amargura: «Nada, nada, cuando se pierde el *astro* (*estro*, quiere decir) no se vuelve á encontrar. ¡Desde que me casé con ésa, se acabó!»

—¿Y cómo está el tuno de Carraspera?—pregunté á Bibiana.

—Bueno, como siempre, engordando; como no siente ni padece.....—me contestó Bibiana.—¿Hace mucho que no se ven ustedes?.....—añadió.

—No, le vi ayer precisamente, que estaba comprando requesón.

—¿Requesón?..... ¿Llevó ayer requesón tu padre?

—No—contestó Soledad.

—Pues me alegro de saberlo..... ¿Para quién compraría el requesón?..... A casa no lo llevó..... todavía no lo hemos comido este año.

Temí haber cometido inconscientemente una ligereza.

—Puede que el requesón no fuera requesón—dije;—puede que fuera otra cosa; yo vería mal.....

—Bueno, bueno, ya averiguaré yo..... ¡Vaya si me choca lo que usted me cuenta! ¡Comprar Carraspera requesón y no llevarlo á casa, ni hablar una palabra de requesón!

—Señora, no vaya usted á hacer juicios temerarios..... Estoy seguro de que no era requesón.....

—Bueno, de eso no hablemos más. ¿No le dijo á usted la novedad que tenemos?.....

—No, señora, nada me dijo; no hicimos otra cosa que saludarnos; yo iba de prisa.....

—¿No dijo á usted que Soledad se casa?.....

—No, nada me dijo. ¡Cuánto me alegro! Doy á ustedes mi más sincero parabién. ¿Y quién es el feliz mortal?.....

—Es una persona muy decente.

—Ya lo supongo. ¿Joven?.....

—Joven, sí señor, unos treinta años; es decir, que ya no es un monigote; es un hombre hecho, muy buena persona y de una familia muy distinguida. Su abuelo fué senador, ya ve usted, y no fué ministro porque no quiso. Usted le habrá oído nombrar, Ramírez de la Carpanta; escribe en los periódicos.

—No, no he oído.....

—Escribe sobre cosas de labores del campo—observó Soledad;—ahora ha publicado un folleto que se titulado *Guerra á la langosta*, y tiene otro, de que se ha hablado hasta en el Congreso, titulado *Lo que hace falta es trigo.*

—Es una gran verdad. ¿Es guapo? ¿es rico?.....

—Mire usted, como guapo, no es muy guapo, mas tampoco enteramente desgraciado; tiene un bulto sobre la ceja, á modo de un lobanillo, porque, siendo niño, le tiró el ama al suelo, y algunas señales de las pícaras viruelas; pero, ya le he dicho á ésta, un hombre nunca es feo, si es bueno, y lo que es en este punto, tan bueno como Ramírez de la Carpanta podrá haber otro, pero mejor, no. Es la formalidad misma, muy caballero en todas sus cosas, y está enamorado como un tonto..... De modo que si mi hija no es feliz con él, será porque es muy difícil de contentar. No es un capitalista, y tampoco mi hija podía aspirar á casarse con un *Craso*, como dice Carraspera, que siempre está citando nombres que aprendió en los libros de poesías que le trastornaron el juicio cuando fué joven, pero tiene para no morirse de hambre..... Doce mil reales de sueldo, y esperanzas.....

—Y lo que saca por los libros—añadió Soledad;—solamente de la *Guerra á la langosta* ha sacado este año un dineral. Y en las primeras elecciones que haya será diputado. Todos los cosecheros de la Mancha están empeñados.....

—Ya ve usted—agregó la madre—que en queriendo los cosecheros....

—Es claro, diputado seguro.

—En fin, digo á usted con verdad que estoy muy contenta, y que todas las amigas de Soledad la tienen una envidia que no lo pueden disimular.

—Pues reitero á ustedes mi felicitación. Soledad será dichosa, como lo merece.

—Sí, señor, eso sí; más dichosa que he sido yo, porque Carraspera..... muy buen hombre y todo lo que se quiera, pero ariscote y poco sociable, y sin embargo siempre se le han ido los ojos tras las mujeres..... Ya averiguaré yo lo del requesón.....

—Señora, ya he dicho á usted que me habré equivocado, positivamente me he equivacado. Creo que estaba comprando fósforos. ¿Y cuándo es la boda?

—Muy pronto; nosotras no tenemos prisa, pero, amigo, Ramírez dice que no puede vivir sin ser dueño de Soledad, y es cierto, porque él no exagera, y además es cosa que se ve, pues estos días se ha quedado bastante desmejorado. En fin, que tenemos que apresurarlo todo, porque el pobre se muere de impaciencia. Ahora vamos ahí, á la esquina, á una casa de saldos, que nos han dicho que todo lo dan, como quien dice, de balde, á comprar unas piezas de hilo para sábanas..... ¡Jesús! llevamos ya gastado un dineral en ropa blanca..... Eso sí, mi hija riquezas no tiene, pero de ropa blanca no habrá llevado más nuestra vecina la hija del Conde de la Tenaza, que se casó anteayer, y todo Madrid vino á ver los regalos y el *trusó*, como dice Carraspera que se dice en inglés.

Prometióme Bibiana darme aviso de la fecha en que se verificaría el casamiento, y me despedí, repitiendo mis plácemes y demostrando gran satisfacción, que en verdad no experimentaba, porque desde que madre é hija me dieron la fausta noticia, pensé que me veía en la obligación de enviar á la novia un regalito, y, francamente, no estoy ahora para regalos.

II.

Anteayer recibí esta esquelita de Bibiana:

«*Soledá secasa* mañana, Dios mediante. No tenemos nada de *qonvite* formal; pero si *ustez qiere benir ld* tomar un *dulse* nos alegraremos. *Ramirez* tiene muchas ganas de conocer á *ustez*. Mande *ustez* á su amiga Bibiana Fernandez de Carraspera.»

¡Y ya no me acordaba siquiera del regalo! No había remedio, era preciso regalar alguna cosa á la muchacha. El mejor obsequio sería una joya, y salíme seguidamente á ver qué novedades tenían Marzo y Ansorena. En verdad, vi en ambas platerías primorosas obras de arte, y entre tantas, consideré difícil la elección, porque no se podía determinar cuál de aquellas alhajas era de mejor gusto, siendo todas verdaderas preciosidades; tomé nota de precios, y me propuse hacer mi elección el día siguiente, á la hora de ir á visitar á los recién casados, correspondiendo á la amable invitación de Bibiana. No dormí en toda la noche recordando algunas de las joyas que había visto y pensando cuál elegiría que fuera de mucho gusto y de poco gasto. Levantéme de madrugada con la misma obsesión de la noche, y fuíme al despacho; fijé distraído la mirada en la librería y en el lomo encarnado, con letras de oro, de uno de los libros, y bendije á la Providencia, que en aquel punto me hizo ver que, sin salir de casa y sin gastar un céntimo, tenía á mi disposición una joya superior á las de Ansorena y Marzo, una joya que ningún artífice, por hábil que sea, puede hacer otra igual. Abrí la librería y saqué el libro perfectamente encuadernado en *chagrin* y *doré sur tranche*, y exclamé:

—Ya tengo joya para Soledad, una joya reconocida y estimada por todo el mundo inteligente, una joya clásica que nunca envejece ni pasa de moda, *La Perfecta casada* de Fray Luis de León. ¿Qué aderezo de brillantes, ni qué collar de perlas, ni qué pendientes de diamantes, ni qué medallón, ni qué docena de cubiertos de plata ó de oro, ni qué esmaltes, ni qué filigranas pueden igualarse á esta joya única en el mundo?..... Soledad se pondrá loca de gozo cuando reciba este libro, y el marido, que tantas ganas tiene de conocerme, no podrá menos de considerar cuánto bien puedo hacerle proporcionando á su casta esposa la ocasión de empaparse en el bálsamo bienhechor de la lectura de las sabias máximas y los sanos avisos, advertencias y consejos de virtud que en estas páginas pregonan el talento inmenso del insigne catedrático de Prima de Sagrada Escritura en la famosa Universidad salmantina. Regalara yo á Soledad los escaparates de los joyeros de la Carrera de San Jerónimo, y no lo agradecerían ella y el marido tanto como han de agradecerme este delicado y valioso obsequio. Harto me cuesta desprenderme de tan bello libro; pero no vacilo, porque regalárselo á Soledad es como regalarle nada menos que la felicidad de su hogar, y hacer felices á dos seres en la tierra es obra que pocos mortales podrán asegurar que lograron realizarla. Y además, el regalo me sale por una friolera.

III.

A las doce de ayer, después de haber envuelto en un papel de seda el libro del renombrado agustino, me dirigí á casa de Carraspera. Ya habrían terminado, suponía yo, todas las ceremonias propias de la circunstancia, ya se habría desahogado la madre llorando en brazos de la hija y del yerno; ya éste se habría tranquilizado, seguro de la posesión de la señora de sus pensamientos; ya se le habría pasado á Carraspera la emoción natural en quien se presiente abuelo; ya encontraría, en fin, á tan estimable familia saboreando las delicias del hogar tranquilo, iluminado por el arco iris de la esperanza.

Subí y llamé. Abrió la puerta la criada, y, sin preguntarla por sus amos, entréme á la sala, siéndome conocido el camino. ¡Qué espectáculo! Bibiana, con su traje negro, flamante, y Carraspera, con su pantalón negro, sus botas bien lustradas, y su levita nueva, que todavía en el faldón conservaba el hilo blanco que había sujetado la etiqueta con que estuvo expuesta al público en los escaparates de Isern, con un guante puesto, y en la mano desguantada el bastón con una pezuña por puño, hallábanse en actitud de disputa, y al verme no pudieron disimular un movimiento de contrariedad.

—Bibianita—dije, yendo á estrechar afectuosamente la mano á mi antigua amiga—mil y mil plácemes. Querido Carraspera, que Dios os dé á vosotros y á ellos toda la ventura que merecéis.

Y le abracé fuertemente.

—¿Y los novios?—continué—¿dónde están los felices amantes?.....

—¿Los amantes?.....—repitió turbado Carraspera.—Pues sí, en efecto..... los amantes..... Y á tí ¿cómo te va?..... ¿qué te haces ahora?.....

—Un gabán de entretiempo—le contesté.—Pero, ¿dónde están los novios?..... ¿Han salido ya á hacer alguna visita?..... ¿Han ido á Palacio?..... Supongo que vivirán con vosotros, que no os separaréis de Soledad.

—No, no nos separaremos—dijo Bibiana con un tono de enojo, que no me dejó duda de que ocurría allí algo muy grave.

—Amiga mía—añadí—me parece que está usted un poco disgustada.....

—Un poco, sí, señor.....

—Siento mucho que en un día tan feliz, en el segundo día feliz de su vida, porque el primero fué aquel en que llamó usted esposo á mi querido Carraspera, tenga usted motivos de disgusto. Pero es preciso, amiga mía, hacerse superior á pequeñas contrariedades..... Yo no sé cuál será la que hoy la mortifica, pero con un poco de buena voluntad me parece que podrá usted echar penas á un lado y.....

—No sigas—me interrumpió Carraspera;—Bibianita y yo estamos hoy..... no puedes figurarte cómo estamos.....

—Cómo estoy yo debes decir—exclamó airada la buena señora;—porque tú estás como si tal cosa, como si en vez de sangre tuvieras en las venas agua de cebada..... Mire usted—añadió encarándose conmigo—no quisiera más que ser hombre ahora.

—Señora, ¿y por qué quisiera usted ser Carraspera?

—Carraspera, no, hombre he dicho, quisiera ser hombre..... ¡Jesús! no puedo más, yo tengo encima una enfermedad.....

—Pero, señora, dígame usted qué pasa aquí, si puede saberse. Yo he venido correspondiendo á la invitación de usted que ayer recibí, y traía un obsequio á la gentil desposada.....

—Sí, se lo diré á usted; usted es persona de confianza.....

—Un buen amigo—se atrevió á decir Carraspera con acento lúgubre.

—Sepa usted—continuó Bibiana—que todo se ha desbaratado.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que se ha desbaratado en tan memorable día?

—La boda de Soledad.

—¡María Santísima! ¿No me dijo usted cuando me encontró en la calle que el Sr. Ramírez era persona tan formal y digna?.....

—Un pillo, un bandido. Tiene otra..... y un chico.

—¿Es posible?.....

—Que le enseñe á usted ése la carta que hemos recibido esta mañana cuando nos disponíamos á ir á la iglesia.

—Toma, lee eso—díjome Carraspera dándome el papel.

Y leí:

«Sr. de Carraspera: El corazón me arrastra con toda la violencia de la pasión hacia esa casa, pero la conciencia me grita que resista los impulsos del corazón. Este me dice incesantemente *¡Soledad!* y la conciencia me repite severamente *¡Pascuala* y el chico! *Soledad* es la vida para mí; pero *Pascuala*, que lo ha sabido, ha escrito sigilosamente á su tío, un retirado de Carabineros, y éste se me ha presentado armado de un revólver de reglamento, jurando que el día de mi boda con una, ó con otra, que no sea *Pascuala*, será el de mi entierro. No me atrevo á exponer á *Soledad* á tan prematura viudez. La quiero tanto, que mejor quiero verla viuda de otro que de su afectísimo amigo y s. s. q. b. s. m., *Canuto Ramírez de la Carpanta.*—Póngame usted á los pies (q. b.) de D.ª Bibiana.»

—¿Qué le parece á usted?..... ¿No merece ese hombre que le quiten la cara á bofetadas?..... ¿Qué haría usted, si fuera usted Carraspera?.....

—Señora, como si yo fuera Carraspera no sería yo, haría lo mismo que Carraspera. Creo, sin embargo, que mejor es que el novio haya plantado á Soledad ahora; lo terrible hubiera sido que la hubiese plantado después de la boda.

—Nos hemos quedado con toda la ropa hecha, y ése á descuento de la tercera parte del sueldo por cuatro ó cinco años; porque, es claro, para hacer las cosas como es debido ha tomado dinero de uno de esos que lo dan con reserva y comodidad al 6 por 100 al mes. ¿No hay castigo para esto?.....

—¿Para la usura?.....

—No, para ese hombre, para ese demonio del infierno.

—No, señora; pero créame usted, en medio de todo, puede usted tener el consuelo de que su hija no será tan desgraciada como lo habría sido casada con un hombre de tan poca vergüenza. Ustedes debieron informarse bien antes de consentir en las relaciones de su hija con semejante sujeto. Este es el deber de los padres..... Mi amigo Carraspera ha sido muy confiado.....

—¡Hombre! te diré—interrumpió mi amigo;—como Soledad tiene ya más de veinticinco años, y no tiene dinero, ni una belleza de las más sobresalientes, no estamos en el caso de exigir mucho..... Ese fué el primero que se presentó.....

—No digas disparates, y perdona. Todo padre tiene la obligación de no entregar su hija al primero que se presenta, sino después de adquirir en lo posible la certeza de que es un hombre de bien.

—Bien castigados quedamos—dijo Bibiana con amargura;—Soledad, en el estado que puede usted suponer, encerrada en su cuarto sin querer que la vea nadie mientras viva; Carraspera empeñado, y yo tragando bilis y sin poder desahogarme..... Esto acaba conmigo. Oye, tú, tenemos que mudarnos de casa. Yo no quiero encontrar en la escalera á las del segundo. ¡Pues apenas se alegrarán ellas, las muy lechuzas, de lo que nos pasa!..... ¡Jesús! ¡ahora mismo quisiera que nos fuéramos á Buenos Aires!..... ¡Y éste, que se lo había dicho á todos los de la oficina! ¡Y toda la ropa hecha!..... ¡Y la cama de



S. M. I. MARÍA FEODOROWNA,

EMPERATRIZ DE RUSIA.

Estatua modelada por M. Gautherin.



«Á BAJAMAR.»

DIBUJO DE D. TOMÁS CAMPUZANO.

palosanto, que nos ha costado cincuenta duros en una almoneda! Vamos, yo no lo puedo resistir, yo me muero, yo no tengo la sangre de horchata, como Carraspera. Tiene usted razón, mi marido es el culpable de todo..... Debió seguirle los pasos, averiguar su historia desde que nació; pero este hombre no sirve para nada, todo el mundo le engaña, y parece que se ha caído de un nido.....

Creí conveniente dar por terminada mi visita, dejando al matrimonio entregado á las reflexiones propias de la circunstancia, y me despedí de Bibiana, recomendándole calma y paciencia, y dándole muchas expresiones para Soledad.

Carraspera me acompañó hasta la puerta.

—Mira—me dijo—ese hombre es un pillo, no le disculpo ni le perdono; pero ¡ojalá hubiera hecho yo lo mismo con Bibiana! Ahora sería yo uno de nuestros primeros poetas, ¿no te parece?.....

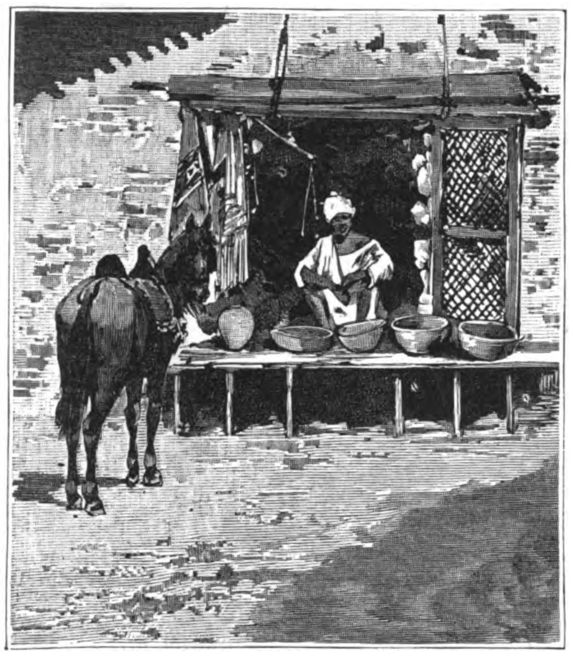
—Oye—le dije, eludiendo la respuesta—tengo una curiosidad. ¿Y el requesón que comprabas el último día que te encontré en la calle?

—¡Ah! no me hables del requesón. Mi mujer no lo olvida, y todos los días, menos hoy, me da tormento preguntándome para quién era el requesón. ¿Tú se lo dijiste?..... Sin malicia lo hiciste, pero me has proporcionado una pesadumbre más sobre las muchas con que me abruma esa mujer.

—Pero, vamos, dime, ¿qué hiciste del requesón?

—Nada, hombre, lo traía á casa, envuelto en un papel demasiado pequeño, y un chico que iba corriendo me tropezó, y el requesón cayó en la acera. ¿Lo había de recoger del barro?..... No, allí quedó, y un perro se lo comió. Yo no lo quise decir en casa, por temor á las reconvenciones de mi mujer. Después la he contado el lance con toda sinceridad; pero no me ha creído. ¡Ah! ¡si yo, cuando iba á casarme, hubiera hecho lo que el novio de Soledad!

CARLOS FRONTAURA.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

Domingo de Pascua, 21 de Abril.

Tiempo luminoso y espléndido, cada vez más cálido; los suaves aromas de los azahares, así como los hedores de animales muertos, impregnan el aire más fuertemente que antes.

En el jardín de la casa habitada por el Ministro de Francia, es verdaderamente deliciosa la permanencia: así es, que diariamente, después de almorzar, nos pasamos allí una porción de horas en contemplación ante el antiguo pabellón, cuyos arabescos están medio borrados por el blanco lechoso de la cal; admirando los copudos naranjos, con sus flores blancas y sus frutos dorados, que se destacan sobre el azul crudo del cielo, y escuchando con una voluptuosa sensación de frescura el rumor del agua, que salta en surtidor del pilón de mármol, salpicando los azulejos del pavimento.

⁂

Todo el día hemos correteado el bazar, el capitán H. de V. y yo, vestidos de árabes, mezclándonos á las muchedumbres, entre las que á nadie llamamos ya la atención, por la corrección y naturalidad que hemos adquirido.

Empezamos ya á ser prácticos en el bazar, en el dédalo de estas calles cubiertas de cobertizos de caña y de ramas de vid, por donde circulan los compradores envueltos en capuchones blancos, entre las tiendecillas obscuras, en cuyo interior relucen las armas, la seda y el oro.

⁂

Por la tarde, á la hora santa y crepuscular del Moghreb, traen al mercado de esclavos toda una banda de negritas, recién capturadas en el Sudán, conservando todavía sus peinados engomados, sus plumas y sus collares de vidrio, como se estilan en su país. Unos viejos ricos, á juzgar por sus vestiduras, las examinan, las palpan, les estiran los brazos, les abren la boca, para verles bien la dentadura, como si se tratara de caballerías. Por último, no se encuentra comprador para ellas, y el mercader vuelve á llevarse su melancólico rebaño. Sólo su aspecto y el olor que echan, me recuerdan el Senegal, con todo un mundo de recuerdos muertos.........

....

Sobre el techo de mi casa, á los últimos resplandores del día, contemplo unas grandes nubes de tormenta que poco á poco van invadiendo el cielo, presagiando el fin del buen tiempo. Son de un tinte cobrizo empañado, que anega los millares de azoteas en un tono gris frío, casi azulado.

¡Cuán pronto se me ha hecho familiar esta vista que disfruto desde mi azotea, sobre la ciudad, de la que no sube ningún ruido de carruajes ni de máquinas, ni más rumor que un murmullo confuso de voces humanas, de relinchos de caballos y de telares de seda!

Ya me sé de memoria todas las pequeñas cosas que constituyen la vida, por la tarde, en las alturas de las casas. Conozco á todas mis vecinas, que van apareciendo, unas detrás de otras, por las consabidas puertecillas, formando otras tantas notas vistosas de color sobre la uniformidad gris, hasta la hora crepuscular en que las torres de las mezquitas, techadas de azulejos verdes, se vuelven grises ellas mismas; en que todo se confunde y se extingue. Hay una hermosa dama, que viste generalmente traje azul y amarillo, y que va siempre seguida de una negrita vestida de color de naranja, que la trae una escalerita de mano, de la que se sirve para subirse al techo de al lado, detrás del cual desaparece. ¿Qué irá á hacer allí?

Otra, se encarama sin necesidad de escalera, levantando mucho las rodillas, y se pasa de una casa á otra más alta que la suya, para visitar á sus amigas, que son lo menos una docena, entre negras y blancas. Yo sé dónde están los nidos de cigüeñas; yo conozco hasta á los diferentes gatos de la vecindad, que se hacen visitas como las damas, escalando azoteas y saltando desde su casa á la de enfrente, separadas por una cortísima distancia, que es la anchura de la calle. He llegado, en fin, hasta á conocer esas nubes de pájaros negros con pico amarillo, que se persiguen unos á otros en tanto que dura la luz del día, como hacen en nuestros países los martinetes, describiendo grandes círculos en el espacio.

⁂

Un *tholba* (escolar), de la mezquita de Karuin, muy amable, y que se interesa con una curiosidad condescendiente por las cosas de Europa, me hace algunas veces compañía en mis paseos por la azotea; pero siendo musulmán, y ciudadano de Fez, se ve precisado á esconderse detrás de los pretiles, para no ser visto de las vecinas. Esta tarde me ha hecho escalar un techo para enseñarme mi calle, que nunca se me había ocurrido contemplar desde lo alto. Como las paredes de las casas se van inclinando hacia adelante á medida que van subiendo en altura, resulta que de una azotea á otra no hay más de veinte centímetros. Es decir, que me sería bien fácil, desde el punto en que estoy colocado, pasarme á la azotea de enfrente para visitar á mis vecinas. La calle, vista desde aquí, no es más que una larga hendidura negra, un pozo por cuyo fondo transitan unos individuos que parecen fantasmas, arrastrando sus babuchas sobre montones de inmundicias. Y, por oposición, en lo alto, todo es luz, trajes vistosos, charla alegre de mujeres, voluptuosidad de abandono, aire libre y espacio.....

⁂

El *tholba* de que os hablo, es un verdadero estudiante moderno en su manera de comprender la juventud, y en su preocupación constante del placer y de las mujeres. Evidentemente, es una personalidad excepcional entre los *tholbas*. Por él me voy poniendo al corriente de toda la vida galante de este país.

Jamás hubiera podido imaginarme que fuese Fez la ciudad del Africa donde más fácilmente se hace esa vida. Y es que, además de tantos personajes graves y santos, hay aquí un gran número de mercaderes de toda especie: una cierta fiebre de oro, aunque muy diferente de la nuestra, arde en los muros de la antiquísima ciudad. Hay porción de gentes que se han enriquecido demasiado de prisa, por ejemplo, al regreso de una caravana feliz al Sudán, y se apresuran á gozar de la vida y á casarse con varias jóvenes; pero, arruinados al cabo de un año, se divorcian y desaparecen, abandonando á estas mujeres á sus recursos personales. Por consiguiente, Fez está lleno de esposas divorciadas, que viven como pueden. Las más, habitan aisladamente, cada cual en su casa, con la tolerancia de los *kaids* de barrio, y vienen á ser señoras *equívocas* de alta tiara dorada. Otras, que han descendido más, se agrupan bajo el patronato de alguna vieja matrona; pero las casas de estas últimas son centros peligrosos, todos situados encima del *Oued-Fez*, que así se llama el río, subterráneo en casi todo su curso, que alimenta los saltos de agua y los arroyos de la ciudad. Y este río, que va luego á regar los naranjos del Sultán, arrastra cadáveres tan á menudo (gracias á las consabidas señoras), que ha habido necesidad de ponerle un enrejado de hierro antes de su llegada á los jardines.

Parece ser que la manera irresistible, tradicional y casi obligatoria, de conquistarse las simpatías de una bella divorciada, es llevarle un pilón de azúcar: no se tiene idea de lo golosas que son las marroquíes.

Por tanto, cuando á la caída de la tarde se ve pasar á un señor misterioso que va rozando las paredes, y que disimula un pilón de azúcar bajo su albornoz, es permitido poner en duda la pureza de sus intenciones.

A primera vista, ¿quién había de creer que una ciudad como Fez había de encerrar intriguillas vulgares de esa naturaleza?

XXVI.

Lunes, 22 de Abril.

Estamos invitados á almorzar en casa del visir de la Guerra, Sidi-Mahomed-ben-el-Arbi.

Ha llovido á torrentes toda la noche, y llueve todavía sobre el penoso desfile de nuestra comitiva, que va, como siempre, á caballo, rozando con las rodillas los muros de las calles, y estrujando contra las puertas á los transeuntes encapuchonados de lana gris. Caminamos durante media hora por el laberinto de callejuelas, escoltados por soldados, y obligados á veces á encorvarnos completamente sobre el cuello de nuestras cabalgaduras, para no tropezar con las bóvedas, demasiado bajas.

Echamos pie á tierra en medio de un gran charco, delante de una estrecha y miserable puerta, que da entrada á la morada del Visir. Los primeros pasillos de la casa, cuyo piso es de azulejos blancos y verdes, formando mosaico, se suceden dando vueltas sobre sí mismos, con objeto de impedir que las miradas curiosas penetren en el interior. Pero al final de ellos hay una puerta más espaciosa, que se abre sobre algo inesperado y magnífico.

Este algo es un patio majestuoso, lleno de pórticos festoneados con relieves realzados de oro y colores. Una extraña y lenta música de templo, tocada y cantada por una orquesta y unos coros invisibles, nos deja suspensos en cuanto pisamos aquel lugar. Hacia nosotros se adelantan unas gentes en trajes teatrales, pisando sobre pulidas losas de mármol.

En los tiempos en que la Alhambra de Granada era un alcázar dorado y viviente, debían pasar por allí, á lo que pienso, escenas como la que en este momento presenciamos. Tal vez aquí, el azul, el rojo y el oro son demasiado vivaces y frescos, porque la casa ¡rara excepción! es nueva; pero el conjunto no por eso deja de armonizar con lo que yo me figuro. Cierto que hemos visto, en los teatros de Europa, fondos y trajes idénticos: el asombro es, que tales cosas existan todavía en la vida real.

El patio forma un cuadro prolongado muy espacioso, y está circundado por altos muros de una blancura inmaculada, que coronan un friso de arabescos azules y rosa, y una fila de tejas vidriadas de verde; en el centro, un surtidor de agua surge de un pilón circular, y se derrama en pequeña cascada, mezclando su ruido cadencioso al de la solemne é invisible música.

Sobre los dos lados más prolongados del cuadrilátero, se extienden á lo largo de las paredes unas marquesinas de madera de cedro, muy salientes; pintadas de un color escarlata brillante, que contrasta fuertemente con la blancura de la cal, están ornadas de grandes rosáceas geométricas, azul y oro, de una complicación inaudita. Estas marquesinas abrigan una serie de puertas ojivales, cuyos huecos están tapados interiormente por cortinas de muselina sujetas con clavos, para que no las mueva el aire, y detrás de estos velos percibimos distintamente el murmullo de las voces de las mujeres que hablan entre ellas por lo bajo, haciendo, sin duda, los comentarios que nuestra presencia les sugiere.

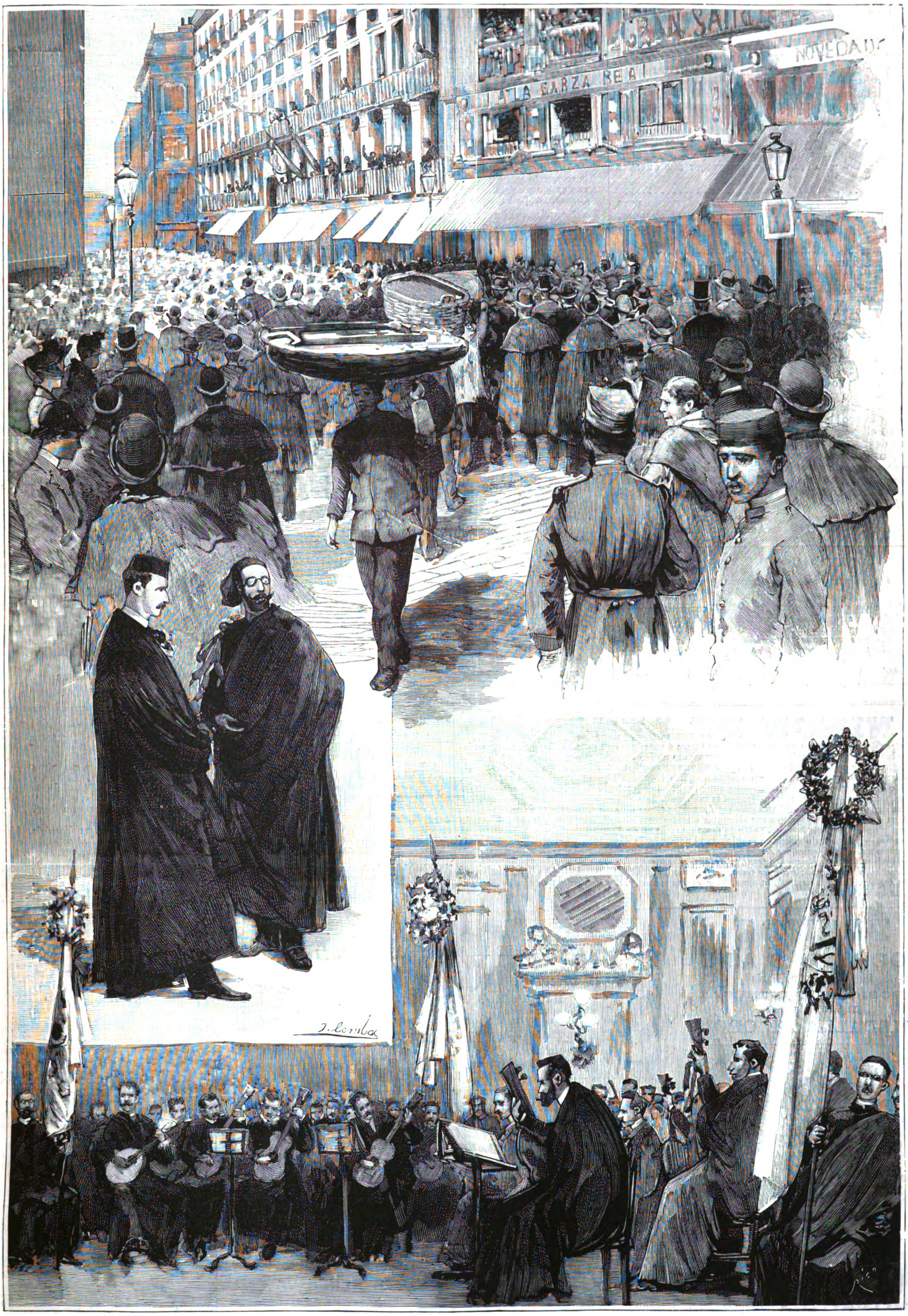
Los otros dos lados del cuadrilátero, que siendo los más pequeños, están, naturalmente, más lejanos entre sí, tienen en el centro puertas monumentales, que son maravillas de dibujo y colorido. La primer cimbra está festoneada de estalactitas de una blancura de nieve, que parecen colgar en racimos, superponerse y entrecruzarse unas con otras, como cristales de escarcha. Encima de este bello motivo de ornamentación, hay una segunda cimbra ojival, realzada de azul, escarlata y oro. Y encima todavía de ésta, un coronamiento indescriptible sube escalonándose en varios pisos, tan alto como el muro: está compuesto de finos arabescos polícromos con toques de oro; diríase una especie de armazón de encajes raros, como los que sabían tejer en estuco rosa los maravillosos alarifes que construyeron el palacio de la Alhambra. Las hojas de estas puertas están enteramente cinceladas, pintadas y doradas, con rosáceas de kaleidoscopo, donde domina el verde metálico, y que parecen colas de pavo real desplegadas.

Estas dos entradas monumentales se hallan frente la una á la otra, á cada extremo del patio, y tienen cortinones de paño, mitad azul y mitad grosella, galoneados de oro. Los cortinones, un poco levantados por su parte inferior, permiten ver el lujo que hay en el interior de tapices, cojines y sederías, lujo habitual á las habitaciones de todos los moros opulentos.

Pero volvamos á los personajes que se adelantan á nosotros para recibirnos. A su frente vienen el Visir de la Guerra, que tiene una cabeza de esfinge egipcia, y los principales jefes del ejército. Detrás de ellos camina numeroso séquito de criados negros de ambos sexos, muy adornados con collares, joyas y grandes anillos. Toda esta gente deslízase, sin hacer el menor ruido (gracias á sus babuchas), sobre el mármol brillante, al son de la música de lento ritmo, acompañada por castañuelas de hierro.

Pasando bajo las estalactitas de la puerta del fondo, penetramos con nuestros huéspedes en un departamento amueblado á la europea, pero que parece una prendería: vense allí camas de columnas, con colgaduras de brocado rosa y azul pavo real; sillones dorados, forrados de telas brochadas, y sobre bandejas de plata colocadas en el suelo, cofrecillos de origen español, llenos de dulces. Las paredes están blanqueadas, y sobre la cal están pintados los indispensables arabescos.

LOS ESTUDIANTES PORTUGUESES EN MADRID.



ESTUDIANTES MADRILEÑOS SALUDANDO Á LOS PORTUGUESES FRENTE AL HOTEL DE ORIENTE.
TIPOS DE ESCOLARES PORTUGUESES.—CONCIERTO DADO POR ÉSTOS EN HONOR DE LOS ESPAÑOLES, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE ALFONSO.
(Apuntes del natural, por Comba.)

palosanto, que nos ha costado cincuenta duros en una almoneda! Vamos, yo no lo puedo resistir, yo me muero, yo no tengo la sangre de horchata, como Carraspera. Tiene usted razón, mi marido es el culpable de todo..... Debió seguirle los pasos, averiguar su historia desde que nació; pero este hombre no sirve para nada, todo el mundo le engaña, y parece que se ha caído de un nido.....

Creí conveniente dar por terminada mi visita, dejando al matrimonio entregado á las reflexiones propias de la circunstancia, y me despedí de Bibiana, recomendándole calma y paciencia, y dándole muchas expresiones para Soledad.

Carraspera me acompañó hasta la puerta.

—Mira—me dijo—ese hombre es un pillo, no le disculpo ni le perdono; pero ¡ojalá hubiera hecho yo lo mismo con Bibiana! Ahora sería yo uno de nuestros primeros poetas, ¿no te parece?.....

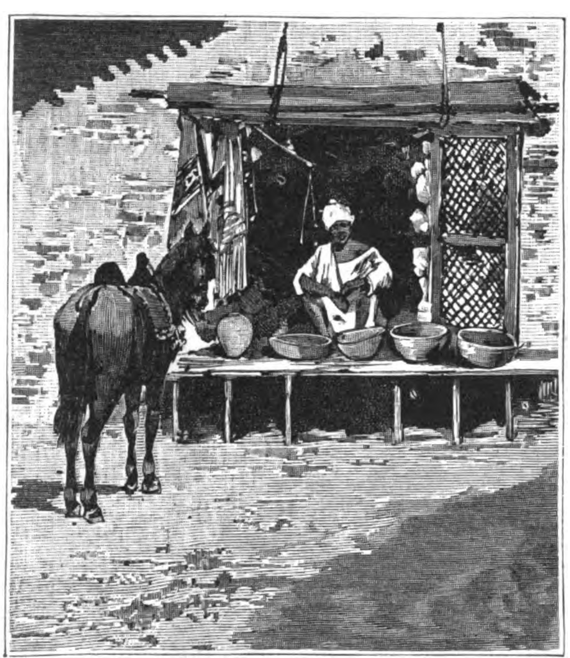
—Oye—le dije, eludiendo la respuesta—tengo una curiosidad. ¿Y el requesón que comprabas el último día que te encontré en la calle?

—¡Ah! no me hables del requesón. Mi mujer no lo olvida, y todos los días, menos hoy, me da tormento preguntándome para quién era el requesón. ¿Tú se lo dijiste?..... Sin malicia lo hiciste, pero me has proporcionado una pesadumbre más sobre las muchas con que me abruma esa mujer.

—Pero, vamos, dime, ¿qué hiciste del requesón?

—Nada, hombre, lo traía á casa, envuelto en un papel demasiado pequeño, y un chico que iba corriendo me tropezó, y el requesón cayó en la acera. ¿Lo había de recoger del barro?..... No, allí quedó, y un perro se lo comió. Yo no lo quise decir en casa, por temor á las reconvenciones de mi mujer. Después la he contado el lance con toda sinceridad; pero no me ha creído. ¡Ah! ¡si yo, cuando iba á casarme, hubiera hecho lo que el novio de Soledad!

CARLOS FRONTAURA.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

Domingo de Pascua, 21 de Abril.

Tiempo luminoso y espléndido, cada vez más cálido; los suaves aromas de los azahares, así como los hedores de animales muertos, impregnan el aire más fuertemente que antes.

En el jardín de la casa habitada por el Ministro de Francia, es verdaderamente deliciosa la permanencia: así es, que diariamente, después de almorzar, nos pasamos allí una porción de horas en contemplación ante el antiguo pabellón, cuyos arabescos están medio borrados por el blanco lechoso de la cal; admirando los copudos naranjos, con sus flores blancas y sus frutos dorados, que se destacan sobre el azul crudo del cielo, y escuchando con una voluptuosa sensación de frescura el rumor del agua, que salta en surtidor del pilón de mármol, salpicando los azulejos del pavimento.

***

Todo el día hemos correteado el bazar, el capitán H. de V. y yo, vestidos de árabes, mezclándonos á las muchedumbres, entre las que á nadie llamamos ya la atención, por la corrección y naturalidad que hemos adquirido.

Empezamos ya á ser prácticos en el bazar, en el dédalo de estas calles cubiertas de cobertizos de caña y de ramas de vid, por donde circulan los compradores envueltos en capuchones blancos, entre las tiendecillas obscuras, en cuyo interior relucen las armas, la seda y el oro.

***

Por la tarde, á la hora santa y crepuscular del Moghreb, traen al mercado de esclavos toda una banda de negritas, recién capturadas en el Sudán, conservando todavía sus peinados engomados, sus plumas y sus collares de vidrio, como se estilan en su país. Unos viejos ricos, á juzgar por sus vestiduras, las examinan, las palpan, les estiran los brazos, les abren la boca, para verles bien la dentadura, como si se tratara de caballerías. Por último, no se encuentra comprador para ellas, y el mercader vuelve á llevarse su melancólico rebaño. Sólo su aspecto y el olor que echan, me recuerdan el Senegal, con todo un mundo de recuerdos muertos.........

....

Sobre el techo de mi casa, á los últimos resplandores del día, contemplo unas grandes nubes de tormenta que poco á poco van invadiendo el cielo, presagiando el fin del buen tiempo. Son de un tinte cobrizo empañado, que anega los millares de azoteas en un tono gris frío, casi azulado.

¡Cuán pronto se me ha hecho familiar esta vista que disfruto desde mi azotea, sobre la ciudad, de la que no sube ningún ruido de carruajes ni de máquinas, ni más rumor que un murmullo confuso de voces humanas, de relinchos de caballos y de telares de seda!

Ya me sé de memoria todas las pequeñas cosas que constituyen la vida, por la tarde, en las alturas de las casas. Conozco á todas mis vecinas, que van apareciendo, unas detrás de otras, por las consabidas puertecillas, formando otras tantas notas vistosas de color sobre la uniformidad gris, hasta la hora crepuscular en que las torres de las mezquitas, techadas de azulejos verdes, se vuelven grises ellas mismas; en que todo se confunde y se extingue. Hay una hermosa dama, que viste generalmente traje azul y amarillo, y que va siempre seguida de una negrita vestida de color de naranja, que la trae una escalerita de mano, de la que se sirve para subirse al techo de al lado, detrás del cual desaparece. ¿Qué irá á hacer allí?

Otra, se encarama sin necesidad de escalera, levantando mucho las rodillas, y se pasa de una casa á otra más alta que la suya, para visitar á sus amigas, que son lo menos una docena, entre negras y blancas. Yo sé dónde están los nidos de cigüeñas; yo conozco hasta á los diferentes gatos de la vecindad, que se hacen visitas como las damas, escalando azoteas y saltando desde su casa á la de enfrente, separadas por una cortísima distancia, que es la anchura de la calle. He llegado, en fin, hasta á conocer esas nubes de pájaros negros con pico amarillo, que se persiguen unos á otros en tanto que dura la luz del día, como hacen en nuestros países los martinetes, describiendo grandes círculos en el espacio.

***

Un *tholba* (escolar), de la mezquita de Karuin, muy amable, y que se interesa con una curiosidad condescendiente por las cosas de Europa, me hace algunas veces compañía en mis paseos por la azotea; pero siendo musulmán, y ciudadano de Fez, se ve precisado á esconderse detrás de los pretiles, para no ser visto de las vecinas. Esta tarde me ha hecho escalar un techo para enseñarme mi calle, que nunca se me había ocurrido contemplar desde lo alto. Como las paredes de las casas se van inclinando hacia adelante á medida que van subiendo en altura, resulta que de una azotea á otra no hay más de veinte centímetros. Es decir, que me sería bien fácil, desde el punto en que estoy colocado, pasarme á la azotea de enfrente para visitar á mis vecinas. La calle, vista desde aquí, no es más que una larga hendidura negra, un pozo por cuyo fondo transitan unos individuos que parecen fantasmas, arrastrando sus babuchas sobre montones de inmundicias. Y, por oposición, en lo alto, todo es luz, trajes vistosos, charla alegre de mujeres, voluptuosidad de abandono, aire libre y espacio.....

***

El *tholba* de que os hablo, es un verdadero estudiante moderno en su manera de comprender la juventud, y en su preocupación constante del placer y de las mujeres. Evidentemente, es una personalidad excepcional entre los *tholbas*. Por él me voy poniendo al corriente de toda la vida galante de este país.

Jamás hubiera podido imaginarme que fuese Fez la ciudad del Africa donde más fácilmente se hace esa vida. Y es que, además de tantos personajes graves y santos, hay aquí un gran número de mercaderes de toda especie: una cierta fiebre de oro, aunque muy diferente de la nuestra, arde en los muros de la antiquísima ciudad. Hay porción de gentes que se han enriquecido demasiado de prisa, por ejemplo, al regreso de una caravana feliz al Sudán, y se apresuran á gozar de la vida y á casarse con varias jóvenes; pero, arruinados al cabo de un año, se divorcian y desaparecen, abandonando á estas mujeres á sus recursos personales. Por consiguiente, Fez está lleno de esposas divorciadas, que viven como pueden. Las más, habitan aisladamente, cada cual en su casa, con la tolerancia de los *kaids* de barrio, y vienen á ser señoras *equívocas* de alta tiara dorada. Otras, que han descendido más, se agrupan bajo el patronato de alguna vieja matrona; pero las casas de estas últimas son centros peligrosos, todos situados encima del *Oued-Fez*, que así se llama el río, subterráneo en casi todo su curso, que alimenta los saltos de agua y los arroyos de la ciudad. Y este río, que va luego á regar los naranjos del Sultán, arrastra cadáveres tan á menudo (gracias á las consabidas señoras), que ha habido necesidad de ponerle un enrejado de hierro antes de su llegada á los jardines.

Parece ser que la manera irresistible, tradicional y casi obligatoria, de conquistarse las simpatías de una bella divorciada, es llevarle un pilón de azúcar: no se tiene idea de lo golosas que son las marroquíes.

Por tanto, cuando á la caída de la tarde se ve pasar á un señor misterioso que va rozando las paredes, y que disimula un pilón de azúcar bajo su albornoz, es permitido poner en duda la pureza de sus intenciones.

A primera vista, ¿quién había de creer que una ciudad como Fez había de encerrar intriguillas vulgares de esa naturaleza?

XXVI.

Lunes, 22 de Abril.

Estamos invitados á almorzar en casa del visir de la Guerra, Sidi-Mahomed-ben-el-Arbi.

Ha llovido á torrentes toda la noche, y llueve todavía sobre el penoso desfile de nuestra comitiva, que va, como siempre, á caballo, rozando con las rodillas los muros de las calles, y estrujando contra las puertas á los transeuntes encapuchonados de lana gris. Caminamos durante media hora por el laberinto de callejuelas, escoltados por soldados, y obligados á veces á encorvarnos completamente sobre el cuello de nuestras cabalgaduras, para no tropezar con los bóvedas, demasiado bajas.

Echamos pie á tierra en medio de un gran charco, delante de una estrecha y miserable puerta, que da entrada á la morada del Visir. Los primeros pasillos de la casa, cuyo piso es de azulejos blancos y verdes, formando mosaico, se suceden dando vueltas sobre sí mismos, con objeto de impedir que las miradas curiosas penetren en el interior. Pero al final de ellos hay una puerta más espaciosa, que se abre sobre algo inesperado y magnífico.

Este algo es un patio majestuoso, lleno de pórticos festoneados con relieves realzados de oro y colores. Una extraña y lenta música de templo, tocada y cantada por una orquesta y unos coros invisibles, nos deja suspensos en cuanto pisamos aquel lugar. Hacia nosotros se adelantan unas gentes en trajes teatrales, pisando sobre pulidas losas de mármol.

En los tiempos en que la Alhambra de Granada era un alcázar dorado y viviente, debían pasar por allí, á lo que pienso, escenas como la que en este momento presenciamos. Tal vez aquí, el azul, el rojo y el oro son demasiado vivaces y frescos, porque la casa ¡rara excepción! es nueva; pero el conjunto no por eso deja de armonizar con lo que yo me figuro. Cierto que hemos visto, en los teatros de Europa, fondos y trajes idénticos: el asombro es, que tales cosas existan todavía en la vida real.

El patio forma un cuadro prolongado muy espacioso, y está circundado por altos muros de una blancura inmaculada, que coronan un friso de arabescos azules y rosa, y una fila de tejas vidriadas de verde; en el centro, un surtidor de agua surge de un pilón circular, y se derrama en pequeña cascada, mezclando su ruido cadencioso al de la solemne é invisible música.

Sobre los dos lados más prolongados del cuadrilátero, se extienden á lo largo de las paredes unas marquesinas de madera de cedro, muy salientes; pintadas de un color escarlata brillante, que contrasta fuertemente con la blancura de la cal, están ornadas de grandes rosáceas geométricas, azul y oro, de una complicación inaudita. Estas marquesinas abrigan una serie de puertas ojivales, cuyos huecos están tapados interiormente por cortinas de muselina sujetas con clavos, para que no las mueva el aire, y detrás de estos velos percibimos distintamente el murmullo de las voces de las mujeres que hablan entre ellas por lo bajo, haciendo, sin duda, los comentarios que nuestra presencia les sugiere.

Los otros dos lados del cuadrilátero, que siendo los más pequeños, están, naturalmente, más lejanos entre sí, tienen en el centro puertas monumentales, que son maravillas de dibujo y colorido. La primer cimbra está festoneada de estalactitas de una blancura de nieve, que parecen colgar en racimos, superponerse y entrecruzarse unas con otras, como cristales de escarcha. Encima de este bello motivo de ornamentación, hay una segunda cimbra ojival, realzada de azul, escarlata y oro. Y encima todavía de ésta, un coronamiento indescriptible sube escalonándose en varios pisos, tan alto como el muro: está compuesto de finos arabescos polícromos con toques de oro; diríase una especie de armazón de encajes raros, como los que sabían tejer en estuco rosa los maravillosos alarifes que construyeron el palacio de la Alhambra. Las hojas de estas puertas están enteramente cinceladas, pintadas y doradas, con rosáceas de kaleidoscopio, donde domina el verde metálico, y que parecen colas de pavo real desplegadas.

Estas dos entradas monumentales se hallan frente la una á la otra, á cada extremo del patio, y tienen cortinones de paño, mitad azul y mitad grosella, galoneados de oro. Los cortinones, un poco levantados por su parte inferior, permiten ver el lujo que hay en el interior de tapices, cojines y sederías, lujo habitual á las habitaciones de todos los moros opulentos.

Pero volvamos á los personajes que se adelantan á nosotros para recibirnos. A su frente vienen el Visir de la Guerra, que tiene una cabeza de esfinge egipcia, y los principales jefes del ejército. Detrás de ellos camina numeroso séquito de criados negros de ambos sexos, muy adornados con collares, joyas y grandes anillos. Toda esta gente deslízase, sin hacer el menor ruido (gracias á sus babuchas), sobre el mármol brillante, al son de la música de lento ritmo, acompañada por castañuelas de hierro.

Pasando bajo las estalactitas de la puerta del fondo, penetramos con nuestros huéspedes en un departamento amueblado á la europea, pero que parece una prendería: vense allí camas de columnas, con colgaduras de brocado rosa y azul pavo real; sillones dorados, forrados de telas brochadas, y sobre bandejas de plata colocadas en el suelo, cofrecillos de origen español, llenos de dulces. Las paredes están blanqueadas, y sobre la cal están pintados los indispensables arabescos.



ESTUDIANTES MADRILEÑOS SALUDANDO Á LOS PORTUGUESES FRENTE AL HOTEL DE ORIENTE.
TIPOS DE ESCOLARES PORTUGUESES.—CONCIERTO DADO POR ÉSTOS EN HONOR DE LOS ESPAÑOLES, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE ALFONSO.
(Apuntes del natural, por Comba.)

ratas del foso, que durante la soledad de la noche acudían á vengar en mí las cencerradas con que yo las atemorizaba durante el día.

. . . .

¡No puedo más! ¡Me muero! Estoy en un establecimiento balneario donde millares de enfermos acuden á curar sus dolencias y á agravar las mías. Los que padecen del estómago parece como si se consolaran con mis alaridos; los hepáticos alivian, á no dudar, su hígado, haciéndome echar los míos; los anémicos sienten hervir su sangre vertiendo la mía, y estas prodigiosas aguas que encierran remedio para tantas y tan diversas enfermedades, sólo han conseguido ennegrecer mis cuerdas metálicas.....

. . . .

¡Me muero decididamente! Mis tablas servirán para construir mi ataúd, y descansaré en él para siempre, que harto lo necesito tras la aporreada vida que he pasado.

. . . .

—¿Y qué vamos á hacer con este trasto, por el que nadie dará dos pesetas?

—Hombre, no es cosa de echarlo á la lumbre.

—Entonces.....

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Sacarle todas las *tripas;* se le hacen unos agujeros en la tapa, y puede servirnos á modo de alhacena para guardar los fiambres.

. . . .

¡Dios mío! ¡Yo que tenía formada tan buena opinión del propietario del establecimiento!

¡Convertirme en fresquera!

¡Estoy fresco! ¡A lo que han venido á parar mis voces y mi elegante forma de media cola!

Muy desgraciado he sido; pero me consuela en este supremo instante el considerar que aun hubiese apurado mayores sufrimientos á nacer, como otros, piano de manubrio.

¡Sobre todo en aquella endiablada *pension de demoiselles!*.....

Por la copia:

ANGEL DEL PALACIO.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Legislación española: Código civil, comentado y concordado con arreglo á la nueva edición oficial, por *Q. Mucius Scævola*, abogado del ilustre Colegio de Madrid. El tomo III de esta obra comprende: *Paternidad y filiación; Alimentos entre parientes; Patria potestad; Adopción* y *Ausencia*. Forma un volumen de 581 páginas en 8.º mayor, y se vende á 5 pesetas en Madrid y 5,50 en provincias. Diríjanse los pedidos á don Luis Martínez (Correo, 4, tercero).

Registro-matrícula de caballos de pura sangre, nacidos ó importados en España *(Stud book* español) publicado por la Comisión correspondiente, según lo dispuesto en el Reglamento aprobado por Real orden del Ministerio de Fomento de 28 de Abril de 1884. (Tomo III, 1888 y 89). El Sr. Duque de Fernán-Núñez, presidente de dicho *Registro-matrícula*, se ha dignado remitirnos este libro, que forma un volumen de 252 páginas en 4.º—Madrid, 1890.

Parnaso Venezolano: Don Francisco G. Pardo. Es el tomo XI de la serie que publican los Sres. Bethencourt é Hijos, de Curazao, merecedores de sinceros plácemes por su constancia, laboriosidad y buen gusto. Contiene ese tomo las mejores poesías del ilustre vate venezolano Francisco Pardo, autor de las célebres odas *Á la libertad del mundo* y *Alma Mater, El poder de la idea* y *Á Caracas*. Ilustran el folleto un buen retrato y la biografía del autor, escrita por nuestro antiguo amigo y colaborador de este periódico D. Julio Calcaño. Curazao, A. Bethencourt é Hijos, editores.

La España moderna, revista hispano-americana. El tomo XV, correspondiente á Marzo próximo pasado, contiene: *Travesura pontificia*, cuento, por D.ª Emilia Pardo Bazán; *La Democracia en Europa y América*, por D. A. Cánovas del Castilo; *Cosas de antaño*, por D. Juan E. Delmas; *Conversaciones militares*, por D. Juan Lapoulide; *El Arte en España*, por Federico Leighton; *El Primer amor*, por Teodoro de Bauville; *Dos sonetos*, por D. Angel María Dacarrete; *Notas bibliográficas*, por la Sra. Pardo Bazán y D. J. Valera; y otros interesantes artículos. Director propietario, D. J. Lázaro; oficinas y administración, Madrid (Serrano, 68).

Discursos leídos ante la Real Academia de Medicina en la recepción pública del académico electo Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín Olmedilla y Puig, el día 23 de Marzo de 1890. El tema del discurso del Sr. Olmedilla es: «Consideraciones histórico-críticas acerca de la ciencia de los medicamentos en el siglo XVII, con relación á la época actual», y el del sabio académico numerario D. Gabriel de la Puerta, en contestación al de aquél, es digno de la profunda erudición de su autor. Madrid, 1890.

La Honrada, novela de costumbres contemporáneas, por D. Jacinto Octavio Picón; ilustración de los Sres. Pellicer y Cuchy.—Un volumen de 352 páginas con profusión de grabados á pluma y al agua-tinta. La acreditada casa editorial de Barcelona, Henrich y Compañía (sucesores de Ramírez y Compañía) acaba de publicar con el título que encabeza estas líneas, y formando un volumen elegantemente impreso, una interesantísima novela del distinguido escritor D. Jacinto Octavio Picón.

El tomo es el tercero de la colección *Novelistas Contemporáneos*, que con tanto éxito está publicando la referida casa; y sin perjuicio de ocuparnos en dicha obra con la detención que merece, la recomendamos á nuestros lectores por el interés palpitante de la narración, por la delicadeza y profundidad en el estudio de los caracteres y de las más patéticas situaciones. La ilustración, como debida á los Sres. Pellicer y Cuchy, es notable, é impresa con limpieza y gusto: en suma, una obra excelente, así por su mérito artístico y literario, como por sus condiciones tipográficas. Véndese, á 4 pesetas en rústica y á 5 pesetas encuadernado. Diríjanse los pedidos á la Casa editorial, Barcelona (Paseo de Escudillers, 4).

Conferencias culinarias, por D. Angel Muro. Éstas, publicadas antes en un periódico político de Madrid, han ganado ya popular fama. Cómprenlas nuestros lectores (el primer cuaderno, *Abril*, único publicado hasta ahora), y quedarán contentos después de leerlas. Véndese, á una peseta, en las buenas librerías, y en casa de su autor, Madrid (plaza de Santa Ana, 17, segundo).

Centro gallego (Sociedad de instrucción, recreo y asistencia sanitaria, de la Habana): *Memoria* que la Junta directiva presenta á los señores socios en 9 de Febrero de 1890. (Décimo aniversario.) Fírmanla el presidente de la Sociedad, D. Fidel Villasuso Espiñeira, y el secretario de la misma, D. Ramón Aranda Tejeiro. Habana, *La Propaganda Literaria* (Zulueta, 28).

V.

AL

BON MARCHÉ

NOVEDADES

CASA ARISTIDE BOUCICAUT

PARÍS — PARÍS

Almacenes de Novedades, que reunen en todos sus artículos el surtido más completo, más rico y más elegante.

Tenemos el honor de informar á las señoras, que nuestro Catálogo de Novedades de la Estación acaba de publicarse, y que es remitido **franco** á cuantas personas nos lo piden.

En razón al desarrollo constante de nuestros negocios, nuestros surtidos son muy considerables, y podemos afirmar que ofrecemos ventajas indiscutibles, tanto desde el punto de vista de la calidad, como de la baratura de todas nuestras mercancías.

Independientemente de nuestro Catálogo de Estación, que contiene una mención de nuestras principales novedades, tenemos á la disposición de las señoras:

Muestras variadas de todos nuestros tejidos en *Sederías, Lanas, Paños, Telas nuevas, Tejidos estampados, Encajes, Cintas, Alfombras* y *Telas para revestir muebles*.

Igualmente tenemos albums, descripciones y reproducciones de todos nuestros modelos de *Confecciones, Vestidos para señoras y niñas, Trajes para caballeros y jovencitos, Modas y sombreros, Corsés, Enaguas, Faldas, Peinadores, Equipos de novia y canastillas, Ropa blanca, Géneros de punto, Camisería, Pañuelos, Paraguas y sombrillas, Guantes, Corbatas, Plumas y flores, Calzado para caballeros, señoras y niños, Ropas de cama, Colchas, Artículos de viaje, Artículos de París, Tapicería, Muebles*, etc.

Todos los pedidos que alcancen á un valor de 25 francos, son expedidos contra reembolso, *francos de porte*, hasta la frontera francesa. Los pedidos de un valor de 25 francos en adelante, enteramente pagados por adelantado, y que puedan ser enviados por el servicio de *paquetes postales*, son expedidos *francos de porte* hasta su destino á todas las localidades á que alcance dicho servicio, en un paquete postal por cada 25 francos. Los paquetes postales no pueden pesar más de 3 kilogramos, ni exceder de una dimensión de 60 centímetros, y un volumen de 20 decímetros cúbicos.—Los derechos de Aduanas son á cargo de nuestros clientes.

Diríjanse las cartas «**AU BON MARCHE**», Maison ARISTIDE BOUCICAUT, PARÍS.—Dirección telegráfica, «**Maison BOUCICAUT, Paris**».

La casa del BON MARCHÉ no tiene sucursal ni representante en Francia ni en el Extranjero, y ruega á sus clientes que desconfíen de los comerciantes que se sirven de su título para establecer una confusión. El principio invariable de la casa del BON MARCHÉ es venderlo todo con corto beneficio, y enteramente de confianza. Este principio, que ha sido siempre lealmente aplicado, le ha valido un éxito no interrumpido, y sin precedente.

La casa del BON MARCHÉ ha obtenido en la Exposición Universal de 1889,
DOS GRANDES PREMIOS—TRES MEDALLAS DE ORO—TRES MEDALLAS DE PLATA

ESTUDIOS FOTOGRÁFICOS

DEL NATURAL (MODELOS DE HOMBRES Y MUJERES)

Envío de pruebas contra 12 frs. en sellos. Catálogo gratis. A. Dieckmann, Budapest V. (Hungría)

PARIS



GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrándo los nuevos modelos para la **ESTACION de VERANO**, á quien lo pida á

MM. JULES JALUZOT & Cie

PARIS

Se remiten igualmente, libres de franqueo, las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Paises del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas*.

Casas de Reexpedicion:

En **Madrid** : *Plaza del Angel, 12* — entlo-dcha — **Irún** — **Port-Bou** **Hendaye** — **Cerbère.**

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

VINO DE BUGEAUD

TONICO-NUTRITIVO CON QUINA Y CACAO

Cura Anemia, Clorosis, Fiebres, Males de Estómago, Convalecencias,
reconstituye la sangre, repara las fuerzas, despierta el apetito, falicita la digestión, conviene en una palabra á todos los temperamentos débiles ó fatigados.

EL **VINO DE BUGEAUD** SE HALLA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA

por BLANCHE DE MIREBOURG

40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumoria escojida.

Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confíen sus órdenes.

Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.

Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rapidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

ESTABLECIMIENTO DE CRÍA Y VENTA DE PERROS DE RAZA

ARTHUR SEYFARTH, KOESTRITZ (ALEMANIA)

ESPECIALIDADES

La colección más selecta y considerable de perros de **Lujo**, de **Salón**, de **Sport**, **Mastines**. **Dogos**, de **San Bernardo**, de **Terranova**, **Bull-Terriers**, de **Raza**, **Gigantes alemanes**, de **Aguas**, **Busquillos**, de **Caza**, **Cazadores de zorras** (**Fox-hounds**), **Galgos**,



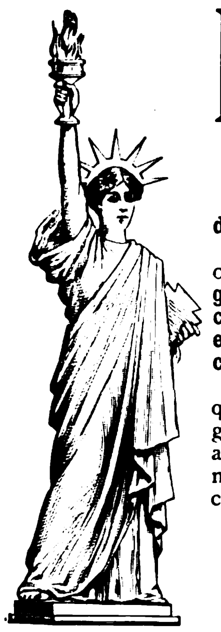
Ratoneros, **Doggers**, **Zarceros**, **Hocico de mono**, etc.

Premiados con las más altas recompensas en las Exposiciones, y renombrados y conocidos en todo el mundo. Se garantizan.

Catálogo, franco.—Album, 50 céntimos.

EXPORTACION Á TODOS LOS PAISES DEL GLOBO

Dirigirse á ARTHUR SEYFARTH, KOESTRITZ (Alemania)



Bálsamo de FERNOLINE

Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo, y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos; de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos; hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores en el extranjero para curar los dolores que notan muchos enfermos en **el cuello, pecho y espalda**, pues, gracias á la **volatibilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel se absorbe en cantidad variable, según la superficie de aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA

VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA—BARCELONA

SUCURSAL EN MADRID: Claudio Coello, 26, segundo.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

AGUA DIVINA

llamada

AGUA de SALUD

E. COUDRAY

Preconizada

PARA EL TOCADOR

Conserva constantemente la **FRESCURA** de la **JUVENTUD** y preserva de la **PESTE** y del **COLERA MORBO**.

DIENTES BLANCOS

Higiene de la Boca



EL AGUA DE BOTOT

Conserva los Dientes, Fortalece las Encías, Refresca la Boca.

Exíjase siempre la Verdadera *Agua de Botot*

DEPÓSITO GENERAL: 17, Rue de la Paix, PARIS

ANTIGUAMENTE: 229, Rue Saint-Honoré.

DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

Pídase tambien el Vinagre de Tocador, marca Botot, *superior como primor y perfume.*

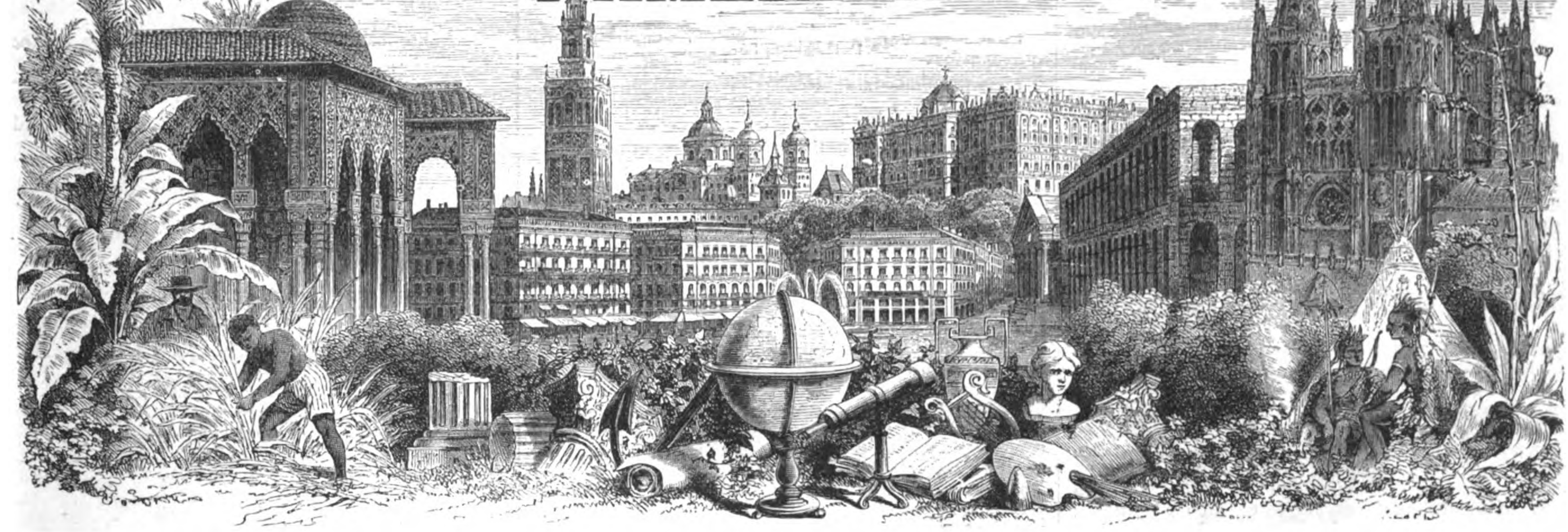
LA PATE EPILATOIRE DUSSER

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito**, de altas recompensas en las Exposiciones los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como, el marmol.— **DUSSER**, inventor, 1, **RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerias*).

En Madrid : MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona : VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero..........	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XV.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Abril de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas..	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia.......................	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

SUMARIO.

TEXTO.

GRABADOS.

MADRID.—TEATRO DE LA COMEDIA.



ELEONORA DUSE,

PRIMERA ACTRIZ DE LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA ITALIANA.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Los estudiantes de Farmacia de Madrid han hecho manifestaciones públicas en estos días, protestando contra los abusos que, según ellos, cometen las boticas militares expendiendo medicamentos, no sólo á las clases del ejército para quienes se crearon dichos establecimientos, sino á muchas otras gentes que no tienen derecho á aquellos beneficios. Que existe el abuso, parécenos indudable, y en ese concepto tienen razón los estudiantes de Farmacia. Si bajo la sombra de la milicia se cobijan los paisanos para disfrutar de privilegios que no les corresponden, claro es que no podrán competir con las boticas que no pagan contribución industrial las que la satisfacen, y unas medrarán al amparo del privilegio, y otras se arruinarán cumpliendo con la ley. Algo hay que hacer para evitar la desigualdad injusta que existe entre las clases civiles que cometen el abuso de surtirse en farmacias militares, y las que no tienen esa ganga por falta de relaciones ó por repugnancia á los actos ilegales.

Pero los estudiantes y farmacéuticos, al hacer su manifestación pública y no protestar por el conducto oficial ante quien correspondía en derecho el día que salieron á la calle en protesta personal y colectiva, acudieron al tribunal del público, para que éste se enterase de sus quejas y les diera su apoyo moral. El vecindario les concedió su simpatía en lo que tenían de legítimas: no hay derecho para que las boticas militares vendan remedios á las clases civiles que tienen amigos en el ejército, y todo lo que tienda á evitarlo será justo, no dando ocasión á otras injusticias.

Y sin embargo, el público se manifestó reservado, como si en esos derechos de clase que se invocan y reconoce hubiese algo que no le entusiasmase. A nuestro juicio es lo siguiente. Para que el abuso haya tomado proporciones que alarmen á los farmacéuticos, la parte de público que busca amistades y recomendaciones para surtirse en esas farmacias exentas, tiene que encontrar en ellas, al par de la confianza que han de inspirar esos establecimientos en donde se quiere comprar la salud, grandísima economía que compense las molestias de pedir favores. ¿Es cierto que la diferencia entre los precios de las farmacias militares y civiles es tan enorme que no se justifica con la diferencia de los gastos que unas y otras exigen? ¿No hay competencia inútil y excesiva de lujo en esos establecimientos que tiene que costear el vecindario, lujo que se paga con las recetas? ¿No hay diferencias también enormes entre ciertas drogas, que se adquieren á precios inconcebiblemente diversos, en la droguería y en la farmacia? ¿No hay, en fin, abuso en la ganancia racional que calculando el precio de los ingredientes deberían tener los honorarios de laboratorio?

Si los estudiantes de Farmacia hubieran planteado una cuestión técnica, protestando contra la capacidad científica de los encargados de las boticas militares, nos callaríamos los profanos; pero se trata sólo de una cuestión legal en que tienen razón, y otra mercantil que á todos interesa: no podemos menos de oponer en ésta nuestros egoísmos de consumidores á sus privilegios de clase, y puesto que al público recurren, decirles con franqueza lo que el público murmura.

El farmacéutico es comerciante en segundo término y con un carácter privado: ante todo para el público es un hombre de ciencia y un funcionario en quien confía, para la conservación de la vida. La juventud que hoy reclama esos derechos que le corresponden, debe, al mismo tiempo, dar pruebas de generosidad y de civismo, para captarse las simpatías generales, demostrando de algún modo que se interesa por el público que recurrirá á ella en el momento triste de perder la salud, y que el enfermo no es un elemento de ganancias, sino la humanidad que sufre. Y no es que neguemos á los interesados el derecho de protesta, sino que les expongamos los medios de captarse mejor la consideración y el apoyo de las gentes.

***

El proceso del Conde de Benomar, representante que fué de España en la corte de Berlín, que había terminado por un indulto en vez de concluir en una absolución ó una sentencia, ha dado ocasión á un debate parlamentario, sostenido por los Sres. D. Francisco Silvela, que fué el abogado del Conde, y D. Antonio Cánovas del Castillo, en dos notables discursos. No terciaremos en este asunto ya terminado con el desistimiento del Gobierno. Bástenos contribuir á divulgar un hecho principal: que de las explicaciones dadas, en la prensa y en el Parlamento, ha resultado en toda su integridad la honra y consideración del Conde de Benomar.

***

Las obras que han de componer la próxima Exposición Nacional de Bellas Artes se hallan ya depositadas en el edificio destinado á ese objeto en las cercanías del Hipódromo. El Jurado elegido por los artistas se ocupa en eliminar las que no deben ser admitidas, y distribuir y colocar las estatuas y los cuadros. El número de éstos es más considerable que en la última Exposición. El Jurado ha quedado constituído en esta forma:

Presidente de nombramiento oficial: el director de Instrucción Pública, D. Vicente Santamaría de Paredes.

Secretario: D. Celestino Pujol y Camps.

Vocales: D. Manuel Domínguez, D. Alejandro Ferrant, D. Germán Hernández, D. Casto Plasencia, D. Serafín Martínez del Rincón, D. Aureliano de Beruete, Marqués de Cubas, D. Eugenio Duque, D. Manuel Fuxá, D. José Esteban Lozano, D. Juan Vancell, D. Miguel Aguado de la Sierra, D. Ramiro Amador de los Ríos y D. Enrique Repullés.

La curiosidad está excitada como en todos los certámenes anteriores; pero no adelantaremos noticias, ni mucho menos juicios prematuros de lo que no corresponde á esta sección ni á nuestra incompetencia.

***

Los cronistas de periódicos somos los auxiliares del historiador, y el libro que retrata á los contemporáneos ilustres pertenece á nuestro arte y contribuye á nuestro objeto. *Los Oradores políticos*, que acaba de publicar el diputado D. Miguel Moya en un lindo volumen con veinte retratos fotograbados, si hoy tiene el interés de actualidad por ser los personajes á quienes retrata los que más bullen en la política, á medida que el tiempo pase adquirirá mayor importancia, porque muchos de esos hombres pasarán á la historia. No hay encanto igual al de leer las relaciones de los sucesos famosos contadas por aquellos que los conocieron y trataron. Y, á nuestro juicio, el principal placer que el libro del Sr. Moya proporciona, es el de notarse en sus páginas que todos los apuntes se han tomado del natural y en el salón mismo de sesiones, teniendo á la vista al protagonista, oyendo sus dircursos y viéndole bullir entre los grupos, ó formarlos en derredor de su persona. El documento humano, tan discutible en la novela, es el alma de la historia. Comprende este chispeante libro (1) las semblanzas y retratos de los Sres. Cánovas del Castillo, Castelar, Sagasta, Martos, Silvela (D. Francisco), López Domínguez, Alonso Martínez, Azcárate, Pidal, Moret, Gamazo, Pí y Margall, Montero Ríos, Salmerón, Martínez Campos, Labra, el Marqués de la Habana, Moyano, Ruiz Zorrilla y Romero Robledo. Tienen una gran cualidad los retratos, la de no deprimirse en ellos al adversario ni pertenecer á la odiosa clase de los que niegan méritos, capacidad y servicios al que no es de su secta; pero el Sr. Moya es político, y no se puede dejar de advertir en sus páginas que estima, aplaude y considera principalmente á sus correligionarios: son más probos, más profundos, están más en lo real y positivo; pero esto no lo trasluce el vulgo, sino que resulta entre líneas en aquel libro discreto y fino, salpicado de anécdotas, ligero, animado é ingenioso, y escrito al vuelo con ingenuidad encantadora.

***

Hemos leído en los periódicos una noticia curiosa que, sea ó no exacta, ofrece un caso nuevo que añadir á los problemas de la propiedad artística. Dícese que la Patti ha llevado ante los tribunales al poseedor de un fonógrafo, pidiéndole una indemnización por haber estereotipado algunas de sus arias, y especulado haciendo repetir al fonógrafo sus trinos. ¿Tiene la Patti derecho á impedir que otro se apodere de los sonidos que lanza al espacio, ó á pedir parte en las ganancias del dueño del fonógrafo? En primer lugar, la Patti no hace sino repetir en sus cantos lo que escribieron los maestros; en segundo, al cantar ante el público no es sólo su voz lo que constituye su personalidad y su talento, sino la figura, el traje, los gestos y ademanes; de todo lo cual, el fonógrafo sólo la roba una parte, aunque sea principal; en tercer lugar, no hay ejemplo de que ningún artista haya convertido en dinero y explotado tanto como la Patti sus efímeros gorjeos. Y si cantó lo que escribieron los maestros, y ese canto le fué espléndidamente pagado, y quedó concluído, al terminar en la función sus últimos alientos, y tan fuera de su dominio que, aun cuando quisiera, no podría repetirlo exactamente, ¿qué propiedad es esa que no admite registros, ni se le usurpa íntegramente, y se le pagó para una función determinada, fuera de la cual la Patti tendría que cantar según las circunstancias de otro estado nervioso diferente? ¿Qué propiedad es esa en que el fenómeno de cantar mejor ó peor se produce, no sólo por la habilidad del artista, sino por la impresión que en éste ejerce el público ante quien canta? ¿Y la melodía del autor? ¿Hay propiedad tan absoluta que impida á otros utilizarla en lo que no aproyecha al dueño? ¿Acaso el dueño de un edificio tiene el derecho de impedir á los demás la sombra que proyecta? La misma Patti, ¿tiene derecho á impedir que los vecinos del teatro oigan los ecos de su voz que salen por las claravoyas, y aun especulen alquilando á otros sus moradas para disfrutar de lo que llega á ellos naturalmente?

Pero la naturaleza de esa propiedad puede hacer que sea lesionada, si se vulgariza hasta el menosprecio, y en ese caso tiene la Patti el derecho á ser indemnizada en justicia, participando, por supuesto, el autor de la música del mismo privilegio, y con preferencia, como creador.

Esto que hoy parece extraño, tendrá gran importancia el día, no muy remoto, en que los organillos no toquen, sino canten con las voces de los artistas más famosos, ó reproduzcan los sonidos de las grandes orquestas y de los instrumentistas eminentes.

***

El 24 del corriente empezará á publicarse en Barcelona un periódico satírico, titulado *La Chispa*, ilustrado con profusión de caricaturas y destinado á la defensa y acatamiento de nuestra religión. Así se nos anuncia en una circular de la librería de Monserrat, Jaime I, número 13, en Barcelona, rogándonos que insertemos las líneas anteriores, lo que hacemos con gusto.

La verdad es que tenemos curiosidad de ver cómo se acata y defiende la religión por el procedimiento de la caricatura.

***

Diálogo histórico que nos ha referido un artista:

—¿Tan grande es el cuadro que traes á la Exposición?

—Como que le tuve que meter en dos cajones.

—Comprendo: un cajón para las figuras y otro para el fondo.

—¿Trabajas mucho?—pregunta un arquitecto á otro.

—Sólo tengo un encargo.

—Feliz tú.

—Sí: mi niña me ha encargado que la haga una casa de muñecas.

En una reunión de clases pasivas.

—Nosotros también somos víctimas de esta sociedad egoísta. ¿Nos adherimos á la huelga?

—¡Sí, sí! Nos adherimos.

Y se acordó por unanimidad una huelga de cesantes.

—¿Qué presentas en la Exposición? ¿Algún paisaje?

—Esta vez pico más alto.

—¡Ya! ¿Te has lanzado á la Historia?

—Más aún. He pintado un asunto prehistórico.

José Fernández Bremón.

(1) Sáenz de Jubera, hermanos, editores. Campomanes, 10, Madrid. El ejemplar cinco pesetas.

NUESTROS GRABADOS.

RETRATO DE ELEONORA DUSE, PRIMERA ACTRIZ DE LA COMPAÑÍA ITALIANA que actua en el teatro de la Comedia, de Madrid. —(Véase el artículo *Los Teatros*, pág. 243.)

***

BERLÍN.

Una sesión de la Conferencia internacional obrera.

Ovación popular al Príncipe de Bismarck, á su salida para Friedrichsruhe.

El día 15 de Marzo próximo pasado se celebró en Berlín la primera sesión de la Conferencia internacional de protección á los trabajadores, en el palacio del Canciller alemán, sala del Congreso; asistieron los delegados de todas las naciones invitadas á tomar parte en la Conferencia, presidiendo el ministro Von Verlepsch; nombráronse tres comisiones: una para la magna cuestión del trabajo de los mineros, resultando elegido presidente M. Hanchecorn, consejero del departamento prusiano de Minas; otra para la del descanso dominical, que nombró presidente á monseñor Kopp, príncipe-obispo de Breslau, delegado alemán y como prelado católico representante del Papa; otra para la del trabajo de las mujeres, de los niños y de los adolescentes, cuya presidencia se confirió por unanimidad al ilustre ex ministro Julio Simón, delegado del Gobierno francés.

Parece efectivamente cierto que Su Santidad León XIII otorgó su representación oficial en la Conferencia al mencionado Príncipe-Obispo de Breslau: al decir de autorizados periódicos alemanes, el Emperador dirigió al Papa, á principio de Marzo, una carta autógrafa, participándole el nombramiento de monseñor Kopp como uno de los delegados de Alemania, y manifestándole que contaba con el apoyo de Su Santidad y del clero católico para la solución de las cuestiones sociales; y si bien el Papa contestó á Guillermo II que dicha solución no puede encontrarse sino en la aplicación de las doctrinas del Cristianismo, caridad en los poderosos y mansedumbre y resignación en los humildes, el obispo Kopp distribuyó entre sus colegas, en la sesión del lunes 24, un escrito en latín, autorizado por el cardenal Rampolla, secretario de Estado de Su Santidad, en el que se declaraba que León XIII concedía suma importancia á la Conferencia, la cual podría contribuir en gran manera á aliviar la ingrata suerte de las clases trabajadoras.

Las sesiones se han celebrado (menos los días festivos) hasta el 29 de Marzo, discutiendo y aprobándose cinco reglamentos importantísimos acerca del trabajo de los mineros, de los niños, de las mujeres y de los adolescentes, y sobre el descanso dominical; y «todo esto se ha hecho en tan breve período de tiempo (ha escrito Julio Simón en carta dirigida á *Le Temps*, cuya lectura sería muy conveniente á nuestros oradores parlamentarios), trabajándose mucho y bien, porque cada uno de los delegados expresaba sencillamente su opinión, sin discursos pretenciosos y sin largos debates.»

En una de las últimas sesiones, discutiéndose sobre los medios de prevenir las huelgas de mineros y de atenuar sus consecuencias, el delegado inglés propuso á la Conferencia que se invitase á los Gobiernos á aceptar el sistema usado hace veinticinco años en la cuenca carbonífera del distrito de Northumberland, y el cual consiste en que los trabajadores, por medio de representantes que eligen cada tres meses, conferencien con los propietarios acerca de su jornal y del precio de los carbones, fijando uno y otro; y la propuesta del delegado británico fué aceptada por unanimidad.

En la última sesión, el ministro Von Verlepsch pronunció el discurso de clausura, dando gracias, en nombre del Emperador, á los representantes de las naciones, por su cooperación, y haciendo constar con satisfacción los resultados de la Conferencia, «los cuales (dijo) son una noble afirmación de los propósitos de proteger á los trabajadores, y cada uno de los Gobiernos tiene la facultad de sancionarlos y aplicarlos, según las condiciones especiales del país»; y concluyó pidiendo la bendición del cielo para que se centuplicasen los buenos efectos de la Conferencia.

En el banquete de despedida que más tarde celebraron los delegados, el obispo Kopp, después del brindis oficial, brindó por el representante de Francia, Julio Simón, «quien (dijo el prelado católico) desde su juventud ha trabajado con noble esfuerzo para mejorar las condiciones de las clases proletarias»; y el ilustre filósofo deísta, agradeciendo fervorosamente las honrosas frases con que le distinguía un príncipe de la Iglesia, brindó «por la humana actividad de la Iglesia, en todos los siglos, en beneficio de los desgraciados que sufren.»

En nuestro primer grabado de la pág. 244 (reproducido de un dibujo del natural que publica el periódico *Illustrirte Zeitung*) damos una vista de la sala del Congreso, en el palacio del Canciller alemán, en el acto de celebrarse una sesión de la Conferencia.

Tres ovaciones populares han sido tributadas al Príncipe de Bismarck, desde que fué del dominio público su dimisión del alto cargo de Canciller del Imperio en Alemania.

La primera aconteció el día 26 de Marzo próximo pasado: á las diez de la mañana dirigíase el ex canciller, en carruaje, al palacio Real de Berlín, para despedirse del Emperador; muchedumbre innumerable, que esperaba en *Wilhelmstrasse* y en *Unter den Linden*, le acogió con estruendosos aplausos y vítores, agitando sombreros y pañuelos; á su salida del palacio, aumentado el gentío hasta interrumpir la circulación por aquellas anchas avenidas, prorrumpió en un ¡*Hock!* inmenso, tres veces repetido, que volvió á resonar con más fuerza cuando, al pasar el carruaje por el puente inmediato al palacio, cayó á tierra uno

de los caballos, sin duda espantado por los vivas populares, y hubo de apearse el ilustre estadista.

La segunda ovación se le tributó el 29, al salir de Berlín para su residencia de Friedrichsruhe.

Cerca de la seis de la tarde llegó á la estación de Lehrt, en un modesto *cabriolet*, y precedido de dos *schutzleute* ó guardias á caballo; vestía uniforme de coraceros, con gorra militar, y le acompañaba un joven ayudante; esperábanle en la estación numerosos personajes, entre otros M. Von Wedell, ministro de la Casa Real, y M. Von Bœtticher, ministro del Interior, y varios generales, diputados y altos funcionarios del Estado; prestaba guardia en la misma estación una compañía de coraceros con bandera y música, para rendir al ex canciller los honores debidos.

El camino de la estación estaba cubierto por multitud inmensa, que vitoreaba con entusiasmo y seguía detrás del carruaje; permitióse la entrada al público en el edificio, y ocurrieron escenas conmovedoras: «Jamás hemos visto (escribe un periódico de Berlín) tanto entusiasmo; las señoras arrojaban flores al coche-salón del Príncipe; los hombres levantaban sus sombreros y bastones, entonando canciones patrióticas; las personas que estaban más lejos repetían los vivas con estentóreas voces, y muchas gritaban *¡Hasta la vista! ¡Volved pronto!* Cuando el tren se puso en movimiento, después de diez y siete minutos de retraso, el Príncipe, de pie en una portezuela del coche, saludó á la muchedumbre militarmente y muy conmovido.

Nuestro segundo grabado de la pág. 244 (también reproducido de un dibujo del natural publicado por *Illustrirte Zeitung*) representa la ovación popular tributada al ex canciller en el camino de la estación.

El día 1.º del actual, 75.º aniversario del nacimiento de Bismarck, se repitieron estas manifestaciones de popular entusiasmo, en Friedrichsruhe; y en una reunión de patriotas que se celebró el mismo día en Berlín, acordóse la erección de un monumento en honor del Príncipe, en una plaza de la capital y por suscrición nacional.

***

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES, DE 1890.

Los preparativos en el Palacio de Bellas Artes.

El día 15 del mes actual fué el último de la prórroga que concedió el Ministerio de Fomento para la entrega de obras artísticas en el Palacio de la Industria y de las Artes de esta corte, con destino á la Exposición Nacional de 1890; el 16 se procedió por los expositores á la votación de Jurados, con arreglo al artículo 14 del Reglamento; en la tarde del mismo día 16 se dió principio al escrutinio, que duró hasta las doce y media de la tarde del 17.

A estos preliminares de la Exposición Nacional de Bellas Artes, que se ha de inaugurar el 1.º de Mayo próximo venidero, se refiere nuestro grabado de la pág. 245, hecho sobre dibujo del natural, del Sr. Comba, quien nos ha favorecido además con muy curiosos apuntes, como testigo presencial, de los diversos episodios representados en su composición.

Precisamente el día 15, último de la prórroga, fué tempestuoso y frío, sobre todo en las alturas donde está situado el Palacio de Bellas Artes; cada vez que el anciano portero abría la puerta para dar paso á los portadores de obras, el viento, empujando con violencia, les hacía vacilar y arrancaba las telas que cubrían los cuadros; excitábase entonces la curiosidad de los artistas presentes en la sala, y acercábanse presurosos á aquéllos, desafiando al viento y al frío, para ver el asunto de las obras.

Esta curiosidad, tan disculpable en artistas que se disponen á combatir en buena lid, era más grande que las más escrupulosas precauciones: sucedió, por ejemplo, que una lindísima pintora se presentó en el salón, llevando un cuadrito apoyado en la cadera, y hacia abajo, con objeto de librarle de miradas indiscretas; y á pesar de tantas precauciones, hubo algún joven que se inclinó al lado de la pintora, sombrero en mano, y casi hasta arrodillarse, y vió el cuadrito y discutió luego acerca de la factura y entonación de la obra.

Tales son los dos episodios representados en los primeros apuntes de nuestro grabado, figurando al par de éstos una vista de la sala donde eran depositados los cuadros ya admitidos.

La admisión de las obras artísticas está consignada en otra viñeta del dibujo: recibíanlas los Sres. Marqués de Valdueza, como delegado del Gobierno, y Castro y Cañabate, jefe y oficial, respectivamente, del Negociado de Bellas Artes; y después de firmar la relación escrita que marca el reglamento, hacían poner en las obras el correspondiente número de orden, y entregaban á los expositores el recibo talonario numerado y la cédula electoral para la votación de Jurados.

Provistos de esa cédula, acudieron los expositores el día 16 al Palacio de Bellas Artes, para emitir su voto con absoluta independencia ante la mesa de edad, formada por los distinguidos pintores D. Germán Hernández y D. Miguel Pineda, y dos secretarios de quince y diez y seis años (los expositores más jóvenes), presidiendo la votación con estricta imparcialidad y justicia, con acierto y noble constancia, en cumplimiento de sus deberes, el Ilmo. Sr. Director general de Instrucción pública, don Vicente Santamaría de Paredes, quien mereció un voto de gracias que le otorgaron espontáneamente y por unanimidad los artistas allí reunidos.

A las dos de la tarde del 16, terminada la votación, se dió principio al escrutinio, que se prolongó, como ya hemos indicado, hasta las doce y media de la tarde del siguiente día, sin que el distinguido Sr. Presidente levantara la sesión un momento, quedando constituído el Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890 en la forma consignada en la *Crónica general*.

La votación y el escrutinio son asunto de las últimas viñetas de nuestro grabado.

***

BELLAS ARTES.

Vendedora ambulante de flores, dibujo original de Sampietro.
En el harén, cuadro de Berger.

Mensajeras parecen de la más hermosa estación del año, la gentil primavera, las vendedoras ambulantes de flores y plantas, cuyo popular tipo reproducimos en el grabado de la pág. 248, sobre dibujo del natural de F. Sampietro: no mal parecidas, joviales y pintorescamente ataviadas, pasan todos los días por calles y plazas de esta corte, al lado de cachazudo jumento que lleva en anchas alforjas numerosos tiestos y ramos de flores, y pregonan la fresca mercancía de..... *claveles dobles y clavelinas, geráneos de rosa y alhelíes.....*

Ni la Quinta de la Esperanza, ni la Granja del Atanor, ni los jardines de Pozuelo han logrado que desaparezca ese tipo callejero de Madrid.

El cuadro del pintor alemán H. Berger, que reproducimos en la pág. 249 (grabado por Bong), es una escena de costumbres orientales, y *En el harén* se titula: una hermosa odalisca circasiana, tendida en ancho diván, se contempla retratada en diminuto espejo, mientras otras dos esclavas de la sensualidad agarena, asiática una y africana la otra, sentadas en un diván contiguo, entretienen sus ocios tocando la pandereta y la guzla.

El fondo del cuadro es característico de la escena.

***

S. E. EL CONDE JULIO SZAPARY,

primer ministro de Hungría.

En la sesión celebrada por la Cámara húngara, en Budapest, el 17 de Marzo próximo pasado, el conde Julio Szapary anunció la constitución del Gabinete y leyó el correspondiente programa político-administrativo, declarando que continuará en el interior la marcha liberal del Ministerio precedente, apoyándose en la mayoría de la Dieta, y en el exterior, la política iniciada en 1878, permaneciendo fiel á la triple alianza.

El conde Julio Szapary (véase su retrato en la pág. 252), sucesor del célebre Tistza en la presidencia del Ministerio húngaro, nació el 1.º de Noviembre de 1832, y dió principio á su vida política en 1861, siendo elegido diputado por el distrito de Szolnik; mas á los pocos meses, resistiéndose á tomar parte en la agitación parlamentaria de aquella época, renunció á su investidura de diputado y se retiró á la soledad de una casa de campo, lejos de Budapest.

Tampoco encontró allí el anhelado reposo, y en 1865 entró de nuevo en la vida pública, formando parte de la comisión que debía preparar los preliminares del famoso compromiso (*Ausgleich*) con Austria, y luego aceptó el nombramiento de vice-prefecto del condado ó provincia de Houta, ascendiendo sucesivamente á los altos puestos de Consejero ministerial en la Secretaría del Interior, Secretario de Estado en el Ministerio de Obras públicas y Ministro del Interior en 5 de Marzo de 1873.

Dedicóse con energía á depurar la administración húngara de los vicios hereditarios, de los errores del antiguo sistema, y puso especial empeño en separarla de la política, estimando esta separación «como la mejor garantía de moralidad administrativa dentro del régimen parlamentario»; más tarde, cuando Tistza fué encargado de reformar el gabinete que presidía, el conde Julio Szapary sucedió al ministro Szell en el desempeño de la cartera de Hacienda, siendo más feliz que su antecesor, aunque se mostró desde el principio muy poco dispuesto á proseguir por el camino de las reformas; últimamente, nombrado Presidente del Consejo de Ministros, y habiendo rehusado el conde José Zichy entrar en el gabinete ministerial, el conde Julio Szapary se ha encargado también de la cartera del Interior.

Considérase al nuevo jefe del Gobierno húngaro como hombre de claro talento, mucha instrucción, gran práctica administrativa y ferviente amor á la patria.

El escudo de armas que ha adoptado por emblema de su título nobiliario es un símbolo digno de mencionarse: una hermosa niña vestida de blanco, que tiene en la mano derecha la espada de la Justicia y en la mano izquierda levanta una rosa de plata.

«¡Quiera el cielo (escribe un periódico extranjero) que el conde Julio Szapary esté llamado á recoger los frutos del trabajo pacífico del pueblo magyar, y encuentre en su camino algunas rosas, no espinas, como su antecesor!»

***

LA CUESTIÓN DEL DAHOMEY.

Una calle de Porto-Novo.

La cuestión del Dahomey ha sido presentada á la Cámara francesa, con datos muy precisos, por M. Etienne, subsecretario de Estado en el Ministerio de las Colonias, contestando á una pregunta del diputado M. Deeloncle: en virtud de tratados que obtuvieron confirmación en 1878, Francia posee en el reino de Dahomey el territorio de Kotonu, y el fuerte de Whidah, en terreno donado por el mismo Rey de Dahomey, y recientemente ha concluido otro tratado con el Rey de Porto-Novo, en virtud del cual éste acepta el protectorado de la República francesa; mas el rey de Dahomey, llamado Kondo, rechazando aquellos tratados que firmó su abuelo Ghézo, ha querido arrojar de Kotonu y del fuerte de Whidah á los franceses, y obligar al reyezuelo de Porto-Novo á que renunciase al protectorado francés, y para lograr lo primero ha dirigido dos ataques contra Kotonu, siendo rechazado por los tiradores franceses del Senegal á las órdenes del comandante Terrillon; añadiendo el subsecretario de Estado que «si esa lección no fuera suficiente para que el rey Kondo renunciase á sus propósitos, el Gobierno francés pediría á la Cámara los recursos necesarios, en hombres y dinero, para llevar á cabo un esfuerzo vigoroso y decisivo», y por de pronto ha dispuesto que la población de Whidah sea ocupada por tropas francesas, que cortarán las comunicaciones del enemigo por el mar, y llevar con rigor el bloqueo de la costa.

Estos recursos parece que serán pedidos á las Cámaras.

El Dahomey, estado africano, es uno de los tres reinos de la Guinea superior, que comienza en el golfo de Benin, costa occidental del continente, llamada *Costa de los Esclavos*; y aunque hubo en Europa muy escasas noticias de ese país hasta el año 1878, posteriormente ha sido explorado por misioneros y agentes de casas de comercio, y conocidos son los interesantes datos del Dr. Repín, agregado á la misión francesa en dicho reino, y los excelentes trabajos topográficos del capitán M. Vallón, así como las cartas del misionero católico M. Borghero.

El rey actual se llama Kondo, y es hijo y sucesor de Gleglé, y *ex alumno del Liceo de Marsella* (dice el escritor parisiense Julio du Vistre); pero no sólo ha seguido y sigue los procedimientos sanguinarios de su padre, sino que se muestra más cruel todavía, creyendo que Gleglé murió joven á causa de su tibieza en los sacrificios humanos, los cuales constituyen una de las instituciones religiosas y políticas del país, fielmente conservadas: el teniente gobernador de Porto-Novo, M. Bayol, en su viaje á la capital del rey Glèglé en Noviembre y Diciembre de 1889, fué obligado á presenciar la ejecución de 280 víctimas en pocos días. Dícese que el rey murió en Abomey, capital de su reino, pocos días después de esta visita del teniente Bayol, envenenado por el gran *fetiche* de los ritos dahomeyanos; y habiéndole sucedido su hijo Kondo, sólo en las fiestas de su coronación, que duraron dos meses, fueron sacrificadas 5.000 víctimas humanas. ¡Bien haya la nación europea, sea cual fuere, que ponga término á tan horribles hecatombes!

Porque los europeos estrechan cada vez más al reino de Dahomey: las posesiones alemanas se extienden desde Adjeda, en la costa, hasta los países inexplorados al Norte de Abomey y de Agony; los ingleses también han izado su bandera en la comarca meridional, siendo el límite de los suyos el río Adjara; los portugueses tienen un fuerte en Whidah, y los franceses, además de otro fuerte en igual punto, ocupan la población de Kotonu, en la costa, y casi dominan en Porto-Novo, residencia oficial del Gobernador francés.

Una calle de esa población de Porto-Novo está representada en nuestro primer grabado de la pág. 252, según fotografía directa facilitada por la Sociedad de Geografía de París: las casas están construídas en el interior de espesos bosques, rodeados de cercas y tapias de cañas, y ocultas, por lo tanto, á las miradas escudriñadoras de los europeos.

Es menester esperar que Europa, decidida á suprimir la trata de negros y la esclavitud en Africa, suprimirá también las espantosas carnicerías humanas de Abomey, capital del reino de Kondo.

***

COMPOSICIONES HUMORÍSTICAS.

Comedia, tragedia y problema.

Danse cita en la despensa los ratones de la casa, toman al asalto una cesta de provisiones, y bailan de alegría con la esperanza de opíparo banquete; pero cuando el más atrevido consigue encaramarse en la cesta y olfatea el añejo queso, un taimado gato brinca sobre la tapa, hace presa en el osado y espanta á la ratonil caterva, que huye en busca de sus guaridas.

Esta composición humorística de la pág. 253, *Comedia y tragedia*, es original de Hermenegildo Estevan.

El *Problema* que representa nuestro grabado de la pág. 256, tiene dos términos: *Causa* es el primero, y en él figuran, como dato oportuno para averiguar la solución, el gozquecillo que se empeña en desatar con los dientes una botella de soda gaseosa, y otro can más prudente que le contempla á regular distancia.

Pronto conocerán nuestros lectores el *efecto* de esa *causa*.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LOS TEATROS.

ELEONORA DUSE *y su compañía italiana.*

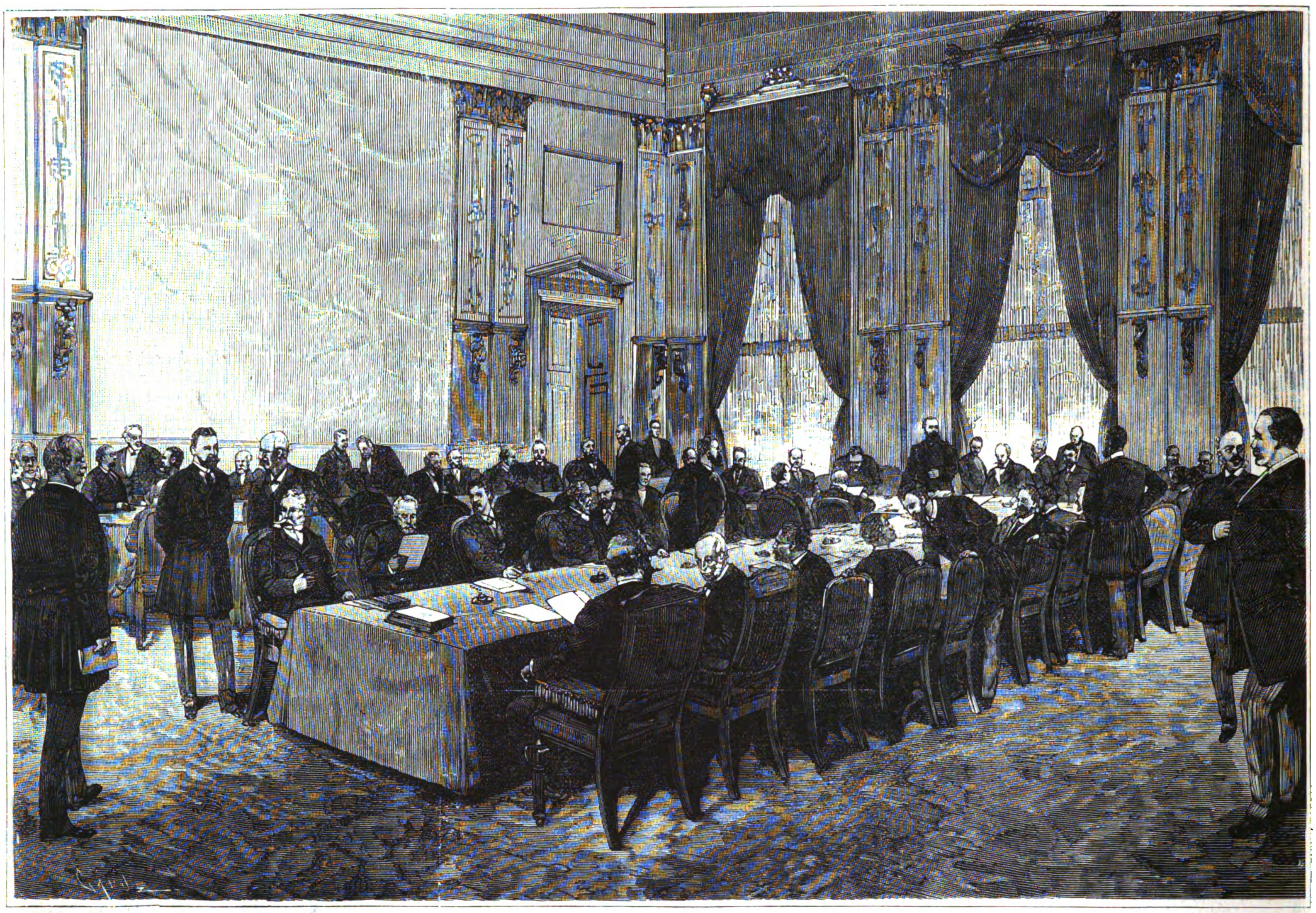
Estreno de algunas obras escritas en plazo fijo y por apuesta.

El insigne filósofo, crítico y poeta Lessing, primitivo fundador del moderno teatro alemán, y al cual se debió principalmente, mediado ya el siglo pasado, la reacción que llegó á efectuarse en toda Europa contra el despotismo que ejercía el gusto clásico francés del siglo XVII, al examinar en su *Dramaturgia* la tragedia de Cronegk *Sofronia y Olindo*, cimentada en el interesante episodio relativo á estos dos amantes descrito por el Tasso con seductora poesía en el canto segundo de su inmortal *Gerusalemme*, apunta la siguiente observación: «El poeta dramático, hasta cuando desciende al nivel del pueblo debe hacerlo para instruirlo, para mejorarlo, no para fortificar sus preocupaciones ni su manera de pensar baja ó ridícula.» Esta doctrina del sabio crítico alemán que en época de exclusivismo proclamó atrevidamente la libertad de los gustos nacionales, rompiendo así la tradición que por entonces sometía la creación dramática á la esclavitud de un solo sistema y abriendo más ancho campo al desarrollo del poema escénico, viene á ser hoy letra muerta para la inmensa mayoría de los ingenios que cultivan la literatura teatral. Conviene, sin embargo, no echarla en olvido, teniendo en consideración cuáles y cuán funestos resultados produce en las costumbres públicas y en el carácter de la inspiración artística la doctrina contraria que actualmente prevalece.

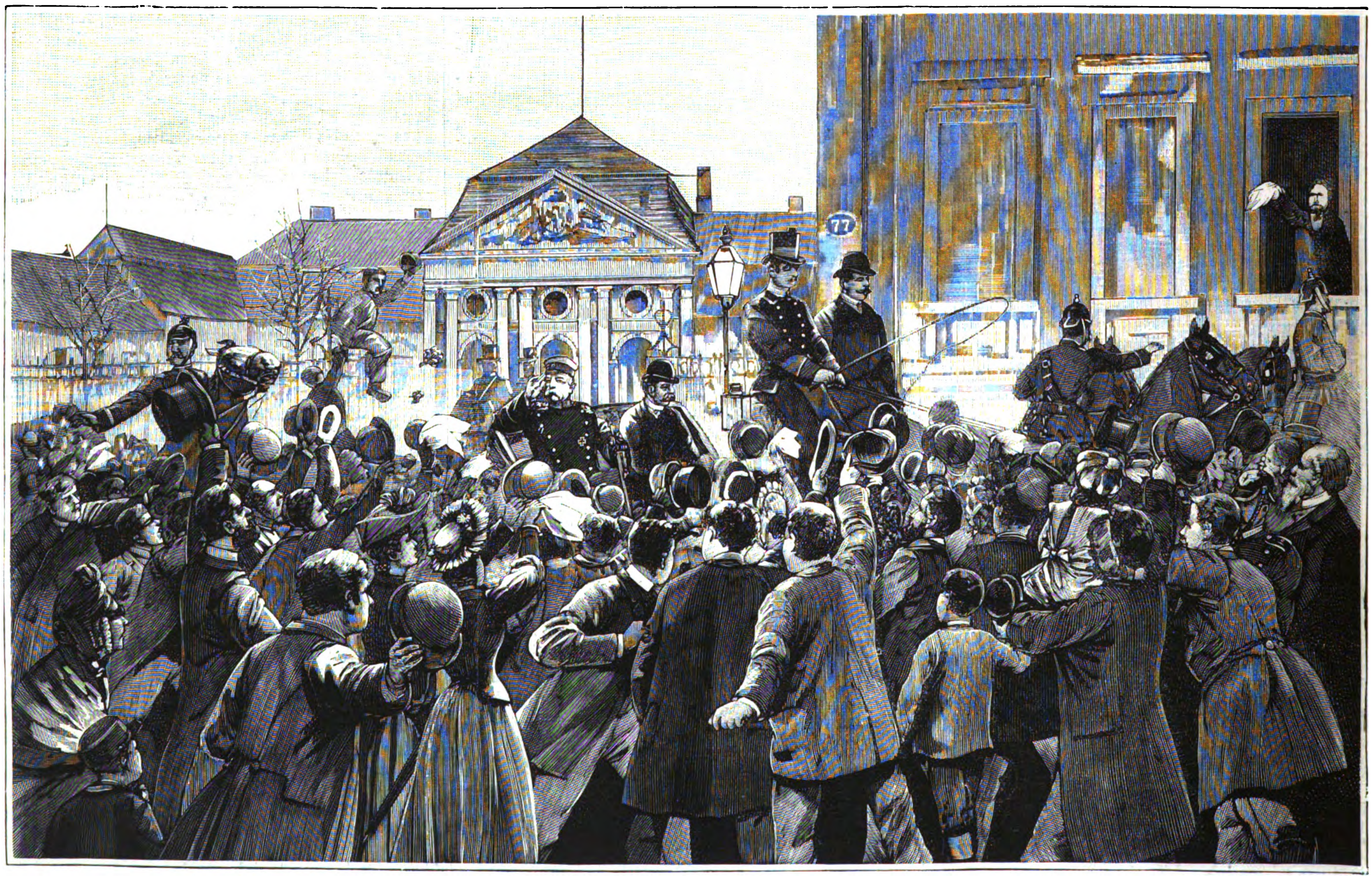
No se crea que al expresarse de tal modo y señalar ese deber del autor dramático tratara Lessing de atribuir al arte objeto distinto del primordial suyo, que consiste en realizar belleza, ni menos aún que intentase disculpar ó autorizar, para el logro de aquel buen fin, obras meramente fantásticas ó de las que ahora se llaman *de convención*. A juicio de pensador tan ilustre, «cuanto en el drama pertenece al carácter del interlocutor ha de nacer de las causas *más naturales*»; porque, según él piensa, «el teatro debe ser la escuela del mundo moral». En este concepto asegura que «las diversas resoluciones, los menores cambios de opinión han de estar siempre en armonía con la índole del personaje y ajustarse exactamente *á la mayor verdad*».

He traído á cuento estas ideas del vigoroso iniciador de la reforma del gusto en lo tocante á la producción dramática, no sólo por el valor que en sí tienen y por el que reciben de la importancia de su autor, sino también por lo que de ellas se deduce; por el contraste que forman con los principios ó aspiraciones de la nueva escuela naturalista, y porque rectifican implícitamente errores acreditados en la actualidad como si fueran verdades incontrovertibles. Pensadores de alta fama que figuran por su saber y entendimiento entre los más notables de nuestros días, y que profesan ideas muy diferentes, están acordes en presumir que la miseria moral puede comunicarse á la sociedad entera por medio de su literatura, y muy especialmente á favor de la influencia que la representación dramática ejerce en la multitud congregada en los teatros. Esta opinión, que á mi ver es incontestable, debe tenerse muy en cuenta al apreciar la tendencia moral y el valor artístico de las creaciones dramáticas. Con razón se ha dicho que un placer que fuera puramente sensual ó puramente intelectual, ó que dependiese del mero ejercicio de la voluntad, no podría en ningún caso llamarse placer estético. «Las emociones verdaderamente estéticas (dice un hombre de tan superior inteligencia como Menéndez Pelayo) son las que se apoderan totalmente de nuestro ser, las que aumentan la intensidad de nuestra vida.» Es, pues, de suma importancia que las obras de arte causa de esas emociones no envuelvan gérmenes de corrupción; que el drama tenga las condiciones que debe tener á juicio del gran crítico alemán, y de las cuales suele ahora prescindirse.

Al proclamar Lessing como indispensable que el teatro sea la escuela del mundo moral, esto es, que tenga por principal fundamento lo referente á la vida del espíritu, exigiendo siempre que los interlocutores del poema escénico se ajusten en todo á la *mayor verdad*, sostenía con más amplitud y de un modo

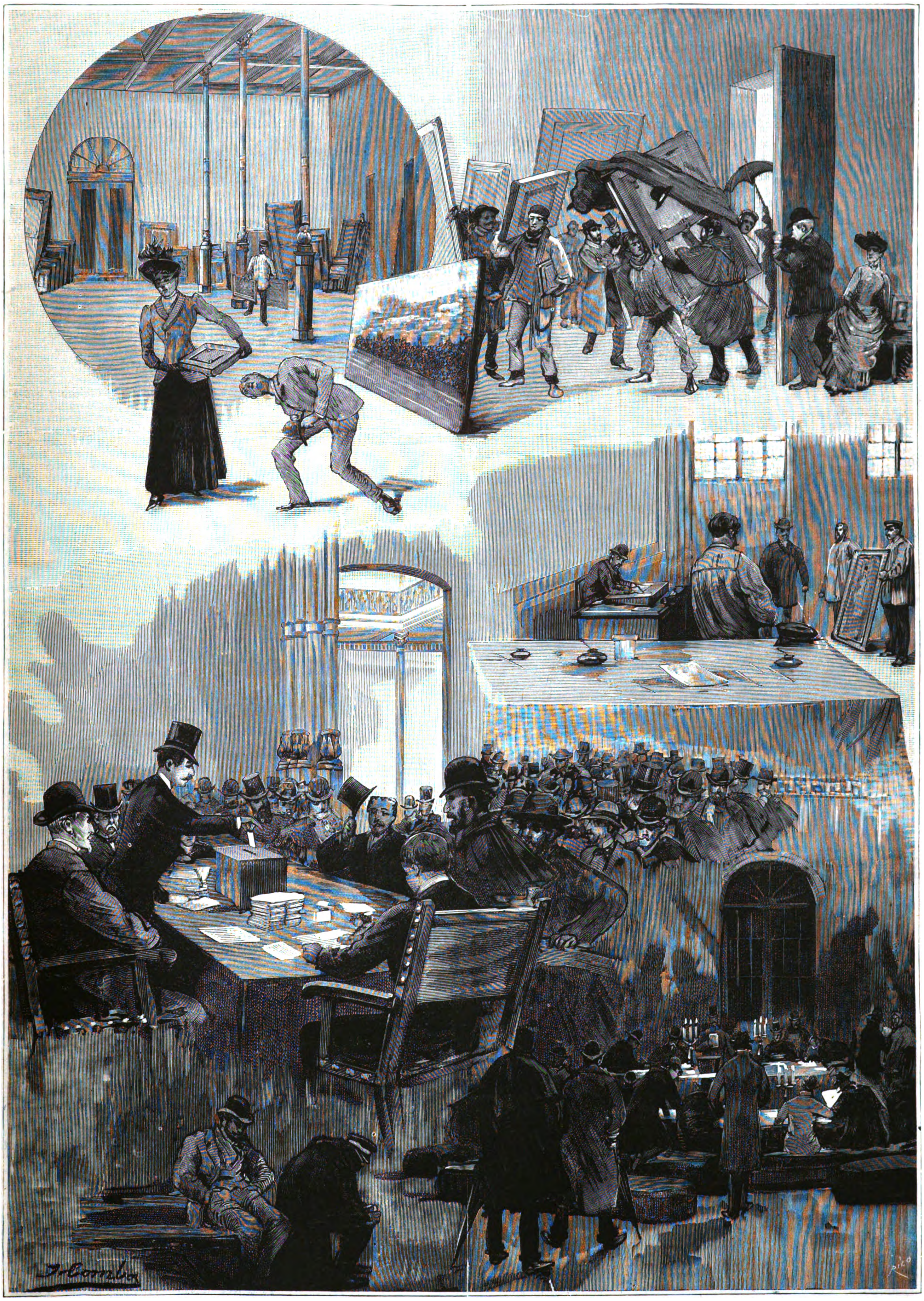


BERLIN.—UNA SESIÓN DE LA CONFERENCIA INTERNACIONAL OBRERA, EN EL PALACIO DEL CANCILLER ALEMÁN.



BERLÍN.—OVACIÓN POPULAR AL PRÍNCIPE DE BISMARCK EN EL CAMINO DE LA ESTACIÓN, AL AUSENTARSE DE LA CAPITAL, PARA SU RESIDENCIA DE FRIEDRICHSRUHE.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES, DE 1890.



PREPARATIVOS EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES.—ASPECTO DE LA SALA DONDE SE DEPOSITABAN LOS CUADROS.—CURIOSIDAD. EL DÍA 15, ÚLTIMO DE LA PRÓRROGA.—LA ENTREGA DE LOS CUADROS.—LA VOTACIÓN PARA EL JURADO.—EL ESCRUTINIO Á LAS CUATRO DE LA MADRUGADA DEL 17.

(Apuntes del natural, por Comba.)

más razonable el mismo principio en que se funda la novísima escuela realista, la cual lo mutila y desfigura, porque no ve ó no quiere ver en el espectáculo del mundo sino aquella parte de la realidad que corresponde á los impulsos meramente materiales del ser humano.

A estas sumarias indicaciones, conexionadas con el asunto del presente artículo, cumple añadir otra observación. Al combatir Lessing el absorbente predominio que ejercía en el teatro europeo el sistema peculiar del clasicismo francés, por juzgarlo contrario á la libertad del arte, no se propuso rechazar nada que fuera nocivo en su esencia á los primordiales elementos de una sociedad bien constituída; nada que atentase abiertamente á la pureza ó al decoro de las costumbres; nada que estuviese reñido con los eternos fundamentos de la moral. La cuestión se refería entonces tan sólo á materias de gusto, á principios ó fines de exclusivo interés artístico, y de ellos se hizo cargo únicamente, por no haber motivo para otra cosa, aquel egregio escritor. Hoy la decoración ha cambiado por completo. Como en el siglo XVII, el teatro francés del actual sirve de norma y predomina en las demás naciones desde hace más de cincuenta años. Pero dejando á un lado el esplendor de la época romántica durante la cual recobró el imperio que había perdido, y en la que (á despecho de los errores y deficiencias que le atribuyen) brilló con cierto encanto poético, no es posible desconocer que por virtud de la evolución que lo ha traído á su estado actual se impone ahora en todas partes con mayor fuerza, ni que esta imposición, más relacionada con lo filosófico y social que con lo meramente literario, es de diversa índole que la debida á los poetas seudo-clásicos del siglo de Luis XIV. Influyendo éstos de un modo ú otro en el gusto, ejercían acción en las regiones del arte, ó mejor dicho, de la forma artística, sin que sus aciertos ó desvaríos trascendiesen á otras esferas. El influjo del novísimo teatro francés se ejerce hoy principalmente en esas esferas, no sólo dando menos importancia á la estructura y al carácter poético del drama que á las ideas, sentimientos y pasiones de sus interlocutores, sino atropellando sin escrúpulo con harta frecuencia los fueros de la realidad humana, desentendiéndose del respeto debido á los principios del orden social, gozándose en sacar á luz singularidades ó rarezas impuras de ejemplo muy pernicioso.

Mentira parece que obras de tales circunstancias hayan logrado entronizarse en los pueblos cultos, y que naciones que blasonan de influir poderosamente en el progreso de la civilización se dejen cegar hasta el punto de no ver que ciertos poemas dramáticos, escritos sin duda con gran talento, encierran virus ponzoñoso muy eficaz para ir de un modo insensible degradándolas y corrompiéndolas. El hecho es, sin embargo, evidente. La influencia del teatro en cuestión, puesto en boga por nuestros vecinos, ha llegado á ser universal. En las principales poblaciones del mundo se siguen ahora con empeño las corrientes de ese pernicioso gusto francés, y se reproducen con aplauso cuantas piezas representables componen los ingenios que lo cultivan del lado allá del Pirineo.

Si no tuviéramos otros ejemplos de esta verdad, bastaría para darle asenso el que nos han ofrecido las compañías italianas que han funcionado en Madrid de algunos años á esta parte. Raras, rarísimas son las obras originales de su país que han representado entre nosotros algunas de esas compañías, donde figuraban actrices tan inteligentes como la Pezzana, la Marini, la Marchi ó la Gleck, y actores de tanto mérito como Ceresa, Emmanuel y Ernesto Rossi. Interpretando comedias de Alberto Nota ó de Giraud, tragedias de Nicolini ó de Silvio Pellico (por no citar otros nombres igualmente ilustres) habrían podido hacernos formar idea de lo que ha sido el teatro italiano de la primera mitad del presente siglo. En cambio casi todas ellas nos han dado á pasto producciones de Dumas, hijo, de Sardou y de otros autores franceses de la nueva escuela. Rossi no ha rendido en esta corte mayor tributo que sus demás compatriotas á los ingenios nacidos en el que Dante llamaba *bel paese;* pero, enamorado del gran arte, ha recreado el paladar de las personas de buen gusto con su admirable interpretación de las portentosas creaciones de Shakespeare. Novelli ha sido quien ha representado aquí más obras originales de su nación, dándonos á conocer dramas ó comedias de Giacometti, de Cossa, de Ferrari, de Gherardi del Testa, de Marenco, de Carrera, de Torelli y de otros ingenios de nuestros días, influídos directa ó indirectamente por el ejemplo de la dramaturgia francesa, á la que debe también aquel incomparable actor la mayor parte de su repertorio habitual.

El de la eminente artista ELEONORA DUSE prueba, más expresivamente acaso que ningún otro, la avasalladora prepotencia del teatro francés contemporáneo. De las cinco obras que ha puesto en escena la compañía en que figura la célebre actriz desde su brillante aparición en el teatro de la Comedia hasta el día en que trazo estas líneas, sólo una es italiana, la *Pamela* de Goldoni. Las otras cuatro son francesas y han sido engendradas por Victoriano Sardou ó por Alejandro Dumas, hijo. Pero antes de discurrir sobre *Fedora*, *La Signora dalle Camelie*, *Pamela nubile*, *Odette* y *La moglie di Claudio*, y de apreciar el mérito de la ejecución, haré aquí algunas indicaciones acerca de su extraordinaria intérprete.

Eleonora Duse ha llegado á Madrid precedida de alto renombre. Consagrada á la escena desde su primera juventud, logró muy pronto sobresalir en ella y rivalizar con las actrices más famosas de Italia, cuyos artistas dramáticos son á mi ver los más notables que ahora existen. Dotada de figura esbelta é interesante; de rostro expresivo; de voz simpática, dócil á las más opuestas inflexiones del sentimiento; de clara inteligencia, percepción aguda y exquisita sensibilidad, ha fecundizado prendas tan inestimables con asiduo y bien encaminado estudio de las costumbres, afectos y caracteres humanos. A esto se debe la encantadora naturalidad con que da ser á los personajes que pone en acción, guiada por la más perfeccionadora de las facultades intelectuales; por el buen gusto, que, según la Baronesa de Staël, es tan raro en la esfera artística y literaria como el buen tono en la social.

Aplaudidísima en Italia, donde á juicio de muchos ocupa actualmente el primer lugar en el arte que profesa, no ha sido Eleonora Duse menos aplaudida en otros países de Europa y del Continente americano. Allí, acompañada de Rossi y de Flavio Andó, que tan dignamente la secunda en el elegante coliseo de la calle del Príncipe, consiguió repetidos triunfos escénicos, dando margen á que un crítico de tanto saber y de gusto tan delicado como el ilustre bonaerense D. Santiago Estrada se doliera de que el talento, la sensibilidad y el fluido nervioso de la insigne artista se empleen en reproducir los artificiosos caracteres del novísimo drama francés, en vez de prestar vida y aliento á la vaga Ofelia, á la soñadora Julieta, á la ultrajada Desdémona y á la poética Margarita. «La fuerza cooperadora de la inteligencia de la Duse (dice el Sr. Estrada) emana de la tensión ó de la laxitud de sus nervios, templados á la manera de las arpas eólicas. La facultad intuitiva de esta artista no puede expandirse en el estudio é interpretación de los enfermos orgánicos de Sardou y de Dumas.» No disto yo de considerar mal empleado, como lo juzga crítico tan excelente, el ingenio que derrocha la insigne actriz en interpretar esa morbosa literatura; pero la abona hasta cierto punto en este particular la precisión de atemperarse á las comunes exigencias de la época en que vive. Si hay culpa en ello, esa culpa debe atribuirse, no á la artista obligada por las circunstancias á dejarse llevar en la corriente corruptora del gusto dominador, sino á los autores dramáticos que han arrojado la inspiración en cauce tan cenagoso, y todavía más que á ellos á la generalidad del público que los aplaude y estimula.

A decir verdad, desde los buenos tiempos de la Ristori, cuyas singulares facultades brillaban en la grandeza trágica de igual suerte que en lo dramático y en lo cómico, no hemos tenido ocasión de admirar actriz ninguna que exceda en mérito á Eleonora Duse. Así lo ha reconocido últimamente el público barcelonés, aplaudiéndola con entusiasmo en cuantas obras la ha visto representar. Así ha opinado también desde el primer día el público madrileño.

Presentóse aquí por vez primera la compañía de la Duse la noche del miércoles 9 de este mes, eligiendo para su estreno el drama en cuatro actos de Victoriano Sardou titulado *Fedora*, representado hace dos años en el magnífico teatro de la plaza de Oriente por la celebérrima Sara Bernhardt. Conocida ya esa obra, no hay para qué detenerse á examinarla. Diré, no obstante, que aunque no pertenezca al número de las mejores de su autor, pueden apreciarse en ella las buenas y malas cualidades que lo distinguen. En anteriores ocasiones he observado ya que uno de los principales méritos de Sardou, el que contribuye más que otro alguno á proporcionarle triunfos ruidosos, consiste en la maestría con que combina el artificio de sus poemas dramáticos, en el calor y movimiento teatral que comunica á las escenas que desarrolla. Heredero de la habilidad de Scribe (menospreciado ahora injustamente por ingenios inferiorísimos á él), presume de más profundo observador de la realidad, de más trascendental y humano que el autor de *La Calumnia*. Semejante presunción no se justifica siempre, ni es *Fedora* de las producciones con que mejor pudiera acreditarla. Sin embargo, hay en esa complicada fábula situaciones que despiertan vivo interés y causan honda emoción en el ánimo del auditorio, bien que tengan mucho de excepcionales y pequen de exageradas.

La ejecución de *Fedora* ha sido notable, no solamente por la feliz inspiración y el acierto de los principales actores, sino también por la buena disposición de los cuadros y por la armonía del conjunto. En el carácter de la protagonista del drama, extraño y difícil á más no poder, ha hecho Eleonora maravillas. Los encontrados afectos que luchan en el alma de la amante de Wladimiro; las artes que emplea para arrancar á su apasionado Loris la confesión de haber sido él quien le dió muerte; el desengaño que recibe al saber que aquél la vendía, y que no sucumbió á manos de un asesino, sino en buena lid y á las de un esposo ultrajado; en suma, cuanto ocurre en ese singular poema encuentra en la Duse expresión é interpretación tan perfectas que se confunden con la realidad esmaltada por la belleza del arte. El selecto público que llenaba el teatro (honrado con la presencia de S. A. R. la infanta D.ª Isabel) aplaudió á la inspirada artista con gran fervor en muchos parajes del drama, y la llamó á la escena repetidas veces al final de todos los actos. Igual distinción otorgó en justicia á Flavio Andó, encargado del papel de Loris, el cual dió á conocer desde luego, y sobre todo en los dos últimos actos, que sabe sentir y hacer sentir, es un actor de gran talento, de envidiable naturalidad y de gusto muy depurado.

MANUEL CAÑETE.

(Concluirá.)

TIPOS MADRILEÑOS.

MONÍSIMAS.

AUNQUE soy bastante curioso y gusto de saberlo todo, me precio de bien educado, y por consiguiente no me atrevería jamás á escuchar detrás de las puertas conversaciones ajenas. Sepa el lector que esto lo digo porque no se crea que por tan abominable modo he sorprendido los secretos de tres muchachas, vecinas mías, que ayer conversaban en una habitación contigua al despacho de mi casero, donde me hallaba esperando á este cruel personaje, sin estar ellas advertidas de mi presencia. Y no se crea tampoco que iba á pedir al casero prórroga para el pago del alquiler. Mi objeto era sencillamente exigirle que me tape unas goteras en el techo, por donde cae el agua llovida, y unos agujeros en los rincones de la cocina, por donde entran los ratones que, no encontrando provisiones en la despensa, me roen las zapatillas y asustan á la *pobre chica* que me sirve, que á lo mejor empieza á lanzar chillidos—y es que ha visto uno en el fogón, ó se ha encontrado otro en el cofre—y Dios sabe lo que creerá la vecindad. He escrito algunas cartas al casero exigiéndole la reparación de estos desperfectos, y como se ha hecho el sordo, propúseme ayer visitarle, y no hallándole en casa, esperarle todo el tiempo que tardase en volver.

A las tres muchachas las conozco mucho, aunque no las trato. Viven, como he dicho, en la misma casa en que habito. La una es hija del casero, D. Venancio de la Piqueta, maestro de obras retirado, concejal que ha sido, republicano que fué hasta que llegó á propietario, muy amigo de Becerra, y ahora hombre de orden y con una enfermedad crónica del estómago que le quita el gusto para todo, porque, si él tuviera salud, él y no otro, así lo dice, sería alcalde de Madrid, y entonces sí que no habría *firtaciones* en los consumos ni en nada del mundo, según su propia expresión. Yo no creo que no las hubiera si él fuese alcalde, porque si es tan opuesto á las *filtraciones*, ¿por qué no me tapa las goteras?.....

Otra de las muchachas es la del segundo izquierda, nacida en la Habana, pero de padres peninsulares. El autor de sus días estaba en la perla de nuestras Antillas empleado en Hacienda, bajo la guarda y protección de un personaje político muy amigo de su suegra, que tuvo en Madrid fama de buena moza. Tales fueron las hazañas del digno funcionario, que bajo partida de registro fué traído á la Península, y no ha vuelto á Cuba colocado porque no ha querido, según dice, y yo lo creo. Desde que le sucedió el percance vive sin empleo, y vive mejor que muchos que lo tienen; cobra el cupón á su tiempo; á su mujer y á su hija las abona á la Comedia; él no falta á Eslava y á otros teatros donde se representan piezas..... y *piernas*, y tiene una contrabarrera en la Plaza, y es lagartijista por convicción. Todos los veranos va con la familia á San Sebastián, donde le reserva habitaciones en el barrio de San Martín una viuda de Hernani, que también estuvo en Cuba cuando mi vecino, casada con otro empleado, pero éste de ínfima categoría, que era un hombrón terrible y le llamaban *el Matón;* lo cual que un día, un chisgarabís, á quien maltrató, le echó la zancadilla, y vino á dar el hombrón con su humanidad en tierra, y se abrió la cabeza, y á los pocos días se largó á un mundo mejor que el nuevo y el viejo á contar lo que le había sucedido por ser tan valiente.

La última es una sevillana morenita, bastante agraciada, que vive en el tercero derecha; tuerce un poco los ojos, pero con mucho donaire, y tiene una madre, arrogante dama, que está de muy buen ver todavía. Viven solas con una doméstica, que cambia de figura dos ó tres veces cada mes, y las visita diariamente un brigadier, ahora general de brigada, preciado de buen mozo, aunque no lo es, con el sombrerito ladeado y con el vicio de subir y bajar las escaleras dando golpecitos con el bastón en todos los escalones.

Estas tres muchachas son muy amigas, y ayer, mientras yo esperaba al que me ha de tapar las goteras, ó dejo de ser quien soy, hablaban como verá el curioso leyente.

—¿Y dónde estuviste anoche, Angustias?

—Hijas, en el Circo de Price; mi tío el general trajo un palco. Era noche de moda. A él le gusta mucho el Circo.

—Yo tengo muchas ganas de ir; pero papá, como siempre está rabiando del estómago, no me lleva. El año pasado, la noche que fuimos se cayó desde arriba un titiritero casi encima de papá, y se puso tan malo que parecía que iba á morirse.

—¿Quién? ¿el titiritero?

—No, papá; como que el otro le puso la manaza sobre el estómago. Por poco no le mató.

—¿Quién? ¿el titiritero?

—No, papá al titiritero. Levantó el bastón de hierro para pegarle, y el público todo se puso de parte del titiritero, y á papá le dieron una silba, con lo que tomó un berrinche que desde entonces ha echado un genio.....

—¿Y qué tal estuvo anoche el Circo?

—Mucha gente. Yo vi poco; de lo que hacen arriba en el trapecio y las anillas nada, porque me da mucho miedo, y la duele á una el cuello de estar mirando á lo alto. El que me gustó más fué un inglés que trabaja en pelo, es decir, el caballo es el que va en pelo, y él poco menos. Es muy rubio.....

—¿El caballo?

—No, el inglés. Pero ¡qué ligereza! ¡Habías de ver! Se desmonta, da una carrerita y salta sobre el lomo del caballo, que parece cosa imposible. Luego se sienta sobre el anca, y va como si le hubieran pegado con obleas, que no sé cómo no se escurre, derecho, impasible, cruzado de brazos..... y el caballo á escape. Mi tío el General estaba entusiasmado, y le decía á mamá: «Repara qué musculatura.» Como él es de caballería, tiene mucha afición á todo lo ecuestre.....

—¿Y mujeres no trabajaron?

—Una, que parecía una espátula..... con unos bracitos y unas piernas como palos, triste, encogida..... Daba pena verla.

—¿El inglés te gustó más?

—¡Ya lo creo! y muy fino que es y elegante..... y con una cara de pillo.....

—¿Y no estaba allí el que pasa por las tardes?

—¿El teniente?..... Ya lo creo, toda la noche en el pasillo, detrás del palco, sin quitarme ojo. Como guapo sí que es guapo; pero ya veis, teniente..... Si fuera siquiera comandante..... Mi tío el general dice que me ha de casar con un diputado, porque un diputado es todo lo que quiere, aunque no sepa leer ni escribir..... La otra noche, en Viena, nos presentó uno, no sé si será ese; es uno que se mueve mucho, como si tuviera algún mal y no pudiera estarse quieto, con unos ojillos de gato y un hocico de ratón..... Hijas, ¡qué diputado tan feo! pero atrevido como él solo. Mi tío dice que el padre no podía hacer carrera de él, y le ha metido á diputado á ver si sienta la cabeza. Lo que es el mozo no se corta, y le ha dicho á mi tío que el primer dia que hable en el Congreso le va á poner á Cánovas verde. ¡Jesús! prefiero al teniente, que está muy enamorado..... ¡Lástima que tenga tan poca paga!

—¡Ay! hija, no te cases con él. Angela, aquella chica tan guapa que vivía enfrente, se casó con uno, muy enamorados los dos, y da lástima verla; tan elegante como era, y ahora está que no es su sombra, y ya perdió aquel sonrosado color y aquella alegría de la mirada y aquella esbeltez del talle. La pobrecilla pálida, ojerosa, revelando en su actitud el desencanto, la fatiga..... Os digo que no da ganas de casarse ver hoy á la que era ayer la muchacha más bonita y más animada de Madrid. Y el diputado ese ¿te ha dicho algo?.....

—Todavía no; pero al general le ha dicho que soy monísima.

—¡Ay! así me llama D. Segundo.

—¿Quién es D. Segundo, Clotilde?.....

—Un amigo de papá, contratista de obras públicas, con quien papá quiere casarme. Todos los días viene.

—¡Ah! sí, ya le he visto varias veces. No es mala figura.

—Pero, hijas, si tiene doble edad que yo, y viudo, y ordinario.

—Lleva una gran cadena y muchas sortijas, y un alfiler de corbata que reluce como un lucero.

—Sí, lo que es de alhajas no está mal surtido. El reloj que lleva le ha costado diez mil pesetas.

—¡Qué suerte, hija!..... Como tu papá es propietario, y te dejará mucho, puedes elegir marido á tu gusto, pobre ó rico, pero á tu gusto.

—Pobre, papá no le quiere..... ni yo tampoco. Un pobre se casaría conmigo por el dinero.....

—¡Ay! chica, ya te veo casada con el contratista que te llama monísima.

—Eso sí, buena persona no se puede negar que es, y en afinándose un poco podrá pasar. Si vierais qué cara de bobo pone mirándome sin pestañear. Yo quisiera mejor casarme con un duque, ó cosa así; pero duques hay pocos, y papá dice que no es oro todo lo que reluce, y alguno le está debiendo tres mil pesetas y no se las puede sacar. Cuando papá va á verle para pedirle el dinero, vuelve siempre peor del estómago.

—Y tú, Mariquita, ¿cómo estás de novio?.....

—Yo tengo un cubanito. Nos conoció en la Habana, cuando papá estaba allí empleado, y nos le encontramos el mes pasado en la Comedia. Se le ha muerto el padre, y él para consolarse anda viajando. Papá le ha cogido por su cuenta, y no le suelta. ¡Bonito es papá!.....

—¿Tendrá mucho dinero?.....

—Mucho; pero dice papá que si se le deja lo tirará todo en poco tiempo, y que necesita quien á él le tire de la rienda y le maneje bien la fortuna.

—¡Ay! ¿cuándo nos enseñas al cubanito?..... ¿Es guapo?.....

—Regular, muy quebrado de color, y con poca salud. Los médicos le han aconsejado que viaje y se distraiga. Es una suerte para él habernos encontrado, porque papá es quien mejor le puede aconsejar para que no se pierda.

—¿Y te ha dicho ya algo?.....

—Tonterías..... También dice que soy monísima..... Es muy deslabazado y *pamplinoso;* pero no hay cuidado, buen maestro tiene en papá, y pronto le enseñará á hablar por lo fino y le acostumbrará al trato de la sociedad.

—¡Ay, Mariquita, ya te veo marchar á la Habana!

—Bien puede ser. Papá quiere volver, porque como salió de allí por intrigas de enemigos suyos, y él es tan mirado y tan pundonoroso, y quien se la hace se la paga, dice que no ha de parar hasta que le vean pasearse por la Habana, y desempeñando un empleo mejor que el que tuvo.

—Es preciso que las tres nos casemos bien.

—Vosotras dos sois ricas, pero yo.....

—¡Anda! ¿pues no tienes un tío general?..... ¡Ahí es nada! ¡un tío general!

—¡Y un diputado que te llama monísima! De diputado á ministro no hay más que un paso. Papá, si no volviera á la Habana, haría por ser diputado; y aunque vuelva allá, al fin acabará por venir á las Cortes. Cuando á él se le mete una cosa en la cabeza..... En fin, quiera Dios que las tres tengamos coche. El cubanito ya tiene una *charrette* con las ruedas amarillas; y el otro día tuvimos un gran susto, porque volcó en el Prado el carruajillo, y en poco estuvo que nos quedáramos sin cubanito. Papá le ha hecho tomar un abono de *landau* en casa de Alonso. En cuanto papá le dice una cosa, en seguida la hace. Eso sí, es muy obediente y buen chico.

—Buena suerte tienes, hija.....

—Mira, lo que es enamorarme de él, no me parece que me sucederá, y si mi primo Alfredo tuviera mejor posición, no era yo quien se casaría con el cubanito.

—¡Ah, ya lo creo; tu primo es un chico muy guapo!

—Pero con cinco mil reales en telégrafos.

—Más merecía.

—Sí, pero el mérito físico no lo aprecian en ese Cuerpo. El pobre se quedó sin padre, y no ha podido seguir otra carrera. Papá le dice en broma que lo que debe procurar es casarse con una viuda rica, pero él es todo delicadeza y desinterés. El cubanito no le puede ver, bien se lo conozco, porque aunque es un *tontaino*, comprende que entre él y mi primo hay mucha diferencia en figura y en ingenio. El tiene los ingenios en plural, pero del singular carece por completo. Por eso dice papá que es un marido muy aceptable.

—Ya lo creo.

Un campanillazo muy fuerte interrumpió la conversación de las tres amables señoritas.

—¡Ay! será papá con el dolor de estómago—dijo la que se casará, Dios mediante, con el contratista.—Vámonos á mi cuarto.

Y se oyó crujir de vestidos y pasos menuditos de ángeles sin alas, y abrir y cerrar de puertas, y luego penetró el casero donde yo le esperaba. Traía una cara de *aserrador de abajo*, como decía mi abuela, y con mal gesto oyó mi reclamación acerca de las goteras y los ratones. Díjome que ya subiría él á enterarse cuando tuviera tiempo y humor, y aprovechó la circunstancia para manifestarme que la mayor desgracia de este mundo es ser propietario, y que los inquilinos no están jamás contentos y tienen unas exigencias escandalosas, y que él no quiere hacer obra ninguna, porque toda obra pedida por el inquilino éste es quien debe hacerla por su cuenta, con permiso, por supuesto, del dueño de la finca.

—En fin—dijo—ya veremos, ya subiré yo..... Ahora no llueve, de modo que las goteras no le pueden incomodar á usted mucho, y los ratones..... compre usted una ratonera, ó dos, ó tres, las que usted quiera, y á la criada, que dice usted que se asusta de los ratones, y puede que no se asuste de un escuadrón de coraceros, póngala usted en la calle..... En fin, no digo que sí ni que no..... Ya iré yo á ver las goteras y los agujeros, y vaya usted con Dios, y dispense usted que no salga á despedirle. Tengo un dolor de estómago, que parece como si tuviera agarrado aquí un perro de presa.

Me dió lástima el pobre hombre, y salí consolado de mi pobreza, porque yo no tengo casas en Madrid, pero lo que es buen estómago..... Dios me lo conserve muchos años.

CARLOS FRONTAURA.

EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

ESTE Sultán de los *tholbas* es siempre un individuo de una de las tribus más lejanas, que tiene una gracia suprema que pedir para sí mismo ó para alguno de los suyos al verdadero Sultán, y que se aprovecha, para obtenerla, del rato único de conversación que la broma le permite tener con el soberano. Y una vez obtenida la gracia, de miedo de que el Sultán se arrepienta, y temiendo también las represalias por parte de las gentes á quienes ha mandado apalear de veras durante su efímero reinado, el Sultán improvisado suele desaparecer, cosa fácil en Marruecos, y huyendo á campo travieso, se refugia en su territorio.

Terminados estos días de expansión y de algazara, los estudiantes vuelven á sus domicilios de Fez: los que todavía no han terminado sus estudios, tornan á ocupar sus celdas de trabajo en esas especies de claustros, extrañamente pobres, que se llaman *medersas* y que son, por lo demás, lugares casi sagrados, cuya entrada está prohibida á los infieles. El Sultán les envía diariamente un pan á cada uno, y esa es la base principal de su alimentación; otros reciben hospitalidad en casas particulares, por ser acto meritorio para una familia el alojar y dar de comer á un *tholba*. Pasan la mayor parte del día en las mezquitas, sobre todo en el inmenso santuario de Karauin, acurrucados en el suelo para oir las explicaciones de los profesores, ó de rodillas para recitar sus plegarias. Aquellos que, después de seis ú ocho años de estudios, han obtenido un diploma de letrado y de *marabut*, vuelven á su país, rodeados de un elevado prestigio. Como ya he dicho, á veces estos *tholbas* han venido de muy lejos á estudiar á Fez: acuden de los cuatro puntos cardinales del Islam, atraídos por la nombradía de la santa mezquita de Karauin, que encierra, según parece, en su biblioteca libros antiquísimos, inapreciables, acumulados allí durante la época del gran poderío árabe, traídos de Alejandría ó de los monasterias de España. Y cuando vuelven á las lejanas comarcas de donde proceden, van convertidos en sacerdotes, de suyo inclinados á predicar la guerra santa; han «tomado la rosa» (frase consagrada) en la impenetrable mezquita. El santo y seña para todo el Africa musulmana sale de la mezquita de Karauin, que viene á ser en el Mogbreb como un centro de inmovilidad y de sueño.....

Entre las ciencias que en ella se enseñan, figuran la astrología, la alquimia y la adivinación (1). Se estudian en ella los «nombres talismánicos», la influencia de las estrellas y de los ángeles, y otras materias tenebrosas, que han desaparecido del resto de la tierra, tal vez hasta el momento en que, bajo otra forma, despojadas de su lado maravilloso, reaparezcan triunfantes, como el «más allá» de nuestras ciencias positivas. El Corán y todos sus comentaristas son largamente parafraseados en Karauin, como lo son también Aristóteles y otros filósofos de la antigüedad. Y al lado de tantas cosas graves ó áridas, se enseñan asombrosas elegancias de estilo, de dicción y de gramática; sutilezas de la Edad Media que nosotros los modernos no podemos comprender, y que son como esos diseños tan rebuscados y tan frágiles que cubren los pesados bastiones y los grandes murallones árabes.

Puesto que menciono estas anticuadas elegancias de estilo, séame permitido, para dar idea de ellas á mis benévolos lectores, citar este trozo de la carta de un visir, antiguo discípulo de Karauin, á un diplomático extranjero:

«*Hemos elevado vuestra carta al conocimiento de nuestro ilustre dueño (¡que Dios lo haga victorioso!). Nos hemos hecho, al leerla, intérprete de vuestros sentimientos, acentuando vuestras palabras con arte: pues la dulzura de una bella dicción es más suave que el agua más límpida; más sutil que el filtro más delicado. Dictada por los más afectuosos sentimientos, vuestra carta nos ha parecido tan grata como un céfiro refrescante, etc., etc.*»

XXVIII.

Miércoles, 24 de Abril.

Paseándome por la mañana muy temprano por mis azoteas, que tienen muchos compartimientos y rincones, descubro una nueva dependencia, que se comunica con la parte que ya me era conocida, por un trozo de pared que nunca me había dado la idea de examinar. Esta nueva dependencia forma un pequeño paseo cuadrado, perfectamente elegido para estar á la sombra durante las primeras horas del día, del mismo modo que en el otro se está perfectamente situado para contemplar el aspecto de la ciudad y sus cercanías á la hora de la puesta del sol.

Desde este nuevo observatorio disfruto una vista enteramente diferente: primero, puedo pasear miradas indiscretas sobre las casas próximas que dominan á la mía, recortando sus azoteas y sus paños de pared sobre el azul del cielo. Como es una hora matinal, las mujeres que habitan estas casas han tendido sobre cordeles, según es costumbre, para que se soleen y ventilen, las colchas rayadas de colores, los cojines abigarrados, las ropas de cama de toda especie, que acaban de servir durante la noche, y cuyos vivos colorines brillan sobre el fondo gris de los viejos paredones: por cima de estas cosas, una lejana palmera muestra el ramillete de plumas de su cabeza, y más encima todavía asoma un trozo de montaña, todo azulado de los aloes que lo cubren, donde hay tumbas, ruinas, *kubbas* de santos personajes difuntos; todo un cementerio encaramado encima de la ciudad..... Yo me paseo, y miro aquello que no conocía..... Pero de pronto, apercibo detrás de una pequeña pared, á dos pasos de mí, una cosa dorada que reluce, que se mueve, que va elevándose poquito á poco, sigilosamente, con precauciones infinitas: ¡un *antus* de los que llevan las mujeres marroquíes en la cabeza! Evidentemente, es una de mis vecinas que ha oído andar por allí, y ha tenido la curiosidad de ver quién era. No me atrevo á moverme, inmovilizado por la sorpresa..... La mitra dorada continúa asomando un poquito más á cada momento, por encima de la pared, hasta descubrirse toda entera; luego, veo una sarta de zequíes de oro que caen sobre una frente femenina; unos cabellos, ¡unas cejas negras bajo cuyo arco hay unos ojos muy grandes que me han visto!..... ¡Cataplún! se acabó la aparición; ojos, cejas y tiara han desaparecido súbita-

(1) Sobre la Universidad de Fez y la mezquita de Karauin, hay un libro muy notable y muy poco conocido, que ha publicado hace poco en Orán un profesor de árabe, llamado M. Delphin. Coleccionando con minucioso cuidado las revelaciones que ha obtenido de los *marabuts* de Tlemcen, de Argel ó de Constantina, antiguos estudiantes de Karauin, ha llegado á reconstituir todo el organismo de aquella Universidad, que debe diferir poco de lo que eran en otro tiempo las de Bagdad y Córdoba. He podido comprobar la exactitud de su libro, y ver el profundo asombro de un *tholba*, á quien decían delante de mí, por haberlo leído en aquel: «En *tal hora* del día, estudiáis en Karauin *tal ciencia*, comentada *por tal profesor*.»

(N. del A.)

TIPOS POPULARES DE MADRID.



VENDEDORA AMBULANTE DE FLORES.

DIBUJO ORIGINAL DE J. SAMPIETRO.



EN EL HARÉN.

CUADRO ORIGINAL DE H. BERGER.

mente, como desaparece en los teatritos Guignol una marioneta.

Sin embargo, permanezco quieto en mi puesto, adivinando que la bella curiosa se ha ocultado, pero no se ha ido..... Y, en efecto, á poco vuelve á ir asomando el *antus*, y tras él toda la cara, que esta vez me mira frente á frente, con una semisonrisa de curiosidad escandalizada. Es encantadora esta vecina mía entrevista en este misterio, con su tocado de oro sobre este fondo de ruinas..... Pero, en verdad, estamos demasiado cerca el uno del otro, y haría mal en permanecer donde estoy: yo mismo empiezo á sentirme avergonzado, y para poner término á esta situación, decido retirarme á mi azotea inferior, cerca de la cual tengo otras vecinas, ya más domesticadas.

En esta otra azotea, las cosas no revisten el mismo aspecto íntimo: en lugar de algunas casas dominadas por la perspectiva de un lejano cementerio, tengo á mis pies todo el panorama de Fez, con sus jardines, sus murallas, y el Atlas coronado de nieves, como fondo del cuadro: es una inmensa decoración completa, sobre la cual mi indiscreción, menos particularizada, me parece más admisible. Aquí, lo general es que cuando yo me presento, los pretiles de las azoteas de alrededor se coronen de cabezas de mujeres, siempre ociosas, y para quienes yo constituyo un objeto de gran curiosidad. Las huidas de gacela asustada; la hurañez que me manifestaban los primeros días, han desaparecido bien pronto: lo que sería una enormidad de imprudencia culpable para hecho con un musulmán, no les parece peligroso conmigo, que no he de decírselo á nadie, y que, por otra parte, volveré á ausentarme á mi país, que está muy lejos del suyo. Lo esencial es que los maridos no sepan nada. Y se me mira, y se me sonríe, y se me hacen saludos, que quieren decir «¡buenos días!», y hasta se me enseñan á pequeña distancia diferentes objetos, para saber mi opinión sobre ellos, tales como adornos para el pecho ó para los brazos, gasas doradas para cubrir los *antus*..... Mis guantes son para ellas una causa de extremado asombro: dicen entre ellas *que tengo manos de dos pellejos*.

El barrio que habito es un barrio de gentes ricas: he aquí la razón de que todas estas mujeres no tengan nada que hacer en todo el día más que divertir á sus esposos.

Una de ellas, que vive pared por medio de mi casa, tiene todo el aire de una fiera cautiva. Se pasa las horas ella sola en la cima aguda de un muro, perfilándose sobre el cielo, inmóvil é indiferente á todo, incluso á la curiosidad de verme. No es enteramente bonita, sobre todo á primera vista; pero es esbelta y admirablemente modelada, joven y extraña, con ojos sombríos que se adivinan rodeados de ojeras por algún turbador cansancio. Esta mañana ocupa su sitio acostumbrado ostentando sus brazos desnudos, y con las piernas cruzadas y desnudas también hasta las rodillas; en los tobillos, muy finos, lleva unas pesadas argollas de metal, y unas viejas babuchas encubren mal sus pies, pequeños y de exquisita forma; sus ojos están más hundidos que de costumbre, más sombríos; diríase que ha llorado..... ¡Estoy seguro de que ha sido ella la que ha recibido la paliza esta noche pasada! He oído golpes á través de la pared medianera, y, durante una hora después, sollozos y gritos de rabia.....

Hoy me encuentro también con una figura nueva para mí en la vecindad: es una jovencita alta, morena, sin más adorno en la cabeza que unas magníficas trenzas colgando. ¿De dónde viene? ¿Quién será el vecino que ha comprado su ardiente juventud? Tiene mi nueva conocida un perfil recto y duro, ojos muy rasgados, adormidos y sensuales, aire altanero y huraño. Su brazo, que lleva desnudo, sería por sí solo una maravillosa cosa para pintarla ó esculpirla. Después de unos minutos de sobrecogimiento, también ella toma el partido de mirarme cara á cara, como diciéndome: —¿Qué haces ahí, y por qué vienes á perturbar á las mujeres en sus tranquilos dominios?

Entonces me vuelvo para mirar á la otra, á la solitaria, que permanece inmóvil en su rincón, siempre en la misma actitud de rebelión y de disgusto.

Decididamente tiene esa clase de irregularidad, y aun de fealdad á primera vista, que á la larga concluye muchas veces por convertirse en supremo encanto para nosotros. Posee esos labios de contornos finos y firmes, con las comisuras muy profundas, que á menudo constituyen toda la belleza subyugadora y fatal de un rostro de mujer. Y ¿por qué no decirlo? Confieso que la idea de que fué apaleada anoche y de que volverá á serlo, se me hace extremadamente penosa: siento un despecho al ver que nos separan tan formidables barreras, cuando parece que estamos tan cerca, viéndonos cada día: quisiera poder impedir que sufriese y que llorase. Daría cualquier cosa por poderle proporcionar un poco de bienestar físico y de reposo.

Y el caso es que no puedo envanecerme de este sentimiento de piedad, antes bien, me confunde; pues me doy perfecta cuenta de que me preocuparía menos de ella y de sus penas, si no tuviera una boca tan deliciosa.....

La influencia avasalladora del hechizo exterior, se ejerce sobre aquellos de nuestros sentimientos que deberían estar más independientes de ella. Así, sucede que podemos ser más ó menos buenos para una criatura humana, según sean su rostro y su forma.....

***

Son las diez, momento de vestirse para ir á almorzar con el Ministro, en el palacio de la Embajada. Es una de mis diversiones favoritas el ir allá en traje de árabe, y pavonearme por las calles de naranjos del jardín, ó bajo los alicatados arcos del patio, luciendo mis albornoces y mis caftanes, y tomándome á mí mismo por un caballero de la corte de Boabdil.

El sol ha secado el fango de la ciudad y aclarado un poco el tinte sombrío de las viejas paredes: en la obscuridad de las menguadas callejuelas, espléndidos rayos de luz caen acá y acullá sobre la blancura de los velos y de los albornoces que pasan.

Precedido de mis dos criados, como personaje significado, salgo de casa con la lentitud grave que conviene al lugar en que me encuentro y al traje que he adoptado, después de haber hecho rechinar en la secular cerradura una llave que pesa sus tres libras. Luego emprendo mi camino, durante el cual me encuentro á dos ó tres transeuntes, lo que nos obliga á todos á una complicada maniobra para dejarnos paso mutuamente. Atravieso un pequeño bazar cubierto, donde se venden frutas y legumbres; luego, á la izquierda, una calle más ancha, sin más techo que la incomparable bóveda azul del cielo, y en la cual no hay casa alguna, sino dos mezquitas, una á la derecha y otra á la izquierda, que ocupan todo el largo de la calle. Ambas están bastante abandonadas y ruinosas; pero en medio de sus muros, informes ya á fuerza de ser revocados y encalados, las puertas se conservan intactas y deliciosas, ostentando sus lindos marcos de mosaico, sus rosáceas extrañamente complicadas unas, y otras sencillas, como grandes margaritas abiertas; sus series de dibujos estrellados, cuyas mil pequeñas facetas de azulejos brillan con colores muy antiguos y sin embargo muy frescos. Algunos pasos más lejos, el muro del lado donde da la sombra se interrumpe por haberse desmoronado, dejando ver un camposanto donde los difuntos reposan bajo lápidas sepulcrales de mosaico, invadidas por la hierba y las adormideras salvajes. ¡Ah! ¿cómo expresar la inundación de luz, el misterio, el encanto de todo esto?

Tal vez este rincón, ya tan familiar para mí, sea el que por más tiempo permanezca grabado en mi memoria, sin que jamás pueda yo explicar el porqué. No sé en qué consiste que para mí encierre tal atractivo el atravesar cotidianamente ese trozo de calle entre dos antiquísimas mezquitas bajo el sol matinal. Yo experimento un indecible gozo artístico en representarme todo lo que este lugar tiene de poco accesible, de poco vulgar; en añadir con mi presencia un detalle más, que sería *apuntado* por un pintor, si un pintor viera esto: he concluido por tomarme en serio á mí mismo en mis lujosas vestiduras de visir, en mis caftanes rosa ó azul pálido, sujetos por cordones de seda, de variados colores.



Pongo todo mi esmero en ir bastante bien vestido, bastante *verosímil*, para que los transeuntes no me miren con extrañeza, y ayer, unos montañeses bereberes me han saludado en árabe, tomándome por un *kaid* de la ciudad, lo que me ha llenado de infantil orgullo. Lo reconozco; hay en este caso mío una gran dosis de puerilidad; pero á los que se encojan de hombros con desprecio, he de decirles que lo que yo hago, no me parece más tonto que el pasarse la noche en un club ó en un casino, el leer las proclamas de los candidatos á la diputación, ó el complacerse en las elegancias del corte de una *jaquette* inglesa ó de una americana.

Una vez atravesada mi calle favorita, tuerzo á la derecha, y á las pocas callejuelas, llego á la puerta de la casa del Ministro. Allí, desde el umbral, me encuentro con rostros conocidos; son los *kaids* y soldados árabes que nos han acompañado desde Tánger, y que han plantado sus tiendas entre los rosales y los naranjos del jardín, bajo el claro azul del cielo. Todos estos individuos salen á recibirme sonrientes. Me arreglan los pliegues de mi jaique, y me inician en los refinamientos de la elegancia árabe, pareciéndoles muy bien que yo ande vestido como ellos, y diciéndome: «Nuestros trajes son más bonitos que los vuestros, ¿no es así? Si sigues vistiéndote así, cuando vuelvas á tu país, todo el mundo querrá tener trajes al uso de Marruecos.» (Esto último sí que no lo creo: no me represento bien la moda marroquí generalizándose en los bulevares de París.)

Después de atravesar el jardín y un largo pasillo que hay al fondo, llego al gran patio interior de dos pisos, que es la maravilla de la casa: un pavimento de mosaico con millares de dibujitos azules, amarillos, blancos y negros: todo alrededor, una serie de arcadas moriscas con festones tan finamente labrados como el encaje, y en el piso superior, encima de las cimbras y de los arabescos de piedra, una galería de madera de cedro calada. El agua salta en claro surtidor de una pila de mármol blanco que hay en el centro, y de una preciosa fuente mural que hay á uno de los lados. Esta fuente es una especie de gran ojiva de mosaicos, en que se entremezclan dibujos de rara forma. Una franja de azulejos blancos y negros sírvela de marco, y de lo alto, como coronamiento, penden unos colgantes de nívea blancura, como estalactitas de gruta.

Las habitaciones se abren sobre este patio, dando acceso á ellas unas inmensas puertas de cedro: interiormente están decoradas, hasta la mitad de la altura de las paredes, con colgaduras de terciopelo azul y rojo, que tienen bordados de oro, imitando grandes arcos.

Allí me reuno con el Ministro y mis demás compañeros de viaje, y en su mesa, servida naturalmente á la europea, hallo un poco de la franca alegría de nuestras comidas bajo la lona de la tienda, en medio de las praderas ó á la orilla de los ríos. Por un rato, vuelvo á pertenecer al mundo moderno, y el palacio árabe me parece un pequeño rincón de la Francia.

***

Viene después la hora del café y del cigarrillo de Oriente; hora agradable, pasada á la sombra de un cobertizo delante del antiguo kiosko del jardín, amortajado con cal blanca. La vista se reposa tranquilamente en la contemplación del bosquecillo de naranjos rodeado de altos muros, y lleno ahora de tiendas de beduinos plantadas entre las rosas.

(Continuará.)

LA ÚLTIMA CARTA.

(EPISODIO DE LA VIDA DE CERVANTES.)

I.

Mirando está de hito en hito,
Entre sardónico y mustio,
Su vieja espada y broquel
Un pobre hidalgo caduco.
De un clavo pendientes ambos
Cuelgan del tabique sucio
De un menguado aposentillo,
Entre buharda y tugurio,
Y en el sillón de caderas,
Donde le tienen sepulto
La enfermedad que le acaba
Y la ingratitud de algunos,
Repasa así el inventario
De sus luengos infortunios:
«Tomados estáis de herrumbre
De pasar lustro tras lustro,
Como vuestro dueño, ociosos,
Merced al destino adusto.
En mi mocedad florida,
Por mis juveniles gustos,
Pasasteis conmigo á Italia,
De tanto español sepulcro.
Servimos á monseñores
Ilustrísimos y lucios,
Al prometer manirrotos,
Como al pagar cierrapuños;
Y como aquel Acquaviva
Dejó muerto mi peculio,
Horro salí del tinelo
Buscando en Marte refugio.
De aquel rayo de la guerra,
De Don Juan, príncipe augusto,
Las banderas victoriosas
Seguir quise, triunfo á triunfo.
Vos y yo, mi Durindana,
Fuimos á Lepanto juntos,
Y si vos sacasteis gloria,
Yo un arcabuzazo turco,
Que de aquesta mano izquierda
Me dejó menos que zurdo.
¡Dios se lo premie á Mahoma
Y al rey Felipe Segundo!
Si el uno me dejó manco,
El otro me dejó ayuno.
Marte, que cercena miembros,
Quiere los hombres al justo,
Y tuvimos que decirle
Vosotros y yo *abrenuncio*.
Tal de desdichado estaba,
Tal era mi sino turbio,
Que el Arnaute al cautivarme,
Bien lo que se hacía supo.
Mohino en Argel estuve
Entre moras y entre eunucos,
Con agua al cuello en el *baño*,
Si chapuzo ó no chapuzo,
Siempre el recuerdo en la patria
Y siempre en el cuello el ñudo.
De ser empalado estuve
A dos dedos, y no abulto,
Y me salvó mi fortuna,
Para tundirme más duro.
Por fin, aquella milicia
De Nolasco y de Raimundo,
En cuyos hábitos luce
El aragonés escudo,
Con la caridad por norte
Y la religión por nuncio,
Sacóme de las mazmorras
Y á nuestra España me trujo.
Madrastra me fué, no madre,
Así á mi suerte le plugo,
Que en lugar de hacerme duque
Me hizo poeta bisunto.
Comedias traté en corrales
Por la corte y extramuros,
Que Lope de Rueda un día
Me infundió por ellas gusto;
Y aunque Pedro de Morales
Echólas discreto y culto,
Y sin ofrenda corrieron
De mano del hosco vulgo,
De nabos y berengenas

Y de pepinos maduros,
Las tres ánades cantando
Tuve que mudar el rumbo
Cuando Lope, el buen Lopico,
Se calzó solo el coturno.
¡Milagro fué, espada mía,
Que entonces, y en mis apuros,
Él broquel y vos no fuisteis
Empeñados y reclusos!
Alcabalero metíme,
Publicano inverecundo,
Y en las Manchas alta y baja
Sintieron por mí espeluzno.
Pero los de Argamasilla
Me la jugaron de puño,
Y dieron con mi persona
En un calabozo obscuro.
¡Bien haya de los manchegos
El enojo furibundo,
Y bien haya aquella cárcel,
Que tan amarga me supo!
Allí topé á *Don Quijote*,
De cerebro tan enjuto,
Allí á *Dulcinea* y *Sancho*,
Á *Rocinante* y el *Rucio*.
Todas las siete partidas
Con ellos corrí del mundo,
Y he crecido en nombre y fama,
Pero no medré en escudos.
¡Esos duques y esos condes
Me han honrado mucho, mucho!
Mas yo les dí con mi libro
Nombre perpetuo y seguro.
Pero no hay desdicha eterna,
Y estos ahogos que sufro
Me dicen, á voz en grito,
Que me avecino al sepulcro.
Soy cristiano y sin ventura,
Loco seré si me angustio;
Sin culpas y sin dineros,
No es morir caso de susto.
Hijos de mi pobre ingenio,
Tan pobre, que no le cupo
Enriqueceros de gracias
Que os rindiesen tributo;
Libros infelices míos,
Más infeliz cada uno,
Sed vosotros inmortales,
Ya que yo, flaco, sucumbo.
Tú, *Persiles*, el postrero,
Benjamín á quien auguro
Que el mejor de todos seas,
Ó más malo que ninguno,
Parte, y al Duque de Lemos,
Príncipe en largueza sumo,
Aunque la conozca apenas
Aqueste criado suyo,
Dile..... pero yo dirélo,
Que estoy de escribir con pujo.»

II.

—Señor, de Vuestra Excelencia
Por última vez me amparo,
Que es, según indicio claro,
Mi postrer impertinencia:
Tened, por ende, paciencia,
Pues á partir me apercibo
A do ninguno va vivo,
Y estoy tan al cabo, en suma,
Que tomo, señor, la pluma
Puesto ya un pie en el estribo.
Hoy, dos amantes ufanos,
Por honra, que suya es,
Rendidos á vuestros pies,
Besar quieren vuestras manos:
No hagáis sus intentos vanos,
Truéquese por vos su suerte,
Pues así su sino fuerte
Astro tan claro preside;
Ved que está quien os lo pide
Con las ansias de la muerte.
Si ser padre no me engaña,
Persiles y Sigismunda
Ha de ser obra fecunda
Y en invenciones extraña:
Mas si mi estrella le daña,
Magnánimo y compasivo
Sed vos su padre adoptivo,
Con protección generosa,
Pues al borde de la fosa,
Gran señor, ésta te escribo.

III.

Abrió su mujer entonces
Y le interrumpió el discurso,
Trayéndole la poción
Que el médico le dispuso.
Bebióla, y dijo Cervantes,
Cadavérico y convulso:
«Esta carta, á la estafeta
Manda, Catalina, al punto;
Sea por tí, mujer mía;
Yo..... ¡la respuesta renuncio!
....
....
....
En Nápoles está Lemos,
Muy conde y muy linajudo,
De aquel virreinato insigne
Rigiendo el solemne curso;
Y como es jornada larga
Y el mal del enfermo crudo,
Cuando rompió el secretario
La nema, con pausa y pulso,
Ya era Miguel de Cervantes
De luengos días difunto.

JULIO MONREAL.

ITALIA, ALEMANIA Y EUROPA.

SUMARIO.

Nueva situación iniciada entre Italia y Francia.- Indicios de reconciliación entre Francia y Alemania.—Intervención de León XIII.—Visita de Carnot á la Provenza, el Nizardo y Córcega.—Las escuadras extranjeras en Tolón.—Cambios en sentido democrático en el ejército germánico.—Muerte en Italia del Príncipe Doria y de Aurelio Saffi.—Agitación obrera en Austria y en Europa.

ATRAVESAMOS un período sumamente crítico de esta vida europea, á la cual las grandes iniciativas del joven César de Alemania imprimen lo que bien pudiera llamarse el movimiento continuo. El inconveniente para el cronista europeo que vive un tanto lejano del asiento de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, consiste en que en esta sucesión de acontecimientos, cada día, y á veces cada hora, trae un cambio que destruye hoy los cálculos de ayer. Procuremos condensar en esta revista lo que parece más seguro ó probable por el momento. No es posible dudar ya de que la retirada del Príncipe de Bismarck, á quien, y entre paréntesis, Berlín, al partir; Hamburgo, al atravesar la ciudad, y Friedrichsruhe, al recibirlo con antorchas, veteranos y aldeanos hicieron la más grande y significativa de las ovaciones, ha señalado un cambio completo en la política interior de la Alemania, y, cuando menos, una gran modificación en las relaciones internacionales de Europa, digan lo que quieran los que, interesados en sostener la posición del Presidente del Consejo, Crispi, en Italia, y del Conde Kalnoky en Austria-Hungría, afirman que las explicaciones cambiadas entre los Gabinetes de Viena y Roma con el nuevo canciller germánico, von Caprivi, y las cartas que han mediado entre los soberanos de Alemania, Austria-Hungría é Italia, mantienen igualmente sólida que antes la triple alianza de la Europa central. Este último hecho podrá ser cierto; pero modificándose en el sentido de que el reino itálico tiende, al parecer, á reconciliarse con Francia, y el joven Emperador de Alemania á estrechar antiguos lazos con la Rusia. El primero de estos síntomas se convertiría en un acontecimiento definitivo si, por efecto del movimiento de opinión que en Italia se nota, é hijo de la crisis que sufre, un Gabinete Magliani-Nicotera-Saraceo-Rudini subiese al Poder en porvenir no lejano, y respondiendo al gran comicio político-económico que cuando esta crónica se publique, se estará celebrando en la bella Nápoles. Suceso éste que puede anticipar un hecho tan notable como la elevación á embajada de Alemania de la que hasta ahora se titulaba sencillamente legación de Prusia cerca del Vaticano, y la necesidad de dar garantías de amistad á la República francesa más eficaces que el envío de la escuadra italiana á honrar la presencia del presidente Carnot en las islas Hyeres, en Córcega y Tolón.

Ya este envío de la flota al mando del almirante Lovera di Mana, que enarbolará su pabellón á bordo del hermoso navío *Italia*, y que será portador de una carta autógrafa muy expresiva del rey Humberto al primer magistrado de la nación francesa, es una gestión hecha para esta reconciliación entre las dos naciones latinas, á las que tantos intereses enlazan y que desean con ardor Milán, Turín y Palermo, puesto que para la Lombardía, la Sicilia y el Piamonte el reanudar los vínculos comerciales hasta donde lo permita la corriente proteccionista de la Francia y volver á traer al mercado italiano los capitales franceses que han huído de él por completo, es casi cuestión de vida ó muerte para la península itálica. Pero no es posible hacerse ilusiones de conseguir esto sin una transformación en el Gobierno de la Italia, y sin un desarme parcial, que, salvando la integridad de la patria, acabe con toda veleidad de luchas en Europa y de aventuras tan costosas en Africa. Mientras Magliani y Saraceo, antiguos colegas ambos de Depretis y de Crispi, presentan esta medida, la reconciliación comercial con la nación francesa y la nivelación efectiva del presupuesto itálico, como bases fundamentales de su programa, hay que anotar el hecho de que, exaltada la prensa francesa por la medida reciente, tal vez necesaria, pero poco oportuna y política, de la expulsión de Roma decretada contra los corresponsales de la Agencia Havas y del *Fígaro*, suerte que alcanzó igualmente al de la *Gaceta de Francfort*, ha venido á neutralizar en gran parte lo que de placentero había para el sentimiento francés en el envío de la escuadra itálica á los mares mediterráneos de la Francia. Por lo cual la aproximación ó *modus vivendi* entre las potencias que separan los Alpes, única cosa que pueden prometerse los más optimistas, dadas las inmensas dificultades que á mis ojos presenta el rompimiento completo de la triple alianza y la renovación de los lazos que en 1860 unieron á la Francia con la Italia, pendiente hoy el insoluble problema de Roma, será mucho más fácil con otro Gobierno cerca del Quirinal que con el que rige hoy los destinos del pueblo itálico, demasiado comprometido ya con la política que representaba el Príncipe de Bismarck.

***

Y ahora examinemos á la vez cuál sea la situación de la Alemania, con respecto á la Francia y á la Europa, después de la retirada, ciertamente nada voluntaria en el instante en que se realizó, del gran Canciller; por más que no puedan ser más entusiastas en sus expresiones de admiración á los servicios del nuevo Duque de Lauenburg y feldmariscal del Imperio las *epístolas* con que lo despidió; el que el joven Monarca, *que parecía destinado á no separarse nunca de su gran mentor*, como demostración de gran afecto, haya asistido al convite, á que él mismo se invitó, dado por el conde Herbert de Bismarck; y de la promesa repetida de ir en Mayo á visitar á su ilustre padre en la casa de campo donde ha declarado quiere vivir el resto de sus días, y colocar su tumba entre las frondosas arboledas de Friedrichsruhe.

La prensa fantasista, que, ciertamente, no carece de derecho para pensarlo y decirlo todo, después de las grandes sorpresas que nos da todos los días Guillermo II, ha llegado á hablarnos en estos días hasta del abandono por parte de la Alemania, de la Alsacia y de la Lorena. No que Francia debiera recobrar á Strasburgo y Metz, cosa que sublevaría la conciencia germánica, y que no podría realizar todo el poder del Emperador, por grande que sea. Pero la Alsacia y Lorena serían neutralizadas, como la Suiza y la Bélgica, neutralidad que se extendería á la Holanda, y constituiría, como el Ducado de Luxemburgo, un estado autónomo con ciertos lazos respecto del Imperio. Fué ésta, en cuanto á la Lorena, una idea acariciada, según revelaciones posteriores, por el Príncipe de Bismarck, y no rechazada por Guillermo I, á quien en esta senda conciliadora apoyaba la emperatriz Augusta; pero que fracasó ante la oposición resuelta del fedmariscal Moltke y del elemento militar, orgulloso de sus victorias en Metz, en Sedán y en París, y queriendo reproducir, respecto de la Francia, aquella política que Napoleón I impuso á la vencida Prusia después de Jena. Pero como la Monarquía prusiana sacó, cual Anteo, nuevas fuerzas al caer en tierra, la Francia, rescatada por cinco mil millones de francos, y viendo consolidada la paz en el interior, á pesar de las luchas civiles que á juicio del Gran Canciller nutría en sus entrañas la República, ha demostrado ser imposible la consolidación de una verdadera pacificación europea, sin alguna satisfacción dada á sus aspiraciones de reivindicación nacional. El nudo, como se ve, es insoluble. Pueden pasar por la imaginación del joven César los sentimientos más nobles y los proyectos más atrevidos; pero no le es dado borrar las frases de sus discursos y de sus manifiestos imperiales, afirmando que jamás la Alemania sacrificaría una pulgada del territorio que antes de Luis XIV perteneció á la patria germánica.

Para revestir de verosimilitud pensamiento sin duda laudable y digno de las edades heroicas, se añadió que Alemania y Francia invocarían la alta mediación del pontífice León XIII, quien, de seguro, acaricia ésta como todas las ideas cristianas y de pacificación europea. Pero la cuestión de la Alsacia y de la Lorena no es la de las Islas Carolinas, ni la de la supresión de la esclavitud que trata el Congreso de Bruselas, bajo la iniciativa de León XIII, y reviste aún mayor pesadumbre y dificultades insolubles que la cristianización del Africa y la solución de los problemas sociales y obreros tratados en la Conferencia de Berlín; de la cual, entre paréntesis, diré que el Príncipe-Obispo de Breslau, cuya diócesis abraza parte del Austria y de la Alemania, y que, defiriendo á los ruegos de Guillermo II, va á elevar León XIII á la púrpura cardenalicia en el Consistorio de Junio, ha enviado una notabilísima Memoria al Vaticano, consignando en ella qué alto aprecio hizo el Congreso de Berlín de las iniciativas tomadas por el actual Pontífice para mejorar la situación del párvulo y de las mujeres en las fábricas, reconstituyendo el hogar cristiano de las familias obreras, y en qué suprema estima tiene el Arzobispo de Breslau las condiciones morales del joven emperador Guillermo.

Pero si en lo que queda del siglo, y contra las esperanzas de que desearíamos participar, no vemos probable la solución definitiva y conciliadora de la cuestión de Alsacia y de la Lorena, también creemos que como entre Italia y Francia, se camina entre ésta y la Alemania á un *modus vivendi* y á una pacificación menos instable que hasta aquí. Parece probable que van á suprimirse los pasaportes para los franceses que viajan en Alemania, como las restricciones rigorosísimas impuestas á los mismos y que hacían imposible su estancia en Alsacia y en Lorena. Era esta una de las medidas que más irritación habían causado en la nación francesa. Y no me extrañaría que, como prueba de deferencia, se confirmase la noticia, todavía no definitiva, de que algunos buques de guerra germánicos, hoy en las aguas del Pyreo, se trasladarían también, como las escuadras española é italiana, y los navíos rusos que invernan en Villafranca, á los mares de Tolón. Por supuesto que en tal eventualidad no marcharían de conserva con los navíos itálicos; pues de lo contrario, este acto de deferencia perdería toda significación, recordando la alianza de la Europa central, que la República francesa considera pactada en daño suyo. A la vez que propósitos tan conciliadores se atribuyen á la nueva política que prevalece en Berlín, los fantasistas llegaron á hablarnos de una visita de la emperatriz Victoria á la Reina de Inglaterra en Aix-les-Bains, alzándose así el entredicho que desde 1870 parece vedar el territorio de la Francia á los soberanos de Alemania. Nos pareció siempre prematura y arriesgada tal nueva, que los *reporters* ó el telégrafo han confundido, sin duda, con la visita que la Emperatriz germánica hará á la reina Victoria en la corte del ducado de Hesse, y la que ya ha realizado Guillermo II á la Emperatriz de Austria en Wiesbaden. En esta última se habrán puesto las bases de la entrevista que en Junio tendrán los soberanos de Alemania, Italia y Austria, el cual podrá encontrarse así con Humberto I y satisfacer, de la manera que lo permitan las condiciones especiales de Roma para un monarca apostólico, la deuda contraída

desde la visita de los reyes de Italia á Viena. Sin duda esta entrevista tiene por objeto desvirtuar un tanto el efecto de la larga visita que Guillermo II hará al Czar, asistiendo á sus cacerías y á las grandes maniobras militares del ejército moscovita, á las cuales irán también el Archiduque heredero del trono de Austria y su primogénito, Francisco Fernando de Absburgo y Este, del cual diré, al correr de la pluma, que se insiste siempre, no obstante formales negativas, en que, cuando transcurra más tiempo, dará su mano á la princesa Estefanía, viuda del archiduque Rodolfo. De otro enlace, el de su hermana Clementina, se habla también, con un Príncipe de la familia Imperial. Debe precederlo en Mayo el de la archiduquesa Valeria, con su primo el archiduque Salvador. Al lado de estos viajes proyectados, la prensa itálica nos dice haberse aplazado el de la reina Margarita á Berlín, donde á mediados de Junio debía encontrarse con su hijo, el Príncipe de Nápoles, á la vuelta de su excursión de Grecia, Stambul, el Cáucaso y una parte del Asia; viaje éste que ha sido una verdadera odisea para el heredero del trono de Italia. El Partenón de Atenas; las ruinas del templo de Diana en Epheso; la contemplación de las mezquitas de Brussa, que no ceden en color oriental á la de Córdoba; las cien curiosidades de Stambul, donde el Príncipe de Nápoles ha tenido la fortuna de asistir á la salida de la caravana para la Meca, á la suntuosa Pascua griega, á la iniciación del Ramazán musulmán y á las fiestas del Bósforo y Cuerno de Oro en el aniversario del natalicio del Sultán, quien ha llevado su galantería alojándolo en su palacio de Jildiz, hasta el extremo de que un alto funcionario de la corte lo siguiese doquiera para pagar todas sus compras del Bazar, aunque inferiores á los regalos del Soberano; las ruinas de Nínive y Babilonia, todo ha encantado un espíritu que antes había tenido en el estudio de los clásicos los elementos para apreciar bien las bellezas y los recuerdos de los sitios que iba á recorrer. Como complemento de esta, que con razón llamamos odisea, el czar Alejandro lo ha invitado á que desde Crimea vaya á Moscou y San Petersburgo.

No creo que el aplazamiento de la visita de la reina Margarita á los Emperadores de Alemania, sobre todo si lo compensa el encuentro de los tres soberanos aliados, pueda significar enfriamiento alguno en las relaciones entre Roma y Berlín. Mayores síntomas de esto pudieran encontrarse en la ya citada elevación á embajada de la legación prusiana cerca de la Santa Sede. Sin embargo, hay que establecer diferencias entre los sentimientos de los soberanos y la política, poco favorable al Vaticano, que inició el jefe del Gabinete responsable, con la inauguración del monumento á Giordano Bruno, su discurso de Palermo y su ley de obras pías, que en estos momentos va á discutir el Senado itálico. Es esta una de las causas que debilitan su situación en Italia, y que se ha complicado en los últimos tiempos con la terrible crisis económica que la aqueja, especialmente á Roma, causa ésta de la expulsión de los corresponsales extranjeros, que hemos citado en la primera parte de esta crónica. Y como cuando una estrella comienza á palidecer todo contribuye á su eclipse, hasta la misma favorabilísima que presidió á la de Italia en el mar Rojo y en la Etiopía, ha visto ensombrecerse su esplendor en los últimos días. Ese Rey de los reyes, Emperador de Etiopía, y que en el santuario de Axum, que según la tradición guarda la principal parte de la Cruz del Salvador, debía coronarse como rey del Tigré, con la preciosa diadema, regalo de Humberto I; después de aparecer marchando por aquellas tierras á la cabeza de ejércitos cuyas muchedumbres recordaban las de Xerxes, se ha visto, sea por el hambre, sea por la pérdida de su caballería abisinia en los desfiladeros de que Amonasro hablaba á Aida, en la necesidad de retroceder, dejando el Tigré á su rival Rasmengascia, el hijo natural ó sobrino del antiguo *negus* Juan de Abisinia. Aunque paliando lo que es un verdadero fracaso con un vasallaje nominal del nuevo soberano, y con la promesa de que éste respetará los tratados contraídos con el rey Humberto y las posesiones itálicas en el mar Rojo. ¿Pero las respetará igualmente Ras Alula? Es natural que los italianos, que se hacen igual pregunta, no aparezcan contentos de la solución que ha tenido la aventura de Africa; que el conde Antonelli haya suspendido la entrega de diferentes cañones al poco enérgico aliado, y que la cuestión abisinia sirva de tema de oposición en el comicio de Nápoles.



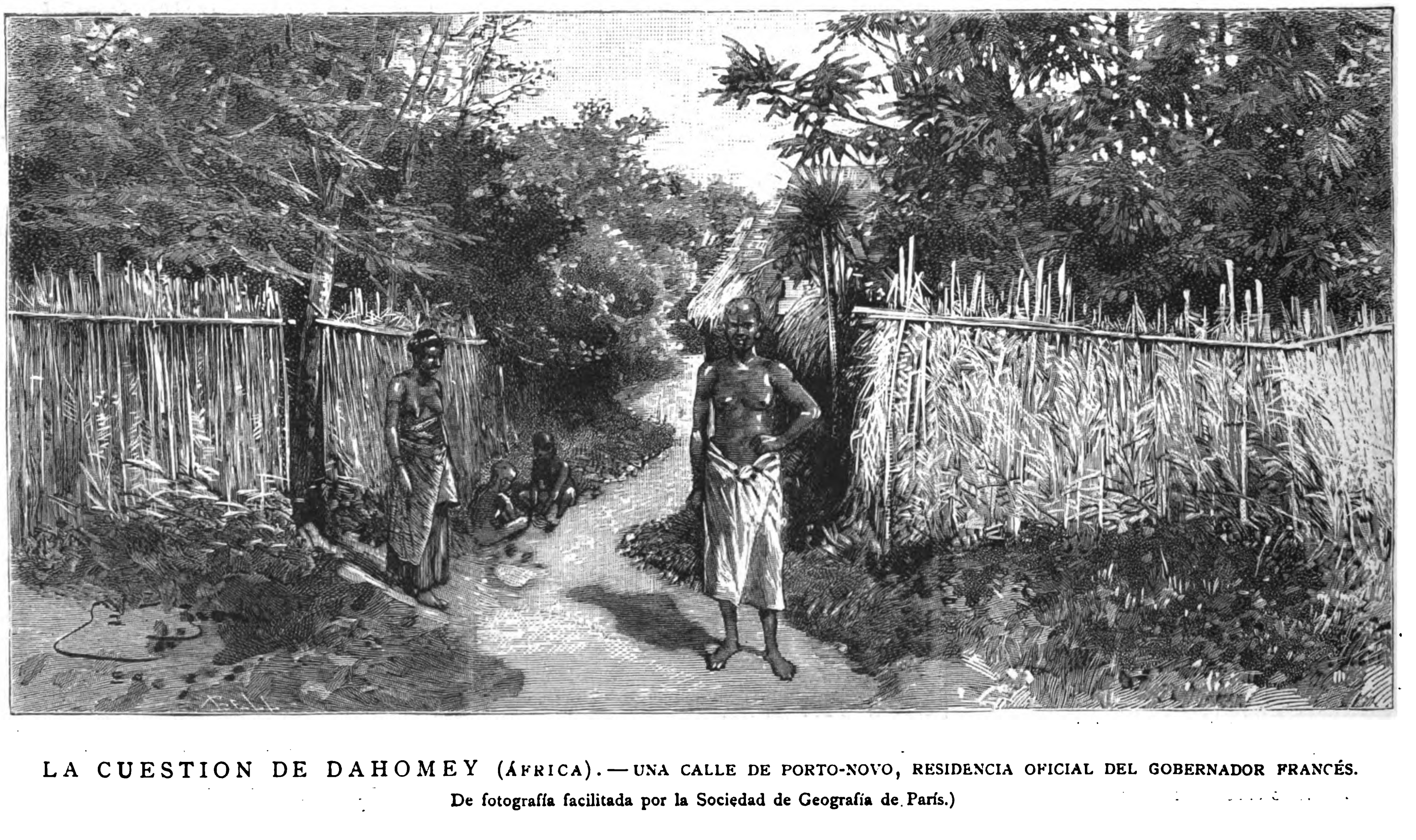
S. E. EL CONDE JULIO SZAPARI,

PRIMER MINISTRO DE HUNGRÍA.

***

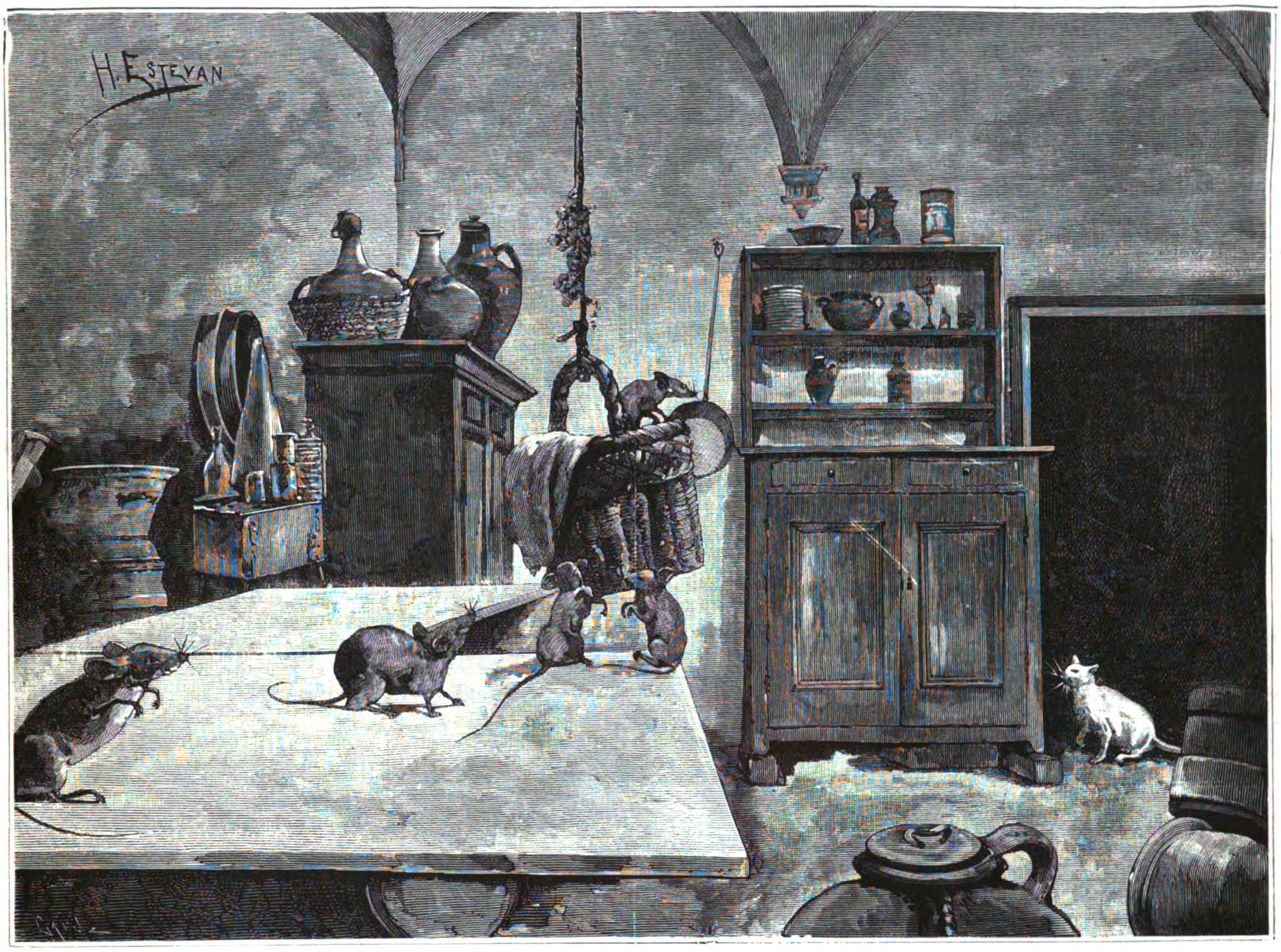
Pero volvamos á la Alemania, para consagrar algunas frases que no podemos negar á una de las más extraordinarias medidas con que ha sorprendido su infatigable Emperador aun á los que estaban acostumbrados á las emociones producidas por el cambio en las regiones supremas del gobierno, y por sus reformas sociales de tan alta trascendencia, consignadas en sus rescriptos y llevadas á la Conferencia internacional de Berlín.

Me refiero á sus otros rescriptos ó decretos respecto al reclutamiento de la oficialidad germánica, el arca santa de la Alemania. No hay quien ignore lo que era un oficial en Prusia, y qué consideración social disfruta el uniforme en Alemania. La nobleza venía siendo el plantel exclusivo de esta oficialidad; ahora Guillermo II, con esa iniciativa que no descansa, y parecida á la actividad con que en pocos días recorrió la Europa, fundándose en el desenvolvimiento de la educación en el Imperio y en el aumento de sus inmensas fuerzas militares, abre las puertas de esta oficialidad misma á los hijos de las familias honradas de la clase media que amen la profesión del soldado y que profesen *sentimientos cristianos*, primera garantía para él de todo orden social y de defensa para la patria. Esta reforma, que es una verdadera revolución en Alemania, va acompañada de sanos consejos contra los excesos del lujo en el cuerpo de oficiales, y de la proclamación de ideas que verdaderamente habrían sorprendido en labios del César germánico si, al llamar al cuarto estado, representado por las clases obreras, á la participación de la vida pública, no nos hubiese dicho ya Guillermo II que aquellas institu-



LA CUESTION DE DAHOMEY (ÁFRICA). — UNA CALLE DE PORTO-NOVO, RESIDENCIA OFICIAL DEL GOBERNADOR FRANCÉS.

De fotografía facilitada por la Sociedad de Geografía de París.)



COMEDIA.



TRAGEDIA.

Composición humorística de Hermenegildo Estevan.

ciones que no saben identificarse con los elementos que dirigen la sociedad en nuestros días, no podrán resistir los vendavales revolucionarios de nuestra época. No sabemos si la inmensa sorpresa que ha causado en Alemania esta gran reforma, uniéndose á la oposición que le hizo el general, jefe de Estado Mayor, Conde de Waldersee, y que motivó la licencia simbolizada por su misterioso viaje de salud á la ribera de Génova, estará destinada á desaparecer, como el tiempo ha destruído la que la aristocracia británica y los oficiales nobles del ejército inglés hicieron á la otra reforma radical de Gladstone, suprimiendo la compra de grados y empleos en las armadas terrestres de la Gran Bretaña. Compréndese bien que un espíritu tan autoritario como el del Príncipe de Bismarck, no haya querido asociar su nombre y su responsabilidad ni á los rescriptos sobre las clases obreras, ni á los decretos introduciendo una verdadera revolución en la estructura de los ejércitos de Alemania.

Nos queda ahora por investigar cuáles serán los resultados, que con relación á la milicia germánica sólo podrán apreciarse el día de nuevas guerras—que por ahora, gracias al cielo, aparece lejano—aun cuando nada puede afirmarse con un espíritu de tan arriesgadas iniciativas como el de Guillermo II. En cuanto á la cuestión social, los sucesos del momento no parecen demostrar que sus deseos de reformas, inspiradas por sentimientos cristianos y laudables, hayan producido el nobilísimo objeto pacificador que se proponía. Miles de obreros, á las discusiones del Congreso internacional de Berlín, todas encaminadas á mejorar su condición social, han respondido con las huelgas de Cataluña, que, por fortuna, no han dado por ahora fatales resultados; con las escenas vandálicas de Viena, en cuyos arrabales cien mil obreros, entre ellos muchos centenares hambrientos, y otros miles guiados por la guerra resucitada de los siglos medios en nuestros días contra la raza judía, han saqueado é incendiado tiendas de comestibles, fábricas y casas, luchando con los guardias de orden público, y exigiendo el empleo de numerosas fuerzas de caballería para su sumisión; á lo cual hay que unir las preocupaciones y temores que en toda Europa suscita ese pavoroso 1.º de Mayo, día en que París, como todos los grandes centros obreros de Europa, obedeciendo la consigna partida de los Estados Unidos de América, realizarán la más gigantesca de las demostraciones, un millón de operarios, reunidos en procesiones y comicios para imponer el trabajo limitado á ocho horas, cosa que, pedida sin desórdenes, tendría, como en Inglaterra tiene, simpatías verdaderamente humanitarias. Los diarios de Alemania nos dicen que ante los desórdenes de Viena, Guillermo II, que en su discurso en las Marcas de Brandenburgo, ofreciendo todos los progresos cristianos, declaró sin embargo aplastaría las resistencias facciosas que encontrase en su camino, ha dispuesto ya que los diez y ocho cuerpos de ejército de Alemania repriman, doquiera, escenas tumultuosas que pueden evocar el recuerdo funesto de las jornadas de los talleres nacionales en París. Sin duda piensa que tal vez ha desatado vientos que es preciso reprimir, para que el aniversario de la revolución francesa del siglo XVIII no señale sucesos parecidos en la Europa de nuestros días.

No quisiera terminar esta crónica, encerrada dentro de los límites que con sano criterio me impone LA ILUSTRACIÓN, sin consagrar un recuerdo á dos notabilidades que, bajo distinto concepto, se habían captado nombradía europea, y que la muerte ha herido en Roma y en Italia. Dejando para mi revista inmediata la de las fiestas con que la Ciudad Eterna va á celebrar á un tiempo el Tiro nacional itálico y al Centenar de San Gregorio el Grande, coincidiendo con las peregrinaciones católicas, de las cuales la de Austria llegó ya ayer á Roma. El príncipe Doria Pamphili, descendiente de aquel almirante genovés Andrea Doria que tan poderosamente contribuyó á la victoria de Lepanto, recibiendo entre otros galardones la grandeza de España, conservada en su familia, acaba de desaparecer, en medio del luto de Roma, que admiraba sus sentimientos de caridad y beneficencia, de los cuales tan larga muestra ha dejado en su memorable testamento. Arrebatado, joven todavía, por un cáncer, como Federico III, sin despertar de la terrible operación hecha, fué seguido de toda Roma al templo patronímico de Santa Inés, la noble doncella amada de los romanos, mártir de la fe cristiana, para pasar desde esta iglesia, en el Foro Agonal, á esa suntuosa villa Doria Pamphili, que, como la galería preciosa de su palacio en el Corso, tan conocidas son de los extranjeros que visitan á Roma. No lo era para ellos el príncipe Doria, como no lo fué nunca para los pobres desvalidos y religiosos, que empezando por los ciegos, las Hermanas de la Caridad, los ancianos pobres y los huérfanos, para concluir por los capuchinos, franciscanos y la humilde cofradía de los *Sacconi*, con cuya burda vesta quiso ser enterrado, seguían el féretro, en modestísima caja y llevado á hombros de sus servidores, para conformarse con su voluntad. Demostraban así gratitud por los millones que ha dejado á todo Instituto piadoso, como miles de romanos siguiendo el cortejo en que resplandecían las más magníficas coronas, Reales algunas, evidenciaban la pérdida sentida por Roma y llorada así en el Vaticano como en el Quirinal. Porque si los Dorias van asociados á toda gloria itálica, su último representante negó, como concejal, su nombre á la apoteosis de Giordano Bruno.

Casi al propio tiempo, aunque anciano octogenario ya, sucumbía en Bolonia el célebre republicano conde Aurelio Saffi, nacido en Forli de la Romaña, y triunviro con Mazzini, Armellini, y más tarde Garibaldi, de la República romana de 1849. Patricio noble, como el Marqués de Albaida; de espíritu elevado, como Castelar, Aurelio Saffi, asociado á todos los movimientos de la Italia para su independencia, su unidad y aun para el triunfo de la República en el alzamiento de Génova, pasó su larga vida de patriota y escritor, ya en los destierros, siendo profesor de literatura itálica en Oxford; ya en los Parlamentos, cuando el Piamonte le abrió las puertas de la Italia libre. De ellos se retiró al votar la Cámara de Diputados el juramento de éstos á la Monarquía, por fe republicana, no por odio á la casa de Saboya, pues que hace un año, cuando el viaje del rey Humberto á la Romaña, fué el primero en protestar contra la actitud descortés de los Imbrianis, Costas y Biprianis, diciendo en un noble manifiesto que la tierra hidalga del Dante no debía recibir mal al huésped de sus hijos, símbolo además de la libertad y unidad de Italia. Magníficos y populares sus funerales en Forli, dándose la circunstancia singular de que, junto al homenaje á su memoria de Crispi, figurase, representando al Capitolio de Roma, un hermano de Armellini, su colega en el triunvirato de la República romana.

Así, uno tras otro, y sucediendo al Conde de Cavour, van desapareciendo de la escena Mazzini, Garibaldi, Aurelio Saffi, Cairoli, Bertani, Alberto Mario, Cattaneo, Canzio, Pocrio, que juntamente con Minghetti y Depretis, aunque en otras filas, constituyen, con Victor Manuel, las grandes figuras de lo que sus compatriotas llaman el *Risorgimento italico*.

La excarceración anunciada del Duque de Orleans, el viaje del presidente Carnot y las elecciones municipales de París, habrán de entrar en otra Crónica Europea.

CONDE DE COELLO.

Roma, 13 de Abril.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Estudio sobre la guerra, por D. Jorge de Aragón. Parte primera: *La Razón de la guerra*. Este libro, si carece de novedad por su título, la tiene, en cambio, extraordinaria por la serie de cuestiones que entraña y por las ideas que defiende: el autor ha querido presentar el problema de la guerra en toda su extensión, y descrita á trozos rápidos la teoría de la vida humana, llega hasta los complejos problemas contemporáneos, haciendo sobre ellos tales reflexiones, que algunas habrán de discutirse bastante, especialmente en la Roma Vaticana, Francia y Alemania. Hoy se ven cumplidas no pocas de sus predicciones, siendo una de las más interesantes la que se refiere al Príncipe de Bismarck y al tratado de Berlín, y más todavía á la magna cuestión del arbitraje de los Pontífices romanos. Forma un tomo en 4.º, de 220 páginas, que se vende, á 4 pesetas, en Madrid, librerías de Fernando Fe (Carrera de San Jerónimo, 2) y Fuentes y Capdeville (Plaza de Santa Ana, 9). Los pedidos se dirigirán á la Sra. Viuda de Delmas, Bilbao (Correo, 8).

Galería dramática infantil: Premio y castigo, zarzuela en un acto, letra de D. Juan de Dios Vico y Bravo, catedrático de la Universidad de Granada, y música de los señores D. José Jiménez Luján, director de la banda de Beneficencia de dicha ciudad, y D. Enrique Vallador Serrano, profesor de piano en el Liceo de la misma. Esta linda y moral zarzuela es á propósito para salón ó colegios de señoritas. El libreto cuesta una peseta, y la música, que forma un cuaderno de 20 páginas en folio, 3 pesetas cada ejemplar. Diríjanse los pedidos á los editores D. Juan y D. Antonio Bastinos, Barcelona (Pelayo, 52 y 54).—La misma casa editorial ha publicado la cuarta edición del *Manual Epistolar para las señoritas*, por D.ª Pilar Pascual de Sanjuán, con la colaboración de distinguidas escritoras.

De omni re, prosa y verso, de D. Miguel Gutiérrez, catedrático del Instituto de Cabra. Contiene numerosos artículos críticos y de costumbres, y varias composiciones poéticas. El señor Gutiérrez es un buen prosista. Un volumen de 206 páginas en 8.º menor, que se vende, á 1,50 pesetas, en las principales librerías de Madrid.

La España Editorial: La Bestia humana, por Emilio Zola; versión castellana, por Carlos Docteur.—*Historia de la Música*, por H. Laroix (hijo), conservador y subdirector adscrito á la Biblioteca Nacional de París, premiado por el Instituto.—Estos dos libros han sido publicados recientemente por la mencionada Casa Editorial. El primero forma dos volúmenes, que cuestan 6 pesetas; el segundo, un tomo ilustrado con grabados, 4 pesetas en rústica y 5 en tela. Diríjanse los pedidos á la Administración, Madrid (Tutor, 21).—V.

CERTAMEN NACIONAL.

El Ayuntamiento de Gijón ha dispuesto incluir en el Programa de Festejos para el año de 1890 un *Certamen Nacional de Bandas de Música*, con arreglo á las siguientes bases principales:

Tomarán parte en el Certamen todas las bandas civiles que lo soliciten, matriculándose en la Secretaría del Ayuntamiento antes del día 20 de Mayo de 1890, y acrediten estar formadas antes del 31 de Diciembre de 1889.

El Concurso tendrá lugar en Gijón durante la segunda quincena de Agosto, y el día se fijará con un mes, por lo menos, de antelación.

El Ayuntamiento entregará antes del día 15 de Junio á cada una de las bandas matriculadas una partitura de la pieza elegida para Certamen.

Las bandas que asistan al Concurso ejecutarán:

1.º La pieza de Certamen.

2.º Una pieza de concierto á libre elección.

Las bandas matriculadas se obligan á concurrir á Gijón el día del Certamen, llevando cada una un estandarte, bandera ú otro distintivo, y á tomar parte en la gran retreta, que tendrá lugar á las nueve de la noche del mismo día, sin derecho á retribución por este servicio.

Los premios que se adjudiquen serán los siguientes:

PRIMER PREMIO.—Medalla al profesor é instrumentistas, y una cantidad en metálico, que no bajará de 2.000 pesetas.

SEGUNDO PREMIO.—Medalla al director é instrumentistas, y una cantidad en metálico, que no bajará de 1.000 pesetas.

TERCER PREMIO.—Diploma de honor, y una cantidad en metálico, que no bajará de 500 pesetas.

Los premios serán adjudicados por un Jurado compuesto de profesores de música, que designará con toda imparcialidad la Comisión del Ayuntamiento. Para evitar todo motivo de apasionamiento, se procurará que los jurados sean de fuera de la provincia.

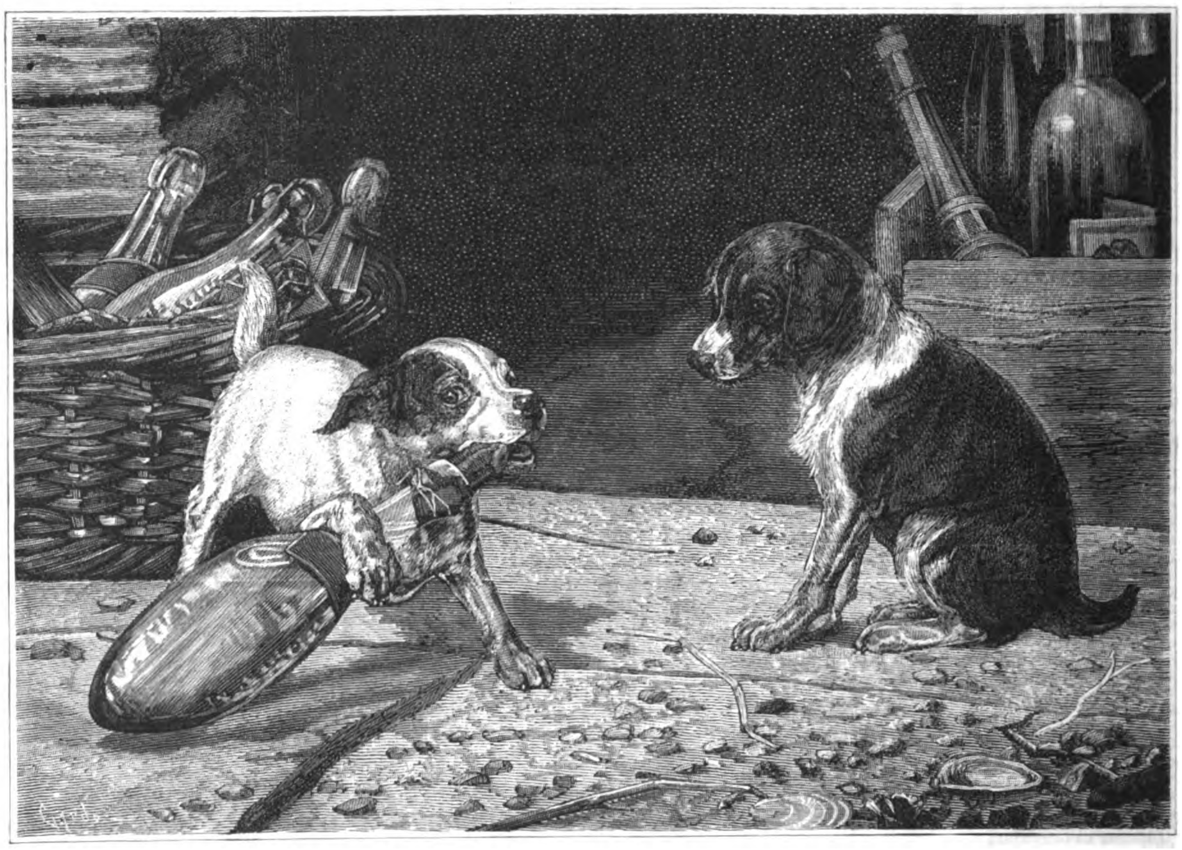
Los premios en metálico serán entregados al día siguiente del Concurso. Las medallas y diplomas se entregarán en el plazo de dos meses.

El Ayuntamiento confía en que todas las bandas civiles que se hallen en condiciones, se apresurarán á matricularse, y espera que las Corporaciones y Sociedades invitadas á este acto, prestarán su valioso concurso para que la fiesta sea digna de la región que la celebra.

Autorizan el Programa del Certamen los Sres. D. Antonio Rodríguez San Pedro, *Alcalde*, y D. Eduardo M. Eztenaga, *Secretario*.

V.

UN PROBLEMA.

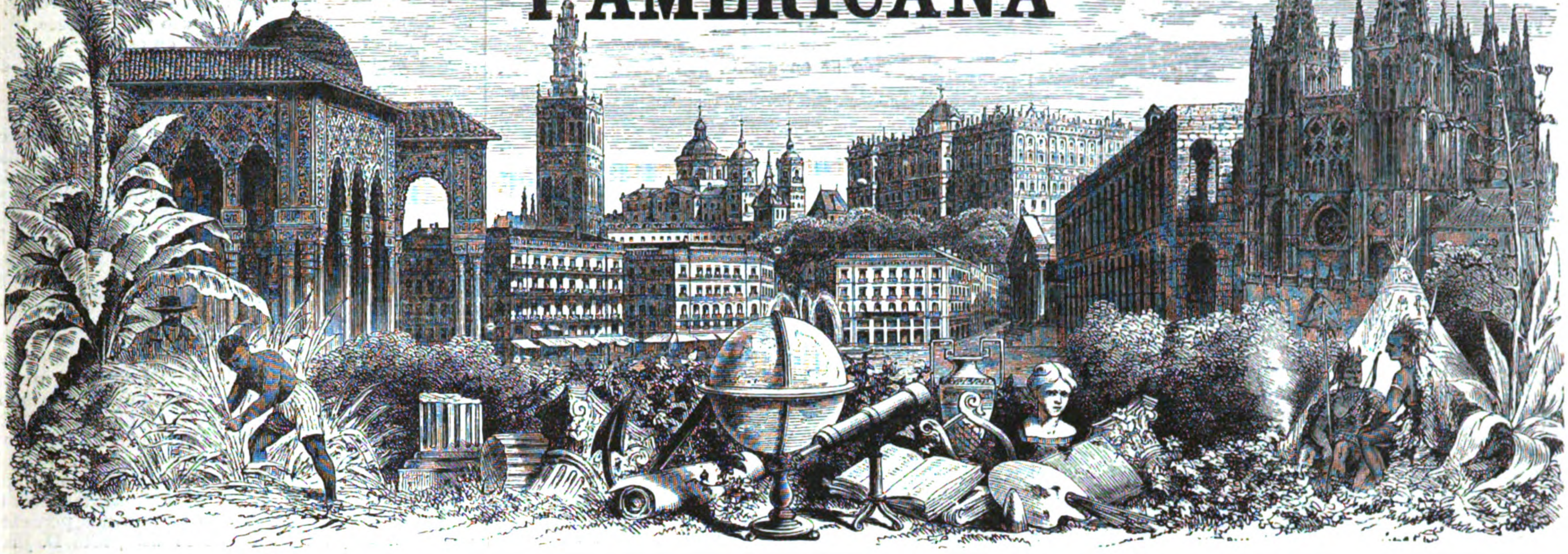


CAUSA.

(La solución en un número próximo.)

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero..........	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XVI.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

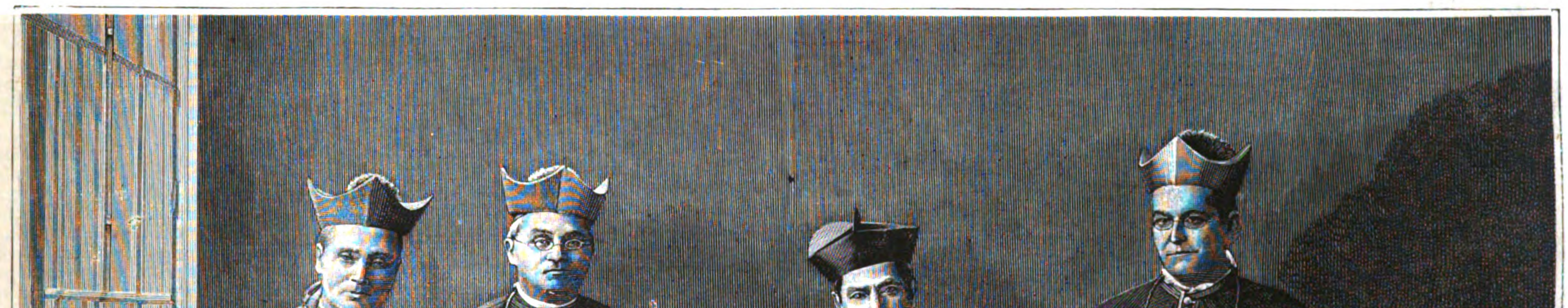
Madrid, 30 de Abril de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas..	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia.......................	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

PRELADOS HIJOS DE ASTURIAS

QUE CONCURRIERON Á LA CONSAGRACIÓN EPISCOPAL EN LA BASÍLICA DE OVIEDO, EL 13 DEL ACTUAL.



DR. D. MANUEL FERNÁNDEZ DE CASTRO, obispo de Mondoñedo. — FR. JOSÉ HEVIA CAMPOMANES, obispo de Nueva Segovia. — EMMO. CARDENAL FR. CEFERINO GONZÁLEZ, arzobispo dimisionario de Sevilla. — FR. BERNARDINO NOZALEDA, arzobispo de Manila.

FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL, obispo de Oviedo. — DR. D. VALERIANO MENÉNDEZ CONDE, obispo auxiliar de Toledo.

(De fotografía ejecutada por los Sres. Fresno, y remitida por D. José Laruelo, de Oviedo.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Escribimos en víspera de la gran huelga europea del 1.º de Mayo, que es, según leemos, la fiesta del trabajo, y al mismo tiempo una manifestación universal para que se fije en ocho horas el máximum de las que se puedan exigir al obrero por su patrón. En algunas naciones, como Austria, el solo anuncio de la huelga ha infundido espanto, apresurándose el vecindario de Viena á depositar en el Banco sus alhajas y numerario, recordando los saqueos de Londres y Roma; en Francia se han tomado grandes precauciones militares, y en España no ha faltado quien se regocije de nuestra pobreza industrial, que evita los inconvenientes del predominio de la población obrera sobre la urbana; sin embargo, en algunas provincias, como Valencia, ha habido inquietudes y recelos. Los periodistas han interpelado á los hombres políticos de más talla para saber su opinión acerca de esta huelga, y todos esperamos con curiosidad el gran acontecimiento, que será conocido en todos sus detalles cuando estas líneas circulen. Pero resulte lo que quiera; estalle ó no en algún punto, ó en varios, la tormenta; sea ó no un suceso enteramente pacífico, siempre sobrenadará sobre los hechos, que la casualidad agrava ó suaviza, el mismo fenómeno social. Las asociaciones de obreros de naciones que tienen intereses diversos, y se rigen por leyes diferentes, y una política en muchas cosas hostil, no sólo se han organizado entre sí, sino que se presentan ante el mundo como un poder que reclama derechos é impone condiciones.

No busquemos precedentes históricos: si las huelgas son antiquísimas, si las asociaciones internacionales también lo son, el internacionalismo obrero moderno no sólo es por sus circunstancias de carácter antes desconocido, sino por la masa enorme de sus afiliados y por el papel que éstos desempeñan, más que en la vida común, que puede limitarse mucho, en la vida industrial moderna.

Y en estos instantes de emoción llega á nuestras manos un folleto, *Observaciones sobre la cuestión social* (1), escrito por D. José Giráldez y Errasti, ya conocido por su *Tratado de la Tipografía ó Arte de la imprenta*, que hemos leído con atención, por ser su autor de profesión tipógrafo y poderse considerar su trabajo como eco de las aspiraciones é ideas dominantes entre los de su arte. Desde luego late en el folleto, aunque de un modo poco perceptible, la queja contra las ventajas del alto trabajo. «El ingeniero, dice, sirviéndose del taquímetro, mide en una hora espacios que antes le costaba días.....» y deduce que no todos los que trabajan disfrutan igualmente los beneficios del progreso..... «La cuestión social, añade luego, es la manifestación de la personalidad: el hombre en lucha para que no se le confunda con la cosa, ni se le convierta en máquina de producción. El esfuerzo es dolor; el mayor producto, goce. El obrero de hoy no es el de ayer..... siente satisfacciones por todas partes, mientras él carece hasta de lo necesario, en un mundo en donde hasta los más raros caprichos encuentran su realización. Reclama reducción de horas de trabajo, que se aleje del taller al niño, que se reglamente el trabajo de la mujer.»

Pinta el resultado futuro de una huelga de los obreros en la calle, el hambre general, y los más fuertes exigiendo é imponiéndose. Elogia al emperador Guillermo, y dice que «ha amortiguado la fuerza de impulsión que llevaba el movimiento obrero.....» y exclama: «Las antiguas nacionalidades van desapareciendo para el obrero..... la fraternidad no se limita á Europa.....» Y admirando la solidaridad de las asociaciones internacionales, y combatiendo las promesas absurdas é imposibles, prorrumpe: «¿Son éstos los enemigos de la propiedad y la familia?»

Hemos hecho este ligerísimo extracto por ser este folleto el trabajo más fresco y reciente acerca de la cuestión que tanto preocupa.

Pero el Estado se encuentra con que se le plantea una cuestión en términos de resolución dificilísima, dentro del organismo vigente. ¿Se trata de reglamentar el trabajo de los niños y hasta de alejarlos del taller? Esto es posible: ningún interés tiene el Estado en que trabajen: podrán quejarse los padres obreros que explotan ó utilizan á sus hijos. ¿De reglamentar el trabajo de las mujeres? También se puede legislar en esto, aunque repugne á las ideas de libertad impedir á la mujer ó dificultarla que gane su sustento: no creemos que la mujer, tan digna ó más digna de protección, reconozca las ventajas que se la quieren conceder. Viene lo de las horas de trabajo, y aquí empieza el tremendo problema. Si el Estado fuese el industrial y el propietario, la dificultad podría resolverse. Pero se encuentra por un lado con los derechos de propiedad y toda una legislación, y con que en el fondo de esta petición, y las sucesivas que se anuncian, se plantea el programa de una nueva sociedad, y no hay, ni habrá en mucho tiempo, Gobierno alguno que ose, aunque estuviese convencido de que se pide cosa justa, acometer la tremenda aventura de remover la sociedad en sus cimientos por el fantasma de la solidaridad humana, combatido por legiones de espíritus que piensan cada cual á su manera y por intereses encontrados.

Pero ¿creen los obreros que al Estado le es indiferente su situación y que nada hace por ellos? Pues fíjense en lo que previene el Código penal, y que, por equidad, no aplica:

«Art. 556. Los que se coligaren con el fin de encarecer ó abaratar abusivamente el precio del trabajo ó regular sus condiciones, serán castigados, siempre que la coligación hubiere comenzado á ejecutarse, con la pena de arresto mayor. Esta pena se impondrá en su grado máximo á los jefes y promovedores de la coligación y á los que para asegurar su éxito emplearen violencia ó amenazas, á no ser que por ellas merecieren mayor pena.»

Lo que deben pedir no es que se desconozcan todos los derechos ante la exigencia de una fuerza más ó menos real que pide parte en el haber social, sino que, habiendo sufrido una transformación el mundo, se busquen soluciones para los conflictos del trabajo en su nueva fase. Y si no las busca el Estado, presentarlas ellos mismos; pero que sean prácticas, y no imposibles y desorganizadoras.

¡Las huelgas! ¡El hambre! ¡La lucha para comer! Valiente solución. ¡Con qué dolor recordarían entonces la vida laboriosa y estrecha, pero sosegada del trabajo! Con el fondo de resistencia que se malgasta en cada huelga, instalarían una industria, en que los obreros fuesen copartícipes. Si pidieran en cada Estado auxilios en este sentido, todos los años aumentaría el propietario-obrero, lo que en vez de repugnar á nuestro estado social, contribuiría á consolidarle, convirtiendo en interesados á los que por desheredados se tienen. En fin, todo menos la imposición y la amenaza, pues del trastorno que cualquier perturbación produzca en el trabajo, ellos han de ser las víctimas primeras. En la transformación social de este siglo, se olvidó colocar las válvulas del socialismo, en cambio de las que se habían arrancado. ¿No convendría reparar esta falta de un edificio en donde los arquitectos olvidaron la escalera?

***

Dos magníficos discursos de índole diversa, del señor D. Segismundo Moret, uno pronunciado en el Círculo Mercantil y otro en el Ateneo; aquél estudiando el presupuesto; el segundo, la índole del Gobierno en las sociedades modernas, le han proporcionado dos nuevos triunfos oratorios, como si no bastasen los muchos de su brillantísima carrera. El discurso del Ateneo tiene de notable que viene á ser, si no una nueva profesión de fe, como la rectificación de la experiencia de ciertos ideales con que la práctica del gobierno y las lecciones de la realidad corrigen y enmiendan los sistemas. La voz del Parlamento, que era la manifestación de la opinión pública, no es sino un dato para apreciar ésta: hay que oir, para hacerse cargo de las opiniones dominantes, todo lo que se dice y se piensa allí donde hay intereses sociales que revelan sus aspiraciones.

El discurso del Sr. Moret es tan oportuno, como que ha surgido de repente y como por sorpresa el conflicto de los obreros, sin que en nuestros Parlamentos se haya anunciado siquiera ni una voz, ni una queja, ni una aspiración. Y es que nuestro mundo político hace una vida tan apartada y propia, que podría compararse con la de los cortesanos de Francia en el siglo XVIII, que no se enteraban del estado del país hasta que la revolución rugió por en medio de las calles.

En la Academia de Jurisprudencia han sido recibidos como socios de mérito en junta solemne los Sres. Romero Robledo y D. José Carvajal, como tributo á sus merecimientos.

***

El Círculo de la Unión Mercantil ha acordado oponerse al proyecto de aumento del capital social del Banco de España á mil millones de pesetas, presentado á las Cortes por el actual ministro de Hacienda, Sr. Eguilior; ó pedir, al menos, que si el aumento es indispensable, se conceda la autorización «siempre que el Banco constituya en sus arcas, mitad en oro y mitad en plata, una cantidad igual á los billetes que emita sobre los que tiene ya en circulación.

—¿Qué le parece á usted de esto?—oimos que preguntaba un individuo vestido pobremente, á otro de peor aspecto.

—Hombre, no tengo opinión.

—Pues yo sí, y estoy indignado con el Círculo; bien se conoce que allí abundan el oro y los billetes.

—¿Y qué interés tiene usted en eso?

—Y usted lo mismo. Yo quiero que aumente la circulación de billetes, á ver si llegan hasta nosotros.

***

La muerte de la joven Marquesa de Castellón, conocida en la sociedad de Madrid por el nombre familiar de Venturita Serrano, ha producido verdadero sentimiento. Era la hija menor de los Duques de la Torre, había contraído matrimonio un año antes; y no sólo su belleza, juventud y distinción la colocaban en primera línea, sino su talento artístico. La Marquesita de Castellón había sido una de esas actrices que en los teatros particulares sólo brillan ante un círculo de amigos, pudiendo ser joyas de la escena nacional.

La literatura ha perdido un autor dramático y un escritor concienzudo en D. Juan de Coupigny, oficial de la biblioteca de Palacio, y retirado hacía tiempo del ejercicio activo de las letras. Cumplido caballero, de carácter bondadoso, exento de toda pasión baja y sencillísimo en su trato, era tan modesto, que nunca le oimos hablar de sus escritos ni despojar de mérito los ajenos. Su vida era tan retirada, que sólo accidentalmente tenemos noticia de su muerte, lo que no nos permite hoy dar algunos apuntes biográficos del poeta D. Juan de Coupigny.

***

Entre los trabajadores que no piden disminución de horas y exponen su vida incesantemente, merecen nuestra predilección los marineros y pescadores: una galerna ha causado en estos días muchas víctimas en las costas del Cantábrico.

Las profesiones peligrosas, como esa, la de los mineros, albañiles, carpinteros de obras y revocadores, debían, á nuestro juicio, y no lo decimos hoy con ocasión de las huelgas, sino que lo hemos dicho hace mucho tiempo, deberían inscribirse en un registro, y dar derechos, al cabo de cierto número de años, para ocupar destinos municipales subalternos.

Sin embargo, las organizaciones que convierten á los asociados en miembros indiferentes, ó tal vez hostiles á la patria, no pueden infundir confianza para el desempeño de ciertos cargos públicos.

La solidaridad humana tiene para los obreros europeos y americanos un gran inconveniente: que los chinos son hombres y trabajadores, é innumerables, y no hay quien compita con ellos en la baratura del trabajo.

***

Continúan los preparativos para las fiestas de Mayo, que tienen por objeto principal dar alimento á la industria y al comercio, para indemnizarlos de la crudeza y pérdidas del terrible invierno que han pasado. Las fiestas, además, alegran el ánimo y desvían la atención de tantos anuncios tétricos. Es preciso divertirse. Dentro de poco tiempo, ricos y pobres habremos pasado para siempre. ¿A qué hacernos la vida más triste de lo que es en realidad? La verdadera sabiduría consiste en gozar con moderación lo que cada estado tenga de bueno, y no empeñarse en imposibles. ¡Cuántas riñas se evitan por una carcajada!

***

—¿Cómo te representas al Cid?

—Yo me le figuro un picador con casco poniendo varas á los moros.

—¿Cree usted que debo llevar á la Exposición este cuadro de mi niña?—nos pregunta D.ª Araceli.

—Otros habrá tan malos.

—¿No es verdad que tiene idea?

—¡Ya lo creo! por supuesto, que esa niña no habrá tenido maestro, ¿no es verdad?

—No señor, pinta de oído.

—¿No podría cortarme el pelo el maestro?

—El maestro no corta el pelo ni afeita.

—¿Pues qué hace?

—Arregla pelucas y tiñe canas.

—Comprendo: es peluquero de viejo.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

PRELADOS HIJOS DE ASTURIAS.

Retratos de los Ilmos. Sres. D. Fr. Bernardino Nozaleda y Villa, arzobispo de Manila: D. Manuel Fernández de Castro, obispo de Mondoñedo, y don Fr. José Hevia y Campomanes, obispo de Nueva Segovia, consagrados en la catedral de Oviedo el 13 del actual.—Retratos del Emmo. Sr. D. Fr. Ceferino González y Díaz Tuñón, cardenal arzobispo dimisionario de Sevilla, consagrante, y de los Ilmos. Sres. D. Ramón Martínez Vigil, obispo de Oviedo, y D. Valeriano Menéndez Conde, obispo auxiliar de Toledo, prelados asistentes.

En Oviedo, la histórica ciudad de Fruela y Alfonso *el Casto*, llamada en los primeros siglos de la Reconquista *Civitas episcoporum*, se verificó en la catedral, el día 13 del mes de la fecha, una augusta solemnidad religiosa: la consagración episcopal de los nuevos prelados de Manila, Nueva Segovia y Mondoñedo, siendo consagrante el cardenal González, arzobispo dimisionario de Sevilla, y asistentes el Obispo de Oviedo y el Auxiliar de la archidiócesis de Toledo; y los seis, hijos de Asturias.

En la plana primera damos sus retratos, según fotografía directa ejecutada por los artistas D. Ramón Fresno é hijos, de Oviedo, y remitida á la Dirección de este periódico por el distinguido escritor ovetense D. José Laruelo, director de nuestro ilustrado colega *El Carbayón*, de aquella capital.

El mismo Sr. Laruelo publica en su periódico (número del

(1) Librería de Cuesta; precio, 50 céntimos.

mencionado día 13 del corriente) interesantes datos biográficos de los seis prelados, y ellos nos servirán de guía en el rápido bosquejo, que á continuación trazamos, de los tres prelados consagrados, del consagrante y de los dos asistentes.

D. Fr. Bernardino Nozaleda y Villa, arzobispo de Manila. Nació en San Andrés de Cuenya, partido de Nava (Oviedo), en 20 de Marzo de 1844, é ingresó en el Colegio dominico de Ocaña el 13 de Octubre de 1861, donde profesó y ratificó su profesión en 1864, recibiendo las órdenes sagradas; destinado á las Islas Filipinas en 1873, después de ser profesor de Filosofía en el Colegio de Ocaña, recibió la borla de doctor en la Universidad de Manila, y fué nombrado sucesivamente catedrático de Disciplina eclesiástica y vicerrector del mismo establecimiento científico-literario, prior del convento de Santo Domingo, predicador general del arzobispado, rector del Colegio de San Juan de Letrán, etc.; ejerció el profesorado por espacio de veinte años, y desempeñó la delicada misión de canonista consultor del último arzobispo de Manila, R. P. Payo; presentado por el Gobierno de S. M. la Reina Regente para la silla de Manila, fué preconizado por Su Santidad León XIII en el Consistorio de 27 de Mayo de 1889, y ha sido consagrado en la catedral ovetense el 13 del mes de la fecha.

D. Fr. José Hevia y Campomanes, obispo de Nueva Segovia. Nació en Pola de Lena el 24 de Marzo de 1841, y á la edad de diez y seis años, en Septiembre de 1857, hizo solemne profesión en el Colegio dominico de Ocaña; se embarcó para Filipinas con otros once misioneros, en 1863, y después de completar sus estudios teológicos en la Universidad filipina, fué destinado á regir algunas parroquias en Batan y La Laguna, llegando á ser conocedor profundo del idioma tagalo, que enseñó, por comisión especial del Capitán general de las Islas, á muchos jefes militares; en Abril de 1871 fué nombrado procurador general de la provincia dominicana de Filipinas, y habiendo regresado á la Península, enfermo, en 1882, volvió otra vez al archipiélago, en 1884, donde sus agradecidos feligreses le recibieron con entusiasmo; en 1886 el Capítulo provincial le eligió procurador general de la orden en Madrid, si bien permaneció al frente de su parroquia de Binondo, y habiendo sido presentado en 18 de Enero de 1889 para la sede de Nueva Segovia (ciudad que ya no existe, siendo actualmente Vigan ó Ciudad Fernandina la capital de la diócesis), fué preconizado en 27 de Mayo del mismo año y consagrado en la Catedral ovetense el 13 del corriente.

D. Manuel Fernández de Castro, obispo de Mondoñedo. Nació en Oviedo, el 10 de Enero de 1834, y estudió Filosofía y Teología en el Seminario Conciliar de aquella capital, recibiendo el orden del presbiterado en 1858, la licenciatura en Teología en 1860 y la borla de doctor, en el Seminario Central de Salamanca, algunos años más tarde; en el mismo Seminario ovetense fué sucesivamente catedrático de Latinidad y de Teología dogmática, director espiritual, vicerrector y rector, y á su inteligencia y celo debe aquel establecimiento muchas útiles reformas; en Septiembre de 1871, y previa oposición, obtuvo por unanimidad la penitenciaría de la catedral de Oviedo, ejerciendo luego los cargos de secretario del Cabildo, vicepresidente de la comisión de trabajos del Sínodo diocesano, director de las Conferencias morales del clero, examinador sinodal de la diócesis, director de la piadosa obra del Catecismo de Niños, y otros; es autor de un notable *Programa de Teología Moral*, en latín, compendio de la excelente obra del R. P. Gury, y libro de texto en dicho seminario; fué presentado para la silla de Mondoñedo en 21 de Octubre de 1889, preconizado en el Consistorio de 30 de Noviembre del mismo año y consagrado igualmente en la catedral ovetense el 13 del actual.

El prelado consagrante de los tres anteriores, *Emmo. Señor D. Fr. Ceferino González y Díaz Tuñón*, cardenal de la Santa Iglesia romana y arzobispo dimisionario de Sevilla, nació en Villoria, partido de Laviana (Oviedo) el 28 de Enero de 1831, y profesó dos veces en la orden dominicana; catedrático de Filosofía y Teología en la Universidad de Manila y misionero en el Tonkín, regresó á la península en 1866 y ejerció el cargo de rector del Colegio de Dominicos de Ocaña; obispo preconizado de Astorga en 1874 y de Córdoba en 1875, fué promovido á la silla arzobispal de Sevilla en Marzo de 1883, creado cardenal en 1884, y trasladado en 1885 á la sede de Toledo, que renunció pocos meses después para ocupar de nuevo la hispalense, renunciando igualmente ésta, por motivos de salud, según se dice, en 1889; es autor de numerosas obras de Filosofía y de exposición teológica, que le han dado universal renombre, y pertenece, como individuo de número, á la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

D. Fr. Ramón Martínez Vigil, obispo de Oviedo, uno de los prelados asistentes en la ceremonia de la consagración, nació en Santa María de Tiñana, partido de Siero (Oviedo), el 12 de Septiembre de 1840, y profesó en el Colegio de Ocaña en 1857; ordenado de presbítero, marchó á Filipinas con otros misioneros, terminando sus estudios de Filosofía y Teología en la Universidad de Manila, donde recibió el grado de doctor y ejerció el profesorado por espacio de doce años; procurador general de la Orden dominicana en las provincias de España y Filipinas, y hombre de vastísima ilustración, es autor de numerosas obras científicas, filológicas y literarias, como el *Diccionario de los nombres vulgares de las plantas de Filipinas*, *Curso de Historia Natural*, *Geografía descriptiva*, etc., que le han granjeado ilustre fama en el mundo sabio; fué preconizado obispo de Oviedo en 1884, y encontrándose en Roma en el año siguiente, pronunció la oración fúnebre de S. M. el rey D. Alfonso XII, en la capilla Sixtina, ante Su Santidad León XIII, quien le nombró prelado asistente al solio pontificio y noble romano; en los seis años de su pontificado, ha concluído el arreglo parroquial de la diócesis, celebrado un sínodo, fundado iglesias, creado la escuela de obreros católicos, etc., y prosigue con noble constancia las obras del templo de Covadonga.

D. Valeriano Menéndez Conde, obispo auxiliar de Toledo, otro de los prelados asistentes, nació en San Martín de Luina, partido de Pravia (Oviedo) en 14 de Abril de 1849, y es el primer alumno mitrado del Seminario conciliar de Santo Domingo de Oviedo; presbítero en 1873, profesor del seminario de Valdediós, párroco, elocuente orador sagrado, ganó por oposición la canonjía magistral de la metropolitana de Santiago, en 1884, y recibió el grado de doctor en Teología y Cánones; el cardenal Payá, trasladado á la silla primada de Toledo desde la Compostelana, le propuso al Gobierno de S. M. para auxiliar de su archidiócesis, habiendo sido preconizado, en Marzo de 1887, para la iglesia de Tamasso, *in partibus infidelium*, y obispo auxiliar de Toledo, en cuya iglesia catedral fué consagrado el 16 de Abril de 1888.

***

LA CUESTIÓN OBRERA, EN VIENA.

Carga de húsares contra los huelguistas de Neu-Lerchenfeld.

Averiguado está ya que los tumultos sangrientos acaecidos en el arrabal de Viena denominado Neu-Lerchenfeld, el 8 del mes de la fecha, fueron ocasionados, no sólo por la cuestión obrera, sino también por el odio antisemítico.

Declarados en huelga unos cuatro mil albañiles, reuniéronse en la gran plaza Schmelz, gritando: «¡Muerte á los judíos! ¡tenemos hambre!»; y cuando la policía intentó dispersarlos, una lluvia de piedras obligó á los agentes á declararse en fuga; los huelguistas, animados por tan fácil triunfo, devastaron varias casas y tiendas de comerciantes hebreos, entre otras un almacén de vinos y licores, incendiando las barricas de alcohol é impidiendo que los bomberos apagasen el fuego; aumentados luego hasta quince mil, saquearon la comisaría de vigilancia, destruyeron la oficina de telégrafos del arrabal, rompieron cristales, coches de plaza, carruajes del tranvía, etc.

Un regimiento de húsares, cargando contra los amotinados en la Thaliastrasse (véase nuestro primer grabado de la pág. 260), pudo restablecer el orden material, resultando dos albañiles muertos y muchísimos heridos.

Los daños fueron de gran consideración, y temiéndose el saqueo general de casas de israelitas, los banqueros Rothschild, Wodianes, Todesco y otros, confiaron á los agentes de policía la custodia de sus magníficos palacios.

Afortunadamente, una lluvia torrencial dispersó á la amotinada muchedumbre, librando de un día de luto á la capital de Austria.

***

ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA Y DECLAMACIÓN.

Entrega de los premios adjudicados por la *Liga madrileña contra la ignorancia*.

En el teatro de la Escuela Nacional de Música y Declamación de esta corte, se verificó, el domingo 27 del corriente, la entrega de los premios adjudicados en virtud de concurso por la *Liga madrileña contra la ignorancia;* presidía D. Manuel María José de Galdo, á quien acompañaban en el estrado presidencial el Sr. Director de la Escuela, el Sr. Rector de la Universidad, y varios catedráticos y miembros de la Liga; el salón estaba ocupado por distinguida concurrencia, en la que figuraban elegantes damas, literatos, músicos, periodistas, etc.

Las aventajadas alumnas de la Escuela Nacional de Música y Declamación dieron magnífico realce al solemne acto: sobresalieron la señorita Vidal, que ejecutó en el piano una brillante fantasía de Thalberg, sobre motivos de *La Sonámbula*, y dos sentimentales estudios para harmonium; las señoritas Pérez Stuven y Laborda, que cantaron con exquisito gusto el aria de Eleonora de *Il Trovatore*, de Verdi, y *El Canto del Esclavo;* de Espadero, y las señoritas Hernández y Sánchez Gilabert, el dúo de tiples de *El Dominó azul*, de Arrieta, que siempre se escucha con verdadera complacencia; las señoritas García Larín y Somovilla, que tocaron á dos pianos un grandioso dúo de Herz, sobre tema de Mozart, arrancando nutridos aplausos al auditorio, y la señorita Quílez de Tapia, que ejecutó en arpa la melodía inglesa *The Winter,* de J. Thomas.

En seguida el Sr. Secretario de la Liga leyó la reseña de los trabajos de la Sociedad en los dos años precedentes; hízose entrega de los premios á varios maestros y maestras de instrucción primaria y á diez ó doce niñas y niños pobres muy aplicados; pronunció un elocuente discurso el Sr. Galdo, que fué aplaudidísimo, y contestóle con otro muy sentido el digno director de la Escuela, Sr. Arrieta.

La tercera y última parte del programa fué objeto de ruidosos y merecidos aplausos: cien señoritas, alumnas de la clase de solfeo que dirige el inteligente catedrático numerario de la Escuela, D. José Pinilla, situadas en el escenario en forma de cuatro semicírculos, y acompañadas al piano por su celoso maestro, cantaron admirablemente un estudio á tres voces, de Eslava, y dos *(solfeo* y *tarantela)*, á dos voces, de Durand, teniendo que repetir el primero y cantar otros no anunciados en el programa, á instancias del numeroso público. El acto concluyó con el monólogo *¡Pobre María!*, bien recitado por la niña Bajatierra, alumna de D.ª Teodora Lamadrid.

Nuestro segundo grabado de la pág. 260 (dibujo del natural, por Comba) se refiere á esta sesión: representa el momento en que el Sr. Galdo pronuncia su discurso.

***

D. RAMÓN NOCEDAL,

director de *El Siglo Futuro*.

En la pág. 261 damos el retrato de D. Ramón Nocedal y Romea, director del periódico *El Siglo Futuro*, y jefe del partido tradicionalista que se denomina *íntegro*, en oposición al que dirige el Sr. Marqués de Cerralbo.

No poseemos apuntes biográficos del Sr. Nocedal: hijo del sagaz político y docto académico D. Cándido, mantiene enhiesta en aquel periódico la bandera levantada por su padre, y camina por la misma senda que éste con serenidad y firme paso.

***

SALAMANCA:

Fachada del Colegio de los Irlandeses.

Nuestro segundo grabado de la pág. 262 representa la fachada del Colegio de los Irlandeses, de la monumental Salamanca, según fotografía directa de Laurent, señalada con dicho epígrafe y núm. 1.869 del *Catálogo*.

Fundóse en 1592, dedicado á San Patricio, obispo de Irlanda, «con el favor del rey Felipe II (escribe el erudito historiador don Manuel Villar y Macías, siguiendo al autor del *Teatro eclesiástico)*, mandando por sus cartas á la ciudad y Universidad de Salamanca que amparasen á los que venían desterrados y perseguidos por sustentar la fe de su patria y de sus padres, y por aprender y sacar armas de aquella escuela para poder contrarrestar al enemigo común de la Iglesia, haciendo voto de ir á predicar la ley evangélica á los otros irlandeses sus hermanos, ofreciéndose al martirio por la salud de sus almas.»

La reina D.ª Margarita de Austria, en codicilo otorgado en el Escorial á 17 de Septiembre de 1611, legó al colegio 3.000 ducados, «para que los pusiese en renta», y las Cortes del reino le concedieron 3.310 ducados, en el año siguiente, á condición de poner en dos piedras, una al lado de la capilla mayor y otra á la puerta principal del edificio, las armas de España y la siguiente inscripción: «Este Colegio se edificó por los reinos de Castilla, para sustento de la religión cristiana en Irlanda, el año que Felipe III, rey Católico, echó dellos á los moriscos, enemigos de la fe. En mil seiscientos diez.»

Los colegiales irlandeses, cuyo hábito es manto y beca negros, con la cruz de San Patricio, seguían los estudios teológicos en la Universidad, hasta que fueron suprimidos éstos en 1868; y actualmente los siguen en el Seminario Conciliar, «y son (consigna el Sr. Villar y Macías) modelo de aplicación é irreprensible conducta.»

***

BELLAS ARTES.

El Sueño de Colón, cuadro de Manuel Picolo — *Primera comunión*, dibujo original de Méndez Bringas —*El Final de un libro*, cuadro de Fournier.— *Susana y los viejos*, cuadro de Brouillet.

El Jurado del *Certamen artístico* de La Ilustración Española y Americana, por acuerdo unánime de 3 de Noviembre de 1888 (según *Acta* publicada oportunamente en este periódico), otorgó el *segundo accésit* al cuadro *El Sueño de Colón*, núm. 14 de los presentados al concurso; y abierto el pliego que contenía el nombre del artista premiado, resultó ser éste nuestro colaborador artístico D. Manuel Picolo.

En la pág. 264 reproducimos por medio del grabado ese cuadro: Colón aparece á orillas del mar, de pie, apoyado en una piedra; su hijo Diego, rendido de cansancio, está sentado en tierra, y se rinde al sueño, y acaso también al hambre; el entonces pobre marino, soñador de gloriosas empresas, arruga en su diestra mano una carta geográfica, y tiene la mirada fija en el ancho Océano, en cuyas brumas lejanas le representa su fantasía el bajel que anhelaba para descubrir un nuevo mundo.

Conmovedora escena ha representado el Sr. Méndez Bringas en el dibujo original que publicamos en nuestro grabado de la pág. 265: un grupo de inocentes niñas, vestidas de blanco y coronadas de níveas flores, reciben su primera comunión, acto solemne que deja en el alma huella indeleble, recuerdo que jamás desaparece, por grandes que sean las adversidades de la vida.

Como la publicación de este número ha de coincidir con la apertura del *Salon* parisiense de 1890, damos hoy dos grabados que reproducen cuadros expuestos en aquel concurso artístico.

El de la pág. 268 (grabado por Baude) se titula *El Final de un libro,* y es original de M. Fournier: sentimental muchacha que acaba la lectura de una novela, se queda absorta y soñadora, pensando en la dicha ó en la desventura de la heroína del libro.

El de la pág. 269, titulado *Susana y los viejos*, es original de M. Brouillet: una escena moderna de café-concierto, de costumbres parisienses, que no necesita descripción, por lo gráfica.....

***

ALEGORÍA DEL MES DE ABRIL.

Nuestro grabado de la pág. 272 es una linda alegoría de Abril según dibujo original del Sr. Riudavets.

Conmemóranse en ella los asuntos más notables de ese mes: al lado del sol en Tauro, simbolizado en las corridas de toros, la llegada de las avecillas migratorias y el vuelo tortuoso de las mariposas; al par de las procesiones de Semana Santa, representadas por la célebre del Viernes Santo en la monumental Toledo, la caza de inocentes alondras por medio del espejuelo giratorio que las fascina y atrae, los árboles que se visten de follaje, los campos que se cubren de verde alfombra, las frescas y olorosas lilas que son el símbolo de las flores de la estación.

***

VISITA DEL SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DBL URUGUAY

al crucero *Infanta Isabel* y al vapor-correo *Alfonso XII*.

Retrato de S. E. Dr. D. Julio Herrera y Obes, presidente de la República Oriental del Uruguay.— Desfile de la marinería del crucero *Infanta Isabel* ante el Presidente de la República Uruguaya.— Retratos de los señores D. Enrique Dupuy de Lome, ministro residente de España en Montevideo; D. Ramón Auñón y Villalón, comandante del crucero *Infanta Isabel;* don José Díaz Falcón y D. José Ortiz de Taranco, agentes de la Compañía Transatlántica Española en Montevideo, y D. Adolfo Chaquert, capitán del vapor-correo español *Alfonso XII*.

«Puede asegurarse (escribe *La Razón*, periódico de Montevideo, en su número del 26 de Marzo próximo pasado) que jamás se ha celebrado en nuestro puerto una fiesta marítima con esplendidez tan majestuosa como la verificada ayer tarde en el vapor-correo español *Alfonso XII*, de la Compañía Transatlántica, en honor del Sr. Presidente de la República.»

En efecto: S. E. Dr. D. Julio Herrera y Obes, presidente de la República Oriental del Uruguay, se dignó embarcarse dicho día en el crucero de nuestra marina de guerra *Infanta Isabel* (véase La Ilustración Española y Americana de 1885, tomo II, páginas 79 y 248), para dirigirse á visitar el vapor-correo *Alfonso XII*, y estrechar por este acto «relaciones de raza, de origen, de intereses mutuos y de mutuas conveniencias.»

El Dr. D. Julio Herrera y Obes (cuyo retrato damos en la página 273), actual presidente de la República Oriental del Uruguay, nació en Montevideo y es oriundo de antigua familia española; dedicóse desde joven á la política, militando siempre en el partido *colorado*, y combatió tenazmente al Gobierno del presidente Sr. Varela, impuesto por los jefes de los batallones en 1875; fué desterrado y enviado á las Antillas en un buque de vela que rechazaron las autoridades de la Habana, y tuvo que seguir el viaje á los Estados Unidos; durante la administración del último presidente D. Máximo Tajes desempeñó la cartera de Gobierno, y en 1.º de Marzo de 1890 fué elegido presidente de la República por cuatro años.

Posee grandes facultades oratorias, mucha ilustración y gran experiencia política, y es reconocido como uno de los principales literatos y periodistas uruguayos.

A las doce y cuarto de la tarde del 25 llegó á la capitanía del puerto el Sr. Presidente de la República, acompañado de los Sres. Ministros Capurro, Pena, Berro y Villar, y del Comandante del mismo puerto, embarcándose en la lancha á vapor del crucero *Infanta Isabel* con dirección á este buque, que estaba engalanado vistosamente, y en dos falúas de la Capitanía embarcáronse también otras personas de la comitiva.

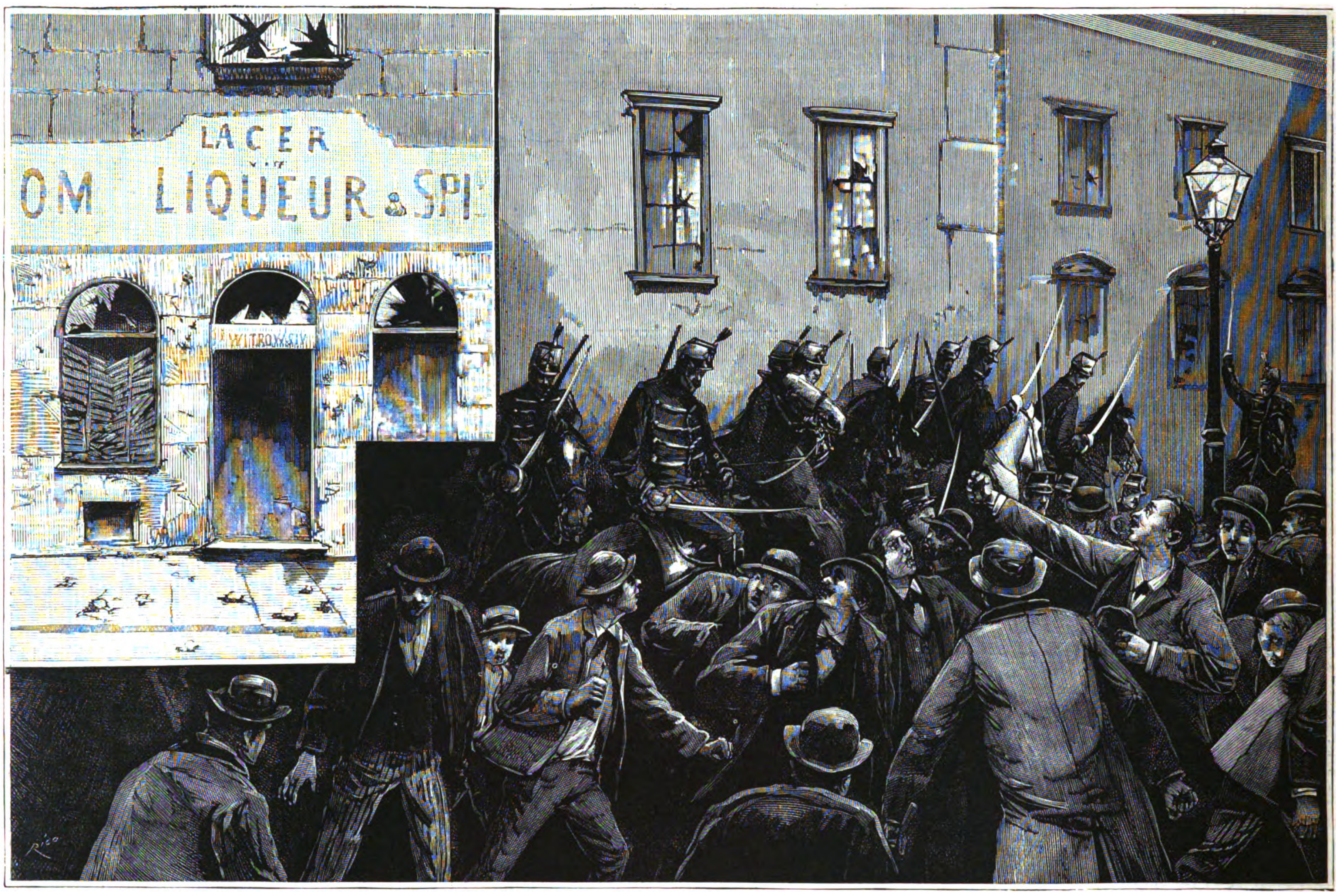
El comandante del *Infanta Isabel*, D. Ramón Auñón y Villalón, recibió al Presidente de la República y los Ministros al pie de la escalera del buque, mientras la marinería formada en parada hacía los honores debidos, desfilando delante de S. E. antes de ponerse en marcha el crucero.

Poco después de encontrarse el Presidente á bordo del *Infanta Isabel*, el comandante Sr. Auñón le presentó la oficialidad del buque con expresivas palabras, á las que contestó el doctor Herrera manifestando su agradecimiento por las distinciones que se le dispensaban.

En marcha el crucero, el Presidente, el comandante Sr. Auñón y algunos de los acompañantes se situaron en el puente, desde donde presenciaron los saludos de diferentes buques extranjeros al *Infanta Isabel,* que izaba en el palo mayor la bandera de la República oriental.

Á la una y media fondeó el *Infanta Isabel* al costado del *Alfonso XII*, que empavesado espléndidamente y adornado desde la escala hasta el gallardete más alto de la arboladura, presentaba un aspecto majestuoso, y en seguida el Presidente y su comitiva pasaron desde el crucero al transatlántico en la misma lancha á vapor y falúas que sirvieron para el embarque, mientras otra salva de veintiún cañonazos saludaba al Dr. Herrera al dejar el *Infanta Isabel*.

El Presidente y sus acompañantes fueron recibidos en el magnífico buque español por el Sr. Díaz Falcón, agente de la Compañía Transatlántica, y el Sr. Chaquert, comandante del *Alfonso XII,* y durante el trasbordo del primer magistrado de la República uruguaya, la banda de artillería, que iba en un vaporcito remolcador, ejecutó el himno Oriental; el Dr. Herrera y Obes, á causa de lo avanzado de la hora, hizo una rápida visita al vapor para darse cuenta de la construcción del transatlántico, que presentaba un envidiable aspecto de limpieza y de higiene,



VIENA (AUSTRIA).—LA CUESTIÓN OBRERA: CARGA DE HÚSARES CONTRA LOS HUELGUISTAS AMOTINADOS DEL ARRABAL DE NEU-LERCHENFELD, EL 8 DEL ACTUAL.



ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA Y DECLAMACIÓN.—SESIÓN DE LA «LIGA MADRILEÑA CONTRA LA IGNORANCIA» PARA ENTREGAR LOS PREMIOS ADJUDICADOS POR CONCURSO, BAJO LA PRESIDENCIA DEL SR. GALDO, EL 27 DEL CORRIENTE.—(Dibujo del natural, por Comba.)

que mereció especiales elogios; pasó después al lujoso comedor, donde estaban ya las personas invitadas al banquete, y el cual ofrecía magnífico golpe de vista con sus paredes de madera tallada artísticamente, en las cuales se ven preciosas pinturas, paisajes, marinas, debidos al pincel de Masriera, Meifren, Mas y Fontdevila, Urgell, Vayreda, Armet, Urgelles, reputados pintores catalanes (véase La Ilustración Española y Americana de 1888, núms. 40 y 41, págs. 253 y 268), y con las plantas exóticas que adornaban el suelo, y las flores que en grandes ramos se hallaban esparcidas por la mesa.

Cerca de las dos, el Sr. Presidente de la República ocupó la cabecera, teniendo á su lado al ministro de España D. Enrique Dupuy de Lome y á D. José Díaz Falcón, siguiendo después los ministros de Estado, miembros del Cuerpo diplomático y consular, altos funcionarios, marina extranjera, prensa, comercio, banca, hasta el número de 120 comensales, sirviéndose opíparo banquete y verdaderamente español, porque los manjares, los vinos y hasta el agua eran de España, y pertenecían á la despensa y bodega del trasatlántico.

En el acto de servirse el champagne, brindaron con elegantes discursos el ministro español señor Dupuy de Lome, el agente de la Compañía Transatlántica Sr. Díaz Falcón y el comandante del crucero *Infanta Isabel* Sr. Auñón; y el presidente de la República, Sr. Herrera y Obes, contestó con otro discurso brillante, que fué considerado como programa de gobierno: habló de sus propósitos de administración, manifestando que el comercio y las industrias no hallarían bajo su gobierno solamente la paz, sino la protección, el fomento necesario, el impulso y el auxilio que les llevarán á su mayor grado de desarrollo y extensión; dijo que entraba en sus cálculos de gobernante dirigir al país por la vía de las grandes iniciativas industriales y comerciales que asegurarían su porvenir por el sendero de empresas positivas, de construcción de comunicaciones interiores, de aumento de las exteriores, de establecimiento de puertos, etc.; dirigió felicitaciones calorosas á la Compañía Transatlántica Española, que con su magnífica flota ha creado una fuerte comunicación con el país, y concluyó agradeciendo todas las felicitaciones, así como la honrosa prueba de aprecio á su persona que aquella fiesta significaba.

Este discurso fué recibido con entusiastas aplausos.

A las cuatro y media, el Presidente regresó al *Infanta Isabel*, cuyas dependencias todas visitó muy detenidamente, y cuando la tripulación estaba dedicada á sus faenas habituales, esperando la hora del rancho, el comandante Sr. Auñón ordenó zafarrancho de combate: sonó el toque de corneta, y en menos de cinco minutos la dotación del crucero, con armas y municiones, ocupó los sitios que tiene marcados, empezando el simulacro, y el aspecto que presentaba el buque español en los momentos de la maniobra merecen una página descriptiva que no cabe en esta reseña; las piezas Hontoria de gran calibre no cesaron de funcionar, protegiendo unas veces al fuego de fusilería, defendiéndose y atacando otras; las ametralladoras y los cañones de tiro rápido, situados en los castillos de proa y de popa, sostuvieron el fuego sin interrupción; la marinería, corriendo ya á babor, ya á estribor, guiada por el toque de corneta que señalaba el sitio de peligro, presentó cuadros acabados de ataque y de defensa; en lo más recio del combate se oyó el toque de alarma de la campana y el pito de *¡fuego á bordo!*, y sin abandonarse los sitios de pelea se hizo maniobrar las bombas, y salieron bocas de agua repartidas en todas direcciones, capaces de apagar el más devorador de los incendios, constituyendo en conjunto un espectáculo que fué celebrado con entusiasmo, y valió muchas felicitaciones del Sr. Presidente y los Ministros uruguayos al digno comandante del *Infanta Isabel*.

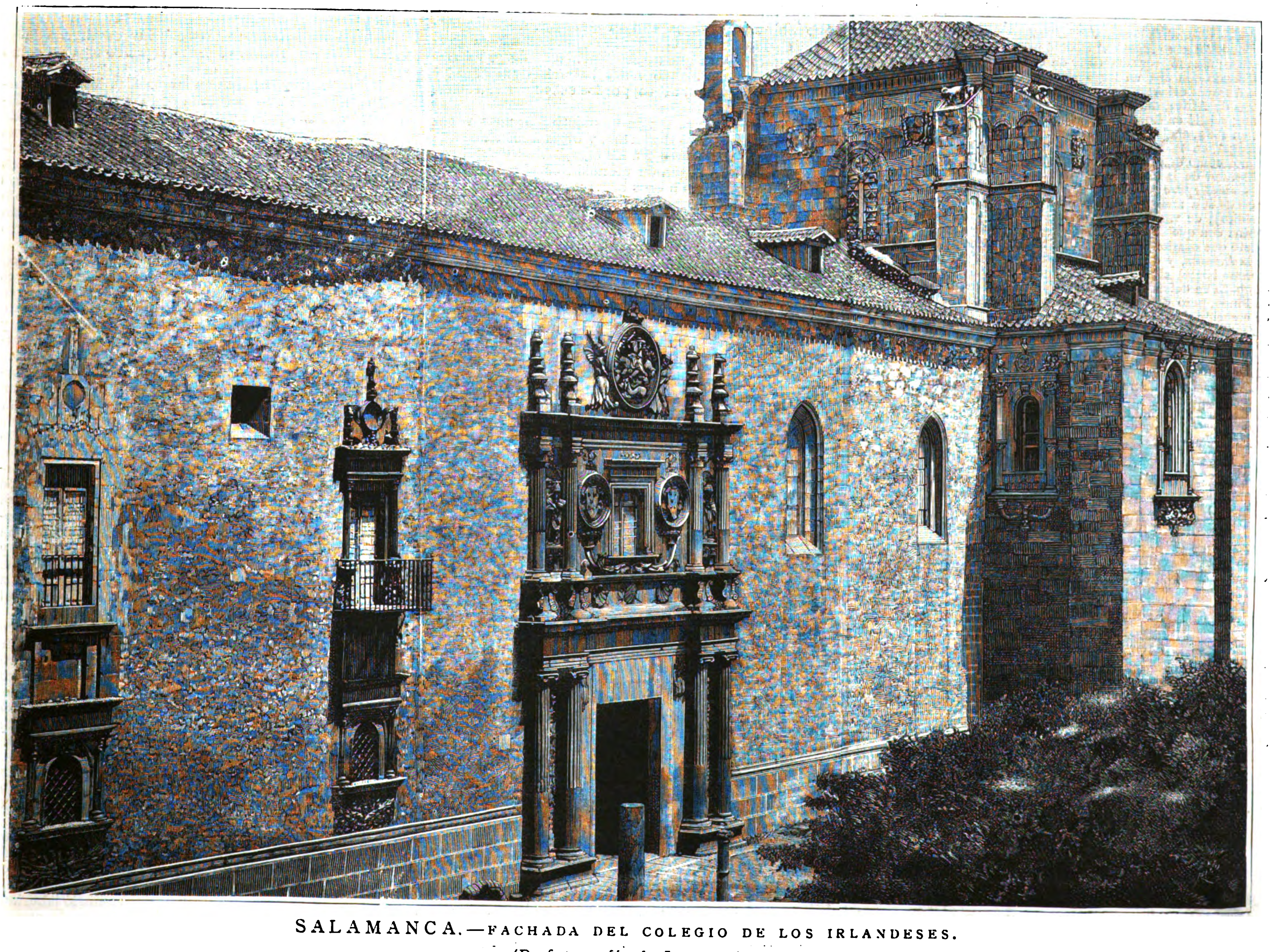
A las seis llegó este crucero á su fondeadero habitual, y poco después desembarcó el Presidente, siendo despedido con otra salva de 21 cañonazos; y al retirarse el Sr. Herrera y Obes, firmó un acta como recuerdo de su visita al crucero español, y donó 200 pesos para la Sociedad Española de Salvamento de Náufragos, firmando también el acta todos los presentes y entregándola al comandante del buque.

Este acontecimiento, y la magnífica fiesta á bordo del *Alfonso XII* (la cual se prolongó, después de salir el Presidente y su comitiva, hasta el anochecer), dejará perpetuo recuerdo en el ánimo de todos los que tuvieron la suerte de presenciarla.

Nuestro segundo grabado de la pág. 273 (hecho sobre fotografía directa del concienzudo artista fotógrafo Sr. Fitz-Patrick, de Montevideo) representa la toldilla del crucero *Infanta Isabel* en el momento del desfile de la tripulación ante el señor Presidente, y en ella aparecen (mirando el grabado de izquierda á derecha del observador) los personajes que á continuación mencionamos: Representante de la República Argentina, Ministro de Justicia del Uruguay, Teniente de navío Sr. Solas, Representante de España Sr. Dupuy de Lome, Representante de la República del Brasil, Presidente del Senado uruguayo, Ministro de Guerra y Marina del Uruguay, Comandante del crucero inglés *Bramble*, Representante de los



D. RAMÓN NOCEDAL,
DIRECTOR DE «EL SIGLO FUTURO».



SALAMANCA.—FACHADA DEL COLEGIO DE LOS IRLANDESES.
(De fotografía de Laurent.)

Estados Unidos de Norte América, Ministro de Hacienda del Uruguay, Médico del crucero *Infanta Isabel*, Ministro de Gobierno del Uruguay, Sr. Presidente de la República Oriental del Uruguay, Comandante del crucero *Infanta Isabel*, Contador del mismo crucero, Alférez de navío Sr. Seris, tropa de infantería de Marina; abajo, en la cubierta, se ve á la brigada de marinería de estribor, con sus oficiales, y en la entrada de la cámara, á la familia del Comandante del buque con otras señoras y señoritas de Montevideo.

En la pág. 276 damos los retratos de los Sres. Ministro de España, Comandante del *Infanta Isabel*, Agentes de la Compañía Trasatlántica española en Montevideo, y Capitán del vapor-correo español *Alfonso XII*.

D. Enrique Dupuy de Lome, ministro residente de España en Montevideo.—Nació en Valencia el 23 de Agosto de 1851; estudió en el Colegio de Valldemia (Mataró), en París y en la Universidad de Madrid, en la que recibió el grado de licenciado en Derecho civil, canónico y administrativo en 1872; ingresó en la carrera diplomática, de agregado sin sueldo, el 6 de Marzo de 1869.

Hizo oposición á la plaza de tercer secretario en 1872, siendo destinado al Japón con dicho carácter en el año siguiente: después de ser tercer secretario en el Japón, en Bélgica y en el Ministerio de Estado, ascendió á segundo secretario el 27 de Octubre de 1877, sirviendo en esa categoría en Montevideo, Buenos Aires y París; fué ascendido á primer secretario en Washington en Octubre de 1882, siendo trasladado en 1884 á Berlín y en 1886 al Ministerio de Estado; ascendió á ministro residente el 14 de Septiembre de 1888, tomando posesión del destino que hoy desempeña en Montevideo el 26 de Diciembre del mismo año.

Ha sido encargado de negocios, interino, en Montevideo, Buenos Aires y Washington, destino que tuvo siete meses en circunstancias muy difíciles, y en 1886 formó parte en Madrid de la comisión para buscar los medios de evitar las falsificaciones y adulteraciones de los vinos; en Noviembre de 1887 fué nombrado delegado en la Conferencia internacional que se reunió en Londres para tratar de las primas de exportación á la industria azucarera; en Febrero de 1888 fué enviado á Italia como delegado para negociar un tratado de comercio, y aprovechando su permanencia en Italia se le mandó escribir una *Memoria* sobre la intervención del Estado en Italia en la producción y comercio de los vinos, la cual, aunque se ordenó su impresión, todavía está inédita.

Es autor de varias obras literarias, como *De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo* (publicada en la *Biblioteca selecta de Autores españoles*), *Los Eslavos y Turquía*, *La Guerra de Oriente* (publicada en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA), y de numerosos trabajos económicos mandados imprimir por el Gobierno.

D. Ramón Auñón y Villalón, comandante del crucero español «Infanta Isabel».—Nació en Morón (Sevilla) en 1844, y asistió en 1860, como guardia marina, al bombardeo de las plazas de Larache y Arcilla y demás operaciones de la campaña de Africa; en 1864, como oficial, á la toma de Puerto Plata y otros hechos de la guerra de Santo Domingo, á las órdenes de Méndez Núñez, entonces comandante del vapor *Isabel II*, y en 1879, como jefe, á la de Cuba en el departamento Oriental; siendo oficial subalterno navegó en los buques de vela que entonces constituían las escuelas de guardias marinas, contramaestres y marinería; fué secretario de la Junta creada en 1873 para reformar las Ordenanzas de la Armada, oficial primero del Ministerio en la época reformista llamada del *Pentágono*, en 1884, y vocal de la Comisión que redactó el Códigó penal vigente en la Marina de 1889; mandó la goleta *Ceres* en el Sur de América, en 1876, realizando con ella un largo viaje de ochenta y siete días á la vela á través del Atlántico, y en 1880 la corbeta *Diana*, en las costas de Africa, durante el confinamiento de los deportados cubanos; asistió en Londres á la Exposición internacional de Pesca, en 1883, en Lisboa al casamiento de los actuales Reyes de Portugal, en 1886, y en Bruselas al Congreso de Derecho marítimo, como delegado del Gobierno español, en 1888.

Es autor de la *Colección de Convenios internacionales, Leyes y Reglamentos para gobierno de la Armada*, redactados en el breve plazo de seis meses; del *Manual del Marinero y Contramaestre* (inédito); de varias *Conferencias* históricas y sobre asuntos de marina con que se dió á conocer en el Ateneo de Madrid; del folleto que ocasionó los regalos de banderas hechos á los buques de la Armada, y de otras publicaciones. En 1878 redactó (con Moreno Nieto) el periódico *La Voz del Litoral*, cuya valiente campaña en defensa de la marina le valió ser desterrado á la isla de Pinos, pero defendo la semilla que produjo más tarde la ley de creación de la escuadra.

D. José Díaz Falcón, agente principal de la Compañía Transatlántica en Montevideo. Nació en Canarias; es presidente de la Cámara de Comercio española, y director del Banco Nacional de la República del Uruguay.

D. José Ortiz de Taranco, también agente de la Compañía Transatlántica. Nació en la Coruña, y es miembro de la Cámara de Comercio española en Montevideo.

D. Adolfo Chaquert, capitán del vapor-correo español *Alfonso XII*, es un primer piloto de todos mares.

⁂

MANILA: ÚLTIMA PARTE DEL PUENTE DE AYALA, HUNDIDA EN ENERO DEL PRESENTE AÑO.—(Véase el artículo correspondiente, pág. 277.)

⁂

MONTAJES ACORAZADOS: INSTALACIÓN EN TIERRA DEL ACORAZADO MÓVIL Y ACORAZADO MÓVIL EN MARCHA.—(Véase el artículo correspondiente, pág. 275.)

⁂

SOLUCIÓN DE UN PROBLEMA.

Efecto.

..... Los dientes del can rompieron el alambre, y la fuerza expansiva del líquido gaseoso, empujando al corcho, destapó la botella con recio taponazo: el perro atrevido fué rodando hasta el borde de la mesa, y el perro prudente, encogiéndose lo más que pudo, salió incólume de la espumosa descarga.

Moraleja del problema: *No saques espinas donde no hay espigas;* ó bien: *El más diestro, la yerra.*

⁂

NUESTROS SUPLEMENTOS EN COLORES.

Acompañan al presente número, que consta de veinticuatro páginas, dos láminas en colores, hechas por el nuevo procedimiento de cromotipografía.

Una se titula *Flores para la Virgen*, y es reproducción de linda acuarela de Emilio Adán; otra lleva por título *Un café cantante*, y reproduce interesante cuadro del pintor español José Alarcón.

Deseamos que obtengan el agrado de nuestros constantes suscritores, como le han obtenido las repartidas en números precedentes.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

XXIX.

Jueves, 25 de Abril.

Casi se me van quitando las ganas de continuar mi diario; de tal suerte van pareciéndome naturales y corrientes las cosas que me rodean.

Cuando quiero salir, encuentro naturalísimo bajar mi escalera negra y retorcida; encontrarme delante de la puerta mi mula, ya enjaezada con su alta silla, á manera de sillón; subir en ella desde el escalón mismo de la puerta, para que no se manchen de fango mi amplio ropaje blanco y mis babuchas amarillas, y marcharme por ahí al acaso, por las callecillas estrechas y sombrías.

Mis paseos rara vez tienen un objeto fijo: unas veces me dirijo á los barrios desiertos, y otras á los sitios frecuentados; á los bazares ó á los campos.

¡Qué cosa más digna de atención es el movimiento silencioso que reina en esos bazares, en su semiobscuridad confusa! El dédalo de pequeñas avenidas que los forman, enrevesadas de extraña manera, cubiertas por viejísimas techumbres de madera, ó por enrejados de cañas, en las cuales se enredan ramas de vid salvaje, es curioso de ver. A lo largo de aquella especie de corredores, se abren las tiendecillas, poco más espaciosas que nichos de muerto, y en cuyo interior están acurrucados los mercaderes árabes, impasibles y graves en medio de sus raras mercancías. Las tiendas, análogas entre sí, están agrupadas por series; de suerte, que hay las de los comerciantes de trajes, donde aquellas presentan espejismos de sedas rosa, azules, anaranjadas ó color de capuchina, de bordados de plata y de oro, delante de las cuales se ven siempre damas, veladas como fantasmas. Hay la calle ó serie de los mercaderes de artículos de cuero, toda colgada de millares de guarniciones para caballos, mulas y asnos; toda especie de objetos para caza y guerra, de formas anticuadas y raras, como bolsas para pólvora, enchapadas de plata ó cobre; correas bordadas, para suspender las espingardas y los sables; sacos de viaje para caravanas; amuletos para atravesar el desierto.....

Luego hay la serie de los fabricantes de objetos de cobre, que son los que meten más ruido, golpeando el metal con sus martillos, desde por la mañana hasta la noche. Viene después la calle de los bordadores de babuchas, con sus tiendecillas llenas de terciopelo, perlas y oro. La calle de los pintores de brocha gorda; la de los herreros, negros y desnudos; la de los tintoreros, con los brazos teñidos de añil y púrpura; y en fin, el departamento de los fabricantes de armas, de largas espingardas de chispa, delgadas como cañas, con culatas incrustadas de plata. Los marroquíes no se preocupan lo más mínimo de modificar el sistema de armas de fuego adoptado por sus antepasados: la forma de las espingardas es inmutable, como todas las demás cosas de este país, y cree uno soñar al ver fabricar tal cantidad de armas, de un sistema abandonado por todo el mundo hace tantos años.

Todos los departamentos del bazar están llenos de una muchedumbre, vestida de lana gris, venida de todas partes para comprar ó vender cosas, á veces extraordinarias. Hay también brujos, que conjuran el destino; bandas de gentes armadas, que pasan bailando la danza guerrera, con acompañamiento de tiros y música de dulzainas y tamboriles; mendigos que enseñan sus llagas para excitar la caridad; negros esclavos que transportan fardos, y asnos que se revuelcan en el polvo. El suelo, del mismo tono gris de la muchedumbre, está lleno de inmundicias, de plumas de gallinas, de ratas muertas, todo lo cual es pisoteado por cientos de babuchas indolentes.

¡Cuán lejos nos aparece esta vida de la nuestra! La actividad de este pueblo resulta á nuestros ojos tan extraña como su inmovilidad y su sueño; á la agitación de esta gente de albornoz, se mezcla siempre una despreocupación, un desprecio de todo, que á nosotros los europeos nos es desconocido. Las cabezas encapuchonadas de los hombres, como las cabezas veladas de las mujeres, persiguen, á través del regateo de sus compras, el mismo ensueño religioso: cinco veces al día recitan sus plegarias, y piensan en que, antes de todo, están la eternidad y la muerte. Así se ven mendigos sórdidos, que tienen ojos de inspirados; individuos sucísimos y cubiertos de andrajos, que ostentan actitudes nobles y rostros de profetas.....

—«¡*Baleuk! baleuk!*» Este es el grito sempiterno de las muchedumbres árabes: «*baleuk*» significo alga así como «¡apartarse!»

«*Baleuk*», cuando pasan en largas filas los asnos cargados de fardos, que tropiezan con las gentes y las derriban. «*Baleuk*» para avisar que vienen los camellos de lento paso, que se contonean al compás del ruido de sus campanillas. «*Baleuk*» también para los hermosos caballos de los jefes y personajes importantes, enjaezados de vistosos colores, que galopan y se encabritan. Jamás se vuelve de un bazar sin haber tropezado con algo ó con alguien, sin haber recibido un empellón de algún caballo, ó sin ser ensuciado por algún burro cubierto de polvo. «¡*Baleuk!*»

Gentes de todas las tribus se mezclan y se cruzan en los bazares: negros del Sudán y árabes rubios; bereberes autóctonos, musulmanes sin convicción, cuyas mujeres no llevan velada más que la boca; derkanas de turbante verde, fanáticos intransigentes, que vuelven la cabeza y escupen á la vista de un cristiano. Todos los días se encuentra en ellos á una «santa» que profetiza, con los ojos extraviados y las mejillas embadurnadas de bermellón rabioso. También se ve al «santo», que es un viejo completamente en cueros, que marcha sin cesar como el judío errante, caminando muy deprisa á través de la muchedumbre, rumiando plegarias. De distancia en distancia, se ve un pequeño rincón de cielo abierto, una plazoleta donde crece una fresca morera ó un enorme tronco de vid, muchas veces secular, que retuerce sus ramas como un manojo de serpientes. Luego se pasa por delante de los *fondaks*, que son una especie de posadas para los mercaderes extranjeros, afectas cada una á una clase determinada de mercancías. Así, pues, hay el *fondak* de los comerciantes de té y de maderas de Indias; el de los que negocian en tapices de la provincia del Oeste; el *fondak* de las especias y el de la seda; el de la sal y el de los esclavos.

Toda esta sección del bazar está reputada como poco segura para nosotros: es un lugar sagrado, á causa de la mezquitas de Karaouin y de Muley-Driss, que están enclavadas en su recinto. Y tanto es así, que en los alrededores de Muley-Driss, que es la menos grande, pero la más sagrada de las dos mezquitas, las bocacalles están interceptadas por unas vallas de madera como las que ponen en el campo para impedir el paso á los animales, á fin de que ningún perro cristiano las franquee, bajo pena de la vida. Las inmediaciones de esta mezquita, tan venerable en el Islám como la *Kasbah* de la Meca, no deben jamás ser manchadas por los pasos de un nazareno ó de un judío.

A la entrada del bazar tengo también un rinconcito de mi especial predilección, donde cada día dejo mi mula al cuidado de uno de mis servidores, para volver á montar en ella á la salida, una vez terminadas mis compras. En el momento de salir del sombrío laberinto de las calles del bazar, es cuando el rincón de que os hablo parece una luminosa decoración de las *Mil y una*

noches. Allí, de pronto, la calle estrecha y obscura se ensancha en forma de abanico, formando una plazuela triangular, sobre la que cae un torrente de claridad del cielo azul. El fondo de la plazuela, donde aguardan á sus dueños otras muchas mulas ensilladas como la mía, está ornado en el centro por una fuente con su salto de agua, tan antigua, tan decrépita y tan vetusta, que no hay palabras con que describir tal aspecto de decrepitud. A la derecha de la fuente, una callecilla, malísimamente empedrada, sube en rígida pendiente y se hunde en un fondo negruzco, bajo una bóveda baja y siniestra: esta callejuela es la que conduce á los barrios altos de Fez el viejo, que es donde está situado mi domicilio. A la izquierda, una inimitable puerta monumental, la más bella de toda la ciudad, sin exceptuar las de las mezquitas, con la particularidad de que no conduce á ninguna parte más que á un gran patio feo y triste. Es una inmensa ojiva, rodeada de guirnaldas de los más raros arabescos y de los más finos mosaicos policromos. Por encima de esta entrada pasa una ancha faja horizontal con inscripciones religiosas, igualmente de mosaicos, formando letras negras sobre fondo blanco. Y más encima todavía, una serie de pequeñas ojivas, alineadas, llena cada una de ellas de arabescos diferentes, trabajados como si fuesen encajes ó bordados, los unos de dibujos muy grandes alternando con otros de dibujos muy pequeños, para que se acentúe más la sabia variedad de la ornamentación.

Por fin, á mayor altura todavía, un indescriptible coronamiento de estalactitas desborda sobre la plaza, formando como una marquesina muy saliente. Todas estas estalactitas, absolutamente regulares y geométricas, encajan las unas en las otras, se cubren, se superponen en masas de una extremada complicación: diríase, en algunos trechos, que imitaban los mil compartimientos de un gran panal de abejas; en otros, se parecen á las agujas de hielo que penden de los aleros de los tejados en los climas fríos. Y el conjunto de todas estas finísimas labores forma series de arquitos de encantadoras curvas, maravillosamente festoneados. Pero una espesa capa de polvo apaga los colores de los azulejos; las delicadas esculturas están maltratadas, negruzcas, interpoladas de telas de araña y nidos de pájaros, y por eso esta puerta de hadas, como la fuente, como la plaza, como todo este pueblo, en fin, da la impresión de una vejez extrema..... Por lo demás, el arte árabe está, para mí, de tal manera mezclado á las imágenes de polvo y de cosas muertas, que no puedo figurármelo bien en la época en que era joven, y frescos y recientes sus colores.....

***

Fuera ya del bazar, el laberinto de Fez se hace más sombrío y más desierto: hay pocas calles abiertas libremente al aire y á la luz; los emparrados y los techos de cañizos son reemplazados por techumbres de madera ó bóvedas de mampostería, que de dos en dos metros atraviesan y obscurecen la calle. Es como si se caminara por el fondo de una serie de pozos que se comunicasen unos con otros por medio de unos arcos; el azul ó el gris del cielo no se percibe sino á cortos intervalos, siendo imposible orientarse en aquella red enmarañada. También por allí se encuentran grupos de gentes; también el *baleuk* se hace oir al lado de los barrios vacíos y muertos. *Baleuk*, para las gentes graves y recogidas que salen de las mezquitas después de la plegaria. *Baleuk* para las mulas testarudas que se colocan de través en medio de la calle, rehusando caminar hacia atrás ó hacia adelante. *Baleuk* para las piaras de bueyes, que corren en fila, con la cabeza baja y los cuernos amenazadores, por los exiguos pasadizos obscuros, apenas bastante espaciosos para sus gruesos cuerpos.....

XXX.

Viernes, 26 de Abril.

Pasadas las primeras horas de sueño en mi solitaria morada, entreveo un rayo de luna que llega hasta mí libremente desde el cielo, pasando por entre las hojas, mal cerradas, de mi puerta de cedro; luego, en la lontananza sonora de la noche, oigo salmodiar con voces agudas y tristes; gritos de fe ardiente; quejumbrosas canturias, que son como la expresión de la nada terrestre. Son las dos de la madrugada, y la plegaria que escucho es la primera del nuevo día que el eterno sol alumbrará bien pronto. Es como un inmenso cántico á Allah, cántico de ensueño, ora exaltado, ora lento y plañidero; lúgubre siempre, hasta el punto de haceros estremecer, pues los muezzines, como las dulzainas árabes, han tomado de los chacales un poco del timbre de su voz.

Largo tiempo ¡oh, muy largo! esta salmodía de las mezquitas se cierne sobre las tranquilidades grises de la ciudad dormida..... Luego, todo vuelve al silencio, al silencio de la muerte.....

Pasan las últimas horas de la noche. En la calma fresca del alba, las voces de los hombres, mezclándose al canto de los gallos, tornan á salmodiar en una exaltación creciente de plegaria á los cielos: son las cinco, y se celebra en este momento el segundo oficio religioso del día: es también la hora en que el sultán-sacerdote, todo vestido de blanco, se levanta en su misterioso palacio, para dar comienzo á su austera jornada religiosa.

A poco, el estampido lejano de un cañonazo anuncia el día, el santo día del viernes; después, resuena un himno general; dulzainas que gimen, tambores que tocan..... La noche ha concluído, y el sol se levanta radiante sobre la ciudad mística.....

***

Solo, á la primera hora de la mañana, vestido de árabe, pero á pie (aunque esto ultimo no sea lo más admitido entre personas principales), me encamino al bazar con objeto de comprar agua de rosa y madera odorífera de las Indias, á fin de perfumar mi casa, como es la costumbre del país. Nunca me he hecho, con tanta propiedad como esta mañana, la pueril ilusión de que yo soy un ciudadano auténtico de Fez.

El bazar, cuyas tiendecillas acaban apenas de abrir sus puertas, está tranquilo todavía, y casi desierto: los cañizos de juncos y los pámpanos nuevos de las parras, que le cubren con una interminable serie de toldos, dejan de filtrar á través de sus intersticios el sol matinal; tamizan una luz viva y alegre.

Los perfumes que deseo adquirir se venden en la misma sección destinada á las sedas en madeja y á las perlas. Y esta parte del bazar es la que tiene más colorido, en el sentido propio y genuino de la palabra «color». En larga y estrecha perspectiva, en el enfilamiento de las estrechas calles de tiendas, se alinean millares de cosas colgadas de las persianas levantadas de los nichos donde están acurrucados los vendedores; ya son innumerables madejas de seda torcida; ya ovillos de oro; ya sartas de perlas doradas ó de perlas rosa; ya cordones de seda con borlas y bellotas de pasamanería, que sirven para que los hombres suspendan de sus hombros los sables ó los sagrados libros. Y se ven personajes llenos de nobleza y varonilmente hermosos bajo sus capuchones de monjes blancos, gravemente ocupados en escoger, entre tantos millares de cordones de seda, el que por su color armonice bien con tal ó cual traje.

He visto también, delante de una tienda de juguetes para niños, una vieja abuela, velada como una fantasma, que regatea una muñeca para su nietecilla, *bebé* de cuatro ó cinco años, adorable, con ojos de gatito de Angora y cabellos y uñas teñidas ya de rojo. Esta mañana todo se presenta á mis ojos bajo aspectos tranquilos y bonachones. Verdad es, por otra parte, que todo el misterio, toda la sombra que á primera vista nos parece rodear las cosas, se desvanecen bien pronto en cuanto nos familiarizamos con su aspecto. Ahora me son conocidos todos los rincones del bazar, y hasta ciertos mercaderes me dan los buenos días cuando me ven pasar, y me invitan á sentarme.

Involuntariamente, siempre voy á parar á las callejuelas negruzcas que hay en torno de la gran mezquita sagrada de Karauin. Allí también el misterio se ha desvanecido, en parte, pues no he vuelto á encontrar la extraña y profunda impresión del primer día; me quedo parado en contemplación ante las puertas del santuario, resistiendo con gran trabajo á la furiosa tentación de entrar, y hasta teniendo que hacer esfuerzos de imaginación para darme cuenta de que el entrar allí, podría costarme la vida. ¡Me parecería tan natural entrar y arrodillarme al lado de aquellas gentes cuyo traje visto!

Los aspectos de Karauin son muy variados, según que se mire por unas ó por otras entradas. No es asombro, ni mucho menos, que á la primera vista no pudiera ni formarme siquiera idea aproximada del conjunto, porque es una especie de amasijo de mezquitas, de épocas y de estilos diferentes, y una enorme disparidad de arcadas y columnas de todas las formas árabes. Tan pronto se ven cimbras pesadotas, aplastadas, sobre pilares rechonchos que se suceden en perspectivas sin fin, con innumerables lámparas suspendidas en la lobreguez de las bóvedas; tan pronto son patios, sin más bóveda que la del cielo azul, rodeados de altas y esbeltas columnas y de arcadas de fino encaje, de un dibujo siempre original y exquisito. Y hoy está la mezquita de Karauin hermosa como nunca, bajo esta deslumbradora luz matinal que irradia y penetra por todas partes, clara y blanca, haciendo brillar los mármoles y los mosaicos, y arrancando mil destellos diamantinos á los surtidores de las fuentes.

Una de las puertas á cuya sombra suelo detenerme con preferencia, da sobre el mayor y más maravilloso de estos patios, cuyo pavimento es de mármol y azulejos. A los lados hay pequeños kioscos que sobresalen; mejor dicho, pequeños doseles que recuerdan, aventajándoles, los del célebre *Patio de los Leones* de la Alhambra: son los mismos grupos de ligeras columnas sosteniendo indescriptibles arcos calados, que parecen hechos por una pacientísima superposición de colgantes de escarcha, todo ello realzado con un poco de oro empañado por el polvo de los siglos, y por un poco de azul y rosa amortiguado por el tiempo.

Estas delicadas joyas arquitectónicas son ligeras, como castillitos que hubiesen sido edificados en las nubes para los silfos, con facetas cristalizadas de nieve y granizo. Y al propio tiempo, la rigidez enhiesta de las grandes líneas, el empleo único de las combinaciones de la geometría, la ausencia de toda forma inspirada en la Naturaleza, dan al conjunto algo de austeramente puro, de inmaterial, de religioso.

El sol inunda este patio de que me ocupo, haciendo brillar los mármoles y los mosaicos con reflejos nacarados: el chorro de agua bullidora que surge de la fuente del centro, tiene tintas cambiantes de iris y ópalo, destacándose sobre el fondo, deliciosamente complicado, de una gran puerta interior que diríase transportada del alcázar de la Alhambra. Y, como hoy es viernes, todo un pueblo de albornoces blancos está prosternado sobre las losas, en inmóvil plegaria.

Desde la sombra exterior donde me veo obligado á permanecer escondido, en una seguridad incompleta, todas estas cosas que me están prohibidas toman á mis ojos aires de encantamiento.

***

La «santa» de que ya he hablado, se ha encarnizado conmigo esta mañana. Vestida de harapos de seda anaranjada, con las mejillas embadurnadas de bermellón y los ojos dilatados, me ha seguido obstinadamente á mí salida del bazar, profiriendo en voz alta cosas para mí incomprensibles, que me han parecido bendiciones más bien que insultos. Sin duda mi aspecto y mis vestidos la han hecho engañarse sobre mi verdadera condición. Yo, inquieto de sentirla constantemente detrás de mí, le he dado algunas monedas para que me deje seguir tranquilamente mi camino.

***

Una hora después, el mercado se halla en pleno período de ruido y actividad.

Sobre la gran plaza, que es una especie de planicie cuadrada, se agitan los albornoces y los velos, toda la muchedumbre encapuchonada ó velada del todo, según que son hombres ó mujeres, blancuzca ó gris, á veces interrumpida de pardo por los pastores con sayo de pelo de camello, ó de rojizo por el color de los asnos. Se ven centenares de mujeres sentadas en el suelo vendiendo pan, manteca y legumbres, pero siempre con el rostro cuidadosamente tapado. Y detrás de la gran plaza y de la gran muchedumbre hay las murallas de Fez, que se yerguen sombrías y gigantescas, con las puertas de sus almenas recortándose en el cielo. Tamboriles y dulzainas dejan oir su música monótona. Acá y acullá los moros se aprietan unos contra otros formando compacto círculo en torno de los juglares al aire libre: son éstos los domadores de serpientes; los que se horadan la lengua con agujas; los que se hacen cortaduras en el cráneo; los que se sacan un ojo de su órbita con una paletita de madera, y se lo colocan sobre la mejilla; toda la bohemia y toda la pillastrería de Fez. Todas estas cosas que han venido á serme familiares, estoy seguro de que han de parecerme asombrosas cuando haya vuelto á nuestro mundo moderno y sólo las vea con los ojos de la imaginación. En el presente momento, yo no puedo decir que soy un hombre moderno, sino de una época pasada, y me mezclo con la mayor naturalidad del mundo á esta vida de otros tiempos, que debe ser, á mi juicio, completamente análoga á la de los barrios populares de Córdoba ó Granada en la época de la dominación sarracena.

***

Mañana será el último día de mi permanencia en Fez. La embajada tendrá que permanecer aquí algún tiempo más, detenida por las lentitudes de los trámites diplomáticos, y yo me marcharé con mi amigo el capitán H. de V., en pequeña caravana íntima, lo que será más divertido para dos aventureros como nosotros. Iremos á Mequinez, que es la otra ciudad santa del Imperio, todavía más decrépita y más muerta que Fez, y de allí á Tánger la infiel, donde terminará bruscamente nuestro sueño de Islam. No he tenido tiempo suficiente de cobrar apego á mi techo musulmán, que va á ser preciso abandonar y dar al olvido, como he olvidado ya tantos otros techos exóticos, sembrados en todos los puntos de la tierra. No obstante, el gusto mío hubiera sido quedarme en Fez dos semanas más. Con algunos tapices, algunas antiguas colgaduras y algunas armas decorativas, mi domicilio de aquí había quedado muy habitable, sin haber perdido nada de su aspecto difícil y misterioso.

XXXI.

Sábado, 27 de Abril.

Nos han invitado á almorzar en casa del *Kaid-el-Mechuar* (introductor de embajadores). Hacemos la caminata á caballo, precedidos de los guardias del *Kaid*, gentes de ancho turbante y enorme garrote, que han venido á buscarnos á nuestros alojamientos, para darnos escolta.

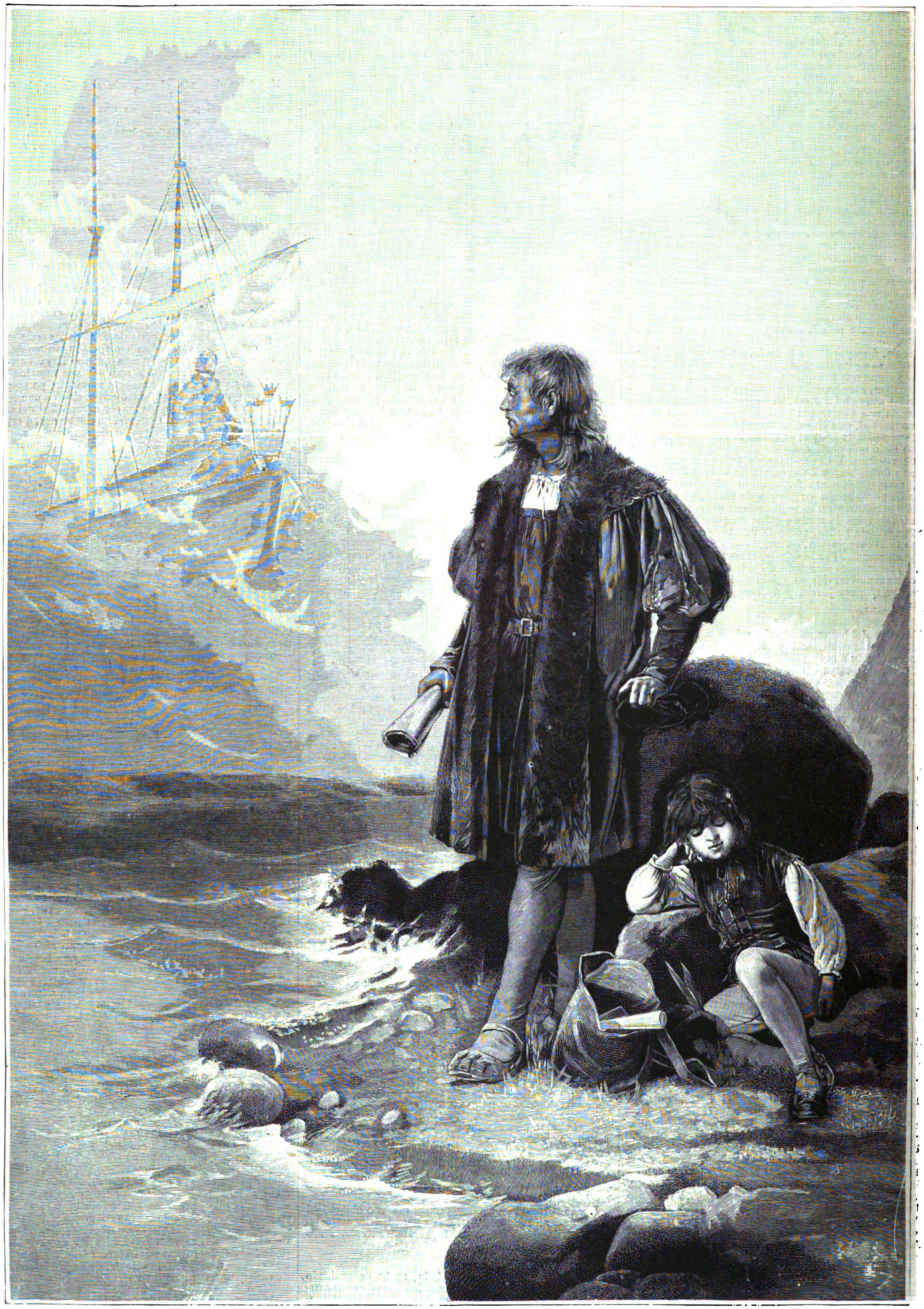
El gran patio de la casa del *Kaid* es todavía más hermoso que el del Visir de la Guerra, y toda la casa más antigua. Unas filas de pórticos interiores dan sobre este patio: sus coronamientos, de madera de cedro, están compuestos de esos millares de pequeños compartimientos geométricos que ya he descrito tantas veces, y que producen la impresión de panales de cera, pacientísimamente labrados por las abejas; pero á la disposición general de estas innumerables combinaciones de complicados dibujos ha presidido un no sé qué, que constituye el genio del arte árabe, y que produce un conjunto armoniosamente sencillo. Al entrar nosotros, todos los balconajes están cargados de mujeres veladas de blanco, que se inclinan silenciosas para mirarnos.

El patio, como todos los patios de las casas importantes de Marruecos, está enlosado de mármol y mosaicos, y en el centro hay la obligada fuente. No falta la música, como en casa del Visir; una música exaltada, á la vez rápida y grave, compuesta de voces humanas, acompañadas por instrumentos de cuerda, tamboriles y castañuelas de hierro. Esta orquesta, que ya habíamos oido en casa del Visir, pertenece al Sultán, quien la presta por hacernos honor.

***

Nuestro huésped, el *Kaid-el-Mechuar*, es asombrosamente buen mozo. La descripción del personaje de Matho, en la célebre novela de Gustavo Flaubert, *Salambo*, parece hecha expresamente para él. («Un lybio colosal, etc., etc.») Tiene una estatura elevadísima, más alta que la de los hombres más altos, y sus carnes están en proporción. Sus ojos son admirables. Una barba ya gris, y una piel muy obscura, denotan, á pesar de la regularidad del perfil, cierta mezcla de sangre de negro. Conviene advertir que la hermosura física es cosa indispensable en Marruecos para ejercer las altas funciones que el *Kaid* desempeña; es decir, que para introductor de embajadores, se nombra siempre al mejor mozo del Imperio.

Como su colega el Visir de la Guerra, el *Kaid* no se sienta á la mesa con nosotros, pues un buen musulmán no debe ponerse á comer en compañía de nazarenos. Se contenta con sentarse á la sombra, cerca de la sala donde está preparado nuestro banquete, y con cuidar



EL SUEÑO DE COLÓN.

CUADRO DE D. MANUEL PICOLO, PREMIADO CON SEGUNDO «ACCÉSIT».



PRIMERA COMUNIÓN.
DIBUJO ORIGINAL DE MÉNDEZ BRINGAS.

de que sus esclavos, aturdidos por nuestra presencia, nos traigan montañas de alcuzcuz y de carnes asadas.

Cábeme en suerte, durante el monstruoso almuerzo, estar sentado dando frente al bellísimo patio, que mis miradas abrazan todo entero, á través de la elevada ojiva labrada de la puerta. Los esclavos sudaneses, que usan pendientes y brazaletes como las mujeres, lo atraviesan en incesante agitación, llevando sobre la cabeza los platos gigantescos, con las consabidas coberteras de esparto pintorroteado. De vez en cuando, á través de las saeteras horadadas en el muro, se distinguen confusamente los ojos relucientes de las mujeres, muchas de las cuales asoman sus cabezas por encima del muro del fondo. Y la música, en una exaltación extremada, repite sin cesar, precipitándolas cada vez más, las mismas frases monótonas, que, á la larga, mecen, magnetizan, producen embriaguez.

***

Son las dos de la tarde, y hace mucho calor. Tengo mil cosas que hacer, puesto que debo marchar de aquí indefectiblemente mañana.

Lo primero es visitar el barrio amurallado de los judíos, donde unos viejos horriblemente sórdidos venden en el fondo de sus tugurios joyas antiguas, armas raras, telas que son imposibles de encontrar en el bazar, y que tengo deseos de comprarles.

El barrio judío está situado del lado sud de Fez el nuevo, y por lo tanto, muy lejos de donde yo habito.

Monto á caballo, escoltado por un guardia rojo. Las viejas paredes parecen desmoronarse bajo los rayos ardientes del sol, y las grietas de las casas diríase que se alargan. Las callejuelas están desiertas: los viejos guijarros negros del empedrado, pulimentados por las babuchas de muchas generaciones árabes, muestran á trechos sus cabezas brillantes, entre la paja seca y el polvo que cubren el suelo. Sobre la ciudad soñolienta pesa ese enervamiento silencioso que es peculiar á los momentos en que el sol deslumbra y abrasa.

Bajo las triples puertas espesas de las murallas, se disfruta de un poco de sombra y de frescura.

Allí han instalado sus cachivaches los barberos ambulantes, que prestan sus servicios á clientes del campo, de barbas erizadas y salvajes. Uno de ellos, mientras lo afeitan, está ocupado en sujetar por los cuernos á dos carneros negros. En otro rincón, otro barbero sangra á un pastor, pues en Marruecos la sangría se considera como remedio para todo: solamente que en vez de practicar esta operación como es costumbre entre nosotros, la sangría consiste en darle al paciente una cuchillada detrás de la nuca, llegando con la hoja de la navaja de afeitar hasta el hueso del cráneo. No sé por qué, hoy me parece este Fez más salvaje, más abandonado.....

Una vez franqueadas las puertas, empieza un desierto abrasado, sin senderos, por donde no se ve hoy ni un ser humano, ni una caravana. Este es el sitio mismo que estaba tan lleno de gente y tan ruidoso la mañana de nuestra llegada, y en el cual apenas si se oye ahora la vocecilla triste de las cigarras. Murallas de la ciudad y murallas del palacio, se yerguen por doquiera hacia el cielo, en una confusión grandiosa, en el erizamiento de sus almenas terminadas en punta, todas ellas parecidas, sombrías y tristes, desde la base hasta la cima, llegando á producir una impresión de belleza, en fuerza de ser gigantescas. Y á sus pies no hay nada, ni una casa, ni un árbol, ni una tienda, ni un grupo humano; ellas solas, decrépitas, roídas, inmensas en su estatura vertical.

(Continuará.)

LOS TEATROS.

ELEONORA DUSE *y su compañía italiana.*

Estreno de algunas obras escritas en plazo fijo y por apuesta.

(Conclusión.)

A la representación de *Fedora*, ejecutada el día 9, siguió el jueves 10 la de *La Signora dalle Camelie*. Cuando se estrenó en París esta obra, origen de la celebridad del autor en el campo de la poesía dramática, un escritor ilustre dijo al final de su extenso y notable juicio crítico, encareciendo el prematuro conocimiento de las pasiones que mostraba en ella ingenio entonces tan juvenil: «Alejandro Dumas ha conquistado en una noche sus títulos de mayoría literaria tomando por asalto el éxito.» A lo cual añadió en seguida: «Un consejo después del elogio: que el joven poeta no se quede en el lazareto de costumbres deletéreas á que acaba de hacer tan intrépida visita; que salga cuanto antes al día claro, á la luz, á la salubridad de la vida.» Dumas ha prescindido de este consejo de Saint-Victor, que le hubiera convenido mucho seguir, á juzgar por la índole y el tono de casi todos sus poemas teatrales.

A los quince años de haberse estrenado el que da margen á estos renglones, es decir, en 1867, lo juzgaba su propio autor del siguiente modo: «*La Dama de las Camelias* no podría escribirse ahora, porque ya no sería *verdadera* ni aun *posible*. En vano buscaríamos entre nosotros una joven que acreditara semejante desarrollo de amor, de arrepentimiento y de sacrificio. Esto sería una paradoja.» Fundándose en tal opinión, nada honrosa para la sociedad parisiense, Dumas encontraba por aquel tiempo que su obra tenía ya más de leyenda que de drama; parecer en que se apoyaba hace seis años otro compatriota suyo, también distinguido crítico, para afirmar que las heroínas legendarias son eternamente jóvenes y eternamente aplaudidas. «Hermana de *Manon Lescaut* (dice el escritor á que aludo, refiriéndose á *La Dama de las Camelias*), nieta de *Marion Delorme*—porque procede á la vez de la novela del abate Prévost y del drama de Víctor Hugo—*Margarita Gautier* pertenece á la familia de grandes enamoradas que el público no querría condenar y que apenas piensa absolver.» Para reforzar tal apreciación añade que *todo ha envejecido* en torno de la heroína de esa fábula dramática; que las gentes que la rodean tienen el aire de un museo de antigüedades, y que ella, no obstante, ha conservado «toda la juventud de la pasión, toda la poesía del sufrimiento.»

En este juicio, lo mismo que en el antes citado de Dumas, encuentro mucho de arbitrario y de paradójico. Las heroínas legendarias no son perpetuamente jóvenes y aplaudidas por el mero hecho de pertenecer á la leyenda: lo son cuando entrañan pasiones ó sentimientos de carácter universal, y que por tanto resuenan de un modo simpático en todos tiempos y en todas las almas. Fuera de que *Margarita Gautier* no es personaje tan fantástico é imaginativo como se presume, ni procede tan directamente como se supone de la novela de Prévost y de la *Marion Delorme* de Víctor Hugo. Todavía existen en París muchas personas que conocieron ó trataron á la célebre cortesana María Duplessis, de quien se ha escrito que era una de las mujeres perturbadoras y extraviadas nacidas para efectuar los mayores desórdenes en materias de amor, y á la cual se propuso retratar en el libro de que sacó luego su poema escénico el autor de *La Dama de las Camelias*. Por eso ha dicho quien asistió al estreno de dicha obra que los espectadores la estimaron como una verdadera evocación; que detrás de la actriz encargada del papel de protagonista aparecía el pálido espectro de la joven recién muerta, vuelta á la vida soñadora del drama para comenzar nuevamente, como durante su vida, á turbar é inquietar los corazones. *Margarita Gautier* no es, pues, una figura de la exclusiva invención del poeta, sino un personaje histórico, dado que pone en acción la historia íntima y secreta de María Duplessis, de quien sólo conocía el mundo (según la frase de Saint-Victor) *la hermosura y los escándalos*.

Ni es más exacta la especie de que *todo ha envejecido* en torno de *Margarita Gautier*, consignada para ensalzar su belleza y su perpetua juventud. Los demás interlocutores del drama destinado á poner de bulto los afectos y desventuras de aquella infeliz, cuyos extravíos no puede purificar el amor, tienen hoy la misma realidad que tenían cuando se compuso la obra, y sus respectivos caracteres son generalmente menos singulares y extraordinarios que el de la encomiada heroína. Se ha dicho con harta razón que *La Dama de las Camelias* surgió en la escena, triunfante é irresistible, como la Venus parisiense saliendo de la espuma de los vicios y de las pasiones de la villa, y que vista á distancia, caído el mágico velo que la envolvía, parece menos interesante, porque la *loreta* de oficio reaparece en la cortesana enamorada.

No hablaré aquí del carácter moral del drama en cuestión, por haberlo hecho antes de ahora en diversas ocasiones. Solamente recordaré lo que escribe á este propósito un erudito profesor de la Facultad de letras de París, en la notable historia del *Teatro en Francia* que ha dado á luz el año pasado, porque está de acuerdo con lo que yo he dicho siempre, y porque, según él, «la sociedad en que Dumas introduce al público desde hace cerca de cuarenta años, es una sociedad muy extraña, ó más bien muy corrompida.» Convengamos con este profundo historiador en que la dramaturgia que da tanto lugar en sus producciones á una sociedad de esa especie tiene mucho andado para influir de un modo desventajoso en las almas débiles, ó mejor dicho, en casi todas las almas.

Vengamos, pues, á la ejecución de *La Dama de las Camelias*.

En el corto número de funciones que hace dos años dió en Madrid Sarah Bernhardt, brilló en ese drama como en ningún otro de los que entonces representó. Sin embargo, pocos días después del triunfo conseguido en el Teatro Real por la célebre artista francesa obtuvo Lina Novelli en el Teatro de la Comedia otro no menos brillante interpretando la misma obra. Ambas dieron á la figura de *Margarita Gautier* colorido diferente; pero la modesta actriz italiana anduvo á mi ver por mejor camino. Eleonora Duse ha excedido á cuantas la precedieron en delinear y matizar el carácter de ese personaje dramático. Es imposible mayor naturalidad, mayor verdad, encanto poético más seductor. Tiene esta inspirada artista el don rarísimo de huir de lo convencional, de no buscar el efecto escénico por medio de aspavientos ni de altisonancias, de inspirarse siempre, con arte maravilloso, en el ejemplo de la naturaleza, maestra que nunca engaña. De ese modo consigue que parezcan reales ó verosímiles hasta las exageraciones de pasión y de carácter que tanto abundan en las creaciones dramáticas de los poetas franceses contemporáneos. Para analizar minuciosamente los primores con que Eleonora Duse pone en relieve los encontrados afectos de *Margarita Gautier*, sobre todo en la lenta agonía del quinto acto (de la que hace desaparecer con peregrina intuición cuanto hay en ella de material y de monótono) fuera necesario entrar en extensas consideraciones. Me limitaré por tanto á decir que bastaría su manera de representar ese solo acto, para dar fe del gran talento que la avalora y considerarla como actriz incomparable.

El caballero Flavio Andó, encargado del interesante papel de *Armando Duval*, ha confirmado en esta producción la idea que hizo formar de su mérito en *Fedora*. Notabilísimo en todo el drama, sobresale aún más en las violentas escenas del acto cuarto, donde la verdad y el fuego de su expresión se confunden con la realidad misma, sin apelar ni una sola vez á exageraciones de mal gusto. La señora Cottin, en el papel de *Madama Dubernoy*, la señora Bonivento en el de *Olimpia*, la señorita Grammatica en el de *Herminia*, y los señores Mazzanti, Galliani, Rossi, Micoli, Zampieri, todos, en fin, contribuyen á formar un cuadro excelente, digno en alto grado de los aplausos que el público le prodiga.

A la ejecución de *Fedora* y de *La Signora dalle Camelie* ha seguido la de *Pamela nubile*, comedia del célebre abogado veneciano Carlos Goldoni. Con el título de *Pamela fanciulla* se estrenó esta obra en Mantua durante la estación primaveral de 1750. Sacóla su autor de una novela de Richardson, famosísimo por aquel tiempo, en la que Voltaire tomó también, más ó menos encubiertamente, el argumento de su *Nanine*, y de la cual ha dicho un célebre crítico, estimándola como verdadero sermón apoteosis del puritanismo mitigado, que la *Pamela* del novelista inglés era, en efecto, un sermón para uso de las doncellas que aspiran á casarse con su amo.

Refiriéndose á los escritores que bajo el cetro de la reina Ana reflejaron las modificaciones que experimentaba á la sazón el espíritu de la sociedad y de la cultura inglesa, se ha dicho que la nitidez del historiador y la profundidad de la observación filosófica brillaron en las obras de dichos escritores, alternativamente prolijos, delicados, originales, vulgares, amanerados, prosaicos y sutiles; y que esta revelación inesperada de un nuevo mundo microscópico produjo inmensa biblioteca de novelas. La *Pamela* de Richardson fué una de las que más sobresalieron entonces, y de las que lograron inmediatamente mayor éxito en los demás países. Reflejábanse en ella con exactos colores ideas y costumbres que eran casi universales. De aquí la popularidad que obtuvo en muchos pueblos de Europa la heroína de esa novela británica. De aquí también el afán con que la sacaron á la escena, embozada ó desembozadamente, ingenios como Voltaire y Goldoni. El cual no se contentó con dar vida teatral á la *Pamela fanciulla*, sino que años después compuso otra comedia en que figuran casi todos los personajes de ésta, y la hizo representar en el teatro Capranica de Roma el Carnaval de 1760 con el título de *Pamela maritata*. Estas dos producciones son sin duda de las mejores del famoso abogado véneto. Pero han variado tanto las circunstancias desde aquella época; es tan grande la transformación que han experimentado en todas partes los sentimientos, las creencias, las costumbres, en una palabra, los elementos constitutivos del organismo social, que apenas se concibe ahora el modo de ser de los personajes de *Pamela*. Algo ha de haber, no obstante, de eternamente verdadero y humano en el fondo de esa producción, cuando á pesar de sus candideces y ñoñerías consigue interesar y hacerse grata al auditorio en no pocas ocasiones. Tales son los rasgos de pasión sincera, trazados con seductora sencillez, que esmaltan varios pasajes de la obra y que brillan principalmente en el amable carácter de la protagonista.

Apreciar con exactitud el candor, la ingenuidad, la gracia con que Eleonora Duse pone en relieve ese carácter, sería proceder en lo infinito. Las facultades de la egregia artista son de tal naturaleza, que se prestan con igual felicidad al arrebato de las terribles pasiones que sirven de alimento al drama de costumbres contemporáneo, que á la movilidad y donosa ligereza de comedias de más bajo vuelo. El público ha tenido ocasión de estimarlo así, enamorado ya del flexible talento de la Duse, y la ha aplaudido con entusiasmo repetidas veces en su atinada interpretación de la *Pamela* de Goldoni.

No es esta obra de las que mejor cuadran á las peculiares condiciones del Sr. Andó, menos afortunado en ella que en las demás que ha representado. Ernesto Rossi templaba con tacto y habilidad de maes-

tro la exageración de los ímpetus inverosímiles de *Milord Bonfil*, más propios de un niño caprichoso y mal criado que de un caballero movido por la pasión amorosa. La Srta. Giannini caracteriza muy bien á la voluntariosa *Miladi Daure*, así como la señora Cottin á *Madama Jevre*. El caballero *Ernold* recibe de la vis cómica de Galliani el chistoso tinte caricaturesco de que lo dotó el poeta, y contribuyen mucho á completar un buen cuadro los Sres. Mazzanti, Bonivento, Rossi, Betti y Geri.

El domingo 13, esto es, al día siguiente de haberse representado *Pamela*, se puso en escena *Odette*, tragicomedia en cuatro actos de Victoriano Sardou En el desarrollo de este poema del fecundo autor de *La Haine* hay mucho de la manera característica de *Fedora;* pero su pensamiento fundamental me parece menos singular y extraordinario, aunque en la marcha de la acción no dejen de andar mezcladas grandes exageraciones con rasgos humanos y vigorosos que llegan al alma, ó con escenas que cautivan por su profunda realidad. La idea de poner de bulto las terribles consecuencias que puede tener para una esposa el abandono de sus deberes; la pintura del lodazal en que se arroja dejándose rendir ciegamente por las sugestiones de una pasión desenfrenada, es importante y de buen ejemplo; pero los medios de que se vale el autor para dar de un modo indirecto lección tan grave, no son todos del mejor gusto. Conócese desde luego que *Odette* se ha engendrado en la fantasía de un poeta versadísimo en el conocimiento del efecto teatral, como lo acreditan las escenas finales del primer acto, y que sabe herir con energía las cuerdas sensibles del corazón. Producciones de esta índole necesitan más tal vez que las de otra especie ser interpretadas por artistas capaces de interesar y conmover á los espectadores.

Esta fortuna ha tenido ahora en Madrid el drama de que se trata. Interpretando el carácter de *Odette* con la verdad y el profundo sentimiento que la distinguen, Eleonora Duse ha conseguido un gran triunfo: ha puesto en acción el *si vis me flere* de Horacio, haciendo partícipe al auditorio de su emoción y de sus lágrimas. Flavio Andó la secunda dignamente caracterizando con gran maestría la noble figura del *Conde de Clermont Latour*, y ambos arrebatan al público en entusiasmo, ya en la magnífica escena final del acto tercero, ya en casi todas las del último. Los demás actores, y muy en particular la Srta. Grammatica y los Sres. Zampieri, Galliani y Cortesi, dan á sus respectivos papeles el conveniente colorido.

Mucho deploro no haber podido asistir á la única representación que se ha dado hasta ahora de *La moglie di Claudio*, traducción del drama en tres actos escrito en francés por Alejandro Dumas, hijo. Cuando hace algún tiempo leí esta extravagante producción del afamado dramaturgo, me pareció de todo punto abominable y la tuve por delirio de una imaginación calenturienta. En iguales términos la juzgó el público parisiense, el cual la rechazó desde luego de modo muy expresivo. Aun los críticos más apasionados del autor se mostraron severísimos con ese engendro donde se amontonan cuantos desvaríos es capaz de soñar el amor á lo insólito y á lo falso. Duélome, pues, nuevamente de que Eleonora Duse, que según personas de mucho entendimiento y de muy buen gusto hace prodigios en el odioso papel de *Cesarina*, malgaste las fuerzas de su inteligencia en infundir vida y aliento á tan desdichadas creaciones. *La moglie di Claudio* se ha salvado en Madrid de un gran fracaso, á juicio de cuantos la han visto, merced al superior talento de su intérprete.

Crear obras dramáticas por apuesta, como por vía de juego, en plazo fijo y determinado, no me parece el mejor modo de rendir á la literatura teatral el homenaje que le es debido en la patria de Lope de Vega y de Calderón. Aunque muchas creaciones de aquel coloso

> .... *en horas veinticuatro*
> *pasaron de las musas al teatro*,

no fué porque apostase componerlas en plazo tan breve, sino por virtud de su poderoso ingenio; porque la abundancia de su numen le llevaba sin dificultad á esfuerzo tan soberano. ¿Cómo extrañar que algunas de esas obrillas, engendradas con el doble pie forzado del asunto y del número de días, hayan muerto al nacer de una manera ingloriosa? Sólo se han salvado de tan triste fin, entre las que ya han salido á luz, dos representadas en el teatro Lara: *Su Excelencia*, juguete cómico en un acto debido á la pluma de D. Vital Aza, y *¡Amén! ó el ilustre enfermo*, sainete original de D. Tomás Luceño. El éxito de la primera se ha debido principalmente á las simpatías que inspira su autor y á los chistes del diálogo, pues el argumento de la pieza despierta poco interés y carece de novedad. Decir, como alguien lo ha dicho, que este juguetillo insignificante es una *obra maestra*, suena demasiado á fervor de amigo.

El sainete de Luceño vale más, no sólo porque está escrito con mucha gracia desde el principio hasta el fin y porque llena plenamente las condiciones literarias del género á que corresponde, sino por la mayor novedad del asunto, por el vigor con que en cuatro rasgos pone en relieve figuras tomadas directamente del natural. Los espectadores aplaudieron esta obrita (no por ligera menos digna de estimación) con verdadero entusiasmo, y llamaron al autor á las tablas repetidas veces. En ley de verdad el sainete á que aludo es tal vez la mejor obra de Luceño, que sabe inspirarse en la realidad y ser chistoso sin faltar á lo que se debe al decoro público.

MANUEL CAÑETE.

UNA NEVADA.

PROVERBIO EN UN ACTO.

PERSONAJES.

LA VIZCONDESA VIUDA DEL ARCO.	ROSALÍA, *viuda* DE ROJAS.
EL MARQUÉS DE PEÑABLANCA.	UNA DONCELLA.
	UN CRIADO.

La escena es en Madrid.

Salón elegante: en el fondo un balcón que da á la calle. Puertas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

(Al levantar el telón, sale la Vizcondesa con sombrero puesto: se dirige rápidamente al balcón y mira hacia la calle.—Después vuelve al proscenio.)

LA VIZCONDESA *sola*.

¡Qué fastidio! Hay ya una cuarta de nieve en la calle.—Sería una locura salir. ¡Qué fastidio! (Sentándose tristemente.) ¿En qué voy á pasar la tarde? Estoy cansada de bordar toda la mañana..... No tengo ningún libro nuevo para leer..... y me sé de memoria los periódicos del día. ¡No hay más remedio que tener paciencia! (Levantándose y quitándose el sombrero delante de un espejo.) ¡Cosa triste es por cierto la soledad! ¡Salir sola, comer sola!.... No tener nadie al lado á quien comunicar sus penas, sus alegrías, sus impresiones! (Tira de la campanilla y aparece un criado en la puerta.) Luis, que quiten el *coupé*. ¡Ah! Oiga usted: al portero, que si vienen visitas, les diga que estoy en casa y recibo á todo el mundo. (Vase el criado.) ¿Quién ha de venir? ¡Buen tiempo hace para salir á la calle y exponerse á que se perniquiebre un caballo, ó vuelque el coche! Por eso no salgo yo, por temor á un percance de mis *poneys*. Pero no puedo quedarme así, con este traje. Si viniese Rosalía, que es tan reparona, se burlaría de mí al verme dentro de casa con una *toilette* de paseo Vamos allá. (Asomándose á la puerta de la derecha.) Luisa, ¿estás ahí? (Desaparece.—Casi en el mismo momento llegan por la izquierda el Marqués y el criado, precediéndole.)

ESCENA II.

EL MARQUÉS, EL CRIADO.

CRIADO.—(Anunciando.) El Sr. Marqués de Peñablanca.... (Notando la ausencia de la Vizcondesa.) La señora estaba ha un instante aquí.... Voy á hacerla avisar. Puede el señor tomar asiento.

ESCENA III.

EL MARQUÉS *solo*.

Que no me agradezca la visita la linda Vizcondesa. En el Retiro no había un alma, como era natural con este tiempo horrible; el *Veloz Club* también desierto. Pasaba por aquí, cuando advertí que desenganchaban los caballos de Matilde, y como es una mujer á cuyo lado no se fastidia uno nunca, vi el cielo abierto.—«¿Está la señora Vizcondesa?—Sí, señor Marqués, y recibe.»—Santa palabra. Ya sé dónde pasar la tarde (Sentándose.) Temperatura deliciosa,.... buen fuego..... y por añadidura conversación discreta y entretenida, porque la Vizcondesa tiene mucho talento..... ¡Y es tan graciosa, tan amable, tan bonita!..... Luego, posee una cualidad rara: no habla mal de los demás; verdad es que nadie puede hablar mal tampoco de ella. Es una virtud..... sólida..... á pesar de estar flaca. Su existencia la divide entre los placeres y la caridad. No hay buena obra en que ella no tome parte; no hay fiesta en que no figure en primera línea. Si yo pensara alguna vez en casarme, quizás pondría los ojos en ella; pero, ¡qué horror! ¡El matrimonio!..... ¡Perder yo mi libertad! ¡Nunca! ¡Pues como hay tantos ejemplos de felicidad conyugal!..... El Duque..... ¡Uf! ¡El pobre Dionisio! ¡Oh! ¡oh! Cierto que la mayor parte de las veces la culpa es nuestra; aunque, ¿y si me tocaba á mí la china? No: en la duda, como dijo un sabio, lo mejor es abstenerse. Yo lo paso muy bien. No me aburro nunca..... á no ser los días que nieva..... y las noches que no hay teatro Real.... y cuando estoy solo en mi cuarto.... y cuando me hallo enfermo.... Por lo demás, soy hombre completamente feliz Verdad es que los criados me roban; que no hay gobierno en mi casa..... que mi cocinero me pone cuentas escandalosas, aunque coma en el *Club;* mas ¡el ser soltero tiene tantas ventajas!... á pesar de sus inconvenientes!... Allá, al cumplir los cincuenta años, me retiraré á cuarteles de invierno; buscaré otra veterana, como yo, y nos casaremos... y no tendremos hijos, lo cual es una ventaja, pues los hijos... Por otro lado, debe ser una delicia verse reproducido.... tener chiquitines que rían y jugueteen á todas horas, que lo alegren y animen todo Creo que no haría yo un mal padre ni un mal marido. Mi genio es bonachón y pacífico. Vaya, vaya, no pensemos en tonterías. Y la Vizcondesa que no viene.....

ESCENA IV.

LA VIZCONDESA, EL MARQUÉS.

VIZCONDESA.—(Saliendo rápidamente.) Perdone usted que le haya hecho aguardar (Dándole la mano.) ¿Cómo va?

MARQUÉS.—No tan bien como á usted, cuyo semblante revela excelente salud.

VIZCONDESA.—Sí, gracias á Dios, estoy buena. ¿Y usted?

MARQUÉS.—¿Cómo he de estar con estas nieves? Lleno de dolores de reuma..... y de tedio.

VIZCONDESA.—Lo segundo es aún peor que lo primero.

MARQUÉS.—Por eso he venido á que me cure usted.

VIZCONDESA.—¿De ambas cosas? (Riéndose.)

MARQUÉS.—¿Por qué no? Olvido mis males en cuanto charlamos cinco minutos, y el espíritu siente el mismo saludable influjo que el cuerpo.

VIZCONDESA.—Ignoraba completamente mi poder de curandera.

MARQUÉS.—Pues bien lo ejercita usted con los pobres y los enfermos.

VIZCONDESA.—¡Ay, amigo mío! Para las dolencias morales hay menos recursos que para las físicas. Los paños calientes, las fricciones, suavizan los dolores reumáticos ó de otra clase; las penas del corazón no suelen tener remedio eficaz.

MARQUÉS.—Sin embargo, usted sufrió una muy grande, tres años ha, y convaleció pronto

VIZCONDESA.—¿Alude usted á la muerte de mi marido?... Pero.... No hablemos del particular.

MARQUÉS.—Ya sé que no la hizo á usted dichosa; que á pesar de casarse enamorado, la abandonó en seguida por mujeres repugnantes, que derrochó parte de la dote que le había llevado....

VIZCONDESA.—Paz á los muertos, Marqués, y no abra de nuevo heridas todavía mal cerradas

MARQUÉS.—De ahí procede la estimación, la amistad que la profeso. La conducta de usted ha sido admirable: durante la vida de su consorte, esposa ejemplar, mujer modelo; después del trágico fin de aquél, ni un lamento ni una queja.

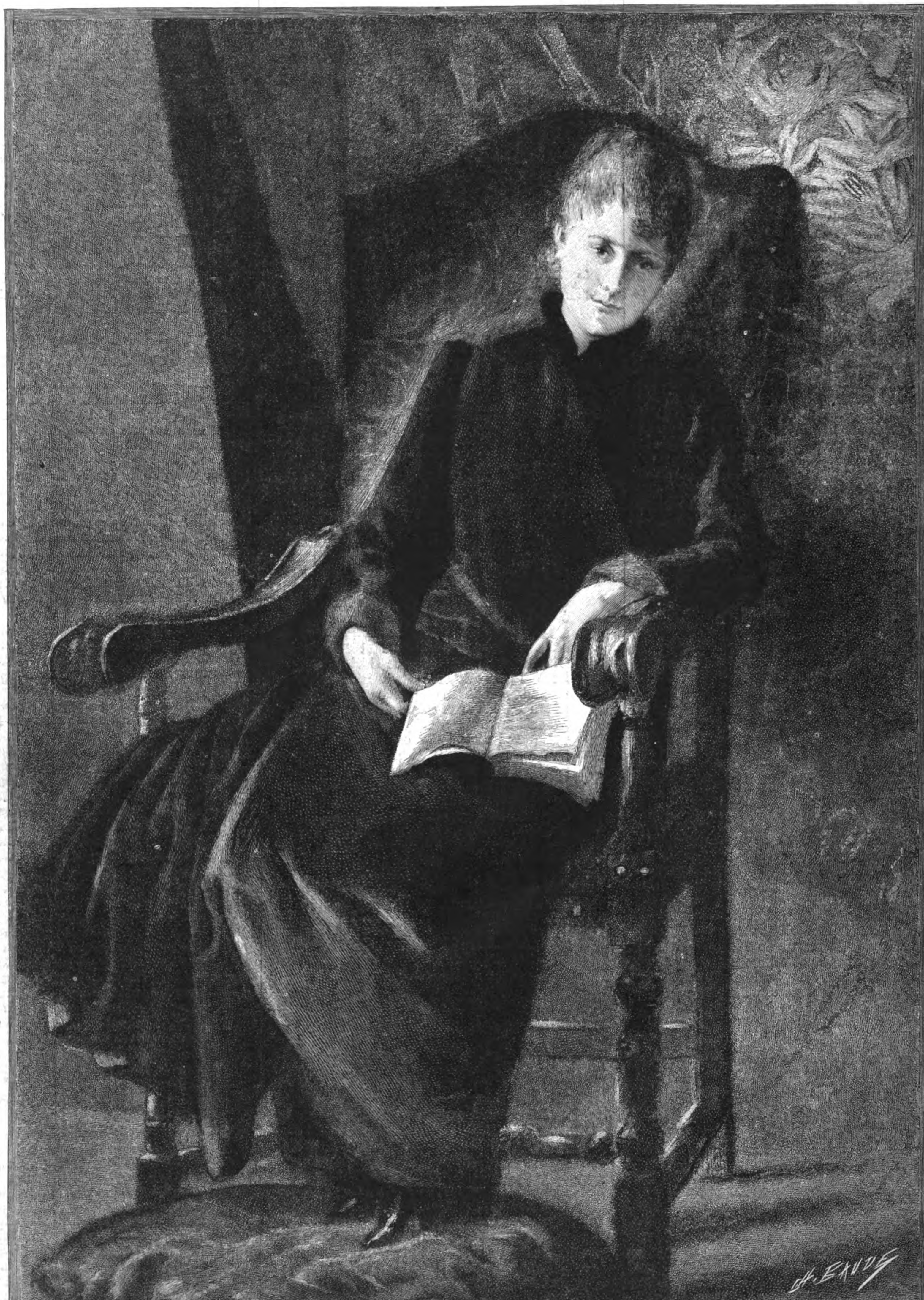
VIZCONDESA.—¡Pobre Alvaro! ¡Bien castigado fué por sus propias faltas! ¿No es cruel morir á los veintiocho años por quien no merecía sino desprecio? En sus últimos momentos se mostró arrepentido de sus errores, solicitando un perdón que le otorgué con toda mi alma. (Enjugándose los ojos.) Tratemos de otros asuntos.—¿Qué tal anoche el teatro Real?

MARQUÉS.—La ópera salió bien; pero como no era su turno de usted....

VIZCONDESA.—Lo pasó usted peor que otras veces, ¿no es así? *Connu*, Vizconde, *connu:* es decir, conocida la galantería del *sportsman* y del amigo.

MARQUÉS.—La verdad es que echo siempre de menos aquel ratito que paso todas las noches en su palco. Allí no se murmura, allí no se desuella al prójimo; y como el caso va siendo poco frecuente, paréceme que al lado suyo siento un bienestar sin igual. Usted es una señora perfecta: indulgente con los demás, paga con infinita misericordia las ofensas que se le hacen.

VIZCONDESA.—Nada me parece tan absurdo como ese sistema de lucha y de combate, introducido recientemente en la sociedad. Las mujeres no se desafían, como los hombres, á espada ó pistola; pero á menudo las heridas de la lengua son más mortíferas que las del acero. Yo, por mi parte, ni ataco ni me defiendo, y respondo con mi conducta á las agresiones que se me puedan dirigir.



EL FINAL DE UN LIBRO.

CUADRO DE FOURNIER.

«SALÓN» DE PARÍS DE 1890.



«SUSANA Y LOS VIEJOS» (ESCENA MODERNA).

CUADRO DE M. BROUILLET.

MARQUÉS.—Ninguno se atreve nunca á vulnerar su reputación.

VIZCONDESA.—Me basta, amigo mío, con el testimonio de mi conciencia.

ESCENA V.

DICHOS, EL CRIADO, ROSALÍA.

CRIADO.—La señora de Rojas. (Se retira.)

VIZCONDESA.—(Levantándose.) ¡Rosalía!

ROSALÍA.—(Las dos se besan.) ¡Matilde! ¡Hola, Marqués! Vi su berlina de usted á la puerta, y por eso supuse que recibías.

VIZCONDESA.—Has tenido más valor que yo.

ROSALÍA.—Como no estoy segura de pasar la tarde bien acompañada, y además como mis pencos no valen lo que tus caballos ingleses, no me decidí á estarme sola tres ó cuatro horas junto á la chimenea.

MARQUÉS.—La casualidad me ha traído aquí. Pasando por la calle, vi desenganchar.....

ROSALÍA.—Nadie le pide explicaciones al Sr. Marqués, y es inútil que se moleste en darlas. Malas lenguas pretenden que no es necesario lo que alega para venir con frecuencia á saludar á esta viuda inconsolable.

MARQUÉS.—Usted lo ha dicho; malas lenguas, porque faltan á la verdad. Desgraciadamente mis visitas á la Vizcondesa son raras.

ROSALÍA.—¿Tan raras en esta casa como en su palco del teatro Real?

MARQUÉS.—Allí la veo cada cuatro ó cinco noches.

ROSALÍA.—A propósito, ¿por qué no señalas una tarde para dar té á tus amigos. Ya sabes que es *la última palabra* de la elegancia y del buen tono.

VIZCONDESA.—Ni soy elegante, ni pretendo llamar la atención.

ROSALÍA.—Y no obstante, tienes una corte numerosa de admiradores..... y de adoradores. Ya se ve, hermosa, independiente, rica, ¿quién no ha de aspirar á suceder al difunto? Verdad es que no te hizo muy feliz; pero por eso mismo debes intentar ver si eres más afortunada la segunda vez.

VIZCONDESA.—Te aseguro que.....

ROSALÍA.—No asegures nada. Aunque tu marido disipó en devaneos y locuras casi la mitad de tu patrimonio, aun te queda bastante para encontrar infinitas proporciones.

VIZCONDESA.—Ni las busco, ni las deseo.

ROSALÍA.—No importa; caerás en las redes de alguno más listo que los otros, que te haga creer en su amor. No puedes condenarte á la viudez eterna á los veintitrés años, y por lo mismo que te fué tan mal con Alvaro, soñarás con otro mejor. ¡Si fuera yo! Soy casi pobre: no tengo tu posición ni tu belleza, y no serán muchos los aspirantes á mi mano.

MARQUÉS.—(Aparte.) Esta mujer es insoportable. (Tomando su sombrero.)

VIZCONDESA.—¿Se marcha usted?

ROSALÍA.—¿Porque he venido yo?

MARQUÉS.—Tengo que acompañar á un amigo enfermo.

ROSALÍA.—Y usted, que siempre ejercita las obras de misericordia. ...

MARQUÉS.—Es posible que esta noche, si continúa nevando, no pueda uno andar á pie ni en coche por la calle, y quiero.....

VIZCONDESA.—Hasta muy pronto, ¿no es así?

MARQUÉS.—Hasta mañana.

ROSALÍA.—¿Y por qué no hasta luego?

(El Marqués saluda y se retira.)

ESCENA VI.

LA VIZCONDESA, ROSALÍA.

ROSALÍA.—Se me antoja, querida mía, que he venido inoportunamente.

VIZCONDESA—¿Por qué?

ROSALÍA.—El Marqués puso mala cara cuando entré, y en seguida ha tocado retirada.

VIZCONDESA.—Ya has oído que va á ver á un amigo.

ROSALÍA.—No faltan nunca disculpas cuando se desea ocultar la verdad.

VIZCONDESA.—¿La verdad?

ROSALÍA.—Sí: lo cierto y positivo es que Gustavo te ama.

VIZCONDESA.—Pues sabes más que yo.

ROSALÍA.—Todo el mundo lo repite.

VIZCONDESA.—Ese todo el mundo que dices, se compone de necios y de maldicientes.

ROSALÍA.—No te enfades por tan poca cosa. El rumor no tiene nada de inverosímil. El Marqués cuenta más de treinta años: es hombre serio, formal, de buena figura: por no ofender tu modestia no hago ahora tu panegírico. Los dos sois libres, independientes, ricos; ¿tiene algo de particular que os améis y os unáis con dulces y eternos vínculos?

VIZCONDESA.—No digo que tenga; aunque niego que exista el menor fundamento para tales suposiciones. Gustavo no me visita á menudo, limitándose á entrar á saludarme en mi palco las noches que me toca el turno del teatro Real. Hoy ha venido, probablemente, por el mal tiempo, y porque no sabría qué hacer.

ROSALÍA.—No te empeñes en ocultar lo que está á la vista.

VIZCONDESA.—¿Y qué es?

ROSALÍA.—Que Gustavo siente hacia tí verdadera inclinación. Si no te la ha declarado todavía, es porque eres algo imponente con tu aspecto grave, severo, majestuoso. Estoy convencida de que sólo aguarda ocasión favorable para.....

VIZCONDESA.—Tratemos de otra cosa, porque ya hemos hablado sobradamente de ésto. Supongo que vienes á comer conmigo. (Empieza á anochecer: el criado sale con dos lámparas, que coloca sobre la chimenea.)

ROSALÍA.—*Desolée*, amiga mía. Tengo un compromiso anterior, arriba, en el piso segundo, en casa de la Baronesa de Villanueva.

VIZCONDESA.—Lo siento: comeré sola.

ROSALÍA.—Pero volveré después á hacerte la tertulia. La Baronesa, por ser señora de edad, se recoge temprano, y vendré á que me des una taza de té.

VIZCONDESA.—Perfectamente.

ESCENA VII.

DICHAS, EL CRIADO, seguido del MARQUÉS.

CRIADO.—El Sr. Marqués de Peñablanca.

ROSALÍA.—(Bajo á la Vizcondesa.) ¡Otra vez! Niégalo ahora.

MARQUÉS.—Perdone usted, Vizcondesa; pero casi á las puertas de su casa me ha sucedido un percance, y vengo á refugiarme aquí.

VIZCONDESA.—¿Qué ha sido?

ROSALÍA.—Sepamos.

MARQUÉS.—Sigue nevando cada vez con mayor fuerza, y hay literalmente media vara de nieve en las calles. Al entrar en el carruaje, mi cochero me advirtió el peligro que corríamos; pero yo no le hice caso: anduvimos por espacio de cinco minutos con gran pena, cuando al fin y á la postre la berlina volcó, rompiéndose con el golpe la lanza, sin que yo experimentase daño alguno. Así, mientras los criados llevan á casa el vehículo y buscan otro, vengo á pedirle á usted hospitalidad.

VIZCONDESA.—Y yo se la concedo con sumo gusto.

ROSALÍA.—(Bajo, á ella.) ¿Lo ves? La Providencia, bajo la forma de una nevada, se encarga de proteger vuestros amores.

VIZCONDESA.—(Bajo.) ¿Estás loca?

ROSALÍA.—(Alto.) Conque, hasta después.

VIZCONDESA.—¿Te marchas ya?

ROSALÍA.—Tu vecina y amiga la Baronesa, como vieja, acostumbra comer temprano, y no quiero hacerla esperar. Por la razón ya dicha—la de su edad—también se acuesta muy pronto. Así, á las nueve ó las nueve y media me tendrás aquí. Jugaremos una partida de *besigue*, y me alegraré ganarte el dinero. (Bajo.) Mientras tanto, es menester que ganes tú otra partida. ¡Jesús! Cómo frunces el ceño. (Alto.) Adiós, Marqués. Compadézcase usted de esta pobre solitaria, y no la abandone, ya que la casualidad le ha traído á su lado. Supongo que comerá con ella, y que cuando yo vuelva le encontraré todavía aquí. Hasta después, niña. (Besándola.) Es asunto concluído. (Al Marqués dándole la mano.) Hasta luego, Marqués. (Vase.)

ESCENA VIII.

LA VIZCONDESA, EL MARQUÉS.

VIZCONDESA.—¡Qué mujer!

MARQUÉS.—¿Por qué le incomodan á usted sus bromas?

VIZCONDESA.—Conozco á Rosalía; es un verdadero periódico de noticias, que todo lo dice, publica y propala. En cuanto entre en casa de la señora del cuarto segundo, le contará que ha venido usted á la mia dos veces en media hora; que ella ha tenido la osadía de convidarle á comer conmigo, y hasta que le ha dado cita aquí para más tarde.

MARQUÉS.—¿Qué importa? Eso no la compromete á usted en nada, y cuando llegue mi carruaje me marcharé al *Veloz Club*.

VIZCONDESA.—No lo permitiré. Ratifico el convite de Rosalía, y le ruego que no me abandone; esto es, que no me deje sentarme á la mesa sola.

MARQUÉS.—¿De veras?

VIZCONDESA.—Aún más, se lo pido como un señalado favor. Con este tiempo horrible no pienso salir; Rosalía no tardará en volver, y, si usted no tiene otro plan, jugaremos á lo que quieran:—al tresillo ó al *besigue*.

MARQUÉS.—Lo acepto todo con verdadera gratitud.

VIZCONDESA.—Otra idea me ocurre: mi comedor se halla situado en el extremo de la casa; estoy muerta de frío, y voy á mandar que nos sirvan en este mismo salón.

MARQUÉS.—La idea es excelente, como suya.

VIZCONDESA.—Nos pondrán una mesita aquí, delante de la chimenea, y verá usted qué bien estamos.

MARQUÉS.—¿Es posible estar mal al lado de usted?

VIZCONDESA.—No me gustan las lisonjas.

MARQUÉS.—Lo propio me sucede á mí, y por eso digo siempre lo que siento.

VIZCONDESA.—¿Siempre?

MARQUÉS.—Hasta cuando aseguro que es usted la mujer más encantadora que conozco.

VIZCONDESA.—¡Música celestial! (Llamando.)

ESCENA IX.

DICHOS, EL CRIADO.

CRIADO.—¿Llama la señora?

VIZCONDESA.—Sí; entre usted y Casimira pongan una mesa aquí, al lado del fuego. El señor Marqués va á comer conmigo, y pueden ustedes servir en seguida, porque me muero de necesidad.

(El criado se marcha, y vuelve á poco acompañado de la doncella, trayendo lo necesario para la comida.)

MARQUÉS.—La nieve excita siempre el apetito.

VIZCONDESA.—Pues será lo único bueno que.....

MARQUÉS.—¿Quién sabe? A no ser por esta venturosa nevada, no hubiera tenido la fortuna de pasar algunas horas en su amable compañía.

VIZCONDESA.—(Sonriéndose.) Gracias.

MARQUÉS.—¡Porque es tan raro encontrar á usted en su casa!

VIZCONDESA.—¿Qué he de hacer en ella, enteramente sola?

MARQUÉS.—En efecto, la soledad es muy triste, y por eso la aborrezco yo.

VIZCONDESA.—En virtud de lo cual, corre constantemente trás de los placeres y las distracciones.

MARQUÉS.—¡Y si viese usted cuán aburrido estoy en medio del bullicio y del torbellino del mundo!

VIZCONDESA.—¡Es muy extraño!

MARQUÉS.—Mi bello ideal sería vivir en el retiro; al lado de una mujer afable, discreta y hermosa—como usted;—hacer comunes nuestras aspiraciones y nuestros deseos; existir el uno para el otro, y no ocuparse en los demás.

VIZCONDESA.—¿Y por qué no lo ha hecho usted hasta ahora?

MARQUÉS.—Porque en balde he buscado persona que compartiese mis gustos, mis aficiones, mis ideas. Las mujeres que he tratado son todas frívolas, superficiales, amigas únicamente de esa vida agitada y tempestuosa que detesto con todo mi corazón.

VIZCONDESA.—¡Si le dijese á usted que algo de eso me sucede á mí! Salgo, voy á todas partes, aspiro á divertirme, y sin embargo me aburro en medio de las grandes fiestas.

MARQUÉS.—Luego coincidimos en gustos.....

VIZCONDESA.—Así parece.

MARQUÉS.—Es usted la primera que se halla de acuerdo conmigo.

VIZCONDESA.—Y usted el único que tiene mis opiniones.

CRIADO.—(Interrumpiéndoles.) La señora Vizcondesa está servida.

MARQUÉS.—(Aparte.) ¡Importuno!

(Se sientan á la mesa: los criados sirven: momentos de silencio.)

VIZCONDESA.—(Rompiéndolo.) Con este frío sienta muy bien el calorcito de la sopa.

MARQUÉS.—Ciertamente.

VIZCONDESA.—(Ofreciéndole.) Perdiz en salmí.

MARQUÉS.—Gracias. Es mi plato favorito.

VIZCONDESA.—Lo celebro; porque mi comida es muy sencilla, muy modesta.

MARQUÉS.—No soy glotón. (Comiendo.)

VIZCONDESA.—Ni yo.

MARQUÉS.—Está exquisita. Tiene usted un magnífico cocinero.

VIZCONDESA.—Cocinera; ya ve usted, para quien no da grandes banquetes.....

MARQUÉS.—¿Come usted también siempre sola?

VIZCONDESA.—Alguna vez viene alguna amiga de confianza..... Rosalía, por ejemplo. Temo que no lo pasen bien á mi lado.

MARQUÉS.—Es imposible.

VIZCONDESA.—Lengua á la escarlata. (Otro silencio.)

MARQUÉS.—(Comiendo.) Deliciosa, y usted ¿no la prueba?

VIZCONDESA.—No tengo ya apetito.

MARQUÉS.—Lo cual prueba que mi sociedad no le es agradable.

VIZCONDESA.—Al contrario: prueba que cuando el espíritu está alimentado, el estómago no siente necesidad.

CRIADO.—(Al presentar otro plato á la Vizcondesa.) Pollo asado.

MARQUÉS.—Y de esto ¿no tomará usted tampoco?

VIZCONDESA.—Sí, sí. (Comen los dos en silencio unos instantes.) Ahora, un poco de helado y he concluído mi comida.

MARQUÉS.—(Comiendo.) ¿Tan pronto?

VIZCONDESA.—Eso no impide que usted continúe si tiene gana.

MARQUÉS.—Mil gracias. En cuanto á los postres, renuncio á ellos. No soy goloso. (La Vizcondesa y el Marqués se levantan: los criados retiran la mesa y vuelven luego con el café y los licores.)

CRIADO.—¿Café? ¿Cognac?

MARQUÉS.—Ambas cosas; pero póngalo usted ahí, sobre la chimenea, pues yo tardo mucho en tomarlas. ¿Ni siquiera un sorbo? (A la Vizcondesa, que ha rehusado el café y el licor.)

VIZCONDESA.—No acostumbro.....

MARQUÉS.—No he visto nunca sobriedad igual. Es usted en todo perfecta.

VIZCONDESA.—¡Burlón!

MARQUÉS.—¿Lo puede usted pensar? Repito lo que todos dicen en Madrid: que es difícil encontrar mujer dotada de tan relevantes prendas morales..... y físicas.

VIZCONDESA.—(Riéndose.) Pronto olvida usted lo que antes.....

MARQUÉS.—Ya sé: que no le agrada el incienso. (Bebiendo á pequeños sorbos el café, en pie, y moviéndose, al paso que la Vizcondesa está sentada.) Pero las verdades no son galanterías; y como soy muy franco, quiero decirla igualmente, después de admirar sus cualidades, los defectos que la reconozco.

VIZCONDESA.—(Sonriéndose.) Ya escucho, y prometo la enmienda.

MARQUÉS.—En primer lugar..... es usted demasiado grave, demasiado seria para una persona de su edad. (Bebe un sorbo de cognac.)

VIZCONDESA.—Adelante.

MARQUÉS.—La gente la acusa de fría..... de tener poco corazón.....

VIZCONDESA.—Siga usted.

MARQUÉS.—¿No es suficiente?

VIZCONDESA.—Es demasiado..... porque nada de eso es verdad.

MARQUÉS.—Pruébelo usted.

VIZCONDESA.—Con mi conducta. Me casaron con un hombre á quien apenas conocía. Calavera, atrabiliario, achacoso, fuí para él tan solo una hermana de la Caridad, asistiéndole piadosamente hasta su muerte.

MARQUÉS.—No aludía á eso.....

VIZCONDESA.—Pues ¿á qué?

MARQUÉS.—A la indiferencia absoluta con que desde su viudez acoge los homenajes, los testimonios de admiración y de afecto que.....

VIZCONDESA.—Que me dirigen los necios y los vanidosos, ¿no es así?

MARQUÉS.—Juzga usted muy severamente á sus adoradores.

VIZCONDESA.—No los tengo; pero si los tuviese, despreciaría demostraciones que carecen de sinceridad.

MARQUÉS.—¿Por qué?

VIZCONDESA.—El cariño verdadero no gusta de exterioridades: al contrario, las evita, y sólo busca la ocasión de manifestarlo privadamente.

MARQUÉS.—Estoy conforme.

VIZCONDESA.—Así, cuando cualquiera de los tontos, que tanto abundan en la sociedad, hace alarde de una inclinación, que no siente, me inspira..... no sabré decir si repugnancia ó aversión.

MARQUÉS.—Es usted severa.

VIZCONDESA.—No: soy justa. Si algún día me persuado de que soy amada de veras, entonces procederé de diferente modo.

MARQUÉS.—Será menester dar grandes pruebas.....

VIZCONDESA.—Bastará que el acento, la voz, la actitud de la persona revelen, descubran los sentimientos de su alma.

MARQUÉS.—Así, usted se halla segura.....

VIZCONDESA.—De no equivocarme cuando desoigo interesadas ó vanas protestas; aunque no de acertar si doy crédito á dulces y tiernas palabras. En la duda, lo mejor es perseverar en mi sistema; esto es, no fiarme de apariencias y seguir tranquilamente mi camino. (Pausa: el Marqués, durante el diálogo anterior, ha bebido sucesivamente el café y el cognac: ahora, al apurar la copa de éste, se sienta al lado de la Vizcondesa.)

MARQUÉS.—Todo es exquisito en su casa de usted: la comida, el café, los licores..... y la conversación.

VIZCONDESA.—Puede usted fumar si quiere..... aunque no puedo ofrecerle cigarros.

MARQUÉS.—Gracias. (Sacando la petaca.) ¿No le molesta á usted el humo? (Encendiendo el cigarro.)

VIZCONDESA.—No por cierto.

MARQUÉS.—(Nueva pausa.) Crea usted, Vizcondesa, que no olvidaré jamás las horas felices que hoy he pasado aquí.

VIZCONDESA.—¿Cumplimientos?

MARQUÉS.—Digo la verdad. ¡Si viera usted lo cansado que estoy de esta vida de Casino y de *Club!* Pero ¿qué he de hacer? Carezco absolutamente de familia, y mi casa triste, solitaria, olvidada de todos, me obliga á buscar fuera placeres y distracciones. Yo había nacido para existencia muy diferente: para consagrarme á una mujer amada; para vivir constantemente á su lado; en fin, para no buscar fuera de mi pacífico hogar lo que tuviese dentro de él.

VIZCONDESA.—Como yo. Nunca me han agradado el ruido, el bullicio, la agitación del gran mundo. Cuando asisto á los bailes, á las reuniones, á los saraos, al volver de ellos experimento igual cansancio físico que moral.

MARQUÉS.—Es raro que tengamos las mismas ideas.

VIZCONDESA.—Y que no nos las hayamos comunicado.

MARQUÉS.—¡Nos veíamos tan poco!

VIZCONDESA.—Únicamente en los teatros, en los salones.....

MARQUÉS.—Y allí no hacíamos sino cambiar esas frases vulgares y, digámoslo así, de ordenanza.

VIZCONDESA.—«¿Se divierte usted? ¡Esto está brillante!»

MARQUÉS.—Yo no podía sospechar que la bella Vizcondesa del Arco se aburriese en medio de una pléyade de admiradores.

VIZCONDESA.—Ni yo que el Marqués de Peñablanca, el hombre más á la moda en Madrid, se fastidiase rodeado de mujeres hermosas y elegantes.

MARQUÉS.—Muñecas sin corazón la mayor parte de ellas, que no piensan, ni sienten, ni nada. He nacido para los goces puros y sencillos de la familia, y no para los placeres estruendosos del mundo.

VIZCONDESA.—Pues yo lo mismo.

MARQUÉS.—¿Sabe usted cuál hubiera sido mi bello ideal? Casarme á los veinticinco años con una mujer de mis gustos, de mis aficiones; comer todos los días los dos solitos, ó cuando más, acompañados por algún amigo de confianza—como hoy;—fumar luego un cigarro..... junto á la chimenea..... como ahora..... y no buscar fuera la dicha, teniéndola dentro de mi hogar.

VIZCONDESA.—¿Y por qué no lo ha hecho usted?

MARQUÉS.—Porque en balde he buscado la ocasión; porque aquellas en quienes he puesto los ojos eran insípidas, ligeras, coquetas.

VIZCONDESA.—Eso significa que no ha hallado todavía su media naranja.

MARQUÉS.—Hasta hoy lo creía; mas empiezo á esperarlo.

VIZCONDESA.—Explíquese usted.

MARQUÉS.—Muchas veces tratamos á las personas años y años y no conocemos su carácter, sus instintos, sus aspiraciones. Pero llega un día, una hora, un momento, una casualidad, que nos pone más en contacto con ellas, y descubrimos las prendas, las cualidades, los sentimientos que es forzoso esconder cuidadosamente en el comercio social. Entonces nos sorprendemos de nuestra falta de perspicacia, advirtiendo que aquella cuya belleza únicamente hemos admirado, posee verdadero talento, maduro juicio y virtud incomparable.

VIZCONDESA.—¡Feliz ella!

MARQUÉS.—Que á esas dotes inapreciables junta otra no menos exquisita: la modestia; en fin, que es la única que ignora lo que saben todos los demás.

VIZCONDESA.—¿No querrá usted decirme el nombre de ese conjunto maravilloso de perfecciones?

MARQUÉS.—Soltera, se llamaba Matilde de Sandoval: ahora la Vizcondesa viuda del Arco.

VIZCONDESA.—Repito á usted, como ya le dije antes, que detesto las lisonjas.

MARQUÉS.—¡Pero si es la expresión de mis convicciones! ¡Si es la manifestación verdadera de la simpatía, del afecto que me inspira usted! Bendigo mil veces la nevada que ha puesto en evidencia lo que yo sospechaba anteriormente:—lo que usted es y lo que vale.—Bendigo mil veces la nevada, que me ha proporcionado ocasión de conocer, de apreciar, de admirar, unidas á su hermosura, las cualidades de su entendimiento y de su alma. (Se oye dentro el sonido del timbre.)

VIZCONDESA.—¡Llaman! Sin duda será Rosalía. ¡Silencio, por Dios!

MARQUÉS.—Al contrario. Por la primera vez en su vida va á servirme para algo.

ESCENA IX.

DICHOS, ROSALÍA.

ROSALÍA.—(Mirándolos maliciosamente.) ¡No me equivocaba! ¡Estaba segura de encontrarle á usted aquí!

MARQUÉS.—Y yo la esperaba á usted con impaciencia.

ROSALÍA.—¿A mí? ¿Para qué?

MARQUÉS.—Para pedirla un favor.

ROSALÍA.—(Sorprendida.) ¿Cuál?

MARQUÉS.—No tengo en la corte parientes ni deudos: tampoco cuento un amigo verdadero que se interese en mis alegrías, en mis satisfacciones.....

ROSALÍA.—No adivino.....

MARQUÉS.—En semejante situación he pensado en usted, que siempre me dió pruebas de amistad y de interés.....

ROSALÍA.—Seguramente. Me ha sido usted siempre muy simpático..... (Aparte.) ¿Estará enamorado de mí? (Alto.) ¡Hable usted! ¡Hable!

MARQUÉS.—La costumbre exige que cuando uno desea casarse encargue á alguno de pedir la mano de la persona amada.

ROSALÍA.—¿Acabaremos?

MARQUÉS.—Pues bien, yo la ruego que manifieste á la Vizcondesa que seré el hombre más venturoso de la tierra si me otorga la suya.

ROSALÍA.—(Aparte.) ¡Bonito papel! (Alto.) Ya lo has oído, y á tí te toca responder.

VIZCONDESA.—Y yo respondo que concedo lo que está de acuerdo con los votos de mi corazón.

MARQUÉS.—(Besándole la mano.) ¡Gracias! ¡gracias! ¡Me hace usted el más feliz de los hombres! Ahora, Rosalía, voy á reclamar un nuevo favor.

ROSALÍA.—Sepamos.

MARQUÉS.—Por la causa antes expuesta, no puedo dar parte á la gente de mi felicidad. ¿Querría usted encargarse de poner en conocimiento de todos que la Vizcondesa y yo nos casamos; que tan pronto como se hallen terminadas las formalidades indispensables trocará su título por el de Marquesa de Peñablanca?

ROSALÍA.—Con muchísimo gusto.—Ahora mismo voy un ratito al teatro Real..... y después á la tertulia de la Condesa del Valle..... á última hora al te de la Duquesa de Rioflorido..... En todas partes daré la noticia, y mañana no habrá nadie en Madrid que ignore que, por raro caso, de entre la nieve de esta tarde ha brotado de pronto el fuego voraz de ardiente y entrañable pasión.

FIN.

RAMÓN DE NAVARRETE.

LAS PEREGRINACIONES Á ROMA

Y LAS FIESTAS DE MAYO.

SUMARIO.

Las romerías de Austria, Alemania é Italia.—La misa de León XIII ante el altar de la Confesión.—Discurso del Pontífice.—La jerarquía eclesiástica.—Aniversario de la fundación de Roma.—Inauguración solemne de la catedral de Cartago.—El Tiro nacional itálico.—Fiestas de Roma.

Es preciso retroceder á los días del Jubileo Sacerdotal de León XIII, que tanto motivo me dieron para mis Crónicas Vaticanas, si queremos encontrar algo que se asemeje, en demostraciones de fe católica y en solemnidades conmovedoras dentro del Vaticano, á lo que hemos visto en los últimos días, con ocasión de la venida á la Ciudad Eterna de la vanguardia de las romerías de Alemania y Austria, á las que seguirán las más numerosas organizadas en Baviera y la Sorbona de Francia, y la que, en número de cinco mil peregrinos, han mandado las diversas regiones de Italia.

Pasemos rápidamente por la estancia en Roma de los peregrinos austriacos y germanos, pues que, reservándose el Padre Santo para cuando lleguen las falanges más numerosas teutónicas, se ha limitado á darles su bendición, después de decir la misa en su obsequio en la bella sala del Consistorio; mientras el Cardenal Melchers, que presidió esta peregrinación, los ha conducido á la visita de las célebres catacumbas de Roma y de sus Basílicas, dándoles la Eucaristía en la iglesia del Anima, patronímica del Imperio austro-húngaro. Muchos romeros de ambas naciones prolongarán por lo mismo su estancia en Roma, para unirse al solemne recibimiento de la romería itálica y á la celebración por el Pontífice del divino sacrificio de la misa ante el altar de la Confesión de San Pedro. Todas estas demostraciones católicas se han realizado con verdadero éxito en los tres últimos días. A las ocho de la mañana del domingo, y después de haber visitado ya los peregrinos italianos diferentes basílicas y la Escala Santa, se reunían bajo las bóvedas de San Pedro para oir la misa oficiada por el cardenal Oreglia de Santo Stefano, protector de la Sociedad de la Juventud Católica, que ahora, como cuando el Jubileo, ha organizado esta gran peregrinación en Italia. A la misa, solemnizada



ALEGORÍA DEL MES DE ABRIL.

DIBUJO ORIGINAL DE RIUDAVETS.

por los cánticos que tan bellamente entonan las sociedades corales y religiosas itálicas, sucedió la comunión y la poética escena de que los tres príncipes de la Iglesia, Sanfelice, arzobispo de Nápoles; Siciliano de Rende, que lo es Benevento, y Celesia, metropolitana de Palermo, asistidos de otra veintena de prelados itálicos que vienen con esta peregrinación, elevándose á cinco mil romeros, pusieran sobre el pecho de ellos la cruz, símbolo de la romería. Es de paño, llevando los colores rojo y blanco, y en medio la divisa de los que quieren morir por la doctrina de Jesucristo. En la peregrinación vienen princesas é ilustres damas, especialmente de Nápoles y Sicilia, y patricios distinguidos, tanto de estas regiones como del Lombardo Veneto, del Piamonte y de la Toscana, entre ellas la Gran Duquesa que un día reinó en Florencia. Preparados por la Eucaristía y los cánticos religiosos, los peregrinos, á cuyas falanges se unieron otros diez mil suministrados por la Juventud Católica y por el gran número de extranjeros cristianos que la primavera y las fiestas de Mayo han atraído á Roma, se dirigieron al Palacio Vaticano por las puertas de bronce, donde formaban las guardias Suiza, Palatina y Gendarmería Pontificia. El concurso resultó tan inmenso, que no cabiendo en la vasta sala de las Canonizaciones, tuvo que extenderse por la sala de las Columnas inmediata y el salón Regio. A la derecha del trono, con los Cardenales directores de la romería, veíanse infinitos estandartes y banderas, llevando casi todos imágenes de las *Madonnas* ó de los Santos Patronos de las diversas ciudades que habían suministrado su contingente á la peregrinación. Mientras, en la izquierda



S. E. DOCTOR D. JULIO HERRERA Y OBES,
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

se veía la diputación de Brescia y de la Juventud Católica de Milán, que ha venido á Roma para pedir al Soberano Pontífice la beatificación del ilustre patricio bresciano Alejandro Luxago, de la orden del Oratorio, y compañero de San Carlos Borromeo y de San Felipe Neri. El bello lienzo que representa las acciones milagrosas del futuro venerable, figuraba como estandarte en medio de la diputación; protesta elocuentísima ésta contra el que en aquella ciudad de Lombardía combatió la causa del Pontífice, y n quien, como á Giordano Bruno, va á alzarse otro monumento en la plaza de la Libertad de Roma.

Poco después de sonar las doce la campana de San Pedro, León XIII, acompañado de la Guardia Noble, de la Corte Pontificia y de todos los Cardenales de nacionalidad itálica, á los que se había unido el Cardenal Arzobispo de Rennes, de paso en Roma, entra, aclamadísimo, en el Aula Santa y ocupa el trono alzado en su centro (1). El Presidente de la Juventud Católica de Italia pronuncia caluroso mensaje, ofreciendo el amor de los hijos al Padre Santo, quien, en su respuesta, se eleva á las alturas de la verdadera elocuencia cristiana.

Aquellas manifestaciones, dice, le son doblemente gratas, no sólo por los lazos especiales que unen á los católicos italianos con el Pontífice romano, sino por las condiciones difíciles que crean á los primeros los

(1) Nuestro corresponsal artístico en Roma, don Hermenegildo Estevan, nos ha remitido un dibujo representando los principales episodios de la peregrinación, el cual figurará en nuestro próximo número, pues la premura del tiempo no nos permite darlo en el presente.

(N. de la R.)



MONTEVIDEO. — VISITA DEL SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL URUGUAY, AL CRUCERO DE LA MARINA ESPAÑOLA DE GUERRA «INFANTA ISABEL».
(De fotografía directa ejecutada por el Sr. Fitz-Patrick, de Montevideo.)

conflictos presentes entre la Italia oficial y el Pontificado. Le duele y le alarma el peligro que amenaza su fe, peligro más grave cada día, á medida que crece la guerra que sectas satánicas dirigen contra la región católica; las cuales, en vez de ser combatidas por los poderes públicos, se ven alentadas en sus más culpables aspiraciones. Los artículos del Código Civil ofensivos al sacerdocio, y el monumento á Giordano Bruno; el discurso de Palermo, deificando la razón; la ley sobre obras pías, que no se consiente al Senado mejorar, y medidas de la misma índole que se preparan, demuestran esta guerra sin tregua contra la religión y la Iglesia de Jesucristo, iniciada con el despojo del Principado temporal. Con energía creciente, León XIII declaró, en medio de estrepitosos aplausos, que los católicos italianos, por lo mismo que gozan el privilegio de tener en su patria la Sede del catolicismo, necesitan, con la visera alzada, desafiar todos los peligros para conservar los tesoros de la fe; pues los que por cobardía quieren tener un pie en el campo de los fieles, y otro en el de sus adversarios, según la palabra evangélica, deben considerarse como enemigos de la religión y del Pontificado. Darán en ello, además, una prueba de amor á la patria, pues los que los acusan de amar poco á la Italia son sus enemigos verdaderos, queriendo arrancarles del corazón el más preciado de los tesoros para los individuos como para los Estados, el amor á la religión, sin el cual sucumbirán siempre los fundamentos de las sociedades humanas. León XIII se asusta de la suerte que espera á las generaciones del porvenir si, á medida que desaparece la pureza de las costumbres en las familias y se debilita el sentimiento religioso, crece la perversión y la licencia. No es posible, á sus ojos, la duda respecto á los que aman mejor la Italia; entre los que la quieren religiosa, formada por las buenas costumbres, floreciente y bendecida de Dios, ó aquellos otros que, arrancándole todos estos gérmenes de bendición y prosperidad, la han conducido á la mísera condición á que hoy se encuentra reducida; entre los que la desean en paz con el Papa y la Iglesia, amada y respetada por esto en el mundo, y los que, atizando en su seno conflictos funestos, debilitan su fuerza y la exponen constantemente á los más graves peligros; entre los que, por último, la quieren fiel á Dios y á la religión de sus padres, y los que la entregan á merced de las sectas, que desencadenan las pasiones de las muchedumbres para dejar la sociedad sin defensa contra tantos elementos subversivos y de perdición.

***

La impresión de estas palabras ha sido profunda en Italia, y algún reflejo de ellas se encuentra en los discursos-programas de las nuevas oposiciones, capitaneadas por Magliani y Nicotera en Nápoles, y por los senadores Marqués Alfieri, Conde Jacini y Saracco en Florencia, Turín y Milán. Uniéndose á la nota en favor de un parcial desarme que alivie los presupuestos de Guerra y Marina, y de una política exterior que abandonando todo aventura en Africa, aun manteniendo la triple alianza, señale una reconciliación con Francia, iniciada por el recibimiento cordial hecho á la escuadra itálica, portadora de un autógrafo del rey Humberto á Carnot en su viaje á Córcega y Tolón.

Pero volvamos á San Pedro, donde el mismo día que Roma celebraba el 2643.º aniversario de su fundación, veinte mil peregrinos ó católicos de Italia y del mundo se extendían en las naves inmensas de la basílica para oir la misa celebrada en su obsequio por el Padre Santo. Para ser visto de todos, León XIII quiso oficiarla en el altar de la Confesión y en medio del gran templo de la Cristiandad. Había recibido al Papa en la capilla del Santo Sacramento el capítulo de Canónigos de San Pedro y los presidentes de los círculos de la Juventud Católica; mientras, los romeros con sus estandartes acogían al Padre común de los fieles, cantando, en unión de la capilla Julia, el himno ambrosiano, y dando vivas al Pontífice y algunos al Papa-Rey. Cuando llegó la elevación de la Hostia, las trompas angélicas hicieron resonar sus ecos de armonía; y en el Rosario, que recitó también el Pontífice, profundamente emocionado por aquella numerosa invocación de corazones cristianos á la Virgen, el cántico de los peregrinos produjo un efecto admirable. Habían transcurrido cinco horas desde que el Papa inició la misa; todavía, después de dar la bendición á todos los fieles reunidos en San Pedro, quiso, llevado en ligera portantina, y precediéndole los tres Cardenales Arzobispos de las diversas regiones de Italia allí presentes, hablar con los peregrinos uno por uno, dando á todos con su discurso una medalla conmemorativa de la romería á Roma.

Escena toda ella grandiosa y conmovedora, que desde tribunas especiales presenciaron la Gran Duquesa de Toscana, el Gran Maestre de la Orden de Jerusalén, los Embajadores acreditados cerca de la Santa Sede, las Princesas y Príncipes romanos y el Sacro Colegio.

Sobre el cual, y ya que con este artículo ha coincidido la publicación del *Anuario de la Jerarquía Católica para* 1890, creo curioso decir se compone actualmente de 6 cardenales del orden de Obispos con sede episcopal en las ciudades inmediatas á Roma; de 44 del orden de Sacerdotes, que todos llevan un título presbiterial de las iglesias de la Ciudad Eterna, y de 13 cardenales diáconos. Es decano por los años, noventa ya, el cardenal Newman, habiendo otros 6 octogenarios, entre éstos el Papa, y sólo 4 que no hayan cumplido el medio siglo. Decano por la data de su creación, hace treinta y dos años, el cardenal Mertel, y presidente, por derecho, del Sacro Colegio, después del Pontífice, el cardenal Monaco La Valletta, primero del Orden de Obispos. Sabiendo que existen 65 príncipes de la Iglesia con los dos reservados *in pectore;* que los cardenales nacidos en Italia son 33, y 32 los que han visto la luz en otras naciones, y que de sus actuales miembros, 16 pertenecen aún á los creados por Pío IX, habiendo sido los demás proclamados por León XIII, tendrán los lectores de La Ilustración los datos más recientes sobre la alta jerarquía de la Iglesia.

Volviendo á nuestros peregrinos, diré que los que aun llenan las calles de Roma, mientras son sustituídos, ya por los tiradores del Certamen nacional, ya por los romeros de Francia y Alemania, pasaron el resto de la tarde de ayer orando ante el *Via-Crucis* del coliseo Flavio, cuya tierra regó la sangre de los mártires, asistiendo por la noche á la siempre fantástica iluminación, con fuegos de bengala, de este hermoso Anfiteatro y del Capitolio; que hoy martes lo emplean en la adoración de las reliquias con que dotó Santa Elena á nuestra iglesia de la Cruz de Jerusalén, en subir la Escala Santa y en contemplar las catacumbas de San Calixto.

El 23 será consagrado á un gran funeral en la basílica de San Lorenzo, ante la tumba de Pío IX, y el siguiente á un *Te Deum* en acción de gracias en Santa María la Mayor, y á admirar el progreso de las obras del magnífico pórtico de San Pablo, contemplando en las iglesias llamadas de las *Tres Fuentes* los recuerdos del martirio del Apóstol de los gentiles.

***

Coincidiendo casi con la inauguración de la Basílica del *Sacré Cœur*, en París, el 18 de Mayo se verificará la solemne apertura de la nueva catedral de Cartago, en la que fué Regencia de Tunez, y para cuya erección los cristianos de Francia y de otras regiones han concurrido con dos millones de francos, como la Francia católica ha dado otros veintidós millones para el hermoso templo de París. Los recuerdos que con Cartago y con la cruzada de San Luis se enlazan, son tan memorables y piadosos, que realmente tanto como á Francia, poseedora hoy de la Regencia berberisca, interesan al universo entero. En Agosto de 1830, y mientras la dinastía de Carlos X, que acababa de dar Argelia á Francia, huía para su eterno destierro en la nebulosa Inglaterra, en el castillo de Froshdorf y en los sepulcros de Goritzia, Hussein, bey de Túnez, cedía en Maalka, la antigua Suburba de Cartago, no lejos de Marsa, la actual residencia del bey Alí, al soberano de la nación cristianísima el sitio necesario para erigir un monumento religioso, que tiene las apariencias de un marabut árabe y artesonados que recuerdan nuestra Alhambra, en honor de San Luis; cuya bella estatua ocupa el fondo del santuario. Al lado de esta capilla se encuentra la estancia llamada de las Cruzadas, y donde se ven incrustados en los muros los escudos de las primeras familias de la nobleza francesa que mandaron sus hijos á la cruzada dirigida por San Luis. A imitación de lo que se ha hecho con los patricios de la Toscana y de Italia, que concurrieron con sus ofrendas, y en nuestros días, á la conclusión de la magnífica catedral de Santa María *dei Fiori* en Florencia.

Pero este santuario, que siempre excitó la peregrinación de los fieles, aun á costa de que muchos religiosos mercenarios fueran por esto víctimas de los corsarios tunecinos, lo cual dió motivo á que la Orden de la Merced, como la de los Trinitarios, se consagrase á la redención de cautivos en las épocas donde resplandecía la fe, no bastaba á satisfacer el sentimiento apostólico del activísimo Prelado y Cardenal de Cartago, en quien León XIII, con ese espíritu de adivinación que posee, vió uno de sus más grandes colaboradores para la obra de civilizar y cristianizar el África. En la bula de institución del Arzobispado de Cartago, que pertenece á nuestros días, y en la que se le trazaba ya esos límites dilatadísimos, que, aparte de la Argelia y Túnez, se extienden á traves del Sudán hasta los lagos africanos que hoy se disputan Inglaterra, Alemania y Portugal, con el Congo civilizado por Bélgica, territorios llenos de misiones que van hasta los desiertos de los caníbales, se abrían ya los horizontes de ese apostolado cristiano, cuyas consecuencias se están tocando en el Congreso antiesclavista de Bruselas.

La anexión de la antigua Regencia de Túnez á Francia, á la par que dió seguridad á los religiosos del blanco sayal, como los de la Merced, que velan día y noche ante el santuario de San Luis, imprimió poderoso impulso á las obras de la catedral cartaginesa, situada también, como el palacio arzobispal, no lejos del ya referido sitio en que encontró la muerte el santo Rey de Francia. Así es que desde 1886 se vió crecer por momentos la hermosa fábrica, edificada sobre las ruinas de la ántigua Cartago y de su Acrópolo, y cuyas torres, en forma de minaretes para adaptarse un tanto al gusto de los árabes — los cuales llaman á la nueva basílica la gran mezquita del profeta Jesús — dominan vastísimo horizonte. Dirigidas las obras del templo por uno de sus futuros canónigos, que es también distinguido arquitecto, presenta tres naves, altísima la del centro y sostenida por ciento cuarenta y dos columnas, á manera de nuestra mezquita de Córdoba, si bien en Cartago son de mármol blanco de Carrara. Recorriendo sus alturas, va una galería superior, cual la de Santa Sofía en Constantinopla. Esta galería está cubierta de azulejos tunecinos, tan bellos como los árabes que se admiran en las mezquitas de Brussa, y en la más suntuosa, de origen turco, la del sultán Ahmed en Stambul, ofreciendo colores muy vivos á fin de conformarse con el gusto oriental. Ante tres obispos de las provincias de Argelia, del Coadjutor, del Arzobispo de Cartago en Túnez y de otro prelado de la inmediata Sicilia, que enviará el Pontífice para representar el Vaticano, el cardenal Lavigerie procederá á la inauguración de este templo, digno en lo posible de las memorias de la antigua Cartago y de los recuerdos memorables de esa iglesia de Africa, donde trescientos prelados de todo el universo entonces conocido, deliberaban sobre el porvenir del cristianismo naciente. Los nombres inmortales de Tertuliano, de San Cipriano; la tierra que como el coliseo de Flavio bañó la sangre de infinitos mártires; donde San Agustín iluminó las almas con sus confesiones cristianas; donde murió San Luis y luchó por una de las más ilustres cruzadas de la cristiandad, cuenta hoy seis santuarios diferentes, un plantel ilustre para las misiones africanas, nueve parroquias católicas canónicamente establecidas, y ahora, coronando todas estas instituciones religiosas, su bella catedral, donde podrán reposar en el porvenir las cenizas de San Cipriano. Y al propio tiempo que sus dos vicariatos apostólicos, dirigidos por dos prelados, llevan, auxiliados de misioneros y aun misioneras piadosas, á los lagos de Nyanza y á las praderas y bosques de Zanzíbar la fe cristiana, Stanley y Emín Bajá, cerrando nosotros los ojos sobre sus rivalidades y lo que pudiera haber de interesado en su obra civilizadora, auxiliados de los Wismann, de los Peters, de los Casatis, de los Serpa Pintos y otros animosos exploradores africanos, responden al llamamiento del Congreso belga y de la conferencia de Berlín, eco ésta de la voz de León XIII, asociándose á la desaparición de la esclavitud en el Brasil y á la cristianización del Africa. En esta obra cabe también un puesto, que no debemos olvidar, á los religiosos del monasterio-colegio cartaginés de San Carlos, que los musulmanes llaman los Padres blancos, llevando un traje militar-religioso, mitad árabe, mitad cristiano, como si quisieran demostrar que son un lazo de unión entre la cristiandad y el islamismo.

Hablando del Africa, naturalmente debemos enlazar esta parte de nuestro trabajo á las nuevas expediciones que con medios más poderosos y el gran apoyo del Imperio germánico ha iniciado ya Emín Bajá en los lagos ecuatoriales africanos, y á las fiestas con que Bruselas, adelantándose á Londres, acaba de recibir á Stanley, uno de los ilustres exploradores de ese reino del Congo que constituye un florón, no sin espinas, en la corona del rey Leopoldo de Bélgica.

***

Se ha publicado ya el programa oficial de las llamadas fiestas de Mayo, que se prolongarán desde el primer día del mes de las flores hasta el 20, comprendiendo una serie de festejos que, además de regatas en el Tíber y numerosas carreras de caballos, una de ellas señalada con el premio de cien mil liras, igual al *grand prix* de París, lucha de fieras, aunque sin los peligros de las antiguas del Coliseo Flavio; carrera de *bigas*, ó de los antiguos carros romanos, como las que son tan frecuentes en la Arena de Milán; *kermesse* popular de beneficencia en la Villa Borghese, promovida por las damas de Roma reunidas en gran comité; tiro de pichones, estudiantina numerosa, funciones de gala en los teatros, gran serenata con antorchas, *girandola*, iluminación con arcos de gas en la vía Nacional, del Foro Romano, del Capitolio, del Anfiteatro Flavio y del palacio de los Césares, contendrán tres novedades, grata siempre la una para los extranjeros, y esperadas con interés las otras por la población romana. Los artistas, que inauguran ya una Exposición de Bellas Artes en el palacio á éstas consagrado, con más de quinientas estatuas y cuadros, junto á Exposición, más numerosa todavía, industrial, renovarán el sábado 3 de Mayo su celebrada y tradicional fiesta llamada de *Cervara*. Es un carnaval en acción, en el cual pintores, escultores y demás artistas, vistiendo trajes de máscara, ó recordando pasajes alegres de leyendas pasadas, se congregan, rodeados de pueblo inmenso, para tener un banquete humorístico en sitio inmediato á Roma, lleno de tradiciones, y sobre todo de la más grata de haber sido el sitio elegido para la federación artística. A este espectáculo esperamos supere el del concurso de las bellezas, que se verificará también en el palacio de Bellas Artes, y en el que las futuras Venus, Junos y Palas, recibirán los premios señalados á las más hermosas en el Capitolio. Y como novedad para los romanos, asistirán éstos á grandes corridas de toros á la española, verificadas en circo elevado en la vía Flaminia, y en el cual el Rey ha pedido al español empresario Sr. Golfín, le alce tribuna especial.

Yo no sé si reducido el espectáculo á lo que fué en París, pues la Questura no ha permitido la muerte de los toros en la Roma de los antiguos gladiadores, y sin el lujo desplegado en la plaza Pergolese parisiense, responderán las corridas romanas, en que actuará una cuadrilla dirigida por el hermano del célebre diestro *Cara ancha*, al vigor que revelan los hermosos toros ya llegados y á las esperanzas del pueblo de la Ciudad Eterna.

No me habría ocupado de estas fiestas de Mayo, que van á coincidir con las de Madrid, y que han sido precedidas de las brillantísimas con que Bruselas acaba de acoger al célebre explorador del Africa, Stanley, si no se enlazasen al espectáculo nacional del Tiro, que Italia ha imitado del inmediato Tirol y de los Alpes suizos; aun cuando la prensa itálica sostiene que mucho antes de 1452, en que los cantones helvéticos organizaron lo que es á la vez fiesta y defensa nacional, ya la poderosa República de Venecia vió cosa muy parecida en 699, cuando nobles y plebeyos partían desde la plaza de San Marcos en sus góndolas para ejercitarse al tiro en el Lido, si no con la carabina, con la flecha; y en 1162 Pisa organizaba sus compañías, llamadas del Arco, para adiestrarse en el tiro de la ballesta. El Tiro Nacional, institución tan popular hoy en la Alemania, en el Austria-Hungría y el Tirol; en Francia, que cuenta quinientas sociedades; en Inglaterra y Bélgica, donde se ha establecido en el último cuarto de este siglo, siendo aún más reciente en Suecia, Noruega y Dinamarca; poco extendida en España y Portugal, y llegada á su apogeo

en Suiza, donde asistí al federal de Ginebra, descrito por mí en La Ilustración, recibió carácter oficial en Italia desde 1861, instituyéndolo á propuesta de Garibaldi el rey Víctor Manuel, quien dió la presidencia y vicepresidencia de la primer sociedad turinesa al entonces príncipe Humberto y á los generales Garibaldi y Cialdini.

Ya en la tercera guerra de este medio siglo contra el Austria, tiradores alpinos y otros voluntarios de diversas regiones de Italia dieron muestra de los progresos de la institución, batiéndose con éxito durante los combates de 1866 en la Valtellina. Mas tarde, y después de cierto eclipse imponiéndose las economías al Tesoro, la ley de 1882 dió un carácter nacional á las sociedades de tiradores, puestas bajo la presidencia del Rey y la dirección de un comité militar y civil á la vez. Bajo su impulso, las sesenta y ocho sociedades principales restablecidas en las más notables ciudades de Italia, desde la Cerdeña á la Calabria y Sicilia, contando más de un centenar de sucursales, han celebrado cinco certámenes del Tiro Nacional, dos en Milán, y uno respectivamente en Turín, Florencia y Venecia. Sucediéndose generalmente por trienios, como en la República helvética, Roma, á la que toca ahora la vez, tendrá el certamen más grandioso, contando ciento diez y seis blancos, para el tiro de día y de noche, y premios que, con los donativos enviados por el Rey y por las damas patronesas de la sociedad romana, se elevan á un millón de reales.

No es posible pretender que la belleza del sitio en la Ciudad Eterna escogido pueda aventajar al del Tiro federal de Ginebra; ni las fiestas, que en los teatros de Roma podrán ser más brillantes ó más fastuosas por la presidencia del Rey y de la reina Margarita, á quienes acompañarán todas las princesas y príncipes de la familia de Saboya, ofrezcan el carácter legendario de los *corales* suizos, de la animadísima lucha de vapores y barcas en el lago Leman, y de la fiesta de los Vendimiadores en el delicioso Vevey. Faltan el lago encantador, el monte Blanco, cubierto de eternas nieves, lo magnífico de los pabellones que se elevaron en los prados helvéticos, los trajes pintorescos de las diputaciones de los diversos cantones, y ese *no sé qué*, imposible de describir, que hay de primitivo en todos los espectáculos de la patria de Guillermo Tell.

Y sin embargo, atenida á recursos modestísimos, pues hoy Italia no puede permitirse más lujos que los estériles de la aventura de Etiopía, la presidencia de las sociedades del Tiro Nacional ha hecho milagros. Escogiendo como campo la Farnesina, en cuyos prados se congregaba no ha mucho Roma para presenciar los espectáculos de Buffalo Bill, y en los cuales un cuerpo de ejército de la armada itálica era revistado por el Príncipe Imperial de Alemania, después Federico III; á orillas del Tíber, bajo el monte Mario que ilustró el tribuno romano, y entrándose en ellos por el puente *Molle*, donde un santo Pontífice detuvo á Atila al entrar en Roma, ha alzado una serie de ligeros y elegantes pabellones para los Reyes, los tiradores, la elegante sociedad romana, para gran café y restaurant, y otras mnchas tiendas que defenderán del sol, ya vivísimo durante el mes de Mayo en la capital de Italia. La loba simbólica de Rómulo y Remo preside la entrada al campo de los fervorosos legionarios, que atentos á conservar la grandeza de la patria, esperamos consagrarán esta misma confianza que á la Suiza inspira el Tiro federal, á conservar la paz, tan preciosa para Europa. Junto al campo de Tiro extiéndese otro vastísimo espacio consagrado á la *kermesse* ó feria, que animará aquellos sitios colocados en los *Prati di Castello*, nombre que toman del castillo de San Angelo ó sepulcro de Adriano. De esperar es que, siendo recorridos por los Soberanos, por los Ministros, por senadores y diputados, por las corporaciones populares de Roma y por las numerosas diputaciones que, con veinte mil tiradores, se esperan del reino itálico, el espectáculo que la nueva ciudad situada del otro lado del Tíber, y en el sitio que le enlaza más directamente con San Pedro, ofrezca en sus tres puentes á medio construir, en sus manzanas de casas suspensas por la quiebra de sus constructores, en las plazas abandonadas de toda cura edilicia, no obstante llevar los bellos é históricos nombres de la Libertad, de Cavour, de los Quirites, de Cola de Rienzi, de Pompeyo Magno, de Colonna, de los Gracos y de Julio César, hable á los poderes públicos y al sentimiento nacional para que, abandonados los senderos de guerras innecesarias ya, los centenares de millones que se consagran al ejército y á la marina se dediquen á aliviar un tanto la inmensa crisis económica que agobia á Italia; aspiración de que han sido eco los últimos comicios de Nápoles y de Milán.

Se había pensado en trasladar á Roma con esta ocasión las curiosísimas y legendarias fiestas llamadas del Palio en Siena, representación de los trajes y costumbres de aquella república, rival de Florencia en la Edad Media, y de realizar por la oficialidad de caballería y los más elegantes tiradores un torneo en la Villa Borghese, reproducción del bellísimo en el que hizo sus primeras armas, y siendo aún infante, el Príncipe de Nápoles; lo cual con el concurso de las bellezas, hubieran dado poderosísimo atractivo á los festejos romanos.

Desgraciadamente, Siena no se ha prestado á que su espectáculo legendario del Palio salga de sus muros, y la muerte, nunca bastantemente sentida, del Príncipe Doria, que secundado por su hermano el Duque de Avigliano, hoy heredero del nombre del ilustre marino genovés que en compañía de los Colonnas habían tomado bajo su protección el torneo, hace muy problemática esta solemnidad característica de Italia.

Conde de Coello.

Roma, 23 de Abril.

LOS TRES HÚSARES.

Gustave Nadan.

Obtenida la licencia,
Á su pueblo regresando
Juntos, con marcial presencia,
Tres húsares, van cantando.

«Veré á la que en este mundo
Sólo amé», dice el primero;
«Yo á Magdalena», el segundo;
«Yo á Juana», dice el tercero.

Un hombre cruzó el camino:
«¡Ah! es el pregonero. es Juan;
¿Qué tal las cosas, vecino?»
—Tal como andaban hoy van.—

«¿De Margarita, qué fué?.....»
—Ahora hace un año, y no miento,
Que sus votos pregoné,
Pues se encerró en el convento.—

«¿Y Magdalena?..... ¿qué se hace?.....»
—Pregoné, y sé el tiempo fijo,
Hace diez meses su enlace;
Diez días, su primer hijo.—

«¿Y Juanilla?..... ¿de contado
Tan dichosa?.....»—¡Triste suerte!
Aun tres meses no han pasado
Que he pregonado su muerte!

«Pregonero, si al convento
Vas á ver á Margarita,
Dile que casarme intento,
Y mi alma la felicita.»

«Pregonero, pues están
Ahí Magdalena y su esposo,
Diles que soy capitán
Y al lobo en el bosque acoso.»

«Pregonero, tú en mi tierra
Á mi madre encontrarás.....
Dile..... que partí á la guerra,
¡Y no volveré jamás!»

Cayetano de Alvear.

TRADUCCIÓN DE HORACIO.

LIBRO I, ODA III.

Á LA NAVE EN QUE IBA VIRGILIO Á ATENAS.

Sic te diva potens Cypri.

Así de Chipre la potente diosa,
Así de Helena los hermanos píos
Del cielo estrellas fúlgidas,

Y el padre de los vientos te dirijan,
Que domeñando fuerte á los contrarios
Desate sólo al Céfiro,

¡Oh nave afortunada! que nos debes
Á Virgilio, que llevas confiado.
Que lo entregues incólume

Á los confines áticos te ruego,
Y salves la mitad del alma mía.
Roble y acero tríplice

Debió tener en derredor del pecho
El que primero confiara osado
Al mar las quillas frágiles.

Que no temió del ábrego la furia
En lucha con los rudos aquilones,
Ni las lluviosas Hyadas,

Ni del Noto el poder que impera en Adria,
Ya quiera alzar ó apaciguar las olas
Cual absoluto déspota.

¿Qué género temió de aciaga muerte
Quien con ojos enjutos vió los monstruos
Nadadores del piélago,

Y las hinchadas ondas turbulentas,
Y las funestas rocas del Epiro?
En vano Jove próvido

Las tierras por los mares separara,
Si osadas surcan las impías naves
Vedado el crudo Océano.

El hombre audaz para arrostrarlo todo
Á la impiedad se arroja en su demencia.
El linaje de Yápeto

Del alto cielo con engaño roba
El fuego que infundiera en los mortales;
Y tras el robo etéreo

Por las tierras se extiende macilenta
De enfermedades mil nueva cohorte,
Y así con paso rápido

Se aceleró la muerte perezosa.
Con alas nunca al hombre concedidas
Surcó el espacio Dédalo,

Y Hércules penetró en el Aqueronte.
Nada imposible á los humanos pechos.
Necios, al mismo Empíreo

Osamos combatir; y no consiente
Nuestra maldad que su iracundo rayo
Deponga el almo Júpiter.

Luis Herrera.

Cabra, 1890.

MONTAJES ACORAZADOS MÓVILES.

La nueva máquina de guerra cuyos dibujos publicamos en la pág. 277 ha sido llamada por algunos la *batería de la paz*. Tan terribles son sus efectos y tan completa la irresponsabilidad de quien los produce.

Entre las muchas aplicaciones que de la moderna industria militar se han hecho al arte de la guerra, una de las más recientes y completamente nueva es la de las cúpulas portátiles ó montajes acorazados para atrincheramientos de campaña, construidas por la gran fábrica alemana de Gruson, en Magdeburgo.

La titánica lucha que desde hace años vienen sosteniendo la coraza y el cañón, empeñada primeramente entre la artillería de costa y los buques, se extendió bien pronto á las fortificaciones de tierra con más empeño y mayor tenacidad. En los polígonos de tiro de Francia, Inglaterra y Alemania se han sucedido unas á otras interesantes experiencias, y si en unas quedaban derrotadas las gruesas planchas de blindaje, en otras acudían los constructores vencidos con modificaciones importantes, no sólo en lo relativo al grueso de las placas que se habían de someter á las pruebas, sino también en los procedimientos inherentes á su fabricación. El acero, el hierro y la fundición endurecida sostenían entre sí reñidas peleas, y á cada triunfo de uno de los combatientes seguía una decepción para los que, más incautos ó menos previsores, habían creído resuelto el problema y dicha la última palabra sobre el asunto.

Al ingeniero alemán Schumann, fallecido en Septiembre del año pasado, debe la *defensa* útiles inventos con que se puede contrarrestar el efecto destructor del *ataque:* cuando nadie pensaba en que las corazas pudiesen servir más que para resguardar los costados de las embarcaciones, él, adelantándose á su época y adivinando los progresos que había de realizar luego la artillería de tierra, proyectó su casamata acorazada, conocida por todos los ingenieros, y últimamente ideó los montajes acorazados móviles, como se les llama en Alemania, ó las cúpulas portátiles, bajo cuyo nombre se conocen en Francia, y que son objeto de estas breves líneas.

Construídas por la casa Gruson, han sido ensayadas con muy buen resultado en las grandes maniobras de otoño por el ejército alemán: montan cañones de tiro rápido de 37 ó 53 milímetros de calibre, protegidos por una torre cilíndrica, cerrada en la parte inferior por un friso metálico y provista de una puerta de entrada; un techo de acero, móvil alrededor de un eje, completa el conjunto.

Para hacer la puntería entra el artillero encargado de efectuarla, se sienta en una pequeña silla que va dentro de la cúpula, y por medio de un doble tornillo, y valiéndose del movimiento de rotación que puede imprimir al mecanismo, dirige las visuales convenientes tanto en dirección como en altura. Verificado el disparo, efectúa media rotación, y cambiando de posicion en el asiento, observa el terreno exterior, tanto para dirigir los fuegos donde convenga como para sustraer á la pieza de los proyectiles enemigos que podrían atacarla de frente.

El cañón, cuyo retroceso está anulado por completo, va convenientemente unido al techo, y para el transporte de estos elementos de guerra se colocan en vehículos especiales construídos al efecto, que son arrastrados por seis caballos.

Una vez que llegan las cúpulas á su destino, se las baja del coche y se emplazan donde convenga, rodeándolas de un montón de tierra que tan sólo deja libre la puerta de entrada y el techo, donde hay una pequeña ventana por la cual entra la luz.

Pesa el cañón 37 kilogramos, y el carro 1.500: tira el primero dos clases de proyectiles, la bala ordinaria de 450 gramos y el bote de metralla que contiene 21 balas de plomo endurecido. En uno y otro, la rapidez del tiro es de 35 á 40 disparos por minuto, lo cual supone 3.200 proyectiles en tan corto tiempo, es decir, más de lo que podrían disparar 150 hombres en el mismo intervalo.

El espesor de la coraza ha sido determinado de tal suerte, que protege, no solamente contra las balas de fusil *sharpnels* y cascos de granada, sino que también podrá resistir el efecto perforante de los proyectiles de las piezas de campaña, y aun del mortero de 15 centímetros.

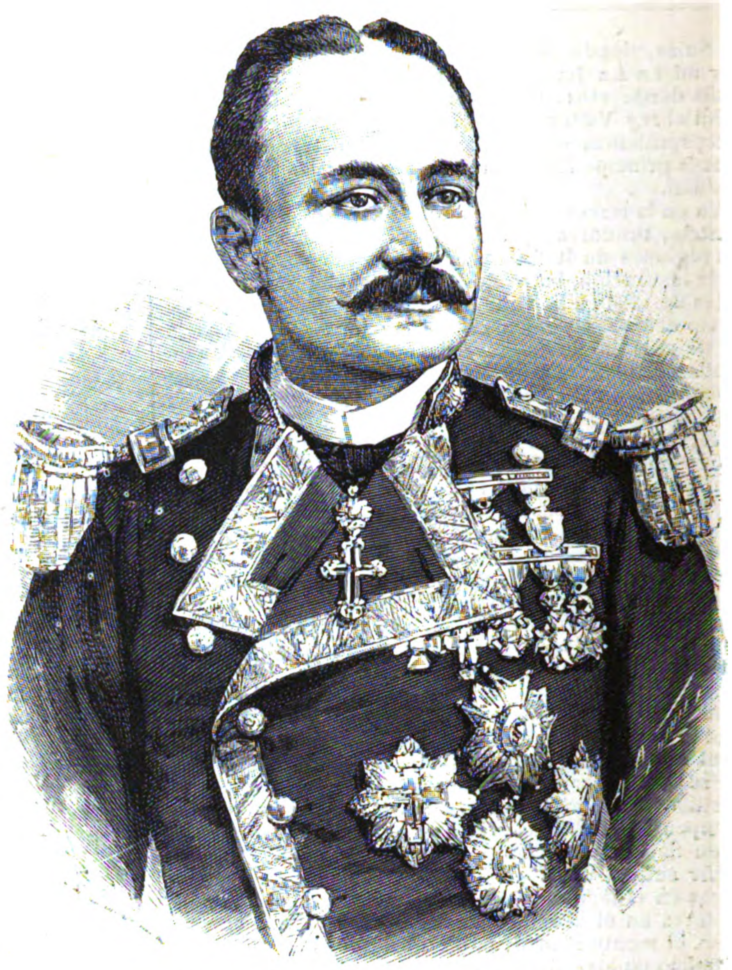
Como toda idea verdaderamente nueva, han tenido las cúpulas móviles terribles adversarios, y si en las maniobras verificadas en Prusia fueron ensayadas, débese casi exclusivamente á la voluntad del Emperador, que menos apasionado quizá de la rutina que alguno de sus generales, juzgó oportuno llevar al terreno práctico lo que hasta entonces no había pasado de la teoría, puesto que á pesar de estar ya construídas no se habían ensayado sobre el campo de batalla.

Tácticamente, el papel que están llamadas á representar es de capital importancia: no solamente pueden ser un auxiliar poderoso de las baterías protegiéndolas contra una sorpresa, sino que también en la defensiva será muy ventajoso su empleo, sobre todo en naciones que, como Alemania, pueden verse en el caso de combatir en dos fronteras muy separadas entre sí, para poder sostener la ofensiva en ambas, y que por consiguiente necesitará quedarse á la defensiva en una de ellas en un período de tiempo más ó menos largo.

El primer paso se ha dado, pero aun queda bastante por hacer. Podrá ser que, mal conducido el pensamiento del ilustre ingeniero alemán, no lleguen á adquirir estas máquinas de guerra todo el valor que prometen, ó que siguiendo el arte militar nuevos derroteros, quede olvi-



D. ENRIQUE DUPUY DE LOME,
MINISTRO RESIDENTE DE ESPAÑA EN MONTEVIDEO.



D. RAMÓN AUÑÓN Y VILLALON,
COMANDANTE DEL CRUCERO DE GUERRA «INFANTA ISABEL».



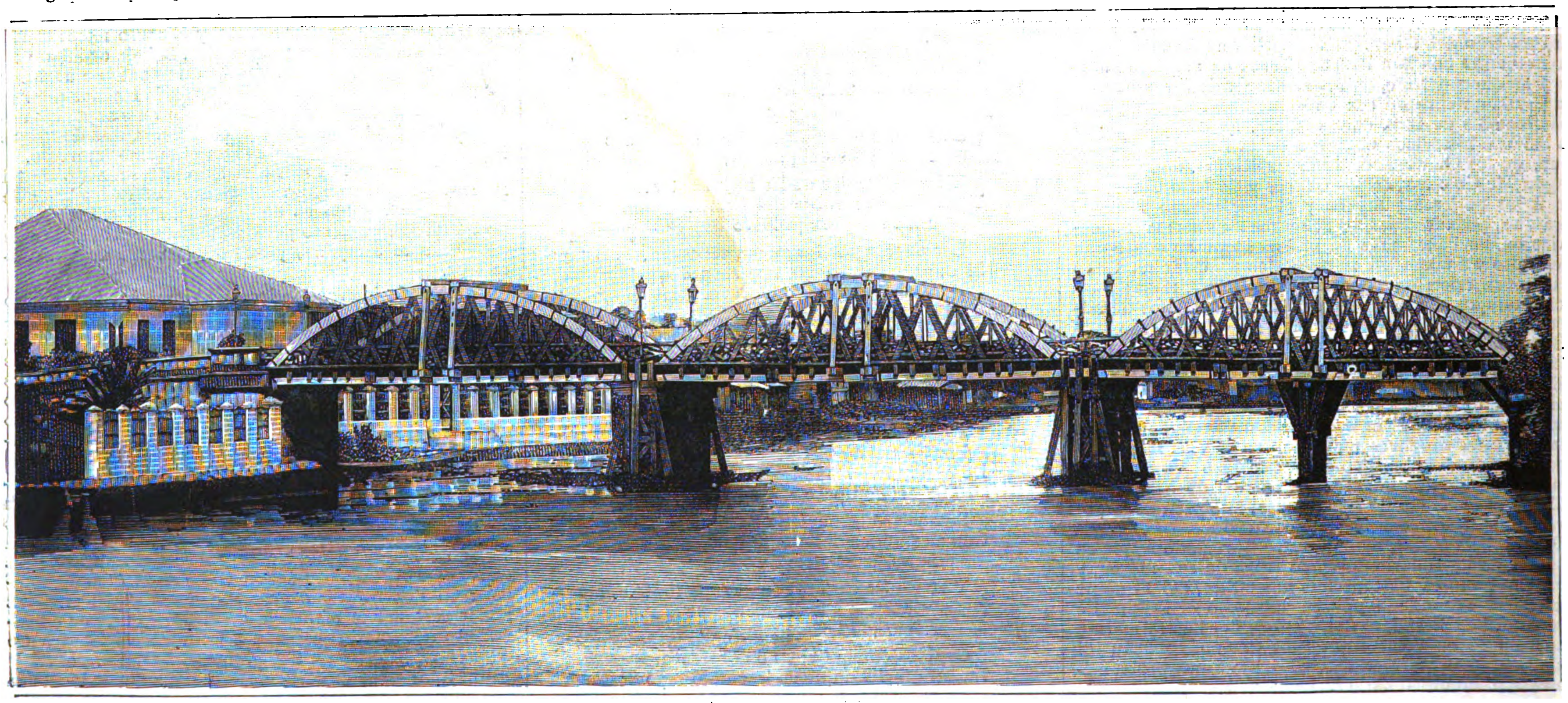
D. JOSÉ DIAZ FALCÓN,
agente de la Compañía Transatlántica en Montevideo.



D. ADOLFO CHAQUERT,
CAPITÁN DEL VAPOR-CORREO «ALFONSO XII».



D. JOSÉ ORTIZ DE TARANCO,
agente de la Compañía Transatlántica en Montevideo.



MANILA. — ÚLTIMA PARTE DEL PUENTE DE AYALA, ENTRE LA ISLA DE LA CONVALECENCIA Y EL BARRIO DE LA CONCEPCIÓN, HUNDIDA EN ENERO DEL PRESENTE AÑO. — (De fotografía directa.)

dado este invento; pero no será ciertamente por ser una idea descabellada, como lo son tantas otras que sin embargo se abren camino, entre las mil que constantemente brotan del cerebro humano.

JOSÉ M.ª DE SOROA.

HUNDIMIENTO DEL PUENTE DE AYALA EN MANILA.

En Manila, y en el mes de Enero último, se ha hundido el único puente que existía de los dos denominados *de Ayala*.

Bien corta, por cierto, es la historia de ellos.

En 1878 se dió principio á su construcción, y el día 28 de Febrero de 1880 los inauguraba oficialmente el entonces capitán general de Filipinas D. Domingo Moriones, dándoles el nombre del inolvidable Ayala, que á su paso por el Ministerio de Ultramar dejó buenos recuerdos en el archipiélago filipino.

Uno de los puentes arrancaba del aristocrático *barrio de San Miguel, calzada del general Solano*, descansando en la *isla de San Andrés ó de la Convalecencia*, que está situada en el centro del cauce del caudaloso río Pasig, y es llamada así, porque en ella existen el *Hospital de convalecientes*, el *Hospicio de San José* y la *Casa de dementes*; el otro nacía en dicha isla y terminaba en el *barrio de la Concepción*, y los dos puentes eran de madera, descansando sobre pilares también de madera.

A los pocos años de construídos, fué preciso hacer en ellos reparaciones de importancia, y á principio de 1889, la opinión pública comenzó á preocuparse con el estado en que se encontraban, amenazando inminente ruina.

La prensa de Manila, que acogió el clamor general, hizo resonar su voz en las esferas oficiales, y á sus excitaciones indudablemente fué debido que en 29 de Abril de dicho año se aprobara un presupuesto para el desmonte y la nueva construcción de los puentes de Ayala.

Pero el desmonte fué inútil hacerlo, porque á los pocos días de aprobado el presupuesto, en 10 de Mayo, por la noche, se hundía con gran estrépito la parte del puente comprendida entre el *barrio de San Miguel* y la *isla de la Convalecencia*, sin que afortunadamente, y por la hora en que ocurrió el siniestro, hubiera que lamentar desgracias personales.

El mal no ha parado aquí. Como las obras de reconstrucción no comenzaban, pocos meses hace, en Enero de este año, se hundió la única parte que quedaba en pie, ó sea el puente que unía la *isla de la Convalecencia* con el *barrio de la Concepción*, rompiéndose á la vez la cañería de las aguas de Carriedo que tenía asiento en el mismo puente.

El grabado que pueden ver nuestros lectores en la pág. 261, representa el puente últimamente hundido.

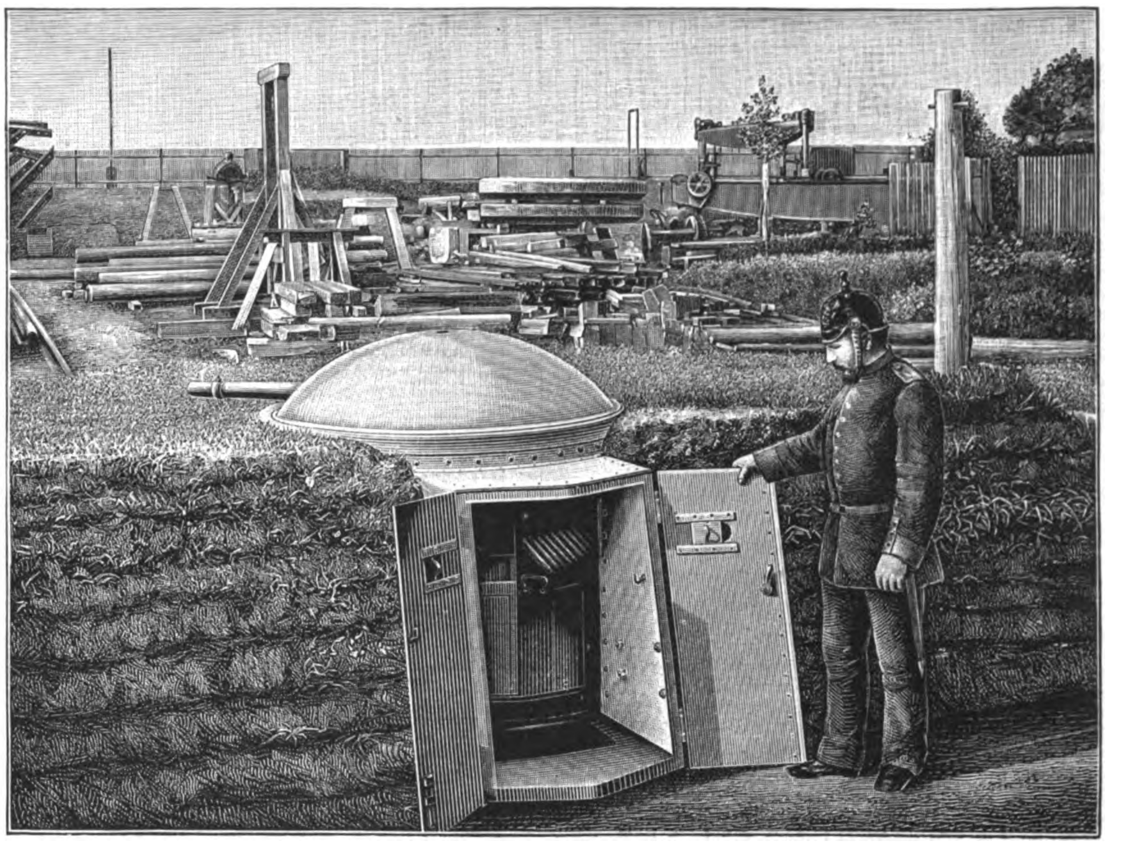
La situación de Manila á consecuencia de esta catástrofe es algún tanto crítica. Situada su población en ambas orillas del Pasig, la comunicación y tránsito de carruajes que hay entre uno y otro lado del río es verdaderamente grande, y para cubrir estas necesidades no hay sino dos puentes, el de *España* y el *Colgante*; mas para el servicio público hay uno sólo, que es el de *España*, porque el puente colgante es de propiedad particular, y el peaje por el mismo cuesta dinero, lo que hace que no sea accesible á la masa general del pueblo.

Urge, pues, la reconstrucción de los puentes de Ayala, como asimismo la del nuevamente proyectado entre la plaza de Santa Cruz y Arroceros, porque es tan considerable el número de carruajes que diariamente pasan por el puente de España, que su obra, por buena que sea (y lo es mucho), tiene que irse gastando por lo muy trabajada que está ya; y si en las actuales circunstancias precisara cerrarlo al público por desperfectos grandes que en él pudieran ocurrir, el conflicto que se crearía en Manila sería de gravedad é importancia.

No faltan en Filipinas ni buen deseo en las autoridades, ni buenos ingenieros que acometan estas y otras empresas con acierto; pero nuestra administración filipina está herida de muerte, por exceso de centralización y por los muchos trámites que necesita aun la cosa más sencilla y rudimentaria.

EMILIO BRAVO MOLTÓ.

MONTAJES ACORAZADOS MÓVILES.



INSTALACIÓN EN TIERRA DEL ACORAZADO MÓVIL.



ACORAZADO MÓVIL EN MARCHA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Querida adorada. Con este título acaban de publicar los conocidos editores Ocaña y Compañía una esmerada traducción, hecha por D. Angel del Palacio, de la última novela de Adolfo Belot *(Chère adorée)*, que, como la anterior del célebre escritor francés, titulada *Buen amigo*, revela un cambio de manera que de seguro habrá de ser del agrado de los lectores de buen gusto.—*Querida adorada* es un libro interesante, donde hay caracteres perfectamente dibujados, y que puede ser puesto en todas las manos, por ser esencialmente moral.—Véndese al precio de 3 pesetas en las principales librerías de España, y en Madrid, en casa de sus editores, Ocaña y Compañía, Caballero de Gracia, 19 y 21.—*Habana*, Viuda de Villa.—*México*, J. Buxó y Compañía.—*Veracruz*, Rafael Rodríguez Jiménez.—*Callao*, Colville y Compañía.—*Montevideo*, A. Barreiro y Ramos.

Catalanische Troubadoure der Gegenwart, por don Juan Fastenrath Contiene este libro un largo y erudito prólogo acerca de la poesía provenzal, escrito por el Sr. Fastenrath, y la traducción en verso alemán, hecha por el mismo distinguido literato, de numerosas composiciones poéticas de los Sres. Aguiló, Alcover, Aribau, Badía, Bach y Martí, Balaguer, Bartrina, Bassegoda, Camprodón, Clavé, Costa y Llobera, Forteza, Labaila, Llorente, Masferrer, Masriera y otros poetas catalanes, valencianos y mallorquines. Forma un elegante volumen de LXXII-502 páginas en 8.º mayor. Leipzig, tipografía de Carlos Reissner.

El Teatro tagalo, por D. Vicente Barrantes, individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia. Examen histórico y juicio crítico del teatro tagalo, hechos con la erudición y buen criterio que distinguen al ilustrado autor de *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*. Un tomo de 200 páginas en 4.º, que se vende, á 2,50 pesetas, en las buenas librerías.

Una ojeada geográfico-militar *sobre las naciones balkánicas*, por el capitán de Estado Mayor D. Leopoldo Barrios y Carrión, comandante profesor de la Academia General Militar. Estudio muy erudito, ilustrado con un diseño topográfico de la región balkánica. Véndese, á 2 pesetas, en Toledo, librería de D. Juan Peláez (Comercio, 29 y 31).

Lo Ideal, tres tratados afines, labores intelectuales, por R. Ll. y Malli, con el concurso de varios escritores de superioridad reconocida. El primer tratado enseña el modo de versificar en castellano; el segundo tratado hace historia de la religión de los paganos, y el tercer tratado describe á grandes rasgos los orígenes del teatro y costumbres del pueblo griego. Folleto de 134 páginas, que se vende en Madrid, librerías de los Sres. San Martín y Suárez.

Chifladuras, por D. Rafael Guerrero. Dos preciosas leyendas en verso, tituladas: *La Solución á un problema* y *El Sueño*. Las recomendamos á nuestros lectores. Elegante folleto que se vende, á una peseta, en la librería de D. Fernando Fe, Madrid (Carrera de San Jerónimo, 2).

La Chaquetilla azul ó **Un roto para un descosido,** novela de puntas, original de los Sres. D. Federico Mínguez, D. Luis Carmena, D. Mariano de Cavia, D. José Sánchez de Neira, D. Leopoldo Vázquez, D. Luis Taboada, D. Angel Rodríguez Chaves, D. Manuel Reinante, D. Gonzalo Sánchez de Neira, D. Antonio Peña y Goñi, D. Eduardo de Palacio, don Mariano del Todo, D. Angel Camaño y D. Eduardo Rebollo; con un *Prólogo* de D. Francisco Asenjo Barbieri, y un *Epílogo* de D. Pascual Millán. Esta graciosísima obrilla, muy bien ilustrada con dibujos del Sr. Redondo, pertenece á la *Biblioteca de «El Toreo»*, y se vende, á una peseta, en las principales librerías.

Migajas, por D. J. López Silva; con un *Prólogo*, en verso, de D. Sinesio Delgado. Las composiciones poéticas de esta obra han ganado ya, y muy justamente, merecidos elogios, por su vis cómica, su inimitable gracejo: son dignas de mención especial las tituladas *Predicar en desierto, Rompimiento, Viacrucis, En el corredor, De tiendas, Sermón perdido, Interrogatorio*, etc. Véndese, á dos pesetas, en la Administración de *Madrid Cómico* y en las principales librerías.

Poética, por D. Ramón de Campoamor, de la Real Academia Española. Nueva edición de este libro, *Polémicas literarias*, corregida y aumentada. Publícala el inteligente editor don Pascual Aguilar, Valencia (Caballeros, 1), á quienes se dirigirán los pedidos. Precio de cada ejemplar: 2 pesetas.

Los Oradores del Ateneo Hispano-Portugués, por D. Félix de la Torriente, con un prólogo de D. Rafael María de Labra. Apuntes biográficos de los Sres. Giberga, Francos Rodríguez, Pisa y Pajares, Vilanova, Viscasillas, Valdés y Rábio, Juste, Francisco y Díaz, Prieto, Fernández Guevara, Oria de Rueda, Capua, Carballo, Lasala, Inchausti y M. Carvajal.—Un folleto, que se vende á 1,50 pesetas en las principales librerías.

Treballs llegits en a sessió necrológica dedicada per la *Lliga de Catalunya* á la memoria del mestre en gay saber Francesch Pelay Briz, el 15 de Decembre de 1889. Varias composiciones catalanas en prosa y verso.—Barcelona, oficinas de *La Renaixensa* (Xuclá, 13, bajos).

La Guerra y la paz, novela rusa, por el conde León Tolstoï; versión castellana de *El Cosmos Editorial*. Esta obra forma tres tomos de cerca de 400 páginas el primero; de cerca de 500 el segundo, y de más de 400 el tercero, con buen papel y esmerada impresión, y se venden en las oficinas de *El Cosmos Editorial* (Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid), y en todas las librerías, al precio de 6 pesetas, por los tres tomos, encuadernados á la rústica, y 7,50 pesetas encuadernados en tela, con una bonita plancha estilo del Renacimiento.

Morir dos veces, drama en tres actos y en verso, original de D.ª Pastora Echegaray de González, que, bajo el pseudónimo de *Jorge Lacosta*, ha obtenido el diploma de *socio de mérito* en el certamen verificado en la ciudad de Barcelona el año 1882, en honor del ilustre actor D. Julián Romea, por la Sociedad del mismo nombre. Diríjanse los pedidos á D. Florencio Fiscowich, editor, Madrid (Pozas, 2, segundo).

El Diablo en el púlpito, por D.ª C. de Soto y Corro. Curioso poema, que se vende, á una peseta, en las buenas librerías. Madrid, establecimiento tipográfico *Sucesores de Rivadeneyra*, impresores de la Real Casa (Paseo de San Vicente, número 20).

Colección de escritores castellanos. Se ha aumentado con los cinco volúmenes siguientes: *Poesías de D. Enrique Ramírez de Saavedra, duque de Rivas*, con un prólogo crítico y biográfico por nuestro distinguido colaborador D. Manuel Cañete. Si las poesías del actual Duque son dignas del título heredado, el prólogo del Sr. Cañete es un modelo de dicción y de doctrina y lleno de interés.—*Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola*, coleccionadas é ilustradas por el Sr. Conde de la Viñaza. Tomo II. Comprende este tomo los sonetos, sátiras, poesías varias, diálogos satíricos, opúsculos varios, cartas eruditas y familiares, y muchos documentos inéditos ó raros de los célebres poetas aragoneses.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella. Tomo II y último. Interesantísima relación de aquellos hechos, por un contemporáneo, que los escribió en vista de apuntes exactísimos, viviendo aún el famoso virrey D. Pedro Gasca en su obispado de Sigüenza. Publicada esta curiosa relación por D. A. Paz Melia.—*Obras de Hartzenbusch*, tomo IV, que lo es II de su teatro. Cuatro obras teatrales: *La Visionaria*, comedia en tres actos y en prosa; *Los Polvos de la madre Celestina*, comedia de magia imitada del francés, estrenada hace cuarenta y nueve años y que se pone actualmente en escena; *D. Alfonso el Casto*, drama en tres actos y en verso, y *Primero yo*, drama en verso y cuatro actos.—*Obras de D. Juan Valera*. Tomo VI y III de sus novelas, á las que precedió un prólogo del Sr. Cánovas del Castillo. Todo este volumen lo llena la titulada *Las Ilusiones del doctor Faustino*, dedicada al Sr Rodríguez Correa, y una de las más interesantes de su autor. Este volumen, como cada uno de los anteriores, se vende, á cinco pesetas, en la librería de Murillo, Madrid (Alcalá, 7).

Lecciones de Literatura general y española, por el doctor D. Francisco Sánchez de Castro, catedrático de la Universidad Central. Parte segunda: *Literatura española*. (Obra póstuma.) La distinguida Sra. D.ª Amalia Solida, viuda del Sr. Sánchez de Castro, nos remite un ejemplar de esta obra, publicada á ruego de muchos discípulos y amigos de su autor, el dignísimo é ilustrado catedrático, poeta lírico y dramático, orador elocuente y hombre de honradez sin tacha, cuya prematura muerte lamentamos. Un volumen de cerca de 700 páginas, que se vende en las principales librerías de Madrid.

Presidio de la Habana: Memoria del año 1889. Está escrita por el comandante del establecimiento, D. Antonio Buitrago y Romero, y la ilustran numerosos y bien confeccionados cuadros sinópticos y resúmenes estadísticos. Habana, oficinas de *La Nacional* (Mercaderes, 14 y 15).

Clarín y sus folletos, por D. N. García Rey. La segunda edición de este folleto, ya conocido de nuestros lectores, se vende, á una peseta cada ejemplar, en la librería de D. Fernando Fe, Madrid (Carrera de San Jerónimo, 2).

V.

ADVERTENCIAS.

El considerable número de originales literarios adquiridos por esta Dirección, y el escaso espacio que dejan disponibles las secciones fijas que tiene establecidas La Ilustración Española y Americana, la obligan á suplicar nuevamente á las muchas personas que anuncian el envío de nuevos escritos se abstengan de hacerlo, á fin de evitarse inútiles molestias, y á la Dirección la contrariedad de tener que archivarlos por un tiempo indeterminado.

No se devuelven originales, ni se responde de los que, á pesar de la presente *Advertencia*, se remitan á la Redacción.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscriciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas*; 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscriciones á La Ilustración Española y Americana y á La Moda Elegante, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero*.

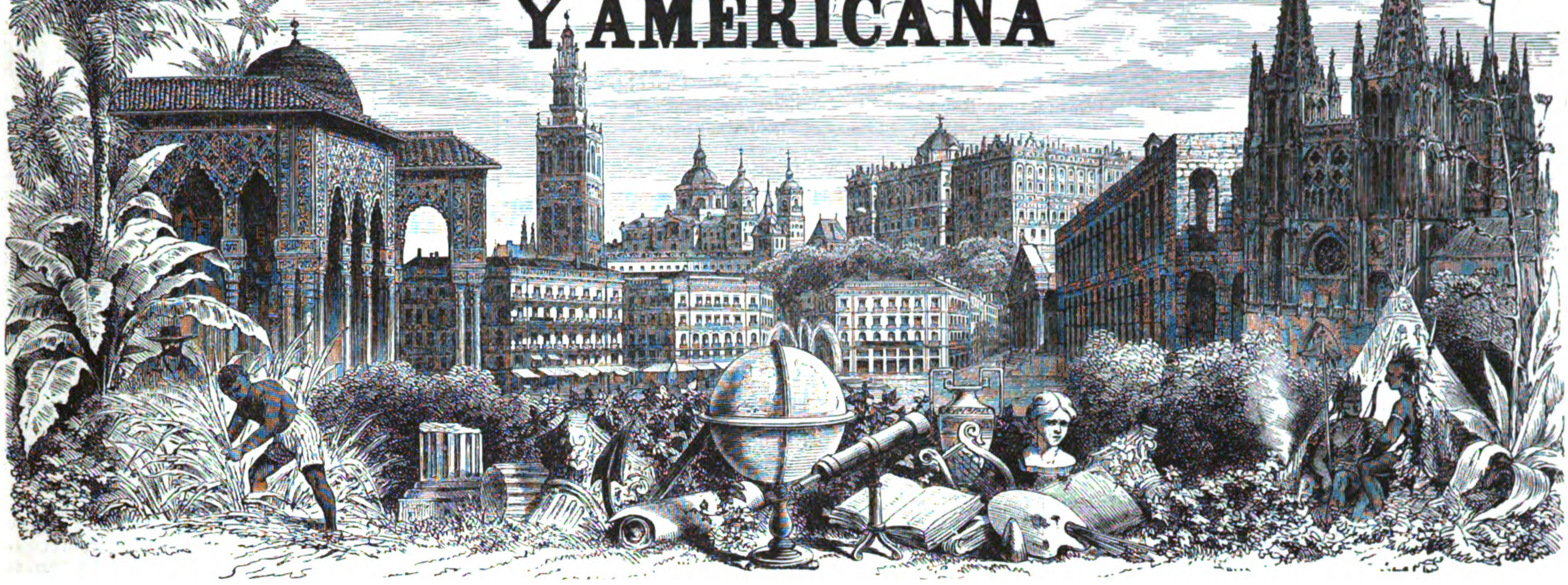
SOLUCIÓN DEL PROBLEMA.



EFECTO.
(Véase el número precedente.)

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XVII.

ADMINISTRACIÓN:

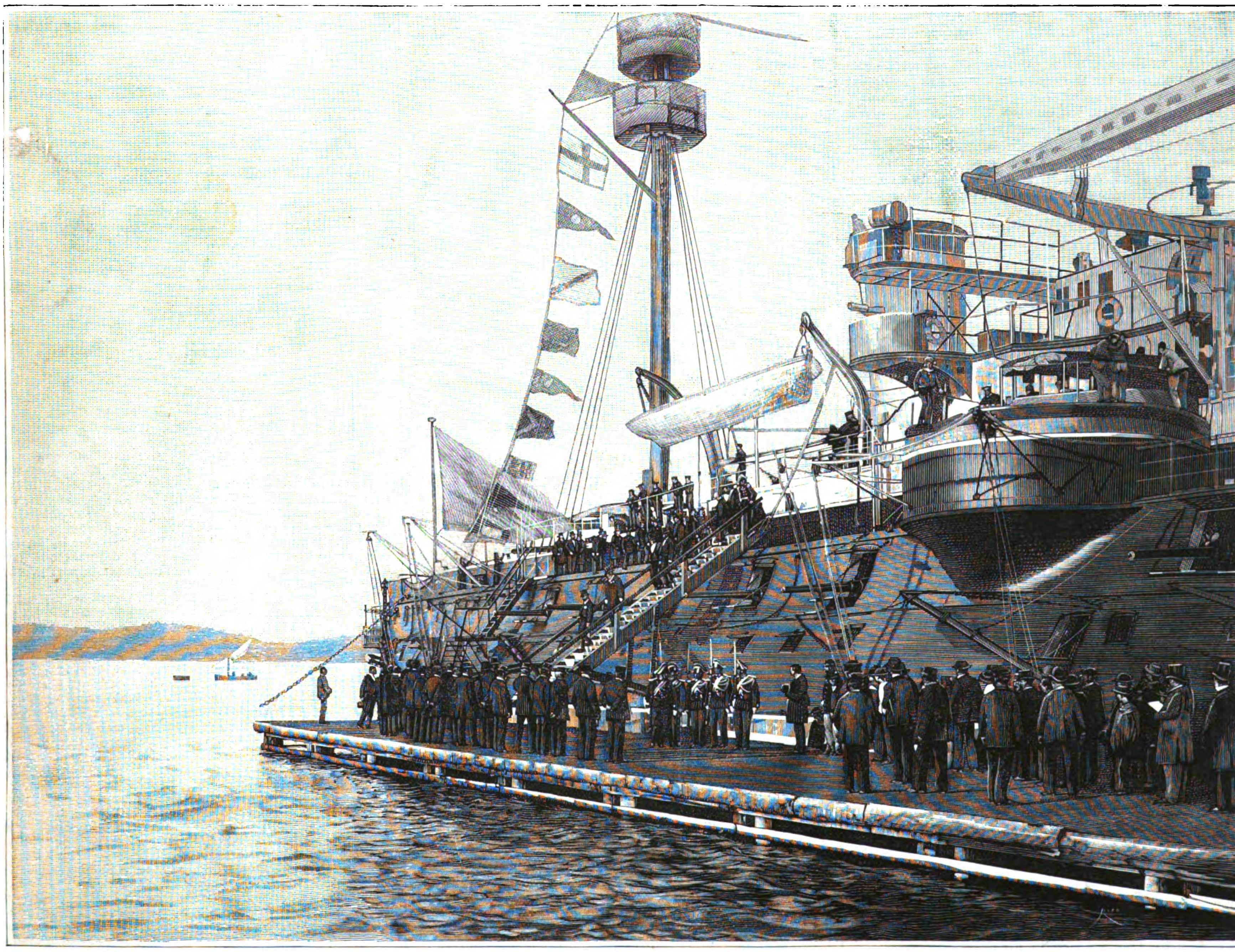
ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Mayo de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.



PUERTO DE TOLÓN (FRANCIA).—VISITA DE M. CARNOT AL ACORAZADO «PELAYO», DE LA MARINA ESPAÑOLA DE GUERRA.

(De fotografía directa, remitida por el Sr. D. E. Ardey.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

No se puede negar que en la manifestación obrera del 1.º y 4 del corriente, verificada en casi todos los países de Europa y parte de América, han podido esas clases hacer alarde de su número. Y su misma muchedumbre ha debido hacerles ver la suma inmensa de sus necesidades y la dificultad de satisfacerlas. Pues bien: si saliesen á la calle los que sin ser obreros sufren las mismas privaciones, dice muy bien un periódico, se atestarían de desgraciados. Por eso será eterno el conocido cuento de Calderón:

> Cuentan de un sabio que un día
> Tan pobre y mísero estaba....

etc.....; que nadie ignora el final de aquella décima.

Por desgracia, la fiesta del trabajo no ha sido en todas partes ordenada y pacífica como en Madrid. En París ha tenido que disolver los grupos á sablazos la gendarmería. En Barcelona se ha proclamado el estado de sitio. En Roubaix y Tourcoing se han declarado en huelga 100.000 trabajadores, cometiendo no pocos excesos. En Valencia los trabajos han estado paralizados; y en algunos puertos se interrumpieron las operaciones de carga y descarga de los buques. En Chicago y otros distritos norteamericanos la huelga ha tenido mal carácter. En Austria ha habido precisión de apelar á los rigores de la ley marcial más ejecutiva. Y en otras comarcas se han visto obligados á dejar sus tareas contra su voluntad muchos obreros, por miedo á los huelguistas.

Al trancazo corporal ha sucedido en este año de gracia el trancazo social, como si no tuviéramos bastante. Si fuéramos pesimistas y no confiáramos en la fuerza de la necesidad y la razón, que se impone en las relaciones humanas, haríamos tristes vaticinios ante esa nueva manzana de discordia arrojada en medio de la civilización; pero no lo somos, y creemos que la cordura universal reducirá el problema á sus términos más conciliadores. Ningún enemigo tan mortal para la industria de que el obrero vive, como la intranquilidad. Todo estado social, pero particularmente el moderno, es un artificio delicado, en que la mayor parte es apariencia: los que intentan derribar el armatoste para buscar el tesoro que hay debajo, se exponen á encontrarse con una armadura hueca, y sin embargo irreemplazable, ó á matar la gallina de los huevos de oro.

Ocho horas de trabajo, ocho horas de distracción y ocho de sueño: este es el lema de la huelga; pero el más general es el de ocho horas de trabajo. Cosas tan serias como éstas merecen que se demuestre su necesidad ó conveniencia. ¿Por qué ese tipo de ocho horas, y no nueve ó siete ó cuatro? Desde luego tiene un inconveniente, á más de alterar todos los cálculos de la actual producción: que si en ciertas industrias mejora la suerte del obrero, en otras le perjudica. Es verdad que á eso contestan que ese perjuicio individual permite que disfruten los beneficios del trabajo mayor número de obreros; pero ¿no conduce ese raciocinio á una disminución de horas indefinida? No aumentaremos la confusión proponiendo nuevos proyectos. ¡Con qué facilidad se hacen planes en el papel ó en la tribuna! ¡Qué consecuencias tan tristes suelen tener en la práctica los errores que se cometen!

Si la huelga es internacional, su resolución tiene que ser internacional también. El Congreso de Berlín inició la cuestión social: á él corresponde la resolución del conflicto que ha provocado. Los Gobiernos no pueden imponer al industrial las condiciones económicas que se le exigen. Pero cada Gobierno es propietario é industrial y tiene obreros que dependen del Estado, en muy diversos servicios. ¿No se han reunido en Congreso los Gobiernos europeos para mejorar la suerte de la clase obrera? Pues la primera pregunta que se debe hacer al Emperador de Alemania es la siguiente: ¿Qué va á hacer S. M. I. en favor de los obreros que dependen de su Gobierno? ¿Está dispuesto á que el trabajo diario se reduzca á las ocho horas?

Porque, al fin y al cabo, los franceses se quejan de que las huelgas y excesos de Roubaix y de Tourcoing fueron promovidas por agitadores extranjeros. Y como es indudable que viven hoy en guerra industrial unas naciones con otras, ¿no podrían ser los obreros de algunas de ellas víctimas é instrumentos inocentes de esa competencia? Las naciones que pueden evitar el conflicto, mientras en otras se desorganiza el trabajo, y la industria se paraliza y sufre, ¿no tendrán ventajas en que éstos sean graves y prolongados? A nuestro juicio, convendría hacer comprender al obrero español dos cosas: que la ruina de una industria es la del obrero; y que eso de la solidaridad humana podría, hoy por hoy, y durante muchos siglos, entenderse por la miseria industrial para nosotros y la prosperidad para el extraño. Lo dice un refrán muy cierto: nadie tiene enemigo peor que el de su oficio.

***

Los hombres desarreglamos el mundo: eso está probado por la experiencia de los siglos. Si tuviéramos vergüenza, hace años que hubiéramos resignado el mando en las señoras. Por lo menos deberíamos concederles la cartera de Hacienda, en la seguridad de que administrarían mejor que nosotros el país. ¿Cómo han hecho las señoras de la beneficencia de la parroquia de Santa Cruz para crear un Colegio de niñas en Carabanchel, con treinta plazas gratuitas para huérfanas de padre y madre de aquella parroquia? El edificio se ha levantado, según dice *La Correspondencia*, aunque hemos de rectificar algunos ligeros errores, en una finca del Sr. Marqués de Casa-Jiménez, con la cooperación personal del Sr. Vizconde de Torre-Almiranta, que ha hecho la referida casa de caridad. El mobiliario, añadimos nosotros, ha sido costeado por la Junta directiva, contribuyendo en gran parte el ya citado Vizconde y varias personas caritativas.

El edificio es espacioso, cómodo, ventilado é higiénico; la iglesia tiene tres naves, y el jardín una extensión de 170.000 pies. Hay en los cuatro dormitorios cien camas, y para el sostenimiento del Colegio se admitirán alumnas internas, que pagarán veinticinco duros de entrada, y una peseta para ayuda de los gastos de educación y manutención. Y añade el colega:

«Componen la Junta constructora la Duquesa viuda de Bailén, presidenta; la Duquesa de Mandas, secretaria; la Vizcondesa del Cerro-Palmas, tesorera; las Duquesas de Bailén y de Ahumada, las Marquesas de Linares, Villamejor y Laguna, la Condesa de Torrejón, la Vizcondesa de Irueste, la señora de Silvela y algunas otras damas.

»Constituyen la Junta directiva D.ª Jesusa Ortega de Aranzazu, D.ª Amalia Marín de García Ortega, D.ª Concepción Cortada de Cerrajería y otras señoras.

»Al cuidado y educación de las niñas atenderán ocho Hermanas de San Vicente de Paúl, españolas, cuyo número se elevará pronto á doce.

»La iglesia es de gusto gótico.»

El acto de la inauguración fué una fiesta para el pueblo de Carabanchel, que engalanó sus edificios. Su Majestad llegó á las cinco de la tarde, acompañada de la infanta D.ª Isabel, Condesa de Superunda y Duquesa de Medina-Sidonia, y seguida de su escolta. Asistieron á la ceremonia el Gobernador de Madrid, el P. Capdepón y el Ayuntamiento de Carabanchel. S. M. y A. fueron recibidas por las dos juntas de señoras, ofreciéndolas ramos de flores la Vizcondesa de Torre-Almiranta y su hija: entraron luego en la capilla, donde las educandas cantaron una salve, y visitaron después las principales dependencias, mostrándose verdaderamente complacidas. En la sala de Juntas se obsequió á la Reina y á la Infanta con dos lindos pañuelos, bordados por las colegialas, y en el comedor se sirvieron dulces, pastas y refrescos.

Entraron S. M. y A. á visitar á la Superiora, que se encontraba enferma, para informarse de su salud, y la entrevista conmovió á los que la presenciaron. Púsose á la salida del edificio una mesa de petitorio, presidida por las Duquesas de Bailén y Veragua, y la Marquesa de los Ulagares, recolección que produjo una fuerte suma, pues sólo el Marqués de Casa-Jiménez depositó mil duros en la bandeja.

Colegios, asilos de Caridad, refugios para los que sufren, enseñanza para los que ignoran, buenos ejemplos; esto es lo que resolverá en lo posible la cuestión social, suavizándola, pues lo que es para arreglar el mundo, que se desengañen todos los reformadores, no se ha inventado fórmula ninguna. Se conocen en cambio infinitas maneras de desarreglarle.

***

Ha fallecido en Madrid D. Eleuterio Maisonnave, propietario de *El Globo*, ministro que fué de Estado y Gobernación en la época republicana, diputado á Cortes, y orador y periodista reputado. Era natural de Alicante, y á esta población han sido trasladados sus restos. De ideas templadas, y afiliado al partido posibilista, pasaba por ser uno de los hombres más caracterizados de aquella agrupación que dirige D. Emilio Castelar. Ha muerto en la fuerza de su edad, á consecuencia de una pulmonía, y el Congreso ha hecho, al recibir la noticia de su muerte, una manifestación de sentimiento, que agradeció en sentidas frases el Sr. Celleruelo, su amigo y correligionario.

***

Telegramas de Quebec nos informan de haber ocurrido un incendio tan rápido y violento en el manicomio de Lougue Point, que produjo la muerte de un gran número de locos, pues las diversas cifras que se citan no bajan de noventa. Va rayando en historia la gran cantidad de víctimas que producen los incendios en toda la América del Norte; pero donde se explican menos esas catástrofes es en los edificios de reclusión, pues por lo mismo que ésta es forzosa para los que habitan en ellos, deben estar construídos en condiciones que alejen toda contingencia de convertirse en hogueras para los detenidos.

La imaginación más trágica no había discurrido episodio tan terrible como el de una legión de locos rodeada por las llamas, alcanzada por el humo, huyendo sin dirección, gritando, rugiendo ó lanzando carcajadas. Espanta el pensar lo que allí debió ocurrir, y más aún la posibilidad de que el sacudimiento nervioso que debió producir en cada loco aquel horrible cuadro, hiciese recobrar á algunos la razón. Otros, en cambio, acaso se arrojarían á las llamas, creyéndose vestidos de amianto, ó que eran salamandras.

***

La Academia de Inscripciones de París se ha ocupado últimamente de un trabajo del abate Requin, respecto al origen de la tipografía. Según éste, á las ciudades que se disputan aquella prioridad, debe añadirse la de Aviñón. Parece ser que en los registros de los notarios de aquella población ha encontrado M. Requin contratos referentes á la fabricación de utensilios para imprimir, como prensas, formas y letras separadas y fundidas. Si existen en realidad esos contratos, ó aquello quedó en proyecto, ó, como supone el investigador, en Aviñón se hicieron ensayos del arte tipográfico antes que en ninguna otra parte, aunque no puede afirmarse si tuvieron ó no éxito satisfactorio.

Es un nuevo dato que añadir al fenómeno observado en casi todos los descubrimientos notables: parece como que flotan y germinan á la vez en varios cerebros, como si Dios no quisiera confiar á uno solo la semilla que ha de producir la nueva creación destinada á transformar la sociedad. Acaso rara vez obtienen la gloria los iniciadores, pues, como dijo Calderón:

> Los sucesos portentosos
> Y de todos ponderados,
> Emprendenlos los osados,
> Acábanlos los dichosos.

***

—Déme usted un frasco de tinta, pero que no sea tan pegajosa como la del último.

—Era tinta simpática. ¿De cuál quiere usted ahora?

—¿Es simpática la que se pega? Pues démela de la más antipática que tenga.

Dos mendigos de nacimiento, cubiertos de andrajos, fuman una colilla antes de acostarse bajo un arco de puente, y discurren acerca de la superfluidad de la camisa.

—Comprendo—dice el uno—la vanidad del hombre en la ropa exterior, que al fin se luce; pero en lo que no se ve, es darse uno tono consigo mismo.

—Te diré: es un placer que se procuran los que poseen: esa tela fina, pegada al cuerpo, es muy agradable.

—¿Cómo lo sabes?

—En mi juventud me prestaron un día una camisa.

—¡Apártate! Busca otro arco de puente. Te rechazo y maldigo por burgués.

—¿Qué me dices de la cuestión social?

—¡Psh! Es un pleito de clases en que saldremos todos condenados á las costas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

TOLÓN (FRANCIA):

Visita del Presidente de la República francesa, M. Carnot, al acorazado español *Pelayo*.

El Presidente de la República francesa, M. Carnot, que salió de París en la noche del 15 de Abril próximo pasado, para visitar los departamentos del Mediodía de Francia y la isla de Córcega, llegó el 18 á la ciudad de Tolón, siendo objeto de aclamaciones entusiastas por parte de todas las clases sociales, sin excluir la respetable del clero católico; hospedóse en la Prefectura, donde se le habían preparado lujosas habitaciones, y hubo de salir repetidas veces al balcón, obligado por los fervientes vivas y hurras de la innumerable muchedumbre; salió después á pie, seguido de brillante comitiva, para recorrer las principales calles, y, contra su voluntad, las gentes del pueblo le llevaron en triunfo, gritando cada vez con más entusiasmo: ¡Viva Carnot! ¡Viva la República francesa!

En la mañana del siguiente día, á las nueve, se verificó la recepción oficial, concurriendo todas las autoridades y las personas notables de la población; y M. Carnot, después de recibir al almirante Lovera di Maria, jefe de la escuadra italiana fondeada en el puerto, quien puso en sus manos una carta autógrafa de S. M. Humberto I, acreditándole como enviado extraordinario para saludar al Presidente de la República francesa en nombre y representación del Rey de Italia, recibió también al capitán de navío de la armada española D. Pascual Cervera y Topete, comandante del acorazado *Pelayo* (surto en dicho puerto, como saben nuestros lectores, para cargar su artillería), y á la brillante oficialidad, libre de servicio, del mismo buque, cambiándose afectuosas frases que atestiguaron las excelentes relaciones de amistad que existen entre España y Francia.

En seguida el Presidente de la República dirigióse al arsenal, y presenció el lanzamiento del acorazado francés *Magenta*, que se ejecutó con éxito completo entre vivas entusiastas, y visitó después el acorazado *Formidable*, uno de los más poderosos buques de la armada francesa, dignándose luego pasar á bordo del acorazado español *Pelayo*, donde fué saludado con una salva de 21 cañonazos y los vivas de ordenanza.

Nuestros lectores no ignoran (véanse LA ILUSTRACIÓN de 1887, tomo I, pág. 129, y de 1888, tomo II, pág. 129) que aquel magnífico barco ha sido construído en los talleres de La Seyne, cerca de Tolón (Francia), por la *Société des Forges et Chantiers de la Méditerranée*, y fué botado al agua, en La Seyne, el 5 de Febrero de 1887, bendiciéndole el Rdo. Obispo de Frejus y de Tolón, monseñor Dury, y presidiendo el solemne acto el excelentísimo Sr. D. Rafael Rodríguez de Arias y Villavicencio, ministro de Marina de España. Mide: eslora, 105 metros; manga,

20,20; puntal, 12,45; calado, 7,46; desplazamiento, 9.902 toneladas. Para la propulsión tiene cuatro máquinas *Compound*, de dos cilindros cada una, acopladas cada dos sobre un mismo eje, siendo, por consiguiente, dos el número de las hélices, y lleva también máquinas de vapor auxiliares, en número de 42, para los diferentes servicios, desde la pequeña bomba de agua dulce, hasta las importantes bombas que comprimen el agua para el movimiento de las torres. Su armamento consiste en 2 cañones de 32 centímetros y 49 toneladas, montados en dos torres á barbeta sobre el eje longitudinal; 2 de 28 centímetros y 33 toneladas en dos torres laterales á barbeta; un cañón de 16 centímetros en la proa, y 12 cañones de 12 centímetros en la batería, siendo todos del sistema González Hontoria, modelo de 1883, ó sea de acero y á retrocarga; y como artillería ligera lleva 3 cañones Hochkiss de tiro rápido, de 57 milímetros, 2 de la misma clase del sistema Nordenfelt y 47 milímetros; 13 cañones revolvers Hochkiss, de 37 milímetros, un cañón González Hontoria, de 9 centímetros, y 2 de 7 centímetros del mismo sistema.

Los trabajos de construcción del buque han sido presididos por el capitán de navío D. Pascual Cervera y Topete, nombrado comandante del *Pelayo* en 1885 y jefe de la comisión encargada de vigilarlos, por sus reconocidas dotes de inteligencia, instrucción y carácter á la vez firme y conciliador.

Todo lo visitó el Presidente de la República, manifestándose verdaderamente complacido: el comandante del *Pelayo* mandó que se izase, en el mástil mayor del buque, la bandera francesa, que tenía en su faja blanca una inmensa *C* (inicial del patronímico Carnot), bordada en oro; los soldados formaron en el puente, presentando las armas, y la marinería, subida en las vergas, dió los vivas de ordenanza; el Sr. Cervera hizo virar el enorme cañón de 49 toneladas, ya colocado en una de las torres.

El Presidente, al retirarse, expresó la satisfacción que había tenido visitando el magnífico acorazado, que, construído en Francia, lleva en sus topes la bandera española, y el Sr. Cervera le dió las gracias por sus afectuosas frases, pronunciando otras de alabanza á la nación francesa, á las que M. Carnot contestó diciendo que celebraba mucho haber tenido ocasión de saludar en el comandante del buque á un digno representante de España y de la armada española.

Esta visita del Presidente de la República francesa al acorazado *Pelayo* es el asunto del grabado que publicamos en la plana primera, hecho sobre fotografía directa, que ha tenido la atención de remitirnos D. E. Ardey, de Tolón, á quien damos las más sinceras gracias.

En la pág. 284 damos el retrato del comandante de dicho buque.

Nació el Sr. Cervera en 18 de Febrero de 1839, y lleva ya más de treinta y cinco años de buenos servicios en la armada española; por ellos está condecorado con varias cruces del Mérito Naval y del Mérito Militar, encomienda de Isabel la Católica, placa de San Hermenegildo, medallas de Africa, Joló, Carraca, Cuba y Guerra Civil, y con el honorífico título de benemérito de la patria; fué nombrado comandante del *Pelayo* cuando se decretó la construcción del buque, en 10 de Enero de 1885, y «bajo su paternal dirección (escribe en atenta carta el mencionado señor Ardey), y por la exquisita finura de toda la oficialidad, así como por la constante vigilancia de la tripulación, no solamente se establecieron desde luego las mejores relaciones de amistad entre los marinos españoles del *Pelayo* y las poblaciones de La Seyne y Tolón, sino que el digno, simpático y caballeroso comandante las establecía también con las autoridades marítimas, militares y civiles; relaciones de cortés amistad que aun duran, como lo ha demostrado la viva satisfacción que manifestó la ciudad cuando el Presidente de la República francesa anunció su propósito de visitar el *Pelayo*, tipo completo de los buques modernos de guerra, con los últimos perfeccionamientos, y muy especialmente cuando M. Carnot otorgó al Sr. Cervera, como recuerdo de su visita, la cruz de comendador de la Legión de Honor, y al segundo comandante del acorazado, el capitán de fragata D. Guillermo Camargo y Abadía, la cruz de oficial de la misma orden insigne».

***

APUNTES DE LA ISLA DE YAP, EN LAS ISLAS CAROLINAS OCCIDENTALES.—(Véase el artículo correspondiente, pág. 291.)

***

LAS MANIFESTACIONES OBRERAS EN MADRID Y BARCELONA.

Ya saben nuestros lectores (véase la *Crónica general*) que el asunto de más importancia en la primera semana del mes corriente ha sido la manifestación obrera en casi todos los países de Europa y en algunos de América; y por lo que hace á nuestra patria, cualquiera que sea en lo porvenir el resultado de la manifestación, en lo que se refiere á las relaciones del trabajo y el capital, sólo hay motivos para congratularse de la sensatez de los obreros, por regla general, que en ella han tomado parte, ofreciendo á la nación un ejemplo de extraordinario progreso en las costumbres públicas. Así lo dicen los hechos.

Empeño vano sería el nuestro si intentásemos describir, dentro de los reducidos límites de esta sección, las manifestaciones obreras de Madrid y Barcelona; y esa descripción, por lo demás, está hecha con amplitud, imparcialidad y gran copia de datos por la prensa periódica diaria: debemos ocuparnos sólo en la explicación de los grabados de las págs. 285 y 292, relativos á dichas manifestaciones de Barcelona y Madrid, hecho el primero por fotografías que nos ha remitido D. Juan Puiggari, y el segundo sobre apuntes del natural debidos al Sr. Comba.

En Madrid.—La viñeta primera representa la reunión de obreros, congregados por el gremio de albañiles, en los Jardines del Buen Retiro, en la tarde del 1.º Después que el Presidente rogó á los manifestantes que guardasen orden perfecto, el Secretario dió lectura á una exposición dirigida á las Cortes, en la que se pide una ley que fije en ocho las horas de trabajo y que limite prudencialmente el de los niños y las mujeres; y en seguida el gobernador de la provincia, Sr. Aguilera, les dirigió la palabra, desde la barandilla del kiosco, elogiándoles por la cordura con que hacían uso de un derecho que la ley les concede, y recomendándoles que, terminado el acto, se retirasen pacíficamente á sus hogares. El discurso del Gobernador fué muy aplaudido por los obreros allí reunidos.

Un grupo de estos obreros, concluído el *meeting*, dirigióse por el Prado y Carrera de San Jerónimo al Congreso de los Diputados (dibujo segundo), y al llegar á la plaza de las Cortes, donde prestaban servicio algunas parejas de Guardia civil y varias de Seguridad pública, los manifestantes intentaron penetrar en el edificio, gritando: ¡Arriba! mas la fuerza de Seguridad les impidió el paso, invitándoles á que se retiraran. Así se verificó tranquilamente, y la exposición leída en el *meeting* del Buen Retiro fué luego presentada por la comisión correspondiente al Sr. Presidente de la Cámara.

En las esquinas de las calles más concurridas, el partido anarquista había fijado unos carteles rojos, convocando á los obreros á un *meeting* en el Liceo Rius: éstos leían la convocatoria (asunto de otra viñeta), y el *meeting* se celebró con mucha concurrencia y buen orden, á las diez de la mañana, terminando con un viva á la solidaridad obrera universal, que fué contestado entre aplausos y aclamaciones.

El último dibujo representa el exterior del mismo Liceo Rius en la mañana del 4, mientras se celebraba en el interior la reunión de los obreros socialistas.

En Barcelona.—La manifestación obrera en la Ciudad Condal, el día 1.º de Mayo, honra por todo extremo á la culta capital de Cataluña.

Celebróse el *meeting* en el teatro del Tívoli, donde no caben sino 3.400 personas, y esperaba en los alrededores la gran masa de los manifestantes, cuyo número excedía de 40.000; aprobóse la exposición á las Cortes, en la cual se pide también ocho horas de trabajo para los adultos y seis para los niños mayores de catorce años, prohibición absoluta del trabajo para los menores, abolición del trabajo nocturno en varias industrias, etc., firmándola los representantes de 37 gremios; partió en seguida la imponente manifestación por las Ramblas, plazas de Colón y de Antonio López y otras calles, siempre con el orden más perfecto, pasando por delante del Ayuntamiento, de la Diputación provincial y de la Capitanía general; la comisión nombrada al efecto entregó la exposición al Sr. Gobernador civil, para que la elevara á las Cortes, y pocos momentos después los manifestantes se retiraron pacíficamente, siendo saludados desde un balcón del edificio del Gobierno por el jefe civil de la provincia.

Nuestro grabado representa cuatro episodios de tan imponente acto: el punto de reunión de los obreros, ó sea el teatro del Tívoli; la manifestación en la plaza de Antonio López; la misma manifestación al pasar frente á la Capitanía general, y el momento en que el Gobernador civil saludaba á los manifestantes desde un balcón de su palacio.

***

BELLAS ARTES.

En el muelle de Gijón, dibujo original de Tomás Campuzano.
Riña de codornices, cuadro de Rochegrosse.

El muelle de Gijón, en las horas de subir la marea; numerosos barcos se columpian sobre las aguas; en el malecón del muelle algunas vendedoras de pescado aguardan la llegada de la carga; á lo lejos se descubre un promontorio; el cielo es claro y diáfano.

Este dibujo (véase el grabado de la pág. 288), seguramente copia del natural, por el distinguido marinista D. Tomás Campuzano, ha figurado en la Exposición de Blanco y Negro (número 22 del *Catálogo*) instalada en Marzo último por el Círculo de Bellas Artes.

El autor del cuadro *Combat de cailles* que reproducimos en el grabado de la pág. 289, M. Rochegrosse, explica así el asunto de su interesante composición: «En la antigua Roma hubo una época en que hacían furor los combates de animales, y aun las mujeres organizaban en sus gineceos riñas de pájaros, hasta de codornices y perdices.»

Esto acontecía en la antigua Italia, en la época de los Flavios. Sobre una mesa de mármol hay tres avecillas, una ya ensangrentada y muerta, y dos, cubierta la cabeza de fino casco de bronce, que pelean y se atacan fieramente con el pico y las uñas; y una matrona, rodeada de sus hijos, presencia el espectáculo..... ¡Sin duda la patricia romana intenta preparar el corazón de sus pequeñuelos, para que asistan luego sin estremecerse á los horribles combates de gladiadores!

Es notabilísimo este cuadrito por su buena composición, por la fisonomía expresiva de los personajes y por la verdad arqueológica que resalta en los vestidos y en los accesorios.

Figura el *Combat de cailles* en el *Salon* parisiense inaugurado el 1.º del actual, y nuestro grabado es obra de Carlos Baude.

***

LAS INUNDACIONES DEL MISSISSIPPI.

Aspecto de una calle de Greenville.

En la pag. 293 damos un grabado que representa (según fotografía remitida á la revista neoyorkina *Harper's Weekly*) una de las principales calles de Greenville, la *Poplar street*, vista desde la avenida de Washington, durante las inundaciones producidas por el desbordamiento del Mississippi, en los primeros días de Abril próximo pasado.

Estas inundaciones, que se repiten casi todos los años, ocasionando grandísimo estrago en ciudades y campos ribereños, han dado motivo al Gobierno del Estado para nombrar una comisión facultativa, compuesta de distinguidos ingenieros, con el fin de averiguar las causas del periódico desbordamiento del gran *Father of Waters*, ó *Padre de los Ríos*, como denominan enfáticamente los norteamericanos al Mississippi; habiéndose, por de pronto, reconocido que el cauce del ancho río se eleva en muchos sitios á diez, diez y siete y veinticuatro pies (ingleses) sobre la superficie del suelo colindante, por lo que el desbordamiento de las aguas, que se extienden impetuosamente por llanuras y valles, ocasiona desastres como los de 1882, 1885 y 1890.

La comisión facultativa prosigue con actividad sus estudios sobre el terreno, para proponer los medios de evitar semejantes desastres.

***

MADRID:

Una comida á niños acogidos en el *Dispensario de Alfonso XIII*.

El día 28 de Abril próximo pasado se inauguró en Madrid una sociedad benéfica denominada *El Porvenir Industrial*, en cuyo domicilio está instalado el *Dispensario de Alfonso XIII*, ó sea un local donde se proporciona á los niños pobres asistencia médica y farmacéutica, baños de agua dulce y minero-medicinales preparados artificialmente, ligera alimentación, vestidos, etc.

Véase cómo surgió la idea de crear esta benéfica sociedad, según escribe su secretario D. Eduardo Muñoz en la *Memoria* que leyó en el acto inaugural:

«Era una época reciente de tristísima recordación: á los estragos de un invierno crudo y despiadado, que esterilizó todas las iniciativas y dejó paralizados todos los trabajos, uniéronse los horrores de triste epidemia. Las clases trabajadoras sufrieron de lleno el rudo golpe; y el que esto escribe tuvo ocasión de observar, al ir casa por casa distribuyendo socorros y alumbrando, siquiera momentáneamente, con el rayo de sol de la caridad cuadros de negrura indescriptible, la absoluta carencia de higiene, la miseria más espantable, la desesperación de aquellos infelices obreros que se retorcían en el lecho del dolor, mirando cómo se agrandaban sus martirios con el sombrío espectáculo de un hogar frío y desmantelado, una esposa gimiendo por su desamparo y unos hijos que inútilmente pedían pan y abrigo.

»Entonces surgió la idea de fundar *El Porvenir Industrial*, y surgió—debo hacerle esta justicia—del honrado artesano don José María Gámez. Los que á su pensamiento dimos forma, buscamos con afán el concurso de los hombres de influencia y valimiento.»

No falta ya ese concurso á *El Porvenir Industrial*, á juzgar por su Junta directiva: son presidentes protectores SS. MM. don Alfonso XIII, la Reina Regente, D.ª Isabel II y D. Francisco de Asís, y SS. AA. RR. las infantas D.ª Isabel y D.ª Eulalia, y son presidentes honorarios los Sres. Ministro de Fomento, Presidentes de la Diputación provincial y del Ayuntamiento, Obispo de Madrid-Alcalá y D. Segismundo Moret y Prendergast.

Establecimientos como el *Dispensario de Alfonso XIII*, para niños, existen años hace en el extranjero, según el doctor Calatraveño, médico-director del mismo *Dispensario*: París poseía dos en 1883, y después se han instalado cinco más, habiendo acordado recientemente el Ayuntamiento de la gran ciudad la creación de uno en cada distrito.

El objeto inmediato de esos dispensarios es:

1.º Evitar á los hospitales la aglomeración de enfermitos, porque la estancia de los niños en los hospitales es cara y llena de inconvenientes y peligros.

2.º Favorecer el tratamiento de los niños, estando éstos al cuidado de sus madres, dándoles asistencia médico-farmacéutica y socorros, gratuitamente.

3.º Propagar entre las clases pobres los principios de higiene infantil y destruir los errores que en materia de enfermedades de niños existen muy arraigados en las clases menesterosas.

Todos los dispensarios parisienses se sostienen con el producto de donativos particulares y suscriciones mensuales, alguno de ellos dispone ya de una renta de cien mil francos, y sólo el fundado por M. Ruel en 1887 ha prestado benéficos servicios, en el corto espacio de tres años, á 41.346 niños.

Si se tiene presente que, según el estado *oficial* publicado hace pocos días en la *Gaceta de Madrid*, han fallecido en nuestro país, durante el año próximo pasado, nada menos que 10.163 párvulos, se comprenderá que es necesario comenzar enérgica y pronta campaña en favor de los niños enfermos y pobres, que es el objeto de la sociedad *El Porvenir Industrial*, con su *Dispensario de Alfonso XIII*.

Asistieron á la inauguración de éste numerosas y elegantes señoras, el Ministro de Fomento, varios individuos de la Junta directiva y representantes de la prensa; después de la *Memoria* leída por el Sr. Muñoz, pronunciaron discursos el Sr. Duque de Veragua, el Presidente efectivo de la Sociedad y el Sr. Moret, quien invitó con elocuente frase á las madres ricas á escatimar un juguete á sus hijos para emplear su importe en socorrer á los pobres niños que son víctimas de la miseria; visitóse luego el *Dispensario*, en el que hay sala de reconocimiento, farmacia, cuarto de baños y duchas, escuela, gimnasia, etc., y se sirvió una modesta comida á varios niños y niñas (unos 27) que habían nacido el día 17 de Mayo de 1886, el mismo en que vino al mundo S. M. el rey D. Alfonso XIII.

Este asunto es objeto de nuestro segundo grabado de la página 293, según dibujo del natural, por Comba.

***

SRTA. D.ª MARÍA LUISA GUERRA,

distinguida pianista argentina.

En la noche del 25 de Abril próximo pasado el salón de actos del Ateneo de Madrid presentaba aspecto de solemnidad inusitada: era que la bella y distinguida pianista argentina, señorita D.ª María Luisa Guerra (niña que no viste de largo todavía), daba una velada musical ante aquella culta sociedad, y todos los escaños del ancho salón y de las tribunas aparecían ocupados por selecta concurrencia, en la que dominaban numerosas y elegantes señoras.

María Luisa Guerra, cuyo retrato damos en la pág. 296, nació en Gualeguaychú (República Argentina), y su genio músico y su aplicación fueron tan extraordinarios, que apenas cumplida la edad de seis años, edad de caprichos y juegos infantiles, la niña argentina empezó á dar conciertos de piano en varias poblaciones de América; viniendo con su familia á Europa, dirigióse á Italia, donde estudió en Milán con el maestro Lucas Fumagalli, y más tarde á Barcelona, siendo su profesor Carlos Vidiella; estudió luego composición con el Sr. Rodríguez Alcántara, y en esta corte con el Sr. Arín, y ha dado conciertos en Barcelona y París, recibiendo en todos nutridos y espontáneos aplausos.

En el del Ateneo de Madrid entusiasmó al inteligente auditorio por la maestría del mecanismo y la dulce sonoridad que arranca á las teclas del piano: tocó sucesivamente la sonata de Beethoven, *La Aurora*; una bellísima melodía de Schuman; una obrita característica de Henselt, titulada *¡Si yo fuera pájaro!* que mereció los honores de la repetición; unas variaciones sobre un tema de Paganini, escritas por Brahms, obra de prueba por las dificultades que en ella ha acumulado el famoso maestro de capilla de Viena; un estudio de Rubinstein; una composición de las más simpáticas de Listz; la bella melodía de Raff, *Las Hilanderas*; una *Tarantela*, compuesta por la misma joven artista; y además de estas obras, que estaban en el programa, una danza y el brillante *Vals-capricho* de Rubinstein.

«Pocas veces hemos oído (escribe un testigo presencial) más nutridos y prolongados aplausos, acompañados de *bravos* y hasta de *vivas*, como los que el auditorio tributó á la simpática pianista argentina.»

La Srta. Guerra salió de Madrid en el siguiente día, para embarcarse en Cádiz con rumbo á su patria; pero deja gratísimo recuerdo á los aficionados á la buena música, que tienen la esperanza de volver á oirla y aplaudirla en esta corte, si se cumplen los propósitos de la joven artista, en el otoño próximo.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.

I.

SUPONGO, lector (y perdona si te calumnio), que, artista de profesión ó mero aficionado como yo, eres hombre de ancho criterio y de juicio desapasionado. No temo que me desmientas; pero si por inverosímil casualidad te reconoces falto de uno ú otro mérito; si te sientes arrastrado por antipatías personales ó embarazado por preocupaciones de escuela; si te encuentras con ánimo de hollar la razón y la justicia jurando por Rafael contra Velázquez ó por Velázquez contra Rafael, por Miguel Angel contra Fidias ó por Fidias contra Miguel Angel, por la Alhambra contra el Partenón ó por el Partenón contra la Alhambra; en suma, si no vienes resuelto á celebrar lo bueno donde lo halles y á reprobar lo malo donde te salte á la vista, vuelve la hoja y busca en otra parte la satisfacción de tus caprichos ó la sanción de tus atropellos, porque ni yo he de colmar jamás las medidas de tu pasión, ni tú has de apreciar la sinceridad de mis opiniones, única prenda que á mis propios ojos las abona.

Harto sé que este humor no abunda en nuestro tiempo ni en nuestra tierra, donde hoy por hoy no faltan descendientes de aquel puntilloso caballero que se jactaba de haber tenido veinte duelos por sustentar la primacía del Ariosto sobre el Tasso, sin conocer un solo verso del uno ni del otro. Aquí el hombre imparcial sólo consigue granjearse la enemistad de tirios y troyanos, y al fin viene á quedar en la airosa posición del que se sienta de golpe entre dos sillas.

Tal es, sin embargo, mi modo de enjuiciar. Para mí, en materia de arte, todo es bueno—menos lo malo y lo mediano. Idealista ó realista, nacional ó extranjero, cada autor ocupa en mi estimación el puesto á que lo elevan sus buenas prendas conforme al número y á la calidad. Murillo no perdería un átomo de mi aprecio aunque hubiera pintado en el Congo; Vanlóo no ganaría un quilate de mi estimación aunque hubiera nacido en el Campillo de Manuela; y por lo demás, ni la corrección del dibujo ni la magia del colorido me harán nunca poner á Poussin sobre Rubens, ni á Rubens sobre Miguel Angel.

Hecha esta sumaria profesión de fe, para que luego no te llames á engaño, entremos, si quieres, en el Palacio de la Exposición, dejando antes á la puerta toda receta académica y todo compromiso de amistad.

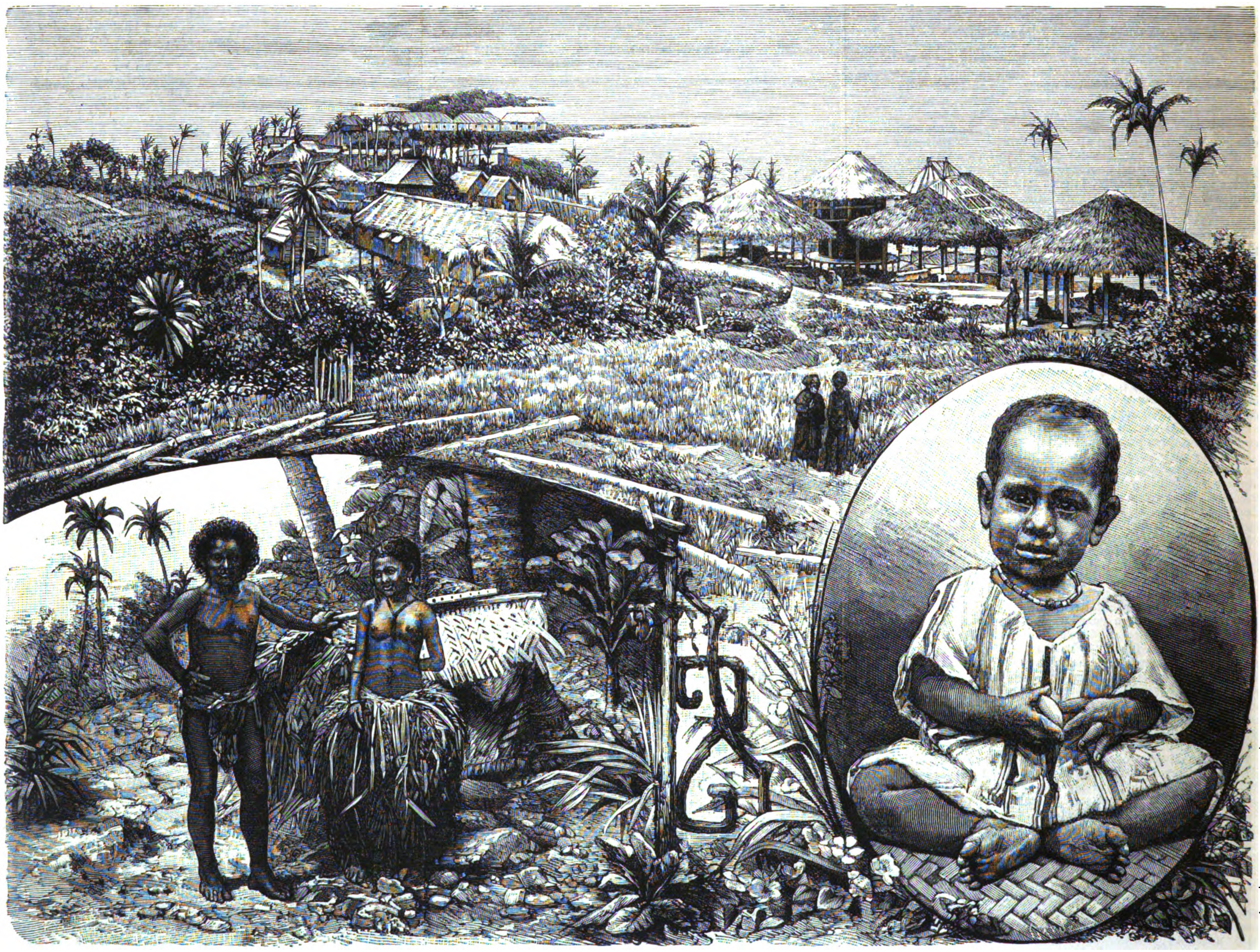
Aun suponiendo (¡y Dios sabe si es suponer!) que los mil ciento sesenta y dos trabajos gráficos y plásticos reunidos en aquel espacioso local fueran otras tantas maravillas del arte, el conjunto de tantas obras heterogéneas por su índole, por su asunto, por su ejecución, por su tono y por su forma, necesariamente había de producir al pronto una impresión confusa y desagradable. El mármol y el bronce, el yeso y el barro modelados conforme al gusto de cada escuela y al capricho de cada escultor; aquí el gris perlino de un paisaje nebuloso, junto á los vivos matices de un florero cargado de rosas y claveles; allí la tranquilidad de un interior sombrío, junto al esplendor de un rayo de sol reflejado en el agua; en otra parte una figura risueña que sólo se ocupa en lucir la frescura de su cuerpo desnudo, junto á una escena de violencia y de sangre; todos los contrastes, en fin, de asunto, de composición, de dibujo, de color y de luz, reunidos por la casualidad y barajados por la inevitable precipitación de una instalación atropellada: eso es lo que se descubre en globo al recorrer por primera vez aquellas diez salas atestadas de estatuas y cuadros. No es, pues, milagro que la vista experimente en los primeros momentos una sensación semejante á la que sufre el oído cuando simultáneamente lo sorprenden en la calle un organillo destemplado estropeando un dúo de la *Sonámbula*, una banda militar caminando al compás de la Marcha Turca, un ciego desentonando la jota, y á veces un camión cargado de barras de hierro ó de latas de petróleo vacías. De varias cosas excelentes puede muy bien hacerse una mixtura infernal.

La primera hora es tremenda. Después, como al fin y al cabo es más fácil aislar con la vista un cuadro que con el oído una melodía, mediante un poco de paciencia y otro poco de buena voluntad, al cabo de unas cuantas horas y



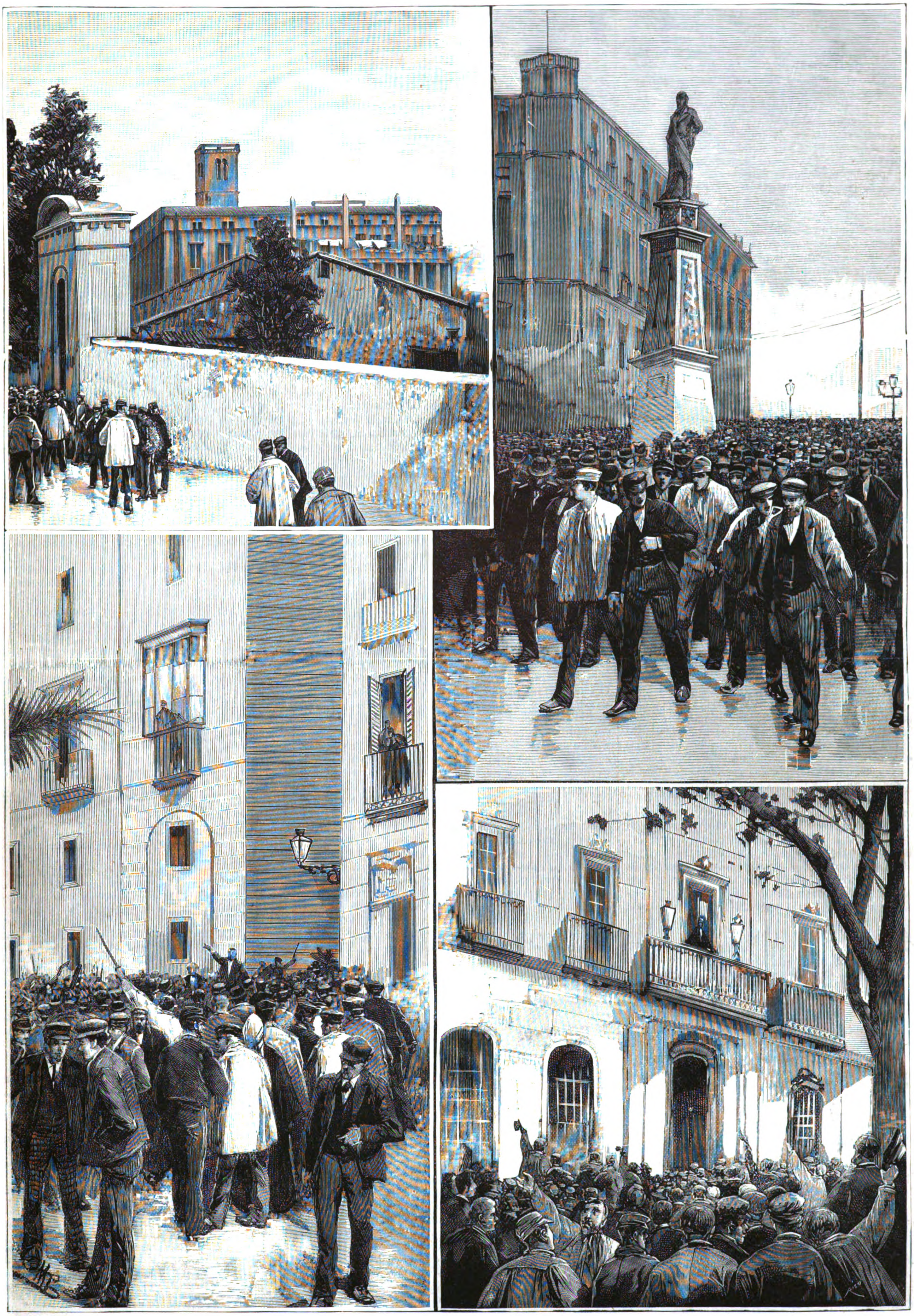
D. PASCUAL CERVERA Y TOPETE,

COMANDANTE DEL ACORAZADO «PELAYO».



ISLA DE YAP (CAROLINAS OCCIDENTALES).—VISTA DE LA BAHÍA DE TOMIL Y CAMPAMENTO DE «REINA REGENTE».—UN MATRIMONIO INDÍGENA. RETRATO DEL PRIMER NIÑO INDÍGENA BAUTIZADO POR LOS REVERENDOS PADRES CAPUCHINOS.

LA MANIFESTACIÓN OBRERA EN BARCELONA.



EL TEATRO DEL TÍVOLI, PUNTO DE REUNIÓN DE LOS MANIFESTANTES, EL 1.º DEL ACTUAL.—LA MANIFESTACIÓN EN LA PLAZA DE ANTONIO LÓPEZ.
LA MANIFESTACIÓN FRENTE Á LA CAPITANÍA GENERAL.—EL GOBERNADOR CIVIL SALUDANDO Á LOS MANIFESTANTES DESDE EL BALCÓN PRINCIPAL DEL PALACIO.
(De fotografías de D. Juan Puiggarí.)

unos cuantos paseos, la criba del juicio va dejando pasar lo más menudo, y acaba por quedarse con las dos ó tres docenas de obras que por su importancia absoluta ó relativa merecen fijar, en bien ó en mal, la atención de la crítica, y pueden servir de jalones para señalar el camino y aun los extravíos del arte en el momento presente.

Esa apreciación, sin embargo, estará expuesta siempre á graves errores si no se toman en cuenta otros datos complementarios. A nuestros concursos rara vez acuden los artistas ascendidos al generalato por la opinión del público. No hablemos de los decanos del arte, de los maestros de la generación actual, de los que nos trajeron las gallinas. Esos no entran en cuenta, como no sea para sancionar con su voto inapelable los triunfos de sus descendientes. Prescindamos de los que en plena actividad productora tienen su mercado en Londres, en París, en el mundo entero. Fortuny nunca envió un lienzo á nuestras Exposiciones oficiales: ¿para qué? Hoy Villegas, Raimundo Madrazo, Martín Rico—algunos otros también—se hallan en el mismo caso. Entre los vivos de casa, Germán Hernández, Domínguez, Ferrant, Pradilla, Plasencia, por rara casualidad envían algo, y sus obras más granadas se han de buscar en Palacio, en el Congreso, en el Senado, en San Francisco el Grande, juntamente con las de Suñol y otros escultores de primera fila. Sala y Jiménez Aranda nos sorprenden este año agradablemente con su visita inesperada. Por último, Alvarez, desconocido para la gente que no peina canas, iba ya siéndolo también aun para los que veinticinco años ha celebrábamos las primicias de su talento. Hasta los laureados con primeras medallas en los certámenes anteriores brillan en éste por su ausencia ó por la nimiedad de sus envíos. Formular juicios generales con semejante falta de elementos, sería incurrir en la temeridad de quien pretendiera describir la fauna terrestre, sin más documento que la casa de fieras del Retiro con su tigre perniquebrado y sus cuatro buitres alicaídos.

Líbreme Dios de rebajar el mérito de los expositores en general, ni las dotes sobresalientes que en muchos de ellos reconozco y aplaudo. Sólo quiero decir que las obras reunidas en el Palacio del Hipódromo no bastan para dar cabal idea del arte español en 1890.

Aun así, bien puede decirse que, consideradas en globo, y salvando las diferencias de peso y magnitud, descubren las mismas tendencias que en mayor ó menor grado muestran las de casi todos los ausentes.

Con honrosas excepciones, nuestros artistas, mejor dicho, nuestros pintores, dan excesiva preferencia á la ejecución sobre la concepción, al procedimiento sobre la idea, y, aun dentro de esa esfera limitada, todavía anteponen lo secundario á lo principal.

Como esto no resultará claro para todos los lectores, perdónenme los peritos cuatro palabras de explicación.

En la producción de toda obra artística entran dos elementos: el genio y la habilidad. Si el hombre que concibe un pensamiento carece de medios para expresarlo, la obra, como suele decirse, se le quedará en el trascuero: la idea germinará y morirá en la mente que la concibió. En todo autor, por grande que sea, hay dos hombres: un pensador y un ejecutante, un artista y un artesano. Por eso, hablando con propiedad, no todos los que manejan la brocha ó el cincel merecen nombre de artistas, por mucha maestría que luzca el uno en imitar las tintas y el otro en reproducir las formas del natural. Si, reduciéndose á copiar servilmente el modelo, no interpreta la naturaleza á su modo, no anima la obra infundiéndole su espíritu y marcándola con su sello personal, podrá ser excelente pintor ó escultor consumado, pero tendrá de artista lo que el fotógrafo que *toma* vistas para un álbum ó el modelador que con destino á un museo de ciencias vacía en cera ó en escayola detalles anatómicos ó accidentes teratológicos.

Pues bien: con escasas excepciones, nuestros artistas (aun los que legítimamente merecen ese honroso dictado) suelen dar más importancia al procedimiento que á la idea en sus obras—y en las ajenas.

De treinta años acá, los conocimientos técnicos han adelantado extraordinariamente entre nosotros. El último discípulo aprobado en la clase de colorido podría dar lecciones á Maella y á otros menos desdichados que Maella. Los que luego siguen trabajando privadamente bajo la dirección de buenos pintores, adquieren de día en día nuevos recursos de paleta. Sin salir de la Exposición, encontraremos discípulos de Casado, de Domínguez, de Plasencia y de otros, que hacen honor á sus maestros. Allí hay trozos de pintura magistralmente ejecutada por todos los procedimientos conocidos, desde los sólidos empastes á la española, hasta las delicadas veladuras á la holandesa.

El dibujo mismo, aunque menos medrado que el colorido, tiene sus representantes dignos de todo aplauso: en muchos cuadros es tolerable; en algunos, bueno; en otros, aunque pocos, excelente. En eso, como en todo, suele hallarse el filón donde menos se espera; y quizá en cuadros de asunto trivial, y aun de cortas dimensiones, hallaremos las figuras mejor plantadas, los grupos mejor compuestos, los movimientos mejor sorprendidos y los tipos mejor caracterizados.

Pero, vuelvo á decirlo, estas últimas cualidades y otras de mayor importancia, son las menos abundantes en el actual concurso.

De ellas pongo en primer término la elección del asunto y el plan general de la composición. Algo excelente hay en ese punto, pero ¡qué poco! En todo trabajo artístico (cuadro, estatua, edificio, partitura ó poema) ha de haber ante todo la claridad de pensamiento necesaria para que el público comprenda la intención del autor. Y para que el público comprenda la intención del artista, bueno es que el artista principie por tener alguna intención—fuera de la de embadurnar lienzo ó amasar barro á tuertas ó á derechas.

No pido yo al artista que me pinte aforismos políticos ni que me esculpa máximas morales. Lejos de eso, si hemos de entendernos, le exijo, ante todo y sobre todo, que su intención sea esencialmente artística, ó, de otro modo, que sepa elegir un tema pictórico, si es pintor; escultórico, si escultor; arquitectónico, si arquitecto; musical, si músico; poético, si poeta. ¿Qué dogma teológico prueba la Virgen de la Silla? ¿Qué tesis filosófica desenvuelven las Geórgicas? ¿Qué cuestión social plantea la Venus de Milo? ¿Qué problema científico resuelve la Sinfonía Pastoral de Beethoven? No; yo pido á cada arte lo que buenamente puede darme, sin salir de su círculo peculiar. Si dentro de tales límites logra encerrar además un pensamiento político, moral ó filosófico, eso será miel sobre hojuelas, y yo le daré un aplauso como artista y otro como pensador; si no, tan amigos como antes. Traspasar los linderos naturales de un arte, es dar en lo absurdo; y pronto hemos de tropezar con algún talento de primer orden que, anegado en las dificultades de un asunto ultrapictórico, ha tenido en último extremo que pedir auxilio y tomar por colaborador..... al dorador del marco. Eso debe ser lo que llaman «salvarse en una tabla».

La concepción general del tema lleva envuelta en sí la unidad de la composición. Esa unidad varía de importancia según la índole de cada asunto. Un paisaje con figuras puede contener varios grupos casi independientes, porque allí la figura es lo accesorio y el fondo lo principal. Una feria, una romería, un paseo público se hallan también en ese caso, aunque la figura recobre en ellos su importancia. Aun en las composiciones de mayor altura por su género y por su asunto, sobre todo si son meramente representativas ó principalmente simbólicas, puede haber partes que no se encadenen entre sí con lazo indisoluble. Las Escuelas de Atenas, donde Rafael simbolizó la historia de la filosofía griega, ofrecen grupos que en rigor podrían constituir composiciones independientes. Sin embargo, aun teniendo en su abono ejemplo tan ilustre, ese método ofrecería graves inconvenientes, sobre todo si se aplicase á la pintura dramática, es decir, á la representación de una acción determinada. A medida que un organismo es más perfecto, va siendo más íntima la trabazón de sus elementos. Ciertos animales inferiores, en los cuales el sistema nervioso tiene la forma ganglionar, pueden dividirse en partes independientes que siguen viviendo después de separadas. En los grados superiores de la escala zoológica nunca se da ese caso: la amputación produce la muerte de la parte amputada, y á veces la del organismo entero.

Después de la unidad pongo como condición no menos necesaria en toda obra de arte la expresión del carácter peculiar á cada conjunto, á cada grupo y á cada figura. Un batallón que rompe filas en el campo, se agrupa espontánea y libremente de muy distinta manera que una comunidad religiosa en la huerta del convento á las horas de solaz. Cuatro damas tomando té en un gabinete, nunca se confundirán por su agrupación ni por sus ademanes con cuatro lavanderas bebiendo pardillo en un ventorro del Manzanares; y eso aunque, prescindiendo de todo accidente indumentario, las adornemos (imaginariamente, por supuesto) con el traje de nuestra madre común en los mejores días de su vida paradisiaca. Por último, sin salir de nuestra casa, ni de nuestro pueblo, ni siquiera de nuestra tarifa de patentes, ¡de qué modo tan distinto se plantan el chalán que examina la boca de un jumento, y el sacamuelas ambulante que desguarnece la de un aguador! Sin embargo, la situación no puede ser más parecida.

La expresión de los sentimientos y de las pasiones es otro punto esencial, aunque en realidad puede considerarse comprendido en el anterior: el sentimiento y la pasión no son, en efecto, otra cosa que el carácter funcionando con más ó menos violencia.

Estas condiciones son esenciales en cualquiera obra de arte. Con todas ellas todavía puede un cuadro ser pictóricamente malo; pero sin ellas nunca será artísticamente bueno. La habilidad técnica es importante y hasta necesaria en todas las artes. Scribe, que como compositor dramático está cien codos por encima de Bretón, está otros ciento por bajo de él como escritor. El que no tenga siquiera en grado regular unas y otras condiciones, nunca pasará de la segunda fila.

Después que una obra reuna todas las condiciones expuestas, sólo se requiere otra (poca cosa): que produzca el sentimiento estético en el ánimo del espectador. Si lo produce, será excelente. «E si non, non.»

A estos principios generales han de sujetarse mis juicios, ó más bien mis opiniones personales, que no intento dar por buenas, sino por mías. Yo soy un mero espectador que á ruego de un amigo (ó de varios) expone su parecer por escrito, como tantos otros de palabra. Y eso sin la ridícula pretensión de influir en el ánimo de los artistas, ni apartarlos de los derroteros por donde los llevan su temperamento, su educación y su interés siempre respetable.

Al fin, el arte, como todo, es un producto de la naturaleza: el artista da su obra, como el árbol su fruto, y como yo mi opinión. Ni el árbol ni el artista son seres absolutos. En relación directa ó indirecta con cuanto les rodea de cerca ó de lejos, sufren la influencia de todos los objetos circunstantes, y aun de todos los que les han precedido en la serie de los tiempos. La herencia, la educación, el clima, la sociedad, la naturaleza entera, imprimen su huella en el individuo. La obra de arte es la resultante de todas esas fuerzas, más la mente del autor, que también es una fuerza tan digna de consideración por lo menos como otra cualquiera.

Esa influencia universal explica muy bien la variedad de escuelas, de géneros, de gustos, de procedimientos, de aciertos y desaciertos que sorprenden y ofuscan á quien por primera vez recorre las salas de la Exposición. Tal confusión responde punto por punto á la que hoy reina en todas las esferas de la actividad humana. El conflicto de ideas y pasiones, de principios é intereses, de escuelas y partidos que agita al mundo, halla eco natural en las artes. En ellas, como en lo demás, todo se halla en tela de juicio, todo en fermentación, todo en movimiento molecular. Esa masa fluida espera el molde que ha de darle forma. ¿Lo hallará? No cabe duda. ¿Cuándo? ¿cómo? ¡Dios lo sabe! Lo único indudable es que el arte futuro se ajustará al molde de la futura sociedad. Anunciar la forma venidera de la sociedad y del arte, sobre temerario, es ajeno de este lugar. Bástenos observar y señalar las tendencias dominantes en las artes gráficas y plásticas entre los españoles de 1890.

Para ello elijamos y estudiemos las obras más características del concurso. Hablar de todas, sería meter la mar en un pozo.

FEDERICO BALART.

REVISTA MUSICAL.

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Mi querido amigo:

La *Sociedad de Conciertos*, que, como usted sabe, tiene de antiguo sentados sus reales en el teatro del Príncipe Alfonso, y cuyas sesiones, puede decirse, acaban de terminar, anunció este año, en sus programas, que celebraba sus bodas de plata, ó, lo que es lo mismo, el vigésimoquinto año de su fundación.

Supuesto el deber que tenía de dar cuenta de tales fiestas, ocurrióseme que al cumplirle no sería fuera de propósito hacer algo de historia (y perdóneme el galicismo de la frase); recordar los comienzos de la Sociedad dicha; contar á grandes rasgos sus gloriosas campañas, y mostrar, por ende, el gran servicio que con ellas había prestado al arte y á la cultura musical del pueblo madrileño. Pero considerando que, bien mirado, se trata de hechos recientes y en la memoria de todos los que de estas cosas se ocupan, y que, á la postre, todo ello podría dar lugar á comparaciones, y éstas es cosa averiguada que son siempre odiosas, desistí de mi intento y formé el propósito, que he de realizar en esta epístola, de concretarme al actual momento histórico, ó, dicho menos en culto, á los conciertos que, como llevo indicado, acaban de celebrarse, con gran aplauso de la generalidad del público, y no poco contento de los artistas, por el resultado pecuniario que han debido obtener.

Satisfecho ya el gusto de los unos y las legítimas aspiraciones de los otros, paréceme que es ésta la ocasión de decir á usted con sinceridad y franqueza el juicio que de las dichas sesiones he formado; juicio que, al paso que no puede dañar de presente, sirva, tal vez, de saludable aviso para lo venidero, en la piadosa suposición de que sea tan atendido como es sincero y leal.

Uno de los títulos que más honran y enaltecen los renombrados conciertos del Conservatorio de París es la atención preferente que en ellos se presta á las obras mejores y más selectas de los grandes patriarcas de la música clásica, y el religioso respeto con que se ha conservado, desde Habeneck, la tradición en la manera de

interpretarlas; y conocido es el libro que Deldevez, actual director de dichos conciertos, ha dedicado á tal propósito, y en el cual muestra bien á las claras todo el exquisito cuidado que allí se pone para mostrar en toda su prístina pureza las dichas obras.

Ese respeto, ese culto, digámoslo así, á tan inmortales creaciones del genio, debiera ser siempre el fin principal (entiéndase bien, no exclusivo) de toda Sociedad de Conciertos clásicos, y lo ha sido en tiempos de la nuestra; pero, á decir verdad, la pasada campaña ha venido á confirmar los temores que ya de antes abrigaba, de que tan plausible como artístico objeto viene desnaturalizándose en la hueste que acaudilla el maestro Bretón, y de que tal vez no ande yo del todo descaminado, al suponer en nuestros artistas sobrada preferencia por las obras de autores contemporáneos, á cuyo estudio se consagran, y por lo que á la música rigorosa y genuinamente clásica atañe, un amor nada plausible á descansar á la sombra de los laureles anteriormente conquistados, con olvido del modo y manera como los alcanzaron.

Esto supuesto, no debe usted extrañar que, en conciencia, no pudiera yo, á su tiempo, unir mi aplauso al de tantos otros, que más anchos de manga que yo en la materia, encontraron buena y aceptable la interpretación dada en los conciertos de que vengo hablando, ya al Septimino, la Quinta Sinfonía, y las variaciones de la Sonata en *la*, de Beethoven; ya á la Sinfonía en *sol* menor (núm. 2), la overtura del *Flauto mágico*, y el Andante del Cuarteto núm. XV, para instrumentos de cuerda, de Mozart; ya al Andante de la Sinfonía militar de Haydn; ya, en fin, á la *Canzonetta*, de Mendelssohn, toda vez que, á pesar de mi buen deseo, no pude hallar en ellas aquella corrección y esmero en el conjunto, y aquellos perfiles en los detalles, que sólo con un conocimiento profundo del género y un constante y atento estudio es dable alcanzar.

Omito hacer á usted la enumeración enfadosa, y que á nada conduciría, de las obras que, como los italianos, podríamos llamar de *ripieno*, y han llenado no escasa parte de los programas en las sesiones musicales de que le hablo, para decirle algo de lo nuevamente oído en ellas; y á este propósito, forzoso es que repita una vez más lo que tantas veces tengo dicho, y es, que mi obtusa comprensión, que harto me duele tener, hace no me sea fácil formar cabal juicio de una obra sin haberla estudiado, ó, por lo menos, oído diferentes veces; y claro es que cuando aquello no ha sucedido, y éstas no han pasado de dos, como en las de más altos vuelos ha pasado, toda reserva mental que haga al comunicar mis impresiones es poca para lo que el caso merece y la reputación de crítico imparcial, única á la que me creo con cierto derecho, exige.

El preludio de la ópera *Tristan é Isolda*, de Wagner, satisfizo á los intransigentes partidarios de este maestro. De mí sé decir á usted que me puso en un estado que no dejaba de tener semejanza con el del negro en el sermón, á pesar del exquisito cuidado que puse en oirle y de mi deseo de entenderle. Construído algo á la manera del de *Lohengrín*, que usted conoce, y que tan gráficamente describió Berlioz, difiere, y mucho, de él, en mi sentir, en su parte más esencial. Tanto como este último es claro, de tonalidad bien definida y abundante en acordes perfectos, es aquél obscuro y embrollado. Un tema cromático, compuesto de cuatro notas y acompañado de disonancias, que á veces torturan el oído, he aquí lo que le constituye; y por cierto que si, como dice una escritora apasionada de Wagner, tales disonancias las puso éste para «dar idea de un tormento que nunca acaba, de una dicha que confina con el suplicio, y de un amor que toca á los límites del odio», á fe mía que el Júpiter de Bayreuth lo consiguió con creces, por lo menos en lo que al tormento, no de los personajes del drama, sino de los oyentes, hace referencia.

No he de repetir á usted lo que no ha mucho tiempo escribí de los pseudo-imitadores del dicho maestro; pero conviene, sí, que se lo traiga á la memoria, toda vez que tengo ahora que registrar un lastimoso y desdichado ejemplo de á lo que conduce la exageración de las doctrinas y principios que aquéllos miran como la buena nueva que ha de salvar el arte de los malos pasos en que, según los mismos, anda metido. Hablando Florimo, en un curioso opúsculo que ya en otra ocasión he citado, de la música wagneriana, dice: «Las óperas de Wagner quedarán como el catecismo del arte alemán del porvenir; pero el que osare seguirle en su vuelo, correrá grave peligro de tener la misma suerte que Ícaro.» Tal ha sucedido seguramente con el compositor galáico V. de Indy, del que los críticos de allende el Pirineo alababan, años ha, una comedia musical, *Attendez-moi sur l'orme*, y un poema, musical también, *Le Chant de la cloche*, basado en la conocida poesía de Schiller, y de quien sólo nos ha sido dado conocer el triste engendro de la *Trilogía* sobre el Wallenstein, del mismo poeta, en mal hora escogida por nuestra Sociedad de Conciertos, y con harto dolor, á juzgar por las muestras, interpretado por la misma.

La obra de arte, ha dicho Tonnellé, debe ser como una lámpara de alabastro, cuya materia es pura y bella. La idea de la belleza brilla dentro é ilumina la forma. Es necesario—añade—que esta forma esté bien trabajada, y no haya en ella un relieve, un punto solo que quede en la sombra ó ponga obstáculo á la luz; y necesario es también que la materia sea transparente y deje pasar por todas partes y difundirse á través de su sustancia el vivo rayo de la llama divina que arde en su interior.

La negación más absoluta de esta bellísima definición de una obra artística, del malogrado escritor francés, es la *Trilogía* de que hablo á usted. Obscura y abstrusa en su fondo, como le he dicho, es revesada é intrincada en la forma, y ni en su conjunto ni en sus detalles vese, por ningún lado, centellear la chispa del genio. Paso por alto el decir á usted cuanto ha querido describir y pintar Indy en la dicha obra, y omito apuntar siquiera las observaciones que á este propósito se me ocurren; baste decirle que, conforme con la opinión de un escritor, ducho en esta clase de asuntos, creo, como él, que «la belleza indefinible, abstracta y casi sobrehumana de la sinfonía pura, nada gana queriendo agregarla las bellezas de otro orden y especie de un programa literario, sea cual fuere.» Esto sentado, le añadiré tan sólo, para concluir este capítulo, que si lo que la moderna escuela, de que es por las muestras fiel adepto Indy, considera como música la negación absoluta de la melodía, el quebrantamiento premeditado y alevoso de las reglas armónicas más fundamentales y el más completo aquelarre instrumental, entonces la *Trilogía* es una obra maestra; de lo contrario, sólo puede tenérsela como una lamentable equivocación que únicamente se comprende fuera acogida con algunos, no muchos ni muy entusiastas, aplausos, recordando la cruel é injusta frase de Berlioz respecto de una obra de Wagner: «Aplauden al sentir que ha cesado el dolor que produce el oirla.»

Paso por alto un *Intermedio scherzoso*, de Reinhold, para decir á usted cuatro palabras sobre la Sinfonía en *mi bemol*, del maestro Bretón, quien, con buen acuerdo, ya se cuidó de advertir en los programas que dicha obra era uno de los envíos que hizo como pensionado en Roma, así como el que en ella siguió, cuanto le fué dable, los inmortales modelos del arte alemán, obedeciendo, al hacerlo, á lo que prescribe el Reglamento de la Academia de Bellas Artes que allí tenemos. Dicho se está, por tanto, que hubo que considerar la Sinfonía, más como la obra de un discípulo estudioso, que como el trabajo de un maestro aleccionado ya por la práctica y avezado á estas ó parecidas lides; y en este supuesto, créome yo que con ella la reputación de que goza el maestro Bretón no se habrá amenguado ciertamente, pero tampoco aumentado muchos quilates de valor.

Las Sinfonías de Beethoven, que, á no dudar, han sido el modelo que más principalmente ha tenido á la vista el maestro Bretón, tienen, como uno de sus signos más característicos, el presentar, en cada uno de los tiempos de que constan, una ó dos melodías, claras, puras y bien definidas, cuyos fragmentos van formando después otros tantos diseños que se amplifican y desenvuelven con maestría incomparable. «Todo, dice Elwart, en su conocido libro sobre los Conciertos del Conservatorio de Música de París, toma forma en manos de Beethoven, vive, se mueve y palpita. La melodía vivifica constantemente el estilo del gran maestro; es un tejido sin solución de continuidad, bordado por todas las voces de la orquesta.» Y ésta es precisamente, amigo mío, la parte flaca de la obra de que hablo, en que al estudio atento de las sinfonías del arte clásico, y al deseo de imitarlas, de que en ella se da clara muestra, no responden la belleza y originalidad de las ideas melódicas, ni el lógico encadenamiento de ellas, ni el todo armónico que debiera resultar, y tanto se admira en las que escribieron los grandes genios del arte alemán.

Mayor y más ardua empresa se propuso allí mismo, en Roma, el Sr. Bretón, al querer poner en música, convirtiéndolo en Oratorio, nada menos que el *Apocalipsis*, del evangelista San Juan. Desde que este género de música tuvo su origen (debido, como usted sabe, á San Felipe Neri y á nuestro compatriota el cantor de la Capilla Sixtina Francisco Soto de Langa), y cuyos primeros esbozos se debieron á Animucci y Palestrina, amigos del Santo, la historia registra gran número de producciones notables, debidas á los más afamados maestros. La *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo* ha sido asunto en que se han inspirado no pocos, y aun hoy mismo es objeto de constante y unánime admiración y estudio la que escribió el gran Sebastián Bach; *Noé* y el *Diluvio* han sido cantados por Rugenhagen, Assmayer, Preyer y Schneider; conócense, y figuran como modelos, la *Creación* y las *Estaciones*, de Haydn; el *Mesías*, *Judas Macabeo*, *Atalía*, *Sansón* y las *Fiestas de Alejandro*, de Hœndel; el *Sacrificio de Abraham*, de Cimarosa; el *Juicio final*, de Salieri; *Cristo en el Monte de los Olivos*, de Beethoven; el *Paulus* y el *Elías*, de Mendelssohn, y *La Infancia de Cristo*, de Berlioz; y en nuestros mismos días, Gounod, Saint-Saëns y Massenet han cultivado el mismo difícil género, con mayor ó menor inspiración y fortuna.

La sola enumeración de estos oratorios, los más notables que se conocen, habrá hecho observar á usted que en ninguno de ellos se ha abarcado cuadro tan grande y de tantas variadas tintas, como las sublimes y á veces tremendas revelaciones del evangelista de Patmos, bien que á ninguno también de los que las escribieron se les ocurriera, bien que si por su mente cruzó la idea de hacerlo, se detuviesen ante la magnitud del asunto, la inmensa dificultad de pintarlo con toda la magnificencia que requería, y el temor de que su musa tuviera á todo momento el acento siempre sublime, y á veces terrible, que era necesario. Al Sr. Bretón no le han arredrado estos escollos, y si por un lado es de elogiar el ánimo vigoroso y la firmeza de voluntad que supone el emprender y llevar á cabo obra tan magna, por otro hace creer, una vez oída, que circunscrito el compositor á más estrechos límites, buscando asunto más sencillo en el rico y siempre poético arsenal de la religión, su trabajo, al par que menos arduo, hubiera sido más igual, y más feliz también.

No vaya usted á creer por esto que yo niegue al *Apocalipsis* el mérito y la importancia que en realidad tenga, musicalmente considerado, pues que de la parte literaria hago caso omiso, ni á negar mi sincero aplauso á varias de sus páginas, más que por la originalidad de las ideas que encierran (y en lo cual no poca parte de culpa ha de tener el tono narrativo del *libretto*), por el vigor con que están escritas y el acento dramático que la musa del compositor ha prestado á algunas de ellas; lo que quiero decir á usted es que el conjunto resulta á mis ojos desigual, toda vez que la inspiración del maestro Bretón no se mantiene siempre á la misma altura, y en ocasiones decae sensiblemente. Así, al lado de la severa Introducción, no desprovista de cierta grandiosidad, con que el Oratorio comienza; de una fuga, de carácter genuinamente clásico y de gran efecto, y de un coro que á luego sigue, y es el trozo de más sabor religioso de toda la obra, y con el cual termina la primera parte de ésta; de las árias de contralto, tenor y bajo, en la segunda, impregnada de sentimiento la primera, de bastante belleza la otra, y llena de fuego la tercera, así como el vigoroso preludio que la precede, los demás números de la voluminosa y complicada partitura del Sr. Bretón acusan más riqueza de detalles que originalidad y sana inspiración en las ideas; más acento dramático que aquel otro inspirado por una fe viva y ardiente, y más lujo excesivo de instrumentación y de sonoridad que unción religiosa y aquel misticismo que apoderándose del oyente infunde un santo temor en su corazón, ó derrama sobre su alma suavísimo bálsamo que le consuela en sus tristezas ó alienta sus esperanzas, cualidades éstas que deben ser la nota característica en composiciones del género de las de que ahora hablo á usted. Así y todo, el trabajo del Sr. Bretón es importante, y el público ha recompensado sus afanes aplaudiéndoselo.

Cierra, por último, y por orden cronológico, el catálogo de las obras oídas por vez primera en los conciertos cuyo relato estoy haciendo, el *Orestes*, poema sinfónico del Sr. Manrique de Lara, á quien sólo conocíamos como entendido crítico y escritor correcto y elegante. Sabido me tenía yo de hace tiempo que el Sr. Lara era wagnerista hasta la médula de los huesos, y si alguna duda me quedara, se hubiera desvanecido una vez oído su poema, que si me viera obligado á definir, diría que era la profesión de fe más incondicional y absoluta de cuanto cree y confiesa la escuela cuya Meca está en Bayreuth.

Réstame ahora tan sólo hablar á usted de tres artistas que han hecho gala de sus talentos como pianistas; dos de ellos en el teatro del Príncipe Alfonso, y una en el Ateneo de Madrid.

Poco diré á usted, pues sobrado tengo escrito sobre el particular, del Sr. Tragó, que en dos de los conciertos, y con más fortuna y acierto en el segundo que en el primero, hizo gala del admirable mecanismo que posee y de todo cuanto atañe á lo que un crítico de allende el Pirineo llama la gimnástica del piano, cuyos recursos y resortes conoce bien á fondo.

El Sr. Bufaleti, que después se ha dado á conocer, discípulo de Constantino Palumbo, uno de los más afamados maestros de la escuela napolitana, no pertenece á la generación de pianistas, harto en boga en estos tiempos, que, sacrificándolo todo á una corrección esmerada é irreprochable, olvidan de todo punto la expresión y el sentimiento, cuya pintura, decía Scudo, es el verdadero destino del arte. En ellos, según afirma un escritor entendido en estas materias, «la ejecución se ha hecho de tal manera asombrosa, que no se concibe cómo pueda llevarse más allá la estéril habilidad de los *tours de force*; pero al propio tiempo la música en sus manos ha perdido en delicadeza y suavidad todo lo que ha ganado en vigor, y no parece sino que todo un lado de nuestra alma se ha hecho impenetrable»; pudiendo decirse de tales pianistas lo que de Liszt, cuando se hallaba en el apogeo de su fama, escribía un crítico musical: «Tiene vigor, agilidad y limpieza incomparables; posee todas las cualidades que atañen á la práctica del piano; asombra, aturde, desvanece y hace estremecerse al oyente, pero jamás conmueve: no se busque en él sensibilidad ni encanto.»

En bien suyo, el Sr. Bufaleti no es de esta casta, y sobre todo en el *scherzo* del Concierto de Litolff, de ritmo picante y original, y que dijo de admirable manera, obteniendo del piano timbres especiales y característicos, mostró poseer, al par de un excelente mecanismo y profundo estudio y conocimiento en el manejo de los pedales, alma de artista que siente lo que expresa y sabe comunicar ese mismo sentimiento á sus oyentes. A ser imparcial, diré á usted que en la Sonata en *do menor sostenido*, de Beethoven (que con la antes dicha son las dos únicas obras en que le he oído), mi entusiasmo decayó, recordando sobre todo la incomparable manera como la decía el gran intérprete de la música de piano de aquel gran maestro, el inolvidable Guelvenzu, el único que, á mi juicio, ha sabido entre nosotros hacer resaltar más y mejor las bellezas sin cuento que la dicha obra encierra.

Pero en esas cualidades que, repito, constituyen al verdadero artista, ha mostrado dar quince y raya á todos la joven argentina María Luisa Guerra, cuya aparición en el Ateneo de Madrid ha sido para muchos, entre los cuales me cuento, le revelación de un verdadero genio del piano.

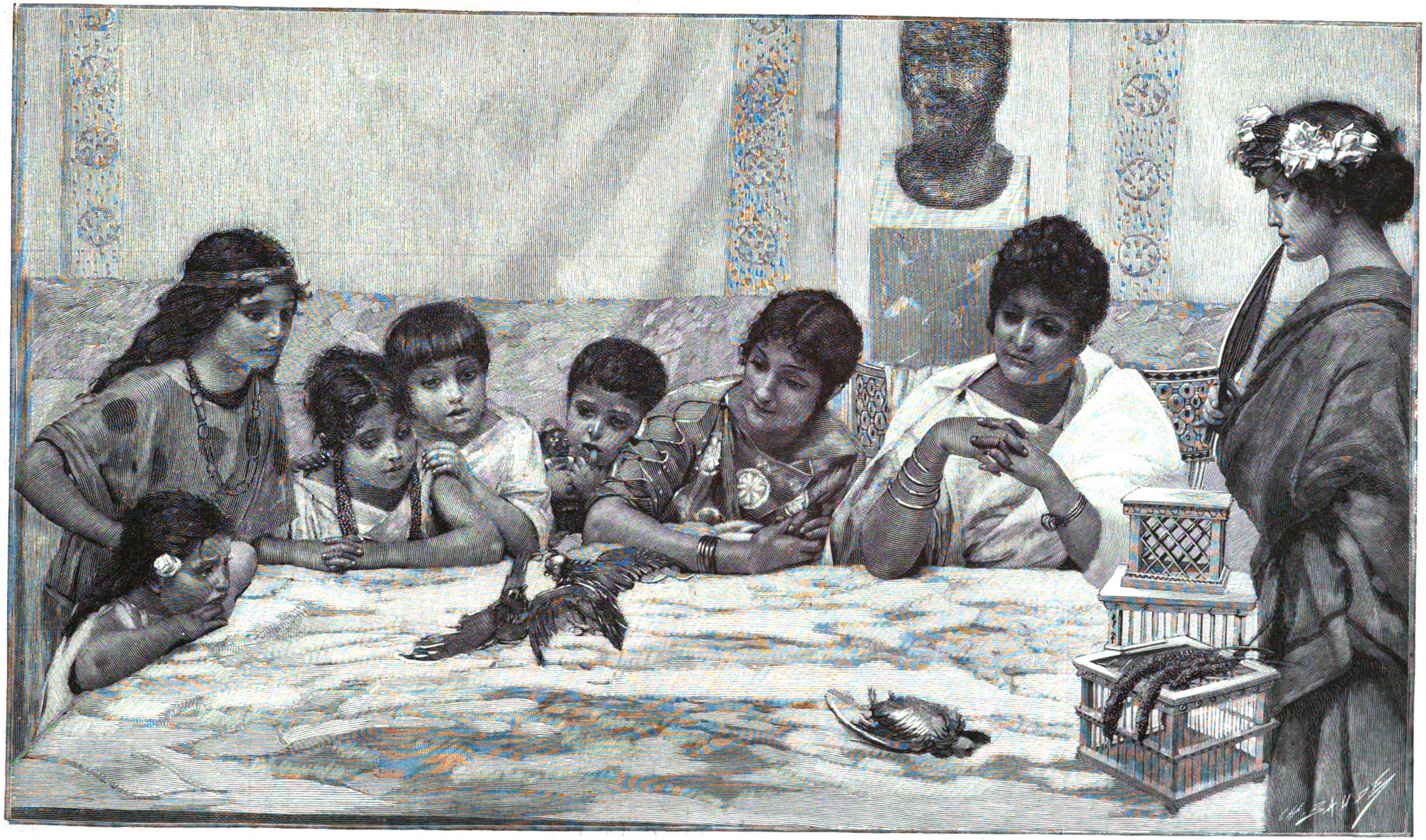
Ni mi buen deseo, ni la bondadosa solicitud de un amigo, han sido bastantes para adquirir los detalles biográficos que yo hubiera deseado, para comunicar á usted, de la vida artística de la Srta. Guerra. Respetando las causas del laconismo guardado al efecto, tengo que limitarme á decirle que tan sólo sé que dicha joven, la cual sólo cuenta diez y seis años de edad, vió la luz primera en Gualeguaychú (República Argentina); estudió el piano en Milán con L. Fumagalli, y luego en Barcelona con el profesor Sr. Vidiella; recibió en esta última ciudad lecciones de armonía y composición del señor Rodríguez Alcántara, enseñanza que continuó después aquí bajo la dirección del maestro de nuestra Escuela Nacional de Música Sr. Arín; y, por último, que es socia



EN EL MUELLE DE GIJÓN.

DIBUJO ORIGINAL DE D. TOMÁS CAMPUZANO, PRESENTADO EN LA «EXPOSICIÓN DE BLANCO Y NEGRO».

«SALÓN» DE PARIS DE 1890.



«RIÑA DE CODORNICES» (COSTUMBRES DE LA ANTIGUA ROMA).

CUADRO DE M. ROCHEGROSSE.

honoraria de la Asociación Musical Barcelonesa, y el Ateneo de la Ciudad Condal la adjudicó una medalla de oro en debido tributo de admiración á su gran talento.

Por lo que á éste hace, así como al valer artístico de la Srta. Guerra, ya cabe ser, como usted puede suponer, más explícitos. Recuerdo que no ha muchos años tuve ocasión de oir, con breve intervalo de tiempo, el *Vals-capricho* de Rubinstein, á este coloso del piano y á Planté. No es fácil describir á usted la corrección, nitidez y escrupulosa exactitud con que este último le interpretó; al paso que el autor de la obra se permitió ciertos lujos y libertades en ella como quien de lo suyo disponía. Y sin embargo, ¡qué inmensa diferencia entre uno y otro! ¡qué portentosa grandeza, qué clarísima manifestación del genio hasta en los mismos errores y equivocaciones de Rubinstein! ¡cuán diferente la impresión que uno y otro me causaron!

Digo á usted esto, porque es posible (aun cuando le declaro que esto no pasa de una mera suposición, pues nada ha llegado á mis oídos) que aquellos que sólo se fijan en ciertos tiquis-miquis del oficio, hayan podido reprochar en la Srta. Guerra algunas incorrecciones ó algún descuido en el uso de los pedales, como pudiera hacerlo de una obra poética, mirándola tan sólo bajo el aspecto de su sintáxis ó de su prosodia, tal cual ingenio ayuno de toda inspiración; pero aparte de lo más ó menos *pecata minuta* que ello pudiera ser, en cambio ¡cómo brilla en ella aquella luz que ilumina y vivifica el artista! ¡qué manera tan admirable de sentir la música, y de atraer, conmover y subyugar al oyente por modos y medios que no se adquieren con el estudio frío, constante y concienzudo, sino que son un verdadero don del cielo! ¡qué manera tan delicada y elegante de tocar el piano! ¡qué sonoridad tan dulce y tan armoniosa arranca de éste! y en fin, ¡qué modo tan verdaderamente maravilloso de interpretar la música de Heller y la de Raff la noche que tuve el placer de oirla!

No sé quién ha dicho que no se puede ser grande artista sin tener un amor sublime. Ese amor lo siente la Srta. Guerra hacia la música; así se la ve que al ponerse al piano y al comenzar á recorrer las manos sobre el teclado, su fisonomía cambia, tomando una expresión indefinible de muda contemplación hacia la obra que interpreta; y absorta por sus bellezas, abstraída de todo cuanto la rodea, vésela consagrar su alma entera al divino arte, objeto de sus ensueños y la pasión á que consagra su vida. La Srta. Guerra ha tornado á su país, pero prometiendo volver aquí, donde su genio y su talento han sido tan apreciados y ensalzados. ¡Que tan halagüeña promesa se realice!

De usted siempre afectísimo amigo,

J. M. Esperanza y Sola.

EL VIAJERO.

—¿Qué lugar es este?
—El *Mundo*.
¿Deseáis algo?
—Sí, quería
Despachar mi mercancía.
—¿Qué traéis?
—Amor profundo,
Y sobre todo, poesía.
También traigo una fe honrada,
Pundonor de caballero,
Dignidad nunca humillada.....
—A otro punto, buen viajero,
Que eso aquí no vale nada.
—¿Habrá tren?
—Constantemente.....
¡Mirad! Ahora ha subido
En él un montón de gente.
—Decís bien, ya veo enfrente
El despacho concurrido.
. . . .
—¿Queréis?.....
—Viajar descansado.
—¿Un *sleeping?*
—Eso anhelo;
Y pues vengo equivocado,
Dadme vos, negro empleado,
Un billete para el *Cielo*.

Juan Tomás Salvany.

NOCTURNO.

Como globos de luz en el espacio
Escalaban luceros infinitos
El cielo azul, donde la blanca luna
Lanzaba sus fulgores cristalinos,
Y era rosa de nieve que se abría
Rasgando las tinieblas del vacío.
Las auras preludiaban su armonía,
El mar cantaba sus gigantes himnos,
Y los verdes cipreses que velaban
Junto á las puertas del feudal castillo
Inclinaban sus copas dulcemente
Remedando cantares y suspiros.
Juntos los dos, tus manos en mis manos,
Tus ojos abrazados con los míos,
Oyendo de los mares y los vientos
Ecos sonoros y armoniosos ritmos,
En mundo de ilusiones naufragamos,
En nubes de pasión nos envolvimos.....
Y en tus labios de rosa blandamente
Un dulce beso se quedó dormido.

Narciso Díaz de Escovar.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

Y otros recintos fortificados completamente en ruinas, de una infinita desolación, parten de estas antiguas murallas, se ramifican, prolongan la ciudad en la campiña desierta, concluyendo luego por confundirse con las rocas, los desprendimientos de tierra, los hoyos, con todo el caos de este viejísimo suelo, movido y removido por espacio de tantos siglos. El tiempo ha cubierto estas ruinas de líquenes de un amarillo brillante, que resaltan sobre el gris obscuro de las piedras como manchas doradas, y el conjunto, bajo el azul intenso del cielo, es de un tono caliente, con golpes de brocado.

En la parte enteramente ruinosa de los recintos amurallados secundarios que no sirven ya para nada, se ven todavía puertas de gallardas líneas como todas las puertas árabes, y rodeadas de mosaicos, visibles aún entre las manchas amarillentas de los líquenes: estas puertas dan acceso á unas plazas solitarias y tristes, donde no hay más que hierba y cigarras.

En tanto que doy la vuelta á los derruidos bastiones, me veo forzado á detenerme ante una de las cosas más deliciosas de la arquitectura árabe que se han ofrecido á mi vista desde que estoy en Marruecos: es una puerta admirable que eleva su solitaria ojiva en el centro de un trozo de murallón ruinoso que mide cien metros. Al lado, una centenaria palmera eleva en los aires su delgado tronco.....

***

Un poco más lejos, se divisa el campamento del Sultán, cuyas tiendas fingen en la campiña grupos de cosas blancas, en medio de tierras rojizas y de lontananzas azules. Dícese que cuando esté completo, contendrá treinta mil hombres.

En el centro está la tienda del Kalifa, alta é inmensa, no viéndose de ella más que el muro de lienzo llamado en árabe *tarabich*, que sirve para ocultarla á las miradas indiscretas, pues aun en campaña, la morada del Kalifa debe permanecer oculta. Detrás de esta especie de recinto exterior que rodea la tienda del Sultán, me dicen que hay casi una pequeña población; pues además del alojamiento del soberano y sus dependencias, existe también en él el de su hijo favorito, el pequeño Abdul-Aziz, y los de varias damas del harén, designadas para formar parte del viaje.

Tan luego como la tienda de campaña del Sultán es sacada del palacio (señal de que Muley-Hassan prepara una expedición militar), la noticia se propaga por todo el Imperio, por medio de las caravanas que pasan incesantemente por Fez, y sobre todo, por los peatones que llevan las cartas y las noticias, haciendo el oficio de correos. Todas las tribus son puestas al corriente de que el Sultán se apresta á la guerra, y los rebeldes, á su vez, se preparan á la resistencia.

Sabido es que, por lo general, el Sultán vive seis meses del año bajo su tienda, nómada por naturaleza y por inclinación como sus antepasados de la Arabia, guerreando sin cesar en su propio Imperio contra las tribus levantiscas, que todas le reconocen como Kalifa en el orden religioso, pero no siempre como soberano. Algunas de ellas, como, por ejemplo, los Zemur y las turbas que pueblan el Riff, no se le han sometido nunca oficialmente.

Esta vez dícese que el Sultán tardará mucho tiempo en regresar á Fez. En el intervalo de sus combates y de sus recolecciones de cabezas, descansará en sus otras dos capitales, Mequinez y Marruecos, donde posee, como aquí, palacios y jardines impenetrables.

Esta presunción se funda en que, hace una semana, el resto de las mujeres del harén que no han de formar parte del tren imperial de viaje, han sido enviadas á Mequinez.....

***

Aunque el objeto principal de mi excursión de hoy era visitar el barrio de los judíos y comprar en él algunos objetos, no puedo resistir al deseo que me acomete de dar un último paseo por la montaña que domina á Fez el viejo.

Mi caballo escala atrevidamente los pequeños senderos de rocas, por lo que subimos muy de prisa, respirando una brisa más viva y más fresca, que pasa sobre tapices de flores. De distancia en distancia se ven árboles en los repliegues del terreno, y en los vallecitos hay grupos de olivos, á cuya sombra los pastores entonan cantilenas dedicadas á sus cabras. Sobre todo, hay por todas partes tumbas antiquísimas, medio ocultas por las altas hierbas y los aloes. No faltan tampoco «kubas», ó sean sepulturas de santos, ruinas venerandas cuyos esbeltos pórticos dan abrigo á millares de pájaros. También se ve allí un kiosco histórico, que fué edificado por un Sultán de otros tiempos, que pagó su capricho con su trono; pues las gentes de Fez, inclinadas á la rebelión, no quisieron tolerar que el Sultán pudiera ver, desde aquella altura, á todas las mujeres de la ciudad, cuando subían por las tardes á pasearse por las azoteas.

Todas éstas, en efecto, se distinguen desde aquí, vacías y solitarias á esta hora de sol abrasador. La vista domina en toda su extensión la ciudad santa, sus largas líneas de muros decrépitos, sus bastiones, sus almenas, sus minaretes y sus escasas palmeras. Dos ó tres grupos de asnos y camellos que se encaminan hacia no sé que comarca del Sud, son los únicos seres vivientes que animan sus solitarios alrededores. Una luz intensísima cae en inmensas oleadas sobre el paisaje, viéndose solamente algunas nubecillas blancas perdidas á largas distancias en el azul sin fin del cielo.

Y ningún rumor sube de la ciudad, sumergida en la misma inmovilidad soñolienta de siempre.....

***

Me voy decididamente al barrio de los judíos, en demanda de los viejos tapices y de las antiguas armas. Como sucedía en nuestra Europa de la Edad Media, son los judíos los que acaparan no solamente el oro y las fortunas, sino también las pedrerías, las joyas antiguas en sus artísticos cofres, y todas las mil preciosidades que los visires y los *kaids*, llenos de deudas, han concluído por abandonar entre sus manos. A pesar de su riqueza, hacen exteriormente alarde de miseria: desdeñados por los árabes, más todavía que por los cristianos, viven encerrados en su barrio obscuro y estrecho, siempre temerosos por sus intereses y por su vida.

Habiendo descendido de la luminosa montaña donde tantos santos y derviches duermen el sueño eterno bajo las flores, costeo largo tiempo los muros asombrosamente viejos de Fez *el nuevo*, por unos senderos floridos, sombreados por las moreras, donde hay arroyos claros en cuyos lechos crecen juncos, lirios y grandes convólvulos blancos.

Las murallas del barrio judío son tan altas y tan almenadas como las de los barrios árabes, y sus puertas ojivales tan grandes como las de éstos, con las mismas hojas pesadísimas y forradas de hierro. Todas las noches, bien temprano, se cierran las tales puertas, y unos guardianes israelitas, de centinela en los alfeizares, impiden el paso á todo sujeto sospechoso: se ve que viven en un perpetuo temor de sus vecinos, ya sean árabes ó bereberes.

Delante de la entrada del barrio de que me ocupo, los árabes han instalado, como *galantería* hacia los judíos, el principal depósito de animales muertos; por consiguiente, para llegar á él, hay que atravesar por entre montones de cadáveres de caballos y perros, que se pudren tranquilamente al sol, exhalando un olor sin nombre. Los judíos no tienen derecho á quitar de allí aquella hedionda podredumbre, que proporciona, por las noches, opíparo festín á los chacales. Tampoco se les da el derecho de poder limpiar sus calles de basura, por lo que, durante meses y meses, se van amontonando en ellas los huesos, los despojos de legumbres y hortalizas, y toda la basura de las casas, hasta que á un *kaid* árabe le place hacerlas limpiar, mediante una considerable suma de dinero. En este barrio, húmedo y obscuro, hay hedores permanentes especiales, y los rostros de sus habitantes reflejan bien á las claras las detestables condiciones higiénicas en que viven.

Dos ó tres individuos, apostados á la entrada del barrio, me miran llegar con la curiosidad evidente de

cuál será el objeto de mi visita, fijando en mí sus ojos ladinos y codiciosos, como gentes que huelen algún negocio en perspectiva. A poco, veo que van acudiendo otros sujetos de fisonomía larga y estrecha, con narices delgadas que no tienen fin, y cabellos largos y grasientos que les caen en tirabuzones sobre las sucias túnicas negras, pegadas á los hombros puntiagudos..... Vayan al diablo las preciosas telas y las armas antiguas: yo no puedo resolverme á pasar mi tiempo en hediondos tugurios enmohecidos, rodeado de seres tan feos, una víspera de partida, una tarde tan hermosa, ¡mi última tarde de Fez! cuando el sol dora tan radiosamente las tranquilidades de la vieja ciudad musulmana.....

Vuelvo bridas, sin traspasar la puerta del barrio judío, y me encamino del lado del palacio del Sultán, adonde llegaré á la hora en que todos los grandes personajes vestidos de blanco salen de la audiencia de la tarde para regresar á sus moradas en Fez-Bali, y me será dado contemplar una vez más este desfile de figuras de otra edad, en la admirable decoración de las espaciosas plazuelas amuralladas y de las grandes ruinas.

***

Heme aquí de nuevo en las inmediaciones del palacio. He aquí los antiguos muros, erguidos, salvajes é idénticos todos entre sí. He aquí la serie de patios lúgubres, que son grandes y vacíos como campos de maniobras, y parecen casi estrechos en fuerza de ser elevadas las murallas que los circundan, en términos que, para tener el sentimiento exacto de sus dimensiones, es preciso fijarse en lo pequeños que parecen los hombres que pasan.

El sol declina ya cuando llegamos mi guardián y yo al primero de estos recintos amurallados, que comienza á invadir la sombra. Los altos murallones sombríos hacen disminuir la luz súbitamente, como unas inmensas pantallas de aspecto amenazador y cruel, con sus filas de agudas almenas. En el centro de la muralla del fondo, la gran ojiva que da paso á los recintos interiores se abre flanqueada por sus cuatro torres cuadradas, imponentes como los restos que se conservan en Europa de las fortalezas de la Edad Media. El suelo de este inmenso patio, plaza de armas, ó como quiera llamársele, está sembrado de guijarros, de mil cosas rotas, de osamentas de perros: dos ó tres camellos se pasean en busca de la escasa hierba, y, perdido en un rincón, hay un pequeño campamento de tiendas blancas, que parece una aldehuela de pigmeos, al pie de los terribles murallones almenados. Tres personajes envueltos en sus albornoces, que desembocan de la obscuridad de la gran puerta, resultan de aspecto liliputiense en aquel espacio tan grande. No faltan en el aire las inevitables cigüeñas, ni en los salientes de los muros los millares de pájaros negros apretados en racimos, tocándose todos, empujándose todos, subiéndose los unos encima de los otros, formando manchas movientes como esas capas espesas de moscas que en el verano cubren las cosas inmundas. Y mientras me detengo á contemplar aquellos montones de pequeñas alas y pequeñas uñas, se acercan á mí los tres graves personajes que minutos antes había visto desembocar por la ojiva, y que resultan ser tres afables señores de edad, que me dan sobre la existencia y costumbres de los tales pájaros extensas explicaciones que no entiendo, puesto que me hablan en árabe. Debo advertir que la afabilidad de los marroquíes con un nazareno para ellos desconocido es cosa muy poco vulgar y que se ve raras veces, y por eso refiero una aventura en sí insignificante.

Habiéndome despedido cortésmente de los viejos, me dirijo hacia la gran puerta del fondo, que me conducirá á un segundo recinto, de ordinario más animado, y en el cual dan diariamente sus audiencias los visires vestidos de blanco que administran la justicia al pueblo. ¡Oh! ¿cómo decir el indefinible encanto que hay para mí en el solo aspecto de estas puertas árabes, con su variedad infinita de misteriosos dibujos, la especie de melancolía religiosa y de ensueño del pasado que todas ellas me inspiran? No puedo saciarme de contemplarlas, aisladas en el centro de muros tristes como muros de prisión; encerrando en su forma ojival, festoneada ó redonda, un no sé qué de inexpresable que siempre es lo mismo, en medio de la diversidad más fantástica, metidas siempre dentro de esos cuadros de finas ornamentaciones geométricas, cuya rara elegancia tiene algo de severo y de idealmente puro, de místico en grado supremo.....

El nuevo recinto, donde penetro después de atravesar una bóveda obscura, es tan grande, tan imponente, tan salvaje como el primero; pero está, como yo esperaba, lleno de gente, de caballos y de mulas que esperan á sus dueños. La razón de haber esta concurrencia es que al fondo, dentro de una especie de covachas de piedra, funcionan todavía las oficinas ministeriales, casi al aire libre, con muy pocos escribientes y muy escaso número de papeles.

En una de las oficinas—digámoslo así—despacha sus asuntos el Visir de la Guerra. En otra, el Visir de la Justicia pronuncia fallos que no tienen apelación: sírvenle de auxiliares unos cuantos soldados que apartan á palos á la muchedumbre cuando se acerca demasiado, y que conducen ante el Visir á procesados, demandantes y testigos sin distinción, por el invariable procedimiento de llevarlos agarrados del cogote.

Teniendo estos parajes la reputación de ser poco seguros para los nazarenos, me detengo á la entrada, para no provocar complicaciones diplomáticas. Por otra parte, las audiencias tocan ya á su término, como yo me suponía. El uno después del otro, los visires, ayudados por sus criados, suben en sus mulas para regresar á sus casas. Llevan barbas blancas, vestidos blancos, velos blancos; montan mulas ensilladas de paño rojo, y sus criados van también vestidos de blanco, con gorros encarnados. Y mientras la muchedumbre se aparta á su presencia, ellos se van á paso tranquilo, magníficos como viejos profetas, con la mirada anegada en un sombrío ensueño, níveos en su blancura sobre el fondo gris de los inmensos bastiones ruinosos..... El sol camina á su ocaso, y, como todas las tardes, un viento frío se levanta bajo el cielo súbitamente empañado; muge en las altas ojivas y silba en las seculares piedras.

Yo también emprendo el regreso detrás de los visires. Quiero ver por última vez las maravillas de mi azotea, á la hora santa del Moghreb.....

***

Allá arriba, en las alturas de mi casa, tiene lugar el mismo encanto que todas las tardes: la ciudad, envuelta en oro y rosa; las azoteas más próximas, separadas de mí por impalpable vapor azulado, y las azoteas lejanas, los millares de cuadrados de piedras, bañados en tintas irisadas que se degradan, viniendo á parar sobre las colinas como cosas desprendidas, hasta el cinturón de murallas y de jardines frondosos. Como todas las tardes, las esclavas negras están en sus puestos, con sus rostros de ébano sonrientes y sus cabezas envueltas en pañuelos blancos ó de color de rosa. También están allí todas mis bellas vecinas de mitra dorada, las unas con los codos apoyados sobre los pretiles; otras tendidas; orgullosamente enhiestas otras; todas muy graciosas de postura y muy brillantes de color, con sus anchas fajas que sostienen el opulento pecho, sus largas mangas caídas, y todo lo que flota, detrás de ellas, de telas doradas y de cabellos colgando.

Y una vez más, como desde hace siglos y siglos, la gran plegaria resuena en acentos tristemente prolongados, en tanto que las nieves del Atlas se extinguen sobre el amarillo pálido del cielo.....

***

Por excepción, salgo por la noche después de comer, acompañado de mis criados, que me van alumbrando con linternas, para despedirme del Ministro y de los demás miembros de la embajada, antes de que se cierren las puertas que ponen en comunicación los diferentes barrios de la ciudad.

El capitán H. de V. y yo, debemos partir mañana al amanecer. Cada uno de nosotros ha sido obsequiado, por orden del Sultán, con una tienda de campaña, una mula superior y una silla árabe: nos han dado, además, una tienda para nuestra servidumbre, un *kaïd* para servirnos de guía, y ocho mulas con sus conductores para transportar nuestros bagajes.

Me encuentro al personal de la embajada instalado, como de costumbre, en el embalsamado jardín de naranjos, bajo el mirador del viejo kiosco. El Ministro ha recibido el salvoconducto ó «carta de muna», con la firma y sello del Sultán, que debe facilitarnos el paso á través del territorio de las diferentes tribus, y revestirnos del indispensable derecho de recibir subsistencias. Pero, á pesar de todas las gestiones que personalmente se ha dignado practicar en nuestro obsequio, todavía no le ha sido posible obtener la carta para las autoridades de la ciudad de Mequinez, ni el permiso que habíamos solicitado para visitar los jardines de Aguedal. No es, ciertamente, falta de buena voluntad por parte de los altos funcionarios marroquíes; es la lentitud é inercia naturales en estas gentes que nunca tienen prisa: el Gran Visir se ha acordado demasiado tarde de que tenía que recoger la firma del Sultán antes de la hora de la plegaria vespertina; pero ha prometido que mañana por la mañana todo quedaría firmado y sellado, y que si nos halláramos ya en camino, mandaría unos jinetes en nuestro seguimiento, hasta Mequinez mismo si preciso fuera, para llevarnos la carta en unión de unos regalos que el Sultán nos destina. Francamente, la idea que tenemos de la actividad árabe, nos hace desconfiar del cumplimiento de esta promesa.

Nuestros compañeros de viaje, que se quedan en Fez, sienten no poder venir con nosotros. Su permanencia aquí, parece deber prolongarse más allá de lo que habían supuesto: hay mil negocios complicados, que no acaban de arreglarse nunca; cuestiones que remontan á muchos años; créditos de judíos imposibles de realizar..... Con esta gente, en nada se llega á un resultado. El Sultán permanece casi siempre invisible, atrincherado como un ídolo en su palacio impenetrable. Los visires se limitan á ganar tiempo, procedimiento que constituye la gran fuerza de la diplomacia musulmana. Después, se aproxima el Ramadán ó Pascua árabe, durante la cual no se puede hacer nada, y cuya influencia comienza ya á dejarse sentir. Por otra parte, el único momento en que pueden tratarse los negocios oficiales, son las primeras horas de la mañana, y para eso se pierde mucho tiempo en perífrasis orientales: las horas del mediodía se reservan á las plegarias y al sueño, y la noche, á los asuntos interiores. Hay también la funesta coincidencia de que uno de los más importantes personajes políticos acaba de ser mordido en un brazo por una de sus numerosas mujeres blancas, celosa de una de sus también numerosas mujeres negras, lo que le obliga á guardar cama, creando un nuevo retardo.

Nuestros amigos nos llenan de encargos para Tánger, para el mundo moderno y viviente, del cual se siente uno aquí tan separado. Los que se quedan, están ya atacados de esa especie de enfermedad particular, bien conocida, que se puede llamar «ganas de marcharse», enfermedad que, según parece, acomete infaliblemente al personal de las embajadas á los quince días de permanencia en Fez, y que es también un recurso político, con el cual están acostumbrados á contar los diplomáticos árabes. Yo mismo, que me quedaría de tan buena gana, me explico ese sentimiento, por la opresión del Islam que á veces he experimentado.....

XXXII.

Domingo, 28 de Abril.

Amanece. El tiempo no se presenta muy bueno para una mañana de partida.

En torno mío ya no hay colgaduras ni tapices, ni traza alguna de mi efímera instalación de viajero: todo ha sido embalado, con lo que la vieja casa ha recobrado su aspecto de vetustez y de miserable abandono.

He convenido con mi amigo el capitán, que viajaremos en traje del país, para excitar menos la atención de las tribus cuyo territorio atravesemos. Así, pues, como mi guardarropa indígena no está excesivamente bien provisto, he hecho lavar ayer, en previsión del viaje, mis largos camisones flotantes y mis amplias *faradjias* blancas, que han pasado la noche tendidas en la azotea, para secarse.

Mi primer cuidado al levantarme es subir á la azotea para recogerlas, sirviéndome de regocijo este detalle, que me identifica por un instante con la existencia de un verdadero moro pobre, que hace sus preparativos de viaje.

Por cierto que los camisones están todavía bastante húmedos, y me causan, al ponérmelos, una gran impresión de frío.

Desde mi azotea he podido cerciorarme de que el tiempo está de un gris uniforme. Un silencio profundo, triste y solemne, pesa á esta hora matinal sobre la ciudad, apenas salida de las sombras de la noche. Me despido para siempre de las azoteas contiguas, ahora vacías y lúgubres; digo *adiós* á las viejas paredes, detrás de las cuales duermen todavía mis vecinas, incluso la bella indómita, de la que jamás volveré á saber nada.

A las cinco llega á mi puerta mi mula enjaezada, conducida por un soldado del Sultán. El capitán H. de V. ha quedado en esperarme con la servidumbre y los bagajes á la salida de la ciudad, que dista bastante de mi casa. Esta será la última vez que camine por el dédalo de las tenebrosas callejuelas de Fez, en medio de un montón compacto de bueyes, que son encerrados por la noche dentro de la ciudad, por miedo á los bandoleros y á los chacales, y vueltos á llevar á sus pastos en cuanto llega el día.

***

Una vez salido, por las altas ojivas negras, del recinto de Fez el viejo, prosigo mi camino costeando las antiguas murallas de Fez el nuevo. La habitual tristeza de todas estas cosas ruinosas y decrépitas se aumenta en el silencio gris de la mañana: no oigo en torno mío más que el ruido que hacen al andar las piaras de bueyes de que voy rodeado. Los pastores encapuchados que las custodian, van envueltos en unas hopalandas grises, terrosas, como difuntos.

He aquí que llegamos á las sombrías puertas del palacio, por las que desemboca una fila de esclavos negros, llevando en la cabeza esas cúpulas de esparto pintarrajeado que sirven de receptáculo á inmensos platos de comida, y un olor de alcuzcuz caliente va quedando á su paso en el aire fresco. Es que hoy se celebra una gran fiesta musulmana que precede á los ayunos del Ramadán (algo así como nuestro martes de Carnaval), y es costumbre, en semejante ocasión, que el Sultán envíe á todos los dignatarios de la ciudad un plato aderezado en sus cocinas.

(Continuará.)

LA ISLA DE YAP.

Un mi amigo, el comandante de Estado Mayor D. Manuel Moriano, comisionado por el Capitán general de las Islas Filipinas para el estudio del Archipiélago carolino, ha tenido la bondad de facilitarme datos sobre el resultado de sus investigaciones, que, sin detrimento del secreto profesional, puedan ser del dominio público. Mi artículo se basará, pues, en los discretos á la par que interesantes informes que he recogido de los autorizados labios de aquel distinguido oficial de nuestro ejército, que acaba de visitar las remotas colonias de España en la Micronesia, quien desea hacer constar que debe muchas de las noticias por él comunicadas á los Rdos. Padres Capuchinos y á otras personas allí residentes.

En el siglo XVII, el almirante español Francisco Lezcano descubrió en el Océano Pacífico una isla que bautizó con el nombre de Carolina, en honor del entonces rey de España Carlos II, denominación que se dió luego á todo el Archipiélago.

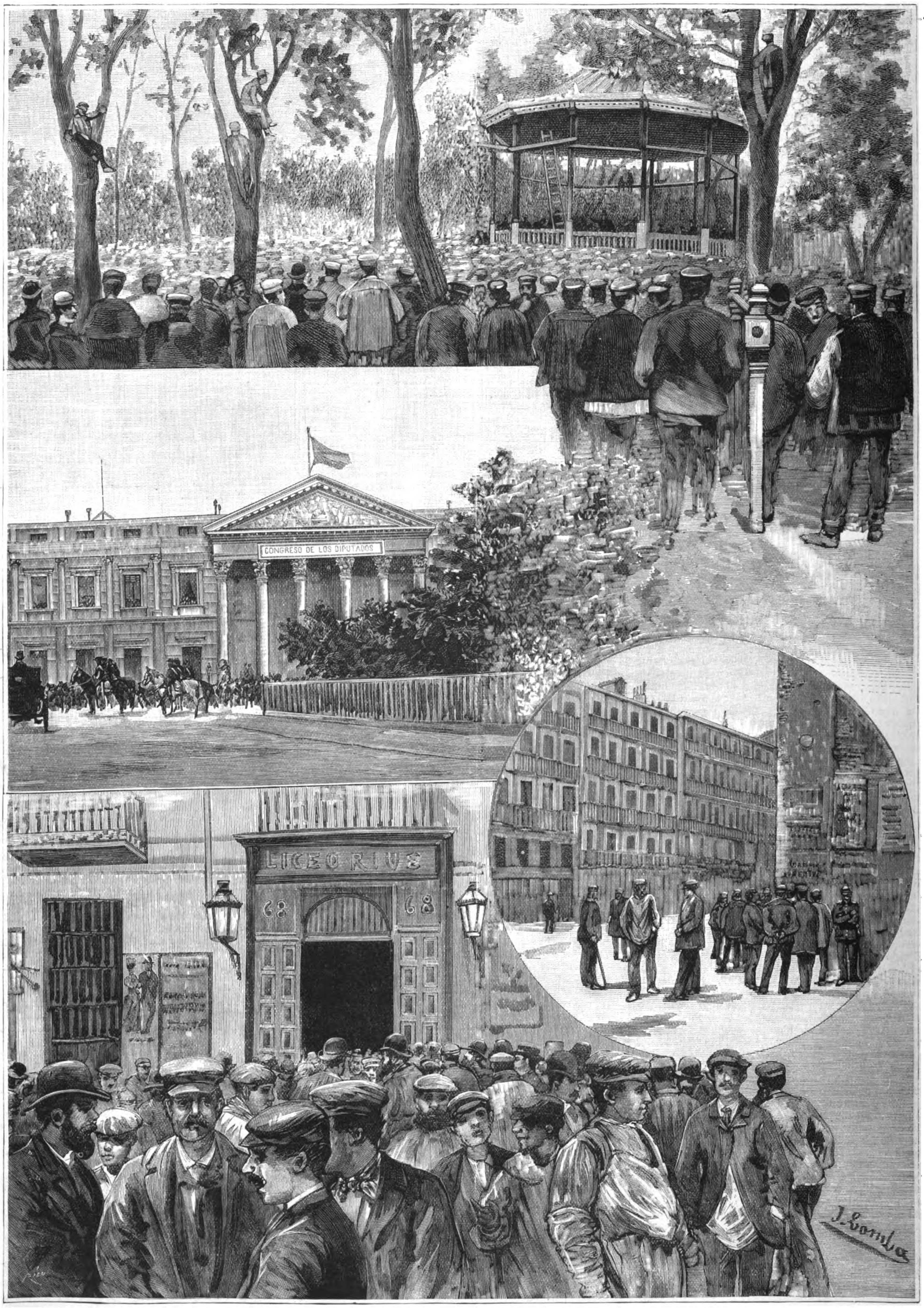
Extiéndese éste, comprendiendo las islas Palaos, entre los 0º y 12º de latitud Norte y los 139º 12' y 170º 12' de longitud Este del Meridiano de San Fernando.

Tomó España posesión de dichos territorios, y mandó á varias de las islas misioneros; pero las noticias por ellos transmitidas, confirmadas más tarde por diferentes navegantes, acerca de las dificultades que se oponían á la colonización y del escaso fruto que era de presumir, dieron lugar á que el Archipiélago permaneciese en completo abandono, hasta que en el año de 1885 el Gobierno español, cediendo á poderosas razones políticas y á móviles tan plausibles como patrióticos, mandó al Capitán general de Filipinas que procediese á la ocupación efectiva de aquellos apartados dominios.

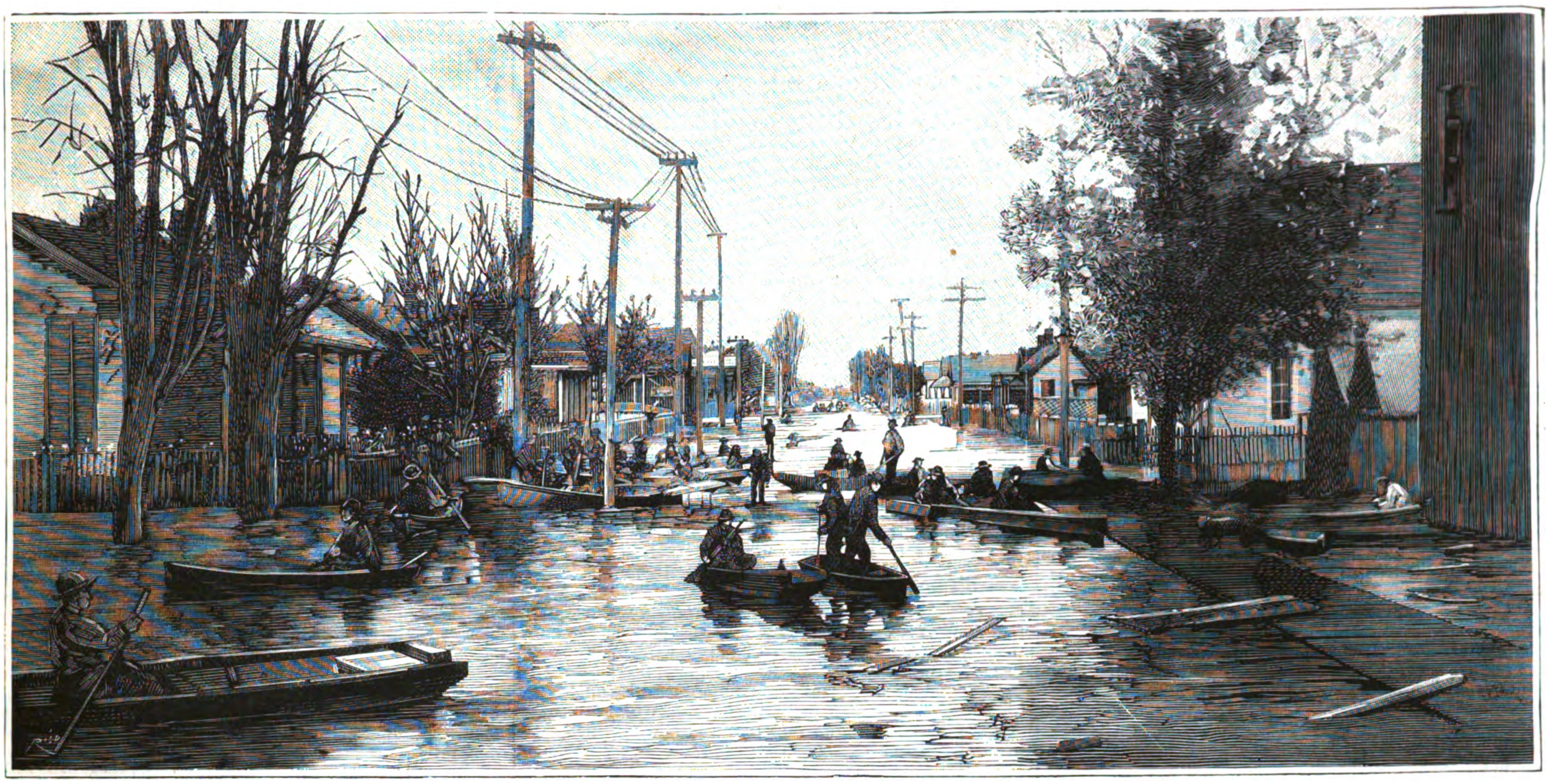
Dispuso la indicada autoridad que previamente los visitase un buque de guerra, y en vista del dictamen del comandante, se eligió la isla de Yap para residencia del gobierno de las Carolinas Occidentales.

En los primeros días de Agosto de 1885, la expedición se hizo á la vela en el puerto de Manila, fondeando

LA MANIFESTACIÓN OBRERA EN MADRID.



REUNIÓN DE ALBAÑILES EN EL JARDÍN DEL BUEN RETIRO, ESCUCHANDO EL DISCURSO DEL SR. GOBERNADOR DE LA PROVINCIA.
ALREDEDORES DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS, AL PASAR LA MANIFESTACIÓN. — OBREROS LEYENDO LA CONVOCATORIA DE LOS ANARQUISTAS.
EN LA CALLE DE ATOCHA, FRENTE AL LICEO RÍUS. — (Apuntes del natural, por Comba.)



LAS INUNDACIONES DEL MISSISSIPPI.—ASPECTO DE «POPLAR STREET», EN GREENVILLE, DURANTE LA INUNDACIÓN.



MADRID.—INAUGURACIÓN DEL «DISPENSARIO DE ALFONSO XIII»: COMIDA Á VARIOS NIÑOS Y NIÑAS NACIDOS EL MISMO DÍA QUE S. M. EL REY.

(Dibujo del natural, por Comba.)

en Tomil (Yap) á fines del mismo mes. A las pocas horas, y antes que saltasen en tierra los marinos españoles, echó el ancla en aquella bahía la goleta *Ilhis*, de la armada alemana, y desembarcando el comandante con parte de la tripulación, proclamó la soberanía del Imperio sobre el territorio.

Recientes son los sucesos, y mis lectores no habrán olvidado la honda impresión que la noticia del hecho produjo en todos los ámbitos de España. Resuelto el conflicto, después del laudo del Sumo Pontífice, que reconoció nuestros derechos, otra expedición procedente de Manila tomó posesión efectiva de la isla de Yap en Mayo de 1886, y posteriormente del grupo de las Palaos y de las de Oleay, Ifalik, Truck ó Hogulu, Ascensión ó Ponapé, Pinguelap y Kusai ó Ualau.

El Gobierno decretó la división del Archipiélago en dos gobiernos político-militares, denominados de Carolinas Occidentales y Palaos el uno, y de Carolinas Orientales el otro, con residencia respectivamente en Yap y Ascensión, confiándose los mandos á oficiales de la Armada.

***

La isla de Yap, ó Uap, está situada próximamente á los 144º 16′ de longitud E. del Meridiano de San Fernando, y á los 9º 3′ de latitud N. Tiene una extensión de 30 kilómetros de largo por 9 de ancho, recorriéndola de NO. á SE. una cordillera central, que en su mayor altura se eleva á 150 metros sobre el nivel del mar. El suelo, de naturaleza volcánica, ofrece, hasta una profundidad de metro y medio, una capa de tierra arcillosa, bajo la cual encuéntranse lechos de pizarra consistente. Escasa es la flora, y casi nula la fauna. Pueblan las costas bosques de cocoteros, cuyo producto constituye la única riqueza del país, y en el interior se encuentran raros ejemplares de otras especies de árboles que crecen en las Islas Filipinas. No existe río alguno: sólo en la época de las lluvias los barrancos conservan durante breves días exiguo caudal de agua, y no se conoce más fuente que una en la bahía de Tomil. La mayor parte de los indígenas viven condenados á no beber más agua que la que encierra el coco.

Arrecifes madrepóricos rodean la isla, haciendo muy difícil su acceso á los navegantes. El único puerto abordable para buques de cierto calado es el de Tomil, cuya vista reproducimos (véase la pág. 284), tomada de fotografía directa por los Padres Capuchinos, durante la permanencia en Yap de mi amigo el Sr. Moriano. Hállase situado en la costa oriental, teniendo una entrada que apenas llega á 100 metros de anchura, ceñida por peligrosos escollos. En una isleta llamada de Tapalao, situada dentro de la bahía, se ha instalado la Casa Gobierno de las Carolinas Occidentales y parte del campamento denominado de *Reina Regente*. Las obras construídas en esta isleta, núcleo de la colonia, son: un magnífico *pantalán* ó desembarcadero, de 75 metros de largo por 5 de ancho, construído de piedra madrepórica y cal; la Casa Gobierno, edificio de madera y techumbre de zinc, de 14 metros de frente y 10 de fondo; el cuartel de infantería, de 40 metros de longitud por 10 de latitud, construído también de tablas, elevado sobre fuertes pilotes á una altura de un metro del suelo; el edificio destinado á factoría militar; otro cuartel, también de madera, que ocupan las fuerzas del batallón disciplinario, y, por fin, el polvorín pequeño, repuesto de 4 metros en cuadro, cercado por paredes de mampostería.

Comunícase la isleta de Tapalao con la isla por medio de un puentecillo de tablas de 11 metros de largo, tendido sobre una cortadura abierta próximamente á la mitad de un istmo artificial que mide 150 metros de extensión y 3 de ancho.

Pasado el istmo, aparece una huerta que apenas mide una hectárea, donde se dan toda clase de legumbres y hortalizas, dedicándose á su cultivo soldados de la guarnición. Siguen luego algunas casas toscamente construídas de madera de coco y bonga, destinadas á oficiales, y la enfermería, compuesta de cinco edificios, cuyas paredes son de tablas muy ligeras, y el techo de coco ó palma, comunicándose aquéllos entre sí por galerías de bonga. En la cumbre de un cerro denominado Cabul, situado á dos kilómetros, se ha construído un fuerte, de forma cuadrada, de 11 metros de lado, circundado de un foso; abierto en roca viva, de tres metros de ancho por dos de profundidad. En este fuerte se halla instalado un pequeño faro.

Inmediata á la enfermería se levanta la iglesia, que mide 9 metros de frente por 17 de fondo, siendo sus paredes de bonga, el suelo de tablas y el techo de zinc, y al lado del templo la casa de los Padres Capuchinos de la misión de Yap.

El escaso comercio de la isla está en manos de casas extranjeras establecidas en ella antes de la ocupación española. Consiste aquél exclusivamente en la adquisición de la *cupra* (1), que venden los naturales al por menor, y es exportada en cuatro ó cinco barcos de vela que anualmente visitan el puerto de Tomil. Figura como principal artículo de importación el carbón de piedra para consumo de la colonia y de nuestros buques de guerra, y en segundo lugar las bebidas espirituosas que, á pesar de los bandos del Gobernador, encaminados á limitar la venta, se emplean con preferencia para el cambio de productos con los naturales.

(1) Llámase así la parte carnosa del coco, ó sea la pulpa, que se emplea para producir el aceite de coco.

***

Si la felicidad estriba en la falta de necesidades, los indígenas de Yap y del resto del Archipiélago carolino son los seres más dichosos de la tierra. Una choza de ramas toscamente entretejidas, sustentada sobre rústicas estacas, les defiende y ampara de la inclemencia del cielo, benigno y sereno, si se exceptúa durante la época del año en que, como acontece bajo los trópicos, se desgajan las nubes en torrenciales lluvias, tan de suyo violentas como por fortuna pasajeras.

Para alcanzar el natural sustento, bástales trepar por el cocotero, que generoso les convida con el sazonado y dulce fruto pendiente del flexible y esbelto tronco.

La indumentaria no ha penetrado todavía en aquellas incultas regiones, porque el frío y la honestidad, que fueron sin duda el origen y fundamento de aquélla, se desconocen de tal suerte, que ni aun el rudimentario adorno femenino acusa el ingenuo rubor ó la incipiente coquetería. Sólo en las costas, donde la presencia de forasteros ha engendrado tal vez el respeto de la ajena mirada, andan algunas carolinas tan pomposas y compuestas con los extraños, primitivos y sutiles atavíos que revela el grabado, como nuestras elegantes con las peregrinas invenciones de la moda caprichosa.

Los hombres, para quienes la holganza es el supremo bien, pasan la vida entregados á soñolienta pereza, mascando *buyo* (2), pero no el usado en Filipinas, sino un verdadero cáustico, tal es la cantidad de cal mezclada con las otras sustancias de que se compone aquél, ó fumando tabaco, que apagan y encienden á cada momento, sin duda para que su sabor resulte más acre y fuerte.

La condición de la mujer, como sucede en todos los países sumidos en la barbarie, es harto lastimosa. Apenas nace, la miran con menosprecio, incluso sus propios padres, á quienes causa pesadumbre y enojo la venida al mundo de una niña; la alimentan desde sus primeros días con leche de coco, y le dan por cuna un miserable montón de hojas. Supeditada siempre á sus hermanos varones, que monopolizan las caricias paternales, cuando la sabia Naturaleza, más solícita y clemente, le da las necesarias fuerzas, vese obligada á ayudar á su madre, no sólo en los trabajos domésticos, sino también en las faenas agrícolas.

Entretanto, los hombres permanecen en la llamada *casa grande*, edificio que no falta en ningún pueblecito, y siempre el mejor, de propiedad y usufructo común, residencia de las mujeres robadas al enemigo, las cuales siguen la misma suerte y condición que la finca por ellas habitada.

Al cerrar la noche, y particularmente las de luna, aquellos seres abyectos, que, olvidando el hogar doméstico, han pasado el día en la *casa grande* rodeados de sus favoritas, se dirigen al bosque, y se entregan á bailes desenfrenados, especie de simulacros de combate, saltando como si esgrimiesen la azagaya ó la lanza contra enemigos invisibles, hasta que, aturdidos, y cediendo á la fatiga, dan con sus cuerpos en tierra.

Sus ideas religiosas se limitan al culto de los muertos, creyendo que las almas de éstos vagan por el bosque y se ponen en comunicación con el gran sacerdote ó *medium* conocido con el nombre de *Matsé-Mats*, especie de anacoreta, objeto de general veneración, que vive en lo más intrincado de la selva, evocando espíritus, según dice, para implorar su protección y ayuda.

Por los restos de las magníficas murallas de piedra que se encuentran en Tomil y Goror se deduce que la isla estuvo habitada por una raza superior á los actuales pobladores. Son éstos, al parecer, oriundos de japoneses mezclados con los antiguos *papuas* ó *negritos*. La población total de Yap asciende á 9.000 habitantes, divididos en 107 pueblecitos. Tiene cada uno un cacique ó régulo, independiente, á quien llaman *pilum*: sus dominios no pasan muchas veces de un kilómetro cuadrado, y sus vasallos de un par de docenas.

En las expediciones entre los pueblos de la costa los naturales emplean pequeñas naves, llamadas *bintas*, toscamente labradas y de una sola *batanga;* en su manejo, sobre todo á la vela, demuestran habilidad suma y destreza notable.

Muy contados son los europeos que residen en la isla, fuera del elemento oficial: el establecimiento de aquéllos data de veinte años, en cuya época el coco tenía gran precio en los mercados europeos, asiáticos y australianos. Entonces debieron realizarse pingües beneficios, pues los naturales daban de dos á cinco toneladas de *cupra*, cuyo valor no bajaría de cien pesos, en cambio de un fusil que podía adquirirse en Europa por ocho ó diez. Ahora ha bajado notablemente el precio del indicado artículo, y además es muy difícil cambiarlo por fusiles ó por aguardiente, porque las autoridades españolas, con laudable intención, prohiben severamente la venta á los naturales de los primeros, y ponen cortapisas á la introducción del segundo.

(2) El *buyo* se compone del fruto de la bonga mezclado con cal y envuelto en hojas de betel.

La producción del coco en Yap se calcula próximamente en 600 toneladas anuales, siendo tres las casas extranjeras dedicadas al comercio de su exportación.

***

Componen actualmente la misión católica de la isla tres Padres Capuchinos é igual número de hermanos. Grandes son las dificultades con que luchan estos religiosos que, con santo celo y arrostrando todo linaje de penalidades, recorren aquellas salvajes regiones propagando el Evangelio entre gentes más incultas que la misma naturaleza. La primera de todas, ó sea el medio de poseer la lengua de los naturales, la ha resuelto á fuerza de asiduo trabajo uno de los misioneros, escribiendo la gramática del dialecto de Yap. Gracias á su conocimiento, Fray José, acompañado de un lego, pudo visitar una parte de la isla y establecer una misión en un sitio llamado San Francisco de Goror, bastante lejano por cierto de la capital, y convertir al cristianismo al *pilum* ó reyezuelo de la comarca y á todos sus súbditos. Aquél y algunos de éstos han aprendido también á leer y escribir en castellano.

La obra de la conversión y de la cultura adelanta, sin embargo, lentamente en los demás pueblos, incluso los inmediatos al campamento de Reina Regente, á pesar del celo, solicitud y perseverancia de los virtuosos Padres á quienes está confiada la noble y pacífica conquista de la isla para la religión y la patria. El carácter apático é indolente de los indígenas, que les hace mirar con desdén todas las innovaciones; la falta absoluta de necesidades, que no despierta en ellos las energías de la lucha por la existencia; el temor de perder sus costumbres licenciosas, de que da un repugnante ejemplo la existencia de las *casas grandes*, y otros que omito, acaso más repulsivos, son causa de que las autoridades españolas y los misioneros no hayan conseguido aún reducir á todos aquellos insulares á la vida de los pueblos civilizados; pero esta es obra que sólo puede realizar el tiempo, sobre todo si no falta en el porvenir la solícita protección que el Sr. Weyler, digno é ilustrado Capitán general de las islas Filipinas, dispensa ahora á la naciente colonización del Archipiélago carolino.

NILO MARÍA FABRA.

ADVERTENCIA.

El considerable número de originales literarios adquiridos por esta Dirección, y el escaso espacio que dejan disponibles las secciones fijas que tiene establecidas LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, la obligan á suplicar nuevamente á las muchas personas que anuncian el envío de nuevos escritos se abstengan de hacerlo, á fin de evitarse inútiles molestias, y á la Dirección la contrariedad de tener que archivarlos por un tiempo indeterminado.

No se devuelven originales, ni se responde de los que, á pesar de la presente *Advertencia*, se remitan á la Redacción.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Cant á la Llauradora Valenciana, poesía llemosina de Francesch Barber y Bas. Esta composición fué premiada en los Juegos florales celebrados por *Lo Rat Penat*. Valencia, 1889.

Nebulosa de Colón, según observaciones hechas en ambos mundos; indicación de algunos errores que se comprueban con documentos inéditos, por D. Cesáreo Fernández Duro, de la Real Academia de la Historia. Este eruditísimo académico sigue con su laudable afán de disipar con la luz de la verdad no pocas nieblas de la historia patria, y en el libro que anunciamos, todo él relativo al insigne descubridor de América, examina con imparcial criterio las obras modernas de los Sres. Harrisse y Peragallo; hace atinadas observaciones acerca de la *nebulosa* en los Estados Unidos de América, en la América española y en España; dilucida con claridad las cuestiones referentes á la patria y á la casa mortuoria de Colón, y transcribe interesantes documentos inéditos. El libro *Nebulosa de Colón* será objeto de estudio para las personas ilustradas de España y de América. Elegante volumen de 284 págs. en 8.º, que se vende, á 3 pesetas, en las principales librerías, y en la Administración de La Ilustración Española y Americana, Madrid (Alcalá, 23, principal), á donde se diririgirán los pedidos de provincias.

Higiene y Economía, por D.ª Mariana Alvarez B. Carretero, maestra de una de las escuelas municipales de Burgos. Concienzudo resumen del *Catecismo de Higiene y de Economía domésticas* escrito por el padre de la autora, y aprobado por el Consejo de Instrucción pública para texto en las Escuelas normales de Maestras y en las de primera enseñanza. Está ilustrado con algunas viñetas y una linda portada al cromo por D. Isidro Gil. Diríjanse los pedidos al editor, D. Santiago Rodríguez Alonso, Burgos (Pasaje de la Flora, 12).

La Legislación portuguesa contemporánea, estudios de legislación comparada, por don Rafael María de Labra. Es el tomo XXII de la *Biblioteca Andaluza*, y se vende, á 1,50 pesetas, en la Administración de la misma, Madrid (Obelisco, 8).

El Porvenir Industrial, Sociedad benéfica: *Memoria* leida en el acto de la inauguración solemne de dicha Sociedad por el secretario primero de la Junta de gobierno D. Eduardo Muñoz, en 28 de Abril de 1890.—También hemos recibido un ejemplar del *Recuerdo de la inauguración del Dispensario de Alfonso XIII*, de dicha Sociedad, escrito por el director del mismo *Dispensario*, Dr. Calatraveño. —Madrid, 1890.



SRTA. D.ª MARÍA LUISA GUERRA,

DISTINGUIDA PIANISTA ARGENTINA.

Aventuras de cuatro mujeres y un loro, por A. Dumas, hijo; traducción de D. Torcuato Tasso y Serra. Dos tomos de 238 y 221 páginas en 8.º—Precio: 2 pesetas. Diríjanse los pedidos al editor, D. Luis Tasso, Barcelona (Arco del Teatro, 21 y 23).

Nociones de Geografía para uso de los *niños en las escuelas de primera enseñanza*, por don Enrique Velasco y Almarza, profesor de instrucción primaria. Obrita que se recomienda á los señores profesores por su estilo sencillo y lacónico. Forma un volumen de 117 páginas en 8.º, y se vende, en Toledo, librerías de los Sres. Jando, Lara y Menor, hermanos, al precio de 75 céntimos de peseta ejemplar, y 7,80 pesetas docena. Diríjanse los pedidos al autor (Dos Codos, 5).

Anuario fotográfico hispano-americano *para* 1890. Este útil libro ha de tener gran éxito entre los fotógrafos y los hoy tan numerosos aficionados á la fotografía. Forma un volumen de cerca de 300 páginas y contiene listas de los fotógrafos hispano-americanos, de las sociedades y periódicos fotográficos, etc. Su precio es 2 pesetas en rústica y 2,50 encuadernado en tela á la inglesa, dirigiendo los pedidos á la librería de D. Fernando Fe, Madrid (Carrera de San Jerónimo, 2).

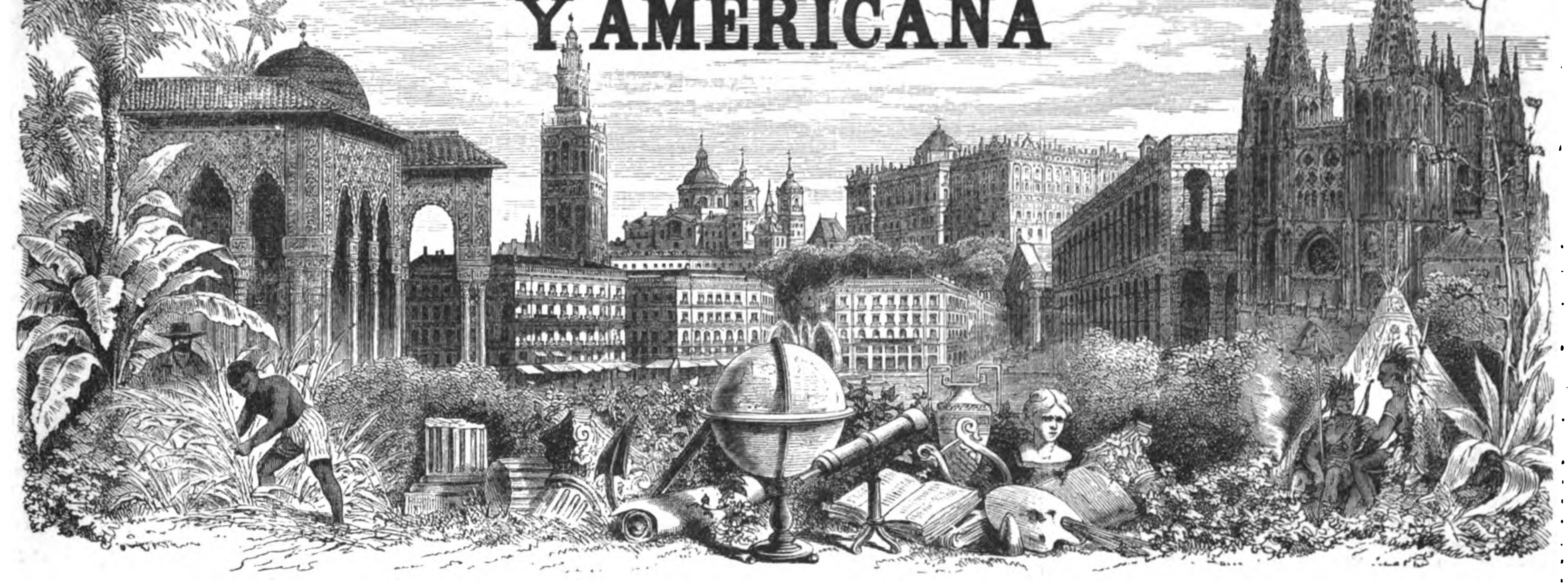
Lo disperso, por D. Vicente Bas y Cortés. Un volumen de cerca de 300 páginas en 8.º, donde aparecen coleccionados varios discursos y algunos artículos importantes del autor. Véndese, á 3 pesetas, en las principales librerías, y en casa del señor Bas y Cortés. Madrid (Atocha, 25, tercero izquierda).

El Pro y el contra, paradojas, por D. Antonio María del Valle y Serrano, marqués de Villa-Huerta. Ingeniosísimo trabajo, muy bien pensado y bien escrito: al lado del *pro*, aparece el *contra;* frente al sabio, el ignorante; frente al soberbio, el humilde, etc. Hay en ese libro retratos y tipos para todos los gustos. Véndese en las principales librerías.

Resumen clínico de los enfermos tratados y de las operaciones practicadas durante once años, en Madrid, por el doctor A. de la Peña, médico-oculista, ex jefe de Clínica del doctor Wecker, etc. Un folleto muy curioso, ilustrado con algunos grabados y fotograbados. Véndese, á una peseta, en casa del autor, Madrid (Alcalá, 6).—V.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias...........	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero..........	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XVIII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Mayo de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas..	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

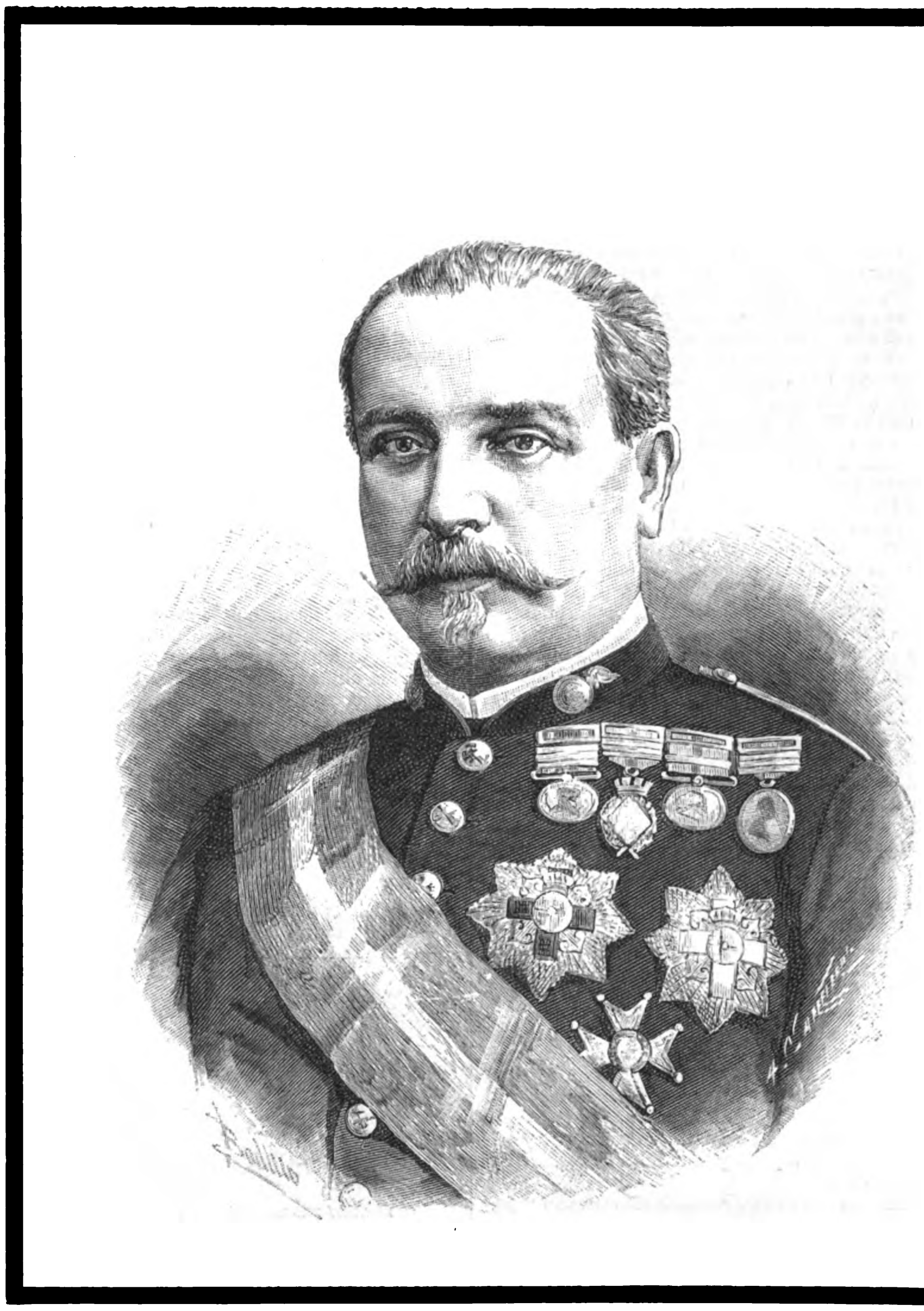
SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

CARIDAD y resignación. Este es el fundamento moral que el venerable León XIII propone á pobres y ricos, grandes y pequeños, proletarios y poderosos, para resolver el problema del trabajo; con lo cual dice á los desheredados: no codiciéis los bienes ajenos, y manda á los de arriba no sólo no abusar de la desgracia, sino pensar en ella, preocuparse de la miseria y tener menos apego á la riqueza que han de abandonar en su último viaje. ¿Quién duda que esto resuelve radicalmente la cuestión en una sociedad verdaderamente cristiana? Pero ¿lo es la nuestra, en realidad? En una de nuestras crónicas anteriores exponíamos la creencia de que las misiones que se envían para evangelizar los países salvajes no hacen menos falta en el fondo de las sociedades que llamamos cultas, y en las cuales reconocemos y admiramos toda clase de adelantos, pero donde faltan los principales elementos de cohesión social, que son las bases religiosas y morales. Y faltan de tal modo, que muchas veces hemos dudado si, en moral práctica, nos llevan ventaja á los europeos algunos pueblos salvajes.

Un folleto que acaba de publicarse viene á resucitar el viejo, pero siempre oportuno, lamento en favor de los profesores de primeras letras. Triste es la situación de los obreros que viven de un jornal; pero es peor la de los maestros de escuela, á quienes se les asignan míseros jornales y no se les paga, hasta el punto de que haya recorrido toda la prensa una frase de tan amarga y sublime sencillez que llega al alma. Dice el maestro de Canjayar, don José Campani: «Hace veinticuatro años que sirvo la enseñanza con religiosa exactitud, y en ellos he sufrido más para cobrar mi pobre sueldo que para ganarlo.» ¿Quién no ve á través de esa resignada y triste frase toda una vida de escasez y de trabajo, las necesidades acumulándose sobre una familia, los acreedores llenos de razón y de exigencias, y el maestro buscando recomendaciones, haciendo cortesías, humillándose para cobrar su paga, y tomándola al fin como quien recibe una limosna?

Malo es ser jornalero; pero ¿qué dirán de ese estado los maestros que salen á cavar ó llevar espuertas de tierra para mejorar de situación? Un idioma que cuenta entre sus modismos una frase como la de «tener más hambre que un maestro de escuela», posee en ella un padrón de ignominia. Y no es lo peor de todo la cifra á que asciende lo que se



EXCMO. SR. D. MANUEL CASSOLA Y FERNÁNDEZ,

TENIENTE GENERAL, DIPUTADO, EX MINISTRO.

Nació en Hellín (Albacete), en 1838; † en Madrid, el 10 del actual.

debe á los maestros, sino la consecuencia que de ella se desprende, ó sea el poco aprecio en que se tienen las funciones del magisterio y la necesidad de la enseñanza. ¡Instrucción para los de abajo! piden los reformadores. Enseñanza obligatoria y gratuita: este es el *summum* del progreso intelectual. Pero entendámonos: esto de la enseñanza gratuita ¿significa que trabajen de balde los maestros?

Entre las diversas formas que tiene la desgracia, entre las clases más necesitadas, establecemos las siguientes gradaciones:

Obreros que trabajan mucho y ganan poco.

Los que no encuentran trabajo.

Maestros que trabajan y no cobran.

«Sabrás, escribía un maestro á otro, que he tenido que cerrar la escuela y salir á pedir limosna: soy un mendigo.»

Y el otro maestro contestó: «Veo que has mejorado: te felicito por el ascenso.»

La cuestión social es un problema difícil: la cuestión de los maestros es una vergüenza.

⁂

Si la muerte es una lección continua para nosotros, pocos casos tan elocuentes como el fallecimiento inesperado del general D. Manuel Cassola, para advertirnos del escaso valor de las altas posiciones. Hace muy pocos días, era el teniente general Cassola el hombre de quien esperaban su triunfo los adversarios del Gobierno, y en quien fiaban su porvenir y sus aspiraciones los que se habían alistado en su partido: era uno de los oradores que se hacían escuchar en el Congreso, si no por su elocuencia, ponderada con exceso, porque se expresaba fácilmente y con serenidad, é inspirando inquietud ó esperanza á éstos y aquéllos, sus palabras tenían la importancia de actos futuros, que convenía averiguar. La elocuencia en parlamentos fríos que no se dejan convencer ni conmover, es un adorno para el recreo de los ánimos en sesiones que podrían llamarse literarias. No era el general Cassola el orador de esas sesiones; pero al anuncio de un discurso suyo, los bancos y las tribunas se poblaban de políticos, ávidos de escuchar declaraciones y hacer cálculos. Era un hombre vigoroso que representaba una fuerza política poco definida y con el prestigio del misterio, fuente de esperanzas y motivo de recelos.

En el general Cassola vemos dos hombres diversos: el militar, de hoja de servicios honrosísima, de vida activa, llena de trabajos y peligros, y el político. El primero sólo nos merece alabanzas: el segundo ha desaparecido en el momento en que empezaba á revelarse. ¿Tenía una misión de paz, ó perturbadora? No hemos podido resolver esta duda, aunque nuestro ánimo, hablando con sinceridad, se inclinase á los temores. Y para abrigar esas sospechas, no nos guía otra consideración que el interés de la patria: amamos para ella todo lo que une: tememos todo lo que engendra divisiones.

Ha muerto con el general Cassola algo más que un jefe del ejército: una energía que bien aplicada hubiera prestado grandes servicios; que mal dirigida hubiera acarreado muchos males: los reformadores y los trastornadores son de una misma calidad, y la diferencia consiste en la aplicación que se da á la fuerza de que están dotados. El enigma ha quedado sin descifrar.

Por su edad, ha muerto á los cincuenta y dos años: por el partido que le seguía y su posición parlamentaria, sobre todo en el actual Congreso, parecía estar empezando su historia de caudillo político-militar, cuando ya se hallaba herido de muerte por una enfermedad del corazón que terminó en pocos días su existencia. Rico, adulado, en vísperas de ascender á la categoría de personaje histórico, á la manera de los O'Donnell y Narváez, habiendo tenido hasta la rara suerte de obtener para sí y sus más íntimos amigos el codiciado premio grande de una lotería de Navidad, ni siquiera ha podido habitar el hotel que hacía construir para su vivienda. Hay algo de abortado en esta muerte inesperada y que infunde doble tristeza: la que se siente ante la desaparición de un hombre notable antes de que se cumpla su destino.

¡Qué ajenos nos hallábamos al escribir la crónica anterior de que en la inmediata haríamos estos párrafos necrológicos, después de haber visto conducido en hombros de oficiales el féretro del general Cassola, precedido de una cureña cubierta de flores y seguido de un largo cortejo de militares y políticos, entre la muchedumbre, que saludaba tristemente!

⁂

El acontecimiento popular de estos días ha sido la retirada de la vida pública hecha solemnemente por el célebre matador Salvador Sánchez, ó *Frascuelo*.

Decidan otros la categoría é importancia de estas reputaciones: el cronista las acepta, y se limita á consignar el triunfo del diestro. Desde luego merece algo todo aquel que sobresale en el arte que elige, y mucho más si ese arte es tan aplaudido y pagado como el de matar toros. En los anales de éste quedará como fecha memorable la del último lunes, en que *Frascuelo* abdicó su soberanía popular cortándose la coleta, repartiendo como reliquias las prendas de su traje de torero, y entregando á *Guerrita* la espada y la muleta con que lidió y mató su último toro.

Hace veinticinco años era *Frascuelo* un obscuro y pobre oficial de papelista, que pedía un capote prestado para aprender á torear. Hoy se retira á la vida privada rico, famoso y vitoreado.

El arte del matador tiene, entre otros, el mérito de ser puramente personal. En los demás cabe la intriga, pero no en lo que todo el mundo ve en medio de la plaza. La posición de *Frascuelo* se la ha formado él mismo con su destreza y esfuerzo propio.

No tenemos la erudición taurina suficiente para afirmar, como creemos, que este caso de retirarse triunfalmente en la plenitud de sus fuerzas y de su fama, es único en la historia del toreo. *Frascuelo* no ha querido exponerse á ser testigo de su decadencia. Ha preferido caer en la obscuridad gallardamente.

En la función de despedida, todos le obsequiaron haciendo habilidades. *Badila*, ese picador que canta y representa, banderilleó á caballo, á la mejicana: cuando vimos á Ponciano Díaz hacer esa bonita suerte, presentimos que nuestro arte nacional la adoptaría, y vemos que nos engañábamos.

Frascuelo salió de la Plaza luciendo por última vez el traje corto, y aclamado por sus admiradores. Dejaba de ser hombre público para ser padre de familia. Ya puede, si quiere, asegurar su vida en *La Equitativa*, ó en alguna sociedad del mismo género, sin pagar exceso de prima.

⁂

No intervendremos en asuntos particulares, refiriendo la historia de un coche misterioso, desde el cual se vigilaba una casa para recuperar un niño que se disputaban un padre y una madre. El niño fué al fin depositado, y no nos gusta ocuparnos de intereses privados y disputas de familia. Pero es el caso, según la fama cuenta, que uno de los que vigilaban iba provisto de un aparato de fotografía instantánea, para tomar la imagen del niño y del que le condujera, si se lograba descubrirle. Y esto tiene importancia, por ser una aplicación de esos aparatos á la administración de justicia.

Nada más difícil que probar á los timadores y otros criminales cierta clase de delitos, aun sorprendiéndolos *infraganti*. Pero si los agentes de la ronda secreta estuvieran provistos de esas máquinas, los criminales dejarían presa en ella su figura en el acto de robar, herir ó cometer alguna picardía. El agente seguiría al criminal con la máquina dispuesta, y le retrataría con las manos en la masa. Cuando el ladrón negase su delito, le contestaría la justicia: «Es inútil; tenemos contra usted pruebas fotográficas.» Con esto y con que declarasen ante el fonógrafo, se haría una verdadera revolución en el procedimiento criminal.

⁂

La nueva empresa de los Jardines del Retiro ha contratado al maestro Farbach, presentándole á la prensa madrileña, que sólo de reputación le conocía: los periodistas fueron agasajados con un *lunch*, y tuvieron el gusto de estrechar la mano del popular compositor que dirigirá los conciertos en aquel sitio agradable.

M. Farbach no es un extraño para nuestro público: muchos de sus valses y polkas han pasado la frontera, y los sabemos de memoria. ¿Quién no ha tarareado esa polka ligerísima titulada *Le verre en main*? ¿Creéis no conocerla? Pues es imposible que no la hayáis oído en esta forma:

Tengo un niño chiquitín
Que se llama Nicolás.....

No menos familiares que éste son para nuestros oídos otros aires del célebre maestro, á quien damos la bienvenida en estas líneas.

⁂

Casi todos los periódicos de Madrid han celebrado las *Conferencias culinarias* que, en forma de folleto, publica el conocido escritor D. Angel Muro. Un periodista que sabe asar, freir y hacer salsas, adquiere para nosotros una categoría especial entre las gentes del oficio. Nos humillamos ante esa ciencia, que tiene secretos que no sospechábamos siquiera. Leyendo esos libritos, hemos sabido el arte de hinchar las patatas al freirlas; hasta ahora sólo sabíamos comerlas: estábamos en el caso del niño que no se explicaba por dónde metían el hielo dentro de las botellas, é ignorábamos cómo se introducía el gas dentro de un pedazo de patata. En esas *Conferencias* hemos aprendido que en ciertas fondas se hace una tortilla de dos huevos, suprimiendo una yema para aprovecharla en otro guiso, y cómo con dos medios lenguados sobrantes de dos platos se construye un lenguado entero, y, en fin, el arte de escribir en forma elegante el *menu* de una comida compuesta de sopa de fideos, sota, caballo y rey, y queso manchego; esta es la fórmula:

Vermicelle à la Royale.
Valet de carreaux.
Dame de pique.
Roy de trèffles.
Fromage Sainte-Croix de Mudela.

⁂

—Mamá, ¿es sordo el teléfono?
—¿Por qué lo preguntas, niño?
—Porque le estás hablando á gritos.

—¿Tú en la Exposición, cuando pasas la vida en la taberna?
—Viendo estas estatuas me considero entre los míos; siempre he sido aficionado á la gente de bronce.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. MANUEL CASSOLA Y FERNÁNDEZ,

teniente general, diputado á Cortes, ex ministro.

A la una de la madrugada del 10 del actual murió en esta corte el Excmo. Sr. D. Manuel Cassola y Fernández, teniente general, diputado á Cortes y ex ministro de la Guerra.

Su historia militar señala treinta y ocho años de brillantes servicios y merecimientos; pero su historia política, que comenzó hace pocos, contiene páginas que son lauros esplendentes: sus proyectos de reformas militares, sus elocuentes discursos parlamentarios, su influencia preponderante en el movimiento de los partidos, y el principal de todos, su conquista de la opinión pública, que, «cansada de ministros que hablan mucho (como ha escrito *El Liberal*, aunque adversario político suyo), pero que no hacen nada, se puso resueltamente á su lado.»

Nació el Sr. Cassola (cuyo retrato damos en la plana primera) en Hellín, provincia de Albacete (no en Murcia, como han dicho algunos periódicos), el 27 de Agosto de 1838, no habiendo cumplido todavía, por lo tanto, cincuenta y dos años; entró como cadete en el Colegio de Infantería de Toledo en Diciembre de 1852, ascendiendo á subteniente, por reglamento, en Junio de 1856, y recibió su bautismo de fuego en esta corte, en los combates librados en las calles los días 16, 17 y 18 de Julio de dicho año, mereciendo por su bizarría la cruz de San Fernando de primera clase; ascendió á teniente, por antigüedad, en Agosto de 1857, y fué destinado, á su instancia, al ejército de Cuba, para formar parte de la división expedicionaria del general Prim á Méjico, en 1862; pasó después á la isla de Santo Domingo, y concurrió al ataque y ocupacion de Santiago de los Caballeros, retirada de Puerto Plata, acciones de San Cristóbal, Baní y Azúa, asalto y defensa de Monte Christi, y otros notables hechos de armas, obteniendo por recompensa de sus servicios el grado y luego el empleo de capitán; ejerció por espacio de tres años el cargo de profesor de Geometría y Topografía en la Academia militar de la Habana, y cuando estalló la insurrección de Yara y comenzó la mortífera campaña de Cuba, movilizó una pequeña fuerza de voluntarios con el nombre de *Primera guerrilla volante* (que fué en cierto modo la base de los batallones de voluntarios cubanos, que tanta gloria supieron conquistarse en aquella rudísima campaña), y al frente de ella concurrió á multitud de operaciones militares, casi diariamente, como los hechos de armas de la Mercedes, Santa Gertrudis, Sancti Spíritus, Meloncitos y otros, hasta que cayó enfermo de gravedad, hallándose en la línea de vanguardia de la trocha militar de Morón al Júcaro, y regresó á la Península en Diciembre de 1871, con el empleo de teniente coronel y placa roja del Mérito Militar.

Destinado al regimiento infantería de Cantabria, pasó á las provincias del Norte en Diciembre de 1872, y le cupo la suerte de combatir contra las primeras partidas carlistas que se alzaron en armas en Navarra, sosteniendo bizarramente el combate del puente de Lacunza, el 29 del mes citado, por cuyo buen éxito fué ascendido al empleo de coronel, concurriendo luego á otras acciones de importancia, hasta que enfermó en Mayo de 1873, y regresó con licencia á Madrid; desempeñó entonces las comisiones de director del parque de Artillería de esta capital y miembro de la Junta organizadora del ejército, obteniendo por sus buenos servicios la placa blanca del Mérito Militar; al frente del regimiento de Galicia asistió al sitio de Cartagena, desde las operaciones preliminares hasta la rendición de la plaza en 13 de Enero de 1874; operó después con el mismo regimiento, en Cataluña y en el Norte, asistiendo á los combates de Somorrostro hasta ocupar el caserío de Montellano, facilitando así la comunicación entre los cuerpos de ejército del Marqués del Duero y Duque de la Torre, y ocupando luego las posiciones de Triano y Galdamés, que decidieron la retirada de los carlistas en 1.º de Mayo, y la entrada del ejército de la nación en Bilbao el 2; ascendido á brigadier por méritos de guerra, fué nombrado jefe de la primera brigada de Vizcaya, y al frente de una columna sorprendió al pueblo de Munguía, y sostuvo un reñido combate entre Urbe y Legina el 9 de Julio; mandando luego la segunda brigada, ocupó el pueblo de Algorta y dirigió los hechos de armas de Nocedal, Monte Curendi, Berango y otros; obtuvo en seguida el mando de la brigada de operaciones de Guadalajara, y después otra del ejército del Centro, y concurrió á los combates de Campillo de Alto Buey, Huélamo y Muela de Chert, sitio y rendición de Cantavieja, acciones de Sanahuja, Montanicell, Torá, Ardévol y Tremp; pasó con su brigada á Navarra y ocupó á Oteiza y Monte Esquinza, y habiendo sido nombrado comandante general de la división de Vizcaya en Enero de 1876, contribuyó al buen éxito de los combates librados en las posiciones de Santa Agueda y en Elgueta, obteniendo por tan brillantes servicios las gracias de Real orden.

En Octubre del mismo año partió segunda vez para Cuba, nombrado comandante general de las Villas Occidentales, asumiendo en Abril del siguiente el mando civil y militar del departamento Central de la Isla, y por la persecución incesante que hizo á los rebeldes, dirigiendo personalmente combates y operaciones militares de importancia, pidieron aquéllos una tregua ó suspensión de hostilidades, precursora de la paz general; confiriósele el empleo de teniente general en 9 de Mayo de 1878, y la capitanía general de Granada en Marzo de 1879; Cartagena le eligió diputado á Cortes, y el Gobierno de S. M. el rey D. Alfonso XII le nombró, en Agosto de 1883, director general de Artillería; en Marzo de 1887 reemplazó al general Castillo en el alto cargo de ministro de la Guerra, en el Gabinete presidido por el Sr. Sagasta, y desde su salida del Ministerio, en 1889, residía en Madrid en situación de cuartel y como diputado á Cortes por Cartagena.

La patria ha perdido un hombre eminente; el ejército, un general ilustre; las armas generales, un campeón insigne, un genio reformista que todos reconocían y admiraban, aun los mismos adversarios de sus proyectos, por unos rudamente combatidos y por otros con fervoroso entusiasmo defendidos.

Con razón decía un ilustre hombre político, después de leer el último parte facultativo referente á la malhadada enfermedad del Sr. Cassola:

—¡Qué lástima de hombre! Su muerte es una desgracia nacional.

El entierro del cadáver, que se verificó el día 11, ha revelado magníficamente las grandes simpatías que el general Cassola se había conquistado, no sólo en el ejército español, sino en los partidos políticos y en todas las clases de la sociedad, figurando en el acompañamiento los Ministros (menos el de Marina, por estar enfermo) con su Presidente, grandes de España y títulos de Castilla, altos dignatarios de la corte y del Estado, generales, jefes y oficiales del ejército, senadores y diputados, periodistas, etc., y representantes de todos los partidos, incluso del republicano y el carlista.

A las once de la mañana partió de la calle de Goya la fúnebre comitiva, por este orden:

Piquete de Guardia civil y sección de Artillería; los dos caballos que solía montar el general, con arreos de campaña; piquete de infantería, con bandera enlutada y armas á la funerala; carroza negra tirada por ocho caballos con gualdrapas de terciopelo negro y galones de oro, que llevaba numerosas coronas; armón enlutado, y lleno de numerosas coronas de flores; el féretro, en hombros de ocho jefes y oficiales del ejército, que eran relevados por otros, alternativamente; el duelo, presidido por el Capitán general del distrito, el director espiritual y los sobrinos del Sr. Cassola, siguiendo el Ministerio, con el señor Sagasta, y comisiones y representantes de las Cámaras, de la milicia, de la prensa, de las artes, de todas las clases sociales; continuaban fuerzas de infantería, caballería y artillería, rindiéndose al difunto los honores debidos á capitán general de ejército, según Real decreto publicado en la *Gaceta de Madrid* del mismo día 11; cerraban la marcha más de cien carruajes.

La comitiva siguió por las calles de Serrano, Alcalá, Puerta del Sol, Mayor, Cuesta de la Vega y Puente de Segovia al ce-

menterio de la Sacramental de San Justo; toda la carrera estaba ocupada por innumerable gentío; la guardia del Ministerio de la Guerra formó delante de la verja, presentando las armas y tocando una marcha fúnebre las cornetas; desde los balcones del Círculo Cooperativo Militar, calle de Alcalá, los socios arrojaron flores sobre el féretro.

Las coronas, todas preciosas, eran dedicadas por la inconsolable viuda, los sobrinos, los ayudantes, los jefes y oficiales de varios cuerpos de infantería y caballería, la redacción de *El País*, los amigos políticos y particulares del finado.

A la una de la tarde recibió cristiana sepultura el cadáver del que fué general Cassola, y el acto fúnebre terminó con las descargas de ordenanza por las tropas de la escolta y una salva de quince cañonazos.

Descanse en paz.

Nuestro grabado de la pág. 300 (dibujo del natural, por Comba) representa diversos episodios del entierro, indicados al pie del grabado con sus correspondientes epígrafes.

***

APERTURA DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES.

En la tarde del 5 del corriente se verificó la solemne apertura de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890.

Desde las dos era grande la animación en los paseos que se dirigen hacia el Palacio de la Industria y de las Artes, por los numerosos carruajes que conducían á los invitados oficiales, y próximamente á las cuatro llegaron á las puertas del edificio S. M. la Reina Regente y S. A. R. la infanta D.a Isabel, en lujoso coche á la gran Daumont, siendo recibidas en el vestíbulo por los Sres. Presidente del Consejo y Ministros de Fomento, Estado, Gracia y Justicia y Hacienda, altos dignatarios de la Corte y del Estado, comisión del Jurado y varios eminentes artistas.

En el salón de la rotonda, severamente decorado con magníficos tapices, alzábase el estrado regio, y después de tomar asiento las augustas señoras, dióse principio al acto oficial de la apertura é inauguración del concurso artístico: ejecutóse la marcha Real, y los alumnos y alumnas de la Escuela Nacional de Música y Declamación cantaron el precioso himno titulado *La Gloria del arte*, letra del malogrado académico D. Antonio Arnao y música del ilustre y respetable maestro D. Emilio Arrieta; y en seguida S. M. la Reina ordenó al Sr. Ministro de Fomento que declarase abierta, en nombre de S. M. el rey D. Alfonso XIII, la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890.

Acto continuo, S. M. y S. A. R., acompañadas de los señores Ministros y altos dignatarios, dirigiéronse á visitar los salones, deteniéndose ante los cuadros y esculturas más notables, y manifestando repetidas veces el vivo interés que las anima por los progresos y el esplendor del arte patrio.

A las seis de la tarde retiráronse las augustas señoras al Real palacio.

Asistieron á la solemne ceremonia numerosas damas de la Reina, como las Sras. Duquesas de Medina Sidonia, Alba, Sessa, Infantado, Bailén, Veragua y otras; los individuos del Cuerpo diplomático, inclusos los representantes de Turquía y del Celeste Imperio; altos funcionarios, representantes de la prensa periódica, artistas, etc.

A esta solemnidad se refiere nuestro grabado de la pág. 301, según dibujo del natural, por Comba, que representa el pórtico del edificio á la llegada de los invitados oficiales, y el acto en que S. M. la Reina y S. A. R. la Infanta, después de la declaración oficial de la apertura, se dirigen á visitar los salones.

***

BELLAS ARTES.

Floreal, cuadro de Aublet.—*El Café en el terrado*, cuadro de Duez.—*Canción sin palabras*, cuadro de Adolfo Lius.

El *Salón* parisiense se ha dividido este año en dos exposiciones de Bellas Artes: una, que se inauguró el 1.º del corriente en el Palacio de la Industria, con numerosas obras (solamente los cuadros al óleo ascienden á 2.480) presentadas por artistas que siguen al eminente M. Bouguereau, y entre ellos Flandrin, Bastien-Lepage, Maignan, Benjamín Constant, Henri Martín, Julio Lefebvre, Eduardo Detaille, Cormon, Flameng y otros; otra, que precisamente se inaugura hoy, 15 de Mayo, en el palacio del Campo de Marte, con las obras presentadas por artistas partidarios del no menos eminente M. Meissonier, entre los que figuran Carlos Durán, Puvis de Chavannes, L'Hermite, Roll, Duez, Aublet y otros muchos.

En esta última *mitad* del *Salón* parisiense aparecen expuestos los cuadros que reproducimos en las págs. 304 y 305.

El primero es original de M. Aublet, y se titula *Floreal*, poética escena en un parque, la víspera de la festividad del Corpus: la señora del *château*, rubia, enlutada y graciosa, á quien acompañan algunos amigos y sus doncellas de cámara, corta las flores que esmaltan los frondosos rosales, y las deja caer en la canastilla que sostiene con ambas manos su hija, preciosa niña que las contempla con inocente regocijo; flores destinadas á formar vistosos *bouquets* y frescas guirnaldas, para ornar las andas de la custodia ó caer deshojadas sobre el bordado palio.

El segundo, cuyo título es *El Café en el terrado*, es original de M. Duez, nombre ya conocido de nuestros lectores: escena de costumbres de veraneo, á orillas del mar, en Villerville, en primer término, vese á un matrimonio que toma el café sobre el terrado del hotel, ella en actitud de apurar su taza, y él fumando y leyendo su periódico; al fondo aparecen las ventanas del piso bajo de la casa, entre espeso follaje y guarecidas por verde parra; á la derecha hay una madre, tendida en *chaise-longue* y bajo el doselete de una silla de playa, que recibe las caricias de su hijo, gallardo marinerito, y cuida del pequeño, que está sentado en el suelo, jugando con la amarillenta arena; á lo lejos, por encima de la empalizada del hotel, se extiende el ancho mar y se descubre un cielo diáfano y sin nubes.

Nuestros grabados han sido hechos, sobre fotografía directa, por Carlos Baude.

¡Qué simpático asunto el del cuadro de Adolfo Lius, que reproducimos en el segundo grabado de la pág. 308!

La escena es en una aldehuela alsaciana; tres niñas y tres niños, cogidos de las manos, avanzan de frente por la carretera, cantando y riendo; van los mayores con marcial paso, y el más pequeño cae al suelo, y llora compungido; dos rechonchos gansos, asustados del infantil griterío, caminan torpemente delante de la comparsa, lanzando estridentes graznidos, que aumentan los discordantes ecos de aquella *Canción sin palabras*.

El fondo está admirablemente tratado: las casuchas de la aldea tienen verdadero carácter de localidad; el viejo que se ve en segundo término, sentado cerca de la empalizada y con un niño en brazos, revela en su actitud y en su expresión la envidia que siente al contemplar aquel grupo; á lo lejos aparece un carricoche, que pronto sembrará la dispersión entre los alegres niños.

***

EXCMO. SR. D. ELEUTERIO MAISONNAVE,

diputado á Cortes, ex ministro.

Otra víctima ilustre ha hecho en esta corte la implacable muerte, en la primera semana del mes corriente: el excelentísimo Sr. D. Eleuterio Maisonnave y Cutayar, ministro que fué de la Gobernación y de Estado, y actualmente diputado á Cortes por Alicante y director-propietario de nuestro colega *El Globo*, dejó de existir, después de breve y traidora enfermedad, en la mañana del 5 del actual.

El Sr. Maisonnave, cuyo retrato damos en la pág. 308, nació en Alicante, en 1841, y era hijo de muy distinguida familia; siguió con notable lucimiento la carrera de Leyes, y apenas llegado á la mayor edad fué elegido alcalde constitucional de Alicante; vino por vez primera al Congreso de Diputados en las elecciones generales de 1869, y entonces, como en las legislaturas sucesivas, manifestóse orador elocuentísimo, pensador profundo, republicano convencido é integérrimo, hombre de ideales conservadores, dentro de sus firmes creencias políticas; ministro de la Gobernación y luego de Estado, en la época de la República, prestó señalados servicios á la causa del orden, coadyuvando con entusiasmo á las patrióticas soluciones del Gobierno que presidía el Sr. Castelar, el insigne hombre de Estado que entonces la personificaba, y á quien le unía fraternal é inquebrantable afecto, contribuyendo juntos á la salvación de la patria; Alicante, que le amaba y consideraba como á uno de sus más preclaros hijos, no olvidará nunca la noble, generosa y bizarra conducta del Sr. Maisonnave en los días calamitosos del bombardeo por la escuadra de los cantonales.

En estos últimos años, ejerciendo siempre el cargo de diputado por su ciudad natal, era director del periódico *El Globo*.

Su cadáver, conducido á la estación del Mediodía, en la tarde del 6, presidiendo el duelo el Sr. Castelar, juntamente con el señor Sagasta y los hermanos del finado, fué trasladado en el tren-correo á Alicante, siendo allí objeto de grandiosa manifestación de duelo, y recibió cristiana sepultura en el panteón de familia, la tarde del 7.

Nos asociamos á la honda pena de sus desconsoladas hijas, huérfanas también de madre, y de toda su distinguida familia.

***

LA PEREGRINACIÓN ITALIANA EN ROMA.—(Véase el artículo *Las peregrinaciones á Roma*, del Sr. Conde de Coello, en el número XVI, correspondiente al 30 de Abril, pág. 271.)

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.

II.

Ya lo he dicho: no me propongo apreciar por menor las obras expuestas en el Palacio de Bellas Artes. Ni ¿cómo hacerlo aunque quisiera? La Exposición durará un mes: en ese tiempo LA ILUSTRACIÓN publicará cuatro números. Y ¿quién encierra en cuatro artículos el juicio de todos los trabajos que mal ó bien merecen fijar la atención del público? Harto se hará con señalar de corrida las virtudes y los vicios dominantes en este concurso, eligiendo los ejemplos más propios para demostrar las ventajas que proporcionan las unas y los inconvenientes que los otros acarrean.

La antigua división de la pintura en géneros ya no satisface á nadie, y menos desde que las recompensas se adjudican sin atender á semejante división. Ella ha sido causa de que en más de un caso hayan llevado segundas y terceras medallas cuadros que, aun perteneciendo á géneros considerados como inferiores, reunían sin embargo mayores méritos que otros favorecidos, por su índole, con superiores distinciones. Treinta años ha, la *Elección de modelo* hubiera valido á Fortuny un segundo premio en competencia con *Los Carvajales*, de Casado.

Prescindiendo, pues, de esa clasificación arbitraria, y necesitando abarcar en dos artículos toda la pintura, conviene dividir en dos grupos los cuadros expuestos: á un lado, todos aquellos en que la figura humana es el tema principal; á otro, todos cuantos prescinden de ella ó la presentan como objeto meramente accesorio.

Uno y otro grupo dan más motivo á la censura que á la alabanza. No hay cosa perfecta de tejas abajo; y esta verdad, bastante más antigua que las exposiciones de Bellas Artes, pocas veces ha tenido tan completa confirmación como en el caso presente. Contadas son las obras que al acierto en la elección de asunto reunen condiciones medianamente satisfactorias en su desempeño. Por regla general, donde hay pensamiento faltan manos, donde hay manos falta pensamiento. Y no pára en eso el mal: muchas veces suele echarse de menos el juicio necesario para sacar de cada tema todo el partido á que pudiera prestarse, aun sin entrar en pormenores de dibujo y colorido.

La elección de asunto: cosa fundamental. Para comprender toda su importancia, basta comparar dos obras donde las demás cualidades se hallan en razón inversa de ese indispensable requisito.

El cuadro titulado *Los Huérfanos* (núm. 158) está pregonando la inexperiencia de su autor, D. Fernando Cabrera Cantó. Dibujo, colorido, luz, todo deja algo que desear: en una palabra, cuadro de principiante. Pero ese principiante ha sabido escoger un tema esencialmente pictórico, y además lo ha presentado con tal claridad y con tal fuerza de expresión, que el espectador, sin necesidad de explicaciones ni comentarios, entra de lleno en la idea y en el sentimiento del artista. Aquel lecho vacío, deshecho, hundido, publica los largos sufrimientos del pobre cuerpo que no ha de volver á ocuparlo. El paño mortuorio, el candelero, la corona fúnebre, las flores marchitas esparcidas por el suelo, refieren el desenlace de aquel drama entre la vida y la muerte. La mezquindad del mobiliario y la pobreza de los trajes denuncian la complicidad de la miseria con la enfermedad. El llanto de aquellas dos pobres muchachas, el dolor reconcentrado de aquel padre; la tosca ternura con que prodiga al pobre huérfano caricias que nunca podrán suplir la falta del arrullo maternal: todo infunde en el ánimo un sentimiento de angustia, que, si por algo peca, es por sobra de intensidad. Aquello huele á alcoba, á aire confinado, á capilla mortuoria, á pavesa, á flores mustias, á ácido fénico: á toda la perfumería de la miseria y de la muerte. La impresión es profunda y duradera.

Reverso de esta medalla es la *Expulsión de los judíos* (núm. 885). En esa obra se nos presenta el señor Sala con toda la magia de su rica paleta. Allí hay pedazos de pintura sólida y brillante sobre toda ponderación. Aquello, en fin, encanta la vista;—pero nada dice al corazón ni aun á la inteligencia.—¿Por qué? Porque el asunto es esencialmente literario. Lo picante del caso, lo que ha seducido y extraviado á Sala es la irreverente, la escandolosa, la absurda comparación establecida por Torquemada entre Judas y los Reyes Católicos. Ahora bien, una comparación no se expresa representando con líneas al que la formula con palabras. El autor ha querido pintar una frase, y las frases no se pintan. Contra ese vicio fundamental se estrellan todos los artificios arqueológicos, más rebuscados que felices, de aquella composición intencionalmente simétrica. ¡Error grave! Lo que se trataba de representar no es el estado de la pintura española en 1492, sino el de las costumbres castellanas á fines del siglo XV; y ni los Reyes Católicos fueron figuras iluminadas al margen de un códice, ni para componer un cuadro hay necesidad de retrotraer el arte al estado que tenía en los tiempos á que se refiere su acción. Apurado se hubiera visto Miguel Angel para representar por semejante método la creación del hombre, en el techo de la Capilla Sixtina. Todo eso, y lo demás que callo por falta de espacio, lo consiente el público sin replicar: lo que no lleva con tanta paciencia es la necesidad de leer á Prescott para comprender el cuadro, ni la indiferencia en que el cuadro lo deja después de haber leído á Prescott.

Excusado es decir que el mejor asunto puede resultar frío por falta de otros requisitos. Pictórico por esencia es el argumento elegido por el Sr. Mejía para su *Defensa de Zaragoza* (núm. 608). ¿Qué falta en su obra? Lo que sobra en la *Defensa de Gerona* (núm. 56). Lo que pedía Demóstenes al orador: acción, acción, acción. No flaquea por ese lado el cuadro del Sr. Alvarez Dumont: si llegan á descargar en su sitio todos los golpes preparados por ese fogoso pintor, no queda bicho viviente en veinte metros á la redonda. ¡Lástima que su composición sea tan confusa como movida!

Porque, dicho se está, la claridad no es menos necesaria en la composición que en la concepción del asunto: la una es exigencia natural de la otra. Todo error sobre ese punto redunda en daño de la obra.

Ahí está, para ejemplo, un hermoso cuadro, que sobre su mérito real y efectivo tiene en su abono la firma de un distinguido pintor y el voto de un Jurado extranjero, poco inclinado á reconocer el mérito de nuestros artistas. No necesito decir que me refiero al Sr. Alvarez y á *La Silla de Felipe II* (número 44), lienzo premiado con medalla de oro en la última Exposición Universal de París. El asunto es sencillo, pero pictórico: por consiguiente, bueno para el caso. Pero el Sr. Alvarez ha caído en dos graves errores de composición. Por el pronto, relegando al segundo término el asunto principal de su obra, ha reducido á la mínima expresión de tamaño, de color y hasta de dibujo la figura de su protagonista. Además, ha incurrido en una verdadera anfibología, en un verdadero equívoco, que constituye una verdadera equivocación, inexcusable en hombre de tan buen entendimiento. No todo el mundo tiene obligación de haber visitado la Dehesa de la Herrería, ni de haber leído la historia del Escorial. Sin ninguno de esos requisitos puede cualquier español entrar en el Palacio de Bellas Artes, y hasta llegar á la Presidencia del Consejo de Ministros. Pues bien, el que sin tales datos lea el título de la obra, y vea en primer término, en el centro, en el lugar preferente del cuadro, una soberbia silla de brazos, mejor pintada que el resto del lienzo, más que expuesto está abocado á caer en un disculpable error, suponiendo que aquella silla es la que da nombre y argumento á la composición. Dios me perdone si peco; pero dado el conocimiento que de nuestras cosas suelen tener nuestros apreciables vecinos, me atrevo á sospechar que en esa equivocación pudo incurrir alguno de los que coronaron la obra en París.

El mismo Sr. Alvarez suministra ejemplos de la virtud contraria á este vicio de composición. Su *Señor feudal* (núm. 48), con menos aparato, nos ofrece un asunto sencillo y expresado con toda clari-

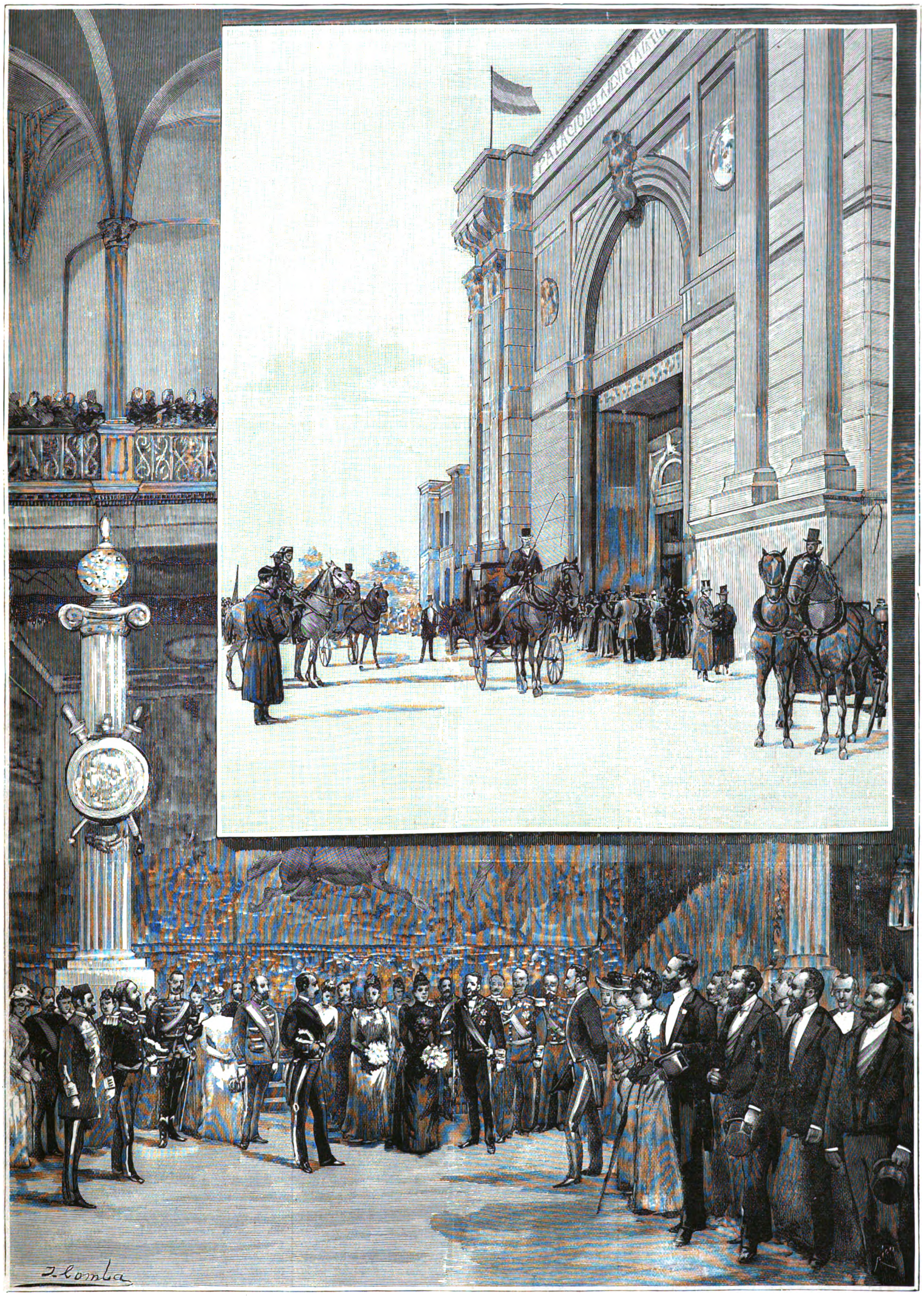
MADRID.—ENTIERRO DEL GENERAL CASSOLA.



EL PÚBLICO FIRMANDO EN LAS LISTAS DE PÉSAME.—MOMENTO DE SACAR EL FÉRETRO DE LA CASA MORTUORIA.
ARMÓN DE ARTILLERÍA, PORTADOR DE CORONAS OFRECIDAS Á LA MEMORIA DEL DIFUNTO.—CONDUCCIÓN DEL FÉRETRO EN HOMBROS DE OFICIALES DEL EJÉRCITO.

(Apuntes del natural, por Comba.)

APERTURA DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890.



EXTERIOR DEL PALACIO DE LA EXPOSICIÓN, Á LA LLEGADA DE LOS INVITADOS.

S. M. LA REINA REGENTE Y S. A. R. LA INFANTA D.ª ISABEL DIRIGIÉNDOSE Á VISITAR LOS SALONES, ACOMPAÑADAS DEL MINISTRO DE FOMENTO Y COMITIVA OFICIAL.

(Dibujo del natural, por Comba.)

dad, con demasiada claridad. A nadie puede ser dudosa la intención de aquel poderoso magnate, ni el riesgo, al parecer no muy temido, de aquella pobre muchacha, próxima á recibir una lección práctica de derecho feudal.

Claro es también el asunto de *La Visita de pésame* (núm. 45). Sin embargo, allí hay accesorios que por el esmero de la ejecución se sobreponen á lo principal. El brasero es lo mejor pintado del cuadro: eso distrae la atención. En cambio, aquella puerta cubierta y aquellas llamas de los cirios, que por la cortina se traslucen, son cosas bien imaginadas y que completan el carácter de la obra, aunque á primera vista parezcan romper la unidad de la composición. Quizá el autor haya tratado de ofrecernos el contraste picante de aquel cadáver invisible, abandonado á la guarda de un perro fiel, y el dolor un poco afectado de aquel viudo consolable y acaso consolado por una jamona bastante guapa, por unos cuantos amigos bastante indiferentes, y por un santo religioso, más ocupado en atender á su comodidad que en prodigar los consuelos de la religión, probablemente innecesarios en la ocasión actual. ¿Quién sabe? Puede que el Sr. Alvarez, muy abonado para ello por la punzante agudeza de su ingenio, haya querido presentarnos en *La Visita de pésame* la sátira de la misma situación cuya tragedia nos ofrece el Sr. Cabrera en su cuadro de los *Huérfanos*.

De cualquier modo, el cuadro tiene bastante carácter, y ese es otro punto esencial en todo trabajo artístico. Carácter en el conjunto, carácter en los grupos, carácter en las figuras: sin eso no hay salvación.

En todo ello se pueden citar más ejemplos de errores que de aciertos.

De lo primero nos lo ofrece el Sr. Hidalgo de Caviedes en su *Rea Silvia* (núm. 431). ¿Qué idea da aquello de los preparativos de un suplicio? La víctima, entregada á su propia custodia, tiene el campo por cárcel: nadie la sujeta, nadie la cohibe, nadie la rodea. Delante está la fosa, estrecha y profunda como un pozo de aguas negras. La expresión de Rea Silvia, tanto puede ser de terror como de repugnancia cómicamente exagerada. Numitor, ó quien sea, sentado tranquilamente junto al pozo, cuyo fondo indica (digo mal: cuyo fondo pulgariza, porque con el pulgar lo señala, *more romanorum*) parece decir: «De ahí sale el olor.» Detrás de él se presenta en orden procesional un grupo numeroso, que muy bien pudiera ser la ronda de alcantarillas. La escala y la lámpara completan la ilusión; y el cuadro parece destinado á representarnos el cumplimiento de un servicio municipal. Y sin embargo, ese lienzo, compuesto con tan mala fortuna, tiene cosas muy bien pintadas que anuncian asíduo trabajo y notables conocimientos técnicos.

Lo contrario sucede con la *Feria* del Sr. Galofre (núm. 326). En la ejecución de aquel cuadro diminuto no hay más que soltura, espontaniedad, manera, *chic*, como dicen los franceses y algunos españoles. Incorrecciones impropias de un dibujante tan diestro, están diciendo á voces que aquello se ha pintado poco menos que de memoria, aunque de otro modo se haya bosquejado. Pero ¡qué carácter en el conjunto y en cada grupo y en cada figura! Con más esmero ha estudiado el Sr. Moreno Carbonero su *Venta del Sevillano* (núm. 634). A pesar de algunos errores en la magnitud de las figuras, aquello está mucho más *hecho*: caballos, flores, postes, todo parece copiado del natural. A pesar de ese plausible esmero, el cuadro no deja la impresión duradera que el del Sr. Galofre, y es que el uno habla á los ojos y el otro á la imaginación. El cuadro de Moreno Carbonero recuerda algunos artículos de Fernán Caballero; el de Galofre, algunas descripciones de Zorrilla, quizá menos fieles, pero más fáciles de guardar en la memoria.

En cuanto al carácter de cada grupo en particular, aunque la *Feria* los ofrece notables por todo extremo, hallaremos un ejemplo digno de estudio en el cuadro que el Sr. Jiménez Aranda titula *Una desgracia* (núm. 459); allí no se percibe, pero se adivina la naturaleza del caso que atrae y reune tanta gente alrededor de un objeto invisible.

En cambio suprimid la cabeza de Cicerón en el cuadro del Sr. Maura (núm. 599), y el menos sagaz comprenderá que Fulvia colocada ante aquella fuente de plata, con su sonrisa melindrosa y su alfiler en la mano, se dispone á probar por primera vez en su vida un plato de caracoles.

De muy distinta manera ha logrado el mismo artista retratar la tristeza de una pobre costurera *Sin labor* (núm. 600). Allí ha encontrado un asunto sencillo y lo ha expresado con naturalidad.

Y hétenos en el último escalón del carácter:—es decir, en el primero. El carácter individual, cosa tan importante como rara, no menos en pintura que en literatura. En toda obra pictórica se necesita, desde el cuadro de composición hasta el retrato, y aun en el retrato más que en ninguna otra. Así escasean tanto los buenos retratos. Así los grandes maestros han sido los retratistas por excelencia, desde Rafael hasta Velázquez, y desde Velázquez hasta Ingres. Por eso, sin haber sobresalido más que en el retrato, pueden Holbein y Moro codearse con muchos maestros de primera fila.

Por eso también anda hoy tan desmedrado entre nosotros ese género, difícil hasta el extremo. Todo el mundo conoce el cuento de aquel pintor que anunciaba «retratos á mil reales con parecido, á quinientos con aire de familia y á doscientos cincuenta sin punto de semejanza con el original». Pues bien; en nuestra Exposición abundan, sobre todo, los de quinientos reales; los de mil pueden contarse por los dedos de la mano, y aun sobran dedos.

Y es que lo esencial de un retrato no consiste en el color del cutis ni aun en la forma material de las facciones: lo esencial, lo característico, lo personal, es la expresión. Ahora bien; la expresión característica, sobre ser cosa difícil de trasladar al lienzo, es cosa imposible de fijar en el modelo. Una persona no es «ella misma» todos los días, y menos cuando está sentada horas y horas en el estudio de un pintor, sin más horizonte que un lienzo mirado por la espalda. Por eso, antes de poner manos á la obra, el retratista debe saberse de memoria su modelo. De otro modo, nunca podrá suplir con el recuerdo la expresión que forzosamente han de apagar en el original el cansancio y la falta de estímulo capaz de poner su espíritu en actividad. Eso sin contar que en muchos casos el retratando es el primero á desfigurarse de propósito deliberado con ademanes y gestos capaces de dejar malparada la veracidad de la máquina fotográfica.

En suma, caracterizar un retrato es empresa difícil y triunfo raro por extremo; la mayoría de los pintores echan el resto en los accesorios y descuidan lastimosamente la figura.

Ahí está para prueba el *Retrato decorativo* presentado por el Sr. Masriera (núm. 595). Y no es porque el autor carezca de medios para hacer cosa mejor; junto á ese cuadro repleto de ambición y de viento, ha colgado otro lleno de modestia y de verdad, donde bajo el título de *Esperanza y resignación* (núm. 596) caracteriza delicadamente esos dos sentimientos en dos tipos elegidos con acierto y pintados con habilidad.

Tres retratistas extranjeros se presentan este año entre los nuestros. Sus cualidades son diametralmente opuestas á las que por acá predominan. En sus cuadros apenas hay lo que ahora se llama color. Todo es allí tranquilo, modesto, apagado. Pero eso que para muchos será defecto imperdonable, se halla compensado por otras cualidades muy recomendables y poco comunes entre nuestros artistas. El retrato de hombre (núm. 123) pintado por la señora Baronesa de Bardzka es simpático por cierta expresión de dulce tristeza. Tristes y dulces son también otros dos de señora pintados, el uno (núm. 1033), por Mr. James Wistler, y el otro (núm. 493), por Mme. Thérèse Levy-Lambert. El primero se distingue por el carácter, el segundo por la expresión, que deja adivinar el alma al través de su envoltura corporea.

El de un velocipedista (núm. 877) pintado por el Sr. Rusiñol, es uno de los pocos característicos que en el presente concurso se deben á pinceles españoles. Además está bien dibujado, bien modelado y bien pintado: pintado sin buscar efectos sorprendentes de luz ni de color; pero, en fin, perfectamente pintado.

Si tan importante es el carácter en una figura aislada, importante es también en un cuadro de composición, donde, presentándose en acción, ha de expresar además sin ambigüedad los sentimientos propios del caso, dados su temperamento, su educación y la situación que el artista le atribuye. ¿Se quiere comprender esto con dos ejemplos? Pues véase el portero que en el cuadro del Sr. Jiménez Aranda (núm. 459) explica al bolsista con ademanes tan expresivos la *desgracia* que constituye el asunto de la obra, y compárese con el protagonista del cuadro presentado por el Sr. Laporta, bajo el título de *San Pablo en Atenas* (núm. 483). Más que en los misterios de la fe cristiana, parece el Santo Apóstol instruir á los atenienses en los secretos de la coreografía flamenca. Aquella malhadada figura desluce todo el cuadro, á pesar de haber en él otras de expresión mucho más natural.

Hasta los medios de ejecución pueden salvar una obra mediana y perder otra mejor pensada y compuesta. La exactitud del dibujo, por sí sola, recomienda alguna figura pobre de color y desluce alguna otra justísima de tono. No cito la una ni la otra porque ambas se presentan fuera de concurso.

¡El color! En un cuadro de cortas dimensiones, sin asunto, sin composición, casi sin dibujo (número 886), hace fijar el Sr. Sala las miradas de los inteligentes, sin más que una nota de su brillante escala cromática.

Por el contrario, el Sr. Bilbao obscurece con las tintas azuladas y carminosas de la suya, todas las demás prendas excelentes de composición, de carácter, de expresión y de dibujo que campean en la *Vuelta al hato* (núm. 139). Copiado en blanco y negro, sería ese cuadro uno de los más notables de la Exposición. Tal como está, parece iluminado por el reflejo de un incendio y visto por las vidrieras de la catedral de Toledo.

¿Y el sentimiento religioso? ¿Y la belleza ideal? Eso voló. En la *Visión de San Francisco*, los ángeles justifican el título. Si se exceptúan dos invocaciones de la letanía (la *Rosa mística*, de Algarra, y la *Stella matutina*, de Alvarez, distintas en mérito, pero no en sentimiento de la belleza ideal) nada ofrece la Exposición que anuncie la existencia de la fantasía entre las facultades del alma humana.

Tampoco la belleza real tiene muchos devotos: el Sr. Valenzuela es el único que da pruebas de saborearla, con dos desnudos notables — y no catalogados por cierto.

Falta hablar de la nota personal: el estilo. En eso, como en todo, hay dos tendencias opuestas. Los unos creerían pecar mortalmente si se apartaran del recetario que les enseñaron en la escuela; los otros se creerían rebajados si observaran un solo precepto de los que sus maestros les recomendaron. Los primeros huyen de la originalidad; los segundos la buscan á todo trance, unas veces caminando á tientas por trochas extraviadas, otras, tomando como guía á los que, ya en fuerza del genio y del estudio, ya por consecuencia de una organización excepcional, y á veces defectuosa, campan por su respeto lejos de la multitud. Esta última originalidad, rayana con la extravagancia, es ocasionada á grandes caídas, porque generalmente al estudiar esos genios excepcionales lo que hiere la imaginación es precisamente lo personalísimo, lo inimitable. Miguel Angel y Velázquez han perdido á más gente que todas las academias del mundo.

Hoy el que más extravíos ocasiona es nuestro insigne Rosales. El autor del *Testamento de Isabel la Católica* tenía entre sus grandes facultades pictóricas el sentimiento de la verdad en el color. El y Velázquez son los dos que en ese punto han rayado más alto. La *Presentación de D. Juan de Austria al Emperador* es una verdadera maravilla de perspectiva aérea, sólo igualada por las *Hilanderas* y sólo superada por las *Meninas*. Pero Rosales era présbita en un grado próximo á la ceguera. De ahí la franqueza exagerada de su toque, agravada de día en día por el natural aumento de un defecto natural. La *Muerte de Lucrecia*, obra de sus últimos tiempos, tiene todas las apariencias de un soberbio boceto en tamaño colosal. Ese cuadro es un mar que cada año echa una víctima á las playas de nuestras Exposiciones. La de hoy es el *Sertorio*, del Sr. Cutanda (núm. 221). Quien esta vez mata á Sertorio no es Perpenna, sino Lucrecia: anacronismo histórico que en la esfera del arte tiene toda la fuerza de una triste verdad. El Sr. Cutanda es un principiante de grandes alientos: en su cuadro hay energía, calor, acción. Pero los colores andan mezclados sin llegar á fundirse. Allí están reaunidos todos los ingredientes necesarios para un banquete pictórico: sólo falta guisarlos.

Ya que salen á colación los riesgos de la franqueza exagerada y de los descuidos en el dibujo, no puedo dejar de dirigir los mismos consejos á otro pintor de excelentes dotes, un poco obscurecidas por la precipitación en el desempeño de sus trabajos. El Sr. Muñoz Lucena, premiado ya en otro certamen oficial, tiene verdadero temperamento de pintor. En sus *Lavanderas* (núm. 666) hay carácter, composición, color: todo, menos esmero en la ejecución. Se descubre allí más genialidad que estudio.

Y sin embargo, hay que estudiar: cada arte tiene su gramática y su retórica: el mérito está en disimularlas, no en suprimirlas.

Para llegar á las *Meninas*, comenzó Velázquez por la *Adoración de los Reyes*.

Quizá el Sr. Muñoz haría en tamaño mucho menor los estudios directos del natural, y después se habrá contentado con ampliarlos en el cuadro sin tener á la vista el modelo vivo.

Esta sospecha que me infunde la obra del señor Muñoz Lucena, se convierte en certidumbre cuando examino la del Sr. Casanova (núm. 191), titulada *Llegada de Carlos V á Yuste*. Prescindiendo de su entonación desagradable, aquel enorme lienzo de treinta metros cuadrados, apenas contiene los pormenores necesarios para una tabla de dos decímetros en cuadro. La pintura del Sr. Casanova es un terrón de azúcar disuelto en el estanque del Retiro.

Cuando veo uno estos derroches de originalidad, llega casi á transigir con las virtudes un poco anodinas del estilo académico, y con la medianía de una ejecución modesta y esmerada. Sin ninguna cualidad extraordinaria, el Sr. Parladé en la *Ultima sesión secreta del compromiso de Caspe* (núm. 720), el se-

ñor Herreros de Tejada en la *Institución del Ayuntamiento de Madrid* (núm. 427) y el Sr. Luque Roselló en su *Salve Regina* (núm. 533), se concilian la benevolencia del público á fuerza de discreción y comedimiento. «El que no pueda ser Erasmo, decía Voltaire, conténtese con ser obispo.» Lo cual aplicado al caso presente, quiere decir: «El que no pueda ser Velázquez, procure ser académico.»

Todo lo dicho hasta ahora tiende á demostrar prácticamente, sin salir de la Exposición, la ineficacia de cualquier cualidad aislada, por grande que sea.

Ahora vamos á ver las ventajas de poseer varias, aunque ninguna se tenga en grado eminente, y la necesidad de que, aun en el supuesto de reunir todas las esenciales, se sobrepongan á las demás las que constituyen la creación artística, y entre las meramente técnicas las que más pueden contribuir á la claridad de la expresión y al carácter de la obra.

Veamos, por el pronto, el *Duelo interrumpido* del Sr. Garnelo (núm. 353). El Sr. Garnelo no compone como Rafael, no dibuja como Miguel Angel, no pinta como Tiziano; pero aun así, sabe componer, sabe dibujar y sabe pintar, para lo que ahora se usa. Sobre todo, ha sabido en esta ocasión elegir felizmente un asunto pictórico y dramático á la vez. Sin necesidad de explicación, ni siquiera de título, se comprende á primera vista el argumento de la obra y la situación de los personajes. En el momento de principiar un duelo á espada, llega al campo del combate la familia de uno de los combatientes. La esposa abraza al esposo, el padre procura arrebatar la espada que el hijo tiene empuñada. Los padrinos detienen y tratan de calmar al adversario, que también con la espada en la mano, crispa el puño y mira con indignación al otro grupo, herido quizá en su orgullo por alguna palabra ofensiva que en el arrebato de aquel momento crítico pueda haberse escapado al padre ó á la esposa de su enemigo. La cosa es clara como la luz, y el espectador la comprende sin el menor esfuerzo. Además, los dos grupos de la composición se enlazan bastante bien por medio del joven que, con el ademán y la palabra, se dirige desde el segundo á la joven del primero, encareciéndole sin duda la conveniencia de alejar cuanto antes de aquel lugar al menos irritado y mejor dominado de los contendientes. Todo eso está muy bien concebido y perfectamente expresado.

Bajo el punto de vista de la composición material, la separación de los personajes en dos masas es consecuencia natural del asunto: aquel espacio vacío, aquella solución de continuidad, aquella interrupción, es la expresión lógica y material de un lance de honor interrumpido.

Por eso me duele que el Sr. Garnelo haya creído necesario llenar el espacio con un episodio pueril. Aquella figura ocupada en recoger un abanico, aunque notable por su escorzo, es un lunar en la composición, cuya gravedad rebaja.

Fuera de este defecto, hay otros descuidos inexcusables: entre ellos el traje de todos los hombres, muy puestos de corbata negra, y algunos hasta de americana, cuando los vestidos de las dos señoras están diciendo á voces que el lance ha surgido inopinadamente en medio de un baile, ó por lo menos de una reunión aristocrática y nocturna.

El público, sin embargo, pasa por todo eso y aun por la insuficiencia del dibujo, que, sin ser precisamente incorrecto, resulta un poco débil en varias figuras, y hasta por cierta inexperiencia tímida en el toque y por cierta falta de reposo en el tono general del cuadro, donde el verde demasiado vivo del fondo hace violento contraste con los paños blancos y las ropas negras de los personajes. A esa indulgencia ayudan mucho los aciertos de color que realzan algunas partes de la obra. El coche está magistralmente pintado, los paños negros son negros de veras y justos de tono; y, por último, la mancha que forman los dos trajes de las señoras es una nota de color digna de Goya. Además, toda la obra tiene cierto ambiente de juventud y cierto aire moderno que merecen un aplauso. Ya es tiempo de que el arte contemporáneo se ponga los pantalones. Alvarez los ha admitido, con ciertas restricciones arqueológicas en su *Visita de pésame;* Sorolla los ha introducido con más franqueza en su *Boulevard de Paris;* Garnelo los presenta de tamaño natural y de última moda en su *Duelo interrumpido*. Supongo que al fin quedará asegurado en los dominios del arte el triunfo de esa prenda perteneciente á nuestro modesto traje europeo, uniforme de la civilización en las cinco partes del mundo.

De propósito he dejado para cerrar esta procesión al Sr. Jiménez Aranda. El prueba mejor que otro alguno lo que vale la reunión de las principales cualidades artísticas, aunque ninguna se tenga en grado eminente. Sus asuntos predilectos son humildes y hasta vulgares, pero siempre pictóricos; su composición es sencilla casi siempre, pero siempre clara y acomodada al asunto; sus personajes no suelen ser simpáticos, pero siempre están bien caracterizados; la expresión que les presta resulta alguna vez exagerada, pero nunca fría ni en desacuerdo con su índole ni con su situación; su dibujo no es académico, pero es correcto y seguro; su modelado puede á veces parecer duro, pero nunca falto de solidez; su claroscuro va en ocasiones desde el blanco hasta el negro, pero jamás confunde los valores correspondientes á los distintos planos de la composición; por último, su colorido no es brillante, pero es justo y sólido y sin notas discordantes. Además, todos sus cuadros llevan el sello de su personalidad, desde el característico retrato de Núñez de Arce, hasta la composición titulada *Una desgracia*, que está oliendo á París y que sería perfecta en su género si el autor se tomara el trabajo de suprimir la media figura del *sergent de ville*, cuyo tamaño y valor pone en desacuerdo la perspectiva aérea con la lineal del cuadro, tan acordes en todo lo demás. Toda esta suma de buenas cualidades hacen del Sr. Jiménez Aranda un maestro en su género. En los dominios elegidos por su talento, es señor absoluto.

En resúmen, sin salir de las obras en que la figura humana es objeto principal del artista, la Exposición de 1890 nos ofrece unos cuantos pintores que con dotes nada vulgares andan buscando su camino por sendas más ó menos extraviadas, pero con fe y con tenacidad dignas de aplauso; un colorista de gran mérito y de profundos estudios técnicos, que se pondrá entre los maestros si sabe elegir mejores asuntos y dar menos importancia á los pormenores secundarios de la ejecución; un artista que al principio de su carrera muestra un conjunto de dotes capaces de elevarlo á la primera fila, si las sigue cultivando con tesón; un distinguido pintor que al cabo de veinte largos años se presenta de nuevo en el teatro de sus primeros ensayos, mejorado por el estudio y coronado por el voto de un jurado extranjero; y por último, un maestro que en la esfera elegida con acierto para ejercitar sus buenas facultades, ha sabido conquistar una posición segura y definitiva.

Muchas cosas que tenía pensadas se me quedan en el tintero. ¡Cómo ha de ser! No cabe el mundo en el hueco de la mano, y ya es hora de terminar este interminable artículo. Perdona, lector, que haya salido tan largo: á fuerza de visitar la Exposición, me ha faltado tiempo para escribirlo más corto.

FEDERICO BALART.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS.

I.

La sociedad de los artistas franceses, que vivió mucho tiempo bajo la tutela del Estado en lo que concierne á la organización y administración de las Exposiciones anuales, después de haberse emancipado de aquella tutela, había manejado feliz y apaciblemente por espacio de varios años sus propios asuntos. Esto no podía durar: la gran lucha internacional de la Exposición del Centenario vino á provocar discusiones ardientes, conflictos imposibles de resolver, dividiéndola en dos campos. El general Meissonnier es quien ha tomado el mando de las tropas disidentes, compuestas en su mayoría de la vanguardia del arte moderno, y hemos podido asistir al espectáculo del plácido Bouguereau, apellidado «la Perfección misma», levantando el estandarte de la resistencia y poniéndose á la cabeza del ejército de la tradición. Es verdad que se han deslizado algunos revolucionarios en este grupo de reaccionarios, impulsados sin duda por consideraciones de amistad ó de personal interés; pero el grueso de las fuerzas que forman el sufragio universal de los talleres clásicos, lo constituyen en realidad los soldados de plomo de la rutina, los ciegos guardadores de lo que llaman la tradición, que no es otra cosa—como lo he dicho ya—que el arte de copiarse unos á otros hasta la consumación de los siglos. El grupo Bouguereau tiene en su favor el número. Así que el Jurado encargado de examinar las obras enviadas al Palacio de la Industria, ha debido decirse que era preciso que nadie echase de ver el abandono de los artistas que componen el grupo Meissonnier, y que era necesario mostrar al público este año tantos cuadros como habían figurado en las Exposiciones antes de la salida de aquéllos. No convenía aparecer como una sociedad desmembrada.

Efectivamente, desde el punto de vista de la cantidad de las obras, nadie diría que la sociedad de los artistas franceses se ha fraccionado en dos partes, habiéndose resuelto el problema, hasta ahora irresoluble, de hacer la fracción igual á la totalidad; una tercera parte se ha separado de ella, y el número de cuadros no ha disminuído. Y sin embargo, ¡cuántos vacíos en este lleno! Artistas del mérito más relevante han sido reemplazados por medianías, y las obras de verdadero interés que se encuentran en el Palacio de la Industria, están como enfangadas en un pantano de vulgaridades, necesitándose cierto valor para ir á sacarlas de aquel atolladero: jamás nuestra misión de críticos nos había parecido más ingrata ni más dolorosa. Causa, en efecto, penosa sensación el tener que soportar la invasión de lo feo para llegar á descubrir lo bello, y no es empresa fácil ni cómoda la de aislarse en el estudio de una obra digna de ser notada, cuando se siente uno asaltado por la ola implacable de las que no quisiera ver. Hemos logrado nuestro fin; pero dos artículos nos bastarán este año para hablar de lo que vale la pena de señalarse en el Salón anual, y si bien la cercana Exposición de los disidentes sólo nos promete la mitad del número de las obras expuestas en el Palacio de la Industria, consagraremos á la calidad tantos artículos como á la cantidad.

La obra que se impone desde luego á las miradas al entrar en el Salón, está firmada por un artista que había dejado de exponer colectivamente, años ha, para aislarse en exposiciones personales. Ciertamente que si hubiera continuado siendo el pintor de las costumbres de su país, cuyas primeras obras fueron aclamadas en Francia, habría tomado posición en el opuesto campo; pero la tradición se ha apoderado de él; ha ganado celebridad y fortuna rehaciendo, en cuadros de relumbrón, la leyenda de Cristo, y por deber de gratitud tenía que alistarse bajo la bandera de la tradición, con un gran lienzo decorativo destinado al Museo de la Justicia del Arte, de Viena, en cuyo lienzo representa la alegoría su papel tradicional. Es una apoteosis del Renacimiento italiano, sobre la cual se cierne una Gloria, palma en mano, y escoltada de geniecitos que revolotean como ángeles en las vistas simbólicas. Hay que hacer un esfuerzo de voluntad para darse cuenta del efecto que producirá este techo, que se halla expuesto aquí perpendicularmente, y cuyas figuras caen todas, al parecer, sobre el espectador. Creemos que formará una magnífica claraboya luminosa en el salón á que está destinado, pues para pintarle, M. Munkacsy ha esclarecido su paleta y ha puesto en juego todas sus seducciones. Desde el punto de vista de la composición, la armonía en el grupo de los personajes no deja nada que desear: el cielo aparece en todo su esplendor al través de las arcadas que sostienen una cúpula, cuyas columnas de apoyo descansan sobre las gradas de un templo. El frontón se halla adornado con el blasón de los Médicis. Rafael y Leonardo de Vinci descienden del templo; Miguel Angel está inclinado, pensativo, sobre una balaustrada; Ticiano enseña á unos discípulos; Veronés pinta un cuadro de vastas dimensiones. El autor del techo se esconde modestamente detrás de aquellos maestros, distinguiéndose tan sólo su cabeza melenuda apoyada en una mano y en actitud reflexiva. Pregúntase sin duda si un Munkacsy de los siglos futuros, que pinta también su techo para algún Museo de Buda-Pesth, lo juzgará digno de figurar de cuerpo entero en aquel cortejo de los genios. ¡Sí lo juzgará, maestro; tranquilizaos!

Otro vasto lienzo llama la atención en el mismo salón cuadrado, la *Lady Godiva*, de Julio Lefebvre. Lady Godiva era la esposa de Lœfric, conde de Coventry, y era un modelo de castidad, de virtud, de pudor. El, violentísimo, implacable, feroz, abrumaba á sus súbditos de impuestos, y los reducía á la más espantosa miseria. Lady Godiva intercedió un día á favor de los desgraciados, y él la respondió: «¡Vive Dios, que yo rebajaré sus impuestos, si vos consentís en pasearos á caballo, de un extremo al otro de la ciudad, desnuda, como el niño que acaba de nacer!—Sí que lo haré—replicó ella—para salvar á esos infelices.» Y la casta, la virtuosa, la púdica, lo hizo como lo había prometido. Los habitantes tuvieron conocimiento de esta resolución, y en su agradecimiento por semejante sacrificio, se metieron todos en sus casas, y cerraron puertas y ventanas mientras duró aquel paseo. Otros cronistas dicen que lo hicieron por orden del Conde. Nosotros preferimos, de las dos versiones, igualmente problemáticas, la que les hace mayor honor. El caso podía narrarse, á nuestro entender, en una página menos vasta que la que le ha consagrado M. Lefebvre, y el episodio gana poco ó nada en este desarrollo pictural. El aspecto es frío y desnudo como la heroína, de un aspecto triste y gris. Tan bella desnudez debería brillar en todo el esplendor de la juventud triunfante, mientras que parece empañada y descolorida. No hay duda que el dibujo de aquel cuerpo desnudo denota una perfecta seguridad de mano y una corrección de escuela indiscutible; pero hubiéramos deseado que el contraste se manifestara de un modo más acentuado, en un colorido más ardiente entre aquella mujer admirable y aquella ciudad que se ha vuelto ciega voluntariamente para no ver semejante maravilla, para no ofender tan divino pudor. M. Lefebvre nos muestra una desnudez santa de madonna, que los habitantes de Coventry habrían podido ver pasar devotamente haciendo la señal de la cruz. No obstante la frialdad del colorista, el artista se revela en la composición hábil de la escena: una calle desierta y silenciosa, por donde pasa aquella noble dama, en torno de la cual revolotean, tocando el suelo, blancas palomas que parecen escoltarla.

Los detractores del gran talento de Detaille, que sólo ven en él al minucioso observador de la vida militar, al dibujante exacto del uniforme, al concienzudo narrador de los episodios de guerra ó de cuartel, quedarán—si son sinceros—desarmados por su victoriosa exposición de este año. Sorprenderá el que no podamos admirarle en el Campo de Marte, en la Exposición que patrocina su maestro Meissonnier, y el público se explicará difícilmente por qué no ha querido combatir y vencer á la sombra de su bandera. Hay, sin duda, en su resolución un motivo enteramente personal y privado que no nos corresponde apreciar. Mas poco importa el campo en que se ha dado la batalla cuando se obtiene tamaña victoria. A la cabeza de su batería, el oficial, montado en un caballo negro, lanzado al galope y cubierto de sudor y espuma, precipítase con el sable levantado, en un magnífico impulso guerrero. Sus soldados se ven arrastrados en el mismo torbellino. La escena es de un movimiento arrebatador, irresistible, de una factura amplia y potente, en que los detalles, que el artista no des-

PARÍS.—EXPOSICIÓN DEL CAMPO DE MARTE, DE 1890.



FLOREAL: PREPARATIVOS PARA EL CORPUS.

CUADRO DE M. AUBLET.

del tradicional paseo imperial al *Prater*, que inicia la risueña primavera en Viena.

Los Casandras políticos habían aconsejado se desistiese de tal costumbre, para evitar, ya en los hermosos boulevares del Rhing, ya en los bosques del Prater, escenas parecidas á las de los arrabales de Viena. La emperatriz Isabel, que está haciendo su casa en Wiesbaden, donde fué á visitarla la Emperatriz de Alemania después de la cordial entrevista de las cuatro Emperatrices y de Guillermo II en Darmstad, lo sabe, y con el valor heroico que mostró consolando al Emperador cuando la catástrofe de archiduque Rodolfo, corre á la capital del Imperio, y es la primera que se presenta en el Prater en carroza de gala, acompañada de Francisco José, y seguida de los numerosos archiduques y archiduquesas, entre las cuales figura risueña su hija Valeria, que en estos momentos se enlaza con su primo el archiduque Salvador, recibiendo los jóvenes novios, con la bendición de un delegado apostólico, el rico collar de brillantes, y un cuadro de la Virgen en mosaico que León XIII ha enviado con un guardia noble á los futuros desposados.

La brillante oficialidad del ejército austro-húngaro que no está de servicio en el gran arsenal donde se han concentrado las tropas en previsión de posibles trastornos, pero dejando libres las calles y plazas, está en el Prater, montando briosos caballos y con sus vistosos uniformes, para ser cortejo del Emperador y de la Emperatriz. El buen pueblo de Viena, olvidando esa guerra antisemítica que, iniciada en la Rumania y en la Galitzia, se ha comunicado á Berlín como á París, y cuenta ardientes partidarios en la capital de Austria, á la par que desoye las excitaciones anárquicas, ha festejado el día consagrado á la manifestación obrera iniciada por la América, brindando por la fraternidad obrera en las numerosas cervecerías de los lindos alrededores vieneses; y entrada ya la tarde, llevando al pecho un alfiler, recuerdo del 1.º de Mayo, y en sus chambergos verdes hojas arrancadas de los árboles, se dirige también por miles al Prater, asociándose á la fiesta tradicional. Algo parecido ocurre en Praga y en Agram, donde bohemios y croatas enlazan el amor al trabajo con la lealtad al Príncipe; y si en la capital de Hungría 30.000 obreros se resisten á evacuar las plazas que adornan las estatuas de los que más han contribuído á la autonomía del reino Magyar y á las reivindicaciones obreras, proclamando su adhesión al programa de los trabajadores de París, van precedidos de banderas blancas en signo de paz.

***

Todavía es más bello el cuadro que ofrece la Alemania, demostrando con su actitud Berlín, Leipzig, Francfort, Hamburgo, Danzig, Colonia, Hannover, Mulhouse y todos los grandes centros fabriles, á comenzar por las colosales fundiciones Krupp, trabajando doquiera el noventa por ciento de los operarios y manteniéndose pacíficas todas las demostraciones obreras, que el pueblo germano no era ingrato á la iniciativa de las reformas tomadas por su Emperador; lo cual debe confortar á Guillermo II, como acaba de demostrarlo el discurso con que ha abierto el Reichstag, en su política de reformas sociales sensatas, desdeñando la acusación que se le dirige de haber sido el joven César, con sus rescriptos y la Conferencia internacional de Berlín, quien ha desatado estos vientos de agitación y tempestades artesanas en Europa. ¡Como si ya la América no hubiera hace un año anunciado, preparándola, la gran demostración de 1.º de Mayo!

La cual ha tenido en las ciudades de Italia menos consecuencias que las temidas en el primer instante. Siendo justo añadir que el Gobierno, que tan imprevisor se muestra en la cuestión religiosa, agravando la lucha entre el Quirinal y el Vaticano; en la esfera financiera, dejando aglomerar inmensas dificultades, por no resolverse á realizar grandes economías en los armamentos navales y terrestres, deseadas por la Italia; en la aventura africana, y atrayéndose, por su intransigencia y su radicalismo, que mal se avienen con los principios autoritarios, un conflicto parlamentario en el Senado, que ha estado á punto de producir una crisis ministerial y política, en esta ocasión del 1.º de Mayo ha demostrado energía y previsión. No debe importarle que se le acuse de lujo de precauciones militares, convertidas aquel día en verdaderos campamentos, como lo estaban, Roma, Milán, Turín y Nápoles; que vale más el que muchas carrozas no salgan á los paseos y se suspendan por algunas horas las fiestas espléndidas de Mayo en Roma, que no que el mes de las flores se hubiese inaugurado con las escenas vandálicas que le señalaron en Febrero de 1889 en las más lucidas tiendas, en los Foros y calles de la Ciudad Eterna.

Ahora todo pasó en relativa paz, con algunos arrestos en las ciudades más populosas, con ligera agitación obrera en Liorna y Termi, con alguna carga de caballería para disipar grandes aglomeraciones en Milán y Turín, en que los nacionales, donde era mayor el temor por el desenvolvimiento de las ideas socialistas, en Ravena, Forli, Ferrara y Rimini, se limitaron á declarar fiesta internacional obrera la del 1.º de Mayo, y con que en Roma, aparte insignificantes conatos de agrupamientos de obreros, un mal oficial, lanzado del ejército, se diera el placer de gritar en la plaza de Venecia: *¡Abajo el Austria y el coronel austriaco!* cuando el rey Humberto, el primero en desafiar todos los peligros, como en asociarse á todas las grandes manifestaciones de la Italia, de lo cual está siendo bellísima muestra su Tiro Nacional en Roma, pasaba en carroza, dirigiéndose á la plaza del Popolo, centro de la principal manifestación obrera. Hay que decir que, por una de esas contradicciones que están en la índole de la actual política itálica, mientras el 1.º de Mayo se prohibía sabiamente todo conato de desorden y toda manifestación revolucionaria, en su víspera, y con motivo de conducirse desde los antiguos jardines de Salustio, hoy Pincio, al Capitolio el busto coronado de Aurelio Saffi, llevado en hombros de los garibaldinos con sus camisas rojas, y las cien banderas de asociaciones más ó menos republicanas, éstas se abajaron en signo de reprobación al pasar por el palacio de la Embajada de Austria, resonando algún grito de «¡viva Oberdank!», mientras en la plaza Capitolina, y al pie de la dorada estatua del emperador Marco Aurelio, el diputado socialista Imbiani, haciendo el elogio de la República y de sus triunviros en Roma, dijo haber sido su Prometeo, Mazzini; Garibaldi, el Anteo de la revolución, y Aurelio Saffi, su varón justo.

Deseábamos llegar en esta revista del 1.º de Mayo á la verdaderamente magnífica demostración de Londres, el domingo 4, precedida de la que resultó incolora tres días antes. La prensa inglesa está conteste en afirmar que jamás Londres, ni ninguna otra ciudad del mundo, ha presenciado demostración tan inmensa y á la vez tan ordenada como la de Hyde-Park. Desde por la mañana dos verdaderos ríos de seres humanos, partiendo de la histórica abadía de Wesminster y del palacio del Parlamento, pasa los puentes del Támesis y entra en el inmenso paseo, por sus dos extremidades, agrupándose en derredor de las catorce tribunas alzadas en Hyde-Park y que ocupan diversos oradores populares, sin que falte entre éstos alguna defensora de los derechos del pueblo, como miss Aveliny, si bien de tendencias mucho más aceptables que Luisa Michel. La gran ovación popular es para John Burms, que la comparte con Davitt y otros tribunos de las sociedades *Trades Unions* y *Trades Councils*, organizadoras de esta manifestación de 300.000 obreros, á los que van á unirse otros 200.000. Todos proclaman la jornada de las ocho horas, con las demás reivindicaciones de la clase obrera, que esperan de las vías legales y de la acción del Parlamento. Porque en esta demostración, donde los manifestantes desean que sus músicas repitan la de la *Bella Helena* con preferencia á la de la revolucionaria *Marsellesa*, todo es pacífico y aun de carácter alegre, como el carro alegórico que va en medio del cortejo, representando el *Tiempo* con su hoz, que va cortando los abusos de pasadas edades, y sobre el cual se apoya una Inglaterra, que deja su puesto á nueva y joven nación. Algunas banderas llevan leyenda más seria, aconsejando al pueblo á no cesar en su campaña pacífica hasta conseguir el triunfo, á no contentarse con palabras, sino con actos, y á permanecer unidos para alcanzar la victoria. Sólo había un grupo demasiado significativo, formado por mujeres que, vistiendo de encarnado con gorros frigios, llevaban banderas rojas también, pero que pasando pacíficas por el arco de mármol y al pie del monumento de Wellingthon, sólo añadieron con la nota vivísima de sus trajes colorido pintoresco á la manifestación. Felicitándonos de este buen sentido de la Inglaterra, de la Alemania y de la mayor parte de Europa, no es dado prescindir, sin embargo, de la significación que entraña esta manifestación inmensa de millones de obreros en las ciudades europeas; movimiento que no reconoce fronteras, y que confunde en una todas las nacionalidades. Es la constitución de una nación sin nombre y sin límites geográficos, que no tiene necesidad de reyes, emperadores, ni de jefes de Gobierno, y que se organiza fuera de todo esto: la nación de los que no poseen, frente á los poseedores de la propiedad y del capital.

***

El mensaje leído por Guillermo II al Reichstag, abierto hace dos días, siendo elegido su Presidente un diputado del centro, y afirmándose así la preponderancia de este partido político, garantía de conservación social y de espíritu religioso, responde naturalmente á las preocupaciones que la cuestión social y obrera inspira en Europa, mientras guarda un silencio singular sobre la importante retirada del Príncipe de Bismarck. El joven Soberano demuestra en su mensaje qué atención consagra al problema obrero. Evoca los acuerdos tomados por la Conferencia internacional de Berlín, para el reposo del domingo, la limitación de la labor de las mujeres y de los párvulos, y pide instituciones que defiendan al obrero contra los infortunios que amenazan su vida ó su trabajo; el de tribunales arbitrales que diriman en lo posible las cuestiones entre trabajadores y patronos, al mismo tiempo que reclama disposiciones encaminadas á vigorizar la autoridad de los padres contra la creciente indisciplina de los obreros jóvenes. Resuelto á no perdonar esfuerzo para el complemento de la reforma social, en unión de sus excelsos confederados, se muestra igualmente decidido á reprimir toda tentativa revolucionaria que tienda á conmover las bases del orden europeo. En esta lucha económica que agita á los pueblos para conquistarse el mercado universal, cree que la Conferencia internacional de Berlín, cuyos resultados le llenaron de satisfacción vivísima, ha de facilitar la posible armonía entre las naciones, por cuya paz el Emperador está resuelto á no perdonar esfuerzo alguno, confiado en que su actitud y la de sus poderosos aliados, resueltos á defenderla sobre la base de los pactos jurados, afianzará la confianza que piensa haber inspirado su política pacífica en todos los gobiernos del mundo. Así la patria germánica podrá consagrarse á su mejora social y á continuar los progresos que contra la esclavitud y para el desenvolvimiento de la civilización ha realizado últimamente en el Africa Oriental.

Lástima grande que perspectivas tan bellas se anublen un tanto con el pedido hecho en el mensaje de nuevos créditos para acrecer la fuerza del ejército, especialmente la artillería de campaña, que va á recibir otras 70 baterías, señalando la cifra de 434, aparte otras 21 de montaña; y para instituir dos cuerpos especiales, uno de ellos parecido á los alpinos de Aosta y á los cazadores del Tirol; lo cual dará un conjunto de 538 batallones de infantería, 20 de ingenieros y otros 21 especiales, junto á 465 escuadrones, con un total de soldados que se acerca al medio millón de hombres. Por supuesto, que el discurso imperial dice que todo esto se hace para que, siendo Alemania, situada en el corazón de Europa, más fuerte, se halle más garantida la paz; y porque las naciones limítrofes, alusión á Rusia y Francia, han acrecido sus efectivos, siendo el de la artillería francesa superior al de la germánica, aun después del pedido hecho al Reichstag.

El cual, no obstante haber aclamado casi todos los periodos del discurso imperial y dado el feldmariscal Moltke entusiasta viva á Guillermo II, guardó significativo silencio ante este nuevo alarde militar, símbolo de mayores sacrificios para la nación.

Ya ha respondido á él una más poderosa organización dada por Francia á su Estado Mayor general, del que, así en paz como en guerra, será supremo jefe el general Miribel. De manera que tiene razón el *Standard* de Londres cuando dice que este sucesivo aumento de los armamentos militares no acabará jamás.

Estamos bien lejos de aquellos desarmes parciales y de la fantástica neutralización de Alsacia y Lorena, á pesar de lo cual, las perspectivas de paz parecen indudables en la primavera que se inicia y en todo 1890.

***

Bruselas y Londres acaba de dispensar grandes honores á Stanley, en cuyo obsequio el lord Corregidor de Londres dará en Tindhall suntuoso banquete, sucediendo á la espléndida recepción en Exeter Hall, donde la Princesa y el Príncipe de Gales, reunidos á sus hermanos, á lores, ministros, diputados y geógrafos, consignaron al célebre explorador del Africa y al que salvó á Livingstone, y ahora pretende haberlo hecho con Emín-Bajá, magnífica medalla de oro, con su efigie de un lado y la simbólica Africa del otro. Stanley en su discurso dibujó los horizontes que á la civilización se abren en el Africa, y refiriendo sus expediciones contestó indirectamente á los partidarios de Emín-Bajá, hoy al servicio de la Alemania, y que sostienen que su titulada expedición para libertarlo se redujo á una especulación comercial para apoderarse de los cuatro mil quintales de marfil que Emín-Bajá había acumulado en Wadelay, y á apartarlo del Africa. El discurso de lord Salisbury disipó, sin embargo, todo temor de conflictos por esta rivalidad entre Inglaterra y Alemania. El continente negro es bastante vasto para todas las ambiciones, y hay en sus oasis, como en sus desiertos, puesto al sol para todos. Mientras más viva sea esta rivalidad serena, más ganarán en ello la civilización y el cristianismo.

Bélgica y Francia se parten ya el Congo. Inglaterra disputa á Portugal, á veces con violencia, la civilización de los lagos ecuatoriales. Italia extiende su influjo, no sin sacrificios, en el antiguo mar Rojo, y la Alemania quiere crearse, como la Inglaterra, un nuevo Imperio de las Indias en el Africa. El soplo de Dios impulsa á marchar á la Europa en esta vía, más gloriosa que la de los armamentos militares; y la civilización, haciendo efectivo el dicho de Goethe, después de haber germinado en Oriente, extendídose como planta asombrosa en Asia y en Europa, lleva hoy su virgen vegetación á la América, á la Australia y al Africa esclava.

Y ahora es preciso descender de estas alturas á las prosaicas elecciones municipales de París, pasando, sin más que mencionarlas, pues el espacio no permite otra cosa, por la apertura de la Exposición de Bellas Artes á un tiempo mismo en Roma y en los Campos Elíseos de París, y por el vencimiento de Zola y de Barbier, los dos candidatos más ilustres que se presentaban á la sucesión en la Academia Francesa de Emilio Augier, cuyo sitial seguirá vacante un año para consignar el fracaso inmenso sufrido en ellas por el partido de Boulanger. En primer escrutinio sus candidatos, de 21 concejales, alcanzan una elección, mientras en el segundo, donde los electos son 59, el triunfo de los que contaban con apoderarse del Municipio de París no excede tampoco de otra unidad solitaria. Dando las elecciones de la capital de Francia 13 conservadores, 4 concejales de unión liberal, 2 boulangeristas y 61 republicanos de varios matices, aunque predominando el elemento radical. No lo será sin embargo tanto como el Ayuntamiento anterior, apareciendo además resuelto el Gabinete Freycinet-Constans, cual lo ha demostrado al abrirse ahora el Cuerpo Legislativo, á que el Municipio de la capital de la República, en vez de ser una *Commune*, se encierre en los límites que le asignan las leyes.

La derrota boulangerista en París, que hace un año daba 300.000 sufragios al General alejado en Jersey, ha traído con la contienda intestina la disolución definitiva del partido. En vísperas de las segundas elecciones, sus jefes se trasladaron á Jersey para ver si con un supremo esfuerzo conseguían del general (futuro Bonaparte que, como aquí, vino de la isla de Elba para su campaña de los cien días) Boulanger dejara las seguras costas británicas para responder ante el Senado, no á los cargos de ambición, sino á las acusaciones de ministro concusionario. Esperaban con este acto atrevido infundir vitalidad á un partido descorazonado. ¡Inútiles esfuerzos! Boulanger, fingiendo no querer separar su suerte de la de Rochefort, quien por telégrafo acabó por decirle, desde Londres, sería un delirio ir á ponerse en las garras de sus implacables enemigos, después de ganar dos días, se negó á abandonar á Jersey. Esta actitud y el fracaso de todos los candidatos, excepto uno, en las segundas elecciones, ha hecho que Naquet, Lagrange y Deroulede, principales jefes de la Liga boulangerista, pues el Conde de Dillon, después de su condena se había separado ya yéndose á Bruselas, hayan, sea por medio de manifiestos, sea por viajes significativos á Italia y Bélgica, demostrado su ruptura completa con el solitario General. No es ciertamente un mal ni para Francia ni para Europa.

CONDE DE COELLO.

Roma, 9 de Mayo.

TIPOS MADRILEÑOS.

D. POMPILIO POMPOSO DE LA POMPA.

A pesar de las mudanzas de los tiempos y de la constante y progresiva evolución de las ideas, siempre existirá la estúpida vanidad, y siempre habrá, por consiguiente, personajes de figurón como el Ilmo. y Excmo. Sr. D. Pompilio Pomposo de la Pompa, que tengo el gusto de presentar á ustedes.

Acaso, viéndole estirado, inmóvil, rígido, con la cabeza alta y la mirada fija, creerán ustedes que se hallan ante una figura de cera hábilmente confeccionada, y que esta figura representa la verdadera efigie de un famoso hombre de Estado que floreció en tiempos menos democráticos é igualitarios que los presentes. Pues no, esa figura se mueve, anda, come, bebe, habla, aunque poco, y es un honrado vecino de la calle Mayor, donde posee una casa heredada de sus padres, y en el piso principal de la misma habita con su familia, compuesta de su amada esposa y sus no menos amadas hijas, dos muchachas que no tienen nada de particular, sino que son bastante feas.

D. Pompilio no es mala persona en el fondo; eso no; es un buen ciudadano, demasiado buen ciudadano, porque todo su afán es meterse en lo que no le importa, y sacrificarse tontamente por la patria y la humanidad, que jamás llegará á disfrutar el más insignificante provecho por efecto de los sacrificios que por ella dice que hace D. Pompilio.

—¿Y qué es ese hombre? ¿qué profesión es la suya? ¿á qué industria se dedica? ¿qué ciencia practica? ¿qué arte ejerce?—preguntará el lector.

La contestación es muy sencilla: ese hombre no es nada, no ha aprendido ninguna ciencia, no tiene empleo alguno, no se ocupa en combinaciones financieras ó bursátiles, no es poeta, ni pintor, no es, en suma, otro cosa que propietario de una casa que le produce de renta tres mil duros limpios, que no es gran cosa, pero así la tuviera yo, y D. Pompilio un cuerno.

Parece que D. Pompilio se crió muy delicado, y tuvo luego en su juventud frecuentes enfermedades, siendo éste el motivo de que no siguiera una carrera, temiéndose que el estudio forzoso comprometiera su preciosa existencia. Limitáronse, pues, sus padres á procurarle maestros que en casa, poco á poco y con muchísimo cuidado, le dieran nociones de lo más preciso que debe saber una persona para no ser un jumento. Con tan deficiente educación no podía ser D. Pompilio, en puridad, más que lo que es. Sin duda, alguno de los maestros sería un cuitado ignorante y adulador, que no sabiendo enseñar á su discípulo nada útil, le enseñó á ser tonto, porque esta vanidad de D. Pompilio, este excesivo amor de sí mismo, esta petulancia impertinente, esta cómica gravedad y este insaciable afán de honores y distinciones, sin méritos que los justifiquen, no son cualidades espontáneas, sino adquiridas desde la infancia.

D. Pompilio, cuando tenía diez años, obtuvo la gracia de guardia marina, y estrenó el primer uniforme para andar por casa, porque el muchacho, que era enclenque y desmedrado, no podía salir á la calle, y allí sus padres, sus abuelos, sus tías, una serie de ejemplares de la más supina simplicidad, le rodeaban de todo linaje de atenciones, mimos, cuidados y respetos, por donde el chico se creyó un ser superior, aunque averiado, y en esta creencia continúa ahora que hace ya once lustros de su venida al mundo, y debería hallarse curado radicalmente de su estolidez.

Pero que si quieres; D. Pompilio, ya que no pudo en su juventud ser licenciado ni doctor, y no le pesa no haberlo sido, porque licenciado ó doctor puede serlo cualquiera sin otras condiciones que la de estudiar con aprovechamiento las diversas asignaturas, fué sanjuanista, como lo había sido su abuelo, y tuvo otro uniforme de casaca, tricornio y espadín, que le sentaba á maravilla. Y cuando lo podía lucir en días



EXCMO. SR. D. ELEUTERIO MAISONNAVE,
DIPUTADO Á CORTES, EX MINISTRO.
Nació en Alicante, en 1841; † en Madrid, el 5 del actual.



«CANCIÓN SIN PALABRAS.»
CUADRO DE ADOLFO LIUS.

LA PEREGRINACIÓN ITALIANA EN ROMA.



1. SU SANTIDAD LEÓN XIII CONDUCIDO EN LA SILLA GESTATORIA, DESPUÉS DE LA MISA QUE CELEBRÓ ANTE EL ALTAR DE LA CONFESIÓN DE SAN PEDRO.
2. LA PUERTA DE BRONCE QUE DA INGRESO AL VATICANO, EL DÍA DE LA RECEPCIÓN DE LOS PEREGRINOS.— 3. VISITA DE LOS PEREGRINOS Á LA «SCALA SANTA».
4. INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN PABLO.— 5. ADORACIÓN DE RELIQUIAS EN LA IGLESIA DE SANTA CRUZ DE JERUSALÉN.

(Apuntes del natural, por H. Estevan.)

de besamanos, procesión cívica ó del Corpus, llamaba grandemente la atención del público, y muchos ojos femeninos le seguían enamorados, y alguna madre decía á su hijo absorto, señalando á D. Pompilio: «A ver, hijo mío, á ver si te aplicas, para que cuando seas grande te pongas uniforme como el de ese señor.»

La que fué su mujer, hija de un marqués de antiguo y glorioso origen, pero venido muy á menos, se enamoró de D. Pompilio un día que le vió de uniforme, y una señora casamentera amiga de las dos familias tomó á su cargo la buena obra de realizar el matrimonio de tan gentil pareja, y lo consiguió sin mucho esfuerzo, dando á D. Pompilio ocasión de lucir el uniforme ante el altar, y al cura que le casó, que era no sé qué del Tribunal de las Ordenes, la de introducir en el pequeño discurso que dirigió á los contrayentes, después de terminada la ceremonia principal, los más oportunos y bonitos floreos alusivos á la condición de sanjuanista de D. Pompilio, con sus toques históricos, en que resplandecía la erudición del digno sacerdote. Fué aquel un casamiento muy sonado en la parroquia de San Marcos, de que era feligresa la novia, y durante largo tiempo se habló, entre los que vieron el cortejo nupcial, de la casaca que llevaba el novio y del señorío con que la llevaba.

Durante los primeros años de su matrimonio tuvo bastante que hacer y que pensar con el examen y arreglo de los papeles de familia que sucesivamente vinieron á su poder por muerte de sus abuelos, de sus padres, de sus tíos y de toda su parentela, que no parecía sino que había entrado la polilla en la familia; con los embarazos y partos de su mujer, y con la testamentaría de su suegro, y no pudo, por consiguiente, emplear su actividad en ninguna otra cosa; ni siquiera sintió bajo los pies, como todo el mundo, el hervor del volcán revolucionario que iba á derrumbar el trono secular y á trastornarlo todo. Así, le sorprendió este memorable acontecimiento cuando más engolfado estaba en la lectura de los curiosos documentos de sus antepasados, entre los que descubrió grandes magnates, invencibles guerreros, y hasta un rey gótico, de quien no tenía el más leve indicio, porque su padre, su abuelo, y aun su mismo bisabuelo, habían mirado, sin duda, con la más punible indiferencia circunstancia tan importante para el esplendor de la familia. Entre sus ascendientes no sólo había ese rey, y ahondando un poco hubiera tropezado con dos ó tres procónsules y un par de emperadores, sino que, ya en edad más próxima, hubo también filósofos, teólogos, políticos, poetas y economistas, á juzgar por el buen golpe de manuscritos que halló en los polvorientos legajos arrumbados en la guardilla de la casa solariega. Separó cuidadosamente todos los papeles que le parecieron dignos de conservarse, los leyó y estudió prolijamente, y, cosa singular, encontró ideas y conceptos, observaciones y soluciones pintiparadas, que no parecía sino que todo había sido escrito en presencia de los sucesos que se desarrollaban en la nación en aquellos momentos.

Y su mujer, asombrada, le vió reflexivo y meditabundo, y notó que pasaba largas horas encerrado, y con mayor asombro todavía supo que D. Pompilio había recibido dos amanuenses y comprado tinteros y una resma de papel sin afeitar, es decir, con barbas, y esperó con impaciencia la explicación del enigma, pues á sus preguntas contestaba el preocupado marido vagamente con medias palabras misteriosas, y si insistía en obtener detalles claros y precisos le decía con una sonrisa: «Son cosas que no entienden ustedes las señoras. Sólo puedo decirte que la labor en que me ocupo ha de honrar y enaltecer el nombre que llevas dignamente.»

En efecto, D. Pompilio Pomposo de la Pompa dió á luz un folleto en que, con el sencillo título *La felicidad de España, ó ahora ó nunca*, expuso un plan completo de regeneración social y política, precedido de una dedicatoria á Prim, Serrano y Topete, llena de buenos consejos para la gobernación del Estado. En aquellas páginas había para todos los gustos, una mezcla singular de principios absolutistas y democráticos, las más donosas vulgaridades ilustradas con citas latinas, pensamientos de Séneca y dísticos del *Amigo de los niños*, afirmaciones bíblicas y negaciones impías. En fin, libro más disparatado no se habría escrito por los huéspedes del doctor Ezquerdo. Un amigo periodista se divirtió en llamar la atención sobre tan peregrino engendro, haciendo del libro hiperbólicos elogios, que D. Pompilio creyó sinceros, y extremaron su vanidad de tal suerte que se consideró el hombre á la altura del mismo Jovellanos, y hasta llegó á persuadirse de que él había escrito el libro, torpemente compuesto con fragmentos de los antiguos manuscritos hallados entre los papeles de sus ascendientes. La edición se agotó en breve tiempo, repartiendo los ejemplares en España y también en el extranjero, porque los envió á todos los Gobiernos, á todas las corporaciones, á todas las testas coronadas, á todos los Príncipes, á todos los Prelados, á todos los generales, á los literatos, á los abogados, á los médicos, á las Bibliotecas y Universidades, y así reunió buen número de comunicaciones y cartas en que, por cortesía, dábanle gracias, con breves frases de elogio, los que habían recibido tan insignificante obsequio, cartas que luego publicó en una segunda edición de la disparatada obrilla.

El Ministro de la Gobernación, que no sé quién lo era entonces, hubo de ser solicitado por algún amigo de D. Pompilio para que diera á éste un testimonio de aprecio como premio del folleto en que se daba la receta infalible para la *felicidad de España*, y le concedió los honores de jefe de administración civil, lo que le vino á costar bastantes pesetas por derechos, y lo que dió por el uniforme á un cesante de aquella categoría, que necesitaba más en aquel momento histórico el dinero que el uniforme.

D. Pompilio no habría alcanzado otro galardón, si no hubiese cultivado la amistad de algunos periodistas, que, con una imprevisión inexplicable, se dedicaron á dar jabón y bombo á tan ínfimo personaje, con lo que su nombre sonó un día y otro en los papeles, y él puso todo su empeño en justificar esta publicidad formando parte de una buena parte de sociedades de todo linaje, desde la Económica de Amigos del País, hasta la *Protectora de criadas, doncellas y niñeras del reino*, que él mismo fundó, aprovechando la idea que halló apuntada en un manuscrito de su abuela materna. Don Pompilio fué presidente de tan útil institución, y no fueron, en verdad, pocas las individuas de las *tres clases..... de vapor* que se pusieron bajo el amparo del magnífico y munífico D. Pompilio. Era una empresa muy vasta, y asegura el fundador que si hubiera podido realizarla tal como la había concebido, en pocos años habría visto España la regeneración completa de tan importante ramo del saber humano. Pero su mujer, suspicaz y recelosa, como fea y pobre que era, se escamó de que fueran á ver á su marido tantas *pobres chicas*, y de oirle que pensaba dotar á algunas y educar á otras, y redimir á varias, y á una desempeñarle la ropa, y á otra casarla con un viudo..... y la buena señora se propuso estorbar que su marido, por proteger á gente indigna, la dejase á ella por puertas. Por suerte para ella, no logró D. Pompilio encontrar bastante número de vocales para formar la Directiva, no pudiendo colocar tampoco las acciones que habían de formar el capital social, del cual era preciso aprontar por lo menos una cuarta parte para los primeros gastos de instalación de la casa matriz, como si dijéramos, que había de servir de refugio y salvamento á las inscritas que se encontraran súbitamente puestas en el arroyo por alguna señora celosa insufrible, ó por una patrona exigente en lo tocante á guisos y limpieza, ó por algún señor solo, amigo de la variedad.

No sé si por estos méritos de fundador, ó por otros, cuando vino el rey D. Amadeo (que en gloria esté), don Pompilio fué elevado á jefe superior honorario de administración civil, con lo que hubo de adquirir de lance en la calle de Preciados otro uniforme más superior también. Por cierto que en aquel tiempo lo usó con mucha frecuencia en actos públicos, banquetes, inauguraciones y aniversarios, y además todas las semanas había de ir á visitar á aquel bondadoso Rey, que pronto se hartó de las visitas de D. Pompilio, como de las de otros míseros aduladores, que sin duda le tenían por bobo, y no lo era ciertamente. Pero no paró D. Pompilio hasta que logró ser gentilhombre, aunque esto le impuso la obligación de comprarse otro uniforme, y le sirvió de poco, porque algunos días después de haber él sido agraciado con tan señalada distinción, aquel discreto y pundonoroso Monarca se volvía con su amante esposa y sus tiernos hijos á su hermosa Italia, cansado de Pompilios y progresistas.

No tomó D. Pompilio posesión de su cargo, lo que le produjo gran contrariedad; pero vestido de uniforme y con la banda de Isabel la Católica, que le dió no sé quién sin saber por qué, se retrató, y hace muchos años que está expuesto el retrato en la vitrina de uno de los fotógrafos más conocidos, en la Puerta del Sol, por lo que todo el que pasa dice: —«¡Calla! á ese de las patillas y el uniforme le conozco yo»; porque, es claro, ¿quién no ha encontrado por ahí alguna vez al fastuoso y empalagoso D. Pompilio?

Durante la república, D. Pompilio vivió un poco retraído, no en actitud de protesta, sino porque creía el muy bolonio que iba á venir sobre nosotros otra como la francesa de fines del siglo pasado, y que cualquier día pondrían la guillotina en la Puerta del Sol, y serían decapitados, para empezar, todos los Pompilios que fueran habidos. Sin embargo de su retraimiento no pudo resistir á la tentación de ser vocal de la Junta de la Cruz Roja de su barrio, lo que le dió derecho á usar mandil, gorra, lazo, manto y bandera, que inmediatamente mandó hacer, bien que una vez que hubo alguna alarma y se llegó á temer que hubiese algo de sangre en la Plaza Mayor, cerca de su casa, se puso malo, se metió en cama, y no mejoró hasta que pasó el peligro de la colisión.

Después de la Restauración, D. Pompilio se ha dedicado á la busca de condecoraciones extranjeras, y ya ha pescado una turca, otra sueca, otra griega y otra japonesa. Lo que le ha llegado al alma es que, habiendo escrito al rey Humberto, con la confianza que le daba la circunstancia de haber sido casi gentilhombre del hermano de aquel soberano, no ha obtenido respuesta, ni el gran cordón, ó á lo menos, uno chico, de la *Annunziata*, que tiene solicitado. Tanto le preocupa no tener este cordón, que hace tiempo está pensando emprender el viaje á Roma á fin de pedir explicaciones, porque á una persona como él, individuo de Ateneos, asociaciones piadosas, científicas y recreativas, no se le desaira impunemente; y también le lleva otra idea á Roma: en primer lugar, presentarse al Santo Padre, luciendo uno de sus uniformes, y procurará ir más de una vez para poder lucirlos todos, y las condecoraciones que pregonan sus méritos de *fantoche*, y luego obtener un título de Conde de la Pompa. Con esto acaso, acaso, quedarán satisfechas sus aspiraciones por ahora, bien que la recompensa por aquel folleto sobre la *felicidad de España* no la ha obtenido todavía proporcionada á la importancia del merecimiento, porque este país, como dice D. Pompilio en sus pocos momentos de expansión, es un país miserable, donde todo es pequeño é insignificante, y está fuera de su sitio una persona como él.

CARLOS FRONTAURA.

ADVERTENCIA.

La abundancia de materiales de actualidad nos obliga á aplazar hasta el siguiente número la continuación de las interesantes impresiones de viaje á Marruecos, por M. Pierre Loti, que desde 1.º de Enero venimos publicando.

AL
BON MARCHÉ
NOVEDADES
Casa Aristide BOUCICAUT

PARÍS PARÍS

Almacenes de Novedades, que reunen en todos sus artículos el surtido más completo, más rico y más elegante.

Tenemos el honor de informar á las señoras, que nuestro Catálogo de Novedades de la Estación acaba de publicarse, y que es remitido **franco** á cuantas personas nos lo piden.

En razón al desarrollo constante de nuestros negocios, nuestros surtidos son muy considerables, y podemos afirmar que ofrecemos ventajas indiscutibles, tanto desde el punto de vista de la calidad, como de la baratura de todas nuestras mercancías.

Independientemente de nuestro Catálogo de Estación, que contiene una mención de nuestras principales novedades, tenemos á la disposición de las señoras:

Muestras variadas de todos nuestros tejidos en *Sederías, Lanas, Paños, Telas nuevas, Tejidos estampados, Encajes, Cintas, Alfombras* y *Telas para revestir muebles.*

Igualmente tenemos albums, descripciones y reproducciones de todos nuestros modelos de *Confecciones, Vestidos para señoras y niñas, Trajes para caballeros y jovencitos, Modas y sombreros, Corsés, Enaguas, Faldas, Peinadores, Equipos de novia y canastillas, Ropa blanca, Géneros de punto, Camisería, Pañuelos, Paraguas y sombrillas, Guantes, Corbatas, Plumas y flores, Calzado para caballeros, señoras y niños, Ropas de cama, Colchas, Artículos de viaje, Artículos de París, Tapicería, Muebles,* etc.

Todos los pedidos que alcancen á un valor de 25 francos, son expedidos contra reembolso, *francos de porte*, hasta la frontera francesa. Los pedidos de un valor de 25 francos en adelante, enteramente pagados por adelantado, y que puedan ser enviados por el servicio de *paquetes postales*, son expedidos *francos de porte* hasta su destino á todas las localidades á que alcance dicho servicio, en un papuete postal por cada 25 francos. Los paquetes postales no pueden pesar más de 3 kilogramos, ni exceder de una dimensión de 60 centímetros, y un volumen de 20 decímetros cúbicos.—Los derechos de Aduanas son á cargo de nuestros clientes.

Diríjanse las cartas «**AU BON MARCHÉ**», Maison ARÍSTIDE BOUCICAUT, París.—Dirección telegráfica, «**Maison BOUCICAUT, Paris**».

La casa del BON MARCHÉ no tiene sucursal ni representante en Francia ni en el Extranjero, y ruega á sus clientes que desconfíen de los comerciantes que se sirven de su título para establecer una confusión. El principio invariable de la casa del BON MARCHÉ es venderlo todo con corto beneficio, y enteramente de confianza. Este principio, que ha sido siempre lealmente aplicado, le ha valido un éxito no interrumpido, y sin precedente.

La casa del BON MARCHÉ ha obtenido en la Exposición Universal de 1889,
DOS GRANDES PREMIOS—TRES MEDALLAS DE ORO—TRES MEDALLAS DE PLATA

EXPOSICIÓN
de toda clase de muebles. Precios excepcionales.
PLAZA DE BILBAO, 6, BAJO, DERECHA, MADRID.

PÍLDORAS DE BLANCARD
CON
Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK — Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo. — PARIS




1853 — 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tisis**,

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes*.

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES



Bálsamo de FERNOLINE

Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo, y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos; de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos; hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores en el extranjero para curar los dolores que notan muchos enfermos en **el cuello, pecho y espalda**, pues, gracias á la **volatibilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel se absorbe en cantidad variable, según la superficie de aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA
VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA—BARCELONA
SUCURSAL EN MADRID: Claudio Coello, 26, segundo.

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.

En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra.

y en los seis Perfumerías sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerías



AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL
en 2 dias ó instantánea
para los **CABELLOS** y la **BARBA**
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.
Por Mayor : **PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.**
En Madrid: G. DE QUINEA, Carmen, 1.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la **FRESCURA** de la **JUVENTUD** y preserva de la **PESTE** y del **COLERA MORBO.**

FERNET-BRANCA
DE LOS SRES. BRANCA HERMANOS, DE MILANO

Los únicos que tienen el verdadero y auténtico método de fabricación.

Premiados con Medallas de oro en las principales Exposiciones Universales y privilegiados por el Gobierno.

El **FERNET-BRANCA** es el más higiénico de los licores conocidos. **Veinticinco años de completo éxito, obtenido en Europa, América y Oriente.**

Es recomendado por las celebridades medicales, y empleado en muchos hospitales.

El FERNET-BRANCA no debe ser confundido con otros muchos Fernet que se venden desde poco tiempo, y que son falsificaciones dañosas é imperfectas. El **FERNET-BRANCA** apaga la sed, facilita la digestión, estimula el apetito, cura las calenturas intermitentes, dolencias de cabeza, vértigo, enfermedades del hígado, **esplin**, mareo y náuseas en general. Es **Vermífugo, Anticolérico.**

SUS EFECTOS SON GARANTIZADOS POR ATESTACIONES DE MÉDICOS
Unica arrendataria para América del Sur:
Casa CARLO F.co HOFER et C.o de Génova
MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1889

Frasco : 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et C.ie — B.d St-Denis, 26

VINO DE BUGEAUD
TONICO NUTRITIVO CON QUINA Y CACAO

Cura Anemia, Clorosis, Fiebres, Males de Estómago, Convalecencias,
reconstituye la sangre, repara las fuerzas, despierta el apetito, falicita la digestión, conviene en una palabra á todos los temperamentos débiles ó fatigados.
EL **VINO DE BUGEAUD** SE HALLA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LA PATE EPILATOIRE DUSSER

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito**, de altas recompensas en las Exposiciones los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en **cajas**, para la barba y las mejillas, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como, el marmol.— **DUSSER**, inventor, **1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerias*).
En Madrid : MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona : VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid..............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias...........	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero...........	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XIX.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Mayo de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas..	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia.......................	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.



CASTO PLASENCIA,

LAUREADO PINTOR.

Nació en Cañizar (Guadalajara), en 1846; † en Madrid, el 18 del actual.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Hay revistas en que un acontecimiento domina á todos los demás y da el tono al artículo; pero en la presente son tantos y tan diversos los que se amontonan y reclaman nuestra atención, que no sabemos por dónde empezar á escribir. La huelga de los mineros de Bilbao y algunos otros chispazos del incendio social aquí y allí, y el hundimiento de un edificio en la Habana, por la voladura de un depósito de pólvora, catástrofe que llenó de luto y consternación á la ciudad, por haber quedado sepultados en las ruinas gran número de oficiales y bomberos, apenas nos impresionan, á pesar de ser hechos graves y tristísimos, solicitados como estamos por el tumulto matritense, con sus oleadas de forasteros que acuden á las fiestas, la multiplicidad de estas diversiones que no dan punto de reposo y que han sido amargadas por muertes y conflictos, crímenes y toda clase de desgracias.

El forastero que acude á la romería de San Isidro se distingue entre todos por su falta de flexibilidad para evitar los tropezones: mientras los habitantes de los centros populosos pasamos unos al lado de otros sin rozarnos, el Isidro se echa encima del transeunte sin poderlo remediar, y le descoyunta con su mole: no tienen idea de las distancias que hay de cuerpo á cuerpo y de la escasez del espacio en el centro de la capital, en donde el pie de terreno vale veinte duros, por lo que es preciso no abusar de él ni aun para el acto de moverse. Este año, al aluvión de Isidros se ha añadido el de otros forasteros más cultos, atraídos por los festejos con que el presidente del Ayuntamiento actual, D. Andrés Mellado, ha querido resarcir al comercio madrileño de las calamidades del invierno. Empezaron las fiestas con una misa de campaña y un desfile de tropas: los espectáculos militares son siempre brillantes y animados: el color de los uniformes, el brillo de las armas, el estruendo de las músicas y los giros acompasados de las masas, por la combinación de las artes del sonido, del color y del movimiento, impresionan vivamente el ánimo de la muchedumbre. Tienen estos festejos la ventaja de poder improvisarse sin gastos y ser de extraordinario lucimiento.

Los niños del Hospicio, formando un batallón liliputiense, y marchando y maniobrando con infantil marcialidad, han constituído la nota graciosa y simpática de las fiestas; bailes populares, funciones de toros y teatros, fuegos artificiales y proyecciones de imágenes grotescas, han hecho las delicias de los forasteros y muchachos, causando la desesperación de las personas metódicas, que ven los tranvías tomados por asalto, las mesas de los cafés céntricos ocupadas, interceptadas las aceras, y un bullicio que aturde en todas partes y un movimiento desusado que marea.

La carne á diez reales el kilo, planteando en medio de esta afluencia de gente un conflicto de subsistencias, ha suscitado una verdadera lucha entre el Alcalde y los abastecedores de carne. En vano han querido éstos demostrar con guarismos y cuentas galanas que no se puede vender la carne á menor precio y que su ganancia es moderada. Acaso sea cierto, descartando algunas exageraciones, en los que se dedican á la venta al pormenor; pero como los ganaderos se quejan en todas partes de la depreciación de sus reses, y la carne no llega al consumidor madrileño sino á precios que no puede pagar la mayoría de las gentes, es indudable que entre el ganadero y el pobre se interpone un elemento codicioso que especula con el hambre pública. Y como no hay leyes, ni sistemas, ni nada que prevalezca ante la necesidad, y Madrid está en el caso de una plaza bloqueada á la cual se cortan los víveres, la defensa del Ayuntamiento es legítima y es indispensable.

Todo es lícito para evitar el enflaquecimiento general de los vecinos de Madrid, que podría concluir en hacer natural la antropofagia, y en que los gordos no pudiesen presentar en público sus carnes sin excitar el apetito de las masas.

Un marido que mata á su mujer en medio de la calle del León; una señora que dispara su revólver contra un hombre en la iglesia de las Salesas mientras se celebra una misa, y que luego dice al herido que la dispense por haberse equivocado; el asesinato de un anciano en su cama, ocurrido en el núm. 30 de la calle de la Justa, calle de triste celebridad, han sido como el folletín patibulario de estos días para los aficionados á esta clase de emociones.

El último de estos crímenes, sobre todo, ha despertado el interés, siendo acaso el menos dramático. El marido que mata á su mujer, es el drama siempre monstruoso, pero humano, de los celos; la loca que acomete á un desconocido, tiene su explicación en un desarreglo cerebral. Pero el viejo solterón á quien se encuentra maniatado y sofocado en su lecho, sin tener riquezas conocidas, ni herederos á quienes excite la codicia, ni enemigos probables, y que vive con una criada antigua, que es el ama de su casa, éste es un drama vulgarísimo, es verdad, pero que excita el interés de todo lo que no se explica claramente: interesa mientras la duda continúe; que una vez desvanecida, entrará en la categoría de esos crímenes que escandalizan, repugnan y se olvidan.

***

Hace catorce años que escribimos estas crónicas sin interrupción, y en ninguno como en el actual ha tenido en ellas tanta extensión la necrología: en ninguno han muerto tantas personas notables y populares. Sólo en estos últimos días han sucumbido el vicealmirante Antequera, ministro que fué de Marina y bizarrísimo jefe de la Armada, y D. Pedro Losada, conde de Gavia, grande de España y senador del Reino; el pintor Plasencia y el mariscal de campo D. Manuel Mendoza: sólo tratamos y conocimos á estos dos últimos, por lo cual podemos hacer á grandes rasgos su retrato.

En la tarde del 19 penetramos en el estudio de Casto Plasencia, que habíamos visto decorar, y luego, en plena vida artística, con la modelo en el tablado y el maestro retocando su Dafnis y Cloe, que no había de concluir. El estudio se había convertido en cámara mortuoria, y el féretro negro del pintor, llevado en hombros por sus discípulos, nos cerró la entrada; varios artistas llevaban magníficas coronas para depositarlas sobre la carroza fúnebre; bajamos tristemente la escalera pintores, músicos, títulos de Castilla, periodistas, escultores y gente de todas condiciones. El cortejo siguió á pie el coche mortuorio; al pasar por el Círculo de Bellas Artes y la Sociedad de Escritores y Artistas, cayeron flores de los balcones enlutados, y se unieron los socios de ambos círculos á la comitiva; ésta se detuvo ante la Academia de San Fernando, que no dió señal de vida; después, atravesando el viaducto, llegamos al templo de San Francisco; allí el clero cantó un responso y depositó en el carruaje otra corona; luego enterraron al malogrado pintor en el cementerio de San Justo.

«Casto Plasencia, decíamos en una biografía que publicamos en *El Liberal* hace cuatro años, es de regular estatura y cuerpo recio y sólido, que le hace parecer más alto. Su cara es enérgica y angulosa, y el pelo, sin raya, caído y aplastado sobre la frente, le da un carácter arcaico; poblada barba castaña, partida en dos, completa su retrato, al que no contribuyen en nada los afeites.

»Caracteriza el estilo de Plasencia una tendencia irresistible á lo grandioso, que hace esperar siempre de él rasgos de inspiración y valentía: cuando exagera esa tendencia natural suele ser algo brusco, y acaso peca de excesivamente robusto y varonil. En su última obra, la bóveda de la capilla de la Orden de Carlos III, en San Francisco, hay grandes delicadezas, como si en el espíritu vigoroso del artista hubiera penetrado un rayo de ternura femenina.»

Desde que escribimos las anteriores líneas, las facultades del autor de *Los Orígenes de la República romana* se habían consolidado con el estudio y la competencia. Celoso de su fama, los triunfos de otros artistas eran su estímulo mayor para el trabajo: había nacido para dominar, y no sufría con resignación el dominio de otros; acaso era orgulloso, pero el orgullo de sobresalir es en el arte el verdadero impulso del progreso. Sólo reconocía un superior, el Marqués de la Vega de Armijo, que le había protegido desde sus primeros pasos en el arte. Un artista de esas condiciones y que muere á los cuarenta y cuatro años de edad, aunque haya dejado obras importantes, es un artista malogrado, porque muere cuando más esperanzas daba su talento. Pero ¿es preferible morir cuando se ha cumplido su destino, á caer en plena robustez y lozanía, dejando la melancólica impresión de lo que no se logra por completo?

España ha perdido un pintor ilustre; nosotros un amigo cariñoso, á quien habíamos acompañado en sus horas de trabajo, ya en su estudio de la calle Ancha de San Bernardo ó del pasaje de la Alhambra, ya en los andamios de San Francisco, ya en el Círculo de Bellas Artes, donde era infatigable y regular jugador de carambolas. ¿Quién hubiera sospechado, ante su robusto aspecto, que estaba ya herido de muerte? La última vez que le vimos fué para tratar de los festejos que se proyectaban en la Florida. Estaba alegre y animado. Pocos días después, el pintor Domínguez, su compañero de Jurado, le llamaba para consultarle acerca de la colocación de algunos cuadros en la galería alta de la Exposición; allí contrajo la enfermedad que le postró en el lecho; pero ya estaba su sangre envenenada.

¡Pobre Plasencia! Un artista que se va, dirán los aficionados á la pintura. Nosotros exclamamos con dolor: un amigo menos.

El general D. Manuel Mendoza y Mayol había nacido en Málaga en 1811. Estudió Jurisprudencia y se recibió de abogado, pero al llegar á Madrid cambió aquella profesión por la militar. Fué ayudante de D. Luis Fernández de Córdova; en el sitio de Morella recibió un balazo en la boca; fué jefe de Estado Mayor bajo las órdenes de Zurbano, siendo un militar valiente y de mucho corazón. De grandísima erudición y memoria prodigiosa, pocos literatos tenían tan claro y minucioso conocimiento de la historia general, de la geografía y de la literatura militar é ideas tan enciclopédicas. Crónica viviente, archivo de noticias, conocedor de los hombres y los sucesos contemporáneos, como que había vivido en las esferas donde se sabe el secreto de las cosas, su conversación, siempre instructiva y amena, jamás pesada, fué hasta en sus últimos momentos de inagotable filosofía y buen humor, sin pedantería y de elegancia natural. Tenía una memoria topográfica que le hacía conservar para siempre en su cerebro el plano exacto de los lugares que había recorrido, y brotaban gracias de su boca en su conversación inagotable. Decía que el estudio de la historia le había hecho escribir en pocas líneas un compendio de historia universal, en estos términos:

«Capítulo único. De cómo en todos tiempos y lugares, siempre el que puede menos, se fastidia.»

Y una filosofía abreviada para su uso particular, á fin de no tener quebraderos de cabeza:

«Las cosas no necesitan para existir el que yo las entienda.»

Decía que los tres puntos de apoyo del orden social eran:

«La hidalguía y proverbial sensatez del pueblo español, la prudencia y sabiduría del trono y la acrisolada y nunca desmentida lealtad del ejército y la armada.»

Hombre de estudio y de sociedad, había sido en su edad juvenil y madura hombre de acción y de energía; gran jinete, había hecho á caballo viajes de extraordinaria resistencia é intervenido en operaciones peligrosas. Exento de ambición y modestísimo, se contentaba con estar enterado de los sucesos más recientes y conversar en el Casino en un círculo de amigos. Era un curioso que se consideraba como espectador de la vida pública, sin jamás cuidarse de sí propio. Pudo ser rico, y no tuvo codicia; mandar, y no sintió deseos; fuerte en las desgracias, sólo fué débil por cariño; honradísimo personalmente, disculpaba con facilidad las faltas ajenas. Es una desgracia que no haya escrito sus memorias, aunque creemos que entre sus papeles se hallen apuntes interesantes de los sucesos de la guerra civil, que presenció. Nosotros le oimos leer hace doce años un capítulo describiendo una desbandada del ejército, admirable descripción llena de vida, colorido y movimiento.

Se ha extinguido una inteligencia: ha dejado de sufrir un veterano á quien profesábamos entrañable estimación.

Cuando penetramos en el cementerio de San Justo para enterrar al octogenario general, salían del mismo autores, músicos, actores y periodistas, que habían acompañado el entierro de una niña, de cortísima edad, hija del compositor D. Federico Chueca. El popular maestro, gran aficionado á la fotografía, nos enseñaba con orgullo, no hace mucho tiempo, una fotografía, muy buena, que había obtenido en uno de los raros momentos de quietud de aquella linda criatura. Al ver vacía la blanca estufa de cristal que había conducido al cementerio el cuerpecito de la niña, compadecimos á los padres.

***

El Sr. D. Gabriel Rodríguez ha dado en el Ateneo una de sus interesantes conferencias musicales, en que acompaña á su explicación oral de las diversas escuelas, ó de las obras y maestros más notables, la interpretación, por artistas distinguidos que coadyuvan á su conferencia, de las obras que describe y analiza. No hemos tenido el gusto de oir su lección, ni conocemos sino los elogios que hacen de ella los periódicos; pero siendo uno de los hechos notables de estos días nos complace consignar el triunfo del ilustre ingeniero y abogado, que añadió á las variadas manifestaciones de su talento una nueva nota. Sólo un orador de gran palabra no queda deslucido teniendo que competir con las armonías de Mozart, Beetoven y Mendelsohn.

***

—¿Conque se ha hundido esa casa que acaban de construir? No lo comprendo.

—Pues nada más natural. ¿No mueren algunas criaturas recién nacidas y antes de nacer? Es un aborto.

—Será lo que quieras; pero si las casas nuevas se desploman, ¿qué sucederá con las usadas?

—Te diré: acaso la intención del constructor fué sepultar á los que la habitasen. Pero al pedir licencia debió decir claramente que iba á construir panteones de familias.

—¿Qué has presentado en la Exposición?

—Una marina histórica.

—¿No es aquel cuadro? Sólo veo mucha agua.

—Es el agua del diluvio.

La música toca bailables en medio de la plaza; la muchedumbre es tan compacta que ya no cabe una persona más.

—¿Cómo ha de bailar la gente si no puede moverse?

—Mire usted cómo pestañea esa muchacha: ¿no ve usted que se la bailan los ojos? Así hacen los demás. Bailan por dentro.

—¿Has hecho algo?

—Nada, hombre, nada. Estos paletos saben más que nosotros: cuando vienen á las fiestas, se dejan los relojes en su pueblo.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

CASTO PLASENCIA, LAUREADO PINTOR.

Su retrato, su estudio y sus obras.

¡Ya no existe Casto Plasencia! La implacable muerte dejó sin vida aquel poderoso cerebro que concibió tantas magistrales obras pictóricas y aquella mano habilísima que las trasladó al lienzo en correcto dibujo y en primor de colorido; nos hemos arrodillado ante su cadáver, besado su fría diestra, y elevado una plegaria por su alma; y sin embargo, nos cuesta inmenso trabajo acostumbrar la mente y el corazón á la triste verdad de que ya no existe Casto Plasencia.

En la plana primera damos su retrato, dibujado con *amore*, del natural, por su amigo del alma Alfredo Perea, que si fué compañero suyo en horas de expansión y regocijo, no le ha abandonado un momento en las supremas del infortunio y de la muerte; y á continuación publicamos datos biográficos de autenticidad perfecta.

Casto Plasencia nació en Cañizar (Guadalajara), y quedó en su infancia huérfano, sin otra herencia que un nombre honradísimo y el manuscrito de una obra de Medicina, aun no terminada, que escribía su ilustrado padre, doctor en aquella Facultad, cuando le sorprendió la muerte.

Halló protector cariñoso en un amigo del autor de sus días, en el general Sr. Sandoval y Arcaina, quien le recogió y educó generosamente, dedicándole al estudio de la pintura, con preferencia á una carrera científica, al observar las espontáneas inclinaciones del joven; matriculóse en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando), y empezó á mostrar su talento y aplicación ocupando siempre los primeros puestos entre los alumnos de las diferentes clases á que concurría; al terminar su segundo curso mereció que el Sr. Ministro de Fomento (lo era en tal sazón el Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo) le otorgara, como premio y estímulo, una pensión de mil pesetas anuales.

Pero algún tiempo después empezó una época azarosa para el aplicado alumno de la Escuela de Pintura: murió su protector el general Sr. Sandoval, y como una desgracia nunca viene sola, según el dicho vulgar, otro ministro de Fomento le retiró aquella pensión modestísima, y Plasencia quedó abandonado á sus propias fuerzas y á la necesidad de un trabajo diario, fatigoso, triste, y no pocas veces, las más, bien escaso y mal remunerado.

Llegó el año 1873, y el Gobierno que presidía el Sr. Castelar creó en Roma la Academia Española de Bellas Artes; convocados á oposición los artistas nacionales, Casto Plasencia fué uno de los primeros en aceptar la convocatoria, y ganó, por voto unánime del Jurado, una de las dos pensiones que correspondían á la sección de Pintura; alentado por este insigne triunfo, y sostenido por su vivísima fe y halagüeñas esperanzas, ganó también en aquella excelente escuela las recompensas más altas que marca su reglamento, y pintó, en el año tercero, su célebre cuadro *Orígenes de la República romana*, que mereció primera medalla en la Exposición Nacional de 1878, y tercera medalla, con el honroso aditamento de cruz de la Legión de Honor, en la Exposición Universal de París del mismo año.

El gran artista ya se había revelado, y sus obras sucesivas han sido hermosas composiciones de verdadero genio, de vigoroso dibujo y fineza de tono: pintó un magnífico retrato de la inolvidable reina Mercedes; pintó magníficos lienzos para el palacio del Sr. Marqués de Linares, como los titulados *Scherzi d'amore*, *La Noche*, *El Tocador de Venus*, *Blasón*, *Nobleza*, *Anacreóntica* y *Venus aérea*, y el poético *Psychis conducida al Olimpo*, inspirado en un pasaje de Ovidio; pintó retratos y acuarelas preciosos, como *El Trovador*, para el álbum de la Princesa imperial de Alemania, y *El Viejo verde*, para el del banquero D. Adolfo Calzado, y entre sus cuadros de género, que son muchos, sobresalen: *El Vaquero*, que ejecutó para un museo de Portugal y que le valió el diploma de caballero de la Orden de Santiago, del vecino reino, y sus escenas asturianas (algunas reproducidas ya en las páginas de este periódico), lindísimas composiciones de sorprendente carácter de localidad, llenas de sentimiento y delicadeza, como las denominadas *¡Dios mío! ¿arribarán? Adán y Eva*, *San Esteban de Pravia*, *La Fuente del Castañeu*, *Esperando vez*, *El Mentidero*, *En la Fuente de Roque*, y otras.

Casto Plasencia conquistó con sus primorosos trabajos en las obras de embellecimiento de San Francisco el Grande el título de maestro en la pintura religiosa: allí ejecutó el boceto de color para la gran rotonda central; tres cascos de ésta, que consta de ocho; el boceto de color para el coro, y la pintura definitiva del mismo coro, en unión de D. Carlos Luis de Ribera; la cúpula, por último, de la capilla de la Orden de Carlos III, y su grandioso cuadro central, composición encantadora, poética, verdaderamente inspirada.

¡Qué actitud de éxtasis y qué expresión de regocijada sorpresa en el rey Carlos III, cuya cabeza se destaca en nimbo de brillantes resplandores! ¡Qué hermosa figura la de la Reina de los cielos, en cuyo semblante se retratan la majestad y la dulzura, la gracia y la pureza! ¡Qué grupos de ángeles tan discretamente colocados alrededor del asunto principal de la composición, unos adolescentes y gallardos, otros de rubias cabecitas y esculturales formas, muchos infantiles y juguetones, como ligeras mariposas que giran en el ambiente esplendoroso del cielo!

Cinco años duró el trabajo de Casto Plasencia en la iglesia de San Francisco el Grande, y se cree firmemente, al contemplar esa maravillosa obra, que ni por un instante se ofuscó en tan largo período de tiempo la inspiración del artista, porque no hay en toda ella un rasgo qne manifieste vacilación y desmayo, ni una mancha que revele frialdad y apresuramiento; obra sublime que inmortalizará á su autor, y que fué premiada por el Gobierno, espontáneamente, con la gran cruz de Isabel la Católica.

Nuestros lectores conocen ya muchos de los cuadros que hemos indicado, incluso la pintura central de la bóveda de la capilla de Carlos III, y en la pág. 316 reproducimos el titulado *La Fuente del Castañeu*, en San Esteban de Pravia, típica escena de costumbres asturianas, una de las últimas obras del ilustre artista.

¡Pobre Plasencia! Cayó enfermo de pulmonía en la primera semana del mes de las flores, y ni su vigorosa naturaleza, ni los recursos de la ciencia, ni los cuidados afectuosos de numerosos amigos y discípulos hicieron huir á la sañuda muerte: Casto Plasencia exhaló el último suspiro á las nueve de la mañana del 18 de Mayo de 1890.

¡Dios le haya acogido en su seno!

Dejando para el número próximo la reseña del entierro de Casto Plasencia, para que acompañe á los grabados que preparamos referentes al fúnebre acto, dirijámonos ahora al estudio del pintor insigne y entremos con respeto en aquel templo del arte donde tantas maravillas de color y luz han sido ejecutadas, por evocación poderosa del genio, y donde fué expuesto en capilla ardiente el cadaver del maestro, velado por fraternales amigos, hasta las cuatro de la tarde del 19.

Consignemos antes que el primer estudio de Plasencia estuvo en modesta casa de la calle de San Bernardo, y de él salieron hermosos cuadros que dieron universal renombre al gran artista, y discípulos suyos tan aventajados como los Sres. Silvela, Sampietro, Romea y otros.

Su nuevo estudio en el pasaje de la Alhambra fué inaugurado en Abril de 1888, y de él ofrecemos una vista (según fotografía de Laurent) en el grabado de la página 317.

Es un salón espacioso, de diez y seis metros de largo por nueve de ancho y seis de altura, que recibe clarísima luz cenital, distribuída y amortiguada, según convenga, con fino *velum*; cubren sus muros ricos paños de *peluche*, de entonación distinta, verde y carmín, anaranjado y oro viejo; recorre todo el zócalo ancho friso de cuero entre la cornisa y el pavimento de madera; decoran sus cuatro puertas labrados marcos y soportes de roble y nogal, estilo greco-romano, con tersas *portières* de terciopelo azul pálido y guardamalletas de antiguas telas delicadamente bordadas.

Destácanse en ese elegante y severo marco sitiales y mesas esculpidos con labor primorosa; sillones de cuero labrado, que parecen obra de los antiguos artistas cordobeses; arcas ojivales y del Renacimiento; un precioso armario, indudablemente del siglo XVI; dos severas armaduras completas de guerreros de la Edad Media, cuyas cerradas manoplas sostienen luengas alabardas; vasos y jarrones de China y de Talavera, del Japón y del Retiro; ánforas y barros de Herculano y una preciosa estatuita pompeyana, azulejos moriscos, lunas de Venecia, pieles, alfombras.

Había en el estudio, cuando lo visitó por vez primera el que escribe estas líneas, cuatro lienzos notables: *Daphnis y Cloe*, joven griega que se arranca el ceñidor de la túnica para mostrar á su inocente amante encantos ni siquiera por él soñados; *La Vuelta del trabajo*, una campesina que regresa á su humilde morada llevando sobre la cabeza el *pacho* ó cesto lleno de verde hierba; *En la fuente de Roque* y *La Fuente del Castañeu*, hermosísimos cuadros de costumbres de Asturias, que son un primor de belleza, de ejecución, de verdad sorprendente idealizada por la inspiración del genio.

En medio del estudio, delante del caballete, aparece el maestro, dando las últimas pinceladas á su famoso lienzo *El Mentidero*; al fondo, sobre elegante entarimado, al que dan acceso tres gradas, vese á la joven modelo en actitud de púdica Venus; en ángulo apartado, junto al piano, hay un grupo de amigos y admiradores del maestro, bien conocidos en los círculos artísticos y literarios de esta capital, como el poeta Manuel del Palacio, el pianista Tragó, nuestro director artístico Bernardo Rico, y otros.

S. M. la Reina Regente se dignó honrar con su visita el estudio de Casto Plasencia, y el gran maestro guardaba en puesto de honor, y ceñido con aureos cordones, en testimonio de respeto y gratitud, el sitial que ocupó entonces nuestra augusta Soberana.

Tal era el estudio de Casto Plasencia, hoy enlutado y triste; pero lleno de la melancólica poesía de los recuerdos y dulcemente iluminado con la aureola de la inmortalidad que rodea al nombre del gran artista.

***

BELLAS ARTES.

Niñas mendigas, cuadro de Bouguereau.—*Segovia*, dibujo original de Espina y Capo.—*En los jardines de la villa Borghese*, cuadro de Zinsler-Daur.

El eminente artista Bouguereau, «el maestro de la corrección perfecta», como le denominan los críticos parisienses, ha presentado en el *Salón* de este año dos notables cuadros: uno, *Les Saintes femmes au tombeau*, descrito ya en nuestro número anterior por M. Armand Gouzien (véase *Exposición de Bellas Artes de Paris*, pág. 303 y siguientes), y otro, *Petites mendiantes*, que reproducimos con el título *Niñas mendigas* en la pág. 320, grabado por Carlos Baude; y si en el primero son de admirar las excelentes cualidades del maestro en la composición y en el dibujo, el segundo presenta un espectáculo de sufrimiento penoso.

Dos niñas mendigas, quizá huérfanas, se acercan á la puerta de un palacio: la más pequeña, pálida y ojerosa, despeinada, descalza, con un saco de mendrugos en el hombro izquierdo, extiende el brazo derecho en actitud de pedir limosna; la mayor, también pálida y descalza, apoyada en el quicio de la puerta, si no pide limosna con la mano, la pide con su actitud humilde y su triste mirada.

«Sin duda (dice el crítico Paget, de *L'Illustration*) M. Bouguereau merece que no se le culpe diariamente de frialdad, de falta de entusiasmo, sino que se admiren sus bellas cualidades de composición y dibujo.»

En la «Exposición de Blanco y Negro» celebrada por el Círculo de Bellas Artes, de esta corte, en Febrero y Marzo últimos, figuró el bello paisaje al carbón que publicamos en el grabado de la pág. 321: es una vista de la histórica Segovia, tomada del natural por el distinguido artista D. Juan Espina y Capo.

Abarca la mirada todo el abrupto paisaje del valle del Eresma y los monumentos antiguos de la ciudad, desde el acueducto romano con su doble arquería, su admirable estructura, sus quebrantos en la Edad Media, hasta el soberbio alcázar que fué mansión predilecta de Alfonso X *el Sabio*, de Sancho IV *el Bravo*, de Alfonso XI *el Justiciero*, de Enrique III *el Doliente*, de la egregia Isabel la Católica, y mudo testigo de grandezas y desdichas de la patria castellana.

La *Villa Borghese*, de Roma, está situada á la derecha de la puerta del Popolo, extramuros, y es famosa por su magnífico parque, que tiene más de seis kilómetros de circunferencia, y por su galería artística que fundaron los antiguos príncipes Borghese.

Uno de éstos, Camilo, contrajo matrimonio, en 1803, con Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón I, y más tarde cedió á su imperial cuñado (por ocho millones de francos, según se cree) la mayor y mejor parte de las esculturas que en la *villa* reunieron sus antepasados á costa de grandes dispendios; esculturas que son desde entonces el mejor ornamento del Museo del Louvre.

Todavía existen, no obstante, muchas magníficas obras artísticas en la *Villa Borghese*, y entre ellas sobresalen dos primorosos grupos del Bernini, *Apolo y Daphnis*, que le ejecutó su autor á la edad de diez y ocho años, y *David y Enoch*, además de la famosa *Venus Victrix*, de Canova, estatua que es retrato de la mencionada Paulina Bonaparte.

En los jardines de la Villa Borghese es un hermoso cuadro de H. Zinsler-Daur, reproducido en nuestro grabado de la pág. 324, según fotografía que debemos á la galantería de la Sra. D.ª María Teresa de Zinsler, esposa del autor y constante suscritora de este periódico.

Dicho cuadro, expuesto hace algún tiempo en el Palacio de Bellas Artes, de Roma, mereció grandes elogios del público inteligente.

***

APUNTES DE MEDELLÍN (COLOMBIA).

En la pág. 325 damos varias vistas parciales de la ciudad de Medellín, capital del Estado de Antioquía, en los Estados Unidos de Colombia (America del Sud).

Está situada en ancho y hermoso valle, denominado *del Aburrá* (en la lengua indígena), y sobre el río que más adelante recibe el nombre de Porce.

Su territorio fué descubierto, en 1541, por el valeroso capitán español Jorge Robledo, pero la fundación de la ciudad no se hizo hasta el 2 de Noviembre de 1675, y erigióse en *Villa de la Candelaria* el 24 del mismo mes y año, á virtud de Real cédula expedida bajo la regencia de D.ª María Ana de Austria, siendo presidente del Consejo D. Francisco Portocarrero y Luna, conde de Medellín, y en honor de éste se dispuso llamarla en adelante Villa de Medellín. Aquella Real cédula fué promulgada por el gobernador español D. Miguel de Aguinaga.

Medellín es una de las más hermosas y ricas ciudades de Sud-América y la segunda de Colombia: sus edificios son de buen gusto, y entre ellos sobresalen la catedral, construída toda de piedra sillería, y la Casa de Gobierno. Dicha catedral posee un rico sagrario, todo de plata maciza, tallado en París, y el mejor órgano de toda la República y tal vez de América.

Tiene Medellín excelentes planteles de educación y varias casas de Caridad, entre ellas una de Huérfanos, establecida últimamente á expensas del Excmo. Sr. D. José Ignacio Montoya, obispo de la diócesis.

Funcionan allí siete Bancos de emisión, giro, depósito y descuento; tres casas de fundición y ensayo de metales preciosos, una Casa de moneda y otros establecimientos públicos.

Entre sus deliciosos y espléndidos paseos es notable el de Junín, á orillas del arroyo Santa Elena, que atraviesa por la ciudad, de Oriente á Occidente, y está adornado de corpulentos árboles de los que sólo se producen en los Andes.

De Medellín ha dicho el ilustrado doctor Sr. Uribe y Angel, en su *Geografía é Historia de Antioquia*:

«Medellín desde su punto de vista social tiene una escuela para las Artes, numerosos planteles para la educación elemental, colegios y Universidad para la instrucción de profesores, un clero respetable, un cuerpo médico ilustrado, hábiles jurisconsultos, ingenieros civiles, artesanos honrados é inteligentes, mineros que la enriquecen, comerciantes que la honran, asilos de beneficencia y caridad, telégrafo eléctrico para su correspondencia, Biblioteca y Museo para su instrucción, habitantes robustos y dóciles, ideas sanas, moderación de carácter y laboriosidad proverbial.

»Medellín, en cuanto á comodidades para la vida, tiene edificios capaces, ornamentación regular, sólidos puentes, aseadas calles, paseos deliciosos, alimentación sana y abundante, aguas exquisitas, baños imponderables, lindísimos campos, aires purísimos, atmósfera clara y cielo espléndido.»

La ciudad de Envigado, también importante, del Estado de Antioquía, distante pocas horas de Medellín, á la cual está unida por un buen camino de coches, y posee edificios suntuosos, tales como la catedral y el hospital, notables singularmente por haberse fabricado con limosnas voluntarias de los fieles.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

SONETO

IMPROVISADO ANTE EL CADÁVER DE MI QUERIDO AMIGO

CASTO PLASENCIA

La muerte le olvidó pobre y obscuro
(Que rara vez acude á quien la llama):
Cuando pudo robarle dicha y fama,
Le asestó por detrás golpe seguro.

Cedieron de sus iras al conjuro
Valor que ruega y juventud que clama;
No logra el viento sacudir la rama
Sin derribar el fruto más maduro.

Como roble tronchado en un camino
Estremece la tierra su caída,
Huérfana ya del genio peregrino.

¡Cuánta ilusión en polvo convertida!
¡Qué burla tan cruel la del destino!
¡Qué miserable engaño el de la vida!

MANUEL DEL PALACIO.

18 Mayo 1890.

LOS TEATROS.

Obras ejecutadas por la compañía de Eleonora Duse después de LA MUJER DE CLAUDIO.—*Estreno de una zarzuela que no repugna á la moral ni al buen gusto.*

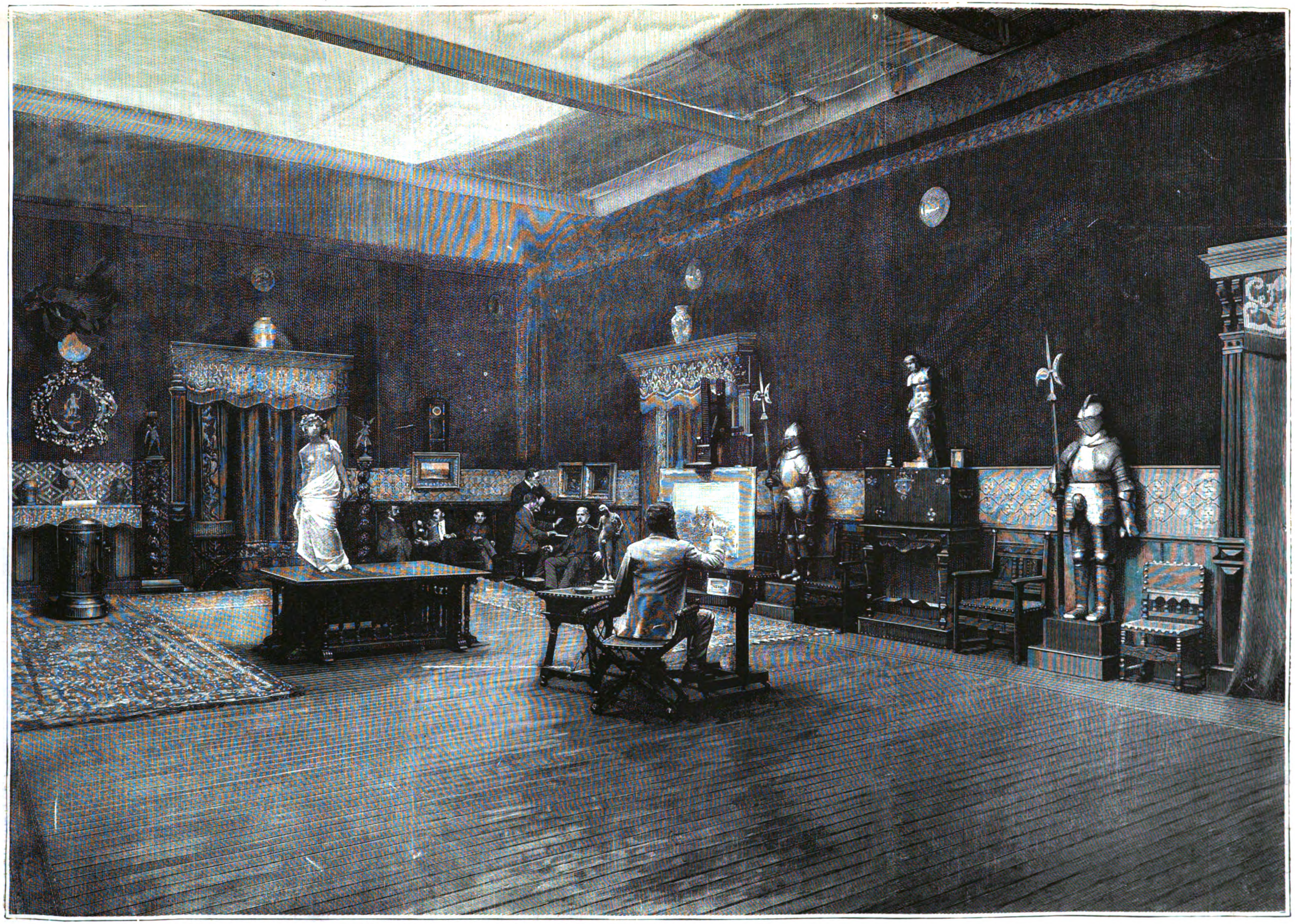
La comedia en tres actos titulada *Francillon*, debida á la pluma de Alejandro Dumas, hijo, fué recibida en París con grande aplauso cuando se representó por vez primera en el Teatro Francés la noche del 17 de Enero de 1887. La prensa periódica discutió allí entonces con cierto ardor la idea fundamental de ese poema, encontrando algunos críticos muy contestable su verosimilitud; pero todos estuvieron conformes en creerlo digno de la fama del autor, ya por el arte con que éste ha combinado el argumento, ya por la profunda naturalidad de su chispeante diálogo. Tal es la obra que ha ofrecido al público de Madrid la compañía italiana de Eleonora Duse inmediatamente después de *La mujer de Claudio*.

Hijas de un mismo padre ambas producciones, hay sin embargo entre una y otra grandísima diferencia. *La mujer de Claudio*, en quien se ha querido ver (con extraviada fantasía impropia del más vulgar sentido crítico) una especie de símbolo patrió-



LA FUENTE DEL CASTAÑEU, EN SAN ESTEBAN DE PRAVIA (ASTURIAS).

CUADRO DEL MALOGRADO PINTOR D. CASTO PLASENCIA.



MADRID.—RECUERDOS DE CASTO PLASENCIA: EL ESTUDIO DEL ILUSTRE ARTISTA, EN EL PASAJE DE LA ALHAMBRA.

(De fotografía de Laurent.)

tico, que no existe ni puede existir dados los elementos de la acción, y en la cual está reñido el austero idealismo del héroe con la inhumana ferocidad del invento que ha de proporcionarle gloria y riqueza, es un drama donde todo se halla fuera de las condiciones de la vida real y cuya extraña inverosimilitud raya en términos repulsivos ó monstruosos. *Francillon* es obra menos extravagante; no disuena tanto de lo que pasa ó puede pasar en el mundo, aunque tenga también mucho de excepcional y extraordinario en el pensamiento que le da ser y en el carácter de sus principales interlocutores. Del prurito de plantear y resolver tesis morales y sociales que se transparenta ó adivina en casi todas las creaciones escénicas de Dumas, y que es uno de los principales distintivos de su dramaturgia, tampoco está exenta *Francillon*; pero en esa obra la tesis se subordina en cierto modo á lo que exigen elementos más humanos y más artísticos.

Uno de los literatos que dan ahora mayor lustre con el mérito de sus juicios á la crítica francesa opina que «la tesis moral comunica siempre, dígase lo que se diga, interés muy penetrante á los dramas de Dumas»; que por ese concepto «viven tales dramas, no sólo con la vida de sus personajes, sino con el alma entera del escritor, que se agita en ellos interiormente.» Para ese ingenioso crítico las obras del célebre dramaturgo basadas en tesis morales hacen mucho más que interesarnos y conmovernos; logran «remover del todo nuestra conciencia en sus profundidades más íntimas». Hasta qué punto deba estimarse como exacta semejante aseveración es cosa muy discutible, pues no se funda en reglas de carácter universal, sino en la percepción ó predisposición personal del crítico, y acaso en la simpatía ó en la admiración que le inspira el autor de las obras á que alude. De mí sé decir (y puedo asegurar sin equivocarme que no soy único en apreciar de este modo el hecho en cuestión) que no hay drama de Dumas que por la circunstancia de exponer ó desarrollar una tesis moral cualquiera me haya producido ese gran efecto. Antes bien me figuro que el interés que á veces despierta en el alma *Francillon* estriba, según ya he dicho, en que suele anteponer á las exigencias simbólicas de la tesis las de la realidad, y por consiguiente las de la emoción dramática.

Otro compatriota de Dumas, también crítico muy estimable, tiene por cosa averiguada que el argumento de *Francillon* era conocido del público antes de aparecer esa comedia, por arrancar del mismo punto de partida y desenvolver con exactitud el mismo dato general del *vaudeville* de Labiche rotulado *Si jamais je te pince!.....* Confrontar esas producciones para hacer ver que existen entre ellas diferencias capitales, no obstante el gran parecido de su idea constitutiva, me llevaría demasiado lejos. Prescindiendo, pues, de la originalidad de *Francillon*, porque no hace á mi propósito apreciarla aquí, apuntaré de pasada cuál es la tesis moral y social que más ó menos directamente le ha servido de fundamento.

Sabido es que en el matrimonio los deberes de ambos cónyuges son recíprocos, y que por tanto la misma obligación tiene la mujer de guardar fidelidad al marido que el marido de ser fiel á su consorte. Pero como la sociedad juzga comunmente las infidelidades de ésta con más rigor que las de aquél, y se muestra tan severa con la una como indulgente con el otro, la comedia á que me refiero se dirige á condenar esa injusta desigualdad de apreciación, á sostener de un modo implícito que, siendo la fidelidad conyugal obligación mutua, tiene la mujer á quien engaña su marido el derecho de pagarle en la misma moneda.

A pesar de la ruda franqueza con que Dumas procede en el desarrollo dramático de sus tesis morales, en *Francillon*, de igual suerte que en *La Princesse Georges*, se ha limitado á plantear la que ha herido su fantasía, sin ocuparse en defenderla como en otros casos análogos. A su claro ingenio no podía obscurecerse que, aun estimando indiscutible el hecho de ser moralmente iguales las faltas de la mujer y las del marido, hay razones muy poderosas para explicar ó cohonestar el distinto criterio con que se las juzga. Fuera de que la falta que uno comete en daño de otro no autoriza al dañado para desquitarse hiriendo por los mismos filos. Derívase, pues, del empeño de desarrollar tesis morales en la acción de los poemas escénicos, prefiriéndolas á la sencilla verdad de la naturaleza, cuanto hay de exagerado y de falso en la comedia á que se refieren estos renglones, y muy particularmente en el carácter de *Francillon* y en el de su esposo. Salva, no obstante, los escollos nacidos de esa carencia de verdad la gran maestría del diálogo, escrito con tan superior talento que disimula ó hace olvidar completamente las inverosimilitudes de la fábula.

En la ejecución de esta obra, como en la de todas aquellas en que ha intervenido hasta el día, Eleonora Duse ha desplegado sus dotes de actriz digna á todas luces de admiración. El mérito que más avalora á esta insigne artista consiste en el profundo y minucioso estudio que hace de los personajes que interpreta; en la prodigiosa naturalidad con que se los asimila, identificándose con ellos de un modo que se confunde con la realidad. Gracias á ese arte supremo, Eleonora logra encubrir el esfuerzo artístico y dar á las figuras dramáticas sello de espontaneidad que las muestra á los ojos del espectador como seres verdaderos. Este raro don, que es sin duda alguna el más inapreciable de cuantos deben adornar á quien se consagra á la escena, tiene siempre en el teatro suma importancia; pero más aún cuando se aplica al desempeño de obras semejantes á *Francillon*, donde es necesario que el talento de la actriz haga desaparecer, á fuerza de habilidad, los errores en que ha incurrido el poeta. Recordando de qué modo representó en esta corte Sarah Bernhardt el difícil y escabroso carácter de *Francillon*, se comprenderá todavía más claramente la exactitud de las anteriores observaciones. En ese juicio comparativo la ventaja está de parte de la actriz italiana, no sólo por la variedad de matices con que borda ese papel, sino por la delicadeza y buen gusto con que excede en él á la famosa artista francesa.

El caballero Flavio Andó hace laudables esfuerzos por vencer las dificultades que ofrece el extraño é ingrato carácter de *Luciano de Riverolles*, y no redunda poco en su elogio el que lo consiga. También merecen especial mención, por el acierto con que interpretan sus respectivos papeles, las señoritas Grammatica y Giannini, y los Sres. Galliani, Zampieri, Mazzanti, Bonivento y Micoli, y más tal vez el señor Cortesi (el criado *Celestino*) que en sus escenas del acto segundo fué aplaudido con gran justicia.

A *Francillon* ha seguido en el elegante coliseo de la calle del Príncipe la comedia en cinco actos y en prosa titulada *Amore senza stima*. Debida á la pluma del fecundo Pablo Ferrari, esa comedia es la única del moderno repertorio italiano que figura en el anunciado aquí de Eleonora Duse. Compuesta con los principales elementos de *La moglie saggia* de Goldoni, pero no extraña á la índole del novísimo drama francés, la obra de que se trata fué escrita en el otoño de 1868 para la compañía de Morelli, y se representó por primera vez aquel año mismo en el teatro *San Benedetto* de Venecia. A pesar de la intriga fraguada por los émulos ó enemigos de Ferrari para echarla por tierra la noche del estreno, *Amore senza stima* logró salir triunfante después de muy reñida batalla. La relación que hace el autor de las zozobras y angustias que experimentó esa noche con tal motivo, me parece interesante; por eso la traduzco á continuación de estas líneas, persuadido de que no desagradará á los lectores conocer episodio tan curioso.

«El complot (dice Ferrari) estaba organizado perfectamente: un gran grupo de adversarios colocado en medio de la platea, y otros dos grupos, uno á cada lado, comenzaron á meter ruido desde el primer acto. La mayoría del auditorio, sorprendida, fastidiada, turbada por esas demostraciones hostiles, permanecía distraída y disgustada, abandonándome así al rencor de mis enemigos.

»En el segundo acto fué creciendo el estrépito, y cuando cayó el telón al finalizar ese acto hubo una verdadera tempestad.

»Perdí la paciencia: y debo decir que me indignaba menos la hostilidad de aquella corta minoría (que siquiera tenía el valor de sus sentimientos) que el silencio pasivo y casi pavoroso de la entera masa del público, que se dejaba imponer la ley por una treintena de gritadores.

»Subí al escenario, resuelto á ordenar que no prosiguiese la comedia; pero el aspecto abatido de Morelli y de sus artistas, atónitos por caída tan inesperada, y el desaliento de aquél viendo comprometido un trabajo en el cual había fundado muchas esperanzas, me hicieron mudar de propósito.

»—¿Queréis que combatamos?—dije resuelto á los artistas.

»—¡Sí, sí!—respondieron en coro, porque al ver mi valor habían recobrado el suyo.

»—Pues bien; entonces, vamos allá. Apuntador, esté usted pronto á saltar trozos de diálogo, y hasta páginas enteras, según las señas que yo le haga. Señores actores, atiendan ustedes á salir y entrar cuando se lo indique. Se trata de llegar á la escena entre la *mujer* y la *querida*; si llegamos á ella, hemos vencido. Cada uno á su puesto; ánimo, y arriba el telón.—

»El telón se alzó, y en seguida volvió á comenzar en el patio la borrasca.

»Cómo discurrieron las primeras escenas de aquel tercer acto; qué cosa dijeron los actores, qué cosa hicieron, juro que ni el público, ni ellos, ni nadie lo sabe. Yo empujaba á los artistas para que saliesen ó les indicaba que se entrasen; yo hacía señas al apuntador para que saltase pronto las páginas; y adelante, adelante, hasta que al fin llegó el momento de la famosa escena y de hacer salir para representarla á la señorita Pía Marchi, que estaba á mi lado entre bastidores más muerta que viva.

»—Ya hemos llegado—le dije:—media batalla está vencida; vaya usted á vencer la otra media. ¡Valor y sangre fría!—Y la empujé á fuera.

»La señorita Marchi, con un valor que nadie le habría supuesto en edad tan juvenil, afrontó al público maravillosamente. Dió cinco ó seis pasos adelante, y se paró como si dijese:—¡Ahora tenéis que habéroslas conmigo!

»Hízose de repente profundo silencio, que pareció á la joven artista de buen augurio, y comenzó á recitar. Dos minutos después una salva de aplausos generales, fragorosos, prolongados, hacía comprender á la actriz y al autor que habían ganado la batalla.

»Aún hubo alguna ligera tentativa de repetir la desaprobación; pero el público se había ya recobrado, y con un grito unánime exclamó: «¡A la calle! ¡Bandidos! ¡Silencio! ¡A la calle!» Desde aquel punto, sólo hubo aplausos y llamadas al proscenio. Yo, sin embargo, no quería dejarme ver; y aunque me llamaron con insistencia durante los actos tercero y cuarto, no hubo modo de hacerme salir á las tablas. Pero en el acto quinto, en la escena del veneno, que la señorita Marchi y Monti recitaron como nadie podría hacerlo mejor, me dejé *aplacar* y salí.

»Renuncio á pintar la cortés y afectuosa acogida, verdaderamente veneciana, que el público me dispensó cuando aparecí en el escenario. Jamás daré al olvido las emociones que experimenté aquel día.»

Esta expresiva narración demuestra que *todo el mundo es país*, como decía nuestro agudo satírico el célebre Larra, tan popular bajo el seudónimo de *Fígaro*, y que donde quiera dan las pasiones bastardas ruines frutos. Aun no llegando á la envidiable condición de obra maestra, *Amore senza stima* es una comedia en la que no hay lunares ó faltas que disculpen (dado que esa manera indigna de proceder fuera disculpable en ningún caso) la dañada intención de sus odiosos *reventadores*. Así lo ha patentizado el buen sentido de la generalidad del público, en Italia y en cuantas naciones se ha representado esa obra, para vergüenza de los desdichados ó ignorantes que se gozan en vilipendiar el mérito ajeno.

Los principales defectos del poema cómico en cuestión provienen en su mayor parte de haberse atenido Ferrari estrictamente á lo que había hecho Goldoni en *La moglie saggia*, utilizando los mismos elementos y valiéndose de iguales recursos. Pero este procedimiento, que á veces no está muy conforme con las actuales exigencias de la creación dramática, le ha sugerido también la más hermosa escena de *Amore senza stima*: la del tercer acto entre la *Marquesa Inés* y la *Condesa Livia*, que salvó la obra en su estreno, y que desarrolla superiormente la sorda lucha que sostienen en la comedia de Goldoni la *Condesa Rosaura* y la *Marquesa Beatriz* en la escena VII del acto segundo.

Como hace algunos años tuvimos el gusto de aplaudir en el Teatro de la Comedia el mérito artístico de Pía Marchi, no vacilo en considerar justo el elogio que Ferrari le tributa. Pero son tales los primores de ejecución con que Eleonora Duse pone en relieve las bellezas de esa escena capital de *Amore senza stima* y las que abundan en varias de su último acto, que acaso ninguna actriz haya conseguido rayar á la misma altura en el interesante papel de *Livia*. La señorita Giannini ha estado menos acertada que otras veces en el de la *Marquesa Inés*, al que no da el colorido que le conviniera. En cambio Andó caracteriza con maestría el del *Conde Hércules*, discretamente secundado por los demás actores.

La comedia de Sardou traducida al italiano con el título de *Facciamo divorzio!* es una de las obras teatrales que han corrido entre nosotros mejor suerte, pues la hemos visto bien representada en su idioma nativo; interpretada en el nuestro atinadamente por María Tubau; en el habla de Camoens, con intérpretes de tan gran talento como Lucinda y su marido Furtado; y en italiano, desempeñando el papel de protagonista la simpática Pía Marchi. Para poner el sello en Madrid á las bienandanzas de esa afortunada producción, era menester que nos obsequiara con ella Eleonora Duse, y así se ha verificado. Cuanto se diga en elogio de la naturalidad, de la gracia, de la pudorosa coquetería con que la egregia actriz avalora el caprichoso carácter de *Cipriana*, será inferior á lo que merece su talento. El público la recompensó con calorosos aplausos durante el curso del poema, y sobre todo en las bien imaginadas escenas del acto segundo, donde en buena lógica termina la acción, estirada y alargada para producir en el tercer acto un cuadro inútil que tiene mucho de grotesco. Andó matiza con extraordinaria verdad y sumo arte el papel de marido de *Cipriana*, y Galliani se hace aplaudir en el de *Ademaro* por la vis cómica con que le da ser, sin arrastrarlo al terreno de la caricatura.

MANUEL CAÑETE.

(Concluirá.)



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

El capitán H. de V. se halla puntual en el lugar de la cita, á las puertas de Fez el nuevo, seguido de nuestros bagajes y de nuestra pequeña escolta. Casi todos nuestros compañeros de la embajada han acudido también á caballo, á pesar de la hora matinal, para acompañarnos hasta las afueras de la población.

Emprendemos el camino bajo el cielo gris, por esa especie de senderos irregulares que ha trazado á la larga el continuo paso de las caravanas. Por todas partes, tonos tristes acentúan la desolación grandiosa de los alrededores de la ciudad. Una neblina muy baja se arrastra sobre la llanura sembrada de cebada, intensamente verde, llanura que parece confundirse en todos sus límites con la opacidad confusa y negra que sube hacia el cielo y que proviene de las grandes montañas veladas por las nubes.

Fez se aleja de nosotros sobre esos mismos fondos sombríos; toma esos mismos aspectos siniestros que han quedado grabados en nuestra memoria desde que se nos apareció por primera vez, la mañana de nuestra llegada. Todavía podemos ver largo tiempo, con sólo volvernos, al pie de las murallas negruzcas, las filas de pequeños conos blancos, que son las tiendas del campamento del santo Kalifa.

Todas son cosas tristes las que nos encontramos: los transeuntes envueltos en vestiduras de lana, los camellos, los asnos; todo lo que va y viene entre las dos ciudades, unidas por este mismo y único sendero primitivo, tiene colores terrosos, parduscos ó grises. Aquí y acullá vemos algunos pequeños campamentos de beduinos, formados por tiendas del color de la tierra, de las que salen delgadas columnas de humo. Y allá arriba, en la altura, la alondra invisible en la neblina entona su canción matinal, como en nuestra Francia.

***

Llegados á la primera *m'safa* (etapa), nuestros amigos de la embajada se despiden de nosotros deseándonos buen viaje, para regresar á Fez.

Entre esta ciudad y la de Mequinez hay trece *m'safa* ó etapas, escalonada cada una por un pozo de agua potable, que abre su boca, sin la menor barandilla ni brocal, en medio del sendero. El camino se hace, generalmente, en dos días, ó en tres, si las que viajan son damas ó personas delicadas; pero nosotros contamos con llegar esta misma noche, llevando, como llevamos, cabalgaduras buenas y descansadas.

Bien pronto termina la zona de los campos cultivados y da principio una inmensa llanura poblada de hierbas, entre las que predominan los hinojos gigantescos de Africa, cuyos tallos floridos tienen dos y hasta tres metros de altura. Diríase que entramos en una selva amarilla que se prolonga por todos lados hasta esos últimos términos obstinadamente negros, opacos, que son siempre las mismas montañas, cargadas de las mismas nubes. Y todo á lo largo de los pequeños senderos apenas trazados, vamos rozando los hinojos: éstos nos dominan, nos acarician con sus frescas hojas, finas y rizadas como plumas de marabuts; caminamos escondidos en sus ligeras mallas amarillas y verdes, aspirando con exceso su olor fuerte.

Las alondras continúan llenando el aire con sus alegres notas. A distancias muy largas, una gran palmera aislada se iergue sobre la pradera uniforme y desierta.

Cuatro horas enteras dura nuestra caminatá á través del interminable plantío de hinojos. A veces, delante de nosotros, en el sendero oculto bajo las espesuras del fino follaje verde, oímos el rumor de unos pasos que no son los nuestros, y vemos asomar por entre las tenues hojas rebaños que se cruzan con nosotros, ó caravanas que vuelven de Mequinez. Es siempre curioso el cruzarse en su camino con una fila de camellos, sobre todo en un sitio estrecho: os figuráis que sus altas patas y la masa central de su cuerpo están todavía lejos de vosotros, cuando ya tenéis encima la cabeza del camello á la extremidad del largo pescuezo ondulado que se alarga, y sus ojos, que os miran muy de cerca, con una expresión de desdeñoso aburrimiento: se detienen un poco, para ver mejor; luego se apartan prosiguiendo su lenta y silenciosa marcha. Estos animales despiden un olor indefinible, que viene á ser el término medio entre el hedor y el perfume, y del cual quedan por largo rato impregnados los sitios por donde pasan.

Nuestro viaje á Mequinez lo hacemos montados en mulas, lo cual es menos noble que el hacerlo á caballo como cuando vinimos, pero que es la única manera verdaderamente práctica y genuinamente árabe de viajar por Marruecos, teniendo, además, la ventaja de que nos permite no perder de vista nuestras tiendas y bagajes, que nos siguen á nuestro mismo paso, conducidos por animales de la misma especie. No tenemos, como en nuestro viaje de venida, una escolta pomposa, ni hay guardias escalonados en nuestro camino como entonces; toda nuestra caravana se compone de una docena de hombres y otras tantas bestias, y nosotros tenemos que cuidarnos personalmente de todo, medio perdidos como nos hallamos en estas desiertas extensiones de tierra.

Nuestras sillas de montar, forradas de paño rojo, son muy anchas y muy duras, y en tanto que nuestras mulas caminan con su paso constante, rápido é infatigable, vamos aprendiendo á tomar, como verdaderos marroquíes, todas las posiciones conocidas para viajar montados en mulas; á horcajadas, sentados, tendidos, ó con las piernas cruzadas á lo largo del pescuezo del animal.

De rato en rato, nuestros muleteros nos refieren historias de bandidos; nos indican los sitios donde se ha robado ó asesinado á viajeros: el resto del tiempo van cantando extrañas romanzas con una voz flauteada y débil que participa de la del grillo y la del pájaro: musiquilla monótona, que se armoniza melancólicamente con el gran silencio de las soledades que atravesamos.

Después de las cuatro horas invertidas en caminar á través del campo de hinojos, llegamos al borde de una gigantesca grieta que coge una grandísima extensión de terreno, y en el fondo de la cual bulle un torrente. Costeamos este abismo remontando el curso de las aguas, hasta llegar al sitio donde el torrente forma una cascada, convirtiéndose, á partir desde allí, en un río de corriente bastante rápida, al que se da el nombre de *Oued-Mahuda*. Franqueamos el río por un vado peligroso y profundo, colocando las piernas encima del cuello de nuestras cabalgaduras, que van metidas hasta la mitad del cuerpo en el agua agitada y ruidosa.

***

El vado á que me refiero, marca justamente la mitad del camino entre las dos ciudades santas. Llegados á la orilla opuesta, nos permitimos un largo rato de descanso, en tanto que uno de nuestros moros de escolta continúa su camino hacia Mequinez para prevenir al pachá de nuestra próxima llegada, como conviene á viajeros de calidad que somos.

El sitio que hemos elegido para hacer alto, está encima de la cascada, dominando por un lado el vado por donde pasan las caravanas, y por el otro, la enorme grieta donde se precipitan hirvientes las aguas furiosas. El paisaje que nos rodea es todo él de un verde primaveral: las nubes grises están ahora mucho más altas, velando siempre el cielo, pero dejando libres los últimos términos de las opacidades de esta mañana.

Aparte de los viajeros de á pie y de á caballo que de cuando en cuando atraviesan el vado, vemos llegar toda una tribu nómada, con sus animales y sus tiendas. Las mujeres que forman parte de ella, y que pasan las últimas, se remangan las faldas con inocente impudor, enseñando sus hermosas piernas de estatuas, de color un poco leonado y otro poco pintarrajeadas con extraños dibujos en algunos sitios, pero conservan el rostro velado castamente.

***

Tornamos á emprender nuestro camino, principiando por internarnos en una región de montañas y de rocas. Luego hay que atravesar un nuevo vado, en medio de una decoración de una extrañeza completamente aparte: es enfrente de una llanura infinitamente desierta, y al pie de unos montones de rocas, sobre las cuales se ven sentados unos viejos, inmóviles como dioses Términos, que no nos hacen ningún caso, y que parecen ser místicos solitarios absortos en sus contemplaciones.

Después de la región montañosa, entramos por unos desiertos de palmeras enanas y de asfodelas como tantos otros que hemos tenido que atravesar en nuestro viaje de Tánger á Fez.—A menudo, el capitán ó yo nos volvemos para ver si nuestra caravana va completa en hombres y animales, pues tenemos nuestras dudas sobre la fidelidad de las gentes que nos acompañan.

¡Cuán pequeña parece nuestra modesta caravana en medio de la extensísima llanura! Delante de todos, abriendo la marcha, camina gravemente el *kaid* responsable de nuestras cabezas: es un viejo, vestido con caftán de paño color de rosa, atenuado por transparentes velos de blanca muselina; sus ojos son apagados; su fisonomía, acentuada y dura, parece esculpida á hachazos en un trozo de piedra pardusca, y su barba blanca es como un liquen en una ruina. Va rígido, inexpresivo, majestuosamente momificado sabre su caballo blanco, llevando atravesada sobre el arzón de la silla la larguísima espingarda.

....

¡Mequinez!..... Mequinez aparece allá á lo último de la llanura desolada..... ¡Pero qué lejos todavía! Sólo se explica el poderlo ver desde tan larga distancia, gracias á las líneas lisas del terreno y á la gran transparencia del aire. Lo que se distingue es una faja de color obscuro, que sin duda son las murallas, y por cima de la cual se cruzan, apenas visibles, delgadas como alambres, las torres de las mezquitas.

....

Caminamos todavía largo tiempo, hasta tropezar con unos viejos muros derruidos, que parecen encerrar inmensos parques. Aquello es, como si dijéramos, el límite del radio de la ciudad. Penetramos por una brecha practicada en el muro, y nos encontramos en un gran plantío de olivos que surgen de uno de esos suelos de hierba muy fina y de musgo, como no se encuentran sino en los sitios ha largo tiempo tranquilos, no hollados por los hombres. Estos olivos, por lo demás, tocan al límite extremo de su vida; son árboles moribundos, cubiertos de una especie de moho, de enfermedad de vejez, que da á su follaje un color negro, como si estuviese ahumado. Y los recintos amurallados se suceden unos á otros, siempre ruinosos, encerrando los mismos fantasmas de árboles alineados en todos sentidos hasta tan lejos como alcanza la vista. Diríase una serie de parques abandonados desde hace siglos, ó unos paseos para muertos.

Así, pues, no deja de sorprendernos un poco extrañamente el encontrarnos, al pasar por una de aquellas fúnebres avenidas, un grupo de niños ataviados de día de fiesta, con pequeños albornoces verdes, anaranjados, azules ó rojos. Detrás de ellos, velos blancos de mujeres rodean un humo gris que sube del suelo á las ramas de los árboles..... Nuestros árabes nos explican entonces que hoy es día de gran fiesta y de comida campestre para los niños que concurren á las escuelas de Mequinez; los velos blancos que se perciben en el fondo del cuadro son los de sus madres, que van acompañándolos, y las columnas de humo que suben del suelo, indican que les están preparando su comida, terminada la cual tomarán el camino en dirección á la ciudad, para estar en ella antes de la noche.

Creo que esta fiesta infantil, con el brillo de los pequeños albornoces de matices orientales agitándose sobre la fina hierba de aquel parque viejo y desolado, es una de las cosas más imprevistas, más encantadoras y también más melancólicas que he encontrado en el curso de mi viaje.

***

Al salir de los cercados y de los olivos, aparece de pronto Mequinez, muy cercano á nosotros y de aspecto inmenso, coronando con su gran sombra una serie de colinas, tras de las cuales se pone el sol. Unicamente nos separa de la ciudad una depresión del terreno poblada de verdura, en la que abundan las moreras, los naranjos y otros árboles que han crecido allí á capricho de la Naturaleza, y que ostentan sus frescas tintas de Abril. Allá, en lo alto, sobre el cielo amarillento, se perfilan las líneas superpuestas de los bastiones, de las innumerables azoteas, los minaretes, las torres de mezquitas, los formidables *kasbahs* almenados, y por encima de las triples murallas de una fortaleza, la techumbre del palacio del Sultán, cubierta de azulejos verdes. El panorama es más imponente y más solemne que el de Fez; pero esto, en realidad, no es ya más que un gran fantasma de ciudad, un montón de ruinas y de escombros, donde habitan apenas cinco ó seis mil almas, entre árabes, bereberes y judíos.

Desde que hicimos alto al mediodía, las gentes de nuestra comitiva nos dijeron que llegaríamos á Mequinez á la hora del Moghreb. Y, en efecto; en el momento mismo en que desembocamos delante de la ciudad, la bandera blanca que llama á los fieles á la oración es izada en todos los minaretes; el *¡Allah akbar!* resuena en un clamor de espanto por toda la extensión de la ciudad santa, hasta las campiñas muertas de los alrededores..... Y, á través de estos grandes gritos lúgubres, ese *Allah* que estos hombres imploran nos parece en este momento tan grande, tan terrible, que quisiéramos prosternarnos también sobre la tierra á la voz del muezzín, humillándonos ante su sombría eternidad.

***

El jinete que habíamos enviado como emisario para anunciar nuestra llegada, vuelve después de haber llenado su misión. Ha visto al pachá, y recibido las instrucciones de éste respecto al sitio donde debemos establecer nuestro pequeño campamento, fuera, naturalmente, de los muros de la población.

En pos de nuestro guía, franqueamos la depresión de terreno poblada de árboles de que antes he hablado, y que nos separa de las puertas de Mequinez. Después caminamos durante largo tiempo al pie de los viejos murallones almenados: tienen éstos cincuenta ó sesenta pies de altura, y están carcomidos por su base, agrietados y caducos. Nadie transita en este momento por la especie de sendero de ronda que seguimos, con excepción de tres ó cuatro mendigos repugnantes bajo sus harapos, gentes devoradas por la miseria y la sarna. Por el suelo hay cadáveres de animales roídos por los chacales, huesos y montones de basura. En fin, llegados á un terreno desnudo y desierto, sembrado de ruinas, de hoyos y de piedras desprendidas, se nos detiene; estamos en el sitio designado para establecer nuestra morada nómada. Este lugar está al pie de una de esas mu-



NIÑAS MENDIGAS.

CUADRO DE M. BOUGUEREAU.

CIRCULO DE BELLAS ARTES.—EXPOSICIÓN DE BLANCO Y NEGRO.



SEGOVIA.

PAISAJE AL CARBÓN, POR D. JUAN ESPINA Y CAPO. (NÚM. 37 DEL «CATÁLOGO».)

rallas gigantescas que, aquí como en Fez, van á perderse en la campiña, sin que se pueda comprender cuál fuera en otro tiempo su razón de ser. Acto continuo hacemos plantar nuestras tiendas á la débil luz del crepúsculo, en tanto que algunas gotas de lluvia empiezan á caer de unas gruesas nubes súbitamente aparecidas en el cielo.

La muralla contra la cual apoyamos nuestro pequeño campo está horadada por una serie de altos pórticos, tapiados los unos con ladrillos, y abiertos los otros sobre la campiña, negra y medrosa. Y esta muralla va prolongándose, siguiendo una pendiente ascendente, hasta una puerta situada en los bastiones, y que es, según parece, una de las principales que dan entrada á la ciudad.

Nadie entra ni sale ahora por la tal puerta; nada indica la vida; desde que terminó la gran plegaria de la tarde no se oye rumor ni movimiento alguno, como si no hubiese en torno nuestro más que escombros abandonados.

°°°

Hay cerca de nuestro campamento dos antiquísimas fuentes de mampostería, con pilones para que beban los camellos, ornadas de deliciosos arabescos festoneados que se van desmoronando y convirtiéndose en polvo. Antes que cierre completamente la noche, vamos á renovar en ellas nuestra provisión de agua fresca.

..... En esto, aparece montado en un hermoso caballo y precedido de sus gentes que van alumbrando con grandes faroles calados, el hijo del pachá de Mequinez, que viene con objeto de darnos la bienvenida y de presentarnos excusas en nombre de su padre, el cual está ausente desde hace dos meses, ocupado en combatir, á la cabeza de sus jinetes, contra los terribles Zemurs, que devastan la comarca.

En cuanto al hijo, es muy joven y muy amable; nos anuncia la próxima llegada de una abundante *muna* que va á enviarnos, y también de soldados para que nos den guardia durante la noche. Por de pronto, nos trae carbón y leña para que podamos cocer pollos sobre la hierba.

El pachá-hijo permanece un largo rato sentado bajo nuestra tienda, contándonos historias. No puede decirnos para qué sirvió en su tiempo ni con qué idea fué edificada la muralla que domina nuestro campo: únicamente sabe que la hizo construir, hace trescientos años, Muley-Ismail, el sultán cruel. Por lo demás, la época brillante de Mequinez remonta á este Muley-Ismail, que fué el más glorioso sultán de Marruecos.

Después del joven pachá, un judío viene también á visitarnos, precedido también de su escolta y de su gran farol. Este individuo es el más rico de la ciudad (según se nos dice), á pesar de su sencillísimo traje. Su fisonomía es distinguida, de rasgos regulares y de expresión dulce por extremo. Hacía algunos días que estaba advertido de que iríamos á Mequinez, por un correo de uno de sus correligionarios de Tánger, monsieur Benchimol, segundo *drogman* de la embajada de Francia, quien, durante todo el viaje de la misión, ha hecho alarde de una inagotable complacencia para con cada uno de los que la componemos, y viene á ponerse cortésmente á nuestra disposición. Le prometemos devolverle mañana la visita, y se va el hombre á toda prisa, por temor de encontrarse cerradas las puertas de la ciudad.

En derredor de nuestras tiendas el suelo es desigual, exfoliado, como sucede en los alrededores de las ciudades muy antiguas: hay hundimientos, bocas de subterráneos; sobre todo, hay unos pequeños montículos de césped, bastante singulares, que dan en qué pensar. Son precisas mil precauciones para dar siquiera tres pasos en la obscuridad, fuera del circuito de nuestro campo. Los chacales, los buhos, todos los lúgubres habitantes de las cavernas y de los viejos muros de aquellos contornos nos avisan su presencia por medio de gritos aislados, que parecen un lejano llamamiento de la muerte. Y la lluvia empieza á caer, como si todo aquello no fuese ya suficientemente triste.

Las ocho y media..... las nueve..... Hace ya largo tiempo que nuestros visitantes han partido, y no llega nada de lo que ofrecieron enviarnos; ni *muna*, ni soldados de guardia. Sin duda Mequinez ha cerrado sus puertas, por temor á los merodeadores, y nos ha dejado aquí olvidados, á merced de toda clase de gentes y de aventuras.

Por fin, brillan á lo lejos las luces de unos faroles que vienen hacia nosotros, descendiendo la especie de avenida irregular y accidentada, donde abren sus bocas las cavernas; es sin duda nuestra *muna*, que llega con la lentitud y la gravedad de siempre. En efecto, nos mandan alcuzcuz con leche y azúcar, un carnero vivo, y muchas gallinas en jaulas. Por parte del capitán y por la mía, de buena gana renunciaríamos á sacrificar estos pobres animales, pero sería cosa muy mal vista; no hay más remedio que entregarlos al cuchillo y á la voracidad de las gentes de nuestra escolta.

He aquí que otros nuevos faroles aparecen sobre la altura, y se dirigen hacia nosotros: es un destacamento de soldados, precedidos por un tambor, que vienen á darnos guardia hasta la llegada del día. Basta ver que son unos ochenta, para comprender, ó que el joven pachá es excesivamente prudente, ó que el sitio en que acampamos tiene malísima reputación.

Los soldados se sientan en círculo, alrededor de nuestras tiendas, y empiezan á cantar, para mantenerse despiertos, según la costumbre marroquí. Y así se estarán hasta que llegue la mañana, porque tal es el uso constante de los guardianes nocturnos que desempeñan concienzudamente su servicio: habremos de arreglarnos para dormir como podamos en medio de este coro salvaje, que no nos dará tregua en todo lo que queda de noche.

***

Hacia la una de la madrugada, la condenada música se convierte en un escándalo de gritos de todo punto irreverente. Esto de dar guardia á unos «nazarenos», ha inspirado á los soldados una alegría burlona, y ya no cantan, sino que imitan las voces de todos los animales de Marruecos: ladridos de perros, relinchos de camellos, cacareo de gallinas, y hasta mugidos de pura fantasía. Entonces, agotada mi longanimidad, me levanto enfurecido, y á tientas me voy á despertar bajo su tienda al viejo *Kaid* responsable, á quien hago salir llevando un farol, mientras yo mismo llevo un látigo: hacemos una ronda por el campamento, y á fuerza de amenazas de palizas inmediatas, de quejas al pachá y de prisión, obtenemos el silencio.....

***

Las dos de la mañana. Nos traen una nueva *muna*, más pomposa que la primera; inmensos platos de alcuzcuz de postre, pirámides de pastelillos, cestos de naranjas, té y pilones de azúcar: el joven pachá quiere hacer bien las cosas. Nuestras gentes de escolta se despiertan para volver á empezar la comilona, y nosotros concluimos por conciliar el sueño.

XXXIII.

EN MEQUINEZ.

Lunes, 29 de Abril.

Al despertarnos bajo el cielo sombrío, nos apercibimos de que hemos estado acampados en un cementerio, probablemente de gentes pobres: no se ven piedras sepulcrales: nada más que unas pequeñas prominencias de tierra cubiertas de césped, unas muy antiguas, y otras todavía muy recientes. Hemos dormido sobre estos muertos.

No hay hoy más movimiento que ayer en los alrededores de la ciudad: allá arriba, en la gran puerta ojival de entrada que se abre en el centro de los bastiones, no se distingue nada viviente, ni se ve á nadie al pie de las extensas murallas.

Hacia las ocho, aparecen tres ó cuatro judíos, á quienes es fácil conocer desde lejos como tales, á causa de sus túnicas negras. Vienen á buscarnos, sabedores de nuestra presencia, para proponernos joyas y bordados antiguos, que desempaquetan en el suelo, sobre la hierba húmeda, entre las estacas y las cuerdas de nuestras tiendas.

***

Las nueve. Un jinete cubierto de polvo, con todas las trazas de haber hecho en poco tiempo un largo viaje, nos trae lo que aguardábamos para penetrar en la ciudad santa, ó sean las cartas del Sultán dirigidas al pachá y á los amines, dándoles orden de dejarnos circular libremente por Mequinez, y de permitirnos visitar los misteriosos jardines de Aguedal.

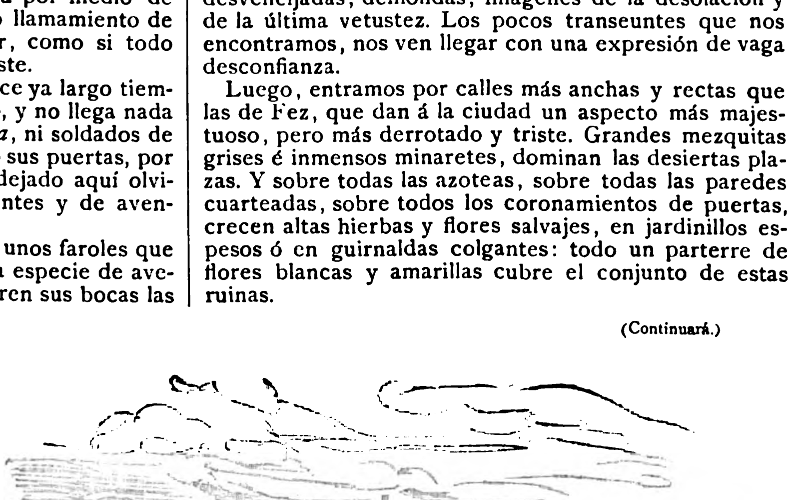
Hacemos, pues, ensillar nuestras mulas, y subimos por la avenida gris, llena de baches y de piedras, hacia la gran puerta que desde ayer atrae nuestras miradas.

Pasando, en fin, bajo la alta ojiva orlada de arabescos y azulejos de colores, hacemos nuestra entrada oficial en Mequinez.

El primer aspecto que se ofrece á nuestra vista son ruinas; otros bastiones, otras murallas, otras puertas desvencijadas, demolidas, imágenes de la desolación y de la última vetustez. Los pocos transeuntes que nos encontramos, nos ven llegar con una expresión de vaga desconfianza.

Luego, entramos por calles más anchas y rectas que las de Fez, que dan á la ciudad un aspecto más majestuoso, pero más derrotado y triste. Grandes mezquitas grises é inmensos minaretes, dominan las desiertas plazas. Y sobre todas las azoteas, sobre todas las paredes cuarteadas, sobre todos los coronamientos de puertas, crecen altas hierbas y flores salvajes, en jardincillos espesos ó en guirnaldas colgantes: todo un parterre de flores blancas y amarillas cubre el conjunto de estas ruinas.

(Continuará.)



Campamento delante de Mequinez.

(Croquis de Pierre Loti.)

COLÓN Y EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

EN LA ANTIGUA POESÍA CASTELLANA.

Al aproximarse el cumplimiento del cuarto centenario de un suceso sin igual en la historia del mundo, que ha de ser solemnizado en pueblos tan distantes entre sí con unánime entusiasmo, nos ha parecido curioso recordar de qué manera, en los tiempos recientes al mismo y aun posteriores, la poesía, expresión más sublime de alabanza á todo lo que es grande y heroico, celebró al genio que realizaba inesperada maravilla, conducido sin duda por divino impulso y providenciales designios.

¿La gloria de Colón fué asunto elegido por nuestros antiguos poetas castellanos para ofrecer la excelsitud de su numen, al mismo tiempo que el tributo de admiración á este héroe de los mares? ¿Hubo un Camoens en nuestra nación que cantara las proezas del que la dió un nuevo continente, como aquél las de los célebres navegantes lusitanos? Duélenos reconocer que el insigne descubridor del Nuevo Mundo no halló, sin que nos expliquemos la causa, quien, en tiempos aun recientes al término feliz de su empresa, enalteciera como correspondía su asombroso triunfo. Existen raras excepciones de algunos cultivadores de la poesía en aquéllos, que si bien no hicieron suceso tan glorioso objeto exclusivo de sus cantos, no se olvidaron de rendir el homenaje que merecía varón tan insigne. Tales son los que nos proponemos recordar.

Es, ciertamente, inexplicable cómo los poetas españoles de los siglos XVI y XVII no se inspiraron en el extraordinario acontecimiento que recordamos, para hacer gallarda muestra de su ingenio y digna manifestación de los sentimientos que indudablemente llenaban su alma. No existe en nuestro *Romancero general* composición alguna que se refiera á Colón y al continente por él descubierto. No hallamos un solo rasgo en este género de poesía popular, y propagadora de toda acción notable y de toda gloria patria, que celebre la del sabio piloto. No sólo España, que debió considerar á éste como su hijo adoptivo, sino otras naciones que veían en él una gloria común, porque la patria del genio es el mundo, carecieron de inspirados cantores que honraran su nombre en el lenguaje de la poesía. Los mismos que le habían negado su auxilio y le tuvieron por demente, le admiraron después. Los sueños del iluso se vieron realizados; cumplíase su profecía, y algo de sobrenatural y portentoso existía en este acontecimiento. Colón había nacido en un siglo en que los estudios de Geografía y Cosmografía distaban de ser perfectos: parece, más bien que el experto navegante y el hombre de ciencia no común, el elegido de Dios para llevar á cabo una misión grandiosa, y el héroe, con excepcionales condiciones, de inmortal epopeya.

¡Qué cuadros tan llenos de dramáticos incidentes pudieron ser tratados por el vate de rica fantasía, estro poderoso y levantados vuelos! La azarosa existencia del mendigo de la Rábida, pidiendo pan para su hijo; su hospedaje en este monasterio; sus conferencias con el docto religioso Marchena; sus amarguras y decepciones hasta llegar á las gradas del solio de Castilla; su partida de Palos; la rebeldía de su gente en la inmensidad de un mar desconocido, y cuantos episodios acompañaron al arribo y posesión de las Indias Occidentales, suministraban sobrada inspiración á los ingenios del tiempo á que nos referimos para glorificarle en sus canciones. En nada amenguaron su grandeza los hierros con que le aprisionó la envidia; reconocido fué lo injusto de tan cruel tratamiento, y uno de los solemnes desagravios de la injusticia é ingratitud de los hombres correspondía á la Musa épica, llamada á enaltecer su memoria.

Hemos observado en otra ocasión el olvido en que tenían nuestros antiguos líricos los asuntos que les suministraba la Historia, siendo sus más predilectos los eróticos y otros de distinto carácter. Sentían no pocos la influencia de la Musa pagana y la de sus estudios de los clásicos. «La poesía, decíamos, que es un elemento de la Historia, por estar una y otra íntimamente ligadas, y ser la primera el más vivo reflejo de la segunda, si bien en las inspiraciones que sólo provienen de la invención ó de la fantasía manifiesta la expresión de los sentimientos, el estado moral é intelectual de un pueblo, no puede darnos una idea completa del tiempo y sitio en que florece, si no une algo de realidad á los vuelos de la inspiración, si no canta los grandes sucesos, las glorias, las proezas, los triunfos que siempre despiertan y enardecen el orgullo patrio, los héroes que tal vez sin esta alabanza quedan ignorados ó en el olvido, y á quienes pudiera aplicarse aquel verso de Horacio:

Dignum laude vinum Musa vetat mori.

»Nuestros ingenios del siglo XV desdeñaron este género de poesía, porque aspiraban sólo á aparecer cultos, discretos y conceptuosos..... Este defecto fué heredado en mucha parte por los del siguiente. He aquí por qué concedemos á Herrera tal superioridad sobre éstos, con muy leves excepciones. Ercilla, soldado nunca ocioso en las hazañas de que es cantor, y algunos otros autores de poemas heroicos, no siempre producen los majestuosos sonidos de la trompa épica. ¡Cuántas obras inapreciables, cuántos monumentos de mayores bellezas nos hubieran legado aquellos fecundos ingenios que en tanto número frecuentaban las laderas del Pindo en nuestra edad de oro de las letras, si hubiesen estimado para argumento de sus obras nuestras tradiciones históricas, que son otros tantos timbres inolvidables de la patria!»

No faltaban, en verdad, asuntos para los cantos del poeta, que hubieran sido el reflejo del espíritu nacional, y ninguno más grandioso y de mayor interés para el más sublime poema que el descubrimiento del mundo de Colón. Cierto es que para tratar uno tan difícil, con la elevación que exige su grandeza, sería menester un genio. Razón tiene un distinguido poeta mejicano, que sabe dar bellísima forma á sus pensamientos (1).

> Cantar á ese gigante soberano
> Que al soplo de su espíritu fecundo
> Hizo triunfar el pensamiento humano
> Arrebatando al mar un nuevo mundo:
> Cantar al que fué sabio entre los sabios;
> Cantar al débil que humilló á los grandes,
> Nunca osarán mi lira ni mis labios.
> Forman su eterno pedestal los Andes,
> El Popocatepetl su fe retrata,
> Las Pampas son sus lechos de coronas,
> Su majestad refleja el Amazonas
> Y un himno á su poder tributa el Palta.
> No es la voz débil que al vibrar espira
> La digna de su nombre. ¿ Puede tanto
> La palabra fugaz?.... ¿Quién no lo admira?
> La mar, la inmensa mar, esa es su lira,
> Su Homero el sol, la tempestad su canto.

Injusto sería no mencionar, como comprendido en las excepciones que indicamos, á un poeta casi desconocido hasta nuestros tiempos, que consagró su inteligencia y su inspiración á celebrar las hazañas de los insignes descubridores de remotos confines. Tal fué el beneficiado de la iglesia de Tunja, nuevo reino de Granada, que había seguido antes la profesión militar, según las escasas noticias que de él se conservan. Llamábase Juan Castellanos, y dió á su extensa obra el título de *Elegías de varones ilustres de Indias*. En ella se trata, en verso, muy detenidamente cuanto él mismo había ya escrito en prosa, como resultado del estudio de muchos años de su vida, sobre los memorables hechos de los españoles en aquel glorioso período de la historia patria. Castellanos dedica una parte de su libro á Colón, y se extiende en los que «después de él descubrieron la navegación del mar del Norte, ó sea el Atlántico, y conquistaron y redujeron al conocimiento de nuestra santa fe y la corona Real de Castilla los indios naturales de tan extendidas ínsulas como en él conquistaron, que comunmente se nombra el Nuevo Mundo.» En esta obra, añade Agustín de Zárate, censor de la misma, su autor ha tomado á su cargo declarar lo que otros no habían hecho antes; lo mucho que los siglos presentes y los que están por venir deben principalmente á Cristóbal Colón.

La obra de Castellanos no es una epopeya: carece de elevación y de esos rasgos de la fantasía que se apartan de la verdad. Nuestro poeta es un narrador verídico de los sucesos, por sí extraordinarios, que constituyen la historia de los laureles conseguidos en los parajes donde se hacía admirar por vez primera la audacia y el valor de los hijos de España. Si al poema de Castellanos faltan galas poéticas, su versificación corre fácil y natural, sin giros violentos, y sobre todo tratando sólo

> la verdad pura
> Sin usar de ficción ó compostura.

No es el objeto exclusivo de esta obra cantar al descubridor de América, pero al menos en él se le coloca en el lugar que le corresponde y se estimula á que sea celebrada su gloria en cantos inmortales.

> Sea tu fama con eternos cantos
> Por todas cinco zonas extendida:
> Tu nombre solemnicen todos cuantos
> Hoy viven y después tuvieren vida.

El cumplimiento de esta noble excitación es lo que echamos de menos en los grandes líricos del siglo de oro de la poesía castellana con respecto al hombre que, como único por el hecho que realizó, pudo ofrecerse á la admiración de los siglos.

No se olvidó el poeta y autor dramático sevillano don Luis Belmonte y Bermúdez en su poema titulado *Hispálica* del ilustre genovés, pero sólo hizo ligera referencia de sus hechos. Es de extrañar que fuera pospuesto el que abrió la senda de sus triunfos á los que continuaron sus gloriosas expediciones, y que recayeran mayores alabanzas sobre estos mismos. Hernán Cortés fué el héroe predilecto de nuestros antiguos poetas líricos y dramáticos. Mientras que, según observamos, no se encuentra en nuestro *Romancero* recuerdo alguno á la gloria de Colón, hállanse en él varias composiciones consagradas á aquel valeroso caudillo, debidas á D. Gabriel Lasso de la Vega, autor asimismo del poema *Cortés valeroso, ó la Mejicana*. Tenemos también *La Conquista de Méjico*, de D. Fernando de Zárate; la *Historia de Nueva España*, en verso, del capitán Gaspar de Villegas, y ya de época más reciente *Las Naves de Cortés destruidas*, de D. José María Vaca de Guzmán; el poema épico *Méjico conquistada*, de D. Juan Escoiquiz; y aun en nuestros días, otro poema de D. Patricio de la Escosura, cultivador de todos los géneros literarios, también consagrado al denodado extremeño. La poesía dramática cuenta con *El valeroso español y primero en su casa, Hernán Cortés*, del murciano Gaspar de Avila; *Cortés triunfante en Tlascala*, de Cordero, y el *Pleito de Hernán Cortés con Pánfilo de Narváez*, comedia debida á D. José de Cañizares. Todos estos autores que hallaron motivo de inspiración, porque existía ciertamente en los hazañosos hechos del caudillo que celebraban, no dieron su preferencia al que primero trazó la senda de tan imperecederas glorias.

No sólo fué Cortés inspirador de los cantos y ficciones dramáticas de nuestros antiguos poetas. Díganlo la célebre obra de Alonso de Ercilla *La Araucana*; la segunda parte de ésta, de D. Diego Santisteban y Osorio; *Arauco domado*, de Pedro de Oña; *La Conquista de Nueva Castilla*, que se refiere á Pizarro, de autor anónimo; *La Conquista del Río de la Plata, Argentina y Tucumán, y otros sucesos del Perú*, de D. Martín del Barco Centenera, y otros en muy escaso número. En el género dramático, también Luis Vélez de Guevara hizo á Pizarro protagonista de una de sus obras á que dió el título de *Las Glorias de Pizarro, ó palabra de los reyes*, y D. Melchor Fernández de León escribió la comedia *La Conquista de las Molucas*, que citamos como notable suceso histórico. Nada menos que nueve ingenios tomaron parte en la obra dramática cuyo título es *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete* (Arauco domado). Fueron aquéllos Mira de Amescua, Belmonte, Ruiz de Alarcón, Luis Vélez de Guevara, Ludeña, D. Jacinto de Herrera, D. Diego de Villegas, D. Guillén de Castro y D. Francisco de Tapia y Leiva, conde del Basto, la mayor parte de los cuales ocuparon señalado lugar en nuestra antigua escena.

No ha existido poeta alguno que haya poseído la asombrosa fecundidad de Lope de Vega. Portentoso era el poder de su imaginación; maravilla su facilidad para concebir los asuntos y los distintos caracteres de sus obras dramáticas. No es de sorprender que se inspirase en el inesperado acontecimiento que había ensanchado el poderío de su patria é hiciese él solo en producciones de esta clase, protagonista de una de sus obras escénicas al sabio nauta á quien la Providencia dió la gloria, única en su género, de hallar un mundo ignoto allende de los mares. Ya Lope, en su acierto para comprender cuáles debían ser las figuras históricas que excitaban las simpatías populares, había hecho al gran Colón personaje episódico de la comedia *El Príncipe perfecto*. En ella aparece varón tan insigne acogido con agasajo, al regreso de su primer viaje, por D. Juan de Portugal, quien se muestra pesaroso de no haber aceptado sus ofertas. El descubridor del nuevo continente americano exigía mayor realce y era de justicia que se admirara en escena, no como secundaria figura, sino como la principal que por sí sola excitase la mayor atención. No consideramos la obra del *Fénix de los ingenios* en que así se ofrece, como de las suyas más acabadas. No lo es ciertamente, ni podía serlo perfecta en su unidad, por el mismo propósito de su autor al pretender presentar la vida de su héroe en el período de catorce años. El desarreglo que en la acción se advierte proviene del plausible deseo de no omitir cuanto redundara en gloria de aquél. Aparece, pues, Colón primeramente desairado en sus pretensiones, y siguiendo el curso de los sucesos, terminan éstos con su vuelta á España y la presentación á los Reyes Católicos, en Barcelona, de los preciosos objetos de aquellas lejanas tierras agregadas por él á sus dominios. La serie de cuadros que van presentándose se desenvuelven en diversos parajes. Así, la acción pasa en Portugal; en Granada, antes de ser rendida; en la carabela que conducía al experto navegante, y donde es amenazado por su gente sublevada; en la región descubierta, y por último, como indicamos, en la ciudad condal. Figuran en esta producción escénica personajes de diversa índole, entre éstos, moros, indios, y representaciones alegóricas. Es indudable que, siguiendo las corrientes populares de su época, acertó Lope á ofrecer tan gran suceso de la historia de la humanidad, como celeste designio que arrancaba á la idolatría numerosas muchedumbres sumidas en el error. Esto era además un hecho innegable. Así, la misma *Idolatría* personificada, con la *Providencia* y el *Cristianismo*, son personajes del *Nuevo mundo de Cristóbal Colón*: tal es el título de esta ficción dramática. Indícase por aquella primera figura simbólica algo de lo que entonces y después se ha visto confirmado: que no siempre llevó á los hijos de España á aquel continente el noble deseo de civilizar á sus moradores, sino también la desapoderada codicia, so color de religión, á los tentadores reflejos del oro y la plata escondidos en las entrañas de sus tierras.

Ya dijimos que no podemos analizar esta obra, señalando sus inverosimilitudes é impropiedades. Sólo consideramos á Lope en ella como el ingenio único que presentó en la escena patria al hombre insigne á quien tuvieron tan en olvido los poetas de su tiempo. Nunca se echa de menos, á pesar de los defectos que pudieran señalársele, el interés, la atracción que nuestro dramático sabía imprimir á sus producciones, la expresión de los sentimientos y su natural versificación. Esta siempre es noble, y conserva la dignidad que corresponde á su carácter y al cumplidor de la empresa llevada á término por permisión divina. Sabido es lo poco meditadas que eran las obras de Lope, porque obedecía su imaginación al afán de producir sin tregua, y que tal fecundidad era causa del desaliño que en muchas de ellas se advierte. Sin duda esta á que nos referimos debió escribirse con tal precipitación, y de ello provenían sus defectos. A haber sido más meditado su asunto, hubiera podido ofrecer tan clarísimo ingenio una de las comedias más estimadas de su inmenso repertorio.

Es de extrañar que Calderón, dominado siempre por su fe religiosa y su amor patrio, emplease su inspiración ofreciendo en sus cuadros dramáticos la conquista del Perú por los españoles y la conversión de sus habitantes al cristianismo, en su comedia *La Aurora de Copacovana*, y tampoco eligiese para asunto de otra de sus admirables producciones la prodigiosa empresa del navegante genovés, por quien la civilización alcanzaba gloria y triunfos en regiones bárbaras y desconocidas. No se acierta á explicar tal olvido de nuestros dramáticos de un personaje tan ilustre que engrandeció de inusitada manera el poderío de nuestra patria, y cuyo glorioso empeño no tiene ejemplo en la historia del mundo.

Los autores dramáticos de nuestra época han llevado á la escena al insigne descubridor, cercado de la aureola del genio. El autor del interesante drama *Isabel la Católica* ha sido uno de éstos, siquiera no le haya hecho su principal figura, acertando al poner en sus labios las bellísimas octavas que dirige á los Reyes Católicos después de su triunfo (2).

Otro de nuestros poetas contemporáneos que más extensamente canta las glorias del sabio piloto, es el siempre admirado D. Ramón Campoamor, en su poema que lleva el ilustre nombre de aquél, y reune todas las cualidades apetecibles para hacerle interesante. Su lenguaje correcto, sus originales pensamientos, la verdad histórica y su carácter filosófico, le hacen superior á todas las obras del género poético que anteriormente se han consagrado á enaltecer al navegante de Génova. Es de amena y útil lectura. Algunos de sus cantos están consagrados á bosquejar los culminantes sucesos históricos de nuestra patria y de otras naciones. Colón es en esta obra el varón digno que confiado y resuelto

> Marcha á borrar los límites del mundo,

pero que no deja de sentir las inquietudes de la duda y los temores de un funesto desengaño, porque

> Es necesario
> Ser muy audaz para mirar sin miedo
> El sepulcro á los pies, encima ambiente,
> Pena en el corazón y nada enfrente.

«Colón ha hecho su travesía por el Océano, dice el docto prologuista de este libro, D. Severo Catalina; ha abierto las puertas de un nuevo mundo. También Campoamor ha hecho una difícil travesía: su poema representa un viaje venturoso para el mundo de las letras.»

Recordamos como coincidencia extraña que un poeta español anunció el descubrimiento del mundo cuyo secreto guardaba el Atlántico. Muy citado es el pasaje de la tragedia de Séneca *Medea*, en que se profetiza tan extraordinario suceso. Una de las más acertadas paráfrasis de los versos del cantor latino, es la siguiente: «Vernán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojará los atamientos de las cosas y se abrirá una grande tierra; y un nuevo marinero como aquel que fué guía de Jasón que hobo nombre Tiphis, descubrirá nuevo mundo; ya entonces no será la isla Thule la postrera de las tierras.» ¿Por qué la Musa española ha sido tan parca, al realizarse el pronóstico feliz del célebre autor trágico, en prodigar inspiración á los ingenios de la edad de oro de nuestras letras, que tan vastísimo campo tenían para haber legado á su patria una de esas épicas creaciones destinadas á la inmortalidad?

No podía menos Mosen Jacinto Verdaguer de consagrar á Colón, en su ya afamado poema *La Atlántida*, un justo recuerdo. Los últimos versos del mismo son para «el que fué conducido por el genio á la soñada tierra de promisión, como Moisés por entre las aguas del mar Rojo.» En todas las naciones se ha celebrado en nuestro siglo la gloria de Colón. Historiadores y poetas le han rendido el tributo de admiración que se merece, y existen obras como la del caballero norteamericano Washington Irving, recomendada por el sabio y erudito don Martín Fernández Navarrete, de tanta autoridad en cuanto se refiere á los gloriosos descubrimientos de los españoles, á la que supo dar toda la extensión que requería, imprimiéndole un sello de imparcialidad y exactitud que la hace de mayor estima que las publicadas anteriormente sobre el mismo asunto. Los modernos poetas americanos, como más obligados á levantar el himno de gratitud al célebre navegante, no le han escaseado sus alabanzas. Las literaturas extranjeras cuentan también con rasgos poéticos consagrados al mismo. Sólo recordaremos la balada de Luisa Carlota Brachman, *Cristobal Colón*, que llegó á ser muy popular en Alemania. De interés dramático por su forma y dulce por su tono melancólico que revela el sentimiento femenil, es una composición notable. Esta poetisa, que había nacido en la segunda mitad del pasado siglo, tuvo una muerte trágica. Terminó sus días del mismo modo que Safo. Presentóla en el mundo de las letras Schiller, quien entusiasta también del marino genovés, ha dicho que si America no hubiese existido, Dios la hubiera creado exprofeso para cumplir la promesa que el genio hizo al mundo.

Cercano está el día en que se conmemoren las virtudes del civilizador de las gentes de otra raza, del que ofreció el universo completo y acabado, del que se arrojó á un océano desconocido y lleno de fantasmas, según observa Lamartine, Rubicón de mil quinientas leguas y más irremediable que el de César, y no ha alcanzado que el continente á él debido lleve su nombre glorioso. En tan fausta ocasión no faltarán poetas inspirados que renueven en sus cantos la memoria de sus hechos. Sean dignos sus loores del genio y la nación que supo comprenderle y fué la única en prestarle auxilio para llevar á cabo su portentoso descubrimiento.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

(1) D. Juan de Dios Peza.

(2) Recordamos, á propósito del notable drama de D. Tomás Rodríguez Rubí, un rasgo de viveza de ingenio que tuvimos la suerte de presenciar hace no pocos años, á que dió ocasión la lectura por su autor de las inspiradas octavas á que nos referimos, no conocidas aún del público. Hallábanse reunidos en el Museo Naval de esta corte, recién instalado, por invitación de su director entonces el ilustrado marino D. Manuel Eulate, varios distinguidos literatos, afamados por sus obras. Al terminar entre merecidos aplausos la expresada lectura de los versos dichos por Colón, poseído de entusiasmo el señor Eulate, improvisó los siguientes:

> Si ahora Colón viviera
> Y oyese á Rubí cantar,
> Saliera otra vez al mar
> Y otros mundos descubriera....

Quiso hacer una quintilla y se detuvo á su conclusión. El discreto y docto académico D. Juan Eugenio Hartzenbusch, acudió en su ayuda inmediatamente y la terminó con este verso:

> Si los pudiera encontrar.

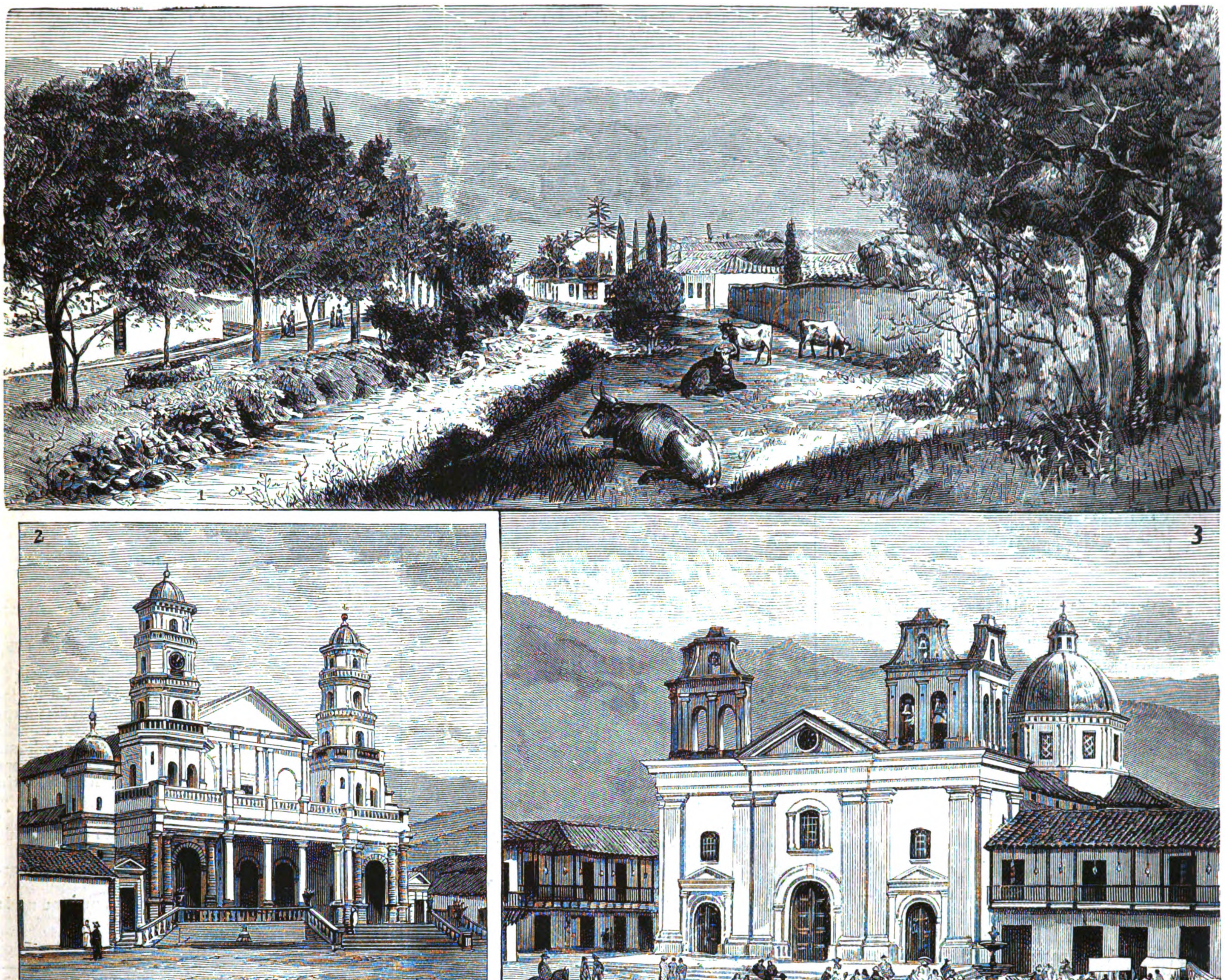
Nunca olvidaremos aquella amenísima reunión de celebridades de nuestras letras. Muchos de los que entonces prodigaron allí los rasgos de su ingenio han rendido ya fatal tributo á la muerte.



EN LOS JARDINES DE LA VILLA BORGHESE (ROMA).

CUADRO DE H. ZINSLER-DAUR.

APUNTES DE MEDELLÍN (ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA).



1. PASEO DE JUNÍN. — 2 Y 3. CATEDRALES DE MEDELLÍN Y DE ENVIGADO. — 4. PLAZA MAYOR DE LA CIUDAD. — 5. VENDEDORA AMBULANTE DE CARBÓN. 6. MÚSICO AFICIONADO. — (De fotografías.)

LA MANCHA DE LA MORA.

I.

Es Flora una muchacha encantadora
De blonda cabellera ensortijada,
De ojos grandes, mirada soñadora,
Mano fina y rosada,
Busto redondo, cuello nacarado,
Boca pequeña, en cuyos labios brilla
El color de las flores del granado,
Que también resplandece en su mejilla.
Es viva y bulliciosa,
Como en pensil pintada mariposa,
Late siempre en su acento la armonía
Y es jovial y graciosa, tan graciosa
Que vive en su mirada la alegría,
Como viven perfumes en la rosa.

II.

Cantando endechas y soñando amores,
Al dibujar el alba sus colores
El prado atravesó cierta mañana,
Apareciendo entre las gayas flores
La de matiz más bello y más lozana.

III.

Al lado de un arroyo cristalino
Una zarza elevaba su ramaje,
Y en ella Flora ajaba su ropaje
Y su rostro divino,
Despreciando dolores y tocado
Por comer de su fruto delicado.

IV.

Cuando más embebida se encontraba;
Cuando el jugo manchaba
Sus labios coralinos,
Apareció un mancebo, se miraron,
Departieron después..... y al separarse.....
Volvieron á mirarse
Y en aquella mirada se besaron.....

V.

Él se alejó de Flora
Con el alma embriagada de ventura.....
Y en los labios la mancha de la mora.

VI.

Á poco un padre cura,
Emparentado con la bella niña,
Encontraba al muchacho en su camino.
—¿Qué haces tú por aquí, buen Antonino?—
Le dijo con ternura.
—Fuí á beber agua.....
—¿Nada más que á eso?
¡Es mucha tu inocencia!.....
Dí..... ¿no has comido moras..... con exceso?
—¡No, señor..... ni una sola!
—Convencido.
Tú no las has comido,
Pero..... bebiste de su dulce esencia.....
Y esa mancha de mora que otro labio
En el tuyo dejó, poco prudente,
No la quita otra mora, cual se dice.....
Esa..... la quito yo..... yo solamente.

ANGEL MARTÍNEZ-PÉREZ.

PARA EL ALBUM

DE MARÍA DEL PALACIO (1).

I.

Á MARÍA.

¿Cómo á tu ruego resistir con calma?
¿Qué escriba ruegas? Obediente escribo;
Que un ruego tuyo me acaricia el alma,
Y una sola palabra de tu boca
Encierra para mí más atractivo
Que las olas que mueren en la roca
Y el cielo azul, brillante y expresivo.
¿Qué te diré, María?
Sí á escribir me negase, se diría
Una temible cosa;
¡Tal vez pudieran achacarlo á orgullo!
¿Pero y si escribo y si te llamo hermosa,
Y vienes y me llamas *Pero Grullo?*
En tan difícil caso,
Renuncio frente á frente á echarte flores,
Porque sería mi valor escaso
Para poder copiar tus resplandores,
Y le dejo á mi musa franco el paso.....
Y, en fin, que me dirijo á los lectores,
¡Y tú no me hagas caso!

II.

SIN QUE MARÍA LO OIGA.

Reunid el encanto, la luz, la alegría,
Aroma de flores, reflejos del día,
Los rayos de luna de noches preciosas,
Ensueños ardientes, visiones radiosas,
Sonoros torrentes de grata armonía;
Reunid ruiseñores, reunid mariposas,
El alma invisible que flota en las rosas.....
¿Reunís estas cosas y hacéis poesía?
¡Pues..... eso es María!

III.

Á D. MANUEL DEL PALACIO.

Maestro: era tu musa
Blanca y hermosa,
Con ojos de amatistas
Y tez de rosa,
Tenía por cabellos
Rubias melenas,
Con más oro que el Tajo
Dió en sus arenas.
Llenaba de ternura
Tus poesías,
Y tú sin conocerla
La presentías.
Tu poesía es dulce,
Porque ella encierra
El canto con que el cielo
Le habla á la tierra.....
Buscabas á tu musa,
La adivinabas,
Y como Dios sabía
Que la buscabas
Y á musas tan hermosas
Dios las cobija,
Para darte tu musa
¡Te dió á tu hija!
Y nunca son tus versos
Más celestiales
Ni más bellos que cuando
Son *paternales*.
Cuando hablas de tus hijos,
¡Ese es tu canto!
¡Dulce, grave, sereno,
Sublime y santo!
¡Y tu musa es exacta
Fotografía
De un ángel tan perfecto
Como María!

RICARDO CATARINEU.

(1) Preciosísima hija del eminente poeta.

¡VETERANOS!

Cada cual considera este calificativo á su manera.

Para unos es honor; para otros, casi una ofensa.

Un militar aguerrido y afortunado agradece la calificación.

Si no ha pasado de la categoría del *subteniente Mochila*, á pesar de sus años de servicios, llamarle «veterano» es como insultarle.

El veterano inspira cierto respeto á la gente nueva.

De esta regla debe exceptuarse al gremio de escritores.

Para muchos neófitos, los veteranos de la literatura son estorbos y nada más.

Un marido veterano es una garantía para el orden doméstico.

Una mujer veterana es una proporción para cualquier soltero de bien; si no es muy veterana, se entiende.

Un perro ó un caballo veteranos deben alcanzar el retiro con manutención.

Los loros nunca llegan á veteranos, según dicho de las gentes.

Porque á los cien años empiezan á vivir.

Hay loro que consigue la longevidad de quinientos años.

Estas teorías son de un naturalista de afición, que empezó de loro y después se ha perfeccionado.

El veterano es respetable.

Rectifico: es respetable si ha vivido para bien del prójimo.

Porque también llegan algunos timadores á veteranos en *su arte*.

Cuando las personas «se encuentran» veteranas, lo saben todo.

—He visto tanto—me decía un caballero ya veterano—que he gastado parte de la vista. Ahora no ven ustedes, ni oyen, ni entienden.

—¿Hasta eso ha venido á menos?—le pregunté.

—Sí, señor—afirmó con energía.

Cuando se tropiezan dos de la misma época histórica, se miran mutuamente, como dos monumentos conmemorativos.

Para los jóvenes, los veteranos son muebles viejos que están pidiendo á voces la sustitución.

Para los veteranos, el renuevo es raquítico y no puede prosperar.

—¿Qué quiere usted, D. Fulano?—pregunta un veterano á otro, cuando se encuentran en el paseo ó en la calle, delante de alguna casa en construcción.

A cierta edad interesan mucho las edificaciones.

—¿Qué quiere usted? todo va lo mismo. Unicamente en esto es en lo que hemos adelantado: hoy se levanta una casa en veinticuatro horas.

—Lo que invirtió el diablo en levantar la catedral de Colonia, según dicen los eruditos. Pero en cambio—continuó el otro veterano—vea usted qué jaulas construyen.

—¡Ah! eso sí. Luego sobreviene un incendio, y adiós edificio.

—¿Sabe usted dónde están levantando una buena casa? En la calle de.....

—Es verdad: la he visto; ya van por el piso principal.

—No, perdone usted; van en el segundo.

—Mire usted que la he visto hoy mismo.

—Pues como si no la hubiera usted visto. Trabajan en ella treinta peones, diez oficiales de albañilería, y.....

—¿Está usted allí de sobrestante?

—No, señor; pero el maestro es amigo mío; yo no soy albañil.

– Como sabe usted tanto de la construcción.....

En algunas ocasiones acaba mal conversación tan interesante.

Cuando un veterano refiere algo de su pasado, lo embellece de tal manera, que no le falta más que algunos fotograbados en el texto.

Particularmente los del género guerrero ó los del conquistador de corazones sensibles, son los más pintorescos.

Recuerdo de uno de los primeros que nos relataba todas las noches, en un círculo, la historia completa de la guerra civil del 34 al 40, con notas aclaratorias, pero por Pirala.

Otro de los segundos relataba sus aventuras amorosas.

Hasta que un compañero y contemporáneo suyo le atajó una noche, diciendo:

—Sí, ya lo sabíamos todo por Octavio Feuillet.

—A la edad de usted—dice un veterano á un joven recién salido á oficial—pasaba yo dos días á caballo y andaba veinte leguas sin descansar; rompía una piedra con un puñetazo, y me comía seis libras de carne en cada comida. Verdad es que aquello era ejército, y aquellos eran hombres, hablando sin agraviar.

Conozco á un veterano de la clase mencionada que aun usa trabillas en los pantalones y corbata de muelle.

Pero podemos abrigar la esperanza de que nosotros seremos lo mismo.

Verdad es que promoción como la nuestra no la ha habido.

EDUARDO DE PALACIO.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Literatura militar española, por D. Francisco Barado, acompañada de un *post-scriptum* de D. Luis Vidart, ilustrada con retratos debidos á los dibujantes D. Pedro Eriz, D. José Pahissa y D. Paciano Ross y ornamentada por D. Camilo Oliveras y D. Eudaldo Canibell. Esta interesantísima obra, nueva en su género y tan útil al militar como al hombre ajeno á la profesión de las armas, al amante de la literatura patria en sus variadas manifestaciones, como al aficionado á estudios bibliográficos, consta de dos partes: la primera consagrada á la *Historia de la literatura militar;* la segunda á la aplicación de los principios generales de literatura y á los *escritos militares considerados desde el punto de vista profesional y literario*, y las dos están acompañadas de una serie de fragmentos literarios cuidadosamente escogidos, importantes documentos histórico-militares y numerosos ejemplos prácticos en los que pueden estudiarse así las bellezas de la composición, como las transiciones del lenguaje, la fisonomía de una época y de un personaje, una batalla, un sitio, un episodio militar famoso; por manera que dicha obra constituye una *Historia del Arte y de la Literatura militar en España*. Forma un elegante volumen de 740 páginas, ornamentado con viñetas é ilustrado con los retratos de los más notables historiadores y tratadistas militares, antiguos y modernos, y sus precios, en rústica, 70 reales; encuadernado, 80 reales. Diríjanse los pedidos á Barcelona á los Sres. Viuda é Hijos de E. Ullastres y Compañía (Ronda de la Universdad, 6), y á las principales librerías y centros de suscrición de España y Ultramar.

Las Enfermedades de la vid, por D. Eugenio Muñoz Ramos, auxiliar por oposición del Laboratorio municipal y provincial de Valladolid. Este libro, premiado en certamen público, é ilustrado con tres láminas en negro y tres cromolitografiadas, se vende, á 3 pesetas, en casa del autor, Valladolid (Portales de Cebadería, 33, farmacia).

El Azafrán y el añil y **El algodón y el tabaco**, su origen, importancia, cultivo, recolección, adulteraciones, comercio y aclimatación en todo el mundo, Memorias de *Un cultivador manchego* y *un labrador de Bengala* (Indostán). Estudio interesante de esas cuatro productivas plantas, ilustrado con grabados. Véndese, á 1,50 pesetas, en las principales librerías y en casa del autor D. José López y Camuñas, Manzanares de la Mancha (Paseo de la Estación, 3).

Hierro y fuego, por D. Nicanor Rey Díaz. Colección de poesías muy notables, cuya lectura recomendamos. Un elegante volumen de XI-257 páginas en 8.º, que se vende, á 3 pesetas, en casa de los editores Saenz de Jubera, hermanos (Campomanes, 10).

Un drama singular, Oro y escoria, La ciencia y la fe, tres libritos debidos á la fecunda pluma de la distinguida escritora ecuatoriana D.ª Lastenia Larriva de Llona. Diríjanse los pedidos á Guayaquil (Ecuador), imprenta de *La Nación*.

Les Origines de la restauration des Bourbons en *Espagne*, par M. A. Houghton. Este libro, cuyo autor es el corresponsal de *L'Independance Belge* y *Le Temps* en esta capital, trata de los siguientes asuntos: *El Golpe de Estado del 3 de Enero de* 1874, *Las Dudas del general Serrano* y *La Restauración de los Borbones*; y como el Sr. Houghton ha tenido y tiene íntimas relaciones de amistad con muchos generales y hombres civiles que han tomado parte en dichos acontecimientos, su relato ofrece interés y está hecho con imparcialidad y buen criterio Un volumen de 403 páginas en 4.º menor, que se vende en París, librería de los Sres. Plon, Nourrit y Compañía, impresores-editores (rue Garancière, 10).

Como en la vida, por Alberto Delpit: versión española de *El Cosmos Editorial*. Es el volumen 147 de la biblioteca de novelas que publica dicha Empresa editorial, y se vende, á 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela, en su Administración, Madrid (Arco de Santa María, 4, bajo).

El Real Colegio de San Ignacio de Loyola, vulgarmente llamado *Colegio de las Vizcaínas* y en la actualidad *Colegio de la Paz*, reseña histórica escrita por D. Enrique de Olavarría y Ferrari. Monografía de verdadero interés y mérito literario de una ilustre fundación española en la capital de Méjico. Ilústranla varios retratos y fotograbados. Méjico, oficinas de D. Francisco Díaz de León (Avenida de Oriente, 6, núm. 163, y calle Zuleta, 8).

El Alma, según las escuelas filosóficas de la India, por don M. Rodríguez-Navas y Carrasco. Discurso leído por su autor en la Universidad Central con motivo de los ejercicios para recibir el grado de doctor en Filosofía y Letras. Opúsculo de 156 páginas en 8.º menor, que se vende, á una peseta, en las principales librerías.

María-Mario, dos idilios, por D. Francisco Gras y Elías. Dos buenas poesías, y la primera, *María*, premiada en certamen público. Opúsculo de 48 páginas, que se vende en Barcelona, librería de D. Eudaldo Puig (Plaza Nueva, 5).

Enriqueta, por Francisco Coppée, de la Academia Francesa; versión castellana por D. Carlos Frontaura. Una de las novelas más bellas del ilustre Coppée, bien traducida por el popular Frontaura. Véndese, á 3 pesetas, en la librería de Fernando Fe, Madrid (Carrera de San Jerónimo, 2).

La Negra, novela contemporánea, original de D. Francisco Tusquets. Excelente estudio de costumbres, hecho á conciencia y escrito con esmerada corrección. Un volumen de 481 páginas, que se vende, á 3 pesetas, en la librería de D. Fernando Fe, Madrid (Carrera de San Jerónimo, 2).

Estadística telegráfica de España del primer semestre del año 1888, publicada por la Dirección general de Correos y Telégrafos. Consta de numerosos *Estados*, seguidos de interesantes *Resúmenes* y *Observaciones*. Madrid, 1890.

El Curioso Parlante, pensamientos, poesías y artículos de costumbres, álbum en honor y recuerdo de D. Ramón Mesonero Romanos, reunido y publicado por su hijo político don Sebastián López Arrojo.—*Aventuras de Sebastián (El niño intrépido)*, contadas por él mismo, con una carta-prólogo de su *ama de cría*. Disparate cómico-burlesco en un tomo, con grabados.—*Tarugos de prosa y verso para pavimentos literarios*, por el propio fabricante D. Sebastián López Arrojo, taruguista norte-madrileño, etc. Primer envío, ilustrado con viñetas.—Véndense, estos curiosos libritos, á una peseta 50 céntimos y una peseta, respectivamente, cada ejemplar, en las principales librerías, y en la Administración, Madrid (calle del Reloj, 24 y 26, principal centro).

Conferencias culinarias, por D. Angel Muro. Se ha publicado la *Segunda serie (Mayo)*, que es tan deliciosa como la primera. Se vende, á una peseta, en las principales librerías, y en casa del autor, Madrid (plaza de Santa Ana, 17, segundo).

Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la recepción pública del Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca, el domingo 11 de Mayo de 1890. El eruditísimo autor de obras tan importantes como *El Matrimonio*, *La Enseñanza*, *Ensayos sobre política y religión*, y otras, Sr. Sánchez de Toca, ha ocupado en aquella docta Corporación el sitial que dejó vacante el Sr. Conde de Toreno, y en su *Discurso* de recepción, erudito y correcto, desenvolvió magistralmente el tema que sigue: *Necesidad del poder Real en el régimen parlamentario*. Contestóle el académico Sr. Pidal y Mon, que leyó otro *Discurso* grandilocuente y bellísimo, sobre el tema (interesante por más de un concepto) *De la Monarquía y la Patria*. Los dos *Discursos* forman un folleto de 67 páginas en 4.º mayor. Madrid, 1890.

V.

Diríase que el *carnet* de una mujer elegante es el catálogo, encuadernado en piel de Rusia y con dorado escudo, de la casa GUERLAIN: en él, efectivamente, debe leer toda mujer elegante los secretos de la coquetería, y adquirir utilísimas noticias.

Ese lindo librito, coquetamente forrado, es el catálogo de los productos del gran químico-perfumista M. GUERLAIN, y para hacerle digno de su clientela, y para que pueda figurar entre los libros y los *bibelots* de una mujer elegante, le ha engalanado vistosamente M. GUERLAIN.

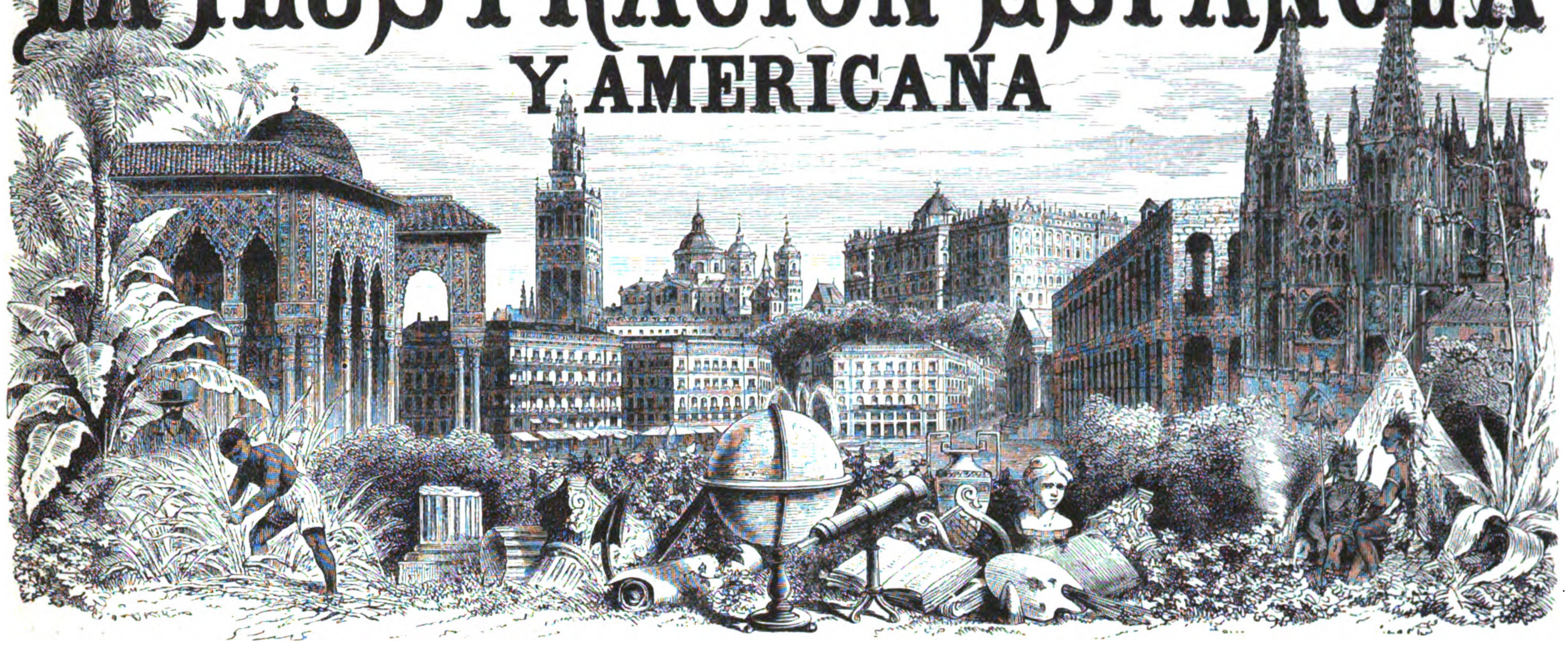
Abridle, y en él encontraréis clasificados y señalados todos los productos que han hecho la sólida y buena reputación de la casa.

Las incomparables aguas de Colonia, desde la adecuada para baño hasta el *Agua de Colonia rusa*, tan delicadamente perfumada, tan beneficiosa, con la que los refinados en coquetería llenan su pulverizador de *toilette*; las aguas de tocador, propiedad exclusiva de la casa GUERLAIN, como el *Agua de Chipre*, el *Agua de citrato*, el *Agua de violeta*, etc.; las cremas de todos los perfumes, que tienen propiedades diversas; los jabones *Sapoceti* y al blanco de ballena, superiores á todos los conocidos.

Una breve ojeada á las páginas de ese catálogo será muy útil á las lectoras, y no hay necesidad de aconsejarla. Basta con pedir el citado catálogo á M. GUERLAIN, 17, *rue de la Paix*, *en París*.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



AÑO XXXIV.—NÚM. XX.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Mayo de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero	50 íd.	26 íd.	14 íd.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

LOS FESTEJOS DE MAYO EN MADRID.



MISA DE CAMPAÑA EN LA PUERTA DE ALCALÁ, EN PRESENCIA DE SS. MM. Y AA. RR., EL 18 DEL ACTUAL.

(Dibujo del natural, por Comba.)

SUMARIO.

Texto.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. Eusebio Martínez de Velasco.—La Serpiente enroscada. Historia vulgar, por D. José de Castro y Serrano, de la Real Academia Española.—La Exposición de Bellas Artes, por D. Federico Balart.—En Marruecos. Recuerdos de viaje (continuación), por Pierre Loti.—La Revolución social, por D. Nilo María Fabra.—Tipos madrileños, por D. Carlos Frontaura.—Los Ángeles de Plasencia, poesía, por D. Rafael García y Santisteban.—Exposición de Bellas Artes de París, por Armand Gouzien.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por V.—Sueltos.—Anuncios.

Grabados.—*Los Festejos de Mayo en Madrid.*—Misa de campaña en la puerta de Alcalá, en presencia de SS. MM. y AA. RR., el 18 del actual. (Dibujo del natural, por Comba.)—Cuadros disolventes en la plaza de Quevedo; Baile é iluminación en la plaza de las Salesas; Tipos de la plaza de la Cebada, durante los festejos; El Salón del Prado en las noches de iluminación y baile. (Apuntes del natural, por Picolo.)—El Batallón escolar: En marcha; En la plaza de Palacio; Los portabombas; Tipos de corneta y fusileros. (Apuntes del natural, por Comba.)—Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890: *Resignación y esperanza*, cuadro de D. Francisco Masriera.—*La Tarde*, cuadro de D. Manuel García y Rodríguez.—En Memoria de Casto Plasencia: Pintando la capilla de Carlos III, en San Francisco el Grande. (Dibujo original de D. Alejandro Ferrant, compañero del insigne pintor.)—El Estudio del malogrado artista en la tarde del 18 de Mayo de 1890. (Apunte del natural, por D. Joaquín Sorolla.)—Casto Plasencia en la capilla ardiente. (Apunte del natural, por D. Maximino Peña, discípulo del ilustre artista.)—Oradores parlamentarios: Retratos de los excelentísimos Sres. D. Germán Gamazo y D. Manuel Pedregal y Cañedo, ex ministros y diputados á Cortes, y de D. Gumersindo Azcárate, catedrático de la Universidad Central y diputado á Cortes.—Los Festejos de Mayo en Roma: El Rey Humberto I de Italia inaugurando el Tiro Nacional al blanco; Regatas en el Tiber; Carreras de caballos en el hipódromo de *Tor di Quinto*; Pabellón de recepciones en el campo de Tiro al blanco; La *Fiaccolata* en la plaza del Popolo. (Apuntes del natural, por D. Hermenegildo Estevan.)—Bellas Artes: *¡Hagamos las paces!*, cuadro de Manuel Spitzer.—Ilustración de la obra *En Marruecos* de Pierre Loti.

CRÓNICA GENERAL.

No recordamos que jamás las decisiones del Jurado hayan sido populares en ninguna Exposición de Bellas Artes: los gustos de los maestros son tan contrarios á veces, que hemos oído calificar á algunos de obras maestras las que otros tenían por erróneas y absurdas: no nos extraña que esta vez, como siempre, haya habido quejosos y perjudicados, pues nada tan difícil de repartir como la justicia; pero en materias artísticas es casi imposible, en épocas en que no hay ideal fijo sino lucha de ideales. Si se tratase del fallo artístico, no intervendríamos en esta cuestión técnica, que tiene su sección. Pero esta vez la decisión del Jurado ha suscitado protestas reglamentarias y legales, que ha llevado á las Cortes el diputado Sr. Moya: ha sido, pues, un acto público, del que tenemos que dar conocimiento. Casi todos los que han intervenido en la cuestión en pro y en contra son amigos nuestros: Jurado, disidentes, favorecidos y perjudicados, de tal modo, que quisiéramos que todos tuvieran la razón.

Pero lo ocurrido realmente es que la práctica, á nuestro juicio, ha demostrado que el Reglamento estrenado para esta Exposición ofrece algunas dudas que ha sido preciso interpretar.

Desde luego opinamos con el Sr. Moya que convendría modificar el Reglamento en el sentido de que sólo fuesen electores del Jurado los que presentasen obras admisibles: tiene, sin embargo, un inconveniente; que habría de optarse por dos términos: ó un Jurado oficial para la admisión, que sería lo más fácil, ó dobles elecciones; una, de los que presentan obras, para formar el Jurado de admisión; otra, de los artistas admitidos, para el Jurado de recompensas. Y esta doble elección sería un trabajo enorme, con sólo recordar que el director de Instrucción pública, Sr. Santamaría de Paredes, estuvo veinticuatro horas seguidas presidiendo el tribunal para la votación y el escrutinio, por lo que obtuvo el elogio de todos los artistas. El sistema actual tiene otro inconveniente: legalmente, hoy los que deben votar el Jurado no son los admitidos, sino los que presenten obras. Los excluídos tienen el mismo derecho, y entre todos forman el cuerpo electoral: una vez disperso éste al rechazarse las obras, ¿quién podría reconstituirle? Si se diese el caso de apurar por renuncias ú otro motivo todos los elegidos, ¿qué sería lo reglamentario? Empezar de nuevo todo; un verdadero conflicto. Este es el inconveniente de fijarse en la letra y no en el espíritu de la ley. Para que votasen en ese caso sólo los admitidos, habría que interpretar latamente el Reglamento; es decir, hacer lo que se ha hecho.

Si estamos conformes con el Sr. Moya en la necesidad de aclarar ó modificar el Reglamento, no vemos tan claro cuál de las funciones del Jurado es la más delicada é importante, si el acto de admitir ó rechazar obras, ó el de distribuir las recompensas: la primera función priva de derechos y constituye un verdadero castigo, y acaso mata á un artista declarándole inhábil, y, á nuestro juicio, puede haber lesión mayor en rechazar una obra que en negar una recompensa. Sostiene el Sr. Moya que el tribunal para otorgar los premios debía estar completo, con los diez y seis Jurados, y que es nulo el acuerdo por haber asistido sólo trece.

Por su parte, el Sr. Director de Instrucción pública dijo en el Congreso que ya se anunciaron protestas antes de verificarse la elección, pidiendo que la admisión de obras se hiciese de Real orden, y que hay en el fondo una cuestión entre los partidarios de uno y otro sistema. Expuso y detalló las dificultades que surgieron por la retirada de dos vocales y la enfermedad y muerte de otro; el llamamiento de suplentes y toda la historia del asunto, estableciendo estas conclusiones: Que la asistencia del Jurado completo no está determinada positivamente por la ley; y que si la ausencia de un solo vocal invalidase todo acuerdo, podría darse el caso de no poder venir á término jamás, dilatando, no ya la minoría, sino un solo individuo, todo acuerdo que el art. 33 del Reglamento establece: «Para admitir ó desechar una obra, será preciso que se reunan las tres cuartas partes del número total de jurados», y el 37, que «para premiar una obra será preciso el voto favorable de las tres cuartas partes de los individuos que componen el Jurado», y que esto se ha cumplido, aplicando la restricción del art. 33 al ser votados los premios por las tres cuartas partes del número total. Téngase en cuenta que omitimos muchos argumentos por extractar un discurso largo y razonado.

En cuanto al Sr. Ministro de Fomento, su contestación era, á nuestro juicio, natural. Se encontraba con una propuesta de premios votados por las tres cuartas partes del Jurado, elegido en primer lugar por los artistas: si aun suponiendo desfavorables á los tres suplentes que no asistieron el resultado legal de los derechos adquiridos por los que obtuvieron el voto de las tres cuartas partes del Jurado, estaba establecido, ¿había de exponer á la Administración á un mal litigio no aprobando la propuesta? El Sr. Duque de Veragua no podía menos de conformarse con el fallo del Jurado y la gestión de su digno presidente.

¿Es el fallo bueno? ¿Es malo? ¿Es imperfecto? No nos atreveríamos á entrar en esta cuestión tan opinable y difícil: conocemos á unos y otros; creemos que todos obraban de buena fe, y que en el fondo había más cuestión de arte y diferencia de criterios, que cuestión reglamentaria. Nosotros, que siempre hemos visto en los artistas queridos compañeros, la mayoría desgraciados, triunfante la minoría, no nos cansaremos de decirle: Ni el mérito real lo quita la injusticia, ni ésta da mérito al que no lo tiene. No defendemos al Jurado tampoco, y mucho menos le atacamos. ¿Ha podido ceder en algo á amistades, antipatías, influencia, capricho ó error de entendimiento? Examinémonos todos sin pasión, y el que esté exento de todas esas culpas, que tire la primera piedra.

Paz en el mundo del arte: en éste no debe pelearse con textos, sino con la paleta y el cincel.

***

Nos sería imposible seguir una tras otra las fiestas diarias que se verifican en Madrid: á la hora en que escribimos, se celebra en el teatro Real el baile de sociedad llamado de blanco y negro, y del que sólo el lápiz podría dar, y dará seguramente, alguna idea: éste es el único festejo que no tiene, por su naturaleza, carácter popular. Entre el baile de blanco y negro del Real y los bailes populares en los mercados de la Cebada y los Mostenses, la diferencia será enorme en la forma, pero el fondo será el mismo. Hombres y mujeres, vestidos de frac ó de chaqueta, que brillan, coquetean y se mueven al compás de la música.

Los fuegos artificiales, las regatas y cucañas en el estanque del Retiro, las proyecciones luminosas, han regocijado en estos días á la clase popular. ¡Qué gran mes de Mayo para los muchachos de la villa! En nuestro tiempo no había alcaldes que nos dieran fiestas tan continuadas.

La retreta militar es la que se ha llevado la palma entre todas las fiestas populares. La calle de Alcalá, cuajada de gente, no podía contener tantos miles de personas. Dos carrozas, el galeón que debió salir en la fiesta de D. Alvaro de Bazán; otra ideada por el escultor Sr. Duque, y una hermosa farola, producían buen efecto. Soldados á caballo, con faroles en la punta de las picas, y los de á pie con hachas de viento, marchando al son de las charangas y cornetas, formaban un conjunto poético, animado y militar.

¿Quién puede asistir á tantos espectáculos, ni describirlo todo? Nos confesamos rendidos.

***

La recepción del Sr. Commelerán en la Academia de la Lengua ha sido interesante, por lo mismo que su elección había sido combatida. En su discurso, el nuevo académico ha desarrollado un tema tan árido como difícil: «Leyes que regulan las transformaciones que, en el estado actual de nuestra lengua, sufre en su elemento fonético la palabra latina para convertirse en castellana.» El Sr. Commelerán comprendió que debía suprimir una gran parte de su estudio, más para meditado que para leído; pero si no se presentó como escritor ameno, demostró su profundo conocimiento de las evoluciones de pronunciación que han convertido el latín en castellano, y por consiguiente su gran utilidad y suficiencia para ayudar á hacer diccionarios y gramáticas, tarea principal de la Academia.

La contestación del Sr. Valera, llena de sal y gracejo, ha sido, á nuestro juicio, mal interpretada en un pasaje ó subrayada con exceso. Sabido es que en la elección del Sr. Commelerán hubo dos candidaturas en pugna, la de aquel catedrático y la del novelista Sr. Pérez Galdós. Los que sostenían uno y otro partido estaban conformes, sin embargo, en elegir en la primera vacante al que tuviese minoría: por lo tanto, sólo se ventilaba una cuestión de oportunidad y de compromisos personales. El Sr. Valera, que había votado en contra del Sr. Commelerán, aceptó con gusto la designación que de él se hizo para contestar al académico que había combatido, y relató en su discurso todo lo que ocurrió en aquellas elecciones. Pero como al defender á la Academia emplease el argumento de enumerar los más preclaros varones que había elegido, para justificar el que algunas veces buscase otros menos famosos, entre los cuales modestamente se incluía, y citase á Ecequiel al describir el ejército de Tiro, compuesto de gigantes y pigmeos, para variedad y hermosura del conjunto, alguien creyó que el Sr. Valera trataba de empequeñecer á su apadrinado. La lectura completa del discurso, y la cortesía natural del Sr. Valera, quitan todo valor á la sospecha, que, según tenemos entendido, le ha causado verdadero sentimiento: el discurso del autor de *Pepita Jiménez* es una apología discreta, pero franca, del Sr. Commelerán.

***

Sr. D. Carlos Ossorio y Gallardo.

Mi querido amigo: Me remite usted el elegante volumen que acaba de publicar y que titula *La Vida moderna*, colección de artículos cortos y chispeantes, dedicados todos ellos á señoras y señoritas, é ilustrados por veintidós artistas de talento. Su libro de usted es de los que llamo prohibidos para mí; la literatura amena que se publica es tan abundante, que necesitaría una atención extraordinaria para dar idea de ella sin preferencias ni injusticias. Pero la aparición del primer libro de usted es para mí, antiguo compañero de su padre, Manuel Ossorio y Bernard, como una fiesta de familia. «La prosa de usted, dice el actual Duque de Rivas en el prólogo de su libro, es animada y florida; leyendo sus artículos, parecíame estar viendo antiguos medallones, abanicos de estilo Luis XV, tapices de Goya, esmaltes y acuarelas.» Este juicio de un ilustre académico justifica el placer que me causa su lectura, sin que ya pueda atribuirlo á la predisposición benévola de mi amistad. Su libro de usted es agradable, y contribuye á su amenidad la galanura de la edición, á la francesa, salpicada de viñetas pintorescas que distraen la vista; como buen periodista, varía usted en el texto de tonos y de asuntos, saltando de la noticia curiosa al idilio poético, de lo melancólico á lo ameno, de lo satírico á lo grave. Es un libro fresco y joven y de buen tono, que hace presentir frutos más reposados y maduros. Cumpliré un grato deber y tendré gran satisfacción si contribuyo á su anuncio y propaganda.

Sr. D. Luis Vidart.

Como es usted uno de los apologistas más ardientes de la literatura militar, y de los que más gozan con la aparición de libros dedicados al arte de la guerra, no me extraña ver su firma en el *post-scriptum* de *La Literatura militar española*, publicada en Barcelona por don Francisco Barado. He hojeado ese libro y me parece útil é interesante: en él militares y profanos pueden tomar idea del carácter de los más famosos tratadistas, biógrafos, capitanes y escritores de campañas que tuvo la antigüedad griega y latina, y lo que más de cerca nos atañe, tener idea con textos escogidos de lo que pensaron y escribieron en España acerca de milicia, desde los que otorgaron fueros en el siglo XII ó redactaron nuestros primeros *Anales*, *Las Partidas* y *La Grant Conquista de Ultramar*, hasta los modernísimos escritos del general Fernández San Román. Si á esto se agrega el *Catálogo* con que termina, de bibliografía militar de España, que completa ó añade por lo menos los anteriormente publicados, me parece la obra digna de consideración y estudio. No puedo negarme al deseo de usted de anunciársela á los aficionados, aunque no es asunto de mi competencia.

***

Dos autores leen á un amigo un drama escrito en colaboración. El oyente les dice:

—¿Y cómo se han distribuido ustedes el trabajo? ¿Por actos ó por escenas?.....

—No—responde el más osado;—yo he puesto las bellezas y éste los defectos.

—¿Qué diferencia encuentra usted entre estos dos artistas?

—El uno es como esos cocineros que necesitan un gran fogón, trufas, manteca de Flandes, especias finas y media docena de pinches para sazonar unas alcachofas: el otro es un cocinero de casa de huéspedes, que con un poco de sebo y un puñado de mendrugos da de comer á una docena de estudiantes.

—¿No vas al baile de blanco y negro?

—Como soy rubio, no me han convidado.

—Te vi aplaudiendo aquella comedia detestable: no lo niegues.

—Es cierto; pero sólo aplaudí al final.

—Si es extravagante.

—No me negarás que toda comedia mala tiene algo bueno.

—¿Qué encontraste bueno en esa?

—La caída del telón.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

LOS FESTEJOS DE MAYO EN MADRID.

Misa de campaña en la Puerta de Alcalá.—Bailes é iluminaciones en el Salón del Prado y en la plaza de las Salesas.—Cuadros disolventes en la plaza de Quevedo.—Tipos de la plaza de la Cebada.—El batallón escolar.

La inauguración de los festejos de Mayo, en esta corte, la misa de campaña, fué un acto grandioso.

Era un día de sol esplendente, quizás el primero de primavera en el año actual, y todo Madrid, aumentado con nutridas falanges de forasteros, invadió y llenó calles y plazas, jardines y paseos inmediatos á la Puerta de Alcalá; en el arco central de este soberbio monumento se levantaba un altar, de modo que pudiera ser visto igualmente desde las anchas avenidas que allí se cruzan, y en el lado del Evangelio estaba colocada la tribuna de la Real familia; á las nueve y media empezaron á llegar las tropas, situándose en doble columna cerrada, desde la parte alta de la calle de Alcalá hasta cerca de la iglesia de Calatravas, cuatro regimientos de infantería de línea, seis batallones de cazadores, regimientos de ingenieros, artillería y caballería, formando en junto cerca de 9.000 hombres; á las diez y media llegaron, por la calle de Alfonso XII, SS. MM. y SS. AA. RR., en carruajes á la gran Daumont, seguidas de la alta servidumbre palatina y escoltadas por el brillante escuadrón de la Escolta Real, en uniforme ds gala, con corazas; los majestuosos acordes de la Marcha Real saludaron á la Real familia, que ocupó sus respectivos sitiales, colocándose detrás, en la escalinata y á los lados del altar y de la tribuna regia, los altos dignatarios de Palacio, los ministros, las autoridades, el alcalde y los concejales, etc.

Ofició la misa el Sr. Secretario del Vicariato castrense (por

ausencia del Emmo. Cardenal Payá, vicario general y arzobispo de Toledo), y fué un cuadro conmovedor, verdaderamente sublime, el de la elevación de la Hostia consagrada; todas las músicas y todas las bandas de cornetas y clarines ejecutaron la Marcha Real, y los Reyes y el pueblo, los generales y las tropas, grandes y humildes, aquella innumerable concurrencia, que pasaba tal vez de 100.000 personas, se prosternaron ante el Rey de los Reyes.

Terminada la misa con la bendición del oficiante, la Real familia subió á los carruajes y bajó, por la calle de Alfonso XII, hasta el Prado, situándose frente á la fuente de Neptuno: en el primer landó, SS. MM. el Rey y la Reina Regente; en el segundo, enfrente, SS. AA. la Princesa de Asturias y la infanta doña María Teresa; en el tercero, al lado, S. A. R. la infanta doña Isabel y su dama de honor la Sra. Condesa de Superunda.

En segundo término estaban los carruajes de la alta servidumbre palatina, en la que figuraban el Jefe superior de Palacio, el grande de España de servicio, el comandante general del Real Cuerpo de Alabarderos, el jefe del cuarto militar de la Reina, y otros personajes.

Acto continuo se verificó el desfile de las tropas ante SS. MM. en la forma de costumbre, llamando la atención del inmenso público que lo presenciaba la marcialidad y gallardía de la infantería, los batallones de telégrafos y ferrocarriles, los nuevos cañones de bronce de la artillería y la brillante marcha de los regimientos de caballería, en columna cerrada, y al trote.

El Rey niño, cuyo semblante revelaba el gozo que sentía en su ánimo, saludó á las banderas y estandartes de los cuerpos, y se inclinó graciosamente y se quitó el sombrero cuando el señor Capitán general de Castilla la Nueva, que mandaba las fuerzas militares, le saludó con la espada.

Terminado el desfile, la Real familia regresó á Palacio, por el Prado y la calle de Alcalá.

Nuestro grabado de la plana primera (dibujo de Comba con presencia de fotografías galantemente puestas á nuestra disposición por los Sres. Barunat y Caldevilla) representa la puerta de Alcalá en el momento de celebrarse la misa de campaña.

Las vistas periscópicas, escogidas con buen criterio y proyectadas por medio de clara linterna, constituyen un elemento de recreo é instrucción popular, que cuesta poco dinero y entretiene agradable y útilmente á miles de espectadores.

Así lo demostró el público que llenaba la glorieta de Quevedo y calles adyacentes en la noche del 22: en un gran lienzo blanco no muy bien colocado frente al paseo de la Habana aparecían bellos cuadros de marina, paisaje, monumentos célebres, etc., que fueron aplaudidos, y también figuras grotescas, tipos de polichinelas y otros semejantes, que la innumerable concurrencia acogió con grandes risas y estentóreos gritos.

El espectáculo se ha repetido con buen éxito en la noche del 26, en la puerta de Toledo, y se efectuará en la noche del 11 de Junio próximo (si el tiempo no lo impide) en los mismos sitios, figurando en el programa notables proyecciones de la torre Eiffel, museo del Louvre, castillo de Sant-Angelo y otras.

A dicho curioso espectáculo se refiere el primer apunte del natural, por Manuel Picolo, que figura en nuestro grabado de la pág. 332.

Los apuntes segundo y cuarto de la misma página representan los bailes populares en la plaza de las Salesas y en el Prado, la noche del 21.

Este paseo estaba profusamente iluminado, con numerosos mecheros de gas en bombas de cristal blanco y de colores, que formaban guirnaldas y ramilletes á lo largo del Salón; delante de la fuente central había una tribuna para la banda de música del asilo de San Bernardino, que tocó valses, habaneras y polkas; cerca de la Carrera de San Jerónimo resonaban gaitas gallegas, y al otro lado se oían la dulzaina y el tamboril castellanos.

En la plaza de las Salesas tocó la banda de música del Hospicio, y no faltaron gaitas ni dulzainas.

La concurrencia fué numerosísima hasta las altas horas de la madrugada del 22, calculándose en más de 20.000 personas las que llenaban el Salón del Prado, y en 10.000 las de la plaza de las Salesas, paseos y calles inmediatas, sin que el más ligero desorden perturbase la animación y regocijo populares.

Otro apunte de la misma pág. 332 representa característicos tipos de los barrios de las Vistillas y calle de Toledo: esas dos apuestas chulas, que visten larga falda de almidonado percal y cubren su talle esbelto con pañolón de Manila, de vivos colores y sedoso fleco, suben á una *manuela* con su acompañante, mancebo de coleta, calañés y estirado empaque, y se dirigen á presenciar los nocturnos festejos.

El batallón escolar, ó infantil (este calificativo es más propio que el otro), formado con asilados del Hospicio y de San Bernardino, ha obtenido grandísimo éxito, singularmente entre las clases populares.

Salió del Hospicio á las seis de la tarde, al toque de cornetas y con marcial apostura, en la forma siguiente: escuadra de gastadores, al mando de un gallardo cabo de nueve años y armada con tercerolas *de verdad*; banda de cornetas y de música; batallón de 450 plazas, también con flamantes mosquetones y uniforme de guerrera, pantalón y gorra azul obscuro; bandera del Hospicio, blanca y morada, con las armas de la Diputación provincial y este lema: *Primer batallón escolar*; 400 acogidos del mismo establecimiento, con faroles de colores blanco y morado; banda de música de San Bernardino y 200 niños del asilo, que llevaban también faroles de los mismos colores, sirviéndoles de enseña una bandera blanca y morada, con el escudo de armas.

Abriéndose paso por el inmenso gentío que presenciaba el desfile, bajó el batallón por las calles de Fuencarral, Montera, Puerta del Sol, Arenal y Unión, y pasó por delante del edificio de la Diputación provincial, á toque de cornetas y terciando las armas, dirigiéndose en seguida por las calles de Requena y de Bailén al arco de la Armería, y entrando en la plaza de Palacio, entre los acordes de la marcha Real, con paso regular, con toda la grave ceremonia de una parada en relevo de guardia.

Situáronse los soldados liliputienses bajo los balcones de la Real familia, y formando ancho cuadro bien demarcado por los portabombas, ejecutaron con perfecta uniformidad varios movimientos militares, á toque de corneta, como formar en columna, abrirse en dos alas, desplegarse en guerrilla, y también algunas maniobras de esgrima de fusil; y en seguida los portabombas, verdadero orfeón de los asilos, cantaron, acompañados de las bandas de música, tres ó cuatro populares pasacalles, con letra de circunstancias, entre ellos la marcha de *Cádiz*, siendo todos aplaudidos repetidas veces por la muchedumbre de 14.000 personas que llenaban la plaza, la galería y los arcos de entrada.

La Real familia presenció las evoluciones de los *soldaditos* detrás de los cristales de un balcón.

Acto continuo se dirigieron todos, en son de retreta, por las calles Mayor, Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo, al Salón del Prado, y á las diez y cuarto vimos pasar por la de la Princesa á los orfeonistas de San Bernardino, que regresaban al benéfico establecimiento cansados y medio dormidos, pero todavía animosos, cantando con voz enronquecida el pasacalle de *El Arca de Noé*.

El diputado provincial Sr. Gálvez Holguín, visitador del Hospicio, y el indispensable Sr. Ducazcal, han sido los iniciadores y organizadores del batallón de pigmeos, que mereció grandes aplausos del inmenso público que constantemente le seguía.

Nuestro grabado de la pág. 333 (apuntes del natural, por Comba) describe gráficamente y con fidelidad ese agradable número de los festejos de Mayo.

Y la afición cunde, por lo visto, como ha ocurrido en Francia con los verdaderos batallones escolares, pues los periódicos de noticias anuncian que se ha solicitado permiso y armamento para formar otro batallón con los alumnos de un Colegio.

***

BELLAS ARTES.

Resignación y esperanza, cuadro de Masriera. — *La Tarde*, cuadro de García y Rodríguez.—*¡Hagamos las paces!* cuadro de Spitzer.

Reproducimos en los grabados de las págs. 336 y 337 dos hermosos cuadros de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890: el primero, *Resignación y esperanza* (núm. 596 del *Catálogo*), es original del pintor catalán D. Francisco Masriera, y del segundo, *La Tarde* (núm. 345 del *Catálogo*) es autor el artista sevillano D. Manuel García y Rodríguez, que ha merecido del Jurado, por unanimidad, medalla de segunda clase.

El concienzudo autor de los artículos *La Exposición de Bellas*, que publicamos en este periódico, se ha ocupado ya en el examen crítico de esas dos obras de arte. (Véanse las páginas 299 y 335.)

Un cuadro del pintor húngaro Manuel Spitzer damos á conocer en el grabado de la pág. 349; titúlase *¡Hagamos las paces!* y representa una escena íntima de la vida conyugal: la esposa está *de monos*, y llora desolada; el esposo, conmovido por la aflicción de su mujer, la abraza, la sonríe y la invita á brindar por una dulce reconciliación; al pie de ambos se ve á su hija, meciendo cariñosamente á su muñeca, y ella será, no hay que dudarlo, el vínculo más apretado de su amor.

Manuel Spitzer, que nació en 1844, es uno de los primeros pintores de cuadros de género, en Austria-Hungría, y ha sido alumno de las Academias de Bellas Artes de Viena y Munich.

***

EN MEMORIA DE CASTO PLASENCIA.

El fallecimiento del autor de *Origen de la República romana* y *El Mentidero*, de *Himno de ángeles* y *La Fuente del Castaño*, Casto Plasencia, ocurrió á las nueve y cuarto de la mañana del 18; cariñosos amigos, que no le abandonaron un momento en los postreros días de su mortal enfermedad, recogieron el último aliento del ilustre artista; en medio del estudio, de aquel estudio que había sido un templo del arte, fué colocado el yerto cadáver en fúnebre lecho, que pronto quedó cubierto y rodeado de coronas, guirnaldas y ramos de flores, poética ofrenda de amistad y de gratitud, de admiración y de honda pena; á la cabecera del féretro estaba el último cuadro del gran artista, una alegoría titulada *La Noche*, orlado por gasa negra, y al pie yacía la paleta, adornada con la banda de la gran cruz de Isabel la Católica, y también cubierta de crespón de luto.

Desde las dos de la tarde, divulgada ya la fatal noticia, numerosos amigos y admiradores de Plasencia visitaron la capilla ardiente y oraron delante del cadáver, y mientras, las coronas recibidas eran colocadas artísticamente sobre un paño negro extendido enfrente del lecho fúnebre: S. M. la Reina Regente envió una, con cintas de los colores nacionales; el ministro de Estado, Sr. Marqués de la Vega de Armijo, antiguo protector y noble amigo del artista, otra de laurel con botones de oro; sus discípulos, inconsolables por la pérdida inesperada del maestro, otra de flores naturales; Alejandro Ferrant, su amigo cariñoso, otra de violetas y azucenas; sus modelos de Asturias, otra de verdes hojas de helecho y hiedra; Benlliure, otra de gardenias; otras igualmente, preciosas todas, el Jurado de la actual Exposición de Bellas Artes, la colonia asturiana en Madrid, su amigo íntimo el Sr. Conde de San Bernardo, nuestro compañero Comba en nombre del laureado Pradilla, su compañero de pensión en Roma, nuestro director artístico Bernardo Rico, y muchas más que representaban un sincero homenaje de respeto y de duelo.

A las cuatro de la tarde del 19 se verificó la conducción del cadáver al cementerio de la Sacramental de San Justo: el féretro fué bajado hasta el carro fúnebre en hombros de discípulos del maestro, los cuales formaron luego en dos filas, á los lados; Tomás Campuzano, el laureado marinista, íntimo amigo de Plasencia, colocó las coronas alrededor del féretro; llevaron las cintas amigos y compañeros del finado, entre ellos recordamos á los Sres. Ferrant, Comba, Ducassi, Morera, Sampedro, Lhardy, Palacio y Avila; presidían el duelo el Sr. Conde de Morphy, en representación de S. M. la Reina Regente, y el Sr. Ministro de Estado, con los Sres. Rico, Núñez de Arce, Cordero y Conde de San Bernardo; figuraban en la comitiva distinguidos artistas, literatos, representantes de la prensa periódica, etc.

Al pasar el carro fúnebre por la calle de la Libertad y por la calle del Clavel, los socios del Círculo de Bellas Artes y de la Sociedad de Escritores y Artistas arrojaron flores desde los balcones enlutados del domicilio social de ambas corporaciones, á las que pertenecía Plasencia; pasó también el carro fúnebre por delante de la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado, de la que fué alumno el gran artista, y siguió por la Puerta del Sol, calle Mayor y viaducto de la calle de Segovia, hacia la iglesia de San Francisco el Grande, donde se rezó un responso por el eterno descanso del pintor ilustre que había embellecido con sublimes concepciones de su genio y con los colores de su mágica paleta los cascos de la bóveda y del coro y la capilla de Carlos III.

A las seis y media de la tarde se daba cristiana sepultura en el cementerio de la Sacramental de San Justo al cadáver de Casto Plasencia.

Tres grabados publicamos en este número, en memoria del malogrado maestro: el de la pág. 340 reproduce un precioso dibujo original del laureado artista y académico D. Alejandro Ferrant, compañero de Plasencia en los trabajos pictóricos de la iglesia de San Francisco el Grande, y representa al ilustre artista ejecutando las pinturas murales de la capilla de Carlos III, y en el momento de contemplar el efecto de sus primorosas pinceladas; el de la pág. 341, dibujo del natural por D. Joaquín Sorolla (distinguido autor de *El Entierro de Cristo* y *Un Boulevard de París*), es una vista del fúnebre aspecto que ofrecía el estudio del artista en la tarde del funesto día 18 de Mayo de 1890; el de la pág. 344, dibujo del natural por D. Maximino Peña, discípulo aventajado de Plasencia, recuerda la capilla ardiente en la noche de aquel infausto día.

No terminaremos estas líneas sin consignar que por iniciativa del Sr. Marqués de la Vega de Armijo, sincero protector y amigo de Casto Plasencia, se ha abierto suscrición para erigir un mausoleo que guarde las cenizas del laureado autor de *Origen de la República romana* y *El Mentidero*.

***

ORADORES PARLAMENTARIOS.

Excmo. Sr. D. Germán Gamazo.—Excmo. Sr. D. Manuel Pedregal. D. Gumersindo Azcárate.

«Recorriendo las llanuras de Castilla para ver de cerca el cuadro luctuoso y tristísimo que ofrecen millares de agricultores empobrecidos y arruinados; leyendo las listas harto largas de las fincas abandonadas porque sus dueños prefirieron el abandono á pagar las contribuciones que se les imponían, y consultando el termómetro bursátil que eleva todos los días el tipo de cotización de nuestros valores públicos en señal de bienandanza, de prosperidad y de fortuna, Gamazo imaginó que no podía haber bandera más atractiva y simpática para el país, que la bandera de las economías, la bandera de las reformas económicas.»

Esto dice el autor del libro *Oradores políticos*, D. Miguel Moya, para determinar la actitud política del distinguido orador parlamentario que tan brillante campaña viene sosteniendo en el Congreso de los Diputados, en pro de las economías: D. Germán Gamazo.

Nació el Sr. Gamazo (cuyo retrato damos en la pág. 345) en Valladolid, en 1828, y siguió la carrera de Derecho en la Universidad de aquella capital castellana; vino á Madrid en 1863 é ingresó en el estudio de D. Manuel Silvela, ganando justo renombre en el foro, al cual estuvo dedicado, como abogado de los ilustres colegios de Madrid y Valladolid, hasta el año 1871; elegido entonces diputado á Cortes por el distrito de Medina del Campo, y afiliado más tarde al partido liberal dinástico, tomó parte en varios debates políticos y administrativos, y pronunció un elocuente discurso, modelo de bien decir, en la discusión del proyecto de ley del juicio oral y público; en el segundo ministerio del Sr. Sagasta, en 1883, fué elegido para desempeñar la cartera de Fomento, y obra suya es la rebaja del 10 por 100 en las tarifas de ferrocarriles; en el primer ministerio de la Regencia fué ministro de Ultramar, aunque por breve tiempo, y también dejó en este departamento ministerial importantes reformas.

En la actualidad, manteniendo enhiesta la bandera de las economías en los gastos públicos, sigue representando en el Congreso de los Diputados al distrito de Medina del Campo, y ha ejercido los cargos de Presidente del Consejo de Ultramar y vocal de la Comisión general de Codificación.

En la misma pág. 345 damos el retrato de otro elocuente orador parlamentario y docto ateneista, D. Manuel Pedregal y Cañedo.

Nació en Grado (Oviedo), y siguió la carrera de Jurisprudencia en la Universidad ovetense, hasta obtener el título de licenciado en Derecho en 1856; elegido diputado por Gijón en 1872, y disueltas las Cortes sin que llegara á ser aprobada su acta, fué nombrado, en el año siguiente, Gobernador civil de la Coruña, cargo que ejerció pocos días, porque sus electores de Gijón le enviaron á las primeras Cortes de la República, y elegido vicepresidente del Congreso, tocóle presidir algunas de las sesiones más borrascosas de aquel período parlamentario; habiendo sido nombrado ministro de Gracia y Justicia, apareció en las calles de Madrid el famoso pasquín: *¿Quién es Pedregal?* y no tomó posesión de su alto cargo; mas poco después, figurando en el grupo que acaudillaba el Sr. Castelar, desempeñó la cartera de Hacienda desde Septiembre de 1873 al 3 de Enero de 1874, y á los autores de aquel pasquín se pudo decir más tarde: «Pedregal, ministro de Hacienda, no contrajo empréstitos, y no dejó de atender religiosamente á todos los servicios civiles, y á los entonces cuantiosísimos gastos del ejército y de la marina de guerra, á pesar del lamentable estado del país.»

Ejerce la abogacía desde 1874; ha sido diputado por Oviedo en las elecciones generales de 1881 y 1884, y lo es actualmente; ha escrito en el periódico *El Orden*, y es autor de obras tan importantes como las tituladas *Estudios sobre el engrandecimiento y la decadencia de España*, *Estudios sobre el Municipio asturiano*, *Juicio crítico del Código civil*, y otras; ha pronunciado en el Ateneo numerosas conferencias y disertaciones (luego publicadas en opúsculos) sobre *Postrimerías de la casa de Austria*, *Unión aduanera*, *El Feudalismo*, *La Libertad antigua*, etc.

Publicamos igualmente en la pág. 345 el retrato de otro distinguido orador parlamentario y hombre de profunda ciencia: D. Gumersindo de Azcárate.

Es natural de León y diputado á Cortes por la misma capital, catedrático de la Facultad de Derecho en la Universidad central, y vicepresidente primero del Ateneo de Madrid; pero su modestia es tanta como su talento y su vastísima ilustración, y no hay que pedirle datos biográficos.

Mas invitamos á nuestros lectores á leer el libro *Oradores políticos*, antes mencionado, y allí encontrarán, no una biografía, sino interesantes *perfiles* del Sr. Azcárate, dibujados magistralmente por Miguel Moya, que bien le conoce y estima.

***

LOS FESTEJOS DE MAYO EN ROMA.

La primera quincena de Mayo ha sido período de magníficas fiestas en las principales ciudades de Italia: Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Milán y otras han celebrado con brillantes festejos el advenimiento de la hermosa primavera, distinguiéndose entre ellos los de Roma.

Apuntes de estos festejos de Roma verán nuestros lectores en el grabado de la pág. 348, tomados del natural por el distinguido artista D. Hermenegildo Estevan.

—*El Campo di Tiro a segno* ha sido establecido en el campo de la Farnesina, entre la puerta Angelica, cerca del Vaticano, y el puente Molle, llamado también *Ponte Milvio*, célebre por la victoria de Constantino sobre el tirano Maxencio, conmemorada en soberbio cuadro por Rafael Sanzio; el ingeniero y arquitecto Augusto Guidini ha construído en aquel vasto campo una larga y espaciosa galería de tiro, con las distancias convenientes entre los blancos; pabellones de recepción en una ancha plaza circular, como punto de reunión para las asociaciones de Tiro al blanco italianas y extranjeras; un gigantesco edificio para *restaurant* y cantinas, y otros.

El *Tiro a segno* se inauguró el 5 de Mayo y terminó el 18, con el tiro Real, en el que tomaron parte exclusivamente los tiradores premiados en los trece días anteriores: á las diez de la mañana llegaron al campo SS. MM. Humberto I y su esposa Margarita de Saboya; el diputado general Pelloux, presidente del Tiro, leyó un breve discurso militar; el Rey en seguida inauguró el certamen, disparando cinco tiros de carabina, que dieron en el blanco, á una distancia de 150 metros.

En los diversos días del certamen han concurrido al campo de la Farnesina todas las sociedades de tiro italianas, con sus estandartes y charangas, y varias de Alemania y Suiza, habiéndose hecho, en total, más de un millón de disparos con cartuchas Wetterly, y más de cien mil de otros sistemas.

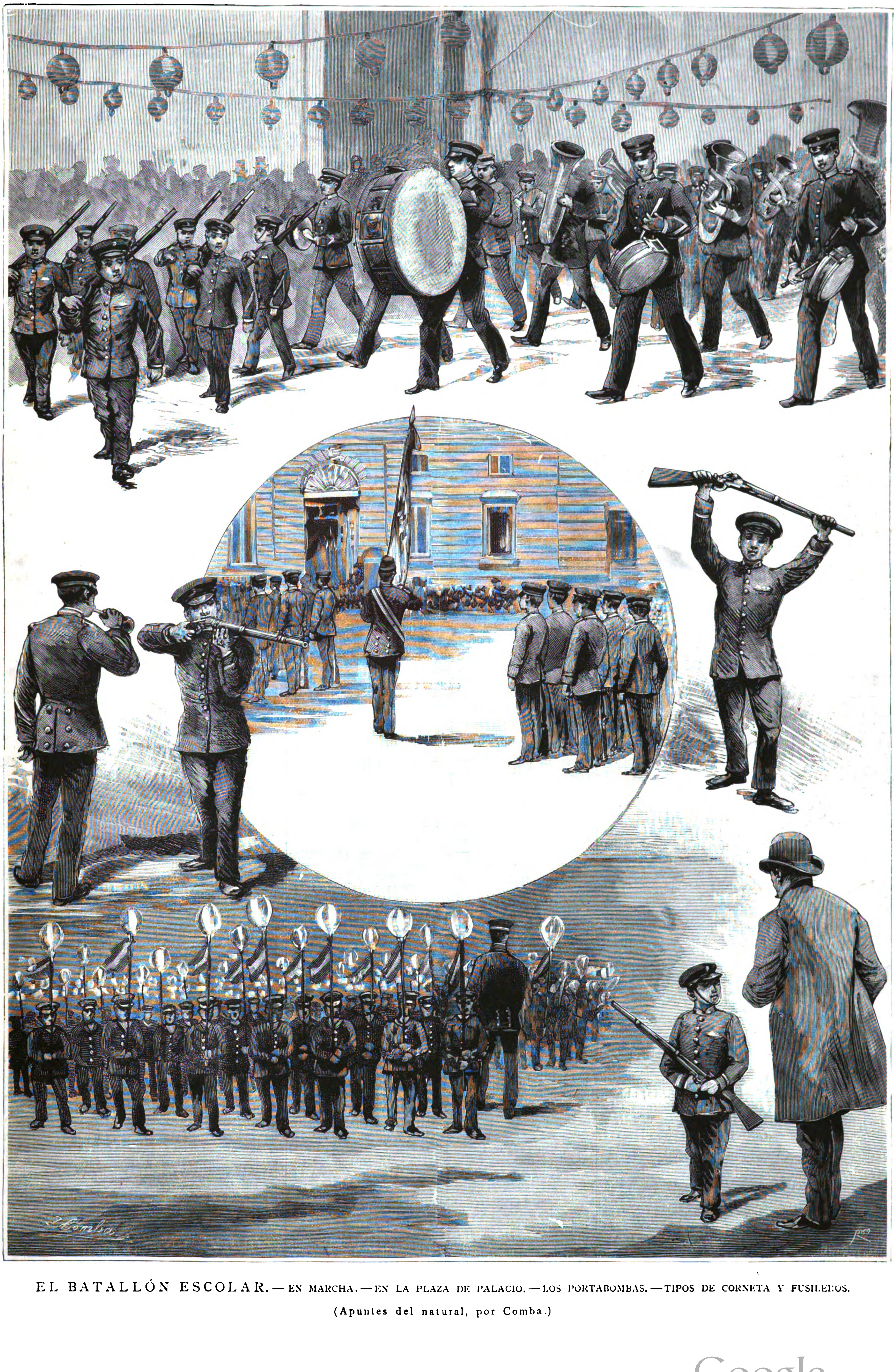
El número mayor de puntos le obtuvo un alemán, H. Auger, que hizo 22 series de cinco blancos cada una, ó sean las necesarias para ganar el primer premio.

—*Las regatas en el Tíber* se efectuaron con sol espléndido y gran concurrencia, en la tarde del 15, desde el puente del ferro-



CUADROS DISOLVENTES EN LA PLAZA DE QUEVEDO.—BAILE É ILUMINACIÓN EN LA PLAZA DE LAS SALESAS.
TIPOS DE LA PLAZA DE LA CEBADA EN LOS FESTEJOS.—EL SALÓN DEL PRADO EN LAS NOCHES DE ILUMINACIÓN Y BAILE.
(Apuntes del natural, por Picolo.)

LOS FESTEJOS DE MAYO EN MADRID.



EL BATALLÓN ESCOLAR. — EN MARCHA. — EN LA PLAZA DE PALACIO. — LOS PORTABOMBAS. — TIPOS DE CORNETA Y FUSILEROS.

(Apuntes del natural, por Comba.)

carril á la Marmorata, afueras de la puerta Portese; á lo largo de la orilla derecha se habían construído numerosas tribunas, y en medio la Real, ésta (según periódicos romanos) *poverissima* y aquéllas *ben misere;* la muchedumbre ocupaba el espacio libre en ambas orillas, y en dichas tribunas estaban reunidos el mundo elegante de la ciudad y los *habitués* de las fiestas oficiales; el Rey llegó á las tres, y la Reina algunos minutos más tarde.

En la primera regata venció la barca *Saboya*, tripulada por individuos de la sociedad *Armida*, colores azul y blanco; en la segunda, la barca *Tevere*, de la sociedad *Ticino*, de Pavía; en la tercera, de *skiffs* de un remo, triunfó el *Renzo*, de la sociedad *Torino;* en la cuarta, de barcas con puente, diez remeros y timonel, ganó una embarcación tripulada por 20 pontoneros militares; en la quinta, *Esperia*, de Turín, y en la séptima, *skiffs* de un remero, y trayecto de 2.500 metros en línea recta, venció *Caprera*, también de la sociedad *Torino*.

El príncipe Fabricio Colonna presentó los vencedores á SS. MM., que distribuyeron los premios y se retiraron después, á las siete y media, entre salvas de aplausos.

—Las carreras de caballos en *Tor di Quinto* se verificaron en los días 2 y 4: en las del primer día, por causa de la lluvia (y tal vez de la manifestación socialista), el hipódromo estuvo desierto y las tribunas públicas desocupadas; en el *pesage* figuraban los más conocidos *sportsmen;* el Rey y la Reina llegaron á la tribuna Real hacia las tres y media de la tarde, comenzadas ya las carreras.

En la tercera, premio *Tor di Quinto*, que era la más importante, corrieron diez y siete caballos, siendo favorito *Otello*, del Duque de Marino; pero venció *Meleagre*, del Marqués de Birago, por tres longitudes.

En las del segundo día se disputaba el gran premio de Roma, cien mil *liras* (pesetas), indicando el punto más alto del *sport* en Italia. ¡Jamás tanta animación en el *turf!* ¡Jamás tantas apuestas! Corrían los caballos *Doralice*, vencedor en el *Derby Real* de 25 de Abril; *Fitz Hampton*, comprado en Inglaterra por 40.000 pesetas; *Meleagre*, que ganó el premio de Tor di Quinto en las carreras del día 2; *Franck Patros*, *Saint-Peter*, *Marieton*..... Y aunque «todos los concurrentes estaban dispuestos á las más extrañas sorpresas de la pista (escribe *L'Illustrazione Italiana)*, nadie esperaba lo que ocurrió: *Meleagre* llegó el primero á la meta, en medio del estupor general, y saludado luego con estrepitosos aplausos; *Meleagre*, que no sólo no era favorito, sino que había sido dado por los *bookmakers* á diez y seis y aun á diez y ocho contra uno, y que fué llevado en triunfo, juntamente con Raynes, que le montaba, delante de la Real tribuna.»

—La *fiaccolata* se efectuó en la noche del 11, partiendo la comitiva desde la plaza Termini, por la vía Nazionale y el Corso, hasta la plaza del Popolo; formaban en dicha comitiva tres carrozas iluminadas y numerosos jinetes y peones con faroles encendidos, y «si no produjo todo el efecto que se esperaba (escribe un periódico de Roma), por lo menos hizo salir de casa á la mayoría de los habitantes, que llenaron las calles, los paseos y los cafés; y si resonaron algunos silbidos, el buen humor no fué alterado por ningún desorden.»

—De la *Cervara*, fiesta en que tomaron parte artistas de la colonia española, hablaremos en un número próximo.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

LOS TEATROS.

Obras ejecutadas por la compañía de Eleonora Duse después de LA MUJER DE CLAUDIO.—*Estreno de una zarzuela que no repugna á la moral ni al buen gusto.*

(Conclusión.)

Tan afortunada como la obra de Sardou á que acabo de referirme, ha sido en Madrid la comedia de Alejandro Dumas, hijo, titulada *Le Demi-Monde*. Traducida á nuestra lengua superiormente por D. Luis Valdés, la compañía que dirige Mario la ha ejecutado en esta corte multitud de veces con gran satisfacción del público. En ella da nuestro citado compatriota el conveniente colorido al carácter de *Olivier de Jalin* sin que le venza ninguno de los mejores artístas extranjeros que lo han puesto en relieve, y Sánchez de León alcanza en el papel de *Nanjac* el más brillante de sus triunfos. También hemos visto ese poema representado en portugués admirablemente por la inolvidable Lucinda Simoes y por Furtado Coelho, y la compañía italiana de Eleonora Duse acaba de darle viva expresión en su armonioso idioma, consiguiendo aplausos muy merecidos.

No repetiré aquí las observaciones con que antes de ahora he manifestado en estas columnas lo que pienso acerca de esa comedia de Dumas. Atendiendo al espíritu que la informa y al carácter que la distingue, presumo que las principales causas del éxito que aun obtiene son la habilidad desplegada en el artificio de la fábula, en la combinación de los efectos escénicos y en el giro del diálogo, y el aire de verdad que le comunican los buenos actores que la interpretan. Para hacer más comprensible el fundamento de este dictamen recordaré algo de lo que han dicho, al hablar de *Le Demi-Monde*, escritores ilustres de la misma patria del autor, á los cuales no tacharán nuestros fanáticos *modernistas* de atrasados ni de retrógrados.

Cuando se estrenó la comedia de Dumas á que me refiero, un literato y periodista francés, de los que han obtenido en el presente siglo mayor fama, dió de este modo cuenta del éxito al principiar su notable juicio crítico de dicha obra: «No sé que haya tenido nunca en el teatro comedia alguna entrada más triunfal y fulgurante que *Le Demi-Monde*. ¡Qué transportes, qué aclamaciones, qué embriaguez! La simpatía estaba en el aire. Un estremecimiento de placer corría por toda la sala; los aplausos mismos no tenían el sonido de los éxitos vulgares, sino el de marcha triunfal; saludaban el advenimiento de un poeta que va á reinar en la escena por derecho de conquista. Después de tres victorias tan clamorosas y de tal alcance, la prueba es ya completa; ya se ha ganado la palma. El teatro ha encontrado un maestro, y la comedia moderna sabrá en adelante á quién hablar.»

A esta entusiástica manifestación añade luego: «El *demi-monde* que Alejandro Dumas acaba de descubrir con tanto brillo, es todo un mundo; es una luna social que cambia de igual modo que la luna visible, y que gira como ella en torno de un mundo superior reverberando penosamente su luz. Allí viven con equívoca existencia seres que han perdido la estimación inseparable de la virtud: mujeres sin marido, grandes señoras decaídas, aventureras disfrazadas, caballeros de industria, jugadores empedernidos, vividores fraudulentos; y todo esto vegeta, florece, brilla, se extingue, sube, baja, aparece y desaparece al azar, unos volviendo á caer en el abismo de la miseria, otros reconquistando la tierra firme, si no las alturas. Un viento de desorden sopla en esa zona ambigua que flota, cambia de forma, renueva á cada instante sus pobladores, y tiene la anomalía y la excentricidad de las cosas anfibias. En apariencia, sus costumbres, sus modales, su exterioridad y su lenguaje son idénticos á los de la sociedad más distinguida; pero acercaos y veréis aparecer las hendiduras, resaltar las disonancias, resquebrajarse los barnices, hacerse traición las falsas posiciones, mostrar las fortunas escandalosas el cardenillo que las corroe, desarrollar sus miasmas impuros las corrupciones acicaladas. Entonces os sentís en una atmósfera de mentira, en un centro de avería y de cuarentena, y casi echáis de menos el vicio enérgico y el desnudo impudor de las clases ínfimas.» Tal es la gente *non sancta*, la extraña sociedad que Dumas pinta en *Le Demi-Monde*.

El empeño de sacar á plaza esa gente, de retratar esa sociedad y esas costumbres, retrato que causó desde luego viva impresión, no solamente por su novedad, sino por el arrojo de quien lo trazaba, ¿supone en realidad un progreso del arte cómico, sea cual fuere la destreza del artífice? Oigamos lo que á este propósito estampa otro literato francés de los que ahora meten más ruido, el famoso innovador Emilio Zola, pontífice máximo de la moderna escuela naturalista.

Haciendo gracia al celebérrimo dramaturgo por que consiente en estudiar la vida de un modo experimental, se expresa de esta manera: «La desgracia es que no aporta á ese estudio el desinterés del observador. Todas sus observaciones están falseadas y desnaturalizadas por miras paradójicas y por un sistema preconcebido. Casi nunca se eleva á la esfera de lo humano, circunstancia que restringe singularmente sus producciones. Lejos de ello, se estaciona en la sociedad; de lo cual es testigo su obra maestra *Le Demi-Monde*, que ya apenas se comprende, y que causará estupefacción á nuestros nietos. Molière vive, porque ha pintado el hombre entero. Dumas no podrá vivir, porque se ha encerrado en la pintura de un caso particular, de cierta clase de hombres y de mujeres cuyos modos de ser se modifican con las costumbres.»

De acuerdo con este dictamen de Zola, juzgo que uno de los vicios radicales del teatro francés contemporáneo, que da hoy la norma al de las demás naciones, estriba en otorgar mayor importancia á casos particulares nacidos de costumbres transitorias, que á los perennes é inmutables elementos de las pasiones y de los caracteres humanos. No solamente *Le Demi-Monde*, que es una de las mejores comedias de Dumas, y que ha contribuído acaso más que otra ninguna á determinar el rumbo del drama moderno, sino todas las producciones representables del mismo autor, y gran parte de las de Sardou, que ahora comparte con él la primacía en el aplauso universal, van por ese camino extraviado. Fuera, pues, injusto considerarlas como un progreso en la esfera de la creación dramática.

Nada que se funda en bases efímeras puede tener vida perdurable, por grande que sea el ingenio que lo aderece, y menos aún cuando ese ingenio se deleita en reproducir de un modo convencional ó arbitrario personajes y costumbres de moral equívoca que no merecen semejante honra. El arte, observa profundamente el ilustre filósofo Guyau (y no es esta la vez primera que llamo la atención de los lectores hacia observación tan oportuna), «debe escoger su sociedad en interés común de la estética y de la ética.» La sociedad que escogen los dramaturgos de la novísima escuela, para presentarla sin rebozo á la faz del público, es precisamente lo contrario de lo que debiera ser, porque ofrece siempre malos ejemplos que se procura disimular ó dorar con el artificio de la habilidad artística. Considerándolo así, he dicho antes que á esa habilidad y á la inspiración de los actores de mérito que interpretan obras como *Le Demi-Monde* se debe muy principalmente que todavía consigan triunfos tales producciones, á pesar de los maléficos gérmenes que las hacen antipáticas.

Para demostrar la exactitud de la precedente indicación no hay argumento más poderoso que recordar lo que han hecho en los dos papeles principales de *Le Demi-Monde* Eleonora Duse y Flavio Andó. Por diverso camino que otros artistas, pero partiendo siempre de la observación de la Naturaleza (hasta el punto de dar color de verdaderos á rasgos que tienen mucho de inverosímiles), la gran actriz italiana y su distinguido compañero el Sr. Andó, no sólo han conseguido que el público pase por alto las deficiencias morales y humanas del poema de Dumas, sino encubrir con el manto de su arte supremo las de los demás intérpretes de la obra.

Nada más escabroso, nada más difícil que dar vida y relieve al carácter de la *Baronesa d'Ange*, por lo mismo que, á través de su aspecto de gran señora, ha de aparecer hasta cierto punto su índole de aventurera. En la lucha que sostiene para ocultar su pasado y conseguir enlazarse á un joven de elevada posición é inmaculada honradez, Eleonora Duse hace prodigios de naturalidad, de delicadeza y de buen gusto, que el público aplaude con fervoroso entusiasmo. También ha sido aplaudido calorosamente Flavio Andó, por el acierto con que comunica aires de realidad al carácter de *Olivier de Jalin*, que no está exento de escollos. Los demás actores hacen esfuerzos laudables, sobre todo el Sr. Zampieri, encargado del simpático papel de *Nanjac;* pero no siempre logran llegar á la altura necesaria. A este joven actor, á quien no faltan condiciones para representar con fuego y brío papeles de enamorado, le convendría no precipitarse tanto al hablar. Su extremada rapidez de dicción es causa de que muchas veces el público no perciba con claridad lo que dice, lo cual redunda en contra suya.

Si hubiera de atenerme á lo que exige el honor debido á un poeta dramático de la importancia capital de Shakspeare, necesitaría consagrar á su *Antonio y Cleopatra* mayor atención y juicio más extenso que á las piezas del moderno repertorio ejecutadas últimamente por la compañía de la Duse. Mas no siéndome ya posible hacerlo, habré de contentarme con exponer brevemente mi opinión sobre la susodicha tragedia y sobre su famosa intérprete.

Antonio y Cleopatra pertenece al número de las producciones más desordenadas y más endebles del insigne trágico inglés, de quien decía Samuel Johnson:

When Learning's triumph o'er her barb'rous foes
First rear'd the stage, immortal Shakspeare rose.

La prueba de que han pensado de esa obra lo que yo pienso entusiastas admiradores del gran poeta, se encontrará fácilmente examinando los diferentes juicios de casi todos cuantos han estudiado y justipreciado sus inmortales creaciones. De otro modo, ¿habría hecho de ella caso omiso en su excelente libro titulado *Shakspeare et son temps* un hombre tan profundo conocedor del teatro shakspiriano, de tanto saber y de tan buen gusto como Guizot? Esto no quiere decir que en *Antonio y Cleopatra* falten rasgos dignos de la poderosa fantasía y del maravilloso conocimiento del corazón que avaloran los poemas del autor de *Otelo* y de *Hamlet;* pero entre el mérito de estas tragedias y el de la que pinta los amores de la famosa reina de Egipto y del triunviro Marco-Antonio hay no poca diferencia.

Claro está que á las obras dramáticas escritas en la época de Shakspeare no se les puede pedir razonablemente la regularidad y el orden que ahora se exigen, porque el estado del arte escénico era entonces muy distinto y los poetas gozaban de una libertad que apenas se concibe hoy dia. Sin embargo, esa libertad se extrema en *Antonio y Cleopatra* de un modo que la hace parecer abusiva, dado que en un mismo acto cambia multitud de veces el lugar donde se desarrolla la acción, ya circunscribiéndose á diversos puntos de una misma ciudad, ya saltando desde Roma á Alejandría, para volver á saltar momentos después desde esta población á los alrededores del campo Miseno.

La traducción, ó mejor dicho, la condensación que ha hecho el arreglador italiano del poema de Shakspeare procura obviar tales inconvenientes, bien que no haya podido evitarlos todos, agrupando con habilidad las escenas capitales de la obra inglesa y armonizándolas en lo posible con el gusto moderno, sin desnaturalizar su genuino carácter. Esta difícil labor merece, á mi ver, cumplido elogio, porque ha hecho viable una tragedia que tal como se encuentra en su original, y á pesar de las bellezas que la esmaltan, sería inadmisible actualmente, ó correría grandes riesgos, aun en los teatros de Inglaterra.

¿Por qué, pues, ha elegido la Duse esta producción, y no otras de Shakspeare, para comunicarle en las tablas el atractivo de su talento? Sin presumir de adivino me figuro que ha debido escogerla, tanto por la fidelidad con que reproduce el carácter de Cleopatra, cuanto por lo bien que se acomoda ese carácter

á las peculiares condiciones de su inspiración artística.

A pesar de la confusión que reina en dicha tragedia; no obstante lo mucho que suelen dificultar la marcha de su acción episodios innecesarios, lo que hay en ella de más esencial deja ver siempre la fuerza creadora del genio que le ha dado ser. Demuéstranlo claramente la enérgica grandeza, la exactitud histórica, la profunda verdad humana que resplandece en sus figuras más importantes, esto es, en Cleopatra y en Antonio. Como en otras ocasiones en que ha buscado para argumento de sus poemas sucesos notables de la antigua historia de Roma, Shakspeare ha tenido por primitiva fuente de inspiración en el caso á que me refiero las narraciones de Plutarco, y ha utilizado diestramente las vigorosas líneas con que traza el historiador griego en su *Vida* de Antonio el extraño carácter del triunviro y el no menos extraño de la astuta y sagaz reina de Egipto. Esas narraciones, á las que ha debido Shakspeare rasgos brillantes de sus tragedias romanas *Coroliano* y *Julio César*, le han servido, al componer *Antonio y Cleopatra*, para fundar en sus noticias la pintura de los principales interlocutores, y hasta le han suministrado la poética descripción que en el acto segundo hace *Enobarbus* á *Mecenas* y á *Agripa* de los términos en que Cleopatra se presentó por primera vez al arrebatado y mujeriego caudillo romano. Esa descripción, que en el original inglés está en verso y empieza diciendo

The barge she sat in, like a burnish'd throne, &c,

es traducción casi literal de la escrita por Plutarco en la *Vida* de Antonio antes mencionada.

En la ejecución de esta tragedia, que á pesar de sus defectos pertenece al que hoy se denomina con razón *gran arte*, ha obtenido la Duse uno de sus legítimos triunfos, sobre todo en las magníficas escenas del acto segundo con el *Esclavo* mensajero. He dicho ya que la egregia actriz ha debido mirar con cierta predilección esa obra, por lo bien que se ajusta á sus facultades el carácter de Cleopatra. Cuantos la hayan visto representar el susodicho acto segundo y las escenas finales del poema comprenderán sin esfuerzo alguno la verdad de mi aseveración.

Vestida con admirable propiedad, Eleonora Duse muestra desde luego en la gracia seductora de su fisonomía y en el fuego de sus ojos que ha estudiado y comprendido superiormente el carácter de la heroína que representa. Elevándose á la majestad de la tragedia en todo el curso de la obra, huye, no obstante, de caer en el amaneramiento propio de la declamación altisonora, y se inspira constantemente en la verdad de la Naturaleza. Es imposible retratar de una manera más conforme con la realidad, y al mismo tiempo más artística, los sentimientos que la agitan al oir el mensaje del *Esclavo*. No cabe mayor verdad en los transportes de indignación ó de júbilo á que la impulsan las noticias que le trae. Pero donde acaso se manifiesta mejor, aunque con menos brillantez, el profundo estudio que ha hecho del carácter que interpreta, es en el acto de la muerte. A varias personas ilustradas ha parecido que muestra en ese momento alguna frialdad, que muere con demasiada placidez. Esa placidez es, sin embargo, signo evidente de lo bien que ha estudiado la materia. «A continuación de un festín (dice el Conde de Ségur en su *Historia romana*, refiriéndose á la Reina egipcia), habiéndose retirado al fondo de su palacio, aplicó á su seno un áspid oculto en una cesta de frutas: en seguida *un letargo dulce y profundo*, librándola de las cadenas del vencedor inflexible, puso fin á su vida y á sus desgracias.»

El papel de Marco Antonio no es muy á propósito para las peculiares condiciones de Flavio Andó, más apto para interpretar pasiones y caracteres del drama moderno que figuras de sabor clásico y de cierta grandeza trágica. Los demás actores hicieron esfuerzos recomendables. Injusto fuera no mencionar especialmente al que representa el papel del Esclavo, el cual secunda muy bien á Eleonora Duse. La obra se ha presentado en escena con gran propiedad en trajes y en decoraciones.

Por diferenciarse radicalmente de las zarzuelas que ahora se escriben, no sólo en la urbanidad y el decoro del argumento, sino también en la forma literaria, merece atención de la crítica imparcial la obra en dos actos escrita por D. Pedro Novo y Colson con el título de *Todo por ella*, estrenada á fines del mes anterior en el teatro de la Alhambra. La demasiada extensión del presente artículo me impide hablar de ella con el detenimiento debido. Me limitaré, pues, á decir que el público la ha recibido con grande aplauso, y que ha llamado á la escena repetidas veces al Sr. Novo y al maestro Chapí, autor de la preciosa música que la engalana.

MANUEL CAÑETE.

LA SERPIENTE ENROSCADA.

HISTORIA VULGAR

POR D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

I.

NOSOTROS hemos conocido á Don Cenón Barrientos el boticario. Era hombre de cerca de setenta años, pero que se conservaba fresco y diligente como uno de cincuenta, sin más achaques que una leve inclinación de la espina dorsal, no originada por dolencia alguna, sino por la costumbre de estar sentado en la trasbotica.

Efectivamente: Don Cenón llevaba medio siglo de contener su actividad en los límites de diez metros cuadrados, que comprendían la tienda donde se despachaba al público, la trastienda donde se celebraba la tertulia, y una especie de cocina interior que hacía las veces de laboratorio.

En el entresuelo de la casa, poco más grande que el piso bajo, unido á éste por una escalerilla de caracol, dormían Don Cenón, uno de los dos mancebos y la criada; pues el mancebo segundo tenía un domicilio movible, como veremos después. La causa de esta exigüidad de espacio era bien respetable: primero, porque la botica estaba situada en uno de los mejores sitios de Madrid, y segundo, porque datando su fundación de la época de Carlos III, y habiéndose hecho allí dos ó tres fortunas, no era cosa de pensar en ensanches ni traslaciones aventuradas. Llenas están las historias de gentes que perdieron la vida, porque no estando enfermas aspiraban á mayor salud. Sobre todo, la botica de Barrientos debía ser siempre la botica de Barrientos.

Don Cenón conservaba, como hemos dicho, un carácter casi juvenil, á pesar de sus años y de su escasa comunicación con el mundo: había engruesado, como por lo común engordan las personas de vida sedentaria; era alegre, al modo de los viejos solteros, aun cuando Don Cenón había sido casado; estaba rico al decir de las gentes, no porque se le conocieran fincas, sino porque debía tener escondidos muchos patacones; disfrutaba, por último, de tan buena fama, de tan numerosas simpatías y de crédito tan relevante, que para adquirir una medicina de conciencia, obtener un favor con prontitud ó buscar un médico acreditado, había que ir á la botica de Barrientos.

Cuál, pues, no sería la extrañeza de amigos y conocidos, al enterarse de que una mañana llamó á sus dos dependientes para decirles:

—Muchachos, pienso retirarme del oficio. Estoy viejo y cansado; no sé lo que es vivir ni disfrutar de la vida; tengo bienes de fortuna para pasar lo que me quede de existencia como un patriarca, y sobre todo, quiero haceros felices como me hicieron á mí. El aperreo de un boticario no puede compensarse sino con una vejez tranquila; yo la busco hoy, y vosotros la conseguiréis mañana. Podía traspasar el establecimiento y recibir una gran suma; pero tenía que traspasaros á vosotros ó dejaros en la calle, después de haber contribuído tan fielmente á mi propia riqueza: no haré tal; vuestra será la botica.

Los mancebos se miraron con asombro, dirigiendo después la vista á su amo con muestras de confusión y de duda. Barrientos continuó:

—Sé que no tenéis dinero ni garantía para comprarme la casa. Tú, Manuel, posees algunos ahorros, porque yo te los guardo; pero tú, Francisco, no tienes una peseta, porque envías todo lo que ganas á tus pobres padres al pueblo. Esto no es un inconveniente para mi plan. Vais á proceder á la formación de un inventario de las existencias, que conocéis sin duda mejor que yo; hacemos luego una rebaja prudencial en su importe; se capitaliza éste al tres y medio por ciento, es decir, algo más barato que la Caja de Ahorros, y á trabajar como buenos farmacéuticos y á buscarse una posición como buenos hermanos. La botica produce lo suficiente para pagarme á mí y que os quede bastante; de modo que siendo hombres de bien, según hasta aquí lo habéis sido, os dejo una fortuna. No creas, Manuel, que ni aún en prenda me guarde tus ahorros: te los daré, para que principiéis sin privaciones ni apuros; pero te exijo que esa suma os sirva á los dos, pues si tú la has ganado con economía, Francisco carece de su equivalencia por amor á sus padres. ¿Qué decís de lo que os propongo?

Los muchachos, conmovidos, inclináronse casi á la vez para besar las manos de su principal, con los ojos arrasados en lágrimas. Don Cenón, que excusaba formar coro en esta escena de ternura, contuvo sus naturales emociones, para seguir diciendo:

—Dos únicas advertencias os voy á hacer. La primera es que la botica no cambia de nombre: Barrientos os la entrego, y Barrientos ha de continuar. La segunda es que yo vendré aquí siempre, y como me dé la gana. No quiero ser un extraño donde he sido dueño toda la vida. Probablemente me veréis poco en la casa, porque yo salgo de ella para descansar, para emanciparme de su esclavitud, para ser libre lo que me resta de andar por el mundo; pero, lo repito, Barrientos no puede ser nunca un extraño en la botica de Barrientos.

El mayor de los dependientes, que hacía cabeza en la nueva sociedad por ser más antiguo y de más completos estudios, manifestó á Don Cenón que pedía muy poco, ó por mejor decir, que nada pedía, comparable á lo mucho que daba, y que con una y otra condición salían ellos favorecidos; pues el nombre de la botica era ya por sí propio un capital, y la presencia y los consejos del amo una garantía que aseguraba el concurso de la antigua clientela. Iba á hablar el otro dependiente para añadir su gratitud á la del compañero, cuando el boticario cortó la conferencia con estas palabras:

—A ejecutar, pues, lo que os digo, y que nadie se entere, porque estas cosas se echan á perder con la publicidad. Sobre todo (prosiguió, bajando la voz), que no huela lo que tratamos ese demonio de muchacha, la criada, que es una chismosa y se lo contará á todo el mundo. Dentro de ocho días volveremos á reunirnos, para otorgar la escritura y demás formalidades. Hasta entonces, como si nada ocurriese entre nosotros.

Don Cenón, en efecto, pasó los ocho días sin volver á hablar del asunto, aunque por lo visto muy ocupado en la calle. Apenas estaba en la botica, sino á la hora de la tertulia de la noche, y cuando regresaba, solían esperarle cuentas que después de pagar no apuntaba en ningún libro. ¡Vayan ustedes á saber lo que hacía el boticario!

Al término de la semana mandó una noche cerrar el establecimiento antes que de costumbre, y á la chica sirviente que se acostase, porque había que hacer en el laboratorio una preparación farmacéutica, larga y de cuidado. Cumplidas estas órdenes, no tardaron en oirse unos golpecitos en la puerta de fuera, á los cuales Don Cenón respondió por sí mismo, dando entrada en la botica á dos hombres: eran el escribano y su oficial mayor que venían á otorgar la escritura. Aguardábanles sobre la mesa de batalla del laboratorio los objetos siguientes: una talega con dinero, un frasco de rosoli, un papelón de bizcochos, una llave como de puerta de abajo y un llavín como de puerta de arriba.

Sentados alrededor de la mesa los cinco individuos, procedióse á leer la escritura, redactada en la forma que ya sabemos, y dulcificada más bien que restringida con relación á los intereses de los muchachos. Estos, que hasta entonces no habían creído en tanta felicidad, apenas acertaban á poner su firma. Se destapó la botella, circularon los bizcochos, estrecháronse manos con efusión, brindóse por la salud del más generoso de los mortales, y aun cuando Barrientos quería que no se metiese bulla, él propio la estimulaba con su franco y leal regocijo. Por su orden, sin embargo, se levantó la sesión para dar lugar á otra no menos sorprendente. El boticario no iba ya á dormir aquella noche en su casa. Las llaves que llevó al laboratorio eran las de su nueva vivienda, arreglada durante los ocho días anteriores, y provista de todos sus menesteres, incluso de dos criadas de servicio. Su resolución, pues, de retirarse era, como vemos, radical. Así es que invitó á los presentes para que, abandonando en silencio la botica, le acompañaran á su casa, que estaba cerca.

Hízose de este modo, caminando Don Cenón entre sus dos mancebos y seguido de los representantes de la fe pública en extraño grupo, cuya marcha tenía algo de solemne. Al llegar á la puerta, Barrientos apretó la mano del escribano, puso unas monedas en la del oficial, y abriendo los brazos á Manuel y Francisco, se despidió de ellos, no excusando entonces la ternura.

Todo había concluído. Los dependientes se apresuraron á volver á la botica, que quedó guardada por el sereno, é introdujéronse en ella silenciosamente para no despertar á la que dormía. ¡Precaución inútil! La criada, sin señales de haberse desnudado, ni mucho menos dormido, los esperaba á pie firme en medio de la tienda. Sus ojos, inyectados de sangre más que de lágrimas, tenían esa expresión de ferocidad que en el pueblo bajo denota propensiones al crimen; y un observador sutil hubiese advertido que si de su frente no faltaban cabellos, habíanse éstos mesado con rabia, como de quien no pudiendo arrancar los de otro, incurre en la locura de arrancarse los suyos.

Cuando se hubo mostrado bien á los que venían, volvióles despreciativamente la espalda, y entre irónica y corajuda, les dijo:

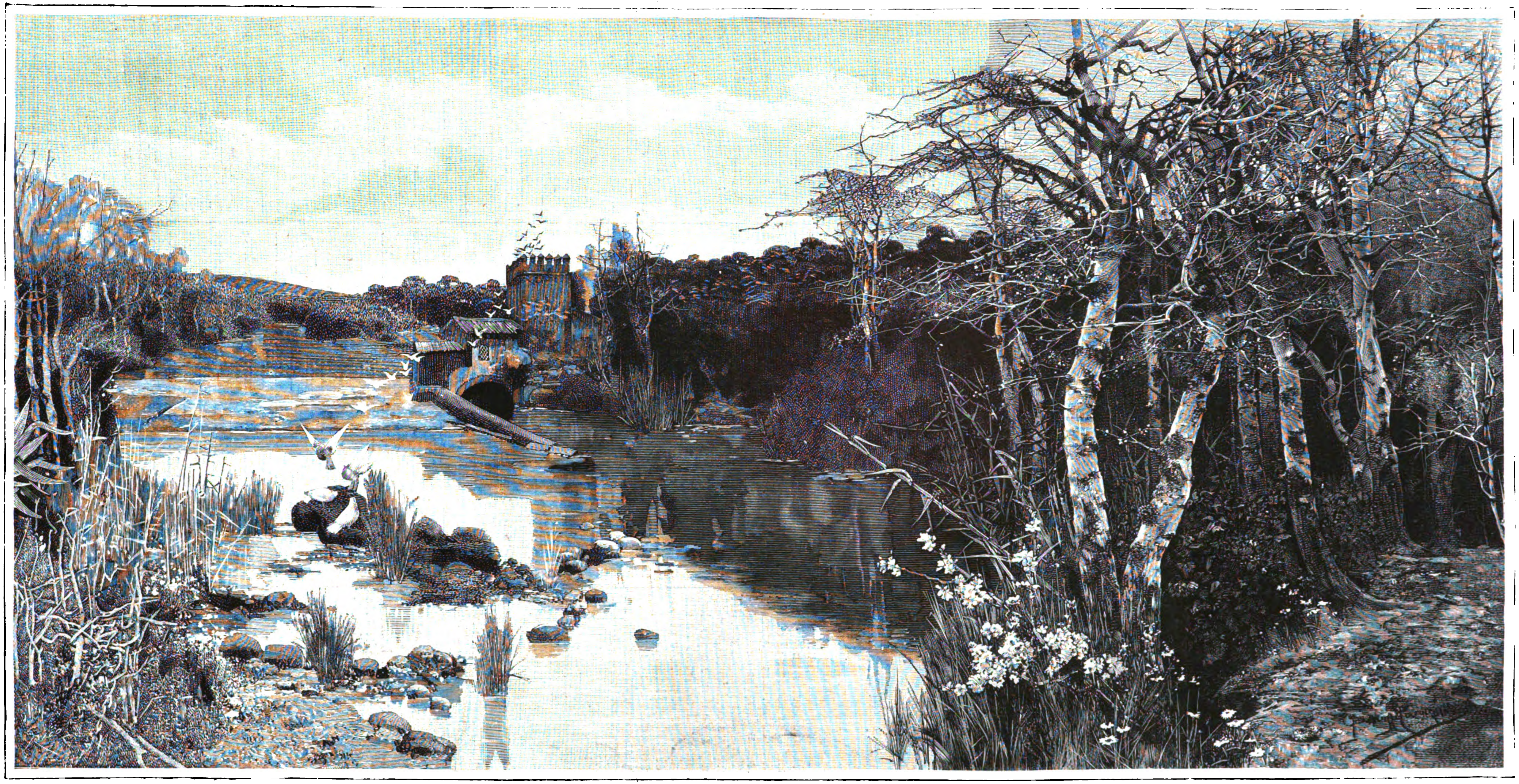
—Ya sois los amos. ¡Que aproveche!

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890.



RESIGNACIÓN Y ESPERANZA.

CUADRO DE D. FRANCISCO MASRIERA. (NÚM. 596 DEL «CATÁLOGO».)



LA TARDE.

CUADRO DE D. MANUEL GARCÍA Y RODRÍGUEZ.—NÚM. 345 DEL «CATÁLOGO».—MEDALLA DE SEGUNDA CLASE.

II.

Don Cenón, al posesionarse de su nueva casa, se creía en el colmo de la felicidad Con una palmatoria en la mano fué recorriendo las habitaciones, como criatura que antes de dormirse quiere pasar revista á sus juguetes. Todo le pareció bonito y del mayor gusto, comparado, por supuesto, con lo que heredó y usó durante su larga vida. Aquellos techos altos, aquellas paredes empapeladas, aquellos muebles limpios, y sobre esto, quizá, una atmósfera libre de emanaciones farmacéuticas, transformaban su ser, infundiéndole goces que nunca había disfrutado.—«¡Esto es vivir!» (pensaba) y se acostó.

Pero por lo mismo que surgía tanta novedad en torno suyo, el deleite no estaba exento de cierta perturbación nerviosa; pues el hombre, que, según ha dicho un filósofo, tiene alguna reminiscencia de todos los animales, tomó del gato el extrañar sus mudanzas de domicilio, y aunque sea para bien, siempre se revuelve y se agita hasta adquirir el aplomo de la costumbre. Barrientos, sin embargo, al despertar en aquella cama mejor que la suya, aunque no era la suya, se decía:—«Esto es vivir. Bueno si despierto por no estar habituado á lo que me rodea; pero hasta en eso me proporciona la nueva vida una nueva felicidad. Aquel sueño salvaje del cansancio era muy parecido á la muerte. Ahora, siquiera, despierta uno para reconocer lo que vale su independencia, no para servir de monote á un aprensivo ó para contristarse con las lágrimas del enviado de un moribundo. Duerme, Cenón, duerme: esto es vivir.»

Y Don Cenón daba media vuelta para conciliar el sueño. A la madrugada volvió á agitarse entre las ropas, que por su tiesura de nuevas se le escurrían, y soñando quizá con que los crujidos de la cama eran golpes dados á la puerta de la botica por el chuzo de un sereno, exclamaba:—«Sí, que llamen: ya no soy boticario. ¿Se figuran ustedes que no son bastantes cincuenta y cinco años de ajetreo? Yo me levanto ahora á las diez, ó las once, ó cuando me da la gana. Para eso he dejado la botica. ¡Viva la libertad!» —Y volvía á dormirse.

No á las once, ni á las diez, sino pocos minutos antes de las siete ya estaba de punta Don Cenón Barrientos. ¿A qué perder en la cama esas primeras horas del día en que tanto puede disfrutar un desocupado? Él, además, tenía ansia por conocer el efecto de su vivienda y muebles á toda luz. Los sillones y el sofá, imitando caoba, estaban forrados de veludillo color de aceituna con florecillas campestres. El papel de la sala era de recuadros cenicientos, donde un arbusto y un animal en pie, de borrosos perfiles, simulaban para Madrid el oso y el madroño de sus armas, y para la América del Sur el mono y el cocotero de sus bosques. En el gabinete había un papel más significativo: figuraba un enverjado de madera, tras del cual se asomaban plantas trepadoras con tal profusión, que desde lejos parecía un puesto de verdura. Buscó este papel Barrientos para que armonizara con cierta obra de arte que había adquirido. Era una litografía iluminada de gran tamaño, en que una damisela, con traje de pastora, se entretenía en regar semilleros de flores, y lo hacía tan bien, que ni en su tonelete blanco se encontraba una pizca de polvo, ni en sus primorosos zapatitos de charol relucía una gota de agua.

La consola y el sofá, que D. Cenón llamaba cónsola y confidente, hacían juego también con el resto del mobiliario: alta la primera y de patas torcidas, entre las cuales colocó un cacharro de ungüento con su nombre; rígido y tieso el espaldar del segundo, como conviene á la grave apostura de una visita de etiqueta. Por último, ambas habitaciones habíanse esterado de fino, y ante el sofá corría un alfombrín que destacaba de realce en su centro el ojo del boticario, circundado por una serpiente que se mordía la cola. Armas de la casa.

Aun cuando Don Cenón lo inspeccionó todo en varias direcciones y escogiendo muchos puntos de vista, apenas se entretuvo más de las ocho, en cuya hora creyó ya conveniente llamar á Vicenta. Pero Vicenta no vino: volvió á llamarla y tampoco acudía nadie, hasta que gritando por tercera vez, se le apareció una de sus nuevas criadas, vieja y respetuosa, la cual le dijo:

—¿A quién llamaba el señor?

—Es verdad, Martina, que me creí que estaba en la otra casa. Ponme los avíos de afeitar, y escucha mis encargos. Yo almuerzo á las nueve y media en punto: una sopa con huevo, un pedazo de carne asada y una jícara de chocolate. Siempre lo mismo. ¿Entiendes?

—Está bien, señor; pero ahora, ¿qué desayuno preparo?

—¡Ah, sí! Agua destilada, unas gotas de esencia de raíz de lirio y jarabe de altea.

Aunque la mujer era muy ducha en artes de cocina, no entendió bien los ingredientes de aquel guisado; por lo cual, siempre humilde, repuso:

—¿No podría el señor escribirme esas cosas en un papel para que fuera á buscarlas?

—¡Bruto de mí, que te sobra razón!- exclamó Barrientos.—¿Hasta cuándo voy á creerme en la botica? Nada, nada de menjurjes: tráeme un desayuno civil, un vaso de posca. Oye, y no te he hablado de la comida. Yo como á las tres y media en punto: pocos platos y buenos. A la noche, un cuartillo de leche con mojicón. Entre día, nada. ¿Entiendes?

La cocinera permaneció inmóvil, diciendo para sí: «posca, posca», sin atreverse á preguntar sino á media voz:

—¿Y qué es *posca?*

—Mujer, eso lo sabe cualquiera: agua, vinagre y azúcar. Voy á tener que variar de vocablos para esta vida independiente.

Martina trajo bien pronto la posca, y Don Cenón se fué hacia el sofá, abstraído en las siguientes y parecidas reflexiones:

«Ahora voy á saber lo que es mundo. Puesto que me levanto temprano, daré grandes paseos: iré una mañana á San Antonio de la Florida, otra al soto de Migas Calientes, otra á las Ventas del Espíritu Santo; en fin, donde se me antoje. Veré los depósitos de agua del Lozoya, que dicen que son muy hermosos; visitaré á San Francisco el Grande, que dicen que es una iglesia muy alegre; pediré papeletas para las caballerizas de Palacio, donde dicen que hay mulas cuadradas de gordas: todo lo andaré y todo lo husmearé, que bastante tiempo he estado en presidio. Sí, señoras piernas: van ustedes á echar de menos lo que han holgado. Pero á todo esto, ¿qué hora será?»

Don Cenón consultó su saboneta, que señalaba escasamente las nueve menos cuarto.

—¡Martina!—gritó, como despertándose.—¿Podrás darme de almorzar antes de lo que te dije?

La cocinera apareció, manifestando que las sopas hervían ya, que la carne no había más que ponerla al fuego, y que el señor podría almorzar pocos minutos después.

Barrientos almorzó muy á su gusto, se arregló y vistió en un periquete, y salió de casa. La mañana estaba espléndida de luz y de aire puro: era uno de esos días de Madrid en que no se pisa la calle sin sonreirse de placer mirando al cielo. Ni molestaba el sol ni enfriaba la sombra; podía andarse dulcemente por la ciudad ó por el campo: uno de esos días que justifican hasta cierto punto la vagancia de los españoles. Don Cenón se quedó parado y como indeciso. ¿Qué hacer? ¿Adónde dirigirse?

Después de un momento de duda, se dirigió á la botica.

III.

La entrada de Don Cenón en sus antiguos dominios tuvo algo de triunfal. Los dependientes salieron á la puerta al verlo venir, y muchos vecinos de los establecimientos inmediatos, que ya tenían noticias de su ausencia, formaron corro para enterarse de su salud y darle el parabién por su generosa conducta. Barrientos, embozado en su capa, tomó una silla en la parte afuera del mostrador, como cualquier conocido que entra á descansar. Allí dirigía sonrisas de satisfacción á todos, y medias palabras sobre las preguntas ó alusiones impertinentes. Él era un vago y estaba muy contento de serlo.

La primera persona extraña que entró en la botica fué una criaduela del barrio, con esta relación:

—Medio real de hojas de *llantel* y real y medio de miel rosada.

—Llantén, querrás decir, muchacha—observó Don Cenón jovialmente.

—Pues bueno, eso; pero usted me ha entendido.

—¿Es remedio para tu señora?

—No, señor, para el amo.

—¡Ah! tiene aftas, por lo visto.

—¿Qué está usted diciendo, Don Cenón?

—Aftas, mujer, aftas; llaguitas en la boca. Mira, Francisco, no tomes el llantén del cajón de adentro, sino del de afuera. En estos de aquí delante está..... no....., torpe, más abajo.

Y Barrientos soltó el embozo, yéndose en derechura al cajón del llantén.

—Os tengo dicho- añadió—que las herbáceas no deben despacharse ni demasiado frescas ni demasiado secas. Las frescas no huelen á medicina, y las secas huelen á herbolario. Esas de adentro se emplean en infusiones para el servicio del laboratorio. ¿Cuánto lleváis vendido esta mañana?

—Poca cosa, señor Don Cenón—contestó Manuel.

—Pues aun no sabe la gente que yo falto de aquí. Frota esa báscula, Francisco, que la limpieza es la honra de una botica.

La báscula brillaba como el sol, y en cuanto á las ventas, el ex boticario parecía ignorar que se hacen por tarde y noche, á la hora en que se agravan los enfermos.

Durante esta conversación no dejaban de oirse en las habitaciones de arriba ruidos descompasados. Era la criada, que limpiaba el polvo, aunque más parecía que destrozaba los muebles. Y por cierto que ella fué la única á quien la reaparición de Barrientos mantuvo insensible, como si no se tratase de un antiguo amo que volviera. Manuel impuso silencio desde abajo; pero la moza se hizo desentendida y complicó el manejo de los zorros con cantares chillones, en cuya letra podía advertirse algo de procacidad. Don Cenón intervino para decir á media voz y como recatándose:

—No hagáis caso de esa loca; dejadla.

En esto llegó á la botica un criado de casa principal con una receta extraña. Procedía de uno de los mejores médicos de la corte, y en ella, á más de la fórmula corriente, *según arte*, se confiaba su despacho á la pericia y competencia del amigo señor Barrientos. Don Cenón volvió los ojos hacia sus dependientes con visible placer, exclamando:

—Ahí tenéis, si no me da la gana de venir por acá, en qué compromiso os pongo. Aun hay quien se acuerde de mí. Esta receta no saben despacharla en ninguna botica. Se trata de una disolución de ámbar gris, ámbar de Venecia.

Y dirigiéndose al criado prosiguió:

—¿A que acierto que es para la señora? Ataques de histerismo, ¿eheé? Pues nada, dile al Sr. Duque que se confeccionará no sólo *secundum artem*, sino *secundum scientiam;* pero que no puede estar corriente hasta pasado mañana, lo más pronto.

—Es—observó el criado que la señora Duquesa está impaciente por tomarla, y la quería hoy mismo.

—Pues dile á la señora que es imposible. El doctor lo sabe bien, y por eso me la encarga con tanto esmero. En otra botica se la harán en tres horas, pero en la de Barrientos necesitan tres días. En cambio, de allí tomaría arena indigestible, y de aquí tomará espíritu antihistérico de la más alta depuración.

Despedido de este modo el criado, continuó diciendo á los dependientes:

—El ámbar gris no se puede disolver con los reactivos descubiertos hasta ahora. El de mayor energía lo deshace, pero no lo funde, y hay que deshacerlo y fundirlo, para que de objeto de adorno se convierta en medicina eficaz. Y ved ahí por dónde yo, que me había dado de baja en el oficio, vuelvo hoy á emporcarme las manos, para corresponder á la confianza con que me distingue el gran doctor. Tú, Francisco, carga el anafe y enciende: tú, Manuel, tritura en el mortero de cristal un trozo de ámbar gris como de tres dracmas, y pulverízalo hasta donde más puedas: yo, mientras tanto, dispondré el baño de María para empezar la operación, que ¡ya es droga!

Tras del dicho, procedió Barrientos al hecho, y despojado de su capa, como en los mejores días, se fué al laboratorio, no sin tropezar en un armario con el sombrero de copa.

—¡Diablo de chisteras!—dijo.—El caso es que yo no tengo aquí mi gorro.

Y dirigiéndose al entresuelo, gritó:

—¡Vicenta! Llégate á mi casa, y que te den mi gorro.

—¡¡No me da la gana!! (Fué lo que se oyó desde arriba por toda respuesta.)

Manuel abandonó el mortero para ir hacia la insolente en ademán amenazador, pero Barrientos lo detuvo por el brazo, exclamando:

—Déjala, Manuel, está loca. Cuando yo vuelva traeré el gorro en el bolsillo. Hay que contemporizar con los genios de cada uno. En cambio tiene otras cualidades.

Eran más de las cuatro cuando Don Cenón cayó en la cuenta de que no había comido. Hizo varios encargos á sus mancebos sobre la ebullición lenta pero igual de la marmita, y salió para su casa apresuradamente.

Allí le esperaban dos afectuosas servidoras, una mesa limpia, olor aromático de menestra bien guisada, y, sobre todo, la tranquilidad é independencia de un hombre libre. Comió, sin embargo, en volandas, atraído por la preparación farmacéutica que el ilustre médico le había confiado, y sin descansar ni un instante, salió con el sombrero puesto sobre el gorro.

Al llegar á la botica vió que sus antiguos dependientes se habían subido á comer, y que no sólo estaba abandonado el despacho, sino el anafe que contenía aquella nueva piedra filosofal.

—Esto no es orden—gritó;—que baje uno. Cuando se confecciona un remedio de tanta importancia, ha de quedar siempre abierto el ojo del boticario. Por eso está colocado allí, como escudo del oficio, debajo de la Purísima, que es la patrona. Pureza y vigilancia son las dotes de un farmacéutico que se estime. Siguiendo así, vais á perder mi botica.

Ni aun á la tertulia concurrió aquella noche Don Cenón con el reposo y alegre calma que de costumbre, y eso que eran tema de punzantes alusiones las peripecias del traslado y nueva vida de Barrientos. Entre la cocción del ámbar gris y cuatro frases in-

coloras, entretuvo el hombre la velada, que por lo mismo fué breve. Cerrado el establecimiento, permaneció de guardia para que los ayudantes subiesen á cenar, y cuando la cena acabó y bajaba Vicenta á despedir al que fué su amo, porque ni Manuel ni Francisco consintieron que se quedara en el laboratorio como él quería, la feroz maritornes cogió al viejo de un brazo, lo puso en la acera, y le dijo con voz de trueno:

—¡Infame!

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

(Continuará.)

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.

III.

Desde el momento en que la pintura abandona la representación del hombre, desciende de la cumbre y entra en la región de los géneros inferiores.

En ellos es quizá menos evidente, pero no menos efectiva, la virtualidad de los principios á que debe sujetarse toda composición artística.—Si el paisista no quiere caer en lo vulgar ni perderse en lo absurdo, necesita, ni más ni menos que el pintor de figura, escoger bien su asunto, expresar con claridad su pensamiento, imprimir carácter á su obra y tener además los recursos de dibujo y colorido necesarios para dar cuerpo á su creación y comunicar al público su propio sentimiento, suponiendo que lo tenga.

La observancia instintiva de esos principios eternos es precisamente lo que distingue al genio artístico del mero talento técnico. No es, pues, maravilla que, en eso como en todo, los grandes maestros sean siempre los grandes maestros. Un siglo antes que Claudio de Lorena descollara cultivando el paisaje á la manera clásica, Tiziano lo había creado y perfeccionado al primer intento, en el fondo de un cuadro destruído por desgracia pocos años ha: el *Martirio de San Pedro Arbués*. En nuestro Museo Nacional no hay especialista (ni el mismo Ruysdael) que llegue al grado de verdad dado por Velázquez al barranco donde conversan San Antonio y San Pablo; y en nuestro tiempo sería inútil buscar cosa mejor pintada que aquella árida llanura donde Pradilla nos presenta á *Doña Juana la Loca* junto al ataúd de Felipe *el Hermoso*.

Otro tanto sucede con los cuadros de interior, con los de animales vivos, con los de naturaleza muerta, con todos: el de las *Meninas* es la maravilla de la perspectiva en España y fuera de España; en la *Presentación de Don Juan de Austria* llegó Rosales adonde pueden alcanzar los que á pintar interiores consagran su vida entera; el perro de las *Meninas* y el gato de las *Hilanderas* pueden habérselas ventajosamente con cuantos caninos y felinos han dado á luz Jadin y Rosa Bonheur; y (descendiendo al último grado de la escala pictórica) ni Menéndez ni nadie amasó nunca pan más apetitoso que el depositado por el Españoleto en la roca donde ora su demacrado San Jerónimo

En la Exposición de 1890, los cultivadores de esos géneros subalternos muestran la misma tendencia que los de figura: casi todos dan más importancia á la ejecución que á la concepción de sus obras.

Por poco que el Sr. Vascano hubiera extendido el campo de sus excursiones, no le habría sido difícil encontrar monumento más bello que la *Parroquia de Valdemoro* (núm. 1.005), para ejercitar las singulares facultades que luce (ó desluce) en el valiente desempeño de asunto tan desagradable. Imposible es elegir el tema con menos gusto ni atacar el natural con más atrevimiento. Después de pasear la vista sobre seis ú ocho países de los que tanto abundan en este concurso, el lienzo de Vascano, más que un cuadro, nos parece una ventana abierta sobre un pedazo de mundo real y efectivo. Aquella es la verdad dicha á gritos, sin retórica y hasta sin gramática, pero con una sinceridad que convence. Allí hay un solecismo en cada frase; allí hay sombras más pesadas que los objetos de donde proceden; allí hay líneas verticales que se apartan de su dirección natural con una independencia digna de mejor empleo; pero la exactitud del tono, la solidez de las masas y la fuerza de la luz son tales, que la verdad sigue flotando sobre aquel naufragio de todas las reglas más rudimentarias, como el espíritu de Dios corría sobre las olas del caos antes de la creación.

El cuadro del Sr. Vascano, á falta de belleza, se recomienda por su carácter verdaderamente típico. Aquellos edificios de ladrillo ennegrecidos por la acción del tiempo y deteriorados por la incuria del hombre; aquellos senderos abiertos no para el tránsito, sino por el tránsito del vecindario; aquella compenetración de una tierra sin cultivo y de un pueblo sin policía, donde no se sabe si la población invade el campo, ó si el campo invade la población; todo aquello da perfecta idea de estos pobres lugares castellanos, donde la pereza del hombre ayuda á la esterilidad del suelo, y donde la esterilidad del suelo justifica en cierto modo la pereza del hombre.

Compárese ese retrato de nuestra miseria con el que de las *Llanuras de Normandía* (núm 271) nos presenta el Sr. Estevan, escrito también en prosa, más correcta, pero no más enérgica que la del señor Vascano. Allí la heredad, perfectamente cultivada, tiene por límites, de un lado la carretera, y de otro el ferrocarril, que la circundan como dos brazos tendidos para llevar al comercio los productos de la agricultura. La actividad individual y la colectiva se codean como buenas amigas.

Esos dos lienzos son lo que Zola llamaría dos «documentos». Sin desconocer el valor estadístico de esos curiosos datos, yo, en la esfera del arte, prefiero á la interesante geografía de los Sres. Vascano y Estevan, la topografía un poco fantástica del señor Muñoz Degrain en sus *Ecos de Roncesvalles* (núm. 660) Posible es y aun probable, que el lugar indicado por el título nada tenga que ver con el sitio copiado por el pintor; y, por mi parte, me atrevo á dudar que la cordillera pirenaica presente rocas de aquel color ni sierpes de aquel tamaño. Pero todo eso se salva á poca costa cambiando el nombre y trasladándonos con el pensamiento á la Serranía de Ronda ó á las gargantas de la Alpujarra, y suponiendo que aquel esqueleto roído por los buitres, en vez de ser el de Roldán, ahogado por Bernardo, según la leyenda, es el de D. Alonso de Aguilar, muerto, según la historia, á manos del Ferí de Benastépar. Por lo demás, los esqueletos, sobre no hacer falta para nada, son lo menos recomendable del cuadro, y resultan un poco desdibujados, en comparación de aquellas rocas modeladas con tanta valentía.

Ese afán de dar carácter histórico á los lugares copiados por el artista, suele deslucir los asuntos mejor elegidos y más acertadamente desempeñados.

Ejemplo de esa verdad es la soberbia marina que el Sr. Ruiz Luna titula *Combate naval de Trafalgar* (núm. 844). Nunca ha tenido el mar retratista más fiel, ni la marina historiador menos experto que ese distinguido pintor gaditano. Cuentan (no sé si es fábula) que el infante D. Antonio, almirante lego—aunque no por derecho propio, como el señor Duque de Veragua, sino por gracia, ó por chiste, de su augusto sobrino Fernando VII *el Deseado*—procurando con loable celo ensanchar el círculo de sus conocimientos náuticos, hubo de preguntar un día si la barca en que iba cruzando el Tajo cerca de Aranjuez era fragata ó navío. Sin hallarme investido de tan alta dignidad naval, me atrevería yo á dirigir la misma pregunta al Sr. Ruiz Luna, respecto del barco presentado á la izquierda de su cuadro. Ni la forma del casco, ni la relación de magnitud que guardan con él los cadáveres tendidos sobre su cubierta, ni la proporción que resulta entre el espesor demasiado exiguo de su borda y la mena relativamente enorme de su cordaje, inducen á considerar como buque de alto bordo aquella embarcación, cuyo tamaño, estimado á ojo de buen cubero, puede exceder en poco al de un patache, sin llegar ni con mucho al de una fragata de guerra. Lo peor del caso es que esa pequeñez aparente del casco achica por comparación la magnitud del oleaje; y así, aquel agua (magistralmente pintada), á pesar de su azul intenso, no da clara idea de la alta mar, porque las olas, reducidas al tamaño que suelen tener las ondas de un estanque azotado por el viento, no retratan la agitación propia del Océano en las cercanías de un cabo y en los preliminares de una tormenta como la que siguió al combate de Trafalgar.

Lástima es que el Sr. Ruiz Luna no se haya contentado con presentarnos un mar despejado de barcos, ó surcado cuando más por unas cuantas lanchas pescadoras. Entonces la ilusión sería completa Por mi parte, no recuerdo haber visto nunca mejor representado el bulto, el movimiento ni los cambiantes del oleaje.

En una palabra, el mar del Sr. Ruiz Luna es un arrogante mozo bastante mal vestido: con presentarlo otra vez desnudo ó mejor ataviado, estará el artista al cabo de la calle y á la cabeza de nuestros marinistas más distinguidos.

Superior en carácter, aunque inferior en exactitud de colorido, es *El Viático á bordo* (núm. 577), del Sr. Martínez Abades. La escena interesa por la verdad con que está presentada, y las figuras son superiores á las que, por regla general, nos propinan en sus cuadros los pintores de marina y paisaje. El fondo es también muy digno de estimación, aunque el mar se me hace demasiado pálido, y demasiado verdes los reflejos de los barcos en el cristal de las aguas.

Mucho carácter tienen también las *Tumbas de Poblet* (núm. 876), pintadas por el Sr. Rusiñol con gran seguridad de pincel y con gran fuerza de sentimiento. Poblet es el panteón de las glorias aragonesas; y aquel patio desierto, con su suelo alfombrado de hierba y sus sepulcros tapizados de liquen, es el símbolo más elocuente del olvido, cerniéndose sobre los siete pies de tierra ó de mármol con que mide Dios todas las grandezas humanas.

El cuadro del Sr. Rusiñol reune á sus demás virtudes la corrección del dibujo y el relieve del modelado: cualidades raras en este género de obras.

Y sin embargo, dibujar y modelar es tan necesario en un cuadro de paisaje ó de frutas como en uno de historia.

El modelado es la ventaja que llevan las *Flores y espinas* (núm. 681), del Sr. Nogales, á las del mismo Gessa (núm. 373) y á los *Pensamientos* (números 385 y 386) de su distinguida discípula D.ª Adela Ginés, que, en cuanto á lo demás, son muy notables por la viveza y verdad del colorido.

El modelado es también lo que recomienda principalmente *La Tarde* (núm. 345), del Sr. García Rodríguez. Sus álamos blancos tienen verdadero cuerpo, y son además justísimos de tono. Si los chopos del Sr. Espina tuvieran esa solidez, serían más dignos de arraigar en los terrenos que ocupan el primer término del cuadro titulado *Marzo* (núm. 249).

La solidez es también el principal mérito de la marina que con el título de *Epílogo* (núm. 610) presenta el Sr. Meifren: el colorido no me satisface tanto. Y mucho menos me agrada el del cuadro titulado *Mi estudio* (núm. 609).

Arriesgado es dictar sentencia condenatoria en materia de colorido, tratándose de sujeto tan inconstante, tan vario y tan caprichoso como el mar. Yo sólo me atrevo á decir que nunca lo he visto con manto capitular de Carlos III, como el Sr. Meifren me lo presenta. No recuso la veracidad del distinguido pintor barcelonés, cuya honrada palabra me merece entero crédito. Indudablemente, así lo ha visto cuando así lo ha pintado. Pero como nadie está libre de alucinaciones, pongo su mar en cuarentena, hasta tener la fortuna (ó la desgracia) de verlo por mis ojos. Debo añadir, sin embargo, que aun después de comprobar la exactitud del testimonio dado por el Sr. Meifren, todavía tomaría yo la precaución de guardarlo como dato científico, sin llevarlo á la esfera del arte; porque el arte, no contento con la verdad, exige la verosimilitud, y esa no se logra representando casos anómalos y circunstancias excepcionales. La Naturaleza tiene también sus extravagancias: sorprenderla en esos momentos de extravío es en cierto modo un abuso de confianza, que suele pagarse caro. Los dos escollos del arte son lo vulgar y lo rebuscado: para evitar naufragios, conviene mantenerse á razonable distancia del uno y del otro.

Ni vulgares ni rebuscados son los *Fresones* del señor Gessa (núm. 376), ni las *Lilas* (núm. 299), de D.ª Fernanda Francés, ni las *Uvas* (núm. 759), de D.ª María Pirala: allí el colorido es exacto sin perjuicio de la brillantez, y brillante sin daño de la exactitud.

A la exactitud del colorido deben también su mérito los pocos interiores que ofrece la Exposición. Al frente de ellos pongo el *Astillero de Pasajes* (número 662), pintado por Muñoz Degrain. Este año no hay que buscar aquellos monumentos á que en otro tiempo nos tenía acostumbrados el maestro Gonzalvo; pero, en fin, del lobo, un pelo.

Y ya que estamos en el capítulo del colorido y del interior, no quiero pasar en silencio dos cuadros que omití al reseñar los de figura, por ser más notables como notas de color que como representaciones de escenas humanas. Uno es la *Misa pontifical* (número 913), del Sr. Santa María; otro el titulado *A buen juez, mejor testigo* (núm. 618), del Sr. Menéndez Pidal. Ambos pintores se presentan ricos de esperanzas. El primero es un colorista brillante á la manera de los venecianos. Cuando debajo de aquellos espléndidos ropajes introduzca figuras dignas de ellos, no habrá nada que pedirle. El segundo sigue por opuesto camino las huellas de Velázquez. Su gama es la misma del gran maestro: ahora falta que la maneje como el autor de *Las Meninas*. Ya le tiene cogida la paleta: si algún día logra robarle el pincel, será el representante más castizo de nuestra escuela nacional.

Notable por la verdad del color es también el paisaje que el Sr. Sánchez Perrier denomina *Febrero* (núm. 902). Además, aquel pedazo de bosque solitario infunde una dulce tranquilidad muy en consonancia con el sueño de la Naturaleza durante el invierno.

Ese amor de la quietud y de la soledad despiertan también los cuadros del Sr. Lhardy: sobre todo sus *Pinos de Asturias* (núm. 497).

Y esa misma impresión dejan las *Peñas de Europa* (núm. 1.024), del Sr. Vilar, pintor aun más estimable por la elección de sus asuntos que por la habilidad de su pincel.

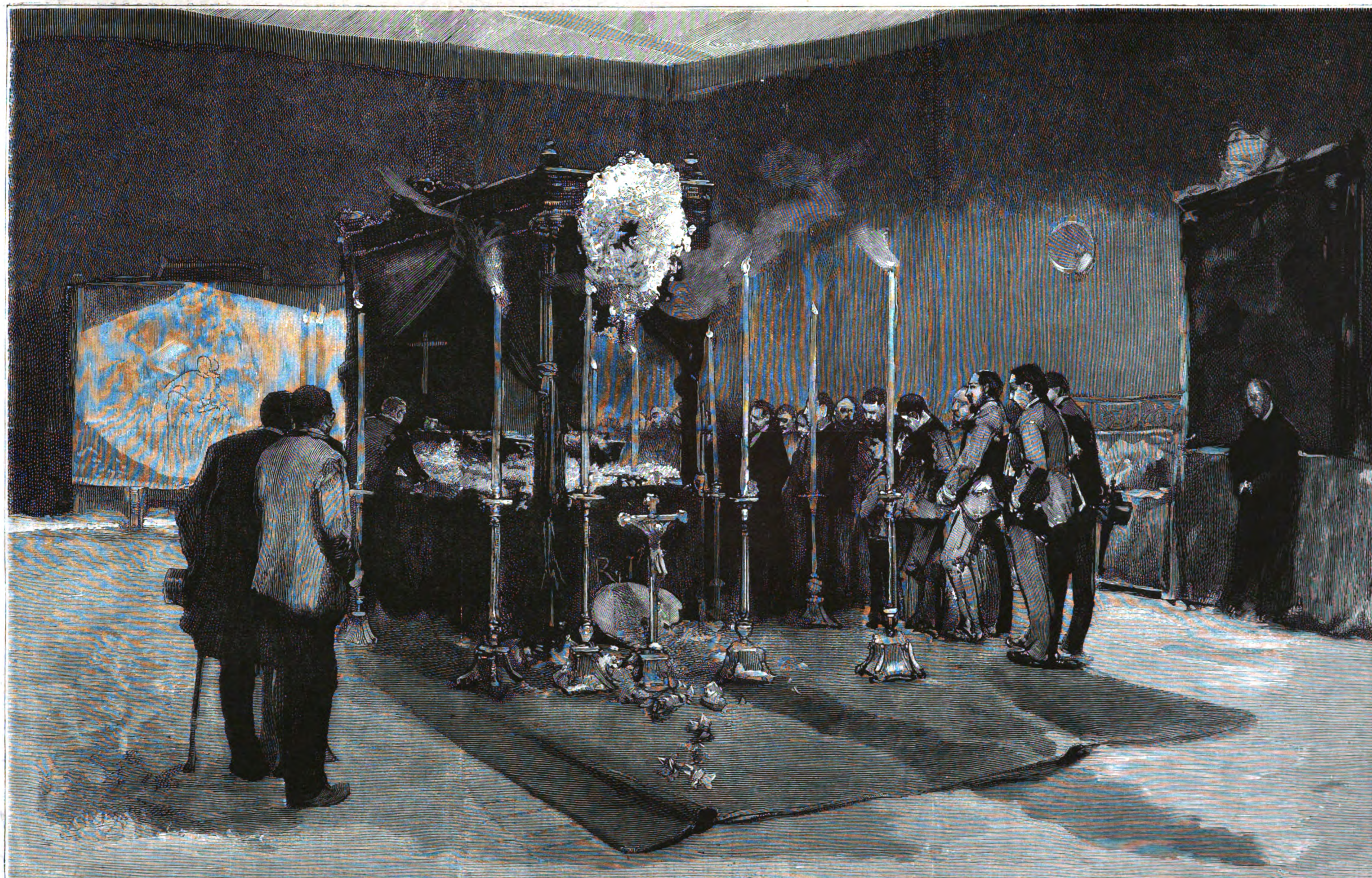
El propio sentimiento inspira el *Nacimiento del Ebro* (núm. 884), del Sr. Sainz, cuyos países, justísimos de tono y perfectamente dibujados, agradarían



PINTANDO LA CAPILLA DE CARLOS III, EN SAN FRANCISCO EL GRANDE.

DIBUJO ORIGINAL DE D. ALEJANDRO FERRANT, COMPAÑERO DEL INSIGNE PINTOR.

EN MEMORIA DE CASTO PLASENCIA.



EL ESTUDIO DEL MALOGRADO ARTISTA EN LA TARDE DEL 18 DE MAYO DE 1890.

APUNTE DEL NATURAL, POR D. JOAQUÍN SOROLLA.

siempre, aunque no tuvieran en su abono esas recomendables virtudes.

Porque (bueno es decirlo) el arte no es un juego de manos ni un negocio de mera habilidad. Cuatro versos desaliñados de Becquer llegan mejor al alma que cincuenta endecasílabos magistralmente labrados por D. Juan Nicasio Gallego.

Otro tanto sucede en pintura; y ahí está para probarlo el Sr. Urgell. Su pincel no se distingue por la soltura, ni su imaginación por la movilidad. Veinticinco años lleva ejecutando variaciones sobre un mismo tema. Una llanura escasamente iluminada por la dudosa luz del crepúsculo; un ligero celaje enrojecido por el último resplandor solar, señalando el límite del horizonte; y nada más: ese es el tema. Las variaciones consisten en algún accidente sin importancia: una cerca, un matorral, un grupo de árboles, todo ello tocado con una timidez que hace sonreir á nuestros menos atrevidos brochistas. Una sola vez se decidió el Sr. Urgell á levantar una torre, á suspender en ella una campana y á colocar al pie una pobre campesina rezando. Delante de su cuadro formaba el público un grupo continuamente renovado; y *La Oración de la tarde*, uno de los triunfos de aquella Exposición, señaló y sigue señalando la altura máxima á que llega la marea de la inspiración en el ánimo de nuestros paisistas.

Hoy se sabe más, pero se siente menos.

Con recorrer la galería de dibujos y grabados, se pueden estimar los adelantos técnicos realizados en estos últimos tiempos. La comparación no es difícil, porque algo hay allí de lo que antes se hacía.

Acuarela, pastel, agua fuerte, todo eso era cosa rara veinte años ha Hoy todo el mundo lo hace, y muchos lo hacen bien.

Los dibujos de Jiménez Aranda nos presentan al artista en el terreno más adecuado para lucir sus mejores facultades naturales y adquiridas.

Los de su discípulo García Ramos prueban que el maestro sembró en tierra fértil y que Dios bendijo su trabajo.

Buenos son también los de Pascó.

Y los de Gastetón.

Y la marina de Campuzano.

Y las copias de Ríos.

Y, sobre todo, las aguas fuertes de Araujo y de Maura.

A propósito: no veo los nombres de estos dos en la propuesta de recompensas.—¿Por qué?—Supongo que mediará alguna razón puramente reglamentaria.

En otro caso, lo sentiría..... por el Jurado.

FEDERICO BALART.

EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

Nos hacemos conducir á la casa del joven pachá para entregarle la carta del Sultán, que es como el «ábrete, Sésamo» que nos da acceso á esta ciudad callada. Desde luego observamos que los muros de la casa pachalesca no son decrépitos, sino que están enjalbegados de cal inmaculada, y que en sus techos no crecen hierbas salvajes. Vense por allí varios graves personajes, sentados en unas piedras, aguardando audiencia: todos ellos van envueltos en blancas muselinas de lana retenidas por cordones de seda, y que velan los trajes de paño azul ó rosa.

El joven pachá nos recibe en el umbral de su puerta; murmura una bendición piadosa, y besa el sello del Sultán sobre la carta que le presentamos: después la lee, y se pone á nuestras órdenes para enseñarnos los jardines de Aguedal, que él sólo tiene derecho á hacer abrir.

—¿Cuándo queréis poneros en camino?—nos pregunta el alto funcionario.

—Ahora mismo, si es posible—le contestamos.

El pachá hace una seña, y uno de sus servidores corre á buscarle su caballo.

A los pocos momentos, es traído éste por dos esclavos negros que le conducen de las riendas. Es blanco, magnífico y brioso, con larga cola que le arrastra casi por el suelo. La silla y la brida, de seda color verdeagua, están bordadas de oro.

Emprendemos la marcha, en seguimiento del pachá, siéndonos necesario atravesar Mequinez en todo su largo, pues el palacio y los jardines del Sultán están muy lejos. Los escasos transeuntes que hallamos á nuestro paso se inclinan respetuosamente ante el joven jefe, ó se adelantan para besar el borde de su albornoz.

Por doquiera no vemos más que formidables bastiones almenados, espacios vacíos, ruinas cuyo plano es incomprensible, murallas minadas y carcomidas por la base, que se tienen de pie no se sabe cómo, pero que, á pesar de su decrepitud, conservan un aspecto imponente y feroz con sus proporciones excesivas y sus altas almenas.



Hacia el centro de Mequinez, llegamos enfrente de una muralla más grande todavía que las que hemos visto anteriormente, infinitamente larga y alta, y que encierra otra ciudad dentro de la ciudad; solamente que más cerrada é impenetrable. Delante hay una explanada, desde la que se dominan lontananzas tranquilamente tristes, series de paredones agrietados, minaretes muertos, terrados vacíos. En torno nuestro hay ahora un poco más de animación; gentes encapuchonadas con albornoces del color de la piedra; un grupo de mujeres judías, con vestidos de terciopelo azul y rojo bordados con lentejuela de oro, que parecen extraordinarias muñecas resplandecientes sobre la uniformidad monótona de todos estos grises neutros. Y en este momento divisamos á lo lejos unos jinetes que parecen fatigados de un largo camino, y que nos hacen señas de que nos detengamos, mientras corren hacia nosotros.....

¡Ah, son nuestros regalos, es decir, los regalos que el Sultán nos envía! ¡Loado sea Alah! ya no contábamos con ellos.

Hay un hermoso caballo tordo destinado al Gobernador de Argelia, y que el Sultán nos encarga de llevarle, y para nosotros, un gran cajón clavado, que forma la carga de una mula. Damos orden á los jinetes de que vayan á esperarnos en nuestro campamento, fuera de los muros de Mequinez; pero habiéndose esparcido el rumor de que el Sultán nos manda unos regalos, la gente empieza á agolparse en círculo en derredor de nosotros, considerándonos como unos personajes de gran categoría.

Dentro de mucho tiempo, cuando se me ocurra contemplar en mi casa estos dones del Kalifa, ¡quién sabe si recordaré hasta el fin en medio de qué decoración extraña y luminosa han aparecido ante mí por primera vez, sobre esta plaza de Mequinez, delante del desierto palacio de Muley-Ismail, el sultán cruel!.....

Proseguimos nuestro camino hacia los jardines de Aguedal, siempre costeando la funebre muralla gris que recorta allá en lo alto sus agudas almenas sobre el azul del cielo. Al presente nos hallamos en otra plaza, la mayor y más céntrica de Mequinez, rodeada de minaretes y de casas viejas sin ventanas, embadurnadas de cal blanca. Y en la monótona muralla cuya inflexible línea venimos siguiendo desde hace tan largo rato, se abre, como una sorpresa, una maravillosa puerta de palacio, dando testimonio de que este lugar, que tiene el pavoroso aspecto de una prisión, ha sido un día la guarida de un sultán magnífico, refinado como un artista en su lujo extraño. Delante de esta soberbia puerta, en el centro de un ancho rayo de sol que dibuja en el suelo las simétricas siluetas negras de las almenas, se agita un grupo de jinetes inverosímiles, que parecen muy pequeñitos sobre sus caballos ensillados de terciopelo, que ríen alegremente con voces infantiles, y cuyos albornoces, en lugar de ser blancos como los llevan generalmente los hombres, son de los más vivos y frescos matices conocidos. Es una cuadrilla de escolares que continúan la fiesta de ayer; pequeños *amines*, pequeños pachás lujosamente vestidos, montados en las sillas de gala de sus padres: regocijada cabalgata de niños que se organiza en medio de las tristes ruinas, admirable de color en la claridad intensa de este rayo de sol, sobre el fondo pesado y sombrío de estas antiguas murallas de palacio. Yo creo que este cuadro inesperado, superior á todos los demás que he visto, quedará en mis recuerdos como el más oriental que se ha presentado á mis ojos en todo mi viaje al Moghreb.

¡Oh, qué asombrosa maravilla, aquella puerta de un palacio, abierta en los inmensos murallones! ¡Y cuán encantadores, cuán bizarros parecen estos niños sobre sus hermosos caballos! Hay, sobre todo, uno pequeñito, que podrá tener de cinco á seis años: lleva albornoz color salmón, y la silla es de terciopelo verde; monta un gran caballo que relincha, se encabrita y hace saltar hasta la carita del jinete sus crines blancas y rizadas. El chico no tiene miedo: se sonríe, y pasea á derecha é izquierda sus hermosos ojos para ver si le miran. ¡Qué criatura tan graciosa, y qué magnífico jinete será con el tiempo!

La puerta de que he hecho mención, y que data del reinado del sultán Muley-Ismail el Cruel, contemporáneo de Luis XIV, es una gigantesca ojiva, soportada por pilares de mármol, y á la que sirven de marco deliciosos festones. Toda la parte de muralla en que se halla enclavada la puerta de que me ocupo, está revestida, en toda su altura, de mosaicos de azulejos, finos y complicados como esos bordados antiguos que se pagan á subido precio. Los dos bastiones cuadrados que la flanquean á ambos lados, también están cubiertos de mosaicos muy parecidos y descansan igualmente sobre pilares de mármol. Allí ha acumulado la fantasía del artífice las rosáceas, las estrellas, los enmarañamientos sin fin de líneas quebradas, las combinaciones geométricas más inimaginables, que desorientan los ojos y extravían la imaginación como un juego de rompecabezas, pero que dan testimonio del gusto más seguro y más original. Como si el autor de aquel delicadísimo trabajo se hubiera complacido en amontonar dificultades y en vencerlas, los azulejos están mezclados con miriadas de pedacitos de barro barnizado, ya en hueco, ya en relieve, de modo que el conjunto produzca desde lejos la ilusión de una tela brochada con reflejos deslumbrantes que hubiese sido tendida sobre las piedras para romper un poco la monotonía de los elevados muros almenados. El amarillo y el verde son los dos colores que dominan; pero los siglos, las lluvias y el sol se han encargado de fundir todas las tintas, de armonizarlas, de cubrir el conjunto con una patina de tono caliente y dorado. Unas fajas sombrías, como anchas cintas de luto tendidas horizontalmente, atraviesan y encierran como en unos marcos todo aquel prolijo bordado: son inscripciones religiosas, caracteres árabes pacientemente ejecutados en mosaico de azulejo negro. Y todo á lo largo de la faja superior, se ven unos garfios de hierro, iguales á los que hay en las tiendas de los carniceros, destinados evidentemente á recibir filas de cabezas humanas.....

No sé cómo describiros el camino que conduce á los jardines de Aguedal sin cansaros con mi narración: otras murallas interminables, otras puertas con mosaicos, otras series de bastiones y de almenas. Diríase que estos Sultanes de Marruecos habían vivido en perpetua guerra con todo el universo. A medida que caminamos nos vamos internando más y más en una región abandonada y ruinosa. ¡Cuánta plaza inmensa, desierta, rodeada de murallas cayéndose, cuánta ojiva rota, cuánto muro desmoronado! Y la soledad por todas partes: no se ve ningún ser viviente, aparte de las cigüeñas encaramadas sobre las ruinas. A veces encontramos campos sembrados de trigo, entre altos muros imponentes que antiguamente han debido resguardar cosas muy escondidas. Aquí y allí aparecen, por encima de la aburrida monotonía de las eternas murallas almenadas, grandes techos de azulejos verdes tapizados de musgo y de flores salvajes; palacios de pasados Sultanes, cuyas puertas han sido cerradas después de la muerte del dueño, dejando que la intemperie y los siglos cumplan su obra de destrucción, pues un Sultán nuevo no debe jamás habitar la misma morada que su predecesor..... Y sobre este caos de destrozos reina siempre y por todas partes la misma exuberancia de hierbas y de flores; verdaderos parterres de margaritas, de anémonas, de amapolas blancas y rosas; inmensos jardines naturales, deliciosamente tristes.

Marchamos siempre, conducidos por el joven pachá, trotando en pos de su caballo blanco, enjaezado de verde y oro. No sabemos ya si estamos en la ciudad ó en los campos, por lo mal definido que está el límite de

las ruinas: alrededor de nosotros siguen viéndose todavía grandes paños de muralla sin concluir, y ya próximos á derrumbarse de vejez, caprichos de diferentes soberanos que se han sucedido en el trono del Imperio, y que han desaparecido después en el abismo eterno, antes de haber podido ver concluída su obra comenzada.

***

¡Los jardines de Aguedal! ¡Qué sitio tan desolado, qué aspecto de tristeza inesperada, aun después de todas las cosas tristes y fúnebres que nos hemos acostumbrado á ver en este país! Lo primero que se ofrece á nuestras miradas es una puerta desvencijada y carcomida, que se abre con un aire clandestino al extremo de un sendero de hierbas, en las altas murallas: al llamamiento del pachá, un guardián de barba blanca descorre los cerrojos; interiores, y los vuelve á correr apenas hemos pasado. Luego hay un primer recinto rodeado, por supuesto, de muros de cincuenta pies de alto; sigue después una segunda puerta con sus correspondientes cerrojos: luego otro recinto y otra puerta, y por fin, surgen á nuestra vista los jardines..... Quedamos sobrecogidos ante la desnudez inmensa de una especie de pradera sin límites, tapizada de hierba corta y de margaritas, donde pacen en estado salvaje rebaños de caballos y de bueyes, donde corren en libertad bandadas de avestruces, y donde yacen por tierra no pocas osamentas de animales. De lo que nosotros conocemos por jardines no se ve allí nada, como no sean unos cuantos árboles que forman un pequeño huerto: aparte de esto, nada más que una grandísima pradera cercada de muros, pero tan extensa, que la muralla gris va perdiéndose en el horizonte hasta no parecer más que una línea que rodea la llanura donde están esparcidos aquellos diversos rebaños. Más allá la campiña está absolutamente solitaria, y es de un verde sombrío: diríase un sitio de los países del Norte, en una comarca sin aldeas y sin caminos; algún parque de antiguo castillo señorial en una región abandonada. Estos caballos, estos bueyes, estas margaritas blancas entre la hierba, y hasta las ranas que cantan en los numerosos charcos, recuerdan también nuestros climas. Lo que constituye la única nota disonante y exótica, es este jefe árabe que camina á nuestro lado, y estos avestruces que corren de un lado para otro sobre sus largas piernas delgadas. Si el sitio es triste, en cambio nada tiene de común ni vulgar, pues sin duda alguna es bien contado el número de europeos que han podido penetrar en los *jardines* del Sultán.

Nuestras mulas caminan con cierta vacilación: tienen miedo de los esqueletos de animales esparcidos por el suelo, y se asustan de los avestruces que se aproximan para vernos, alargando su escueto pescuezo, y que luego salen corriendo, meneando el cuerpo sobre sus largas patas.

Tenemos curiosidad por saber qué ha sido de tres yeguas normandas, regaladas por el Gobierno francés á Muley-Hasán hace cerca de cuatro años, con ocasión de una embajada precedente, y nos adelantamos para ver de descubrirlas entre tantos animales de su clase que andan por allí. Por fin, después de mucho andar, concluimos por dar con las yeguas normandas, que se mantienen apartadas de sus congéneres, y formando visiblemente un grupo aparte. Cada una de ellas tiene al lado su potrito, y no deja de asombrarnos el ver que estas bestias, al cabo de cuatro años, se acuerden todavía de su patria de origen, vivan así juntas, y parezcan comprender su destierro.....

Vamos luego á visitar tres ó cuatro antiguas construcciones adosadas al muro de circuito, y situadas á gran distancia las unas de las otras: son kioscos de jardín, rodeados de algunos cipreses negros, y con miradores sostenidos por viejas columnatas que han debido ser lindísimas. Abandonados tal vez hace siglos, son tristemente fúnebres bajo las capas de cal sucesivamente amontonadas, que han borrado los finos arabescos. Las puertas que dan entrada á estos kioskos están condenadas, y tapiadas algunas con ladrillos para que nadie penetre. Sin duda, hermosas sultanas claustradas é invisibles han debido venir frecuentemente en otros tiempos á sentarse bajo estos miradores, para hacerse á sí mismas la ilusión de la libertad contemplando estas inmensas praderas pobladas de margaritas. Y aquí han debido tener lugar misteriosos dramas de amor, que jamás serán escritos.....

Al salir de los jardines de Aguedal, el joven pachá nos guía por otros caminos á través de dependencias interiores del palacio, siempre entre las gigantescas murallas almenadas de una altura excesiva, que comunican á este lugar su carácter de impenetrabilidad huraña. Los patios, las avenidas, las plazas que atravesamos están todas desiertas. El color del conjunto de estos montones de ruinas es el amarillo terroso, veteado de rojo obscuro; la cal empleada en Mequinez está generalmente mezclada con ocre, y, sobre todo, los años, el sol, las lluvias y los líquenes, han devuelto á todo esto las tintas primitivas de las rocas y de la tierra.

Las dependencias del palacio son extensísimas. En las cañadas, por donde se deslizan silenciosos arroyuelos, hay huertos incultos de naranjos, higueras, sauces y granados, del más delicioso efecto. Las hermosas sultanas cautivas tienen allí facilidad de perderse bajo la verdura, y de hacerse la ilusión de que discurren por los bosques salvajes.

En todas las hendiduras de las murallas han arraigado cactus, grandes como árboles, que ostentan al sol sus flores amarillas y sus hojas rígidas; un gran número de cigüeñas, inmóviles sobre una pata en la punta de las almenas, nos miran pasar desde su alta guarida.

El pachá nos lleva á ver un pequeño lago artificial, destinado á servir de baño á las damas del harén, y en cuyas aguas se propone el Sultán hacer navegar la canoa eléctrica que le trajimos de regalo. El lago tiene cerca de cuatrocientos metros de largo. Tres de sus lados están cercados por la eterna consabida muralla de sesenta pies de alto, que se refleja en el agua inmóvil, dando á ésta una falsa impresión de profundidad. El cuarto lado comunica, por medio de un muelle empedrado de baldosas, con la gran explanada vacía que conduce directamente al palacio.

Allí es donde nos paseamos, completamente solos, en tanto que nuestros ojos abrazan por todos lados series de formidables murallas, que se superponen, se cruzan y se dividen en múltiples paños, produciéndonos el efecto de un inmenso encierro. Por encima de estos viejísimos muros agrietados, que ahora calienta el sol del mediodía, aparecen de nuevo las techumbres, cubiertas de hierbas, de los derruidos palacios de los antiguos sultanes, que tal vez abrigan en su interior cosas maravillosas que nadie ha visto, ni nadie volverá á ver; y más allá, una confusión de terrados, de minaretes, de paredes agrietadas y vacilantes: toda la desolación solemne de Mequinez, destacándose sobre el cielo taciturno. Una ingrata música de cigarras sale de las viejas piedras, y toda la superficie del lago amurallado está cubierta de pequeños puntos negruzcos, que son cabezas de ranas cantando en el silencio de las ruinas.....

Una sola construcción nueva surge allá abajo, entre tanta cosa vieja: es el palacio del Sultán actual, blanco como la nieve, con un techo de azulejos verdes y ventanas azules. Muley-Hassán no reside en él más que un mes al año, porque sus deberes de jefe del Estado le obligan á residir habitualmente en Fez ó en Marruecos, sus otras dos capitales; pero en este momento el palacio de Mequinez está habitado por un destacamento de damas del harén que vinieron de Fez en la semana última, y que, por supuesto, han sido cuidadosamente secuestradas detrás de varias filas de paredes, antes de que llegáramos nosotros.

En el momento en que emprendemos nuestro regreso, un grupo de esclavas negras, con grandes argollas de plata en las orejas, salen de palacio llevando líos de ropa en la cabeza: son las camisas de las bellas damas invisibles, que las esclavas negras se ponen á lavar indolentemente en el lago, entonando canciones de su país.

(Continuará.)

LA REVOLUCIÓN SOCIAL.

(CARTAS DEL COMPAÑERO ESPÁÑEZ.)

Madrid, 1.º de Mayo de.....

(Las cifras del año están borrosas y son ilegibles.)

Ya ha sonado, querido amigo, la hora de la emancipación de los desheredados. Al despotismo del Trono y de la nobleza, que supo sacudir el tercer estado á fines del siglo XVIII y á principios del XIX, sucedió la opresión del capital sobre las clases obreras. Los antiguos señores, movidos tal vez por egoístas intereses, atendían con relativa solicitud á sus vasallos. Eran el estómago de aquella sociedad; pero cuidaban al menos del brazo que les proporcionaba el sustento.

Si la Iglesia poseía considerables bienes, los usufructuaba en gran parte el menesteroso; al predio concejil, comunal ó de propios se acogía el mísero labriego, y hasta la indolente acción del patrimonio del Estado ó de la Corona constituía muchas veces el pan de la indigencia; pero á medida que fueron desapareciendo las manos muertas, para convertirse en propiedad individual, el poseedor procuró sólo extremar para sí el producto, dejando en abandono y desamparo al desvalido.

La burguesía, devorada por la codicia, entregábase á la desenfrenada explotación del sudor del pueblo, del hambriento y sufrido pueblo, á su calor nacida. En vano durante medio siglo quiso entretenerle con ilusorias libertades, que él, inocente y ciego, acogía con candoroso júbilo. Sometidas las reformas políticas á los procedimientos experimentales, quedaron de manifiesto sus menguados frutos, y roto el velo del convencionalismo económico, apareció la realidad en todas sus formas descarnadas, sembrando el terror y el espanto en los insaciables comensales del festín de la fortuna.

....

Hoy al amanecer se han declarado en huelga los obreros de todas las ciudades del mundo civilizado. Las fuerzas de los poderes públicos han fraternizado con nosotros. El ejército, la Guardia civil, la de Orden público y hasta los alguaciles, han sido disueltos. ¡El triunfo es nuestro! ¡Pero qué triunfo! ¡Como no podía forjarlo el deseo! Lo único que me apena es la indiferencia, por no decir hostilidad, con que esos estúpidos labradores acogen la revolución social. No parece sino que ellos no son también los redimidos; pero se hará la luz, y penetrando en los más recónditos parajes de la tierra, iluminará el nuevo día como el más glorioso, excelso y esplendente que ha presenciado el género humano.

***

Madrid, 2 de Mayo.

El pueblo redimido del capital se entregó ayer á extraordinarias expansiones de alegría. Los desmanes fueron pocos, limitándose á alguna que otra venganza personal; pero hoy, agotadas las provisiones de los mercados, sin pan las tahonas y cerrados los almacenes, las gentes en confuso tropel, derribando puertas y atropellándolo todo, asaltan las tiendas de comestibles, con el vértigo y la desesperación del hambre. ¡Cuántos desórdenes! ¡Qué de crímenes! ¡Cuánta sangre derramada á impulsos del feroz instinto de conservación! ¡El movimiento revolucionario desborda los linderos de la igualdad, de la fraternidad y de la moral universal! Soy entusiasta defensor del socialismo, pero no quiero la anarquía. Hay que dar la batalla á los que se entregan al saqueo, al incendio y al asesinato. ¡A las armas, compañeros, contra esos insensatos adoradores de la negación! ¡Restablezcamos, ante todo, la paz, que después fundaremos sobre bases estables y duraderas la nueva sociedad.

***

Madrid, 3 de Mayo.

El Museo del Prado, el Congreso, la Bolsa y el Banco de España están ardiendo. Los anarquistas, arrojados del centro de Madrid por improvisadas legiones de socialistas, se baten en retirada; pero en su desesperación apelan al petróleo, á la pólvora y á la dinamita, y destruyen cuanto encuentran al paso. ¡Guerra sin cuartel al enemigo! Cuantos caigan en nuestras manos perezcan colgados de las farolas eléctricas, que después, cuando impere la justicia sobre la tierra, suprimiremos la pena de muerte.

***

Madrid, 4 de Mayo.

Las turbas de anarquistas se retiran por la carretera de Vallecas. La estación del ferrocarril del Mediodía parece inmenso volcán en ignición. Al rojizo resplandor del cercano incendio, se ve á los pobres enfermos del Hospital general agolpados á las rejas, mientras que sus voces de auxilio ensordecen el aire. Ha cuatro días que carecen de alimentos: los petroleros saquearon las provisiones. ¡Y gracias que los médicos, los enfermeros y las Hermanas de la caridad no se adhirieron á la huelga! Se refieren prodigios de abnegación y heroísmo por parte de aquellas ciudadanas. ¡Lástima grande que la Revolución no pueda conservarlas en sus puestos; pero ante todo están los principios, que sólo admiten el servicio laico. ¡Las infelices se empeñan todavía en creer en Dios!

***

Madrid, 7 de Mayo.

La población está tranquila. Nos vemos al fin libres de anarquistas. Los que se salvaron de la refriega ó de la justicia popular andan dispersos por el campo, donde los aldeanos armados de escopetas, hoces, horcas y palos, dan cuenta de ellos, acosándolos y persiguiéndolos como á perros rabiosos.

Acabamos de formar la Junta social revolucionaria. Reunidos al efecto unos cuantos compañeros en el Ministerio de la Gobernación hemos tomado la representación provisional, no sólo del pueblo de Madrid, sino de toda España y nombrado la comisión ejecutiva. Yo formo parte de ella. Los burgueses, resignados con su suerte, se han retirado á sus casas.

La primera medida de la Junta ha sido decretar la limitación del trabajo á un máximum de ocho horas diarias para los adultos y la supresión del trabajo á destajo y por subastas.

***

Madrid, 9 de Mayo.

Afluyen al mercado las provisiones, las tahonas trabajan, los burgueses no dicen esta boca es mía; por cuenta del Estado se distribuyen gratuitamente comestibles en abundancia, y sin embargo invaden las calles numerosos grupos de descontentos. Hace veinticuatro horas que somos poder y ya nos tachan de reaccionarios, no faltando quien pida á voz en grito nuestras cabezas. ¿Por qué? Porque la Junta no proporciona trabajo á la inmensa masa de obreros que carece de él. Los particulares se niegan á emprender obras y aun á proseguirlas, temerosos de que con las nuevas condiciones del trabajo sufra menoscabo el capital invertido en aquéllas. Otros van más allá: creen que según andan las cosas se suprimirán los alquileres. En cuanto á los patronos, ó dueños de industrias, la mayor parte dicen que prefieren vivir de sus economías, ó como simples obreros, á estar á merced de éstos. El capital se retrae, el dinero se esconde y falta el trabajo; pero ¿qué importa? El Estado lo resolverá todo.

***

Madrid, 11 de Mayo.

La Junta revolucionaria ha decretado que se construya y fabrique por cuenta del Estado. Edificaremos barrios de obreros, restauraremos los edificios incendiados, dándoles mejor destino en beneficio de las clases trabajadoras, y desde mañana funcionarán los talleres nacionales. El Estado será el supremo patrono.

***

Madrid, 12 de Mayo.

Esta mañana se ha dado comienzo á las obras; pero ha sido preciso suspenderlas á la mitad del día, porque llovía á cántaros. Los albañiles reclaman el jornal entero, aunque no han trabajado más que cuatro horas. Proponen, en cambio, ganar el tiempo perdido en cuanto abonance. La Junta, en nombre del principio fundamental de las ocho horas diarias de trabajo como máximum, no acepta semejante ofrecimiento, y acuerda: primero, que se abone el jornal íntegro; y segundo, que el Estado pague las deficiencias atmosféricas.

***

Madrid, 15 de Mayo.

Á las dos de la tarde se abre en el ex Senado la sesión pública de la Junta. Se leen peticiones de obreros solicitando una información oral. Se acuerda por unanimidad, y se da audiencia á los representantes del arte de la construcción. Los aprendices reclaman el mismo jornal de los peones, éstos el de los peones de mano

quienes á su vez no quieren ser menos que los maestros albañiles. Los últimos preguntan: «¿Por qué razón no hemos de disfrutar de los mismos emolumentos que tienen los maestros de obras ó los arquitectos?»

Se pone á discusión este asunto.

El compañero Simónez manifiesta que hay que darle á cada uno según la aptitud, y á la aptitud según las obras.

El compañero Blanes interrumpe al orador, diciendo que éstas son antiguallas, que los principios modernos no admiten la excelencia del trabajo, y que todos los obreros *materiales* ó *intelectuales* deben ser iguales ante la ley del salario.

Rectifica el compañero Simónez, y pide la votación inmediata.

Se acuerda por mayoría el principio nivelador.

Los arquitectos, los maestros de obras, los albañiles y los peones de mano, protestan, invocando sus largos estudios los unos, su reconocida habilidad los otros, y su práctica como ayudantes los demás.

El compañero Plata.—En efecto, se salvaron 200 millones en oro, plata y calderilla, gracias á la orden del gobernador del Banco, que mandó anegar las cuevas.....

Una voz en la tribuna pública.—Que se reparta ese dinero á todos los españoles.

El compañero Plata.—Somos 20 millones de españoles, y tocaríamos á 10 pesetas por cabeza. Con esto nadie saldría de apuros, y en cambio los billetes de Banco en circulación no tendrían valor alguno.

La misma voz.—Sólo á los necesitados.

El compañero Plata.—Si perdiesen su valor los billetes de Banco y no reconociéramos la propiedad, casi todos los españoles resultarían iguales.

La misma voz.—¿Y los burgueses que han vivido acaparando el metálico?

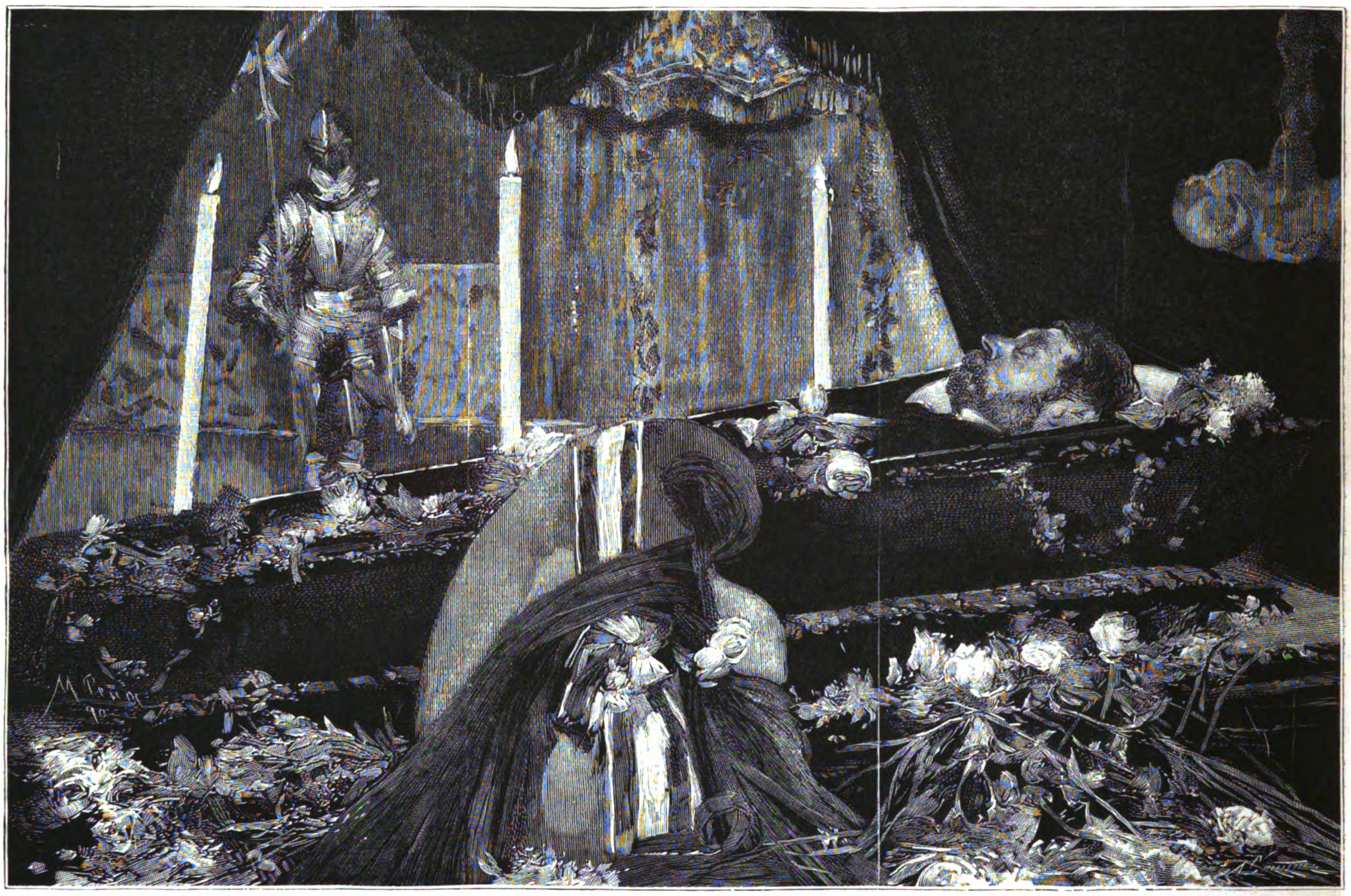
El compañero Plata.—Esta es una insignificante minoría.

El presidente, agitando la campanilla.—Basta de digresiones. Se va á leer una proposición incidental.

Con esta suma he de pagar los gastos de producción, que son los siguientes:

	Reales.
Cinco vueltas á la tierra (tres de barbecho, una para tapar el trigo y otra para arrejacar).............	5.000
Un sembrador, á 10 reales por día, y espacio de seis..................	60
Descardar y deshierbar.............	200
Segar, á razón de 15 reales fanega de tierra.........................	1.500
Acarrear, trillar, limpiar, conducir á la panera y acribar para la venta...	3.000
Contribución.....................	1.140
TOTAL GASTOS.....	10.900

Diferencia á mi favor: 3.100 reales; pero, deducidos los desperfectos del ganado y de los aperos de labranza,



MADRID.—CASTO PLASENCIA EN LA CAPILLA ARDIENTE.

(Apunte del natural por Maximino Peña, discípulo del ilustre artista.)

El compañero Blanes contesta que no puede admitir de ningún modo la aristocracia del trabajo. La junta, añade, acaba de tomar un acuerdo y hay que cumplirlo.

Los maestros albañiles montan en cólera, y amenazan con la huelga hasta que se reconozca su superioridad sobre los peones.

Ante la cuestión de orden público, muchos individuos de la Junta parecen dispuestos á revotarse.

El compañero Posádez propone la siguiente fórmula conciliadora: «La unidad de jornal; pero que éste sea cuatro veces mayor que en los ominosos tiempos del régimen burgués.» *(Aplausos estrepitosos.)*

El compañero Plata, encargado de los asuntos de Hacienda, se levanta indignado gritando: ¿Y quién va á pagar todo esto? ¿Los particulares? No hay uno que quiera edificar..... El capital se ha declarado en huelga.

Una voz.—Pues que se obligue á los dueños de solares á levantar edificios, sopena de perder la tierra.

El compañero Plata.—Esto sería muy bueno si hubiese quien la quisiera con semejante condición.

Otra voz.—Que se encargue el Estado.....

El compañero Plata.—¡El Estado, siempre el Estado, como si fuese mina inagotable! Ha quince días que triunfó nuestra noble causa, y las arcas del Tesoro están exhaustas. Impusimos contribuciones extraordinarias, y apenas han dado fruto.....

El compañero Blanes.—Pues á embargar y á vender las fincas.....

El compañero Plata.—¡Como si hubiese compradores!

El compañero Estrella.—¿Y el metálico que se salvó en los sótanos del Banco, para qué sirve?

Un secretario lee la siguiente: «Pedimos á la Junta que anule el acuerdo que acaba de tomar, y que disponga el nombramiento de una comisión de peticiones, la cual emitirá dictámen sobre el asunto de los obreros del arte de la construcción.»

Esta proposición da lugar á un borrascoso debate; pero al fin es aprobada.

El Presidente.—Las reclamaciones de los albañiles pasan á la comisión de peticiones. A su tiempo se proveerá.....

Una voz en la tribuna de la prensa.—*Ad calendas græcas.* ¡Como en las Cámaras burguesas!

⁂

Madrid, 18 de Mayo.

Un labrador de la provincia de Zamora, en representación de muchos de sus compañeros, solicita audiencia de la Junta revolucionaria, y, admitido á su presencia, se expresa en estos términos:

—Tengo en arrendamiento una tierra de pan llevar, y labro 200 fanegas de secano. De esta tierra no cultivo más que la mitad, alternando cada año, dejando el resto de barbecho, porque desgraciadamente no se puede hacer otra cosa en una gran parte de España, dadas las condiciones del suelo. Por lo tanto, siembro cada año 100 fanegas, y en los mejores, á razón de 6 fanegas de trigo por cada fanega de tierra de 300 estadales, recojo 600 fanegas.

De éstas hay que deducir: 100 para el dueño ó propietario de la tierra, y 100 para la siembra; total, 200. Me quedan, pues, 400 fanegas, que, vendidas por término medio á 35 reales, resultan 14.000 reales.

resulta que en los mejores años no me queda más que un mezquino jornal, con el que nos sustentamos mi mujer, cuatro hijos menores y yo.

Para conseguir este beneficio mis auxiliares y yo trabajamos por término medio, excluídas las fiestas de guardar, doce horas diarias.

Ahora bien, si me obligáis á trabajar ocho horas en lugar de doce (prescindiendo de que las faenas del campo permitan el menor descanso en ciertas épocas, como durante la siega y la trilla), yo os pregunto: ¿cuántas fanegas de trigo voy á recoger?

La respuesta es muy sencilla. Si trabajando doce horas recojo 600 fanegas, trabajando ocho, limitado el cultivo en una tercera parte, no obtendré más que dos tercios de producto, ó sean 400 fanegas.

De éstas, en vez de 100 no daré al propietario de la tierra más que 67, ó sea una tercera parte menos, y guardaré para la siembra otras 67; total, 134.

Me quedarán, pues, 266 fanegas, que vendidas á 35 reales, importan 9.310 reales, ó sea 4.690 reales menos de lo que recaudo ahora, ó 690 reales menos de los gastos de producción, sin contar mi trabajo.

En suma: ó me condenáis á perecer ó me obligáis á venderos el trigo un tercio más caro para que yo gane lo mismo que produce ahora mi tierra.

El compañero Blanes interrumpe al labriego, preguntándole:

—¿Si suprimimos al propietario, que no cultiva, y os regalamos la tierra, no saldréis ganando?

—No sé cómo esto puede ser—contesta el campesino—pues si quitáis la tierra al legítimo poseedor para dármela á mí, bajo pretexto de que yo cultivo y él no, por la misma razón mañana tendríais que regalar mis



EXCMO. SR. D. GERMÁN GAMAZO,
EX MINISTRO Y DIPUTADO Á CORTES.



EXCMO. SR. D. MANUEL PEDREGAL Y CAÑEDO,
EX MINISTRO Y DIPUTADO Á CORTES.



D. GUMERSINDO AZCÁRATE,
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL Y DIPUTADO Á CORTES.

mulas y mis aperos á los gañanes que me auxilian en el trabajo, porque ellos cuidan del ganado y emplean más que yo los útiles necesarios á la labranza. Supongamos, sin embargo, que no he de pagar la renta, ó sea las 67 fanegas de trigo. ¿Qué resultará entónces? Que vendidas éstas á 35 reales me producirán 2.345 reales, cuya cantidad unida á los 9.310 reales, que obtendría con las ocho horas de trabajo diarias, suma 11.655 reales, ó sea 2.345 reales menos de lo que gano ahora pagando al propietario y trabajando por término medio doce horas diarias.....

—¿Y si suprimimos la contribución?—pregunta el compañero Blanes.

—¡Eso nunca!—exclama el compañero Plata, encargado de la Hacienda.—¿Cómo pretendéis que haya ingresos sin contribuciones, y sin ingresos atender á las obras públicas, á los talleres nacionales, á las pensiones de los ancianos é inválidos y á otras complicadas y costosas reformas que traerá consigo la organización del trabajo por el Estado?

—Nosotros, compañero agricultor—dice Blanes—no deseamos que disminuya la producción de la tierra. Lo que queremos es que no trabajes más que ocho horas al día, como máximo; primero, para que tengas un razonable descanso y adquieras mayor instrucción y cultura, y segundo, para que los numerosos jornaleros, inactivos por falta de ocupación, suplan el forzado reposo de los demás. La tierra producirá lo mismo que antes, pero habrá más labradores.

—En este caso—repuso el colono—si ahora empleo, por ejemplo, seis gañanes, necesitaré nueve, ó sea una tercera parte más: se acrecentarán los gastos de producción y tendré que vender mi trigo un tercio más caro, y como lo mismo ha de acontecer respecto del carretero que conduzca el trigo al mercado, del molinero que lo convierta en harina y del panadero que haga el pan, el resultado será que este último llegará á vuestras manos un tercio más caro de lo que pagáis ahora. Por análoga razón subirá el precio de los demás artículos necesarios para la vida, y como el encarecimiento de las cosas perjudica en primer término al pobre, las primeras víctimas de la limitación del trabajo serán los jornaleros á quienes tratáis de favorecer, con sana intención, no lo dudo, pero sin calcular bastante las consecuencias.

—¡Ese hombre—exclama el compañero Blanes—está vendido al oro burgués!

—Visto—dice el compañero presidente.—Basta de agricultura.

Y se pasa á otro asunto.

⁂

Madrid, 27 de Junio.

Llevamos cerca de dos meses de juntas revolucionarias y las cosas van de mal en peor. Nuestro Gobierno fué muy breve. Después se constituyeron varias juntas sin que ninguna lograra, no ya normalizar la situación, sino ni siquiera resolver el menor de los conflictos que se presentan en la reorganización del trabajo.

El compañero Blanes, que tanto vociferaba en la oposición, en cuanto echó mano de la cartera de Hacienda, se hizo reaccionario, creyendo que así inspiraría cierta confianza para realizar un empréstito, mas á los tres días tuvo que resignar el cargo, víctima de la impopularidad, pues las masas le acusaban de venal y de traidor á nuestra causa.

El compañero Simónez, cuya rectitud y austeridad de principios eran proverbiales, llamado al poder en un momento de efervescencia popular, no supo tampoco dar gusto al proletariado, que, ó no comprendía las teorías de aquel incansable apóstol del socialismo, ó las encontraba opresoras y dictatoriales.

El compañero Toro pasó todo el tiempo de su mando, que fué de cinco días y sus noches correspondientes, pronunciando elocuentes dicursos, sosteniendo que nadie tiene derecho á sustraerse al trabajo, que éste y los goces deben ser recíprocos, que los beneficios de la tierra y de la industria no pertenecen más que á la colectividad, y que sin comunidad de bienes no hay organización social perfecta. Un motín de obreros á quienes el Estado no pudo pagar un día el jornal, puso término al gobierno del infatigable orador.

Sucedióle Robert, un catalán que durante muchos años estuvo emigrado en Inglaterra. Menos orador que Toro, pero más reposado y metódico, se propuso organizar el trabajo fijando el salario, no según el mérito del obrero, sino partiendo de la base de las necesidades de cada uno. Eligiéronse al efecto jurados de trabajadores; pero el fallo de éstos, desechado por el voto popular, dió en tierra con el sistema, con su apóstol y con la junta por éste presidida.

Por fin, aprovechando el general desconcierto que reina en Madrid y provincias, donde las juntas socialistas se erigen en cantones casi independientes del poder central, el compañero Calleja, ex cabo del Resguardo de consumos, hombre de escasa instrucción, pero atrevido y enérgico, capitaneando una turba de desalmados asalta el Ministerio de la Gobernación, se apodera del telégrafo y se proclama Presidente del Gobierno provisional del Estado. Forma una junta, hechura suya; organiza con gente de pésimos antecedentes una fuerza armada, que bautiza con el nombre de *Falange de la redención obrera;* encarcela á los más consecuentes y honrados defensores de las ideas socialistas, so pretexto de que conspiran á favor de la restauración burguesa; ratifica los decretos anteriores sobre la limitación del trabajo y la supresión del destajo; pero alegando la fuerza de las circunstancias, autoriza á testaferros suyos que contraten obras y obliguen á los jornaleros á no levantar mano de sol á sol; establece la previa censura para la imprenta, porque es lo único que sacó en claro del *Viaje á Icaria* de Esteban Cabet; declara públicas las sesiones de la Junta, y no permite la entrada más que á sus amigos; anuncia la reforma de la propiedad, y sólo cuida de acrecentar la propia, y ordena cuatro corridas de toros semanales con la entrada gratuita.

Tal es la situación presente. En vano el sentimiento público se subleva contra esta opresora dictadura. La partida de la porra se impone, y los infelices obreros que tienen el valor de la protesta, son objeto de cruentas persecuciones y tratados como viles instrumentos de la burguesía.

Entretanto, mengua el trabajo, aumenta el precio de las cosas, porque el Estado produce mal y caro, y los exíguos jornales del obrero llegan á sus manos tarde y mermados.

¡Y yo soñaba en el perfeccionamiento físico y moral de la sociedad; creía que la competencia y el individualismo eran funestos á ella; aspiraba á la destrucción de todos los Estados nacionales y territoriales para fundar sobre sus ruinas el Estado internacional de los trabajadores, é impulsado por ardiente amor á los desvalidos, esperaba con ansia el venturoso día de la regeneración de las clases proletarias! Fijo en él mi pensamiento, veía al pueblo rebosando dicha y bienandanza, en medio de la apacible satisfacción que da el bienestar material, y llevado en alas de mi fantasía, recordando la célebre frase de Enrique IV, de Francia, imaginaba la futura familia del obrero, congregada alrededor de limpia y abundante mesa, saboreando el ave doméstica, cuotidiano regalo y alimento general de la humanidad, gracias al equitativo reparto de la riqueza y á la sabia y previsora organización del Estado.

NILO MARÍA FABRA.

TIPOS MADRILEÑOS.

FORASTEROS EN CASA.

I.

¿Adónde va, y de dónde viene, tan presurosa y agitada, mi señora D.ª Encarnación?

—¡Ay! no había visto á usted; si voy ciega.....

—¿Qué le sucede á usted, señora? ¿Está enfermo el intrépido Anastasio?..... ¿Le ha ocurrido un percance?.....

—No, señor, mi marido no está enfermo. Yo sí que lo estoy.....

—¿Enferma, y sale usted á la calle?.....

—Sí, señor, porque no puedo estar en mi casa. Estoy enferma de rabia.....

—Señora, señora..... ¡Rabiar usted! ¡Usted, tan dulce, tan amable, tan tolerante y afectuosa!

—No lo dude usted, rabio.

—Grave ha de ser la causa del enojo que arde en esos ojos. Supongo que mi amigo Anastasio no habrá dado motivo.....

—Sí, señor, sí; él tiene la culpa.

—¿Qué me dice usted? ¿Será posible que Anastasio, á sus años, con su reputación de formalidad?.....

—Anastasio tiene la culpa de lo que nos pasa, porque por él tenemos forasteros en casa.....

—¡Hola! ¿Conque tienen ustedes forasteros?.....

—Sí, señor, sí; una familia de Villabasta, por donde mi marido piensa que va á salir diputado cuando vengan los suyos, que no vienen jamás. Uno de los principales elementos del pueblo, el que más influye en las elecciones, según le han hecho creer á mi marido, que se las traga como las del puente de Toledo, escribió á Anastasio, comunicándole que vendría con la esposa y una hija á las fiestas de San Isidro y sucesivas. Y el simplón de mi marido, ¿qué pensará usted que hizo?.....

—Lo propio de una persona galante y obsequiosa, con la circunstancia agravante de aspirar á la diputación á Cortes; ofrecería la casa á la familia del cacique influyente en Villabasta.

—Lo ha acertado usted, eso es lo que hizo; y no se lo estorbé, porque no me ocurrió que esa familia aceptara el obsequio, y se metiera de hoz y de coz en casa ajena á vivir de gorra con el mayor desparpajo del mundo.

—¡Ah, señora! pues debió usted sospecharlo, porque en el presente momento histórico la gente es muy aprovechada, y quien halla un primo que se corra un poco, ya no le suelta..... ¿Y qué clase de personas son las que han recibido cordial y espléndida hospitalidad en casa de ustedes.

—Pues son personas de una clase muy mala; él se llama D. Eleuterio Vergajillo, fué escribano del crimen en Valladolid, se hizo rico, se retiró del crimen, se afincó en Villabasta, y mi marido le conoció el año pasado, cuando heredamos en ese pueblo un mesón que se estaba cayendo. Entonces estuvo Anastasio tres días en casa de D. Eleuterio, y volvió á Madrid con el estómago echado á perder, y por eso, por aquella atención que tuvo el hombre con mi marido, éste se creyó en la obligación de ofrecerle por cortesía nuestra casa.

—Mal hecho. No se debe ofrecer nada, y es el único modo de no verse en el caso de cumplir.

—¡Qué! si le hubiera escrito mi marido: «Siento mucho no poder hospedar á usted en esta su casa, por esto ó por lo otro.....» una razón cualquiera..... figúrese usted si hay razones para no recibir huéspedes; pero Anastasio, como no piensa las cosas, le escribió: «Ofrezco á usted mi casa, con la franqueza de un castellano viejo, y nos hará usted un desaire, que no merecemos, á mi señora y á mí, si no acepta este ofrecimiento con la misma confianza con que se lo hago.» Y es claro, el tío ese no nos quiso desairar. Cuando esperábamos impacientes el desaire por el correo, se nos encajaron en casa, como digo, D. Eleuterio, su mujer y su hija, es decir una mona, porque la hijilla es una mona, y quiero que por gusto vaya usted á casa á verla.

—Y la mujer de D. Eleuterio, ¿qué tal pinta tiene?.....

—Mire usted, la pinta no es mala, y vista de lejos la mujer, D.ª Baltasara se llama, pero de muy lejos, parece otra cosa. Figúrese usted una mujer que no cabe por esta puerta.....

—¿Por esta Puerta del Sol?

—No, hombre, por la de esta botica, gruesa, con la cara amoratada, pelona, y con peluca rubia.....

—¿Y trenza gris?.....

—Y con la voz tomada, que cuando habla da fatiga oirla, porque parece que la mujer se va á ahogar. Ayer tuvo una pelotera con su marido porque éste la reprendió por haber dicho no sé que palabrota, y se puso la pobre tan apurada, que más de media hora estuvo manoteando y sin poder echar la palabra, que todos creíamos que se le había roto algo en la garganta..... Mire usted, el marido creo que es más malo que la quina, según le han dicho á Anastasio algunos que le conocen, pero tiene mejores formas que la mujer. Él parece que ha metido en un puño á todo el pueblo, y se va quedando con todo lo de todos; pero, por lo demás, es hombre comedido y prudente, y muy cumplido y ceremonioso..... No le digo á usted más sino que come los fideos finos con tenedor..... Pero ella, ¡Jesús! desde que vino la tengo sentada en la boca del estómago..... ¿Sabe usted lo primero que me dijo cuando llegó? que se alegraba mucho de que tuviéramos ella y yo la misma edad. Para mí acabó desde aquel momento la tal mujer. ¡La misma edad! ¡y lo menos me lleva quince años!..... No puedo verla sin que me suba toda la sangre á la cabeza. Y eso mismo lo ha repetido ya muchas veces, anoche, sin ir más lejos, en Lara, que mi marido trajo un palco, y fuí con ella y con la mona, y con la de Panales, nuestra vecina, que, como es tan maliciosa y malintencionada, se bañaba en agua de rosas conociendo que yo estaba volada oyendo á la otra hablar de *nuestra edad.*

—Hay que dispensar algo á las gentes sencillas de las aldeas.....

—¿Sencillas? ¡Buena sencillez nos dé Dios! La doña Baltasara es una culebra; ella nos ha contado la vida y milagros de todas las gentes del pueblo y de la provincia entera, y no ha perdonado siquiera al señor cura ni á las mismas monjas, y al médico le ha presentado en relaciones con la boticaria, y al secretario del Ayuntamiento le ha atribuído el robo, que tanto dió que hablar, hecho al Conde de la Paletilla en su casa de campo, y que no se ha descubierto ni se descubrirá..... En fin, amigo mío, la mujer tiene una lengua de hacha que Dios nos libre de ella. ¡Lo que irá diciendo de nosotros al pueblo!... Yo creo que ya dice pestes antes de volver al pueblo, á las personas que van á visitarla, porque como está aquí la mitad del vecindario de Villabasta, son muchos los que van á hacer visita á D.ª Baltasara, que, aunque nadie puede ver á su marido ni á ella, todos la adulan porque todos les deben dinero. ¡Si viera usted qué tipos! El otro día oí á una muy relamida que estaba con ella en el gabinete, y le decía:—«En esta casa no les llevarán á ustedes mucho, porque en Madrid lo que se paga es el sitio mayormente, y éste no me parece de lo mejor. Por aquí no debe de haber ningún festejo.» Tentada estuve de entrar y decir cuatro frescas á la amiga de doña Baltasara, pero me contuve por Anastasio, y por él no he puesto ya en la calle á D. Eleuterio, á D.ª Baltasara y á Florinda, la mona se llama Florinda, y parece un perro sentado. Como dice Anastasio que ese hombre le ha de hacer diputado, porque es el dueño de todos los votos del distrito..... y usted sabe lo que Anastasio suspira por ser diputado para que le hagan en seguida gobernador, ó nos den algo bueno en Manila.....

—¡Ya! ¡ya! Anastasio me ha hablado de sus aspiraciones.

—Pues si no fuera por eso, el primer día que llegó esa familia á casa habría dicho á D. Eleuterio:—«Amigo mío, á la vuelta hay una casa de huéspedes de á dos pesetas con principio.» Y me habría evitado muchos disgustos y mucho dinero. Y ahora viene á cuento hablar á usted de la hijilla, la mona. Esta niña, que ya tiene sus veinticuatro años cumplidos, está de tal suerte encogida, lacia y apabullada, que da lástima verla. Padece pasión de ánimo y un humorcillo en los ojos, que, según su madre, es consecuencia precisa de la pasión de ánimo.

—¿Y le ha dicho á usted el motivo de esa enfermedad?

—Sí, señor, me lo ha dicho: que se enamoró de un sobrino del cura, y viendo D. Eleuterio que se desmejoraba de una manera alarmante la chica, y enterado de las ansias amorosas de que adolecía la pobre, fué y cogió al sobrinillo del cura y le propuso el matrimonio con Florinda.

—Es curioso; ¿y qué hizo el chico?

—Pidió cuatro días para pensarlo, y el cuarto desapareció, dejando una carta en que decía que oportunamente escribiría desde Buenos Aires. Se conoce que el muchacho no se creyó seguro sino poniendo por medio mucha tierra y mucha agua.

—Comprendo que tenga tan mal humor en los ojos la enamorada Florinda.

—No puede usted imaginar muchacha más empalagosa, más pegajosa y más asquerosilla..... ¡Ay, hijo, qué penitencia tienen sus padres con ella! No crea usted, que la niña, á pesar del enamoramiento, come como un sabañón, y cada plato de cocido que mete miedo. ¡Y dice la muy perra que está desganada! Entre una y otra comida hay que darle un pavo trufado ó jamón ahumado..... A mí sí que me tiene ahumada la tal niña.

—Habrá mejorado de aspecto en Madrid, si la nutren ustedes tan grandemente.

—¿Qué ha de mejorar, hombre? Yo no sé qué demonios tiene metidos en el cuerpo esa mujer, que parece propiamente una lombriz con cabeza de mona. ¡Y qué sombreros le han comprado á la pícara sus padres! La

mañana de la misa de campaña fuimos á la calle de Alcalá, y llevaba Florinda un sombrero que parecía un paraguas sin varillas. Un chusco le dijo: «Señorita, si quisiera usted quitarse el sombrero para que pueda el público ver la artillería.....»

—¿Y hace mucho tiempo que tienen ustedes en casa tan amable compañía?

—Quince días, pero han estado ocho esperando la retreta, porque ni D.ª Baltasara ni Florinda habían visto jamás una retreta.—«Vamos, decía yo á Anastasio, sea todo por Dios, y tengamos paciencia. En cuanto vean la retreta se irán. Sí, sí, ¡buen modo tienen de marcharse! En la retreta se nos perdió Florinda; la madre notó la falta en la plaza de Celenque, donde vive Sagasta, que se empeñó D.ª Baltasara en que estuviéramos allí por si veía salir al balcón á aquel personaje, que le es muy simpático desde que le conoció joven en Zamora, y dice que ya entonces era muy travieso. Pero no volvió á acordarse del Presidente del Consejo, viéndose sin su Florinda, y empezó á dar gritos que parecían aullidos, llamándola, y quería que la retreta no siguiera su camino, y abrirse paso entre la apiñada multitud, y echaba pestes contra Madrid y contra la retreta y contra el Gobierno.

—¿Y dónde pareció Florinda?

—La interesante joven vino á casa á las tres de la madrugada, traída por un joven estudiante de la Politécnica, que la encontró hecha un mar de lágrimas en la plaza de Isabel II, hasta donde la había llevado, casi en volandas, el ilustrado y apretado público. Ya se han enterado D. Eleuterio y su mujer de quién es el joven, porque parece que á Florinda le gustó por lo obsequioso y fino que estuvo con ella en aquel trance de su pérdida ó su perdición. Y creo que por esto, por convidar al joven á comer con los tres en Fornos, y por ver si le interesa Florinda, no se han ido, y dicen que ya no se van hasta que se acaben las fiestas, es decir, hasta la segunda quincena de Junio. Eso sí, el joven va todos los días á visitar á D.ª Baltasara y á la incauta doncella, ni más ni menos que si hubiera olido que D. Eleuterio está bien acomodado. El parece listo como un diablo, y ha resultado que su abuelo fué amigo íntimo de un vecino de la misma casa en que vivió un tío de D.ª Baltasara, que fué quien crió á esta señora.

—Pues están ustedes divertidos con tales huéspedes.

—¡Ah! pero no sabe usted lo mejor. Ayer decidimos mi marido y yo librarnos de los huéspedes, y convinimos un plan que creíamos de seguro infalible resultado, y hoy lo íbamos á realizar.

—¿Y no lo han realizado ustedes?

—No; porque esta mañana, cuando estábamos tomando chocolate, D.ª Baltasara, que estaba muy de broma, empezó á contar agudezas de su marido, y entre otras, refirió cómo se ingenió cuando vivían en Valladolid para evitar que pasaran unos días en su casa unos amigos de Villabasta que fueron á la feria de aquella ciudad.

—¿Y qué hicieron?

—Pues exactamente lo mismo que nosotros habíamos imaginado para poner hoy á D. Eleuterio en la precisión de trasladarse á una fonda con su hija y no volver á parecer por casa. Hicieron acostar á una de las criaditas y se pusieron de acuerdo con un médico amigo para que la visitara y dijera que la enferma tenía viruelas malignas. Los huéspedes se fueron más que á paso.

—Tiene chiste.

—Sí, señor, mucho. La fatalidad ha traído esa familia á nuestra casa, y ya no nos queda otro remedio que sufrirla. ¡Qué lástima! ya teníamos á la criada en la cama y avisado al médico, que es amigo de Anastasio, conforme en declarar que era preciso aislar completamente á la variolosa. Me ha producido tal enojo el fracaso de nuestro plan, que he salido de casa para no ahogarme allí, mientras estén apoderados de ella nuestros huéspedes. Con decir á usted que los forasteros parecemos nosotros y ellos los dueños..... Mandan á las criadas; todo el día están pidiendo cosas, vasos de agua; que le traigan cigarros á D. Eleuterio, que los compra de diez céntimos y uno á uno; que le pongan ó le quiten las botitas á Florinda; que bajen á comprar el *crimen de la calle de la Justa*, ó el *Extraordinario con la coleta de Frascuelo;* que le traigan el sulfato á la niña; que le pongan una ballena al corsé de la vieja; que le planchen el sombrero á D. Eleuterio..... y á todo esto, visitas á las siete de la mañana de tíos de Villabasta; y mientras se almuerza, el jovencito que recogió á Florinda la noche de la retreta, y más tarde la modista á probar los vestidos que han comprado en la Isla de Cuba, y que llevan ya siete reformas y nunca les caen bien..... En fin, amigo mío, para el día que se vayan de casa mis forasteros, he ofrecido una misa á las ánimas benditas y siete partes de rosario, si no he caído antes en cama con un tifus que me lleve al otro mundo.

Y Encarnación se despidió de mí, algo más tranquila, según dijo, después de haberse desahogado refiriéndome su cuita.

CARLOS FRONTAURA.

(Concluirá.)

LOS ÁNGELES DE PLASENCIA.

FANTASÍA.

Reina en San Francisco el Grande
Temerosa obscuridad,
Que apenas rompen las luces
Que ante el Sacramento hay.
De los muros de la iglesia
La noche ha borrado ya
Cuantos prodigios en ellos
Quiso el arte amontonar;
Y esperan Santos y Vírgenes
De la pintura mural
Que el nuevo sol les alumbre
Y dé al templo claridad.
De pronto, en una capilla
Que á la izquierda mano está
Surge una luz misteriosa,
Tenue y brillante á la par;
Luz que no ofende la vista,
Y cual faro celestial
Desde la bóveda en ondas
Baja el suelo á iluminar.
A poco, desde la cúpula
Que hará á Plasencia inmortal,
Desde aquel jirón de cielo
Que la gloria envidiará,
Desciende tomando vida
La cohorte angelical,
Que entre nubes y entre incienso
Encanto á los ojos da.
Cual bandada de palomas
Que en vertiginoso afán
Anuncia con su aleteo
La cercana tempestad,
Y fascina su mirada
Del relámpago el brillar,
Y gira y desciende y sube,
Presa de cruel ansiedad,
Así la angélica hueste,
Cuyo suave aletear
Ni agita el aire ni arranca
Ningún sonido mortal,
Se revuelve en la capilla,
Llena de fulgor la faz,
Y sueltas las vestiduras
Que el muro no han de rozar.
¿Por qué esos seres angélicos,
Nuncios de ventura y paz,
Tomando formas visibles
Vuelan en raudo vagar?
¿Por qué su inquietud no cesa
Y se estrechan más y más,
Como blancas mariposas
Que la luz quieren besar?
Misterios son del Eterno,
Que á revelarnos vendrá
La voz de un ángel que suena
Cual voz no sonó jamás.
«Espíritus que ha animado
La soberana bondad—
Les dice—fieles trasuntos
De la hueste de Jehová,
Inundaos de contento
Y en vuestro triunfo gozad,
Porque el alma de Plasencia
Hoy os viene á visitar.
De su pincel sois los hijos,
Que con rara habilidad
Adivinó de los ángeles
La etérea forma ideal.
Murió el cuerpo, lo que es barro,
Lo deleznable y fugaz;
Mas viven su alma y su genio,
Lo eterno, lo espiritual.
Dadle alegre bienvenida,
Su inspiración encarnáis,
Y llevadle en vuestras alas
A donde los genios van,
Donde la eterna belleza
Siempre resplandece igual,
Y mueren mundos y mundos
Y ella nunca morirá.»

Cesó la voz; rayó el alba,
Y á su vaga claridad
La visión trocóse en humo
Que murió al pie del altar.

Os conté una fantasía
Que puede ser realidad:
Quien tan bien pintó los ángeles,
Con ellos debe de estar.

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS. (1)

(SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS.)

II.

Sin desistir por completo de escudriñar en la historia, ó á reconstituir las costumbres del pasado, M. Rochegrosse ha renunciado este año á las grandes páginas «antiguas y solemnes», y enviado al Salón dos cuadros de caballete preciosos, uno de los cuales lo ha reproducido ya LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA. Trátase de una escena sanguinaria, completamente íntima, algo como una lucha de gladiadores en casa; sólo que en el caso presente los gladiadores son unos pobres pajarillos, unas codornices, armadas de punta en blanco con cascos y espuelas, y los espectadores de este circo—que es una simple mesa—son niños y mujeres, que miran con avidez y curiosidad casi feroces aquella riña, en que vuelan las plumas arrancadas, en que corre la sangre de aquellos pobres pájaros, uno de los cuales yace ya muerto sobre el tapete. La expresión ansiosa ó temerosa de los niños está muy bien observada, y la tranquilidad de las mujeres es indicio de que están acostumbradas á presenciar riñas más graves, en que son hombres los que juegan su vida. La ejecución es de una maestría á que este pintor nos tiene acostumbrados, y que se encuentra igualmente en su *Entrada en el harén*. Aquí es una recién llegada, una rubia de cabellos de oro, que las sultanas de tez morena examinan con curiosidad, comparando el hollín de su propio cutis y el ébano de sus cabellos con aquella blancura deslumbradora que ellas no conocían. Los niños, interrumpiendo sus juegos, miran con la misma sorpresa aquella linda muñeca viviente, reservada para el placer del dueño y señor: poético sueño de la antigüedad, realizado muy modernamente por el gusto y el ingenio.

M. Alejo Lahaye es menos profano, y evoca una página de la leyenda de Cristo en un paisaje claro y luminoso, donde aparece, bajo la blancura de un velo transparente, la Samaritana, á quien Jesús responde con su voz dulcísima: «Mujer, ha llegado la hora en que no se adorará ni en esta montaña ni en Jerusalén; sino que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.» No es el Cristo convencional lo que el artista ha buscado; sino un Hijo de Dios que sea al mismo tiempo el hijo del hombre, y que nos recuerde la humildad de su origen. Y en efecto, la figura que nos ha presentado es la del Hijo de la Esposa elegida del carpintero José; pertenece al pueblo, y si hay en su mirada un rayo divino, conserva en las facciones el aspecto de un hijo de proletario. El medio en que pasa la escena mezcla la armonía de la naturaleza apacible y suave con la voz dulce y sonora de Jesús: viene á ser el plácido concierto de las cosas que acompañan á la divina profecía. M. Lahaye ha añadido su nota personal, que hemos admirado tantas veces en obras delicadamente modernas, á este cuadro, que parece hecho para ilustrar brillantemente un capítulo de la *Vida de Jesús*, de Renán.

Volvemos á una «modernidad» que no tiene nada de divina, con M. Mertens, quien nos conduce prosaicamente á una taberna de Flandes; especie de *assommoir* belga, que ha hecho, sin duda, su limpieza del «sábado», pues todo en él está aseado, bien ordenado y reluciente: las mesas, los frascos, los vasos, el mostrador. Lo cual no impide á un borracho, que se sostiene difícilmente en pie, increpar con gestos desaforados á los pacíficos burgueses que beben sendos jarros de cerveza, sentados alrededor de la estufa. No es posible observar mejor los tipos y las fisonomías, ni sorprender con mayor fidelidad el gesto y la mirada en su expresión más característica que lo ha hecho M. Mertens. Podríamos quizás reprocharle una vista fotográfica que lleva demasiado lejos la preparación, á punto para obtener la minuciosidad del detalle: los primeros y los últimos planos conservan casi mecánicamente el mismo valor, igual importancia; se perjudican entre sí, aspirando cada uno al mismo lugar en la paleta del artista, que haría mejor en escoger por ellos. A pesar de este defecto, que no es, después de todo, sino un exceso de conciencia, la obra es viviente y atrae la atención.

Se ve uno obligado tambien á detenerse, pero atraído por cualidades opuestas, ante las escenas que M. Mauricio Eliot representa iluminadas por la plena luz del sol. Este joven artista, á quien el Estado concedió, dos años ha, una pensión de viaje, muestra bastante audacia para su edad; nada le detiene, mira al sol cara á cara, analiza sus juegos de luz brutal en el árbol, en la hierba, y busca el secreto de las ardientes vibraciones de la atmósfera en los plenos días del estío. En medio de los cuadros que reflejan la luz tamizada y artificial del estudio, los suyos estallan, por decirlo así, como fuegos artificiales disparados por Febo en persona para el deslumbramiento de los mortales; mas poco á poco, aislándose, concentrando su atención en la obra temeraria del artista, impregnándose del aire que en ella se respira, se siente uno seducido por la verdad de efecto que de este cuadro se desprende, y poco á poco se llega á experimentar delante de su *Jeudi d'été* la necesidad de abanicarse y limpiarse el sudor. ¡Qué luz! ¡qué calor!

M. Baillet va, por contra, á refrescarnos. Este pintor ha escogido esas horas en que la noche ha fenecido y el día no ha despuntado aún, ó en que el día va á desaparecer para dejar el puesto á la noche, horas indecisas y delicadas, cuyo encanto confuso y halagador ha sabido expresar en sus *Pêcheurs* con un amanecer de Septiembre, y en su *Premiers feux*, que se encienden á orillas del Sena á la caída de la tarde, en los puentes, en los muelles, en las embarcaciones.

Se desprende también el mismo encanto tranquilo y suave del paisaje delicadamente acariciado por un pincel enamorado de la Naturaleza, en que M. Bouchor ha colocado sus *Faneuses*. Estas caminan con el paso firme y deliberado de las campesinas aclimatadas á las duras faenas campestres. Un sano olor de pradera se exhala al parecer de ellas, y diríase que el campo afortunado forma á aquellas trabajadoras intrépidas un cortejo de verdura.

Abandonemos los campos por el mar, siguiendo á M. Le Sénéchal, para quien el Océano no tiene secretos ni en sus calmas ni en sus furores. El artista lo ha sorprendido escalando, á golpes de mar enormes, un espigón sobre el cual escupe su blanca espuma. Parece como que la bruma salada que el viento empuja desde el mar os penetra cuando permanecéis un momento delante de aquél mar furioso, lanzado por una marea de equinoccio al asalto de la costa. M. Le Sénéchal ha conquistado uno de los primeros puestos entre los pintores de marinas, puesto que todos los años su talento se afirma con un nuevo rasgo de maestro.

Parémonos delante de un curioso episodio de guerra, en que el pintor Clairin ha puesto toda su fuga de colorista y su imaginación fecunda de componedor de esce-

(1) Véase nuestro número correspondiente al 15 del corriente.—(*N. de la R.*)

LOS FESTEJOS DE MAYO EN ROMA.



1. S. M. EL REY HUMBERTO I INAUGURANDO EL «TIRO NACIONAL AL BLANCO». — 2. REGATAS EN EL TÍBER. — 3. CARRERAS DE CABALLOS EN EL HIPÓDROMO DE «TOR DI QUINTO». — 4. PABELLÓN DE RECEPCIONES EN EL CAMPO DE TIRO AL BLANCO. — 5. LA «FIACCOLATA» EN LA PLAZA DEL POPOLO

(Apuntes del natural, por D. Hermenegildo Estevan)

La Reja, novela andaluza, por D. Salvador Rueda, con un juicio de D. José María de Pereda. La prensa periódica de España ha elogiado este hermoso libro de costumbres, del cual dice Pereda que tiene mucha «*salsa*, andaluza legítima y, por ende, española neta.» Hay en sus páginas animados cuadros locales, llenos de color y gracia, de verdadero carácter andaluz, y muy bien escritos. Rueda es poeta de verdad, aunque escriba en prosa. Recomendamos á nuestros suscritores *La Reja*, que forma un volumen de 252 páginas en 8.º, que se vende, á 3 pesetas, en las principales librerías y en casa del editor D. José Santos, Madrid (Jovellanos, 5, bajo).

V.

Las madres de familia que deseen inculcar á sus hijos desde temprana edad el amor á los buenos libros, que tan conveniente ha de serles en el porvenir, deben proporcionarles la *Biblioteca Ilustrada de los Niños* que publican los conocidos editores señores Ocaña y Comp.ª, Caballero de Gracia, 19 y 21, Madrid.—Títulos de los volúmenes publicados: *La Herencia de la tía.—Susanita.—Botón de oro.—Corazones amantes.—La Piel del Diablo.—Historia de Germana.*—Precio de cada tomo, elegantemente encuadernado en tela, con plancha dorada, 3,50 pesetas.

Habana, Viuda de Villa.—*Veracruz*, Rafael Rodríguez Jiménez.—*México*, J. Buxó y Compañía.—*Manila*, Ramírez y C.ª—*Montevideo*, A. Barreiro y Ramos.

Las Píldoras Restauradoras Formiguera contienen hierro, manganeso y pepsina, elementos indispensables para enriquecer la sangre y corregir los desarreglos del estómago.

AGUA DE VENUS (Golden Lotion) del Dr. J. B. A. Lickson, para dar al cabello el color *rubio-dorado, hoy tan en moda*.—Depósito en todas las perfumerías.—Concesionario: J. Bijon Aîné, Bordeaux.—Madrid, *Perfumería Oriental*.

SOCIÉTÉ HYGIÉNIQUE 55, RUE DE RIVOLI, PARIS

ACEITE OPHYR, Olores superfinos. *Para la conservación y belleza del Pelo*
VINAGRE DE TOCADOR Superior á todos. *Antiséptico, Tónico y Saludable*
POLVO DENTIFRICO Salud de la Boca. *Blanquea y conserva la Dentadura*

Enfermedades de la garganta y de la laringe.—Gracias á sus propiedades anestésicas, *las Pastillas Houdé á la cocaína* procuran el mayor alivio; son soberanas para calmar y curar las *enfermedades de la garganta*, las *ronqueras*, las *extinciones de la voz*, las *laringitis*, las *anginas*, las *toses violentas*.—Contribuyen á hacer desaparecer las *comezones*, *pruritos*, *sensaciones de irritación*, y á tonificar las *cuerdas vocales*. Se recomiendan á los *oradores*, *cantantes*, *profesores*, y hacen la *voz más clara y sonora*.—París, A. Houdé, 42, faubg. Saint Denis, y en todas las farmacias.

ALIMENTO DE LOS NIÑOS.—Para robustecer á los niños, las mujeres y personas débiles del pecho, del estómago, ó que padecen de clorosis ó de anemia, el mejor y más barato almuerzo es el **RACAHOUT de los ARABES**, de **Delangrenier**, de París. Depósitos en las farmacias del mundo entero.

Vino doble digestivo de Chassaing contra las digestiones difíciles, padecimientos del estómago, pérdida del apetito, etc.

EAU D'HOUBIGANT muy apreciada para el tocador y para los baños. **Houbigant**, perfumista, *París*, 19, Faubourg St Honoré.

Perfumería exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (*Véanse los anuncios.*)

Perfumería Ninon, Ve LECONTE ET Cie, 31, rue du Quatre Septembre, París. (*Véanse los anuncios.*)

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** (*Maison Leconte*), 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; *Artaza, Alcalá*, 23, *pral. izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados*, 1; *Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor*, 1; *Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo*, 3, *y en Barcelona, Vicente Ferrer y en casa de José Lafont*, 22, *calle del Call.*

EVITAD LAS FALSIFICACIONES del *Anti-Bolbos*, único que destruye las pecas y el paño de la nariz, la frente y la barba, sin frotación y comprimiendo los poros del cutis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.

ARISTOCRATIZAD VUESTRAS MANOS con la *Pâte des Prélats*, inventada por el fraile Dom. del Giorno para el papa León X.—Esta Pasta maravillosa blanquea, suaviza y da tersura á la epidermis, y tiene además el privilegio de prevenir ó destruir las grietas, los sabañones y sus cicatrices, etc.—Propiedad exclusiva de la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, *pral. izq.; Pascual, Arenal*, 2; *Urquiola, Mayor*, 1; *Aguirre y Molino, Preciados*, 1, *y en Barcelona, en casa de los Sres. José Lafont*, 22, *calle del Call.*

HIERRO QUEVENNE Unico aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA DE PARÍS
para curar Anemia, Pobreza de la Sangre, Dolores de Estómago. - 50 Años de éxito.
Exigir la firma QUEVENNE y el Sello de "l'UNION des FABRICANTS".—Paris, 14, r. Beaux-Arts.

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración; á 6 fr. cada frasco E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, rue du 4 Septembre, París.

LIBRERÍA AMERICANA DE J. V. CONCHA
BOGOTÁ. REPÚBLICA DE COLOMBIA (AMÉRICA DEL SUR)

Centro de suscriciones á periódicos y publicaciones nacionales y extranjeras.—Se solicitan catálogos y prospectos. Casa de agencia y comisión adjunta.

Dirección: **J. V. CONCHA.** Bogotá, calle 14, 97 y 99.—Cable: Concha.

ENFERMEDADES DE LA BOCA
PASTILLAS NIELK
EFICACES CONTRA LAS
ANGINAS, CRUP, RONQUERA, FETIDEZ DEL ALIENTO É INFLAMACIONES DE LA GARGANTA

Las PASTILLAS NIELK calman la irritación producida por el excesivo uso del tabaco, y son indispensables á las personas que hacen sufrir á su garganta un trabajo fatigoso, especialmente los oradores y cantantes.—Para evitar imitaciones y falsificaciones exíjase en las cajas el sello de la *Sociedad Farmacéutica Española G. Formiguera y C.ª*, *Barcelona*, impreso en tinta roja.—Al por menor, en las principales farmacias.

Frasco: 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
RÓJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie, Bd St-Denis, 26

INSTITUTO DE FRANCIA: PREMIO MONTYON
VINO DE QUINA OSSIAN HENRY
SIMPLE Ó FERRUGINOSO.
El más eficaz reparador.—El mejor de los Ferruginosos. Gusto agradable. Cura la **Clorosis**, la **Anemia**, las **Flores blancas**, las constituciones débiles, etc.
PAULINIA-FOURNIER Infalible contra JAQUECAS y NEURALGIAS
EN ESPAÑA, EN TODAS LAS FARMACIAS.

GOTA Y REUMATISMOS
CURACION cierta por el LICOR Y LAS PILDORAS DEL Dr Laville

Estos Medicamentos son los únicos Antigotosos *analizados y aprobados* por el Dr OSSIAN HENRY Jefe de manipulaciones químicas de la Academia de Medicina de Paris.
El **LICOR** *se toma durante los ataques, para curarlos.*
Las **PILDORAS** *se toman durante el estado crónico para impedir nuevos ataques y alcanzar la curacion completa.*
Para evitar toda falsificacion, exíjase el Sello del Gobierno Frances y la firma
Laville D. M. P. *de la Facultad de Paris*
Venta por mayor: COMAR, Farmacª, 28, calle Saint-Claude, en PARIS.
DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

Kananga del Japon
RIGAUD y Cía, Perfumtas
Proveedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARIS

El Agua de Kananga es la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga Suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Aceite de Kananga Tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y cuya caída previene.

Jabon de Kananga El mas grato y untuoso, conserva al cútis su nacarada transparencia.



Loción vegetal de Kananga limpia la cabeza, abrillanta el cabello y evita su caída, tonificándolo.

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y Cía.

En Casa de todos los Perfumistas y Peluqueros de Francia y del Estranjero
La VELOUTINE
Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por CHles FAY, Perfumista
PARIS, 9, rue de la Paix, 9, PARIS

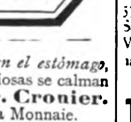
VINO DE MILLET
Chalybé Balsámico
TÓNICO RECONSTITUYENTE

Tónico superior, de una eficacia cierta en la **Anemia**, la **Clorosis**, la **Debilidad**, la **Impotencia**, las **Fiebres** la **Bronquitis crónica**, las **Enfermedades Mentales y nerviosas**.—PRECIO 3 fr. el frasco. *Modo de usarlo*: dos ó tres copitas de las de licor cada día.
Depto Fa E. MILLET, 41, r. des Francs-Bourgeois, PARIS
Se envían franco 2 frascos por 7 francos.

NEURALGIAS, *jaquecas*, *calambres en el estómago*, *histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier**. 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

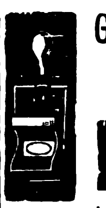
«AJUSTA COMO UN GUANTE.»
THOMSON'S GLOVE-FITTING





MARCA DE FÁBRICA

CORSÉ
Perfección en la hechura, en los detalles y duración
Aprobado por todas las elegantes del mundo.
Sobre **seis millones** vendidos hasta la fecha.
Pedidos hechos por Comerciantes de todo el mundo.
OCHO PRIMERAS MEDALLAS
Fabricantes: W. S. THOMSON & CO., LTD, LONDON.



G. K. COOKE & WEYLANDT
BERLIN S. W. 48.
Fábrica premiada, primera en Europa, de
SELLOS
de cautchouc y metal. Se solicitan representantes.

La Primera Comunión *(La Première Communion)*, por D.ª Eusebia de Nava de Carraffa. Este precioso devocionario, recientemente publicado en español-francés, constituye un pequeño y elegante volumen de 578 páginas, encuadernado en piel de Rusia, Levante y Sagrén de varios colores. Pídanse detalles á su autora, en Valladolid, Duque, 15, y en la librería de D. Enrique Hernández, Paz, 6, Madrid.

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.

E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

PIANOS
FOCKÉ FILS AÎNÉ
Rue Morand, 9, París
EXPOSICIÓN UNIVERSAL
PARIS, 1889
MEDALLA DE ORO

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tejidos en todos los generos y se ejecutan rapidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

TISIS BRONQUITIS CRONICAS, TOSES PERTINACES, CATARROS. Curación por la **EMULSION MARCHAIS.**—MADRID, Melchor García.—BUENOS-AYRES, Demarchi hos.—MONTEVIDEO, Las Cases.—MEXICO, Van Den Wingaert.

PÂTE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA
Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra.
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerias

ZARZAPARRILLA DEL Dr. AYER

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA



Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades secretas y todas las afecciones de la piel, por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor.—De venta en casa de Melchor García, Capellanes, 1 duplicado; Hijos de Ulzurrum, y en todas las farmacias y droguerías. —Agentes generales para España: Vilanova Hermanos y C.a, Barcelona.— Sucursal en Madrid, Claudio Coello, 26, segundo.

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TES
37 recompensas industriales
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK

VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK

Aperitivos, Estomacales, Purgantes Depurativos
Contra la **Falta** de **Apetito** el **Estreñimiento**, la **Jacqueca** los **Vahidos**, **Congestiones**, etc.
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos
Noticia en cada caja
Exigir los *Verdaderos* en *CAJAS AZULES* con rótulo de **4 colores** y el *Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.*
París, farmacia Leroy y principales F.as

HEINRICH KLEYER — VELOCÍPEDOS "ÁGUILA"

LA MÁS VASTA É IMPORTANTE FÁBRICA DEL CONTINENTE
Francfort sobre el Mein.



Velocípedos de dos y tres ruedas. Velocípedos de seguridad, simples y con dos asientos para cada edad. Velocípedos de tres ruedas para transportar mercancías de todo género. Piezas de reemplazo y accesorias. Se buscan agentes activos y se ofrecen catálogos ilustrados contra remesa de timbre postal.
Representante: GUSTAVO ROHRIG, Barcelona.

FERNET-BRANCA

DE LOS SRES. BRANCA HERMANOS, DE MILANO

Los únicos que tienen el verdadero y auténtico método de fabricación. **Premiados con Medallas de oro en las principales Exposiciones Universales y privilegiados por el Gobierno.** El **FERNET-BRANCA** es el más higiénico de los licores conocidos. **Veinticinco años de completo éxito, obtenido en Europa, América y Oriente.** Es recomendado por las celebridades medicales, y empleado en muchos hospitales. **El FERNET-BRANCA no debe ser confundido con otros muchos Fernet que se venden desde poco tiempo, y que son falsificaciones dañosas é imperfectas.** El **FERNET-BRANCA** apaga la sed, facilita la digestión, estimula el apetito, cura las calenturas intermitentes, dolencias de cabeza, vértigo, enfermedades del hígado, **esplin**, mareo y náuseas en general. Es **Vermífugo, Anticolérico.**

SUS EFECTOS SON GARANTIZADOS POR ATESTACIONES DE MÉDICOS
Unica arrendataria para América del Sur:
Casa CARLO F.co HOFER et C.o de Génova
MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1889

Almidon MACK de doble Fuerza

Marca de Fábrica



Con esta nueva preparacion se plancha **con sorprendente rapidez y facilidad**, obteniendo un **lustre y tesura extraordinaria.** Unico Fabricante-Inventor **H. Mack, Ulm s/D.**
Se vende en todas las Droguerias y Almacenes de Ultramarinos.
Precio Pes 0.90 por caja de ½ Kilo
" " 0.45 " " " ¼ "

Bálsamo de FERNOLINE



Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo, y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos; de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos; hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores en el extranjero para curar los dolores que notan muchos enfermos en **el cuello, pecho y espalda,** pues, gracias á la **volatilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel se absorbe en cantidad variable, según la superficie de aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA
VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA—BARCELONA
SUCURSAL EN MADRID: Claudio Coello. 26. segundo.

HARINA LACTEADA H. NESTLÉ,

INVENTOR Y FABRICANTE
Vevey (Suiza)



PROVEEDOR DE LA REAL CASA
32 PREMIOS DE LOS CUALES
12 Diplomas de Honor
Y
14 Medallas de Oro

20 AÑOS DE ÉXITO
NUMEROSOS CERTIFICADOS
DE LAS
primeras autoridades medicinales
DE AMBOS MUNDOS

(Marca de garantía.)

ALIMENTO COMPLETO PARA LOS NIÑOS DE CORTA EDAD

Suple la insuficiencia de la leche materna, facilita el destete y es de digestión fácil y entera. Se usa muy ventajosamente en los **adultos**, así como alimento en las personas de **estómago delicado.**

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERÍAS
Para evitar las numerosas falsificaciones, exigir en cada lata la firma del inventor
HENRI NESTLÉ.— ***VEVEY (SUIZA)***

La casa **Nestlé** ha obtenido en la Exposición de París de 1889 las más altas recompensas, ***un gran premio y una medalla de oro.***

Para pedidos dirigirse al **Sr. D. Rafael Romero,** de Jerez de la Frontera, único agente en toda España.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

Recomendados por la Real Academia de Medicina. **DE VIVAS PÉREZ** *Recetados por los médicos de España y Ultramar.*

Adoptados en los hospitales y la Marina, **PORQUE CURAN INMEDIATAMENTE, COMO NINGUN OTRO REMEDIO** empleado hasta el día, toda clase de vómitos y diarreas: de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros y úlceras del estómago, piroxis con eruptos fétidos. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público **tanto favor por sus buenos resultados**, como nuestros

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO,

que se venden en todas las farmacias de España, Ultramar y América del Sur.
Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado. Exigid la firma y marca de garantía.

PRECIOS: En toda España la **Caja grande, 3,50 ptas.; pequeña, 2 ptas.**

Depósito general: Almería, FARMACIA VIVAS PÉREZ
desde donde se remiten á todas partes, mandando 75 céntimos más para certificado.

POR MAYOR: *Madrid:* M. García, Sociedad Ibero Universal y J. Hernández.—*Barcelona:* Sociedad Farmacéutica é Hijos de J. Vidal y Ribas y Alomar y Uriach.—*Habana:* Lobé y C.a, Farmacia y Droguería de José Sarrá. —*Puerto Rico:* Fidel Guillermety.—*Mayagüez:* Guillermo Mulet.—*Manila:* D. Pablo Schuster.—*Buenos Aires y Montevideo:* en todas las principales farmacias.

PILDORAS DE BLANCARD

CON
Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — *Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.* — **PARIS** 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos,* etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis,**

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapeutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B.— El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard,** exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40
DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

PIESSE Y LUBIN
Fabricantes de Perfumería de todas cuantas flores exhalan fragancia

AROMAS DULCES

LIGN-ALOE. OPOPONAX
AMOR ENTRE LAS ROSAS
FRANGIPANNI
Y MIL OTRAS

Se vende en todas partes por los Perfumistas y Drogueros
2 New Bond Street Londres

AVISO AL PÚBLICO —Desconfíese de las falsificaciones! Nuestros productos van firmados

Piesse & Lubin
TRADE MARK.—MUSK DEER

VINO DE BUGEAUD

TONICO-NUTRITIVO CON QUINA Y CACAO

Cura Anemia, Clorosis, Fiebres, Males de Estómago, Convalecencias,
reconstituye la sangre, repara las fuerzas, despierta el apetito, falicita la digestión,
conviene en una palabra á todos los temperamentos débiles ó fatigados.
EL **VINO DE BUGEAUD** SE HALLA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el «non plus ultra» de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave, y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. *¡Gran novedad!* — **DUSSER,** inventor ***Rue J.-J.-Rousseau, n.º 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerías). *Madrid:* **MELCHOR GARCIA**, y en las Perfumerías **Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola**, etc.—*Barcelona:* **VICENTE FERRER**, depositario, y en las Perfumerías de **Lafont**, etc.

MADRID.— Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 íd.	21 íd.	11 íd.
Extranjero	50 íd.	26 íd.	14 íd.

AÑO XXXIV.—NÚM. XXI.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Junio de 1890.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 pesetas ó francos	35 pesetas ó francos.

BELLAS ARTES.



LA ENAMORADA DE DIOS.

CUADRO DEL ILUSTRE ARTISTA D. CASTO PLASENCIA.

(Ofrenda del autor á Su Santidad León XIII, con ocasión de su jubileo sacerdotal.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Un hermoso discurso del Sr. Castelar en el Círculo de la Unión Mercantil, acerca de la cuestión social, con el que podremos estar ó no conformes, pero que encanta por la gallardía de la forma y el calor de su elocuencia; los detalles lúgubres que nos trae el correo de la Habana, acerca del entierro de las víctimas que produjo la explosión ocurrida en la ferretería del Sr. Isasi; el indulto y libertad del Duque de Orleans en París; la lentitud de las pruebas oficiales del submarino Peral, y no por culpa de su ilustre autor; la desautorización que parece ha recibido el Príncipe de Bismarck, por parte del Gobierno imperial, á causa de sus frecuentes desahogos con los periodistas que acuden á interrogarle; la sorpresa hecha por el Sr. Suárez de Figueroa, director de *El Resumen* y concejal de Madrid, de un nido de matuteros; la solemne procesión del Corpus, que este año ha hecho recordar las antiguas por su larga comitiva; el banquete republicano de la Alhambra, que se considera creación de un nuevo partido; la Exposición de perros; la de flores. ¿Cómo hemos de poder tratar ni aun en extracto tantos hechos importantes, curiosos y diversos, que se aglomeran en nuestro pensamiento y se disputan nuestra atención?

***

Las pruebas oficiales del submarino Peral continúan haciéndose ante la Comisión técnica, encargada de dar el dictamen facultativo: atenidos á las noticias que nos dan los corresponsales, sólo podemos decir que hasta ahora se han hecho pruebas de velocidad muy satisfactorias; y como continúan haciéndose mientras escribimos, no debemos consignar cifras y cálculos. La simpatía que siempre nos ha inspirado el inventor, y el interés patriótico con que hemos seguido las vicisitudes de su empresa nos aconsejan guardar circunspección en estos instantes, aunque podíamos prorrumpir en aclamaciones desde el momento en que el telégrafo nos anuncia, á última hora, el resultado feliz de las pruebas de inmersión, en que el submarino ha navegado á diez metros de profundidad durante sesenta y tres minutos. Sobre todo, la aprobación de una propuesta de recompensas, dirigida al Gobierno por el Capitán general del departamento, para Peral y sus bravos compañeros, nos autoriza á repetir el grito que resuena en Cádiz: ¡Viva Peral y viva España!

***

El Sr. Suárez de Figueroa había notado, al encargarse de la dirección del ramo de consumos de Madrid, que la recaudación no aumentaba, sabiendo por confidencias que existía una organización poderosa para introducir artículos de consumo sin el pago de derechos. De acuerdo con el alcalde de Madrid, Sr. Mellado, tomó las disposiciones convenientes, dando éstas por resultado el que ambos señores, en unión de algunos concejales, asistieran ocultos á una reunión de jefes del contrabando municipal, los cuales, instigados á hablar sin duda por agentes que fingían tomar parte en el negocio, hicieron, sin saber que se les escuchaba, revelaciones que les comprometían gravemente, si son ciertas las referencias que hacen los periódicos. Según éstos, la recaudación de consumos aumentó desde el día siguiente al de la sorpresa y prisión de dichos sujetos, que quedaron sometidos á los tribunales, mostrándose parte el Ayuntamiento en el proceso, que promete ser célebre y ruidoso. No hay duda de que el Sr. Suárez de Figueroa ha demostrado gran habilidad y carácter para conseguir un resultado tan completo y teatral.

El matute tiene para su extinción grandes inconvenientes: la de vivir en Madrid de esa industria gran número de personas, que acuden para ejercerla á todo género de astucias; y la de ser un fraude que, por desgracia para los recursos municipales, no inspira gran repugnancia, y hay quien por gala y burla lo comete. Esta es la verdad. El arbitrio de consumos nunca ha sido popular, por la necesidad del humillante registro de los bultos que se introducen en la villa, lo cual ocasiona molestias, errores, disputas y desgracias; pero en cambio, en las épocas en que se suprimió para tener que restablecerle, el vecindario no obtuvo la rebaja de precios en los artículos de consumo que prometía la abolición de aquel impuesto, y hubo que volver á él por no encontrarse con qué sustituirle.

En todos tiempos se ha designado á ciertas personas como directores del alto matute, y se ha hablado de sociedades de seguros contra los riesgos de la defraudación. Es indudable que el auxiliar mayor que tiene es la laxitud con que generalmente se considera aquel acto, que para mucha gente no es sino un negocio mercantil.

A nuestro juicio, ya estarán pensando los interesados en el matute en quiénes serán los nuevos jefes con que han de reemplazar á los vencidos. De todos modos el servicio prestado es importante.

***

Toda la prensa que tenemos á la vista da gran importancia al discurso leído por D. Aureliano Linares Rivas en su recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y á la respuesta dada por D. Fernando Cos-Gayón. Desde luego la calidad de los disertantes, y su posición política en el partido conservador, daban autoridad á sus argumentos; el tema elegido por el Sr. Linares Rivas, problema social en España, era de gran interés, actualidad y trascendencia, pero nada de esto hubiera bastado á la resonancia que ha tenido el acto, á no haber sido tan lucido y bien desarrollado aquel estudio; y sobre todo, á no herir hábilmente en el fondo de la cuestión social, demostrando que es distinta en cada país, como una misma enfermedad tiene caracteres muy diversos en temperamentos diferentes. Los factores que entran en el arduo problema; el fin del Estado; la crítica de las variadas facetas del comunismo y otros sistemas erróneos, forman el preámbulo del discurso. Expone luego la decadencia española del siglo XVIII por haberse apagado el espíritu nacional, y hace á grandes rasgos la síntesis de la reforma social de la nueva política española de este siglo, como la abolición de señoríos, la de mayorazgos y vinculaciones y la supresión de órdenes monásticas, en sus efectos civiles, la abolición de la esclavitud y el problema de los foros, en que particularmente se fija. En todos estos hechos sólo ve la acción del Estado; á partir de ellos, la extensión del derecho electoral y el crecimiento de la industria hace agitarse á las muchedumbres; la Internacional asoma la cabeza en Cataluña; toma otro aspecto en Andalucía, porque, según el Sr. Linares Rivas, el socialismo es un Proteo que muda infinitas formas; combátele con energía, pero reconoce que el Estado debe acudir con socorros ahí donde hay una calamidad de carácter colectivo. Cree absurdo fijar horas de trabajo ó reglamentar éste en todo el mundo de un modo simétrico, pues cree imposible que el Estado resuelva lo que pertenece á las iniciativas particulares.

Cree que España es agrícola ante todo, pero atrasadísima, y pide protección por todos los medios á la agricultura, hasta en el arancel. Pide amparo también para las industrias, y limitación de las profesiones liberales, y termina con útiles consejos á los políticos acerca de su conducta con el pueblo.

Hemos hecho el índice de las materias que comprende el discurso del Sr. Linares Rivas, y sin querer hemos dado excesiva extensión á nuestra reseña, dado el espacio de que la Crónica dispone; y como el nuevo académico debe ser preferido en ese acto, del discurso del Sr. Cos-Gayón sólo diremos que corresponde al talento, importancia y erudición de aquel hombre político.

***

Nuestro colega *La Época* ha propuesto á los demás periódicos un proyecto que, no sólo creemos aceptable, sino necesario. La creación de una sociedad cooperativa de la prensa que facilite á cuantos viven del periodismo, ya en calidad de redactores, cajistas ó empleados de las diversas dependencias, los beneficios de la asociación, para obtener los artículos de consumo de un modo directo con las ventajas de la compra al por mayor y sin pagar ganancias y tributos á los intermediarios que existen entre los que producen y consumen. En Madrid, sobre todo, donde la carestía de la vida es insoportable, y son tantos los que dependen de la prensa, y en general poco remunerado su trabajo, el proyecto merece ser tomado en consideración, y aun calificado de idea feliz y meritoria. Sin duda el artículo no ha sido muy leído, porque no hemos visto que haya obtenido la acogida que merece, por lo cual nos creemos en el deber de contribuir á divulgar sus bases principales.

La sociedad cooperativa de la prensa debería por de pronto, según nuestro colega, limitarse á facilitar á los asociados todos los artículos de alimentación á precio de coste, deducidos los gastos, más un ligero recargo para fondo de reserva. Solicitaría para plantearse el concurso de personas como los Sres. Moret, Pedregal, Santa Ana, Labra, Sánchez Toca, Sanz, Escartín y otros varios que han escrito acerca de estas sociedades ó contribuído á fundar otras. Sin que tuviera el carácter de sociedad benéfica, sino de mutuo interés, aceptaría el concurso de socios capitalistas que disfrutarían de los beneficios. Las anteriores bases lo son de discusión y nada más, y *La Época* las somete modestamente á sus colegas.

LA ILUSTRACIÓN declara por nuestro conducto que le parecen buenas, y que no será el último periódico que se preste á discutirlas y cooperar á que el pensamiento se realice. Con los elementos de que la prensa dispone, podría crearse una sociedad importantísima, próspera y de mucha utilidad para los asociados.

***

En la crónica anterior manifestamos nuestras impresiones acerca de las diferencias que se suscitaron respecto de la decisión del Jurado de Bellas Artes. Hoy debemos añadir, para completar la historia del asunto, que los expositores que no estaban conformes con el fallo han obsequiado con un banquete en el hotel Inglés á los diputados Sres. Moya y Ducazcal, que se hicieron intérpretes de su protesta en el Congreso. Nuestra neutralidad nos impidió asistir á aquella fiesta de uno de los partidos beligerantes, que, á pesar de esto, hubiéramos tenido placer en brindar, no por la protesta, sino por la salud de ambos señores.

***

Los periódicos franceses publican la relación del combate sostenido por las tropas expedicionarias del Dahomey contra el ejército de esta nación, mandado por el rey Badazin. La batalla en que éste fué rechazado y puesto en fuga se dió en las inmediaciones de Puerto Nuevo, y los guerreros africanos, á pesar de su gran superioridad numérica, no pudieron romper el cuadro formado por las tropas regulares. Aunque como hecho militar no tiene gran importancia, ofrece la singularidad de que una cuarta parte del ejército del Dahomey estaba compuesto de mujeres; sabido es que la guardia real de aquel monarca es un cuerpo de amazonas, pero se creía generalmente que más servía para el aparato y rareza de aquella corte singular, que para la guerra. La acción de Puerto Nuevo nos prueba que hacen mal los que dudan del esfuerzo femenino.

«Las amazonas, dice el periódico oficial de la colonia francesa, era guardia imperial de Badazin; embisten con la misma furia que en el combate del 4 de Marzo, en el cual murieron muchas en el asalto del fortín. El cuadro de las tropas francesas es acometido con ímpetu. Aquellas arpías, ebrias de ginebra, pelean con increíble encarnizamiento.»

Ignoramos si alguien ha escrito la historia militar de la mujer, pero es indudable que ha habido en aquel sexo muchas heroínas. Por hoy nos limitamos á llamar la atención del Sr. Ministro de la Guerra acerca de lo que puede hacer el sexo femenino para la defensa de la patria, y proponemos la discusión de este importantísimo tema:

¿Conviene utilizar á la mujer para el servicio de las armas?

Desde luego es impropio llamar sexo débil al que se porta en los combates como las amazonas dahomeyanas. ¿Serán casadas? Y si es así, ¿qué harán los maridos mientras sus mujeres marchan á la guerra?

***

Las fiestas de Madrid coinciden con los exámenes de fin de curso, y quisimos saber la opinión de algunos colegiales.

—¿Qué efecto hacen en los estudiantes? ¿Les agradan las fiestas?

—La generalidad quedan suspensos.

—¿Qué dicen de tantos días de jolgorio?

—Que debería haber años festivos.

—Voy á fundar un periódico.

—¿Tienes dinero para ello?

—Yo le escribo y le compongo.

—¿Y el papel?

—Con un cuadernillo tengo para un mes.

—¿Y la administración?

—No creo que haya ingresos, y como no habrá más suscrición que la mía, yo me la reparto. Sólo le publicaré cuando sienta *ganas* de leerme.

El principal reune á sus dependientes, y les dice:

—Les llamo á ustedes para advertirles que me veo en la precisión de hacer economías: desde este mes tengo que rebajarles á ustedes la tercera parte del sueldo.

Al ver la tristeza reflejada en todos los rostros, añade con suavidad:

—No hay por qué afligirse: les rebajo el sueldo, pero les ascenderé en categoría.

—¿Quién es ese señor?

—Es una notabilidad: ha obtenido un premio en la Exposición.

—¿De pinturas?

—No, en la de perros.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

La Enamorada de Dios, cuadro de D. Casto Plasencia.—*Aquelarre*, bajo relieve de D. Antonio Susillo.

Al frente de este número reproducimos un precioso cuadro apenas conocido en Madrid, con ser delicada joya artística del inolvidable Casto Plasencia: *La Enamorada de Dios*, que así se titula, es una virgen cristiana de los primeros tiempos de la Iglesia, coronada de flores y ceñida de flotantes gasas, que camina al martirio en actitud de místico arrobamiento, elevando al cielo piadosa plegaria.

Fué pintado á fines de 1887 para el jubileo sacerdotal de Su Santidad León XIII, y este augusto Pontífice, tan inteligente en artes, no sólo envió su bendición apostólica á Casto Plasencia, sino que ordenó colocar el cuadro en sitio preferente de la Exposición Vaticana (sección española), y terminada ésta, en su propio gabinete de trabajo, donde está al presente, según se nos dice.

La Enamorada de Dios ha sido fotografiada por Laurent.

En el grabado de la pág. 360 reproducimos una de las diez obras de escultura que ha presentado en la Exposición Nacional de Bellas Artes el laureado artista sevillano D. Antonio Susillo y Fernández: titúlase *Aquelarre* (núm. 1.143 del *Catálogo*), y es un bajo relieve que pertenece al Sr. Conde de Valdelagrana.

Es una composición fantástica: legión de brujas, feas, repugnantes, se congregan la noche de un sábado alrededor del campanario de una iglesia, ya montadas en machos cabríos, ya en palos de escoba, y llevan por los aires á las doncellas más hermosas que sorprenden en sosegado sueño.....

El Sr. Susillo ha merecido medalla de segunda clase por su escultura *El Beso de Judas*, según voto unánime del Jurado.

Nuestros lectores saben que hemos sido los primeros en dar á conocer la aparición y los rápidos progresos de ese distinguido artista, reproduciendo sucesivamente en las páginas de este periódico sus primorosos bajo relieves *Alegoría de Sevilla*, *Dos besos tengo en el alma*, *Angeles al cielo* y otras, así como *La Primera contienda*, magnífico grupo que fué premiado con medalla de segunda clase en la Exposición Nacional de 1887, y con medalla de tercera clase en la Exposición Universal de París de 1889.

***

LA FIESTA DE LA CERVARA EN ROMA.

Artistas españoles parodiando el encuentro de Don Quijote y el Caballero de los Espejos.

Saliendo de Roma por la puerta de San Lorenzo y siguiendo la vía Tiburtina, que cruza por el llano de la campiña, á corta distancia se deja, á la derecha, la basílica de San Lorenzo *extramuros*, y la entrada á las catacumbas de San Ciriaco; se pasa luego, por el puente Mammolo, el Teverone ó Anio, en cuya orilla izquierda están las pintorescas grutas de Cervara; se atraviesa el canal de la Solfatara, que vierte en aquel río sus aguas minerales, célebres en la antigüedad con el nombre de *Aquæ Albulæ*, y donde Agrippa construyó magníficas termas en las que se bañaba Augusto; se llega, en fin, á la *Villa Adriana*, que todavía ostenta ruinas de las diversas construcciones levantadas por el emperador Adriano, imitando los monumentos más notables que había admirado en sus viajes, y algo más allá á Tívoli, «mansión de delicias de los romanos», con sus restos del templo de la Sibila y de la *Villa Mecenas*, sus grutas de las Sirenas, sus cascadas del monte Catillo que se precipitan al fondo del valle desde una altura de cien pies.

Casi todo ese camino suele recorrer la cabalgata de la Cervara, la fiesta tradicional de los artistas residentes en Roma.

La de este año representaba el encuentro de Don Quijote de la Mancha con el Caballero de los Espejos, en presencia de un Emperador bizantino, que era conducido en el carro del Sol, con cetro, manto y corona, y de numerosos caballeros y cortesanos, todos con humorísticos disfraces y montados en asnos, formando abigarrado escuadrón.

Como el tiempo se presentó amenazador desde las primeras horas de la mañana del 6 de Mayo, la cabalgata salió por la puerta *Maggiore* y siguió la *via Prenestina*, que es el camino más corto; precedíala una sección de guardias municipales de caballería, y en la comitiva figuraban, además de los personajes mencionados, artilleros alemanes, tiradores franceses, jinetes árabes, un pachá turco, el emperador Marco Aurelio con quitasol, el guerrero Ayax al lado de Sancho Panza, un *reporter* periodístico que llevaba enorme libro de apuntaciones y pluma de dos metros, etc., y caminaban á los acordes de una música que era propia (dice *L'Illustratione Italiana*) «para producir epilepsia á los gatos»: llegados todos á la Cervara, el Emperador pasó revista á su ejército, que constaba de más de 400 hombres, los cuales desfilaron entre salvas de artillería, fingiéndose cómicamente que un cañonazo partió por mitad al *reporter* cuando éste escribía con febril apresuramiento en su *carnet* gigantesco; el Emperador, desde el carro del Sol, pronunció un discurso é invitó á sus súbditos á la comida que estaba preparada, diciéndoles: *¡Bebete poco, figliuoli!*; el banquete parecía *un manicomio á tavola*, según el periódico *Il Secolo*, porque no es posible dar cuenta de la *babelica confusione* que reinó á los postres; verificóse luego el combate entre Don Quijote y el Caballero de los Espejos, presenciándole Sancho á prudente distancia (aunque no desde un alcornoque), y luego el Emperador declaró que «nada se había salvado, ni siquiera el honor»; hízose en seguida un alarde por el campo del combate, figurando que las ambulancias recogían los heridos, y al punto, reorganizándose la comitiva, emprendió el camino de regreso á Roma, donde entró, con luces de bengala, á las diez de la noche, precedida y seguida de millares de personas y de carruajes.

Nuestro primer grabado de la pág. 356 (dibujo del natural, por el laureado artista D. Hermenegildo Estevan) representa el principal episodio de la fiesta: el momento de prepararse al combate Don Quijote de la Mancha y el Caballero de los Espejos.

Estos dos personajes, como Sancho y otros, eran representados por artistas españoles; el Emperador bizantino era el pintor De Sanctis; de pudorosa Dama castellana hacía el pintor Dovizielli; el Pachá turco era el pintor Attanasio, autor del famoso cuadro *Lacrymæ rerum*, etc.

Tal ha sido este año la Cervara en Roma, fiesta que los artistas madrileños se disponen á imitar, pero con más suntuosidad y aparato, en la fiesta de la Florida.

***

LOS FESTEJOS DE MAYO EN MADRID.

En las carreras de caballos.—La Retreta militar.—El Baile de *Blanco y Negro* en el teatro Real.

Las carreras de caballos en la temporada de primavera de 1890, organizadas por la *Sociedad de Fomento de la Cria Caballar*, se han celebrado en el Hipódromo de Madrid los días 3, 6, 23 y 26 de Mayo próximo pasado, correspondiendo, por lo tanto, las dos últimas al período de los festejos.

Mencionaremos solamente las más notables, según el *resultado oficial* que publican los periódicos del *sport*.

Lo fué sin duda alguna la tercera del primer día, *Gran premio de Madrid* (10.000 pesetas y el 50 por 100 de las matrículas al vencedor), en una distancia de 2.500 metros aproximadamente; corrieron cinco potros y potrancas de tres años, nacidos y criados en la Península, siendo retirados otros cuatro; ganó *Pretex*, de la cuadra del Sr. Duque de Fernán Núñez, regido por el *jockey* Brawn, llegando el segundo *Diva*, de la misma cuadra, y el tercero *Lubi*, de la del Sr. Marqués de Villamejor. Tiempo: 3' 2"; apuestas mutuas: 30 reales por duro.

En la tercera del segundo día, *Militar lisa*, premio de S. M. la Reina Regente (2.000 pesetas), en una distancia de 2.500 metros, venció el caballo *Opis*, montado por el Sr. Conde de San Luis, oficial de húsares de Pavía; y en la cuarta, *Premio Alfonso XII*, ofrecido también por S. M. la Reina Regente (4.500 pesetas al primero y 500 al segundo), venció *Saigón*, del Duque de Fernán-Núñez, ganando á *Southsea* (que llegó el segundo), del Sr. Garvey, por doce cuerpos. Distancia, 3.000 metros; tiempo, 3' 34".

La segunda carrera del tercer día, *De Competencia*, premio de la Sociedad (7.000 pesetas y el 70 por 100 de las matrículas al primero y 1.000 y el 20 por 100 al segundo), fué ganada por *Cadichonne*, del Sr. Conde de Mejorada, montada por el *jockey* Bulford, llegando la segunda *Diva*, del Sr. Duque de Fernán-Núñez. Distancia, 2.000 metros; tiempo, 2' 19"; apuestas mutuas, 100 reales por duro.

La primera del cuarto día, *Velocidad*, premio de S. A. R. la infanta D.ª Isabel, consistente en un látigo de montar, con puño de oro y brillantes, fué ganada por *Dora*, del Sr. Marqués de Villamejor, regida por el *jockey* Duton.

Todas las carreras fueron presenciadas por numerosa y selecta concurrencia en las tribunas y por inmenso gentío en las alturas inmediatas al Hipódromo, á pesar del tiempo desapacible que reinó en dos tardes.

Nuestro segundo grabado de la pág. 356 (dibujo del natural, por Huertas) representa el momento en que un *jockey* conduce su caballo por delante de las tribunas mientras los espectadores preparan las apuestas mutuas para la próxima carrera.

La retreta militar se verificó en la noche del martes 27, y fué, como la misa de campaña, uno de los mejores festejos de Mayo.

En las primeras horas, y á pesar del recio viento que reinaba, desapacible y frío, las calles y plazas de la carrera, desde el Salón del Prado hasta la Armería, estaban llenas de innumerable concurrencia, y todos los balcones aparecían ocupados por elegantes señoras; rompía la marcha de la militar comitiva una sección de Guardia civil de á caballo, que difícilmente podía abrir paso á través de la apiñada muchedumbre, y seguían (por el orden previamente anunciado, y bien dispuesto para que el conjunto produjera el mayor lucimiento) secciones de soldados de caballería con luces en bombas de cristal blanco; soldados de infantería y de marina con hachones de viento; las bandas de música, de cornetas y de clarines de todos los cuerpos de la guarnición; una colosal farola, en cuyo vidrio del centro se leía esta noble dedicatoria: *El Ejército y la Marina al pueblo de Madrid;* un soberbio galeón del Museo Naval, conducido sobre ancha plataforma; una carroza alegórica, que representaba el torreón de un castillo, en cuyas almenas se alzaba la estatua de Marte y cuya base tenía trofeos, banderas y alegorías militares.

Organizada la retreta en las cercanías de la Cibeles, las bandas de música ejecutaron brillantes piezas frente al Ministerio de la Guerra, y la comitiva se puso en marcha, una hora después, por las calles de Alcalá, Puerta del Sol, Arenal, plazas de Isabel II y de Oriente; la entrada en la plaza del Real Palacio, á las once menos cuarto, produjo grandioso efecto, destacándose en la obscuridad las movibles líneas blancas de las bombas y las rojizas de los hachones, y resonando los agudos toques de las cornetas, los graves y solemnes de los clarines y los alegres de las músicas.

La Real familia presenció el paso de la retreta desde los balcones de la fachada principal del regio alcázar, y ante ella se situaron las bandas, rodeadas en extenso cuadro por los jinetes y peones que llevaban las luces, y ejecutaron siete escogidas piezas que aplaudió ruidosamente el innumerable gentío que llenaba la plaza.

Acto continuo se verificó el desfile, saliendo la retreta por el arco de la Armería, y dirigiéndose por la calle Mayor hacia la Casa Consistorial, ante cuyos balcones también tocaron las músicas, y luego hacia la Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo, disolviéndose en el Prado á la una y media de la madrugada.

Conmemora este festejo nuestro grabado de la pág. 357 (dibujo del natural, por Comba), que representa el momento de salir la retreta por el arco de la Armería, después de la serenata á la Real familia.

Indudablemente, el pueblo de Madrid, agradeciendo al ejército y á la marina la delicada dedicatoria que resplandecía con letras rojas en la colosal farola, quedó complacidísimo del vistoso espectáculo; y así lo demostró, aplaudiendo con entusiasmo en repetidas ocasiones.

¿Pretenderemos ahora describir en corto espacio el baile llamado de *Blanco y Negro*, que se celebró en el teatro Real la noche del 30? Conviene toda la prensa periódica de la corte en declarar que semejante descripción es imposible.

Apuntemos los detalles más salientes, para acompañar al interesante dibujo de Méndez Bringas que reproducimos en el grabado de la pág. 361.

El baile fué organizado por la comisión ejecutiva de la prensa, que confió el decorado interior del regio coliseo á los laureados artistas D. Luis Alvarez y D. Joaquín Araujo y al distinguido arquitecto D. Aníbal Alvarez Osorio, socios del Círculo de Bellas Artes, y á quien auxiliaron poderosamente el Sr. Rodrigáñez, director de jardines del Ayuntamiento, y la empresa del teatro Real, poniendo á disposición de aquellos artistas y de la Junta que representaban los valiosos elementos con que cuenta, y el personal que tiene á sus órdenes.

El golpe de vista que ofrecía el salón del teatro, desde los palcos situados frente al escenario, era sorprendente: pendía del elevado techo una araña de 300 lamparas incandescentes, adornada de guirnaldas de claveles y de gasas azules y rojas, las cuales descendían luego hasta los antepechos del paraíso formando graciosos pabellones; otras gasas y guirnaldas surgían de los lados, y decoraban también los palcos y los candelabros, resaltando entre los pabellones numerosas lamparitas de blanca luz eléctrica; ostentaba el escenario una decoración bellísima, y al fondo, cerrándole, había una cascada y una gruta ceñidas de espléndido follaje y alumbradas también por blancas luces.

La reunión de los invitados comenzó á las diez y media, y todo Madrid respondió con entusiasmo á la galante invitación de la Junta de la prensa, ocupando el salón, los palcos, las galerías, el *foyer* y hasta el paraíso, muchísimas mujeres hermosas y elegantes y los hombres más conocidos en las letras, en las artes, en la milicia, en la política, en la sociedad aristocrática.

La orquesta del Real, dirigida por el maestro Urrutia, ejecutó con brillantez todo el programa del baile (aunque no se bailó hasta las tres y media de la madrugada), y las señoras fueron obsequiadas con helados y dulces.

Era ya de día cuando terminó la magnífica fiesta, por cuyo éxito se ha tributado entusiastas felicitaciones á la comisión ejecutiva de la prensa madrileña y á los artistas.

***

DANIEL URRABIETA VIERGE.

(Retrato dibujado por él mismo.)

Nuestro distinguido amigo D. Martín Rico, el eminente paisista que tantas veces ha honrado con primorosos dibujos las páginas de este periódico, ha remitido al Sr. Director la carta siguiente, que nos complacemos en reproducir íntegra:

«Excmo. Sr. D. Abelardo José de Carlos, director de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

»Querido amigo: Me figuro lo que le extrañará á usted ver una carta mía en su periódico, donde plumas tan agudas escriben; pero quizá cuando la haya leído, disminuirá su mala impresión, en gracia de la causa que me mueve á ello.

»Veo que va pasando tiempo, y aun tiempos, y no encuentro ningún artículo que hable de una de nuestras glorias nacionales más brillantes; ¿es poco amor el asunto de que se trata? ¿es que no se encarga el artículo? ¿es que no se entiende? No lo sé; pero el hecho existe, y quizá con indicarlo algún escritor de Bellas Artes se animará á hacer una biografía seria, pero no con esos términos huecos que nada dicen ni para el público ni para nosotros.

»Se quejan los críticos de que hay demasiados cuadrotes en las Exposiciones, pero yo creo que la falta es, por ahora, irremediable; porque en realidad, no se mira ni se ocupa nadie más que de lo grande (en metros), y el arte íntimo, el arte delicado, es poco menos que desconocido. No quiero meterme á escribir lamentaciones de Jeremías, porque lo creo enteramente inútil, y no es este el momento; y vamos al asunto.

»DANIEL URRABIETA VIERGE nació en Madrid el 5 de Marzo de 1851; á los doce años entró en la Academia de San Fernando, y durante los cinco que concurrió obtuvo siempre premios de sobresaliente; en 1869 vino á París, donde tanta gloria le esperaba, pues á los pocos años se puso á la cabeza del movimiento artístico en todas las publicaciones ilustradas, puesto que su genio lo abarcó todo: historia, paisaje, género, actualidades, porque á todo cuanto su mano toca le da vida, animación y novedad, lo que es propio sólo de organizaciones privilegiadas.

»Verdaderamente extraordinario es el número de dibujos que ha hecho durante estos años, siempre fecundo y original, con una gracia y finura en que no le conozco rival, y sólo podía compararle á Menzel, de Berlín, en género enteramente distinto. Sus cualidades más sobresalientes son lo bien que presenta las escenas, la mancha tan brillante, y en la cual se han inspirado muchos de los que cultivan este género, y el carácter que da á sus dibujos: basta para convencerse ver los de su libro *Don Pablo de Segovia*, pues algunos de ellos parecen hechos del natural, en la época, y si desgraciadamente la reproducción se hizo demasiado pequeña, como existen los originales, podrán repetirse mayores (y aun creo que de ello se trata) y los aficionados podremos regocijarnos.

»Causas que no son de este lugar han motivado que en España no haya, en las publicaciones ilustradas, ningún dibujo suyo; y sin embargo, no por eso creo que será menos conocido y admirado, y en esto no soy más que eco de los muchos aficionados que tiene en esa.

»El retrato que acompaña á esta carta (véase nuestro grabado de la pág. 364) es uno de sus últimos dibujos, y en él se ve la mejoría de la cruel enfermedad que le aquejaba, de la que deseo de todo corazón se cure completamente, para encanto de las personas de gusto delicado.

»Otra de las causas que á escribir estos borrones me impulsan es que, fuera de España, todos creen que Daniel Urrabieta es francés, bien sea por el nombre que adoptó, bien porque ha vivido mucho tiempo en París, y debemos hacer constar que es nuestro, por lo poquito de su gloria que nos toca á cada uno.

»No se incomode usted porque esta carta se hace demasiado larga: ya le recompensaré con un dibujo de lo más fino que yo sepa hacer, y perdonará como siempre á su afectísimo amigo,—MARTÍN RICO.»

Todos cuantos signen con atención el movimiento artístico de nuestros días, saben cuán justos y merecidos son los términos en que nuestro querido amigo D. Martín Rico se ocupa del aventajadísimo Urrabieta Vierge, en la expresiva carta que dejamos transcrita.

***

ACADEMIA GENERAL MILITAR.

Prácticas de los alumnos en el campamento de los Alijares.

En la pág. 365 damos un grabado que representa varios episodios de las prácticas ejecutadas por los alumnos de la Academia General Militar, en el campamento de los Alijares, cerca de Toledo, en Mayo próximo pasado; y ha sido hecho sobre dibujo del natural debido al lápiz del ilustrado jefe D. Nemesio Lagarde, nombre ya conocido de nuestros antiguos suscritores.

Con la organización adoptada por la Academia para esos ejercicios anuales, se presentan muchas ocasiones de variada aplicación de los principios prescritos por el reglamento del servicio en campaña, según explicamos á continuación, por interesantes apuntaciones que nos ha facilitado el mismo Sr. Lagarde.

En las prácticas de este año la fuerza de alumnos constituye: dos batallones de infantería; una sección de artillería de batalla, con dos piezas Krupp, largas, de 8 centímetros (una de bronce y otra de acero); una sección de artillería de montaña, con dos piezas Plasencia, cortas, de 8 centímetros; una sección de zapadores, con dos cargas de útiles y efectos, y una sección de caballería.

Los alumnos, durante su estancia en el campamento, se dedican á las prácticas correspondientes á los diferentes años, con independencia de la organización anterior, y dichas prácticas son, para los de tercer año, de reconocimientos militares: al principio cada sección opera aisladamente, después por grupos de cada sección, y luego por parejas é individuos.

Consisten en recorrer trozos de carretera, caminos, ríos, desfiladeros, etc., desde el punto de vista táctico y estadístico-militar, y de cada reconocimiento se exige el correspondiente croquis y la *Memoria* descriptivo-militar.

Para estos reconocimientos posee la Academia numerosos aparatos de Topografía irregular, aunque también se ejercita á los alumnos en levantar rápidamente, á ojo, zonas determinadas de terreno.

Dedícanse igualmente los alumnos de tercer año al servicio avanzado, constituyéndose en grandes guardias y en la hipótesis de cubrir á las fuerzas acampadas, destacan un puesto y centinelas y proveen las patrullas de enlace; los jefes de los fuertes reconocen los alrededores de su puesto, y levantan rápidamente un croquis que, con una ligera *Memoria*, remiten en seguida al encargado de la gran guardia.

Las secciones de segundo año, ayudadas por la del primero, construyen obras de fortificación, material de ramaje, revestimiento, defensas accesorias, y levantamientos regulares de gran extensión con toda clase de instrumentos.

Las tardes se dedican á ejercicios tácticos, por unidades orgánicas, y en combinación de las diferentes armas.

Los alumnos de curso especial de infantería practican también el servicio telegráfico que les está encomendado durante el campamento: en las prácticas de este año han montado una línea á Toledo, de 3 kilómetros, y establecido una estación en el Alcázar, existiendo en el campamento una central, en la gola de la obra núm. 6, y dos más en otros puntos de dicho campamento.

Las tiendas de los jefes estaban en comunicación con la central, y además de las estaciones Morse, Breguet y micrófono Ader, que comunicaban con Toledo, se estableció también un aparato Mangin y heliógrafos Mance.

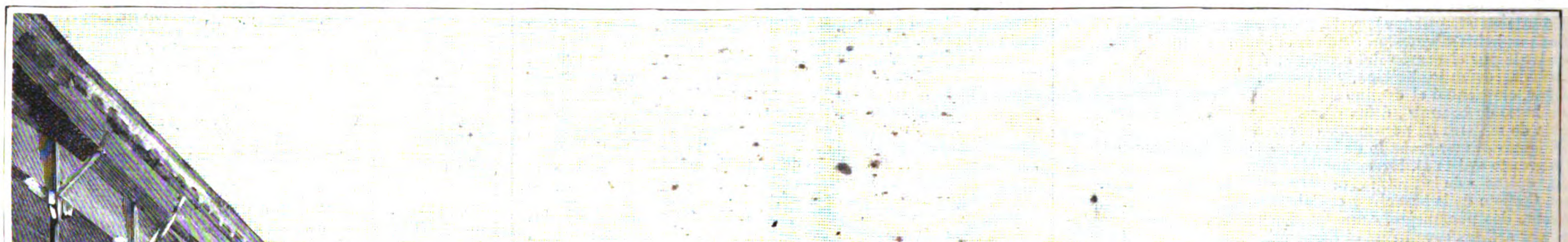
El horario empezaba á las cuatro y media de la mañana, en que se tocaba diana, formando inmediatamente todas las unidades en los sitios marcados; en seguida se hacía la descubierta por fracciones que variaban de un día á otro, permaneciendo el resto de la fuerza sobre las armas; se dedicaban después los alumnos al aseo personal, y luego formaban para las prácticas, por años, y á las once y media terminaban éstas; á las doce comida, luego siesta, y á las tres se formaba nuevamente hasta las seis; á las siete cena, á las nueve retreta y lista, y á las nueve y media silencio; pero este silencio no indicaba la conclusión de las prácticas del día, porque cuando menos se esperaba, en las altas horas de la noche, oíase el toque de generala, y se prescindía en absoluto del sueño hasta la siesta del siguiente día.

En este año la artillería no ha tirado al blanco, porque los dueños de la dehesa en que se verifican las prácticas se han opuesto á que los proyectiles crucen unas cuantas horas por zona que está desierta casi todo el año.

Las marchas se emprendieron el día 23, por Ajofrín, Sonseca,



ROMA.—LA FIESTA DE LA «CERVARA»: ARTISTAS ESPAÑOLES PARODIANDO EL ENCUENTRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA CON EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS.
(Dibujo del natural, por D. Hermenegildo Estevan.)



MADRID—EN LAS CARRERAS DE CABALLOS: CONCERTANDO LAS APUESTAS.—(Dibujo del natural, por Huertas.)

LOS FESTEJOS DE MAYO EN MADRID.



LA RETRETA MILITAR DESFILANDO POR LA PLAZA DEL REAL PALACIO.

(Dibujo del natural, por Comba.)

Los Yévenes, Orgaz y Almonacid, á Toledo, á donde llegó la Academia en la tarde del 29, efectuándose esas marchas en la misma forma que si se cruzara por un país enemigo, practicando el servicio de seguridad y exploración y simulando combates en toda clase de terrenos.

El inteligente y activo jefe de la Academia ha desplegado gran fuerza de voluntad y firme celo para cumplir su cometido en debida forma; y como dato curioso mencionaremos que sólo la sección de minadores ha empleado en sus prácticas *mil* kilogramos de pólvora y *ciento* de dinamita.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LA SERPIENTE ENROSCADA.

HISTORIA VULGAR

POR D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO (1).

IV.

Hora es ya de que digamos algo sobre la vida de Don Cenón Barrientos. Este hombre insigne, que tal puede llamarse el que nacido en la obscuridad y casi la miseria disfruta al término de sus años notoria estimación y relativa abundancia, debió toda su suerte á la costumbre seguida en su país de poner por nombre á las criaturas el que rezaba el almanaque en la fecha de su nacimiento

A semejanza, pues, de aquel agudo alemán que buscó en Italia entre la numerosa familia de los Farinas un muchacho que se llamase Juan María, para ponerlo al frente de una fabricación de agua de Colonia y competir sin riesgo con la célebre marca de este título, del propio modo un Don Cenón Barrientos, notable boticario de Madrid, con honores de farmacéutico del Rey, y muchas pesetas, buscó entre sus numerosos parientes de la comarca en que había nacido un muchacho que llevara su mismo nombre, para que perpetuase con el tiempo, á ser posible, su casa y dinastía. El tal boticario, á quien llamaremos Don Cenón I, no abrigaba los aviesos propósitos del falso fabricante de agua de Colonia, sino que pagado de su posición y ganoso de continuarla indirectamente, ya que no lo había conseguido por gestiones directas, aun cuando se casó dos veces, y la última con mujer joven y hermosa cuyas prácticas de familia eran fecundísimas, Don Cenón I, decimos, encargó á Tierra de Campos que cuando viniese el arriero á Madrid le trajera el zagalote homónimo, si resultaba listo y con anchuras.

Entró por consecuencia de esto Cenoncillo en la corte gualdrapeado en el serón de un mulo, pies con cabeza de otro mozalbete que traían á un comercio de la calle de Postas; y al verificarse su descarga en la puerta de la botica, cualquiera hubiese imaginado que descargaban una corambre nueva de vino. Corto, en efecto, de estatura, ancho con redondez, de brazos tiesos é inmóviles por resultas de una chaqueta gorda mal cosida, rubicundo de cara casi como de traje y clavado en el suelo sin atreverse á andar ante el corro de gente que lo contemplaba, necesitó que el que iba á ser su amo le arrimase una bota por el dorso para meterlo adentro, y que la que iba á ser su ama lo contuviese con los brazos para que no cayera.

Breves fueron las horas de ociosidad en que estuvo; pues desde el primer instante se le inició en cómo había de barrer la acera de la botica, sacudir el polvo de los botes, limpiar los cristales, machacar raíces, batir ungüentos y obedecer á todo lo que se le mandara. También aprendió que debía ayudar en la cocina, comer las sobras y dormir en el suelo. Asimismo quedó informado de que á Madrid venía para estudiar, no para ser un bribón ignorante y rudo, á cuyo efecto en los ratos de ocio leería libros de la facultad, que le preparasen á emprender la noble carrera de su señor tío. Finalmente, con un aprovechamiento de veinte horas de trabajo durante las veinticuatro del día, el tosco zagalón llegaría á ser un regular mancebo.

El lector tal vez ignore lo que es un mancebo de botica, y nosotros vamos á decírselo. Todos los dependientes de tienda en que se hace el comercio menudo viven en análoga servidumbre, excepto el dependiente del boticario, que no se parece á nadie. Ellos trabajan como azacanes toda la semana, pero tienen domingo; luchan con el público durante el día y parte de la noche, pero cuando cierran la tienda duermen; se agitan en constante actividad sirviendo al dueño y al parroquiano, pero no confeccionan ni manipulan las cosas que despachan; son esclavos, en fin, pero sin cadena. El mancebo de botica, á quien comprenden las propias obligaciones de los otros, es además autor y actor en la práctica de su oficio: trabaja con el cuerpo y con el discurso; levanta arrobas y subdivide átomos; necesita ser atento con los que compran, y más atento aún con la índole de lo que se vende. Para él no hay domingos ni festividades, ni horas de reposo en el centro del día, ni días quebrados por las vicisitudes atmosféricas ó de otra especie; pues como los enfermos no escogen el instante de exigir medicinas, lo mismo las piden á la madrugada que al anochecer, lo mismo cuando llueve que cuando hace buen tiempo, lo mismo á media tarde que á media noche. La puerta de la botica no se cierra nunca, porque cuando parece que está cerrada queda un ventanillo abierto, por el cual asoma un cordón que el mancebo se ha atado en la muñeca ó en el tobillo, para que ni aun á la hora de dormir en el camastro de la trastienda pueda entregarse al sueño sin experimentar las bruscas sacudidas del que viene por cuatro cuartos de mostaza para unos sinapismos ó por dos reales de éter para un soponcio.

Los dependientes de otros comercios disfrutan de una vida variada y casi placentera. Hablan con los parroquianos, de quienes se hacen amigos por la costumbre de servirles; discuten con cierta broma sobre el mayor ó menor precio de las mercancías; contemplan caras bellas, que suelen requebrar al descuido, y hasta es común que conquisten alguna que otra noviecilla entre las frescas jóvenes que concurren de ordinario á sus compras.

Pero ¡en las boticas! ¿quién entra en las boticas con cara alegre? Uno lleva los ojos preñados de lágrimas, otro acude con visible emoción por un remedio que urge, estotro revela en su semblante el padecimiento que le agobia; y si alguno se rompe una pierna, ó recibe una herida en riña, ó se muere de repente en la calle, la botica es el primer socorro, el mancebo el primer acongojado.

En otros comercios se habla de vestir ó de comer, de adornarse y gozar: en la botica no se habla más que de dolores de estómago, de vahídos en la cabeza, de ahogos en el pecho, de macas y podredumbres en todas partes. Los dependientes de confitería, repostería, zapatería, sombrerería, guantería, barbería, etc., pasan su tiempo entretenidos en arreglar cartuchos de bombones, estrechar pies y manos de las damas, servir pasteles ó copas, revolver el mundo político ó literario, difundir chismes ó comentar enredos. Los de botica, después de andar continuamente con menjurjes, no llevan nunca el alta y baja de un suceso feliz, como los otros las bodas, donde intervienen desde la petición hasta el enlace, sino el alta y baja de las dolencias del prójimo, en que intervienen desde la primera tisana de una invasión hasta las últimas inhalaciones del moribundo.

Respecto á gajes y muestras de gratitud, ¿quién asegura haber dado jamás una propina al dependiente del boticario? Para él no hay pascuas ni días de santo, ni obtención de título ó dignidad, nada de lo que se gratifica á otros mancebos. El oficial de sastre cuando entrega la ropa, el del joyero cuando entrega la alhaja, el pinche que lleva un plato, el hortera que conduce las telas, todos los dependientes, cual más, cual menos, reciben alguna vez recompensa á sus menudos oficios, ó simples gracias por haberlos prestado: el dependiente de botica, nunca. Si la medicina sentó bien, se le debe al médico; si sentó mal, quizá fué causa del trastorno la ineptitud del mancebo que anduvo en ella; siendo de advertir que así como en una relojería cuando el muchacho equivoca una pieza todo lo más que sufre es la reprensión del relojero, en una botica cuando el dependiente equivoca una receta incurre en reponsabilidad criminal y tiene hasta presidio.

Con tales circunstancias, pues, y entre la indiferencia de todo el mundo, se desliza una vida de privaciones y esclavitud en la persona del aprendiz de boticario, á quien nadie conoce, á quien nadie comprende, á quien nadie agasaja ni considera.

De este modo se crió Don Cenón Barrientos.

V.

La letra con sangre entra, dice el refrán, y la farmacia le fué entrando á Cenoncillo con mojicones por arriba, puntapiés por abajo, un poco de aplicación en los estudios y gran laboriosidad en el desempeño mecánico de lo que se le mandaba La farmacia entonces, más que ciencia, era un arte que se aprendía leyendo los recetarios, siguiendo algunos cursos en escuela especial, donde los profesores ignoraban casi tanto como los discípulos, y practicando manipulaciones y récipes en una botica. El bagaje de ésta era bien sencillo. Una colección de botes en forma de tubos, vidriados y pintorreados con emblemas extravagantes; otra de redomas panzudas en que alternaban líquidos de color, cuya esencia á veces estaba subordinada á la buena vista; cajones con letreros griegos y latinos; la imagen de la Virgen con una luz, y el ojo del boticario en marco triangular, mezcla de cabalístico y de masónico: he aquí la decoración de una botica respetable, completada con el continente adusto y el mandil y gorro del farmacéutico.

Ya se ve; en aquella época, con no estar tan lejos de la presente, la farmacia, como hemos dicho, era bien distinta de la de hoy. Una recolección en primavera de flores cordiales, en verano de huesos de fruta, en otoño de plantas aromáticas y en invierno de agua de pozo *per destilationem*, un buen surtido de madreperla, polvos de Dover, píldoras de cinoglosa, jarabe de corteza de cidra, sal de la Higuera, magnesia y crémor, quina, amoníaco y éter; con esto, ó poco más, y los cuatro remedios heroicos, el opio, las sanguijuelas, el emético y la cantárida, ¿quién le tosía á ningún Don Cenón nacido ó por nacer? Si á nuestros dos amigos, el primero y el segundo, les hubiesen hablado entonces de antipirina y de cloral, de ioduros y bromuros, de silicicatos y de tartratos, ó de cualquiera de esos específicos que llenan con sus anuncios en nuestro tiempo la cuarta plana de los periódicos, ¿no hubieran estallado de furor y exigido á voces la ingerencia de la autoridad contra tamañas locuras?

Porque es de advertir que el cuerpo humano por dentro, con parecer la cosa más seria del mundo, ha sido y es juguete en este propio siglo progresista de las mismas extravagancias con que la moda lo ha ataviado por fuera. Sale Brown diciendo que todas las enfermedades son debilidad, y atraca á los pacientes de estímulos vigorosos, alimentación nutritiva, reactivos y excitaciones, hasta que revientan. Opónesele Broussais diciendo que todas las enfermedades son irritación, y desjarreta á los pacientes con sanguijuelas y sangrías, tisanas antiflogísticas, agua de arroz por alimento, derivativos y emulsivos, hasta que se consumen. Viene Le Roy diciendo que todas las enfermedades proceden de impurezas, y administra á los pacientes y á los que no lo son drásticos enérgicos, que ahuecan la figura humana como cañón de órgano, hasta convertirla en aquellos escuálidos y verdosos ejemplares de petimetre y damisela que nos ofrecía el período del romanticismo. Síguele Raspail diciendo que todas las dolencias provienen de bicharracos, y tratando á los enfermos como á ropas apolilladas, los satura de alcanfor con lociones, enjuagues, duchas, y hasta en los cigarrillos que han de llevar en la boca; añagaza sin duda de comerciante para que sirviesen de prospecto á su terapéutica. No hablemos de la hidroterapia, ni de la aeroterapia, ni de la dosimetría, ni de la homeopatía, esta última arraigada á despecho de su simplicidad, porque como es cómoda y no exenta de ilusorios bienes, ha venido á advertirnos que la naturaleza es el mejor boticario, como es el mejor confitero, el mejor perfumista y el mejor pintor de paisajes que se conoce.

Mentira parece, íbamos diciendo, que la salud, joya tan preciada de las criaturas, se le entregue, cuando se descompone, al primer dulcamara que pregona específicos, ó al primer ideólogo que ensaya *in anima vili* sus filosofías, y, sin embargo, es lo cierto. El ansia de innovaciones que distingue al siglo presente nos conduce á jugar con la salud como jugamos con la política ó con la economía, creyendo descubrir verdades á cada hora en lo que únicamente se descubren indicios de verdad, cuando no dolorosas enseñanzas. Hiciéramos, siquiera, lo que los brutos, cuya medicina histórica se enriquece pero no se proscribe, fiando á repetidas experiencias la elección de remedios entre los que constituyen esa hermosa farmacopea de los valles y de las montañas. Enriquezcamos, pues, la medicina secular con los progresos de las ciencias auxiliares, pero desdeñemos la extravagancia y la utopia; y cuando nos reimos de nuestros pobres abuelos que curaban ciertas dolencias haciendo una cruz con saliva en los zapatos, no vayamos á incurrir en la locura de atarazar nuestras carnes con esa última moda del *amasijo*, que convierte á la criatura humana en artesa de pan, heñida por los brazos del curandero.

Por fortuna para el primitivo Don Cenón, no alcanzó éste el doloroso espectáculo de que la clásica botica se trocase en la moderna oficina de farmacia. El cuchitril donde labró su suerte y adquirió su prestigio sirvióle de antetumba; y muy anciano ya y casi feliz, entregó su alma á Dios, sin que precediesen al eterno viaje ni el pulsómetro que acusa con terrible certeza las oscilaciones locas de nuestro círculo sanguíneo, ni el termómetro que bajo la axila marca con espantosa exactitud los grados de calentura que nos consume, ni el estetóscopo que escudriña con alarmante curiosidad los senos ó tumores de nuestras entrañas; recursos todos muy útiles, sin duda, para procurar sustos á los vivos, aunque poco ó nada influyentes en la contención de la carrera de los muertos.

El boticario murió dejándole á su esposa, que, aun cuando entrada en años, podía ser hija suya, la masa íntegra de su caudal; y al pariente homónimo, que cuantos más cursos de farmacia ganaba más sobrino fué haciéndolo, la dirección y tráfico de la botica, mientras se conservase fiel á las tradiciones de la casa y á la persona é intereses de la heredera. De este modo trocóse en congojosa ternura el grotesco

(1) Véase LA ILUSTRACIÓN del 30 de Mayo.

cuadro que se ofreció á Cenón á su entrada en Madrid; pues el que hubo de alargarle la punta del pie para recibirlo, le alargaba moribundo la mano al despedirse, uniéndola como en testimonio de alianza y de paz á la de su excelente mujer, que en aquel memorable día había abierto los brazos para que no cayera de bruces el pobre rapazuelo.

VI.

Don Cenón segundo, pues que del primero ya poco ó nada hemos de hablar en el curso de este relato, sintió verdaderamente á su tío; que alma agradecida encerraba el interior de aquella figura, tosca al parecer, aunque sencilla y de honrado porte. Este sentimiento era tanto más loable, cuanto que ni en vida tuvo mucho que agradecer al que lo trajo á Madrid, ni en muerte le dejaba grandes muestras de consideración personal relativa á intereses. La cuantiosa herencia del primer Barrientos quedaba, como hemos dicho, íntegra para la viuda, y aun cuando el sobrino iba á regentar la botica, con parte en sus ganancias, el legado estaba pendiente de la mayor ó menor inteligencia que se conservase entre la señora y el mancebo. ¿No era esta una verdadera orfandad?

Doña Margarita, sin embargo, poseía condiciones á propósito para entenderse con un hombre de bien. Criada en esos pañales de la clase media española, que si no se llaman buenos debían llamarse honrados, recibió la educación que en aquella época recibían las mujeres destinadas á parecerse á sus madres. Algo de lectura y escritura, poco más de otras materias científicas, bastante de aguja y de calceta, mucho de religión y moral, y muchísimo de quehaceres y cuidados domésticos, eran la base y casi el vértice de su crianza. Apenas frecuentó otros caminos que el de su casa á la iglesia, y cada quince ó veinte días el de un paseo público á donde la llevaban, no á ser vista, aunque tenía mucho que ver, sino á que se esparciesen su ánimo y sus pulmones en la contemplación de la naturaleza.

Dentro del hogar paterno se trató únicamente con los amigos de la familia, personas todas de gran virtud, pero algo fastidiosas y vulgares, de quienes llegó á creer que estaba lleno el mundo. Así es que cuando una de ellas, el rico boticario de la vecindad, la pidió en matrimonio, Margarita no extrañó que fuese viejo, ni viudo, ni poco alegre; puesto que siendo la boda á gusto de sus padres, lo mismo era aquel señor que cualquiera otro de los que la trataban. Casóse, pues, sin ilusiones y sin repugnancia, trocando la indiferencia de la doncellez por la indiferencia del matrimonio, como esas princesas de sangre Real que fían á las vicisitudes de la suerte el enlace contraído por razón de Estado.

De lo que sí pudo estar seguro el novio era de que Margarita sería una buena mujer, y lo fué en efecto. Los tertulianos de la botica creyeron al principio que una boticaria hermosa era excelente materia de estudio para enfermedades de amor; pero bien pronto se convencieron de que lo que había entrado en la farmacia era un nuevo específico contra las pretensiones absurdas. Margarita, ó Doña Margarita, ó la señora Doña Margarita, que de tal modo fué ascendiendo por sus cualidades especiales, aceptó el matrimonio como las monjas jóvenes aceptan la clausura; encierro por encierro y regla por regla. Ni se extrañó, decíamos, de la edad de su marido, ni de las costumbres de su marido, ni de los deberes que había aceptado al aceptar el marido. ¿Conocía en el mundo otra cosa? De su parte el esposo coadyuvaba á la dicha doméstica con tres ficciones que valían tres virtudes: juventud siendo viejo, dulzura siendo agreste, largueza siendo tacaño. Puede decirse que aquel matrimonio jamás tuvo una nube, aunque tampoco un rayo de sol.

Pero pasa el tiempo sobre los matrimonios desiguales, y cuando la muchacha se hace mujer, el viejo se hace caduco. Mientras fué esposa pareció hija, y cuando enviuda es ella la que envejece. Por eso la boticaria se quedó á su viudez en condiciones de habérselas fácilmente con un mancebo laborioso, afable y subordinado. Él no podía vivir sin la botica antigua: ella no podía desenvolverse sin el boticario nuevo.

Don Cenón desde muy joven no tuvo más que un vicio: el tocar la guitarra. Llamámosle vicio, porque tal lo consideró siempre su amo, tal lo persiguió y con tanta fiereza lo maldecía. Esto de que una noble farmacia se encanallase como tienda de barbero, no podía tolerarlo el que ostentaba en su escudo la corona Real. ¿Qué vergüenza era aquélla? Si el sobrino se rebajaba hasta aprender el barberil instrumento, era necesario que lo hiciese cuando nadie lo oyera, estando solo y relegado á lo profundo de su alcoba. ¡Guitarra pública y sonante, jamás!

Sea, pues, por la prohibición, ó porque la guitarra posee un atractivo irresistible para los desocupados, ello es que el Barrientos no pudo prescindir de emplear sus horas de ocio en el estudio de la poética y antigua cítara, que al descomponerse en nombre y en figura ha descendido al último nivel, y si antes se colocaba sobre la cabeza de los dioses, hoy suele colocarse hecha trizas sobre la cabeza de los majos.

Eso de aprender á solas la guitarra, es susceptible de seria consideración. Primeramente, como el instrumento cuesta poco, se halla al alcance de todas las fortunas. Después, cuando recostado como niño pequeño á quien va á acariciarse en cara y barriguilla, produce sonidos armoniosos al correr de la mano derecha sobre la encordadura, y luego, cuando con la izquierda se oprime el mástil, cambia de tonalidad, sin esfuerzo tampoco, recorriendo escalas al capricho del más torpe aficionado, cual si de repente inventase la música, sorpresas son que no pueden menos de inducir al uso común y constante del instrumento. El pueblo ha dicho que *el tocar la guitarra—no tiene cencia—sino juerza en la mano—y perseverencia.*—Y el pueblo dice la verdad. La guitarra es un amigo á quien se le pregunta y responde desde el primer día. Cultivando su trato se llega á saber todo lo que él sabe, y si en las primeras conferencias no produce más que el tumulto sonoro del rasgueo, con calma y pertinacia se asciende poco á poco hasta formar sílabas y palabras de un discurso cantable. El novel guitarrista no está solo, como muchos suponen: tiene á su lado cinco compañeros que le obedecen, y á quienes ama en forma de cuerdas. Esa *prima*, la tiple, con tendencia á saltar, y por lo mismo objeto de sus afanes; la *segunda*, el tenor, cuyo papel la sigue en importancia; la *mezzo soprano* ó contralto su *tercera;* la *cuarta*, que es barítono, y el bajo profundo ó *quinta*, todas estas personalidades viven con nuestro hombre, y le acompañan cariñosamente en la supuesta soledad de su retiro. El tañedor á quien se juzga más aislado, vale lo menos seis. Por esto se abraza á la guitarra el dependiente de barbería cuando espera parroquia, ó el guarda de consumos cuando no es hora de matute, ó el peón caminero cuando no tiene ganas de trabajar, y por lo común cuantos ejercen oficio sedentario que exige permanencia ó proporciona holganza. Por eso se hizo guitarrista Cenón Barrientos.

Pero como la animosidad contra la guitarra era tan decidida en su tío, Cenón tuvo que valerse de ciertas precauciones para conllevarla, y no sólo relegó el estudio al fondo de su cuarto, sino que necesitó poner sordina al instrumento, con el fin de apagar sus notas. Era de verle en una silla baja, con el cuerpo encorvado, los ojos fijos en su mano derecha, pespunteando la música como oficial de sastre que pespuntea el cuello de una levita. De allí sacó muchas y agradables sonatas que primero le gustaban á él y después iban gustando á otros, incluso á alguna persona de su familia, para quien este capricho del mancebo era preferible á la lectura de romances ó la soñolencia imbécil del que está parado. Fué tal en Cenón la costumbre de tañer su guitarra menudo, menudo, que hasta cuando ya era hombre y casi dueño de la botica, les ponía la pulsera á los trastes y murmuraba, que no rasgueaba, melódicos acentos de una suavidad deleitosa. Las canciones románticas de la época hacían llorar bajo sus dedos, y un oyente solícito habría experimentado, al escucharle, desconocidas ternuras. ¡Cómo modulaba el *Triste Chactas!* ¡Cómo oprimía el corazón con las quejas de *Norma!* Aquello era sentir y trocar la vihuela en lira.

¡Oh, vosotros, los que creéis que se necesitan grandes resortes para mover las máquinas complicadas! El complicado mecanismo humano se mueve y se conmueve con impalpables efluvios, esparcidos por doquier en la naturaleza. El canto de un ruiseñor entre las copas de los árboles nos impresiona dulcemente, elevando á mayores alturas nuestro pensamiento; las florecillas de las selvas con su lindo dibujo, al que hacen coro las plantas aromáticas que las circundan, nos inician en las formas de la perfección y nos atraen al respeto y al culto de la debilidad; esas puestas de sol, de donde nada sale y á donde nada conduce, pues que han de reproducirse diariamente con iguales ó parecidos encantos, exaltan nuestro espíritu, fingiéndonos antorchas que al parecer incendian, monstruos que al parecer luchan, viajes que al parecer se verifican, cuando lo que viaja, lucha y se enardece es nuestra propia imaginación, suspensa y admirada ante el espectáculo de lo incomprensible. Si en los centros populosos se requiere que clamoreen las campanas para excitar el sentimiento de la devoción, basta en el campo una esquila de ermita para excitar el remordimiento de la indiferencia.

Por eso las personas que viven en lo que se llama el mundo necesitan de fuertes impresiones para sentir, al paso que á los que viven en la soledad de sí mismos les basta con muy poco para conmoverse. Doña Margarita, que fué buena viuda como había sido excelente esposa, y que lloró á su consorte con el pesar correspondiente á una adhesión sincera y á una gratitud hidalga, no había conocido en su matrimonio ciertos sentimientos que son comunes á la mayor parte de las mujeres. En su casa paterna nunca pasó de niña; en la casa conyugal no pasó de mujer: faltóle un requisito indispensable, ser novia. Ella no había frecuentado ninguna sociedad, ni leído ningún libro, ni hecho nada de lo que hace la juventud aun en sus inocentes desahogos y casquivanos empeños. Llegó á la madurez de la vida con sus ilusiones en calma.

Mas ¿qué creerán ustedes que la distrajo de sus vulgares ideas, cuando se disipó, como era natural, la nube de sus congojas? Pues el pespunteo menudo, menudo, de la guitarra de su sobrino. Aquella música que no era música, y aquel canto que no era canto, pero que constituían un lenguaje nuevo tan propicio á la modestia como al deleite; aquella suavidad de expresión que, exenta de tumulto, regocijaba el ánimo con sus dulces sones, cautivó á Doña Margarita de tal modo que se pasaba las horas muertas escuchándolos. Viéraisla durante las calurosas siestas del estío, cuando Cenón, despecherado de camisa en el laboratorio, pedía á la frescura del lugar correspondencia con su frescura propia de mancebo; viéraisla, decimos, sentarse en la escalerilla de caracol é inclinar la cabeza hacia abajo, para no perder una nota de los menudos, menuditos pespuntes, dibujándose en su rostro sonriente algo así como de felicidad nunca gozada, y nadie dudaría de que un sacudimiento extraordinario se había producido en el alma de aquella mujer.

Cenón, que ignoraba las aficiones musicales de su tía, gustó mucho de conocerlas, pues esto de coincidir en los goces artísticos induce á concertar alianzas de que el mozo ciertamente no era el menos necesitado. Consultó, pues, sus intereses particulares; apreció los temores de una ingerencia extraña en los negocios de la viuda; y tocando menudo, menudito, sus arpegios, menudito, menudo, se casó con ella.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

(Continuará.)

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.

IV.

Caso nuevo: este año se presenta la estatuaria más boyante que la pintura. Así lo dice todo el mundo, y esa opinión unánime resulta justificada si, prescindiendo de cotejos parciales, se compara, como es justo, el número de obras distinguidas con el total de las presentadas en cada arte. El hecho es digno de atención, porque la escultura tiene en todas partes, y singularmente en España, mercado menos extenso y, por tanto, estímulos menos eficaces que la pintura.

Entremos, pues, en el examen de sus envíos con toda la benevolencia que cabe en los términos de la imparcialidad y en las necesidades del Arte.

Inútil es decirlo: al cambiar de objeto no cambiamos de principios ni de exigencias: elegir con tino, componer con claridad, caracterizar con acierto, ejecutar con maestría, y sobre todo producir la emoción estética en el ánimo del público, son requisitos necesarios en todas las artes, aunque en cada una haya de acomodarse á distintas condiciones su cumplimiento.

Respecto á elección de asunto, el escultor suele tener menos libertad, y, por consiguiente, menos responsabilidad que el pintor: menos responsabilidad moral (se entiende), porque la responsabilidad artística es igual para todos, y el público se encarga de hacerla efectiva. La verdad es que la escultura, por sus condiciones materiales, deja menos campo libre al artista. Antes de salir al mercado, el coste de una mediana estatua en bronce excede al de un cuadro al óleo, por grande que sea; el busto de Monasterio habrá ocupado á Gandarias más tiempo que necesitaría Masriera para ejecutar cuatro *retratos decorativos;* y suponiendo que el Sr. Campenys se decidiera á labrar en mármol un grupo de *El Escándalo* (cosa que no le aconsejo ni le aconsejaré si cien años vivo), con el oro gastado en semejante tarea se podría cubrir de onzas el cuadro más grande de los presentados por Jiménez Aranda.

No es, pues, de extrañar que en escultura preceda de ordinario el pedido á la oferta, y que el escultor haya de ajustar su talento al gusto, no siempre delicado, de su escasa clientela.

Si se trata de una obra decorativa (caso muy frecuente) y el escultor ha de habérselas con un arquitecto que sepa su oficio (circunstancia bastante menos



«AQUELARRE.»

BAJO RELIEVE POR D. ANTONIO SUSILLO, NÚM. 1.143 DEL «CATÁLOGO».

(Adquirido por el Sr. Conde de Valdelagrana.)

LOS FESTEJOS DE MAYO EN MADRID.



EL BAILE DE «BLANCO Y NEGRO», EN EL TEATRO REAL, LA NOCHE DEL 30.

(Dibujo del natural, por Méndez Bringas.)

común), la escultura habrá de subordinarse á la arquitectura, si ambas no quieren salir igualmente malparadas. Según el orden arquitectónico, según la cantidad de luz, según el fondo, alto ó apaisado, calado ó macizo, liso ó labrado, claro ú obscuro en que haya de campear la obra, así tendrá el escultor que elegir la actitud, el modelado y la materia de las estatuas, contando además con la relativa simetría que en sus adornos exige toda buena composición arquitectónica.

A veces, sin necesidad de tantas exigencias, la índole del encargo, oficial ó particular, es capaz de deslucir al mismo Fidias, si sólo para ejecutarlo resucitara. Entre los mártires del encargo, los señores Estors y Sanmartí deben ocupar algún día un buen pedazo de gloria, aunque no artística. La estatua del Marqués viudo de Pontejos es uno de los trabalenguas más endiablados que pueden proponerse á un escultor. No hay cosa que tiente la risa como un figurín atrasado. A la colección de trajes añejos que constituían su abundante guardarropa debió buena parte de sus triunfos un popular actor, muerto pocos meses ha. Cuanto más ajustado al capricho de la moda, más pronto entra un tipo en los límites de la caricatura. Por eso, al cabo de medio siglo, el digno fundador de la Caja de Ahorros, con su pantalón de botín, su levita de cuello alto, su corbatín de cuatro pisos, sus patillas de pernil y su peinado de tres potencias, parece equipado por la testamentaría de Mariano Fernández.

Cualquiera diría que por no verlo vuelve á otro lado el rostro con tanta gravedad la *Violinista* (número 1.120) del Sr. Reynés, una de las estatuas más finamente modeladas de la Exposición. Sin embargo, aquella elegante joven, á fuerza de distinción se halla en una pendiente peligrosa, y la estatua del señor Estors puede decirle sin jactancia: «Dentro de cincuenta años hablaremos.»

No corren semejante peligro las dos soberbias esculturas destinadas por Benlliure al sepulcro del Marqués de Campo. Para que su traje pase de moda se necesita una serie de siglos como la que debe haber transcurrido desde los tiempos en que andaba por el mundo el *antropopiteco* soñado por M. Mortillet. El desnudo es el eterno manto triunfal de la escultura.

A él debe su inmarcesible juventud la estatuaria antigua. Las costumbres actuales no se prestan á su empleo ni á su estudio como las de la antigua Grecia. Allí, encomendado á manos esclavas todo trabajo mecánico, vivía el ciudadano en una ociosidad propicia á la conservación de la hermosura. Los mismos ejercicios á que se dedicaba en el gimnasio, en el estudio y en el campo de batalla, contribuían á robustecer su cuerpo y á desarrollar los caracteres propios de la salud y de la fuerza. Hasta la política ayudaba á la perfección de la raza: todo el mundo conoce la bárbara costumbre de sacrificar los niños deformes, autorizada por las leyes de Lacedemonia. Además, la desnudez no era en Grecia materia de escándalo. Los juegos olímpicos, los píticos, los nemeos se celebraban á cuerpo desnudo; en ellos tomaba parte la juventud más ilustre de las principales ciudades helénicas, y el atleta vencedor en la carrera á pie daba nombre á la olimpiada en que se celebraba su triunfo. Sófocles, tan célebre por su hermosura á los quince años, como por su genio trágico á los ochenta, fué el encargado de cantar desnudo el himno de triunfo ante el trofeo conquistado por sus conciudadanos en Salamina.

¿Qué más? Según Herodoto, en no sé qué ciudad de la Magna Grecia llegaron á adorar vivo y á venerar muerto á un efebo célebre por su hermosura, en cuyo honor se erigieron altares. Con tales costumbres no podían faltar asuntos ni modelos á la escultura.

Hoy sucede lo contrario. El cuerpo, ya desfigurado por duras faenas mecánicas, ya enflaquecido por largos trabajos mentales, rara vez satisface las exigencias más modestas del más acomodaticio escultor. Aun en el estrecho círculo de los modelos de profesión, es punto menos que imposible hallar ejemplares, ni siquiera medianos, de fuerza ó de hermosura. Los pies, sobre todo, deformados por modas absurdas, son la eterna desesperación de pintores y estatuarios.

Por eso en este punto no cabe llevar el rigor de la crítica más allá de donde alcanzan los medios ofrecidos al Arte por la sociedad en que se desarrolla. Absurdo sería pedir al artista lo que la Naturaleza no le concede. Ciñámonos, pues, á examinar los resultados que de tan pobres recursos obtiene en la composición de sus obras.

En materia de composición, la estatuaria es más exigente que la pintura. Trátese de un grupo, de una figura, ó meramente de un busto, el pintor tiene siempre guardadas las espaldas: cada cuadro presenta un solo punto de vista: en atendiendo á él, no hay que pensar en otra cosa. Una estatua necesita defenderse por todas partes. Mírese por donde se mire, ha de presentar líneas agradables; si flaquea por un lado, está perdida.

Por otra parte, la principal virtud de toda composición es la claridad; y para lograrla dispone la estatuaria de menos medios que la pintura. Sus composiciones se reducen generalmente á una sola figura, y aunque se extiendan á grupos, nunca tendrán la amplitud á que en ese punto puede llegar un cuadro.

Además, una estatua suele ser á menudo un verdadero acertijo. Todas las esculturas simbólicas están en ese caso. Para tales ocasiones no tiene más remedio el escultor que valerse de ciertos atributos más ó menos convencionales. De ellos echa mano ordinariamente la escultura religiosa y la mitológica. El rayo simboliza á Júpiter, á Juno el pavón, á Minerva la lechuza, las llaves á San Pedro, á San Pablo la espada, el aspa á San Andrés. Con tales asuntos no hay más que coser y cantar.

Pero cuando se trata de seres ideales cuyos atributos no tienen la sanción de la rutina, el escultor, á cambio de alguna más originalidad, corre el peligro de ser menos bien comprendido.

Eso acontece con *La Tradición*, de D. Venancio Vallmitjana (núm. 1.152). Por la solemnidad de su actitud y por el énfasis de su expresión, aquella estatua, más que la Tradición podría representar la Epopeya. En todo caso, me conformo con que represente la Historia; pero ¿la Tradición con un libro en la mano? Eso sí que no está en los míos. La historia es la tradición escrita; la tradición es la historia hablada. No troquemos los frenos, ni los atributos.

Por falta de simbolismo adecuado, se hallan en caso análogo *La Marina* (núm. 1.062) y el *El Ferrocarril* (núm. 1.063), asuntos seguramente no elegidos, sino meramente aceptados por Benlliure para decorar el sepulcro del Marqués de Campo. Yo no sé hasta qué punto el medio más rápido de locomoción estará bien representado por un mozo tendido á la larga empuñando una rueda suelta sin destino conocido, ni respondo tampoco de que el tráfico marítimo se considere dignamente simbolizado por una matrona recostada muellemente sobre los restos de una nave destruída. Entre españoles, la cosa es un poco picante; y en el caso presente, no sería difícil atribuir á semejante simbolismo intenciones que de seguro no han entrado para nada en el ánimo del Sr. Benlliure.

Sean lo que fueren y representen lo que quieran, sus dos estatuas son dos figuras humanas vigorosamente modeladas, sin resabios académicos ni extravagancias realistas. Yo desearía que la tibia izquierda de *El Ferrocarril* no penetrara tanto en la pierna derecha, cuya vigorosa musculatura no parece prestarse tan fácilmente á semejantes invasiones. También me agradaría que la tablazón en que se recuesta *La Marina* ofreciera punto de apoyo más seguro á cuerpo tan voluminoso y tan muellemente reclinado. Por último, si no es demasiado pedir, también querría que, mirada por la espalda, no presentara los brazos en tan simétrica posición.

Aun así, aquellas dos figuras son las mejores del concurso y las más hermosas que hasta hoy ha modelado Benlliure.

Menos me agrada la de *D. Diego López de Haro* (número 1.059). Su movimiento me parece poco natural: yo, á lo menos, cuando tengo que entregar un objeto con la mano derecha, me hallo más desembarazado adelantando que retirando el pie del mismo lado. Puesta en actitud tan forzada, la estatua pierde reposo y majestad. A ese mismo efecto concurre la expresión un poco azorada del rostro, impropia en sujeto de tanta cuenta.

Y aquí llegamos á la cuestión magna, á la del carácter y la expresión en las obras escultóricas.

La perfección á que llevaron los griegos este arte, ha hecho que sus prácticas se eleven á preceptos inviolables, aunque rara vez bien interpretados por los artistas modernos. Lo mismo ha sucedido en algún tiempo con las obras de sus poetas, de sus historiadores, de sus moralistas, y hasta de sus médicos. Si alguien lo duda, lea el proemio puesto por Maquiavelo á sus *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*.

Ahora bien: el ideal de la escultura entre los griegos tenía que acomodarse al ideal de su moral, de su religión, de su vida entera. Ese ideal era lo que ellos en su propia lengua llamaban unas veces *atarassia*, otras *apathia*, y nosotros en la nuestra podemos denominar *serenidad* ó *impasibilidad*. A sus ojos, la agitación era cosa indigna de todo hombre libre, y con mayor razón, de toda divinidad comprendida en su Olimpo.

Temístocles, amenazado por la vara de Euribiades en pleno Consejo de guerra, le dice sin alterarse: «Pega, pero escucha.» Pericles, insultado un día entero en el ágora y perseguido hasta su casa por los denuestos de un fanático, permanece sereno, y lo hace escoltar por la noche para que nadie le ofenda. Platón manda azotar de muerte á un esclavo; y, reprendido de iracundo y de cruel, responde tranquilamente que lo hace á sangre fría. Los contemporáneos de Demóstenes tenían por grave defecto su cualidad más sobresaliente, la vehemencia; y al oirlo echaban de menos el reposo de Pericles el Olímpico, que arengaba al pueblo sin mover mano ni ceja.

No es mucho, por consiguiente, que la escultura griega retratara en hombres y dioses aquella impasibilidad suprema que á sus ojos constituía la suprema perfección.

Pero esa no es razón para constituirla en máxima inviolable común á todos los siglos y á todos los pueblos.

También las demás artes llevaron en Grecia ese mismo sello, y sin embargo, hoy nadie considera inferior la tragedia de Shakespeare á la de Sófocles, ni la poesía de Víctor Hugo á la de Píndaro. ¿Por qué, pues, hemos de tener una justicia para los poetas, y otra para los escultores?

Bien sé yo que entre todas las artes, la escultura es la menos idónea para retratar las grandes conmociones del ánimo. A eso debió su importancia capital en Grecia, y á eso debe su relativa nulidad en los pueblos modernos. Pero sea como quiera, si ha de tener vida y carácter propio en nuestros días, ha de ser impregnándose de la savia común á todas nuestras artes. Si se empeña en vivir bajo la tutela de los griegos de Pericles, nunca será popular entre los contemporáneos de Bismarck. Cuando la literatura sacude todas las fibras del corazón, la escultura no ha de permanecer encerrada en su olímpica serenidad.

El *San Francisco*, de Alonso Cano, es buen ejemplo de lo que puede conseguir la estatuaria moderna dentro de sus recursos peculiares. Zarcillo es también modelo excelente en ese punto: sus *Dolorosas* llegan á extraordinario grado de expresión sin menoscabo de su extraordinaria belleza. Todos los *pasos* debidos á la gubia de aquel insigne maestro sin discípulos, merecen particular atención. *La Cena* trae involuntariamente á la memoria la famosa pintura de Leonardo de Vinci, y aventaja, sin género de duda, al célebre cuadro de Tiziano que se conserva (ó se deteriora) en el refectorio del Escorial; *La Oración del Huerto* deja muy atrás en expresión, en composición y en belleza, al decantado lienzo de Eugenio Delacroix, y *El Prendimiento*, superior al de Vandik por el tipo del Redentor, habría sido buen consejero para ahorrar al Sr. Susillo algunos defectos que saltan á la vista en *El Beso de Judas* (núm. 1.134).

Desde luego el Cristo es superior por todo extremo en el grupo del escultor murciano. Al del Sr. Susillo le falta la expresión de suprema bondad, que constituye la base de todas las demás perfecciones en la persona del Salvador. La majestad que el artista ha querido darle tiene cierto sabor de recelosa altanería y de irónico desprecio. Ese es para mí el flaco principal de la obra. Ante él, considero de secundaria importancia los demás defectos. Si he de dar crédito á mis ojos, la línea en que el Sr. Susillo ha modelado los de su Cristo, no es rigorosamente perpendicular á la de la nariz; los brazos caen con una rigidez más propia del tétano que de la resignación, y en cuanto al movimiento general del grupo, declaro, á fuer de hombre honrado, que, si el beso ha de ser la señal del prendimiento, no me inspiran inmediato temor los riesgos que puede correr la libertad del Hijo de Dios, mientras Judas no se decida á poner los pies en lugar más á propósito para su intento; tal como está, las piernas, el torso, el cuello y los labios han llegado á su mayor grado de tensión, y sin embargo, aun media una cuarta entre la boca del mal apóstol y la mejilla del Divino Maestro. Mejor lograría su mal propósito si tuviera el sobrante de piernas que luce la Odalisca cuya hermosura, intachable en lo demás, constituye el *Sueño de un árabe* (número 1.136).

Más naturalidad y más carácter que en *El Beso de Judas* hay en *El Lazarillo de Tormes* (número 1.135), pero todavía abrigo el temor de que el muchacho, á poco que se descuide, vaya á dar de bruces sobre el jarro del ciego.

Para mi gusto, lo mejor que ha expuesto el señor Susillo es el retrato de mi ilustre tocayo D. Federico Rubio (núm. 1.137). Aquello tiene parecido y, sobre todo, carácter. Si la ejecución fuera tan esmerada como la del Lazarillo, nada habría que pedirle.

Los bustos son quizá lo más digno de atención en este certamen. Entre todos, descuella el de D. Manuel Silvela, delicadamente trabajado por Benlliure (número 1.065). Aquella es la mirada triste y profunda, aquella la boca fina y burlona del insigne jurisconsulto cuya ironía constituye el arma más usual y más terrible de su poderosa inteligencia.

Atención merecen asimismo por su expresión la *Cigarrera*, de Díaz (núm. 1.078); la *Altivez*, de Reynés (núm. 1.122), y—¿por qué no decirlo?—la *Vanidad*, de D.ª Adela Ginés (núm. 1.096). Su pavo aventaja en carácter á muchos bípedos implumes que andan por allí cerca.

Yo, sin embargo, hablo ya con recelo siempre que juzgo la expresión de una escultura. La primera vez que entré en la Exposición, me dió el alto un busto colosal, que, sin distinguirse por ninguna cualidad extraordinaria, tenía en su abono, á mi juicio, la verdad de la expresión. «Eso es lo que se llama un bostezo—dije para mi sayo.—¡Qué contracción tan viva la de los ojos! ¡Qué pliegue tan natural el del entrecejo! ¡Qué dilatación tan enérgica la de la boca! Vamos, ¡eso es bostezar!» Entusiasmado con mi hallazgo, quise conocer en el acto el nombre del artista, y abriendo el Catálogo, leí: «Urueta y Duarte (D. Ricardo), natural de Málaga.—Reside en Málaga.—1.113. *Grito subversivo.*—Alto, un metro; ancho, 60 centímetros.»

Después de esto, fiese usted de sus ojos.

Pero, en fin, aun á riesgo de equivocarme, diré que considero excelentes en su género los dos bustas (números 1.102 y 1.103) presentados por el señor Marinas; sobre todo el de las barbas.

Creo que el Sr. Marinas es un mozo tan escaso de años como rico de talento. Lo primero me lo ha dicho no sé quién; lo segundo me lo dicen sus obras. Por la gracia del asunto y por la verdad de la expresión, el *Descanso del modelo* es una de las esculturas notables y notadas de este concurso (número 1.101).

También por ese concepto descuella el Sr. Folgueras. En *Los Primeros pendientes* (núm. 1.086), abuela y nieta cumplen bravamente su obligación: la vieja clavando con acción muy natural la aguja en la oreja de la niña, y la niña clavando el grito en el cielo, ya que no las uñas en el brazo de la vieja. Lástima es que los dedos meñiques de las cuatro manos se hayan creído en el deber de pagar tributo á un resabio académico: cuando se trata de hacer fuerza no hay academia en el mundo que excuse á los músculos de ejercitar su acción natural.

No pecan por esa parte *Los hijos de Caín* (número 1.056), presentados por el Sr. Amutio. Allí los puños se crispan como Dios manda, aunque no para nada de lo que manda Dios, sino para todo lo contrario. La misma energía con que los dos rapaces violan la ley de fraternidad, es su mayor mérito á los ojos del Arte.

Ese grupo, la *Vuelta de la pesca*, del Sr. Pastor (número 1.115), y el *Idilio* (núm. 1.108), del Sr. Murillo y Domingo, se mantienen á justa distancia de los dos extremos donde otras se pierden. En ellas no hay purismo exagerado, ni exagerado realismo. Su estilo no cae en lo vulgar ni en lo afectado.

Esos dos vicios son los escollos peligrosos de las dos escuelas que batallan en la escultura, como en las demás artes. Dentro de términos prudentes ambas son aceptables; fuera de ellos, una y otra dan en lo falso y en lo extravagante.

Nuestros escultores van entrando poco á poco en el buen camino. Ya es milagro ver algún ejemplar rezagado de aquellos omoplatos en forma de pupitre que nos regalaban los juristas de antaño, ó de aquellos sacos de patatas que, con nombre de torsos humanos, modelaban sus adversarios los barroquistas. Hace treinta años estaba en toda su fuerza la lucha de ambos partidos. Por entonces, un amigo mío procuró y casi logró demostrarme que mi cuerpo era un poliedro perfecto—aunque no regular;—perfección que yo nunca había sospechado, y que, por el pronto, me dejó un tanto pensativo, sobre todo por el probable deterioro de mi modesto vestuario.—Ahora se estudia el natural con más sinceridad; y la sinceridad es gran virtud, en arte como en moral. Algo barroco hay en la veste de *Don Diego López de Haro*, y cierto purismo académico en el *Marte*, del Sr. Alcoverro (núm 1.053) y en la *Iberia*, del Sr. Gandarias (núm. 1.094). Esa última estatua peca además por su movimiento general: de medio cuerpo arriba parece que patina; de medio abajo parece que baila. Fuera de eso, los ropajes tienen no sé qué aspecto de mariscos descomunales.

Por lo demás, la escultura no puede ser exclusiva en materia de procedimiento. La estatua que haya de estar en sitio donde reciba concentrada la luz, puede y debe distinguirse por la suavidad del modelado. Si, por el contrario, ha de colocarse á cielo abierto, necesita ofrecer anchas superficies relativamente planas donde se refleje en grandes haces la luz difusa que la rodea, y presentar aristas relativamente duras, cuyo relieve dé á las sombras amplitud y energía bastantes para que de lejos las perciba la vista.

Así, pues, modele el artista su obra como mejor cuadre á la luz que haya de bañarla. Pero, por amor de Dios, no volvamos á los tableros ni á los tolondrones de antaño.

Además, evitemos ante todo el peligro del momento presente: la fusión de lo vulgar con lo feo; porque (hablando con franqueza), si el Arte no es un medio de honesto solaz, ¿qué diablo de cosa es el Arte?

FEDERICO BALART.

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL.

(CARTA FUTURA AL COMPAÑERO ESPÁÑEZ.)

San Ildefonso, 3 de Julio.

En este delicioso sitio, mi querido Espáñez, llegan á mis manos tus cartas, en las cuales, con imparcial franqueza, laudable siempre, y más en los tiempos que corren, me refieres la pavorosa revolución social triunfante en Madrid y en el resto de España (1).

No me sorprende que la fuerza pública, de suyo propensa aquí á dejarse arrastrar por el vértigo de las masas populares, secundase el movimiento obrero, dando al traste con el orden existente; ni me admira tampoco que vosotros, los socialistas de buena fe, os vierais obligados á librar la batalla á la anarquía violenta y desenfrenada para alcanzar efímera victoria é imponer la anarquía mansa, resultado natural de vuestras doctrinas; pero lo que me maravilla y causa asombro es la facilidad con que la burguesía se ha resignado pusilánime á su suerte.

Era, sin embargo, verosímil que así sucediese, recordando la egoísta indiferencia con que las clases pudientes, atentas sólo á la satisfacción interior y al sórdido interés individual, miraban la cosa pública apartando la vista con enojo, mezclado de miedo, de los problemas sociales que amenazaban la paz del mundo. Acostumbradas á dejarse gobernar por artificiosas agrupaciones políticas, renunciando, indolentes ó escépticas, á la influencia á que tenían derecho en los destinos del país, adquirieron con el transcurso del tiempo el hábito del retraimiento, y cuando llegó el instante supremo se encontraron sin fuerza, sin valor, sin aquella varonil energía que se cobra sólo en el incesante batallar de las luchas de los partidos ó de las ideas. Presentían sin duda la catástrofe social; retumbaba en sus oídos el lejano fragor del trueno; pero alegando muchos hombres la brevedad de la vida, y entregados otros al eterno optimismo de los caracteres irreflexivos, vivían con la seductora y halagüeña esperanza de que la tempestad no descargaría sobre sus cabezas.

El interés privado se prevenía, empero, contra las contingencias del porvenir. A los primeros síntomas del movimiento obrero, el capital comenzó por alejarse de la propiedad y de las empresas industriales; bajó el valor de aquélla y languidecieron éstas, quedando inactivos millares de trabajadores, que fueron las primeras víctimas del grito de imposición y de protesta lanzado por sus compañeros. Ignoraban tal vez que cuando el trabajo huelga el capital sufre; pero que cuando el capital huelga el trabajo perece. El capital, por su propia naturaleza, ha de tener forzosamente más condiciones de resistencia que el trabajo.

Mientras la propiedad urbana venía á menos, y se contaban por centenares de miles las fincas hipotecadas, y se cerraban numerosas fábricas y talleres, y se paralizaba en gran parte la explotación minera, y el agricultor, agobiado de tributos y presa de la usura, dejaba yermos los campos, advertíase el fenómeno, extraño para muchos, de que los valores de Estado obtuviesen cada día mayor precio, cuando era la consecuencia natural y lógica del alejamiento de los capitales de la riqueza imponible, amenazada de hondas perturbaciones, y de la preferente atención con que los gobiernos, ante la necesidad de completar con empréstitos las deficiencias de los ingresos ordinarios, velaban sobre todo por la conservación del crédito. A los rentistas, aun los menos perspicaces, no se les ocultaba que llegaría el momento en que los Estados no podrían cumplir en todo ó en parte sus compromisos; pero tenían la ciega confianza de realizar en ocasión oportuna. ¡Nos confortamos al calor de la propia casa que arde, exclamaban tal vez; pero antes de que el edificio se desplome sobre nosotros y perezcamos bajo sus ruinas, nos sobra tiempo para apelar á la fuga!

***

Entretanto, el movimiento socialista se propagaba con pasmosa rapidez por todo el mundo civilizado, echando hondas raíces en los grandes centros industriales y mineros. Varias causas contribuían á su desarrollo. En el orden moral existían tres, en mi concepto capitales.

Era la primera la ausencia ó relajamiento de los principios religiosos. Entre las grandes crisis que en el orden religioso registra la historia, si se exceptúan casos localizados en París durante la Revolución francesa, se ve siempre la lucha de una religión que quiere imponerse á otra, pero jamás lo que debíamos presenciar á fines del siglo XIX: el continuo batallar, alentado y favorecido muchas veces por los mismos Gobiernos, para anularlas todas. Si antes sucumbía una religión, era sustituída por otra que perpetuaba el sentido moral en las conciencias, la esperanza seductora de la futura recompensa en el fondo de las almas, y el terror del castigo en la intención criminal y perversa. La resignación, la santa resignación con el Cristianismo, la más sublime y humana de todas las religiones y la única verdadera, endulzaba los sufrimientos del desvalido y levantaba del polvo á la indigencia para erigirle altares; infundía en el pobre hasta el sublime sentimiento de piedad hacia sus verdugos, y acallaba las voces de protesta y de rebeldía en las víctimas de las injusticias sociales. El mismo sentimiento contenía el brazo airado de la opresión, y refrenando la codicia daba entrada á la caridad en el corazón del rico; pero en estos tiempos que alcanzamos, en los cuales las ideas materialistas y los propósitos utilitarios invaden al mundo, ¿cómo es posible pedir resignación á los unos, caridad á los otros, é invocar el recuerdo del tremendo mañana á todos?

Era la segunda causa la instrucción limitada (y no quiero hablar de la mala fe) que prevalecía entre los corifeos de las masas obreras, instrucción á medias, acaso más funesta que la misma ignorancia. Más fácil es, por ejemplo, sacar del error á zafios campesinos, por medio de apólogos y refranes, despertando su natural discernimiento, que enseñar la verdad á gentes de incipiente ilustración y rudimentaria cultura imbuídas de falsas ideas, sobre todo cuando éstas responden á un fin de interés personal.

Hay además en el fondo de nuestra naturaleza tenaz propensión á creer fácilmente aquello que deseamos. De tal suerte se apodera á veces el error de los hombres, que perseveran en él á despecho de la evidencia.

Seguro estoy, y perdona, querido Espáñez, este paréntesis, que á pesar de haber sido tú testigo de mayor excepción del fracaso experimental de los principios que tan sinceramente defendías, no te has curado aún del achaque socialista. Acaso crees todavía en la posibilidad de que la gallina, símbolo del bienestar material, se ponga al diario alcance de todas las familias españolas, sin tener en cuenta que para ello sería preciso sacrificar al año 1.460.000.000 de dichas aves: enorme producción, cien veces mayor de lo que da ó puede dar de sí nuestra Península. A no ser que, reconociéndote vencido por la elocuencia de las cifras, adoptes una fórmula, equitativa tal vez, pero de todo punto impracticable, estableciendo lo que pudiéramos llamar *el turno pacífico de la gallina*. Dudo, sin embargo, que ni tú ni ninguno de los modernos niveladores se atreva á decir á los desheredados de la fortuna que no tienen derecho más que á comer gallina cuatro veces al año, según la inflexible lógica de la estadística.

Era la tercera causa en el orden moral (reanudando mi razonamiento) el odio profundo que se había apoderado de las masas proletarias contra las clases pudientes; odio nacido del cambio de costumbres y de la manera especial de ser de las sociedades modernas.

Antes el pobre estaba en continuo contacto con el rico. En las grandes ciudades vivían en la misma calle y aun en idéntica casa. Entre ellos existían, por lo menos, relaciones de vecindad. El segundo estaba en condición de conocer las apremiantes necesidades momentáneas del primero y de atender á ellas con solícito cuidado. El bello sexo, que tan nobles ejemplos de caridad ofrece siempre, tenía el medio de hacer directamente estas obras benéficas, y al enjugar las lágrimas del desvalido, conquistaba su cariñosa gratitud. Las industrias, más subdivididas y casi todas ellas domésticas, permitían el trato asiduo y hasta familiar de patronos y obreros, creando entre sí vínculos de amistad y corrientes de armonía.

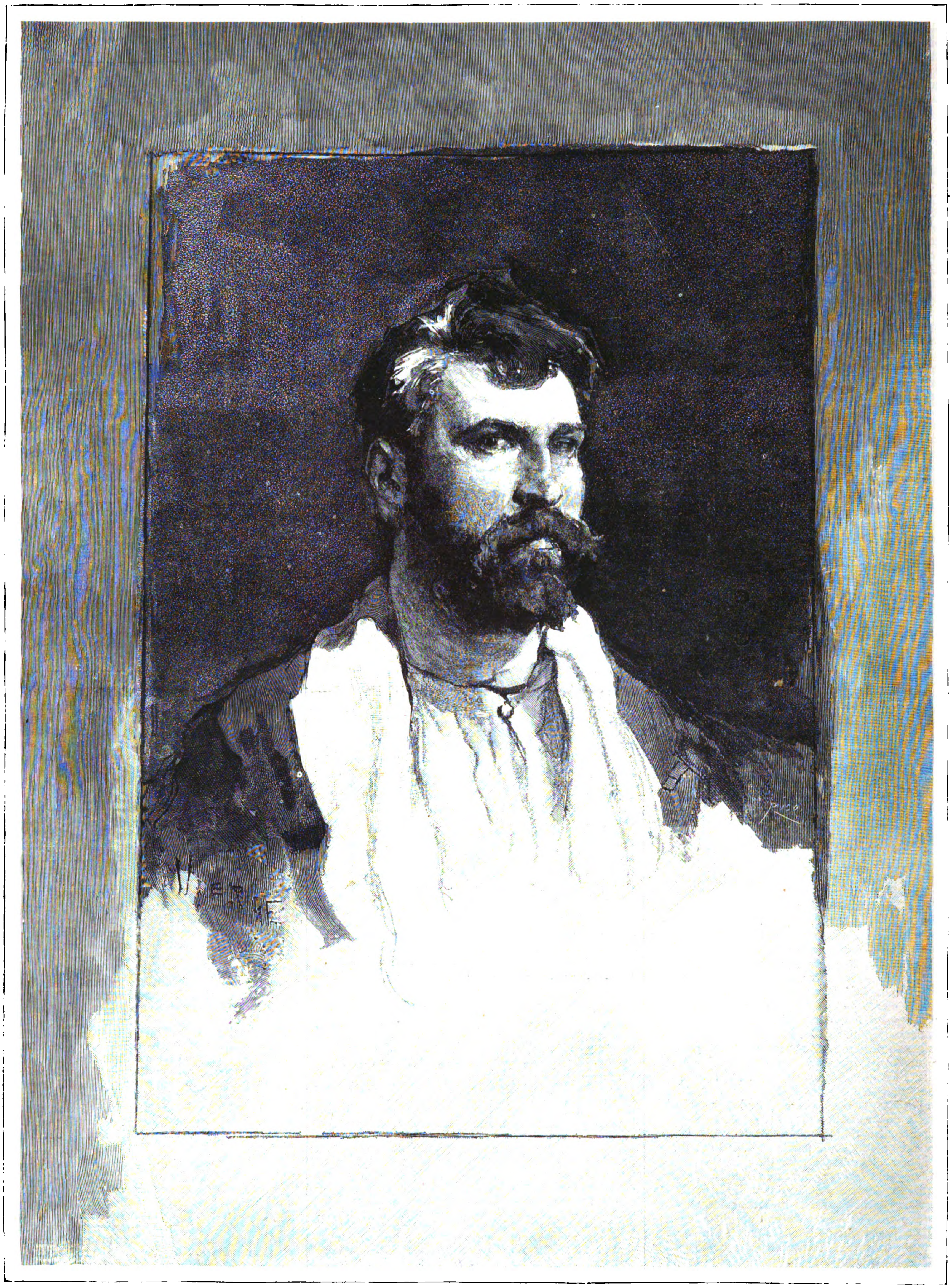
Después, como hemos visto en Madrid y en otras grandes poblaciones de España, el pobre, el menestral, fueron arrojados de la mísera buhardilla, ya porque los Ayuntamientos cometieron la torpeza de no permitir esta clase de viviendas, ya porque los propietarios de las casas céntricas juzgaban rebajar la importancia de sus fincas haciendo cuartos reducidos y baratos. Los trabajadores no tuvieron más remedio que acogerse á á los suburbios, donde al mismo tiempo se levantaron barrios económicos. Esta separación material de las clases engendró al cabo tibieza en los afectos, ó tal vez cómodo olvido en unos, y en otros el odio implacable de la envidia, no mitigado por la llaneza y frecuencia de trato de las personas envidiadas. Si continuaban los actos de caridad, carecían éstos comunmente del carácter personal y directo que tanto los enaltece, y la limosna que procedía de mano desconocida, ó de la beneficencia oficial ó colectiva, no despertaba como aquélla en el menesteroso vivo y acendrado reconocimiento.

Las transformaciones de las industrias, su creciente desarrollo, las necesidades creadas con el empleo de complicada maquinaria, y las condiciones especiales de localidad que exigían varias de las primeras, fueron causa de que paulatinamente desaparecieran los pequeños talleres que invadían antes el interior de las poblaciones, para ceder su puesto á las grandes fábricas, donde el mayordomo sustituía al patrono en las relaciones con los obreros, y al último muchas veces una entidad anónima llamada sociedad ó compañía. Este cambio de cosas produjo, como no podía menos, desvío é indiferencia en las relaciones entre el trabajador y el patrono, y más tarde un rompimiento absoluto en el orden sentimental, cuando una propaganda insensata vino á concitar las pasiones del proletariado y á convertir en blanco de sus iras al capital, representándolo como el mayor enemigo, si no el verdugo, de las clases obreras.

***

Otras razones en el orden material contribuyeron al rápido desenvolvimiento del socialismo. Había aumentado el precio de la mano de obra, pero reinaba profundo malestar y miseria en los principales centros industriales, porque el encarecimiento de los artículos más necesarios á la vida no correspondía á la elevación de los salarios. Sobre los Gobiernos europeos pesaba la responsabilidad de semejante situación, reservando la más triste y desdichada herencia á las generaciones futuras. La competencia, ó por mejor decir, el pugilato que se suscitó entre las grandes potencias con motivo de los armamentos militares, gravaba de tal suerte la producción por los enormes tributos que sobre ella pesaban, que forzosamente hacían en extremo difícil la subsistencia de las clases menos acomodadas. Un año de paz armada á fines del siglo XIX era más costoso que treinta de guerra en el siglo XVII. El presupuesto de las fuerzas de mar y tierra en pie de paz de las grandes potencias arrojaba la enorme cifra de 3.825

(1) Véase el número anterior, pág. 343.



DANIEL URRABIETA VIERGE.

DISTINGUIDO ARTISTA ESPAÑOL, RESIDENTE EN PARÍS.

(Dibujo del mismo, ejecutado con la mano izquierda.)

PRÁCTICAS DE LOS ALUMNOS DE LA ACADEMIA GENERAL MILITAR EN EL CAMPAMENTO DE LOS ALIJARES.



TRABAJO DE FORTIFICACIÓN. — ALUMNO DE LA SECCIÓN DE CABALLERÍA. — ESTABLECIENDO UN PUENTE DE CABALLETES. — ALUMNOS MONTANDO UNA LÍNEA TELEGRÁFICA. — CONDUCTOR DE LA SECCIÓN DE ZAPADORES. SECCIÓN DE ARTILLERÍA. — (Dibujo del natural, por D. Nemesio Lagarde.

millones de pesetas (1), sin incluir los créditos extraordinarios de Guerra y Marina. Europa mantenía sobre las armas un contingente de paz que llegaba á 4 millones de hombres de los diferentes institutos del Ejército y de la Armada. Al mismo tiempo apercibía el material necesario para poner sobre las armas, en caso de guerra, un ejército de ¡21 millones de hombres! A medida que se perfeccionaba el arte naval, mayor era el coste de los buques y su entretenimiento (2).

Las obras de defensa marítima exigían á la vez sacrificios considerables desde que se apeló al blindaje y á las grandes piezas de artillería, algunas de las cuales pesaban 120 toneladas (3). Se consumían repetidos créditos para el aumento de los medios ofensivos y defensivos. Las reformas del armamento se sucedían con vertiginosa rapidez, y se desechaban por inútiles modelos que el día anterior se creían perfectos. Las municiones, almacenadas en grande escala en los parques, se destruían con la acción del tiempo, y hacían peligroso su uso, hasta el punto de verse obligados los gobiernos, con plausible propósito, á enajenarlas á bajo precio. Una partida de cartuchos metálicos procedentes de España, inservibles por la indicada causa, produjo la catástrofe de Amberes de 1889. Cada adelanto de la pirotecnia constituía un nuevo gravamen para la fortuna pública, como lo prueba la pólvora sin humo (y digo pólvora porque ha conservado este nombre, á pesar de que no entra en su composición ninguna de las sustancias que formaban antes dicha materia explosiva), invención que exigió á su vez modificar el sistema de los cañones, dando á la caña de los mismos mayor fuerza de resistencia.

Tan considerables y continuos gastos acrecentaban de día en día las deudas de las potencias, y en particular las llamadas de primer orden. En 1890 pagaba anualmente Alemania, en concepto de intereses, 7,50 francos por habitante; Rusia, 10; Austria, 13,75; España, 15: Inglaterra, 16,25; Italia, 17,50, y por fin Francia, ¡33,75!

¡Todo era prodigalidad, despilfarro, locura! No parecía sino que el temor de la guerra inspiraba más zozobra que la guerra misma. No parecía sino que el mayor azote de un pueblo era la excesiva previsión de su Gobierno. La crisis económica que destruía á Europa arrastraba en pos de sí á la social con sus terribles y pavorosas consecuencias. En vano los Gobiernos para contenerla desplegaban el aparato de su fuerza incontrastable, olvidando tal vez que nada debilitaba tanto la acción del Estado como la plétora de fuerza.

***

¿A qué extrañar, empero, la insensatez de los Gobiernos, si era la consecuencia lógica del vértigo del absurdo que se había apoderado de las sociedades? ¿A qué invocar la razón, la cordura y la templanza, si en aquella lucha de intereses opuestos reinaban sobre la tierra concupiscencias desenfrenadas, apetitos no satisfechos, brutales egoísmos de clase, hipócrita patriotismo que no argüía más que ideas de codicia ó deseo de conservar el fruto de la rapiña, soberbia satánica en unos, odio, envidia y rebeldía en otros; y, en fin, la moral acomodaticia arriba y el anhelo del bien ajeno abajo?

Sin el sentimiento religioso, la ambición hidrópica, la avaricia ó el ansia de goces materiales devoraban al rico; mientras que el pobre imaginaba una justicia terrenal niveladora, y delirante de ira, aguardaba el codiciado momento de la igualdad.

No sabía, sin duda, que hasta en el orden físico es ella de todo punto imposible; la Naturaleza le tiene horror. ¡Cuántas y cuán diversas cosas semejantes entre sí nos presenta á cada instante; y sin embargo, no hay dos iguales!

NILO MARÍA FABRA.

(1) Presupuestos ordinarios de Guerra y Marina en cifras redondas:

	PESETAS.
Francia	942.000.000
Inglaterra	762.000.000
Rusia	762.000.000
Alemania	537.000.000
Italia	415.000.000
Austria	407.000.000
TOTAL	3.825.000 000

(2) Un acorazado de 14 000 toneladas, tipo *Italia*, cuesta 22 millones de pesetas; ídem de 9.000, tipo *Pelayo*, 18 millones.

Un crucero de 7.000 toneladas, tipo *Infanta María Teresa*, 15 millones de pesetas. A principios del siglo XIX un navío de tres puentes se construía por dos millones y medio de pesetas.

El *Pelayo* consume, en un solo día de viaje, carbón por valor de 5.000 pesetas.

(3) Cada disparo de estos cañones con el proyectil correspondiente cuesta 3.000 pesetas.

ECLIPSE PARCIAL DE SOL

DEL 17 DE JUNIO.

Para quien sin gran detenimiento observe la marcha de la Luna, parecerá que nuestro satélite camina de Oriente á Occidente, cuando en realidad se mueve en sentido contrario: de esto es fácil convencerse observando una estrella que se encuentre al Oriente y á corta distancia de la Luna; valiéndose de unos gemelos de teatro, ó de otros más poderosos, se notará que la distancia entre ambos astros se va acortando, hasta que llega un momento en que el borde de la Luna tapa á la estrella; fenómeno que se llama ocultación. Luego aparece la estrella por el otro borde de la Luna, que continúa su camino por delante de las constelaciones, hasta que, debido al movimiento de la Tierra sobre su eje, no al de la Luna, se pone nuestro satélite por el horizonte del Oeste.

Siguiendo así su curso de día en día, veremos, si hemos empezado las observaciones por la tarde, que la Luna, que al principio se alejaba del Sol poniente, se va acercando al Sol naciente, y tanto puede acercarse, que lo oculte, como ocultó á la estrella: en este caso, la ocultación se llama eclipse de Sol.

Como las estrellas, á causa de la infinita distancia á que se encuentran, aparecen como puntos geométricos, es decir, sin dimensiones, aun en los telescopios más poderosos, basta la interposición del borde lunar para que queden ocultadas; si el borde no hace más que pasar á muy corta distancia, se dice que hay *apulso*, observación á que los astrónomos viejos daban mucha importancia.

Pero el Sol, aunque es una estrella como las demás del cielo, por estar inmensamente más cerca de nosotros que éstas presenta una magnitud aparente, análoga á la de la Luna; de lo que se sigue que nuestro satélite puede ocultarlo todo, ó tan sólo una parte: en el primer caso el eclipse es total, y parcial en el segundo.

También puede ocurrir otra cosa. Las distancias de la Luna á la Tierra y de la Tierra al Sol son variables; de donde resulta que el disco de la Luna tapa en ocasiones, con exceso, todo el disco solar, produciendo, como decimos, los eclipses totales de Sol, ó tapa nada más que una gran parte central, dejando visible un anillo luminoso alrededor, y entonces se produce un eclipse anular, que es el que se verificará el 17 de Junio, aunque no en Madrid, ni en España, sino en el Sahara, Trípoli, Asia Menor, Persia y el Indostán, pues todos los eclipses totales, para las regiones que no están situadas en la línea de la totalidad, y nosotros no estamos en ella, son parciales, y para las situadas en la zona de la totalidad empiezan y terminan, asimismo, como parciales.

En casi toda España, en el momento de mediar el eclipse, ó sea en el de su máxima fase, tan sólo quedará visible la mitad del disco solar; sin embargo, la disminución de la luz apenas podrá apreciarse. Para observar el fenómeno, basta con preparar un pedazo de cristal plano, ahumado en la llama de una bujía, que sirva para resguardar la vista de los rayos solares; el cristal ahumado puede aplicarse á unos gemelos ó anteojo de no mucha fuerza; con este auxilio óptico, si el Sol tuviese manchas, se podría observar el momento en que el limbo negro de la Luna llegaba á cada una de ellas. Como dijimos antes, el movimiento de la Luna es hacia Oriente, de modo que la impresión en el limbo solar se verifica siempre por el semicírculo de la derecha y por los puntos que más abajo se marcan. Los astrónomos indican estos puntos por grados, suponiendo graduada toda la circunferencia solar; nosotros supondremos que el Sol es una esfera de reloj, sin manillas: las XII corresponden al vértice superior ó lugar más alto del disco; las III, al vértice de la derecha; las VI, al vértice inferior ó punto más próximo al horizonte, y las IX al vértice de la izquierda; las horas intermedias corresponden á puntos semejantes, y entre todas las horas van trazadas las líneas de los minutos. Entendido esto, nada más fácil que prepararse á observar el momento de empezar el eclipse, fijando la vista en el borde del Sol, en el punto que se indique como aquel en donde debe verse la primera mella. Los astrónomos todavía dicen que el limbo del Sol está ó es mordido por el de la Luna; reminiscencias, sin duda, de la leyenda, que aun persiste en Oriente, de que el eclipse de Sol se debe á que un dragón se arroja sobre el astro del día para devorarlo; los astrónomos saben que en cuanto á que el Sol sea devorado, no hay que temer nada; pero no parece que están tan seguros en lo que toca á los bocados con que el dragón da principio al festín.

A continuación se dan, para varias ciudades de España, las circunstancias principales del eclipse, como los momentos del comienzo, medio y fin, de la parte eclipsada del Sol y de los puntos del primer contacto.

	Madrid....	Barcelona..	Valencia...	Cádiz.....	Santander..
Principio	7h34m17s	8h 1m11s	7h45m38s	7h12m52s	7h41m41s
Medio	8 45 1	9 17 0	9 0 24	8 24 18	8 49 40
Fin	10 5 43	10 4 38	10 2 61	9 45 59	10 6 20
Parte eclipsada...	0,55	0,60	0,61	0,60	0,49
La impresión se verifica por el minuto de la esfera.	20 ½	20	19 ½	19	22

AUGUSTO ARCIMIS.

Madrid, 30 de Mayo de 1890.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Los Códigos españoles vigentes en España y Ultramar, por D. Joaquín Abella, abogado y director de *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados municipales*.

Con el título que antecede se ha publicado una obra que contiene las principales leyes civiles y criminales vigentes en España y sus posesiones de Ultramar, y al reunirlas todas en un libro de cómodo manejo, se ha conseguido reunir esos Códigos importantísimos para poderlos examinar en un momento dado, sin necesidad de llevar consigo una biblioteca.

En la colección se insertan íntegros, y con arreglo á las novísimas reformas, los textos legales de la Constitución de la Monarquía, de los Códigos Civil, de Comercio, Penal y de las leyes de Enjuiciamiento civil y criminal debidamente anotados y concordados: los textos legales se reproducen tal y como rigen en España, aumentándose con unos apéndices comprensivos de los Reales decretos y órdenes por los que se han declarado en vigor en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y de los artículos reformados para regir en estas islas, y como en Filipinas no rige todavía la ley de Enjuiciamiento criminal española, se inserta por apéndice á ésta la provisional vigente en aquel Archipiélago.

Para facilitar el manejo del volumen, se comienza el mismo con un prólogo titulado *Plan de la obra*, en el que se explica minuciosamente el contenido de la misma y el modo de hacer la compulsa de las leyes españolas y ultramarinas, y termina con un índice alfabético general con más de mil palabras, comprensivas de todas las materias que contienen las seis leyes citadas.

El libro *Los Códigos españoles* forma un volumen en 12.º, edición en miniatura, de 2.100 páginas de compacta lectura, y se vende en Madrid, en las oficinas de *El Consultor* (calle de Don Pedro, núm. 1) y en todas las librerías de España, al precio de 8 pesetas, franco de porte, en rústica, y á 10 pesetas encuadernado en holandesa fina, con nervios, lomo y punteras de *chagrin*.

Exposición de Bellas Artes, Madrid, 1890, texto de D. Jacinto Octavio Picón, reproducciones por el Sr. Conde de San Román y tipograbados de los Sres. Boussod Valadon y Compañía, de París. El deseo de contribuir á extender y popularizar todo lo posible las producciones de nuestros artistas, ha impulsado al Sr. Conde de San Román á publicar este precioso libro. Contienen sus páginas limpias reproducciones tipográficas, hechas sobre fotografías directas, obtenidas por el mismo Sr. Conde de San Román, de las principales obras de pintura y escultura presentadas en la Exposición Nacional de Bellas Artes, y entre otras de los cuadros de Agrasot, Alvarez, Andrade, Bañuelos (Srta. D.ª Antonia de), García Ramos, García Rodríguez, García Sampedro, Garnelo, Jiménez Aranda, Lhardy, Martínez Abades, Masriera, Maura, Meifren, Muñoz Lucena, Ruiz Luna, Sala, Santa María, Silvela, Sorolla y Valenzuela, y de las esculturas de Benlliure, Marinas y Susillo. A cada cuadro acompañan apuntes biográficos del autor respectivo y descripción de la obra reproducida, escritos por el notable crítico de Bellas Artes D. Jacinto Octavio Picón. En suma, es un libro en cuyas páginas se juntan verdaderamente lo agradable y lo útil. Véndese, á 5 pesetas, en casa de D. R. Mira y hermano, Madrid (Carretas 7), y en las principales librerías de España.

Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria y Ciencias auxiliares, por E. Littré, miembro del Instituto de Francia. Obra que contiene la sinonimia griega, latina, alemana, inglesa, italiana y francesa, y el vocabulario de esas diversas lenguas; versión española por los doctores D. J. Aguilar Lara y D. M. Carreras Sanchís, precedida de un prólogo del Dr. D. Amalio Jimeno Cabañas, catedrático de Terapéutica. (Con unos 600 grabados intercalados en el texto.) Hemos recibido el cuaderno 31.º, que termina en la palabra *Irisopia*. Cada cuaderno consta de 40 páginas en 4.º mayor, á dos columnas, y su precio es una peseta en toda España. Suscríbese en Valencia, librería de D. Pascual Aguilar (Caballeros, 1), y en Madrid, en casa de D. M. Carreras Sanchís (Cervantes, 22, bajo).

Celebridades españolas contemporáneas: *Doctor Thebussem*, estudio biográfico y crítico, por D. Andrés Ruiz Cobos. Es el IV de la colección que publica el editor D. Fernando Fe, y se vende, á una peseta, en las principales librerías de España, y en la de dicho editor, Madrid (Carrera de San Jerónimo, 2).

Solemnidad académica, por D. Rafael Alvarez Seréix, ingeniero de Montes, etc. Opúsculo que trata de los discursos pronunciados en la Real Academia de la Historia con motivo de la recepción pública del Dr. Sr. Vilanova. Madrid, 1890.

V.

NINON DE LENCLOS

Refase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** (*Maison Leconte*), 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; *Artaza, Alcalá*, 23, *pral. izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados*, 1; *Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor*, 1; *Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo*, 3, *y en Barcelona, Vicente Ferrer y en casa de José Lafont*, 22, *calle del Call.*

EVITAD LAS FALSIFICACIONES

del *Anti-Bollos*, único que destruye las pecas y el paño de la nariz, la frente y la barba, sin frotación y comprimiendo los poros del cutis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.

ARISTOCRATIZAD VUESTRAS MANOS

con la *Pâte des Prélats*, inventada por el fraile Dom. del Giorno para el papa Leon X.—Esta Pasta maravillosa blanquea, suaviza y da tersura á la epidermis, y tiene además el privilegio de prevenir ó destruir las grietas, los sabañones y sus cicatrices, etc.—Propiedad exclusiva de la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, *pral. izq.; Pascual, Arenal*, 2; *Urquiola, Mayor*, 1; *Aguirre y Molino, Preciados*, 1, *y en Barcelona, en casa de los Sres. José Lafont*, 22, *calle del Call.*

PÍLDORAS DE BLANCARD

CON

Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — PARIS 1855

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis**,

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapeutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes*.

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.

E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

PIANOS

FOCKÉ FILS AÎNÉ

Rue Morand, 9, París

EXPOSICIÓN UNIVERSAL

PARIS, 1889

MEDALLA DE ORO

PERFUMERÍA - ORIZA

L. LEGRAND

11, Place de la Madeleine, (ántes, 207, Rue St-Honoré), PARÍS



PRODUCTOS ESPECIALES RECOMENDADOS

SAVONORIZA VELOUTÉ		ORIZALINE,	tintura instantánea
CRÈME-ORIZA	Hermosura del Rostro.	ESS-ORIZA,	todos olores.
ORIZA-LACTÉ		ORIZA-HAY,	Agua de tocador.
ORIZA-OIL	Conservacion de los Cabellos.	ORIZA-POWDER	Polvo de arroz adherente
ORIZA-TONICA		ORIZA-VELOUTÉ	

Última Novedad

PERFUMERIA ORIZA á la VIOLETA del CZAR.

Jabon, Agua de Tocador, Perfumes y Dentifricio á la VIOLETA DEL CZAR.

PERFUMES SOLIDIFICADOS (Ess-Oriza) bajo forma de Lápices y Pastillas, 12 Olores.

De venta en casa de todos los Peluqueros y Perfumistas.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

Catálogo-Bijou remítese gratis y franco.

PECTORAL de CEREZA del Dr. AYER

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA



El Pectoral del Dr. Ayer aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.

Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desórdenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilación suele ser fatal. Los **RESFRIADOS Y LA TOS**, si no se cuidan, pueden degenerar en **LARINGITIS, ASMA, BRONQUITIS, PULMONIA O TISIS**. Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el PECTORAL de CEREZA del Dr. AYER. Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor.—De venta en casa de Melchor García, Capellanes, 1, duplicado; Hijos de Ulzurrum, y en todas las farmacias y droguerias.—Agentes generales para España: Vilanova Hermanos y Compañia, Barcelona.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

E. COUDRAY

MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

DE VIVAS PÉREZ

Recomendados por la Real Academia de Medicina. *Recetados por los médicos de España y Ultramar.*

Adoptados en los hospitales y la Marina, **PORQUE CURAN INMEDIATAMENTE, COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** empleado hasta el día, toda clase de vómitos y diarreas: de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros y úlceras del estómago, piroxis con eruptos fétidos. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público **tanto favor por sus buenos resultados**, como nuestros

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO,

que se venden en todas las farmacias de España, Ultramar y América del Sur.

Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado. Exigid la firma y marca de garantía.

PRECIOS: En toda España la **Caja grande, 3,50 ptas.; pequeña, 2 ptas.**

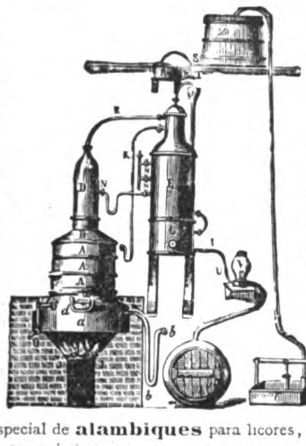
Depósito general: Almería, FARMACIA VIVAS PÉREZ

desde donde se remiten á todas partes, mandando 75 céntimos más para certificado.

POR MAYOR: *Madrid:* M. García, Sociedad Ibero Universal y J. Hernández.—*Barcelona:* Sociedad Farmacéutica é Hijos de J. Vidal y Ribas y Alomar y Uriach.—*Habana:* Lobé y C.ª, Farmacia y Droguería de José Sarrá.—*Puerto Rico:* Fidel Guillermety.—*Mayagüez:* Guillermo Mulet.—*Manila:* D. Pablo Schuster.—*Buenos Aires y Montevideo:* en todas las principales farmacias.

EGROT

INGENIERO CONSTRUCTOR EN PARÍS
23, rue Mathis, 23
EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1889
Fuera de concurso, miembro del Jurado



CASA FUNDADA EN 1780
CINCO DIPLOMAS DE HONOR

Fábrica especial de **alambiques** para licores, perfumes y productos químicos.

Nuevo aparato de destilación continua de **Egrot** para destilar aguardientes, espíritus de vino, ron, aguardiente de arroz; ofrece las ventajas de instalación y marcha fácil, á la par que es relativamente menos voluminoso, de lo que resulta un embalaje y transporte menos costoso.



VELOCÍPEDOS TRIUMPH

LIGEROS
DURABLES
GARANTIZADOS

S. BETTMAN & C.º

Golden Lane LONDRES
Fábrica: Aston BIRMINGHAM

HEINRICH KLEYER — VELOCÍPEDOS "ÁGUILA"

LA MÁS VASTA É IMPORTANTE FÁBRICA DEL CONTINENTE

Francfort sobre el Mein.



Velocípedos de dos y tres ruedas. Velocípedos de seguridad, simples y con dos asientos para cada edad. Velocípedos de tres ruedas para transportar mercancías de todo género. Piezas de reemplazo y accesorias. Se buscan agentes activos y se ofrecen catálogos ilustrados contra remesa de timbre postal.

Representante: GUSTAVO ROHRIG, Barcelona.



Kananga del Japon

RIGAUD y C.ía, Perfum.tas

Proveedores de la Real Casa de España

8, rue Vivienne, PARIS

El Agua de Kananga es la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.



Extracto de Kananga
Suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Aceite de Kananga
Tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y cuya caída previene

Jabon de Kananga
El mas grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.

Loción vegetal de Kananga
limpia la cabeza, abrillanta el cabello y evita su caída, tonificándolo.

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y C.ía.

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración; á 6 fr. cada frasco. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, rue du 4 Septembre, París.

CONTRA

los **Catarros**, los **Resfriados**, la **Grippe**, **Bronquitis**, etc., el **Jarabe** y la **Pasta Pectoral** de **Nafé** de **Delangrenier** poseen una eficacia cierta y justificada por los Miembros de la Académia de Medicina de Francia.

Sin *Opio*, *Morfina* ni *Codeina*. Se les da con éxito y seguridad á los Niños, atacados de **Tos simple** ó de **Coqueluche** ó **Tos ferina.**

EN PARIS, CALLE VIVIENNE, 53
Y EN TODAS LAS BOTICAS
DEL MUNDO ENTERO.

El mejor dentrifico, mas agradable y, sobre todo, mas Higienico:

Agua de Philippe

empleada con la

Odontalina

PASTA DENTARIA, VERDADERO CARMIN DE LA BOCA

PARIS: Hermelin, 24, r. d'Enghien

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 25 años

Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

FALTA DE FUERZAS

ANEMIA — CLOROSIS

el HIERRO BRAVAIS

Reconstituye la sangre de las personas debilitadas

DESCONFÍESE DE LAS IMITACIONES

IZOD'S

Corsé privilegiado
EL MEJOR DE TODOS

IZODS PATENT CORSETS

CONFECCIONADO POR NUEVO Y ESPECIAL PROCEDIMIENTO CIENTÍFICO.



La opinión médica le recomienda **para la salud.** La opinión pública de todo el mundo está unánime en declarar que ninguno le aventaja por su **comfort, su hechura y su duración.**—Inmensa venta en Europa, y también en la India y Colonias.—El nombre y la marca de fábrica **(Ancora)** estampados en el corsé y en la caja.—Escríbase á **IZOD'S** con las medidas, para recibir el pliego de dibujos.

E. IZOD E HIJO
30 Milk Street, London
MANUFACTURA: LANDPORT, HANTS

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIV — MADRID, 15 DE JUNIO DE 1890. — NUM. XXII.

LAS PRUEBAS OFICIALES DEL SUBMARINO «PERAL».



LA COMISIÓN TÉCNICA Y LA OFICIALIDAD DEL CRUCERO «COLÓN» ESPERANDO LA REAPARICIÓN DEL SUBMARINO, EN LAS PRUEBAS DE INMERSIÓN VERIFICADAS EL 7 DEL ACTUAL.

(Dibujo de Comba, sobre apuntes de un testigo presencial.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

CUANDO el desconocido oficial de la armada D. Isaac Peral propuso que construiría un submarino movido por la electricidad y armado de torpedos, para atacar por debajo del agua la quilla de un buque enemigo, fuimos de los primeros en interesarnos en la empresa, sin conocer al marino, por patriotismo, por presentimiento y por amor á los adelantos. No podíamos ni podemos aún razonar científicamente acerca de esta cuestión técnica; pero si aun cuando Peral hubiera fracasado no estaríamos arrepentidos de haber defendido su proyecto, hoy que el submarino existe, y navega, se sumerge y lanza torpedos bajo el agua, y la autoridad de marina propone recompensas honoríficas para el Sr. Peral y sus esforzados compañeros, y la Reina Regente, el Senado, el Congreso, sociedades, corporaciones y particulares le felicitan á porfía, justo es que nos congratulemos de haber tenido confianza y de haber contribuído á las patrióticas exageraciones y locuras que han dado á Peral fuerza y popularidad para que pudiese vencer las resistencias que aquí encuentra todo el que mejora y se distingue. Con sólo recordar que un accidente ocurrido en una chumacera bastó para que se diera todo por fracasado, é indirecta y delicadamente se insinuase la conveniencia de que el Sr. Peral se pegase un tiro; con recordar el telegrama del Ferrol felicitando al Ministro de Marina por haber impuesto unos días de arresto al Sr. Peral, queda demostrado que si unos exageraron en favor del simpático marino, otros le combatieron con ensañamiento. Y vale más pecar de generosos y confiados, que de injustos. Hoy no cabe ya duda de que D. Isaac Peral ha dado á España la gloria de haber lanzado al mar un buque submarino movido por la electricidad, y con un radio de acción muy respetable; que no sólo se sumerge y flota con gran facilidad, sino que marcha horizontalmente bajo el agua recorriendo un trayecto considerable; por lo tanto, como esto significa un éxito práctico y positivo, y para realizarlo, abismándose en el mar con riesgo de la vida, se ha hecho un acto de temeridad, nos parecen bien ganadas las cruces rojas del Mérito naval del Sr. D. Isaac Peral y sus dignos compañeros, y las felicitaciones que les han sido dirigidas.

Pero las pruebas continúan. Ahora se trata de estimar las condiciones militares del submarino como máquina de guerra. Es decir, si es capaz de orientarse fuera del alcance del enemigo y acometerle bajo el agua sin poder ser ofendido, ó qué defectos tiene que convenga reformar, prueba de que no hay precedente en la táctica naval, y que se habrá tal vez verificado cuando se lean estos párrafos. Pongámonos en lo peor, y suponiendo un resultado negativo, será siempre una bizarra tentativa y un estudio práctico que ha de aprovechar para la resolución del gran problema submarino: si la prueba es defectuosa, únicamente habrá que ver si los defectos son de los aparatos ó de impericia en su manejo; pues, la verdad, no tenemos noticia de que haya habido los ensayos ó ejercicios suficientes para que el *Peral* se halle ya en disposición para combatir, que es á lo que equivale el simulacro. En uno y otro caso, procederá corregir los errores ó ejercitarse en el uso de aquel arma destructora, ayudando, y no desanimando á su inventor. Pero si el éxito, como desearíamos, fuese completo, entonces..... Pero esto merece párrafo especial.

Entonces el Estado debería, á nuestro juicio, hacer lo que manda la justicia. O indemnizar al Sr. Peral, en metálico, del valor que supondría el privilegio, ó si hubiera dificultades económicas, en renta para sí y para sus hijos por lo menos. Y elevarle á una categoría correspondiente á su servicio, en cuanto las leyes lo consientan. A nuestro juicio, habría una manera natural. Si el submarino es realmente una temible máquina defensiva de los puertos, de utilidad indudable, porque lo es, y con sólo ser un adelanto en que trabajan y de que se preocupan ya varias naciones, porque es preciso marchar hacia adelante, se impone la creación de un cuerpo auxiliar de la marina, y en el cual corresponden los primeros puestos al Sr. Peral y sus entusiastas compañeros: el cuerpo de Submarina. Así se evitarían, á nuestro parecer, ciertas etiquetas y superposiciones dentro del escalafón. Más aún: en la oposición que al submarino se ha notado en algunos elementos de la armada, puede haber algo de legítimo; puede muy bien á los que se han dedicado á la marina regular, para luchar con las olas, los enemigos y los vientos, repugnarles la vida artificial á que les sometería ese nuevo servicio, ajeno á su actual profesión y para el cual no se han comprometido: en cambio, los que se sientan con vocación para ello tendrían ventajas mejorando al ingresar en un cuerpo de nueva formación.

Acaso la pluma se nos haya escurrido penetrando demasiado pronto en estas profundidades submarinas; pero ello es que no iniciamos cuestión alguna que no haya sido ya indicada en la prensa de un modo semioficial. La navegación aérea está más atrasada, y ya existen en algunos países institutos de aeronáutica militar, aunque sea en período de estudios y de ensayos. Pero si se considera que lo obtenido por Peral es superior en resultados á todo lo conocido, y que el ensayo hecho le haya dado experiencia para mejorar é ideas nuevas, sería triste que no se utilizase su aptitud, su práctica y su estudio para la realización de nuevos adelantos.

No creemos que los submarinos vengan á destruir la organización actual de la armada, sino á robustecerla y completarla; el coste enorme de los buques modernos no nos permite abrigar la esperanza de que poseamos una escuadra que pueda defender nuestro litoral contra las escuadras poderosas de las naciones opulentas. Pero el torpedero submarino invisible, una vez comprobada su eficacia, podría en combinación con una escuadra modesta hacer invulnerables ó muy respetados nuestros puertos. Esta es la esperanza, el proyecto: ¿cuál es la realidad?

Sea cual fuere, reciban, por su inteligencia, su firmeza, su valor y patriotismo, mil y mil plácemes, que les enviamos con efusión, por lo ya demostrado, el inventor y los oficiales del *Peral*.

***

El carrousel, fiesta hípica y musical que se efectuó en la Plaza de Toros por soldados y las bandas militares de la guarnición, dícennos que tuvo episodios brillantes y lucidos; no la vimos: supimos en cambio que el reparto de billetes produjo disgustos y conflictos de etiqueta, acompañamiento natural de las fiestas de convite. Por eso son preferibles los espectáculos al aire libre y populares, en donde no hay olvidos ni postergaciones. No hay diversión gratuita y con billete que no deje quejosos y resentidos, á los unos porque no se les dan, y á los que los reciben, por escasos ó poco de su gusto. Para evitarnos tales incomodidades, hemos tomado el partido de figurarnos todas las fiestas de esa índole, que ganan mucho imaginándonoslas á nuestro capricho.

Fiesta pública y popular, de que han disfrutado equitativamente grandes y pequeños, ha sido la manifestación del comercio y de los gremios. Esta procesión industrial, presidida por el Alcalde de Madrid, ha sido larga, variada y curiosa. Grupos de industriales en torno de sus respectivos estandartes; cabalgatas alternando con los de á pie, carrozas alegóricas de algunas profesiones, todo alternado y protegido por las guardias cívicas y los maceros del Municipio y la Provincia, formaban un conjunto pintoresco. La carroza de los abaniqueros, con sus alegorías caprichosas; la de la Industria, las del Ejército y la Marina, la del gremio de papeles pintados, las del *Cromo anunciador* y de los jardineros de Palacio, pasaron á nuestra vista entre numerosas banderas, charangas, carruajes de lujo en que iban algunas comisiones, dando alegría á la vista y al oído. No en todas las manifestaciones había presidido un gusto delicado; pero algunas, como la del gremio de los vinateros, podían calificarse de modestas y de excelentes. Los jinetes que presidían la carroza, uniformados á la moderna, y con pequeños y elegantes estandartes, tenían mucho carácter, y el carro alegórico también. Esto demuestra que se puede utilizar el traje de nuestra época para caprichos artísticos. Pero no podemos citar lo digno de atención en aquella larga comitiva. Si los gremios continúan anualmente haciendo esa procesión, ya la irán mejorando, y con la competencia podría llegar á ser notabilísima. Acaso en otros años LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, si recibe alguna invitación, podrá enviar sus artistas para que den idea gráfica de la fiesta.

Ya sólo falta, para terminar la serie de fiestas instituídas por D. Andrés Mellado, *La Florida*. De esta, que no se ha realizado al escribir nuestra Crónica, hablaremos, Dios mediante, en la inmediata.

***

En estos días se ha inaugurado solemnemente, con asistencia de S. M. y A., el Asilo de Inválidos del Trabajo, en la magnífica posesión de Vista Alegre, propiedad que fué del difunto Marqués de Salamanca. El distinguido arquitecto D. Santiago Castellano ha convertido el palacio en asilo, con su gusto é inteligencia proverbiales. El acto fué brillante, según refieren todos los que le presenciaron: una indisposición nos impidió asistir, y sólo podemos consignarle como suceso notable de estos días.

***

Los actos académicos se verifican á puerta cerrada para los profanos que no tienen papeleta; por lo tanto, nada podemos decir de la recepción de hoy en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Sabemos solamente que el nuevo académico, el sacerdote D. José Salamero, leyó un discurso encaminado á demostrar que «la crisis religiosa, causa principalísima de la crisis social, tiene en el catolicismo su remedio más eficaz.» Por referencia también, podemos añadir que el discurso de contestación ofreció la singularidad, que no sepamos tenga precedentes académicos, de tener que sustituir al autor de la contestación, en la lectura de ésta, otro académico por fallecimiento del autor. En efecto, el señor D. Alejandro Pidal ha sustituído en aquella obligación al difunto catedrático y académico D. Vicente de la Fuente.

***

Los franceses están preocupados, con razón, por el hecho de haberse demostrado la inocencia de un español llamado Borrás, condenado á muerte por asesinato y á quien se había, afortunadamente, conmutado por la inmediata la última pena. El error judicial, siempre posible, siempre fácil, demuestra la necesidad de ser muy económicos de aquella pena irreparable. La impresión producida en Francia por la rehabilitación de aquel infeliz, las suscriciones que se proyectan y la pensión de seis mil francos con que tratan de indemnizarle, honran al público francés, pero no pueden borrar las angustias del condenado á muerte, ni los tormentos del hombre honrado que resulta legalmente criminal. Al cariño de su mujer y su perseverancia ha debido Borrás la prueba de su inocencia.

Conviene fijarse en un hecho referido por este nuevo delincuente honrado: dice que donde sufrió más fué en el largo intervalo ocurrido desde su condena á muerte y la conmutación de la sentencia, porque como en Francia no se pone á los reos en capilla, sino que se les oculta en absoluto la fecha de su ejecución, que se verifica despertándoles muy temprano y llevándolos á la guillotina, durante algunos meses todas las noches al dormirse creía estar en vísperas de morir. Los que por humanidad tratan de suprimir la estancia en la capilla, deben tener en cuenta que el otro sistema resulta más doloroso para el reo. Aquí se sabe que hay vida mientras no se cumple la última formalidad: en Francia la capilla empieza desde el momento en que el reo es sentenciado.

***

—¿Ves aquel pobre que pide en esa esquina?

—Es un tullido: á esos baldados la sociedad debería darles coche.

—Pues ese pobre es riquísimo: no tiene carruaje porque perdería su mejor renta: la limosna.

—Explícame ese caso.

—Si gastase lo que tiene se quedaría sin nada, y pide limosna para no verse reducido á la mendicidad.

—¿Qué receta tienes para que no te salgan canas?

—Muy sencilla: no me lavo nunca, y el pelo ennegrece con los años.

Al dispersarse la manifestación, uno de los que llevaban banderas, que la había apoyado en un árbol para descansar, se encontró con que se la habían robado.

Y decían aquella noche los tomadores:

—¿Quién será el héroe que ha tomado esa bandera?

Se le cayó la cabeza á la estatua dorada de una de las carrozas de los gremios.

—¿Qué representa esa figura? — preguntaban las gentes.

—¿Será una diosa guillotinada?

—No: es la riqueza; tiene el cuerpo dorado y sin cabeza.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

LAS PRUEBAS OFICIALES DEL SUBMARINO «PERAL».

Después de las patrióticas, oportunas y atinadas consideraciones que nuestro querido compañero Fernández Bremón escribe en la *Crónica general* (á las que nos asociamos de todo corazón) acerca del felicísimo éxito de las dos primeras pruebas oficiales del submarino *Peral*, verificadas en aguas de Cádiz el 21 de Mayo último y el 7 del corriente, correspóndenos describir esas pruebas para explicar nuestros grabados de la plana primera y de la pág. 372.

La *prueba primera*, dispuesta por la Comisión técnica que nombró oportunamente el Gobierno de S. M., abarcaba los siguientes experimentos, en dos días consecutivos: en el primero el barco saldrá de la Carraca, con todos sus acumuladores cargados y un régimen de cuarto de máquina, y recorrerá la distancia que hay desde el fondeadero al cabo Roche situado al Sudoeste del castillo de San Sebastián, á lo largo de la costa, y á distancia unas 33 millas del punto de partida y 25 de dicho castillo que marca la salida de la bahía de Cádiz; desarrollará un andar de cuatro á cinco millas por hora, y regresará á la bahía desde Roche, invirtiendo en ambos viajes trece horas aproximadamente, fondeando en la bahía, próximo al muelle y al costado del remolcador enviado por el Capitán general para que puedan descansar los oficiales del submarino. En el segundo día se verificará la misma operación, con sólo las variaciones de hacer la salida de su fondeadero á la bahía, ajustar el régimen de marcha á un andar de seis á siete millas por hora, correspondiente á media máquina, y regresar, terminada la experiencia, á la Carraca; y en ambas expediciones recorrerá el submarino unas 120 millas.

Amaneció el día 21 con algún viento de Levante y mar tendida; á las cinco y media salió de la Carraca el *Peral*, seguido del remolcador núm. 1, con el Capitán general del Departamento; siguiéronle el crucero *Colón*, los cañoneros *Cocodrilo* y *Salamandra* y el vapor *Garibaldi*, á una milla de distancia, con el Presidente y varios socios del Club de Regatas, de Cádiz, y al-

gunos representantes de la prensa; las azoteas y las murallas de la población aparecían llenas de inmenso gentío.

El objeto de las pruebas se cumplió en gran parte, no obstante el fuerte viento y la gran mar de fondo que suscitaron dificultades al buen éxito: el submarino, que debía recorrer con un cuarto de máquina la distancia que hay del castillo de San Sebastián al cabo Roche, navegó en alta mar de fondo, durante cinco horas, á media máquina y andando cinco millas por hora, que hacen un total de lo recorrido desde el fondeadero, de 30 millas, las cuales, reducidas á cantidad de fuerza, hacen 80 Amperes en una hora; es decir, que el *Peral* empleó un cuarto de su energía.

En el segundo día, 22, ejecutando pruebas complementarias de las del primero, el submarino recorrió una distancia mayor de 42 millas: salió avante á las seis y treinta y seis minutos de la mañana, cerró la porta á las seis y cuarenta y seis minutos, llegó á las aguas del cabo Roche á las once de la mañana, entró de regreso en la bahía á las dos y veinte minutos de la tarde, y sin detenerse se dirigió al fondeadero de la Carraca, donde se amarró á las tres y treinta y cinco minutos, y «en el acto de fondear (escribe un testigo presencial) atracó al costado del crucero *Colón*, con una precisión y valentía que llamó la atención de cuantos presenciaron la maniobra, y con especialidad de los tripulantes del barco italiano de guerra *Messaggiero*, cuyos oficiales siguen hace tiempo con gran interés la cuestión del submarino *Peral*.»

Quedaba ya cumplida la primera parte del largo catálogo de las pruebas: el *Peral*, en los dos días, y sin volver á cargar la batería de acumuladores, recorrió más de 72 millas, invirtiendo trece horas y media, las mismas que ha permanecido con la porta cerrada, y por lo tanto, sin comunicación con la atmósfera, teniendo *once hombres dentro*.

A estas primeras pruebas del *Peral* se refiere nuestro grabado de la pág. 372, hecho sobre fotografías directas del Sr. Pol, de Cádiz.

La *prueba segunda* se verificó el 7 del corriente.

Consistía dicha prueba (según el programa redactado por la Comisión científica) en navegar el *Peral* por la superficie de las aguas al régimen que quisiera el inventor, hasta colocarlo libre de las puntas y salvo de los bajos denominados Halera, Diamante y Las Puercas, es decir, en el mismo lugar en que anteriormente verificó sus inmersiones, que es frente al placer de Rota, norte-sur con San Sebastián; allí verificaría tantas inmersiones cuantas ordenare la Comisión, y á profundidades y rumbos que ésta determinase, navegando, por último, submarinamente durante una hora, con rumbo y profundidades prefijadas también por la Comisión.

¿Cuál ha sido el éxito de esta segunda y arriesgadísima prueba? Proclámalo con noble entusiasmo España entera, desde la Reina Regente y los Cuerpos Colegisladores hasta el labrador y el obrero: el triunfo de Peral concluyente y glorioso.

Amaneció un día magnífico, de mucho calor, viento encalmado y mar llana; la bahía era surcada por numerosos barcos de todas clases, atestados de gente que se disponía á presenciar el experimento; en las murallas y azoteas de la población había mayor muchedumbre que en los días de la primera prueba, y el muelle estaba ocupado por innumerable gentío que anhelaba observar la salida del submarino.

A las nueve y cincuenta, comunicadas las órdenes oportunas, se puso en marcha el *Peral*, haciendo rumbo al mar y seguido por el crucero *Colón*, con la Comisión científica, y los cañoneros *Salamandra* y *Cocodrilo*, el vapor *Reina Cristina*, y numerosos botes.

«A las diez y media (escribe un testigo presencial), y en sitio á propósito, efectuó el submarino su primera inmersión, maniobrando en tal estado convenientemente por medio de un aparato óptico, para librarse de los buques que seguían su derrota; desde dicha hora, y cumplimentando mandatos de la Junta, verificó diferentes inmersiones de corta duración y breves navegaciones submarinas, siendo de notar que la dotación sabía cuanto en el exterior ocurría, pues las observaciones hechas por el Sr. Peral eran comunicadas en el acto á todos sus compañeros y subalternos; suspendidas las inmersiones parciales, se dió un ligero descanso á la dotación, y á las tres en punto el *Peral* verificó nueva inmersión, desapareciendo por completo cuatro minutos después, y *navegando á* 10 *metros de profundidad á cuarta parte de máquina, hasta las cuatro y cinco, recorriendo en dicho tiempo bajo el agua unos* 8 *kilómetros.*»

Todos los espectadores, al verle surgir del seno de los mares después de una inmersión de *sesenta y cinco minutos*, y á 8 kilómetros de distancia del punto donde se había sumergido, prorrumpieron en atronadores vivas, en gritos de entusiasmo, y los silbatos de los vapores saludaban también al ilustre inventor de la navegación submarina.

Pocos minutos después, el Sr. Peral, con algunos de sus compañeros, se colocó sobre la cubierta de su buque, y á las cuatro y veinte comenzó á navegar el submarino con dirección al puerto; ya en la bahía, el Sr. Peral se acercó al costado del *Colón*, para presentarse al capitán general del Departamento, Sr. Montojo, y éste, felicitándole en nombre de SS. MM. el Rey y la Reina Regente, y de la Marina, anuncióle que telegrafiaría inmediatamente al Gobierno de S. M. proponiendo al insigne inventor para la placa de segunda clase del Mérito Naval, y para diferentes condecoraciones á todos los tripulantes del *Peral*, incluso los subalternos, «y solamente por los méritos contraídos en el experimento del fausto día 7 de Junio de 1890», porque los méritos de Peral, por su invento, merecen más valioso premio de la patria española.

A las ocho de la noche llegó el submarino al arsenal, entre aclamaciones de entusiasmo de la multitud inmensa que llenaba los muelles y las murallas.

¡Gloria á Peral! ¡gloria también á todos los valerosos tripulantes del submarino!

Nuestro grabado de la plana primera representa á la Comisión técnica y al comandante y oficiales del crucero *Colón*, sobre el puente del buque, durante la prueba de inmersión que describimos en las anteriores líneas: atienden con los gemelos al punto en que ha de reaparecer el *Peral* después del experimento, «porque todos los aparatos funcionaron con regularidad tan perfecta (dice un corresponsal), que el *Colón*, donde se conocía previamente el rumbo del submarino, pudo advertir instantáneamente el punto de salida del *Peral*.»

Nuestro grabado ha sido hecho sobre dibujo de Comba, según datos exactísimos enviados por un testigo presencial.

***

LA EXCARCELACIÓN DEL DUQUE DE ORLEANS.

Nuestros lectores no ignoran (véase la *Crónica general* de nuestro número anterior) que el Duque de Orleans fué puesto en libertad y conducido á la frontera suiza en la noche del 3 al 4 del corriente.

El Duque, después de cumplidas las formalidades de abrir el rastrillo, y acompañado del Director de la cárcel de Clairvaux y dos guardias, atravesó por corredores y galerías, y llegó á la puerta de salida; allí esperaba una berlina antigua, de macizas ruedas, y en cuyo pescante estaba sentado un guardia, riendas en mano; á la portezuela había otro guardia, con orden de ocupar asiento en el coche, al lado del Duque; veíase detrás de éste al Director de la prisión, en traje de paisano, quien le invitó á subir al carruaje, que partió inmediatamente para la estación de Clairvaux (véase la pág. 373).

Vestía el Duque un largo *ulster* y sombrero bajo, forma *melón*, según se la llama en Francia.

La escena del embarque en el vagón se verificó sin novedad en la parada de un minuto que hace en la estación de Clairvaux, á las doce de la noche, el *express* de París-Basilea, que sale de la capital francesa á las ocho y cuarenta.

El Duque ha permanecido en la cárcel 117 días, y los rigores de su prisión han sido en lo posible dulcificados: ocupaba una habitación compuesta de gran sala blanca de treinta metros de longitud, con seis ventanas, muebles cómodos y alfombra de moqueta de flores, y un ancho dormitorio empapelado en color granate, con alfombra y pieles de cabra, amueblado con cama de hierro, nueva, armario de nogal, mesa de noche, un sillón y dos sillas y una percha.

Se cuentan muchas anécdotas de la estancia del Duque en la prisión.

El día de San Felipe y Santiago, 1.º de Mayo, su cumpleaños, recibió inmensa cantidad de flores que se le enviaron de casi todos los departamentos, y fueron colocados, ramos y coronas, en las paredes, en los cuadros, en las mesas, hasta en el pavimento; y el Duque, en viéndolos cuando salió del dormitorio, rechazó con el pie los *bouquets* que estaban más cerca, y dijo: «¡Demasiadas flores para tan poca libertad!»

Los orleanistas le remitían presentes de todas clases: objetos de arte, manjares delicados, pieles riquísimas, etc.; un desconocido, sabiendo la afición del Duque á los melones, le remitía todas las mañanas un dorado cucurbitáceo dentro de una cajita de madera; llegó á reunir en su dormitorio hasta 60 pares de zapatos, procedentes de regalos; del techo del salón pendía un trapecio, sede favorita de un mono que el Duque adquirió en la India y que le acompañaba en la prisión de Clairvaux; su cama era nueva, como hemos dicho, porque la primera que le prepararon resultó corta para la elevada estatura del Duque (1,80 metros), y hubo necesidad de fabricar otra más larga, la cual ha deseado conservar el ex prisionero con permiso del Director de la prisión, adquiriéndola en 150 francos.

El Duque de Orleans, que desde Suiza se dirigió á Bélgica, está ya en Inglaterra al lado de sus augustos padres los Condes de París.

***

ISLA DE CUBA:

Los vagones de primera clase en el ferrocarril de Matanzas.

En la pág. 373 damos un grabado que representa el interior de un coche de primera clase (salón) del camino de hierro de Matanzas: tiene 50 pies ingleses de longitud, y está construído en los talleres de la Compañía de dicho ferrocarril, con maderas de caoba y cedro del país, y decorado con suntuosidad y elegancia verdaderamente regias.

La línea férrea de Matanzas á Batabanó, que cruza la isla en su anchura, es la más próspera de aquella fértil y hermosa tierra española, por las numerosas fincas agrícolas que existen en su zona y las mejoras que han experimentado, merced al ferrocarril, en las maquinarias y aparatos hoy empleados en la elaboración de azúcar.

Sus líneas paralelas se extienden desde Matanzas á Colón y desde Navajas á Jagüey Grande, con 250 kilómetros en explotación.

En 1888 estaban las acciones de esta línea al 40 por 100 de descuento, y actualmente se cotizan con prima de 4 por 100.

Nuestro grabado ha sido hecho sobre fotografía directa, remitida por nuestro corresponsal.

***

LOS FESTEJOS DE MADRID.

En la *Kermesse*.—Concierto de guitarras y bandurrias.—Repartición de bonos á los pobres.—Fuegos artificiales en la plaza de Santa Bárbara.—La Exposición canina.

Proseguimos en este número la representación gráfica de los festejos celebrados en esta corte, publicando en la pág. 376 cuatro apuntes del natural, por Manuel Picolo.

Refiérense los tres primeros á la *Kermesse* organizada en el Buen Retiro por el Círculo de la Unión Mercantil, y verificada en la tarde del domingo 9 del corriente.

La fiesta resultó brillantísima: los jardines presentaban encantador aspecto; en el paseo circular y á los lados del teatro se alzaban artísticos pabellones ó kioscos, en los que bellas y elegantes señoritas, hijas de comerciantes é industriales de esta capital, ofrecían á los concurrentes una flor, un dulce, una papeleta para la rifa de objetos lujosos y de valor, á cambio, por supuesto, de monedas que se destinaban al socorro de los pobres; en una tribuna la orquesta de guitarras y bandurrias, y en otra la de la Unión Artístico-Musical ejecutaron un selecto programa; luego, terminado el concierto, el Orfeón Matritense cantó algunas piezas notables de su repertorio.

Ni la corrida de Beneficencia, ni las Exposiciones de Bellas Artes y de Flores, privaron de numerosa y elegante concurrencia á la encantadora fiesta del Buen Retiro, honrada, á las siete de la tarde, con la presencia de S. A. R. la infanta D.ª Isabel, quien visitó el kiosco de las flores y prometió remitir su donativo á las lindas vendedoras.

Estas despacharon más de 25.000 papeletas, y la Junta directiva del Círculo de la Unión Mercantil, que reparte diariamente á los pobres, desde el 2 del actual, bonos de arroz, garbanzos, carne, pan y vino, ha dispuesto destinar el producto de la *Kermesse*, cubiertos los gastos de las fiestas, á aumentar notablemente el número de bonos de socorro.

Los tres primeros apuntes del grabado de dicha pág. 377 se refieren á esta fiesta: señoritas de la Comisión ofreciendo billetes para la rifa, concierto de guitarras y bandurrias y reparto de bonos á los pobres.

El último apunte del mismo grabado representa los fuegos de artificio quemados, la noche del 4, en la plaza de Santa Bárbara, en los solares de la antigua fábrica de Tapices: fueron preparados aquéllos por el conocido pirotécnico Sr. Hernández Parra; comenzaron á las once, en presencia de innumerable gentío, que aplaudió estrepitosamente los cohetes y las ruedas; terminó el espectáculo, cerca de las doce y media, con una obra decorativa que su autor denominó «Trono de Mercurio».

La Exposición canina, instalada en el Parque de Madrid á semejanza de las que hace muchos años se verifican en Inglaterra, Alemania y Bélgica, se inauguró en la tarde del 4, con asistencia de S. M. la Reina Regente y S. A. R. la infanta D.ª Isabel, y ante un público numeroso y distinguido.

Nuestro grabado de la pág. 377 (dibujo del natural, por Comba) representa detallada y gráficamente los principales ejemplares de perros allí expuestos: en el centro del dibujo se reproduce el perro pachón *Tee*, galardonado con el premio de S. M. la Reina Regente; al lado se ve á los *pointers*, pareja, *Re* y *Linda*, con sus numerosos cachorrillos, propiedad de D. Antonio Ulbach, premiados por la Comisión organizadora; más abajo figura la jauría de *Fox hounds*, de la Sociedad de Caza de Madrid, que ha ganado el premio del Ayuntamiento; rodeando á esos tres dibujos están representados otros perros notables de la Exposición canina, entre ellos *Pipá* y *Pipi*, pachones, de D. Gabino Stuyck; *Rodas (basset)*, del Sr. Duque de Alba; *Fim (Fox terrier)*, del Sr. Riano; *Lea*, *César*, *Sol* y tipos diferentes de *bloodshounds*, mastines, *bulldogs* y galguitos, un perro chino, otro de presa y y algunos *setters*.

Fueron presentados 150 perros, próximamente, de diversas razas, y muy notables, pudiendo estar orgulloso del resultado del certamen el Sr. Vizconde de Irueste, iniciador de esta primera Exposición canina en Madrid.

No es necesario decir que tanto el Sr. Vizconde de Irueste, como los distinguidos miembros del Jurado, han tenido la delicadeza de presentar en la Exposición *fuera de concurso* los magníficos perros de su propiedad.

***

LA PROCESIÓN DEL CORPUS CHRISTI EN MADRID.

En la Puerta del Sol.—En la calle de Alcalá.

La procesión del *Corpus Christi* se ha celebrado en esta corte, la tarde del 7, con magnificencia inusitada.

La carrera aparecía adornada con vistosas colgaduras, banderas y flámulas, arcos de flores y ramaje; calles y plazas, balcones y ventanas, edificios públicos y tribunas, estaban ocupados por multitud innumerable; el calor era sofocante y la animación extraordinaria.

A las cinco la procesión salió de la catedral de San Isidro con arreglo al ceremonial previamente anunciado, y la comitiva tardaba cerca de dos horas en pasar por un punto fijo; figuraban en ella: la imagen de la Virgen de las Mercedes, seguida de su ilustre archicofradía, ostentando magnífico manto; la Virgen de la Concepción, acompañada también de su archicofradía, luciendo el manto que la reina D.ª Isabel II la regaló á la conclusión de la guerra de Africa; la patrona de Madrid, Nuestra Señora de la Almudena, que desde el año 1830 no había salido en procesión, colocada en la suntuosa carroza que hace veinte años se construyó con tal objeto; el Santísimo, colocado también en una magnífica carroza, rodeado de su congregación, comisiones militares y civiles, coros de niños, tribunal eclesiástico, el cabildo con su clero y cruz alzada, el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá con su pontifical, el Real cuerpo de Alabarderos con su música, Diputación provincial y Ayuntamiento en pleno con sus maceros, y el Gobernador civil, que llevaba á derecha é izquierda, respectivamente, á un teniente alcalde y al Gobernador militar.

La Puerta del Sol presentaba admirable golpe de vista, según se puede observar en nuestro grabado de la pág. 380, dibujo del natural, por Comba: la Real familia ocupa el balcón principal del Ministerio de la Gobernación; la escolta Real, con uniforme de gran gala, está formada delante del edificio; por el centro de la carrera, entre las filas de los soldados y de la apiñada muchedumbre, pasa la carroza de la custodia, rodeada del Sr. Obispo y de clero, y seguida del Real Cuerpo de Alabarderos, Diputación y Ayuntamiento en pleno, con sus maceros y guardia amarilla.

El grabado de la pág. 381 (dibujo del natural, por Méndez Bringas) es una bella perspectiva de la calle de Alcalá, vista desde la iglesia de las Calatravas hacia la fuente Cibeles, en el acto de pasar la procesión para regresar á la Catedral.

Ya de noche, iluminadas calles y plazas con luces eléctricas y de bengala, y multitud de faroles de colores, entró la custodia en el templo.

***

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890.

Albores, cuadro de D. Modesto Brocos.

En el concurso artístico del Palacio de Bellas Artes, de esta corte, figura el cuadro que reproducimos en el grabado de la pág. 384: es original del Sr. Brocos, y se titula *Albores* (núm. 147 del *Catálogo)*; albores, sin duda, del amor en el corazón de esos dos pastorcillos que aparecen sentados en la meseta de verde colina y envueltos en la penumbra del crepúsculo.

El Sr. Brocos, que también ha presentado en la Exposición Nacional dos limpias aguas fuertes, es autor del notable cuadro *La Defensa de Lugo* que figuró en el concurso de 1887, y pensionado en Roma por la Diputación provincial de la Coruña.

***

LA PÓLVORA SIN HUMO.

Ensayos comparativos hechos en el campamento de Satory.

Dos cuestiones hay (según la *Revista Técnica de Infantería y Caballería)* en las que todos los militares ilustrados parece que están de acuerdo: una, completamente resuelta, es la reducción del calibre del fusil á 7 ú 8 milímetros, ya realizada en el *Lebel* (Francia), en el *Männlicher* (Austria), en el *Mauser-Männlicher* (Alemania), en el *Schmidt* (Suiza), y en otros modelos reglamentarios; otra, que está en vías de resolución, es la de adoptar la pólvora sin humo, que produzca la mínima detonación posible, y deje poquísimos residuos sólidos, ó ninguno.

«La adopción de la pólvora sin humo (escribe muy oportunamente el director de dicha *Revista*, D. Mariano Gallardo) se ha hecho en Francia, en Suiza y en Italia, donde se emplea la pólvora Nobel, que es la gelatina explosiva preparada convenientemente; se asegura que la ha adoptado, ó está en vísperas de adoptarla, Austria; Alemania la emplea en el cartucho de su nuevo fusil modelo 88, y seguramente en todas partes se estudia y se ensaya; pero es de notar que las pólvoras (sin humo) adoptadas ó en ensayo, todas de constitución química, difieren casi esencialmente unas de otras, y bien se comprende la parsimonia y el detenimiento con que ha de proceder todo Estado antes de hacer reglamentario para el ejército un nuevo explosivo, cuya permanencia en buenas condiciones, obtenidas quizá en los ensayos, no es posible que pueda desde luego afirmarse sin temor á equivocación, cuando se posee otro de propiedades perfectamente conocidas y comprobadas durante los siglos que lleva de uso.»

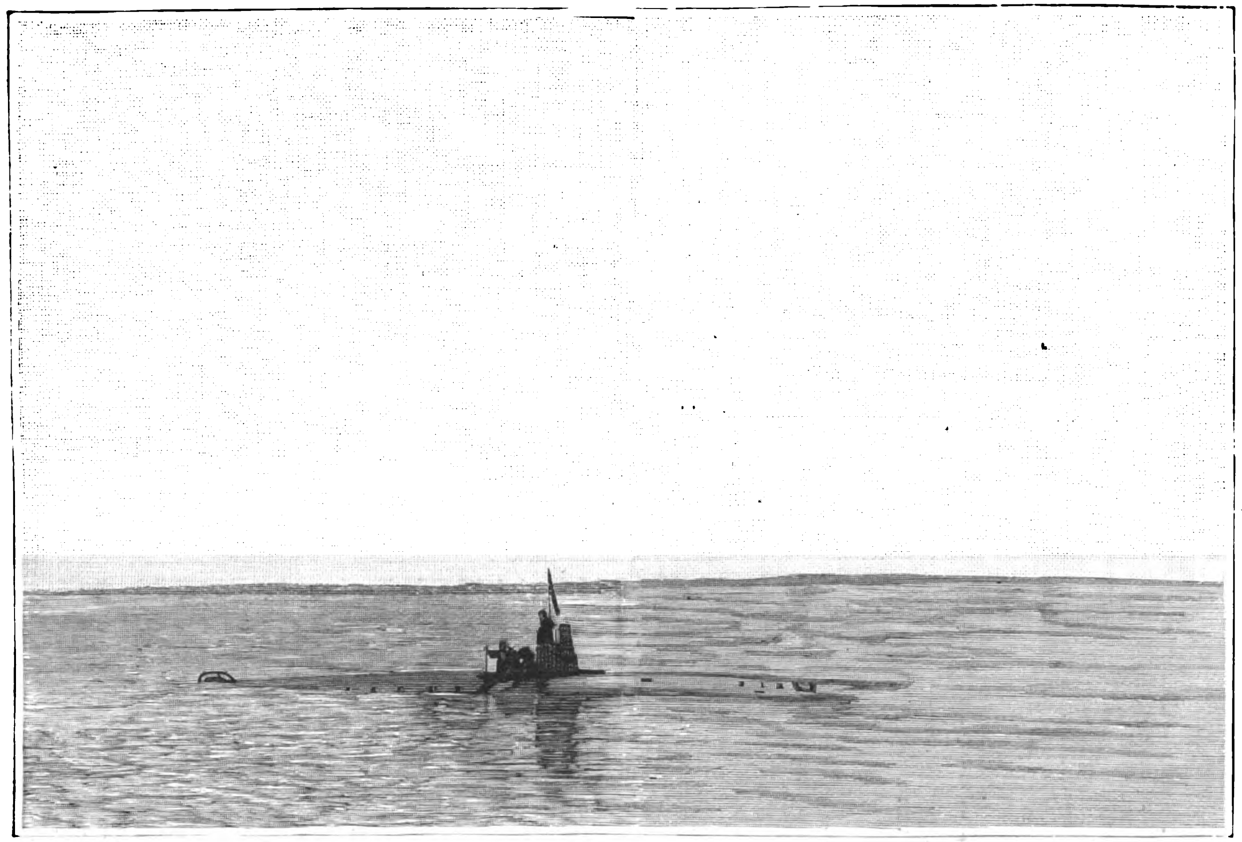
Hoy, por lo tanto, que se ventila en los círculos militares y que preocupa también al público en general esa cuestión de la pólvora sin humo, reproducimos en la pág. 385 dos fotografías instantáneas, tomadas recientemente en el campamento de Satory (Francia), las cuales, comparándolas, constituyen un elemento de prueba y una demostración gráfica.

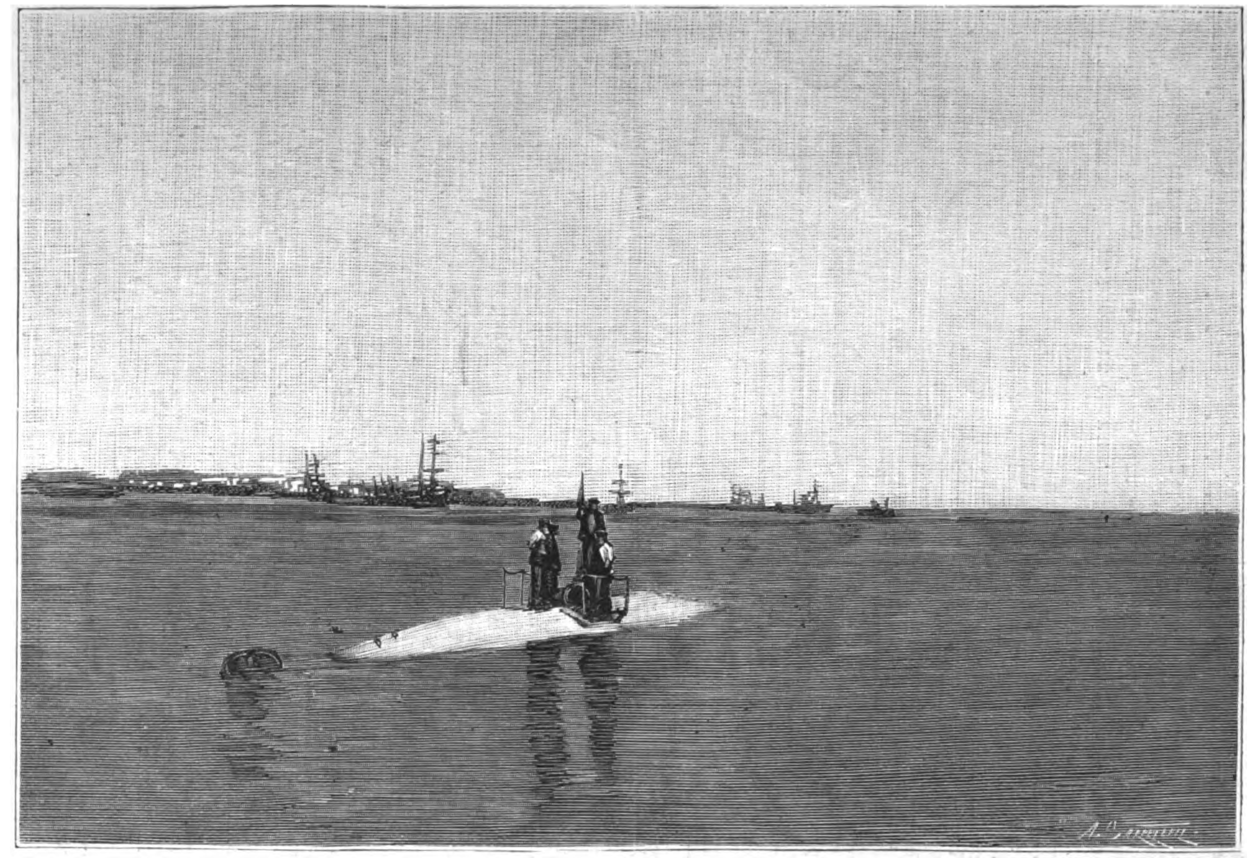
Los dos grabados representan el mismo ejercicio de tiro de fusil, sólo que en el primero se hace fuego con fusil antiguo, sistema Gras, y pólvora ordinaria, y en el segundo con fusil Lebel (de calibre reducido) y pólvora sin humo; en aquél se observa espesa nube blanca, pero opaca, que se extiende por delante de la línea de los tiradores, y en el segundo, por el contrario, sólo se ve una especie de vapor ligero, á través del cual se distingue claramente la línea de tiradores, con la circunstancia especial de que este vapor se condensa al punto, mientras que el humo de la pólvora ordinaria flota largo tiempo.

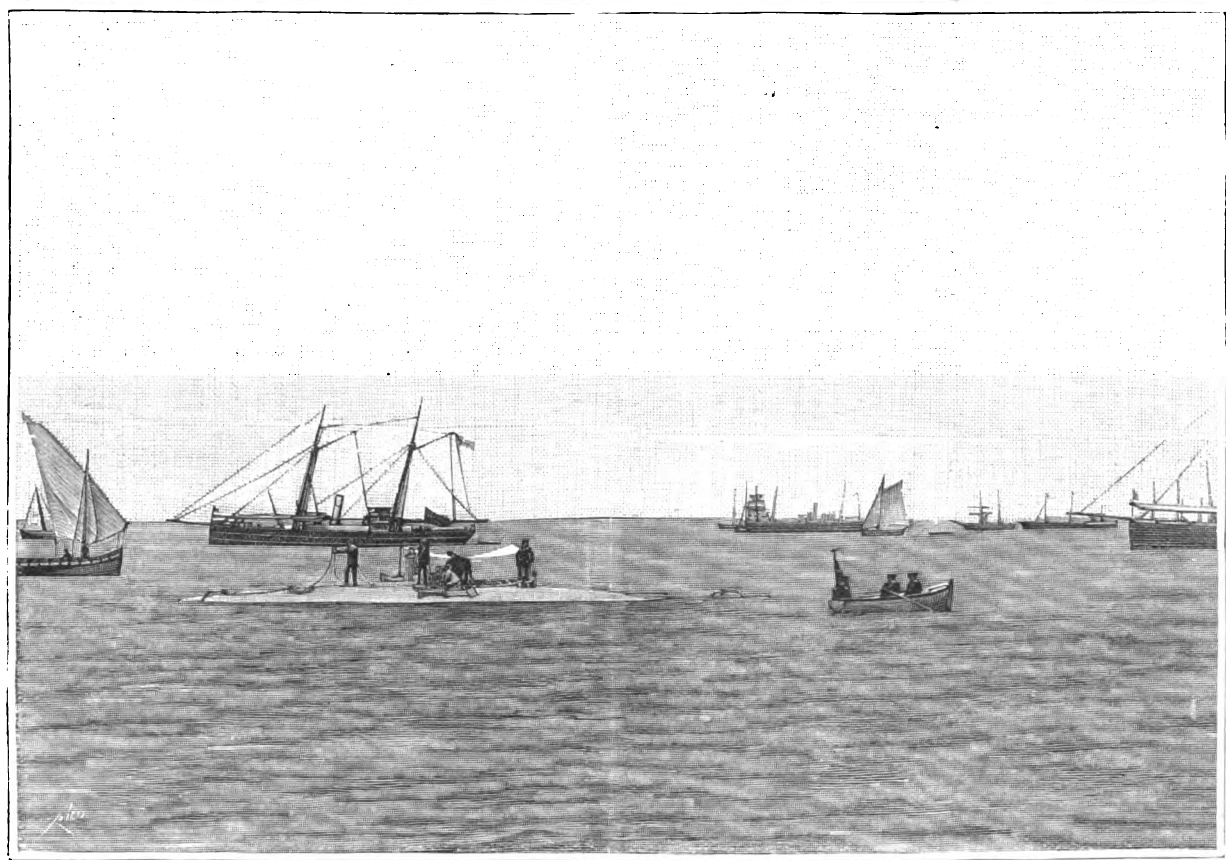
Es de notar que ambas fotografías (obtenidas por el Sr. Gers) están tomadas en el mismo espacio de tiempo, $^1/_{40}$ de segundo, é inmediatamente después de oirse la voz de mando «¡Fuego!»

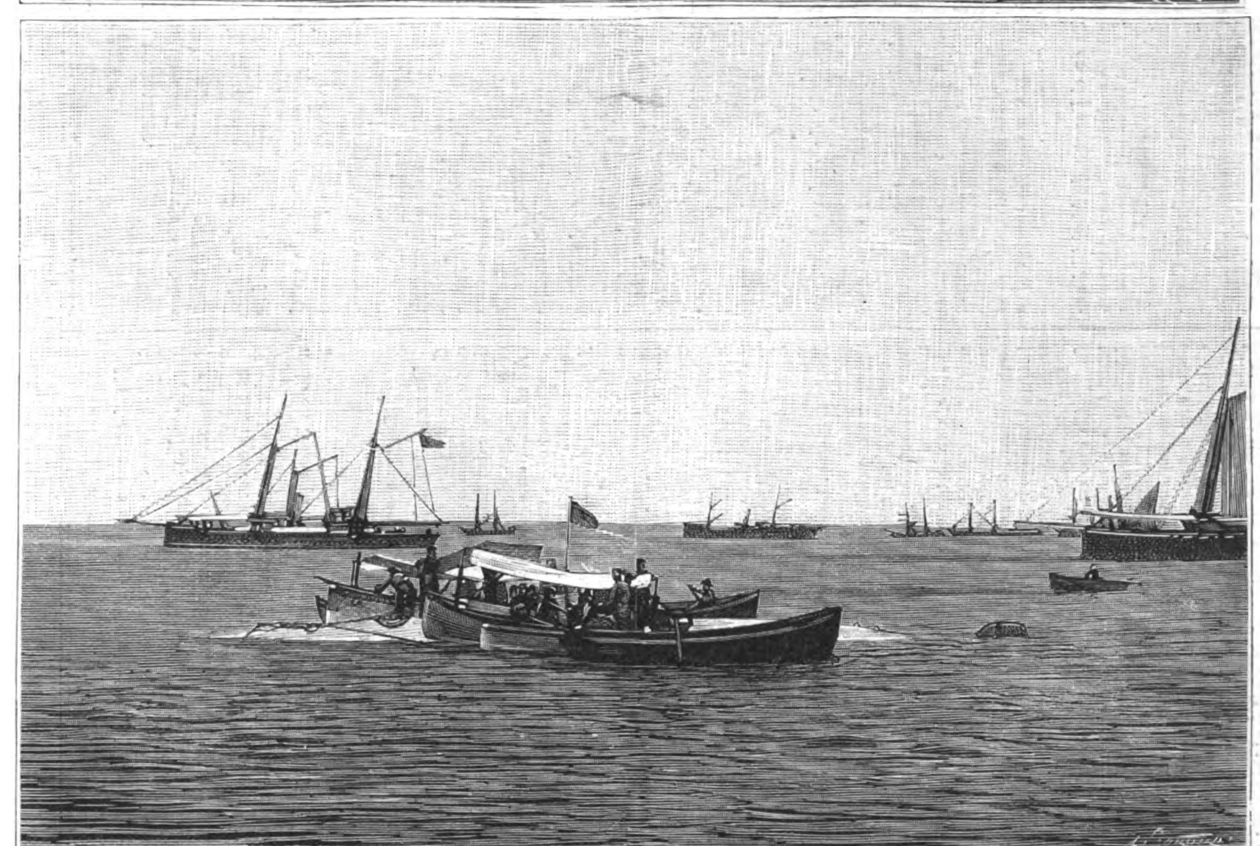
En el primer grabado, en efecto, la nube de humo que se pro-

LAS PRUEBAS OFICIALES DEL SUBMARINO «PERAL».









BAHÍA DE CÁDIZ.—DIVERSOS ASPECTOS DEL BUQUE DURANTE LAS PRUEBAS DE VELOCIDAD VERIFICADAS EL 21 DE MAYO ÚLTIMO.

(De fotografías directas del Sr. Pol, de Cádiz.)



CLAIRVAUX (FRANCIA).—EL DUQUE DE ORLEANS SALIENDO DE LA PRISIÓN PARA DIRIGIRSE Á LA FRONTERA SUIZA, LA NOCHE DEL 3 AL 4 DEL ACTUAL.



ISLA DE CUBA.—INTERIOR DE UN COCHE-SALÓN DEL FERROCARRIL DE MATANZAS.—(De fotografía.)

yecta delante de la línea de los tiradores no ha tenido tiempo, como siempre acontece, de llegar á estos últimos y envolverlos; en el segundo grabado se percibe, en vez de la nube de humo, un ligero velo, el cual se disipa casi instantáneamente, y no es visible, por otra parte, á la distancia de 100 metros, de lo cual resulta que los soldados armados con fusil Lebel y pólvora sin humo tiran absolutamente á descubierto.

Parece que en España se estudia y se ensaya esta importantísima cuestión, como todas las de importancia que se suscitan en el mundo militar, y hay motivos para asegurar que no ha de trascurrir mucho tiempo sin que se conozcan oficialmente resoluciones tomadas después de detenido y concienzudo estudio.

***

EL INGENIERO AGRÓNOMO D. RAMÓN RIVAS MORENO,

jefe de la Comisión técnica para extinguir la langosta en Ciudad Real.

No ignorarán nuestros lectores la catástrofe de Daimiel, acaecida en la tarde del martes 6 de Mayo último: la Comisión técnica para la extinción de la plaga de langosta en laprovincia de Ciudad Real, compuesta del ingeniero jefe D. Ramón Rivas Moreno, del auxiliar D. Juan José Villegas, del teniente alcalde D. Salvador Torres, del alguacil D. Vicente Madridejos, y del joven estudiante de Derecho D. Manuel Mauri, pereció desgraciadamente (á excepción del auxiliar Sr. Villegas), al atravesar en un bote la cenagosa charca nombrada *El Cachón de la Leona*.

«A la una de la tarde (escribe *El Eco de Daimiel*), los señores Rivas Moreno y Mauri, después de instar al Sr. Villegas para que los acompañase á embarcarse, se trasladaron al lado opuesto de la charca, en un bote de unos cuatro metros de longitud por uno de anchura y medio de profundidad, conducidos por el alguacil Madridejos, que, siguiendo la costumbre adquirida por él en las lagunas donde muchos años ha sido cazador y pescador, se descalzó y recogió el pantalón hasta la rodilla, y volvió por los otros dos compañeros; pero resistiendo el Sr. Villegas á las repetidas instancias del Sr. Torres, fué trasladado éste solo.

»Con el objeto de terminar el paseo, volviendo á cruzar la charca hasta el punto de partida, se embarcaron todos; pero al llegar al sitio de más peligro, el barco, que á consecuencia sin duda del peso iba casi rasando con la tranquila superficie de las aguas, debió, impulsado por algún movimiento de vaivén, recibir agua, lo que alarmó á los expedicionarios, quienes, agarrándose unos á otros, debieron hacer oscilar más el barco, que se sumergió con todos, á tiempo que pedían socorro, gritando: «¡Villegas! ¡Piña! ¡Socorro!.....» Vanos gritos, porque el único que, anonadado, perplejo, los oyó, corriendo hacia ellos, fué el Sr. Villegas, quien, desolado y casi exánime, sólo vió flotar los sombreros y sumergirse las manos de alguno. Apenas pudo llegar á la casa y logró explicarse, corrieron algunos al sitio del suceso; pero sin barcos ni medio alguno, y sin verse ni aun los sombreros, que los arrastró el agua, no pudieron auxiliar á aquellos desventurados.

»A pesar de estar obscura y lluviosa la noche y no disponerse más que de un farol, despreciando peligros é inclemencias del tiempo, metióse en un barco el juez D. Otón Peñuelas y acompañóle con otro el forense D. Gaspar Fisac, guiados por los barqueros Rubio (Sebastián y Antonio), y después de permanecer largas horas en la charca, extrajeron el cadáver del infortunado joven D. Manuel Mauri, siendo los demás extraídos á la primera luz del día siguiente.»

El Ayuntamiento de Daimiel, dolorosamente impresionado, como toda la población, por una desgracia tan lamentable como inesperada, «teniendo en cuenta que las víctimas han perecido estando en el desempeño de su cargo, y prestando un gran servicio, no sólo á la localidad, sino á toda la provincia, puesto que se trataba de la extinción de la plaga de langosta», acordó, en sesión extraordinaria, costear el entierro y solemnes exequias, en testimonio de afectuosa simpatía á la memoria de aquellos desventurados; y así se efectuó, con imponente manifestación de pésame de todos los habitantes de Daimiel, profundamente conmovidos, en la tarde del 7.

D. Ramón Rivas Moreno (cuyo retrato damos en la pág. 368) nació en Miguelturra (Ciudad Real), el 4 de Junio de 1859, y era hermano de D. Francisco, director-propietario de nuestro ilustrado colega madrileño *La Reforma Arancelaria;* hizo la carrera de ingeniero agrónomo en el Instituto Agrícola de Alfonso XII, y fué nombrado, después de terminarla, jefe de la Comisión técnica de extinción de la plaga de langosta, en la provincia de Ciudad Real, habiendo trabajado con tal celo y acierto en las dos campañas que dirigió, que la plaga está próxima á desaparecer; su carácter afable y bondadoso le había conquistado generales y merecidas simpatías en la provincia de Ciudad Real, y entre sus jefes y compañeros se le estimaba por su modestia y laboriosidad; la muerte le sorprendió de modo tan inesperado y trágico en los mejores días de la vida, cuando el infeliz joven, que no había cumplido aún treinta y un años, disfrutaba de la perspectiva de un porvenir halagüeño y veía cercano el momento de compartir sus dichas con la señorita á quien desde muy niño había consagrado los más puros sentimientos de su corazón.

D. Salvador Torres tenía cuarenta y cuatro años, y habitaba con su anciana madre y una hermana, «siendo el paño de lágrigrimas por su caridad (dice *El Eco de Daimiel*) de muchos de sus convecinos necesitados.»

D. Manuel Mauri sólo tenía diez y siete años, y era vástago de una rica familia, y muy querida, no sólo en Daimiel, sino en toda la Mancha.

El alguacil D. Francisco Madridejos tenía cincuenta y seis años, y ha dejado mujer é hijos, que serán amparados, no lo dudamos, por el Ministerio de Fomento y por el Municipio de Daimiel.

Descansen en paz las infelices víctimas de la catástrofe.

***

NUEVAS LANCHAS DE SANIDAD MARÍTIMA.

Por iniciativa del celoso director general de Beneficencia y Sanidad, D. Teodoro Baró, han sido construídas en Santander las nueve lanchas de vapor que reproducimos en nuestro segundo grabado de la pág. 383.

Están destinadas al Cuerpo de Sanidad marítima, y son, en verdad, de todo punto necesarias, para dar de baja á los botes de vela que hasta ahora se han usado en la mayoría de los puertos de la Península para practicar los reconocimientos sanitarios que las leyes determinan.

Su construcción se ha hecho en los talleres del ingeniero mecánico D. Aníbal Colongues, bajo la dirección de éste y del capitán mercante D. Fernando Gutiérrez Cueto, contratistas, y la Comisión receptora que ha inspeccionado las correspondientes pruebas de velocidad, y demás, las cuales han ofrecido lisonjero éxito, estaba formada por el gobernador civil de la provincia D. Eduardo Ortiz y Casado, el ingeniero naval D. César Luaces y los comandantes primero y segundo de marina D. Buenaventura Pilón y D. Víctor Marina.

Nuestro grabado está hecho sobre limpia fotografía directa ejecutada por el Sr. Zenón, distinguido artista fotógrafo de Santander.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LA SERPIENTE ENROSCADA.

HISTORIA VULGAR

POR D. JOSE DE CASTRO Y SERRANO (1).

VII.

Hemos dicho que cuando una muchacha se casa con un viejo, se vuelve vieja ella misma, y ahora hemos de añadir que si después de viuda se casa, entusiasmada, con un joven, como suele acontecer, disfruta corto tiempo su felicidad. Esta coincidencia extraña parece una condenación de los casamientos desiguales.

Doña Margarita, que durante su primer matrimonio vivió casi indiferente, abrazó el segundo con entusiasmo, y fué feliz; pero un achaque maternal, contraído fuera de sazón, tuvo para ella terribles resultados, destruyendo en un soplo ilusiones, esperanzas y hasta su propia existencia. ¡Pobre señora! En los angustiosos momentos de su desventura, no pudo hacer más que dar las gracias á Cenón por las dichas que le había proporcionado, y dejarle heredero de todos sus bienes.

Por entonces entró en la casa Vicenta.

Vicenta había nacido en la Alcarria, de donde salió con muy pocos años, algún mérito personal y un carácter de todos los demonios. No necesitaba verdaderamente servir, por ser hija de padres acomodados; pero muerta su madre y vuelto á casar su padre, huyó de ellos, para no hacer un estropicio con su madrastra.

Al llegar á Madrid buscó casa de hombres solos, pues se resistía á la obediencia de las mujeres, pareciéndole menos humillante servir al otro sexo, cuya superioridad al fin y al cabo estaba establecida en el mundo. Por eso aceptó con júbilo el acomodo de la botica, en la cual, aunque hubiera mucho que hacer, no habría en cambio ninguna mandona.

Vicenta era útil para todo. No sólo dominaba los asuntos domésticos, sino que tenía fuerza muscular, luces naturales, comprensión pronta, y sobre todo maña, que es lo que deben tener las criaturas para vivir como se les antoje. Lo mismo guisaba que cosía, y lo mismo llevaba al río un cesto de ropa que enseñaba los puños á un vendedor insolente en el mercado. Ella lo decía á todas horas: «Me alegro de ser mujer, porque si soy hombre y caigo quinto, me fusilan.»

Inútil es decir que no aguantaba ninguna reconvención. ¿Las merecía acaso? Su actividad incesante y su tarea sin límites, excusaban cualquier pretexto de repulsa. Quizá era tan hacendosa para no ser reprendida, pues eso de que los amos se metan á enmendar lo que no saben, la sacaba de quicio. ¡Tenía ella tantas cosas que reprender!

No gustando adquirir amigas de su clase, ni queriendo alternar con otras superiores que la desdeñaran, andaba siempre sola. Era fiel en el manejo de los intereses domésticos, parte por virtud y parte por no parecerse á esas desarrapadas que se empringan en el cuarto y en el ochavo, cometiendo un robo sin salir de pobres. ¡Si se tratara de muchos miles! Verbosa por naturaleza, y dada á soltar la carretilla al primer desate de sus nervios, hablaba, sin embargo, muy poco; porque los asuntos vulgares le causaban desdén, y en los de otra especie no podía ingerirse sin mostrar una ignorancia de que sus padres tenían la culpa. ¿Por qué no la educaron mejor?

Vicenta se oponía á todo lo que escuchaba; pero no por esto debe decirse que tuviera espíritu de contradicción: lo que Vicenta tenía en su sangre y en sus nervios era espíritu de rebelión. Las personas con espíritu de contradicción suelen ser tratables, porque aguardando á que nieguen lo que se les dice, vuelven al fin á confirmar lo que se desea. No sucede lo propio con las de espíritu de rebelión, cuyo ejemplar más elocuente es aquel aragonés que habiendo tomado un clavo por la punta para clavarle, aunque le advirtieron su error siguió martilleando, y decía: —«¡Sobre que tiene que entrar, de cabeza!»

La criada de Don Cenón quería también que los clavos entrasen por la cabeza. Su terquedad era sólo comparable con su irascibilidad, y las llevaba al punto de emplearlas consigo misma y con los objetos inanimados de que hacía uso. Semejante á los niños pequeños, que cuando se hacen daño contra una puerta le dan de bofetones á la puerta para vengarse, ella injuriaba y maltrataba á los chismes de cocina, cuando no eran obedientes á sus manipulaciones. El reloj, sobre todo, era su pesadilla. Si tenía las diez, se la llevaban los diablos; si las nueve y media, se la llevaban los demonios, y si las once, se hubiera ido ella misma al infierno.

Esto tiene su explicación. Los niños, en su inocencia, se figuran que los objetos materiales son como ellos, y los tratan de igual á igual, hablándoles cariñosamente si los creen amigos, ó reprendiéndoles y maltratándoles si los toman por adversarios. Vicenta no obraba del mismo modo, pues sabía muy bien que al decir «malditas tenazas» ó «maldito perol», lo que decía era «condenadas manos tengo hoy»; pero ignorante, que no inocente, participaba, sin embargo, de algo de los niños al referirse á los objetos con máquina. Para ella, esos artefactos que se mueven ó suenan, y andan solos ó avisan ciertas particularidades que las gentes repiten, no son irresponsables como los peroles y las tenazas, sino que participan de una inteligencia interior, con la cual es permitida la lucha. A su manía contra el reloj llevaba unido su odio contra el termómetro y el barómetro de su amo, no porque los entendiera ni se los explicase, sino porque se permitían armar lluvias cuando ella iba á tender la ropa, ó anunciaban tempestades para el domingo que le tocaba salir. Si el amo no tenía la culpa de ello, la tenían sus máquinas.

Inútil es decir que con ese carácter la vida se hacía imposible al lado de Vicenta; pero ¿por qué no la echaban? Cierta vez que faltó, á causa de que muerto su padre hubo de marchar al pueblo, más que á recoger una mísera herencia, á freirle la sangre á su madrastra, tuvieron en la botica cuatro ó cinco sirvientas. Una era sucia, otra no sabía guisar, la tercera robaba, y la cuarta unía á las suciedades, latrocinios y mal arreglo, el tener siempre un soldado de centinela á la puerta. Así es que el regreso de la *zurramangona*, como la llamaba Manuel, fué recibido en palmas por el boticario y hasta por los propios dependientes, pues con aquel carácter y todo, «resultaba Vicenta dechado de perfecciones.—«Hablándole poco (decía Don Cenón) y dejándola rabiar allá arriba, con los cacharros, estamos de la otra banda.»—Barrientos discurría de este modo, parte por comodidad personal, y parte, ¿á qué disimularlo? por la atracción que ejerce sobre las criaturas el abismo.

Una última prueba vamos á aducir en confirmación del singular carácter de esta criada. Ya sabemos que en la botica había un reloj, cuyos sones solían molestar á Vicenta. Pues bien: el reloj era de cuco, y aun cuando al llegar de la Alcarria se entretenía con el extraño canto del pajarillo, bien pronto comenzó á fastidiarse de su monótono cú, cú, que acompañaba á la hora maldita con una especie de maliciosa burla. Vicenta se levantaba á las siete para ir á comprar y tener hecho á las nueve y media el almuerzo de Don Cenón. Una noche de insomnio, por resultas de no sabemos qué rabieta, no pudo dormirse hasta la madrugada, y al despertar con sobresalto instintivo por la hora que fuese, oyó al cuco, que socarrón y marrullero, como de ordinario, daba no ocho sino nueve *cucús*, que se traducían en nueve acusaciones contra la perezosa. Su furia no tuvo límites, y desde el primer momento hubiera ido con los puños cerrados contra el reloj, si la prisa de arreglar el almuerzo no la hubiera aconsejado contenerse. Sirvió á su amo, buscó un alambre, hizo una especie de lazada con él, y aguardando la hora siguiente, que era larga, aprisionó la cabeza del pajarote, estirando las puntas y diciendo: —«No cantarás más.»

Había ahorcado al cuco.

VIII.

Cuando en un faro del interior del mar se necesitan dos personas para su servicio, si son dos hombres, se aborrecen de muerte antes de los quince días, y si hombre y mujer, antes de tres semanas se hacen novios. Robinsón en la isla desierta, aun suponiéndole de los gustos más delicados, le dirige requiebros á una bruja si por casualidad se le pone á tiro en sus correrías. No es de extrañar, pues, que Don Cenón, recluido una tarde en el faro de su laboratorio con Vicenta, porque los mancebos tuvieron que ir á la excepción de quintas, se deslizase hasta el punto de exponer algunas consideraciones sobre los méritos femeniles de su criada.

Vicenta, cuando después de fregarlo todo se fregaba á sí misma, y adornaba su cuerpo juvenil con los ligeros trajes que primorosamente sabía hacerse, estaba, si no bella, por lo menos graciosa y apetecible. Sus ojos vivos y penetrantes, su naricilla un poco remangada y su boca pequeña, predisponían al agrado cuando los ojos no centelleaban, ni la boca rugía, ni la nariz se hinchaba como para morder. Aquella tarde, hay que ser justos, Vicenta estaba guapa, y además afectuosa y complaciente; porque las mujeres, cuando se componen, el último perfil con que se adornan es una expresión de amabilidad que, al modo de la sonrisa de retrato, puede llamarse sonrisa de vestido.

Don Cenón se humanizaba á la vez, porque nada hay tan satisfactorio para el común de las gentes como la dulzura de un huraño, sobre la cual se ha-

(1) Véase LA ILUSTRACIÓN del 30 de Mayo y 8 de Junio.

cen lenguas aunque resulte muy rápida; en contraposición á la acritud de una persona amable, que, aun cuando sea fugaz, desagrada y molesta al que la sufre. Se puede pasar la vida reventando al prójimo, seguros de obtener sus albricias en un momento de condescendencia; pero no se puede aparecer grave siendo dulce, sin que los demás tachen al bondadoso de impertinente. Sea por esta razón ó por cualquiera otra (hay cosas que no pueden averiguarse), ello es que Barrientos estuvo comunicativo con su criada. Vicenta dice que la faltó; pero Don Cenón jura y perjura que si pudo incurrir en alguna debilidad disculpable, fué á una honesta distancia de su sirviente. En lo que casi no cabe duda es en que ofreció á la moza palabra y mano de casamiento.

¡Ahí es nada! Mano y palabra. ¿Saben ustedes lo que era en aquella época palabra y mano de casamiento? No hay escritura pública que pueda compararse á este acto. Los esponsales, con ser una promesa íntima ante testigos; las amonestaciones, con ser una publicación solemne ante el altar; los dichos, con ser un contrato expreso ante la curia eclesiástica, no eran tan eficaces ni tan comprometedores como *palabra y mano* del hombre para la mujer. Entre el vulgo de las hembras, sobre todo, tener mano y palabra era tener marido. Con mano y palabra se daba parte de la boda, con mano y palabra se cosía la camisa del novio, con mano y palabra se compraban los trebejos domésticos. En algunos países, y de los más civilizados ciertamente, bastaba que una joven se presentase al juez diciéndole que tenía mano y palabra, para que el juez obligase al hombre á cumplir su promesa ó á dar una indemnización á la que tan justamente se consideraba herida en su honra; y si en España no se llegó á tal extremo, fué porque en España era dogma de familia y se enseñaba á los niños que podía faltarse á todo, menos á la palabra de honor.

Vicenta, pues, con la palabra de su amo consideró satisfechas todas sus ilusiones. Ser ó no ser había sido su divisa, y la fortuna la llevaba al camino de ser. ¡Ay de Don Cenón! ¡Ay de los mancebos! La sociedad iba á pagar en ellos sus injusticias. Pero á Don Cenón le ocurrió esta vez lo que al cura aficionado á toros que se cayó en el mar al ir de Sanlúcar al Puerto. El pobre hombre, que se ahogaba, ofreció cuatro mil reales al que lo salvase, y un marinero se tiró de cabeza con tal tino que á empujones lo sacó á la orilla. Cuando el cura se hubo tranquilizado, díjole el marinero: «A qué hora voy á su casa de usted por los cuatro mil reales?—Por los cuatro duros, querrás decir, que es lo único que tengo.—¿Pues no ofreció usted cuatro mil reales al que lo salvara?—¡Hombre! cuando uno se ahoga no sabe lo que dice.»

Don Cenón no supo lo que se dijo la tarde aquella, y cuando Vicenta le interpelaba y lo estrechaba para hablar del asunto, él se sonreía, y dándole un golpecito en los carrillos, la llamaba *tonta*. Pero Vicenta estallaba entonces en furor. ¿Qué clase de burla era esta? Pues qué, ¿puede un hombre mofarse así de una mujer decente? ¿Tiene derecho un señor para seguir llamándose tal y ser un canalla? Don Cenón oía todo género de insultos y soportaba todo linaje de denuestos. Era enemigo de la publicidad, y por consiguiente del escándalo.—«Pero, mujer, no seas tonta»—decía muy callandito, sin más explicaciones.

Vicenta quería otras, y no bastándole la mortificación personal, apelaba á venganzas de diversos estilos. Un día estaban las sopas saladas como perros, otro las chuletas estaban crudas, algunas noches la cama aparecía con la cabecera hacia abajo y los pies en alto, á pique de congestionar el cerebro; pero Don Cenón, pacienzudo y humilde, echaba agua á las sopas, dividía la carne en menudas partículas para tragarla sin detrimento de sus pobres dientes, y ponía las almohadas á los pies, durmiendo á la inversa de su costumbre.

Una noche de esas, sin embargo, el sainete se convirtió en tragedia. Vicenta despertó á sus amos dando alaridos y diciendo desesperada que se moría. Todos tres hombres acudieron con el susto natural para inquirir la causa del alboroto, y con terror hallaron síntomas visibles de lo que les era muy conocido: un envenenamiento. La criada al principio se negó á que lo fuese; mas presa después de crueles dolores y retorciéndose sobre sí misma, confesó al fin que se había envenenado. Pero ¿con qué veneno? Ella propia lo ignoraba: asaltó la botica, y de la redoma que le pareció más terrible se bebió un vaso.

Fué menester que los mancebos la arroparan de cualquier modo y la bajasen por la escalerilla de caracol para designar el bote de donde había bebido. Don Cenón iba delante con una luz, trémulo y acongojado, con la conciencia alterada quizá; y en esta forma, el uno poniendo en alto la candileja, los otros haciendo cama con sus brazos de aquel envoltorio de mujer, desgreñada y delirante, que pedía socorro á tiempo de extender su dedo sobre el punto fatal, escena era aquella, nos atrevemos á decirlo, no reproducida desde la muerte de Cleopatra.

Don Cenón respiró. La bruta de Vicenta, en su ignorancia de todas las cosas, fué buscando entre los rótulos de la botica aquel que ofreciese mayores indicios venenosos, y escogió el de un frasco panzudo que en letras gordas decía:—OLEUM SERPENTORUM TERRESTRIUM.—Los estragos de semejante pócima deberían ser terribles en su sentir.

Por fortuna, el aceite de culebrillas de tierra es un purgante enérgico, aunque sin malicia, por cuya razón los dolores naturales de su primer influjo y las arcadas que produce al romper, fingieron en la loca fantasía de la criada esa desorganización interior que precede á la muerte. Allí mismo pudo persuadirse de la verdad, no sólo por las palabras del boticario, sino por sus propias sensaciones; y, con menos zozobra ya que á la bajada, la restituyeron á su dormitorio, de donde salió pocos días después más sana y más rolliza que antes del crimen.

Barrientos bendijo la casualidad que condujo á la moza á tales pruebas, pues suponía que el susto experimentado era suficiente para apagar sus furores, y, en efecto, lo fué durante algunas semanas; mas transcurridas éstas volvió á su antigua acritud y destemple de formas, haciendo blanco de sus iras, según costumbre, al pobre Don Cenón. Los insultos fueron tan repetidos, que el infeliz no pudo menos de meditar seriamente en si era llegada la hora de deshacerse de Vicenta ó deshacerse él. Sólo le contuvo el horror al escándalo que por todas partes le amenazaba; porque el negocio tomó tal incremento, que un día acosado por la furia acerca de sus propósitos de matrimonio, como el boticario le contestase, «calla, tontuela», se abalanzó á su oído, y á guisa de mastín que se agarra á la oreja del toro, y con palabras que parecían mordeduras, le dijo:

—Ya sé dónde está el solimán.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

(Continuará.)

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.

V.

A qué andar con rodeos, si al fin hay que decirlo? El carácter dominante hoy en las artes es la vulgaridad.

Las excepciones de esta regla son raras y no siempre felices. Cuando el Arte cae en un extremo, hasta los mismos que procuran evitarlo participan, más ó menos, del movimiento general; y si de él logran apartarse alguna vez, es tal el esfuerzo necesario para conseguirlo, que por milagro dejan de dar en el extremo contrario.

Ese estado de cosas no es peculiar de España ni de la pintura: el realismo domina hoy en todas las artes y en todos los pueblos; en pintura como en poesía; en Francia como en Alemania.

¿Y qué es el realismo? Según el más famoso de sus representantes, el realismo es la reproducción fiel y minuciosa de la Naturaleza, del mundo material, de la vida universal «que va de un extremo á otro de la animalidad, sin alto ni bajo, sin fealdad ni hermosura» (1).

«Sin fealdad ni hermosura»: punto capital. Las brujas de *Macbeth* decían: «Lo hermoso es feo; lo feo es hermoso.» Zola va más allá que las brujas: para él nada es hermoso ni feo; todo es indiferente. Por tanto, ¿á qué cansarse en escoger? Todos los asuntos son buenos. El toque está en copiar con exactitud.

Y aquí llegamos á otro punto de no menor importancia. Hasta ahora el Arte había sido esencialmente intuitivo y sintético: en eso precisamente se distinguía de la ciencia. El realismo ha cambiado de método: su procedimiento es esencialmente analítico; en el análisis, á lo menos, funda Zola su mayor orgullo. «Sin duda—dice—la cólera de Aquiles y el amor de Dido seguirán siendo pinturas eternamente bellas; pero hoy nos acosa la necesidad de analizar la cólera y el amor. ... El punto de vista es nuevo, y se convierte en experimental, en vez de ser filosófico» (2).

En pintura y en escultura no hay que temer los excesos del análisis, que suelen hacer insoportables algunas novelas de Zola y casi todas las de Balzac; pero como es difícil que un autor renuncie á comunicar, sea con la pluma, sea con el pincel, el resultado de sus trabajos preparatorios, corremos el peligro, harto real y harto frecuente por desgracia, de que el pintor y el escultor distraigan nuestra atención con un cúmulo de pormenores insignificantes, capaces de destruir el efecto principal de su composición.

¡Composición! Pero ¿puede haber verdadera composición, desde el momento en que todo es igualmente importante á los ojos del artista? «Componer—como dice muy bien Campoamor—es enlazar un principio á sus consecuencias.» Eso, en primer lugar, supone la existencia de una idea dominante, y después la subordinación de las ideas secundarias á la principal. La idea de composición lleva en sí la de orden rigoroso, ya sucesivo, ya simultáneo: sucesivo, cuando el medio de expresión es la palabra; simultáneo, cuando el medio de expresión es la forma material. En el primer caso, hay serie; en el segundo, agrupación, y en uno y otro supuesto, una ley que determine la progresión ó el agrupamiento.

Pues bien, el realismo protesta contra esa ridícula rutina; y á tal punto llega su intransigencia, que ni en el teatro considera necesarias, ni soportables siquiera, semejantes exigencias. A Zola le parece el colmo de la insensatez que un drama «gire en equilibrio alrededor de ciertas situaciones» y que se desenlace cuando llegue el momento (3).

¿Será, pues, milagro que la pintura realista califique de antiguallas y chocheces los principios de composición seguidos por Rafael, ni que considere prodigio del Arte aquel amable desorden con que disemina Courbert sus personajes como meros accidentes del fondo?

En cuanto á lo demás, dado ese desprecio por la figura humana, ¿á qué tomarse el trabajo de dibujarla con más esmero que un árbol ó una peña? La falta de dibujo es uno de los rasgos comunes á casi todos los pintores realistas.

Y dicho se está que, dibujando sin esmero, no se puede caracterizar con exactitud.

En vano se jactan los realistas, así en literatura como en pintura, de estudiar con particular minuciosidad los accidentes más insignificantes de cada personaje. Precisamente ese cúmulo de detalles sin importancia es lo que impide formar clara y duradera idea del conjunto. Balzac emplea dos y tres páginas en describir la fisonomía de un personaje. Yo, sin embargo, declaro con franqueza que ninguno de ellos deja una imagen clara en mi memoria. ¿Por qué? Porque una descripción no es un retrato. El Arte es esencialmente sintético, y el método realista es esencialmente analítico. Formar idea de un personaje analizado por Balzac es tan difícil como conocer al Marqués de Villena hecho picadillo en su redoma. En cambio, Dickens con dos palabras nos graba un personaje en la mente. Y es que aquellas dos palabras constituyen una imagen, imagen perfectamente caracterizada por el hecho de no presentarnos más que los rasgos característicos.

La pintura y la escultura se hallan en caso análogo. En ambas, como en la literatura, caben la concisión y la difusión, y los efectos son los mismos: el exceso de detalle distrae y confunde. Los grandes retratistas se esmeran en el rostro, y, sobre todo, en la mirada: lo demás lo simplifican cuanto pueden para no distraer la atención.

Lo que importa es coger bien las líneas generales. En el Museo Arqueológico me acuerdo haber visto un bajo relieve de la Edad Media, y en él una mujer completamente cubierta con un manto. Allí no se descubre ni rostro, ni manos, ni nada más que los escasos pliegues del ropaje. Pues bien, aquella mujer, mejor dicho, aquel manto, llora, y llora admirablemente.

¿Queréis saber ahora lo que en ese asunto logra el realismo con su afán de detallar? Coged al acaso diez figuras en diez cuadros de la Exposición; sacad la línea exterior de cada una; llenad de negro el espacio interior, y preguntad á cualquier amigo qué especie de pájaro ha querido representar el artista. De las diez sombras chinescas, nueve por lo menos serán para él otros tantos enigmas inexplicables. Repetid después la prueba con diez figuras de Miguel Angel ó de Rafael, y errores y aciertos resultarán en razón inversa.

La línea exterior: ese es el *quid*, así en pintura como en literatura y tanto en el conjunto como en cada una de sus partes. De ahí nace la unidad, sin la cual no hay composición, ni carácter, ni expresión, ni estilo, ni nada.

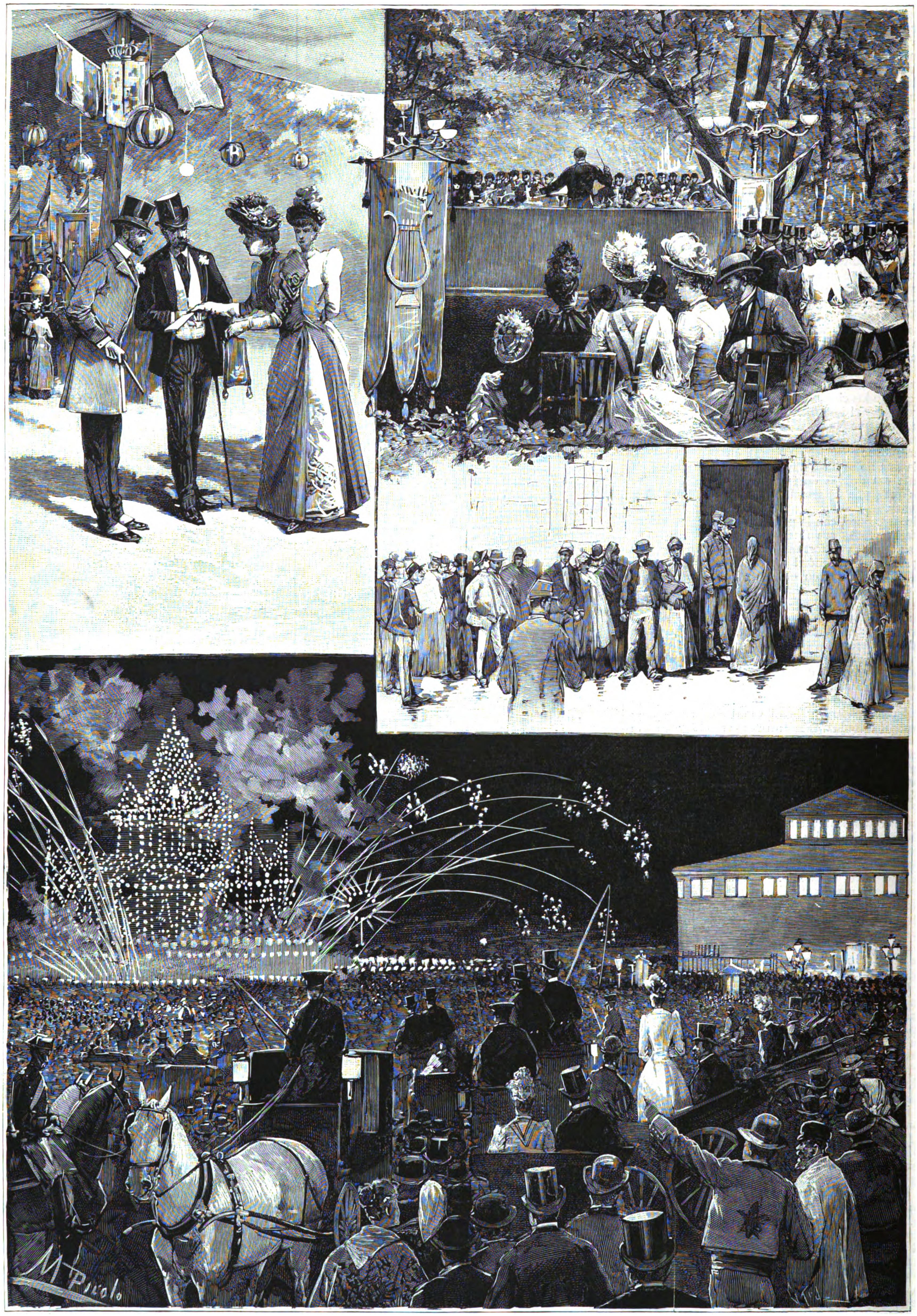
Subordinar los detalles al conjunto es igualmente necesario en un edificio y en una cláusula gramatical. Leed el período más largo de Cicerón, de Bossuet, de Jovellanos, de Castelar, y nunca os perderéis en el laberinto de sus innumerables incisos: cuando lleguéis á la última palabra, la enlazaréis perfectamente con la primera. ¿Sabéis por qué? Por la subordinación de las ideas secundarias á la principal; en suma, porque es verdadero «período», es decir, «camino alrededor» de un pensamiento, expresado en una sola oración.

Los realistas desconocen (ó desprecian) las ventajas de la unidad. De ahí sus asuntos de doble y aun de triple fondo; de ahí sus composiciones desgranadas é incoherentes; de ahí sus figuras de múltiple

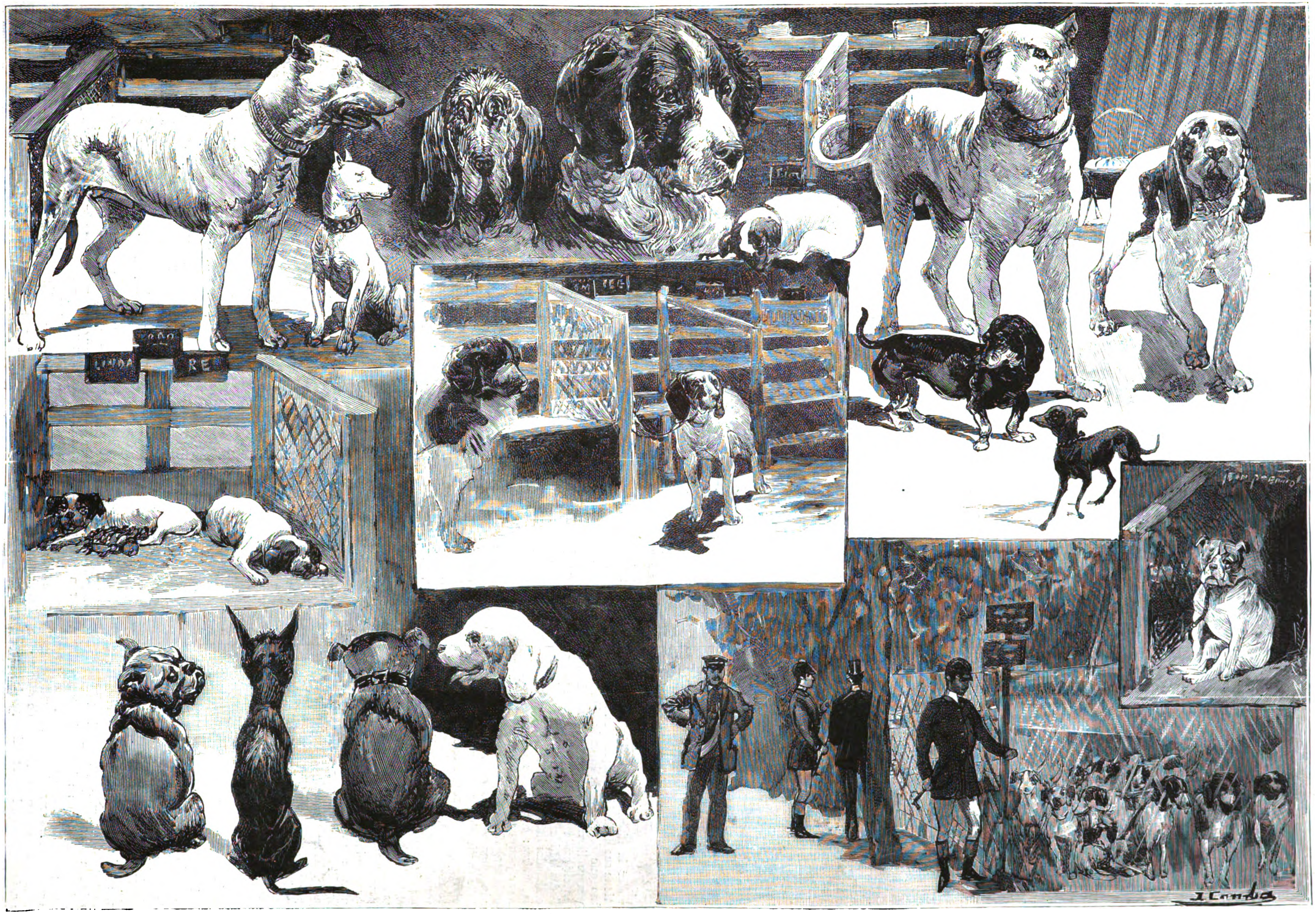
(1) ZOLA, *L'Œuvre*, pág. 250.
(2) ZOLA, *Le Roman expérimental*, págs. 52 y 53.

(3) *Le Roman expérimental*, pág. 143.

LOS FESTEJOS EN MADRID.



EN LA «KERMESSE»: SEÑORITAS DE LA COMISIÓN OFRECIENDO BILLETES PARA LA RIFA.
CONCIERTO DE GUITARRAS Y BANDURRIAS EN EL BUEN RETIRO.—REPARTICIÓN DE BONOS DE PAN Á LOS POBRES.—FUEGOS ARTIFICIALES EN LA PLAZA DE SANTA BÁRBARA.
(Apuntes del natural, por Picolo.)



MADRID.—LA EXPOSICIÓN CANINA EN EL RETIRO, INAUGURADA EL 4 DEL CORRIENTE.

(Apuntes del natural, por Comba.)

expresión, que dicen una cosa con los ojos, otra con la boca, otra con la mano derecha y otra con la izquierda; de ahí, finalmente, su insoportable confusión de líneas en el dibujo y de valores en el colorido.

Y no les vayáis con argumentos, porque siempre os taparán la boca con la misma respuesta:—«Así lo da el natural.»

Pero, en primer lugar, el Arte no debe ser copia servil de la Naturaleza; y además, aunque debiera serlo, no podría. El natural es una especie de maná en que cada cual encuentra el sabor que más le agrada. De un mismo modelo sacarían Rafael una Virgen, Tiziano una bacante y Goya una manola. Cuanto más grande sea el artista, menos se ajustará al patrón que tiene delante.

Ved lo que hicieron Goya con el *Conde-Duque*, de Velázquez, y Rubens con el *Adan* y la *Eva*, de Tiziano. Encomendad á Castelar una traducción de Maquiavelo, y veréis lo que sale. Lo que salió cuando Víctor Hugo se propuso hacer su *Romancero del Cid*. En la región del genio cada uno crea el mundo á medida de su gusto. Yo he conocido (y tu también, lector, si peinas canas) á un orador de inmensa reputación que vivió setenta años, llamando á la «sociedad» la «zosiedad». Es probable que en esos catorce lustros nadie se atreviese á llamarle la atención sobre tan peregrina metátesis; pero también es seguro que, si la sociedad entera hubiese protestado contra el injustificado deterioro de su nombre, el ilustre orador habría seguido impávido su camino sin satisfacer, ni por un momento, las ridículas pretensiones de la «zosiedad».

En lo grande, como en lo pequeño, el genio es rebelde á toda imposición. Del natural toma sólo aquello que despierta su gusto y alimenta su espíritu, y eso es lo que ofrece al público. Su procedimiento es el mismo de la abeja; su obra no es romero ni tomillo, es miel:—y por eso es suya.—Y por eso la busca el público en su colmena en vez de buscarla directamente en el campo. Si la obra de arte fuera un pedazo de la realidad cogido *ad libitum* y presentado en bruto, ¿qué objeto tendría el trabajo artístico, aunque el artista lograra realizar el milagro imposible de reproducir la obra de la Naturaleza?

Señalar como fin del Arte la reproducción del natural, es pedir un imposible y un absurdo. El Arte viene precisamente á llenar una necesidad que la naturaleza real no puede satisfacer.

El universo es incomprensible para nosotros. Si «comprender» es «abarcar», ¿cuándo podrá el hombre comprender la ilimitada extensión de lo real? La ciencia tiene sus límites infranqueables. Por cualquier camino que dirijamos la investigación de la verdad, siempre llegaremos á un término donde falte á la inteligencia punto de apoyo para pasar adelante. Todas las ideas terminales de la ciencia representan realidades incomprensibles. Espacio, tiempo, materia, fuerza: cosas todas cuya realidad no podemos negar y cuya esencia no podemos conocer. Detrás de cada serie de fenómenos hay una realidad que no por incomprensible es menos efectiva. La explicación de lo explicable acaba siempre por demostrarnos la existencia de lo inexplicable.

Esas mismas tinieblas nos ciegan cuando contemplamos el mundo moral. La conciencia humana es otro abismo; cada uno de sus actos está envuelto en un misterio tan impenetrable en su origen y en su esencia como cualquier fenómeno de fuerza en el orden físico. Las ciencias morales como las físicas acaban siempre en lo incomprensible.

Pero el afán de conocer lo incognoscible es innato en el hombre. El Arte es el encargado de explicarnos lo inexplicable. El artista es el ordenador de lo que la Naturaleza nos ofrece sin apariencias de orden. Donde le faltan datos reales, los suple con la imaginación, y así llega á establecer una correlación de efectos y causas que seguramente no será verdadera, pero es verosímil, y por tanto satisface nuestra curiosidad, halaga nuestro gusto, y conmueve nuestro ánimo, mejor y más agradablemente que la realidad misma.

Por eso el realismo, que se contenta con copiar «documentos» sin ordenarlos ni utilizarlos para fines ulteriores, no llena ninguna necesidad de nuestro espíritu. El estudio de la Naturaleza es conveniente, necesario, indispensable; pero como medio, no como fin del Arte.

Además, sus imitaciones no se reducen á copiar cada objeto con su tamaño y su forma. No: lo que el Arte copia son las relaciones de unos objetos con otros y de las partes de un mismo objeto entre sí. Pero hay más: esa copia nunca es servil. Todo gran artista altera en su obra esas mismas relaciones, para poner de bulto los caracteres distintivos de cada especie y de cada individuo. La Naturaleza no da atletas como el Hércules Farnesio, ni mujeres como la Venus de Milo, ni ambiciosos como Ricardo III, ni usureros como Shylok, ni padres patriotas como Horacio el viejo en la tragedia de Corneille, ni alcaldes de monterilla como Pedro Crespo en el drama de Calderón, ó de quien sea. En cada uno de esos casos, el artista ha abultado los rasgos característicos, y ha atenuado ó suprimido los que no conducían á su propósito. Por eso, tales personajes, además de ser hombres, son tipos humanos que vivirán mientras viva la humanidad por ellos representada.

Eso es lo que no comprende el realismo, y por no comprenderlo vive atascado en lo vulgar, de donde no hay manera de sacarlo ni á tres tirones. Empeñado en seguir los procedimientos analíticos de la ciencia y de la crítica (que, dicho sea entre paréntesis, no son tal ciencia ni tal crítica mientras no pasan del análisis á la síntesis y del alegato á la sentencia), el realismo es un mero relator, digo mucho, un mero *reporter* que nos cuenta las confidencias de la Naturaleza sin distinguir siquiera lo importante de lo fútil. Ese es el método de los hermanos Goncourt y de algunos pintores españoles: aquí te cojo y aquí te cazo. De frente, de lado, de espaldas, ¿qué más da? «¡En dándolo el natural!.... » Lo que importa es que sea verdad, y para ello que se bañe bien en la vulgaridad de la vida ordinaria.

Pero ¿qué especie de verdad es esa que siempre nos presenta el lado bajo y feo de la Naturaleza? Pues qué, ¿no es cosa real la virtud? ¿No es cosa real el heroísmo? ¿No es cosa real la abnegación? ¿No es cosa real la santidad? Pues qué, ¿Sócrates, y Cortés, y Velarde, y Jesucristo, son mitos inventados por el coplero de la esquina? ¿No existen los grandes crímenes ni las grandes catástrofes? Entonces, ¿el asesinato de Pablo I es fábula? Entonces, ¿es un sueño la rendición de Sedán?

Suprimid la virtud, el heroísmo, el genio, la ambición y el crimen, y de un golpe habéis suprimido la historia. O ¿creen, por dicha, los señores naturalistas que Tucídides y Tácito se pasaron la vida reseñando juicios de faltas ó noticias de espectáculos?

¡Que el Arte debe ceñirse á registrar hechos como la historia y como la ciencia! Pero ¿cuándo se han reducido á eso la ciencia ni la historia? ¿Por qué es tan grande Tácito, sino porque á fuer de grande artista supo retratarnos la decadencia romana, escogiendo sus rasgos más característicos y realzándolos con la óptica de la imaginación? Y en fin, esa misma ciencia, cuyos espejismos mal comprendidos extravían á ciertos realistas, ¿es otra cosa que la copelación de los hechos para sacar de su escoria las leyes generales de la Naturaleza?

¡Hechos, hechos, hechos! dice el realismo. ¡Ideas, ideas, ideas! dice el Arte. Las ideas han gobernado, gobiernan y gobernarán al mundo mientras el hombre sea hombre. Por eso se ha dicho, y se ha dicho bien, que la filosofía de la historia es la historia de la filosofía.

Adviértase (entre paréntesis) que tal afirmación no prejuzga el origen de las ideas: semejante aserto cabe dentro de todos los sistemas; y ¡pobre de aquél donde no cupiera! Los sistemas no viven sino en cuanto se dejan penetrar por los hechos.

Así, pues, la virtualidad de las ideas es independiente de su origen. Materialista, espiritualista ó monista; pesimista, optimista ó indiferente; ateo, creyente ó escéptico, todo hombre que piense ha de reconocerla si observa con tino y habla con sinceridad. Si las ideas nacen de los hechos ó si los hechos nacen de las ideas, es la eterna cuestión del huevo y la gallina. La industria moderna ha llegado, según parece, á fabricar huevos sin gallina. Pero esos huevos falsificados son tan infecundos como ciertas ideas metafísicas. Ni de ellos salen gallinas, ni de ellas salen hechos.

Quedamos, pues, en que las ideas rigen el mundo. Cada época tiene la suya para su gobierno. Y sólo así se comprende la perfecta correlación que en cada período histórico guardan entre sí todas las manifestaciones de la actividad humana, y la simultaneidad con que se presentan en todas ellas las fases sucesivas de su continua evolución.

El género humano, como el globo en que habita, ha tenido sus grandes cataclismos, y sigue sufriendo sus altibajos como la costra terrestre. Sin salir de los tiempos históricos, Buddha, Moisés, Confucio, Mahoma, produjeron grandes cambios en la masa de la humanidad. El cristianismo es el terreno en que vive y se desarrolla la civilización europea hace cerca de dos mil años. En esos diez y nueve siglos ha sufrido oscilaciones que han modificado parcialmente su superficie sin destruir sus cimientos. La Reforma fué un terremoto grave, cuya trepidación dura todavía; el positivismo en la ciencia y el realismo en el Arte son sus más recientes vibraciones. Porque (¡cosa admirable!) los mismos que niegan la virtualidad de las ideas, son los primeros que caminan arrebatados por ellas.

Afortunadamente, esa vibración es ya demasiado larga para que pueda durar mucho. Á toda acción sigue una reacción proporcionada á su intensidad. El flujo y el reflujo son endémicos en el hombre como en el mar, y á las mareas más vivas siguen las contramareas más bajas. El realismo no es ni más ni menos que una reacción. *Nana* es la contramarea de *Jocelyn*. Ese enorme descenso hace esperar que el Arte se halla en el límite de su reflujo. Si el mar no ha de secarse, como algunos suponen, pronto volverán á crecer las aguas.

En filosofía ya ha principiado á subir el nivel: Spencer, reconociendo la existencia de lo absoluto, es la primera ola que llega á terreno limpio, es decir, á cien codos sobre el cenagal del materialismo salvaje en que todavía están encallados el realismo pictórico y el naturalismo literario. Líbrenos Dios en su día de los estragos del idealismo. El Arte deja de ser Arte desde el momento en que se entrega al espíritu de sistema.

El mundo no es todo materia inerte ni todo fuerza inmaterial. No seamos, pues, realistas ni idealistas exclusivos: fundamos ambos elementos en un todo armónico y seamos *totalistas*. La palabra chocará por nueva, pero el sistema es más viejo que el andar á pie: como que es el de todos los grandes artistas. El artista ha de ser, ante todo, hombre de sentido. Entre *Celadón* y *Germinal* están *Los Novios*. Entre *Berenice* y *Teresa Raquin* están Julieta y lady Macbeth. Entre el burgrave Job y el amigo Fritz, está el Alcalde de Zalamea.

FEDERICO BALART.

TIPOS MADRILEÑOS.

FORASTEROS EN CASA (1).

II.

Como mi excelente amiga Encarnación habíame invitado á conocer á sus huéspedes, la otra tarde, que me hallaba de un humor endiablado por haberme dado á pensar sobre lo mucho que dura este Gobierno, y no podía, dominado por tan enojosa obsesión, escribir cosa de provecho, ó que me lo pareciera á lo menos, tiré la pluma, me puse levita y sombrero, y fuíme á casa de Anastasio.

Anastasio y su mujer estaban solos.

—¿Se fueron ya los huéspedes?—pregunté.

—¡Qué se han de ir!—me contestó Encarnación;—estos huéspedes no se van nunca: aquí los tendremos hasta que los llame Su Divina Majestad.

—No desesperes, mujer—dijo el bueno de Anastasio;—ya se irán, ya se irán.

—Sí, se irán, si se van, cuando acaben las fiestas, y las fiestas no acaban nunca. Pero, señor, ¿á qué santo se han hecho estas fiestas? ¿con qué motivo? ¿por qué? ¿para qué?..... Para obsequiar á los Isidros. ¡Si ya no hay más Isidros en Madrid que nuestros forasteros! ¿No es una lástima que el Ayuntamiento, ó quien sea, gaste el dinero en pólvora, cuadros disolventes y percalina para divertir á estos tres mamarrachos que tenemos en casa?

—Siento—dije—que no estén ahora aquí, porque ya supondrás, querido Anastasio, que he venido á conocerlos. Encarnación me hizo entrar en curiosidad hablándome de ellos el otro día.

—¡Ah! pues no se irá usted sin verlos—díjome Encarnación—porque volverán pronto..... Don Eleuterio tenía que ir á comprarse un traje de verano por diez pesetas, y han ido ellas también. Siempre que él sale, allá van la madre y la hija. Ayer fué á la peluquería á que le cortaran el pelo, y allá fueron ellas con él, y D.ª Baltasara y la hijilla vinieron muy incomodadas porque la peluquería estaba llena de hombres, según dijeron, á quienes otros pelaban las barbas, y aquéllos y éstos se reían, y hablaban de los forasteros en términos que á la mujer parecieron inconvenientes, y se dió por aludida..... y D. Eleuterio tuvo que salirse con ellas sin que le acabaran de pelar..... pero se conoce que á doña Baltasara y á la interesante Florinda les tomaron el pelo grandemente.

—No habrán faltado al baile de *blanco y negro*.

—¿Cómo habían de faltar? Anastasio tuvo que andar de casa en casa pidiendo humildemente los billetes, poniendo su cara en vergüenza, que no lo hubiera hecho por mí. Eran las nueve de la noche, aun no teníamos las entradas, y D.ª Baltasara y su hija ya estaban vestidas de blanco y negro.

—Con arreglo á lo legislado por los organizadores de la fiesta.

—Sí, señor, de tal manera, que la madre llevaba falda negra y cuerpo blanco, y la hija cuerpo negro y falda blanca, y las dos un zapato negro y otro blanco.

—¡Qué monería!

—Y guantes negros con bordadura blanca la primera, y blancos bordados de negro la segunda. Cuando entraron en el salón, los que estaban cerca aplaudieron tanta y tan cursi elegancia.

—¿Ustedes las acompañaron?

—Sí, señor; lo que en dos días no pudo encontrar Anastasio, lo encontró en un minuto, ya cerca de la hora de empezar el baile. Le dió todos los billetes que tenía un amigo concejal que iba corriendo á avisar al notario para que fuera á hacer el testamento del suegro, que se había puesto muy malo. ¡Figúrese usted si daría con gusto los billetes del baile de *blanco y negro*......

—Ya me hago cargo.

—Y fuimos todos, D. Eleuterio, inclusive, con el frac

(1) Véase el núm. XX.

antiguo de éste; pero al entrar en el pórtico se le cayó el sombrero; bajóse á cogerlo, y se le abrió el frac por en medio de la espalda, con lo que, viéndosele el forro del chaleco, nuestro hombre quedó también arreglado al programa de blanco y negro.

—No entraría en el baile.

—¿Cómo había de entrar? Se quedó sentado en un diván, en el pasillo de los palcos, hasta las cuatro de la mañana que salimos del salón y le recogimos.

—Pasaría buen rato.

—Anastasio salió dos ó tres veces á consolarle y llevarle caramelos de parte de su mujer, y por cierto que el dulce le hizo luego al hombre un efecto desastroso.

—Quedarían maravillados del baile los forasteros.

—No, señor.

—¿No les gustó?

—Dijeron que no había comparación posible con los bailes de Villabasta: «Empiece usted, decía D.ª Baltasara, porque allí no hay tanta gente en un baile, y todas las que vamos nos conocemos, y una siempre tiene con quien hablar de la Fulana ó de la Mengana, como que está una en todas las interioridades de las familias, y una no se encuentra cortada como, pongo por caso, en este baile, en que no sabe una si se está codeando con un Ministro, si á mano viene, ó con uno de esos que dan la alta de los perdigones al forastero de bien, ni tampoco si aquella sujeta con tantas joyas y tanto aparato es una gran señora, ó vive del matute, como llaman ustedes y ha leído mi marido en los periódicos.»

Un fuerte campanillazo nos interrumpió en nuestra conversación.

—¡Ellos son!—exclamó Encarnación.—Siempre llaman así.

Entró en la sala el cacique de Villabasta, seguido de su mujer y su hija, y Anastasio me presentó.

D.ª Baltasara me saludó con una exagerada reverencia, aprendida acaso de alguna de las acróbatas que, en compañía ambulante, dan animación á la feria de Villabasta. Florinda me saludó con una mirada triste de sus ojillos ribeteados.

—¡Jesús! ¡qué Madrid éste!—exclamó aquella señora;—no hay más que tunos en Madrid, y un forastero está aquí vendido, lo que se dice vendido..... Si llego á dejar á éste ir solo á comprarse el traje completo que anoche anunciaba el papel á 10 pesetas en el saldo de la calle de la Caza, á estas horas le habrían engañado como á un chino, porque él hubiera tomado sin chistar lo que le daban, que los hombres para ciertas cosas parece mentira que sean tan inocentes como son. Mire usted, caballero—añadió, encarándose conmigo—el traje completo que iba á tomar este alma de Dios, sin probárselo, no era del todo malo, no señor, para 10 pesetas; pero en cuanto vi el pantalón, el chaleco y la americana, como tengo este ojo, Dios me lo conserve, en seguida le dije á Eleuterio: «Eso no te sirve, hijo.» Y el sastre empeñado en que sí, y yo en que no, y Eleuterio casi, casi daba la razón al sastre..... pero yo firme, y es claro, en cuanto se probó el pantalón, que el sastre no quería que se le probara, se vió que no le pasaba de la rodilla; las mangas de la americana no le bajaban del codo. Y entonces, ¿sabe usted lo que nos dijo el sastre? Que por 10 pesetas no se podía dar más tela. ¿Será guasón y tipo el hombre? En fin, he tenido un sofoco regular.....

—Bueno, mujer, bueno—interrumpió el marido;—no hables de eso, que no le importa á este caballero.

—¡Oh! sí, señor, esta señora lo cuenta con mucho donaire.

—¡Anda! ¡Donaire!—exclamó D.ª Baltasara.—Así se llama uno en Villabasta.

—Uno de nuestros enemigos—observó D. Eleuterio.

—¡Pues qué!—dijo Encarnación—¿tienen ustedes enemigos?..... Parece imposible.

—¡Anda! ¡anda! Enemigos, ya lo creo—dijo con cierto dejo de orgullo el cacique—enemigos como todo el que manda. Yo mando en Villabasta..... Con decir que allí cada uno paga de contribución lo que yo digo.....

—¿Es usted alcalde?—le pregunté.

—No, señor; el alcalde es otro, con obligación de hacer lo que me da la gana, y esto es más cómodo para mí.

—Es verdad; él será el responsable, y usted no.

—Este se lava las manos—observó D.ª Baltasara.—Mire usted, algún alcalde está en presidio por no haber seguido el consejo de mi marido.

—Pues, señor mío—le dije—yo no quisiera vivir en un pueblo entre enemigos.

—Pues á mí, eso me tiene sin cuidado. A mí nadie me chista, y me tienen una envidia que se los come vivos, y querrían verme frito.

—Pero se quedan con la gana, como Catana—agregó la mujer del cacique.

—Todos me deben dinero—prosiguió éste—y á cualquiera le empapelo cuando se me pone entre ceja y ceja. Yo soy muy liberal, á esto nadie me gana, lo puedo decir muy alto, muy liberal, pero por lo mismo, en el pueblo ha de hacer todo el mundo lo que yo quiera, y el que se me pone enfrente se acuerda de mí. Por eso en las elecciones aquello va siempre como una seda. Villabasta decide la elección; todos los votos que faltan al candidato que apoyamos yo y el Gobierno los da Villabasta, sean los que sean. Así he hecho yo muchas elecciones. Y por eso le digo á mi amigo D. Anastasio que él será el diputado en la primera elección, siempre que cuente con el Gobierno, porque sin ser á gusto del Gobierno, ya no saco ni á mi padre, si resucitara. ¡Bonito negocio se hace con sacar un diputado de oposición, aunque sea, pongo por caso, un Séneca, ó un..... ¿cómo dice el cura? que es el que lo dice..... ¡Ah! sí, ya me acuerdo, un *Chinchinato*. Nosotros tuvimos una vez un diputado de oposición que era un orador de lo más grande, y, amigo, ponía al Gobierno como un trapo cada vez que se levantaba á hablar..... pero, anda, anda, que bien lo pagamos, porque ni nos hicieron la carretera, ni nos pagaron los propios, ni nos perdonaron la contribución el año del pedrisco, ni indultaron al *Lagarto*, un criado mío muy fiel y muy hombre, que no había hecho más que matar á un idiota que andaba por el pueblo estorbando, y le hizo un favor, por supuesto, con quitarle de en medio, porque ya ve usted, ¿para qué sirve un idiota en este mundo?..... Pues nada, al pobre *Lagarto* le apretaron el pescuezo, porque no tuvimos un diputado con influencia. Felizmente, Dios me perdone, aquel orador tan colosal, como le llamaban los periódicos, se murió, Dios le haya perdonado, y desde entonces todos los que sacamos son ministeriales, y cada año sacamos dos ó tres, porque como en seguida les dan un empleo, hay que volver á empezar..... Y así ellos están servidos y el pueblo también, porque como el Gobierno cada lunes y cada martes pide los votos, yo, que soy quien manda allí, pido también, y no me pueden negar lo que pido.

—Veo—dijo al odioso cacique amigo del *Lagarto*—que sabe usted lo que le conviene.

—¡Ya lo creo! á mí nadie me la da, y no hay quien pueda conmigo.

—Diga usted, caballero, hablando de otra cosa—dijo la mujer del cacique—¿hay todavía muchas fiestas que ver?

—Sí, señora; todavía prepara á ustedes el Ayuntamiento mucho que ver. ¿Qué le pareció á usted la procesión del Corpus?.....

—¡Jesús! Como este D. Anastasio vive tan extraviado, fuimos á verla en la calle, y una hora de reloj estuvimos sin poder movernos, y á Florinda le dió una congoja cuando pasó el Alcalde, que nos vimos y nos deseamos para sacarla de entre aquellas apreturas.....

—Sí que era difícil salir de entre aquella muchedumbre.

—Nosotros salimos—añadió D.ª Baltasara;—pero nos vimos obligados á ir en la procesión durante todo el resto de la carrera. Nos colocamos detrás de la guardia que llaman Amarilla, y tuvimos la suerte de encontrar á dos amigos, que son de Villabasta y están aquí hace mucho tiempo, y son hermanos de la Paz y Caridad. Y entre los dos fuimos sin que nadie nos atropellara.

—¿Y cómo se explica que esta interesante señorita—pregunté—sufriera una congoja cuando pasó el Alcalde?

—Hijo mío, porque da la casualidad de que el Alcalde se parece mucho á cierta persona de Villabasta que ahora está ausente. El mismo bigotito, el mismo pelo, lo mismo todo; pero no hablemos de eso.....

—Hablemos de perros. ¿Han visto ustedes la Exposición de esos nobles animales?

—¡Ay! sí, señor; y si hubiéramos sabido que la había, no habríamos dejado en Villabasta á Barrabás.

—¿Un perro?.....

—Sí, señor, el nuestro; un mastín criado en casa, tan alto como mi marido, que es una fiera y muerde á todo el mundo.

—¡Zape! Habrán ustedes ido á los bailes de los Mercados.....

—No me hable usted de esos bailes. En el de la Cebada se perdió Eleuterio.

—Hija, no digas que me perdí, que va á creer otra cosa este señor—interrumpió el cacique entornando los ojillos con cierta picardía estúpida de viejo verde.—Lo que sucedió fué que como había tanta gente y no conocíamos el local..... en fin, lo más fácil del mundo, nos escabullimos, como dijo el otro.....

—Estamos hartos de Madrid y de diversiones—dijo D.ª Baltasara;—pero después de haber hecho el gasto para venir á Madrid el mes pasado, ¿quién se vuelve al pueblo sin haberlo visto todo?

Encarnación y Anastasio se miraron y me miraron.

—Y además—continuó la mujer del cacique—como acaso podrá suceder que haya alguna novedad en la familia, y en este caso si nos fuéramos ahora al pueblo tendríamos que volver pronto á Madrid á ciertas diligencias de ciertas compras que aquí se hacen mejor que en otra parte.....

Florinda se puso roja como un tomate, y bajó los ojos púdicamente.

—Vamos—exclamó Encarnación;—eso quiere decir que la niña encontró su conveniencia..... ¡Qué callado lo tenían ustedes, añadió, y cuánto me alegro!

—Es que hasta ayer—observó el cacique—no se ha formalizado la cosa..... Ayer, anoche, en la horchatería por más señas, el joven consabido nos pidió la mano de Florinda.

—El chico está loco.....

—¿Loco, señora?....

—De amor quiero decir..... Ahora lo que falta es que Eleuterio tome los informes de la *conduta* y demás del sujeto, porque usted se hará cargo de que no vamos á entregar la hija á un hombre sin saber con seguridad lo que se puede esperar de este hombre para el porvenir de la que sea su mujer.

—¿De suerte que aun los tendremos á ustedes aquí unos días?.....—preguntó Anastasio al cacique.

—¿Pues no lo estás oyendo?—le contestó Encarnación.—Ya decía yo que no querrían privarnos tan pronto de su amable compañía.....

—¿Y saben ustedes otro motivo que tengo para detenerme un poquito más en Madrid?—preguntó don Eleuterio.

—No lo podemos adivinar—contestó mi amiga Encarnación;—no esperará usted la caída del Gobierno, digo yo.

—No, señor, eso no; pero tengo curiosidad de saber en qué para eso de *Pepe el huevero*.....

Y en este punto despedíme de mis amigos y de sus huéspedes, compadeciendo profundamente á Anastasio y á su mujer.

CARLOS FRONTAURA.

CRÓNICA DE ITALIA [1].

SUMARIO.

Roma terminadas las fiestas de Mayo.—La cuestión social en la Romaña.—Demostraciones de amistad entre los tiradores de Francia y de Italia.—El collar de la Anunziata conferido á Carnot.—Lo que hay de verdad en la noticia de una alianza ruso-germánica.—La ópera *El Dante*, y su paralelo con la partición de un futuro Verdi italiano.—El cuarto cumpleaños del rey Alfonso en Roma.—Primer recibimiento oficial de los Duques de Baena.—La Exposición de Bellas Artes en Roma.

Las fiestas de Mayo han respondido muy medianamente al fastuoso programa que expuse en LA ILUSTRACIÓN del 30 de Abril; por lo cual, y habiendo presenciado Madrid otras de parecida índole, habré de ser brevísimo en una reseña que á lectores lejanos de la escena de estos festejos, poco interesa. Uno de los grandes atractivos debió ser el concurso de las bellezas, para el cual se habían enviado invitaciones á cuantos países pueden ofrecer cosecha de beldades, invitaciones á las cuales, descartadas aquellas cuyas fotografías no merecieron el voto del Jurado artístico, habían acabado por adherirse veintitrés lindas jóvenes, ó que se creían tales. Pero aparte de que las Venus y aun las Junos y Danaes no abundan en el mundo, estos certámenes vienen perdiendo cada día más desde el bello concurso de Spa. Fijó aquel la atención de Europa por lo nuevo de la idea, no habiéndose apoderado exclusivamente de ella el *demi-monde*, y porque en una estación de baños pintoresca, y en medio del estío, que autorizaba las telas ligeras transparentando la belleza humana, las triunfadoras de la interesante ciudad belga pudieron creerse merecedoras del premio que tantas dudas costó adjudicar al legendario París. Ya en el concurso de Turín, y no obstante lo que se prestaba á la belleza escultural animada la túnica griega y romana, experimentaron su primer desengaño los que á su teatro Regio acudieron, creyendo encontrar allí algo parecido á las estatuas inmortales de los museos de Florencia, donde dice la crónica que la vista de aquellas Venus de Fidias y de Canova contribuyó eficazmente á que la madre de la célebre Condesa de Castiglione concibiese la hija de hermosura fascinadora tan admirada en los saraos del Imperio napoleónico. El concurso de Liorna señaló mayor decadencia; y aun el de bellezas de París, cuando la última Exposición Universal, privando por la inmovilidad á que estaban condenadas las figuras á las elegantes francesas de lo que constituye su principal encanto, que es la gracia de su conversación, junto á su airoso donaire en el andar, obtuvo éxito medianísimo. La Exposición de bellezas en Roma no lo ha alcanzado mayor. Sin embargo, los jurados, en su mayoría artistas, habían concebido la idea feliz de que las expositoras no se convirtieran en otras tantas estatuas de museo, sino presentarlas en medio de una fiesta de baile, entrando en ella las que aspiraban al premio vistiendo cada una el traje de su elección, alguno de los cuales simbolizaba el pintoresco de la *Ciochara* y el de las calabresas de Italia. A pesar de esto faltó el efecto teatral, y los centenares de jóvenes elegantes que se dieron cita en el teatro Nacional, y las damas romanas, que velaban la curiosidad llevando ligera careta sobre sus facciones, contemplaron con desencanto que, á excepción de una media docena de austriacas, húngaras é italianas, si no verdaderas hermosuras, bastante bellas, ninguna mereció el alto premio de honor que el Jurado se vió en la imposibilidad de adjudicar. No obstante, por galantería, la Cooper de Viena, segundo premio de Spa; la Berger, perteneciente á esa raza tan bella de Hungría; una Berenice de Viterbo, y dos jóvenes de Padua y Turín, recibieron lindos collares y brazaletes de perlas, esmeraldas y brillantes.

El verdadero concurso de bellezas tuvo lugar, á la noche siguiente, en la inolvidable fiesta dada en el Museo escultural de la villa de los príncipes Borghese. No hay extranjero, admirador de Roma, que no guarde recuerdo indeleble de este Museo, que aun cuando despojado en parte de sus tesoros por Napoleón I, que los trasladó al Louvre, todavía rivaliza con las galerías de los Médicis en Florencia, y con las esculturas griegas y romanas que se admiran en las de Londres, París y Berlín. Su *Venus genitrix*, su Diana, su Juno, la bella estatua de la ninfa Dafne, y sobre todo la que esculpió Canova de Paulina Bonaparte, esposa de un príncipe perteneciente á la familia que contó entre sus miembros á Alejandro Borja, escultura que rivaliza con las más preciadas de Fidias, recibían aquella noche en el templo destinado á su culto, y preciosamente iluminado, como sus jardines, por la luz eléctrica, á las más bellas damas de Roma y de la numerosa y distinguida colonia inglesa y americana que pasa los inviernos en la Ciudad Eterna. Y los concurrentes á fiesta tan fantástica pudieron abrigar dudas si las princesas y duquesas Grazioli, Mondragón, Theodoli, Trabia, Santafiora, Baudini, Venosa y Rospigliosi, con otras hijas de Albión y del Niágara, podían disputar con éxito á los mármoles de los escultores griegos, romanos é italianos, el galardón de la belleza, y de la elegancia también.

La fiesta humorística y artística de las grutas de Cervara respondió completamente al programa que les desenvolví en las columnas de LA ILUSTRACIÓN, recordando la tradición poética de esta saturnal, sin sus orgías, y describiendo los sitios encantadores de la campiña romana, poetizados por los recuerdos de la Sibila que inspiró á Numa Pompilio. Madrid va á tener, gracias á su colonia artística, su Cervara también, en los festejos de Mayo y Junio, con la diferencia de que mientras la Ciudad Eterna rinde culto á las memorias de la

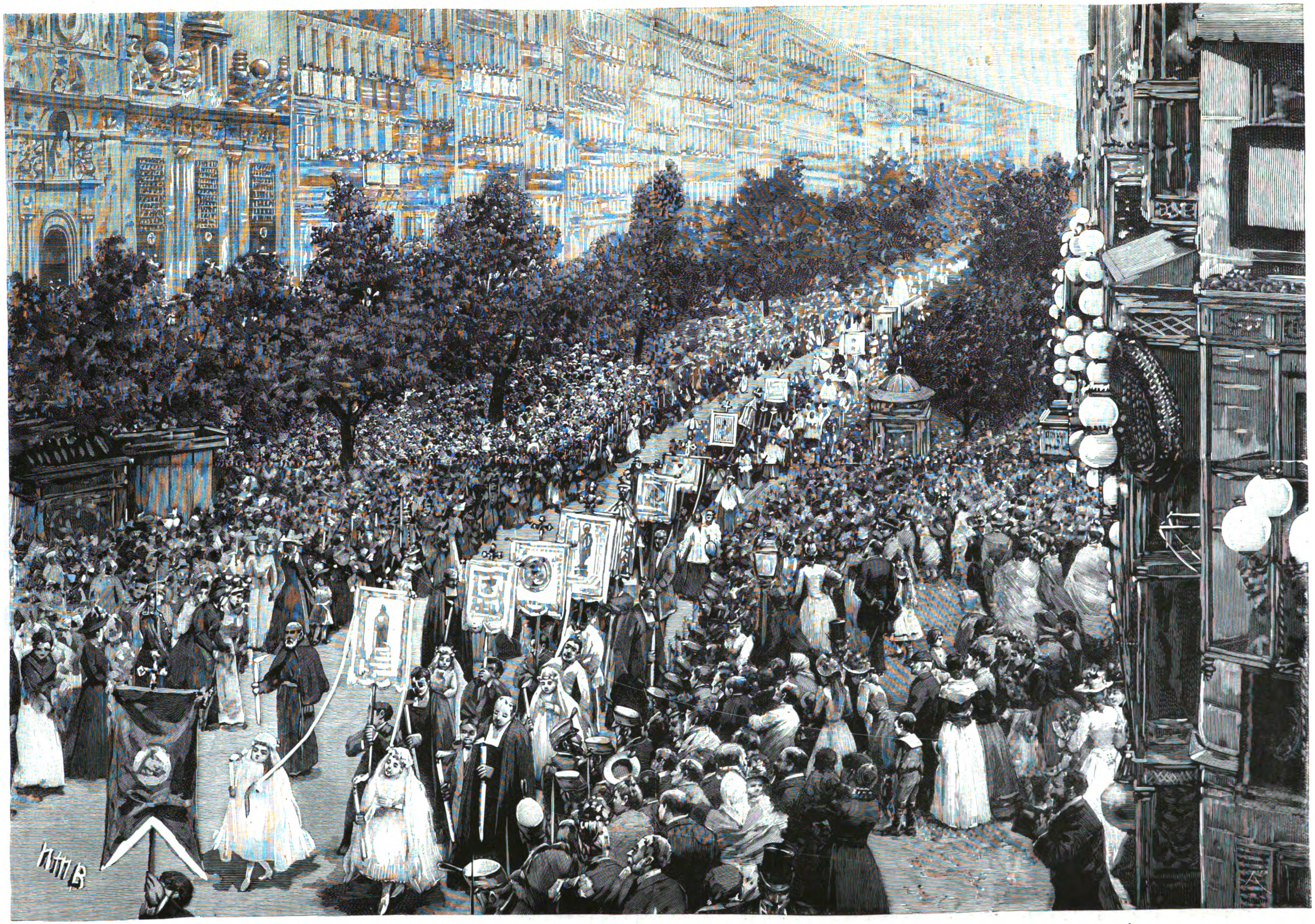
[1] La extremada abundancia de originales, nos obligó á retirar de nuestro número anterior el presente artículo.—(*N. de la R.*)

LA PROCESIÓN DEL «CORPUS CHRISTI», EN MADRID.



LA PUERTA DEL SOL EN EL ACTO DE PASAR LA PROCESIÓN POR DELANTE DE SS. MM. Y AA. RR.

(Dibujo del natural, por Comba.)



PERSPECTIVA DE LA CALLE DE ALCALÁ, VISTA DESDE CALATRAVAS HACIA LA FUENTE DE CIBELES, AL PASAR LA PROCESIÓN.

(Dibujo del natural, por Méndez Bringas.)

Roma pagana, la procesión artística madrileña empezará por ponerse bajo la protección de San Antonio de la Florida. Lo que aquí se ha debido á los Palmaroli, Pradillas, Villegas, Vallés, Tusquets, Querol, Benlliure, Serras y demás artistas de nuestra Academia del Janículo, de la francesa de Villa Médicis, de los pintores y escultores germánicos, verdaderos iniciadores de la Cervara romana, reunidos también en Academia junto al Capitolio y á la Roca Tarpeya, con la cooperación de las grandes celebridades artísticas de Italia, lo deberá Madrid á otros Benlliure también, á los Alvarez, Ferrant, Salas, Morenos Carboneros, y á tantos otros que bajo la dirección de los inolvidables Rosales y Casado recibieron la inspiración de sus admirables cuadros y estatuas en esta metrópoli de las artes, que como Madrid, llora la pérdida irreparable del autor del lienzo de *Lucrecia* y de los *Orígenes de la República romana*, Casto Plasencia.

Con razón decía el que escribe estas líneas, respondiendo á un inspirado brindis que el Sr. Mazo y Gherardi hizo en su último banquete del palacio Colonna, dado en celebridad del cumpleaños del tierno Rey del Milagro, y á la exquisita galantería de Palmaroli, recordando á los fundadores de la Academia de Bellas Artes del Janículo, que si un día el ilustre Pescara, cuya modesta tumba guardan los monjes camándulos de Nápoles, y Gonzalo de Córdova, tan grande en el Garellano, llevaron doquiera la fama de los tercios españoles, ha tocado hoy á los artistas de España, no obstante el eclipse pasajero de las últimas Exposiciones, mantener el prestigio de la patria en el mundo.

***

El gran recuerdo de las fiestas romanas fué, como me prometía, el Tiro Nacional en los campos de la Farnesina, respondiendo á las más patrióticas esperanzas. Rodeados el Rey y la reina Margarita de 15.000 tiradores, venidos de todas las regiones de Italia, vistiendo cada una de sus 130 sociedades trajes muy pintorescos y variados, pero que en el fondo tenían la nota común de los cazadores alpinos; presentes en los prados farnesios las más bellas y aristocráticas damas de Roma, junto á una verdadera legión de generales, la distribución de los premios á los vencedores del concurso del tiro al blanco resultó una escena de grandeza inolvidable y que justifica el entusiasmo y el orgullo con que el presidente del Consejo, Crispi, habló de la tercera Roma, sucediendo á la de los Césares y la de los Pontífices; de la juventud italiana, que, dando el espectáculo de una educación viril satisfecha del presente y segura del porvenir, afirmaba los progresos de la patria, y era digna de recibir de manos de la bella reina Margarita el galardón de sus afanes y de su patriotismo. Italia, en efecto, había concurrido toda ella con valiosos premios, de los cuales alcanzó el primero, consistente en medalla de oro, precioso servicio de plata para café, regalo del Rey, y en un jarrón de Sèvres, obsequio de la Francia, el tirador genovés Celesia; mientras fué la Sociedad del Tiro de la vigorosa ciudad de Brescia quien mereció el estandarte de honor, bordado por las damas romanas, patronesas del Tiro Nacional. Junto á otros campeones de Italia, tocaron banderas, joyas y objetos artísticos á tiradores suizos, germanos, belgas y franceses, que habían acudido á este concurso, donde día y noche, y por espacio de una quincena, tuvo lugar una batalla continua, siendo verdaderamente fantástico el espectáculo que las faldas del monte Mario y las márgenes del Tíber presentaban, iluminadas, más que por la luna de Mayo, por luces eléctricas, señalando blancos movibles ó fijos, de los cuales éstos simbolizaban fachadas de palacios, como la Girandola, cuyo espectáculo presentaron el próximo domingo los antiguos jardines de Salustio en el Pincio.

La fiesta del Tiro Nacional ha sido ocasión también de vivísimo cambio de manifestaciones cordiales entre la Francia y la Italia, sucediendo á las significativas que ya tuvieron lugar durante la presencia de la escuadra itálica en Tolón. A la invitación que las Sociedades de Tiro itálicas habían hecho á las demás de Europa, la Francia contestó haciéndose representar en la Farnesina juntamente por su Comité central, que lo mismo en la estación de las Termas Dioclecianas que al pisar los prados farnesios, obtuvo indescriptible ovación. Llegados al sitio en que estaban agrupadas las banderas de todas las Sociedades del Tiro Nacional, á presencia de 15.000 tiradores y de la inmensa mayoría de Roma, que se había dado cita allí, el general Pelloux, vicepresidente de la Asociación del Tiro, en nombre de ésta, del Príncipe de Nápoles, su presidente honorario, y del rey Humberto, al dar el puesto de honor al estandarte que guiaba á los huéspedes del otro lado de los Alpes, después de expresar su gratitud, dijo que la gloriosa bandera francesa, tan conocida y tan cara á Italia, sería preciosísimo depósito en las galerías de la Farnesina. A lo cual Merillón, presidente de la Unión general de las Sociedades del Tiro en Francia, á donde ha llevado recuerdos, que dice indelebles, de sus ovaciones en Roma, contestó mostrándose orgulloso de la misión que le conducía á la capital itálica, y de que se le ofreciese la ocasión para acentuar el cambio de sentimientos, de fraternidad y de simpatía que enlazan á italianos y franceses. «El momento, dijo, recuerda lo que juntos realizaron sobre los campos de batalla, en los tiempos en que Víctor Manuel y el legendario Garibaldi luchaban por la libertad de la patria; como éste, en el año fatal de las calamidades francesas, fué á verter su sangre por la independencia de la Francia.» Y cuando la tempestad de aplausos que este recuerdo excitó se hubo en parte calmado, terminó diciendo que los dos pueblos tenían un mismo origen, raza, costumbres y comunes aspiraciones sociales. «Así, atravesando los bellos campos florentinos y toscanos y el jardín de la Lombardía, que, admirándonos, nos recordaba nuestra Turena, señalábamos este lazo más de semejanza y de porvenir próspero entre las dos naciones.» No faltó tampoco una alusión lisonjera para el creciente aumento de la población itálica, que á principios de 1890 ha sobrepujado los 31 millones de habitantes. Frases y memorias igualmente placenteras se reprodujeron en el gran banquete de Palacio con que los Reyes, que nos han abandonado para asistir, Humberto I al lindísimo torneo con que los oficiales del regimiento de Caballería de Niza celebran en Lombardía el centenario de su cuerpo, y Margarita de Saboya para inaugurar en Nápoles una galería más bella que la de Milán, obsequiaron á los tiradores de las naciones extranjeras, y á los patrios, vencedores en este certamen nacional.

Me he detenido en este episodio de los festejos de Mayo por su importancia política, que ha sido tan señalada, que, sin duda, de ella nacen los rumores, en mi sentir prematuros, de una entrevista en las costas de la Liguria entre Carnot y el Rey de Italia, para celebrar la cual, en Génova como en la Spezia, se estarían alistando las poderosas escuadras itálicas. Yo pienso que por el momento, y en tanto que la reina Margarita no haya ido á Berlín, donde en estos instantes llega el Príncipe de Nápoles, después de los obsequios que el Czar y la Czarina le han hecho en Moscou y San Petersburgo, la mayor cordialidad entre las dos naciones que *separan* los Alpes, y más todavía el tratado de la triple alianza de la Europa central, se reducirá al próximo envío del gran collar de la Anunziata que el Presidente de la República francesa recibirá pocos días después del Toisón de oro de España.

Con los espectáculos de Mayo, que el discreto lápiz del secretario de nuestra Academia de Bellas Artes, el pintor Sr. Estevan, reprodujo en todo su conjunto para LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, han coincidido en esfera bien distinta los recibimientos dados en el Palacio de España por los Duques de Baena, teniendo en el cumpleaños del rey Alfonso XIII su primera recepción oficial, como embajador de S. M. Católica. Cuando los Pontífices eran reyes, tal ceremonia diplomática revestía los caracteres de un verdadero acontecimiento en la Roma de los Papas; la cual, representada por las notabilidades en todas sus esferas sociales y en número de miles de invitados, acudían, durante tres días, á los salones, así del Palacio de España como al de Venecia, residencia y propiedad de los representantes de Austria, mientras ya en el Farnesio ó en el Colonna tenían lugar los de la Francia. Sin poder reproducirse semejante demostración, dado el cambio de los tiempos, resultó brillantísima la fiesta de los representantes de una de las primeras casas aristocráticas de España, enlazada con nuestra familia Real. En la sala del Trono, como en los salones del Palacio de España, llenos de flores y de luces, y que puede decirse presiden los retratos ó bustos del tierno Rey, deliciosa obra del pincel de Palmaroli, de las dos reinas Cristinas, que se han sucedido en el amor de la España constitucional, de Fernando VII y de Isabel II, de Pío IX y León XIII, se apiñaban los cardenales Parocchi, vicario de Roma; Rampolla, que representando al Pontífice asistiera antes al *Te Deum* celebrado en nuestra iglesia patronímica de Santiago y Monserrat; Vannutelli, recibiendo ya las felicitaciones por la elevación á la púrpura de su otro hermano, nuncio en Portugal; Bianchi y Simeoni, que lo fueron en España; Aloisi-Masella, Apolloni y Macchi. Junto á las bellezas de la Roma NEGRA, nombre que designa á la sociedad que ha permanecido adicta al Vaticano, se veían muchos generales de las órdenes monásticas, descalzos algunos, como los franciscanos; el ilustre Mermillod, obispo de Lausana y ya designado para cardenal en el Consistorio que precederá á San Pedro, juntamente con Vannutelli, nuncio, como hemos dicho, en Lisboa, el Arzobispo de Rávena y el Metropolitano de Cracovia, deseando León XIII que la Polonia, tan fiel al catolicismo, y la Suiza, que desde la muerte del cardenal Desion, hace tres siglos, no había visto ninguno de sus prelados elevados á la púrpura, tengan representación en el Sacro Colegio.

Hallábanse también reunidos en el Palacio de España, junto al Príncipe Gran Maestre de la orden de Malta, las princesas ó príncipes Altieri, Colonna, Bondine, Lanullotti, Piombino, Del Drago, Antuni, Viano, Sarsina, Antici Mattei, Massimo, Aldobrandini Odescalchi, Aristarchi, Ruspoli, Gabrielli, con las duquesas y duques Salviati, Sora, Artalia, Caffarelli, Solmona, Mondragón, Grazioli, Sanmartino, Rignano, Santacroce y Antinori. De la colonia española, aparte de sus primeros artistas y su mundo oficial, veíanse la Condesa Pecci, enlazada al sobrino predilecto del Papa, la Condesa de Coello, la Marquesa de Arco Hermoso, la familia Martínez de la Rosa y el Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede, comprendiendo las Embajadas de Francia y Portugal, y las Legaciones de Prusia, Bélgica, Baviera, Rusia, Principado de Mónaco, Perú, Chile, Colombia, Bolivia, Ecuador, Costa Rica y Honduras. Habría estado al completo sin la involuntaria ausencia de la Embajadora y Embajador de Austria-Hungría, alejados de todas las fiestas por la muerte de la princesa Helena, hermana de su emperatriz Isabel.

***

Desgraciadamente, no todas son fiestas, sobre todo en nuestra época, tan agitada por convulsiones sociales. Sin contar las catástrofes que, como la explosión de las fábricas de Avigliana, en Piamonte, consagradas á la elaboración de la pólvora sin humo, que aunque en menores proporciones recuerda el horrible drama de Amberes, coincidiendo con las tristes escenas de Vizcaya, ha tenido Italia su conmoción social obrera en la socialista Romaña. Con esta diferencia: que mientras los obreros de las ricas minas de Bilbao y de los astilleros donde se inicia el renacimiento de la deseada escuadra española, para que no se repita con razón, y hablando del *Pelayo*, aquel dicho humorístico de Benavides aplicado al único navío de España á mediados de siglo, se contaban por miles, los huelguistas de la región de Rávena no pasaban de algunos centenares. Y eran obreras campesinas de los prados, donde se da el insalubre cultivo del arroz, y que, soportando el sol durante doce horas del estío, ó el frío en los tristes días del invierno, no llegaban á ganar un jornal de tres reales españoles, mientras en Londres, en París, y en otras capitales europeas, se declara infelicísima víctima el artesano cuyo jornal varía entre cinco y diez francos, y á quien parecen excesivas diez horas de labor. Conservador toda mi vida, no diré que las campesinas romañolas, cediendo acaso á esas voces fatales que surgen de congresos anárquicos y asambleas demagógicas, permitidas en España y en Italia por los que luego tienen que hacer fuego contra los tumultos de Vizcaya y de Romaña, estuviesen en su derecho, y menos para disparar nubes de piedras contra la Guardia civil, esos mártires del deber militar en todas partes. Pero habré de confesar que los apoderados del Duque Massari y de otros propietarios de campos de arroz en la región de Rávena, no deben estar tan seguros como los guardadores del orden público de haber cumplido todas las obligaciones morales y cristianas hacia clases desheredadas por la fortuna, escatimando el jornal de una *lira* y siendo ocasión, involuntaria sin duda, de las muertes y heridas que, lo mismo entre las tropas que en los rangos de las campesinas, ha producido la corta sublevación de la Romaña.

***

No me equivoqué al señalar en mi última *Crónica europea* una sombra obscura en las perspectivas risueñas y pacíficas que se complacía en presentar el joven y reformista Emperador de Alemania, al pedir nuevos créditos militares al Reischtag germánico. A aquel mensaje han sucedido las importantes discusiones del Parlamento alemán, donde la voz del feld-mariscal Moltke, poderosa todavía á pesar de sus noventa años, ha resonado para defender, junto al nuevo canciller Von Caprivi, y ausente siempre en su retiro el Príncipe de Bismarck, la necesidad de esta paz armada de la Europa, que el capitán victorioso de Sadowa y de Sedán juzga menos funesta que lo sería el triunfo de la revolución social; evocando los recuerdos de las guerras de siete y de treinta años en Germania, que según Moltke pudieran repetirse en nuestro siglo, y presentando como remedio á tal peligro el que, merced á los nuevos millones de marcos que acabará por votar el Reischtag, á pesar de los esfuerzos de los diputados socialistas y progresistas, posee la Alemania, colocada en el corazón de Europa, 540.000 hombres de ejército permanente, divididos en 22 armadas y 69 divisiones, y la cifra pasmosa de 5.400.000 hombres en sus reservas, respondiendo al 1 por 100 de su población, que el nuevo censo del Imperio fija en 48 millones de almas.

Tales hechos parécenme muy poco favorables á esa inteligencia cordial entre Alemania y Francia, que debía simbolizar la supresión, aun no obtenida, de los pasaportes en Alsacia y Lorena, ó la problemática visita de su stathonder el Príncipe de Hohenlohe yendo á presentar sus respetos cuando Carnot arribase á la fortaleza de Belfort. Por el momento, alejado del Este de la Francia, donde va á duplicar también sus cuerpos de ejército, el Presidente de la República goza en las Arenas romanas de Nimes el espectáculo de una corrida de toros españoles, regida por las bellas hijas de Provenza, la patria de los Juegos florales, de su popular danza la *farandola*, que constituye una de las más bellas páginas musicales de la *Mireille*, de Gounod.

Al discurso de Moltke sucedió el extrañísimo de Guillermo II, en Kœnisberg. Es esta fortaleza de la antigua Prusia defensa de las fronteras que la separan de Rusia, la Reims también de la Monarquía, pues así como en la catedral de la ciudad francesa ungíase Carlos X, coronóse rey en la de Kœnisberg Guillermo I cuando estaba lejos de soñar con que Sedán ceñiría á sus sienes la corona de Carlomagno en el Versalles de Luis XIV. No es extraño, por lo mismo, que Guillermo II, el cual ha tenido la modestia de aplazar su coronación para cuando hechos memorables, que esperamos sean alcanzados en el campo fecundo de las mejoras sociales que tan caloroso y reciente elogio le han debido de labios de León XIII, hagan célebre su reinado, se impregnase de estos recuerdos al decir que la monarquía de los Hohenzollers se distinguía por tener su corona de la gracia de Dios. Por lo cual sólo al cielo debían dar cuenta de cómo habían cumplido la misión que el cielo les señalara. Y después de hablar, como el Feld-Mariscal lo había hecho en el Reichstag, de lo que tras los días de Jena había sufrido la Prusia desde 1806 á 1813, al propio tiempo que declaró una vez más ser su deber asegurar la paz á su patria y al mundo, añadió que no dejaría tocar á una piedra de Prusia, donde en Kœnisberg, el extranjero, viniendo en son de guerra, encontraría una roca de bronce, seguro, por su parte, de que quien intentase turbar paz tan necesaria al universo, recibiría lección tal, que en cien años conservaría todavía su recuerdo.

¿Quién era este enemigo de la Prusia? El recuerdo del lustro fatal que sucede á Jena á principios de este siglo, parecía señalar la Francia. En cambio el periodismo francés, tomando motivo de que Kœnisberg señala la frontera del Este vecina á Rusia, dice ser el discurso imperial velada advertencia al Imperio moscovita. Difícil es conciliar tal apreciación con la noticia de sensación del *Times*, echada á volar en la última quincena, de una alianza entre Rusia y Alemania. Según el diario inglés, el Czar, convencido de que instituciones que elevan ó abaten en pocos días á Thiers, Mac-Mahon, Gambetta, Grevy y Boulanger, cuyo reciente Manifiesto disolviendo el Comité boulangerista, y retirándose, como Carlos V, sin su gloria, no á un monasterio, sino á la grata vida que lleva en Jersey, no eran base firme para una alianza entre Francia y Rusia, se había resuelto á reanudar la secular que existió entre Guillermo I y Ale-

jandro II. Alianza que permitió á la Rusia rasgar aquel tratado de París vedando á sus flotas la entrada del mar Negro, y llevó los ejércitos moscovitas en 1877 hasta los muros mismos de la antigua Bizancio.

Renovación de pactos que facilitaba la retirada del Príncipe de Bismarck, á quien el Czar no perdonó nunca que el Congreso de Berlín anulase virtualmente el tratado de San Stefano, y que hacía necesaria la salvación del orden social europeo, tan amenazado en sus fundamentos por las demostraciones elocuentes del 1.º de Mayo en la más populosa ciudad del mundo.

Después, la noticia del *Times* ha sido desmentida en París y atenuada en Viena y Roma. Pero en el fondo hay algo de verdad en ella, como lo evidenciarán los obsequios que Guillermo II va á recibir en las fiestas de Peteroff y en las próximas maniobras militares de los ejércitos moscovitas. Sólo que el Gabinete de Berlín debía calmar las alarmas de Austria y de Italia afirmando que, aun en la eventualidad de inteligencias más íntimas entre Alemania y Rusia, éstas reconocerían por base la triple alianza de la Europa central, viniendo á convertirse en *cuádruple*, como existía hace un lustro, y antes de que los sucesos de la Rumelia y de la Bulgaria impulsasen al Czar y á la Rusia á recogerse á un aislamiento que mantiene siempre viva la alarma en Occidente y en Oriente.

¿Significaría la cuádruple alianza, aparte un valladar opuesto á toda aventura por parte de Francia, una amenaza para la Inglaterra en su política oriental? Desde luego los lazos que la unen á Italia, y que vuelven á poner sobre el tapete su acción común en el Sudán, y el interés permanente de Austria-Hungría por mantener en Constantinopla el ascendiente británico como un obstáculo á los planes de Rusia, desautorizan tal suposición. Improbabilísima, además, después de las muestras de intimidad y de afecto cambiadas recientemente á orillas del Rhin entre la reina Victoria, que cumple hoy sus setenta años, durante cuyo reinado fué siempre amiga de la Germania, la patria del príncipe Alberto, y sus nietos los Emperadores de Alemania. El Marqués de Salisbury, respondiendo á intencionada interpelación hecha en la Cámara de los Lores, á la par que desmintió que el Príncipe de Bismarck hubiera propuesto en 1888 una alianza ofensiva y defensiva entre la Alemania y la Inglaterra, rechazada por ésta, pues tan insigne hombre de Estado sabía perfectamente ser el Parlamento, como el pueblo británico, refractarios á pactos que los ligasen indisolublemente á una potencia extranjera, afirmó que lejos de enfriarse por ese supuesto tan falso las relaciones entre los dos Imperios, eran íntimas y cordialísimas, dejando adivinar que, aun sin necesidad de alianza, existía entre ellos profundo acuerdo para mantener la paz de Europa y la libertad del Mediterráneo.

⁂

Esta Crónica itálica debería contener una reseña de la Exposición artística é industrial que, coincidiendo con las fiestas de Mayo, permanece abierta todavía en el Palacio de Bellas Artes de Roma. Confieso, sin embargo, encontrarme sin fuerzas y sin valor para fatigar á los lectores de La Ilustración, donde mi pluma antiartística nunca podría luchar con las inspiradas de Federico Balart y de Armand Gouzien; mientras los suscritores de su Revista difícilmente me seguirían á las galerías del palacio de la Vía Nacional, después de haber caminado tanto por las salas del Palacio de la Industria en los Campos Elíseos, por el Pabellón de Bellas Artes en el Campo de Marte y por los salones de nuestra Exposición de la Fuente Castellana; la cual, no obstante lo mediano de muchas de sus obras, que inspiran desaliento á la crítica española, ofrece en las esculturas de Mariano Benlliure, como en los lienzos firmados por Jiménez Aranda, Ruiz Luna, Alvarez, Moreno Carbonero, Sorolla, Sala y tantos otros nombres distinguidos, obras artísticas en las cuales nada encuentro que poder comparar en las estatuas y lienzos de la decadente Exposición romana. ¡Qué decadencia, en efecto, señala este certamen, comparado con las magníficas Exposiciones de estatuas y cuadros de Nápoles, Milán y Turín, y aun con las mismas preciosidades artísticas reunidas por las damas florentinas para celebrar el centenar de la Beatriz del Dante!

Esperemos que no señale esto disminución del genio itálico, explicándose por el cansancio que en los grandes artistas como Morelli, Pradilla, Villegas, Monteverde, Müller, Benlliure y tantos otros produce este incesante sucederse de las Exposiciones, donde la Francia misma, tan rica por ser París el centro del universo, apenas presenta entre diez mil obras una docena de estatuas y cuadros de genio, sino porque pintores y escultores se reservan para la grande Exposición de Palermo, en Sicilia.

Entretanto, cuando haya señalado el *Transporte fúnebre de Julieta*, página emocionada del Vannutelli; un *Retrato* ideal de la pobre María de Gándara, princesa Del Drago, arrebatada en la flor de la vida; la *Presentación á Francisco de Médicis, por Bianca Capelo, de los Embajadores venecianos*, lienzo firmado por Stefano Ussi; el *Christus vincit*, de Laccetti; la *Gruta de los piratas*, de Pemizaski, el popular autor de las *Antorchas de Nerón;* unas lindas *Aldeanas*, esculpidas por Barbella, y *La Caridad*, boceto bellísimo de Monteverde, en que la Virgen inspira tan nobles sentimientos al Niño Jesús, que tiene en sus brazos, contemplando á los pobres, habré marcado los solos puntos luminosos que se destacan entre tantas sombras como la medianía, y aun la vulgaridad, han reunido en el Palacio de Bellas Artes de Roma.

Prefiero, por lo mismo, y como esperanza de que el genio artístico no está destinado á desaparecer de Italia, consagrar las pocas líneas que me es permitido añadir en esta crónica, al triunfo ruidoso y merecido de un pobre joven desconocido ayer en Liorna, donde dirigía modestísima orquesta ó banda militar, hoy popular ya en Roma y en Italia, y que si responde á las esperanzas que su primera obra musical inspira, no tardará largo tiempo en ser aplaudido en las escenas líricas de Europa. Con excepción de Bellini, que sólo contó páginas inmortales en sus siete partituras, no inauguraron más brillantemente su carrerra artística Rossini, Donizetti y Verdi.

El rico editor del *Secolo*, de Milán, Sonzogno, que se dió el lujo de tener, perdiendo millones de reales, abierto un teatro italiano en París durante la última Exposición Universal, concibió el feliz pensamiento de estimular á los jóvenes compositores italianos con premiado concurso, en esta escena del Costanzi, á quien escribiera la mejor página musical, en breves cuadros, de la novela de Cavallotti titulada *Mala Pasqua* ó *Caballeria Rustica*, relatando una *vendetta*, hija de los celos, en la isla de Cerdeña. El joven Pietro Massagni, no sólo ha sido el triunfador entre los tres aspirantes, sino que ha obtenido una inmensa ovación por su música, en que hay páginas ejecutadas por los violines tan bellas como la de *La Africana* antes de la escena del manzanillo, y cantos de verdadera pasión inspiradísimos, que tuvo la fortuna de ver admirablemente ejecutados por la Bellimini y Stagno.

No hay que pedir á la corta obra musical, que está siendo el encanto de toda Roma, la grandiosidad de las escenas que en la reciente ópera de Godard, *El Dante*, representan las guerras históricas de los Güelfos y Gibelinos, la entrada triunfal de Francisco de Valois en Florencia, la aparición de la tumba de Virgilio en Pausilipo, la evocación que el autor de la *Eneida* hace, ante el cantor de la *Divina Comedia*, del Paraíso y del Infierno; ni aun el de la poética figura de Beatriz en el monasterio de Nápoles, donde, tarde ya para su mutua felicidad, corre á desposarla el Dante. Pero tiene lo que le falta al compositor francés: la grande inspiración musical y divina.

Conde de Coello.

Roma, 27 de Mayo.



EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Continuación.)

Salimos del recinto de los famosos *jardines*, precisamente por la maravillosa puerta de mosaicos del tiempo de Muley-Ismail, que tanto hemos admirado esta mañana. Pasamos bajo su ojiva, en su sombra, entre sus pilares de mármol, y henos ya fuera, en plena luz solar, en la plaza central de la población. Los árabes, que andan en grupos por allí, al ver á su pachá entre nosotros dos, se adelantan y se inclinan profundamente, casi prosternados..... Una cosa así debían ser las salidas matinales, sin aparato, de Muley-Ismail.

⁂

Nos despedimos del pachá, después de hacerle presente nuestro reconocimiento por su cortesía y por las atenciones de que nos ha colmado, para dirigirnos al barrio de los judíos, á fin de hacer la prometida visita al amigo que vino á vernos anoche.

Para llegar á este barrio hay que atravesar otros más populosos que los que habíamos visto hasta ahora. Primero hay el de los mercaderes de joyas, con sus viejos escaparates de madera grosera, donde brillan mil objetos de plata y de coral. Después, una calle muy particular, larga, recta y ancha como un *boulevard*, con casitas sin techo, parecidas á cubos de piedra, y que sube hacia una colina, en la cima de la cual la tumba de un santo recorta sobre el azul crudo del cielo su cúpula pintada, flanqueada por dos altas palmeras.

A la extremidad de esta calle es donde se abre la puerta que da entrada al barrio de los judíos. Tan pronto como se ha atravesado su dintel, todo cambia de aspecto bruscamente, como si se hubiera pasado, sin transición, de un país á otro. En vez de la inmovilidad y del silencio, un gran movimiento: en lugar de hombres morenos, de andar lento y majestuoso, envueltos en lanas blancas, hombres pálidos ó sonrosados, con largos cabellos rizados y gorros negros en la cabeza, enfundados en túnicas de color sombrío: mujeres de blanco cutis y finas cejas, que llevan el rostro descubierto como las europeas, y un gran número de jóvenes elyacianos, frescos y sonrosados, de afeminado aspecto y expresión temerosa y ladina. En resumen, una población demasiado densa, que se ahoga en este barrio estrecho, fuera del cual el Sultán no le permite extenderse. Vense por allí callecillas obstruídas de mercaderes, y por el suelo toda clase de basuras é inmundicias; en fin, un desaseo que asombra, aun después de haber atravesado las calles árabes, que no tienen nada de limpias, y unos malos olores que tienen su explicación en la excesiva aglomeración de gentes en tan reducido espacio.

He aquí á nuestro amigo de ayer, que se dirige á nuestro encuentro, advertido sin duda de nuestra presencia por el rumor que entre la muchedumbre suscita nuestra llegada. Su fisonomía es siempre dulce y afable, pero, en verdad, está muy mal vestido para ser un millonario. Su túnica está ajada, y no tiene color determinado: es un trapo cualquiera. Parece ser que la costumbre de estos judíos es afectar un aspecto miserable cuando van por la calle.

La puerta de su casa es también muy modesta, muy pequeñita, muy baja, y está al borde de un arroyo lleno de suciedades.....

Pero, al penetrar en su interior, nos detenemos sorprendidos ante un lujo extraño, y en presencia de un grupo de mujeres cubiertas de oro y de pedrerías, que nos acogen afables y sonrientes, en medio de una decoración de *Las Mil y una noches*.

Estamos en un patio interior, á cielo abierto, rodeado de una bella columnata con arcadas de fina labor. Brillantes mosaicos cubren el pavimento y también las paredes hasta la altura de un hombre, y encima principian los arabescos variados hasta lo infinito; los asombrosos encajes de piedra, realzados de azul, verde, rojo y oro. Los pacientes artífices que han decorado esta casa, deben ser los descendientes de los que esculpieron los alcázares de Granada, sin que después de tantos siglos hayan modificado en nada las tradiciones del arte que les legaron sus padres: esos mismos bordados de hadas que hoy se admiran en la Alhambra bajo la capa de polvo amontonada por los siglos, se nos aparecen aquí en todo el esplendor de sus frescos matices.

Las mujeres á quienes antes he aludido, ostentan faldas de terciopelo bordadas de oro, corpiños abiertos, casi enteramente dorados, y camisas de seda, entretejida también de oro. En los brazos, en las orejas y en los tobillos, llevan pesadas anillas de oro adornadas con pedrerías, y sus gorros puntiagudos, especie de pequeños cascos, están hechos con sedas de colores brillantes, brochadas de oro. Sus rostros son pálidos, blancos como la cera; sus ojos negros y rodeados de ojeras, y sus peinados lisos, negros como las plumas del cuervo, descienden á lo largo de sus mejillas.

La única de las mujeres que forman el grupo, que no es absolutamente joven, es la dueña de la casa: en cuanto á las otras, que nos son presentadas como «señoras», y que deben ser, en efecto, mujeres casadas, á juzgar por el lujo de sus vestiduras, son niñas que pueden tener por término medio unos once años. La costumbre entre los judíos de Fez y de Mequinez es de casar á las hembras á la edad de diez años; y á los varones á la de catorce.

Todas estas pequeñas hadas nos tienden la mano, acompañando la acción, con gentiles sonrisas. Encuanto á la dueña de la casa la acogida que nos hace es cordial y hasta distinguida: va ataviada con más suntuosidad que las otras; su falda de terciopelo carmesí y su corpiño de terciopelo azul celeste desaparecen bajo los bordados de oro en relieve, y en los anillos que penden de sus orejas hay hilos de perlas finas y esmeraldas gruesas como avellanas.

Jamás habíamos entrado en una casa de judíos ricos; así es que toda esta riqueza inesperada y desconocida nos parece un sueño, después de la miseria sórdida y los hedores de la calle.

Rehusamos quedarnos á almorzar, á pesar de las reiteradas instancias de nuestros huéspedes; pero éstos parecen tan sinceramente contentos de recibirnos, que, por no disgustarles, aceptamos una taza de té.

Subimos, con tal objeto, al piso superior, por una estrecha escalera de azulejos muy empinada, seguidos de las mujercitas en trajes de ídolos: atravesamos una galería festoneada, calada y dorada, y entramos en un salón decorado en el estilo de la Alhambra, donde nos sentamos en el suelo, sobre cojines de terciopelo y ricos tapices.

Las ventanas del salón afectan la forma de tréboles ó de rosáceas, recortadas con prolija minuciosidad: sobre los muros, siempre los mismos mosaicos y los mismos encajes esculpidos, cuyo inimitable secreto poseen los

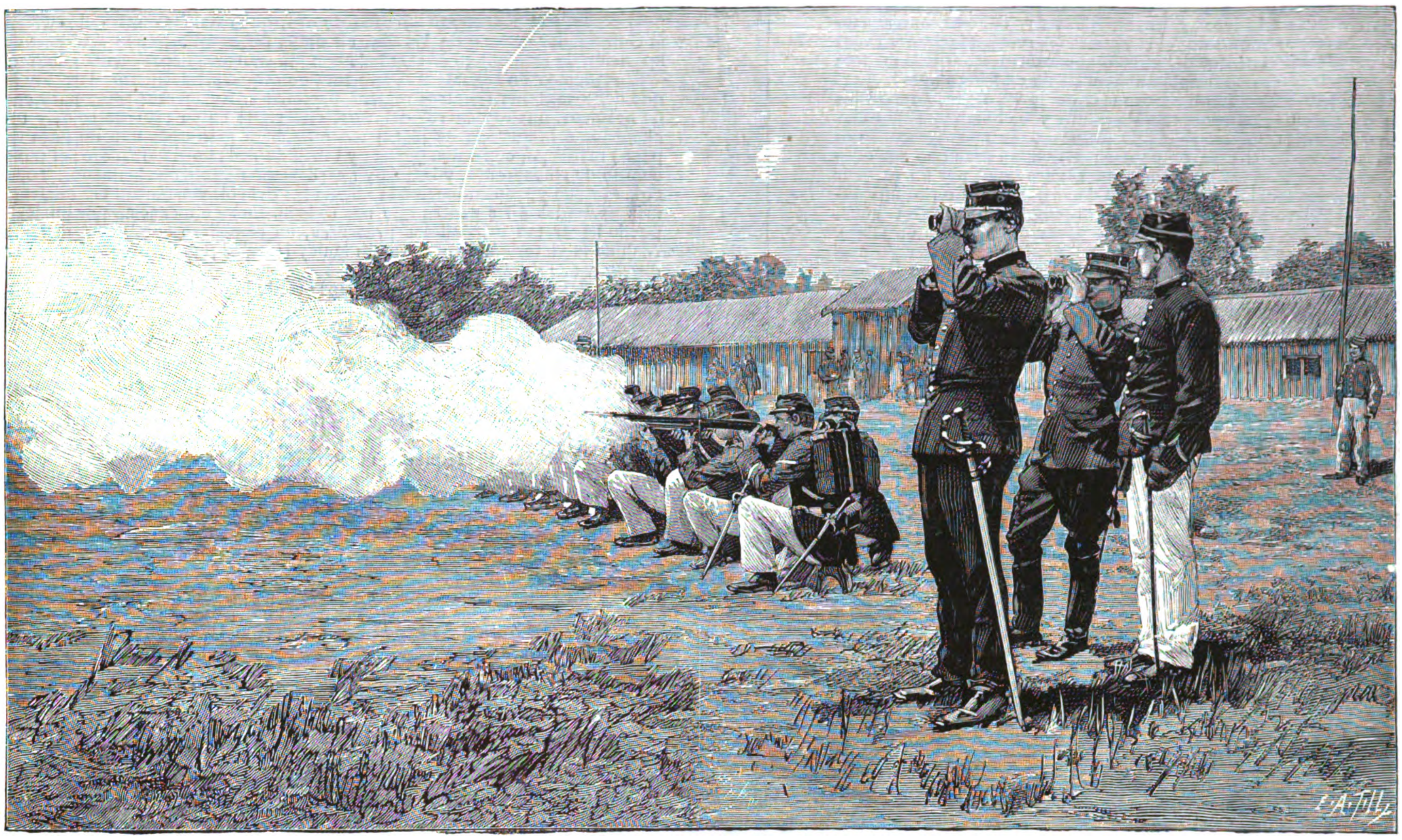
EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890.



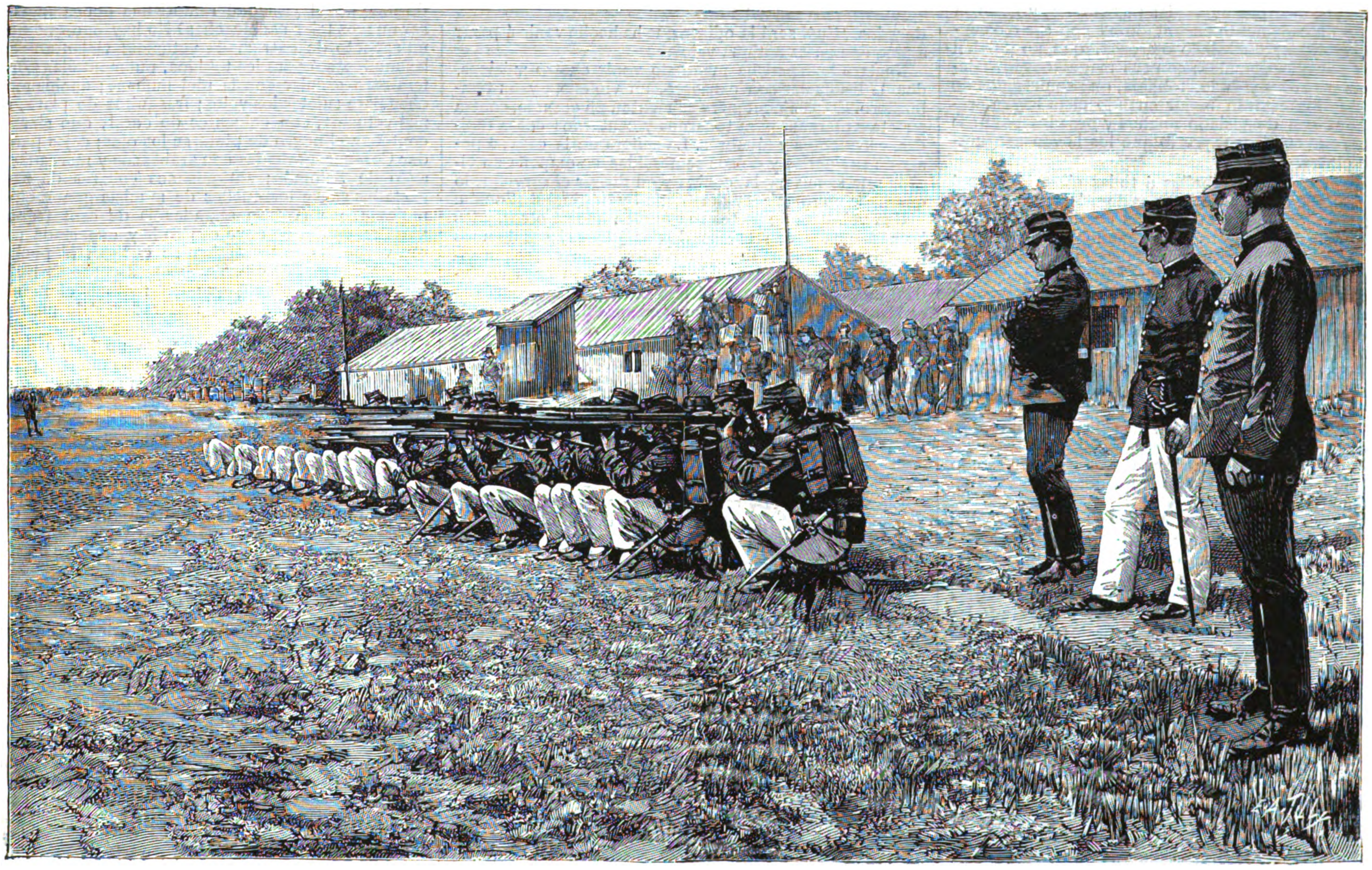
ALBORES.

CUADRO DE D. MODESTO BROCOS.—NÚM. 147 DEL «CATÁLOGO».

FRANCIA.—LA NUEVA PÓLVORA SIN HUMO.



FUEGO DE FUSILERÍA, EJECUTADO CON LA PÓLVORA ORDINARIA.



SOLDADOS DISPARANDO CON LA NUEVA PÓLVORA.
ENSAYOS COMPARATIVOS HECHOS EN EL CAMPO DE SATORY.
(De fotografías instantáneas.)

árabes. En cuanto al techo, es una serie de pequeñas cúpulas estrelladas, en las cuales parecen haberse agotado las combinaciones geométricas más raras y difíciles, como también las más extraordinarias mezclas de colores.

Por las finas recortaduras de las ventanas, guarnecidas de vidrios de colores, la luz entra en rayos azules, amarillos ó rojos, que caen al azar sobre las sederías, sobre los dorados y sobre los resplandecientes trajes de las mujeres. Y en el centro del círculo que formamos, arde la madera preciosa de las Indias, que despide nubecillas de odorífero humo.

Después de haber apurado las tres tazas de té de rigor, comido los «cuernos de gacela», las confituras de sandía y los bombones de todas clases, manifestamos nuestro decidido propósito de marcharnos. Pero entonces, la dueña de la casa renueva su invitación para que nos quedemos á almorzar, con tal insistencia de súplica, que por no parecer groseros y desagradecidos, tenemos que decir que sí. Al oirlo, una expresión de verdadero placer se retrata en el semblante de la dama judía, y todas las pequeñas damiselas casadas se ponen á dar saltos de júbilo.

Antes de sentarnos á la mesa, nuestro huésped desea que visitemos su morada, de la que se muestra orgulloso, por cierto que con justicia.

Enséñanos primero las azoteas, que son el paseo habitual de la familia. Apenas se atreve uno á andar por allí, de miedo de manchar la inmaculada blancura de la espesa capa de cal que las cubre. Estas azoteas están divididas en diferentes partes, desde las que se descubren distintos aspectos de la desolación grandiosa de los alrededores. Resulta tan laberíntica y enredada la planta de la ciudad, en la que, desde hace siglos, las construcciones han venido apoyándose y amontonándose sobre ruinas, que una parte de las blancas azoteas se hunde bajo la formidable ojiva sombría de una fortaleza derruída, edificada en tiempo de Muley-Ismail el Cruel. Desde estas alturas se domina el barrio judío con sus casas sin aire, apretadas unas contra otras como por una compresión, y de las que salen pestilentes hedores. Más lejos, distínguense los restos de Mequinez; todo el incomprensible desarrollo de las inmensas murallas de fortalezas ó de palacios, á las cuales, como por contraste, se les ha prodigado á placer extensión y espacio. Y en el centro de la más taciturna é imponente de las murallas, destácase la maravillosa puerta por la cual salimos hace pocas horas del recinto de los serrallos; la gran ojiva bordada de mosaicos, que servía de entrada de honor al fiero Sultán. Más allá todavía, se distingue algo de la salvaje campiña donde los bandidos ponen la ley á su antojo. Nuestro huésped nos refiere que ha ocurrido más de una vez, en épocas en que el Sultán y su ejército hallábanse ocupados en alguna expedición lejana en el Sur del Imperio, haberse tenido que cerrar en pleno día las puertas de Mequinez, como único medio de salvarse de las atrevidas agresiones de los zemurs, que, como ya he dicho varias veces, son temibles é indómitos bandoleros.

Toda la familia israelita ha trepado en seguimiento nuestro por la escalera empinada y estrecha, á fin de hacernos los honores de los terrados; las damiselas casadas, cuyos ricos trajes de terciopelo y oro resaltan sobre la nívea blancura de la cal, han venido también á acompañarnos. Hay sobre todo dos cuñaditas de diez años que van siempre enlazadas por el talle, y que son singular y extrañamente encantadoras con sus ojos demasiado grandes, demasiado ojerosos, que no pueden ya pasar por ojos de niñas; con sus magníficos brazaletes en las muñecas y en los tobillos, que son regalos de boda y que les estarán mejor cuando ellas hayan crecido: ahora son demasiado anchos y pesados para sus delicadas extremidades, por lo que los llevan asegurados con cintas.

Lo que se les ve de cabellos á todas ellas, jóvenes ó no, bajo el pequeño casco de gasa dorada, no es cabello natural, sino imitado con seda: dos bandós de seda negra, muy peinados y tiesos, hacen como una especie de marco á sus mejillas, de una blancura mate de cera, y dos rizos, de seda negra también, sobresalen por encima de sus finas orejas. En cuanto á su cabellera propia y auténtica, yo no sé dónde la llevarán escondida: lo que puedo asegurar es que resulta invisible para el profano.

Paseando mis miradas en torno de las azoteas, sobre el melancólico horizonte frente al cual estas mujeres nacen y mueren, experimento por un instante la comprensión de lo que puede ser la vida de estos israelitas, temerosamente sometidos á la observancia de la ley de Moisés, y encerrados en su menguado barrio, en medio de esta ciudad momificada separada del resto del mundo..... ¡Qué existencia más triste!

Para abreviar mi relato, os diré que toda la casa del judío está arreglada y decorada en el gusto árabe más exquisito, y que podría uno creerse en la morada de algún visir elegante si las proporciones de ésta no fueran tan pequeñas, y sobre todo si no se vieran en las habitaciones urnas y fanales de cristal encerrando las Tablas de la Ley, inscripciones hebraicas, la sombría figura de Moisés, ó cualquier otro indicio de ese obscurantismo particular que no es el obscurantismo musulmán.

⁂

Nuestro almuerzo está servido en el piso bajo, en una sala que da al hermoso patio que antes he descrito. Las paredes están decoradas de mosaicos de rara finura, representando series de arcadas moriscas, en el centro de las cuales hay rosáceas extrañamente complicadas como dibujos kaleidoscópicos. En cuanto al techo, está compuesto de esos innumerables colgantitos que encajan los unos dentro de los otros, y que á nada pueden compararse mejor que á esas cristalizaciones de escarcha que penden de las ramas de los árboles en el invierno.

La mesa, por galantería hacia nosotros, está servida á la europea sobre un mantel blanco; la porcelana es francesa, de Limoges, estilo del primer Imperio, con filetes dorados. ¿Cuál será la odisea que ha hecho venir á parar á Mequinez esta antigua vajilla?



Nuestro huésped ha mandado venir cuatro músicos, dos de los cuales son cantores, un violinista y un tamborilero. Estos ejecutantes se sientan en el suelo, contra nuestras piernas, para tocarnos y cantarnos cosas rápidas, estridentes y lúgubres. La señora de la casa, á pesar de sus perlas y de sus esmeraldas, se empeña en vigilar por sí misma la cocina y en dirigir el servicio, lo que hace con perfecta amabilidad y original distinción.

Una veintena de platos se suceden unos á otros, y los humedecemos con tragos de dos ó tres clases de unos vinillos muy aceptables que los israelitas cosechan sobre las colinas alrededor de Mequinez, con gran escándalo de los musulmanes. Y mientras la música nos ensordece y el humo de la madera preciosa de la India nos envuelve á nosotros y al almuerzo en odorífera nube, contemplamos, en medio del hermoso patio inundado de luz, á la familia, agrupada en sus vistosos trajes recamados de oro, y especialmente á las dos cuñaditas, que pasan y repasan, enlazadas por el talle, y cuyas travesuras infantiles contrastan de una manera violenta con sus pesadas joyas y sus vestiduras de señoras mayores.

⁂

Llegada la hora de retirarnos, no sabemos, verdaderamente, cómo expresar nuestro agradecimiento á estas amables gentes que no hemos de volver á ver más en ninguna parte, y á quienes, sin embargo, tanto gozaríamos en poderles ofrecer á nuestra vez la hospitalidad, si por inaudito acaso, fuesen alguna vez á nuestro país de Francia.

Al salir para montar en nuestras mulas en la calle sórdida, nos encontramos con un numeroso gentío que se ha ido reuniendo allí, llevado por la curiosidad de vernos: todo el barrio ha salido á la calle, por lo que caminamos á través de una inmensa muchedumbre hasta el momento en que, franqueada la puerta del barrio judío, volvemos á las soledades de la ciudad árabe.

El sol abrumador de las dos de la tarde cae sobre las tranquilidades de las ruinas, donde cantan millares de cigarras.

Llegamos á nuestro modesto campamento, en donde nos aguardan los jinetes venidos de Fez para traernos los regalos del Sultán. Antes de concederles permiso para que se marchen, parécenos oportuno darnos cuenta del contenido de las cajas, por temor de que éstas hayan sido saqueadas durante el viaje. Al simple anuncio de que los regalos van á ser desembalados, nuestros mulateros forman círculo alrededor de las cajas con ávida curiosidad: las gentes de una pequeña caravana que ha plantado sus tiendas junto á las nuestras mientras hemos estado ocupados en nuestras visitas, se aproximan también, fuertemente atraídos por este espectáculo, y henos aquí rodeados por una treintena de moros, majestuosamente envueltos en sus andrajos, devorados por una impaciencia muda, sólo en pensar que van á contemplar los regalos del santo Kalifa.

Abrimos una primera caja, la cual resulta contener la magnífica silla de terciopelo verde, suntuosamente bordada de oro, que estamos encargados de entregar al Gobernador general de Argelia, en unión del caballo que le está destinado: la aparición de este objeto es saludada con murmullos de apasionada admiración.

Procedemos en seguida á la apertura de otra caja, desmesuradamente larga, y que debe contener nuestros regalos personales. En efecto; trae, para cada uno de nosotros, una espingarda del *Suss*, encerrada en su estuche rojo, y toda ella chapeada é incrustada de plata; viene también para cada uno un gran sable de pachá marroquí, con vaina nielada y tahalí de seda bordado de oro; el puño es de cuerno de rinoceronte, y la hoja y guardamano están damasquinados. Todas estas cosas brillan y resplandecen á la fúlgida luz del sol, y arrancan las exclamaciones más exaltadas á las gentes que nos rodean. En su entusiasmo por un Kalifa que puede hacer tan espléndidos presentes, un camellero empieza á gritar: «¡Que Alah dé la victoria á nuestro saltán Muley-Hassan! ¡Que Alah prolongue sus días, *aunque sea en detrimento de los míos!*»

Entonces comprendemos que hemos estado imprudentes en haber excitado en torno nuestro semejantes instintos.....

⁂

Devueltos los regalos á sus cajas y cerradas éstas, volvemos á la ciudad santa, caballeros en nuestras mulas, y precedidos por el anciano *kaid* responsable de nuestra seguridad.

Esta vez, nuestra visita á Mequinez tiene por objeto pasearnos á la ventura, en busca de tapices y de armas raras, hasta la hora de la puesta del sol.

El bazar de Mequinez, mucho más pequeño, obscuro y triste que el de Fez, está completamente solitario en el momento de nuestra llegada, y vacías las tiendecillas. Se nos explica que todo el mundo, mercaderes y parroquianos, está en la mezquita, pero que regresarán dentro de poco: no habíamos tenido presente, en efecto, que son las tres y media de la tarde, hora de la cuarta plegaria del día, según el rito mahometano.

Poco á poco, uno tras otro, van llegando los mercaderes con lento paso, envueltos en sus blancas muselinas, que les dan aspecto de sombras en la penumbra de las callejuelas abovedadas. Absorbidos en su ensueño, indiferentes ó desdeñosos de nuestra presencia, abren los nichos que les sirven de tiendas, y se sientan dentro, con el rosario en la mano, sin mirarnos siquiera.

No sé si otros días estará el bazar más frecuentado; lo que es hoy, los únicos visitantes que tenemos trazas de ir á comprar algo, somos nosotros. El desamparo es tan grande, que se pregunta uno á sí mismo qué objeto puede tener un bazar en esta necrópolis.

Los artículos que más abundan, son ropas, albornoces, cueros trabajados, muchos estribos nielados de plata y oro, y gran número de esas mantas de dibujos salvajes, tejidas por las mujeres de las tribus del Sur; Beni-M'guil ó Tuaregs.

Después de haber errado largo tiempo por los barrios desiertos y fúnebres y de haber pasado por delante de varias inmensas mezquitas, en cuyo interior apenas logran nuestras miradas entrever misteriosos enfilamientos de arcadas y columnas, llegamos á las calles ocupadas por los mercaderes de joyas, donde reina un poco más de animación.

¡Qué extrañas alhajas antiguas venden estos joyeros de Mequinez! ¿En qué remotísima época han podido ser nuevos tales cachivaches? No hay uno que no tenga un aspecto de extremada vetustez: viejas anillas para las muñecas ó para los tobillos, pulimentadas por el frotamiento secular con la piel humana; anchísimos broches para sujetar los velos; frasquitos de plata, no menos vetustos, con colgantes de coral, que sirven para contener el negro de pintarse los ojos; cajas para guardar Coranes, grabadas con arabescos y marcadas con el sello de Salomón; antiquísimos collares de zequines, gastados sobre los cuellos de muchas generaciones de mujeres, y una gran abundancia de esos tréboles de plata repujada, en cuyo centro hay engastada una piedra verde, y que los árabes se cuelgan al pecho para conjurar el mal de ojo. Todas estas cosas se hallan expuestas en los nichos que allí reciben el nombre de tiendas, sobre pequeños mostradores de madera grasienta y carcomida.

Como este barrio se encuentra no lejano del de los judíos, muchos de éstos, adivinando nuestra presencia, nos rodean ofreciéndonos también sus joyas, que consisten en brazaletes, viejas sortijas extraordinarias ó pendientes de esmeraldas, objetos que van sacando de los profundos bolsillos de sus hopalandas negras haciendo mil remilgos, después de haber echado en torno suyo varias miradas de desconfianza.

También vienen á nuestra presencia unos negociantes en tapices de Rabat, que extienden por el suelo sobre el polvo, las basuras y las osamentas, para mostrarnos los raros dibujos y los bellos colores de sus mercancías.

⁂

El sol empieza á declinar y á cubrir con anchas franjas de oro las ruinas, cuando concluímos de cerrar nuestros tratos, laboriosamente discutidos, para abandonar la santa ciudad que nunca hemos de volver á ver, y encaminarnos hacia nuestras tiendas.

Antes de franquear el último recinto de murallas, nos detenemos un momento en una especie de pequeño bazar, que no conocíamos todavía, y donde venden toda clase de cosas viejas, rotas, medio inservibles, ó tan malas, que sólo las compran las gentes de escasos recursos. Hay allí, sobre todo, armas viejas, yataganes enmohecidos, largas espingardas del Suss, viejos amuletos de cuero, para la caza y para la guerra, bolsas indescriptibles para pólvora, guitarras de piel de serpiente, dulzainas y tamboriles. Por analogía sin duda con el género de comercio á que se dedican, los mercaderes de este bazar son casi todos ancianos caducos.

Ameniza el miserable aspecto del bazar, la presencia de unos cuantos mendigos que asisten á nuestras transacciones: un manco, cubierto de llagas; otro que no tiene piernas, pero que en cambio está lleno de lepra,

y varios de esos individuos que tienen en lugar de ojos dos agujeros sanguinolentos donde se posan las moscas, y que son antiguos bandidos, á quienes, en observancia de la ley penal de Marruecos, se les han sacado los ojos con la punta de un hierro candente.

Debe haber en este bazar gran pobreza, gran necesidad de vender, pues los mercaderes nos rodean y nos asedian, lo cual nos permite hacer á vil precio varias buenas adquisiciones. En fin, es llegada la hora de la puesta del sol, y todavía nos hallamos en el bazar, rodeados por una cincuentena de figuras salvajes, harapientas, de berberes, árabes ó sudaneses.

XXXIV.

Martes, 30 de Abril.

A los primeros rayos espléndidos del sol levantamos el campo, abandonando los restos de nuestros festines á los perros y á las aves de rapiña.

Bien pronto desaparece detrás de nosotros la ciudad santa, oculta por salvajes colinas.

No he de haceros una relación circunstanciada de nuestro viaje de vuelta. A los desfiles de montañas suceden otros desfiles de tapices de flores, predominando los alboholes rosa entre los aloes azulados; pero una tal profusión de alboholes, que se diría que habían echado á puñados cintas rosa entre las hojas pálidas y cenicientas de los aloes. Y esto dura leguas enteras. Vienen después zonas uniformes de alboholes azules: tan azules, que asemejan desde lejos grandes charcos de agua, reflejando el hermoso azul profundo del cielo.

Hasta mañana no podremos alcanzar el camino que conduce á Tánger, ó sea el mismo que seguimos cuando vinimos á Fez con la embajada; hoy atravesamos una región todavía menos frecuentada que aquélla, y que nos es desconocida. Pudiéramos decir un desierto. Hace mucho más calor que á la venida; el olor peculiar al Africa es más pronunciado en los campos, y hay más flores y más música vibrante de insectos, en más silencio.

Caminaremos á etapas un poco forzadas, de unos sesenta kilómetros por día, habiendo ya discutido y acordado con el *kaid* que nos acompaña los sitios en que hemos de acampar. Esta tarde pensamos plantar nuestras tiendas más allá de la cadena montañosa del Atlas, á la entrada de la llanura sin fin por donde el Sebú serpentea.

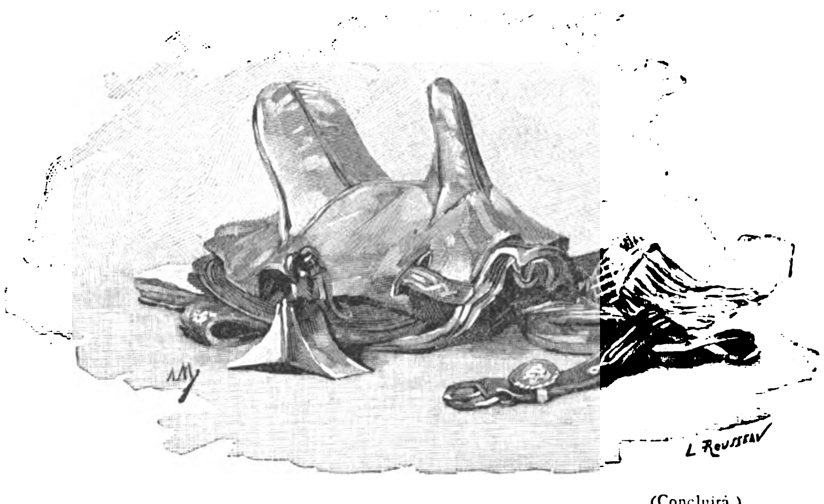
Esta vez, nuestra manera de viajar es bien diferente que á la venida. El país que entonces atravesamos en una fiesta perpetua, rodeados de cientos de jinetes de todas las tribus del tránsito, venidos de muy lejos para hacernos los honores, nos aparece ahora bajo su verdadero y genuino aspecto, en su taciturna tranquilidad, con sus grandes extensiones vacías. Perdónennos nuestros compañeros de embajada que se han quedado en Fez, y de quienes conservamos el más cordial y agradable recuerdo, pero preferimos viajar así, como unos simples ciudadanos marroquíes, sin excitar la curiosidad de las caravanas que pasan, sin dar notas disonantes en las soledades que atravesamos, disimulados bajo nuestros albornoces y tostados por el sol; nos sentimos en Africa diez veces más que antes, conversando con nuestros muleteros, escuchando sus canciones y sus historias, iniciándonos en mil pequeños aspectos, en mil pequeños detalles de un Marruecos íntimo que ni siquiera habíamos sospechado en nuestro pomposo viaje de venida.

El viejo *kaid* que ha solicitado el honor y el provecho de acompañarnos hasta Tánger, es un habitante de Mequinez, donde posee, según parece, un harén de jóvenes blancas, y nos había pedido ayer la autorización de pasar la noche en su casa. Esta mañana, desde el alba, estaba de regreso en el campo, fiel á la consigna recibida. Pero hoy, aunque derecho sobre su silla, el pobre viejo parece un cadáver secado al sol, y en lugar de marchar el primero, se contenta con seguirnos penosamente; demasiado orgulloso para confesar que está fatigado, espolea á su cabalgadura con despecho cada vez que moderamos el paso de las nuestras para dar lugar á que se reuna á nosotros.

En todo el día encontramos ni una aldea, ni una casa, ni un terreno cultivado por la mano del hombre. Solamente distinguimos, separados por muy largas distancias, algunos aduares de árabes nómadas, instalados bastante lejos del sendero, y cuyos perros de guarda nos saludan al pasar con sus aullidos. Las tiendas de estos nómadas, amarillentas y parduscas, están invariablemente plantadas en círculo, como germinan los hongos de los bosques, con los cuales tienen cierta analogía: en el centro pacen sus rebaños, y al lado de cada aduar se distinguen en la pradera dos ó tres anchurosos redondeles yermos, pelados y sucios, que indican el antiguo emplazamiento de otros tantos aduares, abandonados por sus ocupantes tan luego como se han agotado las hierbas.

Se nos dice que en este momento todas aquellas tiendas se hallan exclusivamente habitadas por mujeres, porque todos los hombres válidos para la guerra han sido alistados por el Pachá de Mequinez para su expedición contra los Zemurs.

Hacia el mediodía, con ocasión del vado de un brazo de río, nos cruzamos con una tribu berebere que va de viaje. Según la costumbre de esta raza especial, las mujeres van apenas veladas, y las hay que son bastante lindas. Los rebaños pasan á su vez mugiendo y balando, acosados por perros perfectamente enseñados á desempeñar este oficio. Algunas muchachas llevan tiernos corderillos al cuello, y de uno de esos anchos serones llamados *chuari*, que llevan las mulas sobre el lomo, sale la cabecita asombrada de un potrillo recién nacido, que parece encontrarse muy á su gusto en aquel vehículo.



(Concluirá.)

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS.

(SOCIEDAD NACIONAL.)

I.

La excisión entre los artistas que ha dado á París este año dos Exposiciones de Bellas Artes, en vez de una, debía producirse tarde ó temprano, pudiendo decirse que existía en estado latente. Veíase tiempo ha que un grupo de artistas de tendencias modernas no se resignaría á vivir en perpetua minoría, la cual iría disminuyendo de día en día, por la fuerza del sufragio universal de los estudios ó talleres más ó menos académicos llamados á nombrar los Jurados de admisión. La hostilidad que se manifestó en el momento de reconocer como válidas para las Exposiciones anuales las recompensas concedidas con motivo de la Exposición Universal de 1889, ha sido la señal de un inevitable rompimiento. Los disidentes, alistándose en la bandera del capitán general Meissonnier, han dejado á los demás que formen á la sombra de las águilas del regimiento de los «Bomberos», acaudillados por su coronel Bouguereau. El Estado, que ha permanecido neutral entre ambos partidos, si bien ligado oficialmente á la antigua Sociedad por ciertos compromisos, ha dado á la nueva un espléndido local en el Palacio de Bellas Artes de la Exposición. Algunos Mecenas han garantizado, con loable desinterés, el capital indispensable para los primeros gastos de instalación, y el público ha hecho lo demás: la «Sociedad Nacional» se halla, pues, fundada.

No somos de los que desean que se verifique una reconciliación, que no podría ser sincera ni de una parte ni de otra, después de esta prueba afortunada de un Salón más ampliamente hospitalario con las osadías modernas y más implacablemente cerrado á las convenciones de escuela. Nuestra opinión es que la Exposición de los Campos Elíseos debe continuar siendo lo que ha sido hasta ahora: un concurso anual, con premios, medallas, coronas, discursos, bendiciones, etc., abierto á todo el mundo, hasta á las medianías cuando visten un traje aprobado por la tradición. Atravesando entre muchos miles de lienzos, se tropezará con algunas obras interesantes anegadas en las revueltas ondas de las obras repetidas hasta la saciedad; y los jóvenes que están aún bajo la tutela de sus profesores, hallarán buena acogida en este concurso, pues poseen la fuerza numérica y son ellos mismos quienes, el día de la elección, hacen de sus maestros jueces indulgentes.

En el Campo de Marte, las cosas acontecen de una manera distinta. Es cierto que al verificarse esta revolución de palacio se han deslizado algunas personalidades que no figurarían en el grupo disidente si se hubiera podido escoger; pero era preciso obrar, había que aceptar todas las buenas voluntades. Hoy los jefes influyentes de este estado mayor de artistas serán más escrupulosos para reclutar sus asociados. Así es que, si se comparan las dos Exposiciones, la de los Campos Elíseos parece un vasto mercado de pintura, algo semejante á una feria de cuadros, donde, en medio del hacinamiento del baratillo, se encuentran acá y acullá algunos objetos curiosos, pero donde dominan principalmente los artículos inservibles. La otra Exposición tiene el aspecto de una elegante galería perteneciente á un riquísimo aficionado, que ha podido equivocarse á veces en sus adquisiciones, pero que se muestra casi siempre hombre de iniciativa, de olfato y de buen gusto. En la primera, los cuadros se encaraman unos encima de otros; es el *struggle for life* (la lucha por la vida) en todo su horror, empujándose cada cual para hacerse un sitio hasta el techo, donde los vencidos imploran una mirada de piedad del visitante. En la segunda, en la Exposición de que tratamos ahora, cada artista (que puede enviar varios cuadros) se encuentra como en su casa; el aire circula por entre sus obras, que no están ahogadas ni confundidas, que no molestan ni perjudican á las obras del artista vecino, y cada cual tiene su parte de *cimacio* y de luz. Sólo añadiremos una palabra: que la ornamentación de las salas es por sí sola una obra maestra de gusto y discreción. He aquí las causas múltiples de un triunfo que habíamos previsto al saber los nombres de los artistas reunidos en torno de Meissonnier, y que se ha confirmado altamente.

Cuando después de haber atravesado el salón de recepción, coronado con el proyecto de techo, original de M. Besnard, destinado al Hotel de Ville, se penetra en la primera gran sala, lo primero que atrae la vista es la apacible y serena decoración de M. Puvis de Chavannes, destinada al Museo de Rouen. El artista permanece fiel á su doctrina: no recurre en estas páginas decorativas á la pintura de una época determinada, y se abstiene de precisar para no fechar una página que debe ser de todas las épocas. Dirígese á la Naturaleza, constantemente renovada, y le toma un tranquilo y luminoso paisaje, en que el Sena extiende su clara cinta atravesando la verdura de la rica campiña normanda en una armonía apacible, en que la vista recibe á un tiempo la caricia del aire y de la luz. Con la Naturaleza, mezcla el arte que florece en aquella afortunada comarca: aquí fragmentos arquitecturales, que varios obreros restauran; allá un joven alfarero, que lleva sobre la cabeza jarros de formas rústicas. A la sombra de los árboles—huerto ó jardín—un grupo de hombres discrtan, y varias mujeres jóvenes conversan entre sí. Otras persiguen su sueño de dulzura, de poesía, de arte, en torno de la fuente, de donde surgen los arrogantes lirios. Ni una nota desafina en esta armonía á media voz. Con una coquetería y una atención dignas de un artista de esta naturaleza, se ha dado á su obra el marco que le convenía: se ha figurado muy hábilmente la arquitectura y el color de la piedra en que esta obra maestra—*inter artes et naturam*—será incrustada para admiración de los siglos.

En la misma sala vemos una serie de retratos firmados por Carolus Durán, que son de la mejor manera del maestro: libremente ejecutados, vigorosos y mórbidos, de un colorido viviente y de una ciencia de dibujo que se resume en un acento exactamente colocado. Donde otros buscarían en vano la verdad en el detalle minuciosamente interpretado, este artista encuentra el movimiento, la verdad, en un toque breve en que todo se adivina. La vida circula en todos aquellos retratos, que traducen las elegancias femeninas de la parisiense armada para la guerra, ó las monerías adorables del niño, ó los caracteres masculinos en toda la fuerza de su vigor y su savia. De este número es el retrato vestido de americana azul del pintor Thanlon, que es uno de los triunfadores del mismo Salón, con unos estudios de nieve de una luz admirable y de una sinceridad sorprendente. Es una verdadera revelación la exposición de este artista escandinavo, que de un salto se coloca en primera fila, y adquiere de un golpe la estimación de artistas y aficionados, ora nos dé paisajes al óleo de las comarcas noruegas, ora las represente al pastel con el mismo sentimiento profundo de la Naturaleza.

En el estado mayor que rodea al que hemos dado el título de capitán general Meissonnier, M. Alfredo Stewens atrae todas las miradas de los inteligentes con una serie de obras sumamente variadas: retratos, pinturas de género, marinas, toda la paleta armoniosa de un maestro del pincel, para quien las más delicadas coloraciones no tienen secreto. Tiene, sobre todo, un retrato de mujer, vestida de verde, que, en su traje del último Imperio, está definitivamente sentada para la posteridad, á la cual pasará para la mayor gloria del pintor. Es el cuadro de museo definitivo, indiscutible, ante el cual cesan todas las divergencias de escuelas y opiniones.

M. Friant sigue siendo el retratista delicado, que penetra pacientemente el carácter de sus modelos. Este año nos parece superior á su pintura de género con sus retratitos estudiados y concienzudos.

M. Gervex ha dado también la intensidad de la vida á la Redacción de la *République Française*, donde se reconocen los semblantes de antiguos ó futuros ministros, hombres de Estado, escritores, reunidos familiarmente en torno de la mesa de redacción.

Por esta vez sólo concederemos una mención á monsieur Knehl, cuyo talento apreciamos lo bastante, para decirle que su organista, de blanco, es de una concepción singular, desde el punto de vista de la armonía del cuadro, y que nos parece este año inferior á sí propio.

Nos consolaremos de esta flaqueza de un artista de mérito señalando los progresos considerables de un artista nuevo para el público, M. Muenier, á quien su exposición de este año acaba de poner de relieve. Ya lo presentíamos en las últimas Exposiciones de los Campos Elíseos, y ahora podemos declarar que ha justificado todas nuestras esperanzas, mostrándonos una serie de paisajes de una delicadeza exquisita, y una escena de familia que pasa entre el abuelo, la abuela, la madre y el niño, y que es una de las más graciosas y bien estudiadas que es posible concebir. La familia acaba de almorzar en el terrado, de donde domina, á la sombra de un árbol frondoso, la campiña iluminada por el sol canicular. El abuelo fuma la pipa, digiriendo lentamente; la abuela, con los codos apoyados sobre la mesa, sigue con mirada tierna los movimientos del niño, que vuelve la cabeza hacia su madre, joven de semblante fino y expresivo. Esta suave intimidad se mezcla con la vibración luminosa de aquella naturaleza de estío, en una armonía donde todo es de una sonoridad deliciosa.

Como pintor del sol, debemos citar también, en la misma sala, á M. Monténard, que ha sorprendido el secreto de los vivos resplandores meridionales, y que los traduce—cosa difícil—sin esfuerzo y sin crudeza.

El lado precioso y amanerado del talento de M. Courtois le ha servido en su *Lisette*, del *Légataire Universel*, que iluminará con su sonrisa picaresca y su gracia de taimada camarista el salón de descanso del Odeón, al cual se halla destinado.

Entre los extranjeros, M. Osterlind ha recibido su

«patente de naturalización artística» con una exposición muy interesante de preciosas escenas de costumbres, ingeniosamente vistas, ingeniosamente interpretadas, y de una factura sumamente libre y personal.

En los cuadros de Mme. Delance-Feurgard hallamos las mismas cualidades de brío en la ejecución, originalidad en la composición y colorido muy claro y muy justo que habíamos observado en las Exposiciones anteriores.

Antes de abandonar esta sala, M. Prinet nos detiene con su *Leçon de danse*, en que un anciano profesor, vestido enteramente de negro, da una lección de baile á unas niñas, vestidas de blanco, enseñándolas un paso, que es sin duda del minué, en presencia de una señora anciana, á quien este espectáculo parece como que embelesa y rejuvenece: la escena está bien observada y hábilmente reproducida.

En la sala grande, que da frente á la que acabamos de visitar, hallamos otras obras de sumo interés: las de M. Duez, con sus paisajes normandos, tan originales en su verdad pintoresca; sus mares transparentes y movedizas; su almuerzo en el terrado de Villerville, tan seductor y familiar, y finalmente, con su retrato del nieto de Víctor Hugo en traje de *soirée*, elegante, esbelto, juvenil en su postura natural, que se destaca de una cortina de coloración fresca, detrás de la cual se adivina un parque iluminado por farolillos venecianos, composición atrevida, nueva y vibrante de verdad. No es posible expresar mejor las facciones, el carácter, el espíritu del modelo.

Otro tanto podemos decir de M. Boldini, que se multiplica en sus retratos de mujeres ultracoquetas por el traje y por la actitud, y en un grupo que representa al pintor John Lewis Brown, su esposa y su hija, en el cual la vida parece salir del marco y sorprendernos al paso.

Se oyen las risotadas del artista, que acaba de decir, sin duda, un chiste de buen género. Hemos oído tratar de *caricatura* un retrato que acentúa, hasta dar la ilusión completa de la verdad, la fisonomía movible y alegre del modelo. Nosotros sólo vemos en esta obra una dificultad maravillosamente vencida: la de haber cogido al vuelo la risa alada, y haberla fijado en el lienzo de manera que no se la vea solamente, sino que se la *oiga*. ¿Es posible ir más allá? Hay también mucho ingenio en el cuadro que representa un cochero de *fiacre* dormido en su carruaje descubierto, al cual va uncido un caballo que no tiene más que los huesos y el pellejo, y del cual Víctor Hugo habría dicho: «*que chacun de ses pas semble l'avant dernier*» (1).

Lo que explica que el cochero haya renunciado á hacerle andar, y se haya dormido soñando que no es ya Rocinante, sino Pegaso, quien tira de su coche.

No lejos de estas cosas vistas se pueden admirar, ó criticar, las cosas soñadas de M. Besnard, que es un osado, ó como hubiesen dicho en otro tiempo, un revolucionario, que cree poder expresar en el color lo inexpresable, lo indecible. Algunas veces se pone en peligro de ver, como Icaro, derretirse al sol de su paleta las alas de cera de su fantasía; pero la mayor parte de las veces nos arrebata hacia lo desconocido y nos da la impresión del vértigo, y entonces, si bien algunas de las cosas que ha querido expresar quedan inexplicadas, otras se imponen por su belleza luminosa y fuerzan la admiración. Los más severos podrán decir que es un artista desigual, pero nadie podrá negar que sea original y potente. No creemos que sea la admiración de la multitud, desconcertada por sus atrevimientos, lo que busca este artista, sino el sufragio de los refinados, que le perdonan los errores en que puede caer, porque aprecian las obras raras con que á menudo los deleita.

Volvemos á entrar en la calma con M. J. J. Rousseau, en la dulzura triste de un estudio de escultor, cuya alma parece haberse escapado con el artista, que su viuda llora en una postura de abatimiento. Viene á ser un gran estudio de negro y blanco: el luto de la viuda, la blancura de las paredes y de los moldes de yeso; pero es un estudio muy franco de una cosa vista sencillamente y sin ninguna pretensión de efecto más que aquella oposición sostenida en tonos suaves, que aumentan la calma de la escena, como una impresión de silencio y recogimiento.

ARMAND GOUZIEN.

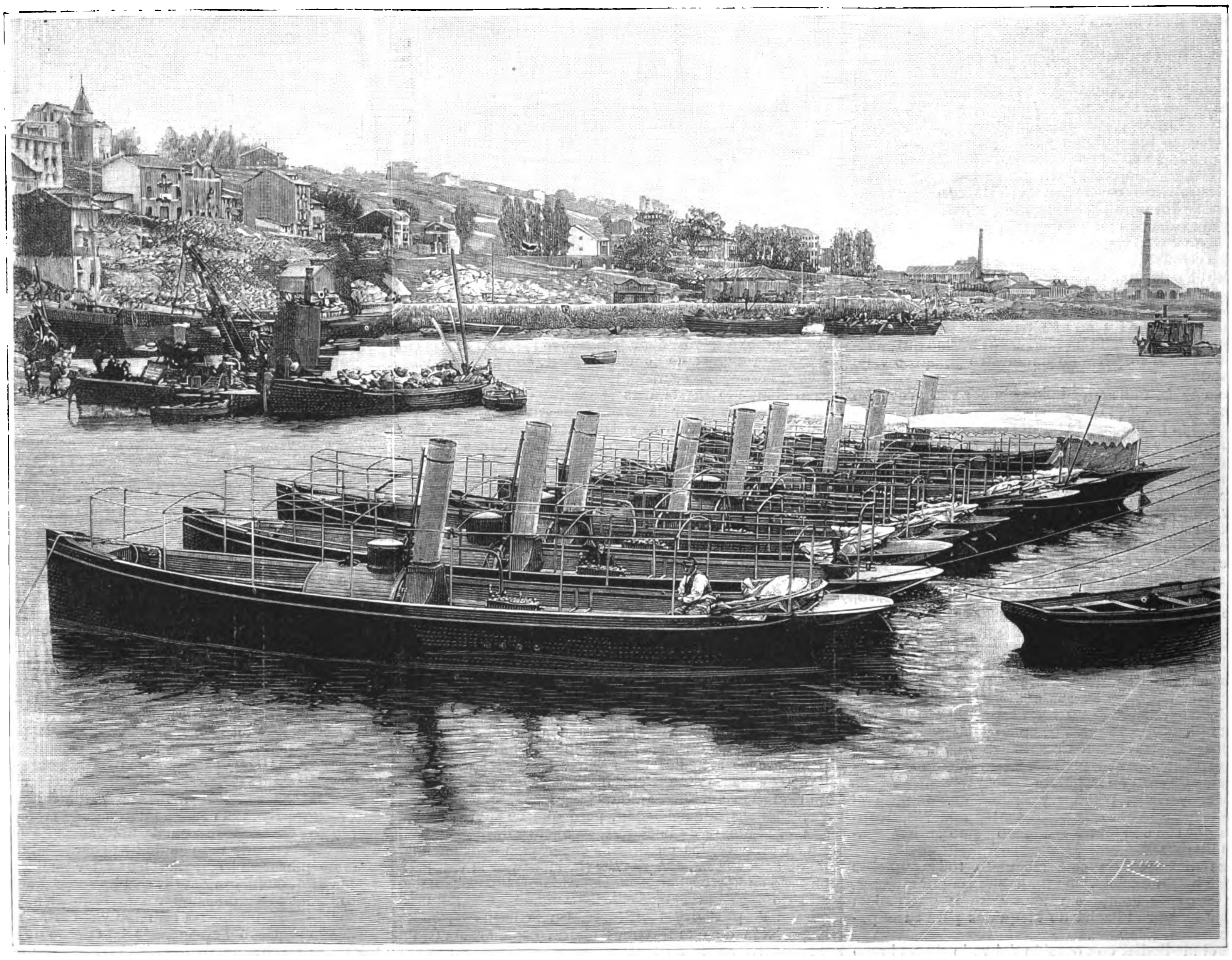
(1) Que cada uno de sus pasos parece ser el penúltimo.



EL INGENIERO AGRÓNOMO D. RAMÓN RIVAS MORENO,

JEFE DE LA COMISIÓN TÉCNICA PARA EXTINGUIR LA PLAGA DE LANGOSTA EN CIUDAD REAL.

Nació en Miguelturra, en 1850; † en Daimiel, ahogado en una charca del Guadiana, el 6 de Mayo último.



PUERTO DE SANTANDER.—LANCHAS DE VAPOR CONSTRUÍDAS PARA EL CUERPO DE SANIDAD MARÍTIMA.

(Fotografía directa, por el Sr. Zenón, de Santander.)

NUEVAS APLICACIONES DE LA ELECTRICIDAD.

LA MUÑECA-FONÓGRAFO EDISON.

¿Quién puede imaginarse el espectáculo que presentaba en Mayo último la sala del Lenox-Lyceum, de Orange (New-Jersey), con la exposición de maravillas de la electricidad?

Era aquella sala un rincón del paraíso para las inocentes niñas que la visitaban: en magníficos escaparates y estantes había innumerables muñecas de diverso tamaño y variadas formas, hablando, cantando, gritando en todos los tonos, ya con timbres sonoros ú opacos, ya con voz de falsete ó de contralto, cuyos ecos se cruzaban en el espacio con un rumor incesante de mecanismo de relojería.

La muñeca-fonógrafo Edison, nuevo invento del famoso electricista americano, ha obtenido allí un éxito enorme, justificado por la originalidad de la idea.

Vamos á describir ese lindo juguete, al cual se refieren los grabados de esta página.

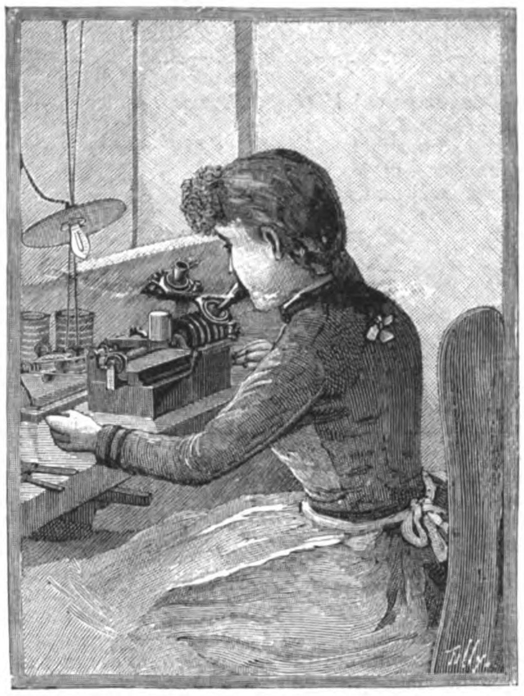


FIG. 3.ª — OBRERA, HABLANDO AL FONÓGRAFO.



FIG. 1.ª — MUÑECA VESTIDA.

La fig. 1.ª representa á la muñeca-fonógrafo Edison ya vestida, semejante por su aspecto exterior á las de París y de Nuremberg; pero la fig. 2.ª, la muñeca desnuda, nos revela el misterioso secreto.

El cuerpo es de hojalata, el interior está hueco y la parte superior del pecho aparece dispuesta como un disco de espumadera, taladrada por numerosos agujeros de regular diámetro: tal es el continente, el estuche, por decirlo así, de la muñeca-fonógrafo.

Pero el contenido, *lo que tiene dentro*, como dicen los niños que rompen sus juguetes para verlo, es la pieza principal: un mecanismo de relojería que recibe cuerda con una llave (figs. 2.ª y 5.ª), é imprime movimiento á un tambor ó cilindro que comunica, por medio de un estilete, con la placa de resonancia y de vibración de un electro-imán; y conocido esto, la descripción es fácil y se comprenderá fácilmente: un volante armado de correa sirve para regularizar el movimiento del tambor, sobre el cual se aplica y arrolla una hoja de gutapercha.

En una sala inmensa de la fábrica de Edison, más de 500 muchachas hay sentadas en bancos, separados unos de otros, y delante de cada una de ellas, en hilera, y sobre tabla movediza, están los tambores ó cilindros, que van pasando sucesivamente por un portavoz: la muchacha aplica á éste su boca (véase la fig. 3.ª), y habla, canta, ríe, llora, entona salmodias ó aires populares, etc., y las vibraciones de sus ecos se graban en la hoja de gutapercha que envuelve al cilindro, y en ella quedan impresas para vibrar más tarde.

Hecho esto, el cilindro está *armado*, y entonces se le pone en el cuerpo de la muñeca, montado sobre el mecanismo de relojería que ha de darle movimiento (figura 2.ª); dos vueltas de llave en un agujero disimulado en la espalda, y el volante se pondrá en marcha, y con él también el cilindro, que girará á derecha ó á izquierda sobre su eje, oprimido por el correspondiente resorte (fig. 5.ª).

En este movimiento, las impresiones hechas por la voz en la hoja de gutapercha harán vibrar al estilete, el cual transmitirá sus vibraciones á la placa, y de esta surgirán, en forma de sonidos articulados por la bocina superior que está colocada por dentro bajo los agujeros del pecho de la muñeca.

Y la muñeca hablará y repetirá automáticamente las palabras, los cánticos, los aires, etc., grabados en la gutapercha.

Como se observará, esa muñeca es un fonógrafo muy simplificado dentro de un juguete, y la ilusión es completa en quienes la escuchan.

¡Qué alegría para las niñas! El drama de la *poupée* no será en lo sucesivo un monólogo en dos tonos, cuyas frases parten siempre de boca de la niña, sino un diálogo perfecto que ésta podrá sostener con su juguete favorito. ¿Será este el último invento de tal clase? ¿Guarda el infatigable Edison nuevas sorpresas para el porvenir?

La fig. 4.ª nos muestra el interior del almacén de vestuario y de embalaje: en los talleres de Edison se puede fabricar diariamente hasta 500 muñecas, cuyas piezas componentes están numeradas y nada más fácil que reponerlas en caso de avería; cada muñeca lleva, en la caja que la contiene, su nombre *de pila*, y el catálogo de los aires que canta ó de los períodos que recita, en prosa ó verso; es un juguete agradable y útil, un objeto de entretenimiento y á la vez de estudio para la infancia.

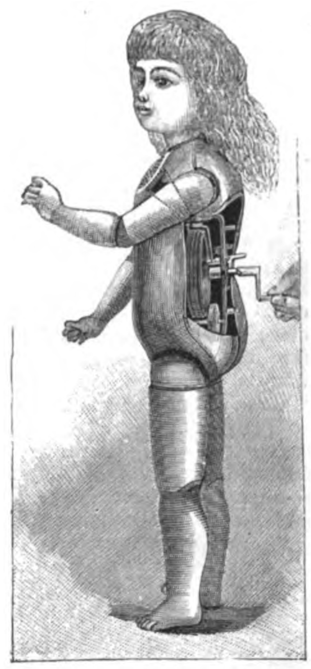


FIG 2.ª — MUÑECA DESNUDA.

Mucho celebraremos que los almacenes de juguetes de Madrid se apresuren á exhibir en sus escaparates las muñecas-fonógrafos Edison, cuyo precio, según dicen los periódicos norteamericanos, excederá muy poco del alto é injustificado que hoy obtienen las de París y Nuremberg.

V.



FIG 4.ª — ALMACÉN DE VESTUARIO Y EMBALAJE DE MUÑECAS.

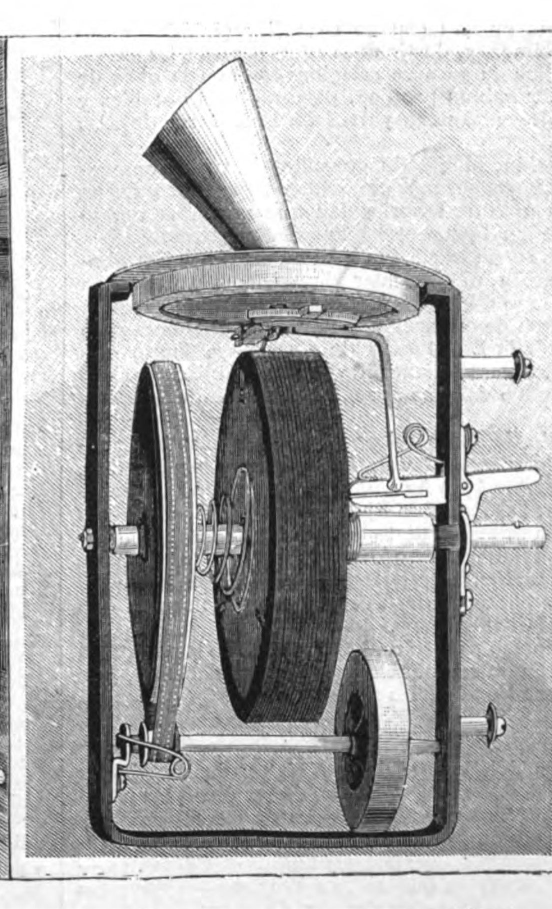


FIG. 5.ª — EL APARATO FONOGRÁFICO.

Á PERAL.

SONETO.

El genio con aliento soberano,
Dando vida á la humana inteligencia,
Busca el arcano en la sublime ciencia,
Y halla la luz en el profundo arcano.
Así Colón, el soñador insano,
Corresponde á la torpe indiferencia
Con un mundo. ¡Bendita la demencia
Que arrancó su secreto al Oceano!
Hoy tu esclavo será; hoy que ancha vía
Abrir al hombre tu saber se atreve
En las entrañas de la mar bravía.
Ya sabe España lo que al genio debe;
Al que tomando el de Colón por guía,
Es el Colón del siglo diez y nueve.

ANGEL LASSO DE LA VEGA Y FISCOWICH.

Madrid, 14 de Junio 1890.

CERVANTES:

BIBLIOGRAFÍA É HISTORIA DE LA CRÍTICA,

POR

D. LEOPOLDO RIUS.

Con este título, al parecer sencillo, ha empezado á imprimirse en Barcelona, y estará terminada dentro de pocos meses, una obra que será la primera y única en su clase, estando llamada á ocupar un preferente lugar en las principales bibliotecas del mundo. Se ha ignorado hasta ahora el número de ediciones y traducciones que han tenido las obras del autor del *Quijote* y cuanto se refiere á ellas en el orden literario y artístico. Esa ignorancia nos ha causado en algunos casos tanto pesar como asombro.

Hallamos en 1872 en la Biblioteca de Turín un ejemplar de *Don Quijote* cuya existencia nos era desconocida, impreso en Lyon, y que teníamos la seguridad de que se había agotado y desaparecido de todas las bibliotecas. Ejemplar tan raro y notable se tenía allí en ningún aprecio hasta aquel momento en que se conoció su valer. Poco después preguntamos en el célebre Museo Británico de Londres por una docena de ediciones de *Quijote*, en inglés, cuya existencia en Barcelona nos era conocida, y que no encontrábamos en los Catálogos de aquel suntuoso establecimiento, ni las tenían ni conocían hubiesen sido publicadas.

Ese género de vituperables desconocimientos cesará con la publicación de esta Bibliografía.

Y no han faltado, por cierto, en Inglaterra sociedades ó editores que hayan publicado, antes del presente siglo, varias ediciones de *Don Quijote*, con un mérito material é ilustraciones cuya belleza aun no ha sido superada; ni han existido entre nosotros literatos que hayan manifestado por esa obra inmortal de Cervantes una predilección igual á la de algunos escritores de aquel país.

Bastará citar un solo ejemplo: el de un hombre eminente, el Rdo. Sr. D. Juan Bowle, que sin haber visto en su vida, según decía, ninguna parte de España, consagró catorce años á la admirable tarea de publicar en 1871 una edición española de *Don Quijote* en dos gruesos volúmenes, destinando además otro á las anotaciones, índice de autores relacionados con la obra de Cervantes, nombres propios, palabras más notables y variantes de entrambas partes de la historia de *Don Quijote*.

Esta edición, fuente de consulta de varios comentaristas, merecía ser más conocida en España, pues ha sido un ejemplo de laboriosidad que no había tenido imitador de igual perseverancia entre nosotros.

Debemos reconocerlo. No había existido, hasta ahora, corporación, ni particular alguno, bastante rico en caudal, tiempo é inteligencia, que se haya dedicado á la ardua tarea de conocer y reunir el material necesario para escribir la Bibliografía de Cervantes. Tanto más difícil esa empresa, cuanto hay en esa biblioteca algunos tomos cuyo valor se aproxima á dos mil quinientos francos.

Cesará, desde ahora, el engaño con que se han enumerado ediciones de *Don Quijote* que jamás han existido.

Más de veinte años de laboriosa constancia ha necesitado el Sr. D. Leopoldo Rius en indagar la existencia y adquirir la posesión de todas las obras relativas á Cervantes, reuniendo un tesoro del que puede envanecerse Barcelona, pudiendo asegurarse que no existe, ni en las más ricas bibliotecas del Universo, otra colección que sea igual á la del Sr. Rius.

Alcanzado ese propósito, ha emprendido la redacción y publicación de esa obra ó monumento nacional, que comprenderá las materias siguientes:

PRIMER VOLUMEN.

Ediciones del *Quijote*: de la *Galatea*: de las *Novelas ejemplares*: del *Viaje del Parnaso*: de las *Comedias* y *Entremeses*: de *Persiles y Sigismunda*: de las *Poesías sueltas*.—Recapitulación de ediciones de obras de Cervantes en colección.—Escritos atribuídos á Cervantes.—Obras de Cervantes que se han perdido.—Autógrafos de Cervantes.=TRADUCCIONES DEL QUIJOTE: Francesas.—Inglesas.—Alemanas.—Italianas.—Holandesas.—Rusas.—Portuguesas.—Húngaras.—Dinamarquesas.—Suecas.—Bohemias.—Griegas.—Catalanas.—Polacas.—Servias.—Finlandesa.—Croata.—Turca.

Traducciones de la *Galatea*: Inglesas.—Alemanas.

Traducciones de las *Novelas ejemplares*: Francesas.—Inglesas.—Alemanas.—Italianas.—Holandesas.—Dinamarquesas.

Traducciones del *Viaje del Parnaso*: Inglesas.—Francesas.—Holandesas.

Traducciones de las *Comedias y Entremeses*: Alemanas.—Francesas.—Inglesas.—Italianas.

BIBLIOGRAFÍA DE CERVANTES.

SEGUNDO VOLUMEN.

1. Biografías.—2. Notas y comentarios al Quijote.—3 Notas á las obras menores de Cervantes.—4. Imitaciones y continuaciones del Quijote.—5. Imitaciones de las Novelas de Cervantes.—6. Piezas dramáticas inspiradas por las obras ó la vida de Cervantes: Españolas.—Francesas.—Inglesas.—Alemanas.—Italianas.—Catalanas.—Portuguesas.—7. Popularidad de Cervantes en el siglo XVII.—8. Cervantes juzgado por los españoles.—9. Cervantes juzgado por las naciones extranjeras.—10. Censuradores de Cervantes.—11. Cervantes polígrafo. Escritos encaminados á demostrar su saber en determinadas materias.—12. Moralidades deducidas y máximas sacadas de las obras de Cervantes.—13. Apócrifos.—14. Miscelánea cervántica.—15. Poesías en elogio de Cervantes.—16. Periódicos cervantinos.—17. Fiestas y solemnidades en honor de Cervantes.—18. Monumentos erigidos á Cervantes.—19. Iconografía cervántica.—20. Repertorio alfabético de obras y autores mencionados en este libro.

Ni esta obra ni su ínclito autor necesitan nuestro humilde elogio, pero nos complacemos en dar publicidad á esta noticia, que indudablemente será grata para cuantos estimen á Cervantes y comprendan el mérito y dificultades que encierra una publicación tan deseada como importantísima.

FRANCISCO LÓPEZ FABRA.

Á DIOS.

La voz de la conciencia te pregona
Y advierte el corazón enajenado
La claridad, que anuncia tu reinado,
Y el ronco mar, que tu grandeza entona.
El sol se desprendió de tu corona,
Que el hombre con espinas ha forjado;
El amor y la paz van á tu lado,
Y tu poder los siglos eslabona.
Tu Evangelio á los hombres hizo iguales;
Al mártir alzas, al verdugo humillas,
Avivas el ardor de los leales,
¡Y más inmenso á nuestros ojos brillas
Si para bendecir á los mortales
En tu alfombra de estrellas te arrodillas!

RICARDO CATARINEU.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Leyes civiles de España, conforme á los textos *oficiales*. La «Biblioteca Manual de Derecho Español» acaba de publicar, reunidos en un volumen, los Códigos civil y de comercio, la ley hipotecaria, la de enjuiciamiento civil, la orgánica del poder judicial, los aranceles judiciales y la Constitución de 1876, y en la parte que con el derecho civil se relacionan, las leyes de aguas, minas, montes, notariado, propiedad literaria é industrial, timbre, expropiación, así como las demás leyes, Reales decretos, Reales órdenes y reglamentos vigentes en la actualidad en materia civil y mercantil, con notas y concordancias, índices alfabéticos, cronológicos y por materias, por D. León Medina y D. Manuel Marañón, abogados del ilustre Colegio de Madrid.—La sola enunciación de las leyes, todas de interés general y de aplicación constante, contenidas en el volumen que anunciamos, es suficiente á hacer comprender que se trata de un libro que todo el mundo debe poseer y tener á mano, para consultarlo en los frecuentes casos en que es conveniente el conocimiento de lo que la ley dispone, en materias que afectan á la inmensa mayoría del público.—Véndese á 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias, en las principales librerías y en la Administración de la «Biblioteca Manual de Derecho Español», Princesa, 11, Madrid.

Infortunios y amor (La Novela de un maestro), por Edmundo de Amicis; versión castellana de D. Antonio Sánchez Pérez. Si todas las obras literarias de Amicis son muy conocidas en nuestra patria, la que hoy anunciamos, correctamente traducida por nuestro querido amigo Sánchez Pérez, ha de alcanzar en poco tiempo gran popularidad, por su interesantísimo argumento, sus conmovedores episodios, sus descripciones bellísimas. Un elegante volumen de 534 páginas, que se vende, á 4 pesetas, en la librería de D. Fernando Fe, Madrid (Carrera de San Jerónimo, 2).

Novísimo Manual del Cafetero y Cervecero, por don Juan P. Ruiz de Ciudad. Curioso libro que contiene noticias útiles y prácticas relativas al chocolate, café, té, cerveza, sidra, agraz, agracejo, bebidas americanas é higiénicas, aguas gaseosas, limonadas, leche, jarabes, ponches, licores, aguardientes, vinos generosos, agua helada, helados, sorbetes, azúcar, etc., con indicación de procedimientos para reconocer las falsificaciones de estos productos. Ilústranle varios grabaditos. Véndese, á 3 pesetas, en las librerías de D. Victoriano Suárez, Madrid (Jacometrezo, 72) y de D. Juan Llordachs, Barcelona (plaza de Antonio López).

Apuntes financieros, por D. Adolfo Calzado. No modestos *apuntes*, sino *estudio* profundo, y muy bien escrito, de cuestiones financieras de actualidad, es el libro del conocido banquero y diputado á Cortes D. Adolfo Calzado; y en prueba de ello, véase el índice abreviado:

La crisis de la Bolsa en 1881-82.—Antes de la crisis.—Primera á los parisienses y ultraparisienses.—Segunda á los parisienses y ultraparisienses.—Durante la crisis.—Después de la crisis.—En Madrid y Barcelona.—En Lyón, Ginebra, Bruselas, Amsterdam y Londres.—La correspondencia azul y la conversión española.—Perspectiva.—España renaciente.—Guerra contra el crédito español en Berlín.—Más sobre el crédito de España.—El empréstito municipal.—Boletín financiero de *La Correspondencia de España*.—Una idea sencilla.—Discursos parlamentarios contra el impuesto de la Deuda.—Segundo contra el impuesto de la Deuda.—Cuestión de la moneda.—De la falsificación de títulos de la Deuda.—Ultima ojeada (Marzo 1890).—Conversión del 4 por 100 amortizable en 4 por 100 perpetuo.—Conversión del 4 por 100 perpetuo en 4 por 100 amortizable.—El Banco de España.—Subida de la plata.—A última hora.—Cuadro gráfico de las oscilaciones del 4 por 100 exterior, desde su creación hasta el 31 de Diciembre de 1889.

Un elegante volumen de 189 páginas en 4.º, ilustrado con un *Cuadro gráfico* de las oscilaciones del 4 por 100 hasta fin de 1889. Véndese, á 3 pesetas, en las buenas librerías.

El Municipio, estudio histórico-filosófico-legal, por D. Ramón Forn y Bellet, doctor en Derecho civil y canónico, abogado y notario, por oposición, de los ilustres Colegios de Barcelona, oficial-letrado que ha sido, por oposición, de la secretaría del Excmo. Ayuntamiento de la misma, archivero general de protocolos del distrito de Valls, etc., etc. Interesante estudio, que demuestra la no vulgar erudición de su autor. Un volumen de 240 páginas en 4.º menor. Valls, oficinas de *La Catalana*, 1889.

Poesías de Arolas: *Cartas amatorias, Eglogas* y *Los Besos.* Es el volumen 43.º de la *Biblioteca Selecta* que publica el editor valenciano D. Pascual Aguilar, y se vende, á 50 céntimos de peseta, en las principales librerías. Diríjanse los pedidos al editor, Valencia (Caballeros, 1).

Crítica al uso, colección de verdades amargas, por *El Licenciado Céspedes.* Es el primer folleto de una serie que anuncia su autor. No está mal pensado ese estudio de *Crítica al uso*, y deja deseos, después de leerle, de que se publiquen en breve los titulados *El Teatro, La Prensa, Las Traducciones* y *Eruditos á la alcachofa.* Véndese, á una peseta, en las principales librerías.

Nociones de economía rural, para uso de la segunda enseñanza, por D. Esteban Sala y Carrera, ingeniero agrónomo y catedrático de Agricultura en el Instituto de Tarragona. Opúsculo muy útil á los alumnos de institutos y colegios. Véndese, á 2 pesetas, en las principales librerías, y en casa del autor, Tarragona (Rambla de San Juan, 76, tercero).

Entretenimientos, leyendas y poemas, por D. Bruno Portillo y Portillo. Contiene varias composiciones poéticas tituladas: *La Flor del valle, El Asesino, Amor y gloria,* y otras. Véndese, á 50 céntimos de peseta, en las principales librerías de Madrid y Granada.

La Cuestión obrera, por D. Juan Cancio Mena, catedrático y director de la Escuela de Comercio de Zaragoza. Folleto de actualidad y digno de estudio. Zaragoza, 1890.

La Misa del alba, impresiones y notas, por D. Martín Lorenzo Coria, con una carta-prólogo á D. Antonio Sánchez Pérez. Colección de artículos en prosa, novelitas y composiciones poéticas. Véndese, á 2 pesetas, en las librerías de don Fernando Fe, Madrid (Carrera de San Jerónimo, 2) y don F. Nacente, Barcelona (Bruch, 89 y 91).

V.

CERTAMEN CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO.

En conmemoración de la heroica defensa sostenida por la ciudad de Coruña en 1589 contra la armada inglesa, el día 7 del próximo Septiembre se celebrará en aquella población un Certamen científico, literario, artístico, industrial y mercantil, bajo los auspicios del Liceo Brigantino.

Los premios y temas son los siguientes:

Objeto de arte: Al autor de las mejores y más copiosas *Notas para la historia de la imprenta y del periodismo en Galicia.*—Escribanía de plata: *Drama histórico,* en uno ó más actos, escrito en dialecto gallego.—Objeto de arte: Dada su situación topográfica, medios de transporte, facilidad de adquisición de primeras materias, etc., *¿qué nuevas industrias podrían establecerse en Galicia en condiciones de prosperidad?*—Objeto de arte: *Concepto de la patria.*—Medalla de plata: *Dibujo ó boceto* escultórico ó pictórico, de monumento á Mayor Fernández de la Cámara Pita.—Laurel de oro: *El Movimiento económico liberal en Galicia.*—Pluma de oro en estuche con plancha de plata, donde se grabará el nombre del agraciado: *Causas de la lucha entre el capital y el trabajo* y *Medios prácticos de dirimirla en justicia.*—Medalla de plata, conmemorativa, á la mejor obra pictórica de historia ó de costumbres gallegas, y otra igual al mejor paisaje ó marina de Galicia.—Escribanía artística: *Necesidad de dar aplicación á los profesores y peritos mercantiles* en cuantos asuntos se refieren al Comercio en sus relaciones con el Estado.—Objeto de arte: *Narración* de algún acontecimiento que haya formado época en la historia nacional, ocurrido en alguna de las provincias de Galiciu.—Pluma de oro: *Medios que se juzguen más adecuados á conseguir la mayor suma de progreso y felicidad para los pueblos gallegos.*—Pensamiento de oro: *Memoria* acerca del estado actual de la música en España y medios de propagar su enseñanza y mejorar los diversos géneros que abraza.—Doscientas cincuenta pesetas y trescientos ejemplares impresos del manuscrito: *Canto á la heroica defensa de la ciudad de la Coruña contra la armada inglesa, en 1589.*

Las composiciones se remitirán, en la forma acostumbrada, al *Sr. Presidente del Liceo Brigantino, en La Coruña,* hasta el día 31 de Agosto próximo.

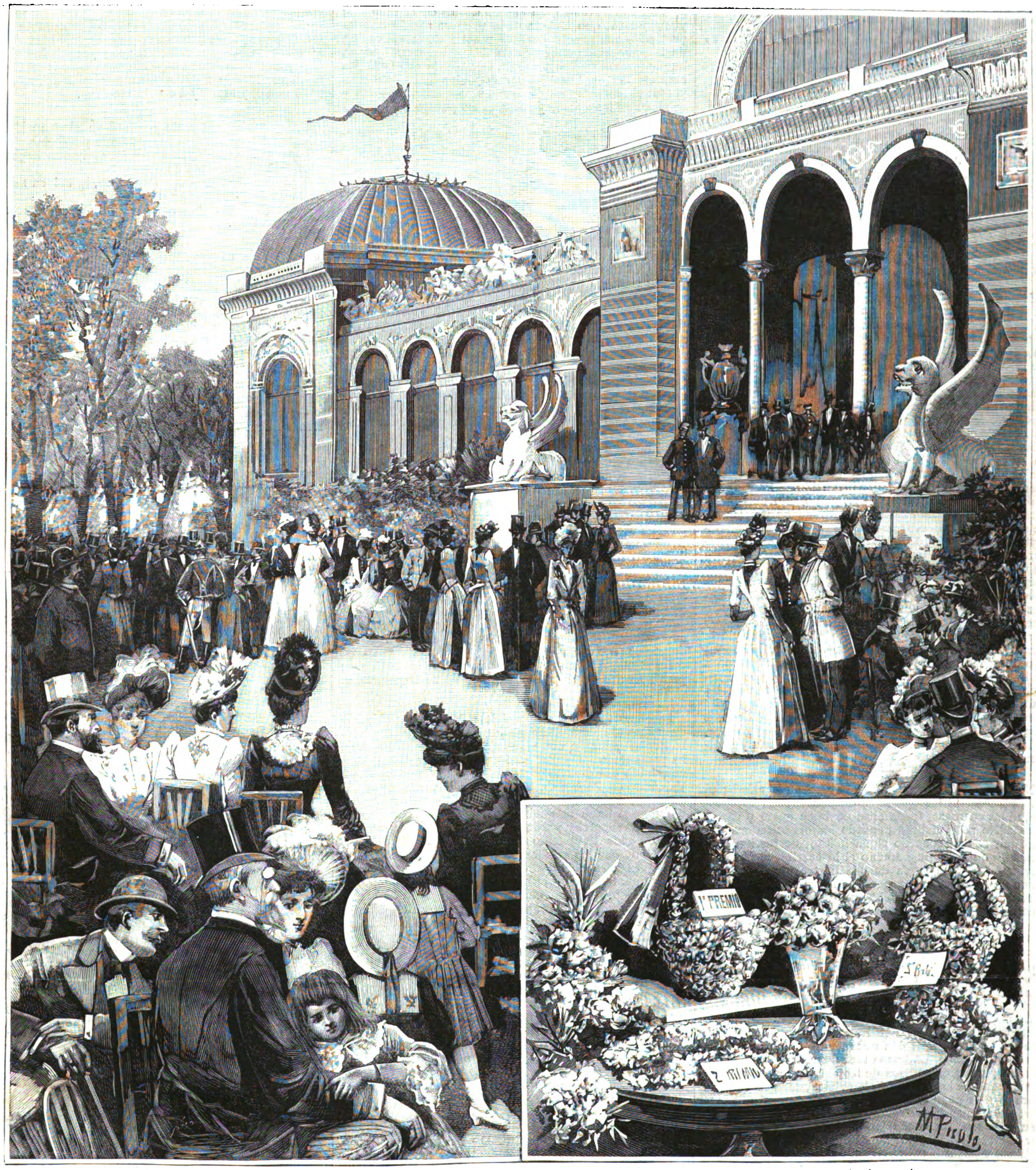
Autorizan la convocatoria: El presidente del Liceo, D. Saturnino Villelga, y el secretario, D. José Alvarez.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIV — MADRID, 22 DE JUNIO DE 1890. — NUM. XXIII.

MADRID.—LAS FIESTAS DE JUNIO.



LAS TARDES EN LA EXPOSICIÓN DE PLANTAS Y FLORES.—RAMOS DE FLORES PREMIADOS EN CONCURSO.

(Dibujo del natural, por Picolo.)

SUMARIO.

CRONICA GENERAL.

QUERIDO Bernardo Rico:

Me prohibes citar tu nombre al hablar de *La Florida*, ó sea la Cervara madrileña, remate brillante de las fiestas que deben llevar el nombre de Mellado. Guardaré el secreto que todo el mundo sabe, limitándome á dar una ligera idea del pensamiento y de su efecto. Quisiste, perdona la indiscreción, quisieron los iniciadores, trasladar á España la fiesta tradicional romana, en que los artistas, disfrazándose en alegre competencia, y formando grupos serios ó burlescos, á pie, montados ó en carrozas, y premiando ellos mismos las mejores invenciones, constituyen un conjunto agradable y de buen gusto, que recrea al pueblo y atrae curiosos á la población. El disfraz de los que asisten no significa que pretendan divertir á los demás, sino divertirse entre sí, viendo á los amigos con trajes y aspectos desusados, costumbre, aun en nosotros, tan antigua y de buen tono, que siempre la nobleza española tomó parte principal en las mascaradas, alegorías, cabalgatas y disfraces de los festejos públicos, como se podrían citar millares de ejemplos, siendo el más recientemente publicado (1) la relación del torneo de 13 de Enero de 1630, en Zaragoza. En éste si se señalaban premios para el mejor hombre de armas y mejor golpe de maza, también se ofreció otro á la mejor invención. Y los grandes y señores se presentaron á porfía, no sólo magníficamente vestidos y montados, sino rodeados y seguidos de salvajes, carrozas, músicos, monstruos, gitanos, elefantes y todo género de caprichos. Y aun hubo caballero que no tuvo inconveniente en presentarse oculto en una carroza que representaba un monte, el cual se abrió en cuatro pedazos, dando salida á innumerables liebres, conejos y perros y al magnífico D. Juan Fernández Heredia, señor de Cetina. Tenían, pues, muchos y buenos precedentes los organizadores de *La Florida* para disponer aquel espectáculo, sin derogación de la formalidad. Y como además se propusieron el placer lícito de pasar un día de campo, entre amigos y personas de buen humor, para rustificarse un poco, objeto higiénico que sirve de fundamento á sociedades muy serias y útiles, creo que no es criticable la idea, sino digna del aprecio con que la recibió el vecindario de Madrid. Si tiene oposición, es porque, como dice un amigo mío, toda acción humana sufre la oposición necesaria y fatalmente.

No describiré la merienda, á que no pude asistir; ni los disfraces, ni los episodios de aquel festín campestre, ni las carrozas, todas ellas de buen gusto y caprichosas. No sé si habrán pensado los organizadores en imprimir como recuerdo algún folleto, de testigo presencial, que sería muy ameno si lo escribiese Mariano Cavia, á quien vi cerca de una ilustre escritora para quien no era nuevo el espectáculo, pues en Roma fué presidente de la Cervara el ilustre príncipe de Ratazzi; y cerca de tí y del diputado Ducazcal en la brillante artística carroza de las Letras y Artes, que cerraba la comitiva, obra de nuestro amigo Aníbal Alvarez. Cavia debía escribir ese opúsculo, para que supieran los que no la presenciaron lo que fué la primera fiesta de *La Florida* que habéis instituído, como su paisano Bartolomé de Argensola no desdeñó describir el torneo de Zaragoza de 1630.

La impresión que yo guardo es más fantástica que real; de conjunto que detallada; de luz y de colores que de formas. Impresión nueva y profunda que tenía algo de lo soñado. La buena idea de utilizar los rails del tranvía para la colocación de las carrozas, y el adorno bien ideado de los coches de la música, daba estabilidad y orden á la comitiva. Sólo sé que pasaron á mis pies naves, estatuas gigantescas, una calesa con dos majas y su calesero, un coche japonés, carrozas iluminadas por la electricidad ó por bengalas, moros á caballo, arlequines y payasos sobre burros, coches con banderas, telas brillantes flotando por el aire, y antorchas que agitaban los de á pie, vestidos á capricho y alumbrando en fila interminable. Y oí músicas, cornetas, aplausos y murmullos de satisfacción; y oí decir á todos que *La Florida* resultó la más lucida y pintoresca de las fiestas.

***

El simulacro naval de combate entre el submarino *Peral* y el *Colón*, y los cañoneros *Salamandra* y *Cocodrilo*, se ha verificado en las aguas de Cádiz en varios sectores de un círculo, con radio de cinco millas, á contar desde el castillo de San Sebastián. Hubo pruebas durante el día y por la noche, y por el mal estado de las líneas no se han recibido, á la hora en que escribimos, noticias completas de los resultados de las pruebas. No es fácil á un profano hacerse cargo, por las observaciones de los corresponsales, de lo que ocurrió en aquel simulacro interesantísimo; pero en medio de esta obscuridad momentánea, acerca de lo técnico y puramente militar, resulta claro para todos que el submarino ha maniobrado con la seguridad y facilidad de un buque de los sistemas conocidos y probados; que el simulacro nocturno ha sido más acabado que el solar, y aun calificado de maravilloso por alguno de los corresponsales; y finalmente, que España es la primera nación que ha verificado una prueba positiva y seria de la aplicación de la navegación submarina á la táctica naval, en un buque formal, que es un arma temible de combate. La empresa del Sr. Peral ha pasado ya los límites de proyecto: el monstruo que se quiso hacer abortar existe y se mece en las aguas, y reclama su puesto en nuestra escuadra.

El retraso de los partes, que hemos tenido que aguardar, como en la crónica anterior, hasta última hora, no nos permite hoy hacer más consideraciones. Pero si en la anterior nos congratulábamos de lo realizado, hoy se aumenta nuestra satisfacción, aunque dejemos para otro número el discurrir, mejor informados, acerca del submarino y sus aplicaciones.

No á todos han satisfecho los telegramas. Conocemos á un individuo que al leer los partes sufrió un gran desencanto.

—¿Qué te sucede?—le preguntamos al ver su semblante mustio.

—Que esto no era lo anunciado. ¿No se habló de volar un buque? Pues el submarino debió volar al *Colón* para demostrar su poder á la comisión técnica que iba en dicho buque.

***

Si hiciéramos crónica política, tendríamos dos grandes asuntos: uno exterior y otro interior; el tratado alemán-inglés repartiéndose el Africa ecuatorial, y la inesperada conciliación de la disidencia gamacista y del Gobierno en el Congreso español. Respecto del primero, nos limitaremos á señalar la circunstancia curiosa de que tanto en Berlín como en Londres ha sido el convenio criticado duramente: en Berlín, como demasiado favorable á Inglaterra; en Londres, como excesivamente ventajoso para Alemania.

En cuanto á la fórmula de conciliación entre gamacistas y sagastinos, sólo debemos mezclarnos en lo que tiene de pintoresca. Tiempo hace que se intentaba inútilmente la avenencia, y cuando parecían perdidas las esperanzas de los que la deseaban, el Sr. Moret anunció que se había encontrado la fórmula. Y ello es que era cierto: en medio de una discusión, cuando todos creían que no había manera de entenderse las dos fracciones citadas, surgió la base del pacto, que se aprobó solemnemente con regocijo de la mayoría y asombro de las oposiciones.

La prensa política tiene tema para muchos artículos: para nosotros no se presta, á pesar de su importancia.

***

Pasemos de lo agradable á lo más desagradable: de las fiestas al cólera. Siempre que éste nos ha visitado lo ha hecho avisando con alguna anticipación, y ahora se ha presentado, al parecer, de un modo imprevisto en un pueblo del distrito de Albaida, en la provincia de Valencia, en Puebla de Rugat, de 1.900 habitantes. El director de Sanidad, Sr. Baró, y una Comisión facultativa han visitado el pueblo para estudiar la epidemia, distribuir socorros y adoptar precauciones. Probablemente quedará el pueblo acordonado, y se ofrecen á la consideración dos problemas.

¿Es el cólera morbo asiático, ó es una epidemia local? ¿Podrá contenerse en el limitado espacio de su acción?

Para lo primero no constan á esta hora datos que prueben la importación, pues aquella localidad es interior; y en cuanto á lo segundo, hay grandes esperanzas de que se contenga la epidemia.

Si es el cólera, se ha presentado á traición y en sitio que hace muy sospechosa y extraña su existencia; y como hasta ahora las pocas invasiones observadas en algún otro pueblo del distrito han sido de vecinos huídos de Puebla de Rugat, hay motivos para confiar, aunque la prudencia aconseja tomar muchas precauciones, y se toman realmente.

El egoísmo público quisiera que se tratara de un cólera particular, para uso exclusivo de los vecinos de Rugat. Así como cuando se sale con paraguas no suele llover, es posible que como nos halla preparados no se desarrolle la epidemia.

***

Conocíamos todos á la Sra. D.ª Concepción Jimeno de Flaquer como escritora elegante y de estilo apasionado y poético; sabíamos que había representado en Méjico con brillantez las letras españolas, al frente de un periódico ilustrado; y aun prometiéndonos un buen éxito, por lo que de su talento esperábamos, en la lectura que hizo en el Ateneo de Madrid, todavía superó á nuestras esperanzas el efecto que produjo en aquel auditorio inteligente y escogido, impresión que interpretaron con unánimes aplausos todos los periódicos que se ocupan de literatura. Desde luego cautivaron al público la presencia, el rostro, los modales y la modestia de la simpática escritora: ese fué el triunfo de la dama; cuando empezó á leer con voz segura, vibrante y de encantadora entonación, un murmullo de sorpresa y agrado anunció el triunfo seguro de la lectora; y al desarrollar el tema de la civilización azteca, anterior á la conquista de Méjico, y trasladar á los oyentes á aquellos tiempos apartados, y darlos vida semejante á la real, resucitando sus héroes y sus costumbres, y á la histórica D.ª Marina, obtuvo otro nuevo triunfo la pensadora, la poetisa y la erudita.

La galantería no intervino para nada en aquellos triunfos y en aquellos atronadores aplausos. Fué un éxito verdadero, unánime y extraordinario.

***

Un individuo se coloca en la calle junto á un transeunte, y marcha á su lado por donde éste va, y se pára también cuando el otro se detiene.

—¿Tiene usted la bondad—dice el transeunte amostazado—de explicarme su conducta?

—Usted dispense, caballero; soy licenciado del ejército y algo distraído: tengo costumbre de ir en fila, y á lo mejor, cuando alguien pasa por mi lado, marco el paso con él y me voy á donde me lleva.

Un acreedor entra de repente en el despacho del deudor: éste se levanta sobresaltado y trémulo.

—No tenga usted temor—dice el recién llegado;—vengo á hacer á usted un obsequio.

Y desenvolviendo una fotografía, la coloca sobre la mesa de escribir, y añade:

—He querido regalarle mi retrato para que me tenga usted presente.

—En esta casa—decía la señora en su tertulia—somos compasivos; no se mata á ningún bicho.

—¿Ni á los ratones?

—Tampoco; los que caen en la ratonera, los soltamos en la calle.

—Sí, señores—añade el esposo—y los ratones, como ven que mi mujer les trata bien, vuelven al instante.

—¿Qué dicen los partes de la epidemia?

—Que el gobierno envía varias docenas de gallinas para los atacados de la enfermedad.

—¡Ah! ¿Se premia con alones y pechugas á los coléricos? Entonces aumentarán las invasiones.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

LA EXPOSICIÓN DE PLANTAS Y FLORES

en el Parque de Madrid.

En la tarde del viernes 6 del actual se verificó la inauguración de la brillantísima Exposición de Plantas y Flores instalada en el Parque de Madrid (cuartel de la Exposición de Filipinas) bajo los auspicios del Excmo. Ayuntamiento de esta capital.

A las seis y cuarto S. M. la Reina Regente y S. A. R. la infanta D.ª Isabel, acompañadas de las damas de honor señoras Condesa de Sorrondegui y Marquesa de Nájera, llegaron en carruaje ante la gradería del Palacio de Cristal, donde fueron recibidas por las señoras del Jurado (que lucían como insignia de su cargo medalla de plata con cinta azul), las autoridades, varios concejales, el delegado municipal del Parque, el ingeniero director de Jardines y Arbolado, y otras personas notables, tributando los debidos honores una compañía de infantería con bandera y música.

La Reina y la Infanta, con su séquito, visitaron casi todas las instalaciones, acompañándolas el Sr. Alcalde y el Sr. Delegado del Parque, y luego se dignaron aceptar un espléndido *lunch* que había sido preparado en el pabellón árabe, sobre el lago, retirándose las augustas señoras á las siete y media, muy complacidas del hermoso aspecto que presentaba el florido concurso.

El Palacio de Cristal, verdadero núcleo de la Exposición, estaba transformado en magnífica estufa, alrededor del lago, en cuyas aguas se retrataban las plantas y las flores más vistosas: bajo la rotonda central aparecía la instalación de la Real Casa de Campo, en la que se destacaba una riquísima colección de palmeras, bromelias, arecas, kentias y casolarios de colores variados; en el semicírculo que formaba la rotonda estaba la instalación del Sr. Achiles y Abajo, con buenos ejemplares de helechos davalia, caladiuns y anturium cristalinum; á la orilla derecha del lago veíase la instalación del Sr. Duque de Alba, en la que era digno de notarse un rarísimo ejemplar, por lo hermoso, de cica, y una buena colección de dracenas y lactencias borbónicas; en el semicírculo que rodea á la rotonda, la Quinta de la Esperanza presentaba una colección de helechos; á la orilla izquierda del lago aparecía en primer término la instalación del Sr. Duque de Fernán-Núñez, con una hermosa colección de azaleas, arecas y cebrinas; detrás estaba la instalación del Sr. Martín, con buenas y vistosas colecciones de gloximias en flor, aralias, begonias, helechos y una musa vitata magnífica; el Sr. Conde de Montarco presentaba también plantas de café, gracilis paudamos, kentias macroyanas, aralias vechis, ficus parcelais y dracenas volyanas.

Frente al Palacio de Cristal descollaba la instalación del Jardín Botánico, con eucaliptus, acacias, palmeras y helechos; cerca estaba la magnífica del Ayuntamiento, donde había hermosas colecciones de aralias, amarantas, pepnomias y otras, y 25 lámparas colgantes de variadas flores; la Quinta de la Esperanza, la Universidad Central, los Sres. Philipot, Lillo, Morales, Rodríguez, Aguinaga, Sisay y otros *amateurs* han presentado también muy lindas colecciones y bellos ejemplares de plantas y flores.

Las tardes de la Exposición son objeto del grabado de la plana primera, abierto sobre dibujo, del natural, del Sr. Picolo: la sociedad más elegante se reunía, después de visitar las instalaciones, en el ancho paseo que se extiende frente al Museo de Ul-

(1) Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza. Tomo II, pág. 197. Colección de Escritores castellanos.

tramar, disfrutando de la deliciosa frescura del ambiente y de los acordes de las músicas, que, situadas en la extremidad de la avenida, ejecutaban un selecto progama.

En la tarde del 14 hubo allí un atractivo especial: verificáronse concursos de ramos y flores, bajo la presidencia de S. A. R. la infanta D.ª Isabel, y fueron premiadas por unanimidad: flores sueltas, de los Sres. Martín, Ramos y Phillipot; ramos de ojal, de los Sres. Barea, Duque de Alba y Martín; ramos, cestas y canastillas de flores, agrupaciones sueltas y otras, de varios inteligentes expositores.

Y en la pág. 396 damos otro grabado, dibujo del Sr. Riudavets, que representa las principales instalaciones del concurso: en la parte central aparece el interior del Palacio de Cristal, con las instalaciones de la Real Casa de Campo, en las que sobresalen soberbios helechos, y á derecha é izquierda, en el mismo Palacio, figuran las instalaciones de los Sres. Duques de Alba y de Fernán-Núñez, con bellísimas plantas de estufa y de salón, y también las de la Quinta de la Esperanza, del Sr. Achilles, del Sr. Philipot, del Sr. Martínez, y otros; á la derecha del Palacio de Cristal, y en una cartela, se ve un precioso grupo de gladios, presentado por dicho Sr. Martín, y á la izquierda, en un círculo, dentro de la cabaña que fué iglesia filipina, la instalación especial del mencionado Sr. Philipot; arriba, en un óvalo, figura una soberbia magnolia artificial, que ofrece idea de lo que ha sido la sorprendente instalación de flores, frutas y legumbres imitadas, del Sr. Andrade, merecedor de entusiastas plácemes por su trabajo exquisito; á los lados, en el Pabellón del Jurado y en la Tabacalera filipina, están las instalaciones particulares de los Sres. Achiles y Abajo y de la Quinta de la Esperanza; la parte inferior del grabado representa una vista parcial de la soberbia instalación del Ayuntamiento, y al lado está la caprichosa fuente de la Cerámica Madrileña, de barro cocido, policroma, figurando una pareja de niños cubriéndose con un paraguas, que vierte el agua alrededor; vese también, en la parte superior, un grupo de tiestos de cactus, presentado por el Botánico, y el paseo de los Pinos, donde se había instalado el *restaurant*.

Indudablemente, la Exposición de Plantas y Flores de este año, merced á la iniciativa del Sr. Alcalde, á la actividad y buen gusto del concejal delegado D. Federico Arredondo y á la cooperación que les han prestado corporaciones y particulares, ha sido una de las mejores que hemos visto en la corte de España.

***

CAMILO CASTELLO BRANCO,

eminente literato portugués.

Telegramas de Lisboa y Oporto anunciaron, el 2 del actual, un lamentable suceso: Camilo Castello Branco, insigne escritor lusitano, *o mestre da lingoa portugueza*, como se le nombraba en el país, se había suicidado en su casa de San Miguel de Seide, cerca de Oporto.

Desde que hubo perdido la vista, dominóle invenciblemente la obsesión del suicidio, como único medio de librarse de las penas que le atormentaban, y así lo declaró á su médico de cabecera, pocos meses hace, cuando, ya enfermo, conocía que se le apagaba la luz de los ojos; en la tarde del día 2 fué visitado por un especialista de Aveiro, el Dr. Edmundo Machado, quien, después de reconocerle minuciosamente, recomendóle un viaje para robustecerse, y saliendo de la casa con la esposa del enfermo, declaró á esta señora que el ilustre escritor no recobraría la vista; Castello Branco, que les había seguido sigilosamente, oyó la terrible declaración, y volviendo á la sala, sentóse en una silla de brazos, y disparóse en la frente un tiro de revólver, que le produjo la muerte, después de dolorosa agonía, á las cinco de la tarde.

Camilo Castello Branco había nacido en Lisboa el 16 de Marzo de 1826, y tenía por consiguiente sesenta y cuatro años y dos meses cumplidos; huérfano y pobre desde la infancia, el consejo de familia le entregó á los cuidados de una hermana de su padre, que residía en Villa Real (Tras-os-Montes), de donde huyó dos veces por los crueles tormentos que aquella señora le hacía sufrir; recogióle, á la edad de trece años, una hermana suya, casada con el médico D. Francisco José de Azebedo, y un hermano de éste, el ilustrado sacerdote D. Antonio José, tomó á su cargo la educación literaria del huérfano, quien más tarde fué enviado á Oporto para que se matriculara en la Escuela de Medicina.

De esta época datan las primeras poesías de Castello Branco, tituladas *Juizo final* y *Pundonores desaggravados*.

Habiendo sido reprobado en el examen de Anatomía, Camilo marchó á Coimbra en 1845, donde estuvo enfermo de gravedad por espacio de siete meses; luego regresó á Villa Real, y le comprometió un tío suyo á ingresar con él en las filas del guerrillero Mac-Donell, que á la sazón llegaba á Braga perseguido por las tropas del Conde de Casal; muerto poco después aquel jefe de la guerrilla, en Sabroco, el joven se retiró de la vida de campaña con el espíritu lleno de dolorosas impresiones, á las que dió forma en vibrante frase para los folletines de *O Nacional* y *O Eco Popular*, en los cuales inauguró su carrera de periodista; desde entonces colaboró en los más notables periódicos y revistas, como el *Portuense*, *Journal do Povo*, *Semana*, *Cruz*, *Revista Universal Lisbonense*, *Clamor Publico*, *Mundo Elegante*, *Aurora do Lima*, *Ateneu* y otros; sucesivamente, residiendo algunos años en Lisboa y otros en Oporto, publicó sus obras *Anatema*, *Misterios de Lisboa*, *Livro Negro do Padre Diniz*, *Onde está a felicidade*, *Filha do arcediago*, *Poesia e dinheiro*, *Homens de brio*, *Neta do arcediago*, *Scenas da vida contemporanea*; preso en Lisboa, á consecuencia de una ruidosa aventura, fué visitado en la prisión por el rey D. Pedro V, en Febrero de 1861, y absuelto por el jurado en Octubre del mismo año; retirándose entonces á su casa de San Miguel de Seide, y habiendo contraído matrimonio con la dama que figuró en aquella aventura, doña Ana Plácido, emprendió la tranquila vida del jefe de familia que trabaja diariamente por la existencia y por el porvenir de sus hijos: son de esta época sus mejores escritos, en los que sobresalen sus cuestiones sobre la Escuela de Coimbra, los editores, los críticos del *Cancioneiro Alegre*, el proceso *Vieira de Castro*, y tantos otros en los que resplandece su genial sarcasmo.

En 1885 el Gobierno de D. Luis I le concedió el título de Vizconde de Correia Botelho, y las Cortes del Reino, á consecuencia de un magnífico discurso que pronunció el diputado doctor Antonio Cándido, le relevaron de pagar los derechos correspondientes á aquella merced honorífica; hace dos años fué á Lisboa, para consultar con los mejores médicos acerca de su padecimiento en los ojos, y volvió á su casa de San Miguel de Seide cruelmente desengañado, y con la perspectiva de la miseria después de tan laboriosa existencia, si las Cortes no hubiesen votado, en el año último, un subsidio anual de dos *contos de reis* para aquel pobre ciego de la vista corporal y para su hijo Jorge, ciego de inteligencia hacía largo tiempo.

El Sr. Castello Branco era socio de la Real Academia de Ciencias de Lisboa, y rechazó el nombramiento de individuo numerario del Instituto de Coimbra. Estaba condecorado con una encomienda de Carlos III, que le concedió el Gobierno español en 1869.

En la pág. 397 publicamos su retrato y el exterior de la casa de San Miguel de Seide, grabados por fotografías directas que ha tenido la galantería de remitirnos D. Antonio Soller, de Oporto.

Esa casa, campestre morada del ilustre novelista por espacio de veinticinco años, está situada á unos seis kilómetros de Villa Nova de Famalicão, entre frondosa arboleda de castaños y nogales, y rodeada de tapias y con puerta de hierro; cuando llegaba alguna persona á visitarle, apenas sonaba la campanilla de la puerta, salían del interior dos enormes perros de raza, ladrando furiosamente, y Castello Branco se asomaba á la ventana de la derecha, mandaba encerrar los canes y salía á recibir las visitas; dicha ventana, y las cuatro siguientes de la misma línea, correspondían al gabinete y biblioteca donde el gran escritor lusitano ha escrito las mejores obras del segundo período de su vida literaria.

Descanse en paz el ilustre literato portugués Camilo Castello Branco.

***

BELLAS ARTES.

«1814» (*Campaña de Francia*), célebre cuadro de Meissonier.

«Al ver que un Meissonier (escribe *Figaro Illustré*) se paga lindamente con centenares de miles de francos, cualquier mortal siente la tentación de decir, dándose un golpe en la frente, aunque sea con el pie, si no tiene brazos: «¡Yo también soy pintor!.....» Los dos *1814*, de Meissonier, dos obras maestras, acaban de ser vendidas en París: uno á M. Chauchard (para el Louvre), en 850.000 francos; otro á MM. Boussod, Valadon y Compañía, en 131.000 francos; es decir: los dos *1814* en casi un millón de francos.»

Nos apresuramos á ofrecer á nuestros suscritores un excelente facsímile del primero de esos dos *1814* en el grabado de la página 400.

Campaña de Francia ó *1814* inauguró la serie de las magníficas pinturas que forman el *ciclo napoleónico* del gran artista Meissonier: fué expuesta en el *Salón* de 1864 (no de 1865, como dice algún periódico inglés), y varios escritores la denominan *Campaña de Rusia* y también *Retirada de Moscou*, cuando la escena figura á las puertas de París, después de la batalla de Romainville (30 de Marzo de 1814).

El Emperador, montado en su legendario caballo blanco, *Marengo*, aparece en primer término, en un declive del camino; detrás de él marcha su Estado Mayor, los mariscales Ney y Berthier, los generales Drouot, Gorgaud, De Flahaut y otros, admirablemente retratados; hacia la izquierda, en segundo término, avanza la infantería en formación correcta, siguiendo á sus jefes y precedida de nutridas bandas de tambores y trompetas.

La figura de Napoleón es magnífica, revelando en el semblante contraído, grave, tétrico, el tropel de pensamientos que hervían en su mente; la del mariscal Ney, cuyos ojos relampaguean en la sombra del ladeado tricornio, es la expresión del coraje en lucha con la serenidad estoica; la del mariscal Berthier, característica, rigorosamente histórica, muestra al valiente, que no se había desmontado en dos días, rendido al sueño, durmiendo sobre la silla, inclinada la cabeza, agarrándose con la mano derecha á la grupa del caballo; los generales tienen expresión de fiereza, de dolor, de triste desaliento y hasta de cruel desesperación; los granaderos que pasan cerca, vuelven la vista á la derecha, y contemplan con apenado semblante á aquel hombre glorioso que tantas veces les llevó á la victoria, y que entonces regresaba á París en retirada, casi derrotado, por vez primera, volviendo la espalda al enemigo.

Tal es el asunto del soberbio cuadro, cuyas dimensiones son 30 pulgadas de largo por 20 de alto; fué vendido á M. Delahante en 70.000 francos, y ahora le ha comprado M. Chauchard por 850.000.

El otro *1814*, comprado en 131.000 francos, en la venta *Proto-Riche*, por MM. Boussod, Valadon y Compañía, según hemos dicho, presenta algunas variantes en la composición, especialmente en el grupo de los generales, aunque el asunto es igual.

Las otras dos principales pinturas del *ciclo napoleónico* de Meissonier son: *Los Coraceros ó 1805*, ejecutada en 1871, y comprada por un millonario norteamericano en 400.000 francos, fué pasto de las llamas en Nueva York; *Friedland ó 1807*, pintada en 1878, y adquirida por Mr. Stewart en 300.000 francos, fué comprada por Mr. Gould, en Marzo de 1888, en la cantidad de 66.000 *dollars*, ó sean 330.000 pesetas.

***

MADRID:

El *Carrousel* y la gran diana en la plaza de Toros.

La guarnición de esta corte puede estar satisfecha del magnífico éxito de los festejos en que ha tomado parte: la formación y el desfile en la misa de campaña, la retreta y el *Carrousel* han merecido, con justicia, entusiastas elogios de la muchedumbre innumerable que los ha presenciado.

El *Carrousel*, festejo de muy español abolengo, aunque su nombre sea francés, llevó á la plaza de Toros, en la tarde del 11 del actual, un público distinguido; todas las localidades de sol y de sombra, palcos y gradas, tendidos y barreras, estaban completamente ocupadas, presentando la plaza aspecto brillantísimo; á las cinco llegaron S. M. la Reina Regente, con sus augustos hijos y S. A. R. la infanta D.ª Isabel, acompañadas de su alta servidumbre, siendo saludada la Real familia con el mayor respeto por la inmensa concurrencia, y por los acordes de la marcha Real.

Con la venia de la Reina Regente dióse principio al festejo, ejecutándose por las bandas militares la parte musical del programa, así dispuesto: *Fantasía morisca*, dirigida por D. Carlos Pintado (Chapí); *Retreta austriaca*, dirigida por D. Antonio Vázquez (Belle); *España*, walses dirigidos por D. Pedro Pueyo (Valdtaufel); Marcha de la ópera *Tannhauser*, dirigida por don Eduardo Juarranz (Wagner); Jota de la zarzuela *La Bruja*, dirigida por D. Isidoro Chapí.

Todas las piezas musicales fueron objeto de nutridos aplausos, especialmente la preciosa *Fantasía morisca* y la marcha de *Tannhauser*.

En seguida se ejecutó la segunda parte del programa, entrando en el circo las bandas de cornetas y clarines de caballería y artillería montada, que tocaron al unísono la marcial y majestuosa gran diana, la cual escuchó el público en religioso silencio, y aplaudió luego con familiar entusiasmo.

Aparecieron después 36 caballos montados por soldados (quintos de este año) en uniforme de cuartel y armados de juncos de equitación, y los cuales, dirigidos por el inteligente profesor D. Pedro Castellá, que daba las órdenes con un silbato, ejecutaron diestramente las evoluciones así marcadas en el programa: *a*, Presentación y saludo; *b*, Desfile; *c*, Fuego á la cosaca; *d*, Trabajo en dos tandas, con círculos de tres y seis; *e*, Doblados por tres y seis en todas direcciones; *f*, Círculo; *g*, Estrella; *h*, Rueda; *i*, Caracol; *j*, Serpentina; *k*, Reunión y descarga.

Todos estos ejercicios resultaron notabilísimos, señaladamente el tercero y el último, que fueron repetidos entre atronadores aplausos, repitiéndose también, para terminar, la gran diana de las bandas de cornetas y clarines de caballería y artillería montada del Sr. Caldevilla.

Este primer número del programa del *Carrousel* es el que reproducimos en nuestro grabado de la pág. 401, según fotografía directa.

S. M. la Reina y SS. AA. RR. las Infantas permanecieron en el palco regio hasta la conclusión del militar y bien ejecutado festejo.

***

LA CATÁSTROFE DE LA HABANA: RETRATOS DE LOS SRES. DE MUSSET, ZENCOVIECH Y SILVA, tres víctimas del incendio ocurrido en el almacén de ferretería de los Sres. Isasi.—CONDUCCIÓN DE LOS CADÁVERES AL CEMENTERIO DE LA HABANA.—(Véase el artículo correspondiente, pág. 403.)

***

PARÍS:

Consagración de la basílica del Sagrado Corazón de Jesús.

El último día de Mayo próximo pasado y el primero del mes de la fecha se han efectuado solemnes funciones religiosas en la basílica del *Sacré-Cœur*, de París: la bendición de los sillares donados por los feligreses de la parroquia de *Nôtre-Dame*, y la consagración de la nave principal del templo, en cuyo altar mayor se celebró por primera vez el santo sacrificio de la Misa.

De antiguo saben nuestros lectores que la basílica del Sagrado Corazón de Jesús, obra grandiosa de nuestra época, se construye de nueva planta, por voto nacional, y por suscrición y donativos de todo el mundo cristiano, en las alturas de Montmartre, las más elevadas del territorio parisiense, á 100 metros sobre el nivel del Sena.

Autor de los planos es el eminente arquitecto M. Rauline; dirige las obras su colega M. Laurent; son empresarios de la cantería, albañilería y carpintería MM. Riffaut, Huguet y Martín.

La fábrica del colosal edificio se levanta sobre una superficie total de 5.000 metros, y se calcula que el peso de la obra excede de 48 millones de kilogramos; el estilo arquitectónico pertenece al románico-bizantino, según el modelo de la iglesia de San Vidal, de Ravena, fundada por el emperador Justiniano y su mujer Teodora; para sus cimientos ha sido necesario abrir 83 pozos de 33 metros de profundidad, y rellenarlos luego con 35.178 metros de mampostería gruesa y menuda; sobre la cripta, y para la edificación de los muros y de las trece capillas, se levanta colosal andamiada compuesta de 4.500 maderones de abeto; hasta el día han entrado en la construcción 35.000 sillares, y para terminarla, con la cúpula central, las cuatro pequeñas cúpulas que la rodean y el campanario gigantesco, según los planos, son necesarios hasta 250.000 sillares y un período de cinco años.

La altura de dicho campanario será de 83 metros, ó sean 210 sobre el nivel del mar, y la base de la cúpula principal estará á la misma altitud que la segunda plataforma de la torre Eiffel, mientras el pavimento de la iglesia quedará al nivel, exactamente, de la linterna del Panteón.

En nuestro grabado de la pág. 405 se reproduce la fachada principal con su grandioso y severo pórtico: éste consta de tres grandes arcadas, dando frente á París, que se apoyan en macizos pilares rodeados de haces de columnitas; cada arcada, bajo el pórtico, forma en conjunto una bóveda esférica; las puertas de entrada á la iglesia están desarrolladas en plena cintra, y también flanqueadas de columnitas de granito pulimentado de los Vosgos, cuyo matiz obscuro contrasta graciosamente con el fondo blanco de la piedra de sillería; sobre dicho pórtico hay un terrado con grandes baldosas taladas en ranuras, para facilitar la caída de las aguas llovedizas.

A derecha é izquierda del mismo, en el interior, están las capillas anexas del Ejército y de la Marina; y la primera ofrenda recibida en esta última, á manera de exvoto, ha sido la espada del almirante Courbet, donada con tal destino por la familia del ilustre difunto; el nicho central que corona la fachada recibirá en breve plazo una estatua gigantesca del Sagrado Corazón de Jesús, obra magnífica, ya terminada, del escultor Thomas.

La función religiosa del 31 de Mayo tuvo por objeto, como dicho queda, la bendición de las piedras ofrecidas últimamente por los feligreses de la parroquia de Nôtre-Dame: así, con ofertas semejantes de todo el mundo cristiano, se construye la grandiosa basílica; cada piedra, cada cornisa, cada pilar es una donación personal ó colectiva, desde el sillar que costó 120 francos hasta la columna que costó 100.000; toda la cristiandad ha contribuído á la edificación del templo, visitando las obras más de 20 millones de peregrinos ó de curiosos, á un franco la entrada; calcúlase que los ingresos por este concepto han pasado de 25 millones, de los cuales la cantidad de 14 millones se ha invertido en pagar á los obreros, todos franceses, ocupados en las diversas partes de la edificación, y á razón de 300 jornales por año y por hombre.

¿Por qué no se piensa en establecer un arbitrio semejante para el progreso de las obras en la catedral de la Almudena?

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LOS TEATROS.

Siguen los triunfos de la compañía italiana de ELEONORA DUSE *en el* TEATRO DE LA COMEDIA.—*Bazofia antiliteraria con que regalan el paladar del vulgo los coliseos de función por hora.*

EL Teatro de la Comedia, que en estos últimos años ha sido el predilecto de las personas de buen gusto (merced á los laudables esfuerzos de su inteligente director, á la índole de su repertorio y al acierto con que se ejecutan en él las obras), ha seguido gozando en la temporada actual el favor de los amantes del verdadero arte dramático. Débese tan no interrumpida predilección, honrosa para la sociedad que lo frecuenta, no solamente á la circunstancia de ser hoy el único donde se rinde culto á la poesía representable que no está en pugna con los fueros de la inspiración artística, sino también, y muy en particular, á las extraordinarias condiciones de la insigne actriz que figura al frente de la compañía italiana.

Próximo el día en que ésta habrá de abandonarnos; siendo ya poquísimas las veces que por ahora tendremos el gusto de admirar en Madrid á Eleonora Duse, daré principio á la presente indicación de las últimas obras que se han aplaudido en el elegante coliseo de la calle del Príncipe consignando el hecho de haber sido cada una de sus representaciones nueva ocasión



PARQUE DE MADRID.—INSTALACIONES EN LA EXPOSICIÓN DE PLANTAS Y FLORES.

(Dibujo del natural, por Riudavets.)

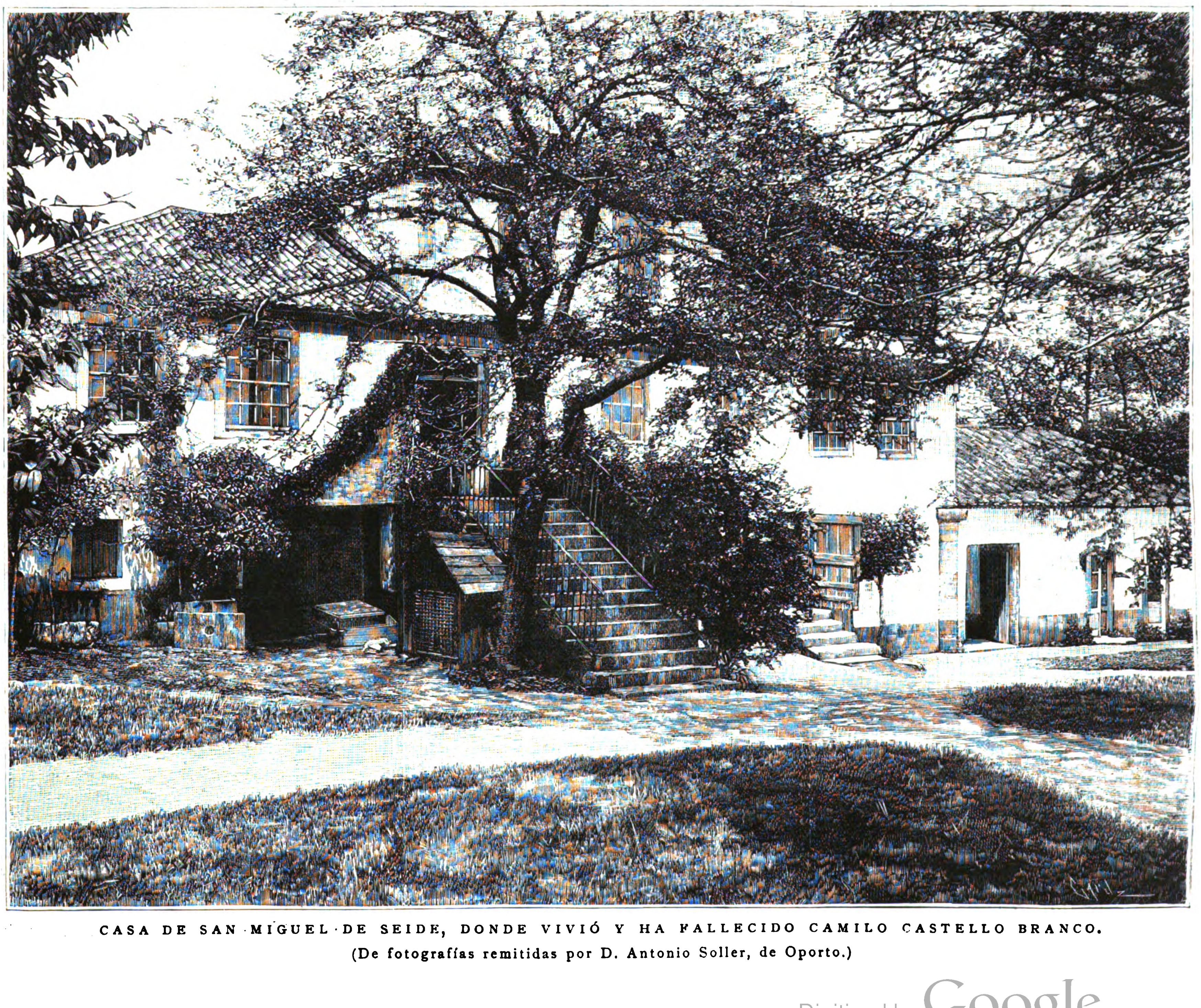
de envidiables triunfos para la artista incomparable. Grande era la fama de que vino precedida; pero ahora, con más razón y fundamento que al principio de la temporada, puede asegurarse que la pregonera del mérito jamás ha ensalzado el de nadie con mayor justicia. Para llegar á la altura en que brilla Eleonora Duse, la más notable quizá de cuantas actrices honran hoy la escena, no bastan el talento, el estudio, ni las facultades físicas necesarias para sobresalir en el teatro; se necesita, además, la maravillosa intuición, el don casi divino de penetrar en el fondo del alma para descifrar el misterio de los caracteres, de las pasiones y de los sentimientos humanos, á fin de reproducirlos y retratarlos fielmente con la mágica verdad y el persuasivo encanto de la naturaleza viva. Esa peregrina intuición, ese don supremo, siempre raro y excepcional, es el más brillante distintivo de la inspiración dramática de Eleonora Duse

Porque el público de esta corte lo ha comprendido así, dando alta muestra de cultura; porque ha sentido desde luego el poderoso influjo del genio artístico de la gran actriz veneciana, ha estado, en cuantas obras le ha visto representar, pendiente de sus labios, de sus ojos, de los expresivos movimientos de su fisonomía, en la que se refleja lo que siente ó se deja adivinar lo que piensa. Antes de ahora lo he dicho, y no me cansaré de repetirlo, porque á mi ver ese mérito es uno de los mayores del artista dramático y acaso el menos común, aun tratándose de actores que nada tienen de vulgares: tanto ó más que por la fuerza poética de su inspiración y por la imponderable flexibilidad de su genio, tan singular en la comedia como en la tragedia y en el drama, Eleonora se distingue entre todas las actrices famosas de nuestros días por el inapreciable atractivo de su profunda naturalidad. A la admiración que insensiblemente despierta en el alma del auditorio el prodigioso trasunto de la realidad humana que ofrece en cuantas obras interpreta, debe el gran dominio que ejerce en el ánimo del público. Identificándose siempre con el personaje que toma á su cargo representar, se diversifica en la expresión de los afectos según la índole especial de los diversos caracteres. Así logra que el espectador se connaturalice con ella hasta el punto de olvidar que lo que pasa ante sus ojos es una mera ficción. De ello tenemos pruebas repetidas en toda clase de producciones. Dígalo, si no, el acierto con que ha puesto en relieve las principales situaciones del drama de Octavio Feuillet traducido al español con el título de *La novela de la vida*, y más literalmente al italiano con el de *Il romanzo di un giovane povero*.

Eco de ciertos críticos de la vecina República, la mayor parte de los nuestros ha dado en la flor de desestimar las obras del esclarecido ingenio francés autor de *Alicia* y de *Dalila*, porque no subordina su inspiración á las exigencias del falso ú odioso naturalismo que impera en el teatro universal y que se deleita en sacar á plaza pasiones abominables. Precisamente porque huye de tan mal camino, porque además es un escritor *de talento fino y flexible*, según la frase de Zola, polo opuesto de sus ideas, estimo dignas de consideración y de aplauso las creaciones dramáticas de Octavio Feuillet. Sean cuales fueren los defectos que encuentren en ellas aristarcos descontentadizos, ni el más exigente podrá desconocer, siempre que juzgue las cosas con mediana exactitud, que en todas hay algo merecedor de alabanza, ya por la hermosura del fondo, ya por



CAMILO CASTELLO BRANCO,
ILUSTRE ESCRITOR PORTUGUÉS.
Nació en Lisboa, en 1826; † en San Miguel de Seide (Oporto), el 2 del actual.



CASA DE SAN MIGUEL DE SEIDE, DONDE VIVIÓ Y HA FALLECIDO CAMILO CASTELLO BRANCO.
(De fotografías remitidas por D. Antonio Soller, de Oporto.)

la verdad de los caracteres, ya por el interés y el vigor de las escenas culminantes.

A beneficio del caballero Flavio Andó, director de la compañía, se ha representado también en dicho teatro *Il Padrone delle ferriere*, obra de Jorge Ohnet dividida en cuatro actos y cinco cuadros. Estrenada en París el 15 de diciembre de 1883, tuvo un éxito más lisonjero aún que el de la novela del mismo título, de donde sacó su drama el propio autor, bien que aquélla hubiese obtenido gran boga entre los lectores aficionados á poemas que no perviertan ni torturen. Alguien ha escrito que Ohnet, cuyo mérito principal consiste en el ingenioso artificio, en el enredo interesante de las fábulas que inventa ó combina (dado que no sobresale por el ingénito vigor que crea seres humanos capaces de competir con la realidad, ni por las prendas del estilo, que á veces suelen encubrir graves defectos), ha tomado á Julio Sandeau sus héroes y sus simpáticas heroínas, sin imitarlo en el bien decir, y á Octavio Feuillet su *gran mundo convencional*. Aunque el arte de Ohnet sea inferior de suyo al de ingenios como Emilio Augier ó como el mismo Feuillet, que á pesar de su decantado convencionalismo penetra en los arcanos del corazón con paso más firme que casi todos los apóstoles y sectarios de la novísima escuela naturalista, no merece ser tratado con la especie de compasivo desdén con que aprecian sus calidades críticos de cierta fama. Dotes hay en algunas producciones de Ohnet que las hacen dignas de aprecio, y que disculpan ú obscurecen sus deficiencias, juzgadas con sañudo rigor por los adeptos del realismo.

Al número de las obras capaces de cautivar al espectador, interesándole y conmoviéndole sana y profundamente, corresponde *Le Maître de forges*, rotulada en italiano *Il Padrone delle ferriere*. Hace algunos años la compañía de Mario representó ese drama en el nuevo teatro de la Princesa, traducido al español con el título de *Felipe Derblay*. Los artistas lo interpretaron allí con mucho acierto, especialmente Cepillo y la inolvidable Mendoza Tenorio, y el público lo acogió tan bien como en todas partes, sea cualquiera el idioma en que se haya representado. Cuando una pieza dramática logra interesar y hacerse aplaudir sin intermitencias en pueblos de diversa índole y de gustos diferentes, fuera injusto tenerla por despreciable, y más aún suponer que no está en armonía con las pasiones ó sentimientos humanos de carácter sincero y universal.

En la interpretación de *Il Padrone delle ferriere* ha tenido Eleonora Duse momentos sublimes de inspiración. Es imposible expresar de un modo más verdadero la lucha que experimenta en el alma *Clara de Beaulieu* cuando la abandona su prometido el *Duque de Blygny* por enlazarse con la rica *Atenaida*, y la violencia con que, ya por celoso despique, ya por consideraciones de familia, se decide á entregar su mano á *Felipe Derblay*, que ciegamente la adora. La altivez con que rechaza después de las nupcias al que esperaba tocar la felicidad suprema; el efecto que van causando en su alma de un modo insensible la digna entereza y el delicado proceder del maltratado consorte; la efusión con que al fin reconoce la inmensa diferencia que existe entre la interesable condición del *Duque* y la superioridad moral del hombre generoso á quien ha herido injustamente con su desvío; el amor que al cabo siente por el honrado *Felipe*, y que la impulsa á interponerse entre el noble industrial y su poco digno adversario, dan ocasión á la egregia artista para hacer visible una vez más el valor de sus peregrinas facultades. También caracteriza Andó con gran tino al héroe de la fábula de Ohnet, manifestando lo que vale el talento artístico, demostrando que no es necesario apelar á exageraciones de mal gusto para encadenar el ánimo del auditorio. Los demás actores contribuyen con laudable celo al buen éxito del drama.

A las representaciones de esas dos obras han seguido las de *Fernanda*, en las que el público no se ha cansado de aplaudir los prodigios de inspiración y de arte con que Eleonora presta vida y realidad al difícil papel de *Clotilde*. *Fernanda* es una de las piezas más notables de Victoriano Sardou, no sólo por el vigor con que están delineados algunos de sus principales caracteres, sino también por la energía casi feroz con que pinta y desarrolla pasiones terribles que sólo pueden llevarse á la escena, sin riesgo de fracasar en tan arduo empeño, cuando se sabe disponer el artificio dramático de suerte que las haga tolerables. La idea de presentar en las tablas una mujer á quien abandona su amante, y que se venga de él haciendo que se case con una perdida, es sin duda alguna muy dramática, pero asimismo muy arriesgada. Esa idea, que sirve de fundamento al drama en cuestión, y que se desarrolla en él con arreglo á la índole propia del moderno gusto teatral, no se ha engendrado en la fantasía de Sardou. Tomóla éste, punto menos que al pie de la letra, de la novela de Diderot titulada *Madame de La Pommeraye*, la cual había sido ya beneficiada de un modo análogo por el dramaturgo Ancelot.

Refiriéndose á *Fernanda*, que al ponerse en escena por primera vez dió margen á una deplorable contienda sobre el cobro de derechos entre Sardou y la viuda de Ancelot, se ha tenido por error capital del autor de *La Haine* y de *Patrie* el haber cambiado de cuadro la novela de Diderot, transportándola del siglo pasado al presente. A juicio de los que tal dicen el modo de ser de los sentimientos y de las pasiones se transforma según los tiempos, razón por la cual consideran inverosímil en nuestros días la escena del segundo acto donde Clotilde tiende un lazo á Andrés para que confiese su traición, aun declarando sin rebozo que dicha escena está muy hábilmente conducida. Semejante dictamen peca á mis ojos de exagerado. Atendiendo al punto de partida y al fin á que se propone llegar Sardou, no cabe mayor destreza en el manejo de los resortes que emplea; y aunque no niego que los sentimientos y las pasiones se modifican y transforman á medida que cambian de rumbo las costumbres y las creencias sociales, tengo para mí que esos cambios no justifican el parecer á que me refiero.

En el siglo pasado como en el presente, y como en todos los siglos, cabe que una mujer apasionada y celosa, que tiene datos para sospechar del hombre á quien ama, finja mentira por sacar verdad; y no está menos en la índole propia de nuestro ser que el amante, hastiado de la que le adora, rendido al encanto de un nuevo amor, utilice la ocasión que le ofrecen para dar por terminadas relaciones que le abruman. Lo que no encuentro disculpable, lo que me parece incomprensible, tratándose de ingenio tan hábil como Sardou en lo tocante al mecanismo teatral y á los recursos escénicos, es la facilidad con que Andrés, hombre de alta clase y muy conocedor del mundo, se apresura á contraer matrimonio con una mujer advenediza que apenas conoce, sin tomarse el trabajo de averiguar sus antecedentes ni su verdadera condición. Eso es tan inverosímil, tan falso, tan contrario á la realidad de la vida, que raya casi en lo imposible. Verdad es que sin esa extraña prontitud en fraguar la boda se vería frustrado el vengativo empeño de Clotilde y no se realizaría el pensamiento del drama.

Aunque son muchos los triunfos que ha conseguido en Madrid Eleonora Duse, ninguno ha sido tan universal y clamoroso como el alcanzado en *Fernanda*. Admirable personificación de la idea fundamental del poema, la insigne actriz hace del papel de Clotilde una creación maravillosa. El carácter de esa mujer, que se venga implacablemente del que la ha herido en su corazón y en su amor propio, no es sólo el más importante de la obra, sino el más verdadero de los que intervienen en la fábula, y acaso el mejor trazado y sostenido de cuantos se deben al ingenio de Sardou. Dicho esto, conocida la situación especial de ese personaje y las vicisitudes que experimenta su espíritu en las varias situaciones en que lo colocan la vehemencia del amor y la ingratitud y el extraño proceder del objeto amado, no hay para qué entrar en explicaciones acerca de lo que Eleonora realiza.

Tanto en la ya citada escena del acto segundo y en los mil recursos á que apela para arrancar á Andrés la confesión que ha de desgarrarle el alma, como en todo el curso del acto tercero, donde estalla la tempestad de sus pasiones y pone en práctica el proyecto diabólico de envilecer por medio de una boda infame al burlador de sus esperanzas y de su cariño, arrebata á cada paso el entusiasmo del público, llegando al más alto ideal de la belleza dramática. Antes lo dije, y ahora no puedo menos de traerlo á cuento: para conseguir en la escena semejante resultado; para identificarse así con la verdad de la naturaleza; para embellecerla con tal cúmulo de rasgos y matices delicados ó profundos, que arrancan de lo más íntimo de nuestro ser; para conseguir que desaparezcan por completo las exageraciones y defectos en que el poeta incurre; para lograr que los espectadores se olviden de que asisten á una acción fingida y crean estar presenciando hechos de la vida real, se necesita poseer la llama creadora del genio, don concedido únicamente á artistas privilegiados del templo de Eleonora Duse.

La inimitable maestría del Sr. Andó contribuye poderosamente á la hermosura del cuadro imaginado por Sardou. Digno de acompañar en esta obra á la egregia actriz, pone en relieve la interesante figura del abogado *Pomerol* con naturalidad y arte exquisitos, sobre todo en las briosas escenas con que termina el tercer acto. En escala inferior, los demás actores hacen recomendables esfuerzos; pero no siempre consiguen llegar en sus papeles respectivos á la altura conveniente.

MANUEL CAÑETE.

(Concluirá.)

LA SERPIENTE ENROSCADA.

HISTORIA VULGAR

POR D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO (1).

IX.

Don Cenón iba cada vez menos á la botica, y cada vez más en calidad de extraño. Conspiraban á este anómalo proceder, un poco de abatimiento por su parte y mucho de indiferencia por la de sus dependientes. Ya no se le pedían consejos, ni se le dejaba manipular en las recetas, aunque se tratase de una cocción de ámbar gris. A sus tímidas observaciones se contestaba con cierto énfasis, sobre todo por Manuel, el cual parecía decirle á todas horas:—«Usted se ha quedado antiguo.»—Y, efectivamente, así era, porque el hombre, á modo de que se queda calvo cuando le falta el cabello, y se queda sordo si le falta el oído, debe decirse que se queda viejo cuando por su antigüedad le faltan la frescura de las ideas y el empuje de su carácter.

Una mañana, sin embargo, renació en Don Cenón el espíritu de fortaleza que siempre tuvo. Dirigíase á la botica, meditando en la instabilidad de las cosas humanas, cuando el espectáculo que se ofrecía á sus ojos le hizo palidecer de estupor. En la fachada de su establecimiento había dos escaleras abiertas, por cuyos peldaños corrían unos tablones, sobre los cuales trabajaban adornistas y carpinteros. ¿Qué es lo que pasaba allí? Acercóse á distancia de contemplarlo todo, y pudo convencerse de la horrible verdad. El rótulo que decía *Botica de Barrientos*, en caracteres humildes, se había sustituído por el de OFICINA DE FARMACIA, en letras de oro; y gracias que debajo añadía (*Antes de Barrientos*), como quien deja una dedada de miel para el atropellado. Pero no paraba aquí la agresión, sino que de la casa inmediata se había añadido un portal, en cuyo frontis estaban escribiendo: DEPENDENCIA HOMEOPÁTICA. —«¡Jesús, Jesús!»—fué lo que dijo Don Cenón, llevándose las manos á la cabeza.

Su entrada en la botica tuvo aires de atropello á la vez.

—¿Qué es lo que aquí se hace?—gritaba el boticario, descompuesto de ademanes y rostro.—¿Qué locuras son éstas? ¿quién se ha atrevido á deshonrar mis canas?

Manuel, paralizado al pronto, se adelantó luego hacia el que fué su principal, exclamando:

—Pero señor Don Cenón.....

—¡Señor Don Cuerno! ¿Aun te atreverás á mirarme cara á cara? ¿con qué licencia se destruye la severidad clásica de mi botica? ¿quién osa manchar de lodo la ejecutoria ilustre de los Barrientos?

—Ni se deshonra ni se mancha—dijo Manuel respetuosamente—la botica que fué de usted y de su tío.....

—¡Que és!—interrumpió el boticario.

—Que es—añadió el mancebo—de Francisco y mía.

—Eso tendrá que verse.

—Se verá como y cuando usted guste.

—Pues bien: desde ahora os desahucio y os arrojo de ella.

—Eso no puede ser.

—Pero ven acá, ¡condenado!—exclamaba Barrientos fuera de sí:—¿á qué poner cristales donde hay vidrios, y ninfas donde hay culebras, y loza de la Cartuja donde hay porcelana de Alcora? ¿A qué pintorrear como una meretriz el noble semblante de una botica anciana?

—Señor Don Cenón—replicó Manuel:—perdone usted que se lo diga: usted se ha quedado antiguo.

—Esa es la disculpa que dan los tontos.

—Lo seré; pero en Madrid se ha puesto una farmacia en que cada cristal ha costado cuatro mil reales.

—¿Y es mejor el crémor y la magnesia cuando los cristales cuestan cuatro mil reales?

—No lo será; pero las gentes van por crémor y por magnesia á donde los cristales cuestan cuatro mil reales. Así progresa el mundo.

—Así progresan los cristaleros, querrás decir. Sobre todo, á mí no me gusta.

—Lo siento tanto más, cuanto que me gusta á mí y á los que han de traerme su dinero por mi mercancía.

—¡Mercancía! ¡qué groseras palabras has aprendido desde que me marché! Llamas mercancía al producto de la ciencia humana, destinado al alivio de nuestros semejantes. ¡Mercader al boticario cuando tiene tanto de sacerdote! Pero sí, tienes tú razón: vosotros los modernos queréis hacer de la farmacia tienda de ultramarinos, y sois capaces de

(1) Véase LA ILUSTRACIÓN de 30 de Mayo y 8 y 15 de Junio

convertir la iglesia en horchatería. Ya no se manipula en el laboratorio, sino que se traen las medicinas hechas de la fábrica. ¡Pobres enfermos!

—De manera, Don Cenón, que hay que ir con el siglo.

—Con la reata, digo yo. ¿Qué entiende el siglo de esas cosas? Si entendiera, os llevaría ahora mismo á la cárcel.

—¡A la cárcel! ¿Por qué?

—Por ese crimen de ahí al lado.

—¡Crimen!

—Sí, crimen: la homeopatía. ¿Sabes tú lo que es la homeopatía?

—Uno de los mayores adelantos de la época presente—contestó Manuel.

—¡Adelanto! no me saques de quicio, porque voy á disparatar. ¿Llamas adelanto á esa farsa ridícula? ¿Sabes tú cómo se confecciona un remedio homeopático? Coges una botella de agua destilada y disuelves en ella un grano de medicina; vacías la botella hasta que no quede más que una gota, y la vuelves á llenar treinta veces: la última gota del que hace treinta enjuages, esa es la trigésima dilución, con la cual se fabrica el glóbulo. ¡Hombre, no me desesperes hoy por la mañana! Tapa ese agujero, despide esa tienda, haz confesión general y arrímate al anafe.

—Es que yo creo en la homeopatía—expresó Manuel algo airado, añadiendo en tono de enseñanza: —los sabios alemanes.....

—Calla, Manuel, no digas desatinos. ¿Sabes tú si esos sabios alemanes tenían que comer cuando inventaron la cosa? ¿Crees un sabio al inglés Holloway, el del ungüento, ó al francés Veron, el de las píldoras?

—No, señor; pero creo en la homeopatía.

—¡Hombre, cara tienes de ello! El que cree en la homeopatía es capaz de creer que con un eructo se estercola un campo. Dios me perdone, que dice uno lo que nunca acostumbra á decir.

Francisco, que hasta entonces no había tomado parte en la discusión, se puso detrás de su compañero, echando á su antiguo jefe miradas como de hallarse conforme con él. Francisco, sin duda alguna, no creía en la homeopatía, ni quizá en la tienda nueva. Don Cenón, animado con su apoyo, continuó:

—Pues bien: dejemos el *similibus* y el *contrariis*, en que todavía no se han puesto de acuerdo los predicadores de esa secta de infieles, y vamos á lo que es de nuestra competencia. Ven acá, maldito de cocer: ¿cómo se te ha pasado por la imaginación que pueden existir juntas la alopatía y la homeopatía?

—En el extranjero se dice que lo están.

—Y porque en el extranjero sean unos galafates, ¿hemos de serlo nosotros? Escucha tú, Francisco, que pareces menos asno. El que usa esos anises misteriosos no puede fumar, no puede beber vinos ni licores, no puede tomar ácidos ni picantes, ni café, ni té, ni casi el sol ni la luna: todo le daña, todo contraría la medicación sutil. Bueno; pues ahora métete en el mismo ó en un cercano laboratorio á confeccionar inyecciones de asafétida y glóbulos de pulsátila, piedra infernal y azúcar de leche; con las mismas manos lo uno que lo otro, bajo el influjo de una misma atmósfera, dentro de frascos que se miran frente á frente, sin más que la hipocresía de una mampara y de un rótulo distinto; haz esto, y dime después: ¿qué clase de farsa es esta de la impalpabilidad y de la alterabilidad, y de todas esas *bilidades* con que nos asustan? ¿Qué especie de crimen no es ese de que nos hacemos cómplices engañando á los vivos y preparándoles la fosa á los muertos? Nada, ¡lo mando yo! A tapar ese agujero, á despedir el portal y á que quede la botica como estaba.

—Señor Don Cenón—dijo resueltamente Manuel, —eso es imposible. Necesito mandarlo yo, y no lo mando.

—Lo mandará el Alcalde.

—Nosotros nos defenderemos con el Juez.

—¿Serás capaz de ponerme por justicia?

—Seré capaz de todo, menos de sufrir chocheces.

—¡Chocheces!

Don Cenón estuvo á pique de arrojarse sobre el insolente mancebo, y si se detuvo fué porque concibió una idea tan salvadora y feliz como todas las suyas. En vez de salir á la calle, como parecía natural después de cortada la conferencia con sus ingratos protegidos, se fué al fondo de la botica, y tomó por la escalera de caracol hasta llegar al cuarto donde se hallaba la criada.

—Vicenta—le dijo—necesito de tí.

—¿Para qué?

—Ese es mi secreto.

—Estoy dispuesta á todo.

—Necesito que hablemos sin testigos.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A las siete.

—¿Dónde?

—Donde tú compras: en la plazuela de San Miguel.

—¿Con cesta ó sin cesta?

—Con cesta, para mayor disimulo.

—No faltaré.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y Barrientos bajó precipitadamente la escalera, decidido á no mirar á la cara á sus mancebos, cuando supo por Francisco que Manuel había marchado casa del notario que otorgó la escritura. Entonces fué cuando á Don Cenón le tocó su turno de decir:

—¡Infame!

X.

Barrientos pasó aquella tarde y aquella noche verdaderamente exaltado. En la mesa apenas probó la comida, lo cual no pudo menos de producir cierta alarma en su cocinera, que, acostumbrada á darle gusto, pensó en si el amo estaría enfermo ó ella habría estado torpe. Lo último, sobre todo, era para Martina un infortunio, porque jamás cocinera alguna ha tenido mayor conciencia de su deber. Con palabras dulces y respetuosas propuso á Don Cenón hacerle otro plato, ó salir en busca de un fiambre; pero el viejo se negaba con monosílabos ó inflexiones de rostro, como quien desea que lo dejen en paz. Martina se llevó el delantal á los ojos para recogerse una lágrima, pues ella, tan solícita y tan devota de su señor, hubiera dado su sangre por complacerlo. Esta arrugada mujer, trasunto en su humilde esfera del romanticismo contemporáneo, reunía á una susceptibilidad vidriosa, un método de expresión de los más escogidos. Hablaba siempre en impersonal, el señor arriba y el señor abajo; se servía de las frases más cultas, aunque no siempre correspondiesen á lo que deseaba decir; llamaba *mino* al gato, *posca* al agua y vinagre, *lecho* al catre de tijera; en suma, sus miramientos y pudibundez llegaban al punto de que hablando del *ali-oli*, decía: «El ajo..... con perdón de ustedes.....»

Barrientos no la podía sufrir. Le había puesto por mote *Natillas*, y le cansaban de tal manera su circunspección y reverentes modales, que casi echaba de menos la destemplanza y grosería de otras personas. Aquella noche, decíamos, estaba intranquilo y durmió poco. Por la mañana, apenas vió la luz, ya andaba Don Cenón paseándose por el jardín de su gabinete. Era á primeros de Junio y hacía mucho calor, lo cual no impidió que tomase su capa, porque hay asuntos á que el hombre debe concurrir embozado. No por el camino derecho, pues esto hubiese sido una torpeza, sino por calles excusadas y recatándose de barrenderos y aguadores, llegó el boticario hasta el fondo de la plazuela de San Miguel. Los pilletes que á tales horas rodean la Vicaría en expectación de novios, le llamaron «padrino».

Vicenta fué menos meticulosa. Por lo ancho de la calle Mayor y con su cesta al brazo abordó la plazuela frente á frente. Contra su costumbre se asomó al arco izquierdo del frontispicio, echando miradas escrutadoras á lo largo de la galería y desentendiéndose de las muchas mujeres que la invitaban á comprar perejil y manojos de cebollas. Salió á la calle otra vez y entró por el arco de la derecha haciendo las mismas investigaciones, hasta que todo el mundo pudo persuadirse, si hubiera querido, de que en vez de buscar hortalizas buscaba á alguien. El posma de Don Cenón no parecía. ¡Qué hombres, señor mío, qué hombres! ¡No se puede ir con ellos ni á coger pesetas! Al fin divisó un bulto en la esquina opuesta del mercado; corrió hacia él sin preocuparse del carnicero que la llamaba, y al poner á tiro ambos conspiradores hubieron de decirse el *¿Eres tú?*, *Yo soy*, de Lucrecia Borgia. Amo y criada entraron en un portal: él se puso de espaldas para que no lo conocieran, y ella de cara al público, que era la única á quien podían conocer. No se dirá que olvidaban ninguna precaución. Vicenta fué la primera que dijo:

—¿A qué venimos aquí?

Barrientos exclamó sin vacilar:

—A destruir si podemos á esos mentecatos. No contentos con quitarme la honra, quieren también hacerme perder la vida. El establecimiento de mi tío, de mi insigne tío, van á convertirlo en una tienda de comestibles. Cristales de una pieza, pinturas lúbricas, frasquetes como los del *perfecto amor*, y abajo la Purísima, abajo la luz, ¿qué va á ser de la botica donde casi nací? Sobre todo, Vicenta, óyelo bien: van á ponerme homeopatía. ¿Sabes tú lo que es la homeopatía?

—No, señor, ni me importa. Pero, en resumen, ¿qué es lo que hay que hacer?

—Echarlos á la calle, echarlos á patadas, reintegrarme en lo que me pertenece y que nadie me puede quitar.

—Los echaremos.

—¿Cómo?

—Usted no va á querer.

—Desde ahora quiero. Habla.

—Pues, muy sencillo. Se equivocan tres ó cuatro recetas, y los enfermos y los médicos se encargarán de todo.

—¡Pero, muchacha, eso es un delito!—repuso asustado Don Cenón.

—¿Y no es un delito lo que hacen con usted?

—Ya, pero hay diferencia. No, no; otra cosa. Discurre otra cosa.

Vicenta reflexionó un instante, al cabo del cual apareció en su rostro una sonrisa satánica.

—¿Has dado ya con ello?—díjole su amo.

—Sí, señor, y ahora no dirá usted que es delito.

—Cuéntame, cuéntame tu plan.

La muchacha, bajando la voz, se expresó así:

—Yo he oído á Don Manuel (porque Vicenta llamaba ya Don Manuel á Manuel) que se les ha acabado el seguro de incendios de la botica, y que es menester renovarlo. Pues bien, mientras hacen la operación se le pega fuego á la casa y se quedan en la calle sin una peseta.

—¡Pero, mujer! ¿Estás loca? ¿Y las pobres gentes de encima? Además, eso es destruir mi hacienda y abrirnos el camino de la cárcel. Discurre con más juicio, por Dios, discurre algo.

—¡Y si á usted no le acomoda nada!

—Siempre he creído que las mujeres sois más listas que nosotros. A mí no me acomoda lo violento: preferiría algo diplomático.

—¿Y qué es diplomático?

—Diplomatico es hacer las cosas sin que parezca que se han hecho.

—Entonces..... mire usted, Don Cenón: yo hablo algunas mañanas en la plazuela con un muchacho que es fajillero de *El Clamor Público*, y me ha dicho que pone en el periódico todo lo que quiere. Decimos que la botica está perdida desde que falta su amo; que las gentes principian á escamarse, y que Don Cenón volverá á ponerse en el despacho para dar gusto á todos. Se arma un belén, ellos se quejan, las malas noticias cunden, y no tendrán más remedio que transigir.

—Por fin, mujer, se te ocurre algo práctico.

—Pues qué, ¿no era práctico lo otro?

—¿Y tú crees que transigirán?

—¡Vaya si lo creo: por fuerza!

—Es que Manuel me ha amenazado con los tribunales.

—Pero Francisco no.

—¿Por dónde sabes eso?

—Ayer mismo, después de la tracamundana con usted, tuvieron una disputa, y Francisco decía:—«Yo no pongo por justicia á Don Cenón: él me dió lo que tengo, y si quiere llevárselo, que se lo lleve.»

—¡Ah, bravo muchacho! De todas maneras no hay que perder la ocasión de hacerles la vida amarga.

—Se les hará.

—¡Están haciendo tan amarga la mía!—exclamó Don Cenón con honda pena.—Y á tí, ¿cómo te tratan?

—Peor que á usted. Van á despedirme.

—Nos unen, pues, los mismos sentimientos, querida Vicenta.

—Los mismos, amo mío.

—¿Cuento con tu ayuda?

—Hasta la pared de enfrente.

—Dame esa mano.

—Aquí está.

Y ambos conspiradores, que hablaban muy unidos cuerpo á cuerpo, se volvieron la espalda al salir, afectando sagaz indiferencia ante el corro de verduleras y granujas que no les quitaban ojo desde hacía rato. Barrientos opinó que, para mayor disimulo, y por si alguien les espiaba, debían volverse cada cual por distinto camino del que trajeron; y mientras la muchacha tomó las callejuelas por donde nunca iba, Don Cenón salió de frente á la calle Mayor, por donde nunca anduvo á tales horas.

Bien es verdad que ella no hizo la compra en el mercado, y que él tuvo la precaución de embozarse en su capa hasta las cejas.

XI.

Dios nos libre de la persona amargada en su existencia por agravios que cree haber recibido de nosotros, y á quien confiamos después una misión con carácter de reconciliadora amistad. Ni el procurador más impertinente, ni el más ciego enamorado, *ni la* abuela más fanática por su nieto, incurrirían en las inconveniencias y dislates de la persona á que se alude.

Pocos días después de la escena que acabamos de referir apareció en *El Clamor Público* un párrafo, medianamente escrito, que decía:

«Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la célebre botica de Don Cenón Barrientos, la cual, desde la marcha de aquél, parece que no anda todo lo bien como debiera de ir. Los encargados



«1814» (CAMPAÑA DE FRANCIA).

CÉLEBRE CUADRO DE MEISSONIER, COMPRADO RECIENTEMENTE POR M. CHAUCHARD EN 850.000 FRANCOS.

MADRID.—EL «CARROUSEL» EN LA PLAZA DE TOROS, EL 11 DEL ACTUAL.



GRAN DIANA POR LAS BANDAS DE CABALLERÍA Y ARTILLERÍA MONTADA.

(De fotografía directa del Sr. Caldevilla.

ahora de ella se dice que han equivocado algunas medicinas con perjuicio de los pobres enfermos que confiaban en su fama.»

El primer período estaba redactado por el fajillero: el segundo era más bien de puño, que no de mano, de Vicenta. Disfrutaba *El Clamor* por entonces de extensa boga, especialmente entre los almacenistas *cristinos*, y aun cuando Don Cenón tenía algo de retrógado, pagaba la hoja progresista para dar gusto á los médicos liberales de su tertulia. Excusado es decir el terrible asombro y la indignación sin límites que el tal párrafo produciría en la nueva oficina de farmacia. Manuel, con un *róten* de cabeza de perro, voló hacia el periódico, decidido á dar una paliza á sus redactores; mas el director de *El Clamor Público*, á quien había indignado á su vez lo que encontró inserto en su diario, hizo causa común con el demandante, procediendo á una investigación minuciosa sobre la pluma aleve. De las averiguaciones sumarias resultó probado que el autor de la nota era el fajillero; pero el fajillero declaró, á seguida, que la nota le había sido inspirada por Vicenta, la criada de Don Cenón; y ella, á quien se hizo acudir para esclarecimiento de los hechos, manifestó, sin ambages, que al poner aquella noticia en letras de molde estaba de acuerdo con su señor. Levantóse acta de lo ocurrido, con la formalidad conveniente, y como consecuencia de ésta, aquel mismo día fué demandado Don Cenón Barrientos por injuria y calumnia ante los tribunales. La calumnia llevaba aparejada prisión personal y embargo para costas.

Vicenta, al enterarse de estos pormenores, en el camino de su casa, se arrepintió de la ligereza con que había obrado, y previos ciertos quehaceres misteriosos que ejecutó en la botica, aprovechando la ausencia de Manuel y la distracción de Francisco, corrió al juzgado de primera instancia para declararse única autora del libelo de *El Clamor Público*, y esculpar, por consiguiente, á Don Cenón. El juez la hubo de decir que se hacía reo de dos delitos, el de calumnia contra sus amos de ahora, y el de falso testimonio contra su antiguo dueño; pero ella dió tales pruebas de exactitud á lo que refería, que en el instante se modificó el auto por el cual iba á ser perseguido Barrientos, trocándolo en requisitoria contra la criada. De resultas de su confesión, Vicenta tendría, hasta nueva providencia de otro juez, su casa por cárcel.

La moza no se desconcertó con semejante noticia, sino que, por el contrario, dió muestras de gozo al atravesar por entre Manuel y Francisco acompañada de un alguacil.

—¡Ahora nos veremos!—le dijo Manuel con indignación.

—¡Vaya si nos veremos!—contestó la alcarreña con altanería.

Efectivamente, á la otra mañana la botica de Barrientos se hubiera tomado por la antesala de una Audiencia: tal era el número de escribanos y corchetes que la invadían. Todos anduvieron listos ante el porvenir, quizá, de una buena paga; y uno en nombre de D. Cenón mostrando un mandamiento para suspender las obras por abuso contra la propiedad; otro en nombre del juez de imprenta requiriendo á la criada que se presentase en estrados para constituirse presa; y la más alarmante de todas las conminaciones, la de un comisario de policía que con dos botellas, un médico y un padre en desesperación, venían contra los boticarios acusándoles nada menos que de homicidio por imprudencia temeraria, conjunto era aquel como no es fácil que se haya visto en parte alguna jamás. De dos frascos de medicina, uno para unturas, y otro para uso interno, se habían cambiado las tarjetas y hecho beber al infeliz paciente, hijo del hombre que gritaba, el aceite cáustico que habían de aplicarle en las piernas. Por fortuna el médico estuvo á punto de advertir el error antes de que produjese las fatales consecuencias que eran de esperar, y á un milagro de la química hubo de atribuirse la salvación de la criatura. El padre no se contentaba con presidio, quería horca; Manuel se deshacía en excusas para impedir una terrible agresión; el alguacil del procedimiento suspensivo instaba para que le firmasen el papel de sus dietas; los guardias de orden público, *guindillas* entonces, querían llevarse cuanto antes á la criada; una muchedumbre de curiosos, en fin, obstruyendo la calle y comentando, exagerando ó simplemente oliendo el cúmulo de incidentes que se sucedían en aquella farmacia, siempre tan silenciosa, era sin duda poco todavía para el escándalo que presenciaba Madrid; puesto que detrás de Vicenta, que se dirigía á la cárcel, bajó por la escalera de caracol una columna de espeso humo, acompañada de siniestros resplandores que asomaron después, á cuya vista los gritos de «¡dejadme que lo mate;—firmeme usted mis dietas;—fuera los albañiles y los pintores;—atad codo con codo á esa bribona!», y otros por el estilo, se juntaron con los de «¡fuego, fuego!» ¡que arde la botica! y los hombres corrieron para evitar que les obligasen á traer agua, y las mujeres alborotaron llamando á sus hijos, y los granujas se revolvieron para merodear, y la confusión y el tumulto fueron tan grandes como en motín de plaza de verduras ó rebelión de fábrica de cigarros.

Vicenta había cumplido todo su programa: desprestigió por los periódicos, equivocó recetas y le pegó fuego á la botica.

José de Castro y Serrano.

(Concluirá.)

EN MARRUECOS.

(RECUERDOS DE VIAJE)

POR PIERRE LOTI.

(Conclusión.)

Hacia las cuatro de la tarde, desde lo alto de la última montaña de esta cadena del Atlas, vemos, en fin, aparecer, como un mar luminoso, la llanura de Sebú, que debemos atravesar mañana. Los primeros términos parecen veteados de amarillo, de rosa ó de violeta, según son las diversas zonas de flores que allí ha sembrado profusamente la Naturaleza. Allá á lo lejos, hacia el horizonte netamente circular, todos estos colores se mezclan, se funden en un azul uniforme como el del mar.

Bajando por una escabrosa pendiente, establecemos nuestro pequeño campo cerca de la sagrada tumba de Sidi-Kassem, al lado de un pequeño grupo de chozas, protegidas por este santo marabut.

Y es siempre un rato delicioso este en que, concluída la larga etapa y plantadas las tiendas, puede uno sentarse voluptuosamente á la entrada de la suya, sobre un tapiz de frescas flores silvestres, siempre diferentes de las del día anterior. El espacio es inmenso por todos lados; el aire huele bien, impregnado como está de ese olor que tiene en nuestra Europa, aunque en menor grado y de una manera más efímera, en la época de los henos; los vestidos árabes son ligeros y dejan el cuerpo libre, contribuyendo á aumentar la sensación de reposo que se experimenta en extender los fatigados miembros á la refrescante brisa de la tarde. Después de tantas horas de mecerse al compás de las incesantes pequeñas sacudidas del paso de la mula, encuentra uno sumamente agradable la inmovilidad de la vieja tierra árabe, sobre la cual podrá dormir llegada la noche; y como se está muy hambriento, se piensa con gusto en que se aproxima el momento del alcuzcuz, y de la bárbara cocina que nos hacen nuestros muleteros, de gallinas y carneros asados sobre la hierba.

El sitio en que hemos establecido nuestro campo está cerca de los Beni-Hassem, cuyo territorio atravesaremos mañana en una sola etapa, á fin de poner el río Sebú entre ellos y nuestro próximo campamento; los Zemurs tampoco están muy lejos, pero cuesta mucho trabajo concebir un peligro en un lugar deliciosamente apacible y cubierto de flores como éste.

De la cercana aldeíta nos envían leche, tibia todavía, en vasijas de barro, y el anciano jefe, que debe encargarse esta noche de nuestra custodia, viene á saludarnos y á conversar con nosotros.

Después de haber hablado de cosas indiferentes, se nos ocurre preguntarle qué había sido de tres bandidos que fueron capturados por este mismo sitio cuando nuestro viaje de venida.

—¡Ah, sí!—contesta—los tres bandidos..... ¡Hace ya cinco ó seis días *que tienen las manos en sal!*

Mis lectores saben ya lo que significa «tener las manos en sal» en este país de Marruecos.

XXXV.

1.º de Mayo, miércoles.

Toda la noche han sonado tiros alrededor de nuestro campo. Nuestros guardianes andaban muy inquietos y agitados, y se les oía decirse unos á otros:

—Es un bandido.

—No; es un chacal.

—Eran hombres que marchaban agazapados á cuatro pies—replicaba un tercero.

***

A las cuatro y media de la mañana, á los pálidos albores del día, se nos despierta cumpliendo la consigna, para proceder á levantar el campo y emprender la marcha: queremos antes que llegue la noche haber salido del territorio de los Beni-Hassem, y poner entre ellos y nosotros el caudaloso río.....

Al despertarse así en la casa portátil de lienzo, que es siempre igual, y en la que las esteras y los tapices están siempre dispuestos de la misma manera, le sucede á uno que ya no se acuerda bien de un día para otro del aspecto que ofrece el paisaje que le rodea, y que, por el contrario, varía constantemente: ¿es ciudad muerta, llanura desolada, ó montaña, desde donde se domina una gran extensión? Esta mañana, al salir de mi tienda con la cabeza todavía pesada de sueño, contemplo delante de mí una planicie infinita, toda ella de alfalfas, violetas y de malvarrosas, bajo un cielo enteramente negro: una profusión de flores no imaginable en una soledad llana é ilimitada, que participa á la vez del Edén y del desierto. La luz es muy escasa todavía, y estas nubes tan espesas, que parecen caídas sobre el inmenso tapiz de hierbas y flores, hacen la bóveda del cielo más obscura que la tierra que cobija. Sin embargo, allá en el extremo límite de la llanura, en la parte más baja del cielo tenebroso, el sol amarillento revela su presencia por largos rayos que lanza súbitamente á través de esta grande intensidad de sombras en que nos encontramos; se le adivina sin verle, y por un efecto de contraste, la obscuridad parece haberse hecho más densa en torno de las fajas luminosas de él emanadas. Esta salida de sol, llena de misterio, me trae á la memoria las que en otro tiempo me fueron tan familiares en las costas de Bretaña, ó sobre los mares septentrionales, en la estación de las brumas. Y en tanto que, desorientado é indeciso, contemplo aquella lejana desgarradura pálida, distingo á su vago resplandor una fila de animales de gran talla, lentos, que caminan contoneándose, y cuyas largas patas proyectan en la tierra inacabables sombras. ¡Son las caravanas, el Africa!..... Entonces es cuando recobro de cierto la noción del sitio donde estoy, que había ya casi perdido.

Pasa un rato, y las nubes se absorben, desaparecen no se sabe dónde: de todos lados á la vez, reaparece el azul, fijándose á poco uniformemente sobre la bóveda entera del cielo.

Hacemos una primera etapa de siete horas consecutivas, sin detenernos para nada, en medio de la magnificencia de las margaritas, de las caléndulas, de las alfalfas y de las malvas, cruzándonos de vez en cuando con filas de camellos y de asnos muy cargados: estas caravanas constituyen todo el movimiento entre Tánger y Fez, entre la Europa y el Sudán. Para decir la verdad, ya nos vamos cansando de tantísimas flores iguales unas á otras, entrevistas en esa somnolencia que traen consigo el acompasado andar de las mulas y el calor sofocante.

Hacia las dos de la tarde hacemos alto para descansar en un sitio cualquiera, del cual no conservo otra imagen sino la de la llanura inmensa, ilimitada y florida como no lo estuvo jamás jardín alguno, y solo, aislado de los demás y aniquilado de fatiga, el viejo *kaid* recitando de rodillas sus oraciones..... Dolientísima figura la del pobre viejo, tocando al último límite de su vida, con su fisonomía terrosa y su barba blanca como el liquen, vestido de los mismos colores vivos y frescos de esas miriadas de margaritas y de amapolas que le rodean, y medio hundido entre ellas; punto apenas perceptible en la inmensidad de la llanura infinitamente desierta, fervorosamente prosternado sobre esta tierra en cuyo seno no tardarán en descansar sus restos, é implorando la suprema misericordia con ese ardor de plegaria que comunica el presentimiento de la cercana muerte.....

***

A las cuatro de la tarde pasamos el Sebú, para acampar cerca de una aldea de los Beni-Malek, sobre la orilla norte del río.

XXXVI.

Jueves, 2 de Mayo.

Nuestra pequeña tropa se ha aumentado con algunos nuevos reclutas: son árabes que nos hemos ido encontrando por el camino, pobres caminantes solitarios, que nos han suplicado les permitiésemos ir en nuestra compañía, por miedo á ser desbalijados por los ladrones. Van también con nosotros dos de esos funcionarios llamados *rakkas*, que forman en Fez una corporación importante bajo el mando de un *Amin*, y cuyo oficio es llevar la correspondencia pública á través de todo el Imperio, corriendo día y noche si es preciso, cuando se lo pagan bien, sin perjuicio de estarse luego durmiendo una semana seguida.

Hacemos cuatro horas de camino por estas soledades arenosas tapizadas de helechos y de florecillas raras, que ya nos eran conocidas, pero que nos parecen más tristes, más melancólicas, ahora que las recorremos solos, sin una ruidosa escolta de embajada que va todo el camino ejecutando fantasías y disparando tiros al aire. Este es ahora singularmente tranquilo, puro, vivificante y suave. ¡Y la luz es tan hermosa!..... En el límite extremo de las inmensas líneas de la llanura, las montañas que atravesaremos mañana se ven dibujadas como por un pincel seguro y firme, en tonos francamente intensos, sobre un vacío muy claro, que es la bóveda celeste. De vez en cuando, una cigüeña nos mira desfilar, inmóvil sobre sus largas patas, ó bien cruza el aire, agitando sobre nuestras cabezas los grandes abanicos blancos y negros de su plumaje. Y esto es todo lo que anima esta región desierta, donde se siente el hombre en la plenitud de la vida.

***

Al mediodía, en medio de unas colinas cubiertas de lavandas, cuyo penetrante olor aviva y excita el ardor del sol, apercibimos una hondonada donde, por singular acaso, crece un árbol; un verdadero árbol frondoso. Es una vieja higuera salvaje, que se asemeja de lejos á un baniano de la India. Es tan tentador, tan extraordinario el hallazgo de un árbol así en un país donde no los hay, ni otra sombra para el viajero que la que dan las nubes errantes, que no resistimos al deseo de echar pie á tierra para bajar á la hondonada, y hacer en ella nuestro alto acostumbrado.

Nos encontramos con que el sitio estaba ya ocupado por una docena de toros que habían encontrado oportuno echarse allí, apretados unos contra otros, al abrigo de las anchas y espesas hojas, sumidos en la grata beatitud de aquella frescura húmeda, tanto más apetecible cuando todo está abrasado por el sol. Pero, asombrados de nuestra presencia, nos abandonan el árbol, y nos instalamos como dueños absolutos en el pequeño oasis.

La higuera debe ser secular, á juzgar por sus ramas gruesas y extrañamente retorcidas. A sus pies corre un

arroyuelo, cuyas aguas se deslizan rumorosas sobre un lecho de guijarros negros, por medio de los berros, de los *myosotis* azules, de todas esas plantas acuáticas que son también comunes en nuestros arroyos franceses. Y, detrás de la masa frondosa y espesa del árbol, el saliente de una roca forma una especie de bóveda de gruta, tapizada de culantrillos, por cuyos intersticios se filtra el agua. Al penetrar en esta gruta se experimenta una deliciosa sensación de frescura y de sombra, inapreciable tras la sofocación de luz abrumadora que reina allá fuera, en las colinas de lavandas. Nos tendemos perezosamente entre las gruesas raíces de la higuera, como si fuesen cómodas butacas, con los pies desnudos en el agua del arroyo. Las bestiezuelas, nunca perseguidas ni atormentadas por el hombre en este solitario lugar, no tienen miedo de nosotros: los galápagos se acercan suavemente por entre los juncos para comerse las migajas de nuestro pan, y las ranillas verdes saltan sobre nuestras piernas, dejándose coger y acariciar sin cuidado.....

XXXVII.

Sábado, 3 de Mayo.

Mañana volveremos á ver á Tánger la blanca, la punta de Europa, y las cosas y las gentes de nuestro siglo.

Este penúltimo día de marcha se nos hace largo, penoso, bajo un sol más difícil de soportar. El viejo *kaid*, á quien el comienzo de los ayunos del Ramadán han acabado de debilitar, no da ya con su camino. Los muleteros, que ayunan también, se sienten acometidos por una pesadez y una somnolencia inusitadas. Las distancias materiales aumentan entre los diversos contingentes de nuestra caravana, con lo que la pequeña columna se va alargando de un modo inquietante, marchando ahora escalonada en una extensión de dos ó tres kilómetros de país abrasado y desierto. A veces, llegamos hasta á perder de vista á las mulas y á sus conductores dormidos, que nos siguen con los bagajes y los famosos regalos del Kalifa; esos regalos tan apetecidos y envidiados. Entonces, un poco influídos nosotros también por el Ramadán, faltos de ánimo para volver sobre nuestros pasos con un calor tan sofocante, nos tendemos en el suelo para esperarlos, no importa dónde, y siempre al sol, puesto que no hay sombra en ninguna parte, cubriéndonos la cabeza con nuestros capuchones blancos, á la manera de los pastores marroquíes que duermen la siesta.

A eso de las tres de la tarde, nos hemos perdido completamente en medio de las soledades de helechos, lentiscos y lavandas: ya no hay traza de tiendas ni de bagajes, que han debido echar por otro camino. Y aunque tendríamos derecho á hacer reproches al anciano *kaid* que nos ha extraviado, no queremos decirle nada, porque nos da lástima del estado de torpeza á que le ha traído la extremada fatiga que le agobia.

* * *

Por fin, quiere el cielo que, ya adelantada la tarde, y en fuerza de andar y desandar camino, nos reunamos todos para plantar nuestro último campamento, que por cierto nos hace sentir que haya llegado el término de nuestra vida errante sobre esta tierra primitiva de hierbas y de flores.

Es un lugar sin nombre conocido, en la vertiente de alta colina, y forma una especie de pequeña meseta circular ó de azotea, rodeada de palmeras enanas, como un jardín. Y sobre esta meseta Alah ha extendido para nosotros un hermoso tapiz blanco, azul y rosa, absolutamente virgen, donde nadie ha posado sus plantas hace tal vez muchísimos años; un tapiz de margaritas, malvas y gencianas, tan apretadas las unas contra las otras, que por ningún intersticio se ve la tierra. El aire es puro é impregnado de suaves y salutíferos aromas. Por excepción, un bosquecillo corona la altura que nos domina, un bosquecillo de olivos. Sobre el cielo azul que comienza á palidecer, tornándose poco á poco de un verde límpido, hay un tejido de nubecillas como un velo discretamente echado. Nada de humano se divisa por ninguna parte; éste es el rincón más embalsamado, más tranquilo de cuantos hemos encontrado en nuestro camino. Y todas estas flores, esta música de insectos, este resplandecimiento de los colores y del aire, es para nosotros solos. ¡Inolvidable tarde de Mayo llena de la paz del Edén! Así debían ser las tardes de los tiempos prehistóricos, cuando todavía los hombres no habían afeado la tierra.....

XXXVIII.

Domingo, 4 de Mayo.

Después de un día de marcha, bastante penosa bajo los rayos del sol ardiente, hacia la tarde, vemos destacarse ante nosotros á Tánger la blanca; encima, la línea azul del Mediterráneo; y más encima todavía, la serie de picos irisados que son la costa de Europa.

Nuestra primera impresión es de timidez y de sorpresa al pasar por en medio de las *villas* europeas que hay en las afueras de la ciudad. Y nuestra timidez se convierte casi en confusión, cuando, al penetrar en el jardín del hotel con nuestros rostros ennegrecidos, nuestros albornoces, nuestras piernas desnudas, nuestra comitiva de mulas y muleteros; en una palabra, nuestro tren de beduinos nómadas, caemos en plena partida de *lawn-tenis* que juegan una porción de jóvenes señoritas ingleses.

Verdaderamente Tánger nos aparece ahora el colmo de la civilización y del refinamiento moderno. Un hotel, donde se nos da de comer sin exigirnos la carta de *muna* firmada por el Sultán; donde hay, para servirnos la comida, en lugar de esclavos negros, unos señores con corbatas blancas y caftanes (se me van pegando las voces árabes) que se detienen en la cintura, como si el paño costase una suma enorme, y rematan por detrás en unos faldones prolongados como elitros de zánganos. Cosas feas y cosas cómodas. La ciudad, abierta y segura por todas partes: ninguna necesidad de guardias para circular por las calles: en resumen, la existencia material, muy simplificada, más confortable, más fácil á todos, mediante un poco de dinero. Y, en el sentimiento de dilatación que se produce en nuestros espíritus, conocemos todo lo que había de opresor, á pesar de su encanto, en la vida de anteriores edades que hemos estado llevando todo este tiempo.....

Sin embargo, nuestras preferencias y nuestras simpatías están á favor del país que acaba de cerrarse tras de nosotros. Para nosotros mismos, ya sería demasiado tarde; no podríamos aclimatarnos. Pero la vida de los que han nacido en él, nos parece menos llena de miserias que la nuestra y menos falseada.

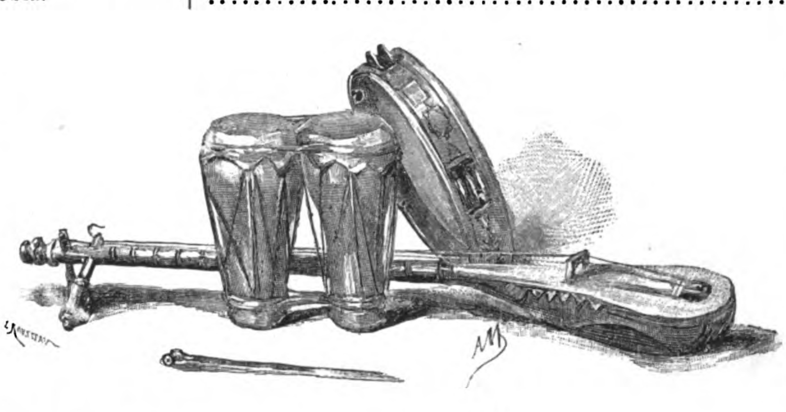
Personalmente, confieso que mejor quisiera ser el santo Kalifa, que presidir la más parlamentaria, la más letrada, la más industriosa de las repúblicas. Y hasta el último de los camelleros árabes, que después de pasarse la vida cruzando el desierto, espira un día al sol, tendiendo confiadamente á Alah sus manos encallecidas, paréceme haber obtenido mejor lote que un obrero de la gran manufacturería europea, ya sea fogonero ó diplomático, que termina su martirio de trabajo y de apetitos no logrados blasfemando sobre un lecho.....

* * *

¡Oh sombrío Imperio de Marruecos! ¡Permanece largo tiempo todavía amurallado, impenetrable á las cosas nuevas; continúa volviéndole la espalda á la Europa, é inmovilízate en las cosas pasadas! ¡Duerme y prosigue tu viejo ensueño, á fin de que, al menos, haya un último país donde los hombres eleven de buena fe sus oraciones al cielo!.....

¡Y que Alah conserve al Sultán sus territorios insumisos y sus inmensas soledades tapizadas de flores, sus desiertos de asfodelas y de lirios, para que se ejerciten en el espacio libre la agilidad de sus jinetes y las piernas de sus caballos; para que guerree como guerreaban antiguamente los paladines, y coseche cabezas de rebeldes! ¡Que Alah conserve al pueblo árabe sus ensueños místicos, su inmovilidad desdeñosa y sus harapos grises! ¡Que deje á las dulzainas beduinas su voz triste y estremecedora; su inviolable misterio á las viejas mezquitas, y sus sudarios de cal blanca á las ruinas!.......

....



FIN.

PIERRE LOTI.

Por la traducción,
MANUEL BOSCH.

UNA CATÁSTROFE EN LA HABANA.

No puede permanecer indiferente LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA al dolor producido en la Isla de Cuba por la abrumadora catástrofe de la noche del 17 de Mayo, que repercutiendo con triste resonancia por todos los ámbitos de España, ha arrancado lamentos y oraciones de todos los pechos nobles, conmovidos por esa inmensa desgracia; y así como la representación en la Habana de este periódico y de *La Moda Elegante* consagró una corona á la memoria de las nobles víctimas de la abnegación y el heroísmo por la humanidad, hoy abre sus páginas para consignar un triste episodio de esos sucesos, relatándolos fielmente, y presentar á sus lectores los retratos de algunas de las víctimas propiciatorias del deber; sólo así se paga tan grande sacrificio y se estimula á los que sobrevivieron á la catástrofe para perseverar en su nobilísima empresa.

Antes de referir los hechos lamentables que el telégrafo anticipó en su día con triste laconismo, menester es, como antecedente de todo, hablar de la institución de los bomberos en la Isla de Cuba, y notoriamente en la Habana. Dos cuerpos de distinta organización que persiguen idénticos fines existen en dicha capital. El más antiguo, se denominaba antaño de Honrados Obreros y Bomberos, y hoy se llama de Bomberos Municipales. El de más reciente creación (apenas hace diez y siete años que existe) denomínase Bomberos del Comercio, núm. 1. Uno y otro se inspiran en el mismo objeto: procurar la extinción de los incendios y salvar vidas é intereses ajenos con riesgo de la propia. En los días tristes en que la guerra civil se enseñoreaba de la Isla de Cuba, sacrificando en uno y otro campo vidas preciosas, los Bomberos Municipales marcharon á la guerra á defender los derechos de España á la nacionalidad de esta tierra, y sellaron su lealtad con sangre de sus venas. El batallón permaneció en campaña más de tres años, y en ese tiempo, las enfermedades y las balas lo dejaron reducido á una cuarta parte, pero *no se dió el caso de que ocurriese una sola defección*. Componíanlo albañiles, carpinteros, zapateros, criados, en su mayor parte negros y mulatos, incluso sus jefes, y ninguno se cuidó, al acudir al llamamiento del deber, de la situación en que quedaba su familia, que dependía del pobre jornal que cada uno ganaba: todos creyeron que era deber del Cuerpo quedar con honra en los campos de batalla, lo mismo que en las luchas con los elementos, y consumaron el más grande de los sacrificios: el de morir por la patria. El Cuerpo de Bomberos del Comercio lo componen jóvenes entusiastas, en su mayor número pertenecientes, como su nombre lo indica, al comercio, á las carreras universitarias, á la prensa y al foro; en una palabra, de igual manera que los Municipales son, por decirlo así, la legión del trabajo rudo, los del Comercio son el ejército del desahogo y el bienestar, y no por eso menos fuertes sus individuos en la resistencia, y tan animosos como los que más en el peligro.

La organización de los Municipales es puramente militar; la de los del Comercio, sin prescindir de la severa disciplina, tiene algo de familiar: como que jefes y subordinados son generalmente de una misma escala social, y todos, fuera del servicio, excelentes amigos. Este Cuerpo de Bomberos del Comercio de la Habana se halla montado como los de igual clase de Nueva-York, Londres, etc., y es fama que el de Cuba figura al nivel de los dos citados, superando á los demás de las grandes capitales, sin exceptuar á París. Así se ha visto, en visitas inesperadas que han hecho á sus cuartelillos autoridades y personas prominentes, que, dada la señal de fuego, en menos de un minuto se han abierto de par en par las puertas del cuartel, han descendido de los diversos pisos de que consta el edificio los bomberos de guardia; los caballos, que alternan también en el servicio, con sus correspondientes arreos, se han colocado á los respectivos lados de la lanza del carro, han quedado enganchados, echando á andar éste con la bomba, avivado el fuego de la hornilla con la marcha rápida de los caballos. De tal modo están amaestrados los bomberos en estas operaciones, que se hacen en menos tiempo del que se necesita para referirlas.

Conocidas, pues, la organización y manera de ser de los institutos de Bomberos de la Habana, es hora de referir la catástrofe que ha llevado el luto y la desesperación á centenares de familias. En la noche del 17 de Mayo prodújose un gran incendio en el almacén de ferretería de los Sres. Isasi y C.ª, situado en una gran casa de las calles de Mercaderes y Lamparilla. La imprudencia de un muchacho, que dejó al descuido una vela encendida cerca de materias inflamables, produjo la conflagración. Pronto el incendio tomó proporciones alarmantes. Y, como es natural, llegaron desde los primeros momentos los Bomberos del Comercio y Municipales, con sus respectivas bombas, para trabajar en la extinción del fuego, y corrieron también á prestar el mismo servicio individuos del batallón de Orden público, marineros y paisanos, llevados todos del ansia de extinguir aquel incendio, de salvar en lo posible los efectos que el voraz elemento destruía y las casas cercanas, y sobre todo de impedir que pereciesen las personas amenazadas por el fuego. ¡Cuán ajenos estaban los que así realizaban su noble y humanitaria obra, de que la muerte acechaba su presa y habían de quedar muchos entre sus garras!

Parece indudable que un jefe de Bomberos interrogó á uno de los dueños de la casa si había depositadas en ella materias explosivas, y que recibió respuesta negativa. Con la confianza de que no había el mayor de los riesgos que podía temerse, los Bomberos, el Orden público y los paisanos, atacaron con mayor denuedo el fuego; entraron en la casa incendiada, pasaron entre las llamas para colocar mejor sus mangueras, y los primeros en el peligro y el puesto de honor fueron los jefes de ambos cuerpos. De pronto, una terrible detonación asorda á todos; apáganse las luces en ocho manzanas á la redonda, tiembla el suelo, viene abajo la casa, y entre sus escombros queda un número considerable de personas; otras son arrojadas á larga distancia, quien muerta, quien gravemente herida, tal cual lesionada. La confusión reina breves momentos; el terror se apodera de los ánimos; el fuego, momentáneamente oculto por la espesa humareda que produce la explosión, arroja nuevamente claridad siniestra sobre aquel cuadro de angustia y desolación. Casi todos los jefes han caído, porque esa catástrofe ha sido una batalla contra los elementos, en que han ganado la victoria, sucumbiendo, los generales.

Queda uno salvo, el segundo de los Bomberos del Comercio, D. Enrique Hamel, que por vivir á alguna distancia del lugar de la catástrofe, llega cinco minutos después, y con viril entereza reanima á sus compañeros, desafía á las llamas, alienta, manda, da el ejemplo del arrojo y la abnegación, y se reanuda el penoso trabajo. Unos continúan la obra de apagar el fuego, otros realizan la titánica empresa de remover los escombros, para ir extrayendo los que yacen entre ellos, heridos ó muertos. Las Casas de socorro de la Habana, y el hospital de sangre que se forma cerca del lugar de la he-

LA CATÁSTROFE DE LA HABANA.





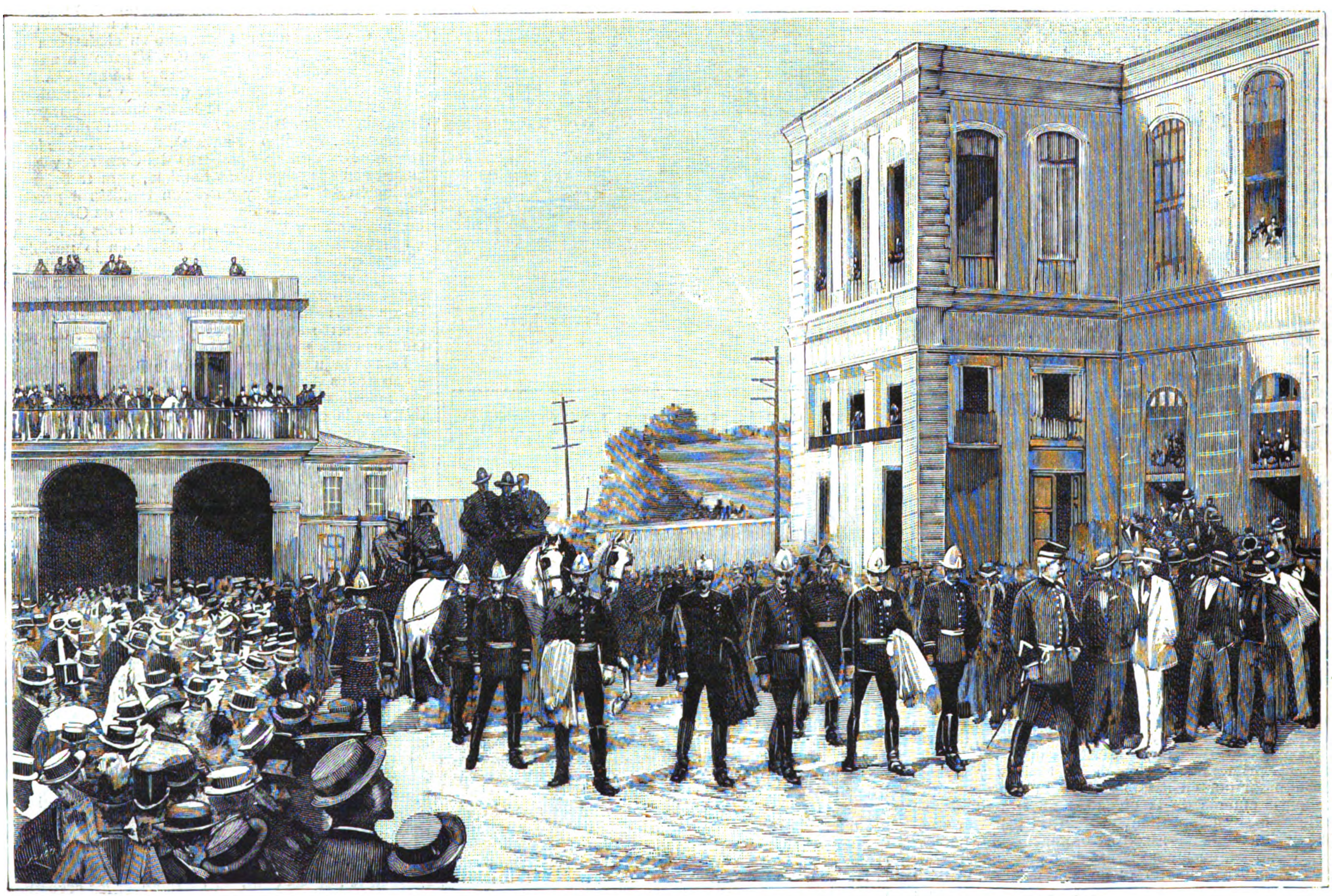
Ilmo. Sr. D. JUAN J. MUSSET,
TENIENTE CORONEL DE BOMBEROS DEL COMERCIO.



D. ANDRÈS ZENCOVIECH,
CAPITÁN DE BOMBEROS MUNICIPALES.

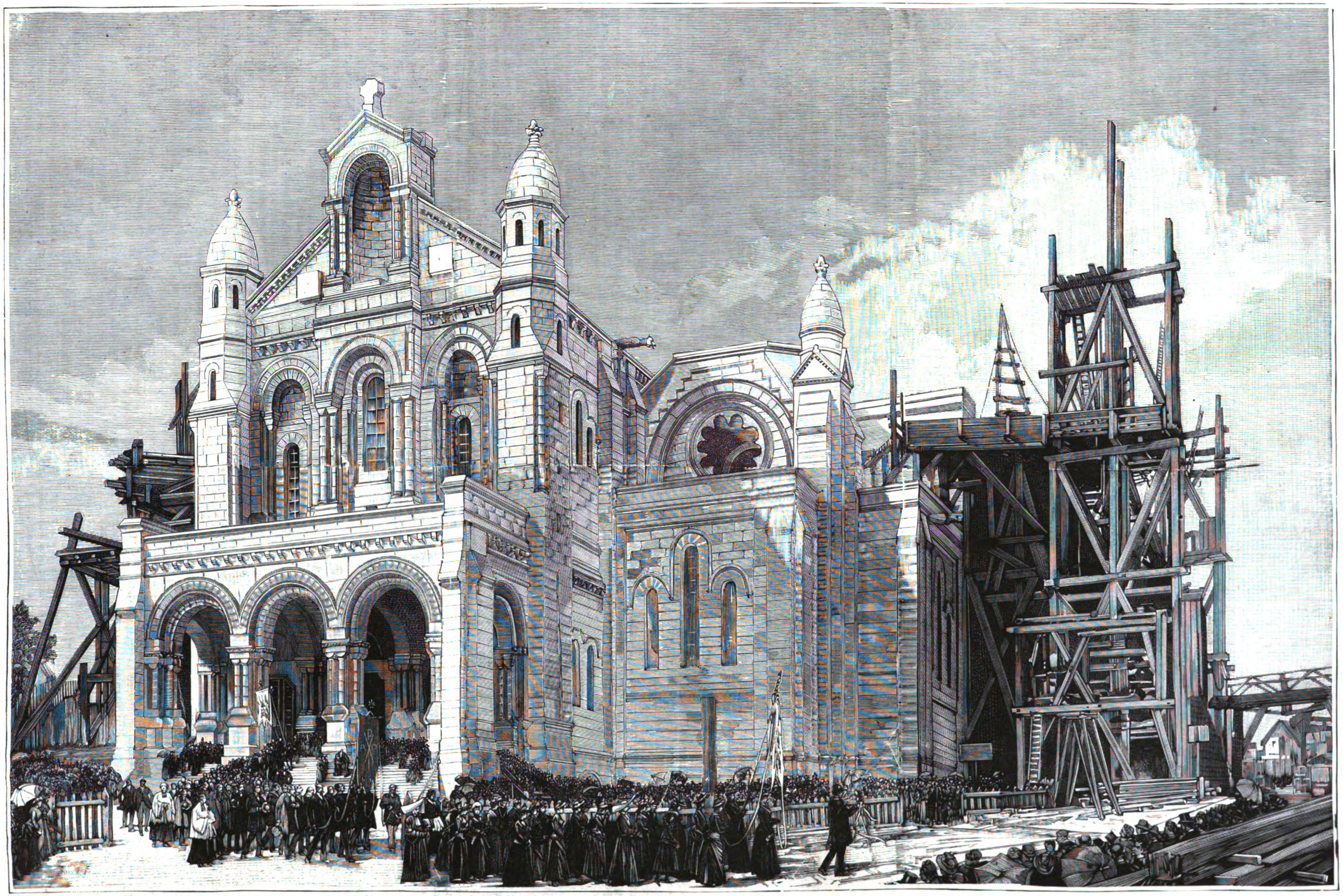
D. FRANCISCO SILVA Y ALFONSO,
CÓNSUL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA.

TRES VÍCTIMAS DEL INCENDIO OCURRIDO EN EL ALMACÉN DE FERRETERÍA DE LOS SRES. ISASI, EL 17 DE MAYO ÚLTIMO.
(De fotografías remitidas por D. V. Otero.)



CONDUCCIÓN DE LOS CADÁVERES AL CEMENTERIO, EN LA TARDE DEL 19.
(De croquis remitido por nuestro corresponsal.)

PARÍS.—CONSAGRACIÓN DE LA BASÍLICA DEL SAGRADO CORAZON, EN MONTMARTRE.



PEREGRINACIÓN DEL CLERO Y FELIGRESES DE LA PARROQUIA DE «NOTRE-DAME», PARA BENDECIR LAS PIEDRAS OFRECIDAS POR LOS MISMOS PEREGRINOS.

catombe, son insuficientes para contener los heridos (pasa de cien su número) que van llegando para sufrir la primera cura.

¡Qué escenas las que presencia la ciudad á la amanecida del domingo 18! ¡Madres, esposas, hijas amantísimas, van desoladas de uno en otro hospital de sangre buscando al ser querido que no encuentran y cuya suerte les apena! ¡Hermanos y amigos, removiendo escombros, con los bomberos y la tropa y una sección del presidio, en ansia de hallar á aquellos que algunas horas antes estuvieron á su lado, y que no han de volver á cruzar con la suya su palabra! El rudo trabajo del escombreo es doblemente fatigoso, porque la lluvia no cesa de caer. Poco á poco y con titánicos esfuerzos van saliendo de aquellos escombros los cadáveres en número de treinta y seis. Hecha la clasificación de los muertos, resulta que son: 17 bomberos del comercio; 8 bomberos municipales; 3 guardias de Orden público; 8 paisanos, de los cuales uno no ha podido ser identificado. ¿Y quienes son los muertos? Ya lo he dicho: los mejores entre los buenos; muchos de los jefes, personas estimadísimas en todos los círculos sociales de la Habana. De algunos de ellos inserta LA ILUSTRACIÓN el retrato en la pág. 404, citando nombres y consignando algunas particulares de su vida.

D. Juan J. Musset, uno de los fundadores del Cuerpo de Bomberos del Comercio de la Habana, antiguo comerciante en esta plaza, miembro de importantes corporaciones, representante de la Cámara de Comercio de Santiago de Cuba, secretario-contador de la Junta de Obras del puerto; persona muy ilustrada, de alabadísimo carácter. El Sr. Musset era sobrino del gran poeta francés Alfred de Musset, había nacido en Cádiz y llevaba en Cuba más de cuarenta años de residencia.

D. Francisco Silva y Alfonso, joven, como la mayor parte de las víctimas de esta hecatombe, cónsul general de Venezuela en la Habana, y miembro de distinguidísima familia cubana. Su padre, que desempeñó el mismo cargo en la capital de Cuba, había sido trasladado, con ascenso, de Nueva York á París. El Sr. Silva no pertenecía á ninguno de los Cuerpos de bomberos, habiéndole llevado al lugar del peligro, donde le esperaba la muerte, su arrojo y ansia de prestar servicios donde pudieran necesitarse.

D. Andrés Zencoviech, comandante y primer jefe accidental de los Bomberos municipales, antiguo maestro de obras en el arsenal de la Habana.

Los retratos de esas tres desventuradas víctimas son los que figuran en la citada página 404, y sentimos no publicar igualmente, por haberlos recibido demasiado tarde, los de sus compañeros de desgracia, que á continuación mencionamos:

D. Oscar Conill, hijo y uno de los herederos del acaudalado banquero D. Juan Conill; joven, entusiasta, activo y emprendedor; presidente de la Sociedad Protectora de los Animales y Plantas y del Club «Almendares», é individuo de otras instituciones benéficas. La fortuna le sonreía doblemente, así en bienes propios, como en el amor de su familia. Al marchar animado al incendio tuvo que sostener una lucha de afectos y deberes con su esposa y sus tiernos hijos, que no le querían dejar partir, y que esperaron inútilmente toda la noche en el balcón de su casa: *D. Francisco Ordóñez*, hermano del primer jefe de los bomberos del comercio, asociado á sus dos hermanos (ambos heridos) en las empresas comerciales que realizan: *D. Gastón* y *D. Raul Alvaro*, arquitecto el primero, estudiante del quinto año de Farmacia el último, hijos del que fué, hasta su muerte, acaecida hace pocos meses, vicedirector de la Escuela Profesional de la Habana: *D. Inocencio Valdepares*, hijo del respetable librero de ese apellido: *D. Isaac Cadaval*, miembro de una de las más antiguas familias de esta sociedad: *D. José M. Rodríguez Alegre*, hijo de un rico abogado que residió largos años en Cárdenas: *D. Angel Mascaró y Ojitos*, miembro también de conocida familia; y otros más hasta el número, ya citado, de treinta y seis.

Días infaustos, días de duelo fueron para la Habana el domingo 18 y el lunes 19. Los establecimientos comerciales cerraron sus puertas; todos los centros del trabajo y la producción suspendieron su actividad; enlutáronse las casas y las calles; cesaron en su tráfico los carruajes, y el sentimiento público se mostró unánime, por modo tan admirable, que ni aun los labios se abrían para otra cosa que para expresar el reconcentrado dolor de estos habitantes por tan inmensa pérdida. Tan conocidos y estimados eran todos y cada uno de los muertos, que no había persona á quien no hiriese la desgracia. Ya en la mañana del domingo 18, al dar cuenta el *Diario de la Marina*, en un extraordinario, de la hecatombe, iniciaba una suscrición para erigir un mausoleo en honor de las víctimas, que perpetuase su abnegación y lo cruento del sacrificio hecho en aras de la humanidad. Y algunas horas más tarde, reuníase el Ayuntamiento con el propio fin y el no menos nobilísimo de costear suntuoso entierro á los muertos. Al día siguiente, otros periódicos, estimulados por la feliz iniciativa, abrían á su vez suscriciones para alivio de las familias de los muertos y socorro de los heridos y contusos; y en uno y otro generoso proyecto, se ha promovido la más bella y sublime emulación. Para encauzar el socorro, el general Chinchilla, que en nombre de S. M. la Reina ejerce el mando superior de la isla de Cuba, constituye una gran junta central de socorros. Para acrecer las sumas destinadas á este objeto, los empleados ceden un día de haber, las empresas teatrales promueven funciones, recorren las calles muchas personas en solicitud de dádivas, y nadie escatima el auxilio. De golpe, y por virtud de la enormidad de la desgracia, la isla de Cuba vuelve á ser la tierra caritativa y dadivosa por excelencia, que á nadie cede en el empeño de socorrer á los necesitados calmando sus cuitas.

Los cadáveres de las víctimas fueron llevados desde el domingo al palacio del Ayuntamiento, colocándose los de los Sres. Zencoviech, Conill y Alvaro (D. Gastón) en la sala de sesiones, donde se les daba guardia de honor, y los restantes en el salón de descanso del propio Ayuntamiento, ocupando dos largas hileras. Fué durante dos días la casa de los padres del pueblo de la Habana el sombrío palacio de la desolación y la muerte. Fatígase la memoria, abátese el ánimo con la relación de tan triste suceso. Toda la Habana acudió al entierro (véase el segundo grabado de la misma pág. 404), realizando de este modo el más justo y merecido homenaje en honor de las víctimas. Por centenares se contaban las grandiosas coronas consagradas á esos héroes del deber y la humanidad. El Gobernador general, el Obispo diocesano, el General de Marina, el Segundo cabo, el Gobernador civil, el Intendente general de Hacienda, todas las autoridades, en suma, del orden civil y militar con lo más brillante que encierra la Habana en todas las esferas del orden social, constituían el lucidísimo cortejo de las víctimas. Iban sus cadáveres conducidos, los de los jefes, en las mismas bombas, los de los demás, en los numerosos carros facilitados gratuitamente por las diversas agencias de pompas fúnebres de la Habana. En el cementerio ocupan todos una gran porción de terreno, cedida por el Obispo con tal objeto, y sobre la cual se erigirá el monumento que perpetúe su sacrificio.

Después de ese acto de caridad loablemente cumplido, quedaba otro, también realizado de modo solemnísimo, el de que la Iglesia, nuestra madre común, elevase sus sufragios por el alma de las víctimas. El Ayuntamiento, de acuerdo con el Sr. Obispo, eligió para ese acto uno de los más grandes y hermosos templos de la Habana, la Merced. Efectuáronse esas honras en la mañana del 28 de Mayo, en medio de un verdadero temporal de aguas (temporal que ha sido nuevo y terrible azote para la isla de Cuba), que no retrajo de concurrir á ninguna de las numerosas personas de todas las clases y rangos que debían hacerlo. El acto religioso fué imponente y espléndido, y el elocuente orador sagrado, rector de las Escuelas Pías de Guanabacoa, reverendo padre Muntadas, pronunció una notable oración fúnebre, digna de su nombre y del grandioso objeto que la inspiraba.

Muchos años pasará para que se extinga el dolor de los que han sufrido por este cruento sacrificio; más aún, para que pueda olvidarse, porque las generaciones que se sucedan á las presentes tendrán perdurablemente consignado en mármoles y bronces el hecho heroico de abnegación y humanidad realizado por los bomberos de la Habana, que servirá de aliento y estímulo para no cejar en la obra gloriosa de disputar al fuego, cuantas veces surja terrible y amenazador, vidas é intereses ajenos, con riesgo y desprecio de la propia. Concluyo estas líneas, con algunas menos breves y pertinentes, del *Diario de la Marina*: «Los cuerpos de bomberos, por doloridos y tristes que se encuentren con la pérdida de sus queridos compañeros, deben estar ufanos de haber nutrido en su seno esa fecunda semilla de héroes y mártires.» Y así es.

JOSÉ E. TRIAY.

Habana.

CRÓNICA DE EUROPA.

SUMARIO.

Conspiración nihilista de las bombas; numerosas prisiones en París y ramificaciones en Suiza.—Las jóvenes moscovitas.—Aproximación entre Rusia é Italia.—Proyecto de enlace entre la gran duquesa Xenia y el Príncipe de Nápoles.—Matrimonios en la familia Imperial de Austria y en la Real de Bélgica.—Libertad del Duque de Orleans.—Últimos ecos del viaje de Carnot á Belfort y la Provenza.—El Emperador de Alemania.—Los consistorios de San Juan y San Pedro.

VERDADERAMENTE que la edad actual no deja un instante de tranquilidad al cronista europeo. Consagraba una de mis últimas revistas á las terribles demostraciones de primeros de Mayo, cuyos últimos destellos han sido las tristes huelgas de Vizcaya y las de las campesinas empleadas en el cultivo del arroz de la Romaña itálica, que tuvieron en su lucha con la fuerza pública hostilizada la funesta consecuencia de dejar heridas ó muertas algunas de estas aldeanas infelices en los campos inmediatos á Ravena. No habían transcurrido quince días de esta agitación internacional en Europa, y apenas han pronunciado los tribunales de París la sentencia, mucho menos grave de lo que podía imaginarse, contra el Marqués de Mores, duque de Valle-Umbrosa, que apareció como el principal jefe de la gran conspiración socialista y obrera de la capital de Francia; cuando he aquí que el telégrafo comunica á todas las cortes el descubrimiento de un complot para producir una revolución en Rusia, precedida de un nuevo asesinato de sus Czares. ¡Triste condición la de Alejandro III, y especialmente la de su alarmada esposa, la Czarina, viviendo esta existencia de peligros continuos, que hace más temibles el recuerdo de la terrible catástrofe de su augusto padre. Porque, aun cuando pueda haber algo de exageración en las constantes noticias de conspiraciones contra el Emperador de Rusia, extendiéndose en todas las esferas sociales, desde la Universidad á la milicia, desde la aristocracia al antiguo siervo, desde los estudiantes nihilistas de Moscou hasta los polacos revolucionarios de Varsovia, dándose la mano con sus hermanos los terroristas, cuyo centro acaba de descubrirse en París, y con los nihilistas refugiados en Suiza ó Inglaterra; es lo cierto que bien puede afirmarse no pasar año, y á veces meses, sin una erupción de ese volcán revolucionario que se agita en el seno de la Rusia. Hace un año me tocaba escribir desde Suiza á LA ILUSTRACIÓN, refiriendo el descubrimiento, hecho en Zurich, de experiencias de bombas explosibles, probadas sobre las rocas mismas de los Alpes y los frondosos árboles de la Helvecia, y que, destinadas á acabar con la vida del Czar en los momentos mismos en que éste escapaba al gran desastre del ferrocarril moscovita, pusieron término á la existencia de uno de los estudiantes polacos constructores de estas bombas, hiriendo á su otro compañero Densky, que pudo refugiarse en Francia cuando el Gobierno federal comprendió deber dar algunas satisfacciones y garantías á los Imperios de Rusia y Alemania, unidos para presentar fuertes reclamaciones á la Suiza. Indudablemente, las experiencias explosivas de Zurich eran el preludio de las realizadas en los bosques franceses de Clamart, y el estudiante Denski, el conducto por donde los nihilistas de Rusia y de Suiza se han puesto en contacto con los más numerosos de la Francia, donde esta asociación cuenta dos ramas partiendo de un mismo tronco, pero con caracteres diferentes. Los terroristas que quieren precipitar la revolución social y política de su patria, empleando ya la dinamita, que hace saltar habitaciones en los palacios imperiales, los descarrilamientos para destruir los trenes en que viaja el Czar, las bombas perfeccionadas y acrecidas en potencia terrible desde las célebres de Orsini, junto á los propagandistas consagrados á una propaganda infatigable por la prensa, la asociación y la conspiración, que obrando en el campo moral preparan á su vez la conspiración en el terreno material. El centro, cuyos principales miembros en gran número acaban de ser presos en París, pertenecía al elemento terrorista. Los hombres, en su mayoría jóvenes, polacos los unos, rusos los demás, se consagraban á la fabricación de bombas y otros instrumentos explosibles, mientras sus esposas y diversas jóvenes moscovitas, que por lo general seguían los estudios de la clínica, de la medicina en las Universidades é Institutos de la capital de Francia, ó los ayudaban en la preparación de las sustancias fulminantes, ó en hacer llegar las bombas á Rusia; siendo menor naturalmente la vigilancia respecto del bello sexo. Y sin embargo, la mujer rusa representa un papel importantísimo en el nihilismo, así en la esfera propagandista como en la terrorista ó de acción. Refería no ha mucho en estas columnas el paso dado por una profesora moscovita, hija de un marino del Imperio que había servido patrióticamente á los czares Nicolás y Alejandro II, dirigiendo un escrito al actual Emperador, verdadero memorial de agravios de la joven Rusia, y augurio de los peligros que amenazaban á Alejandro III si no se resolvía á dotar pronto de una constitución liberal al Imperio. Sin duda debía conocer bien á fondo la vasta asociación parisiense, de la cual una veintena de miembros están ya, los hombres en Mazas, las mujeres en las prisiones de Saint Lazare; mientras número acaso superior había logrado entrar en Rusia, siendo portadores de los primeros envíos de bombas destinadas á producir una catástrofe. A la hora en que escribo esta crónica, el proceso no está bastante adelantado para poder afirmar cómo ha logrado la policía descubrir esta conspiración. Es indudable, sin embargo, que agentes rusos habían seguido incansablemente las huellas del estudiante Denski, herido en Zurich, oculto primero en una casa de campo habitada por compatriotas ricos cerca de Rianzy, y perdido más tarde en los laberintos del barrio Latino, habitado por los estudiantes de la Sorbona en el *faubourg* Saint Germain. Siguiéndose esta pista, se habían descubierto en un campo aislado árboles llevando en sus troncos y cortezas la huella de experiencias explosibles; y profundizando la tierra en derredor, encontrado ocultos en ella fragmentos de tubos metálicos y aun de bombas conteniendo sustancias fulminantes, mucho más caracterizadas por su potencia que las que estallaron en Zurich. Un fabricante de productos químicos inmediato al teatro del Odeón, y que había vendido algunas de estas sustancias á estudiantes jóvenes, que recordó hablaban entre sí la lengua polaca ó moscovita, permitió completar la investigación, dando con las moradas de Denski, Mendelssohn, Peploff, esposos Reinchteims, y la joven estudianta Bronberg, que aparecen como las primeras personalidades entre la veintena de los terroristas presos. Una circunstancia curiosa es la de que en sus moradas existe el más vivo contraste entre la abyecta miseria en que vivía, por ejemplo, Peploff, y la elegancia de la villa ó casa de campo habitada en el lindo pueblo de Fontenay-aux-Roses por los esposos Mendelssohn, que, como algún otro de los matrimonios arrestados, son padres de lindos y tiernos niños. Otra versión relaciona el completo descubrimiento del centro nihilista con un crimen misterioso y trágico de que ha sido teatro recientemente un hotel de la rue des Mathurins, en París. Hace meses que este hotel servía de lugar de cita para dos amantes, el polaco Bleczinski y Mme. Widorska, esposa de un modesto empleado, morador de la *rue de Richelieu*, y que, como acontece casi siempre, era el mejor amigo del amante de su mujer. Después de una noche de orgía, se vió á Bleczinski salir de la habitación ensangrentado y herido, con un revólver en la mano, mientras que en la morada aparecía muerta la agraciada Widorska. Fué imposible conseguir del herido la confesión de haber sido, como Pranzini, el matador reciente de Magdalena Gagnol, el asesino de su amada, sosteniendo que, fatigados uno y otro de la existencia, habían imitado, aunque con accidentes diversos, la tragedia del castillo de Meyerling, entre el archiduque Rodolfo y la baronesa María. Si bien sobre el polaco Bleczinski nada se encontró de importancia, halláronse en su residencia ordinaria del Havre, y ocultos misteriosamente, documentos presentándolo como afiliado á la sección terrorista del ni-

hilismo polaco-ruso. Tal descubrimiento podrá facilitar la acción de la justicia, que de otra suerte se estrellaría en el silencio absoluto é impenetrable que parece ser la religión del nihilismo, á juzgar por los procesos numerosos que ya cuenta en Rusia, como en Suiza y en Francia. Es el juramento que prestan de sufrirlo todo antes que hacer la menor revelación una de las fuerzas terribles de esta asociación secreta, y que si se tratase de causa menos inhumana que la simbolizada por el nihilismo, recordaría los sacrificios sublimes de los primeros cristianos en las catacumbas y las páginas eternas de *Los Mártires* de Chateaubriand.

***

A pesar del misterio en que se envuelven, los descubrimientos ya hechos en las moradas de los terroristas arrestados permiten juzgar lo vasto de la conspiración. Ya hemos dicho que los esposos Mendelssohn, que pueden considerarse como los capitalistas del nihilismo parisiense, habitaban un lindo *chalet*, no lejos de los bosques en que debieron tener lugar las experiencias de las bombas explosibles. Perteneciendo á noble familia moscovita, han consagrado su juventud y su vida á la causa de la revolución social, sufriendo la expulsión de Rusia, la de Cracovia en la Galitzia austriaca, y refugiándose en las bellas cercanías de París, donde el esposo y la esposa, ésta de figura distinguida, frecuentaban las clases de la Universidad, recibiendo siempre vasta correspondencia de Rusia, Polonia y Suiza. En muy diferente escala de fortuna, tocando casi á la miseria, estaban los esposos Reinchstein, la mujer, joven y linda también, con una niña de corta edad, y albergando en su morada la rusa Heroquine, que pocos días antes había partido para Rusia, portadora de bombas explosivas, cilíndricas y esféricas, iguales á las tres que, cargadas de dinamita, se hallaron en su morada del barrio de los Gobelinos. La parte del proceso ya actuado revela ser los esposos Reinchstein, con Peploff, una especie de profeta moscovita, los principales fabricantes de las bombas, cuyas experiencias hirieron, como á Denski en Zurich, á Peploff en los bosques de Rianzy. Estebanof, Anamieff y Orloff, otros tres conjurados, trabajaban á su vez en la confección de tubos cilíndricos y de materias explosibles, en un secreto tal, que para mantenerlo impenetrable jamás permitieron que se hiciese la limpieza de sus modestas habitaciones por los porteros de su casa. Por el contrario, en la de Denski, que con ellos trabajaba, nada comprometedor existía, sabiendo bien cuán vigilado era desde su llegada de Suiza. El principal depósito de las bombas estaba en la morada pobre y en un último piso de la joven Brongbert, de la raza kalmouka, que con grande aprovechamiento, que le valió premios en los exámenes, seguía los estudios de clínica. Un cajón, conteniendo hasta quince bombas, estaba preparado para partir. Laurenius y su esposa Olga, á la par que seguían estudios médicos, trabajaban incansablemente en su laboratorio, establecido en habitación bastante elegante. Atckinasy y Analubnitch, menos recelosos de una visita de la policía, tenían también en su modesta morada revolvers, puñales, los utensilios todos de un mecánico, sustancias fulminantes; y junto á estos elementos mortíferos, un curiosísimo cuadro con numerosos retratos, á los que una leyenda al pie del lienzo llamaba socialistas mártires de la Rusia, casi todos jóvenes, figurando entre este numeroso grupo nihilista, nada menos que treinta pertenecientes al bello sexo.

Anamieff, ya desterrado por nihilista en la Siberia, tenía el cuidado de llevar diariamente el sustento necesario á su compatriota Peploff, que herido, como hemos dicho, al manipular una de las bombas, no podía abandonar el mísero lecho, en derredor del cual se encontraron sin embargo tubos de metal destinados á la fabricación de bombas, otros de cristal de toda clase de formas, y redomas llenas de materias explosibles. Este Peploff, ya de edad avanzada, de estatura colosal, vistiendo una túnica á lo Nazareno, llevando larga la barba como los popes griegos, parecía como el apóstol á los ojos de sus compatriotas del nihilismo, religión ciertamente poco evangélica. Porque de los exámenes ya hechos en los laboratorios oficiales, aparece que las materias explosibles que henchían las bombas esféricas y cilíndricas representan una potencia destructora infinitamente mayor que todo lo conocido hasta el día.

Son incalculables las consecuencias que la ejecución del plan, sin duda concertado en los centros de Rusia y del extranjero, habría producido en los destinos de Europa. No de revelaciones, que hasta ahora ha sido imposible lograr de los presos, sino de algunos de los documentos encontrados, aparece que la explosión de estos instrumentos de muerte, más terribles que la célebre máquina de Fieschi contra Luis Felipe, las bombas de Orsini empleadas contra Napoleón III, y los aparatos ideados por Oberdán contra el Emperador de Austria, debían ser empleados, ó en San Petersburgo, ó en los campamentos militares moscovitas, cuando, con ocasión del viaje del Emperador de Alemania, coincidiendo con el de los archiduques herederos del trono de Austria-Hungría, hubiesen disfrutado de las fiestas preparadas por los Czares, y de los grandes simulacros del ejército ruso á que debieran asistir los representantes de los tres primeros imperios de Europa.

CONDE DE COELLO.

(Concluirá.)

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

En verano es necesario adoptar muchas precauciones para defender el rostro y las manos contra la acción perniciosa del sol, combinada con la brisa del mar y el árido polvo de paseos y calles, de caminos y montañas.

Limpiarse bien el cutis al regresar de una excursión, á fin de evitar las manchas que dejaría el polvo incrustándose en la piel, es precaución muy buena preconizada por M. Guerlain, maestro en esta clase de asuntos, y pasar en seguida por el mismo cutis un poco de *Crema de Cohombros*, limpiándola poco después y expolvoreando el rostro con *Polvo de Cypris*. Estos dos cosméticos son perfectos y se conservan indefinidamente sin alteración alguna.

No olvidéis, por lo tanto, guardar en vuestra maleta de viaje un bote de *Crema de Cohombros*, una caja de *Polvos de Cypris*, jabón *Sapoceti*, pasta de terciopelo para las manos, un frasco de *Agua de Colonia* imperial rusa, otro frasco de *Verbena* para perfumar el pañuelo, y para el tocador *Agua de Chipre*.

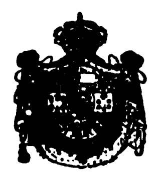
Este pequeño bagaje bastará para combatir los efectos de la vida al aire libre, ya sea á orillas del mar, ya en el campo y en las montañas.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los Sres. Suscritores cuyo abono termina en fin del presente mes de Junio y gusten de seguirnos favoreciendo, tengan la bondad de pasar desde luego á esta Administración el oportuno aviso para la renovación de sus abonos, á fin de que no sufran retrasos ó interrupciones en el servicio del periódico.

Para renovar ó reclamar, es muy conveniente acompañar á la carta una de las fajas, impresas ó manuscritas, con que actualmente se hace el servicio.

Perfumería Victoria



EXTRACTOS CONCENTRADOS

Para el Pañuelo

de RIGAUD y Cía, de PARIS

Proveedores de la Real Casa de España

Los Perfumes adoptados por la Aristocracia parisiense son:

El KANANGA del Japón	*El MÉLATI* de China
El YLANG-YLANG de Manila	*El CHAMPACCA* de Lahore

que existen bajo la forma de **Esencia, Agua, Jabón, Polvos**, etc.

Extractos selectos de la Moda:

BOUQUET de PARIS	LILAS
CÉFIRO de las PAMPAS	LIRIO
HELIÓTROPO Blanco	MAGNOLIA
IXORA de AFRICA	NEW-MOWN-HAY
JAZMIN	OPOPONAX
JOCKEY-CLUB	RESEDÁ

CREMA DENTIFRICA DE RIGAUD *forma un mucílago untuoso y da á la dentadura la blancura y la nitidéz del marfil.*

DENTORINA RIGAUD, *perfuma la boca, previene la cáries.*

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y Cía.

PÍLDORAS DE BLANCARD

CON

Yoduro de Hierro inalterable



NEW-YORK 1853

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.



PARIS 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis**,
En fin. ofrecen á los prácticos un agente terapeutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

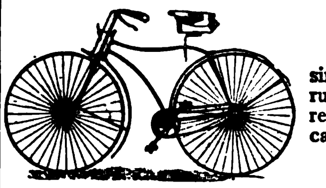
Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

HEINRICH KLEYER — VELOCÍPEDOS "ÁGUILA"

LA MÁS VASTA É IMPORTANTE FÁBRICA DEL CONTINENTE

Francfort sobre el Mein.



Velocípedos de dos y tres ruedas. Velocípedos de seguridad, simples y con dos asientos para cada edad. Velocípedos de tres ruedas para transportar mercancías de todo género. Piezas de reemplazo y accesorias. Se buscan agentes activos y se ofrecen catálogos ilustrados contra remesa de timbre postal.

Representante: GUSTAVO ROHRIG, Barcelona.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

DE VIVAS PÉREZ

Recetados por verdaderas eminencias médicas y adoptados en los hospitales. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterias, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado. — Exigir la firma y marca de garantía

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. — En Madrid, Melchor García. — De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.

E. HAYNRLÍN, ƷƎ, N. 24.

El mejor dentrífico, mas agradable y, sobre todo, mas Higienico:

Agua de Philippe

empleada con la

Odontalina

PASTA DENTARIA, VERDADERO CARMIN DE LA BOCA

PARIS: Hermelin, 24, r. d'Enghien

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA de E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo:

JABON — POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

PERFUMERÍA - ORIZA

L. LEGRAND

11, Place de la Madeleine, (ántes, 207, Rue St-Honoré), PARÍS

PRODUCTOS ESPECIALES RECOMENDADOS

SAVON ORIZA VELOUTÉ		*ORIZALINE*,	tintura instantánea
CRÈME-ORIZA	Hermosura del Rostro.	*ESS-ORIZA*,	todos olores.
ORIZA-LACTÉ		*ORIZA-HAY*,	Agua de tocador
ORIZA-OIL	Conservacion de los Cabellos.	*ORIZA-POWDER*	Polvo de arroz adherente
ORIZA-TONICA		*ORIZA-VELOUTÉ*	



Última Novedad

PERFUMERIA ORIZA á la VIOLETA del CZAR.

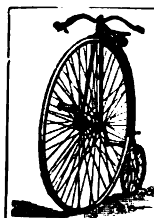
Jabon, Agua de Tocador, Perfumes y Dentifricio á la VIOLETA DEL CZAR.

PERFUMES SOLIDIFICADOS (Ess-Oriza) bajo forma de Lápices y Pastillas, 12 Olores.

De venta en casa de todos los Peluqueros y Perfumistas.

Catalogo-Bijou remitese gratis y franco.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES



VELOCÍPEDOS TRIUMPH

LIGEROS DURABLES GARANTIZADOS

S. BETTMAN & C.º

Golden Lane LONDRES

Fábrica: Aston BIRMINGHAM

ZARZAPARRILLA DEL Dr. AYER

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA



Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades secretas y todas las afecciones de la piel, por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor.—De venta en casa de Melchor García, Capellanes, 1 duplicado; Hijos de Ulzurrum, y en todas las farmacias y droguerías.—Agentes generales para España: Vilanova Hermanos y C.a, Barcelona.

VINO DE BUGEAUD

TONICO NUTRITIVO CON QUINA Y CACAO

Cura Anemia, Clorosis, Fiebres, Males de Estómago, Convalecencias, reconstituye la sangre, repara las fuerzas, despierta el apetito, facilita la digestión, conviene en una palabra á todos los temperamentos débiles ó fatigados.

EL **VINO DE BUGEAUD** SE HALLA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

FERNET-BRANCA

DE LOS SRES. BRANCA HERMANOS, DE MILANO

Los únicos que tienen el verdadero y auténtico método de fabricación.

Premiados con Medallas de oro en las principales Exposiciones Universales y privilegiados por el Gobierno.

El **FERNET-BRANCA** es el más higiénico de los licores conocidos. **Veinticinco años de completo éxito, obtenido en Europa, América y Oriente.**

Es recomendado por las celebridades medicales, y empleado en muchos hospitales.

El FERNET-BRANCA no debe ser confundido con otros muchos Fernet que se venden desde poco tiempo, y que son falsificaciones dañosas é imperfectas. El **FERNET-BRANCA** apaga la sed, facilita la digestión, estimula el apetito, cura las calenturas intermitentes, dolencias de cabeza, vértigo, enfermedades del hígado, **esplin**, mareo y náuseas en general. Es **Vermífugo, Anticolérico.**

SUS EFECTOS SON GARANTIZADOS POR ATESTACIONES DE MÉDICOS

Unica arrendataria para América del Sur:

Casa CARLO F.co HOFER et C.º de Génova

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1889



Bálsamo de FERNOLINE

Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo, y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos; de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos; hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores en el extranjero para curar los dolores que notan muchos enfermos en **el cuello, pecho y espalda**, pues, gracias á la **volatibilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel se absorbe en cantidad variable, según la superficie de aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA

VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA—BARCELONA

SUCURSAL EN MADRID: Claudio Coello, 26, segundo.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIV MADRID, 30 DE JUNIO DE 1890. NÚM. XXIV.



«ESCLAVA GEORGIANA.»

CUADRO DE N. SICHEL.

(Reproducido con autorización de la «Sociedad Fotográfica de Berlín».)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

LA declaración oficial del cólera en un territorio limitado de la provincia de Valencia ha producido en el extranjero las consecuencias que eran de temer; y sin embargo, aun en los países que han adoptado precauciones sanitarias se duda de la propagación de la epidemia, ó á lo menos de su fuerza, creyéndose generalmente que será un retoño débil de la última invasión, por no confirmarse felizmente las noticias de existir el cólera en Austria y en Italia, y no haber forma ni manera de explicar su importación. Por nuestra parte, no entendemos ni éste ni el cólera morbo asiático que invade, se propaga, y cuando el virus ó bacilus, ó lo que sea, amenaza infestar todo un país, empieza á disminuir y desaparece sin dejar rastro ninguno. Hasta ahora las víctimas de la epidemia no han llegado á la mortalidad normal de Madrid en cuatro días. Es, pues, un cólera atenuado, que por primera vez acaso no se ha tratado de encubrir sobreponiendo el interés general de la salud, á otros también respetables que resultan lesionados. Pero si la franqueza del Gobierno español tiene sus inconvenientes, y ha originado quejas y protestas, ofrece en cambio la ventaja de la autoridad y eficacia que ha de tener, cuando llegue el momento, la declaración oficial en que se dé por terminada la epidemia.

Por lo demás, aun el cólera morbo asiático bien calificado no presenta ya los caracteres alarmantes de sus primeras invasiones, como si se hubieran inoculado en nuestros climas gérmenes que ayudan á resistirle. Y Europa concluirá por no hacer caso de esa enfermedad ó considerarla tan soportable y familiar como la viruela y cualquiera de las otras dolencias entre las cuales hemos de hallar todos nuestro fin.

***

Las cláusulas del tratado anglo-alemán relativas al protectorado que Inglaterra se reserva en la sultanía de Zanzíbar han suscitado en Francia reclamaciones que podrían terminar con un conflicto, pues el Gobierno francés cree tener de su parte un artículo del tratado de Berlín, un convenio de 1844 con el Imanato de Mascate, una declaración en que Inglaterra se obliga á no hacer nada en Zanzíbar sin entenderse con Francia, y otros varios documentos internacionales que, á su juicio, anulan varios de los artículos del reciente tratado entre Inglaterra y Alemania. El Gobierno inglés, por su parte, ha declarado que pudo hacer dicho convenio libremente, sin contar con Francia, y no es fácil pronosticar la solución de este conflicto. Lo que desde luego parece indudable es que Alemania é Inglaterra no ignoraban la existencia de los textos alegados por Francia, y que no han hecho su convenio para deshacerle acto continuo. En algunos periódicos hemos leído que Francia trataba de enviar á la isla de Zanzíbar fuerzas navales, lo cual no se acostumbra sino cuando se hacen reclamaciones á los que no pueden defenderse. La vía diplomática es más libre y expedita; lo mismo conduce al término inmediatamente y sin rodeos, que se convierte en un laberinto interminable, de donde no se sale nunca, porque no tiene salida.

***

La discusión de los créditos para el aumento del ejército alemán es muy interesante en el Reichstag. Un diputado socialista, oponiéndose á la reforma, recordó los grandes hechos de los soldados americanos en la guerra de sucesión, no obstante tener una instrucción militar muy incompleta, y la facilidad con que en pocos días se deshizo en Sedán la fuerte organización del ejército francés, deduciendo de estos y otros datos lo innecesario del aumento de fuerzas militares, por no dar éstas, preparadas con anterioridad, garantía perfecta de superioridad que justifique los enormes sacrificios que con ellas se imponen á los pueblos. También combatió el lujo de los uniformes. El Ministro de la Guerra replicó que el orador no entendía en absoluto de milicia, y que la adquisición de Alsacia y Lorena estaban justificadas por haber sido durante algunos siglos el portillo por donde los franceses invadían á Alemania, y que actualmente Francia puede poner sobre las armas cuatrocientos mil hombres más que el Imperio, por lo cual la situación de éste es extraordinariamente crítica.

Lo que nos ha extrañado en el discurso del general Verdy es que, á pesar de las reservas que le impone su cargo de ministro de la Guerra, no ha vacilado en presentar á Francia como un adversario que se prepara á la guerra, lo cual, aunque fuese verdad, no se suele confesar oficialmente.

***

El asunto del matute, ó más bien la responsabilidad en que puedan haber incurrido algunos funcionarios, ha dado animación en estos días á algunas sesiones del Congreso: el comienzo de la emigración veraniega; la verbena de San Pedro, celebrada con una cabalgata nocturna; alguno que otro suicidio, alguna muertecilla, como decía el autor de *Pan y toros;* un calor canicular, y la despedida de la Duse, han constituído en estos días la crónica palpitante y el objeto de las conversaciones. Estrenos en los teatros de verano; conciertos y ópera en los Jardines del Buen Retiro, una estadística de mortalidad tan baja que podríamos calificarla de excelente, si no fuera porque se quejarían con razón los parientes de los que han sucumbido; y por último, la desaparición de los organillos callejeros, dispuesta por la autoridad para el 1.º de Julio, con dolor de las aficionadas á los ruidos musicales, y placer de los que están enfermos ó trabajan intelectualmente, es, en compendio, todo lo ocurrido en Madrid desde nuestra última crónica á la de hoy.

¿No es verdad que debemos pasar á otras materias?

***

Suscrita por D. Rafael Cervera, presidente accidental del Consejo, y D. Braulio Antón Ramírez, director del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid, hemos recibido una circular, que contiene un interrogatorio dirigido á todas las personas de buena voluntad que quieran ilustrar á aquel establecimiento benéfico acerca de muchos puntos interesantes, no sólo para el buen régimen y prosperidad de la institución, sino, sobre todo, para que se reforme en el sentido de prestar á la idea que representa los mayores servicios. No trascribiremos las treinta y siete preguntas que se dirigen, pero sí algunas de ellas abreviadas, para que se pueda juzgar de su importancia. ¿Conviene que el Monte de Piedad y la Caja de Ahorros sigan constituyendo un sólo establecimiento y rigiéndose por una misma administración? ¿Sería en ningún caso conveniente contener el desarrollo del ahorro limitando las imposiciones á las cantidades que puedan absorber los préstamos á las clases necesitadas y subordinando la vida de la Caja de Ahorros á las exigencias del Monte de Piedad? ¿Debería, por el contrario, estimularse el ahorro con un interés suficiente por toda clase de facilidades y aun en algunos casos por el aliciente de un premio, ó qué otros medios convendría adoptar? ¿Convendría conceder mayor amplitud á las imposiciones, hoy dominicales nada más? ¿Debe pedirse al poder legislativo autorización para que las casadas y los menores tengan la facultad de imponer y retirar fondos sin autorización de sus representantes legales y perciban los herederos *ab intestato* los saldos de las libretas, sin declaración de tribunal competente?

Hay tres preguntas destinadas á evitar la acumulación de fondos que no representen el ahorro y medio de distinguirlos, y si conviene hacer diferentes el interés y el plazo de los reintegros, según la cuantía, y facilitar la conversión de las libretas en valores públicos.

Desea saber la Administración del Monte de Piedad si convendría que en hora ninguna del día y de la noche dejase de haber algunas oficinas de empeños, pregunta que desde luego envuelve la respuesta afirmativa; y qué disposiciones podrían adoptarse para que los préstamos sobre ropas y alhajas tuvieran mayor extensión.

Nos parecen importantísimas estas preguntas.

¿Cabe iniciar el préstamo sobre jornales, de acuerdo con los empresarios, maestros, etc.? ¿Cabe auxiliar al pequeño comercio, aunque constituya esto un crédito mercantil más que un objeto benéfico? ¿Qué otras medidas podrían dictarse para auxiliar á los necesitados?

Por último, se desea saber la opinión general sobre si los préstamos al pequeño comercio y sobre valores públicos constituyen una colocación lucrativa y lícita de los sobrantes de la Caja de Ahorros; si se podrían colocar también en primeras hipotecas sobre fincas urbanas de Madrid, y si conviene contener los ahorros ó colocarlos en valores del Estado, cédulas hipotecarias y con qué precauciones.

No extractamos el interrogatorio de carácter jurídico ó legislativo, que se someterá á tres letrados, ni otro sobre el régimen interior: nos limitamos á indicar que la Dirección del Monte y Caja de Ahorros admitirá hasta el 31 de Marzo de 1891 Memorias en que se resuelvan todas esas dudas, adjudicándose á la premiada 3.500 pesetas, y 1.500 al *accésit*.

Hemos dado esta ligera idea del propósito de la Administración de la Caja de Ahorros, porque nos parece buena idea la de recurrir á las luces de todos para resolver con acierto cuestiones tan delicadas.

Si tuviéramos espacio, procuraríamos contribuir á ese estudio siquiera dando nuestra opinión respecto de alguna pregunta aislada. Nos limitaremos á exponer una sola consideración de carácter general. El fin moral y social de Monte de Piedad es disminuir los males de la usura, con el préstamo barato á los necesitados; el de la Caja de Ahorros, facilitar la colocación segura de sus economías á las personas de pocos recursos ó que no saben manejar sus pequeños capitales. Como cada época tiene diversas necesidades, puede alterarse según ellas la forma de los préstamos, no siendo lo esencial que la garantía sea de ropas y alhajas, sino que sea garantía, como lo es el préstamo á las clases pasivas con seguro sobre la vida. Respecto del ahorro, convendría facilitarle de tal modo, que se pudiesen hacer imposiciones de diez céntimos, vendiéndose en todas las sucursales del Monte talones como los de los tranvías, que devengasen interés, y acumulados al llegar á cierta cantidad se inscribiese en las libretas. En cuanto á ciertas dificultades legales, podría resolverlas la libreta al portador, con alguna contraseña que elegirían la casada ó el menor que quisieran disponer de sus ahorros.

***

En casi todos los periódicos leemos lo siguiente: «Ha sido dado de alta en el cuerpo de penales, y nombrado director de primera clase, el Sr. D. José Millán Astray.» Como al ocuparnos del famoso crimen de la calle de Fuencarral consignamos el procesamiento de dicho funcionario, la equidad nos obliga á hacer pública también su reposición en el cuerpo de penales, en el que había ingresado por oposición.

***

La Venus de Milo no es una estatua aislada, como se había creído hasta ahora, si es cierto lo que sostiene M. Ravaisson, conservador del Museo del Louvre, sino parte de un grupo de escultura. El citado artista, no contento con haber emitido esa opinión y haber corregido, después de un atento examen, la postura de la Venus, que había sido mal comprendida, al unir los trozos que constituían la estatua, ha hecho un vaciado de la diosa y otro del Aquiles ó Marte que existe en aquel Museo, procedente de la colección Borghese, uniéndolos y exhibiéndolos á la entrada del Instituto. El grupo, reconstituído de ese modo, representa, según el artista francés, á Venus dirigiendo á Marte palabras de ternura, mientras éste manifiesta la indecisión en su semblante, y produce muy buen efecto, y explica la actitud de esas dos célebres estatuas que antes no se comprendían bien. Sin embargo, M. Ravaisson no afirma con entera convicción que aquellas dos estatuas hayan formado realmente el grupo restaurado, sino que ni una ni otra son estatuas aisladas, y que debieron pertenecer á grupos análogos al que ha formado vaciándolas.

No es extraño que acudan los arqueólogos y artistas á presenciar la unión de aquellas dos famosas obras de arte casadas por M. Ravaisson, y que, según éste, ganan mucho unidas.

***

—¿Es posible, Juana, que te cases otra vez, habiéndote dado tan mala vida tu marido?

—Es que era colchonero y tenía el vicio de golpear. Ahora me caso con un vidriero..... que está acostumbrado á lo frágil.

—Tienes razón: aquél te sacudía como á un saco de lana, y éste te colocará dentro de un fanal.

—No lo deseo: sería demasiado transparente.

—Doctor, ¿qué diferencia encuentra usted entre morir del cólera ó de un cólico?

—De un cólico se muere con modestia, y del cólera se muere con escándalo.

La Dirección de la Caja de Ahorros desea saber un medio de alentar las economías de la clase popular.

Hay uno infalible: que todas aquellas que pretendan ahorrar vayan á la compra.

La Caja de Ahorros viene á ser la caja de depósitos de las sisas de Madrid.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Esclava georgiana, cuadro de Sichel.—*Tamarindos. Río Nalón*, cuadro de Lhardy.

Representa nuestro grabado de la plana primera una *Esclava georgiana* en un bazar de Turquía: hermosa, de negros ojos y rizada cabellera, de cutis alabastrino y esculturales formas, tal vez está destinada á imperial odalisca.

El pintor alemán Sichel, autor de ese cuadro, está reconocido en el mundo del arte como una especialidad inimitable en retratar magníficos tipos de mujeres orientales.

Nuestro grabado ha sido hecho por Brend'Amour, con autorización de la Sociedad fotográfica de Berlín.

En la Exposición Nacional de Bellas Artes ha presentado cuatro lindísimos paisajes el apreciable artista D. Agustín Lhardy y Garríguez, antiguo conocido de los lectores de este periódico: uno, titulado *Pinos en la costa de Asturias*, ha obtenido medalla de tercera clase; otro, compañero del premiado, se titula *Tamarindos: río Nalón, Asturias* (núm. 498 del *Catálogo*), y es el que reproducimos en el primer grabado de la pág. 412, hecho sobre fotografía directa de Laurent.

Es un paisaje que «despierta amor de la quietud y la soledad», según hermosa frase del Sr. Balart: el histórico Nalón se desliza mansamente por el valle de Mieres; sírvele de cauce ancha cañada que forman pintorescas y siempre verdes montañas; retrátanse en sus aguas, como en limpio espejo, frondosos tamarindos, que se alzan en la orilla, y entre ruinas.

Agustín Lhardy pertenecía á la colonia de artistas madrileños que acompañó al inolvidable Casto Plasencia en sus excursiones por Asturias, la incomparable Suiza española.

***

INAUGURACIÓN OFICIAL

de plantaciones de pinos en la dehesa de Amaniel.

«El desarrollo de los olmos en la Florida (dice Fernández de los Ríos, en su *Guía de Madrid)*, los magníficos castaños de Indias del Retiro, el árbol del amor que se ve en Recoletos y en otros sitios de la capital, las wellingtonianas de la plaza de la Constitución, los cedros, las magnolias, los aligustres del Japón y tantos otros árboles y arbustos de todas las partes del mundo como en pocos años han arraigado en Madrid, sin entrar en el Jardín Botánico ni en los particulares, prueban hasta qué punto se presta á la vegetación este suelo de la villa, compuesto de colinas de arena á primera vista estériles.»

Y sin embargo de que el Ayuntamiento, que tenía más de 64.000 árboles en el año 1876, ha aumentado notablemente las plantaciones en la villa y en los alrededores, con el concurso del

ilustrado ingeniero-director de jardines y arbolado municipales, D. Celedonio Rodrigáñez, todavía conviene repetir hoy lo que en dicho año escribía un docto ingeniero agrónomo: *¡Hacen falta árboles!*

Importante ha sido, como en respuesta á este clamor general de los madrileños, el acto celebrado en la dehesa de Amaniel, en la tarde del 10 del actual: reuniéronse allí, para inaugurar oficialmente la plantación de un bosque de pinos, los señores Gobernador civil de la provincia, y Alcalde-Presidente del Ayuntamiento, el general de brigada Sr. Ortega, los concejales Sres. Ariño, Betegón, Morales, Utrilla, Conde de Peña-Ramiro y otros, y representantes de la prensa periodística de esta corte; después de examinar las plantaciones hechas, que fueron objeto de unánimes elogios, cada invitado plantó por sí mismo un pino en la calle que se denominará de la Prensa, colocándose luego el título de los periódicos respectivos, inscrito en planchas de acero, en el tronco de los árboles; al abrigo de tiendas de campaña se sirvió después un suculento *lunch*, que amenizó con la ejecución de selecto programa una música militar, y en seguida el Sr. Alcalde pronunció un discreto discurso anunciando su decidido propósito de consagrar atención preferente al fomento del arbolado, á fin de conseguir con plantaciones numerosas y oportunas que se modifiquen en lo posible las condiciones climatológicas de Madrid, y pidiendo á la prensa que apoyase con energía una idea tan beneficiosa para la capital de España.

El acto campestre concluyó á las ocho y media de la noche, regresando á Madrid los invitados.

Este es el asunto de nuestro segundo grabado de la pág. 412, hecho sobre dibujo del natural del Sr. Comba.

***

LOS FESTEJOS DE MADRID.

Manifestación del Comercio y de la Industria.— La Florida.

Dos brillantes cabalgatas, organizadas por el Círculo de la Unión Mercantil y el Círculo de Bellas Artes han cerrado el largo período de los festejos públicos de Mayo y Junio, en esta capital: la manifestación del Comercio y de la Industria y la fiesta de La Florida.

La primera se verificó en la tarde del domingo 15 del actual.

A las cuatro, y con un sol abrasador, la magna comitiva empezó á reunirse en la calle de la Princesa, desde la de Ventura Rodríguez hasta cerca de la Cárcel Modelo, formando grupos al rededor de carteles fijos en los árboles y señalados con números que correspondían á los de dichos grupos; inmensa concurrencia llenaba la ancha calle, así como todas las de la carrera, y los balcones y ventanas, con pocas excepciones, aparecían vistosamente engalanados con banderas, colgaduras y guirnaldas de flores; á las cinco menos cuarto, casi organizada ya la numerosa comitiva, se puso en marcha por las calles de Ventura Rodríguez, Ferraz, Bailén, Mayor, Puerta del Sol, Alcalá y paseos de Recoletos y de la Castellana.

Formaba á la cabeza una sección de Guardia civil de caballería, mandada por un oficial; seguían los timbaleros, clarineros y heraldos, de gran uniforme, y montando briosos caballos; el batallón escolar con su música y los coros de niños del Hospicio; los gremios de constructores de pianos y fabricantes de bujías, y la carroza de abaniqueros, modelo de buen gusto y originalidad.

Continuaba la charanga del batallón cazadores de Ciudad Rodrigo, y en seguida los gremios de manguiteros, de impresores, de sombrereros, la banda de música del regimiento de Wad-Ras, la industria de calzados, y los gremios de fabricantes de chocolates, de pasteleros, de hornos de bollos y de confiteros.

Iba después la carroza de la Industria, decorada con alegorías características y engalanada con exquisito gusto, conducida por seis poderosas mulas que lucían vistosos penachos y gualdrapas; y continuaban en pos: la banda de música del regimiento de Saboya, los gremios de muebles de lujo, de ebanistas y tapiceros, de silleros y torneros, de carpinteros, de sombrereros, banda de música del regimiento de Cuenca, los gremios de sastres, de cordoneros y galoneros, de fotógrafos, de maestros de obras, de litógrafos, de guarnicioneros, la charanga del batallón cazadores de Arapiles y los gremios de fabricantes de corsés y de fundidores.

Caminaban después la carroza del gremio de papeles pintados, las de la Marina y el Ejército, y la del gremio de vinos y licores, precedidas y seguidas de músicas y nutridísima representación de los gremios respectivos; seguían la banda del regimiento de Covadonga, los gremios de vinos y licores al por menor, de hierros y aceros, de quincalla y bisutería, de tejidos de todas clases, de curtidos, de cafés, de fondas y hoteles, de casas de huéspedes, de mercería y paquetería y de papel y objetos de escritorio; la soberbia carroza del Comercio marchaba después, y seguían la banda del regimiento de Canarias, los gremios de venta y alquiler de pianos, de vendedores de camas de hierro, de máquinas de todas clases, de molduras y marcos dorados, de lampistería, de arroz, harinas y legumbres, de libreros, de ortopedia y hules, de perfumería y objetos de tocador, de cristal, loza y porcelana de todas clases, de tocinos, jamones y pescados, de leñas y carbones, de agentes de Cambio y Bolsa, de editores, de periódicos y de representantes de fábricas.

Luego marchaban: la carroza del gremio de vinos y aguardientes al pormenor, seguida de la banda de música de la Milicia Veterana; la llamada del *Cromo Anunciador;* representantes y delegados de la Asociación de profesores mercantiles, Sociedad Española de comisionistas y viajantes, Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Centro de Instrucción comercial, Circulo de la Unión Mercantil é Industrial; la carroza del Ayuntamiento y la banda de música de San Bernardino; la Diputación provincial con sus maceros, alguaciles y corchetes; el Ayuntamiento de Madrid con sus maceros; la carroza de flores de la Real casa, en la que era conducida una gran corona que el comercio y la industria dedicaban á sus hombres célebres; la banda del regimiento de San Fernando, presidencia oficial, representantes de Sociedades y Cámaras de comercio, obreros y dependientes premiados, heraldos á caballo, bandera de gremios, comisión ejecutiva, y guardia Amarilla, cerrando la marcha una sección de guardias municipales y del Cuerpo de Seguridad.

No cabe en este lugar del periódico la descripción extensa de los elementos constitutivos de la gran cabalgata: la carroza del gremio de papelistas y pintores estaba formada por columnas de papel, que servían de pedestal á una estatua representando á España, en cuyo escudo se leía esta inscripción: «La paz y el trabajo dan la fuerza á las naciones»; la de la fábrica del gas era una alegoría del mismo establecimiento industrial, funcionando; la del gremio de vinos y licores estaba formada por toneles y botellas combinados artísticamente, y la otra del gremio de vinos (de séptima clase) representaba una columna con un tonel, sobre el cual iba sentada la estatua de Baco coronado de pámpanos y hojas de parra; llamaron la atención del público los jinetes que rodeaban á esta última carroza, montando hermosos caballos lujosamente enjaezados, y luciendo sombreros de color gris, de forma mexicana, y lazos de terciopelo con franjas de oro al brazo, y cuyo jefe ostentaba un arrogante caballo blanco y riquísimos arneses mexicanos con cabos de plata, y por mantilla una hermosa piel de tigre; los gremios llevaban ricos estandartes bordados y engalanados con cintas y coronas, y no mencionamos ninguno especialmente, porque todos son dignos de recuerdo, y sentiríamos incurrir en omisiones involuntarias.

A las cinco y cuarto la manifestación comenzó á pasar por delante del Real palacio, en cuyo balcón principal, sobre la puerta del Príncipe, presenciaron el desfile de la cabalgata sus Majestades el Rey y la Reina Regente y SS. AA. RR. la Princesa de Asturias y las infantas D.a Teresa y D.a Isabel, acompañadas de su alta servidumbre: los gremios se descubrían ante la Real familia, y el augusto Rey niño, que saludaba con la mano á los manifestantes, fué objeto de entusiastas vítores.

Presidían la manifestación el alcalde presidente del Ayuntamiento de Madrid, Sr. Mellado, y el presidente del Círculo de la Unión Mercantil, Sr. Muniesa.

La comitiva se disolvió en las inmediaciones del Hipódromo, á las ocho y media de la noche, y después de presenciar vistosos fuegos de artificio costeados por el gremio de cocheros de alquiler.

Nuestro grabado de la pág. 413 (dibujo del natural, por Picolo) se refiere á esta brillante manifestación del Comercio y la Industria madrileños.

La Florida ha ganado el *numero uno* en el concurso de los festejos de Mayo y Junio, según declaración unánime de la prensa periódica, fiel intérprete esta vez de la opinión pública de Madrid: iniciada por la Comisión de la Prensa y organizada por el Círculo de Bellas Artes, la *Cervara* madrileña, primer ensayo de fiestas de ese género, resultó quizá más brillante que la famosa *Cervara* romana, al decir de personas que han sido testigos (y aun actores), en varios años, de esta última.

Celebróse, como es sabido, en la tarde del 16 del actual, y constaba de dos partes; la primera, íntima, para los asociados, de fraternal regocijo, una merienda (con honores de banquete) en los altos de la Moncloa; la segunda, popular y también regocijada, el desfile de bizarra cabalgata por las principales calles y plazas del centro de la capital.

A las cuatro de la tarde los socios de *La Florida*, provistos de su correspondiente medalla con cinta de color de rosa, empezaron á llegar á la Moncloa, en cuya ancha explanada del pinar, y bajo toldos de lona, habían sido preparadas las mesas; muchos vestían usual traje de paseo y de sociedad, y muchos más, vistosos disfraces, en su mayoría facilitados por el empresario del teatro Real, previa la autorización debida; rodeaba á las mesas y á los *floridos* un público numeroso, contemplando con viva curiosidad los preparativos de la fiesta, y algunas aristocráticas damas y hermosas señoritas allí también concurrieron para felicitarlos; á las seis y cuarto aparecieron en el recinto de la campestre fiesta las conocidas artistas Juana y Carmen Pastor, vestidas con trajes de medio paso y airosa mantilla blanca, y reclinadas en típica y ligera calesa, entre manojos de claveles, caminando á los estribos, y á guisa de galante escolta, varios apuestos jinetes á la usanza jerezana.

Cerca de las mesas la banda de música de San Bernardino y el orfeón del mismo establecimiento ejecutaron un selecto programa, y á veces flotaba en el espacio una lluvia de papelitos de colores, que tenían impreso el siguiente bando de buen humor:

«La Comisión de la Prensa en la fiesta de La Florida, *ordena y manda:*

»Queda suprimida la formalidad, por inútil.—Todos los españoles son de la Comisión de La Florida, y por lo tanto, se suprime la palabra *extranjero.*— Todos los que en este día se encuentren en Madrid son españoles.—Para que tenga alta representación, todos los que concurran á la fiesta, ó presencien el desfile, serán considerados grandes de España.—El que durante la fiesta se permita el lujo de incomodarse, incurrirá en la multa de cinco pesetas; y si es tan espléndido que reincide, un Jurado especial, nombrado al efecto, se encargará de hacer rebajas.—Terminada la fiesta, todos quedan en el derecho de trabajar las horas que crean conveniente.»

Unos minutos antes de la llegada de las Srtas. Pastor se había dado principio á la merienda, presentando el conjunto de las mesas un golpe de vista verdaderamente extraño, tan abigarrado como pintoresco: sentábanse á la principal una arrogante manola (Sra. de Ratazzi-Rute), un Saint-Bris (Rico), un jefe cipayo-persa-turco (Ducazcal), un rey de Espadas (Luengo), un alpinista (Daniel Perea), y otros; agrupábanse en las demás, en confuso *charivari* de ceñidos trajes y luengas hopalandas, frailes y *clowns*, guerreros y sacerdotes indostánicos, pajecillos y moros, y también levitas y *smokings;* en junto, 237 comensales; y bueno es hacer constar que no representaron, sin duda por ser gentes muy formales, un *manicomio a tavola*, como los de la *Cervara* romana de este año, y que ningún Marco Aurelio con quitasol y gafas se atrevió á decirles: *¡Bebete poco, figliuoli!*

A las siete y media, el caballero Saint Bris desenvainó la *tajante* espada, y se empezó á organizar el desfile de la cabalgata, por el orden siguiente:

Ocho guardias civiles de caballería.—Cuatro alguaciles á caballo.—Ocho heraldos á pie.—Carroza del Ayuntamiento con 16 alguaciles.—Guardia amarilla.—Carro con música.—Cabalgata del teatro del Príncipe Alfonso.—Carroza de la Fortuna.—Carro con música.—Carro con Orfeón madrileño.—Carroza del Circo de Colón, con acompañamiento.—Carroza con música.—Calesa histórica.—Toreros garrochistas.—Cabalgata del Circo Hipódromo.—Carroza de Baco al natural.—Carro con música.—Carroza de Ceres.—Coro de niños del Hospicio con su carro.—Galeón de la Marina.—Escolta de arcabuceros.—Carroza del Ejército y Armada.—Escolta de piqueros y mosqueteros.—Carro con música.—Acompañamiento.—Carro con música.—Carro de la Abundancia.—Grupo de escultores y artistas.—Carro con música.—Carroza de artes y letras y comisiones.—Cuatro guardias civiles y un cabo.

La comitiva partió á las ocho desde el centro de la calle de la Princesa, frente á la iglesia del Buen Suceso, y siguió lentamente, perfectamente organizada, por las calles de Ventura Rodríguez, Ferraz, Bailén, Mayor, Puerta del Sol y Alcalá; toda la carrera, en balcones y ventanas, estaba iluminada y engalanada con vistosas colgaduras, ofreciendo una perspectiva admirable el paso de la cabalgata por la plaza de Oriente y calles Mayor y de Alcalá, entre hachones de viento, de luz rojiza, y bengalas rojas, blancas y azules.

Describiremos algunas carrozas. Las de la Fortuna y Ceres han sido construídas con la dirección del distinguido escultor Gandarias: la primera representa á la diosa con los ojos vendados, sostenida en un pie que se apoya en una rueda, de cuyos ejes salen abundantes monedas, y á los pies de la diosa hay una ninfa y niños sosteniendo guirnaldas que van hasta la delantera de la carroza, donde las recibe y sostiene otro grupo de niños, y de los lados de la carroza cuelgan también guirnaldas de flores; la segunda representa á Ceres en estatua colosal, llevando en la mano izquierda una antorcha y en la derecha una hoz, y va colocada en un carro de flores, del que simulan tirar dos dragones.

Lacarroza del Ayuntamiento, dirigida por el Sr. Duque, presenta estatuas dignas del laureado escultor, y un conjunto muy agradable.

La carroza de la Abundancia, construída por el escultor señor Sanmartín, representa á la diosa sentada en carro griego adornado con flores y tirado por cuatro caballos encabritados; tienen las bridas, que son de oro, de los dos caballos laterales, dos genios alados; acompañan á la diosa dos famas aladas que llevan en una mano la trompeta y en el brazo contrario un cuerno de Abundancia derramando monedas; sirve de pedestal al grupo una galería de mármol, con molduras doradas combinadas con paños rojos, y dos escudos de Madrid, uno de España y otro con alegorías de Escritores y Artistas, todo él adornado con guirnaldas de flores y diversas plantas.

La carroza llamada de Colón representaba una gradería en la que iban sentadas una hermosa matrona y dos ninfas, á los lados, y en escala superior tres niños con vistosos trajes; todo estaba alumbrado por un potente foco de luz eléctrica, alimentado por acumuladores, lo que daba gran brillantez al conjunto: delante iban algunos *jockeys* y palafraneros montados, y una carretela con estandartes.

La carroza de Artes y Letras, última de la cabalgata, ha sido proyectada y dirigida por el arquitecto Sr. Alvarez y Osorio; representa la popa de un barco, llevando en la parte más alta un sol, y cubierta con un toldo de gasa y flores; en los ángulos de la delantera van dos preciosas figuras alegóricas de la Música y de la Pintura, y en el centro un libro abierto en representación de las Letras: en los dos ángulos de atrás van alegorías de la Escultura y Arquitectura. En esta carroza tenían asiento los *floridos* de la Comisión de la Prensa, es decir, el Saint-Bris, el famoso cipayo-persa, el rey de las ranas, el pintor romano y otros muchos, y además la Sra. Ratazzi-Rute.

Añadiremos que los carros de las músicas eran plataformas bellamente decoradas é iluminadas con farolillos de colores y bengalas; las carrozas caminaban suavemente por los raíles del tranvía, cada una conducida por ocho poderosos caballos ó mulas, facilitados por un regimiento de Artillería (prévia autorización del Sr. Capitán general del distrito) y por varias empresas industriales; las de la Abundancia y Ceres eran arrastradas por cuatro parejas de bueyes, que tenían las astas doradas y el cuerpo ceñido de guirnaldas de flores.

La Real familia presenció el desfile desde el balcón central del regio alcázar, sobre la puerta del Príncipe, y fué también objeto, como en el día anterior, de saludos respetuosos y nutridos vivas.

La cabalgata se disolvió, á las doce y media de la noche, en la puerta de Alcalá, donde se quemaron vistosos fuegos artificiales.

La Comisión de la Prensa merece cumplidos elogios por este feliz ensayo de la *Cervara madrileña*, y los merecen igualmente las corporaciones y particulares que han cooperado al brillante éxito de la fiesta.

Dos grabados publicamos referentes á *La Florida.*

El de la pág. 416 (dibujo del natural, por Comba, que ha pertenecido á la Comisión ejecutiva de la Prensa) representa los preparativos para la merienda en el pinar de la Moncloa; la llegada de los invitados, apareciendo en primer término las artistas Srtas. Pastor, en su preciosa calesa, y dos apuestos jinetes á la jerezana; la merienda, en fin, en el momento de más animación y *babelica confussione.*

El de la pág. 417 (dibujo del natural, por Méndez Bringas) reproduce cuatro carrozas de la cabalgata, en el acto de desfilar por la plaza de Oriente: las de la Fortuna, Abundancia, Artes y Letras y Ceres.

***

EL CIRCO DE COLÓN, EN MADRID.

Hay en Madrid tres circos ecuestres y gimnásticos, y los tres, aunque parezca mentira, están llenos de bote en bote, como suele decirse, todas las noches.

El más moderno de ellos, titulado «Circo de Colón», es objeto de nuestro grabado de la pág. 420, hecho sobre apuntes del natural debidos al Sr. Picolo: el primero de éstos es una vista parcial del interior del Circo, en las noches llamadas de moda; el segundo representa esbelta *ecuyère* ejecutando el brillante número del *tandem*, con un caballo á la alta escuela y otro en libertad; el tercero es un retrato del popular *clown* Pepino, que sólo con presentarse en la pista hace prorrumpir en carcajadas á los espectadores; el cuarto figura los juegos malabares, siempre vistos con singular complacencia, por antiguos que sean; el quinto es una *troupe* de perros amaestrados, cuya fisonomía inteligente parece un argumento del sistema darwinista.....

***

ALEGORÍA DEL MES DE JUNIO.

Nuestro grabado de la pág. 421 reproduce una composición alegórica del mes de Junio, debida, como las de los meses anteriores, al discreto lápiz del Sr. Riudavets.

En el círculo del centro, que lleva en la parte superior el nombre del mes, y en la inferior el signo *Cancer*, figura un ruiseñor entre las ramas de árbol frondoso, al fulgor de la luna, en actitud de embelesar con dulces trinos, á su amante compañera; encima aparece una custodia bajo templete gótico, en representación de la solemne festividad del *Corpus Christi;* á los lados, formando gracioso marco, una guirnalda de frutas y flores de la estación, cerezas y guindas, claveles y azucenas; abajo, en clara charca, vivienda de batracios, una gentil pareja de garzas reales entre afiladas espadañas.

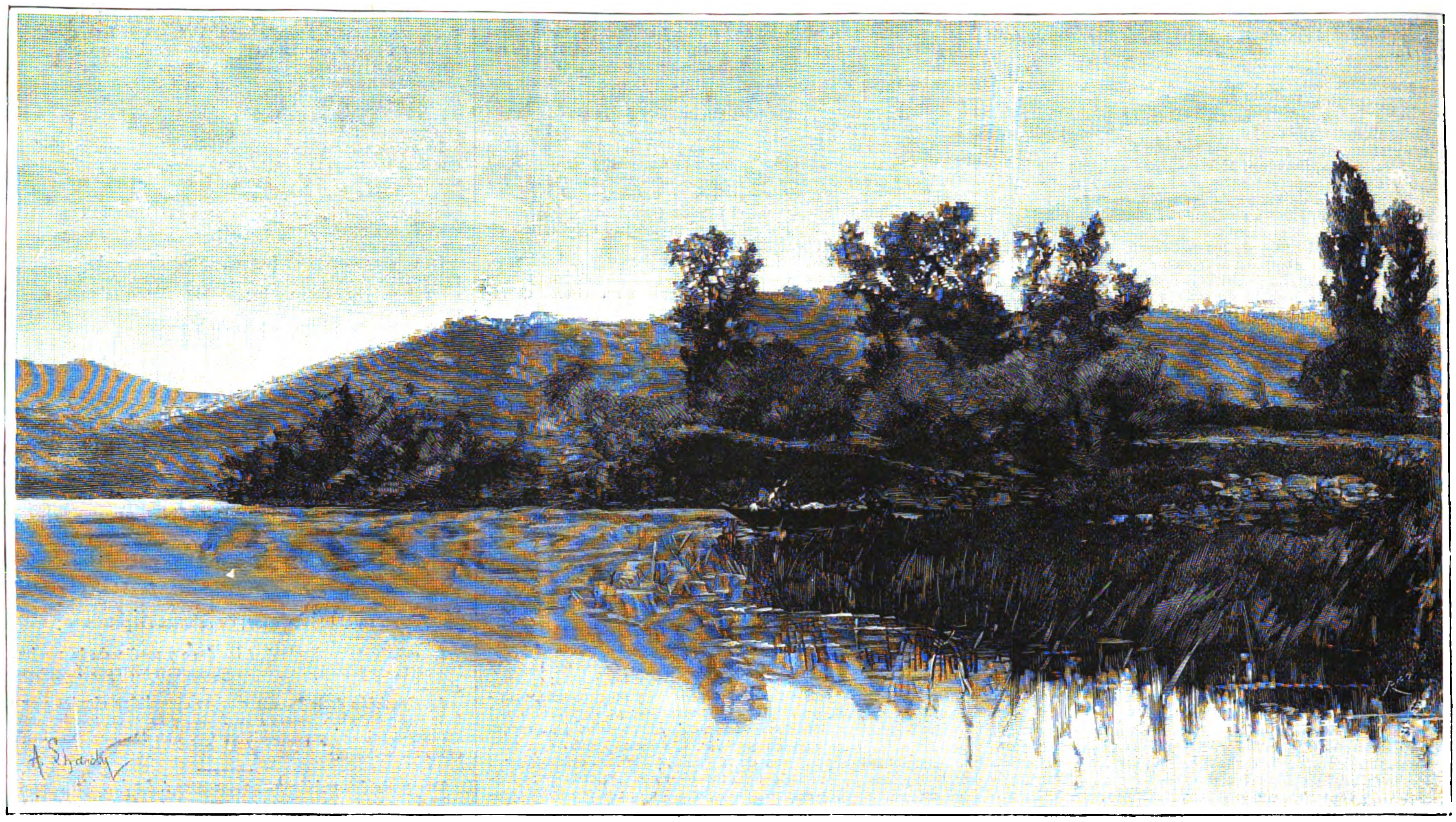
EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

LOS TEATROS.

Siguen los triunfos de la compañía italiana de ELEONORA DUSE *en el* TEATRO DE LA COMEDIA.—*Bazofia antiliteraria con que regalan el paladar del vulgo los coliseos de función por hora.*

(Conclusión.)

No es *Dionisia* de las obras más sobresalientes de Alejandro Dumas, hijo, aunque abunde en rasgos propios del gran talento del autor y tenga sobre otras de sus producciones representables el mérito de ofrecer á la consideración del público ejemplos menos aciagos. Como casi todas las del famoso ingenio, que al decir de sus compatriotas ocupa hoy el primer lugar entre los dramáticos franceses, ingenio de quien infundadamente asegura el corifeo del naturalismo que pertenece á la escuela idealista de Jorge Sand (siendo así que la índole y el gusto de ambos difieren mucho), *Dionisia* incurre en el vicio de desleir el argumento en diálogos que á veces tienen el en-



TAMARINDOS. RÍO NALÓN (ASTURIAS).

CUADRO DE D. AGUSTÍN LHARDY, PRESENTADO EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890.

(De fotografía de Laurent.)



MADRID.—INAUGURACIÓN OFICIAL DE PLANTACIONES DE PINOS EN LA DEHESA DE AMANIEL, EL 10 DEL CORRIENTE.

(Dibujo del natural, por Comba.)

MADRID.—LA MANIFESTACIÓN DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA.



ALGUACILILLO.— HERALDO PORTA-ESTANDARTE DEL GREMIO DE FABRICANTES DE CALZADO.—CARROZA Y JINETES DEL GREMIO DE VINOS.—GUARDIA AMARILLA.

(Apuntes del natural, por Picolo.)

canto de la naturalidad y se desarrollan con sumo arte, pero que en otras ocasiones se hacen fatigosos y perjudican notablemente á la concentración del interés. Merece, con todo, mayor estimación que otras piezas de Dumas, porque el asunto, según ya he dicho, no respira la atmósfera corrompida ó malsana en que viven y se desenvuelven creaciones muy famosas del mismo autor.

Salvo la exageración en los caracteres y en la pintura de las costumbres, que constituye uno de los principales distintivos del teatro contemporáneo, y á pesar del vicio de desleir los elementos del drama en largos diálogos, por el prurito de filosofar en ellos con ciertos pujos de enseñanza paradógica, *Dionisia* produce sano interés, y le causaría mayor si el poeta no se distrajese y extraviase embarazando con disertaciones innecesarias la activa marcha de la acción.

Separándose un tanto del camino que habitualmente le parece preferible, á juzgar por la índole de sus fábulas dramáticas y por el sello propio de las figuras que más se deleita en sacar á luz, Dumas presenta en *Dionisia* caracteres tan simpáticos, tan nobles como el del *Conde Andrés de Bardannes*, el de su hermana *Marta* y el del honrado *Brissot*, por no hablar sino de los principales personajes. La misma heroína del poema, *Dionisia Brissot* (de cuya inexperta juventud y amor entrañable había abusado un compañero de infancia jurándole unirse á ella para siempre con lazo matrimonial y faltando sin conciencia á tal juramento), llevada de la gratitud y el cariño debidos al *Conde*, que solicita desposarse con ella, sacrifica su inclinación, su bienestar, la brillante posición en que anhela colocarla el hombre digno que la adora, por no faltar á la obligación imprescindible de proceder honradamente.

Los que presumen que el rasgo hermoso y delicado de confesar al *Conde* la mancha que la deshonra, conocida únicamente de su madre y del seductor *Fernando de Thauzette*, procede en parte de celos, á consecuencia de haber éste pedido á *Marta* por esposa, desconocen el alma de *Dionisia* tal como la ha concebido y retratado Dumas. A mi modo de ver, los celos no tienen parte ninguna en confesión tan dolorosa y terrible. Atendida la moral elástica de ciertas gentes de ahora, y la facilidad con que anteponen como cosa natural y aceptable la conveniencia egoísta del interés á los impulsos del corazón guiado por sentimientos más generosos, no es de extrañar que quien piensa de tal suerte busque explicación al sacrificio que se impone *Dionisia* en móviles menos elevados que los que á él la inducen. Semejante juicio calumnia hasta cierto punto á la heroína del drama y á su creador, que esta vez ha tenido el buen gusto de imaginar una figura escénica merecedora de simpatía por su honradez y por su desgracia.

Al oir *Brissot* de boca de su propia hija la confesión que hace al *Conde*, no ya cediendo al ímpetu de los celos, sino para impedir que la hermana de su apasionado bienhechor se enlace con un hombre tan indigno como *Fernando*; al sentirse herido en su honra por la falta de la infeliz á quien había dado el ser y á la que amaba con toda la vehemencia de que es capaz el tierno corazón de un buen padre, rechaza y execra á la desventurada *Dionisia*; y cuando poco después de recibido tan crudo golpe se encuentra frente á frente con el seductor, cuando está á punto de ahogarlo en el arrebato de su furia, se rehace súbito y lo rechaza, concediéndole una hora de término para que repare el mal causado y le pida la mano de *Dionisia*. Esta magnífica escena con que termina el tercer acto de la obra, por su sobriedad, por su energía, por la verdad humana que entraña, es una de las situaciones dramáticas más hermosas, por no decir la mejor, de cuantas ha inventado Dumas.

Después de escena tan admirable palidece mucho el último acto, y no se resuelve la difícil situación en que se encuentran los interlocutores con el brío necesario ni con la claridad y la lógica que fueran de apetecer. Así y todo, ni aun en ese acto final, un tanto pálido con relación al precedente, se ve desmentida la buena índole moral del poema, cosa rara y excepcional en las producciones dramáticas del célebre autor.

Eleonora Duse pone en relieve con poesía encantadora la interesante figura de *Dionisia*. Es imposible determinar con más delicadeza, con más verdad, con mayor lujo de bellos matices los encontrados sentimientos que la agitan y la sorda lucha que experimenta en el alma. Cuanto se diga en elogio de la insigne actriz será menos de lo que merecen su inspiración, su talento, su especial manera de sentir y de expresar lo que siente. El simpático papel del *Conde* es uno de los que Andó interpreta con mayor tino y con perfección más acabada. La mesura con que deja ver la pasión que abriga y el temor de ofender con ella á la mujer que adora; la dignidad con que procede cuando pide la mano de *Dionisia*, cuando conoce su falta, y en los demás trances que siguen hasta la crisis final, son claro ejemplo del talento del actor y del profundo estudio que ha hecho del carácter del personaje. Merecen también consideración por su acierto en esta obra la Srta. Giannini y el joven Zampieri (la *señora de Thauzette* y su hijo *Fernando*), y la Srta. Cottin, que representa discretamente el papel de *Marta de Bardannes*. Pero quien exige especial mención es el Sr. Mazzanti, el cual pone en relieve con el conveniente colorido el interesante papel de *Brissot*, interpretándolo con la verdad y energía que requiere, sobre todo en la grandiosa escena final del acto tercero.

Formando contraste con esta clase de dramas, se ha puesto en escena después de *Dionisia* la linda comedia de Goldoni titulada *La Locandiera*. Estrenada en Venecia el Carnaval de 1753, esta producción es una de las mejores y más ingeniosamente desarrolladas del abogado veneciano. Al apreciar el mérito de tan egregio poeta cómico y la influencia que ejerció en el teatro de su país, el ilustre escritor Pablo Emiliani-Giudici se expresa de este modo en su notable *Storia della letteratura italiana*: «Cuando el culto público vió transportada la naturaleza al teatro, pintados los caracteres con tintas verdaderas, desenvueltos los afectos con lenguaje propio y natural, desterradas la ampulosidad y la extravagancia, separada la mezcla de los elementos teatrales, purgada la comedia del desaliño que la deslucía y reducida á su verdadera índole, se avergonzó de la *commedia del arte*, la abandonó al mal gusto del estúpido vulgo, y saludó en Goldini al regenerador de la literatura cómica en Italia.» El mismo historiador asegura que á tales circunstancias debió aquél ser considerado por su nación «como soberano maestro de la comedia», y por los filósofos «como sabio corrector de las costumbres.»

El influjo de Goldoni no se limitó á los diversos estados en que á la sazón estaba dividida Italia. Muchas de sus comedias se tradujeron al español tan pronto como salieron á luz, y en Francia mismo, tan justamente pagada de su Molière, se aplaudieron y ensalzaron las sencillas obras del cómico insigne hasta por hombres como Voltaire, que en aquella época ejercía en su país despóticamente el imperio literario. Hoy las fábulas escénicas ideadas por el célebre abogado véneto parecen comunmente frías ó cándidas, por haberse acostumbrado el paladar del público á manjares fuertes ó picantes y gustar más de pimienta y mostaza que de huevos moles.

A pesar de la radical variación que han experimentado las costumbres y el gusto desde que Goldoni dejó de existir, *La Locandiera* se oye siempre con delicia, y muy particularmente cuando se interpreta con la perfección y la unidad de conjunto con que la han representado ahora en el elegante coliseo de la calle del Príncipe. El argumento de esa obra no puede ser más sencillo: una pupilera no menos honrada que hermosa, y tan astuta como conviene al tráfico de que vive, tiene por huésped en su casa á un caballero que se vanagloria de despreciar las mujeres y de no rendirse jamás al encanto de sus atractivos. *Mirandolina* (que así se llama la *Locandiera*), acostumbrada á verse mimada y solicitada hasta por personas de alta clase, como el *Marqués de Forlipopoli* y el *Conde de Alba Fiorita* que se alojan en su casa, herida por las brusquedades del *Caballero de Ripafratta*, enemigo acérrimo de la mujer, se propone cautivarlo. Para llegar á ese fin emplea tal arte que tarda poco en conseguirlo. Rendida la asediada fortaleza, merced á los certeros disparos, á la graciosa travesura y á los ingeniosos resortes que pone en juego la seductora *Mirandolina*, ésta se burla de los rendimientos amorosos del que se creía inexpugnable y resuelve contraer matrimonio con *Fabricio*, camarero de la *locanda*.

Refiriéndose á esta fábula cuyo fundamento es tan sencillo, pero en la cual rebosa el ingenio por todas partes y hay caracteres que revelan atento y profundo estudio del natural, decía el autor en la noticia preliminar dirigida á los lectores, con que enriqueció la obra de que se trata en la hermosa edición veneciana de todas las suyas impresa en 1761: «Estoy por decir que entre cuantas comedias hasta ahora he compuesto es esta la más moral, la más útil, la más instructiva.» Apreciábala de tal suerte Goldoni, por que á su juicio *La Locandiera* «es una escuela que enseña á huir los peligros para no sucumbir en las caídas». Actualmente los problemas sociales ó humanos que se plantean ó se intentan resolver en los poemas representables son de otra especie y tienen mayor alcance y trascendencia. Fáltales, no obstante, el atractivo con que enamoran á toda clase de espectadores comedias semejantes á la de Goldoni á que me refiero. Algo de lo que pasa en ella debió acontecer al autor, cuando en la referida noticia preliminar exclama ingenua y sinceramente: «Pluguiese á Dios que yo mismo hubiera podido mirarme á tiempo en ese espejo, porque así no habría visto que se reía de mi llanto alguna bárbara *locandiera*.»

Cuando en 1857 vino á Madrid Adelaida Ristori (con cuyo extraordinario talento artístico sólo han podido á veces rivalizar entre las actrices españolas que he conocido desde que tengo uso de razón Joaquina Baus y Teodora Lamadrid), la incomparable *Medea*, la estatuaria *Gamma*, la poética *Francisca de Rimini* obtuvo en *La Locandiera* uno de sus triunfos más envidiables. Dada la majestad épico-trágica de la figura, de la voz, de todo lo que caracterizaba principalmente á tan maravillosa actriz, considerábase imposible que sus facultades se acomodaran á la sencilla naturalidad y á la gracia picaresca indispensables para poner en relieve con exactitud el astuto y malicioso carácter de *Mirandolina*. Todavía, no obstante, vive en mi memoria el recuerdo de la impresión que me produjo en la comedia de Goldoni. Aún me figuro estar viéndola y admirándola. Aún me parece oir el ruido de los aplausos que arrebató al dar vida en las tablas, con donosura incomparable, á la sagaz pupilera creada por el abogado veneciano.

Este vivo recuerdo de lo que hacía en *La Locandiera* la gran Ristori me ha hecho comprender más claramente el valor de lo que ejecuta en esa obra Eleonora Duse. Analizar lo que realizan en la escena los artistas de superior genio dramático, y analizarlo de modo que se haga perceptible al lector como si estuviera viéndolo, es, á lo que entiendo, cosa punto menos que imposible. En esa dificultad, en esa imposibilidad estriba la mayor desgracia del actor, que no deja detrás de sí nada por donde puedan los futuros formar exacta idea de su inspiración y de su arte. El de Eleonora Duse en la comedia de Goldoni llega á ultimada perfección. ¡Qué ingenuidad, qué gracia, qué malicia la suya en las diversas situaciones que exigen el empleo de semejantes cualidades! ¡Con qué deliciosa amenidad presta vida á los intencionales diálogos que constituyen el principal hechizo de *La Locandiera!* Quisiera tener la pluma de oro de los grandes escritores para describir con exactitud lo que no acierto á explicar. Baste añadir que el público, encantado, subyugado por la singular finura del genio cómico de la insigne artista, no se ha cansado de aplaudirla en todo el curso de la obra. A la belleza que Eleonora consigue realizar en la escena podrían aplicarse los elegantes versos que Monti dirige á encarecer la hermosura universal:

Della mente di Dio candida figlia,
Prima d'Amor germana, e di Natura
Amabile compagna e maraviglia.

Andó consiguió también justos y reiterados aplausos interpretando con peregrino acierto el carácter del *Caballero di Ripafratta*, secundado dignamente por Mazzanti (el *Marqués de Forlipopoli*) y por el actor encargado del papel de *Conde de Alba-Fiorita*, cuyo nombre siento mucho no recordar en este momento.

El martes 10 del actual se puso en escena á beneficio de la Duse la obra en cinco actos, escrita por los Sres. Meilhac y Halevy, titulada *Froufrou*. Hace algunos años vi representar esa obra á la célebre Sarah Bernhardt, que aun estaba en la plenitud de sus ya decaídas facultades, y que en los primeros actos me pareció tan admirable como desdichada en los últimos, sobre todo en la muerte, que espectadores y críticos solían poner en las nubes. Esta circunstancia me induce á deplorar el no haber podido asistir á ninguna de las dos únicas representaciones que ha dado Eleonora de esa producción, porque presumo que en sus dos últimos actos la actriz italiana habrá excedido notablemente á la francesa, de gran talento sin duda, pero afectada y amanerada, por lo común, en las situaciones trágicas.

Después de haber vivido por algún tiempo en la atmósfera de arte á que acabo de referirme, no hay nada más doloroso, para quien abriga un átomo siquiera de patriotismo, que descender al lozadal en que ahora se revuelca habitualmente la dramática española. Cuantos hace algún tiempo me contradecían, suponiendo que los coliseos de función por hora, lejos de ser perjudiciales al esplendor y á la vida de nuestra escena, contribuían eficazmente á difundir la afición á espectáculos teatrales y llegarían á conseguir que se estimasen las obras de mérito, se habrán podido ya convencer de lo mucho que se equivocaban. A medida que han ido corriendo los años, ha ido también acrecentándose la afición del vulgo á la grosera bazofia antiliteraria que le administran esos teatros, y los autores de mérito (que por dicha no escasean en España), ó no han tenido campo en que dar á luz las creaciones dramáticas de su fantasía, ó las han visto morir á poco de haber nacido, abrumadas por la indiferencia de la extraviada muchedumbre. Espectáculo tan lastimoso no puede menos de contristar el ánimo de los que todavía consagramos ardiente amor á la buena literatura, y es además altamente vergonzoso para la patria de Lope de Vega, de Tirso y de Calderón.

MANUEL CAÑETE.

LA SERPIENTE ENROSCADA.

HISTORIA VULGAR

POR D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO (1).

XII.

Don Cenón estaba postrado en cama y con una fuerte calentura. ¿Quién ha de extrañarse de esto, considerando su edad y las violentas emociones que había sufrido? Verse á las puertas de una cárcel; ultrajada su honra por los que le debían la fortuna; expuesto su nombre á la vergüenza; y sobre todo, en vísperas de presenciar la destrucción de aquella especie de santuario donde, más que farmacéutico, había sido cartujo, razones eran sobradas para que la fiebre abrasase su cuerpo y en su cabeza estallara el delirio.

Deliraba, sí, y la buena Martina, la afectuosa y ejemplar mujer que hubiera dado su sangre, caso de tenerla, por la salud de su amo y señor, pretendía contrariar los efectos del desvarío por la persuasión y la réplica. Semejante á aquel baturro que se peleaba todas las mañanas con el loro de la casa de huéspedes, porque al pedir chocolate y dárselo no lo quería tomar, y continuaba diciendo: «¡chocolate al loro!», Martina se empeñó en rebajar la calentura del paciente con los paños mojados de su discurso. Cuando Don Cenón decía:—«¡Que la saquen de la prisión! ¡Yo respondo de ella! ¡Aquí está la fianza!», Martina, acercándose al oído del anciano, desvariaba á su vez:—«Tranquilícese el señor; van á sacarla. ¿No ve el señor que los atrevidos mancebos tergiversaron una medicina que por poco se muere un niño? El diario progresista tenía razón: no hay calumnia.»

Barrientos se aplacaba después, como se aplacan por lo común las excitaciones, aunque sea para reproducirse con más violencia; y, en efecto, al poco rato, tiraba los embozos, erguíase sobre sus puños, aplastando el colchón, y con voz enronquecida exclamaba:—«¡Que tapen ese agujero!»; á lo cual la cocinera se atrevía á responder:—«¡Pero, amo mío, si no hay ningún agujero! Es la claraboya por donde se infiltra la luz del Angel Custodio que hay en la pared de enfrente.»

Y así, el amo delirando y la criada cargándose de razón, diríase que por primera vez luchaba la calentura con la tontería.

Una semana estuvo el pobre Don Cenón entre la vida y la muerte. Al despertar de tan penoso letargo—¡más le valiera haber sucumbido en él!—le aguardaban las siguientes exacciones contra su tranquilidad y su peculio: Las cuentas de dos célebres abogados de Madrid, á quienes, pedido informe sobre si habría medios de rescatar la botica, le dijeron que no, y juraban por la consulta cuatro mil reales. El expediente de desahucio, intentado contra los mancebos, en el cual había recaído la providencia de no haber lugar á seguirlo, pero sí á la condenación de costas. Una instancia del padre de la criatura envenenada, exigiendo cierta suma á título de indemnización, ó, de lo contrario, complicarle en el proceso que se instruía por el trueque de las recetas. Un inventario de los perjuicios ocasionados en el incendio de la farmacia, cuyo importe pedía Manuel que se rebajara de la renta á que se obligaron al aceptar el establecimiento. Y, finalmente, diversas citas de promotores, jueces y alcaldes para deponer en voluminosos autos, como testigo en unos, como responsable en otros, y como hombre de recursos para pagarlos todos, á falta de bienes en su cómplice. Es decir, que á su padecimiento congestivo se unía ahora el padecimiento del papel sellado, que es en la vida humana la más cruel de las dolencias.

Cuando Don Cenón, cuya debilidad y abatimiento no le permitían ponerse en pie, se fué enterando del cúmulo de contrariedades que le rodeaban, miró en derredor de sí, y hallándose tan solo, vertió sin poderse contener algunas lágrimas. Excusaba sus diálogos con la cocinera para evitar la sarta de cumplidos y exquisiteces en que envolvía sus conceptos; pero entonces se dirigió á ella con desusada amabilidad, para decirla:

—Yo recuerdo, Martina, que durante mi locura, porque yo he estado loco.....

—No, señor, alucinado.

—Bien, cuestión de palabras: que durante mis horas de alucinación había un hombre en mi alcoba. ¿Qué hombre era ése?

—El señorito Don Francisco—contestó Martina.

—¿Y á qué venía aquí?

—Desde que el señor cayó enfermo, y los facultativos anunciaron cierta gravedad, el joven mancebo no ha dejado de venir todos los días, ni de perder á la cabecera de esa cama bastantes noches.

—Siempre lo dije yo—expresó Barrientos, hablando consigo mismo.—El que guardaba todo lo que ganaba, es decir, el avaro, podía ser un pícaro: el que enviaba á sus padres el sudor de su frente, ese podía ser un hombre de bien. Corazón el uno, patata el otro.

Y dirigiéndose á Martina, añadió:

—Anda á la botica y di á Francisco que venga.

—No es necesario.

—¿Pues cómo?

—Don Francisco hace ya un rato que está en la sala.

—Que entre.

Francisco entró, arrojándose en brazos del que fué su jefe, protector y amigo. El enfermo no pudo menos de experimentar tiernas emociones con aquel rasgo de sumisión, y repuesto de ellas, dijo:

—Es necesario salvarla, salvarla á toda costa. Cuanto ha hecho ha sido por mí: ella estará equivocada, pero es leal.

—Señor Don Cenón—replicó Francisco—piense usted en sí propio: todo eso no vale nada; la salud, la salud es lo primero.

—¡No vale nada! ¿Luego tú no me crees difamador?

—¡Qué disparate!

—¿Ni envenenador?

—¡Jesús, mil veces!

—¿Ni incendiario?

—Pero Don Cenón, ¿usted se ha vuelto loco?

—Si no me he vuelto loco, voy á volverme. Cuéntame, Francisco, ¿qué es de esa infeliz?

—Pues nada: iban á ponerla en libertad por lo de las recetas, cuando el juez la mandó á la cárcel por lo del incendio.

—¿Y crees tú que ella prendiese fuego sino para asustar?

—Dice que ni para asustar siquiera. La alcoba estaba obscura, y teniendo necesidad de luz para vestirse, rascó una de esas malditas cerillas que hay ahora, y sin duda esa fué la que produjo llama.

—Ya me lo dirán algún día—murmuró Barrientos—con esos señores fósforos ó como se llamen. Ahí acudirán las mujeres por sus venenos, no á las farmacias. Yo me moriré echando yescas. Con que, dime, Francisco, ¿tú no estás de acuerdo con Manuel?

—En cosa alguna.

—¿Renuncias á la acción mancomunada con él?

—He renunciado.

—¿Y podremos conseguir que esa víbora renuncie?

—Yo le he oído hablar de este modo: «Si Don Cenón quiere guerra, tendremos guerra; si paz, habrá paz. En dándome quince mil duros, suspendo las obras, me arreglo con el hombre de la querella y retiro la acción sobre el incendio. De lo contrario, cárcel, presidio, lo que salga.

—¡Quince mil duros!—quedó diciendo Don Cenón.—¡Infame usurero! ¿Qué harías tú en mi lugar, Francisco?

—Yo no puedo aconsejar á usted, porque soy interesado.

—¿Y qué es lo que exigirías tú por tu parte?

—Nada, Sr. Barrientos; volver á ser su dependiente de usted.

—Anda y dile á ese ingrato que cuente con los quince mil duros; pero á condición de que no los toma hasta que traiga el mandamiento de libertad de Vicenta.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—Mira, Francisco, acércate y óyeme.

Don Cenón, tomando un tono doctoral como el que tomaba para disolver el ámbar de Venecia, se expresó así:

—Francisco: yo he reflexionado mucho acerca de los que sirven, porque he servido á mi vez. Sacas de su pueblo á un muchacho, y sobre todo á una muchacha, donde se crió poco más ó menos como las bestias, sin nociones del bien ni del mal, de lo justo ni de lo injusto, de lo honesto ni de lo reprobable, y al introducirla en una ciudad medianamente populosa, y tanto peor cuanto más grande es, la impones desde el primer día en todos los artificios de la civilización. Ha salido de un hato de carneros y la conduces á una manada de zorros. Desde el primer instante también, quieres que ella, que era desaseada, se vuelva limpia, que siendo agreste se transforme en suave, que adivine lo que sucede donde nunca estuvo, y que se borren de un soplo los hábitos y torpezas de donde se crió. Para este fin no empleas la persuasión ni la enseñanza, sino el ridículo ó el palo, pues aunque no le pegas materialmente, equivalen á ello las violencias de tus mandatos, los insultos de tus reprensiones ó las amenazas de ponerla en medio del arroyo, lo cual no haces con el perro que muerde ó con el burro que cocea. Así las cosas, sueles conceder á la muchacha un poco de esparcimiento y libertad, pero ¿en qué forma? La colocas bonitamente á la puerta de la calle, mostrando con sus mejores atavíos el poco ó mucho mérito que Dios la dió, y desde allí, dirigiéndose no sabe dónde y acompañándose de no sabe quién, camina por instinto hacia el punto que le recuerda sus desórdenes del lugar, y si llevaba algo aprendido lo olvida, ó lo que es peor, adquiere nociones nuevas de malicia y engaño en que abunda por lo común la gente baja de las ciudades. Es decir, que mientras á tus hijas les cierras las ventanas á piedra y lodo, y espías sus conversaciones para que no se propasen, y no las dejas salir sino rodeadas de todo género de defensas, y les has imbuído las leyes de la moral y los preceptos del recato y la continencia de las formas y la finura de los modales, ellas, las criadas, pueden vivir en la ignorancia de todo lo reprensible, y si escapan bien no han hecho más que cumplir con su obligación, pero si vienen pervertidas hay que arrojarlas á la galera ó á la cárcel ó al mismo infierno, si el infierno estuviese al alcance de nuestra soberbia. ¿Qué te parece, Francisco?

Don Cenón principiaba á fatigarse con su largo discurso, pero el antiguo mancebo no abría la boca para contestar, porque considerándole inspirado, aguardó á que se tranquilizara para seguir diciendo:

—Sí, Francisco, no empleamos nada en su educación, pero queremos que inventen el decoro y la compostura y el buen lenguaje; que sean trabajadoras y modestas y fieles; esto es, que se bañen en el muladar y que salgan ninfas. De lo contrario, al menor desliz les echamos encima los deberes religiosos que desconocen, la moral universal que nunca han sentido, ó la justicia ordinaria de quien las consideramos legítimo patrimonio. Por eso tú que eres joven debes ir comprendiendo y disculpando las verdaderas faltas de esas infelices. Supónte á Vicenta, cuyo servicio no se puede mejorar, cuya adhesión no tiene semejante, cuyo desinterés raya en lo inverosímil: supónla, digo, tentada por el demonio de ser algo en el mundo y forjándose ilusiones ajenas á su origen, pero ilusiones que un día se figura haber realizado, y que luego se le desvanecen y se le vuelven á presentar, necesitando cometer en esta lucha disparates heroicos; supón, Francisco, todo esto, y dime si no valen unos cuantos talegos de duros tanta lealtad y tan singulares sacrificios. Sí, lo he pensado bien; anda y negocia por dinero la calma en la conciencia de un pobre hombre y la salvación en la persona de una loca mujer.

Dicho esto, se quitó un escapulario que llevaba al cuello, en cuya bolsa de atrás había una llave: diósela á Francisco, indicando que abriera una caja que en la propia alcoba aparecía como mueble de aseo, y le trajese de ella un libro en rústica. Era el libro de cuentas con el Banco Español de San Carlos.

XIII.

Don Cenón, aun hallándose convaleciente, presentaba dos síntomas peligrosos: lucidez relativa de juicio y debilidad absoluta de piernas. Esta última era tan grande, que se dudaba de si podría volver á andar. Así es que cuando Francisco le llevó la fausta nueva de que los negocios con Manuel estaban casi arreglados, él quiso echarse de la cama para ir en derechura á su botica; pero los músculos no estaban acordes con los nervios, y permaneció en su forzada inercia. Desde allí, sin embargo, comenzó á dar órdenes:—«Que se tape el agujero, que se despida el portal, que se laven las pinturas, que se repongan los botes.»—Por último, en una conferencia con Francisco decía:

—En cuanto salga de la casa Manuel, me voy allá. Si no puedo ir por mí solo, que me lleven en brazos, y si no, en camilla ó en unas parihuelas. ¡Ay, Francisco, qué disparate hice al dejar aquello! El hombre que nació para mover una noria, debe estar dando vueltas toda su vida: si se para, se marea y se cae. Yo me paré y me caí.

—Pero va usted á levantarse.

—¡Qué sé yo qué te diga! A mi edad no se levanta uno, si no lo levantan. De todos modos, quiero que me saquen de allí, y para eso es menester que me metan.

Efectivamente, Barrientos fué entrado, que no entró, en la botica de su abuelo y de su tío. Desalojada la casa por Manuel, y no siéndole posible á Don Cenón sostenerse en sus piernas, dispuso que lo llevaran en uno de los dos vehículos que aún existían entonces y han desaparecido después: la calesa ó la silla de manos. El primero se consideró impropio de un doliente; así es que, adquirida una litera, á cuyo costado, y como mayordomo de honor, iba su leal mancebo, el boticario entró en su botica como los antiguos nobles entraban en sus palacios. Vicenta llegó de su encierro á punto de recibirlo en el escalón de la calle, y hay quien dice que no pudiendo ni uno ni otro contenerse, se abrieron los brazos con la mayor ternura. Una muchedumbre de vecinos prorrumpió en albricias.

Pero Barrientos no estaba para bromas. Al mudar

(1) Véase La Ilustración de 30 de Mayo, y 8, 15 y 22 de Junio.

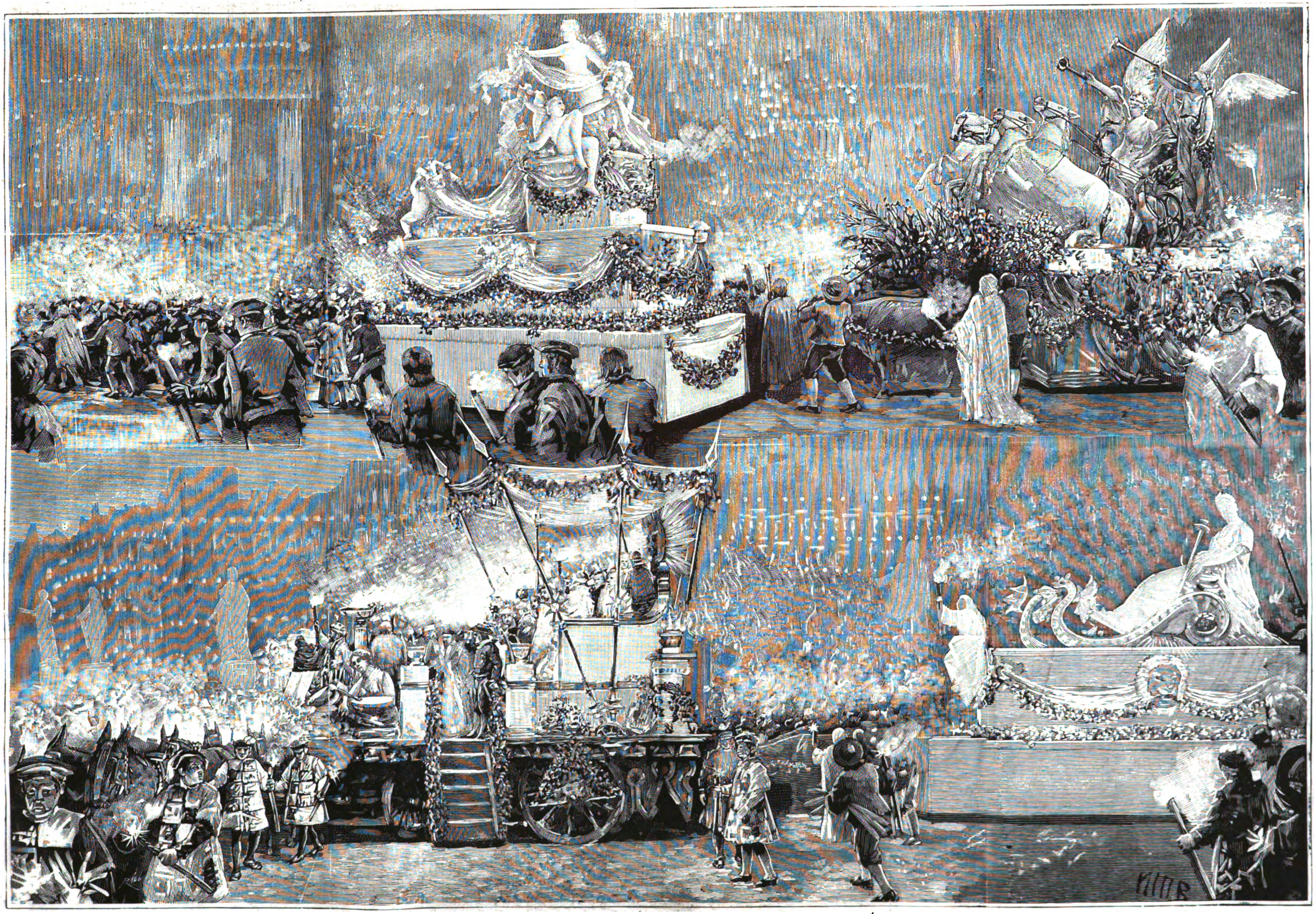
MADID.—LA FIESTA DE «LA FLORIDA», EL 16 DEL ACTUAL.



PREPARATIVOS EN EL CAMPO.—LLEGADA DE LA CALESA Á LA ANDALUZA.—LA PAELLA.

(Apuntes del natural, por Comba.)

LA FIESTA DE «LA FLORIDA».



LAS CARROZAS DE LA FORTUNA, ABUNDANCIA, ARTES Y LETRAS Y CERES, EN EL DESFILE DE LA CABALGATA.

(Dibujo del natural, por Méndez Bringas.)

de vivienda, lo que hacía era mudar de cama. Posesionado de su antiguo cuchitril, que le pareció una estancia regia, lo primero que hizo fué llamar al escribano y dictarle un breve codicilo para su testamento. En dos partes iguales dividió su fortuna, diciendo en voz muy baja el nombre de los interesados, pero pronunciando en forma inteligible y sonriente el apodo de *Natillas*, á quien dejó pagada una anualidad del cuarto en que vivía y todo el mobiliario del mismo, para que pudiera establecer una casa de huéspedes.

—Francisco—dijo al mancebo, que no se separaba de él:—la raza de los Barrientos es un emblema del reptil que circunda el escudo de nuestro oficio. Mi bisabuelo le dejó la botica á mi tío, mi tío se la dejó á su mujer, su mujer me la dejó á mí, y yo se la dejo á quien me da la gana. Pero ya que la fortuna no nos favoreció á ninguno con sucesión directa, deseo que los que nos sigan no estiren la serpiente con peligro de que se rompa. Barrientos nació, y Barrientos dispongo que se perpetúe. Vigila tú porque así suceda después de mi muerte.

—¿Quién piensa en eso?

—Yo, y con motivo. Prométeme que obrarás de este modo, y en cambio te daré un consejo.

—¿Cuál, señor?

—Que te cases con Vicenta.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

FIN.

UN CANCIONERO MUSICAL DE LOS SIGLOS XV Y XVI (1).

TROVADORES y ministriles venían siendo en nuestra patria, desde antiguos tiempos, y cuando mediaba el siglo décimocuarto, objeto de señaladas distinciones, así por parte de los reyes y magnates, como de los cabildos de las villas y ciudades, y del pueblo todo, que con sus cantares y *dezires* se regocijaba; porque, como escribía el Marqués de Santillana en su notable y conocida carta al Condestable de Portugal, sin ellos, «las plazas, las lonjas, las fiestas, los convites opulentos..... como sordos é en silencio se fallaban.»

Así se ve á D. Alonso, el vencedor de las Navas, dispensando su alta protección á los juglares y trovadores agrupados en derredor de su trono; á San Fernando, mirando con predilección especial á los «omes de córte que sabian bien trovar et cantar, et joglares que sopiesen bien tocar estrumentos; ca desto (nos dice su hijo) se pagaba et mucho, é entendia quien lo facia bien y quien non», llegando su afecto hacia algunos de ellos hasta el punto de asignarles tierras en el repartimiento que hizo con motivo de la conquista de Sevilla, y que iguales ó parecidas muestras de distinción otorgasen á los mismos de que hablo, entre otros que pudieran nombrarse, Alonso el Sabio, Alfonso XI, Juan II, Fernando I de Aragón, y su hijo Alonso V, de quien se lee en el erudito prólogo del Marqués de Pidal, que encabeza el *Cancionero de Baena*, que se hizo acompañar en su expedición á Nápoles de tal muchedumbre de poetas, que casi de sus solas composiciones se formó el *Cancionero*, impropiamente llamado de *Stúñiga*, que guarda entre sus códices la Biblioteca Nacional.

Teniéndose como «bien natural del ánima el sotil ingenio que mostraban (trovadores y poetas), ya en el tañer de los estrumentos, ya en el recitar las antiguas historias, ya en el cantar y trovar alegres canciones», natural también era que los grandes señores, á imitación de los reyes, ó quisieran hacer alarde del ingenio que tenían y de su saber en la *gaya ciencia*, ó protegieran generosamente á los que la profesaban. De aquí el que se viera cultivando el *gay saber* á hombres como D. Juan Manuel, el gran canciller Ayala, D. Juan de la Cerda, el adelantado González de Mendoza, y más tarde, á Villena, Santillana, Guevara y Jorge Manrique; y el que la historia nos cuente la protección y amistad del privado D. Alvaro de Luna á Alfonso Alvarez de Villasandino, la de D. Enrique de Villena al enamorado Macías, la del Cardenal de San Pedro Cervantes á Rodríguez del Padrón, y la del Marqués de Santillana á Diego de Burgos; así como el que, seguido el ejemplo por el pueblo y los que sus intereses administraban, dieran señaladas muestras de liberalidad á los que contribuían á regocijarle en sus fiestas, ya que, como Alfonso de Madrigal dice, «los yoglares é tañedores no son para la guerra, mas para la paz».

No vaya á creerse, sin embargo, por lo dicho, que tal protección dejara de tener límites muy marcados y precisos, ni que la poesía de que nuestros grandes, y los trovadores y poetas mercenarios de ellos, hacían gala, fuera la misma que entre las gentes del pueblo corría, trasmitiéndose de unos á otros, y que, á decir verdad, era no sólo la más popular, sino la más genuinamente española también.

En aquella especie de vértigo literario que se había apoderado de todo el mundo en Castilla y Aragón, de modo que nadie, desde el Rey hasta el más humilde plebeyo, se veía libre del afán de hacer coplas, como decían entonces, distinguióse á muy luego la poesía cortesana de aquella que el pueblo usaba en sus cantares y romances, señalándose de modo claro y preciso los linderos que á una de otra separaban. Había por aquel entonces las *fablas*, ó sencillas narraciones de algún hecho histórico ó fabuloso; los *cantares*, destinados, como su mismo nombre indica, á ser puestos en música, que eran, ó bien producto de la musa popular y reflejo fiel de sus sentimientos, ú obra de los altos personajes y sus imitadores, en cuyo caso tomaban el nombre de *trovas;* y, por último, las *canciones de los juglares*, género de poesía plebeyo y despreciable, reducido á tal condición en manos de ellos, que de él hacían exclusivo uso en calles y plazas.

Los cantos del pueblo eran la expresión varonil y robusta de aquella fe religiosa y de aquella lealtad caballeresca que tanto le enaltecían, y eran su sostén en momentos de peligro, infundiéndole aliento para grandes empresas. En cambio, la musa cortesana, aspirando ante todo á ser culta, elegante y discreta, carecía de la espontaneidad y vigor de aquélla, pareciendo imposible que fuera cultivada por gentes tan turbulentas y que tan rudamente peleaban, ya en defensa de sus territorios, ya entre sí para arrancarse el poder, cuando tan poco se respiraba en ella el patriotismo, tan débil se mostraba la fe religiosa, y de modo tan conceptuoso y alambicado se expresaban la pasión y la ternura de que nuestros nobles hacían gala en sus empresas amorosas.

La razón principal de ello estaba en el apartamiento en que unos de otros vivían; en la valla, infranqueable por entonces, que separaba el noble del plebeyo; en el poco aprecio que hacía aquél de los gustos é inclinaciones de éste, y en la reprobación de que, andando el tiempo, se hicieron merecedores la gran mayoría de los juglares y juglaresas, danzaderas y cantaderas, al convertir en torpes cantares y lúbricos bailes lo que antes había sido honesto recreo y divertimiento de todos, con el estrago en las costumbres que pinta Fernán Pérez de Guzmán en su *Confesión rimada:*

> Tocar estrumentos | è decir canciones
> É por las plazas | baylar é cantar,
> De que grandes daños | é disoluciones
> Ya vimos é vemos | seguir e manar;
> Yr á las tabernas, | los dados jugar,
> Blasfemar de Dios | é volver pelear,
> Si será mejor | Señor, tú lo veas,
> En las heredades | arar é cavar.

Prueba de todo ello también el desprecio con que los tales juglares eran tratados por el Marqués de Santillana en su ya citada carta, al decir: «Ínfimos son aquellos que sin ningunt órden, ni regla, ni cuento, facen estos romances et cantares de que la gente baxa é de servil condicion se alegra»; el que Lorenzo de Segura, al empezar su poema de Alejandro, se cuide de advertir que su *mester*, ó canto, y sus metros de *grant maestría*, no serían como los de los juglares, sino como los de los clérigos, ó gente entendida:

> Mester trago famoso, non es de ioglería,
> Mester es sen pecado, ca es de clerecía,
> Fablar curso rimado por la quaderna vía
> Et sillabas cuntadas, ca es grant maestría;

que el mismo Arcipreste de Hita, que no vacila en confesar que

> Cantares fis algunos de los que disen ciegos,
> Et para escolares que andan nocherniegos;
> Et para muchos otros por puertas andariegos,
> Cazurros et de burlas, non cabrían en diez pliegos,

sólo inserte uno de esta clase en la colección de sus obras, y que en los escritos de Villasandino no aparezca canción alguna del género eminentemente popular, como si fuera acción fea ó criminosa el haberlas compuesto, no obstante que él mismo declare que

> .....por ventura | para los juglares
> yo fiz estribotes | trovando ladino.

No era esto sólo; de ese injusto desprecio á la poesía popular, que nos ha privado de gran número de composiciones de valor literario é histórico; desprecio motivado principalmente por causa de los que la cultivaban ó, mejor dicho, la tenían por oficio, y de las gentes que con ella se regocijaban, llegaron á contagiarse hasta aquellos juglares que, elevándose sobre el nivel de los demás, lograron ver franqueadas las puertas de los palacios y castillos señoriales, al punto de que, apartándose de la verdadera senda, renunciaron á ser populares para ser imitadores, Montoro, Juan Poeta, Jerena, el mozo de espuela Mondragón, y el mismo Villasandino, ya más de una vez citado. Y al propio tiempo nuestras Leyes de Partida sancionaron tal apartamiento, mostrando por modo indirecto las causas que lo motivaban y tratando asimismo de poner remedio á ellas, al decir que eran «enfamados los que son juglares....., que públicamente andan por el pueblo, ó cantan, ó facen juegos por precio»; y al mandar «que los juglares no dixesen antellos (los buenos caballeros) otros cantares sinon de gesta, é que fablasen hechos de armas», recordándoles, apunta la *Crónica general* del Rey Sabio, las hazañas de Bernardo el Carpio y de Carlomagno, para que les sirvieran de modelo en sus acciones y hechos de armas.

Fuera ese poco aprecio que la gente culta hacía de la musa popular; fuera el que, como Tiknor dice, el cantor vagabundo, y á veces insolente, que en aquellos tiempos revueltos buscaba de choza en choza una existencia precaria, y el soldado indiferente y distraído que, concluída la batalla, cantaba sus trances y hechos notables á la puerta de su tienda, acompañándose con el laúd, no se curaban de transmitirlos á la posteridad, y sólo, á veces, los oyentes los recogían para repetirlos, mudando la entonación y lenguaje, según mudaban los tiempos, las opiniones y los sucesos que recordaban, es lo cierto que por largo tiempo nadie trató de coleccionar tales cantares para difundirlos y transmitirlos á la posteridad. En cambio, y dos siglos antes que apareciera el primer *Romancero*, la gente culta, ya por afición á la poesía que era objeto de sus amores, ya porque comprendiese cuán difícil era que se transmitiera de boca en boca, comenzó á escribirla y á reunir en un haz, bien el parto de su ingenio sólo, bien el de algunos de entre tantos como por aquel entonces pululaban, y á formar los *Cancioneros* ó depósitos de la poesía culta y cortesana, como los define una autoridad en la materia.

Hiciéronse gran número de ellos en los siglos XIV y XV, sin contar, dice el Marqués de Pidal en el erudito escrito á que antes he hecho referencia, las *Cantigas* del Rey Sabio, el *Libro de los Cantares* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Cancionero* del Marqués de Santillana, que los precedieron. Argote de Molina cita uno de los poetas del reinado de Enrique III; Floranes describe, en sus *Memorias de Alfonso VII*, el formado por Antolínez de Burgos; la Biblioteca Nacional guarda el de Ixar y el de Stúñiga; conócense, asimismo, uno en la Colombina; siete, entre ellos el de Baena, en la de París; otro que fué del conocido bibliógrafo D. Manuel J. Gallardo, perteneció después al general San Román, y es hoy propiedad de la Academia de la Historia, como toda la selecta colección de libros y manuscritos de tan erudito militar; y en el *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, del ya nombrado Gallardo, menciónanse además el que era propiedad de M. Herberay, formado de los más afamados poetas de los tiempos de D. Juan II, Alonso V y los Reyes Católicos, abundante en poesías de trovadores aragoneses, y el que perteneció á la librería de D. Manuel Gámez, en el cual aparecen insertas traducciones del Petrarca y algunos sonetos de Garcilaso.

Figuran además en el número de Cancioneros manuscritos que se conservan (pues que de los impresos, una vez entrado el siglo XVI, no conduce á mi objeto el mencionarlos), los pertenecientes á la Biblioteca patrimonial del Real Palacio. Amador de los Ríos, en su *Historia crítica de la literatura española*, tan sólo menciona dos de ellos, y aunque el Marqués de Pidal muestra haber visto allí algunos más, en sólo dos también fija principalmente su atención; deduciéndose de modo claro que ni uno ni otro de dichos escritores debió tener á la mano el más importante de cuantos se guardan en el regio alcázar, y el de más valía, bajo el punto de vista artístico, de cuantos se conocen (2), por la especialísima circunstancia de tener no sólo la letra sino la música de las canciones en él coleccionadas. Al infatigable rebuscador de nuestras glorias musicales, al docto maestro Barbieri, debemos el conocerlo en toda su integridad, y á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el haberlo dado á luz, coadyuvando los esfuerzos de aquél y el ímprobo trabajo, obra de largos años, que se tomó en ilustrarlo, publicándolo en elegante y abultado tomo que lleva por título: CANCIONERO MUSICAL DE LOS SIGLOS XV Y XVI, *transcrito y comentado por Francisco Asenjo Barbieri, individuo de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.*

Si curioso y notable es dicho libro, literaria y artísticamente considerado, no lo es menos bajo el punto de vista histórico y crítico, dado el notable trabajo del señor Barbieri que le precede, con el modesto título de *Preliminares.*

Después de contarnos aquél el feliz hallazgo del Códice por Cruzada Villaamil, cuyo amor á las artes y á las letras era bien conocido; de describirle con la prolijidad de un bibliófilo encanecido en el servicio; de mostrar cómo allí se encierran los elementos necesarios para hacer un estudio de las costumbres populares y cortesanas del siglo XV bajo el aspecto musical, y de manifestar, por último, las dudas que se le ocurren acerca de á quién fuera destinado, si al primer duque de Alba, D. García Alvarez de Toledo, supuesto que el mayor número de composiciones con nombre de autor que en él se encierran son de Juan del Encina (que sabido es que estuvo al servicio de aquél), ó á los Reyes Católicos, como pudiera inducir á sospechar las composiciones de los músicos de su capilla, Juan Anchieta y Madrid, y de otros compositores, eclesiásticos también, de Madrid y Salamanca, que en el propio Códice se registran; su ilustrado traductor y comentarista no puede menos de salir en defensa de la música y de los músicos españoles de aquel entonces, tan desdeñados ó superficialmente mirados por los extranjeros, con aquel absoluto desconocimiento que, por punto general, les distingue cuando de las cosas de nuestra tierra tratan.

No es Barbieri de aquellos á quienes un exagerado celo ó un mal entendido amor patrio lleven á faltar á lo que la verdad histórica y la prudencia y buen seso del historiador demandan; ni de los que elevan á la categoría de hecho inconcuso lo que es hijo tal vez de piadosa ó bien intencionada suposición: los asertos de nuestro maestro siempre tienen su fundamento en pruebas á las que puede darse fe, y son, ya afirmaciones y escritos de autores contemporáneos de la época que estudia y analiza, ya documentos que guardan nuestros archivos, y cuya lectura desvanece toda duda, poniendo las cosas en su punto.

Así es que al asentar que nuestros progresos musicales fueron tan antiguos y tan importantes como los de las naciones más adelantadas en los tiempos anteriores y coetáneos al CANCIONERO MUSICAL, aun dejando de lado

(1) Un volumen de 639 páginas de impresión, encuadernado en tela. Se vende, al precio de 20 pesetas, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y en la librería de Murillo.

(2) El tejuelo del códice es *Libro de cantos*. Debido tal vez á esto, al franquearse al Marqués de Pidal los *Cancioneros* de la Biblioteca de Palacio, cuando andaba recogiendo materiales para escribir el trabajo crítico que precede al de Baena, no debió incluirse el que motiva este artículo.

el venero riquísimo de nuestra música religiosa, que esbozado siquiera le habría dado argumentos sobrados para probarlo, y dejando también al lector que vea por sí propio la música que presenta en el libro y aquilate su valor y mérito, muestra la verdad de su afirmación de modo tal, que sería empresa arriesgada el refutarlo. La música que Ruiz Sánchez de Arévalo, en su *Verjel de Príncipes*, declara ser uno de los «deleytes é honestos exercicios en que los ínclitos Reyes é Príncipes, é los nobles é virtuosos varones se pueden é deben honestamente exercitar é ocupar», aparece cultivada por nuestros monarcas y por la nobleza, y tenida como elemento principalísimo en toda fiesta palaciana ó señorial. Así, é imitando al Rey Sabio, que dos siglos antes había rendido tributo á la música al punto de unir su nombre al de las famosas *Cantigas*, sin igual en su época, los reyes de Aragón y los de León y Castilla, no sólo reunían en torno suyo los mejores músicos, sino que cultivaban por sí propios el arte lírico, y este ejemplo era seguido por los nobles, entre los cuales descollaban el condestable Miguel Lucas de Iranzo (1), y el Conde y después Duque de Alba, á quien, como he dicho, sospecha fundadamente el docto maestro que fué destinado el Códice de que voy hablando.

Y esa importancia de la música se aumenta, alcanzando esta mayor esplendor, cuando parecía que por las atrevidas y grandes empresas en que estaban empeñados los Reyes Católicos no habían de preocuparse mucho de ella. Así aparece la esclarecida conquistadora de Granada teniendo siempre á su lado, como dice Barbieri «una cohorte de poetas y músicos que la confortaban y entretenían, en la capilla, con sus motetes y plegarias, y en la cámara, con sus canciones y villancicos», manteniendo una especie de banda militar cuyos sonidos parecía que llegaban al cielo, según la frase del historiador Bernáldez, y hacían asomarse á los sitiados á las murallas para oirla; y poseyendo, en fin, gran número de diversos instrumentos y libros de música, cuyos curiosísimos inventarios, existentes en Simancas, copia fielmente Barbieri en el erudito trabajo que más extracto que analizo en estos renglones.

Del propio modo, hace ver también aquél cuán arraigada estaba en la Reina Católica la afición á la música, cuando tan exquisito cuidado mostraba en que su hijo el príncipe D. Juan la cultivara. De ello da larga prueba el párrafo que cita del *Libro de Cámara* de Gonzalo Fernández de Oviedo, en el cual el curioso lector puede enterarse, ya de la afición y aptitudes que mostraba el Príncipe para el divino arte, ya de los nombres de los cantores que constituían su cámara y de los instrumentos que componían la orquesta que en ella se había formado, ya, en fin, de que, tanto los dichos cantores como los músicos ó tañedores, eran «muy hábiles en sus oficios, é como convenían para el servicio é casa de tan alto Príncipe.»

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

(Concluirá.)

(1) En la *Relación de los fechos del muy magnífico Condestable Miguel Lucas de Iranzo*, y en el pasaje destinado á describir las bodas de Fernán Lucas, primo de aquél, con la hija del alcaide y alcalde mayor de Andújar, Pedro de Escavias, se lee, entre otras cosas, lo que sigue: «Para tomar parte en esta fiesta vinieron muchos ministriles y chirimías y un sacabuche que el Duque de Medinasidonia había enviado de Sevilla, y otros de diversas maneras, y muchas trompetas.... Después que ovieron comido el primer dia, danzaron, y despues de danzar, *cantaron un gran rato en cosante*..... Venida la tarde .... mandó el Condestable correr cuatro toros bravos ....; y á la noche, y durante la cena, sonaron á veces las chirimías, y otras el clavicímbalo, y otras muy buenos cantores que allí estaban, prosando muy buenas *canciones y deshechas.*»

EL ABSENTISMO.

Excmo. Sr. D. Miguel López Martínez.

Cortijo de las Almenas, 20 de Junio de 1890.

AMIGO mío muy apreciado: Desde ninguna parte puedo mejor corresponder á sus deseos de enviarle algunas cuartillas acerca de su libro *El Absentismo y el Espíritu rural*, como desde estas floridas márgenes del Betis caudaloso, lejos del bullicio de los grandes centros de población, perdido en medio de estos campos de la provincia de Jaén que tienen por límite la Sierra Morena y el río, campos cuyo silencio turba á veces el silbido de la locomotora, que viene á ser como el recuerdo de otro mundo y de otra sociedad alejada de los placeres que proporciona la soledad y el aislamiento. En parte alguna como aquí puede apreciarse todo el alcance de su hermoso libro, toda la importancia de sus razonamientos, toda la oportunidad de sus consejos: aquí, lejos de las ciudades, fuera de esos grandes centros donde el propietario consume sus rentas y esteriliza su actividad en los placeres del lujo, ó donde el hombre industrioso y trabajador, ávido de mayor ganancia, dedica á la industria ó la especulación el capital y la fuerza de que tan necesitada se halla nuestra agricultura, es donde mejor se comprende toda la trascendencia de su obra. Este libro ha venido á llenar una necesidad sentida por todos, por todos considerada como fuente inagotable de desgracias y de desventuras, y atacando usted en él valientemente el mal en sus raíces profundas, estudiando con habilidad en la historia sus precedentes y sus orígenes, desenvolviendo por modo admirable el largo proceso de su vida á través de los tiempos y de las edades, por en medio de todas las civilizaciones y de todas las épocas en que ha venido minando y corrompiendo la sociedad, empobreciendo los países en que tan hondamente se arraigara, ha propuesto con recto criterio, con elevación de miras, el remedio para tantos males: la resolución del problema social.

¡Qué decadencia, qué postración tan grande la de nuestra agricultura! ¡Qué desgracia para la sociedad! Si los pueblos pueden vivir tal vez sin colegios, sin academias, sin caminos de hierro, sin telégrafos, no pueden en manera alguna vivir sin pan; y como el progreso agrícola es la base de los demás progresos, debemos considerar el abandono de los campos como la más grande, la más terrible de todas las calamidades.

Al hablar usted de la deserción de las gentes de los campos y del abandono de la agricultura, ha tenido que probar, y lo ha probado por completo, que la prosperidad social está íntimamente unida al progreso agrícola; ha demostrado usted que no se puede despreciar esta ciencia fundamental sin sembrar en el orden social los gérmenes de la miseria y de la perturbación; porque la historia nos enseña que en tanto la agricultura se consideraba como un honor entre los romanos, este pueblo fué uno de los más poderosos y prósperos de la tierra. Rómulo y Numa comprendieron en su legislación que era por todo extremo necesario asociar el amor de la propiedad al amor de la patria. El Imperio cayó en decadencia tan pronto como se divorció de estos principios, y si recorremos la historia de todos los pueblos, hallaremos siempre las mismas inspiraciones é idénticas enseñanzas.

Por consecuencia del absentismo, los campos se despueblan, los terrenos incultos permanecen en el mismo estado, los cultivados otras veces tórnanse improductivos á falta de brazos y de inteligencias que los cultiven, y si este mal crece y se desarrolla en el porvenir en las mismas proporciones que ha tomado hasta ahora, no sólo resultará un malestar profundo, sino que dará origen á una verdadera crisis social más terrible y más difícil de combatir que todas las revoluciones del mundo. Si por desgracia sobreviniera un año de esterilidad y escasez de cosechas, se vería que no exageraba nada.

No soy yo por cierto de aquellos que desconocen los beneficios del progreso industrial; créolos por el contrario incontestables. Gracias á ellos, el hombre de estos tiempos puede visitar toda la tierra, que es su dominio por la creación, y si carece de valor ó de recursos necesarios para recorrer la tierra, puede al menos gozar de sus productos, y el hombre del Mediodía pide á su hermano del Norte las producciones que en vano reclamaría á su suelo y á su trabajo: por la facilidad de las comunicaciones, los pueblos civilizados llevan la luz á aquellos que no lo están aún, y el misionero católico, arrostrando los peligros del clima y de las sociedades bárbaras, planta el símbolo augusto de nuestra redención sobre la montaña que ha visto correr por sus vertientes la sangre de las víctimas humanas, y deja oir su voz de verdad en el bosque donde antes resonara el aullido salvaje, signo de muerte y de devastación.

Entre los pueblos civilizados las riquezas aumentan cada día; el más rico da al más pobre, sin empobrecerse por esto, y es muy raro que el más instruído no tenga á veces algo que aprender; porque, en efecto, ¿cuál es el hombre que posee tantos conocimientos que no sienta la necesidad de adquirir otros nuevos, y cuál es aquel que no los adquiere estudiando los libros y las costumbres de los países que no ha visitado?

No sería ciertamente razonable menospreciar el progreso de la industria; pero esto no prueba que se deba descuidar el cultivo de los campos; porque la agronomía es una ciencia, la primera de las ciencias, y por esto al crear Dios al hombre impúsole la obligación de trabajar la tierra, y la especie humana perecería si la tierra no fuese fecundada por nuestro trabajo.

La prosperidad agrícola es la condición y la fuerza de todo género de prosperidades, por cuya razón es absolutamente preciso hacer caminar de consuno la agricultura y la industria, prestando á la una tanta atención como á la otra. Pero por desgracia la industria en los últimos tiempos ha adquirido tan rápido, tan asombroso desenvolvimiento, que ha arrebatado á los campos capitales y brazos que han ido á saciar en las ciudades la ardiente sed de la rápida ganancia y el lucro excesivo.

Preciso es ahora imprimir á la agricultura un inmediato movimiento de compensación por el cual los campos vuelvan á recuperar sus capitales y sus brazos, movimiento salvador sin el cual caminaríamos con paso agigantado á la ruina, á la revolución social, á la negación de todas las verdades, á la confusión de todos los principios, á la muerte, en fin, en medio de la desesperación y de la miseria.

Usted lo ha indicado bien claramente, mi buen amigo: lo que impide que nuestro siglo sea un siglo de progreso verdadero es la tendencia deplorable de abandonar el arado por el mostrador, el campo por la ciudad, la provincia por la capital. El mal es aún mayor de lo que se cree, visto que alcanza á todas las fuerzas vitales de la humanidad; á la religión, á la moral, á la seguridad del orden social, al espíritu de familia. El hombre á quien la religión hace virtuoso puede no ser rico, pero su resignación le obliga á hallarse contento con su suerte, mucho más que el egoísta que posee cinco mil duros de renta y quisiera tener diez mil. El hombre religioso es laborioso, templado, casto, humilde, caritativo: con todas estas virtudes no es posible maldecir de su suerte y verse minado por la desesperación.

En medio de los violentos choques y fluctuaciones que hacen sufrir al hombre las pasiones humanas, de los ataques de que es constante objeto, de las variaciones que ha experimentado en cuanto al dogma y al culto, el sentimiento religioso hállase en el fondo casi intacto en el corazón de las gentes que viven en los campos; y es que el agricultor tiene siempre por colaborador á la Naturaleza; su asociado es la Providencia, las leyes que le dirigen son leyes divinas, los grandes fenómenos de la Naturaleza se verifican diariamente ante su vista preocupando de continuo su atención. Sin distracción alguna, observa al aire libre, en el lugar mismo de su acción, las fases y las peripecias; pasa su vida sembrando y recogiendo, y cuando siembra implora la protección de Dios para las semillas que á la tierra confía, y cuya custodia no está en sus manos: todo el tiempo que transcurre desde una á otra cosecha es para él un tiempo de incertidumbres y ansiedades, y si seguimos paso á paso todas sus ocupaciones del año, verémosle siempre íntimamente unido á un pensamiento religioso, porque la vida agrícola es una teología viviente que en cada página nos hace ver á Dios interesándose por el bien de la humanidad.

Las causas que determinan y despiertan sin cesar este sentimiento en el corazón del campesino no influyen de la propia manera en el habitante de las ciudades. El torbellino de los negocios, las continuas y variadas distracciones, el trabajo en edificios abrigados, la perspectiva del lujo, las seducciones de la riqueza y los placeres, todo contribuye á ahogar el sentimiento religioso en las ciudades, donde es preciso recurrir á medios facticios para conservarlo.

Por todo lo dicho, pruébase que el habitante de los campos posee en mejor grado que los otros el sentimiento religioso; de lo que se deduce que, siendo la religión base de toda moral, de todo vínculo social, la política encontrará en los campos, cuando se tome el trabajo de buscarlos, todos los elementos sanos que vanamente buscará en otra parte, para hacerlos entrar en sus combinaciones gubernamentales.

En la moral, lo mismo que en la religión, la emigración de los campos produce igualmente fatales consecuencias; porque siendo ésta su único origen, no puede existir allí donde la religión se amengua: de aquí que las poblaciones son morales en tanto que son religiosas, y la experiencia de los siglos ha demostrado siempre que el hombre para ser virtuoso necesita recurrir á un poder extraño á las inspiraciones de su naturaleza: esta fuerza no puede venir de otra parte que de la educación religiosa, y por esto las familias se preocupan poco de sus deberes religiosos donde quiera que hay menos moralidad.

La vida en las ciudades, tal como ella es, tiene por resultado multiplicar las necesidades del trabajador, cuyos recursos se consumen en ellas rápidamente, dando origen á los vicios, para cuya satisfacción estorba á veces la delicadeza de la conciencia, comenzando casi siempre por el engaño y concluyendo por el robo.

¿Y qué diré á usted acerca del espíritu de familia? El primer eslabón de la cadena que une los hombres entre sí; el primer germen de asociación es la familia, elemento principal del organismo social, punto de apoyo necesario de toda constitución, prenda la más segura de la armonía general y del poder común.

En ninguna parte como en el campo existe en toda su pureza patriarcal el espíritu de familia. La autoridad paterna, allí ejercida de una manera absoluta, pero sin violencias ni murmuraciones, obliga al jefe y á los súbditos á obrar en interés común, al cual concurren todos según sus medios respectivos. Este espíritu de familia no existe, seguramente, en las ciudades, donde por lo común vense gran número de matrimonios malavenidos á causa de las sospechas que despiertan la vida alegre, los espectáculos inmorales y las malas compañías.

En los campos no se ven nunca familias de costumbres corrompidas: éstas son necesariamente mejores allí donde el sentimiento religioso es más fuerte que donde ofrece menos consistencia. Sin exaltar demasiado *las virtudes campestres*, ni hacer églogas con este motivo, limitándome rigorosamente á la observación de los hechos, es imposible no reconocer que el labrador que gana la vida trabajando es el hombre menos disoluto de la sociedad. Necesitando de continuo aplicar sus fuerzas físicas á un trabajo penoso, lejos siempre de las seducciones del lujo y los placeres, sus pasiones, en vez de excitarse, se refrenan por la imposibilidad ó dificultad de verse satisfechas, y debilitadas por la inercia, amortíguanse al cabo por la costumbre de la inactividad, no manifestándose por esos desbordamientos vergonzosos que, embruteciendo y enervando á sus víctimas, escandalizan y corrompen toda la población.

No menores que para la religión y la familia son los beneficios de la vida en los campos para el orden social, sin el cual no puede conservarse ni prosperar la humanidad. Para cumplir ésta sus fines necesita de una autoridad soberana, que haga respetar las relaciones de los ciudadanos entre sí; y como la autoridad política es indispensable para la conservación del orden, deben combatirse sin tregua las causas que comprometan su existencia, comenzando por la más principal y más importante de todas, que es la despoblación siempre creciente de nuestros campos. ¿Cuántos jóvenes van cada día á solicitar en las capitales, y sobre todo en la corte, empleos de toda especie? Y sucede que la mayor parte de estos jóvenes, después de haber gastado sus recursos, á duras penas reunidos, sin ver logrados sus deseos, solicitados por la holgazanería, empujados por la necesidad, sueñan con las revoluciones, como medio seguro de que haya muchos destinos vacantes, y de postulantes inofensivos tórnanse en agitadores intolerables, que van á aumentar el contingente de las cárceles ó hacer mayor el número de los desesperados y de los suicidas.

¿Y qué diré del obrero que desdeñando la labor del campo acude á la ciudad en demanda de trabajo? Cuando el trabajo escasea, no se sabe hacer otra cosa que hablar mal del Gobierno, haciéndole responsable de todos los accidentes y de todas las miserias. En tanto que no hay falta de trabajo, y éste se paga medianamente, todo va bien; pero si una crisis cualquiera lo retrasa ó lo suspende, entonces millares de obreros se dirigen contra el Gobierno, pidiendo pan y considerándolo

MADRID.—EL CIRCO DE COLÓN.



ASPECTO DE LA SALA.—EL «TANDEM».—EL «CLOWN» PEPINO.—JUEGOS MALABARES.—«TROUPE» DE PERROS.

(Apuntes del natural, por Picolo.)



ALEGORÍA DEL MES DE JUNIO.

DIBUJO ORIGINAL DE JOSÉ RIUDAVETS.

como causa y origen de todas sus desgracias, por más que de los Gobiernos dependa tanto el evitar las crisis comerciales como el cambio de temperatura en las estaciones; pero de todo ello se aprovechan hábilmente los fautores de revoluciones, sirviéndose de estas crisis como de un pretexto para destruir la autoridad hasta en sus bases fundamentales.

Cada pueblo tiene el Gobierno que merece, y nada más fundado que esta afirmación, porque es muy raro que un Gobierno sea despótico por el solo placer de serlo. El espíritu tranquilo que caracteriza á las poblaciones rurales es mucho más propicio para favorecer la extensión de las libertades que las extravagancias de ciertos jefes de club. Y si los Gobiernos nada tienen que temer de los campos, no sucede lo propio en cuanto á las ciudades, donde por necesidad multiplican el número de funcionarios, de agentes de policía, y donde en todo tiempo vense obligados á sostener numerosos ejércitos, más que destinados á velar por la integridad nacional, á guardar como depósito sagrado el orden interior. Seguramente que todas estas precauciones son indispensables; pero ¡cuánto más rico no sería nuestro país si en vez de dedicar esa suma de millones á mantener el orden se emplearan en mejorar las condiciones de la población rural! Si esto se hubiera hecho durante cincuenta años pasados en revoluciones y trastornos, nuestros campos semejarían jardines que nadie querría abandonar, y la agricultura, principal fuente de la riqueza pública, produciría maravillas que jamás llegaría á eclipsar la industria.

A remediar estos males profundos aspira el libro que, como prenda segura de su saber y del alto concepto que hace tanto tiempo merece usted entre los hombres de ciencia, y muy especialmente entre los agrónomos, acaba de publicar: he aquí la fuerza que le ha impulsado á dar la voz de alarma á nuestros gobernantes, á nuestros estadistas, á nuestros agricultores. El mal es profundo, el peligro inminente, el remedio seguro, y la salvación de España depende de su rápida aplicación. Usted así lo ha sentido, y no ha querido permanecer indiferente ante aquello que ve y teme, cuando con su saber y su talento tiene usted la fortuna de ejercer una influencia efectiva sobre los demás.

La primera cualidad de un hombre de inteligencia es su consecuencia, y el deber de un hombre de corazón proceder sin tardanza á curar el mal que deplora: usted, conmovido y alarmado ante los estragos lamentables que produce la deserción de los campos, se ha apresurado, como hombre de inteligencia y de corazón, á oponer á este mal el remedio que está en su mano, con un libro por el que merecerá seguramente, y con mejores títulos que otros, disfrutar en la posteridad la aureola de la fama.

Reciba usted con este modesto aplauso la sincera expresión de amistad de su afectísimo, Q. B. S. M.,

EL CONDE DE LAS ALMENAS.

CRÓNICA DE EUROPA (1).

(Conclusión.)

Yo me pregunto qué va hacer ésta en presencia de tal repetición de atentados, pues si los gobiernos monárquicos, ó republicanos, que también cuentan presidentes asesinados, no se defienden por medio de lazos internacionales parecidos á los existentes entre nihilistas, socialistas y terroristas, los dos últimos lustros del siglo XIX habrán de presenciar catástrofes, excediendo á cuanto ha contemplado la humanidad. Lo primero para salvarse sería que los jefes de las naciones no permitiesen apoteosis como las que Oberdán, en nuestros días, y la memoria de Orsini en pasados tiempos, han tenido en Italia. Y que los conspiradores eternos contra las monarquías y el orden social dentro del régimen republicano, no encontrasen protección y asilo en Inglaterra, Francia, Suiza, Bélgica y América. La conciencia humana no se explicará jamás satisfactoriamente que el cómplice de Gabriela Bompard, Miguel Eyraud, el asesino de un curial parisiense, sea, con aplauso general, entregado por las autoridades de nuestra isla de Cuba, y que los fenianos que en América tramaban los terribles asesinatos de Irlanda, y los nihilistas que en Zurich hacían experiencias de muerte destinadas contra el Czar de Rusia, en los mismos momentos en que toda la familia Imperial estuvo á punto de ser víctima de un descarrilamiento cuyas causas no parece fueran todas anticriminales, encuentren refugio en naciones civilizadas de Europa, para que así futuros asesinos hagan con Alejandro III lo que ya realizaron con su augusto padre, ó con Carnot lo que políticos fanáticos realizaron con Lincoln. Dice la prensa europea que esta cuestión, y cuando todavía no eran conocidos los arrestos nihilistas de París, ha ocupado mucho al rey Leopoldo de Bélgica durante su última estancia en Londres, donde se había tratado ampliamente la cuestión del asilo, no respecto de los emigrados políticos, sino de los regicidas y conspiradores contra el orden social y la humanidad. El Gobierno federal suizo acaba de decretar, con aplauso del mundo civilizado, que la autoridad federal pueda expulsar de los cantones de la República á los que, ya en su territorio, como en cualquier otra nación, se hayan empleado en elaborar instrumentos de muerte y de destrucción. Entretanto debemos reconocer altamente el mérito contraído por el gabinete Freycinet-Constans y por Carnot, presidente de la República francesa, que han prestado tan gran servicio, no sólo á Rusia, sino á la causa de la humanidad y de la civilización europea.

***

Si en Francia y Rusia la sensación producida por el descubrimiento de esta vasta conspiración ha sido grande, es fácil imaginar la que se apoderaría del rey Humberto y de la reina Margarita cuando, en medio de las fiestas con que Nápoles y Milán han festejado la presencia en sus ciudades de los Soberanos de Italia, y Roma el cuadragésimosegundo aniversario de la proclamación del Estatuto de Carlos Alberto, llegaron las nuevas de que una parte de las bombas fabricadas en París habían sido un mes antes expedidas á Moscou y San Petersburgo, y cuando se creyó que, no en Agosto, sino en Junio, tendría lugar el viaje de Guillermo II, que de realizarse, habría coincidido con el entonces impensado de su hijo único, el heredero del trono de Italia. Éste, en efecto, hace ya quince días que es huésped obsequiadísimo de los Czares, asistiendo á multitud de brillantes fiestas en su honor, ya cuando Moscou celebra el aniversario de la coronación del czar Alejandro, ya cuando tiene lugar en el Neva ó en Cronstadt el varo de buques moscovitas, ya en las revistas militares donde el Czar le lleva á su derecha, en las expediciones con los jóvenes Grandes Duques, hijos ó hermanos de Alejandro II, á las cataratas de Finlandia, ó en los conciertos y banquetes del Palacio, en que el Czar confunde en sus brindis expresivos la dinastía de Saboya y la Italia. Afortunadamente, los temores de peligros corridos se han disipado, y quedan sólo las satisfacciones, muy importantes en la esfera política é internacional.

El pequeño reino del Piamonte, olvidada la parte que el Conde de Cavour le hizo tomar en la primera guerra de Oriente, no por hostilidad á Rusia, sino para que el modesto Estado de Cerdeña figurase en los campos de Crimea junto á Francia é Inglaterra, lo cual le permitió ser parte, dos años después, del Congreso de París, donde se inició el movimiento de independencia de Italia, tenía toda la simpatía del Imperio de los Czares, cuyo propio hermano, el gran duque Constantino, llevó, como recuerda mi memoria, carta blanca á Turín para que el Imperio napoleónico y la modesta potencia subalpina arrancasen la Lombardía del poder del Austria, vencida días después en Magenta y Solferino.

Más tarde, en 1866 como en 1870, Rusia no opuso veto alguno ni á la segunda guerra que en Sadowa, y á pesar de Custozza y Lissa, dió Venecia al reino itálico, ni á la entrada de sus ejércitos en Roma, completando la unidad patria. Sólo desde las sucesivas elevaciones al principado de Bulgaria de Alejandro de Battenberg y Fernando de Coburgo, el apoyo dado por Italia á Inglaterra y Austria para contrariar en Sofía, como en Belgrado de Servia, la política de la Rusia, habían iniciado justamente un sensible enfriamiento entre Roma y San Petersburgo, que las declaraciones de los ministros Robilant y Crispi en el Parlamento itálico, favorables á las aspiraciones de los actuales políticos búlgaros, habían convertido en verdadero alejamiento. Obedecía en esto Italia á una política sentimental, parecida á la de las nacionalidades que tan fatal fué á Napoleón III. Comprensible en Italia, que debe á éste su principio, unidad y grandeza; pero que los políticos itálicos seguían más por obedecer á ciertas tendencias y corrientes revolucionarias que por intereses verdaderos de la patria, no teniéndolos la Italia en la península de los Balcanes. Pero el rey Humberto, á quien no puede negarse tacto, y que, como Victoria de Inglaterra, ejerce más influencia en la política exterior del país de lo que cree la generalidad de las gentes, había tenido el buen sentido de impedir que el Príncipe, su hijo, en el largo viaje hecho á Oriente, donde ha estado en Atenas, Stambul, Belgrado, como en las antiguas ciudades bíblicas de Asia y en la moderna corte de Rumanía, tocase el principado búlgaro, donde en Sofía se desenvolvía á la sazón el proceso del mayor Panitza, condenado en estos mismos días por el consejo de guerra, hechura del ministro-dictador Stambuloff, á la pena de muerte; si bien es seguro que el príncipe Fernando de Coburgo conmutará esta pena, disminuyendo igualmente las señaladas á otros oficiales afectos á la Rusia, y que hasta han servido en sus ejércitos. Esta delicada atención del Príncipe Real itálico, rehusando las invitaciones del Soberano búlgaro, que le había preparado hospedaje y fiestas en su corte, fué apreciadísima por los Czares; como las demostraciones simpáticas de Moscou y San Petersburgo señalan el principio de un reanudamiento de las antiguas relaciones amistosas entre Rusia é Italia. El interés de ésta, aun teniendo por base la triple alianza de la Europa central, es cultivar con Francia y Rusia idéntica amistad á la que mantiene con Inglaterra.

¿Existirá otra causa más íntima para estas demostraciones cordialísimas de la corte moscovita?

La prensa europea ha afirmado, y puesto en duda sucesivamente, la noticia del enlace del Príncipe heredero del trono itálico con la gran duquesa Xenia, la mayor de las princesas, hija de los Czares. *Eugenia* Alejandrowna, como la llamaríamos en España, nació en Abril de 1875, y por lo tanto acaba de cumplir los tres lustros de su joven edad, siendo al parecer de singular belleza. Dícese que los retratos que vió en el Kremlin de Moscou, donde en el palacio estaban los de toda la familia Imperial, ejercieron viva impresión en el corazón del Príncipe de Nápoles, quien comunicó estas impresiones juveniles al duque Alejo, que muy joven conoció en Roma. Acaso pudo esto hacer nacer ideas que no existían en el pensamiento de la Czarina, que es natural viese con gusto fuese un día su hija Reina de Italia. La edad de los que los *reporters* dieron ya, con ligereza, por prometidos, se prestaría admirablemente á estas bodas, llevándose un lustro, y pudiendo esperar, dada su juventud, algún tiempo como desea la reina Margarita para que se fortifique su hijo Víctor Manuel, el cual no tiene la complexión robusta de sus primos, vástagos del malogrado príncipe Amadeo, de los cuales, el que ha heredado ya el ducado de Aosta, lucía su uniforme de capitán de Artillería y el gran collar de la Anunziata, acompañando á caballo al Rey, su tío, durante la revista pasada en Roma con motivo de la reciente fiesta del *Estatuto Constitucional*. La raza vigorosa de los Romanof afirmaría más y más la dinastía de Saboya, creciendo en importancia Italia con el enlace de su futuro Monarca á una de las primeras familias imperiales de Europa. Y siendo las diferencias entre las Iglesias griega y latina, que aceptan los mismos dogmas, tan fáciles de que desaparezcan sin ofender la conciencia de los fieles ó su fe, no podrían las dos cortes y las dos naciones ver en ello insuperable dificultad. De igual manera que los que insisten en destinar como esposa del Czarewitch, ya á la princesa Alicia de Hesse, ya á Margarita de Prusia, ambas protestantes, afirman que, realizado que fuese su enlace, acabarían por aceptar la religión griega, es de creer que respecto de la católica acontecería lo propio con la gran duquesa Xenia, una vez colocada en las gradas del trono de Italia. Por lo cual los mismos diplomáticos que niegan hoy todo pacto ya definitivo, no rechazan sea esta una solución probabilísima, explicando la prolongada estancia del Príncipe de Nápoles en Rusia, desde donde uno de estos días llegará á Berlín.

La verdad es que no son numerosas las princesas europeas donde hay que escoger: Clementina de Bélgica, designada un día para princesa Real de Italia, y acaso la que más deseó la casa de Saboya, que diarios mal informados han casado estos días ya con el príncipe Víctor Alberto, primogénito del de Gales, y que la reina Victoria acaba de nombrar duque de Clarence, ó con Francisco Fernando, heredero de la corona Imperial de los Hapsburgos, á quien otros señalan como segundo esposo de la infeliz archiduquesa Stefanía, aparece como positivamente prometida á su primo el príncipe Balduino de Flandes, heredero del trono belga. Hecho que si se confirma pronto oficialmente, aparte la alegría de Leopoldo y la Reina de Bélgica, imprimirá mayor entusiasmo y brillantez á las próximas fiestas de Bruselas, que terminadas las elecciones con ventaja del partido católico, va á conmemorar el doble aniversario de la independencia belga y el del cuarto de siglo del actual reinado. Prepárase histórica procesión, simbolizando desde Guillermo *el Taciturno*, el conde Egmont y los Estados de Amberes, hasta la libertad del Escalda y la proclamación de la independencia belga. La archiduquesa María Valeria, única hija que queda soltera á los Emperadores de Austria, da su mano el 31 de Julio á su primo el archiduque Francisco Salvador, mientras su prima Margarita Clementina se enlazará con un sobrino de la emperatriz Isabel, el príncipe Victor de Tourn y Taxis, apenas pase el rigoroso luto por la muerte de la princesa Elena, hermana de la Emperatriz y de la Reina de Nápoles. No ha resultado cierto el fallecimiento de la reina María de Hannover, y en cambio parece confirmarse la reconciliación entre Guillermo II y el Duque de Cumberland, quien renunciando á sus derechos sobre el Hannover, recibiría el ducado de Brunswick.

A propósito de los enlaces austriacos, va á celebrarse en Viena, con el ceremonial de rito, la renuncia por parte de las dos archiduquesas novias á todo derecho de sucesión en el trono de Austria-Hungría, del que está alejada también la infantil archiduquesa hija de Rodolfo y de Estefanía. Porque la Hungría, que, como España en Isabel la Católica, tuvo otra gran soberana en María Teresa, desde que el elemento austriaco predominó en el Imperio, sin haber abrogado la sucesión de las hembras, como en las naciones donde impera la ley sálica, llama con preferencia á los vástagos varones dentro de la rama de los Hapsburgos.

***

Una semana después de regresar á París el presidente Carnot, de su viaje á la Provenza y Belfort, ha cumplido la promesa que hiciera al Duque de Aumale de dar la libertad al joven Duque de Orleans. El prisionero de Clairvaux, acompañado siempre de su fiel Pílades el Duque de Luynes, después de despedirse con un estrecho abrazo de su prometida Margarita y de sus tíos Aumale, Joinville, Nemours y Chartres, volvió á pasar rápidamente por el lago Leman, y visitando en Bruselas al rey Leopoldo, tomó en Douvres el vapor que lo ha llevado al lado de sus padres en Inglaterra. Allí irá á buscarlo la que en otoño será Duquesa de Orleans, y encontrará igualmente á sus primos los Duques de Montpensier, si bien ha abandonado ya á Londres su madre la reina Isabel, encantada ésta de la acogida que le hizo en Windsord la reina Victoria, con quien comió la víspera de cumplir ésta sus setenta y un años, y de los obsequios de los Príncipes de Gales, Duques de Edimburgo y princesas Beatriz y Luisa, hijas de la Soberana de la Gran Bretaña. Igualmente encantada ha vuelto á París de la acogida cordial hecha por el simpático embajador Sr. Albareda y por la rica colonia española de la metrópoli de Inglaterra, reunida en el hermoso palacio que, por la esplendidez de un digno patricio, es ya morada y propiedad de nuestro embajador en Londres.

Ya se han repartido las invitaciones para los Consistorios que se celebrarán en Roma el 23 y 26 de Junio, coincidiendo con las fiestas de San Juan y San Pedro y con diversas beatificaciones. Aparte la preconización de muchos prelados para el mundo católico, en el segundo Consistorio, que será público, impondrá León XIII el capelo á los nuevos príncipes de la Iglesia, monseñor Galeati, arzobispo de Ravena, y el gran orador Mermillod, obispo de Lausana y Ginebra, y que al cabo de

(1) Véase el núm. anterior.

tres siglos será el primer cardenal que cuente la Suiza después del fallecimiento del cardenal prelado de Sión en el cantón del Valais; lo cual ha dado lugar á cambio de telegramas en extremo cordiales y placenteros entre el Vaticano, el cantón de Friburgo y el Consejo federal de la República helvética. Delegados apostólicos y guardias nobles partirán en breve de Roma para llevar el birrete cardenalicio á monseñor Vannutelli, nuncio en Portugal, y al nuevo purpurado Arzobispo de Cracovia.

Ya está acordado por la Santa Sede que Su Eminencia Mermillod se haga representar por su coadjutor en Lausana y en Friburgo, y que el Consejo federal dará su asentimiento al nuevo titular del obispado de Ginebra. No es tan fácil armonizar los diversos deseos de Austria y de Alemania con respecto al Primado de Polonia. Era éste el Arzobispo de Posen, perteneciente á la Polonia prusiana, puesto que ocupó el cardenal Ledochouski; el cual, habiendo entrado en lucha con el Imperio alemán, y llamado á Roma por los Pontífices, fué sustituído en su sede metropolitana por monseñor Dinder. Muerto éste en los últimos días, León XIII desearía que el título de Primado de Polonia pasara al Príncipe Obispo de Cracovia, que va á ser elevado á la púrpura. Pero ofreciendo á la vez otro capelo al Príncipe Obispo de Breslau, altamente recomendado por Guillermo II, quien permitiendo la convocación en Coblenza del Congreso Católico, que susceptibilidades del regente y ministros de Baviera no han permitido se reuniera en Munich, produciendo esto el reemplazo del ministro de Snizt por el más conciliador Muller, como satisfacción á la Santa Sede, da una nueva prueba de deferencia al pontífice León XIII. Antes de abandonar las regiones vaticanas, y condensando, pues apremia el espacio, diré que en la Basílica Liberiana asistía con pompa esta embajada de España á la solemne misa de San Fernando, establecida por Felipe IV en Santa María la Mayor, de cuyo templo son canónigos honorarios los monarcas de España, y en memoria de aquel Santo Rey, que habiendo muerto en Sevilla en el siglo XIII, fué canonizado en el XVII por Clemente X.

Sería tarde para reseñar el viaje de Carnot á la Provenza y á Belfort, aunque bien lo merecerían las bellísimas fiestas de Montpellier y Nimes, y las emociones patrióticas de la única ciudad-fortaleza de la Alsacia que el patriotismo de Thiers salvó á la Francia, y que ésta mantiene cual la atalaya desde donde, como Boabdil desde la sierra del Suspiro dió su adiós á Granada, ha debido darlo la Francia á Strasburgo, los Vosgos y la Lorena. En las arenas romanas de Nimes, como en su antiguo Capitolio, Carnot ha asistido á todas las fiestas de la Provenza. Juegos florales y cortes de amor, con trovadores y poetisas disputándose el premio dado por la Reina, de la belleza. La farandola, seguida de la danza de las trilladoras provenzales, precediéndola el cortejo á manera del despejo de nuestras plazas de toros, realizado por brillantes cuadrillas de trovadores franceses y españoles, en un país donde ya cada corrida es una creación en París. Los festejos de Montpellier fueron de carácter más grato todavía. Su célebre Universidad, que emuló las glorias de las de Salamanca, Bolonia, Oxford, Heidelberg y la Sorbona, ha celebrado el sexto centenar de su instalación, un preciosísimo cortejo histórico evocando el Renacimiento. Por último, al dirigirse Carnot á Belfort, se vió recibido en las estaciones del tránsito por miles y miles de alsacianos que, atravesando la Suiza, habían querido saludar, con aclamaciones y banderas, que los aldeanos agitaban en los campos, como los ciudadanos en las estaciones, al representante de la patria perdida. Llegado á Belfort tuvo lugar en su municipio una ceremonia patriótica, en derredor de la bandera de la ciudad, que durante el sitio de 1870 habían lacerado las balas germánicas; y en defensa de la cual, representación de la Alsacia perdida, dijo el presidente del municipio que estaban prontos á verter su sangre los hijos de Belfort, cuya historia, contestó conmovido Carnot, estaba esculpida en los corazones de los hijos de la ciudad alsaciana y de la Francia. Compréndese bien que tales manifestaciones hayan impresionado del otro lado de los Vosgos y del Rhin, siendo de aplaudir el tacto con que el gobierno francés se ha conducido, evitando diplomáticamente que el gobierno fronterizo de la Suiza enviara un representante á saludar á Carnot en su viaje, lo cual hubiera sido un gran compromiso para el Príncipe de Hohenlohe, lugarteniente Imperial de la Alsacia y la Lorena.

CONDE DE COELLO.

Roma, 18 de Junio.

ADVERTENCIAS.

El Administrador de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA ruega encarecidamente á los señores Suscritores cuyo abono termina en fin del presente mes de Junio, y tengan el propósito de seguir honrándonos con su adhesión, se sirvan tener en cuenta lo fácil que les será evitar retrasos en el servicio con sólo tomarse la molestia de pasar á esta Administración el oportuno aviso para que les sea renovado su abono.

Es muy conveniente, para evitar errores, acompañar á las órdenes de renovación una de las fajas, impresas ó manuscritas, con que actualmente se recibe el periódico.

El depósito de las tapas, especialmente fabricadas por D. G. Siquier, de Barcelona, para encuadernar tomos de año ó semestre de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, continúa establecido, por cuenta del mismo, en la Administración de este periódico, *calle de Alcalá*, 23, Madrid.

Precio de cada juego de tapas para tomo de año ó de semestre, pesetas 7,50.

Los Señores Suscritores de provincias que deseen adquirirlas para encuadernar sus tomos, se servirán hacerlas recoger en esta Administración por persona de su confianza, atendido á que no pueden remitirse por el correo.

«AJUSTA COMO UN GUANTE.»
THOMSON'S
GLOVE-FITTING.



MARCA DE FÁBRICA

CORSÉ

Perfección en la hechura, en los detalles y duración
Aprobado por todas las elegantes del mundo.
Sobre **seis millones** vendidos hasta la fecha.
Pedidos hechos por Comerciantes de todo el mundo.

OCHO PRIMERAS MEDALLAS
Fabricantes: W. S. THOMSON & CO., LTD., LONDON.

PIANOS
FOCKÉ FILS AÎNÉ
Rue Morand, 9, París
EXPOSICIÓN UNIVERSAL
PARIS, 1889
MEDALLA DE ORO

PECTORAL de CEREZA del Dr. AYER
MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA



El Pectoral del Dr. Ayer aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.

Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desórdenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilación suele ser fatal. Los **RESFRIADOS Y LA TOS**, si no se cuidan, pueden degenerar en **LARINGITIS, ASMA, BRONQUITIS, PULMONIA Ó TISIS**. Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el PECTORAL de CEREZA del Dr. AYER. Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor.—De venta en casa de Melchor García, Capellanes, 1, duplicado; Hijos de Ulzurrum, y en todas las farmacias y droguerías.—Agentes generales para España: Vilanova Hermanos y Compañía, Barcelona.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
DE VIVAS PÉREZ

Recetados por verdaderas eminencias médicas y adoptados en los hospitales. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado. — Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. — En Madrid, Melchor García. — De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Franco: 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&

Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS et C.ie — B.d St-Denis, 26

Almidon Mack



Con esta nueva preparacion se plancha **con sorprendente rapidez y facilidad**, obteniendo un lustre y tesura extraordinaria.
Unico Fabricante-Inventor **H. MACK, Ulm s/D.**
Se vende en todas las Droguerias y Almacenes de Ultramarinos.
Precio Pes 0.90 por caja de ½ Kilo, Pes 0.45 por caja de ¼ Kilo.

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.

E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

HARINA LACTEADA H. NESTLÉ,
INVENTOR Y FABRICANTE

Vevey (Suiza)

PROVEEDOR DE LA REAL CASA
32 PREMIOS DE LOS CUALES
12 Diplomas de Honor
Y
14 Medallas de Oro



(Marca de garantía.)

20 AÑOS DE EXITO
NUMEROSOS CERTIFICADOS
DE LAS
primeras autoridades
medicinales
DE AMBOS MUNDOS

ALIMENTO COMPLETO PARA LOS NIÑOS DE CORTA EDAD

Suple la insuficiencia de la leche materna, facilita el destete y es de digestión fácil y entera. Se usa muy ventajosamente en los **adultos**, así como alimento en las personas de **estómago delicado.**

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERÍAS

Para evitar las numerosas falsificaciones, exigir en cada lata la firma del inventor
HENRI NESTLÉ. — ***VEVEY (SUIZA)***

La casa **Nestlé** ha obtenido en la Exposición de París de 1889 las más altas recompensas, ***un gran premio y una medalla de oro.***

Para pedidos dirigirse al **Sr. D. Rafael Romero,** de Jerez de la Frontera, único agente en toda España.

Kananga del Japon
RIGAUD y C.ia, Perfum.tas
Proveedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARIS

El Agua de Kananga es la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga
Suavísimo y aristocrático perfumo para el pañuelo.

Aceite de Kananga
Tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y cuya caida previene

Jabon de Kananga
El mas grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.



Loción vegetal de Kananga
limpia la cabeza, abrillanta el cabello y evita su caida, tonificándolo.

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y C.ia

FERNET-BRANCA
DE LOS SRES. BRANCA HERMANOS, DE MILANO

Los únicos que tienen el verdadero y auténtico método de fabricación.

Premiados con Medallas de oro en las principales Exposiciones Universales y privilegiados por el Gobierno.

El **FERNET-BRANCA** es el más higiénico de los licores conocidos.

Veinticinco años de completo éxito, obtenido en Europa, América y Oriente.

Es recomendado por las celebridades medicales, y empleado en muchos hospitales.

El FERNET-BRANCA no debe ser confundido con otros muchos Fernet que se venden desde poco tiempo, y que son falsificaciones dañosas é imperfectas. El **FERNET-BRANCA** apaga la sed, facilita la digestión, estimula el apetito, cura las calenturas intermitentes, dolencias de cabeza, vértigo, enfermedades del hígado, **esplin**, mareo y náuseas en general. Es **Vermífugo, Anticolérico.**

SUS EFECTOS SON GARANTIZADOS POR ATESTACIONES DE MÉDICOS
Unica arrendataria para América del Sur:
Casa CARLO F.co HOFER et C.o de Génova
MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1889



Bálsamo de FERNOLINE
Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo, y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos; de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos; hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores en el extranjero para curar los dolores que notan muchos enfermos en **el cuello, pecho y espalda,** pues, gracias á la **volatibilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel se absorbe en cantidad variable, según la superficie de aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías.

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA
VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA—BARCELONA
SUCURSAL EN MADRID: Claudio Coello, 26, segundo.

LIBRERÍA AMERICANA DE J. V. CONCHA
BOGOTÁ, REPÚBLICA DE COLOMBIA (AMÉRICA DEL SUR)

Centro de suscriciones á periódicos y publicaciones nacionales y extranjeras.—Se solicitan catálogos y prospectos. Casa de agencia y comisión adjunta.
Dirección: **J. V. CONCHA.** Bogotá, calle 14, 97 y 99.—Cable: Concha.

PÂTE AGNEL ✱ AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones,* dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra.
y en los seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas las buenas Perfumerias

---

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA-TES
37 recompensas industriales
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el «non plus ultra» de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. *¡Gran novedad!* — **DUSSER**, inventor ***Rue J.-J.-Rousseau, n.º 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* **MELCHOR GARCIA**, y en las Perfumerias **Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola**, etc.—*Barcelona:* **VICENTE FERRER**, depositario, y en las Perfumerias de **Lafont**, etc.

FIN DEL TOMO XLIX.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Impresores de la Real Casa.